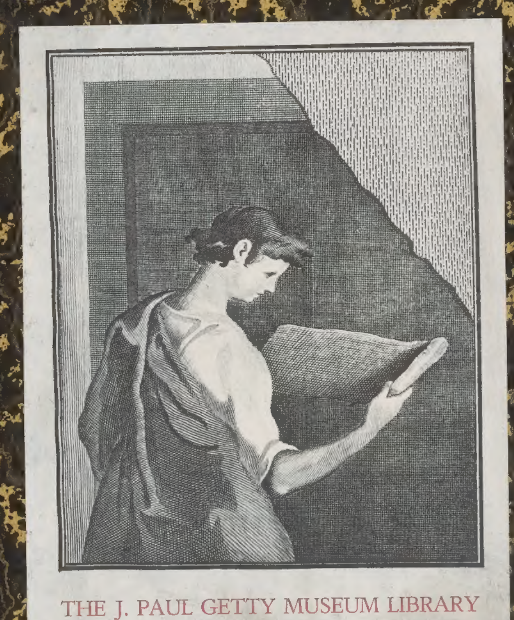
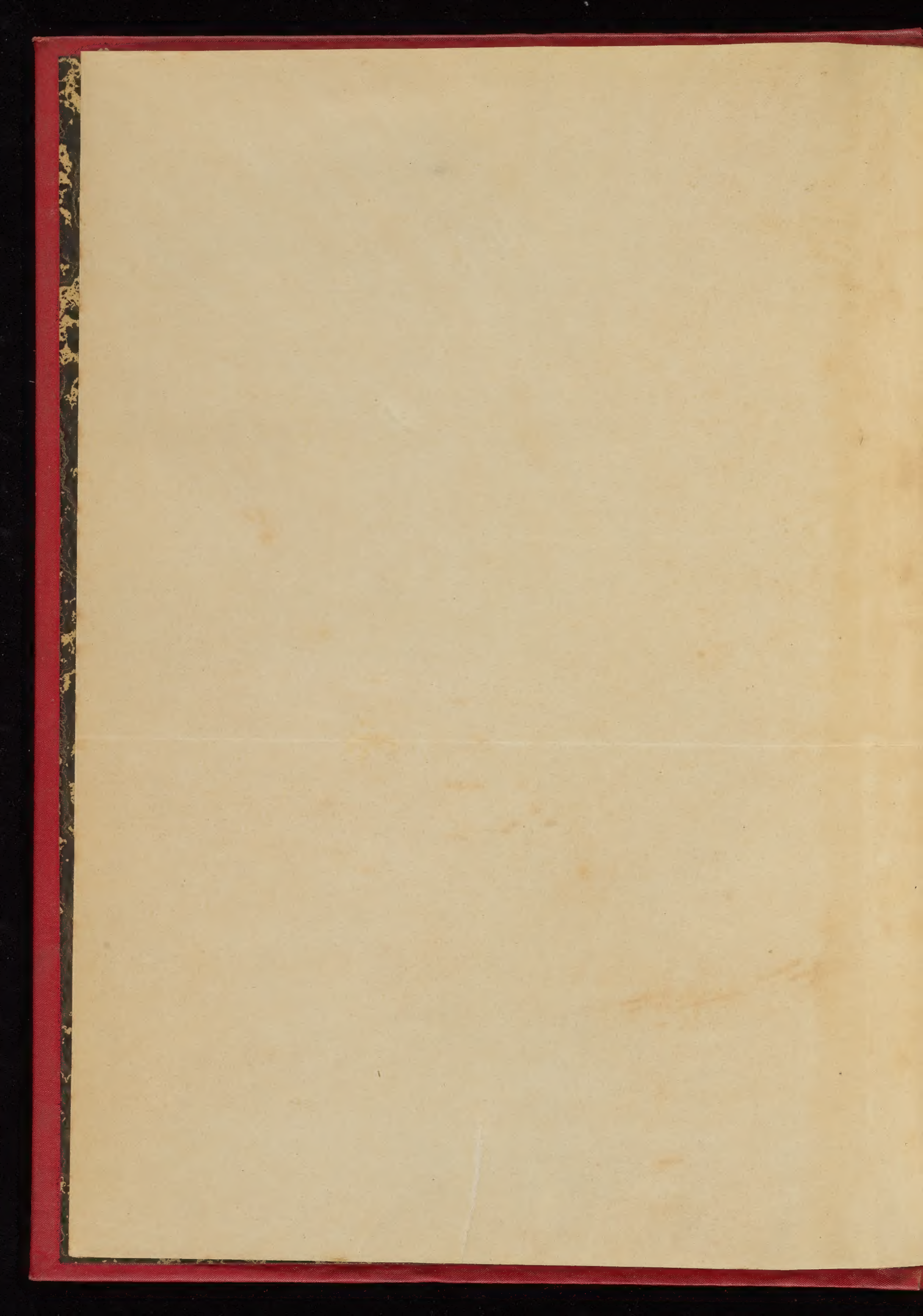
LA ILUSTRACION









LA

ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS

REDACTADO POR LOS MÁS NOTABLES ESCRITORES NACIONALES

PROFUSAMENTE ADORNADO CON UNA

MAGNÍFICA COLECCIÓN DE GRABADOS

DEBIDOS A LOS PRIMEROS ARTISTAS NACIONALES Y EXTRANJEROS



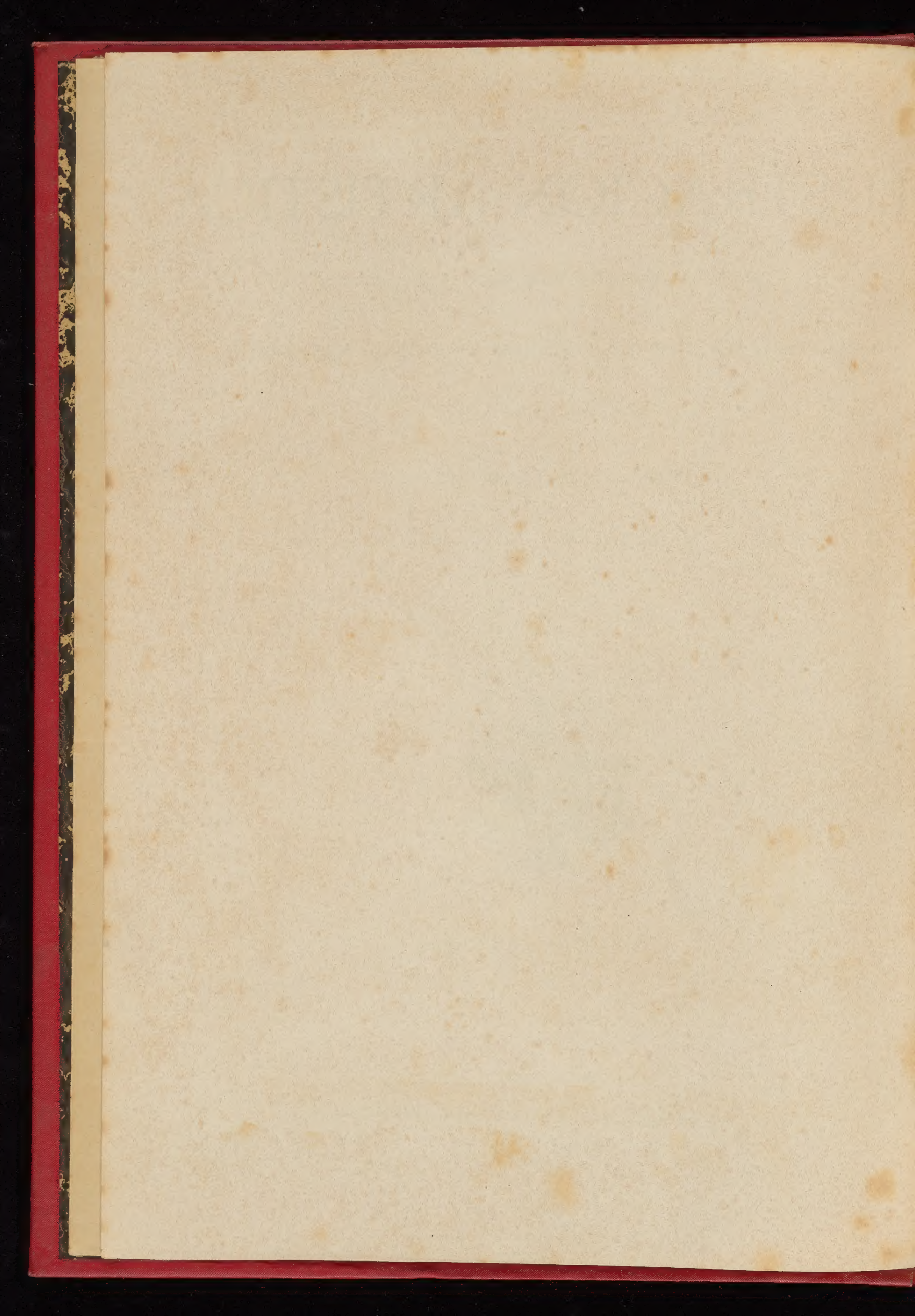
TOMO XVIII.—AÑO 1899

BARCELONA

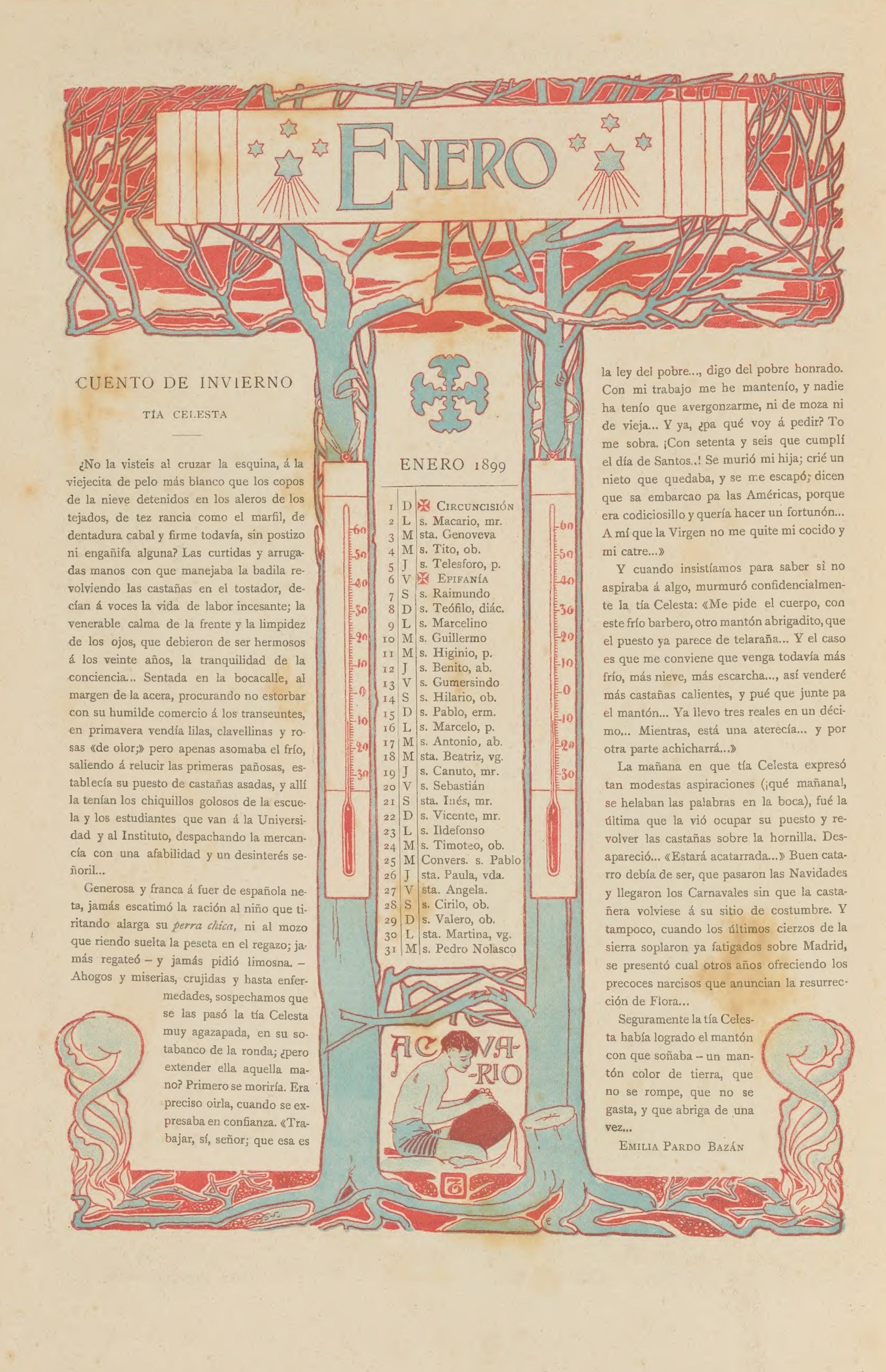
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚMEROS 309 Y 311

1899




LA ILUSTRACION ARTISTICA
Año XVIII
NUMERO-ALMANAQUE
Núm. 888
PRI-MA-VE-RA
VE-RA-NO
IN-VIER-NO
O-TO-ÑO
Barcelona 2 de Enero
MONTANER Y SIMON EDITORES



CUENTO DE INVIERNO

TÍA CELESTA

¿No la visteis al cruzar la esquina, á la viejecita de pelo más blanco que los copos de la nieve detenidos en los aleros de los tejados, de tez rancia como el marfil, de dentadura cabal y firme todavía, sin postizo ni engañifa alguna? Las curtidas y arrugadas manos con que manejaba la badila revolviendo las castañas en el tostador, decían á voces la vida de labor incesante; la venerable calma de la frente y la limpidez de los ojos, que debieron de ser hermosos á los veinte años, la tranquilidad de la conciencia... Sentada en la bocacalle, al margen de la acera, procurando no estorbar con su humilde comercio á los transeuntes, en primavera vendía lilas, clavellinas y rosas «de olor;» pero apenas asomaba el frío, saliendo á relucir las primeras pañosas, establecía su puesto de castañas asadas, y allí la tenían los chiquillos golosos de la escuela y los estudiantes que van á la Universidad y al Instituto, despachando la mercancía con una afabilidad y un desinterés señoril...

Generosa y franca á fuer de española neta, jamás escatimó la ración al niño que tiritando alarga su *perra chica*, ni al mozo que riendo suelta la peseta en el regazo; jamás regateó – y jamás pidió limosna. – Ahogos y miserias, crujidas y hasta enfermedades, sospechamos que se las pasó la tía Celesta muy agazapada, en su sotabanco de la ronda; ¿pero extender ella aquella mano? Primero se moriría. Era preciso oirla, cuando se expresaba en confianza. «Trabajar, sí, señor; que esa es la ley del pobre..., digo del pobre honrado. Con mi trabajo me he mantenío, y nadie ha tenío que avergonzarme, ni de moza ni de vieja... Y ya, ¿pa qué voy á pedir? To me sobra. ¡Con setenta y seis que cumplí el día de Santos..! Se murió mi hija; crié un nieto que quedaba, y se me escapó; dicen que sa embarcao pa las Américas, porque era codiciosillo y quería hacer un fortunón... A mí que la Virgen no me quite mi cocido y mi catre...»

Y cuando insistíamos para saber si no aspiraba á algo, murmuró confidencialmente la tía Celesta: «Me pide el cuerpo, con este frío barbero, otro mantón abrigadito, que el puesto ya parece de telaraña... Y el caso es que me conviene que venga todavía más frío, más nieve, más escarcha..., así venderé más castañas calientes, y pué que junte pa el mantón... Ya llevo tres reales en un décimo... Mientras, está una aterecía... y por otra parte achicharrá...»

La mañana en que tía Celesta expresó tan modestas aspiraciones (¡qué mañana!, se helaban las palabras en la boca), fué la última que la vió ocupar su puesto y revolver las castañas sobre la hornilla. Desapareció... «Estará acatarrada...» Buen catarro debía de ser, que pasaron las Navidades y llegaron los Carnavales sin que la castañera volviese á su sitio de costumbre. Y tampoco, cuando los últimos cierzos de la sierra soplaron ya fatigados sobre Madrid, se presentó cual otros años ofreciendo los precoces narcisos que anuncian la resurrección de Flora...

Seguramente la tía Celesta había logrado el mantón con que soñaba – un mantón color de tierra, que no se rompe, que no se gasta, y que abriga de una vez...

EMILIA PARDO BAZÁN

ENERO 1899

1	D	✠ CIRCUNCISIÓN
2	L	s. Macario, mr.
3	M	sta. Genoveva
4	M	s. Tito, ob.
5	J	s. Telesforo, p.
6	V	✠ EPIFANÍA
7	S	s. Raimundo
8	D	s. Teófilo, diác.
9	L	s. Marcelino
10	M	s. Guillermo
11	M	s. Higinio, p.
12	J	s. Benito, ab.
13	V	s. Gumersindo
14	S	s. Hilario, ob.
15	D	s. Pablo, erm.
16	L	s. Marcelo, p.
17	M	s. Antonio, ab.
18	M	sta. Beatriz, vg.
19	J	s. Canuto, mr.
20	V	s. Sebastián
21	S	sta. Inés, mr.
22	D	s. Vicente, mr.
23	L	s. Ildefonso
24	M	s. Timoteo, ob.
25	M	Convers. s. Pablo
26	J	sta. Paula, vda.
27	V	sta. Angela.
28	S	s. Cirilo, ob.
29	D	s. Valero, ob.
30	L	sta. Martina, vg.
31	M	s. Pedro Nolasco


Gloria in ex-
-celsis Deo



CARNAVAL

Por más que al Carnaval se le haya extendido su partida de defunción hace mucho tiempo, él se presenta todos los años haciendo piruetas y lanzando carcajadas. Le acompañan mujeres livianas con el rostro cubierto y el seno desnudo, y es bastante para que le reciban con alegría los viejos verdes y los jóvenes que creen que al mundo no se ha venido más que á divertirse.

Las noches largas de Febrero le dan espacio para celebrar sus bailes y para desarrollar sus orgías. El ponche caliente y el champagne espumoso le prestan ficticia fuerza, como el bermellón colores y los harapos traje. Es una caricatura y una degeneración; pero como nunca faltan mamarrachos y decadentes, siempre tendrá partidarios y se abrirán cuando él llegue los salones donde se baila sin arte, y los gabinetes particulares de las fondas donde la cena con excitantes es un aliciente para el amor sin sentimiento.

Cuando el Carnaval se ha visto perdido ha excitado el orgullo de las madres para que engalanen con caprichosos atavíos á sus hijos, y ha acudido á la historia para resucitar las galas de los tiempos pasados; pero ni los bailes de niños ni los bailes de trajes son lo característico de esa bacanal con la que es incompatible la pureza y con la que está reñido el arte en su acepción más genuina.

El verdadero Carnaval es el de la locura que suena los cascabeles, el de la pecadora que se viste de beata, el del haragán que se disfraza de estudiante, el del payaso que se encuentra en su centro haciendo contorsiones y armando ruido. En Roma decayó, en Venecia es un recuerdo, en Niza una explotación, en Barcelona y en París la industria quiere galvanizar el cadáver, pidiendo auxilio al arte para sacar partido de la fiesta que anima los días cortos y entretiene las noches largas del más pobre de los meses.

Con un pretexto ó con otro, el Carnaval vivirá siempre y será la mueca del año vista con disgusto por las personas formales, que en la muchedumbre forman la minoría, y acogida con aplauso por los insensatos, que desgraciadamente constituyen mayoría.

No hay, por lo tanto, más remedio que tolerarle como una molestia que afortunadamente no dura más que tres ó cuatro días de los trescientos sesenta y cinco que componen el año.

Kasabal



FEBRERO

1	M	sta. Brígida, virgen
2	J	Purificación
3	V	s. Blas, ob.
4	S	s. Andrés, ob.
5	D	sta. Agueda
6	L	sta. Dorotea
7	M	s. Romualdo, ab.
8	M	s. Juvencio, ob.
9	J	s. Nicéforo, mr.
10	V	s. Guillermo, erm.
11	S	s. Jonás, monje
12	D	sta. Eulalia, mr.
13	L	s. Benigno, mr.
14	M	s. Valentín, mr.
15	M	*Ceniza.* s. Faustino
16	J	s. Julián, mr.
17	V	s. Pedro Tomás
18	S	s. Simeón, ob.
19	D	*I de Cuaresma*
20	L	sta. Irene
21	M	s. Vérulo, ob.
22	M	s. Pascasio, ob.
23	J	s. Pedro Damián
24	V	s. Matías, ap.
25	S	s. Avertano, cfr.
26	D	*II de Cuaresma*
27	L	s. Baldomero, cfr.
28	M	s. Román, ab.

PISCIS


S. Mateo.
S. Marcos.
Y purificará a los hijos
como el oro
José



MARZO

1	M	s. Rosendo, obispo
2	J	s. Simplicio, p.
3	V	s. Emeterio, mr.
4	S	s. Casimiro, rey
5	D	*III de Cuaresma*
6	L	s. Olegario, ob.
7	M	s. Tomás de A.
8	M	s. Juan de Dios
9	J	sta. Francisca, vda.
10	V	s. Melitón, mr.
11	S	s. Eulogio
12	D	*IV de Cuaresma*
13	L	s. Ramiro, mr.
14	M	sta. Matilde, reina
15	M	sta. Madrona, vg.
16	J	s. Heriberto, ob.
17	V	s. Patricio, ob.
18	S	s. Gabriel Arcángel
19	D	DE PASIÓN. s. JOSÉ
20	L	s. Niceto
21	M	s. Benito, abad
22	M	s. Deogracias, ob.
23	J	b. José O., cfr.
24	V	Dolores de N.ª Sra.
25	S	✠ ANUNCIACIÓN
26	D	DE RAMOS
27	L	s. Ruperto, ob.
28	M	s. Sixto III, p.
29	M	SANTO. s. Eustaquio
30	J	SANTO. s. Juan C.
31	V	SANTO. s. Amadeo

EFEMÉRIDES ESPAÑOLAS

19 de marzo de 1808

MOTÍN EN ARANJUEZ

Hallábase España en una de sus tremendas y frecuentes crisis, agravada, como de costumbre, por luchas intestinas. El ejército invasor francés avanzaba hacia el centro de la península, y en vez de adunarse todos los esfuerzos contra el peligro más inminente, la corte de España, que debió dar la pauta de unión y de resistencia, hervía en intrigas y antagonismos. Un núcleo importante de la nobleza española, á cuya cabeza figuraban el duque del Infantado y el conde de Montijo, conspiraban, no sólo contra D. Manuel Godoy, príncipe de la Paz y *factotum* de los reyes Carlos IV y María Luisa, sino también para que el monarca abdicase en su hijo el príncipe de Asturias.

Los reyes, temerosos del avance del ejército imperial y exasperados por las intrigas fraguadas en Madrid, anticiparon la jornada y se trasladaron á Aranjuez, acompañados por Godoy, para hallarse más próximos á Andalucía, en donde pensaban refugiarse, desterrando antes al Escorial al príncipe D. Fernando, declarado ya en abierta rebeldía.

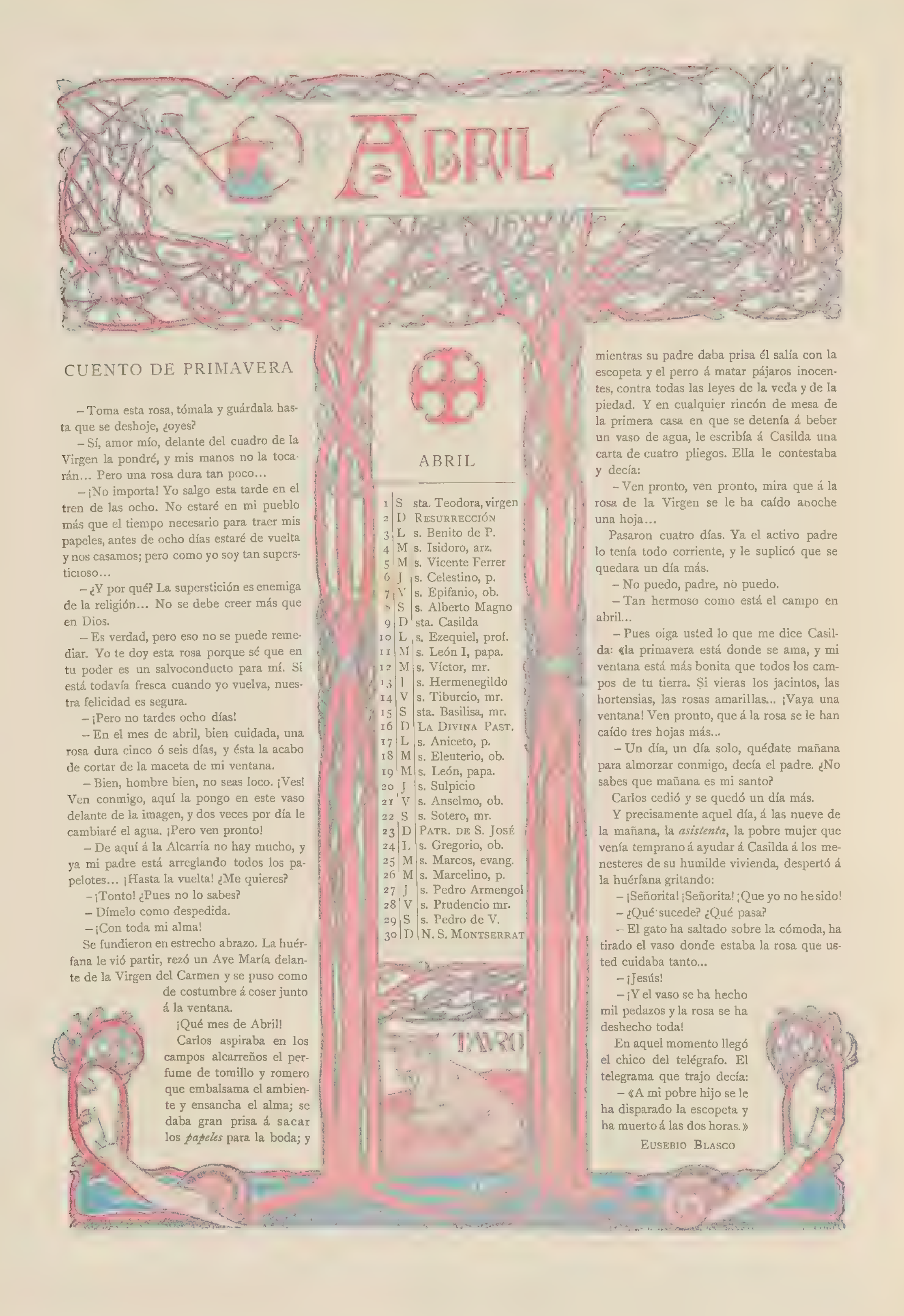
En este estado las cosas, en la mañana del 19 de marzo, cuando los azorados soberanos habían mandado embalar sus equipajes por consejo de Godoy, una inmensa multitud, aumentada con otra mayor procedente de Madrid, y ambas concitadas y excitadas por los susodichos próceres, invadieron el real sitio en son de protesta y hostilidad contra el príncipe de la Paz, á quien, como suele suceder, achacaban todas las desdichas de la patria.

La morada de éste fué asaltada por la muchedumbre y ferozmente saqueada. Godoy, aterrado, refugióse en un desván, ocultándose detrás de un rollo de esteras: allí le encontraron algunos guardias de Corps adictos á su persona y se propusieron salvarle. Montaron á caballo, rodearon á Godoy, y á duras penas pudieron librarle de las iras del populacho, que aun respetando á los guardias, metía palos, escopetas y picas por debajo del vientre de los caballos, para golpear y herir al desventurado favorito; lo cual prueba lo inseguro de las grandezas humanas, pues el *apuesto polido garzón*, cantado por Moratín y hasta aquel día omnipotente en España, salió de Aranjuez maltrecho, herido y casi sin poder tenerse en pie.

Godoy fué exonerado de sus títulos y preeminencias; abdicó el rey, y el príncipe de Asturias volvió triunfante á la corte. El motín de Aranjuez sirvió para poca cosa, como casi todos los motines. El ejército invasor siguió avanzando y España tan desbarajustada como antes; sólo hubo la mínima variación de que en vez de Carlos IV el rey se llamó Fernando VII.

F. MORENO GODINO





CUENTO DE PRIMAVERA

– Toma esta rosa, tómala y guárdala hasta que se deshoje, ¿oyes?

– Sí, amor mío, delante del cuadro de la Virgen la pondré, y mis manos no la tocarán... Pero una rosa dura tan poco...

– ¡No importa! Yo salgo esta tarde en el tren de las ocho. No estaré en mi pueblo más que el tiempo necesario para traer mis papeles, antes de ocho días estaré de vuelta y nos casamos; pero como yo soy tan supersticioso...

– ¿Y por qué? La superstición es enemiga de la religión... No se debe creer más que en Dios.

– Es verdad, pero eso no se puede remediar. Yo te doy esta rosa porque sé que en tu poder es un salvoconducto para mí. Si está todavía fresca cuando yo vuelva, nuestra felicidad es segura.

– ¡Pero no tardes ocho días!

– En el mes de abril, bien cuidada, una rosa dura cinco ó seis días, y ésta la acabo de cortar de la maceta de mi ventana.

– Bien, hombre bien, no seas loco. ¡Ves! Ven conmigo, aquí la pongo en este vaso delante de la imagen, y dos veces por día le cambiaré el agua. ¡Pero ven pronto!

– De aquí á la Alcarria no hay mucho, y ya mi padre está arreglando todos los papelotes... ¡Hasta la vuelta! ¿Me quieres?

– ¡Tonto! ¿Pues no lo sabes?

– Dímelo como despedida.

– ¡Con toda mi alma!

Se fundieron en estrecho abrazo. La huérfana le vió partir, rezó un Ave María delante de la Virgen del Carmen y se puso como de costumbre á coser junto á la ventana.

¡Qué mes de Abril!

Carlos aspiraba en los campos alcarreños el perfume de tomillo y romero que embalsama el ambiente y ensancha el alma; se daba gran prisa á sacar los *papeles* para la boda; y mientras su padre daba prisa él salía con la escopeta y el perro á matar pájaros inocentes, contra todas las leyes de la veda y de la piedad. Y en cualquier rincón de mesa de la primera casa en que se detenía á beber un vaso de agua, le escribía á Casilda una carta de cuatro pliegos. Ella le contestaba y decía:

– Ven pronto, ven pronto, mira que á la rosa de la Virgen se le ha caído anoche una hoja...

Pasaron cuatro días. Ya el activo padre lo tenía todo corriente, y le suplicó que se quedara un día más.

– No puedo, padre, no puedo.

– Tan hermoso como está el campo en abril...

– Pues oiga usted lo que me dice Casilda: «la primavera está donde se ama, y mi ventana está más bonita que todos los campos de tu tierra. Si vieras los jacintos, las hortensias, las rosas amarillas... ¡Vaya una ventana! Ven pronto, que á la rosa se le han caído tres hojas más...

– Un día, un día solo, quédate mañana para almorzar conmigo, decía el padre. ¿No sabes que mañana es mi santo?

Carlos cedió y se quedó un día más.

Y precisamente aquel día, á las nueve de la mañana, la *asistenta*, la pobre mujer que venía temprano á ayudar á Casilda á los menesteres de su humilde vivienda, despertó á la huérfana gritando:

– ¡Señorita! ¡Señorita! ¡Que yo no he sido!

– ¿Qué sucede? ¿Qué pasa?

– El gato ha saltado sobre la cómoda, ha tirado el vaso donde estaba la rosa que usted cuidaba tanto...

– ¡Jesús!

– ¡Y el vaso se ha hecho mil pedazos y la rosa se ha deshecho toda!

En aquel momento llegó el chico del telégrafo. El telegrama que trajo decía:

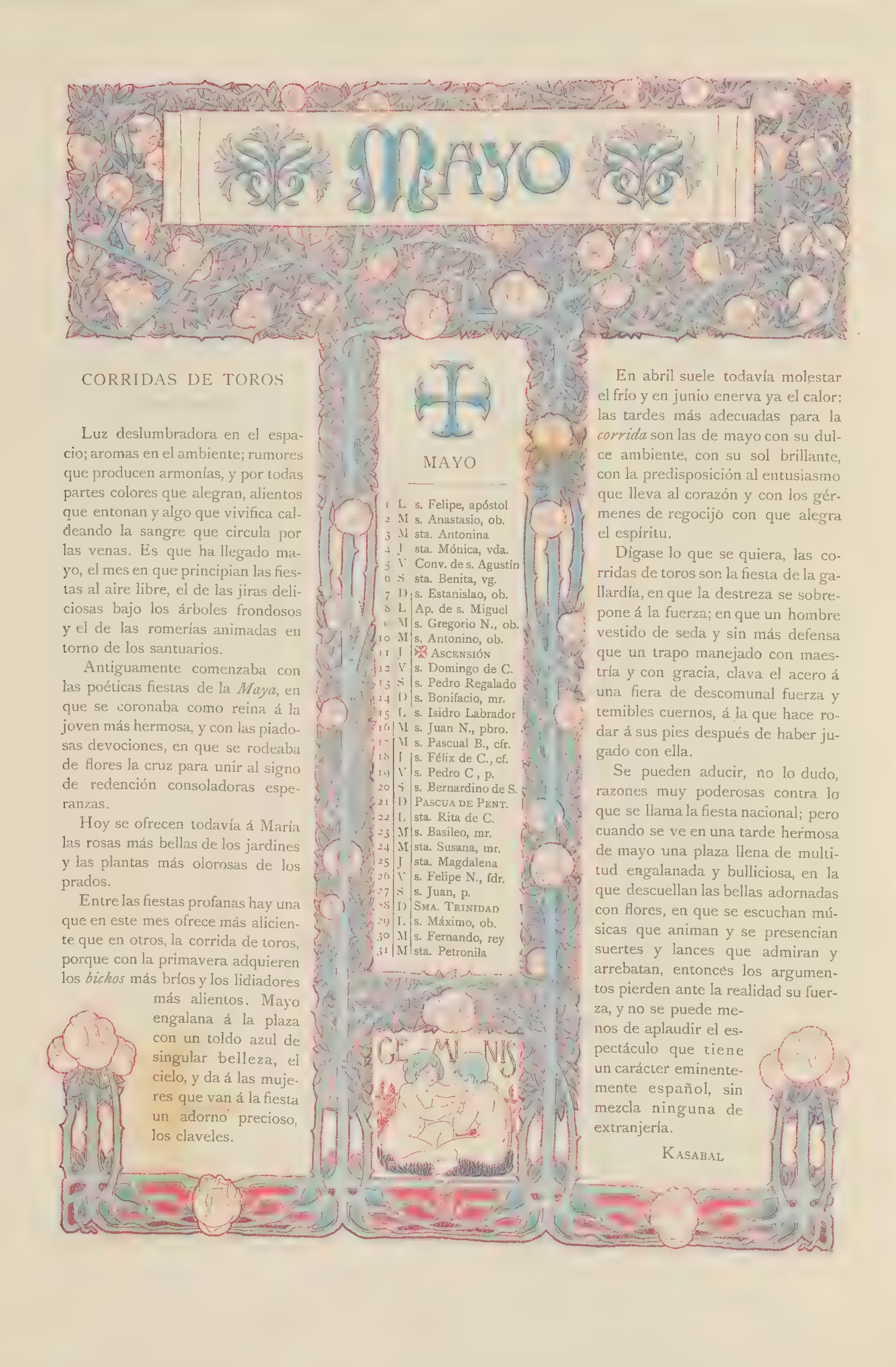
– «A mi pobre hijo se le ha disparado la escopeta y ha muerto á las dos horas.»

EUSEBIO BLASCO

ABRIL

1	S	sta. Teodora, virgen
2	D	RESURRECCIÓN
3	L	s. Benito de P.
4	M	s. Isidoro, arz.
5	M	s. Vicente Ferrer
6	J	s. Celestino, p.
7	V	s. Epifanio, ob.
8	S	s. Alberto Magno
9	D	sta. Casilda
10	L	s. Ezequiel, prof.
11	M	s. León I, papa.
12	M	s. Víctor, mr.
13	J	s. Hermenegildo
14	V	s. Tiburcio, mr.
15	S	sta. Basilisa, mr.
16	D	LA DIVINA PAST.
17	L	s. Aniceto, p.
18	M	s. Eleuterio, ob.
19	M	s. León, papa.
20	J	s. Sulpicio
21	V	s. Anselmo, ob.
22	S	s. Sotero, mr.
23	D	PATR. DE S. JOSÉ
24	L	s. Gregorio, ob.
25	M	s. Marcos, evang.
26	M	s. Marcelino, p.
27	J	s. Pedro Armengol
28	V	s. Prudencio mr.
29	S	s. Pedro de V.
30	D	N. S. MONTSERRAT


SURREXIT·NON·EST·HIC



CORRIDAS DE TOROS

Luz deslumbradora en el espacio; aromas en el ambiente; rumores que producen armonías, y por todas partes colores que alegran, alientos que entonan y algo que vivifica caldeando la sangre que circula por las venas. Es que ha llegado mayo, el mes en que principian las fiestas al aire libre, el de las jiras deliciosas bajo los árboles frondosos y el de las romerías animadas en torno de los santuarios.

Antiguamente comenzaba con las poéticas fiestas de la *Maya*, en que se coronaba como reina á la joven más hermosa, y con las piadosas devociones, en que se rodeaba de flores la cruz para unir al signo de redención consoladoras esperanzas.

Hoy se ofrecen todavía á María las rosas más bellas de los jardines y las plantas más olorosas de los prados.

Entre las fiestas profanas hay una que en este mes ofrece más aliciente que en otros, la corrida de toros, porque con la primavera adquieren los *bichos* más bríos y los lidiadores más alientos. Mayo engalana á la plaza con un toldo azul de singular belleza, el cielo, y da á las mujeres que van á la fiesta un adorno precioso, los claveles.

MAYO

1	L	s. Felipe, apóstol
2	M	s. Anastasio, ob.
3	M	sta. Antonina
4	J	sta. Mónica, vda.
5	V	Conv. de s. Agustín
6	S	sta. Benita, vg.
7	D	s. Estanislao, ob.
8	L	Ap. de s. Miguel
9	M	s. Gregorio N., ob.
10	M	s. Antonino, ob.
11	J	✠ ASCENSIÓN
12	V	s. Domingo de C.
13	S	s. Pedro Regalado
14	D	s. Bonifacio, mr.
15	L	s. Isidro Labrador
16	M	s. Juan N., pbro.
17	M	s. Pascual B., cfr.
18	J	s. Félix de C., cf.
19	V	s. Pedro C , p.
20	S	s. Bernardino de S.
21	D	PASCUA DE PENT.
22	L	sta. Rita de C.
23	M	s. Basileo, mr.
24	M	sta. Susana, mr.
25	J	sta. Magdalena
26	V	s. Felipe N., fdr.
27	S	s. Juan, p.
28	D	SMA. TRINIDAD
29	L	s. Máximo, ob.
30	M	s. Fernando, rey
31	M	sta. Petronila

En abril suele todavía molestar el frío y en junio enerva ya el calor: las tardes más adecuadas para la *corrida* son las de mayo con su dulce ambiente, con su sol brillante, con la predisposición al entusiasmo que lleva al corazón y con los gérmenes de regocijo con que alegra el espíritu.

Dígase lo que se quiera, las corridas de toros son la fiesta de la gallardía, en que la destreza se sobrepone á la fuerza; en que un hombre vestido de seda y sin más defensa que un trapo manejado con maestría y con gracia, clava el acero á una fiera de descomunal fuerza y temibles cuernos, á la que hace rodar á sus pies después de haber jugado con ella.

Se pueden aducir, no lo dudo, razones muy poderosas contra lo que se llama la fiesta nacional; pero cuando se ve en una tarde hermosa de mayo una plaza llena de multitud engalanada y bulliciosa, en la que descuellan las bellas adornadas con flores, en que se escuchan músicas que animan y se presencian suertes y lances que admiran y arrebatan, entonces los argumentos pierden ante la realidad su fuerza, y no se puede menos de aplaudir el espectáculo que tiene un carácter eminentemente español, sin mezcla ninguna de extranjería.

KASABAL


PENTECOSTES



EFEMÉRIDES ESPAÑOLAS

30 de junio de 1854

BATALLA DE VICÁLVARO

El año 1854 fué de gran agitación política. El ministerio polaco, presidido por el conde de San Luis, era fuertemente combatido, no sólo por los liberales, que entonces aún se llamaban progresistas, sino por la mayor parte de los moderados, especialmente por el elemento militar, que según la costumbre de aquellos tiempos, se lanzó á la conspiración. El presidente del Consejo de ministros, joven de veintinueve años lleno de audacia y de talento, favorecido por la suerte hasta con una figura arrogante y una fisonomía hermosa, recogía el guante, diciendo que ahorcaría á los generales con sus propias fajas, enviando á Narváez á estudiar la organización del ejército austriaco y destinando á O'Donnell de cuartel á las islas Canarias. El primero, á pesar de su genio irascible, marchó al simulado destierro: el segundo, con su carácter flemático y la eterna sonrisa que no le abandonaba ni en los momentos del mayor peligro, desobedeció la orden, ocultóse sin salir de Madrid y fué dado de baja en el ejército.

Estaba ya para terminar el mes de junio, y antes de amanecer el día 28, un carruaje aristocrático tirado por dos briosos caballos se encontraba estacionado en la Travesía de la Ballesta. De una casa de pobrísimo aspecto salía un caballero de elevada estatura, que sin decir una palabra se metía en el carruaje, abriendo por sí mismo la portezuela por falta de lacayo. El cochero fustigaba los caballos y éstos partían al galope en dirección á Canillejas. Aquel señor alto, de aspecto militar, aunque vestido de paisano, era D. Leopoldo O'Donnell y Joris, conde de Lucena, el que á la edad de veintiséis años había llegado á ser general en jefe del ejército del Centro. El cochero que le llevaba no había nacido para tan bajo oficio, porque pertenecía á una de las familias más nobles de Andalucía. Se llamaba, y se llama todavía, D. Antonio Aguilar y Correa, marqués de la Vega de Armijo y de Bobadilla. En Canillejas el futuro vencedor de Africa, al frente de veintiocho escuadrones de caballería y dos batallones de infantería, se sublevó contra el Gobierno. Dos días después la batalla de Vicálvaro. Luego, la historia del primer duque de Tetuán es demasiado conocida.

E. Zamora y Caballero

JUNIO

1	J	✠ Corpus Christi
2	V	s. Marcelino, ab.
3	S	s. Isaac, mr.
4	D	sta. Saturnina
5	L	s. Bonifacio, ob.
6	M	s. Norberto, ob.
7	M	s. Jeremías, mr.
8	J	s. Medardo, ob.
9	V	Sag. C. de Jesús
10	S	sta. Margarita
11	D	s. Bernabé, ap.
12	L	s. Onofre, anac.
13	M	s. Antonio de P.
14	M	s. Basilio Magno
15	J	s. Modesto, mr.
16	V	s. Quirico, mr.
17	S	s. Manuel, mr.
18	D	s. Marcos, mr.
19	L	s. Gervasio, mr.
20	M	s. Silverio, p.
21	M	s. Luis Gonzaga
22	J	s. Paulino, ob.
23	V	s. Zenón, mr.
24	S	Nat. S. Juan B.
25	D	s. Guillermo, cfr.
26	L	s. Virgilio
27	M	s. Ladislao, rey
28	M	s. León II, p.
29	J	✠ s. Pedro y Pablo
30	V	s. Marcial


Corpus Christi



JULIO

CUENTO DE VERANO

LA SORDICA

Las cuatro de la tarde ya, y aún no se ha levantado un soplo de brisa. El calor solar, que agrieta la tierra, derrite y liquida á los negruzcos segadores encorvados sobre el mar de oro de la mies sazonada. Uno sobre todo, *Selmo*, que por primera vez se dedica á tan ruda faena, siéntese desfallecer; el sudor se enfría en sus sienes, y un vértigo paraliza su corazón.

¡Ay, si no fuese la vergüenza! ¡Qué dirán los compañeros si tira la hoz y se echa al surco!

Ya se han reído de él á carcajadas porque se abalanzó al botijón vacío, que los demás habían apurado.....

Maquinalmente, el brazo derecho de Anselmo baja y sube, reluce la hoz, aplomando mies, descubriendo la tierra negra y requemada, sobre la cual, al desaparecer el trigo que las amparaba, languidecen y se agostan aprisa las amapolas sangrientas y la manzanilla de acre perfume. La terca voluntad del segadorcillo mueve el brazo, pero un sufrimiento cada vez mayor hace doloroso el esfuerzo.

Se asfixia; lo que respira es fuego, lluvia de brasas que le calcina la boca y le retuesta los pulmones. ¿A que se deja caer? ¿A que rompe á llorar?

Tímidamente, á hurtadas, como el que comete un delito, se dirige al segador más próximo:

– ¿No trairán agua?, ¿tú, di, no trairán?

– ¡Suerte has tenío, borrego!, ahí viene justo con ella *la Sordica*...

Anselmo alza la cabeza, y á lo lejos, sobre un horizonte de un amarillo anaranjado, cegador, ve recortarse la figura airosa de la mozuela, portadora del odre cuya sola vista le refrigera el alma.

De la fuente de los Almendrucos es el agua cristalina que *la Sordica* trae, – agua más helada cuanto más ardorosa es la temperatura, sorbete que la naturaleza preparó allá en sus misteriosos laboratorios, para consolar al trabajador en los crueles días caniculares.

¡Si Anselmo no se contiene, al encuentro de la zagala saltaría á manera de corzo cuando ventea el manantial cercano!

Como si *la Sordica* adivinase dónde estaba el más sediento, el más ansioso de aquellos desheredados, recta venía hacia Anselmo, gallardamente enhiesta para sostener el odre mejor, y en la mano una cantarita de añadidura, una cantarita de barro salpicada de divinas gotas de humedad, que á la luz del sol relucían como sueltos brillantes...

Y llegándose al segador novicio, – leyendo en su cara amortecida la necesidad, – le tendió la cantarita, á la cual pegó Anselmo los labios con un suspiro violento, que parecía un sollozo.....

Al anochecer, cuando los enormes carros iban camino de las eras, cargados de gavillas, *Selmo* y *la Sordica* volvían juntos, por la senda que rodea el lugar; y el mozo decía á la zagala, muy cerca del oído, sin duda á causa del defectillo que declara el apodo:

– Ná, mujer, en la chola se me ha metío, y en el querer muy aentro..... Tú vas á ser mi novia... No me dés un esaire, borrega, que me gustas más que el agua de tu cantarita...

EMILIA PARDO BAZÁN

JULIO

1 S sta. Leonor, reina
2 D s. Urbano, mr.
3 L s. Heliodoro, ob.
4 M s. Laureano, arz.
5 M s. Miguel de los S.
6 J s. Isaías, prof.
7 V s. Fermín, mr.
8 S sta. Isabel, reina
9 D s. Cirilo, ob.
10 L s. Cristóbal, mr.
11 M s. Pío I, p. y mr.
12 M s. Juan de G.
13 J s. Anacleto, p.
14 V s. Buenaventura
15 S s. Camilo de L.
16 D N.ª S.ª del Carmen
17 L sta. Generosa, mr.
18 M sta. Sinforosa
19 M s. Vicente de Paúl
20 J s. Elías, prof.
21 V s. Daniel, prof.
22 S sta. M.ª Magdalena
23 D s. Apolinar, ob.
24 L sta. Cristina, vg.
25 M ✠ Santiago, ap.
26 M sta. Ana
27 J s Pantaleón, mr.
28 V s. Víctor, p. y mr.
29 S sta. Marta, vg.
30 D sta. Teodomira
31 L s. Ignacio de L.


MARIA E
MAGDALO



LA VIRGEN DE AGOSTO

Terminó en todas partes la siega, y el fruto de la espiga, convertido en el grano de oro que nos ha de dar el pan nuestro de cada día, está ya recogido.

El labrador puede reposar un momento enjugando el sudor que inunda su rostro tostado por el sol y curtido por el aire, y la tierra parece también que descansa como la madre que ha dado á luz el fruto de sus entrañas. Entonces llega una fiesta, la de la *Virgen*, que une á todos los espíritus religiosos en un mismo sentimiento.

Se celebra á mediados de Agosto, cuando la gente huye de las ciudades para buscar descanso y recreo en las playas, donde las olas del mar se deshacen en espuma, y en las montañas, donde se respiran los aires puros que llevan nueva vida á los fatigados pulmones.

Las flores que quedan en los campos se llevan á los altares donde se veneran bajo distintas advocaciones las imágenes de María, y los fieles prosternados ante ella recitan con más devoción que nunca la tierna salutación del Angel y rezan con más fervor la *salve* en que se pide su protección á la Reina de los cielos, Madre de los afligidos.

Las noches de Agosto, serenas como ninguna, en que luce espléndido el cielo estrellado, se prestan á la velada en torno del santuario, y sus días calurosos á la alegre expansión de la comida al aire libre, bajo las sombras de los árboles frondosos y con el murmullo de las aguas del río.

Y después de la comida se disfruta de la siesta en la arboleda, á la que sigue la danza, en que se toma parte con regocijo recordando las faenas de la siega y acariciando las esperanzas de la vendimia.

¡Virgen de Agosto que te alzas espléndida entre la espiga dorada y la vid de grano de ámbar ó rubí y hojas de esmeralda, bendita seas!

A tu fiesta van unidas gratísimas memorias que sirven de consuelo para soportar desdichas y para cobrar nuevos alientos, presentándose tu imagen venerada entre las espigas, que es el pan cotidiano que nos alimenta, y el racimo, que es el vino que nos anima.

KASABAL

AGOSTO

1	M	s. Félix, mártir
2	M	s. Esteban, p.
3	J	sta. Lidia
4	V	s. Domingo de G.
5	S	N. S. de las Nieves
6	D	TRANSFIGURACIÓN
7	L	s. Cayetano, fdr.
8	M	s. Ciriaco, mr.
9	M	s. Román, mr.
10	J	s. Lorenzo, mr.
11	V	sta. Filomena, mr.
12	S	sta. Clara, vg.
13	D	s. Hipólito, mr.
14	L	s. Eusebio, pbro.
15	M	ASUNCIÓN
16	M	s. Roque, cfr.
17	J	s. Librado, ab.
18	V	sta. Elena, emp.
19	S	s. Magín, mr.
20	D	S. Joaquín
21	L	sta. Francisca, vg.
22	M	s. Timoteo, mr.
23	M	s. Felipe, cfr.
24	J	s. Bartolomé, ap.
25	V	s. Luis, rey de F.
26	S	s. Ceferino, p.
27	D	s. José de Calasanz
28	L	s. Agustín, ob.
29	M	sta. Sabina, mr.
30	M	sta. Rosa de Lima
31	J	s. Ramón Nonnato





EFEMÉRIDES ESPAÑOLAS

29 de septiembre de 1868

REVOLUCIÓN ESPAÑOLA

Conocidas son las causas predisponentes y congénitas de este movimiento revolucionario. Iniciáronle un núcleo importante de generales, marinos y personajes políticos; elaboráronle lentamente merced á los caudales del duque de Montpensier, que aspiraba al trono de España, y á la ardiente propaganda de los periódicos de más circulación. El foco comenzó en Cádiz y Sevilla, y pronto se propagó á toda la península.

Hallábanse la reina doña Isabel II y la familia real en San Sebastián; era presidente del Consejo de ministros el marqués de la Habana; estaba desterrado el duque de Montpensier, y el general Prim esperaba á que estallase el movimiento en la frontera francesa.

Secundado el movimiento insurreccional por la escuadra surta en las aguas de Cádiz, al mando del entonces brigadier Topete, y sublevado el ejército de Andalucía por los generales Dulce é Izquierdo, destacóse el vapor mercante *Buenaventura*, al mando del capitán Lagier, en busca de los generales desterrados en Canarias, y estalló el movimiento revolucionario. Era éste inevitable: estaba en la conciencia de la mayoría del país. Así lo comprendieron aun los más adictos á la dinastía reinante, y por lo tanto poco ó nada hicieron para sostenerla, ni el general presidente del Consejo de ministros, ni el conde de Cheste que mandaba el ejército de Cataluña, ni nadie.

Hubo una batalla *pro formula*, y nada más. Avanzó el duque de la Torre hacia Castilla al frente del ejército revolucionario de Andalucía; salióle al encuentro el general marqués de Novaliches, mandando las tropas adictas á la reina, y se riñó la batalla del puente de Alcolea, de cuyas resultas toda la familia real tuvo que refugiarse en Francia en la mañana del 30 de septiembre, dejando á la revolución triunfante en todo el país.

Algunos han clasificado esta convulsión política con el nombre de paréntesis de la historia de España, puesto que volvió á erguirse lo que se había derribado; pero en suma la revolución de Septiembre, como todas, ha marcado huellas indelebles, probando, á pesar de generosas utopías, que la humanidad estará siempre expuesta á semejantes cataclismos; que toda regeneración tiene que estar regada con sangre, y que por ley fatal, como ha dicho Nicomedes Pastor Díaz, *la paz eterna y á toda costa, sería la barbarie á toda prisa.*

F. Moreno Godino

SEPTIEMBRE



1	V	s. Gil, abad
2	S	s. Antolín, mr.
3	D	s. Nonito, ob.
4	L	sta. Rosa de V.
5	M	s. Lorenzo, ob.
6	M	s. Petronio, ob.
7	J	sta. Regina, vg.
8	V	Nat. de N.ª S.ª
9	S	s. Gregorio
10	D	D. N. de María
11	L	s. Jacinto, ob.
12	M	s. Eulogio, ob.
13	M	s. Felipe, mr.
14	J	s. General, mr.
15	V	s. Nicomedes, mr.
16	S	s. Cornelio, p.
17	D	Dol. G. de María
18	L	s. Tomás de V.
19	M	s. Jenaro, ob.
20	M	s. Eustaquio, mr.
21	J	s. Mateo, ap.
22	V	s. Mauricio, mr.
23	S	sta. Tecla, vg.
24	D	N.ª S.ª de la Merc.
25	L	sta. María de C.
26	M	s. Cipriano, mr.
27	M	s. Cosme, mr.
28	J	s. Wenceslao, mr.
29	V	s. Miguel Arc.
30	S	s. Jerónimo, dr.


la natividad de ntra sra
joaquin
maria



CUENTO DE OTOÑO

Comenzaba octubre, caíanse las hojas de los árboles, revoloteaban al caer y venían á besar los pies de mi señora la condesa, que estaba sola en el jardín de su palacio de Carabanchel...

Y á cada hoja que caía, la condesa contaba: diez, once, doce, trece...

Llegó corriendo á abrazarla su nieta, que tenía un ramo de dalias en la mano...

– Abuelita, las últimas dalias, ¡ya no hay más!

– Es el otoño, hija mía, el otoño: todo se acaba, todo se cae, y las hojas forman ya alfombra...

Y siguió contando: – catorce, quince, diez y seis...

– ¿Y por qué las cuentas?

– Porque decía mi madre, tu bisabuela, que cuando se llegan á contar ciento, se vive cien años.

– ¿Y para qué quieres vivir cien años?

– Porque espero á alguien que tardará mucho en venir.

La niña no comprendió lo que aquello quería decir, y se marchó corriendo hacia el fondo del jardín.

– Diez y seis, diez y siete, diez y ocho, decía la condesa, y las hojas mustias seguían cayendo al impulso del viento otoñal...

Desde la ventana próxima del piso bajo, le dijo el capellán, que estaba observándola:

– Señora condesa, ¿siempre buscando los cien años?

Sesenta tenía la respetable dama, y en sus tiempos de hermosura célebre se enamoró perdidamente de un buen mozo conocidísimo en los salones madrileños, hombre de honor, que no quiso comprometerla y se llevó, no se sabe dónde, al hijo que de aquellos amores fué criminal fruto...

Veinte años estuvo la condesa casada, y ni su marido ni el mundo supieron nada de aquella misteriosa aventura. La condesa tuvo hijos y nietos de su matrimonio, pero el recuerdo del hombre aquel y del hijo que se llevó no se borraba ni un instante de su mente. Sólo su capellán y confesor conocía el estado de su alma, y solía darle ánimo para luchar con aquellos recuerdos.

– ¡Quién sabe, decía la condesa, si alguna vez sabré de uno ó de otro! Por eso quiero vivir mucho, y por eso todos los otoños cuento las hojas..., porque mi madre me lo juró, que contando cien seguidas, se vive cien años...

– Pero ningún otoño hemos llegado á contarlas seguidas, porque los árboles ó el viento las van arrojando como quieren...

– Hoy he interrumpido mil veces la cuenta...

La niña volvió.

– Abuelita, á la puerta hay un pobre muy roto y muy andrajoso que pide que le den de comer.

– Dale dos cuartos, hija mía.

– ¡Si no los quiere! Dice que tiene hambre, que le den de comer.

– Acompáñale á la cocina y que coma.

La condesa era muy caritativa y los pobres lo sabían muy bien, y aquél mejor que ninguno sin duda.

Se marchó la nieta y la abuela cambió de sitio. Y al pie de un árbol esperó la primera hoja que cayese.

– Venga usted, le dijo el padre cura, y contaremos juntos.

Cayó una, cayeron dos, diez, treinta, cuarenta... Se había levantado viento fuerte y aquello era una lluvia de hojas... Y los dos viejos contaban á toda prisa, setenta .. ochenta... noventa... ciento.

– ¡Oh qué hermosura! ¡Viviré, viviré!..

– Pero cuidándose del aire de la noche en octubre, y ya anochece.

– Es verdad, ya es hora de comer...

Y la condesa iba á levantarse, cuando la niña vino corriendo y dijo:

– ¡Abuelita! El pobre se empeña en darte las gracias de rodillas antes de comer.

Le hicieron venir. Era un mendigo que dejaba adivinar en los andajos de que venía cubierto, ropa que habría sido de hombre de la clase media... Tendría de treinta á cuarenta años, pero las barbas las tenía ya casi blancas... Llegó apoyado en un palo y trayendo un saco á la espalda. Cayó de rodillas delante de la condesa y alargó una carta. La condesa leyó:

«Arruinados, perdidos, yo muero y él queda en el mundo para morir si no llega á tiempo de Chile á Madrid...

»Mujer, he ahí tu hijo.»

– ¡Poned un cubierto más!, gritó la condesa radiante de gozo.

Eusebio Blasco

OCTUBRE

1	D	N.ª S.ª Rosario
2	L	Angeles de la G.
3	M	s. Cándido, mr.
4	M	s. Francisco de A.
5	J	s. Atilano, ob.
6	V	s. Bruno, fdr.
7	S	s. Marcos, p.
8	D	N.ª S.ª Remedio
9	L	s. Dionisio, ob.
10	M	s. Francisco de B.
11	M	s. Nicasio, ob.
12	J	N.ª S.ª del Pilar
13	V	s. Eduardo, rey
14	S	s. Calixto, p.
15	D	sta. Teresa de J.
16	L	s. Galo.
17	M	sta. Eduvigis, duq.
18	M	s. Lucas, evang.
19	J	s. Pedro de A.
20	V	s. Juan Cancio
21	S	sta. Úrsula, mr.
22	D	sta. María, vda.
23	L	s. Pedro Pascual
24	M	s. Rafael Arcángel
25	M	s. Crispín, mr.
26	J	s. Evaristo, mr.
27	V	s. Vicente, mr.
28	S	s. Simón, apl.
29	D	s. Narciso, ob.
30	L	s. Claudio, mr.
31	M	s. Quintín, mr.



Je-sus
Cris-to
Sn. Lucas

NOVIEMBRE

NOVIEMBRE

1	M	Todos Santos
2	J	sta. Eustaquia, vg
3	V	s. Armengol, ob.
4	S	s. Carlos Borromeo.
5	D	s. Zacarías, prof.
6	L	s. Severo, ob.
7	M	s. Florencio, ob.
8	M	Los Cuatro mrs.
9	J	s. Teodoro, mr.
10	V	s. Andrés Av.
11	S	s. Martín, ob.
12	D	Patr. de N.ª S.ª
13	L	s. Homobono
14	M	s. Serapio, mr.
15	M	s. Eugenio, arzob.
16	J	s. Rufino, mr.
17	V	s. Gregorio, ob.
18	S	s. Máximo, ob.
19	D	sta. Isabel, reina
20	L	s. Félix de V.
21	M	s. Gelasio, p.
22	M	sta. Cecilia, vg.
23	J	s. Clemente, p.
24	V	s. Juan de la Cruz.
25	S	sta. Catalina, vg.
26	D	Desposorios
27	L	s. Facundo, mr.
28	M	s. Gregorio III, p.
29	M	s. Saturnino, mr.
30	J	s. Andrés, ap.



DÍA DE DIFUNTOS

Pasaron los días alegres del verano y las tardes apacibles del otoño; en los campos crece solitaria y triste la siempreviva y en los jardines se alza melancólica la crisantema, la flor de los colores tristes. El cielo está casi siempre cubierto de nubes y el tono gris se extiende con desesperante monotonía por el suelo, y todo convida á la meditación y á la tristeza, que nos hace volver la vista al cementerio.

Allí está el pasado: los restos de las personas queridas que perdimos, las tumbas donde duermen el sueño eterno nuestros padres y los sepulcros de los que habiendo emprendido con nosotros el viaje sucumbieron antes de llegar al término de la jornada.

Cuando se ha avanzado un poco en el camino de la vida y hay canas en la cabeza y desengaños y aflicciones en el corazón, se tienen más relaciones en el cementerio que en la ciudad, más en las sepulturas que en las casas.

No es mucho dedicar un día al año á recordar más especialmente á los difuntos encendiendo luces en sus tumbas y adornándolas con las flores cariñosas del recuerdo. El culto á los muertos es un culto muy cristiano y muy racional, porque con él va envuelto el homenaje á los que fueron y el recuerdo de lo deleznable que es la vida.

Al fin y al cabo, al cementerio hemos de ir todos á parar. Por un singular contraste, al lado de las fiestas religiosas del día de Difuntos se presenta la fiesta profana en que se hace romería de la visita á los cementerios y se consagra á diversiones y comilonas la noche en que doblan fúnebremente las campanas.

Sin buñuelos de viento, castañas asadas, puches y buen vino no es completo en España un día de Difuntos, que necesita por la noche la representación de *Don Juan Tenorio* con su aditamento de baile y de holgorio.

En la vida van siempre unidas las risas y las lágrimas, las alegrías y las penas; y símbolo de esa condición de la existencia son los responsos que se entonan por los muertos *el día de Difuntos* y los cantares con que en el mismo día procuran olvidar y alegrarse los vivos, sentados en torno de bien provista mesa.

Kasabal


LOS DESPOSORIOS DE NTRA SRA



EFEMÉRIDES ESPAÑOLAS

24 de diciembre de 1836

BATALLA DE LUCHANA

Entre los muchos sucesos ocurridos en el mes de diciembre, ninguno nos ha parecido tan digno de ser conmemorado como la batalla de Luchana, ocurrida en la noche del 24 de dicho mes del año 1836. En aquel combate memorable, en que el ejército liberal y su caudillo el general Espartero se cubrieron de gloria, no se puede decir que se decidió la suerte de la guerra civil, que aún duró tres años, pero sí que la causa del absolutismo demostró su impotencia para triunfar definitivamente, á pesar del esfuerzo de sus valerosos soldados y de sus distinguidos generales.

Los carlistas sitiaban á Bilbao y los liberales trataban de hacer levantar el sitio, no porque la invicta villa tuviese ni poca ni mucha importancia estratégica, sino porque los parciales del Pretendiente perseguían el efecto moral de apoderarse de población tan rica y tenían la promesa de obtener un empréstito en el extranjero, si se hacían dueños de ella. Estas eran las principales razones que tenían los cristinos para tratar de librarla á toda costa.

En la noche del 24, en que los dos ejércitos habían celebrado la fiesta de Nochebuena con la alegría propia de los soldados españoles á quienes no abaten las privaciones ni el peligro, Espartero estaba enfermo en cama, sufriendo un grave ataque de orina, cuando su jefe de Estado mayor D. Marcelino Oraa recibió aviso de un teniente de marina, llamado D. Francisco Armero, que andando el tiempo murió de general, diciendo que le parecía posible tomar el puente de Luchana.

Oraa aceptó el consejo, y tomando bajo su responsabilidad el ataque, lanzó al puente algunas compañías que lo pasaron á la bayoneta, apoyadas por el cañón de la escampavía que mandaba Armero.

Avisado Espartero, montó á caballo dominando sus dolores, se puso á la cabeza de los batallones de la Guardia Real y convirtió en batalla lo que había comenzado por un choque de avanzadas.

A poco de amanecer, las alturas de Banderas estaban en poder de los liberales y todo el ejército carlista se batía en retirada.

A pesar de que en aquella noche memorable nevaba furiosamente, la penuria del Tesoro era tan grande que los pobres soldados de Espartero, á falta de ropa de invierno, peleaban con pantalón blanco.

E. Zamora Caballero.

DICIEMBRE

1	V	s. Eloy, obispo
2	S	sta. Bibiana, vg.
3	D	s. Francisco J.
4	L	sta. Bárbara, vg.
5	M	s. Sabas, ab.
6	M	s. Nicolás de B.
7	J	s. Ambrosio, ob.
8	V	Concepción.
9	S	sta. Leocadia
10	D	sta. Eulalia de M.
11	L	s. Dámaso, p.
12	M	sta. Dionisia, vg.
13	M	sta. Lucía, vg.
14	J	s. Espiridión, ob.
15	V	s. Eusebio, ob.
16	S	s. Valentín
17	D	s. Lázaro, ob.
18	L	N.ª S.ª de la O
19	M	s. Nemesio, mr.
20	M	sto. Domingo de S.
21	J	sto. Tomás, apl.
22	V	s. Zenón, mr.
23	S	sta. Victoria, vg.
24	D	s. Delfín, ob.
25	L	Natividad.
26	M	s. Esteban, mr.
27	M	s. Juan, ap.
28	J	Los Inocentes.
29	V	sto. Tomás C.
30	S	s. Sabino
31	D	s. Silvestre, p.


GLORIA A DIOS EN LAS
ALTURAS PAZ EN LA
TIERRA A LOS
HOMBRES DE
BUENA VOLUNTAD



La Ilustracion Artística

Año XVIII — Barcelona 9 de enero de 1899 — Núm. 889



Alegoría de la festividad de los Santos Reyes,

dibujo de G. Bacarisas

ADVERTENCIA

PENSAMIENTOS Y RECUERDOS

DE OTON, PRÍNCIPE DE BISMARCK

Se ha puesto á la venta la edición española de esta obra, acerca de cuya importancia sólo hemos de decir que toda ella ha sido escrita y varias veces revisada por el propio príncipe de Bismarck. Nuestra casa editorial ha adquirido el derecho exclusivo de la traducción española de este libro excepcionalmente interesante y esperado con verdadera impaciencia, que se ha publicado simultáneamente con la edición original alemana.

Llamamos la atención de nuestros suscriptores y del público en general sobre los dos puntos siguientes: 1.º, que estos «Pensamientos y recuerdos» son las verdaderas memorias de Bismarck, con las cuales no debe confundirse otro libro de título análogo, cuya edición francesa se ha puesto á la venta y que nada tiene que ver con el que anunciamos, escrito y revisado, según queda dicho, por el mismo príncipe; 2.º, que la edición publicada por nosotros es la más económica de cuantas se publiquen, puesto que la alemana costará 20 marcos, la francesa 20 francos y la italiana 20 liras, y la española sólo 15 pesetas los dos tomos esmeradamente encuadernados.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

ARTÍCULO... EX COLONIAL

Es natural que os hable de cosas de poca monta, pero no quisiera que dijeseis que también de poca substancia: y el chocolate es de las más substanciosas que así al pronto se me ocurren. Además, el chocolate, en las actuales circunstancias, no carece de alta simbólica. En él están cifradas nuestras glorias y nuestras desventuras. Cuando ganamos á América, revelamos al mundo el chocolate; cuando la perdimos definitivamente, lo primero que notamos en la esfera de la economía doméstica, es que el cacao se ha puesto por las nubes... El chocolate fué nuestro vellocino de oro. Al invadirnos el te (el te, sajón más que chino), podemos dar por consumada nuestra humillación y nuestra anulación ante la historia futura.

Cuando se ufanaban con el chocolate nuestras mesas, nuestra bandera flotaba al aire tan orgullosa, tan respetada, tan gaya de color. – Eran los tiempos del jubón, del coleto, de la valona, de las espadas de taza, de los chambergos con cintillo de pedrería; eran después los del tontillo, de la casaca, del espadín de acero, del calzón corto, de la media de seda que dibuja la pierna torneada y nerviosa. – Eran los tiempos en que el grave jerónimo, el docto benedictino, el capuchino de luenga barba, concurrían á la merienda ó refacción familiar de las casas ilustres, y los criados, á las cinco en punto, entraban las salvillas, las bandejas, las mancerinas cargadas de bizcochos, de tortas, de polvorones, de tazones chinescos ó jícaras de plata rebosando hirviente soconusco, cuyo aroma sería capaz de resucitar á un muerto – á un muerto español, naturalmente. – La deliciosa bebida era el tema de aquellas colaciones clásicas, pero tema tan enriquecido con variaciones golosas y aun artísticas, que él solo formaba un aspecto peculiar, acaso el más sibarítico, de nuestro vivir. Para el chocolate trabajaban los alfares de Talavera y Alcora, modelando y pintando esas mancerinas de graciosa forma salpicadas de menudas florecillas, que hoy buscan los coleccionistas con interés. Para el chocolate se labraba la plata de Méjico, relevando en ella rosas de resalte y festones y astrágalos que contorneaban la maciza salvilla trípode. Para el chocolate se grababan en la Granja los cristales transparentes como el mismo aire. Colmados de la rica agua de fuente, se disolvía en ellos el perfumado azucarillo, cuyos remansos de espuma apartaba la cucharilla desdeñosa, antes de que la bebida llegase á los labios. Había inteligentes que preferían, para el chocolate, el agua sin ningún aditamento; el agua clara, pura y tan fría, que helaba por fuera el vaso. Aquellas generaciones que desconocían el alcohol amílico – generaciones de bebedores de agua y de añejo moro, sin bautizo, – fueron las que glorificaron nuestra historia. Desde que ha venido el te á encalabrinarnos los nervios, acabáronse los Churrucas y no queda un Alvarez de Castro ni para señal.

* * *

Al chocolate, en vez de indigestas pastas é insípidas galleticas, le acompañaban conservas en caja, de esas que todavía se elaboran en los conventos, y dulces de almíbar, caseros y de un sabor inolvidable. La brillante pasta de membrillo, la compleja *tropezada*, la perada, el limoncillo amargo, la melosa guinda, el translúcido espejuelo, el rubio cabello de ángel, el melocotón dorado, se lucían en tacitas de cristal con asa ó en platillos de loza, al presente guardados en las vitrinas. Había quien, menos espiritual, reforzaba el chocolate con magras de jamón granadino, ó lo glosaba con un par de huevos estrellados. Lo indudable es que el chocolate nunca se tomó desparramándose la gente jícara en mano, ni al vuelo, de pie y como en viaje, al modo que se toma el te; el chocolate siempre se gozó *á pulso*, con solemne mesura; el chocolate exige sentarse, y mejor si es en un gran sillón de los llamados *fraileros*, con su cordobán, sus clavos de asterisco, sus brazos anchos y su profundo asiento. He visto uno de éstos que tenía delante una especie de avance ó mesilla de quitaipón, donde á voluntad se fijaba la mancerina del chocolate ó el atril del libro. ¡Qué descansada vida la del que así reparó y atendió á las necesidades del cuerpo y del alma, al sosiego del venerable chocolate y al deleite de la tranquila lectura! Con una almohada tras de la nuca para la siesta y un rosario al cinto para la oración, ¿qué más necesitaba el dueño del sillón antiguo, que de cierto ni sentía nostalgias, ni padecía neurastenia, ni recibía periódicos, ni pertenecía á ningún comité, ni salía á aguas en el verano?

*

Yo me represento cómo pasaba las horas, cómo entretenía el tiempo el poseedor del sillón. Madrugador, de fijo; pero no cazador, que sería opuesto al regalado *farniente* en que se saborea el caracas ó el macaraibo. Quien caza, se desayuna con rústicas migas, y no gobiernan sus días mantequillas y pan tierno, que dijo el regocijado poeta. El del sillón madrugaba para oir su misita en la parroquia, y volverse á la cama á esperar que Febo tendiese su cabellera de rayos – ardid de devoto para edificar á los vecinos y no estropear la salud. – A las once echaría un paseíto hasta la Carrera de San Jerónimo, á ver qué se dice de noticias, qué traen el *Mercurio* y la *Gaceta*. Ya no se hablaba entonces del formidable turco, y claro es que no se mentaba aún al advenedizo yanki, que estaba ocupado en erigir chozas donde hoy se yerguen metrópolis inmensas; pero salían á relucir el ambicioso inglés, el entrometido francés, el industrioso holandés, y á veces – como quien trata de habitantes de otro planeta, – el moscovita, el chino y el polaco. Estos eran á la sazón figurones de comedia trágica; con unas varas de velludo y unas tiras de piel de conejo, ó con una colcha de Manila, los actores que desempeñaban papeles del teatro de Comella los caracterizaban que no había más que pedir.

Volvía el del sillón á su morada, y á las doce y media ó á la una despachaba la suculenta comida y á dormitar en el precioso mueble, mientras el lucio Micifuz se acurrucaba junto al brasero, sobre la mullida zalea, y allá en otra estancia, la sobrinilla ó la joven esposa hacía sonar dulce y apagada melodía en el clave. A las cuatro, la bandeja del chocolate venía á buscar su sitio en el avance del sillón; el mortal feliz rechazaba el atril, dejaba en él el último tomo de las *Cartas Eruditas* de Feijóo ó el *Antitheatro* de Salvador Josef Mañer, y majestuosamente, *á pulso*, con lenta fruición voluptuosa, sepultaba el bizcocho de canela en el pocillo, lo desbarbaba y escurría en el borde, y lo alzaba después hasta la boca, sintiendo el vigor y el aroma de la americana bebida, antes que en el paladar, en el cerebro – porque el chocolate es un corroborativo cerebral, más aún que el café...

* * *

No se apresuren los fabricantes de chocolate á darme las gracias por la apología. Encomio, no el chocolate que por ahí se vende, sino el que tomaba el dueño del sillón. Es este de ahora una dulzona plasta; era aquél un vigoroso compuesto, «macho, aromático y potente.» Fabrícase éste con más harina que cacao, y mucho azúcar que tape las faltas; lo muele la máquina inerte y lo presenta la industria en relucientes libritas de muy buen ver, análogas á bombones *glacés* de Francia; aromatízalo con vainilla, envuélvelo en plateada camisa, recórtalo con regularidad y delicadeza..., y cuando sale de la chocolatera en humeante chorro, es una especie de engrudo color de barro cocido, un puré, que pesa en el estómago y enloda las encías, igual que una cucharada de puches. No entraba en el otro, en el chocolate de nuestros bisabuelos, más que la legítima haba de Marañón ó Guayaquil, trabajada por el brazo forzudo que incorporaba el grano al grano en mantecosa pasta; y si algún azúcar y unas raspas de canela ó de jengibre le comunicaban algo de *sainete*, era todo lo que se consentía de añadido, y aun los ortodoxos lo miraban con disgusto. Unas señoras americanas muy distinguidas me regalaron un chocolate que, á la vista, parecía grosero trozo de piedra negruzca. Lo habían elaborado exactamente como lo elaboraban los aztecas antes de conocer á Hernán Cortés. No he probado nunca cosa más rica. Y es que el chocolate no quiere adornos ni perfeccionamientos; sazonarlo es como pintar con carmín la rosa, ó echar almíbar en el melón de Valencia.

* * *

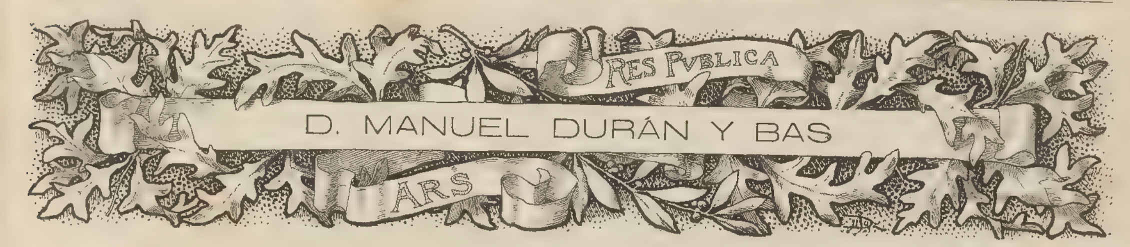
He aquí por qué no se ha podido restaurar el chocolate. Se aspira á ello; se intenta, en la buena sociedad, sustituir el te, tan cursi, tan burgués, tan resobado, con el chocolate, mucho más noble; pero se tropieza siempre con el inconveniente de que se paga chocolate y se compra fécula. Detrás del te y el chocolate hay una cuestión social: no se restaura una bebida sin restaurar un mundo, sin restaurar una época, sin restaurar una nación. Nuestro menguado sino nos condena á te y pastas..., porque nos conduce á imitar, á perder lo que fué bueno de nuestro pasado, sin encontrar ni instituir lo que es óptimo en el presente de otros pueblos.

Yo creo que en España no se puede hacer cosa al derecho colectivamente; aquí sólo el individuo se afirma con cierta energía, y sólo esfuerzos aislados logran algún feliz suceso. No pierdo de vista el chocolate en esta digresión: al contrario. A pesar de los tiempos malos y de las adulteraciones del que llamó Linneo *manjar de los dioses*, el que desee disfrutarlo en su pureza no tiene más que llamar al chocolatero, que venga con su tostador, su cilindro, su rodillo, sus moldes, y dirigirle la composición, con aquella inteligencia y esmero que el caso requiere. Sólo el perfume que despide la pasta alimenta y conforta más que una libra de ese antipático chocolate bonito de los escaparates, que haría sonreir de desdén á Moctezuma. No es digno de tomar chocolate el que no lo hace en casa, á estilo del tiempo de Carlos IV, y no encarga al maestro que, al terminar la tarea, no deje de modelar con las sobras un par de conchitas del Apóstol, un figurón narigudo, una flor ó una rosca...

No, el chocolate no se prestará nunca á los *buffets* de las actuales reuniones, donde los hombres se agolpan quitando el sitio á las damas, y donde se pide en voz alta lo que se desea, ni más ni menos que en un *bar* ó en un baile público. El chocolate nació para ser ofrecido con reverencia á la señora por el caballero de empolvada peluca, y para que ella lo tomase sin descomponerse, pulcramente. No consiente el chocolate prisas, ni descomedimientos, ni empujones, ni excesiva libertad de maneras. Es un cortesano, es un señor el chocolate. Bebida de emperadores, de prelados, de pontífices, de reyes, de bellezas calzadas de rosa, con tacón alto y girándulas de diamantes, exige para enfriar aire de abanico de marfil con pinturas Watteau, para limpiarse servilleta blanquísima, para entremés pulidos versos moratinianos...

Es una elegancia más que desaparece, y un artículo más de que se ha apoderado la industria, poniéndolo en manos de todos, pero en tal estado que no lo conocerá la madre que lo parió, justificando la donosa y colérica exclamación del huésped barato, que al remojar un mendrugo en polvo de teja disuelto con agua, gruñe: «A cualquier cosa llaman chocolate las patronas...»

EMILIA PARDO BAZÁN



D. MANUEL DURÁN Y BAS

Para los catalanes es Durán y Bas á secas, porque el respeto y el cariño suprimen el don, el excelentísimo y todo lo externo para manifestarse sin perder nada de su intensidad. Durante cincuenta años la juventud se ha ido sucediendo en su aula para oirle explicar con igual dominio de la materia, precisión y claridad: Economía política, Geografía mercantil, Derecho político y administrativo y Derecho romano y civil, hasta 1862, en que, después de reñidas oposiciones, ganó la cátedra de elementos de Derecho mercantil y penal de la Universidad de Barcelona, para la que fué propuesto por unanimidad.

Los estudiantes penetran por primera vez en su aula emocionados, porque van á hallarse delante de Durán y Bas, del profesor que ya en vida tiene algo de legendario; fijan con curiosidad sus miradas en aquel hombre de mediana estatura, facciones pronunciadas, bigote poblado y esperan con impaciencia que hable, deseosos de oir la palabra que vibra hace medio siglo en la Universidad. La actitud reposada del catedrático, propia de quien tiene el perfecto dominio de la materia, de sí mismo y de los alumnos; la explicación que desde el primer momento eleva á las regiones de la ciencia, llegando á las grandes síntesis por medio de un minucioso análisis hecho con claridad para que nada escape á aquellas inteligencias juveniles; la frase concisa, amoldada al concepto que brota de sus labios sin vacilaciones ni intermitencias, acaban por fascinar á los escolares, y cuando el bedel abre la puerta del aula y dice: «Señor doctor, es la hora,» se sienten contrariados por haber terminado la lección. Respetuosamente se ponen de pie, sin moverse de sus puestos, y siguen con la mirada cuando sale á aquel catedrático, que también lo fué de sus padres y de sus abuelos.

Todos los que han pasado por la Universidad han sido discípulos suyos, y aunque después hayan sido sus compañeros en el claustro, en Academias, en el Senado ó en el Congreso, nunca se han considerado sus iguales, porque Durán y Bas es el maestro, título que conservará siempre, no porque él lo imponga, sino porque se consideran honra dos quienes se lo dan. Hasta en los debates parlamentarios, en los que la pasión, el interés de partido y las preocupaciones de escuela prescinden con frecuencia de la consideración debida á la persona para aplastar al adversario, si el que contiende con el Sr. Durán y Bas ha sido alumno suyo, halla el catedrático en la palabra de su contrincante acentos respetuosos, porque quien le ha tenido por maestro, nunca lo olvida.

D. Manuel nació en Barcelona el 29 de noviembre de 1823. En su familia se ejercía por tradición la Medicina, y si él la rompió dedicándose á la cátedra y al foro, la ha reanudado su hijo D. Manuel Durán y Ventosa. Su padre, D. Raimundo, fué médico honorario de la Real Cámara y uno de los siete que asistieron á Fernando VII en la grave enfermedad que en 1832 padeció en San Ildefonso. Una lámina de la época representa el trance en que se halló el monarca, rodeado de sus médicos, y entre ellos está el padre de Durán y Bas, resultando el dibujo muy parecido al original.

A los veintinueve años fué nombrado secretario del Ayuntamiento de Barcelona, en el que le sorprendió el alzamiento de Vicálvaro, y aunque las ideas políticas dominantes durante el bienio fuesen opuestas á las suyas y deseara abandonar el cargo, se abstuvo de dimitir porque el cólera azotaba terriblemente á la ciudad. Al dejar la secretaría quiso oponer á las utopías del bienio los principios permanentes del Estado y de la sociedad, y publicó en el *Diario de Barcelona* una serie de artículos que desde entonces constituyen, sin modificación, el programa político del decano de los periódicos españoles. Estos artículos, reunidos en un tomo, sirvieron de texto de la asignatura de Derecho político y económico.

La labor realizada por Durán y Bas es la de un benedictino, y sólo metodizando sus tareas, única manera de trabajar mucho y bien, ha logrado escribir tanto sin abandonar la cátedra y ganando uno de los primeros lugares en el foro español. La enumeración de sus obras es interminable, y si se tiene en cuenta que ninguna de ellas está escrita á la ligera, que todas han exigido estudio previo y que los asuntos están tratados con tanto dominio de la materia como elevación de miras, admira lo que Durán y Bas ha estudiado, ha pensado y ha expuesto. En todo es maestro, pero donde más brilla es en las ciencias sociales, y en particular en la del Derecho. Ha publicado libros sobre la familia y su misión en nuestro siglo; el individualismo, la educación de la mujer; sobre la teoría del derecho en «La ciencia nueva de Vico;» el Derecho en el siglo XIX; las instituciones de Derecho civil en Cataluña; la escuela jurídica catalana; valor histórico de nuestro derecho foral; el Derecho en las instituciones penales; sobre la doctrina moral de Santo Tomás; el socialismo contemporáneo; filosofía de las leyes desde el punto de vista cristiano; sobre San Raimundo de Penafort. Y aún ha escrito mucho más; y á pesar de sus setenta y cinco años cumplidos, sólo se permite decir de vez en cuando que tiene derecho al descanso y que se retirará de la política y de la cátedra y del foro para pasar en dulce y bien ganado reposo los últimos años de su vida; pero apenas anunciado el propósito, vuelve á resonar en sus oídos el *laboremus*, y trabaja como si nada hubiese hecho. Las desgracias de la patria le han herido y el puñal ha penetrado hasta lo más hondo de su pecho; pero en vez de doblar la cabeza y darse por vencido, la ha erguido y ha hallado en su fe de cristiano y en su alma de patriota esperanzas en un porvenir mejor, que ha expresado con viril elocuencia en dos escritos, uno la carta á su amigo D. Juan Mañé y Flaquer, publicada en el *Diario de Barcelona,* y el otro inserto en un periódico de Madrid, escritos reproducidos y comentados por toda la prensa. ¡Qué lástima que España no cuente con unos cuantos hombres de una sola pieza, con fuego en el corazón y madurez de criterio, como esos dos setentones que se llaman Mañé y Flaquer y Durán y Bas, más jóvenes, á pesar de sus canas, que esa generación de la bicicleta y del modernismo, que se llama decadente y lo es en realidad!

D. Manuel Durán y Bas (fotografía de A. y E. Fernández dit Napoleón)

El estilo de Durán y Bas siempre es didáctico y además conciso, porque gusta de que cada frase exprese un concepto. Su oratoria es la del pensador, que se sirve de la palabra para emitir ideas, no para lanzar párrafos hinchados como pompas de jabón. Cuando se levanta en el Senado no es para consumir un turno sin decir nada, sino para dilucidar una cuestión: habla para demostrar, no por hablar. Sin descuidar la forma la sujeta con inflexibilidad al fondo; y como las materias en que se ocupa siempre tienen la gravedad de las altas cuestiones morales, sociales, políticas ó económicas, se distingue su oratoria por aquella gravedad propia de los hombres pensadores que, en vez de diluir, condensan, porque no se proponen deslumbrar acudiendo al chisporroteo de imágenes y á la abundosa fraseología, sino convencer por medio de la lógica.

En su larga vida parlamentaria ha estado siempre al servicio de la patria y de su querida Cataluña, sin que jamás haya habido en su actitud esas alternativas que caracterizan á los políticos, que flaquean cuando se hallan en pugna con los intereses de partido; pues si Durán y Bas ha pertenecido siempre al conservador, ha sido á condición de impugnar aquello que creyese contrario al bien público ó que repugnara á sus convicciones. Comprende que la disciplina es condición tan necesaria en la vida social como en la de los partidos, pero no hasta el extremo de sacrificarle el propio criterio en cuestiones trascendentales; y cuando las económicas se han planteado, ha sostenido en el Parlamento la doctrina proteccionista con su palabra y con su voto.

Durán y Bas ha entrado de lleno en aquella política que significa arte de gobernar, pero no en la que es arte de ganar y conservar el poder. Para la primera tiene todas las condiciones, para la segunda ninguna; y como ésta es la que ha hecho los ministros, Durán y Bas no lo ha sido; pero á pesar de ella es senador vitalicio.

Cuando desempeña algún cargo, en vez de limitarse al estricto cumplimiento de las obligaciones que impone, halla siempre la manera de hacer algo bueno, porque es hombre de iniciativas y de voluntad para realizarlas, como lo ha demostrado en el rectorado de la Universidad de Barcelona. Los alumnos se consideran honrados con tener tal rector, como los abogados con tenerle por compañero después de haberlo tenido por catedrático. Al cumplir el quincuagésimo aniversario de su ingreso en el foro, conmemoraron el acontecimiento acuñando una preciosa medalla de oro con su retrato, tributo pagado por el cariño y por el respeto al maestro. Este respeto es general, particularmente en Cataluña, donde nadie se atrevería á discutirle: es Durán y Bas, y con nombrarle basta.

Al brillo de las exterioridades ha preferido siempre el dulce calor de la familia. Si se le preguntase cuál de sus títulos es el que más prefiere, contestaría sin vacilar: «El de abuelo.»

Cuando le rodean sus hijos y sus nietos, olvida en absoluto lo que es en el mundo, porque sólo se acuerda de lo que es en su familia.

TEODORO BARÓ

LOS JUGUETES

Lo declaro con franqueza, las historias de desventuras infantiles me conmueven de manera extraordinaria.

Acaso no falten quienes crean que alardeo de sentimentalismo, pero no es así. La niñez desamparada tiene cruel tristeza que inspira íntima ternura, y revela en el niño que llora y sufre la expresión del desvío, que tan conspicuo puesto ocupa en la sociedad, ser inocente que considero como nave en lucha contra el embate de las olas imponentes.

¿Qué mucho consagrar un recuerdo á uno de tantos episodios que, al través de su desarrollo, ofrece una filosofía palpitante de verdad?

Leed, pues, y me daréis la razón; porque de seguro, sin advertir sombra de romanticismo en mi relato sobrio, copiado de la vida real, de esa vida despojada de oropeles, hallaréis próvida enseñanza.

* * *

El pequeñuelo, desamparado, había oído contar esas relaciones de la noche de Reyes y de los dones que estos personajes bíblicos distribuyen bondadosos á los niños que la víspera de aquel día colocan sus zapatos en la ventana ó en el balcón.

Es cosa extraña, ¡claro que sí!, mas el pequeñuelo empezaba la carrera de la vida, y por primera vez le referían el caso maravilloso.



Tristes presentimientos, cuadro de Francisco Ejsmond

Pero ¡ay!, su madre era pobre, muy pobre, y la criatura de dorados cabellos, de labios rojos y sonrisa melancólica, no entendía en achaques de dinero, ni galas, ni ostentación.

Subsistía con su infeliz madre, viuda, y apenas gustaba el placer de miserable comida.

Otros seres gozaban. Él carecía de todo; y aunque le faltaba el discernimiento, consecuencia de la edad, para comparar y hacer deducciones, suspiraba por algo desconocido que no estaba á su alcance.

Llegó la víspera de los Santos Reyes, y tendido en miserable jergón, presa de rudísima fiebre, tuvo un instante de energía cuando repicaban las campanas de los templos, y dijo á su triste madre sin consuelo:

– Madre, pon mis zapatos en la ventana para que los Reyes los llenen de juguetes y dulces.

La madre se estremeció. Las lágrimas rodaron por sus mejillas escuálidas; pero reprimiendo súbito su honda amargura, sonrió al enfermito y respondióle con profunda convicción:

– Descuida, ángel mío; los colocaré en la ventana, y verás cuántos dulces te regalan los Reyes.

– ¿De verdad, madre?

– No lo dudes.

– ¿Y me pondré bueno?

– Sí, sí; la Virgen lo querrá.

– ¿Y me divertiré mucho con mis juguetes?

– Como que te darán la salud.

– Yo quiero una caja de soldados; y los mandaré y me obedecerán.

– Cierto que sí.

– Los pondré en fila en la cama. ¡Qué cosa más linda!.. Vengan, vengan pronto.

Y el niño se animaba, en tanto la fiebre teñía de color carmín sus mejillas.

– Juguetes..., soldados... (murmuraba la mujer). ¿De qué manera adquirirlos? Y sin embargo, me parece que le devolverían la salud. ¡Puede tanto la influencia moral!

– ¡Anda, madre!, repuso el enfermo. ¡Anda, y no tardes! Deseo que mis zapatos estén llenos mañana. Me levantaré temprano; abriré la ventana y...

– Calla, calla, que te fatigas.

– Pero si no los traes...

– Espera un poco; voy á buscarlos.

– Dame un beso.

– ¡Millones de besos, tesoro mío!

* * *

¿Comprendéis ahora la razón de mis anteriores observaciones?

De seguro. Penetraos de la situación, y ella os dirá, con la elocuencia del amor sublime, la grandeza inefable de la escena infantil.

La madre desvalida oró luego; suplicó á una vecina que cuidase del niño y salió á la calle.

¿Adónde iba? A la ventura, á lo desconocido; mas la fe no vacila ni se acobarda. La fe repite la frase de Jesucristo *surge et ambula*, levántate y anda; y este es su triunfo.

Y con efecto, levantóse la madre, y firme en su propósito de colmar el inocente empeño de su hijo, se decidió á arrostrar sonrojos y humillaciones, á condición de vencer en su empresa.

¿Qué importa el desvío cuando sirve de acicate á nuestros actos un generoso pensamiento?

El egoísmo desconoce la virtud de la abnegación; y sin embargo, ésta existe y compensa, merced á la alteza de sus prestigios, las expresiones de la indiferencia y los alardes de la desconfianza.

* * *

¡Qué noche! Noche de enero, sombría y de temperatura glacial, como la buhardilla donde agonizaba el niño.

¡Cuántas imprudentes frases oyó! ¡Cuántas veces el sarcasmo implacable rechazó las súplicas de aquella mártir!

– ¡Una limosna!, hablaba con rubor.

Y la respuesta era casi siempre desconsoladora.

Los menos implacables se limitaban á un inconsciente *Perdone, hermana;* pero los de corazón duro, los que lejos de ahondar el fondo de las cosas limitan su juicio á la impresión primera, replicaban:

– Trabaje la holgazana.

Entonces, ella se erguía y protestaba con dignidad.

De nada le servía su proceder ingenuo; la sociedad atiende por lo común á las apariencias, y de aquí las injusticias y los errores.

La infeliz contemplaba atónita el desfile de indiferentes, y sobre todo contemplaba en los abismos de su corazón la marcha del tiempo, que arrebata las ilusiones y la vida á su hijo adorado, y discurría aterrada:

¡Qué cruel es el mundo! ¿No conocen estas gentes en mi semblante y en mis lágrimas algo que me ahoga, algo que me martiriza?

Acertó á pasar á su lado un matrimonio joven, risueño, que llevaba porción de juguetes.

Su vista causó un deslumbramiento á la madre desgraciada.

Se acercó rápida, y pensando no más que en su hijo, casi gritó con energía:

– ¡Por piedad, denme ustedes uno de esos juguetes!

La feliz pareja se detuvo sorprendida y el marido la increpó diciendo:

– ¡Bribona! ¿Va usted á robarnos?

Ella enmudeció y quedó paralizada.

Acudió gente, formóse un corro, y temiendo un conflicto, huyó la mujer, aterrada, confusa y bajo la impresión del inicuo denuesto.

* * *

Al cabo, un puñado de céntimos fué la recompensa de su labor paciente.

Había vencido y daba por bien empleadas las horas que le brindaron insultos, desdenes y crueles desengaños.

El niño iba á extasiarse con los juguetes y daría gracias á los Reyes bondadosos.

¿Qué le importaba el frío? ¿Qué le importaba la ventisca brutal?

Compró los zapatos, que el enfermito no tenía; compró los juguetes, y volvió triunfante al desmantelado hogar donde padecía el ídolo de su existencia.

Anticipó el curso aceptado de los acontecimientos, en cuanto al viaje de los monarcas de Oriente, y exclamó orgullosa y llena de dulce esperanza:

– ¡Hijo mío! Los Reyes han venido. Mira lo que te regalan.

El niño, expirante, abrió los ojos; sonrióse con expresión angélica; aproximó entre sus manitas el presente conquistado á costa de cruel suplicio, y murió tranquilo.

Su madre lanzó un grito horrible.

– ¡Los Reyes han cumplido la voluntad de mi hijo..., pero se lo llevan.

Tales fueron sus palabras.

Y las campanas, entretanto, daban al viento regocijadas notas, remembranza de la conmemoración cristiana, ó quizá himno de gloria consagrado al alma pura del niño que subía al cielo.

AUGUSTO JEREZ PERCHET

LA NOCHE DE REYES DEL RICO

DIBUJO DE G. BACARISAS

Si después de leer el sentido artículo del Sr. Jerez Perchet que precede á estas líneas, nos fijamos en el bonito dibujo del Sr. Bacarisas que reproducimos en la página siguiente, no podremos menos de notar el contraste que ofrecen lo escrito por aquél y lo dibujado por éste. Uno y otro trabajo nos presentan un episodio de la noche de Reyes, pero ¡cuán distintos los sentimientos que cada uno despierta! Allí, un niño, tendido en miserable jergón, habla de los Magos, y en el delirio de la fiebre se recrea pensando en los juguetes con que éstos llenarán sus zapatitos, mientras su madre se lanza á la calle y entre desdenes de los unos é insultos de los otros logra reunir unos céntimos con los cuales compra los objetos que han de endulzar los últimos momentos de su adorado hijo. Aquí el niño descansa sobre mullido lecho, y en su tranquilo sueño se le aparecen los regios viajeros cubriendo su camita de juguetes y golosinas: su madre, sin más trabajo que visitar una de estas tiendas que constituyen el encanto de los niños, ha adquirido lo que ha de proporcionarle el más alegre despertar.

Allí la miseria, las penalidades, las lágrimas; aquí la riqueza, el bienestar, la risa; allí los modestos deseos de un niño que se muere, sólo á medias satisfechos á fuerza de sacrificios; aquí los más raros caprichos de un niño lleno de salud y de vida colmados sin esfuerzo alguno. Pero así es el mundo y así será probablemente mientras exista, lleno de desigualdades que sólo pueden aminorarse con la cristiana resignación de los unos y con el amor y la caridad cristianos de los otros, poniendo todos su pensamiento en esa otra vida en donde serán igualmente recompensados los que en éste sufrieron y los que con sus buenas obras mitigaron los sufrimientos ajenos.



LA NOCHE DE REYES DEL RICO, dibujo de G. Bacarisas



FRASES POPULARES (1)

¡IRRESISTIBLE COMO ADONIS!

De una parte la inconcebible fragilidad de Myrrha, princesa de Chipre, y su temprana muerte de otra, determinaron que el niño que dió á luz y llamó Adonis, naciera y se criase en los bosques.

La hermosura tan elogiada después de este zagal cautivó á Venus, que llorando el desvío de Apolo se había retirado á aquella pintoresca isla; mas como sus gracias no lograran interesar al selvático joven y la diosa tampoco se conformase con la indiferencia del unigénito del soberano Cyniras, acudió á la mediación de la ninfa Epidammia, *Maestra en las conquistas de almas*, quien, por cierto, desempeñó cumplidamente el delicado encargo.

Cuentan los poetas que los altísimos cedros del Líbano encubrieron no poco tiempo con su protectora sombra los amores de la venturosa pareja; pero el idilio fué bruscamente interrumpido por Marte, antiguo favorecido de Venus, el cual dios de la guerra, aprovechando un día que Adonis cazaba sin su amiga, apareciósele en forma de jabalí y con sus agudos colmillos le atravesó el corazón.

Voló Cefiro á participar la infausta nueva á la deidad, y ésta le siguió despavorida, suelto el cabello y desnudos los pies, conforme se encontraba en el lecho; mas llegó tarde, pues Adonis era ya cadáver.

Loca de dolor, la hija de Urano convirtió la herida de su amado en la flor conocida con el nombre de *Anémona roja;* y se tiene igualmente por indudable que las rosas, de nívea blancura en un principio, deben el color que ahora ostentan á la sangre que de los diminutos pies de aquella divinidad brotara cuando acompañada de Cefiro se dirigía veloz á defender su ídolo.

Si bien se construyó luego en el sitio de la catástrofe un suntuoso templo para reverenciar al malogrado chipriota, en el que se solemnizaba con llantos públicos el aniversario de su muerte, la desconsolada Venus imploró con las más vivas instancias del mayor de los dioses la resurrección del ser querido, merced muy extraordinaria que por fin obtuvo, limitada empero á seis meses del año, á causa de la tenaz resistencia de Proserpina, reina del Averno, que prendada asimismo del bello galán, se negaba á franquearle perdurablemente la salida de sus dominios.

LOPE BARRÓN

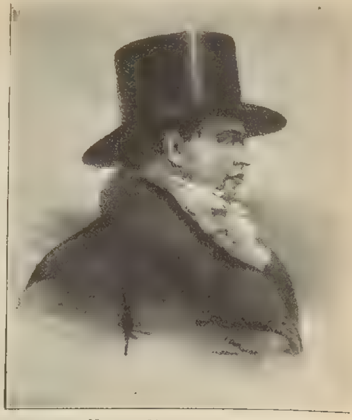
(1) Con este artículo comenzamos la serie de los que con el título general de «Frases Populares» ha escrito exclusivamente para LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA el Bibliotecario de Málaga y Corresponsal de la Asociación Arqueológica de Barcelona D. Lope Barrón. Estos artículos, que iremos publicando periódicamente, constituyen una nueva y curiosa edición de la obra del distinguido escritor dada á luz el año pasado y que ha merecido la sanción de la Academia de la Historia.

EL BARON FERNANDO DE ROTHSCHILD

El barón Fernando de Rothschild, que falleció en 17 de diciembre último en su casa señorial de Waddesdon (condado de Buckingham), pertenecía á la rama vienesa de la famosa familia de banqueros y era bisnieto de Meyer Amschel Rothschild, fundador de la misma; nieto de Nathan Meyer, que en 1798 estableció su casa de comercio en Londres, é hijo del barón Anselmo.

Nació el barón Fernando en París en 1839, y después de educarse en Viena, trasladóse en 1860 á la capital de Inglaterra, en donde se dedicó al cultivo de las bellas artes, por las cuales sintió siempre gran afición. En 1865 casóse con su prima Miss Evelina de Rothschild, hermana de Lord Rothschild, que falleció al año siguiente, y en memoria de la cual erigió su esposo el *Hospital Evelina* para niños. Como buen hidalgo rural, manifestó gran interés por la cría caballar, las carreras de caballos y la agricultura, y como coleccionista de obras de arte era infatigable buscador de joyas de valor inapreciable. Hace treinta años entró en la vida política, afiliándose al partido liberal y siendo elegido diputado por el distrito de Aylesbury, que ha representado hasta su muerte.

La casa señorial de Waddesdon fué creación del propio barón Fernando: el edificio en donde tantos tesoros artísticos se encierran es, á su vez, una hermosa obra de arte. Diez años hace, el sitio en donde hoy se levanta el magnífico palacio, una de cuyas fachadas reproducimos en esta página, era una colina inculta; el barón llamó á un arquitecto francés y en poco tiempo surgió, como por arte mágico, el grandioso castillo, construído al estilo del de Chambord y rodeado de frondosas plantaciones, en donde el barón solía dar suntuosas fiestas, á las cuales asistió alguna vez la misma reina Vitoria y con mucha asiduidad el príncipe de Gales, amigo íntimo de aquél. También el emperador Federico y el shah de Persia fueron huéspedes de aquella mansión, cuyos salones y biblioteca contienen innumerables cuadros de los más ilustres pintores, objetos de valor artístico é histórico inapreciable y libros raros que son verdaderas joyas bibliográficas.



NATHAN MEYER ROTHSCHILD, fundador de la casa inglesa de su nombre



CASA SEÑORIAL DE WADDESDON, PROPIEDAD DEL BARÓN FERNANDO DE ROTHSCHILD (de fotografía de Piggott)



EL BARÓN FERNANDO DE ROTHSCHILD, † en 17 de diciembre de 1898 (fotografía de Russell and Sons)



DE REGRESO

—¿Y qué tal el verano?

—En Madrid..., inaguantable: ¡qué calor!

—Pues en San Sebastián lo hemos pasado como en la gloria.

—¡Dichosas vosotras!

—Por mí no hubiéramos vuelto hasta octubre.

—A mí me molesta regresar antes de esa época. Hace calor en septiembre, y hasta me parece de mal gusto el regreso precipitado.

—Como que eso se queda para los que quieren y no pueden.

—Es verdad.

***

Los trenes llenos.

Regresan á Madrid las familias acomodadas que han veraneado.

¡Cuántos coches en la estación!

¡Particulares y de alquiler!

¡Qué lío de equipajes en el despacho!

¡Qué multitud de personas en el andén esperando á los viajeros.

¡Cuántos abrazos y cuántos besos, testimonios ó sellos de cariño verdad!

¡Cuántos besos y cuántos abrazos reglamentarios, que repugnan las mismas que los dan!

Ha terminado la temporada de baños, la de veraneo.

Este año han viajado algunos millares de personas... más que en años anteriores.

—Algunos millares de personas menos, corregirá algún lector.

Y los dos tendremos razón.

Viajeros por moda, por lujo, menos, muchos menos que en años anteriores.

Viajeros con uniforme, más, muchos millares más.

***

—Ya hasta el año que viene, que no volveremos á San Sebastián.

—¿Por qué, papá?

—Porque estoy harto de la Concha. El año que viene á Galicia ó Gijón; son «países» más frescos y no hay tanta aglomeración de gentes.

***

Caras tostadas, manos tostadas...

Todo esto es de rigor.

La tez blanca en la primera quincena de octubre revela lo humilde de la persona.

No ha salido de Madrid.

No la han tostado los rayos del sol.

Será un *senificante* - que decía un personaje «instantáneo.»

La blancura, tan recomendable en las mujeres - según opinan las blancas - en los meses de invierno y de primavera, en otoño es padrón de pobreza y de cursilería solemne.

Así es que cualquier señorita y aun cualquier señorito que se estimen en algo, se oxidan para simular que vienen de baños.

La sociedad denominada «buena» abre las puertas de sus salones, no para todos los transeuntes, sino para sus amigos.

Se reanuda la vida del *beau monde* - baúl mundo, según tradujo un folletinista de precios reducidos.

Vuelven á ser los teatros lo que solían en la temporada última, y aun repiten varias obras que no gustaron, para complacer al público.

En los paseos se ven las mismas caras del año pasado; unas, pocas, mejoradas; otras, las más, desfavorecidas.

Las de N., las de P..., todas las caras de todas las mujeres conocidas, y las caras de varones públicos y de varones reservados... durante el veraneo.

Resucita la sociedad.

***

¡Cómo vienen los trenes!

Todos los coches llenos de gente...

Regresan...

¿Del veraneo?

No, regresan de Cuba, enfermos, heridos, anémicos, moribundos algunos; muchos.

¡Qué animación... tan triste!

Camillas, carruajes, la Cruz Roja..., y mujeres, muchas mujeres.

Son las madres, las esposas, las hermanas, las hijas...

Van á esperar, cada cual al suyo, jefe, oficial, soldado; lo que sea.

El andén está lleno de personas.

¡Cuántos besos! ¡Cuántos abrazos!

¡Cuán largos! ¡Cuán apretados!

Besos y abrazos que sellan un amor eterno...

¿Eterno? Nada más que Dios es eterno.

La vida del hombre es tan corta...

RELOJ ARTÍSTICO, obra de Víctor Tilgner

La prueba es que fueron muchos hombres y vuelven pocos.

-¡Ninguno vuelve!, según oí gritar á una madre desolada.

No volvía su hijo.

***

Esos sí regresan morenos: tostados por el sol americano y denegridos por los sufrimientos.

Esos no pueden ser rechazados por las gentes de la *crema*.

Han veraneado... y han invernado y...

Y no pueden decir como los otros:

- El año que viene no iremos á tal ó cual parte.

Si los llaman, irán adonde los lleven.

EDUARDO DE PALACIO

NUESTROS GRABADOS

Reloj artístico, obra de Víctor Tilgner.—En distintas ocasiones hemos reproducido obras de este famoso artista vienés, el celebrado autor de grandiosos monumentos, de bustos llenos de vida, de estatuas clásicamente modeladas, de grupos escultóricos modelo de elegancia y buen gusto. Víctor Tilgner no se sujeta á ningún género determinado, y la colección de sus obras, diseminadas en museos, palacios y sitios públicos, es la mejor prueba de su laboriosidad, de su talento y de la justicia con que el mundo artístico le considera como uno de los más ilustres escultores contemporáneos. El hermoso reloj artístico que en el presente número publicamos, sin tener la importancia de otras grandiosas obras de este escultor, da perfecta idea del carácter que prevalece por lo general en todas sus creaciones; carácter monumental, decorativo, que lo mismo se presta á los monumentos destinados á grandes espacios libres que á los objetos de refinado gusto que sirven de adorno en los aristocráticos salones y en los elegantes *boudoirs*.

Una aldea estonia (Rusia), cuadro de Gregorio de Bochmann. - Un artista que sepa sentir la naturaleza hallará siempre recursos para hacerla sentir á su vez á los que contemplen sus obras; y aun cuando para éstas se inspire en paisajes que á primera vista ofrecen pocos encantos, si sabe imprimirles ese ambiente poético que nunca, ni siquiera en las épocas más tristes, deja de ofrecer el campo, los cuadros que los reproduzcan despertarán siempre en el espectador emoción dulcísima. Tal acontece con el lienzo de Bochmann: aquella llanura casi desprovista de vegetación, aquellas miserables chozas, aquellas gentes humildes, constituyen un conjunto lleno de atractivos, gracias al talento del pintor que lo ha reproducido.



Una aldea estonia (Rusia), cuadro de Gregorio de Bochmann



EL EXVOTO, cuadro de Enrique Royer

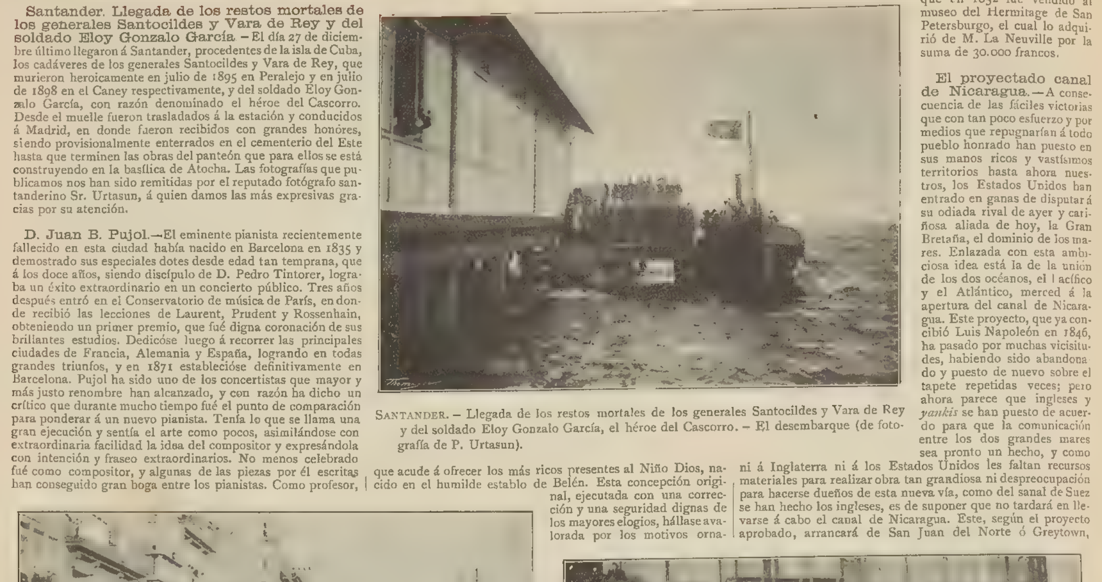


LA VISIÓN DE SAN ANTONIO DE PADUA, cuadro de Murillo que se conserva en el Hermitage de San Petersburgo,

reproduccion autorizada por la «Berlin Photographic Company,» de Londres

Santander. Llegada de los restos mortales de los generales Santocildes y Vara de Rey y del soldado Eloy Gonzalo García. – El día 27 de diciembre último llegaron á Santander, procedentes de la isla de Cuba, los cadáveres de los generales Santocildes y Vara de Rey, que murieron heroicamente en julio de 1895 en Peralejo y en julio de 1898 en el Caney respectivamente, y del soldado Eloy Gonzalo García, con razón denominado el héroe del Cascorro. Desde el muelle fueron trasladados á la estación y conducidos á Madrid, en donde fueron recibidos con grandes honores, siendo provisionalmente enterrados en el cementerio del Este hasta que terminen las obras del panteón que para ellos se está construyendo en la basílica de Atocha. Las fotografías que publicamos nos han sido remitidas por el reputado fotógrafo santanderino Sr. Urtasun, á quien damos las más expresivas gracias por su atención.

D. Juan B. Pujol. – El eminente pianista recientemente fallecido en esta ciudad había nacido en Barcelona en 1835 y demostrado sus especiales dotes desde edad tan temprana, que á los doce años, siendo discípulo de D. Pedro Tintorer, lograba un éxito extraordinario en un concierto público. Tres años después entró en el Conservatorio de música de París, en donde recibió las lecciones de Laurent, Prudent y Rossenhain, obteniendo un primer premio, que fué digna coronación de sus brillantes estudios. Dedicóse luego á recorrer las principales ciudades de Francia, Alemania y España, logrando en todas grandes triunfos, y en 1871 establecióse definitivamente en Barcelona. Pujol ha sido uno de los concertistas que mayor y más justo renombre han alcanzado, y con razón ha dicho un crítico que durante mucho tiempo fué el punto de comparación para ponderar á un nuevo pianista. Tenía lo que se llama una gran ejecución y sentía el arte como pocos, asimilándose con extraordinaria facilidad la idea del compositor y expresándola con intención y fraseo extraordinarios. No menos celebrado fué como compositor, y algunas de las piezas por él escritas han conseguido gran boga entre los pianistas. Como profesor, queda hecho su mejor elogio diciendo que entre sus discípulos se cuentan concertistas y maestros tan afamados como Vidiella, Calado, Rachelle, Nicolau, Costa y Nogueras, Galera, Granados, Viñas, Bau, Pellicer y las señoritas Castelaro, Guitián y otros muchos. Al morir era director de las clases de piano en la Escuela Municipal de Música. Entre sus más notables obras figura un nuevo método de mecanismo de digitación que le valió entusiastas elogios de los inteligentes.



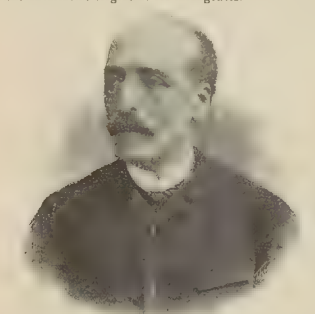
Santander. – Llegada de los restos mortales de los generales Santocildes y Vara de Rey y del soldado Eloy Gonzalo García, el héroe del Cascorro. – El desembarque (de fotografía de P. Urtasun).



Santander. – Llegada de los restos mortales de los generales Santocildes y Vara de Rey y del soldado Eloy Gonzalo García, el héroe del Cascorro. – Paso de la fúnebre comitiva por el muelle de Calderón (de fotografía de P. Urtasun).



Santander. – Llegada de los restos mortales de los generales Santocildes y Vara de Rey y del soldado Eloy Gonzalo García, el héroe del Cascorro. – Las carrozas fúnebres dirigiéndose á la estación (de fotografía de P. Urtasun).



El eminente pianista D. Juan B. Pujol, fallecido en Barcelona el día 28 de diciembre de 1898

Alegoría de la festividad de los Santos Reyes, dibujo de G. Bacarisas. – El autor de esta bellísima composición, nuestro paisano Sr. Bacarisas, se aparta en ella por completo de los moldes tradicionales con que la generalidad de los artistas han representado la festividad de los Reyes Magos. En su dibujo, los tres monarcas de Oriente, con su aparatoso séquito, han sido reemplazados por una sola figura simbólica, personificación de todas las potestades de la tierra, que acude á ofrecer los más ricos presentes al Niño Dios, nacido en el humilde establo de Belén. Esta concepción original, ejecutada con una corrección y una seguridad dignas de los mayores elogios, hállase avalorada por los motivos ornamentales que la completan y que forman con la parte principal del dibujo un conjunto de extraordinaria belleza.

Tristes presentimientos, cuadro de Francisco Ejsmond. – La muerte arrebatóle su adorada compañera, y á los cuidados de procurar el sustento de su familia juntóse el de tener que velar directamente por sus hijos, supliendo cerca de ellos á la madre bondadosa que perdieron. Agobiado por el dolor y por la miseria, siente á veces los más tristes presentimientos, y una voz secreta parece decirle que antes de poco aquellos pedazos de su corazón estarán completamente solos en el mundo, sin más amparo que el de Dios. ¿Desaparecerán de su ánimo aquellas negruras? ¿Encontrará en su voluntad energías suficientes para seguir luchando? ¿Lograrán aquellos hijos que amorosamente le contemplan confortar su espíritu? ¡Quién sabe! El amor de padre hace milagros y quizás el protagonista del interesante lienzo de Ejsmond, pasados aquellos momentos de tristeza, podrá realizar hasta el fin la sagrada misión que trajo á este mundo.

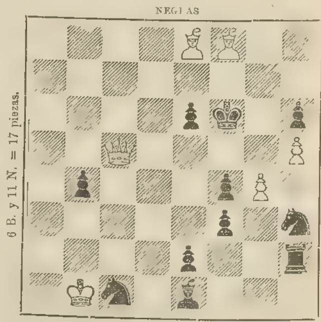
El exvoto, cuadro de Enrique Royer. – Aun los hombres más incrédulos, con muy contadas excepciones, conservan algo de esa fe que cuando niños les inculcaron sus madres y que se revela potente cuando se hallan en presencia de un peligro inminente: en tales ocasiones imploran fervorosamente la intercesión divina, y si logran salvarse, ofrecen á alguna imagen de su especial devoción un testimonio del milagro realizado, que es al propio tiempo expresión de su gratitud. El marino del cuadro de Royer, en un momento de angustia suprema, cuando toda salvación parecía imposible, acudió, pensando más que en su propia vida, en la suerte de los seres queridos que de él dependían, á la milagrosa Virgen que en su lugar se venera, y al encontrarse sano y salvo entre los suyos, presenta un exvoto en cumplimiento de la promesa hecha en aquel terrible trance. El celebrado pintor francés, al trasladar esta escena á su lienzo, ha sabido imprimir á su obra un sentimiento y una verdad que le acreditan de consumado maestro.

La visión de San Antonio de Padua, cuadro de Murillo. – Nada hemos de decir del asunto ni de las infinitas bellezas de este hermoso cuadro, porque pertenece al número de los que figuran entre las joyas más maravillosas del arte pictórico: consignaremos únicamente que fué pintado entre 1674 y 1680, es decir, en la época más brillante de su inmortal autor, para el convento de San Francisco de Sevilla, y que en 1852 fué vendido al museo del Hermitage de San Petersburgo, el cual lo adquirió de M. La Neuville por la suma de 30.000 francos.

El proyectado canal de Nicaragua. – A consecuencia de las fáciles victorias que con tan poco esfuerzo y por medios que repugnarían á todo pueblo honrado han puesto en sus manos ricos y vastísimos territorios hasta ahora nuestros, los Estados Unidos han entrado en ganas de disputar á su odiada rival de ayer y cariñosa aliada de hoy, la Gran Bretaña, el dominio de los mares. Enlazada con esta ambiciosa idea está la de la unión de los dos océanos, el Pacífico y el Atlántico, merced á la apertura del canal de Nicaragua. Este proyecto, que ya concibió Luis Napoleón en 1846, ha pasado por muchas vicisitudes, habiendo sido abandonado y puesto de nuevo sobre el tapete repetidas veces; pero ahora parece que ingleses y *yankis* se han puesto de acuerdo para que la comunicación entre los dos grandes mares sea pronto un hecho, y como ni á Inglaterra ni á los Estados Unidos les faltan recursos materiales para realizar obra tan grandiosa ni despreocupación para hacerse dueños de esta nueva vía, como del sanal de Suez se han hecho los ingleses, es de suponer que no tardará en llevarse á cabo el canal de Nicaragua. Este, según el proyecto aprobado, arrancará de San Juan del Norte ó Greytown, puerto del Atlántico, seguirá hasta el río San Juan, y desde allí continuará por este río hasta el lago de Nicaragua, desembocando luego por el río del Medio en el Océano Pacífico por el puerto de Brito.

AJEDREZ

Problema número 145, por Valentín Marín



Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas

Solución al problema número 144, por P. Riera

Blancas.	Negras.
1. A 4 R	1. C toma A (*).
2. D 8 R	2. Cualquiera.
3. D mate.	

(*) Si 1. T 6 T; 2. D 7 A D y 3. P ó A mate; 1. T 8 A D; 2. P 4 C D, y 3. C ó P mate; – 1. P 8 D pide C; 2. P 3 A jaque, C toma P; 3. C 2 A D mate. La amenaza es 2. P 3 A D mate.



... y de que comía con la «tía Rosa» y con Pedro en la mesa aderezada en la pequeña rebotica

INSEPARABLES

Novela por Juana Mairet. – Ilustraciones de Marchetti

I

–¡Tía Rosa..., mamá te llama!.. Y siempre lo mismo. Todos se preguntaban cómo la tía Rosa llegaba á satisfacer á sus parroquianos; vigilar á la desmañada chica que la ayudaba; cuidar de la enferma en su cuarto, bajísimo de techo, encima de la tienda, y ocuparse, además, de su sobrino, aquel muchacho de cabeza redonda como una bala de cañón, de ojos vivarachos, que acababa de interrumpirla en el momento de pesar lonjas delgaditas y rosadas, que nadie sabía cortar como ella.

Era una gallarda moza aquella Rosa Chenu, de veinte años escasos; fresca y sana; activa y mañosa; siempre alegre, enseñando sus blancos dientes en una sonrisa franca; de mejillas sonrosadas y rollizas, de palabra pronta y en ocasiones picante, haciéndose obedecer, y sobre todo haciéndose amar.

Vino del campo á cuidar de su hermana mayor que, desde la muerte de su marido, se aniquilaba, arrastrando la vida á duras penas; de modo que, sin Rosa, la pequeña tocinería, que nunca se vió muy floreciente, hubiera decaído por completo. ¿Qué puede una mujer enferma, sola y triste, para luchar contra la competencia en una ciudad como París?

Rosa, la campesina, tuvo que aprender por sí sola su nueva profesión de tendera. Pronto se encargó de todo, y dos años después de su llegada, la tocinería de la calle de las Escuelas, limpia, reluciente, apetitosa, con sus mármoles blancos, sus tarros cuidados con esmero, sus soberbios jamones, sus rosarios de embutidos y sus bandejas de pies trufados, sus lenguas escarlatas y sus pasteles, despidiendo un agradable perfume de flores siempre frescas, era conocida y apreciada por toda la vecindad. El agraciado rostro de la joven tocinera distaba mucho de perjudicar á la prosperidad del establecimiento. En aquel entonces, á fines de 1867, introdujo el sistema de vender panecillos rellenos, que era una verdadera innovación; panecillos tostados en que Rosa metía delgadas lonjas de su mejor jamón.

Vino la prosperidad, pero la madre del niño Pedro Froment disfrutaba poco de ella. Postrada ya en cama, se moría:

– ¿Le servirás de madre, di, Rosa?

La pobre moribunda repetía estas palabras en todos los tonos, preocupada con la idea de que su hijo iba á quedarse pronto doblemente huérfano, y Rosa la tranquilizaba, asegurándole que no se casaría. ¡Que había de casarse! En primer lugar, ¿tenía ella tiempo

de pensar en tonterías? Y puesto que el cielo le deparaba un niño á quien cuidar y querer, ¿qué más necesitaba? No sabía ocultar la verdad á su hermana haciéndole creer que curaría. Entre esa clase animosa y sufrida de trabajadores, se sabe afrontar la muerte y aceptarla con sencillez; pues, al fin y al cabo, es la suerte inevitable de todos, sin que los más ricos y encumbrados se libren de ella, ni más ni menos que el trapero ó el mendigo que arrastran una vida miserable.

En tanto que la tía Rosa acudía á su hermana, Perico, arrinconado detrás del mostrador, donde había encontrado un hueco para sus libros, estudiaba su lección del día siguiente. Pero pensaba en otra cosa. La idea de la muerte se le imponía, brutalmente, por primera vez. El niño tenía entonces diez años; ya era un muchachito; al encontrar un entierro, se descubría y miraba pasar el féretro, cuyas formas desaparecían á veces bajo pesadas coronas de flores, cruces de violetas y olorosas guirnaldas, y en otras ocasiones se delineaban bajo el sudario en toda su brutal desnudez. Sabía que, disimulado ó visible, seguido de muchedumbre ó abandonado de todos, el féretro contenía una forma humana, rígida y fría, que pronto quedaría sepultada en el fondo de un hoyo obscuro. Pero su inteligencia de niño, con la indolencia propia de la edad, con la tranquila certeza de que la muerte está lejos, tan lejos que no hay que pensar en ella, se había rebelado contra la concepción clara de esa cosa que estremece.

Y de pronto la había comprendido; no á propósito de su madre, enferma desde hacía tanto tiempo, que parecía haber de permanecer siempre en el mismo estado, sino á causa de uno de sus camaradas, un muchachito de diez años como él, que había muerto la víspera. Una semana antes se sentaba al lado de Pedro en clase, lleno de vida y de animado ardor. Y ahora estaba muerto. Era un niño procedente de muy lejos, de las colonias - término algo vago y misterioso, – sin parientes en la gran ciudad. El pequeño ataúd había de partir del colegio el día siguiente, y los camaradas tenían que acompañarlo al cementerio. Con tal motivo no habría clase.

Pedro se preguntó quién sería en adelante su vecino de pupitre. Hacía pocos meses que era medio pensionista. Tal vez le darían al chico Dorsat, aunque los azares de las clases y de los recreos no los hubiesen puesto mucho en contacto. Pero en los estudios eran, á poca diferencia, de igual capacidad y se disputaban el primer puesto. Perico esperaba tenerle por vecino. Súbitamente le consideró de una manera muy distinta, tan distinta como si hubiese surgido en su presencia. En él veía un muchacho que no se parecía á los demás, flaco, endeble, de cutis blanco mate y de ojos negros, de singular belleza. Pedro, con su robustez de hijo del pueblo, sus miembros vigorosos y pesados, su rostro vivaracho é inteligente, pero algo tosco, como escultura groseramente cincelada en el mármol, admiraba la fina belleza de Esteban, que le parecía de otra raza, como si fuese el hijo de algún rey, perdido en los bancos del liceo de Luis el Grande. Y como la idea del nuevo camarada que iba á sustituir al antiguo alejó un poco la obsesión de la muerte, Pedro se acercó á la luz y se puso á estudiar la lección del día siguiente.

Lo de darle una educación de señorito había sido ocurrencia de la tía Rosa. En la escuela primaria fué el prodigio del barrio. El año anterior, el maestro había ido á hablar con las dos mujeres. Era necesario hacer sacrificios, todos los sacrificios posibles, antes que consentir que un muchacho de semejantes disposiciones fuese tocinero. ¡Sería un crimen!.. Pedro podía obtener fácilmente una pensión. ¿A quién concederla con más justicia que á él? El maestro aseguraba que el muchacho ganaría el premio de honor en una de las futuras oposiciones generales. La madre, halagada, no se atrevía á decidirse.

La que ordenaba y disponía era Rosa, pues era la que había evitado la ruina y la que sostenía la casa con su activo trabajo. Aquellas solemnes frases de «premio de honor» eran vacías de sentido para la tía Rosa; pero ésta adoraba á su sobrino y quería que fuese hombre de pro. Para ello era preciso pasar por el colegio. ¡Qué diantre! El muchacho sería matriculado en el próximo curso. Todo corría de cuenta de la tía; nunca la habían asustado á ella las responsabilidades; sin contar con que tenía ya guardados sus ahorrillos en una media.

Pedro no había tardado en figurar en el primer tercio de la clase; y había continuado subiendo, hasta que, finalmente, era raro que no fuese el primero ó el segundo. Cuando no era más que el tercero, volvía con las orejas gachas, desolado de su decadencia. Maravillosamente servido por una memoria rarísima, su clara inteligencia concebía pronto y retenía por mucho tiempo. El muchacho se distinguía más bien por un notable equilibrio de todas sus facultades, que por ninguna cualidad superior. Sus maestros, seguros de él, lo estimulaban á porfía. Sus camaradas le llamaban «animal de oposiciones» y ya vaticinaban que entraría triunfante en la «Normal.»

Sin embargo, Pedro no cesaba de ser muy niño. Nadie jugaba con más afición que él; era el alma de los recreos. Aprendía con tanta facilidad, que siempre le quedaba tiempo para divertirse. Era muy buen hijo, y triunfador casi modesto, cosa rara en los niños como en los hombres. No le costaba trabajo ser buen alumno; era en él tan natural como el tener los ojos azules y el cabello rubio; formaba parte de su naturaleza; no era, pues, ningún mérito.

Y el mismo á quien tantos otros envidiaban, experimentaba una curiosa admiración, algo inquieta, por su rival Esteban Dorsat. Esteban no era el alumno modelo. Tenía alzas y bajas tan extraordinarias, que hoy era el primero de la clase, y al día siguiente hubiera podido ser relegado al trigésimo lugar y aún más abajo. Le daban accesos de pereza que nada podía vencer; y de pronto acaparaba el puesto de Pedro, como por derecho de conquista. Sus ejercicios, sus composiciones de francés, se parecían tan poco á los «estilos» ordinarios de los colegiales, que sus maestros los enseñaban, orgullosos de aquellas raras promesas de talento, de genio tal vez.

Por su parte, Esteban parecía hacer poco caso del pequeño Froment. Tenía pocos amigos y sentía repugnancia por los juegos violentos. Sin embargo, como aconteciera que al día siguiente los dos rivales marchaban uno al lado del otro en el entierro, Esteban dijo bruscamente:

– Vamos á ser vecinos de pupitre, ¿sabes?

Pedro, que estaba pensando en aquel niño difunto que durante tanto tiempo había sido su vecino y que así se iba, lejos de los suyos, á descansar en un cementerio extranjero, se estremeció. Era la vida que volvía á continuar, el vacío en las filas colmado inmediatamente, el amigo vivo reemplazando al amigo muerto. Miró á su camarada, y el curioso sentimiento de admiración que le inspiraba siempre, despertó con una vivacidad extrema. Pero no sabiendo cómo expresar lo que sentía, dijo simplemente:

– Me alegro mucho.

– Yo también, añadió Esteban.

Y nada más; pero cada uno de ellos sabía que acababa de ganar un amigo, lo cual causó á Pedro sobre todo una grande alegría.

La corta ceremonia del cementerio se verificó muy sencillamente, en medio de aquella multitud de colegiales, algunos de los cuales lloraban. Un profesor pronunció un sentido discurso que conmovió á todos aquellos tiernos corazones. Un niño que muere; una vida, apenas comenzada, que se extingue; promesas de ventura, de fuerza y de actividad, desvanecidas en un instante, son hechos que asombran y desorientan, y el eterno «porqué» de las cosas despierta en el fondo de los espíritus, confusamente en muchos de ellos, y en otros de una manera muy dolorosa.

Pedro tenía buen corazón y fué de los que lloraron. Su nuevo amigo le miraba con alguna sorpresa. Al regreso le dijo:

¿Qué te da? ¿Vayron era íntimo amigo tuyo?

– No, farfulló Pedro, pero hemos jugado juntos. Además era un muchacho muy alegre. No se comprende que haya muerto. ¡Pensar que no le volveremos á ver!

- ¡Bah!, dijo Esteban con precoz filosofía; si tuviésemos que llorar á todos los que mueren, jamás tendríamos secos los ojos. Cuando yo era muy chiquitín, vi meter á mi padre y á mi madre en largas cajas y llevárseles luego. No comprendía yo bien las cosas entonces. Más tarde, cuando me acordaba de ello, me daba mucha tristeza. Por esto no pensaba en ello sino raramente, lo menos posible. ¿A qué sufrir, cuando puede uno evitarlo?

Pedro no hallaba nada que contestar á estos argumentos. Bajó la cabeza, sintiéndose muy pequeño ante aquel ser superior que no lloraba. Poco á poco, fué pensando menos en el camarada muerto y más en el camarada vivo. Hubiera querido conocerlo mejor, á fin de poder hablar fácilmente. Por último se le ocurrió una idea luminosa:

– ¿Con quién sales, puesto que tus padres murieron?

– Con nadie.

– ¿Te quedas en el colegio los días que no hay clase?

– Sí.

– ¿Y durante las vacaciones?

– Voy al castillo.

Pedro tuvo una especie de desvanecimiento. En los cuentos de hadas había oído hablar de castillos: grandes palacios construídos con oro y pedrerías. Probablemente los verdaderos castillos se edifican con materiales menos preciosos; pero, de todas maneras, pertenecen á gentes muy ricas, generalmente nobles. Pedro dijo en tono muy humilde:

– ¡Ah!, pues yo, para que lo sepas, no soy hijo de familia rica. Mamá está siempre enferma y mi tía Rosa es la que corre con la tocinería. Es muy simpática mi tía Rosa, aunque no sea más que una tocinera...

El chico Dorsat se echó á reir, con una risa un poco amarga, que no sonaba en manera alguna á risa infantil.

– ¿Porque te hablé de un castillo crees que soy rico?.. Oye; no lo digo á todos los camaradas: nada les importa. Pero tú me eres simpático. Además, has sido el primero en hablarme de tu tía la tocinera. Yo quisiera tener una tía tocinera que me diera buenos embutidos y tajadas de jamón. Mamá era camarera de la condesa de Verneuil; y mis abuelos, con quienes me he criado, ocupan la portería al lado de la reja del castillo. La condesa, que quería mucho á mi madre y encontró que yo era inteligente, costea mis estudios. Y aquí tienes como voy al castillo – ó más bien á la portería del castillo - á pasar las vacaciones de verano.

El rostro de Pedro se había animado extraordinariamente. Esteban le parecía ya menos inaccesible, casi al alcance de su afecto de niño.

– ¿Quieres que seamos amigos?, dijo con cierta timidez.

- Quizá. Más tarde veremos.

Pedro, animado, añadió:

– Lo bueno sería que pudieses pasar en mi casa los días de salida. Se está muy bien para leer y también para jugar detrás del mostrador; allí meto yo todos mis libros. A veces, de tarde en tarde, cerramos la tienda, y mi tía Rosa me lleva á dar grandes paseos por el bosque. ¡Es lo más divertido! Merendamos debajo de los árboles, con los desperdicios de jamón, que son muy buenos, no creas... O bien nos vamos á casa del Sr. Perraud, el jardinero de Sevres, que nos da leche muy fresca y pan moreno con manteca.

Los ojos negros de Esteban, aquellos ojos extraños que á veces parecían dormir detrás de sus largas pestañas curvas, expresaron una súbita alegría.

Después de todo, no era más que un niño, que al ver partir á sus camaradas con sus padres ó con sus encargados los días de asueto, sentía á menudo una gran congoja, aunque nunca quiso confesarlo. Pero no contestó en seguida, y Pedro, que estaba encariñado con su idea, deseoso de realizarla con ese ardor que ponen los niños en sus deseos, le miró, lleno de inquietud. Por más que Esteban era hijo de pobres, como él, no podía menos de considerarle como un ser aparte, algo como un príncipe desposeído ó simplemente disfrazado. La admiración de Pedro por su nuevo amigo tenía algo de conmovedor en su cándida humildad. No se le ocurría siquiera compararse con él.

Por fin Esteban dijo:

– Me gustaría. Mas para ello necesito el permiso de una porción de gente. Quizá no podrá ser.

– ¡Sí, sí..., ya verás!

Y en efecto, algún tiempo después de aquella conversación, la cosa se arregló. La tía Rosa, al principio, fué mucho menos entusiasta de lo que su sobrino hubiera deseado. Pero como, después de todo, el nuevo amigo de Pedro era el número uno de la clase, y por consiguiente un buen sujeto, acabó por consentir y escribió á los abuelos del muchacho. Después, cuando hubo visto á Esteban y la alegría de Pedro por tener así un amigo íntimo, un chico de su edad con quien jugar y hablar durante largas horas, su desconfianza desapareció. Rosa no hacía nunca las cosas á medias.

No tardó mucho en haber adoptado á Esteban; tenía dos muchachos á quienes amar y mimar en vez de uno. Los dos nombres acudían á sus labios con toda naturalidad, diciendo con igual frecuencia «Esteban y Pedro» que «Pedro y Esteban.»

Hay que decir que Esteban sabía hacerse querer. Era curiosamente dócil y afable, pero mucho más con la tía Rosa que con la pobre mamá postrada en cama y con su camarada Pedro. Quería agradar sobre todo á Rosa. Al hablarle, su voz tomaba inflexiones de caricias y brillaban sus ojos. A la primera visita le dijo con graciosa afabilidad:

– ¿Verdad que puedo llamarla «tía Rosa,» como Pedro?

– ¡Vaya si puedes, Estebanito!

Esteban se complacía en mirar á la hermosa tocinera, en oirla contestar alegremente á los parroquianos, en verla reir, á veces, con los estudiantes que iban á comer de sus ricos emparedados. ¡Era tan activa, tan hábil y aseada; iba tan bien puesta con su ondulado cabello castaño peinado siempre con esme-

ro, su vestido que le sentaba como un guante, pues Rosa tenía su coquetería de buena moza, su gran delantal y sus mangas de reluciente blancura, que al niño, ya artista y poeta, le causaba singular placer' Era el anticipado atractivo de la mujer, un atractivo del todo inconsciente aún, que se mezclaba con el placer experimentado por el niño solitario que así había encontrado una familia, y se mezclaba hasta en sus instintos de golosina, estimulados por las excelentes viandas que le rodeaban y de que comía con la «tía Rosa» y con Pedro en la mesa aderezada en la pequeña rebotica.

En cambio, mostrábase muy zalamero y gracioso, pues aquel pequeño indolente tenía una chispa endiablada, y Pedro, lleno también de fantasía, ensanchaba su ánimo en aquella atmósfera caliente de afecto y sana alegría. ¡Ah! ¡Qué bien había hecho en elegir á Esteban por amigo y en darle también por tía á su tía Rosa!

Todo el mundo le quería á su caro Esteban. La pobre mamá se alegraba de verlo allá arriba: la gruesa Amelia, que ayudaba á la tía Rosa en la tienda, se sonreía como una bendita al verlo: hasta los parroquianos se entretenían en mirarlo, acurrucado al lado de Pedro detrás del mostrador. Y Esteban era amable con todo el mundo, con esa urbanidad innata en algunos seres privilegiados, con una afabilidad de pequeño príncipe que se siente admirado. La aspereza que Pedro encontró al principio en él, había desaparecido completamente.

Completamente no. Despertaba al aspecto de ciertas personas, generalmente las que gustaban de un modo visible á la tía Rosa. Perraud, el jardinero, sobre todo, le exasperaba. Por instinto sabía que Perraud estaba enamorado de Rosa. Y era verdad.

Un día – la tía Rosa no tenía entonces más que veinte años, – Perraud, mozo alto, desgarbado, torpe y taciturno, se sentó cerca del mostrador acechando el momento en que la tocinera estuviese sola. El momento llegó. Fué cuando ella envió á la gruesa Amelia á almorzar, á una hora de calma en que los parroquianos eran rarísimos. Rosa, siempre activa, sacó su cajita de labor de debajo del mostrador y enhebró la aguja. No paraba mientes en Perraud, que le estorbaba menos que sus tarros de manteca. El iba así, cada vez que tenía ocupaciones en París, y se instalaba durante diez minutos ó media hora, según le permitía la salida de su tren, y se contentaba con mirar á la joven, sacudido á veces por una especie de risa silenciosa que sorprendía mucho la primera vez que se la oía. Rosa estaba acostumbrada á ella. Perraud había sido íntimo amigo de su difunto cuñado, y era como de casa. Pero aquel día, Perraud soltó un discurso extraordinario, que con seguridad había meditado durante largas semanas, aprendiéndoselo de memoria. Lo espetó bruscamente, con robusta voz, sin matices.

– Señorita Rosa, dijo, es usted la flor que yo quisiera coger. De todas las rosas de mi jardín, usted sería la más bella.

Rosa se sorprendió tanto, que se pinchó el dedo con la aguja; y replicó mirando al jardinero con aire de asombro:

– ¿Qué le da á usted, Sr. Perraud?

– ¿Lo que me da? Pues... me dan ganas de casarme con usted.

– Usted sabe muy bien que es imposible. Mientras mi hermana y mi sobrino me necesiten, no me casaré.

Perraud permaneció silencioso durante cinco minutos. Luego se levantó y dijo:

– Tiene usted razón; yo soy paciente...; esperaré.

Y se fué á tomar el tren, contentándose con el apretón de mano habitual.

Desde entonces esperaba. Era, como había dicho, muy paciente. Esteban le aborrecía.

Así pasaron dos años. Murió la madre, y luego vino la guerra.

II

La Exposición universal de 1867 había puesto á París en estado febril, activando toda clase de comercio. La modesta tocinería de la calle de las Escuelas había tenido también su pequeña racha de prosperidad. La tía Rosa se envanecía de ello y pagaba los gastos de su sobrino como toda una burguesa acomodada, y hasta realizaba algunas economías. En aquella época ¡claro! hubiera podido hacer un buen partido; además de Perraud, el jardinero taciturno, había otros que tenían puesta la voluntad en aquella buena moza. Pero Rosa Chenu no tenía más que una palabra. Había prometido no casarse mientras el «niño» necesitase de ella. No era el momento de abandonar su misión, pues él iba de triunfo en triunfo con paso mesurado y firme. Su Pedro colmaría sus mayores ambiciones. Aún no sabía ella si quería que fuese abogado célebre, profesor de la Sorbona ó médico de los hospitales. Después de todo, nada importaba. Cualquiera que fuese la profesión que adoptara, ocuparía en ella el primer puesto, no le cabía la menor duda.

¡Pues no! No tenía ganas de casarse. Hay que confesar que le gustaba ser patrona, hacerse obedecer, ir adelante con su comercio sin tener que consultar á nadie, ser dueña absoluta en su casa. Además, cuando una se levanta temprano y se acuesta tarde, después de las fatigas del día, no tiene tiempo de pensar «en tonterías,» como decía ella.

De pronto estalló la guerra; la Francia fué invadida y París se vió amenazado de sitio. Rosa estaba dispuesta á permanecer en su puesto, sucediera lo que sucediese. Pero ¿qué hacer con el niño durante las tristezas y los horrores de un bloqueo? Pedro, precisamente, resentido de una crecida exagerada y fatigado por el trabajo, no se encontraba tan bien de salud como antes. Estaba nervioso, cosa nueva en él, desocupado, triste á causa de la ausencia de Esteban, sin el cual no sabía vivir. Esteban, como siempre, había ido á pasar en el campo las vacaciones de verano, y sus cartas, llenas de un lirismo algo infantil, daban fiebre al pobre Pedro, que soñaba con los bosques, colinas y campos por donde su amigo corría en plena libertad.

La tía Rosa, leyendo el *Petit Journal,* que cada mañana daba noticias á cual más grave, tomó una resolución de la cual no habló á su sobrino. Escribió á los abuelos de Esteban proponiéndoles que se encargasen de Pedro hasta que hubiese terminado la guerra. Pagaría la pensión del niño, y fijaba una cantidad que pareció soberbia á los dos viejos. Parecía olvidar que, durante más de dos años, Esteban había sido acogido por ella como hijo de la casa.

Una mañana dijo á Pedro:

– Muchacho, vas á meter tu ropa y tus libros en la maleta que hay en el desván. Dentro de dos horas partes para casa de Esteban. No te hablé antes porque conozco á los campesinos; he pasado entre ellos mi juventud y sé que son desconfiados y avaros; esperé la contestación de los abuelos antes de darte vanas esperanzas.

Ante la explosión de alegría de su sobrino, Rosa experimentó una pequeña congoja. La idea de volver á encontrarse con su camarada y vagar por el campo con él, le volvía loco al extremo de olvidarse completamente de su tía.

Bien está, dijo ella de un modo algo brusco: no necesitas darme las gracias con tales extremos. Tienes justo el tiempo de preparar tus bártulos.

Pedro comprendió, y echando sus brazos de niño al cuello de la noble muchacha, dijo con ternura:

– ¡Qué buena eres, tía Rosa, y cómo te quiero!...

– Sí, porque te doy el último juguete. ¡Anda, anda, granujilla!.. Hay que saber amaros sin pensar jamás en una misma.

– ¿Quieres que me quede?

– ¡No, no! Si nos vemos bloqueados, no sabré qué hacer de ti. No quiero que sufras... Espero que todo habrá concluído antes de que expiren las vacaciones.

Rosa repetía lo que oía decir. En el fondo, no creía que ello terminase tan pronto.

De la pequeña tienda, con su atmósfera algo pesada, cargada de emanaciones grasientas, al aire libre del campo y á la naturaleza rústica y bella del país lemosín, el cambio fué tan completo, que aturdió á Pedro Froment. Su amigo le esperaba en la estación más próxima, distante unos seis kilómetros del castillo, con una carretilla de manos para el equipaje. Estaban ambos sofocados de alegría, de volverse á ver, en libertad, dueños de su tiempo, sin más regla que la de encontrarse en casa á las horas de comer. Fuera de esas horas, los abuelos no deseaban más que verse libres de ellos.

Pedro, respirando con fruición el aire delicioso de aquella tarde estival, pues apenas empezaba el mes de septiembre, no hacía más que repetir:

– ¡Estoy más contento..., pero más contento!..

El camino dominaba un valle estrecho y profundo, por donde serpenteaba, en medio de verdes praderas, un arroyo bastante ancho. Una serie de colinas, en parte pobladas de árboles y mostrando acá y acullá anchos espacios pelados, de color rojizo, se escalonaban en lontananza; al otro lado se veían grandes bosques, de un verde muy obscuro, con manchas amarillas ó rojas, señales evidentes de la proximidad del otoño. Pero el aire era tan templado, y el sol, ya cerca del horizonte, tan caliente todavía, que se sentía uno en pleno estío, un estío radiante, lleno de alegría.

No hacía más que un mes que los dos camaradas se habían separado, pero aquella separación había causado á Pedro sobre todo más disgusto que en los años anteriores. Los dos crecían, próximos á cumplir trece años, y el profundo afecto que los unía había crecido con ellos; afecto tan exclusivo, que ni uno ni otro habían pensado en contraer otra amistad.

De pronto, Pedro, súbitamente celoso, dijo:

– Supongo que aquí no tienes amigos. Nunca tendrás más amigo íntimo que yo, ¿verdad?

– ¡Tonto!, dijo riendo Esteban. ¿Con quién he de intimar en este país de salvajes? Porque ya comprenderás que no serán las personas del castillo quienes me traten como amigo, aunque me colmen de favores. Además, acaban de marcharse á tomar aguas. En cuanto á los campesinos de los alrededores, no sé ya hablar con ellos. No por orgullo, al menos no lo pienso así; fuera una tontería; sino porque no decimos las mismas cosas y no hablamos el mismo lenguaje. No, no tengo más que un amigo, y ese eres tú.

Pedro, feliz como un dios, pues era raro que Esteban se entregase á las efusiones, hubiera querido tomar por testigo de su felicidad á las colinas y á los bosques, á las llanuras y al arroyo.

Los abuelos Ledru eran unos campesinos apergaminados, de edad indefinida y de sesos encogidos como sus caras. Hablaban pausadamente. Tenían su manera de querer á su nieto, sin manifestarlo mucho. Su educación, su esmero en el vestir, su modo de hablar, que les parecía «muy altivo,» hacían de él un ser aparte. Les costaba trabajo creer que aquel señorito fuese de su casta: después de todo, pertenecía más al castillo que á la portería, puesto que los «señores» casi lo habían adoptado, pagaban todas las cuentas de París y querían hacer de él algo más que un labriego. ¡Allá ellos! ¡Con tal de que no reclamasen á los abuelos sus ahorrillos, adelante! Extrañábales solamente que aquel capricho hubiese durado tanto tiempo. Los ricos se cansan pronto de sus juguetes, y éste era muy caro.

Es posible, en efecto, que la condesa, que era muy joven cuando, en un arranque de generosidad, había prometido á su camarera que se encargaría del «niño,» se hubiese cansado de gastar dinero, si Esteban no hubiera halagado su amor propio con sus triunfos escolares. Había perdido un hijo de la misma edad; otros habían vivido apenas; no le quedaba más que una niña, la última; y sin haber tenido jamás intención de adoptar á Esteban, pues quería darle á comprender, desde la infancia, que era preciso aprovecharse de la educación que recibía, porque una vez terminada aquella educación, tendría que arreglárselas solo, se interesaba mucho por él, causándole cierta irritación la celosa altivez que en él encontraba, y que hacía que, á pesar de ser agradecido, no olvidase jamás su humilde origen y se mostrase siempre algo reservado.

El conde, por el contrario, decía que la actitud del niño era muy correcta. Sin aprobar la generosidad de su esposa, la había dejado hacer. Con su experiencia de la vida, temía que hubiese hecho al niño un triste regalo y dotado á la sociedad de un parásito más. Pero decía que, una vez empezada la cosa, había que llevarla á cabo. A medida que crecía el niño y su rara inteligencia se desarrollaba, se interesó también por él, y le permitió que, durante las vacaciones, se sirviese de la biblioteca del castillo, de que hacía él poco uso.

Si hubiese podido leer en el fondo de aquel corazón de niño, habría estado quizá menos satisfecho. Al contacto del lujo, del bienestar de aquella familia rica, despertáronse en Esteban sentimientos, ó más bien sensaciones, de que él mismo no se daba exacta cuenta, pero cuya intensidad casi le daba miedo. Odiaba la pobreza, á la cual sin duda estaba destinado, si no para siempre, al menos para largos años. Se sentía infinitamente superior á sus protectores. Descubría lo insubstancial de las conversaciones que á veces oía en el salón, donde tenía que pasar de vez en cuando alguna velada y donde le tenían olvidado en un rincón. Los vecinos de quinta, gentes con título, en general, como los de Verneuil, hablaban de caza y de comida, se pasaban horas enteras en establecer la genealogía de algún noble conocido, murmuraban un poco del prójimo, generalmente sin gran malicia y siempre con falta de ingenio; y parecían ignorar el mundo de los libros, que era el mundo del muchacho, sin interesarse en nada de lo que á él le hubiera parecido interesante, sin hablar jamás de los nuevos descubrimientos científicos, ni de cuestiones generales, ni siquiera de política. Era un mundo cerrado, donde parecía ser de buen tono el no tener jamás originalidad alguna. Las mujeres eran allí amables con frecuencia, bastante elegantes, y los hombres, bonachones, de buen diente y grandes fumadores. Pero á todos les juzgaba Esteban severamente; por más que fuesen ricos y nobles, no eran más que seres sin elevación de espíritu, muy inferiores, en una palabra.

(Continuará)

EL NUEVO TEATRO

DE LA ÓPERA CÓMICA DE PARÍS

Nuestros lectores recordarán las circunstancias terribles que en 25 de mayo de 1887 destruyeron el antiguo teatro de la Opera Cómica de París: en pocas horas un violento incendio redujo á cenizas aquel edificio y un centenar de personas perecieron entre las llamas. Pasados los primeros momentos de consternación, pensóse en reconstruir el teatro incendiado en el mismo solar en que éste se levantara, y como este solar era relativamente pequeño, de aquí que el nuevo coliseo que recientemente se ha inaugurado no responda á las necesidades del arte actual y de la elegancia y lujo que se acostumbra hoy á ver en tales construcciones. El escenario es pequeño, y por consiguiente no ha sido posible dotarlo de los últimos perfeccionamientos de la maquinaria moderna; la sala está muy bien decorada, pero los palcos son pequeños é incómodos, y el número de localidades es relativamente exiguo.

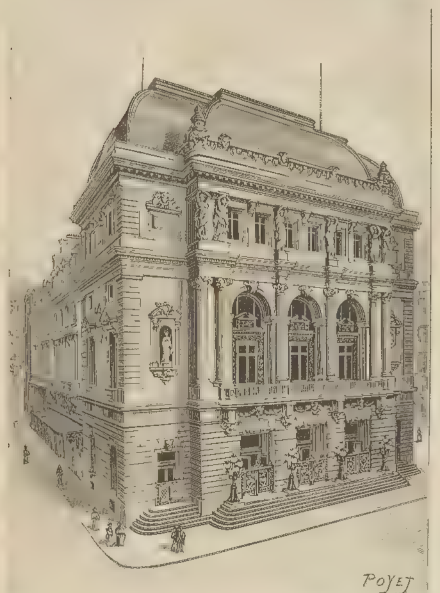


Fig. 1. – El nuevo teatro de la Opera Cómica de París. – Fachada principal

El aspecto exterior del monumento no permite formarse una idea de su distribución interior; faltaba sitio y era preciso aprovechar todos los rincones, así es que el arquitecto O. Bernier ha debido contentarse con dibujar una fachada sobre la plaza Boïeldieu, cuya característica está en tres grandes huecos en el primer piso con un balcón general que da al gran salón de descanso. El estilo arquitectónico es sobrio, y en él se ha procurado respetar la unidad de la composición por las grandes líneas de la construcción (fig. 1.)

En la planta baja (fig. 2) hay un gran vestíbulo accesible al público, y de él arrancan una escalera de honor que conduce á la platea y dos escaleras laterales por las que se sube al primer piso: detrás de estas dos últimas escaleras se han dispuesto dos grandes vestíbulos laterales, cada uno con su galería de salida, una sobre le calle Favart y otra sobre la calle Marivaux.

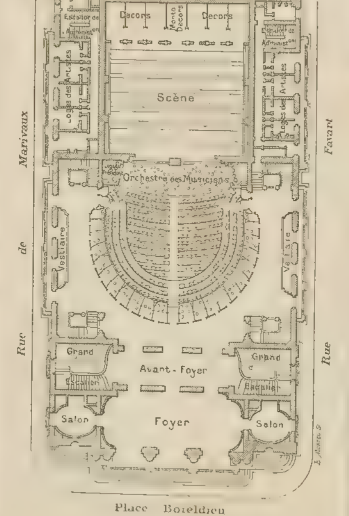
Una de las primeras cosas que ha tenido en cuenta el arquitecto ha sido la de facilitar las grandes salidas en masa á fin de que el teatro pueda evacuarse en poco rato; para esto, además de las grandes escaleras, se han construído en cada una de ellas otras supletorias que conducen á las galerías laterales á fin de que los que por ellas bajen no se encuentren con los que se dirijan al vestíbulo principal, evitándose de este modo las obstrucciones.

Las salidas del primer piso (figura 3) se reparten en un gran vestíbulo, dos salones, un ante-vestíbulo y los corredores: los palcos dan directamente sobre estos últimos y no tienen antepalcos. A las butacas de anfiteatro se llega por tres puntos, uno frente al escenario y dos á los lados.

La sala contiene 1.500 asientos, los mismos que tenía la antigua. El escenario es cuadrado y sus lados miden 17'50 metros cada uno: la superficie total es, pues, muy reducida, lo cual disminuirá naturalmente las facilidades para montar decorados de importancia. El material está almacenado en el fondo, en vez de estarlo en los lados como en casi todos los demás teatros; gracias á esto la circulación lateral es más libre y menos peligrosa. Los cuartos de los artistas están diseminados por los lados del escenario y sobre el depósito de las decoraciones.

Place Boïeldieu

Fig. 2. – El nuevo teatro de la Opera Cómica de París. Plano de la planta baja



Place Boïeldieu

Fig. 3. – El nuevo teatro de la Opera Cómica de París. Plano del primer piso

La nueva Opera Cómica es, según se desprende de esta somera descripción, un teatro bonito, pero sin novedad alguna que permita esperar tentativas afortunadas, defecto que se debe á la falta de espacio.

Afortunadamente el decorado compensa con la perfección de detalle aquella falta capital. La parte escultural está representada en la fachada del monumento por las estatuas de la Música y de la Poesía, simbolizadas por dos musas envueltas en amplios ropajes, debidas á los artistas Puech y Guilbert respectivamente: en el vestíbulo central hay un grupo de Michel, el Pensamiento, y dos estatuas que representan el Drama lírico, de Falguiere, y la Opera Cómica, de Mercié. En el centro de la escalera de honor álzase el monumento á Bizet (fig. 4): este grupo alegórico, obra de Falguiere, es indudablemente la mejor de todas las esculturas del nuevo coliseo y constituye una reparación para aquel gran compositor que no conoció en vida la gloria y que después de muerto hizo la fortuna de su teatro.



Fig. 4. – Monumento á Bizet, obra de Falguiere, erigido en la escalera de honor del nuevo teatro de la Opera Cómica de París

La pintura desempeña un papel importante en el decorado de la Opera Cómica. En primer término merece citarse el gran lienzo circular que forma el techo de la sala de espectáculos y que, debido al pincel de Benjamín Constant, es una obra de una concepción eminentemente personal y nueva: representa un cielo sombrío, un cielo de noche, en el cual una Gloria indica el camino de la eternidad á las diferentes obras maestras que han ilustrado la Opera Cómica: en él se ve á Manón en su silla de manos, rodeada de Carmen, Lotario, Mignón, Don Basilio y la Dama Blanca. El efecto de este lienzo es extraordinario; las figuras, muy iluminadas sobre un fondo azul obscuro, dan la impresión del pensamiento que surge brillante en el olvido de la forma.

El resto de la pintura ha sido confiado á diversos artistas: Francisco Flameng ha dibujado una escena alegórica que representa la Tragedia, colocada en lo alto de la escalera de honor, del lado de la calle Favart; haciendo juego con ella, en el lado de la calle Marivaux, hay una composición de Lucas Olivier Merson que representa la Música.

Flameng es autor también del techo de la escalera de honor; Lombard ha pintado el del vestíbulo principal, Magnan el tablero central de este último, y R. Collin y Toudouze dos grandes lienzos para los dos salones situados á los extremos de dicho vestíbulo.

En el decorado de la sala de espectáculos dominan el oro y los tonos claros. Los telones del escenario son dos: uno fijo, pintado por Rubié, y otro en forma de cortina que se abre por el centro según el sistema preconizado por Wagner. – A. DA CUNHA.

LABORES CAMPESTRES
cuadro
de Max Liebermann

El autor de este cuadro es reputado como uno de los primeros coloristas austriacos, y aunque por la reproducción del lienzo no puede juzgarse de la nota de color del mismo, hay en la obra otras bellezas de composición y de factura que permiten apreciar las notables cualidades que adornan al celebrado artista. La colocación de las figuras, la naturalidad de sus actitudes, la distribución de los planos, la perspectiva aérea admirablemente entendida y la tonalidad total del cuadro, demuestran que el pintor ha buscado su inspiración en la realidad viviente y que ha logrado asimilarse el sentimiento que tan simpáticos hace los asuntos del género ruralista.



LABORES CAMPESTRES, cuadro de Max Liebermann (Exposición general de Bellas Artes de Viena)

PERIÓDICOS Y REVISTAS RECIBIDOS

Boletín bibliográfico español, publicación mensual autorizada por el ministerio de Fomento; *Revista contemporánea*, publicación quincenal madrileña; *El Criterio católico en las Ciencias Médicas*, revista mensual barcelonesa; *El Monitor de las Exposiciones*, órgano de la exposición de París de 1900; *Revista de la Unión Ibero-americana*, publicación mensual madrileña; *La Moda Europea*, revista mensual de modas madrileña; *Boletín mensual demográfico de Montevideo*, interesante publicación estadística de la Dirección general del Registro del Estado Civil del Uruguay; *Boletín del Instituto Americano de Adrogué*, (República Argentina), *Revista de Valparaíso*, publicaciones mensuales.



VISTA PANORÁMICA DEL PROYECTADO CANAL DE NICARAGUA

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XVIII — Barcelona 16 de enero de 1899 — Núm. 890

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO



EL SUPLICIO DE TÁNTALO, cuadro de Peske Geza,

reproducción de la «Photographischen Union,» de Munich

ADVERTENCIA

PENSAMIENTOS Y RECUERDOS
DE OTON, PRÍNCIPE DE BISMARCK

Se ha puesto á la venta la edición española de esta obra, acerca de cuya importancia sólo hemos de decir que toda ella ha sido escrita y varias veces revisada por el propio príncipe de Bismarck. Nuestra casa editorial ha adquirido el derecho exclusivo de la traducción española de este libro excepcionalmente interesante y esperado con verdadera impaciencia, que se ha publicado simultáneamente con la edición original alemana.

Llamamos la atención de nuestros suscriptores y del público en general sobre los dos puntos siguientes: 1.º, que estos «Pensamientos y recuerdos» son las verdaderas memorias de Bismarck, con las cuales no debe confundirse otro libro de título análogo, cuya edición francesa se ha puesto á la venta y que nada tiene que ver con el que anunciamos, escrito y revisado, según queda dicho, por el mismo príncipe; 2.º, que la edición publicada por nosotros es la más económica de cuantas se publican, puesto que la alemana costará 20 marcos, la francesa 20 francos y la italiana 20 liras, y la española sólo 15 pesetas los dos tomos esmeradamente encuadernados.

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

La perpetración del gran crimen. – Las derogaciones del principio de no intervención por los americanos. – Perfidias de conducta y contradicción de los grandes principios por la República sajona. – Declaraciones de guerra lanzadas por ésta durante cuatro años. – Procedimientos maquiavélicos. – El horóscopo de los vencedores. – Nuestra segura venganza. – Nada de garrulidad. – Conclusión.

Ya el grande crimen internacional se ha perpetrado. Ya los *yankis,* sin más razón que la fuerza ni más derecho que sus arrebatos de conquista, se han alzado con todo el patrimonio colonial de nuestra patria. Bajo ninguna consideración estos conquistadores se rindieron, y en caso alguno escucharon el grito de la conciencia. Para burlar todos los códigos morales; para prescindir del derecho internacional; para conspirar contra gobiernos amigos; para sostener la maldad y la protervia de unas revoluciones sin excusa; para quedarse con los archipiélagos de Oriente y con las Antillas de Occidente, no han tenido más título que aducir, ni más motivos de cohonestar con su cultura y su civilización reconocidas tanta barbarie salvaje propia de los pieles rojas, que invocar una victoria, no conseguida por su propio valor, granjeada para ellos por el desorden de nuestra defensa y por el descuido de nuestro gobierno. Desde los comienzos de la insurrección cubana, los Estados sajones han puesto en olvido los preceptos de la moral universal. Proteger, con los mismos medios que la sociedad á cada gobierno entrega para sustentar el orden interior y exterior, proteger el desorden dirigido contra un territorio cercano, y echar en sus selvas el fósforo que había de abrasarlas, constituye un acto de perversidad tal, que nos parecería invorisímil si no fuese verdadero. Los Estados Unidos han abierto suscripciones en pro de la rebelión y de los rebeldes cubanos; han ofrecido toda clase de pertrechos á estos desatentadísimos facciosos; han armado expediciones marítimas sin cuento, en socorro de un atentado sin excusa; han ofrecido subvenciones cuantiosas á los que debían perseguir por obligación indudable; han atizado las malas pasiones de los tagalos, so pretexto de redimirlos, para luego ponerlos bajo su dominación avasalladora y en la mayor esclavitud; valiéndose de los motivos más fútiles hannos impelido á la guerra más desigual; y aniquilados nosotros, sus contrarios, han esgrimido sus venganzas y llevádolas á extremos tales, que nuestro siglo, en su final, recrudece y agrava el método de conquista, lejos de aminorarlo, según nos prometíamos de su inspiración; recrudecimiento y agravación debidos al brazo de un pueblo, el cual en sus manos tenía las tablas de nuestros derechos y se presentaba en sus instituciones como un ideal de justicia y como un motor de progreso á toda la humanidad.

Pasando revista, siquier breve, á los actos múltiples de la intervención americana en los asuntos españoles, imposible hallar uno solo sin la marca indeleble de asqueroso maquiavelismo. Aquellas constantes y sistemáticas protecciones oficiales á los conspiradores prestadas por todas las autoridades de una República que nos debía, no sólo su fundación y establecimiento, la tierra misma donde se fundara y estableciera, la tierra inmaculada y virgen, antes de que ellos la habitasen, revelada por nosotros, como en divina revelación, al mundo; aquellas protecciones constituyen una violación tal de lo debido por unos pueblos á otros pueblos, que consentida en Europa, nos retrollevan sin remedio á la crueldad y á la violencia prehistóricas. Las indemnizaciones reclamadas sin derecho alguno; el amparo prestado á filibusteros acogidos bajo la bandera sajona trocada en piratesco trapo; el insolente lenguaje de las notas oficiales enviadas á nuestro gobierno y que constituían un perpetuo reto; las discusiones de ambas Cámaras llenas de calumnias admitidas por oradores tan crédulos como embusteros; la proposición de mediaciones suyas entre los rebeldes mambises y el gobierno español, tan opuestas y contrarias á la dignidad nacional; el mensaje último de la presidencia en ejercicio, declarándonos moralmente la guerra; los acuerdos de aquellas dos Cámaras agrediendo la independencia y la integridad españolas; el estulto sentido dado á cartas confidenciales privadísimas de nuestro embajador; la casual voladura del *Maine,* tomada como un crimen preconcebido y ejecutado por España; tanto y tanto error, tanta y tanta maldad, enseñan que América tenía preparada la guerra, teníala preconcebida, nos la estuvo declarando en cuatro sucesivos años con verdadera perfidia, y no la intentó con verdadero descaro hasta que tuvo por cómplice indirecto á Inglaterra, y se convenció de que contra las dos potencias no quedaba ya fuerza ninguna de defensa, ni en España ni en el mundo.

Creíamos no poderse llevar más lejos la crueldad y la violencia de lo que la llevaron en sus maniobras para conseguir la guerra; mas se han excedido los *yankis* á sí mismos, en las maniobras urdidas para conseguir la paz. Ninguna reflexión moral ha valido en sus comisionados; fríos y mudos como estatuas funerarias de bronce ó mármol, implacables como la cuchilla y el tajo de un suplicio. Inútilmente se les han aducido todas las leyes opuestas á sus afentados; para sostenerlos, han dado por única razón el que tales atentados ya estaban cumplidos. Acaparamiento de Puerto Rico, ganado sin resistencia ninguna en breve paseo militar; protección directa sobre Cuba, que á la postre resultará tan larga como la protección de Inglaterra sobre Nubia y Egipto; robo de todas las Filipinas, cuando en el protocolo se prescribía únicamente la posesión rápida de Manila mientras la paz se ajustase y la cesión de la isla de los Ladrones; nada de respeto á lo mismo por ellos prometido; nada de indemnizaciones, presentadas en los primeros momentos de las conferencias como fáciles y copiosas; nada del reconocimiento de la deuda de Cuba, so pretexto de que la hacían independiente al par que la ocupaban en su manifiesto cinismo con sus tropas; perdurable invocación á la fuerza y perdurable menosprecio de la razón y de la justicia: he ahí el procedimiento de los *yankis* en sus conferencias de París. Para estos resultados, valía más no haberlas admitido. Si desde un principio nos penetramos bien de que no teníamos otro remedio sino aceptar el protocolo, y aceptarlo tal como ellos lo aplicaban y lo exigían, pudimos ahorrarnos estos largos meses de disputas inútiles, y el tristísimo espectáculo de pasear nuestras desdichas por Europa, suscitando sentimientos de compasión mezclados con acres censuras á nuestros procedimientos en la guerra y á nuestras docilidades en la paz. ¡Cuán triste destino tener que noticiar todo esto á mis lectores habituales, desesperado historiador, todo esto que no habían previsto ni los que mayor pesimismo guardaban en sus presentimientos y en sus prejuicios respecto del porvenir de nuestra patria! Permítaseme, pues, abreviar este relato interrumpido á cada minuto por las intensas palpitaciones de mi corazón destrozado, y leámosle al vencedor el horóscopo de su futura suerte; horóscopo, no escrito por las estrellas en el cielo, escrito por las ideas en el espíritu. Este horóscopo se reduce á una breve fórmula, que es á saber: bien pronto los tagalos y los visayos y los igorrotes y los mambises con todos los filipinos y todos los antillanos vengaránnos de vuestra violencia y de vuestra injusticia.

Nuestra desgracia excede á todo cuanto podía creer el más negro y siniestro pesimismo. Despojados de nuestras colonias; rotos en mar y en tierra; con un tesoro exhausto y con una deuda enorme; sacrificados nuestros mejores hijos á las insaciables voracidades del trópico; menospreciado nuestro derecho por todas las naciones cultas cuando aparecía tan real como la mecánica celeste; deshechos á la repercusión del terrible golpe los organismos oficiales; maltrechas la Restauración y la Regencia; el mayor descrédito pesando sobre los que han regido este país durante los cuatro últimos lustros; la reacción no da, como antes, los tristes signos de su inquietud en pronunciamientos cruentísimos y en guerras civiles malditas; dalas en una especie de caos y desorden intelectual, consecuencia inevitable del sacudimiento nervioso que ha recibido, en la caída del cuerpo nacional, su delicado cerebro. Por todas partes surgen curanderos que se ofrecen á remediar nuestras enfermedades sin haber seguido un curso de medicina; por todas partes se levantan numerosos videntes con su fórmula ó con su materia farmacéutica en las manos, brindando pródiga con la copa de sus remedios inverosímiles á nuestros labios cárdenos, que maculan y empañan los hálitos de una creciente agonía. Nada revela el estado anárquico en que nos encontramos como la multitud enorme de medicinas sociales con que nos aturde una charlatanería inextinguible, cuya garrulidad no toma en cuenta los obstáculos opuestos á todas las innovaciones y no mide la distancia que hay entre los ideales del espíritu y la vida real de una sociedad vieja y complicadísima. Hechos los españoles á tantas y tantas victorias pasadas, no pueden por manera ninguna concebir su derrota presente. Y no concibiéndola de ninguna manera, y no explicándosela por modo ninguno, prescinden del estado de brutalidad á que han venido tanto Europa cuanto América, y se atribuyen á sí mismos las recientes desgracias, considerando ya la tierra nacional desmembrada y sus hijos expulsos del territorio patrio y sujetos á errar proscritos por el mundo como si fuéramos los poloneses y la Polonia del Mediodía. Tengamos esperanza y confianza, así en el Dios de nuestros padres, como en nuestras propias vitales fuerzas.

Madrid, 9 de enero de 1899.



FRASES POPULARES

¡ES UNA VENUS!

Venus ó la diosa del Amor nació de la espuma del mar fecundada por la sangre de Urano, y fué tan linda desde el primer instante, que Tritones, Nereidas y los demás moradores del húmedo elemento acudieron en tropel á rodear su concha, cuna y carro á un mismo tiempo. En Chipre su innata coquetería la enseñó el arte del afeite y compostura: después, en el Olimpo, Júpiter confió á las *Horas* la educación de la hija de Urano; debiendo advertir que á cargo de semejantes diosas del orden de la Naturaleza estaban la manera de agradar, los estudios, los placeres, etc., etc. Con su admirable belleza y tales maestras llegó á ser Venus un dechado de perfecciones que la Corte suprema deseó conocer; y presentada efectivamente apenas núbil en la mansión celestial, no sólo obtuvo unánime aplauso de los augustos congregados, sino que la proclamaron *divinidad de la Hermosura.*

El jefe del Olimpo intentó unirse á la nueva deidad; mas no consintiéndóselo el irrevocable enlace contraído con Juno, la hizo esposa de su hijo el cojo Vulcano.

En Grecia se erigieron estatuas á la discípula de las *Horas* con los nombres de *Urania, Phandemos* y *Apostrophia,* simbolizando, según indican los vocablos, el amor casto, el vulgar y el desordenado.

Sus primeros santuarios en Roma fueron consagrados á idéntico objeto que aquellas esculturas, y posteriormente la dedicaron los sucesores del rey Rómulo magníficos templos bajo las advocaciones de *Generadora, Victoriosa, Felix* y *Mirthea,* por ser el mirto su planta favorita, destinando el mes de abril á la celebración de sus fiestas.

Su culto, casi universal, se distinguió del de los demás dioses por el fausto desplegado en las no muy respetuosas ceremonias ideadas en su honor; pero en pueblo ninguno se rindió tan soberbio homenaje á la divinidad de la *Hermosura,* con el nombre de Astarte, como en la Asiria.

Se representa á Venus de mil maneras, aunque es la más propia de pie sobre un carro tirado por cisnes ó palomas, sus aves preferidas, con ligera túnica y ceñidor verde (color que significaba y aún denota la esperanza de la seducción), seguida de su hijo y las tres Gracias Eufrosina, Aglae y Thalía.

Las más completas y primorosas estatuas que se conservan de la antiguedad son la Venus de Médicis en Florencia y la de Milo del Museo del Louvre, hallada el año 1820 en esta isla de Grecia.

Los poetas, pintores y escultores de todos los tiempos han considerado á la infiel esposa de Vulcano como el tipo ideal de la belleza, y por eso se dice «Es una Venus» á la mujer perfecta.

Lope Barrón

EL SEPULCRO DE COLÓN EN SANTO DOMINGO,

OBRA DE D. FERNANDO ROMEU (ARQUITECTO) Y DE D. PEDRO CARBONELL (ESCULTOR)

En el espacio que antiguamente fué trascoro de la catedral dominicana, se eleva desde hace poco tiempo el suntuoso mausoleo que á la par que guarda las cenizas del descubridor de la Isla Española, pregona gallardamente el genio artístico y la cultura de nuestro querido suelo catalán. Sí; Cataluña ha dejado en el suelo americano un mojón valiosísimo indicador de cómo aquí se siente y se practica el arte monumental, y esto precisamente cuando en medio de los horrores causados por la guerra se ha supuesto á nuestro país poco menos que pronto á ser borrado del mapa de la Europa culta.

GENERAL ULISES HEUREAUX, presidente de la República Dominicana (de fotografía)

Mas la Providencia en sus inescrutables designios ha hecho que, deslumbrados por los refulgentes rayos que la espada de fuego del coloso americano lanzaba sobre nosotros, tuviéramos todavía luz propia para proyectarla nítida y serena hacia el continente americano, patentizando así el progreso de las Artes en Cataluña.

Y esto lo ha conseguido el monumento cuya descripción vamos á hacer en el presente artículo, y que tan alto ha colocado el nombre del arquitecto don Fernando Romeu y del escultor D. Pedro Carbonell.

Para la realización del grandioso monumento que se acaba de inaugurar en la capital de la República Dominicana, se nombró la Junta Nacional Colombina, la cual destinó, ó mejor presupuso, la cantidad de doscientos mil francos como coste máximo de la obra, y sin pérdida de tiempo, en cumplimiento de su honroso cometido, anunció un concurso, al que invitó á los artistas de todas las naciones. En ese certamen figuraron siete proyectos de autores italianos, tres de autores franceses y tres de otros tantos compatriotas nuestros. Reunióse la comisión ó Junta Colombina, estudió los proyectos, escuchó (así lo suponemos) las recomendaciones que son de rigor en tales casos y pronunció su fallo en la sesión del 22 de septiembre de 1896, concediendo por gran mayoría el primer premio de cinco mil francos y la ejecución de la obra á los artistas citados Sres. Romeu, distinguido arquitecto, profesor auxiliar en la Escuela de Barcelona, y al escultor Sr. Carbonell, laureado ya anteriormente por diversas estatuas y en aquella fecha auxiliar también de la Escuela de Bellas Artes, ambos jóvenes aún y pertenecientes á esa pléyade de artistas que sienten hondo y que buscan su inspiración en el estudio de los monumentos de épocas pasadas. Unidos ambos por vínculos de amistad y de comunicación de ideas y de afecciones, lanzáronse á la honrosa lid que en América se anunciaba, buscando en los azares de la lucha y en los rigores del trabajo bálsamo para las heridas que ambos escondían en mitad del corazón. Cruzó el mar su boceto, destruyéndose casi á los vaivenes del buque, y arribó á Santo Domingo hecho un montón indescifrable de pedazos de yeso. Mas algo en ese montón vería la Junta Nacional Colombina cuando lo hizo montar y restaurar desconociendo por completo á sus autores, pero adivinando en él rasgos geniales, detalles de primer orden que fueron las primeras chispas anunciadoras del fuego del entusiasmo que más adelante estalló en el seno del Jurado. Baste decir que el secretario de éste, que hizo voto particular contrario al boceto Romeu-Carbonell, dirigió á éstos una calurosa carta de felicitación explicando su actitud y reconociendo las brillantes cualidades de su proyecto.

Realmente, estas y muchas más demostraciones de aplauso merece el monumento recién inaugurado. Su planta es sencillísima, y está lógicamente deducida del tema, que es la cripta, y del sistema constructivo empleado, es decir, de la estructura. Esa cripta está limitada por cuatro contrafuertes y cuatro arbotantes que se combinan con cuatro pináculos, uno en cada uno de sus ángulos, que superiormente van á reunirse formando un edículo ó doselete que es á su vez basamento de una composición alegórica del progreso de América. Este doselete cobija la estatua representativa de la antigua *Quisqueya,* guardando los restos de Colón; estatua colocada en el lugar más noble del monumento, ya que es la idea predominante del mismo ó la indicación alegórica exterior de su destino. Descansa esta estatua en la clave de la bóveda que cubre la cripta, con lo cual se logra que toda la parte baja forme de pedestal.

Bájase á la cripta por dos anchas escaleras, que tienen su entrada en las naves laterales de la catedral, y en el plano inferior, una galería, decorada por medio de heraldos ó reyes de armas simbolizando las diversas razas que pueblan América y en actitud de guardar la cámara sepulcral, rodea á ésta, de manera que resulta visible hasta en el menor de sus riquísimos detalles.

Las cuatro aberturas de esta cámara sepulcral tienen dos puertas y dos verjas de bronce. La puerta correspondiente á la fachada principal del monumento lleva representado en alto relieve el acto del *Hallazgo de los restos de Colón en la catedral de Santo Domingo,* y la otra puerta y las dos verjas van decoradas con diversos elementos heráldicos sacados del escudo de Cristóbal Colón.



GENERAL WENCESLAO FIGUEREO, vicepresidente de la República Dominicana y presidente de la Junta Nacional Colombina

De los pilares de ángulo arrancan los cuatro arcos de las aberturas, en cuyo dovelaje se leen los nombres de las comarcas americanas, así como encima de ellos y á manera de friso corre el testamento de Diego Colón, expresando la voluntad del gran descubridor de ser enterrado en la catedral dominicana. Combínanse con esta inscripción, construída en mosaico veneciano, cuatro altos relieves. La clave de la bóveda gótica, que cubre la cripta y sirve de pedestal á la estatua de *Quisqueya,* tiene en alto relieve las estatuas de Europa y América íntimamente hermanadas.

Los contrafuertes en su parte más exterior descansan en columnas de mármol cilíndricas con capiteles de laurel y palmas y lacerías en que se leen los nombres de Colón é Isabel. Soportan estas columnas sendos pináculos en cuya base se representa por medio de estatuas alegóricas el cuarto centenario del descubrimiento de América, combinadas con inscripciones y con los escudos de Colón, Santo Domingo, España é Italia.

En el arranque de los arbotantes y sostenidos por columnas de mármol con capiteles heráldicos, van colocados unos leones de bronce de tamaño natural, mientras que en la altura de las alegorías antes citadas y ocupando los netos del pedestal de la estatua, vense cuatro altos relieves en bronce que representan *El consejo de Salamanca. El descubrimiento de la Isla Española por Colón. La sublevación del cacique Enriquillo* y *La llegada de Colón á Granada y su presentación á los Reyes Católicos.*

Los pináculos centrales rematan en cruces de metal con inscripciones en bronce y arrancan de un

CONJUNTO DEL MONUMENTO

conjunto decorativo en que figuran las tres carabelas que mandó Colón en su primer viaje.

En el doselete que cobija la estatua (la cual es vez y media el tamaño natural), se representa por medio de cuatro grupos escultóricos el progresivo desarrollo de la civilización americana, cuyos grupos, reunidos en un cuerpo cilíndrico, rematan por su parte superior en una esfera representativa del nuevo mundo, sobre la cual descansa un grupo en bronce, *La Libertad*, que ostenta en su mano diestra una cruz, símbolo de la Fe, y en la izquierda sostiene el libro del Derecho. Este libro, apoyado sobre el lomo de un león tendido á los pies de la estatua, simboliza, á la vez que el dominio del Derecho sobre la Fuerza, el apoyo que de ésta recibe el primero.

Los restos de Cristóbal Colón, dentro de la propia urna en que fue

EL ARQUITECTO FERNANDO ROMEU



«LA LIBERTAD» OSTENTANDO LA CRUZ

SARCÓFAGO EN BRONCE, VISTO DE FRENTE

EL ESCULTOR PEDRO CARBONELL

ron hallados, ocupan en el monumento la parte central de la cámara sepulcral, guardándose en rico sarcófago de bronce decorado con representaciones é inscripciones adecuadas. Dicho sarcófago se apoya sobre un precioso pedestal construído en mármoles y bronces.

Tal es á vuela pluma la descripción de obra tan complicada.

El estilo general es el gótico del siglo XV, habiéndose el arquitecto Romeu inspirado en las construcciones de Toledo y Salamanca de la época del descubrimiento. El desarrollo, así en las líneas como en la decoración, es magistral, proclamando el buen gusto y sólida erudición del autor. En cuanto á las esculturas, todas ellas ostentan el sello de nobleza y majestad peculiares á la factura de Carbonell y están ejecutadas magistralmente, en especial la sedente *Quisqueya*.

A ambos artistas enviamos un cariñoso voto de felicitación por su excelente trabajo y por lo que el mismo contribuirá á difundir el buen nombre de las artes de Cataluña en las tierras lejanas que el sol del trópico fecunda y baña el mar que un día surcaran las carabelas del ilustre genovés.

BUENAVENTURA BASSEGODA

La inauguración del monumento que en el anterior artículo tan bien describe el distinguido arquitecto barcelonés Sr. Bassegoda, verificóse con gran solemnidad el día 5 de diciembre último, aniversario del descubrimiento de la isla de Santo Domingo, fecha que por el Congreso Nacional ha sido declarada *día excepcional* de recordación histórica y de regocijo público.

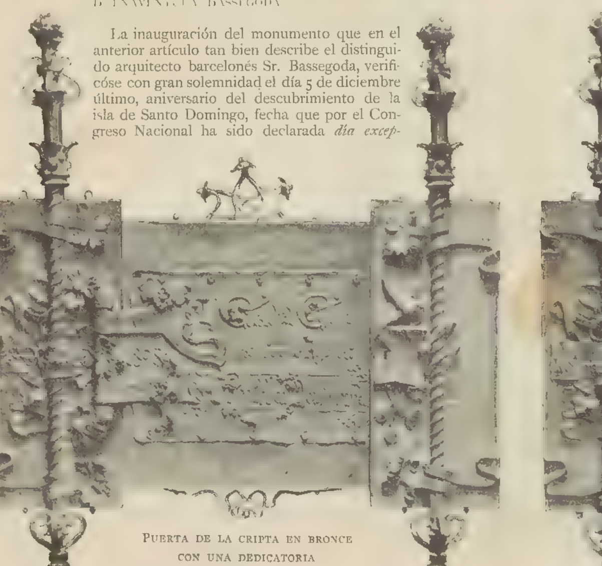
A las nueve de la mañana reuniéronse en el Palacio del Gobierno el presidente de la República, general Ulises Heureaux, los secretarios de Estado, el Cuerpo diplomático y consular, gran número de empleados civiles y militares, comisiones de diferentes sociedades, el Ayuntamiento, los oficiales de la Armada y otras personalidades, dirigiéndose desde allí la comitiva á la catedral, cuyas naves llenaba un inmenso gentío y siendo recibida por la Junta Nacional Colombina. El presidente de ésta, general Wenceslao Figuereo, hizo entrega del monumento al presidente de la República, cruzándose con este motivo sentidos discursos.

Terminado el acto de la entrega, entonóse un *Te Deum* en acción de gracias, después del cual el ilustre arzobispo metropolitano Monseñor de Meriño pronunció un discurso elocuentísimo prodigando las más entusiastas alabanzas á la obra de Colón y tributando merecidos aplausos á cuantos han contribuído á la erección del monumento, «espléndido mausoleo erigido por la nación en testimonio de público reconocimiento, magnífica obra artística que á la delicada, correcta y armoniosa ejecución de su forma reune, para mayor realce, la conveniente expresión histórica que á su objeto correspondía y que será de hoy en adelante la más bella, mejor inspirada y más elocuente página de aquella sublime epopeya del descubrimiento, en la cual leerán especialmente las generaciones venideras los clarísimos méritos del egregio varón á quien se consagra.»

La solemne ceremonia terminó con la traslación de los restos á la urna que fué llevada en lujosas andas por oficiales de marina, sosteniendo las cintas nacionales que de ella pendían el ministro de Relaciones Extranjeras, el ministro de Haití y los cónsules de Italia y de los Estados Unidos.

La República Dominicana, al honrar al ilustre nauta que llevó la civilización y el cristianismo al Nuevo Mundo, merece bien de la humanidad.

Merece, además, el agradecimiento de los españoles porque, por boca de su digno presidente al ensalzar las glorias de Colón, no se olvidó del pueblo que dió al descubridor de América naves, hombres y dinero para llevar á cabo su colosal empresa. – X.



PUERTA DE LA CRIPTA EN BRONCE CON UNA DEDICATORIA



PUERTA DE LA CRIPTA EN BRONCE CON UN RELIEVE CONMEMORATIVO

LA DANZA DE ANITRA

(SUITE)

En aquella casa donde la dueña, respetable señora que brilló en los salones de la Corte como estrella de primera magnitud, había encerrado verdaderos tesoros de arte, han transcurrido para la alegre juventud las horas más agradables y dichosas.

De sobra sabíamos que allí jamás habríamos de aburrirnos. Las delicadas atenciones de que éramos objeto, la comodidad que se nos ofrecía, el trato agradable de las infinitas personas que á aquellos salones acudían, sabían seducirnos de tal manera que ni por casualidad una sola vez faltábamos á las agradables reuniones á que dos veces por semana se nos invitaba.



Cristóbal Colón en el Consejo de Salamanca



Pa[illegible] F[illegible]



E[illegible] la Rábida

La señora, dama de fino ingenio, supo congregar en su casa lo más escogido, de tal modo que sin ser la reunión política, ni científica, ni literaria, concurrían á ella literatos, sabios y políticos; alegrándolo todo, como brisa vivificante y dulce, la juventud femenina más esplendorosa y radiante.

Mucha tristeza produce en mi alma hoy el recuerdo de tan agradables horas. Aquel gabinetito perfumado y tibio, donde nos recogíamos siempre los aficionados á la música; el *boudoir* de la señora de la casa, amueblado con grandes sillones en los que la ancianidad descabezaba el sueño, esperando el final de la velada; el gran salón abierto á los invitados los grandes días de cotillón y fiesta; las salas de tresillo; el espléndido comedor; las soberbias galerías; el más apartado rincón de aquella casa, tienen para mí gratos é inolvidables recuerdos.

Entre la concurrencia habitual advertí la presencia de una adorable criatura, rubia, ideal, con grandes ojos azules y abundante y dorada cabellera. Al preguntar su nombre dijéronme: *Fifí*. Y no supe más. Me asombraba mucho verla siempre sentada. Jamás la había visto levantarse de aquella butaquita en la que permanecía horas enteras, y aunque esto despertaba en mí una curiosidad grande, nunca podía satisfacerla, pues al llegar yo, ya estaba Fifí en la reunión, y además, como mis ocupaciones me obligaban á retirarme antes que la mayor parte de los invitados, nunca conseguí ver á Fifí moverse de su asiento. Por otra parte, no me atrevía á preguntar la causa á ninguno de los concurrentes, y excitada mi curiosidad cada vez más poderosamente, resolví un día salir de dudas esperando á que se levantara para marcharse ó acudiendo de los primeros para presenciar su entrada.



Sublevación del cacique Enriquillo

¿Se hallaría enferma? Pero no, en su rostro, espléndidamente hermoso, reflejábase todo el saludable vigor de una poderosa juventud; y era tan adorable, tan encantadora, que en más de una ocasión dejé volar libremente mi fantasía, mientras desde lejos amorosamente la contemplaba.

Pero jamás la vi correr, ni bailar, ni hacer ninguna de las locuras á que todas las noches se entregaban las jóvenes de su edad, que recorrían las habitaciones saltando, sudorosas, jadeantes, sin hacer caso de los llamamientos que alguna vez las hacían las señoras desde el *coro*, como bautizamos á la habitación donde la ancianidad tenía su asiento, por la beatitud y placidez con que aquellas señoras veían transcurrir las veladas mientras se arrellanaban cómodamente en los espaciosos butacones de rica sedería.



D[illegible] la Isla Española

Obsesionado con la idea de ver á Fifí entrar, y aunque exponiéndome á llegar inoportunamente, me presenté en la casa apenas fué la hora indicada en la invitación.



LLEGADA DE COLÓN Á GRANADA DESPUÉS DE SU TERCER VIAJE

Celebrábase aquella noche no sé qué gran fiesta, y los balcones arrojaban torrentes de luz sobre la calle. Habíanse abierto las puertas del gran salón, y un sexteto admirablemente escogido preludiaba tímidamente antes de comenzar á ejecutar los bailables que habían de componer el cotillón.

Apenas entré extendí la vista por los salones. Nada... Fifí no había llegado aún. Esperaba impaciente, nervioso, y ya desconfiaba de que fuera cuando, al atravesar una de las salas, la vi aparecer radiante de belleza, caprichosamente vestida de azul celeste, vaporosa y alegre como un sueño. ¡Ay, pero con qué tristeza la contemplé!..

Avanzaba muy despacio, apoyándose en los muebles que hallaba al paso para no caer, y creyendo que pudiera haberse puesto enferma, me precipité á su encuentro preguntándola solícito:

– ¿Se ha lastimado usted?.. ¡Me parece que viene cojeando!

Fifí se ruborizó, y me miró tristemente como creyendo que me burlaba de ella; luego, al ver que yo esperaba respuesta á mi pregunta y que, para ayudarla, le ofrecía mi brazo, rectificó sin duda aquella primera idea y apoyándose en mí dijo sonriendo:

– ¿No lo sabía usted? Si es que... ¡soy cojita!

¡Pobre Fifí! Quería permanecer alegre, y al decirme esto sonreía, pero tenía aquella sonrisa un no sé qué amargo y triste, tan triste que casi me arrancaba lágrimas. ¡Y qué contrastes! Ambos nos esforzábamos en aparecer alegres como no queriendo dar importancia al suceso aquel, y pretendíamos reir ruidosamente por cualquier motivo, cuando en realidad ninguno de los dos podíamos olvidar la causa que nos había llevado el uno junto al otro.

Y entonces fué cuando, burlándose de sí misma, Fifí me contó que al principio sufría mucho al ver á sus amigos danzar y correr en todas las reuniones á que asistía; pero que, poco á poco, se acostumbró á su papel pasivo, y ya lo único que hacía las noches de velada era procurar estarse quietecita y no moverse desde que entraba hasta que salía, á fin de que nadie se burlara de su manera de andar.



VISTA LATERAL DEL MONUMENTO



UNA DE LAS DOS VERJAS DE LA CRIPTA

Aquella noche, vivamente impresionado, me ofrecí á Fifí para servirla de caballero durante el cotillón; pero la adorable niña, haciendo un delicioso mohín de desesperación, me dijo:

– ¡Ay, qué desgracia!.. ¿Ve usted? Ha quedado Carlos, un muchacho algo pariente nuestro, en venir exclusivamente para acompañarme. De todas maneras, se lo agradezco á usted mucho, pero así estará usted más libre. Le aseguro á usted que es muy desagradable tener que ir ajustando el paso á este modo de andar mío, tan «elegante...»

Nuestra conversación se prolongó bastante. Carlos tardaba en llegar, y en tanto, yo que involuntariamente, á mi pesar, me sentía atraído por aquella criatura tan resignada, tan dulce, tan cariñosa, al hablar de cosas indiferentes procuraba que ella me confiase algunas intimidades que yo escuchaba suavemente acariciado por su vocecita de timbre simpático y armonioso.

– ¡Si usted supiera cuánto me gusta el baile!, me decía. ¡Ah, yo hubiera bailado muy bien! ¡No, no se ría usted! No sabe usted qué pena me da ver las parejas girar con rapidez vertiginosa de un lado á otro. ¡Yo también bailaría así! Y luego, con lo que me hace sentir la música... Mire usted. Hace pocas noches tuvimos en casa un poquito de reunión. Se cantó, se «hizo» música, se habló de muchas cosas y además se bailó algo. Por casualidad, revolviendo los papeles que había en el musiquero, tropecé con la *suite* de Grieg, *Peer Gint,* y me puse á ejecutar el trozo de la *danza.* Si seré tonta, que al concluir se me saltaban las lágrimas, y no era de tristeza... Puede usted creerme, no. Era de no sé qué... Sentía unas cosas extrañas. Inquietudes, melancolías, rarezas..., yo no sé explicármelo. ¿Qué sería? ¿Romanticismo? Diga usted, ¿seré yo algo romántica? ¡Qué risa! ¿Eh? ¡Romántica y con una patita coja!.. ¡Ríase usted!.. ¿Por qué no se ríe usted?

Yo la miraba fijamente, y aun hubiera jurado que entonces también en sus ojos se agolpaban las lágrimas; pero en aquel momento Carlos puso término á nuestra conversación acercándose al lugar donde nos encontrábamos. Saludé y me separé de Fifí triste y pensativo.

Pero aquella noche estaba escrito que había de pasarla nervioso y descompuesto.

Yo no sé si la conversación que con Fifí sostuve pudo ser la causa de todo, pero es lo cierto que supo impresionarme de tal suerte que en vano procuraba distraerme buscando motivos de preocupación en lo que pasaba á mi alrededor.

Dos ó tres veces durante aquella noche sorprendí á Carlos hablando á Fifí con vehemencia. Ella le escuchaba con la vista baja, encendido el rostro y abriendo y cerrando el abanico precipitadamente. Alguna vez pasaron á mi lado silenciosos, él mirándola con dulzura, ella pensativa, triste, como si hondas preocupaciones asaltaran su ánimo. Yo contemplaba á Carlos á veces con indiferencia, á veces iracundo; no sabía qué ocurría en mi interior. Carlos nunca me había hecho nada malo, y sin embargo, aquella noche quedó decidido que yo nunca sería su amigo. Me parecía que se estaba burlando de Fifí, y hasta creía sorprender á veces en sus labios diabólicas sonrisas de hombre perverso.

En tanto la fiesta hallábase en todo su esplendor. Las invitaciones habían sido más numerosas, y en aquellos esplendorosos salones admirábanse las más celebradas hermosuras. Los brillantes uniformes, las relucientes condecoraciones, destacábanse al lado de lan blancas pecheras y los irreprochables fracs; y aquel conjunto de gasas, tules, sedas, encajes y pedrería, la atmósfera impregnada de tibios y penetrantes perfumes, el ensordecedor runrún de las conversaciones, las risas, todo en fin, unido á los rumorosos acordes de la orquesta, producía, en efecto, un extraño encanto mezcla de alegría y de tristeza.



ESTATUA QUE REPRESENTA «LA ISLA ESPAÑOLA GUARDANDO LOS RESTOS DE COLÓN»

En aquel instante, el sexteto, que entre bailable y bailable ejecutaba alguna obra de concierto para entretener á la concurrencia, comenzó á preludiar los bailables de *Peer Gint.*

Las delicadas armonías de *la danza de Anitra* trajeron á mi mente el recuerdo de Fifi, su confidencia, la predilección que por esta obra sentía, aquellas inexplicables sensaciones que al escucharla experimentara y quise ver de nuevo á la cojita. Quería contemplarla, sorprender si era posible todo el sucesivo encanto que en ella producía aquella arrebatadora composición musical, y busqué á Fifi por todas partes. Recorría una y otra habitación, prosiguiendo siempre mi investigación, cuando de pronto pude contemplarla á pocos pasos de mí, reclinada en un sillón, mirando á Carlos, que aprisionaba fuertemente las manos de Fifi entre las suyas.

Salí desesperado, loco... Muchas veces me pregunté si amaba yo á Fifi, pero jamás supe darme una respuesta categórica. Unicamente me prometí no volver á colocarme en sitio alguno donde pudiera encontrar á aquella encantadora criatura. Cuando se acude á tiempo todos los males tienen remedio.

* * *

Lo que no podemos evitar es que á veces, con la mejor intención, nos dé alguien una noticia que nos mortifique, y esto es lo que me ocurrió, andando el tiempo. No sé cómo supe que Fifi había quedado huérfana; que Carlos, su pariente, la engañó villana y cobardemente, y hasta hubo quien corrió la voz de que Fifi abandonaba el mundo y pensaba ingresar en un convento.

Y dejé de ver á Fifi... Otro género de vida, ocupaciones que no podemos abandonar los que nos tenemos que ganar la existencia á fuerza de lucha y trabajo, lleváronme y trajéronme de un lado á otro, manteniéndome largo tiempo alejado de la corte.

Volví cuando apenas quedaban en mi mente ligeras remembranzas de otros tiempos. Conservaba aún bajo la máscara de escepticismo que nos dan las correrías hechas por el mundo, el temperamento soñador que jamás nos abandona, y así en la edad ya madura quería reverdecer los gustos y aficiones de la adolescencia. En cada detalle pretendía ver una historia; en cada recuerdo evocaba una leyenda; una mujer que conocí apenas niña y ahora encontraba señora respetable, sugeríame un poema, tristes resabios que suelen producirnos á veces terribles decepciones y crueles desencantos.

Y volvieron para mí las aficiones de otros tiempos. Una tarde en que el cartel ofrecía á los buenos aficionados un delicado concierto, dirigí mis pasos al teatro donde desde hace mucho se viene rindiendo culto fervoroso á las grandes obras de los maestros inmortales.

Lo más escogido de la corte habíase congregado en el teatro. Cuando la numerosa orquesta comenzaba á ejecutar alguna de aquellas grandes concepciones artísticas, no por muy escuchadas menos aplaudidas, silencio profundo reinaba en todo el salón, silencio que jamás se interrumpía, á no ser que el entusiasmo, encendiendo los ánimos y corriendo de espectador en espectador como reguero de prendida pólvora, prorrumpiese en estentóreos bravos y atronadores aplausos.

Mirando, sin ver, como ocurre siempre que se aglomera mucha gente en un mismo sitio, había paseado la vista por toda la sala, cuando de pronto, en un palco que durante toda la primera parte del concierto había permanecido vacío, vi aparecer una señora vestida de negro que se quedó en último término sin avanzar, y después de dirigir al teatro una rápida ojeada con los gemelos, se sentó.

Yo quería reconocer aquella cara... Daba vueltas en mi imaginación á esta idea, evocando trabajosamente recuerdos tan lejanos que casi se habían borrado en mi memoria, cuando un luminoso pensamiento me obligó casi á lanzar una exclamación, y volviendo de nuevo la vista al palco aquel me dije: «¡Sí, es Fifi!..»

Efectivamente, era ella. Pero ¿qué iba á hacer allí? Precisamente al entrar en el teatro reconocí á Carlos que subía la escalera de los palcos dando el brazo á su esposa, una muchachita tísica, con la que se había casado hacía dos meses, y temblaba yo al pensar que Fifi pudiera cruzar su mirada con la de aquel hombre infame.

Terminó el descanso. Mis pensamientos, tristes y alegres según los momentos, me obligaban á fijar con insistencia mis ojos en el palco de Fifi, mientras la orquesta comenzaba á preludiar una cosa tan inarmónica, que á mí me pareció del peor gusto. Bien es verdad que apenas prestaba atención, pues me encontraba suavemente impresionado: Fifi había renovado en mi alma los días pasados, los antiguos recuerdos, pan de azucenas con que alimentamos nuestra edad madura. Pero en tanto hacía llegar hasta mi oído un vago, monótono runrún. Precisamente la composición que ejecutaban estaba escrita sin duda para los instrumentos de cuerda, y éstos con sordina, así es que á ratos aquella misteriosa melodía parecía el acompañamiento para entregarse á la rebusca de cosas viejas por los rincones de la imaginación.

Poco á poco la melodía adquiría mayor fuerza. Si las primeras notas pareciéronme apagadas y breves, ahora cambiaba de tiempo y su armonía era de un encanto irresistible. Yo recordaba haber oído aquello, sí, pero ¿dónde? Inútilmente violentaba mis recuerdos; todos me representaban á Fifi, y en vano intentaba separar mis ojos de ella. Vagamente al principio, con más fuerza después, se fué descorriendo el velo que parecía cubrir el pasado, y en el momento en que la orquesta atacaba con valentía el *allegro* brillante, surgió ante mí la figura adorable de Fifi en la alegre reunión donde su novio Carlos se le declarara á los acordes de *la danza de Anitra.*

Y esto era lo que la orquesta ejecutaba entonces también. *La danza de Anitra* con sus motivos apasionados, con sus tristes melancolías, con el poderoso encanto de una inspiración avasalladora evocaba en mí todas las dulces sensaciones del pasado. Miré á Fifi, y me pareció que un ligero grito se escapaba de sus labios al tiempo que caía desvanecida en el fondo del palco.

* * *

Todavía hoy, cuando á las horas del paseo la multitud pasa revista en las avenidas del Retiro á todo cuanto en la corte se exhibe y brilla, podéis contemplar en cualquiera de los solitarios paseos á una señora joven aún, que apoyada en un bastón, anda trabajosamente.

La veréis pasar inadvertida á los ojos de las gentes, y cuando algún pilluelo, al pasar junto á ella, grita con descaro: «¡Una..., dos..., tres...,» aludiendo á su cojera, Fifi, que ella es, se ruboriza y tiembla como débil rama que sacude el viento, y continúa después su camino arrastrando la patita y clavando el bastón en la arena del paseo con lento y monótono compás...

JOSÉ JUAN CADENAS

LA PAREJA

En las poblaciones grandes no puede vivir la gente sin algún hazmerreir.

De cuando en cuando aparece un «tipo» en la vía pública, que no se sabe de dónde viene, aunque se supone adónde va.

Al hospital, después de algún tiempo, y al cementerio.

¿Cómo llegan á la popularidad?

¡Ah, si conocieran la receta literatos y artistas que «patalean en el vacío» para conseguir la popularidad!

Cuando desaparece de la vista del pueblo alguna de sus víctimas, sale otra á escena.

Las gentes baldías y los chiquillos necesitan un infeliz con quien divertir sus ocios.

Una víctima de sus burlas á quien injuriar de palabra, y aun de obra en ocasiones.

¿De dónde salen esas figuras que excitan la atención y la mofa populares?

Para cada cual se inventa una historia en los talleres y en los establecimientos de ultramarinos en buen uso, en las tabernas y en las plazas del mercado.

De uno dicen que es título desheredado por su padre y que se ve en la miseria.

De otro que es extranjero, aunque lo disimula hasta en el habla, y que estaba complicado en una causa célebre; pero que «también ha venido á menos.»

Ello es que todos son personajes de historia, porque las gentes se las inventan, y que, en realidad, nadie la conoce.

En Madrid se presentan, se exhiben durante algunos años y desaparecen esos tipos callejeros populares.

Hacía algún tiempo no aparecía uno siquiera.

¿Se habrán acabado?, pensaba yo.

– Porque usted no los ha visto, me respondió un sujeto á quien repetí la pregunta. ¡Vaya, usted no conoce á la pareja!

– ¿A qué pareja?

– A D. Pepito y doña Urraca.

– No tengo ese gusto.

Y efectivamente, los conocí un día, ó mejor dicho, los reconocí.

Porque los había visto sinnúmero de veces en las calles del centro de Madrid.

Ella era una mujer rubia, alta, como de treinta y ocho á cuarenta años.

Él también alto y rubio, de la misma edad próximamente que su compañera «de tránsito.»

Parecían extranjeros, pero hablaban en castellano con algún acento andaluz, por lo menos ella.

Vestían de negro, pero correctamente: suponía yo que dormirían con guantes, por exceso de lujo ó de «etiqueta á domicilio.»

Paseaban..., como pasean las demás personas; se detenían delante de los escaparates, como si escogieran mancomunadamente las alhajas y las ropas que habrían de comprar.

– Un matrimonio que ha heredado.

– Son rusos: no hay más que verles la cara.

– ¿Es de piel de Rusia?

– Ú olerlos de pasada.

– Él es general de cuartel.

– De cuartel son todos, me parece; no han de ser de confitería; de cuartel y de campo.

– Quiero decir que está separado del servicio accidentalmente.

– ¿Y ella?

– También.

– ¿También es generala y está separada del servicio?

– Si no hay tal cosa: él es poeta.

– ¿Poeta?

– ¿Y ella?

Tiple.

Pasaron los meses y la pareja continuaba exhibiéndose en las calles de Madrid.

Ya no vestían tan correctamente como cuando yo los conocí.

La ropa negra empezaba á *mulatear:* el sombrero del varón acusaba algunos tropiezos; el sombrero de la señora había sido reemplazado por un velo no muy negro por cierto.

Iban, como siempre, del brazo y pausadamente.

Empezaban á excitar la curiosidad de los transeuntes.

Los perdí de vista: variaron, sin duda, de itinerario.

He vuelto á encontrarme con ellos en una calle de las más céntricas.

No parecen ellos.

Tal vez los hubiera desconocido, si no excita mi atención el coro de chiquillos que los seguía.

– ¡Don Pepito y doña Urraca!

– ¡Mira, mira: D. Pepito y doña Urraca!

Ellos se detienen é increpan á los chicos: ella, particularmente, que conserva cierta altanería de mejores tiempos.

Con lo cual los muchachos redoblan el jolgorio.

Y aun vendedores callejeros y otras personas de clase no muy acomodada toman parte en la lidia de los infelices cónyuges, si lo son.

Porque no hay rigor ni insolencia comparables á los del pobre con otro á quien cree que lo es más.

Una persona bien educada verá con lástima, ó por lo menos con indiferencia, á otra que lleva los botillos rotos.

Pero un individuo descalzo involuntario no puede pasar al lado de otro que vaya mal calzado sin insultarle ó mofarse de la pobreza del desgraciado.

D. Pepito y doña Urraca son los protagonistas ó las víctimas en el drama de crueldad popular callejera.

Vagan sin cesar por algunas calles durante dos ó tres horas del día. Después se recogen, ignoro dónde.

Y aun me pareció ver, días pasados, que murmuraban algo así como si implorasen la caridad de los transeuntes.

Lo cual no impide que los chicos los toreen.

Porque los guardias no se ocupan en impedirlo.

– ¿No ve usted que no nos dejan vivir?, preguntaba ella á una pareja de seguridad.

Y uno de los guardias respondió muy grave:

– ¡Vaya, vaya!, sigan ustedes por su camino y no llamen la atención del público ilustrado y del vecindario pacífico.

EDUARDO DE PALACIO

PENSAMIENTOS

Cuando se vacila entre dos deberes, parece que el más penoso es el que se impone con mayor imperio.

El olvido es el perdón involuntario.

La calumnia es como la moneda falsa: hay muchas personas que no son capaces de fabricarla y que no tienen inconveniente en hacerla circular.

Nuestros dolores aburren á aquellos á quienes no entristecen.

El que arregla una boda sacrifica generalmente una de sus conocidas á uno de sus amigos.

El orgullo es el único remedio para los padecimientos del amor propio.

El desprecio es la única venganza de los grandes corazones; con ello no dejan de contar los culpables.

La modestia es una concesión cortés que hace el mérito á la inferioridad.

CONDESA DIANA



RIÑA DE JÓVENES SÁTIROS, cuadro de [illegible]



Ratones de sacristía, cuadro de José Benlliure, adquirido por M. Eduardo Schulte, de Berlín

Aquelarre, cuadro de José Benlliure

NUESTROS GRABADOS

Retrato pintado por Max Koner.—Con decir que Max Koner es reputado hoy en día como el primer retratista berlinés, queda hecho el mejor elogio del autor de este lienzo, elogio que puede completarse diciendo que, habiendo apenas hecho estudios académicos, todo cuanto es y vale se lo debe á



RETRATO PINTADO POR MAX KONER

sí propio. Sólo á los retratos se dedica, y en sus retratos no trata de resolver ningún problema de luz ó de color, ni subordina nunca á la exactitud del parecido físico la fisonomía moral del retratado, que para él es lo primero. Koner comenzó á trabajar en 1884 y en poco tiempo logró la celebridad de que hoy disfruta: entre sus principales obras citaremos los retratos del actual emperador y de los artistas Menzel, Pietsch, Kameke, Werner, Bracht y Brausewetter, pudiendo afirmarse que es el pintor predilecto de todas las notabilidades masculinas y femeninas de la capital de Alemania.

El suplicio de Tántalo, cuadro de Peske Geza. – Las composiciones del pintor húngaro Peske Geza se distinguen por su sentimiento delicado y por su sencillez: no vemos en ellas reproducidos hechos trascendentales ni planteados esos difíciles problemas que á otros artistas preocupan; tampoco hallamos aplicados los procedimientos modernistas en punto á factura. Peske Geza se propone llegar al alma con una nota sentida y cautivar los ojos con una ejecución clara, exenta de vacilaciones y de atrevimientos no siempre justificados, y fuerza es confesar que consigue su propósito, pues todos sus cuadros, como el que hoy reproducimos y otros varios que en anteriores números hemos publicado, pertenecen á ese género que nunca pasará de moda, á ese género que, sin producir grandes asombros, pero también sin extravagantes efectos, deleita á cuantos lo contemplan y les hace sentir lo que el autor quiso que sintieran.



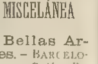
EL RELATO DE LA FUGA, cuadro de John A. Lomax

El relato de la fuga.—La reconciliación, cuadros de John A. Lomax.—¿Hemos de explicar el argumento de estos dos lienzos que reproducen dos fases de un mismo asunto? Nos parece innecesario, porque ¿quién al verlos no adivina uno de esos dramas de familia que, comenzando por unos amores contrariados, terminan con la reconciliación y la consiguiente boda? El celebrado pintor inglés John A. Lomax ha interpretado con admirable acierto dos de las más interesantes y sentidas escenas de este drama, agrupando con gran habilidad las figuras y expresando con verdad digna de los mayores elogios el contraste de los sentimientos que animan á cada uno de los personajes en cada una de estas dos distintas situaciones.

Riña de jóvenes sátiros, cuadro de L. Knaus. Este cuadro es uno de los más simpáticos que han salido de «nuestro gran pintor de género,» como califica un crítico alemán á L. Knaus. Entre dos jóvenes faunos se ha trabado enconada lucha, mientras una encantadora niña, causa de aquella contienda, contempla sonriente la escena y sigue con marcada curiosidad las peripecias del singular combate. El artista, con su delicado humorismo, ha pintado un delicioso idilio lleno de poesía, y la manera como ha representado la explosión de celos de aquellos dos seres fantásticos debe ser alabada sin reservas.

Ratones de sacristía.—El aquelarre, cuadros de José Benlliure.—Pertenecen estos dos cuadros, como pueden ver nuestros lectores, á dos géneros completamente distintos: nota tomada de la vida real el uno, concepción puramente fantástica el otro, si aquél encanta por el humorismo y la naturalidad que respira, éste atrae por el vigor con que está trazada aquella escena concebida por una imaginación potente. Con el carácter de cada asunto guarda armonía el procedimiento técnico: en el uno la ejecución aparece cuidada sin pecar de minuciosa ó frívola, luminosa sin degenerar en chillona; en el otro prevalecen los tonos obscuros con algunos toques de luz enérgicos que forman contraste con la sombra del conjunto y la nota abocetada que tan admirablemente encaja en la escena que en aquel antro de brujas se desarrolla. Nuestro ilustre compatriota y querido colaborador ha confirmado una vez más con estas nuevas obras sus excepcionales dotes de artista que con justicia le han conquistado uno de los primeros puestos entre los pintores contemporáneos.

LA RECONCILIACIÓN, cuadro de John A. Lomax



MISCELÁNEA

Bellas Artes. – BARCELONA. – *Salón Parés.* – Acaba de celebrarse la tercera exposición femenina de Bellas Artes, y aunque nos hallamos dispuestos siempre á rendir á la mujer el justo tributo á que nos obliga la caballerosidad y la justicia, sentimos no poder esta vez dar público testimonio de nuestra galantería. El conjunto de las producciones que figuran en el Salón Parés no se asemeja ni tiene casi analogía con las obras que se expusieron en los dos anteriores certámenes. La exposición, pues, no revela un progreso; es la manifestación de un retroceso. Cierto es que algunas expositoras, como las Sras. Meheren, Guasch, Juliá, Ubach y Farreras, se sostienen á igual altura, y que los dos lienzos de la primera han de estimarse como producciones discretísimas que no desdeñarían firmar los pintores barceloneses más celebrados; pero las demás ofrecen ancho campo para que el crítico haga uso del acerado escalpelo.

Nosotros, que hemos sido los primeros en ensalzar las manifestaciones artísticas femeninas y que desearíamos que la mujer diera constantes muestras de su inteligencia y aptitudes para el cultivo de las artes y de las letras, que no hemos creído jamás sean patrimonio exclusivo del hombre, lamentamos sinceramente no poder dedicar un aplauso á la exposición á que nos referimos. Nótase en muchas producciones la desigualdad en la factura, la participación en la obra de dos entidades, la que ejecuta y la que dirige, y como no se asocian y no se funden, se produce el desequilibrio que perjudica y destruye la producción. Alientos sobran, falta estudio y las facultades para ejecutar. Así lo decimos porque existe lienzo que no se hubieran atrevido á ejecutarlo artistas tan meritísimos como Román Ribera, y sin embargo, en el salón campa, dando testimonio de deficiencias é incorrecciones. Si la autora se hubiese limitado á lo que sus facultades le permitían, hubiera ejecutado una obra discreta y digna de encomio.

No es nuestro propósito fustigar. Y tal es así, que deseamos que en la próxima exposición se presenten obras que nos permitan ser más justos que galantes.

Teatros. – *París.* – Se han estrenado con buen éxito: en Dejazet *La turlutaine de Marjolin*, gracioso vaudeville en tres actos de Soulié y Darantiere; en el teatro de la República *Kosaks*, drama en cinco actos de A. Silvestre y E. Morand; en el teatro Antoine *Resultat des Courses*, comedia en cinco actos de M. Brieux; en el Nuevo Teatro *La Briguedondaine*, graciosa comedia en cuatro actos de E. Pagat; en el Palais Royal *Cheri*, chistoso vaudeville en tres actos de P. Gavault y V. de Cottens; en el Vaudeville *Georgette Lemeunier*, comedia en cuatro actos de M. Donnay; en la Comedia Francesa *Le Berceau*, comedia en tres actos de M. Brieux; en el Gymnase *Madamoiselle Morasset*, comedia en cuatro actos de Luis Legendre; y en el Chatelet *La poudre de Perlimpinpin*, antigua comedia de magia en treinta y cinco cuadros de los hermanos Cogniard, puesta en escena con un lujo extraordinario.

Madrid. – Se han estrenado con buen éxito: en el Real *Gonzalo de Córdoba*, inspirada ópera en cuatro actos del maestro Serrano; en el Español *El filósofo de Cuenca*, graciosa comedia en tres actos de D. Pablo Parellada; en la Comedia *La muralla*, interesante drama en tres actos, primera producción dramática del notable escultor andaluz D. Francisco Oliver, y *La cruz del túnel*, melodrama en tres actos de D. Eusebio Blasco; y en la Zarzuela *Gigantes y cabezudos*, bonita zarzuela en un acto, letra de D. Miguel Echegaray con bellísima música del maestro Caballero.

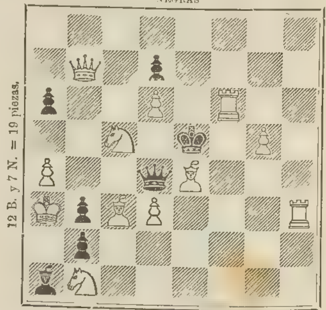
Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en Novedades *El maestro de armas*, melodrama de gran espectáculo en nueve cuadros original de Mary y Grisier y arreglado del francés por D. Juan B. Enseñat, y *El filósofo de Cuenca*, graciosa comedia en tres actos y en prosa de D. Pablo Parellada; en Romea *El restaurant d' en Badó*, chistoso sainete en un acto de D. Jacinto Capella, y *Aritmética*, drama en tres actos y en verso que su autor, el conocido poeta Sr. Fola y Igurbide, denomina estudio social; y en el Eldorado *La chavala*, zarzuela en un acto de López Silva y Fernández Shaw con bonita música del maestro Chapí, y *Portfolio de Eldorado*, graciosa revista en un acto.



AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 146, POR J. TOLOSA Y CARRERAS

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y se hacen dar mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 145, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. A 6 A D	1. A 5 T R (*)
2. D 7 T D	2. Cualquiera.
3. D mate.	

(*) Si 1. R 2 A R; 2. D 7 R jaque, y 3. D mate. La amenaza es 2. D 7 R jaque, y 3. D 7 C R mate.



–¿Sabéis, muchachos, que habéis encontrado vuestra carrera?

INSEPARABLES

Novela por Juana Mairet. – Ilustraciones de Marchetti

(continuación)

¡Mientras que el inferior, el muchacho humillado, que más tarde sería hombre humillado también, era él! Desde muy niño, Esteban Dorsat sabía que estaba destinado á tener notoriedad, á ser alguien. Su vocación no se había manifestado aún, pero se sentía capaz de triunfar en cualquier ramo. La atención que le prestaban sus maestros, la admiración de sus camaradas, sobre todo su envidia, le hacían formar una idea muy elevada de sus propios méritos. El exaltado afecto del mejor alumno de la clase, que de muy buena fe se consideraba inferior á él, le confirmaba más en aquella apreciación de sus méritos. La injusta distribución de las cosas buenas de este mundo le sublevaba exasperándole.

Al salir del castillo, la vuelta al modesto hogar de sus abuelos le hacía sufrir. Allí, su dominio era un sotabanco, donde para ir á acostarse en su miserable lecho, en un rincón, tenía que encorvarse, y donde su comida se componía sobre todo de patatas y tocino con coles. Y de aquel contraste nacía en él, poco á poco, una necesidad de goces materiales, un ardiente deseo de lujo, de cosas bellas y delicadas, tanto más peligroso cuanto más oculto. Ni siquiera á Pedro, su confidente, su amigo, quizá el único ser en el mundo á quien había querido de veras y de quien se sentía adorado, jamás había dicho nada de aquella especie de sublevación sorda contra los ricos, contra los afortunados de la tierra.

Por lo demás, al contacto de aquella naturaleza sana y exuberante, aquella sublevación oculta se apaciguó, desapareciendo casi. Pedro había nacido feliz. Si había venido al mundo en una rebotica, después de todo, nada le importaba. En alguna parte hay que nacer. Desde su primera infancia se había sentido amado; todo lo que se hacía, todo lo que se decía, de cualquier modo que fuese, giraba en torno de él. Y esto no le había hecho ser egoísta; todo lo contrario, en él la gratitud era espontánea y le impulsaba á hacer siempre y en todas partes lo mejor que podía. Sabía apreciar los triunfos que alcanzaba; pero lo que le hacía feliz sobre todo era la satisfacción de su tía Rosa. Ésta le decía, después de cada distribución de premios:

– Pero niño, ¿qué vamos á hacer con todos estos libros tan hermosos? Podríamos montar un gabinete de lectura en vez de una tocinería, ¿qué te parece? ¡Ah! ¡Estoy muy satisfecha de ti, Pedro mío, y no sabes aún cuánto te quiero!

Ello no variaba mucho, y sin embargo, así al uno como á la otra la broma les parecía deliciosa, acompañada como iba de sonoros besos y hasta de alguna lágrima secada con presteza.

Los abuelos Ledru pusieron otro catrecito en el sotabanco, otro plato de loza común con flores rojas y azules en la mesa de la cocina, y nada más. Los viejos miraron con turbios ojos al recién llegado y le dijeron simplemente:

– ¿Es éste tu amigo, Esteban? Tiene buenos mofletes; no es como tú, ¿eh? ¡Pues bien, muchachos, divertíos, pero no hagáis mucho ruido dentro de la casa.

Los muchachos se lo tuvieron por dicho, y los días parecían demasiado cortos para todo lo que se proponían hacer. Desde luego, Esteban hizo los honores del parque, que era inmenso. Los señores estaban ausentes; de modo que los chicos se consideraban allí como en su casa. Pedro, maravillado, seguía á su amigo. No conocía del campo más que lo que había podido ver en los alrededores de París en sus raras correrías con la tía Rosa. Aquí era muy diferente.

La vista del castillo fué una desilusión. Después de todo, no era más que una casa con una inmensa fachada blanca, una doble escalinata de estilo bastante hermoso y una ancha torre á la derecha, único vestigio del antiguo castillo de antes de la Revolución; todo lo demás era moderno y carecía absolutamente de grandeza. ¡Pero el jardín, con sus alfombras de hierba, como terciopelo verde, sus grupos de flores, sus estanques y sus juegos de aguas!.. ¡Y sobre todo, el parque solitario, con sus grandes calles de árboles umbrosos y gigantescos, sus caminos circulares y misteriosos donde uno se perdía deliciosamente, sus sotos impenetrables, sus claros en que se veía á veces una cierva con su cervatillo!.. ¡Qué gusto daba correr en medio de aquella soledad impregnada de perfumes, y volver cargados de ramas de serbal con que los amigos adornaban su sotabanco, impulsados por esa necesidad de ocultar la fealdad y la desnudez, de regocijar la vista, que es uno de los primeros resultados de toda educación un poco refinada! ¡Pero cuidado con dejar en la sala común lo que la vieja Ledru llamaba «malas hierbas,» término general que abarcaba á todas las flores! De un escobazo, la abuela las hubiese barrido.

La buena y sana vida al aire libre les probaba mucho á los dos. Eran plenamente dichosos, y su intimidad revestía un carácter particularmente tierno y fraternal. La especie de reserva que Esteban abandonaba antes raras veces, desaparecía ahora á ojos vistas. Nunca había encontrado la vida tan buena, y él mismo no se había sentido jamás tan próximo á la bondad, pensando al fin en alguien que no fuese él, capaz de ser generoso en aquel momento, capaz de bellos arranques de entusiasmo y hasta de heroísmo.

Sin embargo, había una cosa que turbaba la perfecta alegría de Pedro. Había recibido una sola carta de su tía, en contestación á la que le anunciaba su llegada á Verneuil. Después nada. Era raro en la tía Rosa. A pesar suyo, le tenía preocupado aquel silencio, pues temía que estuviese enferma. Bien sabía él que habían hablado de un sitio de París, pero la palabra había sido y seguía siendo para él un poco vaga. Siempre esperaba noticias.

El castillo estaba bastante lejos de la población; no llegaba á él ningún periódico, pues la pareja Ledru apenas sabía leer y tenía por principio que lo que traían los papeles rezaba con los ricos. Los labriegos paraban poco en la portería, que caía fuera del camino de un pueblo á otro. La llegada del cartero rural que trajo la única carta de la tía fué un acontecimiento considerable. Las noticias de fuera llegaban, pues, muy raramente y con mucha lentitud hasta el castillo.

Con todo, un día los dos muchachos fueron al vecino pueblo, y vieron en la plaza al maestro de escuela, que leía en alta voz un periódico que tenía en la mano, rodeado de varios campesinos que escuchaban con la boca abierta. Esteban y Pedro se acercaron al grupo, pero la lectura concluía. Todos los allí reunidos parecían consternados, y el sentimiento general se tradujo en esta frase de un grueso colono:

– ¡Bueno!.. ¡Con tal de que no lleguen hasta aquí!..

El maestro, pensativo, dobló el periódico y se lo metió en el bolsillo. Esteban, revistiéndose de valor, le dijo:

– Dispense usted, señor maestro, ¿hay malas noticias de la guerra?

– Muy malas. Toma, aquí tienes el periódico. Ya lo he leído.

Pedro, muy inquieto, dijo á su vez:

– ¿Y París?

– París está sitiado, amiguito. Para nosotros es una ciudad muerta; en mucho tiempo no podremos tener de ella la menor noticia. ¡Cuánto van á sufrir sus habitantes!

– ¿No habrá cartas?

– Naturalmente.

Pedro sintió algo duro en la garganta; mucho trabajo le costó ahogar un sollozo.

– ¡Tía Rosa!, murmuró; ¡mi pobre tía Rosa!

Le parecía verse súbitamente perdido, tan lejos de su tía, que tuvo miedo.

El maestro de escuela miró con más atención á los muchachos.

– ¿Eres el joven Dorsat, del castillo?

– Sí, señor.

La reputación del pequeño prodigio había llegado hasta él.

– ¿Probablemente, el abuelo Ledru no recibe periódicos? Pues bien; venid á mí los dos cuando queráis saber noticias. No olvidéis que es la patria la que sufre, y la patria es sagrada.

Y se fué lentamente, sin oir apenas las gracias de los dos muchachos. Era un hombre muy sencillo, que vivía entre campesinos, en quienes el interés personal era con frecuencia superior á los sentimientos generosos. Pero era un buen francés, cuyo corazón sufría al pensar en su patria invadida y hollada.

Pasaron las semanas y los meses. La profunda tranquilidad del parque y de la campiña que lo rodeaba no era turbada por ningún suceso. Caían las hojas amarillas, cubriendo la arena de los paseos; los bellos días calurosos sucedían á los días cortísimos, con frecuencia fríos; luego empezó el invierno, el invierno tan horriblemente duro del año terrible.

Cada vez que los dos amigos iban á buscar noticias y hablaban con el maestro de escuela, que se había hecho amigo de ellos, volvían tristes, sintiendo, Pedro sobre todo, no tener la edad para batirse. Pero, después de todo, no eran más que unos niños, y su pena, real y muy sana, era una pena de su edad, pronto olvidada. Escuchaban los rumores terroríficos del exterior como se escucha desde una habitación bien abrigada rugir la tempestad que azota á los árboles y hasta los arranca de cuajo, pero que nada puede contra la casa sólida y bien cerrada.

A pesar de sus cortos años y de estar acostumbrados á vivir en la ciudad, no sentían mucho el frío, porque nunca paraban. Habían fabricado un trineo que lanzaban sobre la nieve helada desde lo alto de una cuesta; luego corrían sin cesar por el bosque. En una clara apartada, por donde jamás solía pasar el guarda, hacían con leña seca fogatas en que asaban patatas y castañas.

Aquellas vacaciones interminables les parecieron simplemente deliciosas: vivían como dos pequeños salvajes inteligentes, tratando de explicarse todos los fenómenos de la naturaleza, estudiando las costumbres de los animales que poblaban el parque, espiando sus trazas, siguiéndoles con una paciencia de pieles rojas, y sobre todo, hablando, hablando siempre, teniendo eternamente algo que decirse.

Gracias á esta intimidad de todos los instantes, el compañerismo, el afecto infantil, se convertían en amistad profunda. En sus eternas conversaciones á propósito del porvenir, jamás se imaginaban que sus destinos hubiesen de separarse. Lo que hiciera el uno, lo haría el otro también. Habían empezado juntos su trabajo un poco serio, y siempre seguirían así, hasta el fin. Ni uno ni otro se casarían; era punto convenido, pues tenían que bastarse siempre. Con la ignorancia semi-inocente de su edad, hablaban de «la mujer,» cuando de ella hablaban, con una altivez despreciativa que hubiera hecho reir al que los hubiera oído. Ambos hacían una excepción, una sola, en favor de la buena tía Rosa.

Un día, Pedro, aún más exaltado que de costumbre, propuso escribir y firmar con su sangre una declaración solemne de su inalterable amistad. Aquella extravagante proposición pareció á Esteban una cosa natural y muy poética. Pedro, heroico, se hizo una incisión en el brazo que dió más sangre de la necesaria para escribir estas palabras:

«Juro querer á Esteban Dorsat toda mi vida.

Firmado: Pedro Froment.»

Cuando le tocó á Esteban, vaciló un momento.

– Queda bastante, no necesito hacerme corte alguno en el brazo.

Pedro abrió extraordinariamente los ojos:

– ¡Pero ya no sería lo mismo!

Esteban se cortó á su vez, pero con mucha más reserva que su camarada.

Entonces los amigos cambiaron las declaraciones escritas con su letra grande de colegiales, muy esmerada en aquella ocasión. La vieja Ledru hizo para cada uno una fundita de lienzo, porque creía que se trataba de escapularios destinados á protegerles contra la adversidad. Con una seriedad soberbia, cada uno llevó sobre el pecho la declaración del otro, comparándose, engrandecidos, á los héroes de la antigüedad. A veces se llamaban Pílades y Orestes. El nombre de este último lo había tomado Esteban.

Cuando estaban cansados de jugar, iban á la biblioteca del castillo. Adoraban la lectura y todo era bueno para ellos; devoraban indiferentemente historia, obras científicas, novelas. Pero cuando hubieron abierto un Corneille, no pensaron ya en otra cosa. Repartiéndose los papeles, declamaban con grandes gestos, y en la casa vacía resonaban sus acentos apasionados. Después de Corneille pasaron á Racine. Entonces fué el delirio. Cierto es que en clase habían conocido á los clásicos; profesores inteligentes les habían enseñado los pasajes más bellos; pero descubrir ellos mismos obras enteras de las cuales casi no conocían más que los títulos, leerlas, recitarlas, ó más bien representarlas, ¡oh, qué cosa tan distinta! La vida entraba en las concepciones del poeta, como la luz inundaba súbitamente la sombría biblioteca cuando abrían las ventanas de par en par. En su candidez de niños, se figuraban que nadie, antes que ellos, había comprendido á los grandes trágicos. Dotados ambos de una memoria excepcional, supieron pronto escenas y actos enteros. Declamaban en los bosques, declamaban en la portería, tanto que los abuelos les miraban asombrados.

– ¡Eh! Esteban, Perico..., ¿os habéis vuelto locos?

Así entraban de lleno en un mundo ideal, heroico, donde todo era más grande, más altivo, más bello que en el mundo real. Desde aquel momento, todo lo que no revestía la forma dramática les parecía inferior. Hicieron en la biblioteca del conde minuciosas rebuscas, y devoraron todos los volúmenes de comedias y tragedias. Olvidaban el frío penetrante de aquella gran sala sin más fuego que el de su entusiasmo, y eran felices como pequeños dioses.

Un día subieron á escudriñar en un desván, refugio favorito de Esteban cuando éste era pequeñito, porque, entre muebles fuera de uso, viejas maletas y restos informes, se encontraban los juguetes abandonados de los hijos de los condes de Verneuil. A menudo había descubierto algunos casi nuevos que le habían colmado de alegría; juguetes de niños muertos, que se habían apresurado á apartar de la vista de la madre. Desde que era grandecito, Esteban no pensaba ya en juguetes. Pero por curiosidad condujo á su amigo al desván.

Detrás de un gran cofre que había perdido su tapa, Pedro, escudriñador por naturaleza, descubrió con gritos de júbilo un gran teatro infantil, cubierto de polvo y de telarañas, pero al parecer en muy buen estado. Limpiáronlo en un santiamén, y con cuatro martillazos y un poco de cordel para sujetar un bastidor que se caía, tuvieron un magnífico teatro con decoraciones variadas de quita y pon, un telón de boca pintado que subía y bajaba sin rechinar mucho y ¡oh gozo! – un surtido completo de títeres, encerrados en una caja. Un verdadero juguete de principito, que sin duda había dormido allí durante muchos años, desde que el hijo mayor del conde había sido enterrado allá, en el cementerio de la aldea.

Pronto fueron muy hábiles en el manejo de los fantoches; un sistema bastante complicado de cordelitos les permitía hacerles accionar. El caballero hincaba en el suelo una rodilla; la castellana cruzaba castamente sus brazos rígidos sobre su pecho de madera; el cura bendecía con una majestad sacerdotal. Pronto fué aquello una pasión absorbente. Pedro y Esteban abandonaban todo lo demás por aquel nuevo juguete. Los títeres representaron el *Cid* de cabo á rabo, sin que la memoria flaquease un momento á los muchachos. Apenas acudían de vez en cuando al texto, y ahuecaban ó dulcificaban la voz según que el muñeco D. Diego ó la muñeca Jimena accionaba.

Luego su ambición creció. Determinaron ser poetas á su vez. Compusieron juntos una tragedia en cinco actos y en verso, cuya acción pasaba en el momento de las Cruzadas, llena de heroísmo, de amor exaltado, de sacrificios que partían el corazón. A Corneille le habían salido dos rivales terribles. ¿A quién pertenecía la primera concepción de aquella obra maestra? Nunca lo supieron á punto fijo. El uno adivinaba el pensamiento del otro y lo completaba; á veces, cada uno trabajaba por su lado, y su trabajo se parecía tanto, que no había más que fundir luego las dos escenas para hacer una, tomando lo que cada uno había encontrado de más vibrante y más sonoro. Pedro tenía quizá más inventiva que su amigo, la acción estaba más sólidamente urdida, mientras que Esteban hacía los versos – nada menos que hermosos alejandrinos – más suaves y más brillantes. Lo cual no impedía que en algunas ocasiones un verso de Pedro sustituyese á un verso de Esteban, y que el desenlace ingenioso de un acto imaginado por Esteban fuese declarado superior al que había encontrado Pedro.

El título de su tragedia les preocupaba mucho. Por último acordaron darle el nombre de su héroe, *Ro-*

drigo de Ronfladurgos, que sonaba noblemente á sus oídos. Se la aprendieron luego de memoria y la hicieron representar por lo más selecto de su compañía de madera.

Merced á estos cuidados, á esta absorción de su espíritu, las malas noticias de guerra, si bien les causaban momentos de tristeza, no hacían mella en su ánimo. Llegó después una carta desolada de la pobre tía Rosa, diciendo, en pequeñas frases cortas y algo incoherentes, los horrores y las tristezas del sitio, y también sus apuros metálicos, porque una vez agotadas las provisiones, había tenido que cerrar la tienda y seguir viviendo. Entonces había pasado todo el tiempo en una ambulancia cuidando enfermos. Ahora estaba apuradísima. Sin duda saldría del paso; pero, por el momento, suplicaba á los Ledru que continuasen teniendo á su Pedro, tanto más cuanto que París, exasperado por el sufrimiento y por la derrota, no le parecía en un estado de espíritu muy sano.

Después de la primera explosión de pena, Pedro vió que las deliciosas vacaciones durarían aún, y que Rodrigo de Ronfladurgos declamaría hasta el fin sus parlamentos interminables haciendo grandes gestos, rígidos, pero nobles. Porque, por su parte, Esteban tampoco tenía noticias de sus nobles protectores, y sin una orden de ellos, no tenía más que permanecer tranquilo en casa de sus abuelos.

En tanto que allá la *Commune* remataba su obra de ruina comenzada por el enemigo, el teatro transportado á la biblioteca del conde resonaba á los más patéticos acentos de un alma de cruzado puesta entre el deber y el amor.

Un hermoso día en que las ventanas abiertas al parque dejaban entrar el alegre sol y los cantos de los mirlos, los colaboradores estrenaban al fin solemnemente su tragedia delante de unas cuantas filas de sillas que figuraban una asamblea brillante de nobles espectadores.

Ambos, á porfía, declamaban los versos sonoros, pero incorrectos, de sus diferentes papeles, tan absortos, tan completamente felices, que el ruido de una batalla les hubiese molestado apenas. La heroína, una infiel enamorada de Rodrigo, hacía á éste declaraciones tan ardientes como extraordinarias, tratando de persuadirle de que cambiar de religión siendo prisionero y adorado de una hermosa princesa, no era más que una bagatela. El héroe, por su parte, en el más largo de sus parlamentos, que al mismo Esteban había costado trabajo aprenderse de memoria hasta el fin, rechazaba las proposiciones de la bella musulmana, con todo y amarla apasionadamente, con argumentos de una nobleza del todo corneliana, cuando el gallardo Rodrigo, en lo más altivo de sus versos, cayó lastimosamente de bruces á consecuencia de la rotura de un cordelito; sus dos brazos de madera, rígidos, quedaron extendidos de una manera ridícula á los pies de su bella.

Una risa infantil, que hacía un gluglú muy suave y muy quedo, una risa de absoluta satisfacción, acogió aquella caída. Los jóvenes autores, sorprendidos, se levantaron de un salto y vieron, tendida boca abajo, con su cabecita desgreñada sostenida por sus manecitas, una espectatriz inesperada. Detrás de su teatro, Pedro y Esteban nada habían visto ni oído. La niña se levantó, ni miedosa ni asombrada, y acercándose á Esteban le dijo:

Teban, quiedo las muñecas.

Por toda contestación, Esteban cogió á la niña en brazos y dijo á Pedro, no sin trepidación:

– Han venido todos sin avisar; esta es la Germanita de Verneuil.

En aquel momento, un hombre de unos cuarenta años apareció en la puerta y se detuvo sorprendido.

– ¿Qué es esto, Germana? ¿Así te escapas de tu niñera? Hace diez minutos que te buscan. ¡Ah! Eres tú, Esteban..., y ese amiguito ¿quién es?

– *¡Quiedo* las muñecas que hablan!, repitió Germana volviendo á su idea.

Luego, mirando á la escena en que los títeres yacían como muertos, se echó á llorar.

– ¿Qué tienes, hija mía?

– ¡Las muñecas ya no hablan!

Entonces Esteban explicó al conde, no sin desenvoltura, lo que habían hecho él y su amigo Pedro...

– Si hemos hecho mal, señor conde, estoy seguro que usted nos lo perdonará. Usted me dió permiso para trabajar en su biblioteca. He leído en ella mucho, y hemos jugado también un poco. Hemos compuesto una verdadera tragedia en verso.

¡Cáspita!, exclamó riendo el conde, no quisiera yo que me condenasen á hacer otro tanto.

– *¡Quiedo* que las muñecas hablen!, repitió Germana.

– Bueno, vamos á arreglar eso. Esteban nos representará su tragedia en el salón mañana por la noche, después que hayamos descansado un poco tu mamá y yo.



Castillo del conde de Verneuil

Aquel fué el verdadero estreno. Pedro tenía mucho miedo, y su voz adquiría á veces entonaciones falsas. Esteban, al contrario, sintiéndose como en su casa en el salón de su protectora, estuvo admirable. Germana pateaba de gusto al ver á sus muñecas que se movían y hablaban. El sentido de las palabras le importaba poco.

A través de las puerilidades de la acción, había un sentido teatral tan exacto, cambios de escena tan sorprendentes, que sus espectadores benévolos no salían de su asombro.

Al caer por última vez el telón de boca, el conde les dió palmaditas en las espaldas diciéndoles:

– ¿Sabéis, muchachos, que habéis encontrado vuestra carrera? ¡Que me ahorquen si eso no es una verdadera vocación! Os doy cita para dentro de diez años en la Comedia Francesa, y entonces diré á todo el mundo: «¡Los descubrí yo!»

III

Sonó el timbre eléctrico, y los que ocupaban el café de las Fantasías Parisienses se levantaron unos después de otros. Habían echado ya la pieza y se trataba de asistir al estreno de la comedia, obra de autor desconocido. ¿Pero era un solo desconocido ó eran dos? El nombre de Dorsat-Froment ¿ocultaba dos personas ó una sola? El reporterismo, que entonces no había adquirido aún el extraordinario desarrollo que ha tomado después, se había ocupado poco de aquel estreno obscuro, y el ensayo general se había verificado en presencia de media docena de espectadores, á lo sumo, porque entonces eran pocos los periódicos que publicaban al día siguiente la revista del estreno.

En asuntos de teatro, gusta la claridad, y aquella pequeña cuestión de personas disponía mal á los críticos. Los unos se iban, continuando una conversación empezada, hablando en alta voz y gesticulando; otros encogíanse de hombros, con ademán algo aburrido de hombres que van á ejercer un oficio, y seguían á la gente, sin el menor entusiasmo. ¡Habían visto á tantos advenedizos que hacen hablar de ellos una noche y luego desaparecen, confundiéndose con la legión cada vez más numerosa de autores silbados y bohemios no comprendidos!

En todos aquellos rostros se leía poca benevolencia. Hay en la profesión de crítico momentos agradables, como el estreno de autor conocido, el cual, aunque fracase, interesa siempre, y á veces apasiona. Pero hay también las cargas de servicio, y aquel estreno de las Fantasías Parisienses entraba de lleno en la categoría de las cargas.

Se sabía que el empresario, después del fracaso de una obra de espectáculo estrenada con gran lujo el mes anterior, había aceptado una obra cualquiera para llenar el hueco. Decíase que estaba de un humor de perro dogo, humor que, según chismes de bastidores, se había comunicado á los principales intérpretes de la nueva comedia. Por tanto, nada hacía augurar un buen éxito. Hasta el título de la obra, *La Figuranta*, sonaba mal y nada prometía.

Un eco vago de las disposiciones nada benévolas de los «críticos influyentes» llegaba hasta una mesa colocada en un café, donde dos parroquianos se habían hecho servir vasos de cerveza, sin que al parecer se acordasen de vaciarlos. Silenciosos, miraban partir espectadores y críticos. Si á alguien se le hubiese ocurrido observarlos, hubiera podido notar un curioso estremecimiento nervioso de los párpados en el más bajo de los dos y un poco de palidez en el otro.

Esteban y Pedro habían tenido la rara fortuna de ver admitida su obra en aquel teatro mundano, ultraparisiense. Una actriz que por aquel entonces reinaba como soberana absoluta en las Fantasías, se había encaprichado con la comedia, en que hallaba para sí un papel algo diferente de los que á su medida le cortaban invariablemente con el mismo patrón. De modo que, merced al desastre de la última obra estrenada, los tres actos de nuestros jóvenes é inseparables amigos fueron estudiados, ensayados y puestos en escena como en un torbellino.

Y al llegar á este supremo instante, tan deseado, más que alegría era angustia lo que experimentaban los autores. Se habían negado en absoluto á asistir al estreno. La tía Rosa, la tocinera, ocupaba triunfalmente un hermoso palco. Casi tan emocionada como sus «muchachos,» había de enviar un chico de vez en cuando á llevarles noticias.

Transcurrió un cuarto de hora sin novedad. El ensayo general había sido lánguido; ninguna de las situaciones había producido efecto. Hasta su protectora, nerviosa y mal dispuesta, casi les había vuelto la espalda. Y cuando, en esa terrible carrera del teatro, se empieza por un fiasco, se necesita un milagro para encontrar un empresario bastante audaz para poner en escena la segunda obra de un autor silbado.

Se miraban sin atreverse á comunicarse sus temores. Por último Esteban murmuró:

– Si el principio les deja fríos, perdidos estamos, porque nuestra exposición es lo mejor que hay en la obra.

Pedro no contestó. Pensaba en todos los sacrificios impuestos á la mujer resuelta que le sirviera de madre durante los largos años en que él no había ganado casi nada, buscando en vano periódicos que consintiesen en publicar artículos humorísticos, que él, sin embargo, escribía con un cuidado extremo, ó un editor para lanzar un volumen de novelas cortas. También había servido de madre á Esteban, que, una vez bachiller, se encontró sin un céntimo.

Sus protectores habían cumplido la promesa de atender á su educación. A él le tocaba después arreglarse.

Hubieran querido hacerle entrar en la Escuela normal, cosa fácil para quien había obtenido en Retórica el premio de honor en el Concurso general. El conde le dió á comprender que saldría de allí con una posición asegurada y honrosa. Ante la negativa del muchacho, negativa expresada con la crudeza propia de los diez y ocho años y sin el respeto que la gratitud hubiera debido inspirarle, los señores de Verneuil habían dejado casi de interesarse por él.

Lo que decidió á Esteban á contrariar los deseos muy legítimos de los de Verneuil, fué sobre todo el ver que Pedro no sentía vocación alguna para la enseñanza. En él, su pasión por el teatro, nacida durante el año terrible, no había menguado un instante. No quería ni pensaba en otra cosa.

Esteban, menos enérgico, más bien aficionado, se sentía también escritor; pero tal vez se hubiese inclinado á la novela, si la estrecha unión intelectual que lo ligaba á su compañero no le hubiese arrastrado en pos de sí.

(Continuará)

EL PRÍNCIPE JORGE DE GRECIA

EN CRETA

Su Alteza el príncipe Jorge de Grecia, nombrado por las cuatro potencias europeas comisario en Creta, llegó el día 21 de diciembre último á la Canea.

El príncipe desembarcó á las nueve y media de la mañana, y después de haber estrechado la mano á los cuatro almirantes que le esperaban en el desembarcadero, pasó por delante de las tropas, que estaban formadas, y se dirigió en coche á la ciudad. Las compañías que las cuatro potencias desembarcaron en Creta durante los últimos disturbios, hallábanse situadas paralelamente al muelle, dando frente á la rada, y detrás de ellas estaba la gendarmería internacional. Los estados mayores de las cuatro escuadras acompañaban al príncipe, y esa mezcla de brillantes uniformes iluminados por el hermoso sol de Oriente constituía un espectáculo encantador.

El entusiasmo de la muchedumbre, apenas contenida por las fuerzas de policía, fué delirante, resonando sin cesar los gritos de *¡zito Giorgio!* (¡viva Jorge!)

La comitiva llegó á la Canea á las once, y después de haber asistido al *Te Deum* que se cantó en la iglesia ortodoxa, dirigióse al Konak, Palacio del Gobierno, en donde se verificaron las presentaciones oficiales. Terminadas éstas, autorizóse la entrada del público, que invadió la terraza del edificio sin dejar un momento de vitorear al príncipe, el cual pronunció un discurso agradeciendo tan entusiastas manifestaciones, marchándose luego á Halepa, en donde está situado el edificio que constituye su habitación particular.

Todas las calles de la Canea, excepción hecha del barrio turco, y todas las de Halepa estaban profusa y elegantemente adornadas con gran número de banderas, apareciendo mezclados el pabellón cretense y los de las cuatro potencias á cuya intervención se han debido la terminación de la lucha entablada contra el poder turco y la autonomía de Creta.



El príncipe Jorge en Canea. - La comitiva recorriendo las calles de Canea

Los restos del barrio de la Misión, que fué destruído hace unos dos años por el saqueo y el incendio de los musulmanes, ofrecían un aspecto en estremo pintoresco, puesto que allí se habían reunido los habitantes de los puntos más distantes de la isla, en cuyos rostros se retrataba la alegría por verse libres de la ominosa dominación turca.

La interesante ceremonia de la entrega del gobierno se verificó al llegar el príncipe al Konak y fué en extremo solemne. El decano de los almirantes, el almirante francés Pottier, entregó al príncipe Jorge, en nombre del consejo de almirantes que lo venían ejerciendo desde el día 4 de noviembre, el gobierno de la isla de Creta: en el mismo momento izóse en aquel edificio el pabellón cretense, y los buques de guerra anclados en la rada, uno de cada potencia, dispararon una salva de 21 cañonazos, izando á su vez aquel pabellón en el palo mayor.

A la recepción concurrieron el cuerpo consular, los comandantes superiores de las tropas, oficiales de las fuerzas de tierra y mar, el comité ejecutivo, las municipalidades de la Canea, de Halepa y de Sude y los beys musulmanes.

Con el nombramiento del príncipe Jorge parece haber quedado resuelta la cuestión de Creta, que en algunos momentos constituyó una amenaza para la paz universal: las grandes potencias convenciéronse de la necesidad de satisfacer los justos deseos de los cretenses librándoles del yugo otomano, y Turquía, á pesar de los pesares, no ha tenido más remedio que aceptar los hechos consumados y contentarse con una soberanía nominal sobre la isla que al fin ha conquistado la suspirada independencia.-X.



Almirante Noel Almirante Pottier Almirante Skrydloff Almirante Bettolo

EL PRÍNCIPE JORGE DE GRECIA EN CRETA. - EL PRÍNCIPE Y LOS CUATRO ALMIRANTES EN EL KONAK

PALACIO DEL GOBIERNO DE CANEA (de fotografía de R. G. Kruger, de Canea)

UNA EXPOSICION EN BOSTON

Recientemente se ha inaugurado en Boston una interesante exposición, que es la vigésima trienal instituída por el Instituto Mecánico de aquella ciudad.

En dicha exposición ocupan un lugar preferente los rayos X y el fluoroscopio atrae la atención de muchos visitantes.

La telegrafía sin alambres aparece demostrada por medio del aparato Clarke. M. Moore ilumina un elegante salón por medio de los tubos de aire enrarecido. Sabido es que este resultado se obtiene mediante las ondulaciones de alta frecuencia en el vacío, pero el valor económico de este sistema no parece demostrado.

De noche, en la exposición de Boston hay verdadero derroche de luz: allí se encuentran instaladas profusamente multitud de lámparas eléctricas junto á las cuales brillan también algunos mecheros del sistema de incandescencia Aüer Von Welsbach y varios aparatos de acetileno. Además del mechero Aüer se encuentra allí el mechero Levy: el mechero propiamente dicho de este aparato distribuye el gas por gran número de orificios laterales y el capuchón único está reemplazado por varios capuchones suspendidos en distintos brazos.

SEVILLA

UNA BUÑOLERÍA AL AIRE LIBRE

dibujo de Ricardo López Cabrera

Forma parte el Sr. López Cabrera de esa pléyade de artistas que tanto enaltecen con sus producciones á la reina del Guadalquivir, á la que consagran el poderoso esfuerzo de su ingenio y el resultado de sus aptitudes. Al igual de sus compañeros y paisanos, dedica á la ciudad que le vió nacer fervoroso culto, puesto que todas sus obras son trasunto de costumbres y tipos de Sevilla, que tan variados asuntos ofrece al artista.

Su *Buñolería al aire libre* es un bonito estudio, inspirado en los cuadros y escenas sevillanas que se desarrollan de continuo, y en los que el artista halla siempre motivo para producir obras tan recomendables como la que figura en estas páginas.

Aunque joven, no es el Sr. López Cabrera un artista novel. Las recompensas alcanzadas en las Exposiciones Nacionales de 1890 y 1895 y en la recientemente celebrada en esta ciudad atestiguan sus méritos. No en balde, forma parte del núcleo de artistas sevillanos y también de la familia del respetable maestro D. José Jiménez Aranda.



SEVILLA. – Una buñolería al aire libre, dibujo de R. López Cabrera

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

Historia general de Filipinas y Catálogo de los documentos referentes á estas islas que se conservan en el «Archivo general de Indias,» por *Vicente Llorens Asensio*. – Con este título, el distinguido oficial del *Archivo general de Indias* Sr. Llorens Asensio ha comenzado á publicar una obra que á su excepcional importancia histórica une el interés de actualidad que tiene todo cuanto se refiere al archipiélago filipino. No disponemos de espacio para ocuparnos de esta publicación con el detenimiento que se merece; pero la simple enunciación de la misma, la circunstancia de estar directamente sacada de documentos de aquel archivo y la competencia especial de su autor son razones bastantes para despertar la atención del público y predecir que el éxito de la obra será extraordinario. Publícase en cuadernos de 32 páginas que se reparten cada diez días al precio de una peseta cada uno. Las suscripciones pueden hacerse dirigiéndose al autor (Hernando Colón, 23, Sevilla), y en la librería de Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5, Barcelona.

Mis amores, por *Trindade Coelho*. – El notable escritor portugués autor de este libro, es con razón considerado como uno de los primeros costumbristas lusitanos, como uno de los que mejor han sabido trasladar á sus narraciones el alma de los campesinos, los encantos de la vida rural de su tierra, habiendo sido con razón comparado con nuestros ilustres novelistas Pereda y Oller. Sus cuentos son reflejo fiel de la naturaleza y sus personajes sienten y se mueven dentro de la más viva realidad. El editor barcelonés Sr. Gili ha incluído con gran acierto en su importante «Biblioteca Elzevir ilustrada» esta colección de cuentos, que ha sido admirablemente traducida al castellano por el reputado literato D. Rafael Altamira. El libro, con bonitas ilustraciones de Luis García Sampedro, se vende á dos pesetas.

***

El barbero de Sevilla, por *Beaumarchais*. – El inteligente editor barcelonés don Antonio López ha tenido la feliz idea de incluir en su popular «Colección Diamante» una excelente traducción de esta joya de la literatura francesa, por la cual, como vulgarmente se dice, no pasan años, siendo hoy tan interesante, amena á instructiva como cuando se escribió hace más de un siglo. Véndese el tomo, como todos los de la colección, á dos reales.

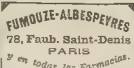
***

La vida en Barcelona. La alimentación, por *Rafael Chichón*. – El título de este libro nos releva de entrar en detalles acerca de su contenido, por lo que nos limitaremos á decir que el estudio que en él hace el conocido publicista Sr. Chichón de lo que se come y de lo que se bebe en Barcelona es tan interesante como concienzudo, y merece que en él fijen su atención las clases consumidoras y sobre todo los que en el Ayuntamiento tienen obligación de velar por que en nuestra capital la alimentación sea lo que debe ser y no lo que es, con grave detrimento de la salud pública. El libro se vende á dos pesetas.

***

Cansó del gomós, *couplets barcelonins ab acompanyament de piano, originals d' en Miquel Juliá y Favell*. – Curiosa y bien escrita pieza de música con humorísticos couplets é ingeniosos comentarios, que seguramente adquirirá popularidad. Véndese á dos pesetas el ejemplar en el depósito, calle Groch de Gignás, 3, 1.º, y lleva una bonita cubierta que representa un gomoso.









Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XVIII — Barcelona 23 de enero de 1899 — Núm. 891

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



SAN JUAN BAUTISTA cuadro de Murillo

que se conserva en la Galería Nacional de Viena

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Doblo un periódico francés donde he leído: «Según era previsto, los autores del crimen de la calle Pierre Leroux acaban de caer en manos de la policía,» y me doy á meditar en los tristes destinos de España, reina mucho más infortunada que la viuda de York.

Aquí, cuando se comete un crimen, los autores, *según era previsto*, tarde ó nunca caen en manos de los agentes de la ley. Cosa doblemente extraña, puesto que vivimos en chico, todo el mundo conoce á todo el mundo, y se sabe al dedillo, con pelos y señales, la vida, costumbres y porqués de cada quisque, sus inclinaciones, sus antecedentes y hasta el número de camisas que tiene en la lavandera. Madrid es una casa de vecindad de tabiques delgados é indiscretos, y aquí el oficio de policía parece realmente, así al pronto, una prebenda descansada. No se ha menester los prodigios de sagacidad de los Macé y los Vidocq. Pero es el caso que sucede un crimen, y dijérase que la protectora nube que envolvió los solaces de Juno y Júpiter en el monte sacro, cerca y escuda la persona del criminal. Así notamos que á todo crimen se le llama *misterioso*, confundiendo la noción del *misterio* con la de la impunidad y soltura de los malhechores.

Casi ningún crimen debiera ser misterioso para una policía que guarda en sus cajones y en sus archivos los retratos, la historia, la filiación de cuantos pícaros se pasean, tranquilos é insolentes, por donde mejor les acomoda. Sabemos de sobra que el hampa está catalogada y clasificada, y si lo dudásemos, nos convencerían de ello los periódicos, hablando á cada paso del *conocido espadista* H ó del *afamado descuidero* R. Cuando roban el reloj á persona que tiene agallas é influencia para no quedarse sin hora – verbigracia mi paisano el general Sánchez Bregua, – á las veinticuatro, plazo máximo, el reloj parece. El mundo delincuente, el mundo criminal, son, en este respecto, como la buena sociedad: no hay caras nuevas; se sabe de memoria quién irá á tal *soirée*. No se escapa ni una malla de esa red; y no obstante, he aquí que se da un golpe, y los criminales no son habidos.

Creeríase que rige un *modus vivendi*, y que el delito ha llegado á ser profesión legal y el crimen sencillamente una quiebra del oficio – como llamó el rey Humberto al balazo que le dispararon. ¿Y quién se admira? ¿No es oficio, y lucrativo y semi-honroso, la mendicidad? ¿No tiene sus fueros, sus pragmáticas, su novela, su bastarda poesía, su aureola y especialmente su pingüe fruto y rendimiento? ¿No leemos que los harapos aparecen aforrados en billetes y que en los jergones infectos se ocultan depósitos de esas monedas de oro que ya son rarezas de anticuario? Pues ahora, en el movimiento regresivo de España hacia las más sombrías perspectivas de su ayer, robar vuelve á ser ocupación normal y pacífica, como en tiempos de Monipodio. La escala de las profesiones irregulares é ilegales, pero sancionadas por el hábito y la vista gorda, empieza en el mendigo y acaba en el asesino. No falta quien simultanea, y cuando menos en esa hampa cuya colección de variados tipos retrata de mano maestra el insigne Salillas, los que no roban encubren ó protegen, y la noción del respeto á la propiedad y de su adquisición por el trabajo, suprimida y negada por la mendicidad callejera, es arrojada á las gemonías por el carterista, el descuidero ó el atracador que procede tan á gusto y sin trabas en las calles y paseos de la corte, como el cazador en coto propio ó el pescador en su pesquería ó esclusa.

Recorred las vías concurridas y céntricas de Madrid, y os perseguirá el mendigo, insistente, porfiado, pegajoso, insultante si no le dais, si le dais solapadamente irónico y mofador. No darle es negarle lo suyo; darle es *caerse* de inocente; en el primer caso, ataque soez; en el segundo, chanflona burla. Subid al tranvía: el pordiosero se ha convertido en descuidero ó carterista: no pide; acecha. Ojo al remontoir, ojo al portamonedas que tenéis que sacar para pagar el billete, ojo al alfiler de corbata, ojo al broche, ojo á los lentes de oro, al paquete que lleváis bajo el brazo, al libro de misa, á la respiración... Bajaos del tranvía y cruzad á pie, al anochecer, por algún sitio más apartado: transformación: el atracador entra en escena. Eran las armas del mendigo sus plañideras historias, sus afirmaciones de «no haberse desayunao,» de ser huérfano, de poseer diez y seis hijos, de haber dejado á su esposa agonizando; le valía al descuidero su pupila de ave de presa, sus dedos sutiles y flexibles, que palpan el aire; pero el atracador empalma y esgrime la chirriante faca, ó blande el recio garrote, ó hace relucir el albaceteño puñal. Ya no es la bolsa, es la vida lo que peligra; ya no os sustrae lo superfluo de la vestimenta, el alfiler ó el dije, sino que, despacio y metódicamente, seguro de la ausencia y la sordera incurable de los que debieran auxiliaros, os va despojando de cuanto lleváis puesto, os quita la capa, el traje, la ropa interior, os descalza, os deja en cueros vivos..., y así, llena de ignominia, tiritando, atada de manos y pies, queda la víctima sobre el fango helado ó sobre los puntiagudos adoquines, esperando el filo de la pulmonía – si ya no es que antes de alejarse el atracador da gusto á la navaja envainándola dos ó tres veces en el vientre del mísero expoliado... !

He dicho que estas cosas suceden en los sitios menos concurridos, pero seamos puntuales: uno de los recientes atracos, de los fresquitos, tuvo por escenario la Puerta del Sol. Es fama que en Londres existe un barrio donde la policía avisa que no se puede entrar sin exponerse al atraco seguro. Hemos dejado en la infancia á los londinenses. Todo Madrid es Whitechapel.

Se me dirá que el ejemplo de Inglaterra nos absuelve y nos consuela mucho. Pero nótese, en primer lugar, que en Londres el atracado lo es porque quiere: con no ir al barrio sospechoso, nada le pasará. En segundo, adviértase que Londres es enorme, y Madrid muy chiquito; y vuelvo á repetir que no cabe escribir *Los misterios de Madrid* como se escribieron los de París y Londres, porque en Madrid no hay misterios: se trata la gente tú por tú, se sabe perfectamente de qué pie cojea el vecino y en qué rama posa cada pajarraco, se conocen guaridas y huroneras, y en pocas horas, con buena voluntad, se barrería de pícaros la corte. En ella moran – con tan burgués sosiego como el párroco en su rectoral, el comerciante en su lonja, el canónigo en su silla de coro y en la esquina ó en la tienda de vinos el agente – los ladronzuelos, jiferos, chiquiznaques y pipotas... Y el delito, emburguesado, toma apariencias bonachonas – es un gremio, una cofradía, una categoría social.

Sólo cuando el pie resbala en un charco de sangre; cuando en una casa cerrada desde hace días se descubre el cadáver de un cura, literalmente cosido á puñaladas; sólo cuando la prensa comenta el *misterio* y la opinión pública sale un instante de su modorra, espoleada por el miedo y el espanto, la policía, á su vez, se despereza, da tres pasos al frente..., y ahí tenéis arrestado, con gran asombro suyo, al carterista Domenech.

El caso es característico; y sin preguntar – naturalmente – ni lo más mínimo de lo que respecta á la culpabilidad de Domenech en el horrendo asesinato del cura, nos fijaremos en este tipo de delincuencia, porque su examen confirma lo anteriormente expuesto.

Sea ó no sea el asesino, Domenech es carterista de profesión; es joven, pero desde que sale á la escena del mundo no se le conoce otra manera de vivir. Verdad que con ninguna otra, á menos que fuese la de tenor ó torero, podría, en juveniles años, haberse granjeado la bonita suma á que ascienden ya sus caudales. Según las noticias de la prensa – ella responderá de estos datos si fuesen erróneos, – á Domenech podrán ahorcarle por asesinato, pero ya no le ahorcarían por cosa de un milloncejo. Este sujeto ostenta magníficas joyas, con las cuales deslumbra á las mujeres; vive al modo principesco, y lleva consigo, en la cartera – ¡claro es! – una suma que no baja de doce ó catorce mil duros. Se ha echado en Madrid una amante, y en provincia teje un idilio casto y puro; una niña hermosa, sin sospechar el género de industria que sostiene el lujo de su novio, está dispuesta á ir con él al altar. No hay que decir si á Domenech se lo sabe de memoria la policía: hasta creo que existirá una lista de las carteras cuya desaparición puede atribuírsele, y cuyos ex dueños, carilargos y compungidos, habrán ido á reclamar... á Pilatos, que es el jefe de la oficina de reclamaciones. Sin embargo, hasta que el cura Melías aparece rígido, mechado á puñaladas; ó por mejor decir, hasta que este hecho, por las circunstancias que lo rodean, consigue herir la imaginación del público, Domenech se pasea tranquilo, y desempeña sin ser inquietado sus tareas profesionales. Cuando le arrestan, demuestra sorpresa profunda, casi indignación de virtuoso perseguido. ¿Hombre, prenderle á él? ¿Por qué, á santo de qué, en castigo de qué? Él se reconoce, se confiesa carterista de oficio; pero ¡bah!, ¿dónde se ha visto que por carterista se moleste á nadie? Entendámonos, vive Cristo, y déjese en paz á la gente buena. Él no ha cometido el crimen; y no habiendo cometido el crimen, está en el caso de millares de españoles que se buscan la vida como pueden, y se las bandean á su modo, sin temor al contratiempo de que la ley meta las narices en sus asuntillos particulares...

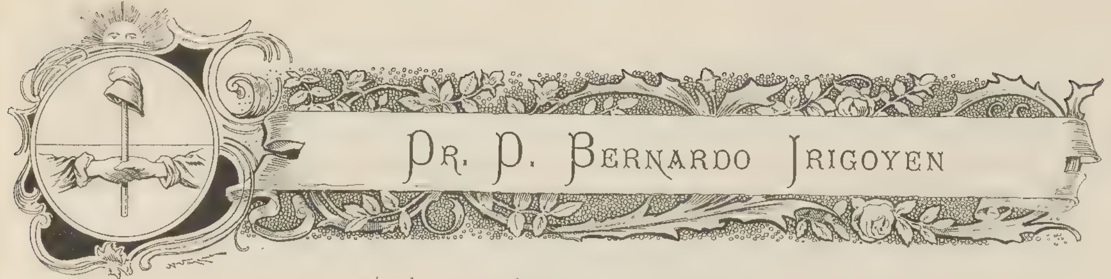
Habránle dicho á Domenech lo del rey Humberto: quiebras del oficio, ¡qué caramba! Si Domenech, en efecto, no ha matado al cura, no por eso deja de quebrar, porque con el revoltijo del asesinato han salido á la superficie las carteras, y los miles de duros que contenían y que formaban un bonito peculio, y auguro que el desenlace de la tragicomedia podrá ser que los miles volarán y á su dueño lo enjaularán para que no vuele en Ceuta – si es que cuando se falle la causa ó causas que á Domenech se siguen, somos todavía dueños de «nuestros presidios africanos.»

¿Que todo ello infunde ganas de llorar? ¡Quia! La fuente de las lágrimas se ha secado. Ya no se llora: ya se expresa la reacción humorística con la chanzoneta, la agudeza, el encogimiento de hombros, y el uso de revólver para el caso de atraco fulminante.

Allá en el siglo XV, muchas ciudades italianas, donde la seguridad dejaba que desear y el alumbrado eléctrico dicen los eruditos que no lucía aún, se organizaron de curiosa manera. Cada casa, guarnecida de almenas y acribillada de saeteras, fué una fortaleza inexpugnable; y los aficionados á salir de noche ó noctívagos, renunciando al placer de escurrirse solitos, con dulce secreto, se vieron en la necesidad de reclutar y equipar una escolta que, bien provista de armas y empuñando hachas ó sosteniendo farolillos, les acompañase, les guardase las espaldas y en caso de necesidad empeñase campal batalla en algún callejón desierto ó en alguna plaza sombría. Puesto que hoy manifestamos tan marcada tendencia á rehabilitar el pasado, y ya que los mendigos, los atracadores y los *gatunos*, como dicen en Portugal, parásitos engendrados por la miseria fisiológica y la descomposición de nuestro organismo, pululan y amenazan invadirlo todo, ¿por qué no imitamos á los florentinos, á los bergamascos, á los paduanos de la Edad media? Leo en la prensa que en cierto barrio de Madrid ya los vecinos rondan por turno de noche. Rondemos; será pintoresco; tendrá fisonomía. Licencien á los del orden, y que cada cual guarde y custodie su propiedad, su vida. No se debe ser nada á medias, ni civilizado ni bárbaro; toda situación franca tiene las ventajas de sus inconvenientes.

Recurrir á la ley para defenderse de los ladrones parecerá natural, pero de hecho lo tengo por imposible. Está erizado de peligros el camino de la defensa legal; la ley nos sostiene como la cuerda al ahorcado. Es ya lugar común que en España se teme bastante menos á los malhechores que á la justicia. El malhechor nos limpia de una vez, rápidamente, y los procedimientos legales nos perturban, amenazan, torturan, empobrecen y sacrifican por tiempo indefinido, sin probabilidades de llegar á vindicar nuestro agravio. Esto está en la conciencia de todos, y por íntegros que sean en particular, todos y cada uno de los encargados de administrar justicia, los defectos inherentes á esa rueda son tales, que al fin y al cabo sale aplastado y hecho cisco el inocente. De esto podría contar mucho por experiencia propia, si lo juzgase ahora oportuno. Las molestias y vejámenes á que se expone quien denuncia un hecho punible son capaces de desalentar al más Quijote. Asfixiante atmósfera pesa sobre cuanto pudiera redimirnos. Nadie se opone declaradamente á que se haga justicia; de palabra siempre os reconocerán el derecho y la acción más amplia, ningún camino cerrado; pero acercaos á la realidad, y ved qué serie de trampantojos, qué dilatada serie de vallas, qué cadenita de eslabones para ataros las manos, coseros la boca, cortaros los vuelos y asegurar las impunidades más increíbles, sacando blanco como el armiño al que os consta que atentó á vuestra seguridad y á vuestra propiedad... Alguien decía: «Si me acusan de haber robado la Giralda, me constituyo preso.» Volved la oración por pasiva y decid: «Si es mía la Giralda y se la llevan á presencia de todo Sevilla, no reclamo, porque resultará que jamás existió Giralda.»

EMILIA PARDO BAZÁN



DR. D. BERNARDO IRIGOYEN

Es el tipo del hombre chapado á la antigua, un ejemplar viviente de una generación que se extingue por la inexorable ley de la naturaleza, no porque los refinamientos de un bienestar enervante ó los excesos de continuados devaneos hayan minado antes de tiempo las lógicas fuerzas de la edad viril.

Yo no sé cuántos años tiene D. Bernardo, ni el saberlo es asunto de importancia; es un viejo joven, cuando otros con menos años que él son decrépitos.

De origen vasco, ostenta en su físico y en sus cualidades morales los distintivos de su raza. Sobrio, inteligente, trabajador, hizo gala siempre, en su larguísima carrera política, de una serenidad poco común; y cuanto más arduo era el problema, cuanto más difícil se presentaba un asunto, el claro talento del Dr. Irigoyen halló modo de resolverlo todo, gracias á su recto criterio y al férreo temple de su alma. Nadie creería al oir le hablar reposadamente, al notar la exquisita corrección de sus formas, que bajo un aspecto tan dulce y apacible se esconde la energía y la tenacidad, patrimonio de los descendientes de su raza.

Muy claro debe de ser su entendimiento, muy ilustrado su criterio y muy sano su consejo, cuando ha sido siempre escuchada con respeto su palabra y seguidas sus indicaciones aun por los mismos que no participaban de sus opiniones políticas.

En 1843, y cuando apenas contaba veinte años, fué nombrado oficial de la Legación Argentina en Chile, y desde entonces bien puede decirse que no se han interrumpido sus servicios al país; pues cuando no actuó como diplomático, desempeñó cargos tan importantes como los de diputado, senador, vocal del Crédito Público, fiscal del Superior Tribunal de Justicia, Procurador general de la Nación, ministro, etc., y en todos estos puestos dejó honrosos recuerdos.

Recogió la jefatura del partido radical abandonada por el Dr. Allem en un coche de alquiler, y pronto pudo notarse el cambio de jefe, ya que D. Bernardo ha representado siempre, y representará mientras viva, la corrección y la caballerosidad. No es en la política argentina un caudillo, es un jefe. Sus amigos le adoran; sus enemigos políticos le respetan.

Que no se le hable, por Dios, al Dr. Irigoyen de comidas francesas, ni de banquetes en los que el arte de Brillat-Savarín agota su ingenio: no; para él no hay comidas tan sanas como las criollas, ni bebidas tan agradables como el *mate*. En las comidas oficiales él sabrá comer, sin comer.

Desempeñaba este personaje la cartera de Estado cuando un día averiguó que el ordenanza encargado de pasarle las cartas que para él llegaban había echado algunas al canasto de los papeles inservibles. Inútil pintar el desagrado del ministro ante un hecho que, sobre ser incorrecto, podía comprometer su seriedad y los graves intereses del Estado. Llamó al empleado, y previa confesión de la falta, lo despidió del ministerio. El ministro quedaba satisfecho, pero el hombre, Bernardo Irigoyen, no, pues sentía dejar sin pan á una honrada familia; y tras breve lucha, llamó al subsecretario rogándole recomendara á sus colegas de gabinete al ordenanza despedido, «pues de seguro se portaría bien en otro ministerio.»

Otra anécdota acabará de retratar al hombre.

Como su esposa notara que el hijo mayor se retiraba á deshora con grave escándalo de las costumbres patriarcales del hogar paterno, hubo de llamar la atención de D. Bernardo para que amonestara al joven andariego. Prometió hacerlo así, y en efecto, una noche ordenó á los criados que se acostaran, pues él quería esperar á su hijo. A eso de la una de la noche llega á caballo ante la puerta de su casa el imberbe trasnochador, y ¡cuál no sería la sorpresa de éste al ver que su padre en persona abría el portalón y sujetaba las bridas del caballo para que el jinete se apease! «¡Son estas las horas de venir! Anda, acuéstate en seguida;» y mientras corrido y avergonzado el hijo se dirigía á sus habitaciones, el padre desensillaba el caballo, lo acompañaba al establo y le servía él mismo el pienso.

Este es el hombre que hoy dirige los destinos de la provincia de Buenos Aires. Por un sarcasmo de la suerte, este hombre, cuyo talento es colosal y cuya honradez está sin sombra de mancha, no ha llegado á ser presidente de la República; pero sobre la escasa y efímera aureola que alrededor de su personalidad pudiese reflejar el cargo presidencial, está la aureola de respeto, cariño y aprecio con que le rodea la admiración de sus contemporáneos, y la larga y duradera que en la historia argentina obtendrá quien tantos y tan valiosos servicios tiene prestados á su patria.

Dr. D. Bernardo Irigoyen

R. Monner Sans

MARINA

I

Aquella tarde la mar parecía que estaba durmiendo; la superficie azul y tersa de las aguas extendíase á todo lo largo hasta el horizonte, y por doquiera se dirigiese la vista no se vislumbraba otra cosa sino la gran sábana lisa que, si acaso, levemente, perezosa, en voluptuosidades sutiles, ondulaba de modo apenas perceptible, formando amplios senos convexos, casi planos, coronados de movibles estrías azules que se ensanchaban concéntricas en derredor de algún que otro golfín indiscreto que osaba asomar arriba su túnica de escamas de plata: ni una burbuja espumosa, ni una gaviota, ni una vela lejana, nada; mar y cielo, limpios, apacibles; sólo en lo alto se asomaba el sol, pálido, sin rayos, pero abrasante, canicular...

El transatlántico, la gran mole, navegaba sobre aquella mar dormida, sin notarse casi á bordo el balance más pequeño; sentíase, sí, trepidar la cubierta, pero era por la trepidación consiguiente de la máquina. ¡Qué calor!.. ¡Qué bochorno!.. Aquella puesta de sol que se estaba iniciando, era insoportable por lo calurosa; la atmósfera parecía de plomo, y la leve brisa que al navegar el buque se levantaba, creíamosla, por lo ardorosa, compuesta de bocanadas de baho; enrarecía, quemaba; ¡sin duda debía pesar mucho aquel sol sin rayos que descendía paulatinamente hacia el ocaso como un globo de oro!

El pasaje, sin fuerzas, rendido por el sopor, se aglomeraba en la cubierta, bajo los toldos de lona; las señoras, echadas familiarmente sobre las perezosas, abanicábanse aburridas, sin hablar; no tenían casi fuerzas para ello; ¡era tan insoportable aquella pesadez, aquella monotonía, aquel sopor de fiebre que bañaba los cuerpos con la propia transpiración!.. Los hombres, unos paseaban charlando, otros jugaban al tresillo en el salón de fumar y otros leían para matar el aburrimiento. Y de esta manera llevábamos ya unos cuantos días de navegación. Ibamos á la India; estábamos en la mitad de la travesía, y en aquellos momentos nos encontrábamos á una latitud de dos ó tres grados del Ecuador; y el mar Rojo, impertérrito, sin congestionarse...

Marina y yo, á popa, aislados entonces del resto del pasaje, conversábamos íntimamente. Ella, en su perezosa y con el libro abierto sobre la falda, me hablaba, quizá porque se cansaba de leer; yo la escuchaba con éxtasis, con arrobamiento; ¡era tan amena y dulce su palabra, tan adorable su figura! A mí me encantaba de veras la chiquilla, y eso que... únicamente nos conocíamos desde que estábamos á bordo.

Sí..., se lo aseguro; no sé lo que es la felicidad, no concibo aún la dicha completa; es más – aunque le parezca á usted mentira, – ¡no sé lo que es el amor!, decía.

Su mirada se volvió más dulce; su voz se le escapaba de entre los labios tan armoniosamente como si fuera un murmullo de besos.

– ¡Y debe ser tan grato sentir, sentir con el alma!, continuó. Mire usted, cuando yo era una niña - ¡qué puerilidad!, no se vaya usted á reir, – no puede usted imaginarse el anhelo que yo tenía por saber qué era lo que se decían los novios: dondequiera observaba que una pareja de tórtolos se reunía para comunicarse los cuchicheos de su idilio, allí iba yo sigilosa, ocultándome, con disimulo; escuchaba..., escuchaba, furtiva, sin que me viesen, y... ¡tontos!, al poco rato, cansada yo de oir tantas simplezas, hastiada ya de percibir lo anodino, ¡ja, ja!, rompía el incógnito y soltaba una carcajada en lo mejor del dúo: ¡qué sorpresa en ellos, santo Dios! ¡Qué colorada se ponía la novia! ¡Cómo bajaba los ojos él, aturdido, azorado!; y bien sabe Dios que sin motivo, porque... ¡amor más simple!..

Calló; yo la miré con entusiasmo; fijo, muy fijo en sus retinas negras; ella me sostuvo algunos segundos la mirada sonriendo adorablemente; pero al poco rato, domeñada, vencida, bajó la vista al suelo con rubor, confusa... Yo comprendí mi indiscreción y me puse á mirar al mar.

Se levantó de su asiento; se recostó sobre la borda; yo á su lado, silenciosos, juntos. Así permanecimos un buen rato.

Las espumas cabrilleaban tras del timón; unas con otras jugaban y se confundían, y en aquella efervescente lucha de las pompas, unas morían rotas, saltando; otras surgían blancas, cristalizadas, lucientes, con movilidad de ardilla, de fuego fatuo, hirviendo, susurrando rumores, rumores que se llevaban consigo, al marcharse unidas, en fusión íntima, jugueteando y besándose á lo largo de la estela..., parecía aquello un sendero alfombrado con cascarillas de alabastro.

- ¿No ve usted?.. ¿No ve usted cómo salen por allí?, decíame; ¡ja, ja, qué locas; no se quieren quedar atrás las condenadas burbujas!..

Y luego, cambiando de tema y mirándome con curiosidad y anhelo:

¿Ha amado usted alguna vez? No me engañe; dígamelo con absoluta franqueza.

– ¿Yo?..

El bullicio que se formó á bordo no me dió tiempo á seguir ni á contestarle: sonó repetidas veces un silbato; era el capitán que daba órdenes; inmediata

mente toda la tripulación se puso en movimiento; el piloto acudía de babor á estribor y de proa á popa, comunicando disposiciones; los marinos se encaramaban por las vergas, y todos rápidamente ejecutaron la maniobra mandada: en la proa comenzaban á descorrer los toldos; en la popa se movía, brujuleando y curioso, el pasaje, antes amodorrado por el sopor de fiebre: quise ver yo á qué obedecía tal movimiento, y encaramándome un poco por la escala del puente, vi al oficial de guardia que miraba hacia el SO. con el catalejo y al capitán que sobre el reloj de la brújula observaba y hacía virar el barco. Ya sabíamos lo que era: una nube; un punto negro como trozo de crespón, que se veía á lo lejos, en la dirección indicada. A los pocos momentos comenzó á levantarse ventarrón; ya el barco se movía, cabeceaba; ya el mar, rompiendo aquel bruñido de antes, se «aborregaba,» formaba grupos de espuma, coronas de perlas que se erguían sobre las aguas en las junturas de las olas. El mar Rojo se despertaba...

II

Antes de una hora, la tempestad, horrible y magnífica, se desencadenó sobre nosotros. Amplísima nube gris extendióse en lo alto, y el sol, fugitivo, cobarde, aceleró su descenso, como si temiese el azote de la tormenta: pronto un crespón sucio le tapó la cara; á través de la nebulosa obscura se vislumbraba su disco como una leve aguada de ópalo; pero Febo, bien porque llegase la hora de su retirada al otro hemisferio ó bien avergonzado de verse empequeñecido por el poder de las sombras tempestuosas, creyó prudente hacer mutis, y se fué rápido, desprendido, sin crepúsculo... La noche, una noche tenebrosa, infernal, tomó posesión del paraje: la nube se ennegreció más; al cielo debió parecerle mal que aquel cendal sucio se le interpusiese velándole su túnica magna de estrellas y luceros, y se puso tan triste, tan triste, que comenzó á llorar copiosamente sobre nosotros un diluvio de lluvia. La cubierta del buque se despejó como por encanto; el pasaje emigró á las cámaras; la marinería se vistió de hule; las perezosas y butacas allí quedaron, esparcidas, mojándose, abandonadas en desorden; ¡qué anarquía de sillas! ¡Y cómo se tumbaban y escurrían de banda á banda á los vaivenes del barco!.. Marina y yo éramos los únicos que sobre cubierta quedábamos, aunque resguardados bajo el puente; ella, excéntrica y caprichosa, tuvo empeño en presenciar el gran drama de los elementos, yo me brindé á quedarme haciéndole compañía, y cubiertos los dos con nuestros impermeables y asidos á la baranda, contemplábamos la grandiosa escena. Pasó un rato: de pronto, un rayo gironeó las nubes llenándolas de luz, iluminándolo todo, y en seguida, enorme, bestial, horrible, como no es posible concebirlo, sonó el más espantable trueno que hubimos de oir en nuestra vida: fué como si un millón de baterías monstruo hubiesen descargado á un tiempo; un trueno genialísimo; sin tabletear; como si el cielo se hubiese rasgado; como si el globo, lleno de dinamita, hubiera reventado instantáneamente al impulso de un Satanás anárquico. Marina dió un grito estridente; yo me quedé como tonto, con la boca abierta, atónito ante tan tremenda grandiosidad... Desde entonces los truenos y los rayos se sucedían sin interrupción; aquello era una lluvia de serpentinas de fuego, un retumbar graneado, un cañoneo incesante; pero ya con tableteo, rodando, marcando escalas de ecos espantosos... Y la mar correspondió al brindis del cielo: ora se elevaba en montañas enormes hasta besar la nube con ósculos de saliva salitrosa, ora se abría en precipicios hondos, infernales; después las grietas se cerraban y las montañas, sudando espumarajos y rugiendo, se abrazaban en hidrópico ayuntamiento, convulsionarias, locas, como titanes rabiosos, como gigantes lúbricos... El barco, ¡pobre cascarilla de nuez!, temblaba, huía, crujía, se quejaba: unas veces se dejaba llevar hasta lo hondo; otras veces se dejaba remontar hasta los quintos cielos; las líquidas coletadas del monstruo barrían la cubierta, y se llevaban las sillas y los gallineros y las lonas..., y algunas veces, ¡oh! hasta querían gateando subirse por las chimeneas para meterse dentro...



JUGADORA DE PELOTA, escultura de Walter Schott

(Exposición de Bellas Artes de Munich, 1898)

Ni Marina ni yo podíamos ya resistir aquello; ella, temblorosa, rezando, se aferraba á mi brazo, arrebujada y rendida; yo, incrustando mis manos sobre la barandilla de tanto apretarlas, hacía por guardar un equilibrio imposible, y no me ocupaba ya ni de Marina ni de nadie; mi mente sólo veía tres cosas: Dios, mi madre, el naufragio... De pronto, un golpe de mar que nos dió de plano, nos tiró al suelo, rodando como una pelota; yo me levanté como pude; agarré después á Marina entre mis brazos y... la vi insensible, quieta; se había desmayado. ¡Oh, entonces sentí una cosa! Todas mis ideas cambiaron; mi corazón latió con violencia; en mis ojos debió brillar sin duda una reverberación de los cielos: ya el peligro me importaba un ardite; ya mi madre y Dios se fugaron de mi memoria. Miré á todos lados, receloso, con miedo, temblando; no vi á nadie por allí, y aprovechando la soledad, furtivamente, nervioso, dejé sobre los delicados labios de Marina un beso apasionado, dulcísimo, de fuego y almíbar, ¡digno de aquella mujer sublime!..

Luego la cogí sobre mis brazos, y corriendo, mojándome, delirante de emoción y gozo, atravesé milagrosamente la cubierta y entré con mi deliciosa carga en el comedor de la cámara.

III

A la madrugada del siguiente día, bajo un cielo apacible y azul y contemplando la maravillosa alborada nueva, nos hallábamos los dos otra vez á la popa del transatlántico, que navegaba sin moverse. Estábamos recostados sobre la borda, viendo de nuevo el cariñoso juego de las pompas de la estela: las burbujas se besaban, se escondían, brujuleantes, lucíferas...

Y Marina, con voz dulce y tenue y entre sonrisas y miradas de ternura:

—Ya sé lo que es el amor, me dijo. ¡Me lo ha dicho la tormenta!..

F. DE LA ESCALERA

RETRATO DE VAN DYCK

PINTADO POR ÉL MISMO

Solicitado por los magnates y monarcas de su tiempo, consagrado por la posteridad como inmortal maestro, Van Dyck pertenece al número de los indiscutibles, y sus obras, repartidas entre los principales museos y los templos más suntuosos de Europa, constituyen otras tantas joyas que son la admiración del mundo entero.

Cuadros religiosos y de historia, retratos, grabados, proclaman hoy el genio del gran pintor flamenco del siglo XVII, del que aventajó á su maestro, el insigne Rubens, en cuanto á la corrección del dibujo y en la armonía del colorido. «Más poeta que Rubens en la concepción – dice un notable crítico español, – poseía ese sentimiento del ideal que le permitió dejar adivinar el alma bajo la envoltura humana.» Y así es, en efecto; sus retratos, además de la verdad de los rasgos físicos, ostentan todos ese sello que sólo el genio sabe imprimir en sus creaciones y que comunican á la materia inanimada la vida del espíritu, que es lo que imprime verdadero carácter á una personalidad.

En LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA hemos publicado varios cuadros de Van Dyck, cumpliendo la misión que nos hemos impuesto de dar á conocer, al par que las mejores creaciones del arte moderno, las obras clásicas de la pintura. Prosiguiendo en esta tarea, reproducimos en la página siguiente el famoso retrato del ilustre artista pintado por él mismo que se conserva en el Museo del Hermitage de San Petersburgo, y en el cual resplandecen las excepcionales cualidades que han conquistado á su autor un puesto eminente en el templo de la fama.



RETRATO DE VAN DYCK CUANDO JOVEN, pintado por él mismo

Obra que se conserva en el Hermitage de San Petersburgo. Reproducción autorizada por la «Berlín Photographic C.°,» de Londres

EN EL PAÍS DEL ORO

En el número 821 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicamos un interesante artículo del distinguido escritor D. Julio Broutá sobre las minas de oro en Alaska. En él se describía la inmensa riqueza aurífera de aquella península, se daba cuenta del movimiento de emigración que hacia ella impulsaba á millares de hombres afanosos por llegar cuanto antes á la región aurífera y se relataban las penalidades del viaje y de la estancia en aquellos territorios de inhospitalario clima, en donde si abundaba el precioso mineral escaseaban ó faltaban del todo los principales elementos de la vida.

¡Cuánto han variado las cosas en el corto tiempo desde entonces transcurrido! El viaje penosísimo que duraba unas seis semanas, hácese hoy desde Nueva York en diez y nueve días, y á las dificultades que habían de vencer los emigrantes y á los peligros á que estaban expuestos cuando tenían que atravesar á pie montes casi inaccesibles y ríos de impetuosa corriente, han sucedido las relativas comodidades del ferrocarril que cruza por tierras hasta hace poco completamente salvajes y de los buques que navegan por lagos antes surcados solamente por las frágiles piraguas de los indios.

Y cuando el viajero llega al término de su viaje, lejos de encontrarse con campamentos formados por miserables chozas, puede instalarse en la ciudad de Dawson, cuya historia en algunos de sus detalles creemos interesará á los lectores conocer.

José Ladue, el fundador de Dawson City, habíase establecido en el Klondyke en 1882, y en 1896 poseía una fábrica de aserrar maderas en la confluencia de los ríos Yukón y Sisty-Mile. Un americano llamado Carmach había salido en 1885 de San Francisco para explorar el Yukón y sus afluentes, y había recorrido por espacio de once años sin grandes resultados aquellas regiones, cuando en 1896, gracias á su cuñado el indio Skookum Jim, hizo el maravilloso descubrimiento que, enriqueciéndole á él, había de transformar aquel país: estando un día Skookum Jim pescando junto al riachuelo que actualmente se denomina Bonanza, observó en las arenas de la orilla polvillo de oro, y habiendo dado inmediatamente cuenta de ello á Carmach y ayudados ambos por dos indios, no tardaron en encontrar gran cantidad de pepitas de valor considerable.



EN EL PAIS DEL ORO. – CALLE DE MAIN EN DAWSON CITY (de fotografía)

Las consecuencias de estos hallazgos son bien conocidas.

Ladue, que había olfateado algo de lo que entre manos llevaban Carmach y Skookum Jim, trasladó su molino á la desembocadura del Klondyke, construyó allí una casa y se apoderó de una gran extensión de terreno, previendo que no tardaría en levantarse en aquel sitio una ciudad.

Con ello quedaba fundada Dawson City, que en la actualidad cuenta 18.000 habitantes y ocupa una extensión de dos kilómetros á lo largo del Yukón y una superficie de 88 hectáreas, 70 de las cuales pertenecen á Ladue, el afortunado primer ocupante. El terreno está dividido en lotes de 18 metros por 30: siete avenidas paralelas, en dirección Norte á Sur, dividen la ciudad y están cortadas en ángulo recto por cinco calles; los cuadrados regulares que de este modo se forman constituyen otros tantos *blocks*, cada uno de los cuales está señalado con una letra.

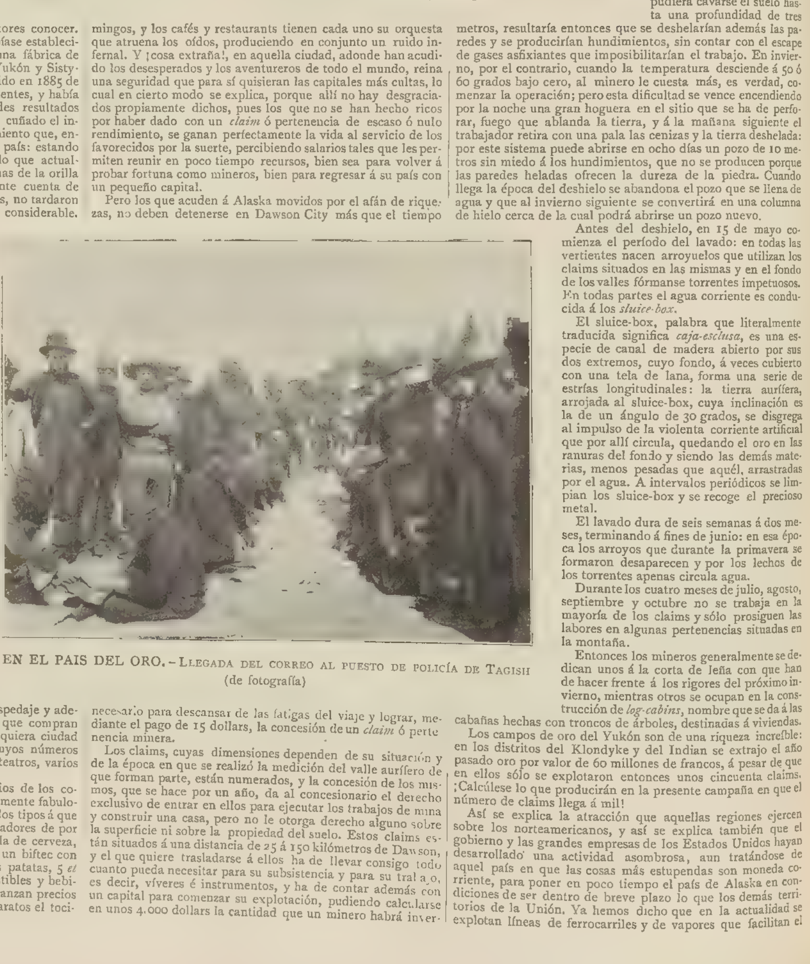
Para que se vea cómo ha aumentado en dos años el valor del terreno, diremos que el block en donde hoy se levanta el teatro de la Opera fué vendido en septiembre de 1896 por Ladue en veinticinco francos y revendido en julio de 1897 en 40.000 y en diciembre del mismo año en 150 000. Los diez primeros lotes de la Front Street, avenida principal que se extiende por la orilla del Yukón, vendiéronse en 1897 por 500 francos: actualmente valen 1.500.000.

Dawson tiene al presente tres iglesias, una católica, otra protestante inglesa y otra protestante reformada; un hospital en donde los enfermos pagan 25 francos diarios de hospedaje y además 25 por cada visita del médico; dos Bancos que compran el oro en pepitas y lo pagan en letras sobre cualquiera ciudad del extranjero; dos semanarios, cada uno de cuyos números cuesta dos francos y medio; cuatro hoteles, tres teatros, varios salones de baile y una docena de casas de juego.

También han variado notablemente los precios de los comestibles: hoy no cuestan las cantidades relativamente fabulosas que costaban hace dos años, y sin embargo, los tipos á que se pagan bastan para asustar aun á los derrochadores de por acá. Véanse los siguientes ejemplos: una botella de cerveza, 25 francos; una de whisky, cognac ó ajenjo, 75; un biftec con patatas, 25; una naranja, ó dos manzanas ó dos patatas, 5 *et sic de cæteris*. Los que pudiéramos llamar comestibles y bebidas de lujo, como los pollos y el champagne, alcanzan precios inverosímiles; en cambio están relativamente baratos el tocino, las judías, las frutas secas y el salmón, que abunda en aquellos ríos.

La vida en Dawson es alegre y animada: los salones de baile y las casas de juego funcionan día y noche, excepto los domingos, y los cafés y restaurants tienen cada uno su orquesta que atruena los oídos, produciendo en conjunto un ruido infernal. Y ¡cosa extraña!, en aquella ciudad, adonde han acudido los desesperados y los aventureros de todo el mundo, reina una seguridad que para sí quisieran las capitales más cultas, lo cual en cierto modo se explica, porque allí no hay desgraciados propiamente dichos, pues los que no se han hecho ricos por haber dado con un *claim* ó pertenencia de escaso ó nulo rendimiento, se ganan perfectamente la vida al servicio de los favorecidos por la suerte, percibiendo salarios tales que les permiten reunir en poco tiempo recursos, bien sea para volver á probar fortuna como mineros, bien para regresar á su país con un pequeño capital.

Pero los que acuden á Alaska movidos por el afán de riquezas, no deben detenerse en Dawson City más que el tiempo necesario para descansar de las fatigas del viaje y lograr, mediante el pago de 15 dollars, la concesión de un *claim* ó pertenencia minera.



EN EL PAIS DEL ORO. – LLEGADA DEL CORREO AL PUESTO DE POLICÍA DE TAGISH (de fotografía)

Los claims, cuyas dimensiones dependen de su situación y de la época en que se realizó la medición del valle aurífero de que forman parte, están numerados, y la concesión de los mismos, que se hace por un año, da al concesionario el derecho exclusivo de entrar en ellos para ejecutar los trabajos de mina y construir una casa, pero no le otorga derecho alguno sobre la superficie ni sobre la propiedad del suelo. Estos claims están situados á una distancia de 25 á 150 kilómetros de Dawson, y el que quiere trasladarse á ellos ha de llevar consigo todo cuanto pueda necesitar para su subsistencia y para su trabajo, es decir, víveres é instrumentos, y ha de contar además con un capital para comenzar su explotación, pudiendo calcularse en unos 4.000 dollars la cantidad que un minero habrá invertido antes de obtener la primera onza de oro del claim adquirido por él.

Del mismo modo que las condiciones de vida ha variado en el Klondyke el sistema de beneficiar el oro, porque á medida que se han ido agotando los placeres de fácil extracción, ha sido preciso perfeccionar los procedimientos, primero para extraer el mineral de las capas inferiores, y segundo para que en la operación del lavado se pierda la menor cantidad de oro posible.

La explotación de los placeres comienza á fines de octubre y se prosigue durante el invierno, siendo el verano la estación de descanso para los mineros. Esta que parece anomalía tratándose de un país situado cerca del círculo polar, tiene la explicación siguiente: la tierra aurífera se encuentra á una profundidad que varía entre seis y doce metros y á veces aún más, porque el oro, más pesado que la tierra, se hunde constantemente y sólo se detiene en el lecho de roca, el *bed rock*, que constituye el cimiento, por decirlo así, de aquel país accidentado. Para llegar á ese lecho se practican en el suelo grandes hoyos de unos tres metros cuadrados en los cuales puede un hombre moverse fácilmente. Ahora bien: si se practicaba esta operación en verano, al principio todo iría perfectamente; pero al llegar á una profundidad de 80 centímetros, se encontraría la tierra helada que, al ponerse en contacto con el aire exterior, se deshelaría rápidamente y el orificio se llenaría de agua. Admitiendo que pudiera cavarse el suelo hasta una profundidad de tres metros, resultaría entonces que se deshelarían además las paredes y se producirían hundimientos, sin contar con el escape de gases asfixiantes que imposibilitarían el trabajo. En invierno, por el contrario, cuando la temperatura desciende á 50 ó 60 grados bajo cero, al minero le cuesta más, es verdad, comenzar la operación; pero esta dificultad se vence encendiendo por la noche una gran hoguera en el sitio que se ha de perforar, fuego que ablanda la tierra, y á la mañana siguiente el trabajador retira con una pala las cenizas y la tierra deshelada: por este sistema puede abrirse en ocho días un pozo de 10 metros sin miedo á los hundimientos, que no se producen porque las paredes heladas ofrecen la dureza de la piedra. Cuando llega la época del deshielo se abandona el pozo que se llena de agua y que al invierno siguiente se convertirá en una columna de hielo cerca de la cual podrá abrirse un pozo nuevo.

Antes del deshielo, en 15 de mayo comienza el período del lavado: en todas las vertientes nacen arroyuelos que utilizan los claims situados en las mismas y en el fondo de los valles fórmanse torrentes impetuosos. En todas partes el agua corriente es conducida á los *sluice-box*.

El sluice-box, palabra que literalmente traducida significa *caja-esclusa*, es una especie de canal de madera abierto por sus dos extremos, cuyo fondo, á veces cubierto con una tela de lana, forma una serie de estrías longitudinales: la tierra aurífera, arrojada al sluice-box, cuya inclinación es la de un ángulo de 30 grados, se disgrega al impulso de la violenta corriente artificial que por allí circula, quedando el oro en las ranuras del fondo y siendo las demás materias, menos pesadas que aquél, arrastradas por el agua. A intervalos periódicos se limpian los sluice-box y se recoge el precioso metal.

El lavado dura de seis semanas á dos meses, terminando á fines de junio: en esa época los arroyos que durante la primavera se formaron desaparecen y por los lechos de los torrentes apenas circula agua.

Durante los cuatro meses de julio, agosto, septiembre y octubre no se trabaja en la mayoría de los claims y sólo prosiguen las labores en algunas pertenencias situadas en la montaña.

Entonces los mineros generalmente se dedican unos á la corta de leña con que han de hacer frente á los rigores del próximo invierno, mientras otros se ocupan en la construcción de *log-cabins*, nombre que se da á las cabañas hechas con troncos de árboles, destinadas á viviendas.

Los campos de oro del Yukón son de una riqueza increíble: en los distritos del Klondyke y del Indian se extrajo el año pasado oro por valor de 60 millones de francos, á pesar de que en ellos sólo se explotaron entonces unos cincuenta claims. ¡Calcúlese lo que producirán en la presente campaña en que el número de claims llega á mil!

Así se explica la atracción que aquellas regiones ejercen sobre los norteamericanos, y así se explica también que el gobierno y las grandes empresas de los Estados Unidos hayan desarrollado una actividad asombrosa, aun tratándose de aquel país en que las cosas más estupendas son moneda corriente, para poner en poco tiempo el país de Alaska en condiciones de ser dentro de breve plazo lo que los demás territorios de la Unión. Ya hemos dicho que en la actualidad se explotan líneas de ferrocarriles y de vapores que facilitan el



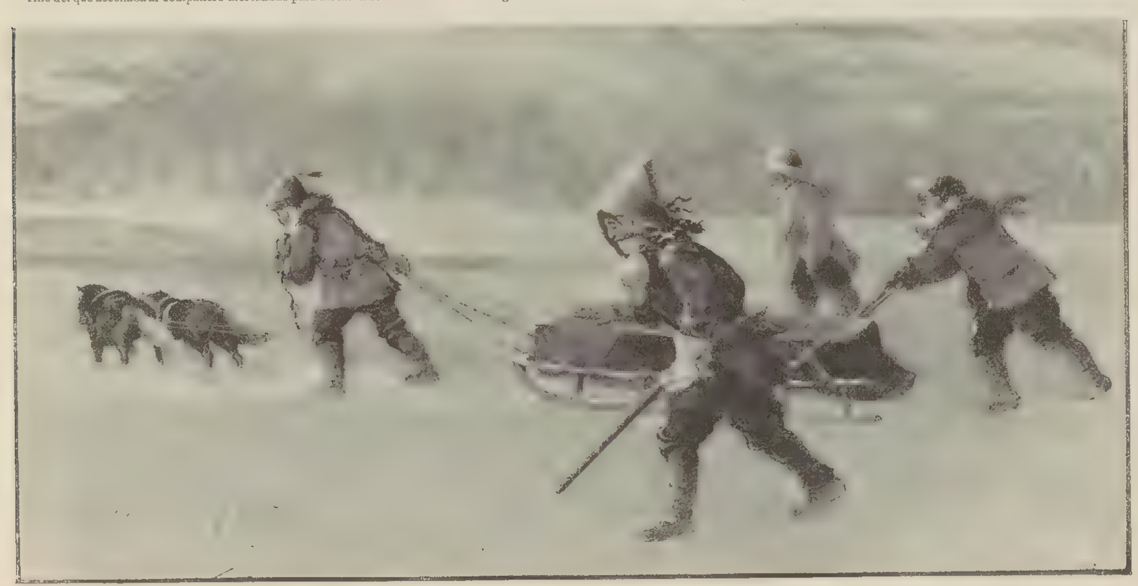
EN EL PAIS DEL ORO. – UN «CLAIM» EN EL DESFILADERO DE BONANZA (de fotografía)

acceso á lugares hace dos años punto menos que inaccesibles: con igual rapidez se han montado allí todos los servicios administrativos, y hoy los campos de oro, en donde se cometieron al principio todos esos repugnantes crímenes á que se entregan los primeros explotadores del precioso mineral, cuentan con una policía perfectamente organizada que garantiza la seguridad de vidas y haciendas. Y las comunicaciones postales se han montado á la altura de lo que exigen las necesidades del movimiento industrial y comercial de los nuevos centros de población, y el servicio de correos funciona con regularidad en aquellos sitios donde dos años atrás se consideraba como un acontecimiento la llegada de una carta traída por un nuevo emigrante, y casi como un milagro el poder enviar noticias á la familia ausente por medio de los que regresaban con su rico botín, noticias interceptadas no pocas veces por el puñal ó el rifle del que acechaba al compañero afortunado para arrebatarle con la vida el oro que él no había podido encontrar ó que á su vez le había sido arrebatado.

A pesar de todas estas facilidades, la vida del minero resulta difícil y el trabajo de la explotación de los placeres auríferos es penosísimo.

Los que ven regresar rico al que hace poco vieron partir pobre, miserable, hacia el Klondyke, sólo contemplan el lado bueno de la empresa, que tiene también su lado malo: la alimentación escasa, la crudeza del clima y el terrible azote del escorbuto, tan frecuente en aquellas latitudes, constituyen un triste reverso de la medalla en cuyo anverso figuran los goces de la fortuna en poco tiempo conquistada. El oro no se adquiere sin rudos trabajos y grandes sufrimientos morales y materiales capaces de quebrantar las más robustas naturalezas; así es que á los pocos médicos establecidos en los campamentos levantados en la región de los claims no les faltan clientes; y como los honorarios que perciben están en relación con los precios de todo cuanto en aquellos apartados lugares es representación de la vida civilizada, bien puede afirmarse que son ellos los que, con menos riesgo, mayores beneficios reportan de la explotación aurífera de la privilegiada península.

Muchos, tal vez no tantos como generalmente se cree, han adquirido en el Klondyke fabulosas riquezas; pero ¡quién es capaz de contar el número de los que allí han perecido! Y ¡cuántos improvisados millonarios, en medio de los placeres con que les brindan las grandes capitales de su patria, sentirán estremecimientos de horror al recordar las penalidades sufridas y al pensar en el compañero que descansa eternamente en la fosa cavada entre la nieve sobre aquellos inagotables tesoros guardados por la muerte, que se cobra en vidas el ciento por uno del codiciado oro que algunos pocos afortunados logran arrebatarle! – A.



EN EL PAIS DEL ORO. – UN [illegible], dibujo de A. Coper



EN LOS CAMPOS DE ORO DEL KLONDYKE. — LA CONSULTA EN



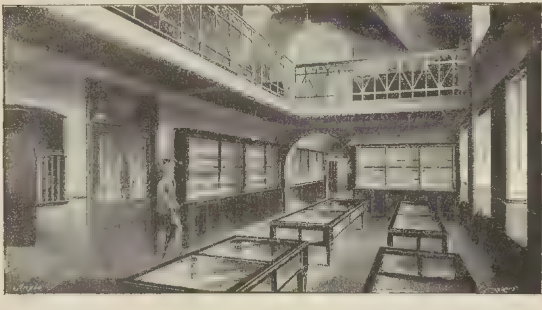
LA TIENDA DEL DOCTOR, dibujo de J. G. Gulich. Véase el artículo

NUESTROS GRABADOS

El Instituto Jenner de Medicina preventiva en Londres.—El donativo de 250.000 libras esterlinas hecho recientemente por lord Iveagh para el Instituto Jenner de Medicina preventiva, presta carácter de actualidad á la notable institución londinense en cuyo favor se ha hecho tan cuantioso regalo. El Instituto Jenner, que antes se denominaba Instituto Británico, fué fundado en 1891, tomando por modelo, en cierto modo, el Instituto Pasteur de París, y al frente del mismo púsose un Consejo, compuesto de eminentes especialistas en biología, química, medicina, veterinaria y agricultura y facultado para crear laboratorios, cátedras, bibliotecas, etc. En 1893 incorporóse el Instituto al Colegio de Medicina, y en 1894 el duque de Westminster, miembro del Consejo, compró cerca del puente Chelsea un terreno en donde se construyó el edificio terminado en 1898. En la planta baja, junto á la entrada principal, están establecidas las oficinas de contabilidad y administración, la habitación particular del director y dos laboratorios para éste y sus ayudantes destinados á los estudios bacteriológicos. En el mismo piso están instalados el gran laboratorio de bacteriología dotado de todos los adelantos modernos, en donde pueden trabajar á la vez veinticinco estudiantes, cada uno de los cuales dispone de todos los aparatos é instrumentos necesarios para sus investigaciones científicas, la sala de los cultivos, la de incubación, la fotografía y un departamento con dos cámaras fotomicrográficas, una de las cuales funciona por medio de la luz eléctrica. En el primer piso hay un vasto laboratorio químico, que contiene todo lo necesario para que en él puedan trabajar á la vez veinte personas y está dirigido por un químico competentísimo, un salón para la enseñanza de la fermentación química y de los productos bacteriológicos, y dos salas para las investigaciones privadas, también con su laboratorio correspondiente. Hay además varios laboratorios para la preparación de la vacuna destinada al gobierno local, de los sueros y de las antitoxinas. En el piso tercero están situados el museo y un salón de cátedras capaz para 150 personas. Entre el personal adscrito al Instituto figuran lord Lister, presidente del Consejo; sir Enrique E. Roscoe, tesorero, y el Dr. Allen Macfadyen, director y secretario.



EL INSTITUTO JENNER DE MEDICINA PREVENTIVA EN LONDRES
Fachada principal



EL INSTITUTO JENNER DE MEDICINA PREVENTIVA EN LONDRES. – Museo y Biblioteca

San Juan Bautista, cuadro de Murillo. — Uno de nuestros más ilustres críticos ha escrito hablando de Murillo: «No falta quien ha dicho que Murillo no sintió la verdad. Nosotros afirmamos que sintió la verdad más grande y real de la vida humana: la verdad de la fantasía, la verdad de la idea, la verdad perfecta de la ilusión, la verdad que llena todos los mundos. El cordero que pinta Murillo no es el cordero de los campos, sino el cordero que existiría en la eternidad, si en la eternidad existieran corderos. Murillo resucitando á la Virgen María, á Jesús y á los ángeles enriqueció á la humanidad con la creación más portentosa de la conciencia, del vaticinio, de la esperanza y de la fe, habiendo hecho con el lienzo lo que Santa Teresa con sus visiones, lo que Calderón de la Barca con sus autos sacramentales.» Tan admirablemente sintetizada en estos conceptos está la personalidad artística de Murillo que, al ocuparnos del cuadro que reproducimos en la primera página de este número, no hallamos mejor manera de comentarlo.

Jugadora de pelota, escultura de Walter Schott.—La antigüedad clásica nos ha legado con sus esculturas modelos que la posteridad ha imitado y de los cuales se deducen principios y reglas que el transcurso de los siglos no ha podido alterar en lo que tienen de fundamental. Así es que los escultores modernos buscan todavía su inspiración en las obras que de los artistas griegos se conservan, y á ellas se ajustan cuando quieren que sus creaciones sean verdaderamente grandiosas y se admiren por su elegancia y corrección. El afamado artista alemán Walter Schott demuestra la verdad de lo que decimos, y su *Jugadora de pelota* es prueba elocuente de que, siguiendo los buenos ejemplos, puede conseguirse el aplauso de los inteligentes y alcanzarse un puesto envidiable en el mundo del arte.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—EL HAYA. – El cuadro de Rembrandt *David tocando el arpa delante de Saúl* que el comerciante parisiense de objetos de arte Durand-Ruel envió á Amsterdam para que figurara en la exposición allí celebrada de obras de aquel ilustre maestro flamenco, ha sido adquirido para el Museo de El Haya por 100.000 florines (250.000 pesetas).

COLONIA. – El célebre arquitecto Fuchs ha legado al Museo Wallraf-Richartz de Colonia su colección de cuadros, compuesta de veinticinco lienzos originales en su mayoría de los más notables pintores flamencos del siglo XVII.

BERLÍN. – En el Museo de Industrias artísticas de Berlín se han expuesto recientemente los regalos que el sultán de Turquía ha hecho al emperador de Alemania con ocasión del reciente viaje de éste á Constantinopla y á los Santos Lugares. Entre dichos regalos figuran un precioso tapiz de 150 metros cuadrados, procedente de la fábrica imperial, cinco colosales jarrones y dos servicios de te de porcelana, y un gran jarrón y un riquísimo brasero de plata.

VENECIA. – Las noticias que recientemente circularon diciendo que el palacio de los Dux, de Venecia, amenazaba ruina, resultan, según parece, exageradas. La administración de Bellas Artes italianas ha ordenado una información técnica, y las investigaciones practicadas demuestran que no existe peligro inminente: esto no obstante, los mismos que han emitido dictamen sobre el estado del edificio reconocen la necesidad de que se trasladen cuanto antes á otra parte la biblioteca y el museo de antigüedades que en aquel palacio se conservan.

Teatros.—En el teatro de la Opera, de Berlín, se ha puesto en escena con gran éxito una traducción alemana de la comedia de Sardou *Madame Sans-Gêne*.

París. – Se han estrenado con buen éxito: en el teatro des Capucines *Le coup de Cyrano*, gracioso vaudeville en dos actos de Tristán Bernard, que es una parodia de la tan celebrada comedia de Rostand *Cyrano de Bergerac*, y en el Nouveau Theatre *Le roi de Rome*, interesante comedia en cinco actos y un prólogo de Emilio Pouvillon y Armando d'Artois, basada en algunos episodios de la vida del hijo de Napoleón I.

Madrid. – Se han estrenado con buen éxito: en el Español *Raza vencida*, interesante drama en tres actos del Sr. López Ballesteros; en Apolo *Amor quebranta desdichas, ó el guapo y el feo y verduleras honradas*, graciosísimo sainete de D. Ricardo de la Vega con bonita música del maestro Jiménez; y en Romea *Bettina*, zarzuela en un acto de los Sres. Perrín y Palacios con música de Valverde (hijo). El estreno en el teatro Real de *Las Walkirias* ha sido un acontecimiento artístico, pues á pesar de que la música de esta célebre partitura no es de las que entran, como vulgarmente se dice, en el público desde la primera audición, han sido aplaudidos con verdadero entusiasmo los principales números de la misma, especialmente el dúo final del primer acto y la tempestad del segundo. La obra, admirablemente dirigida por el maestro Goula, ha sido muy bien cantada por las Sras. Fons y Gilboni y los Sres. Angioletti, Calvo y Riera: la *mise en scene* nada ha dejado que desear, habiendo merecido entusiastas elogios el director Sr. Paris y los reputados pintores escenógrafos Sres. Busatto y Amalio.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en el Eldorado *La fiesta de San Antón*, zarzuela en un acto de Carlos Arniches con música del maestro Torregrossa; y en el teatro de la Granvía *El espejo del alma*, bonita comedia en un acto del Sr. Ramos Carrión. En el teatro Lírico ha organizado una serie de representaciones el «Teatre Intim» que con tanto acierto como entusiasmo dirige D. Adrián Gual eficazmente ayudado por algunos notables literatos y artistas catalanes; en la primera función se representaron el sentido drama del Sr. Gual *Silenci*, y *L' alegría que passa*, animado cuadro de costumbres del afamado pintor y literato D. Santiago Rusiñol, perfectamente observado y escrito, con acertados toques sentimentales y abundante en chistes de la mejor ley. En la ejecución de ambas producciones alcanzaron grandes aplausos las actrices Srta. Domus y Sra. Solá, y los actores aficionados Sr. Gual, Pujol, Utrillo y Vilaregut. También ha sido muy aplaudida la música que para *L' alegría que passa* ha escrito el maestro Morera: los números musicales que sirven de *ilustraciones* (según los califica el autor) de esta bonita pieza, se identifican por completo con el poema y responden perfectamente á los sentimientos de los personajes y á las situaciones dramáticas: la introducción, la delicada canción de Zaira, la marcha bohemia, el coro de herreros y el final son otras tantas páginas inspiradísimas, sencillas, de carácter popular y admirablemente armonizadas. La dirección escénica, así de *Silenci* como de *L' alegría que passa*, mereció asimismo grandes elogios. En el Liceo se están activando los ensayos de la ópera de Wagner *Las Walkirias*.

Necrología.—Han fallecido:

Guillermo Dames, ilustre paleontólogo alemán, catedrático de la facultad de Filosofía de Berlín, director del Museo geológico-paleontológico de la misma, miembro de la Academia de Ciencias berlinesa.

Max Leu, notable escultor suizo.

Grigori Nemtzow, metropolitano ortodoxo-búlgaro de Rutschuk, presidente del Santo Sínodo de Bulgaria, uno de los prelados que tomaron parte más activa en la gran lucha religiosa sostenida en 1872 para conseguir la independencia de la iglesia búlgara.

John Fowler, ilustre ingeniero inglés, autor del ferrocarril subterráneo de Londres, del famoso puente sobre el Forth y de otras obras no menos importantes.

Conrado Fernando Meyer, célebre poeta y novelista suizo.



EL INSTITUTO JENNER DE MEDICINA PREVENTIVA EN LONDRES. – El laboratorio



FRASES POPULARES

¡TERRIBLE COMO LA CABEZA DE MEDUSA!

Fué Medusa la menor y única mortal de las tres hijas de Ceto y del dios marino Phorcys, condenadas por el Destino á residir en la comarca más inhospitalaria de Lybia, de cuyo suelo africano tomaron el nombre de Gorgonidas, que la Mitología acepta con preferencia á los suyos propios de Stheno, Euryalé y Medusa.

La angelical dulzura de esta última y principalmente sus hermosos blondos cabellos enamoraron á Neptuno, quien, con grande escándalo del Olimpo, la robó y llevó al templo de Minerva en Grecia.

Indignada del sacrilegio la severa deidad y celosa de tales amores, discurrió la atroz venganza de convertir en serpientes enroscadas la cabellera de la Górgona, dando al mismo tiempo á sus ojos la funesta propiedad de petrificar á cuantos la mirasen.

Castigada, pues, la infeliz á expiar de tan cruel manera su inexperiencia, anduvo errante largos años sin poder llorar su desventura ni las que contra su deseo causaba, hasta que el hijo de Dánae recibió el encargo de librar á la humanidad de semejante monstruo; y provisto de lo necesario para hacerse invisible, llevó á cabo Perseo la arriesgada empresa hiriendo de muerte, mientras dormía, á la víctima de Neptuno.

Varios pueblos antiguos acuñaron moneda con la imagen de Medusa, y su cabeza fué también símbolo de blasón y adorno de armas y arreos guerreros á causa de haberla grabado en su escudo aquella diosa de la guerra.

LOPE BARRÓN



Esteban cogía los rabanitos, que Lili metía en una cestita

INSEPARABLES

Novela por Juana Mairet. – Ilustraciones de Marchetti

(continuación)

A la frase algo burlona del conde:

– ¡Aún estás en tu *Rodrigo de Ronfladurgos*, muchacho!

Contestó Esteban con mucho aplomo:

– Usted prometió aplaudirnos en la Comedia Francesa á Pedro y á mí, señor conde, y no le relevo de su promesa.

Pero ínterin llegaba el triunfo de la Comedia Francesa, Esteban se hubiera comido los codos sin la ayuda de la buena tía Rosa.

– ¡Bah!, decía ella; tengo dos hijos en vez de uno. ¡Valiente cosa! Te desquitarás conmigo cuando seas célebre.

El pobre muchacho había dado lecciones á franco la hora, y redactado prospectos para comerciantes, furioso de verse, él, premio de honor, alumno mimado y aplaudido, reducido á semejantes trabajos. No acertaba á comprenderlo, y reprimía á duras penas los apetitos é incentivos que rugían en el fondo de su naturaleza de artista y de vividor.

Por fin, un chico atravesó el café rápidamente, y con una enorme sonrisa les echó un pedazo de papel gritando:

– ¡Me voy; no quiero perder el final del acto!

Con mano trémula, Pedro cogió el papel, y Esteban, inclinándose, leyó con él estas palabras:

«¡Hijos míos, victoria! El público se ríe á más no poder y yo lloro de alegría como una tonta.»

Pedro besó el papel riendo, y casi llorando estrechó á su amigo entre sus robustos brazos, sin hacer caso del asombro de los camareros.

Llenos de emoción, agitados por una alegría tal que en su vida la habían de tener más completa, se miraron triunfantes, acometidos de un vivo deseo de hablar, después de su largo y penoso mutismo.

– ¿Te acuerdas de nuestra primera colaboración en la fría biblioteca del conde de Verneuil? ¿Y de nuestra primera espectatriz Germanita, con su cabellera de oro que le caía por delante de los ojos, y de su grito *«¡Quiedo* las muñecas que hablan?..» Su padre nos emplazó para el Teatro Francés; nos hemos detenido en el camino, y en vez de cinco actos de sonoros alejandrinos, nos hemos divertido en tres actos de prosa con las ridiculeces de la clase media... No importa. Lo que hemos hecho es de los dos. Y juntos trabajaremos siempre, ¿no es verdad, Esteban? Una amistad como la nuestra es muy rara; sin nubes, sin la menor alteración en más de doce años. Nos llaman los inseparables. A mi juicio, éste es nuestro mejor título de gloria.

Otros títulos añadiremos á éste, mi querido Pedro. ¡Ya verás! ¡Qué alegría va á ser el tomar nuestro desquite de los años malos, el vernos solicitados en vez de mendigar un poco de atención, y tener dinero, ganado por nosotros mismos y que gastaremos en grande, porque los señorones del día son los escritores que tienen éxito!..

– ¡Anda, anda! ¡Cómo vuelas! Mis ambiciones son menos vastas, dijo Pedro riéndose: no deber nada á nadie, llevar un poco de dinero en el bolsillo y poder

hacer regalos á la tía Rosa; luego – más tarde – amueblar para nosotros dos un bonito entresuelo con un fumadero oriental... Este es mi sueño dorado.

– Amigo mío, no hay que ser modesto, porque la vida nos coge de la palabra. Hay que tener todas las ambiciones, para satisfacer algunas...

– Me recuerdas á un cura viejo que decía: «Aspirad al cielo, hijos míos, si queréis ir al purgatorio: el que no aspira más que al purgatorio corre gran peligro de caer en otra parte.» La aplicación no es la misma, pero el sentido no difiere mucho. Vamos á ver disfrutar á la tía Rosa...

– Sí, dijo Esteban; creo que ya podemos ir.

Sin embargo, nervioso y casi temblando, parecía vacilar, como si el presentimiento de la dicha fuese en él algo más exquisito que la dicha misma.

Aunque no fuese un estreno de primer orden, el teatro estaba brillante, compuesto sobre todo de críticos conocidos, de gentes de mundo, de actrices afanosas de exhibirse ricamente ataviadas. La pieza había gustado poco y dejado en mala disposición á ese público particular, algo estragado, que quiere nuevo picante para divertirse francamente, ó lo convencional que vienen sirviéndole hace años.

Desde el fondo de su palco, los dos autores escudriñaban la sala; estaban ya bastante al corriente de las cosas de teatro para ver en seguida si el público estaba ó no bien dispuesto, si los ojos de los aficionados se apartaban de la escena para mirar á las espectatrices, ó si realmente escuchaban y atendían á los actores. Una rápida mirada cambiada entre ellos, una sonrisa, demostraban que ambos se habían tranquilizado á la vez. La tía Rosa, embargada por la satisfacción, no les había hecho más que un movimiento de cabeza, para absorberse de nuevo, siguiendo las peripecias de la obra. No la conocía más que por haberla oído leer; y representada, accionada por actores experimentados y hábiles, le parecía completamente distinta.

¡Ah! ¡Qué poco se parecía á las demás espectatrices la tía Rosa! Inclinada hacia adelante, respirando fuerte, riendo á mandíbula batiente, hubiera divertido á los estragados, si aún éstos no se hubiesen dejado «vencer» por las situaciones picantes y el diálogo endiablado de aquella comedia llena de juventud y de alegría, y además sólidamente construída, salpicada de frases tan oportunas, tan profundamente humanas, que la risa brotaba espontáneamente. Tampoco se parecía á las demás espectatrices por su traje; su vestidito de tendera le sentaba muy bien, pero era de lana obscura y su sombrero negro databa de algunos años atrás. Rosa Chenu era todavía una real moza, y sus treinta y cinco años no parecían mucho, á pesar de su vida dura, de trabajo incesante; pero las facciones se habían acentuado un poco, y sus bellos colores tiraban algo á barroso.

Al mirarla, Esteban reparó de pronto en todas esas cosas que nunca habían llamado su atención. Indudablemente estaba ella más hermosa en su tienda, con su delantal blanco, sus mangas de indiana que le subían hasta el codo, sirviendo alegremente á los parroquianos, que eran, por desgracia, menos numerosos que tiempo atrás. La tocinería no se había rehecho nunca completamente del terrible golpe de la guerra. La tía Rosa se había visto obligada á contraer algunas deudas para atender á los gastos obligados de su sobrino, y también á los del amigo de su sobrino, que nunca apartaba de él en su amplio y noble afecto.

La mirada de Esteban se dirigió luego á otro palco. En primer término estaba sentada una mujer vestida con estudiada sencillez de gran señora. Detrás de ella había un caballero entrecano, de frac. Aquella mujer era la condesa de Verneuil, acompañada de su marido. Era la primera vez que, desde hacía unos cuantos años, Esteban veía á sus protectores. Los de Verneuil, cuya fortuna había venido algo á menos, vivían en el campo, procurando salir á flote, en previsión del momento en que su hija iba á encontrarse en edad de ser presentada en sociedad. Sin que hubiese habido rompimiento entre los bienhechores y el obligado, las relaciones se habían reducido á una cartita respetuosa á primeros de año de una parte, y una contestación bastante corta de la otra. Sin embargo, Esteban se había creído en el deber de enviar un palco al hotel de Verneuil. Tuvo un pequeño estremecimiento de orgullo, y también de vanidad satisfecha, al ver que ambos escuchaban y aplaudían de buena gana.

Entonces Esteban Dorsat, que tenía veintitrés años, parecía de más edad. Ostentaba una cabeza de poeta, de esas que tanto gustan á las muchachas. Muy pálido, de una palidez mate, sus bellos ojos, de ángulos caídos, brillaban, cuando estaba contento, con un brillo extraordinario; fino bigote negro; barba algo escasa, cortada en punta; cabello ondulado, que él llevaba más largo de lo que era costumbre; una delgadez quizá algo excesiva; una estatura más que regular, pero muy elegante; manos de gran señor, cuidadas con esmero; todo hacía de aquel nieto de labriegos, de aquel hijo de camarera, un ser aparte, fino, aristocrático, impresionable por el encanto singular de sus ojos, por el sonido de su voz de una armonía extraordinaria.

Pedro Froment parecía de otra raza, plebeyo desde la coronilla, redonda, poblada de cabellos rubios cortados al rape, hasta la punta de sus piés, sólidos y poco elegantes. Algunos hombres conservan hasta la vejez las facciones y la expresión de su infancia. En Pedro, el niño no había hecho más que crecer, sin cambiar. Viendo á aquel alto y robusto mozo, algo pesado ya para su edad, se descubría, á pesar de su barba rubia que le comía parte de las mejillas, la cara del niño Pedro que tan gallardamente hacía funcionar á los títeres del castillo. Sus buenos ojos francos, algo redondos, no habían cambiado de expresión, como tampoco su ancha boca de risa sonora y comunicativa. Desprendíase de toda su persona una impresión de fuerza, de energía y de buen humor, que predisponía en favor suyo. Pero en él, todo era sano, vigoroso, poco á propósito para enloquecer á las mujeres románticas y no comprendidas ó á las muchachas soñadoras. Con todo, nadie sabía mejor que él lo que por esta parte le faltaba, y se había resignado con su suerte.

Si Esteban se sentía algo cohibido al entrar en el palco, los de Verneuil, por el contrario, lo recibieron como si lo hubiesen visto el día antes. Sus felicitaciones, muy sinceras, muy joviales, fueron acompañadas de un cordial apretón de manos. La condesa, mirándolo con complacencia, le dijo sonriéndose:

– ¡Lástima que estés hecho un hombre, Esteban, porque te hubiera besado con placer, para recompensarte de haberme hecho reir tanto!

Esteban, con una gracia materialmente felina, hincó á medias una rodilla é imprimió un beso en la mano de su bienhechora:

– Permítame usted, al menos, señora condesa, que bese la mano que me ha hecho lo que soy. Crea usted que si nunca he sabido expresar bien mi gratitud, no por esto ha sido menos viva.

– ¡Hola, hola!, dijo riendo el conde; has hecho progresos en tu manera de hablar á las mujeres desde que no te hemos visto. ¿Es al trato de esas hermosas actrices, que interpretan tan bien tus frases, á lo que debes tus modales heredados de la Regencia? ¡Mis plácemes!

La condesa dirigía los gemelos al palco en que Rosa Chenu se abanicaba con un programa.

– ¿No es tu amigo Pedro Froment el que veo allí?, preguntó á Esteban.

– Sí, señora. Está con su tía.

– ¡Ah! ¿Esa es vuestra tocinera?

– Es la que yo también llamo tía Rosa, y á quien debo, después de usted, el no haberme muerto de hambre. Hace cinco años que se cuida de mí, sin hacer la menor diferencia entre sus «dos muchachos.»

– ¡Pero Esteban, yo no te perdonaría que no estuvieses agradecido á esa excelente mujer! Y supongo que cuando hayas hecho carrera y entrado en una esfera social que está vedada á las tocineras, no te avergonzarás de lo que la tía Rosa pueda tener de un poco vulgar. Ha debido ser muy guapa... en su género.

Esto fué dicho al descuido. Esteban no pudo reprimir un pequeño movimiento nervioso. Tuvo una intuición rápida de lo que, más tarde, podría pesarle su deuda de gratitud. Pero aún no había llegado el caso. Aquella especie de celos instintivos de la protectora aristocrática con respecto á la protectora plebleya, le hicieron reir.

El conde, para desviar la conversación, dijo:

– Has de saber que no estamos en París sino desde anoche. Nuestra primera salida ha sido en honor tuyo. Somos verdaderos salvajes, unos campesinos horriblemente virtuosos. Pero vamos á volver á vivir como todo el mundo, y pasaremos al menos tres ó cuatro meses cada año en París. Nos damos á nosotros mismos la excusa de la educación de Germana.

– Mi amiguita Germana, dijo Esteban sonriéndose; ¿pide todavía «muñecas que hablan?» ¿Ha conservado sus hermosos cabellos de oro, que le hacían como una aureola? ¡Cuánto tiempo hace ya que no la he visto!

– Por lo mismo, la encontrarás muy cambiada, aunque al hacernos tu última visita, no era tan niña como quieres suponer. Con tu gravedad de retórico, te fijarías poco en ella. Germana es ya una pollita: va á cumplir quince años.

Estas últimas palabras fueron marcadas con un imperceptible acento de altivez. Esteban, vibrante de vanidad inquieta, sacudido entre el delirio de los aplausos, tan gratos á los oídos novicios, y el recuerdo de su humilde cuna, creyó comprender que la familiaridad con la cual acababa de hablar de la «pequeña Germana» había disgustado. Se dió por advertido. La terminación del entreacto llegó con oportunidad. Esteban se levantó. La condesa le dijo:

– En el próximo entreacto, tráete á Pedro para que le felicitemos también. Aunque, entre nosotros sea dicho, no vacilo en atribuirte las frases más bonitas y las mejores situaciones.

– Se equivoca usted, señora. No sabríamos decir cuál de los dos ha puesto más. Pedro tiene muchísimo ingenio y fantasía.

– Fantasía quizá, fantasía populachera, nutrida de tocino. No, no, decimos la comedia de Esteban y no la de los dos amigos.

Esteban no protestó más. Bastaba una vez. En ocasiones se sorprendía á sí mismo diciendo: «Mi obra.»

Y cuando se llevó á su amigo á visitar á los de Verneuil, una visita triunfal, porque el éxito del segundo acto había superado al del primero, el encogimiento de Pedro no le desagradó. Algo embriagado, Esteban se sentía ya como dueño del terreno. Sin quererlo tal vez, eclipsó á su amigo y hasta se olvidó un poco de él. Después de todo, Pedro encontraba todo eso muy natural. La condesa, hasta cierto punto, había adoptado á Esteban, mientras que él no era para ella y su marido más que un extraño, conocido apenas, por pura casualidad, diez años atrás. Sin embargo, la condesa le dijo con una amabilidad perfecta, lo mismo que á Esteban, al despedirse:

– Voy á escoger un día de la semana, los martes, y cuento con que mis dos jóvenes autores serán fieles tertulianos míos. Si ustedes quieren, organizaremos comedias de salón. Deben ustedes tener en cartera esbozos de obras algo... algo menos verdes que *La Figuranta*. En nuestra sociedad hay mucha pudibundería.

Después que los dos amigos hubieron cerrado la puerta, el conde se inclinó hacia su mujer:

– ¿Ha comparado usted á los dos colaboradores? Mi querida amiga, no me hará usted creer jamás que Juan, nuestro antiguo cochero, tuviese un hijo tan fino de cuerpo y de aires tan aristocráticos como este buen mozo. Justina era guapa, y ¡qué diantre!, nosotros recibíamos á mucha gente en el castillo durante los primeros años de nuestro matrimonio...

La condesa se encogió de hombros, pero no contestó. Había defendido con frecuencia á su linda camarera sin persuadir jamás á su marido. Quizá, en el fondo, pero muy en el fondo, no distaba mucho de tener las mismas sospechas que el conde. Esteban se parecía muy poco á su madre ó á Juan, marido de su madre.

Cuando las palabras: «Señoras y caballeros, la comedia que hemos tenido el honor de representar es de los Sres. Esteban Dorsat y Pedro Froment,» los aplausos estallaron de nuevo, atronadores, unánimes. Los dos desconocidos de la víspera entraban de lleno en la notoriedad. ¿Sería ésta, como sucede tan á menudo en la vida parisiense, gloria de un día – un almuerzo de sol, – ó se trocaría en una hermosa y buena reputación? Sólo el porvenir podía contestar. Por de pronto, la alegría era embriagadora, deliciosa, tanto más cuanto que, de antemano, nada había hecho presentir aquel brillante éxito. Con frecuencia una obra realmente buena no agrada al público, mientras que otra inferior, pero dotada de un elemento cualquiera que responda al capricho del momento, sube hasta las nubes. Nadie puede prever de antemano la suerte de una comedia.

¡Ah, qué buen apretón silencioso, en el fondo del palco, aquel apretón de manos en que Esteban y Pedro pusieron sus mutuas felicitaciones, su dicha, sus esperanzas de mañana! Ninguno de los dos, en aquel momento supremo de alegría sin mezcla, de un impulso juvenil y espontáneo, pensaba que aquel afecto fraternal que los unía hacía tantos años, fuese cosa sujeta á cambio, que pudiese alterarse jamás, que los celos fuesen capaces de deslizarse entre ellos dos. Cada uno gozaba tan plenamente del éxito de su camarada como del suyo propio. Hay pocas cosas en el mundo tan exquisitas, tan puras, como una gallarda amistad de hombres jóvenes y generosos.

En cuanto á la tía Rosa, sacudida por una emoción profunda, lloraba á lágrima viva, con asombro de varios espectadores que la observaban, y empujando las sillas del palco, fué á recibir á sus dos muchachos. Los tres estaban un poco alocados, sin saber exactamente lo que decían ni lo que hacían.

¡Del éxito ó del fracaso de *La Figuranta* dependían tantas cosas! En adelante la tía Rosa no tendría necesidad de pedir prestado difícilmente para atender á las necesidades de todos. Si no era la fortuna la que salía al encuentro de los jóvenes debutantes, era

al menos la seguridad de ver abrirse otras puertas delante de ellos, de ganarse la vida, quizá hasta con holgura.

Poniéndose el abrigo, la tía Rosa exclamó:

-¡Si pensáis que vamos á acostarnos tontamente después de una velada semejante, os equivocáis de medio á medio! Hace meses que meto dinero en una alcancía especial, la alcancía de *La Figuranta*. Si la obra hubiese fracasado, yo nada hubiera dicho. Pero ahora... Oíd, y no os riáis; tengo unas ganas locas de beber champagne en gabinete reservado.

Y raras veces gabinete reservado vió una pequeña reunión más locamente alegre. Los tres se desquitaban de las inquietudes y de las preocupaciones del pasado. Los dos amigos servían á la tía Rosa con atenciones de enamorados; no podían abrir suficientemente su corazón y expresarle su gratitud. Si así triunfaban, ¿á quién lo debían?

-¡Bah!, dijo riendo la tocinera, ¿pensáis acaso que cuando seáis unos caballeros muy de moda y cuando hermosas damas os abran sus salones, diréis con arrogancia: «Nosotros hemos tenido por salón una tiendecilla de la calle de las Escuelas?»

-¡Tía Rosa!, exclamó Esteban casi con vehemencia, ¿piensas por ventura que no tenemos nada aquí?

Y se golpeó el pecho con un gesto algo teatral, cuando de pronto se acordó de las palabras de la condesa: «Cuando te veas en una esfera social que está vedada á las tocineras...» Arrugósele la frente, tanto que Rosa se imaginó haberle ofendido.

-¡Bueno, bueno, muchacho! ¿Dudo acaso de ti más que de Pedro?

A éste la cosa le parecía tan absurda, que no hizo más que reirse con su risa jovial y sonora.

Medio apurada la botella de champagne, la tía Rosa empezó una pequeña frase, sin acabarla; empezó otra, jugó con un poco de miga de pan y se sonrojó. Entonces dijo Esteban:

-¡Atención! La tía Rosa va á pronunciar su pequeño *speech* de los postres. ¡Adelante con la elocuencia! Escuchamos respetuosos y conmovidos, porque vas á brindar, sin duda, por nuestros triunfos futuros.

- El caso es, hijos míos, que algo tengo que deciros, y que no podéis dudar de mis votos, sin embargo no es eso de lo que tengo que hablar. A fe que es más difícil de lo que yo creía.

¿Tan serio era? Los muchachos, sorprendidos, la miraron, y de pronto les pareció cambiada, rejuvenecida, sonrojada, confusa. Esteban dió un puñetazo en la mesa, haciendo bailar todas las copas con un repiqueteo de cristal.

-¡Tía Rosa, tú vas á casarte!

Hubo un instante de silencio, al cabo del cual la tía Rosa dijo:

- Es verdad, Esteban; es verdad, Pedro. Hay un hombre excelente que me espera hace muchos años. Semejante constancia es muy rara, creedme. ¡Qué buen corazón! No podéis imaginar... Mi pobre Perraud es de exterior poco brillante, pero es inteligente, y hábil para sus negocios. No es muy hablador; pero yo que tengo buen pico, hablaré por los dos. Una vez cada año - y no más - me decía tímidamente: «Y bien, Rosa, ¿será este año, al fin? - No, amigo mío, ya sabe usted lo que juré á mi pobre hermana. Antes es preciso que Pedro no me necesite, ni Esteban tampoco. - Bueno, Rosa, yo soy paciente; esperaré.» Pero, eso sí, cada vez me lo decía con más tristeza. Pues bien: ahora pondré mi mano en las suyas y le diré: «Aquí me tiene usted, mi bravo Perraud; le hice esperar mucho; pero se lo tendré en cuenta. No habrá marido más mimado que usted.» Bien puedo decirle esto, ¿no es verdad? Mi derecho tengo...

- Diez mil veces, más que una, mi querida tía. Por mí, por nosotros, has sacrificado los mejores años de tu existencia, tan jovialmente, de una manera tan natural, que no reparábamos en el sacrificio. Hasta te dábamos broma sobre tu silencioso enamorado!

- Y tú ¿no me felicitas, Esteban?

- Yo estoy celoso de Perraud; creo que lo estuve siempre.

-¡Pero hombre!, exclamó riendo Rosa Chenu, ¡nunca le has disputado mi mano, que yo sepa!

-¿Cuándo es la boda?, preguntó Pedro con voz algo temblorosa.

Porque aquel matrimonio marcaba el fin de un período de juventud indolente, durante el cual Pedro había confiado en todo y para todo en la resuelta tocinera.

- Lo más pronto posible; dentro de tres semanas tal vez, tanto más, cuanto que voy á tener bajo mi cuidado nada menos que á dos muchachas muy talluditas. Son dos sobrinas de Perraud, huérfanas de padre y madre. Tienen que vivir con nosotros mientras estén solteras. Seremos gente de baja estofa para esas señoritas educadas en más alta esfera; pero carecen de parientes paternos y no tienen más remedio que apechugar con nosotros.



. . donde dos parroquianos se habían hecho servir vasos de cerveza (pág. 53)

Y añadió riendo:

- Bueno fuera que viniesen á ser doblemente sobrinas! ¿Qué os parece, muchachos?

-¿Pero no sabes, tía Rosa, contestó Pedro con la mayor seriedad del mundo, que Esteban y yo juramos no casarnos jamás? ¿Qué sería de nuestra colaboración de cada momento, si se metiesen entre nosotros dos graciosos palmitos? No, no; tenlo por sabido; seremos solterones.

-¡Solterones!, exclamó la tía con una mueca. ¡Solterones entre gente de teatro! ¡Malo! Pero tiempo queda para pensar en eso. Las muchachas son todavía muy jóvenes: diez y siete y catorce años apenas.

IV

Una casita blanca de los alrededores de París, muy vulgar con sus postigos verdes, pero adornada alegremente por un soberbio rosal trepador y sombreada por algunos árboles hermosos, al pie de éstos se había aderezado una mesa de seis cubiertos; más allá se veía un jardín que parecía un campo plantado de largas hileras de rosales derechos y feos, como bastones, pero coronados de un copo verde donde ya se abrían rosas; en torno de la cerca, estufas, cuyos cristales se abrían al aire suave y tibio, y donde se ocultaba un mundo de plantas raras, de follaje extraño, de flores maravillosas con nombres sonoros: tal era el pequeño reino en que, orgulloso y feliz, había Perraud instalado á su mujer. Su satisfacción estallaba en una sonrisa que iba de una á otra oreja, rebosaba en una risa interior que sin embargo se oía acá y acullá susurrar, cloquear, por decirlo así, en el fondo de su vasta garganta.

-¡Vamos, muchachos, á trabajar!, gritaba jovialmente la tía Rosa. ¡Si os figuráis estar aquí para divertiros, os equivocáis de lo lindo! Carlota, Pedro, Esteban, Lili, necesito lechugas y una porción de hierbas y muchos rabanitos; de todo hay en la huerta. En seguida va á estar pronto mi almuerzo.

La señora Perraud, con la falda arremangada debajo de un delantal de cocina, daba palmadas, asomada á la puerta de la casa y llamando así á los jóvenes. El alegre sol de principios de junio daba de lleno en la frente de aquella hermosa mujer que se encontraba en toda la fuerza de la edad.

Una muchacha saltó entre los rosales gritando:

-¡Allá vamos, tía Rosa, allá vamos! Lili y yo hacíamos los honores de las estufas á estos señoritos. Los hemos dejado turulatos con los nombres extravagantes que nos enseñó mi tío.

-¡Vamos, Lota! ¿Es que se dice «turulatos» cuando se sale de un buen colegio?

-¡Vaya que sí! Y muchas cosas más. Usted, tía, es del sistema antiguo. Lili y yo «vamos con el siglo.»

-¡Pues prefiero el sistema antiguo, ea! ¡Pero qué acalorada vienes, muchacha!

Y enjugó con cariño maternal la frente de la niña, á la que había cobrado gran afecto. Perraud, que nunca andaba lejos de su mujer, la contempló con extática admiración; luego expresó su opinión á media voz como si se dirigiese á alguna persona invisible, de toda su confianza:

-¡Qué guapa, ¿eh?, qué guapa!

- Si te refieres á mí, tío, tienes razón. No diré que las piernas no sean un poco largas, la nariz grande y el moño rebelde por el momento. Pero todo se arreglará. Ninguna chica es perfecta antes de cumplir quince años.

- Añade al retrato, dijo la señora Perraud: timidez excesiva y reserva exagerada.

-¡Bah! Dejo las perfecciones morales para Lili, que va á ser pronto «muchacha casadera.» ¡Eso sí que da empaque! Lili se ensaya hoy con «sus muchachos,» tía Rosa. ¡Ay, qué risa!

-¿Quieres callarte, diablillo?

La tía Rosa se preguntaba si los ojos negros de Lota, escudriñadores y sagaces, habían descubierto su secreto en el fondo de su corazón.

Las ternuras de la tía eran sobre todo para aquella niña mal educada, corazoncito de oro, que era demasiado despabilada y maliciosa para que la tratase como á una chiquilla, demasiado loca para ver ya en ella á la señorita. Lili estaba enteramente formada, de carácter, de corazón, de modales sobre todo. La tía Rosa la dominaba poco. Su educación había terminado, mientras que Carlota trabajaba cada día algunas horas con una institutriz que venía de Saint-Cloud.

Lili Emeyrian, mejor dicho Emilia, hija de un comerciante que se hubiera hecho muy rico si la muerte no le hubiese herido en medio de su prodigiosa actividad, se había creído destinada á ser una gran señora por su matrimonio. Mucho le dolía encontrarse, al salir del colegio aristocrático, bajo el dominio de la antigua tocinera. Sin embargo, como la cosa era inevitable, y como gracias á sus cien mil francos de dote un matrimonio cualquiera iba á librarla pronto de aquella humillación, Lili parecía completamente resignada, casi amable. Una vez casada, sabría ella ponerse á una distancia respetuosa de sus humildes parientes, de aquel hermano de su madre que se quedó en campesino y de la ex tendera.

Con mucha complacencia acompañó á su hermanita y á los dos jóvenes hasta la huerta. Hacía un tiempo hermosísimo. Emilia llevaba un vestido de batista color de rosa que le sentaba á las mil maravillas, y era objeto de toda clase de atenciones de parte de dos parisienses, de dos autores aplaudidos. Como guapa, no lo era del todo, pero apenas tenía diez y ocho años, hacía gala de hermosos cabellos castaños, ojos muy rasgados y labios rojos, que le daban, aquel día al menos, apariencias de hermosura.

Carlota llevóse pronto á Pedro por el lado de las lechugas. Esteban cogía los rabanitos, que Lila metía en una cestita. Miraba trabajar á Esteban sonriéndose. Su ideal de la vida era guardar para sí los deberes muy fáciles y sobre todo los placeres. Se complacía en mirarlo, porque lo encontraba buen mozo, simpático y seductor. En cambio, Pedro le parecía muy ordinario. En el colegio, en medio de sus compañeras de rango social más elevado que el suyo, se había aficionado á lo que consideraba «distinguido.» Las manos finas y bien cuidadas, los ojos lánguidos, de mirada fascinadora, de Esteban le parecían distinguidos en extremo. En medio de todas las ideas prácticas sobre la vida que había recogido en el colegio, Lili era en el fondo una apasionada. Si Esteban era distinguido y, por tanto, digno de su atención, representaba también para ella el tipo del hombre que sabe amar y hacerse amar.

(Continuará)

ESCENA EN UNA CALLE DE GRANADA,

CUADRO DE PEDRO JANSSEN

El autor de este cuadro es uno de los más reputados artistas alemanes contemporáneos: hijo de una familia de artistas, desde su niñez demostró especiales aptitudes para el cultivo de las bellas artes, mostrándose tan ardiente entusiasta de la naturaleza como de la antiguedad clásica. Sus primeros profesores en la Academia de Dusseldorf quisieron imponerle las fórmulas tradicionales; pero Janssen rebelóse contra tal imposición, y siguió estudiando el natural y el antiguo y procurando en estos estudios especiales olvidar las lecciones académicas. Por fortuna no tardó en encontrar maestros de nota como Carlos Sohn y Bendemann que, comprendiendo lo que el joven pintor valía, le guiaron con sus sabias lecciones por la senda que había emprendido y lograron que sus enseñanzas produjeran los mejores frutos.

Así fué que en las primeras grandes composiciones de Janssen, *La negación de Pedro* y la *Historia de Hermann el cherusco,* apareció ya en toda su fuerza el talento del artista que, despreciando todo lo trivial, se consagraba á las concepciones elevadas y las trasladaba al lienzo con vigor y originalidad extraordinarios, sin que la idea al pasar de la mente á la mano perdiera un átomo de su intensidad.

Janssen hubo de luchar, así para asimilarse los asuntos históricos de tal modo que pudiera presentarlos á sus contemporáneos con claridad y llenos de vida, como para encontrar los recursos técnicos que le permitieran expresar esos asuntos tales como él los sentía; pero la lucha, si larga y difícil, vióse coronada por el triunfo más completo. Como rasgo característico de sus cuadros históricos merece consignarse que éstos rara vez representan escenas de victorias, sino que generalmente sus lienzos son episodios de lucha. Janssen desprecia los oropeles de las entradas triunfales, y prefiere estudiar el alma del pueblo en los momentos de angustia, en las grandes crisis de su historia.

Enumerar las obras de este género que han salido del pincel del celebrado pintor alemán sería tarea fatigosa: citaremos entre ellos *La plegaria de los confederados suizos antes de la batalla de Sempach, Escenas de* 1509, *Destrucción de la columna de Napoleón en* 1814 y las batallas de *Fehrbellin, Torgau* y *Hohenfriedberg.*



Escena en una calle de Granada, cuadro de Pedro Janssen

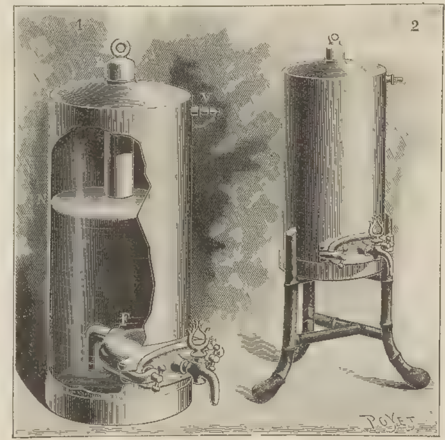
Mas no es sólo la pintura histórica la que con gran éxito ha cultivado Janssen: en el género decorativo ha conquistado también brillantes triunfos que acreditan la variedad de sus aptitudes artísticas. Sus pinturas para el Arsenal de Berlín, para las Casas Consistoriales de Erfurt, para la Universidad de Marburgo y para la Escuela de Bellas Artes de Dusseldorf abundan en detalles que demuestran que si vale mucho como pintor de historia, como decorador puede competir en gusto, en corrección y en elegancia con los más afamados especialistas.

También se ha dedicado al retrato y al cuadro de costumbres; y si en aquél reproduce al par que los rasgos físicos la personalidad moral del sujeto retratado, dando de esta suerte á sus obras un gran valor psicológico, en éstos sorprende con habilidad suma el modo de ser propio de los elementos que han de entrar en su composición, é imprime en todos sus lienzos de esta clase la vida y los encantos de la realidad.

Como muestra de sus cuadros costumbristas publicamos en esta página una *Escena en una calle de Granada:* Janssen, que ha pintado varios lienzos de asuntos españoles, ha demostrado en este con cuánta facilidad se asimila los tipos de las comarcas que visita y con cuánta verdad sabe hacerse intérprete de lo que con razón se ha llamado el alma del pueblo.

* * *

FILTRO PORTÁTIL DE PRESIÓN



Filtro portátil de presión. – 1 Sección interior. – 2 Vista de conjunto

En el núm. 838 de La Ilustración Artística dimos la descripción del filtro Edén, construído por la casa Prevet y C.ª, bajo la dirección del ingeniero químico Grandjean: hoy damos á conocer á nuestros lectores un nuevo modelo de filtro portátil de presión, estudiado por la misma casa, así como algunas modificaciones introducidas en el primitivo aparato.

La cuestión de la filtración de aguas es tan importante, que se hace necesario dar á conocer los distintos progresos realizados en tan importante, materia desde el momento en que se realizan.

Ante todo digamos que todos los higienistas admiten actualmente que no deben constituirse grandes depósitos de agua en donde pueda ésta contaminarse. Toda agua, inclusa la de manantial, conservada en depósitos en donde se ha conservado otra puede perder su pureza, y en prueba de ello citaremos el hecho de que durante el último verano el servicio de aguas de París para atender al consumo de la población hubo de mezclar en los depósitos las aguas del Vanne, del Avre, del Dhuys, del Marne y del Sena: ahora bien, el agua del Vanne, que á su llegada á París apenas contiene 700 microbios por centímetro cúbico, contiene 212.000 cuando sale por las fuentes Wallace después de haber atravesado todos los depósitos y todas las canalizaciones.

De aquí que se impone en toda casa la filtración del agua antes de utilizarla. Los señores Prevet y Grandjean han creído que podía ser útil en determinados casos poder disponer en un momento dado de cierta cantidad de agua, y al efecto han inventado la fuente portátil que reproduce el grabado que en esta página publicamos. Estos aparatos contienen 5, 15 ó 25 litros de agua sometida á presión, y pueden proporcionar por minuto de uno á tres litros de líquido completamente estéril que se filtra á medida que sale del recipiente.

La figura número 1 del dibujo representa la sección interior del filtro: en B hay un tapón á tornillo que cierra el orificio de introducción del agua; un tubo interior desciende desde este tornillo al interior de la fuente hasta el tercio de su altura y limita el nivel N que indica la cantidad de agua que se ha de introducir. Alrededor de este tubo hay un espacio que forma la cámara de aire, en la cual se ejerce la presión por medio de una pequeña bomba como las que se usan para introducir aire en los cauchos de las bicicletas ó de cualquier otro sistema, la cual bomba se ajusta sobre la válvula V.

Cuando se abre la llave en la parte inferior, el agua es expulsada por el tubo al través del filtro F y sale después de haber pasado por el elemento filtrante.

Conocida la disposición interior del aparato, diremos que el agua atraviesa una serie de capas de papel de filtro y en último término una lente de carbón vegetal. Esta lente está comprimida y no contiene, como contenían los primeros modelos, una pequeña cámara interior.

Las hojas de papel se retiran y reemplazan á medida que se cubren de las materias que el agua lleva en suspensión.

Esta nueva disposición de fuente-filtro portátil será muy estimada y prestará indudablemente en determinadas circunstancias grandes servicios.

Luis Leroy

* * *

CROQUIS DE LEOPOLDO

CONDE DE KALCKREUTH

Para que un artista se nos aparezca como tal, no es necesario que nos ofrezca una obra acabada; muchas veces un sencillo croquis, un boceto con sus líneas vagas y sus trazos indefinidos dan mejor idea de un talento artístico que un cuadro en el que no falte detalle alguno de ejecución, porque en aquéllos revélase el temperamento tal como es, sin ninguno de esos disfraces que las exigencias del público ó de la moda imponen y que pueden redundar en perjuicio de la espontaneidad de la inspiración y del sentimiento, cosa que no siempre sucede con los lienzos perfectamente terminados.

El croquis del celebrado pintor alemán conde de Kalckreuth es buena prueba de lo que decimos, pues por él se comprende que quien ha dibujado esta figura siente el arte y sabe expresar el natural del mismo modo que la realidad nos lo presenta á nuestros ojos.



Croquis de Leopoldo conde de Kalckreuth

EL CORONEL EDUARDO MULLER

Por una mayoría casi rayana en unanimidad fué elegido en 15 de diciembre último presidente de la República suiza para el año 1899 el coronel Eduardo Muller, que en la política nacional y cantonal ha demostrado ser un carácter independiente y estar dotado de un gran talento organizador. Hombre de pocas palabras, siempre ha sabido dominar las situaciones difíciles anteponiendo lo esencial á lo accesorio, y en el departamento de la Guerra, que últimamente ha dirigido, ha puesto en práctica sus principios radicales y sus ideas abiertas á todo progreso. Republicano entusiasta, partidario de que se resuelvan en sentido liberal los problemas sociales que están á la orden del día, su paso por el poder dejará sentir sus beneficios en pro de las clases trabajadoras.

Muller es hombre de Parlamento y excelente polemista: pocas veces hace uso de la palabra, pero cuando sube á la tribuna demuestra que domina la cuestión que se debate y sabe llevar el convencimiento al ánimo de la Cámara.

El nuevo presidente de la Confederación helvética nació en 12 de noviembre de 1848 en Dresde, siendo su padre el antiguo profesor de Teología de Berna, el pastor protestante doctor Muller: en 1849 regresó su familia á dicha capital suiza, en cuyas escuelas y universidad hizo aquél sus estudios. Terminada la carrera de Derecho y deseoso de ampliar y perfeccionar sus conocimientos, visitó las universidades de Leipzig, Heidelberg y París, y de regreso en Berna ejerció la abogacía y entró de lleno en la política, figurando ya en 1884 en el Consejo nacional, del que fué nombrado presidente en 1890: durante este período fué además consejero municipal y presidente del municipio de Berna, cargo que desempeñó hasta su ingreso en el Consejo federal.

En el desempeño de todos estos cargos ha demostrado aptitudes y cualidades tan excelentes y se ha conquistado tantas simpatías, que su elevación á la presidencia ha sido acogida en toda Suiza con el mayor entusiasmo.



EL CORONEL EDUARDO MULLER,
elegido presidente de la República suiza para el año de 1899

LA NUEVA LOCOMOTORA ELECTRICA

El problema de la tracción por medio de la electricidad en los ferrocarriles puede darse por resuelto, á juzgar por el resultado de las pruebas verificadas por la compañía francesa de París-Lyón-Mediterráneo. La nueva locomotora eléctrica que reproducimos en la página siguiente y que ha sido ensayada recientemente entre París y Melun, contruyóse según los planos de M. Auvert: va montada sobre tres pares de ruedas del mismo diámetro, 1'10 metros, siendo conductor sólo el eje delantero, pues los otros dos son motores. En estos últimos están colocados los electromotores de corriente continua que les imprimen un movimiento de rotación. El *chassis* de la locomotora tiene una caja dividida en cinco compartimientos: en el de delante hay un compresor de aire, movido por un pequeño electromotor que sirve para hacer funcionar el freno, el silbato y los aparatos para poner en marcha el tren; en el de atrás, donde trabajan los maquinistas, están instaladas las palancas y los aparatos para cambio de maniobras. Los otros tres compartimientos contienen un reostato que sirve para establecer ó interrumpir la corriente en los motores y 18 elementos de acumuladores de celuloide de un tipo especial que bastan para hacer marchar la locomotora con una velocidad reducida. Para obtener velocidades superiores hay en el furgón 192 elementos cuya capacidad utilizable es de 1 000 amperes hora.

El peso de la máquina en servicio y de su furgón-ténder es de 90.300 kilogramos.

Los resultados satisfactorios, como hemos dicho, obtenidos en recientes pruebas han sido los siguientes:

La carga máxima arrastrada entre París y Melun, ida y vuelta, ha sido de 147 toneladas á una velocidad media de 45 kilómetros por hora; y haciendo funcionar los acumuladores empalmados paralelamente, M. Auvert ha podido alcanzar fácilmente con un tren de 100 toneladas una velocidad de 100 kilómetros y cree que aún sería posible conseguir sin dificultad alguna velocidades mayores.



La nueva locomotora eléctrica construída en los talleres de la Compañía París Lyón Mediterráneo

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XVIII — Barcelona 30 de enero de 1899 — Núm. 892

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



Don Quijote después de la aventura de los molinos de viento, cuadro de C. Vázquez

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Hechos capitales del comienzo del año. – El gobierno de Creta. – La pacificación de Macedonia. – El desorden austriaco. – Histórico y secular carácter de todos los problemas europeos. – Prepotencia británica. – Vieja é inextinguible rivalidad entre Francia é Inglaterra. – Conclusión.

Dejando aparte nuestras increíbles desgracias patrias, de las cuales hemos hablado sin tasa en estas columnas bajo la pesadumbre del dolor, murmuremos, justificando el título de este humilde trabajo, sobre los recién sucedidos acontecimientos humanos y terrestres, cuyas consecuencias trascienden á Europa, siquier hayan sucedido en otros continentes, diversos de nuestro propio natural continente. Después del mucho tiempo transcurrido entre las surrecciones y los planteamientos del problema cretense, debemos holgarnos con que al cabo se haya resuelto en bien de todos, y se haya resuelto sin agitaciones interiores intensas como sin temibles conflictos extraños. Aunque se haya movido mucho el inerte sultán y haya tratado de oponer protesta sobre protesta incesante á lo acordado por Europa, el nombramiento de un príncipe cristiano, como el príncipe Jorge, para la gobernación de Creta se ha hecho primero y luego se ha impuesto á los partidos y á los cultos ó religiones de la incendiada isla. El principio de libertad religiosa universal mucho ha contribuído al feliz logro de tan saludable resultado. El príncipe se ha dirigido á los musulmanes y á los griegos diciéndoles como respetará la observancia del Korán semita y del oriental Evangelio bizantino, así á unos como á otros, con la condición de que ambas creencias se respeten hoy entre sí mismas y no diviertan sus fines religiosos hacia el estadio de la política, donde compiten, más que las viejas ideas dogmáticas, los viejos intereses egoístas. Holguémonos con que se haya recabado la paz en Oriente, pues no hay calamidades comparables á la guerra y á la conquista.

***

La guerra cretense repercutía en todos los estados turcos; levantaba todas las ciudades griegas; hacía estremecer en sus bases todos los viejos pactos; provocaba la guerra thesalia en que á punto se halló de sucumbir y perecer Grecia; conmovía desde las crestas del Ararat armenio hasta los desfiladeros de la helenizada Macedonia. Todos los pueblos escapados del yugo material de Turquía van á caer ó bajo el yugo moral de Austria ó bajo el yugo moral de Rusia. Macedonia pertenece á las presas más codiciadas del Imperio austriaco, quien hoy completaría con ella la posesión de su Bosnia y de su Herzegovina, tan sumisas ya, y dilatándose por el Oriente y comunicándose con el Mediterráneo merced á Salónica, podría ofrecer el preciado joyel que se llama Trieste, como una compensación á las ambiciones germánicas, aunque Trieste sea, cual quieren muchos, tan italiana como Venecia. Pero el Austria, desgarrada por guerras civiles, no tan temibles por su violencia como por su perduración, está imposibilitada de ofrecer y aceptar dominios. Así Macedonia se pacifica por la esperanza de que, á la disolución del Austria, sucedería sin remedio en los Balkanes una greco-eslava federación, en la cual podrá entrar sin quebranto de su carácter histórico, y guardando para los respectivos factores suyos una feliz autonomía. Con el Austria no hay que contar. El desorden moral compite allí con la más alta y más aguda fiebre revolucionaria de las usuales en Occidente. Viena parece una Babel. Magyares y alemanes, tan buenos compadres desde Sadowa, hoy descompadran y no llegan á entenderse. Aumenta el partido de la independencia, muy alentado por el hijo de Kossut, quien ha heredado la tradición revolucionaria del glorioso padre sin tener su genio y su palabra. No hay medio de formar con cheques y alemanes y croatas y helenos y turcos y trentinos y polacos y rumanos y serbios y ruthenos allá en el Oriente griego lo que aquí en el Occidente latino compusieron en siglos de siglos razas diversas y enemigas, una verdadera nacionalidad. Esa triste confederación austriaca muere sin remedio, imposibilitada de componer un organismo viable y de vivir vida común sus miembros descoyuntados. Y lo peor del caso está en que todos los grandes problemas de hoy provienen de apartados siglos.

***

Para comprender una parte considerable de los problemas territoriales contemporáneos, hay que subir á su planteamiento y origen. Muchas guerras del siglo XIX provienen de trascendentales luchas sucedidas bien lejos, allá en el siglo V. Si el imperio de Oriente no ha dejado jamás de ser griego, aunque lo fundara un emperador romano; si al establecer los dos hijos del español Teodosio, Arcadio y Honorio, sus sendas sedes imperiales en Ravena y en Bizancio restablecieron la incontrastable antítesis entre Oriente y Occidente, que no pudo resolver en una síntesis superior ni el genio de Alejandro ni el genio de Roma; si, hoy mismo, desde las costas del mar Adriático á las costas del Asia Menor la cultura toda parece griega, como desde las costas del Adriático al estrecho de Gibraltar parece latina, ¡cuánto más no resaltará esta consecuencia de los hechos históricos en la distribución de los pueblos bárbaros, así germánicos cual mongoles y eslavos, por todo nuestro continente fragmentado en pueblos latinos, griegos, celtas, tártaros, muslímicos, sajones, escandinavos, eslavos! El martirio de Polonia resulta para una gran parte de las razas como necesario desquite á la cruel dominación polonesa sobre Rusia, con especialidad sobre aquel territorio conocido con el nombre de pequeña Rusia. Si el moscovita está empeñado en rusificar las provincias alemanas del Báltico, da por excusa que los germanos quedaron en costas pertenecientes á la inundación eslava; y si Alemania está empeñada en germanizar las provincias eslavas del ducado de Posen, da por excusa que los eslavos descendieron aquende la corriente del río Elba, país esencialmente germánico. Las grandes cuestiones cheques, recrudecidas hoy mismo en las dietas austriacas, en las calles y en las universidades de Praga y Viena, suceden por haber los esclavones penetrado en el cuadrilátero de Bohemia, que los alemanes creen indispensable á su completa seguridad, y no fiarán jamás, sino después de una guerra gigantesca y de una derrota irreparable, á pueblos consanguíneos de Rusia. El rumano de Transylvania, soberbio al noble sentimiento de su origen hispano-latino, como el eslavo de Croacia, no menos soberbio al sentimiento de su parentesco estrechísimo con las razas primeras de nuestro continente, por sentir sangre indo-europea en sus venas aborrecen al magyar, heredero del feroz Atila y emparentado con el gran turco á causa de su sangre mongólica. Y sin embargo, por el magyar, por su espoleo á las razas germánicas, explícase la presencia de los eslavos, así en la península de los Balkanes como en el cuadrilátero de Bohemia, y su rebosamiento de los antiguos límites naturales rusos y poloneses sobre las tierras germánicas. Tal inmanencia de los tipos antiguos y de los viejos hechos queda en Europa. Las tribus normandas, entrevistas por Carlomagno en su agonía como un azote al frágil imperio romano restablecido por su genio político y guerrero y generadoras del feudalismo, constituyen hoy los pueblos escandinavos del Norte y la grande aristocracia feudal de Inglaterra. El celta de Irlanda guarda hoy su odio secular al normando y al sajón, los dos factores componentes de la familia británica. El sajón puro y el germano puro se apartarán de Roma en el mundo antiguo y en el mundo moderno, mientras el franco, de origen germánico también, como alemanes y sajones, respetará mucho la vieja Roma, sostendrá el catolicismo con su Clodoveo, lo propagará en España con sus princesas, donará su patrimonio al sucesor de San Pedro por mano de Pipino, y por Carlomagno restablecerá el imperio romano que debe dividirse con el pontífice católico nuestra Europa. Y mientras tanto vendrán á España los bárbaros más imbuídos del espíritu y del carácter oriental, es decir, los godos, aquellos más civilizados, quienes podrán escribir el Fuero Juzgo y comprender la Enciclopedia de San Isidoro por hallarse de antemano en contacto, entre todos los irruptores, con nuestro genio propio y con el ministerio que debemos desempeñar y el fin que debemos cumplir en la civilización europea. Y por estas concausas, así en las tierras del Norte como en las del Mediodía y así al Oriente como al Occidente de nuestra Europa, llevan los problemas europeos datos contenidos en ellos desde los días del siglo V.

***

Y lo que digo de tanto problema oriental digo del problema británico. Las gentes, viendo lo sucedido en Fachoda, creen de hoy el conflicto anglo-francés. Pues proviene de siglos y más siglos. ¡Cuántos contrastes en el mundo! Parece que las naciones más próximas en el espacio han de resultar las más dispares por sus respectivas inclinaciones y por sus íntimos temperamentos. Opuestas la China y el Japón; opuestas Fenicia, de raza semítica, y Grecia, de indoeuropea sangre, siquier la una termine Asia y empiece la otra Europa; muy opuestas Cartago y Roma, colocadas en dos riberas fronterizas del Mediterráneo, quizás para comprenderse ó relacionarse y no para combatirse; muy opuestas Italia y Alemania; muy opuestas Alemania y Austria, mucho más opuestas aún Austria y Rusia. Pues la misma grande oposición reina entre Francia é Inglaterra. En la una todo es variedad; en la otra todo unidad. La una es aristocrática por excelencia, la otra democrática. En Francia la idea del Estado predomina sobre la idea del individuo; en Inglaterra la idea del individuo predomina sobre la idea del Estado. Los franceses quieren ante todo la igualdad; los ingleses ante todo quieren la libertad. Cuando en Francia existe un gran Parlamento, este Parlamento parece grandiosa dictadura, como le sucedió á la Convención; y cuando aparece una corte monárquica en Inglaterra, esta corte misma se parece á un Parlamento. Francia debe llamarse la patria de las revoluciones; Inglaterra la patria de la evolución. Por tanto, ¡qué diferencia tan radical entre la formación de Inglaterra y la formación de Francia! Ésta metida en todas las complicaciones continentales por su territorio y por su genio; como el archipiélago británico, separada la otra de todas las complicaciones continentales. Mientras no puede contar la imaginación los átomos de que se hallan compuestos, así los territorios itálicos como los franceses y los hispanos, ¡cuál sencillez en la composición histórica de Inglaterra! Sobre su raza primitiva de britanos y celtas, primero los latinos, que apenas la compenetran como compenetraron á España y Francia, convirtiéndolas durante todo el imperio en verdaderas Italias. Tras los romanos los sajones, y tras los sajones los escandinavos. Después de los primitivos escandinavos, los destacados del Norte de Francia y conocidos con el nombre de normandos. Éstos sobreponen al individualismo nativo de los primeros sajones y á la nativa democracia de los primitivos escandinavos, la nobleza y la monarquía normandas. Esta monarquía y esta aristocracia sometieron las regiones componentes del imperio británico, pero no se las asimilaron. Gales, Inglaterra, Escocia, Irlanda, quedaron cada cual con su nativa originalidad. Solamente se unen á la vida continental, porque admiten primero la religión católica, que los reclama con los papas de la Ciudad Eterna, y porque se dejan conquistar por los duques de Normandía, que los relacionan con los reyes de Francia. A quien se le haya ocurrido decir que los conquistadores quedan como una colonia directora, y á pesar de su dirección, muy aparte, se le ha ocurrido una gran verdad. Dos caracteres separan el Estado británico de todos los demás Estados europeos, la constitución de una iglesia nacional como no la tiene ningún otro Estado protestante, por medio del Anglicanismo, y la constitución de un Parlamento nacional como no lo tiene ningún otro Estado moderno, por medio de su egoísta y aislada pero fuerte y santa revolución. Inglaterra se ha quedado en relación muy fraternal é íntima con Escocia, pero en relación muy difícil con Irlanda. Sin embargo, si, como yo creo, solamente las naciones soberanas de sí mismas son verdaderas naciones, Inglaterra llegó primero que ningún otro pueblo europeo en sus evoluciones progresivas á constituir esa vida superior que se llama la nacionalidad. ¡Lástima que habiendo asociado á esa vida los dos países de Gales y Escocia no haya conseguido jamás de Irlanda otro tanto! Francia, en cambio, forma una indivisible nación. ¿Entendéis ahora todos los disentimientos entre las dos primeras naciones del centro de nuestro continente?

Madrid, 23 de enero de 1899.

JULIO VERNE

La carrera del popular escritor francés ha sido fácil y afortunada. Era estudiante y había compuesto media docena de tragedias cuando abandonó la Bretaña,



JULIO VERNE

su provincia, y se trasladó á París, en donde esperaba verse favorecido por la suerte y en donde cursó la carrera de derecho sin ningún entusiasmo. Más que los estudios jurídicos atraíanle la música y la poesía.

D'Arpentigny, el célebre quiromántico émulo de Desbarolles, lo presentó á Alejandro Dumas y de Brehat le abrió las puertas del editor Hetzel, con lo cual tuvo dos caminos expeditos para hacerse famoso. En colaboración con Dumas hijo escribió una pieza en un acto, *Les pailles rompues*, que fué representada, gracias á Dumas padre, en el teatro Histórico y obtuvo un éxito lisonjero. Los dos entonces jóvenes autores escribieron aquella comedia en los jardines de Monte Cristo, adonde llegaban, á la hora de comer, algunos convidados famélicos y en donde Dumas, entre capítulo y capítulo de sus novelas, confeccionaba excelentes mayonesas. No se servían en aquellos banquetes los manjares en vajilla de plata, pero circulaba con profusión el champagne, asistían á ellos mujeres bonitas y nadie se quejaba de tener que beber en el vaso de su vecino.



LA QUINTA DE JULIO VERNE EN AMIENS. – El salón

Julio Verne hízose nombrar secretario general del teatro Lírico, que dirigía Emilio Perrin, y aunque por el desempeño de aquel cargo no percibía emolumento alguno, en cambio tenía la satisfacción de codearse con autores y compositores ilustres, como Scribe, Adam, Auber, Clapisson y otros cuyo trato le hizo concebir el propósito de escribir libretos de óperas y óperas cómicas. Pero mientras realizaba este plan, dedicóse á escribir novelas cortas, del género de las de Edgardo Poe, que se publicaron en el *Magasin Pittoresque* y una de las cuales, *Un drama en los aires*, llamó la atención del público. Viendo el éxito de este trabajo, escribió su primera novela en toda regla *Cinco semanas en globo* que alcanzó gran boga. Julio Verne, embriagado por aquel éxito, concibió mayores empresas, aspiró á los triunfos de Balzac y se propuso sacudir en sus cimientos la sociedad moderna con la audacia y crudeza de sus composiciones, mas el editor Hetzel cortó los vuelos de su imaginación fogosa haciéndole algunas prudentes reflexiones.

– Hijo mío, le dijo, crea usted en mi experiencia; no disemine usted sus fuerzas. Acaba usted, si no de fundar un género, por lo menos de resucitar de una manera ingeniosa el que se creía agotado: trabaje usted en este surco que la casualidad ó su genio natural le ha hecho descubrir y en el cual conquistará gloria y provecho, si no se pierde siguiendo otros atajos. Ahora bien: le propongo que me entregue dos novelas cada año; y si usted quiere, mañana firmaremos el contrato.

Y en efecto, Julio Verne firmó y desde entonces no ha dejado de cumplir las cláusulas en aquel contrato estipuladas. Su producción es tan regular como la de los manzanos de su país, pero más abundante, puesto que da doble cosecha, en primavera y en otoño: ningún accidente la ha suspendido; la guerra y la revolución que ha sufrido Francia no han sido bastantes para que soltara la pluma esa mano valiente é infatigable. *El soberbio Orinoco*, que hace poco se ha publicado, es el tomo 77 de la colección de Julio Verne: el 78 florecerá con las rosas, el 79 coincidirá con la vendimia y dentro de doce años, Dios mediante, la serie de sus obras se compondrá de 100 volúmenes. Aquel día se engalanarán los monumentos de Amiens y los almacenes de M. Hetzel, que deben á esta asombrosa fecundidad la mejor parte de sus riquezas.



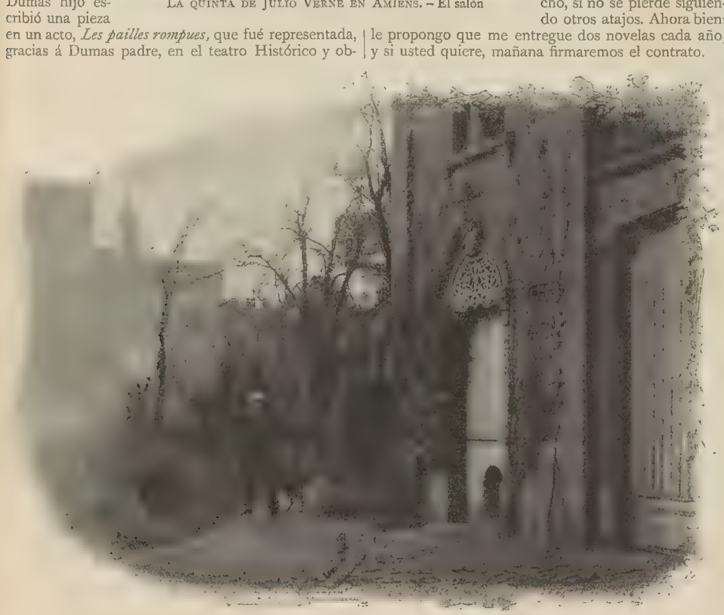
LA QUINTA DE JULIO VERNE EN AMIENS. – Vista en conjunto

La Academia Francesa cuenta en su seno un matemático, varios generales, almirantes, un ingeniero, un propietario rural y varios aficionados y, sin embargo, no figura en ella Julio Verne, que hubiera hecho allí sin duda mejor papel que más de cuatro miembros de la docta corporación. El autor del *Viaje alrededor de la luna* no es un gran escritor, pero es un escritor más que discreto que une á su inventiva una forma agradable y correcta. Es verdad que puede señalarse en él el defecto de haber creado un cierto número de personajes que reaparecen en todas las novelas, tales como el inglés egoísta, el francés generoso, el marinero fiel, el criado cobarde sometido á las más duras pruebas que aguijoneado por el peligro se convierte en héroe. Los enamorados á quienes pone en escena y que al fin se casan después de interminables desposorios no son ciertamente de una gran originalidad. Pero estas debilidades se compensan con una porción de cualidades dignas de elogio, por la habilidad con que están trazadas aquellas narraciones tan largas y que, sin embargo, tan cortas parecen. Y digan lo que quieran los pedantes, sus novelas distan mucho de ser frívolas y están mucho más cerca de la ciencia que las de Alejandro Dumas de la historia.

Julio Verne me ha explicado su método de trabajo, y preciso es convenir en que demuestra un laudable deseo de exactitud.

– No crea usted, me decía, que mis obras son improvisadas.

En efecto, sus originales antes de ir á la imprenta son limados, corregidos, copiados y vueltos á limar, corregir y copiar: cada cuartilla suya está llena de notas ordenadas, trazadas con lápiz y luego escritas con tinta. Julio Verne medita largo tiempo sus novelas y no las comienza hasta que ha encontrado la peripecia final: los desenlaces, para que gusten, han de ser optimistas é inesperados, que no hayan podido preverlos los jóvenes lectores. Sus largas permanencias en el Círculo Industrial de Amiens, en donde se reciben casi todos los periódicos del mundo, le sirven de mucho para encontrar estos finales: una gacetilla, un telegrama, una noticia cualquiera le bastan para



JULIO VERNE EN SU QUINTA DE AMIENS

formar combinaciones imprevistas. Un anuncio de la agencia Cook le sugirió la idea de *La vuelta al mundo en ochenta días*.

Una vez determinado el plan de la novela, se procura todos los libros técnicos relativos al lugar en donde el drama ha de desarrollarse, comenzando por empaparse bien de la geografía de Reclus: este es el período difícil de la gestación; lo demás es, por decirlo así, cosa de juego para el popular escritor.



LA QUINTA DE JULIO VERNE EN AMIENS. – El dormitorio

Cuando hace cosa de un año fuí á visitar á Julio Verne en su deliciosa quinta de Amiens, experimenté una gran sorpresa: figurábame al ingenioso novelista, por la descripción que de él había leído en un número atrasado del *Museo de las familias*, como una especie de lobo de mar, atrevido, resuelto, de maneras algo bruscas, viajero infatigable y devorado por una sed inextinguible de movimiento, una especie de capitán Hatteras con algo de Miguel Strogoff, y me encontré con un hombre bajito, de fisonomía dulce, casi tímida, ojos azules, mirada tierna, voz débil y simpáticos ademanes. El autor de tantas historias extraordinarias tiene todo el aspecto de un ingeniero distinguido que nunca ha salido de su gabinete, ó de alto funcionario de hacienda que se ha pasado la vida en su oficina.

Al llegar á la quinta, recibióme él mismo en el delicioso jardín que la rodea y me condujo al salón, en donde nos esperaba su esposa, que con gracia infinita hízome los honores de su casa, decorada con muebles y *bibelots* de exquisito gusto. En una reducida pieza estaba puesta la mesa para el almuerzo.

- Aquí solemos comer - me dijo Julio Verne - porque el comedor es muy grande para nosotros dos.

Julio Verne se alimenta exclusivamente de huevos y verduras, y Mme. Verne come como un pájaro.

El novelista ha sido nombrado consejero municipal, cargo que desempeña con toda conciencia, no habiendo dejado de asistir á ninguna sesión del Consejo; su esposa reparte el tiempo entre los deberes de la caridad y los placeres del teatro, al que va casi todas las noches, á pesar de lo cual á las cinco de la mañana está ya levantado el matrimonio. Esta existencia tranquila dura desde hace cincuenta años.

Dos horas escasas separan Amiens de París, y esto no obstante los ancianos esposos no sienten el menor deseo de salvar esta distancia.

– ¡Para qué!, me decía Julio Verne. El aire que aquí se respira es saludable, calma los nervios y fortifica el cerebro. Además ¡soy tan poco ambicioso!

Hace algunos años C. Raymond decía hablando del novelista:

«Julio Verne tiene una verdadera pasión por el mar, y en éste y á bordo de su pequeño yate *Saint Michel* pasa todo el tiempo que su trabajo le deja libre, preparando, reuniendo y combinando todos los materiales para su futuro libro. Vestido con un chaquetón de grueso paño azul ó con una camiseta de punto de rayas paralelas, según la estación, y cubierta la cabeza con un sombrero embreado ó con una boina, hace sucesivamente de capitán y marinero, porque sabe que nada reemplaza la experiencia de Sandro, su anciano timonel. El *Saint Michel*, á pesar de su pequeño tonelaje, hace algunos viajes de altura aunque no muy largos por no permitirlo sus reducidas dimensiones, por lo cual su propietario ha pensado más de una vez en darle sucesor.»

Pues bien: el sucesor del *Saint Michel* ha sido, andando el tiempo, la apacible quinta de Amiens y el antiguo aficionado á los grandes viajes, ese conquistador que por un esfuerzo poderoso de intuición adivinó la navegación submarina y aérea, el teléfono, el fonógrafo y los grandes descubrimientos de nuestros días, es actualmente un bebedor de leche, un delicado soñador, un filósofo ameno y un perfecto consejero municipal que divide su tranquila existencia entre el trabajo y las más sencillas distracciones.



LA QUINTA DE JULIO VERNE EN AMIENS. – La biblioteca

ADOLFO BRISSON



BUENOS AIRES. – PROYECTO DE MONUMENTO AL GENERAL BELGRANO, obra premiada de Héctor Ximénez

MONUMENTO AL GENERAL BELGRANO

Queriendo honrar la memoria del ilustre general D. Manuel Belgrano, el gobierno de la República Argentina convocó un concurso para la ejecución de un monumento que debía levantarse en una de las plazas principales de Buenos Aires.

Muchos fueron los proyectos que al concurso se presentaron, habiendo elegido el jurado el del notable escultor italiano Héctor Ximénez, que se estableció hace algún tiempo en la capital argentina, en donde cosecha actualmente la gloria y el provecho á que sus indiscutibles méritos le hacen acreedor.

El proyecto premiado tiene un carácter eminentemente monumental y simbólico. Un grupo de ángeles sostienen en lo alto del pedestal la urna que contiene los restos de Belgrano, llevando en sus manos las armas del héroe y las coronas de laurel con que la posteridad ha ornado su frente.

Alrededor de la base del pedestal se ven varios altos relieves que representan los episodios más interesantes de la vida militar del ilustre caudillo: dos hermosas figuras varoniles, el *Pensamiento* y la *Acción*, están sentadas junto á la base del monumento: la primera apoyada la cabeza en la palma de la mano y la segunda en ademán de levantarse.

Conocidas las excepcionales dotes del autor de este proyecto, inútil nos parece encarecer las bellezas de modelado que se admiran en el monumento y que adquirirán indudablemente mayor realce cuando aparezcan definitivamente ejecutadas en bronce y en mármol. – X.



UNA BACANTE, cuadro de F. Vinea



FRASES POPULARES

¡EL SUPLICIO DE TÁNTALO!

No obstante haber pasado esta frase á proverbio en la mayor parte de los pueblos, con la cual trátase de manifestar que se tiene á la vista el objeto de su ardiente deseo sin lograr poseerlo, la Mitología relata de muy confuso modo la fábula de Tántalo, rey de Argos, hijo de Júpiter y de la ninfa Plote...

La ficción, empero, generalmente admitida dice que al regresar al Olimpo los dioses Jove, Ceres y Mercurio de cierta expedición á la tierra, les reunió en su mesa el monarca argivo, y para probar todo el alcance de su divinidad mandó servir entre los manjares del banquete á su primogénito Pelops.

En el acto advirtieron el engaño los augustos comensales, absteniéndose, como era natural, de gustar del nefando plato, excepto la madre de Proserpina, que distraídamente comió una costilla; é indignado Júpiter del horrendo crimen, recogió los miembros de la víctima y le dió nueva vida, añadiendo de marfil el hueso que le faltaba.

Al infanticida, después de maldecirle, le condenó á padecer en los infiernos hambre, sed y sobresalto; y en efecto, aún permanece en el Averno aherrojado al borde de un lago cuyo líquido, llegándole de continuo á sus labios, se retira cuando intenta beberle, de la misma manera que una rama cargada de maduro fruto se separa de su brazo si pretende alcanzarla. Sobre su cabeza tiene el impío enorme peñasco amenazando aplastarle.

LUIS BARRÓN



SEVILLA. – LLEGADA DE LOS RESTOS DE CRISTÓBAL COLÓN. – EL DEÁN REZANDO LAS PRECES ANTE LA CAJA QUE CONTIENE LOS RESTOS (de fotografía de Manuel Medina).

ALIMENTACION

Repasando la lista de las falsificaciones se siente cierto temor

– No hay verdad en el comercio, créame usted, caballero, como me aseguraba uno del ramo de «ultramarinos y coloniales del reino y extranjeros,» que así lo anunciaba ó lo avisaba al transeunte en letras de adorno ininteligibles en fuerza de adorno.

– ¿Eso dice usted?

Sí, señor, porque soy comerciante de bien y no como otros.

Aquí nadie sabe lo que come, lo que bebe ni cómo vive.

Rectifico: Sabemos todos que vivimos por milagro.

Hay defraudadores de la salud pública.

Bebemos vino con fuschina, con anilina y con «nicotina;» aguardiente bilingüe, de origen criminal.

Que usamos azúcar y sal de imitación, con polvos de mármol de Carrara.

Chocolate con harina lacteada y detritus de Pancho y Mendrugo.

Vinagre procedente de animales putrefactos.

Embutidos de seres malogrados y recortaduras de obra prima.

Café de ida y vuelta con mezcla de serrín de caoba.

Te... del despalillado en la fábrica de tabacos.

Bacalao apócrifo; jamón con crisálidas y musgo.

Arroz usado

La vida es cada año más difícil, tanto por las dificultades de ganar el pan, cuanto por la elaboración del mismo.

La química, generalizada, descubre nuevos medios para concluir con la salud y aumentar las fantasías de las personas confiadas.

Estos adelantos explican la institución de «restaurants» al parecer inverosímiles.

Cubiertos, de peseta en adelante, para príncipes chinos y lores desengañados de la vida.

«Seis sopas, seis caldos, seis principios, seis postres, café y copa de *coñac,* tabaco y un vale para ejercitarse en la gimnasia á domicilio.»

¡Qué diferencia entre esos «restaurants» modernos y aquellas fondas que visitaban nuestros mayores en días solemnes.

Aquello era español por el fondo y por la forma.

Era la lista más modesta que los *menús... plaisirs* de estos «restaurants.»

«Sopas: de sémola, de arroz, de macarrones, de fideos de fraile y de tallarines.» Todo al alcance de un chico en instrucción primaria.

Esta sopa de tallarines es la *talleirand,* denominada así por los cocineros modernos para darle mayor importancia.

«Principios: Lengua mechada; ternera lo mismo y en salsa; liebre ó conejo con alcaparras ó solitario.

»Frito de sesos y croquetas y manitas.

»Cordero asado; cabrito lo mismo; ternera ídem; chuletas de ternera y de vaca; ensaladas, frutas, almendras y quesos.

Hoy se vuelve loco cualquier parroquiano estudioso que lee el *menú.*

«Puré Printanier... á la tortue... Jambon au piston, tete de veau á la marechal garnie..., vol au vent des Gobelins...»

Y los personajes de más principios que acuden á esos «restaurants,» se ven negros para elegir platos en el *menú.*

– Oye, tráeme «poulet roti...,» vamos, pollo derrotado.

– No le gustará á usted quizá.

– ¿Cómo es eso?

– Acá, inter nos, se lo digo, porque usted es buen parroquiano. Esos pollos los hace el amo.

– ¿Eh?

– Sí, señor, con huesos de compañeros ya sepultos.

– ¿De compañeros del amo?

– No; de otros pollos que ya han servido: y la carne es una pasta, invención también del amo.

– ¿Sabes que otros, con menos motivo, estarán en presidio?

– Es muy ingenioso y muy listo.

En el teatro observarán ustedes también la mala alimentación y las falsificaciones contra la salud pública.

Tiples ligeras de todo, con salsa de primeras; tenores con trichina, bajos y barítonos sin voz ni voto.

Cómicos que enternecen; obras *festivas* con libretos de Loeches y Carabaña y la música de los siglos.

La música con que se afeitaron «nuestros primeros padres,» que decía un historiador ameno cuanto ignorante y modesto á pesar de su valer.

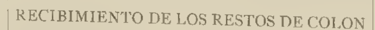
Hay excepciones honrosas en música y aun en libro, pero son rarísimas.

Todo esto obedece á la mala alimentación intelectual.

Y las gentes de bien acuden á los teatros de cierto género, temerosas de un cólico miserere á consecuencia de ver y oir algunas obras de las que los artistas – Dios no lo tome en cuenta – representan, cantan, bailan y voltean con predilección.

Por todo lo cual, cuando menos el hombre lo teme, expira, ya á manos de un tendero inconsciente, ya bajo el poder de autores y actores de género prohibido por atentatorio al estómago y al sentido común

EDUARDO DE PALACIO



RECIBIMIENTO DE LOS RESTOS DE COLON

EN SEVILLA

El espectáculo que hoy ha ofrecido esta capital ha sido tan grandioso como inenarrable.

No es dado á la pluma describir ciertos cuadros, que apenas si los grandes maestros de la pintura pueden copiar con sus pinceles.

De una parte las galas de la naturaleza de este suelo privilegiado, con su cielo azul diáfano y transparente, sin la más ligera nube que momentáneamente empañara los vivísimos resplandores de un sol brillante, cuyos rayos prestaban fuerza singular á los infinitos tonos y colores de las arboledas de naranjos, de las aguas del caudaloso río, de los edificios, de las embarcaciones surtas en el muelle, de los uniformes de las tropas, de las banderas y gallardetes y de tantos otros pormenores producidos por una muchedumbre abigarrada que coronando los asientos del paseo inundaba los arrecifes y como inmensa ola dirigíase hacia una parte ú otra según las noticias que circulaban de la aproximación del aviso *Giralda.*

A uno y á otro lado del desembarcadero habían sido erigidas dos amplias tribunas, adornadas con escudos, coronas de laurel y de ciprés, gallardetes y flámulas. Rica alfombra de terciopelo carmesí cubría toda la parte del muelle destinada al convite, y á lo largo de éste, las tropas formadas del regimiento de Granada ocupaban el último término. Mientras que en el primero y antes de las diez de la mañana, hora en que oficialmente se había comunicado el arribo del *Giralda,* eran ya numerosas las personas que aguardaban, viéndose entre ellas á los Sres. arzobispo Spínola, capitán general Ochando, gobernador Laa, alcalde presidente Heraso, duque de Veragua, Marqués de Villapanes en representación de SS. MM., comandante de Marina, comisiones de las reales Academias de Madrid y de las de Sevilla, miembros de



SEVILLA. – LLEGADA DE LOS RESTOS DE CRISTÓBAL COLÓN. – LAS AUTORIDADES Y COMISIONES EN EL MOMENTO DE LLEGAR EL «GIRALDA» (de fotografía de Manuel Medina).

la Maestranza de caballería y de la Magistratura, senadores y diputados en Cortes y en suma cuantas personalidades de alguna significación moran en esta ciudad.

A las diez y veinte minutos apareció por el primer torno del río el gallardo buque, el cual saludó con un cañonazo, viéndosele aproximar al muelle hasta quedar atracado al borde de la escalinata donde se habían adelantado las autoridades con el señor duque de Veragua y con el notario que había de dar fe de la entrega.

Fueron ciertamente solemnes estos momentos, en los cuales todos los asistentes parecían animados del mismo espíritu. En medio de aquella imponente multitud reinaba cierto augusto silencio, todos sentían el duelo de la patria, en todas partes cruzaban las mismas ideas al establecerse el contraste de los días pasados con los presentes: aquellas mismas ondas y aquellas mismas orillas habían saludado la partida de Colón en su segundo viaje: hoy recobran sus cenizas, envueltas en el pabellón nacional que ya no flotaba en las ingratas tierras por él descubiertas y por él donadas á la madre patria.

Puesta la escala pasaron al barco el duque de Veragua, el general de Marina, el alcalde y el notario Sr. Rodríguez Palacios para levantar el acta de entrega de la caja, la cual es de hierro, dorada á sisa ó con purpurina, con unos ligeros adornos negros: sobre su tapa hállase grabada una inscripción que dice así:

AQUÍ YACEN LOS HUESOS DE D. CRISTÓBAL COLÓN
PRIMER ALMIRANTE DESCUBRIDOR DEL
NUEVO MUNDO
R. I. P. A.

Sobre la bandera que envolvía la caja veíanse tres preciosas coronas entregadas al comandante del *Conde del Venadito* por el municipio, Sociedad de Luz y Caridad y por Doña María Cristina de Aniaga, del puerto de Horta en las Islas Azores.

El comandante del *Giralda* entregó al señor duque de Veragua la llave de la caja, las coronas y las actas levantadas en Santo Domingo y en la Habana, de todo lo cual á su vez hizo entrega el noble prócer al alcalde de Sevilla.

Cuatro marineros tomaron la caja, y dirigiéndose

hacia la gran escalinata de bajada al muelle, sostuviéronla, mientras que el señor deán, revestido de



SEVILLA. – MOMENTO DEL DESEMBARCO DE LOS RESTOS DE COLÓN CONDUCIDOS POR EL YATE «GIRALDA» (de fotografía de M. Medina)

magnífica capa pluvial negra y oro, entonó las preces de rúbrica, concluídas las cuales fué depositado el inestimable tesoro en el armón de artillería destinado al efecto, sobre el cual se pusieron las mazas de plata de la ciudad y á uno y á otro lado del armón los maceros del cabildo con lobas de terciopelo negro.

La comitiva púsose en marcha, organizada en la siguiente forma. Abría marcha una sección de la Guardia civil á caballo, batería de cuatro piezas, el regimiento de Granada, comunidades de religiosos carmelitas y franciscanos, clero parroquial con cruces, cabildo catedral, presidido por el señor deán, el armón conteniendo los restos, del cual partían cuatro cintas que llevaban los generales conde de Peñaflor é Iriarte y coroneles Parra é Iriarte.

SEVILLA. – LLEGADA DE LOS RESTOS DE CRISTÓBAL COLÓN. – EL MUELLE ANTES DE LA LLEGADA DEL «GIRALDA» (de fotografía de Manuel Medina)

Detrás del armón las comisiones civiles y militares, y formando la cabecera del duelo el señor duque de Veragua, como descendiente del gran almirante y en representación del gobierno; el marqués de Villapanes en la de SS. MM., el arzobispo, capitán general, gobernador civil, alcalde, comandante de Marina y el regimiento de caballería de Alfonso XII.

Llegados á la santa iglesia y depositada que fué la caja sobre el rico y grandioso túmulo, todo rodeado de riquísima candelería de plata, y en sus respectivos sitios los invitados, comenzó el oficio de difuntos, cantándose la gran misa del maestro Eslava, que resultó de una imponente grandeza, y seguidamente las primeras autoridades bajaron á la cripta panteón de arzobispos, donde ha quedado interinamente en depósito mientras tanto que se instala definitivamente el hermoso sepulcro de bronce, obra del justamente reputado artista Sr. D. Arturo Mélida.

En este momento el alcalde de Sevilla entregó la llave de la caja al arzobispo, y éste á su vez al canónigo mayordomo de fábrica Sr. Alarcón.

El desfile de las tropas puso término á estas solemnidades, que sin temor de equivocarnos podemos asegurar que han despertado la atención y el interés de todas las clases sociales, pues el largo trayecto desde el muelle á la catedral hallábase por completo henchido de apiñada muchedumbre, y en las ventanas, balcones, azoteas y hasta en los tejados, por todas partes veíanse espectadores, sin que haya para qué decir que los faroles y árboles ofrecían vistosos y abigarrados grupos de los mozalbetes de la hampa.

Todos los comercios permanecieron cerrados; y en suma, puede asegurarse que Sevilla ha honrado dignamente la recepción de los restos del insigne é inmortal almirante. – J. GESTOSO Y PÉREZ.

Sevilla, 19 de enero de 1899



SEVILLA. – LLEGADA DE LOS RESTOS DE CRISTÓBAL COLÓN. – PABELLONES ERIGIDOS EN EL MUELLE PARA LAS AUTORIDADES (de fotografía del Sr. Chaves)

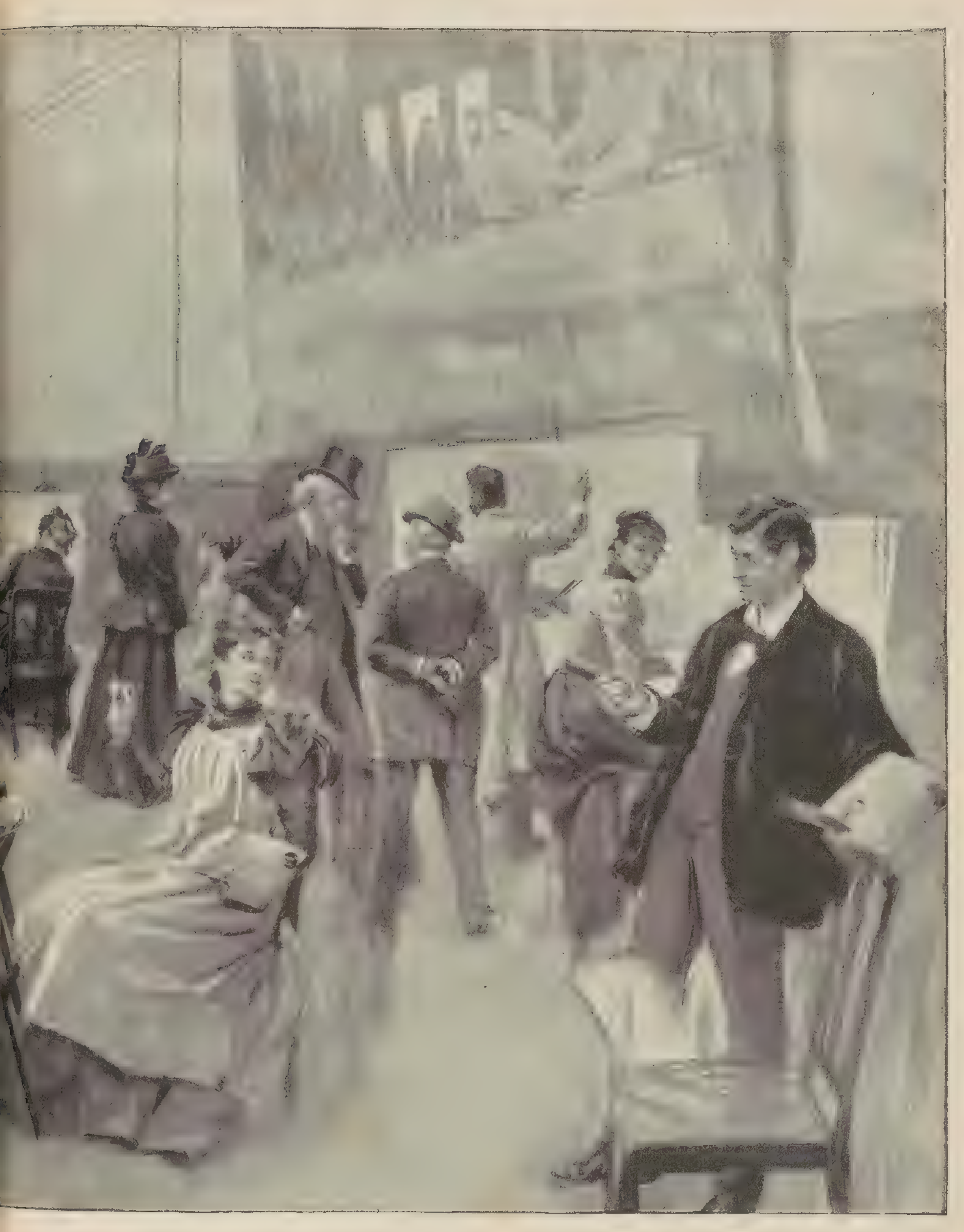


SEVILLA. – LLEGADA DE LOS RESTOS DE CRISTÓBAL COLÓN. – EL ARMÓN QUE CONDUJO LOS RESTOS (de fotografía del Sr. Chaves)



LOS COPISTAS DE «LA CENA» DE LEONARDO DE VINCI EN E

ÚLTIMO CUADRO QUE DEJÓ SIN TERMINAR EL FAMOSO P



CONVENTO DE SANTA MARIA DE LAS GRACIAS DE MILÁN,

TOR INGLÉS JOHN GULICH RECIENTEMENTE FALLECIDO

NUESTROS GRABADOS

Los copistas de «La Cena» de Leonardo de Vinci en el convento de Santa María de las Gracias de Milán, cuadro de John Gulich. – A buen seguro que no hay en el mundo pintura alguna que haya sido tantas veces copiada y reproducida como *La Cena* de Leonardo de Vinci, y aun cuando es muy poco lo que del original se ve en la actualidad, son siempre en gran número los artistas que llenos de entusiasmo copian aquel admirable fresco, la obra más notable del inmortal pintor florentino, de la cual ha dicho un eminente crítico que ofrece el compendio, no sólo de todo lo que Leonardo enseñó en sus libros, sino de cuanto consiguió con sus estudios. Por desgracia la famosa pintura está sumamente deteriorada, habiendo caído en muchas partes de



El celebrado pintor inglés JOHN GULICH, recientemente fallecido, autor del cuadro «Los copistas de *La Cena*, de Leonardo de Vinci,» que reproducimos en el presente número.

ella el color y quedando al descubierto el blanco de la pared, debido esto en parte á la calidad de los colores que, según parece, empleó Vinci, y en parte también, y no poca, á la incuria de los hombres, que no han sabido cuidar como se merecía tan valiosa joya: con decir que á fines del siglo pasado, durante la guerra de Italia, los franceses hicieron del convento cuartel de caballería y convirtieron en pajar el refectorio en donde se conserva el fresco, basta para comprender los deterioros que éste presenta. El peligro de que en breve acabe de desaparecer por completo aumenta el deseo de sus admiradores de poseer una copia de esta obra que se ha querido restaurar varias veces y siempre en perjuicio de las bellezas del original; de aquí que el oficio de copista de *La Cena* haya llegado á ser una profesión que produce pingües rendimientos, y de aquí que no haya en Milán quien, creyéndose con aptitudes para el arte pictórico, no trate de explotar esa que para muchos es verdadera mina. El espectáculo que ofrece aquel local, lleno siempre de visitantes y de artistas que trabajan junto á su caballete, es en extremo interesante, y de él pueden formarse perfecta idea nuestros lectores contemplando el cuadro que reproducimos, hermosa composición llena de vida, admirablemente dispuesta y de una ejecución superior á todo encomio,



LA PAZ ARMADA, grupo escultórico de L. Manzel

que dejó sin terminar y en la que estaba trabajando cuando le sorprendió la muerte el celebrado pintor inglés John Gulich, recientemente fallecido en Londres. Había éste nacido en 1865; y educado en Charterhouse, pasó algunos años trabajando en el despacho de su padre. En 1884 comenzó á dibujar para los periódicos, y en 1887 abandonó el comercio y se dedicó resuelta y exclusivamente al cultivo del arte, siendo desde entonces colaborador asiduo de las más importantes ilustraciones inglesas y en especial de *The Graphic*. En 1897 fué nombrado miembro del Instituto Real de Acuarelistas de Londres, figurando desde hace mucho tiempo su nombre entre los de los primeros dibujantes y pintores de Inglaterra.

Don Quijote después de la aventura de los molinos de viento, cuadro de C. Vázquez. – El libro inmortal de Cervantes ha sido inagotable fuente de inspiración para los artistas: pintores y dibujantes de todos los países han trasladado, con más ó menos fortuna, al lienzo los episodios del *Quijote*, ora reproduciéndolos en lo que tienen de pintorescos, ora tratando de desentrañar y dar forma á lo que tienen de eminentemente filosófico. Pocos, sin embargo, han sido los que han logrado personificar tales como los concebimos al ilustre caballero andante y á su humilde escudero, y sobre todo imprimir el sello de la realidad á los lugares en donde Cervantes supone acaecidas las aventuras del ingenioso hidalgo: entre estos pocos bien puede contarse á nuestro distinguido compatriota Sr. Vázquez, el cual después de empaparse en la lectura de la famosísima obra para llegar á conocer á fondo los personajes, ha hecho recientemente un largo y detenido viaje de estudio á la Mancha, recorriendo minuciosamente los sitios en que sucesivamente la acción se desarrolla, tomando preciosos apuntes de paisajes y edificios y acumulando, en una palabra, abundante y excelente material para el cuadro que en la actualidad está pintando con destino al próximo Salón de París. De lo que será esta obra que prepara podemos juzgar por el bellísimo lienzo que en este número reproducimos y en el cual nos presenta admirablemente interpretados á Don Quijote, caído y maltrecho junto á su rocinante después de batirse con los molinos de viento que se le antojaron gigantes, y á su leal Sancho Panza acudiendo en auxilio de su visionario señor.

Una bacante, cuadro de F. Vinea. – El autor de este cuadro no ha querido pintar una de esas bacantes del tiempo del decadente imperio romano, que acudían al templo de Dyonisos á embriagarse y á mostrar sus desnudeces en fiestas repugnantes, sino una belleza juvenil, alegre sí, pero no impúdica, que rinde culto á Baco en la vendimia, demandando al vino, no la exaltación que embrutece, sino el calor que excita y vigoriza el ánimo y el cuerpo. En la ejecución de la figura, en la nobleza de líneas y en la suavidad del colorido ha sabido Vinea imprimir ese sello de lo antiguo que tan bien armoniza con esta clase de asuntos.

La paz armada, grupo escultórico de L. Manzel. – El ministro de Cultos prusiano Dr. Bosse ha regalado á su ciudad natal Quedlinburgo el magnífico grupo escultórico en bronce modelado por el escultor L. Manzel. Este grupo, cuyas figuras son de mayor tamaño que el natural, álzase sobre un pedestal de granito de un metro y medio de alto. La paz, representada por una joven que ostenta una palma en su mano izquierda, apóyase, como buscando protección, sobre el pecho de un hombre de vigorosas formas que extiende sobre ella su escudo en ademán de ampararla y empuña con su diestra una lanza. La actitud de este guerrero, cuyos ojos miran á lo lejos, indica que está dispuesto á luchar por la que en él se confía, convencido de su fuerza y de la seguridad de su triunfo. La inauguración de este monumento, que ha sido colocado en una de las principales plazas de Quedlinburgo, se verificó hace poco en presencia del generoso donante.

Un alabardero, cuadro de Antonio Fabrés. – No es el Sr. Fabrés de los artistas que se dejan seducir por las corrientes de la moda: convencido de que el dibujo y el color no pueden obedecer al capricho, aunque éste se imponga en un momento dado, sino que en uno y otro presiden ciertas leyes que, si se olvidan accidentalmente, vuelven, tras un pasajero eclipse, á imperar en el mundo del arte, continúa preocupándose en primer término de la corrección de líneas y de la verdad y brillantez del colorido. Los innumerables cuadros suyos que en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA hemos reproducido son demostración de lo que decimos, como lo es también el que hoy publicamos, esa figura de soldado admirablemente ejecutada, que revela en sus menores detalles la mano de un concienzudo artista.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – BARCELONA. – *Salón Parés.* – Se ha inaugurado en este Salón la exposición de Bellas Artes, XVI de las que periódicamente se vienen celebrando en él con gran aplauso de los inteligentes y aficionados de nuestra ciudad. Sin perjuicio de ocuparnos de este certamen con la detención que merece cuando publiquemos en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA las principales obras que en el mismo figuran, diremos hoy que es indudablemente uno de los más notables que en el Salón Parés se han llevado á cabo, así por el número como por la calidad de las obras expuestas. Sin hacer mención especial de ninguna de éstas, indicaremos los nombres de algunos de los expositores, con lo cual bastará para que nuestros lectores se formen idea de la importancia de esta manifestación artística: Avila, Alvarez Dumont, Atché, Baixeras, Borrell (D. Julio y D. Pedro), Casas, Cusachs, Gili Roig, Graner, Garí, Hernández Monjo, Hoyos, Junyent, Lorenzale, Llimona, Masriera, Marqués, Pinós Comes, Ribera, Roig y Soler, Raurich, Soria Santa Cruz, Soler de las Casas, Tolosa, Urgell, Visitación Ubach y otros que sería prolijo enumerar, todos merecen entusiastas elogios, como los merece también el Sr. Parés, á quien se deben estos certámenes y de quien puede afirmarse que ha contribuído poderosamente á levantar el nivel artístico de nuestra ciudad fomentando el buen gusto y manteniendo vivo el culto del arte.

– En el establecimiento que los Sres. Boada tienen en esta ciudad, Rambla de Estudios, n.º 10, se han expuesto los proyectos presentados en Madrid por artistas españoles para la composición de un cartel anuncio del *Champagne Codorniu*. La exposición ofrece un hermoso golpe de vista y demuestra que abundan en España los artistas cultivadores de este género que son dignos de ponerse al lado de los más renombrados cartelistas extranjeros. Entre los carteles más notables citaremos el del Sr. Tubilla (primer premio), modelo de elegancia y distinción; los de Ramón Casas (dos segundos premios), tan originales como valientemente ejecutados; el de Cidón (tercer premio), cuya elegante figura femenina atrae la atención del espectador; el de Pichot (tercer premio duplicado), que es una nota de color brillante; el de Llisas (cuarto premio), de simpático conjunto y enérgicos contrastes de colorido; el de Casals (cuarto premio duplicado), cuya linda figura aparece realzada por una bonita ornamentación; el de Varela (cuarto premio triplicado), compuesto y ejecutado con gran delicadeza; el de Alberti (quinto premio), que responde perfectamente al carácter del anuncio, y el de Triadó (quinto premio duplicado), de hermoso carácter ornamental. Figuran además en la exposición otros muchos proyectos, hasta el número de 173, la mayoría de los cuales contienen detalles muy dignos de alabanza. Aunque ya oportunamente, cuando se celebró el certamen en Madrid, dedicamos á D. Manuel Raventós los elogios que por la realización de su idea merecía, hoy repetiremos nuestras alabanzas y nuestras más sinceras felicitaciones al afortunado propietario del popular champagne, que no contento con realizar tan notable concurso, dobló y aun triplicó algunos premios en la convocatoria anunciados, invirtiendo en ellos cerca de 4.000 pesetas, y adquirió varios de los proyectos no premiados.



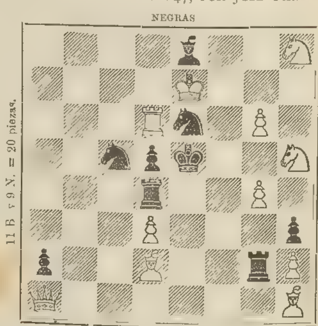
UN ALABARDERO, cuadro de Antonio Fabrés

Teatros. – *Barcelona.* – El estreno de *La Walkyria* en el Liceo merece figurar entre los más grandes acontecimientos que registran los anales músicos de nuestra ciudad. Como la índole de esta sección no nos permite analizar la hermosísima partitura del inmortal Wagner, diremos únicamente que la ópera ha obtenido un éxito completo, grandioso, habiendo sido aplaudidas con delirante entusiasmo las principales piezas de la misma y sus intérpretes Sras. Adini y Corsi, y señores Lafarge, Scarneo y Gnaccarini, muy especialmente este último y la primera, que cantaron y representaron de un modo admirable los papeles de Wotan y Brunilda. El maestro Mertens ha sido objeto de tan merecidas como calurosas ovaciones por la manera magistral como ha concertado y dirigido la obra. La *mise en scène*, en cambio, ha dejado mucho que desear, pues aparte de la decoración del primer acto, hermosa como todo lo que produce el ilustre pintor escenógrafo Sr. Soler y Rovirosa, lo demás no está á la altura de lo que requiere una creación como la del genio de Bayreuth y de lo que exige un teatro de la importancia de nuestro Liceo.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 147, POR JOSÉ PALUZÍE

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 146, POR J. TOLOSA

Blancas.	Negras.
1. A c T R	1. P 4 [illegible] D (*)
2. D 2 C R	2. D toma A
3. D toma P	3. R 5 D
4. T 5 A R	4. D ó A toma D mate.

(*) Si 1. D toma A; 2. T 3 R jaque, R 5 D; 3. D 4 R jaque, R toma C; 4. D 4 C D jaque, P ó D toma D mate.



... y perezosamente tendido en el diván, fumaba cigarrillos escuchando á su compañero

INSEPARABLES

NOVELA POR JUANA MAIRET. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Mientras llenaba concienzudamente su tarea de coger rábanos, Esteban observaba á su compañera. A decir verdad, la miraba de aquel modo por primera vez. Hasta entonces únicamente la había visto un par de veces, produciéndole el efecto de una colegiala insignificante. Ahora le parecía muy distinta, toda una mujer á pesar de su mirada un poco vaga de chiquilla, con una sonrisa deliberadamente enigmática, y también le parecía casi bonita. Pues bien; estaba probado que Esteban no había podido encontrarse jamás cerca de una joven bonita sin enamorarse instantáneamente de ella. Ello duraba poco, pero su capricho de una hora adquiría con frecuencia trazas de pasión. Era fácil equivocarse con él. Lili, muy persuadida de que era de aquellas á quienes se adora, se equivocó.

¿En qué piensa usted, señorita? Le presento humildemente un puñado de rabanitos, y usted mira á las golondrinas que pasan. ¿Qué le dicen á usted las golondrinas?

– Me dicen que van á dar las doce, que esperan sus rabanitos y que tengo un hambre atroz; lo que no es muy poético, pero por esto mismo es verdad.

– ¡Burlona! No creo una palabra de esa verdad... Lo que le dicen á usted es que los diez y siete años son la primavera de la vida, y que la primavera es una cosa exquisita, pero que dura poco, y que hay que saber aprovecharla y gozar plenamente de ella.

– La primavera prepara al estío, dijo tranquilamente Lili; la primavera tiene días fríos y promesas de frutos en vez de frutos. Y sepa usted, señor poeta, que á mí me gustan más los frutos que las flores, los buenos frutos jugosos en que se hincan los dientes con alegría.

– ¿Por ejemplo?..

– ¿Es una confesión lo que usted me pide, señor Dorsat?

– Tal vez; raramente se tiene ocasión de confesar á una muchacha, sobre todo á una muchacha bonita.

– ¡Oh, bonita!.. En fin, los requiebros son cosa de su profesión; y la mía consiste en aceptarlos por lo que valen. Entonces, usted quiere saber cuáles son los frutos sabrosos que yo espero de la vida.

– Le prometo á usted confesión por confesión.

– La de usted sería truncada; ó si no lo fuese, no podrían escucharla mis oídos.

Esteban la miró resueltamente. Aquella ingenua muchacha debió encontrar, entre sus compañeras de mayor edad, algunas lagartas muy conocedoras de la vida. Indudablemente, no había en Emilia más que una semiciencia que le hacía abordar asuntos muy escabrosos, pero nada más, porque no se sonrojó siquiera bajo la escudriñadora mirada del joven.

– No crea usted, yo he reflexionado mucho. Soy huérfana y cuento dirigirme yo misma. No quiero vegetar; deseo casarme joven con un hombre distinguido, capaz de apreciarme en lo que valgo. Porque no ocultaré á usted que tengo muy buena opinión de mi inteligencia y deseo que los demás compartan esta opinión. Las golondrinas, como usted ve, me daban muy buenos consejos para el porvenir, advirtiéndome de paso... que se acercaba la hora de almorzar.

– Todavía le decían algo más, señorita; pondría la mano en el fuego.

– Pues sería una lástima, muy señor mío – y pri-

mo por aproximación, – que se quemase una mano destinada, según dicen, á producir obras maestras. Puesto que su cosecha queda concluída, voy á lavar estos rabanitos y á colocarlos delicadamente en un platito de loza común. Todo para demostrar á usted, para demostrar á su amigo Pedro, sobre todo, que soy una buena amita de gobierno.

Hizo una reverencia burlona, y sonriéndose de modo que enseñase sus dientes, sumamente blancos, se fué muy seria con su cestita. Carlota estaba ya sacudiendo vigorosamente la ensalada, salpicando con las gotas de agua que se escurrían hasta los manteles de lienzo ordinario.

Pedro, secándose la frente, pues Lota le había hecho correr detrás de ella por la huerta, se juntó con su amigo.

– Qué buena es la vida, ¿verdad? Buen sol, buen aire, buena gente. Y sin embargo, hay pesimistas y esa plaga está de moda. ¡Qué bonitas son las sobrinitas de la tía Rosa! ¡Y qué ingenuas! La pequeña es todavía una chiquilla, pero Lili es deliciosa. Te he visto hablar con ella, ¿qué te decía? A mí las muchachas me intimidan; no sé qué decirles.

– Aún te asustarían más si supieses hacerles hablar. Lili me parece muy moderna, es decir, terriblemente práctica. ¡Y no tiene más que diez y siete años!

– ¡Bah, exclamó Pedro riéndose, pura afectación! Algo me habló de eso la tía Rosa. Es un mal barniz de colegio de moda; si se rasca un poco, el barniz cae y se encuentra debajo la buena naturaleza, fresca y sana.

– ¿Luego es verdad que quiere casarte con Lili Emeyrian?

Esteban había palidecido y miraba con fijeza á su amigo, cuya confusión era muy expresiva.

– Nada me ha dicho aún, pero no me extrañaría, á pesar de mi profesión de fe acerca del matrimonio. Que tenga paciencia. Todavía somos muy jóvenes.

– ¡Ah! ¿Así entiendes tú nuestro pacto de amistad? Un buen palmito basta para que todos tus juramentos echen á volar como un enjambre de abejas. Después de todas tus protestas, francamente, esperaba yo otra cosa de ti.

Había en estas palabras una violencia de pasión que sacudió vivamente el corazón de Pedro. En aquel momento Esteban no sabía á punto fijo si defendía su compañerismo amenazado por el matrimonio, ó si le disgustaba la idea de ver á su amigo casarse con aquella muchacha que le había interesado un momento.

– Pero Esteban, aún no se trata de matrimonio. Ante todo mi amistad por ti, ¿entiendes? ¡Eso ante todo! Sin embargo, yo, que no soy, como tú, conquistador ni Tenorio, confieso que me hallo fuera de mi elemento en medio de las intrigas de bastidores y de los fragmentos de novelas equívocas esbozados en los gabinetes reservados. La verdad, temo ser en el fondo, muy en el fondo, un horrible burgués, de la pasta que se hacen los maridos.

– Me lo figuro. Y tu facundia desaparecerá, y disminuirá tu talento al contacto del puchero. Si crees encontrar la felicidad cerca de una mujercita que piensa fríamente en el matrimonio, que le abrirá las puertas de una sociedad en que podrá brillar y la libertará sobre todo de la tía Rosa, cuya autoridad soporta á disgusto y á quien desprecia como perteneciente á una clase inferior...

¡Pero si Lili quiere mucho á la tía Rosa!

– ¡Qué niño eres! Parece mentira que en las cosas de teatro veas tan claro, cuando en otras...

La tía Rosa les llamó de lejos.

– ¡A la mesa, muchachos, á la mesa!

No era precisamente el momento de pensar en las cosas graves del porvenir. Una tortilla enorme – la tortilla era el triunfo culinario de la Sra. Perraud – humeaba en la mesa; en todos los rostros se dibujaba la animación. La misma Lili sonreía graciosamente á todo el mundo; ella que, de ordinario, se mantenía un poco á la defensiva como persona superior que estaba fuera de su centro entre aquella gente humilde. Esteban se figuró que ella le miraba con complacencia, y le hizo un poco la corte, olvidando al parecer sus apreciaciones desfavorables; tanto que Pedro, observándoles, se preguntó si su amigo, enemigo declarado del matrimonio, no trataba de suplantarlo. Inmediatamente rechazó aquel mal pensamiento como una deslealtad.

El perfume delicioso de las rosas flotaba en el aire. Las había en toda la finca. Lili, con su instinto artístico de mujer elegante, había puesto en el centro de la mesa una fuente llena de «glorias de Dijón,» amontonadas en hermoso desorden. Todo un lado de la modesta casita desaparecía bajo el follaje tachonado de blancas flores de un rosal trepador. Del simétrico campo del lado, de aquel campo tan feo á la vista, llegaban ráfagas de perfumes, pues aquellos tallos generalmente feos sustentaban verdaderas maravillas, cultivadas con pasión por el horticultor. Las había blancas, de ligeros tintes, rojas, soberbiamente regulares en su belleza clásica, descabelladas y locas que se presentaban en un desorden de bacantes. Todas las especies, todas las variedades eran conocidas y cultivadas por Perraud, que con gran paciencia buscaba variedades nuevas y llegaba á producir flores monstruosas, más curiosas que bellas entonces, pero de las cuales estaba particularmente orgulloso.

Aquel almuerzo al aire libre era una verdadera fiesta. Los jóvenes reían al contento del cielo y de la tierra, á la renovación de la naturaleza toda. Más tarde, al evocar el pasado, buscando en él un día particularmente hermoso, Pedro Froment recordaba aquel almuerzo en casa de Perraud, alegre, animado por la risa y embalsamado por las flores. Entonces el éxito estaba exento de amargura, la amistad era todavía una cosa deliciosa que parecía no haber de alterarse jamás; el amor no había venido aún; pero su sombra, el presentimiento de lo que podría ser, le había hecho palpitar el corazón; se creía seguro del porvenir, y el presente era para él una dicha y un triunfo.

La tía Rosa no cabía en sí de gozo. Viendo á sus «dos muchachos,» le parecía que su orgullo materno no podría expresarse. En aquel momento no sabía á cuál de los dos quería más. A los postres, no pudiendo contenerse por más tiempo, exclamó:

– ¡Y decir que mis dos chicos son hombres de quienes se habla en los periódicos! ¡Verdaderos autores! ¡Qué cosa!..

– ¡Y decir, sobre todo, que lo debemos á ti, tía Rosa! ¿Verdad, Esteban?

– ¡No olvidaré jamás, tía Rosa!..

Esteban se detuvo como ahogado por la emoción y se levantó bruscamente para besar á la brava mujer. En el mismo instante en que cedía á aquella emoción muy real, le pareció oir de nuevo á la condesa con su profecía acerca de la tocinera.

Entonces se alegró de pensar que la tiendecita de la calle de las Escuelas había pasado á otras manos, y que la casa tapizada de rosales se encontraba algo lejos de París. Su beso fué, por lo mismo, más afectuoso, como si hubiese querido absolverse á sí propio de los pensamientos que cruzaban rápidos por su mente.

Es la Rosa de las rosas, dijo enfáticamente el horticultor sonriendo ampliamente á su mujer.

– ¡Ay, amigos míos!, exclamó la noble criatura. Querámonos siempre; no hay como eso en el mundo; y si más tarde podemos vernos todavía más estrechamente unidos de lo que lo estamos ahora, ¡vaya, no seré yo poco feliz!

Lili miró de reojo, sonriendo vagamente á aquellas efusiones que le parecían algo cursis. Esteban sorprendió su mirada, y Lili, después de sonrojarse un poquito, bajó los ojos.

No, no era la mujer que convenía á Pedro, si éste cometía la necedad de casarse. Sería obra piadosa desviar á Lili de aquel proyecto, si es que en él pensaba, lo que era dudoso. No tuvo escrúpulo alguno en hacer obra tan piadosa. En cuanto á temer por él, sólo el pensarlo le hizo reir. Un poco de galantería anodina, la necesaria para que Pedro pareciese pesado y desprovisto de gracia, y nada más. Luego casarían á la muchacha con cualquiera; allí estaba el tío Perraud para ocuparse de ello, y la colaboración no se vería amenazada de ningún matrimonio nefasto.

Algunas horas después, Esteban, de frac y corbata blanca, llamaba al hotel de Verneuil. Pedro no había sido invitado á aquella comida, de lo cual éste se consolaba muy bien; se había quedado en casa de su tía, deseoso de pasar toda una tarde paseándose por los bosques inmediatos y volverse á sentar por la noche á la mesa de la familia. Esto le gustaba más que las ceremoniosas comidas de la condesa, donde hasta entonces él había brillado poco.

Los de Verneuil volvían á ocupar su puesto en la sociedad parisiense. Una herencia oportuna, unida á las economías de algunos años, habían rehecho su fortuna. La condesa, muy hermosa todavía, muy elegante y aficionada á la vida de mundo, se rodeaba, no solamente del noble barrio de San Germán, sino que también de literatos y autores conocidos, novelistas sobre todo, y también de artistas, con los cuales le gustaba hacerse una corte. La moda lo quería así, y después de todo, encontraba esa «gente» más divertida que los amigos de su esposo. Les acogía, empero, con la condición de no dejarles olvidar su rango. Para ayudarla en su elección, Esteban le había sido de gran utilidad: por esto era invitado á todas ó á casi todas las comidas de los sábados. Como el éxito de *La Figuranta* había sido franco y de buena ley, el joven autor era el hombre del día, y la condesa, orgullosa de él, lo acaparaba con tiránica benevolencia, sin que tuviera trazas de imaginarse que pudiese haber en el mundo otra cosa que hacer sino obedecer á todos sus caprichos y cuidarse de todos sus encargos. Generalmente le hacía venir por las noches, y fuese casualidad ó bien por cálculo, aún no había visto á Germanita.

En el momento en que Esteban se disponía á entrar en el salón, atravesando una soberbia galería que lo precedía, entreabrióse una puerta y asomó con precaución una cabeza rubia desgreñada. El criado que introducía á Esteban oyó un campanillazo, y sabiendo que el joven autor era de confianza, le dejó solo. Éste se detuvo un instante, y de pronto dos brazos infantiles echados á su cuello le dieron á comprender que la cabeza desgreñada no podía pertenecer más que á Germana de Verneuil.

– ¡Estebanito, cuánto me alegro de verte! ¿Y tú? Ni siquiera has preguntado por mí en tus visitas á mamá. ¿Me has olvidado desde que representas tus obras en verdaderos teatros? ¡Eso está muy feo! Pero es verdad que estás hecho un hombre... con bigotes y todo. ¡Ay, qué raro!

– Creo que tu mamá no quería que yo te viese, Germana. Pronto será preciso que te trate de señorita... y te llame de usted.

– Toma, ¿y por qué? ¡Vaya una ocurrencia! Hablas como miss Brown. Pues con una ya tenía yo de sobra.

En aquel momento se oyó en lontananza una voz esencialmente británica que llamaba á Germana. La chica esbozó un gesto de pilluelo diciendo:

– Llama, vieja ridícula..., si crees que voy á dejar á Esteban por ti, te equivocas. ¡Déjame ir á ver tu comedia, Estebanito, por favor! ¡Me gustan tanto todavía las muñecas que hablan! Ruega á mamá que me lleve.

Esteban no pudo menos de reirse.

· *La Figuranta* no es obra para señoritas.

– Yo todavía no lo soy; no tengo más que catorce años.

En efecto, era aún muy niña, con su vestido corto y sus largos cabellos rubios, que le caían en desorden por la espalda, con sus grandes y curiosos ojos azules, escudriñadores y alegres, pero que habían conservado su antigua expresión. Hallábase en la edad ingrata, y sin embargo era encantadora, con sus gestos de chiquillo y su gracia soberana, que impedía que aquellos gestos pareciesen torpes ó atrevidos. Comprendíase instintivamente que iba á ser una de esas mujeres á quienes parece que todo les está permitido, que atraviesan la vida con una soberbia indolencia, seguras de ser siempre adoradas, á pesar de todo.

Oyóse ruido de voces, y Germana desapareció tan rápida y tan misteriosamente como había venido. Pero en el momento de cerrar la puerta, volvióse y envió una radiante sonrisa al joven, que quedó como deslumbrado.

En aquel instante cruzó por su mente una idea loca; la de que un día sería esposo de Germana. Pensó que ella le amaría, porque nada es tan fácil de transformar en pasión como un capricho infantil, y mediante aquel amor, él, el hijo de criados, entraría con la frente erguida en aquella casa donde le habían dado de comer por caridad. Todas aquellas sublevaciones del tiempo en que, sentado en un rincón, había observado á los ricos y á los afortunados, despreciándolos desde lo alto de su pequeña inteligencia de niño, despertaban de pronto, lacerando como con mil alfilerazos su corazón y sobre todo su vanidad; y le pareció que le debían aquel desquite. Se olvidaba de los beneficios para no acordarse más que de las humillaciones.

Al entrar en el salón, donde su bienhechora, ricamente vestida, se hallaba ya rodeada de varios convidados, á Esteban le pareció que entraba triunfante en un mundo que sometería á su capricho. Erguida la frente, con su sonrisa provocadora, estaba tan guapo que las conversaciones pararon un momento. Las mujeres le sonreían instintivamente como á algún semidiós vencedor y soberbio; los hombres, vagamente inquietos, adivinaban en él un ser poderoso, temible para los que, en general, se contentan con su alcurnia; su potencia consistía en su reconocido talento.

– Noto en ti esta noche cierto aire burlón, le dijo la señora de Verneuil muy orgullosa de él. ¿Te ha pasado algo que te hace feliz?

– He pasado un día magnífico, señora, al aire libre, con gentes muy sencillas, por no decir con campesinos; el olor de un campo de rosas me persigue desde esta mañana; he besado á una excelente mujer que quiero con ternura; soy recibido por usted, señora, y acabo de divisar á mi amiguita Germana.

Confiese usted que son muchas felicidades á la vez.

La condesa frunció ligeramente las cejas. Había algo de reto en aquella ostentación de gratitud para con la tocinera. Pero ella no recogió más que las palabras referentes á Germana.

– Reñiré á mi hija. Habrá escapado á su institutriz.

– No la riña usted, señora. ¿Por qué quiere usted que esa niña reniegue de los amigos pobres? Espere usted que la vistan de largo. Harto pronto llegará ese día. Además, esas son lecciones que las muchachas aprenden por sí solas, cuando les toca tener juicio.

Llegaron nuevos convidados. En la mesa, Esteban animaba la conversación con sus paradojas de parisiense, y la condesa le sonrió como si le hubiese perdonado.

Quizá adivinaba que en las alusiones casi provocadoras que su protegido hacía de vez en cuando á los humildes amigos de su infancia – de vez en cuando solamente, - entraba un poco de esa irritación casi inconsciente que nos hace hablar, á pesar nuestro, precisamente de lo que deseamos ocultar más en el fondo: de la misma manera que ciertas mujeres, furiosas de envejecer, no pueden prescindir de hablar de su edad.

V

Dos años después de su primer triunfo, los dos colaboradores de *La Figuranta* trabajaban aún en su gabinete, que dominaba desde muy alto el jardín del Luxemburgo.

Era una vasta sala, algo desmantelada, pero muy alegre, bañada por el sol. A lo largo de una de las paredes corría un diván, y en el centro había una mesa enorme, llena de papeles y de libros y con un sillón de cuero á cada lado. Los jóvenes autores hablaban siempre de su futura instalación; pero no estaban á disgusto en aquella primera habitación tomada en común en el momento de casarse la tía Rosa.

Habían ganado mucho dinero durante aquellos dos años. En cierta ocasión, el doble nombre de Dorsat-Froment se había encontrado tres veces repetido simultáneamente en los carteles. Pero se les iba el dinero sin sentir.

Ambos, con sus primeras ganancias, habían querido hacer un bonito regalo á la tía Rosa. Luego fué preciso amueblar su casita, vestirse con elegancia, frecuentar diversas sociedades donde se cuenta el dinero por luises. Todo lo tenían en común. Cada uno de ellos poseía una llave del mueble en que, casi siempre sin contar, echaban las cantidades que les producían sus obras. Esteban era el que más gastaba. Aquel buen mozo tenía grandes necesidades. No le gustaban más que las cosas caras, y frecuentaba una sociedad donde afirmaban que hacía muchas conquistas; conquistas de que no hablaba sino embozadamente y cuyo misterio Pedro respetaba. Las grandes damas que se dignan dirigir una mirada favorable á un autor de moda, nacido en humilde cuna, no inspiraban á Pedro más que una vigorosa antipatía de plebeyo. No alardeaba de austeridad, pero sus calaveradas se reducían á vulgares intrigas de bastidores. Opinaba además que el culto de la belleza aristocrática cuesta muy caro y absorbe el tiempo del trabajo.

Y el trabajo era sagrado para Pedro; no había placer ni tentación que le apartase de él. Era autor dramático con toda el alma. Todo lo que veía, todo lo que oía, todo lo que observaba, adquiría en él la forma dramática. En ciertas ocasiones, cuando tenía apremiante necesidad de dinero, llevaba algún artículo cómico á los periódicos; pero hasta esos trabajos eran en forma dialogada. Aquellos ensayos gustaban al público y le eran bien pagados á Pedro; pero éste los daba de mala gana, pues le parecía cometer una infidelidad á su querido teatro. Por su parte, Esteban había publicado en una Revista á la moda una novelita de exquisita forma, tan llena de sensibilidad y de encanto, que todo el noble barrio de San Germán, á imitación de la condesa de Verneuil, se había pasmado. Sus personajes pertenecían á la más alta nobleza, y el adulterio estaba en ella tan disfrazado, tan perfumado y tan compuesto, que las más gazmoñas la habían leído con los ojos húmedos de lágrimas. Aquel pequeño éxito desvaneció á Esteban mucho más que sus triunfos compartidos con Pedro. Éste dijo bruscamente:

– ¡Pues has de saber que tu novelita no vale nada! Es literatura al *patchuli;* buena, á lo sumo, para tus grandes damas. ¡Que te felicitan! Naturalmente. Eso te ha valido una porción de billetes blasonados y perfumados como tu historia. Pero tu historia, en el fondo, es una solemne porquería. Nosotros ponemos en escena maridos infortunados, mujeres no muy santas; pero al menos les presentamos tales como son, sin disfrazarlos, sin prestarles sentimientos angelicales á propósito de cosas que lo son muy poco. Cuando pienso en el talento que has gastado en escribir esa necedad, la rabia me devora.

– Y luego, dijo Esteban riéndose, está escrita por mí solo. Confiesa que tienes envidia.

En el fondo estaba muy resentido de una crítica que consideraba justa.

– ¡Envidia, yo! Mírame bien, Esteban; acuérdate del pasado, piensa en el presente. ¡Envidia!.. ¡Ah! No me hables de eso, amigo, ni en broma, porque me causas mucha pena.

Ahora, bajo la alegre influencia de un día primaveral, los dos amigos componían un argumento. Tratábase también de una comedia jocosa. Pero proyectaban ya escribir una alta comedia de costumbres, destinada al teatro Francés. Era su grande ambición para más tarde, cuando se sintiesen más seguros de sí mismos.



– ¡Estebanito, cuánto me alegro de verte!

Una vez adoptado el cuadro y bosquejados los personajes, su manera de trabajar consistía, según la expresión de Pedro, en «trabar conocimiento con sus muñecos.» Cada cual los paseaba á través de diversas peripecias, la mayor parte de las cuales no habían de servir. Se decían: «Dados tal naturaleza, tales vicios ó ridiculeces, ¿que haría nuestro hombre en tal circunstancia?» Y con frecuencia se divertían como verdaderos chiquillos con esa gimnástica psicológica. Las escenas se amontonaban, los diálogos sucedían á los diálogos. A veces, para una pieza corta, acumulaban centenares de cuartillas. Después venía el trabajo de revisión, la elección de los trozos más inspirados, las frases reconstruídas con paciencia, el pulimento de la obra entera. Ese era, sobre todo, el trabajo en que se lucía Esteban. La gracia de su estilo y los rasgos de su ingenio sutil daban entonces realce á las escenas sólidamente construídas y un sello de originalidad á los personajes bien plantados por Pedro.

Y éste admiraba á su amigo, quedándose pasmado á cada una de sus felices ocurrencias.

– Yo soy el obrero que bate el oro, dándole la forma deseada; tú engarzas los diamantes, los rubíes y los zafiros que lo convierten en preciosa joya.

Era un día en que no se trataba de las piedras preciosas. La obra no estaba desbastada. Cada uno aportaba pequeñas observaciones tomadas al vivo y apuntadas inmediatamente en las carteras. Las observaciones de Esteban habían sido tomadas sobre todo en los salones; las de Pedro casi siempre en la calle.

Esteban había pasado parte de la noche en un baile, y perezosamente tendido en el diván, fumaba cigarrillos escuchando á su compañero.

– Esta vez vamos á presentar en escena al egoísta; no al egoísta feroz, sino al egoísta de mundo, con quien nos codeamos cada día; el que sólo gusta hablar de sí mismo, tanto de sus éxitos como de sus miserias; el que antes contaría cosas poco recomendables, que dejar de hablar de su persona; el que nos abrumaría, á falta de otro tema, con detalles sobre su suegra, sus criados ó su cocinera. Unicamente es feroz cuando habla de su salud; interrumpe á todo el que, á su vez, quiere contar sus constipados y sus jaquecas. Ayer oí en el café esto que nos podrá servir:

«Primer burgués. – Yo sufro horriblemente. Figúrese usted una pelota cubierta de alfileres. Pues esa pelota soy yo...

»Segundo burgués, *interrumpiendo*. – Yo sufro también, pero sin saber dónde. Creo que es del estómago sobre todo. Los médicos son unos borricos: por ejemplo, en lo que á mí se refiere...

»El primer burgués. – El mío tampoco comprende mis sufrimientos; en vano se los explico detenidamente. Pero todos los hombres son egoístas; no se interesan más que por sí mismos.

»Un caballero malhumorado, *que llega y estrecha la mano al primer burgués*. – Buenos días. ¿Qué tal?

»El primer burgués. – Amigo mío, yo sufro horriblemente. Figúrese usted una pelota...

»El caballero malhumorado. – Pero hombre, ¿se figura usted divertirnos con sus jeremiadas? Cuando le pregunto: ¿«Qué tal?,» es para que me conteste: «Muy bien, ¿y usted?»

Pedro se echó á reir al colocar sus notas sobre la mesa.

– No sabes el gusto que me dió el caballero malhumorado; me vengó de aquellos miserables, cada una de cuyas frases empezaba con un «Yo,» y que jamás esperaba el final de las quejas del vecino.

Esteban miró un instante el humo de su cigarro, que subía en pequeñas espirales blanco-azuladas, y dijo después pensativo:

– El egoísmo es el vicio que menos comprendo. No sé cómo puede uno ser egoísta.

Pedro levantó bruscamente la cabeza. ¿Acaso Esteban se burlaba suavemente de él, como sucedía á veces, ó hablaba con sinceridad? Su amigo le conocía bien, ó al menos empezaba á conocerle. Sin embargo, su clarevidencia no impedía, en manera alguna, su afecto; un afecto ternísimo y profundo, propio del ser que siente su fuerza amando á otro ser más débil, más voluble, tal vez no exento de perfidia, pero siempre simpático.

Esteban se sentía eternamente seguro de la abnegación de Pedro. Éste á veces, en algún instante de verdadera angustia, se decía: «¿Quién sabe?»

Esteban notó inmediatamente la mirada escudriñadora de su amigo. Levantóse de súbito y exclamó con cándida sorpresa:

– ¿Por qué me miras? ¿Acaso me consideras egoísta?

Pedro no pudo menos de reirse.

– Mi buen Esteban, eres el egoísta más delicioso que he conocido. La culpa no es tuya; la naturaleza te hizo así, y todos, yo el primero, hemos cultivado ese gracioso egoísmo adorándote, cediendo perpetuamente á tu voluntad. ¿A qué enfadarte? ¿Te lo he reprochado nunca? ¿Te he querido menos por eso?

– Pido pruebas, dijo Esteban secamente, muy sorprendido é irritado.

– ¿Pruebas?.. Pero, hombre, reflexiona un poco. Somos Dorsat-Froment en todo y para todo, aunque Froment-Dorsat suena mejor al oído..., no lo negarás. Nos parecemos á los dos muchachos que no tenían más que un cigarro para los dos, y mientras el uno fumaba, el otro escupía. Conste que no me quejo; disfruto más viéndote fumar que si fumase yo mismo; lo haces con una gracia á que no aspiro. Tú eres mi lujo. Tus éxitos halagan suavemente mi corazón. Encuentro que las señoras del gran mundo que te miman, tienen buen gusto y que hacen bien considerarme á mí como un hombre cerril. Me gusta el trabajo y no temo á las fatigas. Yo cuido de los ensayos y presento nuestras obras á las empresas. Y sin embargo, no me quejo. Pero, amigo, no exijas que cierre siempre los ojos.

– Te cojo en falta de verdad. ¿Quién sale esta noche para Bruselas á fin de dirigir los ensayos de *La Figuranta?*

Pedro se levantó bruscamente, puesto de mal humor, y empezó á pasearse por el gabinete diciendo:

– No hablemos de eso, créeme. Eso me llevaría quizá, por vez primera, á hacerte reconvenciones, y... puedes estar seguro, Esteban, que lo sentiría más que tú.

– Al contrario, hablemos, ya que ha llegado la ocasión de decirnos nuestras pequeñas verdades. Te las echas demasiado de mentor, amigo mío, y quizá te falte la suficiente austeridad para justificar tus sermones...

(Continuará)

EL SUBMARINO «ARGONAUTA»

Un norteamericano llamado Simón Lake, de Baltimore, ha construído un submarino que parece habrá de prestar excelentes servicios á los buzos en sus difíciles trabajos en el fondo del mar. En efecto, por los actuales procedimientos, cuando se trata de reconocer un buque naufragado ó de salvar la carga que éste contiene, es preciso realizar estos trabajos mientras el mar está tranquilo, porque el buzo ha de estar en comunicación por medio de tubos y cuerdas de señales con algún barco que flota en la superficie del mar. El viento y las altas mareas dificultan esta comunicación ó la hacen completamente imposible.

Todos estos inconvenientes se salvan, según parece, con el submarino *Argonauta*. Éste está construído de planchas de hierro, tiene 11 metros de largo por tres de ancho y de alto, y su forma es la de un cigarro. Su construcción es tan fuerte que puede descender hasta una profundidad de 50 metros, y su capacidad permite que en él se alojen cómodamente seis buzos con todos los aparatos necesarios.

Interiormente se divide en tres compartimientos: en el primero están instaladas las máquinas que imprimen movimiento al buque; el segundo constituye el camarote de los tripulantes, y el tercero contiene el aire comprimido: en este último hay las puertas impermeables por las cuales salen del barco los buzos y vuelven á él después de haber realizado los trabajos necesarios. En la quilla del buque hay además algunos depósitos especiales que se mantienen vacíos mientras el barco ha de navegar por la superficie y se llenan de agua cuando ha de sumergirse, agua que se expulsa por medio de potentes bombas de aire comprimido cuando se quiere que el submarino ascienda de nuevo.

El barco está provisto de tres ruedas que le permiten moverse en el fondo del mar. En la cubierta del mismo hay una torrecilla desde la cual un timonel dirige la marcha de la embarcación cuando ésta se mueve en la superficie; y en las paredes del submarino están dispuestas algunas ventanas circulares cerradas con gruesos discos de cristal.



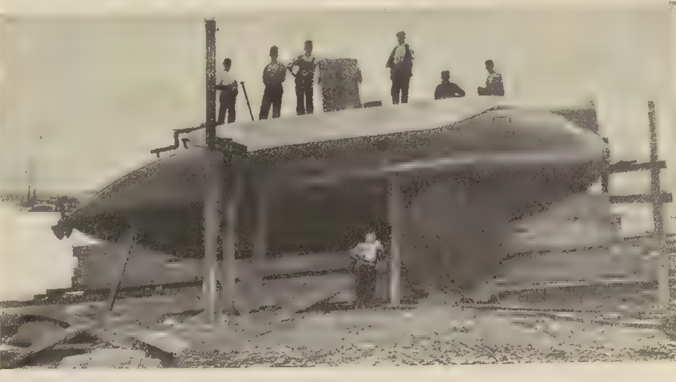
EL SUBMARINO «ARGONAUTA» ANTES DE LA SUMERSIÓN

La iluminación interior del *Argonauta* se obtiene por medio de la electricidad, la cual se proyecta también al exterior para realizar los trabajos de exploración. El aire necesario para respirar se facilita á los buzos de dos maneras: cuando el barco funciona en profundidades pequeñas, el aire llega á los buzos por dos largos mástiles huecos que salen por encima de la superficie; en las grandes profundidades, lo toman de los depósitos llenos de aire comprimido á fuerte presión que están instalados en el interior del buque.

La potencia lumínica de la luz eléctrica proyectada al exterior es de 4.000 bujías, siendo este un factor importantísimo para la ejecución de los trabajos submarinos, para extender la zona de operaciones y para multiplicar la eficiencia de los buzos.

La fuerza propulsiva se obtiene por medio de motores de gasolina perfeccionados.

El *Argonauta* lleva además una porción de aparatos para objetos diversos; y aunque por esta razón á primera vista parece el interior del barco un conjunto confuso de tubos y válvulas, todo está admirablemente dispuesto y todo funciona con la regularidad y sencillez mayores.



EL SUBMARINO «ARGONAUTA» EN EL DIQUE SECO DE BALTIMORE

Las pruebas que hace algún tiempo se realizaron en Baltimore dieron los mejores resultados, pues tanto en la superficie cuanto en el fondo del mar el submarino ejecutó con precisión los movimientos que el inventor quiso que ejecutara.

***

LOS DEDOS DE LOS PIANISTAS

Los músicos, para llegar á ser grandes ejecutantes, necesitan una gran flexibilidad en las manos y una gran destreza de dedos. El aprendizaje es duro, penoso y largo: para el violín y demás instrumentos similares la mano izquierda es la que ha de tener esta flexibilidad y esta agilidad; para el piano estas cualidades han de ser comunes á las dos manos. De aquí la necesidad de comenzar la educación desde edad temprana, por muy fatigosa que sea para los niños, á quienes hay que hacer ejercitar diariamente para que sean, si no unos prodigios ó unos *virtuosos*, por lo menos unos ejecutantes regulares.

Algunos, dotados de escasa aptitud musical, muéstranse rebeldes á estos ejercicios, y no pocos, después de algunos años, conservan la mano pesada y no logran que los movimientos de los dedos sean perfectamente independientes unos de otros.

Un médico de Filadelfia, el Dr. Forbes, ha preconizado para remediar este inconveniente una pequeña operación, para comprender la cual es necesaria una explicación anatómica.

Los movimientos de los dedos están asegurados en la flexión por dos músculos, uno superficial y otro profundo, denominados flexor común superficial y flexor común profundo, que tienen su origen en el antebrazo, se cubren uno á otro y terminan en los cuatro últimos dedos.

El pulgar, por razón de sus movimientos de independencia y de oposición, tiene músculos propios en la cara palmar y en la cara dorsal de la mano.

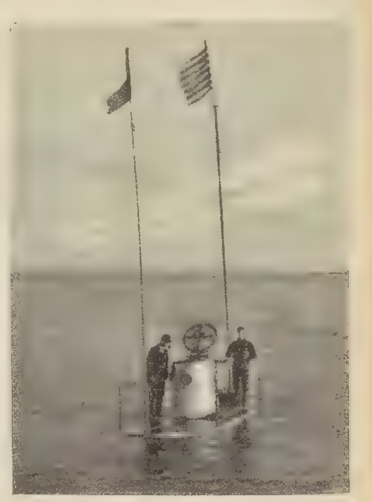
Estos dos músculos flexores terminan en tendones que se deslizan por el canal del carpio y van á parar á los dedos, pasando los tendones del flexor profundo al través de la división terminal de los tendones del flexor superficial para llegar á la última falange.

El movimiento opuesto, que es el que aquí nos interesa conocer, está asegurado por un músculo, el extensor común de los dedos que, partiendo del antebrazo, termina en tendones independientes para cada uno de los cuatro últimos dedos. El pulgar tiene también en la cara dorsal músculos propios. El meñique tiene un músculo suplementario, el extensor propio, cuyo tendón se une al tendón del extensor común. Estos diversos músculos, como sus nombres indican, tienen por objeto extender sucesivamente la tercera falange sobre la segunda, ésta sobre la primera, ésta sobre el metacarpo y la mano sobre el antebrazo.

La independencia del movimiento de cada dedo, que parece asegurada por medio de un tendón distinto, no lo está siempre como debería estarlo: entre estos tendones terminales y especialmente entre el meñique, el anular y el medio hay varios pequeños tendones que los unen entre sí. Además hay unas pequeñas lengüetas anastomóticas que pueden tener un desarrollo exagerado y formar entre los tres tendones una unión íntima por medio de una especie de lámina fibrosa.

Esta disposición anormal de tendones accesorios, de bridas aponeuróticas, ha sido señalada por Forbes como causa seria de obstáculo para el movimiento perfecto de extensión y de flexión y sobre todo para la independencia del anular. Suponiendo dobles los tendones accesorios, si se dobla el meñique y el medio, el anular se ve casi obligado á seguir este mismo movimiento. Pues bien: para evitar esto el Dr. Forbes practica una pequeña operación, muy sencilla, una sección subcutánea de esas bridas que estorban. Esta operación, previa adopción de las necesarias precauciones asépticas, le ha dado siempre resultados sorprendentes en las muchísimas personas á quienes la ha practicado.

DR. A. CARTAZ



EL SUBMARINO «ARGONAUTA» SUMERGIDO EN PARTE

EL PETROLEO Y LOS BUQUES DE VAPOR

La compañía inglesa de navegación *Shell Line*, cuyos vapores transportan petróleo desde Batum á las Indias y al extremo Oriente, trata en la actualidad de que el petróleo sustituya al carbón para la calefacción de las calderas de sus buques.

A bordo del *Haliotis*, vapor de 900 caballos de fuerza especialmente construído para el transporte del petróleo de Borneo, se han hecho recientemente pruebas de este cambio de combustible que han dado resultados muy satisfactorios. En efecto, el *Haliotis* ha recorrido en treinta y seis horas la travesía de ensayo desde el Tyne á Gravesand, sobre el Támesis, habiendo consumido solamente 758 gramos de aceite por caballo y hora.

Una de las principales ventajas de este sistema consiste en la supresión de la mayor parte de fogoneros y ayudantes, puesto que un número reducido de hombres basta para cuidar del funcionamiento regular de los hogares.

Además de esta ventaja hay la de que el barco, que antes necesitaba llevar en sus carboneras 500 toneladas de carbón, ahora, con el nuevo combustible, sólo necesitará 300 de petróleo, con lo cual se obtiene un beneficio de 200 toneladas para la carga general.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

LA BOGERÍA, por *Narciso Oller*. – La aparición de cada nuevo libro de Narciso Oller es un verdadero acontecimiento literario: el ilustre escritor catalán, que á más de ser el primer novelista de nuestra región es uno de los primeros entre los mejores de España, ha logrado de tal manera apoderarse del público é impresionar al mundo literario, que sus obras no necesitan ser alabadas para que en cuanto salgan á luz se las disputen los amantes de la buena literatura. ¿A qué, pues, elogiar *La bogería?* Libros como éste requieren un examen crítico en toda regla ó simplemente un anuncio indicando que se han puesto á la venta: no pudiendo en esta sección hacer lo primero, nos limitamos á lo segundo diciendo únicamente que la última novela de Oller, como estudio sociológico, por el interés del argumento, por la lógica con que se desarrolla la acción, por la verdad con que están retratados los personajes, por la naturalidad con que se describen las escenas, unos y otras arrancados de la vida real, y por las bellezas del lenguaje es digna hermana de *La papallona*, *Vilaniu*, *L'Escanya-pobres* y *La febre d' or*. Editada por D. Antonio López *La bogería* se vende á tres pesetas.

LA WALKYRIA EN BAYREUTH, por *Rodrigo Soriano*. – Los estrenos de la grandiosa ópera de Wagner en el Real de Madrid y en el Liceo de Barcelona prestan interés de actualidad al libro que nos ocupa y que, aun sin aquella circunstancia, ha de interesar y agradar á cuantos lo leyeren. El distinguido escritor y crítico Sr. Soriano relata en él su reciente viaje á Bayreuth, á la llamada Meca del wagnerismo, y con este motivo hace un detenido estudio de la obra musical del gran maestro, fijándose principalmente en la *Tetralogía*, de la que *La Walkyria* forma parte, y describe con tanta exactitud como gracejo las impresiones sentidas durante su estancia en aquella población bávara y durante la representación de las óperas. Contiene además el libro los argumentos de las cuatro óperas que forman la tetralogía de *El anillo de los Niebelungos*, multitud de curiosos detalles sobre el teatro de Bayreuth y de anécdotas de Wagner y varios apéndices interesantísimos. *La Walkyria en Bayreuth*, ilustrada con ocho bonitas láminas, ha sido impresa en Madrid y se vende al precio de tres pesetas cada ejemplar.

EXPOSICIÓN ELEVADA POR LA COLONIA ESPAÑOLA DE MÉJICO Á S. M. LA REINA REGENTE. – Los españoles residentes en Méjico, que tantas pruebas de patriotismo tienen dadas, elevaron, á raíz de la terminación de nuestra última guerra, una sentida exposición á S. M. la Reina Regente protestando de su amor y lealtad á las instituciones, lamentando la humillación sufrida en los campos de batalla y formulando un voto de censura contra los poderes responsables del país. Esta exposición, firmada por millares de individuos, ha sido impresa en Méjico en la tipografía de «El lápiz del Aguila,» en forma de folleto que contiene además la crítica que de ella hizo «El Correo Español,» la defensa de «El Correo de España,» la polémica de «El Universal» y otros varios interesantes documentos.



EL «OCEANIC,» EL VAPOR MÁS GRANDE DEL MUNDO, BOTADO AL AGUA EN LOS ASTILLEROS DE BELFAST EL DÍA 14 DE ESTE MES

EL «OCEANIC»

El día 14 de este mes fué botado al agua en los astilleros que en Queen 's Island (Belfast) poseen los Sres. Harland y Wolf el vapor *Oceanic*, el buque más grande de cuantos hasta ahora han cruzado los mares. Este acontecimiento formará época en los anales de la construcción naval como *tour de force* de la ingeniería moderna. El *Oceanic* es mucho mayor que el *Great Eastern* que tanta celebridad alcanzó en otro tiempo, puesto que éste tenía 680 pies de eslora, desplazaba 11.804 toneladas, era capaz para 8.000 de carga y pesaba 25.000, al paso que aquél tiene de eslora 704 pies, desplaza 18.000 toneladas, es capaz para 12.500 de carga y pesa 28.500. La comparación de la maquinaria resulta aún más desventajosa para el antiguo barco: en efecto, la presión alcanzada por la misma era de 25 libras por pulgada cuadrada, al paso que la producida por las máquinas del *Oceanic* es de 192. La forma de este último es además muy esbelta, al revés de lo que acontecía con el *Great Eastern*, que resultaba muy pesado. El *Oceanic*, que es de hierro y acero y puede llevar dos mil pasajeros además de la carga, ha sido construído para la compañía de navegación *White Star Line*, habiéndose sujetado la construcción del mismo a las instrucciones del Almirantazgo inglés, ya que en caso de guerra habrá de ser armado como crucero. Con una marcha de doce nudos por hora podrá recorrer 23.400 millas sin necesidad de aprovisionarse de carbón.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XVIII — Barcelona 6 de febrero de 1899 — Núm. 893

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA ÚLTIMA BALADA, cuadro de Román Ribera (Salón Pedro Robira)

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORANEA

CREPÚSCULOS

Hace quince días hablábamos de atentados, sea contra la tranquilidad, sea contra la hacienda, sea contra la seguridad y la vida de los habitantes de la corte española; y el tema sigue siendo más que nunca actual, llegando ya á preocupar los ánimos y á suscitar inquietudes y alarmas serias. Es uno de los aspectos de nuestra decadencia, uno de los eslabones de la cadena con que el Africa tira de nosotros hacia sí, este recrudecimiento de la delincuencia, ahora que la guerra se ha terminado (ya sabemos cómo).

Comparando épocas con épocas, me ha sucedido en los dos últimos años notar gran similitud entre las postrimerías del siglo XVII y el desdichado tiempo actual. Una obra de imaginación, *Ruy Blas,* de Víctor Hugo, acude frecuentemente á mi memoria. Hay sin duda en *Ruy Blas* mucho de caprichoso y fantástico, infinitas incongruencias de esas que observa y corrige mi sabio amigo Alfredo Morel Fatio, en sus *Estudios sobre España* (donde se burla con tanta sal de los gazapos de la Academia Española): hay una donosa genealogía de los Bazanes fundada en erratas de imprenta; hay libertad en la invención...; pero, como reconoce el mismo erudito tan bien enterado de nuestras cosas que ya quisieran estarlo así los españoles, el medio ambiente de *Ruy Blas,* muy superior á *Hernani,* no difiere esencialmente del que podríamos reconstituir estudiando los monumentos escritos de aquellos luctuosos días. – Lo que presta á *Ruy Blas,* en el fondo, carácter de verdad extraordinaria, son las sorprendentes aplicaciones que de su texto pueden hacerse á las actuales circunstancias, en este período de reincidencia de nuestra historia.

Recuérdese que en *Ruy Blas* se habla de un ladrón llamado *Matalobos,* venido de Galicia por más señas, y que á su sabor, sin miedo á alguaciles ni á corchetes, pide bolsa ó vida y aligera de ropa y alhajas á los transeuntes. Los *Matalobos* de ahora vienen de todas partes, de Alicante, por ejemplo; pónense en camino convencidos de que Madrid es una selva, y en ella seguro y fructuoso el golpe, la impunidad certísima; llegan, ven confirmadas sus esperanzas por la facilidad con que se les acoge y hospeda y agasaja en la propia casa de la designada víctima, y con un optimismo de conjeturas que espanta, deciden acogotar á tres ó cuatro personas, arramblar con lo que encuentren y volverse á su pueblo á disfrutar en paz el fruto de la hazaña. Grande habrá sido la sorpresa, no menor el desencanto de los cándidos paletos (cándidos, sí, en medio del crimen), al ver que en este Madrid, á pesar de todo, aún es ardua empresa despachar al otro mundo tanta gente sin que se alborote la vecindad. «Nos han engañado; han abusado de nuestra credulidad infantil,» dirán los dos enamorados muchachos que acudieron con ánimo de enlazar la luna de miel con la luna roja de sangre, y unir el idilio á la tragedia doméstica. ¡Qué sorpresa al despertarse de su sueño de amor y oro con la hopa puesta y las manos atadas atrás!

Y es indiscutible: los jóvenes asesinos de la calle Mayor han creído poder consumar el degüello y el despojo sin dificultad alguna, marchando *la acción,* que diría Macbeth, como una seda. Aquí está lo grave del caso. Asesinatos y robos los hubo en todo tiempo y los habrá siempre por preventivas y represivas que sean las leyes, por estrechamente que se ejercite la vigilancia. No vive más el leal de lo que quiere el traidor, ni vamos á colocar un policía detrás de cada ciudadano. Pero reviste carácter antisocial y disolvente hasta la medula el crimen, cuando alienta al criminal, y no sin fundamento, la esperanza de la impunidad en reiterados ejemplos basada, y la convicción de que están á merced del puñal las vidas y al alcance de las uñas las haciendas. Esto es lo que reviste de tinte más sombrío los atentados que menudean en el momento presente.

Causas sociales profundas contribuyen á la alarma y al disgusto general. Por fin empieza á vislumbrarse lo que hace tiempo decíamos algunos, á riesgo de pasar por nada caritativos y asaz pedernaleños de entrañas: que la mendicidad es hermana gemela del delito, y que una capital populosa donde bulle lo que ya todos llaman hampa callejera, por milagro sería segura y tranquila así que anochece. Recluir en Asilos á los pordioseros, pronto se dice, pero me parece medicina ineficaz. Estos remedios mecánicos no llegan á lo vivo de los tejidos, á lo íntimo de un organismo tan enfermo. Claro es que por primera providencia se les recluye, y no lo desapruebo; sin embargo, no basta. El hábito del trabajo, la economía y previsión, la conciencia racional del deber, no se forman con dar el gazofilacio de un Asilo á esta humanidad inferior, embrutecida y picardeada á la vez. La situación de España, los tristes motivos que determinan su pobreza, su atraso, su bajísimo nivel en lo relativo á estos problemas, tampoco se modifican haciendo cuerdas de mendigos y confundiendo al verdadero necesitado, al que tiende la mano por hambre y carencia de trabajo - hay algunos, – con el siniestro rondador de bufanda al hombro, que elige el sitio más solitario de una encrucijada de calles, ó el ángulo desierto de una plazuela, para murmurar en voz ronca y con actitud amenazadora: «¡Soy un *artista* desgraciado!.. ¡Socórrame usted, hermana!»

¿Qué vemos en la pareja alicantina que se fugó de su lugar y llegó á Madrid para combinar, entre dos caricias, una degollación y un espolio? – Más que la maldad, la estupidez; el desconocimiento de las primeras nociones de la cultura moral humana, y hasta de la mera previsión. - De los dos maderos del patíbulo – ignorancia y miseria, – es el primero el que á éstos les sujetó, en medio de las sombras acumuladas en su inteligencia. Ensalzó el docto Miguel de Unamuno, en humorística paradoja, á los *idiotas,* es decir, á los pobres de espíritu, pegados á su terruño, sin ideas, sin raciocinios ni sutilezas críticas de ninguna clase. No diré yo que no exista el *idiota* sencillo y dulce, el *buen salvaje,* que dice Salillas; pero Dios nos libre del *idiota* tigre á quien no contiene ni el instinto de conservación, porque la atrofia de su cerebro no le permite calcular las probabilidades de un hecho. Parecióles á los dos idiotas del crimen de la calle Mayor que todo el monte era orégano, y vinieron con una inocencia paradisíaca, con la inconsciencia del animal, á echarse sobre su presa. Un poco de luz en el entendimiento no hace santos á los malvados, estoy conforme; no obstante, los avisa y reprime, los detiene quizás al borde del precipicio. Se ha clamado pidiendo la pena capital para los paletos de la calle Mayor. Que la merecen no es dudoso, y sin embargo, la sociedad, la patria, los que la desgobiernan, los que la roen y consumen y cierran sus ojos y tapan sus oídos para que la catalepsia se prolongue, deben meter la mano en el seno y ver si no son también responsables de la sangre derramada...

* * *

Y se estrenó *La Walkyria,* y no gustó, y salió todo el mundo hablando de jarabe de adormideras, de *lata* insufrible, y renegando de Wagner, y hasta – frase textual - de su señor padre, que lo engendró tan pesado. Algunos, es cierto, estuvimos como en misa, y nos dejamos halagar deleitosamente el oído y la imaginación con el perfectísimo tercer acto de la segunda parte de la tetralogía; con la maravillosa *cabalgada* y la divinamente suave y misteriosa *encantación del fuego,* páginas que ellas solas bastan para diputar á Wagner por incomparable artista – Yo no soy ni melómana de oficio, ni wagnerófila iniciada. Jamás se me ha ocurrido que por oir con tal delicia la *encantación del fuego,* estoy en el deber de alzar los hombros desdeñosa cuando canten *El barbero de Sevilla.* También *El barbero* me gusta, me inunda el espíritu de una alegría maliciosa, me recuerda á Andalucía, con sus noches claras y tibias, sus balcones y sus rejas. Y es preciso que tengamos sitio para todo lo bello, paladar hecho á distinguir todo manjar selecto y fino. Por eso me ha parecido triste que el público de Madrid, en conjunto, no haya sabido escuchar á Wagner.

El libro de Rodrido Soriano, *La Walkyria en Bayreuth,* amenísimo estudio que tampoco es de un fanático wagnerista, sino de un apreciador inteligente y de un expositor y vulgarizador utilísimo, podía haber servido de catecismo á los profanos. Me cuento en el número, y declaro que, no habiendo podido asistir á las representaciones de *La Walkyria* en Bayreuth, la obra de Soriano me sirvió para entenderla y disfrutarla mejor en Madrid, donde, á pesar de bastantes defectos y faltas en el desempeño, *atrezco,* mecánica, vestuario, colorido de la orquesta, etcétera, etc., el estreno era un plato de gusto, una novedad atractiva que debió causar algo más que mohines de desagrado y simulaciones de bostezo. Enhorabuena si bostezasen en nombre de una teoría estética, de latinismo ó siquiera de patriotismo mal entendido, como los franceses después de la guerra. Eso sería algo; sería una idea, sería un movimiento intelectual; habría discusión, lucha, calor, energía, sentimiento. El bostezo del público del Real ha sido meramente una protesta contra la atención y el recogimiento que exige la música de Wagner. Nada que obligue á concentrarse, nada que mueva á reflexión. – Y aquí entran mis dudas. ¿Es necesario concentrarse para sentir la hermosura del *fuego encantado,* el brío marcial y terrible de la gritería walkyriana, las frases de acero de Brunilda, la melodía delicadísima y sugestiva del *Canto á la primavera*? ¿No bastan los nervios, la imaginación, el oído? Creo que sí. Hay mucho de leyenda en esto de que sea preciso estudiar metafísica ó matemáticas sublimes antes de comprender á Wagner. La suma belleza artística siempre es directa, fulminante, fuerte y poderosa. Se impone. ¡Y sostener que Wagner adormece! Lo que hace es despabilar. Una audición *sentida* de *La Walkyria* consume mucho fluido nervioso. Naturalmente, el que se propone no escucharla no gasta un céntimo... Es el caso del público que salía al *foyer* del Real, caviloso y aburrido, quejándose de la extensión de la obra, que en día de estreno terminaba á la una y media – el público que diariamente asiste á la última función de Apolo, ve por centésima vez el mismo sainete, y se retira á las dos, ó las dos y media, – contento, bromeando, brillantes los ojos y florida la solapa del frac.

El público español, en general, es enemigo de lo nuevo y de lo extranjero, sólo por ser extranjero y nuevo. Nuestra naturaleza nos inclina al oficio de aduaneros intelectuales. Nuestro orgullo vano nos incita á desdeñar lo que no producimos, al mismo tiempo que no prestamos gran atención á lo que producimos, como si fuese tan fácil hinchar un perro. En la segunda representación de *La Walkyria* no faltó quien remedase, aprovechándose de la semiobscuridad en que queda la sala, gruñidos de animales y ronquidos irónicos. He aquí el medio de la cultura dominante; por esta medida la despachamos... Arriba y abajo se parecen más de lo que á primera vista creerá cualquiera. ¡Imitar el cerdo en *La Walkyria!*

Y así y todo es de esperar que Wagner triunfará en el «regio coliseo» como ha triunfado ya en los conciertos. Llegará á oirse la tetralogía como se oyen *Lohengrin* y *Tanhauser,* y acaso, acaso, un empresario valiente, andando el tiempo, se atreva con *Parsifal.* Para entonces ya estaremos archiregenerados, nos habrán vuelto del revés, y formaremos parte de Europa. *Parsifal* será para nosotros un símbolo. Ya se sabe que Parsifal es el destinado á rescatar los pecados y los yerros de Amfortas, el que disipa las sombras y las tinieblas del mal, el que restaña la sangre de la eterna herida.

EMILIA PARDO BAZÁN



FRASES POPULARES

¡ENTRE SCILA Y CARIBDIS!

Según la versión homérica, Scila (la que desgarra) y Caribdis (la que devora) fueron en los tiempos imaginarios nombres de dos rocas situadas entre Italia y la Sicilia.

En la más inmediata al país de Lacio existía una caverna habitada por Scila, monstruo espantoso de doce garras, seis cuellos é igual número de horribles cabezas, provistas de tres hileras de dientes. El escollo opuesto, llamado Calofaro por los modernos geógrafos, servía de vivienda al engendro Caribdis, cuya única misión era engullir tres veces por día las aguas del mar y otras tantas devolverlas.

Posteriormente han fingido los poetas que Caribdis, hija, como Scila, de Orco y de Ceto, habiendo heredado las perversas inclinaciones de la raza titánida, hurtó á Hércules sus bueyes y Júpiter la castigó con un rayo, metamorfoseándola en el temido arrecife que todavía denuncia la vertiginosa circulación de las aguas.

De Scila se cuenta que prendado de sus gracias el dios marino Glauco sin conseguir interesarla, recurrió á los buenos oficios de la renombrada maga Circe; pero enamorada ésta á su vez del hijo de Neptuno y celosa de la hermosura de la ingrata, envenenó la fuente donde solía bañarse, quedando luego convertida en repugnante masa. Cuando la altiva Scila se vió tan desfigurada, túvose tal horror de sí misma que se precipitó en el mar, y en su fondo permanece transformada en gigantesca roca frente á la sima de Caribdis; de cuyo difícil paso hicieron los marinos la frase «Entre Scila y Caribdis,» dando así á entender el grave peligro que ofrecen para la navegación una y otra costa.

LOPE BARRON



El doctor D. FELIPE E. JOFRE, natural de Córdoba, ha pasado de la universidad de aquella docta ciudad á ocupar el sillón del ministerio del Interior. Hombre relativamente joven y bien conservado, tiene fama de ser una lumbrera en las ciencias jurídicas. Figura en el partido nacionalista. Por ser muy íntimo del presidente y por su tacto y prudencia se le considera como factor de consejo dentro del Gabinete actual. Fué antes diputado y senador.



DOCTOR D. AMANCIO ALCORTA, MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES Y DE CULTO



COMODORO MARTÍN RIVADAVIA, MINISTRO DE MARINA



GENERAL LUIS MARÍA CAMPOS, MINISTRO DE LA GUERRA



DOCTOR D. OSVALDO MAGNASCO, MINISTRO DE JUSTICIA É INSTRUCCIÓN PÚBLICA



INGENIERO EMILIO FRERS, MINISTRO DE AGRICULTURA



D. JOSÉ MARÍA ROSA, MINISTRO DE HACIENDA



DOCTOR D. FELIPE E. JOFRE, MINISTRO DEL INTERIOR

DOCTOR D. EMILIO CIVIT, MINISTRO DE OBRAS PÚBLICAS

Al ministerio de Relaciones exteriores se le ha agregado el Culto, descartándolo del de Justicia, á que antes pertenecía. Para el desempeño de tan delicada cartera fué llamado el doctor D. AMANCIO ALCORTA, porque á su representación política une lo que podríamos llamar práctica de la cartera, por haberla desempeñado en las tres ó cuatro presidencias anteriores. Es natural de Buenos Aires y pertenece al partido cívico-nacional. Se le mira con alguna desconfianza por la solución dada á la cuestión de límites con Chile.

El más joven de todos los ministros es el doctor D OSVALDO MAGNASCO, encargado del departamento de Justicia é Instrucción pública. Escritor galano, poeta y novelista, sube á tan elevada jerarquía sin práctica política, pero poseyendo clarísimo talento y gran energía, cualidades con las que se confía podrá salir airoso de la reforma en la enseñanza y la moralización y rapidez en el ejercicio de la justicia; problemas dificilísimos que darán al joven ministro muchos quebraderos de cabeza y no pocos disgustos antes de verlos resueltos.

El ministerio que presenta mayores dificultades no hay duda que es el de Hacienda, encomendado al doctor D. JOSÉ MARÍA ROSA. Si bien no lleva al gobierno ninguna tradición política, en cambio la tiene en sí de labor, modestia y rectitud; y con tales cualidades seguramente sabrá ser un excelente *administrador*, que es lo que hoy necesitan las naciones. Como no tiene historia financiera, es muy difícil predecir bajo qué plan obrará, ya que de momento se ha abstenido por completo de programas y promesas. Es preciso esperar los hechos.

El ministerio de Marina, de recien te creación, ha sido encomendado al comodoro D. MARTÍN RIVADAVIA. Su mejor elogio es el haberse formado á bordo navegando casi siempre y el profesar verdadero culto á su carrera. Dentro de la Armada se le considera como un gran organizador. Además une á su ciencia el ser marino estudioso y progresista. Posee táctica y moderación ejemplares, que mucho las necesita quien en ministerio tan delicado ha de unir voluntades de subalternos para que sea verdad la disciplina y para organizar con plantel nuevo una escuadra que bien pronto pudiera ser de primera potencia marítima en la América del Sur.

El general de división D. LUIS MARÍA CAMPOS ha sido el agraciado con la cartera de Guerra. Su labor promete ser grande, pues para la reorganización del ejército argentino tendrá que usar mucha energía y mucha diplomacia á fin de que desaparezcan círculos que á veces suelen perturbar á la familia militar. La rectitud y la justicia serán, sin duda, sus mejores auxiliares, alcanzando poner al país en verdadero estado de defensa con poco ejército activo y mucha economía, que á ello obliga la confianza de la nación y el santo amor á la patria.

El ministerio de Agricultura ha sido encomendado al doctor é ingeniero D. EMILIO FRERS, quien reune todas las condiciones apetecibles para salir airoso en la implantación del nuevo ministerio. Goza de muchas simpatías, especialmente entre la gente del campo, estancieros y agricultores, y entre todos los que profesan la teoría del libre cambio, escuela en la que parece milita el doctor Frers. Así es que en el Congreso le esperan las resistencias de una mayoría proteccionista que no dejará de causarle algunas desazones. Además, el organizar el nuevo ministerio bajo un plan de firmeza y progreso es más difícil de lo que parece, teniendo en cuenta que se esperan del nuevo ministro grandes cosas, quizá en parte irrealizables por la poca preparación de los mismos colonos. Pertenece al partido cívico-nacional.

El doctor D. EMILIO CIVIT se hizo cargo del ministerio de Obras públicas, que como el de Marina y Agricultura es también de nueva creación. Cartera que dentro de breve tiempo resultará sumamente importante en un país cuyo crecimiento cada día se acentúa. El doctor Civit lleva la tradición de gran rectitud en la administración pública, afirmada en el período de largos años que desempeñó la subsecretaría de Hacienda, y en la de la provincia de Mendoza, de la que fué gobernador. Además se le señala como el hombre eminentemente político del Gabinete. Llega al ministerio sin resistencias, pudiendo trabajar con entera libertad é independencia.

Del estudio del primer Gabinete que acompaña al general Roca, resulta que si no hay ninguna personalidad de superior fama é historia política, estadista ó financiera, en cambio forman sus miembros un conjunto homogéneo que podrá durar largo tiempo, si no chocan con grandes debates parlamentarios ó el presidente de la República no recuerda inoportunamente la célebre frase de Luis XIV: «El Estado soy yo.»

JUSTO SOLSONA

LA WALKYRIA

En el verano de 1876 un acontecimiento de excepcional importancia artística puso en conmoción al mundo musical. Tratábase nada menos que del estreno de una obra de Ricardo Wagner compuesta de cuatro óperas que juntas formaban la llamada tetralogía de *El anillo de los Niebelungos*, la obra predilecta del gran maestro, la que constituía el sueño dorado de su existencia de artista y en la cual había trabajado veintiséis años, ó sea desde 1849 á 1875.

El estreno de aquella composición colosal verificábase, no en las condiciones ordinarias, sino en un teatro levantado expresamente y bajo todos conceptos ajustado á las exigencias del compositor y á las necesidades del grandioso espectáculo que la nueva ópera requería. Wagner, una vez compuesto su drama musical, comprendió que la representación del mismo en los teatros de aquel entonces existentes en Europa era imposible, y pensó en realizar la idea que desde 1855 acariciara de construir un teatro propio que por su disposición, por la colocación de la orquesta, por las especiales condiciones del escenario, le permitiera llevar á la práctica los grandiosos pensamientos que en su mente se agitaban. Ayudado por algunos admiradores y protegido eficazmente por el rey Luis II de Baviera, pudo ver convertida en realidad la ilusión durante tanto tiempo acariciada y edificado en la modesta población bávara de Bayreuth el sencillo y severo edificio que había de ser templo á la vez que del arte más puro de su gloria imperecedera.

Y como si las circunstancias del estreno de la ópera y la inauguración de un teatro construído *ad hoc* no fueran bastantes, aumentaba el interés que el acontecimiento despertaba entre inteligentes y aficionados la noticia de que para tomar parte en la ejecución de aquélla habíanse prestado gratuitamente los más afamados artistas líricos alemanes en número tal, que no pudiendo todos desempeñar principales papeles, habíanse contentado muchos con que en el reparto les distribuyeran papeles secundarios (1). La orquesta, á su vez, componíase casi exclusivamente de los más eminentes solistas, no ya de Alemania solamente, sino de toda Europa.



LA CIENCIA, escultura de Onslow Ford

Viajeros de todas procedencias acudieron á Bayreuth, y al estreno de las cuatro jornadas de *El anillo de los Niebelungos*, que se verificó en los días 13, 14 15 y 16 de agosto, asistieron el emperador Guillermo, el del Brasil, hasta veinte soberanos alemanes y gran número de personajes ilustres además de los críticos y *dilettanti* más renombrados del mundo entero.

El éxito de aquellas representaciones fué inmenso, y al terminar la última parte de la tetralogía, Wagner pudo envanecerse de haber logrado el triunfo más grande que registran los anales de la historia de la música y de haber asistido en vida á la apoteosis más brillante que á un mortal le es dado presenciar. Larga y terrible había sido la lucha sostenida durante cuarenta años; pero la victoria era completa, y el día en que un público delirante de entusiasmo aclamaba al autor de esas cuatro maravillas que se titulan *El oro del Rhin, La Walkyria, Siegfried* y *El crepúsculo de los dioses*, bien pudo considerarse indemnizado de los pasados sinsabores el que anduvo errante tantos años mendigando á veces el sustento y viendo rechazadas sus obras por públicos que de inteligentes se preciaban. ¡Lástima que no pudiera presenciar las ovaciones con que después de su muerte fué acogida *La Walkyria* en París, último baluarte, por decirlo así, rendido al wagnerismo!

De todas las óperas que componen *El anillo de los Niebelungos, La Walkyria* es la que más se ha popularizado, representándose hoy en los principales teatros de Europa. En España, donde tantos y tan ardientes partidarios tiene la música del inmortal maestro de Leipzig, era esperada con verdadera impaciencia esta obra, tantas veces prometida por las empresas, que nunca parecían hallar ocasión á propósito para cumplir sus ofrecimientos. Por fin este año los públicos de Madrid y de Barcelona han podido ver realizados sus deseos, y justo es que dediquemos un aplauso á los señores Paris y Vehils, que como empresarios del Real y de nuestro Liceo respectivamente, han dado á conocer tan maravillosa partitura, de cuyo éxito en ambos teatros nos ocupamos en su día en la correspondiente sección del periódico. Lo que entonces dijimos y la lámina que en la siguiente página publicamos, bastan para que nuestros lectores se formen idea de la representación de esa ópera en el gran teatro de nuestra capital. Por esto y por lo mucho que estos días se ha escrito en la prensa diaria acerca de la música y del argumento de *La Walkyria*, nos abstenemos de entrar en el examen de una y otro, que además exigiría un espacio del que no disponemos. Unicamente haremos constar la satisfacción con que todos los amantes del arte lírico han visto este nuevo triunfo de la música wagneriana, de esa música que oída al principio con prevención por muchos, con indiferencia por algunos y con entusiasmo por muy pocos, ha acabado por imponerse á todos los públicos y por constituir el mayor atractivo en todas las solemnidades musicales. El compositor, calificado un día de loco revolucionario, es hoy un genio aclamado por el mundo entero. – X.

(1) Los artistas que estrenaron la tetralogía fueron: las señoras Grun, Haupt, Jaide, Lehmann (de Berlín), Lehmann (de Colonia) y Lammert, y los Sres. Baz, Lembad, Vuger, Vogl, Eilers, Reschenber, Hill y Schlasser, *El oro del Rhin*; las Sras. Sheffzky, Materna y Grun, y los Sres. Niemann, Niering y Baz, *La Walkyria*; las Sras. Jaide y Materna, y los Sres. Vuger, Schlotter, Wolff, Hill y Reschenberg, *Siegfried*; y las Sras. Materna, Weckerlin y Jaide, y los Sres. Vuro, Guro, Koegl y Hill, *El crepúsculo de los dioses*.



«LA WALKYRIA» en el Gran teatro del Liceo de Barcelona, composición y dibujo de J. Passos



Es la Esperanza que huye, dijo Azrael

AZRAEL

VISIÓN DE ORIENTE

(ilustraciones de Delaspre)

A M. André Theuriet

A las horas ardorosas de un sol de fuego había sucedido la calma de la noche tibia.

Como un viajero que, después de una larga jornada, apenas puede levantarse, Jericó, la Jericó de Marco Antonio, de Cleopatra, de Herodes, sumida en las tinieblas, parecía despertar trabajosamente de ese pesado sueño que hace pensar en la eternidad.

Los quejumbrosos ladridos de los perros, los lejanos aullidos de la pantera que turbaban este silencio hacían más espantosa aquella soledad lamentable.

Porque pesa la melancolía sobre toda esa tierra de Judea... En vano las flores con sus más brillantes colores esmaltan la pradera; en vano los ramajes de los árboles ofrecen frondoso retiro al mundo alado: ni un pájaro canta en los aires, ni se oye un grito de niño alegre; en los caminos bañados de luz no se escucha una sola canción.

Parece como que una inmensa mortaja envuelve esas altas montañas y esos valles profundos, y se siente que el recuerdo del *Gran Muerto*, después de haber alumbrado con su luz divina los siglos pasados, dejará sentir por mucho tiempo su peso abrumador sobre los venideros, comunicando á todo cuanto vive y respira en aquel suelo sagrado ese aire misterioso, esa religiosa gravedad y, según dijo el poeta, esa tristeza que infunde esa pesadumbre de la vida mediocre, de los días lentos con fiebre, sin deseo, sin milagro.

Una sombra extraña deslízase, sin embargo, aquella noche á lo largo de las callejuelas de la vieja ciudad: de vez en cuando se detiene, escucha, parece vacilar y luego emprende de nuevo la marcha.

Cerca de la fuente del sultán, abrigada por la gigantesca sombra del sicomoro en donde se encaramó Zaqueas para ver mejor á Jesús, álzase un edificio de apariencia bastante rica, cuya entreabierta puerta deja paso á una tenue línea de luz. La sombra aproxímase á aquella vivienda, y al oir gemidos y un confuso murmullo de plegarias, gritos y sollozos, «Es aquí» exclama y se detiene.

En el momento en que se disponía á penetrar en aquella casa, vió venir hacia ella una forma blanca, con el rostro bañado en lágrimas, y mientras la sombra se apartaba para dejarla pasar, la forma blanca, deshecha en llanto, levantó los ojos y al reconocer al ángel de la Muerte murmuró aterrada:

—¡Azrael, que me arrojas de esa vivienda! Bien sabía yo que no estabas lejos.

Y replegando sus alas, perdióse en las tinieblas de la noche.

—Es la Esperanza que huye, dijo Azrael. El destino ha de cumplirse.

Y diciendo esto entró en la casa.

Invisible para todos, ofrecióse á sus ojos el siguiente espectáculo.

Sobre fúnebre lecho adornado de flores yacía un joven, al parecer dormido.

Cuando se acercó Azrael, palideció horriblemente el rostro del moribundo.

A su alrededor lloraban y mesábanse los cabellos su familia, sus padres, sus amigos.

Sola, de pie junto al que se moría, veíase una doncella de extraordinaria hermosura: era Rebeca, hija de Selim y prometida de Hassán, de Hassán que la muerte le arrebataba en el momento en que iba á unirse á ella.

Juventud, belleza, fortuna parecían prometerles un largo porvenir de dicha y de amor, y de pronto desvanecíase este dulce ensueño, y la bella prometida iba á ser condenada á la eterna tristeza, al irreparable abandono sin haber libado la miel del primer beso.

Azrael disponíase á rozar con su ala el rostro de Hassán cuando su mirada se fijó en Rebeca.

Al ver aquel dolor mudo, pero tan expresivo, tan sincero; al admirar la pureza de líneas del rostro de la doncella, él, tan implacable, tan indiferente al sufrimiento humano, sintióse invadido por vez primera de un sentimiento desconocido..., ¿de compasión quizás?, y por vez primera permaneció turbado, inquieto, vacilante.

Mirando desdeñosamente la débil presa que iba á llevarse, clavó sus ojos en la prometida del moribundo, y poco á poco, replegando lentamente sus alas, púsose á pensar en un cambio monstruoso.

Entonces tomó forma humana, acercóse á Rebeca é inclinándose sobre su oído le dijo:

—Escúchame, hija de Selim; soy un médico sabio, hábil en el arte de hacer milagros. ¿Darías tu vida por salvar la del hombre á quien pretendes amar sobre todo lo de este mundo? Tu padre tendrá á su lado, para consolarse de tu pérdida, á tus hermanos y á tus hermanas; los padres de Hassán, en cambio, no tienen más hijo que éste, que es su único sostén, su más cara esperanza, y no sobrevivirían á la muerte de ese ser por ellos adorado. Reflexiona... Mañana, cuando el sol habrá desaparecido detrás de los corpulentos sicomoros que bordean el vado del Jordán, te esperaré en aquel sitio: hasta entonces Hassán permanecerá, sin sufrimiento alguno, sumido en un profundo sueño al que sucederán, según lo que tú resuelvas, el despertar y la vida, ó el eterno reposo, el silencio y la muerte.

Rebeca, oyendo esta voz, alzó los ojos y miró al desconocido, y al contemplar aquel rostro extraño, aquella lívida palidez, la fijeza de aquella mirada, sintió frío hasta en lo más hondo de su corazón.

—¡Ah, te reconozco!, exclamó. Eres Azrael. Otra vez te he visto, codiciosa muerte, inclinada sobre el lecho de mi madre, cuando para arrebatarla al cariño de un esposo á quien adoraba le diste el beso frío que para siempre heló sus labios. De nuevo te me apareciste en otra ocasión; te sentí rondar alrededor de mi lecho de doncella una noche de fiebre en que Hassán, desesperado, rezaba de rodillas con todos los míos. Y ahora vuelvo á verte, celoso de la felicidad por nosotros soñada, y te atreves á proponerme un pacto terrible... Pues bien, acepto; apodérate de mí, Azrael; pero advierte que nuestras almas están tan estrechamente unidas, que por más que hagas, no conseguirás matar más que la mitad de mi ser.

—Si quieres salvar á Hassán, respondió con feroz acento el genio sombrío, pide al cielo que pueda yo olvidar ese amor. El alba asoma; hasta mañana, Rebeca, y acuérdate de lo prometido.

Reinaba nuevamente el silencio en la casa, y al lado de Hassán permanecían tan sólo su padre, su madre y Rebeca.

—Aún queda alguna esperanza; id á descansar y confiadme la custodia de mi adorado junto al cual velaré.

Cuando estuvo sola, arrodillóse y así permaneció rezando largo rato. Levantóse luego y dulcemente apoyó sus labios sobre la frente del mancebo, quien al contacto de aquel prolongado beso, quiso incorporarse, pero se desplomó de nuevo murmurando:

—¡Rebeca!

—Duerme, alma querida, que estoy á tu lado, dijo ésta cerrando con sus dedos las entorpecidas pupilas de Hassán.

E inclinándose sobre su oído añadió con voz acariciadora:

—¡Duerme! ¡Te amo!

Y el joven adormecióse sonriente con la tranquilidad del niño que siente junto á sí al ángel de su guarda.

¡Horas rápidas que hieren todas y la última de las cuales mata! ¡Cuánto torturaba su veloz marcha á la infeliz Rebeca!

Fijos los ojos en Hassán, hablábale con el pensamiento y le decía:

—Aunque es muy cruel morir tan joven y sobre todo siendo amada, este sacrificio me es grato. Pero tú, amor mío, si sólo has de volver á la vida para saber que no existe ya esa Rebeca á quien tan hermosa encontrabas..., ¿qué va á ser de ti? ¿Te condenaré á llorar, á sufrir, queriendo darte esta prueba sobrehumana de mi cariño? Ya que no puedo llevarme ese corazón que me habías entregado, ¡si al menos pudiera amarte lo suficiente para desear que me olvides el día en que nadie pronuncie delante de ti mi nombre, y que más adelante otra!.. Pero no; esto es superior á mis fuerzas, y mi existencia, esta existencia que sin pesar te sacrifico, bien vale la limosna de un recuerdo.

Era muy entrado el día cuando Rebeca regresó á casa de su padre.

Apenas salió de casa de Hassán, parecióle que la atmósfera era de fuego. ¡Imposible respirar! No se percibía el más ligero soplo de aire. El cielo aparecía de color de plomo; por doquier reinaba pavoroso silencio, y los rebaños, que los pastores conducían precipitadamente á sus establos, andaban con la cabeza vuelta hacia el Norte con la esperanza de aspirar un poco de viento fresco. Los árabes, hundiendo el rostro en su jaique, corrían aterrados, porque el aire de fuego que soplaba era el abrasador khamzin, el incendio.

Apresuró Rebeca el paso y llegó casi sofocada al hogar paterno, resuelta á contárselo todo al viejo Selim y á pedirle su bendición antes de acudir á la siniestra cita.

Después de haber escuchado á su hija y á pesar de la terrible aflicción que la decisión de ésta le produjo, extendió sus temblorosas manos sobre la cabeza de Rebeca, y cuando la prometida de Hassán presentó su frente para recibir en ella el ósculo de paz



Una de ellas, que descubrió el cuerpo de Rebeca, llamó á sus compañeras

y de despedida, sintió que gruesas lágrimas caían de los ojos del anciano.

– Ahora, padre mío, sólo un ruego he de dirigiros: juradme por el Alcorán que Hassán, mi bien amado, no sabrá nunca que he dado mi vida por salvar la suya; no quiero que mi sacrificio constituya para él un remordimiento, y por el contrario, deseo que viva por mí, pero dichoso. Cuando se haya restablecido por completo, y sólo entonces, se le dirá que he muerto, y mi muerte se le explicará fácilmente por el dolor que experimenté ante la idea de perderlo para siempre. Si me juráis esto, padre mío, partiré tranquila llevando conmigo un solo pesar, el del primer disgusto que involuntariamente voy á causaros. En este mundo, en donde la dicha completa es imposible, de dos seres que se amaban uno solo habrá podido considerarse enteramente dichoso, y será aquel que, muriendo, habrá dado al otro la prueba irrecusable de su sincero amor.

– ¡Cúmplase tu destino!, respondió Selim. Lo que sucede había de suceder.

Y prestó solemne juramento.

Las horas que siguieron á esta entrevista pasólas Rebeca con sus hermanos y después vistióse el traje de desposada que espera el momento feliz del matrimonio, y engalanada como en los días de fiesta, salió sin ser vista de nadie.

El sol, menos ardiente que por la mañana, comenzaba á ocultarse detrás de las grandes líneas azuladas de las montañas de Moabia cuando Rebeca llegó á los acueductos.

Durante el camino observó con tristeza que todas las flores estaban mustias.

El khamzin lo había agostado todo con su aliento abrasador.

Llegado que hubo al estanque de Moisés, se detuvo, sentóse un instante en el mismo sitio adonde tantas veces había ido con Hassán al atardecer, y sus ojos se humedecieron al pensar que allí mismo, juntas las manos y bajo el sombrío fuego de las estrellas, habían hablado dulce y apasionadamente de amor y del porvenir.

Cuando al fin llegó á la orilla del Jordán, al borde del vado junto al cual florecen el perfumado tarfa y el laurel rosa, advirtió la presencia de Azrael.

El ángel de la Muerte avanzó lentamente hacia la doncella, que entonces le pareció aún más hermosa que la noche antes.

– Te esperaba, Rebeca.

– Heme aquí.

– ¿Estás dispuesta?

– Lo estoy.

– Escucha, dijo Azrael después de un instante de silencio. El momento es solemne. Como no ha sonado todavía tu hora, nada puedo sobre ti si no te entregas á mí voluntariamente: así lo quiere el Destino, que lo dispone todo. Todavía estás á tiempo: mira bien delante y detrás de ti, el pasado y el presente. Allí te espera aquel cuya vida está en tus manos; aquí, á tus pies, el agua que se arremolina y que te conducirá á la eterna noche. ¿No te pesa lo que vas á hacer, y por tu propia voluntad quieres, vestida con ese traje nupcial, unirte á la muerte recibiendo el beso de Azrael?

Rebeca, sin contestarle, entró en el río por el mismo sitio en donde San Juan bautizó á Jesús.

La doncella avanzaba con lentitud y el ángel de la Muerte gritóle por última vez:

– ¡Rebeca, aún es tiempo!

Cuando el agua llegaba hasta su pecho, la joven se deslizó en la corriente del río que, como lecho formado por obscuras esmeraldas, sostúvola amorosamente sobre su superficie.

Azrael volaba encima de ella, extendidas las alas, pero sin atreverse á tocarla.

Al llegar á una curva violenta en donde el Jordán se divide formando dos brazos, el cuerpo de Rebeca cesó de flotar: el sol ardiente de aquel día caluroso había hecho descender las aguas, y la joven, desmayada, fué suavemente depositada por éstas en un grupo de amiris, bajo las amplias hojas de las morelas de encarnadas flores.

Allí acudían todas las tardes las mujeres de la ciudad á llenar sus ánforas.

Una de ellas, que descubrió el cuerpo de Rebeca, llamó á sus compañeras, las cuales se apresuraron á socorrer á la pobre criatura.

Cuando abrió los ojos, Azrael se acercó á ella.



¡Sí, el amor, más poderoso que la muerte!

El ángel de la Muerte clavó su mirada en la mirada profunda de Rebeca y dejó escapar un sordo gemido.

Acababa de ver reflejada en ella la imagen de Hassán.

Y al contemplarlos reunidos aún más allá de la vida, sintióse vencido y tuvo compasión.

Cuando Rebeca recobró el sentido, oyó en el aire un grito de dolor supremo y luego un golpeteo de alas, y en el azul profundo de la estrellada bóveda vió desvanecerse poco á poco la sombra de Azrael que parecía huir.

Al día siguiente, Hassán radiante de gozo decía á Rebeca:

– Paréceme que despierto de un largo sueño durante el cual he soñado cosas muy tristes... Imaginábame que ibas á morir, y sin poder volar en tu ayuda, te veía, alma adorada, perseguida por una especie de genio de alas negras: y ¡cosa singular!, la penosa visión ha desaparecido en el momento mismo en que inclinado sobre ti, fijos en los tuyos mis ojos, trataba de reanimarte con mi aliento... En aquel instante pronuncié tu nombre y todo se desvaneció. ¡Y ahora estás á mi lado!

– No hables, Hassán, murmuró la doncella; sólo la fiebre ha podido engendrar en tu cerebro este sueño triste. Olvida todo lo que no sea esta hora bendita, porque vuelves á la vida y voy á ser tu esposa.

– Pero ¿quién ha podido realizar este milagro, querida Rebeca?

– ¡El amor!, respondió á media voz y sonrojándose aquella criatura divina.

Y luego, recostándose dulcemente sobre el pecho de su amado y rodeándole con sus brazos, añadió en voz aún más tenue, no sin antes dirigir una mirada temerosa á su alrededor:

– ¡Sí, el amor, más poderoso que la muerte!

FEDERICO FEBVRE

NUESTROS GRABADOS

La última balada, cuadro de Román Ribera (Salón Pedro Robira). – Román Ribera ni decae ni envejece. A pesar de los años transcurridos desde sus ruidosos éxitos en la capital de la vecina nación, continúa en su noble empeño de vencer las dificultades de la línea y del color. Complácese hoy como ayer en arrostrar obstáculos, en alcanzar prodigios de ejecución, apareciendo siempre dueño de la paleta, maestro en el trazo, campeón decidido de la distinción y del buen gusto.

La última balada es dignísima pareja de otros lienzos que le han procurado notoriedad. Vano es el empeño de aquellos que trataron de establecer comparaciones entre Ribera y otros artistas extranjeros meritísimos, puesto que si, como alguno de éstos, se distingue por la delicadeza de la factura, merece aplausos también por la verdad que rebosa en sus composiciones, por el movimiento de las figuras y el brochazo del colorido. Ribera es personalísimo, y repetimos que no decae ni envejece. Su nombre, hoy digno de respeto, constituye una de las glorias del arte patrio.

La Ciencia, escultura de Onslow Ford. – Tiene esta obra del celebrado artista inglés toda la severidad, todo el carácter clásico que tan bien cuadra á las esculturas de este género, en que se ha de materializar una idea tan elevada como la de la Ciencia. Las líneas todas de la noble matrona, la actitud de la figura, la expresión de su rostro, todo lleva impreso aquel sello que recordando las obras maestras de la antigüedad perpetúan la tradición que ésta nos legara y que todos los caprichos de la voluble moda no han podido destruir. La escultura de Onslow-Ford constituye una de las que han de adornar el pedestal del monumento destinado á la India y dedicado al difunto marajah de Mysore: hará juego con ella la alegoría de la *Justicia* y sobre el zócalo se alzará una estatua ecuestre colosal del marajah vestido con riquísimos ropajes.



En la playa, cuadro de Francisco Miralles (Salón Pedro Robira)



Una mascarada, cuadro de Ramiro Lorenzale (Salón Parés)



PRELUDIO DEL BAILE, cuadro de Joaquín Agrasot (Salón Parés)

Silla regalada al presidente de la República de Guatemala, obra de D. José Ill y Almirall.— Con gusto reproducimos esa bellísima obra de arte ejecutada



Silla del presidente de la República de Guatemala, obra de José Ill y Almirall

por el escultor tallista catalán Sr. Ill y Almirall: el notable artista ha dado con ella pruebas de su exquisito gusto, y en su ejecución ha demostrado talento y habilidad no comunes, buscando la elegancia de las líneas y esculpiendo con corrección suma los primorosos detalles que en el mueble se admiran.

En la playa.—En el parque, cuadros de Francisco Miralles (Salón Pedro Robira). – Bien merece Francisco Miralles un aplauso por los dos bonitos cuadros de caballete que reproducimos en este número. De asunto y situación diversos, presentan uno y otro los caracteres que distinguen sus producciones. Elegancia en las líneas y belleza en el colorido.

En la playa es una preciosa marina, bien estudiada, que avaloran las dos figuras que en su centro se destacan; y *En el parque* es un bello paisaje que ofrece el atractivo del grupo de niñas y jovencitas entregadas á inocentes juegos, produciendo armónico efecto el movimiento de cada una de ellas y la tonalidad de sus trajes sobre el fondo de los árboles. Las dos composiciones á que nos referimos han llamado justamente la atención de los visitantes del Salón Pedro Robira, en donde han figurado para desde allí formar parte del embellecimiento de uno de los salones aristocráticos de nuestra ciudad.

Una mascarada, cuadro de Ramiro Lorenzale (Salón Parés). – *La mascarada*, de Ramiro Lorenzale, es una evocación del pasado, una escena carnavalesca de comienzos de este siglo, dispuesta de manera que su autor ha podido dar nueva prueba de su buen gusto y de su acierto en tratar asuntos, tipos y pormenores de la época de nuestros abuelos. Esta obra, cual todas las de igual género que brotan de su paleta, lleva impreso el sello especial que caracteriza sus composiciones, por la elegancia de las líneas y la delicadeza de los tonos, resultando simpáticas y agradables, sin que por ello se separe de las reglas que informan el concepto artístico.

Este género, casi desterrado por efecto de las novísimas corrientes, es hoy el predilecto de Lorenzale y nos complacemos en consignar que gracias á su hábil ejecución logra que se acoja con aplauso y que el público vea con gusto la resurrección de una sociedad que pasó, cuyos tipos, trajes y pormenores tan ancho campo ofrecen al artista para hacer gala de sus pictóricas aptitudes.

Antigua moneda con el busto de Jesucristo. – M. Boyer d'Agen, de París, adquirió hace poco tiempo en una tienda de curiosidades de Roma la moneda que reproducimos y que en sentir de aquél es el retrato auténtico de Jesucristo. Que se trata de la efigie del Redentor lo demuestra la inscripción hebrea del reverso, que dice: «El Mesías, el rey, vendrá en paz; es la Luz de los hombres hecha carne y viva.» Boyer d'Agen cree que esta moneda hebrea fué acuñada tomando por modelo un retrato de Jesús de procedencia hebrea, de los primeros tiempos del cristianismo. Acerca de la autenticidad de esta moneda ha surgido empeñada discusión entre los numismáticos franceses, y mientras unos sostienen la opinión citada, otros afirman que aquélla data del siglo XVI y la Sociedad de Anticuarios Franceses de París encuentra gran semejanza entre esa moneda y un medallón grabado en Roma á fines del siglo XV por el milanés Gio Antonio Rossi. Sea de esto lo que fuere, es lo cierto que la moneda ha llamado mucho la atención de los aficionados é inteligentes.





Antigua moneda con el busto de Jesucristo recientemente descubierta

Preludio del baile, cuadro de Joaquín Agrasot (Salón Parés). – Es *Preludio del baile* una nueva página de los cuadros de costumbres valencianas que plásticamente representa el distinguido pintor J. Agrasot. Allá en la típica *huerta*, junto á las *cabañas*, improvísase un baile, en el que toman parte apuestos mozos ataviados con su característico traje que evoca el recuerdo de los moriscos, y algunas bellas y garridas campesinas engalanadas con sus floreadas faldas y justillos y complicado tocado. Dispónense á empezar la danza á los acordes de la guitarra y el *guitarrillo*, punteados con habilidad por dos aficionados conocedores de los aires de la tierra. Este es el momento representado por el artista, que en este lienzo, como en todos los similares que produce, distínguese por su vigoroso trazo y por la armónica combinación de tonos, trajes y pormenores, que denotan observación, habilidad y maestría. De ahí que sean tan apreciados los lienzos de Agrasot, pues aparte de su belleza son trasunto fiel de ese conjunto de luz y tonos, de asuntos y situaciones que retratan el modo de ser del pueblo valenciano.

El general ruso Miguel Annenkoff. – A la edad de sesenta y tres años ha fallecido recientemente en San Petersburgo el general Miguel Annenkoff, el gran creador de los ferrocarriles transcaspiano y transiberiano. Estas dos obras colosales que constituyen el más preclaro timbre de gloria del ilustre general, estas dos vías estratégicas y comerciales que quizás algún día transformarán los destinos del mundo, han sido realizadas merced á la perseverancia y á la tenacidad extraordinarias de aquel hombre dotado de una energía sin ejemplo que hubo de vencer para ello obstáculos que se consideraban insuperables. Como militar, Annenkoff prestó asimismo grandes servicios á su patria, y en la guerra turco-rusa su nombre figuró entre los de los caudillos más valerosos y más expertos.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – Londres. – En Burlington House se ha inaugurado una exposición de obras de Rembrandt, como la que hace poco se verificó en Amsterdam. Figuran en ella 102 cuadros del gran maestro flamenco, que han sido facilitados por algunos particulares y museos: la nota saliente de esta exposición es el gran número de admirables retratos que en ella se han reunido.

Berlín. – Después de largas contiendas entre los artistas berlineses ha surgido una secesión que sólo tomará parte en las grandes exposiciones que allí se celebren en el caso de disponer de locales especiales y de un jurado propio. Al frente de este grupo, que hasta ahora cuenta con 68 miembros, figuran Liebermann, Frenzel, Leistikow, O. Engel, K. Herrmann, Skarbina, Dettmann y F. Klimsch.

Venecia. – El comité de la Exposición internacional de Bellas Artes que ha de celebrarse en Venecia, desde 22 de abril hasta 31 de octubre del presente año, ha señalado tres premios de 1.500, 1.000 y 500 liras para las mejores críticas que se publiquen en los periódicos hasta el 30 de septiembre de las obras que en la exposición figuren.

Copenhague. – El propietario de una de las principales fábricas de cerveza de Copenhague, M. Jacobsen, ha manifestado al Ayuntamiento de aquella capital que legaría en testamento sus magníficas colecciones artísticas á la ciudad si ésta erigía un edificio digno de ellas. El valor de estas colecciones es de cinco millones de coronas (unos 7.000.000 de pesetas) y entre las muchas joyas artísticas que comprenden sobresalen las antiguas esculturas, especialmente las procedentes de la villa Borghese y 178 bustos romanos.

Teatros. – Se ha estrenado en Munich una ópera de Siegfrido Wagner, hijo del gran maestro alemán, que hasta ahora sólo se había dado á conocer como director de orquesta: titúlase *La piel de oso*, y su libreto, escrito por el mismo compositor, está basado en un cuento de Grimm; la música revela no escaso talento en su autor y se distingue sobre todo por su instrumentación brillante.

París. – Se han estrenado con buen éxito: en el Ambigú Cómico *La Mioche*, interesante drama en cinco actos y nueve cuadros de Julio Mary; en Cluny *La Poule blanche*, bonita opereta en cuatro actos de Mauricio Hennequin y Antony Mars con música de Víctor Roger; y en Novedades *La dame de chez Maxim*, comedia bufa en tres actos de J. Feydeau.

Madrid. – En el teatro de la Comedia se ha estrenado con buen éxito *Los reyes en el destierro*, comedia en tres actos de Alejandro Sawa, tomada de la novela del mismo título de Alfonso Daudet.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en Romea *La farsa*, bellísima comedia en tres actos de Angel Guimerá, que es una enérgica crítica de la farsa electoral de nuestros días y que está esmaltada de bellísimos pensamientos, de notas delicadas y de chistes de la mejor ley; en Novedades *La cruz del túnel*, interesante melodrama en tres actos de Eusebio Blasco, y en el Eldorado *El asistente del coronel*, graciosa pieza en un acto de Gonzalo Cantó. En el Lírico ha dado sus dos últimas sesiones el «Teatre Intim,» habiendo puesto en escena en la segunda *Ifigenia en Táurida*, la bellísima tragedia de Goethe traducida admirablemente en versos catalanes por el inspirado poeta catalán Sr. Maragall, de la cual nos ocupamos cuando hace poco tiempo se estrenó en los jardines del Laberinto: la escena fué dispuesta con exquisito arte por el reputado artista Sr. Utrillo. En la tercera sesión se estrenaron el drama en un acto de Mœterlink, titulado *Interior*, y *Blancaflor*, de Gual, con delicada música de Granados. En el propio teatro ha dado últimamente un concierto el notabilísico «Orfeó Catalá,» que con tanto acierto dirige el maestro Millet. También en el Lírico han dado comienzo los conciertos de la «Sociedad Musical de Barcelona:» los dos primeros, dirigidos por el célebre director alemán Oscar Jüttner, han valido á éste y á la orquesta sendas ovaciones en todas las piezas que se ejecutaron.



El general ruso Miguel Annenkoff, recientemente fallecido

Necrología. – Han fallecido:

Eduardo Spoerer, notable paisajista alemán.

Guillermo Jenner, famoso anatómico inglés, profesor de la Universidad de Londres, médico de la reina Victoria y autor de importantes obras de medicina.

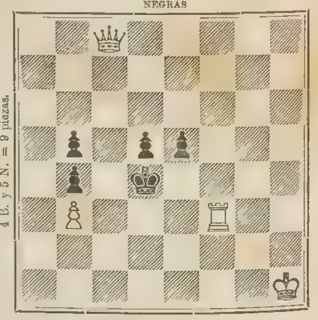
Luis Marold, conocido dibujante francés.

D. Agustín Rigalt, pintor catalán, autor de notables proyectos de aplicación del arte á la industria y profesor de la Escuela de Bellas Artes de Barcelona.

AJEDREZ

Problema número 148, por Valentín Marín

NEGRAS



4 B. y 5 N. = 9 piezas.

BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema número 147, por J. Paluzíe

Blancas.	Negras.
1. A 3 A D	1. Cualquiera.
2. T, A ó C mate.	

INSEPARABLES

NOVELA POR JUANA MAIRET. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

– Bueno, ventilemos de una vez la cuestión y que no se hable de ello nunca más. ¿Entiendes? Jamás. Si vas á Bélgica, es por no asistir al matrimonio de Lili Emeyrian.

– Sin embargo, no me doy por herido en el corazón, dijo Esteban con burla.

– Si hay algún corazón herido, no es el tuyo. Sabes que la tía Rosa deseaba casarme con Lili...

– Si estorbé ese matrimonio, me será tenido en cuenta en el Paraíso, porque te ahorré una insigne tontería.

– Para ahorrármela, hiciste creer á esa niña que la querías; te retiraste – discretamente, ya lo sé, poco á poco. – ¿De qué había de quejarse la chica, si jamás te declaraste á ella? Faltábate tiempo para ir con frecuencia hasta Sevres. Nada más natural. Pero Lili sufrió en silencio, desarrollándose la amargura que su naturaleza encerraba. Una desilusionada de veinte años es triste, y tu comportamiento con ella ha sido muy cruel.

– ¡Cándido! Conozco á las muchachas modernas. Lili Emeyrian es un bonito ejemplar. Hablas de corazón. ¡Si ella no tiene! Creyó un instante que casándose conmigo haría un negocio regular; pero al comprender que semejante cálculo iba á fallar, cambió de rumbo y aceptó un marido de manos de su buen tío Perraud. Aquí tienes toda la intriga y toda la tragedia. Después de todo, le hice un bien, lo mismo que á ti. Ni tú eras el marido que convenía á esa pequeña ambiciosa de corazón seco, ni ella era á propósito para hacerte feliz. Si pensaste un momento estar enamorado de Lili, ello pasó pronto y bien, á juzgar por las habladurías de entre bastidores.

Pedro no contestó. Realmente no había estado nunca enamorado de Lili Emeyrian; pero él, que frecuentaba pocas muchachas y profesaba un tierno respeto por esos seres aparte, hubiera podido enamorarse de ella. La idea del matrimonio, de la vida sencilla y sosegada, con hijos que educar, no le inspiraba los chistes en uso entre las gentes que más frecuentaba. Parecíale, al contrario, que allí, al lado del deber, podría encontrarse la felicidad verdadera.

Después de un silencio bastante prolongado, durante el cual Pedro había vuelto á hojear sus papeles y Esteban había encendido un cigarro, este último dijo bruscamente:

– ¿En qué estado se encuentra nuestra caja?

– No muy brillante. No me explico que gastemos tanto dinero, haciendo esta vida de estudiantes. Creo que quedan un billete de mil y algunos de cien francos. Pero el trimestre del alquiler se aproxima á pasos de gigante. Estamos muy lejos aún de mi sueño de lujo – ¿sabes? – el bonito cuarto de soltero con un fumadero oriental.

– Mas tarde será. Necesito fondos para mi viaje.

– Piensa en el alquiler.

Al marcharse Esteban, Pedro tuvo ocasión de notar que el billete de mil francos había desaparecido y que los de ciento escaseaban. Se encogió de hombros sonriendo, pero en seguida se puso á escribir una narración dramática que una Revista le pedía desde hacía mucho tiempo y que él se cobró lo más caro posible. Había que pensar en las cosas serias, representadas por un casero, un sastre y otros industriales, molestos, pero necesarios.

VI

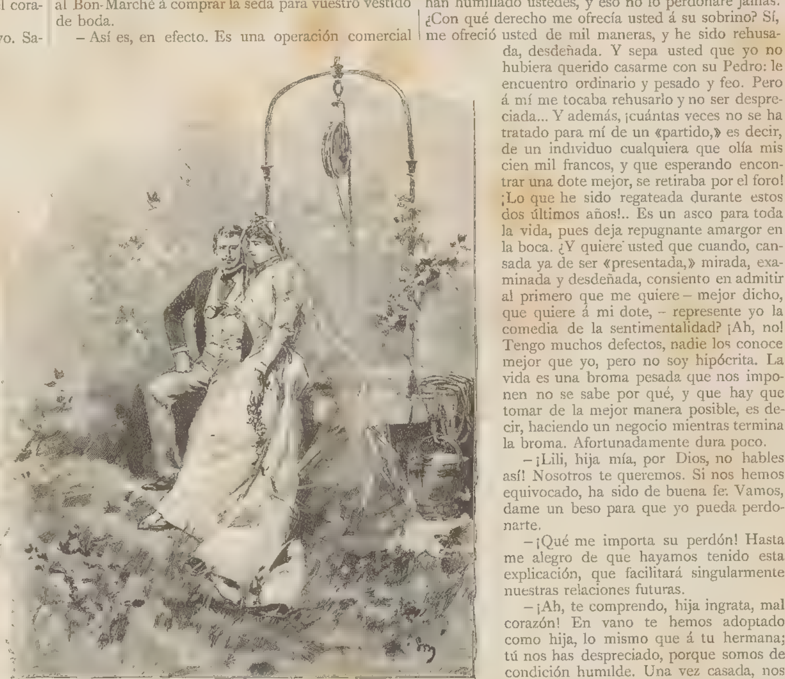
La tía Rosa, muy emocionada, vestía con sus propias manos, que temblaban un poco, á la novia, la cual, fría, como indiferente á todo, no temblaba ni pizca.

– Dispense usted, tía, dijo Lili con su finura desdeñosa que desconcertaba siempre á la buena señora Perraud; creo que prenderé mi velo mejor que usted. Sus manos parecen hoy menos hábiles que de ordinario; las veo temblar...

El asombro pintóse en los ojos de la muchacha. La tía Rosa la miraba, asombrada también, pero con un asombro rayano en la indignación.

– No sé de qué están hechas las muchachas del día, exclamó al fin. Vais al matrimonio como iríais al Bon-Marché á comprar la seda para vuestro vestido de boda.

– Así es, en efecto. Es una operación comercial como otra cualquiera; menos desagradable solamente.



–¿Y qué leía usted al borde de este pozo?

– ¿Entonces no amas á tu futuro?

– ¿Que si amo al Sr. Masbois? Pues... no. Dicen que el amor vendrá luego; mejor; yo procuraré que así sea. Por ahora, en vano me consulto..., no, el corazón no late. León me gustaba bastante hace seis semanas, cuando lo vi por primera vez; tiene buen trato y porte bastante distinguido; además es arquitecto, lo cual entra en la categoría de las profesiones admisibles; pero no ocultaré á usted que me es muy desagradable el pensar que va á ser mi marido. Desde ayer me es completamente antipático. Pero esto pasará.

– ¿Por qué te casas con él? Lili, Lili, reflexiona. Aún es tiempo de romper.

– ¿En el momento de ir á la alcaldía y á la iglesia? ¿Un escándalo? ¿Qué está usted diciendo, tía? ¡Sería de un mal gusto!..

– Hija mía, por favor, ama á tu marido. Es el mejor medio de encontrar la salvación y también la felicidad.

– ¿No le he dicho á usted que cuento hacer todo lo posible?

– Tu tío y yo creíamos que este matrimonio colmaba tus deseos.

– Este ú otro, lo mismo me daba. ¡Oh! No me venga usted con sentimentalismos; se lo suplico á usted, tía; y ahórreme sus consejos maternales; estarían fuera de lugar. Sé lo que me hago y no me arrepiento. Esto es todo lo que puede usted pedir de mí.

– Lo que te pedimos, Lili, es que hagas la felicidad de tu esposo, á fin de que tú misma seas feliz á tu vez. Me temo que no lo has sido mucho con nosotros, y sin embargo...

La emoción de la ex tocinera, en vez de conmover á Lili, la irritó, despertando toda la dureza, toda la crueldad de su naturaleza ingrata. Un brillo peligroso cruzó por su vista, y ella dijo rápidamente con voz sorda:

– No, no he sido feliz con ustedes. Si me caso, es por escapar á un círculo en que me siento aislada, nunca comprendida. No basta tener buenas intenciones, es preciso tener también un poco de tacto. Me han humillado ustedes, y eso no lo perdonaré jamás. ¿Con qué derecho me ofrecía usted á su sobrino? Sí, me ofreció usted de mil maneras, y he sido rehusada, desdeñada. Y sepa usted que yo no hubiera querido casarme con su Pedro: le encuentro ordinario y pesado y feo. Pero á mí me tocaba rehusarlo y no ser despreciada... Y además, ¡cuántas veces no se ha tratado para mí de un «partido,» es decir, de un individuo cualquiera que olía mis cien mil francos, y que esperando encontrar una dote mejor, se retiraba por el foro! ¡Lo que he sido regateada durante estos dos últimos años!.. Es un asco para toda la vida, pues deja repugnante amargor en la boca. ¿Y quiere usted que cuando, cansada ya de ser «presentada,» mirada, examinada y desdeñada, consiento en admitir al primero que me quiere – mejor dicho, que quiere á mi dote, – represente yo la comedia de la sentimentalidad? ¡Ah, no! Tengo muchos defectos, nadie los conoce mejor que yo, pero no soy hipócrita. La vida es una broma pesada que nos imponen no se sabe por qué, y que hay que tomar de la mejor manera posible, es decir, haciendo un negocio mientras termina la broma. Afortunadamente dura poco.

– ¡Lili, hija mía, por Dios, no hables así! Nosotros te queremos. Si nos hemos equivocado, ha sido de buena fe. Vamos, dame un beso para que yo pueda perdonarte.

– ¡Qué me importa su perdón! Hasta me alegro de que hayamos tenido esta explicación, que facilitará singularmente nuestras relaciones futuras.

– ¡Ah, te comprendo, hija ingrata, mal corazón! En vano te hemos adoptado como hija, lo mismo que á tu hermana; tú nos has despreciado, porque somos de condición humilde. Una vez casada, nos darás con tu puerta en las narices, y todo habrá concluído. No quiero enfadarme, ni siquiera voy á demostrarte la pesadumbre que me has causado, porque adivino que tú también has sufrido mucho; y no solamente en tu amor propio, como dices, no solamente en tu vanidad de muchacha, sino que también en tus afecciones. No te pido tus confidencias. Pero te compadezco. Si aún te queda una chispa de buen sentido, si no has perdido ya toda noción del bien y del mal, sabe que no hay más que un medio de hacer que tu vida no sea desolada y desastrosa, y consiste en que te convenzas de que por cima de los intereses, por cima de los placeres, por cima de la felicidad, hay una cosa sagrada, que es el deber. Ya sé que no soy más que una mujer del pueblo; apenas sé leer y escribir; he sido tendera, tocinera; pero te aseguro que soy superior á ti, á pesar de tus buenos modales y de tu educación de señorita. He cumplido siempre el deber á medida de mis fuerzas, y hasta en medio de las tormentas de la vida y de sus tristezas, he tenido tranquila la conciencia. ¡Procura á tu vez poder decir otro tanto!

– A fe, tía, que su sermón no es malo para...

– Para una ex tocinera, ¿verdad? Es que yo tengo lo que te faltará siempre á ti, hija mía..., corazón.

– Nos llaman. Vamos á partir, y mi vida de soltera va acabar. ¡Gracias á Dios! ¿Está bien mi cola?

– ¡Ah, sí, tu vestido está en orden, y tu rostro también; tranquilízate; nadie sospechará que acabas de ser seca y dura y abominablemente cruel!

– Usted exagera, como todas las personas que tienen más imaginación que razón. Ahora, sí, quiero darle á usted un beso y darle también las gracias por haber hecho cuanto ha sabido; no es culpa de usted si no ha sabido hacer más.

– ¡Gracias, no quiero semejante beso!

– Como usted quiera.

Y Lili dejó asomar una pálida sonrisa. Una de las grandes dificultades de su vida futura quedaba descartada. No habría intimidad ninguna con los parientes de Sevres.

En el momento de abandonar para siempre su cuartito de niña, se volvió, y dijo rápidamente con voz alterada:

– Por más que diga, no soy incapaz de amar; yo hubiera podido ser una mujer como otras muchas, ni mejor ni peor, si hubiera sido feliz, si...

Interrumpióse bruscamente y bajó la escalerita de madera que crujía bajo su ligero peso. Al encontrarse en medio de los pocos convidados á la boda, su rostro estaba perfectamente tranquilo y risueño; sólo aparecía ella un poco pálida, lo que todo el mundo encontraba muy decoroso.

El Sr. Marbois se adelantó con mucha galantería y besó la mano enguantada de su futura.

Era un joven de treinta y dos años, muy flaco, muy seco, absolutamente correcto y algo elegante, que decía siempre lo preciso y hacía lo que las gentes querían que hiciese. Bajo aquel exterior trivial de hombre bien educado, se adivinaba á veces interioridades algo alarmantes de ambicioso, cuyas ambiciones no se habían visto muy satisfechas; de vividor reducido á ser sobrio y prudente, por no poder llevar gran vida; de hombre violento, obligado á presentarse risueño y afable.

El padre del novio había ganado una pequeña fortuna en la mercería al por mayor. Cuando, con el concurso de intermediarios, tratóse de casar á su hijo con la chica Emeyrian, á cuyo padre había conocido y admirado, tuvo un momento de orgullo. Luego reflexionó y vaciló. Fué la madre la que dirimió la cuestión. Emilia era un buen partido. León no había hecho hasta entonces grande honor á la instrucción recibida; pasaba ya de treinta años y era tiempo de que se casase.

El mismo León se resignó fácilmente. Había visto á compañeros de estudio lanzarse á especulaciones de terrenos y de construcciones que en poco tiempo habían enriquecido á varios, en tanto que especulaciones análogas arruinaban á muchos. Era el momento en que los hotelitos hacían furor, en que todo pintor un poco de moda, todo literato conocido y toda mujer galante quería su pequeño nido bien acondicionado y propio. León Marbois, por falta de fondos, no se atrevía á emprender ningún negocio de esta especie. Los cien mil francos de la señorita Emeyrian no eran despreciables; por esto no los desdeñó. No le gustaba la familia de la muchacha, pues aquel hijo de mercero se sentía, merced á su instrucción, muy superior á los Perraud; pero pronto averiguó que por aquel lado no tendría que combatir en su esposa mucho afecto comprometedor.

Lo mismo que Lili, consideraba él su matrimonio como un negocio. Ambos se entendían muy bien. Lili no le pedía frases de novela, pues era muchacha que hablaba agradablemente del porvenir, haciéndole frente como una mujer positiva y razonable. Pero él llegó á creerse, no enamorado, sino inclinado á su novia; y cuando le besó la mano, al verla llegar en traje de boda, le dijo casi con ternura:

¡Qué bien le sienta á usted el blanco, mi querida Emilia! Sucede raras veces.

Era la primera vez que León Marbois la llamaba por su solo nombre de pila; primera afirmación de sus derechos de esposo, que causó en Lili un doloroso estremecimiento. Ésta había aceptado el matrimonio; es más, lo había querido, pero considerándolo siempre como una cosa lejana. Ahora, el que estaba allí, delante de ella, era el marido; es decir, un hombre con quien tendría que vivir en una intimidad que por instinto la espantaba. La repulsión física que experimentó durante aquel minuto llegó hasta el sufrimiento, de ese que engendra el odio.

Pero Lili conservó su pálida sonrisa; nadie adivinó sus sublevaciones internas, y León menos que nadie. La señora Marbois, mujer seca y huesosa, que había conservado en su mirada y en sus gestos algo de la cajera ejemplar, examinó al detalle toda la persona de su futura nuera, desde el ramo de azahar que sujetaba en la nuca el velo de tul, hasta el extremo de la larga cola de raso blanco. No había nada que decir; todo estaba en regla.

En el saloncito horriblemente feo del bueno de Perraud, que casi nunca se abría y donde los muebles de reps, de un verde abominable, duraban desde hacía muchos años, protegidos casi siempre por fundas blancas, los convidados, en número de una docena escasa, se observaban y se sentían cohibidos. Carlota, en traje color de rosa, intimidada por la solemnidad del acto y por la idea de que tendría que pedir en la misa, guiada por un primo del novio, á quien no conocía, había perdido su buen humor y no se atrevía á decir una palabra. Sentía mucho que Pedro Froment no fuese su pareja. Pedro tardaba en llegar, y ya se disponían á partir sin él, cuando llegó todo sofocado.

– ¡Dispénsenme ustedes, amigos míos! Se me escapó el tren y he tenido que esperar el siguiente.

El novio había encontrado varias veces á aquel primo político de su futura, que le era muy antipático. Pedro se adelantó hacia la novia, y dijo con una vacilación y una especie de timidez que no le eran habituales:

– Permítame usted, Lili, que le presente la enhorabuena de Esteban juntamente con la mía. Ya sabe usted que ha tenido que marcharse á Bélgica... En nombre de ambos, le ruego acepte este pequeño recuerdo de sus dos primos adoptivos.

Todo el mundo se había callado para escuchar este pequeño discurso, y más de un convidado notó la especie de emoción contenida con que fué pronunciado. Más de uno observó también que la mano de Lili temblaba ligeramente al abrir el estuche que Pedro le presentaba.

– ¡Qué magnífico brazalete! – exclamó el novio.

Todos los circunstantes admiraron el brazalete, pesada argolla de oro, con el nombre de «Lili» escrito en diamantes minúsculos, y todos declararon que había que ponerlo en el brazo de la novia. Lili, vuelta casi instantáneamente de su emoción, se dirigió hacia su futuro esposo, y le dijo graciosamente con una indefinible sonrisa:

– Entonces, usted me lo pondrá...

León vaciló un instante, pero luego ejecutó la operación con mucha finura.

Pedro entonces dijo al arquitecto:

– Los amigos y protectores de mi camarada Esteban cuentan hacer obras de alguna importancia este verano en el hotel de Verneuil, y tengo el gusto de anunciar á usted que lo han elegido por arquitecto. El hotel es tan incómodo como imponente, y Dorsat y yo hemos pensado que su reforma no sería quizá una obra indigna del talento de usted.

El rostro de León Marbois resplandeció de pronto. Hacer entre aristócratas un trabajo que podía valerle otros en el barrio de la nobleza, no era cosa de desdeñar. De golpe, todas sus vagas prevenciones contra Pedro se evaporaron.

– A usted debo ese encargo, caballero; crea usted que le estoy sinceramente reconocido.

– ¡Ah! ¡No hay por qué! Los de Verneuil no habían elegido. Supieron que mi prima se casaba con un arquitecto que había obtenido más de una recompensa en la escuela, y se han mostrado muy dispuestos á aceptarlo de manos de mi amigo. Nada más sencillo ni más natural.

Los coches esperaban; era preciso partir. La doble ceremonia en la alcaldía y en la iglesia fué singularmente lánguida y triste. A instancia de Lili, no habían invitado más que á los testigos y á los parientes más próximos; tenía horror á los amigos del jardinero y recelaba de los del mercero. Aquel puñado de personas de tiros largos, perdidas en la iglesia, ofrecía un aspecto lamentable. Carlota no tuvo gran cosa que hacer como limosnera; todos se sintieron aliviados de regreso en la casa, donde les esperaba un suculento almuerzo. La señora Perraud presidió como mejor pudo aquel banquete que había meditado con tiempo; pero la buena tía Rosa no estaba de muy buen humor. Se le notaban continuas ganas de llorar. Así es que á la gente le parecía que tomaba demasiado por lo serio su papel de mamá con aquella novia impasible y fría.

Después del almuerzo, fué aún mucho peor. Cada cual tenía ganas de marcharse, pero nadie se atrevía á manifestarlo. Estando fijada para las cuatro la partida de los novios, parecía prudente esperar hasta entonces. Ya no tenían nada que decirse. El frío mortal del saloncito verde se comunicaba á las observaciones espasmódicas sobre el tiempo que hacía y sobre las cosechas del año pasado. La pequeña excitación agradable de la digestión se disipaba. La tía Rosa propuso dar un paseo por el jardín, puesto que la tarde estaba hermosa, y su proposición fué aceptada con entusiasmo. Los grupos vagaron por las estufas y por entre los rosales en que se hinchaban las yemas. El novio dejó á su mujer para ir á ocuparse de los preparativos del viaje. Entonces Lili se dirigió á Pedro:

– Voy á dar mi vueltecita de despedida por los sitios donde á menudo me he sentado á leer. Venga usted conmigo.

Y sin aguardar siquiera la contestación, recogió su larga cola de raso blanco y se dirigió hacia un rincón del jardín apartado de la casa, donde había algunos árboles hermosos. A la entrada de aquella especie de bosquecillo se encontraba un pozo muy profundo, á la moda antigua, con un ancho brocal de piedra algo bajo y una vieja polea oxidada, por la cual se subía el cubo del agua. Lili se sentó en el brocal é indicó á Pedro que tomase asiento á su lado. A decir verdad, Pedro hubiera preferido hallarse en otra parte. Conocía bastante á Lili para haber comprendido la extraña expresión de sus ojos. La había observado de cerca durante aquel día lúgubre y la compadecía con todo su corazón. De pronto dijo para romper el silencio:

– ¿Y qué leía usted al borde de este pozo? ¿Deseaba usted ver la verdad, mirando, como ahora, esta agua sombría?

– Quizá. ¿Qué leía? Casi todas las novelas y obras dramáticas que se publicaban. De algún modo había de desquitarme de la existencia de molusco que llevaba al lado de mi tío.

– ¡Bonita literatura para una joven!

– ¿Verdad? Si no me hubiese casado, no lo confesaría. Pero no abra usted esos ojazos, que no hay para tanto. Ni soy ninguna ignorantona, ni me las he echado jamás de ingenua. En el colegio leíamos algo más que los libros de clase, sin que las maestras sospechasen nada. Después, ¿quién había de dirigir mis lecturas? ¿La ex tocinera?

– Sus lecturas no le han enseñado mucha gratitud para con los que la quieren á usted, Lili. Ignoro si le han enseñado á considerar la vida de una manera muy sana y propia á proporcionarle mucha felicidad...

– Le advierto á usted, señor primo, que ya he tenido que aguantar un sermón esta mañana, sin contar el del cura: un tercero haría la trinidad completa. No creo en la felicidad, como tampoco en eso que llaman virtud. Hay casualidades que hacen que un hombre sea un hombre de honor y que una mujer sea una mujer honrada. También hay otras casualidades, como, por ejemplo, la que hace que una joven se crea amada sin serlo, y que un hombre se arrogue el derecho de lastimar un corazón y entristecer toda una existencia. ¡Todo casualidades!

– ¡Ay, Lili! De las cosas tristes que se puedan encontrar en la tierra, la más triste de todas es seguramente oir semejantes palabras en labios de una joven. Créame usted, al lado del mal está el bien, y el bien supera todavía al mal; y si hay sollozos que se escapan de pobres desilusionadas como usted, hay la divina sonrisa de las mujeres amadas, y la sonrisa, aún más divina, de las madres. No desespere usted de la vida, Lili; me daría mucha pena... y mucho remordimiento también.

– No me disgustaría que tuviese usted algún remordimiento; hasta podría usted compartirlo con el amigo de quien es usted la sombra fiel. Por la primera vez de su vida no tomaría él entonces la parte del león; yo se lo juro. Pero usted se equivoca si cree que niego la felicidad. He sido feliz una vez en mi vida, y mi felicidad fué exquisita, divina, de una dulzura sin igual. Fué en el momento de mi primera comunión: acariciaba la idea de hacerme hermana de la caridad. ¡Lástima que no realizase mi propósito! ¡Oh, sí, le aseguro á usted que es una lástima muy grande!..

Así hablando, Lili jugaba con su brazalete; se lo quitó al fin y lo estuvo mirando largo rato, leyendo las cuatro letras de su nombre que brillaban al sol. Entonces, sonriéndose con su enigmática sonrisa, lo tuvo un instante suspendido sobre el agua, abrió luego la mano y la joya cayó en el pozo. Oyóse un ligero ruido al tocar el agua, y Lili distinguió los pequeños círculos que se formaron en la superficie y que se borraron pronto.

– ¿Por qué ha hecho usted eso?, exclamó Pedro asomándose también.

– Para que se lo cuente usted á su amigo Esteban Dorsat. Deseo que sepa el valor que doy á sus regalos... y á los de usted. Sin embargo, añadió sonriéndose todavía, me gustan mucho las cosas buenas, el oro y los diamantes, y no tengo muchos. Era muy bonito su brazalete. ¿Lo eligió usted?

Sí. Creí que le gustaría...

– ¿Y usted fué también, sin duda, quien lo pagó? No me sorprendería que la distribución natural de sus deberes y derechos mutuos se acentuase cada vez más en la vida: las obligaciones para usted y los placeres para él. Eso, hasta el momento en que por fin se cansará de usted ó le abandonará, porque le habrá dado todo lo que de usted podía esperar. El primer paso hacia la separación está ya dado, sin que usted lo sospeche. Quiere usted á su camarada tanto como antes, pero empieza usted á juzgarlo, y él sabe que usted empieza á juzgarlo. Esto basta y sobra. Él se halla en el período del asombro por verse así adivinado; pronto llegará al de la irritación, y finalmente al rompimiento brutal é irremediable. Si no estuviese usted cegado por su cariño, degenerado en culto, habría adivinado todo eso, como lo he adivinado yo, y hubiera procurado desprenderse poco á poco á fin de no sufrir tanto por el rompimiento fatal. Pero usted cierra los ojos por temor de ver demasiado claro. Y lo más curioso en toda esa historia es que el hombre fuerte, el de talento sano, robusto y original, no es él, sino usted. Esto prueba que las relaciones entre amantes de ambos sexos no son las únicas

en que el ser débil domina al fuerte. Y tampoco son las únicas en que el rompimiento desgarra cruelmente el corazón...

– ¿Por qué me dice usted todo eso, mujer extraña y cruel?

– ¿Por qué quiere usted que lo diga, mi querido Pedro? Para darle las gracias por el bonito regalo que acabo de perder tan desgraciadamente; y para devolverle sermón por sermón, buenos consejos por buenos consejos. ¿Quiere usted nada más sencillo?

– Aquí viene su marido á buscarla...

– Sí, contestó ella con un estremecimiento que la sacudió de la cabeza á los pies; van á empezar las obligaciones de la vida conyugal...

Pero, no obstante, se sonreía cuando León Marbois, despechado y furioso de aquella entrevista, llegó hasta ellos, y miraba el agua del pozo, como si buscase algo en ella. Lili no dejó á su marido tiempo para interrogarla.

– Figúrese usted que he dejado torpemente caer mi hermoso brazalete en el pozo. Si fuésemos supersticiosos, podríamos ver en esto un mal presagio; por fortuna, así usted como yo somos demasiado modernos para tener supersticiones, de cualquier clase que sean, ó para creer en los presagios, malos ó buenos.

– ¡Su brazalete en el pozo!.. ¡Oh, qué lástima! ¡Una joya de tanto precio!..

Sentía muy de veras aquella pérdida, que representaba dinero, una buena cantidad.

– ¡Qué quiere usted! Va á ser preciso que usted se resigne á mis defectillos, entre los cuales figura la torpeza de mis dedos.

– Pues es lástima, dijo León Marbois algo bruscamente, porque una mujer tiene en qué ocupar sus manos. De todas maneras, más vale ese defecto que otros más graves, como, por ejemplo, la coquetería.

– ¿Verdad que sí?, dijo ella mirando á su esposo con un aire de candor y de ingenuidad absolutamente angelical.

– ¿Pero no hay medio de sacar el brazalete?, añadió León.

– No es fácil. Agotar este pozo costaría quizás más de lo que vale el brazalete. Y en la vida, entre dos pérdidas hay que escoger la menor, ya que estamos necesariamente expuestos á sufrirlas más ó menos.

– Bien dicho, mi querida Emilia, dijo el marido sonriéndose y acordándose, algo tarde quizá, de que en un día de boda no debe uno entristecerse por nada. Estoy seguro que con tales principios vencerá usted todas las dificultades, materiales ó no materiales, que encuentre.

– Haré lo posible, contestó Lili, cada vez más angelical.

– Y yo, por mi parte, procuraré que esas dificultades sean tan raras como ligeras. Ahora permítame recordarle que no ha cambiado usted todavía de traje y que se acerca la hora de la partida. Dispénseme usted, si le parezco impaciente; ¡pero, despues de todo, estoy en mi derecho!

Lili se levantó lentamente, miró en torno de ella, y luego, meditabunda, se dirigió hacia la casa, sin darse prisa.

VII

En esa terrible carrera del teatro, el autor es un eterno *debutante;* ni aun los más célebres se hallan exentos de esa ley, y con más motivo los jóvenes que empiezan á imponerse. El primer éxito despierta más simpatías que resistencias. Desde luego, la juventud triunfante tiene en su favor la gracia y el encanto que á todos subyuga. Un nombre desconocido la víspera, que, al día siguiente, todos los labios pronuncian, es saludado con aclamación. Además toda reputación nueva excita la curiosidad, da lugar á conversaciones de salón – cosa muy apreciable en una sociedad en que la gente se encuentra á menudo sin saber de qué hablar; – las mujeres se muestran llenas de indulgencia por todo nuevo grande hombre, principalmente si es muy joven y si, como amas de casa, piensan utilizarlo para distracción de sus tertulianos.

Por esto los jovenes autores se ven en seguida agasajados y acaparados. A veces se dejan embriagar completamente por esas lisonjas exageradas y ese incienso; entonces están perdidos. El esfuerzo hecho una vez, no lo repetirán. Y resulta que el favorito de un día es pronto relegado al rincón de las gentes que no figuran; sólo le queda un nombre medio olvidado; es el hombre de una sola obra, de una novela única, de un poema sin combinación; ha perdido el hábito del trabajo; la vida ficticia de los salones ha entorpecido su carrera y no pasa de ser un desdichado.

Esteban había corrido este peligro. Pero le sostenía una mano firme, y una voz amiga le gritaba: «¡Alerta!» Sin embargo, sacrificaba muchos días y muchas veladas á la condesa de Verneuil y á sus amigas. Aquel centro atraía curiosamente al nieto de los campesinos Ledru. Tenía éste verdadera pasión por aquella atmósfera tibia, impregnada de perfumes de flores y de polvos de arroz. Las menudas elegancias de las mujeres de moda le producían alborozos íntimos que en vano trataba de ocultar. Las blondas, los dijes, las ricas telas, los zapatos de raso y las medias de seda negra, las chucherías de precio sobre un velador al lado de una mujer guapa y joven, – todas esas bagatelas adquirían para él una importancia exagerada y se le hacían necesarias.

Las llamadas al orden que Pedro se permitía le exasperaban á veces.

– Pareces un ayo regañón, le dijo un día.

– ¡Claro! Como que haces novillos, es necesario reprenderte, contestó Pedro sin turbarse. Hemos prometido esta comedia al teatro del Recreo para enero próximo, y está aguardando sus adornos supremos, sus dijes y sus encajes. Es una coqueta, como tus bellas damas, y yo soy torpe para ese trabajo. No soy más que un buen obrero; tú eres el artista. Vamos, grande hombre, te cedo el puesto. ¡Manos á la obra!

Una vez puesto á trabajar, Esteban no era ya el mismo. Todas las pequeñeces de su vida de hombre de mundo desaparecían. Luego, daba gusto trabajar así con Pedro, que cogía al vuelo la menor ocurrencia, la ampliaba con su alegre facundia, admiraba el instinto dramático de su amigo y se extasiaba ante cada una de sus frases ingeniosas. No, ningún éxito de salón, donde á menudo el elogio exagerado y torpe se extravía sobre lo que es inferior, valía aquella franca y leal aprobación del camarada, del amigo que, dado el caso, sabía censurar y eliminar las mismas cosas que admiraba, como inútiles para la acción, pero que sabía apreciar lo que era verdaderamente bueno.

Sucedió, empero, que, á pesar de los encajes y joyas de su vestido, la nueva comedia firmada por Dorsat-Froment no tuvo más que mediano éxito.

Los críticos y el público hacían pagar á los jovenes autores sus triunfos demasiado fáciles del *debut,* su doble nombre estampado en diversos carteles á la vez, el apasionamiento de París por su vis cómica, que no temía á las situaciones escabrosas, pero que no rebuscaba en manera alguna el escándalo. La moda cambiaba bruscamente. Representaciones brutales, donde la crudeza de lenguaje sustituía el rasgo de ingenio, donde las indecencias presentadas en la escena despertaban la estragada atención de cierto público, hacían parecer casi inofensivas las comedias en que las ridiculeces, aún más que los vicios, eran fustigadas con mano ligera.

Esteban, como niño mimado de la fortuna, se sublevó contra aquella injusticia del público. Su comedia era tan buena como las anteriores, quizá mejor. Él se creyó víctima de una conspiración urdida por rivales celosos.

Pedro se encogió de hombros.

– ¡Bah! ¡No será esta la única! El público se cansa de hablar bien de la gente; eso está en la naturaleza humana. Pagamos las revistas demasiado amables de nuestros comienzos. ¿Y qué?.. ¿Somos acaso los primeros á quienes esto sucede? La cuestión está en hacer lo que mejor nos parezca, y como, en el fondo, lo que hacemos gusta á las masas, el público ilustrado volverá á ser nuestro. Esta caída, caída relativa después de todo, es menos grave ahora de lo que hubiera sido en nuestra segunda obra... Por mi parte, emplazo á esos señores de la crítica para la Comedia Francesa. Porque al fin hemos dado con nuestra gran comedia. Ya sólo falta que hagamos de ella simplemente una obra maestra.

Esteban, impresionable como una mujer nerviosa, notó, ó parecióle notar, que el barómetro mundano bajaba un poco para él. Esto le lastimó cruelmente. Cándido, á pesar de lo que llamaba su experiencia del mundo, había tomado demasiado al pie de la letra los elogios hiperbólicos de las mujeres aristocráticas que le habían deslumbrado. La desenvoltura con que lo abandonaron por un nuevo «autor joven» de quien se hablaba mucho en aquel momento, y del cual Esteban tenía rabiosos celos, le irritó, exasperando sus nervios enfermos. Seguían invitándole, naturalmente, á los saraos y á las comidas; pero sucedía cierto matiz de indiferencia al entusiasmo de los primeros tiempos. Este matiz de indiferencia le pareció una prueba de la falta absoluta de corazón en las mujeres de mundo; su facundia se hizo amarga y desbordó en sarcasmos apenas velados, que divirtieron de pronto á las reuniones, pero de los cuales se desentrañó maliciosamente el despecho.

Lo que más sentía era que en Germana de Verneuil se reflejaba, con una ingenuidad feroz, la opinión de su clase.

Germana pertenecía efectivamente, por sus relaciones y más todavía por su naturaleza, á esa especie de muchachas ultra-modernas, terriblemente prácticas en el fondo, que se imaginan imitar á las costumbres americanas porque se burlan de las conveniencias que han guardado sus madres; dicen todo lo que les pasa por la cabeza, aunque sea poco recomendable; encuentran horriblemente pasado de moda todo lo que es sentimiento, y se intitulan, en la baja charla del día, mujeres «fin de siglo.»

Con todo, la gentil Germana de Verneuil no carecía de buenos sentimientos, y sabía mostrarse generosa hasta la prodigalidad cuando se le aparecía bruscamente alguna miseria, haciendo contraste con su lujo.

Mimada por sus padres, que la idolatraban, como única hija que les había quedado; mimada también por el mundo, donde recientemente había hecho una entrada triunfal, merced á su hermosura y á su radiante sonrisa que daba gozo, creía que todo le estaba permitido y que todo se le debía, desde la adoración de todo joven que se acercase á ella, hasta las bagatelas costosas de que se rodean las mujeres elegantes. La admiración de Esteban formaba parte de su lujo y le era eternamente necesaria. Los esfuerzos de su madre para apartar al joven escritor de su camino habían fracasado en absoluto, y no podía ser de otra manera.

Esteban ocupaba en la familia Verneuil una posición muy falsa. Ora se le trataba casi como á un hijo, ora se le utilizaba casi como á un inferior de quien se tiene el derecho de esperarlo todo. La condesa no podía prescindir de él. En ocasiones, el joven se pasaba casi todas las horas del día en el hotel. En otras, podía ausentarse semanas enteras, sin que nadie le demostrase haberlo notado. La vieja costumbre del tuteo persistía aún. La mitad del tiempo, á pesar de las observaciones de su madre, Germana caía en ella. A Esteban le había costado muchísimo trabajo tratarla de «usted;» nunca había podido llamarla «señorita.»

Todo esto hacía en conjunto una mezcla extraña é inquietadora, tanto más cuanto que se adivinaba que el joven estaba enamorado de la señorita de Verneuil, y que ésta tenía plena conciencia de aquella pasión, no sin exagerársela un poco. En cuanto á ella, indudablemente, si Esteban hubiese sido su igual en alcurnia y fortuna, lo hubiera preferido á cualquier otro. Pero no lo era, y no se le ocurría la idea que pudiese casarse con él.

A veces, siguiendo la táctica de Germana, Esteban se acordaba de la niña que se le echó una noche al cuello, en un arranque de jovialidad infantil, y se acordaba sobre todo de su propia fatuidad, de la soberbia candidez con que se juró á sí mismo transformar en pasión aquel capricho de niña y casarse con la hija de sus protectores. Entonces se compadecía de su propia persona y se indignaba contra su locura; procuraba apartarse de una sociedad que no era la suya, para volver con animoso espíritu al trabajo; buscar amigos entre gente humilde, donde hubieran podido acogerlo y amarlo, sin recordarle eternamente, hasta en medio de huecas lisonjas, que había nacido de una criada y de un cochero. La condesa, que le quería, sin embargo, como se quiere á las propias hechuras, creía obrar bien poniéndole de vez en cuando en guardia contra su vanidad de buen mozo y hombre ya célebre. En cierta ocasión, viéndole hacer una corte desenfrenada á una mujer muy coqueta de su intimidad, corte destinada, en el fondo, á dar celos á Germana, la emprendió con él con bastante crudeza.

– ¿Pero no ves, hijo mío, que la Sra. de Viroy se divierte con tu pasión, fingida ó real, y se burla de ti?

– ¿Cree usted eso, señora?

– No te hagas el fatuo ni el impertinente. Ella te dejará ir muy lejos, todo lo lejos posible; pero luego te dará con la puerta en las narices. Estás divirtiendo á la gente, tanto como ella se divierte contigo.

– La diversión puede tener sus peligros.

– Con otros, quizá; contigo, de ningún modo.

– ¿Por qué?

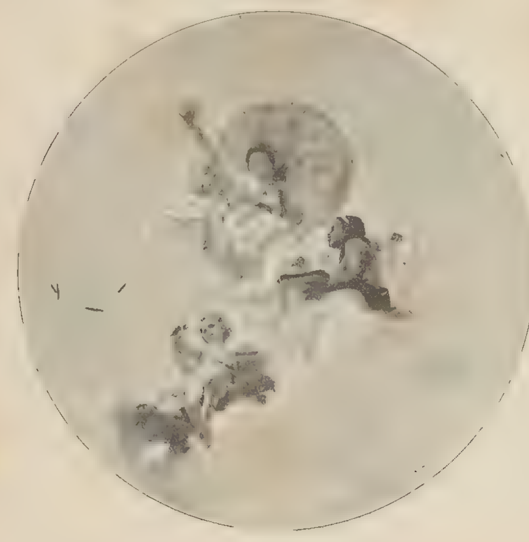
– Porque no perteneces á la clase de la marquesa y acabará por recordártelo.

– No será la primera, dijo Esteban con amargura. Somos buenos para divertir á ustedes, dictarles ocurrencias, servirles de bufones, en una palabra. Pero cuando ya no podemos serles útiles: «¡A la antesala, patán; allí es tu puesto!» Pues bien, no, señora. No todas tratan así á las personas de talento, á los hombres que tienen en el meollo algo más que las trivialidades idiotas que pasan por ideas en la sociedad de ustedes. Y, sin hablar de mí, conozco escritores y artistas...

(Continuará)

TECHOS PINTADOS POR D. ISIDORO GARNELO

Aun cuando las tendencias modernistas con su culto exclusivo á la realidad por un lado y al simbo-



TECHO PINTADO POR D. ISIDORO GARNELO PARA EL GABINETE DE FUMAR DEL HOTEL QUE POSEE EN VALENCIA EL SR. GARCÍA MUSTIELES



TECHO PINTADO POR D. ISIDORO GARNELO PARA LA SALA DE PIANO DEL HOTEL QUE POSEE EN VALENCIA EL SR. GARCÍA MUSTIELES

lismo místico por otro han declarado, por decirlo así, fuera de la ley á todo lo que no se ajuste á lo que ellas representan, es lo cierto que la pintura alegórica, esa pintura que da forma á una idea vulgar y corriente que nada tiene que ver con las sublimidades psicológicas, sigue cultivándose como en sus mejores tiempos y continúa siendo para cierta clase de decoraciones insustituíble.

Los mejores palacios, los más notables edificios públicos de nuestros días, aún ofrecen en sus paredes y en sus techos muestras elocuentes de que este género artístico no ha muerto, y para no citar más que á los de nuestra patria, pintores como Pradilla, Ferrant, Domínguez, Isidoro Garnelo y tantos otros atestiguan que todavía encuentran en él ocasión de lucimiento artistas que son verdaderas glorias del arte español.

Los dos techos que en esta página reproducimos y que tienen un diámetro de dos metros y medio cada uno, son debidos al pincel del distinguido pintor D. Isidoro Garnelo, el cual ha sabido trazar en ellos dos bellísimas composiciones delicadamente concebidas, con habilidad dispuestas y ejecutadas con una corrección digna de los mayores elogios, tanto más, cuanto que esta clase de pinturas exigen, aparte de los conocimientos técnicos generales, un gran dominio del escorzo y de la perspectiva, de esos dos escollos en don de muchos y no adocenados artistas suelen estrellarse. Estos dos techos están destinados á decorar el gabinete de fumar y la sala de piano del hotel que en Valencia posee el Sr. García Mustieles, quien puede estar satisfecho de la inteligencia con que el Sr. Garnelo ha realizado su cometido. X.

EL MAUSOLEO DE BISMARCK EN FRIEDRICHSRUH

Muchos años antes de su muerte había el príncipe de Bismarck adoptado las más minuciosas disposiciones acerca del sitio y de la forma en que debían descansar sus restos en el seno de la tierra. Aquel hombre á quien el destino había proporcionado en el curso de su larga existencia difíciles luchas y gloriosos triunfos, fama, honores, dichas y también amarguras en mucha mayor medida que á los demás mortales, no sentía por la muerte temor ninguno y solía pensar en el momento en que, después de una vida llena de cuidados y fatigas, encontraría eterno descanso á la sombra de los frondosos robles que pueblan la colina que se levanta enfrente de su antiguo castillo.

Cumpliendo los deseos del ilustre muerto, su familia ha renunciado á los honores que el emperador quería tributar al que fué su canciller y ha mandado construir en Friedrichsruh el mausoleo que el adjunto grabado reproduce. A los pocos días de fallecido Bismarck, el arquitecto hamburgués Schorbach recibió el encargo de construir el monumento funerario, que por las condiciones del sitio en donde hubo de colocarse no había de ser de grandes dimensiones. A pesar de esto y de la precipitación con que hubo de proceder Schorbach por exigirlo así los deudos del príncipe, el mausoleo es una obra llena de estilo é imponente por su severidad. Forma el monumento una especie de doble edificio y consta del mausoleo propiamente dicho y de una capilla: el primero es



EL MAUSOLEO DE BISMARCK EN FRIEDRICHSRUH, construído por el arquitecto Schorbach

una construcción sencilla, de 12 metros de alto, coronado por una cúpula revestida de planchas de cobre; la segunda es más baja que aquél y en ella se encuentra la puerta de ingreso. Debajo de la gran cúpula se colocarán los sarcófagos del príncipe y de la princesa; el enterramiento de los demás individuos de su familia está situado en la capilla. Los muros, de granito por fuera y de ladrillo por dentro, tienen un espesor de un metro y medio; el interior del mausoleo no está concluído todavía, y su sencillez elegante corresponderá á las severas líneas exteriores del monumento.

La familia de Bismarck quería haber enterrado los cadáveres de los dos esposos el día 27 de noviembre del año último, aniversario del natalicio de la princesa; pero sus deseos no han podido verse cumplidos porque para ello hubieran debido apresurarse excesivamente las obras, con perjuicio de la seguridad del mausoleo y de la ejecución de los detalles. En vista de ello, se ha decidido que, una vez terminado el monumento, se deje secar durante unos meses y que los restos de Bismarck y de su esposa no sean sepultados en él hasta el día 1.º de abril de este año, aniversario del natalicio del príncipe.

Y puesto que de Bismarck hablamos, nos parece oportuno citar algunos datos curiosos que tomamos de la *Gaceta de Colonia* acerca del éxito que han tenido sus «Pensamientos y recuerdos,» éxito que es la prueba más elocuente de la veneración que Alemania y el mundo entero sienten por el gran canciller y de la importancia excepcional que se concede á aquel libro, que bien puede calificarse de testamento político del hombre que más influencia ha ejercido en la historia de la última mitad del siglo presente.

El día en que apareció la obra, entre ocho y diez de la mañana, despachóse en el ferrocarril la expedición al exterior, cargándose en los andenes mil cuatrocientos quintales en catorce vagones.

Pesando cada ejemplar dos kilogramos, puede calcularse fácilmente el número de volúmenes que tal peso representa. Además, quinientas cajas enormes, destinadas á la venta al contado, se vaciaron en pocos días.

De la encuadernación de la obra se encargó una sociedad por acciones, que para ello montó en Leipzig un gran taller de encuadernación al vapor. Para ello ha empleado 1.024 quintales de papel, ó sea la carga normal de cinco vagones de mercancías; 18.000 metros de calicó, de 93 centímetros de ancho, para los ejemplares encuadernados; 400 pieles de ternera, y 85.000 hojas de brocado dorado para los ejemplares de los aficionados, sin contar 18.500 marcos de oro puro; finalmente se han consumido 1.400 marcos de cola.

La encuadernación de los «Pensamientos y recuerdos» de Bismarck ha dado ocupación á los obreros durante cuatro semanas.

En la actualidad se está preparando una segunda edición.

Grande ha sido también el éxito que ha obtenido la edición española publicada por la casa editorial de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, hasta el punto de que los editores se verán precisados antes de poco á reimprimirla á fin de satisfacer las demandas que de todos los puntos de España y de América se les dirigen.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

DRAMAS MUSICALES DE WAGNER. – Se ha puesto á la venta una nueva edición de esta obra, que comprende, fielmente traducidos, los libretos de todas las óperas de Wagner, *Rienzi, El buque fantasma, Lohengrin, Tristán é Isolda, Los maestros cantores, Los Nibelungos* y *Parsifal*, á los cuales precede una interesante carta prólogo del inmortal maestro. La obra forma dos tomos elegantemente encuadernados é ilustrados profusamente con grabados que reproducen las principales escenas de las óperas citadas: los dos tomos se venden á seis pesetas en la librería de Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5, y en las principales librerías.







En el parque, cuadro de Francisco Miralles (Salón Pedro Ro bira)

Imp. de Montaner y Simón



Año XVIII — Barcelona 13 de febrero de 1899 — Núm. 894

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



CARNAVAL.—La locura, dibujo de Oscar Wilson



Texto. – *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. – *Ruperto Chapí*, por José Juan Cadenas. – *La primera nube*, por José Zahonero. – *Frases populares. ¡Las orejas del rey Midas!*, por Lope Barrón. – *Edmundo Rostand.* – *Lorenzo Perosi.* – *Nuestros grabados.* – *Teatros.* – *Problema de ajedrez* – *Inseparables*, novela (continuación). – *Obras de Puvis de Chavannes.* – Libros enviados á esta Redacción por autores ó editores.

Grabados. – *Carnaval. La Locura*, dibujo de Oscar Wilson. *Ruperto Chapí.* – *¿Me conoces?*, cuadro de C. Gassow. – *Carnaval. La última copa*, dibujo de N. Méndez Bringa. – *Edmundo Rostand.* – *El general Otis.* — *El sacerdote italiano Lorenzo Perosi.* – *Agoncillo y el consejo revolucionario filipino de Hong Kong.* – *El barón de Cederstrom.* – *Adelina Patti en 1899.* – *La boda de Adelina Patti y el barón de Cederstrom: los novios después de la bendición nupcial.* – *El Carnaval*, dibujo de Gustavo Bacarisas. – *El Carnaval en las calles*, dibujo de B. Gili y Roig. – *Tumba de Federico Lemaitre*, inaugurada en el cementerio de Montmartre, París. – *María Luisa Pía de Borbón, princesa de Bulgaria.* – *Adolfo d' Ennery, celebrado dramaturgo francés.* – *El general Caprivi, ex canciller del imperio alemán.* – *Las Musas: Ave Picardia nutrix: Inter artes et naturam: Las ciencias y las artes*, obras del pintor francés Puvis de Chavannes. – *En la hostería*, cuadro de Antonio de Ferrer.

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

El estreno de un drama francés en Madrid. – Apreciaciones varias acerca del carácter de este drama. – *Cyrano de Bergerac.* – El poeta Rostand y el actor Coquelín. – Clásicos y románticos. – El positivismo en filosofía y el realismo en artes y letras. – Los restos de Colón. – Sevilla en el siglo XV. – Conclusión.

Habrán repercutido en Barcelona sin duda los aplausos prodigados al poeta Rostand por el público de Madrid en el secular teatro Español. Muy alabado este drama popular, merced á la forma literaria que reviste su rotunda versificación y á la maestría con que lo ha representado Coquelín, maestrazo en declamación y demás teatrales artes, ha debido pasar la frontera, entre nuestras innumerables traducciones, demostrativas de cómo aquí hemos perdido la primera virtud indispensable á los pueblos si han de crecer y prosperar, la confianza en el astro de nuestra fortuna y la confianza en el astro de nuestro genio. Desde que tantos y tantos desastres nos afligen, creénnos desastrados perpetuos, no sólo en las generaciones presentes, en las pasadas y en las venideras generaciones. Leído diario nos dice que la española Historia no registra en sus maravillosos anales ni un solo triunfo. Pues bien: los que han ido la noche del miércoles último á ver el drama francés, se han encontrado con que veían un drama español, un drama romántico. Así como en lo antiguo fuera Grecia la patria del clasicismo, en lo moderno España, y sólo España, es la patria del romanticismo. El rompimiento de las tres unidades aristotélicas; el desprecio de los cánones horacianos; la traslación á lugares diversos de acción y escena; las sabias alternativas de la risa con el llanto y de la gracia ligera con la idea y con la pasión profundas; los bufones juntos con los héroes, dicen á las claras que producto literario tal como *Cyrano* pertenece á las zonas hispanas y ha necesitado del clima nuestro para nacer, vivir y perdurar.

***

Yo, desde luego, noto en la comedia heroica, según su autor la califica, un calco hecho sobre la persona del primer actor cómico francés, calco adscrito á la extensión de su ancho pecho y á la índole varia de sus personales aptitudes. Un drama donde hubiera tenido Coquelín que hablar en serio siempre, y que presentarse triste, por lo menos grave, no cuadraba de modo alguno á un actor el cual con acerbidad se reía de Víctor Hugo, porque diz no tiene gracioso alguno en su teatro, y si lo tiene por acaso, resulta un gracioso como Triboulet haciendo llorar toda la noche al público en vez de hacerlo reir. No hay nada más peligroso que someter las cosas de primer orden á las cosas de orden segundo, subvirtiendo las leyes del arte y alterando las jerarquías, las estirpes, las gradaciones de ideas y de personas, tan esenciales en las obras estéticas como en las obras filosóficas el método lógico, la serie muy encadenada, el sistema clarísimo y bien proporcionado al objeto. Nuestro inmortal García Gutiérrez trazó su maravilloso drama trágico *Venganza catalana* para un actor. En el intermedio transcurrido entre los primeros esbozos del drama y su perfecta conclusión, el actor desapareció, no me acuerdo si de Madrid ó si del mundo. Y tuvo que reemplazarlo, careciendo de actores, con una grande actriz, la única entonces á mano, con Matilde Díez. «¿Qué diríais, preguntaba el eximio Balart, es decir, el más profundo crítico de nuestra literatura, si Velázquez, en vez de poner al marqués de Spínola como protagonista del cuadro de las Lanzas, pone á la marquesa de Spínola?»

***

De aquí hase derivado una dificultad, insuperable á juicio mío, la mezcla del héroe con el bufón en una sola personalidad, que pueden armonizarse por un milagro del genio, pero que disuenan en este caso, como disonarían el Clarín y el Segismundo de *La vida es sueño*, juntos, no en un solo drama, juntos en un solo personaje. Y tiene otro inconveniente para mí la obra recién representada: fiar muchos efectos dramáticos á la desmesurada nariz del protagonista. Las deformidades físicas pueden presentarse sin riesgo en la novela, dónde toleráis á Quasimodo con facilidad; pero, dada la universal malicia, no podéis presentarlas en el teatro, sin que la joroba, la cojera, la tartamudez, lejos de mover á humana compasión ó á risa franca, muevan á burla y á chacota. La ceguera voluntaria del inocente y honrado Edipo es la única deformidad de carácter físico en el teatro tolerada, ignoro si por las causas originarias del defecto, si por la sobrehumana inspiración del autor. Para suscitar la compasión hacia un amante desdeñado, se necesita que no haya en el amante mismo excusas físicas ó excusas morales al aborrecible desdén. Estoy seguro de que todas cuantas muchachas casaderas presencian el drama, en esos juicios inconscientes é indeliberados con que seguimos una escena ó un relato, dice de la mujer desdeñosa: «Pues hace muy bien; yo tampoco me casaría con ese horrible narigudo.» Si llega, decía Pascal, á tener unas líneas menos la nariz de Cleopatra, cambia la suerte del mundo.

***

Pero aparte todo esto, es el drama romántico é interesa mucho, y lleva en el clásico París trescientas representaciones. ¡Qué lección para cuantos dan por muerto al romanticismo, sin acordarse de que puede crear obras tan perfectas dentro del género como las más perfectas obras clásicas! Nadie condenará el *Hámlet* porque uno de sus actos en fuerte castillo pase, otro en el cementerio, en improvisado salón teatral éste y aquél en una orgía. ¡Cuál chasco se habrá llevado Zola comparando el favor obtenido por Cyrano con el favor obtenido por Nana! Cuando yo supe que tal flor venenosa del estercolero social moría de viruela, dije para mí: «No hay realismo en ese drama, porque para ser un drama verdadero y real debía pegárseles dentro de aquel viciado ambiente la contagiosa enfermedad á los espectadores.» Para seguir la verdad en el teatro hay que prescindir de las decoraciones mentidas y hay que hacer sea Talma Talma y no el Cid ó Británico. Si habéis de transigir por fuerza con el embuste, ¿cómo no transigiréis con el ideal? El arte, como Dios, encierra los arquetipos no encontrados por parte alguna en la viviente realidad tan perfectos como él, encontrado solo, cual suelen á la continua los tipos en los prototipos encontrarse. El positivismo y el realismo van de vencida, como dos enfermedades pasajeras del arte y de la ciencia. ¡Oh! ¡Cuánto me detuve mal de mi grado en la crítica literaria, muy ajena de mis aficiones y de mis competencias! Me propuse hablaros del arribo de los restos del inmortal Colón, y ni el tiempo ni el espacio de que dispongo me permiten tratar tal suceso. Ante la Sevilla que recibe á Colón pulverizado, evoquemos la Sevilla que alojó á Colón vivo.

***

¿Quién pudiera fingirse allá en la imaginación Sevilla cuando arribara el piloto genovés á su seno por los últimos años del siglo XV? Aquello que hay eterno en el espacio donde se alza la ciudad, resplandecería como siempre con su hermosura inmortal; pero miles de circunstancias, propias de tal período histórico, acrecentaban su animación y su vida. Dejemos, pues, á un lado la dulzura del clima, la pureza del cielo, su aire aromadísimo por azahares y jazmines; el eco de las guzlas moriscas en sus serenatas voluptuosas; los cristalinos serpenteos de aquel río á quien los árabes comparaban en sus elegías con los más caudalosos del Oriente; las torres almohades ornadas de multicolores azulejos parecidos á oro puro mezclado con rica pedrería; la Giralda, de tan bella forma y de tan aéreos alicatados; las iglesias en que los hábiles mudéjares ponían su destreza en el embutido y en el almohadillado alrededor de nuestras imágenes; la catedral elevando á lo infinito su fábrica, ya casi acabada; los palacios construídos por alarifes milagrosos, donde las estatuas antiguas recién descubiertas y las modernas recién concluídas llenaban las galerías de corte asiático; los patios de mármol parecidos á grutas de amores con el rumor de las cascadas y de los conciertos resonando noche y día; los ajimeces festoneados por las guirnaldas compuestas de alejandrinas rosas; los alminares en que la campana sustituía la voz del muecín; aquel alcázar henchido de poesía; los jardines llenos de limoneros y cedros; los bosques por claros pinares y obscuros olivos compuestos; las puertas de alerce maqueadas con estrellas de marfil; el cinto de muros esmaltados á guisa de rojos corales por el éter andaluz; tanto resplandor de belleza; y fijémonos en las ideas y en los intereses allí concentrados entonces á consecuencia de su capitalidad, sobre los espacios donde á la sazón se libraba la última guerra con los moros, y sobre las posesiones nuevas que acababan de traernos el definitivo dominio de las Canarias y las exploraciones en el golfo de Guinea y en el Río de Oro, que la llenaban de guerreros, de gentileshombres, de cortesanos, de sabios, de mercaderes, de navegantes, de muy concurridas escuelas, de muy completas factorías, constituyendo así una concentración tan intensa de ideas y de valores, que debían despertar en Colón múltiples ambiciones y aguijonearle al cumplimiento de sus varios y complicados proyectos, en cuyo seno se ocultaban tierras nuevas y nuevos cielos, otra maravillosísima y milagrosa creación. La fantasía del sublime adivinador exaltaríase al aroma de tantas ideas poéticas en aquel mar de inspiraciones vívidas; el camino soñado á la continua se aclararía con el constante cruce de naves llegadas al pie de la Giralda y venidas desde muy cerca de los puntos que los supersticiosos creían inhabitables.

***

El comercio y cambio activos de tantos productos como circulaban entonces desde sus almacenes, provistos por las industrias españolas en todas direcciones; la copia en cosechas é industrias de seda; los artefactos inventados para la elevación de aguas con grandes premios del Estado retribuídos; las casas particulares de contratación, en que intervenían hombres como el italiano Américo Vespucio; las cátedras y enseñanzas de cosmografía y náutica; los adelantos que se hacían en las bombas de desagüe y hasta en la dulcificación de aguas marinas, debían mucho y muy de veras contribuir á los consumados y profundos experimentos con que completaba Colón en Sevilla todas aquellas rápidas intuiciones provenientes de unas facultades nativas muy capaces de alimentar sus numerosas y adivinas esperanzas. Así, el período de vida pasado por el descubridor tras una larga estancia en Córdoba por los senos de la incomparable Sevilla, debió servir mucho á sus planes y proyectos, prosperados y engrandecidos por tantos factores de ciencia é industria como contaba una ciudad que sólo podía tener una rival en Occidente, la espléndida Lisboa. Y en lo que primero Sevilla sirvió á sus planes, fué, no lo dudemos, en haberle procurado el conocimiento y trato de ricos banqueros italianos muy poderosos, los cuales, por su parte y á su vez, le procuraron el afecto amistosísimo de magnates como el duque de Medina Sidonia y el duque de Medinaceli, quienes, más ó menos interesados uno y otro por los planes del piloto, más ó menos comprometidos en su realización, más ó menos entusiasmados de sus efectos, cooperaron ambos á la presentación y al crédito de su protegido en la corte. Gloria, pues, á Colón, cuya gloria crece con los siglos, y á la epopeya hispánica, cuyas grandezas pueden compararse con el helenismo de Grecia y el latinismo de Roma.

Madrid, 4 de febrero de 1899.

PENSAMIENTOS

Ninguna coraza moral se ajustará bien al corazón del hombre si no la ha colocado la mano de una mujer.

RUSKÍN

***

El que habla de los hombres sin adulación y de las costumbres sin reticencias, aparece siempre como calumniador.

AURELIANO SCHOLL

***

Un periodista afirma aquello de que no está seguro; un diplomático se guarda de afirmar lo que sabe que es absolutamente cierto.

DR. REMUSAT



RUPERTO CHAPI

El autor eminente de *La Bruja* trabaja tanto, produce de tal suerte que asombra á todos su fecundidad. Difícilmente habrá teatro en España que no lleve en su repertorio las obras de Chapí, ni cartel donde no figuren; y esto que demuestra palpablemente la actividad incansable del compositor no es lo que constituye su labor entera, porque después de escribir una partitura inspirada y genial para una obra en tres actos y estrenar en el curso de la temporada ocho ó diez piececitas, aún le queda tiempo suficiente para componer un número de brillantez soberana y mérito indiscutible con destino á los conciertos de Primavera y Otoño.

No tiene tranquilidad ni reposo, y por eso asombra más aún la lista interminable de sus obras en preparación.

Recorre todos los días los teatros donde tiene ensayos, escribe, compone, lee cuidadosamente las obras que le llevan para someterlas á su buen juicio acreditado, aguanta pacientemente las latas que le dan, y franco y sincero siempre, dice su opinión con lealtad.

Esto es tan cierto, como lo es también que aunque una obra sea muy hermosa, como él no *sienta* las situaciones que se le ofrecen, no la hace. Es de los que creen que las cosas es preciso hacerlas sin esfuerzo, único modo de que resulten bien; y como en su larga carrera artística ha tenido claras pruebas y demostraciones evidentes de su teoría, no se somete jamás á hacer ninguna obra que él no esté seguro de interpretar bien.

Ha sido muy discutida su celebridad, lo cual quiere decir que, efectivamente, es hombre de inteligencia superior; y aunque ha tenido adversarios y enemigos enconados, no les concedió jamás beligerancia y siguió trabajando sin preocuparse... Cada quince días, poco más poco menos, Chapí estrena una obra...

Obras son amores... y el insigne maestro piensa que el discutir es perder el tiempo; por eso á los ataques de sus adversarios contesta con nuevas partituras que el público se encarga de aplaudir y popularizar.

Es interminable el catálogo de sus obras. Sólo trabajando como Chapí trabaja se comprende que sea quizá el compositor que más derechos cobra. El moderno repertorio compónese en su mayor parte de obras del popular maestro, y pasan de quince mil duros anuales lo que los derechos de representación le producen.

Profano como soy é ignorante de los secretos del divino arte, no me atreveré á hacer comparaciones, odiosas siempre, entre este genial compositor y los que con él comparten en la actualidad nuestra escena; pero lo que sí aseguro es que ninguno como él sabe colocarse en la verdadera situación y adaptar los números de música al carácter de los personajes que la interpretan.

Ejemplos, el magnífico *redoble* del *Tambor de granaderos*, composición musical valiente y delicada que trae á nuestra imaginación el recuerdo de los *Reisebilder* de Enrique Heine; el coro de vendimiadoras de *Las Campanadas*, el dúo de *Las Bravias*, y en música de concierto, las páginas eternamente bellas de la *Fantasía morisca*.

En todas sus producciones hace Chapí gala de sus profundos conocimientos musicales, juega caprichosamente con el ritmo, derrama raudales de ingenio melódico dando á todo el más delicado color instrumental, y burla burlando, en el más insignificante número halla el maestro insigne la manera de deslizar verdaderas lecciones magistrales del arte de modular.

El maestro Chapí habita en una de las más lujosas casas de la Carrera.

Desde que se pone el pie en el vestíbulo, adviértense por todas partes huellas que no dejan lugar á la más ligera duda. Aquella es la casa de un artista.

Retratos del maestro, retratos de los infinitos intérpretes de sus obras, fotografías de las escenas más culminantes de una zarzuela, caricaturas, portadas de las partituras que más celebridad adquirieron, colocado todo en artísticos cuadros; no hay un solo hueco desocupado á lo largo de las paredes.



RUPERTO CHAPÍ (de fotografía)

Penétrase, por fin, en el santuario. El despacho del maestro es una preciosidad. Los muebles, estilo Renacimiento, revelan riqueza y exquisito gusto; los estantes que rodean la habitación adórnanse con afiligranados trabajos; al otro lado de la mesa un gran sillón, de alto respaldo, con clavos triangulares. Recios cortinones de terciopelo rojo con bordados de seda negra caen á lo largo de las paredes cubriendo las puertas. Muebles esparcidos por la habitación en artístico desorden. Una gran fotografía en magnífico marco, de Ramos Carrión y Vital Aza, teniendo colocado en el centro de ambos al célebre maestro. A un lado y otro grandes coronas con largas cintas que lucen inscripciones encomiásticas, cuadros de inapreciable valor, porcelanas, estatuitas, barros cocidos, termómetros artísticos, relojes, mayólicas, fotografías con dedicatorias expresivas..., ¡qué sé yo! El inventario de todo lo que aquella habitación encierra ocuparía largas é interminables páginas...

Sobre la mesa de trabajo rimeros de papel, cerca un atril, y al lado un hermoso piano.

Chapí, según confesión propia, toca muy mal este instrumento. Todas sus composiciones van á los ensayos sin que el maestro conozca el efecto de lo compuesto por él hasta que lo oye ejecutado por la orquesta. Escribe sobre el papel según se le ocurre, ordena y distribuye el instrumental, y ya no se ocupa de más hasta que en los ensayos escucha sus producciones.

Es á veces un poquito soberbio el maestro Chapí... Recuerdo que en una ocasión, el público se dividió, y mientras una parte aplaudía, otra protestaba á la conclusión de un número de música. Chapí, que dirigía la orquesta, empuñó la batuta nerviosamente y, quieras ó no, nos repitió el número en medio de un escándalo regular.

En otro estreno, y hallándose también dirigiendo el maestro su obra, al ejecutar un número descriptivo, en el que, si no estoy equivocado, la flauta imitaba con insistencia el canto del mirlo, el público tomó á chacota *lo del mirlo*, y cada vez que la flauta ejecutaba la melodía, una carcajada estruendosa resonaba en la sala... Chapí, asombrado primero, riéndose del público después, sin cortar el número hizo una indicación para que no se repitieran las notas del mirlo...

¡Dios solo sabe lo que aquella noche pensaría el maestro de la ignorancia de las gentes!

Como dije antes, Chapí, cuya carrera musical empezó siendo director de una banda militar, para llegar al sitio en que hoy sus méritos le han colocado con estricta justicia; Chapí, gran compositor, es también hombre de ameno trato y nada común ilustración.

Quiso ridiculizar en una ocasión la moda que ciertos periódicos trataron de imponer, obligando á nuestras celebridades á que hiciesen con destino á la publicidad sus *declaraciones íntimas*, y con graciosa intención y fino ingenio mató la moda apenas iniciada.

Allí decía que la flor de sus preferencias era que le llamaran... ¡hermoso! Que sus escritores favoritos son todos... los que lo son; y por último, al preguntarle que cómo quisiera morir, respondía: «Hombre..., ya que no hay más remedio..., ¡con cierta dignidad!..»

Al comunicar á sus amigos el maestro Chapí el nacimiento de su noveno hijo, como tuviera cinco niñas y cuatro varones, siempre que le preguntaban el número de hijos que tenía, contestaba:

—¡Todo el pentagrama! ¡Cinco líneas y cuatro espacios!..

JOSÉ JUAN CADENAS

LA PRIMERA NUBE

Cubierta la ancha mesa de jarrones de fina porcelana dorada cargados de flores, viéndose encima del bordado mantel ricos canastillos de frutas, bandejas de plata con dulces, copas de cristal, unas con vaso de taza para el champagne, otras con el vaso de cáliz para los vinos generosos..., alegraba con sus ofertas el apetito y con sus reflejos y colores los ojos.

Impresionaba aquel preparativo de banquete, presentando el goce, la vida de los sentidos; así como el revestido altar iluminado por las luces de rizadas velas, las ropas blancas con adorno de oro que ostentaban el ara y el sacerdote, habían infundido júbilo en el alma de Carolina. Las bodas, las bodas. ¡Momento inolvidable!

Al volver de la iglesia y tomar asiento en la mesa del lujoso comedor, Carolina apareció tan confusa y aturdida, que apenas vió ni oyó al gordo, coloradote y campechano Ramírez, el padrino, ni á los convidados que la esperaban, que la miraron sonrientes, contentos, celebrando la hermosura de la novia.

Terminada la fiesta, los novios desaparecieron, y hasta dos meses después, nadie supo de ellos. Un viejecito muy afable, muy solícito, muy vivaracho, iba y venía paseándose impaciente de uno á otro extremo de la estación del Norte. Se detenía ante el reloj del andén y luego sacaba del bolsillo del chaleco su reloj, miraba á la carátula de éste, luego á la de aquél,

como quien pretende leer en la expresión de la fisonomía de dos médicos una opinión reservada, y proseguía sus paseos. Dos ó tres veces preguntó á los empleados si había ó no retraso en la marcha del tren que esperaba.

Aquel hombre era D. Cándido, el padre de Carolina.

Por fin se oyó el silbato y llegó el tren, y de un departamento de primera clase bajaron Carolina y Fernando, su marido; éste abrazó muy alegremente á su suegro y aquélla echóse también en sus brazos..., y empezó á llorar.



¿Me conoces?, cuadro de C Gassow

Fernando se había marchado á recoger los equipajes.

– ¿Lloras?, preguntó D. Cándido á su hija.

– Sí, la alegría de verte, murmuró con mimoso acento Carolina.

– ¡Vaya una niñería!

Sin embargo, Carolina no lloraba por una niñería. Fórmese un jurado femenino, miren á su corazón de mujer, único y completo código de amor, y sentencien. En un jardín de una casa de Aranjuez, una mañana se habían hallado Fernando y Carolina, dando envidia á los pajaritos que se enamoraban en los árboles... Oídlo muy en secreto... La mano de Fernando acarició la faz de su esposa y se puso á juguetear con los cabellos de ésta en las sienes, y luego, con delicadeza de artífice, hizo en ellos dos rizitos graciosos de coquetería andaluza.

– ¿Qué haces?.. ¡Déjame!, exclamó sonriente Carolina.

Te sientan muy bien...

– ¡Qué bobada!.. ¡No me pongas rizos!..

– Lo deseo.

– ¡Vaya un antojo!

– Estás así mucho más bonita, replicó Fernando con vehemencia, con la exigente porfía de un hombre enamorado y caprichoso.

Carolina cedió bondadosamente, sonriéndose, y su marido bordó con los dorados hilos del suave cabello de su esposa dos sortijillas en las sienes y luego la contempló deleitado y la besó en la frente.

A los pocos días, Fernando se hallaba en el comedorcillo leyendo el correo, dos ó tres cartas de negocios, una ó dos de cumplimiento y una carta extensa, escrita en letra muy menuda y muy metida... Esta carta le causó complacencia, su lectura le produjo contentamiento y por él despertó ciertos inexplicables recelos en Carolina.

– ¿Es de algún amigo esa carta?, preguntóle.

Pero á las pocas horas ya Carolina se había apoderado de la carta sin que su esposo lo advirtiese. La cartita era famosa. Una irónica felicitación á Fernando, escrita por un su amigo Enrique, calavera y solterón impenitente... Entre otras locuras leyó Carolina las siguientes: «Ya no hay que acordarse de la sevillana de las sortijillas... Ahora buen régimen, perdices siempre..., si puedes hacer que te las sirva la suerte variando de vez en cuando la salsa.»

– ¡Oh, qué grosería!, exclamó Carolina, y se echó á llorar.

La felicidad de la luna de miel se había obscurecido..., una nube la empañaba. Mostróse Carolina entristecida y Fernando disgustado, y en tales disposiciones de ánimo llegaron á Madrid de retorno de su viaje de novios.

– Vaya, alguna nubecilla de verano, dijo D. Cándido al conocer la pena de su hija. Todo pasará.

Así había sido en efecto. Carolina volvió á ser feliz. Fernando, vencido, subyugado por su esposa, comenzó á sentir por ella, no sólo pasión vehementísima, sino una respetuosa amistad.

Secretos femeninos. Sólo pueden revelarlos ellas, y he aquí los de Carolina expresados en carta á su madre. ¡Perdónesenos la indiscreción!

«Tuve, madre mía, por una niñada los continuos caprichos de Fernando proponiéndome nuevas formas de peinados y nuevos vestidos..., pero la grosera carta de su amigo Enrique me sonrojó y entristeció. ¿Es decir, que para estos hombres hemos de ser artificiosas y coquetas..., hacer las salsas en que nosotras mismas hemos de servirnos á ellos como manjar?..»

– ¿Qué es ello? ¿Sois felices?, preguntó D. Cándido á su hija entrando en casa de ésta un año después.

– Sí, replicó el yerno.

– ¿Y aquella nubecilla?

– ¡Oh, quién piensa en ello!

– Sin embargo, creo que fué por un adorno, y veo que tu mujer está más modesta y severamente vestida que nunca; el pelo recogido con sencillez y severo gusto... ¿Cómo es esto?

¿Quiere usted saberlo, papá?, replicó el yerno. Pues porque ya tenemos entre nosotros quien disipa las nubes..., un niño..., y hasta que éste llega, hay el peligro de que el matrimonio sea un juego más ó menos pesado: cuando el hijo llega, la vida se ennoblece más..., la mujer ya no es sólo mujer, es madre.

J. ZAHONERO

FRASES POPULARES

¡LAS OREJAS DEL REY MIDAS!

Parece que este fabuloso monarca de la Frigia, ignorante, avaro y popular por sus inmensas riquezas, fué grande amigo del dios Pan

En cierta ocasión hospedó en su palacio á Baco, agasajándole con la mayor esplendidez; y agradecido el viajero á la rara generosidad del frigio, le instó á que pidiera aquello que más fuese de su agrado. Al oir Midas tal proposición, le indicó su deseo de que se convirtiera en oro cuanto tocase, la cual merced se apresuró á otorgar, sonriéndose, el hijo de Mercurio pero como luego se arrepintiese de su necia codicia porque hasta los alimentos se transformaban en polvo de aquel metal al contacto de sus manos, volvió Midas á rogar á Baco lo tornase todo á su primitivo estado, y el complaciente dios vino en ello mandándole lavarse en el río Pactolo (Lydia), cuya operación produjo las arenas de oro de que tanto han hablado los poetas.

Breve tiempo, sin embargo, disfrutó de tranquilidad el famoso rey, á pesar de sus anhelos de dedicarse sosegadamente al aumento y recuento de sus tesoros, pues requerido á emitir su opinión con motivo de la disputa suscitada entre Apolo y Pan sobre quién de los dos cantaba mejor, favoreció con su voto á este último, y Apolo se vengó de la injusticia convirtiendo sus orejas en orejas de pollino.

Con tan feo aditamento creyó Midas perder la razón, decidiendo después de largas cavilaciones encargarse un artístico peinado que ocultara en lo posible su vergüenza; mas apenas hubo confiado al arte su disimulo, sentía el cuitado mayores angustias, temeroso de la indiscreción del barbero. Éste, á su vez, se consideraba muy infeliz, atormentado de su deber de callar, hasta que al fin ideó la manera de conciliarlo todo exclamando con voz queda en un agujero que abrió en la tierra: *¡¡Mi-das tie-ne ore-jas de polli-nooo!!*

Muy ufano el peluquero de su inventiva, rellenó luego el hoyo, dedicándose ya más tranquilo á las exigencias de su oficio; empero al año del suceso, ciertas cañas allí nacidas repetían aflautadamente al suave impulso del viento el secreto depositado, y el rey Midas murió de pesadumbre, originando también el particular acontecimiento la fama de poco reservados de que aún se tacha á los barberos.

LOPE BARRÓN



CARNAVAL. — La última copa, dibujo de N. Méndez Bringa

EDMUNDO ROSTAND

Hace poco más de un año estrenóse en París la comedia en cinco actos y en verso *Cyrano de Bergerac,* cuyo éxito constituyó uno de los más grandes acontecimientos de la moderna dramática francesa. Recientemente, en el teatro Español de Madrid, ha



Edmundo Rostand, autor del drama *Cyrano de Bergerac,* cuya traducción se representa actualmente con gran éxito en el teatro Español de Madrid.

sido acogida con igual aplauso una excelente traducción de dicha obra, hecha por tres poetas catalanes, los Sres. Vía, Martí y Tintorer.

Nuestro ilustre colaborador D. Emilio Castelar hace en este mismo número un estudio, notable como suyo, de la aplaudida producción, y ello nos releva de entrar en consideraciones acerca de la misma, quedando nuestra tarea reducida á exponer algunos datos biográficos del afortunado autor de *Cyrano de Bergerac,* cuyo retrato reproducimos en esta página.

Edmundo Rostand es joven, muy joven, puesto que no cuenta todavía treinta y un años. Nació en Marsella en 1868: su padre, economista de los más distinguidos, ha publicado importantes obras en las cuales ha tratado los problemas sociales con espíritu ampliamente generoso. Cursó en París la carrera de derecho, pero su verdadera pasión ha sido siempre la poesía. En 1890 publicó sus primeros versos, *Musardines,* y en 1891 fué aceptada en el teatro de los Franceses su primera obra dramática, *Romanesques,*



El general Otis, jefe de las fuerzas norteamericanas en Filipinas

que no se representó hasta 1894 y cuyo primer acto resultó manjar exquisito para los literatos: la Academia concedió á esa comedia el premio Toirac, consistente en 4.000 francos.

En 1895, Sarah Bernhardt representó en la Renaissance *Princesse lontaine,* fantasía deliciosa que ha recorrido los principales teatros de Europa.

El mayor éxito de Rostand en la escena, antes de *Cyrano de Bergerac,* fué *La Samaritaine,* evangelio (como él la tituló) en dos actos que estrenó también Sarah Bernhardt en la Renaissance en 1897 y que produjo impresión profunda. Poco antes, en una representación dada en el mismo teatro á beneficio de los heridos de la insurrección cretense, M. Rostand recitó una larga poesía, *Pour la Grece,* impregnada de sentimientos de amor filial hacia la augusta madre del arte y de la civilización modernos.

Del éxito de *Cyrano de Bergerac* nada hemos de decir por las razones antes indicadas.

La última producción, no representada todavía, es una comedia titulada *El teatro* y destinada á la eminente actriz francesa.

M. Rostand pasa plaza de hombre rico; pero él mismo se ha encargado de desmentir la especie diciendo: «No soy rico; soy simplemente un gran derrochador.» Los resultados pecuniarios de *Cyrano* le habrán permitido sin duda satisfacer muchos de sus caprichos artísticos, porque el poeta siente verdadera pasión por los objetos bonitos y por las baratijas raras, y su casa, un precioso hotelito de Trianón, amueblado y adornado según el gusto moderno, es un verdadero museo de esas chucherías que acreditan el gusto exquisito de su poseedor.

M. Rostand se casó á los veintiún años con una de las mujeres más guapas de París, que como él cultiva también la poesía.

De él ha dicho con razón un distinguido escritor francés:

«Gozar de una rima más rica que el oro que se posee; salir con bien de todas las empresas y soñar lo mejor; obligar á la suerte á detenerse ante las puertas de la fantasía; ignorar si se siente uno más orgulloso de sus hermosos hijos ó de sus poemas bellísimos; no saber, cuando un rayo de luz ilumina la cuartilla en que se escribe, si ese rayo de luz procede del sol que se filtra al través de la ventana ó de una cabeza rubia que se inclina sobre el papel..., es ser en este mundo un hombre feliz y un sabio.

»La vida de Edmundo Rostand es su mejor poema.»

LORENZO PEROSI

El autor del oratorio *La Resurrección de Jesucristo,* que ejecutado recientemente en Milán ha producido sensación profunda en el mundo musical, cuenta poco más de veinticinco años.

Su padre, modesto maestro de capilla de Tortona, inicióle con sus buenos consejos y sabias enseñanzas en el arte de la música sacra, consejos y enseñanzas tan bien aprovechados por Lorenzo, que á los catorce años componía ya pequeños madrigales á varias voces, impregnados de sabor clásico, que cantaba él en unión de sus hermanos. Durante el año 1892 estudió en el Conservatorio de Milán, y en 1893, protegido por su amigo el conde Lurani Cernuschi, alma de la reforma Ceciliana, permaneció un año en Ratisbona, en donde son objeto de férvido culto las obras maestras de la música religiosa italiana, ignoradas en la mayor parte de Italia. Impulsado por vocación irresistible á abrazar la carrera eclesiástica, Lorenzo Perosi fué nombrado en 1894 director de la capilla de San Marcos en Venecia. Allí, en la iglesia más poética del orbe cristiano, el joven sacerdote, alma abierta á todas las manifestaciones de lo bello, celebra por la mañana el santo sacrificio de la Misa y por la tarde arranca del órgano las sublimes notas de las fugas de Bach ó las notas dulces de sus místicas improvisaciones.



Agoncillo y el consejo revolucionario filipino en Hong-Kong

Lorenzo Perosi, dotado de los más bellos sentimientos, quiso que sus padres compartiesen con él la gloria del triunfo, y á hacerles más agradable la existencia consagró los primeros frutos de su trabajo. En Venecia todo el mundo le idolatra, no sólo los inteligentes, sino la población entera, que le considera como una gloria veneciana.

La potencia descriptiva de sus oratorios es tan gran-



El sacerdote italiano Lorenzo Perosi, autor del oratorio *La Resurrección de Jesucristo* que recientemente y con éxito extraordinario se ha ejecutado en la iglesia de San Ambrosio de Milán.

de, su concepción dramática tan amplia y armónica, que los oyentes más profanos consiguen apreciar su música sin esfuerzo y se sienten por ella irresistiblemente fascinados. En las obras de Perosi aparecen admirablemente combinados el fondo, lleno de ideas y de sentimientos, y la forma, de una factura exquita, y en los más insignificantes desenvolvimientos melódicos, en las combinaciones armónicas más accesorias, hay siempre una elevación y una novedad de giros que preparan á los oyentes continuas y agradables sorpresas.

La característica de sus composiciones consiste en la unión de lo antiguo con lo moderno, en el enlace de la austera pureza clásica con los apasionados ímpetus y las violencias descriptivas de la escuela wagneriana. Perosi conoce todos los secretos del canto gregoriano y ha estudiado con verdadero *amore* los compositores más preclaros, italianos y extranjeros, de música sacra; pero por lo mismo que tiene de ésta un concepto tan preciso, rebélase contra los que colocan sus oratorios en esa categoría. «La música que escribo – dice – no es música religiosa; es la música de teatro que puede escribir un sacerdote.»

Entre los autores de música sacra, prefiere á Palestrina y al contemporáneo de éste Orlando di Lasso, en una de cuyas sencillísimas obras se ha inspirado para uno de los efectos orquestales más grandiosos

de su *Transfiguración*. Apasionado del arte de Wagner, reserva, sin embargo, su culto más ferviente para Sebastián Bach, para «papá Bach,» como suele decir con expresión de reverencia verdaderamente filial. A pesar de ello, y á pesar de la influencia que en él han ejercido esos dos grandes maestros, preséntase siempre claramente delineada su personalidad artística que, ajena á todo extraño influjo, ofrece una fluidez melódica, producto atávico de su italianismo.

El uso que hace de la orquesta es admirable; quizás después de Bach es el único que ha sabido hacer expresar los sentimientos y las pasiones humanas á la forma fugada, que nació y continuó siendo durante mucho tiempo simple artificio artístico: sus fugas cantan, lloran y rezan nutridas de los más variados y felices temas. Su instrumentación, aun en aquellos trozos en que sólo sirve de acompañamiento y comentario al canto, se distingue por una riqueza y elegancia admirables.

Su fecundidad es prodigiosa: en menos de un año compuso la trilogía de la Pasión, empleando un mes y medio en la *Transfiguración* y otro tanto en la *Resurrección de Lázaro*, y no cesa un momento de componer, movido por esa necesidad irresistible de crear, que constituye el rasgo característico del verdadero genio.

Su último oratorio *La Resurrección de Jesucristo*, que ha dirigido personalmente en la iglesia de San Ambrosio de Milán, obteniendo un triunfo tan entusiasta como merecido, revela un nuevo progreso en su brillante carrera artística. Para esta obra ha buscado en el Evangelio la nota humana, consiguiendo en todas las piezas de que se compone, pero especialmente en la segunda parte, efectos teatrales.

La figura del abate Perosi es hoy objeto de admiración en Italia y su fama ha traspasado las fronteras de su patria: por esto, rindiendo culto al genio y al propio tiempo como importante nota de actualidad, hemos querido honrar las columnas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicando el retrato del joven y célebre sacerdote.

NUESTROS GRABADOS

Yankis y filipinos.—Creyeron los norteamericanos la cosa más fácil del mundo la adquisición de las islas Filipinas y pensaron que con sólo poner unas firmas en el tratado de París, ese inicuo atentado contra todo derecho conocido y por todo el mundo culto respetado, podrían entrar en posesión pacífica del hermoso archipiélago que de una manera tan indigna y solapada nos arrebataron. Y tal creencia afirmábase con la idea de que los tagalos, agradecidos al poderoso auxilio que de los yankis recibieron para combatir á los españoles, aceptarían contentos el protectorado de los Estados Unidos y se considerarían más que honrados pudiéndose llamar súbditos del tío Sam.



EL BARÓN DE CEDERSTROM

ADELINA PATTI EN 1899

Pronto, empero, los hechos han venido á sacarles de su error: los que rechazaron la dominación española no quieren tampoco la dominación norteamericana; Aguinaldo y sus huestes exigen á todo trance la independencia y se disponen á luchar por ella; y el consejo revolucionario que desde Hong-Kong dirigía la insurrección contra los españoles, dirige ahora la guerra contra los yankis.

Ya se han roto las hostilidades en Manila: los aliados de ayer se combaten hoy con terrible saña y los mismos fusiles que Otis y Dewey facilitaron á los tagalos sirven ahora á éstos para causar estragos en las filas de aquéllos. Parece como que la Providencia ha querido que esta vez el castigo siga inmediatamente al crimen de los unos y á la traición de los otros.

El problema que los Estados Unidos han de resolver es por demás difícil: si persisten en dominar el archipiélago filipino por la fuerza, tendrán que sostener una lucha que habrá de costarles muchos millones de dollars y ríos de sangre; y si convencidos de la magnitud de la empresa la abandonan, demostrarán al mundo entero que después de despojar villanamente á España de lo que era suyo, no han sabido conservar unos meses siquiera lo que nosotros supimos conservar por espacio de siglos. La guerra, además, ofrece para los Estados Unidos otro peligro que se descubre claramente en las siguientes líneas tomadas de un periódico de la Habana, «El Fígaro,» que de unos meses á esta parte se distingue por su entusiasmo por los norteamericanos:

«El pueblo filipino mantiene su pretensión á la independencia y muéstrase más unánime, más decidido y fiero contra el yanki que no lo estuvo contra el español. La misma figura de Aguinaldo, poco acentuada y exenta de grandeza cuando luchaba con la antigua metrópoli, se agiganta y toma relieve en las presentes circunstancias. Decididamente los filipinos quieren ser independientes. ¿Qué hará la Unión Americana? Si no encuentra términos de avenencia que le permitan ejercer un protectorado, aceptando el principio de la soberanía de los naturales, ¿emprenderá la guerra contra ellos, una guerra descaradamente de conquista? Nos resistimos á creerlo. El primer tiro disparado con tal fin, traería el desplome súbito de ese templo de la libertad, de la justicia y del derecho que el mundo veía con admiración y amor en las instituciones americanas, y el pueblo de Wáshington y Lincoln quedaría rebajado al nivel de los más procaces pueblos del viejo continente, de los que deben su existencia y fían su engrandecimiento al despojo de los débiles. Abrigamos la esperanza, casi la certidumbre, de que los Estados Unidos retrocederán espantados frente al abismo que la tenacidad del pueblo filipino abre ante sus plantas; y por un acto digno de su significación histórica, lejos de aniquilar, preponderan á preparar y afirmar – á imitación de lo que en Cuba hacen – la nueva nacionalidad que pugna por surgir allá en los términos del Asia.

»Mas si por desdicha nos equivocásemos y viésemos al americano hollar allí las aspiraciones naturales y los derechos indiscutibles de una porción de la familia humana, sería tiempo de que los cubanos nos pusiésemos á meditar sobre la suerte que podría correr nuestro derecho, reconocido con reservas, á la independencia, en manos de una nación que tan fácilmente se salía de la amplia y tersa vía de la libertad y de la justicia, para entrar en las veredas y encrucijadas sombrías donde buscan sus provechos los ladrones.»

Parécenos que los Estados Unidos han de pagar pronto lo que con España han hecho, y que antes de poco no habrá nadie que no conozca lo que es ese pueblo que pomposamente se da á sí mismo el dictado de representante de la civilización y de defensor de los más sagrados derechos de la humanidad.



LA BODA DE ADELINA PATTI Y EL BARÓN DE CEDERSTROM: LOS NOVIOS DESPUÉS DE HABER RECIBIDO LA BENDICIÓN NUPCIAL



EL CARNAVAL, dibujo alegórico de Gustavo Bacarisas



EL CARNAVAL EN LAS CALLES, dibujo de B. Gili y Roig

La tumba de Federico Lemaitre, obra de Jorge Roussi y Pedro Granet.—En la mañana del último domingo de enero próximo pasado, y mientras se daba sepultura al cadáver de Adolfo d' Ennery, de quien nos ocupamos más adelante, en el cementerio parisiense de Montmartre rendíase otro tributo al intérprete inimitable de los principales



TUMBA DE FEDERICO LEMAITRE, inaugurada en el cementerio de Montmartre (París) el día 29 de enero último, obra de Jorge Roussi (arquitecto) y de Pedro Granet (escultor).

personajes creados por aquel famoso dramaturgo. En efecto, M. Scellier, secretario general del comité constituído en 1896, entregó aquel día á la familia de Federico Lemaitre el monumento erigido sobre la tumba delante de la cual, hace veintitrés años, Victor Hugo saludaba «al actor más grande de este siglo, al cómico más maravilloso, quizás, de todos los tiempos.» La sencilla arquitectura del monumento, obra del arquitecto Roussi, hace resaltar todo el valor artístico del expresivo busto de Lemaitre, modelado por Granet.

La princesa de Bulgaria.—La princesa María Luisa Pía de Borbón, casada desde 1893 con el príncipe Fernando de Bulgaria, había nacido en Roma en 1870 y era hija del duque Roberto de Parma y de su primera esposa María Pía de las Gracias, hija del rey Fernando II de Nápoles. El pueblo

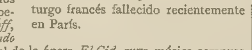


MARÍA LUISA PÍA DE BORBÓN, PRINCESA DE BULGARIA, fallecida en Sofía el día 31 de enero último

búlgaro la adoraba por sus hermosos sentimientos y por su caridad inagotable: de ésta es prueba elocuente el hecho de distribuir entre los pobres y las instituciones de beneficencia la pensión de 250.000 francos anuales que le tenía asignada su padre. Católica ferviente, cuando la razón de estado exigió que fuese bautizado según el rito ortodoxo su hijo primogénito el príncipe Boris, abandonó por algún tiempo la corte; pero sus deberes de esposa, de madre y de soberana la llamaron muy pronto de nuevo á Sofía. Ha muerto á consecuencia de una fiebre puerperal complicada con un ataque de *influenza*: sus exequias han sido suntuosas y con ocasión de ellas se han evidenciado las simpatías que todos los jefes de Estado europeos sienten por aquel pequeño principado y el amor que Bulgaria entera profesaba á su joven soberana.

El Carnaval.—Los grabados que en el presente número publicamos, relacionados todos con las fiestas de Carnestolendas, demuestran que un mismo asunto puede ser tratado de mil maneras, según el temperamento del artista. El dibujante inglés *Oscar Wilson* ha trazado una alegoría sumamente original de la Locura, esa diosa que reina durante unos días convidando al mundo entero á la alegría y al placer; el pintor alemán *C. Gassow* nos presenta la figura simpática del niño inocente que se imagina que nadie ha de conocerle bajo la piel de oso que apenas le cubre; *Méndez Bringa* en «La última copa» se nos muestra una vez más como el artista elegante por excelencia que rinde culto al buen gusto aun pintando escenas muy á propósito para que otros, menos pulcros que él, invadieran cierto terreno que él nunca pisa; elegante también es la graciosa mascarita hábilmente ejecutada por *Gustavo Bacarisas*, quien de un asunto sencillo y trivial ha sabido obtener un resultado felicísimo, gracias al talento que tantas veces en él hemos celebrado; *Gili y Roig*, finalmente, el distinguido artista catalán, nos da la nota realista de buena ley reproduciendo el animado espectáculo que ofrece una ciudad populosa en los días carnavalescos y demostrando en su dibujo que es tan buen observador como correcto dibujante.

Adolfo d' Ennery.—Ha muerto á la edad de ochenta y cuatro años el decano de los autores dramáticos franceses, el dramaturgo más fecundo de su siglo. El *père d' Ennery*, como familiar y cariñosamente se le llamaba, comenzó á escribir en 1831 creando el melodrama, ese género que hoy hacen objeto de burlas y de censuras literatos y críticos, y que sin embargo ha tenido siempre y sigue teniendo un público entusiasta y numeroso. Buena prueba de ello es la fortuna que deja á su muerte el escritor de quien nos ocupamos, y que según algunos alcanza la cifra, enorme tratándose de un literato, de diez millones de francos; buena prueba son también la cuantía de los trimestres que por la representación de sus obras ha percibido hasta el momento de su muerte, y la demanda de melodramas que de continuo le hacían los empresarios. Así podía decir, con su buen humor habitual: «Esta casa, mis coches, mis caballos, mis cuadros, mis rentas, todo se ha hecho con las *lágrimas del pueblo*.» Y razón tenía al expresarse así, porque de fijo no ha habido autor dramático que haya hecho llorar más que él al público. Poseía un arte admirable para conmover á los espectadores y para mantener en ellos siempre creciente el interés que despertaba la acción hábilmente combinada de sus obras, en las cuales, como vulgarmente se dice, resultaba siempre premiada la virtud y castigado el crimen, principio que podrá, para muchos, no ser muy artístico, pero que ejerce indudablemente no escasa influencia moral entre ciertas gentes. Las obras más populares de su vastísimo repertorio son: *Las dos huérfanas*, *La Gracia de Dios*, *María Juana ó la mujer del pueblo*, *El médico de los niños*, *La abuela*, *Mártir*, *El judío errante*, *Don César de Bazán* y *Cartouche*. Escribió además los libretos para las operetas *Miguel Strogoff*, *La vuelta al mundo en ochenta días* y el de la ópera *El Cid*, cuya música compuso Massenet. Adolfo d' Ennery era comendador de la Legión de Honor.



ADOLFO D' ENNERY, celebrado dramaturgo francés fallecido recientemente en París.

Adelina Patti y el barón de Cederstrom.—El día 25 de enero último verificóse en Brecon (Inglaterra) el matrimonio de Adelina Patti con el barón de Cederstrom. Este es el tercer matrimonio que contrae la famosa *diva*, viuda de Nicollini y antes divorciada del marqués de Caux. La Patti cuenta actualmente cincuenta y seis años, y á pesar de esta edad relativamente avanzada, conserva buena parte de su antigua belleza y de su juvenil frescura, según podrán ver nuestros lectores por el adjunto retrato, hecho en 1898; su nuevo esposo, un noble sueco, naturalizado en Inglaterra, no tiene más que veintinueve. Después de la ceremonia religiosa, que se celebró con todas las solemnidades del culto católico, los recién casados se trasladaron á la magnífica posesión de Craig-y-Nos, en donde se celebró una fiesta, magnífica como todas las que en aquella mansión deliciosa se verifican, durante la cual la novia cantó varias de las piezas de ópera y canciones que tantos aplausos y tantos millones le han valido. ¿Será esta la última boda de la famosa artista? ¿Será su joven marido una nueva *víctima* de esa mujer admirable á quien un ingenioso escritor francés, recordando al protagonista de la popular conseja, ha denominado Madame Barba-Azul?

En la hostería, cuadro de Antonio de Ferrer (Salón Pedro Robira).—La escena representada en el cuadro expuesto por el ilustrado profesor de esta Escuela de Bellas Artes D. Antonio de Ferrer, hállase inspirada en la época en que los tercios españoles llevaban triunfante la enseña nacional, así en Flandes como en Italia, Francia y Alemania, ora combatiendo por los ideales religiosos ó bien por los políticos de conquista, pero siempre impulsados por el deseo de lograr el engrandecimiento de la patria. En vano es que se trate de evocar el recuerdo de las violencias cometidas por aquellos valerosos soldados, ni que por algunos con sus severos juicios se empañe el brillo de sus victorias, porque los actos censurables que pudiesen cometer, son los que señalaban el paso de todos los ejércitos, cuya disciplina toleraba y consentía al soldado actos que hoy el código militar castiga severamente, considerándolos como delitos. *En la hostería* representa el momento en que varios soldados celebran con sus alegres cantos y copiosas libaciones la reciente victoria alcanzada. El artista ha sabido desarrollar con señalado acierto la composición. El colorido, la luz, los trajes y los pormenores revelan estudio y el cariño con que ha sido pintado este cuadro, que consideramos digno del buen nombre de su autor.



EL GENERAL CAPRIVI, ex canciller del Imperio alemán, recientemente fallecido

El general Caprivi.—Ha fallecido recientemente este ilustre militar y estadista que durante cuatro años ejerció el cargo de canciller del imperio alemán. Había nacido en Berlín en 1831 é ingresado á los diez y ocho años en el ejército, en el que al comenzar en 1866 la campaña de Austria había ascendido á comandante. Cuando estalló en 1870 la guerra franco-prusiana era teniente coronel, siendo entonces nombrado jefe de estado mayor del primer cuerpo de ejército y distinguiéndose notablemente en importantes acciones de guerra. En 1871 entró en el ministerio de la Guerra como jefe de división y en 1882 fué ascendido á teniente general, nombrado Secretario de Estado y puesto con el título de vicealmirante al frente del Almirantazgo del Imperio, que dejó para encargarse del mando del 10.º cuerpo de ejército que ocupaba el Hannóver. Allí le sorprendió en 1890 el nombramiento de canciller del Imperio con que le honró Guillermo II, en sustitución del príncipe de Bismarck. Por sus servicios en las negociaciones que dieron por resultado la adquisición de la isla de Heligoland por Alemania, le fué concedida la condecoración del Aguila Negra, y por haber conseguido que el Parlamento aprobara los tratados de comercio, obtuvo el título de conde. Durante los cuatro años de su cancillerato prestó relevantes servicios á su país, y en octubre de 1894 hizo dimisión de su cargo, habiendo vivido desde entonces hasta su muerte completamente apartado de la política.

Teatros.—*Madrid.*—Se han estrenado con buen éxito: en el Español *Cyrano de Bergerac*, drama en cinco actos de Edmundo Rostand, muy bien traducido del francés en verso castellano por los Sres. Vía, Martí y Tintorer; en Lara *Los caballos*, sátira en un acto admirablemente escrita por D. Eugenio Sellés; en la Zarzuela *El querer de la Pepa*, bonita zarzuela en un acto de los Sres. Larrubiera y Casero con música del maestro Brull, y en Apolo *Churro Bragas*, chistosa parodia de la zarzuela *Curro Vargas*, letra de los Sres. Paso y Alvarez, música del maestro Estellés.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 149, POR PEDRO RIERA

NEGRAS

7 B. y 8 N. = 15 piezas.

BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 148 POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. D8CD	1. R5R (*)
2. D8AR	2. Cualquiera.
3. D mate.	

(*) Si 1. R4AD; 2. D7TD jaque, y 3. T6AR mate, —1. P5R; 2. D6CD jaque, y 3. D6AR mate



Ya estamos acostumbrados. Empiezan á decirnos con frecuencia cosas desagradables, no sé por qué

INSEPARABLES

Novela por Juana Mairet. Ilustraciones de Marchetti

(CONTINUACIÓN)

– Que han llegado no solamente hasta el salón, sino que también hasta el gabinete de confianza, y quizá hasta otra parte. Es posible. Sin embargo, eso es rarísimo, excepto en las novelas. ¿Quieres una prueba de lo que te digo? En rigor podrías ser el amante de una marquesa: trata de ser su yerno, y verás entonces la cara que te ponen.

Esteban se estremeció. No se trataba realmente de la marquesa. Comprendió que todo el pequeño discurso no había tenido más objeto que traer la última frase. Todo sufría en él: su orgullo, su amor propio, y aun quizá su amor. Si no había sabido trocar en pasión un capricho de niña, se había quemado un poco jugando con aquel fuego.

La condesa comprendió que había sido algo cruel, y como en el fondo no era mala, trató de curar la herida. Cogió la mano al joven y le dijo casi con ternura:

– Te he disgustado, muchacho, pero era necesario advertirte. La única que podía hacerlo era yo, que te he servido un poco de madre. El caso es que te hemos mimado demasiado; has sido el juguete de varias estaciones. Todo eso es muy bonito cuando un hombre es todavía bastante joven para que lo traten como á un niño. Pero no hay que dar á nuestras amabilidades más valor del que tienen. No carecemos de corazón, pero nos gusta terriblemente divertirnos. Hago mi propia confesión, como la de mis amigos, la de mis parientes y la de mi hija. Sin embargo, ya sea preocupación rancia, ya sea necedad de gentes que procuran conservar la única superioridad que les queda – llámalo como quieras llamarlo, – jamás, entiéndelo bien, jamás podremos admitir que nuestros inferiores por la cuna, aunque sean verdaderos genios, puedan tratar con nosotros de potencia á potencia. No defiendo nuestro orgullo; me contento con señalártelo.

– Gracias, querida condesa; sus avisos no caerán en saco roto, créalo usted. Voy á meditar sobre ellos. Y como el asunto es grave, meditaré en el recogimiento y la soledad.

– ¿Vas á enfurruñarte conmigo? Harás mal, porque yo te quiero de veras.

– No, no la desdeñaré á usted, señora, porque le debo demasiado, porque le tengo un profundo afecto, nacido de mi inalterable gratitud. Me he acostumbrado demasiado á tomar el camino que conduce al hotel de Verneuil para olvidarlo tan pronto. Pero necesito cambiar de ideas, ver algo que no sea París y sus bulevares. Pedro y yo habíamos concebido el proyecto de viajar un poco este verano. Procuraré adelantar nuestra partida. Froment se alegrará. Ha trabajado mucho; á menudo por él y por mí; no le vendrá mal un poco de descanso.

En el momento de despedirse añadió, tratando de hacerlo con risueña desenvoltura:

– Volveremos dentro de algunos meses para encontrar sin duda á Germ... á la señorita Germana prometida.

– Pienso que será pronto. Son muchos los que la piden, á pesar de ser tan joven. A propósito de tu

amigo Pedro Froment, ¿has visto el artículo de *El Pasquín* de hoy?

– No. Leo poco *El Pasquín*.

– Aquí lo tienes. El artículo es malévolo. Pero ambos sois de talla para reíros de las maldades de un pequeño periodista callejero.

– Ya estamos acostumbrados. Empiezan á decirnos con frecuencia cosas desagradables, no sé por qué.

Esteban se retiró en seguida á su casa. No encontrando allí á su amigo, se tendió en el diván, encendió un cigarro y se puso á reflexionar.

Hubiera creído sufrir más. Su pasión por su amiguita de la infancia resultaba ser más bien una pasión ideal que de corazón, en que la vanidad entraba por más que el sentimiento. Después de todo, quizá no conocería nunca la pasión verdadera. Y sería una lástima, porque si había tenido un placer de artista en analizar sus caprichos, caprichos bastante violentos á veces para representar al amor, ¡cuánto más interesante no sería observar en sí mismo los estragos de una grande y bella pasión! El que ama locamente debe vivir dos veces. Llegaba á dudar que las pasiones sinceras fuesen posibles en la vida real. Cuando se emplea casi todo el día en una infinidad de pequeñeces: negocios, ocupaciones, deberes y diversiones de poca monta, no se tiene tiempo para pensar largamente en una cosa única. La sociedad, que necesita el tiempo y la atención de sus fieles, tiene horror á los sentimientos que los absorberían. Un hombre ó una mujer seriamente enamorados pierden su valor desde el punto de vista mundano. Por esto, todos los esfuerzos de la sociedad tienden á reemplazar las pasiones por caprichos, la novela por un cortejo en regla. Y sonriendo vagamente á recuerdos íntimos, Esteban seguía las espirales del humo, que volaba ligero como las sensaciones que evocaba.

Luego, acordándose de pronto del malévolo artículo que le había señalado la condesa, sacó el periódico del bolsillo y se preparó á leerlo. No desdeñaba tanto como decía los ataques de la prensa. Fué preciso que tuviese preocupaciones graves para olvidarse del artículo durante una hora.

El Pasquín, periódico muy en boga en aquel entonces, merced á una completa falta de gusto y de decencia lo cual no le impedía ser muy leído por las damas, – ofrecía de vez en cuando á sus lectores la caricatura ó el retrato sombríamente exagerado de alguna celebridad parisiense, hombre ó mujer, escritor, artista ó figura mundana. El artículo que encabezaba el periódico que desplegó Esteban se titulaba *Los hermanos siameses*.

El periodista empezaba su artículo con un retrato físico de los dos autores: Pedro salía muy maltratado; su rostro jovial, de ojos francos y bondadosos, no eran objeto de más indulgencia que sus pies demasiado grandes y su cuerpo excesivamente pesado. Esteban, por el contrario, resultaba un ser convencional, de belleza vulgar, verdadera figura de moda, gran corredor de aventuras en salones y bastidores. Seguía luego un rápido análisis de las obras hechas en colaboración, análisis muy malintencionado, donde las debilidades universalmente conocidas del género dramático que cultivaban les eran atribuídas como debilidades personales. De aquel «vapuleo» resultaba que, después de *La Figuranta*, la facundia, que habían tomado por talento, disminuyó de obra en obra, y que pronto no iba á quedar nada, sino el vago recuerdo de un doble nombre. Después, echándolo todo á chacota, continuaba el crítico:

«... Dicen que fueron ya hermanos siameses desde la infancia, y quizá están condenados á serlo indefinidamente. Algunos curiosos se preguntan cuál es la parte de cada uno en esa colaboración íntima. Esos curiosos son muy cándidos. Cuando se unce á un yugo un buey y un caballo de sangre, ¿quién tira? ¡El buey! El caballo se contenta con cocear y relinchar; quizá para librarse de una collera que le abochorna, acaba por hacer algunos esfuerzos que aprovechan al arado, pero que no bastan á devolverle la libertad.

»Las hermosas praderas atraen al caballo, haciéndole más odiosa la labor que se le impone. ¡Cocea, hermoso caballo, relincha! El buey recibirá quizá alguna de tus coces, pero con tal de que consigas al fin la libertad á que aspiras, te consolarás de los sufrimientos que impongas á los demás.

»Los curiosos que no son cándidos se preguntan otra cosa. Éstos saben lo que son las amistades entre literatos, sus intimidades, sus camaraderías. Ciertos nombres van siempre acoplados. El género de talento, la nombradía igual, las relaciones – que son las mismas – así lo quieren. Digan ustedes mal del uno al otro y protestará, por el buen parecer; insistan ustedes y verán brillar los ojos y dibujarse debajo del bigote una sonrisa mal reprimida; pero aún protestará. Sin perjuicio de meter luego, en el apretón de despedida, todo el gozo de su odio satisfecho, de su envidia feroz que encontró un eco.

»Siempre ha sucedido lo mismo, y sucederá así siempre. Se han visto colaboraciones de veinte años hundirse súbitamente con gran asombro de los bobalicones, como se han visto matrimonios viejos separarse al cabo de los años mil. Y es que, en uno y otro caso, los agravios, las mortificaciones, el amor propio herido que se desgarra oculto, las palabras agrias, no recogidas quizá, pero nunca olvidadas, todas esas pequeñas miserias de la vida común, han desbordado de pronto, como el agua de un vaso demasiado lleno en que se vierte la última gota. El rompimiento se hace entonces con violencia, el divorcio es invocado á gritos como una redención suprema; el bisturí del cirujano que corta el miembro gangrenado no estremece ya; hasta el miedo al sufrimiento se olvida en la esperanza del alivio que sigue á la operación.

»Hermanos siameses, ¿cuál de ustedes dos será el primero en observar que la amistad puede ranciarse; que en una colaboración íntima como la suya, los partidarios del uno son los detractores obligados del otro; que hasta el momento en que hayan dado pruebas separadamente, serán, cada uno por turno, «el que carece de talento?» ¿Pero quién será el primero en caer en la cuenta? No es difícil adivinarlo. No tienen ustedes más que mirar en el fondo de los ojos negros y en el fondo de los ojos azules, para saber cuál de los dos quiere todavía al otro y cuál de ellos aún se deja querer...

»Hermanos siameses, ¿cuándo se hace la operación?..»

Cuando Pedro Froment entró en casa, encontró á su amigo temblando de cólera y de rabia.

– ¡Lee esto!

Pedro leyó hasta el fin sin cambiar de visaje.

– ¿Qué dices á eso?

– Digo que es una villanía cometida por un villano.

– ¿Y nada más?

– ¡Nada más!

– Si tienes calma, yo no la tengo. Voy á enviar padrinos á ese infame, porque si bien parece estar más duro contigo, está conmigo más venenoso.

¿Quieres darle importancia á ese periodista? Eso es precisamente lo que desea. Una notoriedad que hiciese subir cinco ó diez céntimos por línea el precio de su prosa, valdría la pena de recibir una estocada; pero probablemente te la daría él á ti, porque la cólera prepara mal para el duelo. No, no, amigo mío. Esas cosas se tratan con desprecio. Después de todo, ¿qué mal nos hace este artículo? Proclama que estamos destinados á reñir por celos y á odiarnos. Para semejante calumnia no hay más que una contestación, que consiste en querernos aún más que antes. Difícil me sería; sin embargo, voy á probar.

Esteban se sonrojó. En aquel momento, su camada le parecía más hombre, soberbio en la tranquilidad de un cariño profundo que jamás había variado un solo instante, ni admitía la posibilidad del menor cambio. En un arranque juvenil y espontáneo, de esos que hacían perdonar todos sus defectos, Esteban cogió las manos de Pedro y se las estrechó con efusión.

– ¡Está visto qué vales más que yo!

Pedro se echó á reir.

– ¿Porque me encojo de hombros en vez de enfadarme? Cuestión de temperamento, amigo mío. Tus nervios son más vibrantes que los míos; y si esa nerviosidad te hace débil, hace, en cambio, de ti el artista exquisito que aprecio y admiro. Pero ni aun de las cosas mejores hay que abusar. Cuando hayas recobrado tu sangre fría, verás, como yo, toda la baja y obscura envidia que hay en los ataques de ese individuo. Nuestra amistad es cosa rara, hermosa y pura; y esto basta para que los seres incapaces de ningún sentimiento generoso traten de quebrantarla, arrojándole lodo si no pueden hacer otra cosa. Este es nuestro tesoro; conservémoslo preciosamente, con verdadera piedad; constituye nuestra fuerza y nuestra alegría. Y cuando uno es fuerte y tiene el corazón lleno de alegría, desprecia fácilmente, porque es natural que encoja los hombros y siga adelante.

Pero Esteban, á pesar de todo, permanecía algo sombrío. Pedro adivinó que si le había irritado tanto un ataque tan ruin, era que otras mortificaciones – quizá hondas heridas – le tenían lacerado ya el corazón. Pedro no sabía á punto fijo lo que pasaba en la sociedad donde su amigo era el niño mimado, porque él la frecuentaba lo menos posible; pero adivinó que Germana de Verneuil no era ajena al cambio que de día en día se acentuaba en el humor de Esteban.

– ¿Quieres creerme?, dijo súbitamente. Vámonos en seguida muy lejos de aquí. Tenemos dinero para seis meses al menos. Después que hayamos viajado un poco, nosotros que no conocemos nada, ó casi nada, fuera de los muros de París; después de haber visto mucho, hallaremos un rincón tranquilo, en la Argelia tal vez, donde poder continuar nuestra gran comedia, y donde estoy seguro que la terminaremos. Ambos tenemos el cerebro algo cansado y no vemos ya las cosas con mucha claridad. Será muy divertido viajar juntos y comparar nuestras impresiones. Esta será, después de todo, la mejor contestación que podemos dar á nuestro enemigo de *El Pasquín*.

– Iba á proponértelo, Pedro. ¡Llévame muy lejos, lejos de París, lejos de los salones, sobre todo lejos de mí mismo!

VIII

La apertura de la caza fué brillantísima el año siguiente en el castillo de Verneuil. El viejo caserón, hábilmente restaurado por León Marbois, que gozaba del favor del conde desde que había modernizado el hotel de la calle de Varenne, presentaba un aspecto magnífico en medio del jardín lleno de flores y céspedes. Estaban lejos aquellos tiempos en que la familia se refugiaba en el campo para economizar la dote de Germana; en que el castillo, bastante desmantelado, olía á moho y á abandono; en que un solo jardinero impedía á duras penas que la hierba invadiese los senderos. El Sr. de Verneuil profesaba ideas absolutamente modernas. Había conservado un amargo recuerdo de los años de estrechez, y una vez en posesión de una herencia considerable, se lanzó á ciertas especulaciones que, por fortuna, dieron resultado. Por fortuna, sí, pero gracias también á los consejos del banquero Lœwenthal. El banquero murió, y su inmensa fortuna, como también la dirección de su casa, fueron á parar á manos de su hijo, conocido entre sus amigos con el apodo de «Pourri de chic,» que era tanto como decir «podrido de elegancia.» Este atildado joven, bastante feo, pero de una corrección mundana absolutamente irreprochable, tenía bastante buen sentido para otorgar amplios poderes á un hombre formado por su padre, hábil, poco escrupuloso quizá, pero afecto á los intereses de la casa. Su joven principal le convirtió en socio suyo, y así pudo él llevar con toda seguridad la única vida que le gustaba, la vida de las carreras, bastidores y salones.

Cierto día, Amadeo Lœwenthal pidió la mano de la señorita de Verneuil. Tenía entonces treinta años; ya era hora de que se casase. La señorita de Verneuil era la joven más admirada de la estación, la más bonita, la más tímida, la que mejor haría, indudablemente, los honores de una casa regia. Cada vez que en la vida se había tratado de elegir algo para él, había elegido siempre lo mejor en su género y lo más caro. Y siendo la señorita de Verneuil la joven que más alto se cotizaba en aquel momento psicológico del matrimonio, se propuso él tomarla por esposa. Con gran sorpresa de todos y con gran escándalo de algunos, su petición fué acogida favorablemente.

Había una gran dificultad para que Germana se casase con un hombre de su rango, y consistía en que la muchacha era protestante. Su madre pertenecía á una antigua familia hugonota del Mediodía, y al casarse con Raúl de Verneuil, católico poco ferviente, se había negado á abjurar de su religión, obteniendo, no sin dificultad, que los hijos que nacieran del matrimonio fuesen educados en la fe del padre, y las hijas perteneciesen á la religión de la madre. Los hijos habían muerto todos en edad temprana, viviendo sólo la niña. En rigor, Germana, poco devota, hubiera pasado por la iglesia si se hubiese tratado de salir de ella llevando un nombre esclarecido; pero la ocasión no se había presentado, y consintió, sin repugnancia aparente, en casarse con el barón Amadeo Lœwenthal, protestante como ella.

Decíase que el abuelo de Lœwenthal había habitado la *Judengasse* de Francfort; pero en tratándose de esto, á Amadeo le era infiel la memoria; no había conocido nunca á su abuelo de Francfort, y había olvidado por completo los datos que en su juventud pudo recoger acerca de aquel venerable usurero. Lo cierto era que poseía una fortuna colosal y que, bajo sus exterioridades de vividor ultra-moderno, no desmentía la raza de usureros, á la que honraba demasiado para no estar resuelto á acrecentar aquella fortuna en vez de mellarla.

La boda había de verificarse á principios del invierno, y mientras tanto, gran número de personas alegres eran convidadas á pasar una corta temporada en el castillo, donde las fiestas campestres, las cabal-

gatas, los bailes y las comedias de salón traían revuelto á todo el mundo.

Germana de Verneuil tenía entonces diez y nueve años. Alta, esbelta, flexible, muy graciosa, era tenida por muy bella, con su dorada cabellera, sus ojos vivarachos, su cutis sonrosado y fresco; sin embargo, se adivinaba que á los veinticinco años sería aún mucho más hermosa, por cuanto su género de belleza era de los que reclaman plenitud de formas. Sus hombros, de una blancura notable, eran aún demasiado flacos, y el talle, muy flexible, era delgado en demasía. Amadeo la apreciaba como hombre conocedor y vislumbraba el porvenir sin inquietud. La baronesa de Lœwenthal iba á ser más hermosa de lo que había sido su madre, la cual pasó, no obstante, por una de las beldades de su época. El negocio era, pues, excelente, y Amadeo, muy satisfecho, colmaba de atenciones á su futura. Conocía á la perfección todos los deberes de aquella situación delicada, y el juez más escrupuloso no hubiese podido tachar la menor cosa en su conducta. En esto, como en todo, merecía su apodo de «Pourri de chic.»

Un día en que los hombres habían ido de caza, las mujeres acordaron merendar en la encrucijada de la Fuente, bonito sitio, muy solitario, al extremo de la finca. Estaban como en familia, y el parque adquiría en derredor el aspecto de selva. Una fuentecilla, sombreada por una encina secular, daba su sombra á aquella especie de plazoleta, donde varios troncos de árboles servían de bancos, y desde donde, por una brecha hábilmente abierta, se podía ver el lejano país lemosín, con sus rientes colinas pobladas de árboles, y sus estrechos valles por donde serpentean arroyos que casi son torrentes.

Hacía calor. El cielo ligeramente encapotado, el aire apacible, los árboles inmóviles, daban una impresión de espera, como si la naturaleza se preparase suavemente á algún temido cambio; parecía contener su aliento para retrasar aquel cambio el mayor tiempo posible. Y á pesar de la tranquilidad de la tarde, á pesar de los buenos y fuertes olores que se desprendían de la tierra y de los árboles, dejábase sentir algo de la melancolía de las cosas que acaban, aun entre aquellas mujeres del gran mundo, cuya conversación se resentía de ello, languideciendo é inclinándose á las reflexiones.

Había una mesa llena de esas golosinas con las cuales les gusta á las mujeres echar á perder de antemano la comida. Veíase allí un calentador y un servicio de te; pero todas aquellas francesas preferían un vaso de vino rancio y pastelillos.

Una vez terminada la merienda, las conversaciones languidecieron cada vez más. La señora de Verneuil sacó un bordado; la imitaron varias de sus amigas y una de ellas desplegó un periódico. Germana, sentada algo aparte con la marquesa de Viroy, parecía aburrirse soberanamente. Como la mayor parte de las muchachas de su época, entendía que era inútil hacer nada para mujeres solas, sobre todo para mujeres de mucha más edad que ella. Germana era menos insolentemente despreciativa que algunas de sus semejantes; pero consideraba, lo mismo que ellas, á la juventud como una soberanía incontestable. Toda mujer que hubiese cumplido treinta años no podía esperar más que el abandono, si no el desprecio; no tenía más que inclinarse y desaparecer lo más humildemente posible. Germana perdonaba á la marquesa de Viroy su coquetería, porque, á pesar de haber alcanzado seguramente el límite designado, era de una suprema elegancia, muy coqueta, y se le atribuía por lo bajo más de una aventura. Germana sabía que Esteban le había hecho la corte, porque también es de moda que las muchachas estén al corriente de muchas cosas que debieran ignorar, y curiosa, atrevida, trataba de adivinar si, por su parte, la bella marquesa había estado más ó menos enamorada de aquel buen mozo.

Una exclamación de la lectora hizo levantar la cabeza á todo el mundo.

– ¿Qué hay?, dijo la señora de Verneuil.

– Algo que la interesa á usted, amiga mía. ¿Pero no ha leído usted *El Figaro?*

- No por cierto. Cuando una no tiene nada que hacer, no le sobra un minuto para nada. Además, en el campo está permitido dejar intactas las fajas de los periódicos. Venga esa noticia de sensación.

– Oigan ustedes: «Lectura de gran éxito la de ayer en el teatro de la calle de Richelieu. La comedia en cinco actos *Matrimonio mundano*, de los jóvenes y afortunados autores de *La Figuranta*, Esteban Dorsat y Pedro Froment, va á ponerse pronto en ensayo. Los intérpretes están entusiasmados con sus papeles, y el *Matrimonio mundano* será indudablemente el gran éxito del invierno. Se habla, sobre todo, de una conversación de muchachas en torno de una mesa de te... ¡Pero no seamos indiscretos!»

– ¡Qué fortuna!, exclamó Germana, muy despierta ya. Sin duda vendrán esta tarde. Tenían que salir de París inmediatamente después de la lectura de su obra. Mamá les invitó á los dos para el mes de septiembre. Vamos á divertirnos, ¿verdad, marquesa?

– ¡Ya lo creo! Los autores mimados son generalmente amables, al menos hasta el momento en que el mimo deja de ser cosa nueva. Esa gente es encantadora ó insoportable.



Había una mesa llena de esas golosinas ..

- Entonces, dijo Germana, hay que tomarlos durante la primera fase y dejarlos durante la segunda, puesto que con ellos no hay tantos miramientos que guardar...

- ¡Gracias, Germana!, gritó una voz muy conocida, burlona y mordaz.

Todas las mujeres se levantaron rodeando á los dos jóvenes, que habían llegado hacía una hora y venían al encuentro de la condesa. Germana se sonrojó; pero serenándose luego y sonriendo á Esteban como ella sabía sonreirse, dijo rápidamente:

– Ya comprendes que me burlaba y no de ti...

- Germana, dijo su madre, es preciso que renuncies á tutear á tu antiguo camarada. Aunque Esteban sea de la familia, ó poco menos, á tu futuro podría no parecerle bien una familiaridad tan absoluta.

– Tengo vivos deseos de felicitar al afortunado barón...

Esto diciendo, Esteban parecía tan sereno, tan alegre y tan indiferente, que Germana se mordió los labios. Esta le encontraba cambiado, más hombre que antes de emprender ese viaje que duró mucho más tiempo del previsto. Indudablemente volvía más que curado. La marquesa lo encontraba también demasiado curado, con cierta desenvoltura algo insolente de hombre á quien todo le sale bien.

– ¡Oh!, contestó Germana, va usted á tener esa dicha, Sr. Dorsat; mi futuro no me deja más que para ir de caza. Tengo pocas vacaciones. ¿Es así como debo hablar, mamá?

– Así, precisamente, no, Germana, dijo la madre sonriéndose; puedes llamarle Esteban; pero trátalo de «usted,» por favor.

Pedro también venía cambiado, y cambiado con ventaja. Habíase desarrollado más lentamente que Esteban, pero al fin se había desprendido de aquella especie de rusticidad que le quedaba de la niñez. Los dos amigos se aficionaron á los viajes. En año y medio hicieron varias apariciones en París, para volverse casi inmediatamente. Y dió la casualidad que durante aquellas rápidas visitas, visitas de negocios sobre todo, los de Verneuil estaban ausentes. Continuaban representando sus obras en París, en provincias y hasta en el extranjero, y cobraban por sus derechos lo bastante para vivir holgadamente. En todas partes se creaban amigos, en todas partes su doble nombre era conocido, en todas partes les dispensaban buena acogida, lo mismo las mujeres que los hombres.

Aquel fué para ellos un período muy feliz, lejos de las pequeñas rivalidades y de los odios de la gran ciudad, viviendo seguros, trabajando sin fatiga, sintiendo estrecharse deliciosamente los lazos de su compañerismo. Mientras Esteban se encontraba solo con Pedro, todo lo mejor que había en aquella naturaleza flexible, compleja y maleable, se manifestaba con una candidez encantadora.

Esteban parecía contento de su propia sensibilidad, de sus impulsos hacia las cosas nobles, puras y elevadas; contento de su amplia simpatía por la humanidad en general, y sobre todo de su afecto por su antiguo camarada, á quien apreciaba más desde que le veía más apreciado por los otros

En París, Pedro consagraba todos sus ocios á su familia. Tan pronto como llegaba á Sevres, la alegría hacía explosión en la casa. Era festejado por la tía Rosa, por su marido y también por la pequeña Carlota, que iba creciendo y que, enamorada de su tía, procuraba imitarla en todo, teniendo los mismos gustos, la misma expansión y la misma bondad espontánea que ella. Por consiguiente, Pedro le parecía no tan sólo bueno y muy inteligente, sino que también guapo mozo, y se enfadaba de verdad cuando se burlaban de ella.

En el extranjero, doquiera iba Esteban iba Pedro también, siendo acogido con igual placer en todas partes. Y muy á sus anchas, hasta en ciertos salones regios, había tenido casi tanto éxito como Esteban, merced á su naturalidad, á su animación, á su fondo alegre. En vista de ello, Esteban le trató casi como á su igual.

Esperaba, sin embargo, que vueltos á Francia, las cosas recobrarían su antiguo aspecto. Estaba demasiado acostumbrado á ocupar eternamente el primer puesto para consentir en compartirlo con Pedro.

Cuando toda la banda emprendió el camino de regreso á la casa, Germana se las arregló para ir la última y retuvo á Esteban.

– Ya comprenderás..., usted dispense, ya comprenderá usted, Esteban, que necesito que me cuente muchas cosas. ¡Cuánto tiempo sin vernos!

– Bastante tiempo para convertirla á usted en prometida esposa.

– ¿Y á usted, en qué?

– En amante desesperado... ¿No es esto lo que quiere usted hacerme decir? Toda muchacha que se casa se sentiría humillada si no pudiese confiar á sus amiguitas que ha destrozado al menos un corazón.

– ¡Bah!, dijo Germana encogiendo los hombros, eso ya pasó de moda. Ahora decimos: «Han pedido mi mano tantas veces...» El mayor número posible. Esto da tono, como los nombres de los caballeros inscritos en nuestro tarjetón de baile. Son contadísimas las que pueden vanagloriarse de que un primo ó un amigo de la infancia ha conservado una flor seca, regalada á la edad de los quince años. Pasados los quince, ya no es lícito ese juego de florecitas y cintas hurtadas. Todo eso tiene poco que ver con el matrimonio.

– ¡Ah! ¡Qué mezquina y lastimosa es esa pobre filosofía práctica de ustedes! Los despilfarros, los triunfos de amor propio, todo eso divierte un año ó dos. Pero acaba por cansar y hastiar. Y después... ¿qué?

– Después... ya veremos. ¿Qué quiere usted? Soy lo que son mis amigas; si no todas, casi todas. Somos muy gastadoras y necesitamos disponer de una gran fortuna. Queremos divertirnos mucho y derrochar sin medida. Queremos una casa en que rebosen el lujo, las cosas exquisitas y caras; queremos tener caballos preciosos en nuestras cuadras; queremos llevar al cuello una fortuna en diamantes y perlas. Y esto no es lo superfluo, sino lo necesario. Sin embargo, todas estamos de acuerdo en un punto. Si el lujo que reclamamos nos fuese ofrecido por un guapo mozo á quien pudiéramos amar y que nos adorase, entonces sería el ideal. Pero el ideal, ¡oh mi querido inventor de bonitas escenas amorosas!, es la cosa más rara del mundo. Y cuando no se encuentra esa cosa deliciosa que hace latir nuestros corazones – porque, después de todo, tenemos corazón como las mujercitas de la clase popular, entonces, con muy buen acuerdo y como muchachas juiciosas que somos, tomamos lo que nos ofrece el destino.

(Continuará)

OBRAS DE PUVIS DE CHAVANNES

Treinta y siete años contaba el ilustre pintor francés, que murió hace algunos meses, cuando alcanzó su primer triunfo definitivo y vió reconocida y celebrada por el público su personalidad artística. Nacido en 1824 en Lyón y después de haber asistido algunos días al taller de Delacroix y durante tres meses al de Couture, comenzó á trabajar por cuenta propia y con algunos amigos y discípulos estableció un estudio en París. En 1850 expuso por vez primera en el Salón; en 1852 y hasta 1859 vió rechazadas cuantas obras presentara, y en 1854 organizó una exposición de sus cuadros que fué objeto de burla de parte de la generalidad del público. Algo muy parecido había sucedido entonces también á artistas como Delacroix, Dupré, Troyon, Barye, Rousseau, Díaz, Millet y Corot.

Afectado por este fracaso, Puvis de Chavannes se retrajo por completo y se consagró enteramente al estudio, hasta que la circunstancia de tener que decorar el comedor de una quinta de su hermano, en donde pintó las cuatro estaciones, hizo nacer en él el deseo de consagrarse á la pintura decorativa, de llenar grandes espacios con ciclos alegóricos. En 1861 expuso en el Salón dos composiciones de este género, *La Guerra* y *La Paz,* que le valieron una segunda medalla y la adquisición de *La Paz* por el Estado. El artista, no queriendo que sus dos obras estuviesen separadas, regaló al Estado *La Guerra,* y cuando ambos cuadros fueron destinados al *Museo de Picardía,* de Amiens, hizo donación á éste de las otras dos composiciones que completaban el ciclo, *El Trabajo* y *El Descanso.* En vista de este desprendimiento, el museo le encargó una pintura para la escalera, *Ave Picardia nutrix,* que reproducimos en esta página, y muchos años después, cuando ya Puvis de Chavannes gozaba de gran fama, le confió la ejecución de otra pintura mural, *Ludus pro patria,* que obtuvo un éxito extraordinario.



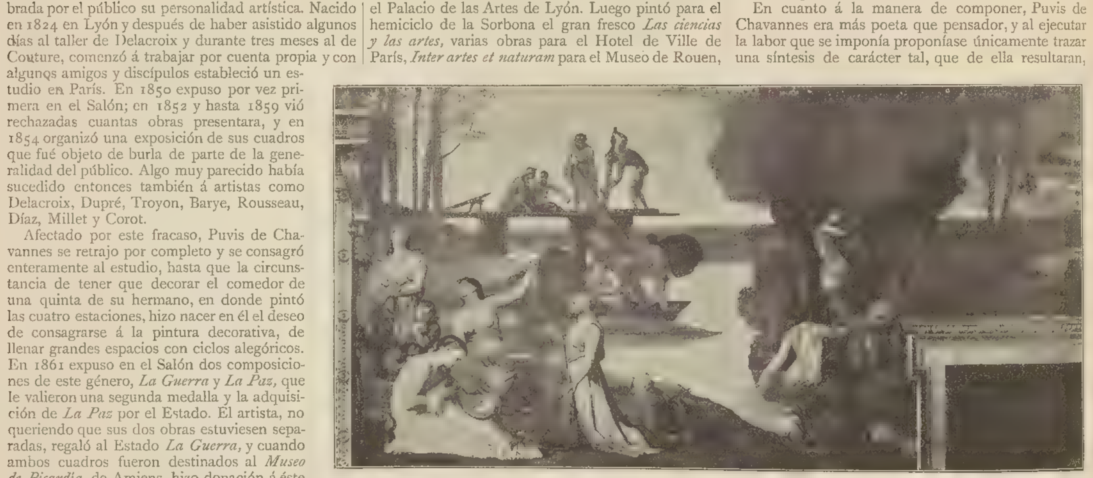
«Las Musas,» fragmento del lienzo existente en la Biblioteca pública de Boston, obra de Puvis de Chavannes

Durante este período de su carrera artística pintó multitud de obras para Marsella, para la Casa Consistorial de Poitier, para el Panteón de París y para el Palacio de las Artes de Lyón. Luego pintó para el hemiciclo de la Sorbona el gran fresco *Las ciencias y las artes,* varias obras para el Hotel de Ville de París, *Inter artes et naturam* para el Museo de Rouen, *El Sueño* para el de Lyón, *Las Musas* para la Biblioteca de Boston y otras varias: algunas de estas composiciones las reproducimos en esta y en la siguiente página.

A pesar de estos múltiples y grandiosos trabajos, aún encontraba Puvis de Chavannes espacio para pintar cuadros de cabellete que él solía denominar *intermedios* y *entreactos,* entre los cuales merecen especial mención el *Pobre pescador* y *El hijo pródigo.*

El «maestro de Amiens,» como se denominaba á Puvis de Chavannes, no quería enseñar, sino simplemente decorar, no pintar programas, sino embellecer espacios, y siempre protestó contra los que le atribuían ideas filosóficas y profundas composiciones históricas: si alguno le hubiese dicho que era uno de los más grandes artistas decoradores de todos los tiempos, habría contestado con la modestia que era en él característica: «por lo menos á esto han tendido siempre mis esfuerzos.» El que quiera juzgar á Puvis de Chavannes por las reproducciones de sus obras, observará á primera vista los defectos, más aparentes que reales, que en ellas se han señalado: la repetición de tipos, las actitudes arcaicas de las figuras, la sencillez á veces monótona de las formas, la distribución arquitectónica del paisaje, la simetría de la composición y en algunas ocasiones la anarquía en la colocación de los distintos elementos que en ésta entran. Pero todos estos pretendidos defectos desaparecen y se convierten en excelencias cuando se contemplan las obras originales. Es más, algunas de sus pinturas tienen un tono mate que de momento choca, como sucede en las del Panteón que representan *La infancia de Santa Genoveva;* pero bien examinadas, siéntese muy pronto la grata impresión que su placidez produce. Cierto que los cuadros no salen de la pared, como vulgarmente se dice; pero esto es precisamente lo que se propuso el pintor, que no quiso halagar los sentidos ni despertar una ilusión plástica, sino obtener una armonía que coadyuvara al efecto de perspectiva que ahonda hacia adentro, por decirlo así, la composición, consiguiendo de este modo realizar el verdadero fin de la pintura mural, que no es otro que ensanchar el espacio sin derribar las paredes.

En cuanto á la manera de componer, Puvis de Chavannes era más poeta que pensador, y al ejecutar la labor que se imponía proponíase únicamente trazar una síntesis de carácter tal, que de ella resultaran, no incomprensibles abstracciones, sino objetos humanos fácilmente inteligibles. Por lo que hace al paisaje ajustábalo á las condiciones del espacio que había de decorar y al carácter del país cuya historia artística y vida intelectual reflejaba el edificio á que el lienzo estaba destinado.



«Ave Picardia nutrix,» fragmento del lienzo existente en el Museo de Picardía, de Amiens, obra de Puvis de Chavannes

Puvis de Chavannes resistíase á que los que le encargaban alguna obra le señalaran el programa de la composición. Una vez recibió el encargo de pintar algunos lienzos para la Bolsa de Burdeos en condiciones que habían de reportarle honra y provecho no escasos. Estaba el artista á punto de firmar el contrato cuando á los que el encargo le hacían se les ocurrió señalarle en sus menores detalles el tema de una de las pinturas, que había de representar, según ellos, la entrada del poeta Ausonio en el puerto de la antigua Burdigala, lo cual fué bastante para que el pintor hiciera pedazos el documento que se disponía á suscribir.

En cambio, cuando se trataba de realizar de una manera digna sus composiciones, no retrocedía ante ninguna dificultad ni vacilaba en



«Inter artes et naturam,» pintura mural del Museo de Rouen, obra de Puvis de Chavannes

imponerse los mayores sacrificios materiales. Prueba de ello es la dádiva de tres de sus primeros lienzos que, como hemos dicho, regaló al museo de Amiens; lo es también el hecho de haber aceptado después de muchas vacilaciones, á pesar de lo exiguo del precio señalado y de los obstáculos que ofrecían la disposición arquitectónica del espacio que había de decorar y la índole del tema escogido, el encargo de pintar el hemiciclo de la Sorbona. Meditando sobre estas dificultades, resolvió renunciar el compromiso contraído; pero de pronto surgió en su mente la visión de lo que la pintura podía ser, y ante este rasgo de inspiración cesaron todas sus preocupaciones, rompió la carta de renuncia que tenía escrita y puso mano á la obra.

Puvis de Chavannes fué nombrado en 1891 presidente del Salón del Campo de Marte: su nombramiento fué merecido homenaje al artista que más ha hecho por la independencia del arte. X.



«LAS CIENCIAS Y LAS ARTES,» PARTE CENTRAL DEL LIENZO EXISTENTE EN LA SORBONA DE PARÍS, obra de Puvis de Chavannes

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES

AÑO BIOGRÁFICO ESPAÑOL, por *don Ildefonso Fernández Sánchez*. – El subtítulo que lleva este libro de «hechos, caracteres y producciones de 365 patricios de uno y otro sexo que han dejado huella en nuestra historia patria,» no sólo explica cuál es el contenido de la obra, sino que además demuestra la utilidad que ésta encierra y el interés que ha de despertar en los lectores. El Sr. Fernández Sánchez ha salvado con gran acierto la aridez que suelen tener los trabajos biográficos, dando á los suyos un carácter anecdótico é íntimo que los hace en extremo amenos. El *Año biográfico español* ha sido editado por la reputada casa barcelonesa de D. Antonio J. Bastinos y está ilustrado con los retratos de los personajes biografiados.

EL CAMINO DE VARENNES, por *Alejandro Dumas (padre)*. – El conocido editor barcelonés D. Luis Tasso ha publicado una colección económica de esta interesantísima novela del gran escritor francés, cuyo solo nombre es la mejor recomendación que puede llevar el libro. Las numerosas ediciones que de continuo se hacen en Francia de las obras de Dumas, demuestran que á pesar del tiempo transcurrido conservan todo el valor literario que unánimemente se les concedió cuando salieron á luz por primera vez. Y como lo propio sucede en España, donde tantos partidarios tiene aquel ilustre escritor, no vacilamos en augurar el mejor éxito á la publicación del Sr. Tasso. *El camino de Varennes* se vende á una peseta en rústica y á una peseta cincuenta céntimos encuadernado en tela.



EN LA HOSTERÍA, cuadro de Antonio de Ferrer (Salón Pedro Robira)

POESÍES d' en *Francesch Matheu*. – El nombre del Sr. Matheu figura por derecho propio entre los de los primeros poetas catalanes: pocos han sabido cantar como él los sentimientos del amor y de la fe, para los cuales ha encontrado dulcísimas notas en su lira, y menos aún son los que le igualan en punto á himnos entonados á la patria catalana y á las glorias de Cataluña, que ha logrado condensar en valientes estrofas llenas de acentos enérgicos y viriles y de pensamientos grandiosos. De aquí que todo libro por el señor Matheu firmado lleve en la sola firma de éste su mejor recomendación y sea leído con verdadero placer por cuantos aman la poesía y con entusiasmo por cuantos rinden culto á la patria chica. El tomo que nos ocupa y que contiene composiciones de varios géneros, todas ellas inspiradísimas, ha sido impreso y editado en Perpiñán y se vende á tres francos.



IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XVIII — Barcelona 20 de febrero de 1899 — Núm. 895

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



MONUMENTO FUNERARIO, obra de Víctor Tilgner



LA VIDA CONTEMPORANEA

LA MUERTA VIVA. - CAMPOAMOR

Esta muerta viva es la literatura. Cuando parece que, rezados los responsos, regada la fosa de agua bendita, echada la última paletada de tierra sobre el donoso cuerpo, allí se va á quedar hasta que la trompeta del ángel lo despierte el día del Juicio, de pronto se ve agitarse el recién apisonado terrón, saltar las motas á uno y otro lado, y alzarse llena de vida á la supuesta difunta...

Lo que me sugiere el párrafo que acabáis de leer es el proyecto de coronación del autor de las *Doloras*, con tanto brío y fortuna lanzado á la opinión por D. Francisco Romero Robledo. La incansable actividad, el don de reunir y atraer voluntades que posee este orador insigne, no se consagran ahora á combinaciones políticas, sino á una empresa literaria, pero también nacional: la apoteosis del que muchos tienen por el más ilustre de los poetas españoles vivos.

La ancianidad de Campoamor contribuye á que este proyecto encuentre acogida simpática en todas partes. Las protestas, si alguna hubiese, vendrán de esos espíritus descontentadizos que nunca faltan; no impedirán que pueda llamarse unánime la aprobación con que España recibe el anuncio de que el poeta va á obtener la consagración definitiva de su gloria.

A la edad que Campoamor alcanza – ochenta y dos años, - ya se han acallado hace tiempo los gritos rabiosos de la envidia, y hasta las contradicciones de la crítica se han resuelto en la superior armonía de ese juicio sereno que puede llamarse el de la posteridad. Aunque la frescura eterna de su inspiración le haga parecer muy actual, Campoamor es un antepasado; no hay que olvidar que las *Doloras*, en apariencia niñas de vivos ojos y delgado talle, son unas respetables dueñas quintañonas; ¡como que vieron la luz pública en el año 45!

Nuestro siglo, en sus dos primeros tercios, es la época de los grandes poetas líricos, individuales y personales. Ya van quedando tan pocos, que casi podríamos afirmar que ha desaparecido esa generación vinculada á la inmortalidad. Así lo dije hace algunos años, al escribir la biografía de Campoamor. No es fenómeno aislado, peculiar de una nación, ni siquiera de una raza: en toda la superficie del planeta van cayendo á tierra esos árboles llenos de pájaros cantores. A la generación poética hay que buscarla en el sepulcro. Ya al amparo de la tosca lápida que corona, en islote solitario, una cruz – como Chateaubriand, que fué un sumo poeta lírico, aunque escribiese en prosa; – ya bajo el plañidero sauce cuya sombra es leve y dulce – como Alfredo de Musset, el de los divinos sollozos; – ya en el vulgar nicho del cementerio público, como nuestro Espronceda; ya en las sombrías bóvedas del Panteón, como Víctor Hugo, duerme la extinguida familia de los que en la frente recibieron el beso abrasador de la musa, que inocula la convulsión sagrada. No carecemos de poetas, que hacen versos muy hermosos, y sin embargo no vemos quién podría reemplazar á los cantores que nacieron con el siglo. La decadencia del ideal poético y la degeneración del subjetivismo, que ya no tiene aspiraciones insaciables para el espíritu, sino para el cuerpo, han traído esta especie de agostamiento de la poesía actual, corta de resuello, ininteligible y alambicada muchas veces – sin culpa voluntaria de sus cultivadores. ¡Cosas de los tiempos!

Campoamor pertenece á la pléyade. Se le ha discutido; se le ha negado; se le ha combatido; la general aprobación tributada á Zorrilla no fué patrimonio del autor del *Tren expreso.* Y es que Zorrilla representaba lo genérico, lo que está sin anotar, lo que pertenece á todos, como esos terrenos baldíos que según fama constituyen buena parte del territorio español, y Campoamor era la proyección de un *yo* poderoso, fuerte, original – la sombra refulgente, permítaseme la frase, de sí mismo. El que se afirma en sí propio, niega, poco ó mucho, á los demás, y por lo tanto les irrita y saca de sus casillas. – Por eso decía yo hace años: «Siempre hallan más fácil aplauso – pero también más fácil olvido – los que visten con espléndido ropaje las ideas y sentimientos comunes, que los que expresan su personalidad. Campoamor es el más apedreado de nuestros grandes poetas, el que con mayor impavidez ha recibido el lodo que arroja con ambas manos la *bêtise*, exclamando al lanzar el primer sucio pellón *¡inmoralidad!*; y al disparar el segundo *¡plagio!* Ha padecido también otras censuras no tan venenosas, pero mejor fundadas, que provenían de gente docta: las *censuras formales*, basadas en los descuidos, prosaísmos ó caprichosas infracciones de las leyes retóricas que Campoamor se permite.» El tiempo, que todo lo calma, ha calmado aquellas polémicas; la verdadera originalidad de Campoamor está reconocida, porque el ser original no consiste en no repetir frases ni pensamientos ajenos, sino en que los escritos tengan carácter y estilo propio, revelador de una individualidad. Y mientras las leyendas de Zorrilla y sus estrofas brillantes y musicales van consiguiendo cada vez menos lectores, las *Doloras*, contemporáneas del *Tenorio*, están en labios de todos, como el *Tenorio* mismo...

Aunque sean odiosas las comparaciones, la literatura viene comparando. No es mi ánimo poner á Campoamor más alto que Zorrilla. No es tampoco discutirle en relación con los poetas que justamente han merecido el aplauso y la admiración de sus contemporáneos y han tenido de ello pruebas muy lisonjeras; y encuentro de mal gusto colocar el uno frente al otro, como á gallos en circo de reñidero, al autor de las *Doloras* y al de *El idilio*. Hay gente que no presta oído á estas hermosas *músicas celestiales* del arte y las letras, sino con el deseo de encontrar celos y rencillas – miserias, en suma. – Y no es únicamente en el terreno literario donde se da tal espectáculo. A un novelista famoso, se contrapone otro novelista, no menos celebrado; á una actriz de mérito, otra meritoria actriz; á una mujer bella y morena, otra beldad rubia; á un escultor naturalista, otro clásico, y á un torero adornado, otro torero sobrio y *dórico* en su estilo. Como si no se pudiesen estimar y comprender y saborear por turno los diversísimos géneros de belleza, gracia y habilidad que Dios permite que existan á fin de que nos recreemos en lo variado de sus obras.

Aunque otorguemos preferencia á uno de esos dos poetas, novelistas, escultores, etc., no aminoramos la reputación del otro. El gusto es libre, mas nunca enemigo de la equidad.

* * *

Volviendo á la coronación de Campoamor, que tiene en Romero adalid incansable – ahora sí que podría repetir Campoamor aquella célebre frase suya: «Si yo no siguiera la suerte de Romero Robledo, habría que colocarme en la Puerta del Sol como la *Estatua de la Ingratitud*,» – diré que el proyecto no es inoportuno porque nos encontremos todavía en el novenario de nuestro duelo nacional. ¡A fe que guardamos bien el novenario! Ni en paseos, ni en teatros, ni en diversiones de ninguna clase se advierte la menor desanimación porque hayamos experimentado tan crueles pérdidas. No veo que nadie lleve rigurosamente el luto de la patria. Diríase que hay fiebre de olvidar y ganas de sacudir la pesadilla. Pues si no se interrumpe la vida normal en ninguna de sus manifestaciones, ¿por qué se ha de sacar á relucir el pañuelo-sábana de los viudos de sainete únicamente á propósito de la coronación de Campoamor?

Romero Robledo se propone que la fiesta sea digna de su objeto. Ha pensado – por ahora no está maduro el plan, sino en germen en la vivísima fantasía de su creador – que la ceremonia solemne se verifique en mayo, clásico mes floreal, en el embalsamado Retiro, de literarias tradiciones, cuando el aura es suave y la perfuman las acacias y los jacintos. Y quiere que la fiesta se deje atrás á la que en Francia dedicaron á Víctor Hugo.

* * *

¿Cómo acogerá Campoamor la apoteosis? ¿Se negará, se resistirá, no querrá prestar á la ceremonia el realce de su presencia? Es de esperar que sí; y es de desear que la exhibición del venerable *dolorista* se reduzca á lo estrictamente necesario, á fin de evitarle fatiga y de no quebrantar su salud. Por lo demás, la presencia de Campoamor, á pesar del grave peso de los años, es todavía hermosa y simpática. No ha caducado el retrato que hice de él en la Biografía. «Campoamor es de mediana estatura y más que medianamente grueso, sin llegar al extremo de esa obesidad aflictiva que padecía Alarcón, y que roba toda vivacidad á los movimientos y á las actitudes. Su cabeza, grande sin desproporción, respira vida, fuerza y robustez. El cabello, blanco y limpio como madeja de seda, y poblado aún hasta cubrir todo el cráneo y aureolar la frente (hace años que renunció á arrancarse las canas), realza la agradable entonación, algo pletórica, de la tez. Se ve que la testa está llena de sangre, y que el amplio cerebro se nutre activamente de tan rico jugo. Las facciones, ni irregulares ni muy perfiladas, toman expresión de la maliciosa luz que irradian los ojos, y las acentúan las patillas pulcras, senatoriales, que ostentando la misma blancura del pelo, guarnecen las mejillas. Los negros ojos ríen, pero en la caída de la boca hay aquella vaga melancolía, aquella fría niebla que Pidal llamó el *dejo montañés.*»

* * *

No debemos coronar á Campoamor del tieso laurel, que huele á Academia y á odas pindáricas recalientes; le conviene más la guirnalda de rosas que la antigüedad concedía á sus poetas líricos. Una rosa en el pico de una paloma: tal podrá ser el escudo de Campoamor...

Y á la mujer corresponde dar vida, con sus simpatías y sus admiraciones calladas y por lo mismo más profundas, á la idea de la apoteosis campoamoriana. El mundo exclusivamente femenil, el que la mujer no sólo lleva en sí, pero suscita y saca de la nada en el hombre – el mundo del sentimiento y de la pasión, – es el dominio propio de Campoamor. En España los poetas líricos cantaron y endecharon sus propias cuitas, sus afanes, sus ensueños; no se cuidaron de saber si en la mujer existía algo que respondiese á igual origen, una cuerda que vibraba al inspirar. Creyeron sin duda que podían aplicar á la mujer lo que Leopardi dice del ejecutante de música, que ignora lo que su habilidad hace sentir al que le oye...

Ningún poeta castellano, antes de Campoamor, se tomó el trabajo de interpretar á la mujer. – La mujer se lo ha agradecido. Desde que se lanzó á la publicidad el proyecto, ¡cuántas hermosas y aristocráticas bocas lo han aprobado con entusiasmo! ¡Cuántas frases de perlas he oído, qué corrientes de simpatía se han despertado!

* * *

Termino esta crónica campoamoriana regalando al lector dos joyas que Campoamor me ha ofrecido estos días; dos doloras de muy reciente fecha:

EL PODER DEL LLANTO

A Emilia Pardo Bazán.

I

Dió el cielo á la mujer miles de encantos
y además de ser tantos
son éstos de un poder irresistible:
además de lo bueno y lo sensible
une al pudor, en cuya frente pura
todos beben su copa de locura,
el dejo celestial de sus acentos,
y unos ojos que ven los pensamientos.

II

Leyendo esto, al gran Lope recordaba
nuestra insigne escritora, y replicaba:
«¿Y á qué olvidar nuestro mayor encanto?
Para ablandar lo duro del destino,
ha dado Dios á la mujer el llanto,
que es lo que hay en lo humano de divino.»

DESPUÉS DEL PRIMER SUEÑO

Se casaron los dos, y al otro día
la esposa, con acento candoroso,
al despertar, le preguntó al esposo:
¿Me quieres todavía?

Es Campoamor... el de siempre.

Emilia Pardo Bazán



D. MANUEL GIRONA

Alto, erguida la cabeza, más bien delgado que grueso, paso firme, andar de hombre acostumbrado á aprovechar el tiempo, la cara placentera, pronunciada nariz, bigote fino y escaso, levita cruzada, pocas veces abrigado: tal es en lo físico D. Manuel Girona. ¿Joven? A juzgar por su aspecto, lo es; si buscamos la edad en la inteligencia, hallaremos una cabeza despejada, que precisa las cuestiones más enrevesadas en breves palabras, da en la dificultad y tiene tanta seguridad en el cálculo como unas tablas de logaritmos; pero si consultamos su partida de bautismo, nos dice que ha entrado en los ochenta y dos años.

La edad convida al descanso, y el Sr. Girona pensó que tenía derecho al reposo cuando cumplió los setenta y nueve y se aproximó á los ochenta; entonces, por no perder el tiempo dando explicaciones, porque á perderlo le ha tenido siempre innato horror, redactó é imprimió una carta en la que decía que después de más de medio siglo de una labor ruda é incesante, había resuelto retirarse en absoluto de los negocios y no ocuparse en cosa alguna. Cuando á él se dirigían, cogía de encima de la mesa de su despacho uno de aquellos impresos y lo entregaba á su interlocutor; si le escribían, trazaba en un sobre el nombre y apellido del firmante de la carta, metía dentro una circular y la mandaba al correo.

– Pero D. Manuel, le decían, no vengo á proponerle negocios, sino á consultarle.

– Eso es otra cosa. Hable usted.

Al cabo de algún tiempo, el Sr. Girona exclamaba:

– Desde que no me ocupo en mis negocios, resulta que me ocupo en los de todo el mundo.

Si el descanso consiste en trabajar, D. Manuel descansa, porque la famosa circular quedó letra muerta. Es un catalán de vieja cepa, un ejemplar de otra época que nos dice lo que fueron nuestros antepasados, hombres prácticos, poco dados á teorías porque apartan de la realidad, en la que tropiezan y caen los que la desconocen; hombres que no han sido reemplazados, cuya falta no nota la juventud, pero sí los que ya peinamos canas, porque les tratamos y sabemos que Barcelona y Cataluña deben mucho á su modestia, de la que no salían ni siquiera para hacer cosas que hoy serían trompeteadas por la vanidad, porque creían que al realizarlas no tenían más mérito que el de hallarse en situación de llevarlas á cabo, y que otro catalán cualquiera hubiera hecho lo mismo á encontrarse en idénticas circunstancias.

De la generación de comienzos del siglo pocos nos quedan, entre ellos D. Manuel Girona, y todos son hombres de una sola pieza. Aprovechamos lo que han hecho, disfrutamos de los beneficios que su labor nos proporciona, pero olvidamos á aquellos á quienes tanto debemos, cuando no se les pone en caricatura; porque en nuestros tiempos es costumbre demasiado arraigada, aunque por fortuna no sea general, la de bajar al nivel de la masa á todo el que sobresale para convertirle en objeto de chacota. Si el Sr. Girona hubiese reunido las caricaturas que de él se han dado en periódicos, tendría unos cuantos álbums; y de coleccionar las anécdotas que á su costa se han inventado, los artículos que para ridiculizarle ó maltratarle se han escrito, los epigramas con que se ha intentado mortificarle, resultaría un abultado volumen; pero hemos de confesar, en alabanza del buen sentido de nuestro pueblo, que nadie ha tomado ja más en serio las expansiones del lápiz ni de la pluma, limitándose la gente á reir la invención que resultaba regocijada y á deplorar la de mal gusto; porque suele suceder que cuando se corre en busca del chiste, se da á veces con la insolencia, sin saber distinguir ésta de aquél.

El Sr. Girona recuerda el proverbio que dice: «Si me detuviese cada vez que me ladra un perro, no llegaría al fin de la jornada,» y continúa su camino tan inaccesible á la alabanza como al agravio, sin que el éxito le envanezca ni la ofensa le perturbe, porque es hombre que no se atiene al criterio de los demás, sino al propio. A fuer de sencillote, es modesto; no ha buscado los honores, y si alguna vez se le ha ofrecido un título, ha agradecido la intención, pero ha contestado como Wamba: Girona fuí, Girona soy y Girona me quedo. Cuéntase que en cierta ocasión muy crítica para la política del partido conservador, Cánovas le llamó á Madrid. D. Manuel tomó el tren, porque á pesar de sus años, para él los viajes no tienen importancia ni le ocasionan molestia, é inmediatamente de llegar á la villa y corte fué á la Huerta.

– He pensado confiarle á usted la cartera de Hacienda, le dijo D. Antonio.

– Con una condición: he de ser ordenador de pagos de todos los ministerios.

Cánovas no se atrevió á aceptar, y D. Manuel se fué á la estación, en vez de ir á jurar el cargo, y regresó á Barcelona. Si la anécdota no es exacta, merece serlo, porque en ella están retratados de cuerpo entero el Sr. Girona y la política española: aquél, hombre práctico, que sabe que la clave de un buen gobierno está en la Hacienda, en el predominio de este ministerio sobre los demás para imponer orden en todo, contener extralimitaciones, castigar los gastos y obligar á un severo régimen de economías; la política, asustándose de aquello en que está la salvación del país.

La labor del Sr. Girona es inmensa. La comenzó hace sesenta y siete años, cuando apenas había salido de la infancia, sin que le arredrase el terrible cólera de 1834, que aterrorizó y despobló á Barcelona. Si alguna vez ha tenido miedo á las epidemias, entonces lo perdió por completo, pues siempre que Barcelona se ha visto azotada por ellas, el Sr. Girona no se ha movido, y si ha estado fuera, se ha apresurado á regresar, diciendo, como si lo creyese, que en ninguna parte se corre menos peligro que en la ciudad epidemiada, porque, si da el mal, se tiene la seguridad de una asistencia médica rápida é inteligente. Esta teoría, que no creemos haya quien acepte, es la sonrisa con que la modestia esquiva los elogios; y mientras otros hubieran ponderado el riesgo y el sacrificio, él ponía gran empeño en hacer creer que lo que hacía era la cosa más natural del mundo, sin negar jamás su concurso personal ni su dinero para hacer frente á la calamidad y socorrer á los necesitados. En todas las juntas de auxilio, cuando se han presentado circunstancias extraordinarias, ha figurado D. Manuel Girona, y en todas las suscripciones abiertas para atender á las necesidades de los desamparados, su nombre ha sido de los primeros en la lista de bienhechores. Y también el dar dinero en tales casos es para él una cosa natural, pero tan natural que no merece elogios, ni nadie ha de hablar de ella. Se sabe algo de lo que ha dado, aquello que no ha podido ocultar, pero es mucho lo que se ignora. Dios lo sabe y Dios lo premia.

Al Sr. Girona, á pesar de vivir en contacto con todo el mundo, no se le conoce porque no dice lo que hace ni tiene interés en que se recuerde lo que ha hecho. En 1842 inició la creación del Banco de Barcelona; su nombre está unido á la construcción del puerto de Barcelona, al canal de Urgel, á las obras de los ferrocarriles de Barcelona á Zaragoza y de Barcelona á Granollers, á la creación del Liceo, á la construcción de la Universidad y ultimamente á la de la Aduana. Citamos algo, no todo, porque su actividad y carácter emprendedor no le han permitido permanecer ajeno á las grandes transformaciones que en las esferas del crédito y del trabajo se han realizado en Barcelona y en Cataluña y algunas veces fuera del Principado. Cuando se trata de negocios es hombre que no se aparta del terreno de los números: calcula, prescindiendo en absoluto de optimismos, ateniéndose á la realidad y dando valor negativo á las contingencias contrarias; después resuelve; y si pone manos á la obra, ya se puede afirmar que todas las probabilidades, traducidas en números, están á su favor.

El mismo criterio que aplica á lo propio le sirve para administrar lo ajeno. Cuando la Exposición Universal de Barcelona, el gobierno le nombró comisario regio, confiándole la distribución de la cantidad con que la auxiliaba el Estado; y con tanto método aplicó los fondos, que le sobró dinero; pero comenzó por renunciar la asignación que se le había concedido y por declarar que no necesitaba oficinas ni empleados, porque los que no son estrictamente necesarios le estorban. La Cámara de Comercio, la Junta provincial de Beneficencia y otras corporaciones que preside, atestiguan su celo y actividad. Cuando se presenta alguna cuestión cuida de dominarla, la condensa en breves palabras y presenta la solución en términos concretos, gusten ó no gusten y diríjase á quien se dirija, porque ni teme ni debe. Fué alcalde de Barcelona, pagó muchas deudas antiguas, disminuyó el déficit, terminó é inauguró el mercado del Borne y logró que bajaran los precios del pan y de la carne. Si hubiese sido alcalde perpetuo, en vez de déficit, cada año aumentado, tendríamos sobrantes. D. Manuel Girona ha costeado la fachada de la catedral de Barcelona. Durante las obras decía:

– Yo la construyo, y si no gusta he ofrecido derribarla y volver á dejar las cosas como estaban. Me parece que las condiciones no pueden ser mejores.

En todo es ordenado; su mesa es sencilla y excluye de ella los manjares fermentados, porque dice que los frescos son los sanos y los únicos que deben comerse; le gusta lo útil y cómodo, detesta lo inútil y lujoso y le repugna la ostentación. Tiene coche y anda á pie, y no se pasa día sin que haga ejercicio para trabajar por su salud. Es senador vitalicio, pero constantemente se ha mantenido alejado de las miserias de los partidos, y su palabra en el Senado ha defendido siempre lo que ha creído útil y beneficioso para el país, ateniéndose á su propio criterio. La última vez que habló en la alta Cámara fué para presentar un proyecto de arreglo de la Deuda, que luego publicó en un folleto. El Sr. Moret, aunque disintiendo, escribió á un amigo de Barcelona: «Girona da pruebas de patriotismo ocupándose en la cuestión de la Deuda.»

Tal es el hombre que á los ochenta y dos años tiene más actividad, la inteligencia más potente y mayores alientos que muchos jóvenes. Es el tipo de la generación catalana de principios de este siglo, que va desapareciendo y no ha sido reemplazada.

TEODORO BARÓ

REMEDIO HEROICO

I

A los veinte años, Marina Ledesma era una linda moza: alta, morena, elegante, coquetona, con muchos atractivos en su persona y muchas engatusadoras retrecherías en su ingenio sutil y bien cultivado. Tenía el pelo negro, la frente pequeña y un poquitín bombeada, como las aristocráticas damas de los retratos antiguos; los ojos grandes y dormilones; la nariz respingadita, pero bien perfilada; los labios finos y levantados en las comisuras, rasgo fisonómico que acusaba un temperamento regocijado y predispuesto á la risa; la barbilla saliente; el cuello mórbido y blanquísimo. El busto correspondía cumplidamente á tan gallarda cabeza, verdadera maravilla del amor

humano: el seno turgente, la cintura esbelta, las manos y los pies inverosímiles de puro pequeños, como los de Cenicienta, la famosa mujercita de Perrault: un cuerpo, en fin, con todas las turgencias que, según algunos autores clásicos, atesoró el de Elena, la hechicera coqueta que perdió á Troya.

A despecho de tantos encantos, que convertían á Marina Ledesma en una Friné *fin de siglo*, la joven no parecía contenta; y esta nostalgia no había que achacarla á enfermedad física ni á prematuros desengaños, sino á un romanticismo trasnochado que afeaba el verdadero carácter de Marina como ridícula careta.

Marina creía ser de buen tono estar triste; la tristeza, á su entender, era el estado psicológico que más conviene á las almas delicadas, nacidas para pensar alto y sentir hondo; aunque la risa retozaba en sus entrañas, procuró identificarse con los libracos de versos sentimentales que su corta ventura puso entre sus manos, y como para tener penas basta fingírselas, acabó por sentir aquello mismo que empezó aparentando, hasta quedarse tan cejijunta, lacia y malhumorada como una solterona. En este estado jamás sintió pasión por nadie, y víctima de sus fantasmagorías, desoyó á los hombres que la requebraron, asegurándoles, con una seriedad rayana en lo ridículo, que el amante de sus ensueños era impalpable y sutil como un rayo de luna, y que no podía amar porque los desengaños habían dejado su virginal corazoncito seco, duro y mondo como un piñón.

II

Pero Amor suele remediar las mayores necesidades, y cuando aquel vértigo lacrimoso de niña núbil estaba á punto de degenerar en anemia, resultó que Marina Ledesma topó de manos á boca con un muchacho que, aunque no fuese precisamente la fotografía del hombre ideal con ojos azules y melena rubia que ella codiciaba, era un buen mozo capaz de esponjar el corazón femenino más asendereado y dolorido. El tal hablaba bien y mucho, y como era gran tacaño de sentimientos, sabía disimular el raquitismo de su espíritu con largas parrafadas de oratoria grandilocuente.

Si Javier Bustamante era ó no la media naranja de Marina Ledesma, es una minucia que no hace al caso; lo cierto fué que ella le amó locamente y que él se dejó querer, como hombre de mundo que sabe reservarse cuando tiene que habérselas con una mujer que lo pone todo. Marina, acomodando sus delirios á la realidad, quiso á Javier con el desbordamiento y las exageraciones que ponen en sus afectos las heroínas novelescas: quería estar siempre á su lado, leer en su frente sus pensamientos, salvarle de algún peligro extremo, grabarse en el fondo de sus pupilas... A Bustamante empezaron agradándole aquellos arrebatos; luego le fatigaron porque se veía obligado á corresponder, aunque sólo fuese por mera galantería, con otros semejantes, y al fin concluyeron por aburrirle del todo.

– ¡Jura que me quieres más que á Dios, decía Marina; jura que tu cariño será eterno como la creación!..

Bustamante sonreía con aire paternal.

– No seas simple, muñeca, exclamaba; y no hables de amores eternos delante de personas sensatas.

Marina Ledesma le miraba con ojos de loca: se ponía pálida, luego lívida.

– ¿Qué dices?, exclamaba con acento patético; ¿qué escucho?..

– Una afirmación de sentido común: las pasiones más grandes son frusierías y valen un pitoche comparadas con la eternidad...

Pero ella se ponía fuera de sí y Bustamante tenía que eludir la discusión, temiendo verse en el trance durísimo de vestirla una camisa de fuerza. Otra vez hizo una pregunta que deslizó con mucha mesura y á guisa de sonda en el corazón de la joven.

– ¿Y si yo te dejase?

– Si tú me dejaras... ¡me moriría!, repuso ella sin vacilar.

– ¡Bah! Esas son hipérboles de mal gusto; nadie se muere de amor.

– Yo sí; porque si el dolor no me mataba, me suicidaría. Sólo te ruego que, al abandonarme, me dejes un veneno que ponga pronto fin á mi sufrimiento.

De esto hablaron en distintas ocasiones, y con tal ardor insistía Marina en la idea del suicidio, que Javier Bustamante, á pesar de su escepticismo, llegó á creer en el trágico fin de sus amores. Mas como, por otra parte, su gastado corazón de amante cansino no podía resistir los arrebatos de aquella mujer, comprendió que era preciso sacrificarla á su egoísmo para reconquistar su antigua libertad. Había llegado el momento de proceder con energía, y Bustamante, tras muchas vacilaciones, decidió practicar aquella disección moral, pero procurando hacer sufrir á la víctima lo menos posible.


Mi pastor de Luchón, cuadro de Juan Diffre

III

La catástrofe ocurrió un domingo por la tarde. Marina estaba en su gabinete, vistiéndose para salir, cuando su doncella le entregó una cajita atada con una cinta azul, que acababan de traer. La joven pensó en Javier Bustamante, y con ansiedad febril rompió la cinta y abrió la caja... Dentro de ella encontró un billetito doblado en cuatro dobleces, un frasquito conteniendo varias píldoras y un sobre cerrado y lacrado. Todo aquello tenía una originalidad novelesca y cuasi trágica, y la joven se apresuró á resolver el misterio leyendo el billete, que decía así:

«Inolvidable Marina: En los dos años que han durado estas relaciones, he podido estudiar nuestros caracteres y convencerme de que no hemos nacido el uno para el otro. Tú eres una niña llena de ardimientos, para quien son horas perdidas aquellas que no vive amando; y yo un hombre cansado, á quien asustan las pasiones vehementes. ¿Íbamos á vivir mártires, tú sufriendo mis desvíos, yo tus arrebatos?.. No, niña; á mí, como más cuerdo y más viejo, correspondía resolver esta situación en que un momento de locura nos colocó: he comprendido que nos debemos separar, y nos separamos, y estate segura de que, al proceder así, lo hago para bien de los dos.

»Si quieres fiarte de mis consejos, distráete, busca diversiones que aminoren tu dolor y procura enamorarte: eres joven y bella, y mereces encontrar un hombre que sepa corresponder á tu pasión con otra igual. Pero si persistes en la resolución de suicidarte, cedo al deseo que en diversas ocasiones me has manifestado, enviándote un veneno activísimo que pondrá á tu vida un epílogo espantoso de veinte minutos. Sólo te ruego que después de tomar tres píldoras, cantidad suficiente para hacer ese gran viaje de donde nadie vuelve, tengas la resignación de esperar aún un cuarto de hora; y luego, cuando empieces á sentir los calambres de la agonía, rasgues el sobre lacrado y leas lo que allí va escrito: es mi última voluntad.

»Te quiere, te abraza y te bendice.

»JAVIER BUSTAMANTE.»

Después ocurrió una escena patética indescriptible. Al principio, Marina Ledesma no comprendió el significado de la carta, y tuvo que releerla para aquilatar su desventura: pasado aquel sobrecogimiento empezó á llorar y á mesarse el cabello, prorrumpiendo en lastimeros quejidos: – ¡Javier, Javier!..

Y en los escasos momentos de lucidez que la pena le concedía, se veía abandonada, huérfana de todo afecto, y á él huyendo de ella, alejándose con vertiginosa rapidez en el vagón de algún expreso: espantosa visión que trastornaba su cerebro, como si dentro de él rodase el tren con su infernal traqueteo.

IV

Aquella misma noche, Marina Ledesma, encerrada en su cuarto y con los codos apoyados sobre el velador del gabinete, miraba con estúpida fijeza el frasquito que guardaba las píldoras de activísimo veneno que Bustamante le había regalado.

– ¡Ser ó no ser!... repetía Marina como Hamleto; ¡ser ó no ser!...

Aquel frasco diminuto era el billete para el otro mundo, la llavecita de la eternidad, el puentecillo por donde se pasaba del mundo de la vida y de la luz, al reino de la muerte y de las sombras; y aquellas tres píldoras que brillaban tras el cristal como gotitas de mercurio, inmovilizarían su lengua, entorpeciendo las funciones de su pensamiento, paralizando los latidos de su corazón, apagando el brillo de sus ojos.

¡Morir!..

Renunciar á la dicha de amar y de ser dichosa siendo amada; trocar las lujuriantes caricias del sol por el hielo de una noche sin fin; renunciar al bullicio del mundo para meterse en un ataúd... ¡Morir!.. ¿Era posible que la muerte, siendo tan grande, cupiese en un frasco tan pequeño?

Marina lo contemplaba experimentando un sentimiento complejo de ansiedad y de pavor, sorprendida de vacilar tanto en ejecutar una resolución que acariciaba desde hacía mucho tiempo: de la vida á la muerte sólo había un paso brevísimo, un paso de niño; la muerte la tenía allí, en su mano, y sin embargo, no se determinaba al suicidio: ¿qué vergonzosa debilidad era aquella? Apartaba los ojos del fúnebre frasquito para fijarlos en un reloj de bolsillo que estaba sobre la mesa y cuyo segundero indicaba el ritmo acompasado del mundo en marcha; viéndole, pensaba Marina en que aquel reloj marcaría horas sin cuento, que irían desfilando después de su muerte, y noches de amor y alegres alboradas primaverales, que ella no vería...

De pronto recordó su desgracia y pensó en Javier Bustamante que iba alejándose de ella..., alejándose con una velocidad de muchos kilómetros por hora... y su desesperación venció á su miedo: abalanzóse al frasco y de una vez tragó las píldoras fatales; después se puso de pie, lívida, con los ojos muy abiertos, la frente inundada de sudor y las manos crispadas, pareciéndole que en el otro mundo tocaban á muerto...

El suplicio ya estaba consumado y su agonía sería fatal, irremediable...

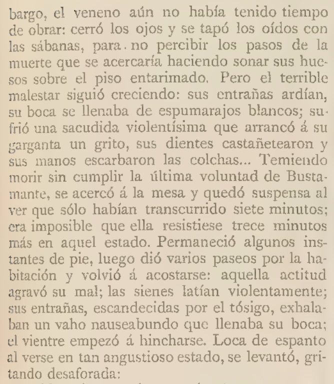
Marina fué á tenderse sobre el lecho, creyendo haber sentido un retortijón en el estómago; sin em-



MANILA. – Muro del polvorín de San Antonio Abad, en donde se ven las señales de los destrozos causados por la artillería yanki
(de fotografía de M. Arias y Rodríguez)



MANILA. – Vista parcial de la plaza de Calderón de la Barca vulgarmente denominada plaza de Binondo
(de fotografía de M. Arias y Rodríguez)



bargo, el veneno aún no había tenido tiempo de obrar: cerró los ojos y se tapó los oídos con las sábanas, para no percibir los pasos de la muerte que se acercaría haciendo sonar sus huesos sobre el piso entarimado. Pero el terrible malestar siguió creciendo: sus entrañas ardían, su boca se llenaba de espumarajos blancos; sufrió una sacudida violentísima que arrancó á su garganta un grito, sus dientes castañetearon y sus manos escarbaron las colchas... Temiendo morir sin cumplir la última voluntad de Bustamante, se acercó á la mesa y quedó suspensa al ver que sólo habían transcurrido siete minutos; era imposible que ella resistiese trece minutos más en aquel estado. Permaneció algunos instantes de pie, luego dió varios paseos por la habitación y volvió á acostarse: aquella actitud agravó su mal; las sienes latían violentamente; sus entrañas, escandecidas por el tósigo, exhalaban un vaho nauseabundo que llenaba su boca; el vientre empezó á hincharse. Loca de espanto al verse en tan angustioso estado, se levantó, gritando desaforada:

–¡No quiero morir, no quiero!..

Y apuró un vaso de agua, deseando mitigar aquel ardor insano: el líquido cayó en su estómago como lava hirviendo, aumentando su tormento, y entonces empezó á correr desaforadamente de un lado á otro, sin pensar en que no podía huir de la muerte, puesto que la llevaba consigo... Al fin se aproximó á la mesa, quebrantada, jadeante, y rasgó el sobre lacrado, guardador de un papelito que decía:

«¡Pobre Marina!.. Cuando leas estos renglones, imaginarás estar á media pulgada de la eternidad. ¡Sosiégate, chiquilla, que todo fué una broma!..

Las píldoras del frasquito no son venenosas, y ahora, en esta ocasión que considero la más oportuna, repito el consejo que tantas veces te he dado: juega, diviértete, ríe, porque tu amor, lo mismo que tu agonía, son obra exclusiva de tu cabecita desarreglada.

»Nadie se muere de amor, Marina, como nadie se muere tampoco envenenándose con miguitas de pan...

»Fija en tu memoria esta lección, tal vez un poco dura, y no le guardes rencor á tu amigo, que de veras te quiere,

»Javier Bustamante.»



Manila. – Fachada principal y torre de la iglesia de Binondo
(de fotografía de M. Arias y Rodríguez)

***

Una sonrisa de inefable satisfacción iluminó el compungido semblante de Marina, y por sus mejillas, arreboladas por el placer de vivir, rodaron dos lágrimas.

– ¡Ay, no me mato, no!.., murmuró oprimiéndose el seno con ambas manos. ¡Es tan horrible mirar á la muerte cara á cara!

V

Desde entonces Marina Ledesma recobró la alegría y donosura de sus buenos tiempos; y hoy es una mujer de mundo, guapa y frescota, que cuando oye hablar de amores criminales y de pasiones eternas..., se sonríe bonachonamente.

Eduardo Zamacois



MANILA. – Casa de campo ó de salud de los frailes capuchinos de Maitubig destruída por la artillería de San Antonio Abad
(de fotografía de M. Arias y Rodríguez)



MANILA. – Relevo de un centinela yanki. En el fondo se ve la ciudad murada y entre ésta y el grupo de soldados el río Pasig
(de fotografía de M. Arias y Rodríguez)



FRASES POPULARES

¡PRESUMIDO COMO NARCISO!

La Naturaleza había dotado de extraordinaria belleza á Narciso.

Admirados sus padres Cefiro y Liriopé de don tan preciado, trataron de conocer el porvenir de la criatura por medio del célebre adivino Theresias, y éste auguró muy convencido que Narciso *viviría todo el tiempo que no se mirase á sí propio.*

Rieron aquéllos la donosa ocurrencia del ciego oráculo; pero más adelante hubieron, por fuerza, de rendirse á la exactitud de la profecía, pues insensible el mancebo al amor que su hermosura inspirara á las ninfas del país y especialmente á la interesantísima Eco, que murió de sentimiento al verse desdeñada, la severa Nemesis (1) resolvió no dejar impune la cruel indiferencia de Narciso, y para castigarle le hizo advertir su figura en cristalino manantial, quedando hasta tal extremo enamorado de sí mismo, que allí pereció de inanición por no dejar de contemplarse y su cuerpo se transformó en la flor de su nombre.

Otra versión más poética atribuída á Pausanias supone que Narciso tenía una hermana, de nombre Nardane, tan enteramente parecida á él, así en las delicadas facciones como en el aspecto general de toda la persona (en la edad fabulosa vestían ropa talar las mocitas y los zagales), que sólo en la voz encontraban sus padres alguna desemejanza. Ambos jóvenes se amaban con noble afecto; mas su incomparable dicha originó su mutua desventura, pues envidiosa la Discordia de semejante felicidad, provocó en un accidente de caza la muerte de Nardane.

Desde este momento el único consuelo de Narciso fué la soledad en la fuente donde acompañado de su hermana acostumbraba descansar de las alegres excursiones agrestes; y mirando en cierta ocasión á uno y otro lado á fin de suavizar su quebranto, advirtió su imagen reflejada en el agua.

Como siempre se cree lo que con afán se desea, Narciso no la reconoció por la suya propia, antes bien persuadióse ebrio de gozo de que tal figura representaba la de su adorada Nardane; y desde el momento en que así pensó, rebrotando en su alma el cariño que en vida la profesara, no consintió en separarse de aquel querido paraje y absorto en muda contemplación expiró el tierno hijo de Cefiro.

LOPE BARRÓN

EL PENACHO

Ó LA VERDAD DE LA TRADICIÓN

(CUENTO)

D. Iñigo de Atiza Recio, quinto conde de Zamarramala, fué un caballero segoviano del siglo XV, célebre por su corazón valeroso y magnánimo y por su gigantesca estatura y hercúleas fuerzas.

La envidia, empero, capaz de morder una lima, hincaba el diente en aquella por todos conceptos digna persona, y no pudiendo hacer mella en su honra inmaculada, sacaba á plaza, exagerándolas, sus frecuentes distracciones.

Era el cuento de nunca acabar oir las cosas, más imaginadas que ciertas, atribuídas al señor de Atiza Recio por ser naturalmente distraído, condición propia é inherente de los caracteres superficiales ó de gentes de suyo reflexivas y cavilosas.

Y se explica fácilmente que la envidia convirtiera en blanco de sus emponzoñados dardos á D. Iñigo con decir que gozaba del valimiento de D. Fernando el Católico.

En compañía de éste fué á la guerra de Granada, y tales fueron las proezas por él realizadas al principio de la campaña, siendo terror de la morisma, que el soberano le confió en premio la custodia de su real persona.

Cargo era este harto penoso para quien tenía en mucho la obligación; pues como se verá por lo que voy á referir, ni aun para entregarse al sueño se despojaba el conde de las armas.

***

En una calurosa tarde de mayo de 1491, estábase D. Iñigo durmiendo la siesta en los reales de la Vega de Granada, dentro de una tienda un tanto sombría y menos fresca, sobre un lecho más duro que si fuera de pedernal y bajo el peso de la armadura de placas, cuando de pronto el sonar de los atabales, el toque de los clarines, el ruido de las armas, el correr de los caballos, el estampido de las lombardas y falconetes y los gritos de entusiasmo proferidos por millares de soldados, le despertaron y pusieron fuera de sí: acababa de llegar al campamento la reina doña Isabel, procedente de Alcalá, y él no estaba en su puesto.

—¡Vive Dios!, gritó con rabia arrojándose de la cama. ¡Que ese menguado de escudero no ha de velar mientras yo duermo ni ha de avivar mi flaca memoria!.. ¿Mas dónde está?.. ¡Ah! Allí, en aquel rincón hecho un roble, durmiendo como una marmota de puro ahito... ¡Arriba, bergante!

Y levantando el pie, calzado con el férreo escarpe, descargó su pesadumbre sobre la parte menos noble del cuerpo del escudero.

No pudo éste contener un grito de dolor, y poniéndose de pie, todo aturdido y maltrecho, se fué tambaleando en pos de su amo, que á toda prisa salía de la tienda.

A pocos pasos tropezó D. Iñigo con el marqués de Cádiz.

—Andad presto, conde, dijo aquél, que Sus Majestades han notado vuestra ausencia.

—¿Dónde están?

—En mi propia tienda: S. M. la reina ha tenido á bien aceptarla para su morada.

—Voy á besar sus reales manos: Dios os guarde, marqués.

—Él os acompañe.

Entonces nuestro héroe se dirigió al suntuoso pabellón que, según refieren las crónicas, había usado durante la campaña el famoso marqués de Cádiz, donde se albergó la reina hasta el memorable incendio de los reales, acaecido el 14 de julio del mismo año.

Era la regia estancia de notables proporciones y magnificencia suma: el cortinaje de seda carmesí recamada de oro y los adornos panoplias y trofeos de guerra. En mullidos cojines, también de seda y del propio color, estaban sentados los reyes; á su lado y detrás permanecían de pie los altos dignatarios de la corte, y un respetuoso silencio se hacía en torno.

La gigantesca figura del conde de Zamarramala apareció en la puerta, cubriendo cabeza, cuerpo, brazos, manos y pies la celada, la gorguera, la coraza, las escarcelas, los guardabrazos, los brazales con sus codales, las manoplias, los quijotes, las rodilleras, las grebas y los escarpes puntiagudos. En el lado derecho llevaba al cinto una daga, y en el opuesto, pendiente de un tahalí, una enorme espada.

Y todo resplandeciente, con la visera en alto y ligeramente inclinada la cerviz, paso tras paso, con grave ademán, se acercó D. Iñigo á los reyes y poniéndose de hinojos les besó las manos.

—¡Que me place veros!, exclamó la reina.

—¡Bien venida sea V. M.!, murmuró el conde.

—Idos, dijo con tono imperativo el rey mirándole el casco.

El de Zamarramala se levantó, y haciendo una reverencia, corrido y avergonzado, salió de la real estancia. Los cortesanos, sin proferir palabra, le miraban con los ojos desencajados como poseídos de espanto.

Y seguido de su escudero, que le aguardaba en la calle, regresó á su tienda, donde al breve rato recibió la visita de D. Alonso de Aguilar.

—¡Qué escándalo!, exclamó éste.

—Justo castigo á mi tardanza, contestó el conde.

—No es esa la causa del enojo del rey.

—¿Pues qué falta he cometido?

—Mirad vuestra celada.

—¿Mi celada?

—A ver, un espejo.

El escudero trajo temblando un espejito de acero, y después de entregarlo á su amo, salió en volandas de la tienda.

D. Iñigo se miró al espejo y quedó aterrado.

¡A la cimera le faltaba el penacho!

¡En tan solemne día, de gala completa, semejante olvido que rayaba en las fronteras del desacato! ¡Oh eternas leyes de la etiqueta! ¿Cómo creer que os podía vulnerar todo un conde, y un conde medioeval?

***

El escudero, cuya fué la culpa de aquella plancha condal, temeroso de morir bajo los zapatos ferrados de su enojado señor, se dió á la fuga y no paró de correr hasta Segovia, su patria, donde refirió la historia del besamanos.

La cual ha llegado de boca en boca de padres á hijos hasta nuestros días con la fidelidad que podrá apreciar el lector.

En el siglo XVI refería la tradición que el conde de Zamarramala se presentó en el besamanos de los Reyes Católicos sin armadura y descalzo; en el XVII aseguraban los ancianos que iba de bata, y en el XVIII algunos cronistas orales insistían, como si lo hubiesen visto, en que D. Iñigo, de puro distraído, llegó á presencia de los monarcas en paños menores.

En el pasado verano, hallándome en el Azoguejo de Segovia contemplando el famoso acueducto romano, oí esta frase que una vieja de un puesto ambulante de cacharros dirigía á un hombre muy entrado en años.

—Anda, babieca, que estás más chiflado que el mismo conde de Zamarramala.

—¡El conde de Zamarramala!, exclamé para mi chaleco. ¿Qué dice de él la tradición en el siglo XIX?

Y acercándome al puesto de cacharros con un pretexto fútil, pregunté á la anciana:

—¿Quiere usted hacerme el favor de decirme quién fué el conde de Zamarramala?

—Nuevo es usted aquí cuando lo ignora, me contestó la mujer; pues el conde de Zamarramala era un criado del rey que rabió por gachas, el cual conde padecía de tanta flaqueza de memoria y estaba tan chiflado, que una mañana al levantarse de la cama no se acordó de vestirse y se presentó en el besamanos del rey y de la señora reina... ¿Cómo dirá usted?

—¿Cómo, en camisa?

—¡No, señor; en cueros!

***

No anda, por cierto, tan ligera de ropa la verdad de la tradición.

NILO MARÍA FABRA

EL CARNAVAL DE NIZA

Las fiestas carnavalescas de la preciosa ciudad francesa coquetamente asentada á orillas del Mediterráneo, han llegado á tener fama universal. Niza ve durante todo el invierno poblados sus hoteles y sus villas de una población cosmopolita que acude á ella



EL CARNAVAL DE NIZA.—SU MAJESTAD CARNAVAL XXXII (de fotografía de J. Giletta, Niza)

en busca de ese sol que constituye un verdadero artículo de lujo en los países del Norte; pero cuando llega la época del Carnaval, esa población flotante se eleva á proporciones increíbles, y los millonarios de todo el mundo, atraídos por la celebridad de sus Carnestolendas, invaden la perla de la Costa Azul y rinden culto al placer y á la alegría que como reyes absolutos allí imperan durante aquellos días.

(1) Divinidad encargada de vengar los delitos que no alcanza la Justicia.

Como todos los demás años, las fiestas del presente han sido brillantes y animadísimas. S. M. Carnaval XXXII puede estar satisfecho: el homenaje que se le ha rendido no ha desmerecido en nada de los que á sus antecesores se tributaron. Batallas de flores y mascarada han sido dignas de las mascaradas y batallas de flores de anteriores años; la gente se ha divertido lo mismo, ó más si cabe que en aquéllos; el cielo se ha mostrado en toda su belleza y el oro ha corrido con la misma profusión con que se han arrojado flores y *confetti*.

¿A qué hacer una descripción de lo que tantas veces se ha descrito, de lo que hace un año en estas mismas columnas describimos? Lo que dijimos entonces habríamos de repetirlo ahora con bien pocas variantes. Nos limitaremos, por consiguiente, á decir que entre las carrozas premiadas en la batalla de flores llamaron la atención las siguientes: un tren ruso de la época de Iván el Terrible, de los señores de Choubine; un *troika* ruso del príncipe Lubomirsky, cubierto de margaritas amarillas mezcladas con violetas; una cuna de claveles y alhelíes, de Mme. Leone d'Amboise; un break de alhelíes y claveles, de las señoras Cioja y Tirantey; un abanico de violetas de la condesa Kleinmichel; una golondrina de violetas de Carolina Otero; una serpiente de pensamientos de Mme. Wotley, y un break de palmeras y mimosas del 24.° regimiento de cazadores.

La novedad de este año ha sido la presencia de Malih-Mausour-Miera, hijo del shah de Persia, que ha hecho furor, como vulgarmente se dice, por lo admirablemente que se ha portado en aquella batalla arrojando cantidades fabulosas de *proyectiles*.

La mascarada ha dado una vez más ocasión á que los artistas lucieran su ingenio y la gente alegre hiciera gala de su buen humor: lo mismo las carrozas que las máscaras sueltas han llamado poderosamente la atención por la originalidad y buen gusto que en la mayoría de ellas se ha admirado. Como muestra y en demostración de lo que decimos, puede verse la carroza que en esta página reproducimos, y para formarse idea de la grandiosidad de la mascarada basta ver la reproducción adjunta del desfile de la misma por la gran plaza Massena.



EL CARNAVAL DE NIZA. – ADIÓS Á LA VIDA DE SOLTERO, UNA DE LAS CARROZAS ALEGÓRICAS QUE HAN FIGURADO EN LA CABALGATA DEL CARNAVAL DEL PRESENTE AÑO (de fotografía de J. Giletta, Niza)

El otro grabado que publicamos representa á S. M. Carnaval XXXII, en traje de la Edad media, caballero en un brioso corcel y empuñando en la diestra el cetro de la locura. No podrá decirse de él que ha sido un monarca ligero, puesto que su peso y el de su caballo alcanzaban la respetable cifra de 2.500 kilogramos, ni caro, pues el coste total del grupo no ha excedido de 6.000 francos, y si su paso por el mundo no puede señalarse por ningún hecho de esos que forman época en la historia de los pueblos, en cambio cuando la posteridad le pida cuentas podrá decir que mientras estuvo sentado en el trono reinaron en sus dominios la paz, la riqueza y la alegría. – X.

NUESTROS GRABADOS

Monumento funerario, obra de Víctor Tilgner. – Los monumentos que en las necrópolis se levantan préstanse como pocos á que los artistas demuestren su inspiración y su sentimiento artísticos: con la idea de la muerte se enlazan tantas otras ideas, al recuerdo de la persona querida que dejó de existir van unidos tantos otros recuerdos, el pensamiento de esta existencia pasajera que el cuerpo abandona evoca tantos pensamientos sobre la vida perdurable que ha de vivir el alma, que quien sincera y hondamente sienta el arte y busque en él algo más que la expresión de lo material, por fuerza ha de encontrar temas sobrados para tales creaciones y aun ha de verse embarazado para elegir entre los muchos temas que á su mente acuden. Pero todo lo que son facilidades por este lado, tradúcense en dificultades cuando se trata de dar forma á esta inspiración; que no es obra tan llana infundir en la materia el espíritu que en esta clase de obras ha de prevalecer. El monumento funerario que reproducimos es una muestra admirable de cómo esas dificultades se vencen y de cómo espíritu y materia pueden enlazarse en un conjunto lleno de idealismo y de verdad al mismo tiempo: el malogrado escultor vienés Víctor Tilgner, uno de los más y con mayor justicia celebrados escultores modernos, ha sabido armonizar de un modo perfecto la realidad y la poesía en el hermoso grupo cuyas bellezas no hemos de señalar porque desde luego se imponen al más profano.

***

Mi pastor de Luchón, cuadro de Juan Diffre. – Recuerdo de su estancia en la pintoresca Luchón es el vigoroso tipo que tan hábilmente ha trasladado al lienzo el notable pintor francés Juan Diffre, tan ventajosamente conocido por otro género de pintura bien distinto, ó sea por sus cuadros de carácter militar. Severo y sobrio de colorido, es el *Pastor de Luchón* un hermoso estudio que por sí solo y á falta de otros méritos bastaría para dar á conocer la valía del artista que ha producido una obra tan recomendable. En la rugosa y atezada faz, en la actitud y hasta en los pormenores, vese al hombre acostumbrado á sufrir los rigores de la intemperie, adivínase al montañés que ha de sortear continuamente peligros y dificultades que la naturaleza que le rodea y el medio en que vive le ofrecen, y todo, en fin, revela al pintor inteligente que procura trasladar al lienzo el fidelísimo resultado de su observación.

El cuadro á que nos referimos en la presente descripción forma hoy parte de la galería que posee un inteligente coleccionista de nuestra ciudad



EL CARNAVAL DE NIZA. – DESFILE DE LA MASCARADA POR LA PLAZA MASSENA, EN UNA DE CUYAS TRIBUNAS ESTÁ EL JURADO QUE HA DE OTORGAR LOS PREMIOS (de fotografía de J. Giletta, Niza)



EN EL JUZGADO MUNICIPAL, cuadro de Salvador Viniegra



MATRIMONIO DE CONVENIENCIA, cuadro de H. Volkmer

Las Parcas, fotografía del Dr. E. Arning. – Confesamos sinceramente que hemos vacilado mucho antes de escribir al pie de este grabado que es simplemente reproducción de una fotografía; hay tanto arte en esta obra, que nos pareció en el primer momento que se trataba de un cuadro debido al pincel de algún pintor ilustre. Esto confirma lo que tantas veces hemos dicho al ocuparnos de esta clase de trabajos: si el que maneja la cámara fotográfica sabe sentir y apreciar en todo su valor la belleza de los encantos que la vida real le ofrece, su obra, con ser mecánica, llevará impreso ese algo con que el genio del hombre algunas veces y la naturaleza siempre marcan sus creaciones. El Dr. Arning pertenece sin duda al número de los que de este modo sienten: *Las Parcas*, ya lo hemos dicho, puede confundirse fácilmente con un cuadro, y este es su mejor elogio.



LAS PARCAS, fotografía del Dr. Arning, de Hamburgo

***

El regreso de Perséfone, cuadro de Silvio D. Paoletti. – Perséfone, más conocida por el nombre de Proserpina, fué, según la mitología, hija de Júpiter y Ceres: Plutón, dios de los infiernos, la robó en Eleusis ó en Sicilia, y su madre, presa de la mayor desesperación, buscábala en vano por todas partes, cuando Júpiter decidió que Proserpina viviese á los cielos durante seis meses del año. Por esta circunstancia se ha hecho de esa divinidad cosmogónica el símbolo de la germinación del trigo. El pintor italiano Paoletti ha tomado de este mito asunto para el cuadro que reproducimos, en el cual presenta á la hermosa deidad regresando de los infiernos para permanecer en el Olimpo los seis meses durante los cuales la naturaleza, como para festejar su llegada, ostóntase en todo su esplendor.



EL REGRESO DE PERSÉFONE, cuadro de Silvio D. Paoletti

Vistas de Manila. – Nuestro inteligente y activo corresponsal en Manila D. Manuel Arias y Rodríguez nos ha remitido últimamente las interesantes fotografías que en la página 125 reproducimos. Representa la primera el muro del polvorín de San Antonio Abad (situado en el barrio de Malate, punto el más combatido durante el prolongado sitio de aquella capital), en la parte que da frente al barrio de Maitubig y que fué batida por el fuego de insurrectos y norteamericanos, especialmente por la artillería de los buques de estos últimos, en la jornada del 13 de agosto del próximo pasado año. La plaza de Calderón, que reproduce el segundo grabado, es conocida vulgarmente con el nombre de plaza de Binondo: el edificio que se ve á la derecha, en primer término, es la fábrica de tabacos «La Insular,» y el que aparece en segundo término el Hotel de Oriente, el mayor que hay en Filipinas. La tercera vista es reproducción de la fachada principal de la iglesia de Binondo, de orden dórico, cuya torre, que también se ve en el grabado, fué en parte destruída por un terremoto en 1863. La cuarta representa la casa de salud de los frailes capuchinos en Maitubig, destrozada por nuestra artillería de San Antonio Abad que hubo de dirigir contra ella sus disparos en vista de que los insurrectos se parapetaron primero en el edificio y luego en unas trincheras de tierra situadas á algunos metros delante de éste, en el montículo de forma semicircular que se ve en la fotografía: esta casa de campo ó de salud dista unos 800 metros del citado polvorín. El último grabado, finalmente, reproduce el relevo de un centinela yanki: en el fondo se ve la ciudad murada y entre ésta y el grupo de soldados el río Pasig.

Al publicar estas fotografías hemos de consignar la satisfacción con que hemos visto que durante los tristes sucesos en Manila desarrollados no haya ocurrido percance alguno á nuestro digno corresponsal y querido amigo Sr. Arias, á quien reiteramos una vez más la expresión de nuestro agradecimiento por el envío de tan curiosos é interesantes datos gráficos de los sucesos que pusieron término á la dominación española en el archipiélago filipino.

***

En el Juzgado municipal, cuadro de Salvador Viniegra. – El autor de este cuadro, cuyo nombre figura entre los primeros pintores españoles contemporáneos, ha trasladado al lienzo una escena típica de nuestras costumbres; trátase de un juicio de los llamados de faltas entre dos buenas mozas á las cuales los celos mal reprimidos han dado á sus lenguas mayor soltura de la que consienten los más rudimentarios principios de buena crianza. Cansada alguna de ellas de aguantar por más tiempo los insultos y las persecuciones de la otra, y no encontrando ya en su vocabulario municiones con que resistir y contestar á las descargas de su adversaria, ó tal vez sorprendidas por el *guindilla* en flagrante delito de escándalo en mitad de la calle, ambas han ido á parar ante el juez municipal, quien buenas cosas deberá oir de aquellas dos hembras de pelo en pecho, á las que no ha de contener poco ni mucho la presencia del representante de la justicia. No hay más que verlas para comprender lo que de aquellas bocas sale; no hay más que mirar la cara de los funcionarios judiciales para adivinar que en medio del chaparrón de injurias que entre las dos *señoras* se cruza, brillan á menudo esos rayos de ingenio que son innatos entre la gente de rompe y rasga de Andalucía. Viniegra ha demostrado una vez más en este cuadro cuán á fondo conoce el modo de ser, el carácter, los tipos y las costumbres de su patria, y desde el punto de vista técnico ha dado en él otra prueba de cómo domina los secretos de la forma y del color reproduciendo con tanta exactitud como brillantez la escena y los personajes tan admirablemente observados.

***

Matrimonio de conveniencia, cuadro de H. Volkmer. – Cuando el matrimonio significa la unión de dos seres fundidos en uno solo al calor del cariño más puro y más intenso, ese acto, el más solemne y trascendental de la vida, aparece envuelto en una atmósfera de poesía que es prenda segura de felicidad para el porvenir. En cambio, ¡cuán triste se presenta si en él no han intervenido para nada los corazones y sí sólo el cálculo! Entonces cuanto más se aproximan los cuerpos tanto más hondo se hace el abismo que separa las almas, y todas las riquezas, todos los placeres no bastan á evitar que en este mundo se sientan ya los tormentos que en el otro han de sufrir los réprobos. La protagonista del bellísimo lienzo de Volkmer es una de tantas víctimas de esta clase de uniones: razones de conveniencia indujeron á sus padres á destinarla á un hombre á quien no quiere; quizás ella misma, deslumbrada por el brillo del oro, aceptó gustosa, pero sin amor, al millonario que solicitó su mano, matando para ello la pasión que por otro sintiera. Pero una vez el matrimonio realizado, piensa en lo que ha hecho y ve surgir en su mente todas las negruras que en su nuevo estado le esperan: en vano procura su amiga desterrar de su pensamiento las ideas sombrías que á él acuden; la infeliz comprende todo lo terrible de su situación, y sintiendo acaso renacer en su pecho un amor que creyera extinguido y con él el remordimiento, en que nunca pensara, duda, vacila, lucha y presiente que ora venza ó sea vencida en esa difícil batalla, el resultado será siempre el mismo: criminal ó esclava de su deber, en ambos casos será mientras viva una mujer desgraciada.

***

Después de la victoria, cuadro de Andrés Parladé. – Como final de sangrienta lucha y epílogo de una jornada de montería ha de estimarse el estudio que bajo el título de *Después de la victoria* publicamos en estas páginas, gracias á la galantería de su autor el laureado artista Andrés Parladé, quien como recuerdo de una excursión cinegética, en que tomó activa parte, rica en incidentes y emociones, procuró trasladar al lienzo el hermoso cuadro que á su vista se presentó al finalizar la jornada. Y cuenta que logró realizar cumplidamente su deseo, puesto que todo revela el trasunto del natural. El pesado jabalí, rematado por la jauría, y la actitud de los perros jadeantes todavía por el esfuerzo de la lucha y de la carrera, están representados con plausible acierto. Tal había de ser el resultado si se tiene en cuenta que Parladé se distingue como inteligente cultivador del arte y entusiasta cazador.

***

Cabeza de estudio, escultura de Prudencio Murillo. – Ventajosamente conocido este joven artista por sus recomendables obras, por su reciente triunfo en la Exposición últimamente celebrada en esta ciudad y por su constante labor, nos complacemos en reproducir otro de sus hermosos estudios, en la creencia de que agradará así á los aficionados como á los inteligentes. La cabeza de estudio que ha modelado Prudencio Murillo es una nueva muestra de sus aptitudes y de sus alientos, pues conserva la impresión del natural y está ejecutada con soltura y amplitud, que ha de ser la nota distintiva del verdadero arte.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – BERLÍN. – Para el monumento á Ricardo Wagner que se ha de erigir en la capital de Alemania hay recaudados hasta ahora 100.000 marcos. Un admirador del gran músico ha ofrecido entregar la cantidad necesaria para que el monumento que se erija sea digno de la gloria del autor de la Tetralogía.

LONDRES. – El retrato del *Niño azul* pintado por Gainsborough y considerado como una de las obras maestras de la pintura inglesa que en otro tiempo perteneció al rey Jorge IV, ha sido adquirido en 250.000 francos por un norteamericano.



CABEZA DE ESTUDIO, escultura de Prudencio Murillo

Teatros. – *París.* – Se han estrenado con buen éxito: en el teatro Antoine *L' Avenir*, comedia en tres actos de Jorge Ancey basada en un interesante pensamiento filosófico, y *Le gendarme est sans pitié*, graciosa pieza en un acto de los señores Courteline y Norés; en el teatro Maguera *La Camarade*, comedia en tres actos y cuatro cuadros de Camilo Pert; en Dejazet *Le Constat Poulardin*, chistoso vaudeville en tres actos de los Sres. Grenon y Mouvelle; y en el Ambigú *Le roi des mendiants*, interesante melodrama en cinco actos y ocho cuadros de Julio Dornay y A. Mathey.

Madrid. – Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia *Rosario*, comedia en tres actos de los Sres. Flores García y Briones; y en Lara *La soberana*, gracioso juguete en un acto del joven escritor sevillano Sr. Guerra y Mota. En la Princesa ha comenzado con muy buenos auspicios sus tareas la compañía que dirige María Tubau.

Necrología. – Han fallecido:

Dr. Dumontpallier, uno de los más famosos médicos de Francia, miembro de la Academia de Medicina de París.

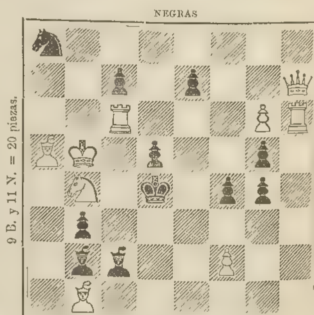
D. Eduardo Zamora y Caballero, distinguido escritor y autor dramático, colaborador de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

Harry Bates, notable escultor inglés, asesor de la Real Academia de Bellas Artes de Londres.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 150, POR VALENTÍN MARÍN

NEGRAS



9 B. y 11 N. = 20 piezas.

BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 149, POR P. RIERA

Blancas.	Negras.
1. C 4 D	1. Cualquiera.
2. D ó C mate.	



Los dos hombres se saludaron cortésmente y se detestaron en seguida

INSEPARABLES

NOVELA POR JUANA MAIRET. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

– Le deseo á usted muchas felicidades con su banquero judío y feo, conocido de todo el mundo por su sabia manera de divertirse sin desmochar su grueso capital.

– En primer lugar, no es judío; en segundo lugar, su vida de soltero me es absolutamente indiferente; y si es feo, le miraré lo menos posible. El contrato de boda es de una liberalidad regia. En eso está lo esencial. Ya usted ve que soy de una dulzura angélica; que no me enfado, y esto, confiéselo usted, es muy bonito de mi parte.

– Si amase usted al hombre á quien va á sacrificar toda su adorable juventud, se hubiera sublevado...

– Pero no le amo. No soy hipócrita y me gustan las situaciones despejadas. Todo cuanto acabo de decir á usted y de permitir que usted me diga á mí, ha sido para llegar á esta pequeña frase, muy atrevida para una muchacha, y aún más para una prometida. Si usted hubiese sido muy rico, aunque sin pertenecer á nuestra clase, le hubiera querido á usted y hubiese podido ser su esposa. Pero semejante matrimonio, sin una gran fortuna, hubiera sido una locura imperdonable que al fin nos habría hecho desgraciados á los dos. Voy, pues, á ver si olvido que hubiera podido amarle á usted. Olvídelo usted también. Deseo mucho conservar su amistad, este buen compañerismo que data de tan antiguo...

De la época en que me pedía usted muñecas parlantes. Ahora soy yo la muñeca que habla y que pretende usted convertir en juguete suyo. Gracias.

Déjeme usted concluir mi frase. Para conservar este afecto de la infancia, que es precioso para mí, habrá que evitar todo lo que pudiera despertar una celosa suspicacia. ¡Si usted supiese los esfuerzos que hago... para no tutearte, Estebanito!

Y con uno de esos cambios bruscos que la hacían irresistible, Germana, abandonando su aire casi grave de joven práctica, se volvió para sonreír á su antiguo camarada. Éste, desvanecido, sintiendo flaquear todas sus resoluciones de indiferencia, murmuró:

– ¡Si usted cree que ese es el modo de ayudarme á no adorarla!..

– Era para despedirme del enamorado..., porque sé muy bien que al menos hubo un momento en que estuvo usted enamorado de mí. De lo cual estoy yo muy orgullosa, en el fondo, y quiero que usted lo sepa. Pero todo acabó; y quedamos buenos amigos para toda la vida – para toda la vida, ¿verdad, Esteban?

Esteban no contestó en seguida. Se había creído curado del todo, sin lo cual no hubiese aceptado seguramente la invitación de su protectora. Pero había encontrado á Germana muy seductora con su belleza excitante, con esa mezcla de vulgar ambición y de fidelidad á los sentimientos de su juventud, con su espantosa clarevidencia y una especie de candidez y de ingenuidad que á pesar de todo persistían en ella.

En aquel momento los dos jóvenes, separados solamente un centenar de pasos del otro grupo, pasaban cerca de la portería. Esteban miró algún tiempo aquella humilde casita en que, años antes, habían muerto los dos ancianos campesinos, sus abuelos; luego sus ojos buscaron los ojos de aquella altiva patricia. Y recordando la locura que un día había cruzado por su mente, se echó á reir con muy amarga sonrisa. Contestando á la atónita mirada de Germana, dijo designando con un gesto la portería:

– El nieto de los campesinos Ledru jura humildemente rendir siempre homenaje y estar á las órdenes de la hija de sus nobles señores. ¿Está usted satisfecha?

– En manera alguna, contestó Germana.

En aquel momento, los cazadores aparecieron por la grande avenida. El conde se amparó ruidosamente de Esteban y le presentó á su futuro yerno. Los dos hombres se saludaron cortésmente y se detestaron en seguida.

León Marbois, el arquitecto que pasaba veinticuatro horas en el castillo, se presentó por sí mismo al joven autor. Seguía siendo tan correcto, tan enjuto de aspecto tan inquieto y malhumorado como antes. Pero tuvo algunas frases de gratitud casi sentidas para Esteban que le había abierto las puertas de la casa de Verneuil. Acercóse después á Pedro, saludándolo con menos amabilidad. A las preguntas de éste, contestó que la Sra. de Marbois estaba buena y se alegraría mucho de saber noticias de sus dos primos adoptivos.

Sorprendióle á Pedro encontrarse tan á sus anchas en casa de los de Verneuil, que hasta entonces le había hecho poca justicia. Su educación de hombre de mundo estaba hecha. Si aún le faltaba un poco de elegancia, sabía ya vestir correctamente y observaba todas las reglas esenciales de la etiqueta de los salones. Por otra parte, se adivinaba que era un hombre en toda la fuerza y vigor de su edad, física y moralmente hablando; y para ciertas mujeres, lo que más atractivos tiene es precisamente esa fuerza tranquila y segura de sí misma.

A esa clase de mujeres pertenecía la marquesa de Viroy, la cual parecía olvidar, con absoluta desenvoltura, la corte que le había hecho Esteban y que ella había estimulado. Sus más graciosas sonrisas eran para Pedro; procuraba hacerlo brillar, excitar sus ocurrencias, acaparar su atención. El bueno de Pedro, algo asombrado, la dejaba hacer; pero sabiendo el conato de amoríos de su camarada, dijo á éste:

– ¿Te has mostrado frío con tu vieja coqueta para que se dedique á mí? Quiere darte celos.

– En primer lugar, no es vieja, y á quien quiere es á ti; yo no cuento ya... Pero ándate con cuidado. Esos caprichos de grandes damas son peligrosos para nosotros. Un hombre de la clase media se enamora fácilmente la primera vez que topa con una mujer bien trajeada.

Pedro se echó á reir; nada temía. Además echó de ver un poco de irritación en su amigo, cosa que le extrañó.

– Supongo que no estás enamorado de esa mala pécora.

– ¡No por cierto! Te la abandono gustoso.

Sin embargo, en el fondo Esteban se hallaba irritado y descontento. La simpatía de la marquesa era contagiosa. Los de Verneuil trataban ahora á Pedro como á su colaborador, casi como de familia. Todos, inclusa Germana, le llamaban simplemente por su nombre de pila, y esto era lo que sobre todo disgustaba á Esteban. Bien es verdad que todo le exasperaba en aquel momento. No podía resistir el encanto de Germana. A ratos la odiaba y la adoraba á ratos. En vano le recordaba ella que su futuro estaba celoso; Esteban se mostraba sombrío y nervioso.

Justo es decir que si el barón estaba celoso, no lo estaba solamente de Esteban. Germana prescindía de los usuales deberes de novia, pues no iba á ninguna parte sin arrastrar á su corte de adoradores, con una soberbia indolencia.

El más asiduo de sus adoradores era un español, el duque de Señas, guapo mozo, compañero de círculo del Sr. de Verneuil. A Amadeo le parecían tan comprometedoras las atenciones del español, que se quejó á su futuro suegro, el cual se rió de él.

– Nada tema, amigo mío; Germana es mujer para hacerse respetar. Le divierte tener su corte, pero tiene la cabeza firme y una naturaleza bien equilibrada. Por consiguiente, todo eso es muy inofensivo. Por favor, no haga usted de marido celoso antes de la ceremonia, ni tampoco después; yo se lo aconsejo.

– No soy celoso..., dijo el pobre novio, pero encuentro que la señorita Germana tiene muy poco tiempo que consagrarme, en medio de todas esas jiras, fiestas y bailes. No estaría mal que nos tratáramos un poco más á fin de conocernos mejor antes de casarnos. Soy demasiado corriente para echármelas de novio lacrimoso; pero ¡á fe que su hija me parece aún más «fin de siglo» que yo!

– No es fácil, amigo mío... Cuando me casé, estaba locamente enamorado de mi mujer, y no me fué del todo mal. ¿Por qué no adopta usted el sistema antiguo, ya que el moderno no le satisface?

– Entonces sí que me pondría en ridículo. Ya pasó de moda el suspirar al pie del balcón de la mujer adorada.

– ¡Pues es lástima! Entonces tome usted las cosas alegremente; es el único consejo que puedo darle.

Efectivamente, toda intimidad era muy difícil en el castillo. Habían llegado otros convidados, entre ellos varias jovenes, amigas de Germana, y cada día aportaba nuevas diversiones. Esteban y Pedro hacían todo lo posible por secundar á los señores de la casa en divertir á sus huéspedes, y éstos, encantados, los trataban como si de hecho hubiesen formado parte de la familia. Cierto día, la condesa exclamó:

– ¿Saben ustedes lo que debiéramos hacer esta noche? Imitar al comité del teatro Francés y oir la lectura del *Matrimonio mundano*.

– ¡Ah, señora, objetó Pedro vivamente, ya hemos explicado que no era posible! Dentro de pocos meses se verificará el estreno, y entonces juzgarán ustedes del efecto. Sería desflorar nuestra pobre comedia. Y además... además sería una lectura un poco delicada para oídos de señoritas.

Puesto que su obra ha de representarse en el teatro Francés y que todas estamos abonadas á los martes..., protestó Germana. ¡Ah!, si tuviese que representarse en el teatro del Palacio Real, sería otra cosa! Y además, confieso á usted que tenemos muchísimas ganas de oir cierta conversación entre muchachas...

– Precisamente esa conversación es lo que, por mi parte, me niego á leer á ustedes.

Le dará vergüenza haberla escrito.

– No, por cierto; está tomada del natural.

– ¿Dónde ha sido tomada?

– En un salón que usted frecuenta mucho, contestó Esteban en son de burla.

– Entonces, ustedes, los autores, son unos espías, unos traidores. Nos hacen ustedes hablar, obrar, encolerizarnos, amar, odiar, por el solo placer de trasladarnos al vivo á sus novelas ó al teatro. ¡Eso es abominable!

– Es nuestro desquite, contestó Esteban con frialdad. Nos invitan para que les divirtamos, y aceptamos la partida para servirnos de ustedes. Pero nosotros, al menos, quitamos la marca; al paso que ustedes apenas disimulan lo que esperan de nosotros.

– ¡Pues bien! Van ustedes á leer su comedia. No hay escapatoria. Y ¡ay de ustedes si no tienen cuidado de borrar suficientemente la marca!

– Estamos tranquilos, dijo Pedro riendo; ninguna de ustedes, señoras, se reconocerá, porque estará harto ocupada en reconocer á sus amigas y en aplaudir.

Por fin tuvieron que ceder. Después de todo, iban á ensayar el efecto de la comedia en aquel público especialísimo de los martes, tan temido de los autores.

En el momento en que, fumados los cigarros y quitado el servicio de café, toda la reunión se agrupaba en torno de una mesa provista de un quinqué con gran pantalla y del indispensable vaso de agua con azúcar, el conde de Verneuil dijo de pronto:

– Me acuerdo de una noche, en este mismo sitio, hace unos quince años, en que dos autores nos representaron en un teatro infantil una obra de su composición. Tenían entonces trece años y se llamaban Esteban y Pedro. Les cité á ustedes, muchachos, para el teatro Francés. No me equivocaba.

– Nos trajo usted suerte, señor conde, dijo Pedro, y crea usted que no trataba con ingratos.

Los jóvenes tenían que leer por turno; pero la voz de Esteban, menos fuerte, menos vibrante que la de su amigo, le faltó pronto. Pedro era además el que mejor leía de los dos. Él fué quien leyó los tres últimos actos, que eran los de más movimiento, los más cómicos y al mismo tiempo los más conmovedores.

La acción se desarrollaba en París, entre gentes riquísimas para quienes la cuestión de dinero privaba sobre todas las demás. Había una joven muy moderna que realizaba lo que llaman un «bonito matrimonio;» y lógica y fríamente, las consecuencias inevitables de aquel matrimonio de interés se desarrollaban en medio de peripecias que, conservando su carácter de comedia, tocaban sin embargo al drama. Satirizabanse con desenvoltura las ridiculeces de nuestros tiempos: ese barniz de escepticismo en boga, esa necesidad de aparentar á toda costa y de continuo, esas frases hechas que se sueltan á trochemoche, esas semipasiones, esos caprichos frívolos con que se divierten las mujeres y con los cuales no se dejan engañar fácilmente los hombres, y bajo todas esas exterioridades engañosas, la buena naturaleza sana y fuerte, menospreciada, pero no vencida, que en un momento dado se levanta, sacude las mil ataduras imperceptibles con que los liliputienses de los salones procuran encadenar al gigante, se afirma y deja oir el grito verdadero de los corazones, ese grito con el cual nadie se engaña y al que instintivamente todos responden.

Pedro supo expresar ese grito de pasión real con tal acento de vida y de calor, que toda aquella gente de mundo se sintió emocionada y sacudida, al extremo de que, al menos durante algunos instantes, fueron verdaderamente hombres y mujeres, y no ya títeres con los cuales juega á su antojo la convención mundana.

La fábula del *Matrimonio mundano* se parecía terriblemente á la historia verdadera, al matrimonio de Germana de Verneuil; sin embargo, nadie parecía notarlo. Las cosas vistas de demasiado cerca no aparecen del todo claras. Además, una acción representada al vivo por actores inteligentes, impresiona mucho más que una acción vista solamente á trozos, en el transcurso de los pequeños acontecimientos de todos los días. El mismo que llora á lágrima viva asistiendo á un melodrama de la miseria parisiense, pasa con los ojos enjutos y el corazón y el bolsillo cerrados al lado de la miseria real.

De todas las felicitaciones que recibieron los autores y sobre todo el lector, las de Germana y de su prometido no fueron las menos calurosas. Tal vez, emocionados por aquella apasionada lectura, se hicieron ilusiones sobre sus sentimientos verdaderos En todo caso, el barón estuvo lleno de finas atenciones con su novia toda aquella noche, y ella las aceptó con la más radiante de sus sonrisas.

A Esteban le pareció que, en las felicitaciones, las partes no eran iguales. Cuando el estreno de *La Figuranta*, las alabanzas habían sido distribuídas también sin igualdad; pero entonces le había tocado la mayor parte, lo cual era natural y legítimo. Invertidas las cosas, se sintió horriblemente mortificado. Le parecía que Pedro le robaba lo que era suyo. Cuando vió á Germana hablando con su colaborador, con los ojos brillantes y el color animado, sintióse mordido en el corazón por un amargo sentimiento que no había experimentado desde hacía muchos meses y que jamás había sido para él tan violento ni doloroso.

Sabía perfectamente que, en aquella nueva obra, la parte principal correspondía á Pedro. Había seguido la evolución, más lenta que en sí mismo, del talento de su amigo. Muy joven, él dió lo mejor de su espíritu, su aguda observación de todas las pequeñeces de la vida, lo imprevisto de los contrastes chocantes, los toques de sentimiento, exquisitos, pero algo superficiales. La pasión verdadera, las palabras que conmueven y las situaciones fuertes eran obra de Pedro en su comedia. Esteban sufrió secretamente por ello. Pero su camarada se ingeniaba en asociarlo de tal manera á su trabajo, que con un poco de buena voluntad, cualquiera de los dos podía creerse autor de todo.

Esteban, inquieto, desazonado, durante la larga lectura, procuraba descubrir en el rostro de los oyentes si se había adivinado el secreto, si los que escuchaban se decían instintivamente: «Eso es de Froment; Dorsat no era capaz de imaginarlo...» En realidad, aquellas señoras y caballeros no pensaban siquiera en discernir la parte de cada colaborador. Esto les era del todo indiferente. y si sus aplausos se dirigieron sobre todo á Pedro, dependió únicamente de que las expresiones que les chocaron ó les conmovieron salían de la boca de éste. Al encontrarse solos los dos amigos, Esteban dijo con mal fingida alegría:

– ¿Qué tal? Estarás contento.

– Me parece que hay motivo para que lo estemos los dos. Pero estoy reventado; me estoy cayendo de sueño...

– Tendrás sueños dorados, amigo mío; sueños de triunfador. Esta noche, nuestra comedia era tu comedia.

– ¡Qué manera de hablar!

– ¡Pues! Confiesa que has arrimado un poco el ascua á tu sardina. No me sabe mal... Ello es la cosa más natural del mundo.

—Supongo que lo dices en broma. ¿Yo apropiarme tu parte? ¡Vamos, Esteban! El primer puesto te corresponde á ti, ¿entiendes?, ahora y siempre. Nadie lo comprende mejor que yo, nadie te admira más sinceramente que yo, nadie es más feliz que yo cuando te miman, cuando resplandeces de alegría y de genio. ¡Vamos, vamos, venga un abrazo, y no vuelvas á decirme semejantes cosas! Si leí en tu lugar, fué para evitar fatiga á tu garganta, que no es muy sólida...

Esteban encogió los hombros.

—¡Bah! Para un autor cómico, comprendes mal las bromas.

—Esa no la comprenderé jamás. Hemos hecho mal en venir á mezclarnos con toda esta gente ociosa: no estamos en nuestro puesto. ¿Quieres que nos marchemos? Un pretexto se encuetra fácilmente. No me lo explico, pero parecemos estar más lejos uno de otro desde que no trabajamos juntos. ¿Qué dices tú?

—Que también deseo irme. Tienes razón, esta atmósfera de polvos de arroz y de cumplimientos exagerados es malsana. ¡Vámonos cuando quieras!

IX

... «¡Sí, jovenes esposos, entrad en la vida con regocijo y confianza! Confianza en la bondad de Dios, confianza en la vida que ante vosotros se abre sonriente, confianza uno en otro, vosotros que os amáis! No olvidéis que el gozo es cosa divina. Los que quieren convertir nuestro mundo en un mundo triste y feo blasfeman contra su Criador, blasfeman contra esa cosa exquisita que ha puesto en el corazón de los hombres: la caridad, que también se llama amor. ¿Es esto decir que el destino no nos reserva más que acontecimientos felices y triunfos? Eso sería desconocer la vida. Para prepararnos y ganar una inmortalidad celeste, los humanos necesitamos sufrir. Pero ese mismo sufrimiento os será endulzado, del mismo modo que serán doblados vuestros goces, porque seréis dos en experimentar penas y dicha.

»Cuando encontréis en vuestro camino viejos esposos que se completan uno á otro y que, á fuerza de vivir y sentir juntos, llegan casi á parecerse en lo físico como se parecen en lo moral, decid que aquel hombre y aquella mujer se eligieron libremente, porque se amaban, y que de aquel amor han hecho, no solamente la felicidad de su vida, sino que también su dignidad y su nobleza...»

El pastor protestante, envuelto en sus vestiduras blancas y negras, de anchas mangas, continuó largo tiempo en ese tono, con unción, con esas entonaciones algo falsas, propias de los sermones de su religión, ahuecando sus largas frases cadenciosas y bien equilibradas y dejando flotar un instante sus anchas mangas, para replegar luego con un gesto maquinal, casi vicioso, los pliegues del brazo izquierdo con la mano derecha; lo que indicaba siempre el final de un período.

Aquel mismo discurso, que contenía cosas muy verdaderas y muy justas, desde el punto de vista general, había servido, con algunas variantes, para bendecir á muchas jovenes parejas. En medio de aquella reunión de gente ultramundana, caía sobre Amadeo Lœwenthal y Germana de Verneuil como una ironía premeditada, de que hubiera sido incapaz, seguramente, el digno pastor. A medida que, con la complacencia de un hombre cuya vida conyugal ha sido plenamente feliz, el predicador hablaba con voz lacrimosa de la dulzura y de la ternura femeninas, del valor y de las altas virtudes viriles que se reclaman unas á otras, muchas miradas furtivas iban á buscar en el rostro algo pálido, pero impasible, de la hermosa desposada y en el del novio, igualmente impasible, un estremecimiento cualquiera, una coloración por fugitiva que fuese. Su curiosidad no se vió satisfecha.

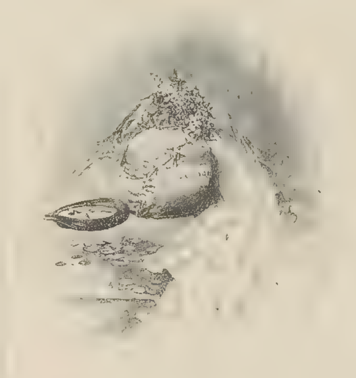
La elegancia extrema de Germana, cuyo vestido de raso crema estaba casi cubierto de encajes maravillosos; los trajes de todas las mujeres del cortejo nupcial, y aun los de las convidadas que en filas compactas ocupaban la larga y estrecha nave del templo y habían invadido las tribunas altas y bajas; toda aquella ostentación de lujo parecía un contrasentido en la desnudez triste y gris del templo protestante, sin altar, sin luces, sin flores, sin colgaduras. Un contrasentido como el discurso del pastor celebrando aquel matrimonio mundano, en el cual tomaba tan poca parte el corazón.

Esto lo que dijo Esteban por lo bajo á Pedro, quienes, habiendo llegado demasiado tarde para encontrar asiento, tuvieron que permanecer de pie durante el sermón.

Pedro pensaba en otro matrimonio en que la novia se entregaba igualmente sin amor. Pero le pareció que en el caso de Lili había al menos la excusa del despecho y tal vez de la desesperación. En vano buscaba la excusa de Germana que, sin inmutarse, se vendía de aquel modo á fin de poseer muchos millones y entregarse á la vida del gran mundo á todo trapo. Entonces dedujo que esa vida ficticia de la sociedad seca los corazones y falsea las inteligencias.

Esteban se examinaba curiosamente en aquel momento, preguntándose si sufría en realidad viendo á Germana poner su mano en la del joven banquero, jurarle ser su consorte fiel, así en los tiempos felices como en los días de tristeza, en la salud y en la enfermedad, hasta que los separase la muerte...; preguntándose en fin si el sufrimiento, que después de todo discernía bien, emanaba del corazón ó de la cabeza. En el fondo, nada sabía con certeza. Preveía que la intimidad de los jovenes esposos, de que hablaba tan bien el ministro del Evangelio, no sería jamás tan estrecha que no hubiese sitio para él.

Sin embargo, cuando, empujado por el gentío que se dirigía lentamente hacia la sacristía, llegó al fin



cerca de los novios, que, animados y sonrientes, contestaban á las felicitaciones de centenares de amigos y conocidos que desfilaban por delante de ellos, la filosofía práctica de Esteban no pudo resistir á la mirada triunfante del marido que parecía burlarse de él, del enamorado á quien ni siquiera habían admitido como pretendiente. A través de todas las convenciones sociales, lo que sacó en limpio de aquel triunfo fué el hecho brutal de que Germana, la exquisita criatura, era por la ley y por la religión propiedad de aquel extraño, que pronto iba á cogerla en sus brazos y llevársela lejos de todos, como una presa que nadie podría disputarle ni arrancarle. Entonces, si Esteban hubiese podido echarse al cuello de aquel hombrecito insolente y tuno, derribarlo al suelo y quitarle la mujer, su víctima, ¡ah, con qué gusto lo hubiera hecho!..

En vez de tales vías de hecho, propias de la edad de piedra, repitió maquinalmente felicitaciones que había oído dos minutos antes, como hombre domado por la civilización; hasta gesticuló una sonrisa. A Germana de Marbois le dijo haciendo una profunda reverencia:

—Le deseo á usted señora, toda la dicha que se merece...

—Gracias, mi querido Esteban, contestó la novia con una desenvoltura perfecta; como tengo formada muy buena opinión de mí misma y pienso merecer mucha felicidad, acepto sus votos de tan buena gana como usted me los ofrece...

Como llegasen otros convidados, se dejó empujar y se apresuró á salir. Se ahogaba en aquella pesada atmósfera llena de mentiras, como emanaciones malsanas de aquella muchedumbre. En el barullo perdió á su amigo Pedro, de lo cual se alegró. Deseaba estar solo á fin de reponerse de aquella turbación pasajera que no había previsto y de que se avergonzaba. Hubiera querido mostrarse tan indiferente como tranquila aparecía Germana. Pero ni en apariencias logró estarlo.

Aunque se había entrado en noviembre, el aire era muy suave, y el cielo, de un gris uniforme, estaba cargado de lluvia que no se decidía á caer. Esteban llegó á parar á una de las alamedas de las Tullerías, sin rumbo fijo. Le convenía dejarse caer un instante en el hotel de Verneuil, donde la condesa recibía después de la ceremonia, aunque no fuese más que para reparar el efecto producido momentos antes y mostrar un rostro risueño é indiferente. Pero ello sería más tarde, cuando fuese enteramente dueño de sí mismo.

Varios chiquillos jugaban con la arena del paseo, al lado de las mamás y de las criadas que aprovechaban aquel día muy templado para sentarse en bancos y sillas; otros niños mayorcitos se perseguían dando pequeños gritos agudos. Pero este movimiento no bastaba para alegrar aquella ancha avenida con sus grandes castaños, cuyas últimas hojas secas se desprendían de vez en cuando con un ligero ruido metálico. La tristeza invadía aquel gran jardín, algo desierto siempre y algo austero también.

Esteban pensó acercarse al Sena y pasar el tiempo mirando libros de lance en los puestos ambulantes del muelle. Dejó la grande avenida, y al doblar bruscamente un ángulo, rozó el vestido de una mujer sentada sola á distancia de los grupos ruidosos.

—Usted dispense, señora, dijo él maquinalmente.

Algo como un estremecimiento, un movimiento inmediatamente reprimido de la mujer á quien no había mirado, llamó de súbito su atención. Se volvió en el momento mismo en que la dejaba atrás y retrocedió vivamente.

¡Lili!, exclamó.

Y añadió reportándose:

Quiero decir, Sra. de Marbois...

Era la primera vez que veía á Lili después de su matrimonio. Había cumplido dejando su tarjeta en casa de ella; pero no habiendo recibido ningún recado de atención, no repitió su visita. Lili había roto casi enteramente con los Perraud, á cuya casa iba él por su parte cada vez menos. Pedro le había referido, sin comentarla, la pequeña escena del brazalete. En el fondo, á Esteban, que raramente sentía remordimientos, no le gustaba recordar aquel episodio. Sus intenciones, según persistía en afirmar, eran excelentes, pero quizá se adelantó demasiado.

Al primer golpe de vista adivinó una Lili muy cambiada. El matrimonio la había embellecido; pero su expresión, siempre algo triste, se había vuelto casi dura y el pliegue de la boca amargo. Instintivamente decía cualquiera que la viese: «Esa mujer es desgraciada.» Sin embargo, ella dijo con mucha calma:

—No se excuse usted, Sr. Dorsat. Me llamaba usted Lili cuando jugábamos á primos. Me parece que hace ya mucho tiempo.

Y como queriendo explicar su presencia en el jardín añadió:

—Iba al Louvre. No á la tienda, como la mayor parte de las mujeres, las que tienen dinero para gastar, sino al museo. Cultivo mi gusto por las artes, dibujo bastante bien, según dicen, y lo que empezó siendo un capricho ha llegado á ser casi una pasión. Algo hay que hacer en la vida.

—Me permite usted que la acompañe?

—¿Para qué?

Formará usted mi gusto conforme al suyo. Le prometo admirar lo que usted admire.

—No puedo impedirle que vaya al Salón cuadrado, si le place. Pero irá usted por su lado.

—¡Tendría tanto gusto en hablar con usted! Si usted supiera...

—Sé muchas cosas, Sr. Dorsat, y adivino otras. Si usted hubiese deseado realmente hablar conmigo, no hubiera tenido más que venir á mi casa los días que recibo, como va usted á las recepciones de las mujeres aristocráticas que le han trastornado la cabeza. Yo no soy más que una pequeña burguesa; sin embargo, tengo destinado un día de la semana á mis amigos, y mi esposo se queja de su frialdad con nosotros. Así como Pedro le es antipático, se alegraría mucho de recibirlo á usted. Pedro viene de vez en cuando á verme, pero muy de tarde en tarde. Le convidamos á comer una vez al año. De usted no hemos recibido más que su tarjeta una sola vez. En este mundo las cosas no se arreglan siempre á gusto... de los arquitectos.

Levantóse y le saludó con un ligero movimiento de cabeza.

—¡No puede usted impedir á un primo suyo que ande algunos pasos con usted!

Ella se sonrió vagamente, con la misma sonrisa enigmática que Esteban recordaba perfectamente, y ya no se opuso á que marchase á su lado. Anduvieron casi en silencio hasta el Salón cuadrado, y de común acuerdo tomaron posesión de un banco que se encontraba libre.

La tranquilidad de aquella inmensa sala con las paredes cubiertas de obras maestras, veíase turbada en aquel momento por una banda de viajeros Cook, dirigidos como un rebaño por un individuo de voz gruesa y monótona, que explicaba en inglés las bellezas de las *Bodas de Canaán*. Todas las cabezas se levantaron al mismo tiempo para admirar, no la pintura magistral, sino los retratos y los trajes del tiempo del Veronese que figuran en aquella escena del Evangelio.

(Continuará)

GUIA GENERAL DESCRIPTIVA

DE LA REPÚBLICA MEJICANA

Tal es el título del libro que acaba de publicar nuestro activo é inteligente representante exclusivo en Méjico D. Ramón de S. N. Araluce, y aunque el título por sí solo es suficiente para dar una idea de lo que es la obra, la importancia excepcional de ésta nos mueve á dar una explicación algo más detallada de la misma.



MEJICO. – Patio de entrada á la hacienda de Coapa (de fotografía)

Pero ante todo creemos conveniente hacer constar que la *Guía* que nos ocupa no es únicamente interesante para los mejicanos; lo es quizás en mucho mayor grado para los comerciantes é industriales de Europa y sobre todo para los españoles, puesto que en ella se consignan numerosos y completísimos datos acerca de aquel mercado, en donde pueden hallar salida y empleo buena parte de los productos y de los capitales europeos.

Mejor que pudiéramos decirlo nosotros explica la introducción del libro uno de los principales fines que se ha propuesto el editor al publicarlo.

«En el transcurso del presente libro, al tratarse de cada Estado en particular, tendrá ocasión el que leyere de comprobar que no exageramos al decir que Méjico posee elementos propios, suficientes para elevarse en la vida industrial á la altura de la gran república vecina y sobrepasarla, tal vez, dominándola en todos los mercados adonde ambos concurran en el porvenir con sus productos.

»Pero esas enormes riquezas de que hablamos restan ignoradas del extranjero y aun de muchos mejicanos que conocen de su país la variedad, pero ignoran la importancia de aquéllas y la cantidad inconmensurable que de las mismas se puede arrancar á la tierra si se le aplican las dos poderosas palancas que hemos nombrado: *brazos* y *capital*.

MEJICO. – Calzada de entrada á la hacienda de Coapa (de fotografía)

»Llegamos ya al objeto del presente libro, que será principalmente el de llevar á las naciones del Viejo Mundo, donde hay plétora de capitales ansiosos de hallar campos de explotación, el convencimiento de que Méjico les ofrece con sus valiosos territorios el más amplio y fecundo que pudieran desear; mientras que las más liberales instituciones, una paz inconmovible, un gobierno prudente y un sentimiento, innato en el mexicano, de hospitalidad para el extranjero, son seguras garantías para los bienes y las personas de los que dediquen su actividad y su honrado trabajo al suelo agradecido de esta República.»

En la realización de este objetivo bien puede decirse que el Sr. Araluce ha dado muestras de una inteligencia y de un entusiasmo dignos de los mayores elogios, y el resultado de ello ha sido esa *Guía* que contiene todo cuanto puede desearse en libros de esta índole y con tales propósitos publicados. Bastará para que nuestros lectores se hagan cargo de su importancia, que demos un ligero extracto del índice de materias del primer tomo, único hasta ahora publicado, dedicado al Distrito Federal: comprende una reseña geográfica é histórica, varios capítulos consagrados al Méjico político, al Méjico intelectual, al Méjico monumental, al Méjico social y al Méjico industrial; otro en que se describe el Distrito Federal; otro de estadística, y varios directorios con los domicilios de oficinas públicas, de comerciantes, industriales, abogados, médicos, etc., y una guía de calles, plazas y paseos. Cada una de estas secciones está tratada con admirable conocimiento de causa y con profusión de datos interesantísimos é ilustrada con multitud de grabados y planos.

Como muestra de los grabados que ilustran el libro publicamos en esta página tres que reproducen otras tantas vistas de la hacienda de Coapa, cuya descripción creemos que leerán con gusto nuestros suscriptores.

Hállase situada esta hacienda, cuyo propietario es D. Ramón Fernández, junto al camino de hierro que une á Méjico con la pintoresca población de Tlalpam y es indudablemente la primera del Distrito Federal por la exuberancia de sus productos. Una extensa avenida de corpulentos fresnos y chopos conduce al vasto patio de entrada, en tres de cuyos lados se levantan los edificios que contienen todas las dependencias de la finca.

A mano izquierda se ven las trojes, grandes y sólidas construcciones de piedra y ladrillo donde se guardan los granos de la cosecha; al frente hay un largo edificio de dos pisos destinado á casa habitación, despacho, cocheras, etc., y en un extremo del mismo una capilla de bonita fachada. A mano derecha están los establos y corrales para el ganado vacuno, del que posee la hacienda algunos centenares de cabezas.

La casa-habitación es un edificio de gran solidez y amplitud, perfectamente distribuído y en su interior adornado con tanto lujo como elegancia. La planta baja está dividida en aposentos y bodegas; á mano izquierda hay el despacho, más allá las caballerizas y cocheras y al otro extremo el *tinacal*, ó sea la bodega donde se prepara el *pulque*.

Los pisos superiores los ocupan el dueño de la hacienda y su familia: allí está la pieza más deliciosa de la casa, un largo salón-galería de cristales, desde la cual se admira el panorama encantador del valle de Méjico.

Al pie del edificio extiéndese un jardín, más allá del cual la vista se pierde en inmensos campos sembrados de maíz; frondosas avenidas de fresnos separan los maizales de las praderas, bordeados de simétricas fajas de *magueyes*, y en el fondo de aquel delicioso paisaje destácanse los caprichosos picos del Ajusco.

El agua, elemento indispensable en un establecimiento de campo, circula abundante por acequias y acueductos que hábilmente combinados distribuyen el riego por toda la finca.

Entre las varias vistas que de esta rica propiedad publicamos llaman la atención la que representa una de las trojes llenas de maíz en espiga: aquella enorme cantidad de mazorcas no contienen menos de dos mil toneladas de grano y es solamente el sobrante, por decirlo así, de la última cosecha.

La extensión de esta hacienda, pequeña si se la compara con otras enormes propiedades del país, es de dos leguas cuadradas: su importancia estriba en la fertilidad de sus terrenos que producen de 150 á 200 por uno en cereales y en los que una siembra de alfalfa lleva veinte años de explotación sin que disminuya su exuberancia. Otras importantes producciones de esta hacienda son el *pulque* y la leche: de ésta se obtienen 1.400 litros diarios, gracias no tanto al número de vacas cuanto al cuidado que el propietario puso en la selección de la raza del ganado.



MÉJICO. – Una troje con maíz en la hacienda de Coapa (de fotografía)

Por esta descripción que copiamos de la *Guía* que nos ocupa podrán comprender nuestros lectores que el libro se sale de los moldes á que generalmente se ajustan las obras de esta índole, puesto que al interés de los datos que contiene une la amenidad con que están expuestos; advirtiéndose en los distintos trabajos que constituyen la *Guía general descriptiva de la República Mejicana* la mano de los habilísimos escritores que en ella han colaborado bajo la dirección de D. J. Figueroa Doménech. Cada uno de sus capítulos es un estudio completo y concienzudo de la materia que en él se trata, constituyendo otras tantas monografías tan profundamente pensadas como bien escritas que en interesantes síntesis nos permiten apreciar en todo su valor la historia y geografía de Méjico, su constitución política y religiosa, su vida intelectual, su sociedad, sus monumentos y su desarrollo industrial.

No terminaremos el presente trabajo sin enviar nuestras más sinceras felicitaciones al Sr. Araluce que con su publicación ha prestado un importante servicio, no sólo á su patria adoptiva, Méjico, sino que también á su verdadera patria, España; á aquélla dando á conocer al mundo entero sus riquezas y sus progresos, á ésta indicándole un camino por donde su industria y su comercio puedan hallar compensación á los daños que la pérdida de nuestras colonias ha de ocasionarles. – A.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

LA OBRA DEL EXCURSIONISME, por *Joaquim Cabot y Rovira*. – Tal es el tema del discurso presidencial leído en el «Centre excursionista de Catalunya» en la sesión inaugural del curso de 1899 por el distinguido escritor Sr. Cabot y Rovira: la competencia bien conocida del autor, su entusiasmo por cuanto á la región catalana se refiere, la elegancia de su estilo, la abundancia de ideas sólidas, son las cualidades que resplandecen en este trabajo que se lee con verdadero gusto, así por el interés del asunto como por la manera con que el Sr. Cabot ha sabido desarrollarlo.

EL CABALLO DE CALÍGULA, por *D. Emilio Juste*. – El señor Juste se propone juzgar acerca del mayor ó menor acierto que presidió en la designación de alguno de los inspectores de Instrucción pública nombrados por el gobierno: para ello ha publicado un primer folleto, que se titula «La prensa y el inspector,» con todos los artículos y sueltos de periódicos referentes á uno de los nombrados que sirvan de antecedente al juicio que emitirá en un segundo folleto. *El caballo de Calígula* ha sido impreso en Madrid, se vende á 50 céntimos y su autor destina á la Cruz Roja las utilidades que la venta produzca.

ASUNTOS HISPANO-AMERICANOS, por *D. Mariano José Madueño*. – Consta este trabajo, notable bajo muchos conceptos, de dos partes. En la primera, «Consideraciones generales,» se estudian las causas de la aflictiva situación á que ha llegado España después de las últimas guerras y consiguiente pérdida de las colonias, y se señalan los medios que pueden promover su regeneración; en la segunda se exponen dos proyectos, el de organización y fundación de una Compañía hispano-peruana de navegación y negocios en el Amazonas, y el de fundar un gran diario inter-continental, cuyas ventajas demuestra el autor con abundantes datos y sólidos razonamientos. La obra del coronel Sr. Madueño merece ser leída y estudiada por cuantos se preocupan del porvenir de nuestra patria: ha sido impresa en forma de folleto en Barcelona en la tipografía de Pujol y C.ª

MIS MUJERES, por *S. Gomila*. – El distinguido y popular escritor barcelonés Sr. Gomila ha publicado una segunda edición de *Mis mujeres*, colección de interesantes narraciones, todas las cuales tienen por protagonista á una mujer. La variedad de los caracteres que presenta, la perfecta observación y el completo estudio de los mismos, el interés de la acción y la enseñanza que de cada novelita se desprende, hacen bajo todos conceptos amena la lectura del libro. Este, ilustrado por Carrasco, ha sido editado por D. Antonio López.

CLAROS DE LUNA, por *Eugenio C. Noé*. – La nota que en las poesías del Sr. Noé domina es el sentimiento: los encantos de la naturaleza, los afectos del alma tienen en el joven poeta bonaerense un inspirado intérprete que, prescindiendo de las influencias de la moda, canta lo que siente y tal como lo siente. Esto en cuanto al fondo; por lo que toca á la forma, las composiciones del Sr. Noé son armoniosas y suenan dulcemente al oído, del mismo modo que los asuntos tratados hieren el corazón suavemente. *Claros de luna* ha sido impreso en Buenos Aires en la imprenta de Jacobo Peusser.

LA PRINCESA FLORA, por *Alejandro Dumas* (padre). – De esta interesante novela del ilustre escritor francés ha publicado el editor de esta ciudad D. Luis Tasso una edición económica española que forma parte de la nueva biblioteca que tan buena acogida ha tenido en el público. Véndese á una peseta en rústica y á 1'50 encuadernada en tela.

REGLAS GENERALES SOBRE EL EMPLEO DE LOS SIGNOS DE PUNTUACIÓN, por *J. Galaya*. – En un folleto de 20 páginas ha reunido el autor de este trabajo todas las reglas de puntuación adaptadas á los idiomas castellano y francés, presentándolas con gran método y claridad é ilustrándolas con multitud de ejemplos. Impreso en Mahón en la tipografía de B. Fábregas, véndese á treinta céntimos de peseta.









CUENTOS DE VARIAS ÉPOCAS, por *Angel R. Chaves*. — El Sr. Chaves ha logrado crear un género de cuentos propio, por decirlo así, y sus interesantes narraciones novelescas de otros tiempos tienen color de época y se leen con verdadero deleite. ¿Qué mejor elogio cabe hacer de los contenidos en el libro que nos ocupa que decir que son dignos de la pluma de tan popular autor? *Cuentos de varias épocas* forma el tomo 63 de la «Biblioteca Diamante» que con tanto éxito publica el editor barcelonés D. Antonio López y se vende á dos reales.

AMORES TRÁGICOS, por *Máximo Soto Hall*. — El notable poeta costarricense Sr. Soto Hall ha dado á la estampa con este título un interesante poema, escrito en inspirados versos, que confirma una vez más las excelentes dotes de su autor para el cultivo de la poesía. *Amores trágicos* ha sido impreso en San José de Costa Rica en la imprenta de Alfredo Greñas.

HIGIENE Y EDUCACIÓN DEL NIÑO, por *Vicente Miró y Laporta*. — Para que se comprenda la importancia de esta obra bastará decir que en ella se ocupa su autor de las siguientes materias: el alimento, la lactancia, la limpieza, el vestido, la cuna, el ejercicio corporal, gimnasia y juegos, el niño obrero, los sentidos externos, ejercicio intelectual, educación intelectual, educación moral, las pasiones, educación religiosa, la voluntad y la educación estética. Todas estas materias han sido tratadas con gran conocimiento de causa y expuestas con método y sencillez por el distinguido médico alcoyano Sr. Miró, cuyo libro deben leer todas las madres de familia que se preocupen del bienestar material y moral de sus hijos. La obra que nos ocupa lleva un interesante prólogo del reputado Dr. Tolosa Latour, está ilustrado con 42 fotograbados de Laporta, se ha impreso en Alcoy en la imprenta de «El Serpis» y se vende á 3 pesetas.



DESPUÉS DE LA VICTORIA, cuadro de Andrés Parladé

***

PERIÓDICOS Y REVISTAS

enviados á esta Redacción

El Ateneo Nicaragüense, revista que se publica mensualmente en León (Nicaragua); *Ejército y Armada*, revista quincenal ilustrada de Buenos Aires; *Revista de Quito*, semanario ecuatoriano; *Letras y Ciencias*, revista quincenal de Santo Domingo; *El Heraldo*, diario de la mañana de Cochabamba (Bolivia); *El Diario Español*, que se publica en San Paulo (Brasil); *El Correo Español*, diario bonaerense; *La Avicultura práctica*, boletín mensual ilustrado, órgano oficial de la Real Escuela de Avicultura de Arenys de Mar; *La costa de Levante*, semanario defensor de los intereses de la comarca catalana levantina y de Cataluña en general; *Boletín del colegio de internos en Reus*, publicación mensual; *Revista Contemporánea*, que se publica quincenalmente en Madrid; *El Crepúsculo*, revista quincenal de Guayaquil (Ecuador); *Letras nacionales*, revista quincenal, órgano de la Sociedad «Sucre» de La Paz (Bolivia); *El istmo de Panamá*, trisemanario que se publica en Panamá (Colombia); *Boletín de la Sociedad Nacional de Minería*, revista mensual de Lima.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

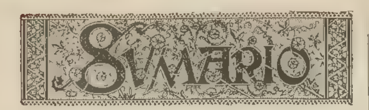
La Ilustración Artística

Año XVIII — Barcelona 27 de febrero de 1899 — Núm. 896

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



SÁTIRO, cuadro de N. Gysis



MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Proyectos del emperador Guillermo. – Un discurso ante los caballeros de Brandeburgo. – Temores de conflictos armados en Europa. – Necesidad de reconstituir el partido liberal inglés. – Trabajos conducentes á tal resultado. – Agitación en Oriente. – Muerte del presidente de la República Francesa. – Conclusión.

Los ensueños del emperador alemán relativos al engrandecimiento militar y á las empresas acariciadas en Jerusalén y Bizancio, no empecen á que Guillermo II hable y pronuncie discursos históricos, bien ajenos á la comisión imperial y á las voces de mando, naturales en quien lleva sobre sus hombros el armiño y el brocado pluvial de Carlomagno. El emperador, muy empapado, merced á la peregrinación última, en épicos recuerdos universales, ha retenido los vuelos de su elocuencia y parádose con amor sobre aquel terruño de Brandeburgo, nido de gleba feudal, donde los caballeros teutones empollaron en una pobre fangosa marca el águila que se levanta sobre las tribus germánicas y sobre los romanos trofeos. En su afán de cultivar la comparación y demás imágenes enseñadas por catedráticos de artificiosa retórica, el emperador ha comparado su militar imperio con un jardín, olvidando cómo cualquier malicia pudiera decir que se crían en el jardín fusiles y no árboles, balas y no frutas, muchos explosivos y ninguna flor vivificadora y bien oliente. Después se ha llamado jardinero de tal edén idílicamente, queriendo sin duda compararse con los pastores de aquellas antiguas églogas, los cuales llevaban en la mano un cayado de oro fino y en las espaldas un zurrón de blanco encaje que llenaban versos de amor y pastoriles novelas. Después de haberse comparado con los pastores del género idílico, se ha comparado con el arcángel San Miguel, mejor vestido y armado todavía que Lohengrin; la espada en el puño, la cota en el pecho, al brazo la rodela de acero, á la cabeza el casco de oro y á los pies el diablo. Tras esta comparación de dudoso gusto ha dicho una gran verdad al decir que quiere formar una Germania de bronce. Y con efecto, de hierro ya la tiene. Con tanto sable templado en aguas que los aceran y afilan de un modo extraordinario; con tanto cañón que parecen forjados en las fraguas mismas de Vulcano; la mitología de guerra; los dioses de combate; los armamentos excesivos; el Estado de imperio militar, no hay sino reconocer que lo domina todo la fuerza y que vamos á erigir sobre la gran Europa en ruinas el régimen violento y brutal de la conquista.

***

El contagio belicoso de tal manera se ha extendido, que vemos los republicanos de América, sin dar crédito casi á nuestros ojos, trocados en verdugos; y los libres, los trabajadores, los mercantiles y pacíficos ingleses, cooperando á la infamia de sus hijos, trocados en ayudantes de tan terribles verdugos. Así parece que todo ideal de libertad se ha borrado en los cielos británicos, y que la escuela de Mánchester con sus impulsos humanitarios ha desaparecido de allí para siempre, devorada por la ingratitud increíble de un irreparable olvido. Por todas partes el imperialismo; por todas partes la conquista. Si los ingleses pudieran, cerrarían el paso desde las aguas del Cabo hasta los desagües del Nilo á todo ser humano que no perteneciese al pueblo británico, cual han hecho en Fachoda. Si pudieran, retrollevarían á pasados tiempos la independencia del Transvaal, como intentaron piratas y filibusteros inolvidables en una irrupción criminal contra los boeros, con aplauso mal recatado de Inglaterra. Y á este mismo tenor se levantarían en sus ambiciones con aquistamientos de territorios, desde los campos de Gibraltar hasta los campos de Birmania: nefastas ambiciones, las cuales podrían volvernos á la barbarie después de haber incendiado el planeta. La plaga toma tal extensión y tantas proporciones, que se hallan tocados de imperialismo, así el nuevo jefe de la escuela radical, Rosebery, como el viejo tribuno de la plebe comunista, Chamberlain. Y se necesita un partido liberal inglés que recuerde los principios humanitarios, por cuya virtud ha brillado Inglaterra con brillo sobrenatural en esta centuria; que combata en el país de Gales, como ha combatido en Irlanda, una iglesia luterana del Estado; que desvincule las vinculaciones, extendiendo por nuevo derecho de testar la propiedad individual; que penetre de lleno en el sufragio popular; que sustituya la red férrea de conquista, cada vez más extensa y más calamitosa para el mundo entero, con una sedosa malla de mercados, so la cual se despunten las homicidas bayonetas hoy caladas para el combate y prosperen los frutos divinos del trabajo.

***

La resolución colectiva, que destituye á Rosebery de la jefatura del partido por sus tendencias imperialistas; la prudente retirada de Harcourt, que da largos compases de muy necesaria espera hoy á la reorganización progresista; el nombramiento de una interinidad con propósito de que las fuerzas liberales se rehagan y presenten un frente de batalla en las venideras elecciones muy formidable, restituirán á Inglaterra su viejo partido radical; el que pugnó por Grecia y por Italia; el que devolvió las islas jónicas á su madre patria; el que rehizo Bulgaria; el que destituyó la iglesia protestante impuesta como insoportable yugo á la ortodoxa Irlanda; el que admitió su espíritu innovador de la Revolución Francesa; el que antepuso á los egoístas intereses de raza y de terruño los generosos ideales que prosperan á toda la humanidad con su luz y su calor, así como impelen una evolución progresiva, la cual transforma todos los átomos fríos en ardiente vida y cristaliza en los tiempos y en los espacios reales todas las progresivas ideas. Y cuenta que necesita un grande factor de paz Europa entera, por acercarse, allá en Oriente, dificultades y urdirse nudos, los cuales, en el sentir de muchos espíritus cavilosos, no pueden resolverse sino por el cortante sable de la guerra. Los árabes del Yemen pelean como en las edades cruentas de Atila y Tamerlán; los montañeses de Macedonia se mueven como si deseasen bajar de nuevo al Peloponeso é ir á la vieja Tracia, en requerimiento aquí de la musa Hélade, allá de la diosa Minerva; los bosnios dejan de asistir á sus iglesias y provocan un cisma por no asentir al Fanar de Bizancio; afilan los albaneses sus puñales y se cargan el cinto de pistolas, mientras Austria y Bulgaria y Serbia y Rumanía y Grecia compiten y emulan en captar Salónica, resuelta por ser una especie de anseática ciudad, redimida de ambiciones y de ambiciosos.

***

Escribiendo estas historias, me corta el hilo de mi narración una triste noticia: la muerte de Faure, presidente de la República Francesa. Mal sino la Presidencia tiene. Si exceptuamos al buen Grevy, que llenó su primer período presidencial y obtuvo una reelección, los demás presidentes se han ido sin llenar y cumplir su plazo legal. Thiers se fué, despedido por la reacción de Versalles, que no quería la República en Francia y tuvo que tragarla. Mac-Mahón se fué, arrojado por las impaciencias republicanas, temerosas de que diera un golpe de Estado y se alzara con el santo y la limosna. Certera puñalada de un asesino italiano cortó la vida de Carnot, frío y correcto. El furor desencadenado en la izquierda republicana contra las significaciones conservadoras de Perier dieron á su presidencia, ofrecida con caracteres de fuerza, una extrema fugacidad. Faure parecía destinado á durar los siete años prescritos por la Constitución. Pero no lo ha querido la muerte. Muchas y varias felicidades le acompañaron durante el período primero de su gobierno. En lo interior se llegó á una pacificación de las gentes más levantiscas encerradas en sus periódicos y en sus clubs como las fieras en sus jaulas, mientras por una sabia política, graduada con método, se llegaba en lo exterior á la inteligencia y á la concordia entre Francia y Rusia. El cenit de tal política se vió el día en que llegó á París el czar, ese dios asiático de tantos pueblos esclavos, litúrgico ídolo, y tuvo que inclinar la divina persona y la diadema imperial ante un curtidor, que con sus manos adobara pieles, y subiera, plebeyo y trabajador, desde los más hondos abismos sociales, por cuyos senos las generaciones pasan, como las olas por los abismos del mar, de anónimas é ignoradas, á las altas cumbres del poder y á las mayores cimas del Estado, sin más título ni más derecho que una designación de la voluntad nacional.

***

Pero esta felicidad pasó pronto. En lo interior suscitóse la difícil y laberíntica cuestión Dreyfus, en lo exterior la intrincada y humillante cuestión Fachoda. Por la primera se perdió la paz tan saludable de los ánimos, por la segunda se perdió la fe viva en los resultados de la inteligencia franco-rusa. Con muy buen acuerdo Francia se abstuvo de tratar cuestiones candentes, dado por concluído el período de las cuestiones constitucionales y por definitiva su constitución: un oficial cautivo en los islotes de mar lejano puso en peligro su estabilidad, removiendo y quebrantando desde las bases del ejército patrio hasta las bases del Tribunal Supremo. Lo mismo que hiciera en la cuestión interior hizo Francia en la cuestión exterior: abstúvose de suscitar problemas europeos. Pasó como sobre ascuas sobre las incidencias de Madagascar, y colgó sus armamentos hasta que sonase la hora de aprovechar sus alianzas. Esta hora sonó, así que los ingleses en el Nilo se insolentaron audaces y temerarios. Francia quiso averiguar adónde Rusia iría por ella; y Rusia fué á todos los extremos de la diplomacia, mas advirtiendo no correría, ni por Francia ni por nadie, albur alguno de guerra. Faure se vió constreñido por la fatalidad á una humillación, grave desengaño tras tantas halagadoras esperanzas, que le ha costado la vida.

***

Tienen muchos envidiosos los altos honores y los altísimos cargos sociales. Sin embargo, ¡cuán fácilmente se convencen aquellos que lo han sido todo, de que ser todo equivale á no ser nada! En lo más alto de la sociedad y bajo el más áureo solio convierte uno los ojos al humilde árbol bajo cuya sombra jugaba de niño y al susurrante arroyo en que se bañaba los pies amoratados por las guijas y destrozados por los abrojos, dando cualquier cosa con tal que le devolviesen desde la fortuna presente al antiguo infortunio, si le devolvían la edad de entonces y la vida tal y como entonces era. Nada parecido en acerbidad al insomnio político, si tenéis que responder de la suerte del pueblo y de la seguridad del Estado. En estos insomnios el cerebro de Faure se ha debilitado, por ellos ha sobrevenido la desgana, y como consecuencia de la desgana esa desnutrición que malhiere las cabezas; y un día la gota más diminuta de sangre, rompiendo algún vaso, fuera de su cauce natural se vierte, y muere un estadista mártir, sin que nadie sepa ni aprecie su martirio, antes todos celebran y envidian su fortuna viéndolo tendido sobre la cama imperial de los antiguos monarcas. Descanse Faure toda una eternidad en paz, y que allá en lo infinito recoja la tranquilidad nunca obtenida en el tiempo y en el espacio por la mísera humanidad.

Madrid, 20 de febrero de 1899.

PENSAMIENTOS

Los tímidos tienen miedo antes del peligro; los cobardes, durante el mismo; los valientes, después.

J. P. Richter.

***

Los libros son ecos que no hacen más que devolvernos el sonido de nuestros propios pensamientos.

E. Rod.

***

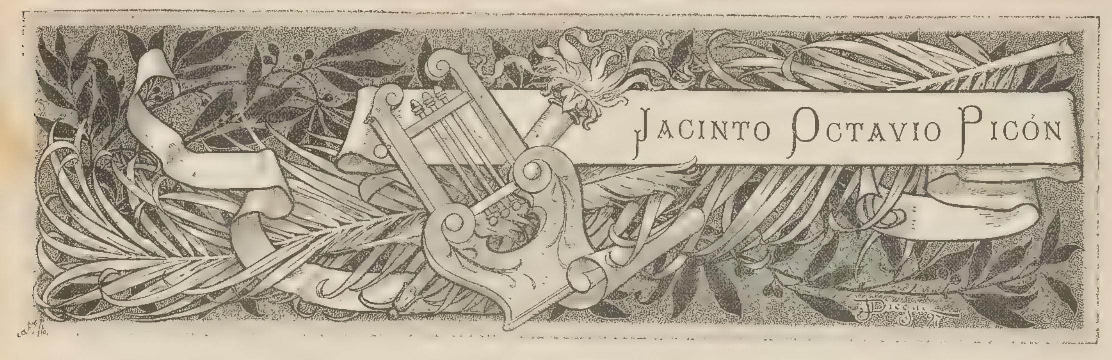
La tierra sería un paraíso si los padres fuesen siempre jóvenes y los hijos siempre niños.

Víctor Hugo.

***

¡Se habla mucho de *él!*, es un elogio. ¡Se habla mucho de *ella!*, es una censura.

Eugenio Marbeau.



JACINTO OCTAVIO PICON

Al ver por primera vez al con justicia celebrado autor, entre otras muchas novelas, de *La hijastra del amor* y de *El enemigo,* no se puede presumir que aquel joven de semblante pálido, de bigote rubio y sedoso, de facciones delicadas, de mirada dulce y apacible y que va siempre vestido con correcta elegancia usando trajes de tonos obscuros, es el propagandista incansable de tendencias modernísimas en todo lo que se refiere al orden intelectual y moral de los individuos y de los pueblos.

Parece más bien un aristócrata que sólo piensa en las delicias de la vida; y sin el sello de inteligencia que resplandece en su frente é irradia de sus ojos á poco que la conversación los anime, se le encontraría parecido con alguno de los personajes que, formando la corte de Carlos II, retrató Coello alrededor de la lánguida figura del rey hechizado en el famoso lienzo que se guarda en la sacristía de la iglesia del monasterio del Escorial.

Pero no hay que fiarse en las apariencias, porque bajo el aspecto del joven aristocrático se oculta el hombre de ideas avanzadas, de convicciones republicanas, y aunque poco partidario de la política militante, pues no está afiliado á ninguna de las fracciones que luchan en la vida política, propagandista decidido é incansable de las esperanzas de lo por venir, y enemigo implacable de un pasado que ya está casi vencido, pero que todavía ha de dar mucho que hacer antes de ser derrotado por completo.

Como la distinción es compatible con toda clase de ideas, Picón ataría las suyas con la que es en él innata, y todo lo que de él emana es distinguido y elegante, como es cortés y afabilísimo su trato.

No tratándose de ideas, porque en este terreno es inflexible y por nada del mundo irá contra lo que siente y cree, el fondo de su carácter es la tolerancia y la benevolencia, que le perjudica algunas veces para las funciones de crítico en que tanto sobresale. Se puede asegurar que no hay en su alma un átomo de hiel, que su corazón no ha sentido nunca las punzadas del odio y que le son por completo desconocidas las malas pasiones con que se suele tropezar con frecuencia en el rudo batallar de este pícaro mundo, tan lleno de amarguras.

Goza por dicha suya de sano capital, que le permite vivir con independencia, y aunque reune condiciones para ganarse decorosamente la vida con su pluma, no siente las apremiantes necesidades del que tiene que consagrarse á una labor imprescindible para ganar el pan de cada día.

Mientras vivió su buena madre, una señora de claro talento que contribuyó mucho á la cultura de su hijo, á ella estuvo consagrada su existencia, y no ha habido anciana que haya pasado más rodeada de cariño y de cuidados los últimos años de su existencia.

El que fué hijo modelo es el más bonachón y bondadoso de los padres, y como, aunque no es viejo, representa menos años de los que tiene, y sus hijos, una muchacha encantadora y un joven gallardo, han ido creciendo, resulta cuando se los ve juntos, que es con frecuencia, que parecen tres hermanos íntimamente unidos por los lazos fraternales.

Picón vive con elegancia, y como todo hombre de costumbres morigeradas que encuentra sus mayores goces en el seno del hogar, cuida mucho de su interior, de lo que los ingleses llaman el *home,* y su comedor parece el de una casa holandesa y su despacho es el de un artista que puede satisfacer algunos de sus gustos.

Tiene pasión por la pintura y por los libros buenos, y no se verifica en Madrid almoneda en que se puedan adquirir cuadros de buenas firmas y tomos de buenos autores en la que Picón no recoja algo.

JACINTO OCTAVIO PICÓN

El trabajo tiene para él muchos encantos, y lo prueba el número de sus obras: los *Apuntes para la historia de la caricatura,* que publicó la *Revista de España* de los buenos tiempos del inolvidable Albareda; sus trabajos de crítica, como *Lo que debe ser el drama,* memoria que leyó en el Ateneo y de la que se agotaron muy pronto dos ediciones; sus novelas *Lázaro, La hijastra del amor, Juan Vulgar, El enemigo, La honrada, Dulce y sabrosa,* y multitud de cuentos y novelitas cortas.

Ha hecho además la crítica de las Exposiciones de Bellas Artes celebradas en los últimos años y las *Revistas de teatros* durante varias temporadas en *El Correo.*

En la primera cuartilla que escribió para el tomo en que con el título de *Cuentos de mi tiempo* coleccionó muchos de los que había publicado en *El Liberal,* escribió lo siguiente, que revela su pensamiento y sus tendencias:

«Para instruirnos es la ciencia; para enseñarnos la moral; para deleitarnos el arte, donde hallan las fuerzas fatigadas alivio y el espíritu ennoblecido recompensa.»

Aprovecha todas las ocasiones que se le presentan para hacer propaganda de sus ideas y para luchar contra lo que considera injusto, y el absolutismo, la intolerancia religiosa, todos los abusos y todas las injusticias tienen en él un encarnizado enemigo.

Ya he dicho que es republicano, sin estar afiliado á ninguna fracción, pues los políticos, aunque sean de ideas avanzadas, no son santos de su devoción, siendo el hombre político con el que más identificado se hallan sus ideas el Sr. Azcárate.

En el campo literario respeta á todos y es á su vez respetado, tiene casi terminadas dos novelas que verán pronto la luz con el título de *Perifollos* la una, de *Valdellantos* la otra, y no deja de publicar cuentos y artículos que acrecientan su fama.

Como es la bondad personificada, todo principiante que necesita un prólogo para presentar al público una obra le encuentra dispuesto á ser su padrino, y todo el que quiere un consejo leal y desapasionado no tiene más que llamar á la puerta de su casa.

En resumen, Jacinto Octavio Picón es por sus ideas y por sus tendencias un revolucionario, y por su carácter, por su conducta, por sus procederes todos, uno de esos hombres que aun al más pesimista y desilusionado hacen reconciliarse con la humanidad.

KASABAL

DIVORCIO MORAL

Las diez ó doce personas reunidas aquella tarde en el lujoso saloncito de la marquesa, amigos íntimos y parientes que iban á felicitarla por ser su santo, habían permanecido largo rato formando grupitos separados hasta que alguien dijo en voz alta:

– Lo que usted oye: se han separado; él se queda en el cuarto donde hasta ahora han vivido juntos, y ella se está poniendo casa y se lleva al niño.

– Pero ¿qué marido es ese que lo tolera?, preguntó una señora anciana de aspecto venerable.

– Vayan ustedes á saber quién tendrá la culpa..., porque uno de ellos ha de tenerla, añadió otra señora joven que parecía lista y curiosa.

– Yo creo, dijo la marquesa, que si alguno ha faltado no es él, porque hace muy pocos días estuvo aquí, precisamente hablando de su mujer... y enamoradísimo.

– Eso no significa gran cosa, interrumpió la que tenía cara de lista, porque cuando un hombre pretende engañar bien á su mujer, lo primero que hace es despistar á las amigas de ella haciéndoles creer que la adora para que se lo cuenten á la interesada.

– Dios me libre de murmurar, añadió un caballerete, pero él anda preocupadísimo con sus negocios y ella es demasiado guapa: además, sin ofenderla, me parece que se alegrará de tener ocasiones en que convencerse de hasta dónde llega el poder de su hermosura.

– ¿Tan vanidosa es?, preguntó una voz femenina.

– En realidad, continuó la marquesa, es cosa rarísima esa desavenencia en un matrimonio del cual nadie sabe que el marido se vaya con otra ni que la mujer sea capaz de torcerse.

Entonces un señor ya viejo con restos de buen mozo, simpático, de mirada inteligente y fácil palabra que había permanecido callado, tomó parte en la conversación diciendo:

– Conque no se engañan, tienen un hijo y se separan..., pues no lo entiendo; pero ¿de quién se trata?

– De la de Xeriols, Rosita Castillo, la casada con Xeriols.

– ¡Rosa! ¿Separada Rosa?, exclamó asombrado el señor viejo. Vaya, vaya, y ustedes perdonen, pero no saben lo que dicen, ó les han informado con mala intención. Rosa es incapaz de hacer nada que pueda ser causa de que su marido la deje con sombra de razón, y si él la engañara, á ella le sobran talento, virtud y recursos para traerle al buen camino... y en último caso grandeza para perdonarle. Sepan ustedes – y esto lo dijo ya con entonación grave – que mujeres como Rosa hay pocas, y cuando se habla de ellas conviene no pecar de ligero.

Viéndole ponerse serio y oyéndole hablar de aquel modo, callaron todos menos la señora que parecía lista, la cual sin andarse por las ramas habló de este modo:

– Todo eso está muy bien, D. Luis; pero no echa por tierra nada de lo dicho. Si á él no se le conocen líos ni ella es susceptible de... debilidades, y sin embargo teniendo un hijo se separan..., ayúdeme usted á sentir. Ella una santa, conformes: además es rica, él gana mucho; por falta de recursos no será. Luego...

– Rosa sabría resistir á la pobreza, á la miseria, añadió el caballero viejo con entusiasmo.

– Vaya, vaya, acabó la dama diciendo algo picada, yo no calumnio á nadie. No quería soltarlo: pero lo sé, me consta, sucede algo y gordo. Puedo asegurarle á usted que hace cinco días Rosa se ha marchado de casa de su marido con cuatro muebles y unos cuantos baúles de ropa y llevándose al chico, y que sola con la doncella vive en la calle del Guadarrama, 92, no sé qué piso. Ahora, diga usted que esto es hablar por hablar.

– Lo que digo, repuso enojado el caballero, es que yo he llegado ayer mañana de París, que no he salido sino para venir á felicitar á la marquesa, que no sé nada de lo que pueda haber ocurrido, y que, sea lo que fuere, estoy seguro de que Rosa estará harta de razón. Pasa por ser una de las mujeres más bonitas y elegantes de Madrid, ¿verdad? - y esto no lo dijo ciertamente con ánimo de complacer á su interlocutora, – nadie pone en duda su hermosura, ¿eh?: ¡pues aún son más indiscutibles su talento y su virtud!

Pronunció D. Luis estas palabras esforzándose por aparecer tranquilo, pero con tal energía que ni caballeros ni señoras se atrevieron á replicarle; y entonces la marquesa dió discretamente otro rumbo á la conversación.

De allí á poco D. Luis se despidió, y al poner el pie en el estribo de su berlina, que le esperaba en la puerta, dijo al cochero:

– Calle del Guadarrama, 92, y de prisa.

. . . .

– ¿Se ha mudado aquí, hace pocos días, una señora que se llama doña Rosa?, preguntó á la portera.

– Segundo: hay entresuelo.

Si grandes fueron las cavilaciones que mortificaron á D. Luis desde que salió del saloncito de la marquesa hasta llegar allí, aún crecieron mientras subió la humilde escalera de aquella vulgarísima casa.

«¿Qué le habrá pasado..., qué le habrán hecho á esta muchacha – iba diciéndose mentalmente – para que transija con semejante cambio? ¡Si esto es para ella la pobreza!.. ¡Qué barrio, qué portal y qué escalera!»

Con mayor celeridad de la que al parecer permitían sus años, llegó al piso segundo y llamó; saliendo á abrirle una doncella cuyo limpio y fino aspecto contrastaba con lo pobre de la casa.

El pasillo de entrada, lleno de muebles, baúles y cajas, todo desordenado, indicaba lo reciente de la mudanza.

– ¿Dónde está?, ¿dónde está?, preguntó D. Luis.

Mas antes de que la doncellita contestase, se abrió la puerta de un pequeño gabinete, también lleno de trastos á medio colocar, y apareció una mujer como de veinticinco á treinta años, de singular gentileza, que arrojándose en brazos del anciano rompió á llorar amarga y calladamente.

Era alta, esbelta; el pelo rubio muy claro; los ojos grandes, de un azul muy obscuro, y á pesar de las lágrimas que los bañaban enrojeciéndole los párpados y desbordándose por las mejillas, de mirar inteligente, llenos de viveza, pero serenos, dulces, como incapaces de expresar nunca sentimientos que no nacieran de amor ó de ternura.

– ¡Luis de mi alma!, dijo entre sollozos.

– ¿Qué ha sido esto, mujer?, ¿qué has hecho? Pero ¿es verdad?.. ¿Qué te ha hecho?.., porque de ti estoy seguro...

Ante la sospecha, aun tan tibiamente formulada, se irguió sonriendo con plácida altivez.

– Pero ¿ha podido usted imaginar que yo hiciese algo feo? Venga usted, venga, y lo sabrá todo.

Llevóle al gabinete, sentáronse en un pequeño sofá, y después de permanecer mirándole cariñosamente unos instantes, como recapacitando la manera de expresarse ó el modo de empezar, dijo así:

– Primero, contésteme á lo que voy á decirle. Si alguien le preguntase á usted quién era mi padre, cómo me educó, qué sentimientos inculcó y desarrolló en mi alma, cómo obedecí á lo que quiso que yo fuera, en fin, hasta dónde puedo yo saber lo que son bondad, honra y virtud..., ¿qué respondería usted?

– Diría, repuso con la mayor naturalidad D. Luis, que tu padre fué hombre tal, que pudiendo salvar su inmensa fortuna sin más que pasar la frontera, y acaso, acaso; con sólo sostener un pleito, prefirió perderlo todo por cumplir fielmente sus compromisos, aun aquellos en que no medió documentación alguna, sino sólo su palabra; que luego rehizo parte de su riqueza entre el asombro y el respeto de todos, porque aquella conducta le dió inmenso crédito. Diría que tu educación, hecha exclusivamente por él, fué un prodigio de sensatez, de cordura, que te hizo buena..., no sé cómo expresarlo, sin que tuvieras nunca que violentarte ni vencerte, inspirándote aversión á lo malo y lo mezquino. Vamos, que hizo que tuvieses bondad y virtud casi por naturaleza, como tienes los ojos azules y el pelo rubio... Pero ¿á qué viene esto?

– ¿De modo que usted cree que ni por liviandad, ni por conveniencia, ni por perversión ni por nada, puedo transigir con la deshonra?

– Cabal. Si fueras hija mía, y como á hija te quiero desde que tu padre me encomendó tu porvenir, no me inspirarías mayor confianza. Siempre dije que si para ser feliz bastara tener clara idea de lo que es bueno y voluntad de seguirlo, tú serías dichosa.

– Yo no digo que sea buena. ¡Cuántas veces es uno injusto y malo sin saberlo! Lo que digo es que nuestra virtud, la virtud de la mujer, no consiste sólo en... ¿cómo se lo diré á usted?, en dejar de hacer lo que deshonra y pone en ridículo á los hombres.

– No te comprendo.

– Oiga usted.
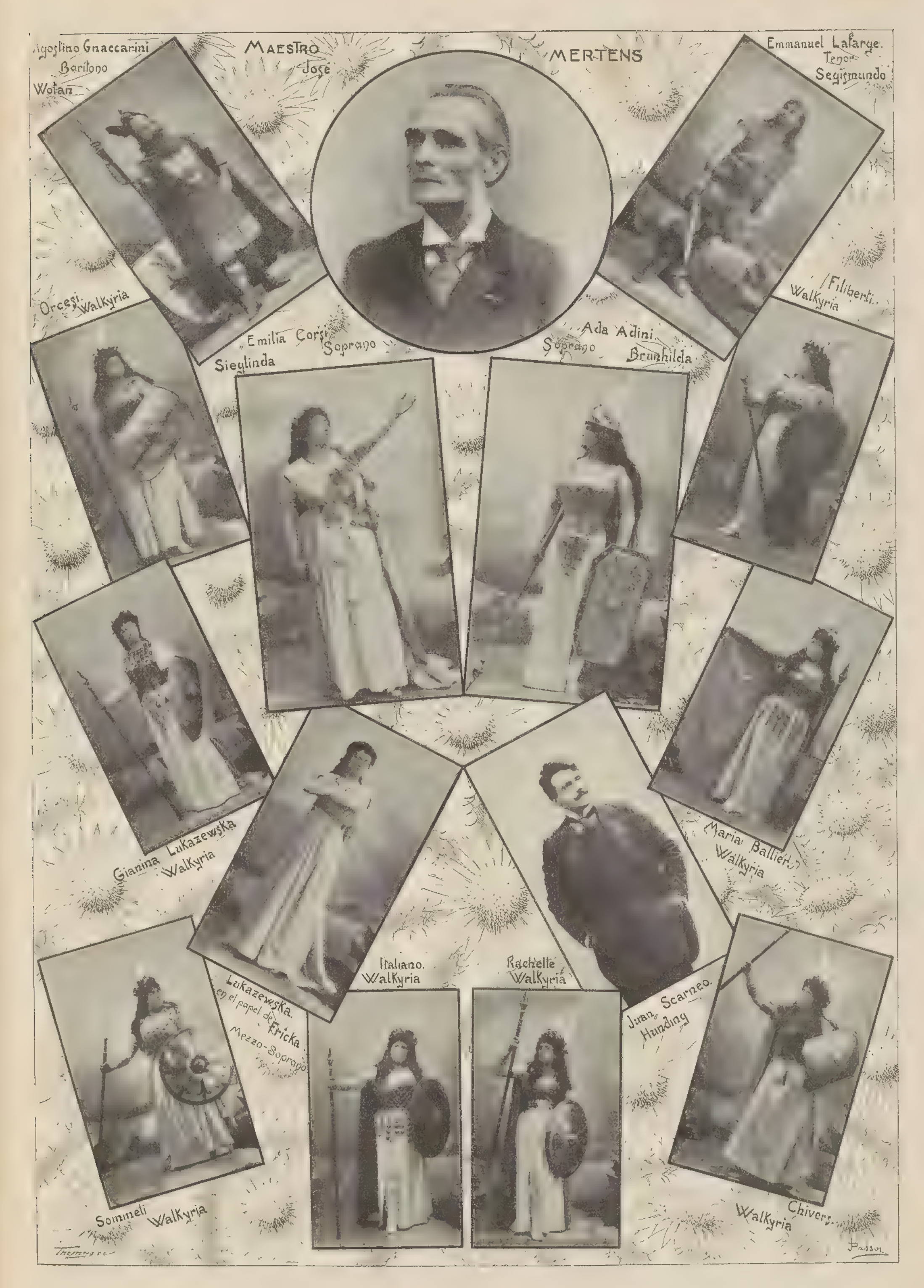
Procuró serenarse, recogióse hacia las orejas los rizos que se le habían deshecho, y con voz que en sus dulces ó enérgicas entonaciones reflejaba la índole de sus recuerdos é impresiones dijo:

– «¡Tiene usted razón! ¡Pobre padre mío! ¡Qué hombre! ¿Se acuerda usted de la quiebra? ¿De la comida que hicimos el día de los pagos? Todos abatidos, todos apocados: ¡menos él! «Esto de arruinarse – decía papá – tiene sus ventajas: ahora contaremos los amigos; ahora sabré si la fortuna se me entregó por capricho ó porque supe merecerla.» Volvimos á ser relativamente ricos. Seis meses antes de morir me sentó sobre sus rodillas y me dijo: «Si te falto ahora, te quedará una renta de cinco ó seis mil duros. Poca cosa en comparación de lo que tenías *antes*, pero puedes gozarla tranquila: ninguna de las alegrías que te procure ese dinero habrá nacido de un dolor ajeno; la limosna que dés no será nunca restitución.» ¡Ese fué mi padre! ¡Así me educó!.. Figúrese usted la impresión que me causaría convencerme de que mi marido era... de otro modo. Habrá quien diga que debí conocerle antes; mas ¿qué mujer joven puede conocer á un hombre en uno ó dos años de noviazgo, por sólo conversaciones de palco y baile, con miradas en paseo y misa, con cartas donde la imaginación vence al juicio, en ese período de la vida en que ella no se cuida sino de parecer bonita y él no piensa más que en ocultar defectos?

»Durante las primeras semanas de nuestro matrimonio fuí feliz. No dejé, sin embargo, de comprender que Pepe era algo brusco, de carácter impetuoso, pero procuraba contenerse ó se arrepentía pronto de ciertos arranques para no enojarme. De vuelta del viaje de novios empezó á trabajar: hasta entonces había encargado del bufete á un amigo. Trabajaba mucho, mas pronto me enteré de que sentía poco entusiasmo por su carrera: al salir del despacho siempre estaba de mal humor: lo que le preocupaba é interesaba no era la índole de los pleitos, la ocasión de lucirse, la posibilidad de reparar una injusticia, sino la esperanza y la cuantía del pago: no se le veía contento sino cuando cobraba una cuenta de honorarios, los cuales acostumbraba á poner muy altos; en más de una ocasión le costó serios disgustos ó recibió cartas desagradables. Por fin, supe que tenía fama de interesado y codicioso. No era avaro, gastaba sin prudencia, y me hubiera permitido hacer lo mismo si hubiese querido; pero sentía ansia de ganar y tener mucho, incurriendo para conseguirlo en faltas de consideración, casi de misericordia, con los clientes pobres, y con los ricos de cierta falta de dignidad y altivez que á mis ojos le hacía desmerecer: lo que le importaba era cobrar, cobrar... En cambio toleraba lo que no debía. Cierto banquero al mandarle el importe de una cuenta que le pareció excesiva, le escribió diciéndole, poco más ó menos: «Le mando á usted lo que me pide, y siento no poder seguir llamándome amigo de quien me trata con tan poca consideración.» Dije á Pepe que esto me parecía humillante, y repuso: «Lo que hace falta es que pague.» «Mejor sería, repliqué, que cobrases algo menos y conservaras la amistad de un hombre que podía regatearte de mal modo lo que te da.» Me miró de alto á bajo y contestó: «El mejor amigo... un duro.» Sufrí un desencanto y callé por espíritu de sumisión; pero se me hizo dura la conformidad. Le cuento á usted estos detalles para que se haga cargo de cómo fuí convenciéndome de lo que es. No conoce más Dios ni más ley que el oro... Lleguemos, en fin, al motivo de la separación, mejor dicho, de mi propósito irrevocable de no vivir con él. Afortunadamente, estoy segura de que mi tía Juana no me desatenderá; hasta podremos darle dinero para que nos deje en paz. Y ahora escuche usted bien.

»Un día se presentó en casa una mujer pobremente vestida con aspecto de señora venida á menos; nada de pedigüeña ni aventurera. Había estado á buscarle varias veces y nunca quiso recibirla. Entró porque en vez de abrir el criado lo hizo la doncella. Luego, desde mi gabinete, oí que Pepe y aquella mujer levantaban mucho la voz: me acerqué á una puerta y la vi llorar, llegando á mis oídos palabras que me helaron de espanto: «despojo,» «compasión,» «maldad.» Por fin salió, nerviosa, excitadísima, blanca de cólera, y desde la puerta de la escalera, tragándose las lágrimas, dijo: «¡Ojalá si tiene usted hijos que paguen lo que hace con el mío!» Me quedé aterrada, volví al gabinete, llamé á Justina, mi doncella, en quien sabe usted que tengo absoluta confianza, y mostrándole desde el balcón á la mujer, que en aquel instante salía del portal, le dije: «Coge el mantón, síguela y averigua quién es y dónde vive.» Pepe pasó la tarde de un humor intolerable y ordenó que bajo ningún pretexto se abriese la puerta á aquella desdichada. Le pregunté quién era, y me respondió que una trapisondista. Para abreviar: Justina volvió diciéndome cómo se llamaba y dónde vivía. A la mañana siguiente fuí á verla; vacilé mucho antes de hacerlo, pero no me pude contener, no quise dominar el deseo de salir de dudas, porque todo me inducía á sospechar, y un presentimiento amarguísimo me gritaba que Pepe debía de haber cometido una maldad muy grande. Afortunadamente, aquella mujer no me conocía: sabía que Pepe era casado y nada más. La portera de su casa me dijo que la infeliz había estado en buena posición, pero que se veía ya en la mayor miseria, sin que lo que ganaba cosiendo le bastase para mantener á su hijo, niño de cinco años. Subí á su sotabanco, ni más ni menos que en las novelas, y para hablar con ella inventé una piadosa mentira. La esperanza de la limosna hizo que no se parase á inquirir si yo decía ó no verdad. Poco me costó que hablase. Era parlanchina, locuaz, imprudente, de lengua demasiado suelta, culpas atenuadas por el afán de contar la caída desde una posición acomodada hasta la más dura pobreza; pero en el fondo de su palabrería y su exceso de charla latía algo que era verdad, algo terrible. ¡Mi marido había robado al suyo veintidós mil duros! La historia es sencillísima. Su esposo era procurador. En cierta ocasión se le formó causa para exigirle responsabilidad por irregularidades en un pleito en que intervino, decretándose contra él un embargo. Entonces buscó á Pepe, que era íntimo amigo suyo, y sin recibo ni documento alguno, que por otra parte, dadas las circunstancias, hubiera sido inútil, le entregó para que se los guardase veintidós mil duros en títulos de la Deuda. ¿Va usted adivinando? Luego le prendieron, pasó en la cárcel año y medio, salió absuelto; y al reclamar el depósito, Pepe se lo negó... Es decir, no negó la devolución, sino lo que es más infame, la entrega. No existía, no podía existir prueba. El infeliz procurador murió al cabo de unos cuantos meses, y Pepe siguió negando á la viuda. Cuanto ésta me dijo era verdad. Hasta he averiguado que con parte de esos veintidós mil duros hizo Pepe los gastos de nuestra boda. ¡Qué base para mi felicidad! De la entrevista con aquella mujer saqué el convencimiento de que no mentía: la índole y el carácter de Pepe servían de acusadores contra él, mas yo quise ponerle en el trance de que confesase y lo conseguí. Hice una cosa horrible, cruel; en relación con su maldad. Dejé una noche que se acostara antes que yo, esperé á que se durmiese, y al cabo de dos horas, cuando estaba en el más profundo sueño, teniendo antes cuidado de poner la luz de modo que le iluminara de lleno el rostro, le llamé á grandes voces gritando: «¡Pepe, Pepe!.. ¡El dinero de Gozaldez!.. ¡Gozaldez! ¡Gozaldez..., su dinero!»

»Despertó presa de un sobresalto indecible, y sin tiempo para reponerse, sorprendido como criminal



Los intérpretes de «LA WALKYRIA» en el Liceo de Barcelona, composición y dibujo de J. Passos. Fotografías de Martí

por astucia de juez, preguntó fuera de sí, enrojecido de rabia: «¿Cómo lo sabes? ¿Quién te lo ha contado?»

»Pero no eran menester tales palabras: su cara, aquel espanto, bastaron para persuadirme de que la viuda no me había engañado. ¡Juro que hubiera preferido sorprenderle en brazos de una mujer! Entonces se levantó en mi corazón una tempestad de asco y de desprecio. ¡Y aquel era el hombre que me había poseído!, ¡el que saboreó mis primeros besos de amor!

»Cuanto he intentado para que prometa la restitución del depósito ha sido inútil; niega, y cada negativa le aparta más de mí. No podemos divorciarnos, lo sé: me han leído el Código; pero yo me separo porque siento que el contacto de ese hombre me mancillaría como envilecen al esposo honrado las caricias de la esposa traidora y consentida. Yo creo, D. Luis, que ni el honor ni la conciencia tienen sexo. Me ha deshonrado con su delito como yo hubiera podido deshonrarle con mi infidelidad. Seré legalmente suya, llevaré su nombre, y lo que es más doloroso, lo llevará mi hijo; mas no volveré á estrecharme entre sus brazos ni comeré su pan. Quien me comprenda que me juzgue.»

. . . .

JACINTO OCTAVIO PICÓN

FRASES POPULARES

¡FATAL COMO LA CAJA DE PANDORA!

Irritado Júpiter contra Prometheo por haber sustraído fuego del cielo para dárselo á los mortales, le amenazó de esta suerte:

«Te regocijas de la necia confianza que en ti deposité no obstante mi sabiduría, mas juro que tu robo te será fatal á ti y á los demás hombres con el funesto presente que os envíe.» Y al punto ordenó á Vulcano fabricar de arcilla una Virgen, mandando á cada divinidad que le otorgase una gracia.

Provista así la doncella de cuantos atractivos pueden exigirse, el Tonante (1) la nombró Pandora ó *todos los dones,* y concediéndola el dote encerrado en linda caja adornada de ricos cordones, dispuso que Mercurio la acompañara á la tierra y colocase en presencia del ladrón del Olimpo, prefiriendo humillarle con el engaño á castigar su osadía.

Prometheo, nombre equivalente á previsor, fué insensible á los encantos de la divina aparición, quizá porque comprendiera la falacia del vengativo Jove, y sólo aconteció que prendado de la gentil figura su hermano Epimetheo – quien piensa después, – la solicitó rendidamente desoyendo sus consejos y se casó con ella; pero al tratar, el cándido, de conocer la importancia del tesoro guardado en la caja de Pandora, se esparcieron todos los males sobre el planeta terrestre, pues tal era su contenido, quedando en el fondo la esperanza... de otro mundo mejor.

Al persuadirse Júpiter de la inutilidad de su astucia contra el cauto hijo de Japhet, le sujetó de improviso con férreas cadenas á la cúspide del monte Cáucaso y le condenó á que un enorme buitre devorara incesantemente sus entrañas, que de continuo habían también de renovarse á fin de que el suplicio no tuviese término; empero reconocido luego Jove á su víctima por haberle advertido generoso en medio de sus lamentos la conveniencia de renunciar á los galanteos de la bellísima Nereida Thetis si deseaba sostener íntegra su autoridad en el Olimpo, depuso su enojo y hasta permitió que Hércules restituyera el libre albedrío al mísero Prometheo, si bien para conciliar la misericordia con la fidelidad á lo jurado cuando lo expulsó del cielo, limitó el bárbaro castigo á que perpetuamente llevase pendiente del dedo meñique de la siniestra mano y engarzado en un eslabón de la cadena que le aprisionó en el Cáucaso un fragmento de la roca donde apoyara su dolorido cuerpo, cuyo penoso recuerdo del hermano de Epimetheo y Atlante dió origen á los anillos y sortijas usados por las personas de ambos sexos.

LOPE BARRÓN

(1) Los poetas llaman Tonante á Júpiter aludiendo á la ficción de que para castigar disparaba rayos. Igualmente se le denomina Jove, de la palabra latina Jovis ó Diovis.

FLORES CENTROAMERICANAS

¿Qué mejor título puede darse al grupo fotográfico que adjunto publicamos? Sí, flores y flores de incomparable belleza son las que forman ramillete tan precioso. Dicen que para muestra basta un botón; pues ¡apenas hay botones en la fotografía que reproducimos! Vense en ella tipos para todos los gustos; rubias de blanca tez y lánguida mirada, morenas de negros cabellos y ardientes ojos, y dentro de estos tipos todas las variedades que pueda soñar la fantasía, bellas todas para satisfacer al más exigente en materia de estética femenina. Apostamos á que puesto cualquiera en el caso de tener que elegir entre tantas beldades, guatemaltecas en su casi totalidad, dicho sea de paso, acabaría por exclamar como el protagonista de la antigua zarzuela bufa: *Me gustan todas.*

Porque, en efecto, en presencia de tantas flores, la dificultad estaría en escoger una: en este, como en pocos casos, se encontraría el ánimo en el estado que los franceses denominan *embarras du choix,* y en grave aprieto habría de verse el moderno Paris que hubiese de adjudicar la manzana de la discordia á la más hermosa: á buen seguro que no fallaría el pleito con la misma facilidad con que lo falló el mitológico pastor del monte Ida.

¡Cuántos al ver reunidas tantas bellezas americanas repetirán *in mente* los conocidos versos de Camprodón: *¡Bello país debe ser el de América, papá!*

Después de haber admirado las flores, justo es que dediquemos un elogio al jardinero que tan hábilmente ha sabido disponer el ramo, al fotógrafo de Guatemala Sr. de Valdeavellano, cuyos archivos fotográficos, á juzgar por estas muestras, deben constituir un verdadero tesoro. – X.



FLORES CENTROAMERICANAS, GRUPO FOTOGRÁFICO DE D. A. G. VALDEAVELLANO, remitido por D. Federico S. de Tejada

CRONICA PARISIENSE

ESCENAS DE LA VIDA MILITAR

Por la lectura de causas célebres, conocía de reputación los bailes de la *Ardoise* y de la Victoria, el Café Cheri, la Cervecería Europea, el Salón de Marte y otras perlas, si no preciosas, muy raras, del barrio de Grenelle. A mi deseo de visitarlas se había opuesto siempre el temor de salir de la aventura con el bolso vacío y el cuerpo lleno de averías.

SEGUROS DE SU ÉXITO, INFANTES Y JINETES..., dibujo de S. Azpiazu

Los escamoteos y las descalabraduras son allí accidentes ordinarios, que dan prestigio á los agresores y ponen en ridículo á las víctimas. El *escabechar* á un *señorito* es una gracia que hace reir mucho á la gente del bronce.

El invierno pasado, á principios de Carnaval, me decidí á visitar aquellos famosos establecimientos que rodean la Escuela militar. Un amigo á quien propuse que me acompañara, aceptó con la doble condición de que fuésemos armados y vestidos de blusa.

Nuestro disfraz no era seguramente tan perfecto, que no inspirase alguna duda acerca de la condición de nuestras personas; pero no pudiendo confundirnos con los señoritos extraviados que buscan fáciles conquistas ó extrañas aventuras en los bailes populares, á lo sumo nos tomarían por sabuesos de la policía secreta.

Al rentista, al hortera, al empleado que penetra en esos sitios, lo calan desde el momento que asoma por la puerta. Inmediatamente es objeto de las galanterías de las mujeres y de la codicia de los hombres, y en menos de dos horas sale desplumado de entre las garras de aquellas aves de rapiña.

Y sin embargo abundan los necios que, atraídos por un seductor espejismo de juventud y de fáciles placeres, caen, como moscas en telaraña, en las redes de mozas y rufianes coligados contra los señoritos. Y es que el tipo de calavera cursi es eterno é incorregible como los defectos humanos que representa.

Mi amigo y yo llegamos al Salón de Marte en el momento en que la primera parte del baile debía estar en su apogeo. La primera parte, exclusivamente militar, empezaba al anochecer y concluía al toque de retreta. La segunda comenzaba á las diez, hora en que afluían los parroquianos de la *Ardoise,* y entonces el baile cambiaba completamente de aspecto.

La fachada del local se nos apareció adornada con soberbios atributos y arrojando por sus ventanales abovedados raudales de luz en la sombría calle de Croix-Nivert.

He aquí el templo donde el terrible Marte descansa de sus mortíferas faenas en brazos de la voluptuosa Venus. Aquí todo sonríe y obedece á los militares; todo tiende á halagarlos y á darles gusto. Las mujeres se disputan sus miradas vencedoras; y ni un suspiro se exhala de esos pechos guerreros sin que lo recoja un corazón femenino.

Con el aspecto de fiesta del local contrasta la tristeza que se nota en la arrugada frente del portero que nos reclama con lastimera voz los cincuenta céntimos que cuesta la entrada.

El tal portero es un enigma. De él no puede decirse que en la cara está la edad. Pero me inclino á creer que ha sido compañero de armas de Napoleón I, de quien tal vez heredó la casaca que lleva puesta, con sus manchas de grasa y de rapé. Su cabeza oscila tanto que parece va á caerse de los hombros. E indudablemente se caería sin el corbatín mugriento y altísimo que la sostiene.

El dolor mudo de aquel veterano nos conmueve, y le preguntamos la causa de su visible tristeza.

–¡Ay de mí!, contesta con voz cascada y quejumbrosa; lo que me aflige es la decadencia de un baile que tuvo su época de esplendor y de majestad, y al que hoy tiene abandonado la fortuna caprichosa. No ha muchos años, los mejores mozos de Francia, ostentando magníficos uniformes, se daban cita en este asilo del placer, del amor y de la valentía. Lanceros y dragones, guías y coraceros, cazadores y zuavos, héroes de la caballería, de la infantería y de la artillería, acudían aquí en tropel, seguros de sus triunfos entre las mujeres más amables del barrio, ennoblecidas por su amor á las armas. ¡Ay, mis queridos ciudadanos! ¡Qué tiempos aquellos! ¡Qué lujosas fiestas!, ¡qué comidas!, ¡qué bailes! Pero ¿á qué recordar lo que tanto entristece? ¿De qué sirve gemir? Guardia imperial, uniformes brillantes, sargentos irresistibles..., ¡todo pasó á la historia! Y ya no parece por aquí sino algún quinto de infantería y algún enfermero del hospital. La intrigante Cervecería Europea nos quita la parroquia, la flor y nata del ejército francés. ¡Oh, mortal fastidio!

El inconsolable veterano se calló, y nosotros subimos al salón de baile.

Resultando éste demasiado vasto para su escasa clientela, ha sido dividido en dos salas, separadas por un tabique y puestas en comunicación por dos puertas. Una de las dos salas se halla sumida en las tinieblas; en la otra bailan ó circulan dos docenas de soldados entre rufianes y mozas del partido. En unas mesas de pino grasiento, varios militares y paisanos charlan y beben. Una moza de voz quebrada canta una canción obscena.

En esto ha venido á parar el famoso Salón de Marte. Así pasan las glorias de este mundo.

–¡Vámonos!, grité á mi compañero. Dejemos este sitio de decadencia y vamos á la cervecería triunfante.

De la calle Croix-Nivert á la avenida de La Motte-Piquet no hay más que un paso. Pronto llegamos á la Cervecería Europea. Pero al vernos en presencia de un baile brillante, hicimos de nuestras blusas un lío que dejamos en la guardarropía, y nos quedamos de americana. Allí hubiera desentonado nuestro disfraz.

Rival triunfante del Salón de Marte, la célebre cervecería estalla en sonoridades y resplandores en medio del dormido barrio cuya tranquilidad ha venido á turbar. La pródiga y alegre juventud de la Escuela militar se da cita en ella para sus bulliciosas expansiones. Y aquí viene á distraerse del pesado estudio de la teoría y de las fatigas del ejercicio.

Mucho antes de la hora del baile, el corazón de las mozas del barrio toca á generala. El prestigio del uniforme es entre ellas inconmensurable. Seguros de su éxito, infantes y jinetes, quintos y veteranos entran con aire marcial, el bigote retorcido, la sonrisa en los labios y la mirada condescendiente. Todos se entregan al placer de la bebida y de la danza, y el salón, profusamente adornado con banderas y trofeos, animado por torbellinos de vistosos uniformes, ofrece un aspecto deslumbrador.

De pronto, al ruido de acalorada disputa, se forma un gran remolino de gente en un ángulo de la sala. Dos compañeros de armas se han convertido de pronto en mortales enemigos por cuestión de amores. Dos héroes, un albéitar de artillería y un furriel de infantería, se disputaban el corazón de una mujer que ha optado por el infante.

¡Oh, amor! Tú perdiste á Troya, y continúas sembrando la discordia entre los guerreros. Mañana, al despuntar el día, en el picadero de la Escuela militar, dos valientes regarán la arena con su sangre por la dama de sus pensamientos. Las mutuas ofensas han sido graves. El artillero ha tirado un vaso de cerveza á la cara del furriel y éste le ha contestado arrojándole á la cabeza una copa de vino. Se han cruzado además terribles insultos, y los machetes hubieran salido inmediatamente de sus vainas sin la intervención de los compañeros de uno y otro rival. Los contendientes ceden con la esperanza de volverse á encontrar sobre el terreno de un duelo á muerte. El baile queda dividido en dos bandos opuestos. La infantería jura vengar el ultraje hecho á su arma. La artillería promete que no ha de quedar sin correctivo la insolencia del cabo furriel. Los demás soldados se inclinan al uno ó al otro bando. Se lee en todos los semblantes una viril resolución.

Pero una vez que han desaparecido los dos rivales, el baile se reanuda, siguen los valses y los rigodones con animación creciente, y los representantes de todos los cuerpos armados de la Francia vuelven á codearse fraternalmente sin rencor alguno.

JUAN B. ENSEÑAT



LA FACHADA DEL LOCAL SE NOS APARECIÓ..., dibujo de S. Azpiazu

NUESTROS GRABADOS

Sátiro, cuadro de N. Gysis. – A juzgar por la descripción que de los sátiros hace Hesiodo, tales monstruos, mitad hombres, mitad cabras, eran petulantes, traviesos, maliciosos, no pensaban más que en bailar y saltar, beber y emborracharse y perseguir ninfas, y su ocupación más honesta era la música. El cuadro del celebrado pintor Gysis que reproducimos nos presenta á un joven sátiro tocando la flauta, es decir, entregado á la más honesta de sus ocupaciones: sin duda por su poca edad no tiene cosa mejor en que entretenerse, ya que no es de suponer que desde su infancia tuvieran esos seres fabulosos completamente desarrollados sus malos instintos y sus aviesas inclinaciones. De ahí que la obra de Gysis resulte simpática, tanto más cuanto que la labor técnica del artista puede sin exageración ser calificada de perfecta por reunir todas las excelencias de forma y de color que hacen agradable la contemplación de una obra de arte.

Los intérpretes de «La Walkyria» en el Liceo de Barcelona.—Al éxito entusiasta que en Barcelona ha obtenido la hermosísima partitura de Wagner contribuyeron sin duda en no escasa parte los artistas encargados de su ejecución. La Sra. Adini, en primer término, la Sra. Corsi, los Sres. Lafarge, Scarneo y Gnaccarini encargados de los principales papeles, así como las tiples que desempeñaron los de Walkyrias, fueron justamente aplaudidos, y en cuanto á la orquesta, elemento principal en las óperas del inmortal compositor, es poco cuanto se diga en elogio suyo y del maestro Mer-



AMPARO DE LOS CAMINANTES, CUADRO DE FEDERIC



..., de fotografía de la Sociedad Fotográfica de Berlín

tens, que tan admirablemente supo dirigirla. La lámina que publicamos en la página 141 es un homenaje de admiración que á todos tributa LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Las fotografías han sido hechas expresamente para este periódico por el reputado fotógrafo barcelonés Sr. Martí, á quien damos las gracias por la valiosa ayuda que nos ha prestado para la realización de nuestro propósito.

El Excmo. é Ilmo. Sr. Dr. D. Jaime Catalá y Albosa. – La repentina muerte del sabio y virtuoso obispo que durante más de quince años ha estado al frente de la diócesis barcelonesa, ha causado dolorosísima impresión en esta ciudad, donde tanto cariño, tanto respeto y tantas simpatías habías conquistado con sus relevantes cualidades el doctor Catalá y Albosa. Nació éste en Arenys de Mar en 1.º de noviembre de 1835, y estudió en los seminarios de Gerona y Barcelona y á los veintitrés años ordenóse de presbítero, debiendo para ello obtener dispensa de edad. Fué secretario del arzobispado de



EXCMO. É ILMO. SR. DR. D. JAIME CATALÁ Y ALBOSA, obispo de Barcelona, fallecido el día 21 de este mes (de fotografía de Martí)

Tarragona con el Excmo. é Ilmo. Sr. D. Tomás Costa y Fornaguera, y poco después obtuvo un beneficio en el pueblo de su naturaleza. En diciembre de 1878 fué nombrado obispo de Canarias, en febrero del año siguiente consagrado obispo de Cádiz y en abril de 1883 de Barcelona, en donde hizo su entrada oficial el día 12 de octubre, dejando en todas partes los más gratos recuerdos. Consumado maestro en el arte de gobernar y de conciliar voluntades, trataba las cuestiones más abstractas con admirable claridad y resolvía los asuntos más difíciles con penetración profunda, exquisita prudencia y delicado tacto. Enérgico y emprendedor, la vida y la actividad reinaban allí donde llegaba el influjo de su acción y de sus iniciativas, á las cuales se debieron el Sínodo Diocesano celebrado en Barcelona en 1890, la construcción de la fachada de la catedral y de las iglesias parroquiales de Santa Madrona y del Santo Angel Custodio de Hostafranchs, la reglamentación y obras del Seminario conciliar, la Coronación de Nuestra Señora de la Merced que con tanta solemnidad se verificó en 1888, el arreglo de la Caja Diocesana, la fundación y propagación de muchos institutos religiosos, los ejercicios espirituales del clero, dos peregrinaciones á Roma, las Misiones de esta ciudad y otras obras de no menor importancia. Mientras disfrutó de buena salud, no perdonó fatiga ni excusó trabajo en el ministerio de la Santa Pastoral Visita. Dos veces recorrió toda la diócesis, visitando todas las iglesias y cementerios, predicando en todas las parroquias, examinando los libros sacramentales, enterándose de todo personalmente, ayudando á los párrocos con sus sabios consejos en los conflictos que se les suscitaban y apoyándoles con el poderoso auxilio de su autoridad.

Conocidas son de todos sus iniciativas en el Congreso nacional de Zaragoza para la solución del problema social, que era su preocupación continua, á fin de afianzar el orden, llevar el bienestar á la clase trabajadora y las doctrinas de Jesucristo al hogar del obrero. Su amor para con los pobres no tenía límites, y llevado de su grandeza de corazón mostrábase pródigo en sus limosnas.

Excelente patricio, las desventuras que sobre España han caído recientemente pesaron dolorosamente sobre su corazón y tal vez aceleraron su muerte.

Su cariño á Barcelona le había hecho renunciar varias veces altas dignidades de la Iglesia que le ofreció el gobierno de Su Majestad. Barcelona supo siempre corresponder á tal afecto, y con motivo de su fallecimiento y con ocasión de su entierro solemnísimo se han patentizado el amor y el respeto que sentían sus diocesanos por el doctor Catalá, cuya alma habrá acogido el Todopoderoso otorgando merecida recompensa á sus virtudes.

Amparo de los caminantes, cuadro de Federico Uhde.—El pensamiento que informa este hermoso cuadro es bellísimo: él nos enseña cómo la reina de los cielos vela siempre por sus hijos en la tierra y cómo les sirve de guía y amparo en su peregrinación por este mundo. Perdido en la inmensa llanura cubierta de espesa capa de nieve, el infeliz caminante habría sin duda perecido si la Virgen, que el pintor nos representa bajo la forma de una pobre mujer, compañera suya en aquel penoso camino, no le hubiese conducido hasta el lugar en donde hallará seguro refugio. Para dar forma á esta idea, el famoso pintor alemán Federico Uhde ha derrochado una vez más los tesoros de su paleta privilegiada, venciendo merced á su gran talento y á su absoluto dominio de los recursos técnicos las dificultades, que para otros habrían sido insuperables, de su composición; dificultades que con poco esfuerzo se comprenden, con sólo tener en cuenta lo que significa impregnar de poesía un paisaje triste y monótono y dar á la figura que en él destaca esa expresión divina y humana al mismo tiempo que sintetiza la concepción del autor.

M. Félix Faure.—Cuando fué elevado á la presidencia de la República Francesa el eminente estadista cuya muerte llora actualmente la nación vecina, publicamos una extensa biografía del hombre que por sus propios méritos supo elevarse desde una posición modesta á la primera magistratura de su patria. Por esta razón, únicamente reproduciremos los principales rasgos de la misma. M. Félix Faure nació en el Havre en 1840, educóse en una escuela profesional y pasó luego á Inglaterra para completar sus estudios industriales y mercantiles. A su regreso á Francia fundó una fábrica en donde trabajó personalmente, mostrándose operario más bien que dueño y logrando conquistarse una fortuna considerable y un nombre respetado. En el Havre fué cónsul de Grecia, teniente de alcalde y juez del Tribunal de Comercio. A los cuarenta años fué elegido diputado por primera vez, siendo al poco tiempo nombrado subsecretario del ministerio de Comercio y de las Colonias en el Ministerio de notables formado por Gambetta; igual cargo desempeñó con Julio Ferry en 1883 y en 1888 en el primer ministerio de Carnot: poco después, encargóse de la cartera de Marina en el ministerio Dupuy. En 17 de enero de 1895, después de la dimisión de Casimiro Perier, 480 votos le elevaron á la presidencia de la República.

Los cuatro años de presidencia le conquistaron generales simpatías, y la afirmación de la alianza rusa constituye un hecho que por sí solo hará glorioso su recuerdo entre todos los franceses. Con razón ha dicho de él uno de sus biógrafos que Félix Faure, dotado de aptitudes públicas y privadas muy notables, prestó importantísimos servicios á su patria, porque tuvo las virtudes capitales del pueblo francés: la virtud del trabajo, la virtud del ahorro y la virtud del desvelo por el bienestar de su patria.

Hombre sin vanidad, tenía, sin embargo, ese noble orgullo del que llega sin protección y sólo por su propio valer y sus propios esfuerzos á los puestos más elevados.

De arrogante figura y de maneras distinguidas, era en lo físico y en lo moral un gran señor, de gustos aristocráticos que más de una vez le valieron las censuras de aquellos demócratas que entienden que el ser republicano quiere decir estar reñido con el buen tono y con las maneras y las costumbres que se apartan de lo vulgar y ordinario.

Tenía verdadera pasión por la caza, y las expediciones cinegéticas que con gran frecuencia organizaba eran siempre magníficas. Sportman por temperamento, cultivó todos los ejercicios corporales con decidido entusiasmo, y lo mismo antes que después de ser presidente se le veía en los paseos de París guiando coches, corriendo en bicicleta y montando á caballo. De todos estos ejercicios, sin embargo, el que más le apasionaba era la equitación, siendo uno de los mejores jinetes no sólo de Francia sino de Europa.

M. Faure era muy madrugador, y apenas levantado poníase á trabajar despachando con sus secretarios y enterándose de la correspondencia; después daba un paseo y á las nueve ya estaba de regreso en el Elíseo.

Terminaremos estos ligeros apuntes copiando los siguientes



CHEPA, busto en barro cocido de Prudencio Murillo

párrafos escritos por persona que le trató íntimamente y que retratan de manera admirable una de las fases de la personalidad moral del difunto presidente.

«Era el tipo del parisiense fino, culto, amable, en cuya boca había siempre la galantería para quien le hablaba. De educación esmeradísima y talento superior, hizo siempre gala de una exquisita cortesanía para con todo el mundo. El tsar de Rusia, la reina Victoria y cuantos soberanos tuvieron ocasión de tratarle de cerca, quedaron encantados de su gracia y de su conversación.

»El, un hijo del pueblo, podía dar lecciones de *sprit* á las testas coronadas.»

Chepa, busto en barro cocido de Prudencio Murillo. – El hermoso estudio que publicamos en estas páginas es digno compañero de los que recientemente hemos dado á conocer á nuestros lectores, como resultado de las aptitudes y laboriosidad del discreto escultor D. Prudencio Murillo, pensionado en Roma por la Diputación de Lérida. Inspirado en uno de los personajes de *María Rosa*, una de las más notables producciones del dramaturgo catalán Angel Guimerá, es *Chepa* la representación fidelísima del tipo creado por el poeta, á la vez que un verdadero estudio, digno á todas luces del buen nombre que ha sabido conquistarse el joven artista ilerdense.



M. FÉLIX FAURE, presidente de la República Francesa, fallecido el día 16 del presente mes

Necrología. – Han fallecido:

Edmundo Hohn, director de la oficina internacional de la Unión Postal Universal en Berna.

Fernando Rothbart, celebrado pintor de historia alemán.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 151, POR J. TOLOSA Y CARRERAS

NEGRAS

8 B y 6 N. – 14 piezas.

BLANCAS

¿Cuál es la casilla en que ha de colocarse el Rey de las blancas, para que, jugando éstas las primeras, puedan hacerse dar mate en tres jugadas?

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 150 POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. P 7 C R	1. A toma D ó A (*)
2. T de 6 A á 6 C R ó 2 A	2. Cualquiera.
3. C 6 A D mate.	

(*) Si 1 P 4 R; 2. T 3 A D, y 3. C 6 A D mate; – 1. A 6 D jaque: 2. D toma A jaque, y 3 T 6 R mate: – 1. A 3 C R; 2. T de 6 A toma A, y 3. C mate; – 1. A 5 R ó 4 A R; 2. T de 6 A á 6 R, y 3. C ó A mate; – 1. A de 7 C D juega: 2. C toma A jaque, y 3. A ó T mate. La amenaza es 2. T toma A, y 3. C 6 A D mate.



– ¡Oh! ¡Qué magníficas rosas!, exclamó una de aquellas jóvenes señoras

INSEPARABLES

NOVELA POR JUANA MAIRET. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

En aquel mismo momento, también á una señal del *cicerone*, la banda se puso en movimiento con gran ruido de suelas en el pavimento de madera encerada, para ir á admirar más lejos una Sagrada Familia.

Distraídos, Esteban y Lili miraban desfilar á los viajeros, la mayor parte de los cuales parecían extenuados y deseosos de terminar pronto aquella pesada visita.

Cuando el ruido de los gruesos zapatos británicos se alejó por la larga galería, Esteban miró con alguna detención á su prima adoptiva. Sentíase nuevamente atraído por el encanto de algo extraño que había en ella, y que hacía que no se pareciese á ninguna de las mujeres que había encontrado en su camino. Quería obtener su perdón y ser amigo suyo, un amigo verdadero; no le hablaría nunca de amor, pero la consolaría, dando un poco de interés á su vida monótona y triste. En aquel momento era sincero. Tanto más sincero cuanto que Germana acaba de casarse, con gran sentimiento suyo, y por su parte deseaba tanto ser consolado como pensaba en consolar.

– ¡Usted no es feliz, Lili!

Lili se estremeció, y sin contestar le dirigió una mirada furibunda.

– Ya sé que no tengo derecho para hablarle así, para compadecerla; yo menos que nadie. Sin embargo, ¡si supiese usted cómo rebosa mi corazón de ternura por usted!

– No me extraña, contestó Lili con aspereza. Las declaraciones de un joven soltero á una mujer casada no comprometen más que á ella. No hay obligación de casarse.

– Se equivoca usted cruelmente, dijo Esteban con lastimera voz.

Era de una dulzura angelical, sintiéndose en aquel instante realmente lleno de sentimientos elevados, de excesiva ternura, de fraternal cariño, capaz de todas las abnegaciones.

– Si me atrevo á hablarle así, continuó él, es que el sufrimiento reconoce al sufrimiento y le saluda al paso. No me siento capaz de consolarla; pero le tenderé á usted la mano como á una hermana querida... Y nada más. ¿No quiere usted comprenderme? ¿La irrito y la ofendo?.. Entonces me retiro.

– No se retire usted aún. No me tiene resentida, y le comprendo más de lo que usted se figura, mi querido Esteban. Está usted triste y su corazón rebosa... La señorita de Verneuil se ha casado hoy.

– Le juro á usted...

¡No jure! Quizá soñó usted un momento ser el esposo de Germana de Verneuil, como, ya ve usted que soy franca, como un día soñé yo casarme con usted. Cuando uno es joven, tiene de esos sueños absurdos, de los cuales se ríe más tarde, sintiéndose lleno de piedad y de desdén para su propia locura. Usted cree que le guardo rencor, y tiene remordimientos, aunque muy débiles. Pero así y todo, son superfluos. Ahora conozco la vida y encuentro que hizo usted bien en no casarse conmigo. Yo tengo mala sombra; la desgracia va conmigo. Lo que le digo á usted es un poco romántico, un poco de «Hernani» para una mujer muy moderna. Pero estoy convencida de que hay pobres seres destinados á no tener nunca suerte en la vida y á sembrar la desdicha en torno suyo. Y como la primera prueba de sensatez consiste en ver de sacar el mejor partido de esta triste vida, opino que hizo usted muy bien en desdeñarme. Hubiera usted hecho mejor no procurando trastornarme la cabeza; pero usted creía que esta cabeza era firme y serena, y no se equivocaba del todo. Yo creo que le quería á usted por la posibilidad de salir, casándome con usted, de una esfera mezquina y odiada, para entrar en otra que no oliese á tocinería ni á guano. Ya ve usted que el corazón no entraba por

mucho en todo eso. Ambos jugábamos al mismo juego. Usted ganó la partida. Soy buena jugadora y no le guardo rencor. No tengo inconveniente en aceptar esa mano «fraternal» que me tendía hace un rato de una manera tan conmovedora.

Esteban le dijo entonces:

– ¿Y contestará usted á mi pregunta?

– ¿A propósito de mi dicha conyugal? Aunque es indiscreta, contestaré á la pregunta. Siempre da gusto hablar de uno mismo. Creí un momento que iba á ser feliz; fué cuando me vi con mi hijo en mis brazos. Aquella dicha duró tres meses, y creo que enterré con mi hijo todas mis esperanzas y toda la ternura de que yo era capaz. Pero no exageremos nada. Como los enfermos que se complacen en referir detalladamente sus males, amplificándolos y acabando por crearse con ellos una especie de aureola, los desengañados de la vida convierten su fastidio en pena y su desaliento en una gran desesperación. Mi marido es un marido muy conforme y yo soy una mujer muy pasable. Somos, pues, un matrimonio regular. Pero si yo esperé escapar á la vida mezquina con mi casamiento, y él, por su lado, se imaginó hacer fortuna con mi dote, no nos ha salido la cuenta, ni mucho menos. Mis pobres cien mil francos corren gran peligro, si no están perdidos ya en una especulación de hotelitos de batalla y coquetones que ahora nadie quiere. León llegó tarde. Cinco años antes, varios colegas suyos habían ganado mucho dinero haciendo ni más ni menos que lo que él ha hecho después. ¡La desgracia que me persigue! Tenemos sobrada educación para decirnos cosas ofensivas. Pero, en el fondo, me da rabia que haya echado al aire mi pequeña fortuna, y él no me perdona que yo se lo haya consentido. Su especulación matrimonial le ha salido mal, como las otras. Se encuentra con una mujer que, después de todo, está en el derecho de vivir á costas de él y no tiene un cuarto. Afortunadamente él tiene algun trabajo, gracias á usted sobre todo...

– No; es sobre todo á Pedro, á quien debe la clientela de Verneuil.

– Prefiere agradecérsela á usted. Eso no perjudica á nadie. Lo gracioso es que este marido, muy frío después de todo, está horriblemente celoso de Pedro, al paso que está encantado de usted.

Lili se sonrió ligeramente, y Esteban contestó con otra sonrisa. Un vago gesto decía, tan claramente como lo hubiera podido expresar la palabra: «lo de siempre...» Ella continuó con su tonillo frío, complaciéndose en hablar de sí misma y analizar su caso:

– Usted conoce esos hogares parisienses, muy decentitos, donde la pobreza real se oculta lo mejor posible bajo decorosas apariencias. Un quinto piso de una casa decente, con alfombra en la escalera, agua y gas; un salón demasiado grande en comparación con las demás piezas, y en cuyo cielo raso se ven blancas nubecillas sobre un fondo azul pálido; un piano con sus adornos de tapicería; algunas fruslerías de anaquel compradas en el Bon-Marché; velos bordados en la sillería; una estatuita sobre la chimenea en sustitución del reloj, pasado de moda. La señora de la casa tiene su día de recepción y lleva un vestido de seda negro para recibir á dos ó tres mujeres, que llegan sin resuello á tales alturas y se creen obligadas á hacerle una visita cada año. Hasta se dan comidas, muy modestas, pero decorosas: vino embotellado, muy malo, bautizado con nombres sonoros; un pastel procedente de casa de un sub-Graff cualquiera, y un helado, todo servido por un portero disfrazado de criado. Los demás días se come pobremente, y el vestido de seda permanece guardado en el ropero. Los trajes ordinarios se confeccionan en casa y se economiza mucho el carbón. Los finales de mes son angustiosos, porque, aun yendo una misma á la compra y reformando los vestidos viejos, todo cuesta muy caro en París, y la mensualidad concedida á regañadientes se va como el agua. No es, pues, de extrañar que en ese juego chinesco, horriblemente complicado, de una ama de casa pobre, la inteligencia se achique, suponiendo que se tenga inteligencia. Se sienten alegrías de avaro por unos cuantos céntimos economizados, y terrores al pensar en el alquiler. He aquí, muy señor mío y primo, la confesión que me pedía, si no me equivoco. ¿Es bastante completa?

– ¡Pobre Lili!

– ¡Bah! No me compadezca usted demasiado. Me queda siempre el consuelo de sentirme muy superior á los que me rodean y á mi fortuna. Esto da cierta satisfacción de sí mismo y cierto desprecio de los demás, que algo valen.

Lili se levantó.

– ¿Nos volveremos á ver?

Al decir estas palabras, la voz de Esteban temblaba un poco. Estaba conmovido, lleno de una compasión real por aquella mujer que le había amado y á quien él no había querido.

Lili se detuvo un instante, y en su pálido rostro se dibujó algo parecido á la angustia. Pero esto no duró más que un segundo, y durante este segundo comprendió que de su contestación dependería quizá todo su porvenir. Sin embargo, contestó pronto con una tranquilidad aparente y mucha indiferencia en la voz:

– Debiera, tal vez, decir que no. ¡Pero me aburro tanto!.., y no siempre tengo ocasión de hablar con un hombre inteligente, que sea al mismo tiempo un hombre interesante. Damos el jueves próximo una de esas pequeñas comidas de que hablaba, pastel, helado, vino malísimo... ¿Quiere usted acompañarnos? Mi marido se alegrará mucho.

– Les acompañaré con mil amores.

– Pues á las siete y media. Desconfíe usted del vino. Después de este aviso, no dudará usted de mi leal amistad.

Y desapareció, dejándole pensativo.

Él también vió el porvenir con terrible lucidez. Lili le amaba aún, y él sentía de nuevo con violencia el caprichoso efecto que ya le había inspirado una vez. El desenlace estaba previsto, era casi inevitable. ¿Y... después?

Conocía y temía todos los inconvenientes de unas relaciones ilícitas con una mujer de sociedad; y él era un egoísta amable y simpático que de la vida únicamente hubiera querido coger las flores, y que siempre tomaba la crema de las cosas, dejando la broza á los demás. Estuvo á punto de rehusar aquella comida, que sería seguida de visitas desde luego y de citas después, más ó menos disimuladas, en museos y exposiciones, y por último de citas sin disfraz.

Indeciso, vacilante aún entre los dos caminos que se le presentaban, Esteban se dirigió hacia el hotel del conde de Verneuil, donde ya se despoblaban los salones, saqueado el ambigú, y donde los señores de la casa, cansados de tan larga jornada, aspiraban visiblemente al reposo. Germana, resplandeciente de hermosura como siempre, contestaba con graciosa amabilidad á las felicitaciones tardías; su marido, impaciente, le daba prisa para que fuese á cambiar de traje.

Al entrar, Esteban sintió que todos murmuraban por lo bajo: «Aquí está el pretendiente desdeñado.» Tal vez no había tal cosa, pero él se lo figuró. Y el amor propio herido hizo revivir el amor... ó lo que él llamaba así. Una sonrisa vencedora de Germana decidió de la suerte de Lili. Esteban mostróse más tranquilo que la novia, con una locuacidad casi insolente, y en el momento en que impulsada, al fin, por su madre, la nueva señora de Lœwenthal se disponía á partir, él atravesó el salón para decirle en voz muy alta:

– ¡Hasta la vista, Germana!

Y supo dar á estas palabras tal intención que, á pesar de su aplomo, Germana se turbó un instante.

Por la noche, á la hora de comer, Lili, mientras servía al arquitecto un plato de sopa de hierbas, díjole con la mayor sangre fría:

– Cruzando las Tullerías, esta tarde, encontré á Esteban Dorsat. Estaba un poco avergonzado de su desvío con nosotros, y por mi parte me he mostrado magnánima, convidándole á comer para el jueves. Como el Sr. Dubois se excusó, nos quedaba un puesto en la mesa y lo utilicé.

– ¿Y aceptó?

– Con mucho gusto, ha dicho.

– Se figurará honrarnos.

– Si no deseas que venga, sabré encontrar una excusa.

– No..., no. Hiciste bien en convidarlo. Dorsat empieza á ser muy conocido y tal vez pueda serme útil de nuevo. Además alegrará nuestra comida.

– Sí, añadió Lili con su tranquilidad perfecta de mujer práctica; y de vez en cuando nos enviará billetes para los teatros.

– ¡Cosa que tu primo Pedro no hace casi nunca!, dicho sea sin reproche.

Durante todo el resto de la comida, León estuvo casi alegre, hablando amablemente con su mujer que, por su parte, estuvo afable.

Estaba visto que había hecho bien en convidar á Esteban Dorsat.

X

Una de las cosas que más alegran los paseos por París, es el espectáculo que ofrecen las grandes tiendas de flores. De algunos años á esta parte, las floristas se han convertido en artistas verdaderas. En ninguna otra parte se encuentran semejantes instalaciones. En otras ciudades, las flores cortadas y metidas en jarros de altura casi uniforme, se muestran recatadamente en modestos comercios, donde hay que entrar para saber que en ellos se encuentran igualmente plantas vivas y ramos simétricos que parecen ramilletes artificiales. Sólo en París se ven, á través de altos cristales, en los barrios más hermosos, esas enormes ramas de lilas blancas, puestas en agua dentro de jarros de cristal; esas orquídeas de extraños colores y de formas más extrañas todavía, que caen en racimos graciosos; mazos de violetas de Parma, de camelias blancas y color de rosa, de azaleas de pétalos casi transparentes y finos colores; todo sobre un fondo de follaje; palmeras, cactus y culantrillos... Enormes canastillos, con anchas cintas hábilmente enlazadas, puestos sobre zócalos, se armonizan con las flores y salen fuera de la cesta como en plena libertad, en un soberbio desorden.

Los galanes ricos se gastan un dineral en flores raras; bonito lujo frágil, maravillas que no duran más que horas, símbolo quizá de un sentimiento que no ha de sobrevivir mucho á la ofrenda hecha en su nombre. Los galanes pobres, como los artistas, enamorados de la belleza doquiera se encuentre, se detienen un instante, dan gusto á los ojos, embalsaman sus pensamientos y siguen adelante con una sonrisa y una esperanza. Tal vez éstos gozan más que los otros de las flores que no pueden comprar.

La tía Rosa, activa é inteligente, orgullosa del resultado obtenido por la paciencia de su esposo, se indignaba de ver que, después de todo, no sacaba más que un módico producto de su trabajo. ¿Por qué no habían de instalar ellos también su tiendecita en París? ¡Oh! Una tienda muy modesta para empezar, al frente de la cual pondrían á un pariente pobre de Perraud, un muchacho inteligente y activo que buscaba colocación sin encontrarla. Pero Perraud, tímido y lento de espíritu, no tenía ganas de lanzarse á semejante complicación que podía fracasar. Ganaba para vivir los dos con holgura, y esto le bastaba, con tal de poder trabajar tranquilamente en su jardín, donde continuaba haciendo injertos y toda clase de pruebas. Pero la tía Rosa era tenaz, y decía, riendo, que era tendera hasta los tuétanos.

Hasta dos años después de su matrimonio no ganó el pleito, y en seguida su comercio de flores prosperó. La señora Perraud se cuidaba del negocio tanto como su joven primo. Carlota también, con gran disgusto de su hermana, decía «nuestra tienda» sin avergonzarse. Instaláronse pronto en la calle de la Chaussée-d'Antin, donde las rosas de Perraud se pusieron en moda. Además de rosas, vendían las flores más apreciadas; pero la reputación de la casa era debida principalmente á la variedad y á la belleza de las rosas.

Lili no se atrevía á pasar por la calle de la Chaussée-d'Antin. El nombre de «Perraud,» escrito en grandes letras doradas sobre la puerta de una tienda, le disgustaba soberanamente.

También le disgustaba á Esteban, sin querer confesarlo. Lo sensible de su falsa posición consistía en la desigualdad inmensa de sus relaciones. Además, la vista de aquel nombre le traía recuerdos importunos. Mostrábase ingrato con aquella excelente mujer que le había tratado como á hijo, y cuyos modales plebeyos, robusta voz y gestos algo bruscos mortificaban su delicadeza de artista y de hombre de mundo acabado.

Las visitas á Sevres, cada vez más raras y que no se atrevía á interrumpir, le eran penosas, sin que fueran muy agradables á los Perraud. Tenían ya poco que decirse, y lo poco que decían daba en falso. Esteban se las arreglaba siempre para hacer su visita en compañía de Pedro, y la charla alegre y familiar de éste cubría su silencio aburrido. En aquella casa donde se encontraba tan á gusto, Pedro volvía á encontrar entonaciones de su infancia, gestos y modales plebeyos, olvidando gustoso los modales finos que sabía adoptar cuando la ocasión se presentaba, de la misma manera que se ponía el frac y la corbata blanca. En Sevres se emancipaba alegremente, riendo á carcajadas, mortificando á Carlota, que contestaba en el mismo tono, colmando á la tía Rosa de caricias y palabras zalameras de niño.

Entonces Esteban se sentía súbitamente alejado de Pedro como de los demás. Mientras que su camarada siguió siendo lo que había sido siempre, él, naturaleza de artista, poeta por las sensaciones exquisitas, se había refinado, y refinándose, se había vuelto insensiblemente extraño á las cosas de la infancia. No era suya la culpa, ni tampoco de Pedro; era fatal. Sufría al pensar que las personas que desconociesen el trabajo sutil que en él se había operado, podían atribuir su despego á una inconstancia de naturaleza, á pobreza de corazón, mientras que él sabía que era efecto de una rara sensibilidad que se sentía herida y lastimada por pequeñeces casi imperceptibles, que en nada mortificaban á los seres más comunes.

Pedro, por su parte, en la fe robusta de su amistad, atribuía la irritabilidad de Esteban á pesares

ocultos, ó también al disgusto que le causaba el aplazamiento de su estreno en el teatro Francés. Por encima de su comedia había pasado, rompiendo el turno, otra de un autor célebre, y los dos jóvenes se inclinaron ante la reputación del grande hombre. Pero la contrariedad fué muy viva, sobre todo en Esteban.

Pedro se contentaba con las explicaciones que se daba á sí mismo, sin dejar de sufrir viendo á su amigo cada vez más entregado á una sociedad fútil, asiduo concurrente á casa de Lœwenthal, tomando parte en todas las diversiones, en todas las locuras de la joven baronesa, que con soberana imprudencia echaba el dinero de su marido por todas las ventanas del hotel, ostentaba un lujo desenfrenado, y hacía ya hablar de ella más de lo conveniente.

Si Pedro se negaba á ver cambio alguno real en su amigo, no se le ocultaba, sin embargo, que éste atravesaba una crisis peligrosa para su dignidad de hombre; peligrosa también para su talento de escritor.

Si el horrible artículo de periódico de que no habían vuelto á hablar, acudía con frecuencia á la memoria de Esteban con su burla final: «Hermanos siameses, ¿para cuando es la operación?,» Pedro lo recordaba también alguna que otra vez, cuando un aumento de frialdad en Esteban y ausencias más frecuentes de la habitación común despertaban al excelente muchacho de su confianza ciega, obstinadamente optimista.

Por esto deseaba que llegase el momento de volver á trabajar seriamente juntos. Desde el gran esfuerzo del *Matrimonio mundano*, no habían emprendido ninguna obra nueva. Cada uno trabajaba separadamente: Esteban, en una novela corta, pedida por la Revista que había publicado ya su bonita narración, que tanto éxito alcanzó entre las damas; Pedro, en un volumen titulado *Escenario y Bastidores*, destinado á ser ilustrado y publicado con lujo, como libro propio para regalo de Año Nuevo. Hasta su trabajo les separaba, pues, en vez de unirlos. Pedro no aprobaba la marcha de su amigo; Esteban sentía despertar sus celos al leer una de las cortas narraciones de Pedro, cuyo sabor y realidad picante reconocía.

Pero si se aproximaba la tormenta, el cielo estaba aún sereno. Por el momento, el objeto principal de conversación era el sueño realizado al fin, ó á punto de realizarse, de la bonita habitación de solteros, con su fumadero oriental. Estuvieron buscando esta maravilla con alegría infantil. Un día Esteban anunció que había encontrado el entresuelo que necesitaban, en una gran casa nueva, admirablemente dispuesta, en el barrio del Trocadero, y con dos salidas. Pedro fué á visitarlo y le gustó, aunque le pareció que tal vez sería un poco grande y demasiado caro para ellos. Sin embargo, se dejó persuadir fácilmente. Pero aquella habitación ideal no sería disponible hasta dentro de algunos meses. Cuando Esteban hizo observar á su amigo que, para firmar el arrendamiento, su doble nombre ofrecería quizá inconvenientes, y que habiendo sido siempre Pedro el hombre de negocios de la asociación, era natural que la casa se alquilara á su nombre, éste no hizo la menor objeción.

– Ahora, el mueblaje me corresponde, añadió Esteban; yo entiendo más que tú en chucherías y cortinajes; nací para tapicero y he descubierto una porción de sitios donde se encuentran maravillas casi de balde.

– Conozco tus hallazgos, dijo Pedro riendo; encuentras unas baraturas capaces de arruinar á un potentado. Ten presente, al menos, que somos unos pobres diablos sin más fortuna que nuestras plumas.

– No temas. Te prometo no pasar de la cantidad convenida y puesta de lado para ello. Quisiera gozar de tu sorpresa cuando entres por primera vez en ese famoso fumadero de que hablas desde *La Figuranta*.

Pedro había cedido una vez más, muy indiferente á las cosas exteriores, sin necesidad de lujo, apenas sensible á la comodidad. No volvió al entresuelo, por dar gusto á Esteban y verlo más alegre y afectuoso de lo que había estado durante mucho tiempo.

La portera llamaba á Esteban «Sr. Froment,» por cuanto la habitación estaba alquilada á nombre de éste y no veía á nadie más que á aquél.

Llegó la primavera hermosa, y con la primavera se acercaba el famoso estreno del teatro Francés; se le anunciaba para primeros de junio. Esto no era lo prometido, es decir, un estreno al final del otoño que permitiese á la obra seguir su carrera triunfal á través de los meses de invierno, si tanto éxito tuviese. Pero, después de todo, como decía Pedro filosóficamente, una obra de verano, siendo buena, salta por encima de las vacaciones para reaparecer después. Esteban, nervioso y de muy mal humor, no sabía halagar el amor propio quisquilloso de sus intérpretes; hubo rozamientos de una y otra parte, y Pedro, más pacífico por naturaleza, asistió, una vez más, poco menos que solo á los ensayos.

En aquella época, Germana, que daba fiestas sobre fiestas en su maravilloso hotel, de cuyo lujo se ocupaban las crónicas parisienses, acaparaba sin miramientos á su amigo de la infancia, mil veces más imperiosa y más indiscreta de lo que lo había sido su madre. Y Esteban deslumbrado por aquella vida loca, arrastrado por el torbellino, no tenía tiempo ni aun para continuar su novela.

La condesa amonestó á su hija, la cual, por gusto, por ligereza, por jactancia ó por odio á su marido, que había querido echárselas un instante de déspota doméstico, se complacía en comprometerse. Cuantos observaban con sangre fría aquella carrera desenfrenada, en que el placer mismo tenía más muecas que sonrisas, se preguntaban: «¿Cuándo llega el desastre?» Naturalmente se le atribuía un amante, quizá varios. Unos citaban á Esteban; otros, más ladinos, sospechaban del bello español. Cuando sus amiguitas le hablaban de las maledicencias que corrían acerca de ella, se echaba á reir diciendo:

– Lo más gracioso es que no hay una palabra de verdad en esos chismes. ¡Yo misma no me lo explico! Más que virtud, será falta de tiempo. ¡Estoy tan ocupada en no hacer nada!

Si los días primaverales se anunciaban para los jóvenes autores con las emociones de la gran partida que iban á jugar, se anunciaban también para el humilde hogar de Sevres con emociones no menos vivas. La señora de Perraud era una ambiciosa. Después del éxito de la empresa de París, aspiraba á coronarlo con una hermosa medalla de oro en la Exposición de horticultura, y quizá con el diploma de honor. Perraud había obtenido modestas recompensas en varios concursos, y con ellas se daba por satisfecho, como hombre tranquilo y bastante indiferente. Su mujer le reprendía. Según ella, nadie le aventajaba. ¿No había trabajado como un sabio – sí, señor, como un sabio – rompiéndose los cascos para obtener rosas extraordinarias? Entonces, ¿por qué no había de darse á conocer ante el público ilustrado..., ante ese público que necesita eternamente que le digan lo que debe admirar? Era preciso moverse, llegar á hacer una instalación soberbia, lujosa, que llamase grandemente la atención, y no contentarse con alinear rosales como cebollas en macetas.

Perraud, encogiéndose de hombros, dejó que su mujer y su sobrina se las despachasen á su gusto. Carlota se entusiasmaba también con la idea de hermosas recompensas, indignándose de que todo el mundo no estuviese convencido, como su tía y ella, del mérito trascendental de aquel gran taciturno.

Era muy simpática Carlota; no muy bonita, pero agradable, con sus bellos ojos negros y la más adorable de las sonrisas, que dejaba ver dos hileras de blancos y pequeños dientes. Aunque menos exuberante que á los catorce años, seguía siendo muy alegre, activa, siempre en movimiento, sumamente animada. No le faltaban pretendientes, pero no le gustaba ninguno. No contaba casarse joven. La tía Rosa esperó tener treinta y cinco años, y no le había ido mal. Ella tal vez no llegaría á tanto; pero aún no era mayor de edad; todavía le quedaban hermosos años de vida.

En medio de su charla, la tía Rosa descubrió de pronto una pequeña detención, una vacilación momentánea, y en sus ojos francos una mirada algo velada, que desapareció en seguida. Y la tía Rosa adivinó que la chica aguardaba indefinidamente, guardando animosa su secreto, como saben guardarlo las mujeres dignas, sin quejarse, sin confesarse quizá á sí mismas todo lo que sufren, y acabando, á fuerza de valor silencioso, por vencer este sufrimiento, por aceptar la vida tal como se ofrece y por hacer todo lo posible para que esta vida, ya que no pueda ser muy feliz, sea al menos buena y útil.

¡Pobre chica!, se decía la tía Rosa.

Y en su beso materno, más dulce que de ordinario, ponía algo de su piedad; no mucho, sin embargo, á fin de que Carlota no se creyese adivinada.

Todos los domingos, cuando llegaba Pedro, contento de verse nuevamente entre los suyos, no sospechaba que la alegría de la joven era tal vez algo forzada. Siempre la había conocido risueña y locuaz; no veía en ella ningún cambio, y la trataba siempre como á una hermanita con la cual no se gastan cumplidos.

Nunca había estado tan lejos de pensar en el matrimonio. Una vez le sonrió esta idea, pero todo había pasado.

Sin sospecharlo, como sucede tan á menudo en la vida, Pedro pasó al lado de un amor cándido y joven y de una abnegación tierna y absoluta. La felicidad roza con más de uno en su camino, sin que éste vuelva la vista siquiera, sin que se pregunte qué voz es la que le habla suavemente al oído, diciéndole palabras que apenas distingue y de que no hace caso.

Al lado de esa exposición de pintura que se llena de gente los primeros días, pero los primeros días nada más, se encontraba esa otra exposición de flores de maravillosos matices, de soberbias plantas, de frutas en árboles enanos, con que se adornan las mesas lujosas en los bailes y en las bodas de los ricos; donde los racimos de uva de forma perfecta y los platos de cerezas de brillante color rojo, parecen artificiales, ¡de tal manera se han formado á voluntad del horticultor!

Una adorable mañana de sol, nada fría á pesar de la estación, había seducido á una muchedumbre elegante, sorprendida de encontrarse en la calle antes del mediodía. El aire tibio, el cielo radiante, las maravillas de color que llenaban los bosquetes, daban alegría á todo el mundo, haciendo á las mujeres más bonitas y á los hombres más amables que de ordinario. En el gran pabellón donde los expositores habían acumulado sabiamente sus flores más raras, se cruzaban los grupos, y el ruido de las conversaciones llenaba la enorme nave, cuya atmósfera húmeda, cargada de las emanaciones de la tierra y de los perfumes de millares de flores, resultaba casi fría al entrar del jardín.

El más tumultuoso de aquellos grupos mundanos, compuesto de tres mujeres jóvenes de una elegancia extremada, muy bonitas, y de media docena de pollos irreprochables, á conciencia de sus sastres, avanzaba ocupando casi toda la anchura de los paseos, obligando á los demás concurrentes á cederles el paso, como conquistadores arrogantes en país de conquista. Entre cierta gente, el mal tono parece haber sustituído, de algún tiempo á esta parte, á los buenos modos, casi como las palabras groseras y las chanzas atrevidas reemplazan al ingenio, y el ruido á la facundia verdadera. Cantar canciones de café concierto, exhibirse en trajes que no se atrevería á llevar ninguna mujer galante de las que se precian de vestir con elegancia, tal era la noble ambición de más de una bella dama de las que ostentan títulos auténticos.

Germana, dispuesta siempre á la excentricidad, loca por los placeres, vino, al casarse, á formar parte de esa sociedad malsana, comparada con la cual, la de su madre, con ser poco austera, le parecía terriblemente rancia.

En el centro de su grupo, Germana triunfaba, muy hermosa, con su traje riquísimo color de violeta claro y su cabellera de oro cubierta apenas con una capota minúscula del mismo color del vestido. Siempre llevaba su escolta de jóvenes enamorados, de los cuales se burlaba soberanamente.

Sin embargo, se burlaba menos de Esteban que de los demás, y no se burlaba poco ni mucho del duque de Señas, que la asediaba ahora de cerca.

Aquel día Esteban había querido evadirse, con el pretexto de tener que ir al ensayo del *Matrimonio mundano*, cuyo estreno estaba anunciado para la semana siguiente. Pero Germana no lo había consentido, y él, como siempre, había acabado por ceder.

– ¡Bah! Esas cosas no son para usted, mi querido Esteban. Cuando una obra se hace entre dos, los trabajos fastidiosos pertenecen al uno y los triunfos al otro, como en los buenos matrimonios, según dicen. Yo no lo sé.

Aquel mismo día, Germana había tenido un altercado de inusitada violencia con el barón, que empezaba á creer que su negocio matrimonial era un mal negocio, y la joven baronesa estaba sumamente nerviosa. Cada vez que Germana dejaba entrever los disgustos de su vida conyugal, Esteban no podía disimular su poquillo de satisfacción, y se aventuraba á dar á aquel marido odiado su antiguo apodo.

– ¡Qué! ¿No ha estado amable hoy nuestro querido «Pourri de chic?»

– ¡Qué pródigo es usted, amigo Esteban! Economice usted las dos últimas palabras, murmuró Germana entre dientes.

El ruidoso grupo cuyo centro ocupaba la baronesa de Lœwenthal se detuvo delante de la instalación que ostentaba en medio de una mezcolanza extraordinaria de rosas de toda especie, colores y tamaños, á cual más exquisitas, la mención *Medalla de oro*. El nombre del horticultor así recompensado se leía en un cartelón.

– ¡Oh! ¡Qué magníficas rosas!, exclamó una de aquellas jóvenes señoras.

Germana, sirviéndose de un *impertinente* de oro y nácar, so pretexto de un poco de miopía, leyó el nombre:

– Perraud... Este nombre no me es desconocido. Diga usted, Esteban, ¿no es el marido de su tocinera?

– ¿Cómo, su tocinera? ¿El Sr. Dorsat tiene una tocinera sobre la conciencia? A ver, á ver, cuéntenos usted...

(Continuará)

CARLOS FEDERICO CLAUS

Con la muerte del profesor Carlos Federico Claus, recientemente acaecida en Viena, ha perdido la ciencia zoológica á uno de sus más ilustres representantes, cuyo nombre irá siempre unido á los progresos de la Zoología. Cuando en 1873 fué llamado de Gottinga á Viena para encargarse de la cátedra de Zoología y Anatomía comparada en aquella Universidad y de la presidencia del Instituto Zoológico-anatómico que entonces se acababa de fundar, Claus encontró en la capital de Austria el terreno perfectamente preparado, pues el estado de adelantamiento de aquella facultad de Medicina, una de cuyas ciencias auxiliares es la Zoología, era prenda segura de éxito para los esfuerzos del sabio naturalista. Las ricas colecciones del palacio imperial habían favorecido desde muy antiguo el estudio de las ciencias naturales descriptivas (Zoología, Botánica y Mineralogía), creando un núcleo de investigadores ilustres, aunque de opiniones demasiado conservadoras.

A Claus le estaba reservada la gloria de dar á aquellos estudios un nuevo y poderoso impulso con la introducción de la teoría de la evolución. Partidario entusiasta de Darwin, cuando propagó las doctrinas de éste desde la primera cátedra de Zoología del imperio austriaco, acudieron á su aula oyentes de todas las facultades. Sus opiniones, sin embargo, diferenciábanse de las de otros representantes del darwinismo en que sólo daba gran importancia á la selección natural para la regularización de las especies, pero no para la creación de especies nuevas, originándose de aquí interesantes controversias entre él y otros sabios naturalistas, como Haeckel, Nageli, Weismann, etc.

Claus pertenecía al número de investigadores, cada vez más raros en esta época de especialistas, que dominan por igual toda la ciencia á que se dedican, y de ello es buena prueba el hecho de que siendo su especialidad los invertebrados, escribió el notabilísimo *Tratado de Zoología,* libro del cual se han hecho ediciones numerosas y que ha sido traducido á multitud de idiomas (1).

(1) La traducción española de este libro forma parte de la *Historia Natural* publicada por la casa editorial de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, que consta de 13 tomos profusamente ilustrados y encuadernados y se vende á 65 pesetas.

Además de la cátedra y de la presidencia del Instituto, tenía á su cargo la dirección de la Estación Zoológica de Trieste, admirablemente organizada por él, adonde acudían, además de sus discípulos de Viena, hoy muchos de ellos catedráticos, ilustres zoólogos extranjeros que allí se consagraban al estudio de las formas infinitamente varias de las especies inferiores marinas. Los frutos de estas investigaciones están consignados en los «Trabajos del Instituto Zoológico de la Universidad de Viena y de la Estación Zoológica de Trieste,» que, redactados por Claus, constituyen un archivo de datos preciosos.



EL ILUSTRE NATURALISTA CARLOS FEDERICO CLAUS, recientemente fallecido en Viena

Carlos Federico Claus nació en Kassel en 2 de enero de 1835, y después de licenciarse en Medicina y Ciencias Naturales, fué nombrado en 1860 profesor de Zoología en Wurzburgo. En 1868 fué llamado á la Universidad de Hesse y en 1870 á la de Gottinga, en donde permaneció hasta que se trasladó á la capital de Austria. Hace algunos años renunció á su cátedra, antes de alcanzar la edad reglamentaria, por haber sido dividida contra su voluntad la asignatura que explicaba: su retirada estimóse unánimemente como una gran pérdida para aquella universidad.

Era miembro de la Academia de Ciencias de Viena y consejero áulico, y deja escritas más de 150 obras y monografías, entre las cuales merecen ser especialmente citadas las siguientes: *Fundamentos de la Zoología, De los límites de la vida de los animales y de las plantas, Lamarck como fundador de la teoría de la descendencia, De la apreciación de la selección natural como principio explicativo.* – X

DIA DE BORRASCA

CUADRO DE JORGE BELLONI

(Exposición Nacional de Turín. 1898)

El celebrado pintor italiano Jorge Belloni, que antes cultivaba el paisaje, hace algunos años se dedicó á la pintura de marinas: su aparición como marinista data de la segunda exposición trienal celebrada en la ciudad de Brera el año 1894.

Desde entonces no ha habido en Italia exposición de bellas artes que no contuviera cuadros de este género de Belloni. El que expuso en la última Exposición Nacional de Turín, que en esta página reproducimos, es uno de los más interesantes de cuantos hasta ahora ha pintado, porque además del mar tempestuoso nos presenta una escena humana, una escena infantil deliciosa.

Dos niños contemplan extáticos las olas desde el mirador de su casa, y para presenciar aquel espectáculo grandioso que les tiene inmóviles y meditabundos, han dejado en el suelo los barquitos con que se entretuvieron antes de que el temporal les obligara á retirarse de la playa. No se ven sus rostros, pero fácilmente se adivina que aquella furia, aquel fragor, aquellas encrespadas y rojizas olas que hasta entonces vieran siempre tranquilas y azuladas, les producen admiración y miedo al mismo tiempo.

Esas figuritas son una de las más bellas creaciones de Belloni, y en su cuadro *Día de borrasca* armonízanse el sentimiento, la figura y el ambiente. – X.



Día de borrasca, cuadro de Jorge Belloni (Exposición Nacional de Turín de 1898

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

DICCIONARIO DE MODISMOS, por *Ramón Caballero.* – Con decir que esta obra, cuya primera entrega hemos recibido, ha merecido los más entusiastas elogios de persona tan competente y de fama tan justa y universal como D. Eduardo Benot, queda hecha la mejor alabanza de la misma. Por esto nos limitaremos á decir que ese Diccionario comprenderá todas las palabras que se emplean en lenguaje figurado, todas las frases en que hay esas mismas palabras y todos los giros y construcciones que no son rigurosamente gramaticales y llevará además dos apéndices, uno de las frases y palabras latinas y extranjeras que se usan en nuestro lenguaje corriente, y otro de las palabras que, empleándose en los modismos, no constan en el Diccionario de la Academia. Editada en Madrid por D. Antonino Romero (Preciados, 23), se publica en cuadernos de 24 páginas á dos reales cada uno.

FRUTA VERDE, por *José María Quevedo.* – Las poesías que componen esta colección tienen como nota saliente la espontaneidad, son impresiones momentáneas, como dice su mismo autor. Escritas en diferentes metros y sobre diferentes temas, aunque abundan más los amorosos, revelan no comunes aptitudes poéticas en su joven autor, que no ha cumplido todavía veinte años. *Fruta verde* ha sido impreso en La Plata (República Argentina) en la tipografía «La Ibérica.»

EN PRO DEL PATRONATO DEL OBRERO Y DEL TRABAJO NACIONAL, por *Joaquín Coll y Regás.* – En este folleto ha coleccionado su autor, el distinguido fabricante mataronés señor Coll y Regás, varios artículos publicados en diferentes periódicos, en los cuales trata con acertado criterio asuntos tan interesantes como la cuestión social, el tratado de comercio con Alemania, el patronato del obrero y otros no menos importantes. El folleto ha sido impreso en Mataró en la tipografía de H. Abadal.

FÁBULAS, por *Fernando Badía.* – El conocido poeta sevillano Sr. Badía demuestra en las composiciones contenidas en este tomo aptitudes no comunes para el cultivo del género á que aquéllas pertenecen: sus fábulas, escritas en fáciles y armoniosos versos, encierran todas ellas recomendables enseñanzas que se desprenden naturalmente del asunto desarrollado y tienen un sello de originalidad que no siempre suelen encontrar los fabulistas. El libro, que lleva un prólogo del Sr. Rodríguez Marín, ha sido impreso en Sevilla en la tipografía de «La Andalucía Moderna.»



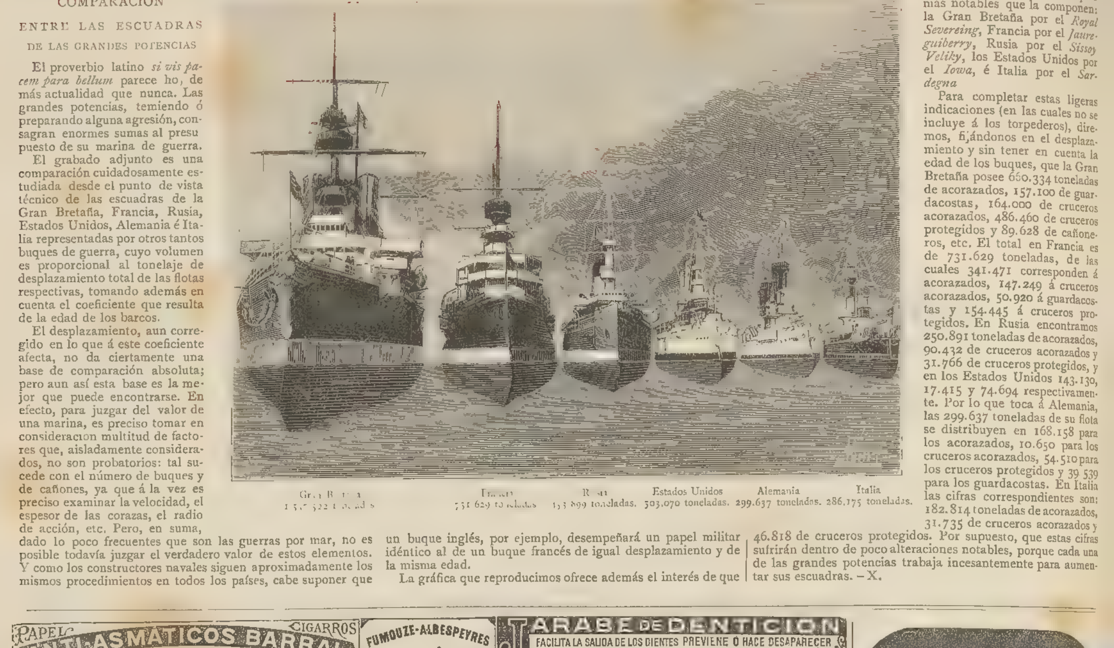
COMPARACION

ENTRE LAS ESCUADRAS DE LAS GRANDES POTENCIAS

El proverbio latino *si vis pacem para bellum* parece ho, de más actualidad que nunca. Las grandes potencias, temiendo ó preparando alguna agresión, consagran enormes sumas al presupuesto de su marina de guerra.

El grabado adjunto es una comparación cuidadosamente estudiada desde el punto de vista técnico de las escuadras de la Gran Bretaña, Francia, Rusia, Estados Unidos, Alemania é Italia representadas por otros tantos buques de guerra, cuyo volumen es proporcional al tonelaje de desplazamiento total de las flotas respectivas, tomando además en cuenta el coeficiente que resulta de la edad de los barcos.

El desplazamiento, aun corregido en lo que á este coeficiente afecta, no da ciertamente una base de comparación absoluta; pero aun así esta base es la mejor que puede encontrarse. En efecto, para juzgar del valor de una marina, es preciso tomar en consideracion multitud de factores que, aisladamente considerados, no son probatorios: tal sucede con el número de buques y de cañones, ya que á la vez es preciso examinar la velocidad, el espesor de las corazas, el radio de acción, etc. Pero, en suma, dado lo poco frecuentes que son las guerras por mar, no es posible todavía juzgar el verdadero valor de estos elementos. Y como los constructores navales siguen aproximadamente los mismos procedimientos en todos los países, cabe suponer que un buque inglés, por ejemplo, desempeñará un papel militar idéntico al de un buque francés de igual desplazamiento y de la misma edad.



Gran Bretaña [illegible] toneladas. Francia 731.629 toneladas. Rusia [illegible] toneladas. Estados Unidos 303.070 toneladas. Alemania 299.637 toneladas. Italia 286.175 toneladas.

La gráfica que reproducimos ofrece además el interés de que cada escuadra está representada en ella por uno de los buques más notables que la componen: la Gran Bretaña por el *Royal Severeing*, Francia por el *Jaureguiberry*, Rusia por el *Sissoy Veliky*, los Estados Unidos por el *Iowa*, é Italia por el *Sardegna*

Para completar estas ligeras indicaciones (en las cuales no se incluye á los torpederos), diremos, fijándonos en el desplazamiento y sin tener en cuenta la edad de los buques, que la Gran Bretaña posee 650.334 toneladas de acorazados, 157.100 de guardacostas, 164.000 de cruceros acorazados, 486.460 de cruceros protegidos y 89.628 de cañoneros, etc. El total en Francia es de 731.629 toneladas, de las cuales 341.471 corresponden á acorazados, 147.249 á cruceros acorazados, 50.920 á guardacostas y 154.445 á cruceros protegidos. En Rusia encontramos 250.891 toneladas de acorazados, 90.432 de cruceros acorazados y 31.766 de cruceros protegidos, y en los Estados Unidos 143.130, 17.415 y 74.694 respectivamente. Por lo que toca á Alemania, las 299.637 toneladas de su flota se distribuyen en 168.158 para los acorazados, 10.650 para los cruceros acorazados, 54.510 para los cruceros protegidos y 39.539 para los guardacostas. En Italia las cifras correspondientes son: 182.814 toneladas de acorazados, 31.735 de cruceros acorazados y 46.818 de cruceros protegidos. Por supuesto, que estas cifras sufrirán dentro de poco alteraciones notables, porque cada una de las grandes potencias trabaja incesantemente para aumentar sus escuadras. – X.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XVIII — Barcelona 6 de marzo de 1899 — Núm. 897

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EN LOS PIRINEOS, cuadro de Román Ribera (Salón Parés)

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORANEA

¡Bayreuth en Madrid! – Los que recuerden una de mis últimas crónicas y la acogida que el público dispensó á *La Walkyria*, una de las partes más bellas de la tetralogía, no dejarán de notar evidente contradicción entre este hecho y la frialdad y hasta hostilidad que Wagner encontró en nuestras esferas de cultura social más elevada. Este fenómeno del misoneísmo artístico; la repulsión contra Wagner de los que se han acostumbrado á *Hugonotes* y *La Africana*, había que esperar que se produjese, y estar prevenido, sin temor ni cuidado alguno, en la seguridad de la victoria definitiva. Por todas partes Wagner ha suscitado las mismas protestas, y al cabo ha triunfado, no con el triunfo efímero que proporciona la curiosidad, sino subyugando á las masas con el vigor que lleva en sí, para imponerse, el artista soberano.

No cabe duda, Ricardo Wagner es el último genio que ha producido Alemania – la cual, desde que se ha constituído en imperio, desde que cosechó laureles y cifró su porvenir en la gloria de las batallas, parece haber entrado en un período de esterilidad, agotada por las dos ó tres generaciones magníficas que se sucedieron en ella. – Los genios alemanes á primera vista no son amables, quizás ni aun son inteligibles, para las naciones meridionales. Como el zumo fermentado del lúpulo, amargan á quien los prueba; pero su amargor, á pocas vueltas, se pega al paladar y al alma, haciendo insulsas ó empalagosas otras bebidas. A los genios alemanes les caracterizan dos atributos: la extensión y la profundidad. Tiene su arte la amplitud y contenido rico y jugosamente intelectual de su idioma, en el cual las palabras se sujetan, amoldan y ciñen á la idea con plasticidad sorprendente, ayudadas por una sintaxis que dimana de la razón, más que de las exigencias retóricas y descriptivas. Donde un genio alemán sienta el pie, su huella, como huella de ser sobrenatural, queda marcada indeleblemente. No habrá ningún poema que borre la memoria de *Fausto;* no aparecerá un lírico más grande que Enrique Heine; no ahondará ningún filósofo más que Kant; no aparecerá un moralista práctico que nos enseñe y nos guíe con más alta y desengañada experiencia que Schopenhauer. Y ya creo que puede afirmarse que ningún artista poseerá en mayor grado que Wagner el tecnicismo y la inspiración reunidos, y el sentido á la vez poético y profético que hace del artista la encarnación de los destinos de un pueblo, de una raza, de un conjunto humano.

Wagner no triunfó como Moltke, desde los primeros hechos de armas. Al contrario: la vieja leyenda, que ya parece resobada y poco verosímil, del genio desconocido, maltratado, despreciado, la realizó Wagner hasta tal punto, que en París, del teatro de *Variétés* le expulsaron alegando... que no sabía música. – Cuando ofreció á la *Grande Opera* de París su poema el *Buque fantasma*, se lo compraron en quinientas pesetas, sin más condición que una: que la partitura había de escribirla otro. «Y un año más tarde – dice Cátulo Mendes en su prólogo al libro *Ricardo Wagner*, – el *Buque fantasma*, firmado por cierto autor dramático que no nombraré, porque ya ha muerto, y puesto en música por un compositor á quien es ocioso nombrar, porque nunca ha existido, se representaba en la Real Academia de Música. Asistía á esta representación Ricardo Wagner, y para pagar su asiento había tenido que vender su perro á un viajero inglés con quien casualmente tropezó en una estación de ferrocarril.» París, que desconoció á Wagner obscuro, rechazó, negó, quiso cerrar el camino á Wagner glorioso ya; pero fué tan inútil como todo lo que se dirige al mismo fin, de pretender apagar astros. Soplaréis la bujía, extinguiréis el foco eléctrico aislando los hilos; con agua sofocaréis el fuego del horno..., pero á la inaccesible estrella no alcanza el soplo de nuestro aliento, ni el aire de fuelle manejado por manos envidiosas y coléricas. Wagner forma parte de la Vía láctea.

* * *

Por eso no había que asustarse cuando *Brunhilda* y *Wotan* cayeron tan poco en gracia á los madrileños. En los conciertos ya Wagner reina y pone su silla; llegará á imperar en el Real también. La compañía de Bayreuth y la tetralogía obtendrán primero un éxito de curiosidad y acaso de ese *snobismo* inofensivo que se expresa por medio de la conocida fórmula «¿Adónde vas, Vicente? Adonde va la gente;» y sin embargo, la gran belleza wagneriana dejará residuos y memorias en el oído, en la fantasía, en el sistema nervioso de un pueblo menos ineducable que mal educado, artísticamente hablando; y poco á poco se familiarizará con los personajes de la leyenda renana, como se ha familiarizado con el Caballero del Cisne y la maga Ortruda.

Traer á Madrid la obra titánica de Wagner, no se figurarán muchos que tiene que ver gran cosa con esa regeneración de que tanto nos hablan; pues desengáñense: la belleza es un regenerador poderoso. Algunos profesamos como dogma que todo lo bello es necesariamente bueno. Y los pueblos en que se ha cultivado la sacrosanta belleza, no han sido por cierto ni los menos heroicos ni los de menos gloriosos destinos. Malo es que nos oprima y chupe la sangre el caciquismo, detestable que nuestra administración sea un tejido de corruptelas y de rutinas, cruel que todo se encuentre en este grado de decadencia y de inferioridad, de podredumbre y de anemia profunda; conviene que mejore nuestra situación material, que se atienda á la realidad, la cual se venga siempre de los que de ella prescinden; pero el ideal del arte ejerce esa fuerza sutil y misteriosa de los filtros; es una corriente de electricidad excitadora, que reanima el organismo comunicándose á sus centros y determinando las acciones y reacciones vitales. El arte es más necesario que el pan; el pan solo, seco, desabrido, ni gusta ni aprovecha. Venga esa gran corriente de poesía del Norte á inundar nuestras almas agostadas por la desconfianza y el dolor.

* * *

Asistir estos días á las sesiones del Parlamento, es como presenciar una consulta entre doctores, á dos pasos de la cabecera de un enfermo grave. No se oyen más que apreciaciones de carácter sanitario, médico ó higiénico; en el debate abundan las palabras que antes sólo resonarían en las clínicas y en los consultorios. Durante la sesión de anteayer he contado más de cincuenta *depuraciones* y las *regeneraciones* no bajarían de sesenta y tres.

¡Depurar, regenerar! Son los verbos de moda actualmente. La matrona rolliza que antes solía representar á España, debe en buena ley ser reemplazada por una figura enteca, escrofulosa, llena de tumores y de costurones – que bebe la *Emulsión Scott* mientras el león, comido de miseria, según lo pintó Víctor Hugo, calienta á un rayo de sol sus pelados miembros y se mosquea con la flácida cola.

Lo curioso es que, hallándose todos conformes en la existencia de la enfermedad, cuando llega el caso de circunscribir y determinar sus síntomas, no hay medio de hacerlo: cada parte del organismo español se declara sana, fuerte, limpia, inmejorable. Si un diputado como Sol y Ortega, ejerciendo de *enfant terrible*, quiere tirar de la manta, ¡santo cielo!, hay que oir los gritos primero, las sarcásticas risitas después. España necesita depurativos, corriente; se depurará (¿cómo?, ¿cuándo?, ¿dónde?, preguntan los indiscretos, persuadidos de que no hay efecto sin causa, y de que si hace falta depurativo, existe impureza). Se depurará... bebiendo zarzaparrilla, un calmante, que nos refresque, porque estamos en primavera y no convienen fogosidades ni arrebatos. Enfriados con la zarzaparrilla, se repartirán á los españoles patriotas abanicos japoneses, y se les recomendarán, para los meses de julio y agosto, baños templados (los de mar son tónicos en demasía) y tomar el aire á la puerta de casa. Y si así no quedamos depurados y limpios, será que tenemos una sangre peor que la de Caín.

* * *

Yo voy á las Cortes sin fe política de ninguna especie, sin esperanzas, sin ilusiones del orden práctico, como se va a un espectaculo que deleita y enseña. Deleitan los oradores de primera tijera, grandes artistas en su género; enseñan hasta los malos oradores, en los cuales se ve menos rebozada la verdad, el cuadro efectivo de nuestra vida nacional, con sus enfermedades tal vez incurables, con sus deficiencias que sólo podrá remediar el tiempo, si se emplea bien. – La fisonomía moral de España la refleja íntegra y expresiva el espejo del Congreso. ¿Qué puede ser España? No lo preguntéis; mirad y la respuesta os saltará á los ojos. Repasad esas filas de cabezas que forman como una guirnalda de un moreno sucio sobre el rojo de los escaños y el negror de los trajes, de las levitas generalmente mal cortadas, peor llevadas, cepilladas con descuido. Estudiad la expresión de los rostros, y os dirán más que cien peroraciones. Estudiad hasta el acento, hasta el gesto, hasta el modo de dejar el sombrero debajo ó al lado; todo significa mucho; todo tiene su lenguaje. No descuidéis el banco azul, que también él revela infinitas cosas. Fijaos en el temblor de las manos, en la contracción de los labios, en lo forzado de la enervada sonrisa, en la palidez de las frentes; notad las actitudes estudiadamente confianzudas, que pretenden disimular inquietudes y recelos; observad si descubrís allí la suma de inteligencia y de enérgico deseo, de esa voluntad noble y pura que se escribe, á la larga, en la máscara viril del hombre de Estado, por medio de líneas imposibles de falsificar; mirad abriendo los ojos, prestad oído, porque hasta en el golpe de la mano sobre el tablero del pupitre encontraréis delatado cuanto en vano pretende ocultar detrás de sus gasas polvorientas y marchitas la retórica de oratoria parlamentaria.

Entretanto, algunas veces, cuando se levanta el gran guerrillero á quien yo, en mi nomenclatura caprichosa de novelista, llamo *Juan Martín el Empecinado;* cuando acaricia el aire la palabra torneada, elegantísima, pulcramente literaria, del que llamaré *Rivadeneyra-Lemaître;* cuando en fin salta el aria de bravura, ó las filigranadas variaciones, ó el *allegro vivace*, ó el recitado donosísimo, el aficionado al arte que se oculta bajo la corteza del patriota aprovecha la ocasión feliz y se recrea en el espectáculo, que por ser bello es bueno, según antes decíamos. – Y la experiencia que allí se atesora, aunque tenga sedimento de amargura, porque deja pocas ilusiones respecto al porvenir, también es fortificante. Lo peor es vivir entre engaños y mentiras. Las Cortes, para quien se habitúa á la atenta observación, son, ¡parecerá increíble!, el *Palacio de la verdad*.

EMILIA PARDO BAZÁN



FRASES POPULARES

¡ABANDONARSE EN BRAZOS DE MORFEO!

El Sueño habitaba un sombrío palacio en el Erebo (Averno) á orillas del manso río del Olvido, sobre cuyas márgenes sólo crece la soporífera adormidera.

Allí, en el fondo de oculta estancia, reposando blandamente y á la continua aletargado, yacía este hermano de la muerte, y en realidad su imagen, sin dar otras muestras de vida que la acompasada respiración apenas perceptible fuera de los límites de su amplio lecho de ébano.

Rodeábanle diversos genios alados prontos á partir donde su voluntad indicara, descollando por su talle esbelto y verde corona ceñida á las sienes el célebre Morfeo, quien, como primer ministro del dios del reposo, tenía á su cargo la *Placidez* del sueño y anexa á ella el don de revestir con maravillosa exactitud, según indica su nombre de *Morpheo ó forma*, las figuras que debiera representar, si bien es de advertir que jamás descendía tan elevado funcionario á desempeñar los artificios de la *Visión, Falsa profecía, Quimera y Pesadilla*, relegados á sus hermanos menores Fobetor (Sombra) y Fantasía.

La vulgar opinión suele confundir el Sueño y el citado genio, induciendo no poco al error la frase muy corriente de «Abandonarse ó echarse en brazos de Morfeo;» mas no holgará decir que tal locución se inspira únicamente en las agradables funciones encomendadas al principal de los ministros del fabuloso dios.

LOPE BARRÓN

M. LOUBET, PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA FRANCESA

Nació M. Loubet en Marsanne (departamento del Drome) en 30 de diciembre de 1838, y terminada la carrera de Derecho, abrió bufete de abogado en Montelimar. Sus servicios en política pueden resumirse diciendo que ha sido por espacio de veintitrés años diputado ó senador, ministro de Obras Públicas en 1887, presidente del Consejo y ministro del Interior en 1892 y presidente del Senado en 1896.

Sus señas particulares son: rostro redondo, rodeado de barba corta y canosa, boca vigorosamente dibujada, nariz poco prominente, ojos claros de viva mirada, color mate algo tostado por el sol de su país natal, fisonomía franca algo maliciosa, grueso y más bien bajo que alto. Tiene un acento meridional muy marcado y en su conjunto ofrece el aspecto de un sencillo burgués.

La mayoría de los biógrafos del nuevo presidente dicen que no tiene historia, y en la ocasión presente esta cualidad negativa adquiere el valor de un rasgo significativo: en efecto, hasta el día de su elevación á la más alta magistratura de la República, la vida tranquilamente laboriosa de M. Loubet carece de brillo y de anécdotas; nada ha turbado el curso regular de su existencia, ningún hecho ruidoso ha señalado sus etapas.

El abogado provinciano ha salvado por un camino recto, pero siempre ascendente, la distancia que separaba la humilde cuna en que nació del Palacio del Elíseo en que hoy reside. Ha pasado por la hilera, por decirlo así, de todos los cargos electivos, habiendo sido consejero municipal, alcalde, consejero general, diputado y senador. Y dentro del Parlamento ha llegado á ser ministro y luego presidente del Senado. Ayer era la segunda personalidad del Estado; hoy es la primera, después de haber subido uno por uno todos los peldaños de la jerarquía política. Su carrera se compone de una serie de ascensos normales, graduales, merecidos, conforme á los principios estrictamente democráticos, á los que ha ajustado siempre su conducta y de los cuales es ahora el más alto representante.



M. EMILIO LOUBET, EL NUEVO PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA FRANCESA (de fotografía de Pirou, París)

Para completar estos ligeros apuntes daremos acerca de las personas más allegadas de la familia del nuevo presidente algunos datos que creemos interesarán á nuestros lectores.

En 1867, cuando era simplemente abogado de Montelimar, M. Loubet se casó con la señorita María Denis, hija de un comerciante en hierro de la misma población, que entonces contaba diez y ocho años. Mme. Loubet ha sido siempre muy amante de la vida de familia y de la sencillez, á pesar de lo cual cuando su marido ha ocupado elevadas posiciones, bien como presidente del Consejo, bien como presidente del Senado, ha demostrado que sabía presidir las recepciones y fiestas oficiales con corrección irreprochable y exquisita cortesía. M. Loubet tiene dos hijos y una hija casada con M. Soubeyran de Saint-Prix, juez de Marsella.

La madre de M. Loubet vive todavía y habita en su granja de Marsanne: tiene actualmente ochenta y seis años, disfruta de excelente salud y es de rostro simpático y bondadoso, muy activa y afable. Viste como las aldeanas acomodadas de su país y lleva siempre su delantal de tela azul y su cofia blanca rizada. La noticia de la elección de su hijo para el cargo de presidente de la República, más bien que alegrarla lo que hizo fué entristecerla: á fuer de madre amantísima, tal vez en aquel momento más que en los esplendores de que había de verse su hijo rodeado pensó en los sinsabores y aun peligros anejos á una posición tan difícil y tan codiciada.

La casa en donde nació M. Loubet está situada á dos kilómetros del pueblo de Marsanne: es una granja vasta, aislada en el fondo de un valle, formada por dos cuerpos de edificio cuyas rústicas construcciones comprenden en la planta baja las cuadras y los establos, y en el primer piso la habitación de la madre del presidente. El sol del Mediodía alegra con sus resplandores los tejados de encarnadas tejas y las paredes enjalbegadas de aquella granja en donde todo revela orden y regularidad de los trabajos que se realizan bajo la vigilancia de un ama inteligente.

La elección de M. Loubet ha sido causa de apasionadas discusiones y aun ha dado origen á algunos disturbios que por fortuna ha sofocado muy pronto el buen sentido y el patriotismo de los franceses. Los orleanistas y los bonapartistas se han agitado, y parece que tenían los primeros tramado un plan para promover un pronunciamento militar y entronizar á su candidato; pero el plan, si existía, ha fracasado gracias á las previsoras medidas adoptadas por el gobierno.

La Liga de Patriotas, á su vez, con Deroulede al frente, ha querido aprovecharse de las circunstancias, y pretextando la parcialidad supuesta del nuevo presidente en favor de la causa revisionista, ha intentado producir algún movimiento popular para derribar las actuales instituciones, sin saber á punto fijo con qué había de sustituirlas. La energía por el gobierno desplegada poniendo presos á los cabeza de motín y la sensatez demostrada por la Cámara de Diputados otorgando en el acto la autorización para procesar á Deroulede y Hervé, ha restablecido la tranquilidad y devuelto la confianza á los que entienden que la base principal del bienestar y del progreso de un país es la paz.

En cuanto al programa de M. Loubet puede sintetizarse en el discurso que pronunció al recibir del jefe del gabinete M. Dupuy la investidura de su elevado cargo. Después de manifestar que nunca hubiera podido esperar verse investido con la primera magistratura de la República y que sólo obligado por el deber aceptaba la penosa carga que acababan de imponerle, añadió:

«Soy republicano, lo he sido siempre y permaneceré durante mi vida fiel á los principios republicanos. Quiero que el Elíseo sea una casa republicana, y á todos los republicanos estarán siempre sus puertas abiertas de par en par. Trabajaremos todos juntos, y cuento con vuestros consejos para conseguir el apaciguamiento del país. Es este un deber imperioso, pero no olvidemos nuestros principios, no reneguemos de ninguno de los que constituyen el honor de la República y la gloria de Francia.» – X.

LA REPRESENTACION DE UN MISTERIO EN LA BAJA BRETAÑA

A Mme. X... en su casa solariega de Kerlor, por Plouezoc'h (Finisterre)

Prima mía, será preciso que nos calcemos los zuecos: los plátanos ya no tienen hojas; el cielo toma un tinte gris ceniciento y ayer vi algunos chorlitos bañándose en el Sena. Estamos en pleno otoño y se aproxima noviembre con sus largas veladas y con sus ideas melancólicas, ¿Qué vas á hacer cabe el fuego del hogar durante todo este tiempo? Cuentan las crónicas de Kerlor que la chimenea de la gran sala de la casa solariega podía cobijar debajo de su campana doce criadas, ocho criados y seis pares de perros; robles enteros ardían sobre sus altos morillos de hierro, y Boishardy hizo asar en ella un buey para sus chuanes.



LA REPRESENTACIÓN EN EL TEATRO DE PLOUJEAN

Prima mía, hay noches en que el hogar de Kerlor debe parecerte algo grande...

Cálzate los zuecos, prima mía, y corre á visitar de mi parte á un hornero de Ploujean, que es, además, comisionista, posadero y barbero. Todo esto es y aun algo más, puesto que es empresario y dirige una compañía de actores, encarnando en su personalidad ruda y robusta todo cuanto queda del arte popular dramático bretón.

Y Parc ó Parkic, que con estos dos nombres se le llama indistintamente, siendo el segundo un cariñoso diminutivo del primero, te dirá cómo se las compone

Ploujean de noche

para devolver la vida á los hogares solitarios. Su historia, prima mía, es edificante; de ella se ha hablado mucho durante el último verano y de fijo ha llegado á tus oídos. A pesar de esto, tengo mis razones para referírtela de nuevo, y quieras que no, tendrás que oirla, prima mía.

La escena pasa en Ploujean en el mes de septiembre del año de gracia de 1897: ya conoces esa tranquila aldea de la costa bretona con su cementerio,



Parc, director de la compañía, en el papel de rey Grallon

sus grandes olmos, su campanario calado y su media docena de casitas bajas, achatadas y grises, cuyas piedras están unidas por filetes de cal viva que forman en las paredes una cuadrícula plateada. La campiña que alrededor de Ploujean se extiende tiene cierta belleza meditativa, una especie de belleza de pensamiento, tan dulces y graves son sus líneas. El alcalde del lugar, M. Cloarec, nos había invitado á almorzar en compañía de Le Braz, Ary Renan, Famel Maufra, Dezaunay y Ludovico Durand. La conversación durante el almuerzo versó sobre la Bretaña, y hablando de ella uno de los comensales, lamentóse de la decadencia en que había caído el arte dramático bretón.

–¡Ya no hay compañías dramáticas populares! ¡Ah! ¡Quien recuerda á la Bretaña de hace treinta años, la Bella durmiente en el bosque, y ve ahora los casinos y los billetes circulares!.. Todo aparecía entonces sumido en un encantado sueño, y por una delicada atención de la Providencia, el reloj del tiempo se obstinaba, en esa tierra dichosa, á señalar en pleno siglo XIX la hora del siglo XV. Entonces podíamos hacer nuestra la frase del pobre Ponson du Terrail que ha sido objeto de tantas burlas: «Nosotros, los hombres de la Edad media.» Cuatrocientos años de silencio y olvido pesaban sobre los misterios franceses cuando todavía seguían representándose los misterios bretones en Bretaña. En todas las ferias, en todas las romerías, mercados, comercios agrícolas, etcétera, levantábanse aún, hace treinta años, andamios y tablados de rústicos maderos en donde una compañía de actores indígenas representaba la *Vida de los cuatro hijos de Aymón*, el *Purgatorio de San Patricio* ó la *Pasión de Nuestro Señor Jesucristo.* Prohibiciones eclesiásticas, decretos del Parlamento, obstáculos de toda especie maliciosamente combinados por la administración, todo resultaba inútil: en cuanto se anunciaba una representación, las gentes de diez leguas á la redonda acudían *al lan ar c'hoari,* al «lugar del espectáculo,» y en la noche que precedía al día de la fiesta, todos los caminos de Bretaña ofrecían el aspecto de un éxodo singular, pues por ellos marchaban los pobladores de parroquias enteras alumbrados por las estrellas del firmamento. Una complicidad general paralizaba la hostilidad del clero y de los poderes públicos. Los carpinteros y los herreros daban gratuitamente uno ó dos jornales de trabajo para la construcción del escenario; los aldeanos facilitaban los transportes, los posaderos las pipas vacías; los vecinos acomodados ornamentos y tablas; y los nobles, tapices, pelucas y espadines. El teatro había llegado á ser para nuestros compatriotas una verdadera necesidad, y como dice Luzel, una enseñanza nacional... Hoy en día los actores de misterios, si es que aún los hay, no se atreven á afrontar la publicidad del *lan ar c'hoari;* una vergüenza mal entendida paraliza su valor. De las tres compañías que teníamos todavía, allá por el año de 1887, en Lanmeur, en Pluzunet y en Ploumaret, ninguna existe al presente: falta la fe ó la voluntad activa que pudiera reunir sus elementos dispersos é infundir nueva vida á estos cuerpos sin alma...

Al oir esto, prima mía, el anfitrión pidió la palabra y comenzó por mostrarse conforme con todo cuanto acababa de decirse. Sin embargo, quiso hacer una ligera observación sobre uno de los puntos tratados, diciendo que si, en efecto, habían muerto tal vez las compañías de Lanmeur, Pluzunet y Ploumaret, en cambio se estaba formando en su propia municipalidad, en el mismo Ploujean, una compañía nueva, cuyo director era un tal Parc, el cual había agrupado en torno suyo á algunos cultivadores de la comarca. Estas buenas gentes no tenían lo que en el Conservatorio se llama talento, pero lo suplían con una fe sincera y con la divina inocencia de las almas sencillas. El alcalde terminó su peroración ofreciéndose á ponernos en relaciones con el jefe de aquellos mo destos actores, de quien quizás podríamos sacar algo.

Le Braz y yo cambiamos una mirada.

–¿Si probáramos?, propuse yo.

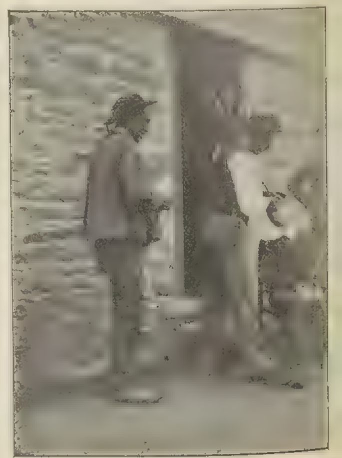
–¡Aceptado!, contestó Le Braz.

El horizonte que veíamos al través de las ventanas del fumadero teñíase de un matiz rosa pálido, y de los cigarros sólo quedaba un poco de ceniza adherida á la punta que aún sosteníamos entre los labios. Declinaba el día, y guiados por nuestro huésped salimos de su casa en busca de Tomás Parc. Al llegar cerca de la iglesia nos llamó la atención un grupo: era el director de la compañía que en mangas de camisa y á la puerta de su tienda, para tener más luz, afeitaba á uno de sus parroquianos.

Un año después, prima mía, los periódicos de París y de Bretaña publicaban el siguiente anuncio que, si lo has leído, no ha turbado, al parecer, gran cosa la quietud de tus siestas.

«El domingo próximo, día 14 de agosto, en una aldea perdida en la costa de Finisterre, en Ploujean, pueblo situado cerca de Morlaix, se levantará al aire libre, en la plaza y adosado al cementerio parroquia un teatro rudimentario y rústico en donde la última compañía de actores indígenas representará un antiguo misterio del siglo XVI, titulado *La vida de San Gwenolé.* Esta representación, patrocinada por M. Gastón París, miembro de la Academia Francesa, y por las más ilustres autoridades del mundo céltico, los Sres. Gaidoz, Loth, Ernault, de la Borderie, etcétera, ha sido organizada por dos de nuestros colegas, M. Anatolio Le Braz y Carlos Le Goffic con el concurso del alcalde de la localidad M. Emilio Cloarec. Nada se ha omitido para dar á esta restauración del antiguo teatro bretón un carácter de fidelidad histórica de que habían estado sobradamente desprovistas las tentativas anteriormente hechas. El escenario ha sido construído, como es costumbre en tales espectáculos, con tablones y tablas y tiene bastidores portátiles á los dos lados. M. Maxime Maufra ha pintado una decoración partida en dos para los cambios de acción; los trajes han sido confeccionados según las acuarelas de los Sres. Ary Renan y Ludovico Durand, y el programa lo firma Dezaunay. Dos cornamusas componen la orquesta. Los pedidos de localidades deben dirigirse á M. Famel, tesorero general del Comité.»

Supongo, querida prima, que no has pedido localidad; por lo menos no he visto tu nombre en la lista de Famel. Confiesa que la cosa no te inspiraba gran confianza. ¡Cuán mal hiciste! El éxito de M. Pottecher en Bussang hubiera debido servirte de aviso: la solidaridad de las dos tentativas afirmábase la misma víspera de la representación de Ploujean por los fraternales saludos y los votos cambiados entre los dos teatros. Nuestro objetivo era análogo y análogos también eran nuestros esfuerzos. Los restauradores del teatro bretón entendían, de acuerdo con el creador del teatro vosgiano, que el pueblo del campo tiene derecho á su fórmula dramática, ni más ni menos



Parc en sus funciones de barbero

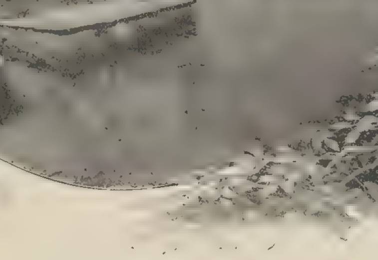
que el pueblo de los centros urbanos; y si no se hacían ilusiones hasta el punto de creer que una comedia pueda reformar las costumbres y modificar bruscamente á los hombres, estaban por lo menos convencidos de que toda conciencia que habla, despierta una conciencia que escucha, y de que basta que los actores sean sinceros para que los espectadores se sientan emocionados. Sin pretensión de revolución

en lo más mínimo el arte dramático, querían «proporcionar nuevamente á los aldeanos la alegría y quizás el provecho de los espectáculos escénicos que crearan sus antepasados.» Anudaban la tradición rota; querían que las obras representadas fuesen, como en otro tiempo, expresión inmediata y espontánea del arte popular; volvían á emplear para dirigirse al pueblo el lenguaje del pueblo; deseaban que su teatro contribuyese en primer término á entretenerle, pero que coadyuvase además á su educación.

Dentro de este orden de ideas representóse en Ploujean el *Misterio de San Gwenolé*. No te describiré la representación, querida prima, porque de ella se ocupan extensamente los diarios; pero sí te diré que fué una fiesta hermosa en la cual sentimos latir, como quizás no había latido nunca, el corazón del buen pueblo de Bretaña. El resultado superaba á las esperanzas que todos concibiéramos. Cierto que no habíamos economizado tiempo ni esfuerzos, pues un teatro, aun siendo un teatro popular, no se improvisa en un día. La elección de la obra que debía representarse nos entretuvo mucho: primeramente nos fijamos en la *Pasión de Nuestro Señor Jesucristo*, para la cual nos facilitaban indicaciones precisas los pasos esculpidos en los calvarios de Plougastel, de Guimilliau y de San Theogonnec; pero al fin nos decidimos por *a Vida de San Gwenolé*. Ningún santo más popular que este en Bretaña después de Ibo Heloury: es el «santo del mar» que en el misterio representado salva de entre las olas al rey Grallon, el Grallon de la ciudad de Is, cuyo recuerdo vive todavía en el corazón de todos los bretones y que la música de Lalo ha revelado á los parisienses. ¡Hasta las piedras conservan allí la imagen de aquel rey! Dígalo, si no, esa roca de Tregastel, de treinta metros de alto, que reproduce con la limpieza de una medalla el perfil de un monarca merovingio, con su gorguera y su tiara, y á la que el pueblo denomina la roca Rey-Grallon. Y este peñasco, dicho sea sin ánimo de ofenderte, prima mía, da muy otra idea del personaje que las melodías de Lalo.



LOS ORGANIZADORES DE LA COMPAÑÍA



EL CEMENTERIO DE PLOUJEAN

Parc en persona desempeñaba el papel de Grallon. Después de haber él y sus camaradas entonado en la escena, arrodillados y con las manos cruzadas, el *Veni Creator*, salutación con que comienzan en Bretaña todas las representaciones de misterios, adelantóse solo hacia el público, saludó profundamente y con acento pausado y grave, que tenía tanto de canto como de declamación, improvisó una especie de discurso rimado, á modo de prólogo, solicitando en primer término la atención del auditorio, «clero, nobleza y pueblo,» y rogándole que se mostrase indulgente por las faltas que cometieran él y sus compañeros, «pobres gentes sin instrucción que no habían ido nunca á la escuela como los hijos de los nobles y de las familias acomodadas.» Después de esto hizo un resumen de la obra que se iba á representar. Estamos en el siglo VI de la era cristiana y en la corte del rey Grallon, en la legendaria ciudad de Is. ¡Triste época aquella para la Bretaña! Grallon, con su debilidad, ha dejado que la licencia y los vicios se apoderasen de su capital; á la anarquía de las costumbres añádese la amenaza de una invasión extranjera; pero Dios envía á tiempo un salvador en la persona del joven Gwenolé, hijo de un señor de la Gran Bretaña, llamado Fregán, y de la esposa de éste, la princesa Alba. Fregán y su familia ruegan al Señor que se apiade de los bretones y sus plegarias hallan eco en el cielo: la invasión bárbara es rechazada, y el mismo Grallon, después de haberse convertido al Dios verdadero, es salvado por Gwenolé. Mas aquí se detiene la misericordia divina: los crímenes por la ciudad de Is cometidos atraerán sobre ella la misma suerte que cupo á las ciudades malditas del Antiguo Testamento, y así como éstas perecieron por el fuego, Is perecerá por el agua. El mar rompe bruscamente los diques que resguardan la ciudad, y en la plaza en donde se alzaron en otro tiempo sus orgullosas torres, no se ve más que una triste extensión de arena, un lecho de fucos y algunos peñascos que las olas cubren dos veces al día.

Durante este prólogo explicativo, indispensable en toda representación popular para que los espectadores no se desorienten en medio de los bruscos movimientos escénicos y puedan seguir sin demasiado esfuerzo la acción eminentemente compleja que ante sus ojos se desarrolla, una costumbre singular y que, según creo, no existía en los misterios franceses, exige que el que lo recita haga, á cada cuatro versos, una evolución alrededor del teatro: esta evolución es lo que se denomina la *marcha*. Un antiguo manuscrito, citado por Emilio, dice que en el entretanto «han de tocar rabeles y cornamusas.» Parc



REPRESENTACIÓN ESCULPIDA DE UN MISTERIO DE LA PASIÓN, existente en un calvario de la Baja Bretaña

se sometió á esta costumbre. Te aseguro, querida prima, que estaba soberbio con su manto encarnado y su gran peluca blanca. Su hermano menor, Juan María Parc, dependiente de comercio, desempeñaba el papel de Gwenolé: los demás personajes eran peones camineros, albañiles, carreteros y labradores. Estas buenas gentes representaban hasta los papeles femeninos, pues ya sabes que en la Edad media (y en Bretaña, pese á sus detractores, en plena Edad media vivimos todavía) estábales prohibido á las mujeres presentarse en escena.

Y á esto precisamente quería venir á parar, prima mía. Para hacerte mi confesión completa, debo decirte que si los papeles masculinos se llevaban el asentimiento de todos, la opinión general estimaba que los femeninos dejaban mucho que desear. Aquello no era lo que debía ser, ni mucho menos: figúrate que Clervia se sonaba con un pañuelo de grandes cuadros y que la reina Alba escupía de una manera ignominiosa. ¡Ah, si hubiese habido alguna gran señora como tú para afinar á esas princesas improvisadas, enseñarles á andar, á recogerse los vestidos y á saludar ceremoniosamente! Y como estaba pensando en el invierno que se aproxima, en las largas y solitarias veladas durante las cuales hará seguramente presa en ti el aburrimiento, cuando con un poco de buena voluntad tan fácil había de serte llevar de nuevo la vida bajo los altos jambajes de Kerlor, se me ha ocurrido que una conversación con mi amigo Parc abriría á tus ensueños horizontes no sospechados. ¿Qué dirías, por ejemplo, del proyecto que voy á exponerte? Siguiendo las indicaciones de Parc, podrías escoger una docena de aldeanos, de esos aldeanos que se encuentran todavía en algunas parroquias de Bretaña, rudos y hermosos como antiguos bárbaros, los cuales, para entretener sus ocios y para satisfacer al propio tiempo su obscuro instinto del teatro, se dedican á declamar entre ellos fragmentos de comedias, trozos de papeles del viejo repertorio nacional. A estos aldeanos, tú podrías ofrecerles lo que les falta: en primer término, consejos útiles para los papeles femeninos y el modelo perfecto de tu gracia sin rival; luego, la hospitalidad de un gran salón común en donde, ante un fuego de brillantes llamas y entre el ruido de las poncheras de *flip* que se calientan sobre las cenizas, la compañía pueda ensayar cómodamente la obra que nos representará durante las vacaciones. ¡Vamos, prima, un buen impulso! El arte dramático se muere en Bretaña; ayúdanos á reanimar á este moribundo, á resucitar en toda la superficie del territorio esas antiguas compañías de actores populares, honra y prez de nuestra vieja provincia. Al obrar así no harás más que practicar un acto de caridad; pero al mismo tiempo habrás devuelto la vida á Kerlor y sacudido para siempre la tristeza de esa gran mansión gótica en donde ahora sólo el viento de invierno pasea su desagradable cantilena y que se llenará, como por encanto, de un tumulto de voces juveniles y sonoras. Esta es la gracia que de ti solicito, como amigo y como bretón.

A tus pies, querida prima.

Carlos Le Goffic



S. A. el príncipe Felipe, duque de Orleans, pretendiente monárquico al trono de Francia
(de fotografía de Koller-Karoly, Budapest)

REGATEOS ARTISTICOS

(LA VERDAD EN ESCENA)

Inútil será (como lo ha sido siempre) cuanto se predique y se propale contra los *convencionalismos* escénicos; «en el teatro, dice un personaje muy cómico de cierta popularísima zarzuela, *tutto è convenzionale*,» y esto que el empresario *Cherubini*, de «*El Dúo de la Africana*,» dice en son de broma y como aforismo burlesco, es axioma fundamentalísimo de la dramaturgia. En escena, lo sostengo aunque se escandalicen y me execren los partidarios del realismo, nada hay que sea verdad; ni que pueda serlo.

Asunto es este acerca del cual se ha dicho bastante y queda mucho por decir todavía.

Como los mantenedores de la verdad siguen en sus trece y los defensores de la ficción se emperran en sus catorce, y ni los argumentos de los unos convencen á los otros, ni las razones de los otros parecen satisfactorias á los unos, suspéndense á menudo las hostilidades, termina, provisionalmente, la controversia; pero la cuestión sigue en pie y con su tema cada loco.

Acontece por esto que, por un incidente inesperado, con el más insignificante motivo, la polémica renace y se recrudece la lucha.

Volvemos entonces á la repetición de los mismos razonamientos y de las réplicas mismas, hasta que fatigados de argumentar, y hasta de lanzarse improperios é insultos, los contendientes, enterados de que de esta discusión no nace la luz, tornan á pactar armisticio, tácito ó expreso, y como suele decir el vulgo: «Hasta otra.»

La última vez que vi resucitada esa disputa en los periódicos franceses, fué en el mes de julio último, con ocasión de haber representado la eminente actriz italiana *Eleonora Duse* en París el drama «*Adriana Lecouvreur*.»

«*Eleonora Duse*, dijeron entonces los críticos franceses, ha desempeñado el quinto acto de *Adriana* con todo el realismo de su fogosa naturaleza, y el efecto que produjo en el público fué desconsolador, terrible, horripilante.»

Sí lo sería; vaya si lo sería: horripilante y terrible y desconsolador, y además... además falso.

Porque si *Adriana* muere en escena, y la Duse, con todo el realismo de su fogosa naturaleza, horripiló á los espectadores, pero se quedó viva (afortunadamente), claro es que no llevó la verdad, sino la ficción, al teatro; en lo cual hizo perfectísimamente. ¡Pues medrados estábamos si el actor que se envenena en un drama hubiese de envenenarse de veras por respeto al realismo en el arte!

El Heraldo de Madrid publicó, al dar noticia de esas representaciones de la Duse, unos párrafos que voy á reproducir porque me parecen curiosos y muy del caso:

«A este propósito recordaremos (decía *El Heraldo)* que cuando la Rachel debía ejecutar el acto ya citado (el quinto de *Adriana)*, ansiosa de estudios y datos fisiológicos, visitaba constantemente al célebre cirujano Velpeaud, que era uno de sus amigos, para preguntarle cómo y de qué manera se moría envenenada.

»El célebre cirujano le detallaba la obra destructora del veneno, los espantosos sufrimientos físicos que origina, los hipos, las contracciones, el fuego devorador que recorre las venas, la parálisis, y en fin, la muerte convulsiva.

»Rachel escuchaba con avidez al doctor, y asustada de una muerte real, ya en acción, tuvo miedo y retrocedió ante una muerte demasiado verdadera. Murió, pues, en *Adriana*, plástica y poéticamente. Al terminar el drama preguntó á Velpeaud su opinión.

– »Admirable como siempre, contestó éste, pero no habéis muerto según las reglas; los envenenados ni declaman, ni piensan, y torturados por el dolor, sólo gritan.

– »Tenéis razón, contestó Rachel; pero no me atreví; he preferido la muerte del teatro.»

Después de recordar esta anécdota, el articulista de *El Heraldo* decía que entre la muerte real y la del teatro «prefería la última por ser más poética y más consoladora;» ya lo creo, y la única posible en escena.

Porque en el teatro, donde no es posible, ni sería lícito, que dos enemigos se acuchillen de verdad; donde se llora de mentirijillas y se ríe sin gana, donde los árboles son pintados y el mar es de lienzo y la noche día y las montañas trastos, todo lo que sea verdad se sale, por el solo hecho de serlo, del marco aceptado y convenido, y choca desagradablemente con las aspiraciones del espectador.

Porque lo absurdo, lo inadmisible que hay en la pretensión de los que exigen verdad en la escena, estriba precisamente en eso, en la absoluta imposibilidad de que en el escenario sucedan de veras las cosas.

Y no pudiendo, como efectivamente no pueden ser verdad en su fundamento y en su esencia los hechos, ¿cómo han de serlo, ni á qué conduce que lo sean en lo accidental, en lo accesorio?

A nada, sino á producir una amalgama de mentira y verdad, una mezcolanza de realidad y de ficción que es lo más antiestético que puede imaginarse.

Imaginemos que para representar un naufragio se obstinase un pintor escenógrafo en llevar á las tablas del proscenio un caudal de agua salada, con algas marinas y todo, como el que pueda caber en un estanque de grandes dimensiones, ¿de qué y para qué serviría aquel pueril y costoso alarde de propiedad si ni el cielo, ni la playa, ni las rocas, ni las nubes, podían corresponder á la realidad del agua?

Y no se resuelve la dificultad transigiendo: en esto no hay transacción posible; ó todo ó nada; ó todo verdad ó ficción todo; no es el arte cosa de regateo, ni de discusión sobre el más ó el menos.

No voy á definir *ex cathedra* sobre la materia; ni tengo autoridad para definir, ni aun teniéndola lo haría; no diré lo que es ni lo que debe ser el arte escénico; pero sí afirmo que no ha sido, ni es, ni será nunca, si no cambia por completo su naturaleza, la realidad de la vida, la verdad del hecho.

La muerte del *Teatro* á que se refería la Rachel, no será nunca la verdadera muerte, como no son los

sepultureros de *Hámlet*, de Shakespeare, esas dos preciosas figuras del realismo dramático, los sepultureros de carne y hueso que habría conocido en su vida el autor de *Hámlet*.

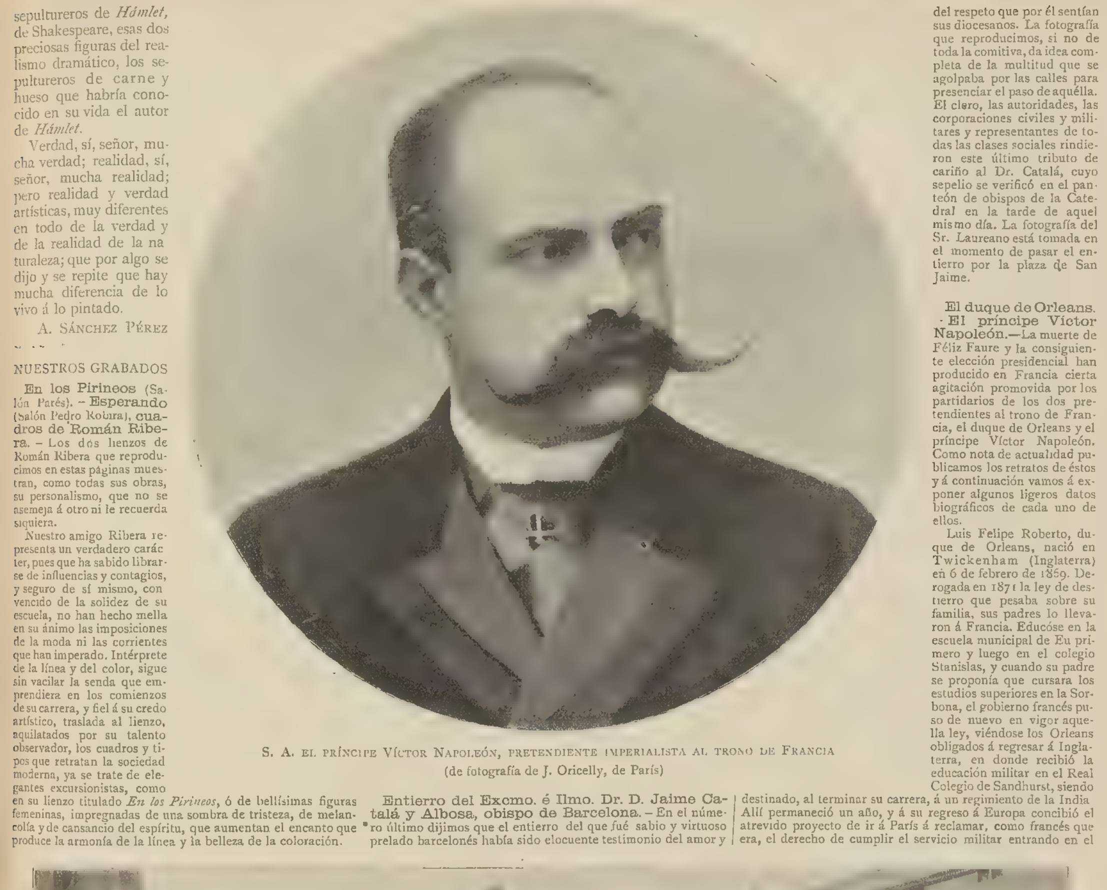
Verdad, sí, señor, mucha verdad; realidad, sí, señor, mucha realidad; pero realidad y verdad artísticas, muy diferentes en todo de la verdad y de la realidad de la naturaleza; que por algo se dijo y se repite que hay mucha diferencia de lo vivo á lo pintado.

A. Sánchez Pérez

NUESTROS GRABADOS

En los Pirineos (Salón Parés). – **Esperando** (Salón Pedro Robira), **cuadros de Román Ribera.** – Los dos lienzos de Román Ribera que reproducimos en estas páginas muestran, como todas sus obras, su personalismo, que no se asemeja á otro ni le recuerda siquiera.

Nuestro amigo Ribera representa un verdadero carácter, pues que ha sabido librarse de influencias y contagios, y seguro de sí mismo, convencido de la solidez de su escuela, no han hecho mella en su ánimo las imposiciones de la moda ni las corrientes que han imperado. Intérprete de la línea y del color, sigue sin vacilar la senda que emprendiera en los comienzos de su carrera, y fiel á su credo artístico, traslada al lienzo, aquilatados por su talento observador, los cuadros y tipos que retratan la sociedad moderna, ya se trate de elegantes excursionistas, como en su lienzo titulado *En los Pirineos*, ó de bellísimas figuras femeninas, impregnadas de una sombra de tristeza, de melancolía y de cansancio del espíritu, que aumentan el encanto que produce la armonía de la línea y la belleza de la coloración.



S. A. el príncipe Víctor Napoleón, pretendiente imperialista al trono de Francia (de fotografía de J. Oricelly, de París)

Entierro del Excmo. é Ilmo. Dr. D. Jaime Catalá y Albosa, obispo de Barcelona. – En el número último dijimos que el entierro del que fué sabio y virtuoso prelado barcelonés había sido elocuente testimonio del amor y del respeto que por él sentían sus diocesanos. La fotografía que reproducimos, si no de toda la comitiva, da idea completa de la multitud que se agolpaba por las calles para presenciar el paso de aquélla. El clero, las autoridades, las corporaciones civiles y militares y representantes de todas las clases sociales rindieron este último tributo de cariño al Dr. Catalá, cuyo sepelio se verificó en el panteón de obispos de la Catedral en la tarde de aquel mismo día. La fotografía del Sr. Laureano está tomada en el momento de pasar el entierro por la plaza de San Jaime.

El duque de Orleans. - El príncipe Víctor Napoleón.—La muerte de Féliz Faure y la consiguiente elección presidencial han producido en Francia cierta agitación promovida por los partidarios de los dos pretendientes al trono de Francia, el duque de Orleans y el príncipe Víctor Napoleón. Como nota de actualidad publicamos los retratos de éstos y á continuación vamos á exponer algunos ligeros datos biográficos de cada uno de ellos.

Luis Felipe Roberto, duque de Orleans, nació en Twickenham (Inglaterra) en 6 de febrero de 1869. Derogada en 1871 la ley de destierro que pesaba sobre su familia, sus padres lo llevaron á Francia. Educóse en la escuela municipal de Eu primero y luego en el colegio Stanislas, y cuando su padre se proponía que cursara los estudios superiores en la Sorbona, el gobierno francés puso de nuevo en vigor aquella ley, viéndose los Orleans obligados á regresar á Inglaterra, en donde recibió la educación militar en el Real Colegio de Sandhurst, siendo destinado, al terminar su carrera, á un regimiento de la India. Allí permaneció un año, y á su regreso á Europa concibió el atrevido proyecto de ir á París á reclamar, como francés que era, el derecho de cumplir el servicio militar entrando en el



BARCELONA. – Entierro del Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo Dr. D. Jaime Catalá y Albosa, verificado el día 23 de febrero último

Paso de la fúnebre comitiva por la plaza de San Jaime (de fotografía de F. Laureano)



ESPERANDO, cuadro de Román Ribera (Salón Pedro Robira)



UN RATO, [illegible]

ejército como simple soldado. Detenido por las autoridades francesas, fué condenado á dos años de cárcel y encerrado en la de Clairvaux, pero á los cuatro meses fué indultado y ex-



D. AMADEO VIVES, autor de la música de la zarzuela *Don Lucas del Cigarral*, recientemente estrenada con gran éxito en Madrid. De fotografía de M. Company, de Madrid. (Véase página 166.)

trañado de Francia. Desde entonces, su vida política ha sido poco activa y enérgica, y apenas si da señales de vida cuando algún acontecimiento trascendental le pone, por decirlo así, en el compromiso de hacer algo por el triunfo de su partido. El duque de Orleans casóse en 5 de noviembre de 1896 en Viena con la archiduquesa María Dorotea, hija de la princesa Clementina de Orleans.

El príncipe Víctor Napoleón nació en París en 18 de julio de 1862, y en vida de su padre, el príncipe Jerónimo, promovió una disidencia en el partido imperialista, el cual, por iniciativa de M. Amigués y fundado en la disposición testamentaria del malogrado hijo de Napoleón III, quiso oponer un joven convencido, de corazón ardiente y entusiasta de su causa, al príncipe Jerónimo, tachado de republicano y aun por algunos, como Cassagnac, de comunista. Víctor Napoleón estudió en el liceo Carlomagno, y al llegar á la mayor edad púsose al frente de su partido y enfrente de su propio padre, el cual en su testamento consignó la siguiente cláusula: «Nada dejo á Víctor, mi primogénito: es un traidor y un rebelde. Su mala conducta me causa gran dolor y profundo descontento. No quiero que asista á mis funerales.» Y conforme con estas ideas, instituyó por heredero á su hijo segundo Luis. Pero





ANTIGUA MEDALLA CON EL BUSTO DE JESUCRISTO, de fotografía remitida por D. Ricardo Benedicto

aquel testamento no produjo políticamente efecto alguno, pues los dos hermanos vivieron desde el primer momento íntimamente unidos, y el príncipe Víctor fué reconocido como jefe único por todos los imperialistas. Vive en Bruselas, en donde sostiene una especie de pequeña corte y desde donde dirige de cuando en cuando algún manifiesto á sus partidarios.

Medalla con el busto de Jesucristo.—El ilustrado teniente coronel D. Ricardo Benedicto, ayudante de Campo del comandante general de Ceuta, ha tenido la bondad de remitirnos la fotografía de la medalla que adjunta reproducimos y cuyo interés queda demostrado con sólo tener en cuenta lo que en el número 893 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dijimos al ocuparnos de otra medalla análoga adquirida recientemente por M. Boyer d' Agen. El Sr. Benedicto nos dice que la medalla cuya fotografía nos remite existe en su casa desde tiempo inmemorial, es de bronce y mide 34 milímetros. Las leyendas del anverso y del reverso, traducidas por el Sr. Amador de los Ríos, dicen así: la del anverso, «El Varón» (por antonomasia); y la del reverso, «El Mesías» (el Ungido) Rey como padre de paz y hombre (que) al hombre salva.» Y como indicación del origen de la medalla señala el hecho de que en 1099 al tomar Godofredo de Bouillon, jefe de la primera cruzada, la ciudad de Jerusalén y batirse por última vez contra los infieles, mandó acuñar varias medallas con las llaves de aquella ciudad, que eran de bronce. Al reproducir estos datos y la medalla, que tal vez puedan ser un elemento importante en la discusión que acerca de la de M. Boyer d' Agen se ha entablado, damos las más expresivas gracias al Sr. Benedicto por la atención que ha tenido con LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

Un rayo, cuadro de Matías Schmid. – En cumplimiento de un voto ó en demanda de divino consuelo, subió la infeliz madre con su pequeño en brazos por la escarpada montaña, y fué á postrarse ante una de esas cruces que en muchas comarcas de Italia vemos levantarse de trecho en trecho como para recordar á los hombres la omnipotencia de Dios. Allí le sorprendió la tempestad, y abrazada á la cruz hirióle el rayo que puso repentino término á su existencia. El pintor alemán Matías Schmid, el poeta del pincel, como un notable crítico le ha llamado, ha dado forma á esta escena, y se la ha dado tan grandiosa y tan eminentemente dramática como exigen el pensamiento en que se inspirara y las condiciones en que tal idea debía desarrollarse. Las figuras de la infeliz madre que yace inanimada y de la inocente criatura que, ignorante de lo que significa la muerte, trata de despertar con sus caricias á la que cree dormida, constituyen un grupo lleno de sentimiento; y el paisaje agreste, envuelto en sombras que por un momento disipa el rayo, es de una belleza que raya en sublimi-



D. TOMÁS LUCEÑO, coautor de la letra de la zarzuela *Don Lucas del Cigarral*. De fotografía de M. Company, de Madrid. (Véase página 166.)

dad. El conjunto del cuadro es imponente y la impresión que produce es hondísima, de las que dejan suspenso el ánimo y en la mente un recuerdo de esos que difícilmente se borran.

El telescopio gigantesco que figurará en la Exposición Universal de París de 1900. – En los talleres de M. P. Gautier de París están dispuestas ya las diferentes piezas de este magnífico instrumento, debido á la iniciativa de M. Francisco Deloncle, que podrán admirar cuantos concurran á la gran Exposición universal de 1900. Este telescopio será el mayor de cuantos hasta ahora se han construído: el más grande de los existentes en la actualidad, el del Observatorio de Yerkes, tiene un objetivo de un metro de diámetro y la distancia focal es de 20 metros; en el de 1900 el objetivo tiene un metro veinticinco centímetros de diámetro y la distancia focal es de 60 metros. Su peso total es de 20 000 kilogramos. Este peso considerable ha hecho que el telescopio no pudiera ser colocado bajo una cúpula de 64 metros de diámetro, que habría exigido fundamentos de una solidez especial. Por esto M. Gautier ha adoptado la forma del siderostato de Foucault: compónese éste, en lo esencial, de un espejo plano, movido por un aparato de relojería de manera que los rayos luminosos lanzados sobre él por algún astro son enviados, después de su reflexión, en una dirección fija y absolutamente invariable: si se coloca en esta dirección el eje de un tubo, el observador que fijará el ojo en el ocular verá constantemente la imagen durante todo el tiempo que el astro permanecerá encima del horizonte, pudiendo estudiarlo detenidamente, sacar dibujos, fotografías, etc. El siderostato que nos ocupa comprende un espejo circular de dos metros de diámetro perfectamente liso y un tubo de 60 metros colocado horizontalmente en una línea que va de Norte á Sur, el cual transmite las imágenes á su foco, en donde pueden ser examinadas por medio de un ocular, ó impresionar una placa sensible, o finalmente ser proyectadas sobre una pantalla colocada en una sala de proyecciones, en donde serán expuestas á la vista de un público numeroso. Los detalles del grabado que publicamos en la página 168 dan perfecta idea de este telescopio gigantesco, gracias al cual podrán admirarse los mundos del sistema solar, y sobre todo nuestro satélite, como no han podido admirarse nunca hasta el presente.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – LONDRES. – El difunto barón Fernando de Rothschild ha legado al Museo Británico su colección del *Cinquecento*, valorada en siete millones y medio de pesetas, que comprende 260 obras, entre ellas preciosas labores de plata y oro, joyas, mayólicas italianas, objetos de talla en boj, esculturas de piedra, vidrios, bronces, armas y armaduras.

Teatros. – En el teatro de la Corte, de Darmstadt, se ha estrenado con gran éxito la comedia de Rostand *Cyrano de Bergerac*, traducida al alemán por Fulda.

París. – Se han estrenado con buen éxito: en el Odeón *Les Antibet*, comedia en cuatro actos de Emilio Pouvillon y Armando Artois, tomada de una novela del primero, y en el teatro de Capucines *Folle entreprise*, bonita pieza en un acto de Mauricio Donnay.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en Romea *¡Ho sé tot!*, graciosa comedia en dos actos de D. Federico Fuentes (hijo); y en el Eldorado *Alta mar*, bonita comedia en un acto de los Sres. García Alvarez y Paso. En Novedades funciona una excelente compañía dramática italiana que dirige la notable actriz Teresa Mariani.

Necrología.—Han fallecido:

D. Eduardo Vidal y Valenciano, notable escritor y aplaudido autor dramático catalán.

Hermán Junker, notable pintor de género alemán.

Max Leu, celebrado escultor suizo.

Dr. José Ritter de Maschka, ex catedrático de Medicina legal en la Universidad alemana de Praga, sabio de fama europea en esa especialidad médica.

José Molnar, pintor de historia húngaro.

Adolfo Watter, paisajista alemán.

Carlos Schoenlein, notable fisiólogo alemán, ex catedrático de la Universidad de Santiago de Chile y en la actualidad presidente de sección de la Estación Zoológica de Nápoles.

Alfredo Sisley, pintor francés, uno de los porta-estandartes de la escuela impresionista.

Gustavo Wolffhügel, ilustre higienista alemán, profesor de la facultad de Medicina y director del Instituto de Química é Higiene de la Universidad de Gottinga.



D. CARLOS FERNÁNDEZ SHAW, coautor de la letra de la zarzuela *Don Lucas del Cigarral*. De fotografía de M. Company, de Madrid. (Véase página 166.)

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 152, POR VALENTÍN MARÍN

NEGRAS

8 B. y 4 N. = 12 piezas.

BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 151, POR J. TOLOSA

Colóquese el Rey blanco en c R, y juéguese como sigue:

Blancas.	Negras.
1. T 3 A D	1. P 5 T D
2. P 4 C D jaque	2. P toma P (al paso)
3. Enrocan (T D)	3. P 7 C D mate.



Sintió un ligero estremecimiento en las venas al oir que él cerraba la puerta con llave

INSEPARABLES

Novela por Juana Mairet. – Ilustraciones de Marchetti

(continuación)

Y las señoras, curiosas y atrevidas, empezaron á hacer preguntas á Esteban, muy disgustado del incidente. Aquello era mucho peor que pasar por delante de la tienda de la Chaussée-d' Antin. Distaba mucho de aquellos tiempos en que, tanto por jactancia cuanto por irritación nerviosa, reivindicaba en voz muy alta aquel parentesco adoptivo con la buena tía Rosa.

–¡Sí, señoras! La señora Perraud es la tía de mi amigo Pedro Froment, y de vez en cuando pasaba yo las vacaciones en su casa.

–¿Y eso es todo?..

¿Ni un asomo de escándalo para divertir á aquella gente ociosa?.. Entonces, no valía la pena de hablar de ello.

En aquel instante, la señora Perraud, acompañada de Carlota, llegó por el lado opuesto. Al ver á aquellas elegantes admirando las rosas de su marido, apresuró el paso para saborear silenciosamente aquella admiración. ¡Qué dicha ver el cartelón de la *Medalla de oro* atrayendo las miradas de aquella gente!

Hasta que el grupo se volvió para continuar su paseo, la señora Perraud no reconoció á Esteban. Tuvo un instante de vanidad materna al verle en medio de aquellas señoras y caballeros elegantes, tratado por ellos de igual á igual, y con toda la fuerza de su voz exclamó dando un paso adelante:

–¡Ah! ¡Qué bien, Estebanito! ¿Has querido venir á ver nuestro triunfo? ¡Estaba segura de que te habías de alegrar como nosotros!

Y el rostro algo encarnado de la tía Rosa ostentaba una franca sonrisa de exuberante satisfacción. ¡Al fin se hacía justicia á su marido!

Germana y sus amigos se habían detenido, y observaban aquella pequeña escena, que les divertía enormemente. La tía Rosa había engordado mucho, y á pesar de ir muy decentemente vestida, parecía lo que era en realidad, una pequeña burguesa.

Esteban se ruborizó hasta las orejas, y se limitó á quitarse el sombrero, como hubiera saludado á una simple conocida. Furioso de aquel encuentro, por el cual se burlaban de él, y furioso también contra sí mismo; comprendiendo que lo mejor era afrontar la situación, reparando la torpeza de no haberlo hecho desde luego, balbuceó con aire desconcertado:

– En efecto, señora...

¡Ah! La explosión no se hizo esperar. La sangre de campesina hirvió de pronto en las venas de la tía Rosa. Esta se cuadró delante de Esteban, puesta en jarras, exagerando de intento las entonaciones vulgares de su voz, los gestos plebeyos que no se permitía más que cuando montaba en cólera, contenta al fin de poder hablar muy alto, para que todas aquellas personas aristocráticas ante las cuales él se avergonzaba de ella, fuesen testigos y pudiesen juzgar entre los dos.

–¡Ah! ¡Conque «señora!» ¿Y qué haces tú de la «tía Rosa» de tu infancia, que te llevó de la mano, que te dió albergue, que te dió de comer, que te amó y te mimó, y te consideró como hijo, lo mismo que á Pedro? ¿No existe ya la tocinera de la calle de las Escuelas, á quien hacías tantas zalamerías? ¡Claro! Ya no la necesitas para nada. Acuérdate, sin embargo, de tus protestas, cuando decías: «¡Tía Rosa, si algún día olvido tus beneficios, si algún día soy ingrato!..» ¡Pues hijo, más ingrato de lo que eres!.., ¡y no de ayer! ¡Si crees que no he visto ni comprendido nada, es que me tomas por más bestia de lo que soy! He contado tus visitas, cada vez más raras, de año en año, tus silencios apurados, tus repugnancias ante nuestra vida modesta de gentes sencillas. Muchas veces estuve á punto de decirte: «Muchacho, no te violentes. Si no somos de bastante tono para ti, vete á otra parte, aquí ¡nadie te retiene!» ¡Ah! ¡Necesitas la seda y el terciopelo de las grandes damas, la vida

de la gente rica, que se sirve de ti, créeme, como te serviste tú de nosotros, que te desprecian como tú nos desprecias! Todo se paga en este mundo, y algún día quedaré vengada, no lo dudes. Ahora, vuelve á ponerte el sombrero. En adelante, te puedes ahorrar el saludo. No eres tú el que reniega de mí; yo soy la que te despido...

Y volviendo bruscamente la espalda, le dejó corrido, sin palabra, lívido de coraje, mirando á aquella mujer que le había servido de madre, de quien él había renegado y que se alejaba tranquilamente, seguida de Carlota, temblorosa y azorada.

XI

Por fin los carteles anunciaban en grandes caracteres la nueva comedia *Matrimonio mundano*, de la cual hacía tiempo que hablaban los periódicos.

La sabia progresión del reclamo se había seguido bien: al principio, la modesta gacetilla en la sección de teatros; luego las indiscreciones á propósito de los modistos y modistas cuyas «admirables creaciones» estaban llamadas á causar sensación; finalmente, el día del estreno, un artículo biográfico, una gran semblanza, simpática esta vez, de los autores; un ditirambo en honor de su fiel compañerismo, de su tierna amistad que databa de la infancia, invocada cada vez que se ponía en duda el desinterés y la lealtad de afectos entre artistas y escritores. El autor del artículo, cediendo á las abusivas exigencias de la información moderna, daba detalles íntimos sobre las costumbres de los Sres. Dorsat-Froment, sobre su modesta habitación con vistas al jardín de Luxemburgo, y sobre la morada artística, verdaderamente digna de ellos, en que pronto iban á instalarse. También daba detalles acerca de la sobriedad y sencillez conocidas de Pedro Froment, y contenía finas insinuaciones sobre los éxitos mundanos de Esteban Dorsat. Y así hasta llenar dos columnas y media, lo bastante á satisfacer á los autores dramáticos más exigentes en materia de bombo.

Esteban llevó á la señora de Verneuil el billete de un hermoso palco que había de compartir con Germana y su marido. Por la tarde, la condesa, considerando que lo más sencillo era ir todos juntos, envió recado á su hija para que fuese á comer con su marido en el hotel de Verneuil. Volvió el criado diciendo que la señora baronesa había salido por la mañana con varios amigos á una partida de campo, y que aún no había vuelto. A las seis y media llegó una esquelita de Amadeo diciendo que empezaba á estar con cuidado. Temiendo un accidente, iba á pasar por casa de la Sra. de Viroy, que había sido de la partida.

- ¡Bah!, exclamó el conde; ya conocemos las locuras de Germana, que nunca ha podido ser puntual; se habrá divertido en llevar la partida muy lejos. Tranquilicémonos y no perdamos el primer acto. Parece que Got está admirable en él.

Los de Verneuil acudieron con puntualidad al teatro. Levantóse el telón, pero la condesa no podía menos de volver á cada instante la cabeza hacia la puerta del palco. Entonces el conde, sonriente y tranquilizado ya, le designó á la Sra. de Viroy en el anfiteatro. Germana iba á llegar.

En aquel primer acto de exposición, muy movido, muy cómico y muy moderno, el célebre actor estuvo, en efecto, admirable. La obra empezaba bien. El público no tardaba en conocer á los personajes de aquel drama, tan natural y lógico, que hubiese podido pasar en cualquier parte, en cualquiera de muchas familias que los espectadores conocían y criticaban.

Al escuchar aquel primer acto, que sin embargo habían oído leer, los de Verneuil no pudieron menos de cambiar miradas inquietas. El conde murmuró:

– ¡Sólo faltaría que reconociesen á Germana en esa Frufrú fin de siglo!

Es que desde la lectura en el campo, se habían precipitado los acontecimientos; las excentricidades de su hija, que excusaron al principio como ocurrencias originales, habían adquirido un carácter muy serio desde hacía algunos meses. Y acometidos de tardíos remordimientos, el conde y la condesa convinieron en que los mimos excesivos prodigados á su hija única y la debilidad que se lo permitiera todo, entraban quizá por algo en el desastre de su malhadado matrimonio. Ahora era ya tarde.

Y Germana no llegaba.

Terminó el primer acto, y los aplausos prolongados dijeron que el público estaba bien dispuesto y que la partida estaba medio ganada.

Los padres, verdaderamente inquietos, no sabían qué hacer. Durante el entreacto, recibieron en el palco algunas visitas, y tuvieron que afectar indiferencia, explicando que la Sra. de Lœwenthal, después de un largo paseo á caballo, habría llegado cansada... Por lo demás, Germana no había tenido nunca noción exacta del tiempo y jamás llegaba al principio de un espectáculo. Desde el anfiteatro, la marquesa de Viroy observó curiosamente á sus amigos con los gemelos, y viéndoles tranquilos, hablar y reir como de costumbre, cesó de mirarlos.

A la mitad del segundo acto, la puerta del palco se abrió bruscamente y entró el banquero con el rostro consternado y la mirada vaga. No se había quitado siquiera el abrigo y no iba de frac.

¿Alguna desgracia?, preguntó el conde levantándose y palideciendo. ¿Germana?..

– Germana no ha vuelto, contestó el marido.

La condesa se había levantado también, y los tres permanecieron en el fondo del palco, mirándose de hito en hito.

– ¿Algún accidente?.. Quizá está herida... ¿Qué hacer?

Amadeo contestó con una risita nerviosa:

– Lo dudo. Estaba buena y sana y muy alegre á eso de las cuatro. Iban juntos los de la partida y atravesaban el bosque de Satory. Todo esto me lo ha contado la marquesa de Viroy. Se lanzaron á galope; pero los demás, al cabo de algún tiempo, cansados ya, dejaron á Germana – y al duque de Señas - tomarles la delantera. A la hora del regreso, los dos faltaban. Se les aguardó hasta que los otros se cansaron y se vinieron sin ellos. Ahí tienen ustedes.

– Pero ¿quién nos dice que no se ha caído del caballo? ¡Es tan imprudente!

– Imprudente de muchas maneras, querido conde. Le confieso á usted que empiezo á estar harto de sus imprudencias. ¿Se figura usted que no sé lo que se dice por ahí? Se le atribuyen amantes – uno sobre todo sin razón quizá, pero basta que se los atribuyan. No me casé para que me pongan en ridículo, y ella me pone soberanamente en ridículo. Y acabaría por arruinarme, lo cual sería más grave aún. Esta vez la tengo cogida. Si vuelve á casa antes de media noche, tal vez cerraré los ojos; fingiré creer en la caída de caballo; pero pondré mis condiciones. Ella cambiará de vida en absoluto y no gastará más que lo que yo le permita gastar. Si no vuelve hasta mañana, pediré el divorcio, y tenga usted la seguridad de que lo conseguiré.

¡El divorcio! ¡No hará usted tal cosa! En nuestra clase, no es posible.

¡Pues lo pediré!

A pesar de haber bajado la voz, no impidieron que algo de su discusión, como un irritado murmullo, se oyese fuera del palco. Varios espectadores indignados se volvieron para hacer ¡chito!, llamando la atención sobre aquel hermoso palco, súbitamente desocupado. La marquesa volvió á mirar con los gemelos, y mostró en sus labios una semi sonrisa al distinguir las siluetas en el fondo del palco. Esta vez el escándalo estallaba. Hacía tiempo que ella lo había previsto.

Sobrecogidos, los tres actores de aquel otro drama se callaron, y en medio del silencio oyeron elevarse la voz de Got, mordaz é indignada:

«... ¿Le sorprende á usted la catástrofe? ¡Vaya una candidez para un hombre corrido como usted! ¡Cómo! Esos dos seres que no se conocían tres meses antes de jurarse fidelidad y ternura recíprocas, que no fueron echados el uno en brazos del otro más que por interés y por vanidad, que nunca reflexionaron sobre estas palabras sagradas: amor y deber; que nunca han considerado la vida sino como una carrera de placer ó un negocio espinoso, ¿es posible que de la noche á la mañana tomen en serio las cosas tratadas con tanta ligereza, y consideren como bagatelas las cosas por las cuales ella se ha vendido y él ha hecho una operación mercantil?.. ¡Calle usted!.. Ha sucedido lo que tenía que suceder, lo que sucederá siempre, hasta que el mundo haya comprendido esa verdad vulgar, pasada de moda y hasta ridícula, que para casarse hay que amarse desde luego.»

Estalló una salva de aplausos. Sin duda muchos de los espectadores habían considerado su matrimonio como un simple negocio. Pero en semejante materia, fácilmente se hace uno ilusiones. Ademas, ¿quién ignora que los hombres más interesados, reunidos en numerosa compañía, se muestran llenos de sentimientos elevados y nobles?

Cuando cesaron los aplausos, los padres de la imprudente baronesa se miraron, afligidos, y la condesa dijo simplemente:

– Es verdad. Todos los sofismas del mundo no destruirán esta gran verdad. Para casarse, sería menester algo más que conveniencias pecuniarias.

Abrió la puerta del palco y los dos hombres la siguieron. Durante el resto de la representación, el hermoso palco estuvo vacío.

Esteban, que durante el segundo entreacto quería ir á recibir las felicitaciones de sus amigos, quedó pasmado al ver que habían desaparecido, y murmuró al oído de Pedro:

– Algo grave ocurre seguramente en casa de los de Verneuil.

Esto le amargó un poco la alegría de aquella magnífica velada, que consagró la fama de los dos jóvenes colaboradores.

Mas no dejó que aquella nube obscureciese demasiado el sol de su gloria. Siendo niño, se entristecía al pensar en sus padres muertos tan jóvenes, sepultados bajo tierra; por esto pensaba poco en ellos. Ya hombre, sabía apartar resueltamente de sí las cosas tristes ó molestas. Así se lo imponía su genio.

Germana no volvió á su casa, sino á la de sus padres, al amanecer, medio muerta de fatiga y de terror. Su madre, que había pasado una noche atroz, la recibió en sus brazos, demasiado contenta de volverla á ver para dirigirle reproches.

– ¿Vienes herida?.. ¿Qué ha pasado?.. ¿Por qué no fuiste directamente á casa de tu esposo?

– Porque no me hubiera recibido. ¡Ah! No me hago ilusiones. Aprovechará la ocasión para desembarazarse de mí, y recientemente le he dado un pretexto.

– ¡Desgraciada!

– Sí, desgraciada, imprudente, todo lo que ustedes quieran, mamá, pero no culpable. Mas las apariencias son contra mí, todas las apariencias, y esto es mucho más grave que la culpabilidad.

– Pero ¿por qué no volviste con los de Viroy?

– En una de nuestras locas correrías, nos extraviamos, mejor dicho, el duque pretendió haber perdido el camino. ¡Ese gran señor es un malvado!.. Me hacía la corte; le permití que me hablase como no debí hacerlo; fuí más que imprudente; jugué con el fuego, porque me divertía dar celos á las demás mujeres; qué sé yo!.. Pero no creía tratar con un miserable...

Y Germana, que aún no había vertido una sola lágrima, se abatió súbitamente, sacudida por grandes sollozos, desesperada, humillada, no sabiendo cómo terminar su relato. Sólo á fuerza de preguntas, su madre, alocada, consiguió hacerle contar á trozos lo ocurrido.

So pretesto de que la silla de Germana no estaba firme, el duque fingió apretar las cinchas, pero en realidad debió medio cortarlas rápidamente, porque poco después la silla rodó y el español se apeó á tiempo para impedir que ella se cayese. ¿Qué hacer, en medio del bosque, lejos de poblado? Entonces el duque de Señas la condujo á un pabellón de caza, perteneciente á un amigo suyo y donde, según él dijo, había siempre un criado y víveres. Prometió que la silla estaría pronto arreglada, y ordenó al criado que buscase en la cuadra una cincha nueva, después de haber servido un tente en pie apetitoso.

Hasta entonces, la aventura más bien divirtió que asustó á Germana. Pero no tardó en tener miedo. El criado no volvía, el tiempo pasaba, y el duque, asegurándole que llegarían á París tan pronto como los demás, que el accidente explicaría el retraso, que no le disgustaría asustar un poco á «Pourri de chic,» que ella no perdería el famoso estreno del teatro Francés y que estaría más hermosa que nunca, diciendo todas estas cosas, decía también otras que no eran para repetidas.

Ya no cabía duda; la incauta mujer había caído en una emboscada abominable. Afortunadamente no perdió la serenidad. Insistió sobre la urgencia de marcharse, y envió imperiosamente al duque en busca del criado. Sintió un ligero estremecimiento en las venas al oir que él cerraba la puerta con llave. Estaba prisionera. Ya nada faltaba. Entonces ella abrió la ventana. La casa estaba construída sobre una pendiente, gracias á lo cual, á pesar de haberle hecho subir un piso, Germana no se encontraba á gran altura del suelo. Sin embargo, el salto era peligroso. Se suspendió en el antepecho de la ventana y se dejó caer en la tierra blanda, recientemente removida en aquel sitio. La caída la aturdió un momento, pero sólo un momento. En seguida echó á correr sin saber adónde iba. Saltó un vallado bajo y medio derruído, y continuó corriendo locamente, imaginándose á cada instante que la perseguían. Llegaba la noche y no conseguía ella salir del soto. Ya había obscurecido cuando llegó á una aldea donde no había más que una hostería de carreteros. Hizo que el buscaran un carruaje, y no lo encontraron sino con dificultad y muy tarde. Por fin había llegado. Pero en aquella pobre criatura desesperada, humilde ahora que comprendía su situación, nadie hubiera reconocido á la altiva, loca y seductora baronesa de Lœwenthal.

¿Quién iba á creer en semejante historia, ocurrida á fines del siglo XIX, entre personas bien educadas? ¡Seguramente no sería el barón Amadeo quien se dejase embaucar con tales patrañas!

La demanda del divorcio fué en seguida formulada y no había peligro de que el asunto se alargase. El duque de Señas permaneció una semana en París esperando recibir los padrinos del marido. La historia no había podido ocultarse; los periódicos se apoderaron de ella, disfrazando apenas bajo las iniciales á los autores de aquel nuevo escándalo parisiense. Pero Amadeo no contaba batirse; le bastaba el divorcio. Entonces el duque se marchó tranquilamente. Decía á sus amigos que entre la baronesa y él, todo había pasado lo más correctamente posible. El accidente de la silla era fácil de probar, y si por una deplorable mala inteligencia, Germana no se hubiera asustado, se hubiera arreglado todo. A sus amigos más íntimos les decía encogiéndose de hombros:

–¡Yo creía que ella no deseaba otra cosa! Me había dejado adelantar todo lo posible, y si en el mundo hubo ojos que dijeran «que sí,» fueron los suyos. Me parecía que sólo esperaba una ocasión... Con esas francesas, nunca sabe uno á qué atenerse.

En la sociedad de los de Verneuil, el desastre fué completo. Algunos amigos íntimos creyeron en la versión de Germana, ó fingieron creer en ella. Entre los demás, la desbandada fué general. Aquella casa, tan alegre poco antes, donde se tenía por una honra el ser recibido, se encontró súbitamente desierta é infamada.

Germana decía con amargura:

–Sin embargo, si yo hubiese sido amante del duque, nadie lo hubiera sabido, ó al menos nadie lo hubiera podido probar, y yo hubiese permanecido tranquilamente en casa de mi esposo; la gente hubiese continuado invitándome y halagándome. ¡De nada me sirve haber resistido!

El conde activó su marcha al campo. Sentía más que su mujer la catástrofe lamentable ocurrida tan poco tiempo después del matrimonio de su hija. Menos de un año había bastado para aquel derrumbamiento. No hizo reproche alguno á Germana, pero parecía envejecido y se había vuelto taciturno. El, cuyo buen humor había resistido á todas las tristezas de la vida, inclinó la frente ante aquella última prueba que le humillaba en su altivez de hombre, haciéndole sufrir al mismo tiempo como padre.

Sólo una vez le dijo:

–¡Pobre hija mía! Los primeros culpables somos tu madre y yo. Te hemos amado demasiado y mal. Todo cuanto te pedíamos, en cambio de nuestros mimos, era que nos amases un poco. Ese marido demasiado rico era el último juguete de que tuviste ganas, y como siempre, tu capricho hizo ley. Al menos entonces debimos hacerte comprender que el matrimonio no es un juego que se deja cuando está uno cansado de él.

Germana, en un arranque de ternura muy raro en ella, besó á su padre.

–Lo que más siento, papá, es que mis locuras recaen sobre mi madre y sobre usted, inocentes de todo. En fin, vamos ahora á vivir los tres muy tranquilos; permaneceremos en el campo, y nos querremos mucho...

Pero á pesar de todos sus esfuerzos, aquella «vida tranquila» era una vida muy triste en que las horas no pasaban nunca. La casa silenciosa, donde no llegaba ya ningún convidado, y el gran parque por el cual Germana, meditabunda, daba largos paseos, parecían aún más desiertos cuando ella recordaba la brillante temporada del año anterior, las cabalgatas, las veladas animadísimas, las declaraciones amorosas que la hacían reir. ¡Ahora, ya nadie le hacía declaraciones!

Y se acordó entonces de su conversación con Esteban, el día en que éste llegó al castillo con Pedro; y le fué grato pensar que él, al menos, la había amado muy sinceramente.

Cierto día dijo de pronto, después de uno de sus largos paseos solitarios:

–Podríamos decir á Esteban que venga á pasar unas cuantas semanas con nosotros. Él, al menos, no se mostrará desdeñoso conmigo. Es, al fin, como de la familia...

–¿Por qué no?, contestó entonces su madre muy pensativa.

XII

La primera vez que Esteban se dijo claramente «Cuando cese nuestra colaboración...,» experimentó un choque casi doloroso. Comprendió también que sería una locura de su parte, y que en ello perdería mucho más que su camarada. Pero la irritación sorda, los celos inquietos, que le atormentaban hacía tiempo, contribuyeron á que se acostumbrase á la idea de una ruptura; y por fin llegó á desearla. Sin embargo, hubiera querido que viniese de Pedro. En esto, como en todo, se reservaba el mejor papel.

Un instante, creyó, en efecto, que Pedro iba á romper violentamente. Éste reprochó á Esteban su ingratitud para con la tía Rosa con tal aspereza, con una indignación tan vibrante, que estalló la querella con toda seriedad.

Esteban se defendió de este ataque con rabia, declarando que los beneficios echados en cara dejan por esto mismo de ser tales beneficios, para no ser ya más que injurias. Su cólera, sin embargo, no pudo hacer frente á la de Pedro, que él, después de todo, consideraba justa.



Aquella «vida tranquila» era una vida muy triste...

Pero le guardó largo tiempo rencor por las duras verdades que le había dicho.

Pedro, comprendiendo que había estado demasiado violento, trató de hacerse perdonar. Deseaba reconciliarse con su amigo, tanto más cuanto que le suponía en una crisis peligrosa. Sin duda Esteban se hallaba metido en alguna intriga amorosa que lo enervaba, que le absorbía todo el tiempo y que le volvía tan sensible y receloso, que toda conversación íntima se hacía difícil con él.

Desde niños, Pedro y Esteban, de común acuerdo, se habían prometido una reserva absoluta en materia de amores. Sin esto, hubiera sido imposible vivir juntos.

Cada uno conservaba su completa libertad, reuniéndose ó separándose sin temor de la más pequeña averiguación curiosa. Pero Pedro había adivinado que esta vez no se trataba de un capricho, sino de relaciones serias, probablemente con una mujer de sociedad.

A consecuencia de su querella, Esteban había desaparecido durante dos ó tres días. A su vuelta, ninguno de los dos hizo la menor alusión al altercado, pareciendo contentos de volverse á ver; el placer de reanudar una antigua costumbre. Pero la disposición de ánimo no era la misma; y en vez de las interminables conversaciones íntimas de antes, los dos jóvenes no hallaban ya, generalmente, más que cosas fútiles y poco interesantes que decirse.

Esto sucede con frecuencia en las intimidades sociales: dos se aprecian mutuamente, se entusiasman el uno por el otro, no pueden separarse; al cabo de algún tiempo, caen en la cuenta de que cada cual ha dado de su espíritu ó de su corazón todo lo que podía dar, y la intimidad se desliza poco á poco, sin sacudida alguna, como debe suceder entre personas bien educadas.

Cuando se trata de amigos íntimos y antiguos, de camaradas de la infancia, que han vivido la misma vida, conocido los mismos placeres, compartido las mismas tristezas, entonces el desgarro es distinto, casi tan doloroso como la ruptura de un matrimonio de larga fecha, donde la cólera y hasta el odio borran difícilmente todos los recuerdos de la pasada ternura.

A pesar de toda la buena voluntad de Pedro, surgían de vez en cuando causas serias de resentimiento. Una de estas causas era el cuidado celoso que ponía Esteban en apartar á su amigo de su nueva instalación. Persistía en querer dar una verdadera sorpresa á Pedro, y probarle que, á fuerza de ingenio y de trabajo, se hacen prodigios gastando poco. Dentro de algunas semanas, á lo sumo, todo queda ría listo.

Lo que Pedro no se atrevía á decir, es que sospechaba que su amigo había tomado ya posesión del bonito entresuelo y lo hacía servir para encuentros que nada tenían que ver con citas de tapiceros. Y esto le mortificaba, como un ataque á la dignidad de su amistad. Sin embargo, en parte por indiferencia y en parte por temor de ofender á Esteban y provocar una de aquellas escenas de cólera nerviosa que tanto temía, Pedro aún tuvo paciencia.

Se le acabó un día, por fin, y decidió acabar de una vez.

–He prometido acompañar á Carlota, que es curiosa como su madre Eva, á visitar nuestra nueva estancia con la tía Rosa. Por consiguiente, ya estás avisado. Supongo que ya lo tendrás todo dispuesto.

Esteban se estremeció, palideciendo después de haberse sonrojado, y balbuceó confuso:

–¡Carlota!.. ¡Imposible!

–¿Te parece que no es sitio que pueda visitar una señorita, aun yendo acompañada? ¿Tanto temes que se encuentre allí... con tu dama?

–¡Pedro!..

Esteban, lívido, se levantó de un salto.

–¡Vamos, hombre, no me hagas más tonto ni más ciego de lo que soy! Hemos compuesto bastantes comedias en que figuran los hotelitos y los entresuelos con dos puertas, para dejarme engañar con esos retrasos, verdaderamente extraordinarios, del tapicero.

La gran cólera de Esteban se calmó súbitamente, como le sucedía á veces. Era muy capaz de dominarse, cuando le convenía. Si deseaba un rompimiento, no lo quería á consecuencia de ningún lance que lo comprometiese. Por tanto, contestó casi tranquilamente:

–Lo que sospechas, Pedro, es falso. Sin embargo, has adivinado parte de la verdad. No he dado citas en el entresuelo que es tan tuyo como mío. Pero me encuentro en este momento en una situación falsa y muy penosa. He amado á una mujer á quien ya no quiero. Y además de mis remordimientos, tardíos, pero reales, tengo otro motivo para desear romper unas relaciones que me pesan. He rogado á esa mujer–por la primera y última vez–que venga á nuestra casa. ¡Figúrate si se encontrase allí con Carlota y su tía! Aplaza tu visita para la semana próxima; entonces todo estará dispuesto.

–Di más bien que si tienes remordimientos, es porque has cambiado de amores; á menos que no quieras casarte...

–¡Quién sabe!, contestó fríamente Esteban.

–¿Recuerdas lo que me decías, hace seis ó siete años, cuando impediste mi matrimonio? Ahora me tocaría á mí repetir el parlamento. ¡Pero tú no me escucharías!

Al pronunciar estas últimas palabras, Pedro pareció tan triste y abatido, que todo el antiguo afecto, que había sido sincero y vivo al menos en la primera juventud, despertó de pronto en el fondo del corazón de Esteban. En un instante olvidó que quería romper con su amigo, olvidó sus pequeñas perfidias y sus grandes celos, volvió á ser por un momento el Esteban de antes, cariñoso y simpático. Se acercó á Pedro, y cogiéndolo por los hombros, le obligó á que le mirase.

–¡Pobre amigo mio! Has dudado de mí y por mí sufres. Sé perfectamente que, de nosotros dos, el amigo fiel, el amigo á toda prueba, eres tú. Dicen que en todo afecto humano, por puro y elevado que sea, las partes serán siempre desiguales. Pero tú me quieres con todos mis defectos, y yo, Pedro–escúchame bien, porque lo que te abro es el fondo de mi corazón, suceda lo que sucediere, haga yo lo que haga, si por desgracia la corriente me lleva lejos de ti, á ti habré dado lo mejor de mis afecciones. Cuando tenía una buena inspiración ó un pensamiento generoso, en ti ponía el pensamiento y la inspiración. Una vez en la vida, en un primer impulso juvenil que no se renueva jamás, habré querido á otro ser distinto de mí. ¿Me crees?

(Continuará)



Escenas principales de la zarzuela en tres actos «Don Lucas del Cigarral,» de D. Tomás Luceño y D. Carlos Fernández Shaw, música del maestro Vives, estrenada con gran éxito en el teatro de Parish, de Madrid (de fotografías instantáneas de M. Company, de Madrid)

«DON LUCAS DEL CIGARRAL»

Con éxito extraordinario se ha estrenado recientemente en el teatro Parish de Madrid la zarzuela en tres actos que lleva el título que encabeza estas líneas. Dos poetas y autores dramáticos tan inteligentes como hábiles, Tomás Luceño y Carlos Fernández Shaw, han refundido la preciosa comedia de Rojas *Entre bobos anda el juego* y han sacado de ella el libreto para la obra que nos ocupa, respetando casi por entero los dos primeros actos é introduciendo en el tercero grandes modificaciones.

A este libreto ha puesto música un maestro catalán, si no desconocido, conocido hasta ahora mucho menos de lo que por sus excepcionales aptitudes artísticas merecía, el maestro D. Amadeo Vives, quien ha sabido conservar en esta obra las buenas tradiciones de la antigua zarzuela española, avalorándolas con todas las galas de la instrumentación moderna. Su partitura abunda en delicadezas y ternuras exquisitas, y aunque inspirada en los clásicos, de quienes el Sr. Vives es devoto entusiasta, ajústase perfectamente á las exigencias de la época presente en materias musicales: rica en melodías, abundante en efectos armónicos é instrumentales nunca exagerados, la música de *Don Lucas del Cigarral* adáptase admirablemente al libro, y en ella el carácter de los personajes y las situaciones están sentidos y expresados de una manera magistral. Las piezas que en la obra sobresalen son: en el acto primero, el preludio, la entrada del tenor cómico, el septimino y el final; en el segundo, el raconto del tenor y el dúo de bajo y tenor cómico; y en el tercero, el septimino de los comediantes, el concertante y el preludio del entremés. Casi todas estas piezas hubieron de ser repetidas entre entusiastas aplausos que al final de la representación de la zarzuela se convirtieron en una ovación indescriptible.

Esto es en síntesis lo que han dicho de la obra los más reputados críticos de la corte, todos los cuales convienen en que el maestro Vives es músico inspiradísimo y compositor de gran talento y en que *Don Lucas del Cigarral* ha sido para él un brillantísimo triunfo.

¡Bien merecida tenía esa consagración el compositor catalán! Pero para conseguirla, ¡cuántos esfuerzos ha tenido que realizar, cuántas amarguras ha debido padecer, cuántas penalidades ha tenido que sufrir!

Una ligera ojeada sobre su vida será la mejor demostración de lo que decimos: los veintisiete años de su existencia, ¡cuán dolorosos recuerdos encierran para el que hoy se ve aclamado por el público madrileño!

Nacido en el pueblo de Collbató, junto á la poética montaña de Montserrat, vivió allí hasta la edad de nueve años en que se trasladó á Barcelona, en donde estudió música bajo la dirección de un hermano suyo, músico de artillería, y de D. Salvador Civil. Sus progresos en el arte fueron tan rápidos, que á los trece años marchaba á Málaga para ponerse al frente de una banda: allí hizo sus primeros ensayos como compositor, escribiendo principalmente música religiosa, y allí pudo vivir una existencia reposada; pero aquel reposo fué breve: al poco tiempo hubo de renunciar su plaza y regresó pobre y desesperanzado á Barcelona, donde se ganó la subsistencia cantando en las iglesias. Volvió luego á Málaga para encargarse nuevamente del destino que antes desempeñara, mas no tardó en dejarlo otra vez, encontrándose entonces en situación apuradísima y teniendo que desempeñar, para poder vivir, los más diversos oficios.

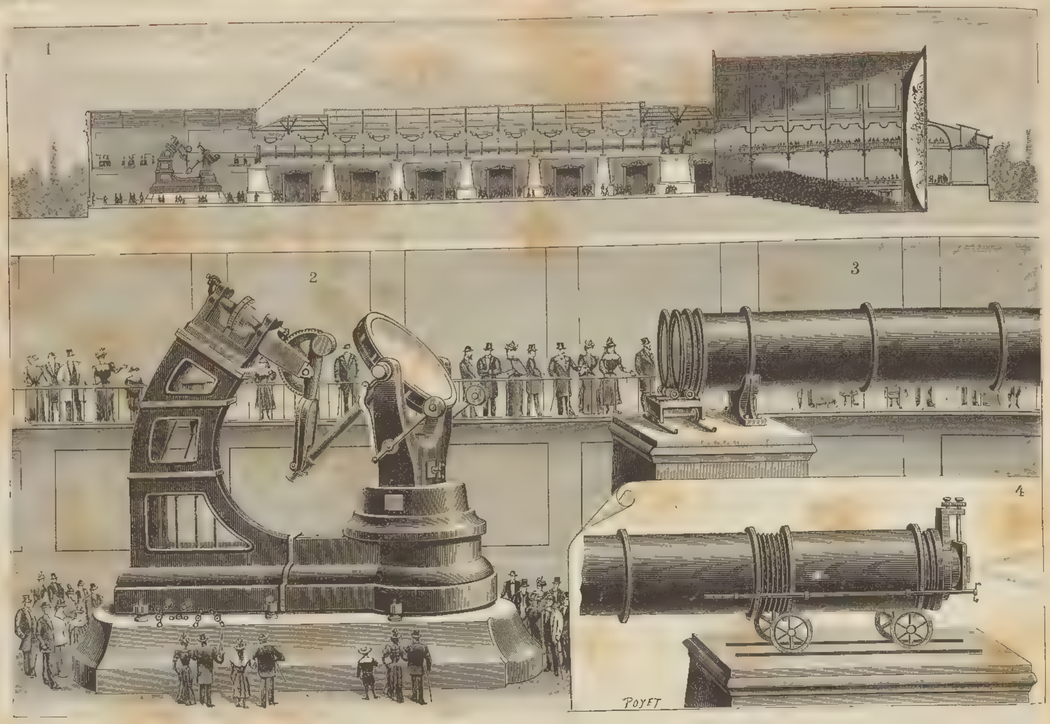
Fuése á poco á Madrid, y aunque hubo de luchar rudamente en aquel medio tan poco favorable á los que sin más recursos que su talento tratan de abrirse paso, Vives no desfalleció, y sin renunciar á sus ideales, procuró atender ante todo á sus necesidades más apremiantes. Y en vista de que como músico no lo-

graba ganarse el sustento, quiso buscarlo como camarero de café y hasta como mozo de carbonería, á pesar de lo cual no consiguió lo que deseaba. En vista de ello, volvió á Barcelona, y aquí pudo vivir á duras penas tocando el piano en los cafés, dando lecciones, siendo maestro de capilla y escribiendo para los periódicos notables artículos sobre arte, mientras al mismo tiempo completaba sus estudios al lado de Ribera y del ilustre Pedrell. Entonces escribió también canciones que pronto se hicieron populares, piezas sinfónicas, misas y motetes y acometió por último el teatro, estrenando hace dos años en el de Novedades la ópera *Artús*, que obtuvo éxito lisonjero.

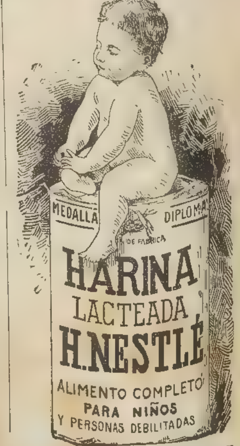
A partir de aquel momento el maestro Vives dejó de ser un genio desconocido: el público y la crítica se encargaron de popularizar su nombre, dándole en pocos días la fama que durante tanto tiempo había inútilmente ambicionado y que ha venido á consolidar su última obra *Don Lucas del Cigarral*.

En la actualidad está terminando dos óperas catalanas, *Canigó* y *Euda*, cuyos libretos son debidos á los inspiradísimos poetas Jacinto Verdaguer y Angel Guimerá respectivamente. Los que conocen algo de estas partituras afirman que en ellas podrá juzgarse del verdadero espíritu artístico del maestro Vives y comprenderse hasta dónde llega su genio musical.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, al honrar sus columnas con el retrato del celebrado compositor, une sus aplausos á los que en Madrid está escuchando todas las noches y hace votos porque en breve nuevos y, si cabe, mayores éxitos coronen su obra y contribuyan á que Amadeo Vives sea reconocido como una de las glorias musicales de Cataluña y de España. – A.



El telescopio gigantesco que figurará en la Exposición de París de 1900. – 1. Vista en conjunto. – 2. El siderostato. – 3. El tubo. – 4. El ocular.



Imp. de Montaner y Simón



Año XVIII — Barcelona 13 de marzo de 1899 — Núm. 898

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



Descanso en el ensayo, cuadro de Ramiro Lorenzale (Exposición Parés)



Salón Pares. - XVI Exposición extraordinaria de Bellas Artes



MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Nuestro desquite. – La crisis presidencial en Francia. – Pretensiones á cambiar la República parlamentaria por la República cesariana. – Vana tentativa del poeta Deroulede. – Imposibilidad de un golpe de Estado. – Circunstancias singulares que concurrieron en el golpe dado por Luis Napoleón el 2 de diciembre. – No volverán á repetirse. – Conclusión

Parece imposible que nuestros presentimientos respecto de la política yanki se hayan realizado y cumplido tan pronto. Apenas se acaba de perpetrar el crimen, cuando ha caído sobre los criminales con golpe fulminante un castigo proporcionado á su culpa. Los seudo-redimidos de Cuba en nada reconocen y sienten su redención. El viejo chino, á quien llaman Máximo Gómez, no se ha desapeado de su montura guerrera y no ha querido soltar el vibrante látigo con que se propone malherir el rostro de sus nuevos dominadores. Todos los días le piden éstos licencie los residuos de sus tropas, y todos los días opone á tales demandas algún reparo fútil y alguna burda escapatoria. Lo que sirve más á sus resistencias es lo que menos quiere soltar la República conquistadora: el dinero. Máximo pedía el oro y el moro. Su presidente, muy parecido al gran señor, en lo despótico y en lo arruinado y en lo belicoso, promete unos tres millones de pesos duros, con los cuales no tiene para un diente ahora el viejo caudillo, cargado de impagables deudas y de incumplibles promesas. Así amenaza con embreñarse de nuevo en la manigua, para lo cual ya cuenta con cuatro mil hombres. ¿Qué dirán los redentores cuando los redimidos se alcen á una en armas contra su propia redención? Arderán los cañaverales y lianas en voraces incendios; los bosques volverán á tornarse guarida de bandidos; segará cabezas el machete como si ramas segase; volverán los ríos enrojecidos al mar lleno de piratas y de tiburones; renacerá la inquietud en el seno mejicano falto de toda seguridad para la navegación y para el comercio; recogiendo América la cosecha de abrojos que ha sembrado con su burdo maquiavelismo.

***

Ya no puede hoy el gobierno americano con la oposición interior pidiéndole desde la prensa y la tribuna, desde los clubs y los Parlamentos, la restitución al régimen federal de su antigua democrática pureza. El fantasma de la unión anglo-sajona se ha desvanecido antes que los bastardos discursos pronunciados en su defensa por el brutal demagogo socialista con disfraz de conservador y naturaleza de apóstata que denominan Chamberlain. No ha podido llegarse á ningún pacto formal; se ha suspendido la ley del arbitraje que los dos Parlamentos sajones se comprometieran á votar; los tratos para los arreglos con el Canadá se han roto; el canal de Nicaragua, tan difícil, ha suscitado innumerables cuestiones preñadas de peligros; vuelven á surgir los problemas referentes á las posesiones inglesas de Honduras y á las bocas del Orinoco; estalla la guerra civil en las regiones centrales del nuevo mundo; la negrada de Santiago, malcontenta, viéndose malherida por las vanas soberbias de los nuevos dominadores, amenaza con una insurrección que renueve las antiguas serviles guerras; mueren por el Oriente como ratas en una embarcación encallada los filipinos; y arde Manila como ardió Moscou, dejando por despojo al vencedor montañas de cenizas y montones de cadáveres que le dicen cómo habrá de mandar ciento cincuenta mil hombres al archipiélago de Magallanes y dispendiar millones de dollars, si quiere por la fuerza robustecer y consolidar su conquista equivalente á irreparable derrota.

***

Dejemos que se desarrollen por sí mismos los sucesos con su natural necesaria lógica y atendamos á todas las circunstancias que nos prometen un seguro desquite. Francia nos llama con los varios y curiosos sucesos que pasan por sus espacios serenos, cuya diafanidad inútilmente quieren alterar facciones sin programa y sin arraigo. El paso de la presidencia Faure á la presidencia Loubet nos maravilla por lo fácil primero, después por lo tranquilo. Donde se cumplen así las leyes constitucionales, muy contrastadas siempre por los dogmatismos y las pasiones á los dogmatismos consiguientes, bien pueden todas las demás leyes, si hay voluntad para ello en los poderes públicos y sus delegados, cumplirse con una exactitud matemática y un rigor mecánico. Apenas muerto el presidente, ó constreñido á cesar por el término legal de su presidencia, ó dimisionario, la mesa del Senado reune las dos Cámaras en un Congreso dentro del palacio de Versalles, y este Congreso, grande conclave político, designa el nuevo jefe de la nación, á veces en un solo escrutinio; y este jefe se ve obedecido desde un extremo á otro de Francia con la mayor obediencia. ¡Cuánto costara este resultado, el cual no se hubiera conseguido sino pasando por una tan dolorosa vía como la revolución francesa! Frustración de los antiguos Parlamentos y de los arqueológicos Notables; cita de los Estados generales en la iglesia del Espíritu Santo de Versalles; porfías de las antiguas clases entre sí mismas y con la tradicional realeza; negativa de los plebeyos á disolverse por mandato del rey; juramento proclamando en el Trinquete la Soberanía Nacional y estableciendo la Nación Soberana; toma de la Bastilla por el pueblo; traslado de los reyes á París cautivos para que acepten por fuerza la Constitución que no quieren aceptar de grado; aparición del Congreso Constituyente; metamorfosis universal.

***

Un día Marat, empuñando aquella pluma que creía él un cetro de monarca y en realidad sólo era un puñal de asesino, en el camaranchón donde habitaba, calle de los Franciscanos, exclamó: «Con este mísero instrumento he trasladado la soberanía desde los palacios reales á nuestra triste y desnuda vivienda. Versalles se asemeja naturalmente á su constructor, Luis XIV, como se asemeja naturalmente á su constructor, Felipe II, el Escorial. Pero la sombra del rey, quien, imaginándose un Dios, erigiera tanto palacio para su divinidad y la divinidad de sus frágiles sucesores, ha desaparecido, y en su lugar solamente se ve y se toca la soberanía del pueblo, nombrando cualquier plebeyo á la jefatura del Estado, la cual no es ya, como antaño, una persona ó una familia, es toda la nación. Dígase cuanto se quiera, ¡cuál transformación, esta profunda transformación, de suyo tan laudable, y cómo prospera la libertad de Francia con la libertad de todos los pueblos! Mas hay mucha gente que no quiere á la evidencia rendirse, y conserva junto á las viejas creencias las viejas costumbres de otros tiempos, no comprendiendo como nada importa que tales ideas se guarden vivas en algunos espíritus aislados, si no trascienden á toda la sociedad y no cambian los sentimientos; y así creen cosa factible destruir por un golpe de mano una obra geológica, producto de las ideas humanas y del tiempo eterno en la sucesión de los siglos.

***

Tal sucede con el poeta Deroulede, quien parece imposibilitado de calcular hasta dónde llega el esfuerzo individual aislado y cómo una creencia particular no puede prevalecer sobre las creencias generales de una sociedad y de una época. Deroulede profesa el dogma plebiscitario, enemigo del gobierno más perfecto que conocen los hombres, enemigo de la Constitución parlamentaria, único régimen capaz de aliar el progreso con la estabilidad, y organizar el gobierno de las naciones por sí mismas en armonía con los derechos personales é íntimos de cada ciudadano. Y á pesar de componer ligas, sumar escuelas, concurrir á todas las aglomeraciones de gentes, decir sin tasa versos patrióticos en loor del César y de su complemento el pretoriano, jamás ha podido hacer con el segundo Imperio lo que Girardin en la prensa, Thiers en la historia, Beranger en la



Pablo Deroulede

poesía, hicieron con el primer Imperio: rehacerlo y restaurarlo. En vano se adhirió á las filas de todos los malcontentos, ayudó cuantas conspiraciones tramara la estulta confianza de los pretendientes, caricaturó é invectivó el régimen establecido; la sociedad no le oía, prefiriendo á todas las innovaciones temerarias, verdaderas vejeces arqueológicas, la estabilidad en unas instituciones bastante fuertes para servir de áncora y seguro al orden, bastante progresivas para mantener incólume la libertad.

***

El atentado último del buen Deroulede prueba cuán alejado se halla de la viviente realidad. Quien cree con una pitada cambiar un gobierno, como el maquinista de cualquier teatro cambia con un pito las decoraciones, resueltamente ignora el abecedario de la política. En los funerales del presidente Faure había pedido el poeta plebiscitario un oficial puesto, y no habiéndolo encontrado, por carecer la sociedad que presidía él de todo carácter oficial, juró hacer una que fuese sonada. Con efecto, volvía de la carrera fúnebre una porción del ejército, grupo, destacamento, batallón, como queráis llamarlo, dirigido por un general que fuera subsecretario del ministro Cavaignac, ministro socialista y pretorianesco al mismo tiempo. Aquí que no peco, debió decir Deroulede para su capote, y cogiendo por las bridas la cabalgadura del general, invitóle á que torciera su camino y se fuese al Elíseo para desde allí sustituir al gobierno que la nación se ha dado, el gobierno con que sueñan los conspiradores. El general apartó con una blanda insinuación de su gesto y un toque rápido de su espada el brazo irreverente y prosiguió su camino. Pero Deroulede no desistió. Valiéndose de la confusión, que siempre sigue á un gran golpe de gente armada, entróse de rondón en el cuartel y allí continuó perorando contra la República parlamentaria y á favor de la República cesárea. El general no tuvo más remedio que ponerle la mano encima y encerrarlo preso en el cuarto de banderas. La Cámara de diputados aprobó la prisión y autorizó el proceso. Deroulede pagará con algunos meses de cautividad tal aventura dramática que quiere levantar él á la categoría de un atentado político. Según su honrada exaltación, Deroulede cree posible improvisar en cualquier momento y en cualquier parte un Imperio como el que improvisó la noche del 2 de diciembre Napoleón III, sin caer en la cuenta de que ninguna ceremonia imperial conmueve hoy á Francia como la conmovió el traslado á los Inválidos de las cenizas del gran Napoleón; de que no hay ningún Beranger cantando la epópeya cesárea en su laúd popular; de que no se han escrito las innumerables fórmulas trazadas por Girardin para producir y justificar la dictadura; de que no existe la formidable tendencia comunista del cuarenta y ocho; de que nadie ha invadido las Asambleas de esta tercera República como fueron invadidos los Congresos de la primera y de la segunda; que no se han formado los talleres nacionales y no han caído sobre París en jornadas de junio; por todo lo cual se puede contar con un pueblo sumiso y un ejército fiel.

Madrid, 6 de marzo de 1899.

JAIME GARNELO FILLOL

En los comienzos de su carrera artística, cuando recientes y señalados triunfos podían servirle de noble estímulo para acrecentar su entusiasmo y avalorar sus aptitudes, ha terminado su existencia el distinguido pintor valenciano Jaime Garnelo Fillol. Joven, pues apenas contaba veintiocho años, había logrado singularizarse de tal suerte, que su nombre figuraba ya entre el de aquellos artistas meritísimos que tanto han enaltecido con sus obras la hermosa ciudad del Turia y la escuela que tantas glorias representa para el arte patrio. Nacido en Valencia, allí ha dejado de existir presa de rápida dolencia que en cortísimo plazo ha destruído su organismo, conservando siempre la claridad de su poderosa inteligencia.

Al igual de los Benlliure, Salas y otros más, formaba parte de una familia de artistas que han logrado distinguirse. Primo de José Garnelo, el laureado autor de *Un duelo interrumpido,* y hermano de Isidoro Garnelo, autor del notable lienzo *San Vicente Ferrer,* había de seguir las huellas trazadas por sus deudos; y que así logró realizar sus propósitos atestíguanlo sus rápidos progresos durante el transcurso de sus estudios en la Escuela de Bellas Artes de Valencia y en la Academia de San Fernando y las recompensas obtenidas en las dos últimas Exposiciones celebradas en Madrid. En ellas revélase Jaime Garnelo como pintor de grandes alientos, de fácil ejecución y brillante colorido, cualidades que avaloraban la simplicidad de los asuntos por él escogidos, saturados de delicadeza y poesía. Muestra de ello son sus dos lienzos titulados *Los dos amigos* y *¿Ves? Si no hace nada,* que fueron adquiridos por el Estado y que tan dignamente figuran en el Museo de arte moderno. De natural bondadoso y modesto, no le envanecieron tales distinciones y sí sólo sirvieron para alentar su espíritu, cimentar sus altas dotes y estimularle para acometer la ejecución de otras obras que por desgracia no ha podido realizar.



† Jaime Garnelo Fillol, distinguido pintor valenciano

Entregado por completo al cultivo del arte, ha producido un número harto considerable de obras si se tiene en cuenta el corto período de su paso entre nosotros. Algunas de ellas son verdaderos idilios, señalándose todas por el delicadísimo sentimiento que entrañan, destinadas á glorificar los afectos más puros y á enaltecer cuanto ennoblece y eleva el espíritu.

De hoy más el nombre de Jaime Garnelo Fillol formará parte, según hemos dicho, de esa pléyade de artistas que como Sorolla, Muñoz Degrain, Benlliure, Domingo, Juste, Agrasot, Ferrándiz y otros más, tantos merecimientos han conquistado y tan dignamente representan la celebrada escuela valenciana.

Los que fueron sus compañeros apréstanse para organizar, en la que fué su ciudad querida, una exposición de sus obras, para honrar su memoria. A igual objeto encamínanse estos renglones. Descanse en paz el malogrado artista, y lamentemos que la muerte haya impedido que Jaime Garnelo realizara lo mucho que podía esperarse de su privilegiado ingenio.

A. García Llansó.

EXPOSICION EXTRAORDINARIA

DE BELLAS ARTES

SALÓN PARÉS

Acaba de celebrarse en el Salón Parés la décimasexta Exposición extraordinaria de Bellas Artes, y esta manifestación artística, no interrumpida durante un período de dieciséis años, bien merece llamar la atención, con mayor motivo cuando su origen y sostenimiento se debe á la iniciativa particular. Al calor de aquel centro han acudido siempre los artistas, que allí han hallado ocasión y medio para dar á conocer sus producciones, y el público barcelonés, dando con ello muestra de su cultura, ha demostrado asimismo el interés y la simpatía que le merecen esta clase de exhibiciones, que por fortuna forman ya parte de las costumbres de nuestra ciudad.

En la Exposición á que nos referimos llama la atención la armonía de tonalidades y lo razonado de



Los dos amigos, cuadro del malogrado pintor Jaime Garnelo Fillol

llos procedimientos. Aquellos artistas que momentáneamente y alucinados por la corriente revolucionaria abandonaron la senda que emprendieron, han vuelto al punto de partida, distinguiéndose algunos por haber adoptado, con plausible acierto, lo que reunía condiciones para fusionarse con sus elementos personales, resultando perfectamente deslindadas y definidas las agrupaciones que en conjunto representan la escuela pictórica de nuestra región.

De la terra titúlase el cuadro de Juan Llimona, y las dos campesinas que se destacan en un hermoso paisaje, figuran á la cabeza de las composiciones de carácter ruralista, sin que alguna de ellas rebase los límites de lo discreto, puesto que aun el mismo Llimona, que tan maestro se ha mostrado algunas veces en este género de producciones, no alcanza á convencernos de la bondad absoluta de su obra por la indecisión con que están trazadas las figuras. En cambio Modesto Urgell aparece consecuente é inmutable. Dueño absoluto de la nota tristona y melancólica, sólo tiene en su abono el soberano dominio con que la representa, en el que no tiene parejo ni cabe la comparación. No sucede así respecto de José Masriera y de Joaquín Agrasot, puesto que ambos presentan dos hermosos paisajes con derroches de luz y de color dignos de su paleta y de su buen nombre. *La terra molla*, de Raurich, es un lienzo recomendable, de sólida factura, que representa con exactitud un país pantanoso, cuyas emanaciones envenenan el aire y en el que se presiente la muerte entre las robustas galas de la naturaleza.

De carácter marcadamente francés es el gran lienzo del pintor chileno Sr. Correa. Una campesina abrevando una vaca es el tema desarrollado por el artista, que ha logrado ejecutar una obra muy recomendable, puesto que el paisaje constituye un hermoso fondo, sin que distraiga ni menoscabe el valor de la figura de la garrida campesina y de la vaca, trazadas en algunos trozos con gran relieve, demostrando el autor la justicia con que el gobierno de su país le otorgó la pensión de que disfruta.

Cabecera de los cuadros de género es el del maestro Ribera, representando un grupo de excursionistas en los Pirineos, pintado con el acierto y distinción que constituyen la nota característica de todas sus producciones. Francisco Masriera presenta tres obras, entre ellas una bonita *Morfinómana*, que no puede convencernos de su dolencia ni evitar que admiremos la habilidad del campeón de la belleza. Verdaderamente notables son los tres cuadros de Tamburini: en todos se revela el artista que procura dar forma delicada á sus concepciones inspiradas por un idealismo que enaltece. *Mayo* y *Crisantemos* producen un encanto indecible, y *En el campo* es una nota bellísima, interpretada con inteligencia y maestría. A otro orden de consideraciones obedece *La convaleciente*, de Manuel Feliu, que lleva consigo el sello de la castiza gama distintiva del artista, y que sin rebuscamientos ni exageraciones representa con fidelidad á una niña enferma, sin el mentido aspecto del modelo ni la sugestiva impresión de un realismo acentuado. Bien pintado resulta el *Descanso del modelo*, de Félix Mestres, y de minuciosa factura los dos cuadritos de Garate, que demuestran á cuánto alcanza su habilidad. Discretas son las dos producciones de Sans Castaño, especialmente la titulada *Entre bastidores*, y de difícil ejecución el *Descanso en el ensayo*, de Ramiro Lorenzale, por la nota rojiza obligada del escenario y platea del Gran Teatro del Liceo, que es el medio escogido por el artista.



MEDIODÍA, cuadro de José Masriera (Exposición Parés)

Las dos chulas de Ramón Casas son dignas de su buen nombre, y las bonitas cabezas presentadas por Torres Fuster, singularmente la titulada *Ensueño*, revelan notables progresos en su autor y tendencia marcadísima al idealismo y á la belleza. La Sra. Ubach ha aportado una media figura pintada con elegancia y simplicidad.

Un hermoso retrato de Bouguerau ostenta la firma de Carlos Pellicer, que es á nuestro juicio una obra que le enaltece, pues está ejecutada con espontaneidad, de amplia factura y amasado el color con verdadero conocimiento de la técnica. Sigue á éste otro del conocido autor dramático señor Ferrer y Codina, de notable parecido, pintado por Antonio Coll, y el ejecutado por Luis Graner, que asimismo ha procurado dar muestra de su habilidad para obtener los efectos luminosos que tan bien interpreta.



ENSUEÑO, cuadro de Antonio Torres Fuster

Cusachs exhibe un hermoso lienzo representando un grupo de *Dragones franceses* abrevando el ganado á la entrada de un pueblo. Los caballos, la situación de cada jinete, los pormenores todos patentizan un perfecto conocimiento del asunto y las aptitudes que posee este artista para el cultivo del género de pintura militar, en el que no tiene en nuestro país otro que le aventaje, á excepción del maestro Unceta. A uno y otro, dentro de su respectiva esfera de acción, cábeles la gloria, como á Neuville y Detaille en la vecina nación, de haber dado á conocer nuestro ejército en su aspecto más noble, despertando el amor á la patria por medio de la evocación de hechos memorables.

Dionisio Baixeras presenta un bien estudiado grupo de pescadores arreglando las redes en la playa, y Onofre Garí una barca en el momento en que sus tripulantes se entregan á la pesca llamada del *bou*. El mallorquín Antonio Ribas ha aportado otro lienzo de asunto análogo, y Ricardo Martí una hermosa marina, de gran efecto, que nos recuerda las que brotaron de la paleta de su padre y maestro el malogrado D. Ramón Martí y Alsina. La *Marina de Amberes*, de José María Marqués, es digna compañera de las que tantos aplausos le han merecido.

Las *Luciérnagas*, de Soler de las Casas, cuadran perfectamente á su temperamento de artista y poeta, como revela estudio y cuidadosa ejecución la bonita acuarela de Brunet, representando el primoroso Coro de la Catedral de Burgos. Plácemes merece también el Sr. Gili Roig por su *Pubilleta*, el Sr. Pinós por su *Procesión*, Matilla por sus *estudios* y Julio Borrell por sus dibujos al lápiz.



EN EL BOSQUE, cuadro de Joaquín Agrasot (Exposición Parés)

Los lienzos de Santiago Rusiñol representan una nueva fase del artista. El pintor de las galas de la naturaleza, el intérprete del naturalismo, el simbolista, preséntase hoy sugestivo, hondamente dominado por la melancolía, místico, anteponiendo la manifestación angustiosa del espíritu al duro realismo de la materia. *Extasis*, inspirado en las obras de los grandes maestros del misticismo, impresiona profundamente, puesto que en la demacrada faz del novicio vese el reflejo de los apóstoles del ascetismo, la aureola que debió servir de nimbo á los compañeros del de Asís, y presiéntense las sensaciones que experimentaron aquellos pintores que nos legaron obras que aún hoy tan poderosa influencia ejercen en nuestro espíritu. *Paroxismo* y *Un novicio*, aunque de la misma índole, han de estimarse más como muestras de habilidad artística, mereciendo sinceros elogios el notable retrato de nuestro distinguido amigo Modesto Sánchez Ortiz, director de *La Vanguardia* de extraordinario parecido y de dificilísima ejecución por la tonalidad adoptada.

En resumen: los ciento treinta y cinco cuadros que forman la exposición representan dignamente, en esta más que en las anteriores exhibiciones, el movimiento artístico de nuestra región.

A. GARCÍA LLANSÓ

LA PETACA

(LOS RECUERDOS DE UN CURIAL)

El juez, mi amigo de la infancia, á quien correspondía hacer la guardia aquella noche, y que era hombre recto é inteligente, apurando de un trago la



GITANILLA, cuadro de Antonio Torres Fuster (Exposición Parés)

copa de cerveza que tenía encima de su mesa de despacho, me dijo al tiempo que me daba un cigarro:

Ese que acabas de ver, es una buena pieza. Es el famoso Pinquert, el caco más ingenioso de cuantos he conocido; él fué el del famoso timo «de la petaca.»

– ¿De la petaca?, pregunté á mi amigo.

– Sí, ¿no lo conoces?

Y como mi respuesta fuese negativa, el juez me refirió lo siguiente:

«Hace ya muchos años, porque ese hombre ahí donde le ves es ya muy viejo, que llegó á uno de los balnearios franceses más en boga entonces un caballero elegantísimo, joven y apuesto. Hablaba el tal muy correctamente varios idiomas, y esta circunstancia unida a su amena conversación hiciéronle pronto trabar relaciones con los más encopetados bañistas. Lo mismo por las noches en los bailes y conciertos que se improvisaban en el salón de fiestas, que por el día en jiras y excursiones á los alrededores del establecimiento, Mr. Pinquert era siempre uno de los indispensables, ya tocase el piano, ó bien refiriese sus aventuras de viajes.

»Según había dicho él, y todos tuvieron por indudable, era el primogénito de un noble inglés á quien había heredado una cuantiosa fortuna, por lo que el distinguido veraneante era á la sazón el poseedor de extensos territorios en el Reino Unido y de una buena cuenta corriente en el Banco de Londres.



EXTASIS, cuadro de Santiago Rusiñol (Exposición Parés)

»Pero este perfecto caballero tenía sin embargo muy arraigado un vicio, que casi puede decirse que era común á todos los bañistas: el de jugar, y jugar fuerte.

»Todas las noches, en uno de los saloncitos de la planta baja, reuníanse el marqués de Alvira, el general Ruiz, el condesito del Pozo, dos ó tres oficiales del ejército, dos diplomáticos extranjeros, lo más escogido en una palabra de la



Entre bastidores, cuadro de Francisco Sans Castaño (Exposición Parés)

colonia veraniega, para jugarse unos cuantos cientos y á veces miles de pesetas. No hace falta decir que Pinquert era siempre uno de los de la partida, y no de los más desgraciados por cierto, pues solía ganar respetables cantidades, sobre todo cuando él tallaba, cosa que hacía con irreprochable limpieza.

Pinquert, que no fumaba más que cigarros puros de las mejores marcas, usaba una petaca que desde los primeros momentos llamó la atención de todos, especialmente del marqués de Alvira, quien atribuyó á la alhaja un exorbitante valor. Era aquélla, en efecto, de gran tamaño, como hecha á propósito para contener gruesos habanos; de oro, labrada con exquisito arte y buen gusto, pero sin cifra alguna y con varios brillantes, perlas y rubíes finamente incrustados en su exterior. Desde luego echábase de ver que la petaca era un objeto antiguo, capricho de algún millonario extravagante.

»Cierto día en que casi todos aquellos señores conversaban, el caballero inglés repartió á sus amigos, como á menudo solía hacerlo, unos cigarros que sacó de la petaca.

—»Lleva usted, dijo el general Ruiz al verla, una magnífica alhaja.

—»No tendría inconveniente en adquirir una igual, añadió inmediatamente el marqués.

»El inglés sonrió y muy flemáticamente dijo:

»Señores, varias veces he observado que miran ustedes con cierta admiración mi petaca, y me creo en el deber de manifestarles que esta alhaja no tiene casi más valor que el de su construcción; es oro sí, pero todas sus piedras son falsas.

»Y Pinquert pareció recalcar esta palabra.

»La petaca pasó de mano en mano. El marqués, después de mirarla y remirarla, exclamó como si los ojos se le fueran á ir detrás de la alhaja:

—»¡Brava pieza!

»Pero su poseedor, siempre con la misma calma, explicó que, á pesar de ser falsas las piedras, jamás se separaría de ella ni por todo el oro del mundo: lo que para ningún otro apenas si tenía valor, para él, por ser un recuerdo de su padre, quien á su vez lo había recibido del suyo al morir éste, tenía un valor inapreciable. Además, algo supersticioso el inglés, veía en aquel objeto que de padres á hijos venía transmitiéndose desde hacía cuatro ó cinco generaciones, algo así como un misterioso amuleto y un símbolo de sus señoríos en la tierra inglesa.

»No volvió á hablarse en algunos días de la petaca, que á pesar de la alta estima en que aseguraba tenerla su dueño, estuvo á punto de quedarse olvidada encima de la mesa de juego una ó dos noches en que su propietario se engolfó más que de costumbre.

»Transcurrió algún tiempo, un breve plazo, durante el cual el extranjero siguió como sus amigos ganando unas veces y perdiendo otras; pero una noche, la de ordinario buena suerte de Mr. Pinquert cambió de repente; «la racha,» como decía el condesito del Pozo, «había quebrado.» Pinquert, por la primera vez de su vida alterado y de mal humor, apuntó hasta el último billete de los que tuvo en su repleta cartera, y sin embargo, anhelaba jugar más, seguir probando su suerte, desquitarse de lo perdido, á ser posible de un solo golpe, ó arruinarse para siempre. ¡Ah, si él hubiera tenido allí todo el enorme saldo que á su favor tenía el Banco de Londres!..

»La fiebre del juego se había apoderado ya de aquellos señores tan corteses de ordinario.

—»¡Va mi petaca!, gritó ronco y destemplado el inglés, y la puso encima del tapete.

»El marqués le hubiera cogido la palabra, como vulgarmente se dice, si no hubieran estado presentes los demás señores; se contuvo, pero no pudo por menos de ofrecer su dinero al inglés. Éste no tuvo inconveniente en aceptar una pequeña suma—unas mil pesetas,—pero como buen inglés no transigió con el préstamo sino dejando en prenda su petaca: sólo así es como lo aceptaba; podía morir aquella noche y perdería aquel dinero el marqués de Alvira; no era ocasión de redactar y firmar un documento... Al siguiente día y por teléfono Mr. Pinquert pediría dinero á su apoderado en Londres y se le giraría en el acto; entonces, pagando al marqués, éste le devolvería su petaca. Si antes ganaba, entonces no habría lugar á tanta espera.

»Así se convino, pero con bastantes menos palabras que con las que yo acabo de contártelo.

»Aquellas mil pesetas y otras dos mil dejólas Pinquert sobre la mesa para que se las distribuyesen sus amigos.

»Él se fué renegando á la sala del piano.

»Pero al siguiente día, el mismo en que Pinquert telegrafiaba urgente á Londres, desde la inmediata estación del ferrocarril, el marqués se avistaba con un platero del pueblo inmediato, el cual le afirmaba que las piedras de la petaca eran buenas, y que no tenía inconveniente alguno en darle por la alhaja la friolera de siete mil duros. Los ojillos del marqués brillaron de codicia; no en vano tenía fama de usurero.

»Ya lo suponía él, que nunca se engañaba, que la petaca de Mr. Pinquert valía un dineral.

»Regresaron uno y otro al balneario, y á la tarde del siguiente día el inglés, que por lo visto ya había recibido el giro, recuperó su petaca previo el pago de las tres mil pesetas. Pero el marqués insistió más que nunca en que le vendiese la alhaja; llegó á ofrecerle hasta cuatro mil duros al propietario, pero éste se negó á admitirlos de la manera más rotunda. Y eso que lo que le habían enviado, por una equivocación que Pinquert explicaba sencillamente, era bien poco.

»Por la noche el inglés jugó y perdió unas dos mil pesetas. Entonces, ya sin rebozo alguno, el marqués volvió á las andadas. La pesadez del de Alvira rayó



EN EL BAILE, cuadro de Visitación Ubach (Exposición Parés)

en lo indecible, la necesidad de dinero para seguir jugando por parte del inglés era extremada. Pinquert negóse al principio, pero el marqués fué subiendo el precio de la venta y llegó por fin á seis mil duros. El inglés aceptó.

»Pero antes aseguró muy alto, en presencia de todos, incluso de alguna señora, que las piedras eran falsas, que aquella petaca valdría todo lo más mil pesetas.

»Al amanecer salía el marqués para el pueblo próximo y al mediodía regresaba triste y airado.

»El platero le había enviado enhoramala; aquella petaca exactamente igual al parecer á la ¡otra..., ¡era falsa!

»Mr. Pinquert ya lo había dicho públicamente; justo era que el marqués pagase su capricho. Y menos mal que el inglés no le llevó á los tribunales por injuria y calumnia.

»El misterioso extranjero abandonaba tranquilamente el balneario al poco tiempo.»

—¿De modo que?.., pregunté al juez como deseando ampliar la historia.

—Que Pinquert, ese que has visto, tenía dos petacas iguales por su aspecto, pero una de ellas falsa: hizo el *cambiazo* y *timó* al marqués.

Y mi amigo de la infancia, con un tono menos familiar, como si estuviera en un juicio, cual si tuviese puestos la toga y el birrete, añadió:

—El señor marqués pretendía engañar á Pinquert abusando de su vicio: ¡justo castigo á su perversidad y su avaricia!

P. GÓMEZ CANDELA



FRASES POPULARES

¡FAMOSOS COMO LOS TRABAJOS DE HÉRCULES!

¡MÁS LADRÓN QUE CACO!

Non plus ultra

El nombre de Hércules es común á varios héroes de la antigüedad.

Herodoto asigna el primer lugar de los así llamados á Hércules de Egipto, afirmando que fué uno de los doce monarcas que en época lejana reinaron juntos en la región del Nilo, el cual soberano, añade el eximio historiador, exigió para memoria de sus conquistas las columnas de Africa.

A Hércules *Fenicio*, denominado por otros *Tiriano*, á causa del fastuoso culto que le rindieron en la ciudad de Tiro, se le atribuye el arte de teñir la púrpura ó grana de la observación hecha en un perro cuyos dientes habían quedado tintos en rojo después de comer cierto pescado; pero Hércules *Tebano*, conocido también por Alcides, es el preferido de la fábula, á quien los griegos, según costumbre con los naturales de su patria, le acumulan las notables acciones ejecutadas por otros Hércules.

Si bien el esforzado *Tebano* pasa por hijo de Anfitrión (1) y de la hermosa Alcmene ó Alcumena, créese que la paternidad corresponde al propio Júpiter, el cual adoptó las facciones de aquel guerrero mientras peleaba contra los telesianos, asegurando también los mitólogos que Juno sintió como ninguna esta infidelidad de su esposo por haber decretado el Destino hacer muy célebre el fruto de tal matrimonio; y con objeto de contrarrestar sus mandatos urdió la ofendida diosa una serie de intrigas que la proporcionaron el logro de sus deseos, pues consiguió que otro varón concebido al mismo tiempo que el *non nato* hijo de Alcumena ejerciera sobre él, si nacía primero, absoluta autoridad en un período de doce años, obteniendo más tarde de la rara condescendencia de Jove que Micipa, reina de Argos, diese á luz veinticuatro horas antes á Euriteo.

A semejante circunstancia se debió que Hércules viniese al mundo siendo esclavo de este príncipe argivo

No satisfecha la implacable Juno con el triunfo alcanzado, envió dos serpientes á la cuna del tierno Alcides; pero las ahogó el niño con sus ya poderosas manos antes de que pudieran morderle. Admirada del caso y enternecida ante las reiteradas súplicas de Minerva, consintió en darle el seno para que fuera inmortal; mas mordióle con tanta fuerza la criatura, que saltó el precioso líquido hasta la bóveda celeste y se formó la *Vía láctea*.

Luego de recibir esmerada educación y de ejercitar su robusto cuerpo en las penosas faenas del campo, á que por sus travesuras le castigaran sus padres, tuvo que acudir el *Tebano* al llamamiento de su dueño Euriteo, quien, aconsejado de la esposa de Júpiter, le ocupó en arriesgadísimas empresas conocidas con el típico nombre de *Los doce trabajos de Hércules*, por alusión á los años de su esclavitud, cuyas hazañas se mencionan sucintamente á continuación:

1.ª Combate con un enorme león que talaba el monte Apeso, inmediato á la ciudad de Nemea (Grecia), vistiendo en lo sucesivo el fornido Alcides la piel de aquel animal. 2.ª Lucha terrible con la *Hidra de Lerna*, repugnante engendro de siete cabezas, que, de no cercenarlas de un solo tajo, retoñaban y acometían. 3.ª Caza de un feroz jabalí que tenía aterrados á los moradores de Erimanto (Arcadia). 4.ª Apoderarse de veloz corza de cuernos de oro y pies de bronce. 5.ª Destruir las aves gigantescas del lago Stínfalo (Arcadia), que por extraño capricho de la Naturaleza habían nacido con pico y garras de acero. 6.ª Dar muerte al famoso toro de Creta, que al embestir despedía llamas por los ojos y narices. 7.ª Despejar los establos del rico hacendado Angías, capaces para su ganadería de 3.000 bueyes, cabras y ovejas. 8.ª Hurtar los rebaños al triple monstruo Gerión, monarca (?) de la antigua Gades (Cádiz). 9.ª Obligar á Diome-

(1) Rey de Tebas que todavía representa la esplendidez y regalo en los banquetes. Cuentan que jamás comió solo y que su mesa era la preferida de los dioses.

dos, soberano de la Tracia, á dar muerte á sus caballos, que alimentaba con carne humana. 10.ª Robar las manzanas de oro del renombrado Jardín de las Hespérides. 11.ª Sustraer á Hipólita, reina de las guerreras amazonas, el cinturón que le servía de talismán en los combates. Y 12.ª Rescatar de los infiernos á Teseo.

Llevadas á cabo sin experimentar el menor contratiempo tan asombrosas proezas, los dioses admitieron á Hércules en el Olimpo apadrinando su enlace con Hebe, divinidad que representa la Juventud.

Dícese que al atravesar Alcides la Italia para restituirse á Grecia, Aventino Sylvio, rey de los latinos, le rogó que por algún tiempo custodiase sus ovejas y sus bueyes, de día en día más mermados por ocultos criminales. El héroe Tebano, no sólo se mostró propicio á las indicaciones del monarca, sino que declaró no necesitar de otros guardas ni más auxilio que la propia observación y su particular esfuerzo; pero no obstante su exquisita vigilancia, le hurtaron doce bueyes en el transcurso de la primera noche.

Advertido el robo, Hércules buscó en vano y registró inútilmente, acompañado de inteligentes mansos, las cercanías de sus establos, sin reflexionar que pudiesen estar ocultos en la gruta de un camarada, pues las huellas de iguales cuadrúpedos que percibió señaladas al *revés* en el húmedo suelo le persuadían de lo contrario; mas cediendo á la evidencia cuando á los mugidos de sus domesticados animales contestaron otros del interior de aquella cueva, forzó colérico su entrada y con recios golpes de su clava molió al pastor ladrón, llamado Caco, que se había apoderado de las bestias asiéndolas de la cola y obligándolas así á llegar á su guarida.

Según los «Fastos,» de Ovidio, Caco, sinónimo de *Malo*, fué hijo de Vulcano, y por irresistible inclinación se dedicó al robo, asesinando é incendiando las casas que asaltaba con objeto de no dejar vestigios comprometedores. Algún fabulista añade que este popular malhechor habitó la España Tarraconense, dando su nombre al monte *Caco*, por corrupción Mont-Caco y al presente Moncayo, situado, como es sabido, en los confines de Castilla la Vieja.

* * *

Se dice que cuando Hércules vino á Cádiz a luchar con el rey Gerión, erigió las columnas de su nombre en los cerros de Calpe y Avila con la inscripción de *Non ultra*, creyendo que no existían más tierras hacia el Occidente; pero los antiguos geógrafos afirman que no hubo tal, sino que se llamaron así aquellas alturas de España y Africa porque de lejos se asemejan á dos grandes columnas.

Descubierta la América, el emperador Carlos V quiso dar á entender que adelantó á Hércules en sus conquistas y tomó para su personal divisa, que luego adoptó para su escudo la casa de Austria, el lema tan conocido *Plus ultra*...

[illegible] BARRÓN

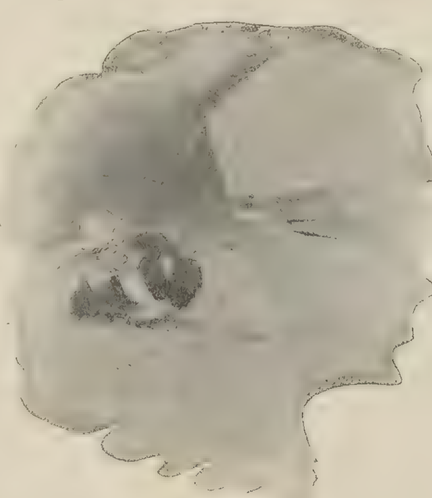


LA CANCIÓN DEL ARROYO, dibujo de Daniel Urrabieta Vierge

LA CANCION DEL ARROYO

A. Daniel Vierge.

Soy el arroyo de la calle, el bondadoso arroyo que la muchedumbre pisa incesantemente y sin respeto alguno.



LA CANCIÓN DEL ARROYO, dibujo de Daniel Urrabieta Vierge

Ora esté enmaderado, ora empedrado, de un extremo á otro de la ciudad siempre seré el arroyo, el vil arroyo que todos manchan y ensucian sin el menor pesar.

Soy el arroyo de la calle, soy la cosa pública, lo que es de todos, y he de soportar sin réplica y sin proferir la más pequeña queja que por encima de mí pasen la gente de á pie, los coches y los caballos.

Todo es permitido tratándose de mí; la basura y el barro sobre mí se extienden y el transeunte me escupe á la cara sin ningún miramiento. Al fin y al cabo, ¡qué otra cosa merezco á los ojos de la multitud!

Por esto adoro la obscura noche con sus misteriosas sombras. En aquellas horas en que las tinieblas envuelven la tierra, la gente apenas circula por las calles. El hombre se entrega al sueño y no anda.

También adoro el invierno, porque entonces la nieve espesa y suave que me cubre me protege y evita que me hieran los que sobre mí pasan.

¡Paciencia! ¡Ya llegará mi vez! Que en este mundo todo está dispuesto de manera que el que hoy llora se ría mañana.

Y yo he llorado mucho, y como he derramado tantas lágrimas, ¡tema el hombre la venganza que he de tomar! Mi bondad y mi mansedumbre te han hecho formar de mí un concepto equivocado, pero sabe que he de hacer llorar á toda tu raza.

Cuando sobre mí se extiende la escarcha, resbalas por mis picos redondos y alisados, y dando con tu cuerpo en tierra te rompes piernas y brazos.

Y no es esto solo: si algún día el pueblo se enfurece y con mis piedras levanta una barricada, desde ésta ofrezco mi protección al revolucionario que pondrá término á tu existencia.

Soy el arroyo de la calle, el bondadoso arroyo que la muchedumbre pisa incesantemente y sin respeto alguno.

Ora esté enmaderado, ora empedrado, de un extremo á otro de la ciudad siempre seré el arroyo, el vil arroyo que todos manchan y ensucian sin el menor pesar.

¡Pobre mendigo sin amparo que andas por la tierra con los pies desnudos y te acuestas debajo de los arcos de los puentes! Para ti seré bueno y seré blando. ¡Pobre mendigo!, tiéndete sobre mis piedras y nada temas. Cierra tus párpados y duérmete, que para todos tengo sitio.

JERÓNIMO DOUCET

NUESTROS GRABADOS

Psiquis, cuadro de J. D. Curzon. — Era Psiquis tan bella, según cuenta la mitología, que llegó á despertar la envidia de la propia Venus, la cual para vengarse de ella ordenó á Cupido que la inspirase amor por el más despreciable de los hombres; pero Cupido enamoróse de Psiquis y la condujo á un lugar delicioso donde secretamente la visitaba todas las noches. Las hermanas de la hermosa doncella, envidiosas de su felicidad, le hicieron creer que su amante era un monstruo espantoso; para cerciorarse de ello, quiso una noche examinar el rostro de Cupido á la luz de una lámpara, pero desprendióse de ésta una gota de aceite hirviendo que fué á caer sobre la espalda del Amor, el cual despertó y desapareció reprochando á la joven su desconfianza. Psiquis, desesperada, quiso morir arrojándose al mar; pero las olas la devolvieron á la orilla, y errante anduvo de templo en templo, siempre en busca de Cupido, hasta llegar al palacio de Venus. La diosa ofrecióle hos-



PSIQUIS, cuadro de J. D Curzon



EL ÁNGEL DE LA CONSOLACIÓN, cuadro de O. Lingner

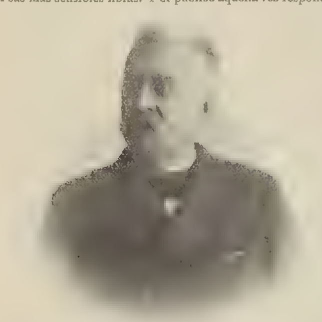
pitalidad, pero tratóla como esclava, y hubiera la doncella sucumbido á tantos sufrimientos si Amor, que seguía queriéndola, no la hubiese protegido. Una de las pruebas á que la sometió Venus consistió en hacerla descender á los infiernos y traer una cajita con una pomada de la belleza que le había de entregar Proserpina. Psiquis venció en la primera parte de la prueba; pero al salir del averno, impulsada por la curiosidad, quiso abrir la cajita fatal, de la que se escaparon unos vapores que la dejaron sin vida. Cupido, con una de sus flechas, logró resucitarla, y reconciliada al fin con Venus, Psiquis, hecha inmortal por Júpiter, se unió para siempre con su amado. El autor del cuadro que reproducimos representa á Psiquis en el momento de ir á destapar la funesta caja: el contraste entre la figura hermosamente trazada y llena de luz, y el resto del lienzo, con sus monstruos, sus sombras y su fondo iluminado por infernales resplandores, es de un efecto bellísimo y bastaría por sí solo para acreditar el talento del artista.

* * *

El ángel de la consolación, cuadro de O. Lingner.—Si hermoso es el pensamiento en que este lienzo se inspira, no menos hermosa es la forma de que ha sabido revestirlo el artista. El ángel del Señor ha recogido á la pobre huérfana en el cementerio en donde descansan sus padres, y murmura á sus oídos palabras de consuelo que infunden en el corazón de la niña esa esperanza y esa resignación que sólo la idea de otra vida puede despertar. Grandiosa y noblemente concebida, la composición del celebrado artista berlinés ha sido considerada como una de las más notables de tan insigne pintor, que ha sabido encontrar la expresión justa para las dos figuras que dominan en el lienzo, y la nota de color y de ambiente apropiada para el melancólico paisaje que les sirve de fondo.

* * *

D. Eduardo Vidal y Valenciano.—El nombre de Vidal y Valenciano figura con razón entre los de los primeros poetas de Cataluña, y como autor dramático á él se debe, por decirlo así, el drama catalán. Este será, quizás, su mejor timbre de gloria. Nuestro teatro regional se alimentaba exclusivamente de obras cómicas; el público que asistía al Odeón, en donde aquellas obras se representaban, iba allí á reir, por lo menos así lo creían los autores que para el teatro catalán escribían: Vidal y Valenciano se propuso hacerle llorar. La prueba fué calificada por algunos de temeraria, y el día del estreno de *Tal farás tal trovarás*, que era el drama con que Vidal quiso ensayar el nuevo género, los actores encargados de su ejecución, artistas todos acostumbrados al aplauso, temían que la obra fracasara y con verdadero miedo representaron las primeras escenas. Sólo el autor confiaba: él mejor que nadie conocía el público y conocía sobre todo el corazón humano, que responde siempre á la voz del poeta, cuando el poeta sabe herirle en sus más sensibles fibras. Y el público aquella vez respondió:



D. EDUARDO VIDAL Y VALENCIANO, celebrado poeta y autor dramático catalán, fallecido en Barcelona en 25 de febrero último (de fotografía de J. E. Puig).

el drama tuvo un éxito grandioso, y desde aquella memorable noche del 4 de abril de 1865, el teatro catalán fué teatro en toda la extensión de la palabra. Las producciones dramáticas de Vidal y Valenciano no bajan de cincuenta, y en todas ellas, lo mismo en las cómicas que en las de carácter dramático, resplandece el espíritu regional, el alma de nuestra tierra en sus diversas manifestaciones: sus comedias y sus dramas no son dramas y comedias *en* catalán; son dramas y comedias catalanas. Como poeta lírico, merece citarse también entre los más inspirados vates regionales: sus poesías, muchas de ellas premiadas en los Juegos Florales y en otros certámenes públicos, son expresión de los más delicados sentimientos, y en las que escribió para los coros de Clavé, de quien fué amigo íntimo y á cuya obra colaboró con verdadero entusiasmo, admíranse la viveza y colorido de las descripciones y el perfume popular que de todas se exhala. Su facilidad para escribir era tal, que cuando llegó de Méjico á Barcelona Zorrilla, escribió en pocas horas un apropósito en un acto, titulado *¡Ben vingut siá!*, que se representó en una función organizada por los escritores catalanes en el teatro Principal en honor del gran poeta castellano. Vidal y Valenciano dedicóse también al periodismo y á la política, defendiendo las ideas republicanas con tanta inteligencia como desinterés: al morir, era diputado provincial. En la Diputación, como en todas las corporaciones de que formó parte, era admirado y respetado por amigos y adversarios por su claro talento y por su intachable rectitud.

* * *

D. Antonio Muñoz Degrain. – El laureado artista que el día 19 de febrero último fué recibido en la Academia de Bellas Artes de San Fernando, nació en Valencia en 18 de noviembre de 1843, estudió en la Academia de San Carlos de aquella ciudad bajo la dirección de D. Rafael Montesinos, y desde el año 1858, en que por vez primera presentó sus cuadros en la exposición provincial valenciana, puede afirmarse que no ha habido en España certamen artístico á que no concurriera y pocos en los cuales no lograse altas y merecidas recompensas. En los comienzos de su carrera dedicóse principalmente al paisaje, habiendo producido entre otras notables



D. ANTONIO MUÑOZ DEGRAIN,
nuevo académico de la de Bellas Artes de San Fernando

obras de este género la *Vista tomada de los Pirineos Navarros*, *El crepúsculo vespertino*, *La sierra de las Agujas, tomada desde la loma de Caballbernat* y *Vista del Pardo al disiparse la niebla*; pero á partir de la Exposición Nacional celebrada en Madrid en 1871 ha conquistado merecida fama como pintor de figura y de historia. Sus lienzos *Isabel la Católica cediendo sus joyas para la empresa de Colón*, *Otelo y Desdémona*, *Méndez Núñez herido á bordo de la «Numancia» en el combate del Callao*, *Los amantes de Teruel*, *La conversión de Recaredo* y *Los gaitanes* son pruebas elocuentes de la justicia de la reputación universal de que goza Muñoz Degrain. Las medallas, obtenidas en públicos y reñidos certámenes, son innumerables, es comendador de las órdenes de Carlos III y de Isabel la Católica, ha sido profesor de la Escuela de Bellas Artes de Málaga y desempeña actualmente la cátedra de Paisaje en la Academia de San Fernando. Su ingreso en la Academia de Bellas Artes es digna recompensa de una carrera brillante y de un talento y laboriosidad admirables, y ha sido acogida con gran aplauso por cuantos se interesan por el arte español contemporáneo, que tiene en el nuevo académico uno de sus más ilustres representantes.

* * *

El barón Julio de Reuter.—El barón Reuter, fallecido en Niza en 25 de febrero último, había nacido en Hesse-Cassel en 1816: desde muy joven trabó amistad con el famoso experimentalista en telegrafía, el profesor Ganos, y desde entonces dedicóse con entusiasmo á los estudios telegráficos, siendo uno de los que más contribuyeron al establecimiento de la telegrafía eléctrica. Cuando se inauguró el telégrafo entre Berlín y Aquisgrán, concibió el barón Reuter la idea de transmitir por aquel medio noticias á los periódicos, estableciendo en 1849 una agencia en París y trasladando la base de sus operaciones á Londres cuando en 1851 se tendió el cable entre Douvres y Calais. En 1865 obtuvo la concesión del cable entre Inglaterra y Alemania y del que había de poner en comunicación á Francia con América. En 1872, el shah de Persia le otorgó el privilegio exclusivo para la explotación de los ferrocarriles y minas persas, pero esta concesión fué anulada en 1889 á consecuencia de algunas complicaciones internacionales. La agencia de su nombre es una de las que gozan de mayor favor en la prensa del mundo entero, cabiéndole al barón de Reuter la gloria de haber sido el creador de estas instituciones de información que tan valiosos servicios prestan. El título de barón se lo confirió el duque de Sajonia Coburgo Gotha.

MISCELANEA

Teatros. – *París.* – Se han estrenado con buen éxito: en el Vaudeville *Le lys rouge*, bellísima comedia en cinco actos de Anatolio France, sacada de su novela del mismo título; y en la Comedia Francesa *Otello ó el moro de Venecia*, traducción de la tragedia de Shakespeare admirablemente hecha en hermosos versos por Juan Aicard.

* * *

Madrid. – Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia *Sin rumbo*, obra en tres actos del Sr. Fernández Villegas, el ilustrado redactor de «El Imparcial» que firma con el seudónimo *Zeda*; en Parish *La afrancesada*, zarzuela en un acto de Miguel Chapí y Asensio Mas, música del maestro Zurrón; en la Zarzuela *Los borrachos*, sainete de costumbres andaluzas en un acto de los hermanos Sres. Quintero, con bonita música del maestro Jiménez; y en la Princesa *Miércoles de ceniza*, arreglo de una comedia francesa de Barriere, hecho por don Valentín Gómez.

Para la temporada de primavera, la empresa del teatro Real tiene preparado un espectáculo que hasta ahora no ha realizado ninguna de las empresas de los grandes teatros de Europa, excepción hecha del de Bayreuth, y que consiste en la representación de las cuatro partes de la Tetralogía de Wagner *El anillo del Niebelungo*. Para ello ha contratado toda la compañía, los directores y parte de la orquesta del citado teatro de Bayreuth, ha dispuesto una *mise en sceue* digna de tales obras y está transformando la sala del Real á fin de que se asemeje en todo lo posible al famoso coliseo de la llamada Meca del wagnerismo. Durante la temporada se verificarán seis representaciones, cada una de las cuales se compondrá de las cuatro óperas *El oro del Rhin*, *La Walkyria*, *Sigfredo* y *El ocaso de los dioses*, que componen la Tetralogía, que se cantarán sucesivamente.

La empresa acometida por D. Luis París, empresario del Real, constituirá un acontecimiento único en los fastos teatrales de España y aun del mundo entero, con la sola excepción citada: por ello merece dicho señor los más entusiastas plácemes de los aficionados al arte lírico, y desde las columnas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA nos complacemos en enviarle nuestro aplauso más caluroso y más sincero.

De la venta de localidades en el extranjero se ha encargado la casa «Thos Cook & Soon-Towrist Office.»

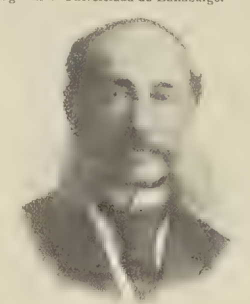
* * *

Barcelona. – Se ha estrenado con aplauso en Romea el drama en tres actos *Foch-Follet*, original de D. Ignacio Iglesias. En el Liceo ha comenzado la serie de ocho grandes conciertos: los dos primeros han sido dirigidos por el maestro Mertens y han tenido éxito excelente; los otros seis serán dirigidos por los maestros Crickboom, Colonne y W. de Haans. En el teatro de Novedades sigue obteniendo entusiastas ovaciones la notabilísima artista italiana Teresa Mariani.

* * *

Necrología.—Han fallecido:

Guillermo Rutherford, célebre naturalista escocés, profesor de Fisiología en la Universidad de Edimburgo.



EL BARÓN JULIO DE REUTER,
fundador de la agencia telegráfica de su nombre,
fallecido en Niza en 25 de febrero último

Dr. Federico Hansegger, celebrado escritor musical alemán, autor de las obras «Ricardo Wagner y Schopenhauer,» «La música como expresión» y otras, todas muy notables.

Dr. Emilio Welti, ex presidente de la República Helvética.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 153, POR JOSÉ PALUZÍE

NEGRAS

11 B. y 8 N. = 19 piezas

BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 152, POR V. MARÍN

Blancas	Negras
1. R 5 C D	1. R juega
2. A ó C mate	



Entonces se descubrió el cadáver con un cuchillo clavado en el corazón

INSEPARABLES

NOVELA POR JUANA MAIRET. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONCLUSIÓN)

– Sí te creo, mi querido Esteban. Pero todo eso lo pones en tiempo pasado... He observado, sobre todo de un año á esta parte, muchos indicios en los cuales no quise creer desde luego, pero á que he tenido que rendirme. Formas parte de una sociedad que no es la mía, pues he permanecido obstinadamente plebeyo, apegado de todo corazón á la pequeña tocinería de que tú te avergüenzas. Esto es sobre todo lo que ha echado á perder nuestra amistad, lo que hasta amenaza nuestra colaboración. ¡Confiésalo!

– La que te inspira esas ideas es la tía Rosa. Nunca me ha perdonado, y tampoco me he perdonado yo el momento de debilidad que me hizo renegar del pasado. Era más que una falta, era una torpeza. Pero ya no tiene remedio y lo mejor es no hablar más de ello. Se puede reparar una falta; pero una torpeza, no. ¡Ah, si crees que es de la tienda de la tía Rosa de que me avergüenzo, te equivocas! Mi vergüenza data de más lejos. ¡Qué no daría yo por ser oriundo, como tú, de la pequeña clase media de París, del pueblo ó de una familia de labradores! Ese es el origen de la mayor parte de nuestros hombres de talento. Pero conmigo es otra cosa. Yo salgo de la domesticidad, de la clase de lacayos. Cuando allá, en el castillo, encontraba en algún corredor una camarera llevando en el brazo el vestido de la señora, ó cuando me hacía conducir por el cochero del conde, me decía: «Así servía mi madre á la señora de Verneuil, y mi padre guiaba su coche.» Y estas cosas, de las cuales no podía hablar, me ahogaban, haciéndome malo, ingrato, capaz de cualquier villanía. Para borrar esto, imaginaba cosas imposibles, verdaderas locuras, y aún hoy tengo semejantes quimeras... Hacerse abrir la puerta del salón, después de haber pertenecido á la antesala, ya no es poco conseguir. Pero yo necesito más, ¿oyes?, ó moriré de rabia y de despecho...

– ¡Ah!, exclamó Pedro comprendiendo al fin, asustado de la exaltación de su amigo. ¡Desgraciado, te has propuesto casarte con Germana!

Con su mobilidad curiosa, que le hacía pasar casi instantáneamente de un sentimiento apasionado á la burla de sí mismo y de su pasión, Esteban se echó á reir murmurando:

– ... Gusano enamorado de una estrella..., ¿no es verdad que esto piensas? Un Ruy Blas de americana sería ridículo y odioso. Pero la verdad es que estoy loco por Germana. ¡Si supieses qué conmovedora estaba en el campo, sumida en su tristeza resignada, ella que fué la personificación de la risa!.. ¡Con qué sencillez explicaba su propia conducta, sin rencor contra ese marido miserable, que se vale de las apariencias para obtener un divorcio, sabiendo que es inocente! Confiesa sus locuras, sus imprudencias, su necesidad de lujo y de movimiento. De lo que se arrepiente, con mucha amargura, es de haberse casado sin amar, de haber querido á toda costa el lujo desenfrenado de una fortuna colosal..., ¡cuando ni siquiera tenía la excusa de la pobreza! ¡Y qué bien se hace cargo ahora de su posición! Está perdida para su clase, tan completamente como si se hubiese escapado de Francia con un amante. No es admisible el divorcio en el aristocrático barrio de San Germán. Procura alegrar graciosamente la tristeza del castillo, y después de haber sido adorada sin amar, se ha vuelto tierna y buena y dócil con sus padres. En el campo se quedan indefinidamente...

– Sí, interrumpió bruscamente Pedro, hasta el día que Germana, que es protestante, se haga católica y pueda casarse ante la Iglesia, puesto que su primer matrimonio será considerado desde luego como nulo. De esta manera, volvería á la sociedad con otro nombre y con otro marido, aunque este marido fuese de bajo origen, pero hombre de talento, conocido y aplaudido en ambos mundos. Esto es, mi querido

Esteban, lo que pensaron en el castillo el día que te rogaron que fueses á distraer la soledad de la dulce resignada. El barrio de San Germán se mostrará todavía esquivo, pero menos, y acabará por resignarse... ¡Oh, no, tú no te casarás con Germana, porque entonces, y por la primera vez de tu vida, recaerías en la domesticidad de que has salido!.. No te enfades, es tu amigo quien te habla y tu conciencia también. ¡Atrévete á decir lo contrario!

Esteban permaneció silencioso y absorto durante algunos minutos. Al fin dijo, como despertando de un sueño:

– ¡Qué quieres!.. Estoy enamorado de ella.

– Entonces comprendo que deseas desembarazar te de tu lío. Tranquilízate, aplazaremos nuestra visita para la semana próxima. Avisaré á la tía Rosa.

Pero la tía Rosa estaba ausente cuando Pedro llegó á su casa. Encontró á Carlota con la falda arremangada, los brazos desnudos hasta el codo y enharinados, en vías de confeccionar cierto pastel á que su tío era muy aficionado. El bueno de Perraud tenía un defecto, y era que le gustaba mucho el dulce. Pedro se sentó al lado de la mesa de la cocina y se entretuvo mirando trabajar á la muchacha, que, con mucha gravedad, como si se hubiese tratado de una cosa importante, continuaba midiendo harina, batiendo huevos y amasando su pasta.

La tranquilidad y el silencio perfecto de aquella casa en pleno campo, sentaron bien á Pedro, agitado todavía por su conversación con su amigo. La cocina, muy limpia y muy alegre con su gran fuego de llama, le gustaba más que los salones más espléndidos. Tenía razón cuando dijo que había conservado sus gustos plebeyos. En aquel cuadro familiar, ocupada en trabajos de pequeña ama de casa, Carlota lucía más. Su gran delantal blanco no ocultaba su hermoso talle flexible, y un rayo de pálido sol de invierno iluminaba su rostro rodeado de ligeros cabellos negros, graciosamente rizados. Olvidaba uno la nariz y la boca algo grandes, para no fijarse más que en el brillo de sus rasgados ojos y en la encantadora sonrisa que dejaba ver dos hileras de dientes pequeños y muy blancos. En suma, una soberbia muchacha – pensó Pedro, – esencialmente femenina, sencilla y buena, lo más diferente posible de las «desenfrenadas» que prefería Esteban.

De pronto dijo Pedro mirándola:

– Usted debiera casarse, Carlota. Sería usted una mujer encantadora, una verdadera mujer, lo que es muy raro en los tiempos que corremos.

Parecióle á Pedro que las manecitas enharinadas se ponían de pronto á temblar. Pero sin duda se equivocaría, porque continuaron golpeando la pasta, ya pronta á ser cilindrada sobre la tabla salpicada de harina. Ella contestó muy seriamente un instante después, sin tomar la cosa á broma, como solía hacerlo cuando le hablaban de casarse:

– Si algún día me caso, no será sino después de haberlo reflexionado bien. No quiero hacer como Lili..., es demasiado triste.

Era raro que la chica hablase de su hermana. El rompimiento entre el joven matrimonio y los Perraud le había causado mucha pena. Iba de tarde en tarde á ver á Lili; á veces pasaba dos ó tres días con ella para ir de tiendas, un poco á los teatros ó visitar las exposiciones. Y Lili se mostraba muy afectuosa, á pesar de ser poco expansiva, como si procurase aferrarse á la vida con su ternura de hermana mayor. Durante esas visitas, Carlota había visto muchas cosas, sin contar las que adivinaba, comprendiendo que la falta de simpatía entre los dos esposos, después de haber pasado por la indiferencia, llegaba poco á poco al alejamiento y al odio quizá. Esto ocurría sin insultos, sin gritos, sin violencias, porque hasta en sus discusiones domésticas, el arquitecto quería ser «distinguido;» pero las palabras pronunciadas tranquilamente eran más mortificantes, las miradas escudriñaban hasta el fondo de los corazones, llenos de desprecio y de odio. Era un infierno decente. Cada vez, Carlota volvía más triste, más resuelta á permanecer soltera, antes que casarse por casarse.

– ¡Pobre Lili!, murmuró Pedro; me temo, efectivamente, que no sea feliz. Pero ¿por qué no había de serlo usted, Carlota? Usted tiene lo que siempre le faltó á su hermana, el sentido real de las cosas, buen juicio. Nunca ha pedido usted la luna y las estrellas...

Carlota se sonrojó; luego, queriendo mostrarse llena de valor, dijo rápidamente:

– La luna y las estrellas representadas por un joven autor dramático que la desairó...

Pedro estremecióse. La muchacha había adivinado, por lo visto, la historia no confesada de la pobre hermana Lili.

– El autor dramático, dijo él, no se vió tal vez en el caso de aceptar ó rechazar...

– Vamos, Pedro, sea usted franco. La tía Rosa quiso casarlo á usted con mi hermana; parecía usted dispuesto á ello, mas de pronto retrocedió; y ella se casó por despecho, por desesperación quizá. Yo no era más que una chiquilla entonces, pero todo lo comprendí y le tuve á usted rencor, ¡pero mucho! Me complazco hoy en podérselo decir á usted, porque no parece usted hombre capaz de una cobardía. Y es una cobardía hacerse amar de una pobre joven para abandonarla después. Me ahogaba el pensar en aquella traición, sin poder decir nada..., y ¡me daba una pena!..

Carlota no concluyó su frase, porque se le oprimió el corazón y se le llenaron de lágrimas los ojos. Estaba muy apurada con sus manos cubiertas de pasta; no podía coger su pañuelo para enjugarse las lágrimas, una de las cuales cayó en medio de la pasta, cosa que le llenó de confusión. Estaba muy colorada y temblorosa, temiendo que Pedro adivinase lo que no se atrevía ni quería decir. Porque aquel final de frase enrevesada, ¿no se resumía de este modo: «Le quiero á usted mucho, y lo siento amargamente, puesto que usted ha sido causa de la desgracia de Lili?..»

Pero Pedro no adivinó más que parte de la frase no terminada, y tiernamente, con afecto de hermano mayor, cogió en sus manos las de la chica, sin hacer caso alguno de la pasta ni de la harina.

– Míreme usted bien de frente, Carlota; escúcheme y créame. Yo adoraba á la tía Rosa, dispuesto siempre á hacer todo lo imaginable para probarle mi gratitud. Cuando me habló de ese matrimonio, á pesar de no tener ganas de casarme, me sentí dispuesto á ello. Lili me gustaba; pensé amarla un momento – ¡un momento nada más! ¿No me cree usted? Sus ojos dicen que no. Sin embargo, es la pura verdad. Lili no me quiso. Cierto es que nunca le pedí su mano; pero desde el primer día..., ¿recuerda usted aquel almuerzo tan alegre, para el cual usted y yo cogimos lechugas?.. Pues bien: desde aquel día no me ocultó que no era yo en manera alguna el marido de su elección; que jamás, ni para dar gusto á su tío y á mi tía, ni por tomar un partido juicioso, consentiría en casarse conmigo.

Carlota bajó la cabeza, queriendo ocultar sus ojos francos, en cuyas lágrimas se mezclaba una alegría loca. Pero no pudo menos de murmurar:

– ¡Cuánto me alegro!.. ¡Cuánto me alegro!..

Y confusa, cubriéndose el rostro con las manos y embadurnándose inadvertidamente de pasta y harina, huyó escapada.

Pedro la miró partir sonriendo, y pensando que aquella chica, valerosa y jovial, amaba mucho á su hermana.

Lo que prueba que ciertas cosas se ven y se comprenden mejor de lejos que de cerca.

XIII

Los asuntos de León Marbois prosperaban desde hacía algún tiempo. Un amigo del conde de Verneuil le había confiado la construcción de un hotel en las inmediaciones del Trocadero, y pensaba hacer de este hotel una verdadera maravilla de buen gusto y comodidad, contando con que este trabajo le proporcionaría otros. Esto le consolaba un poco de la desastrosa especulación en que se había hundido la dote de su mujer. Ya entreveía la posibilidad de una vida algo más desahogada y pensaba mudarse.

La idea de la mudanza le trotaba en la cabeza, cierto día del mes de febrero, mientras se dirigía alegremente del hotel en construcción hacia el interior de París. Había tomado una calle transversal, medio edificada, con solares rodeados de planchas en que los anuncios formaban una lamentable mezcolanza de colores. Acá y acullá se alzaban grandes casas nuevas, y á pesar del lujo de sus fachadas, de las cariátides que sostenían los portales y de los balcones de hierro forjado; á pesar de las tablillas anunciando hermosos pisos para alquilar con ascensor, aquellas casas tenían un aspecto extraño y triste. Sin embargo, en alguna de aquellas calles nuevas encontraría tal vez una habitación que le conviniese. Leyó el nombre de la corta calle en que entraba, y recordó que era la misma en que Froment y Dorsat habían encontrado su entresuelo.

Entonces se puso á pensar en los dos jóvenes, á quienes veía más á menudo que tiempo atrás, sobre todo á Pedro Froment. Poco á poco, sus celos inquietos se habían calmado. Esteban le era mucho más simpático que Pedro; pero ambos habían hecho carrera y él tenía á mucha honra el que se sentaran á su mesa. Y nada había, ni en la actitud de su mujer ni en la de Pedro, que justificase la menor desconfianza.

Sin embargo, al pensar en Lili su frente se arrugó. Su matrimonio había sido un lamentable desastre en todos sentidos. No admitía que en ello hubiese tenido él la menor culpa. En todo se consideraba siempre impecable. La culpa toda la tenía Emilia. León era el único que daba á su mujer su verdadero nombre. Esta era fría, poco amable, indigna de él. Comparándola con ciertas jóvenes señoras de su clase, le parecía haber tenido poco acierto en la elección. Por otra parte, su misma frialdad era una salvaguardia, mientras que las jóvenes señoras brillantes con quienes la comparaba, ¡sabe Dios los pecadillos que tenían sobre la conciencia! La suya, siempre tan correcta, tan grave, tan seria, no podía ser sospechada. Y si hubiese vivido su hijo, ¿quién sabe?, tal vez hubiera concluído todo por arreglarse.

Era el único recuerdo capaz de conmover al arquitecto. Aquel niño de cuatro meses, su único hijo, muerto antes de haberlo podido reconocer no siendo con cloqueos y sonrisitas... León lo había querido y lo había llorado.

Aún ahora, al pensar en aquella criaturita, se le empañaron los ojos un instante.

Un instante nada más, porque sus ojos algo turbios se desencajaron súbitamente. De la casa de la esquina, la más grande y hermosa de las nuevas, salió una mujer dirigiéndose rápidamente hacia la avenida Kleber. Aquella mujer llevaba un velo espeso, pero no cabía duda, era su esposa, aquella Emilia fría y correcta. Inmediatamente él comprendió que salía de casa de su amante, de casa de Pedro Froment. Estuvo á punto de gritar, pero ningún sonido se escapó de su garganta seca. Como en una abominable pesadilla, la vió marchar rápidamente hacia la avenida; reparó en su vestido, en su capa, en su sombrero, que conocía de larga fecha; la vió llamar á un tranvía que pasaba, subir y desaparecer. Todo esto en dos minutos.

No amaba á su mujer y sabía que ella le aborrecía, pero el choque fué horriblemente penoso. Sin embargo, en seguida vió el cielo abierto con desembarazarse de aquella mujer. Divorciándose, podría volverse á casar y hacer vida nueva.

Rápidamente entró en aquella casa y preguntó á la portera:

– ¿El Sr. D. Pedro Froment?

– Entresuelo izquierda. Pero dudo que lo encuentre usted en casa.

– Debía estar hace poco. Me dió cita..., pero me he retrasado.

– ¡Ah, hace un rato, seguramente estaba!, dijo la mujer con una sonrisita maliciosa.

León Marbois subió, llamó, volvió á llamar y bajó de nuevo. Mientras salía á la calle, le dijo la portera:

– ¿No estaba?.. Habrá salido por la avenida.

Y entonces indicó otra salida con un gesto.

Viendo partir á León, pensó que aquel caballero tendría algo muy urgente que decir al Sr. Froment, porque estaba agitado y más blanco que el delantal que acababa de ponerse limpio. Después no volvió á acordarse de él.

León Marbois cogió un coche y se fué á su casa.

La criada le entregó una esquelita de su mujer diciéndole que almorzaba en casa de una amiga y no estaría de regreso hasta las tres ó las cuatro de la tarde. Aquello le hizo respirar un poco, porque no sabía á punto fijo lo que se proponía hacer. Con el tiempo recobró la necesaria calma, y con la calma una extraña sensación de bienestar. Iba á verse libre de aquel matrimonio odioso; su mujer misma acababa de proporcionarle el medio. No tenía deseo alguno de matarla, ni de tener con ella ninguna escena violenta. La despediría, y nada más. Todo su odio y todo su furor se volvían contra Pedro Froment. ¡Oh, á ese sí que lo mataría! Él manejaba muy bien la espada, mientras que Pedro tiraba deplorablemente. Lo mataría sin remordimientos, con placer, con deleite. Él mismo estaba sorprendido de la violencia de su furor.

Luego, como era hombre metódico, después de haber almorzado como de costumbre, entró en el cuarto de su mujer, registrólo todo y no encontró nada comprometedor. Cogió una maletita de viaje, metió en ella unos cuantos billetes de cien francos y esperó.

Eran las tres cuando llegó Lili. Observó él que estaba muy pálida y que indudablemente había llorado. Atravesando el salón, ella le echó apenas una mirada y dijo con indiferencia:

– ¡Ah!, ¿eres tú?

– Sí, yo soy.

La entonación de su voz la detuvo en seco, y esta vez miró á su marido en el blanco de los ojos. Palideció algo más, pero no se inmutó. Sin embargo, no ignoraba que su marido conocía su secreto.

– La he visto á usted, esta mañana, en el momento de salir de casa de su amante.

Lili permaneció inmóvil, apoyándose en el respaldo de una silla, sin contestar. León, temblando de rabia, se levantó y se acercó á ella.

– ¿No lo niega usted? ¿Ni siquiera me explica su presencia en aquella casa con una de esas mentiras de mujer, tan fáciles de inventar?

– ¿Para qué? Usted no me creería. Sí, tengo un amante, el único ser que he amado en el mundo. ¿Por qué no me mata usted? Sería una solución.

– No, no quiero semejante escándalo. La echo á usted de aquí, y nada más. Aquí tiene usted sus alhajas y dinero. Le enviaré su ropa donde quiera. Pero váyase usted pronto, ¡váyase usted!

Lili recobró su sangre fría, y tuvo una pálida sonrisa al tomar el saquito de viaje.

– Es usted hombre precavido, aun en los momentos más difíciles. Le admiro á usted.

– ¡Cuidado, Emilia! Me he prometido contenerme, pero le juro que peligra. ¡Márchese usted!

Lili se encogió desdeñosamente de hombros y se dirigió hacia la puerta, sin apresurarse. En el momento de coger ella el pomo, su marido le dijo temblando de rabia:

– ¡No quiero la sangre de usted, sino la de él! ¡Mataré á su amante..., mataré á ese Pedro Froment, á quien he odiado siempre!

Lili tuvo que apoyarse en la pared para no caerse; sus labios se abrieron, pero no salió de ellos ningún sonido. ¡Pedro Froment!.. ¡Era de Pedro de quien su marido sospechaba! Con la rapidez del rayo, comprendió cómo había podido ser aquello. Este era el nombre que la portera daba á Esteban, quien nunca cuidó de sacarla de su error. Sin embargo, Lili no podía dejar que subsistiese en su marido aquel mismo error, cuya consecuencia podía ser la muerte de un inocente. Iba á protestar de nuevo... Pero era condenar á Esteban, á quien amaba con toda la violencia de su naturaleza, á pesar de la dolorosa entrevista de la mañana. Su marido la observaba, gozándose plenamente en aquella angustia. ¡Cuán sabrosa le parecía la venganza!

Al fin, Lili se irguió con violencia y salió con movimientos de autómata, sin añadir una palabra. ¿Qué iba á hacer?

Todos los detalles de su última entrevista con Esteban acudían á su mente con una precisión desesperante, en tanto que ella se dirigía maquinalmente hacia los puentes. Propiamente hablando, aquello no era una ruptura, puesto que no había sido pronunciada esta palabra; pero de hecho, lo era. Esteban había desplegado una verdadera elocuencia en hacerle comprender que sus entrevistas se hacían imposibles, porque Pedro, al día siguiente, iba á tomar posesión del entresuelo común. Estaba pensando en verse en otra parte, pero era preciso tomar muchas precauciones; la buena reputación de su adorada Lili le interesaba más que á ella misma. Y su adorada Lili le había dicho con aparente calma:

– Amigo mío, no busque usted tantos rodeos para decirme una cosa tan sencilla. Está usted harto de mí y me abandona.

Pero entonces, sintiendo revivir su pasión por aquella mujer que creía ver por última vez, Esteban le aseguró con sinceridad y con más zalamería que nunca que seguía queriéndola lo mismo. ¡Y ella necesitaba tanto creer en su amor!

Ahora quería ver á su amante á toda costa, inmediatamente. Pensó encontrarlo en el bonito entresuelo que tanto conocía, pues él le había hablado de lo mucho que aún tenía que hacer para su instalación personal. Ella tenía la llave que le entregara al principio de sus entrevistas y que él no se había acordado de reclamarle.

Lili no encontró á nadie en el aposento; sentóse en el fumadero oriental y esperó.

Cierto desorden, varios paquetes puestos sobre una mesa, una cartera abierta, de la cual asomaban varias cartas y papeles liados, todo esto indicaba que Esteban había vuelto después de su entrevista de la mañana. Las cartas iban dirigidas á su nombre. Sin duda iba á llegar de un momento á otro, y ¡cuál no sería su sorpresa, y aun su cólera, al encontrarla allí instalada, después de haberle dado á entender claramente que no debía volver! ¿Qué iba á decirle?, ¿qué le podía decir? Probablemente estas palabras: «Usted me he perdido. Mi esposo me ha echado. ¿Qué cuenta usted hacer de mí?»

¿Qué haría de ella? ¡Ah, demasiado lo sabía, la desgraciada! Nada absolutamente. Le daría algunos buenos consejos, trataría de consolarla, le diría probablemente que se reconciliase con la tía Rosa; que se refugiase, humillada, perdida la reputación, en aquella casa donde tanto se había aburrido y de la cual salió tan llena de desdén para sus humildes parientes. Eso no lo haría ella jamás. En su pobre cabeza abrumada se agitaba aquel problema, sin que le encontrase solución. ¿Qué iba á ser de ella?..

Sin saber á punto fijo por qué esperaba en aquel fumadero silencioso, con paciencia y casi con estupor, miraba maquinalmente los sobres rotos, en todos los cuales aparecía el nombre de Esteban Dorsat, á quien tanto amaba. Siempre había adorado á aquel joven simpático, cariñoso, felino, de un egoísmo horrorosamente suave; lo había amado hasta en el momento en que jugó cruelmente con su corazón de niña. Luego el cariño se había convertido en pasión loca, la única pasión de aquella mujer. Y ahora...

Había levantado alguna de aquellas cartas, sin intención de leerlas; pero celosa hasta en aquel instante, trataba de reconocer letra de mujeres. Abrió algo la cartera y descubrió en el fondo una fotografía. La sacó vivamente, y una adorable figura de mujer joven, bonita, de una belleza soberana, le sonrió con aire de triunfo. Había visto, indudablemente, á aquella mujer, pero no recordaba dónde. En el teatro, con seguridad. Sería alguna de las intérpretes de Esteban. Dió la vuelta á la fotografía y leyó esta dedicatoria: «A Esteban Dorsat, mi amigo de la infancia, mi futuro novio, Germana de Verneuil.»



El gran parque por el cual Germana, meditabunda, daba largos paseos... (pág. 165)

Lili volvió á meter la fotografía en la cartera, levantóse y salió. ¿A qué esperar ya? Esteban iba á casarse, y la entrevista de la mañana había sido realmente una despedida.

Era casi de noche cuando Lili se encontró de nuevo en la calle. Estaba admirada de no sufrir más. Se sentía únicamente muy abatida y los objetos familiares le parecían extraños.

Del fondo de aquella incoherencia, sin embargo, surgía la convicción de que, para su lúgubre historia, no había más solución que el suicidio. Estaba perdida. No tenía ninguna afección á que agarrarse; pocas convicciones, religiosas ó filosóficas, que pudiesen retenerla; su pequeña fortuna disipada con su consentimiento. ¿Qué le quedaba, pues, en este mundo?

Y á pesar de todo, aquella mujer de veinticinco años se resistía á morir y tenía miedo al sufrimiento.

Entonces recordó una conversación entre su esposo y un amigo. Aquella conversación había versado sobre las diferentes clases de muerte y el grado de sufrimiento de cada una. El amigo sostenía que para una persona de sangre fría, con algunos conocimientos anatómicos, una de las muertes más dulces sería esta: marcar bien de antemano el sitio del corazón, apoyar un cuchillo en la pared y clavárselo con un rápido movimiento en el sitio marcado: la muerte sería instantánea y casi sin sufrimiento.

Sin rumbo, iba por las calles, muy animadas y alegres, por cuanto era lunes de Carnaval.

De pronto entró en una cuchillería y pidió un trinchante. Le enseñaron algunos con su tenedor. Escogió uno y no osó negarse á tomar el cubierto completo, que metió en un saquito de mano con precauciones de buena ama de casa.

Se sintió tan cansada, teniéndose apenas de pie, que tomó un ómnibus que pasaba.

Al llegar delante del patio grande de la estación de San Lázaro, que da á la calle de Roma, el ómnibus paró y todos los viajeros bajaron, siendo Lili la última. Vaciló ésta un instante; estuvo á punto de tomar un cuarto en el hotel Terminus. Pero había demasiada gente yendo y viniendo en el vestíbulo, resplandeciente de luz eléctrica. Escogió un hotel más modesto de las inmediaciones. Explicó en el despacho que tenía que partir para el Havre al día siguiente, y rogó que la llamasen á las seis de la mañana. Añadió, sonriéndose, que tenía el sueño muy profundo y que tal vez habría que golpear fuerte en la puerta.

Lili pidió recado de escribir, y con mano firme trazó estas palabras:

«Puede usted creer á una mujer que dentro de diez minutos habrá muerto: Pedro Froment no ha sido nunca mi amante.»

Dobló el papel metódicamente y escribió en el sobre el nombre y las señas de su marido. Aquella carta llegaría sin duda á tiempo para evitar una desgracia. Al menos así lo esperaba Lili. Esta escribió luego en otra hoja de papel:

«Me doy la muerte voluntariamente. La vida es un lúgubre enigma que renuncio á resolver, y no puedo soportarla más tiempo.»

Descubrióse el pecho, y en el sitio en que sentía latir su corazón trazó con la pluma una raya sobre la blanquísima piel. Aquel punto debía ser el bueno. Entonces, con una tensión de espíritu que excluía casi el miedo y rayaba en locura, tomó el cuchillo y buscó un lienzo de pared en que no estorbase mueble alguno. Le preocupaba la idea de si caería de espaldas ó de lado, y apartó el sillón que hubiera podido estorbar su caída. Y rápidamente, sin un instante de flaqueza, se echó sobre el cuchillo, que se hundió hasta el mango. La muerte fué instantánea.

En el momento mismo en que la desgraciada Lili renunciaba, como ella decía, á resolver el lúgubre enigma de la vida, los padrinos de Pedro Froment y los de León Marbois disponían el encuentro de sus apadrinados para la mañana siguiente. Habían procurado arreglar el asunto, sin conseguirlo. Una querella absurda. El arquitecto fué á encontrar á Froment al terminar un ensayo en un teatro, donde hablaron muy tranquilamente durante algún tiempo. De pronto, á propósito de una cuestión política, Marbois se encolerizó. Froment se había chanceado tal vez con él de un modo algo excesivo. El irascible arquitecto contestó con un bofetón que fué seguido de un verdadero pugilato.

A las seis de la mañana, el mozo del hotel llamó dos veces á la puerta de la viajera que había de tomar el primer tren del Havre, y no recibiendo contestación, llamó de nuevo. Receloso, fué á avisar á la patrona. Necesitóse algún tiempo para llamar á un comisario de policía y descerrajar la puerta. Entonces se descubrió el cadáver con un cuchillo clavado en el corazón.

En aquel mismo instante se verificaba el duelo, y la espada de León Marbois penetró en el pulmón izquierdo de su adversario. Para transportar al herido se necesitaron precauciones infinitas. El mismo León Marbois, espantado después de lo que había hecho, dió las señas del entresuelo, cerca del Trocadero, como mucho más cercano que la habitación del Luxemburgo, y quiso ayudar á transportarlo. Todo su furor de marido ultrajado se había extinguido. Ya sólo veía un hombre que sin duda iba á morir por culpa suya. Saltó del coche y avisó á la portera, diciéndole que el Sr. Froment estaba gravemente herido. La portera miró al hombre desmayado y dijo:

– ¿Este señor?.. ¡Pero si el señor Froment es pequeño, moreno y mucho más guapo que éste!.. ¡Este es el señor Dorsat!..

XIV

Algunas horas después del duelo, en tanto que el herido, salido de manos del cirujano, sufría mucho postrado en cama, Esteban Dorsat llegó espantado y quiso dirigirse al cuarto dormitorio. Perraud, que había sido llamado precipitadamente con su mujer y estaba de centinela á la puerta, se levantó y extendió el brazo. No habló, pero bastaron su gesto y su mirada. Llevóse á Esteban al fumadero, y cruzándose de brazos, le dijo lentamente:

– ¡Es usted un miserable!

– ¿Qué quiere usted decir? ¿Qué supone usted? ¿No ve usted que estoy desesperado?..

Su desesperación llega tarde. ¿Qué ha hecho usted? Yo se lo voy á decir. Era usted el amante de mi sobrina, que debió ser sagrada para usted. Para ocul-

tar sus relaciones, ha tolerado y facilitado un error que le hacía á usted pasar por otro. Toda su vida, ese otro ha pagado las deudas de usted; y esta vez las paga con su sangre. Su crimen de usted es de los que escapan á la ley, lo cual lo hace aún más odioso.

Jamás Perraud había hablado tanto. Se erguía ante Esteban, miserablemente abismado en una butaca, aterrado y tembloroso. Pero Esteban se levantó de un salto y se coló rápidamente en el cuarto de Pedro, sin que Perraud pudiese evitarlo. Éste, que le siguió con su natural pesadez, lo encontró arrodillado y sollozando junto al lecho de su amigo. La tía Rosa trataba de hacerlo salir, pero una mirada de Pedro la detuvo. Aquella mirada se fijó luego en Esteban, fríamente, sin cólera, pero también sin la menor traza del antiguo afecto. Esteban Dorsat comprendió por la expresión de aquellos ojos que tantas veces le habían mirado con fraternal ternura, que todo había concluído. Sin embargo balbuceó:

–¡Lo que aquí se quiere suponer es abominable! ¡Que yo he combinado fríamente tu muerte! ¡Que he procurado hacerte matar en mi lugar! ¿Es posible, Pedro?

El herido no podía hablar, pero sus labios se plegaron ligeramente y sus ojos permanecieron fríos, irónicos.

–La verdad es esta, continuó Esteban con su voz entrecortada por los sollozos; temía que Germana se enterase de mis relaciones, y pensaba que, dado el caso, ella podía creer que eras tú el amante de Lili. Pero ¿cómo adivinar que el último día se enteraría el marido? Nunca nos escribíamos. ¿Cómo podía yo prever lo que ha pasado?

Su lastimosa defensa moría en sus labios, y él comprendió que era inútil. La fría mirada de Pedro adquirió solamente un poco más de intensidad y pareció querer leer hasta el fondo del hombre que tanto había querido, cuyas debilidades todas había excusado y cuyo sortilegio había soportado siempre, á pesar de todo. Ahora lo veía tal como era, despojado de todas las gracias felinas que ocultaban su feroz egoísmo. Aún le veía más miserable y más perverso de lo que era realmente. Pedro se había vuelto implacable en su clarevidencia tardía, entero en esto como lo había sido en su larga abnegación, en su afecto que databa de la infancia. Luego sus ojos se desviaron lentamente, casi con indiferencia, sin volver á mirar á su antiguo amigo.

La tía Rosa levantó con sus vigorosos brazos al joven que había cesado de hablar, y lo empujó desdeñosa fuera del cuarto, diciéndole tranquilamente:

–Tan pronto como se pueda trasladar á Pedro, nos lo llevaremos á casa. Le cuidaremos y le salvaremos. Tú puedes quedarte con tu habitación de cortesana, puesto que la arreglaste á tu gusto, es propia para ti y para gentes como tú. ¡Ahora, márchate!

Deseó la ruptura y la tenía completa; pero se reservaba el mejor papel, y no podía decirse que lo hubiese conseguido.

Un hermoso día de junio; alegres pájaros revoloteando entre las ramas del gran tilo que sombreaba la blanca casita de Sevres; una suave brisa perfumada por las rosas abiertas al sol; una exquisita sensación de paz, de alegría, de retorno á la vida; un convaleciente tendido en su sillón-cama de rejilla, á la sombra del tilo; una joven enlutada leyendo en alta voz los periódicos de la mañana, todo esto formaba un conjunto parecido á la felicidad.

Es lo que pensaba el convaleciente. Pedro Froment experimentaba esa alegría intensa de toda criatura que vuelve á la vida. Sí, las tristezas de este mundo son con frecuencia atroces. A medida que uno avanza en edad, las ilusiones van cayendo; pero cuando la tumba abierta vuelve á cerrarse; cuando la cura llega después de una larga y cruel enfermedad, hay en el ser que renace una exaltación tal, que la vida parece el beneficio supremo, y el hecho de respirar un aire suave, de seguir perezosamente el rápido vuelo de las golondrinas, de sentir la caricia de un rayo de sol son, sin embargo, exquisitos goces que hacen que la criatura dé las gracias al Criador, en un arranque de alegre misticismo.

La lectora se detuvo bruscamente.

–¿Qué tiene usted, Carlota?, preguntó Pedro, sonriendo ante el apuro visible de la muchacha, creyendo que había tropezado con un suelto cualquiera que la avergonzaba y que no podía leer en alta voz. Pero no; debía ser otra cosa. Arrancóle el periódico de las manos y sus ojos se fijaron en seguida en esta frase que leyó en voz alta: «Esteban Dorsat, el joven y brillante autor dramático que va á emparentar con la familia de Verneuil, será autorizado, según dicen, para añadir el apellido de su mujer al suyo. Parece que pronto tendremos ocasión de aplaudir una nueva obra suya, que llevará la firma de Dorsat de Verneuil. Desde un principio, Esteban Dorsat estuvo acostumbrado á un doble nombre.»

Pedro dejó caer el periódico sobre sus rodillas, y continuó siguiendo el vuelo de una golondrina que, con su pequeño grito agudo, surcaba al aire puro y suave. Carlota, que le miraba con inquietud, se tranquilizó. No parecía experimentar la menor emoción.

–¿Es esto lo que no se atrevía usted á leer? Es usted una enfermera ideal. Me pone usted severamente á ración, no permitiéndome tomar más que bocados contados, cuando tengo un hambre devoradora, y procura usted evitarme toda emoción dolorosa. Sosiéguese usted; estoy perfectamente tranquilo, tan tranquilo, que me pregunto si hay en el mundo egoístas más egoístas que los convalecientes. Sentirse vivir les basta. Una vez que me he entregado, me cuesta trabajo recobrar mi albedrío; pero cuando lo recobro, es del todo y para siempre. Dorsat no existe ya para mí. El pedazo de mi vida en que había penetrado hondamente, fué cortado de golpe por la estocada que le estaba destinada y que recibí yo. Bien que hubiera bastado un accidente menos grave.



Le tomó la mano y le dijo con mucha ternura: ¡Hermanita mía!

–Sin embargo, dijo Carlota, en su delirio hablaba usted siempre de él, llamándole sin cesar.

–Es posible. Era mi vida pasada que volvía, y mi vida pasada era él. Ahora que lo reflexiono, yo le conocía bastante, hasta en el momento en que más me subyugaba. Yo sentía que tenía necesidad de mí; que sin mí caería, y que su caída sería tremenda. El sentimiento de protección hacia el ser querido, es tal vez el sentimiento más grato al corazón del hombre. Pero cuando comprendí que esta protección le pesaba, que trataba de sacudirla sin atreverse á hacerlo abiertamente, entonces sufrí mucho...

–¡Ah!.. No le costaría gran trabajo reconquistarlo á usted, si quisiese. Aún le aprecia usted.

–Se equivoca usted, Carlota. El otro día cayó en mis manos una carterita que reconocí en seguida. Contenía una hoja de papel amarillento en el cual estaban escritas con sangre estas palabras casi ininteligibles: «Juro querer á Pedro Froment toda mi vida.» Teníamos trece años cuando cambiamos seriamente esas declaraciones escritas con nuestra sangre. Metí el papelito bajo sobre con mi tarjeta, y se lo envié á Esteban, al futuro Dorsat de Verneuil.

Pedro permaneció en silencio un instante, luego añadió:

–Es el fin de mi juventud, una juventud que le consagré completamente. Tanto que mi amistad llenaba mi vida, impidiéndome pensar en el amor y en el matrimonio. Así es que ahora me pregunto si podré encontrar jamás la dicha donde otros la encuentran...

Carlota se inclinó para recoger un periódico que se había caído al suelo y no contestó. Pero Pedro no necesitaba que le contestase. Siguió el curso de sus pensamientos y continuó hablando lentamente, como consigo mismo.

–En cuanto á su obra firmada Dorsat de Verneuil, no creo en ella. Usted no sabe, Carlota, lo que es la vida mundana, y qué tiranía es la de una mujer á la moda. ¿Y cree usted que se guardan miramientos con un marido de humilde cuna, pobre, aceptado porque hacía falta un marido cualquiera? ¡No! Además, es muy posible que Germana abra un día los ojos y le diga: «Pero Esteban, ¿por qué no trabajas? ¿Por qué no haces obras maestras? Me gustaría ir á aplaudirte en el Teatro Francés. Iremos todos.» No lograría hacerle comprender que una comedia en cinco actos no se escribe como hace ella su tapicería, que anda hace años por los rincones. No; Esteban es hombre perdido para el arte. Ha encontrado su empleo, y quizá no ha contribuído poco á ello el atavismo: será, no príncipe consorte, sino marido lacayo.

–Es usted muy duro..., ¡usted que ha sido tan bueno y tan débil!

–Pues tal vez por eso mismo soy duro, ó tan sólo clarevidente. Note usted, mi querida enfermera, que conservo toda mi sangre fría. Examino su situación sin la menor cólera, con cierta curiosidad de artista.

–Pero juzga usted también á su mujer. Si ama á su marido, será la primera en ponerle la pluma en la mano y en decirle: «Trabaja; yo me encargo de mantener en torno tuyo la tranquilidad y el silencio. Respeto tu genio; quiero estar orgullosa de mi marido.» Esto le dirá y le sacrificará al menos una parte de sus placeres, de su vida mundana, con el mayor gusto. ¡Porque debe ser una dicha sin igual eso de admirar á un marido á quien se ama y verlo admirado por todos!

–¡Qué manera tiene usted de decir eso!.. ¡Usted, la muchacha jovial, se ha puesto seria, casi conmovida! ¡Lo que puede el espíritu de corporación! Las mujeres ¡qué bien se sostienen entre sí, cuando no se devoran mutuamente!

Se echó á reir, con una risa perezosa, llena de bienestar, al ver á la muchacha que, con cierta precipitación, cogía su cestita de labor, que apenas había abierto.

–Supongo que no me dejará solo, Carlota.

–Sí, pero por poco tiempo; mi tía necesitará de mí. Hay que enviar más rosas á la tienda.

–La tía Rosa le ha dado á usted por misión el cuidarme y distraerme. Sin usted, me aburro. Es necesario que se quede.

Ella se dominaba apenas. Pero ¿estaba ciego aquel hombre? Revistióse de valor y volvió á sentarse, abriendo un libro:

–¿Quiere usted que le lea un nuevo capítulo de nuestra novela, señor tirano?

–No. Hablemos. ¡Me gusta tanto hablar con usted! No sé dónde ha aprendido una porción de ideas sanas y rectas, sensatas y originales, y me gusta leer en su espíritu. Mejor quisiera leer en su corazón... ¡Qué novela tan bonita!, ¿no es verdad? No salgo de mi asombro cuando descubro que ya no es usted una niña, sino que raciocina y siente como una mujer. Pero ¿qué? ¿Llora usted?

–No, no; no lloro.

–¿La he mortificado? ¡Yo que le debo tanto y que la quiero! ¿Cómo ha sido eso, Carlota? No lo entiendo...

Sinceramente desolado, la miraba él, en tanto que, nerviosa, ella procuraba ocultar su emoción, sin conseguirlo. Le tomó la mano y le dijo con mucha ternura:

–¡Hermanita mía!

Esta palabra acabó de hacerle perder toda su serenidad. Sintióse sacudida de la cabeza hasta los pies y sollozó, desesperada de no haber sabido guardar mejor su secreto. Entonces él comprendió al fin.

Aquella niña le amaba. Presa de inmensa piedad, la contempló un rato en silencio, sujetándole la mano... Luego le dijo casi en voz baja:

–¿Es verdad, Carlota?.. ¿No quiere usted que la trate como á una hermana?

Ella no hizo más que un gesto negativo.

–¡Qué tesoro hallo al alcance de mi mano!.. Pero ¿soy digno de cogerlo? ¿Soy yo capaz de amar como usted merece que la amen? Hace poco se lo decía á usted: durante muchos años, tuve bastante con la amistad. Tal vez no pueda ofrecer á usted otra cosa en cambio de su gran ternura... Y esto no basta.

–Y... ¿si yo me contentase con ella?, dijo la muchacha, en voz tan baja, que Pedro tuvo que inclinarse para oirla.

Y al inclinarse, se encontró tan cerca de ella, que, sin saber exactamente lo que hacía, se puso á besar los finos cabellos de su adorable cabeza... Entonces se calmaron los sollozos.

– Si se contentase usted con ella, entonces, Carlota, le consagraría á usted mi vida... Quisiera darle á usted más, prometerle la dicha absoluta... y no me atrevo. Acabo de atravesar una crisis abominable... He dudado del bien, he dudado de la utilidad del sacrificio, he dudado de todo lo que hace de la vida algo noble y elevado y también de todo lo que puede dar una esperanza más allá de la tumba. Mi cura moral ha sido aún más larga que mi cura física, y todavía no es completa. ¿Quiere usted terminarla dándome la felicidad, sin estar segura de que yo pueda dársela á mi vez?

Carlota levantó la cabeza y le miró seriamente:

– Nada temo. Quiero que tenga usted ánimo, que sea célebre, y sobre todo, que sea feliz..., feliz gracias á mí. ¡Eso es todo lo que deseo! Sin embargo, el corazón me dice que algún día me amará usted como yo le amo, es decir... infinitamente.

Por toda contestación, Pedro, muy conmovido, la cogió entre sus brazos y murmuró dulcemente á su oído:

– ¡Ya no la llamo á usted «hermanita», sino... mujer mía, mi querida esposa!

¡Ah, no, no le temía al porvenir la gentil y resuelta Carlota!

TRADUCCIÓN DE JUAN B. ENSEÑAT

SIEGFRIDO WAGNER

El día 22 de enero último estrenóse en el Teatro Nacional y de la Corte de Munich la ópera popular romántica de Siegfrido Wagner *El hombre de la piel de oso.* El estreno de esta obra, primera producción lírico dramática del hijo del gran maestro de Bayreuth, era esperado con gran curiosidad, así es que en la noche de la primera representación, aquel teatro, en donde alcanzara Ricardo Wagner sus inmensos triunfos, ofrecía el aspecto de las grandes solemnidades, figurando entre la concurrencia gran número de escritores, músicos, críticos y directores de los principales coliseos alemanes.

Como su padre, Siegfrido Wagner se ha manifestado músico y poeta á la vez, escribiendo él mismo el libreto de su ópera, que ha tomado de un cuento de los hermanos Grimm, aunque en parte modificándolo.

El argumento de la ópera es el siguiente. El lansquenete Hans Kraft, hombre leal, rudo, inocentón y astuto al mismo tiempo, llega á su aldea de regreso de la guerra. Al enterarse de que ha muerto su madre y al ver que sus convecinos no quieren reconocerle ni darle albergue, siéntese invadido por la más honda tristeza. En esto se le acerca el diablo y le promete felicidades y honores sin cuento si se obliga á atizar durante un año el fuego que arde debajo de las calderas del infierno, pero amenazándole á la vez con los más terribles castigos en el caso de que quiera salvar á alguna de las almas que en aquellas calderas sufren tormento. Acepta el trato el lansquenete, y mientras Belcebú recorre el mundo, él desempeña su oficio en los antros infernales. De pronto se le aparece un forastero, que figura ser San Pedro, y le propone jugar á los dados las almas; Hans Kraft cae en el lazo y pierde la partida, con lo cual aquéllas abandonan la infernal mansión. Cuando vuelve el demonio y se hace cargo de lo ocurrido, transforma á su desleal servidor en un ser repugnante á la vista y al olfato, cubierto con una piel de oso, diciéndole que no recobrará su forma primitiva hasta que encuentre una doncella joven é inocente que, á pesar de su fealdad, le ame y le guarde fidelidad por espacio de tres años. Arrojado del infierno y devuelto á la tierra, el infeliz se ve por todos rechazado; pero al fin halla á su salvadora en la persona de la hija menor del burgomaestre de una aldea, en vista de lo cual el demonio no tiene más remedio que volver á Kraft á su primer estado. El lansquenete, joven apuesto y bien parecido, salva á la población de un asalto de sus enemigos, y colmado, merced á sus proezas, de dinero y de honores, se casa al fin con su amada con gran júbilo de todo el pueblo.



Siegfrido Wagner, autor de la ópera *El hombre de la piel de oso,* recientemente estrenada con gran éxito en Munich

Como se ve, este argumento préstase á una música llena de colorido y á una *mise en scene* brillante. Siegfrido Wagner ha sabido aprovechar las situaciones que el libreto le ofrecía escribiendo una partitura original, inspirada, dramática y admirablemente instrumentada, que no tiene con las obras de su padre más puntos de contacto que algunas reminiscencias de *Los maestros cantores,* el empleo de los *leitmotiven* y el predominio del recitado. En lo demás, tiene carácter propio, aunque con tendencias á la escuela romántica. La música de *El hombre de la piel de oso* deleita por su frescura, y resulta, especialmente en los pasajes impregnados de lirismo y de tristeza, sentida y delicada, y revela en su autor inspiración abundante y aptitudes técnicas no comunes, de las cuales se prometen opimos frutos cuantos conocen el entusiasmo que por la música siente el joven Wagner, y comprenden hasta qué punto pueden desarrollarse, con el estudio profundo de las obras inmortales de su padre, los gérmenes preciosos que lleva en su alma de artista el hijo del inmortal compositor. - X.



Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XVIII — Barcelona 20 de marzo de 1899 — Núm. 899



EL ENTIERRO DE JESUCRISTO, cuadro de Andrea del Sarto, existente en la Galería Pitti de Florencia

ADVERTENCIA

Con el próximo número de «La Ilustración Artística» repartiremos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el primer tomo de la serie correspondiente al presente año, que será el primero de «La vida en la América del Norte,» obra interesantísima bajo todos conceptos y profusamente ilustrada con grabados, reproducciones de fotografías hechas expresamente para este libro.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORANEA

VARIEDADES

¿Qué darán en el Real esta noche?, es la interrogación dirigida á las siete de la tarde por medio Madrid al otro medio. Los carteles dicen *haches;* los diarios, la víspera ó de mañana, han dicho *erres;* y de seguro serán *equis* ó *zedas* lo que se cante por fin. Ha transcurrido una larga temporada – la temporada casi enterita – sin que ni por casualidad una vez se llegue á cantar lo anunciado. Se cuenta con *La Walkyria* y aparece *Carmen;* se espera *Lohengrin* y salta *La Africana;* se anuncia *Gonzalo de Córdoba* y se cae en buena *Sonámbula*... Lo peor de todo, que nunca es *mudarse por mejorarse*. Siempre el cambio se realiza en perjuicio del público: siempre se trata de que zampe culebra por anguila.

Aun cuando no fuese así, y la variación redundase en ventaja, no es buen sistema andar variando. Tal vez los empresarios de teatros no sabrán qué se entiende por *cristalización*. *Cristalizar* es prepararse al goce por medio de la fantasía, que lo anticipa y lo reviste de prismas brillantes. Cuanto mejor el sueño que la realidad, tanto es superior al recreo mismo el cálculo y la esperanza de un recreo seguro. Cada ópera tiene sus aficionados y partidarios; hay quien se deleita con Wagner y quien delira con Meyerbeer; hay quien saborea como confites las dulzurillas de *Sonámbula*. Ahora bien: el que ve en el cartel que le ofrecerán lo que prefiere, pasa las horas del día en un estado de grata excitación, figurándose que ya escucha las melodías predilectas, que ya resuenan en sus oídos las deliciosas notas. Al llegar y ver el cambio su decepción es grande, mayor que sería el gusto de la variación si ésta saliese á medida del deseo; porque se pierde la labor cristalizadora, la trama de la fantasía, rota en un momento.

Tantas fluctuaciones, tanta indecisión, responden á las mil y una dificultades con que se lucha cuando se quiere sostener el prestigio del Real sin cantantes de empuje. No parece sino que en el firmamento se han apagado las estrellas una por una. Ya nunca se electriza el público; á veces sisea impaciente. Ibós, el único que rompía la capa de hielo de la indiferencia, no canta, porque no le pagan, según dice, aunque la Empresa afirma lo contrario: que todavía la debe dinero el célebre tenor. Y en estas disputas, los *dilettanti* son los que se quedan sin el santo (Ibós) y la limosna (el importe del abono).

El santo, de espaldas al Real, está de cara á los demás teatros. *Cyrano de Bergerac* logra este año el favor que el año pasado monopolizó *La corte de Napoleón*. Contribuyen á atraer al público á *Cyrano* diversos motivos: decoraciones bonitas, lindos trajes bien adaptados á la época, animación y variedad de las escenas, gracia, petulancia y sentimentalismo del verso... Aquí donde se han escrito en verso tan bellos dramas, se ha adolecido siempre de servir el verso como se sirve el cocido en Castilla: sin adornos de ninguna especie, solo, completamente solo, aislado, en largas tiradas declamatorias ó con interminables diálogos, sin que los ojos del espectador se recreen en nada que les distraiga y entretenga, sin que su imaginación se empape en el ambiente que corresponde á aquella poesía, á la manifestación oral de aquellos sentimientos. Suponed á un hombre *de ahora* asistiendo á una representación de *El Trovador* – en el cual hay *tela* para un éxito como el de *Cyrano,* pero *tela* que no se ha cortado ni plegado mañosamente – y figuraos que mientras oye á Manrique y á Leonor requebrarse y exhalar sus quejas, no ve en torno de esas dos aisladas figuras románticas nada del ambiente romántico también, nada de la compleja vida medioeval española; la dama viste vagamente como visten todas las damas de teatro, un traje que así puede ser del siglo XV como del XVII; el Trovador lo mismo; el convento tampoco tiene fisonomía propia, parece un *Sacré Cœur;* ni menos el campamento de gitanos, ni la corte de los reyes: hay en todo ello infinitos elementos pintorescos que no se han explotado, y que se deja á cargo del espectador adivinar, suponer ó fantasear, trabajo del cual se engendra inevitable fatiga. En vez de entretenerle, sorprenderle, deslumbrarle, se le obliga á que sin más ayuda de los sentidos que lo que entra por el oído – los versos, – *se haga* la atmósfera de ilusión en que es preciso alentar para sentir el entusiasmo lírico...

Dirán que es falta de respeto al genio pensar en que deben modificarse sus creaciones; pero yo sostengo que si se modificasen de la manera que dejo indicada, tendríamos aquí, refrescando nuestros lauros, muchos *Cyranos* que explotar. *El Trovador, Los amantes de Teruel, Traidor, inconfeso y mártir* ofrecen por metros esa *tela* de que antes hablábamos. Para hacer más comprensible lo que digo, voy á citar dos obras de nuestro teatro en las cuales se ha tenido en cuenta la *atmósfera:* estas dos obras son *Don Alvaro ó la fuerza del sino* y *Don Juan Tenorio*. Los actos del *aguaducho* y *de la venta*, el reparto de la sopa, en el drama del duque de Rivas; el acto de la hostería, el enredo de la reja, la escena con el escultor, etc., en *Don Juan*, animan y varían la acción, entretienen, ilusionan sin esfuerzo, y acaso se les debe, en gran parte, la popularidad y la vitalidad de ambos dramas románticos, que siguen gustando y atrayendo gente al teatro, lo mismo que en sus buenos tiempos. Otros dramas son muy hermosos literariamente considerados, y sin embargo derraman hielo; no se puede luchar con el frío que desarrollan. El modo de deshelarlos, yo lo sé; pero hablarían de sacrilegio... Respeto al templo, aunque lo veamos convertido en panteón.

Sucede con esos dramas algo de lo que con las óperas del antiguo repertorio: se ponen en escena con una especie de *qué se me da á mí*, dejando que los méritos de nuestro Señor Jesucristo, la fama literaria ó musical, convenzan al espectador y le hagan tolerante con cuantas deficiencias y chapucerías se puedan cometer. En vez de considerar que la consagración de una obra obliga á respetarla, entienden lo contrario. Risa da ver cómo se presentan en el Real las obras clásicas. Antaño, *Dinorah* tenía su cascadita de agua natural, cuyo ruido fragoroso y rústico se asociaba tan bien á la música del acto del puente roto. Ahora la hacen en seco. – Antaño, la cabrita era un precioso animalejo bien domesticado, blanco, pulcro. Este año sacaron una chiva negra, asquerosa. La *cerina caprettina* venía en derechura de algún desmonte de Vallecas. – Menudencias, se dirá. En arte escénico no hay menudencias. Importa todo.

¿Qué mas? Apenas estrenada *La Walkyria* ya se toman confianzas con ella. No hablemos del ridículo modo de vestir de la tiple, que sale de *Sieglinda* con corsé muy entallado y tacones Luis XV; pero el rayo de Wotan, que tronza la espada de Segismundo, ha sido suprimido por completo desde el primer día, y el descuido y negligencia son tales, que en la famosa *cabalgada* de las Walkyrias se ve cruzar las nubes á una guerrera con manto verde, y á los tres segundos, habiéndose mudado sin duda, aparece en escena con manto rojo. – ¿Qué será *La Walkyria* en el Real, dentro de dos ó tres años, cuando ya la tengan por vieja y como á vieja la abandonen?

En *La Africana* ya no hay decoración *que vira:* Nelusko nos cuenta que el barco debe virar, y el barco quieto. En *Roberto el Diablo*, suprimidos los fuegos fatuos, y así, poco á poco, se va dejando sin trufas el trufado de las óperas... y al espectador con la mitad de la ilusión solamente.

Ha desaparecido estos días del mundo de los vivos el general D. Romualdo Nogués, tipo muy español, muy castizo, muy original y asaz curioso – un objeto más para colección, siendo él un tenaz coleccionista. – Se le echará de menos, no sólo en alguna tertulia de gente aristocrática, sino en esas otras tertulias pacíficas de dos ó tres aficionados, siempre los mismos, que á la caída de la tarde, en invierno, se forman alrededor del brasero barroco en alguna trastienda de anticuario. Nogués era un inteligente, no un aficionado antojadizo, de los que no saben á punto cierto lo que desean y adquieren. Era además coleccionista especialista; compraba objetos de arte español, y había constituído una especie de museo histórico, en alto grado notable. Su rico monetario contenía una moneda de oro de peculiar interés para los españoles: dejemos la palabra al dueño: «Cuando en 1868 se trató de variar el tipo de la moneda, al encargado de hacer el dibujo para representar á España le presentó un coleccionista (era el propio Nogués) el *áureo* de Adriano con el reverso *Hispania*. De él copió la matrona recostada sobre montañas, con el ramo de olivo en la mano y el conejo á los pies. Olvidaron grabar el nombre de la nación á que pertenecía la moneda; después *lo enmendaron* y añadieron el peñón de Gibraltar. Por indicación del aficionado pusieron en el escudo las barras de Aragón y las cadenas de Navarra. Continúa el mismo, aumentado con las lises de los Borbones. En la confección de las nuevas armas de la patria, al numismático que intervino, reaccionario por quijotismo, corresponde una partícula de la gloria de la gloriosa.» La moneda romana del *soldado viejo* fué, pues, el modelo de los *perros chicos y grandes* que nos inundan.

Entre las genialidades de Nogués merece recordarse su obstinación en cultivar el fatídico número *trece*. Propúsose, y lo consiguió, reunir ni más ni menos de *trece* jarras españolas, de maciza plata, sobredoradas, repujadas y cinceladas; *trece* bandejones de plata también, de los siglos XVI, XVII y XVIII; *trece* campanillas; y aspiraba á *trece* docenas de veneras de la Inquisición, que, según Nogués decía, juntaba sólo por tema, porque otro aficionado de esta corte le aseguró que ni media docena conseguiría reunir. Las veneras de la Inquisición, por más señas, son joyas encantadoras en su forma y primorosas en su hechura. Los emblemas del Santo Oficio – la rama, la espada, la cruz – se combinan en pedrería, sobre cristal de roca, esmalte verde, oro cincelado, plata – siempre diferentes; – se ve que las tales veneras constituyeron una coquetería del traje y una presea caballeresca.

En todo era Nogués español rancio. El día en que visité su colección no me ofreció el te fino y el *lunch* á la inglesa con que obsequiaba el marqués de Arcicollar, sino, á la aragonesa, mistela y orejones. Los libros de Nogués son realmente cajones de anticuario: se encuentra en ellos de todo, anécdotas á miles, detalles raros, incongruentes, rasgos de chistoso ingenio, crudezas y franquezas de verdadero soldado, un españolismo acérrimo, y más que nada la ostentación de una facultad preciosa que conservó Nogués hasta el último período de su robusta senectud: la frescura de la memoria. Nogués lo recordaba todo, y todo en el mismo plano, como se observa en esas tablas flamencas donde los segundos términos están detallados con igual minuciosidad que los primeros. La memoria, en este grado, estorba para la composición literaria. La incoherencia que se nota en la curiosísima autobiografía de Nogués, consiste en que no hay penumbra de recuerdo, ni gradación de impresiones. Su memoria de acero no escogía.

EMILIA PARDO BAZÁN

FRASES POPULARES

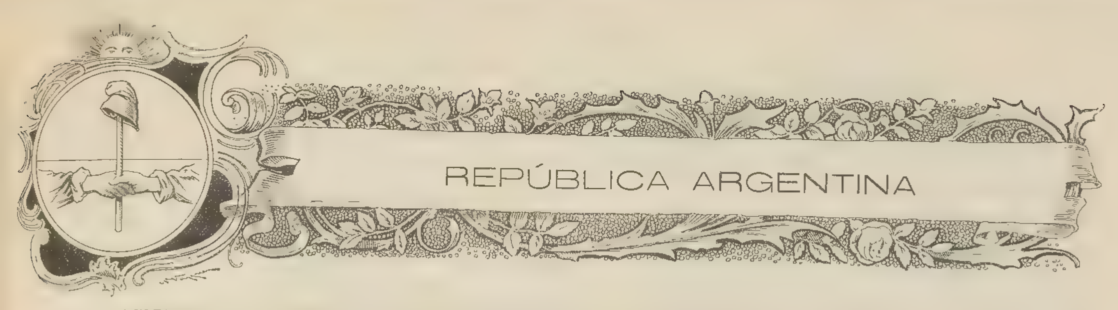
¡CONTRIBUIR CON SU ÓBOLO!

Charón ó Carón, considerado entre los paganos como el barquero del Averno, tenía la lúgubre misión de trasladar por el río Letheo las almas al otro mundo mediante el estipendio de un óbolo (escasos ocho céntimos de peseta).

Así se explica que los primitivos gentiles colocasen tal moneda en la boca de los muertos para el pago del pasaje, sin cuyo requisito Carón les condenaba irremisiblemente á errar vagabundos durante cien años á lo largo de las riberas, según practicaba con los suicidas y traidores á la patria, quienes, por expreso mandato de la ley, no llevaban óbolo.

La persuasión en que vivían los antiguos de que era necesario atravesar las aguas del Letheo puede obedecer al fundamento consignado por Diodoro Sículo, el cual refiere que habiendo observado Orpheo en sus viajes por Egipto que los moradores de Memphis enterraban sus cadáveres en sepulcros abiertos del otro lado del Nilo, hizo creer á los griegos que Carón desempeñaba el fúnebre servicio de Arraez, sin sospechar que en el lenguaje faraónico se llamaba Charón al barquero.

LOPE BARRÓN



DELEGADOS DEL GOBIERNO ARGENTINO PARA EL ARREGLO DE LA CUESTIÓN DE LÍMITES CON CHILE

No cabe ya la menor duda de que ha llegado el momento de la solución completa de la cuestión de límites entre las dos repúblicas hermanas de Sur-América: Chile y Argentina.

Por una parte el árbitro, ó sea la vieja Inglaterra, en la persona de la reina Victoria, á quien ambos contendientes han presentado su respectiva documentación en el litigio, sobre si ha de ser la línea divisoria la que pase á *outrance* por las altas cumbres, ó si ha de imperar la teoría del *divortium acuarium;*



Dr. D. José E. Uriburu
(de fotografía de Freitas y Castillo)

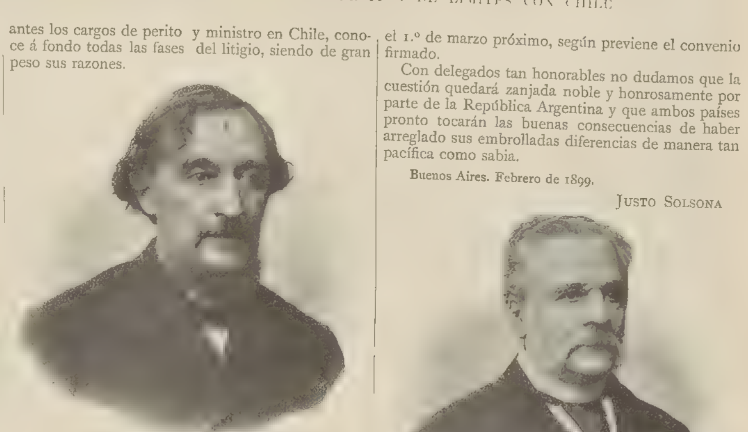
por otra, las conferencias de las comisiones para tratar todo lo concerniente á la demarcación en general y particularmente sobre la frontera de Bolivia en la parte conocida por Punta de Atacama; y más que todo, con la buena voluntad de los progresistas gobiernos que hoy dirigen los destinos de tan florecientes repúblicas y el acercamiento y entrevista de los dos



General Dr. D. Benjamín Victorica
(de fotografía de A. S. Witcomb)

presidentes en las aguas neutrales del estrecho magallánico, hace esperar que al fin será un hecho la franca y leal inteligencia entre argentinos y chilenos, desapareciendo para siempre del horizonte temores y recelos que pudieran obscurecer el porvenir de las dos naciones hispano-americanas.

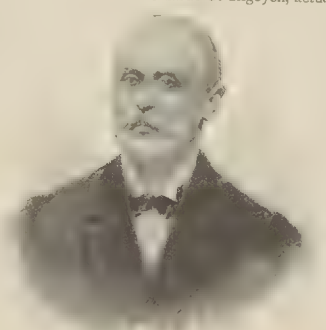
El doctor D. José E. Uriburu que acaba de dejar la presidencia Argentina, habiendo desempeñado antes los cargos de perito y ministro en Chile, conoce á fondo todas las fases del litigio, siendo de gran peso sus razones.



General D. Bartolomé Mitre
(de fotografía de A. S. Witcomb)

Cosa parecida podríamos decir del teniente general D. Bartolomé Mitre, ex presidente también de la República, que á una larga vida política une un estudio profundísimo del problema que se ha de resolver.

Pero quien seguramente hará un papel superior en las próximas conferencias internacionales, será el sabio estadista doctor D. Bernardo de Irigoyen, actual



D. Juan José Romero

gobernador de la provincia de Buenos Aires, personaje que ha intervenido de años atrás (siendo ministro de Relaciones) en dicho litigio, habiendo firmado uno de los protocolos preliminares.

Y así el doctor y general D. Benjamín Victorica, ex ministro de Guerra y Marina, como el doctor don Juan José Romero, ex ministro de Hacienda, por sus talentos y elevadas dotes personales completan perfectamente la Comisión Argentina.

El joven doctor D. Manuel A. Montes de Oca, que á un talento nada común y á una preparación notable en este asunto, une la de escritor correcto, habiendo llamado poderosamente la atención sus artículos y folletos respecto á los límites chileno-argentinos, actuará como secretario.

Las conferencias se celebrarán en la ciudad de Buenos Aires y deben reunirse las dos comisiones el 1.º de marzo próximo, según previene el convenio firmado.

Con delegados tan honorables no dudamos que la cuestión quedará zanjada noble y honrosamente por parte de la República Argentina y que ambos países pronto tocarán las buenas consecuencias de haber arreglado sus embrolladas diferencias de manera tan pacífica como sabia.

Buenos Aires. Febrero de 1899.

Justo Solsona



Dr. D. Bernardo Irigoyen
(de fotografía de A. S. Witcomb)

Por los recientes telegramas de la República Argentina se sabe que los comisionados argentinos y chilenos han celebrado ya las conferencias á que se refiere en el anterior artículo nuestro distinguido corresponsal en Buenos Aires; y á juzgar por lo que aquéllos dicen, es de esperar que pronto quedará satisfactoriamente terminada la difícil cuestión de lími-



Dr. D. Manuel A. Montes de Oca
(de fotografía de Freitas y Castillo)

tes en lo referente á Punta Atacama, confirmándose así las predicciones del Sr. Solsona y restableciéndose la cordialidad de relaciones entre las dos repúblicas americanas, entre las cuales había llegado á parecer inminente un gran conflicto que por un momento llegó á temerse se convirtiera en sangrienta lucha.

(N. de la R.)

EL DIA DE LA QUEMA

Veníamos de misa, y al pasar por junto al casar de Cantón, de donde acababan de rodar unas piedras hasta el medio de la calle, dijo una anciana:

– Bien me acuerdo yo de ver esta casa en pie, y de ver asomada al balcón á su dueña la señora Ignacia, la *Cantona*, allá antes de la quema.

– Sí, antes de la quema tuvo que ser, dijo un vecino también de bastante edad, porque después ya esta casa no ha vuelto á levantarse.

– ¿Y la quema fué cuando la *francesada*?, preguntó una rapazona poco instruída.

– Sí, mujer, la contestó otra, medio escandalizada de la pregunta. ¿Pues no has oído que los franceses quemaron la villa de punta á cabo?.. ¡Mira que también fué barbaridad!.. Y toda la culpa creo que tuvo el *marquesito* por estar aquí siempre, porque tenía aquí la novia, y los franceses, como nunca le podían coger, se vengaron en eso...

– ¡Que lástima!, dijo en tono de maldición la otra moza que había hablado primero. ¡El *marquesito* y la marquesita!.. Allá podían haber estado en Argel...

– ¿Qué sabéis vosotras, zurruteras?, les dijo el tío Julián. Habláis y no sabéis lo que decís. El *marquesito* no tuvo la culpa de que los franceses cometieran las crueldades que cometieron aquí, como cometieron otras muchas en otras partes. El *marquesito* cumplía con su deber haciendo guerra incesante á los invasores, y gracias á él y á otros como él se vió España libre de la invasión y recobró su independencia...

Nadie habló más del asunto, y yo, que era un niño, me quedé con mucha gana de saber; así es que en cuanto llegué á casa comencé á hacer preguntas.

– Diga usted, abuelo, ¿se acuerda usted de la *francesada*?

– Sí, hijo, sí..., ¿pues no me he de acordar?.. Era yo entonces ya un rapaz mayor que tú ahora, de manera que me acuerdo perfectamente de todo lo que vi; pero de lo que más me acuerdo es del día de la quema... Todavía me parece que estoy viendo arder las casas todas á un tiempo.

– ¿Y cómo fué?

¡Horrible, hijo mío, horrible!

– Bueno, pero ¿quién las puso lumbre?



RETRATO DEL CONDE MARTINENGO, cuadro existente en la Galería Nacional de Londres, original de Alejandro Bonvicino, *il Moretto*, llamado el Rafael bresciano, cuyo centenario se ha celebrado recientemente en Brescia.

EL CENTENARIO DEL PINTOR ALEJANDRO BONVICINO

Alejandro Bonvicino, *il Moretto*, llamado también el Rafael bresciano, nació en Brescia en 1498 y fué discípulo de Fioravante Ferramola; pero muy pronto abandonó el taller de éste y dedicóse á estudiar las obras de los grandes pintores que le habían precedido, pudiendo ya á los diez y ocho años brillar con luz propia en el firmamento del arte.

La biografía de este artista está en sus obras; de su vida apenas se conservan noticias y únicamente se sabe que pintó hasta 120 lienzos, la mayor parte de ellos destinados á las iglesias, conventos y palacios de su ciudad natal, que vivió modestamente, que se casó en 1554 con María Moreschini, de la cual tuvo un hijo, y que murió en 1556.

Brescia ha conservado siempre un culto religioso por su pintor místico y ha sabido durante mucho tiempo guardar la mayor parte de sus obras, muy pocas de las cuales habían salido de allí para ir á adornar los museos de otras ciudades de Italia y del extranjero. Pero fuera de Brescia, Alejandro Bonvicino era poco conocido: su recuerdo había sido borrado por la gloria del Tiziano y de sus satélites mayores, habiéndose dado más de una vez el caso de que algunas de sus obras como originales del Tiziano se conceptuaran.

En 1850, sin embargo, un crítico alemán, Otón Mundler, estudiando los cuadros del *Moretto* existentes en el Museo del Louvre, llamó la atención sobre aquel maestro, á quien calificó de uno de los más hermosos genios y de los pintores más puros del siglo XVI. Desde entonces el nombre de Bonvicino fué cobrando cada día mayor gloria, y el alto aprecio en que hoy se tienen sus obras es compensación merecida del olvido injustificado en que se le tuvo durante tantos años.

Sus cuadros se distinguen en primer lugar por la intensidad del sentimiento religioso que en ellos domina, así como por la frescura del colorido y por los bellísimos efectos de claroscuro. Una de las cosas que más llaman la atención en ellos es el vigor con que sobre un fondo claro destacan las figuras, que aparecen admirablemente acentuadas y llenas de vida. También es notable en todos ellos la perfección con que están pintadas las telas de los ropajes.

Era natural que un pintor que sabía dar á las figuras de sus lienzos religiosos tanta naturalidad, se dedicara á los retratos: así fué, y aunque son pocos en número los que ejecutó, estos pocos constituyen otras tantas obras maestras.

Los principales cuadros del *Moretto* son: la *Coronación de la Virgen*, que es quizás la mejor manifestación mística de aquel pintor; *La Virgen y el Niño*, que se conserva en la iglesia de los Milagros de Brescia; *Santa Ursula entre las Vírgenes*, existente en la iglesia de San Clemente de la propia ciudad; *Jesús y la Samaritana*, que se guarda en la Galería Morelli, también de Brescia; la *Cena en casa del Fariseo*, que puede verse en el templo de la Piedad de Venecia; *Santa Justina*, *El martirio de San Pedro*, *La lluvia de maná*, *Santa Margarita de Cortona*, y los retratos del conde Martinengo y el de una dama desconocida que se conserva en Milán. – A.



LA CORONACIÓN DE LA VIRGEN, cuadro existente en la iglesia de San Nazario de Brescia, de Alejandro Bonvicino, *il Moretto*, llamado el Rafael bresciano, cuyo centenario se ha celebrado recientemente en Brescia

– Los soldados franceses.
– Pero ¿por qué?
– Porque lo mandó el coronel.
– ¿Y por qué lo mandó?..
– Según decían, porque á los franceses les incomodaba mucho la permanencia aquí del *marquesito* con su gente.

Ellos estaban en Guardo, vamos, allí tenían mucho ejército, una división; en Cervera tenían una guarnición pequeña de cuatro compañías, y en algunos otros puntos tenían también destacamentos.

El *marquesito* estaba aquí con su partida, casi toda de gente de por acá que sabía bien todos los caminos, atajos y veredas, y cuando más descuidados estaban los franceses caía él una noche sobre uno de aquellos destacamentos, le copaba, y aquí se volvía con los prisioneros y el botín de guerra.

Salía una columna francesa de Guardo para aquí ó para otro lado, y el *marquesito*, que lo sabía desde el día antes, porque no sé qué forma se daba para tener noticia de todo lo que iban á hacer, les esperaba en algún monte que hubiera á la orilla del camino, y cuando llegaban... ¡pim! ¡pam! ¡pum!.. tiro va y tiro viene, sin que los franceses vieran á nadie, y naturalmente ó tenían que volverse atrás ó dejaban la mitad de la gente por el camino. Y por supuesto, el *marquesito*, á la noche, en Pedrosa tan campante, sin haber perdido ni un soldado.

Con esto los franceses se desesperaban.

Pero la mayor desesperación fué porque aquel año, el año nueve, pocos días antes de la quema, el *marquesito* fué una noche á Cervera, desarmó la guarnición y la trajo aquí atada.

En cuanto lo supo el general de la división que estaba en Guardo, dispuso que una fuerte columna de infantería y caballería saliera para acá á coger al *marquesito* y rescatar los prisioneros. Pero cuando llegó aquí la columna, el *marquesito* ya se había marchado y ya tenía los prisioneros camino de Asturias.

Esto les puso de un humor endemoniado y comenzaron á hacer barbaridades.

La primera fué la de fusilar á D. Manuel, que era un estudiante que ya estaba ordenado de Evangelio. Por cierto que su madre, doña Teresa, no le dejaba salir á esperarles, porque había oído que á los sacerdotes los querían muy mal, y le mandaba marcharse al monte en cuanto se supo que venían; pero él se fió en que sabía hablar en francés, creyó que con hablarles en su lengua les podría amansar un poco, salió á esperarles al otro lado del puente y allí le mataron... y además le dejaron desnudo, sin un hilo de ropa sobre su cuerpo.

SANTA JUSTINA, cuadro existente en la Galería Imperial de Viena, de Alejandro Bonvicino, *il Moretto*, llamado el Rafael bresciano, cuyo centenario se ha celebrado recientemente en Brescia

Luego metieron los caballos en la iglesia mayor; la llenaron de paja y de hierba hasta medias paredes, para que estuvieran bien mullidos, y aquello fué la cuadra. ¡Si vieras cómo la dejaron!..

Después cuentan que el coronel, rabioso como estaba por no haber podido coger al *marquesito*, dijo sonriéndose con una sonrisa diabólica: «Ya que no he podido coger el pájaro le desharé la jaula,» y en seguida dió orden á los soldados de poner fuego á todas las casas de la villa, orden que se ejecutó en un abrir y cerrar de ojos. Iban los soldados con haces encendidos, me parece que los estoy viendo; á las casas que tenían el techo de paja no hacían más que tirarlas al techo un haz encendido y empezaban á arder: á las que estaban cubiertas de teja las ponían fuego por dentro y ardían lo mismo.

¡Qué desconsuelo ver aquella hoguera! En mi vida he pasado pena mayor... Y eso que era un niño; pero me acuerdo que sentía una opresión en el pecho que casi me ahogaba.

Después acá he visto varias veces quemarse algunas casas, y me ha dado pena de los dueños, pero no hay comparación con aquel desamparo. Porque cuando á un vecino se le quema la casa, otro le recoge provisionalmente en la suya, y entre todos le ayudan á levantar de nuevo la que han destruído las llamas. Pero aquel día se quemaban las casas de todos, todas á un tiempo... Nadie podía recoger á nadie, porque todos quedaban igualmente sin albergue; nadie podía ayudar á nadie, porque todos quedaban igualmente necesitados de ayuda... Y luego allí se quemaba todo, las casas, los muebles, las ropas, los víveres, las alhajas..., todo el producto del sudor de aquel año y de todos los años... El coronel había prohibido sacar nada de las casas, y los soldados lo impedían severamente. La orden era terminante. Todo había de perecer abrasado, exceptuando las personas... y no todas.

Porque al señor Prior, á quien primero buscaron para hacer con él lo mismo que con el diácono D. Manuel, cuando supieron que estaba dentro de su casa tuvieron formal empeño de quemarle en ella, para lo cual puso el coronel centinelas delante y detrás, con orden de disparar sobre él si salía. Y como no salió, ó por lo menos el coronel no supo que hubiera salido, se quedó en el entender de que se había quemado.

No sucedió así: se salvó casi milagrosamente. El pobre señor, cuando se vió apurado en la vivienda, se corrió á la cuadra por una puerta intermedia y de allí se subió á la tenada. Cuando ya allí también le ahogaba el humo, se asomó por el boquero que daba á la parte de atrás, á ver si podía huir por aquel lado. Vió que allí había un centinela como el de adelante y aguantó otro poco; mas

cuando del todo no podía ya respirar, dijo para sus adentros: «Entre morir aquí asfixiado y achicharrado ó morir de un tiro, prefiero esto último... A más de que acaso no me acertará ó no hará más que herir me...» Y encomendándose á Dios saltó del boquero al suelo, corrió hasta la presa del Toilo, y se metió á gatas en un aguaducho, debajo de la cerca de un prado que había enfrente: allí estuvo en el agua hasta que fué de noche.

-»¿Pero no le vió salir el centinela?..

-»No se supo si fué que no le vió, ó fué que le dió lástima y faltó á la consigna. El señor prior se inclinaba á creer lo segundo, porque le parecía imposible que no le hubiera visto, estando allí sin otro cuidado... A no ser que Dios le cegara para que no le viera... Lo cierto es que el coronel y los oficiales se marcharon muy creídos de que habían quemado al prior de Pedrosa dentro de casa.

»Por cierto que la madre del señor cura, pues vivía éste en compañía de sus padres, se había muerto el día anterior, y cuando llegaron los franceses estaba de cuerpo presente en el portal de la casa, metida en las andas de la parroquia para llevarla á enterrar; y su marido, el pobre, porque no se quemara allí, pidió permiso, medio por señas, á los soldados para sacar las andas á la calle y se las dejaron sacar.

»No tuvieron inconveniente en permitir que se librara del fuego la madre muerta, pero querían que se quemara vivo el hijo...

»Por la tarde, después que se marcharon los franceses, se trató de llevar los enfermos y ancianos á otros pueblos. Algunos lloraban y no querían ir... A doña Teresa, la madre del diácono D. Manuel, que no hacía más que preguntar por su hijo y la andaban engañando con mentiras, diciéndola que había ido á tal ó cual parte, la llevaban á Salio ya al anochecer y tenían que pasar por junto á donde estaba su hijo muerto. Para que no le viera le habían echado un capote encima; pero quedaron descubiertos los pies desnudos, y al verlos doña Teresa dijo á los que la llevaban:

-»Allí hay un muerto..., ese será el mi Manuel.

-»¡Ca!, no, señora, la dijeron para quitarla aquella idea: será algún francés de los que murieron en el tiroteo que hubo esta mañana al entrar.

-»¡Ay!, no, replicó ella, los franceses no tienen los pies tan blancos: aquellos son los pies de mi hijo.

»Y decía verdad la pobre madre, que herida mortalmente por el susto y el dolor de aquella jornada, fué á reunirse con su hijo á los pocos días...

»Cuando cerró la noche, algunos de los que habían quedado en el pueblo se refugiaron en la fragua, único edificio, si mereciera tal nombre, que había quedado en salvo, á la orilla del río, por bajo del puente; otros andaban por las calles como bobos, sin saber qué hacer...

»¡Qué tristeza tan grande! Las casas ya destruídas continuaban echando humo de trozos de madera que se iban quemando sin llama entre los escombros... De cuando en cuando se sentía algun estallido y saltaba alguna chispa... Después todo volvía á quedar á obscuras y en silencio. . . . .

. . . .

¡Dios te libre, hijo mío, concluyó mi abuelo apretándome contra sí, Dios te libre de ver semejantes horrores!»

Antonio de Valbuena

IL GUERRIERO

No recuerdo el título de la ópera, y es igual para el caso.

No sé si ustedes recordarán por las señas, como un personaje muy conocido decía que conoce todas las obras por los trajes de los coristas.

-¿Que salen con túnica y manto? *Norma*. ¿Que salen en piernas? *Lucía*. ¿Que visten de guerrero con cota de malla? *Trovador*.

Y así sucesivamente.

Pues bien: de guerrero vestían la ópera á que me refiero, aunque no sé si sería *El Trovador;* pero pienso que no.

Había llegado á una capital de provincia de tercera clase, por lo menos, una compañía de ópera italiana, para dar unas cuantas funciones durante las fiestas con que, como todos los años, solemnizaban el día de su santo patrono.

Era verdaderamente un cuadro lírico-barato el de la ópera llegado á dicha capital.

Como que no había más de tiple absoluta, tenor de fuerza... muscular, barítono y bajo fúnebre, y coro de ambos sexos, hasta doce personas, y todas mal alimentadas.

Aquellas eran voces en desierto.

Duplicaban papeles, cuando era posible, y en caso de no poder, suprimían la parte de contralto ó la de segundo tenor, por fin, la que estorbaba.

Algunas veces se valían de una contrafigura, papel que encargaban á uno ó á una del cuerpo de coros, que en los concertantes abría la boca, pero no cantaba; y lo mismo en terceto, y aun en dúo, conforme á las necesidades del servicio.

Y gustaba el público de aquella compañía, que cantaba á grito pelado hasta los *pianísimos*.

Ya habían dado *La Funámbula* - por errata en el cartel, - y *El Barbero*, no precisamente *de Sevilla*, sino *de Carmona* ó *de Cazalla de la Sierra*.

Para la noche siguiente anunciaban esa ópera cuyo título no recuerdo, ni hace al caso.

Pero la indisposición del tenor, que de la noche á la mañana quedó afónico, venía á dar con el negocio en tierra.

El abono era respetable para quienes ellos eran, y pensar en devolver el dinero recaudado por las diez representaciones anunciadas, habría sido pensar en un imposible.

Como que con aquel dinero «iban tirando» los infelices artistas.

El conflicto era terrible.

¿Quién podría encargarse de la parte de tenor, siquiera por aproximación?

Porque en el coro no había esas «etiquetas de voz,» y todos cantaban, lo mismo en tenor, que en bajo, que á media voz; esto casi siempre.

Había tenores, pero con sordina, como las trompetas en señal de duelo.

Llegaron á la mencionada capital aquella mañana tres caballeros, forasteros dos de ellos y otro de la localidad y persona muy conocida.

Uno de los forasteros iba á visitar la capital acompañando á sus amigos, pero á condición de que no habían de descubrirle, que deseaba vivir libre y de incógnito para disfrutar tranquilamente de los espectáculos y divertimientos.

Así se lo prometieron, muy particularmente el vecino de la localidad, y el incógnito quedó tranquilo.

Pero el accidente desgraciado del tenor de aquella cuadrilla y la ocasión de tropezar en un casino los tres amigos con el director de la compañía desolado, hicieron que los dos amigos faltaran á su palabra, en parte, para embromar al incógnito.

Bien podías tú salvar á esta gente, le dijeron en presencia del director.

El aludido cambió de color.

-¿Qué dices?, ¿yo?, preguntó alarmado.

-Este amigo canta de tenor como un *ángelo*, dijeron al italiano, sin atender al temor del amigo y aun para esto precisamente.

-¡Oh, signor!, exclamó el director casi cayendo de rodillas.

-No haga usted caso, es broma de éstos, tartamudeó Tamberlick - que era el incógnito, - yo no canto.

Créanos usted, insistieron.

Y á los ruegos del director y de los amigos se unieron los de otros señores que estaban en el casino.

Tamberlick no supo excusarse y accedió.

Vistió la cota de malla del tenor ronco; el director se brindó á ensayarle, y el «afónico» le dió algunos consejos al «aficionado.»

¡Qué noche!

Lleno el teatro por la novedad, aplaudió frenético al desconocido cuando se presentó en escena.

El casco *güerriero* apenas le cubría la coronilla, y el peto y el espaldar quedaban con aberturas y respiraderos á los lados.

-Estoy hecho una visión, decía avergonzado el artista, pero vosotros seréis responsables de lo que ocurra.

Y lo que ocurrió fué que entre aquel pelotón de personas que ponían los gritos en el cielo, Tamberlick no conseguía ni afinarse ni aun hacerse oir en piezas de conjunto.

Y algunos *guasones* iniciaron la protesta, y á pesar de los buenos oficios de varias personas que, «aunque no les gustaba el aficionado,» por educación le aplaudían, la silba fué monumental.

-En cuanto aparecía yo en escena, contaba Tamberlick, se oía un clamor general diciendo:

-¡Il güerriero! ¡Ahí sale il güerriero!

-Manca di costumbre, le decía después de la función el tenor sin voz.

Los amigos lamentaban la broma.

-Manca di voce, pero dunque non canta male, apuntó la tiple.

¡Pobrecillo!, objetó uno de los amigos sin poder contenerse. ¿Qué van á pedir ustedes á Enrique Tamberlick?

-¿Cómo?, ¿qué?, preguntaban todos los artistas abriendo los ojos, como espantados.

-El mismo, afirmó el otro amigo.

-¡Signor! ¡Ah!, exclamaron á coro los de la ópera.

Y aquellos infelices se arrodillaron delante del artista.

A la noche siguiente, y como función de desagravio, en fuerza de ruegos de las personas principales de la capital, cantó Tamberlick varias piezas de ópera.

La ovación fué inmensa.

Y aun dió un concierto, cuando terminó la compañía de ópera sus funciones, destinando los ingresos para aquellos desdichados.

Eduardo de Palacio

EL NUEVO MINISTERIO ESPAÑOL

D. Francisco Silvela. - Aunque en el número 830 de La Ilustración Artística publicamos la semblanza del señor Silvela, creemos oportuno exponer hoy algunos datos biográficos del actual presidente del Consejo de ministros y ministro de Estado. Cuenta D. Francisco Silvela 56 años de edad, es diputado desde las Constituyentes de 1869 y fué ministro por primera vez en 1879, desempeñando entonces la cartera de Gobernación. En 1883 lo fué de Gracia y Justicia y en 1890 volvió á serlo de Gobernación. En 1892 separóse del Sr. Cánovas del Castillo, y desde entonces vióse claramente que él había de ser, en el caso de que aquél faltara, el jefe del partido conservador. Orador intencionado y elocuente y escritor castizo y profundo, sus discursos en el Congreso le han conquistado uno de los primeros puestos entre los oradores parlamentarios y sus obras literarias y sus estudios históricos le han valido el ingreso en la Academia de la Lengua y en la de la Historia. Es además uno de los abogados más ilustres del foro madrileño.

D. Manuel Durán y Bas. - El actual ministro de Gracia y Justicia, de quien también publicamos una extensa semblanza en el número 889 de este periódico, nació en Barcelona en 1828, y apenas terminada su carrera de Derecho inauguró su carrera política, habiendo sido desde entonces diputado provincial por Barcelona, cuatro veces diputado á Cortes por esta ciudad y una por el distrito de Berga y varias veces senador por las Sociedades Económicas, hasta que fué nombrado senador vitalicio. Representante de la escuela histórica del Derecho en España, partidario de las doctrinas economistas y campeón de los principios descentralizadores, defiende sus ideas con un entusiasmo y con una firmeza de convicciones que le han conquistado siempre la admiración y el respeto de sus propios adversarios. Su oratoria es elocuente y avasalladora por lo razonada, y su saber, demostrado en el foro y en gran número de obras científicas, le coloca entre los primeros juriconsultos de nuestra época: conocedor como pocos del Derecho catalán, tiene éste en él uno de sus defensores más ardientes é imparciales, pues sin incurrir en absurdas exageraciones, pero también sin ceder en nada de lo que estima justo, quiere que de nuestra legislación se respete todo aquello que nuestra legislación tiene de bueno y está íntimamente unido con nuestro modo de ser. Su elevación al ministerio ha sido acogida con satisfacción inmensa en Cataluña, que considera al Sr. Durán y Bas, por su ciencia y su honradez sin tacha, como una de sus más grandes y más legítimas glorias.

El general D. Camilo Polavieja. - Era soldado raso en 1858 y es en la actualidad teniente general y ministro de la Guerra. ¿Qué mejores títulos puede ostentar el hombre dedicado á la milicia para merecer el respeto y la consideración pública? Y en esta carrera tan brillante para nada entra el favor, como lo prueba la hoja de servicios del general Polavieja que vamos á trazar someramente. Por sus condiciones de inteligencia ascendió á cabo y á sargento, y en la guerra de Africa primero y en la de Cuba después, luchando siempre en los puestos de mayor peligro, tomando parte en las principales acciones y realizando en cada una de ellas alguna hazaña, conquistó grado tras grado los galones de comandante. Por méritos de guerra durante la campaña carlista y el levantamiento cantonal, fué ascendido á teniente coronel en 1873, á coronel en 1874 y poco después á brigadier. Volvió luego á Cuba y obtuvo, gracias á las gloriosas operaciones realizadas en Las Villas y en otros puntos, el ascenso á mariscal de campo. Al poco tiempo, sus valiosos servicios en Santiago de Cuba le valieron el grado de teniente general. En 1890 fué nombrado capitán general de la isla de Cuba, cargo en el cual demostró excepcionales dotes de gobernante. Después fué jefe del cuarto militar de S. M. el Rey y últimamente general en jefe del ejército de Filipinas. El general Polavieja no tiene historia política propiamente dicha, lo cual puede estimarse como prenda segura de que su estancia en el ministerio de la Guerra ha de ser provechosa para las instituciones militares y por consiguiente para la patria, que tiene en éstas puesta su confianza y encomendada á ellas su defensa.

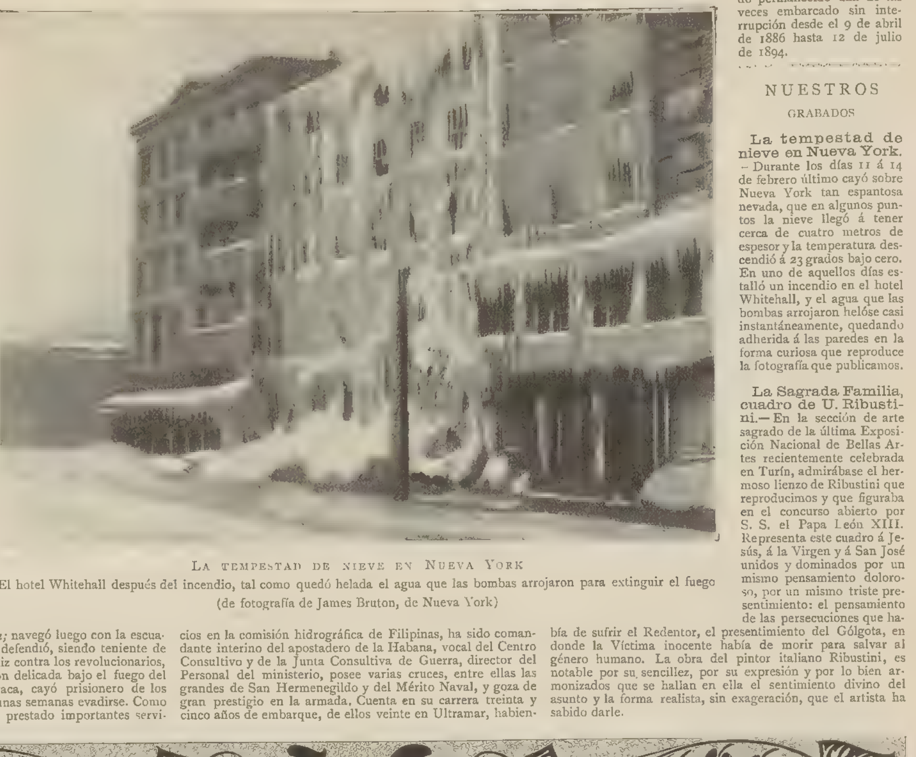
D. Raimundo Fernández Villaverde. - Por sus profundos conocimientos financieros y rentísticos era el Sr. Fernández Villaverde, marqués de Pozo Rubio, el candidato desde hace tiempo designado para desempeñar la cartera de Hacienda el día en que ocupara el poder el partido acaudillado por el Sr. Silvela. Ha sido ministro cuatro veces, de Gobernación y Gracia y Justicia, y hace veintisiete años que tiene asiento en las Cortes. Pertenece á la Junta de Aranceles, es académico de la Lengua y de la de Ciencias Morales y Políticas, ha sido interventor y subsecretario de Hacienda y gobernador de Madrid en 1885, y como abogado goza de gran y merecida fama en la corte.

El marqués de Pidal. - Nació D. Luis Pidal y Mon en Madrid en 1842, y en 1864, después de terminada su carrera de abogado, ingresó en la diplomática y estuvo de agregado en la embajada de París al lado de su tío D. Alejandro Mon. En 1867 comenzó su carrera política siendo elegido secretario del Congreso. Durante la Revolución permaneció siempre fiel á los Borbones y tomó parte muy principal en los trabajos de la Restauración, desempeñando, por encargo del Sr. Cánovas del Castillo, misiones de importancia y de gran confianza. Fué diputado hasta que la Corona le nombró senador vitalicio y en 1890 representó á España cerca de la Santa Sede. El actual ministro de Fomento ha sido consejero de Instrucción Pública, pertenece á las Academias de la Lengua, de Ciencias

Morales y Políticas y de Bellas Artes de San Fernando, es hombre de gran cultura intelectual y orador fácil y castizo.

D. EDUARDO DATO É IRADIER. – Diputado por vez primera en 1890, el hoy ministro de la Gobernación dióse pronto á conocer como orador político hábil é intencionado, y cuando se disolvieron aquellas Cortes el señor Dato, que era ya abogado de gran reputación, ocupaba un puesto distinguido en el partido liberal conservador. Siendo subsecretario de Gobernación en 1892, tomó parte importantísima en la información á que dieron lugar los escándalos del ayuntamiento de Madrid que ocasionaron la disidencia del señor Silvela y la caída del poder del Sr. Cánovas. Desde entonces el Sr. Dato ha militado en el partido del Sr. Silvela. Su bufete es uno de los más acreditados de la corte, y en sus oraciones parlamentarias trata siempre, con palabra fácil y correcta, los asuntos desde puntos de vista elevados, no apelando á otros recursos que á la persuasión por medio de la lógica de sus razonamientos.

D. JOSÉ GÓMEZ IMAZ. – El contraalmirante Sr. Gómez Imaz, que desempeña en el actual ministerio la cartera de Marina, nació en 2 de abril de 1838 é ingresó en la armada en 1.° de enero de 1852. Hizo en 1854 su primer viaje á bordo de la *Ferrolana;* navegó luego con la escuadra de Gutiérrez de Rubalcava; defendió, siendo teniente de navío, en 1868 la estación de Cádiz contra los revolucionarios, y en 1873, realizando una comisión delicada bajo el fuego del enemigo, apoderado de la Carraca, cayó prisionero de los cantonales, logrando al cabo de unas semanas evadirse. Como capitán de fragata y de navío ha prestado importantes servicios en la comisión hidrográfica de Filipinas, ha sido comandante interino del apostadero de la Habana, vocal del Centro Consultivo y de la Junta Consultiva de Guerra, director del Personal del ministerio, posee varias cruces, entre ellas las grandes de San Hermenegildo y del Mérito Naval, y goza de gran prestigio en la armada. Cuenta en su carrera treinta y cinco años de embarque, de ellos veinte en Ultramar, habiendo permanecido una de las veces embarcado sin interrupción desde el 9 de abril de 1886 hasta 12 de julio de 1894.



LA TEMPESTAD DE NIEVE EN NUEVA YORK
El hotel Whitehall después del incendio, tal como quedó helada el agua que las bombas arrojaron para extinguir el fuego (de fotografía de James Bruton, de Nueva York)

NUESTROS GRABADOS

La tempestad de nieve en Nueva York. – Durante los días 11 á 14 de febrero último cayó sobre Nueva York tan espantosa nevada, que en algunos puntos la nieve llegó á tener cerca de cuatro metros de espesor y la temperatura descendió á 23 grados bajo cero. En uno de aquellos días estalló un incendio en el hotel Whitehall, y el agua que las bombas arrojaron helóse casi instantáneamente, quedando adherida á las paredes en la forma curiosa que reproduce la fotografía que publicamos.

La Sagrada Familia, cuadro de U. Ribustini.— En la sección de arte sagrado de la última Exposición Nacional de Bellas Artes recientemente celebrada en Turín, admirábase el hermoso lienzo de Ribustini que reproducimos y que figuraba en el concurso abierto por S. S. el Papa León XIII. Representa este cuadro á Jesús, á la Virgen y á San José unidos y dominados por un mismo pensamiento doloroso, por un mismo triste presentimiento: el pensamiento de las persecuciones que había de sufrir el Redentor, el presentimiento del Gólgota, en donde la Víctima inocente había de morir para salvar al género humano. La obra del pintor italiano Ribustini, es notable por su sencillez, por su expresión y por lo bien armonizados que se hallan en ella el sentimiento divino del asunto y la forma realista, sin exageración, que el artista ha sabido darle.



El nuevo Ministerio español



LA SAGRADA FAMILIA, cuadro de U. Ribustini



SANTA [illegible] [illegible] G. [illegible]

Perú.—Faro de Palominos.—Recientemente se ha inaugurado en el Perú este faro que tiene gran interés geográfico: situado á los 12° 8' 5" de latitud Sur y á los 74° 14' 45" de longitud Oeste (meridiano de Greenwich), dista 7.559'60 metros del de San Lorenzo y es visible á 17 millas de distancia y á 20 con buen tiempo. Su peso total es de 10 toneladas, y su base, de mampostería, es circular, tiene seis metros de diámetro y está construída en una altura de 54 metros. El



Perú. – Faro de Palominos recientemente inaugurado por el presidente de la República Sr. Piérola

plano focal está á 66 metros sobre el nivel del mar. La linterna es también circular, toda de hierro y pintada de blanco: la cúpula, asimismo de hierro, está pintada de color encarnado. La luz es blanca, giratoria, con dos eclipses parciales por minuto, y el aparato de iluminación está formado por ocho lentes superiores de once prismas, ocho centrales y siete inferiores de cuatro prismas: este aparato es de sietema Chance Brothers & C.°, de Birmingham. La lámpara, que tiene una intensidad de 415 bujías, es de presión y de cuatro mecheros concéntricos, sistema Trinity House y James Douglas, de Londres. Para producir los eclipses y los destellos el carro que forma el sistema de lentes tiene movimiento circular, que se le comunica, ya á mano, ya por medio de un aparato de relojería, empleándose el primero sólo en caso de interrupción del segundo. Mueve este aparato de relojería una cadena que tiene un gran peso suspendido á su extremo inferior y que puede funcionar 75 minutos, si bien una ingeniosa combinación de ruedas permite que la cadena pueda correr de seis á doce horas sin interrupción. El faro de Palominos ha de prestar utilísimos servicios á los navegantes, quedando demostrada su importancia por el simple hecho de haber sido solemnemente inaugurado por el presidente de la República Sr. Piérola.



El sarcófago de Bismarck que ha de colocarse en el mausoleo de Friedrichsruh, proyectado por el arquitecto Schorbach

Sarcófago del príncipe de Bismarck.—El sarcófago destinado á encerrar los restos del ilustre canciller ha sido construído en mármol rosa, según el proyecto del arquitecto Schorbach; descansa sobre un zócalo de sienita, y está sostenido por pequeñas columnas, cuyas bases y capiteles están adornados con delicados ornamentos. Las paredes son de mármol; la cornisa y la cubierta ostentan también sencillos y elegantes adornos, y en su cara principal se lee la inscripción siguiente: «Príncipe de Bismarck. – Nació en 1.° de abril de 1815, falleció en 15 de julio de 1898. Un servidor fiel del emperador Guillermo I.»

El entierro de Jesucristo, cuadro de Andrea del Sarto.—Hijo de un sastre florentino, Andrea del Sarto nació en 1486, y aunque comenzó siendo aprendiz de platero, muy pronto sus disposiciones para el dibujo llamaron la atención de un pintor llamado Juan Barile, el cual le dió algunas lecciones y lo presentó á Pedro di Cosimo, á cuyo lado trabajó Andrés con gran entusiasmo, estudiando sobre todo las obras de Miguel Angel y de Bartolomé della Porta. Junto con Francabigio, con quien le unía estrecha amistad, comenzó á pintar el claustro en donde se reunía la *Compañía dello Scalzo*, que luego terminó él solo, dejando en aquellas paredes catorce frescos admirables. Pintó después otros varios para la Anunziata y el monasterio de San Salvi y multitud de cuadros, todos sobre asuntos religiosos. En 1518 trasladóse á París llamado por Francisco I, que le colmó de bienes y de agasajos; pero al año siguiente regresó á Florencia, perdiendo, gracias á su conducta poco correcta, el favor del monarca francés. Andrea del Sarto murió en 1529, víctima de la peste, en toda la fuerza de su virilidad. Hablando de este pintor ha dicho el Sr. Madrazo: «La profunda originalidad, la elegancia natural y exquisita de su estilo, la magia de su ejecución y no la falta absoluta de defectos, cualidad negativa de que rara vez está dotado el verdadero genio, son los títulos que le colocan en un puesto glorioso entre los más ilustres maestros italianos.» El cuadro que en la primera página de este número reproducimos se conserva en la Galería Pitti de Florencia, en donde se admiran hasta diecinueve lienzos de este artista, cuyas obras son preciado ornamento de los principales museos de Europa.

Castigos corporales en el ejército norteamericano.— Aunque los reglamentos del ejército yanki prohiben en principio los castigos crueles, los oficiales tienen en algunos casos el derecho de mantener la disciplina por medios excepcionalmente enérgicos. El calabozo con el régimen de pan seco y agua no basta para castigar las faltas graves, aparte de que este sistema es imposible de aplicar en campaña: en este caso se recurre á las penas excepcionales. Los delitos más frecuentes son los debidos á la embriaguez: el borracho tiene la lengua muy suelta y no repara en insultar á sus jefes; para poner término á su intemperancia, que es un mal ejemplo para sus compañeros, se apela al procedimiento llamado del *águila tendida*, que reproduce uno de los grabados de esta página y que consiste en obligar al delincuente á permanecer en una posición análoga á la de aquella ave de presa clavada contra una puerta ó contra una pared Para ello se le tiende en el suelo, se le atan fuertemente las manos y los pies, muy estirados, á unas estacas clavadas en tierra, y después de haber permanecido expuesto durante algún tiempo en esta postura al sol ó á la lluvia, el infeliz no tarda en pasar de la incontinencia de palabra al más completo mutismo. Otro de los castigos consiste en introducir en la boca del paciente un gran trozo de madera al que va atada una cuerda que pasa por detrás de la cabeza de aquél y se arrolla á su cuello: este suplicio es tan penoso, que raras veces el castigado da motivo para que se lo apliquen otra vez. Además, para reducir al silencio á los recalcitrantes, se les introduce por fuerza en la boca el agua de un chorro de bomba.

Estos procedimientos y otros por el estilo podrán ser indignos de un pueblo que se titula civilizado, pero están muy en armonía con el modo de ser de una nación que se burla del derecho de gentes, y para la cual la idea del honor y los más rudimentarios sentimientos de humanidad son tonterías é idealismos propios de los Estados viejos y caducos, pero no de ciertos pueblos jóvenes y grandes, para quienes no hay más honor que su conveniencia, ni más sentimientos humanitarios que el egoísmo en su mayor grado de refinamiento

Santa Teresa, fresco de G. Mentessi.—El pintor ferrarés G. Mentessi es considerado como uno de los mejores representantes que en Italia tiene la escuela idealista, y para convencerse de que la fama no exagera al reputarlo como tal, basta contemplar el cuadro suyo que en el presente número reproducimos. La *Santa Teresa* por él pintada no es la que pintaría un artista inclinado á las tendencias modernas; pero esto, lejos de ser un defecto, constituye sin duda alguna la mejor cualidad de este lienzo, porque, dígase lo que se quiera, en obras de este género el idealismo prevalecerá siempre sobre cualquier otra escuela, ya que para expresar ese algo sobrehumano que á los asuntos religiosos caracteriza, no basta la perfección técnica, no basta el estudio profundo y la reproducción acabada del natural, sino que además es preciso imprimirles ese sello divino que sólo puede inspirar el sentimiento y el conocimiento psicológico del personaje ó de la escena tratados.

Dragones franceses, cuadro de José Cusachs.—Acreditada tiene su competencia en la pintura militar el señor Cusachs; mas si así no fuera, el hermoso lienzo titulado *Dragones franceses* bastaría para asignarle el lisonjero calificativo que desde luego merece. A nuestro juicio, el lienzo á que nos referimos es uno de los mejores que ha producido, pues además de patentizar perfecto conocimiento del asunto, revela una vez más sus recomendables aptitudes. Los caballos, la situación de cada jinete, los pormenores todos del cuadro, entre ellos el villorrio, que constituye el fondo, están muy bien entendidos y estudiados.

Aplausos merece el Sr. Cusachs: por nuestra parte se los tributamos gustosísimos; pues, repetimos, es una de las obras, de entre las numerosas que ha producido, que mayores méritos reune.

MISCELANEA

Teatros.—*París.* – Se han estrenado con buen éxito: en el Ambigú *Le coupable*, drama en dos partes, cuatro actos y once cuadros de Julio Marthold, sacado de una preciosa novela de Francisco Copée; en el Palais Royal *La poire*, comedia en tres actos de Luis Artus; y en la Opera Cómica *L' Angelus*, ópera cómica en un acto, libro de Gastón Mitchel y música de Casimiro Baille.

Madrid. – Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia *Cuento de amor*, comedia en tres actos, arreglo de la de Shakespeare *The twelfth nigth*, admirablemente hecho por don Jacinto Benavente; y en la Princesa *Hotel Severini*, comedia en tres actos, arreglo del vaudeville francés *Hotel du Libre Echange*, hecho por los Sres. Santero y Gil, y *El chiquillo*, graciosa pieza en un acto de los hermanos Sres. Quintero.

Barcelona. – Se ha estrenado con aplauso en el Eldorado *Los mineros*, zarzuela en un acto de Sinesio Delgado con música de Torregrossa. En el Liceo prosiguen los grandes conciertos, habiendo obtenido muchos aplausos el ilustre maestro Colonne en los que ha dirigido. En Novedades continúa obteniendo entusiastas ovaciones la compañía italiana de la señora Mariani.

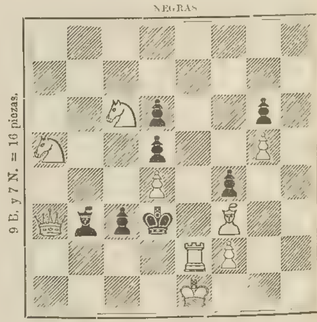


Castigos corporales en el ejército norteamericano (de una fotografía)

AJEDREZ

Problema número 154, por Pedro Riera

NEGRAS



9 B. y 7 N. = 16 piezas.

BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

Solución al problema número 153, por J. Paluzíe

Blancas.	Negras.
1. D 7 T R	1. A toma P R (*)
2. D 7 C D	2. A toma T ú otra.
3. C 7 R ó 5 T D ó toma P R mate.	

(*) Si 1. A 6 C D ó 7 T D; 2. C 7 R, y 3. P 7 C R mate; – 1. A 6 D; 2. P A toma A jaque, y 3 C ó D mate; – 1. R 4 D 2. C 7 R jaque ó C 6 A R jaque, y 3. D mate. La amenaza es 2. P 7 C R jaque, y 3. C 7 R mate.



Me encaramaba al alto del monte que domina la ciudad de San Francisco

EL PASADIZO SECRETO

POR LUIS DE LLANOS. – ILUSTRACIONES DE BONÍN

I

EL CASTILLO

El castillo de Asís, *Rocca di Assisi,* como en la Umbría le llaman, lo confieso, me tenía completamente chiflado. Mañana y tarde, con sol abrasador ó intemperie..., era igual; en cuanto me lo permitían mis trabajos, ya se sabía, sin vacilar me encaramaba al alto del monte que domina la ciudad de San Francisco y sobre cuyas elevadas rocas asientan sus reales las colosales torres y los potentes murallones de la histórica fortaleza.

Unas veces me acompañaba el *custode* de la venerable ruina; otras – cuando él estaba ocupado – iba con amigos artistas; pero en las más de las ocasiones procuraba ir solo, para gozar á mis anchas de mis impresiones; y tan familiarizado estaba con los secretos del coloso y tan bien le conocía, que sin necesidad de abrir las macizas puertas, por no cargar con las llaves, encontraba medio de colarme, asaltando las murallas, por secretos sitios accesibles ó escurriéndome á modo de lagarto por agujeros más ó menos incómodos y peligrosos.

La verdad es que la torta valía el coscorrón. No se puede soñar nada más bello ni más completo en género de castillos auténticos de la más remota antigüedad. Sobre lo que fué baluarte romano, la Edad media edificó sus tétricos torreones; y cuando en el siglo x los asisanos derruyeron la fortaleza en venganza de los daños que les hiciera, los guerreros germanos edificaron esta otra, que ahí se está, orgullosa y potente todavía, tranquilamente asentada sobre sus altas rocas, mirando al pueblo de arriba abajo; ruda y sólida como los tiempos que la dieron el ser, dominante y tremenda como los cachorros de león que allí nacieron y los tigres que de ella más tarde hicieron su guarida; allí vivió Barbarroja, allí nació Federico II, sus murallas guarecieron á *condottieri* como Nicolo Piccinino, que en un solo día mandó degollar quince mil mujeres, niños y ancianos refugiados en Santa Clara; sede de la corte de Lucrecia cuando á nombre de Alejandro VI gobernaba la Umbría, refugio frecuente de César Borgia, su palacio, su triple circuito de murallas y sus enormes calabozos, fueron mil veces testigos de crímenes horribles, envenenamientos, asesinatos, ejecuciones y tormentos cuyo solo relato eriza los cabellos.

Y tras tantos siglos de vida, el coloso sigue robusto; y aún recuerdan los viejos cuando era fortaleza de la Santa Sede y prisión de Estado.

Menos de medio siglo de abandono y el hábito del robo, tan frecuente en Italia como en España, destrozaron el interior de este magnífico edificio; por robar vigas de los techos se hundieron pisos: por arrancar hierros y aprovechar materiales se deterioró el resto. Las tormentas que aquí se usan, espantosas por más señas, descargan verdaderos diluvios de exhalaciones, rayos y centellas sobre estas altas torres que toda la provincia de la Umbría dominan, y la obra de destrucción de la *Rocca* ha rato se hubiera terminado si sus potentes muros fueran destructibles, y sus torres de granito capaces de hundirse; pero se conoce que no lo son y que á todo resisten.

II

EL CUSTODE

La raza de *custodes,* guardianes, conserjes y demás entrometidos habladores que se hallan en los antiguos edificios, es por lo general una raza antipática y empalagosa, especies de ecos que así repiten al curioso que llega lo que saben como lo que ignoran; su charla pesada, insípida é incolora, como ruido de goteras en tiempo de lluvias; su suficiencia compuesta de las necedades que mal leyeron y de las más gordas que oyeron y que como á tales se aficionaron. De vez en cuando cae alguno que en fuerza de mentecato divierte, como uno que me hallé hace muchos años en el Escorial, que al subir la escalera del monasterio me dijo enseñándome los hermosos frescos de Jordán:

«Estas que usted ve aquí, son todas las batallas navales ganadas por Felipe II; la batalla de Gravelinas, la de Pavía, la de Lepanto y la de Trafalgar... ó sean batallas entre moros y cristianos. Todos los muertos son moros, pero como bien se nota por sus fisonomías son moros franceses...»

Pero de estos entran pocos en libra. En general son chinchosos, gruñones y pedigueños y siempre hablan *ex cathedra* de cosas que no entienden.

No así el Sr. Luigi, el *custode* de la Roca de Asís.

Este Sr. Luigi es el arqueólogo espontáneo, el anticuario instintivo mayor que jamás hallé en mi ya larga carrera de frecuentar ruinas y museos y registrar por el mundo todo género de rarezas. Sus cortos ahorros, ganados á puros martillazos – es herrador de oficio, – con frecuencia se emplean en abrir agujeros allí donde nadie sospecha que pueda parecer nada; y lo curioso del caso es que no sé por qué milagro de instinto ó de olfato á lo puerco del Perigord, la deliciosa trufa parece..., parecen los restos romanos, fragmentos de arquitectura, monedas, ánforas y la mar de cosas curiosas.

Conocimientos profundos no los tiene..., el tiempo y los medios de estudiar le faltaron; pero á fuerza de leer cuantos librotes le caen en las manos y sobre todo á fuerza de observación y de intuición, el señor Luigi, con muchos puntos de contacto en la forma con la preciosa definición que D. Pedro de Madrazo dió del minero: «El minero, dice, es un bípedo que hace agujeros para enterrar su dinero,» los agujeros del Sr. Luigi, sin producirle la fortuna, no le arruinan y le procuran satisfacciones: siempre parece algo.

Un tipo así, dueño absoluto de un castillo como el castillo de Asís, con derecho y obligación de escudriñar, estudiar y rebuscar, ¡qué cosas no habrá descubierto! ¡Qué series de sistemas no habrá encontrado para explicar todo lo que parece inexplicable á causa del destrozo del tiempo y del desgaste de las edades en tantos siglos y con tantas barbaries!

III

LOS SUBTERRÁNEOS

Allí nos íbamos los dos con frecuencia armados de buenos picos y fuertes palancas á remover escombros; allí nos pasábamos los días cavando y discutiendo, consultando historias, procurando hallar la clave de las mil cosas fantásticas que la tradición contaba, y que el Sr. Luigi recogía cuidadosamente, clasificaba y estudiaba como Ampère estudió en las tierras de Grecia á Homero, y Renán á Cristo en las comarcas de Oriente.

Ya el castillo de suyo, y lo que de él enhiesto queda, que es mucho, conmueve el ánimo y para la atención del visitante.

Sin remontar á tradiciones fantásticas y sólo ateniéndose á lo que existe del coloso, sobra tela para entusiasmarse.

Aún se conservan algunos restos de los frescos que Giotto pintaba inspirado por su amigo el Dante, cuando ambos juntos aquí vinieron á decorar, uno



El *custode* de la Roca de Asís

con su profundo ingenio y otro con su cándido, pero expresivo pincel, esa triple basílica de San Francisco que en sí encierra cuanto más suntuoso queda de aquella edad y de aquellos colosales artistas; aún parecen inscripciones reveladoras cuyo contenido arroja alguna luz sobre las densas tinieblas de la Edad media; aún existe incólume la enorme torre llamada *il Maschio,* la torre de Paulo II, el corredor cubierto que con el castillo la une, muchas salas, lo mejor de las murallas, sin fin de torres de segundo orden y toda la planta baja y el subsuelo: los calabozos, las mazmorras, abiertas en las mismas entrañas de la roca, los pasajes secretos que unen la fortaleza con el palacio del Podestá, con la Torreta, con la basílica de San Francisco, con atalayas aisladas en lejanos

montes: el mundo subterráneo, en fin; el escenario donde el drama se desarrolló más sangriento y más cruel, ese se conserva enterito..., con las gruesas cadenas que sirvieron para aferrar desgraciados por el cuello, aún pendientes del muro con sus enormes argollas aseguradas en la roca; y allí parecen hierros de extrañas formas, acaso instrumentos de tormento, braseros, cepos y... artefactos espantosos, cosas extrañas, que en aquellas lobregueces fatídicas, á la luz temblorosa del farolillo, se me figuraban otras tantas tremendas evocaciones del pasado.

Y según más y más estancias íbamos descubriendo y mayor era el horror de lo que hallábamos, nuestra curiosidad crecía y con mayor ahinco nos aplicábamos á sondear muros, buscando huecos, vacíos, secretos y misterios..., hasta que lo avanzado de la hora nos obligaba á suspender nuestro trabajo y volver á la superficie de la tierra. Entonces, al ver la clara luz del sol derramándose á raudales en los patios, donde la hierba nacía entre las losas del piso fresca y lozana, matorrales de zarzas, espinos y hasta higueras salvajes que enroscadas crecían pendientes del muro por no sé qué milagro de su feraz vegetación, aquellos altos muros cubiertos de hiedra y aquellas negras torres que al viajero que por primera vez llega á aquellos lugares parecen tristes y fúnebres, se nos figuraban las líneas de un templo griego de sin par belleza, los encajes divinos rebosando sonrisas y placeres de la arquitectura de los moros de Granada..., tan bello, suntuoso y magnífico hallábamos el mundo después de cuatro horas de calabozos y mazmorras á la luz del farolillo..., evocando recuerdos de edades muertas.

IV

LAS CISTERNAS

Un domingo nos encaramamos á las alturas el señor Luigi y yo desde las primeras horas de la mañana. Estábamos por dicha libres de trabajo, y resolvimos dedicar enterito aquel día á encontrar el pasaje secreto que, según cuenta la tradición, dió entrada á Nicolo en la fortaleza y que es fama desemboca en un montecillo al pie del Subasio, al otro lado del Fegio. Dejamos encargado que si á las doce no volvíamos, nos subieran el almuerzo, para no vernos forzados á interrumpir nuestras observaciones aguijoneados por el hambre.

Toda la cuesta nos la subimos discutiendo con encarnizamiento, y ya estábamos en el patio de honor, y aún no de acuerdo sobre el lugar donde mejor situar la entrada probable del corredor secreto.

Yo sostenía que ésta no podía encontrarse en los subterráneos de la Torre del Homenaje, porque estando destinada esta poderosa torre á postrer baluarte de los sitiados y aislada del resto del edificio, una vez alzados los puentes levadizos, no habían de haber sido tan pollinos que en ella existiese un pasadizo de que los sitiadores pudiesen aprovecharse para sorprenderles á traición.

– Yo sostengo que el pasadizo, si es que le hay, decía, corresponde á la torre del papa Paulo, y que la galería cubierta de ochenta metros que aún existe tiene por objeto defender esa salida.

El Sr. Luigi sostenía lo contrario, y aseguraba que precisamente debía encontrarse allí la referida salida para servir de escape á los sitiados caso de ver el negocio malparado.

– Pero ese pasadizo, decía, estaría tan escondido y bien disimulado que todos lo ignorasen para evitar traiciones, y por esa razón no damos con él.

– ¿Y las cisternas?, se me ocurrió pensar á mí; ¿no estará el secreto en las cisternas? ¿No existiría algún procedimiento fácil de cerrarse la retirada por medio del agua, como hoy mismo se emplea en el Banco de Francia en París, que se inunda todo el subsuelo en pocos minutos y se hace así imposible todo golpe de mano, sobre todo en épocas revolucionarias?

– Todo es posible; y en cuanto á finezas y malicias, usted sabe por experiencia que en este castillo no faltan.

En efecto, habíamos descubierto que todos los salones tenían servicio secreto por dentro del espesor del muro, y que éstos estaban horadados á posta para ver y escuchar lo que en ellos sucedía. De ahí la frase tan usada en los dramotes de horca y cuchillo: «¡Los muros oyen!»

– Las cisternas, las cisternas, repitió el Sr. Luigi, pensando intensamente; tiene usted razón, D. Luis, por las cisternas podemos llegar á descubrir algo. Vamos á las cisternas.

Y como esta solución no hería ninguna delicadeza nuestra, ni se oponía resueltamente al sistema del señor Luigi ni al mío propio, á las cisternas nos bajamos, que por dicha tenían poca agua, pero aún demasiada para reconocerlas seriamente.

– Si extrajéramos el agua..., dije yo.

– Usted me arruina; pero en fin, vamos á ello; la cosa es fácil. Para regar los terrenos de huerta que he plantado, sabe usted que abrí un agujero al ras del agua en el muro exterior. Si instalamos un sifón con una de las tuberías de plomo que arrancamos días pasados, en menos de una hora se desocupa todo.

Y en efecto, en poco más del tiempo marcado por el Sr. Luigi logramos trasbasar el agua á una gran alberca de su invención y penetrar hasta el fondo de la enorme gruta, no sin hundirnos hasta la rodilla en barro blando y escurridizo.

Al pronto nada se veía. La luz del sol nos tenía ciegos; pero poco á poco nuestros ojos se habituaron á las tinieblas y la expedición comenzó.



Y según más y más estancias íbamos descubriendo, mayor era el horror de lo que hallábamos

Primero recorrimos todo el inmenso local que ocupaba la cisterna propiamente dicha; luego las galerías, estrechas y algo tortuosas en rápida cuesta ascendente, destinadas á recoger el agua de los patios del castillo y de sus murallas y conducirla al depósito.

Hallamos sin dificultad los cuatro pasadizos que correspondían á los cuatro lados mayores de la fortaleza, y salvo algún que otro derrumbamiento en las paredes de piedra del pasillo, fáciles de remediar gateando y abriendo paso á piquetazos, pudimos recorrerles todos y volver al punto de partida. Nuestra desilusión fué muy grande. En toda la extensión del corredor, ni rastros de puertas ni de salidas secretas. Volvimos á empezar con redoblada atención, y entonces notamos que el pasadizo que conducía del lado del Norte, subía en rápida cuesta hasta una altura como de unos tres metros sobre el nivel del suelo de la cisterna, y luego bajaba con igual rapidez.

– Aquí está el busilis, dijo el Sr. Luigi. Este pasadizo tiene que ser forzosamente el que unía las dos cisternas; el agua se recogía toda en la primera, y cuando pasaba del nivel de tres metros comenzaba á funcionar este cauce y funcionaba hasta que, llena la segunda cisterna, se nivelaba el agua en ambas.

– ¿De manera que usted cree que tras de estos escombros está la otra cisterna?

– Evidentemente. Pero esto es para nosotros una gran desgracia y temo no descubramos nada. Una torre que aquí había, herida por el rayo y derribada luego por la intemperie, hundió el techo y debió cegarla toda. De cierto que por este lado no logramos penetrar...

Y como el Sr. Luigi aseguraba, todos nuestros esfuerzos para separar los escombros fueron estériles; según arrancábamos unas piedras, se derrumbaban otras.

– El trabajo es peligroso, amigo, y además inútil. ¿Si probáramos buscar la entrada por otro lado por la parte del patio?

– Con mil amores, respondí.

Y en efecto, trepando con una escala sobre el enorme montón de ruinas que llenaba una parte del patio de honor, logramos descubrir entre los matorrales de zarzas y ortigas algunos intersticios que á fuerza de cuidado y de tino logramos agrandar.

– Se conoce que la cisterna era inmensa. Se ha tragado dos tercios de una torre y aún no está llena. Además, vea usted, vea usted: la torre estaba edificada precisamente sobre la cisterna. Aún se ven los arranques de las bóvedas que la cerraban, y lo que era piso de una, era también techo de la otra.

Encendimos una tea de resina y la descolgamos con una cuerda; á una profundidad como de diez á doce metros tocó tierra é iluminó un montón de escombros que se perdía en las tinieblas.

– ¿Bajamos?, me preguntó el Sr. Luigi.

– Pues claro que bajamos.

– Mire usted, D. Luis, que no vale la torta el coscorrón..., piense que podemos rompernos algo.

– Mi curiosidad es tan grande, que todo lo doy por bien empleado.

– Pues entonces, manos á la obra; pero procedamos con método. Ante todo atravesemos una buena viga sobre el agujero; fijemos en ella un fuerte polispastos, que aquí le tengo de cuando desmontamos el torreón del papa Gregorio, y yo me descuelgo y usted me da cuerda. ¿Le conviene á usted así?

No me convenía. Yo quería bajar antes. Se armó una discusión feroz, en la que francamente no todo era bondad de corazón, sino más bien curiosidad ardiente, vicio anticuario que no para en barras, que arrastra hasta inspirar ideas de robo al más honrado padre de familia, si el objeto en cuestión le enamora.

La llegada del almuerzo suspendió el litigio y nos sugirió la más razonable de las soluciones. El muchacho que nos servía el almuerzo salió de carrera para la villa con encargo de traernos dos sólidos gañanes que se encargaran de descolgarnos, y la suerte decidió quién de nosotros dos debía descolgarse el primero: el Sr. Luigi.

Todo se arregló á la *meglio*, como dicen en el país, y bien pertrechados de cuerdas, picas, teas y linternas, como nuevos Quijotes descendimos, con diferencia de diez minutos, á la medrosa sima.

Al llegar yo al fondo, ya no hallé al Sr. Luigi: en su deseo de llegar antes, ni tuvo la amabilidad, ¡él tan amable siempre!, de aguardarme cinco minutos.

– ¡Sr. Luigi! ¡Sr. Luigi!, comencé á gritar.

– ¡Tome usted por la izquierda, bien pegado al muro, y camine con cuidado, que las piedras se desgajan y ruedan, y yo estoy debajo!, me gritó una voz como de teléfono, procedente, al parecer, de las mismas entrañas de la tierra.

Me puse en marcha, y tropezando aquí y cayendo allá, logré alcanzar el suelo del aljibe, del cual, en efecto, sólo una parte estaba cegada. Un trozo macizo de torre almenada, clavada en el suelo en la forma que están clavadas en la basílica de Constantino del foro romano los enormes fragmentos de la bóveda, contenía casualmente los escombros y hacía nuestra expedición mucho menos peligrosa y probablemente más productiva de lo que al principio nos habíamos figurado.

El Sr. Luigi estaba en el fondo á cuatro patas, examinando la formación del suelo, que era arenoso y como formado de sedimentos fluviales.

– Ahora sí que no hay duda; esta es la cisterna, me dijo enseñándome un puñado de tierra. Y ahora veamos si parece algo.

– Pareció, exclamé yo viendo á mi derecha la entrada de un estrecho corredor y precipitándome hacia él aun á trueque de romperme un hueso entre los escombros.

El pasadizo era semejante á los que antes recorriéramos, pero en cuesta descendente aún más violenta

– ¡Una puerta, una puerta!, exclamé al darme con una en las narices.

– No es puerta, D. Luis, vea usted bien; es un rastrillo ó más bien una compuerta, y se abre á guillotina: vea usted las cadenas y las muescas en el muro.

– Y es solidísima, exclamé yo frotándome la parte dolorida.

– Ahora lo veredes, dijo Agrajes.

Y emprendimos á tremendos y repetidos golpes con los viejísimos tablones, que medio horadados y desvencijados por la humedad, vinieron luego al suelo con espantoso estrépito á hierro viejo que los ecos del subterráneo repitieron.

– ¿Y la compuerta?, exclamé asustado al ver desaparecer ésta como tragada por las densísimas tinieblas como tinta de aquel nuevo agujero.

– Cayó del otro lado y por el ruido debe ser muy profundo; y ya sé yo por qué sonaba el otro día á hueco en la segunda mazmorra del Maschico, me dijo el Sr. Luigi; vea usted, vea usted, corresponde á este muro y á esa cavidad.

– Sr. Luigi, usted delira; diez metros de profundidad, y por lo menos otros cinco que bajamos por los escombros, suman quince. Del nivel del patio hasta la segunda mazmorra habrá seis ó siete á lo más, y aun contando con el espesor de la bóveda. Este hueco está siete metros más profundo..., aquí hay gato encerrado. Adelante.

– Adelante, dijo entusiasmado el Sr. Luigi, y nos colamos por el agujero.

Dentro las tinieblas parecían condensarse, y una bocanada de aire frío y húmedo heló nuestros semblantes.

– Atención, dijo el Sr. Luigi arrodillándose y adelantando el brazo armado del farolillo. Aquí hay una verdadera sima que parece profunda. Procedamos con cautela.

Mi farol unido al del Sr. Luigi no bastaban á disipar las tinieblas. Sólo se veía el comienzo de una estrecha escalera de piedra que descendía casi verticalmente, y el muro en cuyo centro se abría la puerta, que se perdía en la profunda obscuridad del fondo por ambos lados.

– ¿Adelante?

– Adelante.

Contamos veinte escalones y nos encontramos sobre un suelo de roca viva.

– Estamos por lo menos á veinticinco metros de profundidad bajo el nivel del patio. ¿A qué estaría destinada esta sima?, nos preguntábamos.

Recorrimos todo el local; era cuadrado. Hasta una altura de cinco metros horadado en la roca viva; luego comenzaba la construcción..., una construcción maciza y pesada, formada por grandes bloques de piedra y cerrada en bóveda casi plana: el tipo de construcción muy semejante al usado por los etruscos. ¿Sería el interior de alguna de sus subterráneas sepulturas?

El Sr. Luigi creía más bien descubrir los caracteres de la primera época de la República.

Nuestra curiosidad elevada á la quinta potencia no nos dejó solaz para discutir como generalmente hacíamos.

Seguimos examinando y descubrimos de un lado, frente á la escalera de entrada, otra escalera semejante, compuesta de diez peldaños: trepamos por ella esperando hallar en el acto la clave del enigma. ¡Nueva decepción! La puerta á que correspondía estaba tapiada con un muro de ladrillos.

¡Nuestro gozo en un pozo!, exclamé.

– Paciencia y barajar: el que algo quiere algo le cuesta. Vengan los picos y manos á la obra.

V

EL CADÁVER

Más de una hora de penosísimo trabajo nos costó romper aquel sólido tabique, hecho con ladrillos relativamente modernos, y según el Sr. Luigi, muy práctico en estas cosas, procedentes del siglo XVII.

Mientras que yo trabajaba, el Sr. Luigi volvió atrás á avisar á nuestros gañanes que no ocurría novedad y encargarles que no se apartaran del agujero para estar prontos á nuestras voces y sacarnos de allí.

Mientras trabajaba el Sr. Luigi, yo escudriñaba cuidadosamente todos los rincones de la mazmorra.

Al pie de la escalera donde trabajábamos noté ciertos agujeros redondos del tamaño de duros de plata abiertos en la piedra, dispuestos en tres líneas horizontales de á diez cada una, muy cercanos al suelo. Golpeando aquellas piedras, producíase un sonido á hueco, pero á hueco muy pequeño. Dí parte de mi descubrimiento al Sr. Luigi.

– Esos agujeros deben ser con objeto de dar paso al agua y desalojar esta especie de pozo.

– Pues dada su extensión cúbica, lo menos de quinientos metros, ya hay para rato.

– Pronto sabremos á qué atenernos; la abertura es ya casi practicable; un esfuerzo más y triunfamos.

Habíamos picado las dos líneas verticales cercanas á los quicios de la puerta y una horizontal á una altura como de un metro del suelo. El tabique sólo estaba sostenido por abajo; un esfuerzo violento, hecho con nuestras piquetas en un mismo momento, dió con él en tierra de la parte de afuera, dejándonos por un momento cegados con el polvo que levantó. Algunos fragmentos cayeron sobre mis pies y me produjeron un dolor agudo; pero tanto era mi deseo de ver lo que aquel muro escondía, que ni fijé atención, y como el Fabretto, asiendo de mi linterna me escurrí por el boquete.

– ¡Un cadáver!

– ¡Un muerto!, exclamamos ambos al vernos inesperadamente gateando sobre los restos de un cuerpo horrible entre momia y esqueleto.

Un movimiento de horror me hizo retroceder instintivamente. El aire estaba impregnado de tan extraña é insoportable fetidez, que me eché fuera á respirar, y el Sr. Luigi hizo otro tanto.

– Este sí que debe ser el auténtico olor á sepultura.

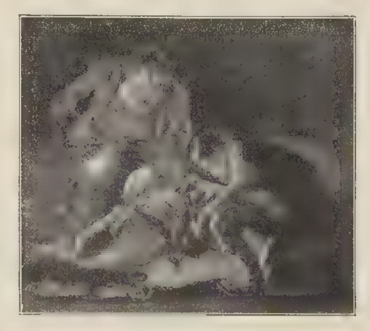
– Con seguridad que es un emparedado.

– Es el colmo de lo repugnante, de lo horrible. Animo, volvamos adentro y reconstruyamos el drama, como dice Gaboriau.

Entramos, pero esta vez con gran cautela, y nos hallamos en una especie de quicio de puerta. El fondo lo ocupaba una puerta de un metro y medio de alto por setenta centímetros de ancho, semejante á la que encontramos en el corredor de arriba.

Las paredes laterales y el techo, cortados en chaflán, como una aspillera de cañón, convergían con la puertecita del fondo. El espacio era tan bajo que no cabíamos en pie, y tan angosto que el cadáver estaba replegado sobre sí mismo como metido en un cajón. Su cuerpo estaba cubierto de pingajos horrorosos, pero aún se distinguía una como chupa, un calzón corto y restos de un zapato con elegante hebilla de metal adiamantado. Los galones de plata ú oro, que de colores no era fácil distinguir, que orlaban la larga chupa y las enormes faltriqueras, eran anchos y parecían lujosos, así como la cinta que por abajo cerraba los calzones.

– Éste, ó mucho me equivoco, ó es un caballero de principios del siglo pasado.



– ¡Un cadáver!

– Acaso algún gran señor.

– De cierto una víctima. Recemos un padrenuestro por su alma, dijo el Sr. Luigi santiguándose.

Retiramos lo mejor que pudimos, y con gran repugnancia por más señas, los pocos escombros que había de la parte de adentro, por ver si se descubría algo. Ni señas del jarro de agua que para mayor horror se enterraba con los emparedados para hacer más larga y más espantosa su agonía.

Yo examinaba la puerta con atención; parecía en mejor estado que la del corredor superior, y de un lado noté que las tablas eran relativamente nuevas y sin labrar. Apoyé el hombro en la puerta y apreté con todas mis fuerzas..., y un dolor agudo me hizo lanzar un grito: me había clavado puntas de clavos gordos sin remachar del lado de afuera que sostenían las tablas.

– Esta es una reparación malamente hecha. De cuatro golpes rompemos la puerta, dijo el Sr. Luigi.

Pero el trabajo era muy difícil en aquel antro, y para no poner los pies sobre el difunto y no herirnos con los picos, tuvimos que proceder con gran lentitud. A más, la fetidez era tanta, que á cada momento nos salíamos á respirar á la tercera cisterna.

A Dios gracias la puerta cedió, y el aire, circulando de una estancia á la otra, despejó algo la atmósfera.

Nos encontramos en una mazmorra más bien grande que chica, de la misma ruda y solidísima construcción que la anterior, pero aún más misteriosa, más etrusca. Ni señas de puertas ni de ventanas, ni indicios de escaleras. Cuatro poderosos muros lisos y un techo en media naranja. Me recordó tanto la prisión mamertina, que instintivamente levanté los ojos al techo y descubrí una entrada redonda cerrada con una losa.

– Ahora sí que pareció aquello, amigo Fabretto. Vea usted ahí arriba la entrada. Por ahí descolgaban con cuerdas á los prisioneros. Es como la tremenda prisión tuliana..., sólo faltan las aspilleras que comunicaban con la escalerita de las gemonías por donde los verdugos introducían los dogales para que los condenados se les aplicasen por sí mismos y murieran como perros ahogados contra el muro.

– O de hambre, dijo Fabretto.

– O de hambre, que también se dan casos, y para mí el más increíble es el de San Pedro y sus compañeros, que allí pasaron catorce meses y aún salieron con vida.

– Milagro, D. Luis, milagro.

– Lo que en la mamertina es la puerta de hierro que comunica con la cloaca Máxima, es aquí esa puerta que da al pozo, y por cierto que esto me recuerda nuestro difunto. ¿Sabe usted, Fabretto, que emparedar á ese desgraciado, que Dios sabe cuánto tiempo viviría encerrado en esta sepultura, se me figura un lujo de barbarie inusitado?

– Y que él ha muerto ahí en la postura que se encuentra parece probable, dijo el Sr. Luigi; pero vamos á tener la evidencia en un momento.

– ¿Cómo?

– Examinando el estado del esqueleto: yo soy albéitar y entiendo algo de anatomía.

La operación que siguió fué horrenda y poco pude prestar á ella mi concurso; mi estómago se sublevaba. Fabretto despojó con gran cuidado el cadáver de los andrajos que le envolvían, con lo cual iban quedando á descubierto los huesos, que examinaba con atención.

Este hombre no ha muerto aquí, ó si ha muerto aquí antes le descoyuntaron muchos huesos. El húmero no está en su sitio y la espina dorsal está desarticulada por varias partes. Pero ¿qué es esto?, dijo de repente levantando un objeto obscuro de tierra. Si no me equivoco es un cinto de cuero muy fuerte, aplicado por dentro de la camisa. Ayúdeme usted y se lo quitaremos.

Le ayudé lo menos que pude; mi repugnancia llegaba á su colmo. El Sr. Luigi soltó dos hebillas, yo tiré de la negruzca correa y me quedé con ella en las manos.

Era realmente un cinto de cuero labrado de factura elegante, como los que llevan los cazadores. De un lado y de otro concluía en punta, y dentro se notaba peso como de monedas. En el centro tenía dos bolsitas bastante abultadas, cerradas con pequeñas hebillas de plata.

Con nuestro hallazgo nos entramos en la mazmorra é inspeccionamos su contenido. De los extremos salieron hasta veinte monedas de oro de á cinco escudos con efigies de papas anteriores al papa Odescalki, muy ennegrecidas; de los bolsitos del centro un paquetito de cartas absolutamente podridas por la humedad, que al quererlas desdoblar se nos hicieron mil añicos, y una cartera dentro de la cual había papeles escritos felizmente con lápiz de plomo que se podían leer, si bien con gran dificultad, y digo felizmente porque las cartas escritas con tinta que juntas encontramos, se habían corrido, sólo presentaban manchas informes.

– Este sí que es hallazgo, exclamé gozoso. Por estos papeles doy por bien empleadas todas nuestras fatigas y todas mis náuseas. Vámonos, amigo Fabretto, que ya es muy tarde y debe ser noche ó poco menos, y en casa estudiaremos con comodidad nuestros descubrimientos. Por el pronto, ya se sabe, ni una palabra á nadie. Luego veremos; se dispondrá lo que más convenga.

El Sr. Luigi escondió en el fondo de sus enormes bolsillos, propios de arqueólogo movilizado, las monedas y los papeles, se ciñó bajo el chaleco el cinturón del muerto, cortó algunos fragmentos del galón de la chupa para limpiarle y estudiarle, y uniendo á esto la hebilla del zapato y un ladrillo de los del tabique para analizarle con detención, tomamos el camino del mundo civilizado, volviendo por las mismas escaleras, pasadizos y pozos que allí nos llevaron horas antes.

VI

EL LIBRO DE MEMORIAS

Aquella noche, ya tarde, dimos principio al examen de nuestro tesoro en mi estudio. Este, sito en casa de Fabretto, ó mejor dicho, en los locales de la Orden Tercera, de que el Sr. Luigi era guardián – como se ve, Fabretto es guardián en Assisi de todo lo que se guarda, – se componía de un número impar de paredones, cubiertos en parte por restos de antiguos tapices, y de otra por telas que allí tenía clavadas, con tapices imitados á medio pintar, lienzos en blanco y sin fin de manchas, bocetos, retratos y estudios.

No faltaban tampoco trapos viejos, armas y objetos híbridos, naturales compañeros de un artista que busca de continuo.

El camaranchón era tan grande como irregular. Un muro medía más de veinticinco metros, pero en cambio el opuesto se dividía en tres que formaban otros tantos ángulos, donde las sombras se espesaban en cuanto se acercaba el crepúsculo. En el fondo un enorme ventanón formado de tablitas cruzándose en forma de rombo, como en las celosías de los locutorios monjiles, comunicaba con el órgano de la adjunta iglesia – San Vitale, – al través de cuya rejilla penetraba ese especialísimo olor á incienso y cera tan simpático, y que durante tanto tiempo viene siendo el ambiente que respiro en mi estudio.

(Continuará)



Vista de algunos edificios destruidos



Centinelas custodiando las ruinas



Vista del lugar de la catástrofe: la + indica el sitio en donde estaba el polvorín que hizo explosión



Vista de los destrozos causados en la carretera de Marsella á un kilómetro de distancia del lugar de la explosión

EXPLOSIÓN DEL POLVORÍN DE LAGOUBRÁN, TOLÓN (de fotografías de Bar, de Tolón)

LA EXPLOSION DEL POLVORIN

DE LAGOUBRAN (TOLÓN)

A las dos y cuarto de la madrugada del día 6 de este mes hizo explosión el polvorín de Lagoubran, situado al Norte de la bahía de Seyne y á tres kilómetros de Tolón.

De lo que fué aquella terrible catástrofe puede formarse idea contemplando sus devastadores efectos que en parte reproducen los grabados de la página anterior.

El día 5 el polvorín, ó por mejor decir los polvorines de Lagoubran, alzábanse paralelos entre la aldea del mismo nombre y la bahía: uno y otro estaban construídos con bloques enormes, unidos por mampostería excepcionalmente sólida y cubiertos de una capa de tierra. Entre ellos levantábase una colina de rocas y un foso bordeado de árboles les separaba de tierra firme. Seguía luego una pared de cerca, una vía férrea que iba del arsenal á la Pirotecnia y á Seyne, varios jardines, la carretera de Tolón á Seyne con multitud de casitas que constituían la aldea de Lagoubran, y algunas colinas, en las cuales hay varias canteras en explotación. Al Este veíanse algunos fosos para la inmersión de las maderas, y al Oeste los talleres de pirotecnia y cartuchería, los depósitos de melinita, etc.

El día 6 el aspecto de aquellos lugares estaba variado por completo como después de un cataclismo: en vez del polvorín, la cerca, la carretera, todo había desaparecido, quedando en su lugar un verdadero caos del cual surgen troncos de árboles desgajados y trozos de pared que indican el sitio en donde estaban edificadas las casas más sólidas de Lagoubran.

Las horas que siguieron á aquella catástrofe, producida por la explosión de 50.000 kilogramos de pólvora, fueron horribles, y hasta que, con la llegada de las poblaciones de Tolón y de Seyne, pudieron organizarse los socorros y los trabajos de salvamento, la confusión fué espantosa.

Las víctimas de la explosión han sido 54 muertos, 34 heridos graves é infinidad de heridos leves y contusos. Los estragos materiales fueron inmensos, pudiendo comprenderse su magnitud, como antes decimos, con sólo examinar los grabados que, tomados de fotografías, publicamos.

Los tribunales y las autoridades francesas han comenzado las correspondientes informaciones para averiguar las causas del desastre, lo cual no ha de ser tarea fácil, puesto que han muerto todas cuantas personas hubieran podido aportar algún dato y que en el lugar del siniestro no queda señal alguna que pueda servir siquiera de indicio para llegar á conocerlas. Generalmente se ha creído que se trata de un accidente fortuito producido por la descomposición espontánea de la pólvora; pero parece extraño, siendo según esta suposición tan fácilmente inflamables los explosivos modernos, que no hiciera á su vez explosión el otro polvorín, una de cuyas puertas fué hundida y derribadas varias cajas de pólvora y proyectiles por efecto de la explosión del polvorín destruído.

La circunstancia de haberse descubierto al día siguiente de la catástrofe dos tentativas criminales contra otro de los depósitos de explosivos de Tolón ha dado pie á la creencia de que la explosión es resultado de un atentado infame, y esta creencia toma, según parece, mayor cuerpo cada día. X.



Dragones franceses, cuadro de José Cusachs (Salón Parés)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XVIII — Barcelona 27 de marzo de 1899 — Núm. 900

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL ENTIERRO DE JESUCRISTO,

dibujo de José Triadó

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

La Semana de los Dolores. – Consideraciones sobre la Pasión de Cristo. – Reflejo de la Pasión en el pecho de María. – Noticias dadas por los cuatro evangelistas sobre los últimos días del Salvador. – La Virgen Madre al pie de la Cruz en el evangelio de San Juan. – Palestina y Galilea. – Jerusalén. – Sus tristezas. – Conclusión.

Estamos en la Semana de Dolores. La tristeza del templo y el velo de los altares nos mueve á volver los ojos hacia la Pasión de Cristo reflejada en el corazón de su divina Madre. Entre las terribles señales de nuestro tiempo, ninguna tan verdaderamente infausta como la curiosidad insana que se apodera del público indagando con preferencia los actos animales, privados, particularísimos de un grande hombre, todos ellos pasajeros y circunstanciales, más que las ideas y los afectos eternos, únicos factores interesantes, así á la ciencia como á la historia. Embargada la inteligencia de los evangelistas por la divina misión del Salvador, no refieren de su vida particular sino aquello que se necesita para la correlación estrecha con sus vocaciones y con sus fines. Así nos presentan poco, muy poco, la familia de Jesús. Pero la fe cristiana y la tradición universal y el sentimiento de todas las generaciones han suplido este silencio, evocándonos la Madre del Salvador con mayor frecuencia y muchas más veces que á la hora de su apostolado y de sus triunfos á la hora de su pasión y de su muerte. Acércase á más andar ésta. El pueblo, tornadizo y voluble, se aíra contra el Galileo, á quien recibiera como un Mesías el Domingo de Ramos. Las gentes farisaicas, en Jerusalén innumerables, comunícanse unas á otras lo dicho por aquel tribuno, que se presenta en su increíble soberbia como Hijo de Dios, y promete derribar el templo de Jehová con una palabra tan sólo y reedificarlo á los tres días. La clase oficial romana oye con menos interés lo relativo al profeta, por haberlos muy numerosos y muy frecuentes en toda Palestina, incendiada por el mesianismo universal. Pero sabe que Jesús ha dicho algo, lo cual no cree bueno, de tributos al César, y algo de su regia dignidad personal. Desmayan los mismos discípulos, tan ufanos cuando las palmas y los ramos de oliva saludaban á su Maestro, y tan abatidos cuando le amenazan los rayos del Sanhedrín judío y las lanzas del pretor romano. Pedro se apercibe á negar, Judas á vender; y en medio de tantas angustias, el Salvador llora lágrimas de sangre, siente agonías mortales, alza las manos al cielo desde aquel Huerto de las Olivas, donde se iniciaban los prodomos de su pasión y los anuncios de su muerte, pide la intervención del ángel con Dios para que, si fuera posible, pasase de sus labios aquel amargo cáliz.

* * *

¿Cuál porción de bebida tan acerba le tocó á María? Tamaña pregunta puede contestarse de maneras varias, apelando á los documentos históricos y apelando á la inducción propia. Resultan las noticias referentes al Salvador tan por extremo escasas, que apenas participa María de la pasión y muerte del Hijo en los Evangelios canónicos. Pero si atendemos á lo que nosotros alcanzamos de la naturaleza humana y de su irremediable sino, María padeció más que Cristo y más que Cristo murió en la cruz, porque toda madre centuplica todos aquellos dolores de los cuales son sus hijos víctimas. Sin embargo, los tres primeros evangelistas no aluden siquiera, ni de cerca ni de lejos, á María durante la pasión y la muerte de Jesús. Como hemos hecho en otras ocasiones, y ahora con mayor motivo, copiará nuestra mano en este mismo sitio lo referido por las historias evangélicas. Como todo el mundo sabe, cuatro Evangelios ha consagrado la iglesia y admitido la cristiandad entera, sin diferencia casi de comuniones y de credos. Llamamos primer Evangelio al Evangelio de San Mateo; segundo Evangelio al Evangelio de San Marcos; tercer Evangelio al Evangelio de San Lucas; cuarto Evangelio al Evangelio de San Juan. Todo cuanto sabemos de la muerte del Salvador está contenido en estos libros. De su narración provienen los conceptos que nosotros tenemos hoy del triunfo con que recibieron á Cristo en la Pascua Jerusalén y sus hijos; del dolor en la tristísima velada que presenció el monte Olivete; de la cena, que luego nos han transmitido, en cuadros y en sermones inolvidables, la elocuencia y la pintura cristianas; del prendimiento amañado por aquella horrible traición de Judas y del arrojo con que Pedro quiso defender al Salvador por fuerza y espada; del tristísimo envío desde Anás á Caifás, desde Caifás á Pilatos, desde Pilatos á Herodes, desde Herodes nuevamente á Pilatos, en los varios amarguísimos trances; del horror que llena toda la Pasión; del suplicio que remata la redentora obra. Pues bien: ¿cuándo y cómo los evangelistas hablan de la Virgen Madre al relatar la muerte y pasión de su Hijo? Veámoslo.

* * *

San Mateo no dice ni una sola palabra. Consagra el capítulo veintisiete á referir la Pasión, y refiere lo que sigue aquí, en los versículos cincuenta y cinco y cincuenta y seis: «Y estaban allí (en el momento de morir Cristo) muchas mujeres desde lejos mirando, las cuales habían acompañado á Jesús por Galilea y servídole, viéndose entre todas ellas á María Magdalena y á María la madre de Jacobo y de José y á la madre de los hijos del Zebedeo.» Como se observa, ni de pasada menciona San Mateo á la Virgen Madre. Pues lo mismo, exactamente lo mismo, sucede con el Evangelista San Marcos. Éste consagra el capítulo décimoquinto á la muerte de Jesús, y tres versículos de tal capítulo á las mujeres, que se llaman del Evangelio, el treinta y nueve, el cuarenta y el cuarenta y uno: «Y también estaban, dice, algunas mujeres mirando de lejos, entre las cuales hallábase María Magdalena y María la madre de Jacobo el menor y de José y Salomé, las cuales, cuando todavía estaba Jesús en Galilea, le acompañaran y le sirvieran. Con éstas hallábanse juntamente otras muchas que habían subido á Jerusalén.» Pues no menciona tampoco á María. San Lucas dedica el capítulo veintitrés de su Evangelio á esta misma narración, y dice por el versículo cuarenta y nueve: «Mas todos los conocidos de Jesús y las mujeres que le habían seguido á una desde Galilea estaban allí mirando desde lejos estas cosas.» Tampoco habla de María. El único en mentarla es el cuarto Evangelio, escrito, como todo el mundo sabe, por San Juan apóstol. Su capítulo décimonono relata la pasión y muerte y sepultura de Jesús. Desde su versículo veinticinco á su versículo veintisiete, Juan habla de la Virgen Madre al pie de la cruz. «Y estaban junto á la cruz de Jesucristo su Madre y la hermana de su Madre, María, mujer de Cleofás, y María Magdalena. Y como viera el Salvador á la Madre y al discípulo amado, presentes los dos: «Mujer, exclama, he ahí tu hijo.» Después dice al discípulo: «He ahí tu madre.» Y desde aquella hora el discípulo la recibió consigo.» He ahí todo cuanto dicen los Evangelios referente á la presencia de María en el Olivete y en la calle de la Amargura y en la cima del Calvario.

* * *

Imposible comprender la Pasión de Cristo sin explicarnos el sitio donde sucede. Ya no estamos en los rientes valles de Galilea. El desierto arenoso ha sustituído al mar de Tiberiades; la colina, semejante á un semítico sepulcro, á la vegetación multicolor y aromosa. Finjámonos Jerusalén tal como estaba en la hora de aparecer por sus calles Cristo en triunfo. Aún las palmas y laureles yacían por el suelo, aún los vítores por el aire todo resonaban, cuando Cristo lloró sobre aquella ciudad tan triste, prediciendo las desolaciones y las ruinas que le reservaban los tiempos venideros tras su muerte. Las cordilleras dentadas, que las albas del día y los arreboles de la tarde coloraban allá en Tiberiades y Nazareth, hanse desvanecido aquí, sustituídas por torreones que lame un torrente cuasi de cenizas, llamado el Cedrón, y que coronan las lanzas extranjeras. Apriétanse los hogares unos á otros, levantados en grande número sobre las colinas y parecidos en su forma de cubos blancos á cisternas destacadas en cielo azul obscuro. Dos edificios gigantescos dominan la ciudad: uno, que representa su fariseísmo estrecho y rigoroso, el templo de su dios Jehová; otro, que representa la monarquía pagana, el palacio de su monarca Herodes. La suma de numerosos y grandes edificios que forma la Sinagoga, palacio, fortaleza, tabernáculo, santuario, compone como una ciudad litúrgica junto á la cual desaparece la ciudad civil. Los muros que la rodean, los varios y diversos circuitos que la componen, los pórticos innumerables del extremo Norte, prestan á la ciudad un aspecto hierático aumentado por el santuario, cuyas agujas de oro semejan corona ó diadema pérsica, como las que llevaban los colosos babilonios y egipcios, puesta sobre la frente de Jerusalén. Cerca del Santuario, mas aparte del templo, domina todos aquellos patios, como una especie de gigante que los vigilara y celase, un cubo enorme, colosal, compuesto de ciclópeos pedruscos, el cual cubo se llama la torre Antonia.

* * *

Murallas tras de murallas, fosos tras de fosos, almenas por todas partes, y sesenta torres parecen como una guarnición distribuída para celar aquel templo, sospechoso, no solamente de suscitar sublevaciones continuas, de suscitar también intensas tempestades religiosas. Las puertas aseméjanse mucho á las puertas de nuestras ciudades feudales, por lo profundas y por lo rematadas en fortines, desde los que pueden sus defensores en lo alto aplastar á cualquiera que las golpee ó asedie. El Calvario, si hemos de creer á los eruditos en geografía palestina, encontrábase por aquel entonces entre la primera y la segunda muralla circunvaladoras de Jerusalén, espacio riscoso, donde ahora se veía un huerto de frutales en que hallaban los habitantes recreo, ahora una caverna de tierra gredosa en que hallaban sepultura los muertos. Muchos arqueólogos eminentes concuerdan en señalar la entrada conocida con el nombre de puerta de los Rebaños, como el sitio por donde pasó Jesús para ir al jardín del Olivete, sabido escenario de su prendimiento. Un valle profundo separaba la ciudad en que se veía el templo, de la ciudad que se denominó inferior ó baja. La gran plaza de Xistos, la mayor de Jerusalén, se dilataba en ese valle. No hay en la Jerusalén de aquel entonces dentro del muro jardines porque temen sus habitantes el hedor del estiércol, y no hay hornos porque temen sus habitantes á la sofocación del humo. Las calles eran estrechísimas y no se veían en ellas más medios de transporte que asnos y camellos, por desconocidos los carruajes y raras las literas. Las sinagogas eran innumerables. Como el judaísmo á la sazón se dilatara mucho y hubiera en el mundo innumerables asociaciones judías, cada escuela, ó alejandrina, ó cirenaica, ó cilicia, se disputaba la satisfacción de tener allí una representación. Pero todas estas representaciones pasaron y sólo han quedado allí los dolores de María y la Pasión de Cristo, que todos los años provocan las lágrimas y las oraciones de los fieles. Adorémoslos porque á ellos debemos la santa libertad del espíritu y la segura confianza en el cielo

Madrid, 20 de marzo de 1899.

FEDERICO GESELSCHAP

El celebre pintor alemán que falleció en Roma el año último, nació en Wesel (Bajo Rhin) en 1835: huérfano desde muy niño hubo de trasladarse á Silesia, en donde lo acogieron algunos parientes. Breslau, Dresde y Dusseldorf fueron las ciudades en donde recibió educación artística, y aun cuando estudió



El celebrado pintor alemán Federico Geselschap

allí con buenos maestros, su estilo especial, que chocaba con ciertos convencionalismos entonces dominantes, proporcionóle poca honra y menos provecho, viéndose obligado para ganarse el sustento á trabajar como un obrero, hasta que el poeta Wolfgang Müller le hizo algunos encargos, con cuyo producto pudo satisfacer su ardiente deseo de realizar un viaje á Italia, en donde el estudio de los grandes maestros del *Cinquecento* abrió nuevos horizontes á su genio y ejerció decisiva influencia sobre su vida artística. Allí aprendió, como él mismo dice, «que es necesaria la unión de las tres artes hermanas, sin la cual no puede lograrse armonía alguna ni producirse ninguna obra grande, pues no cabe composición grandiosa alguna sin una acertada subordinación de la escultura y de la pintura dentro de la esfera de la arquitectura, arte bella y de excepcional importancia.»

Las grandes victorias conseguidas en aquel entonces por la nación alemana dieron gran impulso al arte monumental y permitieron á Geselschap alentar grandes esperanzas sobre el porvenir; pero estas esperanzas por de pronto no se realizaron, pues si bien, en unión de Bleibtreu, presentó al concurso para la ornamentación del palacio imperial de Goslar algunos bocetos que llamaron la atención de los inteligentes, el jurado no le otorgó la recompensa que todo el mundo creía merecida. Durante algún tiempo hubo de dedicarse entonces á trabajos de importancia relativamente escasa, en todos los cuales apreciábase la noble armonía de las líneas, su conocimiento profundo del valor de los espacios y al mismo tiempo el espíritu monumental de aquel artista, cuyos mejores años transcurrieron en una inactividad que, además de causar honda pesadumbre en el ánimo del pintor, obligóle á vivir con una penuria apenas mitigada por los cuidados y atenciones de algunos buenos amigos.

Aquella situación cesó cuando en 1876 la Comisión de Bellas Artes encargó á Geselschap las pinturas murales de la escalera de la Universidad de Halle y el ministerio de Estado un friso para la cúpula del salón del Arsenal de Berlín, obras en las cuales pudo demostrar, sobre todo en la última, cuán propio era su talento para acometer las más grandiosas composiciones. El resultado de su trabajo fué considerado tan perfecto que el ministerio le encargó inmediatamente la ejecución de las cuatro pinturas que habían de adornar los arcos de aquella bóveda y en las cuales trazó algunas alegorías de la guerra y de la paz de una manera tan vigorosa, con una expresión tan intensa como sólo puede hacerlo un genio lleno de entusiasmo por la misión que le ha sido confiada, que tiene siempre ante sus ojos una idea fundamental, que nunca subordina lo principal á lo accesorio. Geselschap, que se había identificado en Italia con las creaciones de los grandes maestros y desentrañado las maravillas á que éstos dieron vida, consideróse como guardador del tesoro y supo usar de él con verdadera conciencia.

Su anhelo por dar forma al verdadero ideal de belleza era insaciable, y cuando no se sentía con fuerzas para alcanzar por sí mismo ese ideal, no vacilaba en inspirarse en aquellos grandes artistas de otros tiempos que lo habían conseguido. A pesar de esto, conservaba toda su personalidad artística, y su subordinación voluntaria á los que como estrellas de primera magnitud figuran en el firmamento del arte nunca significó imitación: quien, como Geselschap, tan magistralmente dibujaba y componía, necesariamente había de mostrarse original, aun inspirándose en los mejores modelos.

Geselschap, sin descuidar el colorido, como lo demuestran la mayor parte de sus pinturas monumentales y algunos de sus cuadros de caballete, revélase principalmente como artista que domina por completo la forma, y la manera como supo dar vida á un mundo de figuras ideales, si no está al alcance de todas las inteligencias, es prueba de la potencia de su talento para encontrar la expresión á cada una de las ideas abstractas que aquéllas representan.

El año de 1891, en que terminó su obra en el Arsenal de Berlín, marca el apogeo de la carrera artística de Geselschap. Poco después, una grave enfermedad le impidió seguir dedicándose al arte con la asiduidad de antes, á pesar de lo cual en muchas ocasiones, postrado en cama, trazó bocetos y pintó cuadros admirables.

Cuando recibió el tan deseado encargo de pintar para una iglesia de Potsdam el ciclo de la vida de Jesús; cuando fué especialmente invitado al concurso para las pinturas de la Casa Consistorial de Hamburgo, y cuando su amigo Schwechten le pidió que pintara algunos cuadros para un templo dedicado á la memoria de Guillermo I, Geselschap, por un esfuerzo supremo de su voluntad recobró sus antiguas energías y creó algunas obras admirables, entre ellas



El loco y el sabio, cartón de Federico Geselschap

la que le valió ser nombrado miembro de honor de la Academia de Berlín.

Pero aquella resurrección fué poco duradera, y la noticia de su muerte, acaecida en Roma, llenó de luto á sus amigos y dejó vacío uno de los más altos puestos del arte alemán que Geselschap había conquistado con su constante laboriosidad y su preclaro talento. – X.



La adoración de los pastores, cartón para un cuadro destinado á una iglesia de Potsdam, obra de Federico Geselschap



JESUCRISTO Y LA MAGDALENA, cuadro de A. Hacker



JESÚS CURANDO Á LOS ENFERMOS, cuadro de Gebhard Fugel

LA ORACION DE SEMANA SANTA

(CUENTO)

El último sha de Persia, que como todos saben murió á manos de un fanático, tuvo en su historia una página de muy pocos conocida, y yo la ignoraría también á no referírmela una viajera inglesa, de esas mujeres intrépidas é infatigables que registran con emoción y curiosidad los más apartados confines del planeta. Cómo se las arregló miss Ada Sharpthorn (que así se llama la inglesita) para obtener la confianza y casi la privanza del sha, y penetrar en la intimidad de su palacio y conocer íntimamente á sus allegados, áulicos, cortesanos y generales, es punto de difícil investigación; pero seguramente, al aspirar á este resultado, no se valió miss Ada de ningún medio reprobable, pues compiten en esta valiente exploradora la decencia y pulcritud de las costumbres con la austeridad del criterio moral y la delicadeza de la conducta. Si miss Ada gozó privilegios desconocidos en Persia, debe atribuirse á la tenacidad que sabe desplegar la raza anglo-sajona para conseguir sus propósitos tenacidad que va haciendo á esa raza dueña del mundo.

Contóme miss Ada el episodio que voy á narrar la tarde del Jueves Santo, mientras recorríamos las calles de Avila visitando Estaciones. En aquellas calles que todavía recuerdan por varios estilos la Edad media española, el nombre de Persia sonaba como el de un país fantástico, de juglaresca leyenda ó de romance tradicional; costaba trabajo admitir que existiese. Quizás la misma *irrealidad* de Persia en la pacífica atmósfera de la ciudad teresiana, acrecentó el interés de los extraños recuerdos de viaje que evocaba miss Ada, y que intentaré trasladar al papel sin alterarlos.

«Nasaderino – empezó la inglesa – era un monarca absoluto, á quien sus vasallos llamaban *sombra de Dios*, y que disponía de haciendas y vidas, con dominio incondicional. No sé si ahora se habrá modificado el régimen interior de Persia; entonces – y son épocas bien recientes – no había allí más ley que la omnímoda voluntad de Nasaredino. Para mayor desventura de sus súbditos, el sha no conocía el cristianismo, ó por mejor decir, no quería conocerlo, ni permitía que se propagase en sus Estados opinión alguna que se apartase del código de Mahoma. Quizás comprendía que Cristo nuestro Señor es el verdadero enemigo de los déspotas, y que la libertad y la dignidad humana tuvieron su cuna en el humilde establo de Belén.

»Esta misma intransigencia del sha con nuestra santa religión me incitó á probar si le atraía al terreno de la controversia, á fin de combatir sus errores. Aprovechando la rara amabilidad con que me acogía, me dediqué á razonar con Nasaredino, y buscando el flaco de su orgullo, comencé por pintarle la gloria y prosperidad de naciones cristianas como Francia y la Gran Bretaña, superiores en sus mismas artes de la guerra á las naciones sujetas al fanatismo musulmán. Mis argumentos parecían hacer mella en el monarca; á veces le vi quedarse pensativo, acariciando la negrísima y puntiaguda barba, con los rasgados ojos de pestañas de azabache fijos en el punto imaginario de la meditación. No era un necio; ciertas ideas le movían á reflexionar; ciertos problemas se le imponían á pesar suyo, al través de su oriental indolencia y su soberbia de dueño de muchos millones de seres humanos. – Despaciosamente, en correcto inglés, solía, transcurrido un rato, contestarme, no sin alguna inflexión de desprecio en su voz grave y timbrada:

»Jamás me convenceré de que sean heroicas y viriles naciones que se postran ante un Dios humilde, muerto en un suplicio afrentoso. El gran atributo de Dios es *el poder y la fuerza*. La única explicación que encuentro á ese enigma es que vuestras naciones se llaman cristianas sin serlo realmente, y cuando funden cañones y botan al agua barcos blindados, niegan á su Dios con los hechos, aunque le reconozcan con la palabra. Y porque lo niegan han logrado el predominio que ejercen. Si se atuviesen á la letra de su fe, como nos atenemos nosotros á la nuestra, nosotros les pondríamos la planta del pie sobre la garganta.

»Al hablarme así Nasaredino, dejábame confusa. Pertenezco á las *Ligas* del desarme y de la paz universal, y confío más en la energía del amor y de la fraternidad, que en todos los ejércitos de Europa reunidos. Mas ¿cómo hacer entender la verdad á un bárbaro, y á un bárbaro que se cree un semidiós? Sin embargo, lo intenté. A mi manera, empleando los razonamientos que me sugirió la convicción, le dí á entender que la misma fuerza material necesita fundarse en la moral, y que sin base de derecho y razón se derrumba toda soberanía. Y pasando á tratar de nuestro Dios, le afirmé que precisamente el haber sufrido y muerto como murió fué esplendorosa muestra de su ser divino. El sha, moviendo la cabeza, me contestó entonces esta atrocidad:

– »De esa misma manera que pereció tu Profeta, sucumbe todos los días alguno ó muchos de mis vasallos. Y ni aun así conseguimos acabar con la perniciosa secta de los *babistas*, cuyas doctrinas se asemejan á las de vuestros Evangelios.

»Lo confieso – exclamó miss Ada al llegar á este punto: – tan horrible declaración me trastornó, y estuve á pique de prorrumpir en invectivas contra el tirano. Me reprimí trabajosamente, y Nasaredino, de pronto, como si se hubiese olvidado del giro de la conversación, me anunció que al día siguiente se verificaría una representación teatral en los jardines de palacio, y que me convidaba á ella.

»Son estas funciones dramáticas espectáculo favorito de los persas, y todos los viajeros las describen: se celebran de noche, á la luz de los farolillos y linternas y de las hachas encendidas, y el telón de fondo lo da hecho la naturaleza: una cortina de árboles, un macizo de flores, una fuente, un ligero kiosco, constituyen la decoración. Habituada á asistir á tales funciones, me sorprendió sin embargo el aspecto del escenario y el golpe de vista del concurso. En primer término, sillones para el sha y los altos dignatarios; detrás, la servidumbre, la multitud de funcionarios y parásitos que pululan en el palacio infestando sus galerías, claustros, patios y salones. A la izquierda, una especie de tribuna ó palco cerrado por rejas de madera dorada y pintada de colorines – desde la cual presenciaban la función, ocultas á los ojos de todos, las esposas de Nasaredino. – Con extrañeza noté que no se había invitado á ningún diplomático; la única extranjera, yo. Mi sillón, colocado muy cerca, aunque un poco atrás, del del soberano, era un puesto altamente honorífico.

»Al empezar la representación, desde las primeras escenas percibí un estremecimiento. Yo no podía entender el idioma en que se expresaban los actores, y que es una especie de dialecto persa muy literario y arcaico – el habla misma, bella y sonora, que empleó el poeta Firdusi; – pero aun sin inteligencia de las palabras, me parecía darme cuenta del sentido, y hasta creía que era familiar para mí, como algo que hubiese escuchado mil veces, y otras tantas llevado en mi corazón. Las escenas del drama me recordaban cosas íntimas, vistas por decirlo así al través de un vidrio turbio y roto que desfiguraba los objetos, alterando sus colores y rasgos sin ocultarlos enteramente. – Al final del primer acto (llamémosle así; la transición consistía en extender un riquísimo paño por delante del escenario y dejarlo caer á los cinco minutos), y mientras nos presentaban amplias bandejas cargadas de golosinas, refrescos y sorbetes, de súbito vi claro: el asunto del drama no era sino la vida de Jesucristo, interpretada á estilo persa.

»Se apoderó de mí una tristeza involuntaria. Temía una profanación, una burla, cualquier desmán que hiriese mis sentimientos y que hasta pudiese obligarme á faltar al respeto al monarca levantándome y retirándome. En voz baja le pregunté si creía que me sería posible permanecer allí; y el sha, con lenta inclinación de cabeza, me tranquilizó; después, volviéndose hacia mí, murmuró seriamente, con toda su oriental majestad:

– »No temas ofensa alguna para tu fe, ni para tu gran Profeta.

»En efecto, las páginas principales de la sagrada Vida iban desarrollándose más ó menos ingenua y peregrinamente interpretadas, pero con profundo sentido de veneración y de simpatía hacia el Salvador de los hombres. Jesús aparecía niño, jugando en el atrio del templo; después le veíamos predicar á las multitudes; presenciábamos la tentación en la Montaña, el diálogo con Eblis, genio del mal, y por último, en el tercer acto, penetrábamos de lleno en el drama de la Pasión, al ser preso Jesús en el Huerto, no sin que se trabase ruda y encarnizada batalla entre los discípulos y los sayones, que todos iban armados hasta los dientes, con kanjiares, puñales, pistolas inglesas y espingardas, y dispararon hasta agotar la pólvora, siendo esta parte de la función, gracioso anacronismo, lo que más parecía entusiasmar al auditorio. Era indudable que el papel de traidores lo desempeñaban los enemigos de Jesús, lo cual se traslucía hasta en el modo de vestirse y de caracterizarse los actores, siniestros y feroces, antipáticos de veras.

»Al principiar el acto cuarto, que debía ser el último, el actor que desempeñaba el papel de Jesús apareció atado á una columna de jaspe, y empezó la escena de la flagelación, cosa que desde el primer instante me crispó los nervios. Supuse que se trataba de un juego escénico, pero así y todo salté en el asiento y me tapé los ojos con el pañuelo disimuladamente. Era el actor un hombre joven, como de unos veintiocho años, de noble tipo semítico; llevaba los negros cabellos crecidos y partidos en bucles, y en la escena de la tentación, dialogando con Eblis, había tenido acentos llenos de dignidad, de desdén y de dulzura, conmovedores hasta para los que no entendíamos los conceptos. Ahora, amarrado á la roja estela, con el torso desnudo y el rostro respirando un entusiasmo misterioso, una sed de sufrir, revelábase sin duda como un trágico genial – tanta era la verdad de su ficción, la expresiva fuerza de su actitud. – Por lo mismo no quería verle: me conmovía demasiado. El silbido de las cuerdas y de los látigos rasgó el aire; escuché cómo sonaban al herir la carne viva, y hasta oí un sofocado gemido, gemido que semejaba involuntario... Y la voz del sha, su acento de mando, grave y sin embargo cortés, me obligó á atender á pesar mío, diciéndome en inglés, con irónica entonación:

– »No te niegues á mirar. Lo que sucede ahí no es farsa, sino la realidad misma. Persuádete de lo fácil que es padecer resignadamente y hasta con gozo. El papel de tu Profeta lo está desempeñando un *babista* condenado á muerte... Ya le verás crucificar después.

»El grito que exhalé debió de ser terrible; como que se detuvieron los verdugos, y Nasaredino me fulminó una ojeada severa, tétrica, imponente. Otra mujer se hubiese acobardado; pero una inglesa, en caso tal, saca de su orgullo de raza y de su cristianismo fuerza bastante para no arredrarse aunque se le viniese encima el mundo. No sé lo que dije al sha: primero creo que le anuncié una cruzada de las naciones civilizadas contra sus reinos y su poder, y le vaticiné venganzas humanas y cóleras del cielo; mas como el tirano permaneciese impasible y aún firme y aferrado á su crueldad, una inspiración me sugirió que la causa de Jesús ha de sostenerse por medio de la piedad y de las lágrimas, y arrojándome de súbito á los pies de Nasaredino, cogiendo sus manos llenas de anillos magníficos, las besé, las mojé con llanto, las sujeté, las apreté, hasta que una voz á mi parecer descendida del cielo murmuró casi en mis oídos:

– »Levántate, extranjera. Serás complacida. Te regalo la vida de ese perro.

»No sé lo que respondí. Debieron de ser extremos de júbilo tales, que el grave y pálido rostro del sha se iluminó con una fugitiva sonrisa, y su mano derecha, salpicada de mi lloro que resplandecía sobre las sortijas de piedras, se extendió en imperativo ademán, comprendido instantáneamente por los que torturaban al desdichado, ya cubierto de sangre. No era sólo la vida, era la libertad lo que le otorgaba aquel gesto mudo, y en el exceso de mi alegría, echéme á llorar otra vez...»

Al llegar aquí guardó silencio la inglesa, y yo sólo acerté á preguntar:

¿Y qué fué del hombre á quien usted salvó?

– Ese hombre...; balbuceó miss Ada, dos años después... asesinó á Nasaredino... Sí, el mismo, el perdonado... Ya ve usted como no hay en el mundo sino una verdad, que es la verdad de Jesús... Para un cristiano, sería sagrado el hombre que supo perdonar, siquiera una vez. Y yo, desde entonces, particularmente estos días de Semana Santa, rezo siempre por el que me regaló una vida; imploro á Dios como imploré al rey absoluto, que al fin me escuchó y se ablandó... Tal vez sea una ilusión rezar por Nasaredino, pero ilusión que me consuela.

– Y por el matador ¿no reza usted?, interrogué cuando nos detuvimos ante el bello pórtico de la catedral.

– ¡También debo hacerlo!, exclamó miss Ada después de vacilar un instante.

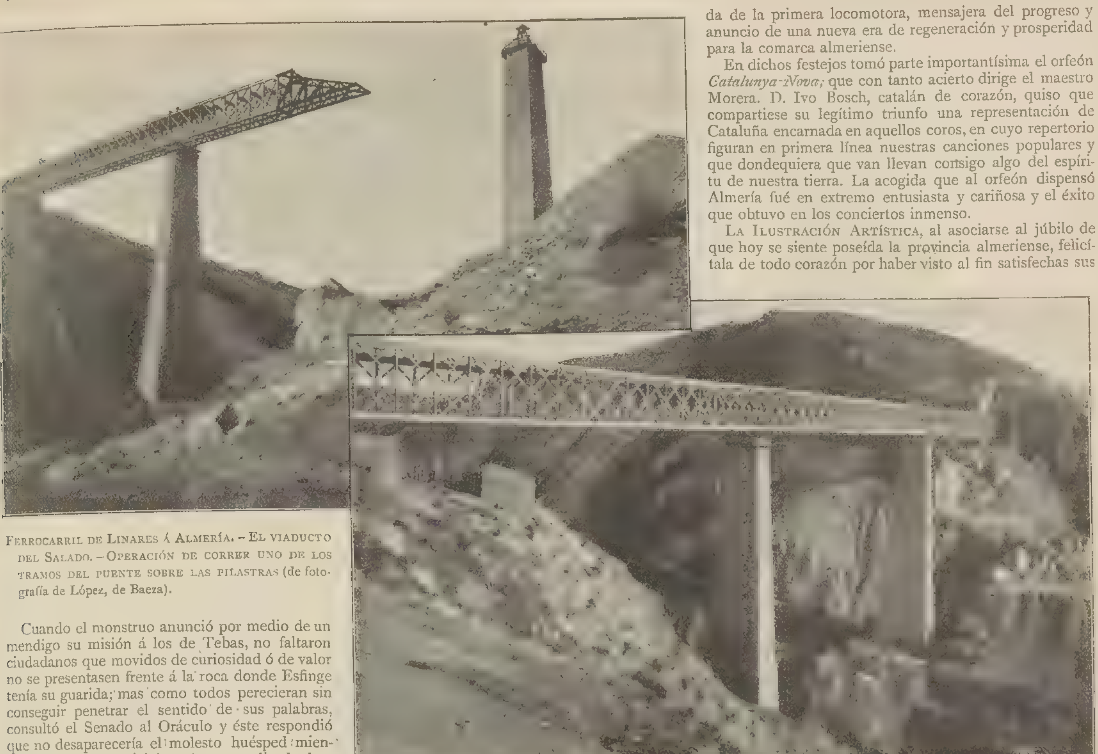
EMILIA PARDO BAZÁN

FRASES POPULARES

¡ES UNA ESFINGE!

Nació Esfinge de la unión de Tifoe y Equidna, bajo la forma de un león alado, poderosas garras de águila y busto de hermosa mujer: esto según la Mitología griega, pues los egipcios la representan de figura de león tendido y con horrible cabeza de hombre ó de morueco.

A propósito del fantástico hijo de Equidna que por capricho del Destino vino á la tierra poseyendo el raro don de expresarse en lenguaje misterioso, se dice que resuelta Juno á vengarse de los tebanos por el asesinato de su deudo Crisipo, sacó á Esfinge del fondo de la Etiopía, donde habitaba, ordenándole colocarse al pie del monte Citherón con objeto de interceptar el camino de la ciudad y devorar á los pasajeros que no descifrasen sus enigmas.



Ferrocarril de Linares á Almería. – El viaducto del Salado. – Operación de correr uno de los tramos del puente sobre las pilastras (de fotografía de López, de Baeza).

El viaducto del Salado. – Vista del puente tendido (de fotografía de López, de Baeza)

Cuando el monstruo anunció por medio de un mendigo su misión á los de Tebas, no faltaron ciudadanos que movidos de curiosidad ó de valor no se presentasen frente á la roca donde Esfinge tenía su guarida; mas como todos perecieran sin conseguir penetrar el sentido de sus palabras, consultó el Senado al Oráculo y éste respondió que no desaparecería el molesto huésped mientras un mortal no adivinase su complicado lenguaje.

Así se hizo público en la ciudad, y para estimular el rey Creon el interés de sus vasallos, ofreció la mano de su hija Jocasta, viuda de Layo, juntamente con el cetro de Tebas, á aquel que redimiese la corte de tan terrible calamidad. Ningún tebano, empero, se brindó á la arriesgada empresa, ni otro que Edipo, fugitivo de Corinto, se presentó al soberano, más bien por amor á la gloria, según con gran sencillez manifestara, que obedeciendo á deseo de recompensa; y despidiéndose del Senado y del pueblo, se dirigió animosamente en busca de la Esfinge, que al verle le propuso este enigma:

Un ser tiene cuatro pies, tres pies, dos pies y una sola voz, y si en algún tiempo varía el número de sus pies, es más débil cuantos más tiene.

A lo que contestó sin titubear el atrevido mozo:

Ese es el hombre, que en su infancia se arrastra en cuatro pies, más tarde se sostiene en dos y á la vejez apoya sus frágiles piernas en un bastón...; oído lo cual por el engendro, se estrelló su cabeza contra la roca, y Edipo regresó á Tebas á cumplir los tristes mandatos de su Destino casándose con Jocasta, que era su madre, según luego declararon varios oráculos.

La frase «es una Esfinge,» que en rigor sólo debiera aplicarse á la persona que no se deja comprender sin mucha dificultad, se emplea por extensión para calificar un estudiado mutismo.

Lope Barrón

FERROCARRIL DE LINARES A ALMERIA

El día 12 de este mes inauguróse solemnemente el ferrocarril de Linares á Almería que ha de poner en comunicación directa con el resto de España á una provincia tan abandonada hasta ahora y que por sus riquezas naturales no merecía en modo alguno la indiferencia con que la miraron los poderes públicos. Abundante en minas que encierran verdaderos tesoros, dotada de un suelo fecundo y de un clima benigno que permite los más variados cultivos, y con un puerto de extraordinaria importancia, mentira parece que no cruzara su territorio ni una sola línea férrea, y menester fué que un hombre de claro talento, de poderosas iniciativas y de gran prestigio en el mundo financiero acometiese una obra, cuya feliz terminación constituye para aquella región española uno de los más trascendentales sucesos de su historia y uno de los acontecimientos que mayor y más beneficiosa influencia han de ejercer en su porvenir.

La gloria de este ferrocarril corresponde, por consiguiente, en su mayor parte, á D. Ivo Bosch, y así se comprende que Almería entera le aclame con entusiasmo, considerándole como el autor de su redención, que ha sabido colocarla en condiciones de esplendor y de progreso.

Hay en este ferrocarril varias obras de importancia exigidas por la naturaleza del terreno que atraviesa, mereciendo especial mención el puente del Alicán, el puente en curva del Andarax y sobre todo el viaducto del Salado, que es digno de ser descrito aparte.

Este viaducto ha sido con razón calificado de obra gigantesca: es el mayor que hay en España y el de construcción más atrevida. Está formado por dos pilastras y dos estribos y los cimientos de las primeras miden trece metros, de los cuales cuatro son de hormigón y nueve de mampostería. Las pilastras constan de tres cuerpos fabricados de sillarejo: el primero de doce metros, el segundo de otros doce y el tercero de cincuenta y cinco, presentando la superficie superior de este último las dimensiones de nueve metros de longitud por cuatro de anchura.

La parte metálica la constituyen tres tramos de ciento quince metros de largo y once de alto cada uno. Su peso total es de un millón ochocientos mil kilogramos.

La altura del viaducto del Salado es de 105 metros y su longitud de 345.

Los grabados que en esta página publicamos y que son reproducciones de fotografías que nos ha facilitado el distinguido fotógrafo de Baeza Sr. López, dan mejor idea que cuantas explicaciones pudiéramos exponer de la grandiosidad y esbeltez de este notabilísimo viaducto.

Para solemnizar la inauguración del ferrocarril se han celebrado en Almería extraordinarios festejos, organizados y costeados por el Excmo. Cabildo Catedral, la Compañía de los Caminos de Hierro del Sur de España, la Sociedad Económica de Amigos del País, el Casino de Almería, el Círculo Literario, los comerciantes, industriales y obreros y por el Excmo. Ayuntamiento de aquella capital. Esta lista es la mejor demostración de que toda Almería, todas las clases sociales sin distinción, quisieron asociarse al regocijo producido en aquella ciudad por la llegada de la primera locomotora, mensajera del progreso y anuncio de una nueva era de regeneración y prosperidad para la comarca almeriense.

En dichos festejos tomó parte importantísima el orfeón *Catalunya Nova*; que con tanto acierto dirige el maestro Morera. D. Ivo Bosch, catalán de corazón, quiso que compartiese su legítimo triunfo una representación de Cataluña encarnada en aquellos coros, en cuyo repertorio figuran en primera línea nuestras canciones populares y que dondequiera que van llevan consigo algo del espíritu de nuestra tierra. La acogida que al orfeón dispensó Almería fué en extremo entusiasta y cariñosa y el éxito que obtuvo en los conciertos inmenso.

La Ilustración Artística, al asociarse al júbilo de que hoy se siente poseída la provincia almeriense, felicítala de todo corazón por haber visto al fin satisfechas sus justas aspiraciones, y en la persona de D. Ivo Bosch saluda y aplaude con entusiasmo á cuantos han contribuído á una empresa que, si es digna de alabanza



El viaducto del Salado visto desde el lecho del río (de fotografía de López, de Baeza)

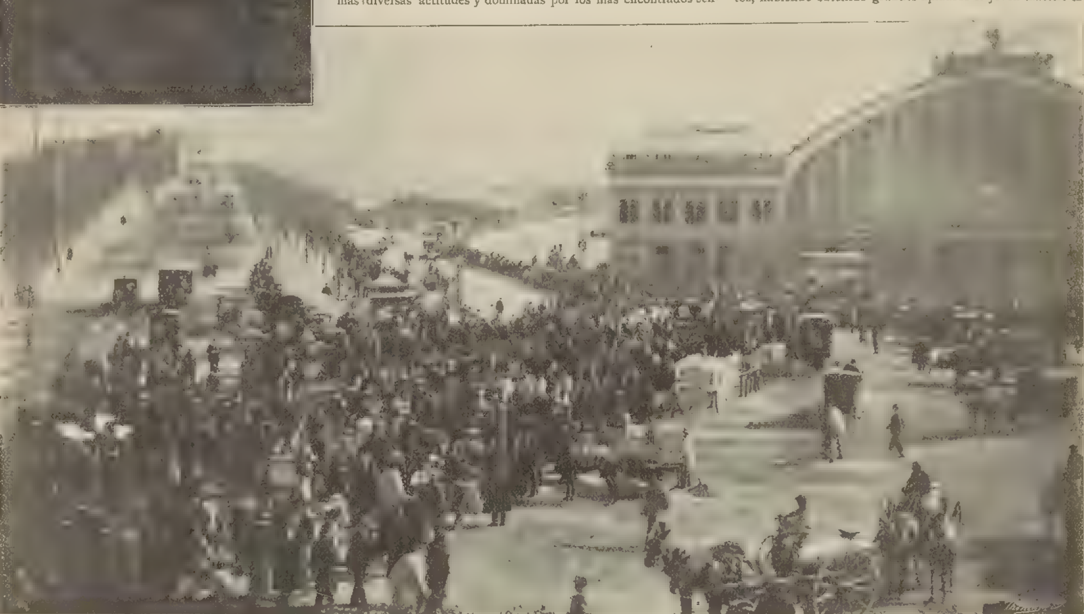
por el esfuerzo que supone, no lo es menos por haber evitado para lo sucesivo la vergüenza de que al abrir un diccionario geográfico se encuentre en la palabra *Almería*: «Superficie 8.553 kilómetros cuadrados – *No hay ferrocarriles en esta provincia.*» – A.



LA PAZ SEA CON VOSOTROS, CUADRO DE HERWIN KUSTHA...



ABADO POR BONG (de fotografía de Franz Hanfstaengl, de Munich)



MADRID. – EL MARQUÉS DE VILLAMEJOR, FALLECIDO EL DÍA 11 DE ESTE MES. – ENTIERRO DEL MARQUÉS DE VILLAMEJOR. – LLEGADA DE LA COMITIVA FÚNEBRE Á LA ESTACIÓN DEL MEDIODÍA (de fotografía instantánea de Company, de Madrid)

NUESTROS GRABADOS

El marqués de Villamejor.—A la edad de 91 años falleció repentinamente el día 11 de este mes en Madrid el marqués de Villamejor, una de las figuras más ilustres del mundo financiero español D. Ignacio de Figueroa, que así se llamaba, heredó de su padre un cuantioso capital y con él el espíritu emprendedor que á aquél caracterizaba, y en vez de gozar tranquilamente de su fortuna consagróse activamente á los negocios en grande escala, explotando minas, dedicándose al comercio de metales y acometiendo multitud de empresas á cual más importante. El mayor éxito coronó sus esfuerzos, y como resultado de su genio mercantil é industrial y de su laboriosidad infatigable, deja al morir un caudal que pasa de 100 millones de pesetas. Descollaba entre las aficiones del marqués la del deporte hípico, y su cuadra llegó á tener nombradía no sólo en España sino que también en el extranjero. Gozó siempre de una salud de hierro, y en su ancianidad, lo mismo que en sus mejores años, dirigía sus vastos negocios sin rendirse á la fatiga. De sus sentimientos da cabal idea el rasgo que tuvo con motivo de la función patriótica celebrada durante la última guerra en el teatro Real, dando un millón de reales por su palco. Era senador vitalicio y caballero gran cruz de la orden de Carlos III.

Su entierro fué una manifestación solemne de simpatía y de cariñoso respeto á su memoria, habiendo figurado en él las más altas personalidades de la aristocracia, de la política y de la alta banca.

La fotografía del Sr. Company que publicamos representa la llegada del fúnebre cortejo á la estación del Mediodía: el féretro fué depositado en un furgón que lo condujo á Guadalajara, en donde recibieron cristiana sepultura los restos del marqués de Villamejor.

El entierro de Jesucristo, dibujo de José Triadó.—Los aplausos entusiastas, los calurosos elogios que con motivo de los preciosos dibujos del número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA con que inauguramos la serie del presente año la prensa de toda España y el público en masa prodigaron al autor de aquellas preciosas composiciones, son la prueba más elocuente de lo que vale Traidó y de la justicia con que ocupa uno de los primeros puestos entre nuestros dibujantes. Triadó es muy joven todavía, y si tan alto ha llegado en sus primeros pasos por el camino del arte, ¿qué no hay que esperar de él á medida que siga avanzando en su carrera? El dibujo suyo que hoy reproducimos es una nueva demostración de las relevantes cualidades que al artista caracterizan, y que pueden sintetizarse diciendo que siente hondamente los asuntos, que sabe componerlos con verdadera maestría, armonizando de un modo admirable los distintos elementos de que echa mano, y que los ejecuta con una seguridad, con una corrección y con un vigor propios de los maestros consumados.

Jesucristo y la Magdalena, cuadro de A. Hacker. – Este cuadro del celebrado pintor alemán expresa de una manera intensa la divina influencia que sobre la mujer ejercen las sublimes enseñanzas de Cristo. En Magdalena está personificada la pecadora que, conmovida por las doctrinas del Redentor, se arrepiente y humilla y renuncia á las pompas y á los placeres mundanos para consagrarse exclusivamente á Dios. La obra de Häcker impresiona tanto más profundamente cuanto que se aparta de todo efectismo huero y de todo exagerado realismo.

Jesús curando á los enfermos, cuadro de Gebhard Fugel.—El autor de este cuadro ha hecho gala en él de un perfecto conocimiento de la figura trazando multitud de ellas en las más diversas actitudes y dominadas por los más encontrados sentimientos. Hombres, mujeres, niños, ancianos, jóvenes, sanos, enfermos, llenos de fe unos, recelosos otros, todos aparecen hábilmente agrupados y todos tienen el valor debido para que contribuyan al buen efecto del conjunto. Entre todas destaca la figura majestuosa y sencilla á la vez del Salvador, que acoge bondadoso á cuantos á él acuden devolviéndoles la salud del cuerpo y del alma.

La paz sea con vosotros, cuadro de Erwin Kusthardt. – Dice San Juan en su Evangelio: «Aquel mismo día, siendo ya muy tarde y estando ya cerradas las puertas de la casa donde se hallaban reunidos los discípulos por miedo á los judíos, vino Jesús y apareciéndose en medio de ellos les dijo: «La paz sea con vosotros.» Dicho esto, mostróles las manos y el costado. Llenáronse de gozo los discípulos con la vista del Señor.» En este pasaje que se refiere á la aparición de Jesús á los apóstoles después de su resurrección, se ha inspirado el ilustre artista de Dusseldorf, Kusthardt, para pintar el hermoso cuadro que reproducimos. Inútil nos parece encomiar esta obra: el menos inteligente en bellas artes habrá de admirar desde luego la maestría con que están trazadas las figuras del Salvador y de los apóstoles, cuyos rostros y cuyas actitudes tienen un vigor de expresión que recuerda las mejores composiciones de los más grandes maestros en el género de pintura religiosa.

Emilio Erckmann.—El célebre colaborador de Chatrián, fallecido en 1890, acaba de morir á su vez en su posesión de Luneville. Es casi imposible pronunciar separados esos dos nombres que unidos formaron aquella personalidad de Erckmann-Chatrián, tan conocida no sólo en Francia sino que también en todo el mundo. Aquella razón social literaria había inaugurado sus tareas con cuentos fantásticos, leyendas de las comarcas del Rhin, estudios de tipos y costumbres de Alsacia, que obtuvieron un éxito considerable. Pero lo que más fama dió á los dos escritores fueron las novelas nacionales, entre las que merecen citarse especialmente *La invasión*, *Madame Teresa*, *El recluta de* 1813 y su *Historia de la Revolución contada por un aldeano*. En 1868 dedicáronse al teatro, escribiendo varias comedias, muchas de las cuales han quedado de repertorio, como por ejemplo *El judío polaco*, *El amigo Fritz* y *Los Rantzau*.

En 1889 separáronse ruidosamente los dos colaboradores: al poco tiempo, como antes hemos dicho, murió Chatrián, y Erckmann se retiró á Luneville, en donde ha muerto á la edad de 77 años.

MISCELANEA

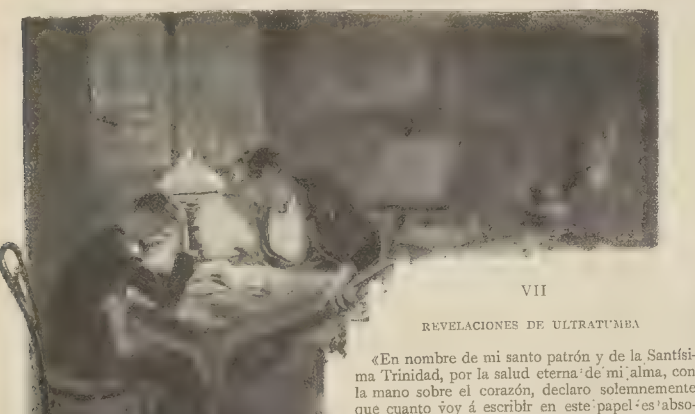
Bellas Artes. – DRESDE. – El año que viene se celebrará en Dresde una exposición de arquitectura á la cual han sido invitados los gobiernos extranjeros. La exposición se verificará en el palacio de exposiciones municipal, y en el parque se instalará la «Ciudad antigua» por el estilo de la reproducción que tan admirada fué hace dos años en la Exposición de Oficios é Industrias artísticas celebrada en la propia ciudad.

Teatros. – *Madrid.* – Se han estrenado con buen éxito: en Lara *El gabán de pieles*, gracioso sainete en un acto del señor Pérez Zúñiga, y en la Princesa *Santos de barro*, bonita comedia en un acto de D. Antonio Sánchez Pérez.

Barcelona. – Se ha estrenado con aplauso en el teatro de la Granvía *La enredadera*, bonita comedia en un acto de D. Joaquín Abati. En el Liceo siguen ejecutándose notables conciertos, habiendo obtenido grandes aplausos el joven maestro catalán D. Antonio Ribera y el maestro alemán Haaen, que han dirigido los últimos. En el teatro de Novedades continúa siendo objeto de no interrumpidas ovaciones la eminente actriz Sra. Mariani.



EL CÉLEBRE NOVELISTA FRANCÉS EMILIO ERCKMANN, recientemente fallecido en Luneville



Aquella noche, ya tarde, dimos principio al examen de nuestro tesoro en mi estudio

EL PASADIZO SECRETO

POR LUIS DE LLANOS. – ILUSTRACIONES DE BONÍN

(CONTINUACIÓN)

De día la luz entraba por una ventana que á pesar de tener los vidrios dobles, cuando soplaba la feroz tramontana solían estallar, llenándome el estudio de cristales rotos y de tales golpes de viento que volaban las carteras como si fueran golondrinas, regando la estancia con su contenido.

En un rincón de la cámara tenía un lecho, medio oculto entre cortinas y biombos. Cerca de él había una mesa no muy sana; en ella nos acomodamos para empezar nuestro examen á la luz de un quinqué, no sin haber enviado antes á la cama á todo el mundo, y luego de haber despedido como Dios nos dió á entender, con medias palabras, á los amigos curiosos que acudieron atraídos por las imprudentes revelaciones de nuestros gañanes á saber el porqué de lo prolongado y extraño de nuestra expedición subterránea.

–¡Al fin solos!, exclamé como en el famoso cuadro de la boda que tanto gustó en uno de los Salones de París.

–¡No ha costado poco trabajo! Sobre todo el diablo del alcalde, ni á tiros quería marcharse. ¡Qué curiosidad y qué impertinencia!

–Pues manos á la obra, dije yo.

Y abriendo la cartera me encontré con un librillo escrito con lápiz, como antes dije, en el que con letra muy metida decía cosas tan tremendas, que á cada momento la lectura se interrumpía con exclamaciones y otras veces se cortaba de repente por tácitos reposos...

Se nos figuraba que nos espiaban, que de entre las sombras del estudio ó tras las celosías de la iglesia había quien escuchase aquellas revelaciones de ultratumba, revelaciones horribles...

Creíamos ser nosotros los asesinos.

A cada momento mi memoria volvía á las tremendas mazmorras donde el drama se había desarrollado, y el cadáver aquel, medio momia, medio esqueleto, encogido entre los estrechos muros, se me ponía delante.

Leímos hasta muy tarde..., después hablamos mucho tiempo.

Comenzaban á blanquear los verdosos vidrios del ventanón cuando nos decidimos á acostarnos..., cuando las campanas del vecino convento comenzaban á repicar en el silencio del crepúsculo matutino..., entre nubes de ópalo y de nácar que asomaban por levante sobre los montes que separan Assisi de la histórica comarca de Gubbio, el país de los esmaltes prodigiosos y de los artistas por generación espontánea.

El librito, después de bien descifrado, decía lo siguiente:

VII

REVELACIONES DE ULTRATUMBA

«En nombre de mi santo patrón y de la Santísima Trinidad, por la salud eterna de mi alma, con la mano sobre el corazón, declaro solemnemente que cuanto voy á escribir en este papel es absolutamente cierto; son las revelaciones de un desgraciado que va á morir de muerte lenta y terrible, y que muere inocente y pide venganza, tan cruel y espantosa como merece el miserable asesino que á este trance le trajo con inaudita y nunca vista alevosía.

»¡Oh tú!, cualquiera que fueras á cuyas manos llegue este papel, seas mil veces maldito tú y tu descendencia si lo que vas á leer te callas y reservas, y de ello no haces sabedora á la justicia humana, para que los asesinos expíen sin piedad sus crímenes en la picota, que de la divina justicia nada temo; Dios que todo lo ve y que presencia mi cruel agonía, sabrá castigarles con mano de hierro y sin piedad en la eternidad.

»Escasas horas me quedan de vida; la muerte se aproxima á mí lenta, pero segura. A Dios pido me dé acierto y tiempo bastante para concretar en esta declaración todo lo que es del caso para los fines que me propongo.

»Soy el duque de Rocabruna, de la ilustre familia de los Rocabrunas de Spoleto, y tan desgraciado nací, que mi venida al mundo costó la vida á mi madre. El duque, que la adoraba, jamás me lo perdonó, y en él vi siempre lo que él fué siempre para mí: el más cruel de los dueños.

»Todo su cariño se reconcentró en mi hermano mayor. Lo adoraba, no obstante sus calaveradas y su desatentada vida, que por viciosa y bullanguera le costara el destierro de Roma y la expulsión después de muchas cortes de Italia, en donde nuestro nombre y nuestros parentescos le colocaban á la par de los mismos príncipes reinantes. Yo entretanto me educaba en el pobre seminario de Spello. El duque me dedicaba á la iglesia, como siempre se hizo con los segundones de nuestra ilustre casa, que hace más de cuatro siglos cuenta casi sin interrupción con un cardenal de nuestro apellido, y me dedicaba á la iglesia sin consultarme, ni *pro forma*, mi parecer. Cuando llegaban noticias fatales de mi hermano, con cualquier pretexto me mandaba venir á nuestro castillo de Spoleto ó á nuestro palacio de Roma, y con cualquier pretexto también – que en discurrirles poco se fijaba, – me infligía los más horribles castigos. Más de cuatro veces volví al seminario cubierto de heridas, maltrecho y molido á palos por la propia mano de mi padre ó por las de sus dóciles lacayos.

»Estando en París en la corte del rey de Francia, mi hermano llevó á cabo tan terribles empresas, que fué á dar de cabeza en la Bastilla, y se necesitaron muchos meses de activas gestiones del Nuncio de S. S. para obtener su libertad; cuando salió, años después, y vino á Italia, traía consigo una mujer hermosísima y una niña de diez años. La mujer era la esposa de un carcelero que traía robada; la niña, según el decir de las gentes, la hija de un verdugo. Mi padre, el orgullo mismo, aceptó no obstante la presencia de estas criaturas en su palacio y en su mesa, por complacencia al amor de mi hermano, y al poco tiempo la carcelera llevaba sin el menor rubor el título de princesa de mi hermano y su hija crecía bajo el timbrado solio de los Rocabrunas, como si cual nosotros descendiera de cientos de generaciones patricias de sangre acrisolada.

»Este espectáculo y el mezquino lugar á que se me relegaba en aquel palacio, que era el mío y el de mis mayores, excitaron mis nervios más que todas las brutalidades del duque, más que sus golpes y malos tratos, y no pudiendo soportar semejante espectáculo, colgué los hábitos y salí de casa, huyendo el día mismo del matrimonio de mi hermano con aquella villana, que venía á ocupar sin pudor el puesto de mi madre en el hogar de nuestra nobleza.

»Durante muchos años nada supe de lo que en mi casa pasaba. Cambié de nombre y me hice soldado de los Borbones de Francia, siguiendo sus banderas en la última mitad de la guerra de Treinta años. Peleé en Alemania, en España y en Italia misma, y favorecido por la fortuna, pronto mandé compañías y regimientos y vine á ser uno de los más seguros capitanes de Vendome.

»Ya próxima la paz de Utrech, la casualidad trajo á mi regimiento algunos oficiales de los tercios de Italia, y por ellos supe que mi cuñada la princesa brillaba en Roma al par de las Colonnas y las Orsinis; que mi hermano la había sorprendido y asesinado á puñaladas en brazos de un guardia noble, su amante, y que luego éste le había dado muerte descerrajándole un tiro en la cara que le deshizo el cráneo; con lo cual yo, solo y único descendiente de los Rocabrunas, venía á ser propietario de todos los títulos y de los restos de nuestra enorme fortuna patrimonial.

»Tenía cuarenta años; mi vida de desventuras y dolores primero, de luchas y campañas más tarde, estaba gastada; mi salud, debilitada por muchas heridas recibidas en los campos de batalla, comenzaba á decaer al mismo compás de mi ánimo. Pensé en mi anciano padre, en mi hogar; perdoné el pasado y volví á casa esperando al menos hallar en ella, si no afecto, reposo, y tranquilidad, ya que no fortuna.

»Mi padre tenía ochenta años, y desde la muerte de mi hermano no se le había vuelto á oir el metal de la voz. Siempre encerrado en las torres de Spoleto, siempre meditabundo y cabizbajo, á nadie recibía. Los mismos criados antiguos del palacio pasaban, según me contaron, meses enteros sin pisar los umbrales de su departamento, en el que de continuo estaba la *signorina Paolina*, la hija del verdugo, como la llamaban, que por no sé qué sentimiento de celos retrospectivos mi hermano no había prohijado.

»Y aquí comienza el terrible drama de la iniquidad y la traición que en las tinieblas de esta misma mazmorra acaba con la vida de un soldado que en tantas batallas buscó la muerte y no la halló. Aquí acaba como inmunda rata el último duque de Rocabruna, y acaba deshonrado y escarnecido.

»¡Venganza! ¡Venganza!»

VIII

MI CASA

«Cuando llegué á Rocabruna una tarde de octubre, hallé cerradas las puertas y alzado el puente levadizo, como si el castillo estuviera en estado de sitio.

»Con dificultades infinitas y casi á viva fuerza logré penetrar en los patios, pero de allí no hubo medio de pasar: la consigna era terminante: el duque estaba enfermo y prohibía en absoluto la entrada..., no quería ver á nadie.

»Por dicha, un antiguo criado que me reconoció me introdujo en una estancia, y allí sigilosamente, al oído, me puso al corriente de la situación. En aquella casa no había más que un dueño absoluto, *madamicella Paolina*..., la hija del verdugo. Sólo quedaban dos viejos servidores, él, Basilio, y el otro, camareros ambos de mi padre hacía cuarenta años y de los que el duque no se había querido privar. Los demás, incluso el *maestro de casa* y el intendente, eran hechuras de la madre de Paulina.

»Según unos, el proyecto de la advenediza era el de hacerse adoptar y quedar heredera de nuestros títulos y fortuna. Según otros, pretendía casarse con el viejo que por días decaía como una luz que se apaga.

»Mi llegada, me decía Basilio al oído, descomponía sus planes y acaso le llevase á alguna violencia.

»¿Qué hacer? Un momento dudé. ¿No valía más volverme por el mismo camino á reunirme con mis banderas y seguir mi honrada vida de soldado, que entrar en una lucha que acaso sólo sirviera para amargar los últimos momentos de mi padre?

»Yo venía, bien lo sabe Dios, á consolar al afligido anciano en sus últimos días..., no á buscar títulos y herencias; pero ¿quién me creería? Ni siquiera él..., menos él que ninguno, porque pasó su vida en odiarme. Pero según hablaba Basilio y me contaba las infamias de mi cuñada, su descaro infernal, su viciosa conducta y la aún peor de su hija, se me iban presentando los términos del problema de una manera absolutamente diversa. ¿Tenía yo el derecho de abandonar mi nombre y el de mis mayores á una criatura abyecta cuya conducta desde muy niña traía

asustados á cuantos la conocían? Porque Paulina era perfecta: á más de ser amante, según fama, de mi anciano padre, había sido y seguía siendo la amante de tres ó cuatro lacayos simultáneamente. ¿A qué fangales no arrastraría nuestro ilustre nombre? No, no podía ceder. Debía ver á mi padre, ponerle de manifiesto cuanto sucedía y arrojar de nuestra casa á aquella vil criatura..., costase lo que costase. Basi-



Por dicha, un antiguo criado que me reconoció...

lio aplaudió mi resolución, y por una puerta falsa, faltando á la severa consigna que tenía, me introdujo secretamente en el estudio donde el anciano yacía medio adormilado en una poltrona al lado de un enorme fuego que ardía en la chimenea.

»Se despertó al ruido de mis pasos, y mirándome de hito en hito exclamó:

– »¿Quién sois y qué me queréis?

– »Soy vuestro hijo, señor, le dije arrodillándome á sus plantas, y vengo á pediros perdón por mi abandono. Me fuí de casa porque eché de ver que la mujer aquella que venía á ocupar el puesto de mi madre (Q. S. G. H) no era digna de tan señalado honor, y antes que ver manchado nuestro escudo, sin mancilla, preferí hacerme soldado. He sabido el luto que tenéis, señor, por la muerte de mi hermano, y vengo á deciros: Soy vuestro hijo, soy digno del nombre que llevo, no tengo en el mundo más afecto que vos, ¿queréis perdonarme y dejar que á vuestro lado pase la vida procurando consolaros?

»El duque me oía con maravilla.

»¡Cómo! ¿Era yo, aquel robusto guerrero, curtido por el sol de las batallas, era el mismo pálido y endeble seminarista de otros tiempos?

»Me seguía mirando con profunda curiosidad y sus manos temblaban; pero nada decía..., dudaba..., en su alma se libraba una batalla, dudaba..., dudaba entre abrirme sus brazos cariñoso ó expulsarme de su presencia. La más sencilla observación podía decidirle.

– »¡Abrazad á vuestro hijo, duque!, dijo una voz delicada y fina detrás de mí, que bien lo merece su respetuosa actitud.

»¿Tú lo deseas?, dijo el viejo á la niña.

– »Os lo pido de rodillas, en nombre del mucho amor que os tengo.

– »Eres un ángel, dijo á la niña; ven á mis brazos, me dijo á mí, y sé el bienvenido en el hogar de tus mayores; pero no olvides nunca que á esta santa criatura debes mi perdón.

»Todo esto pasó tan repentinamente y tan atolondrado estaba de lo que veía y oía, que no pude protestar. En el seno de mi padre, rozando á mi mejilla, había otra mejilla: la de una niña tierna y blanca, rubia como las espigas del trigo y tan modesta y ruborosa, que en ella me fué imposible reconocer al monstruo que Basilio me retratase. ¡Cómo! ¿Era Paulina aquella tenue y transparente estatua de biscuit?

»No obstante, quise protestar y medio me incorporé profiriendo no sé qué maldiciones que trocaron en fiera é iracunda la mirada del duque.

»Pero con rapidez suma, como un movimiento felino, Paulina me tapó la boca con su fina manita y echando el otro brazo á mi cuello y besándome en la frente me dijo:

– »Paz, paz; recibid este beso de hermana.

»Y á mi oído murmuró:

– »¡Por Dios, no provoquéis una crisis que costaría la vida al débil anciano!

»De nuevo quedé perplejo.

– »¿Lo ves? ¿Ves que santa es esta pobre criatura calumniada?

»Y ella en tanto seguía murmurando á mi oído:

– »Yo me iré..., yo me iré, pero no provoquemos luchas en su presencia.

»Me callé. Oí con admiración las apasionadas alabanzas que brotaban en rico raudal de los labios de mi padre. Aquel cuerpo decrépito se erguía, aquel rostro apergaminado se rejuvenecía y animaba, y su mirada amorosa, cargada de profundo afecto, se posaba sobre las líneas del ruboroso rostro de Paulina como si fueran caricias.

– »Sin ella, ¿qué hubiera sido de mí? Cuando tu hermano, loco de celos por infundadas sospechas, mató á su pobre mujer y luego de pena se dió la muerte, sin el alma cariñosa de esta santa que estaba á mi lado para distraer mi pena y aplacarla á fuerza de sacrificios y de cariño, ¿qué hubiera sido de mí?

– »¿Luego era falsa la versión que me contaron?, exclamé.

– »Falsa, hijo mío, falso todo, como las calumnias contra Paulina, ángel querido, cuyo corazón es de oro purísimo.

»Y sin dejarme replicar continuó:

– »¿Tú sabes los poderosos partidos que esta Paulina mía ha rechazado por quedarse al lado del desgraciado anciano? Pues aún habrá quien la atribuya planes ambiciosos... ¡Planes ambiciosos!.. Cuáles, quisiera yo saber. Porque, hijo mío, yo soy pobre, muy pobre. Tu hermano todo lo malbarató. ¡Pobrecillo! Él era así desde niño..., era pródigo por naturaleza. Sin esta Paulina mía, que es la inteligencia misma y la propia laboriosidad, que todo lo administra y en todo piensa, hasta me hubieran arrojado de mi palacio y de mis castillos... Ella siguió pleitos y los ganó; ella es el ángel salvador, el consuelo de mi vejez, el báculo que me sostiene en estos últimos momentos de la vida. ¡Paulina del alma! Sin ella, me faltaría hasta el pan.

»Mientras el duque hablaba, se hacía en mí una profunda revolución de ideas. ¿Qué oía? ¿Sería cierto? ¿Me habrían engañado todos?

»Miraba á la niña, que ruborosa bajaba sus azules ojos, en los que sólo se leía bondad y afecto y que cuando sonreía se me figuraba verme á las puertas del cielo. Y mientras de un lado las razones de mi padre me abrían nuevos horizontes, de otro la actitud de Paulina me encantaba, ¿por qué no decirlo?, me enamoraba rápidamente.

»Entretanto, la debilidad del anciano era tanta, que sus ojos poco á poco se obscurecían y su voz se apagaba murmurando bendiciones con los labios apoyados sobre los rubios cabellos de la niña, siempre arrodillada á sus pies.

»Cuando el duque se quedó dormido, Paulina, con la misma suavidad felina y arte incomparable de que había dado antes prueba, se escurrió de entre sus brazos, y cariñosamente, como si se tratara de un niño, acomodó al anciano en la poltrona, apoyó su cabeza en los cojines y le besó con veneración la mano. Luego me hizo seña de que la siguiera y me condujo á un gabinete cercano – á su cuarto sin duda – de riente y sencillo decorado y de aspecto virginal.»

IX

PAULINA

– «Perdóneme, me dijo tan luego como cerró la puerta; perdóneme si en mi profundo amor por el duque me atreví á intervenir en su primera entrevista. Dios, que ve mi alma, bien sabe todo lo santo y generoso de mis intenciones. Temía que una palabra imprudente pudiera provocar una crisis nociva á la decadente salud de mi amado protector y nociva también al fin que os proponíais..., el perdón, el acuerdo, la reunión de la familia. Perdóneme, continuó, el beso que para precipitar los acontecimientos le dí...

»Quise replicar, pero no me lo permitió. Se enjugó las lágrimas que regaban sus mejillas y prosiguió diciendo:

– »Desde el momento que el duque tiene á su lado un hijo cariñoso..., mi presencia en esta casa es inútil..., y aunque el corazón se me quiebre dentro del pecho de puro dolor, sabré alejarme de ese anciano que desde niña me acostumbré á querer y á respetar como mi único padre.

»Paulina ahogó un sollozo.

– »Pronto encontraremos un medio hábil de que yo pueda alejarme y desaparecer sin que mi alejamiento cueste dolor al buen viejo... ¡Ay de mí!, yo desapareceré para siempre, pero de rodillas os pido no violentéis los acontecimientos..., no por mí, nada soy..., por él, por el desgraciado duque que tanto me quiere..., de cuyo lado no me aparto ni día ni noche hace tantos años.

»Mi actitud era cruel. Yo no podía dejar á aquella criatura divina á mis pies mesándose los cabellos y cubriendo de tibias lágrimas mis manos. Además aquellas tibias lágrimas me enloquecían. La alcé del suelo, la senté en un diván al lado mío y procuré consolarla.

»No; yo no venía á hacer la guerra á nadie. Yo venía porque no podía abandonar á mi padre anciano y desgraciado en sus últimos días. Me habían dicho mucho mal de ella..., muchísimo..., serían calumnias..., sí calumnias debían ser..., me lo patentizaba su actitud.

– »¡Ah! ¿Por qué tuvisteis la desgracia de nacer de aquella madre?

»Paulina se alzó como empujada por un resorte.

– »¡Mi madre! Mi madre fué una víctima inocente. Mi madre era honrada...

– »Hija mía, no te exaltes así, exclamé tomándola en mis brazos. Comprendo que tú, pura como eres, no comprendas toda la enormidad de su conducta..

– »¿No acabáis de oir al duque que todo es falso? ¡Dios, Dios!, ¿no os basta mi palabra? Pues os daré pruebas..., pruebas irrefutables, y ahora mismo.

»Y dirigiéndose precipitadamente á un reclinatorio que allí había y abriendo con una llavecita que traía pendiente al cuello una especie de sagrario, de él extrajo un relicario cuajado de pedrería y de entre los dos cristales, que antes sirvieron para encerrar alguna sagrada reliquia, sacó un papel muy plegado.

– »¿Conocéis la letra del príncipe vuestro hermano?

– »Sí.

– »Pues leed su postrer declaración, aquí escrita de su puño y letra.



¡Abrazad á vuestro hijo, duque!, dijo una voz delicada y fina detrás de mí

»Leí y decía así:

«Acabo de cometer un crimen horrible. He asesinado á Dorotea en un arranque violento de celos. Ante la prueba evidente de su inocencia, no pudiendo soportar la vida me doy la muerte. ¡Padre mío, perdóname! – Roma, 1 de abril de 1708. – *Raimundo, príncipe de Servalletta.*»

»Quedé atónito. Hice preguntas sobre preguntas.

¿Por qué no se había dado publicidad al suceso? ¿Por qué se dejaba creer cierta la versión del guardia noble?, etc., etc.

»Paulina lo explicaba todo. El duque, al saber la fatal noticia..., la muerte de Raimundo, quedó durante mucho tiempo tan profundamente aniquilado, que ni hablar podía. Retirado en Spoleto y en posesión de la carta de despedida de su hijo, jamás sospechó se pudiera inventar tal infamia. Ella, Paulina, era una niña..., lo ignoraba todo. Al viejo feudo pocos amigos acudieron, y de éstos ninguno se dió por entendido de la calumnia. Venían á saber, no á contar versiones falsas. Sólo muchos meses después se supo algo de lo que se decía por los criados. ¿Quién da fe á los criados?. Ya era tarde para reclamar. A más, ¿á quién reclamar? La historia del príncipe de Servalletta ya estaba olvidada, á nadie importaba..., sólo á Paulina por la honra de su madre..., por eso conservaba tan cuidadosamente la declaración de Raimundo.



¿Conocéis la letra del príncipe vuestro hermano?

»Era evidente. Me había engañado. El solo culpable resultaba mi hermano... La envidia y la avaricia de los antiguos criados y administradores de la casa contra Paulina se explicaba también con su actitud y energía, salvando los intereses de una completa ruina y los palacios de un general saqueo, que sin ella de cierto se hubieran realizado; quedaba explicada suficientemente la propalación de la doble novela de los vicios de la madre y de los crímenes de la hija.

»¡Y yo que había dado oído á tales calumnias! ¡Y yo que volvía á aquella casa poniendo por condición la salida de Paulina, del ángel guardián de mi padre, de la salvadora de lo que quedaba..., inclusa la vida del anciano, muy amenazada en aquellas soledades y entre tanto criado avariento y ladrón!

»Caí de rodillas á sus pies. Le pedí perdón en los términos más apasionados y cariñosos. Sí, sí, yo estaba dispuesto á todo..., dispuesto hasta á casarme con ella para demostrar al mundo de una manera evidente lo falso é inicuo de sus invenciones..., ¿qué más? Se lo dije, le dije que la adoraba, que desde que la vi, aun creyéndola vil é infame, no pude menos de adorarla..., ¿cómo, pues, no la amaría cuando, desgarrado el velo de mi ceguedad, la misma luz del sol aún me parecía impura al lado de su virginal pureza?

»Paulina huyó ruborosa de mis brazos..., huyó á refugiarse á los pies del anciano, que al vernos sonrientes tras de nuestras lágrimas, comprendió que entre nosotros ya no existían sombras ni dudas, que éramos hermanos..., dos hermanos cariñosos que alegraban al unísono los últimos días de su triste existencia.

—»Ya no hay rencores, ¿verdad?

—»No, padre, no.

—»¿Te lo explicó todo?

—»Sí.

—»¿Comprendes que yo la adore?

—»Sería infame no adorarla, yo la adoro también.

—»¡Loado sea Dios!, dijo dulce y severamente el anciano tendiendo sobre nuestras cabezas sus temblorosas manos.»

X

CONFIDENCIAS DE BASILIO

«Cuando aquella noche entré en mi cámara, situada en un torreón aislado, Basilio arreglaba el lecho y figuraba prepararlo todo para mi mayor comodidad. Ganas me dieron de increparle duramente por las infamias que me contara; pero me contuve; aquel anciano acaso las creía de buena fe..., estaría engañado, como engañado estaba yo algunas horas antes.

»Comencé á desnudarme en silencio y él en silencio á ayudarme. Cuando estuve en el lecho observé que echaba las llaves de todas las puertas que comunicaban con el resto del palacio..., no sólo las de mi cuarto, sino las de los salones anteriores. Luego cebó mis pistolas y desnudó mi espada y colocó las armas al alcance de mi mano.

»Tanta precaución me chocó.

—»¿Es esto alguna cueva de ladrones para que así me apertreches?

—»Excúseme, señor. Yo vine á esta casa estando al... al servicio de la señora duquesa. En su casa nací y ella me sustentó..., por ella, por el afecto con que me trataba, se me aficionó el señor duque, y por eso aún estoy en esta casa y tengo pan en mi vejez. ¿Cómo quiere V. E. que yo no estime y respete al hijo de mi protectora?

—»Eso no es contestar. Te decía si aquí tenía algo que temer.

—»Todo, señor.

—»¡Grima me da oirte! Luego tú de buena fe crees todas las infames calumnias que esta tarde me contaste contra nuestro ángel tutelar.

—»Tengo la evidencia.

—»Sal de mi presencia, bergante, dije colérico incorporándome, ó te rajo de una estocada.

—»Raje cuanto quiera, señor, pero créame. Aquí se trama algo muy grave... en este mismo momento, y todas las precauciones son pocas.

—»Porque eres un viejo y estás lelo, quiero tener paciencia. Pero ven acá, infeliz, ¿en qué fundas tu evidencia? ¿De dónde sacaste los detalles que me contaste de mi difunta cuñada? Injurias vergonzosas..., dichos de la canalla..., y yo he visto la prueba en contrario.

—»¿La carta del relicario? Es falsa. Yo presencié el momento en que el marqués Segni le disparó la pistola á boca de jarro. S. E. el señor príncipe cayó sin decir ¡ay!, tenía el cráneo deshecho.

—»¿Estás loco? ¿Deliras?

—No, señor, no deliro; yo lo vi. Acudí á los gritos de doña Dorotea, y según yo entraba, el marqués descerrajaba el tiro al señor príncipe. Quise detener al asesino y recibí una puñalada aquí, señor.

»Y arrancándose la corbata descubrió el cuello, en el que se notaba en efecto, sobre la clavícula derecha, una profunda cicatriz.

—»¿Pero la carta..., la carta?

—»Es falsa, señor. Tiene que ser falsa. No pudo escribirla.

—»La escribiría antes.

—»Lo ignoraba todo. Aquella triste noche hubo festín en el palacio, y el señor príncipe salió en carroza de gala vestido de corto, acompañado de varios amigos, para ir á la recepción de Su Eminencia. Doña Dorotea se fingió mala y se retiró á sus cámaras. Al apearse en el palacio Spada, según yo abría la portezuela, un embozado se adelantó, le dijo algunas palabras al oído y le entregó un papel; luego huyó hacia Piazza Navona.

»Poco le vi, pero sí lo suficiente para reconocer que era una mujer disfrazada..., la marquesa Segni.

»El señor abrió la carta y la leyó á la luz de la antorcha de un lacayo. Su rostro se demudó horriblemente. Parecía acabase de recibir un golpe terrible. Subió al coche de nuevo y me dió orden de volver á escape á casa. Al saltar en el zaguán desenvainó la espada y subió á la carrera la escalera... Parecía un loco. Yo le seguí como pude..., preveía una catástrofe. Cuando llegué al salón que separaba el departamento de D. Raimundo del de doña Dorotea, oí un grito desgarrador en el cuarto de la princesa. Al abrir yo la puerta sonó la detonación. Esto sucedió en tan cortos instantes, que muchos más gasto en contarlo. Estuve sin sentido muchos días. Cuando mi estado lo consintió me trajeron á Spoleto.

—»Pero eso es imposible.

—»Eso, señor, es la pura verdad. La señorita Paulina se encerró conmigo en mi cuarto en cuanto llegué y me enseñó la carta que usted ha visto; y cuando yo protesté me dijo: «La he falsificado yo, pero mi objeto es santo. La he falsificado para engañar al pobre anciano y hacerle menos dolorosa la pérdida de su hijo: basta su muerte, sin que deba también llorar su deshonra.» Me exigió la mayor reserva y me amenazó de muerte si hablaba. Por respeto á mi señor callé. Cuando la justicia pontificia hizo las informaciones, yo, el único testigo del suceso, negué todo... y se echó tierra al negocio; la cosa, no obstante, trascendió y la versión verdadera fué conocida..., pero no se pudo encausar á Segni por falta de pruebas. Si yo estoy aquí y también Juan, el otro antiguo camarero, es gracias á nuestro silencio... y á nuestras precauciones. Paulo, porque habló más de lo necesario, amaneció muerto al otro día cuando salió de caza.

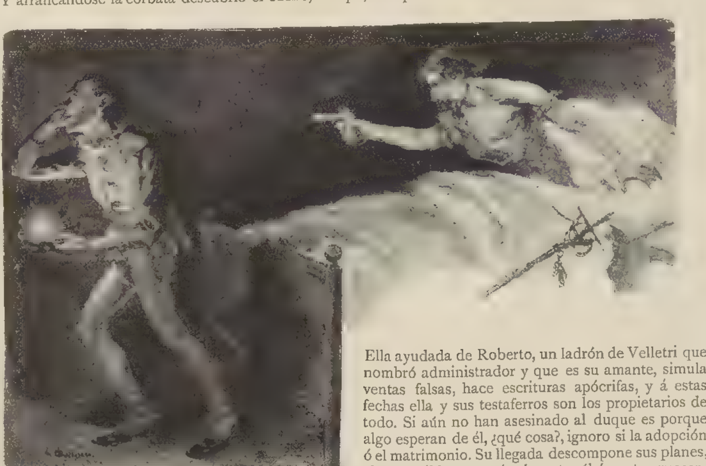
»Yo hablo hoy porque mi conciencia me lo ordena..., y hablo seguro de pagar caras mis confidencias. Esa criatura es un colmo de maldad y de mentira.

—»Basta. Eso no te lo consiento. Si hizo mal en falsificar la carta, peor haces tú en insultarla. Su objeto era bueno..., su conducta ha probado que se puede ser una santa siendo la hija de una mujer criminal.

»Es peor que la madre, señor.

—»Basta, digo. Se la odia porque sin ella ya no viviría el duque, y entre criados y administradores hubieran saqueado la hacienda. Gracias á ella...

—»Gracias á ella, señor, y perdóneme si interrumpo, no queda casi nada de su enorme patrimonio. Ella ayudada de Roberto, un ladrón de Velletri que nombró administrador y que es su amante, simula ventas falsas, hace escrituras apócrifas, y á estas fechas ella y sus testaferros son los propietarios de todo. Si aún no han asesinado al duque es porque algo esperan de él, ¿qué cosa?, ignoro si la adopción ó el matrimonio. Su llegada descompone sus planes, algo horrible tramarán ó contra él ó contra vuecencia..., y quiera Dios me equivoque. ¡Ah! Ya verá, ya verá V. E. qué reptil inmundo es esa infame criatura que no hay lacayo que no haya aceptado!



... la pegué contra Basilio, á quien arrojé de mi cuarto amenazándole con una pistola

»No pude oir más. El amor que Paulina me inspiraba, la rabia del engaño, los celos que comenzaban á atormentarme, la pena..., todo junto dieron al traste con mi paciencia, y no sabiendo contra quien pegar, la pegué contra Basilio, á quien arrojé de mi cuarto amenazándole con una pistola y tratándole como al más ruin de los hombres.»

(Continuará)

LA PRODUCCION ARTIFICIAL

DE LAS PERLAS EN LOS HALIOTIS

Como consecuencia de los estudios por mí llevados á cabo en su laboratorio de Roscoff, M. de Lacaze-Duthiers ha presentado recientemente á la Academia de Ciencias de París una nota en la cual describía yo la producción artificial de las perlas en los haliotis.



Fig. 1. - LABORATORIO DE ROSCOFF

Esta nota ha llamado la atención del público por la índole de su asunto más que por la importancia del resultado científico obtenido, que no pasa de mediano. Los periódicos se han ocupado extensamente de mis experimentos, y he recibido gran número de cartas cuyos autores me piden informes para utilizar prácticamente lo que llaman «mi gran descubrimiento.» Examinando estas innumerables epístolas he podido comprobar que muchas de las personas que me dispensaban el honor de escribirme estaban convencidas de que tenía yo en mis manos su fortuna, y de que ésta sólo dependía de la buena voluntad que yo pusiera en facilitarles noticias é indicaciones exactas para obtener perlas en gran número y con poco coste.

Esta ilusión no me ha sorprendido, pues demasiado sé que el público no está obligado á conocer de una manera precisa la diferencia que existe entre un experimento de laboratorio y un experimento industrial. Y á propósito de esto, heme acordado de un incidente de viaje que me ocurrió hace bastantes años y he resuelto extinguir el entusiasmo de cuantos me han escrito, echando un poco de agua fría sobre sus esperanzas prematuras.

Era yo todavía estudiante, hace de esto más de quince años, y había formado el proyecto de aprovechar las vacaciones recorriendo á pie las costas de Bretaña. Una tarde, después de una larga jornada, llegué á un pueblecito que no tenía más que una posada. Tenía ésta un aspecto de limpieza que me sedujo desde el primer momento, y ya me prometía pasar en ella una noche tranquila, cuando en poco estuvo que me arrojaran de allí vergonzosamente: el posadero, que parecía un buen hombre y que al principio me había acogido con amable sonrisa, preguntóme por casualidad cuál era mi profesión, y habiéndole contestado que la de zoólogo, lanzó un grito de espanto y me dijo: «Caballero, puesto que es usted uno de esos hombres que estudian los peces, tengo el sentimiento de manifestarle que para usted no hay sitio en mi casa.» Dicho esto, quiso cerrarme la puerta. En cuanto á mí, confieso que me quedé un poco desconcertado al ver este cambio de actitud, y algo confuso al encontrarme enfrente de aquel enemigo declarado de la zoología. Ya sabía yo que hay gentes que no pueden sufrir el pescado, mas nunca había podido imaginar que hubiese quien hiciese extensivo su odio hasta los que estudian esos interesantes vertebrados. Pero como tenía ganas de cenar, quise informarme de la causa por la cual mi huésped abominaba de todos los naturalistas en general y de los ictiólogos en particular, y supe que aquel buen hombre había querido aplicar industrialmente las ideas de Costes, el sabio profesor del Colegio de Francia, sobre la cría de los peces, y había fracasado de un modo lamentable.

La relación de sus infortunios no pudo menos de conmoverme profundamente, y como el apetito me apresuraba, para reconquistar sus simpatías declaré que M. Costes era el más miserable de los hombres, un charlatán vulgar que no entendía una palabra en piscicultura, guardándome bien de decir, tanto miedo me infundía la idea de buscar albergue en otra parte, que quizás no había sabido aprovechar las indicaciones del sabio profesor y que por culpa suya habría sido si su empresa industrial no había prosperado.



Fig. 2. - DEPÓSITOS DE AGUA EN EL LABORATORIO DE ROSCOFF

He recordado este insignificante incidente de viaje porque no quiero que se reproduzca el mismo hecho á propósito de la producción artificial de las perlas, y declaro que sentiría en el alma que dentro de veinte años, algún buen hombre que se hubiese arruinado por los ensayos de la producción artificial de perlas, se viera obligado á hacerse posadero y pusiera de patitas en la calle á todos los naturalistas que se albergasen en su posada. De antemano declino toda responsabilidad, y antes de indicar los resultados obtenidos en Roscoff, me importa mucho proclamar en alta voz que los experimentos de que se trata son simplemente experimentos de laboratorio.

El punto de partida de los mismos ha sido el siguiente:

Comencé por preguntarme si no sería posible hacer nacer artificialmente perlas en las conchas marinas y en particular en las de los gasterópodos, puesto que muchos de estos animales presentan un nácar muy irisado que parece susceptible de proporcionar el oriente necesario si se le dispone en capas circulares.

Entre los gasterópodos que han sido objeto de mis experimentos, he escogido especialmente el haliotis, molusco que abunda en los fondos peñascosos de la Mancha y alcanza un tamaño considerable, y cuya concha está interiormente revestida de una capa de nácar muy brillante. Además, se presta perfectamente á la experimentación. Colocado en los grandes depósitos del laboratorio de Roscoff, en donde se han practicado estas investigaciones, se aclimata fácilmente, y con tal que se le proporcione agua aereada en cantidad suficiente no hay que preocuparse de su alimentación.

Todos los haliotis sometidos á los experimentos han segregado nácar sobre cuerpos extraños introducidos en ellos, y en muchas conchas han formado perlas de nácar, verdaderas perlas finas. En la figura 3 se ve una de esas perlas encerrada todavía en la concha de donde ha sido extraído el animal después de un experimento de cinco meses.

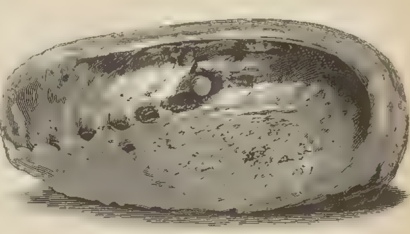


Fig. 3. - CONCHA QUE CONTIENE UNA PERLA

Las primeras perlas obtenidas no están bastante desprendidas de la concha y presentan una base demasiado ancha de soldadura con ésta. Este defecto se ha corregido en parte en ulteriores experimentos, y en las últimas muestras puede verse que la parte de perla más próxima á la concha está englobada en la concha nacarada.

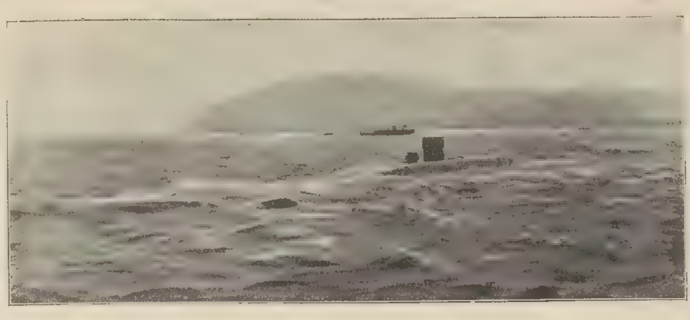
Debe observarse, sin embargo, que las perlas obtenidas artificialmente por este medio, aun cuando tienen sensiblemente la misma constitución química que las naturales, sólo en la periferia están orientadas en capas circulares, lo cual les da el oriente que se desea, pero contienen en su interior un gran núcleo de nácar cuyas capas se orientan necesariamente de una manera distinta que las de la periferia.

También debe observarse que los haliotis no se crían, como los ciprinos dorados, en un globo de cristal, y que para conseguir que vivan en condiciones normales es preciso haber adquirido nociones extensas de biología de los animales marinos. - L. BOUTAN

EL SUBMARINO

«GUSTAVO ZEDÉ»

Las últimas pruebas de este submarino realizadas en Tolón han demostrado el valor de este tipo de buque como arma defensiva. El *Gustavo Zedé* es una ampliación algo modificada del *Gymnote*, del mismo inventor M. Zedé; mide 40 metros de longitud por 3'20 de diámetro, desplaza 266 toneladas y alcanza una velocidad de 14 millas cuando navega en la superficie y de ocho ó nueve cuando está sumergido: su armamento consiste en un tubo lanzatorpedos que puede arrojar torpedos Whitehead de 100 kilogramos de algodón pólvora, y su tripulación consta de diez hombres.



EL SUBMARINO FRANCÉS «GUSTAVO ZEDÉ» EN LA SUPERFICIE DEL MAR

Después de una serie de experimentos desgraciados, interrumpidos durante dos años, el *Gustavo Zedé* ha entrado al fin en el período de las pruebas definitivas, habiendo efectuado varios ataques contra el acorazado *Magenta*, en marcha y anclado, ataques que han tenido el éxito más satisfactorio. Como complemento de este éxito puede citarse la travesía que realizó entre Tolón y Marsella, recorriendo una distancia de 40 millas, portándose durante la travesía admirablemente á pesar del mal estado del mar. Y como sus acumuladores le habrían permitido volver aún á Tolón sin necesidad de cargarlos de nuevo, se ve que el radio de acción del *Gustavo Zedé* es de 75 á 80 millas, lo que le permite asegurar sobradamente la defensa en un radio de 35 millas.

Además de este submarino, se están construyendo actualmente en los arsenales franceses el *Morse*, del mismo tipo que el *Gustavo Zedé*, pero algo más pequeño, y el *Narval*, que será un submarino no sólo de defensa sino de verdadero ataque, puesto que su radio de acción será de 600 millas y que con sus propios recursos podrá renovar la carga de sus acumuladores. El gobierno francés construirá en 1899 ocho submarinos de este tipo. - X.



Cartón para el cuadro «La Paz» destinado al Arsenal de Berlín, obra de Federico Geselschap



Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XVIII — Barcelona 3 de abril de 1899 — Núm. 901

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ADVERTENCIA

Con el número último de La Ilustración Artística repartimos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el primer tomo de la serie correspondiente al presente año. Este tomo es el primero de *La vida en la América del Norte*, por Pablo de Rousiers, obra escrita según un plan completamente nuevo y que ha obtenido en Francia y en todo el mundo literario un éxito por demás brillante.

El libro de Pablo de Rousiers es un estudio serio y á la vez ameno del modo de ser de la República norteamericana, no habiendo escapado á la investigación del autor nada de cuanto ha visto en su minucioso viaje por el territorio de los Estados Unidos: todo ha sido por él profundamente observado, clasificado con admirable método y descrito con suma fidelidad.

De Rousiers no impone al lector su criterio: no hace más que exponer ante sus ojos los datos que ha recogido para que el lector juzgue por sí mismo.

El tomo que repartimos va ilustrado con profusión de grabados, reproducciones de fotografías hechas expresamente para esta obra.

Los señores suscriptores que no hayan recibido el expresado tomo pueden reclamarlo de los respectivos corresponsales.



LA SALIDA DE MISA, cuadro de José Garnelo



LA VIDA CONTEMPORANEA

El año pasado, en el teatro Español, fracasó un arreglo de Shakespeare – más que arreglo, completa refundición, – cuyo autor era Eugenio Sellés. No vendría á cuento discutir ahora el acierto ó desacierto del refundidor, el desempeño de los papeles principales, encomendado el de *Cleopatra* á María Guerrero y el de *Antonio* á Vico, ni menos revolver la arqueología faraónica para indagar si los detalles de indumentaria, mobiliario y demás particularidades de la *mise en scène* se ajustan á las semínimas de la ciencia y de los descubrimientos más recientes. Después de todo, un público que no se convence con Shakespeare, no anima gran cosa á los empresarios á meterse en honduras y derroches. Aquí se pueden arriesgar cuartos en decoraciones destinadas á una zarzuelilla, que si prende bien, recompensará el esfuerzo; pero *correrse* en las alturas literario-escénicas, eso sí que sería atrevimiento, ó mejor dicho, temeridad insigne.

A pesar de la lección experimental y del manifiesto desvío, la compañía del teatro de la Comedia se decidió este año á servir al público de la corte otro trozo del gran Guillermo. El cual no es tan sólo el primer creador de figuras trágicas y dramáticas, sino el más sazonado y deleitable y profundo autor cómico: la risa, el discreteo, la agudeza, le pertenecen tan de derecho como le pertenecen las lágrimas y las convulsiones del dolor desesperado ó los sublimes arranques de la pasión en su paroxismo. Y tiene todavía Shakespeare en su lira otra cuerda, que ni es trágica ni es cómica, sino por turno alegre ó triste; llámanse *comedias* algunas creaciones de Shakespeare, que yo llamaría *poemas fantástico-reales:* uno de estos fué el elegido para tantear de nuevo el terreno y ver si Shakespeare, resueltamente, es ó no *autor de cartel* en Madrid.

La comedia, que en inglés se titula *Twelfth night*, ó *What you will*, y que en español recibió el lindo nombre de *Cuento de amor*, es en efecto un cuento... en el sentido más poético, más juvenil, de la palabra. Del arreglo, adaptación y transformación de la obra sekspiriana encargóse Jacinto Benavente, y nunca las cualidades finamente literarias y la sensibilidad hipernerviosa de este autor se lucieron como en la refundición del *Cuento.* Con aérea ligereza y con intensa penetración á la vez, tradujo las frases, los conceptos, las ideas de aquel poemita sentimental-humorístico, en el cual una mezcla deliciosa de ternura y de ingeniosidad, de gracia y de melancolía, revelan el paso del Niño inspirador, del Ciego divino, del Amor en fin, mágico prodigioso que todo lo embellece, lo dora, lo reviste de irisación sombría y fulgurante...

***

Asistí al estreno. Confieso que estuve pendiente del diálogo, de los incidentes sencillísimos, importantes *hacia dentro,* de la comedia. Era como un sueño, pero de esos sueños que hacen sentido, que riman y se enlazan armoniosamente, desarrollando perspectivas de ilimitada belleza · cosa fluida, á la vez sutil y penetrante como un aroma que embriaga. Los actores se movían en un ambiente menos grueso y denso que el de la realidad; la fábula tenía alas, y la imaginación revolaba feliz. Nadie como Shakespeare, terrible realista, crudo y sangriento, ha sabido reconocer los derechos de la fantasía y abrirnos de par en par el palacio de los sueños azules y color de rosa. Y el habla castellana, empleada con certero tino por Benavente, era luminosa y elástica al revestir los pensamientos del autor de *La Tempestad...*

***

Los actores representaban muy bien. La Cobeña y Thuiller estaban elegantes; las líneas de los preciosos trajes venecianos realzaban la figura; la ilusión, por este concepto, se completaba; la decoración, semejante á un país de abanico, á un jardín de misterio y poesía, aumentaba el efecto. Nos alejábamos · ¡qué satisfechos! – del mundo tangible; estábamos á cien leguas de los desastres, de la marejada política, de las hipótesis electorales, de la flamenquería, de la trama burda y vulgar de la vida diaria. Eramos – por espacio de tres horas – habitantes de una isla desconocida, y nos arrullaba el rumor de olas suaves que se quebraban en playas de arena de oro. Saborear la impresión, entregarse á ella sin desconfianzas ni objeciones que demuestran estrechísimo criterio... Así aconsejaba el instinto.

***

Lo hice, y me salió la cuenta, porque pasé una noche encantadora. Y creía de buena fe que la pasaba igual la mayoría del público. En esto recibí un desengaño. Los espectadores salían ó descontentos ó como aquel á quien le dan incomprensible broma y no sabe si reirse ó amostazarse. – Por segunda vez Shakespeare «no entraba» en Madrid.

«¡Qué inverosímil!,» decían á voz en cuello los mismos que antaño gritaban contra los desmanes del realismo.

«¡Qué insulso! ¡Qué falto de argumento!,» exclamaban los mismos que ven doscientas noches seguidas un pasillo, cuyo autor redujo su ambición á reproducir, con diferente música, el pasillo del año anterior, que á su vez reproduce el de 1897.

Y había otros más quejosos aún: otros que se preguntaban, en tono confidencial: «Y ¿qué quiere decir esto? ¿Usted ha visto *la miga?* ¿Se enteraron ustedes? ¿Han entendido ustedes algo?

¡Ah! Es preciso repetir que «el espectáculo está dentro del espectador;» fuera, nunca. Confirmando las teorías idealistas y subjetivistas de los France y los Lemaître, nadie acierta ¡á salir de su *yo*, nadie ve sino los fantasmas que se reflejan en las paredes de su interior caverna. Es inútil representar una ficción cultísima y delicada para un público sin preparación, sin antecedentes. Resbala la belleza íntima y ensoñadora sobre ciertas imaginaciones, como el aceite sobre el acero. No pueden recibirla porque no saben abrirse, cual la rosa, admitiendo el rocío menudo que la abrillanta. – En obras del género de *Cuento de amor* tiene el espectador que colaborar, tiene que prestarse, no sólo por medio de la buena voluntad y la complacencia, que siempre se le supone al que adquiere una localidad y la ocupa, sino con el auxilio de algo que no se compra en la taquilla; un depósito de sensibilidad y una suma de ideal artístico, imposible de crear en el espacio de una noche...

***

Tal vez es de los síntomas expresivos y claros de nuestra general decadencia que no se pueda reunir mucha gente para saborear obras de Shakespeare, ni aun arregladas por eminentes literatos españoles. No digiere tal alimento el estómago nacional. En Shakespeare hay siempre más contenido que cáscara y oropel; y en el teatro que España prefiere, la vestidura y la exterioridad, lo saliente y de realce predominan. El entendido crítico catalán José Yxart, que estudió á fondo este modo de ser de nuestra raza, refiere en uno de sus libros: «Hará cosa de dos años, algunos literatos y artistas de buen humor concibieron la idea de escribir un drama en versos muy sonoros, pero que no dijeran nada absolutamente. Escrito el drama, trataron de experimentar el efecto que produciría en el público, para lo cual eligieron un teatro de un pueblo de la costa. El drama, según cuentan, empezó así:

»Ya amanece claro el día
por detrás de los torreones
y pasean los leones
entre néctar y ambrosía.

»Y continuaba durante tres actos en la misma forma.

»Pues bien: el público no percibió el engaño hasta muy adelantada la representación. Oía con entonación rimbombante y melodiosa ese *amanece, torreones, leones, néctar,* y la sugestión de estas imágenes confusas le bastaba para sentir una excitación análoga á la que produce la poesía.»

No diré que sea fácil embocarles á los espectadores habituales de la Comedia el *camelo* que tardaron bastante en advertir los del pueblecito de la costa. Claro que los periodistas, los críticos, la gente en conjunto, no iba á dejar que los leones se paseasen impunemente entre néctar y ambrosía, ó como quien dice, entre Pinto y Valdemoro. Habría que *razonar* estos leones, este néctar, con arreglo á las fórmulas dramáticas al uso. Y una vez razonados, entonces sí que podrían pasearse á sus anchas, y arrancar palmoteos, y lágrimas y explosiones de entusiasmo. Efectos y efectos; telas de relumbrón, con florones barrocos y rameados de oro falso, consiguen arrebatar. Una tela tan sedeña y tan flexible como la de *Cuento de amor,* debí prever que no sería de moda.

***

Si yo fuese archimillonaria, construiría y sostendría un teatro donde representasen á Shakespeare. No diariamente, porque el arte, á diario, pierde la fuerza sugestiva y degenera en hábito ó inerte rutina; pero con frecuencia, siempre que el alma lo pidiese. En Shakespeare se encuentra todo: la comedia, la tragedia, los grandes dramas de la historia. Cuando España se *regenere,* como ahora se suele decir, podrá subir Guillermo á la escena española. Guillermo, que es un creador completo, necesita públicos completos, capaces de sentir y gozar con el terror, con la reflexión, con la pasión, con el sueño, con la sal concentrada y con la emoción intensa. Público en que haya más sanguíneos, nerviosos y biliosos, que linfáticos y anémicos. Público que sepa reconocerse á sí propio en cada matiz, aspecto y *posición* de la vida humana. – Mientras no sea así, á Shakespeare, para que el público lo acepte, será preciso envolverle en el mantón de las donosas *bravías* ó disfrazarle convirtiendo á *Troilo y Cresida* en zarzuela bufa; y mejor que mejor si de la *Comedia de equivocaciones* puede salir una piececilla de *quid pro quos,* de las *Alegres comadres* una gresca en una taberna de las Vistillas, del *Mercader de Venecia* un episodio de casa de préstamos y capa empeñada..., y así sucesivamente.

EMILIA PARDO BAZÁN

PENSAMIENTOS

La verdadera fuerza procede del conocimiento y del amor á la verdad: lo real es el punto de apoyo sólido del esfuerzo hacia el ideal.

ERNESTO LAVISSE.

***

Una sociedad sin jerarquía es una casa sin escalera.

ALFONSO DAUDET.

***

¿Cómo puede ser que ciertos periodistas deseen el término de las discordias? ¡Si de ellas viven!

G. TOURNADE.

***

No hay un solo derecho, un solo acto de justicia cuya reivindicación no choque con algunos intereses

G. M. VALTOUR.

***

Somos criaturas tan tornadizas, que acabamos por experimentar los sentimientos que fingimos.

BENJAMIN CONSTANT.

***

Siempre se espera demasiado en el porvenir; sólo los pesimistas tienen sorpresas agradables.

J. CLARETIE.

***

La mayor parte de las emancipaciones no son más que un cambio de servidumbre.

EMILIO FAGUET.

***

La mayor habilidad es obrar bien; la mayor virtud es callarse.

G. HANOTAUX.

***

Se necesita mucho valor para mantenerse sereno cuando todo el mundo se muestra violento.

C. LENIENT.

***

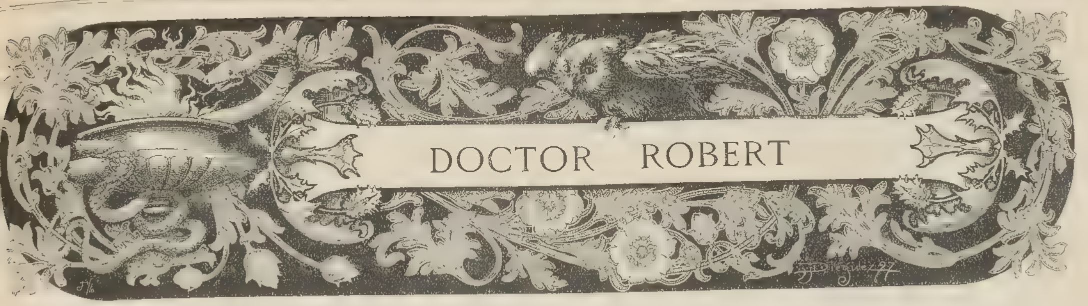
Las mayorías nunca tienen razón.

IBSEN.

***

La calumnia está en todas partes, el calumniador no está en ninguna.

EUGENIO SCRIBE.



EL DOCTOR ROBERT

Es el médico de mayor reputación y extendida clientela en el Principado. Ayer popular en Cataluña; hoy su fama hase esparcido por todos los ámbitos de la nación, y ya se sabe en los más ocultos villorrios que el nuevo alcalde de Barcelona es un maestro, un sabio, una eminencia en el arte de curar; que no es una popularidad subalterna, improvisada y callejera, ni autoridad de campanario ni héroe de *club;* es un catedrático muy distinguido y un profesor muy estimado.

La política, en estas circunstancias, viene á coronar el saber, y la administración pública solicita el apoyo de un obrero esclarecido de la inteligencia y el consejo de un espíritu templado en continua y humanitaria labor, sublimado por las urgencias de la caridad y de la profesión y adoctrinado en la escuela realista de las necesidades y tormentos del pueblo.

La fama, á veces, lo mismo que el sol, apetece y dora las cumbres; por eso ha elegido á Robert, colocado, años ha, en la cima de su clase; para comunicarle inesperado é intenso esplendor, surgido de la confianza de los suyos y de los ideales de una gran parte de la región catalana.

El gobierno de S. M. ha conferido á Robert la dirección de los asuntos municipales en época difícil y memorable, acaso turbulenta; con aplauso se acogen sus primeros actos y con satisfacción los propósitos laudables y la carencia de vínculos políticos del doctor llegado al Consistorio en virtud de sus méritos, en alas de un justo renombre conquistado en el majestuoso campo de la ciencia y con la autoridad que prestan antecedentes respetables, sanos intentos y capacidad incuestionable.

D. Bartolomé Robert y Yarzabal nació en Tampico, Méjico, el 19 de octubre de 1842; siendo niño vino á Cataluña, de donde era su padre, hombre de no común ilustración. Por cierto que durante aquel viaje ocurrieron dramáticos episodios que estuvieron á punto de convertir en tragedia la expedición. Abriósele á la nave un boquete por donde entraba á chorros el agua y la muerte al trote, perdió el capitán la razón y estuvo en un tris que el futuro médico, el muchacho Bartolomé, se hundiera para siempre en el Océano.

Aquí se formó y educó Robert; en Barcelona hizo sus estudios médicos, obteniendo calificación de *sobresaliente* en todas las asignaturas; ganó seis *premios ordinarios* y el *extraordinario* de licenciatura en 1864.

Con nota de *sobresaliente* conquistó la borla de doctor con que terminó su brillante carrera escolar, durante la cual fué alumno interno por oposición, y detalle inusitado, hizo la guardia nocturna durante cuatro años consecutivos, lo que manifiesta el amor al estudio y á la clínica de Robert en su edad juvenil.

En 1867 alcanzó por oposición la plaza de ayudante de clases prácticas; dos años después la de médico mayor del Hospital de la Santa Cruz, que desempeñó hasta 1875, en que ganó, mediante notables ejercicios de oposición, la cátedra de Patología médica de la Universidad de Barcelona; también ingresó por oposición en la Real Academia de Medicina y Cirugía de esta ciudad, de cuya corporación ha sido presidente durante cuatro bienios consecutivos. Luego ha sido presidente del Ateneo Barcelonés; dos veces presidente de la Academia y Laboratorio de Ciencias médicas; vicepresidente del Congreso médico internacional de Barcelona; vocal y presidente de tribunales de oposición y teniente de alcalde en dos ocasiones en el concejo de esta ciudad, habiendo contribuído grandemente á la organización del cuerpo médico municipal. En tiempos recientes ha llegado á la presidencia de la Sociedad económica de Amigos del País; ha sido presidente de honor en el congreso médico internacional de Moscou; presidente de honor de las secciones de medicina en los Congresos internacionales de Berlín y de Roma; ha formado parte de las Juntas municipal y provincial de Sanidad; pertenece á multitud de sociedades científicas de España y del extranjero, y fué premiado con medalla de plata por sus servicios en la epidemia de fiebre amarilla, con medalla de oro por sus obras científicas en la Exposición Universal de Barcelona; es caballero de la Real orden de Carlos III, comendador de número de esta orden y de la de Isabel la Católica (1).



EXCMO. SR. DOCTOR D. BARTOLOMÉ ROBERT, Alcalde constitucional de Barcelona

Con tan envidiable y honrosa lista de méritos positivos, á los cuales hay que agregar sus aptitudes docentes y sus talentos clínicos por todos reconocidos, ya se comprende que la fama profesional de Robert está sólidamente cimentada y que su figura médica es de primera magnitud.

Maneja la pluma gallardamente, y escribiendo se distingue por la facilidad agradable y diserta y por su horror á los desentonos y crudezas. Deleita la claridad de su exposición, la franqueza y suavidad de sus conceptos, y tiene singular destreza para salvar escabrosidades, dulcificar el tecnicismo profesional y mantener el interés de los profanos tratando asuntos médicos. Sus cartas desde el extranjero publicadas en *La Vanguardia*, sus artículos sobre el cólera, el catarro epidérmico, etc., justifican esta opinión y le acreditan de notable propagandista médico.

Tiene Robert dotes oratorias nada comunes; ágil de pensamiento, fácil de palabra, cauto en la réplica, sereno siempre, y siempre conocedor de la cuestión que se debate, no sólo agrada, sino que además enseña.

Alto, esbelto, flexible, de movimientos desembarazados y graciosos, de voz sonora y bien timbrada, de blando mirar y afable rostro, habla con modestia, con método, buscando la convicción del auditorio por la sinceridad, mejor que por las filigranas y jactancias retóricas, reñidas con la oratoria docente, la más cultivada por el biografiado.

Robert es amable, muy estudioso y activísimo; su fuerza social descansa en su talento, en su ductilidad, en su constancia, en sus triunfos profesionales.

Perspicaz sin alardes de listo; maestro sin ampulosidades; respetuoso y cortés con el compañero, poco ha su discípulo, se impone con blandura é inspira á sus clientes una fe ciega que certifican multitud de anécdotas que corren de boca en boca. Hijo de médico nació para clínico; entre enfermos transcurrió su vida y ha encanecido remediando miserias y desventuras.

Ha dicho un biógrafo de Robert que todas las condiciones físicas é intelectuales le abonan y le colocan en situación de ser un profesor eminente y respetado; lo es en Barcelona, y lo sería en Madrid, París ó Londres si allá residiera. Sin más distracciones que el trabajo ni otro impulso que el cumplimiento de sus múltiples y heterogéneos deberes, ante el enfermo se agranda su figura, allí *hace* clínica y vierte á raudales los conocimientos porque sí, porque le nace, porque está en su naturaleza, y por tanto sin contrariedad, como canta el pájaro, suspira el aire y corre el agua.

Tan eximias condiciones benefician á la juventud y á los dolientes, que serán los sillares más firmes de la gloria de Robert, sea cual fuere el papel que le reserve el destino en otras manifestaciones de la actividad humana; y aunque parezca muy arriesgada y prematura nuestra afirmación, ella justifica el alto concepto en que tenemos las cualidades científicas, profesionales y docentes de nuestro doctor, á quien hoy por hoy no debe juzgársele con otro carácter y desde otro punto de vista.

Siempre pálido, siempre atareado, reflexivo y melancólico siempre, pero nunca adusto y pocas veces arrebatado, con su rostro de árabe distinguido, finos modales y persuasiva dicción, con su valer médico y don de gentes, de tal suerte logró subyugar á la clientela, que cuando un enfermo sucumbe, si le vió Robert, deudos y parientes respiran; nada más pudieron hacer para salvar la vida y combatir el daño.

Bizarramente corresponde el doctor á tanta confianza, preciso es confesarlo; ni descansa ni desmaya en su labor humanitaria: diríase que halló un talismán para ensanchar las horas y acudir á sus urgentes y variadas obligaciones, entre las cuales siempre antepuso la visita al que sufre.

Un acuerdo ministerial y la corazonada de Robert aceptando espinoso destino, conviértenle, con menoscabo de sus intereses y quebranto de sus costumbres, en doctor político, en médico de la ciudad, en terapeuta de la administración pública.

Posible es que los conocimientos en la ciencia de Hipócrates que atesora el nuevo alcalde no sean bastantes á remediar crónicos alifafes administrativos; es más fácil ser un Galeno en la clínica que un curandero mediocre, pero afortunado, en la política. La colectividad cambia la naturaleza de los problemas y centuplica las dificultades del tratamiento; todo enfermo anhela curarse; los pueblos á veces rechazan la salud; el doliente busca el consejo útil; el pueblo en ocasiones lo rechaza porque el desorden y el malestar convienen á determinados elementos.

Con todo, mucho puede la buena fe, la energía y el talento; con tan excelsas cualidades, á poco que el tiempo y la suerte ayuden, confiamos en que el doctor Robert saldrá airoso de su empresa y realizará algunas de las mejoras que ha ofrecido. Ellas constituirán el más preciado y duradero galardón á su voluntario sacrificio.

L. C. y F.

(1) Sus publicaciones son numerosas; entre las más notables citemos: *La aclimatación humana, Uso del alcohol en el tratamiento de la pulmonía, Programa razonado de Patología interna, Prolegómenos clínicos, Tratado de las enfermedades del aparato digestivo*, en colaboración con el doctor Roig y Bofill; *Característica de la Patología humana en sus relaciones con la terapéutica, Lecciones de patología interna y de clínica medica*, recogidas y publicadas por sus alumnos; traducción de la *Patología de Virchow*, con el doctor Giné y Partagás. A este catálogo hay que añadir incontables escritos médicos en periódicos políticos y profesionales; sus conferencias dominicales en la Universidad, donde trató magistralmente el tema «Patología mental en sus relaciones con los tribunales de justicia;» sus discursos en el Ateneo, entre los que descuella el relativo á «La raza catalana,» que tanta sensación ha producido; sus trabajos académicos notables; las conferencias sobre la *peste bubónica*, la *diabetes*, la *sangría*, etc.; los preciosos estudios críticos acerca de Letamendi, Pi y Molist, Pi y Suñer, y los discursos de recepción y necrológicos en la Real Academia, labores todas consideradas de grande mérito por los doctos.

ESCULTURAS DE MAXIMILIANO KRUSE

El notable escultor berlinés Maximiliano Kruse estudió arquitectura en Stuttgart desde 1873 á 1877, hasta que por consejo del famoso Begas, que tuvo ocasión de ver un busto por él modelado, dedicóse al arte escultórico, ingresando en la Escuela Superior Académica de Berlín. No tardó el joven Kruse en demostrar que era digno de la protección que aquel eximio artista le dispensara: su primer trabajo de importancia, *El mensajero de Marathón*, fué unánimemente admirado, premiado con una medalla de oro en la exposición berlinesa y adquirido por la Galería Nacional.

Desde entonces su carrera ha sido una continuada serie de triunfos, figurando actualmente su nombre entre los de los más celebrados escultores alemanes.

Aunque completamente exento del pesimismo de los jóvenes modernistas, bien puede decirse que Kruse pertenece al modernismo en cuanto sigue su camino propio sin preocuparse de tradiciones, reglas y rutinas académicas, y sólo atento á dar forma corpórea á sus ideas y sentimientos.

LA SANTA VERÓNICA, escultura de Maximiliano Kruse

Pero además de esto Kruse ha estudiado profundamente la parte industrial del arte escultórico, habiendo inventado, entre otros procedimientos, el de la plástica transparente, según el cual está esculpida la *Verónica* que reproducimos adjunta á estas líneas.

En todas sus obras prevalecen la sencillez de la forma y la profundidad de la idea, cualidades que se advierten en *La madre tierra*, que también publicamos en esta página.

Como retratista goza asimismo Kruse de merecida nombradía, y sus bustos retratos, ejecutados en madera unos, en barro otros y otros en mármol, como los del adjunto delicioso grupo de sus dos hijos, tienen toda la vida y toda la expresión del natural, y reproducen al par de los rasgos físicos los rasgos morales del retratado.

Kruse, en suma, es uno de los más ilustres representantes del arte moderno en Alemania, y sus obras, solicitadas por inteligentes y aficionados, son valioso ornamento de salones y museos. - X.

JUGAR CON EL FUEGO

A mi amigo Rodrigo Soriano.

Pasaba por Madrid, donde veinticuatro horas debía detenerse, con dirección á Tánger, León Demarsay, un diplomático con quien yo había intimado en Manila, hombre de gran corazón y excelente tirador de armas. Por mí advertidos de esas prendas del joven, quisieron algunos amigos míos conocerle, y le invitamos á un almuerzo, para cuyo final teníamos preparadas las panoplias.

Servido el café en el salón, Pablo Mora, que presume de floretista, le brindó el azúcar con la mano izquierda, y con la derecha un par de espadas.

- Gracias, contestó León sonriéndome con dulzura al comprender que defraudaba nuestras esperanzas. Hace mucho que abandoné estas cosas. No sé. Completamente olvidadas.

Y luego, defendiéndose de nuestra insistencia, y para que no creyéramos falta de cortesía ó fatuo desdén de maestro su negativa, añadió mientras se sentaba y empezaba á sorbos su taza, invitándonos á lo mismo:

– Hace tres años juré no volver á tocar la empuñadura de un arma.



LA MADRE TIERRA, escultura de Maximiliano Kruse

Y se quedó sombrío, delatando algún doloroso recuerdo. Respetándolo nosotros, nos sentamos también, sin pensar en más explicaciones. Pero la gentil María, esposa de Mora, en cuya casa estábamos, y otras dos señoritas que nos acompañaban, una de las cuales, discípula de Sanz, había pensado en el honor de un asalto con el francés (cosa que venía á constituir quizás el capricho y principal atractivo de la reunión), le seguían mirando curiosamente.

– ¡Nada!, exclamó al fin Demarsay. Como usted, Luciana (la discípula), yo empecé la esgrima por receta de un médico. Usted, según me ha dicho, contra una neuralgia, yo contra un reuma. ¡Ojalá que en mí hubiera podido continuar siendo un *sport* saludable, como lo será en usted toda la vida!.. Pero los hombres, añadió envolviéndonos en una sonrisa de irónica piedad, somos un poco más crueles que las mujeres.

– Permita que me sorprenda en un hombre tal confesión, dijo María, en Demarsay clavando sus ojos, del mismo negro acerado que su pelo.

– Necesita demostrarse, añadió no sé quién de nosotros.

– La demostración, continuó el francés, resulta de mis pequeñas historias. Decía... que un doctor me aconsejó, para unos dolores rebeldes, el campo y la gimnasia; inmediato á la finca donde pensé instalarme, vivía retirado M. Montignac, el más célebre duelista de Europa; propuse al doctor, en gracia á mi comodidad, sustituir la gimnasia con la esgrima; aceptó, y á los seis meses yo estaba curado. Mas como por mis negocios permanecí en la posesión algunos años, y como además por gratitud al ejercicio y deferencia á mi maestro no abandoné las armas, resultó que cuando volví á París era, según Montignac, que se apresuró á comunicárselo á sus compañeros, el mejor discípulo que había tenido jamás. A consecuencia del aviso, sin duda, la *Sala Hervilly* me invitó á un asalto; y á consecuencia del asalto, en el cual desarmé cuantas veces quise á un M. Múrguer, tirador celoso de su fama, recibí al siguiente día la visita de sus padrinos.

– ¿Para otro asalto?, preguntó ingenuamente Luciana.

- Para un duelo, continuó Demarsay. Pretendían que me batiera con Múrguer porque éste deseaba saber si mi habilidad era la misma con espada sin botón. Contesté que no tenía el menor deseo de prestarme á la prueba, y que no encontrando odios ni ofensas que vengar, sino antes al revés, habiendo tenido una complacencia en conocerle, le proponía un jovial almuerzo con unas cuantas botellas de Champagne. Almorzamos juntos, tiramos, y procuré dejarme alcanzar algunas veces, por calmar la vanidad de aquel hombre. Sólo que, una de ellas, cuando yo creía estar ganando su simpatía, al oirme decir sonriendo: *¡Touché!*, arrojó su espada y nos abandonó airadamente... Por la tarde, los padrinos. Afirmaban esta vez que le había ofendido con mi condescendencia, tratándole como á un niño, lo que no estaba dispuesto á tolerar porque aspiraba á ser tratado en todo momento como hombre; que no aceptaba explicación ninguna, y que conceptuaba preciso que nos midiéramos con armas desnudas, á fin de que sus descuidos ó mis galanterías, en caso que yo me atreviera así á brindárselas, no resultaran una ridícula é inocente burla.



LOS HIJOS DEL ESCULTOR MAXIMILIANO KRUSE, bustos modelados por éste

– ¡Qué tesón!, exclamó María.

Pablo, en su *punto de tirador*, advirtiendo que todos los que oíamos á Demarsay hallábamos importuna la conducta de su adversario, se creyó en el caso de encontrarla explicable:

– Al verdadero duelista, manifestó, velador constante de su prestigio, no le es agradable, aunque involuntaria, una humillación de esa índole. En esto se parece á la mujer con respecto á su honra. Ninguna tolera con paciencia que otra mujer delante de ella aparezca *más* honrada.

– Pero yo, que no soy duelista, que no lo era, replicó Demarsay con su acento ligero y fino de parisiense, sino un pobre enfermo que se curaba y se divertía jugando al florete, igual que podía divertirse jugando á la pelota, me asombré de la exigencia de aquel señor, á quien juzgué un solemne majadero..



LA COQUETA, cuadro de Jorge Roussin

Miré á Pablo y le vi inmutarse. Iba á contestar, tal vez en defensa de su falaz proposición, pero se contuvo.

– Y con plena franqueza tuve el gusto de participárselo á los padrinos, continuó el diplomático. Aseguro á ustedes que eché de menos la ley de Schopenhauer contra el duelo: «Todo mantenedor y portadores de un cartel de desafío, recibirán veinte palos en público, á usanza china.»

Pablo no pudo contenerse.

– Castigo que no sufriría ningún hombre de honor sin pegarse un tiro.

– A lo cual contesta el filósofo, que lo prevé: «Es mejor que un loco se mate á sí mismo, que no que mate á otra persona.»

Produjeron una carcajada, que puso en evidencia á Pablo, las palabras del francés, quien siguió:

– Loco era aquél, y de remate. Me buscaba y me se pone fácil y malamente al servicio de la vanidad y de las pasiones. La que es hoy mi mujer era mi novia en 1895. Estábamos en Nápoles: el conde de Torino quería á mi novia, que me adoraba, y el padre de ésta, un romano que conservaba la tradición del orgullo, prefería al conde por su nobleza. Mi pobre Celsa se rebeló al afán de su padre, poniéndome por causa; y cuando el conde me desafió un día, sentí una alegría infinita, satánica. Tenía la seguridad de matar á mi rival, y me complacía en el derecho que él mismo me daba para matarle.

Se interrumpió Demarsay un segundo, con tristeza, antes de proseguir:

– Pude cumplir con una pequeña estocada, como con Mürguer; pero no, fuí tan miserable que aproveché con saña y sangre fría todo mi arte para buscarle el corazón... Ante aquel desdichado que se desplomaba, comprendí repentinamente toda mi infamia... Y entonces fué mi juramento, señorita. ¡Jugar con las armas es jugar con el fuego!



GUERRA DE FILIPINAS. – La asamblea nacional filipina de Malolos, dibujo de J. Nash

encontró una noche; me dió un bofetón y le tiré por la barandilla del palco; él, al hospital desde el teatro, con una pierna rota; yo á la comisaría, donde tuve que pagar dos sombreros y un abanico que estropeó al caer mi hombre... Pierna curada á los dos meses, y ¡lo de siempre, señores!, ¡el duelo!.. ¡Bah! Era preciso acabar, y acepté como quiso, permitiéndose todo, á muerte. Aseguro que cuando contemplé mi espada ante aquel infeliz, que se defendía con torpeza, me pareció un instrumento infame con el cual, y con habilidades de tahur, podía yo impunemente arrancar una vida. Pude matarle, y le desarmé varias veces. Esto aumentó su coraje, y mi desprecio á mí mismo, y á él, y á cuantos presenciaban el repugnante espectáculo como una fiesta. Al fin, por acabar, le herí en la mano. No cedió, sino que se lanzó sobre mí con más furia. Entonces le atravesé el brazo, y la espada cayó de su mano inerte... Antes que aquel insensato pudiera curarse y provocarme de nuevo, concluyó Demarsay dirigiéndose á mí, pedí mi traslado, y renegando de la esgrima que en mala hora había aprendido, me embarqué para Filipinas, donde tuve el gusto de conocer á usted.

– Pero ¿el juramento?.., interrogó Luciana.

– Porque no basta eso, añadió otro; una temeridad excepcional no significa que la esgrima no pueda servir en una causa justa.

– Y en efecto, añadí yo, cuando le conocí todavía le vi manejar prodigiosamente la espada.

– Sí, contestó mi amigo; pero evitando los profesionales. Aun así, años después tuve que cerrarme á la banda para rehuir otros encuentros con Tomegueux, en París, y con San Malato, en Florencia; y hasta pude convencerme al fin, por mí propio, de que el conocimiento de las armas, que no es indispensable nunca y que sirve rara vez para cosas razonables,

. . . .

Un poco después, León Demarsay se despedía de nosotros. Aún estaba en la antesala cuando Pablo me cogió de un brazo, me llevó al comedor y dijo:

– ¿Quieres ser mi padrino?

– ¿Te bates?, le pregunté sorprendido.

– Sí.

– ¿Con quién?

– Con León Demarsay. Me ha dicho *majadero*.

– ¡Y tú lo confirmas!, repliqué con tal acento de convencido desprecio, que se quedó en mitad del comedor con la cabeza baja, más abochornado que ofendido.

Felipe Trigo

FRASES POPULARES

¡INTERMINABLE COMO LA LABOR DE PENÉLOPE!

Invitado Ulises, rey de Itaca, á concurrir con los demás príncipes griegos á la guerra de Troya, encargó del gobierno de su diminuto Estado á su esposa Penélope, hija del lacedemonio Icaro, quien tuvo la fortuna de captarse por su acierto en el manejo de los negocios las simpatías de los itacenses; mas como se prolongara demasiado, después de la destrucción de aquella ciudad, la ausencia del monarca, los magnates del reino insinuaron á la gobernadora la conveniencia de que su hijo Telémaco se diese á la vela con objeto de averiguar el paradero de Ulises.

Accedió la infeliz madre á las indicaciones de la nobleza; pero bien pronto hubo de llorar la pérdida de sus dos seres más queridos, porque ni uno ni otro arribaban á la corte, ni tampoco por nuevos enviados se logró conocer su destino, y pretextando entonces los mismos próceres la orfandad en que se hallaba la monarquía, aconsejaron á Penélope que, de entre ellos, eligiese para señor y rey aquel que fuera de su agrado.

Puede suponerse la perplejidad de la regente ante la exigencia de los notables de Itaca, toda vez que la leyenda viene enalteciendo el amor que Penélope profesaba á su marido; empero su propia firmeza sugirió originalísimo medio á su inteligencia para soslayar el compromiso, pues contestó á los pretendientes que había decidido confeccionar un manto cuya prenda ofrecería á Ulises si al terminarla hubiese regresado á la patria ó lo concedería de presente á su segundo esposo.

Resignáronse los cortesanos al pueril capricho de la gobernadora, y ésta esperó tranquila la vuelta del amado ausente, deshaciendo en la noche la labor que durante el día preparaba, y de tal manera transcurrieron los diez años que el soberano de Itaca vivió lejos de sus lares corriendo las aventuras que la tradición ha dado á conocer juntamente con las de su heredero el renombrado Telémaco.

Apunta un curioso cronista que ansioso Ulises de juzgar del estado de su país, penetró en Itaca disfrazado con los harapos de un mendigo y nadie en tan humilde aspecto le reconoció: sólo su perro, el fiel Argos, se le acercó á acariciarle, cayendo muerto de placer al sentir la mano de su dueño.

Varios historiadores hablan con gran desmedro de Penélope, arguyendo que era expósita y que únicamente la ensalzó el gran Homero por hallarse prendado de sus encantos; mas para la opinión en general, esta reina imaginaria representa la castidad y la constancia.

Lope Barrón

GUERRA DE FILIPINAS

Tuvieron por cosa fácil los norteamericanos hacerse dueños del archipiélago filipino, y consideraron los tagalos como beneficio supremo la intervención yanki que había de asegurarles la independencia por que tanto suspiraban. Creyeron los primeros que los tagalos, agradecidos al auxilio que les prestaron, besarían las manos de quienes les *libertaran* y pagarían el servicio recibido aceptando, no sólo sin protesta, sino con satisfacción, el protectorado (léase soberanía) de los Estados Unidos; y se imaginaron los segundos que los soldados de Ottis y Miles y los marineros de


GUERRA DE FILIPINAS. – GENERAL GARCÍA


GUERRA DE FILIPINAS. – GENERAL DEL PILAR

Dewey, una vez terminada la *humanitaria* empresa que á aquellas apartadas regiones les llevara, se retirarían satisfechos de la buena obra realizada y contentos con sólo llevarse las bendiciones de un pueblo que les debía su libertad.

¡Cuánto desengaño para unos y otros!

A poco de sentar su planta en Filipinas, hubieron de comprender los norteamericanos que los indígenas les miraban recelosos; y apenas libres de los españoles, convenciéronse los filipinos de que tenían enfrente á unos conquistadores ambiciosos y despóticos. Surgió desde un principio entre unos y otros una lucha sorda que al fin se ha convertido en guerra abierta. Reducidos hasta ahora los yankis á la posesión de Manila, cuando se han creído bastante fuertes han comenzado el movimiento de avance sobre las posiciones que alrededor de la capital ocupan las fuerzas de Aguinaldo, capitaneadas por los llamados generales García, del Pilar, Forres y Mascardo. Los primeros combates han sido poco favorables á los invasores, pues si bien se han apoderado de algunos pueblos, en otros puntos de las líneas de defensa han tenido que retroceder ante la enérgica resistencia de los filipinos.

El objetivo de los norteamericanos es por ahora la población de Malolos, en donde reside el gobierno tagalo; pero para llegar hasta allí necesitan vencer obstáculos muy grandes, creados unos por la naturaleza del terreno y otros por la manera de combatir.

Estas dificultades y la reacción que se opera en la opinión pública de los Estados Unidos y de la que es elocuente muestra la proposición recientemente aprobada por la Cámara legislativa del Estado de Texas, severa censura contra la política de conquista y acusación terrible contra el sanguinario proceder de los norteamericanos, permiten suponer que la empresa acometida por aquella nación está amenazada de un completo fracaso, después de haber perdido en ella miliares de hombres y millones de dollars.

Esta será la mejor venganza de España. – A.


GUERRA DE FILIPINAS. – GENERAL FORRES


GUERRA DE FILIPINAS. – GENERAL MASCARDO



UN RINCÓN DE MI PUEBLO, cuadro de Joaquín Agrasot

(Salón Pedro Robira)



EN LA ESQUINA DE MI CALLE, dibujo original de Manuel Benedito



D. FRANCISCO DE PAULA ACUÑA,
Secretario de Estado



D. HERMINIO DÍAZ NAVARRO,
Secretario de Justicia



D. FEDERICO DEGETAN Y GONZÁLEZ,
Secretario del Interior



DR. COLL Y TOSTE,
Secretario de Hacienda

PUERTO RICO. – NUEVO MINISTERIO NOMBRADO POR EL GOBERNADOR GENERAL GUY V. HENRY

Jaime Balmes, estatua de José Alcoverro.— Con destino al nuevo edificio del ministerio de Fomento ha ejecutado el notable escultor Sr. Alcoverro la hermosa estatua de Balmes que en esta página reproducimos. La actitud reflexiva y la expresión severa de la figura cuadran admirablemente al modo de ser del ilustre filósofo catalán y reflejan el espíritu profundo y pensador del que escribiera obras tan grandes como *El Criterio* y *El Protestantismo*. En la estatua se transparenta por decirlo así el alma de Balmes, y al través de su hermosa frente pueden adivinarse las ideas que elaboró aquel cerebro privilegiado. No menos digna de elogio es la escultura en lo que á su ejecución se refiere: la sobriedad de líneas, la corrección del modelado son sus cualidades características, y dada la índole de esta obra de arte, ninguna otra pudiera haber hallado el artista para dar forma al personaje representado. La estatua, que es de mármol, mide cuatro metros veinte centímetros de altura.

JAIME BALMES,
estatua de José Alcoverro, destinada al nuevo edificio
del ministerio de Fomento

La salida de misa, cuadro de José Garnelo. – Uno de los rasgos característicos de José Garnelo es la diversidad de los medios de que dispone para manifestarse, y como es consiguiente su relativa facilidad para el cultivo de opuestos géneros de pintura. Muestra de ello es el lienzo que publicamos, típico de nuestra región, cuadro de costumbres genuinamente catalán, observado en uno de esos pueblos de la alta montaña y tan acertadamente interpretado como los de la comarca montillana, en donde Garnelo ha residido en sus primeros años.

Conocidos son sus triunfos, probados sus méritos é indiscutibles su genialidad y aptitudes. Ocasión hemos tenido de darle público testimonio de la consideración que nos merece. De ahí que hoy nos limitemos á aplaudirle por su nueva obra.

La coqueta, cuadro de Jorge Roussin.— Mucho se ha dicho en contra de la coquetería y de las coquetas, sin que hasta el presente se haya resuelto si esa cualidad debe censurarse como un defecto ó consentirse como una gracia. Los pintores han tratado de mil modos el asunto, y á juzgar por el modo como en general lo han hecho, podría afirmarse que el arte ó cuando menos los artistas no se muestran del todo adversarios de las coquetas, puesto que casi siempre nos las presentan bajo un aspecto simpático. Dígalo si no la protagonista del conocido pintor francés Roussin, cuyos encantos han de llamar la atención á los más exigentes y les han de hacer olvidar sin duda el defecto de la coquetería, suponiendo que lo sea, que el autor del bellísimo cuadro ha querido atribuir á la hermosa muchacha.

Un rincón de mi pueblo, cuadro de Joaquín Agrasot (Salón Pedro Robira). – Consecuente con sus nobles propósitos, continúa el distinguido pintor Joaquín Agrasot dando á conocer los cuadros de costumbres, los tipos y las bellezas que encierra la región valenciana. Nadie como él ha logrado exponer en forma tan brillante y agradable cuanto caracteriza el país en que nació, sin que para lograr su objeto recurra á efectismos, puesto que le bastan los recursos de su paleta y las bellezas que traslada al lienzo.

Nuestros lectores han tenido ya ocasión de juzgar de los méritos del maestro; mas á pesar de ello, no titubeamos en reproducir el bonito cuadro que representa un rincón de uno de los pueblos de aquella hermosa provincia, cuidadosamente estudiado y galanamente ejecutado por nuestro amigo.

En la esquina de mi calle, dibujo original de Manuel Benedito.—Aunque joven, no es Manuel Benedito un artista novel, puesto que se ha dado á conocer con ventaja en las exposiciones últimamente celebradas en Madrid y en Barcelona. Todavía conservamos la grata impresión que nos produjo su hermoso lienzo titulado *Escenas de taller*, discretísimo estudio que por sí solo y á falta de otros méritos bastaría para formar ventajoso juicio del pintor valenciano. Aventajado discípulo de Sorolla, sus obras pregonan la buena escuela en que se ha nutrido y las aptitudes del artista. Véase el excelente dibujo que publicamos, animada escena callejera, perfectamente observada y que reproduce los encontrados tipos que en las primeras horas de la mañana discurren en los puntos céntricos de la coronada villa. Un grupo de cocheros tomando el desayuno y empeñados en animada discusión, y junto á ellos una apuesta moza, mezcla de chula y costurera, de aire resuelto, mas no descocada, enérgica y vehemente, conjunto inexplicable de libertad y sentimiento.

Creemos firmemente que cuantos examinen la obra á que nos referimos han de convenir con nosotros en la valía del joven pintor Sr. Benedito, augurándole un lisonjero porvenir.

El nuevo ministerio portorriqueño.—Disuelto el gabinete Rivera por su incompatibilidad con los procedimientos norteamericanos, el gobernador general de Puerto Rico, general Henry, ha nombrado otro más identificado con los Estados Unidos.

El nuevo secretario de Estado, D. Francisco de Paula Acuña, ejerció la abogacía en Mayagüez desde 1862 á 1865, trasladándose después á San Juan, en cuyo foro se ha conquistado una reputación excelente, habiendo sido nombrado por el general Brooke, á raíz de la ocupación norteamericana, fiscal del Tribunal Supremo de Justicia. Ha sido organizador y presidente del Ateneo Literario y Científico de aquella capital, y presidente de la Sociedad Económica de Amigos del País. Cuando España implantó la autonomía en Puerto Rico, fué nombrado presidente del primer Consejo de ministros.

D. Herminio Díaz Navarro, secretario de Justicia, es un jurisconsulto reputado, ha desempeñado varios cargos en la judicatura y se ha distinguido siempre por sus ideas liberales: fué dos veces miembro de la Cámara insular, y al decretarse la autonomía se le eligió por unanimidad presidente de la misma

D. Federico Degetan y González, secretario del Interior, es conocido por sus trabajos literarios y científicos. Fué uno de los fundadores del partido republicano portorriqueño, que primero se llamó histórico y después radical.

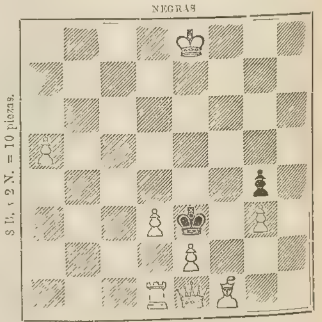
El Dr. Coll y Toste es el único individuo del gabinete disuelto por el general Henry que forma parte del nuevo. Es autor de una *Historia de Puerto Rico*, y aunque dedicado especialmente á la medicina, posee vastos conocimientos literarios y científicos. Ha demostrado grandes simpatías por los yankis, los cuales, en premio á su adhesión, le han confiado la cartera de Hacienda.

Arreglando las redes, cuadro de Dionisio Baixeras (Salón Parés). – Digno de su pincel y de su buen nombre es el hermoso lienzo que en la Exposición Parés recientemente celebrada ha presentado el distinguido pintor catalán Dionisio Baixeras. Representa un cuadro de costumbres marítimas, una escena de las que se desarrollan en los pueblecillos de la costa, sencillo, pero de gran interés, por ser trasunto fidelísimo del natural, estudiado con acierto, observado con inteligencia y ejecutado con la seguridad y maestría á que nos tiene acostumbrados su autor. Aunque Baixeras cultiva con provecho todos los géneros, ha logrado singularizarse en la representación de tipos y de cuanto recuerda la vida de los pescadores catalanes.

La copia del cuadro que publicamos en estas páginas certifica la valía y la inteligencia del artista.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 155, POR VALENTÍN MARÍN



Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 154, POR P. RIERA

Blancas.	Negras.
1. C 4 A D	1. Cualquiera.
2. D, T, C ó A mate.	

EL PASADIZO SECRETO

POR LUIS DE LLANOS. – ILUSTRACIONES DE BONÍN

(CONTINUACIÓN)

XI

ENIGMAS

«Pasé una noche fatigosa y agitada luchando á brazo partido con mis propios pensamientos. ¿Qué pensar? ¿A quién creer? Oyendo á Paulina y á mi padre, no había duda, la niña era una santa. Atendiendo á las revelaciones de Basilio, el mismo demonio. Pero ¿es posible que los demonios lleguen á tal grado de ingenuidad? ¿Cabe en la mentira revestir tan patentes caracteres de veracidad? Y lo peor del caso era el inmenso dolor que sentía, prueba evidente que aquella mujer me había enamorado locamente.

»Me levanté cansado y maltrecho, ansioso de verme frente á frente de Paulina. Necesitaba luz, mucha luz..., ó confundirla y huir de su lado, ó convencerme y disipar de una vez para siempre los temores que me embargaban.

»Bajé al cuarto de mi padre y le hallé en el lecho más pálido y demacrado que el día anterior y como presa de tristísimos pensamientos. Me recibió mal.

»Pasado el primer momento de entusiasmo por mi llegada, su natural duro y violento y su odio por mí reaparecen, pensé. Contestó con quejas y monosílabos á mis preguntas.

–»¿Y Paulina?, le dije no pudiendo aguantar más su ausencia y deseoso de aclarar la situación.

–»¿Paulina? Eso no se pregunta. Cuando no está aquí es porque está haciendo bien á alguien. Paulina ha querido acompañar ella misma á Basilio al manicomio de Perugia. El pobre viejo sufría de alucinaciones hace mucho tiempo, y anoche parece tuvo un ataque tan tremendo, que para evitar mayores desmanes hubo que maniatarle. Al amanecer salió para Perugia..., y como el infeliz sufría mucho y la única persona que tiene el arte de calmarle es ella, ella misma se empeñó en llevarle. Paulina es una santa, ¡ah sí, una verdadera santa!, no me cansaré de repetirlo.

»De nuevo me encontraba frente á frente del enigma. ¿Era aquel un nuevo rasgo de piedad cristiana de Paulina ó una prueba más de su mucha maldad?

»Precisaba saber la verdad á toda costa. Con un pretexto salí de la cámara y me fuí á buscar el único hombre que podía darme alguna luz en tan tenebroso asunto, Juan, el otro antiguo camarero de la casa. Dí con él en la capilla del castillo. Oraba fervorosamente al pie de la Madona, y tan extasiado estaba en sus plegarias, que no sintió mis pasos.

»Apoyé mi mano sobre su hombro, y más que mano parecía le hubiese aplicado un hierro candente.

»Lanzó un grito y se volvió hacia mí con los ojos desencajados de miedo.

–»¿No me conoces?, le dije.

–»No, señor; yo no sé quién sois.

–»Soy Alvaro, el hijo menor del duque.

–»No es verdad. D. Alvaro murió hace más de veinte años.

–»Así se creía, pero aquí estoy yo para demostrar lo contrario con mi presencia. Sígueme, Juan, tenemos que hablar.

»Me siguió. Una vez en mi cuarto y antes que le dirigiera la palabra, se echó á mis pies todo trémulo y comenzó á decir con voz ahogada:

–»Señor, yo no sé nada; yo no puedo declarar nada. Yo soy un pobre viejo medio ciego y enfermo; los horrores de esta noche me tienen como loco..., primero Pepe, luego Anetta, hoy Basilio porque deliraba..., yo no quiero acabar como los otros. Por piedad, señor, cualquiera que seáis, que yo no os conozco, tened piedad de mí..., por Dios, piedad..., ¡ah, el tormento, el tormento!

»Quise calmarle, pero todo fué inútil. Aquel hombre era presa del vértigo, su miedo era tanto que ni hablar podía.

»Viendo que con las súplicas nada conseguía, aguzado por mi propio dolor acudí á las amenazas, pero tampoco pude obtener ninguna revelación positiva: de sus entrecortadas frases entre espasmos y sollozos sólo obtenía negaciones; no me conocía..., no sabía quién yo fuera..., no sabía nada de nada.

–»¿Pero Basilio estaba loco?

–»Sí, señor, loco de atar. Basilio estaba loco hace años... Basilio quiso suicidarse, se metió un cuchillo... Basilio divagaba, pero yo no..., no estoy loco, yo no divago.

»Cansado de esta estéril lucha despedí á Juan y me volví al cuarto de mi padre, que seguía ceñudo y concentrado.

–»¡Pobre Basilio!, dije por ver si obtenía algún indicio, ¿conque estaba loco?

–»Precisamente loco, no. Sufría de alucinaciones. Algunas veces entraba en mi cuarto sin que le llamase y se pasaba las horas yendo de aquí para allá, sin hacer nada, como preocupadísimo. Otras se me ponía delante de rodillas, y cuando parecía irme á decir cosas muy importantes, se le trastornaba la vista y salía huyendo. Anoche parece que la cosa fué horrible. Se encerró en un camaranchón subterráneo donde nadie podía oirle, y quiso dar fuego al castillo hacinando muebles y tablas viejas y prendiéndolas con una antorcha. Por dicha, Paulina, que no cesa de vigilar, notó el olor á humo, se levantó y fué á ver lo que pasaba. Sin ella no lo contamos. Cuando logró entrar con algunos criados en el camaranchón, estaba ardiendo todo y el pobre Basilio lleno de tremendas quemaduras.



Apoyé mi mano sobre su hombro

»¡Ah! ¡Paulina es el ángel bueno de esta casa, todo lo prevee y todo lo remedia!

–»¿De modo que Basilio quedó malherido?

–»No diré tanto. Sólo muy chamuscado y trastornadísimo.

»Quedé pensativo. ¿Estaría en presencia de un nuevo crimen de Paulina? ¿Sería aquel el epílogo de las revelaciones de Basilio ó la demostración patente de su locura?

–»¡Y yo que nada oí!, exclamé.

–»No es extraño, replicó mi padre. Yo tampoco hubiera advertido nada si Paulina al levantarse no me despierta.

»¿Cómo pudo oirla levantarse si de su cuarto al de mi padre mediaba el espesor de un muro de muchos metros?

»¡Dios de Dios! Todo eran espinas. No podía moverme sin lacerarme el corazón.

Con ansia esperaba la vuelta de Paulina..., necesitaba interrogarla..., confesarla. Por saber todo estaba dispuesto hasta á aplicarla el tormento.

»¡Ah, qué tremenda y cruel cosa es la duda!»

XII

NUEVOS MISTERIOS

«Por fin llegó. Llegó calada hasta los huesos. Volvía á caballo, acompañada de Roberto..., el intendente.

»La carroza se había quedado enfangada en Spello, y ella, por no retardar la hora de la comida del duque, prefirió soportar la furia de la tempestad.

»El anciano la recibió como si no la hubiera visto en dos meses..., y sus caricias me parecieron algo sospechosas..., los dedos se me hacían huéspedes. A mí me dió la mano y me lanzó una mirada tan pura y tan cariñosa que me trastornó. Mientras pasó á su cuarto á cambiarse de vestido, entró Roberto para darnos cuenta de la comisión. Deseaba ardientemente conocer á este hombre, el supuesto amante de Paulina, y en esta ocasión, como en todas, desde que pisé los umbrales del castillo, la realidad en nada se parecía á las suposiciones.

»Roberto era un ser incoloro, delgado, estíptico, algo encorvado, de facciones borrosas, habla vacilante y actitud humilde. Sus ojos casi blancos, apagados y desiguales; su aspecto vulgar y polvoriento. Nada que pudiera enamorar. Me tranquilicé algo por este lado.

»Nos contó la expedición. Basilio había sufrido mucho durante el trayecto, y al llegar al manicomio tuvo un paroxismo de locura. Echaba espumarajos por la boca y procuraba romper las ligaduras.

»Ni la presencia de la señorita Paulina lograba calmarle.

»Le entregaron á los padres y le recomendaron mucho; pero el médico que le examinó dió muy pocas esperanzas de vida. ¡Tenía ochenta años!

»Durante la comida, sólo Paulina habló. El duque estaba preocupado y me observaba sin cesar. Si yo hablaba con afabilidad á Paulina, su frente se obscurecía; si al preguntarle detalles de la expedición mi voz se hacía dura, como si en el fondo de mi conciencia se encerrase alguna sospecha, me lanzaba miradas despreciativas. ¿Qué pasaba? Aquel hombre no era el mismo hombre del día anterior. Yo ardía en deseos de explicarme con Paulina, pero ninguna ocasión se presentó. Acabada la comida, mi padre me despachó y mandó á Paulina que se quedara á acompañarle. Ésta al despedirse me dijo al oído:

–»Tenemos que hablar..., espérame en mi cuarto á las once.

»Una inmensa alegría inundó mi corazón. Iba á verla á solas; iban á aclararse todos los misterios. ¿Se justificaría?

»Para prepararme á recibirla y en poco tiempo aclarar la situación sin herir su delicadeza, quise poner orden en mis ideas y concretar á un pequeño número de preguntas, muy hondas, todo el interrogatorio; y cuanto más me esforzaba por segregar unos sucesos de otros, más éstos se embrollaban y confundían: según buscaba ardientemente la luz, las tinieblas se condensaban más y más en torno mío.

»Dieron las once y mi agitación subió de pronto. Las once y media..., las doce... y Paulina no venía. ¿Qué habrá sucedido? La expresión del rostro de mi padre..., su manera de mirar á Paulina, me volvía á las mientes y me atormentaba. ¿Sería en efecto su querida? A las doce y media mi impaciencia era tanta, que no pude resistir más, y resuelto á saber qué sucedía, empujé la puerta para correr en busca de Paulina, aun á trueque de un escándalo; pero la puerta resistió á mis esfuerzos; habían echado la llave por fuera. Corrí á otra puerta y también estaba cerrada. ¿Quién y por qué así me constituía en prisión?

»Abrí la ventana por ver si hallaba medio de escapar. Imposible. Estaba en el alto de una torre de más de treinta codos.

»Me pareció oir ruidos extraños..., escuché. El aire de la noche traía á mi oído rumor como de pasos de mucha gente y relinchos de caballos.

»Por las ventanas que correspondían al departamento principal del castillo, imperfectamente cerradas, se veían pasar bultos y como resplandores de hachones. ¿Qué sería? ¿Estaría en peligro la vida de mi padre que tan decaído me pareció al despedirme de él?

»Mi curiosidad y mi impaciencia, excitadas por este nuevo misterio, centuplicaron mis fuerzas, y empleando como palanca las tenazas de la chimenea y ayudándome del puñal, logré saltar la cerradura de una puerta y salir al corredor. A tientas alcancé la escalera, y entonces percibí claramente ruido de pasos de caballos sobre las losas del patio, muy extraño á hora tan avanzada de la noche, y el aún más inexplicable del crujir de armas. Por dicha hallé una ventana y lo que por ella vi llamó poderosamente mi atención.

»A un lado y otro del rastrillo principal estaban en dos hileras formados hasta una docena de lacayos, vestidos de gala, llevando hachones en las ma-

nos. A la luz de los hachones distinguí la figura de Paulina en el acto de besar la mano á un fraile montado en una mula blanca, detrás de otros dos que llevaban linternas y precedidos y seguidos de un grupo de dragones cuyos capacetes y relucientes corazas reflejaban las luces de los hachones.



A la luz de los hachones distinguí la figura de Paulina en el acto de besar la mano á un fraile...

»La escena duró un momento solo. Paulina se retiró y la comitiva picó espuelas y salió al trote largo por el puente levadizo. Los lacayos apagaron los cirios y el patio quedó sumido en las más densas tinieblas. ¿Qué significaba aquello? Precisaba saberlo en el acto. Seguí bajando la escalera y llegué á la puerta del patio: estaba cerrada y su espesor y solidez desafiaba todos mis esfuerzos. Dí fuertes golpes; nadie me contestó.

»Volví á mi cuarto por el mismo camino, resuelto á saltar la cerradura de la otra puerta y así entrar directamente en los departamentos de mi padre..., pero al llegar me hallé en las tinieblas. La corriente establecida entre la puerta y la ventana que había dejado abierta apagó probablemente la luz. A obscuras el trabajo era muy difícil; no obstante, á tientas hallé las tenazas y el puñal, y con nuevo ahinco me puse á la obra..., obra ruda y pesada que me ensangrentaba las manos, pero á la que esperaba dar cima en breve tiempo..., y ya me parecía tener dominada la lengüeta de la cerradura y hacía un último esfuerzo para saltarla, cuando la llave se abrió por de fuera y se precipitó en mi cuarto Paulina, medio desnuda, con el rostro demudado y una mirada espantosa que yo no la conocía. Traía una lámpara en una mano y un puñal manchado de sangre en la otra.

XIII

DOBLE CRIMEN

—»Acabo de cometer un tremendo crimen, me dijo. Esa sangre que veis en ese puñal (y arrojó sobre la mesa el que traía en la mano), es sangre de vuestro padre.

—»¡Cómo, infame criatura! ¿Osaste?..

—»Sí. Mi honra lo exigió... Por defenderme herí.

—»Pues ahora mismo, con este mismo puñal, vas á pagar tu crimen... ó tus crímenes. Lo sé todo, conozco tu doblez y tus traiciones..., eres el más abyecto de los seres. La sangre de verdugo de tu padre y la de mujer perdida de tu madre ha procreado una víbora..., pero yo le aplastaré la cabeza.

—»Merezco la muerte, bien lo sé, y con vehemencia la espero. Me urge salir de este mundo injusto y cruel, en el que es crimen todo pensamiento alto y elevado. Pero antes tengo que hablar..., debo hablar, es preciso que me explique; concededme tan sólo una hora.

—»Ni diez minutos, víbora. Ven, ven ante el cadáver del hombre que asesinaste..., tu venerado protector..., tu único padre, como hace poco decías, que allí en su presencia quiero ejecutarte.

»Y agarrándola brutalmente de un brazo, la empujé con fuerza hacia la puerta.

—»¡Allí no, allí no!, gritaba.

—»¡Anda, miserable, ó me obligarás á olvidar que soy un caballero!

—»¡Por piedad!

—»¿La tuviste tú, infame perdida?

—»¡Ah, esto ya es demasiado!, exclamó; podéis matarme, pero no tenéis derecho de insultarme. Si yo herí, fué porque debí herir. Cuanto soy al duque se lo debo. Podía arrojarme desnuda de su casa, podía pedirme la vida y con placer se la diera..., pero ni él ni nadie es dueño de mi honra. Atentó á ella y me defendí. ¡Yo soy honrada!

—»No hay Dios, no puede haber Dios, exclamé furioso. ¿Cómo, si lo hay, consiente que se profieran blasfemias tales? ¿Pues no eres la amante de Roberto, no te has entregado sin pudor á todo lacayo que te requirió de amores, no eras hace mucho tiempo la manceba de mi padre?

—»¡Jesús, Jesús!, exclamaba Paulina demudado el semblante, aún más demudado que al entrar en mi cuarto.

—»¡Asesina! ¿Quién mató á Pepe, quién hizo desaparecer á Anetta, quién dió anoche mismo tormento á Basilio? ¿Qué has hecho de Basilio? Contesta, di.

»Paulina callaba como anonadada bajo el peso de mis acusaciones.

—»Asesina y ladrona. Tú has robado todo lo robable; tú has supuesto ventas falsas; tú te has apropiado todos los bienes de esta casa..., y no contenta con esto, ahora asesinas á tu amante para gozar más libremente de tus rapiñas. Pero no; te has equivocado. Aquí estoy yo para cortar con mano firme el hilo de tanta infamia..., porque en tu doblez inconcebible y en tu falsedad sin igual, capaz eres de envolver y y engañar á tus propios jueces si á ellos te entrego. Quiero matarte yo, yo mismo, aunque así me prive del placer de verte ahorcar en la plaza pública, como mil veces mereces.

»No sé lo que dije después..., todas las injurias, hasta las más crueles, me parecían pocas, y con fruición se las arrojaba á la cara como otras tantas bofetadas. Mi dolor era inmenso. Yo comprendía que adoraba á aquella mujer..., aun á pesar de sus infamias..., é insultaba por dar salida á mi cólera y también por embriagarme y enardecerme, temeroso de que las fuerzas me faltaran en el momento de herir.

»Yo sentía por instantes que un sollozo se me subía á la garganta..., sollozo traidor que iba á delatar el desesperado estado de mi alma. ¿Comprendió aquella infame mujer lo que por mí pasaba? ¿Lo había previsto?

»El caso es que echando sus brazos á mi cuello y hablándome tan de cerca que su hálito me quemaba, me dijo con una expresión de idolatría que jamás vi en mirada de mujer alguna:

—»¡Oh, Alvaro, Alvaro de mi alma, cuánto te adoro y qué dicha la mía de morir á tus manos! Para ti sera mi última mirada, como mi último pensamiento. Mátame, mátame ahora mismo para que al morir sonriéndote cariñosa, no obstante tus injurias, pienses y digas un día: ¿por qué no la oí? ¿Qué pruebas tenía yo de sus crímenes? ¿Quién me mintió?

»La rechacé con dureza.

—»¡Basta, basta, serpiente!

—»Tienes razón, Alvaro mío. La fatalidad me pierde. Pero juro por la salvación de mi alma que muero inocente.

—»¡Calla, infame!

—»Juro que te adoro, que desde que entraste en esta casa nació á nueva vida mi corazón. Juro que sin el amor que te tengo, acaso no hubiera sabido defender con tanto imperio mi pureza. Juro que por declarar, imprudente, á tu padre pocos momentos hace esta pasión mía, descubrí por primera vez la que él, oculta, me profesaba, que á él le cuesta la vida y á mí el dolor inmenso de morir sin justificarme. Y ahora hiere pronto y hiere sin piedad..., pero recoge, por Dios, mi último suspiro con un beso del más puro amor.

»Y al decir estas palabras me enlazó entre sus brazos y me besó la boca con tan ardiente pasión, que casi perdí el sentido.

»Luego sus nervios, después de tan rudo esfuerzo, se aflojaron, y quedó desmayada é inerte entre mis brazos.

»¿Era aquel el momento de herir? Alcé sobre su blanco seno la mano armada del puñal, pero las fuerzas me faltaron.

»No se hiere así á un ser indefenso. Además ¡era tan bella!

»Su contacto me enloquecía.

»Asustado de mis propios pensamientos y del curso de mil viles instintos, la deposité sobre mi lecho; pero al quererla separar los brazos de mi cuello, entró en un espasmo nervioso de gran violencia y comenzó á decir palabras incoherentes como si se hallase presa del delirio.

—»Me odia, me odia; el viejo..., inmundo viejo..., qué expresión..., jamás me la soñara..., aquellos besos mordaces. . ¡Oh Alvaro mío, no, no! Su padre..., es su padre... Fatalidad, el puñal al alcance de mi mano. Piedad..., piedad... No hay piedad..., tengo celos..., serás suya..., pero no..., antes mía, antes mía. ¡Qué horror, sangre caliente..., qué ojos, ¡ah!, muera, muera! ¡Desgraciada de mí! Alvaro mío, Alvaro mío, perdóname..., ¡te amo tanto!

»Una sospecha cruzó por mi pensamiento: la última. ¿Sería aquello comedia? Fijos mis ojos en sus enturbiados ojos, piqué ligeramente con el puñal su costado. La sangre saltó roja como amapolas que adornasen su blanquísima camisa, pero su expresión no cambió. Sus facciones siguieron como de mármol, y ni un músculo de su rostro sufrió la menor alteración.

»¿Luego era verdad? ¿Luego mi padre quiso usar violencia y ella se defendió acaso por amor mío?

»El sollozo que pugnaba por subir á mi garganta subió, y un dolor inmenso, pero mitigado por un sentimiento de sin igual ternura, se apoderó de mí.

—»¡Oh Paulina, Paulina mía, yo no sé si puedo perdonarte, pero yo sé que me enamoras, yo sé que me arrastras, que soy tuyo hasta el fondo del alma..., que me enloqueces y tu ser es mi vida!

»Y ya no me pude contener más. Cubrí de ardientes besos aquel cutis de blanca camelia, aquellos labios como hojas de flores olorosas. A su dulce calor la estatua volvió en sí..., pero soñaba que ya había muerto y que juntos nos hallábamos los dos en otro mundo mejor donde la fatalidad ya no nos perseguía.

»Y mientras allí en obscura estancia yacía en un charco de sangre el cuerpo de mi padre, yo, loco de amor, en transportes infinitos, era el más feliz de los hombres entre los brazos de la asesina.»



Y agarrándola brutalmente de un brazo, la empujé con fuerza hacia la puerta

XIV

LA FUGA

«Los primeros albores del nuevo día nos volvieron al sentimiento de la realidad.

–»Alvaro mío, me dijo Paulina, llegó el momento de la separación. Me has dado tanta dicha, que ya, suceda lo que suceda, tu amor me sostendrá. Pronto el crimen quedará descubierto; antes que acusen á nadie voy á acusarme yo.

–»No, eso jamás; no lo consiento. Huyamos, huyamos juntos.

–»Nos acusarían á los dos y sería peor.

–»No importa, huyamos. Yo de ti no me separo.

–»Eres un loco. Lo único que te puedo consentir es arreglar las cosas de manera que el dolor que nos aguarda se mitigue algo. Yo en el acto me voy á presentar en el tribunal de Spoleto á formular mi acusación. Tú entretanto huye. Por dicha nadie sabe quién eres. Ningún criado te conoce..., pasa la frontera, corre á unirte con tus gloriosas banderas y procura olvidar á tu desgraciada Paulina.

–»Me pides lo imposible; mi vida es tu vida; la suerte que tú sufras sufriré yo.

–»No, Alvaro mío; tú, un caballero, un gran señor, no puedes acusarte de parricidio..., y si te quedas tendrás que acusarme.

–»¡Jamás, jamás!

–»Huye, por nuestro amor te lo pido, deja que yo sola purgue el crimen que cometí..., bien sabe Dios que muy á pesar mío..., y aceptemos la fatalidad que sobre nosotros pesa, pobres inocentes, que acaso pagamos faltas de nuestros mayores.

–»Paulina, Paulina, pídeme cuanto quieras, pídeme que yo mismo me acuse del asesinato de mi padre..., ocultaré mi nombre, pasaré por un vulgar asesino que mata por robar, pero desecha la idea de que yo consienta en una separación. De ti no me separo mientras disponga de mi libre albedrío.

»Rogué, supliqué, lloré y al fin obtuve de aquel ángel querido lo que deseaba..., huir antes que nadie sospechase el suceso y reventar caballos y pasar la frontera de los Estados Pontificios y volver á Holanda á continuar mi antigua vida de soldado..., pero casado con Paulina, abandonando á la casualidad títulos y fortuna, castillos y palacios.

»En consecuencia procedimos.

»Yo mismo levanté del suelo el cadáver del anciano rígido y horrible. Yo cerré sus ojos vidriosos, pero en los que aún se pintaba tal expresión de espanto y dolor que angustiaba mirarlo.

»Yo le desnudé y le metí en su lecho, volviéndole el rostro hacia el muro, por si alguien entraba no sospechase nada del suceso..., mientras Paulina lavaba las manchas de sangre que sobre el pavimiento había.

»Luego reunimos todo el dinero y todas las joyas que pudimos encontrar, nos ceñimos cintos, atestamos mi maletín, y á las seis de la tarde pedí un caballo y me salí al campo á esperar á Paulina en el vecino bosque.

»Al pisar por última vez los umbrales de aquella mansión que fué mi cuna, donde cuarenta y ocho horas antes entraba lleno de esperanzas, ansioso de reunirme con mi anciano padre, tratar de hallar el camino de su corazón, y con él vivir en santa paz



... y aquella noche á las doce me descendían con unas cuerdas en esta mazmorra...

hasta que Dios á sí le llamara..., muy tristes y amargos eran mis pensamientos. Yo venía á consolar y salía manchado de sangre; yo venía á realzar el nombre de mis mayores y le abandonaba deshonrado, enfangado y escarnecido. Yo huía á hurtadillas de mi casa solar llevándome el maletín henchido de oro, como un malhechor..., robaba las joyas de mi madre, y dedicaba el resto de mis días á adorar á la asesina Paulina..., asesina inconsciente, pero asesina



... pedí un caballo y me salí al campo á esperar á Paulina en el vecino bosque

en fin, y caminando por entre aquellos riscos y viendo por última vez aquellas líneas del paisaje que me eran tan familiares y que una á una me recordaban tantos años de la niñez alegrados por el sol de la esperanza reflejado en una conciencia pura..., me juzgaba un gran criminal.

»Los últimos reflejos de un sol lívido y triste de avanzado otoño desapareciendo tras de los montes de Perugia, me envolvieron en densas tinieblas... De entre ellas esperaba ver surgir de un momento á otro la fatídica figura de Paulina, á la que á pesar de todo tanto amaba.

»Eran las ocho, la hora de la cita.»

XV

EL ARRESTO

«La campana del castillo lanzada á vuelo de alarma, el disparo de un pedrero que sobre el puente levadizo se conservaba para avisar en caso de peligro á la cercana ciudad de Spoleto, me llenaron de espanto. ¿Se habría descubierto el suceso antes de tener Paulina tiempo de escapar?

»El precipitado galope de un caballo que de mi lado venía, me llenó de esperanzas. Debía de ser Paulina... Paulina en salvo... ¡Loado sea Dios!

»Pero no era ella: era Roberto que precipitadamente me dijo:

–»No hay tiempo que perder, señor duque; huya á todo escape..., todo está descubierto.

–»¡Paulina!, exclamé fuera de mí ¿Donde está Paulina?

–»Está en salvo; pero ha debido escapar por detrás del monte y á pie. Yo vuelvo á buscarla con caballos á la guarida en que me espera, y dentro de dos horas nos reuniremos en *Le Viole* al pie de Assisi... Quise replicar y no me dió tiempo, asegurándome que volver atrás con él era comprometerlo todo.

–»Corra á *Le Viole* y refúgiese en una pequeña hostería que está en la entrada del pueblo, me gritó; con lo cual picó espuelas y desapareció entre las espesuras que bordeaban el sendero.

»¿Qué hacer? Seguí sus consejos. A las nueve y media estaba en la hostería de *Le Viole*. Según echaba pie á tierra, varios hombres de armas se arrojaron sobre mí; me desarmaron, me ataron fuertemente, me vendaron los ojos y aquella noche á las doce me descendían con unas cuerdas en esta mazmorra, en la que dentro de breves momentos dejaré de existir.

»¿Qué había pasado? No lo podía comprender. Dar conmigo tan pronto y sin mediar delación me parecía imposible. ¿Nos habría vendido Roberto? ¿Y Paulina? ¿Qué sería de mi adorada Paulina?

»No sé las horas que allí pasé, ni si era noche ó día. Las tinieblas eran profundas y densísimas. Ni un destello de luz. Yo recordaba haber pasado un rastrillo y luego otro. Después se abrió una gran puerta, y en un momento que la venda que cubría mis ojos se bajó, distinguí altas torres y una mayor cuadrada y muy maciza..., debía estar en la *Rocca de Assisi*..., la prisión de Estado. Bajé una escalera de caracol y conté sesenta y dos escalones. Luego me quitaron la venda y me hallé en una gran sala subterránea. En el centro de esta sala levantaron una pesada losa, y pasándome unas cuerdas por debajo de los brazos me descolgaron aquí. A tientas he reconocido el local: los cuatro muros están horadados en la roca y de roca es también el piso. De un lado hay una puerta, pero fortísima y cubierta de chapas de hierro. Escapar es imposible. ¿Y Paulina? ¿Y mi Paulina adorada?»

XVI

EN LAS ENTRAÑAS DE LA ROCA

«Por tres veces la losa del techo se levantó y otras tantas me descolgaron, por medio de una cuerda, un cestillo con dos panes de munición y un jarro de agua.

»A mis voces y súplicas protestando de mi inocencia y pidiendo por Dios y por la Virgen ver un momento al alcaide ó al juez..., nadie me contestaba: la losa volvía de nuevo á colocarse en su alvéolo, y las tinieblas..., las horribles tinieblas continuaban.

»Excuso pintar el estado de mi espíritu. Son cosas que no se describen..., sin pasar por ellas no pueden sospecharse todas sus amarguras.

»Yo no sabía si rogar á Dios que me enviara inmediatamente la muerte para acabar de una vez con tan atroz agonía; temía que mi muerte empeorase la situación de Paulina, que acaso sufría más que yo.

»Al cuarto día en el cesto venía un candil encendido y una gran aceitera llena hasta los bordes. Tenía luz para muchos días.

»Bendije á la Providencia; se me figuraba que con la luz venía la esperanza... y así era verdad. Al romper el pan hallé un papel. Era de Paulina y decía así:

«Alvaro del alma, logré escapar. Estoy en salvo y pienso en ti. Ayudada del fiel Roberto, espero poderte prestar ayuda en breve. Huiremos, amor mío, y seremos muy felices. Valor.»

»¡Oh Paulina, Paulina, y yo que un momento dudé de ti!

. . . .

»Al otro día encontré un nuevo papel; era más largo que el primero.

«Dentro del otro pan encontrarás una lima – decía. – Lima inmediatamente la cerradura de la puerta y te encontrarás en una mazmorra aún más profunda. Cuando esto esté hecho avísamelo. Adjunto un libro de memorias y lápiz: escríbeme y mete el papel bien disimulado entre los juncos de la cesta. Tuya, que te adora, *Paulina*.»

»¡Una lima en mis manos! Comencé el trabajo, y lo continué con tal avidez, que de vez en cuando tenía que soltar el útil porque me quemaba los dedos del continuo morder del hierro al hierro. Antes del siguiente día la operación estaba terminada y pude bajar á la segunda mazmorra por una escalera de diez brazas.

(Concluirá)

ARTE MODERNO

EXPOSICIÓN DE LA SOCIEDAD DE PINTORES DE MINIATURAS DE LONDRES

La miniatura, nombre con que antiguamente se designaban las iniciales y los dibujos iluminados que adornaban los manuscritos y los libros, ha seguido por regla general el proceso evolutivo de la pintura, y tiene, desde el punto de vista de la historia del arte, grandísima importancia, sobre todo en los períodos en que los demás géneros pictóricos estuvieron en decadencia.

Las miniaturas más antiguas que se conocen datan de 3.000 años antes de Jesucristo, y aparecen en varios papiros encontrados en tumbas egipcias. También los romanos adornaron sus libros con dibujos, pero de éstos nada se ha conservado, siendo el más antiguo que se conoce un ejemplar del siglo IV.



Cleo de Merodé, miniatura de Miss Butler Greenough



El sueño del Niño Jesús, miniatura de Mme. Debillemont Chardon



Mrs. Patrick Campbell, miniatura de Lucía M. Hill

La miniatura alcanzó gran esplendor en el imperio romano de Oriente, en donde no tardó en ser un arte independiente de la caligrafía, y en el Norte de Europa tuvieron en los siglos VII y VIII gran importancia, si no artística, histórica, los trabajos de los monjes irlandeses, quienes extendieron más tarde aquel género de pintura por Inglaterra y por el continente, especialmente en Suiza y en la Italia septentrional. El arte bizantino y el irlandés, que no podían adquirir ya mayor desenvolvimiento, fueron sin embargo terreno abonado para el desarrollo de un arte nuevo que á fines del siglo XIV llegó á su apogeo.



Isabel, miniatura de Edith L. Clink



Nina, miniatura de E. Cotton Haigh



Cabeza de estudio, miniatura de Cecilio J. Hobson

El descubrimiento de la imprenta en el siglo XVI fué un golpe mortal para la miniatura, pues los libros que, multiplicados hasta lo infinito, llegaron á ser un objeto de comercio usual, perdieron necesariamente el lujo en la ornamentación.

Desde entonces puede decirse que la miniatura dejó de estar asociada al arte de la imprenta, entrando en un sendero independiente donde debía recobrar su pasada gloria haciéndose hermana y émula de la pintura propiamente dicha. Las miniaturas adornaban ya gran número de objetos de marfil, esmalte ó madera, produciendo obras de arte que hoy causan verdadera admiración por la viveza del colorido y por el lujo de detalles.

Más adelante la miniatura fué muy solicitada para el retrato, sobre todo en el siglo XVIII; pero así como la imprenta había matado la miniatura en el libro, la fotografía ha matado la miniatura en aquel otro género.

Julio Clovio, con sus microscópicas composiciones ricas en color y perfectas de dibujo, en la época del Renacimiento; Klingstedt, con sus licenciosas escenas y sus primorosos retratos femeninos durante la Regencia en Francia; Arland de Ginebra, por una de cuyas obras pagó el duque de Laforce 1.200 libras; la veneciana Rosalba Carrera, entre cuyas obras modelo se cita un retrato de Luis XV con una alegoría de la Victoria; Massé, el miniaturista predilecto del público de mediados del siglo XVIII; Hall, el artista protegido de María Antonieta que mereció ser llamado el Van Dyck de la miniatura, y Duchesne, digno de ocupar el primer lugar entre los miniaturistas modernos, son estrellas de primera magnitud en este género pictórico, junto á las cuales brillan también, aunque no tan esplendorosamente, Jacques Charlier, Henault, Darmancourt, Garand, Ismael, Mengs, Leblond, Sartori, Camerata, Laine, Gros, Vincent, Lachaussée, Musson, Mosnier, Villers, Violet, Cousin, Jacques Bourdier hijo, Siccardi, Fragonard, Vestier, Hallé, la señora Vigée-Lebrun, Judlin, Perin, Degault, Saint, Isabey, Augustin, y las señoras Mirbel y Herbelín.

En estos últimos tiempos la miniatura había perdido buena parte de su importancia, siendo muy contados los artistas que á ella se dedicaban; pero hoy parece que se trata de resucitar ese género en otro tiempo tan en boga.

Entre los esfuerzos que con tan laudable fin se realizan merecen citarse los que llevan á cabo en Londres dos sociedades rivales, la Sociedad de Pintores de Miniaturas y la Sociedad de Miniaturistas, que apelan como principal medio de propaganda á las exposiciones anuales.

En la actualidad, la primera de las dos sociedades citadas ha celebrado la cuarta de estas exposiciones en los salones de la Galería Moderna, y aun cuando aquella entidad ha atravesado una crisis peligrosa, que amenazaba seriamente la existencia de una rama del arte que vuelve á ser cultivada con entusiasmo por notables artistas, el resultado del certamen no puede haber sido más satisfactorio, y la miniatura se va popularizando, gracias á los esfuerzos realizados por las referidas sociedades y á la propaganda que en Inglaterra han hecho ilustres críticos como Williamsen, Lumsden, Propert y Praga.

Ultimamente hízose una tentativa para unir á las dos sociedades, pero la elección de cargos ha dado al traste con la proyectada unión.

La exposición que actualmente se celebra en la Galería Moderna contiene 273 miniaturas, y aunque no todas naturalmente son dignas de figurar en ella, en conjunto las obras presentadas logran llamar la atención del público y merecen el aplauso de la crítica. Entre las más notables, pueden citarse las seis que reproducimos en esta página, en cada una de las cuales son de admirar las excelencias de ese género de pintura avaloradas por el sello que el espíritu moderno ha impreso en el arte pictórico, y que sin menoscabar en lo más mínimo las delicadezas de detalle que á las antiguas miniaturas caracterizaba, presta mayor vida y más naturalidad de expresión al conjunto. – M.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

BUSTOS Y MEDALLAS, por *J. Ignacio Vargas Vila.* – Colección de interesantes y bien escritas semblanzas de algunos jóvenes escritores venezolanos, que dan perfecta idea del modo de ser de cada uno de éstos y permiten conocer su labor literaria, analizada en grandes síntesis por el Sr. Vargas Vila con el talento que le ha conquistado uno de los primeros puestos en el mundo de las letras de Venezuela. *Bustos y medallas* ha sido impreso en Caracas en la tipografía de la empresa «El Cojo.»

***

ANUARIO ESTADÍSTICO DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY. – Distintas veces nos hemos ocupado con el elogio que se merecen de las publicaciones de la Dirección general de Estadística del Uruguay que se halla confiada á Honoré Roustan y muy especialmente del Anuario. El correspondiente al año 1897 con algunos meses de 1898 es, como todos los anteriores, una obra perfecta en su género, que puede servir de modelo para publicaciones de índole análoga. No detallaremos su contenido, porque exigiría esto un espacio de que no podemos disponer, y nos limitaremos á decir que cuantos datos puedan desearse acerca de aquella república, todos se encuentran perfectamente clasificados en el libro que nos ocupa, el cual contiene además varias bonitas láminas que reproducen vistas muy interesantes de Montevideo.

***

CUENTOS Y VERDADES, por *Alfredo Lafitte.* – El distinguido literato vascongado y miembro correspondiente de la Academia de la Historia Sr. Lafitte ha reunido en un tomo de cerca de 400 páginas una porción de cuentos, leyendas, tradiciones, sucedidos é historietas publicadas en los principales periódicos de la corte y del país éuscaro. En la colección hay trabajos serios y festivos, todos interesantes y amenos y todos muy bien escritos y dignos del autor de la importante y curiosa obra *Tierra Euskara.* El tomo, editado por D. Francisco Jornet, en San Sebastián, se vende á dos pesetas.

***

ZARZAMORA, por *Miguel Ramos Carrión.* – Forma esta obra el volumen décimoséptimo de la «Colección Elzevir ilustrada» que con tanto éxito publica el editor de esta ciudad D. Juan Gili, y es una novela interesantísima, escrita con la galanura y la gracia que tan justa fama han merecido á su autor. El señor Ramos Carrión, que tantos y tan grandes éxitos ha conseguido en el teatro, no los obtendrá menos ruidosos como novelista, á juzgar por la producción que nos ocupa, en la cual el asunto, la acción, los personajes, todo está trazado con exquisito arte. *Zarzamora* lleva muy bonitas ilustraciones de Passos y se vende á dos pesetas.



Arreglando las redes, cuadro de Dionisio Baixeras (Salón Parés)



Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XVIII — Barcelona 10 de abril de 1899 — Núm. 902



LAS PRIMERAS FLORES, cuadro de O. Blum

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Política europea. – Cuestiones militares en Alemania, Francia, Inglaterra. – El emperador alemán y Cecil Rhodes. – Propensiones coloniales de Italia. – La toma de Sau Mon en China. – Dificultades entre el Celeste Imperio y el reino italiano por los asuntos chinos. – Cuestiones intercontinentales. – Conclusión.

Están ya elegidos los delegados para controvertir en Holanda la cuestión del desarme, y nunca se habló por modo tan desmedido del armamento universal. A cerca de setecientos millones en francos suben los gastos de la marina inglesa, si hemos de atenernos á las últimas votaciones del Parlamento británico. El ilustre Gochen, de tal departamento ministerial encargado, explicó los dispendios apercibidos y los aumentos demandados en arenga, magistral como todas sus arengas. Pasado este orador á las filas del imperialismo reaccionario desde las filas de una democracia liberal, no contrajo en el tránsito y metamorfosis desde su política tradicional á la nueva política tantas y tan tremendas responsabilidades como las contraídas por el demagogo socialista Chamberlain, porque nunca tuvo su audacia, su desfachatez, su insolencia. Siquier tropezase y cayera en apostasía manifiesta, el recogimiento con que se ha encerrado en los cargos recibidos de la opinión pública y sus respetos á las ideas y á las opiniones ajenas le han granjeado colectiva estimación muy sincera, porque nunca imitó á su rival en esto de mostrar, como el pavón sus plumas en vanidosa rueda, sus perplejidades y sus cambios, por los cuales Chamberlain recogió subida cosecha de útiles y tangibles provechos. El respetable Gochen se ha reducido á comentar sus proyectos. Y en este comentario ha dicho especies muy substanciosas, de luminosísima enseñanza. Por lo dicho, no había pensado en aumentar las fuerzas marítimas de su patria; pero un día, de golpe y porrazo, halla que Rusia decretaba doscientos millones para nuevos barcos. Y no tuvo más remedio que aumentar en la debida proporción los armamentos de Inglaterra. Sean los que quieran el motivo y causa de los enormes gastos ingleses, grandemente choca la contradicción del czar en proponer diminución á los presupuestos de guerra y luego decretar millones de millones á su aumento. Así no puede asombrarnos que haya corrido tan válida en los periódicos europeos una tan grave noticia como que padece Nicolás II incipiente perturbación en sus funciones mentales, pues tales cambios súbitos trascienden á locura manifiesta. El soberano proponente á los demás Estados de sabia reforma que no existe ni siquiera en su Estado, tiene riguroso deber de aplicarla por su gobierno dentro de sus dominios, antes de proponerla y aconsejarla fuera. Por esta razón pasa con la reunión pacífica del Haya lo mismo que hace poco pasó con la reunión socialista de Berlín. El emperador de Alemania no quería el socialismo y reunió á los socialistas en Berlín, como el emperador Nicolás no quiere de modo alguno el desarme y cita á los partidarios del desarme en el Haya.

El emperador de Alemania me parece más franco y más leal en esta materia que el czar de Rusia. Quiere aumento en el ejército; se resiste á su querencia el Parlamento, y no deja resorte por tocar para conseguir su propósito. Necesita establecer inteligencias indirectas con los socialistas, y las establece. Necesita servir al centro católico, y lo sirve, maguer las repugnancias atávicas de los germanos protestantes á la vieja Roma pontificia. Guillermo II no descansará un punto hasta elevar el ejército alemán en tiempo de paz á seiscientos mil hombres. Así ensaya cuanto á este fin capital de su política tiende ó conduce. Hay que ponerse muy serio con el canciller por poco activo é influyente; hay que darse golpes de pecho, como cualquier devoto ultramontano, ante las eminencias grises del Congreso; hay por lo contrario que sonreír á esos hijos de Luzbel, denominados socialistas, en su pugna y esfuerzo por escalar el trono de Dios; hay que abrir á los réprobos de la civilización y de la libertad, á los jesuítas, el suelo alemán; hay que unir los conservadores con los liberales: Guillermo II pasa por todo con tal que los diputados pasen por la cifra de los seiscientos mil hombres. Un clarísimo ingenio, dotado de magistral palabra, cuya sencillez y naturalidad aumenta su intrínseco mérito, M. de Feycinet, ha dirigido un discurso ateniense á la Cámara francesa, más valioso por sus insinuaciones que por su afirmación capital, demostrando cómo el excesivo número de soldados perjudica más que sirve á la guerra, y necesitamos estimar menos la cantidad del ejército y curar más de sus calidades y de sus virtudes. Pero Guillermo II, impresionable de suyo, con arranques voluntariosos sin número, con caprichos arbitrarios sin medida, no está sujeto á las naturales templanzas con que todos los estadistas verdaderos deben mirar las dificultades, burlándolas de no poder superarlas; pues no hay que convertir una montaña en una piedra, ni una piedra de las muchas interpuestas por nuestros caminos en una montaña. El primer ímpetu del irreflexivo emperador es irresistible. Pero dejándolo en palabras desahogarse, concluye, desahogado, por moderar sus arrebatos y transigir con la realidad. Las emociones en él, por su misma intensidad, carecen de duración y están muy lejos de la permanencia que obtienen las escasas, pero profundas emociones en los fríos y en los tenaces. Quiso, á su regreso de Palestina, llegar hasta nuestra patria, dolorida y maltrecha por sus recientes desastres: el proyecto pareció peligroso á sus consejeros, principalmente al ministro Bulow; pero lo dejaron desarrollarse á su grado primero, y después le pusieron tal número de obstáculos que obligaron al buen Guillermo á desistir por convicción de lo que proyectara con apasionamiento. La política se compone de arreglos entre los ideales y la realidad. Guillermo sueña con un ejército que no haya otro en el mundo; pero habrá de recortar sus ensueños por falta de resolución en el Parlamento y por falta de dinero en el Tesoro.

Las principales cuestiones políticas se reducían á cuestiones nacionales antes; hoy se alzan á cuestiones intercontinentales. Nadie habrá olvidado que hay un gran filibustero en la parte austral de Africa, y que llaman á este filibustero los africanos el Napoleón del Cabo de Buena Esperanza, sitio denominado por otro nombre Cabo de las Tormentas; nadie habrá olvidado que este Napoleón del continente negro envió una banda de merodeadores y de piratas, á cuya cabeza puso al célebre Jameson, contra la República de los boeros comendada por el hábil y consumadísimo presidente Kruger; nadie que Guillermo II, al saber este atentado, expidió un telegrama de auxilio al pueblo invadido, el cual telegrama estuvo en vías de ocasionar un ruidoso rompimiento entre Alemania é Inglaterra. Pues bien: el Napoleón de Africa se halla hoy en Berlín como si nada hubiera pasado por su culpa entre la corte del emperador Guillermo y la corte de la reina Victoria. El *Times* llegado últimamente á Madrid se muestra ufanísimo de lo hecho por Cecil Rhodes en Berlín, y lo eleva por medio de un artículo épico á la categoría de un tratado amistoso entre los dos imperios, el germano y el británico. Pero aunque no pueden hablarse Guillermo y Rhodes sin que trasciendan á la política general sus conversaciones, la última de ahora no tiene la importancia que le atribuye hoy el primer periódico de Inglaterra. Cecil Rhodes ha ido hasta Berlín por asuntos industriales, no por asuntos políticos. Así como Rusia tiende una vía férrea desde las aguas del Caspio hasta las arenas del Pamir, quiere tender Rhodes una vía férrea desde las hirvientes aguas del Cabo hasta los tostados arenales del Cairo. Pero como buen inglés, más práctico y experto que los rusos, quiere que preceda pronto á la vía entre ambos extremos un telégrafo. Y tal telégrafo, como el ferrocarril que habrá de completarlo, no puede pasar siempre por territorios británicos; tendrá que contar con Portugal por Delagoa, con Alemania por Zambezé, con Bélgica por el Congo. Y así como ha tenido Rhodes que ir á Bruselas por asegurar el paso de sus líneas al través del Congo, ha ido también á Berlín por asegurar el paso de sus líneas al través del Zambezé. Háganse tales obras industriales por el motivo que se quiera; el interés aguijonea la industria; no puede negarse: la penetración del cable eléctrico y del riel férreo por el interior de ese infierno que se llama el Africa, seguramente ahuyentará muchos enigmas y domará sin remedio á la larga y á la postre al infeliz africano.

Si el primer ministro inglés, Salisbury, al pronunciar su arenga célebre sobre los pueblos moribundos aludió á China, pronto se han realizado sus siniestros presentimientos y cumplídose sus tristes profecías. Bien es verdad que teniendo el opinante los medios en las manos de hacer cumplir sus profecías, no estaba en el caso de acreditarse entre las gentes de iluso y embustero, cuando los Estados chinos desde sus rotas últimas caen por el suelo con la facilidad que un castillo de naipes derribado por un soplo. Así todos nos maravillábamos de la resignación y conformidad con que China dejaba cercenar sus territorios por la nube de impacientes herederos que le han salido en la vida y se han llevado la herencia mucho antes de dar tierra, como Dios manda siempre, á tan rica y poderosa testadora, y explicábamos tal conformidad por la persuasión de su muerte. Con esta conformidad ha contrastado el proceder seguido por China respecto de Italia. Cuando el ministro italiano anunció al Celeste Imperio haber tomado la bahía de Sau Mon, el Celeste Imperio le devolvió el oficio sin dignarse siquiera contestarlo. Tal proceder hirió profundamente al gobierno italiano, quien decidió requerir de China una satisfacción. Seguramente no podrá presentar ningún derecho para quedarse con el pedazo de tierra ó mar que acaparaba. Mas ¿dónde los derechos están de Rusia sobre Mandchuria y del Japón sobre los Pescadores fuera del capricho voluntario de los acaparadores y del esfuerzo feliz? En el mundo, como antes no había derecho contra el derecho, ahora no hay derecho contra la fuerza. Inglaterra expide patentes de corso á todos aquellos que desean un pedazo de China. Y habiéndolo deseado Italia, le ha cedido la codiciada presa, tanto más cuanto que se ha cobrado con anticipación por medio de Kassala y piensa cobrarse más con la posesión de Eritrea, que pide á Italia para refrenar las ambiciones de Abisinia, siempre aliada de Rusia. Preparémonos á ver cómo desaparece China y su imperio al sacudimiento que le dió el Japón, como desapareció Media al sacudimiento de Grecia, como desapareció Cartago al sacudimiento de Roma, como desapareció al sacudimiento de los germanos Roma, como desaparecen tarde ó temprano todos cuantos imperios se oponen á la libertad humana y al progreso universal.

Madrid, 3 de abril de 1899.



FRASES POPULARES

¡ES UN FÉNIX!

Los modernos le suponen pájaro fabuloso, pero los antiguos creyeron en la existencia del Fénix, asegurando que se presentó en el Egipto durante los reinados de Sesostris, Amasis, Ptolomeo Philopator y en tiempo del emperador Tiberio. Herodoto afirma también que le vió pintado en los muros de varios templos del país de los Faraones; y los chinos, que asimismo le conocieron, dicen que su aparición es presagio dichoso.

Cuentan viejas crónicas que era del tamaño de una águila: sus plumas doradas y purpúreas, la cabeza adornada de gracioso penacho, la cola blanca y encarnada y los ojos grandes y relampagueantes como estrellas. Vivía quinientos años, transcurridos los cuales formaba una hoguera de ramillas de canela y casia olorosa y en ella se acostaba y consumía luego de haberla encendido batiendo las alas. De su ceniza se producía un gusano y de éste nacía otro pájaro; solamente uno.

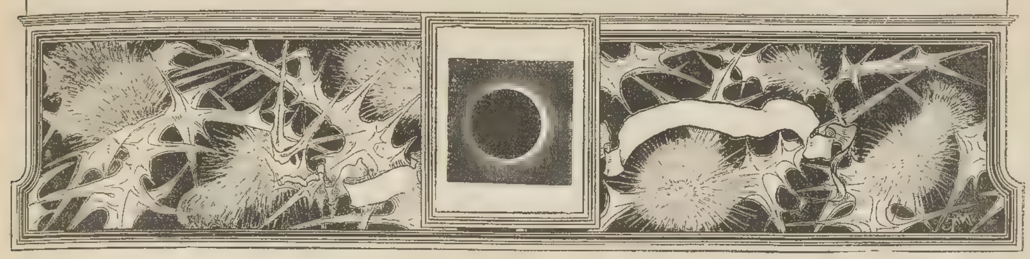
La alegoría del Fénix se entiende como lo único é inmortal. Por eso se dió tal nombre á fray Félix de Vega Carpio en demostración de asombro por su portentosa fecundidad literaria, pues sin contar numerosos poemas, autos y novelas, escribió más de mil quinientas comedias.

En un romance dedicado al Fénix dice Quevedo:

> Ave de pocos amigos;
> más sola y más escondida
> que clérigo que no presta
> y mercader que no fía.

LOPE BARRÓN

CAMILO FLAMMARION



FIGURAS CONTEMPORANEAS

CAMILO FLAMMARIÓN

Los excursionistas que, visitando el departamento del Alto-Marne, cruzan, entre Bourbonne-les-Bains y Langres, el pueblo de Montigny-le-Roi, se detienen á leer, en el frontis de una casa de modesta apariencia que forma esquina con una plazuela y la calle de Camilo Flammarión, la inscripción siguiente, grabada en una lápida de mármol:

CAMILO FLAMMARION,
ASTRÓNOMO,
nació en esta casa
el 26 de febrero de 1842.

Allí vió, en efecto, la luz primera y vivió hasta la edad de once años el autor de *La pluralidad de los mundos habitados,* de *La astronomía popular* y de tantas otras obras difundidas en todas las lenguas por todas las naciones del orbe.

La familia Flammarión es la más antigua de la comarca. En los registros civiles consta que, de generación en generación, han venido dedicándose á la agricultura desde los tiempos de Enrique IV.

La madre de Camilo, á imitación de muchas madres, estaba empeñada en que su hijo fuese cura; pero el muchacho se sentía menos aficionado al latín que á la investigación, la discusión y la observación de la naturaleza.

Reveses de fortuna obligaron á la familia á establecerse en París, y allí completó el joven Flammarión sus estudios clásicos, tomó sus grados de bachiller, preparóse para el examen de ingreso en la Escuela politécnica y entró á los diez y seis años como alumno astrónomo en el Observatorio, presentado á Le Verrier por el académico Babinet, examinador de entrada en la Politécnica, que había descubierto en el inteligente alumno una grande aversión á la carrera militar y una pasión vehemente por la astronomía.

Flammarión no pudo permanecer más allá de cuatro años al lado de Le Verrier, autócrata intratable, durante cuya dirección desfilaron por el Observatorio 109 funcionarios, algunos de los cuales, como Chacornac, se volvieron locos, sin contar al astrónomo Mauvais que apeló al suicidio.

Aconsejado por Delaunay, cuyo curso de mecánica celeste seguía en la Sorbona, preparándose para la licenciatura, Flammarión se encargó de una parte de los cálculos del Conocimiento de los tiempos en la Oficina de las Longitudes, donde permaneció hasta 1866.

Su nombre empezaba á ser conocido merced al éxito de algunas de sus obras. Apenas contaba diez y nueve años cuando expuso en su primer libro, *La pluralidad de los mundos habitados,* sus grandiosas miras sobre el fin real de la astronomía, es decir, el estudio de las condiciones de la vida universal, en vez de la simple indicación de las posiciones de los astros en el espacio.

En esta obra anunciaba el advenimiento de una astronomía nueva, la astronomía física, destinada á completar á la antigua, la fría é inanimada astronomía matemática, que no es más que la base fundamental de un inmenso edificio que el porvenir completará. El éxito de esta obra reveladora fué tan grande, que los críticos más eminentes la colmaron de elogios y fué inmediatamente traducida á todos los idiomas europeos.

Se puede decir que la vida de Flammarión ha sido consagrada por completo al desarrollo de esta misma idea: la transformación de la fría astronomía antigua en una astronomía nueva, animada por el estudio de la constitución física y orgánica de los mundos.

Sus obras literarias han sido en todas partes objeto de una entusiasta admiración por su estilo maravilloso, que lo mismo encanta al oído que al pensamiento y nos transporta con frecuencia á trascendentales alturas, de donde volvemos con la sorpresa de haber comprendido fácilmente con toda claridad los más arduos problemas de la ciencia y de la filosofía.

CAMILO FLAMMARIÓN (de fotografía)

Con razón se ha dicho que no existe en el mundo otro sabio tan universalmente conocido, desde la más humilde choza francesa hasta los antípodas.

Cuando M. Perrotin, director del Observatorio de Niza, llegó á la Patagonia para observar el paso de Venus en 1882, el capitán indígena del falucho que conducía la expedición le dijo: «¿Es usted francés? Entonces conocerá usted á Gambetta y á Flammarión.» Este nombre es tan popular en todas partes y representa de modo tan glorioso la ciencia y el progreso, que en diversos puntos del globo se han fundado sociedades tomándolo por enseña.

Pocos hombres han trabajado tanto como él. La estadística general de la astronomía, publicada por el Observatorio de Bruselas, ha clasificado á los astrónomos del siglo XIX por orden de sus trabajos técnicos, y resulta que Flammarión, prescindiendo de sus obras, es el que ha publicado mayor número de memorias originales.

Como trabajos astronómicos de la más alta importancia, se le debe la primera clasificación de las Estrellas dobles. Su estudio magistral del planeta Marte; sus observaciones sobre Júpiter y sus satélites, sobre Venus y Saturno, sobre las manchas del sol, son trabajos que han contribuído á esclarecer más de un problema astronómico.

Pero su grande influencia en el progreso científico estriba en haber dado vida á la astronomía, demostrando que no se limita á medir la posición de los astros, sino que debe elevarse al estudio de su naturaleza, como ciencia universal por excelencia, base de toda verdad y de toda doctrina filosófica; que la tierra es un astro del cielo y que en el cielo vivimos; que todas nuestras concepciones terrestres, nuestros orgullos y nuestras miserias son átomos en la armonía infinita; que esta armonía del universo es digna de ser oída y comprendida por el hombre, y que todo el mundo puede y debe interesarse en el conocimiento de la verdad.

Para Flammarión, la ciencia no es un medio de obtener empleos y honores vanidosos, sino que lleva en sí misma su propio fin. Esa sinceridad absoluta, ese raro desinterés de todo provecho material, ese desdén de cuanto vive de vanidad, esa completa independencia de carácter, le han granjeado esa simpatía tan universalmente afecta á su nombre y á su persona.

Sus convicciones se hallan resumidas en este pasaje de *La Urania,* cuando pone en boca de la Musa sus consejos sobre la dirección de la vida: «Has de saber que el estudio es la única fuente de todo valor intelectual, y que el conocimiento del corazón humano conduce á la indulgencia y á la bondad; no seas nunca pobre ni rico; guárdate de toda ambición como de toda esclavitud; sé independiente: la independencia es el más raro de los bienes y la primera condición de la dicha.»

Uno de los mayores servicios que habrá prestado á la ciencia es la fundación de la Sociedad astronómica de Francia, de la que forman parte los sabios más ilustres, los astrónomos más célebres del mundo y más de dos mil adeptos, amigos del progreso científico, diseminados por toda la superficie del globo.

Camilo Flammarión une al ardor científico que busca apasionadamente la verdad, el espíritu filosófico que compara y sintetiza y el alma inspirada del poeta.

La astronomía es la ciencia que más habla á la imaginación, pero no es fácil hacer comprender á las masas los múltiples fenómenos que se desarrollan en los espacios celestes. Flammarión ha sabido encontrar el lenguaje necesario para subyugar y apasionar á los lectores. En presencia de las innumerables maravillas del cielo, sabe comunicarles el entusiasmo que rebosa de su alma. Esto es lo que constituye su originalidad y explica el asombroso éxito de sus obras.

La complexidad y la riqueza de sus facultades le han hecho escribir algunos libros en que se agrupan, en torno de la materia científica, las más elevadas contemplaciones filosóficas. Y este es, quizá, el campo de estudios de su predilección. Le gusta unir á la ciencia que sabe la filosofía que conjetura, haciéndoles dar la mano por encima de los lindes que separan sus dominios.



PUERTO CAMARONERO EN TRIANA, dibujo de S. Azpiazu

A pesar de su desdén por las vanidades de este mundo, Flammarión ha sido condecorado con las grandes cruces de casi todas las órdenes del universo, viéndose honrado al extremo de que monarcas, como el emperador del Brasil, han ido á entregarle personalmente las insignias en su Observatorio de Invisy.

En este Observatorio, instalado en la hermosa quinta que le regaló un admirador de sus obras, pasa el astrónomo los meses de junio á noviembre, y el resto del año en su quinto piso de la calle de Cassini, al lado del Observatorio de París. En una y otra parte trabaja sin descanso en la solución de los grandes problemas que son objeto de sus constantes estudios, teniendo por secretario á la amable, inteligente y magnánima esposa, que desde 1874 le viene consagrando con su amor su vida entera. Y no se crea que este cargo sea una sinecura, pues el popular astrónomo recibe diariamente de veinte á treinta cartas de todos los países del mundo. ¡Cuánto siente no poder contestar á todas! Pero el día no tiene más que veinticuatro horas, hasta para los hombres más laboriosos, y la ciencia es exigente, sobre todo si se trata de la ciencia del infinito.

Tal es el sabio ilustre que ha hecho adelantar un siglo la ciencia astronómica, proclamándola á la faz del mundo como una religión nueva, la religión del porvenir. Aunque Francia fué su cuna, no hay nación que no pueda reivindicar para sí la gloria de poseer su grande espíritu, llamándole *ciudadano del cielo,* ya que el radiante Infinito es su verdadera patria.

RUY BLAS

CAMARONEROS Y FREIDORES

En Triana; en el barrio clásico de las cigarreras y de los alfareros, de las flamencas y de los gitanos, que con la misma facilidad pintan un *jabeque* en el rostro de cualquiera, como acompañan fervorosamente á la Virgen del Rocío, ó rezan ante el *Cachorro;* al pie de los altos y denegridos muros del que fué convento de los Remedios, extiéndese un trozo de playa, que besa el Guadalquivir, el cual desde antiguo llaman pomposamente *Puerto Camaronero,* sin duda por ser lugar en el cual se produce abundante pesca de los pequeños y sabrosos crustáceos.

Sitio es este donde se forman alegres camaradas de mozalbetes, que ora se dedican á la pesca, ora á manejar la honda, ora á relatar sus proezas, consistentes en burlarse de las justicias, en desbalijar bolsas ó en producir matracas y burlas entre las pacíficas gentes del barrio; sitio tan concurrido de gentes de esta laya, que de haberlo frecuentado el autor insigne de *Don Quijote* habría merecido la honra de pasar á la posteridad, además de aquellos tres famosos que según su decir «tenía el rey para ganar en Sevilla,» añadiéndolo á los de la calle de la Caza, la Costanilla y el Matadero; sitio finalmente en el cual todos los días hay cátedra abierta para rufianes, bravos, insolentes y vagabundos; que da al año tantos títulos como en lo antiguo los dieron la Albufera de Valencia, el Potro de Córdoba, Zocodover de Toledo y el Compás de Sevilla.

El aprendizaje es completo en todas las facultades; y de aquí salen maestros consumados en lo referente á la tahurería, al manejo de la navaja, al corte de las faltriqueras y á los entierros y sablazos, y no es extraño que los celosos corchetes esquiven pasar por el Puerto, por ser ocasionado al desempeño de su deber, y con tales gentes vale más dejarlas en paz que intentar meterlas en razón.

En los días de invierno, ofrécese en el paraje á que me refiero más de un cuadro característico y pintoresco, viendo á los aventajados discípulos, con sus blusas y calzones harapientos y remendados, jugarse el fruto de lo que hurtaron, con unos asquerosos y mugrientos naipes, ó bien á la tángana ó á las chapas, mientras que sentados en los muelles ó embarcaderos ocúpanse en lanzar al agua sus camaroneras, esperando pacientemente á que se llenen, y mientras tanto, como gente aprovechadora del tiempo, deshacen las colillas cazadas por otros, que luego utilizan en provecho propio ó ajeno.

Hecha la pesca de camarones y después de bien cocidos, tienen particular arte para presentarlos al público en grandes lebrillos vidriados de blanco y verde, con los cuales sitúanse á la entrada del Puente de Triana, que es como si dijésemos la lonja especial para la compra y venta de esta mercancía. La gorrilla al lado ó hacia atrás, los grandes tufos de cabellos caídos sobre las orejas, la colilla apagada y sujeta en uno de los extremos de la boca, abierta la blusa, remangados los pantalones y descalzos, con el lebrillo de crustáceos á sus pies, apóyanse la palma de la mano sobre la oreja derecha, gritando desaforadamente su pregón: «¡Camarones! ¡Camarones frescos!.. ¡Qué vivitos los camarones!» Y no pasa flamenca ni muchacha por delante del vendedor sin que éste no tenga una chirigota, *un timo* de gracia, un requiebro ó una frase intencionada ó satírica, una ingeniosa pulla que ponga de relieve algún defecto del rostro de aquélla, de su cuerpo ó de su vestido. Contestan las aludidas según *el timo* empleado, y á cada paso ármanse camorras y peleas, que concluyen por las frases más desvergonzadas y ofensivas, en medio del gran regocijo que produce en los espectadores.

Desde la venta del insignificante camarón hasta la de los sabrosos lenguados y pescadillas de Sanlúcar, las sardinas de Huelva, los salmonetes del Puerto ó de la Isla, los boquerones y calamares de Málaga, en la venta y reventa de todo el pescado de mar ó de río demuestran sus aptitudes los graduados en Puerto Camaronero, dedicándose cuando empiezan á ser hombres á la venta por las calles, pasando después al ejercicio de la regatonería en el mercado, en el



DE COMPRAR EL PESCADO, dibujo de S. Azpiazu

cual desde el amanecer ensordecen los oídos más fuertes vociferando: «¡Al sábalo! ¡Sábalo! ¡Sábalo fresco! ¡Y qué fresco lo tengo! ¡A la pescaílla! ¡A la pescaílla *de la mar!,*» cuyos estentóreos pregones,



LOS REYES DEL DESIERTO, cuadro Guillermo Kuhnert

petidos sin cesar un día y otro, con el acompañamiento de las libaciones del aguardiente, concluyen por enronquecerlos ó destrozar sus pulmones, si antes la fortuna no se les muestra favorable, y entonces establécense en alguna accesoria con un puesto de freir, donde no es difícil que con muy corto capital encuentren medios hábiles para sustentarse.

Extraordinario es el consumo de mariscos y pescados que se hace en todas las ciudades andaluzas próximas á las costas.

La facilidad de las comunicaciones ha favorecido de modo extraordinario este comercio, y en los figones, tabernas y colmados derróchase la manzanilla acompañada de ostiones, cangrejos, almejas, ostras y cañadillas, langostinos y bogavantes, acedias, salmonetes y toda suerte de pescados, que á excepción de los mariscos sírvense fritos, pero con tal arte, que puede asegurarse que operación tan sencilla como esta requiere suma habilidad en su ejecución, capaz de desesperar á los grandes cocineros, don singularísimo que parece vinculado en ciertos freidores.

Así se explica que por las noches, al momento de la llegada de los trenes, agólpense las gentes á las puertas de las freidurías, y ya ni el apuesto caballero de brillante chistera, ni la elegante dama se desdeñan de acudir á estas tiendas, confundiéndose con la flamenca y con el mozo terne, para salir todos llevando sendos cartuchos de amariliento papel de estraza, en los cuales se contiene el pescado acabadito de freir, que aún chirria y va dejando al andar el penetrante olor que lo caracteriza y que lo delata.

Bajo la amplia campana que cobija las hornillas, hierve y chisporrotea el aceite en una sartén que más se asemeja por sus proporciones á gran caldera: allí dentro se fríen kilogramos de pescado, que de vez en cuando mueve ó cambia de posición el freidor con enorme espumadera, la cual por su brillo parece de bruñida plata, y mientras tanto su ayudante prepara las piezas grandes ó pequeñas, cortando las segundas con afilado cuchillo, que le permite sacarlas delgadísimas, pasándolas inmediatamente á una gran caja llena de harina, donde las vuelve y revuelve, y tomando una por una las golpea entre las palmas de sus manos, hasta hacerles perder la cantidad de harina que juzga conveniente.

Cosa es de ver la presteza y agilidad con que el freidor y su pinche, cubiertos los pechos con largos mandiles de blanquísimo lienzo, remangada la camisa por encima del codo, efectúan todas estas operaciones, que dan por resultado llenar con el pescado ya frito los grandes lebrillos vidriados que puestos sobre el mostrador incitan al transeunte, el cual no resiste á la tentación, y allí se detiene hasta conseguir su cartucho.

Pero atravesemos el zaguán ó portal donde se halla instalada la cocina para llegar al pequeño patio ocupado por varias mesitas de pino, tan limpias y blancas que el más pulcro no tendría inconveniente en comer sobre sus mismas tablas, pues á fuerza del cotidiano y esmerado aseo puede decirse que están bruñidas ó barnizadas.

Más de una amorosa pareja encontraremos que se regodea libando del vinillo de la hoja, ó de la aromática manzanilla, presentada en las típicas bateas de reluciente metal ó de hojalata, cuyo líquido facilita el descenso hasta el estómago de las aceitunas negras aliñadas ó de las verdes, sin que falte para amenizar la modesta cena algún tocador de guitarra, que con su instrumento acompaña sus cantos de soleares y jaleo, de seguidillas y peteneras.

El freidor sevillano y su tienda son más dignos de la pluma de *Fígaro* que no de la mía, harto desaliñada, y capítulo aparte merecen entre los más habilidosos de esta tierra los que se dedican solamente á freir las *tajadas* de bacalao ó *soldados de pavía*, que sin que yo sepa el origen del vocablo, así las llaman, las cuales también requieren un arte especial por parte del freidor, sobre todo para el preparado de la masa en que son rebozadas ó envueltas y en el punto que ha de darse al aceite.

Estas tiendas, que antes de la facilidad de comunicaciones gozaban de gran auge, han ido perdiéndolo, y las más típicas hay que buscarlas en los barrios adonde se han retirado, cediendo los sitios céntricos de la ciudad á las más acreditadas y concurridas freidurías de pescado.

Si tú, lector amigo, no conoces á Sevilla y alguna vez se te antoja venir para apreciar las particularidades de este pueblo, no dejes, te lo encarezco, de entrar una noche en la primera tienda con que tropieces, y con *dos reales de pedacitos, medio real de aceitunas, un cundis y vino de la hoja,* total cuatro reales inclusa la propina, te aseguro que has de salir satisfecho y agradecido del consejo que te doy.

J. GESTOSO Y PÉREZ



EN EL CAMPO, cuadro de Rafael Correa (Salón Parés)



UN RINCÓN DE MI HUERTO, cuadro de Alfredo Souto (adquirido por S. M. la Reina Regente)

TURNO PAR

– Están «los tiempos» malísimos y es necesario aprovecharlo todo para vivir. ¿Que cae un pupilo? A echarle el guante.

– ¿Que no paga? Mejor.

– No suponga usted eso ni en broma, D. Jenaro.

– Hay de todo, señora, hay de todo.

– ¿A quién se lo cuenta usted? ¡Pues si me pagaran lo que me deben los pupilos que han estado en mi casa!.. Me atrevería á regalar á usted una cajita de habanos.

– Gracias, doña Mónica, gracias; no me regale usted y procure que no me enreden las chicas en la habitación.

– D. Jenaro, en ese cuarto nadie entra más que yo.

– Es raro: porque usted no tendrá ciertas curiosidades.

– En mi vida he sido curiosa; limpia, sí; pero curiosa, jamás.

– Ya usted ve que yo poca guerra doy: salgo de casa al obscurecer ó antes, en verano, y regreso, indefectiblemente, á las nueve de la mañana; me acuesto y hasta la noche.

– Es verdad. En esta casa ya sabe usted que hay mucho orden.

– Sí, el necesario.

– Y mucha vergüenza.

– Sí, la indispensable.

– No, Sr. D. Jenaro, mucha más de la indispensable.

– Pues eso quise decir: exceso de vergüenza.

– Hay dos criadas limpias, leales, activas y prudentes.

– Aunque les esté mal el decirlo al público.

– ¿Y calladas? Como dice aquel personaje de comedia: «La tumba es una cotorra, comparada con ellas.»

– Sí, son buenas chicas, y sanas.

– ¿Que si son? Mire usted: en la habitación de la esquina hay un matrimonio forastero y se dan cada paliza... Pues las chicas, que lo han visto, ni siquiera han dicho palabra.

– ¿Y cómo lo sabe usted, doña Mónica?

Hombre, por tonta que una sea, adivina esas cosas en seguida.

***

– Señora, yo no sé quién anda en mis cosas.

– Usted dirá, hija mía.

– Todos los días encuentro revuelto el ropero.

– Las muchachas, que son muchachas al fin y al cabo, y amigas de enterarse de todo; pero no tenga usted cuidado, señorita Delfina, que no se repetirá. ¿Qué tal, está usted á gusto en la casa? Y no tengo que repetir á usted que cuando necesite algo, me mande, ¿eh?

– Mil gracias, señora.

– ¿Usted es huérfana?

– Huérfana, sí, por mi desgracia.

– ¡Ay, también yo lo era hasta que me casé! ¿Cómo?

– No, no; digo que en cuanto me casé dejé de verme sola. Y yo no servía para ganarme el sustento como usted; por eso me casé, precisamente, con Nicasio.

– Yo estoy contenta, relativamente: encargada de un obrador, disfruto de ciertas deferencias, y voy tirando.

– ¿Tirando? No tendrá usted mucho que tirar, por desgracia, hija.

– Es un decir.

– Sí, sí, ya entiendo. Yo nada le digo; aquí estamos para servirnos unos á otros; y en cuanto note usted alguna falta, avise en seguida. Hija mía, quiero que no eche usted de menos la casa paterna, en lo que esté en mi mano.

***

– ¡Pero qué mujer tan hermosa! ¡Y es muy joven y muy bien educada!

– ¿Quién, D. Jenaro?

– Una que sale de esta casa: en dos ó tres días he tropezado con ella dos ó tres veces.

– Será alguna vecina.

– Doña Mónica, ¿lo ve usted?

– ¿Qué? ¿Qué es lo que veo?

– ¿Qué ha de ver, señora? ¡Un corsé entre mis papeles! Ahora ¿continuará usted sosteniendo que nadie entra en mi cuarto? Y este aroma..., huele á mujer á una legua.

– Mandé á las muchachas que abrieran para que se ventilase.

– ¿Y este corsé? Vamos á ver, ¿de quién es este corsé?

– Ese corsé es mío.

– ¿De usted? ¿Usted este talle? Doña Mónica, no sea usted vanidosa.

¿Duda usted?

– ¿Qué he de dudar? Estoy seguro de que no es de usted. ¡Digo! ¿y este retrato? Un retrato.

– El de mi difunto.

– Está bien. ¿Y este pañuelo con iniciales que no corresponden á su nombre y á su apellido? ¡Y qué olor tan rico! ¡Olor de juventud y de hermosura! Doña Mónica, ¿también?..



CONVALECIENTE, cuadro de Manuel Feliu (Salón Parés)

– Usted se ha vuelto loco.
– Niégueme usted ahora que entra alguien en mi cuarto

* * *

– (Esta vez no te escapas.)
– ¡Caballero!..
– ¡Señorita!..
– Tenga usted la bondad de no seguirme.
– ¿No quiere usted que la acompañe?
– Mucho menos.
– ¡Cómo ha de ser!
– Esto ya es verdaderamente ofensivo. Suplico á usted que se retire y no abuse de su imprudencia para desacreditarme.
– Está bien. Adios, señorita.
– ¡Caballero!
– ¿Qué dispone usted?
– Esa insistencia dará lugar á que reclame el auxilio de la autoridad.
– Señorita, voy á mi casa.
– ¿A su casa?
– Sí, señora.
– Basta.
Toca el timbre.
Doña Mónica abre la puerta.
– ¡Juntos! Ya decía yo que había gato.
– ¿Pero qué decía usted?
– ¿Es el esposo de usted este caballero?
– Joven, no autorizo á usted para que se burle.
– Señorita, no gaste usted bromas de ese género...fúnebre.
– ¿De modo que ustedes se conocían y se han burlado de mí?
– ¿Qué? ¿También aquí?
– Voy á mi habitación.
– ¡La mía! Ese es mi cuarto.
– Pero no imaginen ustedes que yo consentiré en mi casa semejante cosa.
– Pero doña Mónica, si yo no conozco á esta señorita.
– Ni yo á este caballero; puede usted estar tranquila.
– ¡Yo!
– Su esposo nada tiene que ver conmigo.
¡Dale!
– ¡Vuelta!.. ¡Ya, ya! ¿De manera, señora doña Mónica, que esta señorita y yo hemos estado viviendo en una misma habitación?
– Eso es: no tenía otra, y como no estamos para desperdiciar...
– ¡Ya! Eso es abusar, doña Mónica. ¡Así me olía á mí á gloria en mi cuarto!

EDUARDO DE PALACIO

NUESTROS GRABADOS

Convaleciente, cuadro de Manuel Feliu (Salón Parés). – La *Convaleciente*, de Manuel Feliu, lleva consigo el sello de la castiza gama distintiva del artista, su espíritu observador y sus indiscutibles aptitudes para el cultivo del arte. Feliu se ha presentado siempre en la forma cumplida que corresponde á quien como él camina con seguro paso por la senda que acertadamente escogiera en los comienzos de su carrera artística. Exento de divagaciones y veleidades, preséntase hoy tan sincero como ayer. Por eso ha representado con fidelidad á una niña enferma, sin recurrir al mentido aspecto del modelo ni á la sugestiva impresión que produce un realismo acentuado.

* * *

El anticuario, cuadro de Timoteo Pamplona. – En varias ocasiones, y con motivo de la reproducción en esta Revista de algunas obras del pintor zaragozano Sr. Pamplona, hemos formulado juicios acerca de su valía y de sus méritos. De ahí que hoy nos limitemos á llamar la atención de nuestros lectores respecto del cuadro titulado *El anticuario*, cuyo asunto, si bien nos recuerda épocas y corrientes artísticas que ya pasaron, demuestra la habilidad del pintor y atestigua el estudio que ha debido realizar para reproducir fielmente los pormenores que constituyen el cuadro: estas cualidades bastan por sí solas para acreditar á un artista.



SALIDA DE MISA, cuadro de Luis Beut

* * *

Salida de misa, cuadro de Luis Beut. – El primoroso cuadro de caballete titulado *Salida de misa* es muestra evidente de la facilidad de ejecución que se revela en todas las producciones del discreto pintor valenciano Luis Beut, el aventajado y predilecto discípulo del decano de los artistas de aquella región Sr. Agrasot. En el lienzo de que hacemos mérito recomiéndase el fondo por el concienzudo estudio de la portada de una de las más hermosas iglesias de la ciudad del Turia y por la disposición de las figuras, que contribuyen á explicar el asunto, acertadamente pintadas y dignas del buen nombre que se ha conquistado el Sr. Beut.

EL ANTICUARIO, cuadro de Timoteo Pamplona

* * *

En el campo, cuadro de Rafael Correa (Salón Parés). – De carácter señaladamente transpirenaico es el gran lienzo del discreto pintor chileno Rafael Correa, cuyo título se ajusta al asunto desarrollado por su autor. Una campesina abrevando una vaca es el tema desarrollado por el artista, que ha logrado ejecutar una obra muy recomendable, puesto que el paisaje constituye un hermoso fondo, sin que distraiga ni menoscabe el valor de la figura de la garrida campesina y de la vaca, trazada en algunos trozos con gran relieve, demostrando las aptitudes del pintor y la justicia con que el gobierno de su país le otorgó la pensión de que disfruta.

* *

Un rincón de mi huerto, cuadro de Alfredo Souto. – Retirado Alfredo Souto en la hermosa región gallega, es el digno representante del movimiento artístico de aquellas provincias, el que más cumplidamente interpreta en el lienzo las bellezas que su país encierra y el que mayores muestras da de sus no comunes aptitudes é inteligencia. Sus cuadros, ajustados al natural, distínguense por la exactitud de los tonos y la precisión de la pincelada, preciosos en el colorido, pero siempre trasunto de la verdad. El que hoy publicamos en estas páginas es un bello estudio al aire libre, que ha sido adquirido por S. M. la reina regente.





LA FARANDOLA, cuadro de E. L. Garrido

Las primeras flores, cuadro de O. Blum.—Sin pertenecer exclusivamente á ningún género determinado, viene á ser este cuadro una fusión bellísima de los dos elementos capitales en toda obra de arte, la verdad y la poesía. Hay en él una parte de realismo y otra de idealismo tan hábilmente combinadas, tan armónicamente unidas, que, sin prevalecer ninguna de ellas sobre la otra, mutuamente se completan constituyendo un todo que halaga los sentidos y á la vez ahonda en la inteligencia y en el corazón. La elegante figura de la velocipedista que, montada en su máquina, rápidamente se desliza por la pendiente de la montaña; el delicioso amorcillo que encaramado en el florido almendro sacude las primeras flores con que la naturaleza cubre los árboles y las hace caer formando agradable lluvia sobre la linda joven; el paisaje, el cielo, todo tiene un sello poético tan simpático y al mismo tiempo un carácter de verdad tan encantador, que no es aventurado afirmar que el lienzo del alemán Blum ha de satisfacer á todos los aficionados é inteligentes en bellas artes, cualquiera que sea la escuela en que militen y cualesquiera que sean las tendencias á que rinden preferente culto.

***

Los reyes del desierto, cuadro de Guillermo Kuhnert.—El pintor berlinés Kuhnert es considerado en la actualidad y desde hace muchos años como uno de los que mejor tratan asuntos como el del cuadro que reproducimos, que tienen por escenario el desierto y por personajes á las fieras que en el desierto habitan. En el lienzo que nos ocupa, una pareja de leones acosada por el hambre aproxímase al oasis que en el fondo se distingue, esperando hallar alguna víctima en que hacer presa. La impresión que la pintura produce es terrorífica: aquellos dos fieros animales puestos en medio de la inmensa soledad llegan á inspirar verdadero miedo, y contemplando sus abiertas fauces y sus actitudes amenazadoras, casi se oyen sus terribles rugidos que, rompiendo el majestuoso silencio del desierto, infunden espanto en el ánimo más esforzado, y se espera de un momento á otro verles lanzarse sobre el indefenso caminante y despedazarlo entre sus garras y entre sus dientes. La ilusión es completa, y este es el mejor triunfo del artista.



ULLOA, estatua de José Alcoverro

***

Ulloa, estatua de José Alcoverro.—Digna pareja de la estatua de Jaime Balmes, que hemos reproducido recientemente, es la del insigne marino Ulloa, que figura en este número, dedicada también, como aquélla, á embellecer el nuevo edificio destinado á ministerio de Fomento. Los elogios que entonces tributamos á nuestro paisano el distinguido escultor Sr. Alcoverro debiéramos hoy repetirlos, porque esta obra se halla á igual altura, y una y otra pregonan su inteligencia y sus merecimientos.

La farandola, cuadro de E. L. Garrido.—La farandola es una danza popular en el Mediodía de Francia, que también se ejecutó en los salones aristocráticos y que en la literatura contemporánea ha popularizado Alfonso Daudet en su preciosa novela *Numa Roumestán*. El autor del cuadro que publicamos ha escogido para su composición uno de los movimientos más elegantes y graciosos del baile, aquel en que la segunda pareja pasa por debajo del arco que enlazados en alto forman los brazos de la primera, y ha vestido las figuras de los bailarines con los elegantes trajes de mediados del pasado siglo. Eduardo Garrido ha confirmado en *La farandola* la fama que en París se ha conquistado y que le coloca entre los primeros artistas especialmente dedicados á reproducir escenas de salón y encantadores episodios del período del *rococó*, período que tanto se presta para ejecutar primores con el pincel, por lo pintoresco de las costumbres, de los muebles, de los trajes, de todo cuanto, en suma, ofrece ancho campo al pintor para lucir su talento y su habilidad técnica.

***

Capricho fotográfico.—Como tantas veces hemos hablado de las excelencias de la fotografía cuando el que la cultiva está dotado de sentimiento artístico, nada diremos á propósito del capricho fotográfico que en esta página reproducimos: fíjense en él nuestros lectores, y sin esfuerzo comprenderán que una operación al parecer puramente mecánica puede llegar á producir obras que bien merecen el dictado de obras de arte.

MISCELANEA

Bellas Artes.—BERLÍN.—Para el monumento que se ha de erigir en Berlín á Ricardo Wagner se ha abierto un concurso entre siete de los más notables escultores alemanes. El comité encargado de la construcción de ese monumento ha dejado al arbitrio del emperador señalar el lugar en donde ha de erigirse.

***

LONDRES.—Actualmente se encuentra en Londres Mr. Harry P. Gill, conservador de la Galería Nacional de Adelaida, capital de Australia, para comprar con destino á la misma en Europa cuadros por valor de 250.000 pesetas. Esta cantidad es el primer plazo de un legado de 725.000 pesetas que un aficionado australiano dejó con este objeto, y se invertirá seguramente en sus dos terceras partes en la adquisición de obras de pintores ingleses y el resto en la de cuadros de otros artistas europeos.

***

Teatros.—*París.*—Se han estrenado con éxito en la Comedia *Les Truands*, drama en cinco actos y en verso de Juan Richepin; en el teatro Antoine *Le nouveau idole*, interesante drama en tres actos de Francisco de Curel, y *Que Suzanne n' en sache rien!*, bonita comedia en tres actos de Pedro Veber; en el teatro de la República *Le chat botté*, comedia de magia en veintidós cuadros de Ernesto Morel, puesta en escena con extraordinario lujo; en Cluny *A qui le caleçon*, gracioso vaudeville en tres actos de Pablo Ferrier, y *Le monsieur de chez Maxim*, ingeniosa revista-parodia en un acto de Alfredo Delile; y en la Opera Cómica *Beaucoup de bruit pour rien*, ópera en cuatro actos y cinco cuadros inspirada en una comedia de Shakespeare, con bonita música de Pablo Puget.

***

Madrid.—Se han estrenado con buen éxito: en la Princesa *Sor Angela*, interesante y bien escrito drama en tres actos de D. Juan Antonio Cavestany; en Lara *Bala perdida*, graciosa pieza en un acto de los Sres. Ramírez y Quirós; en Parish *El clavel rojo*, zarzuela en tres actos de los Sres. Perrín y Palacios con bonita música del maestro Bretón; en Apolo *El trabuco*, cuadro de costumbres valencianas en un acto, letra del Sr. Sánchez Pastor y música de los Sres. Torregrossa y Valverde (hijo); y en la Zarzuela *¿Citrato? De ver será*, chistosa parodia en un acto de la aplaudida comedia de Roustand *Cyrano de Bergerac*, letra de los Sres. Lucio y Merino y música de los maestros Caballero y Valverde (hijo). En el teatro de la Comedia ha debutado con excelente éxito la compañía italiana que dirige Teresa Mariani y que tan gratos recuerdos dejó en Barcelona.

***

Barcelona.—Se han estrenado con buen éxito: en el Eldorado *Amor engendra desdichas, ó el guapo y el feo y verduleras honradas*, sainete en un acto de la Ricardo de la Vega con música del maestro Jiménez, y *Los gendarmes*, zarzuela en un acto de Estremera, música de Chapí; y en la Granvía *El querer de la Pepa*, zarzuela en un acto de los Sres. Larrubiera y Casero, música del maestro Brull. En el Liceo ha comenzado la temporada de primavera, habiéndose cantado con el mismo éxito entusiasta que en el año pasado la preciosa ópera de Puccini *La Boheme*, en cuyo desempeño han obtenido ruidosos aplausos, en primer término el tenor Sr. Bonci y las señoras Savelli y Martelli, y los Sres. Sottolana, Viale y Cromberg, habiendo sido asimismo muy aplaudido el maestro Mugnone.



CAPRICHO FOTOGRÁFICO

Necrología.—Han fallecido:

El conde de Chaudory, hombre de Estado y diplomático francés.

Franz Ritter von Hauer, notable geólogo y paleontólogo austriaco, director del Instituto Geológico é intendente del Museo de Historia Natural de Viena y autor de varias é importantes obras.

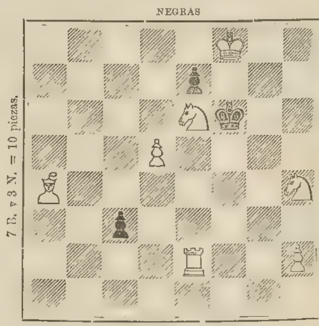
Guillermo Sohn, notable pintor alemán.

Mauricio Thom, pintor de historia y retratista húngaro.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 156, POR J. TOLOSA Y CARRERAS

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 155, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. R 7 D	1. R 5 D
2. P 4 R	2. R juega.
3. P 4 D ó D mate.	

EL PASADIZO SECRETO

POR LUIS DE LLANOS. – ILUSTRACIONES DE BONÍN

(CONCLUSIÓN)

»De frente había otra á la misma altura. Cerrada con una compuerta muy sólida, pero algo corroída por la humedad; por los intersticios destilaban gotas de agua, que resbalando por el muro, la escalera y el pavimento de la mazmorra, iban á desaparecer por unos agujeritos abiertos en la piedra. Volví á mi cárcel y escribí el resultado.

»Al otro día, del cesto salió un berbiquí y un pesado martillo.

»La carta era de este tenor:

«Estamos salvados. Roberto es tu carcelero, pero insistimos en el sistema de evasión que en un principio pensamos y que paso á explicarte con minucio sos detalles.

»La compuerta de la segunda mazmorra da á la cisterna grande, que sólo se abre con una llave que corresponde al despacho del gobernador en el segundo piso del *Maschio*. Pero si no podemos abrirte esa puerta, podemos darte los medios de que la abras tú. Con ese berbiquí traza un círculo de un codo de diámetro y sobre la circunferencia abre agujeros bastante aproximados los unos á los otros, pero sin perforar completamente la tabla. Cuando esto esté hecho, da algunos fuertes martillazos en el centro y el disco saltará. Por él verás precipitarse un brazo de agua. Refúgiate en tu prisión y espera. Cuando toda el agua de la cisterna haya pasado al pozo formado por la última mazmorra, el nivel del agua llegará al piso de tu prisión. Entonces échate á nado y llega hasta la compuerta que entre tú y Roberto, que entrará por el aljibe ya vacío de agua, la romperéis, y él te abrirá la puerta del pasadizo secreto que dió entrada en la fortaleza á Nicolo Piccinino y que desemboca en la montaña á más de tres millas. Estás, pues, salvado. A la puerta del pasadizo te espero yo con los caballos, y huiremos juntos, amor mío, y ya jamás, jamás, nos separaremos. Te idolatra tu *Paulina.*»

»Mi alegría fué inmensa. Al fin iba á recobrar la libertad..., al fin iba á reunirme con Paulina..., adorada mía, que con su actividad y su talento encontraba solución á los más difíciles problemas. Y mientras incansable trabajaba con mi berbiquí agujereando los carcomidos tablones, ni un momento mi pensamiento de ella se apartaba..., y no me cansaba de alabar los tremendos esfuerzos de ingenio y de actividad que había desplegado hasta lograr sacarme en tan breve plazo de las propias entrañas de la tierra. Bendiciendo su nombre y centuplicadas mis fuerzas con la esperanza, mi trabajo adelantaba con rapidez, y pronto pude arrojar el berbiquí y empuñar el martillo, y entonces, conforme Paulina me asegurara, saltó el disco y un brazo de agua violentísimo se precipitó en la mazmorra, arrastrándome con furia en su caída.

»Quedé un momento privado de sentido por el golpe, pero la impresión del agua helada subiendo de nivel en el fondo de la mazmorra, me volvió al sentimiento de la realidad.

»Corrí á mi prisión, escribí el aviso y esperé con impaciencia la llegada de la canastilla, escuchando con delicia el sordo ruido del agua que subía por momentos y que ya llenaba más de la mitad del enorme pozo; y tiritando de frío en estas lobregueces, con los vestidos empapados en agua, sonreía con delicia ante la idea de mi cercana libertad... y de mi segura dicha. Al fin llegó la canastilla y con ella sólo estas dos palabras:

«¿Dónde llega el agua?

»Valor y esperanza. Tu *Paulina.*»

»El agua inundaba las dos terceras partes de la mazmorra y seguía subiendo en la misma proporción.

»Ni por un momento dudé..., ni por un momento me amedrenté. Creía á Paulina como se cree en Dios.

»Estaba cierto que el nivel no pasaría del del piso de mi cárcel. La losa del techo alzándose inesperadamente me llenó de zozobra. ¿Se habría descubierto mi tentativa de fuga? ¿Vendrían á sacarme de mi prisión?

»Y al solo pensamiento de que de allí me arrebatasen cuando tan cercana me parecía tener dicha y libertad..., se me heló la sangre en las venas..., pero pronto descansé. Era la canastilla portadora hasta entonces de mi dicha que bajaba. Dentro de ella había un pan, en el pan una carta. Decía así:

XVII

LUZ EN PLENAS TINIEBLAS

«Imbécil te creí siempre, pero no tonto. Sandio, postrer gota de pus de una raza de brutos y asesinos, ¿no has comprendido que yo te odio y que en ti quiero vengar, con creces, el asesinato cometido por tu hermano sobre mi madre, y mi deshonra por el libertino de tu padre? ¿Y creías en mi amor, necio presuntuoso, noble ridículo?.., pues escucha:



Dentro de ella había un pan, en el pan una carta. Decía así:

»Yo fuí deshonrada por el viejo asqueroso de tu padre, cuando aún no contaba doce años de edad. Desde los doce años de edad, en que cometió conmigo tu padre el abominable crimen, fuí su esclava complaciente. ¿No clama esto al cielo venganza?

»Entre mi madre y yo comenzamos vuestro despojo.

»Cuanto te dejaron, es muy poco. El dinero que nuestro fiel Roberto, que es mi amante, prestaba al necio de tu hermano era dinero de Rocabruna, pero lo pagaba como si fuese dinero de toda la raza de Jacob..., que al fin judías somos y á mucha honra.

»Si tu hermano fué tan cernícalo que no cayó en la cuenta de sus desgracias de familia hasta la desventurada aventura del Segni, no pudo quejarse; á su propia ceguedad lo debe. Mi madre le engañó á conciencia siempre, y siempre mucho, con todo el que halló á mano; y por el Dios de Israel que hizo bien y mil veces bien; que á necios bárbaros y sanguinarios como todos los Rocabrunas debe tratárseles así.

»Cuando mi madre murió, juré venganza..., y creo que me resultará completa.

»Después de apoderarme de todos los bienes de la casa, ya por donación, ya por dolo y simuladas ventas, resolví envenenar al viejo lentamente y obligarle á casarse *in extremis.*

»Ya estaba medio envenenado cuando tuviste la necedad de presentarte.

»Con las importantísimas revelaciones de Basilio, que no está loco, ni ese es el camino, y lo que tú ya sabías, sobraba para abrir los ojos á un alcornoque; sin embargo, tu estupidez es tan supina que con cuatro jipidos y un poco gazmoñería creíste en la mistificación de la carta, creíste en mis protestas, y es más, no comprendiste cuánto odiaba tu casta maldecida, y que aun á trueque de perder todas mis honradas economías, producto de tantos años de náuseas, prefería la venganza.

»¡Yo pura!, ¡yo honrada! ¡Oh colmo de la necedad y de la tontería!

»Me amaste, infeliz, y tu amor me sirvió de palanca para espantar en pocas horas á tu padre y obligarle al casamiento.

»Así evitaba, decía aquel salvaje, que jamás yo pudiera casarme contigo.

»Aquella noche que te encerramos vino el viejo prior de Spello, al que también domino, y nos casaron.

»Y tan pronto como me vi, de un lado millonaria – soy millonaria, puedes morir tranquilo, – y de otro duquesa asistente al solio, sólo me faltaba quedar libre, completamente libre de Rocabrunas, para mejor rodar por el fango vuestro patricio apellido; y se me ocurrió lo más sencillo: asesinar al padre y acusar al hijo pródigo del tremendo parricidio.

»Yo te delaté, te entregué y te encarcelé. Y temerosa de que los jueces pudieran creer algo de tus revelaciones y de resultas quedar yo comprometida, renuncio al placer de verte morir en la picota por mano del verdugo, cosa que me sería muy grata, y discurrí y llevé á efecto el ingenioso plan que ahora se está desarrollando.

»Te hice romper, mentecato, la compuerta que contiene el agua de la cisterna para que en tu propia cárcel te ahogues como inmunda rata.

»Ahí morirás..., y cuando mañana tus jueces te busquen, tu prisión será un lago y tu cuerpo el cuerpo hinchado y horrible de un ahogado. ¿No comprendiste, belitre, que el pasadizo secreto no podía desembocar en las cisternas?

»Cuando la gente se hallaba sitiada en su último refugio – el *Maschio*, – antes de entregar la fortaleza descendía á tu cárcel, luego á la mazmorra subterránea. Levantaban la losa que está del lado del desagüe y escapaban: una vez en el pasadizo secreto, abrían la compuerta por medio de las cadenas que allí comunicaban, y el agua interponiéndose entre sitiados y sitiadores salvaba á éstos la vida. ¿Comprendes ahora? Tú, gran general del gran Vendome, ¿no lo habías sospechado? ¡Te felicito por tu estupidez!

»Tu prisión será pronto tu sepultura. Esa agua que crece en derredor tuyo, tú te la proporcionaste, y ya nada ni nadie te podrá salvar, y pasarán siglos antes que se sospeche que en las obscuras simas en que te hallas yace el más necio de los hombres, el último de los Rocabrunas semiauténticos.

»Consuélate pensando que mientras tu mueres ahí lentamente, expira en el tormento el infiel Basilio, como expiraron antes sus traidores compañeros.

»Consuélate pensando que á estas horas no hay más duquesa de Rocabruna que yo, Paulina, la hija de un verdugo y de una mujer perdida, y que mientras tú leas ésta, tu sentencia de muerte, yo estaré entre los brazos de mi Roberto, pagándole con apasionadas caricias esta hermosa venganza que su conocimiento de los subterráneos de la *Rocca de Assisi* me proporciona.

»Si hay Dios, le ruego te dé larga y penosa agonía y tan atroz muerte como yo te deseo. Tu adorada, purísima... ¡Necio!

»PAULINA.»

. . . .

»Subía el agua..., subía por momentos. Aprovecho las pocas horas que de vida me quedan para escribir esta declaración y encerrarla en mi cinto. ¡Que se salve pido á Dios; que se salve y llegue á la luz del día á tiempo de poder cortar en la picota el curso de crímenes del viborezno que acogí en mi seno!

»Fuí muy culpable..., pero bien caro me cuesta.

»Escribo estas últimas líneas con el agua á la cintura..., transido..., helado; pero aún más helada está mi alma. ¿Cabe traición más infame? ¿Se concibe mayor refinamiento de crueldad?

»Me ahogo, voy á morir lenta y cruelmente.

»Señor, piedad para mi alma pecadora.

»Señor, venganza..., venganza.

»ÁLVARO,

»Ultimo duque de Rocabruna.

»Rocca de Assisi, 13 Diciembre 17...»

EPILOGO

Dimos decorosa sepultura al cuerpo en el cementerio de Assisi. Sobre los restos del desgraciado Rocabruna escribimos un nombre solo, ALVARO.

Del castillo de Rocabruna nada queda. Se incendió cuando la guerra de los franceses. El apellido no existe. Se conoce que Paulina no dejó descendencia.

En San Francisco se celebraron soberbios funerales.

Los buenos frailes sacaron del fondo de sus armarios sus mejores joyas para esta ocasión.

No obstante, aún nos sobró dinero de Rocabruna para hacer muchas limosnas.

Yo sólo conservo una moneda de oro con la efigie del Papa Doria en recuerdo común al desgraciado Alvaro y al maestro de los maestros, el gran Velázquez, que de ese pontífice hizo el mejor de sus retratos.

El Sr. Luigi conserva otra.

Cuando en San Francisco las beatas preguntaban por quién era el funeral, padre Antonio les contestaba que por un mártir.

A nosotros nos dijo:

– No se quejarán ustedes. Función más magna no se hace en ninguna parte, y al fin y al cabo ¿por cuánto? Escasas 200 liras. Váyanse ustedes á morir á Roma ó á París, y ya me dirán ustedes lo que les cuesta.

LUIS DE LLANOS



Dimos decorosa sepultura al cuerpo en el cementerio de Assisi

EN EL FONDO DEL ABISMO

NOVELA ORIGINAL DE JORGE OHNET (1)

PRIMERA PARTE

I

En el comedor de los Extranjeros del Club Automóvil, los convidados estaban acabando de comer. Eran las diez de la noche y los jefes de comedor servían el café. Los mozos se habían retirado y en el salón contiguo estaban preparadas las cajas de cigarros para los fumadores. Había allí doce comensales, seis hombres y seis mujeres, además del anfitrión, Cipriano Marenval, célebre industrial que había hecho una inmensa fortuna fabricando y vendiendo una fécula alimenticia que lleva su nombre. En torno de la mesa, adornada de flores extrañas y chispeante de cristales y de argentería, las mujeres de dudosa moral y los amables vividores convocados por Marenval estaban agrupados en un desorden tan familiar como explicable, dada la excelencia de los manjares y la calidad de los vinos, y escuchaban á un joven alto y rubio que, á pesar de las frecuentes interrupciones de que era objeto, seguía hablando con tranquilidad imperturbable:

– ¡No!, no creo en la infalibilidad humana; ni siquiera en la de los que tienen la profesión de dictar sentencias y que pueden por consecuencia atribuirse una experiencia particular. ¡No!, no creo que en el momento en que un ciudadano como ustedes y como yo se sienta en el banco de madera de la tribuna del jurado se vea súbitamente iluminado por revelaciones superiores que le otorguen la ciencia infusa. ¡No!, no creo que unos honrados padres de familia, ni siquiera los solteros, en cuanto se endosan una toga, con ó sin armiño, no sean ya susceptibles de engañarse ni de dictar sentencias discutibles. En resumen, reclamo el derecho de creer en la ceguera de nuestros compatriotas en general y de los jueces en particular, y siento, en principio, la posibilidad del error judicial!...

La concurrencia prorrumpió en voces tumultuosas, se elevó un concierto de imprecaciones, y algunas de aquellas señoras empezaron á golpear los vasos con la hoja de los cuchillos. Los amigos del orador trataron una vez más de imponerle silencio con sus risotadas.

– ¡Maugirón, nos estás aburriendo!

– ¡Una cena de multa, Maugirón!

– ¡Se escurre como un macarrón este tipo!

– ¡Qué cursi es eso! ¡Pues no se ocupa de la magistratura!..

– ¡Oye! Pide una plaza de fiscal...

– ¡Sois todos unos idiotas!, exclamó Maugirón aprovechando un momento de calma.

– ¡Qué grosero!, dijo Marieta de Fontenoy. Oíd, debíamos marcharnos y dejarle solo.

– Marenval, ¿por qué nos invitas á comer con personas que tienen conversaciones serias á los postres?, preguntó la linda Lucía Pithiviers.

– Mira, ahí tienes á Tragomer, dijo Lorenza Margillier á Maugirón, que escuchaba impasible todos esos apóstrofes. Ahí tienes un guapo muchacho que no es fastidioso en la mesa. Solamente ha hablado para decir cosas agradables. Tengo un capricho por él, y si él quiere te planto, para enseñarte á hacer conferencias.

– ¡Digo, digo!, exclamó Maugirón; ahí tienes un buen negocio, Tragomer, y yo también. Lorenza me quiere dejar por ti... No vaciles, amigo mío, tómala. No desperdicies tanta dicha, ni aun al precio de mi desesperación. Pero, ante todo, dinos qué opinas sobre los errores judiciales.

– ¡Oh! ¡Basta!.. ¡Pues no vuelve á empezar! ¡Está chiflado! ¡Al ateneo! ¡Hacedle tragar la servilleta!

Todas estas interrupciones surgían de un coro de carcajadas; mientras, el convidado á quien se había dirigido Maugirón permanecía silencioso é impasible. Era el tal un hombre como de treinta años, alto, fornido, de cabeza cuadrada, color tostado, negros y rizosos cabellos y magníficos ojos azules. Su boca se dibujaba grave bajo un obscuro bigote y su barbilla afeitada ofrecía todos los caracteres de la firmeza, casi de la obstinación. Su ancha frente, limitada por las cejas, era blanca, surcada por admirables sinuosidades en las que se revelaban las facultades de reflexión y de imaginación. Al verle de pronto serio y un poco sombrío, la animación de los convidados se enfrió súbitamente. El viejo Chambol, amigo inseparable de Marenval, interrogó con una especie de inquietud al joven, cuya gravedad contrastaba tan fuertemente con la alegría de aquella comida.

– ¡Eh!, Sr. de Tragomer, ¿qué le pasa á usted? ¿Es que ese charlatán de Maugirón le ha impresionado con sus paradojas? ¿O es que la declaración de nuestra gentil Lorenza le parece á usted un cataclismo social? Muy silencioso está usted y muy triste para ser un hombre á quien se han puesto debajo de la nariz las más hermosas muestras de una bodega sin rival y ante los ojos los más bonitos hombros de París.

Tragomer levantó la frente y una sonrisa iluminó su semblante.

– Lorenza es encantadora; pero si aceptase su proposición, no me perdonaría el haberla hecho dejar á Maugirón y éste me guardaría rencor por habérsela quitado. No arriesgaré, pues, esta doble pérdida. Si me habéis visto un momento pensativo es que reflexionaba sobre lo que acaba de decir nuestro amigo y que bajo los excesos de elocuencia á que se ha entregado creo que hay un fondo de verdad...

– ¡Ah!, exclamó triunfalmente Maugirón. ¿Lo veis? Tragomer, noble bretón cuya sinceridad está fuera de duda, puesto que no quiere engañarme con mi... amiga que se le ofrece sin ambages, comparte conmigo la opinión que yo he tenido el honor de desarrollar ante esta honrada concurrencia... Habla, Tragomer; tú debes tener argumentos para estos mojigatos que me chillaban hace un momento y ahora te escuchan con la boca abierta porque tomas esos aires tenebrosos que les hacen esperar revelaciones sensacionales. ¡Anda, amigo mío, rompe los diques de tu elocuencia, convéncelos, aplástalos, á Marenval sobre todo, que ha estado innoble conmigo, interrumpiéndome continuamente, como si estuviese yo elogiando alguna falsificación de su fécula, que es, dicho sea de paso, la más sospechosa porquería que se ha fabricado nunca en los dos hemisferios!

– ¡Adiós!, ya se disparó..., exclamó Marenval con desesperación. ¿Quién detiene ese molino de palabras?

– ¡Cállate!, gritó el coro de convidados.

– ¡Tragomer! ¡Tragomer!

Y los cuchillos golpeaban los vasos en cadencia, con un ruido ensordecedor. El joven Maugirón hizo un signo con la mano para reclamar silencio, y con voz aflautada dijo:

– El señor vizconde Cristián de Tragomer tiene la palabra sobre el error judicial y sus fatales consecuencias.

En seguida se volvió á sentar, y un silencio profundo se produjo, como si todos los concurrentes sospechasen que Cristián tenía revelaciones importantes que hacer.

– No ignoráis, dijo entonces Tragomer, que partí hace dos años para un viaje alrededor del mundo que me ha tenido alejado de París y de mis amigos hasta el otoño último. Durante esos veinticuatro meses he recorrido numerosos y variados países y paseado por ellos mi aburrimiento y mi tristeza. Tenía serias razones para dejar la Francia. Una gran pena había alterado mi vida. Un suceso misterioso, todavía inexplicable para mí, había producido la prisión, el procesamiento y la condena de mi compañero de la juventud, de Jacobo de Freneuse...

– ¡Sí!, nos acordamos de aquel deplorable asunto, dijo Chambol, y aun creo que Marenval era algo pariente ó aliado de la familia de Freneuse y que este pobre amigo estuvo muy afectado por el escándalo horrible que produjo el proceso.

– No es divertido, ciertamente, dijo Mar[illegible]

(1) Deseosos de publicar al mismo tiempo que se publica en París esta interesantísima novela, la última del ilustre escritor Jorge Ohnet, y en la imposibilidad de darla, por esta razón, ilustrada, no vacilamos en interrumpir por esta vez la costumbre establecida en esta sección, en la seguridad de que nuestros lectores han de agradecernos que prescindamos en este caso de los dibujos, pues de este modo podrán soborear antes las bellezas de esta obra de uno de los primeros novelistas contemporáneos

Fontenoy, para un hombre como Marenval, que es la corrección y la elegancia mismas, el ver á uno de sus parientes en el banquillo de los acusados.

Marenval dirigió á la hermosa muchacha una sonrisa de agradecimiento, y tomando una actitud solemne, declaró:

– Aquello me podía hacer un daño inmenso ante el mundo, en el que acababa de entrar y al que había conquistado, me atrevo á decirlo, por el lujo de mi casa, por la esplendidez de mis fiestas y por mis escogidas relaciones. No hacía falta más para hundirme por completo. Yo era ya un industrial enriquecido en los artículos alimenticios, variedad social difícil de imponer en los círculos y de implantar en la buena sociedad, y tenía que pasar de repente á la situación de pariente de un condenado á muerte... ¡La cosa no era halagüeña!

– Bien puedes decir, amigo mío, afirmó Lorenza Margillier, que para ser un *snob*, tuviste una entrada que no fué ordinaria...

– Yo no soy un *snob*, dijo vivamente y en tono de protesta Marenval. Solamente me gusta la distinción en todo. Toda mi vida ha transcurrido en el trato de gente nauseabunda y ya estoy harto. ¡No quiero ya ver más que personas correctas!

– ¡Te dejarías azotar por tutear á un duque!

– Tiene razón Marenval; debemos fijar siempre nuestra vista en las alturas.

– ¡Y buscar á los que nos desprecian!

– ¡En todo caso, corrí gran riesgo de ser despreciado á causa de ese maldito asunto!, replicó Marenval con aire ofendido. Así, podéis creer que la cosa me hizo brotar canas...

– ¿Dónde las tienes?

– ¿Te las tiñes?

– ¡Para no exponerlas á enrojecer!

– Pero, eso sí, cumplí mi deber con la familia de Freneuse, pues me puse á la disposición de la madre del desgraciado y culpable Jacobo.

– ¿Culpable?, interrumpió bruscamente Tragomer. ¿Está usted seguro?

A esta pregunta, tan directamente formulada, se produjo un efecto de estupor.

– He participado, por desgracia, de la convicción de los magistrados, del jurado y de la opinión pública, dijo Marenval; pues, en realidad, era imposible dudar. El mismo acusado, en medio de sus protestas, de su exasperación, no encontró ni un argumento, ni un hecho que citar en su defensa. Ni una declaración le fué favorable, y en cambio hubo en contra suya veinte de las más abrumadoras. ¡Oh! Se puede decir que todo contribuyó á perderle, su misma imprudencia, su conducta anterior, todo, en fin. Me duele en el alma hablar así, pero me obliga á ello el convencimiento. No creo, no puedo creer en la inocencia de ese desgraciado, á menos de ser un insensato. Es imposible dudar que mató á su querida, la encantadora Lea Peralli.

– ¿Para robarla?, añadió irónicamente Tragomer.

– El mismo había empeñado, el día anterior, en el Monte de Piedad, todas las alhajas de la víctima.

– Entonces, ¿por qué matarla, pues que ella misma le había dado todo cuanto tenía?

– Las papeletas valían lo menos veinte mil francos... Jacobo debía una suma igual á la caja del círculo. La deuda fué pagada en el momento preciso, las papeletas fueron presentadas el mismo día y las alhajas desempeñadas... Lea Peralli vivía aún en ese momento, murió aquella misma noche... ¡Ah! Ese maldito asunto está muy presente en mi espíritu.

– Sí, todo lo que acaba usted de contar es exacto, repuso Tragomer; el pobre Jacobo desempeñó las joyas, pero negó siempre haber vendido las papeletas. Pretendía que el verdadero asesino las había robado y desempeñado las alhajas antes de que el crimen fuese conocido. Pues bien: si Jacobo no hubiera cometido el crimen por el cual fué condenado, ¿qué diríais?

Esta vez el bello Cristián no pudo dudar de que se había apoderado de su auditorio. Todos se callaron, y sus ojos fijos en él con apasionado ardor, sus actitudes violentadas por una intensa curiosidad, indicaban el interés que había sabido excitar en todos los espíritus.

– ¿Y entonces?, preguntó, por fin, Marieta.

– Entonces, dijo lentamente Tragomer, creo que se ha cometido en este asunto un error judicial y que nuestro amigo Maugirón hablaba hace un momento con mucha razón.

– Yo he conocido mucho á Lea Peralli, dijo Lorenza Margillier. Era una muchacha muy agradable y que cantaba deliciosamente.

Los demás perdieron la paciencia, y no pudiendo contentarse con tan poco, exclamaron:

– ¡La historia! ¡La historia! ¡En esto hay una historia!

– Sí, por cierto, respondió tranquilamente Tragomer; pero no esperéis que os la cuente.

– ¿Por qué no?

– Porque sé que tengo que habérmelas con las diez lenguas mejor cortadas de París, y no quiero que mi secreto...

– ¿Hay un secreto?

– Que mi secreto corra mañana por las calles, por los salones y por los periódicos.

– ¡Oh!

Aquello fué un grito de reprobación general, y el mismo Maugirón abandonó el partido de Cristián y se pasó al enemigo, gritando más fuerte que todos.

– ¡Abajo Tragomer! ¡Fuera Tragomer!

Pero el noble bretón les miraba con sus hermosos y tranquilos ojos, y escuchaba impasible sus maldiciones, el codo sobre la mesa y la barba apoyada en la mano. Dejó que se exhalase el descontento general y dijo con voz sosegada:

– Si el Sr. Marenval quiere escucharme, voy á contarle lo que sé.

– ¿Y por qué á él y no á nosotros?

– Porque él está unido á la familia de Freneuse, y porque, como él decía hace un instante, esos sucesos le han hecho sufrir grandemente. Es, pues, equitativo darle hoy ocasión de sacar algún provecho...

– ¿Y cómo?

– Eso es lo que me propongo explicarle dentro de un momento...

– ¡Muy bien! ¡Nos pone en la puerta, por añadidura!

– Maugirón, te perdono; has encontrado la horma de tu zapato. Tragomer es todavía más fastidioso que tú.

– ¡Cómo! ¿No dejáis quedarse ni á Chambol, el indispensable Chambol?

– Son las once, dijo Tragomer, y la ópera reclama á Chambol: hoy hacen *Coppelia*. Si no va por allí, ¿qué dirán las bailarinas?

– ¿Veis, amigos? Nos esforzamos por ser buenos y no se nos hace quedar...

– ¡No, Marenval!; excusas insistir para que nos quedemos...

– ¡Es inútil que nos supliques; somos inflexibles! Nos vamos, Marenval, nos vamos.

– Entonces, no hagáis el tonto, dijo Marenval con solemnidad. Las circunstancias, como veis, son graves. Dejadme amablemente con Tragomer. Y en recompensa...

– ¡Ah!, ¡ah! ¡Un regalo, exclamaron las damas.

– ¡Bueno!, sí, un regalo, dijo Marenval. El día de mañana recibiréis un recuerdo mío.

Las mujeres batieron palmas. La generosidad de Cipriano era conocida: el recuerdo sería de valor. Maugirón entonó, con la música de la marcha del Profeta:

– ¡Marenval! ¡Honor á Marenval!

Y todos entonaron en coro el himno solemne hasta que el héroe de aquel homenaje les interrumpió diciendo:

– ¡Silencio! Vais á hacer venir los comisarios del círculo. Sed razonables y marchaos con orden. Un beso y buenas noches.

Todas aquellas bonitas caras se aproximaron á los labios glotones de Marenval y se rozaron con su rudo bigote. Se cruzaron unos cuantos apretones de manos y la alegre cuadrilla pasó al salón inmediato para vestirse. Marenval cerró la puerta, y una vez solo con Tragomer, se sentó de nuevo, encendió un cigarro y dijo al joven:

– Ahora podemos hablar.

– Bien sabe usted, querido amigo, los lazos de cariño que me unían desde la niñez á Jacobo de Freneuse. Hemos sido compañeros de colegio y servido juntos en el regimiento. Nuestra existencia ha sido, por decirlo así, común. He participado de todas sus locuras juveniles. No hemos sido ciertamente muy moderados en nuestros placeres y con frecuencia hemos dado lugar á críticas, pero estábamos llenos de ardor y de fuerza y merecíamos un poco de indulgencia.

– Usted sí, amigo mío, usted, que siempre ha conservado, aun en los excesos, una corrección perfecta; pero Jacobo...

– Sí, bien sé; Jacobo pasaba los límites y no sabía detenerse á tiempo. Era un exagerado, y así en los goces como en las penas iba hasta el último extremo... Le he visto llorar arrepentido en los brazos de su madre, como un niño, después de alguna calaverada gorda, lo que no le impedía repetirla al día siguiente. Lo peor del caso era que la fortuna de su familia no permitía las prodigalidades á que él se entregaba, por lo que, disipada la herencia de su padre, mi desgraciado amigo tuvo que estar á cargo de su madre y de su hermana.

– ¡Ah, querido amigo!, ahí es donde yo dejé de comprenderle y me hice severo para él. Mientras no hizo más que derrochar su capital, le juzgué imprudente, sabiendo que era incapaz de bastarse á sí mismo, pero no le vituperé. Cada cual tiene derecho de hacer lo que quiere de su dinero. Uno atesora y otro malgasta; cuestión de gusto. Pero imponer sacrificios á los parientes, estar á cargo de dos pobres señoras para ir después á correrla con mujeres perdidas, creo que merece todas las severidades.

– No es usted el único que piensa de ese modo; todos los consejos que le dí entonces estuvieron conformes con los principios que usted sustenta muy justamente. Pero Jacobo, arrebatado por la fuerza de las pasiones, no tuvo en cuenta mis advertencias. Me respondía que á mí me era fácil la moral, porque la basaba sobre cien mil libras de renta; que los ricos tenían gran facilidad en predicar la virtud á los que están sin un céntimo, y que, ciertamente, si él pudiera no contraer deudas, sería el hombre más feliz del mundo. Y las contraía, lo sé por experiencia. Si le hubiera dejado hacer, hubiera dado al traste con mi caja; pero, aunque le quería tiernamente, tuve que calmar su afición desmedida á pedirme prestado, porque vi que muy pronto me pondría en apuro, sin salir de ellos él mismo. Por otra parte, la señora de Freneuse me suplicó que no fomentase con mi dinero los desórdenes de Jacobo. La pobre señora creía que se detiene un caballo desbocado tirándole de las riendas, como si toda presión y toda resistencia no sirviesen, por el contrario, para exasperar su locura.

– ¿No existió en aquel momento un proyecto de enlace entre la señorita de Freneuse y usted?

Tragomer palideció y su cara tomó una expresión dura y dolorosa. Sus ojos se hundieron bajo las cejas y su color azul se ensombreció como un lago sobre el cual pasa una negra nube. Bajó la voz y dijo:

– Me recuerda usted uno de los momentos más dolorosos de mi vida. Sí, yo amaba y amo aún á María de Freneuse. Iba á casarme con ella cuando ocurrió la catástrofe... Parece que estoy viendo á la madre de Jacobo cuando llegó á mi casa una mañana, medio loca de dolor y de espanto, se dejó caer en un sofá, pues no podía tenerse en pie, y me dijo sollozando: acaban de prender á Jacobo... en casa... hace un momento...

– ¿Se acababa de descubrir la muerte de Lea Peralli?

– Sí, se acababa de encontrar en el cuarto de Lea una mujer muerta de un tiro de revólver y con la cara enteramente desfigurada por la herida...

– ¡Una mujer!, repitió Marenval, muy extrañado de la forma de la frase y del tono en que Tragomer la había dicho. ¿Acasó duda usted que la muerta fuese Lea Peralli?

– Lo dudo.

– Pero, amigo mío, replicó Marenval con viveza, ¿por qué no ha dicho usted eso más pronto? ¿Al cabo de un año viene usted á aventurar una opinión tan extraordinaria? ¿Quién le ha impedido á usted hablar en el momento del proceso?

– En aquella época no tenía las mismas razones que hoy para dudar.

– Pero ¿cuáles son esas razones? ¡Diablo! ¡Me hace usted saltar con su sangre fría! Cuenta usted con el tono de un caballero que está leyendo los carteles de los teatros cosas que le hacen á uno caerse de espaldas... ¿Por qué cree usted que Jacobo de Freneuse no ha matado á Lea Peralli?

– Pues, sencillamente, porque Lea Peralli está viva.

Esta vez Marenval se quedó aturdido. Abrió la boca, pero no acertó á articular ningún sonido; sus ojos se abrieron desmesuradamente y toda su emoción se tradujo en un movimiento de cabeza y un chasquido de manos, aplicadas con fuerza al borde de la mesa. Pero Tragomer no le dió tiempo para reponerse y añadió en seguida:

– Lea Peralli está viva. La he encontrado en San Francisco hace tres meses, y justamente porque tuve el convencimiento de que la tenía delante, dí por terminado mi viaje y he vuelto á Francia.

El entusiasmo que este relato produjo en Marenval fué más fuerte que su escepticismo. Se levantó, dió la vuelta al comedor y dijo con voz entrecortada:

– ¡Increíble! ¡Asombroso! Este Tragomer... Ahora comprendo por qué ha hecho marcharse á los demás. ¡Vaya un escándalo que hubieran armado! ¡Este sí que es asunto!

Cristián, con mucha calma, le dejaba agitarse y hacer exclamaciones de asombro y esperaba que su interlocutor volviese á él, atraído por su violenta curiosidad. No le miraba; su vista parecía seguir una visión lejana mientras una triste sonrisa se dibujaba en sus labios. Después de un instante de silencio, dijo lentamente:

(Continuará)



1. El general norteamericano Ovenshine. – 2. Trincheras en las afueras de Manila. – 3. Soldados norteamericanos en un cañaveral. – 4. Defensas construídas por los filipinos para impedir el avance de los norteamericanos. – 5. Palacio del gobierno de los filipinos en Malolos. – 6. El mayor general Otis. – 7. Guerreros igorrotes. – 8. El general norteamericano Mac Arthur. – 9. Paisaje á orillas del Pasig. – 10. Aguinaldo, retrato hecho en 1896. – 11. El general norteamericano Lawton. – 12. Compañía de soldados filipinos. – 13. Un cañaveral

GUERRA DE FILIPINAS. – RETRATOS, TIPOS Y PAISAJES

GUERRA DE FILIPINAS

En la lámina de la página anterior encontrarán nuestros lectores algunos interesantes datos gráficos relativos á la lucha que los invasores norteamericanos sostienen en Filipinas.

Si hemos de dar crédito á lo que dice la prensa de los Estados Unidos, reflejando las impresiones del general Otis, la lucha puede darse por terminada con la toma de Malolos y por asegurada la soberanía yanki en el archipiélago; pero las noticias de otras procedencias, inclusas las de los corresponsales ingleses, no pintan la cosa con colores tan halagüeños y dan á comprender claramente que cuanto más se internen los norteamericanos, tanto más difícil ha de ser para ellos la guerra, pues el país en masa está al lado de Aguinaldo.

¡Qué trabajo tan curioso podría hacerse reproduciendo ahora lo que en el parlamento y en la prensa yankis se dijo á propósito de nuestro modo de combatir á los cubanos y comparando aquellos dichos con los hechos de los soldados de Otis en Filipinas!

De crueles, de sanguinarios, de bárbaros nos calificaban porque hacíamos la guerra como la hacen todos los pueblos civilizados que defienden su honor y su derecho. Y ellos ahora sostienen contra los tagalos una lucha de exterminio, salvaje, de asesinatos é incendios, para apoderarse de lo que no es suyo, para acabar con aquellos que, al fin y al cabo, una vez que España ha renunciado á su soberanía, defienden lo que en justicia les pertenece, su independencia.

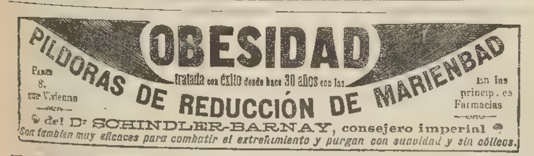
¡Cuán cierto es que «una cosa es predicar...,» y que no han sido nunca la lealtad y el honor patrimonio de los pueblos advenedizos! – X.

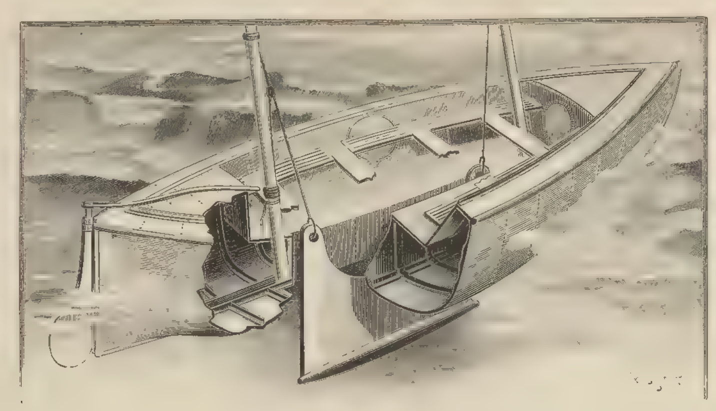
Nuestro exclusivo representante en la República Mejicana es D. Ramón de S. N. Araluce, callejón de Sta. Inés, núm. 5, Méjico

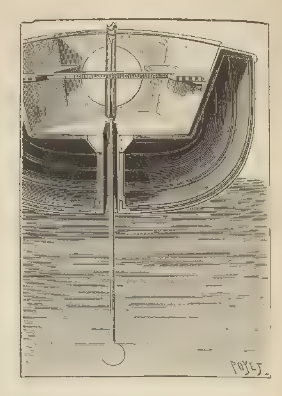
PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.









La lancha insumergible Henry. – 1. Vista interior de la lancha. – 2. Sección transversal de la lancha

LA LANCHA INSUMERGIBLE HENRY

Muchas tentativas se han hecho para lograr que las embarcaciones no puedan sumergirse ni zozobrar, pero hasta ahora no se había conseguido ningún resultado práctico y económico. M. Alberto Henry ha encontrado una solución del problema, tan sencilla como racional, y las pruebas oficiales de su lancha, recientemente verificadas en la Rochela, han demostrado que la embarcación se endereza forzosamente, cualquiera que sea su inclinación, y que instantáneamente sale el agua que por cualquiera causa se haya introducido en aquélla. En el interior de un casco ordinario de una lancha hay dispuesto, por decirlo así, un segundo casco (fig. 1) perfectamente estanco, que forma una cámara interior: el espacio limitado por estos dos cascos está absolutamente cerrado y constituye una caja de aire dividida en varios compartimientos separados por mamparos. Para el buen funcionamiento del sistema es indispensable que el suelo de la cámara interior esté encima del nivel exterior del agua, y á este efecto en toda la longitud del mismo hay una abertura longitudinal que sirve de orificio á un pozo que va á parar al interior del casco; de este modo el interior de la lancha está en comunicación libre con el agua en que la embarcación flota. Este pozo permite al mismo tiempo la colocación de una plancha de hierro con un peso en su extremo (fig. 2), plancha que puede subirse al interior del pozo cuando la lancha llega á tierra y bajarse al exterior en la navegación corriente, y merced á la cual desciende notablemente el centro de gravedad.

Gracias á este mecanismo se impide que la embarcación pueda zozobrar.

La insumergibilidad está asegurada por los cajones llenos de aire y por el pozo longitudinal, puesto que, estando el suelo de la lancha por encima del nivel del agua, el agua que en la embarcación penetre, necesariamente ha de salir por el orificio de dicho pozo.

Para completar esta breve descripción basta decir que el sistema de la lancha Henry se aplica á las embarcaciones de salvamento y á los yates de recreo, y que se gobierna perfectamente con remos y á la vela.

Para las pruebas realizadas en la Rochele se utilizó un *life-boat* de 9'75 metros, dirigiendo los experimentos varios oficiales de la armada, representantes de la Sociedad de Salvamento y de las grandes compañías de navegación. Inclinóse la embarcación en un ángulo de 90 grados, y soltada bruscamente recobró su posición normal y la gran cantidad de agua que en ella se había introducido se evacuó por el pozo en un segundo.

Después se puso la lancha con la quilla al aire, no sin grandes esfuerzos, pero en seguida volvió á su posición y el agua se evacuó en cuatro segundos.

Como última prueba se arrojó desde una altura de 3'50 metros el agua de un gran depósito de 8.000 litros sobre la lancha: ésta se inclinó ante la violencia de este choque, pero se enderezó instantáneamente y la embarcación quedó en un momento libre del agua que la llenaba.

Puede, pues, afirmarse que las lanchas Henry ni pueden sumergirse ni pueden zozobrar.

Luis Turgan



Imp. de Montaner y Simón

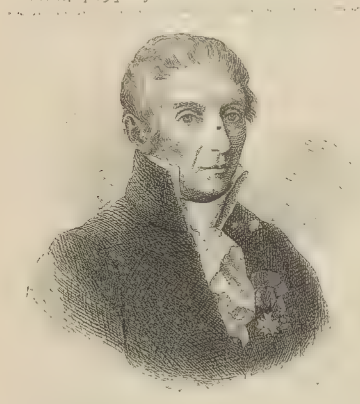
La Ilustracion Artística

Año XVIII — Barcelona 17 de abril de 1899 — Núm. 903

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



REGRESO DE LA PESCA, cuadro de Luis Dettmann



Alejandro Volta.
Centenario del descubrimiento de la pila de su nombre

Con motivo del próximo centenario del descubrimiento de la pila de Volta, es de oportunidad la publicación del retrato del célebre físico italiano que con el aparato de su nombre señaló el punto de partida del estudio de las corrientes eléctricas, por el cual se ha venido en conocimiento de las grandes maravillas con la electricidad relacionadas, que son la mayor gloria de nuestro siglo. Por este mismo motivo prepáranse en Como, ciudad en donde nació Volta en 1745 y murió en 1827, grandes solemnidades científicas, entre ellas la celebración de una exposición de aparatos eléctricos, especialmente de pilas, y de aplicaciones de la electricidad; exposición á la cual están invitados los electricistas y telegrafistas de todo el mundo, y en la cual se concederán varios premios á los que presenten inventos útiles y á los que con mayor rapidez transmitan telegramas por medio de los diferentes aparatos empleados en telegrafía.

La exposición se inaugurará á principios del próximo mes de mayo, y además de ella se celebrarán varios festejos en conmemoración de una de las fechas más célebres en los anales de la ciencia. Una de las ceremonias principales será la colocación en el monumento de Volta de dos magníficas coronas, adquiridas con el producto de una suscripción abierta entre los telegrafistas de todo el mundo.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

ASFIXIA

¿Dónde hay cosa más actual que las desdichas de España? Actual, sí, y al mismo tiempo ¡tan antigua! No viene de ayer, ni de anteayer... De siempre, ó por lo menos de épocas que ya no alcanza la memoria.

Tales ideas me asaltan al leer los dolorosos y angustiosos títulos de una docena ó docena y media de libros que tengo sobre la mesa, como elementos dispersos de consulta y meditación para la conferencia que he de dar en París dentro de pocos días. Entre esos libros hay algunos de autor extranjero, en que nos ponen como chupa de dómine; y los más son españoles y constituyen una verdadera «Elegía á la pérdida de España.»

Es curioso que los libros españoles á que me refiero, en su mayor parte, sean obra de autores, si no por completo desconocidos, al menos no muy nombrados anteriormente. Los literatos de gran renombre de España no han abierto la boca en esta ocasión. Decíame no sé quién hace pocos días: «En España no debe de haber poetas, cuando no han cantado ni llorado la catástrofe nacional.» Otro tanto podría afirmarse, así en conjunto, de los prosistas famosos.

***

No cabe duda que los grandes acontecimientos modifican profundamente nuestro criterio y nuestras convicciones, ó por lo menos las colocan en tela de juicio ante el tribunal de nuestra propia conciencia. Hasta la fecha creí yo que la literatura debía desentenderse, con cierto aristocrático desdén, de las cuestiones sociales. Sin negar el mérito de obras en que influye directamente el estado de la sociedad, prefería las que sólo nacieron y vivieron en las serenas regiones de la belleza pura. – Hoy no diré que haya variado de opinión por completo; sin embargo, noto que mi fe en la estética libre se ha debilitado. Me duele, me apena ver que las letras propiamente dichas conservan su olímpica impasibilidad en presencia de tan terribles y reiterados golpes. Tratando de hacer mi composición de lugar, tendencia natural en un espíritu ecléctico, saco en limpio que según la situación de los pueblos debe ser y manifestarse la literatura. Un pueblo próspero, feliz, con amplios horizontes, es natural que tenga una literatura independiente y desligada de compromisos, que volando por esfera superior y distinta de la práctica, no aspire á más fin que realizar y expresar la hermosura ó la verdad íntima, el lirismo. Un pueblo como el español, tan atrasado, tan desorientado y tan infeliz, necesitaría más bien una literatura de acción, estimulante y tónica, despertadora de energías y fuerzas, remediadora de daños. Sólo que...

Sólo que, en tal pueblo español, nadie leería esa literatura (ni la otra). Precisamente he aquí uno de los síntomas de nuestra grave enfermedad; la inapetencia literaria. A no ser por el auxilio *in extremis* del mercado de América, bueno andaría nuestro comercio de libros. Esto evita cargos de conciencia á los escritores, y les tranquiliza respecto á su delicada y honrosa misión. Como no sea para influir sobre los sud-americanos, no sabemos para qué se escribiría aquí algo relativo á nuestras catástrofes. Señalaba yo al Sr. Macías Picavea, autor de *El Problema Nacional*, libro notabilísimo, puntos que en otra edición me agradaría infinito ver tratados por tan competente pluma; y el Sr. Macías me contestaba, entre escéptico y modesto, que no era verosímil segunda edición de su obra. Hubiérase publicado ésta en Francia á raíz de los desastres, y las ediciones se multiplicarían, y la prensa llenaría sus columnas con el examen de las opiniones, datos y apreciaciones del autor. Aquí no he visto que ningún periódico se tome tal molestia. ¿Culpa de los periodistas? Sí, pero del público, del medio ambiente, en primer término. El lector pide extensas revistas taurinas, del género inaguantable, con los ceceíllos patosos y los barbarismos achulados tan en moda; quiere además que le tengan al corriente de las probabilidades máximas y mínimas que en Barba de Puerco ó en La Ajosa reúne la candidatura del niño cunero Refulánez ó Merengánez; no perdona el escándalo de la calle H ó B, ni el «drama conyugal,» ni el «crimen pasional,» ni el infundio, ni el timo, ni la *bronca*, ni la *culebra* – en la taberna del Gordo ó del Mellao; - pero que no le vengan á *dar la lata* (así se habla, y entre gentes de levita ó frac) con todo eso de la educación, de la agricultura, de la cultura nacional, del problema económico y del plan curativo aplicable al cuerpo enfermo. ¿Educación? Para eso están los maestros de escuela con sus ayunos al traspaso y sus hambres calagurritanas. ¿Agricultura? Venga la noria morisca, el arado prehistórico, y tan campantes. ¿Cultura nacional? Nunca; antes la muerte. Perdería esta nación su mayor hechizo, la *pátina* ó barniz del tiempo, y además sus virtudes y fuerzas morales, que consisten en eso precisamente, en no tener de cultura ni miaja... ¿Problema económico? Vayan pagando el cupón, y trampa adelante... Y ¡ea!, no nos obliguen á enterarnos de eso; déjennos en paz. Sobre que estamos tan mal y tan agobiaditos, aún quieren que nos echemos al coleto libros y artículos que nos han de cargar la cabeza en balde...

***

Mis crónicas de La Ilustración Artística dieron motivo á que me escribiesen desde América varios españoles, quejosos de mi pesimismo y lamentándose de que yo insistiese en señalar ciertos defectos de la infortunada patria. Creían aquellos españoles, de honrada intención, pero equivocadísimos, que se hace un bien á las naciones contribuyendo á engañarlas y á engreirlas en falso. Las faltas individuales les debe disimularlas la caridad y atenuarlas la benignidad y la prudencia; los errores colectivos con viene denunciarlos sin miedo. Y las mismas faltas individuales, cuando afectan á la colectividad en derechura, es preciso que salgan á luz, que se castiguen del modo más severo y ejemplar. – Como quiera que ello sea, si los españoles que desde América se dirigen á mí – y á quienes no puedo responder particularmente por falta de tiempo, debiendo mis escritos servir de contestación, – leen atentamente los diarios y llegan á conocer alguno de los libros á que aludí al comenzar la presente crónica, ¡cuán benigna y anodina les parecerá mi crítica, cuán teñido de rosa mi pesimismo, cuán suave mi pluma! Pone espanto lo que se imprime ahora, y cuenta que es flor de cantueso al lado de lo que se dice, de lo que se murmura, de lo que se insinúa y de lo que se averigua á cada minuto.

***

Van llegando los testigos oculares, arroja el mar á nuestras costas los rotos despojos del gran naufragio, y aprendemos cosas sospechadas vagamente y sobrepujadas por la negra realidad. – De un muy extraño fenómeno, determinado por la pérdida de las Antillas, me entera la meritísima escritora y española Eva Canel, recién llegada de Cuba. Díceme esta señora (y ella misma lo prueba experimentalmente) que á consecuencia de lo ocurrido, los partidarios de la causa española en Cuba se han hecho todos carlistas. ¿Por qué? Eso es lo que no me parece satisfactoriamente explicado: no acierto á comprender la razón, quizás por culpa de mi desconocimiento de aquella atmósfera, de las complicadas peripecias de aquella lucha. Acaso deba achacarse á la desesperación, á la rabia, al natural desconsuelo de una gente más patriota que la patria misma, y á quien la patria envió soldados y dinero, pero no jefes ni calor de simpatía, y á quien quitó, por combinaciones políticas, que ahí está lo malo, el único caudillo que les infundía confianza, el general Weyler. A un monje muy discreto le oí decir que D. Carlos es *el clavo ardiendo* á que se agarra España en sus momentos de suprema agonía. Tiene la ventaja de ser *otra cosa*, diferente de lo que existe, y lo que existe nos ha lanzado al abismo. ¡Lástima no poder abrigar fe ciega en D. Carlos! (No me refiero á la persona, hablo de los principios y soluciones que D. Carlos representa). A los españoles de las Antillas quédales, por lo menos, una ilusión. Peor andamos los que las hemos perdido todas.

***

¡Fe en las soluciones carlistas! ¡Pues si están ensayadas; si las han aceptado y practicado los gobiernos de la Restauración, y especialmente el liberal! - No podría D. Carlos, por mucho que se lo propusiese, restringir más en España la acción del espíritu moderno, ni aislarnos más de Europa. Las instituciones que significan progreso, aquí han sido letra muerta. En carlista y en integrista hemos vivido, sentido y pensado, por miedo á los intregristas y carlistas, por no darles armas, por no padecer guerras civiles. Política que los liberales extremaron, pues necesitaban demostrar que no era su ánimo innovar cosa alguna; que el *statu quo* no tiene tan convencidos prosélitos. Claro que el gobierno no se estaba quieto del todo: paralítico de las regiones donde se asienta el corazón, conservaba no obstante en actividad la mano izquierda y el estómago; éste, ya se sabe para qué; aquélla... para dar vueltas y más vueltas al manubrio electoral. – Y ya que he nombrado á Macías Picavea, con una cita suya terminaré: «Así se explica el fenómeno, inconcebible para quienes lo observan sin estar en el secreto, de no hablarse jamás, ni preocuparse, entre ministros, senadores, diputados, altos funcionarios, diputados de provincia y concejales, de asuntos de higiene, pedagogía, técnica administrativa, organización militar, poder naval, sociología política, problemas de producción, exploraciones geográficas, cuestiones coloniales, evolución de las grandes competencias mercantiles..., materia de la complejísima vida civil en las sociedades modernas, sino únicamente, cerradamente, febril y morbosamente, de recomendaciones, de puestos, de intrigas, de sonrisas prometedoras, de semblantes adversos, de lisonjas, de granjerías, de fórmulas conciliatorias ó venganzas de camarillas, de quejas en el reparto del botín ó satisfacciones bien retribuídas, de amenazas ó esperanzas, de combinaciones de personal, de ascensos, de olvidos, de murmuraciones, de crisis..., una chismografía feminista y camarillesca, que á los iniciados les cosquillea deliciosamente, les sacude con voluptuosa vibración los nervios, les enajena y transporta..., pero á un hombre íntegro y sano le abruma, le asfixia, y llega á producirle hasta las repugnancias del impudor y las náuseas del emético...»

Cuadro trazado de mano maestra, palpitante de realismo. Atmósfera letal en que agoniza España. - Vamos á salir de ella por breves días, á pasar la frontera, á respirar el aire de los pueblos modernos y á sentir con más viveza el contraste... La próxima crónica la escribiré en París, donde lo mucho que se hablará del *affaire* me recordará lo poco que aquí importa la *débâcle*.

Emilia Pardo Bazan

EL NOTABLE PINTOR FRANCÉS JUAN GEOFFROY

Todo el arte de este pintor puede sintetizarse en dos conceptos: la escuela de aldea y la miseria de los humildes. En su taller no se ven más que cuadros, estudios, pasteles, acuarelas, todos inspirados en el



El notable pintor francés Juan Geoffroy

mismo tema, los niños, pero los niños de la calle, los niños pobres calzados con zapatos sobrado grandes y vestidos con pantalones demasiado cortos.

Pintores de distintas épocas han tomado la infancia para asunto de sus cuadros; pero Geoffroy es el único que, respetando el encanto á ella inherente, ha sabido comprender y expresar su psicología. Cada uno de sus cuadros es un pequeño drama construído de mano maestra, para cuya combinación el arte alíase con la verdad sin menoscabarla en lo más mínimo. Las diversas expresiones de los pequeñuelos están sorprendidas al paso, en el relámpago de la visión rápida y consciente, y constituyen retratos anónimos, vívidos, naturales en su acostumbrado medio ambiente.

Sin remontarse á la síntesis á veces nebulosa de Carriere que con su pincel glorifica el amor maternal, que canta la carne de la carne de la mujer y que nos presenta el vástago entre los brazos y apretado contra el seno y los labios de la que le ha dado el ser, Geoffroy circunscribe su estudio, su ternura, su misericordia únicamente al niño, estudiándolo fuera de las contingencias, tomándolo para sí mismo y presentándolo en un delicioso monólogo. Su emoción es infatigable y lo mismo se ha despertado en las aldeas de Bretaña que en los arrabales de Biskra: bajo su gorro blanco como bajo la encarnada chequia, sus pequeños modelos son siempre esa joya de la existencia que forma parte, la mejor, de nosotros mismos, con sus ojos límpidos y asombrados, su encarnación adorablemente tierna, sus ademanes rudimentarios y su graciosa reducción de humanidad. Hace tanto tiempo que está familiarizado con estos modelos, que sabe todos sus secretos, conoce todos sus detalles y está en posesión de todos sus misterios.

Y si su obra es emotiva, en vez de ser simplemente encantadora, débese esto á que se ha encariñado con la debilidad y la fragilidad de los pobres niños; á que las circunstancias se los han hecho ver en escenarios especiales, en categorías particulares de la sociedad, donde el niño es precisamente lo más endeble, lo más verdadero y lo más expuesto á los deplorables atavismos y á las degeneraciones inmerecidas. En un billete para una tómbola de la «Unión francesa para el salvamento de la infancia,» dibuja unas niñas entecas de rostros demacrados; en *Los desheredados*, cuadro que figura en el Museo del Luxemburgo, sienta en el banco de espera á un pobre niño con muletas, y en la *Visita al hospital*, junto al padre, el obrero intimidado, encogido, coloca la cruel aparición del niño moribundo.

A los que en la obra de Geoffroy sólo han visto la graciosa picardía de los chicos que salen de la escuela en medio de una lluvia torrencial de la que apenas les abriga un destrozado paraguas; á los que sólo se han fijado en los tres pilluelos hipnotizados ante un aparador de juguetes; á los que sólo han puesto su atención en las maliciosas sonrisas de los niños que juegan á la gallina ciega; á todos estos podrá parecerles tal vez que pinto con colores demasiado negros el modo de ser del artista, que exagero la especie de socialismo conmiserativo que en sus obras se advierte. Y sin embargo, esta es la verdadera nota íntima del pintor, y en prueba de ello citaré únicamente la serie de cuadros moralizadores que recientemente ha pintado y en los cuales nos muestra las consecuencias del alcoholismo en los obreros, los orígenes nefastos de las generaciones enfermizas, asociándose de esta suerte al pensamiento de Dumas, hijo, que se revolvía contra «el arte por el arte.»

«El arte por el arte - ha escrito el ilustre dramaturgo en el prólogo del *Hijo natural* - es una frase completamente vacía de sentido. Toda literatura que no se propone la perfectibilidad, la moralización, lo ideal, en una palabra, es una literatura raquítica y malsana, que nace muerta. La reproducción pura y simple de los hechos y de los hombres es un trabajo de escribano y de fotógrafo, y desafío á que se me cite un solo escritor, consagrado por el tiempo, que no haya tendido al mejoramiento de la humanidad... Lo real en el fondo, lo posible en el hecho, lo ingenioso en los medios, esto es lo que se puede exigir de nosotros.»

Este principio puede fácilmente aplicarse á Geoffroy: la pintura no le ha servido solamente de pretexto para jugar con los colores, para ser un virtuoso de la paleta, un confeccionador hábil; su preocupación va más allá y se coloca muy por encima de la



El enfermito, cuadro de Juan Geoffroy

brillantez de los reflejos de una caldera, del almidón de un cuello, de los calados de un encaje, de los matices de una tela; no se contenta con ver, sino que se esfuerza en pensar, interrogando y escrutando el alma del niño que le sirve de modelo. El conjunto de su obra constituye, por decirlo así, la epopeya de la infancia, epopeya particularmente conmovedora porque la limita á esos pobres pajarillos que no siempre tienen asegurado el nido y el sustento y cuya frágil existencia está de continuo expuesta á los embates de las borrascas y de los huracanes. Algunos de sus croquis, en los cuales la emoción primera, instantánea, está casi taquigrafiada por un dibujo rápido, tienen una elocuencia de documentos que á veces se atenúa en el cuadro compuesto, ya terminado: en sus cartones, en los bosquejos que llenan las paredes de su taller, en sus esbozos, es en donde pueden apreciarse completamente las habituales preocupaciones del artista, en donde pueden encontrarse los embrionarios puntos de partida de la mayoría de sus lienzos.

El artista lleva en sí mismo su obra, que se refleja en él, que con él forma un solo cuerpo y tiene con él relación íntima: Juan Geoffroy, bajo de estatura, moreno, flaco, delicado, mimado por un afecto casi maternal que data de los comienzos de su carrera, que no se ha desmentido un solo día, que crea á su soledad un maravilloso ambiente de familia, parece, con su flor y su cinta encarnada en el ojal, un muchacho tímido, sencillo, modesto: su discreta filantropía es la del hombre que se acuerda de los días difíciles. El artista paga ahora una letra que tomó en otro tiempo sobre su porvenir y distribuye un poco de la felicidad de que disfruta.

Los comienzos de Geoffroy fueron penosos: salido, como otros muchos pintores, del arte industrial, cuando podía escapar al trabajo



Los hambrientos, cuadro de Juan Geoffroy



La hora de la merienda, cuadro de Juan Geoffroy

dinario que le proporcionaba el sustento, se dedicaba á llenar de croquis sus álbums, que hoy contienen un tesoro de documentos curiosos. Sus primeros lienzos vendiéronse con grandes dificultades, y hoy el artista refiere con triste remembranza sus antiguas peregrinaciones por los almacenes de los comerciantes para quienes su nombre era todavía desconocido. Más adelante, la casualidad, circunstancias favorables, el afecto del matrimonio Girard que lo consideró como hijo suyo y la preciosa aptitud para observar la vida física y moral de los niños decidieron su vocación.

Actualmente goza de la absoluta notoriedad del especialista; muchos museos se honran con sus obras y el ministerio de Instrucción Pública y de Bellas Artes le ha confiado no pocos encargos: así ha ejecutado, por encargo oficial, la *Escuela primaria*, la *Escuela de niñas en Bretaña*, la *Escuela franco-árabe*, la *Escuela maternal*. Pero estos cuadros son éxodos momentáneos, caprichos que tal vez él, por su propia iniciativa, no habría tenido, porque su verdadero ambiente son el arrabal de la populosa ciudad, el barrio popular. Y apenas se hubo establecido en la casita de la calle de las Lilas en que hoy habita, la solicitud municipal hizo construir delante de sus ventanas una escuela, devolviéndole de este modo sus modelos predilectos.

Geoffroy se muestra fraternal con los humildes, indigentes ó miserables; y su hogar, aunque cómodo y elegante, tiene la sencillez que á su carácter conviene: á él acuden los pequeñuelos como á un oasis de bienestar y en él encuentran flores, sonrisas y golosinas. Si el éxito del dinero y la gloria necesitaran ser perdonados, Juan Geoffroy hallaríase al abrigo de cualquier odio ó envidia; los pobres desheredados lo ampararían contra ellos mismos y sobre la vieja verja que cierra el jardincillo de su casa trazarían una cruz protectora.

Mauricio Guillemont

El santo del maestro, cuadro de Juan Geoffroy



Preparando la lección, cuadro de Juan Geoffroy



La clase de párvulos, cuadro de Juan Geoffroy

FRASES POPULARES

¡MÁS RICO QUE CRESO!

Este último rey de Lydia sucedió en el trono á su padre Aliates el año 657 antes de J. C.

Los historiadores, que no están acordes en el número de pueblos que Creso sometió á su poder, convienen en que aumentó considerablemente sus heredados dominios en guerras felices y humanas.

Las inmensas riquezas que la fama le asigna, cree Herodoto que pudieron ser el fruto de ciertas minas inmediatas al río Pactolo, cuyas aguas arrastraban arenas de oro, según la fábula.

Después de sus conquistas militares y de los tesoros que acumuló, este legendario monarca se produjo como el más liberal y magnífico de su tiempo atrayendo á su corte á los sabios de todos los países, deseoso de aprovecharse de sus conocimientos y de recrear su espíritu nada ofuscado con las mercedes que los dioses le otorgaran. De Solón quedóse admirado, cuando luego de mostrarle las preciosidades de su morada y de preguntarle si conocía otro hombre más feliz, contestó el ateniense: «¡Muchos!»

– Tendrán mayor caudal, interrogó amostazado el soberano.

– No, menos; empero son más dichosos... Y se extendió en oportunas consideraciones encaminadas á persuadirle de que varón alguno antes de su muerte puede sin riesgo vanagloriarse de su ventura.

Y ciertamente que la fortuna se manifestó más tarde muy adversa con Creso, pues perdió al heredero del trono en una cacería y fué despojado de la corona y hecho prisionero en la renombrada batalla de Tímbrea; libertándose de la hoguera el nombre de Solón que fervorosamente pronunciara en tan terribles momentos recordando sus sabias máximas.

A contar de tal desastre, este rey que tiempos atrás enriqueciera con sus presentes los templos de toda la Grecia, vióse obligado á vivir de la generosidad del vencedor Ciro.

Lope Barrón



LA CANTAORA, cuadro de Clemente de Paulsinger

EMMA

EPISODIO DRAMÁTICO

Personajes: LUIS, autor dramático. – EMMA, hija de ROSA. UN ACTOR. – UN EMPRESARIO.

El teatro representa un salón lujosamente amueblado

Escena I

LUIS

LUIS. – *(Sentado delante de una mesa escritorio.) (Con satisfacción.)* ¡Admirable! Terminé el drama: la adúltera es sorprendida por el marido. El amante huye. La mujer cae de rodillas implorando perdón. El esposo amartilla el revólver y se mata diciendo: «¡Tu amor era mi vida! ¡Mi muerte será el eterno remordimiento de tu villanía!»

Veremos lo que de este desenlace cuentan los señores críticos... ¡Puede que lo tachen de falso! Y sin embargo, está tomado de la realidad. Yo he conocido á los protagonistas de mi drama. ¡Pobre Juan! Era un iluso que vivió en el mundo como en el Limbo: por eso fué muy desgraciado. Juzgaba seres y cosas á través de su alma toda bondad y pureza, y su alma fué víctima de la ingratitud y del egoísmo humanos... Se enamoró de Rosa, una muchacha huérfana: Ofelia por fuera, Cleopatra por dentro. En sus ojos azules parecía imposible que se escondiera el crimen, ¿cómo esperar que un cielo diáfano y purísimo oculte el rayo?.. En Juan encontró aquella muchacha desamparada y pobre un amigo, un protector desinteresado que la rodeó de todos los cuidados y cariños apetecibles; le entregó su corazón, su nombre, su alma y su vida, ¡la quería con frenesí! Y Rosa le vendió, le deshonró canallescamente con un monigote que ni moral ni físicamente valía lo que el hombre á quien debió adorar como á Dios... He ahí la base de mi drama. En el final... *(Se escucha una voz de mujer que desde la puerta pide permiso para entrar.)*

¡Adelante!

(Levantándose y yendo á su encuentro.) (Al reparar en la enlutada retrocede sorprendido.) ¿Usted, señora?..

Escena II

LUIS Y ROSA

ROSA. – Sí, yo que vengo á pedir á usted un favor inmenso.

LUIS. – ¿Un favor?..

ROSA. – Sí; me he atrevido, porque usted, sólo usted puede hacerlo. *(Luis ofrece una silla á Rosa. Esta se sienta.)* No por mí; en nombre de mi esposo, de su amigo Juan. *(Llora.)*

LUIS. – (¡Las lágrimas del cocodrilo!) *(Con frialdad.)* ¿Y se atreve usted á recordar á su esposo?

ROSA. – *(Sollozando.)* ¡Luis, no sea usted cruel! ¡Harto me ha castigado Dios! ¡Si pudiera con mi vida volverle la suya!..

LUIS. – ¡Ya es tarde!

ROSA. *(Sollozando.)* Hace diez años que el remordimiento más terrible destroza mi alma y ni una hora ni un momento siquiera me abandona, ¿qué mayor castigo? ¡Escúcheme usted!.. Sea usted conmigo generoso, con una mujer que llora lágrimas de sangre y que expía su crimen. ¡Sí, Luis, yo he sido una mala mujer; una criminal: he matado á un hombre que me adoraba, con una traición de la que me horripilo!.. ¡Siempre le veo á mis pies, muerto, maldiciéndome! ¡Muchas veces pido á Dios la muerte!.. ¡Esta vida es para mí un calvario que no acaba! ¡No!

LUIS. – *(Conmovido.)* Cálmese usted y veamos en qué puedo serle útil.

ROSA. ¡Gracias, Luis! Deseo de usted una recomendación para el empresario del teatro de «Lope.»

LUIS. - ¿Se dedica usted al teatro?

ROSA. – Yo no; mi hija Emma: la hija de Juan.

LUIS. – *(Con acento de duda.)* ¿Su hija?

ROSA. *(Con energía.)* ¡Sí! ¡Su hija! ¡Se lo juro á usted por su salvación, por la salvación eterna de Juan!.. Emma siente vocación irresistible por el teatro: en el Conservatorio aseguran que será una gran actriz. Usted puede hacer que entre en la compañía de «Lope.» ¿Por qué no decirlo? Será el único medio de que no nos muramos de hambre.

LUIS. – Haré lo que usted desea.

ROSA. – ¡Gracias! ¡Gracias! ¿Cómo pagarle este favor que nos hace?..

LUIS. – No; á la memoria de Juan.

ROSA. – *(Sombríamente dejando caer á lo largo del cuerpo los brazos.)* ¡A su memoria! *(Levantándose de la silla.)* ¡Adiós, Luis! *(Se dirige á la puerta de salida.)*

LUIS. – *(Acompañándola hasta la puerta.)* ¡Adiós!

(MUTACIÓN)

El teatro representa el interior de un cuarto en cuyas paredes cuelgan varios cartelones anunciando obras del teatro de *Lope.*

Escena única

EL EMPRESARIO

EMPRESARIO. – *(Sentado delante de una mesa y en actitud meditabunda.)* ¡Es mi ruina la enfermedad de la primera dama!.. ¡Echa por tierra todos mis planes! ¿A quién doy yo ahora su papel en el drama de don Luis?.. ¡La obra de la temporada si, como espero, no hace fiasco en la noche del estreno! ¡Y el papel es de cuidado! ¡Decidámonos ya que el autor está ausente!.. *(Pausa.)* ¡Ah! Sí... Lo hará Emma... ¡Vale mucho esa criatura! Andando el tiempo será una Matilde Díez... Decididamente el papel lo hace esa niña. Y de seguro que el autor me lo agradecerá doblemente porque así protejo á su recomendada.



¡A VER SI LA COJO!, cuadro de G. Cornicelius

(MUTACIÓN)

Sala de un teatro en noche de estreno: lo más granado de la literatura, las artes, la aristocracia y el dinero se encuentra llenando el coliseo. En todos los espectadores se retrata emoción inmensa. Comienza el tercero y último de los actos del drama. EMMA en el transcurso de la obra ha alcanzado una gran ovación.

En uno de los palcos proscenios ROSA llora de alegría al ver el triunfo obtenido por EMMA, su hija.

Llega la última escena del drama: la más culminante: los ojos de los espectadores se clavan en EMMA.

(EN EL ESCENARIO)

(El marido sorprende á los adúlteros: huye el amante.)

EMMA. *(Cayendo de rodillas ante el actor que representa ser su marido.) (Con entonación dramática. Tendiendo las manos en actitud de súplica desesperada.)* ¡Manuel mío!.. ¡Perdón! ¡Perdón!

EL MARIDO. – *(Alzando la diestra, en la que empuña un revólver.)* ¡No! ¡No te perdono! *(Colocando la boca del cañón del revólver sobre su frente.)*

EMMA. – *(Con un grito trágico abalanzándose sobre su marido.)* ¡Manuel!..

EL MARIDO. – *(Con voz ronca.)* ¡Mi vida era tu amor!.. ¡Mi muerte será el eterno remordimiento de tu villanía! *(Suena un tiro. Manuel cae muerto á los pies de Emma.)*

(EN EL PÚBLICO)

ROSA. – *(De pie, asomándose á la barandilla del palco, extiende hacia la escena sus brazos. Grita retratándose en su rostro la locura más espantosa.)* ¡Bien, Emma, bien!.. ¡Así asesiné yo á tu padre!.. ¿Oyes?.. ¡Lo mismo! ¡Lo mismo!.. ¡Bravo! ¡Bravo!..

(ROSA *palmotea desde el palco furiosamente. Desciende rápido el telón y el público contempla estupefacto á aquel extraordinario é imprevisto personaje del drama.)*

ALEJANDRO LARRUBIERA

LA GRAN INDUSTRIA

Juanito había nacido para empleado.. pero nunca tenía destino.

Sabía leer y escribir con cierta corrección, aun cuando los manuscritos los deletreaba con alguna dificultad; en punto á cuentas sumaba de corrido cantidades de tres y hasta de cuatro cifras, nada menos restaba... sus propios recursos, que eran bien escasos por cierto, y dividía á los porteros del ministerio, que ya estaban encocorados con aquel hombre que diariamente les hacía la tertulia en la antesala, esperando que saliera el ministro.

Una vez, al cabo de seis años de infructuosas tertulias y gracias á la recomendación de la prima del cuñado del tío del cochero de una marquesa vieja y muy bien relacionada en la alta política, el ministro le concedió una audiencia.

Juanito, colorado como un pavo y dando tormento, en su confusión, á los botones de la levita, expuso á S. E. su atrevido pensamiento.

Juanito balbuceó que lo que pretendía era un destino.

¡Es natural! ¿Qué había de querer el pobre muchacho?

El ministro, que recibió á Juanito de pie y al lado de la misma mampara, como diciéndole «ya puede usted tomar la puerta cuanto antes,» le preguntó casi sin mirarlo:

– ¿Es usted casado?

– No, no, señor, tartamudeó Juanito haciendo volatines con las manos en los ojales del chaleco.

– ¿Luego no tiene usted hijos?, insistió Su Excelencia.

– Cla... claro que no.

– No, no es tan claro... Pero, en fin, ya veo que la situación no es tan apurada como la pinta la persona que lo recomienda. Un hombre solo, de cualquier manera sale adelante. Veremos... Sin embargo, lo tendré presente... Venga usted por aquí. Adiós, adiós.

Y diciendo esto, el ministro, que era muy amable, le daba golpecitos en el hombro é insensiblemente lo empujaba hacia la puerta.

Juanito se encontró en el pasillo del ministerio, luego en la escalera y después en la calle, zumbándole ruidosamente los oídos y sin saber cómo ni cuando había llegado hasta allí.

Su pobre levita había quedado sin botones, y Juanito creyó que se los había tragado todos, según lo seca que tenía la garganta.

Transcurrió otro año, durante el cual Juanito hizo 366 viajes al ministerio (porque el año era bisiesto), sin que lograse ver nuevamente á Su Excelencia.

Hubo crisis, en singular y en plural, y Juanito continuaba sin empleo..., y eso que había nacido para empleado.

Viendo que en el mundo oficial no hallaba cabida, pretendió un destino particular.

– Vengo á ver si sirvo para algo, dijo en una casa de banca.

– ¡Hombre, usted sabrá!..

– No; quiero decir que desearía una colocación.

– ¿Es usted casado?.. ¿Tiene usted hijos?

– No, señor.

– ¡Ah! Pues bien fácil le será á usted encontrar lo que desea, aun cuando tenga que esperar, porque un hombre solo...

Resultado: que en la casa de banca no había vacante.

Pasó tiempo y Juanito comenzó á comerse los codos de aquella misma levita que tuvo botones seis ó siete años antes.

Tan á menos llegó el infeliz, después de recorrer con tentativas inútiles toda la escala social, que se dijo:

– Lo que yo necesito es un destino serio, de riguroso luto.

Y ofreció sus servicios en una carbonería.

El carbonero era un hombre caritativo, lo que se llama un buen hombre, así es que dijo:

– Anda allá, muchacho... Tú ya puedes buscártelas. ¡Si fueras un pobre padre de familia!..

Pero como Juanito no era padre de familia, ni pobre ni rico!..

¡Ah, qué idea!.. Juanito, á falta de destino, tuvo una idea, cosa que para muchos es más difícil de poseer que una credencial.

– ¡Si me casara!, pensó. ¡Si tuviera hijos!..

Y desde aquel día dirigió por otro lado sus investigaciones.

En vez de un destino, principió á buscar novia.

Y como nunca falta un roto para un descosido, Juanito tropezó con su verdadero destino; no en el ministerio, sino en la Vicaría.

Yo no sé cómo fué, pero se casó; un matrimonio barato, por supuesto, de quita y pon, como si dijéramos; de lo más arreglado de la clase.

Los primeros meses de matrimonio, Juanito estuvo á punto de comerse á su mujer en varias ocasiones, pero ¡la pobre estaba tan delgada!

Por fin llegó el día en que un ministro dijo en su despacho á nuestro héroe, al mismo tiempo que tocaba el timbre:

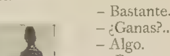
– Ahora verá usted al director para que le entregue la credencial.

Y volviéndose á otro individuo que á respetuosa distancia se mantenía dando vueltas á los botones de su raída levita, como Juan en otro tiempo, añadió Su Excelencia:

– Veremos... Usted puede esperar... Usted es soltero y no tiene familia.

– No, señor; soy casado.

– Bien, es lo mismo, porque no tiene usted hijos. En cambio, el señor es casado y tiene ocho hijos...





UNA ANTIGUA PLAZA DE PONTEVEDRA, cuadro de Alfredo Souto

Es cuestión de humanidad, y por ahora no dispongo de más vacante... Adiós, adiós.

Aquel mismo día nuestro Juanito se colocaba en casa del banquero para trabajar las horas que le dejase libre la oficina ministerial, y una empresa de ferrocarriles le confiaba un alto cargo que no exigía más trabajo que la firma de su nómina, y un riquísimo propietario le daba la administración de sus fincas, y hasta el carbonero lo buscaba para que le llevase las cuentas del cisco... Porque ya se ve. ¡Como el infeliz era casado y con ocho hijos!..

Tres años he estado sin ver á Juanito, y ayer lo encontré en la Puerta del Sol.

– ¿Cómo te va?, me dijo.

– Regular, le contesté.

– ¿Trabajas?

– Bastante.

– ¿Ganas?..

– Algo.

– ¿Pero no tienes hijos?

– No.

– ¡Infeliz!

Y mirándome con lástima añadió:

Si necesitas algo, avisa. Sabes que soy tu amigo y que dispongo de algunos recursos...

– ¡Pues qué!.. ¿Te ha tocado la lotería?

¡Qué disparate!.. ¡Mejor que eso!.. ¡¡Soy... *padre de familia!!*

A. SÁNCHEZ RAMÓN



NUESTROS GRABADOS

Una antigua plaza de Pontevedra, cuadro de Alfredo Souto. – Si la hermosa campiña de Pontevedra ofrece al artista vasto campo para el estudio, no menor es el que le aporta la ciudad, especialmente en la parte formada por antiguas construcciones. Muestra de ello es la típica plaza representada en el lienzo que reproducimos, obra no exenta de dificultades y en la que el señor Souto ha dado una nueva prueba de sus aptitudes y maestría.

El cuadro á que nos referimos figuró en la última Exposición de Bellas Artes y fué adquirido por S. M. la Reina Regente, quien dió testimonio del interés que le inspiran las producciones artísticas de nuestro país y el buen deseo que le anima en favor de las manifestaciones que contribuyen á la cultura y al adelanto de la nación.

El torrente, cuadro de Federico A. Bridgman. – Aunque norteamericano de origen, bien puede afirmarse que Bridgman es un artista francés, puesto que no sólo estudió en Francia, en la Escuela de Bellas Artes de París bajo la dirección de Gerome, sino que además en París ha residido durante cerca de cuarenta años, hasta que últimamente se ha trasladado á los Estados Unidos. De su valía son testimonio



El torrente, cuadro de Federico A. Bridgman



UNA ARTISTA PRECOZ, cuadro de Salvador Sánchez Barbudo



UNA ESTRELLA, cuadro de Gabriel Max

las recompensas que en los principales certámenes ha obtenido y entre las cuales citaremos varias medallas en el Salón de París, otra en Filadelfia, las de oro en Berlín, en Amberes y en Munich y las cruces de la Legión de Honor y de la orden de San Miguel de Baviera. Cultiva los más diferentes géneros desde el retrato á la pintura religiosa, desde los asuntos populares orientales modernos á los lienzos decorativos sobre escenas de la antigua Grecia y á los cuadros en que predomine la imaginación. *El torrente* es una obra que demuestra sus poderosos alientos: el agua que impetuosamente se precipita por entre los peñascos, los árboles seculares cuyas ramas se entrelazan y cuyos troncos azota la corriente, y los genios de la selva que entre los árboles y las aguas aparecen en las más variadas y difíciles actitudes, forman un todo armónico, lleno de vida y de movimiento, en el que se admira tanto la grandiosidad de la composición cuanto el dominio de la técnica que en su autor revela.



D. JOAQUÍN RUBIÓ Y ORS, ilustre literato, Rector de la Universidad de Barcelona, fallecido el día 7 de los corrientes (de fotografía de Audouard).

D. Joaquín Rubió y Ors. – Con razón se ha llamado al Sr. Rubió y Ors el patriarca de la literatura catalana: su primera poesía, escrita en 1837 en nuestro idioma regional, fué la señal del renacimiento literario en Cataluña, y muy pronto, á la voz de *Lo gayter del Llobregat*, que este fué el seudónimo adoptado por el señor Rubió, respondieron los innumerables escritores y poetas que tanta gloria han dado á las letras de nuestra región y de España entera. La biografía del Sr. Rubió y Ors está escrita en pocas líneas; en cambio, la simple exposición de su labor literaria exigiría largo espacio. Nació en Barcelona en 31 de julio de 1818, cursó Filosofía y un año de Teología en el Seminario; emprendiendo luego la carrera de Derecho, que terminó en 1841. En 1847, después de unas brillantes oposiciones, obtuvo el nombramiento de catedrático de Literatura Española de la Universidad de Valladolid, pasando poco después á la de Barcelona, en donde ha desempeñado hasta su muerte la cátedra de Historia Universal, habiendo ejercido además los cargos de Decano de la facultad de Filosofía y Letras y de Vice-rector. Pocos días antes de su fallecimiento el Gobierno premiaba sus relevantes méritos profesionales nombrándole Rector de nuestra Universidad, y bien puede afirmarse que tal nombramiento fué acogido con entusiasmo por catedráticos y estudiantes, que siempre profesaron respeto y cariño al compañero ilustre y al maestro venerable, como se patentizó en el acto de la toma de posesión, que figurará como una de las más grandes solemnidades de nuestros anales universitarios. Ya hemos indicado cuán fecunda fué su labor como literato; en la imposibilidad de citar todas las producciones que de su bien cortada pluma salieron, enumeraremos las más importantes: *Lo gayter del Llobregat*, colección de poesías; *Recuerdos de Mallorca*, dos romances; *El libro de los niños*, colección de lecciones morales, de la que se han hecho numerosas ediciones; *Roudor de Llobregat ó sia los catalans en Grecia*, poema épico en tres cantos; *Memoria crítico-literaria sobre El judío errante; Manual de elocuencia sagrada; Lo doctor F. Vicens García, Rector de Vallfogona, y sus obras literarias; Apuntes para una historia de la sátira; Epítome programa de Historia Universal; Consideraciones acerca de la poesía de la naturaleza; Consideraciones sobre los orígenes de la independencia del condado catalán; Paralelo entre el catolicismo y las sectas protestantes; Lecciones elementales de Historia de España; Los supuestos conflictos entre la religión y la ciencia; Ausias March y su época; Santa Teresa de Jesús considerada como escritora; La prehistoria; El hombre; Lutero.*

Sabio, bondadoso, modesto, afable en su trato, de carácter recto, enamorado de los grandes ideales, el Sr. Rubió y Ors ha sido en vida por todos querido y respetado, y su memoria pasará á las generaciones venideras rodeada de la aureola de gloria que le han conquistado su talento y sus virtudes.

Regreso de la pesca, cuadro de L. Dettmann. — El pintor alemán L. Dettmann, nacido en Flensburgo en 1865 y discípulo de la Academia de Berlín, en donde estudió bajo la dirección de Thumann y Bracht, cultiva los más diversos géneros, pintando lo mismo un lienzo bíblico, que un cuadro de historia ó de género, un paisaje ó una marina ó una escena popular. Y en todos se muestra artista consumado, que observa con provecho, siente con intensidad y ejecuta con corrección irreprochable. Su característica, sin embargo, es la reproducción de los espectáculos de la naturaleza que traslada á la tela con toda la verdad de la escuela moderna, pero también con cierto lirismo que en vano han intentado proscribir del arte ciertas tendencias extremadas. Su *Regreso de la pesca* es una prueba del talento con que sabe armonizar esos dos elementos, cuya unión ha de producir necesariamente la emoción estética.

La cantaora, cuadro de Clemente Paulsinger. – Existen en nuestra tierra tipos y costumbres que por lo pintorescos atraen la atención del mundo entero: Andalucía, sobre todo, ofrece á los turistas y á los pintores bellezas sin cuento y tiene para ellos encantos irresistibles. Así se explica que artistas de todas las naciones vengan á España á inspirarse en aquel cielo sin par y á buscar modelos y asuntos en las mujeres y en las escenas con que tan pródigamente les brinda la región andaluza. Pasados los tiempos en que los pintores extranjeros pintaban de memoria asunto que con nuestra patria se relacionaba, hoy vienen á beber en la propia fuente, se colocan delante de la realidad y de este modo consiguen producir obras como la bellísima *Cantaora* del alemán Paulsinger y otras no menos notables que constituyen un género muy cultivado en el arte universal contemporáneo.

¡A ver si la cojo!, cuadro de G. Cornicelius. — Fué Cornicelius, fallecido en 1898 á la edad de setenta y cinco años, uno de los más respetados representantes de la antigua escuela alemana: sus cuadros de historia conquistáronle merecida notoriedad, habiendo alguno de ellos, como el de «Lutero presentando sus conclusiones,» llegado á ser popular en Alemania. A un género muy distinto pertenece el que publicamos en la página 254, composición delicada y elegante en la cual se descubre la mano de un hábil maestro.

Una artista precoz, cuadro de Salvador Sánchez Barbudo. – Como todas las producciones del notable artista español, distínguese ésta por la armonía de la composición, por la maestría con que aparecen distribuídos los elementos que en ella entran, por la naturalidad que resplandece en las figuras y por la minuciosidad con que están tratados los menores accesorios. Sánchez Barbudo pertenece al número de pintores españoles que parecen complacerse en acumular dificultades para tener el gusto de vencerlas y que, sin apartarse de la debida proporcionalidad, atiende con igual cuidado á lo principal y á los detalles secundarios que otros descuidan. Su lápiz, firme y seguro, traza las figuras y los objetos con perfecta corrección, y su pincel, sin incurrir en censurables convencionalismos, encuentra siempre colores brillantes que dan á sus cuadros realce extraordinario. *Una artista precoz* merece incluirse entre las obras más estimables de su ilustre autor.

Monumento á Pasteur en Lille, obra de M. Cordonnier. — El día 9 de los corrientes inauguróse en Lille el monumento erigido al ilustre Pasteur por suscripción pública. El sabio cuyos descubrimientos han producido una verdadera revolución en la medicina y en la higiene, había sido decano de la facultad de Ciencias de aquella ciudad, que ha querido rendirle este testimonio de su admiración y de su cariño. La obra del escultor Cordonnier tiene carácter monumental y



MONUMENTO Á PASTEUR RECIENTEMENTE INAUGURADO EN LILLE, obra del escultor M. Cordonnier

responde perfectamente á la idea que en ella ha debido presidir: la figura de Pasteur, en actitud reflexiva, está admirablemente modelada, lo propio que las cuatro estatuas que adornan el pedestal y que sintetizan la labor prodigiosa del químico eminente cuyo nombre merece figurar entre los de los grandes bienhechores de la humanidad.

Una estrella, cuadro de Gabriel Max. – En bellas artes, como en todo, hay nombres que se imponen, personalidades indiscutibles, firmas que son por sí solas la mejor garantía de la bondad de las obras á cuyo pie aparecen. Gabriel Max pertenece á este número: lo mismo en Alemania, su patria, que fuera de ella se le reputa como una de las más salientes figuras del arte contemporáneo. Muchos cuadros suyos hemos publicado y en todos ellos han podido advertir nuestros lectores una inspiración elevada y una ejecución magistral: estas cualidades se advierten desde luego en *Una estrella*, ese hermoso busto de mujer medio oculto por transparentes gasas que dejan en descubierto un rostro de expresión y pureza de líneas admirables, con toda la poesía de lo ideal y todos los atractivos de una belleza física viviente.

El almirante D. Guillermo Chacón y Maldonado. — A la edad de ochenta y seis años falleció en Madrid el día 28 de marzo último el almirante Sr. Chacón y Maldonado.



EXCMO. SR. D. GUILLERMO CHACÓN Y MALDONADO, almirante de la Armada, fallecido en Madrid en 28 de marzo último

Nació en Cádiz, á los quince años ingresó en la Armada y á los veinticinco fué nombrado alférez de navío. El primer mando que ejerció en el mar fué el de la trincadura *Vaudés* en 1836 y el último el de la escuadra de las Antillas en 1876. Al estallar la revolución de septiembre de 1868, no estando conforme con los principios por ésta sustentados, solicitó la excedencia, permaneciendo en tal situación hasta la restauración de los Borbones. Formó parte de la comisión que en Valencia del Rey recibió á D. Alfonso XII, con quien entró en Madrid, volviendo entonces á ocupar el puesto que le correspondía en la escala de Almirantes, ascendiendo á la suprema dignidad de la Armada en 1891. Ha sido consejero de Estado y presidente de la Sección de Guerra y Marina en aquel alto cuerpo, diputado á Cortes, capitán general del departamento de Cádiz, presidente de la Junta Suprema Consultiva de Guerra y Marina y de la Comisión codificadora, y estaba en posesión de multitud de cruces, entre ellas las grandes de Isabel la Católica, San Hermenegildo, Carlos III, Mérito Naval, y del collar de Carlos III.

Necrología. — Han fallecido:

Miss Isabel Brown, astrónoma inglesa, fundadora y vicepresidenta de la Asociación Astronómica Británica.

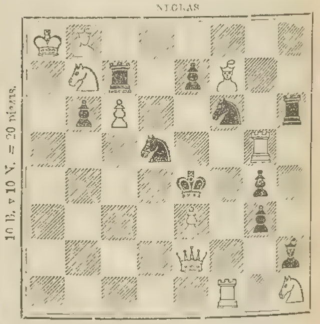
Carlos Merkel, notable historiador italiano, catedrático de la Universidad de Pavía.

Luis Mizón, célebre explorador francés.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 157, POR JOSÉ PALUZÍE

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 156, POR J. TOLOSA

Blancas.	Negras.
1. A c D	1. P 7 A D
2. C 5 C R	2. R toma C
3. T 5 R jaque	3. R juega.
4. T ó C mate.	

EN EL FONDO DEL ABISMO

NOVELA ORIGINAL DE JORGE OHNET

(CONTINUACIÓN)

– Cuando pienso que Jacobo está rodeado de bandidos, encerrado en un presidio por un crimen que no ha cometido, se apodera de mí una profunda tristeza. No hay destino más espantoso que el de un desgraciado que oye afirmar violentamente su culpabilidad, que oye probarla, á quien se arroja en un calabozo y se pone en incomunicación, y que al oirse insultar en el despacho del juez de instrucción y en el banquillo, sufre en público la agonía moral y física del más atroz martirio y repite á los demás y á sí mismo hasta volverse loco: «¡Soy inocente!» Sus protestas son acogidas con voces y sarcasmos. Los jueces se dicen: «¡Qué monstruo!» Los jurados piensan: «¡Vaya un malvado endurecido!» Los periodistas hacen á su costa frases ingeniosas y el público entero se deja llevar por ellos. He aquí un hombre cuya suerte está decidida sin apelación posible. La sociedad, por medio de sus jueces, le ha puesto el estigma de asesino y es preciso que lo sea para siempre. No tratéis de discutir; la ley esta ahí y detrás de ella los jueces, que nunca se engañan; pues, como se ha dicho aquí hace un momento, el error judicial no existe, es una impostura inventada por los periodistas. Si de vez en cuando se rehabilita algún condenado, cuya inocencia ha logrado salir á luz, casi siempre después de muerto el víctima, ha sido que una facción poderosa ha logrado arrancar á la justicia infalible la confesión de su error. Y aun entonces se retracta de mala gana. Si, por una casualidad, el sentenciado vive todavía, la fuerza pública, en vez de darle solemnemente todo género de excusas, en vez de reparar el daño moral y material que ha sufrido aquel hombre, confiándole un puesto honroso y lucrativo, le declara á regañadientes que está libre y le pone en la calle, diciéndole poco más ó menos: «Anda, buen mozo, y que no te dejes pescar otra vez.» ¡Oh, justicia, hermosa justicia, bien pagada, muy condecorada y grandemente honrada justicia, yo te admiro!

Al decir esto Cristián prorrumpió en una carcajada. Ya no era el frío y tranquilo Tragomer, del que se burlaban amablemente las muchachas por encontrarle demasiado reservado. La sangre asomaba á su tez y sus ojos brillaban. Se volvió hacia Marenval, que no acertaba á decir palabra, y continuó:

– Hace dos años que Jacobo está agonizando bajo el peso abrumador de una condena no merecida. Su madre está en duelo, y su hermana, desesperada, quiere hacerse religiosa. Y todo porque un bribón desconocido ha cometido un crimen y con extremada habilidad ha sabido atribuírselo á ese infeliz, quien por su parte no parece sino que lo había preparado todo de antemano, á fuerza de desorden, de imprudencia y de locura, para que se le supusiese culpable y para que le fuese imposible probar que no lo era.

Marenval empezaba á estar inquieto. Los comentarios de Cristián sobre la pretendida infalibilidad de los jueces habían enfriado su entusiasmo. Encontraba que el interés del relato había languidecido, y con todo el rigor de un crítico que reclama un corte en el diálogo dijo:

– Nos estamos extraviando, Tragomer; volvamos á Lea Peralli. Me ha dicho usted que la encontró. Pero ¿dónde, en qué circunstancias?.. Eso es lo que yo quiero saber. Ahí está el nudo de la intriga. Dejemos lo demás para otra ocasión y hábleme usted de Lea Peralli. Estaba usted en San Francisco y se encontró con ella. ¿Dónde? ¿Cómo?

– De un modo tan sencillo como inesperado. Había yo llegado el día anterior con Raleigh-Stirling, el famoso *sportman* escocés, que se dedica á la pesca del salmón y al que había encontrado en el lago salado capturando monstruos. Se vino conmigo, dispuesto á seguir su pesca en Sacramento, y yo me entretuve en cazar en el Canadá, donde maté algunos bisontes. Hacía, pues, algunas semanas que ambos vivíamos en el desierto y fué para nosotros un cambio agradable el encontrarnos en medio de la animación civilizada de una ciudad, entre compañeros amables. Precisamente el banquero más rico de la ciudad, Sam Pector, era pariente de mi compañero de camino, y en cuanto supo nuestra llegada, nos envió á buscar en su coche, hizo recoger nuestros equipajes en el hotel y de grado ó por fuerza nos instaló en su casa. Era el tal un solterón de cincuenta años, y rico como lo son los de aquel país, vivía como un príncipe, sin privarse de ningún placer. El primer día, después de una comida excelente, nos dijo: «Esta noche hay ópera: se canta *Otello* por Jenny Hawkins, que hace de Desdémona, y el gran tenor italiano Novelli, en el personaje del moro. Iremos, si queréis, á oirlos en mi palco. Si os aburrís, volveremos á casa ó nos iremos al círculo Californiense; como queráis.» A las diez entrábamos en el proscenio de Pector y nos encontramos un público entusiasmado con los cantantes, que realmente tenían talento, pero que estaban secundados por detestables artistas que convertían la representación, fuera de las escenas de los protagonistas, en un verdadero escándalo musical. Jenny Hawkins no estaba en escena ni apareció hasta el final del acto. Al verla, experimenté la impresión muy clara de conocer á la mujer que acababa de presentarse ante mí. Era una morena de facciones acentuadas, ojos atrevidos y aventajada estatura. Se adelantó hacia el proscenio y empezó á cantar. En el mismo instante, como si la memoria me acudiese repentinamente, me dí cuenta del parecido que me había chocado. Jenny Hawkins era el vivo retrato de Lea Peralli, pero una Lea tan morena como rubia era la otra, más alta y más gruesa. La impresión que experimenté fué sumamente penosa. Me volví á mirar hacia el público para no ver aquel fantasma que allá, en el fin del mundo, venía á recordarme precisamente las dolorosas circunstancias que me habían hecho expatriarme. Pero si no la veía, oía su voz, que cantaba la hermosa melodía de la plegaria. Con mucha frecuencia había oído cantar á Lea cuando iba á su casa con Jacobo, pero no reconocía su voz. Era la misma y no lo era, así como la cara de Jenny era la de Lea y sin embargo se diferenciaba de ella en ciertos detalles. Y después, ¿cómo había de ser aquella cantante Lea Peralli, que había muerto en la calle Marbeuf dos años antes y cuya muerte expiaba Jacobo en la Numea? ¡Locura! ¡Ilusión! Encuentro fortuito que no podía tener ninguna consecuencia. Sensación que duraría el espacio de una velada y que se desvanecería en cuanto cayese el telón. ¡Ay! La terrible realidad que aquel parecido evocaba en mí se grabaría en mi alma más irrevocable que nunca. Pensaba yo todo esto mientras oía cantar á la artista, y sin embargo, la emoción que había sentido al verla aparecer en escena había sido tan viva, que quise comprobarla por un nuevo examen. Me volví y miré á aquella mujer. Estaba arrodillada en un reclinatorio, con la hermosa cabeza apoyada en las manos cruzadas y con los ojos fijos en el cielo como para implorarle. Me estremecí. Por segunda vez y con mucha mayor intensidad que la primera, tuve la sensación de que Lea Peralli estaba delante de mí. Una noche, en que Jacobo la había maltratado, después de una de sus violentas y frecuentes querellas, la vi arrodillarse así delante del sillón en que su amante estaba recostado. En aquel momento me parecía verla con los codos en los brazos del sillón y la mejilla apoyada en las manos cruzadas, dirigiendo á Jacobo una sonrisa tierna y suplicante. Era la misma fisonomía, la misma actitud, la misma mirada, la misma sonrisa. ¿Era posible que existiera tal semejanza, no ya tan sólo física, sino moral? Aquella prueba afirmó mi creencia más de lo que yo deseaba y una turbación extraordinaria se apoderó de mí. Me incliné hacia el banquero y le pregunté:

– ¿Conoce usted á esta Jenny Hawkins?

– Ciertamente. Es la tercera vez que viene á cantar en San Francisco y siempre ha tenido mucho éxito.

¿Ha hablado usted con ella?

– Más de diez veces. He cenado con ella cuando era amiga de mi amigo John-Lewis Day, el gran tratante en oro del Sacramento. Es una muchacha muy amable.

– ¿Qué edad cree usted que tendrá?

– Podrá tener, acaso, unos veinticinco años. Parece de más edad en la calle que en la escena, porque allí no está pintada, y además la existencia de artista en expedición aja mucho la belleza de una mujer. Es muy agradable. En este momento no tiene á nadie; si le gusta á usted, le presentaré.

El pensamiento de encontrarme en presencia de aquella mujer hizo latir violentamente mi corazón y debí palidecer, porque Pector se echó á reir y me dijo:

– ¡Diablo! ¿Tan impresionable es usted, querido? ¿O es que está usted bajo el imperio de la abstinencia? La verdad es que la hospitalidad de las indias de los lagos no es muy halagüeña, ¿verdad?

La bulliciosa alegría del americano me dió tiempo para reponerme y continué mi interrogatorio:

– Jenny Hawkins ¿habla el inglés sin acento extranjero?

– Le habla con mucha pureza, pero usted sabe que en América, como en Francia, tenemos diversas pronunciaciones, según las provincias. No me sorprendería que Jenny fuese canadiense. Hay un ligero matiz francés en su manera de acentuar ciertas palabras.

– Habla asombrosamente el italiano...

– ¡Oh! Ha tenido forzosamente que aprenderlo en interés de su carrera. Todas las compañías que pasan por aquí cantan en italiano ó en alemán...

– ¿Es de carácter alegre?

– No; más bien melancólico.

– Y el cabello que enseña en su papel ¿es suyo ó es una peluca? ¿Es realmente morena?

– ¡Qué cosas tiene usted! ¿Qué puede importar eso? ¿No le gustan á usted las mujeres si no son de un color determinado? Con los tintes no se puede hoy saber si una cabellera es natural. ¿Quiere usted saber mi opinión? Pues creo que Jenny es naturalmente morena, pero que debe haberse pintado de rubio en otro tiempo...

– ¡Rubia!, exclamé muy turbado. ¡Tiene un ligero acento francés y se ha teñido de rubio!

– Vamos, querido, ya verá usted cómo todo le sale á pedir de boca: Jenny resultará, de fijo, una verdadera morena y una falsa americana... Pero baja el telón. Vamos al escenario, si usted quiere; hablaremos con la *prima donna* y la invitaremos á cenar.

– Otro detalle, dije. ¿Cuánto tiempo hace que Jenny viene á América?

– Seguramente, hace tres años.

– ¡Tres años! ¿Y con el nombre de Hawkins?

– ¡Claro está!

Todas mis combinaciones caían por tierra ante aquella afirmación de que la cantante era conocida en San Francisco hacía tres años y con el nombre que llevaba actualmente. ¿Cómo podía haber sido Lea Peralli en París y Jenny Hawkins en América al mismo tiempo? Lea había pasado un año entero ante mí, hacía dos solamente, en aquel cuarto de la calle Marbeuf donde una mañana se la encontró muerta. Esa doble presencia era inadmisible. La identidad de la americana estaba establecida con claridad, y sin embargo, era la viva imagen de la desgraciada cuya muerte expiaba Jacobo. Una fuerza más poderosa que el razonamiento, que la verosimilitud y que la cordura me oprimía el pensamiento y me repetía á pesar de todo: «Es Lea Peralli.»

Salimos del palco y atravesamos el pasillo del vasto teatro. Con una llave que sacó del bolsillo abrió Pector la puerta de comunicación y pasamos desde la luz de las lámparas eléctricas á las tinieblas de los bastidores. Seguí á mi guía, que evolucionaba entre los trastos, los accesorios y las decoraciones con la seguridad de un antiguo abonado. Todo el mundo le saludaba al pasar y el director de la compañía se precipitó ante él como si fuese un soberano. Pregunté el porqué á Raleigh-Stirling y me respondió flemáticamente que su pariente era uno de los cuatro propietarios del teatro que ponían aquella magnífica sala á disposición de los empresarios, casi de balde, á fin de que ni sus conciudadanos ni ellos mismos careciesen de placeres artísticos. Desde aquel momento nos conducía el empresario en persona. Subimos un piso, seguimos el corredor de los cuartos de los artistas y nos detuvimos ante una puerta á la que nuestro guía llamó discretamente diciendo:

¿Se puede, mi querida miss Hawkins?

¿Quién está con usted?, preguntó desde el interior una voz que no era la de la cantante.

– El Sr. Pector y dos amigos suyos.

– Que pasen.

La puerta se abrió y la doncella nos recibió en un saloncillo que precedía al cuarto de vestirse de Jenny. Por la puerta entreabierta venía hasta nosotros una viva luz, un olor de agua de tocador y un susurro de palabras. De pronto se oyó una vocalización; era que la cantante ensayaba, sin cuidarse de nuestra presencia, mientras cambiaba de traje.

La doncella entró á reunirse con su señora y nosotros nos quedamos solos en el saloncillo. Pector y Raleigh se sentaron al lado de la chimenea, mientras yo, invenciblemente atraído por aquella puerta entreabierta, avanzaba á pasos ligeros, la cabeza inclinada, aprestando el oído y escuchando los más vagos rumores. Me apoyé en la pared de modo que era posible verme desde dentro por la rendija de la puerta. De pronto oí cerca de mí una exclamación comprimida y esta palabra dicha en francés y en voz baja: «¡Cuidado!,» y en seguida mi nombre «¡Tragomer!»

En el momento se cerró la puerta y todo quedó en silencio. Sin embargo, yo no había soñado; esta vez estaba seguro de haber oído, y la palabra «cuidado» precediendo á mi nombre había sido pronunciada por una voz masculina. Todo este asunto se presentaba en tales condiciones de misterio que se apoderó de mí una impaciencia febril, y sin cuidarme de lo que pudieran pensar mis compañeros, dí un paso para abrir aquella puerta que de modo tan singular acababa de cerrarse y penetrar en el cuarto tocador, cuando la puerta se abrió y dió paso á Jenny Hawkins.

La artista se adelantó sonriente y con mirada segura. Sus ojos se fijaron en mí antes que en los demás y no vi que se turbaran. Sus labios expresaban un gracioso descuido y me hizo un signo amistoso con la cabeza, con esa acogida fácil que caracteriza á los artistas, acostumbrados á recibir los homenajes de los desconocidos, como príncipes en medio de la multitud. Pector salió á su encuentro y nos presentó á su primo y á mí. Al oir mi nombre la cantante inclinó la cabeza con un ligero matiz de extrañeza y de interés, y dijo alegremente á Pector:

– ¡Ah! Un noble francés... ¡En América! Es raro. ¿El señor habla inglés?

– Sí, señora, dije sin esperar más; le hablo bastante mal para expresarme, pero bastante bien para adivinar á usted.

De propósito recalqué la palabra «adivinar,» pero la cantante no pareció comprender el alcance amenazador que había yo dado á mi respuesta. Sonrió y me ofreció la mano diciendo:

– Tengo mucho gusto, caballero, en conocer á usted.

Debo confesar que en aquel minuto decisivo no había en Jenny Hawkins más que muy poca cosa de Lea Peralli. Como en esos retratos borrados por el tiempo en los que no se distingue más que las facciones debilitadas del modelo, el parecido se atenuaba y la muerta desaparecía empujada por la viva. En vano buscaba ya los detalles que hubieran podido recordarme á Lea Peralli. La actitud de la mujer que tenía delante no era la misma que la de la infeliz asesinada. La sencilla alegría, el aire risueño y las actitudes infantiles que caracterizaban á la italiana, estaban reemplazadas en la inglesa por la fría altivez, la grave seguridad y la firme actitud de una artista segura del público y de sí misma.

– No puedo reteneros mucho tiempo conmigo, á pesar del placer que en ello tendría, dijo Jenny; tengo que bajar á escena para el último acto. ¿Cómo han encontrado ustedes á Novelli? ¡Qué bien ha cantado! ¡Es un gran artista!

– Su éxito no puede compararse más que con el de usted, dije; pero yo atribuyo en él al compositor más parte que la generalidad.

– Sí, respondió Jenny inclinando ligeramente la cabeza. Este papel no es el mejor de mi repertorio. Si viene usted á oirme la *Traviata,* le gustaré más.

– No lo creo, dije con atrevimiento. Me sería muy penoso ver á usted morir en escena.

La cantante levantó la cabeza, fijó su mirada en la mía y dijo:

– ¿Por qué?

– Porque esa muerte me traería punzantes recuerdos.

Jenny se echó á reir.

– ¡Ah! Es usted impresionable y sentimental como buen francés... ¿Qué tiene de común la música de Verdi con esas impresiones pasadas?

– Se lo explicaré á usted, si así lo desea...

– No tengo tiempo, y es lástima.

Pues bien, amiga mía, dijo Pector; ¿quiere usted cenar con nosotros esta noche, después de terminada la ópera?

– Lo agradezco mucho, pero estoy muy cansada y necesito cuidarme la voz.

– Entonces, pregunté, ¿me permite usted verla en su casa mañana?

– Con mucho gusto. Vivo en el hotel de los Extranjeros, plaza de la Villa. Después de las cuatro, si á usted le parece. Tomaremos una taza de te y hablaremos.

Me incliné sin responder, y Jenny nos estrechó la mano á mis compañeros y á mí, nos acompañó hasta el corredor y volvió á su cuarto, cuya puerta cerró cuidadosamente.

Fuera ya de la presencia de aquella mujer, recobré la facultad de analizar, de discutir y de comprender. Si no hubiera oído pronunciar mi nombre por aquella voz masculina que salía del cuarto tocador, acaso hubiese renunciado á establecer entre Lea Peralli y la cantante una relación que se hacía más vaga á medida que yo precisaba mis observaciones. Pero había oído aquellas palabras. ¿Quién era aquel hombre que me conocía y que advertía á Jenny que tuviese cuidado cuando yo apareciese?

La identidad de las dos mujeres, debilitada por las diferencias de aspecto y de expresión que había observado, así como por las imposibilidades materiales de tiempo, de condición y de nacionalidad que se deducían de las noticias de Pector, se encontraba restablecida por la intervención de aquel desconocido que evidentemente me señalaba á Jenny como peligroso. A este pensamiento acudían á mí todas mis angustias y me sentía poseído por una viva curiosidad. Poco me importaba ya la cantante; lo que yo deseaba era saber quién era su compañero, aquel francés que me conocía y cuya presencia debía, por sí sola, aclarar la situación.

Llegados al palco, Pector me dijo:

¿Nos quedamos?

– La verdad es, respondí, que me duele un poco la cabeza. Hace seis meses que no asisto á fiestas semejantes y todas las notas de la partitura me bullen en el cerebro. Creo que me vendría bien tomar el aire.

– Entonces despediré el coche y volveremos á pie.

A poco tiempo salimos á la calle y nos pusimos á pasear por los inmensos barrios de la ciudad, fumándonos un exquisito cigarro. La casualidad nos llevó á la plaza en que está erigido el monumental edificio del Ayuntamiento.

– ¿Dónde está el hotel de los Extranjeros?, pregunté.

– Enfrente de nosotros; esa gran fachada iluminada. No es una casa de diez y siete pisos como las de Nueva York; aquí tenemos sitio abundante para edificar. ¿Quiere usted entrar? Hay un magnífico *restaurant*...

Pector servía á maravilla mis designios con su manía americana de pasear por los sitios públicos y de entrar en todos los cafés á tomar un emparedado y un *cocktail.* Acababa yo de formar el proyecto de esperar á Jenny delante del hotel para sorprenderla con su compañero. Un presentimiento me decía que había de volver con él y que allí, en un segundo, podría yo saber el secreto de aquella mujer. Porque no era posible dudar; Jenny tenía un secreto. Seguí á mis compañeros al interior del hotel, me senté con ellos á una mesa llena de esos refrescos que abrasan el cuerpo, y pasado un rato llamé al mozo.

– ¿A qué hora acaba el teatro?

– A eso de las doce.

– Gracias.

Pector me preguntó riendo:

– ¿Cómo es eso? ¿Quiere usted acechar á Jenny Hawkins?

Parecía que el americano había leído en mi pensamiento.

– En verdad, respondí, me gustaría ver cómo es en la calle después de haberla visto en la escena. Las mujeres pierden de tal modo cuando dejan el traje y la pintura... Así, si no vale la pena, suprimo mañana mi visita.

– Créame usted; vale la pena.

– ¡Qué diablo! Voy á verlo.

– Vaya usted, pues. Aquí le esperamos.

Salí precipitadamente, aprovechando aquella libertad de acción conquistada con tanta suerte y que tanto deseaba. Ya no me faltaba más que obtener de la casualidad el favor de encontrar al paso á la cantante. El portero, á quien dí un dollar, se encargó de darme noticias.

– Milord, esa señora baja del coche en el zaguán, atraviesa el vestíbulo, sube por esa escalera y se mete en su habitación, que está en el primer piso... No tardará en llegar...

Salí á la acera y me levanté el cuello del gabán. Hacía frío aquella noche, aunque estábamos en abril, y fumando y paseando me decidí á esperar. El piafar de los caballos y el ruido de las ruedas me advirtieron á los pocos momentos que llegaba la diva. El portero se adelantó para ayudarla á bajar, se abrió la portezuela, y Jenny, cubierta de pieles, descendió ligera, enseñando una pierna admirable. Miró alrededor, me echó una mirada sin conocerme, pues escondí la cara en el cuello del gabán y arrojé una gran bocanada de humo, y dirigiéndose á una persona que estaba en el interior del coche, dijo en francés:

– Vamos, amigo mío.

Cuando el interpelado se disponía á bajar, me dirigí hacia él. En aquel momento me creí seguro de poseer la clave del misterio; pero el hombre, que sacó un poco la cabeza, me vió y se volvió á meter vivamente en el carruaje. No le oí más que esta palabra dicha en un tono breve y como de advertencia:

– ¡Jenny!

Aquella voz era la misma que había oído en el teatro. La cantante, alarmada, se aproximó á la portezuela, se inclinó hacia el interior y dijo, volviéndose hacia el cochero:

– Plaza del...

Giró sobre sus talones, entró como un relámpago en el vestíbulo y desapareció. El coche dió la vuelta y partió rápidamente sin que me fuese posible ver al que le ocupaba. El portero se aproximó entonces á mí y me dijo:

– Hermosa mujer, milord. El caballero no ha subido esta noche con ella... Si milord quiere escribirla, yo puedo entregar la carta.

Dí otro dollar á aquel complaciente criado y volví á entrar en la sala donde Pector y Raleigh estaban saboreando sus licores nacionales.

– Y bien, ¿qué hay?, preguntó el banquero.

– Decididamente tenía usted razón. Vendré mañana.

Nos fuimos á dormir; pero la mañana siguiente, á la hora del desayuno, entró Pector en el comedor con una carta en la mano.

– Mi querido vizconde, me dijo, no tiene usted suerte en sus aventuras galantes. El director de la Opera acaba de avisarme que la compañía italiana no hace función esta noche. La Hawkins cogió anoche frío y no puede cantar; pero como debe estar pasado mañana en Chicago, se va ahora mismo en el rápido. Adiós cita. Aquí tiene usted una carta que le han traído y en la que Jenny se excusa sin duda.

Abrí el sobre y en un cuadrado de bristol en una de cuyas esquinas se veía la cifra J. H., rodeada por el lema *Never more,* leí estas líneas: «Siento infinito privarme de su visita que me hubiera causado gran placer; pero los artistas no son siempre dueños de su voluntad. Parto para Chicago y Nueva York, donde permaneceré algunas semanas. Si los azares del viaje le llevan á usted por allí, celebraré que me conceda una compensación. Un amistoso apretón de manos. – *Jenny Hawkins.*»

Me quedé pensativo. Mis dos compañeros se burlaron de lo que ellos llamaban mi sentimentalismo, pues no podían sospechar las graves preocupaciones y los punzantes cuidados que me producía aquella brusca partida. Después de los incidentes que se produjeron al ponerme en presencia de la cantante, su indisposición, fingida sin duda, y su empeño en huir de mí eran una confirmación de mis sospechas, casi una confesión.

Reflexioné profundamente sobre aquella situación Si Lea Peralli, por un encadenamiento de circunstancias inexplicables para mí, vivía, mientras Jacobo de Freneuse sufría una condena por haberla matado, era evidente que este misterio encubría una monstruosa iniquidad. Adopté, pues, la resolución irrevocable de esclarecer y reparar el mal causado á mi infeliz amigo. Pero no era en América, vasto continente por el que Jenny Hawkins andaba errante, donde yo podía seguir una pista, proceder á una averiguación y tratar de restablecer la verdad. Allí estaba solo, sin apoyo ni recursos, completamente desarmado. El crimen se había cometido en Francia; en Francia, pues, convenía intentar la revisión del proceso, y la precaución más elemental que era preciso adoptar era evitar todo contacto con Jenny y con su compañero desconocido. Convenía dejarles reponerse de su alarma y hacerles tomar confianza á fin de sorprenderles mejor cuando llegase el momento. Era, pues, preciso, ante todo, que no oyesen hablar más de mí.

Tomada esta resolución, me atuve absolutamente á ella. Atravesé la América, me embarqué en Nueva Orleáns y he llegado á París hace tres semanas. Durante este tiempo me he ocupado en reanudar mis relaciones, un tanto enfriadas por una ausencia de diez y ocho meses, y en buscar una ocasión de romper las hostilidades. Esa ocasión ha llegado esta noche. A usted, amigo Marenval, á quien he contado mi aventura, le pregunto: con la gran fortuna que usted posee, con su afición á las cosas que no son comunes, con el atrevimiento que muestra al contrariar, cuando le parece oportuno, las ideas corrientes, ¿quiere usted colaborar conmigo para rehabilitar á un inocente y confundir á un culpable? La empresa no tendrá nada de vulgar, y desde luego no está al alcance de cualquiera. Además, Jacobo es pariente de usted, y si logramos nuestro objeto será para usted un verdadero triunfo, una página asombrosa en la historia de este tiempo, que se distingue por su escepcismo y su futilidad. Al terminar el siglo XIX, cuando nadie cre-

ya en nada, no puede menos de hacer brillante efecto un justiciero, un enderezador de entuertos.

Marenval escuchó el relato de Tragomer con una atención apasionada, palpitando por sus episodios y estremeciéndose por sus peripecias. Pasado algún tiempo confesó que nunca se había sentido tan poseído y que una voz secreta le había murmurado al oído: «¡Marenval, ahí tienes un asunto asombroso en el que puedes ser el héroe!..» Cuando Cristián terminó, Marenval recobró el uso de la palabra y estalló como una caldera cuyas válvulas han estado demasiado comprimidas.

– Pues bien, Tragomer, no siento el empleo de esta velada. ¡Oh! Acaba usted de infundirme calor, amigo mío. ¡Qué historia! Ha tenido usted un gran acierto en contármela, porque, en efecto, soy el hombre que usted necesita. Conmigo no se juega. Conozco los negocios y los hombres, y también las mujeres... ¡Oh, amigo Tragomer!.. ¡Cómo ha debido usted quemarse la sangre durante la travesía dando vueltas á toda esta aventura! Pero desde este momento vamos á poner en juego todos los resortes y el asunto va á marchar...

Cristián interrumpió á su impetuoso compañero.

– Sobre todo, prudencia. Ni una palabra inoportuna. Usted no sospecha todas las dificultades en que podemos tropezar.

– ¡Cómo! ¿Dificultades? Todo el mundo nos va á ayudar, la justicia, los poderes públicos, el jefe del gobierno... En cuanto tengamos pruebas serias del error cometido, todos se apresurarán á repararle. Lo único delicado que tiene el asunto es las averiguaciones.

– Todo es delicado, dijo Tragomer. No cuente usted con el concurso de la justicia; su primer pensamiento será desconfiar y el segundo resistir á nuestros esfuerzos. Para nadie es agradable confesar que se ha equivocado y menos para la justicia, que, por profesión, no admite que pueda estar sujeta á error. Bien sabe usted cuánto tiempo, cuánto trabajo, cuánta voluntad y cuánta influencia han sido menester para lograr las escasas rehabilitaciones que ha consentido la magistratura, arrancadas casi todas por la política. No venda usted, pues, la piel del oso, puesto que aún no le hemos matado. Contamos con buenos elementos, la inmensa fortuna de usted, sus grandes relaciones, su tenacidad y su inteligencia. Y si usted me lo permite, añadiré mi valor y mi voluntad.

– Sí, por cierto, querido Cristián, exclamó Marenval estrechando las manos del joven. Entre los dos realizaremos nuestro fin. Yo seré silencioso y circunspecto, lo prometo. No tendrá usted que llamarme al orden.

– Está bien. Oigame aún durante un minuto. Tengo que dar á usted algunos datos complementarios. En primer lugar, Jenny no está ya en América, sino en Inglaterra.

– ¡En Inglaterra! ¿Está cantando?

– Está en Londres, en el *Princess-Theâtre*. Lo he leído estos días en los periódicos. Además, la casualidad me ha servido mejor que yo podía esperar y me ha proporcionado datos preciosos sobre el hombre misterioso que acompañaba á la cantante en San Francisco.

– ¿Le conoce usted?

– Creo conocerle. La otra noche estaba yo jugando al *bridge* con unos amigos en el círculo, cuando, en la mesa inmediata, uno de los jugadores derribó la pantalla de su bujía al encender un cigarro y la prendió fuego. El que jugaba con él dijo entonces vivamente: «¡Cuidado!,» y yo me estremecí al oir esa palabra, pues reconocí la entonación y el acento del que la pronunció en el cuarto de Jenny Hawkins. Me volví prontamente y miré al que acababa de hablar. El me vió volverme y también me miró. Nuestras miradas se cruzaron, investigadoras, y en la suya leí claramente este pensamiento: este hombre me ha reconocido. Fingió una sonrisa y dijo alegremente:

– No quememos el material, ¿verdad, Tragomer?

– Y ese hombre, ese socio del círculo que trataba á usted tan familiarmente, ¿quién era?

Tragomer se puso sombrío; la animación de su semblante dejó plaza á una intensa palidez y dijo bajando la cabeza:

– Era el conde Juan de Sorege, el amigo íntimo, el compañero de locuras de Jacobo de Freneuse cuando éste era libre y dichoso...

Marenval expresó el más completo asombro; su fisonomía tomó un aspecto de desolación.

– He aquí, dijo, el último nombre que yo esperaba. Todo resulta obscuro é inexplicable. ¿Cómo sospechar que Juan de Sorege ha cometido el crimen? ¿Para qué? ¿Con qué pretexto? Si á alguien es imposible acusar es á él. Estamos detenidos en los primeros pasos.

– No se desanime usted tan pronto, replicó gravemente Cristián. Nada es imposible ni inverosímil. Tropezamos con la personalidad de Sorege y con su cualidad de amigo de Jacobo. No comprendemos qué interés ha podido tener en perder á ese inocente, pero no dude usted que daremos con los móviles que le impulsaron. Porque es él, ¿entiende usted?, es él quien estaba en San Francisco, él el culpable. Me costará trabajo probarlo, pero lo probaré de un modo irrefutable. Para establecer la culpabilidad de un acusado hacen falta presunciones numerosas y evidentes, y aquí no sólo tenemos que perseguir á un criminal, sino rehabilitar á un inocente. Es, pues, preciso tener tres veces más certidumbre que en un asunto ordinario, y eso es precisamente lo que debe animarnos. Cuanto más difícil es la misión que uno se impone, más brillante es el éxito. ¿Está usted pronto á ayudarme?

– Sí y á pesar de todo, respondió Marenval con energía.

El bretón miró á su compañero con firmeza.

– Está bien; es usted el hombre que yo esperaba. Venceremos.

Miró el reloj y añadió:

– Es la una de la madrugada; bastante hemos hablado por hoy. ¿Nuestro pacto de alianza está firmado?

– Empeño mi palabra. Si hay que hacer gastos, yo me encargo de ellos. Si se presentan peligros...

– Son de mi cuenta...

– Poco á poco, protestó Marenval. No me ha comprendido usted. Los peligros á medias. Quiero arriesgarlo todo con usted, como un hermano.

– ¡Muy bien! Así será.

Se estrecharon la mano y entraron en el círculo por una puerta interior.

II

Hay en París casas que inspiran tristeza y otras que infunden alegría. En las fachadas se lee la desdicha ó la felicidad como en la fisonomía de los seres vivos. Existen casas que atraen y casas que repelen: en las unas parece que los habitantes deben estar colmados por todos los favores del cielo; en las otras podría creerse que han de caer todos los males de la humanidad sobre los que allí se alberguen.

Entre todas esas casas silenciosas y negras, hechas para el duelo, la tristeza y la mala suerte, ninguna más lúgubre que la situada en la calle de *Petits-Champs*, número 47 duplicado, ante la cual se detuvo muy temprano, el primer día de Pascua de Navidad, el coche de Cipriano Marenval. El visitante dijo con aire de importancia al cochero:

– Pedro, pasee usted el caballo, al paso, durante un cuarto de hora; tiene mucho calor... Yo estaré aquí un rato y hay una corriente de aire atroz en esta calle.

Marenval se subió el cuello de su gabán de pieles, alzó los ojos hacia la puerta que se abría delante de él, y ya malhumorado sin más que haber mirado aquel pasaje poco atrayente, entró resueltamente en el patio.

En el fondo había un edificio de aspecto monacal, fachada ennegrecida por el tiempo y ventanas cubiertas con persianas, como ojos cerrados, y al que se subía por una escalera de cuatro escalones verdosos á causa de las lluvias. Marenval llamó y un timbre resonó en la casa turbando el silencio con un ruido sacrílego. Al cabo de un momento el visitante vió á través de los vidrios un viejo que se dirigía á abrir la puerta. El criado, agradablemente sorprendido, quitó á Marenval el gabán y le dijo con tierna familiaridad:

– Sí, señor, las señoras están en casa y se van á alegrar mucho de ver al señor, después de tanto tiempo...

– Están tan tristes, amigo Giraud, tan tristes, que es difícil ponerse al mismo diapasón que ellas... Por muy afligido que uno esté, teme ofender su dolor al tratar de consolarlas.

– Sí, señor, es verdad, dijo el criado bajando la cabeza; no tienen consuelo.

– ¿Y cómo están de salud?

– Están bien, señor; no se puede decir que están mal. ¡Ah, si su espíritu estuviese lo mismo!.. ¡Pero no lo está; no, no lo está!

– En fin, Giraud, no hay que desesperar. ¿Quién sabe? Todo puede cambiar.

– ¡Oh, no, señor; no hay esperanza alguna!.. Pero, con su permiso, si el señor quiere servirse entrar, iré á anunciarle á las señoras.

Marenval entró en un vasto salón un poco sombrío y espléndidamente amueblado con una sillería antigua de tapicería. En las paredes se veían algunos cuadros notables, restos de una buena colección dispersada por ventas sucesivas. En los ángulos había unas vitrinas vacías. Todo allí atestiguaba un lujo bruscamente desaparecido y del que sólo quedaba el noble orden de una habitación en otro tiempo suntuosa.

Era fácil ver que los habitantes de la casa no estaban habitualmente en aquella pieza aparatosa, pues no se veían allí los objetos familiares á dos mujeres inteligentes y activas. Todo en aquel salón era correcto, frío, lúgubre. Se abrió una puerta y el criado se presentó de nuevo.

– Si el señor quiere tomarse la molestia de seguirme, la señora le ruega que tenga la bondad de subir á su habitación.

Marenval subió por una escalera de piedra con barandilla de hierro forjado, y al llegar al primer piso, donde comenzaba una obscura galería, encontró una joven de alta estatura y vestida de negro, que se adelantaba á recibirle. Giraud desapareció sin ruido y Marenval se encontró, algo cortado, frente á la señorita de Freneuse que le alargó la mano sonriendo tristemente. Pero ¡qué desgarradora melancolía en la expresión de aquel hermoso semblante! Sus ojos negros, dulces y profundos, mortificados por las lágrimas, presentaban un círculo azulado, y su frente admirable, coronada de cabellos rubios ondulados y recogidos sin coquetería, daba á aquella altiva fisonomía un aire de incomparable nobleza.

Marenval miró un instante á su hermosa pariente, movió tristemente la cabeza y dijo en tono afectuoso y de suave reconvención:

– Y bien, María, ¿sigue usted tan poco razonable?

– Siempre tan desgraciada, Sr. de Marenval.

– ¿Y su madre de usted?

– Va usted á verla.

La joven introdujo á Cipriano en una pequeña pieza, especie de santuario en el que la señora de Freneuse había reunido todo lo que le recordaba á su hijo, retratos, libros, dibujos, que representaban allí al que la infeliz mujer no había dejado de llorar, á pesar de sus faltas. Se levantó de una butaca baja mostrando una fisonomía pálida bajo sus cabellos blancos, y dulce y resignada dió las gracias á Marenval por su visita, si no dichosa por ver alterada la soledad de su existencia, agradecida por un paso que denotaba un recuerdo afectuoso.

Marenval se sentó y dirigió la vista hacia un magnífico retrato que representaba un elegante joven de cara franca y alegre. Una amarga sonrisa plegó los labios de la señora de Freneuse. La pobre madre dejó al visitante contemplar un rato el lienzo y dijo con voz ahogada y casi sin timbre:

– Ahí tiene usted lo que él era. ¿Cómo estará ahora? ¿Qué habrán hecho de él? Hace dos años ha sido imposible conseguir que se deje hacer una fotografía, que estábamos dispuestas á pagar muy cara... No ha querido que pudiésemos verle con el pelo rapado, la barba afeitada y con el traje de penado.

– ¿Tienen ustedes noticias suyas?

– Las recibimos con regularidad.

– ¿En qué situación se encuentra?

– Materialmente, no puede quejarse... Es joven y fuerte... Y después, parece que no le tratan mal. Hace poco le han hecho entrar en la oficina, donde parece que presta buenos servicios. Su existencia es así menos miserable. Pero moralmente...

– ¿Sigue afirmando su inocencia?

A esta pregunta, el pálido semblante de la señora de Freneuse se iluminó por una llama pasajera, sus ojos brillaron, y exclamó con voz en la que se notaba aún cierto vigor:

– Hasta morir declarará que no ha cometido ese crimen atroz, que no ha podido cometerle. Mi hija y yo – ¿entiende usted, Marenval? – no cesaremos de afirmarlo así. Ha habido en contra de Jacobo un conjunto de circunstancias abrumadoras que han podido engañar á los hombres hasta hacerles juzgarle sinceramente; pero nosotras, su madre y su hermana, repetiremos con él hasta el último suspiro que es inocente.

Marenval miró á las dos mujeres con expresión de asentimiento, y dijo levantando la cabeza:

– Es absolutamente mi opinión.

A estas palabras, que Marenval decía por primera vez delante de aquella madre desolada, la señora de Freneuse se irguió, se puso encarnada y dijo con repentina vivacidad:

– Marenval, ¿qué significa esto? Jamás ha estado usted tan afirmativo... Hay más; yo acusaba á usted de no participar de nuestra ardiente convicción. Ha parecido usted siempre más humillado que asombrado por lo ocurrido, y de pronto toma usted una actitud diferente... Ya lo oyes, María, no es el mismo; ha cambiado por completo. ¡Oh! ¡Dios mío! ¿Será que ha tenido usted alguna buena noticia? ¿Acaso, después de haber desesperado, podríamos?..

(Continuará)



1. Refuerzos yankis embarcándose en el *Jersey City* – 2. Insurrectos apoderados del ferrocarril de Dagupán, cerca de Malolos. – 3. Mr. Asa Walker, comandante del cañonero *Concord* que ha penetrado en el río Pasig. – 4. Mr. E. P. Wood, comandante del *Petrel*. – 5. Grupo de generales filipinos. – 6. Soldados filipinos. – 7. Bandera tagala. – 8. Aguinaldo de uniforme. – 9. El río Pasig, en las cercanías de la laguna de Bay. – 10. El brigadier Hale, jefe de la vanguardia yanki. – 11. Batería filipina. – 12. Caloocan, punto de partida del movimiento de avance. – 13. Mr. Weldman, cónsul de los Estados Unidos en Hong-Kong, que indujo á Aguinaldo á reanudar la guerra contra los españoles. – 14. El brigadier Miller, comandante de Ilo-Ilo. – 15. La plaza Mayor de San Fernando, nueva capital de los filipinos. – 16. Palacio del gobierno en San Fernando. – 17. Tipos de voluntarios del Oregón. – 18. Artillería de campaña yanki.

GUERRA DE FILIPINAS. – RETRATOS, TIPOS Y PAISAJES

GUERRA DE FILIPINAS

TAGALOS Y YANKIS

Nada hemos de decir en explicación de la lámina que en la página anterior publicamos, complemento, por decirlo así, de la que figuró en el número último. Retratos de personajes yankis y filipinos, vistas de lugares en donde se desarrollan los principales acontecimientos de la lucha que en la actualidad sostienen en el archipiélago los norteamericanos, escenas típicas de la guerra, tales son los asuntos que dicha lámina contiene y que ofrecen gran interés como datos auténticos para el conocimiento de lo que en Filipinas sucede.

Tampoco hemos de decir nada del curso de aquella lucha, pues la prensa diaria de información anticipa cuantas noticias pudiéramos consignar, noticias, como de costumbre, contradictorias, ya que mientras el general Otis sigue enviando á su gobierno telegramas sensacionales en los que da cuenta de victorias brillantes y pinta su situación como la más despejada y tranquila del mundo, Agoncillo, que por lo menos debe estar tan enterado como los yankis de lo que en el campo tagalo ocurre, afirma que los filipinos cuentan con grandes recursos, están bien organizados y forman un ejército de 200.000 hombres resueltos á lograr la independencia, cueste lo que cueste.

Y el hecho es que la realidad parece darle la razón más bien al representante de Aguinaldo que al general norteamericano, puesto que éste ni avanza lo que se propone ni cesa de pedir refuerzos á su gobierno, con lo cual demuestra que los resultados de la adquisición (llamémosla así por no llamarla otra cosa) de las Filipinas no son tan felices como la *Great Republic* se prometía. – X.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

EL BUQUE DE COMBATE, novela española por *M. Martínez Barrionuevo*. – Después de un período de silencio que á los aficionados á la literatura ha parecido demasiado largo, ha vuelto á ponerse en comunicación con el público el notable escritor Sr. Martínez Barrionuevo. Su última novela promete ser un nuevo triunfo para el fecundo novelista, y decimos promete porque de ella sólo se ha publicado hasta ahora el primer tomo: basta éste, sin embargo, para demostrar que su autor, sin perder nada del carácter que tanta notoriedad le ha dado, entra en una nueva fase de su carrera literaria: *El buque de combate*, interesante en su argumento, lógica en su desarrollo, brillante y realista en sus descripciones, como todas las obras del Sr. Martínez Barrionuevo, constituye un estudio psicológico que la coloca de lleno en el género de la novela moderna. El primer tomo de *El buque de combate*, editado por D. Antonio López, de Barcelona, se vende á tres pesetas.

NAPOLEÓN. – EL HORÓSCOPO, por *Alejandro Dumas*. – Forman parte estas dos obras de la biblioteca que con tanto éxito publica el editor barcelonés D. Luis Tasso; y tratándose de firma como la de Alejandro Dumas (padre), creemos inútil encarecer el interés y las bellezas literarias de los dos libros: *Napoleón* es una historia admirablemente trazada del gran emperador, y *El horóscopo* una de esas bellísimas novelas históricas que como nadie ha sabido escribir el ilustre autor de *Los tres mosqueteros*. Cada uno de estos tomos se vende á 4 reales en rústica y 6 en tela.

POLÍTICA FUSIONISTA EN BARCELONA, por *D. Joaquín Sostres Rey*. – En dos cartas dirigidas al jefe del fusionismo barcelonés y al jefe del partido fusionista, el ex diputado provincial y vocal del Comité Sr. Sostres Rey expone algunos hechos relacionados con la política de la fusión en Barcelona y refiere los agravios que de las autoridades provinciales del partido tiene recibidos. La índole especial del folleto nos veda entrar en ulteriores consideraciones. El folleto ha sido impreso en Villanueva y Geltrú, en la imprenta del «Diario.»

MEMORIA DE LOS TRABAJOS PRACTICADOS POR LA ASOCIACIÓN DE PROPIETARIOS DEL CENTRO DEL ENSANCHE DE BARCELONA EN EL AÑO 1897-98. – De los datos consignados en esta Memoria se desprende la importancia de los trabajos de la Asociación: las mejoras obtenidas y las obras de urbanización por sus gestiones realizadas demuestran que responde aquélla perfectamente á los fines para los cuales se organizó. Ha sido impresa la Memoria en la tipografía de *El Heraldo* (Rambla de Santa Mónica, 2 bis).

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Revista contemporánea, revista quincenal madrileña; *Boletín del Instituto Americano de Adrogué*, publicación mensual argentina; *Boletín de la Sociedad Nacional de Minería*, revista mensual de Lima; *Boletín Bibliográfico Español*, publicación mensual madrileña autorizada por el Ministerio de Fomento; *Vida Artística*, revista literaria mensual de La Plata; *Boletín mensual demográfico de Montevideo*, publicación de la Dirección general del Registro del Estado Civil de la República O. del Uruguay; *El criterio católico en las Ciencias Médicas*, revista mensual barcelonesa.



El nuevo uniciclo.-Fig. 1. Vista del aparato en conjunto

EL NUEVO UNICICLO

Cuanto menor es el número de ruedas de un vehículo tanto menor es el roce que se produce; de aquí la superioridad del biciclo sobre el triciclo y por consiguiente la del uniciclo sobre el biciclo.

Entre los varios modelos de uniciclos que se han construído merece citarse por su originalidad el recientemente inventado por M. Vernon D. Venable, de Farmville (Virginia), que reproduce el grabado adjunto. La rueda de este aparato no tiene radios ni cubo y su llanta se compone de dos partes que giran una dentro de la otra, según indica la sección transversal que reproduce la figura 2.ª La parte D de la llanta presenta una concavidad externa á la que se ajusta el neumático, y lleva otra parte semicircular que constituye un camino de rodadura para unas bolas que se colocan por mitad en el referido camino y por mitad en una estría practicada en la segunda parte de la llanta. En esta estría ó ranura van unos rodillos sobre los cuales ruedan las bolas, de modo que el movimiento relativo de las dos medias llantas se verifica con rozamientos extraordinariamente reducidos.

La media llanta E es la que permanece fija; la otra es la que gira concéntricamente á ella, para lo cual en la plancha que reune las dos semiesferas de E hay fijas unas clavijas C. El ciclista gobierna por medio de los pedales una rueda dentada A de dimensiones bastante grandes que por medio de una cadena pone en movimiento un pequeño piñón encajado en el mismo eje que una gran rueda B: ésta es dentada y sus dientes encajan en las clavijas C.

El eje común del piñón y de la rueda B puede moverse en una especie de corredera; pero ya se comprenderá que haciendo deslizar hacia adelante ó hacia atrás ese eje por la corredera se estira ó se afloja, según las necesidades, la cadena de gobierno. Para fijar el eje de la rueda B en la posición en que se le coloca, permitiendo al mismo tiempo el movimiento que luego indicaremos, hay un dispositivo especial. La forma curva de la corredera sirve para ofrecer un punto de apoyo al tubo vertical que contiene la silla. El ciclista puede inclinarse hacia adelante, lo cual hace variar su centro de gravedad y facilita el movimiento de progresión del aparato. La inclinación del vástago que sostiene la silla produce naturalmente un cambio de sitio proporcional del piñón y del eje de la rueda de gobierno.

El nuevo uniciclo. – Fig. 2. Sección y detalles del aparato

El inventor afirma que su uniciclo es absolutamente estable y que se gobierna cómodamente por medio de una sencilla inclinación del cuerpo á derecha é izquierda.

El invento es curioso, pero las dos llantas tienen tal vez grandes tendencias á la distorsión, aparte de lo cual el aparato presenta quizás el inconveniente de que el polvo puede fácilmente introducirse entre las bolas y los rodillos, lo cual no es una gran recomendación para el funcionamiento normal de la máquina. – Z.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XVIII — Barcelona 24 de abril de 1899 — Núm. 904

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA SILLITA DE LA REINA, cuadro de Fred Morgan

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Los Estados Unidos. – La confederación sajona. – El Transvaal. – Nicaragua y su canal. – El Oriente de nuestra Europa. – Conclusión.

Visto lo visto, América debía desistir de Filipinas y renunciar á Cuba. Pero no hay que forjarse ilusiones: América nunca desistirá de su empeño mientras Inglaterra nutra y prospere sus locas esperanzas. En la guerra última se ha visto, no ya el auxilio moral de los sajones monárquicos á los sajones republicanos, se ha visto el auxilio material. Ahora mismo Inglaterra no duda un punto en perturbar sus relaciones tradicionales con Alemania en Samoa, si esta perturbación le sirve á fortalecer su amistad con América. Comparad lo que sucedía en el Transvaal mientras Inglaterra no podía contar con América y lo que sucede ahora desde la confusión de los dos grandiosos Estados en un mismo ideal por las analogías de sus intereses. Entonces pudo Rhodes llegar hasta la irrupción. Su teniente Jameson desafió á los boeros invadiendo su territorio. Se necesitó la gran maestría propia del presidente Kruger y el apoyo prestado á su gobierno por la opinión universal para que rechazara Kruger á los filibusteros é impusiera sin escrúpulo á los ingleses un proceso contra el irruptor, oficialmente maldecido hasta por el emperador de Alemania. Pues ahora, desde la inteligencia entre ingleses y yankis, todo ha cambiado. Las puertas de Berlín y Bruselas se abren al Napoleón del Cabo; las líneas telegráficas entre la Buena Esperanza y el Cairo se tienden sin dificultad; amenazan á Kruger intrincadas complicaciones diplomáticas; y en plena Cámara de los Comunes se anuncia por Chamberlain que Inglaterra conseguirá por él y por la paz lo que no pudo conseguir por Jameson y la guerra. Todo el mundo sabe que la tierra del Transvaal tiene muchas relaciones con las tierras del Cabo. Todo el mundo sabe que una y otra tierra están por mineros habitadas, en su mayoría ingleses los del Cabo, y bátavos los del Transvaal. A los mineros ingleses se les reconoce allí por regla general igualdad de derechos civiles con los mineros holandeses; pero no igualdad de derechos políticos. Esta segunda igualdad requirieron primeramente con diplomáticas notas, después con irrupciones armadas. Vencidos los inslanders en la demanda, no volvieron á presentar reclamación y continuaron las cosas en su antigua estabilidad. Mas ahora, tras la guerra hispano-americana, nuevas reclamaciones presentan, y Chamberlain promete conseguir por la paz y la diplomacia lo que nunca se hubiera conseguido por la irrupción y por la guerra.

* * *

Aunque le cuesta mucho trabajo, nótase á primera vista que Alemania, cuando tropieza en sus negocios con las tribus sajonas de uno y otro continente, comienza por erguirse y concluye por entregarse. Tal ha pasado con los boeros; tal está pasando con Samoa; tal pasará en China. El querer oponerse y resistir á los casos de fuerza mayor no alcanza ningún resultado, cuando los recursos y los medios de defensa no concuerdan de modo alguno con los propósitos y los intentos. Si Alemania cayera en la demencia de combatir frente á frente con los sajones reunidos de América y Europa, recogerá la cosecha de males que recogen todos cuantos en aventuras insensatas se meten sin estimar antes sus fuerzas y sin saber hasta dónde pueden de su aplicación en resultados. La duple alianza entre la primer potencia europea y la primer potencia americana ostenta un carácter conquistador y guerrero inevitable. Se trata de dos potencias, las cuales por libres debían completar su libertad perpetua con su perpetua paz. Un tiempo hubo en que reconocieron su providencial destino. Así no existió Parlamento en que las cuestiones internacionales examinadas al resplandor del nuevo ideal y expresivas del nuevo derecho despertaran interés tan vivo y merecieran discusiones tan profundas. Uno y otro Parlamento habían de consuno pensado en promulgar un código nuevo internacional bajo un expreso acuerdo. La palabra sacramental, el arbitraje, no se caía de los labios anglo-sajones en uno y otro mundo. Pero se ha comenzado la reforma, ¡contrasentido del fin de siglo!, por un déspota, y no la quieren los pueblos libres, entregados á la reacción por una terrible apostasía. ¿Cómo no ha de pasar esto cuando América se halla en pleno período de conquista, é Inglaterra sueña con todos los medios conducentes á recoger el Transvaal, por lo menos á disminuirlo y anularlo. No se puede hablar de ningún proyecto progresivo sin que asome la reacción su faz siniestra y se pida la vulneración de algún derecho, el holocausto de algún Estado. Gana muchísimo el mundo con que los aisladores istmos se conviertan en comunicativos canales, facilitando en el cambio de productos aquella comunicación del éter de las ideas que tanto agranda é ilumina el espíritu. Una obra de tal género lleva entre manos América por el centro de su continente. Pues apenas se habla del canal cuando se habla también de sacrificar á Nicaragua en su libertad é independencia. Dios tenga de su mano á los sajones.

* * *

Yo no tendría recelo alguno de guerra si en América y Asia y Oceanía y Europa y Africa no hubiese tantas y tan pestilenciales marismas despidiendo á la continua microbios de la guerra. Quien ofrece, como nuestro continente, al Sudeste un Imperio llamado el Imperio turco, no puede prometerse de sí mismo un instante de paz. Ahora se han sobrexcitado los macedonios y los albaneses fuera de toda medida, y en formal combate han peleado las tropas de Constantinopla con las tropas de Bulgaria. En Serbia misma las dificultades surgen del suelo con espantosa espontaneidad y los peligros caen de lo alto en verdadero diluvio. Como si pasáramos por los tiempos de las monstruosidades políticas, que no han ido á las monstruosidades geológicas en zaga, Serbia tiene, como la histórica Esparta, dos reyes. Uno es el viejo Milano y otro el joven Milano, que por cierto llevan el mismo nombre, muy apropiado á sus respectivas extrañas condiciones. El rey Milano ha vendido ya dos ó tres veces su corona, cometiendo la estafa de quedarse con la corona y el dinero por cuyo valor á su hijo la vendiera. Este proceder intolerable halla grados de tolerancia en las potencias, según tienen más ó menos interés por la dinastía reinante. Mas no debe Rusia tenerlo muy desmedido cuando el ministro ruso en Belgrado no asiste á las fiestas del rey padre, no le denomina majestad, se pone durante las ceremonias cortesanas en lugar principal junto al rey joven y pregunta cuando le indican algo del rey padre qué números de monarcas reina en Serbia. Las cosas han llegado tan lejos, que unas veces ha debido irse de la capital el ministro moscovita y otras veces el rey en persona. Pero esta situación tirante no puede durar. Serbia se halla en el caso de no disgustarse ni con la monarquía de los Austrias, tan cercana, ni con la monarquía de los moscovitas, sin cuyo apoyo no pueden vivir las naciones de los Balkanes y del Danubio. Pero Milano, si tuviera sentido común y sentido moral, estaría en el caso de comprender que ni los reyes, ni los reinos cristianos desprendidos de la Sublime Puerta, pueden hacer muchas valentías sin exponerse á mortales riesgos, y se iría de Belgrado, dejando el campo balkánico libre al rey su hijo y á los partidos en Serbia militantes. De otra suerte, provoca una catástrofe.

* * *

No hay que provocarlas, ellas vienen por sí mismas. El sultán padece todas las fascinaciones que lleva el abismo á los ojos de aquellos próximos á precipitarse por sus simas. Llena de remordimientos su conciencia, toma estos remordimientos por entidades y personas reales. A cada minuto cree que se desliza un asesino en aquel templo del asesinato constituído en su palacio, y le amenaza con hacerle purgar sus crímenes al filo del puñal y á los venenos tan conocidos en Oriente. No ha muchos días pasó asiática tragedia de las que popularizaron Byron y Hugo y Zorrilla en sus inmortales versos, Delacroix en sus luminosos cuadros. Un príncipe cristiano se prendó de una favorita del sultán. Y como el harén es allí sacratísimo y los eunucos destinados á su vigilancia y guarda tienen como el ave de Juno cien ojos, lo compró á fabulosa cantidad de oro sonante. Pocas veces las mujeres en los festejos koránicos se reunen dentro de las mezquitas con los hombres. Pero en las últimas festividades las reune la liturgia. Fué la favorita con todas sus innumerables compañeras de harén al templo, y al salir la robaron, ajustándose á las prescripciones que había dado el eunuco. Tal robo hirió en mitad del corazón al soberano, ofendido en su dignidad religiosa como sultán y ofendido en su dignidad religiosa como califa ó pontífice. Y mandó le llevaran en un plato la cabeza del eunuco infiel. Mas el oro por éste recibido lo dió para forjar una llave con la cual se abrió todas las puertas y se llegó al Bósforo, desde donde lo condujo un vapor á Europa. Abdul-Hamid no ha descansado un punto desde tal desgracia. El insomnio se apoderó de sus ojos, la desgana de su estómago, la desnutrición de sus carnes, y de su sangre las terribles exterminadoras anemias. Al ver su vigilancia burlada, comprados sus eunucos, profanadas sus ceremonias, roto el sacro sigilo de su palacio, robadas las favoritas en plena liturgia religiosa, maldijo la hora en que naciera y lo engendraron sus padres, jurando y prometiendo una cruel venganza. Desde tal día sus rigores aumentan, y á medida que aumentan sus rigores, crece al par del despotismo arriba la indisciplina y la rebelión abajo, en aquella cárcel que se llama el Imperio. Tales son los horrores del despotismo.

Madrid, 17 de abril de 1899.



PORT-LLIGAT (CADAQUÉS), cuadro de Eliseo Meifrén

EL PINTOR ESPAÑOL ELISEO MEIFRÉN

Es un verdadero temperamento de artista, y en su figura, en su conversación, en sus costumbres, el que le mira, el que le habla, el que conoce su vida, encuentra el sello especial que en lo moral y aun en lo físico imprime el arte, si no en todos los llamados, por lo menos en los escogidos.

Más bien bajo que alto y algo grueso, su cuerpo de recia estructura muévese con esa facilidad que suele ser compañera de una imaginación viva; la espesa barba que cubre casi por entero su cara apenas deja en ésta al descubierto otra cosa que unos ojos negros y brillantes de mirada profunda é inteligente, y el desordenado cabello que sobre su frente cae no basta á ocultar por completo la forma correcta de esa parte del cráneo que con razón se considera asiento de las ideas.

Su conversación, animada, chispeante, acompañada generalmente de francas risas, pero algunas veces también de notas tristes y amargas, cautiva y entretiene y corresponde al carácter abierto, carácter igual siempre, pues Meifrén no se ha ensoberbecido nunca con sus éxitos y sus triunfos, ni se ha dejado abatir jamás por las contrariedades y los desengaños.

En su existencia artística hay páginas que parecen arrancadas del libro en que Mürger inmortalizó la bohemia: dos ó tres veces se ha visto en posición desahogada, y otras tantas, después de un período de vida



PLAYA PUERTO CRUZ (OROTAVA), cuadro de Eliseo Meifrén

fastuosa, ha tenido que someterse á las mayores privaciones é imponerse los más duros sacrificios. Para él no tiene el dinero valor alguno: lo gana, pues lo gasta, lo tira ó lo da; se encuentra sin recursos, pues redobla su trabajo para procurarse lo más indispensable. Y en esta lucha, Meifrén no ha dejado nunca de hacer partícipes á los demás de sus victorias y de sus bienandanzas, y en cambio se ha guardado para él solo sus derrotas y sus sinsabores.

Como tantos otros artistas, antes de dedicarse á la pintura comenzó estudiando una carrera por la cual no sentía vocación alguna; mas no puede decirse que perdiera el tiempo en las aulas, pues si su atención no se fijaba en las explicaciones del profesor, ni sus cuadernos se llenaban con notas de lo que el catedrático exponía, no cesaba de ejercitar su espíritu de observación y sus manos no daban paz al lápiz, trazando sin descanso croquis, apuntes y caricaturas que con entusiasmo celebraban sus condiscípulos.

Por fin venció en él, como acontece siempre en tales casos, la afición artística, y en la Escuela de Bellas Artes de Barcelona cultivó las felices disposiciones que para el arte tenía, perfeccionando luego sus estudios en París. Y tan rápidos fueron sus progresos, que cuando sólo contaba veintidós años pudo concurrir á la Exposición celebrada en Valencia en 1879, presentando en ella un paisaje que fué premiado con medalla de oro. Dos años después concurría á la Exposición Nacional de Madrid, y desde entonces su nombre no ha dejado de figurar en los principales certámenes españoles y extranjeros, en muchos de los cuales obtuvo honrosas recompensas, entre las que mencionaremos varias medallas obtenidas en Madrid, París, Barcelona, Viena, Munich y Berlín.

La recompensa obtenida en París en 1889 es tanto más honrosa cuanto que aquella era la primera vez que su firma figuraba en el Salón. Por cierto que con ella se relaciona un hecho que pinta gráficamente uno de los aspectos del carácter de Meifrén. Hallábase éste establecido por aquel entonces en la capital de Francia, y desde hacía algún tiempo trabajaba con ahinco en el cuadro con que se proponía concurrir al gran certamen artístico; el temeroso respeto que la idea de exponer en el Salón le infundía, parecía cortar los vuelos de su inspiración y entorpecer su mano; cuanto más se esforzaba por perfeccionar su obra, más defectuosa se le antojaba ésta, y un día, desesperado, fuera de sí, creyéndose impotente para salir con bien de la empresa acometida y no consintiéndole su amor propio presentarse al público con algo que no fuera, en su concepto, digno de llamar la atención, rompió el lienzo de un puñetazo y echóse á llorar como un niño. En aquel momento entraba en su taller el notable artista español Martín Rico que no conocía á Meifrén y á quien éste sólo de nombre conocía; miró el cuadro, miró al pintor y no dijo más que estas palabras: «¡Merece usted que le encierren en Charentón!» En Charentón, como es sabido, está situado uno de los más importantes manicomios de Francia. Grande fué la sorpresa de Meifren al oirse llamar loco por un desconocido, pero su sorpresa trocóse en asombro al saber que este desconocido era el ilustre Rico y al escuchar de labios de éste grandes alabanzas dedicadas á la obra que él tan mala consideraba. Por consejo del sabio Mentor reparó el desperfecto del lienzo y terminó el cuadro que le valió la citada recompensa, consistente en una segunda medalla.



CADAQUÉS, cuadro de Eliseo Meifrén

El amor propio es uno de los rasgos característicos de Meifrén: comenzó su carrera dedicándose especialmente á pintar marinas, género en el que ha producido verdaderas maravillas, y cuando algunos envidiosos afirmaron que no sabía pintar otra cosa, pintó paisajes, pintó retratos, pintó cuadros de costumbres, pintó asuntos decorativos, mostrándose en estos otros géneros á la misma gran altura que en su llamada especialidad. Y los que hoy creen que Meifrén no podría acometer el género modernista variarían de opinión si vieran algo de lo que guarda en cartera: si hasta ahora no ha rendido pleito homenaje al modernismo es porque entiende que en el arte las exageraciones son perjudiciales, y sólo en el natural, visto por un temperamento tranquilo y desapasionado, está la verdad.

Sus envidiables facultades le impulsan á producir con extraordinaria facilidad cuadros de una ejecución fresca y espontánea que cautivan al profano y satisfacen á los inteligentes. Como prueba de ello, citaremos el hecho de que esperando en cierta ocasión en el taller de un compañero, pintó en pocos momentos y por vía de entretenimiento un biombo que allí había, dejando en aquellas tablas, no unos ligeros apuntes, sino obras acabadas que sorprendido admiró el amigo cuando al cabo de un rato volvió al estudio.

A veces le perjudica este mismo exceso de sus buenas cualidades, impidiéndole realizar obras de esas que personifican al artista resumiendo la labor de toda su vida; mas á pesar de esto, cuenta entre sus producciones no pocos cuadros que bastan para dar nombre á un pintor.

EL PINTOR ESPAÑOL ELISEO MEIFRÉN

Aunque cultiva, como hemos visto, los más diversos géneros, al mar y al paisaje debe sus inspiraciones más felices, al primero sobre todo: diríase que como él, es el artista movedizo y agitado, reflejando á cada momento los variados matices del cielo que lo colora. El mar es sin duda alguna el elemento que mejor se hermana con su sensibilidad y su modo de ser.

Actualmente se dispone á cruzarlo para buscar en pleno Océano y en los países americanos nuevos motivos de inspiración y ambientes nuevos para su actividad: nuestros hermanos de América confirmarán sin duda la fama que Meifrén en Europa ha conquistado y acogerán con el entusiasmo que se merece al que con razón figura desde hace algunos años entre los más notables artistas españoles. – A.

LOS HERMANOS HEROICOS

I

Mostar, la perla de la Herzegovina, ha sido devastada por la peste de pálido rostro y ojos de serpiente. Sólo una infeliz Mara y sus dos hijos han podido salvarse...

Aquellos dos niños llevan los bonitos nombres de Miloch y Milinko...

Su madre los alimenta con sus lágrimas, con sus infortunios y con el producto de su rueca, en la que falta el lino...

Andando el tiempo y en vista de que los años malos se suceden, de que una *okha* de harina cuesta dos *gross* y una de vino un cequí amarillo, la pobre Mara se presenta primero al sultán y le entrega á Miloch y luego al emperador de Austria y le entrega á Milinko...

II

Han transcurrido nueve años... El sultán de Constantinopla y el emperador de Austria se declaran la guerra y sus respectivos ejércitos se reunen en la llanura. De entre las filas austriacas adelántase un guerrero que con altanería provoca á los héroes del padichá. Nueve de éstos aceptan el reto y los nueve son vencidos; y su sangre, su hermosa sangre heroica baña el campo. Entonces el sultán, presa del mayor desconsuelo por la desgracia que á los suyos persigue, despacha un fellah que al través de la llanura grita: «¿No hay en mi imperio una madre que haya concebido á un valiente entre los valientes?.. ¿Una hermana que haya educado sobre su seno de virgen á un hermano fuerte entre los más fuertes?.. ¿Un valeroso guerrero que quiera luchar por su sultán?.. Si existe, que se presente y le daré el visirato de Bosnia y la mitad de mis tesoros.»

Al oir el llamamiento del fellah, Miloch acude á la tienda imperial y le dice á su soberano: «¿Es cierto, padre mío, que ofreces tal recompensa?» – «Sí, hijo mío, mata al héroe enemigo y serás visir...»

III

Miloch monta en su hermoso caballo sin mancha, y dirigiéndose al campo desafía al guerrero del emperador...

El rival se acerca, las lanzas se cruzan y caen hechas pedazos...

Los combatientes echan mano de sus pesadas mazas y los trozos de éstas se esparcen por la tierra... Quedan los sables, y los sables se quiebran hasta el puño sin causar en ellos la más pequeña herida.

Entonces los héroes luchan cuerpo á cuerpo, y el choque es tan furioso que las corazas se tuercen y las plumas de los kalpacks vuelan por el aire: durante todo aquel largo día de verano los dos valientes combaten, sin vencerse, hasta que el sol se pone.

IV

Tan fatigados se sienten, que ambos buscan descanso sobre la verde hierba. Miloch toma la palabra el primero.

– Dime quién eres, noble héroe; quién es tu madre, cuál es tu patria, cuál la raza que ha podido producir un hombre tan fuerte en el combate.

El hermoso guerrero responde:

– Valeroso desconocido, de fijo has oído referir que la peste de pálido rostro y ojos de serpiente devastó á Mostar, la perla de la Herzegovina... Sólo una pobre Mara y sus dos hijos pudieron salvarse... La infeliz alimentólos con sus lágrimas, con sus infortunios y con el producto de su rueca...

– ¡Oh, héroe, no prosigas!, exclama Miloch levantándose. ¿Eres, pues, mi hermano, mi Milinko?

Al oir esta pregunta, Milinko estrecha entre sus brazos á Miloch y los dos hermanos se besan en la frente, se sientan sobre la verde hierba, beben vino helado y charlan como si no fueran guerreros de campos enemigos.

V

Los dos ejércitos contemplan desde lejos aquella escena, sin comprenderla. Sus guerreros se han batido, han roto sus armas en la lucha y ahora beben vino como dos buenos amigos.

Miloch dice:

– ¿Y ahora, Milinko, hermano mío, qué hacemos?

– ¡Pardiez, Miloch, hermano mío! Lo que hemos de hacer es presentarnos tú al sultán y yo al emperador y rogarles que firmen la paz. Dile á tu soberano que los hermanos no pueden contender, ni siquiera en el campo de batalla, y que los ejércitos deben estar unidos como nosotros lo estamos.

VI

Miloch va á ver al sultán y Milinko va á ver al emperador.

Los soberanos les atienden y deciden firmar la paz.

El padichá habla á su antiguo enemigo y le dice:

– ¿Qué merced otorgaremos á esos dos heroicos muchachos?

– ¡Pardiez, Majestad, haz tú lo que quieras con Miloch! En cuanto á mí, nombro general á Milinko.

– No, responde el sultán, no les separemos. Yo les daré tierras; dales tú dinero. Miloch será dueño de Mostar, Milinko de Voscha...



... las lanzas se cruzan y caen hechas pedazos

Y así lo hicieron los dos emperadores, y Miloch y Milinko fueron á reunirse con su anciana madre y de ellos salieron generaciones célebres y veneradas en Bosnia y Herzegovina.

Sus familias figuran entre las más nobles de la historia de aquel país.

De Miloch descienden los *Milovadovic* y de Milinko los *Vladisavejevic*. – Condesa Colonna.

FRASES POPULARES

¡ES UN LABERINTO!

Componíase el enorme edificio egipcio á que se refiere esta frase popular de doce palacios suntuosísimos, contiguos los unos á los otros y cercados todos por gruesa muralla. Cada uno tenía duplicadas sus piezas en el subterráneo y primer piso, formando un total de trescientas.

Al ocuparse Herodoto de los laberintos conocidos en su tiempo, hace la descripción que sigue:

«A la entrada del de Egipto sorprenden las pulimentadas columnas de mármol de Pharos que le adornan. En los compartimientos superiores que cual obra más que humana estuve contemplando, admiraba atónito sus pasos y salidas circulando de los salones á las cámaras, de éstos á los retretes, de aquí á hermosas galerías y luego á diferentes locales. Los techos de las habitaciones, así como sus muros cubiertos de primorosos relieves y figuras de capricho, son todos de mármol.

»Fatigado de andar, me encontré en el inextricable cruce de vías que, según pude observar, conducen á otras salas, y el acaso me llevó, descendiendo por amplia escalera de cien peldaños, á grandes pórticos llenos de luz y de silencio, los cuales debían dar acceso á los decantados subterráneos. Intenté franquear una puerta de las varias de hierro que vi, pero los eunucos me cerraron el paso por tratarse del intangible recinto donde se custodian las tumbas de los reyes fundadores.»

El laberinto de Egipto se construyó en la época de los doce reyes, llamada así porque gobernaron juntos. Plinio le concede mayor antigüedad que á las Pirámides y asegura que para nada se empleó la madera.

Hubo otro laberinto abierto en Creta, ideado por el arquitecto ateniense Dédalo, cuya distribución estaba tan ingeniosamente combinada, que una vez franqueada la entrada no era dable encontrar la salida. La Mitología, empero,



OFRENDA DE PRIMAVERA, cuadro de Enrique Vollet

habla del héroe Teseo, quien salvó las dificultades enamorando á la hermosa Ariadna, hija del monarca Alinos, dueño del vasto edificio; la cual doncella le entregó un hilo sujeto al vestíbulo, y conservando asido el cabo logró verse libre.

El tercer laberinto fué el de Lemnos (isla del mar Jónico), y el cuarto el de Etruria (Toscana), mandado fabricar por el rey Porsena, contemporáneo de Rómulo. Los dos últimos han desaparecido completamente y de los primeros no quedan sino miserables restos.

LOPE BARRÓN.

CARTAS DE HOMBRES

INTIMIDAD

(De Juan Plebeyo á Julia de Uceda.)

. . . .

«Lo que más me apena de toda tu carta es que declares no entender la mía, es decir, no explicarte mi estado de ánimo, mis tristezas, mi desilusión. Sí, ya está dicho, mi desilusión.

»Cuando yo era niño, tenía en mi pueblo muchos camaradas, condiscípulos de escuela. A no pocos me unía ese lazo estrechísimo que produce la edad casi uniforme, la comunidad de ideas, de anhelos, de ilusiones del mundo, el revuelo de fantasías sentido á la vez por todos, comunicado con misterio en interminables confianzas, en que el íntimo bullir del alma de cada uno se aviva al contacto de la fiebre de los demás. Luego marché lejos; estuve ausente algunos años. Unos me escribían de tarde en tarde, otros no. Yo seguía figurándomelos como antes, los creía ver siguiendo la misma curva que mi espíritu seguía, cambiando unas ilusiones por otras, la niñez por la juventud, pero siempre abierto el espíritu al ideal y el corazón al calor de las intimidades amistosas. Al cabo volví allá, vi á muchos de ellos, fuí á buscarlos con emoción honda, como quien evoca recuerdos queridos, deseando renovar aquel afecto hondo, esencial, de otros tiempos, aquella comunidad de espíritu que nos hacía vernos unos á otros como inseparables compañeros de viaje en el mundo, marchando unidos por una misma preocupación á la conquista de las ilusiones. ¡Qué desencanto!.. Muchos me querían, demostraron quererme de veras, se alegraron de volverme á ver; pero ¡de qué manera tan superficial, con qué falta de calor! Había un abismo entre aquello y lo de antes. Para ellos, la vida, lo principal, era ya otra cosa: los negocios, la política, el mundo... Nuestra amistad, un detalle, un momento episódico, en que se piensa de vez en cuando, en los ratos de ocio, de respiro, que dejan los demás cuidados... No me entendían cuando les hablaba de nuestra vida propia, de lo que era especial nuestro en aquellos días fogosos de la adolescencia. La vida *interior* se les había escapado, la habían dejado apagar, ó llevaba sobre sí tanta ceniza de pequeñeces exteriores, que no calentaba ni aun removiendo la cubierta. Pronto me convencí del cambio. Ellos eran *otros:* hablábamos idiomas distintos. ¡Y sin embargo, muchos de ellos se hubieran atropellado por hacerme un favor, de esos que hacen todos los hombres buenos!

»La misma desilusión, vida mía, tengo contigo, y ¡con cuánta pena la confieso, me la revelo á mí mismo! Me parece imposible que no veas esta diferencia que yo hallo de mi Julia de hace unos meses á mi Julia de hoy, y que pienses en diminuciones de mi cariño, en cansancios de mi culto á ti. Por el contrario, te adoro como el primer día, digo mal, mucho más, porque el amor verdadero y firme se acendra con el tiempo, con el roce, con la penetración de las almas..., y también con las penas.

»Entonces, oigo que me preguntas, ¿qué te pasa?, ¿cuál es el motivo de tu desasosiego?, ¿qué fundamento tienen las cavilaciones que te atormentan? ¿Cómo dices que soy ahora menos *tuya,* cuando me ves cada día más tierna, más apasionada de ti? ¿No te dicen nada mis cartas?

»Sí, sí; me dicen, de prisa, de prisa (en los pocos momentos que tu vida agitada te permite dedicarme), que no me olvidas, que me quieres, que tu afecto *personal* sigue viviendo, á pesar de todo. Pero ya no es para ti, no puede serlo, lo más grande, lo más *presente* á tu atención, á tu pensamiento. Acuérdate cómo eras cuando te conocí y cómo te hice yo, yo, por la fuerza de mi cariño. Todo tu tiempo, todos tus cuidados, eran para el mundo; vivías para los demás, en la calle, en las reuniones, en los teatros, atropellando las horas, disipando tu tiempo, saliendo siempre afanosa de casa para ir á cien partes donde los tuyos, *tu mundo,* se divertía consumiendo la vida en pequeñeces, en futilidades; y volvías ya tarde, rodeada de tu familia tan fatigada como tú, para dormir un sueño profundo, letárgico, y comenzar de nuevo al otro día la fiebre de vuestra existencia. Ni un momento de descanso, de recogimiento para pensar en ti propia, para vivir con tu espíritu – que es lo más alto y hermoso que tienes, – para sentir la delicia inmensa de la intimidad, de la *hermandad de alma* con alguien, de ese perfume delicadísimo de la conciencia que sólo se exhala en el retiro, en el alejamiento de lo externo, y que se disipa al contacto del mundo de los *ajenos* (que son los más), y que es indispensable como contrapeso de lo que las pequeñeces de la vida de afuera nos comen de tiempo y de atención, así como para *encontrar,* de vez en cuando, lo más hondo, lo más elevado de nosotros mismos.



Estudio, dibujo de José Benlliure

»Comprendí en seguida que el afán con que te entregabas á tan inútil derroche de vida era un engaño para ti propia. Tu espíritu inquieto, deseoso de algún motivo grande que lo alimentara, no habiéndolo encontrado en la sociedad aristocrática en que naciste, te arrastraba, de desengaño en desengaño, pero también de ilusión en ilusión, á través de aquel torbellino malsano de cosas que no te satisfacían, y que te iban consumiendo, secándote el corazón, desequilibrándolo, haciéndote creer á ti propia que eras menos buena de lo que en verdad lo eres.

»Me bastó llamarte á tu propia intimidad, poner delante de tus ojos el verdadero retrato de tu espíritu, para que rápidamente comprendieras el enorme engaño en que vivías. Revelóse á ti misma la verdadera esencia de tu carácter, y viste con horror el vacío de tu existencia llamada á más nobles ocupaciones. La dulzura exquisita y calmante del sentimiento del orden, de la regularidad, que no pueden comprender muchos de los hombres de hoy – de los que están, como ahora se dice, «desequilibrados» y padecen el apetito de lo raro, de lo anormal, de lo prohibido, – brotó en lo profundo de tu conciencia como raudal riquísimo de frescas aguas. Empezaste á vivir para ti misma; y en ese retorno á tu intimidad, te hallaste conmigo, que así te amaba, que así te traía á mí, verdadera, sólidamente. Y tú me devolviste con creces aquella delicia de poseer un rinconcito de vida propio, que yo te había enseñado; un rinconcito secreto, cerrado á los demás, á los importunos, á los curiosos, con muros más altos y más continuos que los de las casas árabes, donde se puede amar de veras, con sinceridades que se asustan de las miradas del mundo, pero que son la flor más delicada del amor. Entonces creí que tú serías mi compañera en la vida, la diosa de mi hogar futuro, el centro de lo más personal que en este mundo podemos obtener, á condición de no abrirlo á los cuatro vientos, para que curioseen en él los indiscretos.

»Y ahora, ya no eres *esa;* ya te siento otra vez cogida por el engranaje del mundo, sin mirar para adentro de ti misma, viviendo para los otros, para los mismos que, en substancia, nada te importan. ¿Qué más da que me quieras, si me quieres con prisas, pensando en otras cosas, dándome la superficialidad de tu espíritu, porque no tienes sosiego para dejar que surja en ti la voz de la intimidad real del afecto, si no puedes, al cabo, sentir hondamente, con profunda remoción de todo tu ser? Para llegar á una comunión perfecta de alma, se necesita tiempo, reposo, olvido completo de lo extraño. Hay que



EL COMITÉ FILIPINO EN HONG-KONG

F. LICHAUCO. – V. FERNÁNDEZ. – DR. M. SANTOS. – G. APACIBLE. – R. SIAP. – M. LICHAUCO. – G. AGONCILLO



GUERRA DE FILIPINAS. – OFICIALES Y SOLDADOS DEL EJÉRCITO TAGALO



FIESTA DE BACO EN TIEMPO DE LAS PERSECUCIONES DE L



TIANOS DURANTE EL REINADO DE NERON, cuadro de F. C. Mejove

piar la inteligencia y el corazón de todo otro cuidado, para dejar sitio al que importa, y esperar á que se apodere de nosotros y nos domine. El verdadero amor – que está en eso – es como la inspiración de los poetas, el verbo nuevo de los grandes hombres: nunca brotó ninguna idea original en los turbados por otros afanes; para hallar la intensidad de la emoción, ha de recogerse el espíritu, contemplarse á sí propio, sin intermediarios ajenos. Las grandes ideas, los sentimientos dominadores, gozan, como los cuerpos materiales, de la condición de la impenetrabilidad. Si encuentran el sitio ocupado, retroceden; y su momentánea aparición, relámpago lejano de fuego que no abrasa, sólo da la ilusión de que están allí presentes.

»No puede satisfacerme que me quieras así. Tu alma distraída nada me dice. Quiero tu intimidad, quiero ser en tu vida interna algo esencial, lo que era antes. No me conformo á ser *una cosa más* en el torbellino de las muchas externas que llenan tu tiempo, sin penetrar en tu espíritu, verdad es, rozándolo apenas, pero impidiéndole que se entregue abiertamente á dar fruto propio, á espaciar la riqueza de su emoción íntima.

»Querer de otro modo, es puro engaño. Cuando no ocupa el lugar escogido en nuestra alma, el amor es una sensación más; y de esas está lleno el mundo. Lo verdaderamente humano es más alto, y quien no pueda llegar á ello no sabrá nunca lo que es amor. ¿Por qué te empeñas en ser menos de lo que puedes ser en la vida? ¿Por qué rehuyes uno de los más grandes y más nobles placeres que pueden estremecer el alma humana?

»Vuelve en ti, amada mía; deja á los otros que se disipen en exterioridades sin finalidad. Entra en ti propia, y en el sagrado de tus más puras y vivas intimidades hallarás de nuevo la vida real, la única que merece vivirse.»

. . . .

RAFAEL ALTAMIRA

NUESTROS GRABADOS

La sillita de la reina, cuadro de Fred Morgan. – Simpático por su asunto, simpático por su factura, todo en este cuadro cautiva la atención del que lo contempla. La alegría que respiran las tres niñas entregadas á sus juegos, la calma del mar que en el fondo se extiende, la diafanidad del cielo parecen comunicarse al ánimo del espectador, que en presencia de este espectáculo de una naturaleza risueña experimenta inefable sensación de bienestar. Cuando un pintor consigue este resultado, bien puede decirse que ha cumplido los fines del arte, y el cuadro que tal sentimiento produce, pertenezca al género que pertenezca, es digno de figurar entre las más felices creaciones del humano ingenio.

Recuerdos de la revolución cubana. – A título de curiosidad reproducimos la moneda de un peso y los sellos de la titulada República cubana. De fijo que cuando se acuñó aquélla y se grabaron éstos, creían los que luchaban por sustraerse á la soberanía de España que una vez terminada la lucha, si con ella terminaba la dominación española, podrían circular legítimamente los tales sellos y moneda. Desgraciadamente para los que así pensaban, la realidad ha venido á demostrarles que por ahora, y quién sabe si para siempre, su soñada independencia es una ilusión, si no irrealizable, por lo menos no realizada, y su pretendida República de Cuba corre peligro de figurar por mucho tiempo en el Almanaque de Gotha como colonia de los Estados Unidos, al igual de Puerto Rico. Por de pronto, la moneda en Cuba circulante es el dollar y las cartas que de aquella isla nos llegan siguen llevando los sellos norteamericanos con la sobrecarga *Cuba* y el valor equivalente de la antigua moneda española.





RECUERDOS DE LA REVOLUCIÓN CUBANA. – Anverso y reverso de la moneda de un peso acuñada en Nueva York



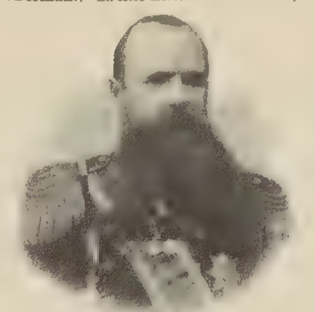






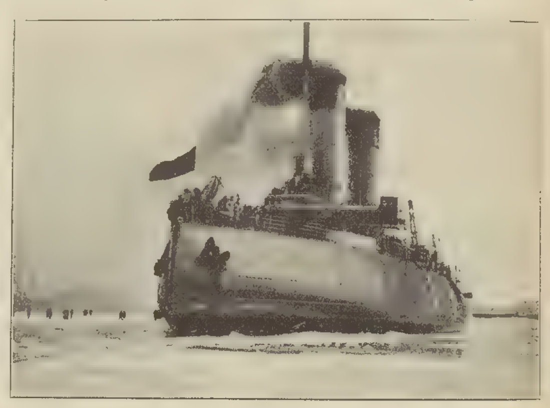
RECUERDOS DE LA REVOLUCIÓN CUBANA. – Sellos de correos de 2, 5, 10 y 25 centavos.

El almirante Makaroff y el buque rompehielos «Yermak». – En estos momentos está siendo objeto de



EL ALMIRANTE RUSO MAKAROFF, inventor del buque rompehielos *Yermak*

la admiración pública en Rusia el invento del almirante Makaroff, el buque rompehielos *Yermak*. No se trata de un buque provisto de sierras y espolones gigantescos que cortan la masa helada, sino de una embarcación pesada y maciza que en vez de cortar aplasta el hielo. Su casco es convexo y ovoide, y está de tal suerte construído, que si queda sujeto entre los hielos, se levanta sobre la superficie helada y con su propio peso la rompe: en esto está precisamente el quid del problema, puesto que el hielo atacado por encima ofrece mucha menos resistencia que si se le ataca horizontalmente. Sólo su proa forma un pico puntiagudo que avanza osadamente para desplomarse sobre los bancos de hielo. El *Yermak* es movido por tres potentes hélices situadas en la popa; otra hélice colosal, colocada en la proa bastante atrás del pico antes mencionado y muy por debajo de la línea de flotación, destroza y dispersa por debajo del barco y de la capa helada los bloques que la proa ha roto con su enorme peso. Tiene el buque un cinturón acorazado de una pulgada y cuarto en la línea de flotación y está dividido en 48 compartimientos estancos. Sus máquinas son de triple expansión y desarrollan una fuerza de 10.000 caballos. Considérase al *Yermak* bastante fuerte y de condiciones marineras bastantes para realizar una campaña periódica de primavera yendo por el cabo Norte á desobstruir los grandes ríos siberianos y á apresurar la apertura de la navegación del Obi y del Jenisei, esas arterias marítimas que hasta ahora sólo eran abordables durante dos ó tres meses al año. Las pruebas recientemente verificadas han obtenido el éxito más completo y la llegada del *Yermak* á la rada de Cronstadt, completamente helada, fué acogida con entusiastas aclamaciones: en cuanto al modo como se efectuó aquel viaje, las siguientes palabras del capitán del buque dan idea de la facilidad con que se llevó á cabo: «Hemos navegado como sobre manteca á razón de ocho millas por hora en una travesía de 150 kilómetros que separan el mar libre de Cronstadt, ¡y esto que en algunos puntos tenía el hielo un espesor de ocho pies!» El almirante Makaroff con su invento ha resuelto un problema importantísimo que producirá una revolución en el arte de navegar por los mares del Norte y que tal vez pueda hacer adelantar un gran paso en la tan suspirada conquista del Polo.



EL BUQUE «YERMAK» NAVEGANDO AL TRAVÉS DE LOS HIELOS AGLOMERADOS (de fotografía)

Ofrenda de primavera, cuadro de Enrique Vollet. – Llegó la estación de las flores y con ella la época en que las almas virginales se acercan por vez primera á la mesa del Señor. De blanco vestidas, envueltas en transparentes velos, las niñas de la aldea preséntanse á recibir el Pan Eucarístico y llevadas de sus sentimientos angelicales acuden luego á ofrecer los floridos ramos con que se adornaron al pobre anciano que en humilde albergue vive amparado por la caridad de sus convecinos y que recibe aquellas simbólicas ofrendas, expresión de un afecto purísimo, con placer y gratitud si cabe mayores que si de ellas recibiera ricos presentes. El cuadro del pintor francés Vollet respira la más dulce poesía, pero tiene al mismo tiempo cierto realismo que la inspiración del autor ha sabido armonizar perfectamente con aquélla y que hace de su lienzo una obra simpática á todos los gustos.

Estudio, dibujo de José Benlliure. – Tantas veces hemos alabado en las columnas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA á nuestro afamado compatriota, que ocioso nos parece repetir una vez más nuestros elogios, por otra parte innecesarios tratándose de un artista cuya celebridad ha sido consagrada hace tanto tiempo por la crítica de propios y extraños. El tipo de *trabucaire* valenciano que hoy reproducimos acredita, como todo lo que el lápiz ó el pincel de Benlliure producen, una inteligencia privilegiada y una mano habilísima que se manifiestan por la verdad de la expresión, por la naturalidad de la actitud y por la firmeza de los trazos que se admiran en la hermosa figura.

Guerra de Filipinas. – No nos hemos equivocado al pronosticar en distintas ocasiones que la cuestión de Filipinas sería un hueso muy difícil de roer para los Estados Unidos. Las noticias que del archipiélago se reciben demuestran que los asuntos yankis van de mal en peor, y el mismo general Otis, el optimista por excelencia, deja ya traslucir en los telegramas dirigidos á su gobierno que sus planes tropiezan de cuando en cuando con obstáculos con los cuales no había contado. La toma de algunas poblaciones no ha tenido la importancia que se le quiso dar; y según parece, el ejército yanki ha tenido que evacuar últimamente los sitios conquistados para reconcentrarse en la capital ante el temor de una sublevación general de los indígenas en Manila y sus alrededores. Esto, el fracaso de un destacamento de la brigada Lawton que fué copado por los filipinos, las quejas de los voluntarios que piden su regreso á su patria, el aplazamiento de las operaciones para cuando haya pasado la época de las lluvias, todo indica la situación comprometida de los norteamericanos en Filipinas y justifica la alarma creciente que en los Estados Unidos se observa.

Los tagalos han demostrado valer mucho más de lo que algunos se figuraban, y su actitud enfrente de sus invasores y su tenacidad en la lucha merecen el respeto aun de aquellos que, como nosotros, hemos combatido contra ellos, pues demuestran que si contra España lucharon no fué por odio á los españoles, sino por amor á la independencia, y este sentimiento puede dignificar á un pueblo aun á los ojos de sus propios enemigos.

Por otra parte, los filipinos están hoy perfectamente organizados, y así los jefes civiles que desde Hong-Kong dirigen el movimiento, como los militares que al frente de numerosas huestes sostienen la campaña, reunen condiciones bastantes y cuentan con medios suficientes para prolongar la guerra y para obtener, lo mismo en el terreno diplomático que en el campo de batalla, el triunfo definitivo de su causa.

Los dos grabados que en la página 271 publicamos sintetizan los dos elementos principales de la lucha: el comité de Hong-Kong representa la inteligencia que organiza; las fuerzas armadas que en Filipinas derraman su sangre son el brazo que ejecuta. Y fuerza es confesar que, por ahora, este brazo y esta inteligencia logran tener en jaque á una potencia que acometió la empresa creyéndola de escasa importancia y de muy fácil realización.

Fiesta de Baco en tiempo de las persecuciones de los cristianos durante el reinado de Nerón, cuadro de F. C. Medovic. – Representa este cuadro uno de los abominables episodios que tanto abundaron durante el reinado de Nerón. Después del incendio de Roma, que seguramente dispuso el emperador, sea para gozar de un espectáculo terriblemente sublime, sea para abrir espacio en donde levantar los magníficos edificios que se proponía construir, Nerón acusó de aquella catástrofe á los cristianos y mandó llevar á cabo una de las más sangrientas persecuciones que registran los anales del cristianismo. El pintor muniquense F. C. Medovic, en su grandioso lienzo que tanta admiración produjo cuando se exhibió, representa una de estas horribles escenas durante las licenciosas bacanales que en Roma se celebraban desde el siglo segundo antes de J. C. Los cristianos son sacrificados en masa ante la estatua de Baco y en presencia de multitud de espectadores que asisten á tan repugnante espectáculo como asistirían á una fiesta del circo. El cuadro que nos ocupa es una exposición gráfica de la corrupción de costumbres de aquella época del romano imperio, hecha con verdadero vigor dramático y con dominio completo de todos los recursos del arte: en él se admiran el orden y la armonía de la composición, la ejecución magistral de la parte arquitectónica, la corrección con que están individualmente trazadas y agrupadas las numerosas figuras y sobre todo la vida y la expresión que en cada una de éstas ha sabido imprimir el artista. Se comprende, pues, que la obra de Merovic causara verdadera sensación y que la crítica la reputara como una de las mejores creaciones del arte moderno en Alemania.

EN EL FONDO DEL ABISMO

NOVELA ORIGINAL DE JORGE OHNET

(CONTINUACIÓN)

– ¡Poco á poco!, interrumpió Marenval algo desconcertado al ver aquel furioso ataque y creyendo haber dicho demasiado. Usted era injusta al acusarme de no tener fe en la inocencia de Jacobo. Bien sabe usted que le he defendido con la energía de un hombre á quien el mundo englobaba malignamente en la catástrofe ocurrida. Sí, en aquellos momentos vi en toda su desnudez la canallada de los hombres. Todo lo que la envidia, la bajeza y la maldad pueden inventar para manchar una personalidad honrada, se intentó entonces contra mí. He padecido con esta desdicha tanto como ustedes mismos, pues durante más de un año todo el mundo en París me ha llamado solamente «el primo de Freneuse.» Hasta sé de algunas almas caritativas á quienes no faltaba nada para insinuar que yo también merecía ir á presidio. Y todo, ¿por qué? Porque soy rico, porque me divierto, porque tengo un hermoso hotel, un buen monte, magníficos caballos y un proscenio en la Opera... La verdad es que todo esto es más que suficiente para echar á un hombre á galeras... ¡Tengo amigos que querrían verme en ellas! ¿Puede usted pensar lo que estas buenas personas habrán dicho de mí en el momento de la desgracia? En aquella hora peligrosa no le he parecido á usted heroico, querida prima; confieso que en parte ha tenido usted razón. Hubiera podido mostrarme más caballeresco y colocarme más resueltamente al lado de usted, pero hay que tomar las personas como son. Yo soy un poco nuevo en el mundo en que vivo; no hace aún diez años que salí de las pastas alimenticias, y ¡qué diablo!, no se me tiene en la misma consideración que á un Montmorency. Los hombres son iguales ante la ley, pero no ante el mundo, y así me lo han hecho ver. Esto explicará á usted muchas cosas que le parecerían obscuras. No temo ahora confesarlo, porque tengo la conciencia de ser tan adicto á ustedes, que habrán de perdonarme fácilmente un día mis debilidades aparentes.

La señora de Freneuse escuchó con aire sombrío las explicaciones de Marenval. Temía que aquella afirmación de la inocencia de Jacobo, que tanto le había conmovido, no tuviese otro objeto que servir á los tardíos escrúpulos de su pariente, pero las últimas palabras pronunciadas por éste parecían inspirarse en esa convicción y la pobre mujer se sintió de nuevo presa de la mayor ansiedad.

– ¿Ha venido usted solamente para hacerme esa profesión de fe, que agradezco?, dijo la pobre madre. Doy á usted las gracias por su afectuosa actitud. Las simpatías son preciosas, por lo mismo que son raras. Agradeceré á usted con toda mi alma, Marenval, que no nos abandone.

– ¡Abandonar á ustedes!, exclamó el ex comerciante. ¿Me creen ustedes capaz de ello? Yo les probaré que soy fiel y valiente y que...

Un gesto de la señorita de Freneuse le detuvo en aquel movimiento de expansión. Más tranquila que su madre, la joven, desde el principio de la entrevista, había estudiado la actitud de su pariente y había visto todo lo que tenía de embarazosa y violenta. Entre las seguridades del Marenval presente y las reticencias del Marenval pasado había tal desacuerdo que eran necesarias muchas palabras para ponerlas en armonía. Un orador mucho más elocuente que Marenval hubiera fracasado en tal empresa. Pero, por fortuna, la madre y la hija no habían retenido de cuanto había dicho sino el calor de su discurso y se habían sentido penetradas de una alegría secreta al recobrar un rayo de esperanza. La señorita de Freneuse resumió en dos palabras la situación.

– Mi querido primo, usted no creía antes en la inocencia de mi hermano y ahora, por una razón que no conozco, cree en ella.

Marenval dirigió á las dos mujeres una mirada de entusiasmo y dijo con una expesión que les arrancó las lágrimas:

– ¡Es verdad! Ahora creo que Jacobo es inocente. Pero no basta creerlo; hay que probarlo. Está muy bien que nosotros, en familia, nos consolemos con buenas palabras; pero no olvidemos que el fin único de nuestros esfuerzos debe ser una rehabilitación ruidosa. ¿Han pensado ustedes en intentarla?

La señora de Freneuse bajó la cabeza con desanimación.

– ¿Cómo podemos pensar en ello? La más horrible desgracia del mundo es sentirse impotente, no ya para demostrar la realidad de un hecho en el que una cree como en Dios, sino para discutir siquiera su posibilidad. Estamos hace dos años anonadadas bajo el peso abrumador de la condena. Y me atrevo á confesar á usted, Marenval, que para no dudar de la inocencia de mi hijo he tenido que apartar la vista de las acusaciones dirigidas contra él, pues examinadas una por una, son de tal manera graves, terribles, probadas, que hubiera tenido que negar la evidencia, y eso era para mí un terrible suplicio. He tenido, pues, que refugiarme en una especie de negación fanática, que excluye todo razonamiento, toda claridad y que es tan sólo el grito de mi corazón de madre. No creo en el crimen de Jacobo porque Jacobo es mi hijo, y un hijo mío no ha podido cometerle. A todos los argumentos, á todas las pruebas he respondido siempre, desde el fondo de mi conciencia: «¡Es mi hijo! ¡Es inocente!» Pero, amigo mío, si tuviera que demostrar su inocencia, ¿qué hacer? ¿Dónde encontrar la fuerza de inteligencia suficiente para anular las pruebas acumuladas? ¿Cómo convencer á los jueces? El mismo abogado de Jacobo, ese admirable señor Duranty que defendió á mi pobre hijo con tan apasionada elocuencia, me decía, después de la vista: «¡Yo no sé! Cuando le oigo gritar que no es culpable, creo. Cuando estudio la causa, dudo.»

– ¡Oh, sí, querida prima! Las pruebas acumuladas contra él eran decisivas. Yo mismo fuí cegado por ellas, puedo confesarlo puesto que estamos hablando con toda franqueza. He creído durante mucho tiempo que el pobre Jacobo, enloquecido, arrebatado por la necesidad de dinero, pudo, en un momento de irresponsabilidad... Sí, he admitido que pudo ser criminal. Pero desde ayer he cambiado por completo, y soy tan ardiente partidario de la inocencia de ese muchacho como antes estaba dispuesto á creer en su culpa.

– ¿Y por qué desde ayer?, preguntó la señorita de Freneuse. ¿Por qué esa modificación de su espíritu? ¿Quién la ha causado? ¿Ha sabido usted algún hecho que ilumine la situación con una luz nueva? Mi madre nos ha declarado sus desfallecimientos, pero yo no he participado de ellos, sépalo usted. Cuando todo el mundo abandonaba á mi desgraciado hermano, yo, en toda conciencia, he permanecido fiel á su causa. He buscado y busco aún el medio de explicar este misterio impenetrable. Puede usted, pues, hablar; me encontrará preparada á escucharle y á comprenderle.

Marenval miró á la joven con enternecimiento.

– Sí, ya sé, María, que usted no ha transigido y ha desterrado de su corazón á todos los que no hicieron causa común con usted en aquellas terribles circunstancias. Anoche hablé con un hombre que amaba á usted tiernamente y al que usted alejó sin piedad...

La fisonomía de la señorita de Freneuse se puso sombría. La joven se irguió mostrando su alta estatura. Sus labios se estremecieron, pero no pronunciaron ni una palabra. Todo, en su actitud, demostraba un doloroso desdén.

– Se trata de Cristián Tragomer, añadió Marenval.

Pero se calló, al ver que aquel nombre producía un efecto tan inesperado.

– Me figuraba que quería usted referirse al señor de Tragomer, dijo fríamente María. Pues bien, querido primo; si quiere usted complacerme, no me hable jamás de él. Mi madre y yo le hemos borrado de nuestro recuerdo como él nos borró de su corazón. En la hora en que teníamos necesidad de todos nuestros amigos, él dió el ejemplo de la deserción, y su abandono, lo confieso, fué el que más me afectó en aquellos tristes momentos. Era mi prometido; se avergonzó de mí; ya no le conozco.

– Tragomer ama á usted todavía.

– Me alegro, dijo María con firmeza. Eso le hará sufrir...

Se pasó la mano por la frente, se volvió hacia su madre, que escuchaba en silencio, y dijo arrodillándose en un taburete cerca de ella:

– Perdón, mamá. He distraído al Sr. Marenval de una conversación cuyo fin espera usted con impaciencia, para hablar de cosas miserables. No volverá á suceder.

– Querida niña, dijo Marenval con bondad, tendremos ocasión de vernos con frecuencia, pues vamos á emprender una campaña que puede ser larga. No violentemos nada, ni en lo que se refiere á las cosas ni en lo relativo á las personas. Día vendrá en que se aclaren muchos puntos y se expliquen muchas actitudes. En este momento no quiere usted que le hable de Tragomer; más adelante, quién sabe si me pedirá que se le traiga. Cuando usted sepa lo que ha hecho y lo que está dispuesto á hacer en su servicio, acaso sea más indulgente. En todo caso, debe usted saber que él es la causa de que esté yo aquí. Yo no pensaba intentar nada en beneficio del desgraciado Jacobo, lo confieso humildemente; pero ese diablo de Cristián me ha sublevado con unas noticias tan inesperadas, que no he podido permanecer indiferente...

– Pero en nombre del cielo, ¿qué ha descubierto?, dijo la señora de Freneuse con tal expresión de angustia que su hija la abrazó para calmarla.

Marenval movió la cabeza con aire de importancia.

– Mi querida prima, no me pregunte usted nada, porque no podría hablar. El éxito, que es posible, se obtendrá solamente al precio de una discreción absoluta. Una palabra imprudente lo comprometería todo. Esperemos. Nunca ha habido probabilidades más favorables, pero tiene usted que consentir en marchar á ciegas por la ruta que vamos á emprender.

– ¡Oh! ¡Dios mío! Si la salvación tiene ese precio, consiento en todas las pruebas que quiera usted imponerme. Desde hace dos años vivo en una tumba; gracias á usted, penetra en ella un débil rayo de luz. ¡Bendito sea usted por el bien que me hace!

– Si bien no debo hablar de nuestras nuevas esperanzas, querida prima, hay, sin embargo, cosas sobre las cuales necesito datos. En interés de todos, pido á usted, pues, que me responda sin reticencias.

– Pregunte usted. Mi memoria se ha debilitado, pero lo que yo no recuerde podrá precisarlo mi hija.

– Entre los amigos de Jacobo, había uno más íntimo, más querido que los demás y que se había criado con él, el conde Juan de Sorege.

La señora de Freneuse respondió vivamente:

– Sí, Juan de Sorege... Era un excelente muchacho, de muy buena familia. Quise mucho á su madre, que murió siendo Juan muy joven... Éste creció con Jacobo, y los dos muchachos no se separaban durante su juventud. Fué menester que contrajeran relaciones nuevas, las que tanto daño han hecho á mi hijo, para separarlos.

– ¿No figuraba el conde de Sorege entre sus malas compañías?

– Al contrario, hizo todo lo posible por separarle de ellas, y precisamente por no alternar con ciertas personas, se apartó de mi hijo, con gran disgusto mío, pues su influencia no podía menos de serle favorable.

– De modo que considera usted á Sorege como un buen amigo de Jacobo...

– Como el mejor que pudiera tener.

– ¿Era rico ese joven?

– No; y precisamente por eso se alejó de mi hijo, pues no quiso contraer deudas para asociarse á sus gastos. ¡Ese fué el principio del desastre!

– Perdóneme usted si insisto, pero es de toda necesidad. Cuando Jacobo conoció á esa desgraciada mujer que le condujo á la locura..., á esa Lea Peralli, ¿estaba todavía Sorege en buena amistad con él?

– Seguramente. Hasta hubo escenas entre Sorege y Jacobo á propósito de esa mujer. El conde hizo todo lo del mundo por decidirle á romper con ella. Llegó á escribirle que su amada le engañaba y á ofrecerle el medio de sorprenderla.

– ¿Y esa carta existe?

– La entregué á la justicia y debe figurar en la causa. La encontró nuestro criado en el cuarto de Jacobo... A consecuencia de esto, se produjo un violento altercado entre mi hijo y su amigo. Estuvieron á punto de batirse... Pero amigos comunes arreglaron el asunto.

– ¿No ha manifestado nunca Jacobo sentimientos de rencor ó de hostilidad hacia su antiguo amigo, después del acontecimiento?

– No, que yo sepa. Pero si yo no he tenido nunca más que confianza y simpatías hacia el Sr. de Sorege, debo reconocer que no todo el mundo pensaba como yo en mi casa.

– ¿Quién le era desfavorable?

– Mi hija, primeramente, á quien siempre desagradó Sorege, y después nuestro criado Giraud, que nunca le pudo tragar.

– ¡Ah! ¿María encontraba sospechoso al amigo de su hermano?

– No me hagan ustedes decir lo que no pienso, replicó vivamente la señorita de Freneuse. De ningún modo querría dañar en vuestro concepto al conde de Sorege. Tiene un carácter que no me agrada; no hay más.

– ¿Y qué carácter es el que usted le atribuye?

– Se mostraba altanero y burlón, y á mí me cuesta trabajo soportar ese modo de ser. Calculaba fríamente y no obraba jamás á la ligera. Era un hombre práctico ante todo. Lo contrario del pobre Jacobo, que no reflexionaba jamás y se metía en las dificultades sin saber cómo saldría de ellas. Yo reprendía el aturdimiento del uno, pero lamentaba la previsión del otro. Encontraba exceso en los dos, y si mi hermano me parecía loco, Sorege me resultaba demasiado hábil.

– ¿Hábil hasta la astucia?

– No lo sé, querido primo; lo que he dicho no es más que una impresión. Nunca he sabido cómo se conducía el Sr. de Sorege en la vida sino por lo que contaba mi hermano, y éste no podía hablar con libertad delante de mí. Mi impresión, pues, no se ha confirmado por hecho alguno, pero se ha fijado muy clara en mi mente y ha permanecido en ella.

Marenval miró á la señora de Freneuse y dijo:

– Ese juicio no se puede considerar como desfavorable en los tiempos que corren. Un individuo demasiado hábil tiene condiciones excepcionales, hoy en día, para lograrlo todo. Pero María juzga al señor de Sorege desde un punto de vista especial, como hombre de mundo y no como hombre de negocios. Eso es lo que hace su censura perfectamente comprensible. En resumen, para la señora de Freneuse, Sorege es un hombre honrado al que ha sentido ver alejarse de su hijo; para María, Sorege es un mozo frío y calculador, decidido á hacerse sacar las castañas del fuego y que no vacila en herir un poco al vecino al hacer su negocio.

– ¿Pero por qué esas preguntas?, dijo la señora de Freneuse.

– Se nos ha dicho que seríamos interrogadas, mamá, dijo la joven sonriendo, pero no que se nos explicaría nada. Tengamos paciencia.

La anciana hizo un gesto de resignación.

– Ya estamos acostumbradas...

Marenval se levantó.

– Querida prima, dijo en el tono más afectuoso, dejo á usted, pero volveré á verla muy pronto. Nuestras conferencias serán frecuentes, lo que espero que no les será desagradable. Estoy impaciente por aclarar á ustedes la situación, pero antes es preciso que me la aclare á mí mismo. Al bajar, si ustedes lo permiten, voy á hablar con el buen Giraud.

Marenval estrechó la mano de la anciana y María acompañó á su aliado por varias piezas desamuebladas y tristes hasta llegar al vestíbulo. Una vez allí, dijo á Marenval dirigiéndole una límpida mirada:

– Suceda lo que quiera, gracias por el consuelo que nos ha traído usted. No olvidaré nunca que ha sido usted el primero que ha participado de nuestra convicción en cuanto á la inocencia de mi pobre hermano.

Marenval movió la cabeza.

– No es usted justa, mi hermosa prima, porque el primero que ha participado de esa convicción no se llama Marenval, sino Tragomer.

María frunció las cejas, hizo un nuevo ademán afectuoso, y sin añadir ni una palabra, volvió á entrar en las habitaciones.

Giraud presentó á Marenval su gabán de pieles.

– Un instante, amigo mío, dijo el antiguo fabricante de pastas; tengo que decir á usted dos palabras antes de marcharme. ¿Dónde hablaremos sin que se nos moleste?

– Si el señor quiere pasar al recibimiento, no habrá riesgo de que nadie entre... ¡No! Jamás viene nadie... Marieta está en la cocina y la doncella arriba, en el cuarto de costura. Estoy á las órdenes del señor... ¡Ah! Aquí el servicio de la puerta es una ganga. ¡Esto es una tumba! ¡Una verdadera tumba!

Marenval se apoyó en la chimenea para no sentarse dejando en pie al viejo criado de cabello blanco. El comerciante enriquecido tenía esos rasgos de delicadeza y se mostraba siempre dulce con los humildes.

– Giraud, dijo, tengo que hablar á usted de su señorito y de los amigos de éste... Hay cosas que los padres no saben nunca y que son siempre conocidas de los servidores. He preguntado á las señoras y quiero ahora interrogar á usted. Respóndame, pues, con toda franqueza y sin omitir nada.

– El señor puede estar tranquilo; contaré cuanto sepa. No tengo nada que temer ni que perder. Cualquier daño que pudiera hacérseme no sería mayor que el que sufrí el día en que prendieron á mi pobre señorito. Un muchacho que se encaramaba en mis rodillas cuando era pequeño y al que iba á buscar al colegio todos los domingos cuando estaba estudiando. ¡Ah, señor, cuántas infamias hay en el mundo!.. No son las personas honradas las mejor tratadas.

– Entonces, ¿está usted también convencido de la inocencia de Jacobo?

– ¿Convencido, señor? Eso es poco. Pondría mi cabeza en un tajo á que no tuvo nada que ver en todo aquel asunto. No había más que verle en el primer momento cuando vino á buscarle aquel salvaje de comisario, para saber que no había hecho nada y que no sabía siquiera de qué se trataba. Si yo no hubiera reprimido mi primer movimiento, entre Miguel el cochero y yo hubiéramos metido en la bodega, como un paquete, al tal comisario y le hubiéramos guardado allí hasta que el señorito se hubiera puesto en salvo. Una vez libre, él hubiera sabido demostrar que no había matado á aquella mujer... ¡El señor, él matar á una mujer! ¡Un joven que se hubiera arrojado al agua para salvar de la muerte á un perro! ¡Hase visto estupidez semejante! Matar á aquella mujer... ¿Para qué, si la amaba? ¿Para robarla? ¡Buena idea! El pobre muchacho le había dado cuanto tenía. ¡Oh! Ella estaba muy celosa de él. Una tarde en que vino á hablarle, estaba como loca de pena. Se estuvo en el vestíbulo, sentada al lado de la ventana y llorando como una Magdalena. Me ofreció todo lo que yo quisiera, su portamonedas, una sortija con un brillante, para que la dejase subir al cuarto del señorito Jacobo. Por más que le decía: «Pero, señora, si el señorito no está en casa... ¿Qué adelantará usted con ver su cuarto? Podría usted encontrar á su madre ó á su hermana, y ya ve usted, ¡qué escándalo! ¡No piense usted en tal cosa!,» ella me respondía sollozando: «¡Oh! ¡Preferiría matarme!» Yo estoy convencido de que se suicidó... Cuando se lo conté al juez de instrucción, éste se encogió de hombros. Esos señores de la justicia no son muy amables. Parece que su idea era otra, pues cuando yo volvía á la carga y quería explicar las razones en que me fundaba, me interrumpió secamente indicándome que, según él, estaba divagando. Yo no divagaba, sin embargo, señor, y así como llevo de vida sesenta y cinco años sin haber hecho mal á nadie, el señorito Jacobo no ha matado á esa mujer. ¡No! No la ha matado.

Marenval escuchó atentamente al criado. Había conservado la paciencia necesaria en su antigua profesión para no violentar al cliente. Sabía muy bien que después de los intentos y de las vacilaciones, los negocios se deciden, y esperaba un detalle imprevisto, una circunstancia nueva en el relato apasionado de Giraud. Nada de lo que acababa de oir tenía novedad y se decidió á abordar el asunto que más le interesaba dilucidar.

– ¿Qué influencia cree usted que han podido tener en la conducta de Jacobo los amigos que le rodeaban?

– ¡Oh, señor, eso es muy difícil juzgarlo. El señorito estaba en condiciones muy especiales. Vivía en casa de su madre, viuda, y tenía en casa una señorita joven. No podía, por tanto, recibir aquí mucha gente, y exceptuando el Sr. Tragomer y el señor de Sorege, no conocíamos á sus amigos. A los demás los veía en el círculo, en el teatro, en las carreras, en sociedad. Bien sabe usted que él iba á todas partes, que todo el mundo le invitaba y que él no se hacía rogar cuando se trataba de reir y de divertirse. Era muy vehemente. ¡Oh, demasiado!.., y toda esa locura que le ha perdido, era heredada de su padre ¡El difunto Sr. de Freneuse era terrible! Usted le ha conocido en sus últimos años. ¡Ah, señor, se puede decir que la pobre señora no ha tenido grandes atractivos en la vida! Si la señorita María, que es una santa, no la hubiera compensado con su dulzura y su amabilidad, la señora hubiera sido una verdadera mártir.

Marenval volvió suavemente al asunto que le preocupaba.

– No le pregunto á usted nada sobre el Sr. Tragomer; éste no tiene nada oculto para mí y me parece enteramente recomendable. Pero quisiera saber la opinión de usted acerca del Sr. de Sorege.

Giraud vaciló un instante; pero había prometido decir lo que pensaba y cumplió su palabra.

– Con el respeto debido, señor, diré á usted que ese es un canalla.

– ¿En qué se funda usted para tratarle tan duramente?, preguntó Marenval algo extrañado por aquella vehemencia.

– En nada, señor. Nunca le he visto cometer una acción reprensible ni decir cosa mala; pero eso no impide que le tenga por un canalla.

– Pero, en fin, Giraud, ¿por qué es usted tan severo con ese joven que, según usted mismo confiesa, no ha hecho nada que justifique ese juicio?

– Es un instinto, señor, y eso no se discute. Hay en la calle de al lado un estanco al que yo iba todos los días, desde hace diez años, á comprar mi paquete de rapé. Nunca pude acostumbrarme á la cara de aquel estanquero, y siempre que intentaba darme la mano, retiraba yo la mía. Sin embargo, todo el mundo le estimaba y estaba muy bien visto en el barrio. Pues bien, señor, hace tres meses, el tal se ha fugado con los fondos del gobierno y los del propietario del estanco y se han descubierto horrores. En el barrio fué general el asombro al ver que un hombre, al parecer tan honrado, era un despreciable tunante. El señor me creerá, si quiere; pero es la verdad que con el Sr. de Sorege me sucede lo mismo que con el estanquero. Se ha mostrado siempre bien educado, hasta afable conmigo, pero había en su cara un no sé qué que me repelía y que me hace decir sin vacilar: «Ese hombre es un canalla y se verá el día menos pensado.»

– ¿Venía aquí á menudo?

– Sí, señor, venía mucho al principio; y hasta llegué yo á sospechar que pensaba casarse con la señorita María. Pero su asiduidad no tardó en cambiar de forma y cesó ante el Sr. de Tragomer. La verdad es que el tal Sorege veía desaparecer rápidamente la fortuna de la casa, pues estaba demasiado al corriente de las locuras de su amigo y acaso las fomentaba lo suficiente para saber á qué atenerse respecto al dote de la señorita. Estaba seguro de que el hijo de la casa dejaría en la calle á su familia. Creo en la inocencia del señorito Jacobo, pero no estoy ciego y sé todas sus acciones reprensibles. Todas esas dilapidaciones, todos esos extravíos le han sido bien echados en cara el día de la desgracia. Sus hechos anteriores han pesado duramente sobre él cuando ha tenido que justificarse. El tal Sorege sabía bien que las señoras darían hasta el último céntimo para no comprometer su nombre en asuntos sospechosos, y como el señorito Jacobo era presa de una banda de granujas, su suerte era fácil de adivinar. ¡Ay, señor, el pobre no tuvo tiempo de arruinar á la familia; el destino se encargó de poner coto á su conducta! Estoy seguro, sin embargo, de que las señoras preferirían estar reducidas á pedir limosna á ver al señorito donde está.

– Eso no admite duda, Giraud. Pero, volviendo á Sorege, ¿sus relaciones con Jacobo eran menos asiduas en los últimos tiempos?

– En casa, sí; pero fuera, ¿quién lo sabe? Para mí, señor, el conde de Sorege, con su aparente buena conducta, ha sido el genio malo del señorito. Él le ha creado las dificultades y los apuros; él le ha dado los peores consejos; gozaba viéndole hundirse. ¿Por qué? No lo sé; pero tenía una razón para desear la pérdida y la ruina de su amigo. Una tarde, cuando los negocios del señorito Jacobo iban peor, el señor de Sorege estaba con él en su cuarto y yo bajé para prepararles el te. Cuando volví á entrar, estaban tan acalorados que no se fijaron en mí, y además el señorito no ocultaba nunca lo que hacía, pues no era un solapado como el otro. Entonces oí á mi señor que decía con animación: «Sí, esta existencia es ya imposible... Me iré ó me saltaré la tapa de los sesos...» ¡Si hubiera usted visto entonces la cara del Sr. Sorege! Sus labios se plegaron para desaprobar, pero sus ojos brillaban de júbilo. ¡Y su amigo le decía que estaba en el último extremo! ¡Oh! Ese día vi el odio que se albergaba en aquel corazón. ¿Por qué odiaba á mi señorito? ¿Qué le había hecho su amigo Jacobo? Era tan ligero, tan imprudente, tan loco, que podía muy bien ofender á un amigo sin querer y sin saberlo. Mucho hubiera deseado oir el resto de la conversación, pero esperaron que me marchara para seguir hablando. El señorito Jacobo se paseaba agitado como un tigre mientras yo colocaba el te sobre la mesa; estaba pálido y con los puños crispados. Algo muy serio debía sucederle aquel día, porque el señorito Jacobo tomaba habitualmente las cosas á juego y era preciso mucho para hacerle salir de su descuido. Al cerrar yo la puerta, el Sr. Sorege reanudó la conversación y dijo: «Estás loco, pobre muchacho. ¡Tienes ya á Lea y te vas á meter!..» Tuve que cerrar y renunciar á oir el resto. Aquella vez, señor, la única en mi vida, tuve deseo de escuchar á la puerta, aunque no sea este un procedimiento conveniente para un criado que se estima; pero mis costumbres de discreción pudieron más y me fuí sin saber lo que acaso hubiera sido tan interesante que supiese. Porque se trataba de esa Lea, que ha perdido al señorito Jacobo, que estaba loca por él. Si no entendí mal, en aquel momento lo que el Sr. Sorege quería decir era que su amigo se había metido en una nueva intriga con otra mujer. Pero ¡Dios mío! ¿No tenía bastante

con la italiana, esa perdida, que derretía el dinero como manteca y había convertido al señorito Jacobo en jugador para aprovecharse de las ganancias y dejarle á él los apuros de las pérdidas? ¡Ah, señor, qué mala mujer! ¡Si se supiera lo que una mujer así puede dañar á un pobre muchacho débil y vanidoso! Bien lo hemos aprendido, por nuestra desgracia...

- ¿Cuál fué la actitud del Sr. de Sorege en el momento de la catástrofe?

- Muy correcta, señor, demasiado correcta.

- ¿Cómo así?

- Ese señor, que no parecía muy alterado, vino en el primer momento á ponerse á las órdenes de la señora. Estaba tranquilo y frío y su actitud indicaba la preparación. Nada era en él natural; parecía un actor. No sé si me hago comprender bien...

- Perfectamente.

- El Sr. Tragomer, en cambio, estaba como loco y no acertaba á pronunciar palabra. El Sr. Maugirón lloraba á lágrima viva. Todos habían perdido la cabeza menos el Sr. de Sorege, que conservaba toda la suya. Me pidió las llaves y estuvo largo rato registrando los cajones del señorito. Pero el comisario de policía había registrado ya y no había nada que encontrar. Todo su empeño era hallar una fotografía. Me pidió noticias: una gran tarjeta, que estaba en el cajón de los cigarros y que yo había debido ver. Le dije que sabía dónde estaba; el señorito la había puesto el día anterior en su saco de viaje. No bien lo hubo oído, se arrojó sobre ella, así, literalmente, y ris..., ras..., la hizo veinte pedazos en un segundo sin que yo pudiese impedirlo... Tampoco pensé en ello. ¡Una fotografía de mujer! La cosa no era extraordinaria ni preciosa, sobre todo en el momento de la catástrofe. Después he pensado en aquella prisa del Sr. de Sorege para destruir el retrato, y esto me ha preocupado, pero no he podido comprender qué motivo tuvo para obrar así. Después de todo, acaso lo hiciese en interés del señorito Jacobo; acaso también fuese en su propio interés. Después de las pruebas de simpatía que Sorege dió en el primer momento á la señora, se fué separando poco á poco de la casa. No le acuso por ello; ha hecho lo que los demás. En la causa declaró con mucho calor en favor del señorito Jacobo, y según he sabido, pues no siempre pude estar presente, trató de probar su inocencia y de atenuar su responsabilidad. En fin, todo el mundo aprobó su conducta y la señora le dió las gracias. ¡Buen provecho le haga! Desde entonces no le he vuelto á ver. Mi pobre cabeza se ha debilitado mucho con la soledad y con la pena, lo que, seguramente, me habrá hecho olvidar muchos detalles. Pero lo absolutamente cierto es que el Sr. de Sorege no era un amigo sincero del señorito Jacobo, al que envidiaba, y que el día en que le vió perdido aparentó querer salvarle porque estaba seguro de no lograrlo.

El viejo se calló. Sus manos temblaban de emoción y sus mejillas estaban surcadas por gruesas lágrimas. Marenval, en tanto, reflexionaba profundamente. Por fin el criado, viendo que su interlocutor no le hacía más preguntas, se atrevió á formular una á su vez.

- Si el señor me permitiera preguntarle por qué razón vuelve sobre este triste pasado. Seguramente no es por curiosidad ni por el placer de remover esos malos recuerdos. ¿Acaso espera el señor un cambio en la situación?

Marenval salió de su meditación, miró al criado con un interés que nunca le había manifestado y dijo, poniéndole una mano en el hombro:

- No se sabe lo que puede ocurrir, amigo Giraud. En este mundo no hay nada definitivo más que la muerte, y Jacobo está vivo y aun creo que en buena salud.

- ¡Era tan joven y tan vigoroso! Pero la pena..., el arrepentimiento... ¡Eso destruye al más fuerte! Además el clima...

- No es malo, Giraud; no tiene nada de malo. En cuanto á los informes que he venido á tomar, eran indispensables. Se trata del matrimonio del señor de Sorege.

- ¡Casarse! Oiga usted, señor; no soy más que un pobre hombre y el Sr. de Sorege es un conde, tiene fortuna, relaciones, todo. Pues bien: si yo tuviera una hija, preferiría que se quedase para vestir imágenes á casarla con él.

Marenval se echó á reir.

- Tranquilícese usted. Creo que el negocio ha fracasado. Gracias por sus confidencias, Giraud; espero que me serán útiles.

Se puso el gabán de pieles, hizo un signo amistoso al criado y acompañado por él salió al patio, se dirigió á su coche y dió orden de conducirle á casa del Sr. Tragomer. Eran las cuatro. El coche rodaba al trote cadencioso del caballo, y Marenval, arrebujado en un rincón, reflexionaba sobre los datos contradictorios que acababa de oir acerca del personaje que le interesaba.

Por una parte la señora de Freneuse tenía á Sorege por un perfecto caballero que había ejercido saludable influencia sobre su hijo. Por otra, María declaraba que el amigo de su hermano le había desagradado siempre y que le creía más hábil que leal. En fin, lo que era más grave y verdaderamente interesante, la opinión del criado de confianza. Este había estado en condiciones de ver y de juzgar. Si es cierto que no hay grande hombre para su ayuda de cámara, con más razón no hay fingimiento posible para el criado que todo lo ve y lo oye.

Forzosamente Giraud había observado á su señor y á los amigos de su señor. Todos habían pasado por el tamiz de sus observaciones diarias y su convicción era por fuerza la más justificada. Por otra parte, en lo que contaba acerca de las relaciones de Sorege y de Jacobo había muchos detalles verosímiles. ¡Qué rayos de luz esclarecían la conducta de aquel hombre, dado lo que sospechaba Marenval! No era posible comprender aún, pero las grandes líneas del asunto empezaban ya á dibujarse.

A no dudar, Sorege había intervenido en el negocio. ¿Cómo? ¿A qué título? Este era el punto obscuro, ó mejor dicho, este era el asunto mismo. En lo ocurrido dos años antes había habido circunstancias difíciles de explicar, aun cuando nadie ponía en duda la personalidad de Lea. Ahora todo era incomprensible. Marenval recordaba algunas protestas de Jacobo, que nadie había tenido en cuenta.

Cuando Jacobo fué preso, estaba en el Havre y nunca pudo explicar claramente qué había ido á hacer allí. Nadie había comprendido tampoco por qué se detuvo veinticuatro horas en vez de tomar el vapor y salir para América. ¿Qué esperaba? La acusación decía: «Un cómplice.» Pero ¿cuál? Había sido imposible encontrar ninguno. ¿Sería Sorege? Marenval se lo preguntaba y no encontraba una respuesta aceptable. Si Sorege había sido cómplice, ¿quién era la mujer muerta en la calle de Marbeuf? Porque no había que perder de vista que, en realidad, se había cometido un crimen y que si Lea Peralli vivía, otra había sido asesinada en su lugar.

Entonces, ¿quién era esa otra y quién el matador? Aquí el problema se presentaba sin solución. Si, en rigor, se veía el interés que Jacobo pudo tener en matar á Lea, no era posible comprender por qué había asesinado á otra mujer. El buen Cipriano no había nunca brillado por su inventiva, y por muy lealmente que se rompía la cabeza buscando la clave del enigma, no podía encontrarla. Adivinaba que había un misterio en todo esto, pero no se sentía con fuerzas para descubrirlo.

En este instante un capricho del pensamiento le hizo ver las dificultades con que iba á tropezar voluntariamente y las molestias que le iban á resultar. ¡Qué! A su edad, cuando tenía todo lo necesario para ser dichoso, una inmensa fortuna, buena salud, una sociedad agradable, amigos afectuosos y cuantas mujeres pudiera desear, pensaba meterse en el laberinto de una rehabilitación muy problemática, porque un audaz le había hecho ver que podría representar en este asunto un buen papel... ¿No era el mejor de todos vivir lo más agradablemente posible, apartando de sí toda complicación? Su existencia era dichosa: ¿convenía hacerla insoportable por continuas alarmas y sacudidas? ¿No era mejor dejarse llevar blandamente por la corriente del río, en vez de remar con furia para abordar á playas sembradas de peligros?

¡Ah! Durante aquellos momentos en que dejó hablar á su razón de hombre de mundo, Marenval se vió muy perplejo y pudo echar sobre su destino una mirada de perfecta claridad. Vió todo lo que arriesgaba, y para gloria suya, se decidió por el peligro, cuando no tenía más que pronunciar una palabra para asegurar su tranquilidad. Un hermoso impulso de su ánimo pudo más que todo. La madre y la hermana de Jacobo, irremediablemente desoladas, y aquel desgraciado joven sufriendo á miles de leguas un ultraje y una vergüenza inmerecidos, surgieron en su ánimo con fuerza irresistible.

Después de todo y pensándolo bien, sus amigos del círculo, sus camaradas de la vida alegre, las bellas jóvenes de la aristocracia, que no tenían para él sino miradas indiferentes, las muchachas que le tuteaban y le trataban como á un abuelo generoso, pero sin deferencia alguna, le interesaban muy poco. Todos los que componían su público, por cuya admiración trabajaba con tanto ardor desde que se retiró de los negocios, se agruparon en su mente como un cuadro, y le pareció que todos aquellos árbitros del éxito y del renombre dirigían hacia él sus miradas como para preguntar:

«¿Por qué se decidirá? ¿Adoptará la causa de los oprimidos ó sacrificará la inocencia á su ociosidad? ¿Podremos incluirle entre las personalidades que llaman la atención en cuanto se presentan en cualquier parte, ó seguiremos mirándole por encima del hombro como á un advenedizo? ¿Será, en fin, un héroe ó un hombre vulgar?

A esta conclusión, Marenval dió un salto en los almohadones de su berlina. Su cara se puso roja, apretó los puños y dijo en voz alta, como respondiendo á todos aquellos personajes que, burlones ó benévolos, le acechaban para juzgarle en última instancia:

«¡Se han burlado de mí, me han desdeñado; pues bien, ya verán de lo que es capaz Marenval! ¡Aunque supiera que en el fondo de este asunto estaba el mismo diablo, iré á ese fondo y le pondré en claro, como si fuera una cuenta de mercancías.»

El coche se detuvo en este momento y Marenval pensó: «Ya no es tiempo de retroceder; me he empeñado á mí mismo mi palabra. Vamos á ver qué piensa Tragomer de las noticias que le traigo.» Descendió de la berlina y entró en la casa.

III

El aliado de Marenval, por su parte, no había permanecido ocioso. En cuanto volvió de su viaje alrededor del mundo, se ocupó en los cuidados de su nueva instalación. Un hombre rico, bien emparentado y miembro de los principales círculos, no puede instalarse como un extranjero que viene á pasar seis meses en París. Tuvo, pues, que buscar una casa, disponerla á su gusto, amueblarla, comprar caballos y ajustar servidumbre. Durante unas semanas, Tragomer vivió como en campaña, ocupándose de esos menesteres, comiendo en el círculo y viendo tan sólo á sus parientes y á algunos amigos íntimos. La comida en que había encontrado á Marenval era la primera de ese género á que asistía. Le había llevado Maugirón, y Tragomer no sospechaba las consecuencias que iba á tener aquella fiesta, á la que concurría sin propósito alguno.

Pero el noble bretón, reflexivo, tranquilo y tenaz, desde el momento en que cerró su convenio con Marenval no tuvo más que un pensamiento: conseguir lo que se habían propuesto. Desde el día siguiente se puso en campaña. Hacía dos años que tenía casi olvidado á Sorege, pues su intimidad con él cesó naturalmente en cuanto la condesa de Freneuse hizo desaparecer el lazo que les unía. Había visto al conde muy afectado, en apariencia, por la desgracia del amigo común, y le había oído deplorar las locuras que le habían conducido á tal catástrofe y defenderle con generoso ardor contra las censuras de los indiferentes. Poco tiempo después emprendió su viaje y no sabía qué había sido de Sorege.

Cuando se encontraban en el círculo se saludaban y cada uno se iba por su lado. Entre aquellos dos hombres que durante años habían vivido juntos y que se tuteaban, existía una frialdad glacial y parecía que hasta les costaba trabajo saludarse, como si se odiaran. Tragomer, sin embargo, no experimentaba sentimientos hostiles hacia Sorege. Aun en el tiempo en que eran camaradas, no le había querido. La naturaleza franca y viva del uno no concordaba bien con el temperamento frío y calculador del otro. Sorege había sido siempre reservado con Tragomer y cuando éste se lo hacía observar á su amigo común, Jacobo respondía:

«Déjale. Hay que tomar á Juan como es; no conseguiremos cambiarle. Es un diplomático; jamás dice lo que piensa.»

Precisamente la certidumbre de que Sorege no hablaba nunca con franqueza era lo que alejaba de él á Tragomer, el cual decía con frecuencia á Freneuse cuando éste le acusaba de su alejamiento:

- ¡Qué quieres! ¡No lo puedo remediar! No me gusta nada ese joven. Cuando estoy al lado suyo me parece que tiene puesta una careta.

- Entonces, es un gran compañero para ir al baile de la Opera, replicaba alegremente Jacobo que, con su carácter turbulento, no tenía tiempo de estudiar á sus compañeros de locuras.

Fuera de esto, no se podía menos de hacer justicia á Sorege, y Tragomer no podía negar que el amigo de Jacobo era un hombre perfectamente educado, instruído, elegante y de cara agradable, muy valiente, según había probado en diversas ocasiones, y de excelente consejo cuando se le consultaba un asunto difícil. Frisaba en los treinta años, era de estatura mediana, cabello castaño, barba cortada en punta y algo clara, bigote retorcido y ojos muy cubiertos con los párpados, lo que daba á su fisonomía un aspecto de firmeza.

Cuando estaba callado y su mirada velada se deslizaba imperceptible á través de las pestañas, era imposible adivinar lo que pensaba.

(Continuará)

MONUMENTO ERIGIDO EN CABO MARTIN

Á LA

MEMORIA DE LA EMPERATRIZ ISABEL DE AUSTRIA

La emperatriz Isabel de Austria, villanamente asesinada en Ginebra el verano último, tenía la costumbre desde hacía algunos años de pasar una temporada en Cabo Martín, cerca de Menton. Allí, en aquel delicioso paisaje de la costa Azul, buscaba refugio á su melancolía, y su dolor inconsolable hallaba, si no el olvido, por lo menos alguna distracción. Ocupaba la emperatriz un ala del hotel Cabo Martín, adonde iba á verla y á permanecer algunas semanas á su lado el emperador Francisco José.

Después del trágico suceso que puso fin á la existencia de la soberana, la colonia austro-húngara de aquella parte del litoral mediterráneo concibió el proyecto de perpetuar la memoria de la malograda emperatriz por medio de un monumento erigido en aquel lugar de su predilección.

Este monumento, obra de M. Tersling, ha sido inaugurado hace pocos días: como puede verse por el grabado adjunto, es en extremo sencillo; consiste en un obelisco de piedra gris levantado sobre un basamento con revestimientos de bronce y coronado por la corona y las águilas imperiales. En la cara principal del obelisco se lee la inscripción siguiente:

En recuerdo de la permanencia en el Cabo Martin de S. M. Isabel emperatriz de Austria y Reina de Hungría

MDCCCXCIV
MDCCCXCV
MDCCCXCVI
MDCCCXCVII

Debajo de esta inscripción hay unas estrofas de una oda de Mme. Montgomery.

Gracias á la feliz elección del sitio en que se ha levantado, este obelisco destácase sobre un fondo de pinos y romeros, detrás del cual se distinguen las azuladas olas de la bahía del cabo.

La ceremonia de la inauguración reunió en torno del zócalo, adornado con multitud de coronas ofrecidas por el comité de suscripción, por la reina de Inglaterra y por otros personajes y corporaciones, no



Monumento á la emperatriz de Austria recientemente inaugurado en Cabo Martín, obra de M. Tersling

sólo á la colonia austro húngara y á la delegación nacional, sino que también un numeroso público, en el cual se veía á los representantes del gobierno francés, el general Joly, gobernador de Niza, el alcalde de Menton y los consejeros generales del departamento.

Después de una misa celebrada en un altar improvisado al aire libre, monseñor Chapon, obispo de Niza, bendijo el monumento y pronunció el elogio fúnebre de la emperatriz: pronunciáronse, además, otros discursos; las músicas entonaron el himno austriaco, el himno húngaro y la Marsellesa, ejecutóse una cantata de Mme. Henry Greville y se recitó la oda de Mme. Montgomery.

El monumento, erigido por suscripción, ha costado 10.000 francos.

EL HIMNO DE LA FIESTA

DIBUJO DE JOSÉ GALLEGOS

La mayor prueba de la valía de un artista es el aprecio que de sus obras se hace en el extranjero, pues aun cuando dice el refrán que «el arte no tiene patria,» éste, como tantos otros proverbios, es de una verdad muy relativa. En realidad, los pueblos están celosos de sus artistas y sólo rinden parias á los extraños cuando éstos se imponen. Pues bien: nuestro compatriota Gallegos se ha impuesto y su firma es tan estimada como en España, y aún más si cabe, fuera de ella: sus obras tienen segura salida en los mercados de Italia, Francia, Alemania, Inglaterra y de otros países, y su colaboración es solicitada por las principales revistas.

El precioso dibujo suyo que en esta página reproducimos es una nueva muestra de su maestría: esa colección de bellísimas cabecitas, algunas de ellas simplemente abocetadas, constituyen otros tantos estudios que revelan una observación profunda y una habilidad grande en el manejo de los pinceles.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

Memorias del Comité Nacional Español y de la Comisión Patriótica Española para la suscripción nacional. Montevideo. – Si no supiéramos cuánto han hecho por la madre patria los españoles residentes en el Uruguay, nos lo diría elocuentemente el libro que nos ocupa: en él se copian las actas de los centros españoles que fomentaron las suscripciones mensual y nacional que tan grandes resultados produjeron y las listas de los que con sus donativos á dichas suscripciones contribuyeron. Este tomo, impreso en la tipografía «El siglo ilustrado,» es un verdadero monumento patriótico que en honor de España han erigido sus hijos establecidos en aquella floreciente república.



El himno de la fiesta, dibujo de José Gallegos

CARA Y CREU, por *Santiago Boy*. – Entre nuestros escritores regionalistas pocos igualan á Santiago Boy en el arte de reproducir los cuadros de costumbres populares barcelonesas. Sus narraciones son, permítasenos la frase, fotografías habladas, pues leyéndolas se ve y se oye cuanto el autor describe en ellas con todo el relieve de la misma realidad. Tiene además el Sr. Boy una habilidad especial en el manejo del chiste; sabe prodigar siempre oportunamente la gracia á manos llenas, promoviendo sus artículos festivos desde el principio al fin la más franca risa, lo cual no impide que en algunos otros trabajos del libro que nos ocupa prevalezca, tratada con igual habilidad, la nota del sentimiento. *Cara y creu* se vende á una peseta.

BUSCAR TRES PIES AL GATO, por *Alfonso Karr*. – Tratándose de una novela del ilustre cuanto popular autor francés, están de sobra los elogios; así es que únicamente diremos, á propósito de la edición española que forma parte de la «Colección Diamante» publicada en esta ciudad por D. Antonio López, que la traducción está correctamente hecha y que el libro se vende á dos reales.

CANTARES BATURROS, por *Alberto Casañal Shakery*. – El distinguido escritor Sr. Casañal Shakery, de cuyos *Cuentos baturros* nos ocupamos hace algún tiempo con el elogio que merecen, ha publicado últimamente una colección de trescientos cantares genuinamente aragoneses: chistosos unos, sentidos otros, todos encierran un bonito pensamiento y todos tienen el verdadero sabor de la tierra, ese sabor especial y agradable que tan popular ha hecho todo lo baturro. El libro del Sr. Casañal se vende á dos reales.

CYRANO DE BERGERAC, tragicomedia en cinco actos en verso. Versión castellana de *Luis Vía*, *José O. Martí* y *Emilio Tintorer*. – Se ha publicado impresa esta obra que ha obtenido en Madrid un éxito extraordinario y que ha sido la obra de la temporada en el teatro Español. A este brillante resultado ha contribuído principalmente la indiscutible valía del trabajo de los distinguidos poetas catalanes Sres. Vía, Martí y Tintorer, quienes al verter fielmente al idioma castellano la interesante tragicomedia de Rostand la han revestido de una forma genuinamente española merced á una versificación fácil y armoniosa que recuerda en muchos puntos las mejores producciones de nuestro teatro clásico. Impresa en la imprenta «La Renaixensa» la traducción de *Cyrano de Bergerac* se vende á tres pesetas.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Revista contemporánea, revista quincenal madrileña; *Boletín bibliográfico español*, publicación mensual madrileña autorizada por el ministerio de Fomento; *Revista valenciana de Ciencias médicas*, publicación mensual; *El criterio católico en las Ciencias Médicas*, revista mensual barcelonesa; *La medicina científica en España*, revista mensual barcelonesa; *El Jurado médico-farmacéutico*, revista semanal madrileña; *Revista de Extremadura*, que se publica cada dos meses en Cáceres; *La Alhambra*, revista quincenal granadina; *Union ibero-americana*, que se publica en Madrid cuatro veces al mes; *El Crepúsculo*, periódico literario quincenal de Guayaquil; *El Peruano*, boletín oficial del Perú; *El Heraldo*, diario de Cochabamba (Bolivia); *El istmo de Panamá*, bisemanario colombiano; *La noografía*, revista mensual bonaerense dedicada á la imprenta, á la librería y á las demás artes gráficas; *El Diario Español*, de San Paulo (Brasil).



El célebre actor japonés Ichikawa Danjuro



Danjuro en el papel de Iwafugi



Danjuro en el papel de Jiraiya

El famoso actor japonés Ichikawa Danjuro pertenece á una familia que desde 1673 y durante nueve generaciones se ha dedicado al teatro: cuenta actualmente sesenta y cinco años y debutó á la edad de tres; ha sido un verdadero revolucionario en la escena japonesa, pues rompiendo con las tradiciones de la misma ha suprimido, entre otras cosas, los colorines con que se embadurnan el rostro otros actores y el acompañamiento musical que obligaba al actor á ajustar su voz al tono de la música, dando á su declamación un carácter artificial sumamente desagradable para los europeos. Mr. Danjuro representa indistintamente papeles de hombre y de mujer, y á pesar de sus años baila con notable agilidad cuando el papel lo requiere. Las clases elevadas del Japón no asisten á las representaciones teatrales públicas, á las cuales sólo concurren la gente de las clases media y baja, lo cual no es óbice para que los actores perciban grandes sueldos: baste consignar, en prueba de ello, que en una temporada de cuatro semanas que hizo últimamente Mr. Danjuro en Osaka ganó 5.000 libras esterlinas (125.000 pesetas). Hay que tener en cuenta, sin embargo, que cuando representa este actor los precios se aumentan considerablemente, y que de aquellas ganancias de Osaka, las dos quintas partes ó sean 50.000 pesetas las gastó el actor, siguiendo las leyes de una generosa etiqueta, en regalos, refrescos, banquetes y otros obsequios á sus amigos y conocidos. – X.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XVIII — Barcelona 1.° de mayo de 1899 — Núm. 905

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



CRISANTEMOS,

cuadro de José M.ª Tamburini (Salón Parés)

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DESDE EL EXTRANJERO

Ha sido en España muletilla el clamar que nos extranjerizábamos, que perdíamos nuestro sello castizo, que adoptábamos los estilos de otras naciones. No era muletilla inofensiva, sino mortífera, como la quijada de asno de Sansón; generalmente los que la esgrimían con furia proponíanse estorbar algún adelanto, mantener algún error añejo, apuntalar alguna preocupación ruinosa, á cuya sombra medraban. Y, en pos, innumerable hueste de los sencillos y de los románticos iba por ahí repitiendo á coro que España, ¡lástima grande!, no estaba ya como en tiempos de Nuño Rasura...

Al hacer ahora, en momentos bien amargos, una especie de examen de conciencia nacional y un inventario de las ideas que han circulado é influído más en la orientación de nuestro pensamiento, veo destacarse esa, y me ocurre preguntar: *¿estábamos* realmente extranjerizados? ¿Dónde y cómo?

Que algunos aristócratas ó plutócratas monten sus caballerizas á la inglesa; que los pingos se traigan de este coquetón París; que se redacten las minutas de los banquetes en francés y se coma á medio asar el solomillo; que se traduzcan y arreglen á centenares sainetes y melodramas, apenas trasciende en la vida de un pueblo. De las civilizaciones extranjeras nos asimilamos lo insubstancial, el *suero*, cuando nos convenía lo nutritivo, la *nata*. Apropiarse los ideales modernos en lo que tienen de hondo y de serio y de decisivo, no sería *extranjerizarse*, sino *humanizarse*. Adoptar una cultura es *sentirla* y *vivirla*, como se *vivió* la cultura helénica y la latina bajo el Renacimiento. Esos héroes y esos sabios españoles de los siglos de oro, que nos parecen tan castizos, eran por dentro muy griegos y muy romanos, y extraían de sus modelos de la antigüedad, no ya nata, sino medula de león.

Hoy cae en desuso la muletilla; nadie censura el extranjerismo; al contrario. Hasta entre la gente más propensa á criar moho se oyen frases de admiración y de envidia á las cualidades características de otros países y otras razas. – ¡Oh, si fuésemos como ellos!, murmuran con desaliento y pena. ¡Si fuésemos tenaces, previsores, laboriosos, aprovechados, prácticos! ¡Si tuviésemos su organización, sus instituciones, sus costumbres, su constancia, su instrucción y su dinero! – Y la patulea humilde, aquella que sólo sabe que hay patria porque le piden el hijo ó le cobran el tributo aunque no pueda pagarlo, añade bajito cosas todavía más tristes y más recias de oir... Las naciones, que se forman y consolidan por el entusiasmo y la gloria, se disgregan insensiblemente por las decepciones y las nobles aspiraciones fallidas, y llegan á verse, no ya *sin pulso*, sino atacadas de esa gangrena seca en que al paciente se le caen los dedos y ni lo nota...

Ante este nuevo estribillo, que consiste en la proclamación de nuestra inferioridad, me pongo á pensar si mudaremos la piel; si bastará tal convicción para modificarnos, – en una palabra, si hay propósito de la enmienda, viril resolución de arrostrar el porvenir y dominarlo, ó sólo malsano abatimiento y estériles lamentaciones. – Y así como los místicos se creían dejados de la mano de Dios cuando las fuentes de su alma se secaban y las lágrimas no acudían á sus ojos, auguro mal de nuestro arrepentimiento porque no viene acompañado de llanto y dolor; encuentro fundada la extrañeza con que se comenta, en otros países, el que hayamos tenido fiestas y diversiones y regocijos públicos no menores que los de otros años que no fueron para España terribles; quisiera que sucediese aquí algo parecido á lo que me sucedió en Francia, reciente el desastre y la pérdida de Alsacia y de Lorena: que por no desentonar tuve que dejar mi traje gris de viaje y ponerme uno negro, ¡pues las mujeres de negro vestían todas, llevando el luto de la patria!

Entre las dos muletillas, la de antes y la de ahora, quizás la última sea menos nociva. La perpetua queja de los castizos contra el extranjerismo, envolvía la afirmación tácita de que no tenemos nada que aprender de nadie. La resobada enumeración de las grandezas clásicas, Otumba, Lepanto, Pavía, Bailén, etcétera, implicaba la persuasión de que basta un pasado para remedio de un presente, y que con los méritos de los difuntos ya pueden hombrear los vivos. El suponer que abundando en nuestro propio sentido caminábamos derechos, equivalía á abrazarnos al error, con tal que hubiese nacido en casa.

Si positivamente estuviese España en uno de esos momentos críticos en que se delibera para cambiar de conducta; si este enfermizo sopor fuese, allá por dentro, la suprema crisis en que se convierte el espíritu á la luz y se ve lo que antes ocultaba un velo; si una reacción secreta y generosa se disfrazase bajo las apariencias del sueño ó del desmayo..., entonces los escritores hallaríamos modo de empezar á decir mucho que callamos, de puro desalentados y de puro escarmentados también. Entonces señalaríamos peligros, indicaríamos reformas, pondríamos el dedo en la llaga quizás. Los escritores somos, en cierto modo, como diz que son los gobernantes, que cada país tiene los que puede tener, y en nuestra patria, escribir *para* el público es escribir *con* el público, so pena de muerte.

Uno de los aspectos en que más le convendría á España no haber sido tan *castiza*, es este de la tolerancia y respeto á la opinión manifestada por escrito, sobre todo cuando difiere de la preocupación general. Se ha necesitado aquí valor á toda prueba, un género peculiar de valor, para indicar por escrito cosas que la conciencia sentía, que el entendimiento preveía, que el tiempo demostró. No faltaba, por ejemplo, quien entendiese que era necesario, y más que necesario urgentísimo, conceder á Cuba, en paz y en buenas condiciones para nosotros, la independencia; pero ¡ay del que se atreviese á susurrarlo! Aun entre un círculo de amigos, cubría nuestra voz la reprobación unánime, cuando manifestábamos, antes de declararse la guerra, ciertos pareceres. Y sin embargo, era tan fácil hacer de Casandra *non unquam credita Teucris...*

Se me dirá que el escritor está obligado á clamar hasta en el desierto. En el desierto, bueno; en el desierto nadie nos hará caso, pero nadie nos tirará piedras tampoco. Lo arduo es clamar metido en la fosa de los leones, ó en el horno de Babilonia. Y lo sandio es tal vez clamar cuando de nada sirve. Los redentores no se sacrifican estérilmente; aspiran á redimir; si no esperasen fruto, se quedarían en su casa bien callados. ¿Puede España ser redimida *aún*? ¿Quién tiene fuerzas para conseguirlo?

No seremos seguramente los escritores, puesto que se nos lee bastante menos de lo que desearíamos. Me sugiere esta reflexión el artículo del *Heraldo de Madrid* que acabo de recibir, que se titula *La leyenda muerta* y que se refiere á la conferencia que pronuncié en la *salle Charras* hace tres días. Quéjase el articulista de que no escribo para el público, ni tampoco Galdós, ni otros varios, y por eso no puedo contribuir á remediar los males de la patria. A fe que siento curiosidad de saber, por lo que á mí respecta, si no es para el público para quien estoy escribiendo sin cesar. Que el público lea ó no lo que le destino, es otra cosa. Acaso no llegue á enterarse de ello, aunque, relativamente y dado el público que en España existe, yo suponía haber llegado hasta él; ¡pero que por mi culpa se quede sin establecer la comunicación!..

«Entre vosotros hablo y enseño todos los días,» dijo Jesús; y aunque parezca profanación, que en mi propósito no lo es, y la costumbre de citar textos evangélicos lo autoriza, repetiré esa misma frase. – No tengo autoridad para enseñar; digo mi parecer, y lo digo allí donde puedan oirlo, en *El Imparcial*, en *El Liberal*, en *El Español*, en *La Época*, aquí, en diez ó doce periódicos donde colaboro – no en libros misteriosos, recónditos y de difícil adquisición y manejo. – Y si se trata de las cualidades del estilo, tampoco por ellas ha de quedarse nadie sin entenderme. Soy de una claridad diáfana. El que no me comprenda es de los que no ven por tela de cedazo.

Me he quedado, pues, boquiabierta al enterarme de que peco de *ininteligible*. Todo sea por Dios, y hablemos de Francia.

Este país se encuentra aparentemente dividido y agitado por el famoso *affaire* Dreyfus, que da pasto á las conversaciones y comidilla y entretenimiento á los periódicos; mas si se desdeña la superficie y se busca el fondo, el verdadero estado de Francia, debe notarse que subsiste aquí una tranquilidad casi absoluta. Esas discusiones, esas polémicas acaloradas de la prensa, los lances personales que de ellas surgen á veces, me recuerdan la tempestad imitada de *Guillermo Tell*. Mientras los actores, en un barquichuelo, luchan con las olas de lienzo y los escollos de cartón, los espectadores, cómodamente instalados en su butaca ó en su anfiteatro, los ven sin temor subir y bajar, girar y hundirse ó salvarse. Francia está en el secreto del *affaire*, convencida de que no peligra su porvenir. Los trastornos militares..., ¿quién tiene prestigio para causarlos? El golpe de Estado..., ¿quién lo va á dar? - Las revoluciones y los cambios de régimen reconocen siempre causas profundas del orden económico, y en Francia esas causas no existen. En Francia se trabaja mucho y se ahorra tanto como se trabaja. Creo que esto va dicho con claridad pedestre, con un vulgarismo nada literario. El francés sabe ganar y guardar el dinero, y no es caso raro que un mozo de *restaurant* tenga sus diez ó doce mil francos de economías, ó que una modesta vendedora de *quatre saisons*, vulgo legumbres, posea sus cincuenta mil para retirarse al campo á descansar de la vida laboriosa en los años de la vejez.

No existen verdaderas razones para que Francia sufra un trastorno capital. Quizás el *affaire*, mirado así, sea hasta un desahogo conveniente y sano. Una nación tan fuerte, rica, poblada é inteligente como Francia, necesita algo para entretenerse y solazarse, algo que la distraiga, anime y divierta; no cabe tampoco que todos piensen de igual manera; siempre existirán corrientes opuestas en una gran colectividad. Hay en Francia militarismo y espíritu reaccionario; hay radicalismo y nacionalismo; hay judíos y hay antisemitas; hay de todo, y de todo conviene que haya. *Oportet hæreses esse*. Es bueno que salten disidentes – para que se entienda. - La cuestión es que los disidentes no lleguen á asfixiar á la patria, y que la opinión, libremente expresada, no adquiera esa fuerza explosiva que tiene el champagne justamente porque lo embotellan. Aquí hay libertad y tolerancia, y mi impresión rápida de viajera es que Francia pertenece al número de las contadas naciones en que el estado de cosas ha llegado á consolidarse por tiempo indefinido.

EMILIA PARDO BAZÁN

FRASES POPULARES

¡LA MANZANA DE LA DISCORDIA!

¡POPULAR COMO EL JUICIO DE PARIS!

¡RAPTO DE LA BELLA ELENA!

Cuando Thetis y Peleo celebraron sus bodas en el Olimpo, invitaron al festín á todos los dioses, excepto á Eris ó Discordia, madre del Hambre, la cual, irritada del desaire, trató de vengarse arrojando sobre la mesa de los convidados una hermosa manzana con la inscripción «A la más bella,» que vivamente reclamaron para sí Juno, Venus y Minerva.

La disputa surgida entre los ilustres convidados á causa del insidioso presente revistió desde un principio suma gravedad, y para evitar un conflicto discurrió Júpiter remitir el litigio á juicio imparcial lejos de su corte, fijando su atención en el joven Paris, abandonado por sus padres Príamo y Hécuba, reyes de Troya, en el monte Ida, temerosos de que se realizase el fatídico ensueño que la soberana tuvo al concebirle.

Trasladadas por Mercurio las tres excelsas rivales á presencia del mancebo, que muy tranquilo cuidaba de su ganado, el divino hijo de Maya le habló así.

«Deja, ¡oh zagal!, por breves instantes tus ovejas y prepárate á ser juez entre las deidades que con objeto de acatar tu fallo han descendido del Olimpo, y á la que te parezca más hermosa entrégale la manzana que te doy, que la agraciada aceptará como valioso premio.»

No bien pronunciara Mercurio las anteriores palabras, Juno prometió al mistificado pastor la soberanía del Asia en cambio del obsequio de la Discordia, Minerva la gloria de los guerreros y Venus la más bella de las mujeres de la tierra. Paris no acertaba á darse cuenta de lo que veía, ni su embotada inteligencia alcanzaba á comprender la importancia del raro juicio reclamado; así que rindiéndose á la innata concupiscencia, resolvióse por el último ofrecimiento con gran satisfacción de Venus, que súbitamente le transportó á la morada de Helena, esposa de Menelao, monarca de Macedonia, reputada como *la hermosa entre las hermosas.*

De semejante famosa sentencia se derivó el rapto; al ultraje del rey espartano siguió la guerra, alentada en su larguísimo período por las despechadas Juno y Minerva, y con el sangriento término de la lucha se cumplieron los mandatos del Destino que había decretado la destrucción de Troya. – LOPE BARRÓN.



Dr. ESTANISLAO S. ZEBALLOS

Es una de las personalidades más salientes de este país; es un talento y un carácter, y quizás por ambas razones son muchos sus detractores, muchos los que no pudiendo, por falta de talla, contender ó discutir con él, se entretienen en regatearle méritos y conocimientos. ¡Que fué poco afortunada su gestión en los Estados Unidos cuando el asunto de Misiones! Es cierto; pero ¿se ha averiguado que la culpa fuese del plenipotenciario ó de la deficiencia de documentos? ¿Se ha probado la falta de patriotismo de este ilustre argentino, ó se ha podido sospechar si hubo precipitación en tan arduas gestiones?

No es fácil ni prudente contestar categóricamente á tales preguntas; pero lo que sí consta, es el aislamiento, mitad forzoso, mitad voluntario, en que desde aquella fecha vive el ex ministro de Estado. Y es que en todas las cuestiones que afectan de un modo directo los intereses de una nación, el pueblo necesita una víctima, víctima que los gobiernos ofrecen siempre de buen grado para alejar momentáneamente de sí responsabilidades y acusaciones.

Del político he de hablar poco; del pensador y del literato pienso decir cuanto pueda.

Conocí al Dr. Zeballos cuando desempeñaba la cartera de Relaciones Exteriores. Presentóme á él un simpático antiespañol, el Sr. Pelliza, de quien hablaremos otro día, y desde entonces me une con el distinguido hombre público cariñosa amistad.

De la Dirección general de Correos, que bien vale un Ministerio, pasó el Dr. Zeballos á desempeñar la cartera de Relaciones Exteriores, y en ambos puestos dejó bien sentada su reputación de hombre recto. Más tarde fué á los Estados Unidos, y de allí volvió terminado el pleito de Misiones para encerrarse en su espléndido gabinete de trabajo. Parodiando á Silvio Pellico, y disgustado sin duda de la campaña que contra él se emprendiera, exclamaría enojado: *lascio la politica ov' ella stà e parlo d' altro*, y este *altro* ha sido su ocupación favorita, la literatura.

Zeballos es ante todo escritor, y escritor de buena cepa. De imaginación viva y brillante, seduce desde el primer momento por la oportunidad de sus apreciaciones y sus réplicas siempre intencionadas. Aún hoy, pasados tantos años desde que dejó las diarias tareas de la prensa, se descubre en él al periodista acostumbrado á juzgar con prontitud á los hombres y á apreciar rápidamente los asuntos.

Ha publicado diversos libros á cual más curioso. Su novela araucana *Relmú*, entre otras, demuestra su espíritu observador y las especiales dotes de que está adornado para cultivar género tan difícil. ¿Que por qué después de *A través de las cabañas*, *Dinastía de los Piedras «Painé,»* etc., no ha publicado más novelas? Pues porque Zeballos tiene la coqueta volubilidad del hombre de genio; su espíritu flexible, su innegable talento, le permiten espigar con provecho en todos los campos; y ora se nos muestra crítico, ora economista, después diplomático, más tarde historiador y geógrafo, y abogado y dibujante y hacendista, y músico y qué sé yo cuántas cosas más, imprimiendo siempre en todos sus trabajos el sello de su personalidad.

¡Con qué cariño me hablaba de España durante nuestra pasada contienda con el coloso yanqui! ¡Cómo brincaba de alegría y gratitud mi corazón al oirle formular sinceros votos por nuestra regeneración! Por Cataluña siente profundo cariño; admira tanto á esas provincias, que casi resulta una recomendación para él el ser hijo de cualquier pueblo del Principado.

Dije antes que era espléndido su gabinete de trabajo y ahora agregaré que es un verdadero museo. Mapas, armas, objetos indígenas, huacos del Perú, fotografías de personajes célebres, las más con dedicatoria autógrafa, de todo hay allí alternando con manuscritos antiguos, cuadros de indiscutible mérito, pergaminos, etc., y todo en amigable vecindad con más de catorce mil volúmenes escogidos por su inteligente propietario. ¡Cuánta riqueza literaria acumulada por un hombre relativamente joven!

Tiene Zeballos la manía de la colección; él lo reune, lo agrupa todo, desde el libro al recorte de periódico; y metódico hasta la exageración, encarpeta por asuntos los libros, folletos y diarios, ya traten de una personalidad, ya de una cuestión que estime de interés para la historia patria.

Como literato ha ganado mucho en pocos años; al desaliño que se nota en sus primeros trabajos ha sucedido cierto clasicismo, debido sin duda al estudio profundo que ha hecho de nuestros hablistas antiguos y modernos; muchas de las páginas que hoy publica en su *Revista de Derecho, Artes y Letras* parecen escritas en el riñón de España.



Dr. Estanislao S. Zeballos
eminente hombre de Estado y escritor argentino

«No me gusta — me decía un día — el modo de vivir de nuestras actuales damas: siempre están en exhibición, viven en la calle; y van á la ópera y á las conferencias de San Vicente de Paúl para ser vistas. ¿Cuándo cuidan de su hogar? No; la misión de la mujer, aun perteneciendo á la alta sociedad, no es esta.» Y en verdad que Zeballos tiene razón; el dinero tiene en muchos casos el privilegio de deshacer los hogares.

Le invité un día á visitar cierto establecimiento de campo no lejos de la capital, y entonces supe que, como el general Mansilla, el Dr. Zeballos es de los que sólo comen una vez al día. «Yo no puedo con las comidas criollas — me decía, — ¡carne, carne y más carne;! no hay estómago para tanto.» Y como le observase que se puede estar sano y llegar á viejo, como el Dr. Irigoyen, por ejemplo, comiendo puchero criollo, y *carbonada*, y *choclo*, y *mazamorra*, respondió rápidamente. «Cada uno es como es, quizás porque he vivido en Inglaterra, me gusta más aquel sistema de alimentación.» Y torciendo rápidamente de asunto me habló con verdadera admiración de Cruz y Cano, hecho que quedó grabado en mi cerebro, porque en verdad no recordaba el apellido materno de nuestro sin par D. Ramón de la Cruz.

Difícil es predecir si el Dr. Zeballos volverá á desempeñar altos puestos en la política argentina; pero lo que sí puede asegurarse es que ocupa preeminente lugar entre los hombres pensadores de estos países, y posee, quizás como ninguno, el valor de sus convicciones y el difícil don de persuadir.

Acabo como empecé: Zeballos es un talento y es un carácter. Talentos hay muchos, aquí como en todas partes; caracteres, pocos.

R. Monner Sans

Buenos Aires, febrero de 1899.

DEFENSA HEROICA

Más que por sí mismo por sus padres sentía Juan la inutilidad de sus esfuerzos para hallar trabajo. No hacía amándolos más que corresponder al cariño de los pobres viejos.

Dueño, allá en otro tiempo, el padre de Juan de una carpintería, había podido proporcionar á su hijo satisfacciones de que no es dado gozar en su infancia á los más de los artesanos.

En cuanto á la madre de Juan, la señora Teresa, no hay que decir si tendría por él ceguedad. Nunca jugó Juan, de niño, en la calle, ni fué solo á la escuela. Hasta en su propia casa tenía miedo la buena mujer de que le echasen á perder el chico los otros del barrio. No dejaba entrar á ninguno, ni conocido ni compañero. Sólo estaba exceptuada de tal prohibición Magdalena, la chiquilla de la portera de la casa, arrapieza de pocos menos años que Juan, la cual, huyendo de las lobregueces de la portería, pasaba muchas horas jugando con el mozuelo.

¡Cuántas veces, por cierto, habría de recordar la pobre moza más adelante aquellos dulces días de la infancia! La costumbre ó lo que fuera la aficionaba á Juan á medida que fué creciendo, y hubo de llorar no pocas veces las angustias de un amor secreto y mal correspondido.

Porque fué el caso que los negocios del pobre carpintero fueron de mal en peor, y un día hubo de trasladar el establecimiento á un local más reducido, y otro, al fin, de cerrarlo.

Desdichas de todos géneros, y entre ellas la mayor, la falta de salud de la señora Teresa primero, y después de su marido, echaron á rodar todas las esperanzas é ilusiones del infeliz matrimonio.

No entibiaron aquellas desdichas el cariño de Magdalena, y cuando los carpinteros se trasladaron á verlos, fué á la nueva tienda, y cuando la cerraron, subió á la buhardilla en que se guarecieron, siempre persiguiendo á Juanillo; pero fuera que Juanillo, abrumado por sus penas, no tuviese tiempo de pensar en amores; fuera que la muchacha no le inspirase afecto alguno, ello es que la hizo poco caso, y Magdalena se sintió herida en lo más hondo y se juzgó despreciada y hasta creyó notar que sus visitas eran molestas. Comenzó por retardarlas y concluyó por no hacerlas, y así quedaron interrumpidas relaciones que los recuerdos de la infancia no habían bastado á consolidar.

Supo Juan al principio hacer frente á sus desventuras. Tenía ya 16 años cuando la estrella de sus padres se eclipsó del todo; y ya que no se encontró, como había soñado, dueño de una carpintería, se vió mediano oficial y halló pronto trabajo y un jornal de catorce reales. Con él hizo frente durante tres ó cuatro años, no sin grandes angustias, á las atenciones de la casa.

Juan no bebía, Juan no jugaba, Juan era un modelo de virtud. ¡Ay, todo mientras duraron aquellos catorce reales! Pero un día cupo á su principal la suerte que á su padre había antes cabido, que por lo general no alcanza el trabajo mejor premio, y mi Juan se halló pronto en la más deplorable de las situaciones. Se empeñó primero y se vendió después lo que había en la buhardilla empeñable y vendible, y llegó un momento en que todo faltó.

Y Juan se desesperaba y se volvía por instantes huraño y taciturno. ¡Él, que no había ido á servir al rey por servir de sostén á sus padres; él, que no había pensado jamás en el amor, esa virtud de la más hermosa edad de la vida, porque, monje de la religión de la fidelidad, debía consagrarse mientras viviera á cuidar á sus viejecitos! Todo resultaba inútil. Buscó trabajo hasta fuera de su oficio, y no lo halló. Hizo mil cábalas y mil proyectos, y nada bastó á conjurar siquiera el amenazador espectro del hambre.

Sombríos pensamientos fueron ganando el corazón del pobre mozo.

Un día al pasar por la calle del Barquillo se fijaron sus ojos en un piso entresuelo por cuyo entreabierto balcón se veían magnificencias del lujo. Alum-

braba el fondo de aquella habitación una caprichosa lámpara eléctrica formada por un grupo de rojas



Cuadriga flamenca, cuadro de Geo Bernier

amapolas. Reflejaban los transparentes pétalos de la flor las brillantes lucecillas escondidas en ellos y bañaban los cuadros y los muebles de ese color cárdeno que tiene el cielo cuando está más hermoso.

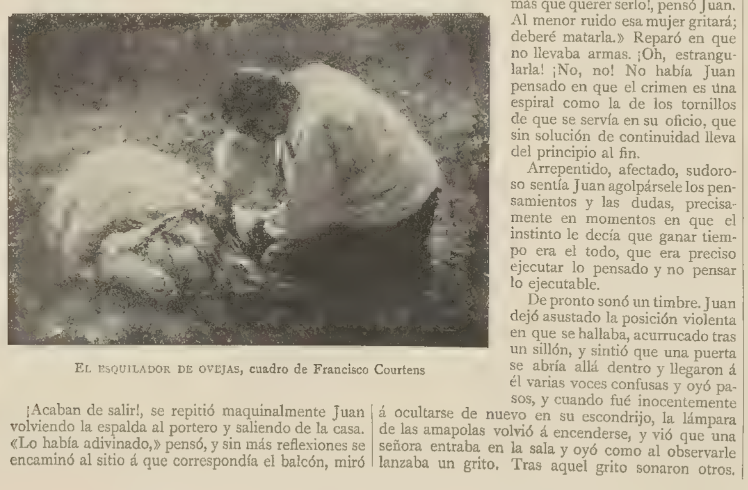
De pronto y en el instante en que se hallaba Juan más entusiasmado en la contemplación de los adornos de aquella sala que le hacían soñar cosas que tanto contrastaban con su situación miserable, se apagó la luz, sin que acertara á descubrir la mano que había oprimido el botón ó dado vuelta á la llave para interrumpir la corriente. Juan despertó entonces de su éxtasis como si aquella obscuridad le volviese á la vida real, á una vida tan sombría y tan negra como la obscuridad misma.

Juan midió instintivamente con la vista la distancia que había desde la acera al balcón y siguió un instante pensativo; pero no ya con la vaga mirada del que parece á su pensamiento ajeno, sino con la profunda del que reflexiona y madura un plan.

No llevaba así mucho tiempo cuando del portal de la casa salió una elegante pareja. Juan miró á los que la formaban como si los conociese, y cuando hubieron pasado entró en el portal.

¿Los señores del entresuelo?, preguntó.

– Acaban de salir, respondió un portero de librea que leía el periódico, repantigado en una silla con aire de gran señor.



El esquilador de ovejas, cuadro de Francisco Courtens

¡Acaban de salir!, se repitió maquinalmente Juan volviendo la espalda al portero y saliendo de la casa. «Lo había adivinado,» pensó, y sin más reflexiones se encaminó al sitio á que correspondía el balcón, miró á un lado y otro de la calle, dió un salto y se asió á la parte más inferior de la barandilla, y ya encaramado allí, le bastaron segundos para entrar en aquella sala que tanto había despertado su atención y su codicia.

Había saltado á tiempo, porque apenas acababa de entrar y de esconderse azorado tras un sillón, sintió pasos y que se adelantaba una mujer y cerraba las vidrieras.

Juan contuvo la respiración, y cuando la persona que había cerrado hubo desaparecido, respiró con libertad y comenzó á darse cuenta de su nueva situación.

¿Para qué había entrado en aquella casa? Para robar. Pero ¿qué y cómo? ¿Estaría seguro? ¿No le habría observado alguien? ¿Habrían cerrado el balcón para impedirle mejor la salida?

De buena gana habría vuelto Juan á salir por donde había entrado. Reflexionó algunos segundos. ¿Y si le veían? ¡No, no! Juan se acordó de sus viejos y se estremeció. Era preciso robar; robar y auxiliarles, ó morir allí.

¿Pero qué iba á robar? ¡Dinero! ¿Dónde estaba? ¿Cómo empezar su obra? En la casa había gente; por lo menos una persona, la que había cerrado el balcón. No era fácil para él, que no conocía la casa, robar sin antes abrir armarios, registrar cajones, hacer, en fin, demasiado ruido para prometerse no ser descubierto. «¡Oh, para ejercer de ladrón hace falta algo más que querer serlo!, pensó Juan. Al menor ruido esa mujer gritará; deberé matarla.» Reparó en que no llevaba armas. ¡Oh, estrangularla! ¡No, no! No había Juan pensado en que el crimen es una espiral como la de los tornillos de que se servía en su oficio, que sin solución de continuidad lleva del principio al fin.

Arrepentido, afectado, sudoroso sentía Juan agolpársele los pensamientos y las dudas, precisamente en momentos en que el instinto le decía que ganar tiempo era el todo, que era preciso ejecutar lo pensado y no pensar lo ejecutable.

De pronto sonó un timbre. Juan dejó asustado la posición violenta en que se hallaba, acurrucado tras un sillón, y sintió que una puerta se abría allá dentro y llegaron á él varias voces confusas y oyó pasos, y cuando fué inocentemente á ocultarse de nuevo en su escondrijo, la lámpara de las amapolas volvió á encenderse, y vió que una señora entraba en la sala y oyó como al observarle lanzaba un grito. Tras aquel grito sonaron otros. «¡Ladrones, ladrones!,» voceaban por todas partes.

Juan se precipitó hacia el balcón y lo abrió. En la calle se habían ya parado algunos transeuntes y su aparición no sirvió sino para completar la obra de su denuncia.

Cuando al sentirse bruscamente asido por el cuello de la chaqueta dió sobre sí mismo una vuelta y otra vez contempló el lujoso gabinete, lo halló concurridísimo. El portero le tenía sujeto, dos guardias municipales le amenazaban con sus revólvers, varias mujeres le observaban medrosas desde la puerta. Entre ellas distinguió Juan á Magdalena que le miraba asombrada. Juan sintió tintas en rubor las mejillas y bajó los ojos. Mientras otros guardias le ataban, varias voces le preguntaron con imperio:

– ¿Qué hacía usted aquí?

Y Juan contestó sencillamente:

– Robar.

Juan cayó desde aquel día en un abatimiento profundo.

Los pobres viejos, al cabo padres ahogaron su dolor y su vergüenza, y fueron muchas veces, mientras duró el proceso, á visitarle á la cárcel.

La caridad, esa madre inagotable inspiradora de todo sentimiento generoso, sustituyó en la buhardilla al hijo perdido.

Infraganti, convicto y confeso, costó poco calificar la causa: tentativa de robo con las agravantes de escalamiento y nocturnidad.

¡Y gracias á que una visita oportuna, de esas á quien siempre se abre la puerta, evitó lo que detrás hubiera venido

Los dueños de la casa asaltada estaban consternados desde el día del suceso, de que se enteraron á la vuelta del teatro.

Magdalena, sirviente de aquellos señores, no salía de su asombro. ¡Juan, el mismo Juan, compañero de sus mocedades, era el ladrón! Si no lo podía creer. ¡Un chico tan bueno, tan honrado!..



Victoria, busto de Carlos Vanderstappen

Llegó al fin el día del juicio oral, juicio que había de celebrarse ante jurados.

Cuando se constituyó el tribunal, ya estaban en la Audiencia los pobres padres de Juan para no perder aquella ingrata ocasión, pero ocasión al fin, de contemplar á su desventurado hijo.

Comenzado el juicio, declaró primero Juan, repitiendo siempre cuando le preguntaban á qué había ido á la casa de la calle del Barquillo: «A robar...» ¿Cómo había entrado por el balcón? «A robar.»

A robar, á robar... Esto es todo lo que Juan contestaba. Parecía que se había vuelto idiota. No faltaban ya jurados que creyeran la insistencia de la re-



DOS BUENOS AMIGOS, cuadro de G. Ferrier

puesta ardid aconsejado por el defensor para buscar la eximente.

Y el caso era que desde el momento de la sorpresa hasta el día, salvo raras excepciones, no había sido posible obtener del procesado mayor explicación. Por otra parte no revelaba el delincuente gran perversidad, ni se le había hallado encima armas, ni ganzúas ni instrumento alguno que agravara su situación.

Declararon los dueños del piso asaltado, el portero, los visitantes, los guardias. El juicio se deslizaba monótono como tantos, cuando tocó su turno á la criada, á Magdalena.

Al aparecer Magdalena, levantó el procesado por primera vez los ojos y volvió luego á bajarlos y á quedar abatido.

La testigo no contestó á todas las generales de la ley, porque al llegar á aquello de si tenía ó no amistad con el procesado, con una entereza rara á sus pocos años, no había cumplido aún los diez y ocho, dijo entre el asombro de todos:

– Sí, tengo amistad íntima con el procesado y no debo permitir que siga siendo víctima de su generosidad. Yo, yo misma, dejé el balcón abierto para que entrara por él. Se ha acusado por no perderme. Nos conocemos y nos queremos desde niños. Nos hemos criado juntos. Aquella noche debía entregarme á él. ¿Qué importa que la casualidad lo impidiera? No puedo por más tiempo ocultar á costa de su honra la firme voluntad que tuve de perder la mía.

Y como vencida por el esfuerzo supremo que aquella valiente defensa le costara, Magdalena rompió en copioso llanto, llevando así á la conciencia del más incrédulo la convicción de que era fiel reflejo de la verdad lo que no había sido sino ardid de piadosa enamorada.

Juan, como si despertara de un sueño, echó sus brazos al cuello de Magdalena y los dos viejos, prontos á acoger la fausta noticia, «¡Es verdad! ¡Es verdad!,» gritaron subiendo, sin que nadie pudiera impedirlo, al estrado y abrazándose á Magdalena y á Juan.

El público, apiñado parte en la sala y amontonado parte junto á las puertas, se dejó arrastrar por lo nuevo, lo pintoresco y lo conmovedor del cuadro, y los jurados y los jueces y el fiscal, impotentes para dominar el regocijado tumulto, vencidos los más por el que parecía hermoso sacrificio de Juan y adivinando algunos acaso el heroísmo de Magdalena, se abandonaron también á la impresión del momento, y tras los formulismos legales, Juan fué declarado inculpable y absuelto y puesto en libertad.

Y dicen los indiscretos que al salir de la Audiencia, Magdalena murmuró al oído de Juan: «Sé bueno,» y que los padres del mozo dejaron de gritar con aire de convicción: «¡Es verdad! ¡Es verdad!,» para preguntarle: «¿Es verdad? ¿Es verdad?»

Y Juan con rubor, pero con alegría, contestaba á todos á un tiempo, abrazando á Magdalena y gritando:

– ¡Sí..., sí..., te amaré mucho, Magdalena mía! Por ti seré bueno, y lo seré para ti y para todos.

Y siguen diciendo los indiscretos que el ardid de Magdalena, no sólo valió á Juan (con quien, como es de suponer, casó la chica) la libertad, sino hasta un empleíllo lucrativo que le otorgaron los dueños de la casa asaltada, convencidos de la bondad de Juan y de la de los pobres viejos, á quienes nada faltó en lo sucesivo.

¡Bendito mil veces el poder del amor que todo lo purifica y todo lo consigue!

F. Pí y Arsuaga

EL HOMBRE FIERA

– Es inútil cuanto hagáis para engañar al pueblo, decía el señor alcalde á los individuos que formaban una compañía de cómicos movilizados, que solicitaba autorización para dar dos funciones de teatro en el corral, no de la Pacheca, sino de la viuda de Pacheco.

El corral de la posada «para caballeros y bestias,» según el anuncio que se deletreaba sobre la puerta.

– Es inútil, repetía el alcalde, porque ha venido ya el fenómeno y se llevará á la gente.

Y así era verdad, y se cumplió la profecía del jefe de aquel municipio.

Los infelices comediantes no sacaron, y no en limpio, sino lo que comieron en la posada peor del pueblo; y esto á costa de una paliza por dificultades en el cobro, y sin consideración á las *damas* de la cuadrilla.

En cambio el «propietario» del «Hombre fiera» recaudó una fortuna en *perros grandes*.



Retrato, obra de Juan Utrillo (Salón Parés)

Verdaderamente, en clase de fenómeno, lo merecía.

Eran extranjeros él y su director.

Y particularmente él, conforme advertía en los programas el empresario y dueño del Hombre fiera.

«Este Hombre fiera – decía en el anuncio – *trovado* en una isla desierta de la Oceanía mayor, es uno de los *plus* grandes fenómenos que pueden ser vistos por los sabios viajeros y personas de ciencias.

»No habla como nosotros una lengua conocida; usa voces guturales y misteriosas, y ruge come el lión y bala come la pantera del desierto de la Siberia.

»No tiene familia conocida ni partido político, e no ama ni come cosa caliente.

»A las horas de midi y de seis de tarde se le da de comer á la vista del público.

»Puede preguntarle cualquier espectador y se convencerá de la autenticidad del fenómeno.

»Usa cabellera larga, barbas non las ha, uñas longues y de forma de las del águila cóndor de los Alpes y de otros departamentos.

»El Hombre fiera lucha, por último, después de varios ejercicios gimnásticos y de funambulismo é ilusión, con un tigre y le vence todos los días.»

Así continuaba el programa pintoresco y aun interesante por el asunto y por la corrección de la forma.

La gente del pueblo invadió *la sala*, como dicen otros domadores indomesticados y aun indocumentados en lengua castellana.

Precedía á la exhibición del fenómeno la sinfonía á voces solas, «ejecutada» detrás de la cortina, que servía de telón, por el director facultativo, el Hombre fiera y dos criados que los acompañaban en las expediciones.

Cantos salvajes, de países «completamente desconocidos,» sin ritmo ni cadencia.

El canto tal cual será á fines del siglo que viene, según me decía un maestro compositor de «operitas» para teatros de escaso vecindario.

Después de la sinfonía se alzó la cortina y apareció el director solo.

– Respetable público, dijo, vas á ver el fenómeno de los siglos, más maravilloso que cuantos gigantes y enanos has visto jamás. En un largo voyage á la Oceane...

Y explicaba, no en correcto sino en corrupto lenguaje, la feliz circunstancia del hallazgo del Hombre fiera, la caza del mismo y otros pormenores «tan latos,» que el público interrumpió con silbidos y pateo el abuso de conocimientos geográficos, marítimos y literarios del director, y éste hubo de enmudecer, si bien momentáneamente, porque no le era posible vivir sin hablar, y porque había de explicar varios pormenores de la vida del fenómeno.

En aquellos días recorría los puestos de la guardia civil de la provincia el coronel jefe del tercio.

Llegó al pueblo en ocasión de la feria y cuando se exhibía el Hombre fiera.

Y más que por curiosidad, por no saber en qué pasar el rato durante su estancia en el pueblo, fué á ver el fenómeno extraordinario.

Precisamente le cupo en suerte la función más importante, en la que el director daba «los manjares escogidos para el almuerzo» al Hombre fiera.

¡Cómo rugía aquel maldito!

Ponía los sombreros y los pañuelos de punta, ya que no los pelos, porque todos los espectadores eran caballeros cubiertos.

¡Y qué manera de comer!, como una bestia por lo menos.

¿Pues y cuando luchaba con la pantera?

El animal cayó herido por una dentellada del hombre, y por la herida se vió brotar... un chorro de serrín, que disgustó á los circunstantes.

Al principio se horrorizaron algunos que sospechaban que las panteras usarían serrín en lugar de sangre.

Pero la mayoría reconoció el engaño y protestó ruidosamente.

Gracias á la intervención del alcalde y del jefe de la guardia, se detuvo la muchedumbre en los límites de un motín con «víctimas.»

El coronel, que desde los primeros momentos observaba con interés al Hombre fiera, se aproximó al escenario improvisado para ver de más cerca al fenómeno.

Éste, á pesar de su ferocidad y de aquella melena y aquella cara terrible y denegrida, retrocedió un paso en viendo al jefe de la guardia. Volvió la cara, rugió como una fiera auténtica y empezó á mesarse los cabellos con furia cómico-dramática.

De pronto, y cuando más entusiasmada estaba la concurrencia viendo «hacer títeres» al fenómeno, el coronel llamó:

Romualdo.

Y el hombre salvaje volvió la cabeza instintivamente

En seguida saltó al patio y echó á correr.

Pero ya el coronel y dos guardias le salieron al paso.

¡Alto!, dijo el jefe de la guardia.

Y dirigiéndose al público añadió:

– ¡No me había equivocado, bribón! Aquí tienen ustedes á un miserable, ladrón y asesino, que tiene á su cargo cinco crímenes horribles.

La muchedumbre intentó apoderarse del fenómeno falsificado.

– Señor coronel, dijo éste después de hacerse la fiera inútilmente, usía está equivocado.

– Ya le oyen ustedes hablar como las personas.

– ¡Matarle, matarle!, gritaba el pueblo.

Pero los guardias se le llevaron.

Mientras el director repetía indignado:

– Protestaré ante el cónsul de mi país.

Buena suerte tuvo el director con que no le reconocieran.

Eduardo de Palacio

NUESTROS GRABADOS

La lucha por la bandera, cuadro de R. Ansdell.—El reputado pintor inglés R. Ansdell ha perpetuado en este cuadro un episodio de la batalla de Waterloo, del que fué héroe el sargento Ewart. Formaba éste parte de la caballería escocesa de Ponsonby, que con su arrojo tanto contribuyó al resultado de aquella acción memorable, y luchando temerariamente rodeado de enemigos, logró apoderarse de un águila francesa. Como prueba de la importancia que á este episodio se concede en la patria de Ewart, bastará decir que la espada de éste se conserva en un museo de Escocia. Aparte del interés histórico, tiene el lienzo de Ansdell no escaso valor artístico, pues las figuras de los dos jinetes y de los dos caballos están pintadas con el vigor, verdad y valentía que sólo los grandes artistas saben imprimir en sus obras.

Tigres siberianos, cuadro de A. Weczerzick.—Parece raro ver tigres en un país cubierto de nieve, porque generalmente la idea de esos animales sanguinarios va enlazada con la de las regiones tropicales; y sin embargo existen en Siberia esas fieras, y la raza que allí se cría en nada cede, en punto á fiereza, tamaño y fuerza, á la raza de Sumatra ó de Bengala. El tigre es, entre las bestias feroces, de las que mejor se prestan á ser reproducidas en un cuadro: los hermosos y brillantes colores de su piel, la belleza de sus proporciones y la elegancia de sus movimientos son otras tantas cualidades que, aprovechadas hábilmente por un buen artista, pueden servir de elementos valiosos para una obra de arte, y así lo ha demostrado el pintor Weczerzick en el cuadro que nos ocupa y que en su género constituye una bellísima página artística.

Crisantemos, cuadro de José M.ª Tamburini (Salón Parés).—Tal es el título de uno de los cuadros que en el Salón Parés expuso el distinguido pintor catalán Sr. Tamburini, quien esta vez, como siempre, se ha presentado artista por el sentimiento y por la delicadeza del concepto de los temas desarrollados, y pintor de indiscutible valía por los escollos y dificultades que ha logrado vencer. *Crisantemos* es una nota agradabilísima y simpática, trazada con corrección y maestría. La obligada tonalidad ha puesto al pintor en el caso de alcanzar efectos con limitación de recursos, y preciso es convenir que ha logrado triunfar en su empeño, obteniendo relieve, calidad y sentimiento, haciendo resaltar tonos claros y medias tintas sobre fondos claros. No en balde ha alcanzado Tamburini la justa y merecida fama de que goza y la consideración á que es acreedor por su inteligencia y laboriosidad.



LA LUCHA POR LA BANDERA, cuadro de R. Ansdell

Cuadriga flamenca, cuadro de Geo Bernier.—El esquilador de ovejas, cuadro de Francisco Courtens.—Victoria, busto de Carlos Vanderstappen.—Agrupamos estas tres obras de arte en una descripción por pertenecer las tres á la moderna escuela belga, que actualmente se encuentra en un período de verdadero renacimiento. Bernier y Courtens figuran entre los pintores más notables de tipos y costumbres flamencos, y sus producciones, de las que son muestra los cuadros que en la página 284 reproducimos, tienen marcado color local, están inspiradas en la naturaleza misma de aquel país y respiran el ambiente que tanto se admira en los antiguos maestros belgas y holandeses. Además, desde el punto de vista técnico distínguense sus cuadros por la corrección del dibujo, la seguridad de la pincelada y la brillantez del colorido. La escultura belga tiene mayor carácter cosmopolita que la pintura, y al frente de ella figura hoy en día Carlos Vanderstappen, el director de la Academia de Bellas Artes de Bruselas, en cuyas obras, inspiradas en la idea de lo bello, encuéntrese lo bello donde se encuentre, aparecen admirablemente armonizados el romanticismo moderno y el antiguo clasicismo.

Dos buenos amigos, cuadro de G. Ferrier.—Si en el arte caben como elementos independientes la poesía y la verdad, y los artistas, inspirándose en cada uno de ellos, pueden producir obras dignas de admiración y de aplauso, cuando la verdad y la poesía se juntan en un solo lienzo, la obra artística ha de resultar esencialmente bella. Tal sucede con el cuadro de Ferrier, realista en la forma, eminentemente poético en el fondo: el delicioso grupo de la encantadora niña y el cabrito que amorosamente estrecha aquélla entre sus brazos constituyen un hermoso idilio, y si contemplándolo se extasían los ojos, no menos cautivado siéntese el corazón ante el apacible sentimiento que el lienzo respira y que el pintor ha sabido expresar magistralmente.

Retrato, obra de Juan Utrillo.—Unánimes y entusiastas fueron los elogios que á Utrillo se prodigaron cuando recientemente expuso en el Salón Parés el retrato que reproducimos: saliéndose de los viejos moldes y aceptando las tendencias de los más renombrados retratistas modernos, el joven pintor catalán ha querido que su retrato fuera algo más que copia fiel del rostro y de la figura bellísimos del original, y ha hecho de él un verdadero cuadro elegante, gracioso, encantador, sorprendiendo á su modelo en una actitud y en una expresión tan naturales como simpáticas, igualmente apartadas de la vulgaridad y de la afectación. Campea en este retrato un realismo de la mejor ley, realismo que, al interpretar los muchos encantos de una linda y esbelta joven que cuenta sus años por primaveras, ha de ser necesariamente poético; que la realidad y el naturalismo cuando de belleza y juventud se trata, han de traducirse por fuerza en poesía.

Unase á estas cualidades una factura delicada, sobria y correctísima, y se comprenderá cuán justo y merecido es el triunfo por Utrillo alcanzado con la obra que tantos aplausos le ha valido.



Tigres siberianos, cuadro de A. Weczerzick



UN GENIO DESCONOCIDO, cuadro de Luis Baug

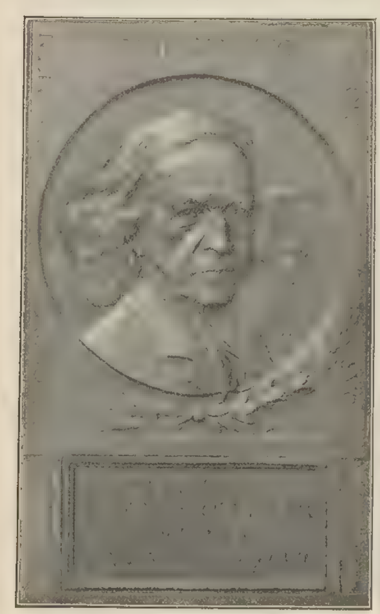


1812.—DESPUÉS DE PADAJOZ, dibujo de R. Catón Woodwille

El instituto Pasteur, recientemente inaugurado en Lille.—En la primavera de 1894, el eminente Pasteur visitó la ciudad de Lille, de cuya facultad de Ciencias había sido decano, y para conmemorar dignamente aquella visita concibióse el proyecto de erigir un instituto que llevara el nombre del gran sabio y estuviera consagrado al cultivo de los sueros terapéuticos y al estudio de las enfermedades contagiosas. Abrióse una suscripción pública y en pocos días reuniéronse 250.000 francos, cantidad que aumentó luego con los donativos de las ciudades y departamentos del Norte y del Paso de Calais. Lille cedió un terreno de 10.000 metros cuadrados con fachada al bulevar de Luis XIV, y antes de cerrarse la suscripción comenzaron las obras, verificándose en noviembre de 1895 la ceremonia de la colocación de la primera piedra del edificio. Por indicación de Pasteur y de Roux fué nombrado director del nuevo establecimiento el doctor Calmette, que tan admirables servicios había prestado algunos años antes creando en la Indo-China un instituto análogo, y que desinteresado y generoso comenzó por aportar á la suscripción la suma de 250.000 francos, importe del premio obtenido por uno de sus descubrimientos. Los trabajos se prosiguieron con actividad, y á principios de este año quedó terminado el magnífico edificio que reproduce uno de los grabados de esta página y cuyo coste ha excedido de un millón de francos. El sostenimiento del Instituto está asegurado por las subvenciones de la ciudad de Lille y de los departamentos del Norte y del Paso de Calais. Además, es seguro, tratándose de Francia, que no han de faltar amigos de la humanidad y de la ciencia que con sus donativos y legados aumenten el patrimonio de fundación tan interesante, en la cual, aparte de la preparación de sueros y vacunas y del diagnóstico de las enfermedades infecciosas, se realizarán grandes trabajos con aplicación á los estudios de biología general.



EL INSTITUTO PASTEUR, RECIENTEMENTE INAUGURADO EN LILLE



TEODORO MOMMSEN, relieve de Bruno Kruse

Un genio desconocido, cuadro de Luis Baug. – Los verdaderos genios abundan poco; pero si fuéramos á contar los que á sí mismos por genios se tienen sin haber podido ser reconocidos como tales, su número adquiriría grandes proporciones y casi casi resultaría que de ellos está lleno el mundo. El género de genio desconocido se subdivide en muchas variedades; pero todas ellas tienen como rasgo común la miseria y el más alto desprecio hacia el vulgo de los mortales; bien es verdad que este vulgo se venga de aquel desprecio haciendo de los supuestos genios objeto de burla y de chacota y tratándolos las más de las veces como dementes. El cuadro de Baug expresa de una manera gráfica esta relación entre el vulgo y el genio: la escena que el pintor supone en una taberna de pueblo entre varios aldeanos guasones y el infeliz que en actitud meditabunda y preocupado por las sublimes ideas que en su mente se agitan desdeña las chanzas de aquella gente zafia, es una escena vivida, real en su asunto y real en sus personajes, y de tal modo sintetiza la idea en que su autor se ha inspirado, que podría reproducirse hasta lo infinito sin más que variar el lugar, los tipos y los accesorios, y conservaría siempre en toda su integridad el pensamiento capital que informa esta obra.

Teodoro Mommsen, relieve de Bruno Kruse. – El notable escultor alemán Bruno Kruse nació en Hamburgo en 1855, estudió en la Academia de Dresde y en el taller de Schilling, y después de un viaje á Italia establecióse en Berlín, de cuya Escuela Industrial es actualmente profesor. Entre sus principales obras merecen citarse un grupo de una Walkiria conduciendo á un guerrero á la lucha, varias figuras y bustos decorativos para la nueva Casa Consistorial berlinesa, y algunos retratos. El bellísimo relieve que reproducimos fué ejecutado por él en 1897 por encargo de la Academia de Ciencias de Berlín para conmemorar el octogésimo aniversario del nacimiento del ilustre arqueólogo, filólogo é historiador Teodoro Mommsen.

Cabeza de estudio, escultura de Prudencio Murillo.—A los varios estudios que del discreto escultor ilerdense Sr. Murillo hemos dado á conocer á nuestros lectores, agregamos hoy el que reproducimos en estas páginas, no menos digno de estima que aquellos á que nos referimos. Uno y otros atestiguan el aliento del artista, su reconocida competencia para la ejecución de producciones de esta índole y cuán justificados son los aplausos que se le tributan por sus recientes triunfos, que hacen augurar lisonjeros resultados para lo porvenir.

1812. Después de Badajoz, dibujo de R. Catón Woodwille.—Cuando Inglaterra, cediendo á las instancias de las juntas revolucionarias españolas formadas para combatir la invasión francesa, envió á España en 1808 una división de su ejército, confió el mando de ésta á Wéllington, «el hombre más grande de la Gran Bretaña, el rival de Bonaparte, la esperanza de Europa,» como le llama Pérez Galdós en uno de sus hermosos Episodios Nacionales. Entre los muchos brillantes hechos de armas por él realizados, figura en primera línea la toma de Badajoz, plaza que ocupaba el general francés Philippon. Comenzado el asedio á mediados de marzo, fué tomada aquella ciudad por asalto el día 6 de abril, rindiéndose á los ingleses toda la guarnición francesa, no sin antes hacer, justo es decirlo, una resistencia heroica y desesperada. El famoso dibujante inglés Catón Woodwille, muchas de cuyas obras han podido admirar los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, ha tomado como asunto de su magnífico dibujo este interesante episodio de la historia de nuestra guerra de la Independencia, presentándonos al general Wéllington en el momento en que, al frente de su ejército, felicita al coronel Watson, uno de los jefes que más contribuyeron al éxito de aquella gloriosa jornada.

La Virgen del Rosario, pintura de José M.ª Bosch.—El joven artista D. José M.ª Bosch, profesor del Instituto de las Palmas (Gran Canaria), ha ejecutado por encargo del Excmo. Sr. obispo de aquella diócesis la pintura que en la página 296 reproducimos y que está destinada al ábside de la iglesia de Religiosas Dominicas de aquella ciudad. Por su acertada composición y por su ejecución brillante ha merecido la obra del Sr. Bosch las más entusiastas alabanzas de la prensa de la citada capital.

MISCELANEA

Bellas Artes.—MUNICH. – En la Exposición internacional de Bellas Artes correspondiente al presente año, que en breve se inaugurará en Munich, habrá una sección especialmente dedicada á las artes que se relacionan con el libro, en la cual podrán estudiarse las modernas tendencias en esta materia, puesto que en ella figurarán los más escogidos productos de Alemania y del extranjero en todo cuanto se refiere á tipografía y ornamentación artística de los libros. La iniciativa para esta exposición especial ha partido del Comité de Arte é Industria, el cual, en unión de la Asociación de Industrias Artísticas de Baviera, está encargado de la dirección de la misma.

Teatros. – *París.* – Se han estrenado con buen éxito: en el Vaudeville *Madame de Lavalette*, interesante drama histórico en cinco actos de Emilio Moreau; en la Porte Saint-Martin *Plus que reine*, drama histórico en cinco actos y un prólogo de Emilio Bergerat; y en el Gymnase *Le fiancé malgré lui*, bonita comedia en tres actos de los Sres. Sylvanes y de Farges.

Madrid. – Se ha estrenado con gran éxito en el teatro Romea la zarzuela en un acto *La preciosilla*, letra de Jiménez Prieto con bellísima música del maestro Vives.



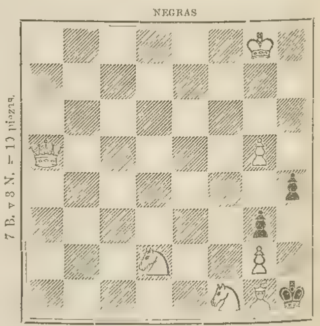
CABEZA DE ESTUDIO,
escultura de Prudencio Murillo

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en Romea *La casa de boigs*, chistosa comedia en cuatro actos de D. Francisco Javier Godo; en el Eldorado *El trabuco ó Pepet, Nelet y Tonet*, cuadro de costumbres valencianas en un acto y tres cuadros, letra del Sr. Sánchez Pastor, música de los maestros Torregrossa y Valverde (hijo); en la Granvía *Los borrachos*, graciosísimo sainete de costumbres andaluzas en un acto y cuatro cuadros, letra de los hermanos Quintero y música del maestro Jiménez; y eu Novedades *La poupée*, opereta en un acto de Ordoneau con bonita música de Audrán. En el teatro Lírico ha dado dos conciertos el notable pianista belga De Greef, habiendo obtenido grandes aplausos.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 158, POR VALENTÍN MARÍN

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 157, POR J. PALUZÍE

Blancas.	Negras.
1. T c C D	1. Cualquiera
2. T, C, ó A mate.	

EN EL FONDO DEL ABISMO

NOVELA ORIGINAL DE JORGE OHNET

(CONTINUACIÓN)

Tragomer le encontró tal como le había dejado, con el mismo aspecto frío y seguro y el mismo modo de hablar preciso y reservado, y trató de buscar quien le diese noticias acerca de su hombre, sin despertar la curiosidad ni provocar una indiscreción. Para ello le pareció que el indicado era Maugirón, una de esas gacetillas parisienses que se meten en todas partes, que todo lo conocen y que adivinan lo que no saben.

Era Maugirón un amigo de la infancia, con el que no había para qué gastar cumplimientos, y Tragomer, seguro de una acogida entusiasta, se puso en camino á eso de las once y media, y desde su casa, calle de Rembrandt, bajó á pie hasta el *boulevard* Malesherbes, donde, casi esquina á la plaza de la Magdalena, vivía Maugirón. Este joven vividor tenía como principio invariable el almorzar siempre en casa.

«Si queréis, decía, conservar el estómago, aun haciendo los más continuos excesos en el comer, almorzad en casa todas las mañanas: almorzaréis medianamente, pero eso os salvará.»

Aunque resuelto á no infringir nunca esta regla, Maugirón no llevaba su cordura hasta imponerse la obligación de almorzar solo, y como todos sus amigos estaban seguros de encontrarle en casa á las doce, rara vez callaba su campanilla y casi todos los días alguna voz de hombre ó de mujer decía alegremente:

«Maugirón, un cubierto; vengo á almorzar medianamente contigo.»

Entonces el sabio higienista hacía subir de la bodega los mejores vinos, y como casualmente, tenía siempre delicados y suculentos platos que ofrecer á su convidado ó convidada. Esto era lo que él llamaba conservarse el estómago.

Aquella mañana había gran fiesta, como dijo Marieta de Fontenoy cuando al entrar con Lorenza Margillier vió á Tragomer que estaba fumando un cigarrillo en el cuarto de Maugirón.

¿Dónde está el dueño de la casa?, dijo Lorenza echando descuidadamente el sombrero en un sofá y alargando la mano á Tragomer.

– Está poniéndose guapo. Y bien, Marieta, ¿no me dice usted nada? Observo que su amiga de usted ha estado conmigo mucho más expansiva...

Mi amiga es de la casa y debe hacer los honores.

– Entonces, queridas amigas, á la mesa, exclamó Maugirón levantando una cortina. Los huevos revueltos con trufas acaban de aparecer; no les hagamos esperar. Ya nos diremos cumplimientos mientras comemos.

Pasaron al comedor, en el que se revelaba el lujo bien entendido del hombre que sabe vivir, por los brillantes accesorios de fino cristal, hermosa porcelana y rica vajilla de plata.

– Buenos días, cielito mío, dijo Lorenza. ¿Has dormido bien después de la agitación de anoche? ¡Cuidado que te pusiste chispo, maridito, después de comer!

– ¿Yo?, dijo Maugirón, yo estaba fresco como una lechuga. El que estaba un poco... tocado era Tragomer. ¡Qué cosas nos contó ese monstruo!

– Sí, hablemos de lo que nos contó... Hizo sus confidencias á Marenval. A nosotros nos puso en la puerta.

– Peor para él. Nosotras acabamos de pasar la noche en la *Olimpia*. Aquello es delicioso. La Rustigieri canta con los pies y baila con la garganta. ¡Y viva Italia! ¡Lo que nos reímos!

– Me gustó más la Loïe Fuller.

– ¡Oh, no!; hace daño á la vista.

Se produjo un momento de silencio mientras los convidados probaban un *château Iquem* que Maugirón les había recomendado y que parecía obtener los sufragios de todos. Tragomer, que ordinariamente no bebía más que agua, dijo al dueño de la casa:

– En efecto, tu vinillo es bastante bueno... Oye, ayer encontré á Sorege y me pareció muy serio. ¿Le ha ocurrido alguna desgracia?

– La peor de todas, amigo mío. ¡Se casa!

Hubo una exclamación general.

– ¡Oh! Es muy cursi burlarse del matrimonio..., Maugirón, tú degeneras.

– El matrimonio, dijo Marieta, es una institución que se debe conservar como oro en paño. Primero, porque sin él habría una cantidad enorme de solteros. Después, porque los nobles arruinados no sabrían cómo reponerse. Y por fin, porque las señoritas norteamericanas perderían aquí un importante mercado.

– ¡Esta Marieta es asombrosa! ¿Por qué no escribes en la *Vida Parisiense*?

– Por no obscurecer á los redactores.

– ¿De modo que Sorege se casa?, continuó Tragomer, que no quería que se desviase la conversación.

– Eso se dice por ahí hace algún tiempo.

– ¿Y con quién?

– Con una de esas americanas que preocupan á Marieta, no sin razón. Con miss Lydia Harvey, de Minneápolis. El padre es un gran ganadero que ha hecho una inmensa fortuna y sus hijos siguen el negocio.

– Pero Sam Harvey vive en París. Es el que ha hecho edificar ese hermoso hotel en la avenida del Bosque de Bolonia.

– Bien puede pagarlo. Los periódicos norteamericanos hablan de su fortuna como de una de las más importantes del país.

– ¿Qué tal es la muchacha?

– Pequeña, flaca, morenucha. Hay en ella sangre mejicana. Se dice que su madre era una mestiza con la que Harvey se casó después de tener con ella cuatro hijos. Se ha quedado en Minneápolis. La hija es una excéntrica que dará mucho que hacer al frío Sorege.

– ¿Cuándo se ha decidido ese matrimonio?

– ¡Oh! Hace mucho tiempo que se entablaron las negociaciones, que han sido eternas. Hace más de seis meses que Juan está rondando á esa morenilla, pero parece difícil de atrapar. Ha sido preciso el viaje á América para poner las cosas en su punto.

– ¿Qué viaje á América?

– Harvey llevó á Sorege á sus propiedades el verano último. Le dijo: «Venga usted á ver mis bueyes;» y Juan tomó el vapor con la muchacha.

– ¡El viaje á Citerea, vamos!

Tragomer no llevó más adelante sus investigaciones. Sabía ya lo más importante; el hecho capital estaba probado. En el momento en que creyó reconocer la voz de Sorege en el cuarto de Jenny Hawkins, en San Francisco, el conde estaba en América, lo que hacía verosímil su presencia en el teatro y afirmaba con fuerza todas las consecuencias que de ella se deducían. Sus sospechas no eran ya quiméricas, sino que se fundaban en un hecho real. Sorege estaba en América, luego no había coartada posible. No importaba que América fuese muy grande; para Tragomer, bastaba que Sorege hubiese atravesado el Océano para que su presencia en San Francisco fuese indiscutible. No había otro francés que hubiese podido pronunciar su nombre en tales circunstancias.

Pero aquí se detenían las deducciones de Cristián. De que Sorege hubiera pasado por San Francisco en la misma época que él y de que estuviera en el cuarto de Jenny no se deducía que fuese un criminal. Y sin embargo, si Jenny Hawkins era Lea Peralli... Al llegar á este punto, Tragomer se encontraba ante un obscuro abismo que en vano intentaba sondar. Adivinaba la profundidad de la sima y los horrores que ocultaba, pero no podía romper las tinieblas de que estaba llena.

Entonces pensó que su empeño era cuestión de tiempo. «No puedo pretender, se decía, resolver de golpe un problema tan arduo y tan complicado y que han estudiado ya de buena fe jueces competentes y sabios, sin encontrar la solución. Si Sorege es culpable, si es cómplice, si solamente conoce la verdad y la encubre tan infamemente, es que tiene un grave interés en hacerlo así, y siendo tan dueño de sí mismo y hábil y calculador por excelencia, ha debido tomar todas las precauciones para ponerse á salvo de una sorpresa. Pero él ha estado en América, ha pasado por San Francisco y atribuía gran importancia á no ser visto por mí, y más, acaso, á no ser visto en compañía de Jenny Hawkins. Esa mujer es, pues, quien tiene la clave del secreto.» Los convidados interrumpieron estas meditaciones.

– ¡Qué! El matrimonio de Sorege te infunde esa melancolía. Estás hecho un simple.

– Querido Cristián, no hemos querido causarte pena.

– ¿Tanto quieres á Sorege?

– Pues no es un muchacho muy simpático.

– ¡Es guapo!

– Pero tan frío...

Tragomer preguntó:

– ¿Le habéis conocido amantes?

– ¡Oh! No es hombre capaz de amar á una de nosotras, dijo Lorenza. Ha debido buscar relaciones discretas y económicas. Me ha hecho siempre el efecto de un zorro consumado.

Se levantaron de la mesa y pasaron al salón, donde Tragomer, viendo que eran las dos de la tarde, se despidió á fin de volver á su casa á esperar á Marenval. Se habían dado cita para cambiar noticias después de sus respectivas averiguaciones. Tragomer estaba acabando de vestirse para ir á comer al círculo, cuando Marenval, que salía de casa de la señora de Freneuse, llegó á la calle de Rembrandt. El industrial tenía un aire grave y casi solemne.

– Ha sido usted exacto, dijo Cristián. ¿La voluntad no ha flaqueado desde ayer? ¿Está usted decidido á marchar adelante?

– ¡Más que nunca! Lo que he oído en casa de la señorita de Freneuse no es para desanimarme. La paciencia y el valor de esas dos mujeres, amigo mío, son admirables. ¡Ellas tampoco dudan! ¡Ah! ¡Qué alegría les ha causado mi intervención! Se puede decir que han sido tan cruelmente abandonadas por todo el mundo...

Tragomer hizo un ademán de protesta.

– ¡Oh! No lo digo por usted, amigo mío, dijo en tono bondadoso Marenval, sino por mí mismo. Sé que usted ha sido alejado por la señorita de Freneuse, mientras que yo me alejé voluntariamente y no estuvo nada bien lo que hice. Un caballero hubiera obrado de otro modo; pero yo no era en ese caso un caballero, sino un millonario mal desbastado aún de su comercio y que temía perder sus nuevas relaciones. Me arrepiento de mi conducta y quiero repararla. ¡Por vida de!.., y lo lograré, gracias al concurso de usted. Después veremos si alguien se atreve á vituperarme.

Cristián escuchaba á Marenval con visible impaciencia, deseando hacerle una pregunta.

¿Ha hablado de mí la señorita de Freneuse?

– Sí.

– ¿En qué términos?

– Escuche usted, Tragomer; no estamos aquí para decirnos cumplimientos, ¿verdad? Pues bien: María es severa para con usted. He aquí lo que ha respondido textualmente cuando yo les aseguré el afecto y la adhesión de usted: «Nos ha abandonado á mi madre y á mí; yo le he borrado de mi recuerdo como él nos borró de su corazón.»

Cristián bajó la cabeza con tristeza.

– Acaso tiene derecho para tratarme tan duramente, dijo, pero le falta indulgencia. En el paroxismo del dolor, se negó á ver hasta á los que querían permanecer fieles y facilitó así el abandono. A su lado no hubiera yo sido tan débil; su deseo de resistir á la mala fortuna me hubiera dado energía. Nos hubiéramos animado mutuamente. Pero su pena altanera juzgó en definitiva á los que no se declararon abiertamente en favor de su hermano. Yo no tuve ese hermoso desprecio del qué dirán, lo confieso humildemente; pero si María quiere reflexionar, comprenderá cuántas circunstancias atenuantes militan en mi favor.

– Su madre defiende á usted y le disculpa... ¡Es horroroso! Esa pobre mujer confiesa, ella misma, que aun estando convencida de la inocencia de su hijo, se ve en la imposibilidad de probarla. ¿Cómo, entonces, no perdonar á los extraños un poco de vacilación, sobre todo cuando se ofrecen á reparar su falta?

Cristián movió dolorosamente la cabeza y cambió de conversación.

– ¿De modo que en la casa nadie ha cambiado de convicción.

– Están más firmes que nunca. Solamente que no saben nada acerca de nuestro hombre, ó saben tan poco que no vale la pena de hablar de ello. Impresiones morales, nada más. Lo que equivale á decir que vuelvo de vacío.

– Yo tengo más noticias. He sabido que Sorege se

va á casar con miss Lidia Harvey y que ha estado en América.

– He aquí por qué desapareció durante seis meses. ¡Miren el disimulado! ¿Y se casa con la chica de Harvey? ¡Bonita fortuna! El padre no se deja ahorcar, ciertamente, por veinte millones de dollars. Pero tiene, lo menos, seis hijos y los varones son siempre mejorados en América. Sin embargo, es buen capital. Pero ¿cómo concilia usted los proyectos matrimoniales de ese mozo y sus relaciones con Jenny Hawkins?

– No los concilio; pongo en presencia los hechos para estudiarlos. Unas relaciones con Jenny Hawkins no excluyen un proyecto de boda con miss Harvey; al contrario. Si la amante ambiciona el dinero, debe animar á Sorege á casarse con una mujer rica. Además, el matrimonio sería un medio de ocultar lo que puedan tener de peligrosas las relaciones de Sorege con la cantante, y es muy admisible que Jenny favorezca ese proyecto, sobre todo si quiere conservar su amante. Por fin, si Sorege tiene el proyecto de expatriarse y marcharse á vivir en Nueva York, para defenderse contra toda investigación, esa boda se explicará perfectamente.

– Todo eso es razonable, dijo Marenval. Lo indispensable sería saber exactamente quién es esa Jenny Hawkins.

– Solamente Sorege podría decírnoslo y él se guardará bien de hacerlo. A no ser que...

– ¿Y bien?

– A no ser que nos lo diga Jacobo de Freneuse.

Marenval hizo oir una especie de silbido que le servía habitualmente para expresar sus dudas.

– Sí, pero vaya usted á buscarle. ¡Está lejos!

– ¡Bah!, dijo Tragomer; veinte días de travesía en un barco que ande regularmente.

Marenval hizo un movimiento de asombro.

¡Qué! ¿Piensa usted ir á la Nueva Caledonia?

El bretón miró tranquilamente á Cipriano.

– ¿Por qué no, si fuera preciso?

El antiguo comerciante dirigió una mirada de terror á su asociado y pensó: «¡Dios mío, en qué berengenal me he metido! Este hombre es terrible y no retrocederá por nada. Habla de ir á la Numea como de tomar el tren para Marsella. Se planta en los antípodas con una facilidad increíble...» – Pero ¿y yo, Marenval, retirado de los negocios para gozar de la vida? ¿Estoy loco?

Cristián no le dejó tiempo de concluir.

Esta sería una magnífica ocasión para usted de mostrarse un verdadero *sportman*, ocultando así hábilmente detrás de ese viaje de placer las graves causas de nuestra expedición. Vea usted, amigo Marenval, cómo los Vanderbilt vienen continuamente á Francia desde América y cómo Goron Bennett se encuentra con más frecuencia en Niza que en Newport. No le aconsejaré á usted que compre una isla en la embocadura del San Lorenzo, como ha hecho su rival. Creo que le bastará anunciar en el círculo, con aire de indiferencia, que va usted á hacer conmigo una expedición á Alaska, por ejemplo. ¡Vería usted el efecto! Los periódicos se apoderarían de la noticia y estaría usted en evidencia durante ocho días por lo menos. Desde ese momento formaría usted parte del gran estado mayor de los *sportmen*, para quienes no existe la distancia, que mandan en el mar y que son, en suma, los verdaderos príncipes en esta época de la clase media. ¿Acaso le desagradaría á usted todo esto? ¿No tendría usted, siendo fuerte y vigoroso, el valor de arriesgar una partida semejante?

Marenval, un poco asustado, pasó por muchos sentimientos contradictorios durante la exposición de Tragomer. Por el pronto, le repugnaba la idea de una larga permanencia en un barco. La inconstancia de los vientos y la agitación de las olas le inspiraban un prudente terror. Se estremecía pensando que tendría que acostarse en un estrecho camarote contra cuya pared se estrellarían sin tregua las olas amenazando destruirla. ¿Cómo dormir con tales emociones? Por otra parte estimulaba su orgullo la idea de entrar en el rango de los grandes señores modernos que dominan todas las dificultades materiales por la fuerza del dinero. Después de todo, ¿no podía él intentar lo que otros realizaban? ¿Tan aventurado sería el imitar su ejemplo? Acaso sus terrores eran iguales á los de los que en otro tiempo hacían testamento antes de montar en el tren. El progreso, pensaba, lo ha simplificado y facilitado todo. Los viajes por mar eran partidas de placer reservadas solamente á los millonarios célebres por su lujo y su *confort*. No sería mucho lo que tendrían que sufrir en sus frecuentes travesías, pues, ciertamente, no gastarían tanto dinero en procurarse molestias. El nombre de esos millonarios, no cabía dudarlo, estaba en todas las bocas, y el *sport* más costoso, el más raro y el más brillante era el *yachting*. ¿Por qué no había él de figurar entre los diez ó doce soberanos de la mar? ¿No tenía los medios? Nadie sabía lo rico que él era, y esta vez no se podría dudar de su fortuna viéndole alternar con los más grandes y tirar el dinero á manos llenas.

El temor, sin embargo, se volvió á apoderar de él. Nunca había navegado más que para ir del Havre á Trouville y de Calais á Douvres, y aun en estas cortas travesías había tenido tiempo para sentirse malísimo. Sin embargo, en la fiebre del momento no se acordaba de aquellas molestias. Pero la adquisición de un buque, su organización, el ajuste de la tripulación y del capitán, ¡qué dificultades tan insuperables para él! Pensó vagamente que todo eso era más que difícil, imposible de realizar, y sintió un alivio delicioso. Entonces miró á Tragomer tratando de reir.

– Pero, querido amigo, usted no conoce obstáculos. Para navegar hace falta un barco, y éste no se construye tan de prisa...

– ¡Bah!, dijo el bretón, se encuentran alquilados todos los que se quiera. Los puertos de Levante están llenos de yates magníficos que están á la disposición de los aficionados. Si su decisión de usted es firme, encontrará en quince días un yate bien acondicionado, con una tripulación escogida y un buen capitán. Es una industria inglesa. Se alquilan los yates como las casas de campo y hasta se encuentra donde elegir.

– ¡Ah!, dijo Marenval estremeciéndose. ¿Tan fácil es?

– Todo es fácil con dinero. En el orden material casi no hay límites. Solamente se encuentran en el orden moral. Hay todavía conciencias que no se compran, lealtades que no tienen precio y virtudes que desafían toda subasta; digámoslo en honor de la humanidad. Para todo lo demás, golpee usted de cierto modo su bolsillo y tendrá cuanto le plazca. Pero no se ponga usted en camino tan pronto, querido amigo; tenemos todavía mucho que hacer aquí, aun admitiendo que alguna vez necesitemos emprender ese viaje. Por el pronto, quiero ver á Sorege y hablar con él.

– ¡Qué! ¿Va usted á descubrir nuestras baterías?

Están ya descubiertas, no lo dude usted. Convience, pues, que tengamos la ventaja de saber cómo se defiende nuestro hombre. Obraré con prudencia, esté usted tranquilo. Pero es necesario que trate de ver su juego.

– Y yo, ¿qué debo hacer?

– Usted debía tratar de saber quién es Jenny Hawkins, de dónde viene, qué hace. Y acaso fuera también conveniente que hablase con algún magistrado de elevada categoría de la posibilidad de un error judicial. ¿Conoce usted al fiscal del Supremo?

– No, pero uno de los sobrinos de Chambol, Pedro de Vesin, es fiscal. Vesin es un muchacho muy distinguido y puede darnos un buen consejo. Le he conocido niño y me quiere mucho. Iré á verle.

– Es lo mejor.

Marenval tuvo un momento de vacilación y luego preguntó:

– ¿Está usted satisfecho de mí?

– Asombrado, sencillamente. No le hubiera creído capaz de tal denuedo. Yo había pensado: Marenval ha entrado en campaña en seguida porque tiene un alma generosa. Ante la idea de que un desgraciado sufre injustamente se ha exaltado, pero eso no durará. A las primeras dificultades retrocederá y me dejará continuar solo mi camino. Porque soy testarudo y estoy decidido á salirme solo con mi empeño. No admito que una empresa comenzada se quede sin terminar, á menos que no se demuestre que es imposible. Pero usted no sólo no ha retrocedido sino que acepta todas las dificultades con la calma de un hombre resuelto. Su valor de usted es extraordinario.

Marenval bajó la cabeza.

– No me coloque usted tan alto en su estimación. Debo confesarle que, en el fondo, he dudado más de una vez. No he nacido temerario, y solamente á fuerza de voluntad me pondré á la altura de las circunstancias. Si hay riesgos que correr, no se asombre usted de verme temblar un poco; mi naturaleza tiene que manifestarse. Pero espero que llegaré á dominarla por el razonamiento. Usted lo ha dicho muy bien hace un instante: un desgraciado sufre injustamente, y si no hago cuanto pueda por salvarle, no tendré ni una hora de tranquilidad en la vida. Me alegro de haber confiado á usted mis debilidades, porque así me ayudará usted, si es preciso, á vencerlas, y Dios mediante, no nos quedaremos en el camino.

Tragomer no respondió; estaba sinceramente conmovido y pensaba: «He aquí uno de los hombres más animosos que he conocido. Tiene conciencia de ser tímido, y aun así sigue adelante.» No quiso decir á Marenval lo que pensaba, temiendo asustarle si le hacía comprender hasta qué punto le juzgaba digno de estima.

– Pues bien, querido amigo, dijo ofreciéndole la mano; esta noche en el círculo, si no tiene usted nada que hacer. Haremos nuestro plan para mañana.

– Convenido. Pero lo veo á usted vestido para salir; ¿quiere usted que le lleve á alguna parte?

– Bueno; á la Magdalena.

Salieron, muy contentos el uno del otro. Marenval porque se veía crecer á sus propios ojos. Tragomer porque tenía esperanza de rehabilitarse ante la señorita de Freneuse.

Sorege estaba en el círculo cuando Tragomer, á eso de las siete, entró en el salón. El conde, apoyado en la chimenea, hablaba con un grupo de socios y mostraba en la conversación aquella fisonomía firme y fría que ocultaba tan bien sus impresiones. Mientras hablaba, sus ojos permanecían medio cerrados, sin que nada pudiese denunciar su pensamiento íntimo; cara de diplomático precavido y austuto, que también podía ser de traidor. Tragomer no se aproximó al grupo y Sorege no hizo ni un movimiento para ir hacia su antiguo amigo.

Tragomer cogió de la mesa un periódico ilustrado pero no tuvo tiempo de volver dos páginas. Maugirón le tocó en el hombro.

– ¿Vas á comer?

– Sí, contigo, si quieres.

– Con mil amores. Tengo una mesa con Frecourt.

– Me alegro. Tengo precisamente que pedirle unas noticias.

Frecourt, al que llamaban «Semifusa,» era uno de los aficionados á la música más eruditos de París. Conocía todas las partituras, todas las escuelas y todos los cantantes desde hacía treinta años. Hablaba enternecido del comienzo de la Patti y contaba los primeros pasos de Yvette Guilbert en el *Diván Japonés*. Su eclecticismo era absoluto y hablaba con el mismo entusiasmo de Paulus, el notable cancionero, que de Reszké, el gran tenor dramático. A este propósito decía: «Hay, evidentemente, una jerarquía de géneros, pero cada uno de ellos es notable en grado igual.»

Cantaba también con voz de falsete capaz de rasgar los oídos mejor dispuestos, y era la broma obligada entre sus amigos hacerle cantar después de comer. Era buen muchacho y vivía con una bailarina de la Opera.

El jefe de comedor se presentó á anunciar que la comida estaba dispuesta y todos se dirigieron á la mesa.

Había siempre en el círculo una concurrencia media de cuarenta ó cincuenta personas que iban á comer; muchos militares retirados, solteros que por casualidad no estaban invitados y transeuntes como Tragomer. Disponían de una gran mesa de veinticinco cubiertos y de otras más pequeñas en los rincones y en el salón inmediato.

– Apreciable Frecourt, vas á hacernos el favor de hablarnos de todo menos de tu sempiterna música.

Maugirón lanzó ese ultimátum á su amigo en cuanto se sentaron á comer.

Sí, querido, ya sé que no eres melómano. ¿Quieres que hable de cocina, de estrategia, de pintura, de política?

– No hables, lo prefiero.

– Aunque rabies, espera un poco... Canción de Silvain, los Dragones de Villars, acto segundo, escena..., dijo Frecourt riendo.

– ¡Vaya! Ya se desató.

– Déjale, dijo Tragomer. Yo encuentro su música muy digestiva. En Texas, los jefes indios hacen que les canten canciones durante las comidas.

– ¿Oyes, Frecourt? Los salvajes.

– ¡Oh! Desde que existe la civilización, la música es el accesorio obligado de los festines.

– ¿A que vas á pedir *tziganes?*

– Mira el cuadro de las bodas de Caná. Allí ves músicos que rascan las cuerdas en trajes suntuosos mientras los convidados vacían las ánforas en las que el agua se ha convertido en vino. Aquellos son los *tziganes* de aquel tiempo.

– ¿Se iban ya entonces con ellos las princesas?

– Es muy probable. Alain Chartier fué besado en los labios por una reina y no era más que poeta...

– ¡Digo! Si hubiera sido músico...

– Sí, dijo Tragomer; pero las bacantes mataron á Orfeo.

– Estaban borrachas... Y además, ¿quién sabe? Acaso Orfeo no quiso tocar lo que ellas le pedían.

Maugirón se puso á tararear con aire malicioso.

– ¡Ah! Maugirón, aquí te cojo, exclamó Frecourt; ahora eres tú el que canta. Una multa; que traigan champagne...

– ¡Qué herejías dicen estos músicos! ¡Champagne! Yo en tu lugar pediría limonada. Vais á probar un *Château Lafitte* como no se bebe en ninguna par-

Yo se lo he proporcionado al círculo, porque habéis de saber que el encargado de los vinos no sabe de eso ni jota.

La comida continuaba y en todas las mesas subía poco á poco el tono de las conversaciones. Era la hora benéfica en que los estómagos contentos reparten por todo el ser una especie de beatitud. Maugirón estaba benévolo y no se burlaba de Frecourt. El mismo Sorege, sentado á la mesa grande, bastante lejos de los dos amigos, sonreía, menos enigmático que de costumbre.

Estaban sirviendo el plato de pastelería, y Tragomer, que permanecía silencioso, se volvió hacia Frecourt y le dijo en tono indiferente:

– Usted que conoce á todos los cantantes del universo, ¿quién es Jenny Hawkins?

– ¿Jenny Hawkins, la que hace expediciones al extranjero con Novelli? Pues es, sencillamente, Juana Baud.

Al oir esto, Tragomer no pudo contener un movimiento.

– ¡Juana Baud! Es un nombre francés.

– Lo más francés del mundo. Juana Baud ha cantado operetas en Variedades. No estaba entonces en candelero la pobre muchacha. Hizo el papel de una de las acompañantes de la princesa de Mantua, en *Perichole*. Era bonita y bien formada y su voz prometía; pero era preciso estudiar, y la tal Juana se divertía demasiado para ocuparse en el solfeo. Sin embargo, yo predije su porvenir.

– Pero, interrumpió Tragomer, ¿llevaba entonces su nombre?

– Se hacía llamar Juana Baudier. ¡Oh! Usted, Tragomer, no ha podido conocerla; entonces no se ocupaba usted de teatro. Además esa muchacha era en aquella época completamente ignorada.

– ¿Qué edad puede tener?

Unos treinta años.

– ¿Qué señas tenía?

– Era morena, de facciones regulares, magníficos ojos negros y boca algo grande con unos dientes como perlas. Una mañana desapareció y no se ha vuelto á oir hablar de ella sino con el nombre de Jenny Hawkins, que suena infinitamente mejor que Juana Baud ó Baudier. Los ingleses la creen compatriota y eso les halaga.

– ¿Cuánto tiempo hace que se marchó?

– Debe hacer unos tres años. Pero si esto interesa á usted, hay una persona que le enterará exactamente.

– ¿Quién?

– El agente de teatros Juan Campistrón; es el que recluta las compañías y conoce todo el personal, hasta el que no trata con él.

– ¿Dónde vive ese agente?

– ¿Campistrón? Calle de Lancry, 17. Pero todo el mundo le conoce.

– ¡Estás loco!, exclamó Maugirón; tú le conoces porque vives entre toda esa gentuza, pero ¿cómo quieres que Tragomer sepa de tu agente de gorgoritos?

– Puede conocerle por haberle visto en el círculo. Vino con frecuencia cuando se trató aquí de organizar un espectáculo como si hubiéramos querido hacer competencia á los *Menus-Plaisirs*. El tal Campistrón hace de todo, desde el primer papel de una tragedia heroica hasta el tirador de carabina que rompe huevos sobre la cabeza de su hijo, como Guillermo Tell; ó el exhibidor de perros sabios, ó el que rompe cadenas... Es un tipo asombroso. En provincias ha cantado de tenor de fuerza.

– ¡Nos estás aburriendo con tu cómico de la legua!, interrumpió furiosamente Maugirón. No sé cómo te sufre Tragomer.

– Nada de eso; me interesa, por el contrario, dijo amablemente Tragomer. Tú no entiendes de nada, Maugirón, en cuanto te sacan de catar vinos. Oye lo que decimos mientras te bebes tu Lafitte. ¿De modo, Frecourt, que usted ha conocido á esa Juana Baud?

– Sí, amigo mío, la conocí en el Conservatorio en la clase de Achard. Tenía una preciosa voz de *mezzo-soprano;* pero vivía en una continua *juerga*, y eso es malísimo para los órganos vocales. Llegaba siempre al *faubourg Poissonnière* en una preciosa berlina tirada por un caballo de ciento cincuenta luises. Y era de ver la cara que ponía Ambrosio Thomas... «¡Decadencia y corrupción!,» decía levantando los brazos al cielo. Nuestra buena pieza no obtuvo el premio y tuvo que contentarse con un accésit; y por cierto que armó un tumulto en la sala á causa de su traje y de las perlas que llevaba en las orejas. En aquella época la mantenía Salveneuse, que pegó de palos en el *boulevard* á Armando Valentín por haber escrito una crónica feroz contra su amiga. Juana Baud abandonó el arte durante cinco ó seis años. Después, un día apareció en Variedades.

– Pero di, Tragomer, ¿es verdad que te divierte este cronicón de bastidores?

Claro que sí. Fumo, descanso, y estoy bien.

– Yo le encuentro antediluviano con su Juana Baud y su Salveneuse, al que me parece estar viendo con su perro, sus patillas teñidas y su pantalón ancho. Me parece que estoy oyendo historias de mi abuelo... Apuesto á que nos va á hablar ahora de Valentino y de Markowski.

Tragomer se echó á reir.

– ¡Vamos, joven viejo, un poco de indulgencia para los viejos jóvenes! Siga usted, Frecourt, estoy suspenso de sus labios.

– ¡Ah, querido amigo; si le divierten á usted las historias de aquel tiempo, las sé más asombrosas!

– No, dijo vivamente el barón; sigamos con Juana Baud; el asunto está empezado; acabémosle.

– ¿Pero qué te importa la tal Juana Baud?, dijo en tono de enfado Maugirón. ¡Es inaudito lo simple que estás esta noche!

– No comprendes, Maugirón, contestó gravemente Tragomer. Algún día te daré explicaciones y te quedarás asombrado.

– En ese caso, viejo Frecourt, sigue con tu historia, puesto que parece que es palpitante.

Y Maugirón se puso á fumar con aire de mal humor. Sirvieron el café mientras varios socios salían ya del comedor y la intimidad del lugar se hacía más grande. Frecourt puso un codo sobre la mesa y prosiguió:

– Si Juana hubiera sabido vivir, habría llegado á hacer fortuna. Tuvo un hotel en la calle de la *Faisanderie* y un tren suntuoso. De entonces datan sus relaciones con Woreseff.

– ¡Anda con Dios! No le faltaba nada á tu Juana Baud. ¡Me repugna esa clase de mujeres!

No es á ti solo. Probablemente Woreseff era también de tu opinión, pues abandonó repentinamente á Juana, la cual vivió durante un año de los restos de su lujo. Después, acosada de cerca por sus acreedores, se eclipsó para reaparecer en el extranjero con el nombre de Jenny Hawkins. El hotel fué vendido, y no se oyó hablar de ella, si no es alguna vez en los periódicos. Jamás ha vuelto á París, como si guardase rencor á la gran ciudad de su desilusión.

Al acabar el relato de Frecourt, todos se levantaron y se dirigieron hacia los salones. Sorege, extendido en un sillón, parecía digerir la comida con una satisfacción completa.

Tragomer dejó á sus compañeros, se aproximó al joven y tocándole en el hombro por encima del alto respaldo del sillón, le dijo:

Buenas noches, Juan, ¿estás bueno?

Sorege abrió los ojos y lanzó á Tragomer una rápida mirada; en seguida sus pupilas velaron de nuevo los misterios de su pensamiento. Una vaga sonrisa se dibujó en sus delgados labios y con voz tranquila respondió:

– ¡Calla! Tragomer, ¿estabas ahí? ¿Por qué no has comido en la mesa grande con nosotros?

– Maugirón me guardaba un puesto en su mesa. Por cierto que he sabido una noticia importante para ti. Me han dicho que te casas.

Un ligero estremecimiento agitó la boca de Sorege, que continuó sonriendo.

– ¡Ah! ¿Habéis hablado de ese proyecto?

– ¡Proyecto! Pero ¿no es seguro?

– ¿Lo es algo en el mundo?

– ¿Y es una americana tu elegida?

– Sí, una persona encantadora, mis Harvey... ¿La conoces?

– No tengo ese honor, pero cuento con que querrás presentarme á ella.

– Con mucho gusto, aunque eres un compañero peligroso con tu musculatura y tu aspecto de vigor. Esos primitivos de América tienen un culto por la fuerza...

Tragomer observaba á Sorege con todas sus facultades; escuchaba las entonaciones de su voz y espiaba los movimientos de su cara. Nada acusaba agitación en el conde, excepto un pequeño temblor de la boca, que podía ser nervioso. Entonces Tragomer, cubriendo con una mirada á su interlocutor, dijo recalcando las palabras hasta darles un tono amenazador:

– Dime, ¿has conocido á miss Harvey durante tu viaje á América?

Sorege no levantó los ojos, siguió cerrado é impasible; pero se levantó lentamente, cogió un cigarrillo y le encendió en la chimenea, como si quisiera tomarse tiempo para reflexionar. En seguida respondió:

– No, la conocí antes. Su padre fué quien me llevó á América.

Tragomer se quedó desilusionado. Esperaba que Sorege, bruscamente atacado, tendría miedo, perdería la cabeza y negaría el viaje, ó aparecería, al menos, turbado por aquella pregunta inesperada. Pero su adversario no perdía la cabeza tan fácilmente y jamás se asustaba. Cristián tuvo muy pronto la prueba. Sorege abrió los ojos por completo, mostró su mirada azul de una claridad poco tranquilizadora y se echó francamente á reir.

– ¿Y tú, te has divertido en tu viaje? No parecía que te divertías mucho en San Francisco, en el magnífico palco en que oías *Otello*...

Entonces fué Tragomer el que perdió pie. No sólo no se ocultaba Sorege, sino que salía al encuentro de las explicaciones.

¿Me viste acaso?

– ¡Diablo! No había medio de no verte. Viniste á bloquearme en el cuarto de una cantante cuando yo tenía más necesidad de conservar el incógnito.

– ¿Por qué?

Sorege se sentó á horcajadas en una banqueta, de modo que el calor y la claridad de la chimenea le diesen en la espalda y dijo con admirable tranquilidad á Tragomer, que, estupefacto, se había sentado al lado suyo:

– Figúrate tú que estando en San Francisco con M. Harvey y sus hijos, la casualidad me hizo encontrar á una antigua amiga á la que no había visto en tres ó cuatro años y que estaba corriendo el mundo en busca de fortuna.

¿Jenny Hawkins?

– La misma. No he de andar en hipocresías contigo. Hacía dos meses que mi futuro suegro me llevaba dando tumbos por sus ranchos, lo que me resultaba monótono. Aquella muchacha me hizo una acogida calurosa, y la ocasión, la primavera...

– ¿Estabas entonces en el cuarto cuando yo entré?

– Estaba allí cuando te presentaste con tus dos yankis. Puedes figurarte que no me dí prisa á mostrarme. Tú me hubieras abrazado; mi presentación á tus indígenas era inevitable; éstos hubieran hablado de nuestro encuentro y Harvey y sus hijos hubieran sabido que yo me iba de picos pardos, lo que, contando con el pudor anglo-sajón, era para mí un serio contratiempo. Preferí, pues, suprimir el abrazo. ¿Me guardas rencor?

Tragomer se había repuesto y estaba reflexionando. La explicación de Sorege era ciertamente aceptable y hasta verosímil; pero aquel relato, para un espíritu tan prevenido como el de Cristián, adolecía de exceso de habilidad, estaba demasiado bien compuesto y establecido y revelaba la preocupación de engañar. Tragomer quiso llevar hasta el último extremo á aquel admirable actor y obligarle á mostrar todos tus recursos.

– No te guardo rencor, puesto que tuviste interés en obrar de ese modo. ¿Pero me conocía también Jenny Hawkins?

– ¿Por qué?

– En el momento en que se cerró la puerta, tú dijiste en voz baja: «¡Cuidado! ¡Tragomer!..»

Sorege frunció imperceptiblemente las cejas. Acaso se sentía algo rudamente apurado y empezaba á ponerse de mal humor. Con cierta sequedad respondió:

– ¿Oiste? ¡Ladino! Tienes buen oído. Pues bien, sí, Jenny te conocía. Y de un modo muy sencillo. Yo te había visto desde mi localidad en cuanto entraste en el teatro; pero ella, como artista interesada en conocer el público y en descubrir á sus amigos, te había observado y visto que eras extranjero. En cuanto llegué á su cuarto me habló de tu yanki y de su compañero. «Juraría que es francés, dijo. – Y parisiense, respondí. – ¿Sabes quién es? – ¡Cáspita, es mi mejor amigo! – Tráemele. – Tú bromeas. Si Tragomer te gusta, espera que yo me vaya.» Jenny me llamó tonto. Yo no podía contarle que si no quería ser visto con ella era porque me iba á casar, y salí del paso fingiendo una escena de celos. Por eso, cuando entraste me apresuré á cerrar la puerta diciendo como advertencia tu nombre y como amenaza «¡cuidado!»

Tragomer no discutió aquel relato un poco largo. Tenía demasiada prisa por esclarecer los hechos en su conjunto.

– ¿Entonces eras tú el que venía con ella en coche después de la representación?

– Naturalmente. Bien nos contrariaste con tu aparición repentina en el momento en que me disponía á bajar del coche. Ibamos á cenar juntos.

– ¿Y os separasteis allí sin volver á veros?

– ¡Por supuesto!, dijo Sorege con alegre abandono. En cuanto te decidiste á entrar en el hotel, volvió á salir Jenny y fué á reunirse conmigo en el carruaje. En vez de cenar en el hotel de los Extranjeros, fuimos á *Golden-House*. Justamente al salir de allí, á las dos de la mañana, Jenny cogió frío y una ronquera que le obligó á suspender la representación y á marchar á Chicago.

(Continuará)

ENTREVISTA de los presidentes de la República Argentina y de Chile

El adjunto grabado representa la entrevista que en Punta Arenas celebraron el general Roca y el Sr. Errazúriz, presidentes respectivamente de la República Argentina y de Chile, á bordo del buque de guerra chileno *O'Higgins* antes de que se reunieran los comisionados de ambos países encargados del arreglo de la cuestión de límites en lo referente á Punta Atacama. Como de este asunto se ocupó con alguna extensión en el número 899 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA nuestro distinguido corresponsal artístico y literario en Buenos Aires D. Justo Solsona, nos limitamos á expresar nuestros más fervientes deseos de que desaparezcan todos los motivos de rozamiento que hayan podido existir entre los pueblos hermanos de la antigua América española.



ENTREVISTA DE LOS PRESIDENTES DE LA REPÚBLICA ARGENTINA Y DE CHILE Á BORDO DEL BUQUE DE GUERRA CHILENO «O'HIGGINS»

***

EN LA QUINTA. – DIBUJO ORIGINAL DE MARIANO PEDRERO

Quien conozca los alrededores de nuestra ciudad, embellecidos por millares de esas casas de recreo que los barceloneses conocen con el nombre de *torres*, adivinará que el dibujo que reproducimos es un bonito estudio de una de esas quintas en donde el que dedica su inteligencia ó actividad á determinada profesión halla el necesario descanso para el organismo ó reposo para el fatigado espíritu. Como recuerdo de la grata impresión que en el ánimo del distinguido pintor burgalés Sr. Pedrero produjeron esos pueblecillos que hoy están unidos á la capital debe considerarse el dibujo que figura en estas páginas, muestra á la vez de las aptitudes artísticas de nuestro amigo.

PROYECTO de cable aéreo para el transporte de viajeros sobre la Concha de San Sebastián

El Sr. D. Manuel Aguirre, ex ingeniero director de importantes talleres y sociedades, ha concebido un atrevido proyecto completamente nuevo que ha merecido grandes elogios de todas cuantas personas y entidades lo han estudiado. Trátase de la construcción de dos vías funiculares para subir por plano inclinado á 78 metros de altura á los montes Urgull é Igueldo, que forman la embocadura de la Concha de San Sebastián. Las dos estaciones bajas de estas vías estarán unidas por el tranvía eléctrico que ya circula, y las que se construyan en la parte alta se enlazarán por las líneas del cable aéreo, que terminarán en una estación común, formada por un castillete de hierro de 25 metros de elevación que se ha de construir en la cumbre de la isla de Santa Clara y se eleva á 53 metros sobre el nivel del mar, resultando por consiguiente que los cuatro puntos extremos de suspensión del cable de las dos distintas vías estarán á 78 metros de altura sobre el mar.

La falta de espacio nos impide entrar en largos detalles acerca del funcionamiento de estas líneas, por lo que nos limitaremos á señalar únicamente algunos de los principales. Cada una de estas líneas estará formada por un cable sin fin que se moverá por medio de un ingenioso sistema de poleas: la dimensión de los cables será de 42 milímetros de diámetro, y su resistencia total á la rotura habrá de ser de 205.634'55 kilogramos y habrá de tener la flexibilidad necesaria para que se adapte bien á las poleas que lo harán funcionar. La indicada resistencia será más de 12'52 veces mayor que las tensiones ó carga máxima que ha de soportar el cable.

Para la construcción de este cable ha abierto el Sr. Aguirre, residente en Granada, un concurso internacional entre los fabricantes de cables, con el fin de resolver el problema de conseguir tres condiciones en un cable tipo: la primera, obtener el máximo de sección metálica con relación al diámetro; la segunda, resistencia límite por milímetro cuadrado que se pueda conseguir; y la tercera la mayor flexibilidad posible para su conservación y buen funcionamiento.

Si los fabricantes responden á la excitación del Sr. Aguirre, que para anunciar su concurso ha remitido circulares á los principales periódicos de España y del extranjero y á los cónsules generales en España residentes, es indudable que la industria de fabricación de cables experimentará un notable adelanto y que este medio de transmisión podrá tener muchas más aplicaciones de las que actualmente tiene.

El Excmo. Ayuntamiento y la Real Sociedad Económica de Amigos del



EN LA QUINTA, dibujo original de Mariano Pedrero

País de Granada han acordado premios honoríficos para el fabricante que resulte premiado en este concurso.

Lo importante de este proyecto consiste en la idea que ha tenido el autor de aprovechar los tres puntos que ofrece la naturaleza en la pintoresca Concha de San Sebastián para tender sobre ellos dos atrevidas líneas de cable sin fin aéreo que resultan á la enorme distancia, entre las estaciones, de 650 metros y por las cuales han de circular vehículos capaces para diez viajeros.

El grabado de la presente página da perfecta idea en conjunto de este proyecto que todos los amantes de la ciencia están interesados en ver realizado y que de llevarse á cabo constituirá un título de gloria para el Sr. Aguirre. – X.



PROYECTO DE LÍNEAS DE CABLE AÉREO SOBRE LA CONCHA DE SAN SEBASTIÁN PARA EL TRANSPORTE DE PASAJEROS, por D. Manuel Aguirre

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

Indicador Primo de Rivera. – Dedicado á la prensa de esta provincia y á los funcionarios de Correos de la misma ha publicado el laborioso Administrador principal de esta ciudad Sr. Primo de Rivera este libro utilísimo, que contiene los itinerarios de los trenes que conducen correspondencia de y para Barcelona, con datos muy importantes para el comercio y el público en general, y además un Diccionario completísimo de ciudades, villas, aldeas, alquerías, barrios, colonias industriales, fábricas, ermitas, iglesias, masías, santuarios, casas de labor, caseríos, etc., de las provincias catalanas, con indicaciones para cada una de la línea de ferrocarril, la estación de entrada, provincia y número de caja para la prensa. Es un trabajo, en suma, que honra á su autor y que ha de prestar grandes servicios. Véndese á tres pesetas.



La Virgen del Rosario, pintura de José M.ª Bosch

Los literatos, por *J. Xaudaró*. – La «Colección de álbums inéditos de J. Xaudaró» que con tanto éxito publica el editor barcelonés Sr. Tasso, se ha aumentado con *Los literatos*, digno de figurar entre las mejores obras del chispeante caricaturista catalán por la gracia de los asuntos tratados, por la habilidad de los dibujos y por la buena sombra del texto, redactado en castellano y en francés.

El Cid campeador, por *Francisco Pi y Arsuaga*. – Notable bajo todos conceptos es la novela histórica del reputado escritor Sr. Pi y Arsuaga que se ha publicado últimamente en la Colección Diamante, editada en Barcelona por D. Antonio López. A su interés histórico une este libro la acción novelesca enlazada con los principales sucesos de la vida de Rodrigo de Vivar y avaloran estas cualidades las bellezas literarias del estilo. Véndese á dos reales.

Sospirs del cor, por *Rómul Salleres*. – Colección de artículos, pensamientos é impresiones literarias y filosóficas muy bien escritos y sobre todo muy sentidos. Inspirados en la escuela modernista, los trabajos del joven escritor reusense señor Salleres revelan en su autor notables cualidades, entre las que sobresale la espontaneidad. Impreso en Reus, en la imprenta de los hijos Sanjuán, véndese el libro á 50 céntimos.

La tierra [illegible] (segunda parte). – El [illegible] nacional, por *[illegible]*. – Dos obras de carácter distinto en las cuales se confirman las excelentes dotes de literato y pensador del conocido escritor Sr. Macías Picavea: es la primera el final de su preciosa novela de costumbres campesinas castellanas, y en ella deleitan tanto el interés de la acción como las bellezas de estilo y el pensamiento en que la obra se inspira. La segunda es un estudio de la situación de España, en el que con sólidos razonamientos se examinan los hechos y causas de la actual postración de nuestra patria, y con gran elevación de miras se exponen los medios que pueden aplicarse para lograr un venturoso porvenir. Editados ambos libros en Madrid por Victoriano Suárez, véndese á tres pesetas el primero y á cuatro el segundo.

Guía judicial de Cataluña. 1899. – Contiene listas del Colegio de Procuradores, del de Abogados, de la Academia de Jurisprudencia y del de Escribanos, y datos muy completos de las Audiencias Territorial y Provincial, de los Juzgados de primera Instancia, de Instrucción y municipales de las cuatro provincias catalanas, y de las jurisdicciones contencioso-administrativa, eclesiástica, de Guerra y de Marina. *La Guía judicial*, publicada por la «Revista jurídica de Cataluña,» ha sido impresa en Barcelona en la imprenta de José Cunill Sala.

Café y copa, por *J. Aldrich*. – Bonita polca para piano con una elegante portada de Utrillo. Véndese á una peseta cincuenta céntimos.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XVIII — Barcelona 8 de mayo de 1899 — Núm. 906

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



FLORES DE MAYO, dibujo de Wodzinski

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Tristísimo estado de la República sajona. – Dificultades económicas y diplomáticas. – La cuestión de Samoa. – Política de Alemania. – Movimiento luterano en el partido pangermánico de Austria. – Violencias de Rusia en Finlandia. – Viaje del rey Humberto. – Conclusión.

Arde hoy el archipiélago de Magallanes, aquel magnífico broche por el gran descubridor encontrado en el primer viaje de circunvalación del planeta, y que parece mediar entre los hemisferios para cumplir la unidad terrestre completada por la humana unidad. Sus piedras están calcinadas, sus tribus malheridas, las hojas de sus árboles como yesca, los bohíos de sus indios como ceniza, por todos sus senos pasea el incendio sus antorchas, el odio sus matanzas, la guerra su apocalíptico exterminio. Tal estado de cosas, promovido por un pueblo de mar á quien creíamos noble y compañero nuestro como el delfín que coletea entre las aguas celestes y tranquilas, no como el voraz exterminador tiburón, comienza de suyo á repercutir en América, donde los buenos patriotas entienden que se deslizan hacia la esclavitud bajo un régimen cesáreo y pierden su República y su libertad, sus timbres de honor ante la humanidad y ante la Historia. No se me oculta que doquier el hombre aparece, muestra las mismas pasiones y suele tener los mismos defectos. Si los patriotas americanos estuvieran alarmados únicamente por el régimen liberal y democrático puesto en peligro de muerte, quizás lograran de su indiferencia contagiar al resto de la Unión. Pero es el caso que no corre solamente riesgo su República, lo corre su bolsa. El crédito, el presupuesto, el tesoro á su vez padecen y se quebrantan. Descienden los ingresos y ascienden los gastos. El déficit se agranda y se ahonda como un irremediable cáncer. Y esto á todos los americanos interesa, porque todos los americanos son, como sus padres los ingleses, no solamente una raza liberal é individualista, una raza trabajadora, una raza mercantil, una raza industrial, una raza por ende utilitaria. Y la nueva política malhiere sus intereses, amenazando con descomposiciones económicas, las cuales traen aparejada una catástrofe social. Así Haar, el clásico mantenedor de la tradición americana, cuenta cada día más discípulos que se convierten pronto en apóstoles de la vieja doctrina; el presidente de la Comisión de vías en el Parlamento delata la diminución de las obras públicas, y con esta diminución la carencia del trabajo y la rebaja del salario; los ufanados por la comparación entre los módicos presupuestos militares de la República sajona y los crecidos presupuestos militares de los Imperios europeos dicen que sube la cifra de tales dispendios á ochocientos millones de francos únicamente para las clases pasivas del ejército; los que quieren ahorrar fuerzas retroceden ante los cien mil hombres exigidos únicamente por el imperio y gobierno de Luzón; el gobernador del Estado de Minnesota, que dió cincuenta mil votos á la presidencia de hoy, reclama la vuelta y reingreso de sus maltrechos voluntarios devorados por el ardoroso clima y el constante combate de Asia; los senadores de Dacotah del Sur hacen las mismas reclamaciones, y todo el Nuevo Mundo anglosajón pasa por una crisis, en la cual puede su estrella eclipsarse ó perderse para siempre su antes imperturbable grandeza.

Y los que tanto se quejan hoy no suman á estas dificultades las dificultades internacionales y las complicaciones diplomáticas. ¡Con cuál arte, muy aquejado de ingratitud, pero muy sabio en la política, preservaron los fundadores de la República sajona el Nuevo Mundo de los conflictos europeos! Las dos naciones cuyos esfuerzos cooperaron en primer término á fundar el régimen republicano y democrático en el Norte, asaltadas, la una por el concierto y coalición de todos los reyes del mundo, la otra por Napoleón y sus invencibles huestes, no recibieron auxilio alguno en tamaños trances de los por ellas redimidos, que se reclulan dentro de sí mismos para proceder con arreglo al viejo principio de Wáshington y de Franklin, el principio de no intervención. Pero ahora, con sus cuatro guerras, la guerra de Cuba, la guerra de Filipinas, la guerra de Haway, la guerra de Samoa, llevan los americanos á todas partes una sirte de conflictos sin término, sin número, sin medida: y de todas partes saldrán con las manos en la cabeza. ¿Quién se acordaba del archipiélago de Samoa, olvidado en las inmensas soledades del



EL EXCMO. É ILMO. SR. DR. D. JOSÉ MORGADES Y GILI, RECIENTEMENTE NOMBRADO OBISPO DE BARCELONA Y SENADOR ELECTO POR LAS SOCIEDADES ECÓNOMICAS.

Pacífico? Pues por Samoa hemos estado á punto en el abril último de presenciar una guerra entre Alemania, América y la Gran Bretaña. Tengo ante la vista el discurso pronunciado por Mr. Bulow, ministro de Negocios extranjeros del Imperio, en la Cámara de Berlín. Estaba tal grupo de islas bajo la protección de alemanes, ingleses, americanos, pero gobernándose por un monarca indígena. Este rey era de origen electivo. Llamábase Malietoa. Muerto el verano último, hubo necesidad imprescindible de acudir á su reemplazo. Pues en cuanto hubo necesidad de ocurrir á su reemplazo, las tres potencias protectoras se dividieron en profundas divisiones, y estas divisiones llegaron á enconarse de un modo extraordinario con grandísimo encono. Tanon era el candidato anglosajón y Mataafa el candidato alemán. Aquél fué por modo legal elegido, y su elección por los poderes autorizados para ello confirmada. Y Mataafa, tachando de ilegal esta elección, toma las armas y destrona rápidamente al émulo. Lucha pacífica estalló entre los representantes de las tres potencias, que corrió grandísimo riesgo de trocarse pronto en lucha belicosa. Todo pudo evitarse repitiendo las fórmulas del protectorado triple y encargando su representación al pretendiente vencedor. Así anduvieron los hechos, con tal regularidad, hasta el 15 de marzo. Pero el 15 de marzo, americanos é ingleses se burlaron de sus compromisos con Alemania; pusieron en la calle al predilecto del Imperio, y reproclamaron á Tanon. La capital Apia fué bombardeada por estos fieles aliados. Tal proceder de aquellos que debían seguir por los tratados en perfecto acuerdo, indignó al Imperio alemán y le obligó á tomar grandes resoluciones y á escribir calurosas protestas, de todas las cuales puede surgir ahora mismo un choque tremendo entre las tres potencias, el cual equivaldría en los espacios de la tierra como si chocaran, á ser posible, tres cuerpos celestes en los espacios de la cerúlea inmensidad. Pero todos estos conflictos surgen al calor insano de las ambiciones sajonas. Continuando por esas vías, la República de los Estados Unidos se perderá muy pronto.

La mucha extensión dada por mí al estudio de problemas cuyo nombre y cuya política ocupan el primer lugar en Europa, me impiden tratar con la extensión y la profundidad necesarias los asuntos contenidos en el índice de mi artículo. Los mentaré de pasada breve, dejándolos intactos para irlos conociendo y estudiando en sucesivos artículos. La política interior de Alemania tiende á un pangermanismo, el cual concluya por destruir el Austria, y la política exterior á una inteligencia sobre los asuntos de China entre Rusia é Inglaterra, la cual disminuya el poder diplomático de Francia y retarde con gran retraso la guerra universal de Europa. Dentro de este movimiento del espíritu político interior alemán, sobresale un fenómeno curioso, el cual denota cuán ligada está la suerte de tal Imperio á la suerte de su religión histórica. Los austriacos deseosos de que las tierras germánicas meridionales y católicas entren de lleno en la Germanía boreal y luterana, han celebrado una reunión pública, en cuyos senos se han ruidosamente comprometido á cambiar los dogmas pontificios por los luteranos dogmas. Temeraria es la empresa y en mi sentir inasequible. Se cambia con mayor facilidad de Estado que de Iglesia. Las aristocracias pueden dar esos saltos mortales; pero los pueblos guardan un espíritu de conservación que puede llegar hasta la resistencia revolucionaria y guerrera contra las innovaciones imprudentes ó exageradas. Y ninguna tan exagerada como convertir de súbito pueblos de creencias romanas en pueblos de creencias protestantes. Sólo un déspota puede soñar con esos cambios, no un pueblo. Ahora mismo vemos la irresolución de un pueblo por un déspota. Finlandia guardó bajo el poder de Rusia una verdadera y grande autonomía, de la cual estaban los finlandeses muy ufanos. Pues acaban de perderla por un rescripto imperial, quedando sierva Finlandia y reducida desde hoy á una nueva provincia del Imperio ruso. Pero esto, que puede hacer el decreto de un czar, no puede hacerlo el voto de un pueblo. Desgraciados aquellos territorios y aquellas gentes que necesitan fundar en la esclavitud y por la tiranía su histórica unidad; siempre aparecen separados del centro de gravedad suyo y enemigos del Estado sobre ellos imperante. Rusia no ha podido aún asimilarse Polonia y tiene que sacrificar Finlandia. Frente á eso vemos la unidad francesa cada día más poderosa en el seno de la República, lo mismo que la unidad italiana empezada y concluída en el seno de la independencia y de la libertad. El reciente viaje de los reyes italianos á Cerdeña, la cual, como todas las islas, obedece más á fuerzas centrífugas que á fuerzas centrípedas, muestra cómo el calor de la unidad italiana se ha extendido por todo aquel cuerpo de nación y ha llegado á sus últimas extremidades, pues hace mucho tiempo que no habían experimentado los reyes italianos en derredor suyo tanto entusiasmo. Dios lo conserve, pues la unidad italiana y la unidad francesa son á la postre dos fuerzas necesarias al equilibrio del planeta y dos astros que iluminan el progreso de la humanidad.

Madrid, 1.º de mayo de 1899.

EXCMO. É ILMO. SR. DR. D. JOSÉ MORGADES Y GILI

El nombramiento del Dr. Morgades para el obispado de Barcelona ha sido acogido con satisfacción grandísima en nuestra ciudad, en donde el nuevo prelado residió durante muchos años antes de ser elevado á la sede episcopal de Vich que hasta ahora ha ocupado. Y esta satisfacción, nacida del afecto personal, sube de punto al considerar lo mucho bueno que puede esperar nuestra diócesis de quien tanto bien ha hecho á la diócesis vigitana. Gracias al Dr. Morgades se han levantado en la ciudad de Vich grandiosos edificios para enseñanza y beneficencia, entre ellos el Colegio para estudiantes pobres; se han construído varias iglesias y reparado muchas que se encontraban en estado ruinoso; se ha atendido á las necesidades del culto y se han acometido una multitud de obras y mejoras para el culto católico, para sus ministros y para los que aspiran al sacerdocio. A su amor al arte cristiano se debe la realización de dos empresas á cual más grandiosa: la restauración, en sólo siete años, de la Basílica de Santa María de Ripoll, ese magnífico monumento del siglo XI, cuna de la nacionalidad catalana y panteón de los condes soberanos de Barcelona y de Besalú, y la creación, organización y desarrollo del Museo Arqueológico episcopal vigitano, tal vez el más importante de España, en donde se guardan tesoros de valor inapreciable para el estudio de la Arqueología cristiana y del Arte litúrgico, sabia y cuidadosamente recogidos por el ilustre prelado, que á su bondad, prudencia, energía y don de gentes une un acendrado amor á Cataluña y á las instituciones de la tierra catalana.

***

SALON DE PARIS DE 1899

PARTIDA DE LOS RECLUTAS DE LUCSOR, CUADRO DE J. CLAIRIN

(véase el grabado de la página 301)

Entre los principales cuadros que figuran en el Salón de París hace pocos días inaugurado y que en sucesivos números daremos á conocer á nuestros lectores, ha llamado con justicia la atención el de Jorge Clairin que en el presente publicamos. Representa este lienzo el momento en que las familias de los fellahs obligados á prestar el servicio militar se despiden de éstos, á quienes se encierra en lóbregos calabozos antes de enviarlos á los puntos de destino. El cuadro de Clairin reproduce con admirable fidelidad la escena y es una obra magistralmente compuesta y pintada con todo el talento que caracteriza á su autor, uno de los primeros pintores de la escuela francesa contemporánea.

EL NOTABLE PINTOR SUIZO EUGENIO BURNAND

Aunque reside y trabaja en París y es uno de los miembros más eminentes de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de Francia, Eugenio Burnand es de origen suizo: al igual de otros compatriotas suyos que al arte se han dedicado, ha establecido su hogar y conquistado su fama en país extranjero, pues las ciudades de Suiza, muy adelantadas en punto á industria, no han alcanzado igual adelantamiento desde el punto de vista artístico y literario. De aquí que los artistas y literatos de la Suiza alemana, como Arnoldo Bocklin y Godofredo Keller, acaban por establecerse en Berlín ó en Munich ó en cualquier otra capital germánica; por la misma razón Burnand, que procede de la Suiza francesa, establecióse en París.



EL REGRESO DEL HIJO PRÓDIGO, cuadro de Eugenio Burnand



EL NOTABLE PINTOR SUIZO EUGENIO BURNAND

Las primeras obras que expuso llevaban impreso todavía el sello del país en que nació: los hermosos paisajes alpinos, con sus cascadas, sus nieves, sus rústicas chozas y sus rebaños, fueron los objetos que primeramente despertaron su inspiración artística y á ellos consagró sus primeras pinceladas. Poco después dejóse sentir en él la influencia, primero de Dagnan-Bouveret y luego de Edelfelt, pintor escandinavo célebre por su colección de composiciones bíblicas, y desde entonces sus progresos fueron rápidos y sus éxitos constantes y cada vez mayores. El gobierno suizo le compró su magnífico cuadro histórico *La huída del duque de Borgoña*, pintura llena de vida y de colorido admirable, que representa al duque huyendo al través de un bosque, seguido de un grupo de sus partidarios: el movimiento de los caballos, la actitud de las figuras y la expresión de sus rostros reproducen de una manera admirable el sentimiento dramático de la derrota y hacen de esa obra una de las más notables que en su género se han producido.

Otro cuadro de Burnand, *Pedro y Juan junto al sepulcro después de la Resurrección*, fué adquirido por el gobierno francés para el Museo del Luxemburgo. En este lienzo, lo mismo que en *La vuelta del hijo pródigo*, que en esta página reproducimos, Burnand aplicó los procedimientos modernos á dos asuntos bíblicos: estas pinturas son impresionistas en la técnica; su luz y su color son los de la escuela llamada del aire libre y las figuras están estudiadas del natural y pintadas con el realismo que ha sustituído al convencionalismo de los románticos. Los dos discípulos que aparecen en el primero son hombres realmente pobres y humildes, animados de una gran fe; el hijo pródigo y su padre son verdaderamente padre é hijo y dos tipos bellísimos á pesar de la simplicidad con que están tratados.

Igual simplicidad se observa en otros cuadros de Burnand, entre ellos el que representa á Jesús en oración, en el cual la figura del Redentor, sobriamente pintada, vestida con blanca túnica, es la del Hombre-dios que ha padecido los sufrimientos de este mundo. Es una figura sencilla, de hombre del pueblo, de aspecto humilde, pero hermoso y lleno de nobleza, cuya cabeza circunda, como signo de su divino origen, radiante aureola que irradia en una atmósfera opalescente y envuelve en un nimbo de gloria al Salvador. Este lienzo pertenece al más puro prerrafaelismo.

La misma sencillez que ofrecen en su concepción las composiciones de Burnand aparece en sus procedimientos técnicos: en su Anunciación, preciosa pintura que adorna un museo de Londres, no empleó más colores que el del fondo azul pálido, el blanco del traje de la Virgen y el color de carne para el rostro y las manos.

Recientemente ha expuesto en Londres una colección de dibujos en blanco y negro que han sido elogiados con entusiasmo por los principales críticos ingleses y que han de ilustrar la obra del teósofo inglés Juan Bunyan *The pilgrim's progress from this world to that which is to come*, ese libro escrito en el siglo XVII, uno de los más populares en Inglaterra, del cual se han hecho multitud de ediciones y que ha sido traducido á los principales idiomas extranjeros.

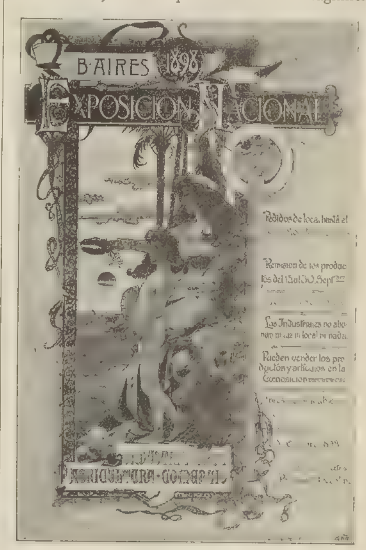
Eugenio Burnand, como se ve, cultiva especialmente la pintura religiosa. Místico en el fondo, es verdaderamente modernista en la forma, y esta armonía de dos elementos que en concepto de algunos son de imposible combinación, da á sus obras un carácter más humano, más propio para despertar la emoción estética en una época en que la fe no está generalmente tan arraigada como estuviera en otros días y en que, por lo mismo, para impresionar ciertos ánimos se requiere algo más que el sentimiento y la indumentaria convencionales que en otros tiempos bastaban para cautivar á las gentes. Burnand, ateniéndose á los consejos de los más ilustres preceptistas modernos, estudia con ahinco el asunto religioso bajo todos sus aspectos y le da cuanto exige la ilustración del público contemporáneo: por esto sus obras han merecido general aplauso y han sido admiradas aun por aquellos que, partiendo de un falso principio, entienden que el género religioso está pasado de moda, cuando lo que ha pasado de moda serán los antiguos procedimientos, pero no un género que, como ha dicho un notable crítico español, es el que más digno empleo puede proporcionar al genio de un artista. X.

REPÚBLICA ARGENTINA

BUENOS AIRES. – EXPOSICIÓN NACIONAL

Algo más de tres meses estuvo abierta al público la Exposición Nacional que por su éxito mereciera más larga temporada.

Se construyeron los pabellones en la magnífica plaza de San Martín, con la protección única del gobierno al principio, pero luego bajo la de las «Damas de Beneficencia,» y el resultado ha sido espléndido. A la verdad que el buen acierto de la Comisión



REPÚBLICA ARGENTINA. – CARTEL ANUNCIADOR DE LA EXPOSICIÓN NACIONAL RECIENTEMENTE CELEBRADA EN BUENOS AIRES, original de A. Vaccari (de fotografía remitida por D. Justo Solsona).

Ejecutiva, presidida por D. Francisco Uriburu, hizo de aquel lugar el único de moda y el preferido por la gente de dinero y distinción.

Se organizaron grandes festivales en que tomaron parte varias sociedades corales, bandas militares, orquestas y orquestillas, representaciones teatrales, notables conciertos todas las noches; todo esto, unido á la profusa iluminación eléctrica y de gas, al elegante restaurant, á la bellísima terraza y los hermosos jardines del «Pabellón Argentino,» que formaba principal parte de la Exposición, fueron elementos más que suficientes para que la concurrencia fuese muy numerosa y no decayera una sola noche.

La parte expositiva, á pesar de la precipitación con que se organizó, estaba bien combinada y dirigida con regular criterio artístico, disculpando pequeños lunares imposibles de prever, pero no de corregir á tiempo. – Al llamamiento de la Comisión respondieron con entusiasmo los productores, industriales y artistas.

Fué un torneo en que pudo precisarse la rapidez con que adelanta y se desarrolla la riqueza natural del país y la debida á la actividad y empresa particular.

REPUBLICA ARGENTINA. – Exposición Nacional de Buenos Aires. – Sección de vinos de Rioja, San Juan y Mendoza (de fotografía remitida por D. J. Solsona)



REPÚBLICA ARGENTINA. – Exposición Nacional de Buenos Aires. – Instalación de bronces artísticos y medallas (de fotografía remitida por D. Justo Solsona)

En la parte productiva llamaron poderosamente la atención los granos, cueros, pieles finas, lanas, plumas, azúcares, mieles, licores y vinos; las maderas, muy notables por la finura y diversidad de clases, y asimismo los mármoles y minerales.

En la industria hubo manifestaciones en todos sus ramos, y en la parte artística, incluyendo, además de la pintura y escultura, las artes suntuosas y prácticas, como ebanistería y tapicería, decoración de porcelana, orfebrería, metalúrgica, numismática, etc., etc.

La sección de floricultura atrajo muchos visitantes y admiradores, siendo muy concurridos los certámenes de flores cortadas, ya en ramos, adornos para mesa, salones, etc.

Otro de los grandes éxitos fué la sección llamada *feminista*, en la que se expuso todo cuanto es de utilidad á la mujer, figurando en primer término las labores, bordados, miniaturas, ropa blanca, canastillas, etc.

Muchos industriales españoles concurrieron al certamen alcanzando altas recompensas. D. Casimiro Gómez obtuvo *gran diploma de honor* por sus curtidos de cueros y por sus delicados trabajos en talabartería; y medallas de oro les fueron otorgadas á los señores Miguel Puiggarí, Emilio Sala, P. Balsán, Escasany H.os, A Valido, Antonio Sansa, Fausto Ortega y Francisco Sainz por la perfección en sus respectivas industrias. Muchos otros obtuvieron premios de menor categoría, habiendo quedado bien cimentado el nombre de los industriales españoles, siendo la exposición en conjunto un certamen que ha honrado á la República Argentina. El gobierno debería organizarlos periódicamente á fin de ver reunidos los ricos productos del país y estudiar el desarrollo y perfección de sus industrias.

Publicamos en el presente número de La Ilustración Artística algunas fotografías de las instalaciones más notables, no haciéndolo con las del Pabellón Argentino por haberlas reproducido el año anterior en ocasión de las fiestas españolas celebradas en aquel hermoso local.

Justo Solsona

LA VIDA ETERNA

I

La noticia cayó ¡naturalmente! como una bomba explosiva en toda aquella comarca, que si no recuerdo mal, de Curdópolis se llamaba.

Las campanas se echaron á vuelo; los arrapiezos salieron por las calles disparando cohetes y carretillas; las bandas militares llenaron el espacio con los sones alegres de sus cornetas, bombos, tambores y platillos; los pianos de todas las señoritas de la localidad rompieron en himnos de alegría; las maritornes demostraron la suya golpeando almireces y cacerolas; la gente, con el desenfreno de la locura, corría de un lado á otro sin darse cuenta de dónde ni para dónde; hasta los perros, contagiados sin duda por aquella explosión de entusiasmo, ladraban con furia, coreando aquel ruido infernal ó poco menos.

Ni cuando se inauguró la plaza de toros, ni al ser elegido su primer diputado, ni en los días de la fiesta mayor, ni al saberse la concesión de la carretera que había de poner á Curdópolis en comunicación con el resto de la humanidad (siguiendo en esta afirmación á las de los patriarcas del lugar) se recordaba en ella entusiasmo igual, alegría tan intensa, regocijo tan grande.

Y la cosa no era para menos.

Habíase confirmado oficial, terminante, irrefutablemente que el Dr. Idiotez, uno de los sabios de más renombre, fama y crédito de Curdópolis, después de quemarse mucho las cejas, de viajar incesantemente por todas las partes del mundo, observando su flora, estudiando su fauna, analizando sus minerales y arrancando sus más escondidos secretos á la tierra; después de estudiar todas las ciencias habidas y por haber; de empaparse de la sabiduría de los Ptolomeos, de los romanos, de los árabes y de los yankis; de visitar aquelarres, descubrir libros ignotos del



República Argentina. – Exposición Nacio[illegible] Buenos Aires. – Sección de granos y hierba [illegible] (de fotografía remitida por D. Justo Solsona).



SALÓN DE PARÍS DE 1899.–PARTIDA DE LOS RECLUTAS DE LUCSOR (Egipto), cuadro de Jorge Clairin

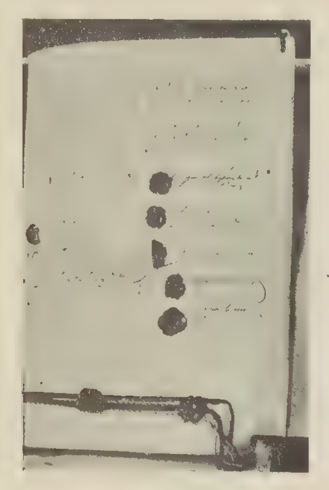
marqués de Villena y sentir en su cerebro la llama de un sobrenatural poder, había dado con la piedra filosofal en que jamás viviente alguno pudo pensar, consistente en un específico con el que, sin comer, el hombre se hacía eterno en el mundo. No había, pues, que temer ya á la muerte La vida estaba asegurada por tiempo indefinido. Dos problemas, ¡y qué problemas!, resueltos de una vez.

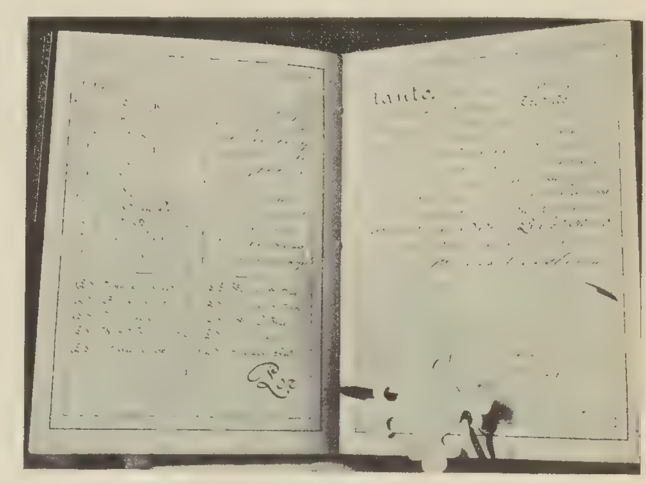
¿Comprenden ustedes ahora si era ó no legítima la alegría que se desbordaba en Curdópolis?

Cualquier nación hubiera hecho otro tanto sin duda.

Excusado me parece añadir que aquel regocijo sin ejemplo se tradujo prontamente en una inmensa popularidad del Dr. Idiotez, quien de la noche á la mañana vió perpetuada su ruin figurilla en estatuas que adornaban los principales y más bellos lugares de Curdópolis, impresa en los periódicos de todas clases y tamaños, en cuadros de toda índole, y si los sucesos que posteriormente ocurrieron no lo hubieran impedido, acaso, acaso hasta en los altares de iglesias, capillas y oratorios.

Como aquel estado de desenfreno no podía durar mucho, so pena de dejar feo al inventor, reventando todos de placer, la tranquilidad fué sucediendo lentamente á aquella fiebre enloquecedora; el sosiego se impuso, y al cabo de la jornada todo volvió á su estado normal... al parecer.





TRATADO DE PAZ ENTRE ESPAÑA Y LOS ESTADOS UNIDOS

Facsímile de la última página del tratado con las firmas de los comisionados. – Facsímile de la ratificación firmada por la Reina Regente de España

(de fotografía)

II

Pronto, prontísimo comenzaron á tocarse las consecuencias del descubrimiento del gran doctor, en todos los órdenes de la vida; y aunque á ustedes les parezca imposible, con resultado menos satisfactorio del que podía suponerse, dada la enorme grandiosidad de la invención.

Y la cosa, á poco que se pongan á meditar, es clara como el agua de todas las corrientes que figuran en cuantas composiciones bucólicas me he echado á la vista.

Con sólo referir ciertos «casos» quedarían ustedes plenamente convencidos, «casos» entresacados de la verídica historia que acerca de Curdópolis he descubierto, y de sus pasajeras alegrías y triste vida y ejemplar fin.

Cogiendo al azar unos cuantos, pocos para no aburrir al lector con ejemplos que su fantasía puede elevar hasta el infinito, podemos dar la preferencia á los enfermos, verbigracia, por ser los primeros ciudadanos de Curdópolis que tocando más de cerca y prontamente el resultado del invento, iniciaron las nuevas corrientes de aquella trastornada sociedad; pues convencidos de que su vida estaba asegurada, tomaron la prudente determinación de despedir á sus respectivos médicos, y éstos comenzaron á refunfuñar de quien con su sabiduría de tal modo venía á perturbar su porvenir. En su consecuencia, los boticarios no tuvieron otro medio que cerrar sus farmacias y declararse en huelga forzosa.

Esta determinación no gustó mucho á los enfermos crónicos, pues si bien al principio vieron desaparecer de su imaginación la idea tan temida de la muerte, al fin y al cabo, pensando detenidamente las cosas, casi era preferible una solución rápida á la perspectiva aterradora de un padecimiento interminable.

A las protestas de los tales enfermos, médicos y boticarios, siguieron, como era natural y lógico, las de las Universidades, Institutos y demás centros docentes. En realidad, no teniendo que hacer hombres de ciencia, todo aquello estaba completamente de sobra, cosa que á la postre no preocupó mucho á los respetables profesores, porque no necesitando el sueldo para vivir, mejor lo pasarían holgando.

Pero he aquí que como la facultad de pensar no es patrimonio de una clase, sino que todas ó la mayoría, para no exagerar, se permiten este lujo, los criados, mozos, cocheros, lacayos y demás gentes ordinarias se dieron á discurrir que no teniendo que luchar por la existencia, más tontos serían ellos si no seguían el ejemplo que les daban sus amos. Una botella del elixir les resolvía de golpe y porrazo todo el porvenir.

Los fondistas por su parte, considerándose arruinados, cerraron desde luego sus hoteles: ¿para qué habían de seguir con ellos, sin público que los utilizara y sin criados que les sirvieran?

Tampoco gustó mucho á las niñas casaderas de Curdópolis el famoso descubrimiento, pues sin saber cómo ni cuándo, los respectivos novios, que hasta entonces no habían dejado de afirmar, sostener y hasta jurar que amarían á sus prometidas eternamente, comenzaron á batirse en retirada, pensando sin duda que habían ido demasiado lejos en sus promesas y juramentos y que una eternidad es bien poca cosa para dicha y es demasiado larga para sufrida.

El desquiciamiento y disgusto latente que todos estos síntomas anunciaban llegaron á revestir caracteres alarmantes.

Alejada del hogar la idea de la muerte y por lo tanto de una segunda vida de premio ó castigo á las buenas ó malas acciones cometidas en la tierra; desechado el temor á la ira de Dios y la esperanza de una recompensa celestial y eterna; mirado todo exclusivamente con los ojos de la carne; despreciadas las doctrinas que ponen freno á las pasiones, grillos á la maldad, barreras al pensamiento, comenzó en Curdópolis un estado tal de anarquía doméstica, que bien pronto trascendió al arroyo, convirtiendo la antes floreciente comarca en un depósito inmundo de concupiscencias y miserias.

Se suprimieron como por encanto todos los buenos sentimientos y se desarrolló la bestia que cada hombre lleva en su fondo: rotas las cadenas, se desbordaron los torrentes de las malas pasiones, y al poco tiempo aquello quedó convertido en un inmenso manicomio sin loqueros ni guardianes.

Nadie trabajaba; los labradores, de brazos cruzados, aumentaban el contingente de vagos, dejando la tierra convertida en un erial; el comercio paralizó todas sus transacciones, pues ni necesitaba vender para vivir ni vivir para vender; las máquinas de las fábricas cesaron de producir por falta de fuerzas que las movieran y de inteligencias que las guiaran; grandes y chicos, hombres y mujeres, la población en peso se dedicó al dulce placer de no hacer nada, que embota los sentidos y atrofia el corazón. La propiedad perdió su valor; ricos y pobres llegaron á una nivelación imposible de sostener; las casas que se derruían *espontáneamente*, no había quien las reconstruyera, y pasado algún tiempo, con el aumento inevitable de población y sin que la muerte restara ninguno de sus individuos, éstos llegaron á constituir tribus errantes dentro de Curdópolis, viviendo á la intemperie, sucios, desarrapados, desnudos, amontonados como cerdos en pocilga. La vida en general se paralizó; quebraron por innecesarios todos los añejos organismos sociales; nadie *hizo por la vida*, teniéndola asegurada á perpetuidad, y el pueblo en masa parecía volver al estado del hombre primitivo trocándose en fiera.

¿Autoridades? ¿Leyes? ¿Reglamentos?.. ¿Por qué ni para qué?

Los hombres gobernantes no necesitaban el turrón del presupuesto para su subsistencia; aunque cometieran la tontería de intentar ejercer el mando, nadie les obedecería, ¿á qué cansarse? La eterna longevidad estaba asegurada por el elixir del Dr. Idiotez.

Pero conforme va pasando el tiempo en este estado de cosas, la vida, la vida eterna, se va haciendo más imposible: Curdópolis no es nación, es un enjambre de infusorios que se mueven porque sí, sin necesidades, sin aspiraciones, sin ideales, sin obligaciones, sin deberes que cumplir y sin derechos que solicitar. Aquello no es vida, es un embrutecimiento de desarrollo rápido, una situación de angustia constante, una inacción intolerable.

¿Y se ha de seguir así por toda una eternidad? El tiempo pasaba y pasaba, y conforme iba pasando el porvenir se mostraba más obscuro y amenazador. No hacía falta comer con el descubrimiento famoso, pero ¿sólo de pan vive el hombre?

Difícil, por no decir imposible, pintar de cuatro brochazos el relajamiento general que se apoderó de los curdópilos. Constituían éstos una raza que tendía á perpetuarse convertida en un montón de escombros y podredumbre. ¡Excelente obra la del Dr. Idiotez!

III

Lo mismo que después de las grandes tempestades un rayo de sol lleva la alegría á los atemorizados por el fulgor del rayo y el estampido del trueno, en medio de aquel laberinto de miserias lució, andando el tiempo, un rayo de esperanza y de consuelo con la aparición de un iconoclasta, que derribando á golpes las estatuas erigidas en un momento de delirio al inventor del peregrino elixir, quiso oponerse al desbordamiento de la putrefacción que por todas partes le rodeaba y en medio de la cual había nacido, y para ello le bastó que Curdópolis en masa, recobrando un momento de lucidez, volviese los ojos á Dios, suplicándole, no una vida eterna en este mundo, sino una gloria eterna en el otro.

Carlos Ossorio y Gallardo



TRATADO DE PAZ ENTRE ESPAÑA Y LOS ESTADOS UNIDOS. - MR. JOHN DAY FIRMANDO EL MEMORÁNDUM DE RATIFICACIÓN EN NOMBRE DE LOS ESTADOS UNIDOS (de fotografía)



TRATADO DE PAZ ENTRE ESPAÑA Y LOS ESTADOS UNIDOS. - EL EMBAJADOR DE FRANCIA M. JULIO CAMBÓN FIRMANDO EL MEMORÁNDUM DE RATIFICACIÓN EN NOMBRE DE ESPAÑA (de fotografía)



MADRID. LA FIESTA DE SAN ISIDRO A



...IOS DE ESTE SIGLO, CUADRO DE LUIS ALVAREZ

NUESTROS GRABADOS

Flores de mayo, dibujo de Wodzinski.—El dibujo que publicamos en la primera página de este número es un símbolo bellísimo del mes de mayo, de ese mes en que la naturaleza ostenta sus mejores galas y en que la tierra cubre sus árboles de hojas, de hierbas sus prados y sus plantas de flores de los más variados y hermosos matices. Contemplando esa airosa figura de esbelto talle y lindo rostro que en sus manos lleva dos artísticos ramilletes, no podemos menos de exclamar: «¡Aquí está la primavera!,» y este es el mejor elogio que cabe hacer de la obra de Wodzinski.

Madrid.—La fiesta de San Isidro á principios de este siglo, cuadro de Luis Alvarez.—El espectáculo que ofrece la pradera de Madrid el día de San Isidro es de lo más animado y pintoresco que darse pueda; y si esto es ahora con la indumentaria moderna, monótona y poco estética, ¿qué no sería en aquellos tiempos en que dieron á aquel espectáculo nota de color brillante los trajes de los chisperos, de los toreros y de las majas? Luis Alvarez, el ilustre pintor español que tan hermosas páginas tiene escritas en la historia de nuestro arte, ha resucitado con la varita mágica de su talento y de su maestría en el dibujo y en el colorido la fiesta de aquellos pasados tiempos, con toda su poesía y al mismo tiempo en toda su verdad, tal como nos la describen los que entonces la presenciaron.

Tratado de paz entre España y los Estados Unidos.—Por el interés que indudablemente tienen publicamos en las páginas 302 y 303 los grabados referentes al tratado de paz que puso término á la lucha entre España y la República Norteamericana; y los publicamos sin comentarios porque éstos son por desgracia muy tristes y están en el corazón y en la mente de todos los españoles.

Vendedora de aves en Egipto.—Como nueva muestra de lo que puede producir la fotografía artísticamente tratada, publicamos en la última página la *Vendedora de aves en Egipto*, que merece ser considerada como obra en su género perfecta bajo todos conceptos.



D. RAFAEL PUIG Y VALLS, INGENIERO DE MONTES, INICIADOR DE LA FIESTA DEL ARBOL CELEBRADA EN EL PARQUE DE BARCELONA.



BARCELONA.—LA FIESTA DEL ARBOL CELEBRADA EN EL PARQUE EL DÍA 30 DE ABRIL ÚLTIMO.—LA COMITIVA DIRIGIÉNDOSE AL CAMPO DE PLANTACIÓN (de fotografía.)

GRUPO DE NIÑOS PROCEDIENDO Á LA PLANTACIÓN DE LOS PINOS (de fotografía)

LA FIESTA DEL ARBOL EN BARCELONA

Hermosísimo fué el espectáculo que en la tarde del domingo, último día de abril, ofreció el Parque de Barcelona: corporaciones oficiales, más de mil quinientos niños procedentes de los distintos colegios particulares y escuelas públicas de esta ciudad y un público numeroso habíanse congregado en aquellos deliciosos jardines para celebrar por vez primera la Fiesta del Arbol, iniciada por el ilustrado ingeniero de Montes D. Rafael Puig y Valls y patrocinada por el Ayuntamiento.



BANDERA DE LA ASOCIACIÓN «AMIGOS DE LA FIESTA DEL ARBOL» REGALADA POR EL INICIADOR DE ÉSTA SR. PUIG Y VALLS AL AYUNTAMIENTO DE BARCELONA.

La comitiva, organizada en el Palacio de Bellas Artes, púsose en marcha á las cuatro de la tarde, dirigiéndose por el paseo central del Parque, el de circunvalación y el puente de la Sección Marítima al Museo Zootécnico. En este punto el Sr. Puig y Valls pronunció un elocuente discurso, en el que hizo la historia de la fiesta que se celebraba y ensalzando la trascendencia que tendrá en la formación de la inteligencia de los niños y en el desarrollo de su amor al progreso en bien de todos y de la patria, dijo entre otras cosas:

«Yo querría, en este instante, presentar á la vista de todos el aspecto desolado de las montañas españolas; yo querría que pasaran por delante de vuestros ojos los campos abandonados, las tierras sin cultivo, las comarcas ardientemente soleadas sin sombra y sin abrigo, los cauces secos llenos de cantos rodados arrancados de las alturas que caen á impulsos de aguas desbordadas, rebotando por todas partes y dejando en todas ellas huellas de desolación y de ruinas; porque si vierais todo esto, si vierais yermos los campos, abandonadas las campiñas y arrasadas las montañas os parecería más dolorosa aún la falta de buen sentido de nuestros hombres de Estado de olvidar el cuidado del patrimonio nacional, sin mostrar prudencia y cautela en el gobierno de nuestras perdidas colonias.

»Afirmemos en la inteligencia del niño el amor á los árboles que vamos á plantar; sumad estos amores que arraigarán con fuerza en diversos puntos de España, y sin sentir, sólo por méritos de esta fiesta, que el niño no olvidará jamás, habréis formado una red de voluntades en cuya tupida malla reservaremos una riqueza que sólo la codicia irracional pudo reducir á la menguada condición en que hoy se halla.

»Que al alto ejemplo de Barcelona y á nuestro llamamiento respondan los demás pueblos de Cataluña y de España entera; que así nuestra riqueza crecerá, nuestra tierra será más hermosa, nuestras montañas más fecundas, consiguiéndose de esta manera, aunque sea lentamente, el olvido de nuestros desastres y la necesaria reparación de nuestros terribles infortunios.»

Hemos reproducido los anteriores párrafos del discurso del Sr. Puig y Valls, que fué aplaudido con gran entusiasmo, porque es imposible expresar de una manera más correcta, más clara y más brillante la deplorable situación de nuestro suelo, los medios que hay que adoptar para remediarla y devolver á nuestros campos y á nuestros montes sus antiguas condiciones agrícolas, y lo mucho que á ello puede contribuir la llamada Fiesta del Arbol el día en que ésta se generalice en España.

Al discurso del Sr. Puig y Valls contestó con otro, elocuentísimo también, nuestro ilustre alcalde, el sabio eminente, doctor Robert, quien después de dedicar frases de consideración y entusiastas elogios al Sr. Puig y Valls y de congratularse de ser el primer alcalde que presencia fiesta de tanta importancia, hizo resaltar el carácter simbólico de la misma y la necesidad de cuidar los árboles, que son nuestros amigos y que sanean una atmósfera que el hombre se encarga de envenenar.

Acto continuo se trasladó la comitiva al campo de plantación en donde los niños de las escuelas municipales plantaron cuatrocientos pinos, mientras á los acordes de las bandas municipal y militar se descubría la piedra conmemorativa de la Fiesta del Arbol en Barcelona y el Sr. Puig y Valls hacía entrega al alcalde de la preciosa bandera confeccionada ex profeso para aquel acto.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, al honrar hoy sus columnas con algunos grabados referentes á la Fiesta del Arbol, asóciase de todo corazón á la misma, felicita con entusiasmo al señor Puig y Valls, iniciador de una idea que puede ser fecunda en grandes bienes para nuestra patria, y hace fervientes votos para que la Fiesta del Arbol de tal modo se generalice en España que en día no lejano pueda tener el carácter de verdadera fiesta nacional.

EN EL FONDO DEL ABISMO

NOVELA ORIGINAL DE JORGE OHNET

(CONTINUACIÓN)

– ¿Marchaste con ella?

– Puedes figurártelo. Allí nos indemnizamos cumplidamente de los embarazos que nos habías causado. Y ahora, á mi vez, ¿quieres explicarme qué furor te entró de espiar á aquella pobre Jenny como lo hiciste?

– ¡Bah! ¡Esa es buena! La encontraba encantadora y observé que un personaje misterioso ocupaba el sitio que yo ambicionaba. Quise saber á qué atenerme y ver el partido que podría sacar. Prontamente me convencí.

Sorege, con los ojos cerrados, fumaba sonriendo.

– La cosa es muy sencilla. Hemos sido rivales durante veinticuatro horas. A no ser por el diablo de mi suegro y de sus *cow-boys* de hijos, te hubiera presentado yo mismo sencillamente y de muy buena gana, y hubieras participado de mi buena fortuna. Eso se hace entre amigos, sobre todo de viaje.

Tragomer dejó pasar unos instantes, y después, como si le acometiese de nuevo la curiosidad, preguntó:

– ¿Dónde conociste á Jenny Hawkins?

– ¡Ah! ¿Eso te preocupa? Pues bien, sal de dudas. La conocí en Londres, en la Alhambra, donde cantaba y bailaba, sin que se pudiese sospechar que llegaría á ser una estrella.

– ¿No es italiana?, preguntó bruscamente Tragomer.

Los ojos de Sorege se abrieron y dijo con voz seca, único detalle que tradujo un poco su emoción:

– ¿Por qué ha de ser italiana? ¿Porque canta en italiano? Todas las cantantes saben esa lengua; es para ellas indispensable; pero eso se aprende en veinte lecciones.

– En todo caso, no es ni inglesa ni americana. Mis yanquis de San Francisco me lo dijeron.

– Si lo sabes, amigo mío, ¿por qué me lo preguntas?

– Para saber si tú lo ignoras.

– Podría ignorarlo perfectamente, pues el pasado de esa amable muchacha no me interesa gran cosa; pero no lo ignoro, querido Cristián. Me entero por gusto de lo que se refiere á las personas que trato, aunque sea de pasada, y estoy al cabo de la calle acerca de Jenny Hawkins.

– Que no se llama así.

– No, dijo fríamente Sorege, se llama Juana Baud, ó Baudier, y es francesa. ¿Estás contento, Tragomer?

En el tono de estas palabras hubo tal acento de sarcasmo, que Cristián apretó los puños de rabia. Su interlocutor parecía decirle: «¡Busca, desgraciado, que no encontrarás nada! No me cogerás en ningún renuncio. Hace una hora que te traigo y te llevo contándote mentiras para hacerte descubrir á Juana Baud, que es un personaje real, en cuya autenticidad te vas á estrellar.»

En este mismo momento Tragomer adquirió la certidumbre de que Jenny Hawkins no era Juana Baud y de que en esto estaba el nudo de la intriga. Era preciso descubrir debajo de Juana Baud á Lea Peralli. Porque la máscara con que la cubría Sorege era doble á no dudar. El conde había levantado la de Jenny y mostrado á Juana; no había nada más que esperar. Cristián, por otra parte, tenía un interés capital en no agriar sus relaciones con Sorege. Tomó, pues, un tono jovial y respondió:

– Perfectamente. Veo que eres el mismo de siempre; muy avisado y cauto en cuanto haces. En el tiempo en que vivimos, no es ciertamente mala cualidad.

– Trato de razonar un poco. ¡Hay tantas personas que dan vueltas como palominos atontados!.. Bastantes ocasiones hay de romperse la cabeza sin divertirse en escoger los malos caminos.

– Cuando te cases, ¿irás á vivir en América?

– Dios me libre. América, como has podido ver, es un país imposible. Tanto valdría vivir en una manufactura de provincia, en medio de la agitación de los negocios y sin ningún recurso para distraerse. Los americanos que han hecho fortuna saben bien que su país es inhabitable como no sea para ganar dinero. Por eso se apresuran á venir á establecerse en Europa. Si se les quisiera jugar una mala pasada, no habría más que obligarles á vivir en sus *United-States*. Se morirían de fastidio.

– Por eso sus hijas manifiestan tan decidida propensión á casarse con franceses ó ingleses.

– Si tienes sobre esto algún plan, en las relaciones de Harwey quedan algunas encantadoras *misses*, muy rubias, de talle largo y piernas cortas y la barbilla un poco maciza, que tienen dotes apetecibles. Hay que cruzar las razas, Tragomer.

– Sí, esas son las nuevas cruzadas. No soy de esa opinión por el momento. Pero daré con mucho gusto la enhorabuena á tu prometida por la buena elección que ha sabido hacer.

– Pues bien: te llevaré á casa de Harwey una de estas noches. Se beben allí licores extraordinarios. Tú no los extrañarás mucho.

– Lo que haré será no beber nada.

Ambos reían con perfecta seguridad de buenos muchachos sin segunda intención. Al verlos y al oirlos no se hubiera sospechado la gravedad de las palabras que habían cambiado ni la importancia de los intereses que andaban en juego. Sin embargo, si alguien hubiera tocado el cuello de Sorege, hubiera observado que le tenía empapado en sudor como si acabara de dar una larga carrera. Los dos amigos se levantaron, y familiarmente cogidos del brazo pasaron á la sala de juego y se aproximaron á la mesa del *baccará*.

– ¿Juegas ahora?, preguntó Tragomer.

– De vez en cuando, para pasar una hora.

– ¿Y ganas?

– Algunas veces.

Tragomer miró á Sorege y dijo tristemente:

– No eres entonces como el pobre Jacobo. Ese no ganaba nunca.

Por muy dueño que fuese de sí mismo, Sorege se estremeció al oir aquel nombre. Su cara se cubrió de palidez, y casi en voz baja replicó:

– En el juego que él hacía era imposible ganar.

Tragomer entonces sacudió la cabeza y dijo con voz firme:

– Sobre todo cuando hay que habérselas con adversarios que señalan las cartas...

Los ojos de Sorege aparecieron chispeantes y sus labios temblaron, como si fuese á dejarse llevar á alguna declaración imprudente. Pero logró dominarse, dió tres pasos para dejar á Tragomer y volviendo en seguida hacia él le dijo:

– ¡Cada cual es dueño de su destino, Tragomer! Si el desgraciado Jacobo estuviese aquí, él mismo te lo atestiguaría.

Levantó la cabeza orgullosamente, dirigió á Tragomer un ademán de despedida y se alejó.

IV

La agencia dramática Campistrón está establecida en un piso tercero interior de la calle de Lancry, y allí, retirado de la escena después de una carrera llena de incidentes realizada en los teatros de provincia, el antiguo primer tenor se ocupa en proveer á sus ex directores del personal que necesitan para todos los géneros. La señora de Campistrón, más conocida con el nombre de Glorieta, tuvo un momento de reputación como cantante de café concierto. Ahora ayuda á su marido á dar audiciones, á montar espectáculos mixtos, á aconsejar á los aficionados. Porque Campistrón no se limita á colocar en las provincias á las desechadas de los teatros de París, sino que se encarga también de proporcionar á los dueños de casa espectáculos á la medida, comedias, revistas, óperas cómicas y en general todo lo que se necesita para montar una reunión en pocas horas.

Sus negocios marchan bien y ha tenido que alquilar otro cuarto del mismo piso para establecer en él un diminuto escenario, donde da las lecciones y hace los ensayos y al que llama pomposamente su conservatorio. Campistrón no es un simple agente dramático; es también un innovador, pues ha inventado un nuevo método de canto: el canto de vientre.

– No se respira con el pecho, declara con su voz *del Profeta* un poco enronquecida; se respira con el vientre.

Por su procedimiento ha cambiado ya numerosos barítonos en bajos y no escasos tenores en barítonos, sin contar los que ha dejado afónicos. Pero él continúa imperturbable su degollina vocal. Vive de su agencia, pero la desprecia; en cambio su profesorado no le da más que obligaciones, pero eso le enorgullece. Los ladinos que quieren buenos ajustes conocen bien lo que tienen que hacer; dicen que cantan según el método Campistrón y en seguida son presentados como fenómenos de arte por el vanidoso agente.

Siguiendo las indicaciones de Frecourt, Tragomer y Marenval se bajaron un día, á eso de las cuatro, ante el número 17 de la calle de Lancry. La portera, que estaba en su casilla bruñendo un perol, respondió á Marenval en tono malhumorado:

– La escalera de enfrente. Si es para un ajuste, tercero de la izquierda; si es para una lección, de la derecha.

Al ver que los dos hombres parecían vacilar, añadió:

– No es posible engañarse. Cuando oigan ustedes chillar es que han llegado.

Tragomer se echó á reir y dijo:

– Gracias, señora.

– No hay de qué.

La buena mujer continuó frotando su cacharro y Tragomer oyó que gruñía:

– Más comicuchos con mucho gabán de pieles y sin un céntimo en el bolsillo.

– Mi querido amigo, dijo Marenval mientras subía la húmeda y mal oliente escalera, esa mujer nos ha tomado por un galán joven y un barba que buscan contrata, y hasta nos ha expresado su desdén con frases poco correctas...

– Tiene usted que acorazarse contra todas estas impresiones, Marenval. Nos veremos en muchos casos semejantes.

– No me quejo, amigo mío; lo hago constar. Por otra parte, el hecho no me molesta lo más mínimo.

Tragomer se detuvo en el piso segundo al oir en el de más arriba violentos gritos.

– Oigo chillar, como dice la señora del perol; señal de que nos aproximamos.

Subieron otro tramo empinado como una escala.

– ¡Uf!, exclamó Marenval. Este es un tercero que vale por dos. Déjeme usted tomar aliento, Tragomer; usted trepa como una ardilla.

Se detuvieron delante de una puerta en la cual se leían estas inscripciones en letras negras: *Campistrón, agente dramático. Lecciones de declamación y de canto.* NUEVO MÉTODO; y en un papel pegado con cuatro obleas, esta advertencia manuscrita: *¡Llamad fuerte!* La recomendación no era inútil, porque en las profundidades del departamento se estaba desencadenando una tempestad de gritos cavernosos, como si se practicara una operación quirúrgica muy dolorosa á un paciente bien despierto.

– Vamos á ver; estamos en la puerta de la izquierda, la de las lecciones, dijo Tragomer; hay, pues, que llamar á la de la derecha, la de los ajustes.

En este lado las inscripciones decían: *Agencia Campistrón. Contratas. Informes. Representaciones de todas clases. De 10 á 5. E. L. P.*

– E. L. P., dijo Marenval; esto quiere decir: empujad la puerta.

Así lo hicieron, y al abrirse la puerta apareció ante su vista una pieza triste, empapelada con un papel ajado y dividida en dos mitades por una balaustrada de madera. Detrás de la balaustrada estaban escribiendo dos empleados de lastimoso aspecto, y en la primera parte de la habitación esperaban algunos hombres y algunas mujeres, sentados en vetustas banquetas. Uno de los empleados levantó la cabeza, dejó la pluma, miró á los dos visitantes, y reconociendo en ellos unos clientes poco comunes, se levantó de su asiento y dijo:

– ¿Qué desean ustedes, señores?

– Hablar al Sr. Campistrón, respondió Tragomer.

– Está ocupado en este momento; pero si ustedes quieren hablar con la señora...

Marenval y Tragomer se consultaron con la vista.

– No hay inconveniente, respondió Marenval.

El empleado abrió una puerta practicada en la balaustrada y salió á la antesala. Llamó á una puerta y entró con aire misterioso. Al cabo de un instante salió y dijo:

– ¿Quieren ustedes seguirme?

Las personas que esperaban en las banquetas, ha-

cía mucho tiempo sin duda y acaso con poca esperanza, produjeron un murmullo de protesta contra aquella preferencia otorgada ante su vista.

– ¡Siempre pasa lo mismo! Estaremos de plantón hasta que se cierre y nos dirán que volvamos mañana. Campistrón no era tan orgulloso cuando cantaba conmigo la *Favorita* en Perpiñán...

Marenval y Tragomer no oyeron más; estaban en un gabinete severamente amueblado de *reps* verde, donde sentada detrás de una mesa de despacho, una mujer regordeta y demasiado rubia acababa de firmar una contrata con una guapa muchacha muy pintada y que olía fuertemente á almizcle. La señora de Campistrón dijo á los visitantes indicándoles un sofá:

– Siéntense, señores; soy con ustedes.

Después dijo á la joven:

– Aquí tiene usted. Partirá usted mañana y empezará á trabajar la semana que viene. Tendrá usted cien francos el primer mes y ciento cincuenta el segundo...

– Está convenido, mi querida señora de Campistrón. ¿Es Rouen una población de recursos?

– Ciudad de guarnición, hija mía, célebre por su riqueza y su buen gusto artístico... Los hombres son allí un poco zorros, pero serios; se puede contar con ellos. En cuanto al público, es como la sidra del país, tan pronto dulce como agria... Eso depende de los años. ¡Buen viaje, amiguita, y que sea usted exacta en los pagos!

La muchacha dirigió á Tragomer una viva ojeada y una graciosa sonrisa á Marenval, y doblando su contrata se la metió en el pecho, no sin enseñar como al descuido la batista de la camisa, y se marchó dejando la atmósfera saturada de perfumes. La señora de Campistrón se sentó al lado de los visitantes.

– ¿En qué puedo servir á ustedes, señores?, dijo en tono insinuante.

– Dispénsenos usted, señora, contestó Tragomer; el paso que nos atrevemos á dar cerca de usted es bastante delicado. El señor y yo buscamos á una cantante que anda corriendo el mundo en una compañía lírica, y hemos tenido la idea de dirigirnos al Sr. Campistrón, que según se nos ha dicho, no tiene rival en esta clase de informes, á fin de saber dónde puede encontrarse ahora esa compañía.

– No han contado ustedes en vano con nuestra competencia en este ramo, señores, dijo con énfasis la agente consorte, y mucho me sorprendería el no poder informarles exactamente. Tenemos aquí el repertorio y el itinerario de todas las compañías que se forman en París ó en Londres, y las familias de los artistas vienen con frecuencia á preguntarnos adónde deben dirigirles las cartas. ¿De qué compañía se trata?

– De la de Novelli.

– ¡Ah! ¿Novelli?, continuó la buena señora con cara desdeñosa. ¡Una vocecilla blanca!.. Un buen tenor para los que gustan de ese tipo de voz. Eso no tiene éxito en Francia. Aquí hace falta timbre. Y el timbre no se adquiere emitiendo la voz por la nariz. Si Campistrón estuviese aquí, él les explicaría su método. Para saber dar timbre no hay como Campistrón... Pero ustedes dispensen. ¿Cómo se llama la persona que les interesa?

– Miss Jenny Hawkins.

Al oir este nombre, la cara de la señora de Campistrón cambió repentinamente, sus mejillas se hincharon, su barbilla se hizo saliente, sus cejas pintadas se juntaron, marcando en su frente una barrera formidable, dió una fuerte palmada y dijo con voz amarga:

– ¡Ah! ¡Jenny Hawkins! ¡Hacía mucho tiempo que no oía hablar de tal persona! ¡Jenny Hawkins! Me alegro de que no esté aquí Campistrón, porque hubiera tenido una impresión dolorosa...

– ¿Cómo así, señora?

Campistrón ha tenido grandes disgustos con la artista de que se trata... Pero, dispénsenme ustedes, eso importa poco. Sin duda uno de estos señores se interesa por Jenny...

– No por cierto, señora, respondió Tragomer, que veía contrariado que aquella mujer terminaba las confidencias apenas empezadas. Se trata, sencillamente, de un asunto de herencia.

– ¿Hereda?, exclamó la gruesa rubia con acento de indignación. ¿Va á heredar? No hay como esas muchachuelas para tener una suerte semejante... ¡Oh! Voy á llamar á Campistrón. ¿Permiten ustedes?

Cogió un tubo acústico, sopló fuertemente y dijo en el portavoz:

– Campistrón, ven en seguida. Hay aquí unos señores que te van á contar cosas curiosas...

Aplicó el aparato al oído, escuchó y dijo con vivacidad:

– Deja ese imbécil á tu ayudante y ven. Te digo que vale la pena. Que haga escalas mientras te espera.

Unos pasos pesados resonaron en la pieza inmediata, se oyó una voz sonora, y el moreno, barbudo y bigotudo Campistrón entró con noble ademán, se inclinó sonriendo, con la mano en el pecho, como un cantante que sale á recibir los aplausos, y dijo modulando la voz como si cantara:

– Servidor de ustedes, señores. ¿De qué se trata?

– ¡Ah! Prepárate á desmayarte, Campistrón, contestó la gruesa rubia. Estos señores buscan á Jenny Hawkins para una herencia.

Campistrón adoptó la actitud de Hipócrates rehusando los presentes de Artajerjes. Cerró los ojos, volvió la cabeza y extendió los brazos, como si la herencia fuese para él, y respondió en el registro grave:

– ¡Esperaba no oir hablar más de aquella ingrata!

– ¿Ven ustedes, señores? ¿Qué es lo que yo les decía? Campistrón, domínate; se trata de responder á estos señores. Quieren saber dónde está la compañía de Novelli.

– ¡Novelli! ¡Novelli!, dijo desdeñosamente el antiguo tenor. Sí, por cantar con ese polichinela napolitano me dejó Jenny. ¡Una muchacha que yo hubiera colocado en la Opera si hubiera querido escucharme! Pero no; se empeñó en cantar de pecho. ¡Ella, cantar de pecho! ¡Horror! Pues bien: no, señores, á despecho de todo, mi enseñanza hizo su efecto. A pesar de Novelli y de la escuela italiana, esa mujer canta de vientre...

¿Fué con el pecho ó con el vientre con lo que habló Campistrón? Marenval y Tragomer no pudieron saberlo; ello fué que se estremecieron y que los vidrios temblaron al formidable rugido que salió de la boca del tenor. Pero Campistrón se calmó pronto. Sus momentos de cólera eran teatrales y no duraban sino el tiempo preciso para producir efecto. Se pasó la mano por la frente, sonrió y dijo:

– Por lo demás, señores, no se llama Jenny Hawkins, sino Juana Baud. He conocido mucho á su madre...

La señora de Campistrón se enfadó y repuso con una acritud tan fuerte que impresionó á su altisonante esposo:

– ¡Mira! Habla de la hija, pero no de la madre. ¡Bastantes disgustos he tenido con la tal mujer, que tanto te persiguió! Pues la hija no te miraba con malos ojos... Señores, este hombre ha sido magnífico; lo es todavía. Y todas las mujeres, sí, todas, estaban con él como locas. Habla, pues, á estos señores y no cuentes tus historias...

Campistrón abrió un libro y dijo, golpeando en las hojas con la palma de la mano:

– He aquí, señores, la marcha de las grandes compañías del universo. ¿Quieren ustedes saber dónde está Lassalle?

Volvió varios folios y dijo:

– El 17 de este mes, en Bucharest... El 21, en Budapesth... El 23, en Viena, el...

– Pero ¿y Novelli?, interrumpió la señora de Campistrón.

– Novelli y su compañía se encuentran en este momento en Veracruz... Desde allí van á Méjico y á Tampico, después pasan á la Guyana, bajan á las Indias holandesas, tocan en Colombo y vuelven á Europa en la primavera para hacer la temporada de Londres...

– ¡Ah!, dijo Tragomer, ¿Jenny Hawkins irá á Londres?

– En el mes de mayo cantará en *Covent-Garden*.

Y diga usted, Sr. Campistrón, ¿en qué época exacta se marchó de Francia?

– Partió hace dos años con Novelli.

– Dos años... ¿Está usted seguro?

– Segurísimo; en el mes de agosto trabajaba todavía conmigo. Mi señora puede decirlo y nuestro acompañante puede atestiguarlo. Toda la casa lo afirmará... ¿Pero con qué objeto?..

Nadie sabe lo que puede ocurrir, dijo gravemente Marenval. Conviene que tengamos certeza sobre ese punto...

– Pues bien, señores, hay más. Ella, que pagaba con mucha exactitud las lecciones, se marchó sin satisfacer las del último mes. No le acuso por ello, dijo Campistrón con nobleza; los artistas no somos mercaderes. Trabajamos de buena gana por la gloria... Hago constar solamente el hecho. He escrito á la interesada para reprocharle el haberse marchado sin advertírmelo, sin decirme adiós... Ni siquiera me ha respondido. Y no era que quisiera tener un autógrafo suyo. Poseo aquí más de veinte cartas.

– ¿Podría usted enseñarnos una?

– Declaren ustedes antes, señores, que no quieren abusar de esa carta para hacer daño á una mujer, dijo Campistrón con acento de dignidad, poniéndose una mano sobre el corazón. Juana Baud ha sido muy amada. ¡Era tan hermosa! ¿Pueden ustedes darme su palabra de que no hay celos de por medio?

– Se la doy á usted, dijo Tragomer; por el señor y por mí.

– Entonces, señores, voy á complacerles... Mujer, busca en la taquilla la letra B. Aquí todo es administrativo; de otro modo no nos entenderíamos.

La señora de Campistrón abrió un mueble y se puso á buscar los papeles. Trogomer, deseoso de completar sus noticias, continuó:

Ha dicho usted, Sr. Campistrón, que Juana Baud era muy hermosa... ¿Tiene usted, por casualidad, algún retrato suyo?

– Su fotografía, con una dedicatoria llena de efusión. Mujer, tráela.

– Aquí está, dijo la señora de Campistrón.

Y entregó á su marido una tarjeta álbum que el cantante contempló con satisfacción y con rabia al mismo tiempo.

– Sí, hela aquí... ¡Es la ingrata! Se puede decir, señores, que el cielo la ha dotado de sus más preciosos dones, la estatura, el andar, la expresión... ¡Oh, la expresión! Pero juzguen ustedes mismos.

Entregó el retrato á Tragomer, que le cogió con verdadera ansiedad. Vaciló antes de mirarle; una ojeada iba á decidirlo todo. Si la fotografía representaba á Jenny Hawkins, tal como la había visto en San Francisco, la partida se perdía y habría que creer en una semejanza sorprendente entre la cantante y Lea Peralli. Pero si no era Jenny... Miró de repente el retrato y lanzó un grito:

– ¡No es Jenny Hawkins!

– ¡Vamos, caballero, dijo Campistrón con una sonrisa de condescendencia, usted bromea! Es Juana Baud, y como Juana Baud es Jenny Hawkins, no puede haber error.

Tragomer no respondió, abstraído en mirar el retrato, que representaba una hermosa joven morena, de alta estatura, admirablemente formada, desnudos los brazos, escotada y sonriendo con expresión soñadora. Ni un rasgo de la mujer del teatro de San Francisco. Había, pues, á no dudar, error de persona. Si Jenny Hawkins era Juana Baud, existía una sustitución de estado civil y Lea Peralli vivía con un nombre que era el suyo. Pero entonces, ¿quién era la muerta?

Aquí Tragomer se estrellaba contra realidades abrumadoras. La mujer asesinada en la calle Marbeuf era Lea Peralli. Todo el mundo la reconoció y el mismo Jacobo no puso en duda su identidad. A falta de la cara, enteramente desfigurada por los tiros, su alta estatura, su magnífica cabellera rubia, los vestidos que tenía puestos, las sortijas encontradas en sus dedos, todo, en fin, atestiguaba que la mujer muerta era, en efecto, la amante de Jacobo. Y sin embargo, no era ella, puesto que ahora Tragomer, después de haber sospechado que vivía, estaba cierto de que llevaba un nombre distinto del suyo

Miró de nuevo la fotografía. Juana Baud era tan morena como rubia Lea Peralli, pero la estatura era la misma y tenía los mismos dientes deslumbradores en una boca encantadora. Tragomer recordaba que lo único que se podía reconocer en la cara destruída de la muerta era una boca que dibujaba con sus blancos dientes una sonrisa siniestra. Juana Baud tenía la misma boca que Lea Peralli.

– ¿Quiere usted, dijo Tragomer, confiarme esta fotografía? Me haría usted un buen servicio. Me comprometo á devolvérsela á usted antes de dos días. Y para que usted sepa con quién está hablando, aquí tiene mi tarjeta...

Campistrón echó una ojeada á la tarjeta que le ofrecía Tragomer y se inclinó con mucha deferencia.

– Estoy á las órdenes del señor vizconde. ¿Sera, sin duda, para enseñar el retrato al notario de la testamentaria?

– Precisamente, Sr. Campistrón. Unos amigos míos están interesados en esta liquidación, que amenaza ser espinosa; hay que establecer la identidad de los herederos, y de aquí la utilidad del retrato y de la escritura de Juana.

– Ya comprendo.

– La señorita Hawkins, ¿era de carácter agradable?

– ¡Ella!, exclamó la señora de Campistrón al mismo tiempo que su marido; no me hable usted. ¡La violencia misma! ¡Una pólvora! ¡Y qué ligera de manos!

– ¡Mujer!.., interrumpió el tenor.

– ¡Déjame! Todo el mundo la conoce... ¡Pues y el lenguaje! Ni las verduleras del mercado cuando disputan. Es verdad que no ha sido educada por ninguna duquesa. La madre de Juana... – Sí, Campistrón, aunque me eches esas miradas terribles; – la madre era cualquier cosa, y la hija tenía á quien parecerse. Un día dió aquí de bofetadas á Bonnand el tenor, porque no quería apresurar el movimiento en el dúo de *Carmen*... Ningún hombre ha podido nunca tenerla á su lado, tan mala y tan viciosa era.

—¡Bueno!, exclamó Campistrón; ya estás contenta. Ya has vaciado toda tu hiel sobre esa pobre muchacha. Sí, señores, no era precisamente un modelo de virtud, pero tenía una voz soberbia antes de caer en poder de Novelli...

—Dispense usted, interrumpió Tragomer; ¿la conocía Novelli antes de encontrarla en Inglaterra?

—Nunca la había visto.

—¿Ha cantado en Inglaterra con el nombre de Baud antes de marchar á América con el de Hawkins?

—Sí, señor. Tuvo una contrata para la Alhambra, donde había hecho ya una temporada. Aquello no era realmente digno de ella... Pero no se presentó á la dirección. Hasta hubo un proceso y Jenny Hawkins fué condenada á pagar.

—¿Jenny Hawkins ha cantado en Inglaterra desde hace dos años?

—No, señor, cantará por primera vez después de ese tiempo en la primavera próxima.

—¿De manera que nadie se acordará de Juana Baud transformada en Jenny Hawkins?

—Como usted lo dice. ¡Se olvida tan pronto! Y además esa muchacha figuró tan poco antes de dedicarse á la ópera...

—¿Hay artistas que hayan alternado en otro tiempo con Juana Baud, en el Conservatorio, por ejemplo, ó en su casa de usted, que pudieran reconocerla?

—En Francia, en París sobre todo, sí, hay algunos; pero en Londres sería una casualidad.

—Gracias, Sr. Campistrón, ya sé todo lo que quería saber, dijo Tragomer. Agradecemos á ustedes su amable acogida.

—Con mucho gusto, señor vizconde, con mucho gusto. Las personas como usted están seguras de ser recibidas aquí con toda deferencia. Si podemos serles útiles en nuestra modesta especialidad, ponemos en ello todo nuestro esmero. Espectáculos de salón, revistas, pantomimas, canciones..., todo lo que divierte é interesa al espíritu. Pero permítanme que les entregue unos prospectos de la casa...

Marenval y Tragomer salieron con las manos llenas de papeles y llevándose la fotografía. Campistrón les acompañó hasta el descansillo de la escalera con mil muestras de obsequiosa política, mientras que el discípulo cuya lección había sido interrumpida por la visita se desgañitaba haciendo escalas. Bajaron la mal oliente y húmeda escalera y vieron de nuevo á la portera, que ahora estaba mondando cebollas y que les siguió con una mirada desdeñosa hasta la puerta de la calle.

—¡Y bien!, Tragomer, dijo Marenval, ¿quiere usted tener la bondad de explicarme qué significa la conversación que ha tenido usted con esa gorda tan pintada y con su ridículo esposo? Porque, por mi honor, no comprendo ni una palabra.

—Alégrese usted, Marenval, dijo Cristián; nuestra averiguación ha dado un paso inmenso. A esta hora tengo la prueba de que Jenny Hawkins no es la mujer que se cree. Ahora es preciso que hablemos con un magistrado, pues entramos en la fase más complicada del asunto.

—Entonces, ¿qué va á pasar aquí?

—Algo muy interesante, Marenval. Vamos á luchar paso á paso contra el error en beneficio de la verdad. Ayer estábamos expuestos á rompernos el cráneo; hoy marchamos hacia un fin visible. Toda la cuestión consiste en convencerse de que Juana Baud no es Jenny Hawkins, y tengo la prueba en el bolsillo. Esta fotografía con la firma de la discípula de Campistrón prueba hasta la evidencia la sustitución de personas. Y ahora será preciso que la Hawkins nos explique por qué no tiene las facciones de Juana Baud, sino las de una persona que se supone haber sido muerta hace dos años, precisamente en el momento en que Juana Baud se alejaba de Inglaterra, cambiaba de nombre, se ocultaba de todos los que pudieran conocerla y se creaba una personalidad enteramente nueva. ¿Comprende usted ahora, Marenval?

—Empiezo á comprender. Pero, querido amigo, ¿vamos á echarnos á perseguir á Jenny Hawkins? La empresa podría llevarnos lejos si la moza está recorriendo el mundo.

—Tranquilícese usted. No se trata, por ahora, de viajar. Eso vendrá, acaso, más tarde. Jenny Hawkins tiene que venir á Londres y no puede escapársenos. No se falta á los contratos con un teatro inglés sin pagar una indemnización formidable. Así pues, vendrá, y allí podremos hacer lo necesario. La temporada de Londres no creo que asustará á usted.

—Al contrario. Si no hay más que pasar el estrecho será para mí un placer.

Llegaron en este momento al *boulevard* Magenta, donde habían tomado la precaución de dejar el coche, y Tragomer dijo á Marenval:

—Ahora tenemos que habérnoslas con la magistratura. Usted me ha hablado de ver á Pedro Vesín y estoy pronto á dar ese paso. Hace veinte años que le conozco, y de levita ó de toga no me da miedo.

—¿Cuándo quiere usted verle?

—Cuanto antes mejor.

Marenval miró el reloj.

—Las cinco. Ya no estará en el palacio de Justicia. Vamos á su casa, ¿quiere usted?

—Excelente idea.

—Calle de Matignón, dijo Marenval al cochero.

Cuando Tragomer dijo á su compañero que no temía á Pedro Vesín ni de levita ni de toga, sabía de quién hablaba. El tipo del magistrado moderno estaba bien representado por aquel abogado de cuarenta años, guapo, galante, espiritual, muy elocuente y muy aferrado al código, pero que olvidaba completamente sus graves funciones cuando estaba en sociedad y sólo se ocupaba en gozar de la vida entre hombres de talento y mujeres amables. Soltero, rico, apasionado por lo bello, buen poeta á sus horas, unido en amistad con todos los pintores notables y literatos célebres de París, Pedro Vesín había hecho de su casa un brillante centro, en el que se daban cita, los domingos, todos los aficionados de buen gusto y los artistas distinguidos.

Las comidas de la calle de Matignón eran célebres. No concurrían á ellas más que hombres, y en vano algunas señoras de la alta sociedad, atraídas por los relatos que oían, quisieron ser invitadas. Se mantuvo la consigna, y los secuaces de Epicuro que frecuentaban la casa del magistrado no vieron turbada su tranquilidad por la intervención de las mujeres.

Pedro Vesín, que había vuelto del palacio de Justicia hacía una hora, estaba sentado al lado del fuego y leyendo pacíficamente, cuando su criado le anunció la visita de Tragomer y Marenval. El magistrado dejó el libro, pasó al salón y dijo saliendo al encuentro de los visitantes con la mano extendida:

—Mi querido vizconde, y usted, primo, sean bien venidos. ¿Qué buen viento les trae?

—Venimos á hablar al magistrado, dijo Marenval gravemente.

—No esperéis, sin embargo, que vaya á ponerme la toga, dijo el juez riendo. Vénganse á mi gabinete y allí estaremos más cómodos.

Les condujo á la pieza de que acababa de salir y les dijo indicándoles dos butacas:

—Siéntense ustedes. Vamos á ver, ¿han cometido ustedes algún crimen?

—¡No! Tranquilice usted su conciencia, contestó Tragomer, no venimos á implorar por nosotros mismos. Se trata de un desgraciado por cuya suerte nos interesamos.

El magistrado se puso serio. Su cara, á la que daban expresión una barba ya plateada por algunas canas y unos ojos reflexivos, tomó un aire de atención.

—Escucho á ustedes, dijo.

—Ante todo, mi querido amigo, ¿se acuerda usted en sus líneas principales, así... en conjunto, del proceso de Jacobo de Freneuse?

—No sólo me acuerdo de las grandes líneas, sino de todos los detalles, dijo Vesín. Verán ustedes por qué. Mi colega Fremart, que estaba de servicio en la Audiencia y debía ocupar el sitio del ministerio público en ese asunto, se puso enfermo, y el jefe me encargó que estudiara los negocios de la quincena de modo que pudiera suplir á Fremart si no podía asistir á las vistas. De este modo tuve entre manos la causa Freneuse. La estudié con mucho interés, porque, como todo el mundo, había encontrado á ese joven en sociedad y su familia me inspiraba vivas simpatías. No le conocía con bastante intimidad para recusarme, pero sí para formar un serio empeño en poner en claro aquella conmovedora aventura. No tuve ocasión de tomar la palabra y me alegré, pues hubiera sido penoso para mí acusar á aquel joven, y lo hubiera hecho sin indulgencia alguna, pues estaba convencido de su culpa.

—¡Ah!, dijo Tragomer, ¿usted encontró en la causa la prueba de la culpabilidad de Freneuse?..

—Terminante, amigo mío; menos la confesión del culpable, no era posible tener pruebas más completas.

—Entonces, ¿usted no pone en duda que fué condenado justamente?

—Ni lo dudo ni puedo dudarlo. Tendría que estar loco para decir lo contrario. Fremart, con el que hablé del asunto, era de la misma opinión y el Fiscal del supremo también. Solamente por una concesión sentimental del Jurado, hecha al buen aspecto del acusado, á sus protestas, á sus lágrimas, á la admirable dignidad de la declaración de su madre y á la respetabilidad de la familia, ese pobre diablo logró salvar la cabeza. Sin eso, se iba á una sentencia de muerte, y el tribunal tenía una convicción tan cerrada, que no hubiera rebajado la pena.

—Pues bien, amigo mío, dijo Tragomer; hoy lo deploraría doblemente, lo que es un argumento muy serio contra la pena de muerte. El tribunal hubiera enviado al cadalso un inocente.

—¡Vamos! ¡Vamos!, Tragomer, dijo el magistrado con sonrisa burlona; no hablemos de ligero. Es fácil declarar que un condenado es inocente, pero es menos cómodo probar que no es culpable.

—Eso es, sin embargo, lo que intentamos Marenval y yo.

Pedro Vesín miró con curiosidad á sus interlocutores, se puso serio y dijo:

—¿Ustedes? Dos hombres de sociedad, sin conocer nada del procedimiento y seguramente muy sinceros y extraños á toda intriga. ¿Y por qué tal resolución? ¿En nombre de quién? ¿Con qué interés?

Marenval tomó la palabra y dijo muy sencillamente:

—En nombre de la humanidad y en interés de la justicia.

El magistrado conocía á los hombres y sobre todo á Marenval. Le había tenido siempre por una inteligencia mediana, nula en lo que no fuera su comercio, muy vulgar y más preocupado de gozar de su gran fortuna que de procurarse honores. Le había visto alejarse de la familia Freneuse en el momento en que más debía acercarse á ella, y esta falta de heroísmo del antiguo fabricante de pastas no había modificado su opinión sobre la generosidad humana. Así pues, al oirle hablar tan resuelta y noblemente aguzó el oído. Para que Marenval fuese afirmativo hasta ese punto, era preciso que su nueva convicción tuviese una base seria.

—¿Creen ustedes, pues, en un error judicial?, dijo observando con cuidado á sus amigos.

—Creemos en ese error. La familia no ha cesado jamás de creer en él, y el condenado ha protestado siempre de su inocencia.

—Siempre ó casi siempre sucede lo mismo. Nos pasaríamos la vida revisando procesos si hiciéramos caso de las reclamaciones de los parientes y de las protestas de los interesados. Son raros los que confiesan, y se van á asombrar ustedes cuando les diga que ha habido procesados que se confesaban culpables y no lo eran. Pero esta es una excepción de las que, según la lógica, confirman la regla general.

—Convendrá usted, sin embargo, dijo Tragomer, que resultaría extraordinario que un hombre fuese condenado por la muerte de una mujer si esta mujer estaba viva.

Esta vez la incredulidad del magistrado se manifestó sin reserva. Hizo un gesto de conmiseración y respondió muy despacio:

—Amigo mío, no caigamos en las complicaciones novelescas. ¿Cómo quiere usted hacer admitir á un perro viejo de los tribunales, como yo, que un juez de instrucción haya podido enviar á la Audiencia un procesado si no se hubiera cometido un crimen? ¿Olvida usted que he visto la causa, el acta de defunción, la diligencia de confrontación, el interrogatorio del acusado, que no negó estar en presencia del cadáver de su querida, y en fin, todo, todo... ¡Vamos á ver! No somos niños y no debemos decir chiquilladas...

—Todo eso cae por tierra con una sola palabra, dijo Tragomer. Se ha condenado á Jacobo de Freneuse por haber matado á Lea Peralli, y Lea Peralli vive.

—¿Usted la ha visto?, preguntó el magistrado con acento burlón.

—Y le he hablado.

—¡Oh! ¿Cuándo?

—Hace tres meses, próximamente.

—¿Dónde?

—En San Francisco.

—¿Y ella ha declarado ser Lea Peralli?

—No, por cierto. Ha hecho algo más; ha huído para sustraerse á mis investigaciones. Si se hubiera quedado hubiera yo vacilado acaso, pero se esquivó, lo que es para mí la prueba más concluyente.

—Ha sido usted engañado por un parecido.

—¡No!, ¡no! Era ella. El cuidado que ha tenido en cambiar de nombre, de disfrazar la voz, de no hablar en francés, de volver á dar á su pelo el color natural ó de ponerse una peluca, y en fin, el espanto que experimentó á mi vista y que la puso en fuga... ¡Era ella!

—¿Y quién diablos era entonces la pobre mujer que se encontró muerta y que está enterrada en su lugar?

—Algún día se lo podré decir á usted. Ahora todavía no lo sé.

(Continuará)

ROBESPIERRE

DRAMA DE VICTORIANO SARDOU

En el Royal Lyceum Theatre de Londres se ha estrenado recientemente el drama *Robespierre* que el ilustre dramaturgo francés Victoriano Sardou ha escrito expresamente para el famoso actor inglés Enrique Irving.

Grande era la expectación con que se esperaba el estreno de esa obra, y á ello había contribuído en gran parte la prensa inglesa y francesa dando cuenta anticipada del argumento, de los efectos escénicos y de las frases culminantes y discutiendo unas y otros; pero lo que sobre todo había excitado la curiosidad del público londinense era el hecho de haber Enrique Irving solicitado á Sardou para que le escribiese dicha obra, pues deseaba dar vida en la escena á la figura trágica del gran revolucionario francés.

Todo esto y el haberse aplazado el estreno más de cuatro meses por la enfermedad del gran actor, hizo que la representación fuese un verdadero acontecimiento.

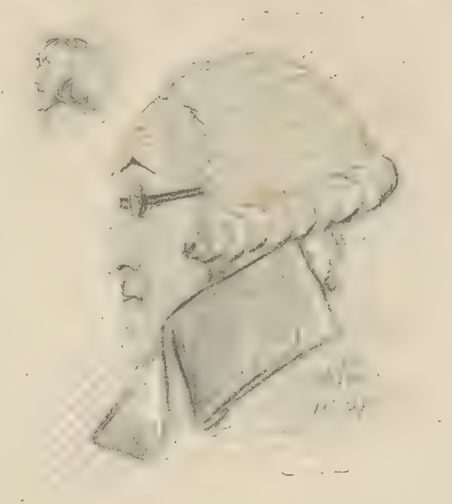
No defraudó el drama de Sardou las esperanzas que había hecho concebir, pues el público aplaudió con frenético entusiasmo las principales escenas y tributó al autor y al actor una de las ovaciones más grandes que en Londres se han presenciado.

El argumento de *Robespierre*, trazado á grandes rasgos, es el siguiente:

Clarisa de Montluzón, seducida por un joven francés, secretario de su padre, tuvo un hijo, Oliverio, que se cree serlo del conde de Montluzón, con quien se casó su madre. En el primer acto, el inglés Vaughan, encargado de una misión reservada cerca de Robespierre y que conoce el secreto de Clarisa, tiene una entrevista con ésta en el bosque de Montmorency y le promete que alcanzará un pasaporte para ella, para María Teresa, sobrina suya y novia de Oliverio, y para éste, que ha sido educado como hijo del pueblo. Llega Robespierre, en quien Clarisa reconoce á su seductor y al padre de Oliverio, y Vaughan le propone que ponga al Delfín en el trono de Francia y tome él la dignidad de regente del reino, á lo cual se niega aquél, descubriendo su ambición de ser dictador absoluto. Al marcharse Vaughan, le dicen á Robespierre sus guardianes que el inglés había conversado con dos mujeres en el mismo sitio, y Robespierre, temiendo una traición, manda prender á éstas y encerrarlas en la cárcel de Port Libre.

En el segundo acto aparecen en la cárcel Clarisa y María Teresa con los aristócratas detenidos que aguardan el instante de ser llevados á la Conserjería para ir desde allí al cadalso. Llega el comisario, que lee una lista de condenados, respondiendo cada uno de ellos al oir su nombre y desarrollándose una escena de un realismo y de un efecto extraordinarios. Oliverio quiere ver á su madre y á su prometida, y tiene con ellas una escena sentidísima. El segundo cuadro representa la plaza de la Revolución en el momento en que se está celebrando la fiesta del Ser Supremo: es un cuadro lleno de vida y de color y altamente artístico en su conjunto y en sus menores detalles. En medio de la fiesta Oliverio insulta á Robespierre, el cual manda prenderle y encerrarle en la cárcel de la Force.

En el acto tercero Robespierre, que por los papeles descubiertos en la habitación de Oliverio sabe que éste es hijo suyo y de Clarisa, se empeña en salvarle sin descubrir su paternidad; mas el joven expresa de nuevo el desprecio que le profesa y declara que se halla pronto á morir. Robespierre, con el intento de ponerle en seguridad mientras espera salvarle, le vuelve á la cárcel, no sin antes averiguar por boca suya el nombre bajo el cual ha sido detenida su madre.



EL EMINENTE ACTOR INGLÉS ENRIQUE IRVING EN EL PAPEL DE ROBESPIERRE DEL DRAMA DE SARDOU, RECIENTEMENTE ESTRENADO EN LONDRES

En el acto cuarto Robespierre, que ha hecho salir de la cárcel de Port Libre á María Teresa y á Clarisa, tiene con ésta una tierna escena en la que se humilla ante ella haciéndole ver que la dureza de su padre fué causa de que la abandonara. Interrumpe el coloquio la llegada de un mensajero con la noticia de que Oliverio ha sido llevado, no se sabe dónde, por orden del Comité de Salvación Pública, que desconfía de Robespierre. Corre éste á la Conserjería en busca de su hijo, á quien no encuentra, y dominado por los más sombríos presentimientos y temiendo haya sido conducido á la guillotina entre el grupo de presos que salió pocos momentos antes de la cárcel, ve desfilar ante sus ojos á sus víctimas, el rey, la reina, Dantón, Desmoulins y muchas otras, y cae desvanecido.

El acto quinto representa la caída de Robespierre: en el primer cuadro, los individuos del Comité, sabedores de que aquél ha resuelto acabar con ellos, se proponen derribarle; Oliverio se asocia á ellos y jura matar á Robespierre si la Convención no le condena á muerte. El segundo cuadro pasa en la sala de la Convención Nacional en plena sesión. Billaud Varennes ocupa la tribuna y lanza tremendas acusaciones contra el dictador, que se encuentra enfrente, sentado entre sus amigos de la Montaña. Sucédenle otros oradores, todos enemigos de Robespierre, quien trata en vano de hablar, pues los gritos y las execraciones ahogan sus palabras, produciéndose un tumulto indescriptible. Robespierre, condenado á muerte con Couthon, Saint Just y Lebas, lánzase al hemiciclo, decidido á luchar cuerpo á cuerpo con sus adversarios. Oliverio trata de herirle, pero Clarisa y María Teresa se lo impiden: Robespierre, viéndose hundido se dispara un tiro y muere en brazos de Clarisa, quien, lo mismo que Oliverio, le perdonan antes de expirar.

Tal es el nuevo drama que tanta sensación ha producido en Londres, y que ha proporcionado un triunfo completo á Sardou y á Enrique Irving.

⁂

FEDERICA DE SESENHEIM, cuadro de H. Stelzner

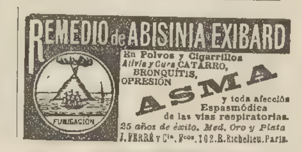
¿Quién que conozca la historia de Goethe no recordará, al ver el nombre de Federica de Sesenheim, á la encantadora hija del humilde párroco que hizo brotar el primer amor en el corazón del gran poeta y que inspiró al autor de *Fausto* y de *Werther* las más dulces poesías de su juventud y los melancólicos acentos que más tarde el dolor moral arrancó á su lira?

El pintor alemán H. Stelzner se ha inspirado á su vez en las estrofas del ternísimo Goethe para trazar la figura de Federica, presentándola en el cuadro que en esta página reproducimos con todos los encantos de la juventud y de la modestia, entretenida en agradable lectura, soñando tal vez en su poeta y colocada en un paisaje dulcemente iluminado por las suaves luces del ocaso.



Federica de Sesenheim, cuadro de H. Stelzner

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 168, Barcelona



LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

HIJOS ILUSTRES DE REUS, por *Francisco Gras y Elías*. – Contiene este libro las biografías de los reusenses ilustres desde la Edad media hasta nuestros días y abunda en datos interesantísimos, avalorados por el estilo elegante que caracteriza á su autor, notable prosista é inspirado poeta. La obra que nos ocupa, que significa un trabajo ímprobo, constituye un verdadero libro de oro para la ciudad de Reus, patria del Sr. Gras y Elías, y es por la amenidad de su lectura y por la importancia de los personajes biografiados digna de figurar entre las mejores de su género. *Hijos ilustres de Reus* ha sido editada en Barcelona por D. Francisco Puig y véndese en las principales librerías.

CARMELA REDIVIVA, por *José M. Matheu*. – Para elogiar un libro del señor Matheu, basta con anunciarlo: el autor de *El santo patrono* se ha conquistado en buena lid uno de los primeros puestos entre nuestros literatos contemporáneos y sus obras figuran entre las que el público con predilección adquiere. *Carmela rediviva* es una novela de costumbres más que interesante, interesantísima; su acción se desarrolla naturalmente, excitando cada vez más la atención del lector hasta llegar á un desenlace tan bien conducido como inesperado; los personajes sienten, hablan y se mueven como en la vida real, y en cuanto al estilo, nada hemos de decir porque el distinguido escritor madrileño tiene muy justamente ganada su reputación entre los que con más habilidad cultivan nuestro idioma. *Carmela rediviva* se vende en las principales librerías á dos pesetas.



VENDEDORA DE AVES EN EGIPTO, de fotografía

LECCIONES DE HISTORIA BÍBLICA, por el *Rdo. Dr. D. Ildefonso Gatell*. – Esta obra que acaba de publicar el conocido editor barcelonés Sr. Bastinos es una Biblia en pequeño, perfectamente adecuada para la instrucción de la juventud y destinada á educar á ésta á la luz de las grandes enseñanzas que de la Biblia se desprenden. Su autor, el ilustrado cura párroco de la iglesia de Santa Ana de esta ciudad, ha acreditado una vez más en ella sus profundos conocimientos en las Sagradas Escrituras y sus aptitudes docentes, avaloradas por su celo evangélico. Forma un tomo en 8.º mayor, de 400 páginas, ilustrado con 150 bonitas viñetas y encuadernado con cubierta en cromolitografía, y se vende á 1'50 pesetas el ejemplar.

DIÁLOGOS SOBRE LA BELLEZA, por *F. Pi y Margall*. – Es imposible analizar cual se merece este libro del eminente pensador y consumado estilista Sr. Pi y Margall en una ligera noticia bibliográfica; y ante esta imposibilidad hemos de limitarnos á señalar á nuestros lectores la aparición de este folleto que, aun siendo sólo una introducción de lo que el autor se propone tratar más ampliamente, contiene un verdadero curso de las principales teorías estéticas expuestas con claridad admirable. *Diálogos sobre la belleza* ha sido impreso en Madrid por los Hijos de J. A. García.



IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XVIII — Barcelona 15 de mayo de 1899 — Núm. 907

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ZALAMERÍA, cuadro de Adalberto Hynais



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DE PARÍS Y DE AQUÍ

Mis observaciones acerca de París tienen por fuerza que referirse á otras análogas observaciones acerca de Madrid, pues observar es comparar. Y lo primero que noto es que en los salones españoles el trato es menos reservado que en los parisienses. Aquí todo el mundo conoce íntimamente á todo el mundo; el círculo es reducido, invariable, y la tendencia del carácter á la familiaridad se manifiesta en la chanza, en el discreteo, en la interpelación directa y espontánea, en la respuesta franca y confianzuda. Allí, aun en el salón donde más se escoge, no todos saben quiénes son todos, lo cual obliga á permanecer en su lugar, á no traspasar el límite prefijado, con cierta cautela y corrección diplomáticas.

En los salones franceses no se juega: ni una mesa de *vohiat.* Dicen que hará cosa de ocho ó diez años se jugaba bastante, pero que ahora el juego ha pasado de moda enteramente. En Madrid sucede lo contrario: no sólo la gente formal, la del tresillo, sino la gente joven, muestra casi mayor afición al juego que al baile. También la música y los versos, desacreditados aquí, están en París muy en favor, no ya en las tertulias literarias (en éstas acaso menos), sino en reuniones donde el elemento intelectual no predomina. Es cosa corriente llamar á los actores que trabajan en los teatros para que reciten, y se les escucha con religioso silencio, con impresión al parecer grata. En la elegante y magnífica morada de Madama Barratin, que me ofreció una fiesta, salió un actor de la Comedia Francesa á decir... fábulas de Lafontaine. Quisiera yo ver á una reunión de españoles si les brindasen como pasatiempo fábulas de Iriarte ó de Samaniego. Dirían que eso ya lo habíamos aprendido en la escuela, que era tratarnos como á chiquillos, y que para la fabulita, el nene que vuelve del colegio. Dudo que hubiera fuerzas humanas que nos obligasen á escuchar atentamente. Verdad que eso de escuchar atentamente es raro en Madrid. Se habla sin cesar en el teatro Real, estando levantada la cortina; se alborota en los demás teatros, en todas partes — excepto quizás en la tribuna del Congreso. — En las sesiones Académicas cuesta trabajo que dejen oir los discursos; y en los conciertos clásicos, ha sido necesario que la energía de los aficionados reprima la charla; lo han conseguido, pero no sin lucha. Dos anécdotas. — Cuando vino á Madrid creo por primera vez Ermete Novelli, detrás de una señora que quería enterarse de cómo representaba el *Otello* el gran actor italiano, sentáronse dos damas que se pasaban el acto entero platicando con un sujeto de esos que explican el argumento y hacen crítica á su modo. Cansóse la señora, y medio volviéndose exclamó: «Maldito de Novelli, que no me deja oir á este caballero.» Fué eficaz el recurso: el parlanchín tuvo por conveniente respetar el derecho, adquirido al comprar la localidad, de oir lo que se dijese desde la escena. — En una casa aristocrática de Madrid se daban conciertos muy escogidos, música excelente, *di camera.* El dueño se secaba la garganta de tanto hacer *¡sssit!, ¡sssit!* á cada número. Y no sabiendo á qué santo encomendarse, acabó por sacar un cartel donde en letras gordas como nueces rezaba: «Se suplica el silencio.» Algo logró, sobre todo el primer día..., que al segundo, el bisbiseo y las risas menudas y los diálogos tras el abanico volvieron á demostrar que la música domestica á las fieras y no acalla á los racionales.

Acostumbrada á estas genialidades de la sociedad madrileña, no ha dejado de sorprenderme el interés y complacencia con que la música y la poesía son recibidas en los salones de París. Aquí se calificarían de *latas* (antipática palabra) tales solaces artísticos. Otro rasgo que no está en nuestra condición: una señorita que sale á recitar sus propias poesías, que refiere en ellas la historia de sus amores malogrados con el heredero de un trono; que se expresa con sensibilidad y vehemencia extraordinaria, y que no determina en los espectadores ni cuchicheos maliciosos ni comentarios malévolos, sino sólo el elogio á lo que elogiarse merece, al valor de la poesía, á la maestría y fuerza del modo de decir. Es muy probable que en Madrid los sentidos versos de Elena Vacaresco se tomasen únicamente por donde queman; confieso que me pareció muy sensata y respetuosa la actitud de los que en París la oían.

En cambio — es preciso ser justos, — ciertas cancioncillas que en sociedades muy selectas de París se aplauden, son algo fuertes y picantes, á mi modo de ver, para un salón. En esta parte quizás llevan ventaja nuestras costumbres. No me asustaría de las cancioncillas en un teatro alegre: cada cosa tiene su atmósfera, su horizonte propio. En un salón, la *divette,* subrayando osada y picarescamente ciertos pasajes, está como gallina en corral ajeno. A bien que, lo repito, la cultura del auditorio suaviza las asperezas. El modo de oir, fino, cortés, de buen gusto, salva las escabrosidades de la *chansonette,* así como da su valor propio á la fábula, al poema, al *pezzo di musica* sabia. No parece sino que están repitiendo aquellos espectadores: «Cada manifestación del ingenio ó del arte encuentra en nosotros fibra que herir. Nada desconocemos, nada es ajeno á nuestra variada ilustración. Reímos y celebramos la *chansonette,* comprendemos el sentimiento en la poesía, y en esto estriba nuestro refinamiento precisamente.»

***

Otra impresión *comparativa* es la de los trajes. La moda de este año casi desnuda á la mujer: en Madrid todavía se lleva ropa interior, enaguas, y mangas en los cuerpos: en París la falda del traje modela estrictamente las formas, la manga ha desaparecido, el busto surge entero del corpiño, sujeto sólo en los hombros por ligera guirnalda de flores ó cadenilla de brillantes ó de perlas. En Madrid todavía se ven cabezas reducidas: en París los peinados son enormes, anchísimos, crespos, y los adornos sobresalen á uno y otro lado de la sien, como en el famoso busto de Elche. — Amenaza el turbante imperial y asoma ya el inmenso pájaro del paraíso que lucían nuestros abuelos.

Al buffett se le consagra menos tiempo en París que en Madrid. En varias casas se sirven los refrescos en bandejas, lo mismo que en la *Soirée de Cachupin,* lo cual tiene el inconveniente de que los criados, si no son muy cuidadosos, manchan los trajes. Esto de las bandejas *pasantes* me parecía á mí muy bien suprimido, pero noto que todavía *se lleva* por allá. En cambio las comidas son excelentes, servidas como por invisibles duendecillos, y las mesas ofrecen un golpe de vista admirable, y las frutas y flores maravillan. ¿Quién dijo que eran insípidas la fruta y la hortaliza francesas? La traerán de los confines del mundo, pero no cabe nada tan delicioso como la fresa y los *asperges* de París en esta época del año. Nuestra famosa fresilla de Aranjuez tiene que rendir el pabellón ante el fresón rojo y terso como el coral, jugoso, perfumado, que en París presentan con tal coquetería, en unos tiestecillos de barro que cogen hasta media docena de fresones, donde no pueden estropearse, tapados por hojas que les guardan la frescura.

Es artista el francés, hasta cuando es verdulero, cocinero ó catasalsas. El menor detalle lo cuida, lo ajusta, lo lleva á la posible perfección. Se come con los ojos, se recrea el ánimo con la limpieza y alegría de las mesas, con la nitidez de los escaparates. — El campo en las cercanías de París está convertido en jardín, y debe de ser uno de los estudios más atractivos que allí pueden hacerse el de recorrer las huertas de legumbres y de frutales, viendo los sistemas de cultivo y los mil y un artificios para corregir á la naturaleza y mejorar sus productos.

No tuve tiempo para ejecutarlo; casi no lo tuve para atender á los obsequios que me prodigaron los hispanófilos, los literatos, las señoras feministas, las señoras socialistas, las señoras que miran con desagrado el socialismo y el feminismo, nuestros amables embajadores, los periódicos, las revistas, los sudamericanos, tanta y tanta gente que ha extremado la bondad y la cortesía con el ave de paso. El mayor motivo de reconocimiento lo encuentro en lo delicado, oportuno y bien medido de los agasajos, y en que con ocasión de ellos se haya recordado siempre á España con simpatía y cordialidad profunda, interesándose por su *relèvement,* como allí dicen. Se conoce bastante bien en París la situación de nuestra desdichada patria, que por algún concepto recuerda á los franceses la que Francia atravesó después de la guerra y de la *Commune,* y aleccionados por la experiencia, ven nuestro problema con lucidez: comprenden que aquí importan dos asuntos — hacienda y pedagogía, — el uno urgente, urgentísimo el otro, aunque el segundo parezca, y sea en efecto, obra de paciencia y de largo esfuerzo nacional... Con el arreglo de la cuestión económica podrá sostenerse á flote nuestro crédito y se evitarán los peligros de intervenciones que siempre han de fundarse en algo, y que sin pretexto no parece verosímil que lleguen á realizarse; con la reforma y ampliación de la Instrucción pública, podrá infundirse á todas las clases de la sociedad española el indispensable concepto de la vida moderna, que nos falta; podrán desenvolverse nuestras aptitudes y florecer nuestra industria y acaso determinarse alguna actividad científica, que tanto necesitamos. A los franceses no les parece imposible que consigamos resultados brillantes en este terreno, porque ellos, al reconocer que les habían vencido, no las tropas de Moltke, sino los maestros de escuela alemanes, reconocieron también que era indispensable cambiar de rumbo y apretar en la instrucción sin descanso. Todavía no les parece suficiente lo hecho, y tienen razón, porque nobleza obliga, y la hegemonía de las naciones más ó menos propiamente llamadas latinas pone á Francia en el caso de no contentarse con una relatividad que nosotros, por ahora, ya quisiéramos para los días de fiesta.

¡Si los españoles pudiesen presentir y adivinar, en el infinito que á veces les ilumina, la importancia de esta cuestión de la enseñanza para la vida nacional. Por desdicha, la infecunda *blague* que de nosotros se ha enseñoreado, también infesta el terreno de la enseñanza. Joaquinito Rodajas nos divierte más de lo que nos indigna; es un tipo favorito para nosotros; le hemos cobrado afición. Un chico que no sabe nada y que al preguntarle contesta desatinos..., ¿donde hay cosa tan chistosa? — Y celebramos de todo corazón á Joaquinito Rodajas. — Casi le preferimos al tipo del estudiante aplicado. Hemos erigido en axioma que los que *después* fueron grandes hombres, estudiaron mal y poco y se atracaron de *suspensos.* No conozco leyenda poética más española que la de la ciencia infusa de Raimundo Lulio. Quisiéramos ser como aquel extraordinario filósofo y propagandista de la Edad Media: retirarnos á una cueva algún tiempo y salir de la cueva sabiendo, por arte de birlibirloque, todas las disciplinas divinas y humanas, mientras que en las hojas de los árboles que cierran la boca de la caverna aparecen letras escritas, y los cantos de las aves resuenan como glosas latinas, arábigas, siriacas y caldeas. Así, por magia, sin tener que calentarse los cascos...

EMILIA PARDO BAZÁN

PENSAMIENTOS

Cuando una ciudad concede honores á alguno de sus grandes hijos, por virtud de una reciprocidad de gloria dada y recibida hónrase á sí misma.

LEÓN XIII.

***

Un Fabio puede convertirse en un Aníbal, pero nunca un Aníbal observará la conducta de un Fabio.

FEDERICO II.

***

De todos los bienes que debemos á la patria, el mayor de todos ellos es la patria misma.

DUQUE DE AUMALE.

***

Nunca se trabaja en vano en el mejoramiento de la suerte de sus semejantes; queriendo el bien de los demás, he encontrado siempre mi propio bien.

CONDE DE CHAM[illegible]

***

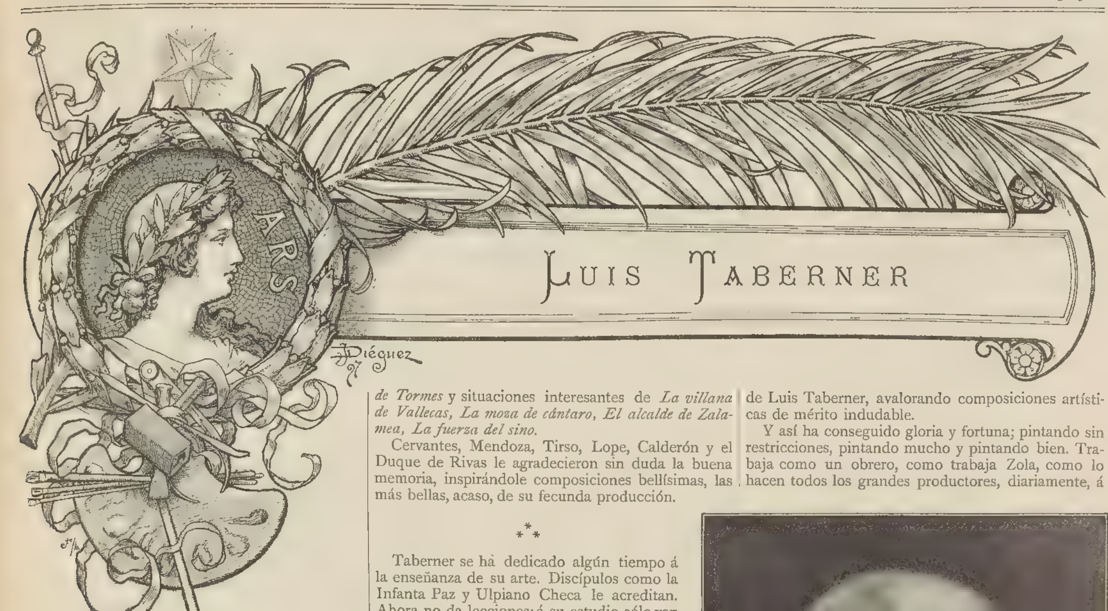
La convicción es tan ingeniosa en sus razones como el escepticismo en sus dudas.

DE BARANTE.

***

Algunas cosas pequeñas explican algunas cosas grandes mucho mejor que las grandes pueden explicar las pequeñas.

BACON.



LUIS TABERNER

No concurre á Exposiciones jamás, ni frecuenta Círculos donde se asocian generalmente los artistas. Abandonó casi en absoluto la pintura de caballete para consagrarse á la decoración de habitaciones, y en su taller-estudio, construído ex profeso, trabaja todo el día, pintando muchedumbre de figuras, con firme trazo y vigorosa entonación, sobre lienzos colosales, tapices y sedas.

Pudo ser comerciante como sus antecesores ó abogado como todo el mundo; pero cuando al terminar el bachillerato le dieron á elegir entre la Universidad y el comercio, eligió... la pintura.

¡La pintura! ¡Qué ideas les ocurren á los muchachos! ¡Pintar, pudiendo medir paño y bayeta ó pretender un empleo; exponerse á morirse de hambre, teniendo asegurado el cocido en la tienda ó en la oficina!

Pero la voluntad hace prodigios, y á los pocos años el novel pintor *ganaba dinero.*

Imágenes de la Virgen, portadas litográficas para piezas de música, retratos de muertos, láminas de patología... Cuanto fuera objeto de copia, si lo solicitaban el inglés transeunte, la vieja rezadora, el editor adiestrado, la familia desconsolada, el médico estudioso, reproducíalo con sus lápices y sus pinceles el principiante.

Ganaba dinero, sin esclavizarse detrás del mostrador ni pudrirse apoyado en la mesa de oficina; y como *ganaba dinero,* los que hasta entonces combatían sus instintos empezaron á comprender que los *pintamonas* eran algo tan estimable, por lo menos, como los *horteras* y los *chupatintas.*

Siguiendo sus cursos de figura y de paisaje, adquirió firmeza clásica en el dibujo y dulce armonía en el colorido; y pintando en camarines, retablos, alcobas y clínicas, á varias luces ó á media luz, acostumbróse á vencer todo género de contrariedades. Para sus obras del porvenir, sólida base de su fama y de su fortuna, tanto le sirvieron las experiencias adquiridas en esos trabajos rudos, cuanto las positivas y excelentes condiciones afirmadas en los cursos oficiales.

Hízose un estilo propio y una posición independiente, propalando en España las imitaciones de tapices, que ha perfeccionado poco á poco, variando colores, asunto y procedimiento, hasta conseguir obras del todo admirables. La leyenda, la historia, el símbolo y las costumbres campestres, como en las tapicerías alemanas y flamencas y en las de nuestro inolvidable Goya, viéronse interpretados en los tapices de Taberner con el seguro perfil y el color franco, distintivo principal de tales obras.

Admirando las creaciones literarias de nuestro *siglo de oro*, tuvo Taberner el delicado pensamiento de buscar asuntos en las novelas y dramas famosos. Así, realizó en composiciones valientes y vivas, animados fragmentos del *Quijote,* de *Gil Blas,* de *Lazarillo de Tormes* y situaciones interesantes de *La villana de Vallecas, La moza de cántaro, El alcalde de Zalamea, La fuerza del sino.*

Cervantes, Mendoza, Tirso, Lope, Calderón y el Duque de Rivas le agradecieron sin duda la buena memoria, inspirándole composiciones bellísimas, las más bellas, acaso, de su fecunda producción.

***

Taberner se ha dedicado algún tiempo á la enseñanza de su arte. Discípulos como la Infanta Paz y Ulpiano Checa le acreditan. Ahora no da lecciones; á su estudio sólo van sus amigos, que suelen ser al mismo tiempo sus clientes, y el artista los recibe con saludos cariñosos, pero sin abandonar los pinceles hasta el descanso de la modelo. Cuando éste llega, fuma un cigarrillo y habla de cualquier asunto, en broma y con cierta ironía casi siempre, sin apartar los ojos de la obra que le ocupa. Cuando termina su diaria tarea, busca motivo para entablar con alguien discusión acalorada.

Es hombre de buena estatura, delgado en extremo, de ojos muy salientes y claros, cabeza pequeña y muy redonda, barba entrecana y facciones regulares é inteligentes. Nervioso, casi contorsionista, cuando habla refuerza la expresión de lo que dice, ilustrándolo con una mímica violenta, retorciéndose, agitándose, dando á sus palabras *entonaciones* de líneas y á sus frases durezas de dibujos al carbón. Es gráfico y con frecuencia exagerado; en sus discusiones empieza siempre teniendo razón y la suele perder al seguirlas, porque divaga fácilmente. Sus ideas encierran una verdad, pero les falta consistencia para ceñirla, y la verdad huye, dejando en sustitución una paradoja relumbrante.

Taberner ha cumplido los cincuenta, *y en ellos anda* sin rebasarlos aún. Está casado, pero no tiene hijos ni carácter paternal. Siendo muy expresivo y hasta bullicioso en su trato, revela una indiferencia que le aisla en absoluto de todo. A veces, discutiendo, grita y manotea de tal modo, que se le creyera vivamente interesado en sus afirmaciones. Al cabo de algunos días, cuando no á los pocos momentos, desdeña lo que defendía con tales ímpetus.

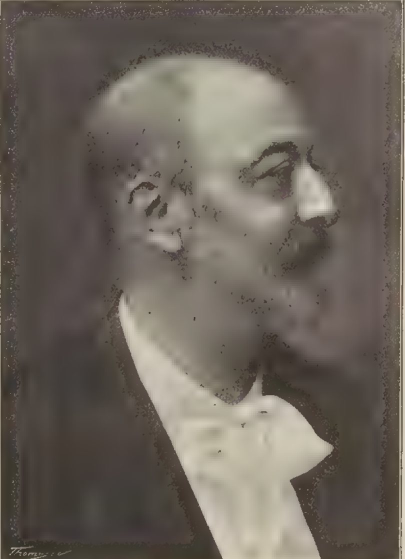
Tiene facilidad asombrosa para representar con imágenes grotescas los más complicados asuntos, y sus irónicos atrevimientos no son punzantes nunca, sin dejar de ser intencionados. El original humorismo de Taberner es algo así como una garra de tigre cuyas uñas, en vez de arañar, hacen cosquillas.

No tiene ambiciones, ó las disimula con esmerada corrección. Amante sincero de las artes y de las letras, gasta mucho en libros. Reduce sus necesidades y sus lujos á lo que sin dificultad puede proporcionarse; y así es feliz, independiente y rico; no deseando más de lo que puede conseguir, goza con desahogo de cuanto desea.

Sin afanes de amor propio, sin desvanecimientos ni comparaciones inconvenientes, ha producido centenares de obras; trabajando siempre con facilidad y despreocupación, crea muchedumbre de figuras que decoran las paredes y los techos de suntuosas moradas.

Desde la princesa altiva (sic) al acaudalado vendedor de *ultramarinos* adornaron sus habitaciones con tapices y techos de Taberner. En palacios regios, en hoteles costosos, en edificios oficiales, en tiendas lujosas y establecimientos públicos aparece la firma de Luis Taberner, avalorando composiciones artísticas de mérito indudable.

Y así ha conseguido gloria y fortuna; pintando sin restricciones, pintando mucho y pintando bien. Trabaja como un obrero, como trabaja Zola, como lo hacen todos los grandes productores, diariamente, á horas fijas, empleando su poderosa imaginación sin desalientos ni preferencias.



Luis Taberner

Así consigue vencer sin lucha y sobresalir sin esfuerzo.

Luis Ruiz y Contreras

ISLAS FILIPINAS

PROCLAMACIÓN DE LA REPÚBLICA FILIPINA

Nuestro querido amigo y activo é inteligente corresponsal en Manila Sr. Arias y Rodríguez nos ha favorecido con un nuevo envío cuya importancia no hemos de encarecer: las dos fotografías que en la siguiente página publicamos relativas á la proclamación de la República filipina, constituyen dos interesantísimos datos cuyo valor, como documentos de información gráfica, apreciarán á no dudarlo nuestros lectores.

Damos, pues, las gracias más expresivas al Sr. Arias y copiamos á continuación el relato que acompañando las fotografías se ha servido remitirnos.

A las ocho y media de la mañana del día 23 de enero último, en la iglesia de Barasoaín (pueblo separado de Malolos sólo por un puentecito), reunióse el Congreso filipino para promulgar la Constitución, jurar y proclamar la República y elegir Presidente de la misma.

Para este importante cargo fué reelegido Emilio

Aguinaldo y Famy, nombrándose una comisión que notificó al interesado la decisión de la Asamblea y le acompañó desde su casa al Congreso á fin de proceder á la ceremonia del juramento.

jefes militares, representantes provinciales y otros.

Llegado al Congreso Aguinaldo juró el cargo y leyó un discurso en tagalog, que fué muy aplaudido y en el cual sintetizó las tendencias de aquel pueblo en las

acto del collar y del simbólico triángulo de oro con las tres estrellas de brillantes: presenció el desfile desde un coche á la Dumont, teniendo á su izquierda al Sr. Paterno y enfrente á su primo Baldomero Agui-



Propiedad de M. Arias Rodríguez de Manila)

ISLAS FILIPINAS. – PROCLAMACIÓN DE LA REPÚBLICA FILIPINA. – PLAZA DE MALOLOS. – EMILIO AGUINALDO Y LA COMISIÓN DEL CONGRESO DIRIGIÉNDOSE Á LA IGLESIA DE BARASOAÍN PARA JURAR EL CARGO DE PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA (de fotografía de M. Arias y Rodríguez, de Manila)

A las nueve y media próximamente, Aguinaldo, acompañado de la comisión, salió de la casa residencia (convento que ha sido de Malolos) y se dirigió á pie al Congreso. La carrera estaba cubierta por las tropas filipinas en correcta formación y presentando armas, como se ve en el primer grabado. Abrían la marcha cuatro soldados de caballería de la guardia especial del presidente, seguía la bandera nacional llevada por un ayudante de éste, y á continuación y

siguientes frases: «*Vivir independientes de todo yugo extranjero bajo la democrática sombra de la República Filipina.*»

El presidente del Congreso D. Pedro M. Paterno pronunció un valiente discurso de tonos muy belicosos que aplaudieron con delirio todos los allí congregados.

Diéronse repetidos y entusiastas vivas, sobresaliendo la nota de luchar por la libertad del pueblo filipino.

naldo, Secretario de Guerra, y á D. Mariano Frías, general y Secretario de Hacienda. Detrás del carruaje estaban D. Antonio Luna, general y director de la guerra, incansable organizador del ejército filipino; los generales D. Pantaleón García, D. Artemio Recarte y otros, y sus ayudantes.

Por delante de Aguinaldo desfilaron las tropas de la carrera, que se componían de cuatro mil hombres perfectamente uniformados en traje de campaña.



Propiedad de M. Arias Rodríguez, de Manila

ISLAS FILIPINAS. – PROCLAMACIÓN DE LA REPÚBLICA FILIPINA. – PLAZA DE MALOLOS. – EMILIO AGUINALDO, DESPUÉS DE JURAR EL CARGO DE PRESIDENTE PRESENCIA EL DESFILE DE LAS TROPAS FILIPINAS (de fotografía de M. Arias y Rodríguez, de Manila)

delante de los comisionados iba Emilio Aguinaldo, vestido de rigurosa etiqueta, saludando á la multitud que lo aclamaba y seguido de los comisionados del Consejo del Gobierno, del cuarto militar, generales,

A esta ceremonia siguió la jura de banderas y el desfile de las tropas.

Emilio Aguinaldo no llevaba más distintivo que el bastón de mando, habiendo prescindido en aquel

La casa que aparece en el fondo de la segunda fotografía y en la cual se ve la bandera tricolor y cuyos balcones aparecen con colgaduras, es la que ocupaba la Secretaría de Guerra. – A.



El cochero del ministro D. Bonifacio

CUADROS MADRILEÑOS

[illegible] DE UNA MINISTRA

Desde que el jefe del partido, cumpliendo por fin sus promesas, había recompensado los servicios y la lealtad de su fiel amigo D. Bonifacio incluyéndole en la reciente combinación ministerial y concediéndole una cartera en el gabinete que había recibido el encargo de formar, reinaba la mayor alegría en el hogar de aquel buen señor, que había consagrado todos sus esfuerzos y todos sus afanes á la política.

-¡Ya era hora de que se acordasen de ti!, exclamó su esposa doña Maura, que ni en aquella ocasión solemne quiso dejar de enturbiar las alegrías con alguna censura, dejando ver el pesimismo que la dominaba siempre.

Pero en el fondo, ¡vaya si estaba contenta la consorte de D. Bonifacio! El coche con cochero y lacayo que lucían en el sombrero el ancho galón dorado y la escarapela roja; en el portal, en perpetua guardia, la pareja de orden público; en la antasala, siempre diligente, el ordenanza del ministerio. Y luego las enhorabuenas de las amigas, la envidia mal disimulada de las rivales, la ocasión de hacer algunos favores colocando al pariente pobre, al amigo necesitado, al marido ó al hijo de la servidora antigua, todo esto llenaba de satisfacción á doña Maura, que aunque tenía su geniecillo, del que más de una vez había sido víctima el bueno de D. Bonifacio, era en realidad una excelente persona con tendencias al bien, pero no exenta del pícaro pecado de vanidad que á tantas desventuras conduce.

En la luna de miel del anhelado nombramiento se hallaba el por entonces feliz matrimonio, olvidando con las dichas presentes amarguras del pasado, cuando se recibió en la casa un blasonado oficio de la Mayordomía Mayor de Palacio en que se comunicaba á S. E. que por orden del rey estaba invitado á asistir, con su señora, al banquete con que se había de celebrar en el regio alcázar el santo de S. M.

¡Un banquete en palacio! ¡Comer con el rey, con la reina, con la infanta, con los embajadores, con todos aquellos personajes! Era lo que le faltaba á doña Maura para llegar á la cúspide de la dicha.

Un poco más conocedor que ella de la realidad D. Bonifacio, no puso cara de Pascua al regio convite y amargó la alegría de su esposa con algunas prudentes reflexiones.

Él no tenía más remedio que asistir con todos sus compañeros de gabinete; pero ella, doña Maura, sería bueno que se excusase, porque era demasiado pronto para ir á Palacio. Esto imponía algunos gastos; él no había tenido más remedio que hacerse el uniforme, que con los bordados, el sombrero de tres picos y el espadín subía á un dineral, y sería mejor esperar otra ocasión, que tiempo habría para todo.

No se sabe por qué milagro pudo contenerse doña Maura cuando oyó las primeras palabras de su esposo oponiéndose á que ella asistiese á la regia fiesta; pero lo que sí se puede asegurar es que la contención no quitó fuerza á su réplica, antes bien se la dió como la presa al agua del río.

-¡Conque yo no debo ir á Palacio! ¡Conque me debo guardar siempre en el rincón de casa, mientras el señor come y triunfa! ¡Conque yo soy sólo buena para sufrir las calamidades y las amarguras, para sortear el mal tiempo, y cuando llega la ocasión he de hacer el papel de la Cenicienta!

-¡Pero mujer!.., quiso replicar D. Bonifacio.

-¡Cállese usted!, continuó en el colmo de la indignación doña Maura sin dejarle proseguir. ¡Cállese usted! Más valiera que recordara la posición que yo perdí cuando me casé con usted, que era un escribientillo de tres al cuarto.

-¡Pero hija!..

-¡Aquí no hay hija que valga! Lo que hay es que usted quiere que yo sea su esclava, yo que me he criado en mejores pañales que usted y toda su casta. ¿Qué hubiera sido de usted sin mí?

D. Bonifacio tuvo que salir del cuarto con las manos en la cabeza y dejar á su esposa que se desahogase, sin dar tregua á la lengua y haciendo por fin su santa voluntad, pues este era el término de todas sus discusiones domésticas.

El buen señor, que en el círculo del partido, en los comités, en el salón de conferencias y aun en el de sesiones, cuando actuaba de diputado de oposición, dando fuertes golpes en el pupitre, pasaba por hombre de muy mal genio, no tenía carácter para oponerse á las decisiones de su esposa.

A las razones de índole económica que intentó hacer valer para disuadirla de aceptar el regio convite, hubiera podido añadir otras de más peso y que más le preocupaban. Doña Maura, aunque pertenecía en la época en que él solicitó y obtuvo su mano á una familia regularmente acomodada, no había sido educada con el más cuidadoso esmero y no estaba muy al corriente de los usos y tratos sociales, aunque ella creía otra cosa.

Era, pues, fácil que cometiese algunas de esas indiscreciones que no tienen en realidad importancia, pero que hacen caer sobre los que están en posición visible una de las armas más terribles para los hombres públicos, el ridículo.

¿Pero cómo decirle esto á la iracunda señora en vista de cómo había tomado las primeras observaciones?

D. Bonifacio, que en la vida pública hubiera acometido la más arriesgada empresa, no se atrevió á tanto en su hogar y dijo que su esposa hiciera lo que quisiera.

Y lo que quiso doña Maura fué poner en conmoción toda la casa desde que adoptó la resolución de ir al banquete de Palacio.

Allá en su fuero interno no dejaba de comprender la buena señora que no le faltaba razón á su esposo para aconsejarla que no fuera; pero pudo más que la cordura la pícara vanidad, y siguió adelante con su empeño, si bien dispuesta á salir de él con gran lucimiento y pocos gastos.

El guardarropa de doña Maura, aunque provisto de todo lo que era indispensable para una señora de la clase media que vive con modestia, no tenía las galas que son indispensables para lucir en regios salones. Su mejor vestido, el de seda negro que se ponía en las grandes solemnidades, no servía para el caso, y aunque pensó en enriquecerle y adornarle con unos encajes blancos que había comprado de lance y con algunas flores bien escogidas de las jardineras y de los sombreros, no se atrevió á resolver la cuestión sin consultarla con unas antiguas amigas que por ser hijas de una azafata de doña Isabel II estaban muy al corriente de las cosas palatinas.

Las tales amigas vivían muy retiradas desde que cayó del trono la *Señora*, como llamaban siempre á su reina, y no miraban con muy buenos ojos la restauración, que no había comenzado por poner las cosas tal como estaban cuando estalló la que ellas consideraban como la más inicua de las revoluciones; pero no las desagradó ejercer el papel de consejeras que la ministra nueva solicitaba de ellas, no sólo porque esto halagaba su amor propio, sino porque al fin y al cabo imponía el antiguo régimen en las cuestiones de buen tono.

-¡A qué tiempos hemos llegado!, dijeron las des-



... y no habría acabado nunca si la misma doña Maura no le hubiera hecho el lazo de la corbata...

cendientes de la azafata cuando se quedaron solas. ¡Esas gentes comiendo en Palacio!

– ¡Quién se lo había de decir á Maura!

– ¡Ni á nosotras cuando vivíamos allí!

– Pero al fin y al cabo ella ha venido y debemos aconsejarla bien.

– Eso sí, convinieron todas, sacrificando á todo el lustre de la casa.

– Lo que usted se debe hacer, decía á doña Maura una de las hermanas en sus conferencias, es un traje por el estilo de aquellos que llevaba la Povar.

– O la duquesa de Alba.

– No digas, que señorío como el de la Povar cuando entraba en el salón del trono no había.

– Pues mira que la hermana de la emperatriz con traje de corte...

Y en estas discusiones se pasaba el tiempo, conviniéndose por fin en que el traje había de ser muy amplio, con muchos volantes y con mucha cola, para figurar dignamente en las regias estancias.

Doña Maura, que ni aun en las ocasiones solemnes olvidaba las prudentes razones de economía que la habían acreditado de señora de su casa, no se lanzó por la senda del despilfarro y ella misma compró la tela y aprovechó para el magnífico traje lo que en casa tenía. Se plancharon los encajes, comprados de lance; se le quitaron al vestido de seda las pasamanerías, para que sirvieran para adornar el nuevo; se aprovecharon las flores de una urna donde estaba el Niño Jesús, los lazos y el collar de aljófar de una Divina Pastora, las plumas de un sombrero con que se disfrazó de dama del Directorio una niña que tuvo doña Maura y Dios se llevó al cielo, y con todos estos detalles y requilorios el traje quedó elegantísimo, según dictamen de las hijas de la azafata, que recordaron, con este motivo, cuantas galas habían visto en sus buenos tiempos desde el Camón, que era su observatorio en las grandes solemnidades palatinas.

***

Llegó, porque todo llega en este mundo, aunque la impaciencia lo suponga lejano, el día en que doña Maura debía lucir todos sus perifollos.

La cuestión del peinado la arregló un peluquero, que acudió muy temprano al llamamiento de la esposa del ministro y que pasó no poco tiempo trabajando con tenacillas, horquillas y peines en la cabeza de la buena señora, que sufrió pacientemente más de un tirón de pelo.

Lo más penoso fué lo del escote. Doña Maura no había vuelto á escotarse desde un día del *Corpus* de su lozana juventud, y como propensa á catarros, usaba desde mucho antes de *Todos los Santos* unas chambras muy cerradas de franela, que cuando arreciaba el frío solía fortalecer con mantas de algodón en rama.

Quitarse todo aquel abrigo en pleno mes de enero y lavotearse bien pecho y espalda fué para ella un verdadero sacrificio. ¿Pero qué no habría hecho ella para ir á Palacio con arreglo á las prescripciones de la etiqueta?

El momento de la *toilette* fué un acontecimiento al que asistieron no sólo las amigas consejeras, sino las vecinas del principal y las del tercero, y hasta la doméstica asistió desde la puerta al gran suceso, limpiándose pulcramente las manos con el delantal de la cocina.

Compuesta y emperejilada doña Maura, tuvo que hacer acopio de paciencia porque D. Bonifacio, que no estaba acostumbrado á vestirse sin el auxilio de su cara mitad, no se entendía bien con el ordenanza del ministerio para colocarse con acierto las varias prendas del uniforme, y no habría acabado nunca si la misma doña Maura no le hubiera hecho el lazo de la corbata y prendido los tirantes.

Cuando los dos estuvieron arreglados era aún temprano; pero como el coche pedido por la señora había llegado ya, se decidió la marcha contra el dictamen de D. Bonifacio, que aseguraba que las cosas de Palacio iban despacio.

En el portal se habían reunido para ver á la ministra de toda gala las comadres de las porteras y las criadas de la vecindad, de las que recibió la satisfecha consorte del consejero responsable el tributo de la admiración que el buen pueblo nunca niega á los que le deslumbran.

Mientras el coche rodaba por las calles de Madrid hacia el regio alcázar, iba la buena de doña Maura repitiendo *in mente* las frases que desde hacía tiempo tenía estudiadas para el coloquio que no dudaba tendría en la mesa con los reyes, y tal era su impaciencia por llegar, que le parecía tardo el trote del brioso tronco que el alquilador había puesto al carruaje de Su Excelencia.

Llegaron, sin embargo, muy temprano, como don Bonifacio había previsto, y no fué corto el plantón que tuvieron que sufrir en la cámara que precedía al regio comedor.

Se reunieron, por fin, todos los convidados; las palmadas de los mayordomos de servicio anunciaron á SS. MM. y AA., y se abrieron de par en par las puertas del comedor, que pareció á la deslumbrada doña Maura la verdadera gloria.

No sin temor se vió separada de su esposo, y colocada por el complaciente gentilhombre que la l... á su puesto entre un prelado sordo como una tapia y un diplomático extranjero recién llegado á España y que no hablaba ni una sola palabra de nuestro idioma.



Fragmento del celebrado cuadro de Dalmau «La Virgen y los Concelleres,» existente en el Archivo municipal de Barcelona

Los magníficos centros y adornos de mesa le ocultaban la vista del rey y de la reina, y para colmo de males llegaba hasta su sitio una corriente de aire que se colaba por un tapiz mal colocado.

De lo que comía no se enteraba; con sus compañeros de la derecha ni de la izquierda no podía cambiar ni una palabra, y allá enfrente veía á su Bonifacio muy amartelado con una extranjera rubia y guapa, que iba, según decía la cuitada señora, materialmente desnuda.

Lo que ella sufrió en aquella comida que había anhelado tanto, no es para contado, y siglos le parecieron los momentos que transcurrieron hasta que Sus Majestades se levantaron y pasaron al salón donde se debía servir el café.

***

Muy abrigada en su cama, con la cabeza, que le parecía que se le rompía, liada en un pañuelo, con el pecho hecho una pura llaga por la tintura de yodo, de la que tuvo que abusar para corregir la pleuresía que le costó el escote y la corriente de aire, se hallaba todavía doña Maura cuando le llevaron la cuenta del famoso traje.

La modista no se había quedado corta, y había cargado la mano por tratarse de una ministra. ¿Pero qué remedio sino pagar?

Pedazos del corazón se le fueron á la cuitada señora con cada duro, y juró y perjuró que no había de volver en sus días á Palacio, y todo lo fué olvidando y cicatrizando el tiempo, menos la imagen de aquella extranjera hermosa y rubia que en tan animado coloquio había visto con su Bonifacio.

Kasabal

FRASES POPULARES

¡DE ALTO COTURNO!

La primera noticia del coturno, indudablemente de procedencia oriental, la da Herodoto al referir la historia del ciudadano Alcmeón (año 671 antes de Jesucristo).

Dice el ilustre escritor que reconocido el rey Creso á aquel griego por los servicios prestados á sus embajadores, le recompensó permitiéndole tomar de sus riquezas cuanto oro le fuese posible llevar consigo, y añade que el codicioso Alcmeón vistió amplia túnica y calzó los coturnos más holgados que pudo hallar en el palacio del monarca lidio para transportar mayor caudal.

El primitivo coturno era un calzado sujeto al pie con ligaduras artísticamente entrelazadas hasta mitad de la pierna; pero su carácter esencial lo determinaba su altura en la base, conseguida por medio de superposición de suelas de madera ó corcho cuyo espesor no debía exceder de doce centímetros, ni aumentarse el número de cuatro de aquellas reservadas á los soberanos.

La parte posterior del coturno se construyó luego de cuero, de fieltro y figurando redecilla de púrpura con finísimos bordados de oro ó de seda negra, según la clase social á que perteneciera el individuo, lo mismo que en el coliseo cuando los actores representaban dioses, héroes ó príncipes.

Entre las damas griegas se generalizó rápidamente el uso del coturno por haberlo considerado de gran utilidad, bien para elevar su estatura ó bien para dar mayor realce á su natural gentileza.

Al nombre de este calzado, que de Grecia pasó á Roma y subsiste en todos los países en sus formas

apenas alteradas de tosco y primoroso con las denominaciones de abarca y borceguí, va unido el recuerdo del poeta Esquilo, porque introdujo el uso del coturno en el escenario, figurando desde entonces como emblema de la tragedia, del propio modo que la máscara, también inventada por él, representa simbólicamente la comedia.

Las épocas de la antigüedad en que hizo más importante papel el coturno fueron en tiempo de Alcibiades y en vida del rey macedonio Demetrio *Poliorcetes*.

De aquel seductor personaje ateniense se cuenta que cada día llevaba nuevo y elegantísimo calzado; y del bello Demetrio se dice que concedió marcada preferencia á tal parte de la indumentaria, cuyas cuatro suelas madaba pintar de varios colores.

Las locuciones «De alto coturno» y «De alto copete» que indistintamente emplea el vulgo para designar la categoría de una persona juzgándola por su aspecto exterior, tienen diversa acepción; pues si bien la primera frase se refiere á la clase social que parece ocupa un individuo, la segunda solamente significa en sentido figurado la altanería y la presunción.

LOPE BARRÓN



VICTORIANO SARDOU

Autógrafo de Sardou del drama *Robespierre* recientemente estrenado en Londres

NUESTROS GRABADOS

La Virgen y los Concelleres.—Este hermoso cuadro, que felizmente en buen estado de conservación posee nuestro Archivo Municipal y cuyo principal fragmento aparece en este número, es una de esas obras artísticas que por sí sola basta para enaltecer el nombre de su autor, la escuela que la produjo y el medio en que apareció. Honra y fortuna son para Barcelona conservar cuidadosamente custodiada la magistral pintura del artista Dalmau, que puede colocarse al nivel de las mejores que en el siglo XV creara la escuela flamenca.

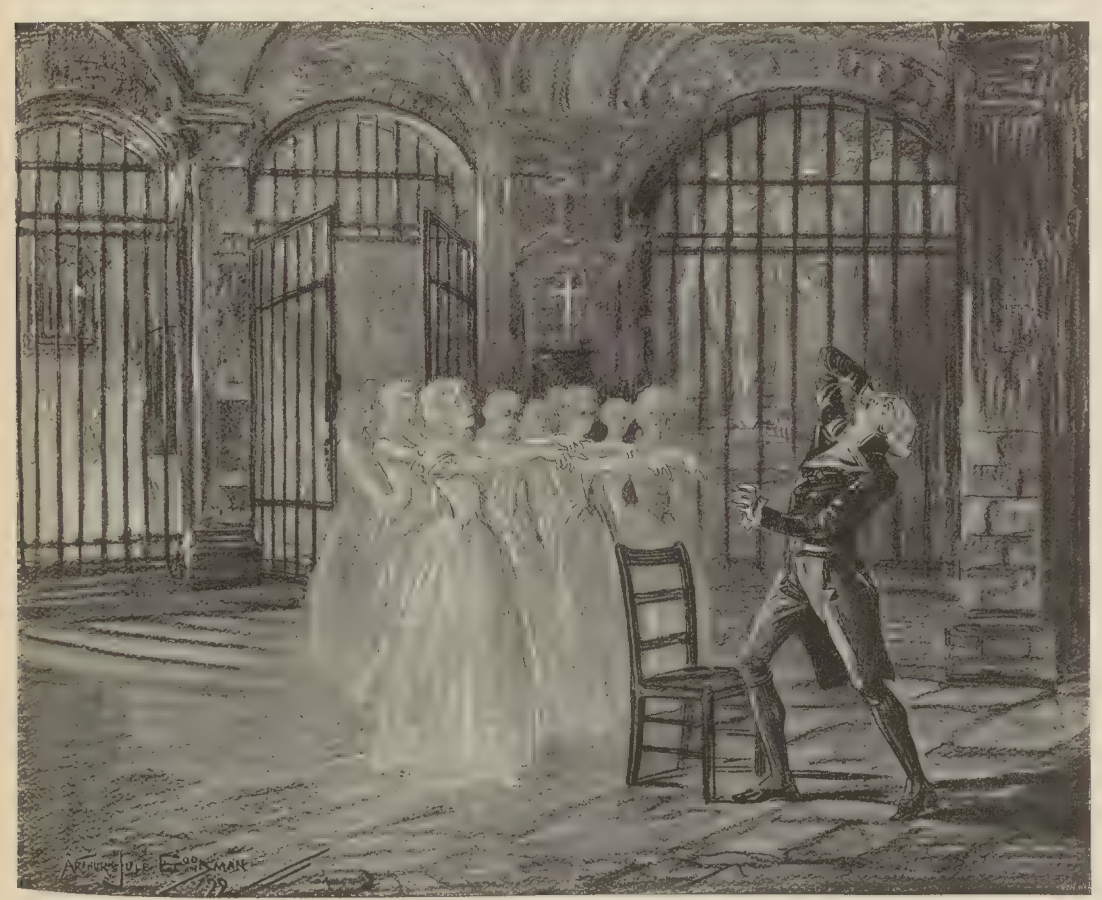
La Academia de Bellas Artes de Bruselas, á consecuencia de la viva impresión que al eximio pintor de Amberes Sr. A. De Vriendt produjera la contemplación de esa obra, ocupóse detenidamente de ella para averiguar las causas y motivos que puedan explicar su aparición en nuestra ciudad, dadas las cualidades que la avaloran, y que según opinión de De Vriendt puede calificarse de obra maestra flamenca y parangonarse con la Virgen de Brujas, una de las mejores creaciones de Van Eyck. Por disposición del ministro de Bellas Artes de Bélgica, para el estudio de esta cuestión fueron reproducidos fotográficamente al mayor tamaño posible los más importantes fragmentos del cuadro, que á no existir en el Archivo el original del contrato celebrado en 29 de octubre de 1443 entre los Concelleres y el artista Luis Dalmau para su ejecución, el más experto inteligente no vacilaría tal vez en calificar, como De Vriendt, de buena pintura flamenca. A las estrechas y continuas relaciones comerciales entre Barcelona y los Países Bajos puede atribuirse la explicación de la influencia ejercida por la escuela de Van Eyck entre nuestros artistas.

Estipúlanse en el contrato original que en uno de los aparadores del Archivo se halla custodiado, y cuyo facsímil fotográfico fué también á Bélgica remitido, todos los detalles de composición referentes al cuadro, hasta la especificación de los materiales.

Suerte bien afortunada es para nuestra ciudad no sólo poseer joya de tanto valor como la de Dalmau, sino la de poder demostrar con un documento auténtico, la cultura artística catalana en el siglo XV al crearla uno de nuestros artistas.

Victoriano Sardou.—Autógrafo del mismo.—Escena del acto cuarto del drama «Robespierre,» dibujo de Arturo Julio Goodman.—En el número último publicamos una extensa reseña del drama *Robespierre*, de Sardou, recientemente estrenado con éxito entusiasta en Londres. En el presente reproducimos el retrato del gran dramaturgo francés, un autógrafo suyo, que corresponde al segundo cuadro del segundo acto, y un dibujo del notable artista inglés Arturo Julio Goodman, que representa la escena final del cuarto acto, cuando Robespiesre, después de haber buscado inútilmente en la cárcel de la Conserjería á su hijo Oliverio y temiendo que éste haya sido conducido á la guillotina, siéntese dominado por los más tristes presentimientos y ve surgir, en su delirio, las sombras de sus víctimas que desfilan ante él en actitud amenazadora. Esta escena, una de las más hermosas del drama, produjo un efecto indescriptible y proporcionó al famoso actor inglés Enrique Irving uno de los triunfos más grandes por él conseguidos en su brillante carrera artística.

Zalamería, cuadro de Alberto Hynais.—Mucho truenan los autores que acerca de la educación de los niños escriben contra las debilidades de los padres que por consentir los caprichos de sus hijos pequeños pervierten el carácter de éstos y les privan del arma más poderosa que más tarde habrían de utilizar en las luchas de la vida: la voluntad dirigida por la razón. No discutiremos las teorías de tales preceptistas y antes bien afirmaremos que la niñez necesita ciertas correcciones que



ESCENA DEL ACTO CUARTO DEL DRAMA DE SARDOU «ROBESPIERRE,» RECIENTEMENTE ESTRENADO EN LONDRES, dibujo de Arturo Julio Goodman



UN BAUTIZO EN ESPAÑA, cuadro de Luis Álvarez



EN EL CAMPO, cuadro de José María Tamburini (Salón Parés)

en muchos casos justifican el refrán de «quien bien te quiera te hará llorar;» pero en la práctica son muy contados los que tienen tacto suficiente para saber hasta dónde han de llegar las



EN EL BOSQUE, cuadro de José M.ª Marqués

concesiones y dónde han de empezar las severidades, y más contados aún los que teniendo ese tacto están dotados de energía bastante para imponer lo que estiman saludable. ¿Qué padre y sobre todo qué madre es capaz de oponerse á los deseos de sus hijos cuando éstos saben expresarlos acompañándolos de sus más dulces caricias? ¿Qué no conseguirá, por ejemplo, la niña del cuadro tan admirablemente pintado por Hynais? ¿Quién sabría resistir aquellos infantiles halagos? No será sin duda la madre pintada por el célebre artista austriaco, pues harto se adivina que ha perdido la batalla, si es que ha intentado librarla, y que no tardará en rendirse á discreción á los ataques de su pequeña.

Estudio al óleo de Pedro Janssen. — En el número 891 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dimos algunos datos biográficos de este notable pintor alemán que figura entre los más renombrados maestros de la famosa escuela de Dusseldorf, y al mencionar algunas de sus obras citamos las que ejecutó por encargo de la Universidad de Marburgo. Entre éstas hay un grandioso lienzo que representa á *Sofía de Brabante presentando á su hijo Enrique á los hessenses*, composición hermosa bajo todos conceptos, en la cual aparecen admirablemente agrupadas innumerables figuras. El estudio que en esta página reproducimos es el de una de dichas figuras, un niño encaramado á una pared para mejor contemplar el interesante espectáculo que á su curiosidad infantil se ofrece.



ESTUDIO AL ÓLEO de Pedro Janssen

En el bosque. - El estanque, cuadros de José M.ª Marqués. — El nombre del distinguido pintor catalán es sobradamente conocido de nuestros lectores y del público en general para que al publicar alguna de sus obras no sea necesario acudir á largas explicaciones ni á los epítetos encomiásticos. Marqués cultiva los más diversos géneros y en la lista de sus obras figuran asuntos históricos, religiosos, retratos, paisajes y cuadros de costumbres. Como no es nuestro objeto ocuparnos de toda la labor de tan fecundo artista y sí sólo decir algo de los dos paisajes suyos que en esta página reproducimos, sintetizaremos lo que acerca de éstos opinamos, diciendo que si merece elogios la técnica de tales lienzos, lo que más cautiva en ellos es la poesía que ambos respiran. Marqués siente hondamente la naturaleza; con ella se identifica, y al trasladar á la tela lo que sus ojos con tanta exactitud apreciaron hace mayores los encantos de la obra de los sentidos con el sentimiento que de su alma se desborda. Esta es la impresión que en el ánimo despierta la contemplación de *En el bosque* y *El estanque*, bellísimas páginas que revelan al artista y al poeta á un mismo tiempo.

EL ESTANQUE, cuadro de José M.ª Marqués

Un bautizo en España, cuadro de Luis Alvarez. — Las costumbres españolas de los primeros años de este siglo ofrecen tantos atractivos y tienen un carácter tan pintoresco, que nos explicamos perfectamente la predilección que hacia ellas sienten algunos de nuestros más renombrados artistas contemporáneos. Entre los que tales tendencias siguen ocupa sin duda uno de los primeros lugares el actual director del Museo Nacional de Pintura, D. Luis Alvarez, de cuyas obras tantas veces se ha ocupado LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA: en el número último, sin ir más lejos, pudieron apreciar nuestros lectores su bellísimo lienzo *La fiesta de San Isidro;* en el presente reproducimos otro cuadro de la misma época que, aunque de género muy distinto, no contiene menos primores que aquél. El uno tiene un carácter popular; el otro distínguese por un marcado sello aristocrático; en aquél la naturaleza encuadra con sus poéticos encantos la obra del artista; en éste el severo arte religioso hace destacar con mayor intensidad las bellezas de luz y de color que el pintor ha prodigado en su composición. En uno y en otro aparecen las figuras vestidas con esos trajes que por sus telas y sus matices tanto se prestan á los efectos pictóricos que de un modo tan admirable sabe producir nuestro ilustre compatriota. Además de estas cualidades, es digna de los mayores elogios la maestría con que está compuesto *Un bautizo en España* y el cuidado con que están tratados los menores detalles del cuadro sin menoscabo alguno del conjunto.

En el campo, cuadro de José M.ª Tamburini (Salón Parés). - Recientemente y con motivo de haber reproducido en las páginas de esta Revista una de las producciones que este distinguido pintor exhibió en el Salón Parés, consignamos una vez más el lisonjero juicio que nos merecía aquel lienzo, así como las demás obras expuestas por un artista cuya valía y merecimientos somos los primeros en reconocer y aplaudir. De ahí que hoy no nos quepa otra misión que la de referirnos á cuanto ya hemos consignado y ofrecer al amigo y al artista el testimonio de nuestra consideración.

MISCELANEA

Bellas Artes. — BARCELONA. - En el salón de los Cuatre Gats ha expuesto el Sr. Gosé una colección de dibujos representando tipos y escenas populares, ligeramente realzados algunos con toques de color. En muchos de ellos prueba el joven artista sus excelentes cualidades de dibujante y su penetración de observador, especialmente en una serie de apuntes de cantadores flamencos.

Teatros. — En Palermo se ha estrenado con gran éxito el drama de Anunzio *La Gioconda*.

París. - Se han estrenado con buen éxito: en Dejazet *Joli Sport*, gracioso vaudeville en tres actos de Pablo Dehere y Mauricio Froyez; en la Comedia Parisiense *Les Apparences*, comedia en cuatro actos de Enrique Lyón, y en la Gaité *Les sœurs Gaudichard*, opereta en tres actos y cinco cuadros de Mauricio Ordonneau, con bonita música de Audrán.

Madrid. - Se ha estrenado con buen éxito en el teatro Romea *La feria de Sevilla*, zarzuela en un acto del señor Merino, con bonita música del maestro Angel Rubio.

Barcelona. - Se han estrenado con buen éxito: en el Eldorado *La panadera*, zarzuela en un acto de los Sres. Jerez y Fernández, música del maestro Cotó; en Romea *Cambis de lluna*, chistoso juguete en un acto del Sr. Sans y Bori, y en Novedades *L'auberge du Tohu Bohu*, opereta en tres actos de Mauricio Ordonneau, música del maestro Roger. Próximamente inaugurarán la temporada de primavera y verano en el Lírico y en Novedades las compañías que durante el pasado invierno han actuado respectivamente en los teatros de la Comedia y de Lara, de Madrid.

Necrología. — Han fallecido:

D. Ramón Estellés, compositor español, autor de varias zarzuelas españolas.

Birket Foster, notable dibujante y pintor inglés.

Sir Monier Williams, famoso orientalista, profesor de sánscrito de la Universidad de Oxford y fundador del Instituto Indio y del Museo y Biblioteca orientales de aquella ciudad.

A. F. Bytschkoff, célebre historiador ruso, director de la Biblioteca Imperial de San Petersburgo.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 159, POR PEDRO RIERA

NEGRAS

11 B. y 6 N. = 17 piezas.

BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 158, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. A 6 C D	1. P 6 T R (*)
2. D c T D	2. Cualquiera.
3. D mate.	

(*) Si 1. R toma P; 2. D 5 A R, y 3. D mate.

EN EL FONDO DEL ABISMO

NOVELA ORIGINAL DE JORGE OHNET

(CONTINUACIÓN)

—¡Ah! He aquí el lado flaco, exclamó el magistrado. Así sucede siempre. En todos estos asuntos de reivindicación de inocencia hay siempre un punto en que todo se viene abajo y en que se manifiesta la inverosimilitud de la tesis. Véase el asunto Lesurques. ¡Cuántos esfuerzos por obtener su rehabilitación! Todavía hay gentes que creen en la duplicidad de la persona de Lesurques. La familia ó lo que queda de ella, pues todo esto es muy antiguo, asegura la inocencia del condenado; se discute, se estudia, se aducen pruebas; todo va bien hasta el momento en que se encuentra en Lieusaint la espuela de plata de Lesurques, y entonces ¡pataplún!, todo se derrumba. ¡Adiós las pruebas serias! Se cae en el melodrama, en el que basta enternecer para ganar la partida. Construirán ustedes un edificio que llegará hasta cierta altura, pero una base falsa le hará venirse al suelo.

—¡Es usted terriblemente escéptico!, dijo Marenval impresionado.

—Es mi oficio, replicó Vesín. Los hombres de justicia no podemos tragar todo lo que se nos presenta. ¡Buena la haríamos si nos diera por creer ciegamente lo que nos cuentan! La mentira es la esencia misma de la humanidad. ¿Creen ustedes que se hace jurar sin objeto á los testigos que dirán la verdad, bajo pena de trabajos forzados? Pues se sabe bien que, aun así, no dicen más que lo que quieren ó lo que pueden. Hay que tomar ó dejar. Unos son imbéciles, otros mal intencionados. En cuanto á los niños, hay que temerlos, pues son presa de una especie de histerismo inventivo que les hace contar historias, las más veces falsas. Por eso hay que desconfiar también. Para un magistrado, el escepticismo es el principio de la sabiduría.

—Pero, en fin, ¿admite usted que la justicia pueda engañarse?

—Lo admito entre nosotros, en la intimidad, dijo Vesín riéndose; pero en público no lo admitiría de ningún modo. Sé que se representa á la justicia con una venda en los ojos; pero ese disfraz es un accesorio que no tiene valor más que para los poetas. La justicia, que es, en suma, un poder arbitrario, debe ser inmutable é infalible, pues de no ser así no sería posible aceptarlo. Y si el respeto á la justicia no fuese la piedra angular de la sociedad, iríamos á parar en la anarquía. Por eso es imposible admitir que la justicia se engañe. El litigante que sucumbe después de agotar todos los medios del procedimiento, tiene veinticuatro horas para maldecir á los jueces; después debe someterse. El condenado cuyo recurso de casación ha sido desestimado, no tiene más que inclinarse bajo el peso de la sentencia. Esta es la opinión del magistrado, que no puede tener otra. Así se explicarán ustedes las resistencias que la administración opone siempre á toda demanda de revisión en el orden penal. Todo error, por raro que sea, es una grieta peligrosa en el edificio judicial. La ley ha adoptado muchas y minuciosas precauciones. Una demanda de revisión pasa por una red en la que debe necesariamente quedarse enredada si no es sólida como el acero. Y cuando sale, es después de unos plazos y en condiciones tales que equivalen á no conceder nada. Aun la legislación actual es mucho más liberal que la antigua. Antes no había revisión más que en el caso de que otro procesado fuese condenado por el mismo crimen y por otra sentencia; y aún, si se reconocía la inocencia de un condenado, era preciso indultarle. No había otro medio de hacerle salir de presidio.

—¡Pero eso era monstruoso!, exclamó Marenval. ¡Cómo! Un desgraciado, perseguido injustamente, que ha sufrido la angustia de la detención, de la cárcel, del juicio y que ha cumplido una parte de la pena, ¿no puede ser objeto más que de una medida de clemencia y no de un acto de justicia?

—Algo es algo. Hoy, basta un hecho nuevo que pueda establecer la inocencia del sentenciado para que se pueda pedir la revisión. En el asunto que nos ocupa, el hecho nuevo sería la existencia de Lea Peralli.

—¿No es suficiente?

—Lo sería si estuviera probado. ¿Pero cómo lo probarán ustedes? Su declaración no será apoyada por nada ni tendrá más valor que el de una opinión, que comparada con todos los testimonios y todas las pruebas del proceso, será de un peso muy escaso. Me piden ustedes mi opinión y se la doy. Es poco halagüeña, pero debo ser sincero.

—Puede usted decirlo todo y con entera franqueza, dijo Tragomer. Mi convicción es sólida y no cambiará. Marenval y yo podremos modificar nuestro plan para llegar al fin que nos proponemos, pero nada nos hará desistir. ¡No habría ya descanso para nosotros si abandonásemos á ese desgraciado sabiendo que es inocente!

—Veo á ustedes animados de las más nobles intenciones, pero, permítanme que lo diga, las más aventuradas. La convicción de ustedes, basada en la semejanza de una mujer viva con la víctima de Freneuse, es muy frágil, pues no se funda más que en razones de sentimiento: el dolor de la familia, las protestas del condenado. Pero ustedes olvidan que cuando Freneuse fué preso, se preparaba á marcharse al extranjero. Tenía consigo cuarenta mil francos cuya procedencia no pudo explicar. Estaba notoriamente arruinado, acribillado de deudas y había pagado el día anterior sesenta mil francos á la caja del círculo, del que le iban á expulsar. Y coincidencia extraña, las alhajas de Lea Peralli, conocidas por su gran valor, habían desaparecido. Se hicieron pesquisas y se adquirió la prueba de que habían sido empeñadas en el Monte de Piedad en cien mil francos. Estuvieron empeñadas dos días y al siguiente fueron rescatadas por una señora que se cubría la cara, y muy probablemente por cuenta de uno de esos compradores de papeletas que pululan por París. Freneuse reconoció que había empeñado los brillantes entregados voluntariamente por su amante, pero niega la venta de las papeletas y pretende haberlas entregado á Lea Peralli con un pagaré de cien mil francos, que según él, hubiera recogido su familia, lo que hacía desaparecer su deuda con aquella muchacha. Ahora bien, el pagaré fué presentado al vencimiento, y remontando de firma en firma hasta el primer endosante, ¿qué se encuentra? ¡A Jacobo de Freneuse! Es, pues, evidente que recobró el documento después del crimen, y hasta es probable que sólo le cometiera para apoderarse de él. Y le puso en circulación al día siguiente, pues, nótenlo bien, entre el descubrimiento del crimen y la detención de Jacobo, pasó un día. ¿Y tratan ustedes de poner en movimiento toda la máquina judicial bajo la fe de un parecido más ó menos cierto? ¡Qué locura! Desde los primeros pasos tropezarán con dificultades morales y con imposibilidades materiales tan serias, que tendrán que detenerse.

—Si quisiera discutir, respondió Tragomer, lo haría acaso con más facilidad de lo que usted cree. Pero ¿para qué? No haríamos más que cambiar vanas palabras. Aunque yo le adujese argumentos aceptables, usted no los aceptaría. Lo que hace falta es traer la prueba de que Lea Peralli existe. Lo importante es anunciar á Jacobo que la que creía muerta está viva. Porque observe usted que él la cree muerta bajo la fe de vuestras afirmaciones. El procesado no dudó de vuestras pruebas. Le enseñaron una mujer desfigurada que tenía la estatura, el pelo, los vestidos y las sortijas de Lea Peralli, y aterrado por la angustia, cegado por el dolor, dirigió apenas una mirada de espanto á la víctima extendida en la horrible losa del depósito de cadáveres. Volvió la cabeza y asintió á todo lo que se le afirmaba. ¿Cómo podía negar la evidencia? Lea, asesinada en su casa, ¿podía ser otra que Lea? El no podía decir más que una cosa, y esa la proclamaba con toda la fuerza de su conciencia: que no era él el asesino. Cogido en las tramas de la instrucción, anonadado por un conjunto de pruebas en las que se revelaba una mano horriblemente hábil, no podía hacer más que protestar. Así lo hizo constantemente y con furor, hasta exasperar á los jurados y á los jueces. Porque el desgraciado parecía cínico y era inocente. Si todos los que tenían que formular una opinión sobre su culpabilidad no hubieran estado imbuídos en el sumario, si hubieran querido reflexionar un poco sobre la semejanza que existe entre el estupor indignado de un acusado que no puede probar su inocencia y la insolencia endurecida de un culpable que se aferra en negar su crimen, hubieran vacilado en el momento de pronunciar la sentencia. Pero prevenidos, seguros de antemano de la culpabilidad, atestiguada por hombres en quienes tenían una merecida confianza, estaban irresistiblemente propensos á condenar y condenaron en conciencia. Cuando se les enseñe la mujer viva, tendrán que confesar que se han equivocado. Se averiguará entonces quién era la muerta, y es probable que nos encontremos en presencia de un horrible complot urdido para perder á un inocente.

—Mi querido amigo, dijo el magistrado, todo eso es pura novela y no realidad. Usted sueña despierto. Eso pasará. Pero permítame usted decirle que si por una gran casualidad consiguiera reunir pruebas suficientes de lo que dice, podría jactarse de producir una sensación extraordinaria. El rango social del sentenciado, la resonancia que tuvo la causa y la personalidad de los enderezadores de entuertos de la justicia darían á este asunto un sesgo particular. Por mi parte, no me contrariaría presenciar su triunfo de ustedes, pero no olviden que no creo en él y que les he predicho un fracaso seguro.

—Pues bien, dijo Tragomer; si nuestros esfuerzos son vanos, tendremos, al menos, la tranquilidad de haber cumplido con nuestro deber. ¿Verdad, Marenval?

—Sí, querido amigo. Lo que acabo de oir á Vesín me decide por completo. Yo estaba un poco dudoso, lo confieso, aun después de las seguridades que usted me había dado. Pero, en verdad, la infalibilidad de la justicia es un dogma difícil de admitir. Nadie en el mundo es infalible, y por mi nombre, que me voy á dedicar con usted á probarlo. Si hay dificultades materiales las venceremos; tengo dinero para ello. Las dificultades morales las dominaremos con su inteligencia de usted. Mi fortuna y su talento lucharán como buenos aliados, y veremos si en los tiempos que corren hay todavía Bastillas en cuyo fondo se pongan al abrigo de la discusión los prejuicios, las aberraciones y los errores. ¡Cómo, pues! El siglo ha progresado hasta el punto de que los socialistas tienen la pretensión de apoderarse mañana de todo lo que yo poseo; y en medio de esta ruina de todos los derechos, de todas las autoridades y de todas las jerarquías, ¿solamente la justicia ha de ser intangible? ¡No por cierto! Si la justicia quiere ser respetada, es preciso que sea humana. ¡Si no, será arrastrada por el impulso general!

—¡Bravo! Marenval, exclamó Vesín, llega usted á ser elocuente. ¡Adelante, héroes; combatid! ¡Mis votos os acompañen! Usted está retirado de los negocios; la empresa que ahora acomete le entretendrá. Más vale esto que jugar al *poker* ó que tallar en el *baccará*. Si tienen ustedes necesidad de un consejo, yo se lo daré como *dilettante*. No me consolaría nunca si ustedes me tuvieran por un espíritu cerrado á la razón y á la piedad. Pero la lucha que van á emprender, recuerden bien que se lo he dicho, es la del puchero de barro con el de hierro. He hablado á ustedes como amigo. Diríjanse á cualquier magistrado, y según el humor en que se halle, les dirá con ironía que se metan en la malla dirigiéndose al ministro del ramo, ó les declarará con indignación que van á dirigir un reto á la justicia.

—Dirigimos, en efecto, ese reto, exclamó Marenval.

—Pero no nos dirigiremos á nadie más que á usted, añadió Tragomer. Quería hablar con un hombre competente antes de meterme á fondo en este asunto. A pesar de la buena acogida de usted y de la cordialidad de sus palabras, comprendo que nos estrellaremos en todas partes contra una resistencia profesional y sistemática. La magistratura no abandona su presa. Es un principio para ella y una garantía para la sociedad. Todo acusado debe convertirse en sentenciado y todo sentenciado debe ser culpable. Está bien. Sé lo que quería saber y obraré en consecuencia.

—¿Puedo preguntar á usted dónde piensa ir á parar?, interrogó con curiosidad el magistrado.

—Entendámonos, dijo Tragomer. Hasta ahora he hablado al magistrado; voy á hablar al hombre, al amigo. Una indiscreción sobre lo que vamos á intentar Marenval y yo podría tener tales consecuencias, que sería locura exponernos á ella.

Pedro Vesín miró á los dos compañeros con cuidadosa gravedad.

—¿Acaso duda usted de mí? ¿Tendré que rogarle

que se calle, después de haber solicitado sus confidencias?

– No, dijo Tragomer, y la prueba es que voy á explicárselo todo.

– Y yo les doy mi palabra de olvidar en seguida lo que haya sabido.

Tragomer y Vesín se estrecharon afectuosamente la mano. El vizconde encendió un cigarrillo y dijo con tanta calma como si se tratase de una expedición de placer:

– Como usted comprenderá, el negocio para nosotros es no asustar á los verdaderos culpables. Si por desgracia se informasen de nuestros proyectos, tomarían sus precauciones y ¡adiós!, écheles usted un galgo... Bastaría que Lea Peralli desapareciese, para que todo viniese por tierra. Y yo supongo que el tunante que ha puesto el lazo en que cayó Jacobo de Freneuse sería muy capaz de deshacerse de ella si lo creía necesario. Aunque usted me hubiera mostrado la máquina judicial pronta á funcionar para la revisión del proceso, aunque me hubiera usted asegurado la buena voluntad del ministro, hubiera yo renunciado á someter, por ahora, el asunto á la justicia y á presentar los hechos nuevos que harían necesaria la revisión. Al primer ruido, todas las pruebas desaparecerían y nos encontraríamos desarmados. Lo primero es tener en nuestra mano á los culpables y no dejarlos escapar. Entonces avanzaremos. Tenemos, pues, que hacer averiguaciones, y ¿quién sabe?, acaso tomar resoluciones graves que nos serán impuestas por los acontecimientos. Desde luego debemos ponernos en relación con Jacobo, á fin de que sepa que existe Lea Peralli y para juzgar con él, hablando larga y maduramente, sobre las consecuencias que trae consigo este hecho inesperado.

– ¿Pero van ustedes á ir á Numea?, exclamó Vesín con mal contenido asombro.

– Vamos á ir á Numea, declaró fríamente Marenval.

– Allí, dijo Tragomer, nos pondremos de acuerdo con Freneuse sin que la administración adivine nuestros proyectos. Escribir es peligroso, pues se abren las cartas de los penados y se leen sus respuestas. Estudiaremos, pues, la situación de viva voz y veremos qué debemos hacer.

– Tragomer, usted no lo dice todo, exclamó con emoción el magistrado; á pesar de todo, desconfía de mí... ¿Trata usted de hacer evadirse á Jacobo de Freneuse?

Tragomer sólo respondió con una sonrisa, pero Marenval se irguió y dijo con extraordinaria energía:

– Y aunque así fuera, ¿qué? ¿Cree usted que estando convencidos de que ese muchacho es inocente, le vamos á dejar pudrirse en el presidio? ¡Le robaremos, pardiez! Eso será divertido. Ya que hacemos el viaje, nos proporcionaremos esa pequeña distracción.

– Pero hay guardias, una guarnición, un barco vigilante, dijo Vesín. ¡Eso es una locura! Afrontan ustedes responsabilidades espantosas si les prenden, y para prenderles no se tendrá inconveniente en matarles...

– Eso es cuenta nuestra, respondió Marenval. Puede usted creer, querido, que al meterse uno en semejantes aventuras, hace el sacrificio de su existencia. Por otra parte, estamos decididos á defendernos...

– No me digan ustedes ni una palabra más; les encuentro insensatos. Me están ustedes haciendo un capítulo del *Monte-Cristo*. Atrasan ustedes cincuenta años, mis buenos amigos. Pero quiero creer que á los primeros pasos se encontrarán con tales dificultades, que no llevarán adelante su empresa. Créanme; si han de tener ustedes alguna esperanza, estará en la tramitación legal de una instancia. Escriban una memoria, diríjanla al ministro, y unas buenas pesquisas de la policía podrían...

– Echarlo todo á perder, interrumpió Tragomer. Sé con quién tengo que habérmelas. Es preciso trabajar en la sombra ó fracasaremos.

– Y queremos lograr nuestro propósito, añadió Marenval.

– ¿Cómo van ustedes á ir á la Nueva Caledonia?

– En un yate que fletaremos. Nos conviene tener á nuestra disposición los medios más perfectos y más rápidos.

– ¿Se presentarán ustedes á las autoridades coloniales?

– Sí, como viajeros.

– ¡Ah!, dijo el magistrado, que se puso pensativo. Es una de las cosas más extraordinarias que he visto hace mucho tiempo. Se dice que este fin de siglo es eminentemente práctico, egoísta y antisentimental. He aquí un caso que puede hacer pensar á los filósofos. ¿Qué van á decir los que aseguran que se ha perdido en Francia la energía individual? Nos encontramos en presencia de un caso de exaltación como no se veían sino en las ardientes épocas revolucionarias. Lo que van ustedes á intentar es tan insensato, que son capaces de lograrlo; pues, en suma, solamente las empresas inverosímiles tienen alguna probabilidad de éxito. Se pone uno en guardia contra los sucesos sencillos y probables. Pero un golpe de audacia llevado á cabo por personas frías..., ¿por qué no ha de resultar? ¿Cuándo piensan ustedes marcharse?

– Lo más pronto posible. En cuanto hagamos nuestros preparativos y lleguemos á Inglaterra.

– ¿Van ustedes á fletar un vapor inglés?

– Sí. No queremos que un armador y una tripulación franceses participen de nuestra responsabilidad.

Se levantaron. La noche avanzaba llenando con sus sombras el gabinete, y en la semiobscuridad del crepúsculo las caras perdían su aspecto real. Marenval se estremeció creyendo estar rodeado de espectros. Un sentimiento de angustia se apoderó de su corazón y sintió una especie de vértigo al oir decir á Vesín con voz fúnebre:

– En efecto, el caso sería grave. Una causa criminal para los que fueran presos, y si había habido, por desgracia, algún hombre muerto...

– Trataremos de hacer las cosas suavemente, balbuceó Marenval.

– En todo caso, si no atentan contra la piel de los demás, ustedes exponen la suya. Los reglamentos de los presidios no son dulces y las represiones son terribles.

– Sabemos á lo que nos exponemos, dijo Tragomer. Obedecemos á consideraciones que no pueden ser pesadas con los riesgos que haya que correr.

– ¡Y por nada retrocederemos!

– ¡Diantre!, dijo Vesín; si no me retuvieran mis funciones, me iría con ustedes nada más que por hacer el viaje. Pero un fiscal en tal expedición resultaría algo fuera del cuadro.

– Convengo en ello, dijo Tragomer; pero consuélese usted; le traeremos fotografías.

Aquella grave conversación acabó en broma. Vesín volvió el conmutador de la electricidad y una viva luz inundó la pieza, produciendo reflejos brillantes en los esmaltes y en las porcelanas y haciendo brillar los dorados de los cuadros. Todo aquel lujo moderno que se revelaba repentinamente al brotar la luz, hacía tan completo contraste con los proyectos que se acababan de exponer en la obscuridad, que los tres hombres se miraron, como si quisieran afirmar su realidad. Pero Tragomer sonreía tranquilo y resuelto y la claridad había devuelto á Marenval todo su valor.

– Nos veremos dentro de tres meses, dijo Vesín, pues no emplearán ustedes más tiempo en ir y volver. Si entonces puedo serles útil en algo, tendré en ello mucho placer.

– Amigo mío, si logramos nuestro propósito, vendremos tan llenos de pruebas que será imposible rehusarnos justicia.

– Amén, dijo el magistrado. Buen viaje y hasta la vuelta.

Les ofreció la mano y añadió:

– Acaso son ustedes insensatos, pero lo que van á hacer no es vulgar y les admiro de corazón.

– Querido amigo, dijo Tragomer, yo arriesgo la empresa porque amo á la señorita de Freneuse y trabajo por mí mismo al intentar la rehabilitación de su hermano. Mi mérito es, por tanto, muy débil. El verdadero héroe es Marenval, pues se sacrifica por el honor.

A estas palabras que le tocaban en lo más profundo de su ser, Marenval palideció, las lágrimas brotaron de sus ojos, y sin poder hablar, permaneció temblando de emoción ante sus amigos. Por último movió la cabeza, dió un suspiro que pareció un sollozo y contestó, arrojándose en los brazos de su pariente:

– Adiós, Vesín. Usted sabe á qué atenerse. Si me atacan y yo no puedo defenderme, sosténgame usted. No permita que digan que soy un viejo imbécil.

Repitió con aire extraviado:

– ¡Adiós!

Y cogiendo el brazo de Tragomer, salió como si marchase á la muerte.

V

M. Harvey poseía uno de los más hermosos hoteles de la plaza de los Estados Unidos. Le había parecido patriótico vivir en la plaza que lleva el nombre de su país, lo que, según él, le hacía vivir al mismo tiempo en París y en América. Por su gusto, sin embargo, hubiera vuelto hacía mucho tiempo á su patria si su hija no se hubiera opuesto resueltamente declarando que en modo alguno quería abandonar la Europa. El padre había dicho entonces á su hija:

– Querida mía, si quieres obrar á tu capricho, cásate, porque yo también tengo los míos y quiero vivir, en lo posible, de un modo que no me resulte enteramente desagradable.

– ¿Pero qué tiene de desagradable vivir en un país donde encuentra usted todo lo necesario para ser dichoso?

– Yo no lo soy si no vivo en América seis meses del año, por lo menos.

– Veo que sigue usted siendo un verdadero salvaje.

A esta insolencia filial, Harvey respondió con sonrisa indulgente:

– Es posible. Yo mismo lo creo.

– Me casaré entonces, puesto que eso simplificará la vida para usted y para mí.

– ¿Y con quién, querida mía? ¿Con un europeo ó con un americano?

– Con un europeo, y probablemente con un francés. Para gente ordinaria tengo bastante con mis hermanos. Quiero vivir con un hombre bien educado.

– Eres libre.

– Lo sé; y usted lo será también después de mi boda.

Aquel ganadero que había desplegado tanta energía para fundar su fortuna y crear sus ranchos; aquel hombre que poseía cientos de miles de bueyes pastando en las fértiles praderas indianas, no había podido nunca luchar contra la voluntad de miss Maud, y como hombre práctico ante todo, había tomado el partido de obedecerla, lo que evitaba las discusiones y simplificaba las relaciones de familia. El espectáculo que ofrecían los Harvey, padre é hijos, en América, conducidos por aquella morenilla delgada y débil, era sumamente curioso. En la cabeza de miss Maud había muchas más ideas de las que podían producir los cerebros de sus hermanos. La voluntad de la muchacha, matizada con una nerviosidad debida al perfeccionamiento de la raza, recordaba la tenacidad de su padre. Harvey lo sabía y se complacía en ello. Con frecuencia decía:

– Mis tres hijos juntos no valen lo que mi hija. Si la naturaleza no se hubiera equivocado y la hubiera hecho varón, esta muchacha hubiera aumentado en diez veces mi fortuna; mientras que los jóvenes no harán más que gastarla.

Tenía por ella una alta estimación, lo que es la mayor prueba de afecto en un americano. También decía, hablando de ella:

Mi hija sabe gastar el dinero.

El yanki quería decir con esto que Maud sabía ser pródiga cuando las circunstancias lo exigían, y económica en la vida diaria. Hacía un año que se había instalado con ella en Francia y se aburría soberanamente, pues no comprendía las minucias y las delicadezas de la vida parisiense. Acostumbrado á expresar siempre redondamente su modo de ver, causaba el asombro general emitiendo opiniones tan singulares por su fondo como por su forma. La ingenuidad de aquel americano resultaba discordante con las sutiles hipocresías de la sociedad en que vivía, y cuando hablaba, sin cuidarse de las protestas ni de las exclamaciones de las damas, se hubiera dicho que estaba tirando pistoletazos en una pajarera.

Era tan rico, que en todas partes se le acogió con entusiasmo. El gran mundo parisiense no está ya cerrado como en otro tiempo. Los cambios económicos que se han producido en Francia han modificado la base de las fortunas, y la nobleza, arruinada por su ociosidad, ha tenido que transigir con la aristocracia del dinero, produciendo así un primer fenómeno de nivelación social. Dentro de poco tiempo no habrá más que dos castas, la de los ricos y la de los pobres, que continuarán la lucha secular por la posesión de la autoridad y de la inteligencia.

En un mundo tan abierto á la influencia del dinero y en el que las colonias extranjeras están como en su casa, Harvey no podía menos de ser bien acogido. Recibía, tenía un yate, sabía prestar quinientos luises sin reclamarlos jamás y tenía una hija elegante, original y con un dote colosal. No hacía falta tanto para conciliarle todos los favores. Había sido recibido en el Club automóvil, formaba parte de la sociedad de los Guías y era miembro influyente de la Unión de los yates. Pero se aburría, sin embargo. Para aquel salvaje, como le llamaba su hija, la atmósfera de los salones era asfixiante. Bostezaba en la Opera, ganaba y perdía sin emoción grandes sumas al juego y no estaba contento más que sentado en el pescante de su *mail*, guiando cuatro caballos del Kentuki, ó á bordo de su yate de mil doscientas toneladas, un verdadero transatlántico tripulado por sesenta hombres y armado de seis cañones, con los cuales hubiera podido defenderse, pero que no le servían más que para saludar á los puertos.

La persona del conde de Sorege le fué antipati-

desde el primer momento. Aquel personaje circunspecto y glacial que no decía nunca sino la tercera parte de lo que pensaba y no miraba jamás á los ojos de las personas, le desagradaba extraordinariamente. Era el antípoda de su modo de ser. Cuando su hija le participó que se había comprometido con aquel joven, se atrevió á hacer algunas observaciones.

– ¿Estás segura, Maud, de que el Sr. de Sorege es el hombre que te conviene? ¿Has estudiado su carácter y crees no arrepentirte de haberle dado tu palabra?

Miss Harvey expuso tranquilamente á su padre las razones que habían decidido su elección.

– El conde Juan es de buena familia, y en Francia, padre mío, como en todas partes, hay bueno y malo, verdadero y falso. Es necesario no dejarse servir género de pacotilla. Todo el mundo sabe que nosotros, los americanos, no somos inteligentes en muchas cosas, y por eso tratan de hacernos aceptar cuadros copiados, tapicerías rehechas, objetos falsos y nobles sin autenticidad. Es, pues, preciso mirar muy de cerca, informarse, comprobar, para no ser engañado, y esto es lo que he hecho. El Sr. de Sorege está emparentado con todo lo mejor, tiene una regular fortuna, está agregado al ministerio de Negocios extranjeros, habla inglés muy correctamente y es un joven muy bien educado... He aquí por qué me he comprometido con él.

– No mira jamás; parece un buho...

– Pues á mí me mira muy bien.

– ¿Sabe, al menos, montar á caballo? Nunca se le ve más que en los salones.

– No es un gaucho, seguramente, pero irá á pasear con nosotros cuando queramos...

– ¿Es cazador?

– Todos los franceses lo son.

– ¿Sabe disparar un tiro con puntería?

– No supongo que sea un Buffalo-Bill... Pero no creo que pensemos hacerle perseguir bisontes ó cazar osos grises.

– Creo que toda la fuerza de ese hombre está en la cabeza, dijo Harvey con desdén, y que sus brazos y sus piernas no valen gran cosa.

– Habla muy bien y esto es lo que me gusta. Para los ejercicios corporales, tendrá usted á mis hermanos; para los del espíritu, á mi marido.

– En fin, Maud, eres libre.

El yanki acogió á Sorege con perfecta cordialidad, pues no entraba en su carácter discutir sobre asuntos ya resueltos. Le dió golpes en las rodillas capaces de aplastar un búfalo y observó con placer que el joven no flaqueaba. La prueba de los *cocktail* fué también favorable á Sorege, que era de esas personas que beben sin riesgo porque hablan poco y no se aturden con su propia excitación. Montó en el *mail*, supo coger las riendas en un momento en que Harvey se fingió cansado, y ejecutó vueltas perfectas á gran velocidad sin que pareciese hacer esfuerzo alguno.

En el Havre visitó el yate y mostró tener el aplomo de un marino. Harvey, en una palabra, no pudo cogerle en falta en ningún punto y tuvo que reconocer que su futuro yerno era un *sportman* muy completo. Pero á pesar de todo, no se sentía unido á él por una de esas simpatías que le eran tan fáciles y tan necesarias. Entre Sorege y él había siempre un velo, el de los párpados que ocultaban habitualmente la mirada de aquél.

Para probar á su yerno de un modo más completo, pretextó la necesidad de hacerle conocer sus hijos, de enseñarle sus propiedades, de explicarle sus empresas, y le llevó consigo á América. Cuando volvieron, la opinión de Harvey era la misma. Confesaba que no tenía nada de que acusar á Sorege más que de no gustarle. Hablando de él, decía á su amigo y compatriota Weller:

– Durante los tres meses que hemos vivido con el conde, no le he visto cometer una incorrección ni decir una inconveniencia. Usted me creerá si quiere, Sam, pero hubiera dado diez mil dollars por sorprenderle blasfemando ó abrazando á una camarera de á bordo. Pero ni lo más mínimo. Ese hombre es demasiado perfecto y me da miedo.

Acaso la resistencia opuesta por Harvey á aquel proyecto de enlace excitó á miss Maud á encontrar á Sorege más aceptable. Nunca mostró tanta prisa por casarse como al volver su prometido. Hasta entonces sus relaciones con Sorege no habían sido para el mundo más que una coquetería sin importancia, pero al volver á París el conde fué declarado futuro marido. Entonces se difundió la noticia en los círculos parisienses y la supo Tragomer. El ganadero era demasiado conocido en el mundo que se divierte para que no le hubiera encontrado Marenval. Su modo de conocerse sirvió de texto durante veinticuatro horas á las murmuraciones de la buena sociedad. Se daba una comida en casa de una americana conocida por su excentricidad de lenguaje y por su afición inmoderada á la música. Ambas personas habían sido mutuamente presentadas por la dueña de la casa.

– El Sr. Marenval. Mi compatriota Julio Harvey.

Sir Harvey ofreció entonces la mano á Marenval con una franca sonrisa:

– ¡Ah! Marenval y compañía, ¿verdad? Conozco á usted muy bien. Hace veinte años que *Harvey and C.º* provee á Chaminade, de Burdeos, de todo el pino para las cajas de embalaje de su casa de usted... ¡Tanto gusto!

La cara que puso Marenval, cuya única ambición consistía en hacer olvidar las pastas y las féculas origen de su fortuna, proporcionó á la concurrencia un precioso rato de diversión. De aquella presentación databa la antipatía manifiesta de Marenval por Harvey y en el fondo por todos los americanos, á quienes englobaba en el desdén que le inspiraba el ganadero. Cuando miss Maud pasaba delante de él, brusca, decidida y ruidosa, Marenval le dirigía miradas de conmiseración y tenía por incomprensible que nadie quisiera casarse con aquel marimacho. Cuando supo que el elegido era el conde de Sorege, bromeó diciendo:

– Son tal para cual... ¡Un hipócrita con una desvergonzada! ¡Qué dichoso cruzamiento!

En los días en que Tragomer y Marenval estaban preparando su viaje, fueron invitados á comer en casa de la señora de Weller y se encontraron allí con Harvey, su hija y su futuro yerno. Sorege estaba siendo objeto de una verdadera revista por parte de la colonia americana y sufría filosóficamente todos los cumplimientos de los compatriotas de su prometida. Al ver entrar á Marenval y Tragomer, sólo un ligero fruncimiento de cejas acusó su contrariedad. Su sonrisa amistosa no se borró y escuchó con tranquilidad á su suegro cuando éste le explicó las antiguas relaciones comerciales de *Harvey and C.º* y Marenval y compañía.

Pero cuando Tragomer fué presentado á miss Maud por Sam Weller y se habló del viaje alrededor del mundo realizado por el joven, Sorege observó contrariado que el ganadero manifestaba por Cristián una repentina simpatía. Después de la comida, que había sido suntuosa, rápida y acompañada de música, lo que hizo imposible toda conversación y simplificó así las relaciones entre los convidados, reduciendo la fiesta á una simple manifestación gastronómica, los invitados se repartieron por los admirables salones del hotel Weller. Los hombres se fueron á fumar en el despacho de Sam.

En aquella habitación están coleccionados los más hermosos cuadros de la escuela de 1830, comprados á peso de oro por el fastuoso americano. El *Degüello en una mezquita,* de Delacroix, fraterniza con el *Concierto de los monos,* de Decamp, y la *Merienda de los segadores,* el mejor cuadro de Millet, hace pareja con la *Danza de las ninfas,* de Corot. *La puesta del sol,* de Díaz; la *Orilla del río,* de Dupré; los *Grandes bosques agostados,* de Rousseau, disputan la admiración á las preciosas praderas de Troyon y á los magníficos estudios de Messonnier. En cuanto Harvey encendió un cigarro, se dirigió á Marenval y á Tragomer, que estaban sentados no lejos de Sorege, y les dijo señalando á los cuadros de su amigo:

– Sam Weller tiene una hermosa galería; pero si ustedes vienen á mi casa del Dacotah, verán que mis cuadros valen tanto como los suyos. Solamente que yo no tengo más que pintores antiguos... Rembrandt, Rafael, el Ticiano, Velázquez Hobbema...

Marenval miró á Harvey de reojo é interrumpió:

– Esos son los que se copian más fácilmente.

– Sí, pero los míos son todos originales.

– Eso es lo que creen todos los coleccionadores, y como los que les venden cuadros cuidan de no contradecirles...

– ¿Pero Sam Weller no tiene más que cuadros auténticos?

– ¡Um!.., dijo Marenval con acento de duda.

– Los pintores que los han hecho son conocidos y hay todavía personas que se los vieron pintar.

– Y sus Rembrandt y sus Hobbema de usted, ¿quién los garantiza?, replicó Marenval con ironía. ¿También se les ha visto hacer?

– Los franceses sois incrédulos, dijo Harvey con calma. Yo he comprado mis cuadros, y cuando hayan estado treinta años en mi galería y los hayan visto todas las personas que me conocen, nadie dirá, si quiero venderlos, que puedan ser falsos, pues saldrán de mi casa y yo soy muy conocido.

– El razonamiento, dijo Tragomer, no deja de ser justo. El pabellón da valor á la mercancía. Hay cuadros, pagados muy caro, que no han tenido más mérito que el nombre del coleccionador.

– Ustedes se burlan de los americanos, continuó Harvey, porque somos espíritus sencillos; nos consideran ustedes casi como salvajes, que bailan cuando se les enseñan unas cuantas bolas de cristal pintado. Hay algo de verdad en este juicio, pero nuestra sencillez pasará. Nos formaremos, y el día en que lleguemos á conocer nuestras propias fuerzas, prescindiremos de Europa y nos fabricaremos nosotros mismos nuestros cuadros falsos. Desde hace veinte años hemos hecho progresos considerables y cada vez nos perfeccionamos más. Ya les enviamos á ustedes cueros, maderas, máquinas, caballos, trigo, y acabaremos por enviárselo todo.

– ¡Y quién sabe si también cañonazos!, dijo con acritud Marenval.

– ¡No lo quiera Dios!, respondió Harvey. Seríamos unos hijos ingratos y despreciables, pues todo se lo debemos á las naciones de Europa, que nos han creado, y especialmente á Francia, que nos ha dado la libertad.

– ¡Es una noble respuesta!, dijo Tragomer.

– En América estimamos á los franceses.

– Y vuestras hijas los aman más que ustedes, interrumpió Marenval.

Hervey sonrió.

– Es cierto, dijo. Los franceses son amables, finos, bien educados... No tienen más que un defecto; el de amar demasiado á su país... Ellos no van bastante á los demás países, y hay que venir al suyo... No digo esto por el señor de Tragomer, que es un viajero infatigable... Pero, usted, Marenval, con su fortuna, ¿por qué no viaja usted?

El defecto capital de Marenval era la vanidad. No pudo, pues, privarse del placer de deslumbrar á Harvey, y dijo, sin calcular el alcance que podían tener sus palabras:

– Pues bien, será usted complacido, Harvey, porque voy á hacer muy pronto un viaje á Ultramar con Tragomer...

No terminó, porque la mano de Cristián le apretó fuertemente el brazo. El conde de Sorege, que estaba fumando con beatitud sentado en un sillón, sin que pareciese prestar atención á lo que se hablaba, se levantó y se aproximó al grupo del que Harvey era el centro.

El ganadero, interesado por la noticia de Marenval, preguntó:

– ¿Y dónde irán ustedes, si no es indiscreción?

Marenval permaneció mudo y Tragomer se encargó de las explicaciones.

– Tenemos el proyecto Marenval y yo de hacer una expedición al Mediterráneo. Llegaremos hasta Smirna y volveremos por Túnez y Argel.

– Sí, dijo Harvey con indulgencia, es un bonito viaje para empezar. Se conoce que el señor de Tragomer quiere ahorrar molestias á Marenval ¿Se marea usted?

– No he navegado nunca, confesó Cipriano, pero no creo que sea más difícil que cualquiera otra cosa.

– Para un hombre libre, amigo Marenval, no hay sensación comparable á la de sentirse dueño de su barco en medio del Océano, entre el cielo y el agua. Allí se está verdaderamente en presencia de Dios... Pero en ese lago interior apenas perderán ustedes de vista las costas... Vénganse ustedes conmigo en mi yate; les llevaré adonde quieran... Hace tiempo que tengo gana de ir á Ceilán; esa será una ocasión.

– Gracias, Harvey, respondió Marenval; para prueba nos basta ese lago interior, como usted llama desdeñosamente al Mediterráneo, que es muy traidor, entre paréntesis...

– ¿Y en qué barco irán ustedes?

– Tenemos en tratos un yate, dijo Tragomer; el que sirvió á lord Spydell para ir al Cabo el año último. Es un vaporcito de sesenta metros de largo, de buenas condiciones marineras y que anda doce nudos. La tripulación se compone de veintiséis hombres. La arboladura tiene dos palos, lo que permite servirse de las velas y ahorrar el carbón...

– Y hasta hay á bordo cuatro buenos cañones, añadió Marenval, que parecía decidido á hablar siempre que debía callarse.

– ¿Y qué piensan ustedes hacer con esa artillería?, dijo una voz burlona. ¿Van ustedes á bombardear Malta ó á tomar Trípoli?

Tragomer se volvió y se encontró con Sorege, que sonreía de un modo enigmático.

– Los cañones estaban á bordo y los hemos dejado. ¿Quién sabe? Las costas de Marruecos no son muy seguras; no hace mucho tiempo los piratas apresaron un barco de comercio. Si hace falta podremos defendernos.

– Marenval, en efecto, sería una buena presa; le exigirían un enorme rescate... Pero la idea del viaje ha sido repentina. Me parece que no pensaba usted en eso hace pocos días, cuando hablamos...

(Continuará)

ISLA DE CUBA

RECUERDOS DE LA ÚLTIMA GUERRA

D. Alfonso Figueras y González, agente en Barcelona de la casa Bacardi y C.ª, de Santiago de Cuba, que recientemente ha regresado de la isla, ha traído varios objetos de interés histórico relacionados con el sitio y capitulación de aquella capital que agotados sus recursos, privada de todo auxilio y habiendo visto destruída la escuadra del almirante Cervera, hubo de rendirse al ejército yanki, no sin antes defenderse heroicamente.

Dichos objetos, que actualmente están expuestos en un establecimiento de esta capital, son:

1.º Una fotografía que el adjunto grabado reproduce, de la ceiba llamada el Arbol de la paz y que se ha hecho famosa por haber celebrado bajo su sombra el general español D. José Toral y el americano W. R. Shafter, en julio de 1898, los tratos y conferencias para la capitulación de Santiago de Cuba que se firmó allí mismo en 18 del citado mes. Este árbol está situado al Este de aquella ciudad, en el camino del Caney, al pie de la loma de San Juan, cuya defensa por un puñado de héroes constituye una de las páginas más gloriosas de la última guerra.

2.º Un pedazo auténtico del tronco mayor del referido árbol, cuya autenticidad atestigua un certificado del alcalde de Santiago de Cuba, expedido á instancia del Sr. Figueras en 14 de marzo de 1899.

3.º Un fragmento de los restos de la bandera del buque de guerra *Vizcaya,* arrojados á la playa del nuevo Aserradero y recogidos por D. Manuel Alvarez, quien cedió parte de ellos á D. Ernesto Moya, capitán en aquella fecha del ejército cubano y actualmente jefe de los bomberos de Santiago de Cuba, el cual certifica la autenticidad del fragmento traído por el Sr. Figueras.

4.º Una granada yanki de percusión, de 32 centímetros de diámetro y 825 libras de peso, de la cual se extrajeron al descargarla 150 libras de pólvora: esta granada cayó el día 11 de julio de 1898 en la calle de Cristina, cerca del alambique de la casa Bacardi y C.ª, y no hizo explosión gracias á la blandura del suelo producida por las lluvias.

5.º Otra granada de 240 libras de peso que cayó cerca del Morro de Santiago y no hizo explosión por la misma causa antes indicada.

6.º Otra granada de 100 libras que cayó en la plaza de San Francisco y fué recogida por D. Federico Boix, capitán de voluntarios españoles.

7.º Otra granada de 40 libras que cayó en el fuerte del Morro y

8.º Otra granada de seis libras de peso caída asimismo en la calle de Cristina.

Todos estos objetos serán regalados por su poseedor á uno de los museos de Cataluña. – X.



ISLA DE CUBA. – CEIBA LLAMADA EL «ARBOL DE LA PAZ» POR HABERSE CELEBRADO BAJO EL MISMO LAS CONFERENCIAS Y TRATOS PARA LA RENDICIÓN DE SANTIAGO DE CUBA Y FIRMADO LA CAPITULACIÓN DE LA PLAZA EN 18 DE JULIO DE 1898 (de fotografía facilitada por D. Alfonso Figueras y González, agente en Barcelona de los Sres. Bacardi y C.ª, de Santiago de Cuba).

REPÚBLICA ARGENTINA

INSTITUTO AMERICANO DE ADROGUÉ

(Véase el grabado de la página 328)

Levántase el Instituto Americano en Adrogué, pintoresco pueblo situado á media hora de tren de la ciudad de Buenos Aires, ocupa una superficie de más de 9.000 metros cuadrados y está dividido en tres grandes cuerpos, además del chalet en donde habita el director con su familia. En el cuerpo central están las clases y la capilla y en los laterales los dormitorios, en donde cada alumno tiene su celda con ventana que da á los jardines del establecimiento.

Los lavatorios y cuartos de baño son muy lujosos y el comedor tiene verdadera grandiosidad.

Posee el Instituto un gabinete de física de primer orden, un magnífico museo de Historia Natural y una hermosa biblioteca con más de 7.000 volúmenes.

Además de los extensos jardines, de los grandes patios y de la huerta, en donde á modo de recreo los alumnos practican algunas faenas agrícolas, hay en el Instituto una gran cancha para el juego de pelota y otra para el de bochas.

En el Instituto Americano se dan las enseñanzas primaria, secundaria, comercial y de adorno y cursos preparatarios para las escuelas Naval, Militar, de Agronomía y de Veterinaria. El Instituto publica mensualmente un boletín, del que varias veces se ha ocupado en su sección bibliográfica LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y que constituye una verdadera revista literaria.

El Instituto Americano es, en suma, el primer establecimiento de educación que hoy tiene la República Argentina.

A su director D. Ricardo Monner Sans, que por su solo esfuerzo lo ha colocado á tan envidiable altura en el corto espacio de cinco años, cábele la satisfacción de ver que se le hace justicia, no sólo entre los españoles, sus compatriotas, sino que también entre los americanos. Un argentino tan ilustre como el Dr. Zeballos, ha escrito hablando de él: «D. Ricardo Monner Sans es español de la emprendedora y valerosa Cataluña, que vale bien un reino.» «Este literato es hombre de acción: cierto es que dije ya su origen catalán.» «Ideó, edificó y equipó con recursos privados y copiosos un instituto libre de segunda enseñanza incorporado oficialmente al sistema nacional cuya vida se robustece por grados. En esta difícil iniciativa, precedida de tantos fracasos, el Sr. Monner Sans acentuó su personalidad, revelando su inteligencia y su perseverancia. Es un español de carácter esforzado que honra á su tierra y hace bien á la nuestra.»

El gobernador de la provincia de Buenos Aires nombró hace poco una comisión para que informara sobre la importancia del Instituto y si sería conveniente darle carácter oficial, y esa comisión, compuesta de los doctores Demaria, Amenedo y Portela, consignó en su dictamen que el Instituto es modelo en su clase y que convendría que el gobierno le prestase su apoyo á fin de lograr que el gobierno federal le diese la autonomía poniéndolo en las mismas condiciones que los establecimientos oficiales de enseñanza.

Hace poco, con ocasión de visitar el Instituto el Ministro plenipotenciario de España en la República Argentina D. Julio Arellano y Arózpide, el señor Monner Sans, en el suntuoso banquete con que obsequió á tan ilustre visitante y al que asistieron los más caracterizados miembros de la colonia española, pronunció un elocuente discurso exponiendo una idea de gran importancia para España.

La preocupación hoy dominante en cuantos españoles residen en la República Argentina es buscar el modo de ser útiles á la patria de una manera práctica. Todos deseamos aportar nuestro grano de arena á la reorganización y futuro engrandecimiento de la tierra en que nacimos, y nuestros pensamientos y anhelos á ello se dirigen sin ambiciones políticas y sin enconos de partidos. El señor Monner Sans, que siente con superior grandeza tales sentimientos, trabaja constantemente con tesón y entusiasmo para realizar tales anhelos y sentimientos. Y en este sentido, en el discurso á que antes nos referimos, después de exponer que en adelante á los alumnos del Instituto se les darían conferencias especiales de historia de España, sintetizó sus propósitos en las siguientes palabras: «Hoy que por ley ineludible todo se transforma, las naciones basan su poderío en el comercio y en la industria. El Instituto quiere hacer algo positivo: los alumnos que se educan en él se incorporan luego á la actividad argentina. Mi plan es el siguiente: ¡fabricantes españoles, mandadme vuestros productos!, ¡nazca aquí, modesto como creación mía, el *Museo Comercial Español!* Y si en la clase referimos á nuestros alumnos las proezas de nuestros antepasados y en el museo les ponemos de relieve los esfuerzos de nuestra actividad, ¿no habremos hecho algo positivo en pro de España y de la confraternidad hispano-argentina?»

Tal idea valió al Sr. Monner calurosísimas felicitaciones y varias personalidades importantes trabajan para que el pensamiento tenga el éxito más completo.

Es de esperar que la industria española responderá á tan levantada como oportuna iniciativa; y si es así, no tardarán en tocarse los resultados del laudable pensamiento del Sr. Monner Sans, á quien corresponderá la gloria de haber prestado con ello un gran servicio á nuestra querida España.

Buenos Aires. JUSTO SOLSONA

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

ABASTECIMIENTO DE AGUAS DE BARCELONA. – MANANTIAL DE GARRAF, por *D. Eusebio Güell y Bacigalupi.* – Folleto en extremo interesante para cuantos se preocupan del problema del abastecimiento de aguas de nuestra ciudad: su autor el Sr. Güell, propietario del manantial de la *Falconera*, refuta con sólidos argumentos basados en números cuanto se ha dicho en contra del proyecto de traída de aguas presentado por él al ayuntamiento y aprobado por la comisión de Fomento, y demuestra las ventajas del mismo sobre todos los demás que figuran en el concurso. El folleto ha sido impreso en Barcelona en la imprenta de Henrich y C.ª

NOTICIAS REFERENTES Á LOS ANALES DEL TEATRO EN SEVILLA DESDE LOPE DE RUEDA HASTA FINES DEL SIGLO XVII, por *José Sánchez Arjona.* – Obra es esta de verdadera importancia, cuyo examen, por breve que fuese, exigiría mayor espacio del que esta sección nos consiente. El título indica suficientemente el plan de la obra en cuyo desarrollo demuestra el Sr. Sánchez Arjona una erudición vastísima y un conocimiento profundo de nuestro teatro antiguo: bastará decir, en prueba de ello, que se acercan á mil los autores citados y pasan de cuatrocientas las obras á que se hace referencia, haciendo el autor atinadas observaciones acerca de unos y otras. Es un estudio, en suma, completísimo de una época del teatro español. La obra del Sr. Sánchez Arjona se vende á seis pesetas.

D. JUAN NÚÑEZ GARCÍA, novela histórica por *Agustín Mencos F.* – El distinguido escritor Guatemalteco Sr. Mencos, correspondiente de la Academia Española, ha relatado en esta novela algunos interesantísimos sucesos de la Guatemala de principios del siglo XVIII que en forma confusa se conservaban en viejos manuscritos y crónicas. Con elementos tomados de la realidad, ha trazado el autor un relato que á las bellezas de estilo une el interés histórico y novelesco propio del género á que la obra pertenece, género que á pesar de las nuevas tendencias cuenta aún con no pocos partidarios. El libro ha sido impreso en Guatemala en la tipografía «El Comercio.»

EL AMA DEL NENE, por *Ricardo Revenga* y *Fernando Piñana.* – Inspirándose en el pensamiento de una obra extranjera han escrito los Sres. Revenga y Piñana un bonito juguete cómico en tres actos y en prosa que recientemente y con muy buen éxito se estrenó en el teatro de la Comedia de Madrid. Abunda la obra en situaciones graciosas y en chistes de buena ley, está bien escrita y el desarrollo de su acción entretiene é interesa. *El ama del nene* se vende en las principales librerías.

EL TULIPÁN NEGRO, por *Alejandro Dumas.* – La «Nueva Biblioteca» que con tanto éxito edita en esta ciudad D. Luis Tasso, se ha aumentado con esta interesantísima novela del ilustre escritor francés, que como la mayoría de sus obras es una narración novelesca interesantísima enlazada con un acontecimiento histórico. *El tulipán negro* se vende á cuatro reales en rústica y á seis encuadernado en tela.

EL BUQUE DE COMBATE, por *M. Martínez Barrionuevo.* – Se ha publicado el segundo y último tomo de esta bellísima novela del fecundo y celebrado escritor Sr. Martínez Barrionuevo: hace poco, con motivo de la publicación del primero, dijimos algo de la primera parte de esta novela, por lo cual nos limitaremos hoy á consignar que el interés del asunto sube de punto en el segundo, que la acción se desarrolla naturalmente hasta llegar á un desenlace verdaderamente emocional, que los caracteres de los personajes se sostienen con perfecta lógica y que las bellezas de fondo están avaloradas por las galas de estilo, constituyendo en suma una de las mejores producciones de su reputado autor y marcando una nueva fase en su personalidad literaria. Véndese á tres pesetas.

JESÚS Y EL DIABLO, poema en forma dramática por *Luis de Zulueta* y *Eduardo Marquina.* – Ajustándose á los pasajes del Evangelio de San Lucas referentes á la tentación de Jesús, han escrito los Sres. Zulueta y Marquina este poema, bien versificado y esmaltado de hermosos pensamientos, que ha sido impreso en Barcelona en la imprenta La Académica.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Boletín del Instituto Americano de Adrogué, publicación mensual; *Boletín mensual demográfico de Montevideo; Caras y caretas*, semanario festivo de Buenos Aires: *Los sucesos*, semanario ilustrado de México; *Revista Mercantil*, periódico decenal bonaerense; *Revista Militar*, publicación mensual de Lima; *Revista de Valparaíso*, publicación mensual.



REPÚBLICA ARGENTINA. – ADROGUÉ. «INSTITUTO AMERICANO.» PATIO DE INVIERNO Y PARTE DEL CHALET DEL DIRECTOR D. RICARDO MONNER SANS (de fotografía remitida por D. Justo Solsona)



IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



Año XVIII — Barcelona 22 de mayo de 1899 — Núm. 908

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

TARDE DE DOMINGO, dibujo original de Vicente Cutanda

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Política europea. – Combinaciones diplomáticas en Asia y en Africa. – Arreglos en la cuestión de China entre Rusia é Inglaterra y arreglo entre Inglaterra y Francia en la cuestión del Sudán. – Falta de respetos, así al sultán bizantino como al emperador celeste. – Profundo disgusto de Italia. – Justificación de este disgusto. – Los piamonteses. – Conclusión.

El asunto puesto de relieve por el interés público es la conferencia holandesa, donde todos los Estados tratarán del desarme y del arbitraje. Se necesitaría sumo candor para suponer la solución de tales problemas por lo más estacionario y por lo más apegado á los viejos hábitos, por un diplomático burócrata congreso, incapaz, no ya de resolver, de mejorar siquiera nuestras enfermedades sociales, cuando estos representantes de poderes absurdos las enconan y las agravan á diario. No está la desesperación entre mis achaques. Optimista por naturaleza y gracia, creo en la libertad universal, y espero que la libertad universal nos granjeará la perpetua paz. Mas como no se trata de un problema social á estudiar, se trata de un problema social á resolver, digo que si el desarme hoy entra en la categoría de lo posible, la categoría de lo imaginable; no entra en la categoría de lo oportuno, la categoría de lo cumplible y realizable. Cuando yacen palpitantes en el Atlántico nuestras dos Antillas víctimas de la guerra más injusta que han conocido las edades históricas; cuando el humo de los incendios asombra el claro cielo de Filipinas; cuando hemos estado á punto de trabar el más espantoso conflicto terráqueo por China y por Samoa; cuando el candiota muestra sus labios ennegrecidos por la pólvora y el suelo de Grecia tiembla por los nuevos desastres que ha sufrido el derecho en los clásicos adversos campos de Farsalia; cuando el engrandecimiento colonial genera futuras batallas sin medida ni número; cuando cada Imperio aumenta el dispendio de fuerza y el derroche de dinero en materias bélicas, paréceme verdadera burla tratar del desarme y del arbitraje, naturalísimos generadores de la paz, entre los dicharachos y las blasfemias de mutuas amenazas y las siniestras vibraciones de innumerables armamentos. El ejemplo de Inglaterra debe presentarse á los incautos como se presentaba el ejemplo de los ilotas ebrios á la juventud espartana. Esta nación, á quien las varias gestiones de Gladstone hicieran rica y colocaran en un desahogo tan saludable, como quiera que mientras escribía notas á Petersburgo sobre desarme, armaba buques y más buques, se halla en estado tal que ha debido disminuir las amortizaciones de sus deudas y presentar sus recientes presupuestos con un crecido déficit, cuando ha poco los cerraba con sobrantes y disminuía en meditada progresión sus obligaciones.

Y eso que parece pasar un aura benéfica de paz por Europa. Grandes cuestiones intrincadísimas difundían alarmas terribles por todas partes. Se temía un conflicto entre Alemania y América por Filipinas y por Samoa; se temía otro conflicto entre Inglaterra y Francia por Africa; se temía otro conflicto entre Rusia é Inglaterra por China. Los pasos del Imperio moscovita en Corea, las apropiaciones nuevas en el golfo pérsico, la excitación perpetua dirigida con solapados procederes á los amigos de Abisinia y de Mongolia determinaban un estado de relaciones entre Rusia é Inglaterra, el cual podía concluir por un escandaloso rompimiento. Los mares del Oriente sembrados se hallan de torpedos próximos á estallar y á malherir los más formidables imperios, como lo demuestra el célebre incidente de Coghlan. Este veterano de la marina yanki ha criticado acerbamente los procederes de la marina imperial alemana en Manila y después ha recitado unos acerbísimos versos denigrando al emperador alemán. La facilidad con que se han dado y recibido explicaciones, no empece á la gravedad del caso, demostrativo de que hay en los aires y en las aguas de ambos pueblos muchos miasmas á cuya ponzoña se condensan y estallan las guerras. Muy numerosos deben resultar en la cuenta de lord Salisbury los peligros, pues se pone la venda mucho antes de la herida y recoge cuantos cabos sueltos se dilatan por el planeta en evitación de un conflicto. Aunque mantenía porfiado la política de puertas abiertas, según á los ingleses importa é interesa, pasa por la política de las esferas de influencia con arreglo á los intereses de Rusia y resuelve sin vacilar el problema de los ferrocarriles chinos que tantas dificultades le ha suscitado y tantos dolores de cabeza le ha traído. Según este arreglo, Rusia podrá extender su influencia comercial é industrial en Mandchuria y más allá de la gran muralla, mientras Inglaterra no tendrá ni podrá tener concurrencia ni rivalidad alguna en su cuenca del Yangtsé. Arreglado el gran litigio de Asia, puede asegurarse no resultar beneficio alguno á la paz universal hasta que no se arreglase, y arreglase bien, el intrincado litigio de Africa. Por Asia podrá venir una guerra entre Rusia é Inglaterra; por Africa una guerra entre Inglaterra y Francia. La cuestión parecía en la superficie más fácil; pero en el fondo tropezaba con mayores dificultades y mayores complicaciones que la cuestión de Asia. Cierto que en Asia se halla el Imperio chino; pero tan maltrecho por sus desgracias y tan expuesto á las revoluciones, que no puede á muy subido precio estimarse su disgusto. En Africa existe un poder que toma consistencia y solidez á medida que caen sobre su corona desastres y desgracias, el imperio turco. Hacer que no se mueva el sultán allí donde puede suscitar una guerra santa; moderar las impaciencias de Italia por Trípoli; justipreciar los esfuerzos de Francia en el Congo y en el Nilo; permitir á esta potencia ligar sus posesiones del Norte con sus engrandecimientos por el Sudán; trazar los límites de las regiones en que acaba el influjo británico y empieza el francés, obra de gran trascendencia me parece y á cabo llevada con superior facilidad.

Estos arreglos han debido disgustar y han disgustado profundamente á Italia. Poseída también de la neurosis colonial, cuyos accesos padecen desde las naciones, como Inglaterra, de mayores aptitudes coloniales, hasta las naciones, como Prusia y Austria, de mayor ineptitud en tal materia, sueña con Africa, teatro de sus antiguos héroes, quienes desde los Escipiones hasta Mario, lucen el pedestal de Cartago y esperanza de venideros dominios, por cuyo logro ha mostrado la impaciencia mostrada en los esfuerzos por conseguir á Túnez, en los combates por agrandar Eritrea, en las maniobras por allegarse Trípoli. Y este arreglo entre Francia é Inglaterra pone al pronto un límite artificial á las constantes aspiraciones italianas y las refrena por mucho tiempo. No hay que pensar en extender Eritrea; no hay que pensar en combatir Abisinia; no hay que pensar en alcanzar Túnez, indispensable á la joven Italia, como á la vieja lo fué la nueva Tiro, sita donde hoy Túnez se levanta; no hay que pensar en Trípoli, preciosa banda de arena, en el Mediterráneo colocada como una llave de Africa: la estabilidad reinará en el continente negro, y cada cual de sus poseedores se quedará donde hoy se halla colocado por el destino, hasta que nuevos sacudimientos geológicos hagan surgir allí grandes entidades sociales acompañadas de ricos y varios organismos. No conozco afectos más sinceros que los afectos de Italia por Inglaterra; no conozco afectos más pérfidos que los afectos de Inglaterra por Italia. La quiere mientras Italia sirve sus intereses y aumenta sus fuerzas. Cuando Italia necesita de Inglaterra no la encuentra nunca. Para Inglaterra tomó Italia Kassala. ¿Me queréis decir que ha tomado Inglaterra para Italia? Sola dejó á la bellísima nación entre los dientes de las hienas etíopes. Y ahora, ¿qué sucede? Pues sucede que, viendo Italia cómo se reparten los demás pueblos el imperio chino, tomó para sí la bahía de San Mun, y encontró, al tomarla, dificultades y obstáculos no encontrados por ningún otro pueblo. En vano llamó á Inglaterra; la grande nación amiga dejóle salir de su apuro como Dios á entender le diera, sin prestarle ningún auxilio. Esto ya irritó á Italia, quien, imposibilitada de dar contra la barbarie del déspota Chamberlain, causante de todos los males caídos sobre nosotros en el año último, dió sobre su propio gobierno, levantando en su contra furiosa oposición. Pero el golpe de gracia, en el concepto y sentir de los italianos, ha sido este golpe de ahora con respecto al Africa. ¿Cómo? En pago de su grande amistad, ¿se la despoja de toda esperanza y aspiración sobre Trípoli, porque Italia es débil, mientras se sanciona la posesión de Túnez por Francia, porque Francia es fuerte? Y este proceder lo funda Inglaterra sobre respetos al sultán despojado por Inglaterra del Egipto, despojado del Sudán, despojado del Nilo superior, despojado de Chipre, y ahora despojado de Creta, sin respeto alguno á sus odiosos privilegios y sin estima ninguna de la integridad del Imperio. Dado todo esto, no me asombra que los piamonteses, los fundadores del régimen parlamentario en Italia, se levanten contra esa política de los italianos, política de fantaseo y de aventura, la cual, sin aportar un átomo al acervo común de la tierra nacional, ha vaciado las arcas del tesoro y malherido la reputación del ejército.

Madrid, 15 de mayo de 1899.

FANTASÍAS

LA LEYENDA DEL ROCÍO

Veréis cómo fué. Todo, en un principio, era sombrío y triste. Pero el Divino Hacedor, enamorado de su obra y queriendo infundirle un alma, exclamó con divino laconismo: *Hágase la luz*, y la luz fué hecha.

¡Qué explosión de alegría! Las aves lanzaron alegres trinos que reemplazaron á los lamentos melancólicos y ahogados; las flores esmaltaron el suelo con un tapiz en que se fundían los más brillantes colores, la brisa se encargó de perfumar el ambiente; y el día hizo su entrada triunfal en el mundo, cautivando con su espléndida hermosura á la Naturaleza.

Esta se sintió fascinada. Desde que el día apareció en el horizonte comprendió que sin él no podía existir.

Pero efímeras son las dichas todas del mundo, y efímera fué la dicha inusitada – tanto más grande cuanto menos esperada – de la Naturaleza. Unas cuantas horas bastaron para que toda aquella ventura se desvaneciese. El día expiró lánguido y triste tras las colinas azuladas que cerraban el horizonte. Moría el bien amado, huíasele á la Naturaleza de entre los brazos, y entonces fué el llorar de ésta y entonces fué el dolor agudísimo de la enamorada que ve para siempre desaparecer el bien que adora. Aquel llanto fué ávidamente recogido por las flores y por el césped en sus corolas y en sus briznas.

Condolido el Creador por pesar tan sincero y profundo, quiso de algún modo llevar el consuelo á la afligida Naturaleza. Y algunas horas después volvió á surgir el día por Oriente, con gran contentamiento de la Naturaleza toda, que oyó una voz descendida de la altura, voz majestuosa y magnífica, voz incomparable y jamás oída, que decía:

«Vuelve á tus brazos el que tanto amas. Pero te advierto que cada veinticuatro horas lo verás desaparecer. Y te lo vuelvo, condolido de tu llanto; pero ten en cuenta que cuando al morir la luz dejes de llorar por ella, desde ese instante no volverás á verla jamás; porque entonces habrás demostrado lo poco en que estimas la dicha que te ofrezco.»

Por eso desde que se esconde el postrer rayo del sol, hasta el alba siguiente, sorprendemos desde entonces en las corolas de las flores y en las briznas de las hierbas las gotas del rocío.

EL ENTIERRO DE LA SÍLFIDE

Murió después de haber sentido deslizarse su breve existencia en compañía de flores y pájaros, de duendecillos y sílfides, anegándose unas veces en los rayos del sol que se filtraban á través de las hojas, otras escondiéndose bajo el calado encaje de la floresta. Fué una vida breve, es verdad, pero deliciosa

Murió sobre la corola de una rosa, que se abrió para darle perfumada sepultura, y fuése desvaneciendo también poco á poco, poco á poco, hasta quedar reducida á la pequeñez de una mariposa, como ella menuda, como ella elegante y hermosa como ella.

Mecíase el perfumado ataúd á impulsos de la brisa.

En un momento, de todas partes del bosque comenzó á surgir una nube de insectos, perfumes, pájaros, duendecillos y sílfides, que vinieron á agruparse en torno de la rosa en que yacía la muerta, formando un abigarramiento extraño, en el cual se fundían todos los colores del iris.

Por catafalco, la corola de una rosa; por nubes de incienso, las oleadas de perfumes que enviaban las flores, todas pesarosas de la muerte de la sílfide; por cortejo, sus compañeras místicas y alicaídas; por sones de órgano, los trinos de las aves remedando las notas agudas y el zumbido de los insectos remedando las graves. Fué un entierro en toda regla.

Terminada la ceremonia de aquel mundo microscópico y extraño, fuése retirando el cortejo lentamente y como con tristeza, dejando á la muerta tan sola como aquella otra de que nos habla el inmortal poeta sevillano en su célebre rima. Ensanchó un poco más la rosa sus pétalos y encerró en su cáliz á la sílfide.

Qué dicha, ¿verdad? ¡Por paletadas de tierra, las hojas perfumadas y sutiles de una rosa de los campos

MANUEL AMOR MEILÁN

MÉJICO. — XXIII EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES

La Escuela Nacional de Bellas Artes, la antigua Academia de Nobles Artes de San Carlos fundada por D. José Echeverría y D. José Fernando Couto, ha venido celebrando, desde su restauración en 1846, exposiciones que en un principio fueron anuales y después bienales, fomentadas siempre por todos los gobiernos. De todos los certámenes verificados, pocos han tenido la importancia del que se inauguró á principios del presente año, siendo presidente de la República el general D. Porfirio Díaz y director de la Academia D. Román S. de Lascurain.

La convocatoria publicada en 4 de marzo de 1898 hacía un llamamiento á todos los artistas nacionales y extranjeros residentes en México, pero á instancia del artista español D. Eduardo Luque Aicardy hízose aquélla extensiva á los pintores y escultores españoles que quisieran enviar sus obras



D. ROMÁN S. DE LASCURAIN, Director de la Escuela de Bellas Artes de Méjico (de fotografía)



D. EDUARDO LUQUE AICARDY, pintor y literato malagueño, iniciador del Concurso español en la Exposición de Bellas Artes de Méjico y miembro jurado del contingente mejicano (de fotografía).



MEJICO. – EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES. – ENCUENTRO FELIZ, cuadro de Ramón Tusquets

fuera de concurso, á cual efecto el gobierno mejicano envió oportunas instrucciones á sus ministros en Madrid y Roma y á sus cónsules en las principales ciudades de España.

Los artistas españoles respondieron al llamamiento y sus obras dieron gran brillo á la exposición, ocupando en ella lugar distinguidísimo, siendo justamente apreciadas por los inteligentes y aficionados mejicanos y mereciendo sus autores frases muy encomiásticas del profesor de la Escuela D. Manuel Revilla en el discurso pronunciado el día de la apertura.

El pensamiento de que fueran admitidos los trabajos de artistas españoles fué, pues, felicísimo, y la gloria del mismo corresponde, como he dicho, al señor Luque Aicardy, iniciador de la idea, y al Sr. de Lascurain que la secundó con entusiasmo. No debe olvidarse tampoco la participación directa y decisiva que en ella tuvo el Gobierno Supremo facilitando en gran manera su realización.

Imposible nos sería analizar, aunque fuese someramente, las obras presentadas en la exposición, por lo cual nos limitaremos á hacer un relato sucinto del número de las mismas:

Dibujo de ornato, profesor D. Pedro Parra, 33; dibujo de paisaje, profesor D. José de Velasco, 30; dibujo diurno de figura tomado de la estampa, profesor D. Joaquín Ramírez, 49; dibujo nocturno de figura tomado de la estampa, profesor D. Andrés Ríos, 47; dibujo del yeso, diurno y nocturno, profesor don Santiago Rebull y D. Leandro Izaguirre, 29; dibujo del natural, profesor D. Santiago Rebull, 24; dibujo lineal, profesor D. Felipe B. Noriega, 27; escultura y ornato, profesor D. Enrique Alciati, 77; clases de claroscuro, copia de cuadros y del natural, composición y pintura al óleo, profesor D. José Salomé, 270; pintura de paisaje, profesor D. José M.ª Velasco, 22; acuarela, profesor D. Efisio Caboni, 40; grabado en hueco, profesor D. Cayetano Ocampo, 41; grabados de fuera de la escuela, 58; grabado en láminas, profesor D. Luis S. Campa, 57; Escuela Nacional de Zacatecas, 17 dibujos; Escuela Nacional de Profesores de Méjico, 61 composiciones; Escuela de Bellas Artes de Jalapa, 32 dibujos; profesor D. Natal Pesado, 16 dibujos; Colegio Militar, 102 dibujos; cuadros de profesores de la Escuela Nacional y de artistas nacionales y extranjeros de fuera de la misma residentes en Méjico, 107; de pintores mejicanos y extranjeros residentes aquí y en el extranjero y colecciones particulares, 100; sección española, 196.



MEJICO. – EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES. EDIPO Y ANTÍGONA, cuadro de F. Rodríguez (pintor mejicano)

Acompañamos á este artículo reproducciones de cinco cuadros, dos de pintores españoles, los señores Tusquets y Benlliure, y tres de artistas mejicanos, los Sres. Alcérreca, Mendoza y Rodríguez, y los retratos del Sr. Lascurain, que merece toda suerte de elogios por la inteligencia y actividad que ha demostrado en la organización del certamen, y del señor Luque, á quien se debe el concurso de los artistas españoles, cuyas obras han sido en su mayor parte adquiridas á muy buenos precios por inteligentes aficionados mejicanos.

DR. J. NANSEN

Méjico, marzo de 1899.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA felicita al Gobierno mejicano y especialmente al dignísimo Sr. Presidente general D. Porfirio Díaz por la protección que dispensan á las bellas artes y á cuantos han contribuído al éxito de la exposición, y agradece profundamente al Sr. D. Ramón de S. N. Araluce, su representante exclusivo en Méjico, el envío de las fotografías que reproducimos en esta y en la siguiente página.

LA BUENA FAMA

«Ni hagas cohecho,
ni pierdas derecho.»
(Refrán.)

Pues nada, que D. Sandalio, el recto é incorruptible magistrado de no sé qué Audiencia (una de las que se llamaron de *á perro chico)*, había de dar dictamen, como ponente, en un asunto que me interesaba. La razón, lo juro á fe de hombre honrado, estaba de mi parte: mi abogado, joven de gran ilustra



MÉJICO. – Exposición de Bellas Artes. – Limosna, cuadro de José Benlliure

ción, opinaba lo mismo. Había yo sido víctima de una estafa, y agotados todos los recursos posibles para llegar á razonable avenencia, demandé á los estafadores.

«La causa, me dijo mi representante, es de las que no pueden perderse; respondo del buen éxito. Para que todas las circunstancias sean favorables, está encargado de la ponencia D. Sandalio, cuya rectitud es proverbial en los tribunales.

»Recto como la ley, inflexible como la verdad, sereno como la justicia, procede siempre con sujeción á los dictados de su conciencia. El único temor que puede abrigarse es el de que se equivoque; pues al cabo hombre es, y como hombre está sujeto á error. Por eso, y para evitar un contratiempo siempre posible, aunque muy poco probable en asuntos clarísimos como este, acaso convendría que buscásemos quien le llamara la atención. Nada de recomendaciones, serían con él contraproducentes; nada de súplicas; nada de eso que es común y corriente con todos y que no vale con D. Sandalio; pero solicitar su atención sobre lo justificado de nuestra demanda, acaso no holgaría, ¿Sabe usted quién es íntimo amigo de D. Sandalio? El procurador Marmijú.»

– ¡Marmijú!, exclamé lleno de gozo; ¡pues si es pariente mío! Ahora mismo voy á su casa.'

Y fuí efectivamente, y lo hallé como yo esperaba, muy dispuesto á servirme, y le *hablé de mi pleito*, aunque no llevaba los papeles, y, claro está, el hombre comprendió que me sobraban motivos para entablar la demanda, y que tenía probabilidades, más aún, seguridad casi, de salir con la mía; pero convino con mi abogado en que no sería ocioso visitar al ponente, para prevenir una sorpresa.

– Y no voy á verlo mañana, me dijo, voy á verlo hoy, ahora mismo; porque el que da primero, da dos veces. Y ¿sabes lo que pienso? Pues pienso que podemos ir juntos. Le trato con mucha confianza; entro en su casa lo mismo que en la mía, á cualquier hora. ¿Vamos?

La oferta no era para desaprovechada; al fin y al cabo se trataba de algunos miles de pesetas; y si bien, según llevo dicho, tenía yo confianza absoluta en la justicia de mi causa, no puse en olvido aquella copla popular, en la cual, enumerando las condiciones que, á más de tener razón, son necesarias para lograr justicia en los tribunales, se dice:

> «. . . . .
> que la llegues á tener,
> que la sepas defender...
> y que te la quieran dar.»

De *D. Sandalio* no había que dudar, era el magistrado incorruptible y probo, y... en fin, un modelo de magistrados ó, si se quiere, un magistrado modelo; pero, por si acaso, bien era que se le hiciese una visita.

Acepté, pues, y acepté con gratitud el ofrecimiento de mi amigo el procurador, y sin perder instante nos fuimos á casa de D. Sandalio.

El cual, á la sazón, estaba afeitándose; pero al conocer la voz de su gran amigo Marmijú, gritó á la criada: «¡Que pase, que pase; ese caballero es de casa!»

– ¿No te lo dije?, murmuró á mi oído Marmijú; y sonriéndose muy orondo y muy satisfecho, me obligó á precederle, y el uno en pos del otro penetramos en el *tocador* del magistrado.

D. Sandalio no me pareció magistrado: en mangas de camisa, despechugado, al aire ambos brazos cubiertos de vello, enjabonada la mitad del rostro y requiriendo la brocha para enjabonarse la otra mitad, ¡cuán lejos se hallaba aquella figura de la del *sacerdote de Tebas*, con toga, birrete y vuelillos, que imponía respeto en estrados.

– Siéntate donde puedas, dijo el bueno de don Sandalio, sin suspender sus operaciones, y haz que se acomode por ahí este caballero. Para recibir á los amigos no es necesario interrumpir esta faena; ando muy alcanzado de tiempo. ¿Qué ocurre?

Y al decir estas palabras, terminada ya la enjabonadura, se aproximó nuestro hombre al balcón, en

Méjico. – Exposición Nacional de Bellas Artes
Santa Cecilia, cuadro de F. de P. Mendoza, pintor mejicano

una de cuyas puertas vidrieras estaba co[illegible] espejillo ovalado, y comenzó á rasurarse con una habilidad que habría envidiado el mismísimo Fígaro.

– Pues nada, dijo Marmijú – imponiéndome silencio con un gesto cuando me disponía yo á exponer el objeto de mi visita, – este caballero es el interesado en el asunto aquel de los mármoles... Como tú eres ponente...

– No me digas más, dijo el magistrado, volviéndose á nosotros navaja en ristre y frotándose la perilla con la mano izquierda; no me digas más... Conozco el asunto, lo he estudiado bien y además... además está muy bien recomendado. Puede dormir completamente tranquilo este caballero: no prosperará la demanda y condenaremos en costas y aun procesaremos tal vez como reo de imprudencia temeraria y hasta como calumniador al demandante.



MÉJICO. – Exposición Nacional de Bellas Artes. – Ferrocarril de Cuernavaca, cuadro de J. Alcérreca y Comonfort, subdirector y secretario de la Escuela Nacional de Bellas Artes de Méjico

Yo, sin ser dueño de dominarme, interrumpí al magistrado diciendo:

– El demandante soy yo, [illegible] he sido también el estafado; pero en vista de las buenas disposiciones de usted, voy á retirar ahora mismo la demanda.

Y contra la opinión del procurador y también contra el parecer de mi abogado, que no acertó nunca á comprender esta determinación mía, retiré la demanda y me quedé sin dinero, sin justicia y sin ganas de meterme en otros líos.

Por supuesto que *D. Sandalio* sigue siendo, para todo el mundo, el magistrado recto, [illegible] incorruptible... y que su fama es cada día mayor y se arraiga más cada día.

A. Sánchez Pérez



DELANTE DEL TEMPLO DE CUPIDO, fragmento del notable cuadro de Diana Coomans

CRÓNICAS ANDALUZAS

CORRALES Y CIGARRERAS

En Sevilla se designan con el nombre de *corrales* las casas de vecindad que sirven de albergue á los obreros y á los pobres.

Situados, generalmente, en los barrios extremos de la capital, merecen ser visitados por viajeros curiosos y por artistas. Cualquiera de los unos ó de los otros que haya pasado por esta ciudad sin conocer tales antros, puede asegurarse que no ha podido formar cabal razón de lo que es la vida de las clases trabajadoras en las grandes y antiguas poblaciones andaluzas, pues en ellos aparece con todos sus caracteres y todos sus contrastes.

Allí se confunden las alegrías de la juventud con las tristezas de la miseria y de la ancianidad. Se ríe y se llora, se trabaja y se canta, aun cuando para lo último haya que quitar horas al descanso, improvisándose á lo mejor fiestas que duran la noche entera.



Corrales y cigarreras. – Un corral, dibujo de Salvador Azpiazu

Las grandes casas solariegas de nuestros antepasados hállanse convertidas al presente, como sarcasmos del destino, en casas de vecindad, y no es raro, cuando se penetra en el vasto patio de uno de estos caserones, experimentar extraña impresión al ver que la pobreza tiene por albergue salones suntuosos, con artísticas techumbres de doradas maderas, con ricos frisos de yeserías platerescas que se van ennegreciendo por el humo de las miserables cocinas, con bellos zócalos de azulejería, marmóreas fuentes y columnatas y otros mil primorosos ornatos con que sus opulentos dueños enriquecieron aquellas hermosas estancias hace tres ó cuatro siglos.

Tan corto espacio de tiempo ha sido bastante para cambiarlo todo; para trocar el destino y la suerte del edificio y de sus moradores. A los saraos y á las fiestas, en que emulaban la bizarría con la riqueza, han sucedido los alegres cantos de seguidillas y soleares; los lujosos vestidos de tisúes y rasos, las espléndidas joyas, los deslumbrantes aparadores henchidos de bruñida y antigua plata y las costosas tapicerías, se han convertido en almidonados trajes de crujientes percales de colores y en el pobre menaje del obrero.

Lo que antes resplandeció, hoy vese obscurecido; lo que fué causa de orgullo para los antiguos poseedores, hoy se ve despreciado por los actuales, y lo que consumió cuantiosas sumas es mirado al presente con la más fría indiferencia por parte de los que no saben apreciarlo. Cuadros de los llamados de batalla, abominables cromos y estampas, han sustituído á los tapices y sederías que cubrían los muros, y en vez de aquellos severos retratos de damas y magnates, vemos grandes carteles anunciadores de fiestas de toros alternando con las *veras effigies* del Guerra, *Lagartijo* y demás celebridades de la tauromaquia contemporánea.

El aspecto de abandono de estos corrales despierta en la mente de los poetas y de los artistas las más tristes consideraciones; y si el espíritu se apena al establecer el contraste de lo pasado con lo presente, no deja también de cautivar la vista el conjunto singular que hoy presentan los patios de estas casas. Los rosales y pasionarias enlázanse en las columnas de mármol blanco; suben hasta las cornisas dejando caer después, desde este sitio, sus largas y flexibles ramas, que columpia el más ligero soplo de viento.

Tiestos de claveles festonean los balcones de las galerías altas y el ancho tazón de la fuente, colocada en el centro del patio, sin que falten las pintadas jaulas de todas formas y dimensiones, que ora se ven pendientes de las claves de los arcos, ora rodean el marco de la puerta de pobre vivienda. Los gallos ingleses paséanse majestuosamente, picoteando en los intersticios del pavimento, al par que las muchachas ocúpanse en tender las ropas en larga cuerda que atraviesa el patio, ó bien en coser ó planchar á las puertas de sus respectivas salas, sin que por esto interrumpan el canto de alegres coplas de jaleo, malagueñas ó jaberas, dirigidas intencionadamente á algún mozo que más allá trabaja, el cual á su vez responde á las pullas con otras coplas del mismo género.

En la Macarena y en Triana, en los Humeros y en San Bernardo existen numerosos corrales de idéntico *tipo* al que acabamos de bosquejar, y mi compañero el habilísimo artista Salvador Azpiazu, cuyo lápiz ilustra esta crónica, mostróse muy sorprendido la tarde en que, sirviéndole de cicerone, le hice ver algunos de los corrales de Triana, que sin tener el aspecto monumental de los instalados en las casas palacios que fueron de los marqueses de la Algaba, de los condes de Béjar y de los Sres. Levantos, ofrecen un aspecto más risueño que aquéllos, si bien menos artístico y grandioso.

Casi todos los del famoso arrabal parecen cortados por el mismo patrón, aunque en ninguno de ellos se haya observado ni el mismo plan ni la misma distribución en sus múltiples habitaciones y dependencias. Bien puede verlos el curioso, con su gran cuadro de azulejos en el zaguán, en que se figura la imagen de la Virgen ó del santo patrono de la casa, que constantemente alumbra un farolillo, y desde este sitio abárcase el conjunto del patio, con sus frondosas acacias, cipreses ó frutales, sus hiedras y enredaderas tapizando los muros, sus galerías altas sostenidas por postes de madera, su gran pilón donde acuden á lavar las ropas las vecinas, sus tejados en los cuales crecen los jaramagos y la resedá, y sus innumerables habitaciones ó salas, en las cuales, no obstante su pe... ño tamaño, habitan ... enteras.



Corrales y cigarreras. – En el puente de Triana, dibujo de Salvador Azpiazu

Desde la puesta del sol hasta las ocho de la noche anímase extraordinariamente el arrabal de Triana por el paso de las cigarreras, que atraviesan la larga distancia que hay desde la fábrica de tabacos hasta sus respectivos corrales, situados en aquel barrio, formando los más v... tosos y pintorescos grupos, que sostienen animadas conversaciones, que disputan, ríen, gesticulan y se mueven, con un gracejo y una sal cier... mente inimitables.

En las tardes de verano es aún más interesante presenciar el largo desfile de tantas mujeres, bien por las alamedas de la orilla del río, bien por el hermoso puente de Isabel II. Sus almidonados y limpísimos trajes de percal ó de muselina ceñidos á los cuerpos, dibujan perfectamente las elegantes líneas de sus movibles y voluptuosas caderas; envuelto el torso en los finos pañuelos de seda blanca de Manila con sus largos é inquietos flecos; peinadas las cabezas artísticamente, adórnanlas con grupos de claveles, de ranúnculos ó de alhelíes; y levantado el traje por delante, alardean de enseñar sus pies coquetona y esmeradamente, calzados con zapatos bajos de piel blanca y medias negras ó listadas, detalle por cuya perfección se sacrifican hasta el punto de anteponerlo á las mayores necesidades de la vida.

A primera vista distínguense entre los grupos los de las gitanas ó flamencas, por lo bronceado de su tez, la negrura de sus cabellos y por los colores fuertes, negro y rojo especialmente, con que se atavían; y ya al verlas pasar á nuestro lado, bien podemos guardarnos de que adviertan siquiera que se las mira con fijeza, pues téngase por cierto que no ha de faltar alguna que, al repararlo, se muerda la lengua para decir dos ó tres frases chispeantes y agudas dirigidas á ridiculizar al *señorito*, porque naturalmente poseen el don de la sátira, esgrimiéndola con una espontaneidad, viveza y gracejo singulares.

Mialo, mialo ar señorito, que se pué bañá en una serbatana, decíanle cierta tarde á un caballerete muy alto y enjuto que se quedó parado delante de unas flamencas.

– Camará, y qué hombre, que no se acaba nunca, añadió otra.

– Chiquiya, dijo una tercera tirándole bruscamente del mantón á la que iba á su lado; güervete y mira er tabique que tie por naríz.

Y así, entre risotadas y frases de la misma índole, siguieron su camino muy satisfechas *por haberse metido* con aquel *litri*.

Lo más prudente es callar, pues por lo menos el que contesta se expone á que le *tomen el pelo* y á servir de zumba durante un buen rato.

Si lo que se les responde las hiere en su amor propio, fácilmente replican con una frase capaz de ruborizar á un marmolillo, ó con una enérgica maldición.

A propósito de tales gentes, dice mi amigo M. Díaz Martín: «...Tienen dos clases de maldiciones: las unas claras, secas, como picadas de avispa (gitanas); las otras embozadas, ponzoñosas, redobladas á fuerza de explicarlas, como picadas de víboras (judías). Y es de notar en éstas que la segunda parte es la más lastimosa, que el comentario es la verdadera maldición, como se ve en la siguiente copla:

> Anda con Dios, bien te logres,
> No te deseo mal ninguno...
> Hora de salud no goces
> Mientras vivas en el mundo.

»A unos señoritos guasones que le dieron bromas á una flamenca, despidióles ésta diciéndoles: «Ir mucho con Dios, escurríos, jambreras, obleas servías, paese que venéis del Asilo.»

Y estas gentes, siempre risueñas y contentas, viven miserablemente, comen mal y trabajan todo el día para ganar un pedazo de pan; siendo muchas de ellas el único sostén de una familia; pero en cambio la Providencia las ha dotado de un verdadero caudal



GUERRA DE FILIPINAS. – LAS FUERZAS FILIPINAS ATACANDO LAS CASAS OCUPADAS POR EL REGIMIENTO YANKI DE VOLUNTARIOS DE MINNESOTA, DURANTE EL INCENDIO DEL BARRIO DE TONDO EN MANILA, dibujo del natural.



GUERRA DE FILIPINAS. – SOLDADOS AMERICANOS DESCANSANDO EN EL TEMPLO DE BINONDO DESPUÉS DEL COMBATE, dibujo tomado de una fotografía obtenida por un oficial de la oficina de información militar del octavo cuerpo de ejército.

buen humor y de alegría sin tasa, único bien de que pueden ser pródigas y derrochadoras, y así efectivamente lo son siempre que se les presenta oportuno momento. No es, pues, extraño que al llegar á sus casas, y después de una muy frugal comida, si aciertan á presentarse en el corral algunos mocitos que rasguean la guitarra y cantan por lo *jondo,* se improvise en seguida una fiesta, la cual más parece de personas satisfechas de la vida, que de desheredadas de la fortuna. Jamás piensan en el mañana; todo para ellas lo constituye el presente, y así los buenos ó malos tiempos les son perfectamente iguales.

¡Qué curioso libro el que podría escribirse estudiando con detenimiento el tipo de la cigarrera sevillana bajo todos sus diferentes aspectos! Tal vez no fuera trabajo perdido, y acaso también contribuiría á mejorar su condición social, señalando los medios que podrían emplearse para conseguirlo, desatendidos actualmente y de cuya práctica nadie se cuida. A este abandono, pues, hay que atribuir en primer lugar los defectos y los vicios de que adolecen, bien susceptibles de modificación y enmienda, ya que no de radical mejora.

Si el fondo alegre del carácter general de estas mujeres desapareciera, si en él no encontrasen la compensación de las tristezas de la vida, ésta se les haría insoportable y aborrecible; pero no hay que temerlo mientras que continúen como hasta aquí cantando sus penas al acompasado y melancólico son de la guitarra, con coplas como esta:

Un mar de penitas llevo
En el fondo de mi alma;
Cuando sube la marea
Por los ojos sale el agua.

J. GESTOSO Y PÉREZ



GUERRA DE FILIPINAS. – BATALLA DE CALOOCÁN LIBRADA EN 10 DE FEBRERO DE 1899. VISTA TOMADA DESDE LA IGLESIA CHINA. EN EL FONDO, EN EL CENTRO, ESTÁ LA BATERÍA DE ARTILLERÍA DE UTAH; LAS FUERZAS QUE ESTÁN PARAPETADAS DETRÁS DE LA MURALLA SON LAS DEL REGIMIENTO 10.º DE VOLUNTARIOS DE PENSYLVANIA DE LA DIVISIÓN DEL GENERAL MAC ARTHUR, dibujo del natural.



¡LO COGIMOS!, cuadro de V. Irolli



PEDRO III DE ARAGÓN EN EL COLLADO DE LAS PANIZAS, cuadro de M. Barbasán

NUESTROS GRABADOS

Tarde de domingo, dibujo original de Vicente Cutanda. – A las bellas producciones de Cutanda, inspiradas en escenas que recuerdan la vida de los obreros de nuestras provincias del Norte, hemos de agregar el interesante dibujo que reproducimos en estas páginas. Las anteriores obras de nuestro amigo han de considerarse como verdaderas glorificaciones del trabajo, cuadros de la vida real de esos centros en que se manifiestan todas las energías y los esfuerzos de un pueblo honrado y laborioso. La que hoy publicamos es, en cierto modo, el compendio de aquellas á que nos referimos, puesto que recuerda las expansiones de los trabajadores en la tarde del domingo, que sin separarse del escenario en que accionan, entréganse á agradables entretenimientos, aprovechando el día festivo para dar descanso al organismo y paz á su espíritu.

Delante del templo de Cupido, cuadro de Diana Coomans.—Este cuadro de Diana Coomans, artista residente en París, recuerda las elegantes pinturas de la vida antigua que tantos aplausos valieron al padre de la autora, el celebrado pintor belga P. Coomans, cuyas obras son casi tan conocidas y apreciadas como las que sobre análogos asuntos ha producido el ilustre Alma Tadema. Diana Coomans ha seguido las huellas de su padre: en el cuadro, del que reproducimos un fragmento, no se ha inspirado en las fiestas licenciosas que en honor de Eros se celebraban cada cuatro años en Thespia, con certámenes gimnásticos y musicales en honor de aquel dios considerado como divinidad representante de la fuerza creadora de la tierra. Más bien parece haber buscado su inspiración en el Amor, como dios atrevido á quien nadie resistir puede, tal como lo cantó en admirables estrofas la poesía alejandrina, y tal como se concibe en los modernos tiempos. Las cualidades principales que en esta obra deben admirarse son la habilidad y gracia con que está compuesta, el carácter pintoresco que en ella domina y la corrección con que están trazadas las figuras, cualidades todas que aparecen manifestadas en el fragmento que publicamos y que constituye la parte más interesante del lienzo.

Guerra de Filipinas.—Fueron los yankis á Filipinas á impulsos de sus *sentimientos humanitarios* y de aquellas islas nos arrojaron para dar á sus habitantes la por ellos tan deseada independencia. Cayeron en el lazo los incautos filipinos, abrieron los brazos á sus desinteresados libertadores y... en efecto, hoy se halla el archipiélago sometido al más tiránico yugo y arde en él la guerra más brutal, más salvaje, más bárbara que registra la historia de los modernos tiempos. Tarde comprendieron Aguinaldo y los suyos cuáles eran los verdaderos sentimientos y propósitos de los norteamericanos; pero justo es confesar que al hacerse cargo del engaño de que fueron víctimas han dado pruebas de virilidad y de patriotismo, luchando contra los invasores con mayor rabia y mayor entusiasmo que contra los que fuimos durante tantos siglos señores de aquellos ricos territorios. Dicen las noticias de origen yanki que los tagalos se muestran ya inclinados á la paz; pero, sin dejar de reconocer que el ejército de los Estados Unidos ha conseguido algunas importantes ventajas, nos parecen prematuras tales esperanzas que nos recuerdan las que se nos hicieron concebir en España cuando las últimas desdichadas guerras coloniales. Digan lo que quieran el general Ottis y los suyos, lo cierto es que la lucha continúa y que los norteamericanos no cesan de enviar refuerzos para combatir á los tagalos.

Algunos episodios de esta lucha reproducen los grabados que en esta página y en la anterior publicamos, y acerca de los cuales vamos á dar sucintas explicaciones.

La batalla de Caloocán, librada el 10 de febrero, seis días después de haberse roto las hostilidades, fué sangrienta en extremo: los filipinos se resistieron heroicamente; pero atacados por fuerzas muy superiores de Mac Arthur y sobre todo por la poderosa artillería yanki, hubieron al fin de rendirse evacuando la población, no sin antes entregarla á las llamas.

El procedimiento del incendio es el que prevalece en la actual guerra de Filipinas, y no se reduce á las poblaciones rurales, en las que algunas veces podría explicarse por la dificultad de conservarlas después de tomadas, sino que se aplica también á los arrabales de Manila, en donde sólo puede obedecer al espíritu de destrucción. En pocos días, á últimos de febrero, ardieron los de Paco, Santa Cruz y Tondo: en este último, á los terribles efectos del fuego uniéronse los no menos terribles de la lucha, pues un tiroteo incesante de los filipinos por un lado y de los yankis por otro ponía en peligro la vida de cuantos huían de las llamas ó se aproximaban á ellas para apagarlas. También en Binondo ha habido sus incendios correspondientes.

En Ilo-Ilo desarrolláronse á mediados de febrero sangrientas escenas, motivadas por la resistencia del gobierno revolucionario allí residente á obedecer la intimación de los yankis para que entregasen la plaza: la población fué incendiada y saqueada por los filipinos y ocupada casi sin lucha por los norteamericanos.

GUERRA DE FILIPINAS. – REGIMIENTO FILIPINO EN ILO-ILO



Gen. V. Concepción. Gen. M Delgado, general ...

GUERRA DE FILIPINAS. – GENERALES Y JEFES FILIPINOS EN ILO-ILO

¡Lo cogimos!, cuadro de V. Irolli.—Refiere el Antiguo Testamento que Saúl salió de su casa en busca de unos asnos que se le habían extraviado á su padre, y que volvió á ella ungido por Samuel como rey de los hebreos: los protagonistas del cuadro de Irolli salieron de la suya en busca del gallo que se escapara del corral, y si no regresan de su excursión hechos unos reyes, como el personaje bíblico, no vuelven menos satisfechos con la captura del desertor que regresara aquél con la adquisición de un reino. Trabajo les costó recuperar el ave fugitiva, que ora escondiéndose entre los matorrales, ora saltando de roca en roca, escurríaseles por decirlo así de entre las manos cuando más seguros se creían de atraparla; pero al fin la victoria coronó sus esfuerzos y pudieron exclamar «¡Lo cogimos!,» con el mismo aire de triunfo que si hubieran verificado la captura de un criminal importante. Este asunto, si se quiere baladí, ha servido al célebre pintor italiano Vicente Irolli para trazar el hermoso cuadro que en este número reproducimos y en el cual compiten en atractivos las figuras y el paisaje, aquéllas con los encantos de su rústica sencillez, éste con todas las bellezas de un cielo del mediodía y toda la grandiosidad que ostenta la naturaleza en las inmediaciones del Vesubio, que en el fondo del lienzo se distingue.

Pedro III de Aragón en el collado de las Panizas, cuadro de M. Barbasán.—Excomulgado Pedro III de Aragón por Martín IV y ofrecida por éste la investidura de Cataluña, Aragón y Valencia á Felipe III de Francia para cualquiera de sus hijos que no fuera el primogénito, aceptó el monarca francés el ofrecimiento del pontífice para su hijo segundo Carlos de Valois, y reunió en 1285 en Navarra las numerosas fuerzas, compuestas de 230.000 infantes y 24.000 jinetes, que la cruzada predicada contra el aragonés había puesto bajo sus órdenes. Pedro III, con sus pocos amigos, los hombres de sus dominios y algunos centenares de almogávares, guardaba el collado de las Panizas (Coll de Panisars), por donde con fundamento creía que habían de intentar la entrada los franceses, mientras su hijo Alfonso recorría Aragón y Cataluña para excitar el ardor de los pueblos y decidir á los caballeros del Templo y de San Juan de Jerusalén á tomar las armas por su padre. Este, durante tres semanas, contuvo al enemigo al pie del collado, y habiéndole enviado el legado del Papa un mensaje requiriéndole que dejase libre el paso y entregase el señorío que la Iglesia había dado á Carlos de Valois, contestó: «Es fácil dar y aceptar reinos que nada han costado: el mío, comprado con la sangre de mis abuelos, habrá de adquirirlo quien lo quiera á igual precio.» Los franceses, que habiendo intentado cierto día la subida habían sido derrotados con grandes pérdidas, lograron al fin penetrar en Cataluña por un camino áspero y mal guardado; pero no tardaron en agruparse en torno de Pedro III todos sus vasallos, y el ejército de Felipe III hubo de abandonar su empresa y regresar á Francia por el mismo collado de las Panizas, en donde sufrieron una terrible derrota. Este episodio de la vida del gran rey aragonés ha servido de tema al distinguido pintor español señor Barbasán para su cuadro: descúbrese en éste desde luego un perfecto conocimiento de la época y un estudio profundo de la personalidad de Pedro III, cuya figura, así como la de sus leales soldados que le rodean, están perfectamente entendidas y con gran habilidad agrupadas, observándose además en toda la composición el afán con que el autor ha sabido evitar el escollo del efectismo ante el cual tan fácilmente se estrellan no pocos pintores cuando tratan asuntos históricos del género del que nos ocupa.

Paisaje, cuadro de Hermán Hartwich.—Hay en este paisaje las dos cualidades que en este género de pintura constituyen el mayor encanto: verdad y poesía. El pintor alemán ha copiado un trozo de naturaleza tal como sus ojos lo vieron; pero dotado de verdadero sentimiento artístico, ha sabido dar á su obra cierto ambiente poético que la naturaleza presenta siempre cuando se la contempla con los sentidos y con el alma á la vez.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – BERLÍN. – La Asociación de aficionados á las Bellas Artes de Kreffeld, establecida en Berlín, ha comprado una gran parte de la colección de Beckerath, compuesta de obras del Renacimiento italiano, pagando por ella 70.000 marcos (87.500 pesetas), y regalándola al Museo del emperador Guillermo de Kreffeld.

Necrología.—Han fallecido:

Uladimiro Schujko, notable escritor ruso, que alcanzó gran fama como crítico y como traductor de las obras de Goethe, Schiller, Dante, Shakespeare, Calderón, Lope de Vega, Rousseau y Víctor Hugo.

Hermán Wislicenus, pintor de historia alemán, profesor de la Academia de Dusseldorf.

José Wolf, pintor alemán, establecido en Inglaterra desde 1848, conocido por sus ilustraciones de obras científicas.

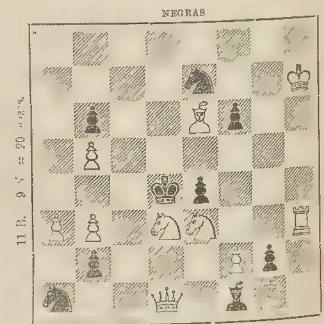
Enrique Kiepert, ilustre geógrafo y cartógrafo alemán, profesor de la Universidad de Berlín, miembro de aquella Academia de Ciencias y autor de varios atlas importantes.

Eduardo Paillerón, notable autor dramático francés, miembro de la Academia Francesa.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 160, POR VALENTÍN MARÍN

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 159, POR P. RIERA

Blancas.	Negras.
1. T 5 C D	1. Cualquiera.
2. A, D, T ó C mate.	

EN EL FONDO DEL ABISMO

NOVELA ORIGINAL DE JORGE OHNET

(CONTINUACIÓN)

–La verdad es que Marenval me anima, dijo Tragomer con descuido. Por mi gusto hubiera descansado todo el invierno. Diga lo que quiera M. Harvey, la locomoción intensiva durante un año es muy fatigosa. Pero descansaremos en las costas cuando queramos. Seguramente estaremos en los puertos más tiempo que navegando. Y acaso llevemos con nosotros algunos amigos... Yo he pensado en Maugirón. Con él estaríamos seguros de comer bien; él se ocuparía de eso.

–Entonces, dijo Sorege, si vamos á Niza y á Mónaco, ¿encontraremos á ustedes?

–Seguramente, amigo mío; y si usted quiere ir á encontrarnos en Marsella, tendremos mucho gusto en llevarle por mar dentro de quince días.

Al oir esta proposición, la fisonomía de Sorege se tranquilizó. Movió la cabeza y dijo en tono cordial:

–Agradezco á ustedes vivamente su amabilidad, pero no puedo alejarme de París. Miss Harvey extrañaría con razón mi partida y yo no tendría gusto alguno en marcharme. Seguiré á ustedes, pues, con el pensamiento.

–Entretanto, amigo mío, interrumpió Tragomer, que temía verse descubierto por su astuto interlocutor, va usted á presentarnos á miss Maud Harvey como ha prometido...

–Con muchísimo gusto, á menos que M. Harvey no desee hacer el mismo esa pequeña ceremonia... Como navegante le debe á usted toda clase de deferencias...

–Sí, por cierto, dijo flemáticamente el americano. Creo, señor de Tragomer, que á mi hija le gustará conocer á usted...

Pasaron al salón, donde la señora de Weller, en el centro de un grupo de señoras, estaba haciendo funcionar un admirable fonógrafo que acababa de recibir de América. El aparato era la última palabra del progreso y reproducía exactamente las voces humanas y los sonidos de los instrumentos. Una cuadrilla de indios cantaba una canción semisalvaje que hacía entonces furor en todas las poblaciones americanas y bailaban una danza desordenada. Todo estaba exactamente reproducido, hasta las pisadas epilépticas de los bailarines y los aullidos de entusiasmo de los espectadores.

–Ahora, si ustedes quieren, dijo la dueña de la casa, oirán á la Patti y á Mac-Kinley...

Harvey y Tragomer se aproximaron á miss Maud, y en el momento en que Mac-Kinley empezaba á decir: *Fellow citizens of the senate...*, el ganadero, dirigiéndose á su hija y refiriéndose al joven, dijo:

–Te presento al vizconde de Tragomer, un amigo de tu futuro marido... Miss Harvey, mi hija.

La delgada fisonomía de la americana se esclareció con una sonrisa. Señaló á Cristián una silla al lado de su sillón y dijo en tono un poco autoritario:

–Siéntese usted. Celebro mucho hablarle; deseaba conocerle hace mucho tiempo. Algunos amigos míos me han hablado de usted con frecuencia.

–Su prometido...

–¡No! El Sr. de Sorege no ha pronunciado jamas su nombre de usted. Y sin embargo, sé que ha sido su amigo durante muchos años. No debe usted extrañar el verme tan bien enterada; soy curiosa y me gusta saber lo que atañe á las personas con quienes entablo relaciones... ¡Y no las hay más importantes que las del matrimonio! Me alegro, pues, de conocer á los que han rodeado á mi futuro marido: se juzga muy bien á las personas por las que las acompañan... ¿Por qué Sorege no habla nunca de usted? ¿Están ustedes disgustados?

Tragomer, algo sorprendido por aquel atrevimiento, inclinó un poco la cabeza para disimular su embarazo. Le repugnaba dar á miss Harvey informes falsos y no quería declarar el enfriamiento de sus relaciones con Sorege. Una palabra dicha por ella á su prometido bastaría para ponerle en guardia.

–Tan poco disgustados estamos, que si su padre de usted no me hubiera hecho el honor de presentarme, iba á hacerlo Sorege mismo.

–¡Tanto mejor! Yo quisiera que el Sr. de Sorege tuviera muchos amigos como usted.. Parece que los tuvo muy malos en otro tiempo... ¿Quién era aquel Freneuse, que tan mal acabó?

Al oir aquella pregunta imprevista, Cristián se puso rojo y miró atentamente á miss Harvey. Desde que tenía que habérselas con Sorege desconfiaba de todo. Sospechó que la americana servía inconscientemente de cómplice al hombre de las miradas ocultas y que aquella prueba había sido preparada como un lazo. Quiso entonces penetrar hasta el fondo del pensamiento de miss Maud y dijo:

–Ese pobre Freneuse, señorita, era un infeliz muchacho que conocíamos el Sr. de Sorege y yo desde la infancia y cuyas aventuras han sido causa de una gran aflicción para todos los que le tratábamos.

–¿Por qué el Sr. de Sorege tiene tanta repugnancia en hablar de esas aventuras y del que fué su protagonista?... Nunca he podido sacar de él más que respuestas vagas y quejumbrosas sobre este asunto.

–Pero, señorita Maud, ¿por qué esa curiosidad?

–¡Ah! Hay entre mis conocimientos muy malas lenguas que critican todo lo que se hace sin su intervención... Se ha criticado mucho mi proyecto de matrimonio con el Sr. de Sorege, y como no se encontraba nada reprensible en su conducta, han recurrido á la de sus relaciones... De este modo he tenido que conocer ese desgraciado asunto de Freneuse. Ha habido quien me ha hecho entender que habiendo el conde vivido en intimidad con un culpable, no sería imposible que él llegase á serlo. Como es natural, he acogido esos absurdos con el desprecio que merecen; pero he interrogado á Sorege sobre su antiguo amigo, y él, que es tan dueño de sí mismo, se ha turbado y ha parecido estar en un suplicio. Entonces me propuse poner en claro lo que hubiese en el asunto...

–Pero, señorita, me cuesta trabajo comprender que una joven como usted, sin inquietudes y sin cuidados, aplique su atención á asuntos tan dolorosos como el que usted evoca. Y en todo caso, si el hecho de haber sido amigo de Jacobo de Freneuse es comprometedor, permítame usted hacerle observar que yo también fuí amigo suyo.

–Sí, pero usted le defendió, usted no teme hablar de él, ni se pone violento cuando se pronuncia su nombre... Tengo la costumbre de pensar muy claramente y de hablar con mucha franqueza. En este asunto de Freneuse hay algo que me choca en lo que se refiere al Sr. de Sorege. ¿Qué es? Usted debe saberlo; dígamelo.

Cristián permaneció impasible.

–No tengo nada que decir á usted, miss Maud, sino que Jacobo de Freneuse no ha cesado de afirmar su inocencia y que algunos amigos suyos no han creído en su culpa, á pesar de las apariencias y á pesar de las pruebas.

–¿Y usted es de esos amigos?

–Sí, soy uno de ellos.

–¿Y no ha hecho usted nada hasta ahora para probar que no se engaña?

–¿Qué he de hacer? La justicia ha pronunciado su fallo.

–¿Y si se ha engañado?

–La justicia no se engaña, aunque es algunas veces engañada, que no es lo mismo.

–¿Había, pues, en ese asunto alguien que tuviera interés en engañar á la justicia?

–Acaso.

–¿Le conoce usted?

–No, no le conozco.

En este momento Sorege, inquieto al ver que la conversación de Tragomer y de su prometida se prolongaba, apareció en la puerta del salón. Miss Harvey le hizo seña con el abanico de que se aproximara, y con todo el ímpetu incontrastable de su naturaleza le dijo:

–Venga usted por acá. Estoy encantada de que mi padre me haya presentado al Sr. de Tragomer, que me está interesando mucho con el asunto de Freneuse, sobre el cual nunca he podido arrancar á usted ni una palabra. ¿Por qué no me ha dicho usted que le creía inocente?

–¡Quisiera creerlo!, dijo Sorege con voz sorda.

–Tiene usted menos sencillez de espíritu ó menos indulgencia que el Sr. de Tragomer, porque él admite la inocencia de su amigo.

El conde inclinó la cabeza con tristeza.

–Tragomer tiene muchas razones para querer que Jacobo sea inocente; por eso afirma lo que desea.

–¿Qué razones puede tener que usted no tenga? Era amigo de aquel desgraciado como usted, no más.

–¿No ha dicho á usted entonces los lazos que le unían á la familia Freneuse?

Miss Maud fijó en Tragomer su clara mirada. El joven se sonrió.

–Es verdad; la señorita de Freneuse era mi prometida cuando ocurrió la catástrofe que echó por tierra todos nuestros proyectos. ¡Oh! Confieso que fué por mi culpa... No tuve constancia ni firmeza para desafiar y despreciar la opinión pública y sufrí débilmente la influencia de cobardes consejos. Me alejé un poco de esas desgraciadas señoras, y cuando volví hallé la puerta cerrada y los corazones llenos de desdén... Por eso he paseado por el mundo entero mi tristeza durante diez y ocho meses, sin lograr calmarla. Aquí tiene usted mi historia, que es la de todos los amigos de Jacobo de Freneuse, y ahora comprenderá usted por qué á Sorege le es desagradable hablar de este asunto.

–Le hubiera agradecido que me confesase la verdad, como agradezco á usted mucho su franqueza... Comprendo la resolución de la hermana de aquel desgraciado... Yo no perdonaría nunca una falta de valor moral... Me explico que se tenga miedo delante de un tigre ó de un león: es un efecto físico que no se puede razonar; pero creo que sería inexorable para un desfallecimiento intelectual. Después de volver del viaje, ¿ha hecho usted alguna tentativa para ver á su antigua prometida ó á su madre?

–No, dijo sordamente Tragomer; sé que sería inútil...

–Y usted, conde, ¿no las ha vuelto á ver?

–Nunca.

Miss Harvey se quedó un instante pensativa. Después dijo con una expresión de melancolía que contrastaba con su habitual vivacidad:

–La suerte de esas pobres mujeres es de lo más triste que se puede soñar. ¿Siguen creyendo en la inocencia del joven?

–Siempre.

–¿Y no hacen nada?

–¿Qué quiere usted que hagan?

–¡Si yo estuviera en su lugar haría algo! No es admisible el estarse llorando y meditando en un rincón cuando se ha cometido una injusticia. Yo, señor de Tragomer, si uno de mis hermanos hubiera sido víctima de una maquinación semejante, no hubiera tenido ni un instante de descanso hasta hacer proclamar su inocencia; hubiera gastado para ello mis fuerzas, mi inteligencia y mi fortuna; pero no hubiera dejado al inocente en presidio, aunque tuviera que arrancarle de él á la fuerza con una cuadrilla de filibusteros...

A estas últimas palabras Sorege prorrumpió en una carcajada que produjo un ruido falso. Su mirada pasó por los entreabiertos párpados hasta fijarse en la cara de Tragomer para estudiarla con inquieto cuidado.

–Usted es, dijo, una verdadera amazona, miss Maud. Pero esas cosas no se hacen tan cómodamente como usted cree. Para guardar á los penados hay buenas tropas, sólidas fortificaciones y rápidos buques que recorren las costas.

–¡Parece usted encantado por ello!, contestó con vivacidad la joven. La verdad es que no lo comprendo. Hay momentos en que parece que odia usted á su antiguo amigo.

–¡Odiarle!, no; pero le vitupero severamente por haber malgastado tan torpemente su vida y alterado la de los demás. No tenía más que seguir tranquilamente el camino que se le ofrecía, y por su afición á los caminos extraviados se hundió en tal cloaca de vicios que fué imposible impedir que se perdiera. Le guardo rencor por eso, miss Maud, por eso solamente, y así pruebo una vez más mi amistad.

–Pero si está usted aún preocupado por ese muchacho, ¿por qué no participa de la creencia de su amigo? ¿Por qué no trata de discutir la culpa del condenado?

–¡Ah! Eso es imposible. Nos estrellaríamos contra la evidencia, dijo Sorege con fuerza. Negar los hechos materiales y reconocidos, probar lo inverosímil, cerrarse á la evidencia, no es empresa para un ser sensato. Se puede gemir, lamentar, maldecir, re-

volverse contra el buen sentido; pero combatir contra la verdad, ¿para qué?

– Sorege tiene razón, miss Maud, dijo fríamente Tragomer. Lo comprendo tan bien que mis convicciones son enteramente platónicas. Si hubiera algo que hacer, ya lo hubiera intentado, esté usted segura. Precisamente porque todo lo creo inútil he tomado el partido de viajar para distraerme.

– Puesto que viaja usted, ¿por qué no va á ver á ese desgraciado?

Tragomer se estremeció y se preguntó una vez más si la americana estaría de acuerdo con Sorege para hacerle hablar. Pero la audacia misma de la pregunta destruía esa suposición. La joven estaba sencillamente influída por el genio aventurero de su raza, por el desconocimiento de los obstáculos que caracteriza á las grandes fortunas y por la inconsciencia de las leyes que es propia de la mujer.

¿Ir á Numea?, preguntó Sorege con su voz falsa. ¡Triste expedición!

– No tendría valor, dijo Tragomer, para ver en la abyección un hombre á quien he conocido bello y brillante. ¡Cómo estará después de dos años de vida común con aquellos innobles compañeros! El carácter se rebaja pronto, el cuerpo se gasta y las malas costumbres se apoderan del hombre. El presidio convierte un individuo inteligente y fuerte en un ser envilecido y degradado... Prefiero no ver ese espectáculo que me causaría profunda pena...

– Y sin embargo, usted le cree inocente y se resigna á pensar que vive en esas miserables condiciones sin tratar de sacarle de ellas. Va usted á pasearse por el Mediterráneo para poder desembarcar en Cannes ó en Monte Carlo, lo que es muy agradable y muy higiénico. Allí no verá usted espectáculos tristes, si trata de no mirar á los tísicos. Me habían dicho que los franceses eran los últimos enamorados de la Quimera y que no se cometía en el mundo una heroica locura sin que tomasen parte en ella. Celebro ver que han adquirido sentido práctico y que antes de tomar una resolución consultan sus intereses. Sr. de Tragomer, buen viaje. Tengo mucho gusto en haber conocido á usted. Probablemente habrá usted vuelto de su expedición en la primavera; si quiere venir con mi padre y conmigo á la isla de Wight, adonde iremos como todos los años, hará un viaje muy de su agrado, pues se divertirá sin emociones ni disgustos.

Al hablar así miss Maud miraba al joven con una sonrisa violenta que daba á su cara expresión de desdén extraordinario. Sorege intervino con aire paternal.

– ¿Pero hay que estar loco, miss Maud, para agradar á usted? No es justo sermonear á Tragomer por mi causa. ¿Por qué exigirle una sublimidad de que yo no le doy el ejemplo? Esta noche está usted de humor regañón, y en este caso aquí estoy yo para servir de blanco. Pero, por favor, que se salven los transeuntes.

Miss Harvey se echó á reir.

– Después de todo, conde, tiene usted razón, como decía su amigo, y él también la tiene. He hecho mal en ponerme agresiva.

– ¡Los pueblos nuevos!, dijo Sorege. Ya pensarán como nosotros, razas cansadas.

La joven ofreció la mano á Tragomer y le dijo con su amalidad acostumbrada:

– Me he exaltado un poco; espero que me dispensará usted.

– Con mil amores, dijo el bretón; y con más motivo todavía, puesto que Sorege es el que ha hecho el gasto.

Todos rieron y el mismo Sorege se dignó alegrar un poco su impasible fisonomía.

– Ahora, dijo la americana, no me interesa ya permanecer aquí y me voy.

Hizo una señal á su padre y se alejó seguida de Sorege. Marenval, que acechaba á su compañero hacía largo rato, se acercó entonces y preguntó no sin inquietud:

– ¿Qué diablos de conferencia han tenido ustedes los tres en ese rincón? Por los ademanes, me parecía que la conversación era grave.

– Y no se engañaba usted. A poco me ofrece miss Maud llevarme ella misma á la Nueva Caledonia.

– ¡Usted se chancea!

No por cierto. Y esto delante de Sorege. Todavía tiemblo.

– ¿Entonces la hija después del padre? ¡Pero esta familia tiene la manía de pasear á la gente por el mar!

– Me ha hecho sufrir un verdadero interrogatorio á propósito de Jacobo de Freneuse...

– ¡Bah! ¿Para qué?

– Eso quisiera yo saber. He sospechado un instante que Sorege había preparado esta encerrona para cogerme... Pero no; estaba tan violento como yo. Todo ha sido casual... En todo caso pienso, en un momento dado, sacar partido de la entrevista. Miss Harvey no permanecería indiferente á nuestros esfuerzos en favor de Freneuse. Si hay necesidad de pedirle su ayuda en una circunstancia decisiva, no la creo mujer de regateárnosla.

– ¿Contra su prometido?

– Hasta contra él.

– ¿Está usted seguro de no haber dejado adivinar nuestros proyectos?

– Completamente. He preferido dejar que esa muchacha se burle de mí. En este momento le inspiro una deplorable opinión. Yo haré que la modifique.

– ¿Se va usted?

– Sí, tengo que terminar aún algunos preparativos y que arreglar algunos negocios.

– ¿Dónde nos veremos mañana?

– A las tres, en casa de la señora de Freneuse. Quiero tratar de verla y cuento con usted para que me reciba.

– Hasta mañana, pues.

El sombrío hotel de la calle de Petits-Champs pareció despertar de su lúgubre silencio cuando el timbre de la puerta resonó, impacientemente movido por Tragomer.

Giraud salió á abrir, sonrió á Marenval y se quedó estupefacto al ver á Tragomer. Su cara volvió á tomar el aspecto taciturno, y cuando Marenval le preguntó:

– ¿Están visibles las señoras?

– Para el señor, ciertamente, respondió el criado, pero no sé si el Sr. de Tragomer...

El acento lleno de censuras de aquella frase interrumpida impresionó profundamente á Tragomer. Desde el primer paso veía exactamente los sentimientos que había para él en aquella casa. ¡Aquel hombre que en la niñez le llevaba á su casa después de jugar con Jacobo, y que le daba paternalmente golosinas y caricias, dudaba si sus señoras querrían recibirle! El hotel de los Freneuse aparecía silencioso y desolado; Jacobo no estaba allí ya; el criado se presentaba encorvado, tembloroso y triste, y él volvía á entrar como un extraño en aquella mansión antes abierta y risueña...

Haga usted el favor, Giraud, de anunciar á las señoras mi venida; voy á esperar en el saloncillo, donde...

Al decir estas palabras tan llenas de recuerdos para él, las lágrimas se agolparon á sus ojos.

– ¡Ah, Sr. Cristián!, exclamó el criado conmovido. Nuestro Jacobo no le hará á usted compañía como en otro tiempo... Pero creo que no le ha olvidado usted y que le quiere todavía... ¡Oh! Bien pensaba yo que era imposible que hubiese abandonado á su amigo como los otros...

No, Giraud, no le he abandonado. Ya tendrá usted la prueba. Pero es importante que hable con la señora de Freneuse. El Sr. Marenval va á pedir que me reciba. Condúzcale usted y yo esperaré que me llamen.

Entró en la pieza donde Marenval había interrogado tan largamente á Giraud acerca de Sorege, y el criado y Cipriano se encaminaron al salón en el que aquella madre desconsolada pasaba su existencia sin esperanza. La hija estaba trabajando silenciosamente en el hueco del balcón. Fuera de los detalles corrientes de la vida, las dos mujeres no hablaban nada: estaban tan de acuerdo que no necesitaban palabras para comprenderse.

La puerta se abrió y apareció Marenval detrás de Giraud. La señorita de Freneuse dedicó al recién llegado una amable sonrisa, se levantó y ofreciendo la mano á Cipriano le condujo hasta su madre.

Había prometido volver muy pronto, queridas primas, dijo el antiguo comerciante, y aquí estoy para traer á ustedes mejores esperanzas que la última vez.

– ¿Ha sabido usted algo favorable á nuestra causa?, preguntó turbada la señora de Freneuse.

– Sí, ciertamente, muy favorable... Pero ante todo, no quiero que se me atribuya á mí solo el mérito de lo que se ha logrado. En este asunto he tenido un aliado hábil y perseverante á quien se debe la parte más importante de los resultados obtenidos...; es Tragomer.

La frente de María se obscureció, pero Marenval no se desconcertó por eso.

– Es indispensable que le vean ustedes. Sólo él podrá darles los importantes datos que posee, pues él es quien los ha obtenido á fuerza de perseverancia y de sagacidad.

La señora de Freneuse miró á su hija para ver cómo acogía esta petición. La joven hizo un movimiento de protesta, palideció y dijo sin embargo:

– Recíbele, madre mía, si tienes en ello interés Yo me retiraré.

– ¿No puedes mostrarte menos rigurosa?

– Nunca olvidaré lo que ha hecho, bien lo sabes.

– Sin embargo, si repara su falta y trabaja con nosotros por la rehabilitación de tu hermano...

– Para convencerme necesito algo más que vanas palabras, dijo la joven con amargura.

Llamó y dijo á Giraud, que apareció en la puerta:

– Haga usted subir al Sr. de Tragomer.

Y sin decir más, pasó por delante de su madre y de Marenval y salió.

– ¡Ese pobre Cristián!, dijo Cipriano á la señora de Freneuse. Cuando usted sepa lo que ha hecho y lo que está dispuesto á hacer, será usted su abogado cerca de María. Es preciso no desanimar á un hombre tan útil. ¡Diablo! ¿Qué sería de nosotros sin él?

Tragomer entró. Durante un momento permaneció indeciso en la puerta, buscando con la vista á María, y no vió más que á la señora de Freneuse enlutada y con el cabello blanco. Sus labios se agitaron, sus ojos se pusieron húmedos, y sin poder articular palabra Cristián fué á arrodillarse con respeto filial ante aquella mártir. La anciana abrió los brazos y ambos confundieron por un instante sus lágrimas. Por fin la señora de Freneuse se separó, enjugó sus ojos y dijo mirando afectuosamente al joven:

– Gracias, Cristián, por haber vuelto. Por unos minutos ha hecho usted resucitar el pasado. Veamos ahora qué ha hecho para que el porvenir sea mejor.

Tragomer se levantó, se apoyó en la chimenea y contestó, dirigiéndose tanto á Marenval cuanto á la madre de Jacobo:

– He adquirido la convicción, más aún, la certeza de que la mujer por cuya muerte fué condenado Jacobo vive.

– ¡Lea Peralli!, exclamó con estupor la anciana.

– Lea Peralli. Ha habido en este asunto una parte misteriosa que estoy en vías de aclarar y no retroceeré ante nada para conseguirlo. Nuestro amigo Marenval me ayuda valerosamente, animado del mismo deseo y del mismo ardor que yo. Al fin de nuestra empresa está la declaración de inocencia de su hijo de usted. Esto es lo que vamos á tratar de realizar.

– ¿Pero cómo?

– Mañana salimos para un largo viaje por mar. Nos vemos precisados á costear por el Mediterráneo á fin de aparecer en Niza, en Nápoles, en Palermo y en Alejandría, engañando así á los que nos observan. Pero repentinamente cambiaremos de rumbo, pasaremos el canal de Suez, nos lanzaremos á todo vapor en el mar de las Indias, y por Colombo llegaremos á la Nueva Caledonia. Allí bajaré á tierra, veré á Jacobo y le plantearé las formidables preguntas que deben esclarecer por completo la obscuridad de que tan hábilmente han sido rodeados los pormenores del crimen.

– ¿Van ustedes á verle?, exclamó la madre juntando las manos con ademán suplicante. ¡Oh! Llévenme con ustedes.

– No podemos. La presencia de usted á bordo sería una confesión de nuestros proyectos. Por el contrario, es preciso que cuide usted de salir alguna vez durante nuestra ausencia, para que todo el mundo sepa que está en París.

– ¡Todo el mundo! ¿Quién tiene interés en vigilarme y en temerles á ustedes?

– El cómplice ó los cómplices, ó los culpables mismos, en cuyo lugar sufre y expía Jacobo. Si los ponemos en guardia pueden escaparse. Para apoderarnos de ellos, es preciso que caigamos encima como un rayo...

– ¿Pero yo los conozco?, preguntó con angustia la anciana.

– No me pregunte usted, respondió Tragomer; conténtese con la esperanza que le doy. Después de haber vivido durante dos años en el aniquilamiento y en el dolor, puede usted volver á la esperanza y á la alegría.

– ¡La alegría! ¡Ay! Nunca la recobraré, aunque vuelva á ver á mi hijo. Estas pruebas rasgan el corazón para toda la vida. Véame usted; estoy encorvada, blanca y arrugada como una octogenaria y no tengo cincuenta años. Ruego al cielo que los que me han proporcionado mi horrible tortura no sufran todo el castigo que merecen...

– ¡Oh, señora!, le sufrirán terrible, porque su maquinación tuvo tan buen resultado, que se creen seguros de la impunidad. Ha sido preciso un conjunto de circunstancias increíbles para que yo haya encontrado el primer hecho que me abrió los ojos. De pesquisa en pesquisa, hemos necesitado mucho tiempo y muchos esfuerzos para llegar al punto en que estamos y aún no hemos hecho nada y todo está por hacer.

– ¿Pero tienen ustedes, al menos, esperanzas de

lograr su empeño?, dijo la anciana espantada por las restricciones de Tragomer.

– Mi querida prima, dijo Marenval, míreme usted bien. Yo no me aventuro con frecuencia, y sobre todo, jamás lo hago á la ligera. Para que un hombre como yo, al fin de su carrera, acomodado, dichoso, libre, rico y sin otro cuidado que el de vivir bien, emprenda un asunto como este en que nos hemos comprometido Tragomer y yo, es preciso que esté firmemente seguro del resultado. ¡Sí! Le lograremos.

La señora de Freneuse miró con extrañeza mezclada de asombro á Cipriano y éste añadió con acento de bondad:

– Tragomer me lo ha prometido y tengo confianza en él.

– Pero ¿cómo sabremos lo que suceda?

– Todo lo he previsto. Mi ayuda de cámara recibirá nuestras cartas y se las traerá á ustedes; así estarán al corriente, sin recibir una correspondencia directa. La indiscreción de un empleado ó la charla de un doméstico podrían descubrirnos y echarlo todo á perder.

– ¿Y qué haré yo para responder á ustedes?

– Seguirán el mismo camino. Mi ayuda de cámara es un hombre de confianza, como Giraud. Pueden ustedes darle sus cartas y él las dirigirá al capitán de nuestro yate.

– Lo que encargo á ustedes desde ahora, dijo con intensa emoción la anciana, es que abracen á mi desgraciado hijo en mi nombre y le aseguren que mi corazón no ha dudado jamás de él y que mi pena no me ha importado pensando en la suya. Ha cometido muchos errores y muchas faltas, pero está pagando su mala vida con un suplicio que le limpia y le engrandece. Díganle ustedes esto, que le consolará si ha llorado, y antes de prometerle la rehabilitación háganle ver que nada se pierde en este mundo, ni aun el dolor..

– Realizaré sus deseos, señora, dijo gravemente Tragomer; pero si usted piensa que se puede expiar cualquier error, dígnese ser indulgente con los que yo he cometido. ¿No querrá usted abogar por mí con la señorita de Freneuse? Sería muy dulce para mí decirle adiós antes de marchar. Si sigue inexorable por lo que á ella concierne, acaso quiera animarme por cariño á su hermano. No pido ningún perdón, ninguna esperanza. Un sencillo deseo de buen éxito; y si no vuelvo, una oración.

La señora de Freneuse se levantó, pasó á la pieza contigua, donde estuvo un instante, y volvió á aparecer seguida de su hija. Las dos mujeres estaban pálidas y con los ojos llenos de lágrimas. María se adelantó hacia su antiguo prometido y dijo con voz segura:

– Ha pedido usted verme, Sr. de Tragomer, antes de partir. Sé que va usted á intentar la salvación de mi hermano y no puedo oponerme á ese deseo. Aquí estoy.

Tragomer permaneció delante de ella turbado, temblando y desgraciado. Quiso hablar, pero había prometido callarse. Su justificación le subía á los labios y su corazón estaba lleno de pena viendo después de dos años, adelgazada y abatida por el dolor, á la que había conocido risueña y dichosa. Le parecía más hermosa en el dolor que en la alegría. Su cara había tomado un carácter de nobleza y de altivez en vez de su antigua expresión de descuido y de candor. Se adelantó hacia ella y dijo con dulzura:

– María...

La joven se estremeció ante los recuerdos que evocaba en su mente aquel nombre pronunciado por su antiguo prometido. Todo el pasado desfiló por sus ojos. Vió la casa alegre y animada, á su madre dichosa, á su hermano mimado á pesar de sus locuras, y á ella sonriente ante un porvenir de felicidad.

Ante ese cuadro tan dulce de la antigua vida, acabada para siempre, la joven no pudo contener su emoción y llevándose las manos á la cara rompió en sollozos. Tragomer, entonces, sin poder contenerse, dijo con vehemencia apasionada:

– Esas lágrimas, María, me afligen y me encantan á la vez, porque indican que no lo ha olvidado usted todo y que su corazón no está cerrado para siempre. ¡Oh!, sí, se abrirá de nuevo para mí, lo sé, y me perdonará. Tanto haré, que olvidará usted su justo resentimiento. Si hubiera partido sin ver á usted, creo que mi empeño hubiera fracasado. Ahora que ya no tengo ninguna inquietud, estoy seguro de triunfar. Sepa, pues, que por usted haré todo lo que he pensado; y entonces, comparando mis errores con la reparación conseguida, llegará un día en que usted me perdone.

María se levantó tranquila, fuerte, decidida, y mostrando á Cristián su hermosa cara transfigurada por la esperanza, pronunció estas palabras:

– ¡Logre usted su empeño!..

Tragomer lanzó un grito de júbilo; y viendo la mano de María que caía con descuido por encima de su falda, la cogió arrodillándose é imprimió en ella respetuosamente sus labios. Después se inclinó ante la señora de Freneuse y dijo:

– ¡Vamos, Marenval; ahora partamos!

– ¡Partamos!, repitió Cipriano con energía.

Y abrazando calurosamente á las dos mujeres, siguió á Tragomer.

SEGUNDA PARTE

I

La chalupa de vapor se detuvo al pie de la escalera del muelle, y un sargento de infantería de marina tiró con un gancho de la embarcación para facilitar el desembarque del pasajero. Éste se levantó de la popa, donde estaba sentado al lado del timonel, y dijo en inglés:

– Esperadme aquí hasta que vuelva. Acaso tardaré largo tiempo; que ni un solo hombre baje á tierra.

– Muy bien, mister Cristián.

Tragomer, vestido de tela blanca y llevando en la cabeza el casco colonial de corcho, saltó con ligereza á las losas mojadas de la escalera y subió al muelle. Una bandada de canacas vestidos de sórdidos oropeles se agolpó delante del viajero. El sargento exclamó rudamente:

– ¡Atrás, atajo de brutos!...

Y levantando un revenque que tenía en la mano pareció dispuesto á poner de acuerdo sus actos con sus palabras. Los indígenas hicieron plaza al recién llegado y éste se encontró solo en presencia del jefe del puesto.

– ¿Ha desembarcado usted del pequeño buque inglés, caballero?

– Sí, dijo Tragomer con un fuerte acento inglés, he desembarcado para todo el día. Quisiera visitar el establecimiento penitenciario...

– Hay que pedir permiso al gobernador.

– ¡Ah! ¿Y dónde está el gobernador?

Con la habitual complacencia francesa, el sargento buscó con la vista alrededor, y viendo un vigilante canaca que estaba holgazaneando sentado en el parapeto de la estacada, le gritó:

– ¡Derinho! Vas á acompañar hasta el palacio á este señor extranjero... No encontrará usted al gobernador, caballero; está haciendo un viaje á bordo del aviso de guerra, pero le recibirá á usted su secretario... Sí, son las tres y debe estar allí todavía. Si por casualidad se hubiera marchado, llégue se usted al café de la *Cousine*.

– Gracias, dijo sonriendo Tragomer.

Y no queriendo ofrecer dinero al digno sargento, sacó del bolsillo una petaca de paja de Manila y la presentó al jefe del puesto.

– Hágame el favor de aceptar un cigarro.

– ¡Con mucho gusto!.. ¡Cáspita! ¿Ha pasado usted, al venir, por la Habana?

Cristián vació la petaca en las manos del soldado, y saludándole, siguió al guía que le esperaba.

– Esta vez, exclamó alegremente el soldado viendo alejarse al viajero, si atrapo el cáncer del fumador no será con colillas...

Y encendiendo voluptuosamente un cigarro de príncipe ó de banquero, continuó su interrumpida ronda de vigilancia. Hacía un calor sofocante, apenas dulcificado por la brisa del mar. La isla de Nou extendía enfrente de la rada su costa baja orlada de espuma y en el cielo sin nubes se recortaban las agrestes y verdosas cimas de la isla de los Pinos. La bahía estaba animada por el movimiento de las chalupas y de los lanchones conducidos por marineros canacas. Un gran barco carbonero estaba llenando sus calas y extendía en derredor una mancha negra, mientras algunos buques mercantes, con las velas plegadas en las vergas y las chimeneas inactivas, balanceaban su mole sobre las ondas azules. Unos cuantos metros más lejos, un yate blanco, armado en goleta, de poca altura sobre el agua y cortado para regatas, levantaba su chimenea amarilla, por la que se escapaba un ligero penacho de humo. En el palo de popa flotaba la bandera inglesa y el movimiento de la tripulación en el puente indicaba que el barco tenía sus calderas encendidas y estaba pronto á marchar.

Por un paseo de árboles cuya vitalidad no honraba á la administración colonial, Tragomer entró en la población, precedido por el guía. Como hacía buen tiempo, una espesa capa de polvo cubría el camino, que en la época de las lluvias debía convertirse en un río de cieno. A uno y otro lado se veían algunas tiendas de licenciados de presidio que ofrecían á la población objetos de utilidad ó de lujo. Las muchachas canacas, con sus sombreros trenzados y sus vestidos de algodón de colores, pasaban, de vuelta del mercado, mostrando las cestas llenas de pescados y respondiendo con sonrisas á las miradas de los soldados de marina. El vigilante acortó el paso y Tragomer vió delante de él una construcción bastante vasta en la que se ostentaba la bandera tricolor.

– ¡Palacio!.., dijo con énfasis Derinho, escupiendo un charco de saliva enrojecida por el betel.

– Bien, respondió Tragomer, que divisó al centinela apoyado negligentemente en su fusil á la sombra de la garita.

Cristián dió una moneda al guía y entró en el palacio. Una cuadrilla de penados estaba componiendo el techo de un pabellón, y el vigilante, sentado en una viga, fumaba tranquilamente. Sobre una puerta Tragomer leyó: «Administración penitenciaria. - Despacho del Gobernador. - Secretaría general.» Entró y un empleado soñoliento levantó la cabeza al oir pasos y dijo con voz agria:

– ¿Qué desea usted?

– Hablar con el señor secretario ..

– ¡Otro inglés!, murmuró el empleado.

Y levantándose perezosamente entró en la habitación contigua.

– Pase usted, dijo al reaparecer poco después.

El secretario estaba medio echado en una butaca, con el chaleco desabrochado y la corbata deshecha. Al ver al visitante se levantó, indicó con mano negligente un sillón enfrente del suyo, y con una cara que expresaba grande asombro, pues nadie iba á aquel país sin estar obligado, dijo:

– ¿A quién tengo el honor de hablar?

– Sir Cristián Fergusson, de Liverpool, y aquí tiene usted una carta del cónsul de Francia en Colombo que me recomienda á la benevolencia del señor gobernador.

– ¿El señor es inglés?, dijo el secretario cogiendo el papel con amable indiferencia. Sí, no vemos visitantes si no son ingleses ó americanos. Los franceses no vienen jamás. Esos no viajan... ¿Para qué venir, por otra parte, á este endiablado país? ¡El establecimiento! ¡Los campos penitenciarios! ¡Bonito espectáculo! En fin, cada uno tiene su gusto...

Echó una ojeada á la carta y continuó:

– Está usted haciendo un estudio comparativo del régimen penal de las naciones europeas... ¡Ingrato trabajo! Hay que ver de cerca á los penados, como nosotros los vemos, para darse cuenta del escaso partido que se puede sacar de ellos para colonizar... ¡Mal ganado, caballero, mal ganado! ¡Y difícil de conducir! Todos creen, al llegar aquí, que van á estar en Jauja. Los hay que están en las cárceles de Francia y matan para ser enviados á la Nueva Caledonia... Ven la colonia á través de sus sueños, y cuando se encuentran con la realidad viene el desencanto. Aquí no gozan de una existencia de plantador ó de sibarita..., ni con mucho. Creen que van á pasar el tiempo fumando en la orilla del mar, como parisienses de veraneo, y se sublevan cuando ven las cuadras, los dormitorios en que duermen encadenados, los vigilantes revólver en mano... ¡Oh! Cuando se portan bien, la administración es paternal con ellos. Se les admite en las oficinas, se dulcifica su suerte y se les hace casi dichosos... Pero ¿cuántos se hacen dignos de estos favores?... La mayor parte no tienen más que una idea: robar y escaparse...

El secretario tomó aliento. Su oyente le había escuchado con una atención que le halagaba, y ya se preparaba á proseguir, cuando Tragomer le preguntó:

– ¿Son frecuentes esas evasiones?

– Muy frecuentes, pero casi siempre inútiles. Para que un penado se pueda escapar, es preciso que le recoja un buque. Tuvimos en otro tiempo la evasión de Rochefort con Olivier Pain, que se cita como una especie de leyenda. Pero es preciso gastar mucho dinero y tener cómplices fuera para que salga bien una tentativa semejante... Generalmente, los que se escapan se meten en las malezas y viven allí como bandidos corsos, hasta que los cogen los canacas ó se rinden ellos mismos... Su única probabilidad de salvación es apoderarse de una lancha y tratar de llegar á la Australia... Pero entonces corren el riesgo de morirse de hambre ó de que se los coman los tiburones.

– ¿Y dónde se escapan más fácilmente?

– En la isla Nou... El último que nos jugó esa partida consiguió despojar de su uniforme al vigilante y atarle como un salchichón... Después se escapó en su lancha, pero se le alcanzó en el mar y fué preso...

– ¿Hay en este momento penados cuya conducta sea ejemplar y que merezcan los favores de que me hablaba usted hace poco?

– ¡Ah! Ya veo que está usted haciendo averiguaciones serias, dijo el secretario, mirando con curiosidad á Cristián.

(Continuará)



Luis Cerebotani

LUIS CEREBOTANI Y LA TELEGRAFÍA

NUEVOS DESCUBRIMIENTOS CIENTÍFICOS

El electricista italiano Luis Cerebotani dió hace poco tiempo en Munich una conferencia experimental sobre sus inventos en telegrafía: asistieron á ella el príncipe regente de Baviera, varios miembros de la familia reinante, algunos ministros, generales, el director de telégrafos, muchas notabilidades científicas y no pocos capitalistas.

Hizo el inventor algunas consideraciones generales acerca de sus innovaciones técnico telegráficas y describió los sistemas telegráficos hasta ahora empleados, que son tres: el de los signos convencionales (telegrafía Morse), el de los caracteres impresos (telégrafo impresor) y el de la transmisión químico-eléctrica de escritos ó dibujos previamente preparados.

Todos estos sistemas encuentran una aplicación *sui generis* en el nuevo sistema Cerebotani, y así como hasta ahora la combinación de los signos se hacía con la mano y por lo tanto la velocidad de la misma estaba limitada por la velocidad de los movimientos de ésta, con el nuevo método es un hecho independiente, puesto que la mano no tiene más misión que golpear á intervalos tan cortos como se quiera en los cuales se sintetiza luego la acción electro-mecánica que transmite el signo entero, el cual es reproducido por el aparato receptor (fig. 2).

Si con este sistema resulta rapidísimo el telegrafiar en forma sencilla, imagínese cuánto más rápido resulta el mismo teniendo en cuenta que pueden transmitirse á la vez varios despachos por un solo alambre, haciendo uso del teclado que recuerda el de las máquinas de escribir.

Por lo que hace á las transmisiones de escritos ó dibujos, demostró Cerebotani que los conocidos métodos de Backwell y del abate Caselli pueden ser aplicados con gran ventaja con tal de que se emplee su sincronismo y la manera ingeniosísima y completamente segura por él demostrada de trazar círculos concéntricos sobre una superficie entera. El aparato de que se vale es el que reproduce la figura 1.

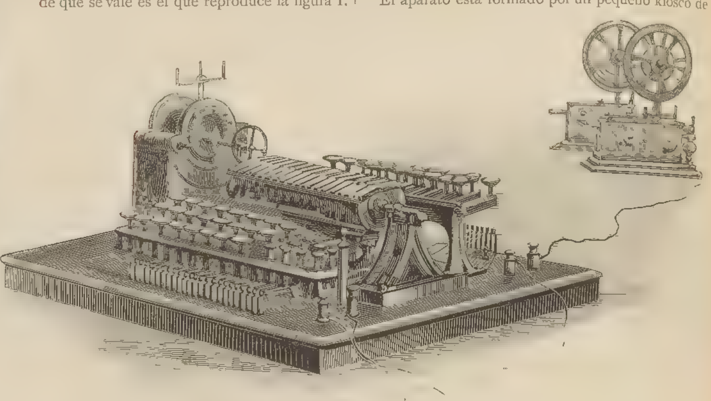


Fig 1. – Nuevo aparato para la telegrafía Morse con teclado sistema Cerebotani

Pero Cerebotani no tiene necesidad de atenerse al conocido sistema electro-químico copiante, que consiste, no en la transmisión inmediata de lo escrito, sino en la reproducción en el aparato receptor por medio de los movimientos conocidos de un cilindro y del punzón (como sucede en el fonógrafo de Edisson) de un escrito anteriormente preparado y aplicado á otro cilindro igual transmisor.

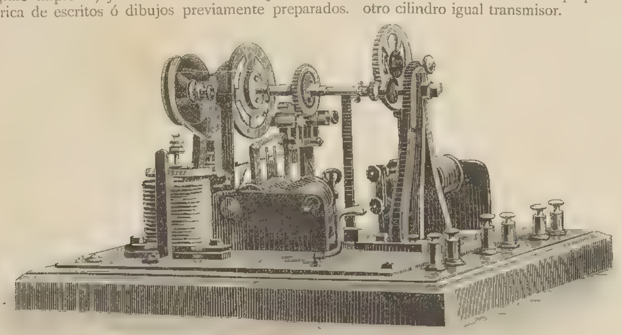


Fig. 2. – Aparato receptor

El inventor italiano transmite directa é inmediatamente y, lo que es más admirable, por un solo alambre los mismos signos que va trazando la pluma transmisora: los experimentos llevados á cabo tuvieron un éxito sorprendente. El aparato transmisor de escritos y dibujos está reproducido en la figura 3.

Otro aparato que puede considerarse como artículo de telegrafía y que interesó en alto grado á cuantos asistieron á la conferencia y lo vieron funcionar es el llamado *autoteleneteorómetro* (fig. 4). Con este aparato, que funciona ya en Isvezia, se transmiten y registran automáticamente á cualquiera distancia los grados de cada uno de los instrumentos meteorológicos de un observatorio, tales como barómetro, termómetro, higrómetro, anemómetro, dinamómetro, pluviómetro, aeredinamómetro, etc.

El aparato está formado por un pequeño kiosco de hierro y su órgano principal es un tambor rodeado de los referidos instrumentos y provisto de una sección transmisora compuesta de unas reglas metálicas con escala.

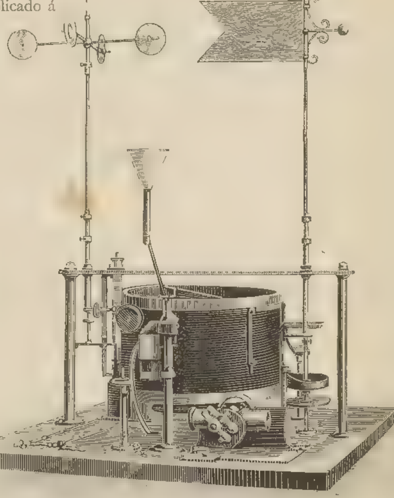


Fig. 4. – Estación meteoro-telegráfica automática

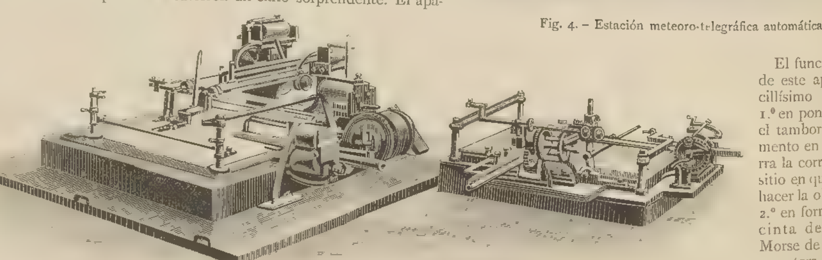


Fig. 3. – Sistema Cerebotani para la transmisión de escritos y dibujos

El funcionamiento de este aparato sencillísimo consiste: 1.° en ponerse á girar el tambor en el momento en que se cierra la corriente en el sitio en que se quiere hacer la observación: 2.° en formarse en la cinta del aparato Morse de la estación receptora una serie de varios grupos de puntos cuyo número

indica exactamente el estado del instrumento; es decir, tantos grupos cuantos son los instrumentos que han de transmitir su estado y cuyo orden se conoce; 3.º en cesar de moverse el tambor citado en el momento en que se abre la corriente.

La figura 5 es reproducción de la regla eléctrica transmisora, la cual está provista de algunas planchitas de contacto y puesta en comunicación con un telégrafo impresor ordinario por medio de un alambre.

Todos los experimentos ejecutados por Cerebotani maravillaron

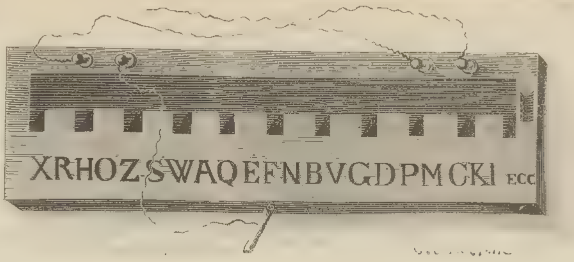
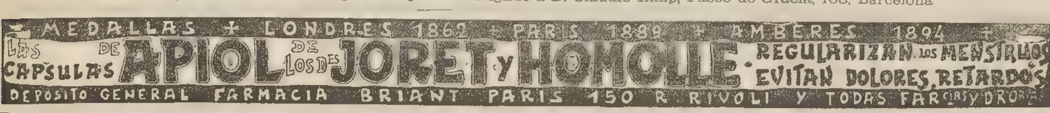


Fig. 5. – Regla eléctrica transmisora

á los concurrentes á la conferencia, quienes, una vez terminada ésta, examinaron detenidamente los interesantísimos instrumentos expuestos y felicitaron calurosamente al ilustre sabio italiano.

Desde Munich se ha dirigido Cerebotani á Berlín, por invitación especial del emperador Guillermo. Además se está constituyendo en Alemania una sociedad formada por grandes capitalistas para la difusión y aplicación en todo el mundo civilizado de los sistemas telegráficos por Cerebotani inventados, en los cuales tienen gran confianza los iniciadores de la idea.









LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

PERFILES Y BROCHAZOS, por *Narciso Oller*, traducidos del catalán por *M. Morera Galicia*. – Nueva prueba del acierto que preside en la elección de obras para su «Biblioteca Elzevir ilustrada» ha dado el conocido editor barcelonés don Juan Gili escogiendo para formar el tomo XVIII de la misma unas cuantas narraciones de Narciso Oller. El nombre del afamado escritor catalán es sobrado conocido para que tengamos que celebrar el mérito de los cuadros y cuentos contenidos en este tomo, admirablemente observados, fotografiados por decirlo así del natural y escritos con la maestría á que Oller nos tiene acostumbrados. La traducción del señor Morera es digna del original, con lo cual queda hecho su mejor elogio. *Perfiles y brochazos*, que lleva bonitas ilustraciones de B. Gili, véndese á dos pesetas.

L' ACCADEMIA DI SPAGNA IN ROMA. – Se ha publicado en Roma, extractándolo del número de la *Rivista politica e letteraria* del mes de abril último, un folleto que es un estudio interesantísimo acerca de nuestra Academia de Bellas Artes en la capital de Italia, además de una reseña histórica de aquella institución, contiene muchos datos referentes á nuestros principales artistas que por la Academia han pasado y de sus obras más importantes, y algunos grabados reproducciones de cuadros y vistas del palacio en donde está instalada aquélla.



PAISAJE, cuadro de Hermán Hartwich

TRADICIONES Y LEYENDAS ESPAÑOLAS, por *Luciano García del Real*. – Se ha puesto á la venta un nuevo tomo de esta colección que con tanto éxito publica el editor barcelonés Sr. Tasso. Contiene quince leyendas históricas y tres familiares, interesantes y bien escritas todas ellas, constituyendo una serie de lecturas tan amenas como instructivas. Véndese á cuatro reales.

PAMPLINAS, por *Vital Aza*. – Con decir que este libro contiene cincuenta y una composiciones en verso de Vital Aza, del poeta fecundo y fácil como pocos, y como pocos chistoso de buena ley, queda hecho el mejor elogio de esta obra, que constituye el tomo 66 de la «Colección Diamante» que con tanto acierto como éxito publica en Barcelona D. Antonio López. Véndese á 50 céntimos.



IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XVIII — Barcelona 29 de mayo de 1899 — Núm. 909

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



DUEÑOS DEL CAMPO, dibujo original de Enrique Estevan

A punto de entrar en máquina el presente número recibimos la triste noticia del fallecimiento de D. EMILIO CASTELAR. Sin tiempo para rendir hoy á la memoria del querido amigo y colaborador ilustre el tributo que le deben nuestra admiración y nuestro cariño, nos limitamos á expresar en estas pocas líneas el sentimiento profundo que nos embarga por la pérdida del que siempre nos distinguió con su amistad y honró por espacio de tantos años con su valiosísima firma las columnas de «La Ilustración Artística.»

Los Editores

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

ALGO DE FEMINISMO

¿Y por qué no? Mi viaje á París me ha refrescado estas ideas que casi se difuman y desvanecen en la atmósfera española. – En Francia el feminismo no ocupa ciertamente el lugar que en los países del Norte: no puede asegurarse que ni en las costumbres ni en la vida social la cuestión feminista esté, por ahora, planteada con carácter de apremiante urgencia; lo cual no impide que exista, que se la tenga presente, como se tiene un negocio y un quehacer de esos que no ahogan, pero alguna vez aprietan.

Hay en Francia muchos feministas. Son gente tranquila, cauta, más bien conservadora; poseen el buen sentido de la lógica y tienen la virtud de la calma; dejan desenvolverse los acontecimientos; quieren que sus vecinos de allende la Mancha les den hecho el trabajo de experimentación, los encajes, siempre arriesgados y difíciles; encomiendan la parte que podemos llamar de *extravagancia* que en sí lleva toda innovación, las crudezas y las rarezas - antipáticas al gusto y á la fina crítica, – á los Estados Unidos; fían en el auxilio de la raza anglo-sajona para asaltar las posiciones á vanguardia; y serenamente cubren la retaguardia, en tanto que llegue el momento de avanzar á su vez. No aspiran, al menos por ahora, á plantear ninguna novedad que lastime intereses creados, ni que escandalice á la gente seria, ni que se preste al ridículo; no quieren molestar ni perturbar: saben que todo llega á su tiempo, que todo sucede cuando debe suceder, y fían seguramente en el porvenir. Así, poco á poco, va reclutando prosélitos y ganando simpatías la causa y los derechos de la que hace medio siglo se conocía por «la más bella mitad del género humano.» Simpatías doblemente valiosas, porque son las de hombres formales, de ilustración demostrada, acostumbrados á pensar y á regir la opinión, y que un día dado, entendiéndose á media palabra, podrán hacer sin lucha y sin *efusión de sangre del espíritu*, lo que ahora acaso no se lograría sin la costa de lides encarnizadas y crueles.

Yo creo que este género de feminismo es el que más promesas encierra y más fruto ha de rendir; sedimento que va depositándose y que al acumularse en el fondo del vaso hará que se desborde; pero también considero que deben estimarse y reconocerse los esfuerzos de las mujeres, más radicales, más impacientes, como es natural, y muy ingeniosas y graciosas en el modo de defender y de sostener sus aspiraciones. En primera línea, en este terreno, figura el diario *La Fronde*, fundado hace tres años, escrito sólo por señoras y dirigido por una joven y guapa, Madame Marguerite Durand.

Es un periódico de combate, pero nadie lo diría al penetrar en la redacción, en la cual se advierte la pulcritud y el sosiego propios de una vivienda femenil - iba á decir conventual. – Todos los empleados son mujeres; creo que también los cajistas; el crujir de una falda de seda, un paso menudo y apresurado, una frase delicadamente dicha, el rasgueo de las plumas, son los ruidos característicos de la redacción de *La Fronde*. A las cinco se sirve el te, con sus *cakes* y sus ruedecillas de *pudding* – lo mismo que en un salón, lo mismo que en la intimidad familiar. - No obstante su juventud periodística, *La Fronde* está bien instalada, bien alhajada, con desahogo suficiente, el *confortable* discreto propio de las moradas de mujeres solas. No andan por los suelos colillas de cigarro, ni pedazos de papel roto; no se baten las puertas; no están manchadas ni pringosas las mesillas del te. El instinto de orden y economía de la hembra se revela en los menores detalles. A modo de divisa, al frente de cada número se lee la siguiente advertencia: «*La Fronde*, periódico diario, político, literario, está dirigido, administrado, redactado é impreso por mujeres.» Y debajo, otro aviso significativo y arrogante: «*La Fronde* es el único periódico que publica *suplemento diario*.»

La señora María Luisa Nervu, primer periodista que me salió al encuentro á mi llegada á París, en la estación de Orleáns, me aseguró que casi siempre sucedía lo mismo; que casi siempre la *reporter* se adelantaba á los *reporters*. El hecho no me sorprendió, pues sabía que en Inglaterra la mujer trabaja á maravilla en el noticierismo, y no había olvidado á cierta Mistress, esposa del corresponsal que el *Times* envió á Madrid después de los sucesos de la revolución de Septiembre, y que no sólo era más activa y diligente en recoger impresiones y noticias que su esposo, sino que se encargaba de redactar los artículos que él firmaba y que en Inglaterra servían de base de información para la marcha de la política española.

***

Es *La Fronde* un periódico muy despabilado, y está, valga la frase, siempre al quite. Cuanto puede redundar en honra ó provecho de la mujer, encuentra en *La Fronde* decidido apoyo y firme defensa. No obstante este que podemos llamar tema obligatorio y peligro de monotonía, en su lectura puede calificarse de amena y chispeante *La Fronde*. Parece excusado agregar que no se queda atrás en las polémicas, y que en la réplica ni son cortas ni perezosas las periodistas. A los problemas de la pedagogía y de enseñanza dedica una atención muy preferente; por el índice semanal del suplemento diario puede formarse idea de la variedad atractiva que ofrece el periódico. El lunes, noticias y correspondencias del extranjero; el martes, cuestiones de beneficencia; el miércoles, ciencias ocultas, quiromancia, nuevos descubrimientos científicos; el jueves, juego y *sport*, crítica literaria, ojeada á las revistas; el viernes, modas, recetas, gobierno de casa, medicina práctica; el sábado, enseñanza exclusivamente; y el domingo, respuestas á todas las preguntas que formulan los lectores durante la semana. No se dirá que el programa no es completo.

Entre paréntesis: al hacer observar lo que tiene de honroso para un periódico el consagrar un día de la semana exclusivamente á las cuestiones de enseñanza, es preciso añadir que también indica gran cultura en el país donde eso puede hacerse y el público lo acoge gustoso. No debemos suponer que sea por dañada intención ni por empeño de contribuir á nuestro atraso por lo que los diarios españoles, que ofrecen amplio y generoso espacio á las revistas de toros, no tocan las cuestiones pedagógicas sino cuando, mediante imposiciones políticas, hay que atacar ó defender los planes de un ministro de Fomento. Es indudable que no hablan de enseñanza los periódicos españoles... sencillamente porque á los lectores les fastidiaría.

***

Lo único que podría objetarse al diario feminista *La Fronde*, es que consagra demasiada atención, demasiado texto, al famoso *affaire Dreyfus*. *La Fronde* es dreyfusista acérrima, y ante el *bordereau* y las telarañas y ratoneras del célebre proceso, olvida lo demás, aunque de cuestiones feministas se trate. Yo no censuro á *La Fronde* porque sea dreyfusista: mal podría hacerlo, cuando ni antes de mi viaje á Francia, ni ahora, he conseguido formar opinión acerca de este enredadísimo é inextricable nudo gordiano. ¿Y cómo se permitiría un extranjero opinar, si los franceses no han llegado á entenderse, si se tiran los trastos con ensañamiento mayor cada día? Lo único que se me ocurre es que, para *La Fronde*, el asunto Dreyfus es de interés secundario; debe ser preferente la causa feminista, y á veces no lo parece; dijérase que lo más importante hoy para la mujer es la suerte del prisionero de la isla del Diablo. Cierto que así demuestra una vez más *La Fronde* que es un verdadero periódico, y sigue el movimiento general de la prensa al enzarzarse en la cuestión Dreyfus, al votar en ella, al llevar su contingente en pro ó en contra; no está fuera de la corriente de la opinión contradictoria, sino dentro, remando en la regata de los dos bandos que la dividen. Quizás, en este concepto, hace bien *La Fronde*. Y por otra parte, ¡es tan difícil, escribiendo para franceses, abstenerse en la cuestión Dreyfus! He notado que en todas partes se empezaba por no querer hablar *de eso*, y sin poder evitarlo, al fin asomaba la conversación prohibida, cargante, aborrecible ya para la inmensa mayoría; y reconociendo que era dar vueltas á una rueda sin fin en el vacío, que era buscarse la jaqueca, que era echar á perder el encanto de la *causerie* – lo que más estima el francés, – se hablaba, se hablaba, se seguía hablando – discutiendo, que es lo peor.

***

Transfórmase la apacible redacción de *La Fronde* cuando dan una fiesta como la que me dedicaron, y que no sólo fué espléndida, sino de un sabor marcadamente parisiense – alegre, animada, modernista, de notas vivas, picarescas, de *esprit*. – En vez de señoritas aficionadas que luciesen sus habilidades al piano ó de poetisas que leyesen composiciones más ó menos líricas, las frondistas, derrochando buen gusto y dinero, llamaron á los mejores actores, á los cantantes de la ópera, á las bailarinas españolas, á la orquesta húngara, al *chansonnier* de moda, y organizaron un programa sumamente divertido, en el cual incluyeron el pasillo-revista *La dame de chez Maxim*, que consigue ahora en París el éxito que aquí logró *La gran vía*, por ejemplo. Una fiesta así debe de costar mucho; el periódico que gasta tales lujos, á la fuerza tiene vida muy próspera, muy desahogada. Las paredes y techo de las salas de *La Fronde* estaban literalmente bordadas con festones de camelias naturales: cosa también muy cara en París.

***

En esfera más modesta que *La Fronde* conozco otros periódicos feministas, redactados también en todo ó parte por señoras; citaré *Le pain (El pan)*, y *Simple Revue* (La *Revista*). *El pan*, que ha recibido en su seno á algunas disidentes de *La Fronde*, es un periódico socialista cristiano, propagandista de los intereses de las clases pobres, de la mujer y del niño enemigo declarado del lujo excesivo, de la inmoralidad, de las corridas de toros, de la guerra; partidario del desarme, y coincidiendo con *La Fronde* en otorgar puesto preferente á los temas de enseñanza y pedagogía. *Simple Revue* tiene más bien carácter literario y mundano. – Deben de existir otras publicaciones en que la mujer, cuando menos, tome parte muy activa; pero se comprenderá que mi corta estancia de nueve días no me permitió enterarme de su existencia.

***

Mi visita al Ladies' Club me produjo una impresión singular: en vez de estar en un *club* me figuré que estaba en algún monasterio – monasterio aristocrático, como las Salesas ó las Huelgas, porque las damas allí reunidas parecían pertenecer á una clase social fina y elevada. – El *Ladies Club* es un Casino para señoras. Hállase situado frente al templo de la Magdalena, en el corazón de París. Igual quietud, igual recogimiento, la propia limpieza que en la redacción de *La Fronde*. No se oye ni un mosquito. Muebles muy elegantes, de seda, de colores claros; flores y objetos de arte en chimeneas y consolas; tocador primoroso; alfombras tupidas; el bienestar, la *respectability* de una casa seria y de buenas costumbres. No se si la fisonomía del Ladies' Club variará al dar una fiesta, pues la que estas señoras tuvieron la bondad de ofrecerme se verificó después de mi marcha, lo cual sentí mucho – pero érame imposible detenerme ni un día más.

Preguntóme la presidente del Ladies' Club si no me parecía un progreso evidente la existencia de un Casino para señoras. Confesé, con mi sinceridad acostumbrada, que el progreso, á mi ver, consistiría en que, sin extrañeza de nadie, á favor del respeto que dicta la buena crianza y que impone la equidad, pudiese la mujer concurrir á los círculos todos, y muy especialmente á aquellos que tienen carácter intelectual, en que se lee y se entretiene honesta y lícitamente el tiempo. Y al decirme la presidente que á eso se llegaría, pero que por hoy era peregrina novedad el Centro mixto, señalé al templo de la Magdalena, que veíamos desde la ventana, y exclamé: «A[illegible] tiene usted un Centro donde siempre se han reunido mujeres y hombres.»

Emilia Pardo Bazán

ARTURO KAMPF

Nació este notable pintor alemán en Dusseldorf en 1864, y los recuerdos de su infancia, de aquellos tiempos en que el ejército de Alemania regresó ven-



EL PINTOR ALEMÁN ARTURO KAMPF

cedor de Francia y en que á impulsos de un sentimiento nacional unánime y entusiasta surgió el imperio germánico, han sido los principales factores de su obra artística: en ellos se inspiran sus cuadros históricos, donde el héroe no es el personaje por la historia consagrado, sino la masa popular. El pueblo, sus costumbres, sus tendencias, sus aspiraciones, inspiran también sus cuadros de género.

El primer gran cuadro histórico que pintó Kampf lo pintó á los veintitrés años y fué *El coral de Leuthen*, fresco que se encuentra en una casa particular de Duren y que representa un episodio de la época de Federico el Grande; á él siguieron otros varios inspirados todos en la guerra de los Siete años, entre los cuales citaremos: *Ahora dad gracias á Dios*, *Víctimas de los cosacos* y *Arenga de Federico el Grande á sus generales en Koeben*.

Dentro del mismo género histórico ha cultivado Kampf asuntos más modernos, referentes á la guerra de la Independencia: en este grupo son dignos de mencionarse *El profesor Steffens excitando al pueblo de Breslau á la revolución en* 1813 y *Víctimas del pueblo*, en los cuales se admira un estudio profundo de la vida moral del pueblo. Actualmente está terminando un lienzo titulado *La danza macabra de* 1812, en el cual pinta de una manera fantástica los desastres de la campaña de Rusia.

EN EL CAFÉ, cuadro de Arturo Kampf

También ha tratado Arturo Kampf la historia moderna, aunque sólo en un cuadro titulado *La noche del* 13 *al* 14 *de marzo de* 1888 que se relaciona con la muerte del emperador Guillermo I. Figura este lienzo en la Nueva Pinacoteca de Munich; y aunque de reducidas dimensiones, expresa de una manera admirable el duelo que en aquel entonces experimentó toda la nación alemana.

En gran número son los cuadros del celebrado pintor que no pertenecen al género histórico; y aunque sus principales triunfos en este último los ha conseguido, no puede negarse que en otros géneros ha producido obras tan bellas como interesantes. En el concurso de efigies de Jesucristo que se verificó hace poco tiempo en Alemania, Kampf presentó una imagen del Salvador que fué muy discutida y que por la amplitud con que estaba pintada y sobre todo por la expresión profunda de sus ojos de mirar divino causó impresión hondísima en cuantos la contemplaron.

Entre sus pinturas de género son dignas de mención preferente las dos que en esta página reproducimos y que constituyen un notable contraste. *En el café* es una escena sencilla por su asunto y por su ejecución; y sin embargo, la maestría con que están trazadas las figuras del caballero que se dispone á pagar y del mozo que espera hacen de este cuadro una verdadera joya artística. *A la puerta del teatro* entraña una idea filosófica y un si es no es revolucionaria: aquella pobre mujer que con el niño en brazos mira con airados ojos á los que en el teatro penetran, parece ser una terrible protesta contra las desigualdades sociales que permiten que mientras unos carecen de lo necesario otros pueden disfrutar hasta de lo superfluo. Y esta protesta no resulta forzada; no es el pintor quien la hace, es el asunto en sí el que consigo la trae; y este asunto no ha sido preciso buscarlo expresamente, es un tema que está continuamente á la vista de todos.

Como retratista goza también Arturo Kampf de reputación envidiable, y en sus retratos se advierte el especial cuidado que pone el artista en hacer resaltar tanto los rasgos físicos cuanto la personalidad moral del retratado.

Entre sus más recientes trabajos figuran algunos estudios de España, sobre todo de las regiones meridionales, que Kampf ha trazado con gran cariño, enamorado sin duda de aquel cielo, todo luz, y de aquella naturaleza, toda calor, que tanto contrastan con la naturaleza y con el cielo de su patria.

Un célebre crítico escribió hace bastantes años: «El ideal de la belleza en la escuela de Dusseldorf cifrase en el movimiento suave, ondulado, gracioso de los contornos, que se aparta de todo lo varonil y fuerte, de todo lo enérgico y característico, en una palabra, de todo lo que nos recuerda la naturaleza.»

¡Cuánto han cambiado los tiempos! Aquel juicio que pudo aplicarse á los artistas de aquella escuela pertenecientes á la generación de 1830, resulta hoy inaplicable y bajo todos conceptos erróneo. – X.

LAS CRINES

A principios de diciembre, poco después de haber evacuado Lannes á Tarazona, una fuerza de dragones penetró en aquella ciudad.

Era un gran regimiento, triste y sin miedo, diezmado por la emboscada, y la mayoría de los soldados que lo componían parecían viejos, en fuerza de lo mucho que habían sufrido. Sin otra preocupación que la gloria, eran de los que habían atravesado Europa, de aquellos que desde 1805 á 1808 constituían los últimos restos del Viejo Ejército, relataban sus aventuras y narraban á los espantados bisoños, en voz baja y todavía temblona y con ojos animados por el entusiasmo, el fúnebre tumulto de Austerlitz.

– ¡Alto!

La fuerza había llegado á una plaza rodeada de casitas bajas: la ciudad parecía muerta; sólo se oía de cuando en cuando el ruido de unos zuecos, la canción de los arroyos que cruzaban Tarazona con sus mil hilillos de agua y el inmenso rugido fugaz de un viento de montaña que soplaba lejos de allí.

– ¡Hola!, dijo el coronel. ¡A registrar las casas!

Aquel jefe tendría á lo sumo treinta años: era delgado, rubio y sin duda alguna se había batido muchas veces heroicamente, pues todo lo que de su piel se veía, desde los pies á la cabeza, estaba cubierto de heridas. Agitábase sobre su silla, y ardiendo en impaciencia y con la mirada fija en las casas, cuyas puertas derribaban sus soldados, retorcíase el bigote, que llevaba recortado como los antiguos galos.

– ¡Ah!, exclamó al fin. ¡Conque esos animales se habían encerrado en sus viviendas!

En efecto, mujeres, niños, ancianos acudían de todas partes presurosos hacia la plaza en donde estaban los dragones.

– ¡Agrupad á las muchachas!, dijo el coronel.

A cada instante llegaban nuevas gentes, y como si el mismo terror hubiese entrado en todas las casas, la ciudad entera abría sus puertas.

– No se encuentra ningún hombre, dijo un oficial.

– ¡Pardiez!, repuso otro, están en la emboscada. ¡Mucho ojo, pues, cuando pasemos por el desfiladero!

Las mujeres acudían en tropel; las callejuelas estaban llenas de sayas de colores claros, y mil voces chillonas dejaban escapar entre sollozos horribles



A LA PUERTA DEL TEATRO, cuadro de Arturo Kampf

imprecaciones. Una vieja se lanzó á la plaza aullando y con los brazos en alto.

Algunos dragones conducían varias jóvenes, de pobre aspecto, las más bonitas, que reían; pero la mayor parte se retorcían los brazos, amenazaban con sus dedos, que semejaban garras, y no cesaban de insultar al coronel, cuyos soldados parecían provocarlas con su alegría. Y algunas hubo que cogieron piedras y las arrojaron contra los franceses.

– ¡A un lado las mujeres!

De éstas, unas estaban sentadas amamantando á sus desnudos niños y otras con los puños levantados y presas de santo furor sacudían sus vestidos como si en ellos hubiérase prendido fuego. Las separaron de los viejos á quienes echaban en cara su tristeza y de los niños cuyo terror aumentaban: una muchacha hundióse un puñal en la garganta; sus compañeras recogieron su sangre y la lanzaron haciendo la señal de la cruz hacia los dragones. Y la vieja, en tanto, seguía aullando con voz tan fuerte, tan ronca, tan continua y tan espantosa que los caballos, aterrados, se apretaron unos contra otros.

– ¿Está ya?, preguntó el coronel. ¿Están ahí todas las mujeres?

– Todas.

– Corriente. ¡Ahora á buscar tijeras!

Unos cuantos soldados entraron en las casas, guiados por tres muchachas que parecían menos furiosas que las demás, y volvieron en seguida.

Entonces el coronel acercóse á las mujeres, cogió á una de ellas por el moño y señalando á las otras exclamó:

– ¡Cortadles las cabelleras! ¡A todas, sin dejar una sola, y al rape!

Y sonriente, púsose á contemplar á aquellas mujeres por entre las orejas de su caballo, que con la



Mujeres, niños, ancianos acudían de todas partes presurosos hacia la plaza...

patas delanteras sobre un hito, piafaba como si estuviera en el campo de batalla.

Las infelices, adivinando el castigo, empujaban á los dragones y dejábanse caer voluntariamente entre las hojas de las grandes tijeras, pues todas querían morir; pero amarradas fuertemente no tardaron en aquietarse, y al poco rato caían por el suelo sus largas cabelleras.

Las cogían por el talle, las despojaban de lo que constituía el orgullo de sus cabezas; los dragones mostrábanse satisfechos viendo entre sus brazos á aquellas mujeres, y éstas agarrándose á las guardas de los sables intentaban morderles los puños. Mas todos sus gritos fueron inútiles: el coronel, de pie sobre los estribos, esperaba que estuvieran rapadas las mil víctimas. La tarea era fácil: el tiempo no más de cogerlas, y en un momento, desde la nuca de ámbar hasta las orejas, desde las orejas hasta la frente, caían en cascada á los pies de los soldados, como velos ó como banderas desplegadas, aquellas hermosas cabelleras, unas tan largas que llegaban hasta los talones, otras tan espesas que envolvían los cuerpos.

– ¿Habéis terminado?, preguntó el coronel. ¿Están rapadas todas?

Aún resonaron algunos gritos: la mayor parte de aquellas cabelleras habían sido ofrecidas á la Virgen, y algunas mujeres se deshacían en lamentos y sollozos y de rodillas y con las manos en alto mostraban al cielo sus cabellos cortados. Un capitán avanzó hacia el coronel y le dijo:

Todo está dispuesto.

Las cabelleras estaban alineadas en el suelo alrededor de la plaza que parecía un mercado de serpientes.

El coronel pasó por delante de ellas al trote, mientras detrás de él los soldados se reían mostrándose unos á otros á las pobres mujeres que, acurrucadas, tapábanse la cabeza con sus mantillas. Los cabellos eran todos negros y despedían un olor fuerte é infinitamente dulce de jardín...

– ¡Dragones!, exclamó después de aquella revista colocándose de un salto junto á sus soldados y extendiendo su mano como si quisiera abarcar toda la plaza. ¡Poneos esto en los cascos!

Los soldados prorrumpieron en ruidosas carcajadas y todos á la vez se arrojaron sobre las cabelleras. Como había profusión de éstas, cada soldado tuvo la suya. Las había infantiles, vaporosas, otras gruesas, pesadas, y dragones hubo que, sacudiéndolas con las manos, cubriéronse con ellas los cascos, los cuerpos y los muslos, envolviéndose así en una especie de capote de ordenanza. Atardecía, y á la melancólica luz del sol que iba á su ocaso, aquellos ochocientos hombres parecían ochocientos fantasmas y aquellas cabelleras que les envolvían semejaban ochocientas fuentes de sangre negra. Un viejo sargento, de incomprensible estatura, blandía entre sus manos los cabellos que había recogido, y poseído de una alegría implacable, balanceaba aquel raudal nocturno sin comprender lo que hacía. Algunos, á quienes aquellos mechones estorbaban al andar, los introducían en sus gruesas botas; un mayor habíase cubierto con la cabellera desde la yugular hasta las espuelas; un teniente separó la suya en dos trozos, y detrás de los hilos de aquellos cabellos inmensos oíanse sus juramentos de voluptuosidad y se veía agitarse su garganta y relucir sus dientes, y algunos soldados muy jóvenes, sentados en el suelo, con los ojos lánguidos, la boca abierta y las mejillas y los bigotes hundidos en aquellas perfumadas guedejas, respiraban dificultosamente, sin oir nada y sin ver á nadie. Aquella embriaguez duró una hora, transcurrida la cual, los dragones se quitaron al fin los cascos.

Eran éstos, viejas marmitas «á la Minerva,» estropeadas, abolladas por los sablazos y por las balas, que habían cambiado de dueño muchas veces: eran de los que habían atravesado Europa, de aquellos que desde 1805 á 1808 constituían los últimos restos del Viejo Ejército y puestos en cabezas nuevas relataban á los asombrados jinetes el famoso tumulto de Austerlitz.



Los escuadrones desfilaron por delante de las mujeres...

Los dragones prendieron las cabelleras á las cimeras de sus cascos y un corneta dió unos toques de orden.

Inmediatamente el regimiento montó á caballo, formando un conjunto magnífico. Todos aquellos hombres eran altos. De entre las filas exhalábase un delicioso perfume.

El coronel desenvainó su sable, é iba á dar la orden de marcha cuando resonó un grito horrible, y una vieja, á quien se habían quitado las ligaduras, echó á correr junto á los caballos: era la misma cuyos aullidos habían excitado tanto á las mujeres. Un hombre la detuvo, y viendo el coronel que no le habían cortado el cabello, exclamó señalando unas tijeras:

– ¡A ésa, de prisa!

La cabellera cayó como un copo de nieve.

– ¡A mi casco!

El corneta de órdenes cortó la crin negra y colocó las blancas guedejas de la anciana en la cimera de oro de su jefe. Aquella cabellera, una vez soltada al aire, apareció grande, sedosa y cubrió como blanco manto al coronel y al caballo obscuro que éste montaba. En medio de aquellos hombres, la vieja cayó al suelo presa de una convulsión.

– ¡Dejadla!, dijo el coronel.

Y mirando hacia la montaña, añadió:

– ¡Nada de perdón! Tal vez perezcamos dentro de un momento á manos de sus hijos.

Dió un grito de «¡En marcha!,» y los escuadrones



¡Dragones, poneos esto en los cascos!

desfilaron por delante de las mujeres, que de pie y amenazándoles con los puños arrojaban con voz ronca sobre los dragones los mayores insultos. Los soldados veteranos pensaban quizás en las emboscadas de la montaña; los bisoños tal vez tenían el pensamiento puesto en sus madres y en sus hermanas. Uno de éstos, bajito y de blanco cutis, volvióse hacia las mujeres y las saludó llorando.

Desde que se sale de Tarazona, no se encuentran carreteras y sí sólo caminos cubiertos de fragmentos de peñascos.

El regimiento penetró en un desfiladero.

Y durante una hora caminó bajo el cielo sombrío de una fría noche hacia la emboscada, hacia los españoles, sin duda hacia la muerte. Y quizás alguna de las mujeres que en la plaza se quedaron, arrodillada y atenta sentíase conmovida al ver cómo aquellos escuadrones subían por la montaña, alejándose como bandada de aves de paso, y acaso entristecida por no conocer al soldado francés que la había tenido entre sus brazos, se preguntó al ver partir á aquellos hombres cuáles eran los suyos de aquellos cabellos que allá á lo lejos flotaban.

JORGE D'ESPARBÈS



PAISAJE DE LAS CERCANÍAS DE MUNSTER, dibujo de R. Hermann

HISTORIA DE GASPARÍN PULGUILLA

I

– ¿Conque tienes una historia tan famosa?, dijo el sargento Muñana á Gasparín, y así debe de ser, añadió, toda vez que siempre estás diciendo: «Para historia la mía...,» pero nunca la cuentas



RETRATO, por Felipe Laszlo

– No hay tiempo, mi sargento, replicó Gasparín. Entre ir y venir y meternos en danza con los mambises...

– Anda, que ahora nos queda un momento de descanso, gracias á la paliza que llevaron anteayer..., hasta tendremos que ponernos á hacer calceta para no aburrirnos. Cuenta, cuenta, que á mí me gustan las historias, me divierte oirlas. Sobre todo si son de muchos lances.

– Como haber lances, dos hay en mi historia, y grandes.

– ¡Ay, Gasparín!, que yo he leído novelas de mucho enredo, y grande tiene que ser el de tu historia para que á mí me guste.

– Mire usted, mi sargento, yo no sé si es ó no cosa de enredo lo que voy á contar; pero en fin, óigame, que pienso que si no ha de divertirle, pues no es cuento de risa, puede que le haga llorar.

– ¡Llorar! ¡Atiza, mandado te envío de lejos! ¡Mira que llorar!, replicó el sargento riéndose y tirándose de los bigotes.

– Pues óigame. Yo nací en Cuévanos, que es pueblo pequeño que apuesto que no le hallan en el mapa sino señalado por un puntico chiquirritín. Padre era y es tan pobre, que pienso que ni aun los vecinos del lugar se fijan en su persona, que es además tan diminuta como la mía, y madre es aún más chiquita que yo. Soy hijo único. Nos llamaban en el pueblo «los Pulgas,» y esto de apodo, pues los nombres nunca los supieron. Nos bastaba la barraca en que vivíamos, con ser como una garita, para estar bien anchos en ella. Con decir á usted, mi sargento, que casa y cerca valen cuatrocientos reales, imagínese lo que serían nuestras haciendas, si casa y cerca fueran nuestras, que no son sino alquiladas. *Asina* y á este *respective* todo lo demás. Un grande arcón carcomido ya y paticojo, donde guardaba madre un refajo, algunas camisas, calzones y otras pocas ropas, remendado todo y recosido; unas cuantas cazuelas y pucheros, tres banquejos toscos hechos á hachazos con madera de encina, jergones de paja y un colchón, mantas raídas, una pala y un pico son todas nuestras riquezas. Madre hacía medias, padre ganaba cuando más un par de reales por cavar la tierra y yo recogía en un zurrón los mendrugos y en un puchero la comida que me daban los vecinos del pueblo y los de otros pueblos cercanos, y esto no todos los días. Cuántas veces al llegar á una puerta oía: «¿Quién llama? – ¿El Pulguilla? – Vete, Pulguilla, no seas posma..., ya te dimos la semana pasada.» ¡Ah, cuántas, cuántas veces me despachaban de vacío y bien sermoneado por mi pedigüeñería!

– ¡Pobre Gasparín!, exclamó el sargento.

– Y sin embargo, éramos muy felices... Padre siempre cansado y refunfuñando con su mal humor, madre resignada y siempre rezando como una santa... y yo cantarín y corretón como un pajarillo y como un cachorro... La pena verdadera llegó... Se hizo el sorteo, ¡y miren qué suerte la mía!, caí soldado. Mala fortuna.

– ¡Toma, y á eso llamas mala sombra ó mala suerte! ¿Pues no ibas á estar, por mal que estuvieras, mejor de lo que estabas? Porque ahora en campaña mal se anda; pero en el cuartel se tiene ración segura, buen calzado, buena ropa, no mucho trabajo y mucha alegría... Si hubieras sido como yo..., hijo de padres bien acomodados. Pero tú, ¡un Pulguilla!

– ¡Ah, que el ratón más flaco ama su agujero!, replicó Gasparín. Caí soldado, y aquí viene el lance gordo de mi historia, que fué cuando tuve que marchar del pueblo para presentarme en las filas, y más sabiendo que luego, luego había de ir á la guerra.

– ¿Lance? Por el mismo hemos pasado todos.

– ¿Todos? No todos. Sargento es usted, y si muere deja diez reales á su madre, diez reales diarios para toda la vida... Acaso si me hubiera vendido por otro... Mire, mi sargento, y no se ría..., que no hay lance más triste. Madre, envuelta en un mal trapajo..., se fué á despedirme y lloraba, lloraba la pobre sin consuelo. «¡Hijo de mis entrañas, hijo de mis entrañas, hijo mío!..., gritaba. ¡Qué va á ser de mí sin verte..., malventurado!.. *Probeza* teníamos y teníamosla en paz, que así Dios Nuestro Señor y la Santa Virgen lo querían... Pero sin ti, pero sin ti..., y con el aquel de estar siempre, siempre pensando en si te ahogarás en la mar, ó te matará una bala, ó estarás enfermo de calentura maligna... ¡Dios soberano!» Y padre lloraba también, y no hablaba palabra, sino una vez que dijo que podía ser que aquello fuese para mi bien. Si hubiera usted visto que enturbiados tenían los ojos, cómo corría el lloro por la cara de mi madre..., cómo me apretaron al abrazarme... ¡Mire si fué lance aquel..., que no le olvido!.. Otro fué que ya á cuarto de legua del pueblo halléme con Maruja la de la bodega..., una chiquita que, mendiga como yo, pedía de puerta en puerta por todas las de Villacastín... y que había ido allá donde yo la encontré... y había ido por despedirse de mí la pobrecica, y llorando la dejé y secándose las lágrimas..., y me dió un escapulario nuevo, que tengo y que ella había pedido á las monjas de un convento de la ciudad.

– ¿Y esta es toda tu historia, Pulguilla?.. Pues como esos lances todos contamos; ¡vaya que también tu historia es tan poquita como tú, Gasparín!

– Para usted, mi sargento, pero no para mí.

– Así será, Gasparín.

– Llámeme Pulguilla.

– Pues bien, así será, Pulguilla.

No bien habían acabado su charla los militares, cuando pusiéronse en pie, rápida, eléctricamente conmovidos por el alarmante y resonante vivísimo toque de llamada, el más poderoso de los toques militares de corneta.

– ¡En danza, muchachos!, exclamó el sargento. Salta, Pulguilla..., ¡á formar!



RETRATO, por Felipe Laszlo

II

La última parte ó epílogo de la historia de Gasparín fué escrita por el general en jefe y publicada por el gobierno en la *Gaceta* oficial.

«Heroica fué, excelentísimo señor, la conducta del ejército: en el ataque hiciéronse notables el sargento Ramón Muñana y los soldados Ricardo Valls y Gaspar Pérez, los cuales, penetrando en lo más cerrado del cuerpo enemigo, lucharon con tal valor que deshicieron la partida, y persiguiendo al cabecilla y á los principales jefes les hirieron é hicieron veinte prisioneros; el soldado catalán Valls murió en honor de la patria y á consecuencia de las heridas recibidas, hállanse asimismo gravemente heridos Muñana y Gaspar Pérez.

»Propongo á los tres para la cruz laureada de San Fernando; al sargento le he ascendido á teniente, y á sargentos á los soldados Valls y Gaspar Pérez, con el haber que por pasar á inválidos del ejército de la patria les corresponde.»

Y días después publicaba la *Gaceta* otro parte: el soldado Gaspar, hallándose en la cama, había saltado de ella para tomar parte en la defensa del hospital de sangre cercado por los insurrectos y había muerto.

Fué ascendido á oficial..., su nombre puso á gran altura el honor del soldado! Muñana no se acordaba ya de Gasparín ni de Pulguilla..., sino del caballero oficial, y conservaba en su memoria, para poder repetírselas á los padres del soldado, las últimas palabras de éste:

«Ya, si no me ven..., por lo menos no pasarán hambre y pueden estar orgullosos..., pero la pena..., ¡oh, la pena habrá de matarlos!»

Tal es la sencillísima historia, verídica y probada, de Gasparín Pulguilla.

JOSÉ ZAHONERO

LOS JUEGOS FLORALES EN COLONIA

El domingo 7 de mayo, en el mismo día y á la misma hora en que se celebraban en Barcelona los tradicionales *Jochs Florals*, verificábase por vez primera esta poética fiesta en la antigua y hermosa ciudad de Colonia. La inmensa sala del histórico Gürzenich hallábase atestada desde mucho antes de la hora señalada para el comienzo de la fiesta: el salón estaba ricamente adornado con guirnaldas y banderas españolas, rumanas y otras



El eminente literato D. JUAN FASTENRATH, iniciador de los Juegos Florales de Colonia (de fotografía)

con los colores de Colonia, y en el estrado levantábase el trono de color de púrpura bordeado de oro rematado por una corona de flores de la cual pendía la preciosa cinta enviada por el Ayuntamiento de Barcelona. En el fondo del dosel veíanse formadas con flores las iniciales de la reina de la fiesta, la que estima á buen seguro en más su nombre de Carmen Sylva que su título de Isabel de Rumanía. Delante del trono había dispuestas veinticuatro sillas para las damas de honor y á los lados las destinadas á las autoridades.

A las doce, á los acordes del majestuoso *Zwiegesang* que tocó el experto organista Franke, entró en la sala la comitiva oficial, y apenas cesaron las voces del órgano, el iniciador de la fiesta, el consejero imperial D. Juan Fastenrath, pronunció un elocuente é inspirado discurso, en el cual, después de dedicar un sentido recuerdo al cardenal Krementz, arzobispo de Colonia, hacía poco fallecido, explicó la naturaleza y el objeto de la fiesta que se estaba celebrando. La falta de espacio no nos permite transcribir los principales párrafos de aquella oracion inspiradísima, pero no podemos resistir al deseo de reproducir siquiera los siguientes: «A esta misma hora celebra también la gloriosa ciudad de Barcelona la patriarcal fiesta de la poesía, y ambas ciudades, Barcelona y Colonia, son hoy dos almas y un solo pensamiento, dos corazones y un solo latido, unidas ambas en el amor á las azules flores de la poesía. Nuestra fiesta está animada por el entusiasmo de los españoles, bendecida por los poetas franceses del Mediodía, celebrada por los altos protectores de la poesía, patrocinada por los padres de esta ciudad, embellecida por una corte de amor de hermosas damas, apadrinada por el noble Ayuntamiento de Barcelona y consagrada por dos reinas, la admirable Reina Regente de España y la reina de nuestra fiesta, la incomparable Carmen Sylva, que hoy se acuerda más de su trono de flores que de su regio trono.» «La fiesta de los poetas de Barcelona resulta ser la madre de todos los Juegos Florales que se han instituído en España; ella será también la madre de los Juegos Florales de Colonia.»

COLONIA. – Vista exterior del palacio Gürzenich, en donde se celebraron los Juegos Florales (de fotografía)

Terminado el discurso del Sr. Fastenrath, el cónsul de España en aquella ciudad Sr. Moral y Cañete leyó el mensaje del alcalde barcelonés Sr. Robert, é hizo entrega de él al burgomaestre de Colonia Sr. Becker, quien pronunció un sentido y entusiasta discurso de gracias.

Acto seguido se presentó la reina de la fiesta, seguida de las veinticuatro damas de honor, siendo saludada con aplausos y aclamaciones por la brillante y numerosa concurrencia. Por indicación de Carmen Sylva leyó la señorita Radermacher su preciosa salutación en verso, que fué acogida con entusiastas aplausos.

Después de esta lectura, procedióse á la repartición de los premios, el primero de los cuales fué concedido al poeta Guillermo Uhlmann, de Iserlohn; el segundo á la señorita Margarita Gussmann, de Dusseldorf, y el tercero á Jorge Barthel, cuyas composiciones fueron leídas por los principales actores del teatro metropolitano de Colonia. Durante los intermedios la capilla de música de la Catedral ejecutó grandes piezas corales, y al final se leyeron varias poesías alusivas al acto, entre ellas una de Apeles Mestres titulada *¡Salve, Colonia!*, y una *Salutació als Jochs Florals* de Teodoro Llorente.

Por la tarde del propio día celebróse en el mismo palacio del Gürzenich un banquete al que concurrieron trescientos comensales y en el que reinó el mayor entusiasmo. Pronunciáronse varios brindis iniciados por el dedicado á S. M. el emperador Guillermo II, y se leyeron varios telegramas, entre ellos los del emperador y de S. M. la Reina Regente de España, contestación á los saludos que les habían sido dirigidos y que fueron acogidos con calurosos aplausos.

El conde de Morphy telegrafió en los siguientes términos: «La Reina Regente me encarga que en su Real nombre dé las gracias á los poetas alemanes que se han reunido en la famosa Colonia para celebrar la fiesta de los Juegos Florales, porque con esta fiesta han honrado las letras españolas.» El príncipe Leopoldo de Hohenzollern y el landgrave de Sajonia Weimar enviaron también sentidos telegramas, y S. A. la infanta doña Paz una inspirada poesía dedicada al Sr. Fastenrath, habiéndose recibido hasta ciento veinte salutaciones en verso, una de ellas de S. A. I. el archiduque Salvador. Los brindis del Sr. Fastenrath y del cónsul de España fueron objeto de especiales aplausos.



COLONIA. – VISTA DEL SALÓN DEL GURZENICH EN DONDE SE CELEBRARON LOS JUEGOS FLORALES (de fotografía)

Tal ha sido la fiesta por vez primera celebrada en la poética ciudad del Rhin, fiesta trasplantada de España á Alemania por un eximio literato alemán, entusiasta de nuestras glorias literarias, cultivador afortunado de nuestras letras, á quien debemos los españoles agradecimiento profundísimo por el amor que á nuestra patria profesa y por los valiosísimos servicios que á nuestra literatura ha prestado. LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, que varias veces se ha visto honrada por la firma del Sr. Fastenrath, envía á tan distinguido colaborador su felicitación más cariñosa y más ardiente por el brillante éxito que ha coronado sus hermosas iniciativas y hace fervientes votos porque arraigue en Colonia como en Barcelona ha arraigado esta fiesta que, teniendo por lemas la Patria, la Fe y el Amor, aviva los más grandes sentimientos de los pueblos, los ennoblece, les presta alientos para seguir rindiendo culto á los ideales más elevados y contribuye á establecer entre ellos esos lazos de unión íntima, esas relaciones de cariño fraternal, esa comunión de ideas y afectos que han de constituir la base de la paz y fraternidad universales. – A.



GUILLERMO UHLMANN, poeta que obtuvo el primer premio en los Juegos Florales de Colonia (de fotografía).



ISABEL, REINA DE RUMANÍA, conocida en el mundo literario con el nombre de Carmen Sylva reina de los Juegos Florales celebrados en Colonia



Septiembre, cuadro de Baldomero Gili Roig (Salón Parés)



En el huerto, cuadro de Baldomero Gili Roig (Salón Parés)



PESCADORES DE AGUA DULCE, cuadro de Dionisio Baixeras (Exposición V. Robira. - Calle Escudillers)

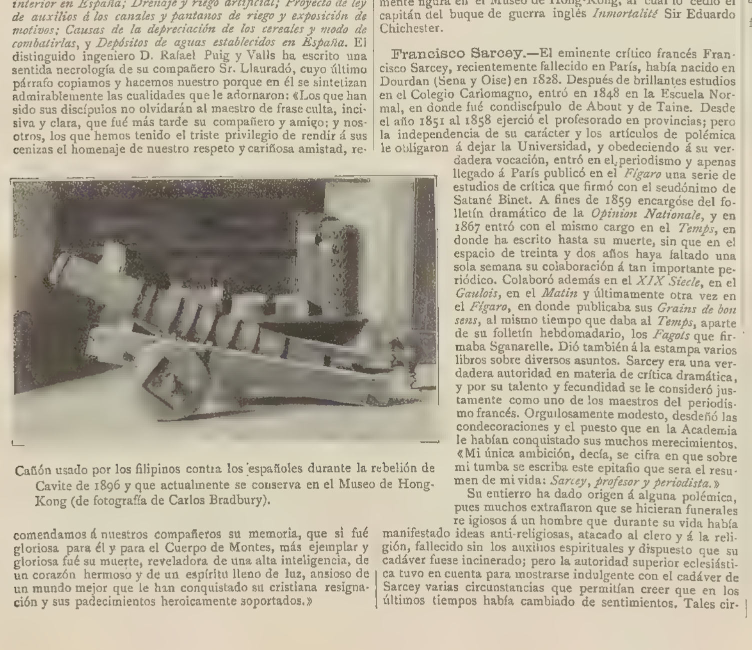
NUESTROS GRABADOS

Ilmo. Sr. D. Andrés Llauradó y Fábregas.—El día 2 del corriente falleció en esta ciudad D. Andrés Llauradó y Fábregas, inspector general del Cuerpo de Ingenieros de Montes. Dotado de privilegiada inteligencia y de laboriosidad extraordinaria, en la cátedra, en el Ateneo, en las academias, en los congresos científicos, en el libro, en el periódico ha dejado huellas indelebles de su ciencia por todos admirada, de su juicio clarísimo, de su interés por el desenvolvimiento de nuestra riqueza nacional. En su cátedra de la Escuela del Escorial se han formado la mayoría de los ingenieros de montes que hoy ejercen su carrera en los distritos forestales, y en sus obras, traducidas muchas de ellas al francés, al inglés, al italiano, al alemán, etc., aparecen admirablemente tratados los principales problemas de ingeniería en general y especialmente de hidrología agrícola. Entre los libros que deja escritos merece citarse en primer término el *Tratado de Aguas y Riegos é*



ILMO. SR. D. ANDRÉS LLAURADÓ Y FÁBREGAS, Inspector general del cuerpo de Ingenieros de Montes. Falleció en Barcelona el día 2 del corriente.

Hidrología Agrícola de España, declarada obra de texto y consultada no sólo en nuestra patria sino que también en el extranjero, que encierra inmenso caudal de doctrina y constituye el estudio más completo de nuestros ríos, de nuestros pantanos y de nuestros canales. Dignos de mención son también los siguientes trabajos, algunos de ellos memorias y proyectos presentados en Congresos técnicos nacionales y extranjeros: *Auxilios del Estado á las empresas de riegos, saneamientos y mejoramientos agrícolas; El Crédito Agrícola en España; Cultivo del arroz por medio de riegos intermitentes; Los riegos en las tierras laborables en España; Las aguas subterráneas; Canales de riego; Las queserías pirenaicas francesas y su importancia para la conservación de los montes; Porvenir de los canales de riego; Esclusas y depósitos para el riego; La navegación interior en España; Drenaje y riego artificial; Proyecto de ley de auxilios á los canales y pantanos de riego y exposición de motivos; Causas de la depreciación de los cereales y modo de combatirlas*, y *Depósitos de aguas establecidos en España*. El distinguido ingeniero D. Rafael Puig y Valls ha escrito una sentida necrología de su compañero Sr. Llauradó, cuyo último párrafo copiamos y hacemos nuestro porque en él se sintetizan admirablemente las cualidades que le adornaron: «Los que han sido sus discípulos no olvidarán al maestro de frase culta, incisiva y clara, que fué más tarde su compañero y amigo; y nosotros, los que hemos tenido el triste privilegio de rendir á sus cenizas el homenaje de nuestro respeto y cariñosa amistad, recomendamos á nuestros compañeros su memoria, que si fué gloriosa para él y para el Cuerpo de Montes, más ejemplar y gloriosa fué su muerte, reveladora de una alta inteligencia, de un corazón hermoso y de un espíritu lleno de luz, ansioso de un mundo mejor que le han conquistado su cristiana resignación y sus padecimientos heroicamente soportados.»



Cañón usado por los filipinos contra los españoles durante la rebelión de Cavite de 1896 y que actualmente se conserva en el Museo de Hong-Kong (de fotografía de Carlos Bradbury).

Dueños del campo, dibujo original de Enrique Estevan.—Si bien Enrique Estevan goza merecida reputación como pintor de asuntos militares, no por eso deja de cultivar los demás géneros, en los que resulta asimismo sincero y asaz discreto. En las páginas de esta Revista pueden hallar nuestros lectores la confirmación de nuestro juicio, puesto que nos ha cabido la suerte de publicar un buen número de sus variadísimas producciones. Pero si así no fuese, creemos bastaría la reproducción del hermoso dibujo que figura en la primera página de este número, bellamente concebido y mejor dispuesto, que retrata con admirable naturalidad una escena infantil, delicada y sentida como todas en las que los niños son los principales actores.

Paisaje, cuadro de R. Hermann. – El pintor hannoveriano Rodolfo Hermann figura entre los primeros paisajistas alemanes, y contemplando su *Paisaje* se comprende que la fama de que en su patria disfruta no es inmerecida. Hay en esta obra todo lo que debe tener un cuadro de su género para ser calificado de obra maestra: la perspectiva está admirablemente entendida; los árboles, el terreno, la hierba, el cielo aparecen con toda verdad reproducidos, y al través de los objetos se siente materialmente el aire.

Retratos por Felipe Laszlo. – La celebridad del pintor retratista húngaro Felipe Laszlo es europea, y en prueba de ello bastará decir que recientemente ha sido llamado á Inglaterra para hacer el retrato de la reina Victoria. Sus obras, aparte del parecido físico y de la expresion psíquica, tienen como sello especial que las caracteriza la maestría con que el artista escoge el estilo y los accesorios que han de servir de complemento á las figuras, mostrándose sencillo é ingenuo cuando de niños se trata, é imprimiendo en sus lienzos delicadeza ó vigor según sean mujeres ú hombres las personas retratadas. Los dos cuadros suyos que en la página 350 reproducimos pueden calificarse, sin pecar de exageración, de verdaderas maravillas.

Septiembre. - En el huerto, cuadros de Baldomero Gili Roig (Salón Parés). —Si los dos lienzos que reproducimos del laborioso artista Sr. Gili Roig debieran juzgarse por la representación de la anciana y de la niña que respectivamente en ellos se destacan, podríamos suponer que nuestro amigo se había propuesto representar el otoño y la primavera de la humana existencia. Mas no ha sido así ciertamente, puesto que uno y otro son dos interesantes estudios, resultado de una excursión veraniega, y han de estimarse, por lo tanto, como obras pictóricas y ajustadas á un género cultivado con inteligencia por un buen número de artistas de nuestra región. En los dos lienzos á que nos referimos nótase la habilidad del pintor para lograr efectos sin recurrir á otros recursos que los que la naturaleza ofrece y sin que su autor se haya propuesto otro que el de trasladar fielmente el natural.

Pescadores de agua dulce. - Un veterano, cuadros de Dionisio Baixeras.—Si bien Baixeras cultiva con provecho todos los géneros, tiene predilección por los pescadores y gente de mar, no debiendo sorprender su inclinación, porque si penosa es la existencia del labrador, mucho más lo es la del marino, ya que aparte la rudeza de su trabajo, vese obligado á combatir constantemente con la inclemencia de los elementos. Pocos rivalizan con nuestro amigo en la representación de esas escenas de los marineros y pescadores de nuestro litoral y pocos le igualan en la verdad y expresión de los tipos. La copia de los dos cuadros que figuran en este número certifican la exactitud de nuestras apreciaciones.

Cañón utilizado por los filipinos contra los españoles.—Como curiosidad histórica reproducimos este cañón que contra los españoles utilizaron los filipinos en Cavite en 1896. Esta pieza, verdaderamente primitiva, consiste en un tubo de hierro de unas tres pulgadas de diámetro, y actualmente figura en el Museo de Hong-Kong, al cual lo cedió el capitán del buque de guerra inglés *Inmortalité* Sir Eduardo Chichester.

Francisco Sarcey.—El eminente crítico francés Francisco Sarcey, recientemente fallecido en París, había nacido en Dourdan (Sena y Oise) en 1828. Después de brillantes estudios en el Colegio Carlomagno, entró en 1848 en la Escuela Normal, en donde fué condiscípulo de About y de Taine. Desde el año 1851 al 1858 ejerció el profesorado en provincias; pero la independencia de su carácter y los artículos de polémica le obligaron á dejar la Universidad, y obedeciendo á su verdadera vocación, entró en el periodismo y apenas llegado á París publicó en el *Fígaro* una serie de estudios de crítica que firmó con el seudónimo de Satané Binet. A fines de 1859 encargóse del folletín dramático de la *Opinion Nationale*, y en 1867 entró con el mismo cargo en el *Temps*, en donde ha escrito hasta su muerte, sin que en el espacio de treinta y dos años haya faltado una sola semana su colaboración á tan importante periódico. Colaboró además en el *XIX Siecle*, en el *Gaulois*, en el *Matin* y últimamente otra vez en el *Fígaro*, en donde publicaba sus *Grains de bon sens*, al mismo tiempo que daba al *Temps*, aparte de su folletín hebdomadario, los *Fagots* que firmaba Sganarelle. Dió también á la estampa varios libros sobre diversos asuntos. Sarcey era una verdadera autoridad en materia de crítica dramática, y por su talento y fecundidad se le consideró justamente como uno de los maestros del periodismo francés. Orgullosamente modesto, desdeñó las condecoraciones y el puesto que en la Academia le habían conquistado sus muchos merecimientos. «Mi única ambición, decía, se cifra en que sobre mi tumba se escriba este epitafio que será el resumen de mi vida: *Sarcey, profesor y periodista.*»

Su entierro ha dado origen á alguna polémica, pues muchos extrañaron que se hicieran funerales religiosos á un hombre que durante su vida había manifestado ideas anti-religiosas, atacado al clero y á la religión, fallecido sin los auxilios espirituales y dispuesto que su cadáver fuese incinerado; pero la autoridad superior eclesiástica tuvo en cuenta para mostrarse indulgente con el cadáver de Sarcey varias circunstancias que permitían creer que en los últimos tiempos había cambiado de sentimientos. Tales circunstancias eran: que el testamento en que había dispuesto la incineración databa de quince años; que desde hacía algunos años habían cesado sus polémicas contra el clero y la religión; que había sacado á su último hijo del Instituto para colocarlo



El ilustre crítico francés FRANCISCO SARCEY, fallecido en París el día 16 del corriente

en el colegio Stanislas dirigido por los hermanos Maristas, y que precisamente la víspera de caer enfermo, ó sea cinco días antes de morir, asistió á la primera Comunión de su referido hijo en la capilla del colegio.

MISCELANEA

Teatros. – *Barcelona.* – En el teatro Lírico ha comenzado á funcionar la notable compañía dramática á cuyo frente figuran la Srta. Cobeña y el Sr. Thuillier, habiendo estrenado con regular éxito *La muralla*, drama en tres actos y en verso del Sr. Oliver.

Necrología.—Han fallecido:

D. Ricardo Macías Picavea, catedrático del Instituto de Valladolid, filólogo eminente, notable publicista, autor de la interesante novela *Tierra de Campos* y de la importante obra *El problema nacional*, ambas publicadas recientemente y de las cuales nos ocupamos hace poco en nuestra sección bibliográfica.

Excmo. Sr. D. Eduardo Bermúdez Reina, teniente general, ex ministro de la Guerra.

Enrique Francisco Becque, autor dramático francés, entre cuyas principales obras merece citarse *Les Corbeaux*.

Carlos Manuel Gerhardt, notable matemático alemán, autor de la *Historia de las Matemáticas en Alemania* y de otras obras científicas y filosóficas, miembro de la Academia de Ciencias de Berlín.

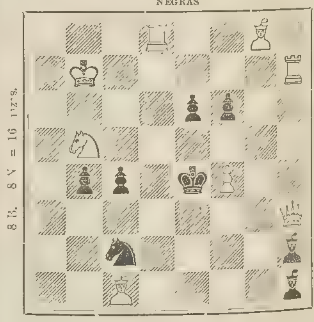
Carlos Still, profesor de filología clásica de la Universidad de Wurzburgo, autor de una notable *Historia de la Literatura griega hasta los tiempos de Alejandro Magno*.

Andrés Vanthier Galle, distinguido escultor y grabador francés.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 161, POR J. TOLOSA Y CARRERAS

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 160, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. D c R	1. A toma C (*)
2. P 4 A R	2. P toma P (al paso) jaque, ú r.
3. C 5 A R ó D mate	

(*) Si 1. P toma C; 2. T 4 T R jaque ó P 4 A R, y 3. D 5 C mate; – 1. R toma C; 2. D c D jaque, y 3. C 5 D mate. La amenaza es 2. C 5 A R jaque, y 3. D 4 C D mate.

EN EL FONDO DEL ABISMO

NOVELA ORIGINAL DE JORGE OHNET

(CONTINUACIÓN)

– Sí; voy á publicar un trabajo á mi vuelta á Inglaterra, en el *Century-Magazine*... y deseo reunir datos.

El secretario cogió un librote, le hojeó y dijo:

– Tenemos en el almacén un antiguo notario condenado á veinte años por haber arruinado un pueblo entero de provincia... Nos presta muy buenos servicios... Aquí, en el hospital, hay un médico condenado á perpetuidad por haber envenenado á su querida... Estuvo admirable, hace poco tiempo, cuando la epidemia de viruela: sin su abnegación, no sé cómo hubiéramos salido del paso... Yo no quiero que me cuide otro médico cuando esté malo... Y la familia del gobernador forma parte de su clientela...

– ¡Muy curioso!, dijo Cristián. ¡Verdaderamente francés!

– Amigo mío, contestó el secretario, no hay que andarse con prejuicios ante el peligro. Es mejor ser curado por un presidiario que morirse tratado por un santo.

– *Yes*. ¿Y hay otros?

– Sí; le indico muy particularmente un joven de buena familia condenado á perpetuidad por haber matado á su amante. Ha caído en un misticismo extraordinario, hasta el punto de edificar con su piedad al capellán. Si el señor gobernador le dejase libertad para ello y los reglamentos lo permitieran, se haría cura. Nos hemos visto obligados á separarle de los demás penados, que le colmaban de injurias y de malos tratamientos y hubieran acabado por matarle, tomándole por un espía destinado á denunciarles.

– ¿Y cómo se llama ese hombre tan extraño?

– Se llamaba Freneuse. Ahora está matriculado con el número 2.317.

Tragomer se estremeció, su cara se cubrió de palidez y su corazón se oprimió dolorosamente. Respondió, sin embargo, con calma:

– ¿Me será posible ver al notario, al médico y á ese apóstol?

– Sí, si así lo desea usted.

– Creo que me será útil.

– Pues voy á dar á usted un permiso.

– Será usted muy amable.

El funcionario escribió unas líneas y dijo:

– Doy orden para que pongan á la disposición de usted la lancha de la administración; eso simplificará todas las formalidades. El patrón acompañará á usted.

– *¡All rigth!*

– Pero son las diez dadas. ¿Ha almorzado usted?

– No; no he hecho más que desayunarme esta mañana. Si quiere usted permitir á un viajero con el que ha sido usted tan complaciente que le invite á almorzar, llegará al colmo de su buena hospitalidad... tan francesa.

– Realmente, señor, soy yo quien debe hacer los honores...

– Me disgustaría usted, dijo Cristián sonriendo.

– Pues acepto.

Se puso la corbata, se abrochó el chaleco, cogió el sombrero y salió precediendo á Tragomer.

El mismo día, á las tres, la lancha de la administración, impulsada por seis vigorosos pares de remos que manejaban otros tantos presidiarios, atracaba en la isla Nou, y Cristián, conducido por el patrón del barco, se dirigía al establecimiento penitenciario. En la muralla que rodea el campo de los penados se apoyaba un pequeño edificio en cuya puerta se leían, en letras negras y rojas, estas palabras: *Pretorio disciplinario*. Era el tribunal ante el que comparecían los indisciplinados para responder de sus fechorías. Un estrado y unos cuantos bancos guarnecían la sala, cuyas paredes estaban tendidas de cal.

– Siéntese usted un instante, milord, dijo el vigilante. Voy á buscar al 2.317 y se lo traeré. Puede usted fumar si gusta..., no huele á rosas aquí.

Tragomer inclinó la cabeza sin responder, y se apoyó en el estrado desde el cual se distribuían castigos á aquellos desgraciados que parecen, sin embargo, haber llegado al máximum del sufrimiento. Una invencible angustia le oprimía el corazón. Había llegado al fin de su empresa; el presidio le había abierto sus puertas y dentro de un instante iba á encontrarse en presencia del que venía á buscar desde tan lejos.

Conocía ya su estado moral, pues el secretario se lo había descrito claramente; pero ¿cuál sería su estado físico? ¿Cómo habría soportado la terrible prueba de la vida común con tantos bandidos? ¿Qué habría sido, después de dos años, del hermoso Freneuse? ¿Habría persistido el vigor en aquel cuerpo sometido á repugnantes trabajos, á privaciones de alimento y á un clima mortífero? ¿No le habría minado y destruído la pena? ¿Llegaría á tiempo la salvación? Se oyeron pasos, la puerta se abrió y el vigilante dijo:

– Entre usted. Aquí está el extranjero que tiene autorización para verle.

Tragomer se volvió. Quería que Jacobo no pudiera reconocerle al entrar. No sabía si el vigilante les dejaría solos, y temía que un grito, un ademán, una palabra, redujesen á la nada toda su combinación. El vigilante se acercó á él.

– Milord, aquí está el personaje. Está un poco chiflado, ¿sabe usted? Escuche sus tonterías el tiempo que guste y cuando se canse no tiene más que llamarme. Yo me quedo á la puerta.

Tragomer experimentó una tranquilidad deliciosa. Iba á poder hablar libremente á su amigo. Ahora ardía en deseos de volverse y de verle. Le sentía allí, á tres pasos, humilde y obediente, esperando sus órdenes. Veía de reojo su silueta miserable con el traje de lienzo del presidio. Una sombra interceptó la claridad de la puerta; era el vigilante que salía. Cristián, entonces, se volvió y poniéndose un dedo en los labios como para recomendar la prudencia á su amigo, avanzó hacia él sonriendo.

Jacobo de Freneuse no hizo un gesto ni pronunció una palabra. Un tinte lívido invadió su cara enflaquecida y afeitada, sus ojos se agrandaron asustados como á la vista de un espectro, tembló con todos sus miembros, y puestas las manos juntas y con los labios balbucientes, dijo muy bajo, como si temiera hacer desvanecerse aquella dichosa visión:

– ¡Cristián! ¡Cristián! ¿Es posible? ¡Cristián!

Las lágrimas brotaron de sus ojos tristes y dulces y se deslizaron por sus demacradas mejillas. Y se quedó allí inmóvil, el pecho anheloso y medio muerto de angustia y de esperanza. De pronto percibió á su amigo que venía hacia él, sintió que dos manos afectuosas estrechaban las suyas y oyó una voz que decía:

– ¡Cuidado! El vigilante puede oirnos, y todo se perdería. ¡Jacobo! ¡Mi pobre Jacobo! ¡En qué estado te encuentro! Mírame..., que yo vea tus ojos. ¡Cómo has debido sufrir para llegar á esta delgadez, á este abatimiento!..

Le atrajo al ángulo más lejano de la sala, donde era difícil verlos é imposible oirlos desde fuera. Se sentaron en un banco, y Tragomer cogió en sus brazos al pobre mártir y le estrechó contra su corazón riendo y llorando á la vez. Jacobo, sin embargo, trataba de desasirse, como avergonzado.

– ¿No te causo horror?, dijo con amargura. Mira mi traje y este número, que es ya mi único nombre. ¡Estás abrazando á un presidiario, Tragomer! ¡Bien sabes, sin embargo, que soy un asesino!

– ¡No! Sé que eres inocente y acabo de navegar millares de leguas para decírtelo y para ayudarte á probarlo. Jacobo, bésame en la mejilla; la última boca que se ha posado en ella es la de tu madre.

– ¡Mi madre!, dijo Jacobo con extravío. ¿La has visto, vienes de su parte y me traes sus besos? ¡Oh, Cristián, he aquí un momento que me compensa de muchas penas! ¿Se habrá el cielo apiadado de mí? Pero no me escuches... ¿Qué importa lo que yo digo? ¿Qué puedo decirte? Mi vida se resume en la palabra desgracia. ¡Háblame! ¡Tengo sed de oirte!

Los instantes que hemos de estar juntos son preciosos, Jacobo mío. He entrado aquí con nombre falso. Me creen inglés. Tengo un buque anclado en el puerto. Marenval, pronto y decidido á todo, me espera.

– ¡Marenval! ¿De dónde viene ese celo imprevisto?

– De sus remordimientos por no haber hecho bastante por tu causa y de su deseo de reparar su falta.

– Pero ¿que intentáis?

– Escucha. En el momento de la sentencia protestaste de tu inocencia con toda la energía de que eres capaz. Nadie te creyó. Los que más te amaban pensaron que habías obrado en un momento de locura; pero con gran dolor suyo, tuvieron que privarse de defenderte. El asesinato era un hecho cierto, evidente, indiscutible.

– Sí, dijo Jacobo, pero no le había cometido yo. En la cárcel, durante la prisión preventiva, me cogía la cabeza con las manos y me volvía loco, porque, como tú dices, la evidencia me aplastaba. Y sin embargo, yo sabía bien que era inocente. Cuando los testigos desfilaban delante de mí en la sala de audiencia, y todos probaban mi crimen; cuando el fiscal tomó la palabra para acusarme, yo me preguntaba si mi razón me había abandonado, porque todos decían cosas que yo no podía negar ni refutar, y sin embargo, sabía que era inocente. Mientras la notable defensa de mi abogado, yo comprendía que ninguno de los argumentos con tanta inteligencia aducidos por él llevaba la convicción á los ánimos, y oí mi sentencia sin asombro alguno. Sin embargo, era inocente. ¿Cómo se explica, Cristián, que se puedan producir iniquidades semejantes; que un desgraciado pueda ser entregado á los verdugos sin haber hecho nada para ser torturado; que se le insulte, que se le humille y que se le encadene, si no hay en su destino un castigo del cielo con el que ha sido ingrato? Nada ocurre en la vida sin que tenga una razón determinante; la dicha ó la desgracia se merecen por los esfuerzos hechos en el sentido del bien ó del mal. Yo nací bajo una influencia dichosa; la fortuna repartió en torno mío sus más preciosos dones, y yo, en vez de aprovechar esas influencias favorables para levantarme más y más, las usé para descender hasta la más horrible conducta. He afligido á los míos con mis caprichos y mis faltas. No puedo comprender esta catástrofe final sino como una expiación de mi mala vida. He meditado, he llorado, he sufrido y me he inclinado bajo la mano que me hiere, para merecer su misericordia por mi resignación.

– ¿Así pues, has renunciado á toda esperanza de justificarte?

– ¿Cómo probar hoy lo que no pude hace dos años? Para perderme se unieron mil circunstancias misteriosas. Tenía una deuda con el destino y la estoy pagando.

– ¿Y si yo hubiera descubierto la trama misteriosa y criminal de esas circunstancias misteriosas?

– ¿Sabrías tú lo que yo me maté inútilmente por saber?

– Lo sé.

¿Cómo lo has descubierto?

– Por casualidad.

– ¿Conoces al culpable?

– Todavía no, pero sé que no pudiste ser tú.

– ¿Has descubierto al verdadero asesino de Lea Peralli?

– No le he descubierto, por la sencilla razón de que Lea Peralli está viva.

Los ojos de Jacobo se pusieron fijos como si los atrajera una visión lejana y horrorosa. Movió la cabeza y dijo:

– La vi bañada en sangre. ¡Estaba muerta!

– Y yo la he visto llena de fuerza y de salud. ¡Estaba bien viva!

Una sombra de espanto pasó por la mente de Jacobo: el infeliz creyó que la locura venía de nuevo á asaltar su mente. Bajó la voz y dijo con terror:

¡Cristián! ¿Estás seguro de no delirar? Tengo miedo por mi razón en algunos momentos. Los testigos, los jueces, todo el mundo ha estado de acuerdo. Yo estoy aquí con esta inmunda librea de presidiario porque Lea Peralli murió asesinada. ¿Qué significaría todo este rigor, toda esta infamia, si yo no tuviera que responder de un crimen cierto? ¿Qué formidable y monstruosa mistificación se habría cometido? ¿Y qué decir de los que se hubieran prestado á ella?

Se echó á reir sordamente; después sus ojos se llenaron de lágrimas. Bajó la cabeza, como para ocultar el llanto, y el movimiento acompasado de sus labios hizo creer á Cristián que estaba rezando.

– Jacobo, no puedo explicarte cómo ha sucedido todo esto, pero te afirmo que es cierto. Se ha cometido un error que no califico, porque me faltan palabras para ello, pero se ha cometido. Tu inocencia, en la que nadie ha querido creer, es cierta. Si se ha cometido un crimen no has sido tú el autor. Así lo he asegurado á tu madre y á tu hermana, cuya desesperación he logrado apaciguar temporalmente. Así lo he declarado á uno de los magistrados que estudiaron tu causa, que te creía culpable y á quien he hecho

dudar con mis afirmaciones. He probado tu inocencia á Marenval, y ese escéptico, ese egoísta, ha sido presa de tal entusiasmo que ha fletado un buque, ha dejado sus placeres y ha atravesado los mares desafiando peligros, fatigas y responsabilidades para acompañarme hasta ti. Y cuando llego á decirte que el crimen por el que estás condenado no se ha cometido, ¿serás tú el único que no quiera creerme?

- ¡Pero se ha cometido un crimen!, exclamó Jacobo con espanto. Veo todavía aquella mujer muerta, con su cabello rubio y su cara ensangrentada é informe...

¡Informe!

- ¿Quién era aquella mujer, si no era Lea?

- Eso es lo que vengo á preguntarte.

El presidiario se torció las manos, angustiado por su ignorancia, que él creía mortal.

- ¡No sé! ¡No puedo saber! ¿Cómo quieres que sepa? ¡Oh! Me estás atormentando. Déjame en mi abyección y en mi rebajamiento. ¿A qué querer remontar la corriente? ¡Estoy perdido sin apelación! El destino no cambia. Soy un desgraciado víctima de fatalidades inexplicables y en vano tratarás de arrancarme á mi suerte. No me revoluciones el pensamiento con esperanzas irrealizables. Déjame: no espero más que el reposo y el olvido de la muerte.

- ¿A tal abandono de ti mismo has llegado?, exclamó Tragomer. Qué, ¿el efecto de la miserable condición en que vives hace dos años ha sido tan rápido y tan completo que renuncias á justificarte y á confundir á los culpables?

- Tú no sabes, Cristián, las torturas mortales que he padecido. ¡Todo me es indiferente ya!

- ¿Hasta ver á tu madre y á tu hermana?

- ¡Oh, no!.. Eso solamente, eso es lo que deseo. ¿Pero cómo lograr esa dicha? Soy un presidiario. Por muy benévolos que sean mis carceleros, no puedo esperar la libertad antes de años y años, y aun entonces no podré volver á Francia. Sería, pues, preciso que mi madre y mi hermana viniesen aquí, y cuando ahora no han venido contigo es que juzgan que es imposible y no lo harán jamás. Ellas y yo moriremos sin habernos vuelto á ver. Eso es lo que me desgarra el corazón, Cristián; acepto mi miserable suerte, me resigno á sufrir, pero no á que sufran los que amo.

Dejó caer la cabeza hasta las rodillas, y así, con el cuerpo enflaquecido, encorvado en su sayal de tosco lienzo, se echó á llorar como un niño. Al oir ese ruido el vigilante apareció en la puerta, y viendo á Tragomer sentado con el preso, que lloraba á lágrima viva, dijo:

¡Ah! ¿Está contando su historia y eso le conmueve? No es mal muchacho, aunque haya dado un mal golpe. Si todos aquí fueran como él, nuestro oficio no sería duro. Se podría tener humanidad. Pero la mayor parte, milord, son buenos mozos que le matarían á uno si no tuviera el revólver en la cintura... ¿Se cansa usted de hablar con él? Me le llevaré.

- Un instante, dijo Tragomer con calma. Ha logrado conmoverme y quiero conocer el fin de su aventura...

- Como usted guste.

Y el vigilante encendió un cigarrillo y fué á sentarse en la sombra para esperar al visitante.

- Ya ves, Jacobo, que tenemos los instantes contados. Voy á tener que dejarte y nada te he dicho de nuestros proyectos. Si esperas aquí que se pruebe tu inocencia, pueden pasar años. Tu madre puede morir sin haberte visto y tú mismo puedes desaparecer. Además es imposible que establezcamos las verdaderas responsabilidades y que desembrollemos la maraña de pruebas enredada alrededor de tu cabeza, si no estás á nuestro lado para trabajar y guiarnos. La obra emprendida será lenta, y más lenta todavía la justicia. Hay que obrar y adelantarnos á ella atrevidamente.

- ¿Qué has soñado?, preguntó Jacobo con estupor.

- Que te escapes.

- ¡Yo!..

- Sí. No debe ser difícil. Tú gozas, según me han dicho, de una libertad relativa. Trabajas y duermes en un edificio que depende de las oficinas... ¿A qué hora de la noche te encierran?

- No puedo decirte nada, contestó Jacobo con rudeza. Me tientas en vano. No quiero escaparme.

- ¿Rehusas la libertad?

- No quiero tomármela.

- ¿Crees que te la darán?

- Si tienes las pruebas de mi inocencia, intenta la revisión del proceso...

- Qué, ¿no comprendes que nos estrellaremos contra todas las dificultades acumuladas por tus enemigos, y que tenemos que contar con la mala voluntad de la justicia? Empieza por huír; después probaremos que no eres culpable, te empeño mi palabra...

Jacobo alzó la frente. En las frases de su amigo le habían conmovido dos palabras: tus enemigos. Hasta entonces había acusado de su infortunio á la casualidad, y la obscuridad impenetrable que rodeaba su pensamiento había contribuído á apaciguarle. El misterio, que al principio le exasperaba, fué después una causa de resignación. Pero de pronto, Tragomer arrojaba en su espíritu una levadura inesperada y su calma se veía turbada por una repentina fermentación. ¡Sus enemigos! Quería conocerlos, y una ardiente curiosidad reemplazó á su indiferencia envilecida.

- ¿Crees que mi pérdida ha sido preparada por personas que tenían interés en hacerme daño?

- No me cabe duda.

- ¿Las conoces?

Sospecho que sí.

- Dime sus nombres.

Tragomer vió en los ojos de su amigo que la vida moral renacía en él. Jacobo de Freneuse empezaba á reaparecer.

- Si te nombro al que sin duda alguna urdió toda la intriga, te vas á estremecer de horror ante una acción tan baja y tan cobarde de un ser con el que tenías derecho á contar, que no ignoraba nada de tus pensamientos ni de tus acciones y que estaba seguro de perderte, por lo mismo que habías confiado completamente en él. Figúrate otro yo; imagina que has sido vendido por otro Cristián, y si buscas tan cerca de tu corazón, encontrarás al hombre que buscas.

La fisonomía del desgraciado tomó una expresión terrible; sus ojos se agrandaron como si vieran un espectáculo aterrador, sus manos temblaron al levantarse hacia el cielo y en un grito inconsciente lanzó este nombre:

- ¡Sorege!

Tragomer sonrió con amargura.

¡Ah! No has vacilado; no podía ser otro. Sí, el sensato y cauteloso Sorege es el que ha vendido y deshonrado á su amigo.

- Pero ¿por qué?, exclamó en tono de furiosa protesta el desgraciado; ¿por qué?

- Eso es lo que le preguntaremos á él mismo y lo que tendrá que confesarnos, te lo juro, cuando le cojamos los dos por nuestra cuenta. He visto ya su palidez y su temblor cuando comprendió que yo sospechaba su infamia. Si entonces no hubiera temido descubrirle mis proyectos, le hubiera confundido, porque podía hacerlo. Pero en ese caso se hubiera escapado y tú no podrías salvarte. Le tranquilicé, por el contrario, y le dí una falsa pista para conservar mi libertad de acción. Si Sorege se pusiera en guardia, sus cómplices serían advertidos y las pruebas desaparecerían. Ahora comprendes, Jacobo, que es preciso que salgas de aquí sin tardanza. La ocasión es admirable. Tenemos un buque á nuestra disposición. Mañana podemos darnos á la mar, y esa es la salvación, la rehabilitación y la libertad.

- ¡Me vuelves loco!, exclamó dolorosamente el penado. Tantos pensamientos nuevos y tan repentinos en un pobre cerebro entumecido y cansado, es un sufrimiento atroz. ¿Qué hacer? ¿Desperdiciar en un momento las pruebas de cordura y de resignación que he logrado dar? ¿Exponerme, si me cogen, á pasar por un hipócrita y un embustero? ¡Tragomer, no puedo!.. Abandóname á mi destino.

- Jacobo, si no vienes de grado, te robaré por fuerza, dijo Cristián con terrible resolución. Estoy dispuesto á todo. He jurado á tu hermana que te devolvería á su cariño. ¿Comprendes?, á tu hermana María, á quien amo y que no será mía si no te salvo... No se trata solamente de ti, sino de mí mismo, y yo sé lo que quiero y lo que debo hacer. Vendré al frente de mis hombres y te arrebataré á mano armada, si á ello me obligas. Arriesgaré en esta lucha mi vida y la suya, pero les pagaré lo que haga falta y no vacilarán... ¡Decide!

- Pues bien, te obedezco, dijo Jacobo con repentina resolución. Para evitar tantas desgracias, me expondré yo solo al peligro... ¡Pero qué riesgos! Salir de aquí no es nada... Un traje para que no sea reconocido fuera del campo...

- Te llevaré á un sitio convenido un traje como los de nuestros marineros.

- Será preciso que gane la playa y que espere la noche para que venga á buscarme la embarcación.

- Estaré contigo... Yo no te dejo.

- Pero la barca no podrá abordar sin ser descubierta, y habrá que ir á buscarla á nado... ¿Tendré yo la fuerza suficiente?

- Yo te sostendré... y te llevaré si es preciso.

- ¿Y los tiburones? ¿Has pensado que pululan por estas costas y que hay cien probabilidades contra una de ser devorado por ellos? Son los mejores guardianes de la isla y la administración lo sabe bien... Apenas vigila el mar, tan peligrosa es la evasión.

- Nos aprovecharemos de esa confianza..., y en cuanto á los tiburones, los desafiaremos... Quinientos metros, ó menos, á nado... Además, iremos armados y la lancha de vapor vendrá en un momento á nuestro socorro.

- Pues bien, sea lo que Dios quiera... Hasta mañana, pues... Vete, no despertemos sospechas, ya que la resolución está tomada... Separémonos.

Se dieron un apretón de manos y Tragomer sintió en el vigor de la mano de Jacobo que éste no faltaría á su palabra.

- Me voy, amigo, dijo al vigilante. Puede usted llevarse á su pensionista...

Al llegar á la puerta, el vigilante preguntó á Cristián:

- ¿Le ha interesado á usted, milord? Es un pobre diablo completamente inofensivo... Anda por todas partes en libertad y no hay peligro de que quiera escaparse... Aunque le dejaran la puerta abierta no se iría... Ande usted, 2.317, váyase solo á su departamento; yo voy á acompañar á milord...

Jacobo inclinó la cabeza para ocultar la animación de su fisonomía, y saludando á Cristián balbuceó:

- Hasta la vista, señor; no olvide usted que me ha prometido libros.

- Convenido. Hasta mañana.

El penado se alejó y Cristián le siguió impasible con los ojos.

- Está algo loco, dijo al vigilante; pero creo, como usted, que es inofensivo...

- Un niño, milord.

- ¿Dónde habita?

- Ahora le enseñaré á usted el sitio. Es al lado del capellán, en un pabellón que sirve de depósito de cordelería... El olor del cáñamo es sano y está bien allí... Y después, puede hablar con el capellán... ¡Oh! Ese es su gran recurso y parece que tiene ideas muy extrañas... Un poco chiflado, como usted dice... Ahí tiene usted su chiribitil...

Tragomer se detuvo.

- Bueno; iré á visitarle mañana, pues vendré á ver también al médico y al notario...

- ¡Ah! ¿Los *Monthyons?*, dijo riendo el vigilante.

Y al ver la mirada de extrañeza de su interlocutor, continuó:

- Los llamamos así porque podrían concurrir al premio de virtud si se diera aquí como en París. ¡Una broma, milord! Sí, son las personas honradas del presidio..

- Volvamos á Numea, dijo Tragomer. Mañana vendré á la misma hora. ¿Habrá que pedir nuevo permiso?

- Es indispensable, aunque ya es usted conocido.

- ¿Y usted me acompañará?

- Seguramente.

Llegaron al muelle, donde los remeros dormían en la lancha, expuestos al sol y mecidos por la ola ligera que iba á morir al pie de la escalera. El vigilante dió un agudo silbido con un pito colgado al uniforme, y los penados, turbados en su sueño, se incorporaron con los ojos asombrados y las caras lívidas.

- Puede usted embarcar, milord. ¡Adelante!

La embarcación hendió con su proa las aguas de la bahía, mientras Tragomer, perdido en sus pensamientos, se dejaba mecer por el movimiento acompasado de los remos al hundirse en el mar.

Una hora después Cristián subía con ligereza la escala del yate y saltaba al puente por la cortadura... Marenval, imposible de reconocer con su traje de franela blanca, gorra marina con galones de oro, tez curtida y barba descuidada, se lanzó al encuentro de su amigo, y llevándole á la popa, bajo una toldilla de lona que abrigaba al puente de los rayos del sol, preguntó con ansiedad:

- Y bien, ¿le ha visto usted?

- Acabo de dejarle.

- ¿Todo está arreglado?

- ¡No sin trabajo!

- ¿Qué me cuenta usted?

- La triste verdad. He necesitado casi amenazarle para decidirle á escapar.

Marenval hizo un gesto de asombro.

- ¿Habremos llegado tarde? ¿No tendrá ya la fuerza y la energía necesarias para evadirse?

- Tiene fuerza. Lo que le faltaba era la voluntad.

- ¿Prefería quedarse?

- Sí. Estaba bajo la influencia de no sé qué ideas de resignación fatalista; tenía horror á la lucha, al esfuerzo. La acción le espantaba. Hubo un momento en que creía que su razón había volado... Esa espantosa existencia es muy á propósito para quebrar los caracteres más enteros; cuanto más fino es el temple de un alma, más rápidamente es destruída por semejantes pruebas... He tenido que revelarle la traición de Sorege para hacerle entrar en posesión de sí mismo... ¡Oh! Entonces sí saltó de furor y gritó de desesperación... De este modo me apoderé de él.

- ¿Qué han resuelto ustedes?

– El plan más sencillo es siempre el mejor. Mañana le llevaré una blusa, un pantalón y una boina de marinero. Me quedaré por la noche, bajo pretexto de visitar el interior de la isla por la mañana temprano, y ayudaré á Jacobo á llegar á un punto de la costa, donde esperaremos la obscuridad ocultos en las quebraduras de las rocas. Entonces vendréis con la chalupa de vapor á pasar por la isla, lo más cerca posible, en cuanto cierre la noche, lo que es aquí obra de algunos minutos... Nosotros nos echaremos al mar y llegaremos á nado á la embarcación. Si grito, forzaréis la velocidad hacia nosotros, pues será que estamos en peligro. En pocos instantes se decidirá nuestra salvación ó nuestra pérdida.

– ¿Y el buque?

– El buque pedirá sus papeles mañana y pasará la visita, á fin de poder levar anclas á las siete de la noche. Es preciso que le encontremos á la altura de la isla Nou en condiciones de dar en un momento el máximum de velocidad. Podríamos ser perseguidos... Hay un vapor en la rada, y si da la alarma, se nos dará caza en un instante.

– No hay nada que temer; nuestro yate anda bien.

– Y si nos cañonean...

Marenval se calló y su mirada se dirigió hacia los cuatro cañones cuyas bocas de cobre asomaban por la borda.

– Tenemos con qué defendernos, ¿verdad? ¿Es eso lo que usted pensaba?, preguntó Tragomer.

– Sí, dijo Marenval. Pero entonces nos convertimos en verdaderos filibusteros y la ley no se anda en bromas en esos casos. Hay que tratar de que no haya conflicto...

– ¿Y si, á pesar de todo, es inevitable?

– ¿El capitán y la tripulación obedecerán?

– El capitán es inglés y no se dejará coger. Su gente es disciplinada y le obedecerá.

Marenval dió un suspiro. Había previsto las dificultades y el peligro que se presentaban. Pero tomó valientemente su partido.

– Saldremos adelante, dijo. Hasta ahora todo ha resultado bien. Hemos tenido un tiempo magnífico; la travesía ha sido feliz; nuestro yate es capaz de andar diez y ocho nudos por hora durante doce, sin sufrir avería. El resultado dependerá de la actividad con que os ayudemos mañana por la noche. Puede usted contar con que todo se hará según su deseo. Yo no dejaré el puente; y ¡qué diablo!, si hay que jugar el todo por el todo para socorreros, se jugará...

Caía la noche. Los fuegos de la isla Nou se encendieron poco á poco en la bruma transparente que se extendía por el mar, y en lontananza se dibujó la forma del presidio, de los campos y de los almacenes, contorneada por los faroles que los alumbraban. En aquella rada silenciosa, en medio de la obscuridad rápidamente caída sobre las ondas, aquel cuadro de presidio revelado por las luces que servían para vigilar á sus míseros habitantes, infundía en el pensamiento de los dos amigos una profunda tristeza. ¡Cuántos dolores, cuántas penas y cuántas cóleras fermentaban en aquella ciudad del crimen y de la vergüenza! Bajo el cielo límpido y tachonado de estrellas, parecía que flotaba un grito de odio y de venganza. Y dentro de aquella tranquilidad y de aquella atmósfera tibia y serena, unos hombres, verdaderos condenados, maldecían la vida que se arrastraba para ellos en el sufrimiento y la miseria, sin esperanza.

II

El vigilante enseñó á Tragomer la cordelería y le dijo:

– Ahí tiene usted la casa. Si quiere usted entrar, voy á llamar á nuestro párroco...

Cristián se volvió hacia un marinero que le seguía y le dijo en inglés.

– Entre usted conmigo, Dougall.

El marinero, que llevaba al hombro una cajita de madera, tocó la boina con la mano y se disponía á entrar, cuando el centinela le detuvo diciendo:

– Tiene usted que dejar fuera la caja. No se puede entrar nada en los edificios sin autorización.

– La traemos, dijo el vigilante sacando un papel del bolsillo.

El marinero entró detrás de Tragomer en la barraca, donde sentados en el suelo y con la espalda contra la pared, unos presidiarios estaban trabajando en gruesas y duras maromas embreadas. Todas las cabezas se levantaron con curiosidad, y las manos, doloridas por el trabajo, se detuvieron. Aquel rebaño humano dejó oir un gruñido; pero á la vista del vigilante que cerraba la puerta, se produjo un silencio medroso. Los tres hombres atravesaron un patinillo contiguo á las celdas de castigo y vieron á través de la reja un espectáculo conmovedor. Un desgraciado con la cabeza cubierta con un capuchón por cuyos agujeros lucían sus ojos, estaba dando vueltas alrededor del patio, como una bestia feroz. Andaba lentamente y su cadena sujeta encima de la rodilla producía un chirrido lúgubre. Enmascarado, solitario, silencioso, aquel hombre daba espanto.

– ¿Qué hace ahí ese hombre?, preguntó Tragomer al vigilante.

– Se pasea durante media hora. Después volverá á entrar en su calabozo. Es un escapado que fué cogido y le han condenado á dos años de celda. No ve ni habla á nadie y vive en un nicho de tres metros de largo y uno de ancho.

– ¡Un *in pace!*, murmuró con horror Tragomer. Esta es la suerte que aguarda á los desgraciados que traten de escaparse...

– ¡Ah, milord, si no se les tratase con dureza no habría medio de entenderse!..

– Y sin embargo, es natural que un preso trate de fugarse.

– Es natural, pero eso nos produce muchas molestias. Por lo mismo no somos blandos con los que tratan de abandonarnos.

El solitario, metido en su capuchón, daba vueltas y vueltas. Cristián se estremeció pensando que si Jacobo volvía á caer en manos de sus guardianes le estaba reservada igual suerte, é instintivamente palpó en su bolsillo el revólver que había puesto en él antes de salir. La muerte era mil veces preferible al suplicio de aquel emparedado que no salía de su tumba de piedra sino para dar vueltas tapado el rostro, sin que los rayos del sol ni la brisa del cielo pudieran tocarle la cara.

Pasaron por una fragua donde algunos presidiarios estaban martillando en el yunque las esposas y las cadenas que iban á servir para sujetar á sus compañeros de miseria. Después llegaron á una puerta sobre la que se leía: *Oficina auxiliar de las subsistencias.*

– Aquí es, dijo el vigilante.

En una pequeña pieza amueblada con una mesa y dos bancos, Jacobo de Freneuse estaba copiando en un registro unas notas amontonadas delante de él. Levantó la cabeza y se sonrojó al ver á su amigo, pero permaneció en su sitio, pluma en mano, esperando la orden del vigilante.

– Puede usted dejar el trabajo mientras el señor esté aquí... Aquí tiene usted los libros que está autorizado para traerle...

El marinero abrió la caja y sacó una biblia, un libro de viajes y unos paquetes de tabaco.

– Creo que querrá usted aceptar estos cigarros, dijo Tragomer al vigilante; no los hay así en la colonia. En cuanto al tabaco, ruego á usted que se lo deje á este pobre muchacho.

– Dé usted las gracias, 2.317. Ahí tiene usted para varios meses, si no se lo deja robar por los camaradas... ¡Vamos! Tiene usted suerte; todos los visitantes no son tan generosos...

– Señor, muchas gracias, dijo humildemente el penado.

– Milord, cuando usted quiera marcharse, le espero en la lancha... Usted no se perderá ya en el camino y yo tengo necesidad de ver al comandante, que vive al otro lado del presidio... Tardaré una hora.

– Tómese usted el tiempo necesario... Yo no saldré hasta la hora reglamentaria...

– A las seis... Ya estará obscuro.

– Que se vaya con usted el marinero. Váyase, Dougall, y que no se cambien en nada mis disposiciones.

El marinero saludó y siguió de cerca al vigilante. Tragomer los siguió con la vista desde la puerta y observó que no tomaban el camino por el que habían entrado, por lo cual no debían pasar, al salir, por delante del centinela. La suerte se decidía en favor de Jacobo. Una vez cerrada la puerta, Cristián se precipitó sobre su amigo y dijo, mirándole hasta el fondo del alma:

– ¿Estás resuelto?

– Estoy resignado á seguirte, porque así lo quieres; decidido á sufrir, puesto que es preciso.

– Está bien. Tenemos pocos instantes disponibles. Hace dos horas que me paseo por el presidio, para hacer tiempo, oyendo la charla de un idiota que ha sido notario y de un mentecato que ha sido médico. ¡Pobre amigo! Eso es lo que hubieran hecho de ti diez años de esta infernal existencia. Más vale morir al tratar de ser libre.

Mientras hablaba, Tragomer se estaba desnudando. Debajo de su americana blanca traía una blusa de lana azul igual á la de Dougall, y debajo del pantalón otro de la misma tela que la blusa. En seguida sacó del bolsillo una boina bordada de rojo y un par de zapatos.

– ¡Vamos, vivo!.. ¡Desnúdate! ¿No podrán sorprendernos?

– No, no vendrá nadie, si el vigilante se ha marchado realmente. ¿Pero cómo me quito la cadena?

– ¡Espera!

Tragomer sacó un martillo y una pequeña lima de acero montada sobre una ballesta. Cristián no pudo menos de sonreir.

– ¡Herramienta de ladrón!

Estaba ya manejando la lima con destreza y la limadura de hierro caía en polvo sin producir el menor ruido. Al cabo de un cuarto de hora la anilla del brazo estaba limada hasta la mitad de su espesor. Entonces, un golpe seco con el martillo la hizo quebrarse. La operación fué más fácil y más pronta para la anilla de la pierna. La cadena cayó al suelo y Jacobo pudo extender sus miembros, libres ya del infamante lazo. Tragomer cogió la cadena y se disponía á ocultarla, pero Jacobo dijo:

– Arranca esas dos anillas; quiero llevármelas.

Libre de golpear en la cadena sin hacer daño al preso, Tragomer rompió las dos anillas y se las metió en el bolsillo, mientras Jacobo, echando fuera el inmundo sayal de tela de sacos, se ponía el traje de marinero. Una vez que le tuvo puesto y que estuvo calzado con sus zapatos, Jacobo apareció diferente de como estaba con la librea de presidiario; su estatura resultó más alta y sus hombros más anchos. Ya no parecía encorvado bajo el peso de su infamia; pero el semblante cetrino del penado podía aún denunciarle. Tragomer, entonces, sacó un estuche de pinturas y postizos, hizo sentar á Jacobo, y como si le estuviese pintando para un baile, le extendió en la cara un tinte de color de ladrillo. Después le pegó cuidadosamente algunos pelos rojos en la barbilla, y satisfecho de su obra, entregó á su amigo un espejito redondo, diciéndole:

– Toma. ¿Te reconoces?

En vez de la cara de miseria y de desesperación del pobre 2.317, Jacobo vió en el espejo un vigoroso marinero quemado por el sol de los trópicos. Tragomer le entregó un revólver y le dijo con terrible resolución:

– Ahora, toma esta arma. ¿Está convenido que no te cogerán vivo? Yo te defenderé, si es preciso, hasta el último aliento.

– Puedes estar tranquilo, dijo Jacobo sonriendo. ¡La última bala será para mí!

– Pues bien: ponte esa caja al hombro como la traía Dougall y vámonos.

Jacobo se volvió entonces hacia Tragomer y antes de pasar la puerta de aquella miserable prisión donde tanto había sufrido, se arrojó en los brazos de su amigo y dijo:

– Suceda lo que quiera, gracias, Cristián.

– Está bien, respondió Tragomer. Ahora demos una expresión de serenidad á nuestros rostros y adelante.

Salieron, atravesaron el patio en que estaba la fragua, entraron en la cordelería donde los penados seguían desgarrándose los dedos contra las duras maromas embreadas, y llegaron á la entrada del edificio, donde se encontraba el centinela en su garita, apoyado en el fusil y al abrigo de los rayos del sol, ya oblicuos á aquella hora. Echó una ojeada á los dos hombres, reconoció al visitante extranjero y al marinero que llevaba la caja, y no se movió. Tragomer, lívido de emoción y con el corazón agitado, se llevó la mano al casco de corcho y dijo al pasar:

– Buenas tardes.

– Buenas, respondió el centinela.

Jacobo estaba en la calle, mas no todavía fuera del presidio. Había que pasar las fortificaciones. Pero Cristián no tenía miedo; apretaba en su bolsillo el pase á su nombre y al de Dougall. Alentado por el primer éxito, estaba dispuesto á hacer frente al vigilante y á forzar el paso si era preciso. Las emociones pasadas producían en su cerebro una excitación extraordinaria. En este momento estaba seguro de salirse con su empeño. Llegaron á la verja y tuvieron la suerte de encontrarse con una cuadrilla de penados que volvían del trabajo. El vigilante, muy ocupado en contar sus hombres, juraba como un carretero porque dos penados acababan de verter delante de la puerta un tonel de brea líquida que apestaba la atmósfera.

– ¡Ah! Los muy marranos... ¡Lo han hecho á propósito!, aullaba el vigilante. Ocho días de celda y pan seco... Y ahora, ¿quién va á limpiar esta porquería? No seré yo, por cierto. Sargento, detenga usted ahí á estos animales hasta que todo esté limpio. Si no pueden quitarlo con las manos que lo arranquen con la lengua...

En este momento vió á Tragomer y á su marinero que iban á salir.

– Ahora los ingleses, gruñó; bueno, pasen ustedes, no tenemos tiempo para hablar...

Y se arrojó sobre los penados, sobre el sargento y sobre la brea.

Tragomer y Jacobo estaban fuera.

(Continuará)

REPUBLICA ARGENTINA

ENTRE RÍOS. – PALACIO DE SAN JOSÉ

La antigua morada del que fué general D. Justo José de Urquiza conserva todavía el sello grandioso, solemne y rico que le supo imprimir su dueño al construirla y adornarla.

No es un palacio á la moderna lleno de pequeños saloncillos de variados colores y de fútiles nimiedades, sino algo más severo y quizá de mejor gusto, que recuerda las casas solariegas españolas y los castillos feudales de la última época. Señorío se respira por todos lados y dominación y mando indican sus muros; y al cruzar sus grandes salones, se cree uno visitando la vivienda de algún real magnate, esperando á cada paso tropezar con guardias, pajes, guerreros ó castellanas damas.

Los extensos patios y parque y jardines, con las variadas clases de flores y plantas de perfumes delicados y arboledas colosales, transforman el palacio en un rincón del paraíso, lleno de dulzura y poesía; comprendiéndose que, después de tan largos años, todavía recuerden con verdadera fruición los que las disfrutaron aquellas fiestas elegantes y fastuosas como de real corte.

Si por arte de nuestra imaginación evocamos los tiempos pasados, allá por antes de mitad de siglo, época de apasionadas luchas políticas, admira mucho más esa soberbia construcción, elevada en paraje verdaderamenre estratégico, á seis y media leguas de la entonces capital de la provincia de Entre Ríos, Concepción del Uruguay; y haciendo comparaciones y semejanzas y parangones con similares de centurias pasadas, veremos transformarse los altos miradores en torres almenadas, y sus guardias en vigías, y sus patios en patios de armas, y su caballería famosa en caballería cubierta de acero, y sus señores en señores de horca y cuchillo dueños de vidas y haciendas. Y le da mayor carácter tradicional la hermosa capilla, casi una ermita, que si no tiene ermitaño, tiene cura, independiente del palacio ó castillo, pero dentro de sus protectores muros.

Mucho vale desde el punto artístico y arquitectónico, pero hoy vale mucho más como edificio histórico, y bien hacen los deudos del general en conservarle con todos los detalles de treinta años atrás.



REPUBLICA ARGENTINA. – ENTRE RÍOS. – PALACIO DE SAN JOSÉ, RESIDENCIA QUE FUÉ DEL GENERAL D. JUSTO JOSÉ DE URQUIZA. SALA EN DONDE MURIÓ EL GENERAL, CONVERTIDA EN CAPILLA ARDIENTE. (De fotografía remitida por D. J. Solsona)

Lástima grande que tanta belleza, tanto valor y tan nobles acciones, el fanatismo político lo anulara por medio de un crimen nefando en la persona creadora de tan hermosas cosas y á quien tanto debía la patria bajo todos conceptos.

A la caída de la tarde del 11 de abril de 1870, mientras el general Urquiza, gobernador de su provincia, estaba leyendo en el patio en compañía de uno de sus ministros, fué la casa invadida por un grupo de 200 hombres escogidos y bien armados partidarios del caudillo López Jordán. Al oir los disparos corrió la familia, pues su guardia le fué traidora, yendo á morir el general en una salita transformada después en fúnebre capilla de la que publicamos la fotografía. El que fué primer presidente de la Confederación Argentina, el que engrandeció moral y materialmente su tierra, tuvo ese fin inmerecido.

Con la antedicha fotografía publicamos también la entrada del parque. – JUSTO SOLSONA.



REPÚBLICA ARGENTINA. – ENTRE RÍOS. – ENTRADA DEL PARQUE DEL PALACIO DE SAN JOSÉ. (De fotografía remitida por D. Justo Solsona)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

Reglas gramaticales ilustradas, por *Alberto Llanas.* – De felicísimo puede calificarse el pensamiento del conocido escritor Sr. Llanas de publicar una colección de reglas gramaticales expuestas en forma tan sencilla y tan amena que se graban en las imaginaciones infantiles con mucha más facilidad y más fuerza que las áridas explicaciones de la escuela. Pero no sólo los niños deben aprenderlas de memoria, que más de cuatro que no son niños ni mucho menos y que hasta tienen sus pretensiones literarias incurren en los errores gramaticales que con tanto gracejo hace resaltar el Sr. Llanas. El libro, que lleva expresivos dibujos de Utrillo y que no vacilamos en recomendar á nuestros lectores, se vende á una peseta.

Novelas cortas, por *Juan Guillén Sotelo.* – Contiene este tomo cinco narraciones á cual más interesante, cuya lectura cautiva, así por el argumento como por las bellezas de estilo, la verdad y brillantez de las descripciones y la pintura acabada de los tipos, cualidades que confirman el buen nombre que en la república de las letras se ha conquistado el Sr. Sotelo. El tomo, impreso en Madrid, véndese á tres pesetas.

Epílogo, por *Felipe Peyró Carrió.* – Sentido cuadro dramático escrito en prosa: es un episodio de la repatriación después de la pérdida de las colonias y de la guerra con los Estados Unidos. Impreso en Valencia, véndese á 25 céntimos.

«Pos veréis...,» por *Delfín Fernández y González.* – El joven y reputado escritor santanderino Sr. Fernández y González ha publicado una colección de cuentos y narraciones que si interesan por su argumento deleitan por la elegancia de su estilo y por el sentimiento que en todos resplandece. Las costumbres, los tipos, los paisajes montañeses aparecen descritos con verdadero estudio del natural, unido á cierta poesía que aumenta los encantos de la realidad. Impreso el libro en Barcelona, véndese á dos pesetas.

Las elecciones por gremios y el sistema vigente, por *Julio Otero Valentín.* – El distinguido abogado y publicista valisoletano Sr. Otero señala en este folleto los defectos del actual sistema electoral y se muestra partidario del sistema representativo, indicando con gran copia de razonamientos las ventajas del mismo y los procedimientos para su implantación. Su folleto, muy digno de ser estudiado, ha sido impreso en la imprenta de Jorge Montero, de Valladolid, y se vende á una peseta.

Contribución al estudio odontológico, por *D. Alfredo Damians.* – Constituye esta obra un estudio completo de odontología: en las tres partes en que está dividida trata su autor, haciendo gala de grandes conocimientos, de cuanto se relaciona con la anatomía, embriología é histología dentales, con la caries dental y con la higiene de la boca, conteniendo valiosos consejos y profundas observaciones. El trabajo del reputado médico dentista barcelonés Sr. Damians ha sido impreso en la tipografía de «La Publicidad.»

Libro de Granada. – Treinta y dos cuadros de la vida de Granada, escritos por cuatro reputados escritores granadinos, como Ganivet, Ruiz de Almodóvar (G.), Méndez Velli y Nicolás M.ª López é ilustrados por artistas granadinos también y no menos reputados, como Isidoro Marín, Ruiz de Almodóvar (J.), Lozano y Latorre, necesariamente han de formar un libro bajo todos conceptos valiosísimo. En efecto, las composiciones en prosa y en verso que constituyen el *Libro de Granada*, composiciones llenas de luz, de color, de verdad y al mismo tiempo de poesía, transportan al que las lee á la hermosa ciudad de los cármenes y le hacen vivir aquella vida llena de encantos, respirar aquel aire embalsamado, gozar de aquel cielo hermosísimo y compenetrarse con el alma de aquella tierra sobre la cual derramó Dios sus mejores dones y erigieron los hombres los más hermosos monumentos. La obra ha sido editada en Granada por la Viuda é Hijos de P. V. Sabatel y se vende á tres pesetas.

El Asia musulmana, por *Alfredo Opisso.* – Forma parte esta obra de la colección de «Viajes por Oriente» que con tanto éxito publica el editor barcelonés Sr. Bastinos, y es una narración interesantísima que en forma novelesca constituye un verdadero estudio geográfico y étnico del Asia Central rusa, Bukharia, el Turquestán chino, el pequeño Tibet, Cachemira, el Afghanistán, el Beluchistán, Persia y Arabia, con sus pintorescos paisajes, ciudades, tipos y costumbres, que aparecen descritos con tanta precisión como amenidad. *El Asia musulmana* consta de 112 páginas con 57 bonitos grabados y cubierta cromolitografiada y se vende á 75 céntimos.



Un veterano, cuadro de Dionisio Baixeras (Salón Parés)



AÑO XVIII — BARCELONA 5 DE JUNIO DE 1899 — NÚM. 910

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Á VELÁZQUEZ, EN EL TERCER CENTENARIO DE SU NACIMIENTO



RETRATO DE VELÁZQUEZ, pintado por él mismo.

Existente en Valencia

ADVERTENCIA

Próximamente repartiremos á los señores suscriptores á la **Biblioteca Universal** el segundo tomo de la presente serie, que será el tercero de la interesante obra NAPOLEÓN III, de Imbert de Saint-Amand, que tanto éxito ha obtenido.

Los señores suscriptores que por serlo desde principio de este año no tienen los dos tomos anteriores de la citada obra podrán escoger entre las dos proposiciones siguientes: ó bien adquirir dichos dos tomos al precio excepcional de cinco pesetas cada uno, ó bien recibir, en lugar del que anunciamos, uno de los que á continuación se expresan y que forman parte de la Biblioteca:

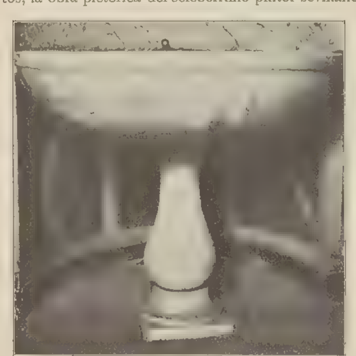
ECOS DE LAS MONTAÑAS, por *D. José Zorrilla*, con preciosas viñetas y reducciones de las magníficas láminas del célebre dibujante *Gustavo Doré*, que se publicaron en la edición monumental de este libro; ¡SI YO FUERA RICO!, interesante novela de *D. Luis Mariano de Larra*, ilustrada por *D. Alejandro de Riquer;* PARA ELLAS, interesante colección de novelitas y cuentos dedicada á las señoras, por *D.ª Adela Sánchez Cantos de Escobar*, con bonitas ilustraciones: CAPÍTULOS QUE SE LE OLVIDARON Á CERVANTES; ENSAYO DE IMITACIÓN DE UN LIBRO INIMITABLE, por *Juan Montalvo*, con dibujos de *José L. Pellicer;* LA CIENCIA MODERNA, por *Julio Broutá*, estudio popular de los principales adelantos y descubrimientos científicos de nuestros días, con profusión de grabados.

Suplicamos á nuestros corresponsales que teniendo en cuenta esta advertencia nos envíen las oportunas instrucciones con la mayor anticipación posible á fin de que podamos servirles oportunamente sus pedidos.

SUMARIO

VELÁZQUEZ

Muchos y muy ilustres críticos han estudiado, aquilatándola en sus detalles todos y en todos sus aspectos, la obra pictórica del celebérrimo pintor sevillano



Pila bautismal de la iglesia de San Pedro de Sevilla, en donde fué bautizado Velázquez (de fotografía de M. Medina, Sevilla)

Diego Velázquez de Silva, ó como reza su partida bautismal al dar cuenta de los apellidos de sus padres, Diego Rodríguez de Silva Velázquez.

Recientemente un notable paisajista español, que con tanta gallardía como el pincel maneja la pluma, paisajista bien conocido de nuestros lectores, Aureliano de Beruete, ha publicado en lujosa edición una biografía y estudio crítico, dignos de encomio grande, del inmortal autor de *Las Meninas*. Fruto de largos y detenidos exámenes realizados en casi todos los cuadros que se consideran – sean ó no apócrifos – como de mano de Velázquez, y al propio tiempo síntesis de los trabajos más apreciables que de las plumas de escritores alemanes, ingleses, franceses y españoles han brotado en honor del gran pintor, el libro de Beruete habrá de ser considerado en todo tiempo como libro serio, concienzudo en sus juicios, y más concienzudo en cuanto se relaciona con la cronología de las producciones del gran artista español. Mas reconociendo esto, como no es posible dejar de hacerlo, creo que ni el libro de Beruete, ni el trabajo de Armstrong, publicado con dos años de anterioridad al del primero, ni siquiera el del alemán Justi, con ser el que más se acerca al concepto que tengo formado de la personalidad de Velázquez, trazan con verdadero acierto la característica del pintor de Felipe IV. En unos, la superabundancia de datos, así biográficos como históricos, etc., es tan grande (en la obra del citado Justi, por ejemplo), que deja al lector perplejo y en la necesidad de hacer por sí propio la síntesis del medio ambiente artístico, histórico y de las costumbres reinantes que rodearan á Velázquez, amén de verse obligado á establecer un juicio más ó menos arbitrario acerca del verdadero valor de la obra de aquél; en otros (pongo por caso el libro de Beruete), la principal labor crítica y biográfica realizada se contrae á datos ciertos sobre la vida particular, viajes y trabajos de Velázquez y á establecer un riguroso orden cronológico para la clasificación de los cuadros, de paso que, con gran sentido artístico, se depura, ó por lo menos se intenta depurar, lo que debe considerarse como real ó apócrifo de cuanto existe realizado por el pincel del gran pintor sevillano. Pero ni en unos autores ni en otros se determina de un modo preciso ni la razón de la originalidad de Velázquez, ni el alcance en sus aspectos estético y artístico de la obra del insigne pintor.

No sé hasta qué punto acertaré á concretar mi pensamiento en este ligerísimo esbozo; que *una cosa es predicar y otra dar trigo;* mas declaro *á priori* que pretendo ajustarme cuanto me sea dable á lo que yo creo verdad, aun cuando me excomulguen los doctos por atrevido y por echar mi cuarto á espadas donde tan ilustres críticos han jugado... y ganado la partida.

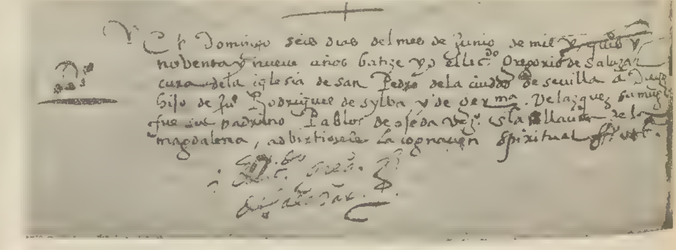
Portada de la iglesia de San Pedro de Sevilla, en donde fué bautizado Velázquez (de fotografía de M. Medina, Sevilla)

I

Nació Velázquez en Sevilla, en la casa número 8 de la calle de la Gorgoja, el día 5 de junio de 1599 (según creen algunos biógrafos), y fué bautizado el día 6 en la iglesia parroquial de San Pedro de aquella ciudad.

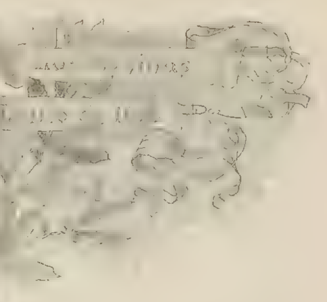
Un año hacía que el rey de no muy feliz memoria D. Felipe III regía el trono, mejor dicho, su privado el duque de Lerma. Hallábase España á la sazón, si en grande florecimiento en cuanto á las artes de la imaginación atañe, en estado tal de postración y pobreza, que para recabar dineros con que acudir á las múltiples y descabelladas guerras que hubiera en el anterior reinado y quedaban pendientes al morir Felipe II, se confiscó para las arcas reales la plata que de las Indias venía para mercaderes y particulares; se vendían las hidalguías y oficios, los terrenos comunales y villas y lugares de la corona; se suspendieron por varias veces los pagos á los acreedores y se legitimaban por dinero los hijos de los clérigos. No bastaban estos arbitrios, que acusan una espantosa relajación del sentido moral en gobernantes y gobernados, para subvenir á los crecientes gastos de la casa del rey y á los que causaban las guerras empeñadas. El de Lerma manda inventariar toda la plata labrada del reino, sin duda con ánimo de enajenarla, cosa que hubiera conseguido si á ello no se opusiera el clero en masa, pues tuvo el escaso tacto el valido de no exceptuar de la medida del embargo á las iglesias y comunidades. Doblóse el valor de la moneda, y por último se acudió á los donativos voluntarios.

A todo esto sucedíanse con terrible frecuencia los desastres por mar y tierra de nuestros ejércitos y armada; y á pesar de los actos de valor de los soldados españoles, del marqués de Spínola y otros ilustres generales, hubo de reconocerse la independencia de los estados flamencos, con gran daño y mayor vergüenza de España. Y como si no bastasen las desdichas y calamidades de todo género que pesaban sobre esta desgraciada nación; como si algún espíritu infernal se hubiese propuesto nuestra absoluta ruina, ocurriósele, entre varios, al arzobispo de Valencia D. Juan de Ribera influir en el ánimo del rey para expulsar á los moriscos con el pretexto (bien escaso de razón y de verdad, como hace notar Cánovas del Castillo en su *Historia de la casa de Austria)* de ser enemigos dañosos de la seguridad del reino y anticristianos, relapsos é irreductibles, y de *dedicarse á todas artes y oficios útiles, con lo que chupaban como una esponja el jugo de España.* Efectivamente, los moriscos fueron expulsados; primero los de Valencia y Murcia.



Facsímile de la partida de bautismo de Velázquez (de fotografía de M. Medina, Sevilla)





VELÁZQUEZ

después los del resto del reino, con lo que la agricultura floreciente en sus manos y porción grande de otras industrias y artes cayeron en tan grande abandono, que puede asegurarse cómo de entonces data, por lo que se refiere á ciertos oficios, cual los de la sedería, paños y mayor parte de los de tejidos, cerámica, etc., el que seamos aún feudatarios del extranjero. Recurrióse entonces especialmente á los flamencos y holandeses, ante quienes habíamos tenido que humillarnos no hacía todavía más de unas semanas.

El terrible azote del hambre fué la consecuencia inmediata de aquel acto, ante la ejecución del cual retrocediera Felipe II. Siguió al hambre el bandolerismo, y con éste vino la exacerbación de todo género de vicios. Levantó el hampa la cabeza, pulularon por ciudades, villas y caminos, espadachines, tahures, cuadrillas de salteadores, rameras y demás gentes de esta especie. Agolpáronse en la corte cuantos hidalgüelos y segundones, damas del mundo y gentes sin oficio ni beneficio había en el reino, disputándose por medio de toda clase de bajas artes los favores y protección del valido duque de Lerma y demás personajes, sin excluir los clérigos, que formaban el núcleo de cortesanos del rey y de su ministro.

Con la falta de brazos aptos para el trabajo y el acrecentamiento de las comunidades religiosas; con los dispendios de las guerras, de la casa real, de los validos Lerma, Sieteiglesias y Uceda sucesivamente, los males apuntados se acrecentaron hasta un grado no conocido jamás, y la población disminuyó rápidamente. En este punto la situación política, muere Felipe III y ocupa el trono Felipe IV.

La síntesis de este reinado puede compendiarse en la leyenda que bajo un dibujo que figuraba un gran agujero, escribió por aquel tiempo mano desconocida; decía la leyenda: *España es como este agujero, que cuanta más tierra le quitan más grande parece.* Guerras con Alemania, con Francia, con Inglaterra, con los Países Bajos, con Italia; en Picardía y en el Artois; levantamiento de Cataluña; rebelión y pérdida de Portugal; pérdida del Rosellón... El conde duque de Olivares entre las garras de Richelieu, engañado por el de Braganza; nuestras armadas deshechas y algunas victorias memorables como la rendición de Breda realizada por Spínola, la de Norlinga, la derrota de Condé en Fuenterrabía. He aquí en conjunto el aspecto del medio político en que vivió y murió Velázquez.

II

Veamos el medio social desde el punto de vista religioso y de las costumbres.

Un terrible incendio (entre otras calamidades de mayor cuantía que acontecieran en todo el reino) y que duró varios días, redujo á cenizas una gran parte de la Plaza Mayor de Madrid. Ante la catástrofe y no hallando otros medios más asequibles y seguros para dominar el incendio, ocurriósele á las autoridades llevar el Santísimo de las tres parroquias contiguas, San Miguel, San Ginés y Santa Cruz, acompañado de todas las imágenes de la Virgen que había en las iglesias de la corte, y establecer altares en los balcones fronteros á las casas incendiadas, donde durante los días del fuego se dijeron innumerables misas. Esto ocurría los días 7, 8 y 9 de junio de 1631. Por su parte el tribunal de la Inquisición, no encontrando ni luteranos, ni judíos, ni moriscos á quienes hacer sentir el peso de sus rigores, extendió su esfera de acción á delitos que solamente debían caer bajo el fallo de los tribunales de la Justicia ordinaria. Así, pues, la poligamia, la hechicería, la magia, etc., y el contrabando, fueron desde entonces materia de procesos inquisitoriales. Menudearon los *autos de fe*, y hubo algunos, como el celebrado en Sevilla el día 30 de noviembre de 1630, en el que se quemaron ocho personas, seis en efigie, treinta se reconciliaron y seis fueron absueltas. Además se inventó un nuevo tormento, que consistía en clavarle al reo sobre un madero la mano derecha, mientras se leía la relación de su proceso y la sentencia.

La fundación de conventos llegó á un punto que sería casi imposible describir ni señalar. Poblaciones había que no contando más de 30.000 habitantes, contenían dentro de sus murallas, además de Catedral, iglesias parroquiales, capillas y oratorios, veintisiete conventos. Las procesiones de todo género se sucedían sin interrupción, y en épocas como la cuaresmal y de Semana Santa recorrían casi diariamente las calles de las principales ciudades aquellas manifestaciones del culto externo, interrumpiéndose así, por más de un tercio del año, todo trabajo.

Mas no era óbice tanta religiosidad para que las costumbres anduvieran de relajadas hasta el extremo que de no existir documentos fehacientes, no daríamos crédito al relato de tanto rebajamiento moral. Confesábase el rufián que tenía contratada una venganza; confesábase y comulgaba la moza de partido; los clérigos hacían ostentación de sus vicios, sin que esto fuera motivo bastante para que se entibiara su vocación. El rey y sus magnates sostenían todo género de relaciones ilícitas, legalizando las proles y alzándolas á los más encumbrados puestos. Y sin embargo, esta sociedad corrompida, esta nación aniquilada y hambrienta, era tan sincera en su fe como apegada á la monarquía y al clero.

Causa tristeza y pone espanto en el ánimo la lectura de los documentos que de la decadencia de la agricultura, de las industrias y artes con que florecieran Toledo, Valencia, Córdoba, Sevilla, Granada, Segovia, Talavera y veinte poblaciones más, escribieron los cronistas contemporáneos de Felipe IV. En vano intentó el conde duque, y con él algunos obispos y magnates, resucitar aquel venero de riqueza tan admirablemente explotado por los moriscos en los campos y en los talleres; *páramo estéril,* dicen de la huerta de Valencia los documentos de la época; agonizantes unas y otras muertas ya, vense villas y ciudades donde no hacía treinta años aún, millares de industriales de toda industria ponían en movimiento forjas, telares, tornos, prensas de estampar, levantando nuestro crédito allende las fronteras con la exquisitez y originalidad de los productos. Los clamores del pueblo que reiteradamente se alzaban pidiendo auxilio al rey contra la horrible miseria que todo lo ganaba, diezmando la población, eran contestados con onerosas tributaciones, con los enormes despilfarros de guerras inútiles, con la ostentación cada vez mayor del lujo de la corte, con las costosísimas fiestas de toros y comedias, con los escandalosos agiotajes de todo género con que se enriquecían desde el valido y sus cómplices, hasta el rufián y la mujer del mundo puestos á su servicio. Mezcla extraña, híbrido caso de existentencia social nos presenta España por estos tiempos y que había de prolongarse todavía casi un siglo. De un lado las comunidades religiosas en auge; las fiestas de este género cada día más brillantes; la devoción y el entusiasmo religiosos llevando por miles á hombres y mujeres á los conventos. De otro lado, la superstición más espantosa anidando en los pechos de los varones más ilustres; á pesar de dueñas y rodrigones, el adulterio, la mancebía, los escándalos, en fin, de este género exhibiéndose á la luz del sol; los nobles, como



Retrato de Velázquez, pintado por él mismo



LA RENDICIÓN DE BREDA. – CUADRO DE LAS LANZAS. Museo del Prado, Madrid

los plebeyos, prestándose á los oficios más degradantes, y hasta la misma reina haciendo que sus damas y sus bufones remedasen las escenas, dichos y lenguaje de la gente más soez, pues gustaba de lo que llamamos hoy *lo flamenco*. Para corroborar cuanto vengo afirmando, transcribiré aquí, tomándolos de *Los Avisos, de Barrionuevo,* algunos casos. Dice el citado cronista: «Un médico andaluz sostiene que así como los reyes de Francia tienen poder para curar lamparones, los de España lo tienen para curar endemoniados.» En el mismo tomo, léese esto otro: «He visto carta de Sanlúcar, que saliendo un hombre á la marina al amanecer, vió sobre la mar pelear en el aire dos ejércitos furiosamente. Volvió corriendo á llamar quien lo viese y acudió mucha gente. No sólo lo vieron y escucharon la mosquetería, artillería, cajas, pífanos, trompetas y voces, sino que duró la batalla más de una hora. Salido el sol, desvaneciéronse luego en un instante. Es cosa cierta.»

Con estas dos muestras creo suficientemente confirmada una parte de las afirmaciones hechas más arriba. Vamos ahora con otras dos de índole más escabrosa: «Dícese que tiene la reina sospechas de preñada. Dios lo haga, y si ha de ser hija, ¿para qué la queremos? Mejor será que no lo esté, que mujeres hay hartas.» Y á propósito de mujeres dice Barrionuevo en otro *Aviso:* «Anoche prendieron tres damazas ricas y de buena cara por hechiceras. La Inquisición las envió luego á Toledo. Halláronles mil embustes: manos de niños muertos, dientes, cabellos, cintas de atacar de hombres y otras mil cosas. Estaba un gran señor en visita con la una que duró hasta las once. Esperaron que se fuese por excusar alborotos y luego la prendieron.»

Sosteníamos dentro de España las guerras del Rosellón, de Cataluña; los portugueses invadían á Extremadura; en Flandes, en Italia, en todas partes, en fin, combatíamos con muy varia suerte; y cuando más apurada era la situación del reino, la corte ardía en fiestas; por cierto que para poder soportar en la plaza de toros el sol, los hombres se desnudaban *quedándose en cueros en los tablados.*

Tal era el estado de las costumbres cuando Velázquez pintaba sus hermosos lienzos en el alcázar real.

III

No está en mi ánimo, ni tampoco la presente es ocasión de ello, hacer juicio crítico alguno respecto de la calidad de la obra literaria y artística que formó el ambiente estético que respiró Velázquez. Mi objeto es exponer rápidamente cuáles eran las inclinaciones y gustos del senso nacional en lo que atañe á las ideas estéticas.

Sabido es que el Tribunal de la Inquisición, salvo contados casos, dejó en amplia libertad á las artes de la imaginación y del sentimiento; no así todo escrito que, ni indirectamente, tratara de doctrinas filosóficas ó religiosas. A esa libertad debemos aquella alta florescencia de la poesía lírica, sagrada, festiva y dramática, que desde Felipe II venían cultivando el dulcísimo Garcilaso, el divino Herrera, el asombroso Fray Luis de León, los hermanos Argensola, Espinel, *el monstruo de la Naturaleza* Lope de Vega, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, Malon de Chaide, Calderón, Tirso de Molina, Alarcón, Moreto, Rojas, Quevedo, el divino Rioja, etc. Mas advertimos al estudiar el movimiento literario de los siglos XVI y XVII, singularmente el de este último, que no fueron la epopeya ni tampoco la didáctica géneros de poesía que encarnaran en nuestros ingenios, antes bien alcanzaron todo su esplendor la poesía sagrada, la lírica y sobre todo la festiva y epigramática y la dramática. Por el mismo rumbo caminó la prosa. La histórica vió en los sucesores de Mármol, de Hurtado de Mendoza, de Perez de Hita y de Zurita talentos de verdadera fuerza y magnitud. A los Florián, Melo, etc., excede el primer historiador que contó España, el padre Juan de Mariana. A la prosa que diera vida á los libros de caballería (¿para qué mentar el *Quijote?)* sigue la novelesca. A las *Galateas* y *Dianas,* á las imaginaciones pastoriles ó bucólicas, siguieron, aclimatandose de seguida, las novelas picarescas; cuadros todas ellas, á excepción de las *ejemplares* de Cervantes, de escenas satirizadas de la vida real más ó menos exageradas en su caricatura. Desde *Guzmán de Alfarache* hasta el *Gran Tacaño* y *El lazarillo de Tormes,* desde *Rinconete y Cortadillo* y *La gitanilla* hasta las novelas de la Zayas, apenas si la imaginación de sus autores rebasó un palmo de la tierra que pisaban al dar vida á tantos y tantos tipos y escenas realísimas. Y debemos advertir además que bien sea en las novelas picarescas, bien en las serias como las citadas de Cervantes, nunca la pluma del escritor (con muy escasas excepciones) pinta ó describe ambientes, tipos y escenas de distintas clases sociales. Alguna más variedad alcanzó la poesía dramática; mas con todo, la realidad, lindante á menudo con el naturalismo, inspira de continuo á Tirso, á Lope, á Calderón, á Rojas, á Moreto. Y de ese realismo, de ese *humanismo,* hállanse impregnadas tan bellas poesías como aquella que comienza:

Pastores, los que fuerdes
Allá por las majadas al otero,

joya de la mística española.

Esta misma condición naturalista la vemos guiando el pincel de nuestros pintores, á pesar del espíritu de las enseñanzas que durante más de siglo y medio fueron á buscar á Italia, ó de Italia aportaron desde el florentino Dello hasta los Siena, Zuccheri, Carducci y el Napolitano. Prueba tal ingénita tendencia al realismo más absorbente, la insistencia del gusto estético de las escuelas del Norte, que contrabalanceó en algunas escuelas de la península la influencia de Florencia, Roma, Parma, Milán, etc. Y como á la poesía, le acontece á la pintura; si la *epopeya* no alcanzó entre nosotros ni valor grande, ni tuvo apenas cultivadores, la gran pintura, la *mural,* tampoco alcanza ni siquiera aquel grado en que la sostuvieron

muchas medianías italianas á partir de Rafael y Miguel Angel.

Estrecho era el círculo en que se desarrollaba el genio pictórico de los españoles durante los siglos XVI y XVII. En vano marcharon á Italia á estudiar y admirar á los grandes maestros del Renacimiento. Si del modo de ver el color y de interpretar la forma aportaron enseñanzas dignas de señalarse, por lo que se refiere al espíritu que animaba el genio italiano, muchos artistas volvieron como habían ido. Tan sólo de Becerra se sabe de un modo cierto que cultivara los asuntos mitológicos; para el resto de nuestros pintores, la enérgica protesta cuasi heterodoxa de la pintura de Miguel Angel no podía ser aceptada; Rafael pintando el *Triunfo de Galatea* les debía de parecer tocado de mundanos sentimientos; Tiziano era á las veces, más que voluptuoso, erótico... Volvieron, pues, á España los Joanes, Vargas, Céspedes, Juan de las Roelas, Navarrete *el Mudo* y otros muchos ilustres pintores, á pintar asuntos religiosos, cuadros de adoración y retratos. Algunos, muy pocos, cultivaron la pintura histórica, como por ejemplo Caxés, y la decorativa tan sólo bajo la inmediata inspección de los italianos, mandados venir por Carlos I, Felipe II y Felipe IV; ejemplo seguido mas tarde por los reyes de la casa de Borbón.

Extendíase ya, al nacer Velázquez, especialmente entre los pintores castellanos, valencianos y andaluces, la sana doctrina de comenzar el estudio del arte recurriendo al natural y dando de lado las máximas y enseñanzas didácticas aportadas de Italia por muchos maestros. A concluir de evolucionar en este sentido contribuyera de un modo poderoso *el Greco*, y más tarde sus discípulos, entre otros Tristan. Así pues, al venir al mundo del arte Velázquez, la pintura española era resueltamente naturalista en la forma y en el fondo, y adquiriera aquella personalidad é independencia tan admirada de propios y extraños.

IV

De los años de 1618 á 1623 datan, según todas las probabilidades, las primeras obras de Velázquez. Éstas consistían en estudios del natural reproduciendo escenas y tipos vulgares. Cuéntanse entre dichos primeros cuadros (que hoy llamaríamos de costumbres y que por entonces se llamaba *bodegones*) el que Fernando VII regaló al duque de Wéllington, titulado *El aguador; Una vieja friendo huevos*, existente en Apsley House, y algunos otros estudios de este género. De tal modo comenzaron también á darse á conocer en la misma época Zurbarán, nacido un año antes que Velázquez; el valenciano Ribera, como lo hizo asimismo Murillo, años más tarde, é hicieran antes Tristán y los seguidores del Teothocópuli.



RETRATO DEL INFANTE D. CÁRLOS BALTASAR. Museo del Haya

Hacia los veinte años de edad (1619), Velázquez pintó el cuadro que guarda la *National Gallery* de Londres, *La adoración de los pastores*, y el de *La adoración de los reyes*, existente en el Museo del Prado, además de algún otro también religioso. Por esa misma época Zurbarán pintaba los asuntos del retablo del altar de San Pedro de la catedral de Sevilla. El parecido en la ejecución é interpretación del claro-obscuro entre ambos artistas es grande, y el sentimiento del natural alcanza en Zurbarán, como en Velázquez, las lindes del más crudo realismo. Aun cuando afirme lo contrario el Sr. Beruete, se advierte en aquellas obras del inmortal sevillano, además de la de otros pintores, la influencia de Ribera, no solamente en lo vigoroso del claro-obscuro, sino también en la factura; y con gran acierto, en mi entender, observa Armstrong en su obra *The life of Velazquez*, publicada en Londres en 1896, que el realismo de éste se imponía á su imaginación de tal modo, que la figura del *San Juan Evangelista en Patmos*, cuadro pintado en Sevilla, es un tipo de puro origen morisco.

Casado ya nuestro gran artista con la hija de su segundo maestro Pacheco, emprendió por vez primera un viaje á Madrid (abril de 1622), adonde vino recomendado por su suegro al sumiller de Cortina D. Juan de Fonseca, dignidad del cabildo de la catedral sevillana, quien le hizo afectuosísima acogida, así como los hermanos D. Luis y D. Melchor de Alcázar, miembros de distinguida familia andaluza.

Presentado Velázquez al valido de Felipe IV el famoso Conde Duque de Olivares, éste suplicó al rey que concediese al joven pintor la honra de dejarse retratar por él. No pudieron realizarse en aquellos días los deseos del Conde Duque, por hallarse Felipe en vísperas de un viaje á Aragón y Cataluña, por entonces en armas; mas Velázquez antes de regresar á Sevilla hizo varios retratos, entre ellos el de Góngora.

Llamado al año siguiente por Fonseca, quien le remitía una carta del valido invitándole á volver á Madrid, nuestro pintor emprende de nuevo el viaje, y antes de presentarse en Palacio ejecuta el retrato de su protector el sumiller. Este retrato fué muy elogiado por la familia real, y pocos días andados recibía el encargo de retratar al rey. Ecuestre era dicho retrato, que destruyó el incendio del Alcázar en 1734. Estuvo expuesto á la admiración pública en el pórtico de San Felipe el Real, en la calle Mayor, y en su elogio se hicieron composiciones en prosa y verso, siendo de apuntar entre estas últimas un soneto de Pacheco, suegro del artista; soneto medianamente malo, pero que expresa el entusiasmo del maestro por el discípulo y del suegro por su yerno. A creer lo que afirman varios críticos y biógrafos de Velázquez, el retrato que se conserva representando á Felipe IV, de medio cuerpo y á la edad de dieciocho á veinte años, vistiendo bruñida y artística armadura cruzada por una banda rosa, es el estudio que para el perecido retrato ecuestre ejecutara el joven pintor.

Algunos meses más tarde Velázquez pinta otro retrato del rey de cuerpo entero, vestido de negro y con una carta en la mano, el cual se conserva en el Museo del Prado, siguiendo á esta representación de la regia persona la de su hermano el infante D. Carlos.

Pintando retratos de la familia real, del Conde Duque y varios asuntos de cacería y *bodegones* estuvo Velázquez (ya agregado á la servidumbre de Palacio) hasta que en 1627, según cuenta Ceán Bermúdez, tomándolo á su vez de la obra del pintor Palomino *Vidas de los más ilustres pintores españoles*, el rey, queriendo conmemorar el desastroso edicto de su padre Felipe III, por el cual se expulsó de España á los moriscos, ordenó que se abriese un concurso entre sus pintores de Cámara para que hiciesen un cuadro que perpetuase aquella desdichada medida política. Eran los pintores del rey Angelo Nasdi, florentino; Vicente Carducho, Eugenio Caxés y Diego Velázquez. El premio consistía en una plaza de gentilhombre de Cámara. Ganó Velázquez el concurso, y desde entonces ya no temió la rivalidad de sus colegas, quedando de hecho como único pintor de Felipe IV.



La Coronación de la Virgen. Museo del Prado, Madrid

A esta primera época del gran artista sevillano corresponde el cuadro titulado *Reunión de bebedores* ó, como generalmente se le conoce, *Los borrachos*. Por consejo de Rubens, quien con un encargo diplomático había venido á Madrid en el verano de 1628, Velázquez se dispuso á efectuar un viaje á Italia, como así lo verificó en el año siguiente.

* *

Antes de proseguir en el estudio biográfico del autor de *Las Meninas*, creo oportuno formular un juicio de sus obras en este primer período.

Muéstrase Velázquez, desde sus comienzos, como dibujante serio, correcto, irreprochable en muchas ocasiones y jamás descuidado en esta parte importantísima de la pintura. No busca tipos idealizables, ni aun para las figuras de sus cuadros religiosos, como lo prueban las de San José y la Virgen de los citados lienzos *La adoración de los pastores* y *La adoración de los reyes*. En ambos lienzos, el santo Patriarca y la Madre de Jesús son tipos de un realismo tan grande como vulgares. Ya hemos advertido esto mismo al mencionar el cuadro *San Juan Evangelista en Patmos* y el de la *Mujer perseguida por el dragón*, haciendo nuestro el juicio del crítico inglés citado arriba.

Prendado de la realidad en su aspecto externo, se esfuerza en arrancar al natural el secreto de la vida orgánica; impórtale poco ó nada el análisis de las pasiones y de los afectos, ó, como diría un psicólogo, de los estados pasionales, por más que dedicara gran parte del tiempo de su aprendizaje á estudiar movimientos, expresiones y actitudes. En este particular no alcanzó á describir con el pincel más que un movimiento espiritual, el más simple de todos por otra parte, el de la admiración, como veremos al ocuparnos en *La fragua de Vulcano*, una de las obras de su segunda época.

Donde el artista se muestra (y seguirá mostrándose en todas sus obras de este género) como psicólogo admirable, es en los retratos. Adivínase ya en los de esta primera etapa del genio de Velázquez la característica moral de los retratados, pudiéndose desde luego afirmar, sin miedo á equivocación, cuáles eran las condiciones de temperamento é intelectualidad de cada uno. Cierto que esa noble dignidad y severo porte que avaloran, además de otras excelsas condiciones, los retratos todos pintados por Velázquez, son más privativas, en la mayor parte de los casos, del carácter del artista que del modelo; mas á pesar de esto ó acaso por esto mismo, los retratos me parecen las pinturas donde, en la primera época de su carrera artística, se exhibe el pintor de Felipe IV más personal, menos preocupado de convencionalismos extraños, siquiera en lo que atañe al color aparezca seco y duro.

Recuerdo todavía de los tipos y escenas de los *bodegones* ejecutados en Sevilla, es sin duda alguna el celebrado lienzo *Los borrachos*, última memorable obra pintada por Velázquez antes de emprender su primer viaje á Italia.

No pienso que el gran pintor pretendiera realizar un asunto mitológico, ni tampoco que tomara por cabeza de turco al dios griego para poner en solfa el Panteón heleno; que si las hazañas del héroe manchego las han tomado muchos escritores como sátira sublime á las *fazañas* de la caballería andante (muerta muchos años antes de que existiera el inmortal príncipe de los ingenios), en cambio sería, en mi juicio, inferir grave ofensa á Velázquez, educado en el taller de Pacheco, hombre éste versado en letras, con ribetes de clásico, amigo de los Rioja y otros ilustres poetas y literatos de entonces, creerle capaz de ridiculizar en una de sus principales figuras la altísima concepción que de la vida en todos sus aspectos concibiera el genio de los griegos; genio que revivía en el Renacimiento italiano, y de cuyo espíritu nutríanse aún entonces las artes, las letras y la filosofía. En mi entender, Velázquez no pretendió otra cosa que reproducir algunos tipos de aquellos que como el del *Aguador*, de los *Pastores* del cuadro *La Adoración* y de otras pinturas de esa época primera, le seducían por el vigor de las líneas, lo típico de sus tipos, lo franco y caliente del color, lo simple de sus manifestaciones psíquicas, escollo terrible que supieron dominar los grandes artistas del Renacimiento, comenzando por los inmediatamente anteriores á Leonardo de Vinci, á Rafael y á Miguel Angel.



Retrato de Felipe IV. Galería «Uffizi,» Florencia

Por otra parte, las escenas y los tipos de la gente vulgar, de la clase baja en su crudo naturalismo, eran motivos y héroes de una buena parte de la literatura contemporánea de Velázquez, y de los asuntos pictóricos elegidos por Zurbarán, por Ribera, más tarde por Murillo, al comenzar á estudiar el arte de la pintura. Ribera pintó, como Velázquez, tipos callejeros, truhanes y arapientos, y Murillo, desde sus piojosos hasta los enfermos de su admirable lienzo *Santa Isabel*, hizo lo mismo, rindiendo así parias al gusto estético de la época y á las costumbres.

Los borrachos no es más que un homenaje á ese gusto por lo truhanesco. Si algo puede poner en entredicho este juicio mío, es la figura del motilón coronado de pámpanos que simula sobrado irónicamente á Baco. Por lo demás, y en lo que se refiere á la parte técnica, todavía Velázquez se muestra en dicho lienzo preocupado con los contrastes violentos del claro-obscuro, reminiscencia de los Herrera el Viejo y sobre todo de Ribera y Zurbarán. En el color es á trozos terroso, si bien tiene algunos, como el del desnudo, dignos de la paleta de un gran colorista. En cuanto á la factura, es ya menos tímida que en el resto de las obras de esta su primera época.

V

El 10 de agosto de 1630 y en compañía de su criado Juan de Pareja (pintor también), embarcó Velázquez en Barcelona con rumbo á Génova. Iba en la misma nave el famoso Spínola, vencedor de Mauricio de Nassau, y esta coincidencia hace presumir que durante el viaje y al escuchar de labios del ilustre general las peripecias del sitio y rendición de Breda, se ocurriera la ejecución del hermoso lienzo conmemorativo de aquella hazaña conocido por *Las lanzas*. Tal cuadro, sin embargo, no fué ejecutado hasta bastantes años más tarde.



Retrato de Felipe IV
que se conserva en la Galería de Dulwich, Inglaterra

Venecia fué la primera ciudad italiana donde Velázquez hizo alto. Enamoróse de los coloristas venecianos, y sobre Tiziano y Veronés, le sedujo el Tintoreto. Hizo de los cuadros de este maestro *La Crucifixión* y *La Cena* dos copias, y sin tiempo para [illegible] por causa de la guerra, emprendió el camino de Roma visitando al paso á Ferrara, Bolonia y Loreto.

Un año estuvo en la Ciudad Eterna. Allí pintó varias copias de Rafael y Miguel Angel, aun cuando dándole la preferencia al primero. En la Villa Médicis, donde vivía, ejecutó del natural varios paisajes, de los cuales dos se guardan en el Museo del Prado, y realizó al propio tiempo sus famosas pinturas *La fragua de Vulcano* y *La túnica de José*. De regreso para España se detuvo en Nápoles, donde hizo amistad con Ribera, ya entonces en el apogeo de su gloria, consiguiendo del rey que se adquiriesen algunas obras del insigne maestro valenciano. Mas el objeto principal del viaje de Velázquez á Nápoles fué la ejecución del retrato de la infanta doña María, hermana

de Felipe IV, uno de los más bellos retratos de mujer que brotaron de la paleta del inmortal pintor.

Muy somero, y como corresponde á este ligero bosquejo, es el relato que acabo de hacer del primer viaje de Velázquez á Italia; por lo tanto debo añadir que por entonces el cardenal Fernando de Médicis, muy aficionado á las antiguedades, proseguía con gran ardor la tarea comenzada por otros ilustres personajes, entre los que se contaban Lorenzo y Cosme de Médicis, de volver á la luz del día estatuas y fragmentos del arte clásico, siendo uno de los hallazgos la *Venus* que lleva su apellido y otro el grupo de *Niobe*. Al propio tiempo, no lejos de la Villa Médicis, en el Pincio, encontrábase un pintor que comenzaba á ser famoso y á quien trató Velázquez; me refiero á Nicolás Poussin ó Poussino, que brilla como estrella de primera magnitud en medio de los artistas de la ya decadente escuela romana. Hago estas indicaciones por creerlas precisas al estudiar los lienzos citados *La fragua de Vulcano* y *La túnica de José*.

Aparte del asunto, en el primero de los citados cuadros – y aquí vuelvo á no estar conforme con la opinión del Sr. Beruete - se advierte una transformación grande en la paleta de Velázquez, en el modo de traducir la forma y en el de interpretar el claro obscuro. Desde luego *La fragua de Vulcano* aparece como uno de los más calientes de entonación de cuantos cuadros pintó en esta segunda época. Para mí, en este particular del color, el inmortal artista hallábase bajo la influencia de los maestros venecianos, singularmente del Tintoreto, del cual tenía á la vista en su estudio de la Villa Médicis las copias de que he hecho mérito más arriba, y del Poussino; influencia que alcanza á los lienzos *La coronación de la Virgen* y á otros varios ejecutados años después en Madrid. La misma observación puede hacerse en *La túnica de José;* comenzando por la composición del grupo y terminando por el color, se ve claramente que el artista sufrió, siquiera no fueran durables, las influencias de las escuelas veneciana, boloñesa y romana.

Es indudable que más influencia ejercen en Velázquez por entonces la vista, primero, y después el recuerdo, del modo de ver el color de los venecianos y el espíritu noble con que interpretaban la forma Rafael y el Poussino, que las propias obras clásicas que se descubrieran ya y se acabaron de descubrir durante su estancia en Roma. No tengo memoria de antigüedad clásica escultórica que Velázquez copiara, y mucho menos que pretendiera adquirir en este primer viaje; en cambio sabemos cómo y cuánto trabajó para la adquisición de pinturas y en hacer copias de otras. Esta observación mía me lleva á pensar que si *Los borrachos* no puede considerarse como asunto mitológico formal, en el puro sentido de la palabra, *La fragua de Vulcano* sí. Yo no veo ni en este lienzo, ni en el *Mercurio y Argos*, ni en el *Marte*, esa ironía que pretenden adivinar desde Lefort hasta Iriarte y deja entrever Beruete. Veo, al contrario, al artista que, rodeado por otro ambiente totalmente distinto al de España, ambiente libre de preocupaciones religiosas, oreado por las luchas de distintas escuelas y sectas religiosas y filosóficas, mira en el desnudo y en los asuntos predilectos de los italianos y á que se aplicaba la forma humana sin velos ni envolturas, algo mucho más positivo y real, más conforme con la vida que eso otro de la anulación de nuestro ser á que conducían las exaltaciones místicas de los artistas españoles. No veo intento alguno de burla en los asuntos mitológicos á que me refiero pintados por Velázquez; que sí advierto es el deseo de sorprender la vida y expresarla ó describirla en su más realísimo aspecto. Si el *Apolo* de *La fragua de Vulcano* tiene poco de ideal, no debe achacarse á otro motivo que el escaso aprecio en que el inmortal sevillano tenía todo cuanto fuese idealizar. Un ejemplo de esto nos lo ofrece en la *Coronación de la Virgen;* nada más vulgar que la figura de la Reina de los Angeles; no creo que pueda comparársele ni á las Vírgenes de Murillo



RETRATO DEL ALMIRANTE PULIDO PAREJA, existente en la *Royal Gallery*, Londres





EL CONDE DUQUE DE OLIVARES, CUADRO DE VELÁZQUEZ. Museo Nacional del Prado, Madrid

(aun siendo éstas trasuntos de tipos bien reales), ni á la *Madona de los Peces*, ni mucho menos á la *de San Sixto* de Rafael, ni á la *Assuntta* del Tiziano. Velázquez pintaba siempre la realidad, imprimiéndole un grave carácter de digna nobleza; pero si algo sentía hondamente era el naturalismo.

De que influyó de un modo poderoso en nuestro artista este primer viaje á Italia, también lo advertimos, no tan sólo en el color, sino en la mayor amplitud y elegancia de su dibujo. Diferencia notable existe entre la robustez y distinción de los desnudos de *Mercurio y Argos*, de *Marte* y de los de *La fragua de Vulcano* y sus anteriores pinturas. Y esta influencia alcanza á los admirables retratos que ya de regreso en la corte pintó del rey en traje de casa, los del infante *Don Baltasar Carlos* á la edad de seis años, y el ecuestre de este mismo, verdadera maravilla; el no igualado del almirante *Pulido Pareja*, existente en la *Royal Gallery*, y el prodigioso del Conde Duque de Olivares. Obra digna es ésta de ser tenida como una de las más admirables que produjeron las escuelas pictóricas del mundo. Robusta de línea, llena de vida, hermosa y sobria de color, rodeada de un ambiente de aire libre que causa la ilusión óptica más completa que pueda desearse, esta pintura no tiene rival. Y adviértase que el mayor número de los más hermosos retratos pintados por Velázquez, data de la época que media entre su primero y su segundo viaje á Italia.

Poco á poco fué Velázquez eliminando de su paleta aquellos colores que de una parte las copias de los coloristas venecianos y boloñeses, así como las de los maestros de la escuela romana, de otra el propio ambiente de la Naturaleza en Italia, le habían obligado hará vivir eternamente. La justeza y finura del modelado, la firmeza del dibujo, lo preciso y conciso del toque, hacen olvidar la cuasi ausencia de la paleta. Pero todavía debía pintar Velázquez recordando, siquiera fuese de un modo perfectamente personal, la escuela veneciana. En *Cristo atado á la columna*, existente en la *Royal Gallery*, se advierte esta reminiscencia, como ha de volverse á advertir en *Las hilanderas* y se nota en el famoso lienzo la *Rendición de Breda*, comúnmente llamado *Las lanzas*. No menos colorista se muestra en las figuras que pintó en *La vista de Zaragoza*, obra de su discípulo y yerno Mazo. Es de notar que el número de retratos de esos seres heteróclitos que comienza con la representación del *Primo*, fué muy grande. Hoy solamente se conservan (que yo conozca) siete.

Las lanzas, con el perecido cuadro *La expulsión de los moriscos*, son los dos únicos lienzos *históricos* que pintó Velázquez. Nada puede decirse si no es por muy ligeras referencias del primero; mas del segundo, aparte el asunto, por lo que atañe al color, á la luz y al ambiente, si no parece la obra de un veneciano, como dice Mr. Stevenson, es la de un pintor que, con personalidad propia altísima, con un dominio admirable de la técnica, con un sentimiento elevadísimo de la realidad y por tanto de los personajes que figuran en el preferente lugar de la composición, trata de rendir el tributo que es debido á una de las primeras condiciones *sine qua non* del arte de la pintura: el color.

Aire, luz, espacio inmenso, armonía de tonos, todo es en este cuadro admirable; mas adonde Velázquez alcanza las alturas del genio, es en lo que (fíjense bien cuantos no admiran en el excelso maestro sino al pintor de lo externo) llamamos expresión moral.



Las hilanderas. – Museo Nacional del Prado, Madrid

á aumentar la escala de las tonalidades. Lo más crudo de tonos y más gris en sus medias tintas del suelo de Castilla, la menor brillantez de la indumentaria de nuestra sociedad comparada con la italiana, contribuyen á dicha eliminación, si no agregamos también la influencia del Greco en su última época y de Tristán, á quien admiraba.

Al comenzar Velázquez la tan extraña como admirable colección de retratos de bufones, enanos é idiotas que formaban parte de la corte del cuarto Felipe, muestra ya su última y definitiva manera. Cuéntase que pintaba apremiado por la falta de tiempo y algunas veces para complacer al rey en sus caprichos. El retrato del enano llamado el *Primo* lo pintó Velázquez en Zaragoza con objeto de distraer el aburrimiento de Felipe IV, quien se había visto obligado á dejar la corte y con la corte su querido pasatiempo del Buen Retiro, para ponerse á la cabeza de su ejército y marchar contra los catalanes, que de nuevo se habían alzado en armas, y contra los franceses, que invadieran el Rosellón. En la citada colección de retratos de bufones y demás gentes de *placer*, Velázquez no emplea más que negro, blanco, ocre y un poco de bermellón. Ejecutados todos de *primeras*, les imprime ese admirable sello de vida particular y peculiarísimo de cada uno de los personajes, que les

Aquella figura del marqués de Spínola es la representación sintética del valor, del talento, de la cortesanía, de un alma grande en fin. Para sentirla, para poderla pintar así, poniendo la mano derecha sobre un hombro del altivo pero vencido Mauricio de Nassau, sin que tal ademán tenga, ni por asomos, aire de protección siempre humillante, se precisa, además de las intuiciones del genio, una superior educación social é intelectual.

Y para terminar con el elogio que se merece el cuadro de *Las lanzas*, he de decir con toda lealtad que no soy, ni mucho menos, del parecer de ciertos críticos y biógrafos de Velázquez, quienes afirman que todo está en dicho cuadro pintado al aire libre; todo menos las figuras. La luz las ilumina de izquierda á derecha (del espectador), y ésta se proyecta sin reflejos apenas, determinándose las sombras y los contornos demasiado vigorosamente, cosa que no sucede jamás al aire libre. Para mí, este *parti prix* está hecho con un propósito, el de darle todo valor posible á la figura del general genovés, vencedor en Breda.

No cerraré este capítulo sin mencionar otro lienzo verdaderamente inspirado, soberanamente pintado, el famoso *Cristo (La Crucifixión)*. ¿Quién no ve en aquella figura de hermosas formas, dibujadas de un modo prodigioso, influencias del clásico genio italiano? ¿Quién no advertirá la influencia de los grandes maestros venecianos? Este cuadro fué pintado para el convento de San Plácido.

VI

Con la *Rendición de Breda* termina la serie de pinturas realizadas por Velázquez antes de emprender su segundo y último viaje á Italia.

El objeto de esta excursión fué el de adquirir obras de arte pictóricas y escultóricas para decorar varias habitaciones del Alcázar Real, cuyo embellecimiento dirigía el gran artista en su calidad de agregado al oficio de aposentador.

Partió Velázquez para Génova, embarcándose en Málaga, en 1649. En Bolonia contrató á dos fresquistas para que ejecutaran las pinturas decorativas que creía necesarias en la regia estancia. Adquirió en Venecia varios lienzos del Veronés, de Tiziano y Tintoreto. Con el mismo objeto pasó á Florencia y Nápoles, donde compró varios cuadros de otros pintores insignes. Por último, en Roma hizo ejecutar gran cantidad de vaciados de obras clásicas y pintó el famosísimo retrato de Giovanni Battista Pamphili, el papa *Inocencio X*, que se conserva en la Galería Doria en la Ciudad Eterna.

Para mí tengo que este retrato, maravillosa obra de verdad psicológica, de sencillez sublime en su disposición, es la más perfecta que produjo Velázquez en el género, y al propio tiempo un problema de color atrevidamente resuelto. Bien conocido es el juicio que Taine hizo de este retrato: «En un sillón rojo, sobre un manto rojo, por fondo una tela roja y bajo un gorro rojo, una cara roja, la cara de un pobre tonto; ¡haced con esto un cuadro que no se olvide jamás! He aquí, aparte de algún otro trabajo de escasa importancia, lo más saliente de la labor de Velázquez en su segundo viaje á Italia.

De regreso en España, adonde vino en junio de 1651, el rey lo nombró su aposentador mayor. Toda ó cuasi toda la obra realizada en este último período de su vida, lo está con falta de tiempo que le absorbía por entero el nuevo é incómodo cargo. De pintura abreviada, de *impresionista* la califican varios críticos, y en efecto, salvo dos ó tres lienzos, de tal modo debe entenderse esta última manera de Velázquez; manera que solamente un conocedor de la técnica tan prodigioso como el gran pintor y un genio dotado de una retina no igualada como la suya, podía atreverse á poner en práctica, alcanzando éxitos sin ejemplo.

Entre los lienzos en los cuales Velázquez lució las delicadezas del colorista, si sobrio, no por eso menos caliente, pero recordando siempre la escuela veneciana, cuéntanse de este último período *La coronación de la Virgen* y *Las hilanderas*. En ambas Velázquez pone de manifiesto una vez más sus escasas condiciones de idealista. En el primero de los lienzos citados se ve claramente que ninguna de las figuras debe vivir entre las nubes con que las rodeó el pintor. Tipos terrenales, vulgares, no inspiran ni devoción siquiera. En cambio, en todo el cuadro, así en el modo de disponer la escena y en el de plegar los paños, como en lo cálido de la entonación, se ve al maestro que sin ceñirse á la imitación, antes bien de un modo personal y amplio, no olvida lo que viera en la ciudad del Adriático. Más de una vez he podido comparar el *andamento* de las figuras de Cristo y de la Virgen de la dicha *Coronación*, así como el plegado de las ropas de ambos, con cuadros como el de la *Asunción* del Tiziano en la Academia de Bellas Artes de Venecia y del Tintoreto en el Palacio de los Dux, y he podido advertir coincidencias dignas de ser tenidas en cuenta. En cambio, en *Las hilanderas* Velázquez aparece en toda su originalidad. No tenía que crear tipos, no tenía que recurrir al ensueño, sino dar vida á una escena realísima. Y lo hizo de un modo prodigioso, porque *Las hilanderas* es un lienzo sugestivo hasta no poder más. Deleitóse seguramente el gran pintor en acariciar con los pinceles aquella hermosa cabeza de moza, llena de vida, que nos muestra una nuca tentadora y un cuerpo juvenil no más que ligeramente cubierto por descotada camisa y ceñido por un pequeño justillo. Con arte exquisito nos presenta el contraste de la cabeza tocada de la vieja que hace dar vueltas al torno, junto al de aquella otra obrera joven que se inclina para hablarla. Después, la perspectiva del fondo es de una verdad que sólo habrá de superarle en *Las Meninas*.

Sigue á éstos (en mi entender), como cuadro de colorista, en el sentido neto de esta palabra, el que representa á los santos eremitas *San Pablo* y *San Antonio abad*; entre los retratos, el famoso del escultor Montañés y el de medio cuerpo de Felipe IV; el *Mercurio y Argos*, el *Marte*, además del retrato del enano llamado *el Inglés*. Pero ya en casi todos estos

lienzos miramos esa ejecución rápida, ese toque conciso, esa factura abreviada de que he hablado más arriba. El gran artista no tenía tiempo para detenerse en detalles, y de esta manera es la más acabada muestra el prodigio de óptica que se titula *Las Meninas*.

Con blanco y negro, ocre y bermellón solamente está pintado este cuadro, del que dijo el Jordano que era la *Teología de la Pintura*. Es un sueño; todo está hecho no más que con la intención. No busquéis detalles, no los hay; pero en cambio está todo, todo lo que hace falta para causaros el efecto mismo de la realidad.

Las Meninas es, entre otras cosas, el milagro de una retina que desafía al objetivo de la máquina fotográfica más perfecta que pueda existir.

De esta época son asimismo *Esopo* y *Menipo*, el retrato de cuerpo entero de *Doña Mariana de Austria* y la *Venus* y *Cupido* conocida por la *Venus del espejo*, existente en Rokeby Hall.

* * *

Velázquez murió en el día 6 de agosto de 1660, de vuelta del viaje que por su cargo de aposentador había tenido que hacer á la isla de los Faisanes, en donde se celebraron las entrevistas de Luis XIV y Felipe IV, con motivo del matrimonio del rey francés con la hija del segundo, la infanta María Teresa.

El exceso de trabajo le acabó. Su doble carácter de artista, encargado de decorar el pabellón real en la citada isla, y de aposentador, que le obligaba á ordenar todo lo concerniente al viaje regio, le produjo una rápida y gravísima enfermedad que dió con él en el sepulcro.

VII

Resumamos. El ligero bosquejo que al comenzar este estudio he creído conveniente hacer acerca del ambiente social, político, religioso y de las costumbres reinantes en la época en que floreció Velázquez, nos indica el valor y alcance de la obra del famoso pintor.

Sujeto, como toda potencia intelectual y creadora, al medio en que vive y del cual se nutre, siguió el gran artista el rumbo que aquél le marcaba.

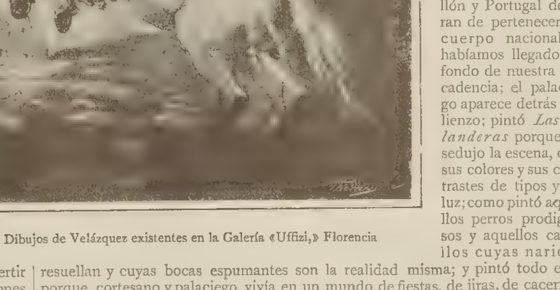
No fué pintor místico, porque (aun á trueque de que me excomulguen, lo diré) no los hubo en España. Con serlo mucho Joanes, sobre éste encontramos á Morales, y á las veces al Cano. Pero á nadie más.

Las exaltaciones del fraile de Fiésole, los dulcísimos rostros de los Mantegna, las enfermizas pero espirituales creaciones de Botticelli, no se reprodujeron entre nosotros, ni aun en aquellos días en que los florentinos venían á España y á la corte de Castilla á pintar para los Juan II, Enrique IV y los Reyes Católicos.

En cambio el naturalismo de las escuelas del Norte afincó é hizo prosélitos. Después, las prácticas y enseñanzas del espíritu clásico del Renacimiento italiano vinieron á dar importancia grande á la forma, al color y á la composición.

El senso español, naturalista antes que nada, supo aprovechar los nuevos elementos para cercar con más ahinco el natural.

Los pintores españoles, viviendo como vivían en un pueblo en donde la más pura ortodoxia católica se depuraba constantemente por medio del fuego y de los juicios terribles de la Inquisición, no vieron otro rumbo que el religioso para sus concepciones, y pintaron lo que constituía la base del sentimiento nacional.



Dibujos de Velázquez existentes en la Galería «Uffizi,» Florencia

Por otra parte, y ya lo hemos visto, lo que soñaba Savonarola de convertir á Florencia en un gran convento, se había realizado en España. Las tribulaciones de una decadencia política é histórica enorme obligaban más y más á mirar hacia el cielo. Pero el modo de sentir y expresarse ese sentimiento era de un realismo grande.

No acertando por inducción nuestros artistas á pintar esas vagas abstracciones de las almas enfermas, lo hicieron instintivamente, sin esfuerzo espiritual, expresando el dolor con las lágrimas tan sólo; el ansia de otra vida con rostros demacrados, pero de una demacración dramática en su aspecto más humano; la belleza de la Virgen por el rostro de sus amantes ó de sus esposas; santos, mártires, ascetas, apóstoles, Vírgenes y Cristos, todos son, no tan sólo gentes de carne y hueso, sino andaluces, aragoneses, castellanos, extremeños, según que el pintor pertenecía á cualquiera de estas regiones y en ellas pintaba.

Así pues, Morales, espiritualizando sus Dolorosas; alargando, como lo hizo el Greco, sus figuras; afinando los cuerpos de sus Cristos muertos; representando á las veces á la *Dolorosa* sin lágrimas; desdibujando otras, fué tras de un ideal suprasensible no columbrado ni sentido por sus colegas.

Y Velázquez es el más naturalista de todos los pintores; no se forjó nunca un tipo estético para sus Vírgenes; la primera moza que hubo á mano, aquella le sirvió para representar á la Bella entre las bellas; el primer ganapán con que topó en la servidumbre del Palacio Real, ese fué el *Hijo* de la Trinidad en *La coronación de la Virgen*.

Sí; no imaginó Velázquez nunca, en ningún tiempo. En el maravilloso lienzo *Las lanzas* lo vemos. Se retrata á sí mismo entre la escolta del de Spínola; él, Velázquez, que tenía el tipo menos guerrero que imaginar se puede, como no lo tienen la mayor parte de aquellos honrados flamencos que acompañan á Mauricio de Nassau; como no es Apolo el de *La fragua de Vulcano*, ni *Argos* aquella hermosa figura que duerme en posición harto difícil.

En cambio pinta lo que ve, como no pintó nadie jamás, la realidad. Los retratos tienen tanto del retratado como de Velázquez mismo. Hasta en los de los bufones y enanos se ve el sello de aquella dignidad que no es posible desconocer en todos los actos y persona del gran artista.

En este género pictórico Velázquez es un psicólogo; escudriña, analiza, siente y muchas veces parece como que presta al modelo algo de su propia alma. Mas no pasa de ahí la intensidad de esa doble vista del genio. No imaginará á Isaías fulminando anatemas, ni á Cosme de Médicis pensando, ni á Cristo diciendo á las mujeres de Jerusalén que lloren por ellas y por sus hijos.

Velázquez queda respecto de Miguel Angel, de Rafael, de Vinci, como Lope de Vega y Calderón respecto de Dante, de Petrarca, de Ariosto; éstos se remontan á la epopeya, crean mundos nuevos, tipos maravillosos, imaginan héroes y mártires, describen almas y corazones por ellos soñados, sentidos, con sus pasiones y virtudes; Velázquez, como Lope, mejor dicho, como Tirso, se pintan y pintan lo que les rodea, no escatimando ni un detalle al natural.

San Francisco habla á las flores y á las aves; en sus *Fioretti* nos deliquece el sentimiento; Santa Teresa nos habla en lenguaje tan humano, tan pasional, que hace estremecer nuestros nervios.

Así es nuestro senso, naturalista; y entonces, además de naturalista, era fanático, y además de fanático, cruel y pasional.

Una fase del sentir nuestro fueron los místicos en pintura y literatura; otra, los satíricos de lo rufianesco y grosero, en la novela y en el teatro.

Velázquez pintó por docenas bufones y memos; reyes y magnates, ricachos y pueblo bajo gustaban de las desvergüenzas de esos seres heteróclitos; desvergüenzas lanzadas tanto más crudamente cuanto más convencido estaba el desgraciado de su desgracia.

Pintó el hecho memorable de Breda ¡ay! cuando el Rosellón y Portugal dejaran de pertenecer al cuerpo nacional y habíamos llegado al fondo de nuestra decadencia; el palaciego aparece detrás del lienzo; pintó *Las hilanderas* porque le sedujo la escena, con sus colores y sus contrastes de tipos y de luz; como pintó aquellos perros prodigiosos y aquellos caballos cuyas narices resuellan y cuyas bocas espumantes son la realidad misma; y pintó todo esto porque, cortesano y palaciego, vivía en un mundo de fiestas, de jiras, de cacerías, de aventuras, no alcanzado por los demás artistas.

Si Zurbarán y Murillo y Cano y tantos otros grandes pintores de aquellos días pintaron asuntos religiosos, no hicieron otra cosa que pintar una de las fases del alma social española; Velázquez tuvo la suerte de pintar la otra; no sé si la más repulsiva; mas sea ó no repulsiva en su aspecto moral é histórico, es lo cierto que desde el punto de vista del arte inspiró las obras más hermosas que cuenta la escuela hispana.

En Velázquez se cristalizaron las condiciones artísticas del pintor español. Esta es su gloria. – R. BALSA DE LA VEGA.

Madrid, 27 de abril de 1899.

DIEGO VELÁZQUEZ DE SILVA

Tocó á Sevilla la gloria de haber sido cuna de este portentoso ingenio, el más fiel intérprete de la verdad artística; que supo, cual no otro, arrancar los secretos á la Naturaleza, animando con el soplo de su soberana inspiración los modelos ofrecidos por aquélla, hasta el punto de hacerlos palpitar, sentir y expresar con toda la fuerza de sebrehumanas creaciones, rodeándolos del ambiente aéreo de la atmósfera y de la luz radiante de los cielos; genio prodigioso, del cual ha dicho un ilustre artista contemporáneo que «tradujo toda su época; que por su intuición, por su visión penetrante, representa aquella corte triste y abatida, mejor que ningún historiador hubiese sabido hacerlo. ¡Pobre corte! Para alegrarse, para olvidar las desdichas del presente y las grandezas abrumadoras del pasado, veíase obligada á rodearse de bufones y de locos...»

Su gloria ha ido aumentando á través de los siglos, y después de transcurridas muchas generaciones, corresponde á la presente la honra de haber enaltecido más y más su nombre, después de aquilatar sus méritos; los cuales, sometidos al crisol de la crítica, nos lo



Retrato del enano de Felipe IV llamado D. Antonio el Inglés
Museo del Prado, Madrid

han mostrado con todas sus pasmosas y excepcionales cualidades, con todos los encantos del más bello y grandioso realismo.

Pocos artistas han atraído más poderosamente la atención de la crítica como Velázquez; su suegro Pacheco, Jusepe Martínez, Díaz del Valle, Palomino, Mengs, Ceán Bermúdez, Ponz, Madrazo, Araujo, Sánchez, Beruete y otros españoles más, han emulado con los extranjeros, entre los cuales merecen particular mención los trabajos de Stirling, Ford, Stevenson, Curtis, Lefort, Armstrong y el doctísimo catedrático de la Universidad de Bonn M. Charles Justi. Todos ellos hanse afanado en la noble empresa de inquirir noticias acerca del gran pintor y de sus obras, ilustrando con documentos cada una de las gloriosas páginas de su vida artística, para darlo á conocer hasta en sus más nimios pormenores, fascinados por su sorprendente originalidad; y gracias á tantos esfuerzos, ha llegado á ser enaltecido hasta el eminente lugar que le corresponde en la historia general del arte.

Nacido en Sevilla, de Juan Rodríguez Silva y de Jerónima Velázquez, y bautizado el domingo 6 de junio de 1599, consta de manera fehaciente que asistió de muchacho en el taller de Francisco Herrera *el Viejo*, desde el cual pasó al de Francisco Pacheco, el pintor erudito, poeta y anticuario, en cuya casa se reunía todo lo más selecto que en las Artes y las Letras florecía en esta ciudad, y el cual, según la oportuna frase del doctísimo Menéndez y Pelayo, «al conceder le la mano de su hija Juana, dijo del maestro que su más bella obra fué la de haberle hecho su yerno á Velázquez.»

Los biógrafos del inmortal pintor citan como las obras primeras producidas en Sevilla las conocidas con los títulos de *Cristo en casa de Marta, El vendimiador, La Adoración de los Magos, Los dos muchachos, La vieja friendo huevos, El aguador, San Pedro, Cristo y los peregrinos de Emaus, Retrato en busto de un personaje desconocido, La Virgen imponiendo la casulla á San Ildefonso.*

Acerca de este último lienzo permítaseme detenerme, siquiera sea brevemente, en gracia de que hasta ahora ha sido mencionado muy á la ligera; y con perdón sea dicho de los críticos, soy de opinión de que por lo menos merece ser descrito con algún detenimiento, supliendo así la falta de una reproducción fotográfica, que infructuosamente he intentado hacer.

Mis esfuerzos por averiguar la procedencia de este lienzo, existente en el Palacio Arzobispal de esta ciudad, también han sido estériles, y ni en los inventarios de aquél, ni en ninguna parte, he podido rastrear algún dato que ilustre este particular. Veinte años ha que los artistas y aficionados sevillanos fijáronse en él, y por entonces oí decir á una autoridad en estas materias, al ilustre D. Eduardo Cano, que en su concepto y también en el del inteligentísimo coleccionista D. José Cañaveral no había duda de que este cuadro era la única obra del gran maestro á la sazón existente en Sevilla. Con efecto, y no obstante el mal estado en que se encuentra por torpes repintes hijos de la manía restauradora que imperó en esta ciudad durante todo el siglo presente, basta sólo la primera ojeada para experimentar una impresión agradable al sorprender en esta tela las notas características del inmortal maestro: el realismo inimitable, la franqueza en la ejecución y el vigoroso colorido.

Mide el lienzo 1m, 64 × 1m, 19. A la izquierda del espectador y en el ángulo alto del mismo lado hay dos cabecitas de niño y niña, de tez morena, que aparecen entre nubes; y siguiendo la misma línea, otra en segundo término, y casi en el centro del cuadro, de una mujer rubia, envuelto su busto en un cendal blanco, y junto á aquélla un grupo de tres cabezas; una de mancebo, otra de muchacha y en primer término y viéndosele casi hasta la cintura, colocada completamente de perfil, la de una joven como de quince años, que trae á la memoria el retrato tenido por de D.ª Juana Pacheco (núm. 1086) del Museo del Prado, á pesar de la diferencia de edad, pues en el lienzo de Madrid representa de veinte á treinta años. No obstante, las líneas generales del peinado en el cuadro de Sevilla, el grueso rodete, la cinta ó lazo que lo sujeta y hasta la disposición del manto verde-obscuro que cubre sus hombros y pecho, son permenores que tienen gran semejanza con el retrato tenido por de doña Juana. Todas estas cabezas y bustos resaltan sobre un fondo de celajes de siena tostada.

Al nivel mismo de las dos primeras cabezas colocadas en el ángulo superior de la izquierda, de que dejo hecho mérito, resalta la de la Virgen, cuya figura se ve sentada en trono de nubes, mirando hacia abajo.

Tiene negros los cabellos y morena la tez, con gran fuerza de claro-obscuro, y una toca ó velo blanco echado sobre la cabeza y cayendo por el hombro derecho. La túnica es carmesí obscura, y el manto azul gris, el cual baja desde el hombro izquierdo hasta la falda, y ocultando por completo la túnica cubre desde la cintura toda la imagen y descansa en los celajes que tiene á sus pies. Con sus dos manos sostiene la casulla



Retrato del infante D. Fernando de Austria
Museo del Prado, Madrid

por el borde de su escotadura, y debajo de ésta, arrodillado, vese el santo, con su cabeza completamente de perfil, algo inclinada hacia su hombro derecho, vestido con traje talar negro, abierto por delante, que deja ver la tela blanca del roquete.

Cuantas veces he examinado este lienzo, que indudablemente data de los días en que Velázquez era discípulo de Pacheco; al abandonar el sitio en que se halla, hacíalo siempre con la pena del aficionado que intuitivamente y por sentimiento sólo, hállase convencido de que la obra que contempla contiene en sí misma una interesante página biográfica del gran maestro: hay en ella un misterio hasta ahora impenetrable, pero que sin duda existe y que sólo el tiempo y una feliz casualidad llegarán acaso á poner de manifiesto.

Dice el Sr. Beruete, hablando de las figuras accesorias, que son de ángeles, y con efecto, con tal intención las pintó Velázquez: ¡pero qué ángeles! Nada hay



LOS BORRACHOS. Museo del Prado, Madrid



EL BOBO DE CORIA, copia del cuadro de Velázquez, grabado por Baude

Museo del Prado, Madrid

en ellas que revele sus cualidades espirituales, ni aun siquiera aparecen representadas como entonces lo exigían los convencionalismos y tradiciones de la pintura cristiana. Aquellos no son ángeles, aunque intervengan en el asunto como tales, y sí mozalbetes y mozuelas, sin flotantes cabelleras ni rizos, sin clásicos y puros perfiles, sin alas, ínfulas ni trajes á la heroica, antes por el contrario, las cabezas de ellos están casi rapadas, las de las hembras con sus moños y rodetes. En vez de producir tipos con rasgos delicados y puros que más se aproximaran á lo sobrenatural y divino, manifiéstanse con toda la fuerza de la expresión real. Este cuadro debe de ser considerado, en mi pobre concepto, como una genialidad del gran maestro, pues así puede calificarse la ocurrencia de representar un asunto eminentemente religioso con el mayor realismo humano, y en tal virtud merece el cuadro que los eruditos procuren hallar la significación de algunas de aquellas figuras, que son indudablemente retratos.



Esopo. Museo del Prado, Madrid

La cabeza del anciano que representa á San Ildefonso ofrece tales caracteres de la verdad del natural, que aún parece que en él alienta la vida. Aquellos pómulos salientes y aquellas sienes deprimidas; los pequeños ojos negros, la expresión de abatimiento de un cuerpo anciano y enfermo, revelan claramente que el artista sólo se ocupó en trasladar á la tela los rasgos fisonómicos del natural, sin cuidarse de otra cosa; y tanto más cierto es esto, cuanto que el traje del santo no es el arzobispal y sí el antiguo de los capitulares de esta Santa Iglesia. No hay, pues, duda de que en este cuadro existe más de un retrato, y tal vez sirvió para modelo de la Virgen la misma mujer de Pacheco doña María del Páramo Miranda; para el busto colocado en primer término hacia la derecha, la joven doña Juana Pacheco, y para la figura de San Ildefonso, alguno de los muchos capitulares que frecuentemente visitaban á Pacheco.

Cinco años permaneció Velázquez en el estudio de su suegro, y estimo que este cuadro fué acaso de los primeros que en él produjo, y ¡quién sabe si él contribuyó á hacerle concebir las esperanzas que poco tiempo después dieron motivo al siguiente soneto inpirado en un retrato ecuestre de Felipe IV!

«Vuela ¡o joven valiente! en la ventura
De tu raro principio: la privanza
Honre la posesión, no la esperanza
Del lugar que alcanzaste en la pintura:
Anímete l'augusta alta figura
Del monarca mayor que el orbe alcanza,
En cuyo aspecto teme la mudanza
Aquel que tanta luz mirar procura.
Al calor de este sol, tiempla tu vuelo,
Y verás quanto extiende tu memoria,
La fama por tu ingenio y tus pinceles;
Que el planeta benigno á tanto cielo
Tu nombre ilustrará con nueva gloria,
Pues es más que Alexandro y tú su Apeles.»

A Pacheco, el maestro de maestros, el artista clásico, el escritor eruditísimo, amante de las tradiciones históricas, que tanto se pagaba de la nobleza y dignidad con que debían ser representados los asuntos místicos y religiosos, esclavo del dogmatismo artístico, en cuya virtud había sido designado por el tribunal de la Inquisición para que velase por el decoro y decencia de las pinturas sagradas, ¿cómo no fué motivo de censura y de escándalo el ver á su discípulo tratar el asunto de la Imposición de la casulla tan á lo humano? Otras cualidades reveladas á primera vista en las obras de aquel mozo, su discípulo, hiciéronle ver que éste tomaba rumbos valientemente y con una marcada originalidad, olvidando antiguos cánones religiosos consagrados por la costumbre; y al romper con las pasadas prácticas llegaba hasta á seducir y fascinar á su maestro, tan esclavo de sus rígidos principios, haciéndole escribir en su *Arte de la Pintura:* «Diego de Silva Velázquez, mi yerno..., á quien después de cinco años de educación y enseñanza casé con mi hija, movido de la virtud, limpieza y buenas partes, y de las esperanzas de su natural y grande ingenio. *Y porque es mayor la honra de maestro que la de suegro, ha sido justo estorbar el atrevimiento de alguno que se quiera atribuir esta gloria, quitándome la corona de mis postreros años.*»

No es posible más sentido y espontáneo elogio que el tributado por el viejo Pacheco á su discípulo; y cierto que sus esperanzas no se vieron desvanecidas. Muy mozo, pues contaba á la sazón veintitrés años, hace su primer viaje á Madrid, donde le atienden los hermanos Alcázar y D. Juan de Fonseca, y al siguiente el famoso Conde Duque mandóle ir á la corte. Hízose retratar por él, y luego el mismo Felipe IV y el Príncipe de Gales. Todos le agasajan y admiran y emulan en favores y en honras, abriéndose para él un glorioso camino de inmortales triunfos y de mercedes palaciegas que le facilitaron su viaje á Italia. Llegado á Venecia, aposéntalo en su palacio el embajador de España; pasa á Roma; estrecha amistades con los cardenales, especialmente con el Barberino, sobrino del Pontífice, que lo hospeda en el Vaticano; estudia y copia las portentosas invenciones de Miguel Angel y de Rafael. Visita después á Nápoles, donde asimismo retrata á la reina de Hungría, y de regreso á Madrid hace también los del príncipe D. Baltasar, duque de Módena, Adrián Plácido y el ecuestre del Conde Duque, con otras obras más. Acompaña luego al rey en las jornadas de Aragón; y vuelto á la corte, á pesar del mucho tiempo que sus empleos palatinos le roban, retrata de nuevo al rey y á su hermano el cardenal infante, á la reina doña Isabel de Borbón, al príncipe D. Baltasar, al insigne D. Francisco de Quevedo, al cardenal Borja, á D. Nicolás de Córdoba, al marqués de Lapilla y al beato Simón de Rojas, con otras innumerables pinturas, cuya simple enumeración no puede comprenderse en los cortos límites de este artículo.

Hace un segundo viaje á Italia, por encargo del rey y en compañía del duque de Nájera, que iba á Trento á recibir á la reina doña María Ana de Austria; y después de admirar las bellezas de Génova, Milán, Venecia, Florencia y Módena, donde es agasajado por el duque, y después de estudiar en Parma las obras de Correggio llega á Roma, partiendo en seguida para Nápoles á saludar al virrey conde de Oñate, que tenía encargo de facilitarle cuanto necesitase para el cumplimiento de la misión real. La aureola de su genio ábrele las puertas del Vaticano y las de la Academia Romana. Retrata al Pontífice Inocencio X, es muy obsequiado por los artistas que á la sazón florecían en la Ciudad Eterna, á quienes hizo importantes encargos, y después de reunir numerosa colección de objetos artísticos de la antigüedad, regresa á la corte para complacer al monarca que gustaba de tenerlo en su compañía y que lo honra con la plaza de Aposentador mayor y con la merced del hábito de Santiago.



Retrato del papa Inocencio X. Galería Doria, Roma

Su última jornada fué en marzo de 1660, para disponer los alojamientos del rey en el viaje que emprendió á Irún, con objeto de entregar la infanta doña María Teresa á Luis XIV de Francia, con quien había de desposarse, y para el ostentoso arreglo del pabellón que fué erigido en la isla de los Faisanes, en el cual celebraron sus conferencias los dos monarcas, y de regreso en Madrid, al poco tiempo, entregó su alma á Dios el 7 de agosto de aquel mismo año.

Tal fué la vida del artista, sin detenerme siquiera á mencionar los títulos de las numerosas obras que legó á la posteridad para su deleite, para su enseñanza y para su admiración. Tratar de ellas como corresponde, es asunto que requiere singulares facultades, y que ha sido desempeñado por críticos eminentes, naturales y extranjeros.

Apréstase nuestra patria á rendir un homenaje de admiración á su memoria en el tercer centenario de su nacimiento. Buen acreedor es á que se le tributen tales honras, y mayor ha de ser nuestro empeño, ahora que en medio de irreparables desdichas, sólo nos quedan como lenitivo á los acerbos dolores de la patria los recuerdos imperecederos de las grandezas pasadas.



Retrato de la reina D.ª Isabel de Borbón. Museo del Prado, Madrid

J. Gestoso y Pérez

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

CÓDIGO DEL HONOR PARA LA AMÉRICA LATINA, por *Pietro Lanzilli*. – Este libro, impreso en la Tipografía Nacional de Guatemala y publicado por el conocido profesor de armas y de gimnástica Sr. Lanzilli, contiene la historia del duelo y su jurisprudencia, y multitud de consideraciones sobre las ofensas y de reglas sobre la manera de concertar, realizar y terminar las diferentes clases de duelos, tomadas unas y otras principalmente del notable libro italiano del comendador Jacobo Gelli.

LA ABOLICIÓN DEL SALARIO POR LA PARTICIPACIÓN EN LOS BENEFICIOS, por *Miguel Renté y Cassola*. – La Real Academia de Ciencias Morales y Políticas de Madrid propuso en el concurso ordinario de 1894 el siguiente tema: «Entre los elementos de producción, ¿puede suprimirse la remuneración del trabajo en forma de salario sustituyéndola con una participación en los beneficios? ¿Sería provechososo semejante procedimiento para mejorar la condición de los obreros?» Sobre este tema escribió el obrero tipógrafo Sr. Renté la memoria que ahora se ha publicado impresa en Barcelona, en la tipografía de Fidel Giró, y acerca de la cual sólo diremos que es un estudio completo de tan interesante problema y en general de la cuestión social, hecho con gran elevación de miras y notable sentido práctico, apartándose el autor de las ideas utópicas y trastornadoras que, como dice el Sr. Renté, si de algo sirven «no es más que para entorpecer la ordenada marcha colectiva del progreso, retrasando con ello las reformas que de él se derivan y á nadie tanto como á nosotros (los obreros) conviene respetar.»

ADVERTENCIA

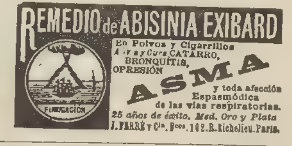
Con el presente número repartimos á nuestros suscriptores un *Suplemento* dedicado á la memoria de D. EMILIO CASTELAR. La circunstancia de tener anticipadamente dispuesto el número conmemorativo del tercer natalicio de Velázquez no nos ha permitido otra forma de rendir homenaje á nuestro ilustre colaborador y cariñoso amigo.

Contiene este *Suplemento* el último artículo del SR. CASTELAR: sintiéndose ya enfermo, quiso, sin embargo, escribirlo de su puño y letra, como de costumbre; pero terminada la primera cuartilla y apenas comenzada la segunda, su mano no pudo seguir escribiendo y hubo de terminar su revista dictando el resto á su sobrino don Rafael del Val. En la reproducción del original que publicamos, harto se adivina que al trazar la última palabra faltáronle las fuerzas físicas: no así las del espíritu, pues en sus últimas *Murmuraciones europeas* brillan como siempre los destellos de aquella inteligencia privilegiada.

Contiene también un sentido artículo necrológico de la insigne escritora doña Emilia Pardo Bazán, la reproducción del último retrato del SR. CASTELAR, un dibujo del notable artista D. José Garnelo y dos vistas de la conducción del cadáver desde la estación del Mediodía al Palacio del Congreso de los Diputados, debidas al reputado fotógrafo madrileño Sr. Company.

En el próximo número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicaremos algunas vistas del entierro.





EL ILUSTRE MANGUINDOY, por *E. Gutiérrez Gamero.* – La interesante acción de esta novela combínase hábilmente con el estudio de nuestras costumbres políticas que con razón fustiga el Sr. Gutiérrez Gamero. *El ilustre Manguindoy* es, en efecto, una verdadera sátira contra esas costumbres, que el autor demuestra conocer á fondo, y en ella aparecen magistralmente retratados, si no determinados individuos, diversos ejemplares de los distintos géneros de intrigantes que hacen de la política una profesión lucrativa sin importárseles un ardite del bienestar del país. Además de estas cualidades, tiene la obra que nos ocupa la de estar escrita en estilo muy elegante y con mucha gracia. Impresa en Madrid por R. Velasco, véndese á 3'50 pesetas.

TRADICIONES FILIPINAS, por *Juan y José Toral.* – Diez y siete tradiciones componen este libro de los señores Toral, y todas ellas, cuidadosamente escogidas y metódicamente colocadas, se ajustan perfectamente al género literario á que pertenecen, siendo interesantes por sus asuntos é instructivas por las enseñanzas que de las mismas se desprenden. Si á estas cualidades se une el estilo fácil y castizo y el sabor de época que las caracterizan, se tendrá una idea de la notable obra de los señores Toral, que ha sido impresa en Manila y se vende en Filipinas á un peso en rústica y un peso cincuenta centavos en pasta, y en España á cuatro y seis pesetas respectivamente.

LA VUELTA Á LA REPÚBLICA ARGENTINA POR DOS NIÑOS Ó LOS HUERFANITOS DESHEREDADOS, por *S. Alcolea Mermejo.* – El autor de esta obra, valiéndose de una narración histórica interesante, hace un estudio detallado de la industria, comercio, geografía é historia de la República Argentina. Su libro es un verdadero libro de instrucción cívica y recreativa y de moral cristiana, pudiendo afirmarse que el autor ha logrado su objeto de instruir recreando sobre las cosas de la patria. El tomo está impreso en la tipografía del «Progreso Literario,» de Buenos Aires

POESÍAS ORIGINALES Y TRADUCCIONES POÉTICAS, por *Antonio José Restrepo.* – Inspiración elevada, sentimientos viriles, ideas atrevidas y originales son las cualidades que resplandecen en las composiciones del notable poeta colombiano Sr. Restrepo, y que están avaloradas por una versificación dulce unas veces, enérgica otras y armoniosa siempre. Sus traducciones poéticas revelan además el conocimiento de los grandes poetas extranjeros, entre los cuales rinde especial culto á Víctor Hugo, Coppée, Muset, Schiller, Stechetti y otros no menos ilustres. El tomo ha sido impreso en Lausana.



VELÁZQUEZ, estatua en mármol de V. Vallmitjana

MÁS PROSA, por *Manuel A. Bares.* – Los principales sentimientos en que se inspiran los artículos contenidos en este tomo se sintetizan en el amor á la patria, al hogar y á la libertad: su autor, español residente en la Argentina, tiene en sus interesantes y bien escritas composiciones acentos de amor acendrado y recuerdos dulcísimos para España, lágrimas amargas suavizadas por cristiana resignación para llorar á los seres queridos que la muerte le arrebatara y entusiasmos para los grandes ideales de la humanidad. *Más prosa* ha sido impreso en Buenos Aires en la imprenta del «Correo Español» y se vende á dos pesos.

LA MANO DEL MUERTO. – RECUERDOS DE ANTONY, por *Alejandro Dumas.* – La Nueva Biblioteca que con creciente éxito publica en esta ciudad D Luis Tasso se ha aumentado con estas dos preciosas novelas, cuyo mejor elogio está en el nombre del gran escritor francés Véndese á una peseta cada una.

ELÍAS AGUIRRE, por *Manuel C. Bonilla* – Inspirado poema en que se ensalza al héroe peruano, que luchó valerosamente y pereció gloriosamente á bordo del *Huascar* en el reñido combate naval de Angamos (8 de octubre de 1879).

RUBÉN DARÍO, por *José Enrique Rodó.* – El distinguido escritor uruguayo Sr. Rodó hace en esta obra un estudio concienzudo de la personalidad literaria del inspirado poeta americano Rubén Darío y de su último libro *Prosas profanas*, y con este motivo demuestra sus profundos conocimientos en literatura general y especialmente en la francesa contemporánea, y su notable criterio en materias literarias. Ha sido impresa en Montevideo en la imprenta de Dornaleche y Reyes.

EL SITIO DE MANILA (1898), por *Juan y José Toral.* – Sintiendo que la índole de esta sección no nos permita dar cuenta de este libro con la amplitud que se merece, diremos que en él están expuestos en forma de diario los sucesos desarrollados desde el 17 de abril hasta el 13 de agosto del último año, sucesos de que fueron testigos presenciales los autores, y que éstos narran de una manera sincera é imparcial y con esos toques vigorosos que requieren acontecimientos tan trascendentales como los que en el libro se describen. Mas no se limitan los señores. Toral á ser simples narradores, sino que prodigan en su obra oportunísimas consideraciones y censuras no menos oportunas, demostrando los errores que allí se han cometido y que tan caros ha pagado nuestra patria. El libro, impreso en Manila, se vende á seis pesetas en Filipinas y á cuatro en España.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XVIII — Barcelona 12 de junio de 1899 — Núm. 911

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

LOS SALONES DE PARÍS DE 1899



Zorro defendiendo su presa, escultura de Mme. E. Lemaitre



En el Alto Marne, cuadro de G. Guérin



Los hijos de Clodomiro, escultura de E. A. Boisseau



Retrato de la señorita S. A., obra de E. Hébert

ADVERTENCIA

Con el próximo número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA repartiremos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el tomo segundo de la presente serie, que será el tercero de la obra de Imbert de Saint-Amand, *Napoleón III*.

SUMARIO

DE EUROPA

Antagonismo vivo entre los hechos reales y las aspiraciones ideales, la suerte de Finlandia y las iniciativas del czar para la conferencia llamada del desarme aparecen como una de esas contradicciones históricas tan á menudo registradas en la vida de los soberanos. Estamos, sin embargo, en una época en que se piden cuentas más estrechas de las acciones y se exige á los que gobiernan los Estados y á los pastores de pueblos cierta lógica, cierta concordancia y armonía entre lo que se predica y lo que se practica; y la cuestión finlandesa, en estos momentos, ha venido á despojar del nimbo de oro la frente del autócrata, echando á perder en más de la mitad el buen efecto de su humanitaria determinación de suprimir las deportaciones á Siberia, legendarias en los anales de la inhumanidad y el despotismo.

Finlandia no es uno de esos pueblos anestesiados que se dejan expoliar sin proferir un grito porque ya no sienten ni la extensión del perjuicio ni la intensidad del agravio. Las más recientes noticias que de Finlandia tenemos, proceden del libro de Angel Ganivet, muy estimado en Francia, por demás entretenido y curioso, titulado *Cartas finlandesas*. Y allí leemos apreciaciones y juicios que demuestran cómo los finlandeses han encontrado en su clima polar un fuerte excitante de la energía. Es Finlandia comarca de extenso territorio, mayor que Italia y menor que España (Rusia la enorme gasta provincias de este jaez); su población, poco densa, no excederá, al Sur, en la Finlandia propiamente dicha, de dos millones y medio de habitantes, y en la Laponia, de unos seis mil – esos lapones míseros, cuya existencia se desarrolla bajo capas de nieve y entre nubes de humo, cuyas carnes abrigan las pieles de la foca y cuya eterna noche ilumina, pestífera, la grasa de la ballena. – La situación política de Finlandia ha sido ambigua; y no hay duda, sigue siéndolo aún. La he llamado provincia del imperio ruso y más bien debería llamarla estado anexo. Cuando bajo Alejandro I se anexionó á Rusia, fué bajo promesa de que se respetase y guardase su Constitución y no se atentase á su autonomía. Continuó poseyendo su Dieta (especie de Estamento), su Senado, su reducido ejército, su sistema monetario, sus aduanas independientes. Al parecer, este arreglo sencillo y fácil garantizaba el bienestar y prosperidad del pueblo finlandés; pero Finlandia, como todo pueblo del mundo, tiene planteado su problema y enredado á manera de vedija de viboreznos su nudo gordiano; y este nudo es la lucha entre la influencia rusa y la influencia sueca, que se disputan la preponderancia en aquel territorio, cual antaño se disputaban, armas en mano, su posesión. Finlandia, nos dice Ganivet, no sabe á qué carta quedarse. Puede inclinarse á lo escandinavo, puede arrimarse á lo eslavo; flota entre los dos elementos. Los límites y fronteras de Finlandia son arbitrarios; su raza indígena no es ni escandinava ni eslava, sino *cardia;* su agujereado suelo no se parece al suelo ruso; su idioma tampoco se asemeja al sueco ni al ruso, antes bien al magiar. Así la Finlandia, en equilibrio inestable, tan pronto se siente atraída á Rusia, *el coloso*, como á Suecia, *el león*. Y Rusia – todo tiene su razón de ser en el mundo – no puede, no acierta á considerar con tranquilidad estos vaivenes del Gran Ducado. Teme que lo sueco triunfe, ya que, según Ganivet nos enseña en el citado libro, al primer contacto con el país finlandés se nota que lengua, legislación, cultura y gran parte de los pobladores, hoy son suecos. Los rusos, contados en número, se jactan de amos; pero los otros van insinuándose, «haciéndose los suecos,» según la expresiva frase española cuyo origen ignoro.

Probablemente la desazón que le causa el predominio sueco será lo que alborota y encela á Rusia y la impulsa á faltar á la fe jurada y á los sagrados compromisos adquiridos, poniendo mano en los derechos y libertades – en lo que aquí llamaríamos *los fueros* de Finlandia.

***

Leroy Beaulieu nos asegura que el finlandés, á pesar de su mísero campo granítico, pedregoso, se ha desarrollado floreciente, adquiriendo la prosperidad económica y también la alta cultura intelectual. Juzgo ambas afirmaciones, no obstante la autoridad de Leroy Beaulieu, asaz discutibles. No puede ser rico un país que para extensión tan considerable sólo cuenta con dos millones y medio de pobladores. Arrinconada hacia el polo, escasa de medios de comunicación, mal conseguiría Finlandia desenvolver la vida industrial en su helado seno. Carece realmente Finlandia de fuerzas propias, y el amparo y puntal de Rusia – aunque la sostenga como hoy con dura mano – le es indispensable. Verdad que si el empeño de progresar, el impulso hacia todos los adelantos, pudiesen por sí solos emancipar á un pueblo de tutelas y protecciones, nadie estaría más emancipado que Finlandia. «Aquí – exclama Ganivet, ese espíritu original que sabía ser tan claro – más que progreso, hay ensañamiento por el progreso.» Se reconoce este ensañamiento en el afán que demuestra la ciudad de Helsingfords, capital de Finlandia, por presentarse tan divinamente entarugada, alineada, arrecifada, barrida y fregada, sin una mota de hierba: en la perfección del servicio de los ferrocarriles finlandeses; en la divulgación del teléfono; en la abundancia y baratura de coches, que hasta las clases pobres usan á diario; en la difusión increíble de la bicicleta. «Aquí no se fijan – escribe el autor citado – más que en el ahorro de fuerzas; y en cuanto una novedad es útil, todo el mundo la acepta en masa, sin que á nadie se le ocurra criticar ni dárselas de refractario.» Siempre en movimiento, Finlandia posee innumerables líneas de vapores transportes de rapidez casi vertiginosa. Si moverse equivaliese á progresar, Finlandia estaría en la cúspide; pero no cree Ganivet que sea la inteligencia el resorte de esta actividad mareante; al contrario, ve en ella la exaltación de la fuerza muscular y la atrofia del sistema nervioso. Rutina que sólo pide facultades de resistencia, tenacidad y puntualidad cronométrica en la acción. La puntualidad, sobre todo, parece virtud genuinamente finlandesa; Ganivet declara que en Finlandia el reloj no es necesario, porque cada ciudadano es un aparato de relojería, y ya se sabe, por ejemplo, que al ver por la ventana pasar á la doctora X en bicicleta, son infaliblemente las cuatro en punto.

***

Con esta digresión sobre el carácter y modo de ser finlandés, no hemos perdido de vista la cuestión política que le presta actualidad. Nadie creía, hasta hace poco, que Rusia se resolviese nunca á atentar á las libertades, ó mejor dicho á las instituciones propias finlandesas, ni aun por celos de Suecia, pues la formalidad y buena voluntad de la leal Finlandia eran títulos para que nunca se le aplicase la cruelísima sujeción y fiera tiranía con que atarazaron á la mártir Polonia. Pero hay en Rusia, como en todas partes, acérrimos devotos de la unificación centralizadora, enemigos del régimen autonómico, y se formó atmósfera contra un estado de cosas que no era sino el cumplimiento de un contrato solemne. Lo mismo que los reyes de España juraban á título de señores de Vizcaya respetar los fueros, habían jurado los czares rusos, á título de grandes duques de Finlandia, mantener la Constitución. El manifiesto de febrero puede decirse que la mutila y reduce á expresión mínima.

Por este manifiesto que los finlandeses consideran el oficio de difuntos de la nacionalidad hasta el día conservada bajo un régimen federativo y un protectorado, se altera, entre otras cosas, la organización del servicio militar del Ducado, asimilándola á la del imperio ruso. Cumplían los finlandeses el servicio en su país; de hoy más les llevarán á los remotos confines del inmenso imperio, adonde irán penetrados de esa *morriña* ó nostalgia profunda, *el mal de la tierra*, que por extraña anomalía se apodera más bien de los nacidos en países pobres que de los que vieron la luz en floridas y risueñas comarcas. Limitábase el plazo del servicio á tres años: se lo imponen ahora por cinco, que es tanto como doblar la carga y el número de soldados, aunque no lo parezca al pronto. Así se inician los trabajos del desarme, y así resplandece en lontananza, aurora boreal que tiñe de engañosos resplandores los monolitos de hielo, la Conferencia famosísima de la paz.

Se comprende que los finlandeses pongan el grito en el cielo. Los nuevos tiempos han de conocerse en algo; el estado general de las naciones, aunque no alcance la ideal perfección, debe siempre acusar tendencia al mejoramiento. La humanidad, al ganar años y experiencia, conviene que mejore sus horas. Todo lo que agrava el peso hace desconfiar del porvenir y arraiga en el espíritu el enervante amor á los tiempos pasados.

Y Finlandia es un pueblo á quien el recargo de la prestación y servidumbre bélica tiene que molestar más especialmente, porque los finlandeses son pacíficos y sospecho que no les quita el sueño la «leyenda de oro.» Llevan andado mucho camino para aceptar gustosos las soluciones del desarme y del arbitraje; en la opinión finlandesa ejerce poderoso influjo la mujer, que es la propagandista de la paz desde la segunda mitad del siglo. Personal, independiente, reflexiva, tranquila y activa á la vez, la finlandesa se da cuenta de lo que quiere y adónde va; y aunque lo del servicio militar impuesto á deshora por Rusia no rece con ella, no será la última á protestar de tan dañosa exigencia y de novedad tan poco grata.

El movimiento feminista en favor del desarme (venero de equívocos para algunos escritores españoles) es un alto síntoma de progreso, no material, sino moral é intelectual. Enviáronme las señoras noruegas, con ocasión de la conferencia de la Haya, un mensaje para que aquí organizásemos centros y conferencias en el mismo sentido pacífico, y se divulgase esta idea eminentemente cristiana. Yo confieso que no tuve fe bastante en los resultados posibles dentro de mi patria: lo colectivo aquí se me figura punto menos que una pica en Flandes ó que pasar el camello por el ojo de la aguja. Así se lo manifesté á las señoras noruegas, á quienes, al mismo tiempo, hube de recordar cómo á ninguna nación mejor que á España podía convenir que al reinado de la fuerza sustituyese el del derecho y la razón, y á la época de los formidables cañones, los blindajes recios y cuadruplicados como las planchas del escudo de Aquiles, las máquinas y torres de espantosa fuerza destructiva, los explosivos aniquiladores y los ejércitos espesos y millonarios como el que arrancó llanto á Jerjes, sustituyese la época del trabajo y la industria, del arte risueño que endulza la vida y de la concordia y fraternidad que la embellecen. Nadie como nuestra España ha sido aplastado por el número y el poder material del armamento; un arbitraje imparcial hubiese evitado un desastre tan grande y de consecuencias tan dolorosas. Pero es justo añadir, aunque yo no se lo escribí á las damas noruegas, que tampoco en parte alguna se hubiesen reído tanto de la propaganda pacífica, ni hubiesen abusado tanto de los amenos y cultos equívocos á que se presta eso del desarme, dada la asombrosa plasticidad de nuestro idioma para expresar de mil modos pintorescos y gráficos un mismo concepto soez.

Después he visto que en dos ciudades de España se trató de adhesiones feministas á la Conferencia del Haya. Una señora cuyo nombre siento no recordar habló en Valencia, y la Sra. Biedma saludó y felicitó á las pacificadoras desde Cádiz. No saben cuánto me alegro de haberme equivocado al recelar que ningún eco encontraría en la mujer española la idea que reune en el Haya á los representantes de las potencias, bajo el patronato del czar.

***

Podía la Conferencia sentar las bases para que fuese resuelta al fin la cuestión vital que en Oriente suscitan las reclamaciones justísimas de Armenia y Macedonia. Si los finlandeses ven amenazada su autonomía, los armenios, mucho más desventurados, se encuentran con el cuello puesto bajo el yatagán turco, con sus haciendas y vidas á merced de las devastadoras incursiones de los jinetes kurdos y de las tropas irregulares del feroz Tahir Bey. Otro día hablaremos de este pueblo nobilísimo y tan infeliz que los lamentos de los profetas bíblicos parecen escritos para los armenios, de bíblica silueta. No hay tortura, no hay ultraje que el turco no haga sufrir al armenio, no hay hiel y vinagre que no le dé á gustar. Si, como dijo muy bien el insigne é inolvidable español que antes escribía estas crónicas europeas, no entra hoy en la categoría de lo realizable el desarme con sus consecuencias, por lo menos es el ideal que debe sustituir á los caducos ideales de violencia y lucha fragorosa.

EMILIA PARDO BAZÁN

LOS SALONES DE PARÍS DE 1899

En Francia más que en ninguna otra nación, en virtud quizás de las ideas de independencia que allí predominan y de la organización social allí establecida, pueden señalarse diversas categorías perfectamente distintas entre los que se titulan artistas. Hay en primer término los convencidos, los apasionados, aquellos que, sea cual fuere su especialidad, se dedican á ella por entero con el ardor de la juventud ó con la tenacidad de la edad madura, y viven por el arte tal como ellos lo comprenden, procurando unos formar escuela mediante la propaganda de sus ideas, encerrados otros dentro de sí mismos, trabajando asiduamente en silencio y nunca satisfechos del resultado obtenido en comparación del que quisieran alcanzar.



EN EL TEATRO DE POLICHINELAS, cuadro de M. P. Dupuy

Siguen luego aquellos á quienes algunos triunfos más ó menos fáciles logrados en los comienzos de su carrera han colocado en el número de los buenos artistas, y que fiando en sus dotes naturales y en la fama conquistada se entregan á un *dolce far niente*, satisfechos de haber seguido una carrera hacia la cual se sentían inclinados. Algunos de ellos tienen á veces extraños atrevimientos, y abusando de la posición que su pasado les crea, cometen extravagancias que asombran á los ignorantes, pero entristecen á los defensores serios del arte.

Hay también los mercantiles, por decirlo así; aquellos para quienes el lienzo ó el mármol no son sino cañamazos en los cuales están siempre dispuestos á bordar el asunto de encargo, el tema en boga, el pensamiento ajeno, sin más mira que la remuneración presente y el mayor precio en lo futuro.

Cuéntanse también como artistas los que en la pintura sólo ven la mayor ó menor habilidad en el manejo del pincel y en la mezcla de colores y en la escultura la mano del práctico, y á los cuales falta en absoluto la chispa del genio que constituye al verdadero artista y que hace que éste trabaje á menudo más por la contemplación y el ensueño que delante del lienzo ó del mármol.

Hábiles y no más que hábiles son asimismo aquellos á quienes algunos califican de intelectuales del arte y que, sin otro mérito que la satisfacción propia, tratan de suplir el talento con la audacia, producen fenómenos incalificables y á veces acaban por imponerse á los *snobs* haciendo proclamar por sus turiferarios que los que no se entregan á la admiración delante de sus obras son unos imbéciles.

De todos estos géneros abundan los ejemplares en los Salones de París del presente año, el de la *Sociedad de Artistas franceses* y el de la *Sociedad Nacional de Bellas Artes*, reunidos en la magnífica Galería de Máquinas y de cada uno de los cuales nos ocuparemos separadamente y muy á la ligera, pues un examen detenido de las obras en ellos expuestas exigiría un espacio de que no disponemos.



EN EL LAVADERO, cuadro de L. P. Laubadère

Cinco mil ciento cincuenta y dos obras de arte de todas clases comprende la exposición de la Sociedad de Artistas franceses y dos mil setecientas siete la de la Sociedad Nacional de Bellas Artes, cifras que demuestran cuán injustamente se tacha de riguroso al Jurado de admisión, que si de algo peca, es generalmente de benevolencia.

SOCIEDAD DE ARTISTAS FRANCESES

Del género histórico figuran en el Salón numerosos lienzos, entre los cuales citaremos los siguientes:

Ejecución de los conjurados en el Palacio Viejo de Florencia en 1478, de Barbín, de grandes dimensiones, pero de cierta confusión en la composición y en el colorido.

Desembarco del general Bonaparte en Egipto, de Guillon, algo sombrío, pero deliciosamente pintado.

La guerra de mañana, cuadro lleno de vida y de movimiento de Brunet-Houard.

Los últimos días de Tenochtitlán, de Leftwich-Dodge, episodio de la conquista de Méjico concienzudamente compuesto y justo de color, aunque poco acabado en algunas figuras.

La mañana del 14 *de julio de* 1789, de Levy, composición animada, en la que el pintor ha sabido expresar perfectamente el furor de aquella multitud que se dirigía al asalto de la Bastilla.



PASTORCITA, cuadro de A. Suzor-Coté

Enrique de La Rochejacquelin en Chollet, de Boutigny, que por su composición, su dibujo y su color merece calurosas alabanzas.

Partida de los reclutas de Lucsor, de Clairin, que reprodujimos en el número 906 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

La carga de los dragones (1870), de Chartier, bien compuesto y con mucha luz.

Jesucristo en la montaña, de Debat Ponsan, admirablemente pintado, pero demasiado confuso y recargado de figuras y de accesorios que no explican con bastante claridad la idea del autor.

La expedición de las puertas de hierro, de Girard, de excelente efecto.

La tarde de Jena, que con valer mucho no está á la altura de otras obras del mismo autor, Francisco Flameng.

Los que quedan y *Después de la carga*, de Sergent, que causan impresión honda y revelan la conciencia del pintor.



FIESTA DE MAYO, cuadro de F. Roe

Cathelineau protegiendo á los prisioneros, de Boisleconte, sobrio, bien tratado y vigoroso sin efectos convencionales.

Vercingitorix delante de César, de Lionel Royer, de dibujo y colorido irreprochables, pero un tanto frío de expresión.

San Quintín tomado por asalto. 29 *de agosto de* 1577, hermoso lienzo de Tattegrain, lleno de verdad y de realismo, expresión de un pensamiento grande, sincero, horrible, sin incurrir en repugnantes exageraciones. Esta obra es indudablemente la que mayor sensación ha producido, y el Jurado ha confirmado el fallo del público otorgando á Tattegrain la medalla de honor.

La defensa heroica del collado de Banyuls en 1793,



¡Qué dirá el obispo!, cuadro de J. Denneulin. Copyright 1899, by Braun, Clément y C.ª



Granadero de la guardia imperial de centinela, cuadro de M. Roy

de Enrique Perrault, que recuerda las creaciones de Vernet, Scheffer, Gros, David y Philippoteau, es decir, de los pintores de la gran escuela histórica.

La guerra, de Pla y Rubio, lienzo hondamente sentido y sencillamente trazado: produce impresión intensa sin que el autor haya querido recurrir á efectos artificiosos.

El bautismo de fuego, de Monge, bien ejecutado, aunque un poco demasiado teatral.

Les funerales de César, de Piatti, rico en detalles; *El Te Deum en Versailles,* de Richemont, pintura recomendable, pero no á la altura de otras del mismo artista; *Hoche vendiendo los cañones del enemigo,* en el que su autor, el notable pintor Le Dru, ha demostrado una vez más las excelentes cualidades que le han conquistado uno de los primeros puestos entre los pintores de asuntos militares; *La noche de Montmirail,* de Sicard; *Mondovi,* primoroso lienzo de Schommer, que recuerda la factura de Meissonnier: *El asesinato del emperador Geta,* de Rochegrosse, hermosa página de gran efecto dramático, perfectamente estudiada y admirablemente presentada; *La última comunión de Juana de Arco,* de Michel, bien concebido, aunque algo duro; *El supremo esfuerzo,* de Bouard, joven artista que promete ser un gran pintor militar, y *La revista de caballería de* 1805, de Lindheimer, completan esta sección de pintura histórica y militar.

De las pinturas de imaginación y de género, se imponen desde luego *Tolosa contra Montfort,* de J. P. Laurens, y *El despertar del poeta,* de Gabriel Ferrier. El primero, aunque basado en un hecho histórico, entra de lleno dentro de la pintura imaginativa por el modo como el autor ha desarrollado el asunto: es un cuadro magistralmente dibujado y de entonación severa; el segundo es una obra llena de poesía, no sólo por el pensamiento en que está inspirada, sino que también por su factura delicada y llena de encantos.

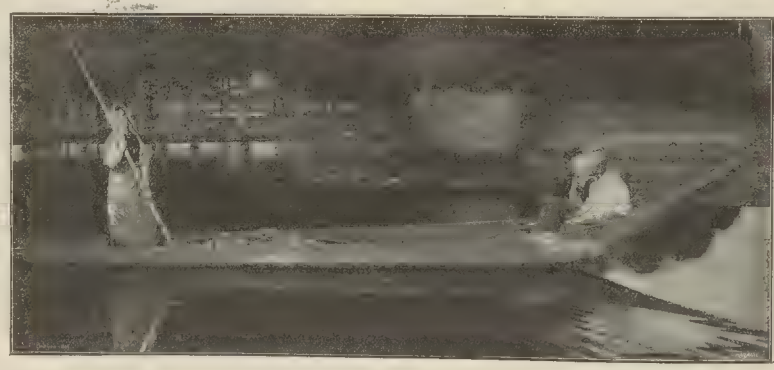
Mencionaremos también:

Don Quijote luchando contra los carneros, hermoso lienzo de Ulpiano Checa; *A los maestros de antaño,* concepción original de Beraud de excelente colorido; *[illegible],* de P. Allizard, de gran expresión y rica de color; *La mujer del collar,* de Barcet, y *Circe,* de Henriot, dos estudios de vitalidad intensa; *El muelle de las flores,* de Fraipont, con toda la frescura y la alegría de la primavera; *Después del rapto,* hermoso estudio del desnudo; *Geernaerdier,* de Mme. Demont-Breton, sentido estudio de costumbres de las costas bretonas; *Para las víctimas del mar,* de Jacquet, una de las más interesantes notas del Salón; *El Calvario,* de Rousin, de asunto escaso de novedad, pero tratado con emoción y sobriedad admirables; *La muerte que pasa,* de Piatrowsky, lienzo eminentemente sugestivo; *Alto en la caza,* de Moreau, digno de la reputación del gran artista; *El dilettantismo,* de Brunery, composición elegante y delicada; *Ondinas,* de Fantin Latour, notable por la verdad y transparencia de las carnes, y las obras de Bouguereau, Garrido, Henner, Chocarne-Moreau, Lazergues, Carrier-Belleuse, Seignac, Perrault, etc.



Francia presentando al nuevo siglo, relieve de A. Paris

Son dignos asimismo de especial mención los que en el presente número reproducimos: *En el teatro de polichinelas,* en el cual Dupuy ha hecho gala de su delicado pincel pintando un grupo de niños á cual más encantador; *Pastorcita,* lindísima figura de Suzor-Coté; *En el lavadero,* de Laubadere, bonito estudio de tipos gascones avalorado por un bellísimo paisaje; *Fiesta de mayo,* alegre pintura de Roe; *¡Qué dirá el obispo!,* delicioso cuadro de Denneulin, segunda parte del que expuso el año pasado y que reprodujimos en La Ilustración Artística; *Granadero de la Guardia imperial,* figura admirablemente trazada por Roy; *Perfume de invierno,* de Simonidy, composición llena de poesía; *Estudio al aire libre,* lienzo en el cual Van den Bos demuestra dominar lo mismo la figura que el paisaje; *El vendabal,* de Labitte, del que podemos decir lo mismo que del anterior; *La música á las fieras domestica,* de asunto simpático y admirable factura; *La canción del gitano* y *El pájaro de Lesbia,* de Joncieres, que demuestran en su autor profundo conocimiento de lo antiguo; *Flores parisienses,* de Lemeunier, cuadro de un realismo elegante y delicado, y *Un bautizo en España,* de nuestro compatriota Sr. Paredes, digno de figurar entre las mejores composiciones del género á que pertenece y de las que tantas obras primorosas han producido nuestros mejores maestros.



En los pantanos de Picardía, cuadro de V. F. Bourgeois

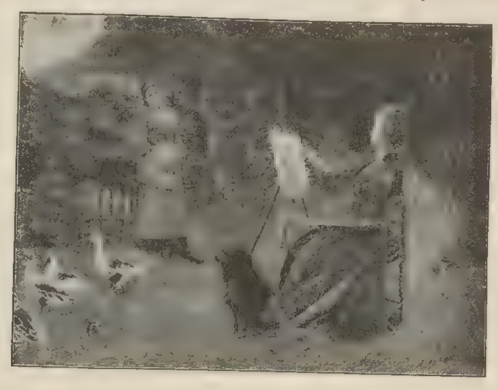
Abundan los buenos retratos, mereciendo especial mención el de mujer pintado por el ilustre maestro Bonnat, el del pintor Guillemet en traje del siglo XVI, por Roybet, el de la reina de Rumanía por Lecomte du Nouy, el de Rosa Bonheur, por Mme. Klumpke, y los de señoras pintados por Hayes y á Hebert, que reproducimos, á Chabas, Arlin, Dyonnet, Benjamín Constant, Wencker, Dubois Menant, Benner, Muratón, Humbert y á las señoras Brossard, Tournay, Lurmin, Fontaine y Vallet.

Para enumerar los paisajes, marinas, flores, bodegones, etc., necesitaríanse páginas y más páginas, pues indudablemente en estos géneros, por ser los más cultivados, abundan los lienzos notables.

León Bonnat presenta un paisaje vasco, de luz intensa; Bourgogne acredita una vez más la riqueza de su paleta; y Bourgeois entona una nota sentida y melancólica con su paisaje de Picardía. Didier Pouget con sus brezos floridos, Calvé con sus landas, Mlle. Ameu con su *Pozo viejo,* Biva (P.) con sus adormideras, y Biva (E.) con sus vistas del parque de Villeneuve-l'Etang, merecen especial mención. Dignos son también de ella Auguim, Comoy, Dramard, Madame Nanny Adam, Cachout, Fath, Balouzet, Stuart y Thurner y otros varios.



PERFUME DE INVIERNO, cuadro de M. Simonidy. Copyright 1899, by Braun, Clément y C.ª



ESTUDIO AL AIRE LIBRE, cuadro de G. P. M. Van den Bos



EL VENDAVAL, cuadro de E. L. Labitte



PESCADORES, cuadro de Dionisio Baixeras



RETRATO DE LA SRA. H., pintado por C. C. Hayes

La escultura en el salón de la *Sociedad de Artistas franceses* ofrece un conjunto verdaderamente notable, pudiendo afirmarse que no hay en esta sección una obra que no sea algo más que mediana. El sentimiento que en ella predomina es el espíritu nacional, el patriotismo, y en él se han inspirado Dubois con su *Recuerdo,* magnífico grupo fundido á cera perdida que simboliza la Alsacia y la Lorena; Carlus con su monumento á los *Institutores del Aisne;* Coulon con su composición tomada de la *Leyenda de Nochebuena en Alsacia,* de Beaurepaire; Pallez con su *¡Alto!,* y Mariston con su *Deber cívico.*

En otro género llaman la atención la *Heroína del Delfinado,* de Campagne; *La tempestad y las nubes,* obra de altos vuelos de Larche; *La liberación,* de Faivre, figura de expresión intensa y de irreprochable modelado; *Los fugitivos,* de Bontellier, bellísimo grupo, gracioso y vigoroso á la par; *Juno,* de Carlés, que resucita el tipo de estatua antiguo; *El paraíso perdido,* de Melin, que nos presenta á Eva aterrada y á Adán inclinando la cabeza ante la divina sentencia; *El paraíso perdido,* de Larroux, que es todo lo contrario del anterior, puesto que Adán y Eva parecen protestar del castigo que se les impone y desafiar á Dios; *La naturaleza despojándose de su velo,* estatua polícroma de Barrias, obra maestra de arte y de ingenio; *Salambó,* de Ferrari; *Alegría y trabajo,* grupo de Gaudez, altamente sentido; *Bretona,* de Moreau Vautier, figura de admirable expresión; *Zorro defendiendo su presa,* hermoso grupo de Mme. Lemaitre, y las esculturas que firman Tabard, Allouard, Tarrit, Mademoiselle Demagnez, Mlle. Itasse, Moreau, Darbefeuille, Bartholdi, Thivier, Boucher, Boisseau, Seysses y Dubois. Notables son asimismo el relieve de París y el grupo de *Los hijos de Clodomiro,* de Boisseau, que reproducimos.



La música á las fieras domestica, cuadro de C. B. d' Entraygues

La sección de cartones, dibujos, pasteles, acuarelas, grabados y arte decorativo es numerosa y notable. La falta de espacio nos obliga á citar sólo los pasteles de Grossin y Clavel, y los retratos pintados por Mlle. Pinot, Pizzella, Rogues, Hall, Real del Sarthe, Carrier-Belleuse, Cool, Loghades, Lavrut, Chaumet Sousselier, Marta de Peslonan y Paulina Caspers; las acuarelas de Mlle. Courtier, Levillain, V. de Paredes, Borione, Lalauze, Mlle. Monace, Mlle. Chavagnat y A. Tessier; las miniaturas de Mlle. Brossard, Mlle. Henriot y madame Debillemont; los grabados y litografías de Sirouy, Boilvin, La Guillermie, Jacquet (Aquiles y Julio), Mauron, Ravaut, Dillon, Champollion y Lacault, y los proyectos arquitectónicos de Guedy y Viatte, Chifflot, Hulot, Loviot, Narjoux, Rechin, Roy y Turin.



La canción del gitano, cuadro de L. de Joncieres



El pájaro de Lesbia, cuadro de L. de Joncieres

La mañana del 14 de julio de 1789. El pueblo, después de haberse armado en los Inválidos, se dirige al asalto de la Bastilla, cuadro de J. Benoit-Lévy

SOCIEDAD NACIONAL DE BELLAS ARTES

La pintura histórica y decorativa está bien representada en el Salón de esta Sociedad.

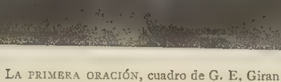
Dubufe presenta un *Homenaje á Puvis de Chavannes,* que reune condiciones muy recomendables de composición, pero adolece de cierta falta de armonía. *La pesca en gánguil en el puerto de Marsella,* de Auburtin, tiene vida y movimiento. Besnard ha expuesto varias obras: *Las ideas, El ensueño, El pensamiento, El día, Los frutos* y *Las flores,* y en todas ellas ha demostrado ser un excelente continuador de las tradiciones de la escuela decorativa francesa del siglo XVIII, cuyos adeptos tenían el sentido de los paisajes y de los personajes á la vez históricos y mitológicos. Anquetin con su *Batalla* muéstrase dibujante hábil y no menos hábil pintor, pero hay en su obra fragmentos que casi están copiados de otros maestros. *El Parque* y la *Grand' Rue,* de Simas, constituyen una elegante transcripción de los paisajes parisienses y están destinados á la Sala del Consejo Municipal de Creteil. El *Estudio decorativo,* de Agache, es de un colorido firme. *La venganza de los hijos de Antar,* de Dinet, es una prueba del buen gusto de su autor y hace entrar en deseos de conocer todas las ilustraciones ornamentales por el autor trazadas para una edición monumental del poema que actualmente se publica en París. *La colocación de la primera piedra del puente de Alejandro III,* de Roll, no es un cuadro propiamente histórico: en él está casi suprimida la parte oficial, por decirlo así, de la ceremonia, puesto que casi todo el lienzo está ocupado por un grupo de jóvenes vestidas de blanco que suben al estrado.

En la pintura de género y de paisaje sobresalen Cazin y Raffaelli: el primero presenta una exposición completa, en la que abundan los paisajes y los tipos del Norte, con sus verdes prados, sus días húmedos, sus noches melancólicas y sus pueblos pintorescos, y una serie de dibujos admirables. Raffaelli expone una colección de cuadros genuinamente parisienses, así por los sitios que reproducen como por la muchedumbre animada, verdadera, llena de vida y de color que en ellos se mueve.

Mención especial merecen también los paisajes de la Champagne de nuestro paisano Sr. Barrau; *Los pescadores,* de Baixeras; los deliciosos cuadros *El sendero, El puente nuevo, Orillas del Sena, Sol de invierno,* de Lebourg, verdadero pintor poeta; *El día de Pascua,* bellísima composición de Roger Jourdain; los lienzos de Morrice, y dos bocetos del malogrado Froment; los paisajes venecianos, elegantes pero algo secos, de Gabriel; el lago Lemán, de Waidmann, las marinas de Maufra; las montañas navarras, de Colin; la plaza de la Fere, de Moreau Nelaton; las melancólicas vistas de Brujas, de Le S[illegible]daner; los [illegible] normandos, de A[illegible]bert; los canales de Gante, de F. de [illegible]llaert; las costas escarpadas, de Mauricio Eliot; las vistas de [illegible] de Iwill, las holandesas, de Avelot y Marcette [illegible] sienses, de Ullman; los [illegible], de Cour[illegible] de Moullé, y los cuadros de Lagarde, Griveau [illegible]

SOCIEDAD NACIONAL DE BELLAS ARTES





LA PRIMERA ORACIÓN, cuadro de G. E. Giran



UNA FLOR DEL DESIERTO, cuadro de L. Anthonissen

nar, Claus, Mesdag, Rauft, Binet, Osbert y otros.

Los cuadros de costumbres rústicas ocupan por su número y su valía un puesto importante en el Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. En esta sección presenta Lhermitte sus acostumbrados tipos campesinos perfectamente observados y ejecutados con la maestría que en él es proverbial. Fernando Piet, el pintor de los mercados, ha visitado diferentes capitales, y como fruto de su excursión expone una serie de variados cuadros, en los cuales, sin olvidar los detalles que son otras tantas notas brillantes de colorido, estudia atentamente la expresión y la actitud de las figuras, y con unos y otros compone un conjunto lleno de verdad, de vida y de movimiento. *El Paisaje andalus*, de Richon Brunet, es una pintura vigorosamente hecha: el hombre y la mula que en él figuran se salen materialmente de la tela. Los *Estudios de Ouessant*, de Cottet, tienen gran sabor pintoresco y y están hábilmente ejecutados. *Saint-Jean-du-Doigt*, de Roger; las lindas *Costureras*, de Le Pan de Ligny; las *Luchas*, de Simon, y los cuadros de Eugenio Vail son dignos de ser especialmente mencionados.

Muchos y muy buenos retratos contiene esta exposición. El de Cheret, pintado por Blanche, reproduce de un modo admirable la fisonomía á la vez enérgica y dulce del artista y es de una armonía perfecta. Del mismo autor son otros varios retratos, en los cuales se advierten las mejores cualidades que pueden exigirse á un pintor retratista. La Gándara expone tres retratos de señoras que indudablemente son los más serios y los más finamente trazados de cuantos ha ejecutado el reputado artista. Carolus Durán es el maestro de siempre. Aman Jean, Gari Melchers, Front, Lebasque, Braun Friant, Brindeau, Desliens, Edelfelt, Prouvé, Lerolle, Prinet, Dagnan, Frappa y otros merecen ser especialmente citados.

Nuestro compatriota Zuloaga ha obtenido un verdadero triunfo: la crítica le ha colmado de elogios, y bien los merece por la vida que respiran sus figuras, que muchos han comparado á las pintadas por Goya. En este mismo género de figura llaman la atención las obras de Evenepoel, escenas de la vida parisiense moderna pintadas con gran riqueza de color; *La primera oración*, de Giran, lleno de sentimiento; *Una flor del desierto*, hermoso estudio en el cual Anthonissen ha sabido poner todo el fuego de expresión que caracteriza á la mujer africana; *Rinalda*, bellísima figura de la Sra. Mandard, vigorosamente dibujada y con vivos contrastes de color; *Idilio*, de Brull, en el que se admiran la factura sobria y el sentimiento poético que han conquistado á nuestro distinguido paisano un puesto eminente en la moderna pintura española, y los cuadros de Guignet, Berton, Bail, Lomont, Huklenbrok, Leempoels, Veber, Luisa Breslau y otros que sería prolijo enumerar.



DÍA DE PASCUA, cuadro de Roger Jourdain

Entre los artistas que han concurrido al Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes hay dos grupos que bien pueden calificarse de pintores de interiores desiertos el uno y de pintores sombríos el otro. Lobre hace muchos años que se ha conquistado un nombre con esas obras de carácter especial, en las cuales nos demuestra que las estancias vacías están llenas de recuerdos, de añoranzas, de fantasmas, y en la actual exposición ha logrado un verdadero triunfo presentando un salón obscuro de Versailles sin más luz que la que penetra por la hendedura de un postigo y que se refleja en un espejo. Walter Gay es también un retratista de los aspectos y de los objetos: una escalera



JESUCRISTO EN LA CRUZ, cuadro de Carlos Durán



RINALDA, cuadro de Mme. M. Mandard

blanca, una chimenea, una consola, un comedor entrevisto que espera á los comensales, todo pintado con gran delicadeza y con mucho sentimiento.

Los pintores sombríos constituyen un contraste con los convencionalismos de colores chillones que en el Salón se notan y forman un grupo que por reacción instintiva, por manía teórica quizás, se complacen en representar á la naturaleza en una penumbra de cuadros viejos. Entre los que cultivan este género figuran en primera línea Menard, Dauches, Boulard y Griveau, y como obra tipo dentro del mismo está el *Almuerzo,* de Griveau, que representa un comedor muy bien pintado, pero excesivamente obscuro, tal vez porque así son los comedores de la mayoría de las casas de París que reciben luz por estrechos patios interiores. Pero esto, que hasta cierto punto no resulta defecto, es un gran inconveniente tratándose de paisajes en los cuales los autores que hemos citado escatiman la luz hasta un punto exagerado, puesto que la naturaleza, aun en las horas del crepúsculo, presenta tonos luminosos que no tienen los cuadros de los mencionados pintores. A propósito de los que tal procedimiento han adoptado ha dicho un crítico distinguido que cuando no hay interés en aislar una figura ó en hacer destacar una expresión, no se comprende que un artista haga la luz artificial en sus lienzos como se hace en el teatro.

Los estudios del desnudo son poco numerosos en este Salón, mereciendo únicamente señalarse las mujeres pintadas por Douglas-Robinson y la mujer desnuda debida al pincel de Mme. Lee-Robbins.

Las flores abundan más, causando especial impresión las rosas, amapolas y los alhelíes de Enrique Dumont, y las anémonas y azaleas de Mlle. Lisbeth Carriere, que palpitan en la sombra y brillan con gracia indecible.

En la sección de escultura llaman la atención muy en primera línea las dos obras de Rodin: una de ellas es el busto de su colega Falguiere, que es una admirable obra escultórica. A muchos ha extrañado que Rodin haya hecho verdadero derroche de talento para modelar la efigie de su compañero, cuando éste resulta precisamente ser el artista elegido por la *Sociedad de hombres de letras* para ejecutar la estatua de Balzac en sustitución de la que fué modelada por aquél y rechazada por la sociedad referida. Pero quizás esto mismo explique por qué Rodin ha querido en esta obra excederse á sí mismo, como vulgarmente se dice. La otra escultura es una estatua en bronce que representa á *Eva:* como todo lo del ilustre escultor, esta figura se caracteriza por el vigor de la expresión y del modelado.



IDILIO, cuadro de J. Brull

Merecen ser especialmente mencionadas entre las demás obras escultóricas expuestas en la Sociedad Nacional de Bellas Artes, las siguientes: *San Francisco de Asís,* que es una nueva prueba del indiscutible talento de su autora madame Besnard; un joven en traje de la época de Enrique II, de mademoiselle Claudel; *Pulgarcito orientándose para volver á su casa,* escultura finamente modelada por madame Clement Carpeaux; una pareja ejecutada con gran talento por Escoula; un busto de *Imperia,* de Jef Lambeaux, soberbiamente bello; *Demos,* del joven escultor José de Charmoy; una *Loie Fuller,* de Pedro Roche; un vigoroso *Descargador de leña,* de Constantino Meunier; los bustos retratos de *Edmundo Goncourt* y *Pablo Verlaine,* modelados por Lenoir y Niederhausern-Rodo respectivamente, y otros bustos de Injalbert, Fix-Masseau, Camilo Lefebvre, Agathon Leonard y Vallgreen. — X.



LA CONFERENCIA DE LA PAZ EN EL HAYA. – LOS DELEGADOS DE LAS POTENCIAS



EL HAYA. – Salón de Orange de la Casa del Bosque en donde celebran sus sesiones los delegados en la conferencia de la paz

MISCELANEA

Teatros. – *París.* – Se han estrenado con buen éxito en el Odeón *Ma bru*, divertida comedia en tres actos de Fabricio Carré y Pablo Billhaud; en la Comedia Francesa *Le torrent*, interesante drama en cuatro actos de Mauricio Donnay; en el Gimnasio *Les degenerés*, comedia en tres actos de Miguel Provins, y *Goberon*, chistoso vaudeville en un acto de Brisay; en Cluny *Le champion du monde*, gracioso vaudeville velocipédico (así lo titulan sus autores) en tres actos de Edgardo Pourcelle y Esteban Lemonnier; en la Academia de Música *Briseis*, primer acto de un poema de Cátulo Mendes y Efraín Mikael, con preciosa música de Chabrier; y en Folies-Marigny *La fontaine aux fées*, baile pantomima de Juan Bernac y Luis Alix, con bonita música de G. Salvayre.

Barcelona. – En el teatro Lírico la excelente compañía que dirigen la Srta. Cobeña y el Sr. Thuillier ha estrenado con buen éxito *La muralla*, drama en tres actos de D. Federico Oliver; *Cuento de amor*, arreglo de una preciosa comedia de Shakespeare, admirablemente hecho por D. Jacinto Benavente, y *Los Danicheff*, comedia rusa arreglada con gran acierto á la escena española por D. Valentín Gómez y D. Félix Llanas. Se han estrenado además con aplauso: en el teatro Granvía *El ojito derecho*, gracioso cuadro de costumbres sevillanas, original de los hermanos Sres. Alvarez Quintero; en el Jardín Español, en donde actúa una compañía de zarzuela bajo la dirección de D. Federico Urrecha, *Los tres millones*, chistosa zarzuela en un acto de los Sres. Jakson Veyán y López Silva, con bonita música de Valverde (hijo). En el Tívoli funciona una notable compañía de zarzuela y ópera española, que ha estrenado con gran éxito *María del Carmen*, hermosa ópera de Feliu y Codina y del maestro Granados. En el Eldorado ha inaugurado sus tareas una buena compañía de opereta italiana, dirigida por Cesare Gravina.

NUESTROS GRABADOS

La conferencia de la paz reunida en El Haya. – La conferencia internacional promovida por la circular del emperador Nicolás II de Rusia, de 31 de agosto del año pasado, está celebrando actualmente sus sesiones en la Casa del Bosque de la ciudad del Haya. La situación de este palacio es admirable y su arquitectura y decoración ofrecen gran interés artístico: fué construído en 1645 á 1650 por la princesa Amelia de Solens, esposa del príncipe Federico Enrique de Nassau Orange, estatúder de las Provincias Unidas. La muerte de éste, cuando se estaba terminando la construcción del edificio, determinó á su viuda á dedicarle el salón central y á decorar los muros de éste con pinturas en las cuales se conmemoran los episodios más notables de su feliz reinado, secundándola en su empeño su secretario Constantino Huygens, sabio, poeta y músico, y el arquitecto Campen, autor del Palacio real de Amsterdam. En esa sala quiso la princesa Amelia glorificar la paz de Munster firmada en 1645, demostrando que se debía al heroísmo y á las victorias de su difunto esposo: ejecutaron las pinturas Jordaens, Teodoro van Toulden y Pedro Zoutmann, discípulos de Rubens, y César van Everdingen, Salomón de Bray, Juan Lievens, Pedro de Grebber, Gerardo Hondhorst y Cornelio Brizé. Esta sala es la que reproduce el grabado de esta página: en la anterior publicamos los retratos de los delegados que las potencias han enviado á la conferencia.

D. Francisco Miquel y Badía. – Por su talento y por sus conocimientos vastos y gusto exquisito en materias artísticas y literarias habíase conquistado el Sr. Miquel y Badía uno de los primeros puestos entre los críticos contemporáneos. Sus artículos en el *Diario de Barcelona* eran siempre con interés leídos y sus opiniones tenían verdadera autoridad entre cuantos al arte y á la literatura se dedican. Sus críticas, imparciales siempre, distinguíanse especialmente por una cultura y una cortesía que por desgracia no abundan entre los escritores que se dedican á este género: el Sr. Miquel y Badía, sin apartarse nunca de la imparcialidad y de la justicia, mostraba toda la benevolencia compatible con la difícil misión al crítico encomendada, inclinándose á hacer resaltar más bien las bellezas que los defectos de la obra que juzgaba; y cuando tenía que censurar, hacíalo con la mayor mesura, sin apelar á ironías que molestan y no persuaden y sin zaherir con esos dardos que tantos críticos emplean á falta de mejores razonamientos. A él nunca le faltaron razones para apoyar las ideas que en él estaban profunda y sinceramente arraigadas y que defendía con fe y entusiasmo, pero sin apasionamientos y sobre todo sin destemplanzas. En su trato particular era un caballero en toda la extensión de la palabra, y no hay de fijo nadie que habiéndole hablado, aunque no fuera más que una sola vez, no se sintiera atraído hacia él, tanto por su inteligencia clarísima cuanto por su corazón abierto á los más nobles sentimientos.



D. Francisco Miquel y Badía, fallecido en Barcelona en 29 de mayo último (de fotografía de Audouard)

El Sr. Miquel y Badía desempeñaba una cátedra en la Escuela Provincial de Bellas Artes, era miembro de varias academias artísticas y literarias y autor de notables obras didácticas.

EN EL FONDO DEL ABISMO

NOVELA ORIGINAL DE JORGE OHNET

(CONTINUACIÓN)

–¡Apuntémonos dos bazas!, dijo Cristián en un acceso de alegría. Ahora no tenemos tantas probabilidades en contra nuestra. Es preciso llegar á la playa para escondernos y esperar la chalupa para llegar á bordo.

Volvieron la espalda al muelle y á la población y se dirigieron hacia el mar. Los canacas, los licenciados y los soldados que pasaban los miraban con curiosidad.

Al volver una cabaña, Jacobo tiró la caja, y estando ya libre en sus movimientos se puso al lado de Cristián. Atravesaron un bosquecillo de tamarindos que interrumpía la duna y se encontraron solos. A lo lejos se veía la maleza que llegaba hasta cien metros de las rompientes y unos bancos de coral cubiertos por espesa vegetación de algas daban al agua un tinte de esmeralda.

–¡Mira!, dijo Tragomer enseñando á Jacobo la extensión del mar. ¡El yate!

El humo negro de las chimeneas culebreaba en el cielo al cruzar el buque á un kilómetro de la costa, como estaba convenido. A los rayos del sol poniente se recortaba con precisión el casco blanco del yate, muy poco elevado sobre el agua. Se distinguían los menores detalles y hasta pareció á Cristián que veía dos hombres en el puente. Uno de ellos debía ser Marenval.

-Apresurémonos, dijo Tragomer. Dentro de una hora caerá el día repentinamente y es preciso que nos escondamos. El vigilante me esperará en vano en la lancha de la administración, me buscará y tu fuga será descubierta. Entonces empezará el peligro.

Estaban solos en la duna, rodeados de lentiscos y de altas hierbas amarillas. Detrás de ellos, en lontananza, el presidio dibujaba sus masas sombrías. Y en el mar, sosegado y tranquilo, el yate se deslizaba suavemente. De pronto una nubecilla blanca apareció en una de las bordas del navío y un instante después llegó á oídos de los fugitivos una pequeña detonación.

–Nos han visto, dijo Tragomer. Es un tiro de fusil para llamarnos la atención. Nos observan, sin duda, con un anteojo, pero no están seguros de que seamos nosotros. ¡Respondámosles!

Sacó del bolsillo un largo trapo blanco, le ató al extremo de una rama y le agitó tres veces en el aire á modo de bandera. Una nueva nubecilla de humo y otra detonación indicaron á los dos amigos que su señal había sido comprendida. Tranquilizados por la seguridad de que estaban en comunicación con el yate, avanzaron á lo largo de los arrecifes para alejarse de la zona peligrosa y poner el mayor espacio posible entre ellos y sus perseguidores probables.

Se encontraban entonces en las rocas. Una especie de promontorio avanzaba en el agua, formando una lengua de coral golpeada por todas partes por las olas. Este cabo salía más de un kilómetro extendiéndose sobre el mar como una serpiente dormida. Los dos amigos se metieron por aquel camino que no tenía más de doscientos metros de ancho y que estaba cubierto á uno y otro lado por las dunas. Cristián y Jacobo se dirigían á la punta del cabo, que formaba un pequeño promontorio. De repente se estremecieron. Acababa de sonar un cañonazo, luego otro y luego un tercero á intervalos iguales. Al mismo tiempo el viento de tierra les trajo un redoble de tambores que tocaban generala y un rumor confuso de voces. Ambos se miraron palideciendo.

–¡Todo está descubierto!, dijo Jacobo.

-¡Nos persiguen!, añadió Tragomer.

Cristián lanzó una mirada en derredor. El sol, como un globo de fuego, incendiaba las olas en que iba á sumergirse. Una hora más, y la noche vendría á proteger la fuga con sus sombras benéficas. Pero había que aguardar una hora y ya las cuadrillas de guardianes canacas, lanzadas sobre la pista del fugitivo, debían estar registrando las dunas. Se había visto pasar á Tragomer y en este momento se daban indicios ciertos sobre la dirección que había tomado á aquellos ojeadores de caza humana.

–Ganemos la punta del promontorio y ocultémonos en las rocas, dijo Cristián.

Avanzaron rápidamente y se metieron en una pequeña gruta, donde pudieron respirar, ver y escuchar por unos instantes.

–Mira, dijo Tragomer, el yate vira de bordo y echa al agua la lancha de vapor... Han comprendido el peligro y vienen á nosotros.

La lancha embarcó sus hombres y se deslizó rápida sobre las ondas. La distancia que la separaba de tierra disminuía visiblemente. Ya la vista experimentada de Tragomer distinguía á Marenval sentado en la proa. Pero aquella tentativa atrevida atrajo hacia ellos un peligro mortal. Una cuadrilla que registraba la maleza acababa de ver la lancha, y suponiendo que su marcha hacia la costa estaba relacionada con la fuga del penado, los canacas empezaron á dar gritos para reunirse y se dirigieron en amenazador semicírculo hacia el promontorio en que estaban refugiados los fugitivos.

Tragomer echó en torno una rápida ojeada y vió en el mar la lancha que traía á Jacobo la salvación y detrás, en las rocas, la fuerza armada pronta á todas las violencias para recobrar al preso. La barca estaba separada de la punta de coral por unos mil doscientos metros. La elección no era dudosa. Se quitó la americana y la camisa, se descalzó y no conservó más que el pantalón, en cuya cintura puso un sólido cuchillo. Después dijo volviéndose hacia Jacobo, que le había imitado:

–Si nos quedamos, arriesgamos el ser cogidos; si huímos podemos ser muertos. No hay que vacilar. Además estaba convenido. ¡Al mar, y sea lo que Dios quiera!

Se abrazaron por última vez y se dejaron deslizar silenciosamente al agua. Nadaron doscientos metros protegidos por la masa de las rocas, pero pronto un gran griterío les advirtió que estaban descubiertos y una lluvia de balas que silbaron por todas partes les probó que sus perseguidores estaban decididos á impedir que se escapasen.

–¡Sumerjámonos!, dijo Tragomer. Van á tirar otra vez.

Pero la descarga que esperaban no se produjo. Una barca mandada por un vigilante y tripulada por doce remeros se destacaba de la costa é iba á colocarse entre los fugitivos y los tiradores canacas. Al mismo tiempo la lancha de vapor del yate forzó su máquina en dirección de los nadadores. Durante unos minutos hubo una lucha silenciosa y conmovedora entre los dos hombres que defendían su libertad y su vida y los que trataban de quitársela.

–¡Alto la lancha en nombre de la ley! ¡Alto!, dijo la voz ronca y furiosa del vigilante.

–¡Adelante!, respondió con firmeza la voz de Marenval.

Los dos barcos estaban á cincuenta metros el uno del otro y entre ellos los nadadores, tan próximos á ser presos por sus verdugos como recogidos por sus salvadores.

–¡Alto!, rugió de nuevo el vigilante, ú os echo á pique.

–¡Pasad por encima!, exclamó Marenval, que se inclinó en la proa, como para dar más autoridad á su orden.

–*¡Go ahead!*, gritó el timonel.

El vigilante disparó el revólver contra la lancha y la gorra blanca de Marenval voló al mar atravesada por un balazo. En el mismo instante resonó un crujido formidable. La lancha, lanzada á todo vapor contra la chalupa, la había abierto por en medio de las bordas. Se oyó un grito y todo se hundió. Sobre las olas se veía solamente la lancha del yate.

–¡A nosotros!, gritó Tragomer levantándose sobre el agua.

En torno de los nadadores aparecían de nuevo luchando con las olas el vigilante y los remeros. En este momento unos brazos vigorosos se tendieron hacia los fugitivos y anhelantes: sofocados, casi sin vida, Cristián y Jacobo fueron izados á la lancha salvadora.

–*¡Take care!*, dijo el timonel.

Los marineros se echaron al fondo de la lancha. Una lluvia de balas de los canacas de la orilla pasó silbando por el aire. Al mismo tiempo apareció otra chalupa haciendo fuerza de remos hacia el lugar de la lucha.

–¡Al yate!, gritó Marenval. Ya nos abrazaremos después.

La lancha viró y se dirigió hendiendo las olas hacia el navío. El sol cayó en este momento como una bola de fuego en las olas y se hundió en ellas. El crepúsculo se apoderó del mar, y solamente se oyeron, á lo lejos, allá en la playa, los gritos de los canacas. Un marinero entregó á Jacobo y á Cristián vestidos secos, y temblando aún, tanto por los esfuerzos realizados cuanto por el frío del agua, arrojaron sus pantalones empapados y se vistieron. Hasta que estuvieron á bordo del yate no se cruzó ni una palabra.

–¿Y bien?, preguntó el capitán inclinado sobre la borda.

–¡Está hecho!, contestó Tragomer.

Por la escala de cuerda que pendía del flanco del buque subieron sobre cubierta, la embarcación fué suspendida, y el yate volvió á tomar la velocidad un punto interrumpida, con la proa hacia alta mar.

–¡Libre, mi pobre Jacobo!, dijo entonces Marenval echando los brazos al cuello del joven y mirándole con ternura. ¡Ya era tiempo de que llegásemos! ¡Cómo ha cambiado usted!

Lavada por el agua del mar, sin pintura y sin postizos, la cara enflaquecida de Freneuse aparecía macilenta y melancólica.

–Gracias, amigos míos, gracias por vuestra abnegación heroica. Quisiera deciros toda la gratitud que hay en mi corazón, pero me faltan las palabras. Perdonadme...

Gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas. Jacobo las enjugó con la mano, ahogó un sollozo y haciendo un gesto terrible se dirigió hacia la popa del buque. Allí se sentó en un rollo de cuerdas, y dejando caer la cabeza entre las manos tomó una actitud de profunda meditación.

–Conviene dejarle solo, dijo Tragomer. Tiene necesidad de entrar en posesión de sí mismo. La transición entre su aniquilamiento desesperado y la vuelta á la vida ha sido muy brusca. Mañana estará más tranquilo, sus ideas habrán entrado en orden y podremos interrogarle con fruto. Y ahora, Marenval, reciba usted mis felicitaciones. Ha resistido usted á las autoridades de su país con un aplomo admirable. ¡Está usted fuera de la ley, amigo!

–¡Pardiez! Bien ha visto usted que aquel diantre de sargento quiso matarme. Una de sus balas se llevó mi gorra, y si da dos milímetros más abajo se lleva la cabeza.

–¡Pero usted no le ha errado ni ha tardado en echarle al agua!

–Amigo mío, dijo gravemente Marenval, en aquel instante no había que andar con paños calientes. Vi que todo se iba á perder si no echaba á pique la tal embarcación, y ¡qué diablo!, no dudé.

–Hizo usted perfectamente, Marenval. Sin usted todo estaba perdido.

–Lo sé, y no estoy descontento de mi manera de obrar. Pero sepa usted que no era de los carceleros de lo que yo tenía más miedo por todos. Desde que nos separamos del yate, venía siguiéndonos un enorme tiburón que parecía acechar el momento en que alguien cayese al agua. Es un milagro que no haya intervenido en la pelea...

–El movimiento de los barcos, los gritos de los canacas y la rapidez de la acción le habrán espantado. Yo también temía la presencia de algún escualo, y me había provisto de un cuchillo para no dejarme devorar sin defensa.

–Supongo, dijo fríamente Marenval, que se habrá dado un banquete con el grueso sargento que tanto empeño tenía en fusilarme...

–¡Se va usted haciendo feroz, amigo mío!

–Yo soy así cuando se me saca de mis costumbres... Y á propósito, ¿y el buen Dougall?

–Conforme estaba convenido, Dougall ha debido ir á la lancha de la administración como si nada supiera. Seguramente ha sido detenido por el vigilante que me acompañaba.

–¿Era el sargento grueso?

–¡No! Aquél no venía á perseguirnos, y me alegro. Era un buen hombre y no hubiera querido hacerle mal. Tenía una manera tan cómica de llamarme «Milord...» Porque sepa usted, Marenval, que nadie quitará de la cabeza á las autoridades coloniales que han sido los ingleses los que han dado el golpe.

–Ha tomado usted todas las precauciones para que sea así. ¿Pero qué le sucederá á nuestro marinero?

–Dougall es un muchacho muy inteligente. No

sabe ni una palabra de francés y á todas las preguntas que le hagan responderá: «No comprendo; llevadme ante el cónsul de Inglaterra.» Una vez ante el cónsul, está salvado. No ha tomado parte en nada y se ha separado de mí en el momento comprometido. El haberle abandonado prueba que no estaba enterado de nuestros proyectos. Para las autoridades de Numea, que tienen nuestros papeles, ese hombre pertenece á la tripulación del *Albert-Edouard*, del puerto de Southampton. Llegado á alta mar el *Albert-Edouard* se convierte en el *Magic*, y que busquen. Durante este tiempo Dougall, con las cien libras que le he dado, tomará el vapor para Sydney, y créame usted, llegará á Inglaterra antes que nosotros, porque no tendrá que atravesar ese endiablado canal de Torres, sembrado de escollos peligrosos.

Marenval hizo un signo de asentimiento. Luego preguntó:

– ¿Cree usted que nos perseguirán?

– Dentro de una hora lo sabremos. Pero eso no me inquieta. Corremos como el viento y no será un aviso del Estado el que pueda darnos caza. Esos ingleses saben hacer barcos, no hay que negarlo. Aquí tiene usted un buque de recreo que corre como un torpedero

– ¿Mantendremos mucho tiempo esta velocidad?

– Hasta que salgamos de las aguas francesas. Una vez en las aguas neutras tomaremos nuestra marcha de paseo.

– ¿Y cuándo estaremos fuera de todo peligro?

– Hacia las doce de la noche.

– En ese caso, ¿le parece á usted que comamos?

– A fe mía que me vendrá muy bien. Este baño me ha abierto un apetito feroz.

– ¿Llamamos á Jacobo?

– No; dejémosle tranquilo. Un camarero le traerá un plato con fiambres y él comerá si tiene hambre. La soledad es buena para ese espíritu alterado.

Los dos amigos bajaron al comedor. Jacobo, solo en la popa bajo la vela hinchada por el viento, apoyado en la borda y aniquilado de cansancio por los esfuerzos impuestos á su cuerpo debilitado, dejó su débil cabeza balancearse á merced del vaivén del barco, y en la dulce y tibia noche experimentó por primera vez después de mucho tiempo una sensación deliciosa de paz y de tranquilidad. Sentía bullir bajo sus pies la poderosa máquina, y pensaba que cada vuelta de aquel rápido motor le alejaba de la cautividad y le acercaba á los que le amaban y no habían cesado de llorarle.

Sus miembros estaban como entumidos, pero su pensamiento se destacaba poco á poco como de una bruma y aparecía luminoso y activo. Su vista recorrió la extensión del mar, y allá, á lo lejos, en el límite del horizonte, vió la luz del faro como un punto luminoso apenas perceptible y que disminuía hasta borrarse, como un signo de la desgracia. Estaba libre y rodeado de amigos é iba á ver á las personas que amaba. Pero al mismo tiempo se encaminaba á la lucha.

Una arruga apareció en su frente. La libertad le imponía terribles deberes; tenía que justificarla descubriendo el verdadero culpable. Su evasión no podía tener excusa si no enviaba al criminal, hasta entonces impune, á ocupar su puesto en la cordelería, al lado de la fragua en que los penados forjaban sus propias cadenas. Instintivamente extendió el brazo y con alegría se sintió libre de la dura anilla. En su puño se veía, y se vería por largo tiempo, la señal causada por el brazalete de verguenza.

Todos los horrores de su infamante vida se presentaron á su imaginación, y acudió á su memoria la imagen del capellán que le exhortaba á la resignación en memoria de los sufrimientos divinos. Entonces no esperaba que cambiase su destino. Se veía encerrado para siempre en aquel recinto de dolor y de miseria y aceptaba su espantoso porvenir con ánimo sumiso. Un impulso de agradecimiento se apoderó de su pensamiento; levantó los ojos al cielo, y en aquel imponente silencio de la mar desierta, bajo el firmamento tachonado de estrellas, rezó en acción de gracias á la divinidad que le había salvado.

El camarero se acercó á Jacobo y puso á su alcance las provisiones que sus amigos le enviaban, sin que él lo echase de ver, sumido en su meditación. El yate había apagado sus fuegos para escapar más fácilmente á una posible persecución, y en el mar sin límites, el espíritu de Jacobo, sereno y fortificado, reposaba ya en una tranquilidad absoluta. En aquel momento no dudó que haría brillar su inocencia con pruebas irrefutables.

Una firme convicción reemplazó á la duda que le había torturado tanto tiempo hasta hacerle sospechar si en un momento de embriaguez que no recordaba habría, en efecto, cometido el crimen. Ahora se sentía en posesión de otra conciencia y se convertía en otro hombre libre corporalmente y dueño de su pensamiento.

Permaneció toda la noche meditando en el mismo sitio, sin que los pasos del marinero de guardia que recorría acompasadamente el puente le arrancasen á sus reflexiones. No vió al capitán que de pie en su sitio de honor velaba doblemente aquella noche. Se encontraba en una especie de exaltación que abolía para él todas las percepciones exteriores, para no dejarle sino las sensaciones íntimas, que eran deliciosas, porque encontraba en ellas todo el tesoro de su delicadeza, de su fe, de su honor, que le había sido arrebatado brutalmente durante aquellos dos años nefastos.

El alba blanqueaba haciendo palidecer á las estrellas. El viento refrescaba y la primera cuadrilla de marineros de servicio apareció en el puente. Jacobo suspiró, comprendiendo que tenía que salir de las esferas inmateriales en que su espíritu se había reconfortado durante aquella velada y entrar en la vida corriente y positiva. Y cuando el día sucedía repentinamente á la noche, Jacobo se levantó y miró en derredor suyo. Por todas partes el mar estaba libre. Dos leguas á la derecha un gran vapor avanzaba pesadamente hacia las islas Loyalty. Por detrás ni un punto sospechoso. Por delante la extensión ilimitada, sin una embarcación, sin una vela.

– Querido Jacobo, dijo la voz de Tragomer, estamos salvados. Ahora podemos respirar.

Freneuse se volvió. Su amigo salía de la cámara y venía hacia él. Jacobo le tendió la mano sonriendo.

Perdóname, dijo, que te dejara ayer tarde. Estaba como una fiera escapada de su jaula y á quien asusta el aire libre y el ancho horizonte. Tenía necesidad de esconderme, de buscar un rincón sombrío, falto ya de la costumbre de vivir libre... La servidumbre es una arruga que no se hace desaparecer fácilmente. Ahora ya estoy repuesto.

Tragomer apoyó la mano en el hombro de su amigo.

Tienes dos meses delante de ti para entrar de nuevo en posesión de ti mismo. Nuestro viaje va á ser por eso convenientísimo. Poco á poco volverás á tus costumbres de dignidad y cuando llegues á Europa serás el Jacobo de otro tiempo.

Por la frente de Freneuse pasó una sombra.

– ¡Jamás!, dijo. El Jacobo de otro tiempo ha muerto. Se ha quedado en el presidio con la cadena del penado. El Jacobo que te llevas no tendrá más que una preocupación en la vida, la de hacer olvidar á los que le aman las penas que les ha causado.

– Lo apruebo, dijo Cristián, porque es justo. Pero ven conmigo á tu camarote... Te vestirás mientras Marenval se levanta; él no es tan madrugador como yo y además las fatigas y las emociones de esta terrible jornada le habrán rendido... Pero está contento y orgulloso. No daría su expedición por el doble de lo que le ha costado... Lo único que siente es no llevarse la gorra atravesada por la bala del vigilante. ¡Qué trofeo para un hombre pacífico!.. Pero aquí tenemos á nuestro capitán...

Un joven rubio, de cara sonrosada, se adelantó hacia ellos.

Tragomer dijo:

– Mr. Edwards, presento á usted á mi amigo el conde de Freneuse. En este momento no está del todo presentable, pero usted le verá dentro de un momento más correcto.

– Celebro, caballero, dijo el marino con un acento inglés muy pronunciado, haber contribuído á sacarle de penas... Lo que mis patrones me habían contado me ha hecho fácil y agradable el servicio que les he prestado... Hemos arriesgado algunas cosillas, añadió el inglés sonriendo; pero en este momento estamos bajo la protección de esa bandera...

Y el capitán señaló orgullosamente al pabellón británico que flotaba en el palo de popa.

– ¿De modo que está usted enteramente tranquilo?, preguntó Tragomer.

– Estoy en el mar que pertenece á todo el mundo; soy dueño de mi barco; y si alguien quisiera hablarme, le respondería con esto.

Dió un golpe amistoso en una de las largas piezas de cobre que iban perezosamente echadas en el puente, y añadió con una hermosa confianza nacional:

– Y toda Inglaterra estaría detrás de mí.

– ¿Dónde estamos en este momento y adónde nos dirigimos?, preguntó Tragomer.

– Estamos atravesando Bowen, en Australia, y tenemos la proa hacia Nueva Guinea. Voy á acortar la marcha para no agotar inútilmente nuestras carboneras, pues no podremos llenarlas hasta Batavia. Vamos á navegar á la vela.

– Haga usted lo que crea conveniente, capitán. Nuestro interés es dejarnos llevar.

Bajaron al salón y se dirigieron á los camarotes. Por primera vez desde hacía mucho tiempo, Jacobo encontraba el lujo y la comodidad á que estaba acostumbrado desde la niñez. Le habían preparado un ancho camarote amueblado con una cama, un armario de espejo y un lavabo. En todos los detalles brillaba la limpieza inglesa, y Jacobo encontró con alegría infantil los cepillos, los frascos y los utensilios de tocador que constituyen los cuidados y la elegancia de la vida.

Se dejó caer en una butaca mirando alrededor, como si no se cansara de contemplar lo que veía; pero de repente palideció. En la cabecera de la cama y en marcos de oro acababa de ver los retratos de su madre y de su hermana. Vestidas de negro, tristes y desmejoradas, parecían llorar al ausente. El día antes de salir de Southampton, Marenval había recibido aquellas fotografías destinadas á Jacobo y que representaban una promesa de perdón.

– ¡Qué cambiadas están!, dijo Jacobo después de un largo silencio.

– Y sin embargo, en ese momento empezaban á esperar...

– ¿Cómo hacerles olvidar lo que han sufrido por mí?

– ¡Oh! Muy fácilmente. En las madres y en las hermanas hay tesoros de indulgencia. Les bastará volverte á ver. Lo que más daño les ha hecho no es creerte culpable, sino saber que eras desgraciado.

– Dime cuál ha sido su existencia desde hace dos años.

– La de dos reclusas voluntarias. Han huído del mundo á quien acusaban de tu perdición, y se han confinado en su casa para llorar á sus anchas. Todo lo que no fueses tú era extraño para ellas. Todo lo que no participaba de su fe en tu inocencia y de su desolación por tu martirio, fué separado sistemáticamente. Yo mismo...

¿Tú, Cristián?, exclamó Jacobo con sorpresa.

– Sí, yo; porque en el primer momento de estupor incliné la cabeza ante la sentencia que te condenaba; porque no reaccioné bastante pronto contra la infamia que te era impuesta, fuí rechazado por tu madre y por tu hermana..., ¡por tu hermana, á quien amo; por María, que estuvo aún más dura que su madre! Su puerta se me cerró, como si yo fuera un importuno ó un enemigo... Y á pesar de mis esfuerzos, nada pude conseguir hasta que dí con los primeros indicios del error de que habías sido víctima. Sólo entonces la señora de Freneuse consintió en verme, y no puedes figurarte la intransigencia de tu hermana... Hasta el último minuto no se presentó delante de mí, y si me estrechó la mano fué porque afirmé que iba á arriesgar mi vida por salvarte.

– ¡Querida María! Y tú, pobre Cristián, también has sido desgraciado por mi causa...

– Pero tomaré un brillante desquite. Cuando te arroje en sus brazos tendrá que reconocer que no soy un ingrato ni un indiferente, su altivez se humanizará y la volveré á ver como en otro tiempo, sonriente y afectuosa.

Jacobo se puso grave y dijo con lentitud, como si pesase las palabras:

– Hace veinticuatro horas, Cristián, estoy reflexionando sobre todo lo que me has revelado. La noche que precedió á mi evasión, mientras yo temblaba por sus consecuencias, y anoche, en fin, cuando me encontré libre entre las inmensidades del mar y del cielo y en presencia de Dios, pensé en todo lo que tiene de extraño tu relato y resolví perseguir la prueba del crimen que se ha cometido conmigo. Me he convencido de que mi primer deber es rehabilitarme. Mi madre y mi hermana han llorado durante dos años; yo he padecido torturas inconcebibles, mientras los verdaderos culpables se regocijaban por mi pérdida y se reían de mi vergüenza. Son unos monstruos y quiero castigarlos. Si Lea está viva, si Sorege es cómplice de su desaparición y la sustituyeron con otra víctima, es preciso que la verdad brille y que se sepa qué móviles les guiaron y cómo lograron engañar á la justicia y á mí mismo. Es indispensable que me digas todo lo que sabes y que yo te cuente lo que ignoras. Porque ante los jueces no lo he dicho todo, no podía decirlo. He dejado sin esclarecer ciertos misterios porque no quise comprometer á alguien á quien yo creía extraño al asunto. Pero ¿quién sabe si me engañaba? Cuando hayamos restablecido los hechos de un modo verosímil, ya que no real, convendremos el modo de obtener el resultado que ambicionamos.

– ¡Al fin! Estas son las palabras que yo esperaba, que yo preveía, exclamó con fuego Cristián. ¿No lo has dicho todo ante los jueces? ¿Has temido comprometer á quién? ¡Acaso á los mismos que te perdían! Pero vamos al fin á comprenderlo todo y á descifrar este enigma... Esperemos á Marenval, que tiene derecho á saber lo mismo que nosotros.

En el mismo momento se abrió la puerta, y Cipriano se adelantó hacia Jacobo con las manos tendidas, sonriente y dichoso.

–¡Y bien! ¿Nuestro pasajero empieza á reponerse de sus emociones?

–Vuestro protegido no tendrá bastante con todo su corazón para agradecer lo que habéis hecho por él.

–Querido amigo, nos quedan dos meses de vivir juntos y tendremos tiempo para congratularnos mutuamente. Porque, salvación aparte, vamos á hacer con usted un viaje admirable. Y como pasaremos nuestro tiempo en penetrarnos de su inocencia, tendremos una completa seguridad de espíritu.

Marenval, con su buen sentido, infundió calma en los ánimos ya muy exaltados de los dos jóvenes y les volvió al equilibrio recordándoles la justa noción del tiempo y de las cosas.

–Mi querido Jacobo, ante todo es preciso devolverle á usted una figura humana. El ayuda de cámara va á venir á afeitarle, á peinarle. En el armario encontrará usted ropa blanca y vestidos á su medida. Se sentirá usted con más aplomo cuando esté lavado y mudado. No hay como encontrarse en su traje ordinario para volver á sus costumbres. Cuando esté usted listo, véngase al comedor. Almorzaremos y después, si nos conviene, charlaremos.

El criado entró. Marenval y Cristián dirigieron un ademán amistoso á su huésped y salieron del camarote.

III

Viendo á Jacobo vestido con un traje de franela blanca, una elegante gorra, tendido en un *rocking-chair* y fumando un buen cigarro, después de almorzar en compañía de sus dos amigos, nadie hubiera reconocido en él al miserable penado que arrastraba el día antes su cadena en el presidio de la isla Nou. Los cuidados del notable ayuda de cámara que Marenval había llevado consigo y sin el cual no podía pasarse, una buena elección de ropas, la ducha, la navaja, los peines y toda una minuciosa sesión de tocador operaron esa transformación. Era Freneuse desmejorado, pálido, sin cabellos y sin barba; pero era Freneuse, con su mirada y su sonrisa.

Jacobo dijo á sus compañeros:

–Ahora es preciso que yo dé las explicaciones necesarias para estudiar el problema y resolverle. Para empezar, fijaré el estado de mis relaciones con Lea Peralli. Hacía cerca de dos años que vivía con ella, como sabéis. Yo estuve al principio muy enamorado y ella, por su parte, parecía amarme tiernamente. Cuando la conocí, llegaba de Florencia, de donde había tenido que alejarse á consecuencia del escándalo del divorcio con su marido, el caballero San Martino, ayudante de campo del conde de Turín. Era una admirable rubia de ojos negros, alta estatura y manos aristocráticas, cuya aparición producía en todas partes una sensación profunda. Más instruída que inteligente, poseía en el más alto grado la facultad de la fascinación sensual. Era difícil verla sin enamorarse de ella, y sus grandes maneras y su talento de cantante, que le había valido grandes éxitos en los salones aristocráticos de Roma, acababan de apoderarse del ánimo turbado por su belleza.

Cuando nos conocimos habitaba un departamento amueblado en la calle de Astorg y vivía decentemente con restos de su dote, que el marido le había devuelto con una generosidad digna de aprecio, dado el trato poco halagador á que su mujer le había sometido. Una camarera y un joven criado, traídos de Italia, la servían más bien mal que bien, y el desorden, la falta de respeto de los criados y la irregularidad en el servicio ofrecían un cuadro muy característico de la incuria italiana. Había allí una mezcla de lujo y de miseria completamente curiosa. Al comienzo de nuestras relaciones he visto á Lea en peinador de seda, con unos zafiros de veinte mil francos en las orejas, almorzando unos arenques en una mesa sin mantel, en un plato desportillado y con vino de *champagne* bebido en tazas de cocina. El orden, el decoro de la vida eran letra muerta para ella. Lo importante, lo que ella satisfacía ante todo era su capricho. La encontré en un concierto de beneficencia, donde cantó magistralmente unos aires húngaros, acompañada por Maracksy, y me quedé encantado por su belleza y por su aire majestuoso.

En medio de las señoras del gran mundo que en el estrado prestaban su concurso á la función, Lea parecía una reina. Estaba guiada y protegida por el marqués Gianori, ese viejo verde teñido y estirado y que tiene un modo tan alarmante de acariciar los dedos del que le da la mano. El guardián no era, pues, muy temible; hice que me presentaran á la encantadora italiana y el día siguiente fuí á dejar mi tarjeta en su casa. La respuesta no se hizo esperar, pues á los pocos días me invitó á ir á su casa á tomar una taza de te y á oir música.

No desperdicié la ocasión y á las diez llegué á la calle de Astorg, donde encontré una docena de personas de variadas condiciones, desde el tenorino que cecea el francés hasta el diplomático serio, y desde la viuda joven un poco dudosa hasta la más auténtica. Era aquella una sociedad extraña en la que aparecían mezclados lo sólido y el similor, pero donde se veía que lo sólido iba á desaparecer prontamente para dejar el campo libre á todo género de fantasías. Mi entrada en escena trajo ese resultado. Tenía yo veinticinco años y era libre, rico y muy solicitado en sociedad. Tenía excelentes relaciones y un lujo de buen gusto. Me apoderé de Lea por el aspecto exterior de mi vida, que era justamente aquel á que le hacía más sensible su naturaleza italiana. Más que mis atenciones, mis cuidados y mi ternura, ganaron su voluntad mi carruaje correctamente enganchado y esperando á su puerta, mis elegantes libreas, el refinamiento de mi porte, la sonoridad de mi nombre y la autenticidad de mi título. Pronto concibió por mí un amor de cabeza, vivamente transformado en amor de los sentidos.

Al cabo de unas semanas su existencia había cambiado por completo. Ya no recibía á ninguna de las personas á quienes encontré en su casa, y que fueron reemplazadas con increíble facilidad por mis amigos y sus amigas. Aunque distinguida por educación, no tenía el sentido de las distancias sociales. La encontraba frecuentemente sentada enfrente de su camarera italiana, una pesada hija de Lombardía, jugando á las cartas y fumando á dúo cigarrillos. Cuando yo le hacía observaciones me respondía:

–¿Qué importa? Está á mi disposición, lo mismo para distraerme jugando á la baraja que para abrocharme las botas. Le pago, me sirve y no hay más. En cuanto á fumar, todo el mundo lo hace en Italia, hasta las damas de la corte.

Su falta de respetabilidad era tan grande como su ignorancia de la economía, que llegaba al descuido más completo. Jamás se preocupó por saber cómo iba á pagar lo que compraba ni con qué haría frente á los gastos de la vida diaria. Mientras tenía dinero, lo gastaba; cuando el cajón estaba vacío, se privaba de todo. Y era curioso ver con qué poco se contentaba aquella mujer acostumbrada al lujo y á prodigar el dinero como una princesa. Antes de estar iniciado en las dificultades de su posición, la he sorprendido alimentándose, según ella por gusto, con platos de su país que costaban apenas unos céntimos al día.

Un día me encontré en su casa en pleno embargo y á Lea en medio de una avalancha de papel sellado y llorando delante de sus alhajas que en tanta estima tenía y que valían mucho dinero. Sus proveedores, exasperados por el desahogo y la falta de cumplimiento de mi amiga, habían preparado aquella ejecución. Mi primer movimiento fué sacar la cartera y preguntar al alguacil: «¿Cuánto?» Lea, con gran furia de desinterés amoroso, protestó, lloró y se empeñó en rehusar; pero el funcionario, que había visto la posibilidad de cobrar, no hizo caso de las exclamaciones de la deudora; y por primera vez, Lea me costó el dinero.

Si yo no se lo hubiera ofrecido es probable que no me lo hubiera pedido nunca; pero desde el día en que pagué, encontró muy natural continuar aprovechándose de mi generosidad. Y aquí empieza el período más deplorable de mi existencia. La acusación á que sucumbí estuvo basada en las locuras que hice para sostener los gastos de Lea. Tenía para vivir cómodamente como soltero y para sufragar todo el coste de la vida del gran mundo. En esta época había ya empezado á gastar la herencia de mi padre; pero las tierras que había vendido eran de poco rendimiento y mis rentas no habían disminuído gran cosa. Tenía yo todavía cuarenta mil francos de renta.

Apenas si esta cifra hubiera sido suficiente para los gastos de Lea y para los míos si una prudente economía hubiera regulado las necesidades corrientes; pero el desorden de Lea era incurable y yo no era tampoco muy previsor. Ello fué que al cabo de unos meses me encontré en los más graves apuros. ¿Para qué recordaros los detalles de aquella triste época? Los conocéis tanto como yo. Usted, Marenval, me ayudó en diversas ocasiones á pagar deudas urgentes que me hubieran comprometido sin recurso, y tú, Cristián, trataste de arrancarme á mi disipación y á mi rebajamiento. El juego había llegado á ser mi único recurso, y para sostener mis fuerzas aniquiladas por las noches enteras que pasaba en las mesas de *baccara*, me dí á la bebida.

Durante aquellos años malditos en que me visteis descender paso á paso hasta el fango del arroyo, mi inteligencia y mi corazón estaban atrofiados. Vivía como un bruto, y los destellos de razón que se manifestaban todavía en mí, no servían más que para satisfacer mis vicios. Porque mientras Lea se adhería más y más á mí viendo mis esfuerzos para hacerla vivir dichosa, yo empezaba á cansarme de ella y la engañaba. Lo mejor hubiera sido, sin duda, renunciar á ella, refugiarme en mi familia, arreglarme y empezar de nuevo á vivir; era yo tan joven que todo hubiera sido posible. Pero insistí en mis relaciones con una especie de obcecación estúpida, como si el renunciar á Lea fuese prescindir de todos los sacrificios que había hecho por ella. Me encontraba en la situación de un jugador que busca el desquite. Y además, tenía miedo á su carácter exaltado.

Aquella mujer altanera y violenta tenía á veces recaídas en el orgullo de su antigua condición que le hacían terrible. Un día en que su criada, la misma á quien toleraba tan extrañas familiaridades, le contestó no sé qué insolencia, se arrojó á ella, la tiró al suelo y por poco la hiere gravemente. En aquellos momentos, decía, sería capaz de matar y no tendría miedo á un hombre. Tantas veces me había amenazado con su cólera si la engañaba, que si no temía violencias contra mi persona, podía pensar que acaso atentase á la suya.

–¿Qué me quedaría si te perdiera?, me decía. Mi vida caería en ruinas. Todo lo he abandonado por ti. Cuando te conocí era todavía una mujer del gran mundo. Ahora ¿qué soy? Una entretenida. Mi familia no quiere nada conmigo y ni siquiera responde á mis cartas. Recibo mi modesta pensión por medio de un banquero. He roto por ti con mi pasado y tengo derecho á tu porvenir.

Vignot, el ilustre compositor, entusiasmado por su voz y por su estilo quería ajustarla en la Opera para interpretar el principal papel en su nueva obra. Pero ella no aceptó, por cumplir la promesa hecha á su familia de no cantar en público. Yo la incitaba á aceptar las proposiciones de Vignot para ver si Lea se bastaba á sí misma y se aligeraba así el pesado fardo de mis deudas. Acaso también, en el entusiasmo del éxito, se hubiera separado de mí para ponerse en condiciones de admitir los ricos y brillantes adoradores que no hubieran dejado de asediarla. Pero su indolencia y su voluntad estaban de acuerdo para hacerla rehusar las contratas y seguía viviendo inactiva, en el desorden y en el descuido. Recibía á sus compatriotas y á mis amigos, algunos de los cuales le hicieron la corte, sin que esto me inspirase cuidado alguno. Me hubieran hecho un verdadero servicio quitándomela, y esto bastaba para que ninguno lo lograse.

Cristián era el único que nunca había simpatizado con Lea y había hecho todo lo posible para hacerme romper aquella unión, hasta el punto de regañar momentáneamente conmigo y de un modo más profundo con ella.

Sorege, por el contrario, no escaseaba los elogios sobre la bondad, los encantos y la distinción de Lea. Si sus expansiones no se hubieran realizado en mi presencia, hubiera yo podido sospechar que estaba enamorado de Lea, de la que era fiel amigo y confidente. Mi hermana, con la que quiso casarse, le rechazó, y Sorege iba muy poco á casa de mi madre, á la que yo mismo no concurría con frecuencia. La hostilidad de Juan contra Tragomer se traducía en continuas insinuaciones y hábiles sarcasmos.

Era el tercer año de mi unión con Lea y la situación se había puesto más grave que nunca. Una locura completa se había apoderado de mí y debía conducirme á una catástrofe. Por lo general Lea no recibía en su casa más que hombres, convencida con razón de que la sociedad de las mujeres es inútil cuando no peligrosa.

–Si traigo una mujer á mi casa y es fea, mis amigos no encontrarán placer alguno en su presencia, y si es bonita, arriesgaré el perder mi amante.

Solamente cuando me creía unido á ella con lazos muy fuertes hizo una excepción á esa regla, y esta fué la causa de mi perdición. Lea había conocido una joven muy elegante, muy linda y cantante simpática, que le agradó por la gracia de su carácter y por una atracción misteriosa y perversa de que no la hubiera creído capaz. Su nueva amiga se encargó de modificar sus costumbres, y mi amante, con el ardor que ponía en todo, llegó á estar tan celosa de Juana Baud como hubiera podido estarlo de mí mismo.

Hasta entonces ni Marenval ni Tragomer habían hecho un gesto ni pronunciado una palabra y habían dejado hablar á Jacobo con la esperanza de coger algún indicio útil ó algún dato nuevo. Pero cuando pronunció el nombre de Juana Baud, los dos se dirigieron una mirada. La luz empezaba á abrirse paso y la aparición de Juana Baud en la existencia de Jacobo y de Lea daba una importancia decisiva al descubrimiento de Tragomer.

(Continuará)



MADRID. – El entierro de Castelar. – La capilla ardiente en el Congreso (de fotografía de Company, de Madrid).



MADRID. El entierro de Castelar. – Paso de la fúnebre comitiva por la calle de Alcalá (de fotografía de Company)

EL ENTIERRO DE CASTELAR

El entierro del eminente repúblico ha sido una de las manifestaciones más solemnes, más imponentes, más hondamente sentidas que se han verificado en la capital de España.

Desde mucho antes de ponerse en marcha la fúnebre comitiva, las calles por donde ésta debía pasar estaban atestadas de una multitud inmensa, ansiosa de rendir el postrer homenaje al tribuno ilustre que tantas veces la enardeció con sus incomparables discursos, y el último tributo de agradecimiento al hombre de Estado que en circunstancias gravísimas salvó á España de inminente ruina y al patriota insigne que todo, absolutamente todo, lo sacrificó en aras de su patria idolatrada.

Desde las primeras horas de la mañana del día 29 de mayo último rezáronse misas en la capilla ardiente del Congreso, en donde permanecía expuesto el cadáver, delante del cual desfilaron millares de personas pertenecientes á todas las clases sociales. A las tres de la tarde procedióse á la soldadura del féretro, y poco después acudieron al palacio de los Diputados los individuos del gobierno, de uniforme; los capitanes generales Sres. Martínez Campos, Blanco, López Dominguez y Primo de Rivera, de gran gala y ostentando todas sus condecoraciones; las representaciones del ejército y de los centros oficiales, el cuerpo diplomático, comisiones é invitados.

A las cuatro púsose en marcha el cortejo fúnebre, precedido de una sección de la guardia civil á caballo: seguían los asilados de San Bernardino y del Hospicio con todas las dependencias de los benéficos establecimientos, una carroza de respeto del Congreso y varios landós conduciendo infinidad de coronas, el clero de Madrid, el cabildo catedral y el carro mortuorio con el féretro, cuyas cintas llevaban los Sres. Sagasta, Martínez Campos, Fernández Flores, Echegaray, Moya, Fernández y González y Azcárate, una guardia de honor formada por 25 guardias civiles con armas á la funerala, comisiones de las corporaciones y particulares, representantes de sociedades extranjeras y cuerpo diplomático y la presidencia del duelo, cerrando la marcha el 14.º tercio de la guardia civil de pie y á caballo.



Corona de bronce dedicada á D. E. Castelar por los editores de «La Ilustración Artística,» fundida por Masriera y Campins, de Barcelona.

Es imposible describir el aspecto que ofrecía Madrid: desde primera hora aparecieron enlutados los balcones de todos los centros y sociedades, y en los edificios públicos ondeaba la bandera á media asta, y á los ministerios y oficinas sólo asistieron los empleados de guardia. Era muy difícil transitar por las calles que debía recorrer el entierro, y los balcones, los tejados, los árboles, todos los sitios y todos los objetos que ofrecían un punto de vista, estaban completamente ocupados.

Imposible también sería enumerar las personalidades ilustres que al entierro concurrieron; la enumeración, además, resultaría inútil, porque basta con decir que en la comitiva figuraban cuantas eminencias tienen en la corte la aristocracia, la fortuna y el talento.

A las ocho llegó el entierro al cementerio, cuyas puertas habían sido cerradas para impedir que lo invadiera el público numeroso; y después de rezado un responso, el cadáver del Sr. Castelar recibió cristiana sepultura.

Las fotografías que publicamos en esta página y que representan la capilla ardiente del Congreso, el paso del entierro por la calle de Alcalá y la tumba en donde fué inhumado el cadáver del Sr. Castelar nos han sido facilitadas por el reputado fotógrafo de Madrid señor Company. Con ellas reproducimos también la corona que á su memoria dedicaron los editores de La Ilustración Artística.



MADRID. – Sepultura en donde ha sido enterrado Castelar en la Sacramental de San Isidro (de fotografía de Company)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

GUÍA DE VIAJEROS, por *J. Xaudaró.* – Viendo los álbums dibujados por Xaudaró, que con tanto éxito publica en Barcelona D. Luis Tasso, bien puede afirmarse que la gracia del tal dibujante no sólo es inagotable, sino que va en aumento de día en día. Los que quieran pasar un buen rato, compren el último que se ha puesto á la venta con el título de *Guía de viajeros* y no les pesará de seguro su adquisición.

GRANDES Y CHICOS, por *Rodrigo Soriano.* – Contiene este tomo, que forma parte de la *Biblioteca Selecta* con tan buen acierto editada en Valencia por D. Pascual Aguilar, una serie de semblanzas de hombres célebres españoles y franceses, escritas por Rodrigo Soriano: hay entre ellas las de Pereda, Pérez Galdós, Fortuny, Benlliure, Goya, Dumas, Constans, Lesseps, Maupassant, Julio Simón, Rochefort y otras no menos interesantes, todas admirablemente escritas y amenizadas con multitud de curiosas anécdotas. Rodrigo Soriano es sobrado conocido en el mundo de las letras para que necesitemos prodigarle mayores alabanzas. *Grandes y chicos* se vende á 2 reales.

CARMEN, por *José de Laugi.* – D. Luis Brun en el bien escrito prólogo de esta novela dice, después de alabar el estilo fácil de la misma: «También aplaudo á mi amigo por la elección del asunto simpático y conmovedor; por haber huído como del demonio de describir escenas escabrosas á las que tan aficionados se muestran algunos maestros; por el lenguaje natural y sencillo, y sobre todo por el gracioso arte que ha tenido para que los personajes nos sean todos simpáticos á tal extremo que se apoderan del ánimo, de modo que dudo yo que haya persona que pueda dejar la novela hasta llegar al fin.» Conformes en un todo con este juicio, sólo añadiremos que Carmen, editada en Madrid, por D. Fernando Fe, se vende á dos pesetas.

ASOCIACIÓN DE ARQUITECTOS DE CATALUÑA. – ANUARIO PARA 1899. – La simple enumeración de las materias contenidas en este anuario demuestra la importancia del mismo. Después de anunciar los levantados propósitos que mueven á la Asociación á emprender la publicación del Anuario, insértanse las listas de arquitectos; el discurso leído por el presidente saliente D. José Amargós en la sesión del 2 de enero de 1899; interesantísimas monografías sobre la iglesia de Santa María de Junqueras, la Seo de Manresa y el Palacio de Justicia de Barcelona; una conferencia sobre la elaboración del hierro, dada en 22 de mayo de 1897 por el reputado constructor don Juan Torras; un notable artículo «Madrid y sus arquitectos,» por D. Luis Cabello; las necrologías de D. Francisco Rogent y Pedrosa y D. Camilo Oliveras; una Sección legislativa y varios cuadros de precios aplicables á las construcciones de Barcelona. Las monografías van ilustradas con multitud de planos. La Asociación de Arquitectos merece entusiastas plácemes por la obra emprendida.

***

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Revista contemporánea, quincenal madrileña; *El istmo de Panamá,* bisemanario colombiano; *El Correo Nacional,* diario de Bogotá (Colombia); *El Diario Español,* de San Pablo (Brasil); *La Revista,* semanario de Murcia; *La Unión Católica,* semanario de Valencia; *Boletín bibliográfico español,* publicación mensual autorizada oficialmente por el Ministerio de Fomento; *El Popular,* diario de Méjico; *Boletín del Instituto Americano de Adrogué,* publicación mensual argentina; *Boletín meteorológico del Observatorio Mons. Lasagna del Colegio Pío IX de Artes y Oficios en Buenos Aires,* y *El Correo de España,* diario que se publica en Méjico.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 168, Barcelona



FLORES PARISIENSES, cuadro de B. Lemeunier,
Copyright 1899, by Braun, Clément y C.ª



UN BAUTIZO EN ESPAÑA, cuadro de V. de Paredes



IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XVIII — Barcelona 19 de junio de 1899 — Núm. 912

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



QUIEN ESPERA DESESPERA, cuadro de Román Ribera

ADVERTENCIA

Con el presente número de La Ilustración Artística repartimos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el tomo segundo de la presente serie, que será el tercero de la obra de Imbert de Saint-Amand, *Napoleón III.*

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

VELÁZQUEZ

Velázquez *de actualidad.* ¡De actualidad! ¡Qué figura tan *mezquina* hace esta palabreja al lado del nombre glorioso, en su orden y esfera comparable al de Cervantes, y superior al de Calderón, si pudiese ser superior la verdad *externa* al ensueño! – ¡Velázquez *actual!* Hay cosas que no son actuales nunca; es su privilegio, es su blasón.

Como á todo genio indiscutible, á Velázquez puede considerársele de muy varios modos, y calificarle al mismo tiempo de universal y de nacional; expresa á la humanidad *(Los borrachos)* y expresa enérgicamente á su raza y pueblo *(Las meninas).* Por eso la gloria de Velázquez, cual la de Cervantes, hace rendir el pabellón á los más exigentes y rigurosos críticos extranjeros. No así la de Calderón, exclusiva, peculiar de determinado pueblo en determinado momento de la historia. Los alemanes han admirado mucho á Calderón; los franceses é ingleses, por ejemplo, no han podido asimilárselo nunca.

* * *

Velázquez es un pintor nacional, enteramente nacional, y acaso lo que de español hay en su arte sea más perdurablemente español que otras manifestaciones al parecer señaladas con el carácter especial que se nos atribuye. Taine, para definir nuestro arte, nos llama «una monarquía de inquisidores y de cruzados, que conservaban los sentimientos caballerescos, las pasiones sombrías, la ferocidad y la intolerancia y el misticismo de la Edad Media,» y opina que, en esta atmósfera sobresaturada de fanatismo, «los máximos artistas son los hombres que han poseído en más alto grado las facultades, los sentimientos y las pasiones de ese público que los rodeaba.» Semejante teoría, que el maestro de la crítica aplica inmediatamente á Lope de Vega y á Calderón, sería difícil de aplicar á Miguel de Cervantes y á don Diego de Silva Velázquez; y en efecto, guárdase Taine de sacarla á relucir con motivo de ninguno de los dos mayores astros de nuestro cielo. Porque en el extranjero hay propensión á vernos al través de nuestra leyenda tan sólo, y el lado realista, el enérgico estudio de la verdad sin aditamentos que nuestro arte encierra, ha solido dejarse á un lado, costumbre de los que defienden una tesis al encontrar documentos que la contradicen y hasta la destruyen.

* * *

Y Velázquez, bien mirado, tiene más de español rancio y puro que Calderón. Taine enseña que el carácter más estable, en arte, es siempre el más elemental y sencillo; que su duración la causa su profundidad. Observación sagacísima, ajustada al arte español enteramente. Lo que notamos en él de tiempo inmemorial, desde el Arcipreste de Hita y la *Celestina,* es un realismo franco, á veces cínico por su indiferencia. El misticismo metafísico de Calderón llega después, dura relativamente poco, y nunca obtiene tan completo predominio que á su lado no se alce la figura de Quevedo. Es por consiguiente el realismo ese carácter persistente á que alude Taine, y que resalta á las claras cuando comparamos entre sí las manifestaciones artísticas de nuestra patria. No hay sino ver en el Museo del Prado, en Madrid, en las salas llamadas de Alfonso XII, la inferioridad de las tablas españolas, al lado de las de los maestros *cuatrocentistas* italianos y alemanes. La fórmula artística (ya sé que digo una cosa contra el sentir común, pero es verdad) no encaja en el arte español. Aquellas delicadezas ensoñadoras de Angélico, que mojaba el pincel en la increada luz del Paraíso de Dante; aquellos paganismos ideales de Patinir; aquellos mismos desenfrenos imaginativos del decadente Bosco, no se adaptan fácilmente á nuestro modo de ser: la pugna de la genialidad española con el estilo general de las tablas del xv resalta á la primer ojeada. Y cuenta que se habían establecido en Castilla artistas italianos, flamencos, franceses – los Starnina, Rogel, los Juanes de Borgoña – poniendo cátedra de misticismo y de idealismo refinado, y á su enseñanza se plegaban, no sin protesta interior, aquellos castellanos, aragoneses y catalanes que, si se dejasen llevar de su instinto, se anticiparían dos siglos á Velázquez en la imitación directa de la naturaleza.

Dominados por el influjo europeo, nuestros pintores del xvi, quieren empezar, sin embargo, á sobreponerse á él. La empresa era difícil, porque no sé de arte más internacional que la pintura del Renacimiento. Todo se vuelve, en aquella época, viajar y trasiego continuo de artistas. Nuestros Juanes, Becerras, Céspedes y Ribaltas emigran á Italia; aquí se nos vienen Tibaldi y *el Greco.* Este extranjero, por raro caso, es quien mejor se penetra de ciertos matices de nuestra psicología, quien encarna á la España soñadora. La gravedad, la seriedad, la dignidad hidalga y la melancolía tétrica que ya empezaba á dominarnos, luchando con el paganismo renaciente, nadie los habrá expresado en el mundo, ni el propio Velázquez, como supo expresarlos *el Greco,* sobre todo en algún retrato y en varias hermosísimas cabezas de su obra maestra *Entierro del conde de Orgaz. Greco* es un pintor español hasta la medula.

* * *

De las tres escuelas principales en que se dividió la pintura española – valenciana, sevillana y castellana ó madrileña, – las dos primeras son las que se ajustan á leyes recibidas de otros países, que por la gloria de las armas habíamos llegado á creer nuestros entonces. Los grandes valencianos son casi italianos por la factura y el color: recuérdese á Juan de Juanes. En los sevillanos comienza á brillar la originalidad de España, y su sentimiento religioso ya se revela con vigor enérgico y dulzura incomparable en Zurbarán y Murillo. Y, entre paréntesis: ¡pobre Murillo! ¡Qué desacreditado está, y cuánto ha bajado su papel, diremos en vulgar frase, desde que los peritos y los críticos, formando compacto escuadrón, se colocaron del lado de Velázquez y minaron y socavaron la fama del «pintor de las Concepciones!» ¿Qué sucederá cuando en 1918 se cumplan los trescientos años de su nacimiento, ó en 1982 los de su muerte, «causada por su mucha honestidad,» según sus biógrafos afirman? ¿Se le hará centenario, se le consagrará una apoteosis? Lo dudo, porque repito que Murillo, en el concepto científico del arte, ha perdido crédito en estos últimos tiempos, no obstante la popularidad y simpatías de que goza entre el vulgo, juez á su manera y estilo, según el corazón y la fantasía, casi siempre. Antes quizás se exaltaba demasiado á Murillo; hoy se le rebaja desmedidamente. Antes se le concedía el primer lugar; hoy ni el segundo. En todo cabe exageración y extremo. Nos hemos cansado de Murillo, como nos hemos cansado de Bellini y de Donizetti: al uno le mataron los cromos y oleografías baratas, á los otros el piano casero y los callejeros organillos. Por fortuna lo mejor de Murillo es lo que menos corre en estampas alemanas para devocionario. Tambien Murillo, el célico, el vaporoso, el de los rompimientos de gloria y las miriadas de angelitos portadores de rosas y palmas, era de su raza y de su nación, y sentía y retrataba la verdad, con sincero y franco pincel; á veces, hasta con pincel implacable, crudísimo. Y si no, véase el celebrado cuadro del Museo del Louvre *La vieja y el muchacho;* véase otro de la misma catadura y parecido asunto, uno de los incomparables *Granujas* del Museo de Munich, y véase la clínica fidelidad con que aparecen copiadas las enfermedades y lacras de los pordioseros en el lienzo justamente célebre, de tanta elevación moral como verdad, *Santa Isabel de Hungría.*

* * *

No llegó más allá Velázquez, en quien la naturalidad y el don de trasladar al lienzo lo que veían sus ojos de tal manera resaltaron. Sólo que los ojos de un pintor nunca ven la verdad sino bajo la condición de poner en ella el sello de su genialidad propia. Es imposible ser más fiel que Velázquez, y con todo, aquello es Velázquez, más aún que la gallarda estampa de tal personaje, ó la catadura de cual borracho, enano ó bufón. Real es cuanto Velázquez nos presenta, pero real en él, por él, á su modo, con su peculiar luz y su toque amplio, inimitable.

Mejor que Moro, que Sánchez Coello, que Pantoja de la Cruz – con ser éstos tan maestros retratistas – supo Velázquez poner en una cabeza humana toda la vida de una época. Acaso en esto sea Sánchez Coello su único rival afortunado. Pero las figuras de Sánchez Coello pecan de rígidas; los trajes, adornos, galones y joyeles adquieren excesiva importancia; no domina lo principal á lo accesorio, como domina en Velázquez.

Lo que se advierte en este prodigioso artista que surgió cuando se precipitaba nuestra decadencia, es la cualidad más extraña en épocas tales: la que no poseyeron ni Murillo, ni Goya, ni Fortuny; el equilibrio, la salud mental, la razón serena, la normalidad completa é inalterable. Por esta cualidad hay gente, hay críticos modernos, que no se satisfacen con Velázquez: le encuentran apagado de imaginación, falto de sentimiento, hasta ordinario y bastote (contra esto último protesto enérgicamente). Imaginación y sentimiento, ¿quién duda que no los tuvo Velázquez, ni pudo en esto rivalizar con *el Greco*, su guía y predecesor? Con *el Greco* podemos soñar, podemos trasladarnos á otra vida; con Velázquez tenemos que permanecer en esta, pegados á la tierra, la roja y pardusca tierra castellana, respirando el claro ambiente de las sierras ó el polvo amarillo de las llanuras, pisando las alfombras palaciegas – sin gran dosis de ideal, á no ser que traiga el ideal en sí, estrechamente adherido, el propio asunto del cuadro – verbigracia, el de las *Lanzas,* con su atmósfera de valor y de militar cortesanía.

No ideas, sino pinceladas, es lo que se busca en Velázquez, y lo que le vale los homenajes de la nueva generación de técnicos; que si *el Greco* expusiese hoy algunos de sus lienzos rarísimos y sugestivos, se reirían de él, como se rió el público del Salón parisiense del pintor de la *Obra.*

Emilia Pardo Bazán

ROSA BONHEUR

(Véanse los grabados de la página 402.)

La ilustre artista recientemente fallecida en By, cerca del bosque de Fontainebleau, había nacido en Burdeos en 1822. Siete años contaba cuando su padre, pintor notable, fijó su residencia en París, y ya entonces mostraba precoces disposiciones para el dibujo, que luego desenvolvió y perfeccionó por medio del trabajo constante, estudiando los grandes maestros y haciendo en el Louvre copias que vendía á buenos precios.

En 1845 fué admitida por vez primera en el Salón, en donde presentó dos cuadros *Cabras y carneros* y *Conejos:* este comienzo era bastante modesto; pero aparte de que revelaba cualidades de verdadera artista, señalaba ya en Rosa Bonheur el propósito firme de dedicarse á la pintura de animales. Dos años después, sus *Bueyes rojos de Cantal* le valían una tercera medalla, y en 1848 el Estado le compraba sus *Labores agrícolas nivernesas*, que actualmente figura en el Museo del Luxemburgo.

Muy pronto la insigne pintora vió afluir los pedidos en su taller, habiendo pintado desde entonces numerosos cuadros, especialmente para Bélgica, Alemania, Inglaterra y América, en donde sus obras se pagaban á muy elevados precios. En 1865 la emperatriz Eugenia le entregó la cruz de la Legión de Honor y en 1893 el presidente Carnot firmó su promoción al grado de oficial de dicha orden. Además de ésta, poseía otras muchas condecoraciones extranjeras.

Después de mucho tiempo de no haber tomado parte en las exposiciones francesas, este año envió un cuadro al Salón: pocos días antes de su muerte, tratóse de conferirle la medalla de honor; pero en una carta llena de dignidad declinó tal distinción, porque le parecía desproporcionada, dada la escasa importancia del lienzo por ella expuesto.

Para trabajar más cómodamente, Rosa Bonheur había adoptado el traje masculino: vestida con pantalones y con una blusa ó con un sobretodo y cubierta siempre su cabeza con un sombrero de anchas alas, daba grandes paseos por el campo á pie ó en un cochecito que ella misma guiaba.

En todos sus cuadros se advierte el amor al natural y la pasión por la verdad llevada hasta los últimos límites. Su talento pictórico era un conjunto de cualidades viriles, y el vigor de sus trazos y la firmeza de su colorido han sido por muy pocos pintores igualados.

Rosa Bonheur ha muerto en la finca rústica en donde desde hacía cuarenta años llevaba una existencia retirada, siempre trabajando y siempre derramando con mano pródiga sus beneficios sobre aquel país, cuyos habitantes la idolatraron en vida y la lloran con dolor sincero después de muerta.

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE MADRID. 1899

El señor marqués de Pidal, ministro de Fomento, ha realizado su programa tal y como lo había dispuesto. Es el primer ministro que dejándose de andróminas no ha hecho caso de las peticiones de aplazamiento de la actual Exposición, ni concedido prórrogas para la recepción de obras é inauguración del certamen.

Contra cuantos cálculos, augurios y profecías se habían venido haciendo, el número de pinturas y esculturas que figuran en el Palacio del Hipódromo alcanza una cifra poco más ó menos igual á la de las últimas Exposiciones; y por lo que se refiere al mérito de aquéllas, tampoco hay variante sensible.



Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid. 1899
LA MINA DE CARBÓN, alto relieve de Inurria, premiado con primera medalla

***

Cúmplese en este certamen un fenómeno interesantísimo, no tan sólo desde el punto de vista artístico, sino desde el social y psicológico. Esperábase, es cierto, que venciese la escuela naturalista por lo que á la técnica se refiere, y que venciese por la tendencia en cada certamen más marcada á la representación de cosas, tipos y escenas de la vida vulgar, y muy especialmente de la de las gentes de mar y del campo; pero pensaban muchos, y yo entre estos, que no fuese tan rápida la victoria y sobre todo á raíz de los grandes desastres sufridos en la última guerra. Creíamos que influirían los dolores y angustias de la patria en el espíritu de nuestros artistas, tan románticos no hace todavía diez ó doce años, inspirándoles obras de carácter bien distinto al de placidez que ha inspirado casi todas las que componen la Exposición actual. Confieso, pues, que me he equivocado de medio á medio, y que si viviese Taine, le expondría esta observación mía, rogándole que si lo creía oportuno rectificase algunas de las afirmaciones que en su admirable obra *Filosofía del arte* hizo al tratar de la *producción de la obra de este género.*

Pero, en fin, dejando á un lado estas consideraciones, voy á intentar una rápida enumeración de aquellas obras que según mi leal saber y entender merecen que me ocupe de ellas en las páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

***

En la sección de escultura figuran como dignas de mención un alto relieve del escultor cordobés Inurria que lleva por título *Una mina;* un busto retrato de señora, de Marinas; otros dos, uno de ellos retrato de niña, de Blay; otro busto de la marquesa de Luque, modelado por Benlliure, y un pequeño grupo en bronce de este mismo artista titulado *No la despiertes;* una estatua representando un *Fecial* en el acto de declarar la guerra al enemigo, de Cabrero y Gallardo; la estatua del filósofo vigitano *Balmes,* modelada por Alcoverro, y que ya conocen mis lectores por haber sido reproducida en estas páginas; la estatua sedente de *Velázques,* obra de Marinas, y que habrá de inaugurarse en las fiestas próximas del centenario del gran pintor; un grupo de Campeny cuyo título es *A muerte;* un grupo de Castaños titulado *Bacante,* y un busto de *Giordano Bruno,* modelado por Vega Cruces. No creo haberme dejado en el tintero ninguna obra escultórica que merezca recordarse; si así no fuese, perdóneme el artista olvidado, porque, si he de decir verdad, aparte de tres ó cuatro de las mismas á que acabo de referirme, las restantes es posible que con el tiempo se olviden de ellas los propios autores.

Confieso que en general la sección de escultura me produce una tristeza grande. Temo que ahora, cuando habíamos comenzado á formarnos la ilusión de constituir en España una escuela escultórica digna de tal nombre, contando como contamos estatuarios esclarecidos, que unos en Madrid, otros en Barcelona, han modelado obras de verdadero mérito, el ambiente cada día menos propicio al arte que aquí nos rodea, ahogue, en punto casi de logrado el fruto, esa ilusión seductora. Porque, fuérzame á decirlo mi grande y perenne amor á lo bello, excepción hecha de muy escasas obras, en este certamen se acentúan más que nunca la impersonalidad, la carencia de ideales, los descuidos en el estudio y observación de la forma. Mas como la esperanza de mejorar ó de alcanzar días de sol no abandona nunca al hombre, aún me resta la de que acaso sea pasajera esta decadencia, y que el gusto público, elevándose de nivel de año en año, obligue al artista á volver la vista hacia aquellos ideales que no debió jamás abandonar... forzado, es cierto, por las exigencias de la vida.

***

Por eso, cuando veo obras como el busto en mármol de la niña *Piedad de Iturbe,* esculpido por Blay, el notabilísimo autor de los grupos *Primeros fríos* y *Hacia el ideal,* me parece sentir emoción parecida á la que experimento cuando en un corro de mujeres de pintados rostros y teñidos cabellos miro descollar la gentil cabeza de una jovencita, que sin artificio alguno luce sus encantos limpios de todo menjurge, viéndose á través de la fina epidermis correr la sangre y cómo tiñen sus labios y mejillas los colores de la juventud. Esta misma emoción me causan los bustos que de su señora modeló Marinas, y de la marquesa de Luque el insigne Benlliure. Y he aquí las tres obras maestras de icónica escultórica que figuran en la actual Exposición.

Después de tales obras, bien merecen un elogio la de Inurria y las de otros cuantos escultores, alguno para mí desconocido hasta el presente.

La mina de carbón titula á un gran alto relieve que ha traído á este certamen el primer artista que acabo de citar. De cuatro figuras se compone el grupo de mineros que el escultor cordobés modeló, estudiándolos en el fondo de una de las minas de Bélmez, á trescientos metros bajo el suelo, donde la atmósfera es asfixiante y donde muchas veces, á pesar de las lámparas Davy con que se alumbran esos topos humanos, el terrible gas *grisú* hace explosión, sembrando la muerte en aquellas espantables galerías.

Yo quisiera que Inurria hubiese dado más movimiento á sus figuras y que éstas agrupasen con más arte. Quisiera asimismo que, aun sin olvidar el espíritu del naturalismo clásico, fuesen las líneas de los desnudos mineros menos delicadas, más enjutas y rudas, en consonancia con el trabajo á que se dedican y que les ha de deformar necesariamente algunas partes del cuerpo, por el artista modeladas cual si tratase de un púgil ó de un atleta de Grecia ó Roma. Pero, aparte estos reparos, las estatuas (que estatuas son, pues apenas si alguna de las figuras está ligeramente adosada al fondo) merecen toda clase de encomios por la finura y firmeza del contorno, la elegancia del movimiento, la verdad típica de los rostros y lo bien entendido de las medias tintas.

De un género absolutamente diverso es el grupo en bronce *No la despiertes,* última obra ó por lo menos una de las últimas obras que la fecundidad prodigiosa de Mariano Benlliure ha producido. Representa á una bellísima joven desnuda, que tendida á orillas del mar, cuyas olas bañan las rocas sobre que descansa la ninfa, entregada al sueño, contemplan dos preciosos *amorcillos.*

Bien sabido es cómo modela Benlliure, y cómo dispone sus grupos, y cómo sabe sentir la realidad. Si la figurita de la ninfa es un prodigio de forma, las de los amorcillos son un encanto. En aquellas diminutas cabecitas hay tanta vida, que parece como que van á reir ó á charlar. Más que para vaciarlo en bronce me parece este grupo digno de haber sido modelado en pasta tierna de Sevres.

De Alcoverro, además de la estatua de *Balmes,* hay un bajo relieve que representa á San Pedro empuñando una llave (¿será la única que tengan las puertas del cielo?), un busto en barro cocido (una fantasía femenina), y una estatuita titulada *La luz eléctrica.* Dejemos al santo portero, dejemos también el busto y con el busto la representación plástica de la luz eléctrica, y vengamos (con la imaginación naturalmente) adonde está el filósofo de Vich.

Sería difícil encontrar tacha en esta estatua. Bien proporcionada, bien plegados los paños, bien movida, y sin embargo no impresiona, no obliga á que se le contemple largo rato. Aquella cabeza se inclina con naturalidad grande, y parece como que el célebre filósofo se dispone á pensar; pero todavía no ha comenzado. ¿Me entiende mi respetable amigo el señor Alcoverro? Es que le falta ese algo que no sé cómo se llama que ilumina y transforma el rostro más impasible, haciéndole transparentar las ideas y los pensamientos que se agitan en el cerebro. Por la frente de Cosme de Médicis pasan en tropel presentimientos bien tristes; por la del gran legislador del pueblo hebreo, la visión profética del camino que habían de recorrer los israelitas hasta su completa ruina. El tipo de esta estatua de *Balmes* es delicado, fino; en este particular acertó Alcoverro.

Bien quisiera decir lo mismo de la representación sedente del inmortal *Velázquez,* modelada por escultor tan notable como Marinas. Mas por esta vez he de quedarme con el sentimiento de no poder aplaudirle, pues confieso que no alcanzo á traslucir en aquella estatua la figura material ni la moral del gran artista sevillano.

En otra parte he escrito que no puede concebirse á Velázquez pintando sentado, y aquí repito lo que entonces escribí. Del simple examen de las obras de aquél se llega en seguida á esta conclusión. La pincelada es larga, el toque rápido, el dibujo grande; la retina del excelso maestro es una cámara obscura y necesita distancia para enfocar, para percibir del mo-



Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid. 1899
BACANTE, grupo escultórico de Castaños. 2.ª medalla

do maravilloso con que las percibía las medias tintas y las de las sutiles gradaciones del ambiente, como se advierte en todos sus cuadros y sobre todo en el de *Las Meninas*. Además, el mismo pintor se retrató de pie en esta última obra.

Por otra parte, las facciones de Velázquez eran enérgicas; tenía los ojos grandes, expresivos, rectamente colocados, la frente ancha..., y yo no veo nada de todo esto en la cabeza de la estatua modelada por Marinas. ¿Para qué seguir?



GUERRA DE FILIPINAS. – Una excursión á Barasoaín y Malolos. La estación férrea de Guiguinto (de fotografía, propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila).

Podría apuntar también desdibujos grandes. Marinas tomará la revancha, estoy seguro de ello.

De un tan conocido artista vengo á la obra de otro totalmente desconocido, el Sr. Cabrera y Gallardo. Su estatua *Fecial* es una muestra de lo que puede esperarse del autor; y en verdad que se puede esperar mucho. Si bastante dura de modelado y acusada la musculatura con exceso de relieve, en cambio tiene el *Fecial* un movimiento arrogante y una línea muy justa. Pláceme saludar en el Sr. Cabrero á un escultor de no vulgares condiciones, así como al Sr. Castaños, que ha modelado un grupo muy simpático. Representa á una *Bacante* montada sobre un macho cabrío. Bien movida la figura de ella, de blanda factura y líneas agradables, sin que sea una obra perfecta, pues no tiene carácter muy clásico que digamos, amén de alguna que otra dureza y rigidez, es sin embargo una obra muy apreciable.

R. BALSA DE LA VEGA

GUERRA DE FILIPINAS. – Malolos. Torre de la iglesia y calle donde se hallaban las casas ocupadas por la redacción de *El Heraldo Filipino* y por el Sr. Mabini, presidente del Consejo de Secretarios del gobierno filipino (de fotografía, propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila).

GUERRA DE FILIPINAS

Continuando la información gráfica de los sucesos que en las Islas Filipinas se vienen desarrollando desde que cesó en aquel archipiélago la soberanía española y estalló la lucha entre los yankis y los indígenas que en mala hora fiaron en las promesas de sus seudo libertadores, publicamos en esta página y en la siguiente varias interesantes fotografías que nos ha remitido nuestro inteligente y activo corresponsal en Manila D. Manuel Arias y Rodríguez, á quien una vez más reiteramos la expresión de nuestro agradecimiento por la atención con que nos favorece enviándonos tantos y tan variados datos.

Estas fotografías, como verán nuestros lectores, reproducen algunos de los lugares en donde se van desarrollando los importantes sucesos de la guerra que tan cara va costando á los norteamericanos y que lleva trazas de ser el principio del fin de una nación poderosa mientras ha progresado al amparo de la paz y del trabajo.

Tres de dichas vistas permiten apreciar los destrozos que la artillería yanki causó en la iglesia del barrio de Paco en Manila, durante un combate sostenido contra las fuerzas filipinas. Esta iglesia y la casa convento á ella adosada tenían los techos construídos con planchas de hierro ondulado y galvanizado, las cuales planchas se ven en el interior del templo retorcidas, rotas y en montón: las paredes de las fachadas han sufrido también muchísimo, según puede verse en las fotografías de la página siguiente.

Otra reproduce la vista del puente sobre el río de Paco (San Francisco de Dilao); en él se ven dos guardias yankis encargados de impedir el paso por el mismo á todo filipino, en cumplimiento de las órdenes dictadas por las autoridades militares norteamericanas desde que se inició el pequeño combate durante el cual se hicieron fuertes algunas tropas indígenas en el convento é iglesia de Paco.

El ferrocarril que se ve en otra de las fotografías es de vía estrecha y el único que existe en Filipinas: el tren, que se dirige á Malolos, aparece detenido en la estación de Guiguinto.

La calle del pueblo de Malolos, en donde estaban las casas ocupadas por la redacción de *El Heraldo Filipino* y la residencia del Sr. Mabini, presidente del Consejo de Secretarios, desemboca en la plaza del pueblo. La iglesia tiene dos fachadas, una que da sobre esa plaza y la lateral derecha que se ve en la fotografía.

La casa convento, residencia que fué de Emilio Aguinaldo, estaba adosada á la iglesia y se comunicaba con ella por la parte del coro. Al entrar los yankis en Malolos incendiaron la iglesia y la casa convento.

Malolos, arrasado por los norteamericanos, era una de las poblaciones más extensas y pobladas de la provincia de Bulacán: el núcleo central de casas lo formaban fuertes edificios de mampostería y el resto del pueblo componíase de agrupaciones de casitas de caña y nipa, como las que reproduce otro de nuestros grabados.

Dos de nuestras fotografías representan el paso por la plaza de Malolos de las tropas filipinas que se dirigen á la estación del ferrocarril, para trasladarse á las líneas avanzadas de Caloocan y San Juan del Monte, antes de romperse las hostilidades.

Los otros dos grabados que publicamos reproducen la iglesia de Barasoaín, en donde celebraba sus sesiones el Congreso Filipino que fué destruído el Viernes Santo al ocupar los yankis el citado pueblo, y el río que separa Malolos y Barasoaín, río fangoso y de poco fondo que pasa por un costado de la plaza principal del primero de dichos pueblos. – X.

UN VOTO DE CALIDAD

«La dolorosa exclamación *¡decadencia!* nos persiguió como un eco que han repetido por turno todas las generaciones. . . . . siempre pesimistas á la vista de lo presente, siempre optimistas al juzgar lo pasado.»

(*José* YXART. – *El arte escénico en España.*)

Un diario madrileño, *La Opinión*, tuvo (hace ya muchos días) la plausible ocurrencia de iniciar en sus columnas una campaña artística, de la cual, con saber que tiene por asunto *El teatro y nuestros autores*, puede presumirse la finalidad y la importancia.

Un redactor – discretísimo é inteligente por cierto – del mencionado diario, se propuso visitar á los primeros autores dramáticos de España para recoger las opiniones de todos en cuanto con el actual estado de nuestro arte escénico se relaciona, y dando principio á su tarea por una entrevista con el aplaudido autor de *El nudo gordiano* y *Las vengadoras*, publicó lo que *Eugenio Sellés* pensaba en materia tan interesante.

Gran satisfacción fué para mí que parecer tan autorizado coincidiera con mis opiniones, y esta coincidencia, que á un tiempo mismo me halaga y me honra, sírveme de estímulo para exponerlas una vez más, ya que aun admitiendo que yo esté en error, estoy con muy buena compañía.

Que la dolorosa exclamación *¡decadencia!* haya sido – según observaba el insigne y malogrado Yxart (nunca bastantemente llorado) – repetida lo mismo que un eco por todas las generaciones, nada tiene de extraño. Cada generación solamente conoce de las generaciones pasadas, por lo que á literatura respecta, lo mejor de lo mejor que ellas dejaron; en cambio ve, al presente, lo bueno, lo mediano, lo malo y lo pésimo que se produce, como siempre se ha producido. Actualmente lo bueno es lo que menos abunda, y en la comparación no puede menos de resultar perdidoso lo actual.

Pero si esto explica la opinión del vulgo, no alcanza á justificar la equivocación de las personas entendidas, á quienes no debería ocultarse que si *Venganza catalana* y *Un drama nuevo* y *Consuelo* y algunas otras, no muchas ciertamente, son obras que han merecido pasar á la posteridad, durante la época misma en que esos hermosos dramas eran representados, aparecían en nuestra escena centenares de obras de las que ni memoria ni rastro queda. Los autores mismos de esas comedias aplaudidísimas no tuvieron en todas idéntica fortuna, ni tampoco igual acierto.



GUERRA DE FILIPINAS. – Salida de tropas filipinas para cubrir las líneas de Caloocan y San Juan del Monte (de fotografía, propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila).

Porque opino así he sostenido (casi solo contra la mayor parte) que nuestro teatro no está en decadencia.

Entre los elementos que dan vida á esa manifestación artística son indudablemente los principales: los *autores*, los *comediantes* y el *público*. Y prescindo espontáneamente de pintores escenógrafos, de *atrezzistas*, de *tramoyistas*, de *sastres* y de multitud de auxiliares que sirven para dar ostentación y brillo al espectáculo; porque sobre lo mucho, muchísimo que en esa parte decorativa hemos adelantado no hay discusión posible, ni creo que dude nadie.

Pues bien: nunca hubo en España más autores que ahora; ni más cómicos; ni más decidida afición del público á las representaciones teatrales. Que no todos los autores son buenos, que muchos cómicos son malos, que el gusto del público no parece, por regla general, suficientemente delicado, no lo niego; pero, por ventura, ¿fueron excelentes, sin excepción alguna, todos los dramaturgos de otras edades? ¿Eran, en algún período de nuestra historia literaria, prodigios de habilidad y maravillas de inspiración todos los comediantes? ¿Fué – en alguna época – asombrosa la cultura del vulgo?

Pues si nada de eso ha ocurrido nunca, si en todo tiempo hubo poetas chirles, autores imbéciles, cómicos majaderos y público mal educado, ¿dónde han ido á buscar los que tanto hablan de decadencia término de comparación para señalarla?

Tenía, por consiguiente, mucha razón Eugenio Sellés para decir, de una



MANILA. – Fachada principal y torre de la iglesia del barrio de Paco, destruída por la artillería yanki



MANILA. – Vista general de la casa-convento ó iglesia del barrio de Paco, después del incendio producido por las granadas yankis



MANILA. – Interior de la iglesia del barrio de Paco, después del incendio



MANILA. – Puente de Paco (San Francisco de Dilao). – Guardia yanki impidiendo el paso á todos los filipinos



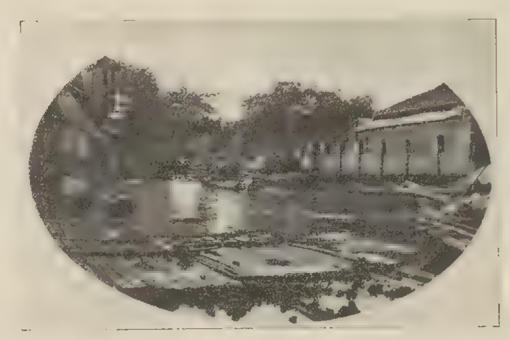
MALOLOS. – Salida de tropas filipinas para cubrir la línea de Caloocan y San Juan del Monte



MALOLOS. – Casitas de caña y nipa que existían en el camino que conduce á la ermita de San Juan



BARASOAÍN. – Iglesia en donde celebraba sus sesiones la asamblea filipina, destruída por los yankis al ocupar éstos Barasoaín y Malolos



Río fangoso y de poco fondo que separa los pueblos de Malolos y Barasoaín

DE FOTOGRAFÍAS, PROPIEDAD DE M. ARIAS Y RODRÍGUEZ, DE MANILA

manera rotunda y categórica: *No hay tal decadencia.*

Y tanto como no la hay. En España, como decía el aplaudido autor de *Las esculturas de carne,* hay teatros ya en todas las poblaciones de alguna importancia, y aun en villas y lugares que no tienen importancia ninguna.



El eminente hombre público D. José de Carvajal, fallecido en Madrid en 4 de los corrientes (de fotografía)

En nuestras grandes capitales existen relativamente más teatros que en las ciudades más cultas de Europa, y por lo que respecta á Madrid, donde no hay ni puede haber esa numerosa población flotante que en otras capitales, en París por ejemplo, es principal fuente de ingresos para las empresas de espectáculos públicos, se sostienen durante el invierno catorce teatros ó algunos más, y todos viven y todos tienen público y casi todos logran buenas ganancias si consiguen *dar con una obra que pegue.*

Que no todas las obras que en esos catorce teatros se estrenan son obras maestras, es muy cierto; ¿pero cuándo han sido obras maestras todas las representadas en un año teatral?

También es cierto que no son artistas de mérito relevante todos los que forman esas catorce compañías; pero no falta nunca en cada uno de esos teatros un cuadro muy aceptable, constituído por media docena de actores estudiosos, discretos y de disposiciones felices que satisfacen muy cumplidamente las exigencias, no muy exageradas, de los espectadores habituales.

Si entre los centenares de obras, obrillas y obrejas que en el curso del año cómico pasan por nuestros escenarios, hay una, una sola, de esas que están llamadas á *quedar,* no de repertorio, como se dice en la jerga de bastidores, sino de modelo, de muestra para que nuestros sucesores estudien lo que sabían hacer sus abuelos, no puede considerarse perdida la temporada.

«La afición al teatro, decía Sellés, lejos de decaer ha crecido, y si antes eran pocas las clases que frecuentaban los teatros, ahora son pocas las personas privadas de tal diversión.»

Si hay más autores que hubo nunca, y entre ellos algunos muy buenos; si hay también más comediantes que en otras épocas y de ellos muchos excelentes, y si el público aficionado al espectáculo teatral es hoy más numeroso que en ningún tiempo y más culto y más inteligente (hablo en general, por de contado), ¿dónde puede verse la decadencia tantas y tantas veces pregonada?

Puede verse y se ve efectivamente en el pormenor, pues con dificultad se halla quien para formar esos juicios eleve su espíritu y examine el conjunto, único medio de adquirir concepto cabal y exacto de una cosa cualquiera.

El espectador que una noche y otra noche y otra noche y otra y otras muchas concurre á tal ó cual teatro, y ve siempre juguetillos insubstanciales, tan parecidos unos á otros por el asunto y el desarrollo y la disposición de las escenas que, en muchas ocasiones, llega á figurarse que todos son el mismo, no piensa en que aquellas zarzuelillas insulsas, escritas sin ingenio, aliñadas sin habilidad, presentadas sin gracia y que suelen ser, en la mayor parte de los casos, un pretexto, una ocasión para que esta ó la otra tiple de moda luzca vistosos trajes ó exhiba pantorrillas primorosas, vienen á ser el lastre de la producción dramática de nuestro tiempo; que todo eso desaparecerá sin dejar nada en pos de sí; que entre esas docenas, esos centenares, esos miles si viene á mano de obrillas sin valor literario ni mérito artístico, podrá admirar, si para ello tiene paciencia y si concurre al teatro con perseverancia, algún trabajo bien discurrido, alguna obra hondamente sentida, alguna acción dramática interesante, conmovedora, ó varias situaciones cómicas ingeniosas y bien preparadas. Para hacer trabajo provechoso de selección, siempre fué precisa mucha constancia.

De aquellos dramas espeluznantes que aterraban á nuestros candorosos ascendientes, de aquellas intencionadas y picarescas tonadillas que hacían morir de risa al buen pueblo de hace cincuenta años, ¿qué resta? Absolutamente nada. Si alguna empresa cayese en la tentación de resucitar la más famosa de aquellas funciones que parecieron entonces el colmo de la travesura y de la malicia, pronto se convencería de que había comprometido gravemente sus intereses, advirtiendo que al público de hoy hacían bostezar los picantes chistes y los atrevimientos que ruborizaban á nuestras madres.

De aquellos tiempos, de florecimiento literario en concepto de algunos, apenas si han llegado hasta nosotros media docena de dramas. Algunos más dejaremos nosotros á nuestros hijos.

Y eso que, aceptando la locución vulgar, «si damos en que el perro rabie, rabiará al fin.» Si nos obstinamos en creer que hay decadencia y los empresarios se obstinan en proceder como si efectivamente la hubiera, acabaremos por tenerla.

Porque, al presente, la verdad del caso es que las empresas teatrales han negado el agua y el fuego á la producción española.

¿Por qué? Ellas lo sabrán: señalo el hecho; no lo explico.

Presumo que los empresarios supondrán que representando obras francesas y alemanas defienden mejor sus intereses que estrenando obras españolas.

Y efectivamente, realizan gastos extraordinarios para rodear á una obra extranjera con todo el esplendor y todo el aparato que su argumento requiere, y se cierran completamente á la banda cuando se les pide un gasto insignificante para presentar con decoro una obra española.

Esto, unido á la endiablada y perjudicialísima invención de los *días de moda* y de las *funciones clásicas* y de los viernes ó jueves de *estrenos,* invenciones antiartísticas todas y con las que nada ganan ni las empresas ni los autores, contribuye á que los autores dramáticos se retraigan poco á poco de un oficio en el cual son cada vez mayores las dificultades y las amarguras y es menor cada vez el estímulo y la recompensa.

Creo hoy, como creí ayer, y como el autor de *La torre de Talavera* cree, que por ahora no hay decadencia; pero temo que si las cosas van por donde algunos empresarios las llevan, habrá pronto, no ya decadencia, sino absoluta esterilidad en nuestro glorioso teatro.

¿Puede evitarse esto?

Puede evitarse y debe evitarse; pero la manera de evitarlo, capítulo aparte merece.

A. Sánchez Pérez

ENERGÍAS LATENTES

O sea: donde menos se piensa salta un genio, guerrero, literario, artístico ó mercantil.

¿Quién habría de sospechar tantas energías latentes en aquel muchacho?

Un niño, hijo único de familia rica, mimado y educado con esmero, ¿una salida de tono como la suya?

¡Y á su edad! ¡Una criatura de diecinueve años no cumplidos!

Así fué la sorpresa de sus padres y de cuantas personas trataban á la familia ó visitaban la casa.

El ayuda de cámara había sospechado alguna cosa; pero no podía precisar qué, y observaba y vigilaba al señorito, porque le olía á chamusquina.

Esto no era porque fumara el muchacho.

– Todos los males vengan por ahí, decía la madre.

– Si no fuera más que eso, me daría yo por muy contento; pero...

Todos sospechaban algo, pero no sabían precisar.

– ¿Estará enamorado este muchacho?, pensó el padre.

– Ni pensarlo, replicaba la madre; es un inocente completo. ¿No lo sabes?

– Él no es capaz de ciertas calaveradas.

– No.

– Mujer, tú no sabes á qué puedo referirme.

– Pues tampoco.

– Las madres sois ciegas.

– Y los padres tontos.

– Enfermo no está, á Dios gracias.

– En buena hora lo digamos, el chico está hecho un buen mozo.

– Basta que tú y yo lo digamos.

– Triste no está.

– Al contrario. ¡Ojalá estuviera triste!, porque se vendería y pudiéramos con habilidad sonsacarle y dar con el motivo de su malestar.

– ¿Pero tú sabes positivamente que le ocurre algo á nuestro hijo?

– Lo sé como tú, como Nicasio, como la doncella, como lo sabemos, ó mejor dicho, como lo sospechamos todos.

– Pues es preciso salir de esta situación.

– Con las madres siempre tienen más confianza. ¿Por qué no intentas sondearle?

– Si ya lo he intentado sinnúmero de veces, siempre con idénticos resultados. Se pone muy colorado primeramente; después pálido como la muerte, y me espanta, porque tan pronto temo que se me congestione de la cabeza, como que le dé un ataque nervioso. Y me acaricia y llora y ríe y me repite que me adora y me enternezco y los dos terminamos abrazados y llorando, como nos han visto repetidas veces Nicasio el ayuda de cámara y Amelia.



El crucero francés *Sfax* que ha ido á la isla del Diablo para conducir á Francia al capitán Dreyfus

– Esto es extraordinario. Las lágrimas le delatan.

– Es verdad.

– ¿Qué motivos tiene para llorar un chico de diecinueve años?

– Dieciocho, que aún no ha cumplido los diecinueve.

– Un niño de esa edad, criado con esmero, á quien nada falta...

– Cada hombre es un misterio.

– Y cada mujer.

– También: y cada niño.

– ¡Qué exageración!

– ¿Tú crees que la humanidad continúa como en otros tiempos?

– Ya sé que hay progreso, según dicen.

– Hoy los chicos son hombres á los quince años

– Y antes; ya lo sé; por lo menos están excesivamente adelantados.

– Déjales, ¡pobrecillos!

– No; si yo no me opongo á que adelanten. Por lo demás, el que me interesa es el nuestro.

Y los cariñosos padres vivían llenos de cavilaciones.

– ¿Qué tendrá el niño?

Esto se preguntaban todos en la casa.

Todos menos una, y también ella acompañaba sus señores y á Nicasio en las lamentaciones por «el que le pasaba» al señorito Ricardo.

Todos los conciliábulos terminaban lo mismo, y una vez era el padre el encargado de la vigilancia del chico y de las inquisiciones cariñosas, y otras veces era la madre quien conferenciaba con él.

Y Nicasio se había convertido en un agente de policía secreta para congraciarse con sus amos.

Tanto que Ricardo llegó á dolerse de aquella persecución manifiesta, y desde entonces, por orden de los señores, templó en sus investigaciones.

¿Pero qué notaban en el chico para tales extremos?

Cierta preocupación constante y cierto deseo de aislamiento, y aun Nicasio aseguraba haberle oído hablar solo.

¿Y salir de casa? No había quien le hiciera salir tan fácilmente.

Esto le ocurría también á Nicasio y á la doncella.

¡Amelia, que era una chica preciosa y joven, tan joven, diecinueve años, y tan apartada del mundo!

Así continuaron las cosas: Ricardo cada vez más reservado, y ya empezaba á mostrarse triste.

¡Qué disgusto en aquella casa!

Hasta que un día, como todo se descubre en el mundo, menos lo que no, al entrar en el cuarto de Ricardo su padre para sorprenderle porque le había oído murmurar algunas palabras, alarmado de que hablara solo, vió...

Vió, sí, la solución del problema.

Ricardo arrugó un papel que tenía en la mano y se lo metió en la boca.

No hay que decir si el padre le suplicaría que desistiese de aquel alimento, no por enterarse, sino por evitar que se le ahogase el hijo.

Éste cedió; entregó el papel, y se dejó caer en una butaca.

Y *tableau.*

Era un soneto á la hermosa Amelia.

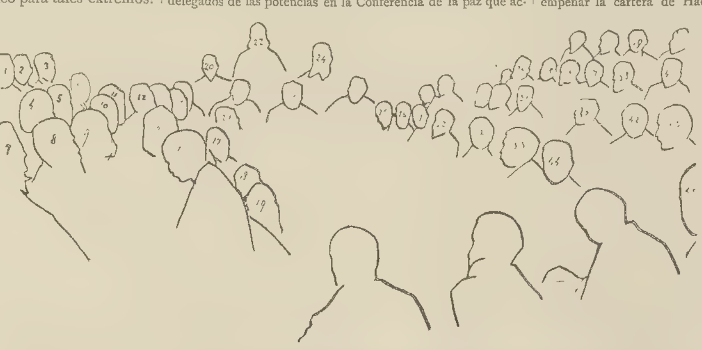
Y entonces quedó descubierta la doble enfermedad del niño.

Adoraba á la doncella y se sentía poeta. ¡Angelito!

Eduardo de Palacio

NUESTROS GRABADOS

Una sesión de la Conferencia de la paz en El Haya.—En el número anterior publicamos los retratos de los delegados de las potencias en la Conferencia de la paz que actualmente se está celebrando en la capital de Holanda: hoy reproducimos un dibujo del natural que nos presenta en funciones á estos delegados, cuya misión pudo ser de gran trascendencia, y cuyas gestiones, sin embargo, seguramente serán de resultados nulos. La intención del czar Nicolás II habrá sido buena, no lo dudamos; pero los hechos nos demuestran cada día con nuevas pruebas que la paz universal seguirá siendo, quién sabe por cuánto tiempo, una aspiración más ó menos sincera sin probabilidad alguna de convertirse en realidad. Y por lo que toca al desarme, bien claro se ve que no hay ninguna potencia que lo acepte; de modo que continuarán los pueblos como hasta aquí, armados hasta los dientes y arruinándose por tener el mayor número de fuerzas y los fusiles, cañones y barcos más perfeccionados. De todo ello resulta que seguramente la conferencia tan cacareada será otro parto de los montes.



1. Sir H. Howard, 2. Sir J. Fisher, 3. Sir J. G. Ardagh: *Gran Bretaña.* – 4. M. F. Martens, *Rusia.* – 5. A. Beldiman, *Rumanía.* – 6. Arturo de Baguer, *España.* 7. Turkan-bajá, *Turquía.* – 8. León Bourgeois, *Francia.* 9. Conde de Munster, *Alemania* – 10. J. van Karnebeek, *Holanda.* 11. A. Beernaert, *Bélgica.* – 12. Set Low, 13. Stanford Newell, 14. G. Grozier: *Estados Unidos.* – 15. Sir Julián Pauncefote, *Gran Bretaña é Irlanda.* – 16. Conde de Welsersheimb, *Austria.* – 17. M. Delyanis, *Grecia.* – 18. Augusto Bianco, 19. Luis Zuccari: *Italia.* – 20. Hoeufft van Velsen, *Holanda.* – 21. Barón de Stengel, *Alemania.* – 22. Barón de Staal (presidente), *Rusia.* – 23. J. van Eys van Linden (secretario), *Holanda.* – 24. W. H. de Beaufort, 25. Profesor Zorn: *Alemania.* – 26. Andrés D. White, 27. Federico W. Holes, 28. A. T. Mahan: *Estados Unidos.* – 31. A. Okolicsanyi d' Okoliesna, *Austria.* – 32. Conde Nigra, 33. Conde Zanninni: *Italia.* – 34. Yang-Yu, *China.* – 35. Coronel Schack, 36. F. E. de Bille: *Dinamarca.* – 37. Marqués de Villaurrutia, 38. Duque de Tetuán: *España.* – 39. Barón de Stournelle de Constant, *Francia.* – 40. Senhor d' Hornellas, *Portugal.* – 41. Dr. Arnoldo Roth, *Suiza.* – 42. E. N. Rahnsen, 43. T. C. M. Asser: *Holanda.* – 44. Barón Hayashi, *Japón.* – 45. Barón de Bild, *Suecia y Noruega.*

Perfil explicativo del grabado «Una sesión de la Conferencia de la paz»

D. José de Carvajal.—El ilustre hombre público que recientemente ha fallecido en Madrid nació en Málaga en 8 de octubre de 1834, cursó la carrera de abogado y en 1872 fué por vez primera diputado, entrando al año siguiente á desempeñar la cartera de Hacienda primero y de Estado después, demostrando en una y otra la superioridad de sus aptitudes financieras y diplomáticas. Dominaba las lenguas vivas lo mismo que las lenguas muertas, y ha sido el único ministro de Estado que ha podido entenderse con los embajadores extranjeros en el idioma de cada uno. Fué tan excelente literato como político insigne y eminente jurisconsulto: servía para el foro lo mismo que para el parlamento, y escribía tan bien como hablaba. Su oratoria descollaba por la belleza clásica de la forma; su pensamiento abarcaba todos los problemas que preocupan á la sociedad moderna y su corazón estaba abierto á todos los sentimientos elevados. Demócrata y republicano convencido, persiguió, desde la Restauración, el ideal de la concentración democrática para lograr la instauración de una república conservadora. Ha muerto como un justo, realizando la aspiración que había concretado en un soneto hermosísimo en el cual pedía á Dios que le dejara morir como cristiano; y después de describir cómo muere el hombre que cree, terminaba con esta frase, digna de los más grandes poetas de la mística española: «*¡Y sé que no es morir esto que quiero!*»

El crucero francés «Sfax.»—A muchas consideraciones se prestan los sucesos que en Francia se vienen desarrollando de algún tiempo á esta parte con motivo del asunto Dreyfus; mas no entra en nuestros propósitos ocuparnos de esta cuestión, motivo de tantos apasionamientos. Unicamente diremos que, sometida al Tribunal de Casación en pleno, la sentencia por éste dictada tiene todas las garantías de imparcialidad y respetabilidad que pudieran exigir los más intransigentes. Dictado el fallo, el Consejo decidió que saliera inmediatamente de Fort de France el crucero *Sfax* para recoger al prisionero de la ista del Diablo y conducirlo á Francia, en donde es esperado el 26 de este mes. Durante el viaje, Dreyfus ocupará un camarote de oficial y podrá pasearse por la cubierta de 1 á 4 de la tarde. Al llegar á Brest, será entregado á las autoridades militares y conducido á las prisiones militares de Rennes, en donde se ha de celebrar el nuevo consejo de guerra.



EL HAYA. – Una sesión de la Conferencia de la paz



STELLA, cuadro de Mme. Luisa Starr Canziani, reproducido con autorización de la autora



El beso del Amor y Psiquis,

cuadro de Enrique Serra, adquirido por lord Besfield, de Londres



Soledad,

cuadro de Enrique Serra, adquirido por el Sr. Anitua, de Bilbao



LA FERIA DE CABALLOS, CUADRO DE ROSA BONHEUR, QUE SE CONSERVA EN EL MUSEO METROPOLITANO DE NUEVA YORK

Quien espera desespera, cuadro de Román Ribera.—Frecuentes ocasiones nos ha ofrecido el ingenio y la laboriosidad de Román Ribera para emitir juicios acerca de la valía de sus producciones y poner de relieve sus estimables cualidades y merecimientos. Hoy, al reproducir en estas páginas el hermoso lienzo titulado *Quien espera desespera*, sólo nos resta llamar la atención de nuestros lectores respecto de las circunstancias que avaloran la obra, peculiares del distinguido pintor catalán á que nos referimos, puesto que pocos como él logran armonizar con tanta gallardía las filigranas del colorido con la elegancia de la factura y la corrección del trazo.

Ribera, dueño de la paleta y de la línea, preséntase siempre como maestro. A medida que el tiempo transcurre afiánzase su reputación, despertando hoy análogo entusiasmo que el que inspiró cuando produjo sus inimitables *salidas de baile*.



LA EMINENTE PINTORA FRANCESA ROSA BONHEUR, fallecida en 25 de mayo último (de fotografía)

Stella, cuadro de Mme. Luisa Starr.—Ha figurado este cuadro en la exposición recientemente celebrada en la Real Academia de Londres, y ha llamado la atención con justicia por la mezcla de realidad y de poesía que en él se advierte. La figura está tratada con una verdad admirable y el paisaje tiene un ambiente poético que embelesa, constituyendo una y otro un conjunto que necesariamente han de aplaudir los que sin apasionamientos admitan de cada escuela lo bueno y rechacen todo lo que sean exageraciones impropias del arte

Juan Strauss.—A la edad de setenta y cuatro años ha fallecido en Viena el célebre músico Juan Strauss. Hijo del compositor famoso de su mismo nombre, quiso desde sus primeros años dedicarse á la música á pesar de la oposición de su padre, y á buen seguro que á no haber sido por el apoyo de su madre, hoy habría muerto siendo un comerciante desconocido. A los seis años compuso un vals, y á los dieciocho debutó en Viena con cuatro composiciones ejecutadas por una orquesta que él mismo dirigió: el público vienés en masa reconoció su talento y aclamóle como digno continuador de su padre, que en aquel entonces había llegado al apogeo de su popularidad. Desde entonces su carrera fué una serie no interrumpida de triunfos y sus valses gozaron de gran favor en todo el mundo. Durante muchos años Strauss dirigió la famosa orquesta vienesa *Volksgarten*, con la cual recorrió las principales capitales de Europa y América, cosechando en todas ellas grandes aplausos. Juan Strauss deja escritas más de 500 piezas de baile y varias operetas, entre las cuales merecen especial mención las tituladas *Fledermaus* y *Cagliostro*.

El beso del Amor y Psiquis.—Soledad, cuadros de Enrique Serra.—Ociosos resultan los elogios tratándose de obras de Enrique Serra, que hace tiempo se ha conquistado un puesto entre los primeros artistas contemporáneos y cuya firma es de las que más alto se cotizan en los mercados artísticos de todo el mundo. Desde su taller de Roma pasan sus cuadros á adornar las galerías públicas ó particulares de España, Francia, Italia, Alemania, Austria, Inglaterra, etcétera, y siendo Serra de los artistas que más trabajan, no puede ni con mucho atender á las demandas que de todas partes se le hacen. Los dos lienzos suyos que en este número reproducimos son de los últimos que ha pintado: nada diremos acerca de su mérito, porque la impresión que han de causar en cuantos los contemplen es de las que difícilmente pueden traducirse en palabras: el sentimiento, la verdad que respiran esos dos melancólicos paisajes de la campiña romana penetran hasta lo más hondo del alma y despiertan en ella la emoción estética que nos hace ver en ellos la inspiración del poeta y la maestría del pintor.

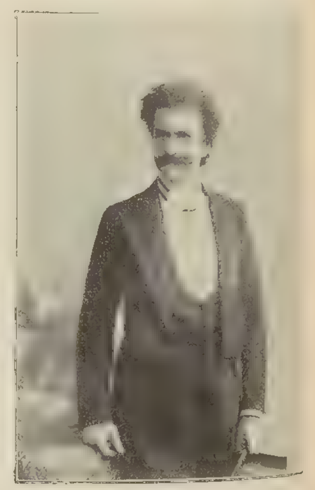
Escena callejera.—En distintas ocasiones hemos demostrado con argumentos y con ejemplos gráficos que la fotografía puede en condiciones determinadas producir obras esencialmente artísticas: la reproducción que publicamos en la última página de este número es una nueva prueba de nuestro aserto, y no creemos necesario esforzarnos en convencer de ello á nuestros lectores, porque á éstos les bastará contemplar el grabado á que hacemos referencia para convencerse de que no hay la menor exageración en lo que decimos.

MISCELANEA

Bellas Artes.—GRANADA.—Para anunciar las fiestas del Corpus ha publicado el Ayuntamiento granadino un artístico cartel obra del reputado artista Isidoro Marín, en el que destaca una hermosa figura de mujer árabe sobre un fondo en el cual aparecen algunos detalles de la Alhambra y un bellísimo paisaje lleno de luz y de color. Completan la composición algunos motivos ornamentales perfectamente dispuestos y hábilmente combinados. Este cartel ha sido reproducido en los talleres de litografía de Viuda é hijos de Paulino Sabatel, de Granada.

Teatros.—*París.*—Se han estrenado con buen éxito: en el Ambigú *La legion etrangere*, interesante drama en cinco actos y siete cuadros de los Sres. La Rode y Alevy; en la Oeuvre *Fausta*, hermoso drama en cuatro actos y en verso de P. Sonniers; en el teatro Sarah Bernhardt *La tragique histoire d'Hamlet, prince de Danemarque*, tragedia en cinco actos de Shakespeare, traducida por Eugenio Morand y Marcelo Schwob, que ha valido un gran triunfo á Sarah Bernhardt, encargada del papel de Hámlet; en el teatro Lírico *Le duc de Ferrare*, drama lírico en tres actos inspirado en un poema de Byron, letra de P. Milliet con bellísima música de Jorge Marty; en el Nuevo Teatro *Othelo, el moro de Venecia*, tragedia en cinco actos de Shakespeare, muy bien traducida en verso por L. Menard.

Barcelona.—Se han estrenado con buen éxito: en el Lírico *La comida de las fieras*, comedia en tres actos de Jacinto Benavente que es una sátira finísima de las costumbres de ciertas clases sociales, y *Los reyes en el destierro*, arreglo de la novela de Daudet *Les rois en exil*, muy bien hecho por el señor Sawa; en el Tívoli *El clavel rojo*, zarzuela en tres actos de los Sres. Perrín y Palacios, para la cual ha escrito una bonita partitura el celebrado maestro Bretón; en la Granvía *La feria de Sevilla*, zarzuela en un acto de Gabriel Merino, música del maestro Rubio; en el Jardín Español *De Herodes á Pilatos*, zarzuela en un acto de los Sres. Gullón y Larra, música del maestro Caballero y en Novedades *La vida íntima*, graciosa comedia en dos actos de los hermanos Sres. Alvarez Quintero. En el Nuevo Retiro ha debutado una buena compañía de zarzuela dirigida por el conocido actor D. Bonifacio Pineda.



EL CÉLEBRE COMPOSITOR JUAN STRAUSS, fallecido en Viena el día 3 de los corrientes

EN EL FONDO DEL ABISMO

NOVELA ORIGINAL DE JORGE OHNET

(CONTINUACIÓN)

El lazo entre Jenny Hawkins y Jacobo aparecía ya, y aquel primer hilo de la trama en que el desgraciado había sido envuelto, se dibujaba á los ojos de los dos amigos.

– ¿Qué hay en mi relato que os asombre particularmente?, preguntó Jacobo.

– Ese nombre de Juana Baud que pronuncias por primera vez.

– Tenía serias razones para no hablar de esa joven. Las comprenderéis cuando os cuente toda mi aventura.

– Un sencillo detalle antes de reanudar tu relación... ¿Cómo era esa Juana Baud? ¿Alta ó baja, rubia ó morena, de ojos azules ú obscuros? Haznos su retrato en lo posible.

– Cuando la conocí por primera vez en casa de Lea, era una encantadora muchacha de veinticinco años, de alta estatura, piel muy blanca, hombros admirables, pelo negro y ojos grises. Formaba con Lea una pareja encantadora, pues tenían la misma estatura, las mismas líneas suntuosas y el mismo vigor. Solamente Lea era tan rubia como Juana morena. Creo que el efecto extraordinario que ambas producían contribuyó por mucho á su mutua afición, pues estaban orgullosas de ese efecto y trataban de producirle.

Una pregunta todavía, dijo Tragomer. Lea Peralli ¿no se teñía el cabello?

– Sí. El color rubio Tiziano de su pelo no era natural. Yo no la he conocido sino rubia, pero ella debía ser de color castaño obscuro... Se hacía rizar el pelo, mientras que el de Juana Baud era rizado naturalmente.

– Está bien, dijo Cristián. Puedes continuar.

Se volvió hacia Marenval y añadió con un gesto de satisfacción:

– Ahora sé ya á qué atenerme.

– Permanecí bastante tiempo, prosiguió Jacobo, sin sospechar las razones secretas que aquellas dos mujeres tenían para no separarse. No se mostraban en público, pero yo encontraba continuamente á Juana en casa de Lea, y cuando ésta salía sin mí, iba siempre á casa de su amiga. El pretexto para su unión fué el deseo de Juana Baud de recibir de Lea lecciones de dicción italiana, á fin de dejar la opereta y dedicarse á la Opera seria. Para ello empezaron á trabajar seriamente.

No se separaron ya, y yo, distraído por mis ocupaciones, por mis apuros y por mis placeres, no podía imaginar lo que tenía de apasionado la ternura que se dedicaban las dos mujeres. Sorege fué el que me llamó la atención sobre ese asunto. Con su prudencia habitual y por medio de insinuaciones, despertó mis sospechas y me incitó á comprobarlas. Sorege parecía indignado, y al oirle se hubiera creído que era el amante de una de ellas. Le vi exasperado hasta tal punto, que le pregunté si estaba en relaciones con Juana Baud. Él, entonces, cambió de fisonomía, se dominó y echó el asunto á broma. Lo que me decía, aseguró, era por mí. ¿Qué le importaba á él semejante cosa? Le preocupaba sólo el ridículo que yo pudiera alcanzar. Yo estaba tan desmoralizado por mi mala vida, tan gangrenado de pensamiento y de corazón, que el pensamiento de que Lea me era infiel en condiciones tan inesperadas no me inspiraba repulsión ni cólera.

Pensé, no sin complacencia, en el cuadro encantador que debían ofrecer aquellas dos hermosas criaturas, y desde aquel momento se apoderó de mí la curiosidad malsana de poseer á Juana. Las espié y pronto adquirí la evidencia de sus tratos. Un día llegué á casa de Lea á eso de las cuatro y la encontré con el sombrero puesto y con aire preocupado. Me presentó la frente para que la besara y me dijo distraídamente:

– Tengo que salir por una hora. Mi padre me envía un recado con un amigo suyo y es preciso que vaya hoy mismo á verle al Gran Hotel, pues se marcha mañana á Londres.

– Entonces me voy. Hasta la noche.

– No; quédate un momento. He dado asueto á los criados. Juana debe venir en seguida y quiero que la recibas y le digas que me espere. Vamos á comer juntas.

– Bueno...

En el momento se me ofreció imperiosamente la idea de apoderarme de la amiga de Lea. La hora era propicia; la casa estaba vacía; todo se arreglaba á medida de mi deseo. Dejé marcharse á mi amada y esperé á Juana, que llegó sonriente, vestida con un traje de seda gris y con un sombrero de flores azules que daba á su cabello obscuro y á su cutis pálido un brillo extraordinario. No pareció extrañar la ausencia de Lea, se quitó el sombrero, tiró los guantes sobre la mesa y se sentó á mi lado. Yo no sé verdaderamente lo que le dije; creo recordar que hablé de su belleza. Juana apoyó la cabeza en el respaldo del sofá, cerca de la mía, y recuerdo que mi boca, casi junta á su oreja, le tocaba el cuello con la punta del bigote. Juana no se retiraba y yo la veía estremecerse dulcemente. Su cara, de perfil, me mostraba unos labios entreabiertos sobre admirables dientes y de su persona se emanaba un perfume de heliotropo que se me subía á la cabeza. Al cabo de un instante pasé el brazo alrededor de su talle, la atraje hacia mí, y sin ninguna resistencia, aquella mujer fué mía.

A partir de ese momento tomé la firme resolución de dejar á Lea. Juana era una mujer encantadora, mucho más mujer que la altiva italiana. Me confesó que me amaba hacía mucho tiempo y que muchas veces había tenido impulsos de decírmelo. Yo no hice ninguna alusión á sus extrañas relaciones con Lea; pero, cosa asombrosa, me sentí más celoso de ella que lo había estado de mi amante y me propuse estorbar sus encuentros, nuevo Bartolo de aquellas singulares Rosinas. Pude, por otra parte, convencerme por síntomas muy elocuentes de que Juana rehusaba ya á Lea ciertas intimidades, y la rabia, la amargura y la rudeza de ésta se manifestaron con una increíble libertad. Si yo la hubiera ayudado un poco, creo que Lea se hubiera quejado á mí del abandono de su amiga.

Mi amada tuvo entonces una recrudescencia de entusiasmo hacia mí y tuve que consolarla de las traiciones de que yo mismo era cómplice. Pero mi nuevo capricho era demasiado imperioso para que yo pudiera engañar por mucho tiempo á Lea. Todos los días me separaba más de ella; hasta que resolví jugar el todo por el todo para recobrar mi libertad. Para esto me hacía falta una suma importante, á fin de liquidar con Lea y dejarla con qué vivir por lo menos un año. No había que pensar en recurrir al crédito, pues le tenía agotado hacía mucho tiempo. No me quedaba más medio de salir del apuro que recurrir al juego y librar una batalla decisiva.

Reuní todo el dinero que tenía disponible, vendí mis últimas alhajas y algunos objetos de valor y me puse á tallar en el círculo durante dos noches, en las que llegué á ganar ciento ochenta mil francos, lo bastante para ponerme á flote durante algún tiempo. Pero no me dí por satisfecho, y resuelto á violentar la suerte, me puse á tallar la tercera noche con todas mis ganancias delante de mí. Quería doblarlas para dar una suma importante á Lea, pagar mis deudas y realizar el proyecto que había formado de marcharme al extranjero. El momento que pasó entre la satisfacción de verme con una suma que me permitía liquidar mi situación y la resolución que formé de jugar ese dinero para duplicarle, fué el más importante de mi vida. Si en aquel minuto hubiera tenido el valor de retroceder, estaba salvado. Mi unión con Lea hubiera cesado por la fuerza misma de las cosas; no tenía más que decir una palabra á Juana Baud para romper con ella. Hubiera vuelto á mi casa y la vida de familia me habría regenerado.

¿Pero cómo había yo de tomar una resolución tan cuerda? Mis buenos instintos parecían muertos, y sólo sobrevivían en mí las malas tendencias. Había olvidado á mi madre, que lloraba, y á mi hermana, que me suplicaba. No tenía más ley que mi capricho y mis pasiones; era un ser despreciable y cobarde. Vi á mi madre suplicarme de rodillas que no la abandonase, que no deshonrase su vejez, y permanecí sordo á sus súplicas y me reí de su desesperación...

¡Cuántas veces en mis noches de horror, encadenado á mis compañeros de miseria, he recordado aquellas repugnantes escenas, en las que tenía el valor de oponer á las lágrimas de mi madre un cinismo burlón y feroz! ¡Cuánto he deplorado aquella ceguera que me entregaba á los consejos pérfidos de mis aduladores y de mis parásitos y me impedía ver la actitud suplicante de dos ángeles que querían salvarme!.. Pero yo estaba destinado á la desgracia, y debo confesarlo, muy justamente.

La tercera noche, como si la suerte hubiera querido hacerme pagar sus favores desperdiciados, perdí todo lo que tenía, más cincuenta mil francos que el mozo de la sala de juego me prestó bajo mi firma. Aquel día llegué á casa de Lea aniquilado, embrutecido, y mi amante vió fácilmente que me ocurría alguna desgracia que yo juzgaba irreparable. En efecto, todo cuanto tenía estaba en manos de los usureros. Mi madre había ya pagado por mí sumas importantes. Mis amigos, cansados de prestarme dinero que nunca les devolvía, empezaban á huir de mí. Había llegado á un momento en que no tenía más que dos partidos que tomar: matarme ó marcharme al extranjero.

No me resultaba el primer medio y en cambio el segundo se adaptaba muy bien á mis proyectos. Pero necesitaba, por el honor de mi nombre, pagar mi deuda de juego, cincuenta mil francos que era urgente encontrar... Aquí, amigos míos, el rubor me asoma á la cara, tan deshonroso es lo que tengo que contaros... Lea me ofreció sus alhajas para empeñarlas. Si hubiera rehusado, si hubiera ido una vez más á los pies de mi madre, estoy seguro de que se hubiera aún sacrificado para sacarme del mal paso; pero hubiera tenido que hacer promesas, arreglarme, dejar mi vida infame y entrar en la tranquilidad de la vida de familia. No quise hacerlo. La muerte ó la fuga, pero no la honradez.

Acepté el ofrecimiento de Lea y me llevé sus perlas, sus zafiros, sus brillantes, con la decidida intención, oídlo bien, de no volver á presentarme delante de ella. En el Monte de Piedad obtuve ochenta mil francos. Envié la papeleta á Lea para que pudiera desempeñar sus joyas con el dinero que yo pensaba enviarle, y fuí á pagar mi deuda. Vi en su casa á Juana Baud que estaba preparada para acompañarme á Londres, y obtuve de ella que fuese á reunirse conmigo el día siguiente en el Havre. Y en seguida me fuí á almorzar con Sorege, el único de mis amigos á quien podía confiar mis desdichas y mi viaje.

Su sorpresa pareció muy grande al saber que había yo llegado á tales extremos. Me afeó el préstamo aceptado de Lea y puso cuanto tenía á mi disposición, pero no era bastante para sacarme del apuro. Se ofreció amistosamente á servirme de intermediario para anunciar á Lea mi viaje y me hizo observar que acaso fuese peligroso enterarla del país á que me dirigía. Me acompañó á mi casa, me ayudó á terminar mis preparativos y fué conmigo á la estación. Allí me abrazó afectuosamente y me pidió que le escribiera si tenía necesidad de algo. El tren partió y no volví á ver á Sorege hasta la audiencia, donde declaró con una mesura y una habilidad que me fueron muy favorables.

No ignoráis cómo fuí preso y llevado á París ni cómo terminó esta trágica aventura. Sabéis ahora todo lo que pasó, lo que oculté al juez de instrucción, á mi abogado y hasta á mi madre. No quise comprometer en las peripecias de este proceso á la pobre Juana Baud, que no había cometido más falta que la de amarme. Con un dulce agradecimiento de mi corazón, la aparté de aquel drama de lodo y de sangre. Juana debió marchar á Inglaterra, donde tenía un ajuste para el teatro de la Alhambra. No sé qué habrá sido de ella, pero deseo que haya tenido más dichas que yo. No es justo que todo el que ha intervenido en mi lúgubre destino, haya sido inexorablemente herido por la desgracia.

Jacobo se calló cuando la tarde declinaba. El día se había pasado entero en el desarrollo de aquel terrible relato. Hacía mucho tiempo que Tragomer y Marenval no fumaban, suspendidos por el interés ardiente de aquel drama al que estaban mezclados tan de cerca y cuyos resortes secretos sabían mejor que el mismo protagonista. Se produjo un largo silencio durante el cual Jacobo se repuso de la emoción que le había producido el recuerdo de las peripecias de su historia. Tragomer fué el primero que tomó la palabra y dijo con su habitual sangre fría:

– Mi querido Jacobo, tu sincera confesión tiene el mérito de no dejar duda alguna en nuestro espíritu.

Adivino en la satisfacción de Marenval que la verdad le salta á los ojos como á mí.

Perfectamente, apoyó Cipriano. Es claro como la luz del día.

- Pero, continuó Cristián, es necesario, por mucho que lo deplore, hacerte saber qué ha sido de Juana Baud. La pobre muchacha no ha tenido el destino dichoso que tú le deseas, porque en el momento en que te prendían estaba muerta.

– ¡Muerta!, exclamó Jacobo. ¿Cómo?

– Mi querido amigo, es la evidencia. Puesto que Lea Peralli está viva y anda por esos mundos con el nombre de Jenny Hawkins, después de haberse hecho llamar durante algún tiempo Juana Baud, es que ésta estaba muerta. La mujer de la calle Marbeuf, tu pretendida víctima, no era otra que Juana Baud.

- ¡Pero es imposible!, dijo Jacobo.

– Es cierto, contestó Cristián. La identidad de la víctima debía ser establecida por su presencia en casa de Lea. ¿Quién si no Lea podía ser asesinada en la calle de Marbeuf? ¿Quién podía llevar sus vestidos, su ropa interior, sus alhajas? ¡Oh! Las precauciones para engañar todas las miradas fueron adoptadas admirablemente... La mujer fué desfigurada por las balas del revólver, pero ¿quién había de dudar que era Lea Peralli? Juana Baud, tú lo has dicho, tenía la misma estatura, la misma amplitud de líneas. ¿Quién podía imaginar una sustitución? Tú mismo no dudaste. Te enseñaron la mujer muerta y la reconociste sin vacilar. Y sin embargo, Lea está viva y Juana ha desaparecido.

– Pero, dijo Jacobo, la muerta era rubia y Juana Baud tenía el pelo castaño obscuro...

- ¡Necio!, exclamó Cristián; ¿no te he preguntado si Lea se teñía el cabello?

Freneuse hizo un gesto de horror y sus ojos se hundieron bajo las fruncidas cejas.

– ¡Ah!, dijo Tragomer. ¡Empiezas á comprender! ¡Ves la atroz y fúnebre operación que se hizo sufrir á la desgraciada víctima! Los que han fraguado esta intriga sangrienta tenían una admirable sangre fría. Vistieron á la muerta, la adornaron y le tiñeron el cabello antes de desfigurarla la cabeza á balazos. Querían, seguramente, perderte, pero no querían menos salvarse. Cesa de dudar ante la evidencia. Todo es seguro ya. ¿No fueron á retirar las alhajas del Monte de Piedad el día del crimen? Tú no pudiste hacerlo, puesto que no tenías la suma necesaria y habías enviado á Lea la papeleta. Te han acusado de haberla vendido porque había que dar una explicación al desempeño y porque la justicia quiere comprenderlo todo. Pero lo cierto es que Lea recuperó sus alhajas antes de partir. Todo estaba arreglado de este modo para hacer de ti un ladrón y un asesino. En vano te has defendido; en vano has enseñado los treinta mil francos que te quedaban del empeño después de pagar la deuda de juego; en vano has hecho presente que puesto que habías partido, no podías haber desempeñado las alhajas. Te han respondido con la afirmación de que habías vendido la papeleta y tu pérdida se ha consumado. Todo se encadenaba entonces en el crimen. Mataste á Lea para apoderarte de la papeleta. El robo y el asesinato aparecían lógicos y era todo lo que hacía falta para la garantía de la sociedad y el triunfo de la justicia...

Jacobo, con la frente inclinada, no escuchaba ya; soñaba. Tragomer le había convencido y los resortes secretos del asunto se le aparecían ya claramente. Pero habían sido tan hábilmente dispuestos que conociéndolos ahora, viéndolos, por decirlo así, funcionar, se preguntaba cómo hubiera podido escapar de ellos y si lograría aún coger á los culpables. A este pensamiento levantó repentinamente la cabeza, y rojo de cólera y con la mirada chispeante preguntó:

– Pero, en fin, ¿quién ha cometido esa acción espantosa? Tú, Tragomer, que sabes tan bien todas las circunstancias del crimen, ¿conoces á los criminales?

– Aquí, amigo mío, entramos en el terreno de las hipótesis. Lo que resultó cierto para Marenval y para mí después de nuestras primeras averiguaciones, fué tu inocencia. Los medios de establecerla eran menos seguros. Teníamos que habérnoslas con personas tan hábiles, que hubiera bastado ponerlas en guardia para hacer imposible toda investigación. Lea Peralli, advertida por Sorege, hubiera desaparecido, y échate á correr por el mundo tras ella... En suma, hasta ahora no hay sino apariencias de culpa, pero terribles, contra Lea y contra Sorege. ¿Pero á qué motivos han obedecido? Por muy poderosas que sean las presunciones morales que pueden deducirse de tu relato y de las relaciones que existían entre Juana Baud y tú, no pasan de ser presunciones. Necesitamos pruebas formales y vamos á buscarlas contigo. Por eso era preciso librarte. Si hubiéramos esperado el triunfo de tu inocencia, nuestra vida y la tuya se hubieran agotado en investigaciones acaso infructuosas. Hemos, pues, preferido empezar por el desenlace y abrirte las puertas de tu prisión. Ahora estás libre para obrar. La primera parte del drama se termina y va á empezar la segunda.

Jacobo permanecía meditabundo ante el pavoroso problema que se planteaba y Marenval tomó la palabra:

Observe usted, querido, que lo verdaderamente raro en este asunto es que hay en él un verdadero desafío al buen sentido. Tan imposible parece desenredarlo, que antes de partir consultamos á un magistrado de los más eminentes, Pedro Vezín, pues que puedo nombrarle, y su asombro fué igual á su curiosidad, pues no puso en duda ni un instante que nos esperaba un fracaso. Es la lucha, nos dijo, del puchero de barro con el de hierro. ¿Qué hacer contra ese poder formidable que se llama la justicia? Está blindado por sus códigos, atrincherado en sus estrados y defendido por todos sus auxiliares jurídicos, y es invulnerable por la necesidad social que impone la infalibilidad de sus sentencias. ¿Y vamos á emprenderla contra esa Bastilla más impenetrable que la primera, pues contiene el *palladium* del orden y abriga la soberana majestad de la razón de Estado? Pues bien, sí; vamos á intentar la aventura. ¡Es extravagante! ¡Es incomprensible! Tragomer y yo hemos arriesgado ya el presidio por arrancar á usted de él y por combatir á la fuerza pública, conduciéndonos como piratas... Pues no nos importa. Hemos tomado nuestro partido, y nunca el proverbio de que el fin justifica los medios puede tener mejor aplicación que en este caso. Queremos llegar á nuestro fin á toda costa, y cuando hayamos probado que era usted una víctima y no un culpable y que se le tenía encerrado á consecuencia de un monstruoso error judicial, veremos si en el país de la audacia y de la generosidad hay gendarmes para detenernos y jueces para castigarnos. Yo no tengo ningún remordimiento, ninguna inquietud, ninguna vacilación. ¡Y este viaje me encanta!

El ingenuo buen humor de Cipriano normalizó los crispados semblantes. El contraste entre la gravedad de los actos realizados y la placidez del que los llevaba á cabo daban á su declaración un picante sabor. Con indiferencia sublime pisoteaba las leyes y desafiaba á los poderes públicos como un héroe ó como un bandido. Y bien sabe Dios que Marenval, con su cara de beatitud, sus mejillas rosadas encuadradas de patillas grises y sus ojos bonachones húmedos de alegría, no tenía el menor aspecto de bandido ni de héroe, sino de un ricacho viajando para divertirse. En efecto, aquellos tres hombres sentados en sus *srocking-chairs* bajo la ondulante toldilla, acariciados por el fresco de la tarde, mecidos por las olas y alumbrados por los rayos oblicuos del sol poniente, en aquel lindo yate que volaba hacia las colonias holandesas, más parecían gozar de las delicias de la vida que buscar el secreto de la muerte.

– Ya que os he contado, dijo Jacobo, lo que no conocíais de mi aventura, decidme lo que yo ignoro de vuestras pesquisas. Tragomer no me explicó nada preciso cuando vino á buscarme á la isla Nou. Deseo saber en qué condiciones se va á presentar la lucha con nuestros adversarios, qué hace Sorege y dónde está Lea.

– Puedes comprender, querido, dijo Cristián, que cuando te vi en la isla, tenía algo más que hacer que contarte historias. Era preciso ante todo sacarte de allí y tú no parecías muy decidido á seguirme. Ahora que tenemos dos meses por delante para discutir y combinar, podremos utilizar el tiempo. Lo que importa que sepas desde ahora es que Jenny Hawkins irá á Europa en primavera y cantará en Londres por primera vez desde que cambió de nombre. Se cree bastante segura de su transformación para afrontar las miradas de los que la conocieron en otro tiempo. Y es lo cierto que habiendo dudado yo cuando la vi con su cabello obscuro, los que la han frecuentado poco no podrán conocerla ó descubrirán, cuando más, un parecido que nada tiene de extraordinario. Sorege ha arreglado muy hábilmente sus asuntos para ir á pasar la temporada en la isla de Wight y en Londres con su suegro y su prometida. El bueno de Harvey no sospecha que él mismo va á conducir á Sorege ante Jenny Hawkins. Vamos, pues, á caer como una bomba en medio de las combinaciones de tus enemigos, que no han podido concertarse y que tendrán que defenderse en un terreno difícil y molestados por toda especie de estorbos sociales. Lo que vendrá muy bien para hacer igual la partida y darnos probabilidades de triunfo.

– ¿Luego se casa Sorege?, dijo Jacobo pensativo. Y con una americana... rica, sin duda...

– Enormemente rica. Su padre es el rey de la ganadería. Una especie de pastor archimillonario; un Labán del que Sorege quiere ser el Jacob. Ha estado ya con él á inspeccionar sus rebaños en el Far-West el año pasado. En ese viaje descubrí su complicidad con Lea.

– ¿Y cómo es su prometida?

– ¡Ah! ¿Eso te interesa? Ya la verás. Es una americana impetuosa y fantástica, que no será fácil de conducir. Y no doy diez céntimos por Sorege como ella sepa sus villanías...

- ¿Piensas que ni Lea ni Sorege sospechan la posibilidad de mi aparición?

– ¿Cómo han de sospecharla? Te creen tan definitivamente enterrado como á la mujer asesinada. No puedo dudar que Sorege tuvo cierta inquietud al verme hacer averiguaciones sobre la existencia de Lea y sobre sus relaciones con ella. Su actitud, sus palabras, todo me prueba que adivinó que yo poseía parte del secreto. Pero entre esa parte y el todo hay tal distancia, que tiene la convicción de que nunca llegaré á descifrar el enigma. Y no se equivoca después de todo, pues aun después de nuestra audaz tentativa estamos á merced de los sucesos y de los individuos, y va á ser preciso que tú mismo aparezcas para confundirle y desenmascarar á su cómplice.

– Lo lograré, estoy seguro, dijo Jacobo con firmeza. No habréis hecho por mí inútilmente lo que habéis hecho. Estoy comprometido en la misma empresa que vosotros y la perseguiré hasta el último límite. Si Sorege, como tú afirmas y yo empiezo á creer, ha desempeñado un papel abominable en mi terrible aventura, te respondo que será castigado como merece.

Se pasó la mano por la cara, súbitamente ensombrecida, y continuó:

– En cuanto á Lea, no sé á qué móviles habrá obedecido al procurar mi pérdida de un modo tan cruel... He cometido faltas para con ella; pero por culpable que haya sido, su venganza ha traspasado todos los límites... Si me hubiese arrancado la vida, todavía sería excusable; pero anonadarme bajo tal infamia, deshonrar á los míos y condenarnos á todos á un dolor cuyo único fin debía ser la muerte, indica un alma tan horrible, que me considero libre de obrar respecto de ella sin consideración alguna. No creo extralimitarme de mi derecho defendiéndome como he sido atacado, sin piedad. Podéis, pues, amigos míos, contar conmigo, como yo cuento con vosotros. Para vuestra justificación, para que yo me rehabilite, es preciso que logremos nuestros fines. En la lucha que comienza sólo puedo perder la vida, que no vale gran cosa, pero aun así la estimo en tanto como la de Sorege. Ahora, como decíais muy bien hace un instante, tenemos delante de nosotros dos meses para reflexionar. No hablemos ya de nada; dejadme volver á entrar en la vida libre en medio de vosotros. Tengo necesidad de reponerme física y moralmente, para estar á la altura de lo que podéis esperar de mí.

El puente estaba obscuro. La noche de los trópicos se había apoderado bruscamente del mar y la estela del navío aparecía iluminada por misteriosas fosforescencias. La obscuridad confundía vagamente las formas de los tres amigos.

– Estamos á 15 de febrero, dijo Marenval. En este momento hace en París, probablemente, un frío del diablo y sus calles están enfangadas de escurridiza nieve. Aquí, en cambio, gozamos de una temperatura de verano... Cuando lleguemos al Mediterráneo el mes de abril habrá traído el sol. Nos pasearemos por la costa durante algunos días para hacer notar nuestra presencia, y pasando por Gibraltar, nos dirigiremos á Inglaterra... Entonces empezará la batalla. Hasta ese momento vivamos alegremente. El tiempo está hermoso, la mar bella. En la primera escala enviaremos un telegrama á mi criado para que lo transmita á la señora de Freneuse. Una vez que esa señora esté tranquila sobre la suerte de su hijo, todo irá bien.

– Los señores pueden bajar á comer cuando gusten, dijo el camarero apareciendo en la puerta de la cámara.

– ¡A la mesa!

Cada uno de ellos cogió á Jacobo por un brazo y los tres se dirigieron al comedor.

TERCERA PARTE

I

Jenny Hawkins volvía á su casa, á las diez de la mañana, cargada de flores que acababa de comprar en el mercado de Covent Garden, y su doncella le dijo al abrir la puerta:

– Un caballero espera en el salón á la señora.

– ¿Quién es?

– Aquí tiene la señora su tarjeta.

Jenny Hawkins cogió el cuadrado de cartulina y

leyó: «El conde Juan de Sorege » Jenny no se tomó tiempo para quitarse el sombrero y el abrigo. Dió el brazado de flores á la doncella, abrió la puerta del salón y entró. Sentado cerca de la ventana, en aquella pieza amueblada de un modo macizo y sin gracia, á la inglesa, Sorege se entretenía en mirar la calle. Se volvió vivamente, y al ver á la joven venir hacia él fresca, sonriente y animada por su paseo matinal, [illegible]

– El triunfo de anoche no ha fatigado á usted según veo, pues se ha levantado tan temprano...

Sorege le ofreció la mano, pero Jenny pareció no ver su movimiento y se acercó á un espejo donde se quitó el sombrero y se arregló el cabello mientras hablaba:

– ¿Estaba usted en el teatro? La ópera fué muy bien... Novelli fué muy aplaudido... y yo no poco.

La cantante se sentó cerca de Sorege en una silla baja, al lado de la chimenea.

– Sí, estaba en el teatro y no era yo solo á devorar á usted con los ojos; había otras personas que se interesaban igualmente por usted...

– ¿Su prometida de usted y el buen Julio Harvey, sin duda?, dijo Jenny en tono irónico y con una viva mirada.

– Sí, ciertamente. Miss Harvey y su padre eran de los que más admiraban á usted, dijo Sorege, aunque no fuera más que á título de compatriotas. Pero no me refería precisamente á ellos, sino á dos antiguos conocidos, Cristián de Tragomer y Marenval.

Las facciones de la cantante adquirieron gran dureza. Sus párpados, al cubrir los hermosos ojos grises, proyectaron una sombra sobre la cara y su boca se crispó.

– ¿Acaban de llegar?, preguntó.

– Llegaron ayer mañana. Venía á advertir á usted para que no se sorprenda si se ve repentinamente en su presencia.

Jenny hizo un gesto de cansancio.

– Creía poder contar con más seguridad. ¡Siempre este cúmulo de inquietudes y de recelos cuando creo haberlos alejado definitivamente!

– De usted depende, en efecto, asegurar su porvenir contra toda investigación importuna, dijo con placidez Sorege. No tiene usted más que representar su papel y hacer aquí lo que hizo en San Francisco, para evitar todo peligro. Nada tiene usted que temer de Tragomer aquí, donde es usted conocida de todos sus compañeros, de su director, del público, de los americanos que la aplauden hace dos años. Todos afirmarían, si fuera preciso, que es usted Jenny Hawkins. No hay más que un ser en el mundo que no se dejaría engañar por su metamorfosis y cuya presencia no podría usted afrontar sin peligro. Pero ése no vendrá. Le hemos metido vivo en una tumba tan segura como la que tendría estando muerto. Puede usted, pues, vivir tranquila. Será preciso solamente que tenga usted la energía que sabe demostrar cuando hace falta. Es usted, Lea, una verdadera mujer, capaz de todas las generosidades y de todas las infamias. Yo la adiviné y por eso la amo.

– No, Juan; si usted me amó fué porque yo amaba á Jacobo y usted le odiaba, dijo la cantante con tristeza. Yo también conozco á usted y sé que tiene un alma atroz. ¡Oh! Es usted hábil y sabe ocultar sus verdaderos sentimientos. Yo he estado engañada durante mucho tiempo creyendo en su adhesión y en su ternura, pero he acabado por ver claro en su espíritu, á pesar de su doblez, y he encontrado en él la perfidia, la envidia, la crueldad. Jacobo fué ciertamente muy indigno, muy traidor, muy cobarde. ¿Pero qué decir de usted que aprovechó su indignidad, su traición y su cobardía para arrastrarle á la perdición? ¡Quién sabe si no abusó usted de mi credulidad y no era el desgraciado tan culpable como usted quiso probarme! Ahora, Sorege, desconfío de usted, porque sé de lo que es capaz.

Los ojos de Sorege, ocultos, según costumbre, se dirigieron claros y penetrantes á Jenny, y la expresión de astuta dulzura que ofrecía su cara desapareció de repente. El conde se irguió decidido y amenazador

– ¿Qué es eso?, dijo con voz áspera. ¿Tenemos dudas? ¡Dios me perdone! ¿Acaso remordimientos? ¿Está usted loca? ¿Olvida usted en qué condiciones intervine para sacarla del atolladero cuando la enloquecía el terror? ¿Es que va usted á ser ingrata, querida? Eso sería una debilidad y una gran imprudencia. No podemos evitar ciertos inconvenientes porque se trata de inconvenientes, no de peligros, más que permaneciendo fuertemente unidos. Yo no la abandonaré, siempre que usted misma no se haga traición. ¡Qué diablo! Yo creí que tenía usted más estómago. ¿Es usted capaz de perder pie, como una francesa, en vez de tenerse firme, como verdadera italiana? Las de aquel país saben odiar y vengarse; tienen sangre en las venas. ¿Tan pronto ha olvidado usted lo que hicieron Jacobo y la otra?

– ¡No!, no lo he olvidado. Si la memoria de mis sufrimientos no me hubiera sostenido, no hubiera podido vivir... Y sin embargo, he pasado noches terribles teniendo ante los ojos el espantoso cuadro de aquella mujer muerta...

Jenny dijo estas palabras en voz baja, y sin embargo, Sorege dirigió alrededor una rápida mirada como para asegurarse de que nadie había podido oir. Con paso de gato fué á la puerta, la abrió silenciosamente y miró á la pieza contigua para ver si estaba vacía, y volvió con el mismo paso felino hacia la joven.

– Se trata de no decir ni hacer tonterías, dijo con dulzura. Vamos á ver, Lea, no tienes para qué atormentarte. Yo estoy aquí para defenderte si hace falta. Si Tragomer te molesta yo me encargo de hacerle entrar en razón. Ven aquí, no pienses más que en tus triunfos y ponme buena cara, ¡qué diablo! No nos vemos tan á menudo y bien sabes cuánto te amo...

Sorege cogió la mano de Jenny y besó sensualmente su puño delicado y su fresco brazo. La joven le rechazó con dureza.

– ¡Oh! Nada de hipocresías... ¿Olvida usted que va á casarse dentro de unas semanas?

Sorege se echó á reir.

– ¿Y qué prueba eso? ¿Vas á pretender que no te amo porque me caso con esa mina de dollars que se llama miss Harvey? No hago sino un negocio, hija mía; no puedes ignorarlo. Cuando me haya casado y sea muy rico, olvidarás fácilmente el matrimonio para participar de la riqueza.

Jenny Hawkins permaneció un momento silenciosa, y después dijo en tono grave y resuelto:

– Escuche usted, Sorege. Ha llegado el momento de que nos expliquemos francamente. Nos conocemos demasiado para tratar de engañarnos sin ninguna utilidad. Usted me ha amado, es cierto, pero ¡qué amor tan triste y tan vergonzoso! Yo he sucumbido á su voluntad y me he entregado porque me tenía usted en un peligro de muerte. Ha sido usted feroz conmigo. ¿Recuerda usted la primera noche que pasé en Boulogne cuando huía á Inglaterra con el nombre de Juana Baud? Usted me amenazó, me aterrorizó, y si alguna vez un hombre abusó de una mujer, ese hombre fué usted aquella noche... «O mía ó á la cárcel,» me dijo. Si no hubiera cedido hubiera usted sido capaz de ir á denunciarme antes de que pudiera tomar el vapor. ¿No es verdad? Me entregué rechinando los dientes de furor, con la cara inundada de lágrimas de angustia y sublevada de asco y de odio, mientras que usted, monstruo, parecía encantado por mis estremecimientos de espanto y de cólera...

Sorege respondió impasible, con los ojos medio cerrados y sonriendo fríamente:

– Hay algo de verdad en lo que dices, pero exageras. Yo no soy un amante vulgar, pero no soy un sátiro, ¡qué diablo! No me es indispensable oir salir gritos de dolor de una bonita boca para gozar besándola. Me permito solamente hacerte observar, querida Lea, que tu razonamiento carece de sutilidad, pues me manifiestas tu intención de rehusarme toda bondad al mismo tiempo que me demuestras que has comprendido la energía diabólica de que soy capaz. Vamos, chiquita mía, coordina tus ideas. Si yo soy un mozo tan terrible como acabas de decir, haces mal en provocarme, pues debes estar segura de antemano de que te obligaré ó te aniquilaré...

Ambos se miraron esta vez descaradamente como dos adversarios que miden sus fuerzas. Pero Lea bajó los ojos la primera, y bien por cálculo, bien por verdadera sumisión, dijo:

– No me amenece usted. Eso es, bien lo sabe, lo que soporto menos fácilmente. Lo que me ha animado contra usted ha sido su brutalidad primera. No desconozco los servicios que usted me ha prestado, pero ¿para qué recordármelos tan duramente? Si se propusiera incitarme á la resistencia no obraría de otro modo, á no ser que su ferocidad le haga acariciar, como los tigres, con las uñas...

Lea sonreía, pero la risa temblaba en sus labios, y si Sorege hubiera levantado los párpados no le hubiera gustado la sonrisa de aquella mujer. Pero acaso la veía, pues tenía el tal extrañas facultades.

– Muy bien, amiga mía, dijo; veo que te vas calmando y haces bien. He venido ahora para hablarte de los encuentros á que estás expuesta. Esta noche vendré sin objeto aparente. Esta Tavistock-street es un sitio muy bien escogido porque es céntrico y aislado. Reconozco en esto tu tacto habitual...

Se levantó y tomó el sombrero como un visitante próximo á marcharse. Pero el último momento era siempre el más importante y la última frase la de más valor.

– ¡Ah! Olvidaba decirte el principal objeto de mi visita... Master Julio Harvey da una comida pasado mañana y quiere conseguir que cantes en su casa.

Jenny Hawkins palideció y dijo con voz temblorosa:

– ¿A quién encontraré allí? ¿Qué nueva emboscada me prepara usted? ¿Qué atroz prueba quiere hacerme sufrir?

Sorege respondió tranquilamente:

– La última prueba. Después serás dueña de tu destino y no tendrás nada que temer. Hasta podrás prescindir de mí si eso te agrada. Así habrás probado á Tragomer y á Marenval que eres Jenny Hawkins y que nunca serás para ellos sino Jenny Hawkins. ¿No vale la pena de arriesgar el golpe? Sé firme y yo te probaré que soy el hombre que te he dejado suponer. ¿Vendrás? Tengo que dar una respuesta á mi suegro y sobre todo á mi futura, que arde en deseos de conocerte. En su entusiasmo á la francesa, pretende que eres asombrosa... Asómbrala más de lo que espera, querida amiga, y procederás con justicia.

Sorege reía y Lea estaba asombrada de su audacia. Pero eso mismo le inspiró confianza.

– Está bien, dijo. Iré.

– Perfectamente. Voy de paso á encargar el brazalete que master Harvey te va á ofrecer. Mi hombre es galante, aunque pastor, y se permite gastar quinientas libras en adornar con perlas el brazo de Jenny Hawkins. Hasta la noche, pues.

Atrajo á sí la cantante, le dió un beso fraternal en la frente y salió silenciosamente con su paso misterioso. Cuando desapareció, Lea se dejó caer desesperada en una butaca.

– ¡Qué suplicio! He pagado bien cara mi salvación al precio de esta esclavitud...

Apoyó la cara en la mano y se puso á reflexionar dolorosamente. Cuando la doncella fué á anunciar que el almuerzo estaba dispuesto, la encontró en el mismo sitio, con la mirada fija y la boca contraída, repasando en la memoria sus tristes recuerdos.

A la misma hora dos señoras enlutadas, envueltas en largos velos bajaron de un coche, y no sin inquietud echaron en derredor una mirada. Una actividad ruidosa reinaba en el muelle del Támesis, lleno de trabajadores ocupados en descargar los *steamers* alineados á lo largo del puerto. El río arrastraba sus olas amarillentas entre las carenas negras de los buques, y por el puente de Londres rodaban en incesante desfile los coches y los ómnibus. En lo alto de la ribera se levantaba la Torre alta y misteriosa y la entrada de los *docks* de Santa Catalina mostraba su amontonamiento de mercancías.

Amarrado cerca del muelle un yate, enano rodeado de gigantes, elevaba su pabellón tricolor entre las banderas azules de Inglaterra. La de más edad de las dos damas antedichas mostró á la otra el yate.

– Ahí está el *Magic*, dijo. Descendamos al muelle.

Por una escalera de piedra bajaron hasta la orilla, y pasando entre los obreros, los corredores, los marineros y los mendigos, se dirigieron hacia el tablón que unía el yate con el muelle. Al aproximarse, un joven alto y moreno apareció en la borda y salió á su encuentro.

– Aquí está el Sr. de Tragomer, dijo la más joven levantándose el velo como con prisa de ver mejor.

María de Freneuse apareció entonces, y sosteniendo á su madre, que temblaba de emoción, le ayudó á subir los escalones que conducían al puente.

– Bien venidas, señoras, dijo Cristián descubriéndose. Se espera aquí con febril impaciencia su llegada.

María levantó los ojos hacia Cristián como para asegurarse de que esas palabras no significaban más de lo que decían, y vió la hermosa cara del joven ennegrecida por el viento del mar y por el sol de los trópicos y con una expresión radiante de triunfo.

– ¿Está ahí?, preguntó la joven.

– En el salón.

María le ofreció la mano al llegar á la escalera, no se sabe si para que se la besara ó para apoyarse al bajar; pero ello fué que Cristián sintió por primera vez la alegría de que se entregase aquella mano que durante dos años le había rechazado tan duramente.

– Venga usted, madre mía, dijo la joven precediendo á la anciana.

Entraron en la semiobscuridad del puente. Se abrió una puerta, se oyó un grito ahogado, y enfrente de ellas, tal como le conocían cuando era dichoso, bello, joven y sonriente, apareció Jacobo tendiéndoles los brazos. La señora de Freneuse, pálida como una muerta, permaneció un instante inmóvil, devorando con los ojos á aquel hijo á quien creyó no volver á ver; estalló después en sollozos y ocultó el rostro con las manos como si temiera que se disipase aquella visión deliciosa. Se sintió transportada más bien que conducida á un sillón, y cuando abrió los ojos encontró á su hijo de rodillas que la miraba llorando.

(Continuará)

EL COMANDANTE MARCHAND

La figura de este militar bizarro y explorador ilustre es actualmente objeto de la pública atención en Francia: el gobierno, el ejército, el pueblo en masa, todos se desviven por agasajarle y todos le aclaman. Su llegada á París ha sido un paréntesis en ese estado de agitación que hace tanto tiempo tiene divididos á los franceses, y aun cuando algunos han intentado explotar su nombre en pro de sus apasionamientos, el comandante Marchand no se ha prestado á ser juguete de quienes atentos á sus particulares intereses no vacilan en apelar á todos los medios imaginables para excitar más y más los animos, ya sobradamente exaltados.

Marchand nació en 1864 en Thoissey (Ain) y desde su niñez llamó tanto la atención por su inteligencia, que su padre, modesto carpintero, no vaciló en hacerle ingresar, á pesar de su posición humilde y de las cargas que sobre él pesaban, en el famoso colegio de aquella población que Ana María Luisa de Orleans fundara hace más de dos siglos y en el cual el joven Marchand terminó sus estudios.

Llevado de su espíritu aventurero, después de haber permanecido una corta temporada en el despacho de un notario, se alistó á los diez y ocho años en la infantería de marina, ascendiendo muy pronto á oficial. En junio de 1896 salió de Francia y en 23 de julio desembarcó en el Congo, encargado de la misión de explorar el alto Ubanghi y llegar al Nilo Blanco.

Como en el número 879 de La Ilustración Artística dijimos algo de esta expedición y de la cuestión de Fachoda con ella relacionada, omitiremos los datos relativos á una y á otra; y tomando el relato allí donde lo dejamos, daremos cuenta de su viaje de regreso y de su llegada á Francia. El día 11 de diciembre de 1898 Marchand y sus compañeros se embarcaban en el *Faidherbe* para remontar el Nilo hasta el Baro, llegaron á la frontera de Etiopía el 23 de enero de este año, y atravesaron Abisinia, en donde el negus Menelik dió grandes fiestas en su honor en su capital de Addis-Ababa.

El 16 de marzo embarcóse Marchand con todos sus compañeros en el buque de guerra *D'Assas*, cuyo capitán le entregó en Djibuti las insignias de comendador de la Legión de Honor, y el día 30 de mayo desembarcaba en Tolón, aclamado por el pueblo en masa, felicitado por las autoridades y obsequiado por el alcalde, el almirante y los militares, que se disputaban el honor de tener á su lado á quien tanto ha hecho por la gloria de Francia.


El comandante Marchand

Al día siguiente los expedicionarios partían para París, siendo objeto de grandes ovaciones en Marsella, Avignón, Lyón, Laroche, y en una palabra, en todas las estaciones del tránsito.

La llegada del comandante Marchand á París fué un espectáculo grandioso: la estación había sido invadida desde las primeras horas de la madrugada por una multitud inmensa, en la cual figuraban numerosas representaciones del gobierno, del ejército y del Parlamento, delegados de los departamentos, etc. Al descender del tren, una aclamación delirante saludó al comandante Marchand, el cual entró en el salón dispuesto á recibirle, en donde el teniente coronel Goullet, en nombre del ministro de las Colonias; el general Noix; M. Savorgnan de Brazza, comisario general del Congo; Francisco Coppée, en nombre de la Liga de patriotas, y gran número de delegados de diversas asociaciones, pronunciaron elocuentes y sentidos discursos de salutación. Marchand contestó á todos dándoles las gracias por sus palabras de bienvenida, y salió de la estación entre los vivas y los aplausos de la multitud que lo llenaba todo y por entre la cual pudo á duras penas abrirse paso para subir al coche que le había sido enviado por el ministro de Marina.

Imposible describir el paso de la comitiva por las calles de París: fué un paseo triunfal como pocos ha presenciado la capital francesa.

Poco antes de las diez llegó Marchand al ministerio de Marina, en donde le esperaba el ministro M. Lockroy, con quien conferenció breve rato el comandante. Después del almuerzo y de la recepción que á éste siguió y durante la cual le fué entregada á Marchand una preciosa espada de honor, el comandante, acompañado del ministro, dirigióse al palacio del Elíseo para saludar al Presidente de la República y desde allí al ministerio del Interior, con objeto de visitar al presidente del Consejo M. Dupuy, al de Negocios Extranjeros en donde Marchand presentó á M. Delcassé á sus compañeros de viaje, al de la Guerra y al de las Colonias.

Terminadas las visitas oficiales, el comandante Marchand trasladóse al Círculo Militar, en donde se le tenía preparado alojamiento y en donde se celebró en su honor un magnífico banquete y una recepción á la que asistieron las más altas personalidades del ejército y de la política. Delante del Círculo la muchedumbre que se apiñaba en la plaza de la Opera no cesaba de aclamar á Marchand, quien hubo de salir al balcón y de dirigir la palabra al público que con aplausos y vivas frenéticos acogió sus palabras: «Amigos míos, permanezcamos unidos. ¡Viva Francia! ¡Viva la República!»

El grabado que en esta página reproducimos representa esta escena, y por él podrán juzgar nuestros lectores de la grandiosidad de la manifestación que el pueblo de París ha tributado al comandante Marchand. – X.


PARÍS. – Llegada del comandante Marchand. El pueblo aclamando al célebre explorador delante del Círculo Militar

Dibujo de H. Lanos

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

SANTOS DE BARRO, comedia en un acto y en prosa por *Antonio Sánchez Pérez.* – Se ha publicado impresa esta bellísima comedia de nuestro querido colaborador Sr. Sánchez Pérez que con tanto éxito se estrenó en la temporada última en el teatro de la Princesa de Madrid. De acción interesante y bien desarrollada, abundante en chistes de buena ley y escrita en el castizo estilo que caracteriza á todo cuanto sale de la pluma de su autor, la obra es digna del veterano escritor que tantos aplausos ha conquistado en el libro y en la escena.

SANTA EULARIA, poemet per *Mossén Jacinto Verdaguer.* – Resplandecen en este poema las hermosas cualidades que han hecho del padre Verdaguer el primero de nuestros poetas místicos: un fervor religioso, hijo de la fe más profunda y del más puro espíritu cristiano, y una inspiración que sólo tienen aquellos que como él en Dios y en los principios de la religión católica tienen puestos por entero su corazón y su pensamiento. El poema de *Santa Eularia*, en que se describe la ejemplar historia de la excelsa patrona de nuestra ciudad, es una joya de gran valor en la poesía mística española; sus estrofas, magistralmente compuestas, son otras tantas flores cuyos delicados perfumes llegan á lo más hondo del alma, y en los bellísimos pensamientos que contienen encuentra la inteligencia grato recreo y sublimes enseñanzas. Completan la obra del Sr. Verdaguer varias composiciones sueltas á cual más notable é inspiradas todas en la figura de la heroica mártir, y algunos apéndices de gran interés histórico. El libro, que lleva numerosos grabados, algunos de ellos reproducciones de antiguas y curiosas estampas, ha sido impreso en la imprenta barcelonesa de Francisco Altés y se vende á tres pesetas.

TRASUNTOS, por *Jacinto Grau Delgado.* – Nadie diría, leyendo *Trasuntos*, que se trata de la primera obra de un autor novel: los artículos que en el libro figuran revelan un espíritu tan profundamente observador y un gusto tan exquisito, que bien podrían tomarse como productos de una inteligencia madura y de una pluma avezada á las lides literarias. El señor Grau es joven, muy joven, y sin embargo en sus trabajos se advierten cualidades que sólo puede dar la experiencia, y si no ésta, una inteligencia perfectamente dotada y un estudio concienzudo, como sucede en el caso que nos ocupa. El autor de *Trasuntos* sabe ver con percepción justísima los tipos, lugares y escenas que á sus ojos se ofrecen; pero viendo todo esto muy bien, aún ve mejor el alma y la esencia de las personas y de las cosas, entrando, por consiguiente, de lleno en el género psicológico, en el cual se ha conquistado, al esgrimir sus primeras armas, un puesto distinguido. Tal vez algunos encuentren en los artículos del Sr. Grau sobradamente acentuada la nota pesimista y melancólica: respecto de esto, sólo diremos que si siente sinceramente esta melancolía y este pesimismo, hace bien en expresarse como se expresa; y si hay en ello algo de impresionabilidad momentánea, de afán por seguir una corriente hoy un tanto en boga, condiciones tiene el joven escritor para sustraerse á estas influencias circunstanciales y mostrarse, cuando quiera, en su verdadera personalidad literaria. *Trasuntos*, editado en Barcelona por Antonio López, se vende á 3'50 pesetas.

EUGENIA, novela original de *José de Elola.* – Es una *historia amorosa* real que interesa, porque desde luego se adivina que si es producto de la ficción, ésta lo es sólo por lo que el hecho tiene en sí de concreto. Plantéase y desarróllase un problema hondamente psicológico, cuya posibilidad se admite sin esfuerzo, puesto que la gradación que determina cada capítulo háilase discretamente conducida. De ahí que cobre mayor relieve la finalidad. Cuanto al lenguaje, castizo y concreto, ofrece giros y matices que producen singular encanto, sin que por ello el asunto incurra en las crudezas del lenguaje vulgar ni en los atildamientos literarios de los idealistas. Embellecen el libro varias notables ilustraciones de nuestro colaborador el distinguido artista Sr. Huertas, y véndese al precio de 3 pesetas en las principales librerías.



Escena callejera, reproducción de una fotografía

Imp. de Montaner y Simón



Año XVIII — Barcelona 3 de julio de 1899 — Núm. 914

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE MADRID



EL VIÁTICO EN LA ALDEA,

cuadro de Enrique Martínez Ruiz, premiado con segunda medalla

DE EUROPA

No hace muchos días leía yo en un autor extranjero una teoría que me pareció ingeniosa y nueva. Según este autor, que no es otro que el austriaco Gumplovickz, profesor de ciencias políticas en la Universidad de Gratz, los fenicios, antiguo pueblo muy comercial é industrioso y que ha contribuído eficazmente al desarrollo de la civilización, tuvieron la rara habilidad de desaparecer silenciosamente de la escena del mundo, como desaparece de un salón concurrido una persona bien educada. No se sabe qué ha sido de los fenicios, ni adónde fueron á parar, y sin embargo no consta que ninguna repentina catástrofe acabase con los numerosos individuos de esa estirpe repartidos por Europa, Asia y Africa, ni menos que se extinguiesen como se extinguen ciertas tribus salvajes al presentarse razas superiores y dominadoras – porque dominadora y superior, á su manera, es la de los fenicios ciertamente. – La explicación de Gumplovickz á tan extraño fenómeno, hela aquí: «Su espíritu cosmopolita se sobrepuso á los sentimientos patrióticos y les hizo encontrar dulce patria allí donde había negocios buenos y vida agradable.»

Contrastando con este don de oportunidad que demostraron los fenicios al eclipsarse, hace observar el mismo sociólogo la imprevisión y terquedad absurda que caracteriza á los judíos, empeñados en seguir una mal entendida política de conservación de la nacionalidad en espíritu de vino. Semejantes á los fenicios por el instinto comercial y negociador, no supieron sin embargo imitar su buen ejemplo; no tuvieron el tino de hacer á tiempo mutis. Diecinueve siglos llevan de sostener contra viento y marea su nacionalidad ya malparada y gastada bajo el César Augusto; y este empeño, advierte el sabio profesor, es falta grave contra la ley natural de la historia, falta que duramente expiaron millares de generaciones, castigadas por atizar á perpetuidad, «desafiando estúpidamente las reglas eternas y las corrientes poderosas del proceso natural social, una lucha de razas que hubiese podido aplacarse desde hace largo tiempo.»

* * *

¿Cómo no han de impresionarnos estas palabras, en presencia de los trastornos que acarrea el célebre proceso Dreyfus? Aunque olvidásemos la constante perturbación traída á Europa por el antisemitismo, – las escenas violentas y tantas veces sangrientas de Polonia, de Austria, de Alemania, de la Rusia propiamente dicha, – bastaría el caso del supuesto traidor cuya culpabilidad ó inocencia van á depurarse ahora, para demostrarnos que la tesis es firme, que la lucha de razas existe, y que, según ha visto con sagacidad el eminente sociólogo antes citado, no puede impunemente subsistir una nación dentro de otra nación, resistiéndose á toda amalgama. Resulte lo que resulte del examen de la causa de Dreyfus – y aunque aparezcan comprobadas las maquinaciones y falsedades que le llevaron á la degradación infamante y á la aflictiva reclusión en la isla del Diablo, – en su esencia la cuestión no varía, ni es el asunto Dreyfus sino episodio de la lid secular que ensangrentó en la Edad Media las calles de Valencia y Toledo.

No fuese Dreyfus israelita – exclaman los que desde el primer instante abogaron por la inculpabilidad del acusado, – y nunca llegaría á concitarse tan formidable tempestad en contra suya. Se le dió la preferencia y se le eligió entre varios candidatos á la traición – cuya letra se parecía á la del famoso *bordereau* poco ó mucho - precisamente por eso, á causa de que pertenecía á la raza deicida, y se contaba de antemano con la complicidad de la antipatía general y el recurso dramático que encierran estas dos palabras: «¡El judío!» Concedo que sea así, y que Dreyfus no cometió la culpa: prueba mayor de que en efecto no han sido hábiles los israelitas, al no incorporarse á las diversas naciones en que viven mezclados. No puede el israelita – Dreyfus lo muestra - ni alistarse en las banderas del país donde nació: no le vale ni la solidaridad militar, nudo de cohesión tan fuerte; para él el espíritu de cuerpo, en vez de escudo, es dogal que ahoga; el uniforme, en lugar de garantía, distintivo que le hace blanco de los disparos de la calumnia. Dígase que esto es injusto, que esto va contra la tolerancia, contra la equidad, hasta contra la caridad; dígase, y será exacto: lo han proclamado reiteradamente millares de voces. Pero el sociólogo se atiene á los hechos: lo que es, debe ser; lo que sucede reconoce causas profundas, y en sociología son razones suficientes hasta las preocupaciones y los errores del sentimiento, mientras no se corrigen, mientras actúan. La cruzada contra Dreyfus se explica, y al explicarse queda medio justificada. La infeliz víctima de la tenacidad de su raza va á ser juzgada de nuevo definitivamente. ¿Qué espera á Dreyfus?

* * *

Por malo que sea lo que le espere, no será su suerte peor que la de la desventurada princesa Luisa de Coburgo, hija del rey Leopoldo de Bélgica y esposa del príncipe Felipe de Coburgo. Calderón, nuestro gran autor dramático, hubiese aconsejado al príncipe Felipe que llamase á un cirujano y mandase sangrar en las cuatro venas á la princesa, receta predilecta de los *médicos de su honra;* pero de fijo, ni en aquellos tiempos en que tan delgado hilaba Melpómene, se le ocurriría al marido más severo la venganza cruel de recluir á su consorte en una casa de locos. Esto ha hecho, según se asegura, el dueño y señor de la mísera princesa. En Dresde, entre las cuatro paredes de la celda del manicomio (recurso ya empleado por Sardou en su drama *Andrea,* sólo que aplicándolo al esposo infiel), llorará á estas horas la hija del rey de los belgas su desdicha. Y uno de los periódicos franceses en que leo la noticia exclama: «Buena ocasión para los enemigos de la arbitrariedad. Mil veces se nos ha dicho que todas las cortes extranjeras saben que es inocente Dreyfus. Es indiscutible que aún saben mejor que la señora de Coburgo no está loca..., pero verán ustedes como no dicen esta boca es mía.»

* * *

El ruido del proceso Dreyfus, que en efecto parece una pesadilla, ha apagado el de dos acontecimientos que recuerdan verdaderas glorias de Francia, hijos ilustres á quienes la nación no debe olvidar: la muerte de Rosa Bonheur y el regreso de Marchand, el heroico expedicionario de Fachoda, el explorador del alto Nilo.

Rosa Bonheur, la pintora, que acaba de morir en su casa de campo de By, entre sus flores, sus árboles centenarios, sus pájaros y sus perros favoritos, merece contarse en el número de los artistas más grandes, más sinceros, más observadores de la naturaleza que ha producido nuestro siglo. La comparo á Velázquez por la sencillez, la sinceridad, la franqueza magistral de su pintura. Es el Velázquez de los irracionales. Como Velázquez, pintaba Rosa Bonheur sin artificio; apenas componía, y no tenía simbolismos, ni intenciones alambicadas, ni triquiñuelas de ningún género: trabajaba con el ojo y la mano, más que con el cerebro: la pincelada ancha y segura, la intensidad de la ejecución, caracterizaban á la ilustre *animalista.* Su pintura parece á veces comentario de las Geórgicas. Mirad el surco abierto por el arado, y creyerais que sube de él ese vaho especial desprendido de la tierra roja, mezclado al hálito fatigoso de la yunta y al calor del sol sobre los destripados terrones. Para los que vivimos mucho tiempo en el campo y conocemos la luz y el tono de los horizontes rústicos, encierran un encanto inexplicable los cuadros de Rosa Bonheur. Los animales que pintaba eran la misma verdad. Jamás olvido las magníficas cabezas de perros expuestas en Madrid hace pocos años, obra de Rosa Bonheur. Aquellos chuchos tenían toda la nobleza afectuosa, la dulzura del mirar, la expresión en fin de perros vivos. Sólo puedo compararlos al hermoso mastín del cuadro de *Las Meninas.*

Rosa Bonheur adoraba en sus modelos. Fué vocación suya, decidida, desde la niñez, estudiar las actitudes y costumbres de los animales. Ya mocita, para poder frecuentar las ferias y los mataderos sin riesgo del pudor ni injuria del decoro, cortóse el pelo y se vistió de labrieguillo; los pantalones de pana y la blusa con que siempre trabajó después, el traje que llevaba puesto cuando la emperatriz Eugenia adornó su pecho con la Legión de Honor; el que vestía á la edad de setenta y siete años á que acaba de suceder su muerte. Solterona y de corazón amante, prodigó ternura á sus bichos domésticos, entre los cuales se contaron un león y una leona que crió, que tenía sueltos, y que, siguiéndola como falderos, lamían sus manos. En los hatos de pastores se pasó temporadas Rosa Bonheur, estudiando las graciosas posturas del corderillo recién nacido, la salvaje elegancia de las chivas, – la forma animal, en suma. Nadie superará á Rosa Bonheur en su género; y ese género, como no era sino la naturaleza misma, ni pasará de moda ni tiene nada que temer del vaivén de los gustos estéticos y las escuelas y sistemas: posee la eterna juventud bucólica, la vida profunda de la creación, que se renueva con cada primavera y se transmite como antorcha encendida al través de las generaciones.

También de Marchand debe Francia con justo título enorgullecerse. Con su grupo de valientes y decididos compañeros, salvando pantanos y arrostrando fiebres, picado de mosquitos y amenazado de caníbales, le sostenía la ilusión ardorosa del patriotismo, el deseo de agregar una parcela de territorio á sus dominios, de aumentar su influencia y dignidad en el mundo. Su gran dolor no fué la salud perdida, ni los duros trabajos, ni la vida en riesgo inminente: fué el telegrama que le ordenaba evacuar á Fachoda, arriar la bandera tricolor, y volverse dejando tal vez para siempre aquella región del continente negro... No representaba allí Marchand únicamente los intereses de Francia: quizás los de toda Europa, excepto Inglaterra, cuyas absorbentes tendencias se han revelado una vez más al poner la mano sobre Egipto, apoderándose de la cuenca del Nilo, desde las remotas fuentes donde nace el río sacro, hasta sus bocas de desagüe. Sobrado motivo de alarma para las demás potencias la fuerza que adquiere la Gran Bretaña por medio de la posesión ya no disputada de Egipto. Una vez más la gloriosa sombra de la estrella napoleónica, la huella del coloso, va á ser borrada por Albión, cuyo oficio y cargo en la vida internacional parece ser aniquilar hasta el recuerdo de la obra de Bonaparte, el *franco,* que dejó memoria imborrable en Egipto, y limitar y restringir las aspiraciones de la moderna Francia, su expansión testificada por la empresa memorable del canal de Suez. Prudente Francia, escarmentada y dolorida aún, retrocede ante la rapacidad de la gente inglesa, que con la algarada de Arabi Bey abrió camino á establecer su preponderancia y afianzarla un día tras otro, desde hace lustros. Hay quien cree que el envío de la ilustre expedición Marchand fué una falta política; que convenía asociarse á las demás naciones. Francia sola no puede correr la aventura; más cauta que nosotros, al encontrar al leopardo ha dado la vuelta

Al cerrar la crónica leo la formación del nuevo ministerio destinado á liquidar el asunto Dreyfus. Ponga Dios tiento en manos de los jueces, y en el fiel la balanza, y deshágase de una vez esta maraña embrollada y odiosa.

EMILIA PARDO BAZÁN

EXPOSICIÓN NACIONAL

DE BELLAS ARTES DE MADRID. (1)

He hablado de Gonzalo Bilbao á propósito de un hermoso trozo de marina que alcanzó el honor de ser premiado con medalla de primera clase. Tócame ahora decir algo de su cuadro *La madrecita.* Representa á dos niñas, la mayor de las cuales tiene en brazos á una hermanita en mantillas. A los pies de este grupo hay un perro tumbado en el suelo.

Escena delicadísima es esta. Muy bien sentida la expresión de la niña que con tierna solicitud hace las veces de madre para con la chiquitina. Admirable el perro, tanto, que podría firmarlo cualquiera de los buenos maestros españoles del siglo XVII. La factura es franca hasta donde puede serlo la que más. El color admirable.

Si á Legua, autor del cuadro *Prófugo,* del que he hecho mención en mi anterior artículo, el Jurado se *limitó* á concederle un premio de tercera clase (premio que renunció el artista), en cambio á Guillén no le ha considerado digno de recompensa por el lienzo *Solos.* Y en verdad que miro como injusto tal desdén, pues dicho cuadro tiene más que sobradas condiciones para haber obtenido un premio. Bien compuesto, sentido, pintado con maestría, el lienzo que expone el distinguido pintor alicantino es de los escasos que en este certamen hablan al alma. Una joven madre que sentada en el suelo con la cabeza y las manos apoyadas en el borde de una cama mortuoria de donde acaban de llevar el féretro de su hijo; el marido en un rincón, que sentado en una silla contempla la dolorida figura de su esposa; sobre la camita fúnebre vestida de blancas telas unas rosas deshojadas..., he aquí la escena.

Sáenz presenta varias obras: de entre ellas *Aseo é Inocencia,* dos figuras de niñas, cuasi mujercitas, la una que acaba de bañarse y otra que está tendida en lujosa tela, son, en mi juicio, juntamente con un retrato de señora y una media figura de joven titulada *Mariposa,* lo mejor de cuanto exhibe este artista.

Puede pedírsele á Sáenz que sea algo más robusto y firme, así en la línea como en la factura; pero es innegable que ha sabido vencer las terribles dificultades que ofrece la pintura de las carnes de cuerpos tan finos y delicados como los de la mujer cuando está alcanzando la pubertad. *Aseo é Inocencia* son desnudos.

De Martínez Ruiz, hijo y discípulo del ilustre Martínez Cubells, es el cuadro *El viático en la aldea,* sinceramente sentido, de ejecución espontánea y muy bien compuesto, que con justicia ha sido premiado con segunda medalla.

Mencionaré también los dos lienzos de Parladé que hacen honor al pincel del conocido artista, y el de Romero Orozco, *La plegaria,* cuyas reproducciones acompañan el presente artículo.

***

Y aquí termino estas rápidas impresiones en lo tocante á la sección de pintura. Perdónenme aquellos artistas á quienes haya omitido. En unos veo promesas, en otros equivocaciones, ¿quién estará libre de ellas?, en los más impersonalidad absoluta. Moreno Carbonero, el maestro por excelencia pintando el sol, ya lo he dicho, y si no lo digo ahora, está en su cuadro *La batalla del vizcaíno* por bajo de su otra famosa obra *Una aventura de Gil Blas.* ¿Como ejecutante? Cual siempre, maravilloso. ¿Como distinguido en la línea? Dejaría de ser Moreno Carbonero. ¿Como colorista? Muy bien, aun cuando bastante más frío que en otros cuadros suyos. ¿Sintiendo el asunto? Ahí *fica ó conto.*



UN BUEN AMIGO, cuadro de Andrés Parladé

EL DESCANSO, cuadro de Andrés Parladé

Vamos con los dibujos.

Más de ciento y pico de dibujos, si no estoy equivocado en la cuenta, exhibe el insigne maestro D. José Jiménez Aranda representando escenas de una parte del *Quijote.*

Hace ya algunos meses me ocupé en esta obra titánica que solamente un tan prodigioso dibujante como el eminente artista sevillano es capaz de realizar.

Comienza la serie de dibujos (al blanco y negro) en aquel punto mismo en que comenzó su libro inmortal el príncipe de los ingenios españoles: «En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo vivía un hidalgo, etc.» Y el primer dibujo es el *hidalgo,* y el segundo una alegoría de lo de «salpicón las más noches, duelos y quebrantos, etc.» Páginas hay que las ilustra Jiménez Aranda con media docena de dibujos, los cuales son otros tantos cuadros.

Cuando el artista dé por terminado su empeño, es probable que pasen de ochocientas las ilustraciones, si antes no desfallecen las fuerzas del veterano maestro, como en carta á mí dirigida hace tiempo me daba á entender, en vista de las dificultades insuperables que encontraba para editar tan monumental obra.

Acertar con la figura plástica ó gráfica de *Don Quijote* me parece empeño tan difícil como acertar con la de Jesús. Recuerdo que hallándome en Berlín el año de 1896 se celebró un certamen particular entre los más ilustres pintores de la capital de Alemania, con el objeto de representar á Cristo. Veinte fueron los artistas que acudieron al concurso, y los veinte concibieron la imagen del Redentor de modo totalmente distinto. Uno tan solo, Skarbina, acercóse en mi sentir al ideal que á través de las evoluciones de las ideas y de los tiempos se han forjado, especialmente las sectas cismáticas de la Reforma, del mártir del Gólgota. Mas ¿era aquella figura la que imagina el católico?



LA PLEGARIA, cuadro de Honorio Romero y Orozco

La misma pregunta, porque la misma duda se me ocurre, hago ahora mirando la representación figurada que de *Don Quijote* trazó el firme y seguro lápiz de Jiménez Aranda. Por mi parte declaro que, aun dentro del *tipo* que mi ilustre y admirado amigo acaba de crear, encuentro variantes, fenómeno que me produce confusión lamentable (para mí, claro está), no dejándome ver de un modo claro el *tipo* que soñó el maestro. Mas aparte de esta observación puramente personal mía, cuanto pueda decirse de la variedad en las escenas, de la admirable disposición de éstas, de lo típico de los tipos, de la verdad histórica, en fin, de cuanto constituye, no tan sólo lo real y material de lo descrito por Cervantes en aquel libro singular, sino su espíritu, hállase admirablemente comprendido y estudiado en esa colección de dibujos, donde no se sabe qué admirar más, si al maestro de la técnica, ó al cerebro que tantos y tan diversos cuadros compone.

***

Bien merece el trabajo de Jiménez Aranda espacio mayor que del que dispongo en este momento, pero quiero decir algo de una sección muy importante, este año pobrísima en obras de algún mérito. Me refiero á la de *Arte decorativo.*

En primer término figuran diferentes vidrieras pintadas, imitaciones algunas de ellas de varias de los siglos XV y XVI. Descuellan *Una vidriera esmaltada al fuego,* reproducción de un fragmento de otra perteneciente á la catedral de León (siglo XVI). Otra, también *esmaltada al fuego,* dividida en dos secciones, que reproduce la decorativa en este género del gusto alemán del siglo XV, así como otra también renacimiento alemán. Estas vidrieras que presenta D. Antonio Rigalt y Blanch, de Barcelona, son dignas de encomio por la pureza del trazo y lo vigoroso y armónico de la entonación general.

No menos dignos de mención son algunos de los trabajos del mismo género que exhibe Mr. Maumejean, de Pau, especialmente una vidriera representando á Santo Tomás, estilo del siglo XV, y dos panelas con mosaicos y medallones.

Entre los esmaltes é imitaciones de Limoges pueden apuntarse algunos de mano del Sr. Travado, de Huelva, que reside en Londres. Más que por la pureza de la imitación en lo que corresponde á la decorativa, por la limpieza de los contornos. Respecto del colorido, aun cuando no me es muy fácil poder emitir mi juicio con toda seguridad por hacer bastante tiempo que no veo ejemplares de la cerámica de Limoges, sin embargo, si no me falta por completo la memoria, me parece bastante distanciado el notable ceramista en que me ocupo de la paleta de los artistas de aquel célebre centro de producción, sobre todo de los anteriores al siglo XVIII. Peca el Sr. Travado de frío en las coloraciones.

Los Sres. Masriera y Campins, de Barcelona, merecen un aplauso, especialmente por un jarrón de bronce fundido con trípode de hierro forjado, objeto de muy buen gusto y cuyo proyecto se debe al Sr. Masriera (D. Víctor), así como por dos verjas, proyectadas ambas por el mismo señor. Titúlanse estas verjas *Primavera* y *Estío,* y efectivamente los elementos decorativos que las componen están escogidos en la flora de esas dos estaciones del año. El proyectista ha sabido acomodar con muy buen gusto á las ordinarias proporciones de una verja los elementos dichos, y los contornos de los enlaces de las hojas y tallos de las plantas forman un conjunto, aun cuando algo complicado, muy

elegante. Estas verjas son de hierro forjado y pulido y bronce fundido y cincelado. De las estatuitas, también fundidas en molde á cera perdida, las que más me gustan son la titulada *Minuet* y la de un toro.

Hierros relevados hay dos muestras muy bellas, una *falleba* y un picaporte, obra del Sr. Asins, de Madrid, y una aplicación estilo del renacimiento español, de hierro relevado, del señor Málaga.

Entre las pinturas decorativas figuran los estudios que de este género pictórico hizo el maestro Domínguez para la gran escalera del ministerio de Fomento y que ya conocen los lectores de La Ilustración Artística; dieciséis *panneaux* representando paisajes, calles y asuntos de costumbres del notable marinista Sr. de la Torre, fríos todos ellos de entonación y por lo tanto de una monotonía grande, cosa que quita bastante mérito á las composiciones; varios estudios del natural de flora y fauna, hechos por discípulos de la cátedra de Arte decorativo de Barcelona, muy dignos de aprecio por cierto, pues se advierte en la mayor parte de dichos estudios trazo firme y buen sentido artístico para adaptar el natural á las formas especiales de los objetos que produce la industria.

Respecto á proyectistas de decoraciones para libros, periódicos, carteles, etc., nada de particular puede mencionarse; lo mismo digo de los policromistas de imágenes. Sálvase (en mi entender) de esta apreciación mía el Sr. Pascó, quien exhibe unos *álbums* con hojas de vitela con pinturas sobre dorado de muy buen gusto y de mucho carácter y como proyectista de las cubiertas de dichos álbums.

De obras de carpintería, ebanistería y aplicaciones de talla, nada, nada, absolutamente nada. Aparte de la mano de obra, por lo que afecta á la traza y al gusto de la mayor parte de los pocos muebles que se han expuesto, no puede ser más deplorable la falta de sentido artístico de los que los han trazado. He visto un sillón que tenía por remate nada menos que dos plúteos, sobre los que se alzaba un frontón triangular ó tímpano. Esto de aplicar á un mueble tan portátil como una silla elementos de arquitectura del género de los citados, me parece el colmo del atrevimiento por no decir otra cosa.

Amor y trabajo, grupo escultórico de José Montserrat, premiado con primera medalla

Queremos regenerarnos (¡dichoso verbo!) y tenemos que comenzar por adquirir un poco de sentido común; porque aun careciendo, como carecemos, de educación del gusto en todas las manifestaciones en que éste puede y debe exhibirse, aquel sentido, por lo visto tan raro, nos obliga á ir tras de la lógica y ésta á su vez nos hace ver que para tomar, por ejemplo, una taza de caldo, no podemos utilizar una palangana ó una tinaja.



Inocencia, cuadro de Pedro Sáenz, premiado con segunda medalla

Por lo menos yo así lo creo.

Debo subsanar un olvido involuntario. El escultor Sr. Monserrat ha sido laureado con una medalla de primera clase, y justamente, por su sentido y realísimo grupo *Amor y trabajo*.

También ha obtenido una segunda medalla el distinguido escultor Sr. Campeny por su grupo *A muerte*.

Ambas esculturas están reproducidas en esta página.

Que sea enhorabuena.

R. Balsa de la Vega

REPÚBLICA ARGENTINA

BUENOS AIRES QUE DESAPARECE

A las ciudades les sucede lo que á los individuos: nacen, crecen y se transforman.

Lo que un día se consideró imprescindible, á poco es desechado por inútil; y las construcciones y defensas tenidas por inexpugnables, pronto son consideradas como frágiles y deficientes desde el punto de vista de la estrategia.

La *Aduana vieja,* en los últimos tiempos, todavía tenía ciertas pretensiones de fortaleza, á pesar de que los fortines y troneras que la rodeaban, hacía más de cuarenta años que fueron derribados para dejar paso al ferrocarril á la Ensenada, precursor de la transformación actual. Más tarde, cediendo lugar á la construcción de la grandiosa Casa de Gobierno, llamada vulgarmente *rosada* por el color especial de que está pintada, quedó reducida á los depósitos.

Hoy ha desaparecido del todo, porque el resto de su mole vetusta servía de estorbo á la especulación industrial; la que tomando gran extensión de terreno al río, ha construído el soberbio puerto interior llamado Madero, con grandes y extensos diques que como muralla comercial se extienden de Norte á Sur por todo el frente de la gran capital argentina.

La Aduana vieja ha desaparecido á la vista del espectador, pero no ha sido derribada del todo. Gran parte, como dos pisos, está enterrada bajo el terraplenamiento, y sus fuertes y anchos muros, cuya antigüedad se hace ascender á principios del siglo xvii, todavía podrán dar quebraderos de cabeza á sabios arqueólogos de siglos venideros, si por una causa ú otra quedan al descubierto.

Hoy por encima de la Aduana vieja va el Paseo de Colón á unirse con el de Julio.

En belleza y ornato mucho ha ganado esta parte de Buenos Aires; pero en cambio ha desaparecido la nota de color, lo pintoresco, lo típico de otras edades, lo secular, lo que recuerda épocas de lucha, lo que es, ó tendría que ser, historia de piedra.

La *calle del Pecado* es un callejón de cincuenta metros; empieza en la calle de Lima y termina en la Plaza Montserrat.

El porqué del nombre se pierde en la noche de los tiempos. Varias son las tradiciones que quieren explicarlo, pero todas ellas dudosas.

De ellas la que mayor crédito nos merece es la que explica que en tiempo de los virreyes últimos fué en la plaza Montserrat en donde se construyó la primera de toros, y como la misma servía de mercado de frutos, por la gran actividad que allí reinaba de traperos, comerciantes y toreros, la calle que nos ocupa fué un verdadero albañal de las miserias y desperdicios humanos, de escándalos y de licencias, por lo que se le dió el nombre de calle del Pecado, que recientemente la Municipalidad tuvo la humorada de cambiar por el de calle de Aroma.



A muerte, grupo escultórico de José Campeny, premiado con segunda medalla

La histórica *Recoba de la plaza Montserrat* hace próximamente dos [illegible] desaparecido totalmente, cediendo su lugar á hermosa casa de construc[illegible] moderna.

Bastante después de la caída del tirano D. Juan Manuel de Rosas, la pl[illegible] Montserrat era sitio de mucho movimiento y gran actividad comercial, porqu[illegible] paraban en su recinto las colosales, vetustas y pesadas carretas arrastradas por



Aduana Vieja puerta principal.

Aduana Vieja Portón de uno de los patios.

Aduana Vieja.

La calle del Pecado.

Vista general de la Aduana Vieja por la parte del rio.

Aduana Vieja – Portón del patio principal.

Recoba de la Plaza Monserrat.

De fotografías de la «Sociedad Fotográfica Argentina,» remitidas por D. Justo Solsona

unas cuantas parejas de bueyes, que de lejanos *pagos* de la inmensa pampa argentina venían á la noble ciudad á traer los productos de tierra adentro, especialmente cueros y lanas, regresando á sus lares cargadas con todo lo más heterogéneo importado de la vieja Europa.

Bajo la Recoba estaban las grandes pulperías, las que servían casi del todo los pedidos de fuera traídos por los boyeros que, á pesar de los múltiples encargos y de lo muy variado de las clases de la mercadería, se acordaban de todo.

Hoy la plaza Montserrat es un sitio muy ameno; un bellísimo jardín situado en la parte más densa de la ciudad, lugar completamente rejuvenecido, del cual ha desaparecido todo lo antiguo.

Las fotografías que publicamos son debidas á la galantería de «La Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados,» cuyos trabajos son superiores y que con justicia deben ensalzarse; sociedad que merece los mayores plácemes, pues en sus numerosos *álbums* guarda, como piadosa memoria, todo lo antiguo, pintoresco é histórico de edificios que las provincias argentinas guardan ó guardaban ha pocos años.

Justo Solsona

MARIA DE LOS ANGELES

I

Un día el insigne pintor Raimundo Madrazo y yo, á través de la cortina persiana del balcón del cuarto que yo ocupaba en París en un hotelito de la calle de los Mártires, vimos á María de los Angeles asomada á una ventana que estaba enfrente de mi balcón, y que, como éste, daba á un patio muy estrecho.

María de los Angeles tenía dieciocho años de edad, y era andaluza.

El cielo estaba muy nublado, había penumbra hasta en el alféizar de la ventana y la cabeza de la joven se destacaba de entre aquel limbo obscuro. Aquella casi niña tenía la belleza de la expresión, no de la línea, y en aquel momento hallábase *en reverie,* como dicen los franceses; en esa cosa vaga é inexplicable en la que los átomos del pensamiento se unen sin confundirse, bien así cómo los átomos de luz en un rayo de sol.

Se apoyaba con una mano en el extremo de su mejilla, en la actitud del que persigue una aspiración no formulada; sus ojos estaban fijos, y su boca, de labios gruesos, se entreabría como la del que aspira un ambiente lejano.

Raimundo Madrazo y yo nos retiramos al interior de mi cuarto, y estábamos hablando, cuando de repente exclamó aquél, señalando hacia la ventana de María de los Angeles:

- ¡Llora!

Nos aproximamos á la persiana, miramos; la joven no lloraba, sus ojos continuaban secos y fijos.

Nos retiramos por segunda vez del balcón, volvimos á mirar á la niña, y ¡cosa incomprensible!, sus ojos estaban llenos de lágrimas; era quizá que *lloraba por dentro,* y la reverberación de aquella pena se asomaba á sus pupilas, transmitiéndose á las nuestras por medio de un extraño espejismo del rayo visual.

¿Por qué María de los Angeles estaba *en reverie,* por qué *lloraba interiormente?* Ella tal vez no lo sabía, pero yo creo haberlo adivinado.

María de los Angeles había nacido en ese *cacho de cielo* que comienza en Sevilla y acaba en el mar; en la isla de León, bajo aquel cielo transparente que deja entrever la eternidad; entre el mar del Puerto de Santa María, ondulante y risueño, y el mar de la Caleta, sombrío y borrascoso; en esa isla ardiente y luminosa, en la que hay palmas y naranjales y pitas, y que se parecería á un oasis del Cairo si no estuviese tan próxima al Océano.

María de los Angeles desde niña estaba acostumbrada á la luz intensa, á los grandes horizontes, á las noches estrelladas, veladas sólo muy pocas veces por nubecillas rápidas como ninfas pasajeras; y casi de repente, desde aquel deslumbramiento había pasado á las calles rectilíneas de París, bajo un cielo plano y obscuro que pesaba sobre ella.



Mignon, escultura de José Kopf

Además, María de los Angeles recordaba una excursión que hizo en compañí.. de su padre y de su primo..

II

Pasó por Cádiz, la ciudad primorosa que se eleva sobre muelles ciclópeos, como una mariposa que gusta de revolar sobre las aguas; transpuso Jerez, donde el viejo Sileno hubiera muerto de alegría; atravesó Sevilla, en la que se desborda á torrentes la savia andaluza, y llegó á Mairena de los Alcores...

¡Gran Dios! ¡Cómo entró en la feria María de los Angeles; en aquella feria, hoy reducida, pero siempre clásica, de la gracia y de la *majeza!* Entró á ancas del caballo de su primo; *él,* envuelto en su manta montoreña guarnecida de madroños afelpados, *abrigando* al tordillo con los botines bordados por las hadas de Coín; *ella,* con su pañuelo azul como los acianos de la isla, con su falda color de tórtola con flores blancas, como un vallado lleno de margaritas; enseñando los pies, sobre cuyo empeine se cruzaban las cintas de los zapatitos, y llevando en la cabeza una rosa, no tan grande, pero más fina que las de Korasán.

Después regresó á su isla por el río de Sevilla en un falucho rápido como una gaviota, aspirando los azahares de San Telmo, oyendo las *soledades* de Coria del Río, que parecen entonarse en un minarete oriental; refrescando su frente con las maretas blandas de las salinas y las crespas brisas de Sanlúcar.

¿Cómo olvidar todo aquello?

Por eso María de los Angeles vivía en París como un cuerpo sin alma, andando indiferente y distraída por aquellos espléndidos *boulevares* por donde han pasado los sultanes, los emperadores y los reyes; por eso entre aquel montón de tonterías y prodigios, recordaba... y *lloraba por dentro.*

— ¡Está preciosa en esa actitud!, exclamó Madrazo.

Y tomando un pliego grande de los que yo tenía para transformarlos en cuartillas, sacó un lapiz de su cartera, y trazó á grandes rasgos el semblante y busto de la niña andaluza.

— ¿Va usted á hacer algo?, le pregunté.

Puede que sí, me contestó, guardándose el apunte pictórico.

III

Manuel Lozano, el padre de María de los Angeles, era buen hombre y exaltado liberal; tan exaltado, que por la libertad abandonó su escuela de niños de la isla de León, y á su familia para, en Sevilla primero y después en Madrid, batirse contra la tiranía y tuvo que refugiarse en Francia, formando parte de ese montón de patriotas que se llamó *la* [illegible] *ción de Prim.* En París vivió de milagro, hasta que el conde Susini, un cubano que tenía empresa tabacalera, le dió colocación en su casa. Los dos primeros meses Lozano ganó ciento cincuenta francos mensuales de sueldo, al tercero le asignaron otros cincuenta francos más. Creyendo entonces que podría salir adelante, hizo traer á París á sus hijos María de los Angeles y Leandrillo; pero no contó con la suerte, que á veces abandona hasta á los más consecuentes liberales. Pocos días después de la llegada de su familia, el conde Susini, que aunque viejo era *sportman,* murió á consecuencia de una caída de caballo, deshízose la casa tabacalera, y el pobre Manuel Lozano vióse reducido á una situación más precaria que anteriormente, puesto que tenía que mantener á sus dos hijos.

La suerte es caprichosa: cuando más ahogado hallábase aquél, presentóse en su casa un personaje del barrio de Breda, un rico comerciante de géneros coloniales llamado Mr. Senardier, que le dijo: «Mire usted, amigo, yo he conocido á su hija de usted María, porque algunas veces va á comprar á mi [illegible] Soy viudo, no he tenido hijos, ni más parientes que una hermana tan bien establecida como yo. La *petite andalouse,* como la llamamos en casa, me ha flechado. He tomado informes de ella y de usted, y si ustedes son gustosos, me caso con ella. La duplico en edad; pero ¡qué importa!, así seré para ella marido y padre.»

Esta proposición á quemarropa dejó estupefacto al pobre emigrado; pero no había medio de vacilar. Mr. Senardier tenía fama de honrado y de rico, y aquella boda era la solución de un problema de miseria.

¡Pobre María de los Angeles! Ella no sólo tenía la nostalgia de Andalucía, sino que también en su corazón el recuerdo indeleble de su primo Antonio, de aquel primo con el que había entrado á caballo en la feria de Mairena. Pero Antonio, en su última carta, sólo le ofrecía un porvenir incierto y lejano, cuando fuese vaquero mayor de la ganadería de Miura, en la que servía, y el rico comerciante parisiense desde luego ofrecíale el reposo y el bienestar de su familia.

María de los Angeles se sacrificó por los suyos, y se concertó la boda.

IV

Un día me encontré á Raimundo Madrazo en la plaza de la Opera, y entre otras cosas me dijo:

–¿Sabe usted que he hecho el retrato de María de los Angeles?

–¡Hombre, me gustaría verle!

–¿Tiene usted que hacer?

–No.

–Pues vamos.

Me llevó á su estudio y me enseñó el retrato.

¡Cómo expresarme!

Aquel retrato es de un conjunto terminante. He dicho que María de los Angeles tenía la belleza de la expresión, no de la línea, y esto mismo resalta en la reproducción de su semblante. Este retrato completa á Madrazo ante la consideración de los que en sus obras creen encontrar falta de la poesía de la naturaleza. ¿Cómo se opera este prodigio cuando en el lienzo de la niña andaluza no hay más que el retrato? ¿Por qué detrás de esta imagen os figuráis el campo andaluz y la ondulación del mar? ¿Cómo adivináis un poema de muerte en el rostro de una niña melancólica, que puede muy bien estar entristecida por un motivo fútil y baladí? Además, ¿por qué en todo esto presentís en el artista que ha colorado vagamente aquel cuadro al pintor de las filigranas sociales?



LABORIOSIDAD, acuarela de Nico Jungmann
(reproducción autorizada por los Sres. Dowdesweld y Dowdesweld, de Londres)

Ignoro el motivo de todas estas cosas.

El retrato de María de los Angeles está hecho casi de memoria por Raimundo Madrazo, y digo que *está hecho* porque al pintarle éste no era un artista, sino un *medium* pictórico; no recordaba el modelo, pero el modelo debería surgir del pincel que era un manojo de recuerdos; el dibujo se confundía con la memoria; en el color se mezclaba el cielo plomizo de París y el cálido ambiente de la isla de León.

Aquel cuadro, cuyo fondo se parece al interior de una cripta alumbrada por un crepúsculo y que representa una joven, está difuminado con la vaguedad de los cuerpos próximos á disolverse, y en él el trazo se marca indeciso porque los verdaderos artistas no tienen necesidad de concluir y sí sólo de indicar.

Allí está María de los Angeles tal como yo la vi asomada á su ventana, con la frente surcada por una arruga interior, con los ojos soñadores, con el contorno de las mejillas que tienen la suave aspereza del fruto del granado.

El parecido es admirable, pero se comprende; lo que no se adivina...

Miráis el retrato de cerca y los ojos están tristes, pero enjutos; os alejáis dos ó tres metros y los ojos de la imagen de María de los Angeles lloran como yo los vi llorar desde lejos, en mi cuarto. ¿Cómo se hace esto? Yo tengo el verbo, esto es, la palabra; yo puedo decir: «María de los Angeles llora ó no llora;» pero ¿cómo el artista ha conseguido pintar dos ojos enjutos y llorosos á un mismo tiempo?

Cuando se ven aquellas lágrimas que necesitan espacio para manifestarse, aun los que no han conocido á la joven andaluza sienten la fascinación del



LA TERTULIA DEL PÁRROCO, cuadro de Andrés Solá (Salón Parés)



LA PAZ EN EL JAPON. - AMATERASSU.



A DIOSA DEL SOL, cuadro de Pablo Quinsac

dolor, calor de tempestad, mareo como el de una llama que oscila al apagarse, melancolía que serpea por las venas, que parece como que se desprende de aquella imagen.

V

La boda de María de los Angeles con Mr. Senardier tuvo gran resonancia en el barrio de Breda.

Una mañana, á las nueve, paráronse tres coches de alquiler, los coches



Exposición Nacional de Bellas Artes. Madrid. 1899
Amapola, cuadro de Pedro Sáenz

indispensables en toda boda parisiense, á la puerta de la casa en que habitaba Manuel Lozano, que fueron ocupados por los que formaban parte del cortejo nupcial. Yo fuí uno de ellos en calidad de compatriota y vecino. María de los Angeles llevaba el traje de desposada, indispensable también hasta en las clases más humildes, y estaba muy linda, pero sumamente pálida. Mr. Senardier resplandecía y le reventaba la satisfacción por su franco y colorado rostro.

Púsose en marcha la comitiva, y como media hora después presentáronse en la portería de la casa dos extraños personajes. Uno de ellos era un gallardo mozo y vestía á la andaluza cerrada; esto es, sombrero calañés cónico, capa parda ribeteada de pana encarnada y botines de cuero. El otro, que al parecer servíale de intérprete, era un desarrapado pilluelo de fisonomía inteligente.

-¿En qué piso habita Mr. *Losanó?*, preguntó el pilluelo á la portera.

– Cuarto del centro, pero ahora no hay nadie; acaban de salir Mr. *Losanó* y la familia, porque hoy se casa su hija.

¿Dónde se casa?

– En Nuestra Señora de Loreto.

– ¿Llegaremos á tiempo?

– Creo que sí, porque primero van á casa de la madrina y á la alcaldía.

La portera estaba bien informada. En efecto, el séquito nupcial fuimos primero á casa de una hermana de Mr. Senardier, que tenía una pastelería en la calle de Lafayette y que en calidad de madrina debía entregar á la novia las ligas de boda.

Estas ligas juegan gran papel en toda boda del buen pueblo de París. Durante la comida nupcial, el padrino se mete furtivamente debajo de la mesa, quita por sorpresa á la novia una liga, la parte en pedazos y los reparte entre los convidados. Porque la liga de novia *porte bonheur,* lo que quiere decir que *tiene buena sombra.*

En honor de la verdad, María de los Angeles ignoraba esta costumbre.

Después de tomar un *piscolabis* en la pastelería, fuimos á celebrar el registro civil y luego á la iglesia de Nuestra Señora de Loreto.

Había bastante gente á la puerta del templo, atraída por la popularidad de Mr. Senardier y por lo que se decía referente á la juventud y belleza de la novia.

Los cónyuges bajaron del primer coche. María de los Angeles estaba distraída; pero súbito sus ojos se fijaron..., se fijaron en un sombrero calañés y una capa parda...

Dió algunos pasos y cayó desplomada al suelo.

Lleváronla á la sacristía de la iglesia, vino un médico, la reconoció: María de los Angeles estaba muerta de resultas de la rotura de un aneurisma.

Halláronla sobre el pecho una carta, que entre otras cosas decía:

«¡Angeles de mi vida, no puedo vivir sin ti. He vendido cuanto tenía, hasta el caballo, para ir á París y traerte conmigo...»

VI

Es de suponer que Raimundo Madrazo, á quien no he visto hace años, conserve el retrato de María de los Angeles. La tumba de ésta se halla en París en el cementerio de Montmartre, en el ángulo de la izquierda. El túmulo parece un nido, y en él se lee el siguiente epitafio, cuya segunda frase es un poema:

María de los Angeles Lozano
murió á los diez y ocho años de edad
1868

F. Moreno Godino

NUESTROS GRABADOS

Mignon, estatua en mármol de José Kopf. — La biografía del hoy célebre escultor alemán José Kopf empieza como la de tantos otros artistas que en los comienzos de su carrera han tenido que luchar con grandes dificultades, la primera de ellas con la resistencia de sus propias familias. En efecto, el padre de Kopf hizo cuanto pudo para matar las inclinaciones artísticas que éste mostrara desde su juventud; pero el destino, en cambio, complacióse en favorecerlas, puesto que la circunstancia de ser aquél propietario de una ladrillería permitió al hijo familiarizarse con el barro y le facilitó materia abundante para dedicarse, en sus ratos de ocio, á varios ensayos escultóricos. A pesar de esto y de los consejos del cura y del maestro del lugar, el testarudo viejo no quiso dar su brazo á torcer; pero el joven Kopf, no menos testarudo, abandonó la casa paterna y fuése á Ravensburg, en donde tomó el oficio de picapedrero, dedicándose luego á la escultura de lápidas sepulcrales. De allí pasó á Munich, á Wiesbaden, á Friburgo, á Baden y el día 4 de septiembre de 1852 emprendió á pie el viaje á Roma, llevando por todo capital 40 florines: el día 13 de octubre llegó á la ciudad eterna. Los primeros tiempos fueron difíciles; pero luego encontró buenos protectores y pudo consagrarse seriamente al arte de la escultura. Dos años después conseguía un triunfo con una



Exposición Nacional de Bellas Artes. Madrid. 1899. – De la compra, cuadro de Pedro Sáenz

hermosa estatua de Jesucristo, y su precioso relieve *Abraham repudiando á Agar* le colocó entre los grandes artistas. Pronto abandonó Kopf la escultura religiosa, dedicándose á la alegórica y de género y sobre todo al retrato, habiendo desfilado por su taller los más ilustres príncipes y los más eminentes diplomáticos, políticos, escritores y artistas. La característica de las obras de Kopf es el gusto, el elevado sentimiento de lo bello, con que reproduce los femeniles encantos y con que expresa la vida del alma. La estatua de *Mignon*, que reproducimos en la página 430, es la mejor demostración de lo que decimos.

José Kopf nació en Unlingen (Suabia) en 10 de marzo de 1827, y á pesar de sus setenta y dos años trabaja con la misma actividad y con el mismo éxito que le conquistaron en su juventud tan elevado puesto en el arte escultórico alemán.

Laboriosidad, acuarela de Nico Jungmann. – El pintor alemán Nico Jungmann ha hecho un estudio profundo de los tipos y costumbres de su patria, y al reproducirlos les da un carácter en cierto modo ornamental. Recientemente ha expuesto en Londres varios dibujos y acuarelas que han llamado la atención por su originalidad y por la elegancia de sus líneas y la suavidad de su colorido.

La tertulia del párroco, cuadro de Andrés Solá. – Por la fidelidad con que aparece reproducida la escena y por la sinceridad con que el autor ha sabido sentirla, merece la obra del Sr. Solá los más calurosos elogios. Nada hay en el lienzo que no lleve el sello de la más hermosa naturalidad, así en lo que se refiere al sentimiento como en lo que respecta á la forma: cada una de las figuras tiene verdadera vida y el conjunto de todas ellas constituye un grupo que denota la habilidad del compositor. Completa la impresión grata que el cuadro produce el paisaje, que tiene luz y ambiente y que está tratado con sobriedad y perfecto conocimiento de la técnica.

La paz en el Japón. Amaterassu, la diosa del Sol, cuadro de Pablo Quinsac. — Como inspirado en una leyenda japonesa, este cuadro del celebrado pintor francés Quinsac es un cuadro de fantasía, en el cual la imaginación del artista ha podido mostrarse en todo su esplendor. Por su composición magistralmente dispuesta, por su ejecución acabada y por su entonación luminosa y cálida, reflejo fiel de la naturaleza de los países orientales, bien puede colocarse esta obra entre las mejores que en su género ha producido el arte francés contemporáneo.

Viñetas grabadas por Bartolozzi. – Este célebre artista italiano nació en Florencia en 1725 y estuvo establecido alternativamente en Portugal y en Londres, en donde murió en 1819. Distinguióse como grabador al agua fuerte y al buril y como pintor de miniaturas y al pastel. Sus trabajos revelan su rica fantasía, su talento y sobre todo su buen gusto y llegaron á alcanzar en Inglaterra precios fabulosos. Actualmente se celebra en Roma una exposición de sus obras, organizada por el Gabinete Nacional de Estampas, y en ella figuran, entre otras, las preciosas viñetas que reproducimos en la página 440 y que representan escenas de *Macbeth* y de *Las alegres comadres de Windsor.*

EN EL FONDO DEL ABISMO

NOVELA ORIGINAL DE JORGE OHNET

(CONTINUACIÓN)

– Figúrense ustedes que hay allí un teatro en el que se pueden representar óperas enteras. Hace poco tiempo se puso en escena un baile en que la gran cantante hizo en mímica el principal papel...

– Para eso es excusado tener la más hermosa voz del mundo.

– No se puede imaginar el lujo de aquella casa. Los invitados tienen á su disposición caballos de montar y coches. Los que quieren pescar, tienen un río y un lago; los que prefieren la caza pueden cazar en los bosques ó en llanura... Aquello es verdaderamente regio.

– En nuestro siglo los artistas son los reyes del universo. A esos no se les destrona, ni se les arroja á tiros, ni se les insulta en los periódicos. En cambio no hay gracias que no se les prodigue, ni homenajes que no se les rinda, ni elogios que no se les tribute. Sus listas civiles no son discutidas. Cuando envejecen, se les honra y cuando mueren se les hacen funerales solemnes. ¿Y qué dan ellos en cambio de todo eso?

Una voz irónica respondió:

– ¡Casi nada: su genio!

Todas las miradas se dirigieron al que acababa de hablar. Era Pedro de Vezín, que entraba. El fiscal se aproximó sonriente á miss Maud y le besó la mano: saludó al gracioso grupo de mujeres, y apoyándose en la chimenea dijo:

– El cuadro que se acaba de trazar es halagüeño, pero tiene un reverso que es preciso mostrar. En la carrera artística, como en las demás, entra por mucho la suerte. Unos acaban en la opulencia y en la gloria y otros desaparecen obscuros y miserables como un astro que después de haber brillado largo tiempo se obscurece y se apaga. Vosotros habéis tenido un Garrick que dejó millones y está enterrado en Westminster. Nosotros tuvimos un Federico Lemaitre que murió lleno de deudas y que reposa bajo una humilde piedra pagada por sus últimos admiradores. No envidiéis la suerte de los artistas; sufren hasta en sus triunfos. El brillo de algunos está sobradamente compensado con las tristezas de otros muchos. En resumen, dan más de lo que reciben, y si ponéis en una balanza de equidad de una parte el talento del artista y de otra los bravos y el dinero de los espectadores, pesará más, ciertamente, el talento.

– Tiene usted mucha razón, dijo miss Harvey. En América desenganchan los caballos de Sarah Bernardt para tirar de su coche...

La conversación fué interrumpida por la entrada de los fumadores, que venían conducidos por el dueño de la casa. En la entrada del salón apareció un personaje que llevaba debajo del brazo unos cuadernos de música. Harvey se inclinó al oído de su hija:

– Es el pianista que acompaña á la cantante. Nuestra estrella no tardará en aparecer.

Miss Maud se aproximó al músico y le condujo al piano, que ocupaba todo un ángulo del salón. En estos momentos llegaron otros invitados y unas cincuenta personas se agruparon según sus simpatías. Estaba allí lo más florido de la colonia americana, y ciertamente, los millones de todos los que aquella noche se reunieron en casa de Julio Harvey hubieran bastado para pagar la deuda de un Estado europeo. Estaban allí los reyes de los ferrocarriles, los príncipes de las minas de plata y los altos señores de la cría del carnero, del caballo y del cerdo, sin contar los soberanos del petróleo y de la construcción de vagones. Todo un Gotha de la gran industria, del alto comercio y del agio en grande escala.

Marenval, Vezín y Tragomer se colocaron en un rincón, cerca del hueco de una ventana, entre la puerta y el piano, donde no podía escapárseles nada de lo que iba á pasar en el salón. Sorege estaba al lado de la bella duquesa de Blenheim y hablaba con imperturbable serenidad. En este momento se abrió una puerta, y un lacayo, dominando apenas el rumor de las conversaciones, pronunció estas tres palabras:

– Miss Jenny Hawkins.

En la puerta apareció la cantante, alta, esbelta, orgullosa, un poco pálida, pero con la sonrisa en los labios. Estaba vestida con un traje de damasco blanco adornado de encajes de oro. Un solo collar de perlas rodeaba su cuello y una peineta de brillantes chispeaba en su cabellera castaña. Con expresión imperiosa y casi amenazadora paseó una mirada por el auditorio como si buscase á los que debían atacarla y al que había prometido defenderla, y sus ojos pasaron sin detenerse por Marenval, Tragomer y Vezín, para detenerse interrogadores en Sorege. Éste, siempre sonriendo, se levantó, atravesó el salón con admirable aplomo y fué á ofrecer el brazo á la cantante.

Los dos de pie, en medio de la concurrencia, parecían desafiar la suerte. La altiva frente de Jenny no se bajó y la cantante entró con paso firme en aquel salón, donde sabía que se iba á decidir su porvenir. Miss Maud y Harvey salieron á su encuentro y le dieron las gracias por su amabilidad en haberse prestado á complacerles. Y los tres franceses, desde el rincón en que estaban reunidos, no pudieron menos de admirar el valor, la sangre fría y el orgullo con que aquella mujer desempeñaba su papel. Apenas un movimiento un poco rápido del pecho y un ligero temblor de sus hermosos ojos indicaban la angustia que la torturaba. Estaba en apariencia tan tranquila como la más indiferente de las invitadas de Harvey.

Tragomer eligió aquel momento para levantarse y saludar á la cantante. Jenny le vió aproximarse y un escalofrío recorrió sus carnes satinadas, pero no volvió siquiera la cabeza. Solamente al oirle dirigirle la palabra en inglés, hizo un movimiento de sorpresa tan perfectamente ejecutado, que Cristián se quedó lleno de admiración.

– ¡Ah! ¿El Sr. de Tragomer, creo?, dijo.

Le ofreció la mano, que él estrechó, y con una soberbia tranquilidad y voz tranquila y pura prosiguió:

– Bien hemos viajado los dos desde la noche en que nos conocimos...

– Usted ha obtenido nuevos triunfos, dijo Tragomer.

– Y usted hecho nuevas exploraciones. ¿Ha sido usted dichoso en sus descubrimientos?

Aquella frase de doble sentido fué dicha con tan fina ironía, que Cristián tembló. ¿Qué garantías de seguridad tendría aquella mujer para burlarse así de él y en estas circunstancias? Pero pensó que acaso intentaba intimidarle, y respondió:

– Pienso hacer á usted juez de esos descubrimientos, si es que le interesan.

– ¡Ya lo creo que me interesan!

Hizo un saludo con la cabeza al joven, y se dirigió al piano, acompañada por miss Harvey. Sorege fué á sentarse al lado de la chimenea, y con los ojos cerrados pareció absorberse en una atención religiosa, pero no perdía de vista á la cantante. Se produjo un profundo silencio, el pianista preludió, y Jenny Hawkins, como para acentuar el desafío lanzado á Tragomer, cantó el *Ave María* de Otello, que el joven había oído en San Francisco, en aquella velada memorable. La cantante detalló deliciosamente las angustias y las súplicas de Desdémona. Su pura y hermosa voz parecía haber ganado en flexibilidad y en extensión. Un murmullo de placer partió de la concurrencia y los invitados de Harvey, sin miedo de cometer una falta de distinción, aplaudieron con entusiasmo. Hasta los mismos *cow boys*, dominados por el encanto de la inspiración y estupefactos ante las sensaciones que experimentaban, desistieron de marcharse al salón de fumar, como habían proyectado.

El piano resonó de nuevo, y radiante con su traje blanco, de pie en medio del auditorio, al que dominaba por su belleza tanto como por su talento, Jenny Hawkins paseó una mirada de dominación por los concurrentes. Ahora cantaba las dolorosas quejas de la *Traviata*, cuando la pobre mujer siente que la muerte le roza con su ala. Los adioses á la vida, á la dicha y al amor se escapaban de sus labios en frases desgarradoras y melodiosas. De pronto y en el momento en que Jenny pronunciaba las últimas palabras y emitía con punzante sentimiento las notas de la cadencia final, sus ojos se quedaron fijos, su cara se cubrió de mortal palidez, su brazo se levantó y trazó en el vacío un ademán de terror, la voz expiró en sus labios, y apoyada en el piano para no caer, la cantante permaneció inmóvil, aterradora en su actitud de trágico espanto.

Un hombre acababa de aparecer entre las cortinas de seda del salón. Y triste, pálido, demacrado, espectro formidable y doloroso, la cantante reconoció á Jacobo de Freneuse. Los concurrentes, penetrados por aquel espectáculo y por la actitud de la artista, que atribuían á la inspiración, cuando no era sino terror, estallaron en un transporte de admiración. Pero ya miss Harvey se había aproximado á Jenny Hawkins y cogiéndole la mano preguntaba:

– ¿Qué tiene usted, señora está usted enferma?

– ¡Nada!, balbuceó la cantante... ¡Nada!

Y con su mirada aterrada indicaba á la joven aquel personaje de pie, inmóvil y sombrío entre las cortinas de seda. El recién llegado sonreía ya, seguro de su poder, y no miraba á Jenny Hawkins. Sus ojos se habían fijado en otra cara cuyas deformaciones seguía con gozo cruel. Sorege, también de pie, se preguntaba si había perdido la razón ó si un milagro había hecho salir de la tumba al que él había metido en ella vivo. Él también había seguido la mirada de Jenny y visto al formidable visitante.

Se pasó una mano por la frente y dió un paso hacia atrás, como para huir, pero de repente vió á Tragomer y á Marenval que le observaban y tuvo la fuerza de pensar: «Me pierdo. Un poco de resolución y salgo de este mal paso. ¿Qué pueden ellos contra mí? Yo, en cambio, lo puedo todo contra él...» Al mismo tiempo el recién venido saludó con la cabeza á Tragomer, que salió á su encuentro, y los dos atravesaron el salón para dirigirse hacia el piano, donde estaban miss Maud y Jenny Hawkins. ¿Hacia cuál de las dos se encaminaban con paso tranquilo? ¿Hacia la dueña de la casa para saludarla, ó hacia la cantante para perderla?

Viendo aquellos dos hombres venir hacia ella, Jenny dejó escapar un sordo gemido. Le pareció que su corazón dejaba de latir y que sus pupilas iban á apagarse. No veía y sus oídos no percibían más que ruidos vagos... Confusamente oyó la voz de Tragomer que decía:

– Mis Maud, permítame usted que le presente á mi amigo sir Herbert Carlton...

Al oir estas palabras Jenny experimentó una sensación de alivio delicioso, y un rayo de esperanza devolvió la claridad á su cerebro. ¿No habría sido juguete de una ilusión? ¿Por qué aquel hombre, que se llamaba Herbert Carlton, había de ser Jacobo de Freneuse? ¿No podía existir una semejanza extraordinaria y terrible? No se atrevió, sin embargo, á mirar al recién llegado, al que adivinaba á dos pasos de ella, y dirigió los ojos hacia Sorege al que vió con terror tan alterado y tembloroso como ella.

En la angustia de su fisonomía vió que el desastre era inminente. ¿También él creía que su víctima había podido escaparse, á pesar de las precauciones tomadas y de las infamias cometidas? ¿No admitía que el Herbert Carlton pudiese ser otro que Jacobo? Ante aquella idea experimentaba tal sufrimiento por no saber á qué atenerse, que quiso, aun á riesgo de perderse, ver á aquel hombre, verle de frente, mirarle hasta el fondo del corazón para descubrir su pensamiento verdadero... Levantó los ojos y miró.

Al alcance de la mano, más pálido aún por aquellas emociones contenidas, y al lado de Tragomer grave y atento, reconoció á Jacobo. ¡Era él! Era aquella mirada, que conocía tan bien, aquel movimiento de los labios que tanto había amado, aquel perfume acostumbrado, que llegaba hasta ella. Se estremeció y, segura ya, esperó resignada su sentencia. No quiso ya resistir á la fatalidad. Una fuerza superior se imponía á ella, y después de tanto luchar, de tanto huir, de tanto temer, se replegó sobre sí misma y, pasiva, ofreció la garganta al cuchillo, como la fiera que se ve cogida sin remedio.

Jacobo habló y ya la duda fué imposible.

– Doy doblemente las gracias al señor de Tragomer, puesto que me ha hecho el honor de presentarme á usted, miss Harvey, y me ha procurado el placer de oir á la gran artista miss Hawkins.

– ¿Vive usted en Londres, sir Carlton?, preguntó Maud.

– Hace una semana. Soy un pobre provinciano y llego de un país al que me habían llevado reveses de fortuna. Me encontraba solo, abandonado é infeliz, pero unos amigos se acordaron de mí y me han sacado de mi desierto. Juzgue usted, pues, de la alegría que experimento esta noche y de mi agradecimiento.

Su voz era tan triste, tan dulce, tan tierna, que Jenny se sintió transida de dolor. Pero su enternecimiento no pudo durar mucho tiempo. Sorege, con una audacia que no debía retroceder ante nada, iba á meterse en la pelea y tomaba la ofensiva.

– Ha cantado usted divinamente, miss Hawkins, dijo mirando á sus adversarios con altivez, y comprendo el placer de este caballero...

Y al decir esto parecía interrogar á su prometida y solicitar una presentación. Miss Maud accedió á su deseo.

– Sir Herbert Carlton, un amigo del señor de Tragomer.

– Lo suponía, dijo Sorege con una ironía soberbia. ¿Pero miss Hawkins no nos hará el obsequio de cantar la segunda estrofa de esa preciosa melodía?

– Yo se lo ruego á miss Hawkins, añadió Jacobo.

Temblorosa ante aquella rápida sucesión de episodios, la cantante pasaba del temor á la esperanza y de ésta á la desesperación con una rapidez capaz de agotar todas las energías. Sin embargo, luchaba todavía, y rígida, con su traje blanco, ninguno de los que la miraban hubiera podido sospechar la espantosa tempestad que se desencadenaba en el corazón de aquella desgraciada.

Nuestros personajes formaban en medio del salón un grupo compuesto de tres hombres y dos mujeres que hablaban con una calma y una corrección perfectas. Y sin embargo, todos eran presa del terror ó de la cólera, sus corazones destilaban odio y sus bocas contenían difícilmente las provocaciones y los ultrajes.

– Voy á cantar, puesto que lo deseáis, dijo Jenny Hawkins.

– Colocarse, señores.

Miss Maud, cumpliendo la promesa hecha á Tragomer, cogió una silla y la llevó al lado del piano, á dos pasos de la cantante. Tragomer, Sorege y Jacobo, como si estuvieran de acuerdo, se dirigieron á la puerta de la estufa. Penetraron en ella, y Sorege, sin vacilación, con una osadía que asombró á sus interlocutores, dijo:

– ¿Pero qué significa esta comedia, Jacobo? ¿Có mo tú aquí, con un nombre falso y aparentando no conocerme? ¿Qué quiere decir esa desconfianza? ¿Dudabas del placer que tendría en verte? ¿Por qué te has confiado á Tragomer y no á mí desde tu llegada?

En una frase la situación se planteaba claramente y sin ambages. Sorege era audaz, pero Jacobo no podía ya ser engañado, pues le conocía. Por eso contestó tan rotundamente como había sido interpelado:

– Estoy aquí con nombre falso, Sorege, porque soy un desgraciado que no puede llevar el suyo verdadero. Desconfío de tí porque sospecho que contribuíste á perderme y que estás dispuesto á hacerme traición.

– ¡Yo!, exclamó Sorege. ¡Yo!, tú amigo de la infancia, que ha llorado tu desgracia como si fuera suya...

– Y que continúa no haciendo nada para repararla, interrumpió bruscamente Jacobo. ¿Desde cuándo sabes que Jenny Hawkins es la misma mujer que Lea Peralli?

Jacobo le miraba de frente, pero Sorege no pestañeó.

– ¿Estás loco? ¿Quién? ¿Esa americana? ¡Lea Peralli! Bien sabes que está muerta. Te engaña una semejanza que á mí también me sorprendió. ¡Oh, sí que existe un parecido increíble!...

Tragomer le interrumpió poniéndole la mano en el brazo, y le dijo con tristeza viéndole perdido:

– No mienta usted, Sorege. Bien sabe usted que me ha dicho que Jenny Hawkins era Juana Baud... No puede usted salir de este paso sino por la franqueza. Si ha cometido una falta, explíquela sin reticencias, pero no trate de negar, porque es inútil. Cada paso que dé ya en esa vía, le perderá más seguramente...

– ¡Me perderá!, interrumpió Sorege con violencia. ¡Pero qué extraño cambio de papeles! ¿Perderme yo, que no tengo nada de que arrepentirme?

– Mientras que yo, añadió Jacobo, riendo con amargura, he sido condenado como criminal, ¿verdad? Sí, Sorege, tienes razón. Si yo soy culpable, tu eres inocente.

– Pero, Jacobo, ¿es posible? ¡Sospechas de mí! ¡Me acusas! ¿De qué?

– Voy á decírtelo puesto que tienes la audacia de preguntármelo, puesto que no has desaparecido al verme para esquivar tus responsabilidades, puesto que, contra toda verosimilitud, luchas todavía. Te acuso de haber sabido desde el primer momento la existencia de Lea, cuando me juzgaban por haberla matado. Te acuso de haber ido á declarar bajo la fe del juramento lo que sabías que era falso, acto que constituye un crimen para todo hombre honrado, pero que en ti, Sorege, mi amigo, mi hermano, como decías hace un momento, es la acción más baja y más cobarde que se puede cometer. Aquí tienes de lo que te acuso, puesto que deseabas saberlo.

Sorege soportó aquel terrible apóstrofe con absoluta firmeza. En realidad no le oía ni tenía necesidad de oirle. Sabía lo que le diría Jacobo, y sólo pensaba: «Jacobo sabe que Lea vive y que ha sustituído á Juana Baud. ¿Pero sabe que la muerta fué Juana? He aquí lo esencial. Si ese punto es todavía obscuro para él, nada hay perdido todavía. Lea está viva, pero el vivir no es un crimen. Yo puedo haber sabido su existencia hace poco tiempo. Este es el plan.» Y con rapidez maravillosa pasó á ejecutarle.

– ¡Locura! ¡Locura! Estás engañado por falaces apariencias. Si no dije nada en el momento del proceso, es porque no sabía nada. Tú has reconocido á Lea en Jenny Hawkins; también Tragomer la reconoció; pero yo estuve engañado más tiempo que vosotros y solamente al fin de mi viaje, cuando Tragomer me encontró en San Francisco logré descubrir la identidad de la cantante. Pero he sido engañado como vosotros...

Mientras hablaba, Sorege seguía reflexionando y con la destreza de un hábil tejedor entrecruzaba los hilos de su intriga. «Es preciso, pensaba, que yo salga salvo de aquí y que hable con Lea antes que ellos. Si lo consigo, le haré comprender que debe marcharse. Si ella desaparece, estoy salvado.»

– ¡Tú!, repuso Jacobo. ¿Tú engañado? No, Sorege. Por una razón que ignoro, tenías interés en no decir nada. Porque no voy tan lejos como pudiera ir, ¿comprendes?, y no veo en ti todavía más que un amigo infiel que me ha abandonado en vez de defenderme. Pero si por tu desgracia hubieras sido cómplice...

La fisonomía de Jacobo tomó una expresión terrible; se levantó, y resuelto, amenazador, dominando con toda la altura de su cabeza á Sorege, encorvado y vacilante, continuó:

– Si has sido cómplice, será preciso que me pagues todas las torturas que he sufrido por tu causa, las oraciones de mi hermana desesperada, las lágrimas de mi madre, cuya vida has truncado...

La cara de Sorege se contrajo, una arruga de amargura apareció en sus labios, y con una rabia que ya no podía contener dijo:

– ¡Basta ya de amenazas! ¡Demasiada paciencia he tenido ya! Si tu madre y tu hermana han llorado, ha sido por tus locuras y nadie es responsable más que tú. Si has sufrido, es porque habías cometido faltas imperdonables. Cesa ya de eludir las responsabilidades. ¿Acaso el presidio ha convertido milagrosamente en un santo á un desgraciado perdido por los vicios? ¿Porque fuiste condenado has adquirido el derecho de acusar á los demás? No prescindamos por más tiempo del sentido común. Hay aquí un hombre honrado tratado indignamente, pero ese no eres tú. ¡Ya estoy cansado de soportar tus ultrajes! Créeme, sé prudente y no abuses de la suerte que has tenido al poder escaparte. El ruido no conviene á todo el mundo. Más te vale vivir pacíficamente bajo el nombre inglés de que te sirves, que llamar la atención de un modo peligroso. Me has rechazado, Jacobo, cuando estaba dispuesto á servirte. Estoy libre de todo deber respecto á ti. Adiós.

Dió tres pasos hacia el salón y ya tocaba con la mano á la puerta cuando ésta se abrió por sí sola y aparecieron Marenval y Vezín. Al mismo tiempo que ellos entró en la estufa un soplo de calor perfumado y un rumor de aplausos. Era que Jenny Hawkins acababa de cantar.

– Cierre usted la puerta Marenval, dijo fríamente Tragomer. El señor de Sorege querría despedirse de nosotros demasiado audazmente, pero nos cree más necios de lo que somos.

– ¿Pretenderéis obligarme?, exclamó Sorege.

– ¡Obligar á usted! ¡Qué violento término! No, queremos continuar la conversación con usted delante del Sr. de Vezín, fiscal de la Audiencia de París – ¡tranquilícese usted! – en vacaciones, y nuestro amigo Marenval, á quien usted conoce bien. Cuantos más testigos haya de lo que hemos dicho y de lo que vamos á decir, mejor. Al contrario de lo que usted decía antes, estamos decididos á hacer todo el ruido posible. Jacobo no se convertirá para siempre en Herbert Carlton á fin de imitar á Jenny Hawkins por medio de esta ingeniosa sustitución. No, Sorege; no caeremos más en sus artimañas. Está usted descubierto, y en cuanto Jacobo hable una hora con Lea Peralli, estará en situación de confundirle á usted y de rehabilitarse, puede usted estar seguro.

Sorege hizo un ademán tan amenazador, que Tragomer se puso delante de Jacobo. Estaban cuatro alrededor de él y toda esperanza de escapar era ilusoria.

– ¡Miserables!, exclamó, abusáis de la fuerza y del número para secuestrarme...

– ¡Vamos, amigo!, dijo Marenval; usted se burla. Llama usted secuestro á estar en una estufa deliciosa con personas bien educadas... Además, si usted quiere, vamos á llamar á miss Maud Harvey y á rogarle que le guarde á su lado hasta que miss Hawkins salga de esta casa y Jacobo con ella. En cuanto los dos se hayan marchado, tendrá usted toda libertad para entrar en los salones y cenar con los invitados de su suegro. No ponga usted, pues, mala cara y todo se hará correctamente.

Sorege pensó: «Si puedo estar libre dentro de media hora, aún podrá acaso arreglarse todo.»

– No tengo nada que temer, dijo. Hagan ustedes lo que les plazca. No tenía intención de alejarme de aquí, pero me han insultado ustedes, me han violentado, y cuento con que me concederán una reparación si los que son honrados conservan un poco de valor...

Al hablar así miraba desdeñosamente á Freneuse y parecía provocar á Tragomer:

¡Cuidado, Sorege!, exclamó Jacobo. No seas muy exigente esta noche, porque acaso mañana te quede tan poco honor que sea hacerte una limosna el responder á tu provocación

Freneuse cambió una mirada con su enemigo, saludó á Vezín y salió de la estufa. Jenny Hawkins, rodeada de admiradores y con la sonrisa en los labios estaba en medio del salón. Vió de lejos á Jacobo que venía hacia ella y se estremeció, pero no hizo movimiento alguno. Sus brazos cayeron á lo largo del cuerpo como muertos, y su abanico palpitó entre sus dedos como una mariposa herida, Jacobo se aproximaba con la mirada dura é imperiosa.

Atravesó los grupos, y aproximándose á ella logró aislarla entre mis Harvey y él. Empezó por pronunciar algunas frases corrientes de felicitación, y en seguida, seguro de que nadie le oía más que ella, dijo secamente:

– Vas á marcharte á tu casa y á esperarme. Dentro de media hora iré. Da orden de que me reciban.

Lea bajó la cabeza y respondió:

– Obedeceré.

– Está bien.

Retrocedió un poquito y dijo sonriendo á miss Harvey:

– Nos ha dado usted esta noche una fiesta deliciosa, y miss Hawkins ha cantado de un modo divino.

III

Jenny Hawkins acababa de entrar en su departamento de *Tavistock-Street*. En pie en medio del salón alumbrado por dos lámparas de encima de la chimenea, caído el abrigo hasta la cintura, despidió á la doncella diciendo que se desnudaría sola, y se puso á acechar en el silencio la llegada del temible visitante esperado.

Un ruido de ruedas en la calle solitaria á aquellas horas; un paso precipitado en la escalera y una mano impaciente que golpea la puerta. Lea atravesó el pasillo obscuro, y fué á abrir. A la tenue claridad que salía por la puerta entreabierta, reconoció á Jacobo á pesar de traer el sombrero echado sobre los ojos y el cuello del gabán levantado hasta la nariz.

Freneuse entró bruscamente, pasó por delante de ella, se detuvo en el salón alumbrado sin volverse siquiera para ver si ella le seguía, se quitó el sombrero y el gabán, y apoyándose en la chimenea, miró fijamente á la que poseía el secreto de que dependía su salvación. Lea, aterrada, pero más hermosa todavía por su mismo espanto, con su traje blanco, sus hombros espléndidos, esperaba con la cabeza baja que él empezase á hablar. Jacobo dijo con acento de terrible ironía:

– Los muertos pueden volver á la tierra, Lea, puesto que estás viva delante de mí que fuí condenado por matarte. Te creías desembarazada del infeliz Jacobo, ¿verdad? Y dormías tranquila creyéndome en una tumba más segura que la tuya. Yo también he salido, sin embargo, y vengo á pedirte cuenta d[illegible] todo lo que he sufrido.

Lea movió la cabeza y dijo sordamente:

– ¿Has sido tú solo el que ha sufrido? La resp[illegible]sabilidad de lo ocurrido, ¿es de los demás ó d[illegible] mismo? ¿Es posible que hayas olvidado lo que [illegible]te? Dos años son largos, cuando se sufre, y dan t[illegible]po para reflexionar. ¿Has examinado tu condu[illegible] mismo tiempo que juzgabas la de los demás?

– ¡Desgraciada! Me recuerdas las horas m[illegible]tes de mi existencia, aquellas en que, solo y aher[illegible]jado, me volvía loco buscando las causas de mi des

dicha. ¿Cómo había de juzgar lo que no podía comprender? Lo ignoraba todo en mi suerte; mi infortunio era para mí un enigma indescifrable. Por muy grandes que hubiesen sido mis faltas no bastaban para justificar el exceso de mi miseria. ¡Establecer responsabilidades! ¿Cómo hacerlo en la obscuridad de mi espíritu? Lea Peralli muerta; ¿por qué? ¿Cómo y á manos de quién? Ni los jueces, ni los jurados, ni mi abogado mismo vieron lo que era imposible sospechar, aquel lazo infame en que era cogido un inocente. Y mientras yo me moría de dolor y de ignorancia, la pretendida víctima huía y se burlaba de la justicia y de la inocencia y se regocijaba con su cómplice por haber llegado á tan dichoso desenlace... Yo, con la cabeza llena de tinieblas, sometido á unos jueces que me tomaban por un malvado endurecido, á unos abogados que me encontraban estúpido porque callaba cuando era preciso defenderme, á unos guardianes que se mofaban de mí, á una prensa moralizadora que me arrastraba por el fango, á mi falta de conocimiento que hasta me incitaba á creer en un crimen, fuí á dar en Numea, entre bandidos y bajo un cielo de fuego. Y todo ¿por qué? Por haber tenido la desgracia de amar á una criatura feroz que jugaba con mis sufrimientos y se felicitaba por mi abyección.

Lea levantó los brazos y por primera vez miró á Jacobo con ojos aún turbados por el terror.

– ¡No! No por haber tenido la desgracia de amarla, replicó, sino por haber cometido la indignidad de hacerle traición...

A estas palabras, primer rayo de luz en la obscuridad que le envolvía hacía dos años, Jacobo se estremeció y toda su inteligencia se puso en tensión para penetrar el misterio.

– ¡Ah! Empiezas al fin á confesar, infame... ¡Querías vengarte!

– Sí, contestó Lea con energía. Lo quise porque tú me obligaste. Y la mayor parte de lo ocurrido lo hizo la casualidad.

– ¡Al fin voy á saber!, exclamó Jacobo en una especie de delirio. ¡Te tengo aquí, maldita, y hablarás ¿entiendes?, aunque tuviera que arrancarte tu secreto del corazón con las uñas! ¡Oh! No tendré piedad, como tú no la tuviste. No cuentes con ninguna gracia. ¡Vas á decirlo todo, ó por mi honor, que te mato, y esta vez no resucitarás!..

Se irguió espantoso y su cara expresaba una implacable resolución. Pero Lea parecía más tranquila á medida que él se mostraba más exaltado. Se sentó lentamente en una silla, cerca de Jacobo, y dijo con dulzura:

– Es inútil que me amenaces; estoy resuelta á hablar. Si no te hubieras presentado á mí y yo hubiera sabido tu presencia en Londres, te hubiese ido á buscar. Hace mucho tiempo que este secreto pesa sobre mi conciencia y que el remordimiento me tortura... Hablas de lo que has sufrido... Vas á saber lo que he sufrido yo y después compararás. Acaso tu prisión no era más dura que mi libertad, porque tú tenías derecho de llorar, de maldecir, mientras que yo estaba obligada á brillar, á divertir á los demás, á encerrar mi dolor en mí misma. No he sido la única culpable, pero sí sola para sufrir la expiación.

– ¿Tenías cómplices?

– Uno solo.

– ¿Sorege?

– Sí.

– ¡El miserable! ¿Y por qué quiso perderme?

– Porque me amaba.

Jacobo se quedó inmóvil, silencioso, respirando apenas, tan oprimido estaba por la angustia de aquel momento solemne. Por fin preguntó:

– Pero tú, ¿por qué te prestaste á su infamia? ¿Por qué contribuiste á perderme?

Lea contestó en tono brusco y desesperado:

– ¡Porque te amaba!

– ¿Y por eso me condenaste á un suplicio peor que la muerte?.. ¿Quién era, pues, la mujer asesinada? ¿Qué te había hecho?

– Lo mismo que tú. Me hacía traición descaradamente; iba á marcharse contigo; me insultaba con su triunfo y se burlaba de mis celos...

Jacobo se estremeció. Acababa de comprender.

– ¡Era Juana Baud!

– Sí; era ella.

– ¿Y quién la mató?

Lea levantó orgullosamente la cabeza y respondió con acento terrible:

– ¡Yo!

– ¡Tú, desgraciada! ¿Y cómo fué?

– Vas á saberlo.

Se produjo el silencio, solamente turbado por la respiración anhelosa de Lea. El rumor de la ciudad dormida se apagaba á lo lejos con el sordo rodar de los ya escasos coches. Jacobo se sentó sombrío y cansado en un sofá, y seguro ya de saber lo que con tanto ardor había deseado, se dispuso á escuchar sin prisa. Lea, inclinada hacia él, con la cara ensombrecida por una violenta emoción, los codos sobre las rodillas y balanceando el cuerpo por un movimiento inconsciente, habló con voz entrecortada:

– Bien sabes cuánto te he amado y con qué pasión tan exclusiva. Durante dos años fuiste toda mi vida. Mis costumbres, mis gustos, mis caprichos, todo lo subordiné á tu fantasía y jamás un rey fué más complacientemente adulado por una favorita que todo lo esperase de él, que tú lo fuiste por esta mujer que nada quería ni esperaba. Yo no era venal y nunca te pedí dinero. Vivía de tu vida, y si tú dilapidaste tu fortuna, me harás la justicia de confesar que nunca te incité á ello ni tuve nada que ver con tu ruina. Tú me revelaste el amor. Antes de conocerte, sólo había tratado indiferentes: mi marido y algunos botarates de mi país que ningún poder tenían sobre mis sentidos. Tú me volviste loca el primero y me adherí á ti con un ardor igual á la dicha que me dabas. Me traías á todos tus amigos, orgulloso de mi belleza y sin que jamás parecieses celoso. ¿Para qué, si sabías que no existía para mí más hombre que tú? Todos los compañeros de tu vida disipada me hicieron el amor, menos Tragomer, que desconfiaba de mí, y tú lo supiste de todos, excepto de uno á quien juzgué desde el primer día y que me daba miedo.

– ¿Sorege?, preguntó Jacobo.

– Sorege. Ese no era un vividor insignificante como los demás. Se imponía por la originalidad de su actitud y la ironía de su palabra. No podía pasar inadvertido, y cuando se le había conocido una vez, había que acordarse de él, aunque no fuera más que para odiarle. Solamente me inspiró temor. Se acercó á mí y con maneras cautelosas encontró medio de expresarme los sentimientos que le inspiraba, sin ninguna confesión que pudiera comprometerle. Sabía precaverse contra una revelación de mi parte, y si yo me hubiera visto obligada á repetir sus palabras, nada incorrecto se hubiera visto en ellas. Yo no me atrevía á bromear contigo sobre sus pretensiones como lo hacía sobre las de otros, y seguro de la impunidad, ya no se contuvo y me aseguró que por un medio ó por otro me obtendría. Le respondí de un modo que debió hacerle mucho daño, porque por primera vez le vi palidecer y descomponerse. Con espantosas amenazas me juró que aunque tuviera que causar tu pérdida, me libraría de ti, pues bien sabía que mi amor me impediría ceder de buen grado.

– ¡Cobarde!, exclamó Jacobo con la cara contraída por el furor. ¿Por qué no me dijiste nada?

– Porque empezabas á separarte de mí, lo sentía, y no quería perder una ocasión de probarlo por medio de sus revelaciones. Desempeñaba el papel de Yago con un arte feroz. Solamente que era á Desdémona á quien dedicaba sus envenenadas confidencias. Todo lo que tu ciega confianza le hacía saber de tus negocios ó de tus placeres, venía á repetírmelo. Yo quería alejarle, porque me torturaba, pero tenía sed de saber y me prestaba á sus delaciones creyendo aprovecharlas para conservarte. Nuestras conversaciones eran unas salvas de injurias. Yo le colmaba de maldiciones y él me insultaba groseramente con su seguridad de poseerme. Vino para nosotros la época de los apuros; las deudas crecían y los acreedores se volvían exigentes. Tú, más loco que nunca, pasabas las noches jugando en el círculo y los días en las carreras, y yo, abandonada por el hombre á quien amaba, vivía entregada sin defensa á las inspiraciones violentas de mi carácter. En aquellos momentos peligrosos para mí conocí á Juana Baud. Quería hacerse cantante y me rogó que la ayudase á rectificar su mala pronunciación italiana. Yo estaba sin ocupación y sumida en horrible fastidio, y acepté por distracción y porque aquella muchacha me agradaba. Tú la recuerdas, joven, alegre, risueña, viviendo en el mayor descuido y ávida solamente de placer, al que se entregaba con locura. Nunca había yo tenido por amigas sino mujeres honradas. La viveza de las efusiones de Juana me pareció singular; pero era tan tierna, tan encantadora, que atribuí á la amistad lo que debía explicarse por pasión. Tomé mucho cariño á aquella muchacha. Una noche al volver de la ópera acabábamos de cenar las dos y te estaba esperando, cuando llamaron á la puerta.

– Es Jacobo, exclamé, habrá olvidado su llave. Espera: voy á abrir.

Fuí al vestíbulo y pregunté á través de la puerta: ¿Eres tú, Jacobo?

Pero la voz de Sorege me respondió:

– No, soy yo. Necesito decir á usted una palabra. Me voy en seguida.

Tuve intenciones de despedirle, pero la presencia de Juana me tranquilizó. Abrí y Sorege entró en casa, sin sospechar que no estaba sola. Sin sentarse me dijo en seguida:

– ¿Espera usted á Jacobo? No vendrá.

– ¿Por qué?

– Porque está en otra parte.

– ¿En el círculo?

– No, acaba de salir de allí.

Se reía al hablar así, el monstruo, sabiendo todo el mal que me hacía. Palidecí y él me dijo:

– Mírese usted en el espejo, Lea, y vea su cara descompuesta. Ese Jacobo va á matar á usted si no toma el partido de dejarle. La engaña á usted lo bastante para que usted haga lo mismo con él.

– ¡Cállese usted, miserable! Bien sabe que si le engaño alguna vez, no será con usted.

– ¡A que sí! Y más pronto de lo que usted cree. ¡Es matemático! Usted será mía y Jacobo mismo habrá de procurarlo. Una mujer como usted no se resigna al abandono ni á que la engañen.

Le interrumpí furiosa:

– Aunque Jacobo fuera mil veces más infiel, no le engañaría con usted. Con otro, puede... ¡Sí! Si supiera que eso le hacía á usted sufrir, acaso...

Sorege hizo un movimiento de cólera, y cogiéndome bruscamente por el cuerpo, balbuceó:

– ¡Ahora mismo entonces! Ya la tengo...

Era forzudo, pero yo me defendía llenándole de injurias al luchar, cuando la cortina del comedor se levantó y apareció Juana diciendo tranquilamente:

– ¡Ande usted, Sr. de Sorege! No se moleste por mí. ¿Quiere usted que le ayude?

El efecto fué inmediato. Sorege se levantó exasperado por su fracaso y temblando por sus esfuerzos y salió sin decir palabra, pero echándonos una mirada mortal. Yo, con los nervios retorcidos y el corazón desgarrado prorrumpí en sollozos, y Juana, arrodillada á mi lado, se esforzó por consolarme. Sus besos enjugaban mis lágrimas y sus abrazos se estrechaban á medida que sus palabras se hacían más tiernas. Estaba en sus brazos sin saber lo que hacía y sin pensar en lo que me decía Juana, á la que escuchaba aturdida sin otra sensación que la del agrado que producen las muestras de cariño después de una agresión brutal... Así pasaron seis meses, los peores de mi vida. Te amaba cada vez con más pasión, y prefería la muerte al pensamiento de separarme de ti. Debes recordar el fin de aquel horrible período, durante el cual pasabas en el juego los días y las noches, poseído de un vértigo en el que debían zozobrar tu fortuna, tu honor y tu vida. Sorege, que había vuelto como si nada hubiera pasado, me tenía al corriente de todas las fases de la partida empeñada por ti. Se había vuelto risueño y ya no me hablaba de amor. Debí temerlo todo, pero una especie de aturdimiento me dominaba y no estaba verdaderamente en posesión de mi razón. Vivía en una especie de desequilibrio moral y de tensión nerviosa que me tenían á merced de los impulsos de mi desesperación y de mi cólera. Te vi llegar loco de angustia, después de haber perdido cuanto tenías y debiendo pagar una suma en el círculo, so pena de ser expulsado, y te dí mis alhajas para empeñarlas, como te hubiera dado mi vida si me la hubieras pedido. Entonces, oye bien esto, entonces fué cuando se produjo aquel espantoso episodio que me hizo perder la razón y trajo todos los desastres.

Con la voz enronquecida por la emoción que le producían aquellos terribles recuerdos, Lea se calló un instante. Jacobo, impasible, no la interrumpía ya, poseído por el punzante interés del relato. Ni los sufrimientos inmerecidos de su antigua amada ni sus goces criminales le habían arrancado ni un suspiro. Había permanecido mudo ante las confesiones de celos y de traición. Él había expiado sus faltas y no tenía remordimientos. ¿Qué importaba lo que Lea decía de Sorege, de Juana, de ella y de él mismo? Lo que estaba ávido de saber era cómo le habían perdido y de qué modo podría rehabilitarse. Lea se pasó el pañuelo de encajes por la húmeda frente, y comprimiéndose el corazón, que latía con fuerza, continuó:

– Oye lo que sucedió, imprevisto y monstruoso. Al día siguiente de aquel en que te dí cuanto poseía, recibí la visita de Sorege. Se presentó frío, grave y como impresionado por un suceso de importancia. Se sentó y me miró en silencio con una expresión de piedad que nunca le había visto. Por fin habló, y desde las primeras palabras mi furor no reconoció límites. Venía á contarme que eras el amante de Juana, y que no teniendo esperanza de reponerte en París, habías resuelto partir con ella á Londres, donde ella acababa de firmar una contrata sin que yo lo supiera. Aunque acostumbrado á mis accesos de cólera, Sorege pareció alarmado y trató de calmarme con su pérfido aire de bondad.

(Continuará)

LAS ARENISCAS (GRES) MULLER

Y SU EMPLEO EN LA ORNAMENTACIÓN

Desde hace algunos años es cada vez mayor el número de esculturas ejecutadas en arenisca que se presentan en el Salón de París: al principio sólo se modelaban en esta materia jarros, bustos y algunas estatuas, grandes y pequeñas; pero recientemente se han podido ver expuestos vastos tableros, frisos, ornamentos arquitectónicos esculpidos por los mejores artistas franceses. El favor creciente de que goza la arenisca ha hecho que se la adoptase con preferencia á todas las demás materias cerámicas, y le asegura en lo porvenir un importante papel decorativo, lo propio en el interior de las habitaciones que en el exterior de los edificios modernos.





BANCO DE JARDÍN CONSTRUÍDO CON ARENISCA (GRES) MULLER

Este favor, plenamente justificado, débelo la arenisca á sus cualidades especiales, que explican por qué ha destronado tan pronto á las materias similares hasta hace poco tan en boga. En primer lugar, es plástica, puesto que es una tierra tan fácilmente maleable como la arcilla; en segundo, y esta constituye su ventaja especial, compónese como la porcelana de varios elementos que resisten las cochuras más elevadas. En el horno, donde la arenisca es sometida á temperaturas verdaderamente volcánicas, la loza se deformaría hasta el punto de inutilizarse. A este privilegio, que asegura sus preciosas virtudes de solidez y coloración, debe la arenisca su superioridad desde el punto de vista artístico y utilitario.

El honor de haber demostrado en Francia, en estos últimos años, las más extraordinarias aplicaciones de la arenisca á la ornamentación monumental y de haber indicado los servicios de toda clase que esta materia está llamada á prestar á los artistas, corresponde á un eminente ceramista francés, M. Emilio Muller, quien ha sido el primero en ejecutar en su fábrica de Ivry obras de arenisca de un tamaño antes desconocido y de una infinita variedad. Al mismo tiempo que el célebre escultor Juan Carriés excitaba en el Salón del Campo de Marte la admiración pública con sus delicados bustos y jarrones de arenisca, Muller llevaba á cabo la reproducción de los famosos frisos de los leones y de los arqueros traídos de Susa por M. y Mme. Dieulafoy, y desde entonces no ha cesado de producir obras que son verdaderos *tours de force* desde el punto de vista técnico.

El eminente escultor Falguiere, puesto delante de un precioso grupo suyo, *La salida de la escuela,* cocido en una sola pieza de más de dos metros de alto, exclamaba hace algunos años:

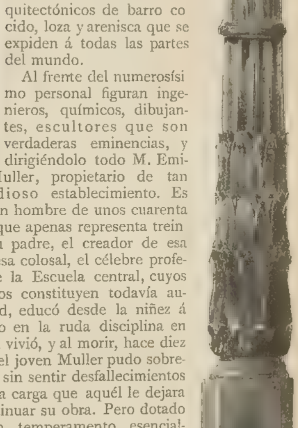
—¡Es prodigioso! ¡Ni una raja, ni la más pequeña deformación! ¡Es mi misma obra, como si saliese de mis manos, con las huellas de mis dedos, con los más pequeños golpes de mi desbastador! Además, es mucho más hermoso esto que el bronce, más sincero, menos triste y mucho más dulce.

En efecto, una de las ventajas de la arenisca para las obras de la estatuaria, es que traduce literalmente el modelo, no siendo en él de temer, como sucede con el bronce, los retoques que á veces desnaturalizan el pensamiento del autor. La obra resulta tal como ha salido de las manos del que la ha creado, sólo que está, por decirlo así, cristalizada por el fuego y revestida de los tonos que los óxidos, mezclados con la pasta, le han dado bajo la acción de la llama.

Pero más importante que todo esto son las aplicaciones de la arenisca para la ornamentación de los edificios. Al principio, hubo de luchar Muller con las resistencias y vacilaciones de los arquitectos, pero en la actualidad cuéntanse por cientos los aficionados que en las habitaciones sustituyen, por ejemplo, las chimeneas de mármol, de aspecto frío y rígido y de dibujo uniforme, por las de arenisca, de forma pintoresca y de tonalidad armoniosa y apropiada al color de las paredes y de los muebles.

Tarea larga sería enumerar todas las demás aplicaciones de esta materia: expuestas ya las principales, nuestros lectores podrán comprender las que en gracia á la brevedad omitimos. Como muestras de lo que con arenisca se produce pueden verse los dos grabados de esta página.

La fábrica de Emilio Múller está situada en Ivry: sobre una superficie de más de 70.000 metros cuadrados álzanse multitud de edificios de todas formas, por los cuales pululan centenares de obreros y en los que reina prodigiosa actividad. En ella se fabrican por cantidades fabulosas todos los productos cerámicos conocidos: de allí salen por millones diariamente las tejas y los ladrillos; en sus almacenes amontónanse por millares todos los ornamentos arquitectónicos de barro cocido, loza y arenisca que se expiden á todas las partes del mundo.

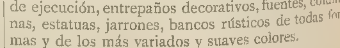


Columna de arenisca (gres) Muller esmaltada.

Al frente del numerosísimo personal figuran ingenieros, químicos, dibujantes, escultores que son verdaderas eminencias, y dirigiéndolo todo M. Emilio Muller, propietario de tan grandioso establecimiento. Es este un hombre de unos cuarenta años que apenas representa treinta. Su padre, el creador de esa empresa colosal, el célebre profesor de la Escuela central, cuyos trabajos constituyen todavía autoridad, educó desde la niñez á su hijo en la ruda disciplina en que él vivió, y al morir, hace diez años, el joven Muller pudo sobrellevar, sin sentir desfallecimientos la ruda carga que aquél le dejara y continuar su obra. Pero dotado de un temperamento esencialmente artístico, habiendo aprendido dibujo con excelentes maestros y manejando hábilmente los palillos de escultor, sintióse impulsado á desarrollar en su fábrica al lado de la producción industrial un departamento exclusivamente consagrado al arte.

Entre las seis ó siete fábricas que constituyen el establecimiento de Ivry, y en los cuales se producen tejas y ladrillos, adornos de barro cocido y de loza, areniscas artísticas, tubos gigantescos, objetos refractarios, algodón mineral, etc., llama especialmente la atención el edificio dedicado á la fabricación de la arenisca. Reina en él un orden admirable y cómo pueden en él seguirse las distintas operaciones que allí se verifican: vense en primer término los trituradores que reducen las tierras á polvo impalpable; luego los talleres del moldeado, del estampado, de las esculturas y de los esmaltes, y finalmente los laboratorios de los químicos, los secaderos y el depósito de modelos.

En todas partes reinan la vida y el movimiento; por todas partes se ven varios frisos terminados ó en curso de ejecución, entrepaños decorativos, fuentes, columnas, estatuas, jarrones, bancos rústicos de todas formas y de los más variados y suaves colores.



Fragmento de uno de los sillones esculpidos en madera del coro de Cockayne Hatley (Befordshire, Inglaterra).



Fuelle esculpido en madera

Escultura en madera de estilo japonés

Es un hecho realmente notable el de que los mejores artistas, los más ilustres escultores franceses, ejecutan para la fábrica de M. Muller esas obras decorativas de todas clases que reproducidas en arenisca han de servir de deleite á nuestros ojos, y permiten que el público pueda procurarse, para el embellecimiento del hogar y á precios económicos, en vez de los vulgares productos industriales, verdaderas obras de arte firmadas por maestros.

JOSÉ BALMONT

* * *

ESCULTURAS ORNAMENTALES

EN MADERA

La madera es una de las materias que mejor se prestan á la escultura, no siendo por consiguiente de extrañar que desde los más remotos tiempos se utilizara para este objeto. En el antiguo Egipto son muchas las obras escultóricas que en madera se ejecutaron y también en la Grecia de la época clásica algunos artistas se dedicaron á labrarla; pero en el arte cristiano es en donde encontramos sus más numerosas y bellas aplicaciones. El ilustre crítico Sr. Blanc ha dicho: «En Flandes, en Alemania, en Italia, en España sobre todo, el talento de tallar la madera fué llevado al último grado de la gallardía y de la expresión, particularmente en la decoración de las iglesias. Aquí los baldaquines de los altares están sostenidos por ángeles de flotantes vestimentas; allí figuras que avanzan en falso para sostener el antepecho de un púlpito ó el dosel de un trono episcopal. El aspecto austero de la madera, tal como lo modifica el tono pardo, casi dorado y profundo de la encáustica de que se halla cubierto y abrillantado, alejando toda semejanza con el color natural del desnudo, parece convenir al espíritu de una religión enemiga de la carne. Así sólo por haber escogido una materia desprovista de seducción, los países católicos han llegado á eliminar lo que había de pagano en el ánimo del escultor.»



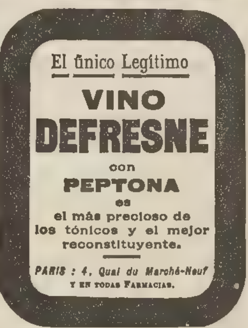
Peana para reloj, vista de frente y de perfil

Pero no sólo se emplea la madera para lo que podríamos llamar gran arte; más frecuente es su uso en la escultura ornamental: más fácil de labrar que la piedra y más sólida que el barro, es indudablemente la materia más á propósito para las labores delicadas.

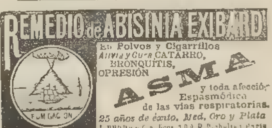
Como muestras de esculturas ornamentales en madera publicamos algunas en la página anterior y en la presente que, como verán nuestros lectores, reunen todas las condiciones que hacen de los objetos reproducidos verdaderas obras artísticas.

Una de ellas es un fragmento de uno de los sillones de coro de la iglesia de Cockayne Hatley (Inglaterra): esta escultura, como el resto de la sillería, fué llevada allí de Italia á principios de este siglo y data probablemente del siglo XVI. Las demás son un fuelle delicadamente esculpido, una escultura japonesa tan elegante como todo lo que produce el arte en el imperio del sol naciente y una peana para reloj de bellísimas líneas. – X.







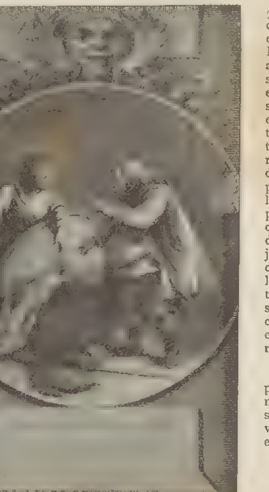


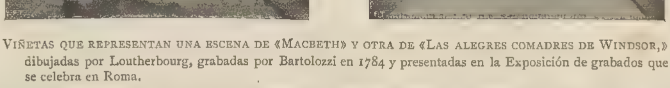
LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

Estudio de Antropología criminal espiritualista, por *Benito Mariano Andrade.* – La casi totalidad de obras que de antropología criminal hasta ahora han tratado estaban inspiradas en un sentido positivista-materialista que parecía ser carácter exclusivo del método experimental. El Sr. Andrade, ventajosamente conocido por sus importantes obras de derecho penal, protesta con razón contra tal exclusivismo, y al escribir el libro que nos ocupa demuestra la posibilidad de estudiar al criminal en su manera de ser, en su naturaleza, costumbres, hábitos, instintos y pasiones, sin incurrir en materialismo y por ende en fatalismo, como la escuela positiva, presentando para ello una exposición y comentario de los principales fundamentos de ésta, para hacer de ellos algo así como una selección espiritualista. Sentado este principio, bastará decir, para comprender la importancia del libro, que en sus diversos capítulos estudia su autor el derecho penal y la antropología penal, el delito, los factores del delito, el delincuente y sus clases, el atavismo, la herencia y la degeneración, la locura y los anarquistas. *Estudio de Antropología criminal espiritualista* ha sido impreso en Madrid y se vende en la librería de Antonio Suárez á cuatro pesetas.







Viñetas que representan una escena de «Macbeth» y otra de «Las alegres comadres de Windsor,» dibujadas por Loutherbourg, grabadas por Bartolozzi en 1784 y presentadas en la Exposición de grabados que se celebra en Roma.

Obras literarias, de *Enrique Redel.* – Sobradamente conocido en el mundo de las letras es el escritor cordobés D. Enrique Redel para que no sea necesario anunciar la aparición de un libro suyo acompañando el anuncio con exageradas alabanzas, ya que en su nombre reputado está el mejor elogio de sus obras. Hace algún tiempo nos ocupamos del primer tomo de sus producciones literarias: recientemente se ha publicado el segundo, que contiene varias poesías inspiradas, algunos artículos de costumbres en los que campean un gran espíritu de observación y un estilo elegante, y otros de crítica en los que se admira un juicio claro é imparcial en la apreciación de las distintas materias literarias y artísticas de que el autor se ocupa. Este tomo, del cual se ha hecho una tirada muy reducida, ha sido impreso en Córdoba, en la imprenta y librería del «Diario» y se vende á tres pesetas.

El canal de Panamá, vals por *R. Arosemena.*--Vals para piano, de factura elegante y ejecución sencilla: ha sido editado en Nueva York por la casa T. B. Harms et Co.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Revista contemporánea, publicación quincenal madrileña; *Boletín bibliográfico español*, publicado en Madrid mensualmente con autorización oficial del ministerio de Fomento.



Imp. de Montaner y Simón



La Ilustración Artística

Año XVIII — Barcelona 26 de junio de 1899 — Núm. 913

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE MADRID



PRÓFUGO,

cuadro de Francisco Legua Ibáñez

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE MADRID. 1899

Muchos nombres nuevos para mí figuran en el catálogo de esta Exposición; en cambio bastantes muy conocidos en el mundo del arte brillan por su ausencia.

El género del *retrato* es abundante; el de *costumbres* también; el de *paisaje* y *marina* abundantísimo; el de *historia* y el *religioso* no alcanzan á más de dos ó tres cuadros.

El realismo, y más que el realismo el naturalismo, están en todo su auge, así en lo concerniente á la forma, como á los motivos. El sol, la impintable luz del sol, obsesiona á la mayoría de nuestros pintores. Producir en la retina del espectador efecto análogo al que le produciría la realidad misma, he aquí todo el ideal estético de buen número de los artistas que concurren á este certamen; y para lograr ese efecto buscan asuntos *ad hoc*, sean ó no pictóricos, tengan ó no algún valor desde el punto de vista del sentimiento.

***

Varios son y notabilísimos los retratos que de manos de Sala, Martínez Cubells, Menéndez Pidal y otros pintores de este fuste figuran en el Palacio de Bellas Artes; mas para mí quien se lleva la palma en género tan difícil es Rusiñol.

No tiene mucho que agradecer este artista á los encargados de colocar las obras de pintura. Bastante alto y junto á una puerta colgaron dicho retrato los colegas del pintor catalán, y á no ser por lo rico y característico del marco, es casi seguro que pasaría inadvertida tan bella obra. Por esta causa cuesta algún trabajo apreciar las delicadezas de dibujo, de color y de factura que avaloran el retrato en que me ocupo; retrato que, como digo en otra parte, parece pintado con el deseo: tan espiritual es, tan superior es en la expresión de la personalidad moral á cuantos retratos he visto ejecutados por pintores españoles en el transcurso de bastantes años.

En este particular de la expresión moral debo poner (después, claro está, del de Rusiñol) los retratos pintados por Menéndez Pidal. Es probable, y más que probable seguro, que tengan mayor número de admiradores los ejecutados por Sala y por Martínez Cubells. Muy sobrios de color y algo sordos de tono los retratos que exhibe el pintor asturiano, no *entran* tan fácilmente como los de estos otros en el falseado gusto de nuestro público y de muchos aficionados y artistas.

Sala luce sus dotes de castizo colorista y ejecutante fácil en cinco retratos, alguno de ellos ya tan conocido como el del insigne autor de las *Doloras;* Martínez Cubells hace alarde de su ejecución y de su cuidado en todos los detalles en otras tres representaciones de los Sres. Baró, general Ordóñez y duque de Bailén. Por su parte, Pinazo (padre) acredita sus grandes cualidades de colorista y ejecutante en dos retratos, uno de hombre y otro de señora.

Y aquí termina la lista de las mejores obras que de este género se exhiben actualmente en el Palacio del Hipódromo.

***

Los cuadros de paisaje y de marina (además de la sala Häes, de la cual hablaré más adelante) figuran en un cuarenta ó cuarenta y cinco por ciento entre las obras expuestas. Descuento de esta proporción los cuadros que tienen por fondo aquellas representaciones de la Naturaleza.

En primer término están una marinita de Gonzalo Bilbao, que ha obtenido una primera medalla, y que se titula *Mar de Levante*, nota de una fineza y de una verdad grandísimas, y el paisaje de Raurich *Costas de Pineda*, soberbio estudio del natural, justo de color y de dibujo, y de factura amplia y firme. En mi sentir merecía este lienzo una medalla de oro; mas el Jurado, parodiando al *Médico á palos*, lo ha entendido de otra manera y le ha concedido un segundo premio. En cambio se ha quedado sin nada Espina, que ha traído dos buenos lienzos, especialmente el más grande, que lleva por título *Después de la lluvia*, y que á trozos de gran verdad, une cierta poesía melancólica que cautiva el ánimo. Quien ha salido mejor parado ha sido Meifrén, al que se dignaron conceder un segundo premio por su *Paisaje* (así lo titula el autor), un efecto de luz crepuscular vespertina muy bien entendida. Muy bellos y finos de toque son asimismo los paisajes de Serafín Avendaño (premiado con segunda medalla), *Una fuente en Galicia, En la ría de Vigo* y *Tiempo nublado.* De Martínez Abades hay varios estudios muy bellos de las costas asturianas; de Abril una marina que se titula *Nuestras playas*, muy justa de tono en general, especialmente el primer término; las olas están bien vistas y asimismo la luz. *Oleaje*, y tal representa, es otra marina digna de mención del pintor Sr. Verdugo; mas supérale en pintar el agua del Cantábrico el notable artista vizcaíno Ugarte, como puede advertirse en sus cuadros *La playa de Fuenterrabía* y *Mañana de noviembre en las costas de Asturias.* Ugarte, bien conocido de los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, es un pintor realista de admirable y sobria paleta y de ejecución justa y firme: esta última tan sencilla como aquélla.



EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE MADRID. 1899. – SALUS INFIRMORUM, cuadro de Luis Menéndez Pidal, premiado con primera medalla

***

Entre los cuadros que más llaman la atención, figuran *Cosiendo la vela* y *Comiendo en la barca*, ambos de Sorolla, así como dos paisajes. En mi sentir, el notable pintor valenciano, queriendo hacer un alarde de su facilidad como ejecutante y de su paleta, acumuló grandes dificultades de luz en el primero y no pudo vencerlas. Resulta *Cosiendo la vela* un cúmulo de notas brillantes producidas por la luz del sol al pasar á través de un emparrado, y que hiriendo á trozos la tela blanca de la vela y los colores de las ropas de las figuras, así como las flores y la vegetación toda que encuadra el estrecho y largo lugar de la escena, distrae de tal modo la atención del espectador, que no sin gran trabajo puede darse cuenta de lo que aquello es y representa. El otro lienzo (ambos de grandes dimensiones), *Comiendo en la barca* y adquirido por la marquesa de Villamejor en la respetable suma de 30.000 pesetas, produce el efecto de una pintura *monocroma*, pues la tonalidad general es uniforme y apenas si en aquella penumbra que forma la vela de la barca tendida á guisa de toldo y bajo la cual comen unos marineros y unos chicos se ve algún que otro reflejo blanquecino.

Menéndez Pidal exhibe un hermoso y sentido cuadrito, *Salus infirmorum.* Dibujado magistralmente, compuesto con gran acierto, sentida la escena de un modo admirable, si no fuese un poco sordo de tono podría desde luego considerarse este lienzo como obra perfecta. Mas con esto último y todo, no dudo en poner la pintura del Sr. Menéndez Pidal como la más completa de cuantas se exhiben en el actual certamen. La escena es tan delicada como digna de ocupar los pinceles de un pintor *artista* (pues no todos los pintores y escultores que contamos lo son). Representa á un labriego, que con un hijo enfermo y ya mayorcito en los brazos, encomienda á la protección de imagen milagrosa la cura del doliente. Un sacerdote (admirable tipo de clérigo de aldea), revestido con la sobrepelliz, lee las oraciones de ritual, y un chico en funciones de monaguillo y con una vela en la mano alumbra la escena. Este cuadro ha obtenido la primera medalla de oro.

Alvarez Sala sigue, en mi juicio, en mérito á su paisano. Presenta dos cuadros: *La rifa de la vaca* y *Herradores.* El primero es una escena vista al aire libre y al sol; la segunda, en el fondo de una fragua de herrador. Ambas pinturas están muy bien ejecutadas y los tipos y la disposición de los asuntos muy justos. De color, con ser muy aceptable el primero de los mencionados cuadros, le supera en tercio y quinto el segundo, en el cual hay un bellísimo torso desnudo de hombre y un ambiente verdad.

Ilusiones y realidades, de Abarzuza. Este pintor ha dado un paso de gigante en el arte desde la última Exposición á la actual. *Ilusiones y realidades* es una escena de velatorio bien vista y muy bien pintada, pues aun cuando tengan algunos defectos de proporción las figuras, éstas se hallan estudiadas en sus respectivos papeles con verdadero talento de observador. Por lo que atañe á la paleta, el Sr. Abarzuza ha tenido aciertos muy estimables, especialmente en los contrastes de las luces artificial y de la mañana.

Como bien estudiados los tipos y vistas las escenas que se desarrollan en derredor de la principal, el cuadro del Sr. Legua *Prófugo* es digno de encomio. Quisiéralo un poco menos duro en la factura y aun en el color; no obstante, es en este particular muy simpático el cuadro dicho, y revela en el señor Legua dotes de artista no comunes. Cerca de este lienzo hállase el de Cabrera y Cantó. Los lectores de este periódico podrán formarse una idea del valor filosófico de *Mors in vita* por la reproducción que de dicho cuadro publicará LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA en uno de los próximos números. Sobran en él, según yo pienso, las figuras de los empleados que conducen un nuevo cadáver; con el del joven del primer término, la idea, bien amarga por cierto, que ha inspirado á mi querido amigo Cabrera este lienzo, quedaba bien definida.

Un gran maestro, Moreno Carbonero, ha traído á este certamen un cuadro, que si no de grandes dimensiones (dos metros y medio de ancho), es, como no podía dejar de ser teniendo en cuenta el autor, una bellísima pintura.

Cervantes ha sido y seguirá siendo el inspirador, con su inmortal *Quijote*, de gran número de obras pictóricas y escultóricas. Moreno Carbonero, que ha pagado ya con varios cuadros su tributo de admiración al príncipe de los ingenios españoles, volvió de nuevo á hojear el libro sublime, y encontrando de perlas para lucir su dominio de la técnica y pintar trajes y arreos de otros tiempos más artísticos que el actual, además de darse el placer de ilustrar una página de la vida del héroe manchego, la tremenda y furibunda *batalla con el vizcaíno*, puso manos á la obra y ahora nos la presenta para nuestro placer y recreo del espíritu.

Algunos lunares he apuntado en otra parte á esta hermosa pintura del autor de *La conversión del duque de Gandía;* lunares que la colocan por bajo del lienzo *Una aventura de Gil Blas*, adquirido por el emperador de Alemania. Fría de color, sobre todo en el primer término; fría también la composición en lo que corresponde al grupo de los espectadores de la descomunal batalla, con alguna que otra desproporción en el dibujo, *La batalla con el vizcaíno* no produce todo el encanto que podíamos esperar que produjera obra de talento tan privilegiado como el de Moreno Carbonero. Mas quisiera yo haber podido hacer lo que el representante de Rothschild Sr. Baüer, adquirir el lienzo; porque con todos los reparos dichos, hubieran transcurrido para mí largos ratos contemplando los primores de ejecución, los aciertos de luz y otras muchas bellezas que atesora este cuadro.

R. BALSA DE LA VEGA

EXPOSICIÓN DE COMO

EL CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE LA PILA ELÉCTRICA

La ciudad de Como celebra actualmente una exposición internacional de electricidad, iniciando con ella las fiestas que se propone celebrar en conmemoración del centenario de una de las fechas más gloriosas y trascendentales para la historia del progreso humano: la fecha del descubrimiento de la pila eléctrica.

Corrían los últimos años del siglo XVIII: Luis Galvani que desde 1774 había estudiado la acción de los narcóticos sobre la excitabilidad de los animales y que más adelante dedicóse al estudio de la influencia de la electricidad sobre los nervios, presenciaba en 1786 un hecho que había de abrir vastísimo campo á las investigaciones científicas y ser causa de uno de los más grandes y útiles inventos modernos. Tenía por casualidad aproximado un conductor eléctrico á una rana desprovista de cabeza y de piel, cuando observó que al contacto de aquél producíanse en el animal ciertos movimientos de contracción. Galvani, que ya había demostrado que la rana era un electroscopio sensibilísimo, creyó haber descubierto que aquel batracio tenía electricidad propia, y para confirmar tal opinión verificó varios experimentos, todos los cuales le dieron el mismo resultado. Uno de ellos fué colocar la rana sobre una plancha de hierro lisa y pulida y poner debajo de los nervios lumbares del animal un garfio de cobre: cada vez que el garfio tocaba á la plancha, repetíanse las contracciones musculares del animal. Animado por estos éxitos, prosiguió sus investigaciones y encontró que ciertos metales se prestaban más que otros á la producción del fenómeno, y que un arco formado por dos metales, y por unos mejor que por otros, contribuía á dar mayor violencia á las contracciones.

Alejandro Volta

Estos experimentos moviéronle á sentar su teoría sobre la electricidad animal que en 1791 expuso en su clásico trabajo *De viribus electricitatis in motu musculari commentarius*, una de las más notables producciones científicas del pasado siglo, de la cual se ocuparon todos los sabios de Europa.

Volta, entre ellos, la calificó del siguiente modo: «es uno de esos grandes y luminosos descubrimientos que merecen formar época en los anales de las ciencias físicas y médicas, no tanto por lo que en sí tiene de nuevo, cuanto porque abre ancho campo de investigaciones tan interesantes como curiosas y de utilísima aplicación.»

Mas aquel eminente físico, que en un principio aceptó la teoría de Galvani, no tardó en hallar para los fenómenos por éste descubiertos una explicación que difería esencialmente de la dada por el anatómico ilustre. Volta, en efecto, tras repetidos experimentos, afirmó que la mayor parte de los fenómenos por Galvani atribuídos á la electricidad propia de los animales dependían de una acción extrinseca á éstos y propia de los metales heterogéneos puestos en contacto; de suerte que los metales eran los verdaderos motores ó excitadores, reduciendo á un papel puramente pasivo el que en el fenómeno desempeñaban los órganos de los animales. Galvani entonces defendió su teoría sosteniendo que podían obtenerse las contracciones con un arco homogéneo, hecho de un solo metal, y aun con substancias simples humedecidas aplicadas á los tejidos nervioso-musculares, y hasta sencillamente con agua.

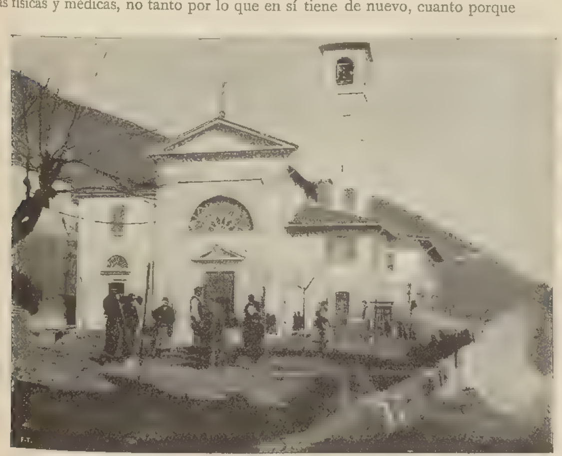
Estos hechos experimentales indujeron á Volta á generalizar la teoría del contacto que en un principio había limitado á los metales diferentes, y á afirmar que «en cualquier contacto de conductores diversos surge una acción que imprime más ó menos movimiento al fluido eléctrico, de donde se originan las contracciones espasmódicas de los músculos, las sensaciones de sabor en la lengua, de luz en el ojo, de ardor en las llagas, etc.»

No se dió, empero, por vencido Galvani, y prescindiendo de todo conductor externo, metálico ó humedo, obtuvo las contracciones con el simple contacto

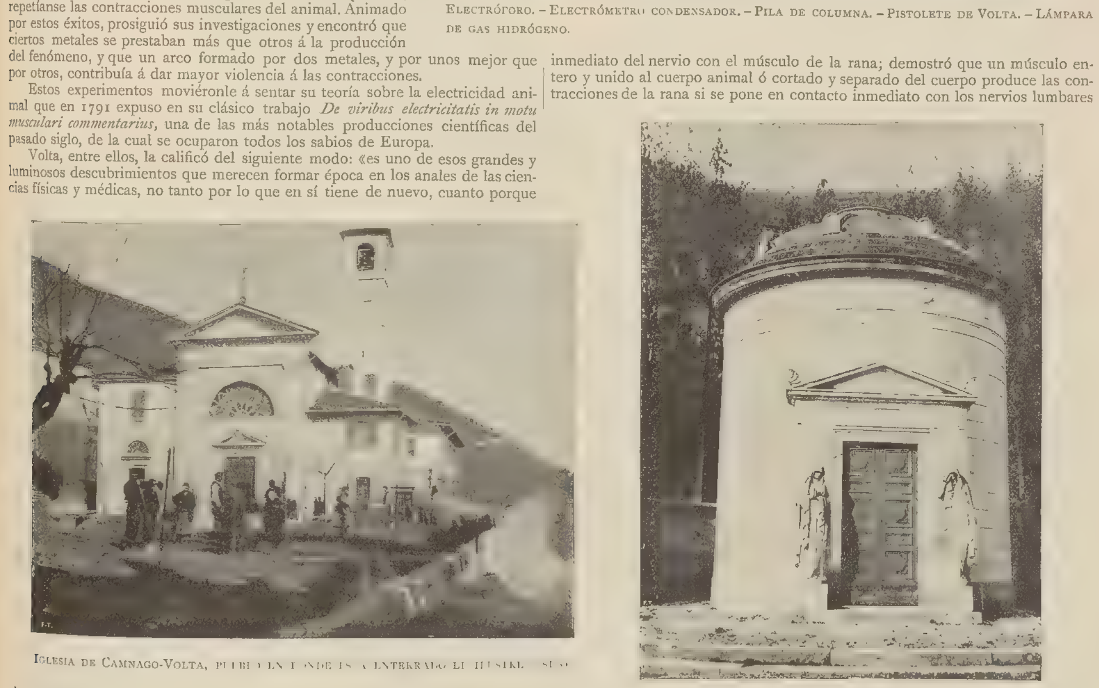


APARATOS DE ALEJANDRO VOLTA QUE SE CONSERVAN EN EL INSTITUTO LOMBARDO DE CIENCIAS DE MILÁN. ELECTRÓFORO. – ELECTRÓMETRO CONDENSADOR. – PILA DE COLUMNA. – PISTOLETE DE VOLTA. – LÁMPARA DE GAS HIDRÓGENO.

inmediato del nervio con el músculo de la rana; demostró que un músculo entero y unido al cuerpo animal ó cortado y separado del cuerpo produce las contracciones de la rana si se pone en contacto inmediato con los nervios lumbares de ésta, y probó finalmente que las contracciones se obtenían también colocando dos muslos de rana, uno cerca de otro, pero sin tocarse, sobre un plano aislador, y dejando caer el nervio del uno sobre el nervio del otro encorvado en semicírculo.



IGLESIA DE CAMNAGO-VOLTA, PUEBLO EN DONDE ESTÁ ENTERRADO EL ILUSTRE SABIO



SEPULCRO DE ALEJANDRO VOLTA EN EL CEMENTERIO DE CAMNAGO

Todos estos experimentos venían á confirmar la existencia de la que Nobili denominó corriente propia.

Volta, en tanto, continuaba sus experimentos sobre la electricidad producida por el mutuo contacto de conductores heterogéneos sólidos y líquidos; reconocía que no todos los metales son de igual manera electromotores y los ordenaba en una serie, desde el cinc al oro, de tal manera que cada uno de ellos era electropositivo respecto de los que le seguían y electronegativo respecto de los que le antecedían, y que el desequilibrio eléctrico resultaba tanto mayor cuanto más distaban entre sí, dentro de la serie, los metales utilizados.

En este orden de experimentos encontró que soldando dos láminas de cinc y de cobre y teniendo esta última en la mano de modo que la de cinc mirara al disco colector del electrómetro, que era de cobre, no se obtenían fenómenos eléctricos. Colocó entonces entre la lámina de cinc y la de cobre una hoja de cartón mojada y los fenómenos se produjeron.

Así nació el primer par voltaico, el primer elemento de la pila eléctrica.

Deseoso de hacer más intensa la nueva fuente de electricidad, verificó nuevos experimentos, los cuales reforzados por razonamientos nuevos, lo llevaron á la construcción de un electrómetro compuesto.

«Este es el gran paso que he dado – escribía – á fines del año 1799, paso que me ha conducido muy pronto á la construcción del nuevo aparato que tanto asombro ha causado entre los físicos y que á mí me ha producido gran satisfacción y no mucha sorpresa después del citado descubrimiento que me prometía el éxito que acabo de obtener.»

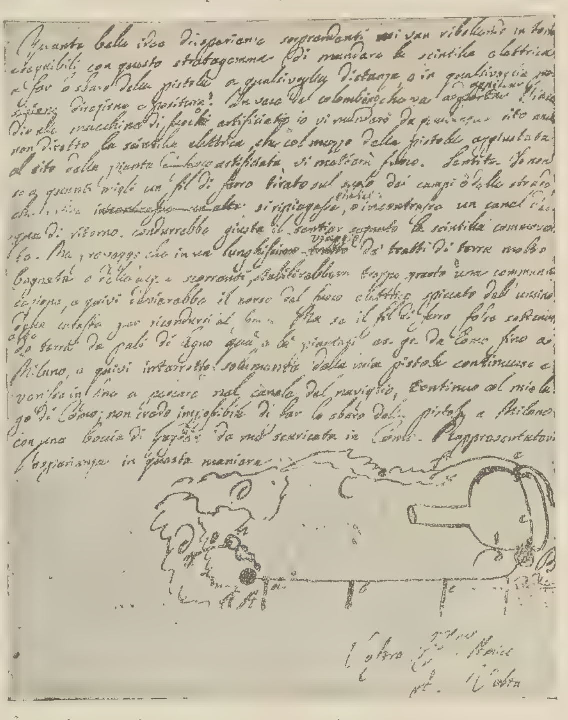
Porque el mérito mayor de Volta en este punto, el que lo distingue de los demás inventores, es el de haber *creado*, no *encontrado:* no fué la casualidad la que le guió; fueron el método, la lógica, la inducción los que le hicieron pensar que sobreponiendo varios pares uno sobre otro y separados entre sí por un cuerpo húmedo, se multiplicarían los efectos de cada uno de ellos, naciendo de esto la serie de pares ó elementos, el *órgano eléctrico artificial,* como lo llamó en su famosa carta de 20 de marzo de 1800 al presidente de la Real Sociedad de Londres, la *pila de Volta,* como hoy se denomina al maravilloso invento.

Con veinte pares, formado cada uno por una moneda de plata y un disco de cinc sobrepuestos por el mismo orden y separados por discos de cartón empapados en agua salada, consiguió que el electrómetro condensador señalara 10 á 15 grados y que se cargara por simple contacto hasta hacerle producir chispas y sacudidas.

Muy pronto imaginó una nueva forma para su aparato, sustituyendo la pila por la *corona de tazas,* ó sea una serie de copas y vasos llenos hasta la mitad de agua salada, en cada uno de los cuales estaban sumergidas una plancha de plata y otra de cinc, la primera soldada á la de cinc del vaso anterior y la segunda á la de plata del vaso siguiente. Y al poco tiempo Volta y Brugnatelli observaban los efectos dinámicos de la pila, de la descomposición de las sales en el agua, de la oxidación del cinc, etc.

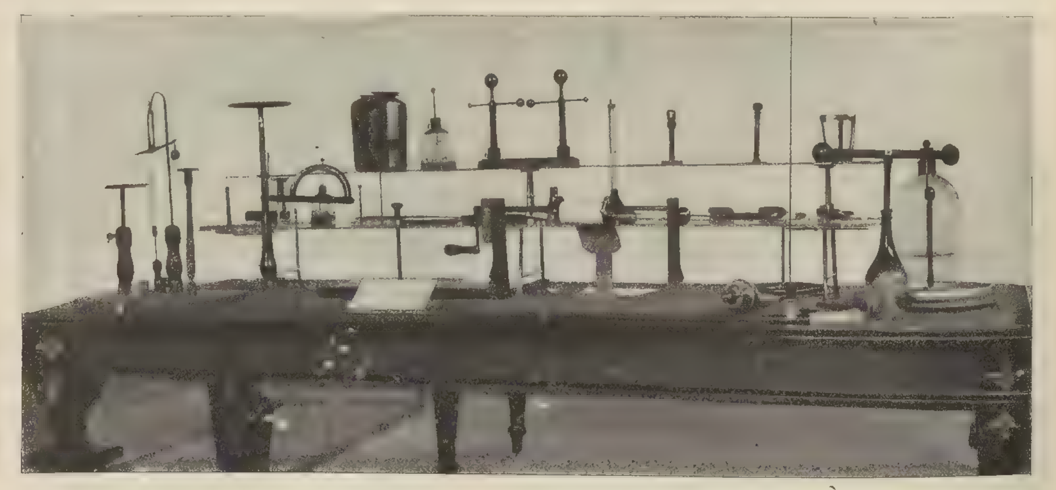
El mismo año 1800 Alejandro Volta, acompañado del citado Brugnatelli, salió de Italia emprendiendo un viaje por Europa á fin de dar á conocer á los sabios su aparato, y en 18 de noviembre hacía sus asombrosos experimentos en la Academia de Ciencias de París, en presencia del primer cónsul Napoleón Bonaparte, el cual propuso que se decretase una medalla de oro al gran italiano. Poco tiempo después Napoleón en persona le entregaba las insignias de la cruz de la Legión de Honor y de la Corona de Hierro, y le nombraba conde y senador del reino lombardo. Cuatro años después, siendo ya emperador, escribía Napoleón lo siguiente: «No puedo consentir en que Volta se retire de la cátedra: si sus funciones de profesor le fatigan, es preciso reducirlas; que no dé, si no quiere, más que una lección al año. La Universidad de Pavía recibiría una herida mortal si yo permitiese que un nombre tan ilustre desapareciera de la lista de sus miembros. Además, un general debe morir en el campo del honor.»

Galvani y Volta fueron, pues, los verdaderos fundadores de la ciencia eléctrica, pues si bien antes que ellos habíanse hecho varios experimentos é inventado algunas máquinas para producir la electricidad, de la famosa discusión entre aquellos dos sabios eminentes nacieron por un lado el galvanismo y por otro las doctrinas de Volta, que fueron firmísima base de una ciencia nueva. Bien merecen que dediquemos en el presente artículo algunos párrafos á sus biografías.


Quanta belle idee di esperienze sorprendenti [illegible] in testa
[illegible] con questo stratagemma di mandare le scintille elettriche
e far lo sparo della pistola a qualsivoglia distanza e in qualsivoglia [illegible]
[illegible] direzione e positura! [illegible]
[illegible]

CARTA AUTÓGRAFA DE VOLTA REFERENTE Á LAS ONDAS ELÉCTRICAS

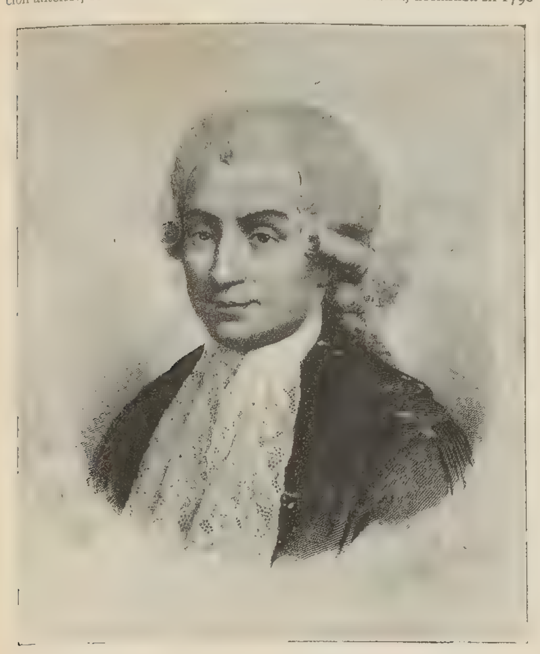
Luis Galvani nació en Bolonia en 9 de septiembre de 1737. En una relación de los Señores de Estudio, fechada en 9 de abril de 1763, referente á una petición formulada por Galvani para obtener una lectura médica honoraria, se dice que el solicitante presentó varios certificados de sus maestros sumamente honrosos, de los cuales resultaba claramente que después de los primeros estudios de Gramática y Retórica dedicóse primeramente á la Filosofía y á los experimentos físicos y después á la Medicina y á la Química, sin descuidar la Botánica y la Historia Natural. Terminados sus estudios médicos, entró en el Hospital de la Muerte, cursando en él la Cirugía bajo la dirección del profesor Galli. En 1759 recibió la investidura de doctor en Filosofía y Medicina, siendo al poco tiempo elegido alumno de la Academia del Instituto y agregado á varias Academias. Otra relación del Senatorio Congreso, de 11 de diciembre de 1780, consigna que el doctor Luis Galvani fué nombrado lector estipendiado en 1768, fué profesor de la Cámara Anatómica del Instituto, enseñó Anatomía, leyó varias



APARATOS DE ALEJANDRO VOLTA EXPUESTOS EN COMO

APARATOS PARA EXPERIMENTOS CONSERVADOS EN EL GABINETE DE FÍSICA DE LA UNIVERSIDAD DE PAVÍA. – PILAS, ELECTRÓMETRO CONDENSADOR, EXCITADORES, ETC.

disertaciones en la Academia Benedictina del Instituto y escribió varios trabajos de gran importancia. En otro documento de su puño y letra que, como la relación anterior, se conserva en el Archivo de Estado de Bolonia, declaraba en 1790



Luis Galvani

haber dado todos los años un curso público y varios privados de obstetricia. De carácter grave y trato afable, Galvani fué más que maestro padre de sus discípulos, leal con sus amigos, cariñoso con su familia, modesto y caritativo. A estas cualidades unía una firmeza de carácter que por nada se doblegaba cuando se trataba del cumplimiento de lo que creía era su deber: buena prueba de ello dió cuando se negó á prestar el juramento que á todos los funcionarios exigió Bonaparte cuando estableció la República Cisalpina, prefiriendo perder la cátedra y con ella el modo de ganarse el sustento á jurar lo que á su conciencia se oponía. Poco después, un decreto del gobierno le reintegraba en la posesión de su cátedra con abono de los emolumentos atrasados; pero el decreto le fué comunicado cuando iba á sorprenderle la muerte, tal vez precipitada por aquel acto de injusticia. Galvani murió en 4 de diciembre de 1798.

Alejandro Volta nació en Como en 18 de febrero de 1745, y tardó mucho en desarrollarse física y moralmente, de tal suerte que hasta la edad de cuatro años no pronunció la primera palabra. En cambio después su desarrollo fué rápido y brillante, y desde niño manifestóse en él la pasión por observar los fenómenos naturales é investigar las causas de los mismos. En 1758 entró en la escuela de Retórica y en 1760 en el colegio de los jesuítas, que quisieron atraérselo para que entrara en su orden, pero un año después un tío suyo canónigo lo sacó de allí y le hizo proseguir sus estudios filosóficos en el seminario de Bensi. Por aquel entonces cultivaba Volta con gran afición la poesía, sin que esto fuera obstáculo para consagrarse á las ciencias físicas y naturales. A los dieciocho años



Antonio Meucci,
inventor del teléfono, hasta hace poco atribuído á Bell

estaba en correspondencia con los más renombrados físicos europeos y á los veinticuatro publicada una memoria latina, *De vi attractiva ignis electrici,* á la cual siguió en 1771 otra sobre su aparato eléctrico con disco y aisladores de



Una de las mesas en que Volta verificaba sus experimentos

Encima de ella hay algunos aparatos de Luis Galvani, pertenecientes á la Universidad de Bolonia. A la derecha el título de conde de Alejandro Volta

madera quemada. En 1774 fué nombrado regente de las escuelas de Como y al año siguiente inventó el electróforo que le valió fama y honores sin cuento y el nombramiento que tanto ambicionaba de profesor de Física experimental en el Gimnasio de Como. Continuando sus estudios é investigaciones en las diversas ramas de la Física y de la Química, descubrió el origen orgánico del gas de los pantanos, inventó el pistolete de aire inflamable, construyó la lámpara perpetua voltaica y en 1777 inventó el eudiómetro. Al año siguiente fué nombrado profesor de la Universidad de Pavía é inventó el electroscopio condensador. En 1782, después de haber recorrido varias ciudades de Italia y del extranjero, estuvo en París, en donde frecuentó escuelas y academias y trabó amistad con los más ilustres sabios de aquel tiempo, como Franklin, Buffon, Lavoisier y Le Roy, luego en Londres, en cuya Sociedad Real leyó su memoria sobre el condensador, que le valió la medalla de oro de Copley, y finalmente en Alemania, en donde fué personalmente recibido por José II, que tambien le concedió una medalla de oro. De regreso á su patria escribió varias importantes memorias sobre meteorología, pero el descubrimiento de Galvani y la publicación por éste de la memoria *De viribus electricitatis* le hicieron volver á los estudios eléctricos, de cuyo resultado hemos hecho mención anteriormente. Con posterioridad volvió á Ginebra y á París, siendo en ambas capitales recibido con indescriptible entusiasmo y dando en el Instituto de esta última varias conferencias sobre la descomposición de los metales por la acción de la pila eléctrica, causando sus experimentos la admiración de todos y especialmente de Napoleón Bonaparte que le colmó de atenciones y le mostró desde entonces especial afecto. Volta pasó los últimos años de su vida en Como y en Camnago, conservando gran lucidez, conversando á menudo sobre su ciencia predilecta, manteniendo activa correspondencia con los más eminentes hombres de ciencia, siendo visitado por ilustres personajes y cautivando á todo el mundo con su modestia, su bondad y sus caritativos sentimientos. Falleció en 5 de marzo de 1827, y su cadáver, al cual se tributaron honores excepcionales, fué sepultado en el cementerio del pueblo de Camnago. En 1851 los restos de Volta fueron transportados al templete que su familia erigió en aquel camposanto y que reproduce uno de nuestros grabados.

Con motivo del centenario del descubrimiento de la pila eléctrica, los italianos han querido reivindicar para un compatriota suyo la gloria de uno de los más notables inventos modernos, hasta hace poco atribuído á Graham Bell: nos referimos al teléfono, del cual fué verdadero inventor Antonio Meucci, cuyo retrato reproducimos en la página 413.

Era éste, en 1849, maquinista en el teatro Tacón de la Habana, y en sus horas de ocio dedicábase á experimentos físicos de toda clase, estudiando especialmente las vibraciones de los cuerpos sonoros, la longitud de las ondas, la propagación de éstas á lo largo de una cuerda, la influencia que sobre la intensidad del sonido tiene la materia con que las cuerdas están fabricadas, etc.

Un día, en 1851, gracias á dos troncos de cono de cartón, provistos en su base de un diafragma membranáceo y unidos por un hilo, logró comunicarse oralmente con un amigo que habitaba enfrente de su casa, y comprendiendo el valor de su descubrimiento, consagróse á perfeccionarlo y hacerlo de utilidad práctica, construyendo para ello el aparato de tal manera que la voz se reprodujese á largas distancias y que el instrumento respondiera al nombre de *teléfono* con que Meucci lo había bautizado.

Entonces pensó que podría servir para su objeto el electromagnetismo: una barra de acero magnetizada, un carrete de hilo de cobre aislado con los extremos en comunicación con dos hilos arrollados á uno de los extremos de la barra, y una delgada membrana de hierro colocada en el fondo de un embudo y puesta delante del carrete, tales fueron los elementos de que se compuso el primer teléfono. Dos de estos aparatos, idénticos, en un circuito de alambre cerrado y aislado, debían servir el uno de transmisor y el otro de receptor. Los sonidos producidos delante del embudo del primer aparato hacían vibrar la membrana de hierro, y ésta, al vibrar, modificaba la magnetización del imán en el segundo aparato: el imán atraía más ó menos la propia membrana y ésta reproducía las vibraciones de la membrana del aparato transmisor.



LA RECOLECCION EN ANDALUCIA. – Cuadrilla de segadores, dibujo de S. Azpiazu

Poco después de su descubrimiento, pasó Meucci á Nueva York, en donde luchó durante treinta años con la miseria y con toda suerte de dificultades. Presentóse á Grant, presidente de la *New York District Telegraph Company*, y mostrándole los modelos y la descripción del aparato, solicitó que los ingenieros de la compañía los examinasen y dictaminasen sobre su utilidad. Grant prometió que así se haría; pero viendo que transcurrían dos años sin que la promesa se cumpliera, Meucci acudió al *Patent Office*, de Wáshington, en 23 de diciembre de 1871, con todos los documentos necesarios para obtener el privilegio de invención, recabando el oportuno recibo.

Cinco años después, el profesor Graham Bell lograba una patente por la invención del teléfono.

En vano Meucci protestó pública y enérgicamente; en vano los periódicos americanos simpatizaron con el desgraciado inventor, pues nada pudo éste conseguir, á pesar de que por aquel entonces se descubrió que algunos empleados del *Patent Office* habían vendido el secreto de algunos modelos y descripciones.

Transcurrieron algunos años más, años que Meucci pasó en la casita de Clifton (Long Island), en aquella casita que habitaba desde su llegada á los Estados Unidos, en la cual habíase albergado Garibaldi durante el tiempo de su emigración y que hoy es propiedad de la colonia italiana de Nueva York. En 1888 el Gobierno de los Estados Unidos entabló un pleito contra la *Bell Telephon Company* que exigía el pago de una suma que se elevaba á algunos millones de dollars y á la cual sólo podía tener derecho en caso de haber obtenido honrada y legalmente el privilegio. Entonces se demostró el fraude cometido por Graham Bell, y en 1892 el Tribunal Supremo de los Estados Unidos dictó sentencia declarando que «el teléfono Bell debe llamarse teléfono Meucci y que la *Bell Telephon Company* había adquirido el privilegio fraudulentamente.»

Pero ni Meucci obtuvo de ello ninguna ventaja material, ni nadie se ocupó de la sentencia por el tribunal norteamericano dictada, y el bondadoso anciano, el antiguo amigo de Garibaldi, murió hace tres años sin haber podido realizar su más ardiente, su único deseo, el de volver á pisar el suelo de su patria. Ni siquiera se ocuparon de él ni de la rehabilitación de su invento el gobierno italiano ni los periódicos, y en los libros de texto que en Italia se estudian, á excepción de uno solo publicado recientemente, todavía se dice que el teléfono fué inventado por un americano.

En cambio tuvo la satisfacción de gozar del cariño de la colonia italiana de Nueva York, que todos los domingos acudía á visitarle y á reiterarle el testimonio de su afecto y de su veneración.

Junto á la casita que habitaba Meucci todavía se ve el horno de piedra en donde Garibaldi fundía el sebo para la fabricación de velas á que se dedicó durante su destierro. Aquella casa, adonde van en peregrinación todos los años el día 2 de junio las sociedades italianas de Nueva York á depositar flores y coronas, fué regalada á la colonia italiana neoyorquina por un alemán, un tal Bach, propietario de una fábrica de cerveza. – A.

LA RECOLECCIÓN EN ANDALUCÍA

En el vasto cortijo, cuyos términos piérdense en el horizonte, sembrado de doradas espigas, las cuales al sentirse acariciadas por las leves brisas del mes de julio producen para la vista y el oído los efectos de un dilatado mar, ora por el acompasado rumor de las mieses, ora por el movimiento con que se balancean las flexibles pajas cargadas de frutos, distínguese allá á lo lejos el blanquísimo caserío, con sus espaciosos *tinahones* en que rumian los bueyes, con las torres de sus palomares y las espaciosas viviendas destinadas á la gañanía.

Nos hallamos á fines de junio ó en los comienzos de julio, época en la cual, generalmente, verifícase la recolección del trigo en esta tierra de Andalucía.

Por las angostas veredas que conducen al caserío vense avanzar las cuadrillas de segadores, procedentes unas veces de los inmediatos pueblecillos, otras de tierras más lejanas, de Galicia ó de Portugal. Capitaneados por un jefe, que aquí llaman *manijero*, caminan en alegre pelotón. Cubren sus cabezas con sombreros de palma, que labran las mujeres mismas y que adornan con cintas y borlillas de lana de colores, muy semejantes á los que usan los moros del campo que acuden de mañana al *zoco* de Tánger á vender vituallas. Sobre un hombro llevan su chaqueta y la hoz sobre el otro, y á la zaga de todos camina agobiado el borriquillo que conduce los menesteres de la comida y los hatos y petates de la cuadrilla.

Llegan, generalmente, por la tarde á la haza en



LA RECOLECCION EN ANDALUCIA. – Mujer segadora de la Vega de Carmona, dibujo de S. Azpiazu

donde ha de empezarse á trabajar. La borriquilla es descargada, y acto continuo siegan las camas; esto es, el espacio que calculan suficiente para establecer los hatos de todos, formando como á manera de un campamento, y haciendo cada cual, con las gavillas recién segadas, su correspondiente cama. En aquel paraje han de pasar dos meses próximamente.

Una vez el tajo establecido, comienzan las idas y venidas del *chiquichanca*, tipo indispensable que desempeña un importante papel y que *capítulo por sí merece*. Es el encargado de transportar el agua, de encender el fuego, de cuidar de la comida, cuando

hay algo caliente, de tener limpios y prestos los dornillos, así como de otras menudencias compatibles con sus pocos años. El desarrapado mozalbete, que cuenta de trece á dieciséis, nació en el campo, casi como los cardos ó los jaramagos; crióse con mendrugos de pan, siempre anduvo vestido con los harapos de todos, pero siempre descalzo también, lo cual no le impidió jamás andar por entre las ortigas y los cardos silvestres como sobre mullida alfombra. Ni se quejó de su condición ni de sus escaseces, porque la vida para él compendióse en las partes de cielo y tierra que constantemente abarcaban sus ojos en los horizontes del cortijo. Al despuntar del día, á la caída de la tarde ó entrada ya la noche interrumpe la calma y el silencio del campo cantando seguidillas, gitanas y soleares, las cuales, escuchadas desde lejos, más parecen prolongados gemidos que alegres cantares, ayes de indefinible melancolía, de tristezas inexplicables, hijos, tal vez, del convencimiento de su propia misérrima condición, la cual manifiesta al exterior, sin darse cuenta que brotan de su alma. Por esto quizá, por el fondo de esos sentimientos, en vano pretenderán los dichosos de la vida imitar los cantos del infortunio, cuyas notas no pueden sujetarse al pentagrama, pues varían prodigiosamente, respondiendo siempre á la situación de ánimo del que los modula.

. . . .

Antes de que rompa el alba empiezan las faenas. Distribúyense los tajos ó *besanas* entre las diferentes cuadrillas, compuestas de seis ó siete hombres, las cuales llevan tras de sí otros dos que van amarrando las gavillas; y como estas faenas se hacen á destajo, causa asombro la pasmosa actividad que despliegan todos por aventajar, como ellos dicen, el mayor beneficio posible.

Sin levantar la cabeza, sudorosos, jadeantes, los rostros y brazos ennegrecidos por el sofocante calor y por el espeso polvo que de las mieses y de la tierra se levanta, apenas si pronuncian más palabras que las precisas, ó se detienen un momento para enjugar la frente con el envés del brazo, para arreglar las fajas encarnadas que ciñen la cintura ó para tomar del caliginoso aire que los envuelve, y por medio de una potente aspiración, más aire para aquellos fatigados pulmones, propios de gigantes ó de titanes.

Para que pueda formarse idea de lo rudo ó fatigosísimo de este trabajo, bastará consignar que la temperatura ordinaria al mediodía, en las campiñas andaluzas, varía solamente de 50 á 54 grados.

Y sin embargo, no faltan en determinadas localidades mujeres que con el mismo afán y con igual vigor que sus padres ó maridos manejan la hoz, vestidas como ellos con calzones y defendidas las cabezas por algún pañuelo de percal ó sombrero de palma.

A las diez cesa el trabajo. Es la hora del almuerzo. Todos se reunen, y formando rueda y aguantando el sol sin la menor defensa, con el más envidiable apetito, prontamente dan cuenta de las migas que contiene un gran caldero; comida asaz frugal, puesto que aquéllas no son otra cosa que sopas de pan con aceite y ajos, tostadas al fuego.

Fuman después un cigarrillo, y en seguida ponen mano al trabajo, continuándolo hasta las dos ó las tres de la tarde, en que de nuevo descansan para hacer un gazpacho; pobre comida que más bien sirve de refrigerio á aquellos caldeados cuerpos que de reparadora nutrición, y que, sin embargo, constituye la base del alimento del campesino andaluz, pues en la mayor parte de los pueblos apenas si durante el verano se alimentan con otro plato tan fuerte como el gazpacho, como es el sopeado ó alguna ensalada de pimientos, tomates y pepinos.

Al obscurecer dan de mano y se retiran al rancho para cenar. En ciertas partes acostumbran á tomar un potaje, pero más generalmente conténtanse con otro gazpacho ó sopeado. Si la noche es de luna suelen prolongar las faenas de la siega hasta las nueve ó las diez, hora en que caen rendidos sobre el montón de gavillas que les sirve de cama.

A pesar del excesivo trabajo, de las crueles fatigas y del natural cansancio, hay noches, sin embargo, en las cuales olvidan sus penalidades, y aprovechando la circunstancia de contar con un mozo guitarrista, disponen una fiesta.

En medio del corro aparece una pareja bailando seguidillas, y luego otra y otra, acompañadas de la voz potente del *cantaor* y del estruendoso palmoteo de los espectadores, los cuales, á juzgar por su regocijo, nadie creería que acababan de dar término á un trabajo tan rudo como excesivo.

Pero la alegría es el fondo del carácter de este pueblo, y no se concibe que iniciada una fiesta, que escuchadas las primeras notas de la guitarra, permanezcan indiferentes hombres y mujeres, todos nerviosamente sacuden la pereza de sus fatigados miembros, y prolongan su diversión hasta después de la media noche.

Uno de los cuadros de la recolección que más se presta á ser trasladados al lienzo por hábiles pinceles, es sin duda la carga de las carretas que transportan las mieses á la era para que sean trilladas, asunto en el cual se han ocupado acertadamente muchos pintores andaluces. Cuatro ó seis enormes y pesados de aquellos carromatos, tirados por corpulentos bueyes con sus frontiles piramidales bordados de piececitas de trapos de colores, entre las que resplandecen menudos espejillos, los cuales, al ser heridos por el sol, despiden rayos innumerables, van siendo henchidos de gavillas, y es cosa de ver la facilidad y presteza con que los gavilleros toman los haces del suelo, echándolos á lo alto del montón con los bielgos ú horcas hasta una altura extraordinaria, donde son recibidos por un cargador que los dispone en forma segura y conveniente.

En cuanto á la trilla, hacíase esta faena, hasta pocos años ha, por el procedimiento más rudimentario empleándose las yeguas ó caballos que arrastraban los cilindros del trillo, avivados constantemente por el látigo del trillero. Todavía, sin embargo, algunos labradores apegados á las antiguas prácticas, continúan trillando como lo hicieron los musulmanes; hasta que poco á poco, penetrados de la conveniencia y beneficios que les reporta el empleo de máquinas, válense de éstas, con las cuales obtienen considerable economía por la rapidez con que se verifica la faena. Para realizarla, llegan las carretas cargadas hasta la máquina misma, y aquí ya un par de hombres encárganse de alimentar aquélla, arrojando gavillas que rápidamente son desgranadas por los cilindros, distribuyéndose luego la paja y el grano por sus distintos puntos de salida. Con la primera se elevan grandes almiares ó depósitos para el invierno, con el segundo llénanse los costales que facilitan su almacenaje en los graneros.

El exiguo número de personal que para estas operaciones se necesita, ha casi borrado las costumbres de las fiestas que antes se realizaban en las eras, las cuales tenían lugar por las noches en aquellos sitios, en medio de la mayor alegría y del más puro regocijo, ofreciendo animadísimos cuadros de costumbres de muy marcado carácter local, como hoy decimos.

Hay que confesar que muchos de los modernos adelantos están en pugna abierta con lo poético y artístico de nuestras costumbres, de algunas de las cuales apenas si quedan leves vestigios, pues como el progreso industrial lleva su influencia á los más apartados rincones, hanse ido alterando usos, costumbres, trajes, fiestas y demás manifestaciones de la vida de los pueblos, ganándose, es verdad, en muchos conceptos, pero perdiéndose en otros que tanto interés ofrecían á los artistas y hombres observadores.

La aplicación de las diversas máquinas á las faenas del campo, el perfeccionamiento y la invención de otras modernas que sin duda habrán de acomodarse, con el tiempo, á otras faenas que aún se ejecutan á brazo, concluirán del todo con las antiguas prácticas, borrando por completo hasta el recuerdo de animados cuadros de la vida del campo, que tanto se prestaban á las bellezas de la pluma y de los pinceles.

J. GESTOSO Y PÉREZ



LA RECOLECCION EN ANDALUCIA. – TRILLA DE VAPOR EN UN CORTIJO, dibujo de Salvador Azpiazu



ALEJANDRO VOLTA PRESENTA SU PILA A NAPOLE[...]



...NAPARTE, PRIMER CONSUL, cuadro de José Bertini

NUESTROS GRABADOS

Los eminentes pianistas Granados y Malats. – Estos dos nombres son bien conocidos en el mundo musical y no hay en España, y aun en muchos puntos del extranjero,



Los eminentes pianistas catalanes señores Granados y Malats, de fotografía de Audouard

quien al oirlos pronunciar no sepa que se trata de dos pianistas que justamente se han conquistado el título de eminentes. Cada uno de ellos es un concertista en toda la extensión de la palabra, y separadamente han conseguido innumerables triunfos. Los dos son jóvenes, artistas por temperamento y por educación, sienten intensamente el arte músico y dominan el mecanismo del piano. Dadas estas condiciones que en cada uno se reunen, no es de extrañar el maravilloso efecto que juntos produjeron en los dos conciertos dados recientemente en el teatro de Novedades de esta capital. Figuraban en el programa las más hermosas y difíciles creaciones de Mozart, Beethoven, Schumann, Saint-Saens, Godard, Chaminade, Chabrier y Fischof, y la sola enunciación de estos nombres constituye el mejor elogio de los concertistas, que con tanto acierto supieron escoger los mejores entre los mejores maestros antiguos y modernos que para el piano han escrito. Imposible dar una idea siquiera aproximada del modo como Malats y Granados ejecutaron cada una de las piezas del programa; no menos imposible describir la impresión que causaron en el público que les oía con religioso silencio y conteniendo á duras penas su admiración que al final de cada una de las composiciones se desbordaba en aclamaciones calurosas y entusiastas aplausos. No eran dos ejecutantes que arrancaban de los dos instrumentos sonidos que por su matemático ajuste parecían producidos por un solo pianista y en un solo piano; eran dos almas que sentían al unísono y que se fusionaban en una para exteriorizar con intensidad y fuerza imponderables sus sentimientos. No eran dos rivales, ni siquiera dos émulos que luchaban por eclipsarse el uno al otro; eran dos artistas de condiciones excepcionales que, haciendo en aras de los grandes ideales del arte el sacrificio de su gloria individual, se unían en fraternal consorcio para hacer brillar por encima de sus personalidades el genio de los compositores inmortales cuyas obras interpretaban. Y la interpretación que á tales obras dieron resultó admirable, perfecta, como mejor no puede imaginarse, como difícilmente volverá á oirse, porque difícilmente habrá dos notabilidades de la altura de Granados y Malats que quieran unirse y, por decirlo así, anularse individualmente animados por la idea noble y levantada que ha movido á nuestros ilustres paisanos á organizar los dos conciertos que bien merecen el calificativo de solemnidades artísticas.

El triunfo conseguido por Malats y Granados ha sido inmenso: el público, emocionado, sugestionado por la belleza de las composiciones y por la ejecución afiligranada que éstas obtuvieron, tributó á los concertistas una ovación como pocas veces se ha presenciado en fiestas análogas, recompensando dignamente su labor meritísima. La Ilustración Artística, al honrarse con la publicación de sus retratos, les envía su felicitación más entusiasta y sincera.

***

Cabeza de estudio, pintura al pastel de Luis Beut. – Aventajado discípulo de Agrasot, procura Luis Beut, como su maestro, trasladar al lienzo con fidelidad los brillantes cuadros de costumbres valencianas y esos admirables tipos que tan donosamente armonizan con las galas de la naturaleza y los encantos de aquella región, en donde todo brilla cual si rebosara la vida y se concentrara la belleza. El tipo que ha interpretado el señor Beut es, sin duda, característico de aquel país, y aunque real, revela la experta mano del pintor y el buen gusto del artista, que para realizar la obra ha empleado un procedimiento poco cultivado, cual es el de la pintura al pastel, pero que contribuye al embellecimiento, puesto que resulta el estudio fresco, los trazos afirmados con suma delicadeza y el todo revestido de cierto encanto que embelesa.

***

La luz eléctrica, estatua en bronce de José Alcoverro. – Estudios académicos de importancia, obras tan sentidas como inspiradas, donosas cabezas femeninas, estatuas destinadas á coronar monumentos ó embellecer edificios públicos, han hallado forma, adquirido líneas, contornos y expresión entre los dedos y con los palillos manejados por José Alcoverro. Todos los géneros han tenido inteligente intérprete en el distinguido escultor catalán, que sin otros recursos que sus propios méritos, ha logrado adquirir justificada fama y que se le confiaran obras de tal importancia cual las hermosas estatuas que adornan el nuevo Ministerio de Fomento.

De carácter diverso es la preciosa estatua alegórica que reproducimos, de delicada ejecución y primorosamente modelada, propia para decorar suntuosa morada y digna del buen nombre de tan inspirado artista.



La luz eléctrica, estatua en bronce de José Alcoverro

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – Madrid. – En la Exposición Nacional de Bellas Artes se han concedido las recompensas siguientes:

Sección de Pintura: primeras medallas á los Sres. Menéndez Pidal, Pinazo y Bilbao; segundas medallas á los Sres. Chicharro, Martínez Ruiz, Díaz Olano, Brull, Carrero, Saenz, Vázquez, Francés Mejía, Mir, Avendaño, Meifrén, Raurich y doña Julia Alcaide; terceras medallas á los Sres. Godoy, Abarzuza, Domínguez Meunier, Cabello, Alvarez Sala, Sánchez Solá, Guinea, Legua, Parada, Morelli, Alcalá Galiano, La Rocha, Angoloti, Díaz Huertas, Mestres, Romero Torres, Aleas, Aguado, Urquiola, Buendía, Bermúdez, Ivorra, Alba, Manero, Triadó, Verdugo, Saliz y Gómez Gil.

Sección de Escultura: primeras medallas á los Sres. Inurria, Marinas y Montserrat; segundas medallas á los Sres. Campeny, Castaños, Alsina y Martín; terceras medallas á los señores Menéndez, Cotter, Cabrera, Barciela, Mani, Figueroa Torres, Echandía y doña Adela Ginés y Ortiz.

Sección de Grabado: segundas medallas á los Sres. Díaz Sampietro, Alcázar Ruiz y Zapata.

Sección de Arquitectura: terceras medallas á los Sres. Lamperez y Abreu.

Sección de Arte decorativo: segundas medallas á la Escuela de Bellas Artes de Barcelona por varios estudios de los alumnos de la cátedra del Sr. Pascó; á los Sres. Rigalt, Masriera y Campins, García Díez y A. de la Torre; terceras medallas á los Sres. Maumejean, Málaga, Asins, Triadó, Oliva y Luchetti.

Además se han otorgado 40 menciones honoríficas y 21 condecoraciones en la Sección de Pintura; 16 menciones honoríficas y tres condecoraciones en la de Escultura; cuatro menciones honoríficas en la de Arquitectura y 14 menciones honoríficas y dos condecoraciones en la de Arte decorativo.

Teatros. – El teatro de Bayreuth ha publicado el programa de las representaciones que se verificarán desde el 22 de julio al 20 de agosto próximos. Se darán cinco representaciones de *Parsifal*, dos de la tetralogía *El anillo de los Niebelungos* y cinco de *Los maestros cantores*. Como maestros directores actuarán Fischer, Mottl, Richter y Sigfrido Wagner. Entre los artistas contratados figuran Hans Schutz, Van Rooy, Burgstaller, Kraus y Demuth; las señoras Reuss-Belce, Weed, Mottl, Gulbranson, Ternina, Gucher y otras famosas intérpretes de las obras wagnerianas.

– En el teatro Adelphi, de Londres, ha dado hace poco una serie de representaciones la famosa Sarah Bernhardt, á la que no cesó de tributar entusiastas ovaciones el público londinense en cuantas producciones ha puesto en escena: entre éstas figura *La tragique histoire d' Hámlet, prince de Danemarque*, de cuyo reciente estreno en París dimos cuenta en el número anterior. Cuando termine la temporada de la Sarah Bernhardt, dará en el propio teatro algunas funciones el célebre actor Coquelín y después de éste la no menos célebre actriz mademoiselle Rejame.

París. – Se ha estrenado con buen éxito en el teatro de la Republique *Le roi des Gascons*, interesante drama de capa y espada en cinco actos y seis cuadros de Pablo Fournier y Rodolfo Bringer.

Madrid. – Se ha estrenado en Apolo con gran éxito *La luz verde*, bonita zarzuela en un acto de D. Fiacro Irayzoz, con preciosa música del maestro Vives.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en el Lírico *El amigo de las mujeres*, interesante comedia en cinco actos de Alejandro Dumas, arreglada con mucho acierto á la escena española por el Sr. Graells; en el Eldorado *Fanfan la Tulipe*, bonita opereta en tres actos del maestro Varney; en el Nuevo Retiro *Ya se van los quintos, madre*, zarzuela en un acto del Sr. Alfaro, con inspirada música del maestro Bretón; y en el Tívoli *Don Lucas del Cigarral*, zarzuela en tres actos de los Sres. Luceño y Fernández Shaw, con bellísima música del maestro D. Amadeo Vives: como en el número 897 de La Ilustración Artística nos ocupamos extensamente de esta obra, únicamente diremos que su estreno en Barcelona ha sido un acontecimiento musical y que el público ha tributado á nuestro compatriota el Sr. Vives una ovación tan grande, espontánea y entusiasta como merecida.



Cabeza de estudio, pintura al pastel de Luis Beut

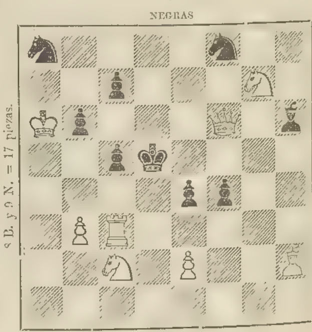
Necrología. – Han fallecido:

Lorenzo Clasen, notable pintor de historia alemán, escritor y crítico artístico.

Otón de Kameke, notable paisajista alemán, individuo de la Asociación de Bellas Artes de Berlín.

AJEDREZ

Problema número 162, por Valentín Marín



Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema número 161, por J. Tolosa

Blancas.	Negras.
1. T 5 D	1. Cualquiera.
2. D, T, C mate.	

EN EL FONDO DEL ABISMO

NOVELA ORIGINAL DE JORGE OHNET

(CONTINUACIÓN)

– ¡Oh, querido hijo!, ¿eres tú?, balbuceó la pobre mujer. ¿Es posible que seas tú? Dios ha hecho por nosotros un milagro.

– Sí, querida madre, dijo gravemente Jacobo, pero nuestros fieles amigos lo han ejecutado. Les debemos mucho, porque no sólo han salvado mi vida, sino el honor de nuestro nombre.

– ¿Cómo pagarles?

– ¡Oh!, no hablemos de eso. El agradecimiento es dulce cuando se dirige á corazones nobles, y querer pagar es privarse de un goce muy grande. Pero tranquilícese usted. Nuestra deuda es de las que se pagan cómodamente, al menos en lo que se refiere á uno de mis salvadores...

María se ruborizó á estas palabras de su hermano, pero no apartó los ojos de Tragomer y dibujó en sus labios una sonrisa. Volvió en seguida á Jacobo, á quien no se cansaba de ver, de tocar y de besar. Marenval, apoyado en la pared de la cámara, presenciaba esta escena conmovedora sin tratar de contener su enternecimiento. Estaba esperando hacía dos meses el momento de poner á Jacobo en los brazos de su madre y se prometía goces deliciosos. Con frecuencia decía á Tragomer: «¡Será una escena extraordinaria!» Después tuvo que confesar que él, Marenval, un perro viejo de la vida parisiense, gastado y escéptico, se había emocionado más de lo que esperaba y había llorado como un majadero. Se inclinó al oído de Cristián y le dijo:

– Dejémoslos juntos. Volveremos dentro de un instante. Me escuecen los ojos y necesito tomar el aire.

Salieron sin que las dos mujeres, en su egoísta alegría, advirtiesen siquiera su ausencia. Estaban ocupadas en indemnizarse de toda la ternura de que habían estado privadas dos años.

– ¿Estás seguro, querido hijo, de que no corres aquí ningún peligro?

– No, á condición de no dejarme ver. Si mis enemigos sospechasen mi presencia podrían denunciarme. Pero esta situación no se prolongará. Dentro de unos días no tendremos que tomar precauciones para vernos.

– ¡Qué delgado estás y qué pálido!

– Pues he mejorado mucho desde hace dos meses. Ahora tengo pelo y bigote al menos... Si me hubierais visto cuando me escapé, os hubiera dado lástima.

– ¡Tanto habrás sufrido!

– Sí, madre mía, pero he sufrido útilmente. Encerrado en aquella tumba con la certidumbre de no salir jamás de ella, he reflexionado, he examinado mi vida pasada y la he juzgado con severidad. Así he llegado á pensar que estaba pagando, con dureza acaso, pero muy justamente, las faltas que había cometido. Un último favor del destino colocó á mi lado un sacerdote excelente, el capellán del presidio, que se interesó por mi desgracia al verme tan diferente de mis compañeros de expiación. Se dedicó á conducirme al bien, y de sublevado y furioso, me convirtió en dulce y resignado. Despertó en mi alma las creencias de la infancia y me mostró el cielo como supremo recurso y la oración como único consuelo. Si durante aquellos largos días, dedicados á un trabajo grosero y repugnante, y aquellas interminables noches ardientes y febriles, no hubiera tenido la idea de Dios para calmar mi espíriru, me hubiera vuelto loco ó me hubiera matado. Había tomado esa resolución al llegar, después de pasar sesenta y cinco días encerrado en una jaula con la escoria del género humano, sin oir más que palabras infames, cantos obscenos y proyectos de venganza, y viviendo ante la boca de un cañón cargado de metralla. La existencia me pareció imposible de soportar y me propuse escapar de ella dándome muerte.

– ¡Desgraciado niño!, gimió la señora de Freneuse poniendo las temblorosas manos sobre la cabeza de su hijo. ¡Un suicidio!..

– ¡Oh, no, madre mía; hubiera sido inútil! Desde el primer día mis compañeros me tomaron odio. Me llamaban aristócrata y niño mimado. Hay una jerarquía hasta entre esa gente abyecta, y los más infames son los más respetados. Al verme tan diferente de ellos, me tomaron por un espía, y un día en que el vigilante se ausentó por unos instantes del campo en que trabajábamos penosamente al sol, se arrojaron en grupo sobre mí. Su plan era muy sencillo. Estábamos arrastrando por el camino un enorme rodillo para aplastar la piedra y decidieron echarme delante de aquella pesada masa y pasarla por encima de mí. De este modo se trataba de un simple accidente: me había faltado el pie, y el rodillo, no pudiendo ser detenido repentinamente, me había aplastado...

– ¡Qué monstruos!

– Sí, madre mía. Así lo pensaba yo al verme cogido y sujeto en tierra y al oirles animarse con risas espantosas á tirar del rodillo para triturarme... No tenía más que dejarlos hacer, y según mis deseos, estaba libre de la vida... Pero no sé qué instinto de conservación me sublevó contra el acto feroz de aquellos hombres, y en un instante, en lugar de sufrir mi último suplicio, me defendí enérgicamente. Estaba yo todavía vigoroso, á pesar de las privaciones sufridas, y de un impulso derribé por tierra á dos de mis verdugos. Los demás, asombrados por mi resistencia, se echaron de nuevo sobre mí, pero de un golpe con mi cadena eché al suelo otro... A sus gritos y al ruido de la lucha acudió el vigilante, que se dió cuenta de una ojeada de lo que había sucedido y empuñó el revólver... Todo entró en orden, pero al día siguiente el director me sacó del medio espantoso en que vivía y me colocó en las oficinas del presidio... Allí tuve, si no más libertad, el derecho al menos de sufrir solo, de llorar sin excitar la risa y de rezar sin ser insultado. Entonces fué cuando mis ideas cambiaron poco á poco, y en el silencio de mi vida claustral me convertí en otro hombre. Todo lo que más había amado en el mundo, el placer, el lujo, las vanidades humanas, me parecieron miserias y vi claramente la perniciosa inutilidad de la existencia que había realizado. Pensé que en la vida había algo más que hacer que buscar el goce y que había otros hombres que en los talleres, en las canteras, en las minas, pasaban sus días en un trabajo penoso para ganar lo necesario, y sin embargo, no habían merecido ser tan desgraciados. Con un poco de aquel dinero que yo derrochaba en otro tiempo hubiera sido fácil aligerar algo el peso de su miseria y hacerlos felices. Resolví entonces, si alguna vez salía de mi prisión, consagrarme á los desgraciados en recuerdo de lo que yo había sufrido. Confié mis pensamientos á un sacerdote admirable, que se había encerrado voluntariamente entre criminales para moralizarlos y salvarlos, y aquel hombre me animó, me tomó afición y se convenció de mi inocencia. Aquel fué, querida madre, un gran alivio para mí. Cuando oí por primera vez de una boca humana estas palabras: «Creo que no es usted culpable,» me pareció que Dios me perdonaba por medio de su representante en la tierra y quedé penetrado de reconocimiento. Entonces hice á ese Dios de dulzura y de confianza el voto de darme á él.

– ¡Qué! Jacobo, ¿quieres?..

– Hacerme sacerdote, sí, madre mía. Al mismo tiempo que un acto de arrepentimiento lo será de cordura. No nos engañemos; aun cuando haga triunfar la verdad y pruebe mi inocencia, siempre estaré marcado por una nota infamante. Una mancha como la que yo he recibido no se lava jamás por completo. Las caras de mis amigos permanecerán frías y las manos se me tenderán con vacilación. A cada momento tendré que observar que si se me acoge es por tolerancia y que las simpatías que se me demuestren serán forzadas. Será, pues, más digno retirarme de una sociedad que no estaría abierta para mí más que por caridad. Si mis convicciones no me impusieran el retirarme del mundo, me lo aconsejaría mi orgullo. Permaneceré cerca de vosotras para haceros olvidar las penas que os he causado y emplearé mi vida entera en pagaros mi deuda de ternura. Y quién sabe si comparando lo que seré con lo que he sido, llegaréis á pensar que la Providencia aparentó perderme para salvarme mejor.

– ¡Oh, no, hijo mío!, por muy dulces que sean para mí tus promesas, jamás recordaré sin estremecerme la horrible pesadilla de estos últimos años. Mira mi semblante ajado, mi pelo blanco y mis manos temblorosas. He envejecido veinte años en veinticuatro meses hasta parecer una septuagenaria. ¿Había yo, acaso, cometido grandes pecados para recibir tan duro castigo? Porque la expiación que tú aceptas se ha hecho extensiva á tu madre y á tu hermana, y esto no es justo.

La cara de Jacobo se contrajo y su mirada se puso triste.

– Sí; por eso he de ser severo para los que me han perseguido con su odio. Me extraviaba, madre mía, cuando hablé de misericordia, de dulzura y de caridad. Todavía no ha llegado para mí la hora de la indulgencia; tengo antes que condenar y que castigar...

– ¿Estás seguro de lograrlo?

– Los culpables no pueden escapar; los tengo en mis manos. Me basta presentarme para confundirlos. Su única seguridad consiste en el convencimiento de que no volveré más. Pero si conozco sus crímenes, no sé las razones que tuvieran para cometerlos. Mi justificación está sobre todo en eso. Necesito probar, no sólo que he sido condenado injustamente, sino quién fué el culpable y por qué lo fué. A ese fin consagraré mis últimas energías de hombre; después no quiero ser sino indulgencia y mansedumbre.

– De modo, dijo la señora de Freneuse, que esa desgraciada mujer por quien hiciste tantas locuras y á la que pretendían que habías matado, está viva...

– Vive y está en Londres. Anoche cantó en Covent-Garden y asistí á la representación con mis amigos. En un palco obscuro y con la cara pintada como un actor para que nadie me reconociese, pasé la velada en presencia de Lea Peralli. Tragomer no se había equivocado; es ella... Pero se conoce en su cara la huella de los remordimientos. A despecho de su belleza, siempre brillante, esa mujer sufre, estoy seguro. No sé qué vértigo la arrebató en el momento de cometer la acción atroz de que yo he sido responsable, pero estoy cierto de que la deplora, y acaso esté dispuesta á repararla. Dentro de poco sabré á qué atenerme, pues es preciso que intente cerca de ella un paso decisivo, del que dependerá el éxito de nuestra empresa.

– ¿No podría haber otra influencia que la tuya para convencer á esa mujer?, dijo María. ¿No será accesible á la piedad? Si yo fuese á verla para suplicarla...

– No; es imposible. Sería ponerles en guardia sin obtener ningún resultado. Comprendo, querida María, que tienes miedo por mí y que quieres impedirme que me exponga. Temes que enloquecida al verme, Lea será capaz de armar escándalo, de llamar y de hacerme prender... No temas nada. Es una mujer demasiado inteligente para recurrir á medios tan vulgares. La discusión entre los dos tendrá un carácter muy distinto. No temo ninguna traición ni ningún golpe de fuerza. Menos seguro estaría si tuviera que habérmelas con mi excelente amigo Sorege...

– ¡Ah, miserable!..

– Sí, muy miserable... Ese merece todo nuestro odio y todo nuestro desprecio. ¡Pero paciencia! Esperemos á saber exactamente qué papel ha desempeñado en el drama, y yo respondo de que será castigado por todo lo que nos ha hecho sufrir.

La fisonomía de Jacobo se puso sonriente y el joven se sentó entre su madre y su hermana.

– Pero bastante hemos hablado de esas atrocidades y de sus autores. Purifiquemos nuestro pensamiento y dulcifiquemos nuestro corazón. Decidme lo que hacéis y cómo estáis instaladas en Londres. No quiero que viváis ya tristes y encerradas; se acabaron los trajes negros y los velos sombríos. María es una muchacha y parece una abuela. ¿Acaso su corazón permanecerá siempre sumido en la tristeza y no se abrirá á más dulces sensibilidades?

María se ruborizó y volvió los ojos.

– Tragomer me ha confiado sus intenciones. Sé cuál fué su proceder, pero también conozco cuánta fué tu severidad. Cristián ha reparado un momento de abandono con muchos meses de perseverancia, y si estoy ahora entre vosotras, á él se lo debemos, no hay que olvidarlo. Nunca sabréis, pues yo mismo lo ignoro, los prodigios de inteligencia y de valor que ha tenido que hacer para llegar á libertarme. Os diré lo poco que sé y esto bastará para llenaros de admiración y de reconocimiento hacia mis dos salvadores: Marenval y Cristián. Marenval creo que encontrará la recompensa en su misma satisfacción. Se ha conducido como un héroe, y este convencimiento basta para hacerle feliz. Pero ¿y Cristián? ¿Cómo pagarle si María no se encarga de esta deuda?

La señorita de Freneuse miró á su hermano y dijo con admirable sonrisa:

– Yo sabía que podría recompensarle de todo lo que iba á arriesgar por nosotros y él también estaba seguro de que tendría en cuenta su fidelidad. No le hago, sin embargo, la injuria de pensar que lo ha hecho solamente para satisfacerme; creo que en su sacrificio ha entrado la amistad en igual proporción que el amor... Pero podéis estar tranquilos; yo me encargo de ese vencimiento...

– ¿Puedo llamarle? Sería justo decirle algunas palabras de esperanza...

María asintió con un movimiento de cabeza. Jacobo tocó un timbre eléctrico, al que no acudió el camarero, sino los patrones del yate, Marenval y Tragomer. María, de pie en el salón, un poco pálida bajo la cruda claridad de los tragaluces orlados de cobre, veía llegar á Cristián. ¿Le había amado antes de rechazarle tan duramente? Aquella altiva y grave joven no era de las que dicen ligeramente los secretos de su corazón. En aquel momento miraba fijamente á Tragomer, que con su busto de gigante y sus brazos de Hércules temblaba de emoción.

– Quería, precisamente, hablar con usted, señor de Tragomer, dijo María con acento firme. Hace seis meses, cuando usted partió, me tendió la mano y yo le dí la mía. Por parte de usted, aquello fué pedirme que olvidase sus agravios, y por la mía consentir. Acaso no era eso todo lo que usted deseaba, pero yo no podía conceder más. Después ha adquirido usted grandes derechos á nuestra gratitud, y mi hermano asegura que yo sola puedo recompensar como conviene la afectuosa adhesión que usted le ha demostrado. Yo no soy de las que se muestran ingratas, y penetrada de agradecimiento hacia usted, estoy dispuesta á darle la prueba que me pida.

Los ojos de Tragomer se turbaron, temblaron sus labios, quiso hablar y no pudo. Alargó tímidamente la mano y permaneció inmóvil y mudo, con el pecho agitado por una emoción indescriptible. María le ofreció su mano delicada y dijo dulcemente:

– ¿Quiere usted que le dé ahora la mano que usted me pedía antes de su viaje?

Tragomer la cogió, la estrechó con efusión y llevándosela á los labios, se inclinó como delante de un ídolo y contestó:

– ¡Sí, para siempre!

– Es de usted. Pero recuerde que no se unirá á la suya sino cuando el nombre de la que se la concede esté lavado de toda mancha. Seré su mujer, Cristián, cuando pueda usted casarse conmigo con la aprobación de todo el mundo.

– Esté usted tranquila, María, y usted también, señora; ese momento no se hará esperar.

Todos eran felices y Marenval saltaba de gozo, atribuyéndose toda aquella alegría. El tiempo pasaba rápido y ya declinaba la tarde cuando la madre y la hija se decidieron á dejar á Jacobo. Al bajar del yate se cruzaron con un hombre de cara distinguida y que por su aspecto parecía francés. El desconocido se detuvo para dejarlas pasar, saludó y se entró por el tablón al buque. Sin duda le esperaban allí, porque Marenval, que se estaba paseando por el puente, le salió al encuentro y dándole un vigoroso apretón de manos le dijo:

– Por aquí, mi querido magistrado.

– ¡Silencio!, dijo el visitante sonriendo; nada de nombres ni de cargos, amigo, si á usted le parece.

Y siguiendo á su guía, bajó á la cámara. Era Pedro de Vezín, que sin duda no iba por primera vez al *Magic*, pues conocía perfectamente el camino. En un saloncillo de fumar situado en la popa, cerca del comedor, encontró á Tragomer y á Jacobo, les estrechó la mano y dijo sentándose:

– Acabo de encontrar á su madre de usted y á su hermana. ¡Parecían encantadas las pobres señoras! Ya era tiempo de que se aclarase su horizonte... Pero los negocios están en buen camino y traigo á ustedes noticias que les satisfarán. El comisario especial encargado de vigilar á Jenny Hawkins ha llegado y se ha puesto en relación con M. Melville, el jefe de la policía inglesa, un hombre de primer orden que va á tomar por su cuenta la dirección de las operaciones. La demanda de proceso contra Jenny no está muy adelantada... Si consideramos á la cantante como americana es sumamente difícil detenerla en Inglaterra por un crimen cometido en Francia y por el cual se ha dado ya sentencia. Si le devolvemos su verdadero nombre de Lea Peralli, se convierte en italiana y esto es otra complicación. Si estuviera en Francia, todo sería fácil; un mandamiento de arresto y asunto terminado. Pero en este diablo de Inglaterra estas cosas son más incómodas... No hay país donde la libertad tenga más garantías... La cosa llega hasta la licencia... Esta es la tierra de promisión para los malvados.

– ¿Qué va entonces á hacer ese comisario?, preguntó Tragomer.

– Vigilar estrechamente á la cantante y á Sorege y estar pronto á intervenir, si llega el caso. De todos modos nos informará minuciosamente de lo que hagan vuestros adversarios. Yo estoy en vacaciones y no intervengo en este asunto más que como particular; un amigo vuestro y nada más. He dejado en París mi título y mis funciones. El ministro de Justicia, á quien fuí á visitar con el fiscal del Tribunal Supremo, se interesa prodigiosamente en este asunto. Es un ardiente liberal á quien gustaría que en su tiempo ocurriese la reparación de una gran injusticia. Nos han fastidiado mucho, desde hace algún tiempo, con las revisiones aventuradas y estamos encantados de intentar una ventajosa. Así verá el mundo entero que nos anima el puro amor de la verdad y de la justicia. Esto es lo que ha dicho el jefe, é inmediatamente se ha puesto de acuerdo con la policía para que todo se haga rápida y silenciosamente.

– ¿Y qué ha dicho el ministro de nuestra expedición á Numea?, preguntó Marenval frotándose las manos.

Eso, querido amigo, es lo que se llama un caso reservado y no se ha hablado de él. El informe sobre la evasión ha llegado á París, pero es imposible deducir cargo alguno contra ustedes. Las precauciones tomadas por Tragomer para disfrazar su identidad han engañado á la administración. Según el gobernador, fué un barco inglés el que dió el golpe y largóse después á la Australia á todo vapor. Si ustedes no se jactan de su hazaña, están á cubierto de toda responsabilidad. Una vez que tengamos en nuestras manos las pruebas de la inocencia del Sr. de Freneuse, bastará que se constituya preso para que las cosas sigan su curso regular. Pero ahí está el punto capital; esas pruebas es preciso que sean materiales y todo depende de que podamos producirlas. Si no pueden ustedes obtener la confesión del verdadero culpable, la situación del Sr. Freneuse será muy grave y tendrá que tomar el camino de la América del Sur para vivir libre de persecuciones. La verdad es que nunca he visto asunto tan difícil ni tan peligroso. Todo es en él irregular y las leyes resultan lamentablemente pisoteadas. Confieso, sin embargo, que era imposible salir de otro modo.

– Desde que está usted en Londres, ¿ha visto á Sorege?, preguntó Tragomer.

– Comí ayer con él en casa de Harvey. Se habló de usted, y con magnífica imprudencia le estuvo elogiando.

– Paciencia; no me elogiará siempre. Esta es una cuenta pendiente entre los dos, que yo me reservo. Quiero decirle de una vez para siempre lo que pienso de su carácter y de sus perfidias, si no resulta tan comprometido en compañía de Jenny Hawkins, que tengamos que dejarle arreglárselas con el comisario.

Pedro de Vezín movió la cabeza.

– ¡Ah! El mozo es muy fuerte para que pueda usted reducirle tan fácilmente. Está metido en una partida de tal índole, que se defenderá con furor. Piense usted que se trata para él de ser ó de no ser, como dice muy bien sir Enrique Irving. Si triunfa, tiene los millones de Julio Harvey, sin contar el gusto de haberse burlado de nosotros. Si fracasa... ¡Ah, amigos míos, entonces será peligroso! El tigre acorralado, seguro de su pérdida, querrá hacer algunas víctimas... ¡Cuidado con él en ese momento!

– Yo he matado tigres, dijo tranquilamente Tragomer, y la cosa no es tan terrible...

– Usted no hace justicia á Sorege; es infinitamente más terrible.

Jacobo había asistido á todo este diálogo sin pronunciar ni una palabra y como absorto en sus reflexiones. Se hubiera podido creer que no oía. Pareció, sin embargo, escuchar con interés las últimas palabras de Cristián, pues dijo, poniendo suavemente la mano en el brazo de su amigo:

– Nadie tiene derecho de disponer de Sorege sin mi consentimiento. No pertenece á nadie más que á mí y no pienso abandonarle ni aun á la justicia. Tendré la piedad suprema, que él no tuvo conmigo, de sustraerle á la vergüenza. Si su infamia ha sido tal como la sospecha Tragomer, me reservo el derecho de juzgarle y de castigarle.

Tragomer bajó la cabeza.

– Es justo, dijo, y nada tengo que contestar.

– En cuanto á Lea Peralli, continuó Jacobo, no esperaréis mucho tiempo sin saber á qué ateneros. Mañana mismo tendremos una solución.

Vezín y Marenval se levantaron.

– ¿Viene usted á comer conmigo?, dijo el magistrado á su pariente.

– Sí, voy á vestirme y me voy con usted. Dejaremos á estos jóvenes hacerse sus confidencias.

– ¿Adónde van ustedes?, preguntó Tragomer.

Al Savoy. En donde se come mejor.

- Y más caro.

– No comerán ustedes mejor que á bordo.

– Es posible, dijo el fiscal riendo; pero no olvide usted que, moralmente, los jueces no deben com r en la misma mesa que los procesados.

– Hasta mañana, pues.

– Hasta mañana en casa de Julio Harvey.

II

Julio Harvey habitaba un hermoso hotel en *Grosvenor-Square*. Tenía casa puesta en Londres como en París, y todos los años su hija le llevaba dos meses á Inglaterra. Uno ó dos de los hijos de Harvey se decidían con frecuencia á ir á ver á su padre á Londres, pues en Inglaterra se encontraban más en su centro que en Francia, cuyas costumbres, ideas y gustos les resultaban insufribles. Aquellos robustos jóvenes se ahogaban en los estrechos límites de las conveniencias sociales, y muy á menudo sentían deseos de quitarse el frac en plena reunión y de meterse la corbata blanca en el bolsillo. La vida al aire libre de los ingleses les ofrecía un atractivo que compensaba las tristezas de los salones.

Al salir de una comida ó de una representación se embarcaban en el Támesis ó recorrían cincuenta leguas en ferrocarril para ir á cazar zorros. Y volvían frescos y contentos cuando habían roto algunos remos ó reventado algún caballo. Su padre les envidiaba; pero él estaba severamente sujeto por miss Harvey, que no le dejaba hacer todo lo que quería.

La sociedad americana de Londres, tan favorablemente acogida por la *gentry* como la de París por el gran mundo, rivaliza en lujo con las familias más aristocráticas de Inglaterra y tira el dinero por la ventana con más fastuoso abandono todavía que en París.

No parece sino que esos advenedizos de la fortuna, que apenas cuentan un siglo de vida nacional, quieren asombrar al viejo mundo con la exhibición de su extraordinaria vitalidad. Los ingleses, aun envidiando esa expansión de fuerzas y esa potencia un poco insolente, no pueden evitar cierta predilección hacia aquellos hijos ingratos que se emanciparon de su madre. No olvidan que corre por sus venas la misma sangre, y como abuelos indulgentes se sonríen ante las travesuras americanas, hasta el día en que comprendan, con su sentido práctico, que tienen interés en fomentarlas. Entonces la alianza anglo-sajona será un hecho en ambos mundos, y el águila norteamericana y el león inglés harán sus rapiñas de concierto.

Por el momento sus relaciones se limitan á veladas y comidas entre millonarios, preludios de bodas que cruzan la sangre de los nobles de la conquista con la de los ganaderos de puercos y explotadores de minas. La estadística de los matrimonios por los cuales las *misses* de Chicago, de Nueva York ó de Filadelfia han entrado en las más ilustres casas inglesas, es muy curiosa. Se ve en ella que la Inglaterra ha recogido más de cien millones de dollars en forma de dotes. Y los periódicos del nuevo mundo, en competencia con las agencias matrimoniales, facilitan las transacciones publicando la lista de las jóvenes disponibles en los Estados Unidos, con la cifra de sus capitales.

Cuando la industria conyugal se exhibe de ese modo, se facilita singularmente el cambio de buenas relaciones entre los países productores de maridos y las regiones cultivadoras de mujeres.

La familia Harvey tenía, pues, un pie en Francia y el otro en Inglaterra; pero Francia triunfaba, puesto que el conde de Sorege había sido admitido como futuro esposo. Sin embargo, desde que Tragomer llegó á bordo del *Magic* y se presentó en casa del ganadero, parecía que el prestigio de Sorege había disminuído. Los dos hermanos más jóvenes, Felipe y Edward, estaban en aquel momento en Londres, y su entusiasmo por la fuerte complexión de Cristián fué muy significativo. El *cow-boy* Felipe declaró sin ambages á su hermana que hubiera debido escoger al noble bretón.

– Ese, decía, es de los nuestros. Monta á caballo como el viejo Pew, que nos ha educado; es incansable andando; maneja la carabina y el cuchillo; ha pescado en los grandes lagos... ¿Por qué, con tu dinero, no has encontrado un muchacho vigoroso como el conde Cristián, en lugar de buscarte ese bicho de Sorege? Puesto que Julio Harvey y C.º pagan el dote que tú quieres, debías haber escogido lo mejor.

– Pero, Felipe, había respondido miss Maud, lo mejor en las praderas no es lo mejor en los salones. Estando yo decidida á vivir en Europa, es acaso preferible que sea la mujer de un hombre tranquilo que la de un torbellino, como tú y mis demás hermanos.

– Como es para ti, es justo que sigas tu capricho, añadió Edward; pero si piensas en tu descendencia

tienes más interés en casarte con un hombre robusto que con un alfeñique. En fin, allá tú.

– Además, dijo la joven, nada prueba que el señor de Tragomer me hubiera querido; y según él mismo me ha dicho, su corazón no está libre.

– *¡All right!* Entonces, no hay más que hablar.

La preferencia de sus hermanos por el sencillo, altivo y rudo Cristián, influyó seguramente en miss Maud, pues desde que, una semana antes, llegó el *Magic*, fué á visitarle dos veces é invitó á Cristián y á Marenval á comer en casa de su padre. Además, casi todas las mañanas encontraba á los dos franceses en *Hyde-Parck*, donde se paseaba á caballo, con sus hermanos y al paso, lo que ponía á aquellos dos centauros en un estado de abatimiento lamentable. Pero se indemnizaban después con una buena partida de *cricket*, en la que Tragomer manejaba el mazo con un vigor que había contribuído no poco á conquistarle el favor de los hermanos de Maud.

El día anterior al en que las señoras de Freneuse estuvieron en el yate, Marenval y Tragomer estaban dando su paseo ordinario cuando en la orilla de la Serpentina encontraron á miss Maud, que iba á pie, seguida de un lacayo y de su coche.

– ¿Dónde están sus hermanos de usted, miss Maud?, preguntó Cristián.

– En el círculo de los Arqueros, donde según parece hay una apuesta de las más interesantes. Paseemos juntos.

– Con mucho gusto.

Se colocaron á uno y otro lado de la joven y tomaron su paso. Después de un momento de silencio, Cristián dijo con voz discreta:

– ¿Se acuerda usted, miss Maud, de una conversación que tuvimos hace seis meses, el día en que tuve el honor de serle presentado?

– Sí, perfectamente, y he pensado después en ella con un particular interés. Se trataba de su antiguo amigo Jacobo de Freneuse, y lo que usted me contó me impresionó vivamente. Estaba usted tan seguro de la inocencia de ese desgraciado, que muchas veces me he preguntado qué se podría hacer en su favor.

– Bien claramente lo dijo usted aquella noche, continuó Cristián sonriendo. Y hasta me maltrató usted un poco porque no intentaba nada en favor de mi amigo. «Yo, exclamó usted, si un hermano mío hubiera sido condenado injustamente, no me detendría ante nada para libertarle.» El mismo Sorege bromeó agradablemente sobre esto, sin lograr que usted se calmara, tan enfadada estaba usted conmigo. Por fortuna se calmó después, y nuestra amistad no ha sufrido por aquella primera impresión.

Miss Harvey miró fijamente á Cristián.

¿Por qué vuelve usted sobre ese asunto, puesto que no le fué favorable? Conozco á usted ya lo bastante para creer que lo hace por algo. ¿Hay alguna novedad sobre Freneuse? ¿Acaso ha adquirido usted la prueba de su inocencia?

Tragomer siguió andando, con la cabeza inclinada y sin mirar á la joven.

– ¿Se puede hablar con usted en confianza, miss Harvey? ¿Las mujeres de su país saben ser discretas cuando se les pide que lo sean? Eso les daría una gran superioridad sobre las mujeres de Europa, que son incapaces de resistir al deseo de hablar y dejarían cortar la cabeza á su mejor amigo con tal de soltar lo que tienen en la punta de la lengua.

– Las mujeres de América, en ese punto, somos hombres, dijo miss Harvey. Puede usted confiarles un secreto, seguro de que se dejarán matar antes que revelarlo. Somos aún medio salvajes y tenemos los defectos y las virtudes de tales.

– Pues bien: entonces tendré confianza en usted y le contaré la mitad de mis proyectos... Veo en la cara de Marenval que me quisiera ver más reservado; pero ¡qué diablo!, yo me arriesgo...

– Arriésguese usted, querido amigo, dijo Marenval, pero empiece por advertir á miss Harvey las consecuencias que puede tener nuestra empresa para cierta persona que le toca muy de cerca...

Maud se detuvo bruscamente y palideció.

– ¿Se refiere usted al Sr. de Sorege?

Tragomer movió la cabeza.

– Marenval ha hecho bien en plantear en seguida la cuestión como debe ser planteada. Ya ve usted, miss Harvey, cómo á la primera palabra se ha turbado y qué peligroso es poner en conflicto su sinceridad con su interés.

Las mejillas de la joven americana se tiñeron de rojo. Echó á andar y dijo en tono decidido:

– ¿Luego es cierto que Sorege está metido en el asunto en cuestión? Pues no crean ustedes que mi carácter me consiente ilusionarme en lo que le concierne. ¿Qué mujer sería yo si pudiendo saber la verdad respecto del hombre cuyo nombre debo llevar, rehusase el conocerla? Si ha cometido una mala acción, ¿la habrá cometido menos porque yo me case con él? Taparme los ojos para no ver sería imitar al avestruz, que esconde la cabeza creyendo evitar el peligro. El Sr. de Sorege no tiene fortuna, no es un genio, no posee una instrucción excepcional; no tiene más que su nombre. Si ese nombre no está sin mancha, no le quiero por nada del mundo.

El golpe fué seco y duro como un latigazo. No se podía dudar de la buena fe de la joven, en cuyos ojos brillaba la franqueza.

– Pues bien: va usted á oir la verdad, puesto que quiere saberla. En lugar de irnos á pasear por las costas de Egipto y de Siria, Marenval y yo hemos atravesado el istmo de Suez y por el mar de las Indias y Batavia llegado á la Nueva Caledonia. Con nombre y documentos falsos he bajado á tierra, he visto á Jacobo de Freneuse, y el día siguiente, Marenval y yo, después de una espantosa escaramuza, le hemos arrebatado á viva fuerza.

– ¿Es posible?, exclamó miss Harvey entusiasmada. ¡Marenval y usted! ¡Dos franceses, dos hombres del gran mundo, han hecho eso! ¡Oh! Si Felipe y Edward lo supieran, perderían la cabeza...

– ¡Silencio! Precisamente es indispensable que no lo sepan, interrumpió muy bajo Tragomer.

– ¿Entonces, han traído ustedes á ese pobre muchacho?

– Está á bordo de nuestro barco.

¿En el Támesis?

– Delante de los Docks. Su madre y su hermana van á verle mañana mismo; para ello han llegado ocultamente á Londres, pues su presencia aquí daría mucho que pensar y sólo obrando misteriosamente podemos lograr nuestra empresa.

– ¡Las buenas señoras! ¡Qué felices van á ser! ¡Ah! Quisiera presenciar su alegría... Pero, díganme ustedes, porque esta aventura me apasiona, ¿han navegado ustedes millares de leguas por amistad al señor de Freneuse? ¡Ustedes, dos parisienses, han abandonado en París sus placeres, sus costumbres, y viajado tanto tiempo, arriesgado sus vidas!..

– Marenval la arriesgó en efecto, dijo Cristián, pues por poco recibe una bala de revólver... Y si le hubiera usted visto en aquel momento... ¡Estaba soberbio!

Miss Harvey ofreció la mano con entusiasmo á Marenval y con una vibración en la voz que conmovió á Cipriano hasta el fondo del corazón, añadió:

– No pensé que usted se convertiría en un héroe; pero los franceses son capaces de todo... ¿Y usted, qué hacía en ese momento, Sr. de Tragomer?

– Tragomer, dijo Marenval, estaba en el agua con Jacobo, sosteniéndole, animándole bajo una lluvia de balas y en un sitio en que pululan los tiburones... Sí, miss Harvey, el episodio fué vivo... Tuvimos que echar á pique la lancha de la Administración para escapar á sus ataques; pero no hemos tirado ni un tiro, aun en defensa propia, pues no queríamos tirar contra franceses. ¡Oh! ¡De buena nos escapamos! Aseguro á usted que por la noche, cuando corríamos á toda velocidad, comimos con buen apetito...

– Su amigo estaba con ustedes, salvado por ustedes. ¡Qué alegría! ¡Y qué agradecimiento el suyo!

– Estaba como loco, pero recobró después su lucidez. Nos hemos comunicado nuestros descubrimientos y lo que él sabía, y ha resultado clara la prueba de su inocencia.

Miss Harvey reflexionó un instante y dijo después con gravedad:

– ¿Y esa inocencia era conocida de Sorege, según ustedes?

– No cabe duda.

– ¿Podrán ustedes probarlo?

– Resultará claramente de la prueba que vamos á intentar y para la cual necesitamos el concurso de usted. Vea, pues, de lo que se trata. Pasado mañana comemos en casa de su padre de usted con algunos de sus amigos. Manifieste usted desde hoy el deseo de tener en su casa esa noche á la cantante Jenny Hawkins, de Covent-Garden. Sorege la conoce y si usted sabe pedirlo, servirá de intermediario para llevar á la artista.

– Así se hará. ¿Y después?

Nada más. El resto queda de nuestra cuenta. Es indispensable que sea usted prudente y no diga ni una palabra á Sorege. Tiene usted amigos en su casa á quienes obsequiar, ha oído en el teatro á Jenny Hawkins y tiene el capricho de hacerla venir... Si él hace objeciones, insista usted, pero no nos descubra.

– Esté usted tranquilo.

– Yo pediré á usted solamente una invitación para un joven inglés amigo mío, que irá por la noche á su casa de usted á tomar una taza de te.

– ¿Cómo se llama?

– Para todo el mundo se llamará sir Herbert Carlton; para usted, Jacobo de Freneuse.

– ¡Dios mío! ¿Qué intentan ustedes?, preguntó miss Maud con inquietud.

– Ya lo verá usted. Puesto que este asunto le apasiona, va usted á asistir á una de sus peripecias más importantes. Usted me incitó á arriesgarlo todo para salvar á mi amigo; ahora es preciso que me ayude á llegar hasta el fin, suceda lo que quiera.

– Les ayudaré lealmente, Sr. de Tragomer, y si hay quien tiene algo que ocultar, peor para él. Lo primero es defender á las personas honradas.

– Cuando Jacobo de Freneuse se presente, dijo Cristián, mire usted bien á Jenny Hawkins y á Sorege. Por muy dueños que sean de sí mismos, nos entregarán su secreto por el extravío de sus ojos y la palidez de sus semblantes. Usted conoce *Macbeth* y sabe cuál es el espanto del asesino coronado cuando ve levantarse en medio del festín la sombra de su víctima. Examine usted á su prometido y á la cantante y verá reproducirse la tragedia. Pero tenemos que habérnoslas con personas temibles. En una situación parecida la Hawkins se dominó admirablemente y acaso ahora intente burlarnos. Con ningún pretexto le permita usted comunicar con Sorege ni salir del salón. Desde el momento en que Jacobo de Freneuse esté en presencia de sus adversarios, sólo él debe combatirlos, sin ayuda, á su placer. Usted no hará más que impedir que se le escapen...

– Doy á usted mi palabra de que así será.

– Ahora, separémonos y hasta mañana.

Miss Harvey subió al coche y los dos franceses continuaron su paseo como si no tuvieran motivo alguno de preocupación, admirando los lujosos trenes que circulaban por las verdes praderas del parque.

El hotel Harvey es un hermoso edificio estilo Luis XVI, edificado por el duque de Sommerset y que el americano pagó á buen precio. El decorado interior es lujoso, y miss Maud ha tenido el buen gusto de conservar el aspecto antiguo de los salones, de entrepaños contorneados con bonitas aguadas á dos colores. El admirable comedor, adornado con una gran chimenea de piedra en cuyo retablo se ostenta un fresco de Gainsborough, puede contener cuarenta convidados. Aquella noche, las señoras acababan de levantarse, y una quincena de caballeros, entre los cuales estaban Cristián y Marenval, estaban haciendo los honores, según la costumbre, á unas cuantas botellas de exquisitos licores.

Los hijos de la casa se indemnizaban del malestar que les producía el frac absorbiendo algunos vasos de *wysky*. Nuestros dos franceses no habían apenas probado los vinos desde el principio de la comida. Julio Harvey, que era muy sobrio á causa de la gota, resultaba un triste anfitrión. Sorege tenía entablada una conversación, que parecía interesarle mucho, con Geo Seligman, el gran introductor de acciones de minas de oro en el mercado europeo. Eran las diez y ya la atmósfera empezaba á ponerse cargada cuando Harvey dijo á sus convidados:

– Si tienen ustedes gana de fumar, vámonos de aquí, porque de seguro mi hija va á venir pronto á rogarnos que pasemos al salón.

– Tragomer y yo vamos á reunirnos con ella ahora mismo, si usted lo permite, dijo Marenval.

Sorege levantó la cabeza, pero no siguió á sus compatriotas. Su plan de conducta debía estar bien adoptado y no era él hombre de variarle. Hasta que llegase Jenny no había nada que temer, y podía tomar respiro y reservar sus medios de acción para cuando le hiciera falta emplearlos. Marenval y Cristián atravesaron una estufa llena de las más hermosas plantas tropicales y refrescada por una fuente de mármol de la que corría un agua cristalina, y entraron en el salón, donde las señoras en traje de baile ofrecían un hermoso cuadro agrupadas en torno de miss Maud.

Algunas jóvenes americanas, de frescas carnes, barbilla un poco gruesa, cabello rubio, anchos hombros y largos talles, conversaban en un inglés silbado y gutural. Su conversación se refería á la cantante cuya presencia estaba anunciada y que ofrecía á los invitados de Harvey un atractivo poco ordinario. Algunas la habían oído en América, otras la habían aplaudido recientemente en Covent-Garden, y todas la conocían, pero ninguna la había visto de cerca y su reputación de artista y su belleza de mujer hacían que su presentación fuese un gran acontecimiento.

Marenval y Tragomer fueron acogidos favorablemente. Aquellos franceses viajeros, ricos y amables, eran simpáticos en la sociedad americana de Julio Harvey y hasta se sentían dispuestos á perdonarles la inferioridad de no ser de raza anglo-sajona, lo que no era floja prueba de benevolencia. Miss Gower estaba contando una visita que había hecho la semana anterior á la Patti en su castillo de Craig-y-Nos, y tenía suspensa la atención del auditorio.

(Continuará)

MÉJICO. - GRAN REVISTA MILITAR CELEBRADA EL DÍA 4 DE ABRIL ÚLTIMO

Para conmemorar el hecho de armas de la toma de Puebla, realizada por el señor general Díaz, actual presidente de la República mejicana y entonces, 2 de abril de 1864, jefe del ejército de Oriente, se celebró en el campo de San Lázaro el día 4 de abril último una gran parada militar, organizada por el señor general D. Felipe Beniozábal, ministro de Guerra y Marina en Méjico.

La plaza de Puebla estaba defendida por el ejército francés. Cupo al señor general Díaz el honor de ser el jefe militar que con su ejemplo hizo que las tropas por él acaudilladas dieran un terrible golpe al enemigo.

Hacia el Oriente de la ciudad, en una extensa planicie que bien puede llamarse el Polígono militar de Méjico, se dispuso la revista, habiendo formado en cinco líneas paralelas, con intervalos de 120 metros cada una, los cuerpos siguientes:

Primera línea. – Infantería. – Alumnos del Colegio militar. Zapadores y batallones 3.°, 13.° y 17.°

Segunda línea. – Infantería. – Batallones 16.°, 20.°, 21.°, 24.° y 27.°

Tercera línea. Artillería. – Cuatro cuerpos del arma.

Cuarta línea. – Caballería. – Primer cuadro de regimiento. Escuadrón general del ejército. Regimientos 1.°, 2.°, 7.°, 10.° y 14.°



MÉJICO. – Gran revista militar. – Las tribunas (de fotografía remitida por nuestro corresponsal D. Ramón de S. N. Araluce).



MÉJICO. – Gran revista militar. – Desfile de la columna por delante de las tribunas (de fotografía remitida por nuestro corresponsal D. Ramón de S. N. Araluce)

Quinta línea. – Impedimenta. – Mulas de carga de batallones y regimientos. Servicio de Sanidad, transportes militares, parque de Ingenieros y escuadrón del tren de Artillería.

Un numeroso público asistió á la revista desde las tribunas que se construyeron al efecto á doscientos metros de las líneas.



MÉJICO. – Gran revista militar. – Ambulancias sanitarias (de fotografía remitida por nuestro corresponsal D. Ramón de S. N. Araluce).

Las tribunas estaban divididas en tres cuerpos separados: el central, al cual se subía por una escalinata, se destinó al Presidente, su Estado Mayor, Cuerpo Diplomático y secretarios de Estado, y los laterales á personas invitadas por la Secretaría de Guerra.

El señor general Díaz se presentó á caballo y vestido de uniforme de rigurosa gala, ostentando en el pecho varias condecoraciones, entre ellas la del 2 de abril y la Cruz y Placa de la Constancia. Iba acompañado de su Estado Mayor, del cual fué jefe el general de brigada D. Francisco Vélez, y de una escolta del 2.° regimiento.

El cuerpo de ejército, que se hallaba acampado y con tiendas desplegadas desde las cinco y media de la mañana, abatió las tiendas y se formó en las líneas indicadas para pasar revista.

Las bandas de los cuerpos, al presentarse ante ellas el señor presidente, batieron marcha y las músicas ejecutaban el himno nacional, presentando las armas las tropas.

Terminada la revista, el señor presidente desmontó y fué á colocarse en el centro de la tribuna de honor, en donde lo esperaban los señores ministros de Hacienda y Relaciones para presenciar el desfile, que duró una hora y veinte minutos.

Se hizo notable en la referida revista el hecho de que, á pesar de haber figurado en ella cerca de 10.000 hombres, no se registró ninguna novedad, ningún accidente, y la columna de honor desfiló conservando todas las unidades sus distancias reglamentarias, sin haberse interrumpido el desfile un solo momento.

Esta revista ha dado á conocer que el ejército mejicano se halla organizado sobre un buen pie, y que los propósitos del señor ministro de Guerra, general D. Felipe Berniozábal, en lo relativo á procurar la reorganización del ejército, se están llevando á cabo paulatinamente, pues en dicha revista militar el ejército dió muestras de su instrucción y disciplina en lo relativo á concentración y movilización de fuerzas en un punto dado y á hora precisa, maniobras combinadas con las tres armas formando brigadas y divisiones, ejercicios de vivac, campos y acantonamientos, etc.

Tanto el señor ministro de Guerra cuanto los señores generales, jefes y oficiales que ejercieron mando en la revista, demostraron habilidad en la ejecución de las diversas maniobras.

Los grabados que en esta página publicamos y que reproducen algunas vistas de la gran parada militar, están tomados de fotografías que, lo propio que el anterior artículo, nos han sido remitidas por nuestro representante exclusivo en Méjico D. Ramón de S. N. Araluce, á quien damos las gracias por su atención. – X.



MÉJIGO. – Gran revista militar. – Tienda de campaña del general en jefe (de fotografía remitida por nuestro corresponsal D. Ramón de S. N. Araluce)

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

Casino Español de Manila. – Hemos recibido un folleto que contiene las memorias de los trabajos, gestiones y administración realizados por la Junta Directiva del Casino Español de Manila durante el año 1898, redactadas por el Secretario de dicho centro y aprobadas en las juntas generales de 30 de julio y 20 de diciembre del mismo año. La lectura de estas memorias y de los estados de cuentas que con ellas se acompañan, demuestra los muchos sacrificios que nuestros hermanos del Archipiélago han hecho por la madre patria en las tristes circunstancias de la guerra que ha ocasionado la pérdida de aquellas colonias para España. El folleto ha sido impreso en el establecimiento tipo-litográfico del *Diario de Manila*.

***

Nuestras colonias de Africa, por *Rafael M.ª de Labra*. – Pocos hombres en España son tan competentes como el Sr. Labra en lo que se refiere á la cuestión colonial, y si su competencia en punto tan importante no estuviera probada por los notables trabajos que desde hace muchos años viene publicando, el folleto que hoy nos ocupa le conquistaría uno de los primeros puestos entre los hombres públicos que en España y fuera de España dedican su actividad al estudio de tan trascendental materia. En este folleto ha reproducido el Sr. Labra el discurso pronunciado en el Congreso en 8 de junio de 1898, discurso lleno de doctrina, inspirado en el más levantado patriotismo, pródigo en esos consejos y enseñanzas que por tanto tiempo ha venido predicando y que de haber sido oportunamente atendidos habrían evitado á España la pérdida de la mejor parte de su imperio colonial. Extinguida la soberanía española en América y Oceanía, las miradas de nuestros estadistas se dirigen á nuestras posesiones africanas, de donde resulta la importancia y el interés de actualidad del trabajo del Sr. Labra, en el cual se hace un estudio profundo de lo que son y de lo que pueden y deben ser Fernando Poo, Corisco, Annobon, Elobey y nuestras posesiones de la costa de Guinea. El folleto ha sido impreso en Madrid en la imprenta de Alfredo Alonso.

***

Artistas levantinos, por *L. Pérez Bueno*. – El distinguido escritor alicantino Sr. Pérez Bueno ha tenido la feliz idea de publicar en este libro las semblanzas de los pintores señores Casanovas, Pericás, Parrilla, López Tomás, Guillén y Prunier y del escultor Sr. Banyuls, poco conocidos por su excesiva modestia y por su cariño á su tierra, cuyas bellezas naturales han preferido á todos los artificiosos encantos de las grandes capitales. Con ello ha realizado un acto de justicia y ha demostrado además sus conocimientos en bellas artes, puesto que mezcladas con los datos biográficos hay en el libro multitud de observaciones que revelan excelente espíritu crítico. *Artistas levantinos* ha sido impreso en Madrid en la imprenta del Cuerpo de Artillería.

***

Guatimozín y Hernán Cortés, por *Francisco Pi y Margall*. – Se ha publicado en Madrid, impreso por los Hijos de J. A. García, ese diálogo, tan hermoso por su forma como por su fondo, acerca del cual nada hemos de decir porque los lectores de La Ilustración Artística pudieron saborear sus incomparables bellezas cuando lo insertamos en el número 877 de este periódico.

***

Crisantemes, per *Alexandre de Riquer*. – Grande es el mérito literario de las composiciones que forman el último libro de Riquer: notas de un sentimiento intenso, expansiones de un alma enamorada de todos los ideales y sensible á las más sutiles delicadezas, exhálanse de todas ellas un perfume poético, una dulce melancolía, una armonía suave que penetran en lo más hondo del corazón, y apoderándose por completo del lector, le identifican con quien por manera tan bella y sugestionante sabe expresar, más que lo que piensa, lo que siente. Pero si mucho vale literariamente la obra de Riquer, mayor es si cabe el valor artístico de las ilustraciones que adornan casi todas las páginas del libro y en las cuales se admiran tanto la inspiración cuanto las bellezas de ejecución, dignas de quien tan elevado puesto ocupa en el mundo del arte. El libro, además, es una verdadera joya bibliográfica por sus condiciones materiales, y honra á los talleres de la casa barcelonesa de J. Thomas, en donde ha sido impreso y en donde se han hecho los preciosos grabados y fototipias que lo ilustran.

***

Granada. Corpus de 1899. – Como recuerdo de las fiestas del Corpus celebradas en Granada en el presente año ha publicado la casa Viuda é Hijos de Paulino Ventura Sabatel una colección de trabajos literarios y artísticos que forma un hermoso folleto, en el cual figuran las firmas de Ruiz de Almodóvar (G.), Méndez Vellido, Seco de Lucena, Villa Real, Traveset, Valladar y otros literatos no menos reputados, y dibujos y acuarelas de Marín, Ruiz de Almodóvar (J.), Muñoz Vega, Mavit, Sánchez Gerona, Muñoz Entralla, Tovar, Bertuchi, Sanz del Valle, Lozano, Santa Cruz y Latorre. Véndese á una peseta.

***

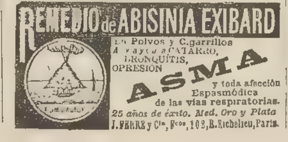
Memoria del año escolar del Instituto Americano de Adrogué (República Argentina). – Hemos recibido esta memoria que contiene el discurso leído en el acto de la distribución de premios, verificado en 12 de marzo último, por el Director del Instituto D. R. Monner Sans, discurso que bien puede presentarse como modelo de estilo castizo y elegante, y en el cual se relatan los progresos de tan importante establecimiento de enseñanza, confirmados por los interesantes apéndices que completan la memoria. Esta ha sido impresa en Buenos Aires en la imprenta «Mariano Moreno».

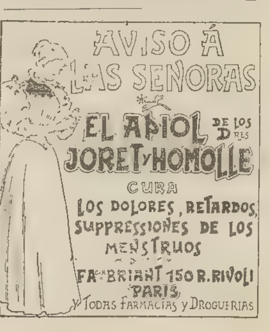


PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.







SILVANDIRA, por *Alejandro Dumas.* – Como todas las del ilustre escritor francés, cautiva esta novela por el interés dramático que empezando en el primer capítulo no decae ni un momento hasta llegar á un desenlace inesperado. Forma parte de la Nueva Biblioteca que con tanto éxito publica en esta ciudad D. Luis Tasso y se vende á una peseta en rústica y á 1'50 en tela.

HISTORIA GENERAL DE CHILE, por *Diego Barros Arana.* – Se ha publicado el tomo décimoquinto de esta importantísima obra que merece figurar entre las más notables en su género. Abarca este tomo desde la convocación del congreso nacional de marzo de 1826 hasta la prisión y destierro del general Freire y pacificación definitiva de la República en junio de 1830. Necesitaríamos mucho mayor espacio del que esta sección nos consiente si hubiéramos de dar siquiera una idea de lo que es este libro: por fortuna se trata de una obra de fama universal que no necesita más elogio que el nombre de su autor y el éxito inmenso que ha obtenido desde que empezó á salir á luz. El Sr. Barros Arana escribe la historia á la moderna: nada hay en su obra que no tenga por base la prueba documental, así es que en la narración de los hechos que en ella se refieren la imaginación no entra para nada, fundándose el relato en documentos auténticos y presidiendo en todo la imparcialidad más absoluta y el método más rigurosamente lógico, cualidades que avalora un estilo sobrio y castizo. Editado por Josefina M. de Palacios, en Santiago de Chile, véndese este tomo á cinco pesos.



Casa que en Clifton (Long Island – Estados Unidos) habitaron Garibaldi y Meucci, el inventor del teléfono, hoy propiedad de la colonia italiana de Nueva York

MORAL CÍVICA, por *F. Contreras.* – El conocido publicista guatemalteco Sr. Contreras ha publicado la segunda edición de este libro que ha merecido los mayores elogios de los más ilustres pensadores hispanoamericanos. El propósito del autor es que el pueblo de Guatemala tenga conciencia de los principios sobre que descansan sus leyes y hace consistir la futura grandeza del mismo en la observancia de los deberes del ciudadano. Para lograr este fin hace en su libro un curso completo de derecho político, inspirado en las ideas liberales y democráticas, cada una de cuyas lecciones contiene trascendental enseñanza que con facilidad ha de grabarse en la inteligencia de los jóvenes. *Moral cívica* ha sido editado por Alberto Gómez é impreso en la tipografía «La Unión.»

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

AÑO XVIII — BARCELONA 10 DE JULIO DE 1899 — NÚM. 915

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO



MORS IN VITA, cuadro de Fernando Cabrera Cantó.–Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

AÑICOS

Alguna vez se ha de escribir con menos gravedad, y hasta en solfa, si se puede; porque las mismas desgracias, en el carácter español, tan pronto determinan quejas como provocan humorismos. Y si aquí vamos á aguardar, para adoptar tono festivo, á tener razones suficientes de contento, Jeremías sería á nuestro lado un Mesejo ó un Carreras. ¡Ea!, á mal tiempo buena cara, y hagamos de tripas corazón para referir nuestras últimas calamidades.

¿Calamidades he dicho? Sí; y no obstante, existe una honrada clase española sobre quien graniza Dios bendiciones, en forma contundente, ora de peladillas de arroyo, ora de meteoros acuosos más duros y más gordos que las propias guijas. Se adivinará que esta clase escogida y favorita de la Providencia son los vidrieros. No creo fácil averiguar por qué merecimientos especiales se han hecho acreedores á tanto beneficio: no en vano se dice que los designios de la infrascrita Providencia son misteriosos, inescrutables, y también que la fortuna, esa ciclista prehistórica, dedicada á pedalear desde los tiempos más remotos, usa una venda espesísima, que sólo se quita para prestársela á los gobernantes.

Quevedo escribió «La hora de todos y la fortuna con seso:» lo cual indica que la fortuna, que hace tiempo no nos gobierna, tuvo seso siquiera una hora. Excepto esa hora, que para los vidrieros ha sonado, veremos á la fortuna siempre de cabeza, hecha una pensionista del doctor Simarro, y no de Ezquerdo, porque los republicanos históricos ni aun con la camisa de fuerza logran atrapar á la fortuna. Métanse á vidrieros, y ellos me dirán maravillas.

Los vidrieros atraviesan actualmente su edad de oro. Confabulados el cielo y la tierra, el Señor Dios que mueve su carro ligero y reluciente entre las nubes y la Liga de Productores de Zaragoza, han resuelto no dejar en España vidrio sano, ya que de los huesos se habían encargado los yankis, ni cortos ni perezosos en la faena. Madrid, después del pedrisco, se quedó como un miope á quien le destrozan las gafas, como un gomoso á quien le pulverizan el brillante *monocle*. Pena causaba considerar aquel estrago, y únicamente se templaba el dolor al acordarse de los vidrieros consabidos. Cavilarían ellos oyendo rebotar el descomunal granizo: «Ahí me las den todas, y así me las diesen cada semana.»

* * *

Sólo en mi casa, doscientos cincuenta vidrios cayeron en fragmentos menudísimos, con estrépito horroroso. Y nótase la ventaja de la artillería celeste sobre la artillería callejera é insurreccional. Dificulto que los amotinados, con sus almendras de cuarzo, puedan nunca batirle el *record* á las nubes con sus buches de agua en estado sólido. ¿A que los alborotadores no rompen en media hora, en un inmueble modesto, doscientos cincuenta vidrios enteros y diversas fracciones ó hendeduras de otro?

Yo digo que si continúan los númenes y los hombres gastando chanzas así, y cargando el peso de su enojo en lo más frágil de lo que está á la vista, en el vidrio, inocente víctima de las discordias civiles y de los fenómenos meteorológicos, habrá que pensar en retroceder unos cientos de años (maniobra que practicamos sin gran esfuerzo) y recurrir á las vidrieras emplomadas, ó al papel untado de aceite, ó á la sencilla y fuerte reja, tan poética, sobre todo si la enrama el jazmín. Como los norteamericanos son el mismísimo demonio, yo apostaré que enterados de la instabilidad de las cosas humanas en general, y de los vidrios españoles en particular, inventan un metal transparente, lo tejen, y nos remiten un millón de yardas por el primer vapor, á fin de asegurar el orden público y prevenir los catarros, recrudecidos por las corrientes de aire. Todavía verán ustedes cómo no es á los vidrieros, sino á la raza anglo-sajona, á quien van á reportar lucro nuestros vidrios rotos.

Tienen de bueno estas ocurrencias que descubren primores y arcaicidades del habla castellana. Ahora alcanzo yo por qué el Diccionario enseña que *levantarse el granizo* significa *originarse pendencias y desazones*. En otras épocas se juraría que la estupenda granizada fué anuncio y señal de lo venidero. Bien claramente nos avisaba el cielo de que cerrásemos las maderas é hiciésemos acopio de cristales por lo que pudiese tronar. Cierto que el aviso fué peor que el daño, y preferible la enfermedad al remedio, pues mientras el pedrisco atmosférico sólo en una casa hizo añicos doscientos cincuenta cristales, la granizada económica se contentó con romper diez en todo Madrid, según autorizadas noticias del propio presidente del Consejo de ministros.

* * *

Naturalmente, quienes sufren más en casos análogos al del pedrisco, son los edificios que tienen el tejado de vidrio – verbigracia el Senado y el Congreso. – Podrán excusarse alegando que su aspiración era recibir luz de arriba, la cual parece estarles negada; pero lo que consiguieron, ahora se ha visto, es presentar mayor blanco á los tiros de la ira de Dios, única que puede alcanzarles, pues las pedradas de la calle no llegan á la techumbre. Piensan los padres conscriptos para su faltriquera que no les ha de arruinar el ramo de desperfectos, y ¿quién sabe si aplican irreverentemente á los meteoros acuosos y al que les envía, la célebre frase del baturro al tren en marcha: «Chufla, chufla, que como no te apartes tú?..»

* * *

La verdad es que caen sobre nosotros, á la continua, las plagas de Egipto. Probada tenemos la resignación, ganada la vida eterna, si con trabajitos se gana. El programa del invierno dicen que será una subida general de precios, la angustia económica elevada al cubo. ¿No les parece á ustedes que mientras llega el día del Juicio final, debemos hablar de otra cosa?

Asunto alegre, gente que se va satisfecha: los cómicos italianos. Ha hecho su agosto en primavera la compañía Mariani, que atrajo al lindo teatro de la Comedia la flor y nata de la sociedad de Madrid. Esta sociedad, aquí y en todas partes, es caprichosa; la lógica no es su asignatura predilecta. Los autores dramáticos españoles se lamentan siempre de que en castellano no se pueda soltar ni una pulla, ni un equívoco, ni una frase al agua fuerte, y en italiano se diga y haga todo con beneplácito de la concurrencia. Es decir, en castellano también hay libertad, bajo condición de que se hable en broma y en un acto, dos á lo sumo. Los amordazados, aquellos á quienes se les grita, en dramático estilo, «sella el labio,» «ten la lengua, ó te la arrancaré,» suelen llamarse Echegaray, Guimerá, Sellés, etc.

En justicia debemos reconocer que si á los italianos no se les consiente decir lo que gusten, acaso porque se charla en vez de oirles, no se les permite hacer todo lo habitual en mimos, arrullos, besuqueos y zalamerías. Ahí se cortó bastante; se puso el veto á escenas enteras. Por lo demás, las piezas escabrosas de argumento fueron las que llevaron golpe de gente al teatro, siempre concurrido y muchas veces atestado, á pesar del calor. Advertían los italianos: «Cuidado, que vamos á representar algo que tiene sal y pimienta.» Animación, demanda de billetes. Insistían á la otra semana: «Atención, señores, no llamarse á engaño: preparamos una comedia que arde en un candil.» Los revendedores sin manos para despachar. Alzaban la voz, chillaban: «Que ahora sí que *Los Rozzeno* son un escándalo.» Codazos, empellones, ni un palco vacío, ni sitio para un alfiler... ¡Oh fruta prohibida, y qué sabor conservas al través de las edades!

* * *

La Mariani es una actriz encantadora. No nos empeñemos en señalarle puesto, en colocarla á tantos escalones debajo de la Dusse, á tal ó cual distancia de Sarah ó de Réjane. Prescindamos de clasificaciones; no nos echemos á perder el goce, los momentos agradabilísimos que la Mariani nos ha proporcionado. La Mariani es la gracia en persona; atrae más de lo que subyuga; deleita más de lo que fascina. Carece de amplitud trágica; á sus manecitas torneadas no les caería bien el puñal de Lady Macbeth, la copa de veneno de Lucrecia Borgia. Hay en su figura seducción, monería, algo simpático que cautiva el alma – no hay majestad, ni esa fuerza terrible que adquiría por momentos la faz de Adelaida Ristori. – El triunfo de la Mariani es, pues, la comedia con situaciones dramáticas, en las cuales la ternura y la sensibilidad bastan para conmover. Nunca amanerada, sencilla y dulce casi siempre, donosa y coqueta sin esfuerzo, la Mariani es del número de esas artistas que no fatigan aunque se las oiga muchas noches seguidas: no conociendo la afectación, jamás nos hace conocer el fastidio. Llena la escena, y al mismo tiempo no la obstruye; deja sitio á sus compañeros; no se los traga.

Por eso lucieron bien sus facultades y concurrieron á hacer tolerables y hasta gratas producciones á menudo vulgares é insípidas, artistas que no aparecían precedidos de estruendosa fama, como el característico Paladini, que sin embargo, en ciertos papeles – por ejemplo, el *Alfio* de *Cavalleria rusticana* – considero que llega al ápice de la perfección. Paladini es un artista sobrio, sin desplantes; casi no alza la voz; acciona poco; expresa con la cara y los ojos, evitando descomponer las facciones; no abusa de la movilidad que en actitudes y fisonomía les viene de casta á los italianos. Su juego, ceñido, contenido, libre de énfasis en el ademán como en la dicción, confieso que es de lo más serio que he visto en arte, de lo más hondo. Fáltale brillantez, y las primeras veces que trabaja no resalta quizás. Hay que estudiarle en varios papeles y reconocerle el mérito de que se adapta á cada uno, y entra en él sinceramente, á conciencia.

* * *

Estos actores italianos, y en general los extranjeros, deben de alimentarse con rabillos de pasas, pues su feliz memoria les permite prescindir casi enteramente del apuntadór ó *suggeritore*. Es de las cosas que más me complacen. En oyendo al apuntador, y milagro que no se le oiga, se aguó la diversión, se disipó la ilusión, se desataron los nervios. ¿Y qué decir, cuando se le ve el brazo, que asoma fuera de la concha?

También he observado en la compañía italiana, y lo observaba igualmente el público, que las escenas de conjunto, sin duda por primor de ensayo, ó por aptitud de las segundas partes, salen como una seda. Un altercado en una casa de juego, lo desempeñaron con tal perfección, que hacía daño. El motín de trabajadores de *La Quiebra*, de Björnstorne – motín que pasa entre bastidores, que se oye y no se ve, – da frío y miedo. Y la alegre orgía de *La dama de las camelias* es una filigrana en su género. En nuestros teatros suelen frustrarse tales escenas; carecen de naturalidad; salta á la vista la violencia, lo falso, y se desgracia un drama por lo secundario (como si hubiese nada secundario en arte).

EMILIA PARDO BAZÁN

PENSAMIENTOS

En nuestra sociedad positivista no hay más que la caridad que todavía haga milagros.

JULIO SIMÓN.

* * *

La política ha llegado á ser el arte subalterno de jugar con ideas ó con palabras como el titiritero juega con cuchillos o con bolas.

JULIO DELAFOSSE.

* * *

La vida es un viaje que unos hacen en sleeping y los otros en vagones de ganados.

VIZCONDE G. D' AVENEL.

* * *

La historia es la conciencia del género humano.

EL P. PEREYVE.

* * *

El carácter de los hombres públicos pertenece al público y no á su familia.

DUQUE DE CHOISEUL.

* * *

Dos cosas hay igualmente peligrosas: un buen cuchillo en manos de un loco y una idea acertada en la cabeza de un necio.

Los abusos deben ser corregidos por los que de ellos se aprovechan: las reformas vienen de arriba, las revoluciones de abajo.

Cuanto más grandes son las injusticias de la multitud, tanto menos se las perdona ésta á sus víctimas.

G. M. VALTOUR.

* * *

Las grandes ideas sólo nacen en el seno de un pueblo bastante grande para defenderlas.

ART-ROE.

* * *

La indulgencia es á menudo la mejor forma de la justicia.

PEDRO DE SEGUR.

* * *

Entre el amor á la patria y el amor á la humanidad no hay más oposición que entre el amor á la familia y el amor á la patria.

G. TOURNADE.

* * *

La guerra es un gran esfuerzo de todos hacia la paz.

MONTESQUIEU.

* * *

La inteligencia es víctima del corazón, dicen algunos; es cierto, pero á menudo toma el desquite.

G[illegible] DE DEL[illegible]

FEDERICO MISTRAL Y EL «MUSEON ARLATEN» DE ARLÉS

Las fiestas recientemente celebradas en Arlés, entre las cuales ha sobresalido la inauguración del *Museon Arlaten,* han puesto una vez más en relieve la simpática personalidad de Federico Mistral, el poeta inspiradísimo, el representante



LA CASA DE MISTRAL EN MAILLANE

más ilustre de la escuela filológica que consagra sus nobles esfuerzos á la resurrección de la lengua de Oc.

La biografía del eminente felibre está trazada en pocas líneas; su labor para dar nueva vida al armonioso idioma en que cantaron los antiguos trovadores del Mediodía de Francia, no podría detallarse más que llenando muchas páginas.

Federico Mistral nació en Maillane, cerca de Saint-Remy, el 8 de septiembre de 1830: hijo de ricos labradores, hizo sus estudios en el colegio de Avignón, se graduó de bachiller en Montpelier y cursó la carrera de derecho en la universidad de Aix. De regreso á su país natal, en donde su posición desahogada le permitió dedicarse á los estudios literarios, por los cuales sentía pasión verdadera, los recuerdos de su infancia, sus gustos personales y su amistad con Roumanille, su antiguo maestro, le impulsaron á cooperar con éste á la obra meritoria del renacimiento de la poesía provenzal. Cuando Roumanille fundó en 1852 *Li Prouvençalo,* Federico Mistral fué uno de sus más ardientes colaboradores, alcanzando desde sus primeros ensayos gran autoridad en las cuestiones de erudición filológica y mereciendo ser considerado como el regulador de la nueva escuela poética y el censor, á la vez bondadoso y severo, de los nuevos adeptos que acudían en gran número á engrosar la agrupación de los felibres.

Y esta autoridad que unánimemente le reconocieron era por demás merecida, pues Mistral, gracias á sus estudios literarios, poseía, más que todos sus compañeros y más que el mismo iniciador de la obra, esa ciencia de la forma y esos conocimientos generales que constituyen el escritor de buena cepa y hacen del poeta un artista.

Después de haber publicado multitud de poesías sueltas, acometió Mistral la empresa de reunir en una obra perdurable la suma de los esfuerzos realizados para rejuvenecer la lengua degenerada y dada al olvido en que se compusieron los famosos serventesios, escribiendo primero la gran epopeya rústica *Mireille,* que Lamartine comparó con la *Odisea,* y después el poema épico *Calendau,* conjunto admirable de escenas graciosas y de conmovedores cuadros de la vida rural.

La actividad de Mistral no se ha limitado al terreno de la poesía: su amor á Provenza le ha llevado á realizar otra obra si cabe más meritoria, la fundación del *Museon Arlaten* de Arlés

Tiempo hacía que el poeta veía con sentimiento desaparecer, para formar parte de colecciones particulares, multitud de objetos interesantes que diseminados acabarían por perder su importancia, al paso que reunidos serían una reconstitución en forma tangible de la historia y de la etnografía del Mediodía de Francia. Desde entonces se propuso hacer para Provenza lo que Zurich ha hecho para Suiza creando el Museo Nacional, y apenas anunciado su proyecto en el *Aioli,* el órgano oficial de la causa felibre, obtuvo el concurso entusiasta de notables personalidades, entre ellas el conde Boni de Castellane, Luis Prat, el barón Rothschild, el conde de Sabroin-Pontevés, Mariani y Monier, los cuales respondieron con sus personales esfuerzos y con sus cuantiosos donativos al llamamiento del infatigable propagandista.

Un año después, el museo estaba instalado y se inauguraba oficialmente con motivo del concurso regional celebrado en Arlés á principios de mayo último.

El museo no es una simple exposición de objetos más ó menos acertadamente clasificados, sino una verdadera reconstitución de los usos, costumbres y estado social de la original población de Provenza en los pasados siglos. Mistral ha querido ante todo sintetizar, por medio de ingeniosas instalaciones, la vida patriarcal de los antiguos aldeanos provenzales, y para dar forma á su idea, entre otras cosas ha reedificado la cocina de un mas de Provenza durante la ceremonia familiar de la Nochebuena *(veio de calendo):* el abuelo bendiciendo el fuego que arde bajo la amplia chimenea; la abuela enfrente de él sentada, rueca en mano y vigilando los preparativos de la solemne cena; la hija y la nieta que llegan de la misa del gallo, el viejo pastor envuelto en holgada capa que espera las órdenes de sus amos, los criados que disponen la vajilla, los limpios y curiosos utensilios que llenan el vasar y pueblan todos los rincones de la estancia, forman un conjunto tan interesante como pintoresco. Lo propio puede decirse del cuarto dormitorio, en donde hay reunidos todos los antiguos trajes del país.

Son también dignos de mención especial una colección curiosa de cajas para sal y para harina, que son verdaderas obras de arte, y el *estanie* ó aparador para los utensilios de estaño, cuyos estantes de armoniosas líneas contienen multitud de tarros, pucheros, platos y fuentes, escrupulosamente bruñidos. Como objetos curiosos citaremos también el *brus,* especie de caja en donde se ponía



MISTRAL Y SU ESPOSA EN SU JARDÍN

á los niños de pecho mientras la madre se dedicaba á las faenas domésticas, y el *moco,* especie de lustro rústico de eslabones de madera.

La sala etnográfica propiamente dicha abunda en recuerdos relativos á las grandes explotaciones agrícolas de Provenza, y en sus numerosas vitrinas aparecen perfectamente agrupados los más variados objetos, campanas, instrumentos músicos, cucharas y tenedores esculpidos, bastones, cestos, esteras, antiguos relicarios, amuletos paganos, etc., sobresaliendo entre ellas la vitrina de San Eloy, que sintetiza la idea que ha movido á Mistral á legar á las generaciones venideras un piadoso homenaje á las virtudes sólidas, á la fe sencilla y sincera, al gusto de sus antepasados.

Tal es la obra realizada por Mistral, hermoso coronamiento de una vida consagrada á enaltecer y á honrar á su querida Provenza, obra digna de ser imitada por todos aquellos que en otros países, en el nuestro, por ejemplo, se interesan por conservar y restaurar las tradiciones é instituciones regionales, impulsando ese movimiento, tan mal interpretado por algunos, que no comprenden que, como ha dicho Mistral, «glorificando á la patria chica se trabaja por la patria grande.» – A.

REGRESO DEL CAPITÁN DREYFÚS

Á FRANCIA

A las dos de la madrugada del día 1.º de este mes desembarcó el capitán Dreyfús en el puerto de Quiberon, después de una travesía de veintitrés días á bordo del buque de guerra *Sfax*. El desembarque fué en extremo difícil, porque el mar estaba alborotadísimo y no permitía que el barco *Caudan* se acercara al que conducía al desterrado, á quien debía recoger para trasladarlo á tierra. Cuatro horas hubo de luchar con las olas, hasta que al fin destacó una lancha ballenera que pudo aproximarse al *Sfax*, y tomando á su bordo al prisionero lo dejó poco después en el muelle del citado puerto, en donde esperaban una compañía de infantería, varios gendarmes y el prefecto de policía M. Viguié, acompañado de cuatro agentes.

Las precauciones adoptadas por el gobierno para que no se supiese el lugar y el momento en que debía desembarcar Dreyfús han dado esta vez resultados excelentes, puesto que sólo dos periodistas presenciaron la llegada del capitán, el cual fué conducido inmediatamente en coche á la estación de Auray: allí tomó el tren que á las cinco y media de la mañana llegaba á un paso á nivel situado á dos kilómetros de Rennes, en donde le esperaba otro coche que lo condujo á esta última población. A las seis de la mañana ingresaba Dreyfús en la prisión militar, y á las ocho y media recibía la visita de su esposa, después de cinco años de separación amargada por las más terribles torturas.

El aspecto de Dreyfús, según dicen, es el de un hombre prematuramente envejecido, debilitado, canoso, encorvado: ha perdido el uso de las palabras ó por lo menos de las frases, y su cerebro se ha paralizado en cierto modo á consecuencia del silencio absoluto á que durante tantos años ha estado sometido. Espérase, sin embargo, que poco á poco, merced al reposo de su prisión actual y á las visitas que irá recibiendo, recobrará el recuerdo de las palabras y el encadenamiento de las frases, practicando, por decirlo así, una gimnasia intelectual.

El grabado que publicamos en esta página representa al infeliz desterrado en su celda de la isla del Diablo; los de la página siguiente reproducen los edificios de la cárcel en donde al presente se encuentra y del tribunal militar, contiguo á ésta, ante el cual se ha ver la revisión de su proceso, revisión que todo el mundo cree que terminará con una sentencia absolutoria, por haberse demostrado plenamente la falsedad de los documentos que en 1894 sirvieron de prueba para declarar su culpabilidad. – A.



El capitán Dreyfús en su celda de la Isla del Diablo, dibujo de E. Carrier

LA VENGANZA DE LA HOZ

Todas las mañanas después de ultimados los más perentorios quehaceres de la casa, salía Pepiña camino del prado, con la brillante y acerada hoz en la diestra mano, á recoger para el ganado no flojas cargas de fresca hierba que crecía en aquél, orillas del regato *do Zoqueiro*, entre pintadas amapolas, cuyas hojas plegaba el viento al acariciarlas, al mismo tiempo que rizaba como movibles ondas los altos tallos de las hierbas, en las cuales, todavía temblorosas, brillaban á los primeros rayos del sol las gotas del rocío.

Iba no pocas veces sola, y algunas también acompañábala Perucho, un rapaz hermano suyo, de poco más de cuatro años, pero avispado y listo como él solo. Por Perucho sabíase que en *la corredoira* juntábase á Pepiña Andrés el hijo del maestro, noticia que luego confirmábase con el testimonio de algunos vecinos que los veían pasar en grata compañía, parrafeando en voz baja y sólo atentos á aquellas conversaciones, que para uno y otro debían ser igualmente agradables, según lo que en ellas iban abstraídos.

Y no era mala, en verdad, la pareja que Pepiña y Andrés hacían. Ella, garrida, alegre siempre, esbelta, con esa esbeltez natural, ajena á los caprichos é imposiciones de la moda; morena y de rosadas mejillas, rojos y carnosos labios que eran cárcel de dulces promesas y nido de amorosas tentaciones. Él, lanzal, fuerte como un castillo y con una verbosidad que atraía á la muchacha, envolviéndola en sus redes peligrosas; mal avenido con la vida de la aldea, no obstante haber en ella nacido, en sus ademanes, en su conversación y en su manera de vestir observábanse resabios de la ciudad, adonde alguna que otra vez había ido en compañía del secretario ó de algún análogo personaje de aquel término.

Y digo que hacían buena pareja Pepiña y Andrés, porque tal era la opinión general entre sus convecinos; el maestro no lo pasaba mal del todo, y en cuanto á los padres de la muchacha, si no eran ricos, si no podían aspirar con justicia al título de tales, eran por lo menos de aquellos campesinos gallegos de los que se dice en el gráfico y pintoresco idioma del país, que *votaban pan a-o caldo.*

No era Andrés el primer cortejo de Pepiña. Otros habíanle precedido, que era apetitosa la muchacha y no faltaban en el pueblo desocupados rondadores; pero ninguno había sabido engolosinarla como el hijo del maestro, y cosa era llana y corriente, repetida hasta la saciedad por aquellas gentes, que no pasaría mucho tiempo sin que el maestro pidiera á Pepiña para mujer de su hijo.

Desconfiado de suyo es el gallego, y no faltaron, por ende, gentes maliciosas que llamasen aparte á Pepiña de cuando en cuando, y le hiciesen ver los peligros á que se exponía dejándose así acompañar á todas horas por Andrés, hubiese ó no gente delante.

A todas estas reflexiones, sonreía ella, dejando al descubierto dos hileras de blanquísimos dientes, mostrando un lindo hoyuelo, que la sonrisa abría en las comisuras de sus labios, y diciendo con notable desenfado y profunda convicción:

– No tengan miedo. Conózcole yo mucho al rapaz.

– Así y todo, Pepiña... Donde menos se piensa... Tú te atreves á ir sola con él al prado. De noche os estáis parrafeando hasta tarde en la cancela.

– ¡Bah!, respondía ella encogiéndose de hombros. Al prado vamos de día y...

Pero á veces, sabes que por la corredoira no pasa un alma.

– Pues que pasen, que nadie les estorba el camino. Además, ¡sé que yo!..

– ¡Si no lo digo por ti, bobiña! Pero Andrés es hombre y...

– ¡Déjense de lerias! Andrés no se atreverá mientras no nos casemos...

– No conoces á los hombres.

– ¿Y qué? ¿No llevo conmigo la hoz? Pues asegúrole que como el rapaz se desmandara...

– No seas loca, ¿ibas á segarle el pescuezo?

– ¡Quién sabe!

– ¡Ave María de Gracia, Pepiña! Parece que tienes el enemigo.

– Lo que tengo es calientes las orejas... ¡Cuidado que *vostés* también, en empezando á murmurar!.

Pasábanse así los días. De cada vez anudábase más fuertemente el amoroso vínculo que unía aquellas dos voluntades. A todas partes adonde Pepiña fuese, era obligada la presencia de Andrés. Era su sombra más que su cortejo. ¿Había romería? Allá se iban los dos muy compuestos y emperejilados, luciendo ella la blanca cofia y él su chaqueta de astrakán y sus zapatos con punteras y *repinicos*, delante de los viejos que los veían ir con íntima satisfacción y contento. ¿Había *ruoda*? Ya se sabía que nadie sino Andrés sacaba á bailar á Pepiña. ¿Había *fiada*? Allí estaba el hijo del maestro, mosconeando al oído de la muchacha que, distraída, dejaba á veces caer la rueca sobre su regazo. ¿Iba ella á la ciudad? Pues Andrés había de buscar pretexto y forma de acompañarla.

Con estas y otras cosas, no faltaban asuntos á la maledicencia, desarrollada siempre en sumo grado en caseríos de escaso vecindario. Y más en aquél, donde no faltaban mozas que hubiesen echado el ojo á Andrés, ni mozos que envidiasen la fortuna de éste en sus amoríos con Pepiña.

Una mañana de agosto salió ésta, como de costumbre, á recoger hierba para el ganado. La hoz, que lle-

VISTAS DE RENNES, EN DONDE SE HA DE VERIFICAR LA REVISIÓN DE SU PROCESO



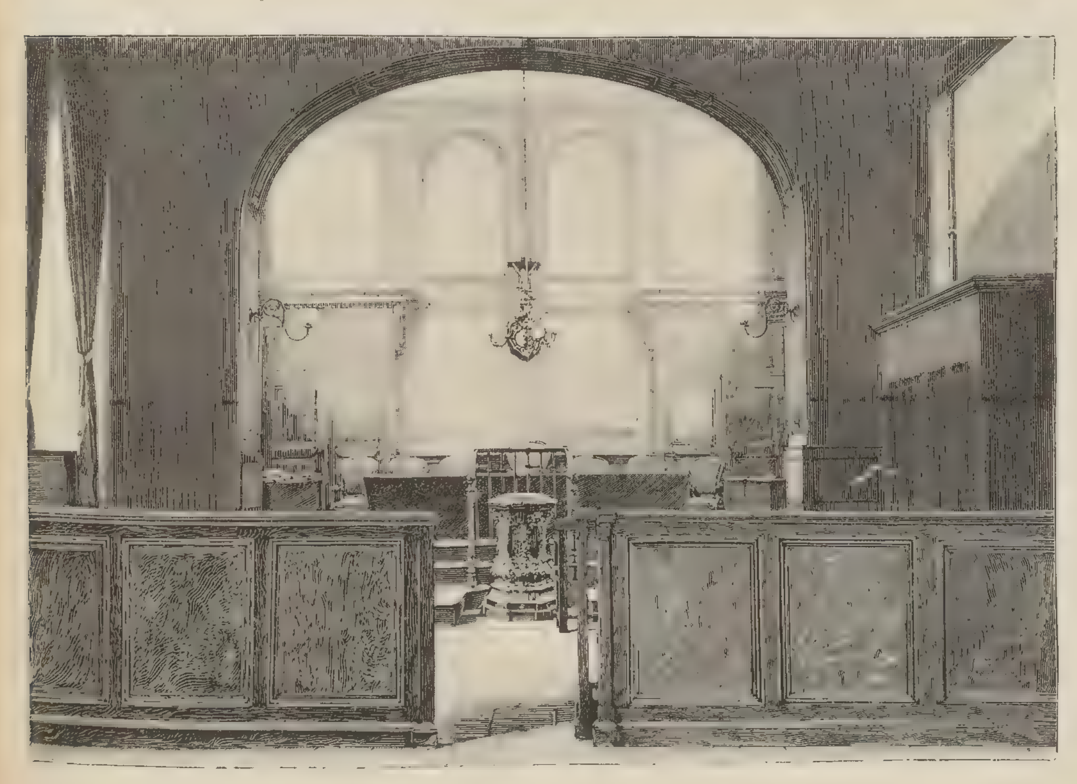
LUGAR DE LA ENTRADA Á LA PRISIÓN MILITAR



EDIFICIO DEL CONSEJO DE GUERRA



PATIO DE LA PRISIÓN MILITAR



SALA DEL TRIBUNAL EN DONDE HA DE VERIFICARSE EL CONSEJO DE GUERRA

vaba como siempre en la diestra, al ser herida por los rayos del sol, lanzaba vivos reflejos que ofendían á la vista. En la corredoira encontróse con Andrés.

El sitio era de lo más hermoso que puede imaginarse. A uno y otro lado alzábanse las matas de zarzas, entre las cuales vislumbrábanse mal ocultas enredaderas silvestres. Por entre las menudas flores azuladas y amarillas revoloteaban en locos giros las mariposas, esas otras florecillas de los aires. Mitigando los ardores del sol estival, tendían por sobre la corredoira estrecha y tortuosa sus toldos de verdes hojas y sazonados frutos los árboles de los colindantes plantíos, dejándose entre sus anchas copas y las espinosas zarzas ver el cielo, de un azul de zafiro, no empañado por la más ligera nube, y sembradas á lo lejos, aquí y allá, las humildes casas que semejaban blancas palomas que posasen su vuelo en aquellos lugares.

Respirábase fuego, que parecía diluído en aquella atmósfera enervante. Las plantas, en su completo desarrollo, inundaban el ambiente de fuertes aromas que, al ser aspirados, dilataban los pulmones. Todo parecía convidar á la alegría y á la vida.

Sofocada, jadeante de calor, arrebolado el rostro y dejando caer al descuido sobre sus hombros el pañuelo de vivos colores; mal ceñido su cuerpo y dominada por una languidez invencible, llegó Pepiña á la corredoira. Descalza de pie y pierna, dejando ver algo más que el tobillo, con los brazos lasos y caídos á lo largo de su cuerpo, fulgurantes sus ojos, exuberante de lo que bien pudiera llamarse la alegría de vivir, Pepiña parecía la musa aldeana que inspiró á tantos poetas gallegos.

Salióle Andrés al encuentro, y desde lo alto del vallado de zarzas y espinas púsose de un brinco en la corredoira; estrecha ésta y accidentada, y poco ágil por lo visto el mozo, al brincar en un tris estuvo que no diese en tierra con su cuerpo, y en ella hubiera dado, á no haberse apoyado, al vacilar, en el robusto cuerpo de la aldeana.

– ¡Vaya que el diablo!.., dijo ésta sonriendo. Otra vez no has de ser loco. Por poco si voy al suelo.

– Sentiríalo por tu cuerpo, que no lo hizo Dios para dar contra los guijarros del camino.

– ¡Bah! El cuerpo de las mujeres...

– Estimo yo más el tuyo, que nada en el mundo. Eso bien lo sabes. ¡Y que no será buena la vida que te dé yo cuando seas mi mujer!

– Sí, como si lo viera; del monte al prado y del prado al molino. ¿O crees tú que pienso yo andar en coche como las señoritas de la ciudad?

– Algunas lo tendrán con menos mérito que tú.

– El mérito mío, Dios que me lo dió sabrá cómo ha de pagarse.

– Y yo también que lo sé. Cuidándolo como el de nadie y tratándolo como el de una reina; que más reina eres para mí que todas las que en el mundo gastan corona.

– Sí, lo que es *fantesía,* gracias á Dios no te falta.

– Ni cariño tampoco.

Llegaron en esto á un hermoso *cómaro* casi oculto en la corredoira. Formaba allí el vallado un ribazo, que parecía pintiparado para las amorosas confesiones, para esas dulces explosiones del verdadero amor, de la verdadera dicha, que gusta de vivir ignorada y oculta.

– Mira, Pepiña, sudas á hilo. ¿Quieres que descansemos un momento?

– Ya está cerca el prado, y por gotas más ó menos de sudor...

– Sí; pero allí no tienes sombra y aquí sí, y no quiero yo que el sol te queme.

– ¿Ya empiezas á cuidarme?

– No, empiezo á tener celos.

¿Del sol?

– No sería extraño que se enamorase de un lucero como tú.

Grata era para Pepiña semejante conversación; y su cuerpo, en cuyas venas bullía ardiente la sangre moza, pedíale sombra y reposo. Así no vaciló en aceptar la proposición de Andrés. Sentóse, pues, sobre la mullida hierba del ribazo, y con la punta del delantal comenzó, como con un abanico, á hacerse aire. Andrés sentóse á su lado, cerca, muy cerca, tanto que en medio de aquel profundo y majestuoso silencio de la naturaleza, casi casi podía escuchar el uno los latidos del corazón del otro.

Y fuertes y acelerados debían ser los de Pepiña, porque su seno se alzaba y deprimía con inusitada violencia. Andrés contempló un momento á su amada que, distraída, entreteníase en agujerear el suelo con la afilada punta de la hoz.

Alzó súbitamente la muchacha sus grandes y negros ojos, y sus miradas encontráronse con las ardientes y apasionadas de Andrés. Algo debió leer en éstas, que bajó Pepiña las suyas confusa y ruborosa. El mozo entonces aplicó sus labios á las mejillas de la muchacha y dejó en ellas un beso, el primer beso de amor...



BARCELONA. – Corrida de toros verificada á beneficio del Instituto del Salvador de los Párvulos (de fotografía de Laureano)

Pepiña miró á todos lados azorada. Nadie lo había visto.

Entonces quiso volver airados los ojos al mozo, y al tropezar con el rostro de éste, sintió desfallecer toda su energía, y con una sonrisa entre dulce y amarga los bajó de nuevo más ruborosa todavía.

– Es que te limpiaba el sudor, dijo el muchacho.

– ¡Buena manera!, dijo ella con gran trabajo y sin alzar la vista.

Pues es la más dulce, añadió él.

Y ciñendo con su brazo el cuerpo de Pepiña, continuó su grata tarea de secar con sus besos las gotas de sudor, que esmaltaban, como gotas de rocío, el semblante de la moza.

Ésta regresó á su hogar tarde ya. Apenas si sobre su cabeza podía sostener la carga de hierba, con ser ésta menor que de costumbre. Huyeron los colores de sus mejillas; en todo su cuerpo había una lasitud y una dejadez que la asustaban; apenas si podía andar, y en su pecho sentía así como un nudo apretado, muy apretado, que la ahogaba, que no la dejaba respirar y que se deshizo al fin en lágrimas.

Tenía fiebre, su frente abrasaba y sus manos estremecíanse al contacto de un sudor frío que le repugnaba. Apenas llegó á su casa, interrogada por su madre, no supo disculpar su tardanza. Arrojó el pesado haz de la hierba, y como movida por un resorte, dejóse caer en una desvencijada silla rompiendo en copioso llanto.

... Allí, á sus pies, estaba la plateada hoz, pero no salpicada con la sangre del seductor, como había prometido, sino regada con sus lágrimas amargas y tristes...

Manuel Amor Meilán

ISLAS FILIPINAS

Nuestro activo é inteligente corresponsal en Manila Sr. Arias y Rodríguez nos ha favorecido con un nuevo envío de interesantes fotografías que en esta página reproducimos y acerca de las cuales consignamos á continuación los datos que él mismo nos ha enviado.



ISLAS FILIPINAS. – TRANVÍA DE VAPOR DE GAGALANGUÍN (TONDO) DEL CUAL SE APODERARON LOS YANKIS PARA LA CONDUCCIÓN DE TROPAS, de fotografía propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila.

Apoderados los norteamericanos de Caloocán, incautáronse de las máquinas y coches del tranvía de vapor de Gagalanguín (Tondo) y los utilizaron para la conducción de tropas, material de guerra, víveres, etc. Para hacerlo funcionar no necesitaron maquinistas ni otro personal extraño, pues de sus mismos regimientos sacaron cuantos empleados hacían falta para este servicio así como para el del ferrocarril de Manila á Calumpit (Bulacán).

La fotografía que representa el regreso de una compañía de voluntarios yankis está tomada en la época en que los norteamericanos combatían á diario con las fuerzas filipinas situadas en Malabón y camino de Tinajeros. Como las operaciones por aquella parte duraron tanto tiempo, era preciso renovar con frecuencia las tropas que allí peleaban.

El puente del Pretil, de Tondo (Manila), estaba ocupado por la extrema retaguardia del ejército norteamericano que atacaba á Caloocán y los centinelas impedían en absoluto que de aquel punto pasaran los habitantes de la capital.

La iglesia de San Sebastián, propiedad de los frailes Recoletos, el edificio más moderno en su clase, es todo de hierro, habiéndose importado de Bélgica todas las piezas que constituyen su inmensa mole. Está situado en un barrio hasta hace poco el más aristocrático de la capital.



ISLAS FILIPINAS. – MANILA. – COMPAÑÍA DE VOLUNTARIOS YANKIS QUE REGRESA DE OPERAR EN CALOOCÁN, de fotografía propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila.

ISLAS FILIPINAS. – MANILA. – PUENTE DEL PRETIL EN TONDO, de fotografía propiedad de M. Arias y Rodríguez



ISLAS FILIPINAS. – MANILA. – IGLESIA DE SAN SEBASTIÁN, de fotografía propiedad de M. Arias y Rodríguez

El río ó estero de Binondo tiene gran importancia porque surcan sus aguas infinidad de embarcaciones de poco calado que conducen gran cantidad de mercancías extranjeras y del país para desembarcarlas y depositarlas en los almacenes situados en ambas orillas. El edificio que figura en segundo término á la izquierda, servía antes de almacenes de efectos timbrados y de Administración de Hacienda pública española; los norteamericanos lo han destinado también á oficinas de Hacienda.

La plaza de Malate es una de las más importantes de Manila y en medio del jardín que la adorna alzábase la estatua de D.ª Isabel II. – X.



ISLAS FILIPINAS. – MANILA. – RÍO Ó ESTERO DE BINONDO, de fotografía propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila



ISLAS FILIPINAS. – MANILA. – PLAZA DE MALATE. ESTATUA DE ISABEL II, de fotografía propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila



Fiesta andaluza, cuadro de Joaquín Luque Roselló



Vida campestre, cuadro de José Benlliure que figuró en la Exposición de Venecia de 1897 y fué adquirido por la Srta. Carmen Tiranty, de Niza



MARÍA, cuadro de Adolfo Echtler

NUESTROS GRABADOS

Expedición del duque de los Abruzos al Polo Norte.—El sobrino del rey Humberto de Italia, S. A. R. el príncipe Luis de Saboya, duque de los Abruzos, se propone intentar la conquista pacífica del Polo Norte. Este príncipe, tercer hijo del ex rey de España Amadeo I, nació en Madrid en 29 de enero de 1873, es capitán de fragata de la armada italiana y ha dado dos veces la vuelta al mundo. A primera vista, no parece dotado de una constitución muy robusta, pero en su rostro juvenil se refleja claramente un espíritu resuelto y enérgico.

Los principales compañeros del duque de los Abruzos en su expedición al Polo son: su ayudante, el capitán Humberto Cagni, oficial tan inteligente como valeroso que le acompañó en su atrevida ascensión al monte de San Elías, en Alasca; el teniente de navío conde Quarini, oriundo de una antigua familia veneciana, gran poliglota condecorado con la medalla de plata otorgada al valor militar y que obtuvo por su bravura y su sangre fría durante la última insurrección cretense, y el doctor Cavalli, médico de primera clase de la armada.

El duque ha dirigido por sí mismo, con meticuloso cuidado, todos los preparativos de la expedición, y lleva á bordo del *Stella Polare* dos marinos italianos expertísimos, cuatro guías de montaña, diez marineros noruegos acostumbrados á los mares boreales y un esquimal diestro en la conducción de trineos arrastrados por perros, formando un total de veintiuna personas y además 120 perros que los expedicionarios tomarán en Arkángel. La carga del buque se compone de 1.500 cajas de roble que contienen los trajes, los víveres y el material científico, en el cual van incluídos dos globos construídos en París y varios aparatos para la fabricación de hidrógeno.

El *Stella Polare*, armado en Cristianía, levó anclas el día 12 de junio último. Después de abordar en la tierra de Francisco José, el duque de los Abruzos se propone avanzar por etapas, dejando en su camino varios puestos escalonados que indicarán su marcha progresiva y asegurarán su regreso. La duración de la expedición será de tres años.



EL CAPITÁN DE FRAGATA HUMBERTO CAGNI



EL TENIENTE DE NAVÍO QUARINI



EL DOCTOR CAVALLI, médico de la armada italiana



EL DUQUE DE LOS ABRUZOS

* * *

Mors in vita, cuadro de Fernando Cabrera Cantó.—La crítica que de este cuadro hizo en una de sus recientes crónicas nuestro distinguido colaborador Sr. Balsa de la Vega nos releva de añadir nada por nuestra cuenta á lo que dijo quien justamente es considerado como autoridad en materia de bellas artes. Por la reproducción que de la obra publicamos podrán apreciar nuestros lectores todo el valor filosófico y la magistral ejecución de este lienzo, que con razón fué unánimemente celebrado en la última exposición celebrada en Madrid.

* * *

Barcelona. - Corrida á beneficio del Instituto del Salvador de Párvulos. — No hablaremos de la por algunos llamada *solemnidad taurina* que el día 24 de junio último se verificó en la plaza de toros de esta ciudad con un fin benéfico, y en la cual los más famosos matadores despacharon nueve reses de las más acreditadas ganaderías. Unicamente diremos que la plaza estaba llena, que ocupaban los palcos elegantes señoritas, casi todas con la clásica mantilla blanca, y que la fiesta resultó en extremo agradable y pintoresca. Del aspecto que ofrecía el circo taurino podrán formarse idea nuestros lectores por el grabado que publicamos en la página 446, reproducción de una bellísima fotografía del reputado fotógrafo Sr. Laureano.

Fiesta andaluza, cuadro de Joaquín Luque Roselló.—Pertenece el Sr. Luque Roselló á esa pléyade de artistas que en extranjero suelo enaltecen á nuestra patria por medio de la valía de sus obras. Dedicado en sus juveniles años á una profesión que no se ajustaba á sus inclinaciones y aptitudes, trocó los libros comerciales por la paleta, y pensionado en Roma por los que fueron sus principales, dió pronto muestra de cuán merecida era la protección que aquéllos tan generosamente le dispensaran. Los varios premios alcanzados en las exposiciones de Madrid, Viena y Berlín atestiguan sus estimables cualidades y cuán provechosas han sido para el pintor malagueño las lecciones del eximio Villegas.

Diversos géneros ha cultivado, distinguiéndose en los cuadros de costumbres andaluzas de antaño, á cuyo grupo corresponde el bonito lienzo que figura en estas páginas, y que reproduce una fiesta organizada en la tienda de un montañés, en la que toreros y manolas entréganse al baile y al canto, digno final de un fastuoso bautizo. El *lance* consiste en una á modo de suerte en la cual la *bailarina* procura pisar la capa de su pareja, que se considera *cogido* si no logra salvar el capote.

Las figuras, la acción y los pormenores del lienzo están bien interpretados y donosamente pintados, siendo la obra digna del buen nombre del artista.

Vida campestre, cuadro de José Benlliure.—Cuando se trata de artistas de la categoría de José Benlliure no es preciso forzar la máquina de los elogios, porque la mejor alabanza, aparte del nombre del autor, está en la contemplación de sus obras, cada una de las cuales lleva impreso el sello del talento privilegiado que la concibiera y de la mano hábil que la ejecutara. Como todas las del renombrado pintor valenciano, *Vida campestre* caracterízase por el ambiente de verdad y de poesía que respira, pues Benlliure es ante todo el artista enamorado de la realidad, pero de la realidad artística, poética; que no basta que un paisaje, una figura, un objeto cualquiera existan para que merezcan los honores de ser trasladados al lienzo.

* * *

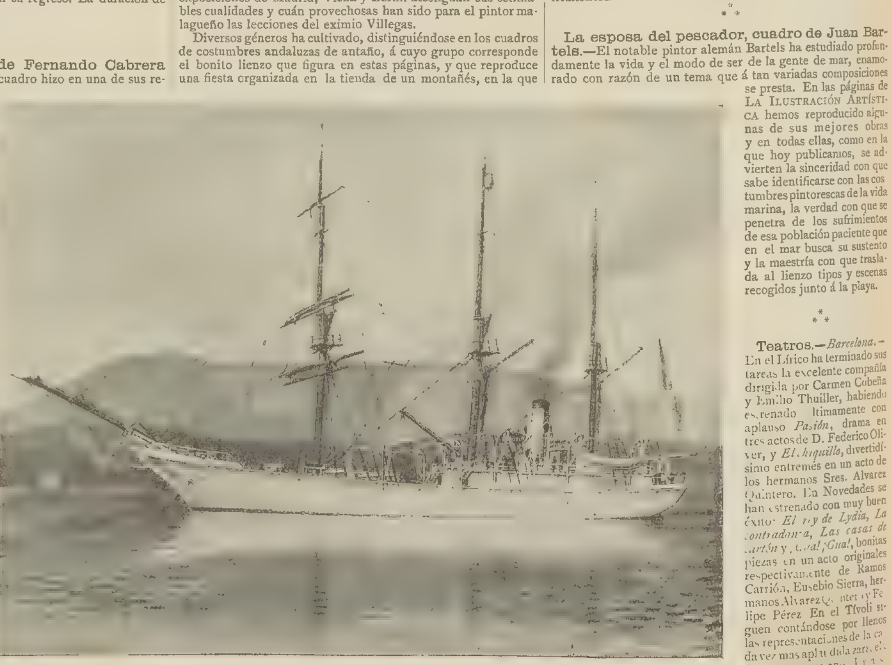
María, cuadro de Adolfo Echtler.—Nació el autor de este lienzo en Danzig en 5 de enero de 1843, y dedicado desde su juventud á la pintura, ha residido sucesivamente en Venecia, en Viena, en Munich y en París, habiéndose al fin fijado definitivamente en la capital de Baviera. La variedad de impresiones que ha recibido en sus múltiples viajes se manifiesta en la diversidad de asuntos que para sus cuadros le sirven de tema, y así lo mismo trata situaciones humorísticas como escenas altamente dramáticas. Pocas obras suyas han causado el efecto que produjo en la penúltima exposición de Munich el cuadro *María* que reproducimos: en él nos presenta á la Madre del Crucificado joven y bella, como la pintan los grandes maestros italianos; su rostro expresa por modo admirable el dolor intensísimo por la muerte del Hijo amado, pero hay en él algo inefable, algo que se sale de lo terreno, el sentimiento de la bienaventuranza que ha de seguir á sus inenarrables sufrimientos.

* * *

La esposa del pescador, cuadro de Juan Bartels.—El notable pintor alemán Bartels ha estudiado profundamente la vida y el modo de ser de la gente de mar, enamorado con razón de un tema que á tan variadas composiciones se presta. En las páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA hemos reproducido algunas de sus mejores obras y en todas ellas, como en la que hoy publicamos, se advierten la sinceridad con que sabe identificarse con las costumbres pintorescas de la vida marina, la verdad con que se penetra de los sufrimientos de esa población paciente que en el mar busca su sustento y la maestría con que traslada al lienzo tipos y escenas recogidos junto á la playa.

* * *

Teatros.—*Barcelona.*—En el Lírico ha terminado sus tareas la excelente compañía dirigida por Carmen Cobeña y Emilio Thuiller, habiendo estrenado últimamente con aplauso *Pasión*, drama en tres actos de D. Federico Oliver, y *El chiquillo*, divertidísimo entremés en un acto de los hermanos Sres. Alvarez Quintero. En Novedades se han estrenado con muy buen éxito: *El rey de Lydia*, *La contradanza*, *Las casas de cartón* y *¡Gua! ¡Gua!*, bonitas piezas en un acto originales respectivamente de Ramos Carrión, Eusebio Sierra, hermanos Alvarez Quintero y Felipe Pérez. En el Tívoli siguen contándose por llenos las representaciones de la cada vez más aplaudida zarzuela de nuestro paisano el maestro Vives *Don Lucas del Cigarral*.



EXPEDICIÓN DEL DUQUE DE LOS ABRUZOS AL POLO NORTE
El buque «Stella Polare» en el puerto de Cristianía

EN EL FONDO DEL ABISMO

NOVELA ORIGINAL DE JORGE OHNET

(CONTINUACIÓN)

– Bien había yo previsto que llegaría el momento en que tendría usted que contar con un amigo verdadero. Ya ve usted la inconstancia de su amante y la ingratitud de su amiga. Uno y otra la insultan y la engañan. ¿Vacilará usted en romper con Jacobo y en poner en la puerta á esa insensata á la que ha hecho tantos favores?

Yo quise protestar, discutir.

– ¿Quién me dice que usted no me engaña? Le creo capaz de todo para conseguir sus fines. ¿Cómo no habría yo sospechado ni visto nada de esa intimidad? Tiene usted mucho interés en mentir para que le crea fácilmente.

– No se trata ya de discutir, dijo fríamente. Sepa usted que el mismo Jacobo me ha dado los detalles que acabo de contar. Juana, que habita un departamento amueblado, lo ha despedido la semana pasada. Sus baúles están hechos desde ayer y va á dejarlos en depósito en la estación del Norte. Ella se va á Boulogne y él saldrá por otra línea é irá á reunirse con ella. ¿Es claro todo esto?

Hablaba con tal calma, que no traté ya de discutir ni dudé más. La verdad me anonadaba y una rabia loca empezaba á hervir en mi corazón. Bramaba de rabia, en aquel saloncito en el que había pasado horas tan dichosas, al verme vendida y abandonada á la vez por mi amiga y por mi amante. Sorege en tanto estaba impasible y sin decirme una palabra de consuelo, como si contase para su triunfo con el exceso de mi mal. Me miraba en silencio y por fin me dijo:

– ¿No debe ver á usted Juana antes de partir?

– La espero de un momento á otro. Mis criados han salido y yo debía comer con ella... Pero no vendrá; no tendrá esa impudencia.

– ¿Quién sabe?, dijo Sorege. Es un placer muy grande y muy delicado asistir á la mixtificación que uno mismo ha preparado y gozar de la confianza estúpida de aquel á quien se engaña. No me sorprendería que viniese á dar á usted un beso antes de robarle su amante...

– ¡Pobre de ella!, exclamé.

– ¡Bah! ¿Qué podrá usted hacer? No creo que piense sacarle los ojos ó abrirle la cabeza. Eso sería muy vulgar.

No respondí. Por mi cabeza enloquecida y en la que las ideas parecían chocar unas con otras con un ruido de olas, pasaron fulgores siniestros. Me sentía arrebatada por un vértigo de muerte. Sorege me dijo:

– Siento mucho haber prevenido á usted, porque me parece dispuesta á hacer tonterías. ¡Vamos!, cálmese usted. Después de comer vendré á ver si está más tranquila y espero encontrarla razonable.

Se marchó y yo me quedé como desvanecida en un sofá, con la cabeza en los cojines, dando vueltas al veneno que había vertido en mi pensamiento aquel monstruo, que según he visto claramente después, lo había combinado todo para impulsarme á un acto de suprema demencia. Un campanillazo me sacó de mi sopor y me hizo poner en pie. Miré el reloj y eran las siete. Abrí; era Juana. Entró alegremente, me besó en la obscuridad del vestíbulo y me siguió tarareando hasta el salón, donde se quedó admirada viendo á la luz del crepúsculo mi extremada palidez, mi desorden y mi angustia.

– ¿Qué tienes?, me preguntó inquieta.

La miré y la vi en traje de viaje con sombrero redondo y un saco de cuero. La certidumbre de que Sorege había dicho la verdad se me imponía. Recobré repentinamente mi sangre fría al ver tanta doblez y respondí con calma, casi con cansancio:

– Tengo jaqueca; mira, estoy en traje de casa. Si quieres, no saldremos para ir á comer. Tengo aquí con qué improvisar una buena comida; nos quedaremos tranquilamente al lado del fuego y me harás compañía hasta muy tarde.

Ordinariamente Juana acogía esas proposiciones con transportes de alegría; pero entonces la oyó fríamente y una sombra pasó por su mirada.

– Me quedaré á comer, eso sí, con mucho gusto, como te había prometido; pero no podré pasar la velada contigo. Tengo cita para un asunto serio con mi profesor Campistrón. Tendré que dejarte á las nueve.

Su hipocresía me puso fuera de mí.

– ¿Estás segura de que es á ver á tu profesor de canto adonde vas?

Mi acento, mi actitud y mi palidez la turbaron repentinamente. Retrocedió un paso y balbuceó:

– ¿Pero qué me preguntas? ¿Por qué había de engañarte?

Fuí hacia ella hasta tocarla y cara á cara le dije:

– Porque ya me has engañado y me sigues engañando; porque eres una infame que no contenta con robarme tu ternura, me robas también la de mi amante.

Enrojeció y con los dientes apretados por el temor y por la cólera respondió:

– ¿Quién ha dicho eso?

– Yo lo sé.

– ¡Es falso!

– ¿Falso? Te vas con él á Inglaterra; me lo quitas cuando sabes que no puedo vivir sin él. Tú me asesinas, me...

La voz se perdió en mi garganta, y fuera de mí, permanecí delante de ella sin decir palabra y como atontada. Juana me creyó impotente y aniquilada, y cobrando ánimos me dijo con risa insultante:

– ¡Bah! No le amas tanto como supones.

Me insultó echándome en cara lo que constituía mi remordimiento secreto y me hirió en lo más sensible de mi ser. Retrocedí, y no encontrando una palabra bastante despreciativa, la golpeé en la cara con toda mi fuerza. Lanzó un agudo grito, se puso lívida y con los ojos echando llamas se arrojó á mí rechinando los dientes. Sentí sus dedos rodear mi garganta y perdí la respiración. Entonces me defendí golpeándole el pecho, pegándola con la rodilla en el vientre, tratando de tirarla al suelo. Y así luchamos sordamente, sin un grito, respirando el odio y la muerte. Mis ojos se cegaron por una espesa niebla. La cogí por la garganta y apreté los dedos hasta hundírselos en la carne. De pronto aquella mujer cesó de luchar y cayó en la alfombra. Me arrojé sobre ella como una furia y sin noción de lo que hacía. No había en mí sino el instinto de la bestia que quiere matar para vivir. Al cabo de un instante me cansé; ella ya no hacía resistencia, y con los ojos extraviados me levanté y miré. Estaba tendida, inerte, con la cara tumefacta por los golpes, los ojos en blanco, la boca torcida, horrible y amenazadora todavía. Al entrar en posesión de mis facultades, se apoderó de mí el espanto y me estremecí viendo á aquella desgraciada inmóvil y convulsa. La cogí, quise levantarla y su cuerpo me resultó pesado y blando en mis brazos. La llamé y no me respondía. Iba á pedir socorro para tratar de volverla á la vida, pero la prudencia me contuvo. Toqué su corazón, escuché su pecho y retrocedí horrorizada. ¡Estaba muerta! Una inmensa desesperación se apoderó de mí. ¿Era posible que me hubiese convertido en una criminal? Era verdad que me había hecho traición, insultado, agredido... Pero yo la había matado y todas las consecuencias se desarrollaron instantáneamente en mi espíritu. Me vi presa, juzgada, condenada y un terror invencible se apoderó de mí. No tuve ya más que un pensamiento, huir á la suerte que me esperaba, y sin pensar en lo que hacía, sin vestirme, en zapatillas, me lancé á la escalera y eché á correr. Estaba ya en el entresuelo, cuando una mano me detuvo y una voz me dijo bruscamente:

– ¿Dónde va usted así, Lea?

Permanecí como atontada y sin responder. Era Sorege que, según su promesa, venía á saber qué había sucedido. Mi turbación y el desorden de mis vestidos le dijeron bastante sin duda, pues me cogió por un brazo y me dijo bajando la voz:

– ¿Está usted loca? ¿Qué significa? Suba usted conmigo.

Me hizo entrar en mi casa, cerró la puerta con cerrojo, entró en el salón el primero, pues yo no quise pasar delante de él, y viendo á Juana Baud tendida en el suelo, lanzó un juramento y dijo volviéndose hacia mí:

– ¡He aquí un mal negocio! ¿La ha matado usted? Era una bribona, pero el procedimiento es brutal...

Yo exclamé, impulsada por la necesidad de disculparme:

– ¡Me ha pegado! Mire usted mis brazos, mi cuello... ¡Tuve necesidad de defenderme!

Sorege respondió con una flema horrible en semejante situación:

– Estoy convencido. Pero esta mujer ha muerto y usted está perdida.

Yo me arrojé á él.

– ¡Oh! ¡No me abandone usted! ¿Qué voy á hacer sin su ayuda? ¡Sálveme!

Me eché á llorar mientras él me miraba con tranquilidad.

– ¿Yo abandonar á usted? ¿Cómo puede creerlo? Sabía que me necesitaría usted en un momento dado, y ya le dije que podía estar segura de encontrarme. Aquí estoy pronto á defenderla.

– ¡Dése usted prisa!, exclamé temblando de fiebre.

– Tenemos tiempo. Son las nueve; los criados no volverán antes de las doce y no entrarán en esta habitación...

– No.

– El único que puede venir es Jacobo, y ese no vendrá seguramente. Somos, pues, dueños de nuestras acciones.

Reflexionó un instante; después miró á la muerta y repitió varias veces:

– Sí; es el único medio. No hay otro partido que tomar. Suceda lo que quiera es preciso asegurar la fuga.

Se acercó á mí y me dijo dominándome con toda su resolución firme y lúcida:

– Es imposible sacar este cadáver de aquí. Le encontrarán, pues, fatalmente mañana cuando usted se haya escapado. Pero se descubrirá su identidad y usted será perseguida y presa. Hay aquí una mujer muerta, ¿por qué ha de ser Juana Baud?

– ¿Pues quién ha de ser?, pregunté.

– Usted.

– ¡Yo! ¿Cómo es posible? Usted pierde el juicio.

Sorege continuó sin responderme:

– Juana Baud lo ha arreglado todo para marcharse, y si desaparece nadie la buscará. Es preciso que la mujer muerta aquí sea Lea Peralli. Lea se va á Londres con el nombre de Juana; nadie la conoce y puede tomar pasaje para América. Mientras, los agentes de policía, los magistrados y toda la cuadrilla judicial se dan de cabezadas para desembrollar el lío que les hemos dejado entre las manos. Juana y Lea tienen la misma estatura, las mismas carnes y sólo difieren en la cara y en el color del pelo, pero la cara se puede desfigurar y el agua que sirve á Lea para teñirse el cabello puede servir para Juana. La identidad se establece con un frasco de tinte en la cabeza y un tiro de revólver en la cara. Lo mismo da que Juana haya muerto de un tiro que estrangulada; no cambia más que el género de muerte y esto es poca cosa. Lo importante es despistar á los listos de la policía. ¿Y cómo no lograrlo? Se encuentra una mujer muerta en su casa, vestida con sus ropas; ¿quién va á dudar que es ella y por qué echarse á buscar por otro lado? Lea Peralli se queda muerta y Juana Baud corre por el mundo. He aquí resuelto el problema. ¿Quién dice que esto es difícil?

Se puso á reir en silencio viendo mi estupor. Había seguido su razonamiento y comprendía su formidable habilidad. Pero exclamé:

– Y si yo me escapo y Lea Peralli aparece muerta, ¿quién habrá cometido el crimen?

– ¡Bah!, dijo Sorege en tono burlón. Es usted muy curiosa. ¿Quién ha de haber cometido el crimen? La persona á quien aproveche.

Temblé al comprender, pero él no me dejó tiempo de dudar.

– ¿Quién tiene la culpa de todo esto? ¿Quién ha hecho á usted traición indignamente? ¿Quién iba á llevarse otra mujer con su dinero de usted en el bolsillo? ¿Quién, acribillado de deudas, sin esperanza, sin crédito, casi sin honor, puede ser moralmente considerado como capaz de asesinar á su amante?

– ¡Jacobo!, exclamé llena de horror. ¡Oh! Jacobo. ¡Jamás! ¡Jamás! ¡Prefiero entregarme, que me prendan, que me juzguen, que me maten! Cometer semejante infamia... ¡No! ¡No!

– Una infamia semejante á la suya... No hará usted más que corresponder, sencillamente... ¡Cuántos escrúpulos, cuando él ha tenido tan pocos! ¡Él había resuelto plantar á usted, sin pensar si moriría de desesperación y de cólera!

Aquel hombre se puso entonces duro y amenazador.

—¡Oh! ¡Basta ya! Soy muy tonto en tomarme el trabajo de convencer á usted. Quiero salvarla y se empeña usted en perderse. ¡Allá usted! ¿Qué me importa á mí todo esto? Soy su último amigo, el más seguro, el más adicto, y Dios sabe en qué responsabilidades incurro... ¿Usted me rechaza? ¡Adiós!

Dió un paso hacia la puerta, pero el pensamiento de quedarme sola con aquel cadáver me quitó toda mi energía. Mi suprema honradez, vencida por los argumentos capciosos de aquel miserable, vacilaba, pronta á ceder.

Ese hombre intentó todo lo que puede corromper un alma que resiste al mal y quiere refugiarse en el sacrificio, y su victoria fué pronto completa. ¡Oh! ¡Noche espantosa! Fué preciso desnudar á la muerta, ponerle mi ropa, mis zapatos y mis alhajas, y por fin, entre los dos, tuvimos que teñir sus cabellos. Sus obscuros bucles se convirtieron en rubios en nuestras manos profanadoras. ¡Cuadro de espanto y de horror, aquella agua perfumada corriendo por la pálida frente del cadáver, aquel fúnebre disfraz para el ataúd! ¿Cómo pude soportar esa prueba sin que mi corazón estallase en pedazos? Lo que después pasó se pierde en una especie de densa niebla... Estaba medio muerta cuando Sorege, con un revólver que tú me habías regalado, tiró á boca de jarro tres balazos en la cara de la víctima, ya inerte hacía algunas horas. Aquel hombre me vistió con el traje de Juana, me puso su sombrero en la cabeza y un espeso velo por la cara, y tomando el saco de cuero que contenía los papeles de la víctima, me hizo salir de mi casa. No tomó, de todo lo que me pertenecía, más que la papeleta del Monte de Piedad que tú me habías enviado aquella misma mañana. Yo ignoraba entonces el uso que quería hacer de ella. Me llevó á la estación, recogió los baúles de Juana con el talón que encontró en el saco, y tomándome un billete de primera, me puso él mismo en el tren de Boulogne. Viéndome allí en seguridad me dijo:

—Vaya usted á parar al hotel del Casino y espéreme. Mañana por la noche llegaré para darle noticias.

Partió el tren. Sorege me hizo un último signo para animarme, y casi desvanecida de fatiga y de angustia me alejé de París, dejando tras de mí el horror de un doble crimen; el que yo había cometido y el que había dejado cometer.

Jacobo, inmóvil, temblando, miraba á Lea con más lástima que cólera. Estaba penetrado del horror de la situación en que aquella desgraciada se había encontrado. Olvidaba las terribles consecuencias que el acto cometido había tenido para él y no pensaba más que en el peligro que había corrido su amante. Con mucha lentitud dijo:

—Sí, todo estaba audazmente combinado y debía resultar. Mi turbación y la imposibilidad en que me encontraba de sospechar la suerte de Juana debían asegurar el secreto. Una mujer muerta en casa de Lea y vestida con su ropa, ¿quién podía ser sino ella? Yo mismo no lo puse en duda. Menos firme que tú, volví los ojos cuando me enseñaron el cadáver en la siniestra losa del depósito. ¡Hay que tener una disposición especial para examinar de cerca los muertos! No supe más que llorar, cuando hubiera sido preciso discutir. ¿Y tú, no pensabas todo esto, desgraciada, mientras pasaban las horas, asegurando mi pérdida?

—Sí, Jacobo; lo pensaba. Pero Sorege vino, como había anunciado, y sometida á la dura autoridad de mi cómplice, no podía resistir. Lo intenté, sin embargo, desde el primer momento. Tuve una crisis de desesperación y de remordimientos y le supliqué que buscase un medio de disculparte cuando yo estuviese en salvo. Aquel hombre se echó á reir y dijo con espantosa ironía:

—¿Que yo me meta en ese sucio negocio para servir al Sr. de Freneuse? ¡En seguida! ¿Está usted loca? Él se ha metido en ese atolladero; que salga si puede.

—Pero su madre no ha hecho nada y va á llorar lágrimas del corazón. Su hermana es inocente y vamos á destruir su porvenir...

Sorege cambió de expresión y dijo, abandonando su calma:

—¡No me hable usted de su hermana! Odio á toda esa gente y á su hermana más que á los demás, ¿entiende usted? Tuve el valor de pretenderla y me rechazó... ¡No lo olvidaré!

Estaba en aquel momento tan atroz, tan monstruoso, que perdí la cabeza.

—¡No quiero permanecer á merced de usted!.. ¡Le tengo miedo! Su amistad es tan temible como su odio. Déjeme usted marcharme; será de mí lo que Dios quiera, pero separémonos...

—¡No! ¡No quiero! ¡No quiero! ¡Déjeme usted!

Me cogió un brazo, y dejando todo disimulo, ya no fué el hombre bien educado que yo había conocido y se volvió grosero y brutal.

—Criatura estúpida, ¿crees que estoy aquí para obedecer tus caprichos? Soy tu dueño, no lo olvides. ¡Me perteneces! Si te he sacado del mal paso es porque te deseo y nada más. ¿Qué me importaba á mí que te cortasen la cabeza por haber matado á tu compañera en un acceso de celos? ¿Tengo yo la costumbre de intervenir en cuestiones de mujerzuelas? Me he tomado el trabajo de salvarte porque me gustas y quiero que seas mía. ¡Conque basta de farsas ó te juro que te entrego al comisario de policía!

Lea ocultó la cara entre las manos, y con más rubor que el que le había producido el relato del crimen, dijo sordamente:

—Tuve miedo... y cedí. Ante mi conciencia, esto es lo que hice más abominable...

Jacobo y Lea permanecieron en silencio, inmóviles, penetrados de horror. Por fin la desgraciada levantó la frente y en un impulso desesperado se arrojó á los pies del que había perdido.

—¡Oh, Jacobo, perdóname; te lo suplico! ¡He sido infame! Pero bien ves que ha sido él quien lo ha hecho todo. El es cien veces más criminal que yo, aunque no ejecutase la muerte, porque la había preparado y aconsejado casi. ¡Yo, que tanto te amaba, haberte hecho tanto daño! ¿Hubiera debido escribir á los jueces, disculparte, entregarme? ¡No tuve esa virtud! Huí, y durante ese tiempo tú expiabas tu infidelidad con el suplicio más doloroso que puede sufrir un hombre. Jacobo, estoy á tu discreción; haz de mí lo que quieras... ¡Aborrezco á Sorege! Prefiero morir á ser suya, sobre todo ahora, que te he vuelto á ver, ¡Jacobo! Tú eres el mismo de siempre, generoso y bueno... Tú no me has denunciado, aunque has adivinado mi crimen... ¡Compréndelo bien! Hasta cuando te perseguía con mi odio, te amaba, Jacobo...

Lea, de rodillas, se arrastraba á los pies de su antiguo amante, levantaba hacia él su hermosa cara inundaba de lágrimas y todo su ser se estremecía. En un movimiento de febril ardor sus labios tocaron los del joven... Pero él la separó dulcemente y la dejó á cierta distancia, aterrada por aquella frialdad que había esperado vencer.

—Es tarde Lea, dijo; la noche avanza y hay que pensar en mañana. Te agradezco tu franqueza y no abusaré de ella para perderte. ¡Yo no soy un Sorege! Pero es preciso que yo me disculpe y para ello necesito la prueba material de mi inocencia. Esa prueba sólo tú puedes proporcionármela.

—¡Te la daré! ¡No vacilo! He sufrido demasiado y no puedo ya vivir así. ¿Quieres que te escriba la confesión que te he hecho? ¡Estoy pronta!

Su cara se obscureció y en su frente apareció una sombra de terror.

—Pero Sorege sabe que lo has descubierto todo. Sabe que estamos encerrados aquí y que voy á hablar... ¡Cuidado, Jacobo!

—No le temo.

—¡Haces mal!

—No puede nada contra mí. No doy un paso en Londres sin ser seguido por la policía francesa, que me vigila y me protege al mismo tiempo. Y él lo sabe.

—Entonces estoy perdida. Para impedirme que le acuse tratará de deshacerse de mí. Para castigarme por haberle abandonado, descargará sobre mí su ira...

—Bastante tiene que hacer con defenderse contra mí; tenemos que arreglar los dos una terrible cuenta. Puedes creerme, pobre mujer; él está más en peligro que tú.

Jacobo se quedó un instante reflexionando.

—Me has ofrecido darme tu confesión por escrito... La acepto. Puedes estar tranquila; no me serviré de ella hasta que estés en seguridad. Permanece encerrada en tu casa. No recibas á nadie y menos á Sorege, y yo me encargo de desembarazarte de él.

Lea movió la cabeza dolorosamente.

—No le conoces. Me alcanzará á través de las paredes si permanezco aquí, y á través del espacio si huyo. Es terrible y hiere siempre por donde menos se espera. Toma precauciones, Jacobo. Te odia mortalmente. Suceda de mí lo que quiera, poco importa. Pero tú tienes que tomar un desquite público y brillante. No te comprometas por una imprudencia.

Jacobo respondió gravemente:

—Mi vida ha terminado, Lea, y mi rehabilitación así como el castigo de Sorege, serán los últimos actos de hombre que realizaré. He visto el mundo y le he juzgado. Sus goces son vanos y sus penas verdaderas. Si no tuviera el deber de limpiar mi nombre á causa de mi madre y de mi hermana, no aceptaría nada de ti é iría á llamar á la puerta de un convento, donde acabaría mi vida en la meditación y en el silencio.

—Qué, Jacobo, joven, rico aún, con la esperanza de la dicha, ¿quieres huir del mundo?

—Sí, Lea.

—¡Tan agotada está tu alma! ¿No tienes ya deseos ni sueños?

—Conozco la vida; he agotado sus goces y sus dolores. Es inútil el trabajo que se toman los hombres para matar el fastidio por medio del placer. Apenas se ha comenzado á vivir, llega la vejez y después la muerte. Trataré de expiar el mal que he hecho, dulcificando la suerte de los desgraciados.

—¡No te veré más, Jacobo!

—Sí, una vez, para que me entregues tu confesión y decirnos adiós.

—Esta noche, si vivo todavía, dijo Lea con pálida sonrisa, canto *Romeo y Julieta*. Será mi último triunfo; asiste á él, Jacobo. Las coronas que me dediquen serán como homenajes fúnebres. Ya no apareceré más en esa hermosa escena en la que ayer todavía olvidaba mi infamia en medio de las aclamaciones y de los elogios. Tengo que abandonar el arte, que me ha dado una personalidad y sostenido en mis más duras pruebas; la embriaguez del éxito, que aliviaba por una hora mis sufrimientos; el entusiasmo del público, que me permitía hacerme ilusiones sobre mi degradación real. Volveré á entrar en la sombra... ¿Quién sabe si será en la sombra eterna?

Hizo un gesto de altanero desprecio y añadió.

—¡Pero estoy loca! Todo ese falso brillo no vale nada para sentir perderlo.

Mostró á Jacobo la ventana, ya blanqueada por el alba, y con una sonrisa en la que apareció toda su antigua gracia, dijo:

—¡Me perdonarás, Jacobo! ¿Verdad?

Jacobo quiso responder, pero ella le impuso silencio.

—No digas nada. Espera á esta noche... ¡Adiós!

Le condujo hasta la puerta, y en la obscuridad del vestíbulo Jacobo sintió el brazo de Lea que le rozaba con suavidad como para guiarle; un seno palpitante se apoyó contra su pecho, y sin que él pudiera defenderse, una boca, que mordía dulcemente, se posó en sus labios. El joven se estremeció y rechazó aquel fantasma del amor desaparecido. Oyó un doloroso suspiro; la puerta se abrió y se cerró tras él. Y la escalera le mostró su espacio vacío...

IV

Cuando Sorege volvió á su hotel después de la terrible velada en que Jacobo apareció para confundirle, sumióse en una profunda meditación. No era hombre de perder el tiempo en sentimentalismos é iba siempre derecho á su objeto. Toda la cuestión para él era saber lo que podía temer ó esperar de Lea y hasta qué punto la cantante daría armas á Jacobo contra él.

No podía dudar que Lea le odiaba; se lo había dicho y repetido mil veces, y aun el día antes su furor por tenerle que sufrir se había roto en violencias y en injurias que le hacían aquella mujer más deseable. Era de esos monstruos á quienes gusta oir los gritos de su víctima y que se deleitan viendo lágrimas. El amor en él tenía un fondo de crueldad.

Que aquella mujer, á la que había tratado como una esclava, tomase contra él un desquite terrible, si la ocasión se presentaba, estaba muy en el orden. Él lo hubiera hecho en su lugar y ni le ocurría la idea de que Lea vacilase en hacerlo. En cuanto Jacobo y ella se confiesen sus faltas recíprocas, pensaba, su alianza contra mí será un hecho. Pero ¿qué puede hacer Lea? Su esfera de acción está limitada por el miedo de comprometerse. ¡Perderme! Es tentador para ella, pero lo peor es que se pierde al mismo tiempo. ¿Y qué comparación cabe entre el daño que puede causarme y el que puede hacerse á sí misma? Ninguna. Me puede acusar de doblez, de engaño, pero tiene que confesar al mismo tiempo que ha hecho una muerte. Y si me acusa, ¿á quién podrá convencer? No hay testigos y su testimonio es único. Para Jacobo y para su camarilla de amigos ese testimonio tiene algún valor; ante un juez no tendría ninguno. No tengo, pues, gran cosa que temer por ese lado. Pero el perjuicio moral que esa miserable puede hacerme bastaría para vengarla. Me desacreditaría, me comprometería sin remisión y esto es lo que no sufriré por nada del mundo. ¿Cómo evitarlo?

Reflexionó mucho tiempo mientras fumaba un cigarro, y en las espirales de humo azulado que subían hasta el techo, veía pasar vagamente las imágenes de Jacobo y de Lea, tan pronto lánguidas y cansadas, como activas y triunfantes, pero siempre juntas, unidas por el mismo deseo y ligadas por el mismo interés; se levantó de pronto, disipó con un ademán aquella visión, que se desvaneció con el humo, y se puso á pasear por el cuarto, dejando escapar pala

bras entrecortadas, que huían de su hirviente pensamiento como escapes de vapor de una caldera.

– ¿Qué puedo arriesgar? ¿Un duelo con Jacobo ó con Tragomer?.. No les temo ni al uno ni al otro. ¿Una acusación por falso testimonio ante los tribunales? ¡Tontería! ¿A qué les conduciría eso? No pueden nada contra mí... Y yo puedo mucho todavía... Es preciso que hable con esa estúpida Lea y que sepa lo que ha confesado á Jacobo... Y sobre todo que le impida escribir nada... En fin, es indispensable que desaparezca... La aterrorizaré, si es preciso; me teme y me obedecerá. Una vez que se haya marchado, representaré mi papel valerosamente... No puedo salir del paso sino con audacia... Pero ante todo es preciso cobrar fuerzas.

Se acostó y se durmió hasta venir el día.

Á la misma hora en que Sorege abría los ojos, después de haber dormido como si tuviera la conciencia tranquila, Jacobo estaba en el yate, encerrado en la cámara con Marenval y Tragomer. Empezaba á levantarse la claridad gris y brumosa que alumbra las mañanas de la capital inglesa y se iniciaba el movimiento de los obreros en el muelle. Pero la atención de los tres hombres no se dirigía hacia el espectáculo de aquella actividad incesante y metódica que forma el sello del trabajo inglés. No les interesaba nada de lo que pasaba alrededor de ellos, preocupados con el relato que Jacobo les estaba haciendo de su conversación con Lea.

– Todo lo que nos figurábamos resulta exacto, dijo Tragomer, y tendremos la prueba irrecusable.

– Lea debe entregármela esta noche.

– Llegamos á nuestro objeto, dijo Marenval con entusiasmo.

– Tenemos al monstruo acorralado, pero estad seguros de que hará una formidable defensa. Por su audacia de anoche, cuando no estaba descubierto sino en parte, se puede juzgar lo que podemos esperar de él cuando ya se conozca toda la verdad. Es preciso atacarle con toda energía; pues si no le ponemos en seguida fuera de combate, se revolverá y tendremos que sufrir un choque desesperado. Ante todo, debemos, por honradez, prevenir á Harvey. Si le dejamos ignorar lo que es el hombre que piensa admitir en su familia, tendrá derecho para hacernos cargos. Por otra parte, he prometido á su hija decírselo todo.

– Esto va á dar un golpe mortal á las aficiones nobiliaras de las americanas, dijo Marenval. Si por nuestro dinero, dirán, no podemos pagarnos maridos de confianza, más nos vale quedarnos solteras.

– Habrá que avisar también á Vezín. Su concurso nos ha sido muy útil y es justo que sea de los primeros en saber el éxito de nuestros esfuerzos.

– Y prevendremos en seguida á mi madre de que todo va por buen camino, dijo Jacobo.

– Yo iré, si quieres, ahora mismo á ver la señora de Freneuse, dijo Tragomer.

– Sí, querido Cristian, respondió Jacobo sonriendo. Eso te corresponde porque eres el iniciador, el primero que vió en la obscuridad y mostró á Marenval la pálida y lejana luz que te guiaba.

– Cuando pienso en lo que ha sucedido desde hace seis meses, dijo Cipriano con sencilla expansión, me parece estar soñando. Me veo todavía en el comedor del círculo, cuando después de marcharse Maugirón con las mujeres, Tragomer empezó á contarme esta historia. Al principio su relato me pareció imposible, después empezó á interesarme la verdad que se vislumbraba y por fin me sentí como loco. Sentía un deseo terrible de entrar en el asunto y al mismo tiempo un miedo atroz de las complicaciones que iba á afrontar... ¡Ah!, debo confesarlo; sin el ascendiente que tomó sobre mí Tragomer desde aquella noche, hubiera abandonado la empresa. Pero me impulsó, fuerza es decirlo. Y una vez el dedo meñique en el engranaje, tuvo ya que pasar todo el cuerpo. Después, la visita á la señora de Freneuse, las confidencias de Giraud, la entrevista con Campistrón... ¡Ah, querido Jacobo, aquello era extraordinario! A cada paso que dábamos en nuestro camino, veíamos más claro. Jamás dos hombres han corrido aventura más interesante. Ir en busca de un Nansen ó de un Andrée no era nada en comparación con el interés de nuestra empresa, pues no sólo íbamos á socorrer á un hombre, sino á descubrir la verdad. Vezín lo vió bien cuando nos dijo: «No van ustedes á lograr nada, pero les envidio la tentativa que van á hacer, y si yo no tuviera una posición oficial me iría con ustedes». Pues bien: después de haber ido contra viento y marea, henos aquí en el puerto, con Jacobo delante de nosotros y la verdad en el bolsillo. Es un hermoso éxito del que espero ha de hablarse por mucho tiempo.

– La verdad no está todavía en nuestro bolsillo, dijo Jacobo, pero lo estará esta noche.

Tragomer movió la cabeza con aire preocupado.

– Mientras no tenga en la mano las pruebas materiales, la confesión de la culpable, no estaré tranquilo.

– ¡Bah! ¿Qué teme usted todavía?, preguntó Marenval impaciente.

– Que Sorege haga desaparecer á Jenny Hawkins antes de que escriba su declaración. Conozco la autoridad despótica que ese bribón ejerce sobre la desgraciada mujer. La fascina, la aturde, la espanta. Me la escamoteó en mis barbas, en San Francisco, con una destreza prodigiosa. Es hombre para encontrar un medio de alejarla, y después ¡échale un galgo!

– ¡Por vida de!.. Prevengamos á la policía inglesa, exclamó Marenval con la violencia de un hombre á quien se discute una victoria que considera ya obtenida. No nos dejemos vencer á última hora por ese malvado. Se burlarán de nosotros.

– No tengáis miedo, dijo Jacobo; he tomado mis precauciones. Lea se ha comprometido á permanecer encerrada en su casa y á no recibir á nadie hasta esta noche. Mañana se marchará y Sorege no podrá contar más que con nosotros. Hagamos, pues lo convenido. Tú, Cristián, vete á llevar la buena noticia á mi madre. Usted, Marenval, á casa de Vezín. Yo iré á ver á miss Harvey y allí nos encontraremos todos después.

En cuanto Sorege despertó y tomó su desayuno, tomó un coche de alquiler y se dirigió á *Tavitock-Street*. Nunca el tal hacia las cosas á medias. Había dormido y comido bien y se sentía dueño de sí mismo. Lo importante era hablar á Lea. Si lo conseguía, no desconfiaba de traerla á su partido. Ante todo era preciso saber qué se había tramado entre ella y Jacobo. Al detenerse el coche ante la casa, salió Sorege de sus meditaciones. Saltó al portal y subió vivamente la escalera.

Un viejo *gentleman*, vestido con un pantalón roto, una levita adornada con numerosas manchas y un sombrero de copa, estaba ocupado en lavar concienzudamente el suelo del portal. Pero en la actitud, en la fisonomía y en el traje extremadamente miserable, Sorege observó detalles que le llamaron la atención y le hicieron sospechar si aquel hombre sería un polizonte. Miró por el hueco de la escalera mientras subía lentamente y el hombre había dejado de lavar el suelo y le seguía con la vista. Llegado al segundo, Sorege llamó. Ningún ruido en el interior, ningún golpe de puertas, ni el más ligero rumor de pasos. Un silencio de casa vacía. Llamó de nuevo y esperó con el corazón agitado. Nada se oyó. Sorege tenía la convicción de que Lea estaba en su casa y no quería abrir y veía claramente que entraba en lucha con él y estaba ganada por sus adversarios. Palideció de cólera, pero resistió las ganas que tenía de echar la puerta abajo de un puntapié y entrar por fuerza. El *gentleman* de los guiñapos y del sombrero de copa, que había dejado de lavar, le hizo ser razonable. Si hago ruido, pensó y esta idiota de mujer llama, puedo ser conducido al puesto de policía. No arriesguemos el tener que entrar en explicaciones. Permaneció todavía un instante escuchando á través de la puerta y le pareció oir como un vago rumor de respiración. Pensó que acaso Lea escuchaba también acechando con ansia su partida, y como si hablase á una sombra dijo en voz muy baja:

– Jenny, sé que está usted ahí. ¡Loca! Ábrame usted. Va en ello su salvación... Los momentos son preciosos... La engañan á usted... Escúcheme...

La sombra no respondió, y Sorege, con el corazón henchido de rabia, hizo un gesto de amenaza y se decidió á bajar lentamente la escalera. El *gentleman* de los harapos se había vuelto á poner á su limpieza, y al pasar Sorege se llevó la grasienta mano al sombrero y dijo con voz ronca:

– ¿Busca usted á la joven del cuarto amueblado? Ha salido por todo el día...

Sorege no se dignó siquiera responder.. Miró al hombre de alto á bajo y salió. Subió al coche que le esperaba y se hizo llevar á *Hyde-Parck*. Eran las diez. Bajó en la esquina de *Piccadilly* y se dirigió al jardín á pie. Su cara expresaba una gran contrariedad por aquel primer fracaso. Evidentemente Lea le hacía traición, pero ¿qué habría dicho? ¡Las mujeres son tan hábiles para presentar las cosas bajo el aspecto que más les conviene! Sin confesar toda la verdad, ¿no había podido echar sobre él la responsabilidad? A este pensamiento cerró los puños y su semblante se contrajo. Como él mismo decía el día anterior, no había testigos, y esto que le favorecía podía también hacerle daño, pues si bien él podía negar toda participación en el crimen, Lea por su parte podía afirmar que era él quien lo había cometido ó ayudado, al menos, á cometerle. La seguridad de los dos había siempre dependido de su unión. De acuerdo, podían defenderse; separados, estaban perdidos.

Allá, en la orilla de aquel precioso río artificial rodeado de verde musgo y sobre el cual inclinaban los árboles sus hojas nacientes, Sorege tuvo conciencia de su pérdida inevitable y tembló de miedo y de cólera. Pero no pensó en capitular; antes al contrario, se afirmó en el propósito de luchar hasta el último extremo, aunque hubiera de perecer. Una sonrisa crispó sus labios. ¡Perecer! Sí, pero no solo. ¡Sucumbir! Muy bien, pero no sin vengarse.

Los jinetes empezaban á aparecer por las anchas avenidas del bosque. Los coches rodaban al trote de sus tiros, los más hermosos del mundo. La vida elegante renacía en su diario y monótono esplendor. Sorege no pudo soportar el espectáculo de la tranquilidad ajena y se metió en el interior del parque, por el lado de *Kensington*, donde paseó como unas dos horas esperando el momento de ir á casa de Julio Harvey. Entró en una fonda de *Regent-Street*, comió como de costumbre, y cuando daban las dos, llegó al hotel de *Grosvenor-Square*.

Subió la gran escalera y en el primer piso encontró al ayuda de cámara que le esperaba con la misma respetuosa deferencia de siempre y que le introdujo como todos los días en el saloncillo donde miss Harvey tenía costumbre de estar. La joven americana estaba sentada al lado de la chimenea, donde ardía un gran fuego de leña. La ventana, en cambio, estaba abierta y dejaba entrar el sol á raudales. Maud se levantó al ver entrar á su prometido y salió á su encuentro sin que nada indicase en su actitud un cambio de disposiciones respecto de él. Tenía la cara jovial y la mirada tranquila; pero, por azar sin duda, sus manos estaban ocupadas en una labor bastante voluminosa en la que estaba trabajando, y no pudo dar la mano á Sorege. Le indicó un asiento enfrente de ella, dejó la labor en la mesa y cerró la ventana.

– El sol empieza á nublarse, dijo, y hace fresco. Esta primavera inglesa es glacial.

– ¿Hace mejor tiempo en América?

– ¡Oh! En América todo es mejor. Las estaciones no engañan, ni los hombres.

Sorege levantó la cabeza. La alusión era directa; el ataque comenzaba y había que responder inmediatamente.

– ¿Ni las mujeres tampoco, sin duda?

Por los ojos de miss Maud pasó una llama.

– ¡Las mujeres menos que nadie!, dijo con orgullo.

Sorege la miró con aquellos ojos medio cerrados que no dejaban adivinar su pensamiento, pero que tan bien seguían el de los demás, y dijo en tono seguro:

– Pues bien, miss Maud, hay que probarlo. ¿Qué significa la acogida que me hace usted?

La joven se levantó de su sillón y replicó:

– Señor conde, se lo diré á usted cuando me haya explicado por qué dejó condenar, sin defenderle, á su amigo Jacobo de Freneuse...

Sorege hizo un gesto desdeñoso.

– ¡Ah! ¿Volvemos á eso? Pues pregúnteselo usted á él mismo. Anoche le ha visto usted en su casa bajo el nombre de Herbert Carlton, y es de esperar que sabrá explicar á usted, mejor que lo hizo á los jueces, las circunstancias que le comprometieron. Una condena es siempre una mala nota entre personas honradas... No se condena á la gente con tanta facilidad... Y si América es el país de la sinceridad, Francia es el de la justicia.

– ¡Bella frase! ¡Muy hermosa! Pero sé que habla usted con facilidad y no habrá usted de satisfacerme con palabras.

– ¿Hemos llegado al caso de tener que disculparme con usted?

– Estamos en el caso preciso de que cada cual sepa á qué atenerse. Hace un momento enumerábamos las cualidades de nuestros países. América posee, entre otras, una que domina en todos sus actos: el sentido práctico. Yo soy enteramente americana en ese sentido, y quiero, si me caso con usted, señor de Sorege, no tener que arrepentirme de llevar su nombre.

– Tiene usted muchísima razón, miss Maud, pues es lo único que aporto al matrimonio, ó poco menos. Pero ¿sospecha usted que mi nombre pueda estar comprometido?

– Señor conde, hay muchas maneras de estarlo. Se puede estar comprometido materialmente por malos negocios que conducen á la quiebra. Esto no tiene importancia para nosotros los americanos. El que cae, puede levantarse. Es el eterno movimiento de báscula del comercio y de la industria; la cuestión está en acabar en lo alto. Pero atribuímos una trascendencia enorme á la integridad moral. Para una joven que se respeta, es tan imposible casarse con un hombre que ha cometido una acción deshonrosa como con un criado negro ó un esclavo chino.

(Continuará)

ANTIGUAS INDUSTRIAS ARTÍSTICAS. — PILAS BAUTISMALES

El notable desenvolvimiento que han alcanzado, á partir de la segunda mitad del siglo presente, las investigaciones y estudios dirigidos á allegar datos para esclarecer la historia de nuestras industrias artísticas, es cada día más creciente.



Fig. 1. – Pila bautismal que se conserva en la ermita de Nuestra Señora de la Gracia de Archidona

Reputados ceramógrafos propios y extraños hanse ocupado preferentemente en las fabricaciones antiguas de azulejos, vasijas y platos, que en muy considerable número se producían en diversas partes de la península, y no ha faltado quien dedicase algunas páginas al estudio de artísticos é interesantes brocales de pozo mudéjares (1), sin que hasta ahora sepamos que algún arqueólogo español haya tratado de la importante rama cerámica á cuyo estudio hemos de dedicar algunos renglones.

A los artífices que hoy llamamos ceramistas, decían en lo antiguo *olleros* en esta región andaluza, y así es muy común encontrarlos citados en documentos de los siglos XV y XVI. Abarcaban, pues, la mayor parte de los así designados la completa fabricación de todo género de piezas de barro cocido, ya en blanco ó sea de *juaguete,* ya vidriados, y por lo tanto indistintamente leemos: Fulano de Tal, *ollero,* y en otros asientos referentes al mismo nombrábasele *azulejero* ó *tinajero.*



Fig. 2. – Pila bautismal que se conserva en la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Concepción de la ciudad de la Laguna de Tenerife.

Ocurríanos al principio de nuestras investigaciones que desdeñábamos detenernos en tomar apuntes de los artífices olleros, por estimar que serían solamente productores de la vasijería basta; pero no tardamos mucho en convencernos de que bajo aquel modesto título ocultábanse artífices de verdadero mérito, merecedores de que sus nombres se salvaran del olvido; y entre estos ocupa hasta ahora el primer lugar Ferrán Martínez Guijarro, del cual dícese en una *Nómina de Francos* de los Alcázares y Atarazanas de 1479 las siguientes honrosas frases: «Que era de los viejos, esto es, de los que gozaban de antiguo el privilegio de la *franqueza,* pues hacía más de veinticinco años que se ocupaba en las obras del Palacio; que era *muy grand maestro de azulejos e de pilas e de todas las cosas de su oficio que no lo hay otro tal en el reino..... que de portogal e de otras partes lo bienen á buscar e lleuar de su obra; y que si en otra parte estoviese se le faria grand merced porque se biniera a bevir a esta ciudad.*»

En el asiento á que nos referimos consta también que después de ser declarado franco «había crecido su facienda,» y este dato lo confirma él mismo en la escritura de fundación de la capellanía que en 1507 instituyó en Santa Ana de Triana.

No conocemos pila bautismal ni obra cerámica que seguramente pueda atribuirse al maestro Ferrán Martínez; acaso algunas de las que mencionaremos procedió de sus talleres; pero ni su firma hasta ahora parece, ni sabemos por dato fidedigno dónde están las que fabricó, y habremos por fuerza de contentarnos con consignar los datos biográficos que anteceden, los cuales demuestran hasta la evidencia la importancia y significación del obscuro *ollero,* como así es nombrado en la escritura de fundación de su capellanía, cuya calificación tan modesta y vulgar nunca nos habría inspirado la sospecha de que ocultaba un artífice de tanta valía.



Fig. 3. – Pila bautismal, obra de Juan Sánchez Bachero, que se conserva en la iglesia de Santiago de Carmona

Por cédula del emperador fecha en Monzón á 13 de septiembre de 1533, se mandó á los oficiales de la Casa de la Contratación de Sevilla que se comprasen dos pilas bautismales de barro vidriado, para que las llevase á Tierra Firme fray Tomás de Berlanga, obispo de aquella región, las cuales fueron compradas de Hernando de Olmedo, vecino de Triana, en precio de seis ducados de oro, según libramiento de 29 de agosto de 1534. De este artífice no hemos tenido la suerte de hallar más antecedente que el consignado en el Libro de Fábrica de esta Catedral del año 1512, en el cual consta que se le pagaron «120 maravedís por ciertas jarras que dió para las bóvedas de la capilla de la antigua.» Débese de advertir que en dicho asiento se le nombra *ollero* y en la carta de pago de la casa de la Contratación *tinajero,* lo cual demuestra, como dejamos dicho, que entre los antiguos usábase indistintamente de uno ú otro calificativo para designar á los artífices ceramistas.

Juan Sánchez Bachero nos dejó muestra acabada de su pericia en el manejo del barro con la hermosa pila bautismal que se conserva en la iglesia de San Pedro de Carmona (fig. 2), cuyo dibujo, fielmente hecho á la pluma (porque no se halla en condiciones de ser reproducida por la fotografía), debemos á la bondad de nuestro muy estimado discípulo el distinguido pintor D. Manuel de la Cuesta.

Tan notable ejemplar contiene interiormente la firma de aquel maestro, escrita en caracteres góticos, con vidrio verde sobre fondo blanco y en la forma siguiente: me fiso juan sanchez bachero.

Interminable sería la nómina de fabricantes olleros que podríamos aumentar á los tres nombres citados, comenzando con maestre Ali y maestre Hamete Aguja (1435 y 1466 respectivamente), y sus sucesores Juan de Córdoba (1498), Lucas de Cabrera (1534), Pedro de Cabra (1546), Roque Díaz (1558), Pedro Antonio Cambarino (1584), con otros muchos más que florecieron en la siguiente centuria.

Varias son las pilas bautismales que conocemos de barro cocido y vidriadas de verde en diversos pueblos de Andalucía, y desde luego, dadas sus grandes proporciones, salta á los ojos la pericia en el manejo del barro de aquellos alfareros del siglo XV ó de los albores del XVI, época á la cual pertenecen las examinadas por nosotros; pues es sabido la dificultad que ofrece la cochura de piezas de mucho espesor, expuestísimas á rasgarse y á saltar con el extraordinario fuego que alimenta nuestros hornos, cuya forma y disposición, dicho sea de paso, es exactamente igual á la empleada en los siglos pasados, y no creemos ocioso advertir que la industria alfarera contemporánea válese de los mismos procedimientos que usaron los musulmanes, y hasta los artefactos y utensilios que se emplean conservan todavía sus nombres de indudable origen sarraceno.



Fig. 4. – Pila bautismal que se conserva en el hospital de San Lázaro de Sevilla

Todas las pilas que hemos visto, y otras de que sólo tenemos noticia, hállanse vidriadas de verde, y esta operación es también harto difícil para conseguir que el cobre, al licuarse por la acción del fuego, permanezca fijo en las varias superficies exteriores que ofrecen los adornos de la pieza, en vez de chorrear, buscando por su peso las partes bajas y dejando por consiguiente desprovistos del vidrio los puntos más salientes, como tallos, hojas, piñas y demás motivos ornamentales de gran relieve. Salvaron, pues, este otro escollo los antiguos industriales con gran pericia, según lo demuestran las pilas en cuyo estudio nos ocupamos, las cuales presentan un tono general de vidrio verde obscuro, si bien adviértese en algunas de sus partes más cargazón del esmalte, mientras que en otras se observa éste más debilitado por la acción del fuego.



Fig. 5. – Pila bautismal de Talhara que conserva el Excmo. Sr. conde de Casa Galindo

(1) El Sr. D. Rodrigo Amador de los Ríos. *Mus. esp. de antigüeds.*, tomo III, pág. 482.

Las reproducciones fotográficas que ofrecemos nos excusan de hacer detallada descripción de los originales; pero juzgamos pertinente consignar que en unas alternan los adornos de relieve con las tenas, roleos, escudetes y efigies de santos, á más de otros que fueron impresos en el barro antes de ser cocido, y que consisten en monogramas de ihs (Jesús) y de ma (María), ó las iniciales y (Isabel) y f (Fernando) coronadas, alternando con castillos, leones, lises, florones ornamentales, coronas y entrelazos de carácter musulmán, etc. Todos estos adornos están, como dijimos, unos grabados ó impresos en el barro con plantillas que serían de hierro ó de madera, y vense salpicados al antojo del ceramista por las distintas partes de las pilas; otros que son de relieve, fueron moldeados primero y después aplicábanlos al objeto, sin que en muchas ocasiones tuviesen para nada en cuenta la armonía de la decoración.

Empleáronse estos mismos procedimientos ornamentales en la decoración de las tinajas; y también en unos objetos de forma cilíndrica, de unos sesenta ú ochenta centímetros de alto por veinte de diámetro, que parecen destinados á conservar quesos, y de los cuales conocemos también algunos ejemplares. Concretándonos á las cinco reproducciones que ofrecemos de otras tantas pilas bautismales, podemos decir que las figuras 1, 2 y 4 son muy parecidas en sus formas generales y en sus dimensiones, siéndolo también las 3 y 5, variantes de las tres citadas.

Existe la primera en la ermita de Nuestra Señora de Gracia de Archidona; la segunda en la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Concepción de la ciudad de la Laguna de Tenerife; la tercera en el templo de Santiago de Carmona; la cuarta en el hospital de San Lázaro de Sevilla, y la quinta procedente de la iglesia del hoy deshabitado lugar de Talhara, cerca de Benacazon, provincia de Sevilla, la conserva en su casa el Excmo. Sr. conde de Casa Galindo, en cuya familia radica el señorío de la mencionada villa. La primera varía mucho en cuanto al procedimiento empleado en su decoración, pues la adornan círculos, conchas, rosetas en forma de margaritas, lises y figurillas, piñas, castillos, monogramas de *ihs* (Jesús) y de *ma* (María), todo moldeado aparte y sobrepuesto á las superficies de la taza y del pedestal. En el borde, en la parte media de la taza y en las superior é inferior del cilindro, la rodean cordones con nudos, como los de la orden franciscana, motivo que vemos también aplicado á la de San Lázaro. Las figuras 2, 3 y 4 hállanse enriquecidas, la de Tenerife con piñas, ya separadas, ya formando grupos de á tres; la de Carmona con hojas de parra, habilísimamente dibujadas con cierto convencionalismo, á la manera gótica, y la de San Lázaro, también con piñas, rosas y tallos de gran relieve.

En cuanto á la de Talhara sólo ofrece relevada y en el tercio superior junto al borde una serie de piñas que van alternando con águilas impresas en el barro por medio de plantillas, procedimiento que emplearon en los castillejos del borde, y en los que terminan la decoración á la mitad próximamente de la pieza, así como en los pajaritos colocados al pie de las águilas citadas y sobre los castilletes que terminan las ornatos de las pilas.

Obligados ya á terminar, consignaremos antes que los referidos ejemplares nos parecen producto de nuestros ceramistas de la segunda mitad del siglo XV.

Acaso la pieza más antigua de las que ofrecemos sea la procedente de Talhara: encontramos su forma más elegante que las de las otras, y juzgada de primera impresión, parece un objeto de arte musulmán, por conservar más acentuada la tradición sarracena, mientras que en las restantes revélase más francamente el arte cristiano.

Sevilla, mayo de 1899. — J. Gestoso y Pérez

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

Mondáriz. – Los propietarios del establecimiento minero-medicinal de Mondáriz han publicado un álbum-guía, en el cual, además de todas las indicaciones necesarias para los enfermos que hayan de tomar aquellas aguas, insértanse multitud de artículos y poesías debidos á nuestros primeros literatos y dedicados todos al balneario: entre las firmas que en el álbum figuran citaremos las de Castelar, Núñez de Arce, Emilia Pardo Bazán, Vital Aza, Grilo, Pulido, Vincenti, Mellado, Arniches, Extremera, Cantó, Taboada, Sepúlveda y Echegaray. Ilustran el álbum una elegante cubierta de Arija, multitud de viñetas y preciosas reproducciones de fotografías de Company, Baños y Martín y Peinador.

Recién casada. Cartas á una amiga, por *Carlos M. Soldevila.* – Constituye este libro una novela desarrollada en forma epistolar: la acción se desenvuelve en las confidencias de una joven á su amiga de colegio, y el interés que el asunto despierta está avalorado por los primores de sentimiento y las bellezas de estilo que el conocido escritor Sr. Soldevila ha prodigado en su libro. Publicado éste por el editor barcelonés Sr. Tasso, véndese á una peseta.

Futesas literarias, por el *Dr. Thebussem.* – El conocido editor barcelonés D. Juan Gili, prosiguiendo en su laudable propósito de hacer de su «Biblioteca Elzevir ilustrada» una publicación á la altura de las mejores en su género, ha reunido en el volumen décimonoveno de la misma varios artículos del justamente célebre y popular escritor D. Mariano Pardo de Figueroa, más conocido por el seudónimo *Dr. Thebussem.* No hemos de elogiar los trabajos en el tomo contenidos, pues nadie ignora la competencia con que el autor trata las más variadas materias, el interés que sabe prestar á los temas más insignificantes, la gracia con que expone los asuntos más serios y el estilo castizo y elegante que embellece sus escritos. *Futesas literarias*, que lleva bonitas ilustraciones de J. Fabré Oliver, se vende á dos pesetas.



La esposa del pescador, cuadro de Juan Bartels

Las abejas, por *H. Hamet.* – No es preciso encarecer la importancia de la apicultura: cultivada desde la más remota antigüedad, ha alcanzado modernamente en muchos pueblos adelantados un desarrollo tal que constituye en ellos una fuente importante de riqueza. Pocos países se encuentran en mejores condiciones que el nuestro para explotar esta productiva industria, y sin embargo en España, salvo raras excepciones, no se atiende como se merece á la cría de abejas, utilizándose todavía los procedimientos anticuados y rutinarios y mirándose con indiferencia los procedimientos perfeccionados que convierten la apicultura en negocio lucrativo. A fomentar la afición á este arte, á difundir los métodos racionales para su cultivo está dedicada la importante obra de Hamet, cuya segunda edición acaba de publicar en esta ciudad el conocido editor D. Manuel Saurí. La obra que nos ocupa enseña el modo de criar las abejas y de beneficiar sus productos por medio de los sistemas más modernos al alcance de todos los agricultores, y para demostrar hasta qué punto es completa, bastará decir que trata, entre otras, de las materias siguientes: el ser de la abeja, fecundación y educación de la cría, detalle de las colmenas comunes y compuestas, cuidados que necesitan las abejas, elaboración de la miel, hidromiel, consideraciones económicas, fundación y depuración de la cera, origen de ésta, definición jurídica del abejar y manera de adquirir la propiedad de los enjambres y sus productos. El libro, ilustrado con algunos grabados, véndese á tres pesetas.

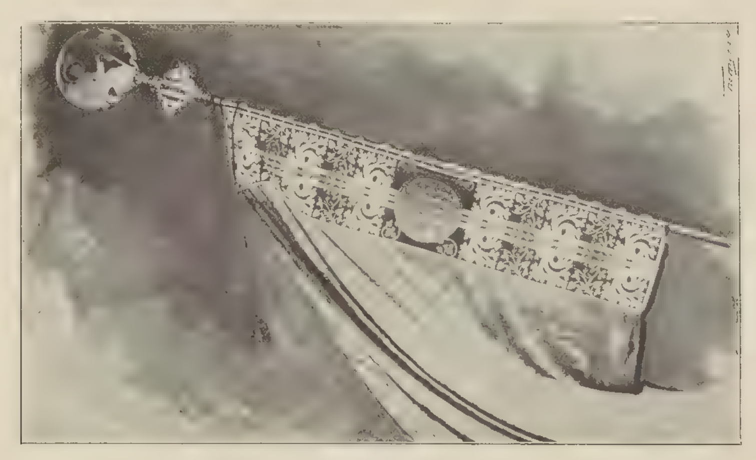
Notables documentos que pueden servir para la historia de la guerra provocada por los Estados Unidos contra España en 1899, por *G. G.* – Folleto publicado en Panamá, en el cual ha recopilado su autor una multitud de artículos y cartas de personajes españoles, cubanos y norteamericanos, por los cuales se demuestra la perfidia con que procedieron los Estados Unidos contra nuestra nación. Son documentos auténticos y de gran interés para el que quiera algún día escribir imparcialmente la historia de una guera que ha sido una verguenza para la civilización y un escarnio de todo principio de derecho internacional y cuyas fatales consecuencias se sentirán en plazo más ó menos lejano.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XVIII — Barcelona 17 de julio de 1899 — Núm. 916

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



Estandarte del Círculo Artístico de San Lucas



Sobre el hielo, cuadro de Luis Masriera (Exposición del Círculo Artístico de San Lucas)

ADVERTENCIA

En el presente número termina la preciosa novela del afamado escritor francés Jorge Ohnet *En el fondo del abismo*, que no dudamos habrá complacido en extremo á nuestros suscriptores y que ha constituído en Francia un verdadero acontecimiento literario, no sólo por el interés de su argumento y por la belleza de su forma, sino que también por haber planteado en ella su autor un problema de actualidad, tratando con la maestría que le caracteriza la cuestión palpitante siempre, pero ahora más que nunca, de la infalibilidad de la justicia y de los errores judiciales.

En el número próximo comenzaremos á publicar otra novela de distinto género, aunque no menos interesante, del conocido novelista H. S. Forge: titúlase *Corazón de sacerdote*, y es una apología de la abnegación, del sacrificio propio en aras del deber y de los más nobles ideales, encarnada en un ministro de Dios. Obra llena de sentimiento, su lectura cautiva, así por la habilidad con que la acción se desarrolla, como por el fin moral que el autor ha perseguido.

Esta novela irá ilustrada con bellísimos dibujos de Marchetti.

SUMARIO

DE EUROPA

El *Congreso internacional de la Mujer* se celebra en Londres, rodeado de aparatosa solemnidad, con el apoyo y simpatía de las más altas señoras del Reino Unido y bajo la presidencia de una vireina, la del Canadá, Lady Aberdeen. No he olvidado el género de sorpresa que me causó la invitación para tomar parte en este Congreso: fué leer, al pie de la convocatoria, tantos nombres de señoras portadoras de títulos nobiliarios, que aquello parecía reseña de fiesta del gran mundo: *ladies*, duquesas, condesas de históricos apellidos, representantes de la aristocracia más entonada, más rica y sólidamente establecida de Europa, en quien la tradición reluce con dorada pátina y adquiere la densidad del mármol. Desde España, observaciones de esta índole tienen que extrañar forzosamente. Si aquí se diese el caso nada verosímil de reunirse un *Congreso internacional de la Mujer*, ya podemos predecir qué elementos femeninos lo compondrían en su mayoría, recordando los que acudieron, salvo contadísimas excepciones, en el *Centenario de Colón*, al *Congreso pedagógico* de Madrid. Elementos merecedores de respeto y de alabanza, muy dignos sin género de duda, pero entre los cuales carecían de representación proporcional las clases que en Inglaterra tan eficazmente cooperan á la obra civilizadora.

Bien hubiese querido deferir á la invitación de las señoras inglesas y acudir á Londres en la fecha señalada, de fines de junio á la primera quincena de julio: tentábanme á ello, más aún que lo favorable de la estación, mis convicciones varias veces probadas, favorables á la causa del adelanto, cultura y derechos de la mujer. El espectáculo del Congreso me prometía placer, edificación y enseñanza. Debe de ser curioso é interesante en grado sumo. Representaos, al lado de las damas europeas vestidas á la última moda, con la alta y sobria elegancia que enseña la posición, las delegadas venidas de los países exóticos, que, dando una prueba de buen gusto, se presentan con su traje nacional. Vierais allí las indianas envueltas en sus blancas túnicas; las chinas de recargada y bordada vestidura de colorines, de moño de relucientes cocas; las japonesas que parecen escapadas de la decoración de un servicio de te; las javanesas todas cubiertas de collares y joyas bárbaras, como ídolos de pagoda. Vierais hasta una negrita de crespos cabellos y dientes de blanco esmalte descubiertos por el ingenuo sonreir: criatura de Dios que quiere ser dos veces redimida, de la esclavitud que pesó sobre la raza y de la esclavitud que pesa sobre el sexo. Lo que probablemente no vierais – y digo *probablemente* porque no estoy de ello segura, – es una española. Cuando hube de manifestar los motivos que me impedían concurrir á Londres en el mes de junio, declararon las señoras organizadoras del Congreso que se encontraban en apuro por lo que á España respecta, no sabiendo á quién dirigirse para que no careciese nuestra patria de representación. Érame imposible, después del viaje á Francia en abril y mayo que la Conferencia de París me impuso, abandonar otra vez mis quehaceres y pasar de nuevo la frontera mes y medio después de haber regresado á mi casa. En España – dije á la Comisión – sobran señoras de talento y aptitud, de relevantes cualidades, que harían en el Congreso excelente papel; únicamente es de temer que estas señoras ó no puedan ó no quieran asistir. Ni somos los españoles animados para lo que á asambleas internacionales respecta, como se demostró en el último Congreso de la prensa celebrado en Lisboa, donde, á diferencia de las demás naciones que enviaban delegados numerosos, nosotros estuvimos representados por *un solo* periodista – como la república de Transvaal. – Ignoro si se han realizado mis temores, si ha quedado desierta la representación de España en el Congreso londoniano. ¡Ojalá que alguna compatriota mía se cuente en el número de las damas á quienes festeja estos días lo más granado de la capital de Inglaterra!

***

Mientras esta pacífica Asamblea se reune en Londres, y en el Haya todavía resuena el eco de las arengas y los debates propuestos al suspirado establecimiento de la paz universal, la sorda aspiración á la guerra europea, mantenida por las ambiciones nacionales, se revela en incidentes como la captura del general Giletta – sentenciado á cinco años de presidio – que á pretexto de pedalear reconocía las fortificaciones francesas en los límites de los Alpes, y las entradas y salidas de gargantas y desfiladeros. Y observad las anomalías inherentes á la guerra y á la paz armada: de ese hombre que expuso su seguridad, su vida acaso, por averiguar noticias que importan á su patria, no saben los mismos franceses decir con certeza si merece aplauso ó es digno de menosprecio y baldón; el espía de aquende los Alpes puede convertirse en el héroe y el patriota de allende.

Entre los que fusilarían á Giletta y los que le galardonarían, otra opinión se abre camino, la positivista, que destruye el romántico prestigio de las novelas de espionaje y priva de ciertos recursos á los autores dramáticos y á los novelistas. Esta opinión es la de que los informes de los espías poco ó nada sirven, dado que las funciones de guerra nunca se desarrollan con arreglo á las previsiones y cálculos hechos en tiempos de paz. Así piensa y siente el gran León Tolstoy en su *Fisiología de la guerra*, y así muchos franceses, hartos ya de melodramas terroríficos y de traidores con música de Verdi en el tercer acto de *Aida*. Que la extraña combinación de la guerra obedece en parte á imprevistos azares y contingencias, es muy cierto, y que los informes aislados de un espía no influirán sensiblemente en el desarrollo y solución de un conflicto internacional, cabe afirmarlo sin error. Con todo, y pese al fatalismo de Tolstoy y al desdén que inspira en Francia el italiano ciclista y general, á quien tienen por un chiflado como aquí tuvieron al general Fuentes, el de la bofetada al embajador marroquí, no se crea que *cierto espionaje* científico sobra: en los momentos supremos de una guerra, la preparación y organización de las fuerzas de que disponga cada país, el estado de conciencia, vigor y cultura de ese país mismo, son datos que permiten establecer un cálculo de probabilidades acerca del éxito. Mala y vitanda cosa es la guerra, y peor si el país que se ve compelido á hacerla no ha pensado en ella hasta el momento crítico.

***

Italia – tan abatida, tan malparada, la *hermosa mendiga* de mediados de este siglo – ya defiende y reivindica sus títulos de potencia fuerte, no sólo escudriñando y estudiando los flacos de la frontera alpina, sino procurando con bastante energía la expansión colonial. Depretis inició esta política, adquiriendo derechos sobre la bahía de Assab, en el litoral del Mar Rojo: á esta primer tentativa siguió el auxilio prestado á Inglaterra para consolidar su poderío sobre el Egipto, venciendo al belicoso y poético Mahdi y sojuzgando al Sudán, y la *pérfida Albión*, fingiéndose amiga para ser señora, se reservó lo más salubre del Egipto y regaló á Italia los palúdicos terrenos de Massaouah, después las mesetas de Abisinia, punto estratégico que convenía á los ingleses tener guarnecido por una nación aliada. Aceptaron los italianos resignándose con lo que no podían evitar, pero pujaron hacia el corazón del país, hasta tropezar con otro héroe de obscura tez, ese Negus Menelik, que ha ejercido singular magnetismo sobre la imaginación de Europa. Al chocar los abisinios con los italianos, los *hombres de bronce* llevaron la mejor parte; estaban en su país, defendían su territorio, que conocían palmo á palmo. Y es indudable que el mundo civilizado hizo causa común, más bien que con Crispi, con Menelik, el *bárbaro* simpático y lleno de energía. Francia sobre todo es acérrima entusiasta de Menelik, porque el triunfo de Italia en los límites de la Eritrea y su continuo empuje por el lado de las cordilleras de Asmara, equivale á la preponderancia definitiva de Inglaterra, afirmada, á costa de la altivez francesa, en el conflicto de Fachoda.

***

Y entretanto, Alemania sigue trabajada por la roezón é inquietud insaciable del socialismo. El país de la filosofía idealista, del racionalismo abstracto y de los sistemas *redondos*, tenía que ver desarrollarse en su seno esa concepcion que no sé si llame política, pues la considero una ideología lógica, lo más contrario á la política humana, en la cual entra tanto y tan indispensable ilogismo, tanta concesión á lo instable y contradictorio de la realidad. Los proyectos de ley sobre las huelgas en el Reichstag, han removido las pasiones y provocado el choque de los inconciliables adversarios. Aspiraba la derecha, no á reprimir con violencia y coacción las huelgas, sino solamente á garantizar el derecho del individuo dentro del impulso colectivo; á sostener contra sus compañeros al obrero que no quisiese en la huelga tomar parte. Respetad, decían, en nombre de la libertad, el derecho estricto del que, ó satisfecho de su estado actual ó temeroso de empeorarlo, no quiere correr los albores del paro, no quiere interrumpir la labor con que gana el pan de cada día. No prevaleció esta aspiración de los individualistas, contra la cual se alzó tronando Bebel, el tornero aquel á quien recordé, con ocasión de publicar traducida una obra suya, *La mujer ante el socialismo*, que la mejor demostración de que no son tan tiránicas como supone las vallas sociales, para los varones se entiende, es su propia persona, su propio destino en el mundo. Bebel, artesano humilde, ha conseguido sentarse en el Reichstag y hacer las leyes por las cuales se rige su patria.

***

Ya se acerca á su desenlace el asendereado y gravísimo asunto Dreyfus, ante el cual pierden importancia los disturbios de Bélgica y todo cuanto puede suceder y sucede actualmente en Europa. Pesadilla de la razón, renovación de luchas de raza que algunos juzgaban extinguidas – á pesar de los alarmantes síntomas observados en Polonia, Hungría y Alemania, donde las agitaciones antisemíticas costaron á menudo sangre, lo mismo que si estuviéramos en la Edad Media, y se llevase aún el gorro amarillo con la rueda infamatoria, – la suerte de Dreyfus tiene á estas horas en suspenso al mundo, y hacia la celda de la prisión de Rennes confluyen las simpatías y las lástimas de todos los que careciendo de opiniones políticas, tienen sensibilidad. Es error siempre en los que pugnan por una causa, proceder de tal manera que se enajenen la voluntad de las gentes compasivas, indiferentes á las ideas. Los compasivos forman una *masa neutra*, como ahora se dice, siempre dispuesta á colocarse al lado del que sufre, del oprimido, del que padece persecución. Aunque la persecución no fuese injusta, el perseguido infunde piedad. Encerrad al mayor criminal, torturadle en su cuerpo y en su alma, que con él sean torturados los inocentes – esposa, hijos – y en seguida se formará á su alrededor una atmósfera de indulgencia, casi de complicidad, por lo menos de excusa. ¿Qué sucederá cuando el reo, criminal para unos, es para otros mártir? No conviene tener en contra las lágrimas. Una lágrima es la gota de agua que más pronto y más hondo socava la piedra.

EMILIA PARDO BAZÁN

BARCELONA. - IV EXPOSICIÓN DEL CÍRCULO ARTÍSTICO DE SAN LUCAS

Sólo el eco del aplauso tributado en extranjero suelo á las manifestaciones del arte español llega débilmente hasta nosotros. Parece como que por efecto de hondas perturbaciones se agotara la inspiración y se agostaran los que antes suponíamos sazonados frutos. La prensa de otros países danos á conocer, de vez en cuando, el lisonjero juicio que merecen las obras de algunos artistas meritísimos que sostienen, lejos de su patria, el glorioso estandarte del arte nacional. En cambio, en nuestro país la mayoría de las producciones revelan vacilación, duda, olvido de ideales y de tradiciones de escuela. La Exposición Nacional que acaba de celebrarse es testimonio irrecusable del decaimiento artístico de algunas regiones.



COGIENDO FLORES, cuadro de J. Berga y Boada

Triste es confesar nuestra decadencia, pero justo es exponer las causas que la han producido para tratar de evitarlas. La procacidad revolucionaria trajo consigo una corriente que no era la nuestra, contagiando á un buen número de artistas que sin percatarse de las consecuencias y con el solo afán de lograr popularidad, trataron de cultivar una escuela que tiene razón de ser en otros países, pero no en el nuestro, en donde no puede ser sentida ni interpretada. El grupo, reducido al principio, fué ensanchando su esfera de acción á medida que el aplauso cundía y que la crítica ensalzaba, sin darse cuenta que el público, convertido en censor, no aceptaba las obras que consideraba como exóticas producciones. Los iniciadores lograron, sin embargo, su propósito, pudiendo alcanzar la notoriedad que les tributaron sus amigos y que probablemente no hubieran obtenido hasta poseer mayores méritos y mayor suma de conocimientos; pero sus triunfos, á pesar de ser efímeros y fugaces, han producido la perturbación y la completa dislocación del arte catalán.

Atravesamos un período de quietismo: ha cesado el movimiento colectivo que antes sorprendía y deslumbraba. Es que á los artistas ya no les ensordece el penetrante clarín con que el pregonero anunciaba mentidos triunfos, y comprenden que para lograrlos en el arte es preciso que tengan por base indiscutibles méritos. Los utópicos ideales revolucionarios no pueden hoy implantarse en nuestra patria, y sólo inspirándose en elementos propios y en tradicionales conceptos puede el arte español recobrar su antiguo y merecido abolengo.

Una asociación artística de reciente creación, una reunión de artistas agrupados bajo la égida de un santo, artista también, el Círculo de San Lucas, danos muestra, por medio de una manifestación colectiva, de una exposición organizada en su domicilio social, de su laudable empeño de restauración ó de encauzamiento artístico. Cierto es que ni el número ni la calidad de las obras que se expusieron bastan para borrar el recuerdo de las equivocaciones y de los errores ayer cometidos; pero no ocultamos nuestra satisfacción al observar los nuevos derroteros que felizmente persiguen los artistas afiliados al Círculo de San Lucas, con mayor motivo cuando consideramos la exposición como el primer jalón fijado en la noble empresa de reivindicar las antiguas glorias.



NOTICIAS DE LA GUERRA, cuadro de Dionisio Baixeras

No ha superado esta exposición á las anteriores asimismo organizadas por el Círculo, ni se han destacado en ella producciones verdaderamente geniales; pero en cambio pudo notarse una unidad, producto ó resultado de la nueva evolución. La exhibición ha sido provechosa y en extremo plausible el esfuerzo de los artistas que en ella han tomado parte, puesto que constituyen agrupaciones bien definidas y confundidos todos por la identidad de sus aspiraciones.

Puede afirmarse ya que el movimiento evolutivo se ha iniciado á completa satisfacción de cuantos nos interesamos por el progreso artístico de nuestro país. La perturbadora nota de importación transpirenaica preséntase amoldada á las tonalidades que determina la luz en nuestro país, resultando precisa y justa. De ahí que cautivan por su entonación, por el ambiente y por el sentimiento delicado que entrañan los lienzos de Juan Llimona titulados *La pubilleta* é *Interior*, impregnados de poesía, y el hermoso grupo formado por un anciano pescador y una gentil muchacha titulado *Noticias de la guerra*, obra de Baixeras, tan maestro en interpretar asuntos y cuadros de costumbres de la gente de mar. Análogas observaciones nos merecieron los hermosos paisajes de Mas y Fontdevila, José Masriera y del olotense José Berga, saturados por las montañesas brisas, aromatizadas por silvestres plantas, frescos y jugosos, y el *Torrente de Guitart*, del Sr. Vives. El vilanovés Sr. Llaverías, que ya alcanzó merecida recompensa en la Exposición bienal última de esta ciudad, ha exhibido dos

lienzos de sport náutico, uno de ellos muy recomendable, titulado *Saludo al pabellón,* que atestigua su competencia y buen gusto. Distinción revela la bonita figura expuesta por Antonio Utrillo, y laudables esfuerzos el efecto de nieve de Luis Masriera, que trata de seguir las tradiciones artísticas de su familia. Un buen número de jóvenes pintores han aportado producciones discretamente ejecutadas, entre las que merece especialísima mención el notable retrato de nuestro querido compañero Buenaventura Basegoda, obra de Luis Graner, que aparece, como siempre, ajustadísimo en sus estudios de penumbra.

Escasa ha sido la representación del grupo escultórico; pero aun así, hemos de citar en primer término el notable estudio de José Llimona para el grupo que proyecta ejecutar titulado *El hombre guiando á la fuerza,* modelado con la amplitud y la robustez del gran arte; el bajo relieve en mármol de Clarassó representando á María Magdalena, y el busto de Tarcisius, modelado por Celestino Devesa.

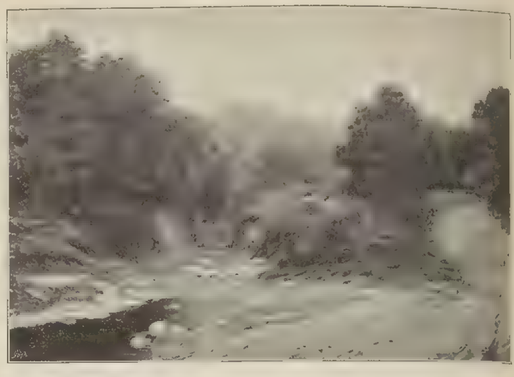
Figuran asimismo dos proyectos para vidrieras, ejecutados por Riquer, de quien son también los elementos decorativos de la señera ó estandarte del Círculo, remedo de los que usaban las agrupaciones gremiales de nuestro país en los tiempos medios, varias obras de lienzo fajado, admirablemente ejecutadas por los Sres. Masriera y Campins, y otras decorativas labradas por el inteligente Sr. Oliva.

Tal ha sido la Exposición organizada por el Círculo artístico de San Lucas, cuya significación no puede desconocerse, ya que ha de considerarse como un paso dado para lograr el encauzamiento de la que antes fué desbordada corriente artística.

A. García Llansó



Camino de Olesa, cuadro de José Masriera



Torrente del Guitart, cuadro de Pedro Vives



En la playa, cuadro de Antonio Utrillo

AZUCENICA

Dobló la diligencia un recodo del puerto y quedó éste desplegando á nuestra vista toda la hermosura de sus agrestes y tortuosos laberintos. Estábamos en el corazón del Moncayo, entre Cabrilleja y Hondonilla, dos pueblecitos serraniegos que parecía haber querido aislar la naturaleza oponiendo entre ellos bosques y montañas, ríos y abismos. Todo lo allanó sin embargo, el esfuerzo de los hombres. Fué labor de muchos años, trabajo de muchas generaciones; pero los dos pueblos se buscaron hasta encontrarse, y ahora viven y se comunican diariamente como si fuesen dos hermanos que habitan hogares vecinos.

– Mire usted, me dijo el mayoral al llegar á lo más culminante de la subida, aquél (y señalaba con la fusta) es el puente de las *Golondrinas* y allí empieza lo más peligroso del viaje.

No necesitaba ponderarlo mucho aquel buen hombre, porque á la vista saltaban los riesgos de la caminata.

El puente de las *Golondrinas* saltaba la profunda cortadura de las montañas rivales en elevación y enmarañadas asperezas; y á partir del puente seguía la carretera colgada entre abismos, torciendo bruscamente de un lado á otro como si huyese de las fauces sombrías que por ambos flancos la acosaban.

Una cruz, en cuyos brazos colgaba la hiedra guirnaldas y festones, aparecía á la entrada del puente, evocando, aun en los espíritus más cerrados á la fe, la idea consoladora de una divinidad tutelar del viajero en aquellos enriscados parajes...

Bien calzadas las llantas, oprimido el torno y refrenado el tiro, avanzó la diligencia hacia el puente, y al entrar en él saludó el mayoral á una mujer sentada en la gradería de la cruz diciendo jovialmente:

– Buenas tardes, *Azucenica.*

– ¡Vayan con Dios!, exclamó melancólicamente la interpelada; y al levantar la cabeza para corresponder al saludo mostró una faz envejecida por el sufrimiento y unos ojos sin luz como los de una muerta.

– ¿Es ciega?, pregunté al mayoral.

– Sí, señor, me dijo. ¡Pobrecilla!

– ¿Y por qué la llaman *Azucenica?*

– Por costumbre..., porque esa desgraciada era no hace muchos años la moza más jovial y primorosica de Cabrilleja. Pero desde que murió Andresillo...

– ¿Y quién fué Andresillo?

– Su novio, señor, su novio.

– ¿Y donde murió?

– ¡Otra! Pues ahí *mesmo,* despeñado, á la entrada del puente, donde hemos visto la cruz..., ¡allí, donde está *Azucenica* llorándole siempre!..

Y ahora, lectores, oíd lo que me contó el mayoral de Cabrilleja mientras seguíamos el caminito de Hondonilla.

María, me dijo, nació en la parte alta de Cabrilleja, cerca de los Encinares, donde está la barriada de los Leñadores, y era hija de uno de los más ricos y afortunados del oficio.

Cuenta la gente que en el bautizo, mientras el cura entre latines é hisopazos cristianaba á la pequeña, su abuela, sin poder reprimir el júbilo que llenaba su alma, exclamó besando las carnecitas blancas y suavísimas de la nieta:

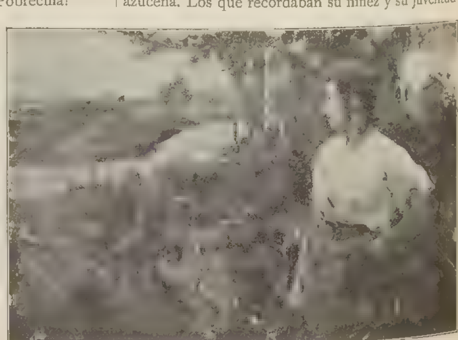
«¡Virgen mía, si *paice* una *azucenica!*»

Cayó en gracia el dicho, y desde aquel instante



La pubilleta, cuadro de Juan Llimona

puede decirse que quedó bautizada la chicuela, pues el nombre poético y cariñoso que la dió entre besos la abuelita hizo olvidar para siempre el de María, inscrito con toda solemnidad en los libros de la iglesia parroquial de Cabrilleja. ¡Y qué bien le cuadraba el mote á la chiquilla! Si una azucena pudiera convertirse en mujer, hubiese sido como María; si María hubiera podido convertirse en flor, hubiera sido una azucena. Los que recordaban su niñez y su juventud



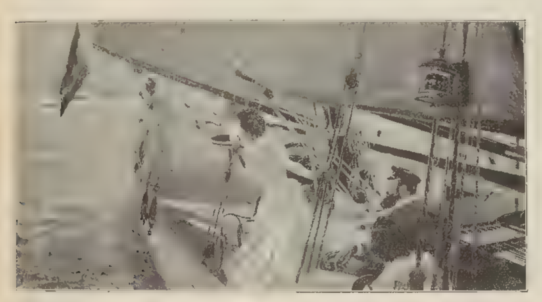
Primavera, cuadro de Arcadio Mas y Fontdevila



ESTUDIO PARA EL GRUPO «EL HOMBRE GUIANDO LA FUERZA,» escultura de José Llimona

decían que había sido blanca y rubia, esbelta y delicada como la flor de su nombre.

Muchacha tan cabal no podía menos de ser codiciada por los mozos cabrillejeros. No hubo, pues, ronda de cantores ni banda de guitarros que pasase de largo por su puerta; ni tampoco faltaron, adornando su ventana, ramos que al amanecer pregonaran secretas ansias de nocturnos amadores. De todos ellos



SALUDO AL PABELLÓN, cuadro de Juan Llavería

triunfó Andresillo, y la elección fué acertada, pues el elegido no tenía rival en punto á bondad de corazón y gallardía de cuerpo, constancia en el trabajo y habilidad en el lucro. Su oficio era el de postillón, muy remunerado entonces porque era el puerto la única vía de la sierra y el tránsito obligado de los que tenían intereses en cuantos pueblos y ciudades encierra por aquella banda el Moncayo.

Cierta tarde tornaba Andresillo con su diligencia, después de haber estado cinco días ausente de Cabrilleja. El mozo volvía contento y alegraba los caballos con la fusta para que repicasen con estrépito las esquililas de las colleras.

Apenas echó pie á tierra se dirigió á casa de *Azucenica,* y tan distraído iba con sus pensamientos el mozo, que no observó que otros á quienes encontró en el camino le miraban con cierta perplejidad y cuchicheaban misteriosamente entre sí.

– ¡Eh, Andresico!, dijo por fin uno de ellos.

– ¿Qué se ofrece?, preguntó el postillón haciendo alto.

– ¿Vas á los Encinares?

– Sí.

– ¿Y no sabes lo que ha pasado allá arriba?

– ¡No!

– ¿Pero no te han dicho nada de *Azucenica?*

– ¡Otra!.., ¡que no he dicho!

– Pues...

Aquí titubeó el mozo y por fin rompió diciendo:

– Pues, *na,* chico, que no te lo digo; sigue *alante* y anda con Dios.

Andresillo quedó lleno de dudas. Quiso primero seguir á los mozos, pero una angustia incomprensible que sintió en el alma le impulsó hacia los Encinares.

Llegó jadeante y allá entre las encinas y las jaras descubrió la casa de *Azucenica*... Algo tienen los hogares donde guardamos nuestros afectos cuando los visita la desgracia..., diríase que sobre ellos flotan las sombras de los crepúsculos más tristes... Y así vió Andresillo el hogar de *Azucenica.* ¿Qué había ocurrido? Pronto lo supo el desgraciado.

El mismo día que él salió de Cabrilleja descargó sobre el pueblo horrible tormenta. Los picos de la sierra se cubrieron de nubes espesas y cárdenas que un viento furioso revolvía y enzarzaba en combate tremendo, cuyo eco parecía ser el trueno repetido de cumbre en cumbre. A él le había sorprendido la nube en medio del puerto, que cruzó decidido y animoso, combatido de frente por la lluvia y el viento y acordándose con deleite de la risueña casita de los Encinares, donde tal vez en aquel momento la mano piadosa de *Azucenica* encendía por él los cirios consagrados en la fiesta de Nuestra Señora de las Candelas. No tuvo tan buen refugio la pobre niña. Cuando sonó el primer trueno estaba en lo alto de los encinares, junto á su padre, á quien la proximidad de la invernada hacía activar los trabajos.



INTERIOR, cuadro de Juan Llimona

Azucenica se dirigió sola al pueblo, esperando llegar antes de que arreciase la nube. No era muy larga la distancia, pero sí muy quebrado y áspero el camino; así es que la niña avanzaba con trabajo, santiguándose cuando brillaban los relámpagos y atemorizada al verse envuelta entre torbellinos de agua y rachas de aire huracanado. No había recorrido la mitad del camino cuando de las nubes se desprendió vibrante y luminosa una centella que como dardo de fuego hendió los aires, quebró cual frágil caña el retorcido y nudoso tronco de una encina y se precipitó culebreando por un barranco; pero todo muy cerca de *Azucenica,* casi á dos pasos de ella.

La pobre niña tapó con sus manos los ojos, lanzó un grito de angustia y cayó en tierra privada de sentido... Allá quedó su cuerpo tendido en los breñales, expuesto á los furores de la tempestad, mientras el agua cenagosa que escurrían las laderas acariciaba al pasar los rizos de su destrenzada melena rubia.

Al volver al pueblo la cuadrilla de leñadores recogió á *Azucenica.* La pobrecita estaba completamente ciega: noche eterna parecía haber descendido á sus ojos, antes azules y luminosos como el cielo de mayo... Habían venido á visitarla los mejores médicos de la comarca y todos estaban conformes. El caso no era grave, decían, la fiebre desaparecerá pronto, *Azucena* se salvará; pero la ceguera no tenía cura...

¡Pobre *Azucenica!,* exclamó Andresillo cuando se enteró de todo.

Y añadió con la vehemencia del que pone en sus palabras la suprema aspiración de su alma:

– ¡Consérvamela, Virgen mía, que yo seré su lazarillo!

Curó efectivamente *Azucenica,* y quedó tan hermosa á pesar de su ceguera, que al verla todas las tardes sentadita á la puerta de su casa esperando la visita de Andresillo, inspiraba sentimientos de admiración y comezones de requiebros, por desgraciada los unos, por hermosa los otros, que siempre la desgracia y la hermosura encontraron corazones para sentirlas y labios para cantarlas. Andresillo la quería más que nunca, y aunque no faltaron en el pueblo mozas de muy buenos ojos que mirasen zalameramente al gallardo postillón, guardó éste la fe jurada á sus antiguos amores y á la promesa de ser el lazarillo de la desventurada cieguecita.



SANTA MARÍA MAGDALENA, relieve de Enrique Clarassó

Pero una noche llamaron precipitadamente á la puerta de Andresillo: serían las ocho ó las nueve, y parecía que todo el Moncayo se desplomaba conmovido por tempestad imponente.

– ¿Quién va?, preguntó el postillón entreabriendo el postiguillo de su puerta.

– Soy yo, *Toñico,* el alguacil... El señor juez me dice que te presentes en seguida.

– ¿Y qué sucede?

– Él te lo explicará, demonche; pero yo he oliqueado que trata de ponerse en camino.

– ¿Se ha descubierto algún crimen en el término?

– Eso debe de ser. Se han recibido noticias de que en la Pinareja una cuadrilla de desalmados asesinó á una viejecita, robó sus ahorros, quemó su casa... En fin, chico, un horror, y allá va el señor juez á poner mano en eso. Se necesitaba un buen postillón que guiase en esta noche condenada por el puerto y se han acordado de ti.

– ¡Muy bien hecho! Este, después de todo, es mi oficio. Di que voy en seguida. Hasta luego, *Toñico.*

– Hasta luego, Andresillo.

No tardó éste cinco minutos en calzar las espuelas y presentarse al juez, quien en pocas palabras confirmó cuanto el alguacil había dicho sobre la premura y objeto del viaje.

Marchó, pues, la diligencia entre una verdadera turbonada de agua y lodo. Los caballos iban inquietos y asustados como si venteasen el peligro... Así remontaron el puerto.

Tomaron para bajar muchas precauciones: se recorrieron las hebillas de los correajes, se sujetaron las ruedas, se limpió el farolillo de la baca, y comenzó el descenso; pero á mitad de la pendiente un tumbo del coche descalzó las ruedas de las planchas que le servían de patines, el coche rodó velozmente y Andresillo vió que se acercaban mal embocados al puente y derechos precipitados al abismo que aquél salvaba.

El postillón saltó á tierra, se colgó de los ramales, y con la voz y el látigo procuró refrenar la descompuesta cuadriga. Al fin consiguió encarrilar los caballos á la misma entrada del puente; pero empujado con violencia cayó sobre el pretil y éste sirvióle de estribo para ganar el abismo cuyo fondo estaba erizado de rocas agudas como hierros de lanza. Los viajeros, doblegados sobre el borde de la sima, llamaron repetidas veces á Andresillo; pero sus voces no tuvieron respuesta... Todos quedaron aterrados, más que por los fragores de la tempestad por el silencio de aquel precipicio. Fué imposible seguir adelante, y aquella noche, merced al sacrificio de un inocente, los malhechores de la Pinareja quedaron impunes.

Al amanecer fué recogido el cadáver de Andresillo... Estaba deshecho, como si á zarpazos se lo hubieran disputado las fieras.

En el puente se colocó una cruz, y al ser bendecida, la memoria del postillón recibió el piadoso homenaje de toda la comarca. Pero ahora han pasado muchos años: con las sombras del tiempo cayeron sobre la cruz las de la indiferencia y el olvido: la gradería se cubrió de musgo, el musgo de flores y entre las flores y el musgo creció la hiedra hasta escalar la altura...

Aquello parece ahora más que monumento funerario altarcillo campestre erigido para cantar jubilosos villancicos á la Virgen de la Sierra.

Sólo hay un ser que cuida de aquellas flores, que medita ante aquella cruz, que se prosterna ante aquel altar: es *Azucenica,* que envejeció allí llorando su desgracia, y que todos los días busca á tientas el camino del puente para rezar ante la cruz por su infortunado amante...

Esto fué, lectores, todo lo que me contó el mayoral de Cabrilleja mientras seguíamos el caminito de Hondonilla.

Prudencio Rovira

LOS DEL VELADOR

Así los conocen otros parroquianos del café y los camareros.

Los del velador constituyen una de las reuniones más numerosas y más habladoras y más ruidosas de cuantas hay á diario en el establecimiento.

Se compone de veteranos.

Pero no del ejército, sino de *sport;* cazadores por convicción y por principios, sin otros fines interesados que el de la higiene y el del noble ejercicio.

Concurren al café hace algunos años, y consideran un velador monstruo, enclavado cerca del mostrador, como si fuera propiedad de la reunión.



Milton en casa de Galileo, cuadro de Tito Lessi

¿Quién se atrevería, ni aun en las temporadas en que amenazan ó amenizan las horas de la concurrencia un violín y un piano naturales, á usurpar aquella propiedad?

En las noches de señoritas con mamás de chocolate, ó sea que van al café por el chocolate y la reunión escogida; cuando los niños dominicales ó de familias domingueras recorren el café y juegan y vocean, sin que autoridad alguna paterna ó subalterna les imponga silencio, allí están los del velador, no niños, señores mayores: en su sitio acostumbrado, y protestando contra la infancia alegre é inquieta.

Sin ver que de aquellos chiquitines revoltosos saldrán los futuros veteranos de caza y pesca.

Los veteranos, que entre los aficionados al *sport* tienen igual respetabilidad que en la milicia.

Y no digamos los pescadores viejos de caña, ó de caña viejos, ó de caña vieja.

Entre unos y otros, así como en la milicia, también hay veteranos apócrifos.

Veteranos que nunca han servido ni como espadas en el ejército, ni como escopetas ni como cañas en clase de cazadores ó de pescadores, respectivamente.

Veteranos retirados, sin haber.

Es decir, con *á ver,* porque todos los días se echan á la calle *á ver* si cae algo.

He conocido á uno de esos veteranos, coronel de comedia.

¡Qué acciones relataba! ¡Qué propiedad en la frase! ¡Qué facilidad imitativa! Tan pronto imitaba el fuego de fusilería, como los cañonazos, y el galope de la caballería, y las explosiones de las calderas de los barcos, y los avisos de las sirenas.

Con cuánta verdad relataría los combates á que había asistido, que si se refería á campaña en climas cálidos, aunque hablara en invierno, todos los que le oíamos nos desnudábamos casi, involuntariamente, por no poder sufrir la temperatura ecuatorial.

Y viceversa: si los relatos se referían á países fríos, aun en verano los oyentes nos envolvíamos «unos en otros,» si no teníamos á mano ropa de abrigo.

Por fin, supimos que no había estado en aquellos países y que, como decía un camarero del establecimiento:

– Ni había sido veterano ni lo era.

Entre los del velador hay «veteranos cinegéticos.» ¡Ya lo creo!

Alguno de ellos viene cazando, por revelación propia, desde los primeros años de su vida.

Ya le ha preguntado otro de la reunión si cazaba con nodriza, como otros con reclamo y con perro.

Allí se refiere más de una docena de hazañas por día ó por noche.

Particularmente, cuando ingresa en la reunión algún aficionado nuevo; esto es, algún amigo de cualquiera de ellos, pero desconocido de los demás.

– Yo no sé cómo no han derribado ya el velador en fuerza de *bombas* – decía irónicamente un camarero á otro. – ¡Mira que mienten!..

– Yo – habla uno de los veteranos vírgenes – no soy ni sombra de lo que fuí: hoy no tengo fuerza, ni vista...

– ¿Y escopeta conserva usted? – le pregunta otro.

– Y perro y familia – responde incomodado.

– ¡Ya, ya!

– He sido el terror de liebres, conejos, perdices y codornices, en mi juventud.

– Lo creo. ¿Ha sido usted aficionadillo á la caza?

– ¿Qué es eso de aficionadillo? He sido un Napoleón de campo.

– Y no lo representa usted – observa el que preguntaba, como si quisiera impacientar al Napoleón.

– Salir del pueblo y tener cien piezas en el morral, era todo uno.

– ¿Piezas de *perro grande?*

Me extraña esa duda.

– No es duda, don Fulgencio, no es duda: uno es no creer..., y otro, oir á usted con sumo gusto

– Cien liebres ó cien pájaros...

– Pues si hubiera sido caza más mayor...

– ¿Cómo «más?»

– ¡Digo! Cien piezas al minuto ya es caza mayor, muy mayor; pero si en lugar de liebres ó de pajarillos hubieran sido tigres y panteras...

– Recuerdo que una mañana, al saltar un arroyo...

– ¿Murmurador?

– Me salieron tres conejos. Siempre he usado escopeta de dos cañones.

– Sí, uno para el canto y otro para el acompañamiento?

No se puede hablar en serio en este velador.

– Continúe usted, D. Fulgencio.

– Luego ha de escuchar uno á los demás... que no le oyen.

– Sí, sí, adelante.

– Pues me salieron tres conejos, y ¡pum!, ¡pum!, los tres cayeron.

– ¿Con qué tiro mató usted al tercero?

– ¿Y cuál era el tercero? Con una bala maté los tres.

– ¡Con bala!

– Sí, señor: así se ve el que tira y no con mostacilla.

– ¿Y la otra bala adónde fué á dar?

– La otra – apuntó uno de los presentes – mató al guarda y á su mujer.

Sobrevienen, á las veces, discusiones muy agrias entre los veteranos.

Y aún hay parroquiano de buen humor que se aventura disimuladamente á imponer silencio á los del velador.

– ¡Chist! ¡Chiiist!

No hay para qué decir que le menosprecian y continúan.

Y se toleran unos á otros ciertas «exageraciones» para ganarse la recíproca tolerancia.

– Lo que usted refiere de tres conejos me ha ocurrido á mí con tres cochinos, digo, con tres jabalíes.

– ¡Hola, hola!

– Me salieron á un tiempo de un jaral. ¡Qué terceto!

– Ni el de *Roberto el diablo.*

– Eché una mano á uno, otra al otro y...

– ¿Y otra al tercero?

– ¡No, se me escapó!

– Ya.

– Pero dí con él por las huellas de las pisadas dos días después.

—¿Y le reconoció usted en las huellas?

—¿Cuánta pólvora dirán ustedes que gastamos el año pasado en una cacería en los alrededores de Cabeza del Buey?

—¿Pólvora ó dinamita?

—Tres toneladas.

¿Quemarían ustedes la provincia?

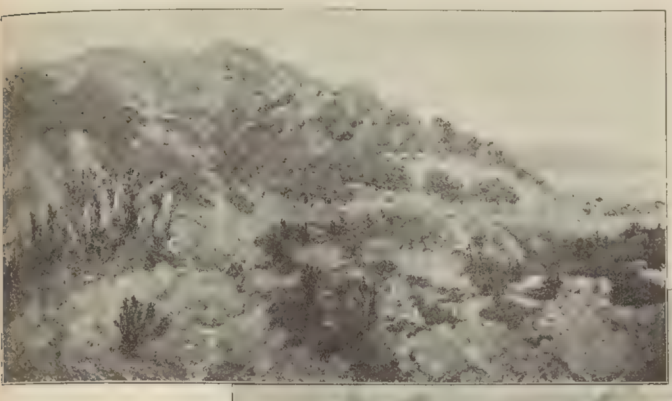
—Cobramos dos mil reses mayores.

—¿De edad?

Han de te... tener ustedes en cu... cu... cuenta— advierte un amigo algo «tardo de idioma» — que entre e... e... esos iba el alcalde.

Se divierten ellos así, contándose sus hazañas.

EDUARDO DE PALACIO



COSTAS DE PINEDA, cuadro de Nicolás Raurich (Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid. 1899).



TIERRA PANTANOSA, cuadro de Nicolás Raurich, premiado con mención honorífica en el Salón de París de 1899

NUBE DE VERANO

(DIÁLOGO)

—No sé qué observo en ti. Estás como el tiempo; esta mañana alegre, casi risueño; ahora tristón. ¿Qué tienes, hombre?

—Nada, mujer.

—En todo el tiempo que llevamos de casados, en siete meses, nunca te he visto como ahora. ¿Qué te ha ocurrido?

—Qué sé yo... Esa lluvia intempestiva que choca monótona contra los cristales me ha puesto de mal humor.

—¿Tenías pensado salir?

—Sí.

—Pues toma el coche ó espera un momento, no será asunto tan urgente. Yo también pienso salir dentro de un rato á casa de María.

—Será si yo te lo consiento.

—Si te opones á mi deseo no iré.

—«No iré, no iré...» Cumplimientos y nada más que cumplimientos. «Tu deseo;» claro, se te ha metido en la cabecita ese capricho, y lo que menos te importa es dejar en casa á tu marido ni que se halle indispuesto.

—Pero Fernando...

—Pues no vas, ¿lo oyes? Hoy no sale nadie de casa porque estoy enfermo.

—¿Tú enfermo? ¡Ay Dios mío! Bien decía yo que notaba en ti algo extraño... Arroja ese puro, que es capaz de volver loco á cualquiera y de estragar al más fuerte... Yo misma estoy mareada.

—¿Ahora salimos con que también te molesta el humo?.. Pues mira, Luisa, antes no te molestaba; de modo que...

—No, hijo, no; por mí puedes fumar lo que te dé la gana y encender otro cigarro en la colilla de ese.

—Así lo haré.

—Eso no es una razón, pero puede ser una grosería.

—Muy bien: ahora me llamas grosero. Y todo porque querías salir.

—Todo porque tú no has salido. Dios sabe adónde tendrías que ir...

—Pues mira cómo llueve.

—Sí, ya escampa.

—Y dime, ¿va también á casa de tu amiguita el señor barón?

—Ahora sí que arrecia. ¡Pícara nube! ¿Qué decías?

—Que si el barón...

—¡Ah! Ya comprendo, para ser más ridículo te has vuelto hasta celoso.

—Tú tienes la culpa. La otra noche en el Real te saludó muy afectuosamente. Desde hoy se han acabado esas reuniones en casa de la marquesa. Se terminaron las visitas, los amigos, las tertulias, todo.

—Justo, ¿y voy á estar yo aquí encerrada?

—Estará usted como yo la ordene.

—Mientras tú te vas á la Opera á distraerte con las bailarinas, ó al casino á tirar el dinero, ó á...

—Soy hombre y soy tu marido.

—Usted lo que es, es un hombre incapaz de corresponder al amor de su mujer, un marido que no sabe apreciar el tesoro que tiene en su casa, un caballero que no comprende lo que le quieren, un hombre, en fin, indigno de mi cariño.

—Al fin te explicaste.

—Pues bien: puedes irte donde quieras, yo iré donde me parezca.

—¡Luisa!

—¡Fernando!

—Si no mirara que...

—¿Qué? No te faltaba más que amenazarme. Pues sí, pues sí, me iré con mi madre.

—Vaya usted con Dios.

—Ahora mismo.

—Mejor, cuanto antes.

—Si no estuviera lloviendo tanto...

—Qué te importa. ¿No querías salir? ¡Vete! Anda, atrévete.

—¡Qué desgraciada soy! Ingrato, mal marido, ¡infame!

—Tú si que eres ingrata, desobediente, ¡coqueta!

—Y todo por ese maldito barón. El día que vuelva á darle la mano ojalá me quede manca...

—No llores, seca tus lágrimas... ¡Qué mano tan bonita!.. Mírame, así. ¡Qué hermosa eres!

—¿Ahora te lo parezco? Vete, vete con las bailarinas y distrae tu mal humor con mujeres más alegres que yo.

—Pero si tú eres mi única alegría.

—¿Hablas de corazón?.. Repítelo, repítelo otra vez.

—Y ciento, y mil veces... Ya me siento mejor... Mira, parece que se serena; ya no llueve tanto..., la nube se aleja, el horizonte se aclara...

—Ya puedes irte donde querías..., ya estás contento porque vas á separarte de mi lado.

—Y tú ya puedes también salir.

—No salgo.

—¡Pues saldrás! Pero saldrás conmigo.

—Yendo de tu brazo...

—Te propongo un paseo por el Retiro y luego iremos juntos á casa de la marquesa. He sido un tonto... ¡Celosilla!

—Tú si que...

—Pasó la nube.

(Suena un timbre y aparece un criado.)

—Patricio, que enganchen inmediatamente la berlina... Y dile á la Juana que hoy no comemos en casa.

—Pero, Fernando...

—Comeremos en un gabinetito del Inglés como una parejita de enamorados.

P. GÓMEZ CANDELA

NUESTROS GRABADOS

Costas de Pineda. - Tierra pantanosa, cuadros de Nicolás Raurich.—Nuestro distinguido colaborador Sr. Balsa de la Vega, que no peca ciertamente de benévolo, juzgó el cuadro *Costas de Pineda* del modo que nuestros lectores pudieron ver en la revista que acerca de la última Exposición Nacional de Bellas Artes publicó en el número 913 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, calificándola de obra merecedora de la medalla de oro. Del propio crítico son las siguientes líneas que tomamos de uno de los artículos que sobre el mismo asunto escribió para un popular diario madrileño: «Raurich, autor del paisaje citado *(Costas de Pineda)*, es un pintor de gran flexibilidad artística. Cuando en la Exposición última presentó el hermoso paisaje *Lagunas de Nemi*, creí ver un temperamento romántico dado á la melancolía, enamorado de las tonalidades grises de los paisajes del Norte, aun cuando enérgico y firme en el toque. No sospechaba yo entonces que pasara en el orden psicológico de un cuasi idealismo á un naturalismo tan..., lo diré, rudo como el que inspira su lienzo actual *Costas de Pineda*. Tal paso, más que paso, salto mortal, me causa verdadero asombro, pues pone de manifiesto condiciones extraordinarias en Raurich, así desde el punto de vista de la paleta como desde el del sentimiento... Aquella montaña de amarillenta arcilla en la cual solamente crecen unas raquíticas higueras bravas y unas pitas medio secas, causa en el ánimo del que la contempla más que emoción, la sensación que pudiera experimentarse frente á frente del natural en un día de sol abrasador, sin que basten á mitigar los efectos de aquella atmósfera y la fatiga que *à priori* nos causaría vernos obligados á recorrer aquel camino que faldea la montaña, las brisas del azul Mediterráneo que por el corte del terreno se ve.» Y después de describir las bellezas de ese trozo de mar que en el cuadro aparece, termina diciendo el Sr. Balsa que el cuadro de Raurich es el mejor paisaje, el más genial y el más hábil que ha visto desde hace mucho tiempo.

Del otro lienzo, *Tierra pantanosa*, nos ocupamos cuando se celebró la última exposición del Salón Parés, en donde fué uno de los lienzos más admirados por el público y más celebrados por la crítica. El Jurado del Salón de París de este año le concedió una mención honorífica, la cual, dada la parsimonia con que allí se otorgan premios á los artistas extranjeros, constituye una distinción honrosísima para nuestro paisano, á quien de todas veras felicitamos por esta recompensa, así como por la medalla de segunda clase con que fué premiado en la citada Exposición Nacional por una magnífica colección de estudios de paisaje.



Faenas agrícolas en la campiña de Mantua, cuadro de Aquiles Formis

(Tercera Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia)



Convalecencia, dibujo de Diego López



ESCENAS DE ANTAÑO.- EN EL COLUMPIO, cuadro de Alonso Pérez

República Argentina.—Vapor «Venus,» de la carrera del Río de la Plata.—El Sr. Montes, presidente de la «Sociedad Fotografica Argentina de Aficionados,» tomó la fotografía de este magnífico vapor en circunstancias poco normales y nada favorables para quien como él no fuese un verdadero maestro en tan hermoso arte. Aunque fondeado el vapor en la rada interior con relativa inmovilidad, reinaba mal tiempo y estaba á punto de descargar fuerte tormenta. La instantánea ha sido tan rápida que parece ser tomada en momento de absoluta inmovilidad, lo que no fué posible dado el viento reinante y el estado de la atmósfera y menos si se considera que tales buques tienen todo el peso y volumen por sobre la línea de flotación, porque su calado es muy poco.

REPÚBLICA ARGENTINA.—VAPOR «VENUS» DE LA CARRERA DEL RÍO DE LA PLATA, de fotografía de la Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados

El *Venus* es un magnífico vapor perteneciente á la flota de los Sres. Nicolás Mianowich y C.ª, que hace la carrera entre el puerto de Buenos Aires y el de Montevideo. Está decorado con mucho gusto, es muy lujoso, con grandiosos salones, hermoso comedor y grandes y cómodos camarotes. Esta poderosa compañía ha quedado casi única por la absorción de otras varias que se dedicaban á la navegación del Río de la Plata, Uruguay y Paraná, quedando exclusiva especialmente como á gran navegación. Posee una flota poderosa, entre la que sobresalen vapores como el *Eolo, Saturno, Golondrina, Olimpo, Centauro, San Martín*, del mismo tipo que el *Venus* y dispuestos con el mismo lujo y las mismas comodidades.—JUSTO SOLSONA.



DESCANSO DEL MODELO, cuadro de Félix Mestres (Salón Parés)

Milton en casa de Galileo, cuadro de Tito Lessi.—El autor de este cuadro ha tomado por asunto la visita que el gran poeta inglés hizo al inmortal sabio italiano en Arcetri, en la especie de prisión en que la Inquisición hacíale expiar su genio. Tito Lessi ha sabido interpretar admirablemente las figuras de Milton y de Galileo, éste explicando sus maravillosas teorías y aquél escuchando ensimismado sus interesantes explicaciones. Los demás personajes y el lugar de la escena completan el efecto del cuadro, que fué muy celebrado en una de las últimas exposiciones de Munich.

* * *

Faenas en la campiña de Mantua, cuadro de Aquiles Formis.—Este cuadro del celebrado artista lombardo, que fué objeto de grandes elogios en la última Exposición internacional de Bellas Artes recientemente verificada en Venecia, reune condiciones de dibujo, de composición, de ambiente y de sentimiento que justifican plenamente tales alabanzas: contemplándolo, parece que se respira el aire puro y embalsamado del campo y que se asiste en realidad á las faenas agrícolas en aquella campiña mantuana, bajo el cielo esplendente del mediodía, sintiéndose verdaderamente la impresión poética que el autor quiso producir.

* * *

Convalecencia, dibujo de Diego López.—El distinguido artista sevillano Diego López ha trazado con este dibujo una página correctamente ejecutada, en la que predomina una delicada nota de sentimiento que se introduce directamente en el corazón del espectador. Aquella pobre niña convaleciente, en cuya mirada, aun siendo triste y melancólica, brilla un destello de esa alegría que se experimenta al mirar de nuevo los objetos que se creyó no volver á contemplar jamás; aquella madre cuyos ojos se fijan amorosamente en el ser que temió perder para siempre, tienen una poesía inefable realzada por los encantos de aquel hermoso patio andaluz que embellecen las galas de la primavera.

* * *

Escenas de antaño.—En el columpio, cuadro de Alonso Pérez.—No se trata de una firma desconocida para los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, pues en muchas ocasiones hemos publicado reproducciones de obras del notable pintor Alonso Pérez; y como al reproducir sus lienzos hemos hecho notar siempre la factura elegante, el sello de distinción que todos ellos revisten y el conocimiento que demuestran de los usos, costumbres y modo de ser de la época predilecta del artista, estimamos ocioso repetir, á propósito del cuadro *En el columpio*, lo que tantas veces hemos dicho. Debemos, sin embargo, hacer notar que en éste la composición reviste mayor importancia y ha ofrecido al artista más ancho campo para hacer gala de su talento, que se manifiesta en la habilidad con que están dispuestos los grupos, en la corrección y minuciosidad con que aparecen dibujados los personajes colocados en primer término, y en la bien entendida perspectiva del paisaje, lleno de aire y de luz.

* * *

Descanso del modelo, cuadro de Félix Mestres.—Nueva demostración del talento y de la habilidad de nuestro distinguido paisano es este cuadro de simpático asunto y ejecución primorosa. Félix Mestres se ha conquistado un puesto envidiable entre los buenos artistas catalanes, y lejos de dormirse sobre sus laureles, el aplauso que el público y la crítica unánimes tributan á sus obras sírvele de estímulo para realizar cada día nuevos progresos en su brillante carrera artística. En la última Exposición Nacional de Bellas Artes celebrada en Madrid ha obtenido una medalla de tercera clase: reciba por tal distinción nuestra más cordial enhorabuena.

* * *

Boceto de monumento á Garibaldi, obra de Maccagnani.—El monumento que en la última página de este número reproducimos y que ha de erigirse en Buenos Aires á la memoria del popular héroe italiano, compónese de una estatua ecuestre colocada sobre un pedestal en dos de cuyos lados se ven las figuras simbólicas de la Libertad y de la Victoria. Encima de éstas hay dos lápidas con inscripciones alusivas, y en la parte baja del pedestal y debajo de la dedicatoria «A José Garibaldi—Buenos Aires,» hay un ara votiva y al pie de ésta un bajo relieve que representa la famosa batalla de San Antonio del Salto: en el lado opuesto y debajo de otra ara parecida á la anterior se ve otro bajo relieve que recuerda la batalla de Montevideo. La estatua ecuestre representa á Garibaldi deteniendo bruscamente su caballo y volviéndose á un lado para dar una voz de mando; su diestra empuña el sable y sus rodillas oprimen la silla nerviosamente. El monumento en su conjunto es elegante y majestuoso, y las estatuas que en él figuran, sobre todo la del famoso caudillo, están correcta y vigorosamente ejecutadas.

* * *

Retrato de la Srta. M. J., obra de Antonio Utrillo.—Hubo un tiempo en que lo primero que exigían los pintores retratistas en la persona cuya imagen debían trasladar al lienzo era la *pose:* nada de naturalidad en la expresión, ni en la actitud, ni en el traje, ni en los adornos, ni en los accesorios decorativos; todo era artificio, y así resultaba que si el retrato tenía parecido con el original, era un parecido puramente físico, por decirlo así, y aun algunas veces desfigurado por los demás elementos que en la obra el artista acumulaba. Hoy los retratistas siguen distinto rumbo; hoy quieren ante todo que el modelo se ponga delante de ellos tal cual es, que su fisonomía exprese su estado de ánimo habitual, que su ademán sea el que instintivamente adopte. ¿Cuál de estos procedimientos es el mas acertado? La contestación no es dudosa: el naturalismo de buena ley será siempre la condición no sólo más estimable sino la más necesaria en el arte. Los retratos de ahora, que no llamaremos á la moderna porque los grandes maestros de las antiguas escuelas nos han dejado verdaderas maravillas inspiradas en esas tendencias que hoy se resucitan, nos muestran á la persona retratada tal cual es física y moralmente, son verdaderos documentos psicológicos, al par que obras artísticas. Antonio Utrillo se ha amoldado tan perfectamente á estos principios, que bien puede ser considerado como uno de los mejores retratistas modernos: sus obras reunen todas las condiciones antes



RETRATO DE LA SRITA. M. J., obra de Antonio Utrillo

señaladas, y buena prueba de ello es el precioso retrato suyo que en esta página reproducimos, y que si merece elogios por su admirable parecido con el original, no los merece menos por la elegancia, la distinción y la sobriedad con que está pintado.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 163, POR PEDRO RIERA

NEGRAS

8 B. y 10 N. = 18 piezas.

BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 162, POR V. MAR.N

Blancas.	Negras.
1. T 3 A R	1. P toma T (*)
2. P 4 R jaque	2. P toma P (al paso) ó R toma
3. D mate	

(*) Si 1 P 6 R; 2. T toma P R, y 3. D ó T mate; — 1. ... A D; 2. D 4 D jaque, y 3. C mate. La amenaza es 2. C 3 R jaque, y 3. T mate.

EN EL FONDO DEL ABISMO

NOVELA ORIGINAL DE JORGE OHNET

(CONCLUSIÓN)

Sorege sonrió. Entreabrió los párpados y dijo con tranquilidad perfecta:

– ¿De qué se me acusa? Porque se me acusa de algo, no puedo dudarlo, y para justificarme es preciso que conozca las calumnias que se han inventado contra mí.

– Deseo con toda mi alma que sean calumnias, porque me avergonzaría de haber puesto mi mano en la de usted si hubiese hecho lo que se le atribuye...

– Pero, ante todo, ¿quiénes son los que declaran contra mí?

– El Sr. de Tragomer, el Sr. de Marenval, y por fin, el mismo Sr. de Freneuse...

– ¡Freneuse! Era de esperar; necesita echar la culpa á alguien... ¡Tragomer y Marenval! También se explica; el uno es amigo y el otro pariente...

– ¡Pero usted también era su amigo! Y eso es lo que hace incomprensible su conducta. ¿Por qué no tiene usted para Freneuse la adhesión absoluta de Tragomer? ¿Por qué no tiene usted la ciega confianza de Marenval? ¿Por qué, cuando en otra época hablaba á usted de este asunto, me daba respuestas evasivas y ahora hostiles? ¿Hay un secreto entre los dos? Sea usted franco y diga qué les ha separado y qué les separa todavía.

– Su crimen, dijo Sorege fríamente, y su condena. Es, por cierto, bastante. ¿Piensa usted que si yo hubiera perdido hasta ese punto la memoria, el mundo no me hubiera recordado que Jacobo de Freneuse fué arrancado por los gendarmes del banquillo de los acusados y conducido con esposas primero á la cárcel y después á presidio? Mi alejamiento, que usted convierte en un crimen, es el mismo de todo el mundo. Un infeliz que cae tan bajo, es un apestado del que todos se apartan con horror. Esto no es, acaso, sublime, pero sí muy humano. Nadie elige un presidiario por compañero habitual. Cuando la sociedad ha arrojado lejos de ella por una severa condena á un hombre indigno, no es el momento de irle á buscar para hacerle caricias y glorificarle. Yo no soy más que un hombre y no un San Vicente de Paúl. Y por otra parte, ¿obraron de otro modo Tragomer y Marenval? El desgraciado Jacobo fué un paria para ellos como para todos los que le conocían. El abandono fué completo y la huída general. ¿A qué vienen hoy á acusarme? Tragomer ha necesitado dos años para cambiar de opinión; y eso, ¿sabe usted por qué? Porque ama á la señorita de Freneuse y no ha podido olvidarla, aunque lo ha procurado viajando por el mundo. En cuanto á Marenval, es un *snob*, á quien se hace ir adonde se quiere sin más que prometerle que hablarán de él los periódicos. Esos señores han tenido el deseo de arrebatar á Freneuse de su prisión y traérsele á Europa y han ejecutado su plan con una suerte rara. Ya está el condenado en libertad. Pero de eso á probar su inocencia hay la misma distancia que de la Nueva Caledonia á Inglaterra. Y no es acusando á diestro y siniestro á todo el mundo como lograrán probar que un juez de instrucción, doce jurados, tres magistrados y la justicia en masa se han engañado groseramente y enviado un inocente á presidio.

– A no ser que se pruebe, dijo miss Harvey, que las apariencias fueron arregladas tan hábilmente que fué imposible no creer en la culpa de ese desgraciado.

– ¡Oh! Esto lo dicen todos los condenados... Es muy fácil... Pero en cuanto á dar una prueba...

– ¿Y si esta prueba existiese?

Sorege se puso lívido, sus ojos lanzaron un relámpago y exclamó:

– ¿Qué prueba?

– La confesión del crimen por su autor.

– Y ese autor, ¿quién es?

– Una mujer. ¿Tendré que decir á usted su nombre? ¿Cuál, en este caso? Porque se le conocen tres: el que usted nos dijo al introducirla aquí, Jenny Hawkins, la cantante de *Covent-Garden;* Juana Baud, la fugitiva que usted hizo venir á Inglaterra hace dos años; ó Lea Peralli, la miserable con la cual maquinó usted el complot contra Jacobo de Freneuse. Esto es muy claro, Sr. de Sorege; ahora se trata de responder sin más ambigüedades.

– ¿Y Jenny Hawkins me ha hecho estas acusaciones?

– Y las renovará por escrito. Se ha comprometido á ello formalmente.

De todo lo hablado, la despierta inteligencia de Sorege no retuvo más que ese futuro: las renovará. Luego Jenny no había escrito nada todavía. Entrevió la salvación y tuvo un acceso de hilaridad que sonó de un modo extraño en el silencio del salón.

– ¡Ah! ¿Conque escribirá? ¡Y á mí qué me importa eso! Por dinero se hará escribir á esa individua todo lo que se quiera. ¿Qué le cuesta eso? Se marchará con la música á otra parte llevándose el bolsillo bien repleto, y todo se reduce á cambiar otra vez de nombre. El mundo es grande. Italia y España están á su disposición... Las mujeres de teatro saben disfrazarse y engañan al mundo fácilmente. ¿Qué importa un escrito destinado á satisfacer la envidia ó el rencor de ciertas personas? Esta noche, miss Maud, traeré á usted, si lo desea, un mentís formal de todo lo que se afirma contra mí, firmado por esa muchacha. Y en cambio reclamaré que se me enseñe el escrito en que me acusa.

– Escuche usted. No quiero olvidar que he sido su amiga. Más le vale á usted confesar francamente lo que tiene que reprocharse, que insistir en negar contra toda evidencia. Se pierde usted, se lo juro... Esa mujer no miente cuando se acusa... Ni Tragomer, ni Marenval, ni Freneuse mienten...

Sorege se levantó bruscamente y dijo con acento furioso:

– Si no son ellos, ¿soy yo?

En este instante se abrió la puerta y apareció Julio Harvey rojo de indignación.

– ¡Pardiez! Sí, es usted, puesto que es preciso decírselo. ¿Hase visto obstinación semejante? Mi hija le ha tratado con demasiada consideración... Yo no hubiera tomado tantas precauciones.

Sorege hizo un gesto terrible.

– ¿Cómo llama usted al modo con que se conduce conmigo?, dijo. Esto se llama en todos los países del mundo una emboscada. ¡Estaba usted apostado para escuchar y sorprenderme!.. ¡Vamos! Llame usted á sus acólitos. Ya es tiempo de que nos veamos cara á cara.

El Sorege circunspecto y discreto que ordinariamente se veía había desaparecido. Sus duras facciones estaban impregnadas de una indomable energía, sus ojos, entonces muy abiertos, echaban llamas, y se erguía, terrible, pronto á atacar y á defenderse. Detrás de Harvey habían aparecido Tragomer, Marenval y Jacobo. Sorege les englobó á todos en el mismo insulto:

– ¡Estabais escuchando en las puertas! Aproximaos, señores, y oiréis más cómodamente. Doy un mentís formal á los que me acusan. No he sabido más de lo que dije anoche al Sr. de Freneuse, y muy tarde ya para utilizarlo en su favor. En cuanto á su conducta personal con sus antiguos amigos, más vale no hablar de ella, y si no se acuerda de los servicios que le prestó Lea Peralli, es un ingrato...

Tragomer hizo un movimiento tan violento hacia Sorege, que Jacobo le puso la mano en el brazo para detenerle.

– Las cuentas que haya podido tener con Lea Peralli, dijo, serán saldadas entre ella y yo. Las que tengo con el Sr. de Sorege son de tal naturaleza que, por su interés, le invito á no insistir en ellas...

– ¿Qué tengo que temer?, preguntó audazmente el conde.

– ¿Usted? ¡Nada!, dijo Jacobo fríamente. Otro hombre temería la deshonra.

– ¡Me insulta usted!, exclamó Sorege lívido.

– Había dicho á usted que no insistiera, continuó Jacobo con calma. Nada tiene usted que ganar en ello y me asombra su tenacidad. Creí á usted más hábil. Pero en vista de que usted quiere que se digan las palabras decisivas, va á ser complacido. El que se ha portado con un amigo que le abría con toda su confianza su corazón como usted se ha portado conmigo, es el último de los miserables, Sr. de Sorege. He visto en el presidio de que vengo muchos malvados, pero ninguno tan perfecto como usted.

– ¡Eso es lo que usted quiere, un duelo conmigo, que le levante y que le lave!

– Se engaña usted. No busco tal duelo. Le juzgo á usted, pero no me dignaré castigarle.

– ¿Se ha vuelto usted cobarde?, dijo en tono burlón Sorege. ¡No le faltaba á usted más que eso!

– Me he vuelto paciente, dijo dulcemente Jacobo, y lo pruebo.

– ¡Pues bien, séalo usted por completo!

Dió tres pasos, y levantando el brazo, trató de pegar á su antiguo amigo en la cara. En este instante la fisonomía de Jacobo se transfiguró y se puso espantosa. Cogió el brazo á Sorege, rechazándole con fuerza, y dijo articulando un grito de furor:

– ¿Tendré que matar á este hombre?

Se calmó instantáneamente, soltó al conde y dijo dirigiéndose á miss Harvey:

– Perdone usted, señorita. No quería que fuese usted testigo de una escena de violencia, pero me han obligado.

Sorege se volvió hacia miss Maud y dijo con imperturbable audacia:

– He prometido á usted pruebas, miss Harvey, y suceda lo que quiera, se las daré.

Saludó á Julio Harvey con un movimiento de cabeza, y mirando despreciativamente á Tragomer, á Marenval y á Jacobo, dijo en tono altanero:

– ¡Nos veremos, señores!

– No se lo deseo á usted, dijo Marenval con desdén.

Sin responder, Sorege fué hacia la puerta y salió. Cuando hubo desaparecido, todos los presentes se sintieron como libres de un enorme peso. Miss Maud se acercó á su padre y le dijo con sonrisa un tanto forzada:

– Perdóneme usted por haber resistido á sus consejos queriendo casarme con ese personaje. No le había á usted engañado su golpe de vista y había juzgado con acierto.

– Querida mía, un hombre que no es aficionado á los caballos, ni á los perros, ni á los barcos y que no mira jamás de frente, no puede ser honrado. Eras libre y te dejaba hacer. Pero creo que causarás un gran placer á tus hermanos cuando les digas que has puesto en la puerta á ese caballero.

– ¡Un *snob!*, murmuró Marenval. ¡Me ha llamado *snob!*.. Por mi vida, que me las ha de pagar.

– ¡Silencio!, dijo Tragomer en voz baja. No es hora de recriminar, sino de tener actividad. Con un mozo como Sorege, todo es de temer mientras no le hayamos puesto á buen recaudo. Ya habéis visto cómo se ha defendido. Dejemos á Jacobo y vamos á casa de Vezín.

Los hermanos de Maud acababan de entrar y estaban desarticulando los hombros de los visitantes de su padre á fuerza de hercúleos apretones y tirones de manos. Tragomer y Marenval aprovecharon la confusión para desaparecer. Al pasar oyeron á miss Maud que decía á Jacobo, sentado á su lado:

– Su madre de usted y su hermana no deben vivir esperando el resultado definitivo de esta empresa... Quisiera conocerlas. Usted me presentará á ellas, ¿verdad?

Jacobo respondió:

– Sí.

En la escalera se detuvo Marenval y dijo con aire malicioso:

– ¿Sabe usted lo que pienso, Cristián? Que miss Maud está á punto de enamorarse de nuestro amigo. Esa americanita es novelesca como una alemana...

– Y no le disgustaría hacerse francesa.

Sorege salió de casa de Harvey temblando de furor. Ya en la calle se desahogó jurando terriblemente, hasta el punto de escandalizar á un guardia que hacía tranquilamente su servicio. Al principio anduvo sin objeto ni saber adónde iba. La sangre le hervía y su cabeza parecía querer estallar. Aquel hombre frío había perdido la calma y se encontraba en uno de esos momentos en que no se da importancia á la vida, ni propia ni ajena. Si con una palabra hubiera podido aniquilar el hotel Harvey y todos los que en él estaban, la afrenta que acababa de sufrir hubiera sido terriblemente vengada. Sorege anduvo calles y calles rumiando sus rencores y su cólera. De pronto se detuvo; se encontraba detrás de *Withe-Hall,* y sumido en profundas meditaciones se puso á pasear delante del palacio.

A pesar de sus precauciones y de sus estratagemas todo se venía abajo por culpa de aquel miserable

Freneuse. Las mentiras y las perfidias acumuladas para perderle no habían servido para nada. Arrojado al fondo de un abismo tan profundo que parecía imposible salir de él, Jacobo subía hacia la luz, hacia la libertad, hacia la dicha, y él tenía que asistir impotente á aquel cambio de fortuna. Un deseo claro y terminante de venganza se impuso á su pensamiento; necesitó herir á su enemigo aunque él tuviese que sucumbir al mismo tiempo. En el trance en que se encontraba había que jugar el todo por el todo. Sorege no dudó é hizo de antemano el sacrificio de la vida, con tal de aniquilar á Jacobo.

Entonces decidió volver á casa de Lea. Ella debía decidir de su triunfo ó de su pérdida; ella sola podía proporcionarle medios de defensa. Si Lea quería, si él lograba una vez más dominarla, fuese por la persuasión, fuese por la violencia, todo se podría arreglar. Tomó por el *Strand* y se dirigió hacia *Tavistock-Street*. Eran las cuatro cuando pasó por *Charing-Cross*.

Sorege pensaba: «Lea comerá en su casa antes de ir al teatro, según su costumbre. Si esta mañana no estaba en casa cuando me presenté, la encontraré seguramente ahora. Cueste lo que cueste, por cualquier medio, es preciso que logre hacerme escuchar por ella aunque no sea más que un cuarto de hora. Que yo la vea, que mis ojos se fijen en los suyos y la obligaré á obedecerme. Su voluntad será paralizada por la mía.»

Llegó á la casa, entró y observó con satisfacción que el polizonte de por la mañana no estaba en el portal. Subió de prisa y llamó á la puerta. Nadie respondió; el mismo silencio de abandono. Permaneció escuchando un largo rato y no percibió señal alguna de vida en la casa. Sorege tembló al pensar que acaso Lea se había marchado para no encontrarse enfrente de él. Si Jacobo la había hecho mudarse, ¿cómo encontrarla en aquella inmensa población? Y la hora avanzaba, y el peligro se hacía cada vez mayor. Era preciso impedir á toda costa que la traición se consumara. Si Lea había hablado era preciso impedir que escribiese; pero para esto había que verla, y la puerta seguía cerrada, y la casa parecía vacía. Sorege dijo en voz alta:

– Aunque tenga que estar aquí hasta la noche, la he de ver.

Se sentó en un escalón y allí permaneció en la obscuridad, emboscado como un cazador al acecho. Al cabo de un instante dijo otra vez:

Esta loca tiene miedo de mí, que vengo á salvarla, mientras que los otros la engañan y la pierden.

Ni un aliento, ni un rumor que revelase la presencia de un ser viviente. La cólera se apoderó de Sorege. Se levantó y dijo estremeciéndose de impaciencia:

Aunque tenga que echar la puerta abajo, yo sabré si esta mujer se oculta de mí.

Retrocedió dos pasos y se arrojó con tal fuerza contra la puerta, que ésta no quedó, evidentemente, en estado de recibir otro golpe. En el mismo instante se abrió la puerta y Lea, muy pálida, apareció en el umbral. Con un ademán indicó la habitación á Sorege y dijo con voz cansada:

– Puesto que no puedo escapar á su persecución, entre usted.

Sorege entró sin replicar, dichoso por haberlo logrado á pesar de su resistencia y augurando bien de aquella primera ventaja. Se sentó en el saloncillo sin que nadie se lo indicara y Lea permaneció en pie, con los brazos cruzados y mirándole con aire preocupado.

– ¿De modo que te has pasado al enemigo?, dijo Sorege en tono sardónico. ¿Qué te han prometido para que te vuelvas contra mí?

Lea no respondió.

– ¡Sin duda te han asegurado la impunidad! ¿Pero cómo es eso posible? Lea Peralli viva supone Juana Baud enterrada. Y si es Lea quien la mató, no fué Jacobo de Freneuse. ¿De qué modo, por qué prodigio se establecerá la inocencia del uno y se salvará al mismo tiempo á la otra?

Lea respondió con acento dolorido:

– ¿Y quién permite á usted creer que yo quiero salvarme?

– ¿Entonces buscas tú misma la expiación?

La cantante irguió su frente soberbia y dijo con gran tranquilidad:

– ¿Por qué no?

– ¿Has llegado á tal grado de debilidad que ya no quieres defenderte?

– Estoy cansada de astucias, de engaños, de fugas y de misterios. Todo antes que volver á empezar la vida que arrastro hace dos años.

– ¡Sí! ¡Quéjate todavía! Nunca has estado tan favorecida. Has logrado la celebridad y la riqueza. ¡No parece sino que la sangre es un abono para la dicha! ¿Y vas á despreciar todas estas hermosas condiciones de vida? ¡Vamos! Reflexiona, porque la cosa vale la pena.

– ¡Me canso de ser una mentira viviente!

– ¡Sí! ¡Será mejor que seas la sinceridad muerta! Estás divagando, querida. ¿Sabes lo que te espera si desempeñas el papel que te ha aconsejado la camarilla de Freneuse? El presidio, por lo menos, y acaso el patíbulo.

– ¡Estoy pronta!

– ¡Vamos á ver, Lea, no estamos representando el cuarto acto de la *Hebrea!* No se trata ahora de hacer gorgoritos en la cavatina. Aquí todo es real, serio y decisivo. No hay que jugar con la justicia, que no tiene nada de benévola. Con ella no hay laureles artísticos que valgan. Esos hombres togados te condenarán duramente si te dejas coger. Óyeme con buen sentido solamente un cuarto de hora y después eres libre de hacer lo que quieras. ¿Está convenido, verdad? En primer lugar, veamos, ¿qué te ha dicho Jacobo? ¿Qué te ha pedido? ¿Qué le has prometido tú? ¿Os habéis visto ayer después de la maldita velada de Harvey? Hacía mucho tiempo que no os hablabais y no ha debido reinar entre vosotros la mayor cordialidad. ¡Debe guardarte rencor! ¡Y á mí me odia de muerte! Puedes comprender, querida, que nuestros destinos están estrechamente ligados y que permitir que me hieran mis enemigos es herirte tú misma.

Sorege podía hablar á su antojo; Lea no trató de interrumpirle ni una sola vez. Apoyada en la chimenea y con el codo sobre la guarnición, jugaba maquinalmente con una larga aguja de sombrero de cabeza de oro incrustada de zafiros. Pinchaba con distracción el *peluche* de la chimenea y no parecía prestar la menor atención á lo que decía Sorege. Éste no perdió la paciencia, pues sabía que con aquella naturaleza violenta y arrebatada era necesaria la astucia, y continuó sus argumentos.

– El objeto de Jacobo era evidentemente obtener de ti una confesión. Sospechaba lo más gordo del negocio y necesitaba conocerle en detalle, que es lo que da á los hechos toda su fuerza é inspira á las personas una certidumbre. ¿Te ha hecho hablar?.. ¿Qué le has dicho? ¿Cómo ha logrado convencerte? ¿Qué comedia ha representado? ¿Acaso ha fingido que te ama todavía?

A esta última insinuación, dicha con una voz dulzarrona, la vió estremecerse y comprendió que había dado en el clavo.

– ¿Qué le cuestan las frases de ternura? Conoce tu credulidad. ¡Ha abusado de ella tantas veces! ¡Unas cuantas palabras cariñosas, una promesa de olvido, acaso una esperanza de reconciliación! El proyecto de iros muy lejos á olvidar las horas malas para no acordaros sino de vuestro antiguo amor. ¿No es eso?

Una gran palidez se apoderó de la cara de aquella mujer. Sus ojos se pusieron sombríos y su aliento se hizo corto. Sufría horriblemente. Entonces Sorege, con una risa en la que sonaba la venganza, añadió:

– Sí, sin duda alguna; y tú has caído en la red. ¡Vamos! Ya era tiempo de que yo viniese para hacerte volver á la razón.

Lea levantó la cabeza y dijo con gravedad:

– ¡Es verdad! Ya era tiempo, en efecto.

– ¡Ah! ¿Lo ves?, exclamó Sorege triunfante.

Lea le miró con sublime desprecio.

Ha comprendido usted mal. Todo este día que he pasado encerrada, sola y reflexionando, ha estado lleno de malas horas. El peligro infunde sospechas y yo sé que corro peligros. El deseo de salvarnos nos hace cobardes, y á pesar de las promesas que se me han hecho, me preguntaba con angustia si no tendría que temer algún engaño. He reflexionado para decidir si cumpliría el compromiso que he adquirido ó si me sustraería á él por la fuga. Cuando usted ha llegado, dudaba. Ahora estoy resuelta.

– ¿Te vas?

– Me quedo.

– ¡Te pierdes!

Pero salvo á un inocente.

– ¡Estás loca!

– Ya me lo ha dicho usted y ha habido instantes en que he podido creerlo, pero usted mismo acaba de volverme al sentimiento de la verdad y de la justicia. En pocos minutos se ha mostrado usted tan bajo, tan cobarde y tan miserable, que no puedo dudar del buen derecho de aquel contra quien usted se encarniza. Tenía la bochornosa debilidad de dudar entre la salvación de Jacobo y la mía: usted me ha aconsejado. Ya no hay duda posible. Entregarme de nuevo á un monstruo como usted, sería completar mi crimen.

Sorege dió un salto al oir el ultraje, y dijo, ya de pie:

– ¿Así recompensas los servicios que te he prestado? ¡Me he comprometido por ti y me entregas á mis enemigos!

– Yo no he sido más que un instrumento de odio en las hábiles manos de usted. Ahora lo veo. El mal que yo he hecho, usted lo ha concebido y premeditado y es más responsable que yo. Usted no se ha comprometido por salvarme, me ha perdido para satisfacer su odio. Yo he sido siempre su víctima, siempre sublevada y ahora implacable...

Sorege dijo en tono burlón:

– ¡Vamos! Ya tenemos, por fin, la verdad. ¿Qué arma vas á dar contra mí á ese héroe de tu última novela?

– Mi confesión escrita y firmada para probar su inocencia y mi crimen.

Sorege se dirigió hacia ella.

– ¿Dónde está ese papel?

– ¡Qué le importa á usted!

– Vas á dármelo ahora mismo.

– ¡Jamás!

– ¡Ah, estúpida criatura! ¡Ten cuidado! Me conoces bastante para saber que no dudaré en hacerte pedazos, si es preciso para mi seguridad.

– Puede usted buscar. No encontrará nada.

– ¿Le has enviado ya?

Esta mañana.

– ¡Mientes! Acabas de decirme que hasta mi llegada habías vacilado...

Lea hizo un movimiento al verse adivinada é instintivamente volvió los ojos hacia un escritorio, cerca de la ventana. Sorege se arrojó á él de un salto y á pesar de los esfuerzos que ella hacía para impedírselo, conteniéndola con una mano y registrando con la otra, se apoderó de una carta en cuyo sobre estaba escrito el nombre de Jacobo.

Sorege se apartó con aire sombrío, miró á Lea profundamente y dijo:

– ¡Aquí está! ¡No creía que fueses capaz de denunciarme!

– ¿De qué le sirve á usted coger ese papel?, gritó la cantante encolerizada. Si usted la destruye, puedo escribir otra declaración.

– Por eso voy á tomar mis precauciones en consecuencia. Siéntate á esa mesa.

Y mostró á Lea el escritorio del que había cogido el papel. La cantante no respondió siquiera. Sorege se llegó á ella, la cogió bruscamente por un brazo y la empujó hasta la silla colocada delante del escritorio.

– Ahora, escribe.

– ¿Qué?

– Sencillamente esto: «La pretendida confesión que posee el Sr. de Freneuse me ha sido arrancada con amenazas de muerte. Libre y dueña de mí misma, me retracto de ella completamente. Jamás he cometido el crimen de que se me obliga á acusarme.»

Lea le miró con tranquilidad.

– ¿Y después?

– Nada más.

La cantante se levantó y ambos quedaron cara á cara, sin contenerse ya y respirando el odio y la violencia.

– ¡Por el diablo! ¡Si no escribes, estúpida, te aplasto!

Cogió la mano de aquella mujer y la apretó con toda su fuerza. Lea enrojeció de dolor y de cólera y trató de desasirse, pero él la tenía como con una tenaza de acero.

– ¡Me hace usted daño! ¡Déjeme!

– ¡Obedece!

– ¡No!

– ¡Obedece!

Lea lanzó un grito desesperado y se retorció, con las lágrimas en los ojos.

– ¡Oh! Me martiriza usted... ¡Cobarde!

– ¡Obedece, mal bicho, ó te rompo el brazo!

Aquel hombre estaba espantoso de furor y el pensamiento de un asesinato aparecía en sus ojos. Lea cayó de rodillas enloquecida. Cerca de ella la aguja de acero y cabeza de zafiros, verdadero estilete, estaba caída en la alfombra. Lea la cogió con la mano izquierda y se levantó. Sorege le dió un tremendo empujón hacia la mesa.

– ¡Vamos! ¡Despachemos! No tengo tiempo de andar con contemplaciones. No tienes la mano tan estropeada que no puedas escribir... ¡Pronto!

Lea permaneció como atontada, de pie, sin moverse, y él le dió un golpe violento en un hombro.

¿Volvemos á empezar?.. ¡Ira de Dios! Te voy...

No dijo una palabra más. Dando un grito de rabia, Lea se volvió y le clavó en la garganta la larga aguja. Sorege se quedó de pie, con los ojos fijos y una sonrisa estúpida en los labios. Sus brazos se abrieron y buscaron en el aire un punto de apoyo. Trató de arrancarse el estilete de acero, dió dos pasos vacilantes, sus rodillas flaquearon y cayó dando un sus-

piro aterrador. Al caer, la aguja se le introdujo hasta la cabeza de zafiros. Sufrió una convulsión que le hizo volverse de espalda y se quedó inmóvil.

Inclinada sobre él, Lea le vió contraído, terrible, inerte. No había corrido ni una gota de sangre. La aguja tapaba herméticamente la herida y su punta había llegado al corazón. Con pasos cautelosos, como si temiese despertar de su espantoso sueño al que temía más muerto que vivo, se echó un abrigo por la espalda y huyó á la calle. Sin saber lo que hacía, tomó la dirección de su teatro. Eran las seis.

Pasó por delante del conserje, que le dijo:

– Señora Hawkins, viene usted con mucho adelanto. Aquí tiene su llave. La doncella no ha llegado todavía. ¿Va usted á comer en su cuarto?

Lea no respondió y subió la escalera que conducía al primer piso. Siguió un largo pasillo, abrió una puerta y entró en la habitación que le servía de salón de recibo. Se sentó, sin encender luz, y se puso á llorar desesperadamente, lanzando desgarradores sollozos.

Aquella noche miss Harvey llegó á su palco, contra toda costumbre, al tiempo de levantarse el telón. Capuleto estaba presentando su hija á los señores reunidos en su palacio. Julieta sonreía, pero una gran tristeza velaba la gracia de su semblante. Cantó con brillantez febril el vals, y la escena del encuentro con Romeo le valió una entusiasta salva de aplausos.

Lea no saludó, como si permaneciese indiferente al favor del público. Dijo con acento profundo la frase:

Y la tumba será nuestro lecho nupcial.

Bajó el telón y no volvió á levantarse, á pesar de los gritos entusiastas de todo el público. Nunca la Hawkins y Novelli habían cantado mejor, según la impresión unánime de todo el teatro. La representación empezaba de tal modo, que tenía que acabar en un gran triunfo. Harvey y sus dos hijos estaban en el palco, donde reservaban un sitio para Marenval. Tragomer y Jacobo tenían otro palco más oculto á fin de no dejarse ver. Habían comido con la señora de Freneuse y María, y el tiempo se había deslizado tan dichoso en la dulce intimidad de la familia, que estaban dando las once cuando los dos amigos entraron en el teatro.

El cuarto acto llegaba á su fin. En cuanto bajó el telón, Tragomer fué al palco de Harvey y Jacobo se metió entre bastidores. Conforme estaba convenido, quería ver á Lea y recibir de ella la declaración escrita que debía servir para rehabilitarle. Conducido por un celador, llegó al primer piso, y envuelto en una atmósfera enrarecida y perfumada, como un enamorado que va á ver á su bella, según opinaron de aquel elegante joven los que se cruzaron con él en el camino, Jacobo siguió el corredor y se detuvo ante una puerta á la que su conductor llamó discretamente. La doncella abrió y Freneuse vió á la cantante tendida en un diván y rodeada de ramos y canastillas de flores. Pálida, inmóvil, vestida con el blanco traje nupcial, parecía la hija de Capuleto dormida con el sueño remedo de la muerte. Al ver á Jacobo no hizo ni un movimiento; una triste sonrisa se dibujó en sus labios y dijo dulcemente:

– Llega usted tarde, amigo mío. He tenido un gran éxito... Vea usted estas flores... Me aclaman, me envidian... Soy un hermoso ídolo, ¿verdad? ¿Quién no querría estar en mi puesto?

La doncella salió, y apenas se cerró la puerta, Lea se levantó de un salto y con la cara contraída, la voz temblorosa, dijo llevándose á Jacobo al punto más apartado de la pieza:

– Mírame bien... ¿No me encuentras nada nuevo en la mirada? ¿Soy la misma mujer?

– ¿Qué tienes?, preguntó Jacobo asustado por su agitación. ¿Qué ha sucedido?

– Lo que debía suceder fatalmente, respondió Lea con una actitud de extravío. Sorege ha ido á mi casa...

– ¿Y le has recibido?

– No he tenido otro remedio. Ofrecía estarse allí hasta que saliera. No podía escapar. ¡No se evita lo inevitable! Te lo había dicho... Lo sabía... Mi suerte estaba dedicada...

– ¿Pero á qué se ha atrevido?, preguntó Jacobo, que empezaba á estar inquieto.

– A todo aquello de que es capaz...

Lea se quitó los brazaletes y dijo enseñando en sus brazos las huellas de los dedos de Sorege:

– Casi me ha roto el brazo para obligarme á desmentir mi declaración... Creo que me hubiera matado.

– ¿Y has obedecido?

La cantante levantó la frente, miró á Jacobo, fijó sus ojos en los de éste, y con una sonrisa que recordaba á la tierna, fiel y enamorada Lea de otros tiempos, contestó:

¡No! No he obedecido, Jacobo, no porque se tratase de mi vida, sino porque quería salvar la tuya...

– ¿Entonces?..

Lea bajó la voz y dijo con aire aterrador:

– Se trataba de él ó de mí, Jacobo; era preciso elegir y he elegido. ¡Ya no hará daño á nadie! La declaración que yo debía darte está en su bolsillo; allí la encontrarán... Yo no me atreví á cogerla... Está caído en el suelo en el salón de la casa de *Tavistock-Street*, con los ojos terriblemente abiertos y la boca todavía amenazadora...

– ¿Le has matado?

– ¡Cállate, desgraciado! No se debe saber eso hasta mañana. Es preciso que yo esté libre hasta el fin del espectáculo. Aún no he terminado mi misión. Me pagan y tengo que cantar. Precisamente esta noche está el público loco conmigo...

Al decir esto, tenía un aire tan extraño, que Jacobo creyó que el cerebro de aquella mujer no había podido resistir las duras pruebas que venía sufriendo y se había vuelto loca. Pensó llamar y no creyó lo que le decía. Pero vió en los ojos de la infeliz un pensamiento de desesperación tan terrible, que tuvo el presentimiento de una desgracia inmediata.

La voz del traspunte se oyó en el pasillo:

– A escena para el último acto... Miss Hawkins, ¿se puede empezar?

– Sí, respondió Lea tranquilamente, ya bajo.

Cogió de un canastillo una orquídea blanca con manchas rojas y dijo presentándosela á Jacobo:

– Guárdala en memoria mía. Esta flor es como mi alma; ensangrentada, y sin embargo, pura...

– Lea, dijo Jacobo asustado, pide un momento de descanso; no estás en posesión de ti misma...

¡Sí! Jamás he estado más segura de mí... Es el acto de la muerte, Jacobo; verás qué bien lo canto... Anda, ve á oirme. Lo quiero...

Jacobo trató de detenerla, de calmarla.

La cantante le miró profundamente, le dirigió otra sonrisa y se arrojó en sus brazos en un movimiento apasionado, diciéndole:

– Dame un beso, ¿quieres? Es la última vez que estamos juntos. Permíteme que al partir lleve en la frente el recuerdo de tus labios.

Jacobo se prestó dulcemente á ese capricho y ella entonces le apretó contra su corazón con una fuerza extraordinaria y exclamó:

– ¡Oh! Si me hubieras amado siempre, viviría y sería dichosa...

Hizo un ademán de desolación y prosiguió:

– ¡Ay! ¡Ya no es tiempo! ¡Adiós!

Le echó un último beso con la punta de los dedos y se lanzó fuera. Ya la orquesta ejecutaba el sublime preludio del acto de las tumbas. Jacobo, turbado y lleno de preocupación, entró en la sala y se reunió con Tragomer. El acto había comenzado y Romeo estaba cantando. Jacobo se inclinó al oído de Cristián y murmuró:

– No sé qué va á pasar. Lea ha perdido la cabeza. Acaba de decirme que esta tarde ha ido Sorege á amenazarla, á violentarla, y que ella le ha matado.

– ¡Dios mío!, exclamó Tragomer. Pero ella, entonces, la desgraciada...

– ¡Mírala! Está aterradora...

Con la palidez de la muerte en las mejillas, Julieta se levantó de la tumba y fué á caer en los brazos de su amante. Con voz que parecía velada por el crepúsculo de la noche eterna, la hija de Capuleto esperaba la embriaguez de su dicha al despertarse sobre el corazón del bien amado. Después el veneno hacía su efecto y Romeo palidecía, sucumbiendo. Julieta le retuvo con fuerza, como si se acusase de aquella muerte que él se daba por su amor. En seguida arrancó de la cintura de Romeo el puñal que de ella pendía, y echando á la aguda hoja una mirada de dichoso alivio, pronunció como un grito de libertad esta frase: «¡Ah, bendito puñal, eres mi último recurso!» Y con firme brazo se asestó una puñalada en el mismo sitio en que había herido á Sorege. Siguió de pie, pero la voz se extinguió en sus labios. Un hilo de sangre surgió de la garganta y se deslizó por el traje blanco. Sus ojos se nublaron. Novelli se levantó en este momento y se arrojó sobre su compañera gritando: «¡Socorro! ¡Se ha herido!»

Un espantoso rumor partió de todos los puntos de la sala. Los espectadores, de pie, miraban aterrados. La cantante agitó lentamente la mano como para decir que todo era inútil. Bosquejó una sonrisa, esperando que la recogería Jacobo. Su belleza era tan brillante en aquel momento supremo, que los tres mil espectadores que ocupaban el teatro se callaron como por una fuerza misteriosa, y se oyó el último suspiro que se exhalaba de los labios de la artista. Vaciló como una flor cortada, y cayó muerta en aquella misma escena en que acababa de triunfar su arte.

. . . .

M. Melville, avisado por teléfono, salió de *Scotland-Yard* y se dirigió al domicilio de la cantante. Sorege estaba tendido en la alfombra del salón, lívido y horrible. En el bolsillo de su levita se encontró la declaración de Lea probando la inocencia de Jacobo, que fué enviada á la embajada francesa por la policía de Londres. Vezín marchó á París, á fin de activar la revisión del proceso. Los Harvey en su yate y Marenval, Tragomer y la familia de Freneuse en el *Magic*, se habían dirigido á Cowes.

Los jóvenes pasaron dos meses deliciosos en la intimidad de una existencia activa y libre, navegando por el tranquilo mar ó anclados en las radas del Solet. La belleza de María, realzada por la esperanza, brilló entonces con todo su esplendor. La joven se mostró encantadora y tierna con Cristián, como si quisiera hacerle olvidar los pasados rigores.

Jacobo, sencillo, dulce, un poco grave y tan diferente de sí mismo que era imposible reconocerle, se complacía en hablar con miss Harvey, que le pedía interminablemente el relato de sus aventuras y de sus miserias. El joven confesaba sus errores, sus locuras y sus faltas, y describía los sufrimientos de su vida con una humildad y una emoción, que conmovían profundamente á la americana. Jacobo no demostraba el ardor y la fuerza de la juventud sino para remar y montar á caballo con los hijos de Harvey, y aun éstos tenían que rogárselo vivamente, así ellos como la señora de Freneuse, inquieta por las tendencias místicas de su hijo y deseosa de verle volver á los gustos de la vida normal. Con este mismo fin la madre de Jacobo favorecía la intimidad de Jacobo con miss Maud. Pero pronto quedó sentado que nada modificaría en las horas de felicidad los proyectos madurados en las de angustia.

El mes de agosto expiraba y Julio Harvey anunciaba el propósito de marchar á Portsmouth para hacer provisiones de carbón y de víveres á fin de volver á América. Tenía que arreglar negocios en su país y sus hijos debían volver á los prados para vigilar las ganaderías. Miss Maud se resignó á acompañar á su padre, pero quería llevarse con ella á la señora de Freneuse y á Jacobo.

– El proceso, decía, que consagrará la inocencia de su hijo de usted, no será resuelto hasta dentro de algunos meses. ¿Qué van ustedes á hacer hasta entonces? Si vuelven á Francia no podrán vivir sino muy retirados, y probablemente el Sr. de Freneuse tendrá que constituirse en prisión, pues hasta que se pronuncie la nueva sentencia le considerarán como culpable. Vénganse, pues, con nosotros á Nueva York... Dejaremos á mi padre y á mis hermanos ir á Dakota y nosotros nos instalaremos tranquilamente en Newport. El Sr. de Tragomer nos acompañará, pues á Marenval lo creo muy deseoso de volver á París.

– Véngase usted, Tragomer, decían los *cowboys*; iremos hasta las altas mesetas á tirar á los bisontes. Hay todavía hermosas manadas, y acamparemos en las tiendas con los *Cherokees*... Allí verá usted potros, como no los hay en el mundo, que corren veinticuatro horas sin descansar... Pescaremos el salmón en los *creeks*... Hay rincones donde se cogen piezas que datan del diluvio... ¡Unos monstruos! Venga usted, Tragomer... Cuando tengamos á Jacobo en el suelo americano, le pondremos en forma... Es un buen *sportman*; no hay que dejarle hacerse cura.

Miss Maud se encargó en persona de intentar el esfuerzo supremo. Una noche en que se paseaba con Jacobo por la cubierta del *Magic*, en la rada de Cowes, se detuvo repentinamente y se apoyó en la borda del yate. El mar estaba fosforescente. Por todos lados las luces eléctricas marcaban el sitio de los barcos anclados y un viento tibio y ligero cantaba en las vergas. Innumerables estrellas bordaban el cielo con sus resplandores de oro pálido. La joven estaba mordiscando una rosa y miraba al mar sin decir palabra. Jacobo, á su lado, escuchaba distraídamente una música que se oía á lo lejos en la obscuridad. Miss Maud se levantó y dijo fijando en la cara de Jacobo sus ojos perspicaces:

– Señor de Freneuse, conviene hablar esta noche sinceramente, para que no tengamos después ni penas ni arrepentimientos. Usted tiene proyectos que afligen á su madre y á su hermana. No hablo de sus amigos, entre los que nos contamos, pues la autoridad que pueden tener sobre usted es muy débil, comparada con la de esas dos mujeres que tanto han llorado por usted. Existe además otra afección que puede tener una influencia decisiva en la vida de un hombre. Y es preciso que el que la provoca la conozca.

Se detuvo un poco confusa, así por la gravedad de la confidencia como por la dificultad de completarla. Pero era un espíritu resuelto y continuó atrevidamente:

– Ha hecho usted muchas locuras, pero las ha expiado con muchos sufrimientos. Está usted, pues,

en paz consigo mismo. ¿Por qué insiste usted en dejar el mundo á pesar de la pena que causa á su familia? Debe usted ciertas compensaciones á las que han sufrido por su causa. En fin, si una mujer, comovida por sus desgracias, interesada por su rehabilitación y sinceramente enamorada de usted, se ofreciera á cuidar las heridas secretas de su corazón, á curarlas y á cifrar su dicha en hacer de usted el hombre que debe ser, ¿rechazaría usted esa ternura?

Levantó su frente en la que brillaban la inteligencia y la voluntad, y prosiguió:

– Yo soy esa mujer que le ama y que le ofrece su mano. Si usted la admite, tendrá en mí una compañera resuelta y adicta. El bien que usted se propone hacer á la humanidad á cambio del mal que de ella ha recibido, lo haremos juntos. Todo lo que pido es que me hable usted francamente para saber si debo esperar ó resignarme. Diga usted sí, y vamos juntos á ver á mi padre y á que yo abrace á su madre de usted con todo mi corazón. Diga usted no, y mañana parto, para que no me vea usted llorar.

Maud ofreció su mano y Jacobo la vió pálida, en la clara noche, y con los ojos brillantes de emoción. El joven se inclinó con respetuoso dolor:

– Aunque mi sinceridad aflija á usted, miss Maud, voy á obedecerla hablando francamente. Estoy conmovido hasta lo más profundo de mi ser por su generosa y caritativa afección. Usted ha sido impulsada, cosa digna de una mujer, por la obra de dulzura y de piedad que desea realizar cerca de un desgraciado. Pero yo me juzgo más severamente que usted y sé cuántas manchas contiene todavía este corazón que usted cree purificado. Mido mejor que nadie la profundidad de mi caída y no creo que un ángel como usted pueda levantarme tan fácilmente. No me siento digno de usted, mis Harvey, y lo confieso con una humildad muy meritoria, llorando de agradecimiento por su bondad.

Cogió su mano y llevándosela á los labios la mojó con sus lágrimas. Después continuó con voz alterada:

– En fin, preciso es que se lo confíe á usted como á todos mis otros amigos; no soy libre de disponer de mí. He hecho un voto. En el momento más grave de mi vida, cuando se estaba decidiendo mi salvación ó mi pérdida, juré dedicarme á Dios si me permitía volver á mi familia y á mi país á probar mi inocencia. Dios me oyó y ya no me pertenezco. Me entrego al que después de haberme castigado justamente tuvo piedad de mí. Perdón, mis Maud. Si una mujer podía realizar la obra que usted había soñado, esa mujer es usted. Solamente Dios habrá sido preferido.

Maud le miró por última vez y comprendió que todo había acabado. Suspiró, y dejando caer en el mar la flor que tenía en los labios, como caían en la nada los ensueños acariciados por su pensamiento, pronunció esta sola palabra.

– ¡Adiós!

Y desapareció por el puente como una sombra.

El día siguiente el yate de Julio Harvey zarpó en dirección de la costa inglesa.

JORGE OHNET



REPÚBLICA ARGENTINA.,– REGIÓN DE LOS ANDES. ALTÍSIMO PILAR DE TOBA EN EL VALLE DEL RÍO LIMAY (NEUQUEN). De fotografía hecha en los talleres del Museo de La Plata que dirige el sabio explorador y perito D. Francisco P. Moreno y remitida por D. Justo Solsona.

REPUBLICA ARGENTINA

REGIÓN DE LOS ANDES

Un año atrás parecía ser un problema de difícil solución el de límites entre las dos repúblicas sudamericanas, Chile y Argentina. Hoy, gracias al patriotismo é inteligencia de los gobiernos y á la convicción de los pueblos de que la guerra no es la razón ni la justicia, sino la brutalidad del más fuerte, arreglaron sus diferencias llevando la cuestión al arbitraje. Mientras Chile defendía la teoría del *divortium acuarium,* la República Argentina abogaba por la de las altas cumbres, dejando, al fin, la solución en manos de la anciana reina de Inglaterra, la que ya nombró la comisión de asesores.

El sabio naturalista, geógrafo, explorador y perito D. Francisco P. Moreno, director del «Museo de La Plata,» con el mejor acierto por parte del gobierno argentino, ha sido designado para defender en Londres los intereses de esta nación; si bien se susurra con ciertos visos de fundamento que antes quedará todo terminado directamente entre las dos cancillerías. No sería de extrañar tal solución después de las declaraciones hechas por ambos presidentes en la cordial entrevista tenida en las aguas del estrecho de Magallanes, y la conducta seguida hasta el presente por el general Roca en este difícil asunto. Además, la Comisión mixta internacional está ya celebrando sus conferencias respecto á la Puna de Atacama; cuales conferencias podrían muy bien terminar por ser generales en toda la línea de límites, así por la parte que afecta al ar-



REPÚBLICA ARGENTINA.– REGIÓN DE LOS ANDES. PUERTO BLEST, SITUADO EN EL EXTREMO OCCIDENTAL DEL LAGO NAHUEL HUAPI (RÍO NEGRO). De fotografía hecha en los talleres del Museo de La Plata que dirige el sabio explorador y perito D. Francisco P. Moreno y remitida por D. Justo Solsona

bitraje como por la de Bolivia, que si arreglados con esa nación, no lo estaban con Chile por creerse la última con derechos posesivos sobre la tal Puna. De todos modos, en breve quedarán zanjadas tales dificultades en definitiva, y continuarán siendo hermanos dos pueblos nacidos á un mismo tiempo á la vida libre de las naciones sudamericanas y cuya grandeza no deben confiar al estruendo de las armas, sino á la santa paz y á la actividad del trabajo.

Las fotografías que publicamos fueron tomadas por el perito D. Francisco P. Moreno en uno de sus primeros viajes de exploración á los Andes en la parte de las gobernaciones del Neuquen, Río Negro, Chubut y Santa Cruz; regiones que el Sr Moreno describe admirablemente, con abundancia de detalles, en sus obras y boletines geográficos publicados por el «Museo de La Plata.»

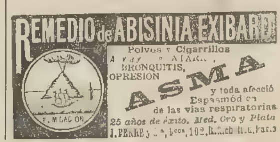
Una de ellas reproduce el Puerto Blest, que está situado en el extremo occidental del lago Nauel-Huapi á los 41° 0' 9" de latitud Sur y 71° 50' de longitud Oeste del meridiano de Greenwich.

La otra es reproducción de un pilar de toba que se encuentra en el valle del río Limay. Este río tiene su origen en el extremo oriental del lago Nahuel-Huapi y pasa luego á ser afluente del río Negro, que desagua en el Atlántico á unas 40 leguas al Sur del puerto de Bahía Blanca. En el valle de dicho río abundan los pilares como el que reproducimos: son de colosal altura y casi cilíndricos, y algunos de ellos tienen mayor circunferencia en su parte media y alta que en su base. Dentro de algún tiempo, la acción de las lluvias y de los vientos derrumbará aquellos colosos de aspecto extraño y fantástico que semejan gigantes petrificados ó torreones, restos de derruídos castillos feudales.

JUSTO SOLSONA







LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

La enseñanza en el siglo xx, por *Ricardo Becerro de Bengoa.* – Tal es el título de la notabilísima obra, de palpitante oportunidad, que acaba de publicar en Madrid el conocido librero y editor don Edmundo Capdeville, y que ha escrito, con su bien probada competencia en las cuestiones de instrucción y educación, el catedrático, académico de ciencias, consejero y reputado publicista D. Ricardo Becerro de Bengoa. En este libro, redactado con natural sencillez, ingenua sinceridad y digna energía, se examina el problema de la educación total moderna, en el estado en que se presenta en los así extranjeros más adelantados y en España, tanto en lo que se refiere á la primera como á la segunda enseñanza; se trata de las tendencias reformistas que convierten la instrucción en educación, y se ocupa de ésta en sus cuatro fases: intelectual, moral, física y artística. El docto catedrático desarrolla un plan completo de la enseñanza de adultos y el de segunda enseñanza, resultando una verdadera información acerca de las corrientes que hoy dominan en el mundo sabio en la reforma de la enseñanza, y una exposición de radicales propósitos respecto á la manera de plantearla en España. Corresponde á la importancia intelectual de este libro la tipográfica. Comprende 388 páginas en 8.º francés, con cuatro hermosas fototipias sueltas y 44 fotograbados, impreso todo en magnífico papel. El trabajo de tipografía se ha realizado en el establecimiento de la señora Viuda de M. Minuesa, y el de fotografía en la casa de Laurent, demostrando todo el conjunto el especial empeño y exquisito gusto con que ha procurado honrar esta obra de civilizadora propaganda el editor Sr. Capdeville. El precio de la obra es de 5 pesetas.

Entre brumas, por *Andrés Clemente Vázquez.* – El distinguido publicista cubano D. Andrés Clemente Vázquez, de algunas de cuyas obras nos hemos ocupado en distintas ocasiones con el elogio que se merecen, ha reunido en este tomo, que es la segunda parte de su libro *En el ocaso*, varios artículos que por la diversidad de sus asuntos justifican el título de enciclopedista que á su autor ha dado un notable crítico americano Mas no es este el único mérito de la obra del Sr. Vázquez: en ella resplandecen el conocimiento profundo de la literatura y de la filosofía antiguas y modernas, un elevado sentimiento poético, un gran espíritu crítico y sobre todo una elegancia y riqueza de lenguaje que colocan al autor en el número de los buenos estilistas. *Entre brumas* ha sido impreso en la Habana en la imprenta «Avisador Comercial.»



Boceto del monumento á Garibaldi que ha de erigirse en Buenos Aires, obra del escultor Maccagnani

Los vencidos, por *D. Martín Lorenzo Coria.* Esta interesante novela, página de actualidad palpitante, publicada en las columnas de un popular periódico de esta ciudad, ha logrado tal aceptación que el autor, obrando con muy buen acuerdo, ha dado á la estampa una segunda edición más lujosa y elegante que la primera. *Los vencidos*, narración de gran interés dramático, es un reflejo de la vida española contemporánea y señala los derroteros únicos posibles para llegar á la suspirada regeneración de un país que todos queremos regenerar. No haremos ningún elogio de este libro desde el punto de vista literario, porque el nombre del Sr. Coria es sobrado conocido en el mundo de las letras y su firma nos releva de tributarle alabanzas. Nos limitaremos, por consiguiente á decir que *Los vencidos*, aparte de su oportunidad en el presente momento histórico, es una obra de lectura tan agradable como útil para quienes lealmente se preocupen del presente y del porvenir de nuestra patria y de lo que importa á la familia y á la sociedad. Forma esta novela un tomo en octavo de 304 páginas, esmeradamente impreso y con una bonita cubierta dibujada por Pellicer y se vende á tres pesetas en las principales librerías, debiendo hacerse los pedidos á la Librería Española (Rambla del Centro, 20).

La inmortalidad de los héroes de Iquique, por *E. Carlos Soto Herrera.* – Cuadro dramático estrenado con buen éxito en el teatro de Iquique y dedicado á honrar la memoria de Arturo Prat, Riquelme, Serrano, Aldea y demás héroes del combate naval trabado en aguas de Iquique en 21 de mayo de 1879.

En Marian Aguiló, por *l' Iltre. Senyor don Jaume Colell.* – Ha sido impreso el discurso que el inspirado poeta y celebrado escritor Rdo. Sr. Colell, maestro en Gay Saber y canónigo de la catedral de Vich, leyó en la velada necrológica celebrada en el Ateneo Barcelonés el día 6 de junio de 1898. Es un estudio bajo todos conceptos notabilísimo, digno de la personalidad literaria en cuyo honor fué escrito, un análisis completo de las obras de Aguiló, de las ideas y sentimientos que las informan y de las tendencias que representan, constituyendo un hermoso monumento á las letras catalanas en general y en particular del autor del *Romancer popular.*

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Revista contemporánea, publicación quincenal madrileña; *La Unión católica*, semanario religioso que se publica en Valencia (Venezuela); *La energía eléctrica*, revista general de electricidad y sus aplicaciones, publicación decenal ilustrada que dirige en Madrid D. Gumersindo Villegas Ortega (San Gregorio, 41, principal).



Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XVIII — Barcelona 24 de julio de 1899 — Núm. 917

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



MAYO, cuadro de José M.ª Tamburini

(Salón Parés)



LA VIDA CONTEMPORANEA

BARCOS. – ACTORES

Una escuadra francesa, no la más importante, la del Norte, ha fondeado estos días en la bahía de mi pueblo natal, *Marineda de Cantabria*, vulgo la Coruña. – Entraron los acorazados de dos en dos, en solemne muestra, majestuosos, abriendo ancho surco de plata, despidiendo abullonadas banderolas de humo: el estandarte tricolor se desplegaba á la palpitante brisa de la tarde, á las caricias de un sol más claro y ardoroso de lo que suele ser en el país gallego. El día, como escogido por la naturaleza, irradiaba esplendores; día de fiesta, de alborozo y ruido, y al mismo tiempo de paz. Alfombraban la tierra, cual dorado y muelle tapiz, las recién segadas mieses; en los setos la madreselva se cubría de flores color de ágata, embalsamadoras del aire; los cerezos, al borde de la carretera, todavía ostentaban su fruto de pulido granate; y el mar, extendido á lo lejos y señoreado por la ingente torre herculina, semejaba un lago de turquesa en fusión, regia alfombra para los acorazados franceses... El espectáculo era alegre y bello, pero á mí me infundía una molestia sorda, casi una indignación, de seguro una añoranza... Cuando retumbó el cañón saludando á la plaza, y el cañón devolvió el saludo en voz no menos grave, mi espíritu se quería salir del cuerpo; tan violenta emoción causaba aquel tronar de la pólvora, aquel incidente vulgar, evocando recuerdos, conmemorando aniversarios, removiendo heces de pasados pero aún frescos desencantos amarguísimos...

***

Al día siguiente llenaban la bahía los grandes buques extranjeros, de nombres sonoros y terroríficos, el *Formidable*, el *Redoutable*, que despiertan ecos lejanos, glorias de Trafalgar, insignes figuras de esforzados marinos, el poderío de Napoleón, el heroísmo de los Nelson y los Churruca... Entretenido era girar alrededor de los barcos, encontrando al paso ya un luengo y cilíndrico *destroyer*, ya un sucinto torpedero, en cuyo tubo relucía amenazador el cigarro del proyectil; cruzándose con las numerosas y raudas lanchitas de vapor á cada instante destacadas del costado de los buques, blancas como palomas, tripuladas por marineros de blanco traje, animadas por el tricolor banderín que parecía cucarda revolucionaria fija sobre la nívea cofia de una jovencilla parisiense contemporánea de María Antonieta. No cabe expresar lo que animaba la bella concha de Marineda tal ir y venir de falúas y botecillos, muchos de ellos cargados de señoritas y señoras deseosas de visitar los acorazados; pero en medio del pintoresco espectáculo, volví á sentir la misma congoja indefinible del día anterior. No hay que disimularlo: mi angustia se llamaba *envidia, tristeza del bien ajeno* – mal de que todos se declaran exentos y libres, y todos padecen en alguna ó muchas ocasiones, por feliz y magnánima que sea su alma, por noble que tengan el sentir. – Yo envidiaba, sí, con envidia que debía de amarillearme el rostro, los barcos, los oficiales, las aguerridas dotaciones de la marina de Francia. Y es la envidia tan ciega, que no se me venía al pensamiento lo que bien sabía: que ni aquellos barcos ni aquellos hombres ni todo el poderío naval de nuestra «hermana latina» son más que tortas, pan pintado y flor de cantueso para el poderío formidable, tremendo, fantástico, de nuestros devoradores y tragantes cuñados los anglo-sajones. Hace poco que una Revista, queriendo mostrar gráficamente las fuerzas navales de Inglaterra y de las demás naciones de Europa, representó á la nación de la Gran Bretaña en figura de descomunal gigantón; la de Francia era un hombre de corta estatura, nosotros un enanillo.

***

El paso de esta escuadra no ha dejado de ocasionar sus inevitables..., digo, no, sus *evitables* piques, descontentos y críticas. No estaban conformes los autores en el cuánto y el cómo de los obsequios. Se les ofreció á los franceses – á quienes en otra ocasión la Coruña había acogido y festejado de una manera muy cordial, – una función de gala en el teatro con Vico, y una corrida de toros con *Bonarillo* y *Minuto*. Por lo que hace á claro-obscuro y contraste, no pudo estar mejor discurrido el programa. Pasar del clasicismo de Vico, de las delicadezas psicológicas y las alturas morales del *Drama nuevo*, de las esferas más puras del arte y las magnificencias de la poesía, á los brutales y sangrientos lances de la lidia taurómaca..., es como ver á España por el anverso y el reverso, es recorrerla en un solo día de límite á límite, intelectualmente hablando. Por desgracia (siempre sucede así) lo que los franceses pudieron apreciar mejor fué la corrida. Capas, banderillas, espadas, hablan un idioma que, como el volapük y con más razón que el volapük, puede preciarse de universal. Del *Drama nuevo* (que no gustó en París, lo cual ya es mal precedente para que les guste á los franceses en la Coruña) supongo que se habrán quedado en ayunas las nueve décimas partes de los marinos de la escuadra, aunque el almirante Sallandrouze de Lamornaix y algunos oficiales se expresaban correctamente en castellano. De los toros se enteraron divinamente y á la primer ojeada. Entusiasmados, encantados de los adornos y floreos de *Minuto*, se querían echar al ruedo, se desollaban las manos á fuerza de aplaudir, y no sabiendo cómo expresar la satisfacción, arrojaban á la plaza las gorras de uniforme. Era cosa de decirles que pues les gustaba tanto, se lo llevasen á casa y no nos lo restituyesen nunca. ¡Ah, si valiese regalar ó traspasar lo que no conviene! ¡Famoso paquete de desechos el que armaríamos, y pocos trastos desvencijados que íbamos á meter en él! Lo malo es que serían como las zapatillas de Abdul Mejid: nos los volverían á casa y tendríamos nuevamente que cargar con ellos...

***

No por esto me cuento en el número de los que les echan la culpa de todo á los toros y á las corridas. ¡Quiá! El daño está más adentro... He sostenido varias veces que en las demás naciones no faltan espectáculos que vencen á éste en barbarie y ferocidad, sin igualarle en brillantez, destreza y gracia. Lo que me impacienta, mirando al porvenir de nuestra patria y á su honra y provecho, es la *afición*.

La *afición*, tal cual aquí existe, no puede negarse que es una especie de peste ó sarampión maligno. Cinco días antes y cinco después de la corrida ni se habla ni se piensa sino en ella, en sus lances, peripecias, incidentes y pormenores. Se discute una suerte, se delibera acerca de una estocada, con gravedad y empeño que á no ser tristes serían cómicos. Los diarios, avaros de espacio para las letras, la ciencia y aun la misma información instructiva y culta, abren sus columnas de par en par á la insoportable revista taurómaca, extensa, minuciosa, con ceceos y barbarismos, ordinarieces y *caló*, de estilo bajo y burdo. Increíble parece que no hastíe un género tan ruin, tan simplón, en el cual han malgastado tinta ciertas plumas dignas de mejor empleo. Bueno que asistamos á la corrida, si tenemos humor y gana; bueno que pasemos allí dos ó tres horas, y celebremos la habilidad de los lidiadores; pero ¡por compasión!, que no nos endilguen al día siguiente el inventario de las verónicas y navarras, de los pares al cuarteo y las estocadas caídas, con más la cuenta de los milímetros que se *corrió* el diestro, y el índice de las *palmas y tabacos*...

***

Vico abandona á España; sale hacia América, con intención de permanecer año y medio en aquellas tierras y regresar para retirarse de la escena definitivamente. Desde lejos, en las tablas, Vico, como todos los obesos, ó que tienen tendencia á la obesidad, parece viejo; visto de cerca, su cara, sus ojos, su tez, conservan un brillo extraordinario de juventud. Si Vico hubiese tenido la suerte de no echar carnes, de sostenerse en los consagrados setenta kilogramos, setenta y cinco á lo sumo – podría hacer los papeles de galán, de Tenorio, de Trovador, electrizando á la concurrencia. Tal vez no se ha calculado lo que influyen algunos kilogramos de tejido adiposo en la suerte del hombre, del artista en especial. Vico delgado era actor para veinte años todavía, y actor incomparable – porque el genio, la inspiración, no tienen que ver con la gordura. – Ha sido el exceso de crasitud lo que alteró la hermosa voz (tan semejante á la de Alejandro Pidal) y empastó, por decirlo así, la laringe de Antonio Vico. Cuando Vico habla sin esforzarse, á media voz; cuando no sube el tono, su pronunciación es admirable, su dicción no tiene igual. Hay que oirle las frases *llanas, profundas*, de *Traidor, inconfeso y mártir*, drama de Zorrilla que es su triunfo. No volveremos á encontrar otro *Gabriel de Espinosa* como Vico; ni á nadie le oiremos declamar con tan sombría y patética expresión el terrible papel de *Walter* en *La muerte en los labios*, de Echegaray. Yo no sabía qué actor era Vico, hasta la noche en que le vi estrenar *La muerte en los labios*. Encarnar un papel simpático, un papel en que todo el mundo encuentra atractivo, que se lleva los corazones, un papel de *Don Juan* ó de *Gabriel de Espinosa*, el uno mozo aturdido, pero con alientos y arranques generosos; el otro víctima inocente de la fatalidad, sucumbiendo noble y voluntariamente al rigor del destino, no puede compararse á personificar el odioso tipo del fanático sediento de sangre y de tortura, que sacrifica á su propio hijo en aras de ceguedad impía y de teológicas sutilezas. *Walter* es un monstruo maléfico; el público se siente predispuesto en contra de *Walter* desde que pisa las tablas. Y no obstante, el talento de Vico logró hacer de *Walter* una personalidad conmovedora á veces. Inevitable estremecimiento corría por las venas de los espectadores cuando *Walter*, abrazado al cuerpo de *Conrado*, sollozaba y rugía: «¡Socorro!.. ¡Se escapa la sangre por entre mis dedos!.. ¡Vertí tanta, y no puedo atajar la de un hombre!»

***

Los dos actores que estrenaron *La muerte en los labios* faltan ya de la escena española: Rafael Calvo, que hacía el *Conrado*, arrebatado en el apogeo de su gloria por un contagio horrible; Antonio Vico, empujado á América por la necesidad de vivir y de ganar el reposo de los últimos años... ¡Quiera Dios otorgar á Vico cuanta prosperidad desee, y tráigale aquí otra vez, con ánimos para nuevas campañas teatrales!

EMILIA PARDO BAZÁN

PENSAMIENTOS

Es maestro aquel cuyas obras no hacen pensar en las de los demás.

MEISSONIER.

***

En materia de bellas artes la imitación debe dejarse á aquellos pueblos que carecen de pasado y de tradición.

J. MICHELET.

***

Para conducir el carro del Estado no es necesario haber sufrido ningún examen; en cambio, se necesita una autorización para guiar un coche de punto.

GUY TOMEL.

***

El hombre, tan ávido de libertad, tiende incesantemente á crearse tiranías.

G. M. VALTOUR.

***

A la larga sucede con una profesión lo que con el matrimonio, que acaba uno por no ver de ella más que los inconvenientes.

H. DE BALZAC.

***

Hay un sainete en el fondo de cada tragedia, como hay una tragedia en el fondo de cada sainete.

FRANCISCO S...



ROMERO ROBLEDO

Hace algunos años. Acababa de fundarse *El Nacional.* Morlesín me recomendaba para escribir allí.

Acudí á la Redacción una tarde, y Romero no estaba. Volví por la noche, y se hallaba ocupadísimo. ¿Qué hacía? ¡El periódico!.. ¿Pero don Francisco sabía de estas cosas? ¡D. Francisco de todo sabe! Como Tassara, no lo estudia, pero lo *presiente.*

Ante aquellas dilaciones, me resolví á esperar en la puerta del Senado la hora de que salieran de cierta reunión, á que les había convocado Cánovas, las minorías conservadoras.

Entregué á un ujier la tarjeta de Morlesín para que la pasara á Romero. Aguardé un rato, otro rato... Al fin salió D. Francisco y se fijó en mí. Creí que iba á decirme alguna chirigota. Le tenía por uno de nuestros primeros guasones. Nada más lejos.

– ¿Es usted el que me llama?

– Sí, señor. Venía á ofrecerme y tener la honra...

– Esta noche en *El Nacional* á la una y media.

Me dió la mano, y sin dejarme interrumpirle, se dirigió á un caballero, y luego á otro, y á otro, y á diez ó doce; cambió con ellos, y sin duda sobre asuntos diversos, no más palabras con cada uno que conmigo, brusco siempre y grave, y casi de un salto se arrellanó en el coche, y el cochero fustigó á los caballos, y éstos corrieron á todo correr, como si comprendieran que su fortuna les hacía conducir á un grande hombre incapaz de desperdiciar ni un minuto, que va á todas partes, que en ninguna se detiene, que anda siempre con prisas, que trabaja en todo, que de todo habla, que se levanta temprano, que se acuesta tarde, que juraría á pie juntillas que todos los españoles se preocupan únicamente de los sucesos políticos de actualidad y que si se retirara de la vida política se moriría de añoranza, y legislaturas hay en que sin él sería el Congreso

> Campos de soledad, mustio collado,

porque él todo lo revuelve y lo llena y lo alegra y lo agita. ¡Es mucha inteligencia, y son muchas actividades y energías, y son muchos pulmones los del Excmo. Sr. D. Francisco Romero Robledo, jefe de agrupación unas veces, otras ministro, otras *leader* de la mayoría é invariablemente diputado por Antequera!

En *El Nacional,* donde más le traté, no perdía el tiempo en discreteos inútiles, galanterías pegajosas, ni conversaciones vanas. Siempre iba al grano. Tomaba el periodismo, siquiera fuese temporalmente, con la pasión que pone en cuanto emprende, y no pasaba noche sin que á todos nos señalara trabajo y sin que resultara exceso enorme de original.

¿Escribíamos una noticia? D. Francisco la leía. ¿Un fondo? D. Francisco acababa de llenarlo. ¿Unas coplas? D. Francisco las celebraba ó vituperaba.

Cuando Romero se entrega á cualquiera ocupación determinada, no reposa hasta darla remate.

Para él no hay días ni horas entonces. La mañana, la tarde, la noche, todo es poco. Lo importante es concluir aquello. Todo lo demás le parece que no es de este mundo

Romero no podrá ser periodista, como no ha podido ser escritor, ni abogado, ni académico, ni nada más que hombre público; por sobra de vocación y por falta de tiempo. Ama la política por la política. Es su segunda naturaleza, su afición, su mundo, su arte. No le queda instante que dedicar á otra cosa.

De aquí que una semblanza de Romero en la intimidad se haga punto menos que imposible de escribir. No tiene vida privada. Todo en él es vida pública, casi desde aquel día en que, niño aún, le encaminó á Madrid la protección de un tío suyo paterno.



D. Francisco Romero Robledo (de fotografía de A. Nieto)

Dió los primeros pasos en la Academia de Jurisprudencia, y se reveló – pocos lo recordarán ya – con un magnífico informe forense, al tocarle en suerte ser uno de los letrados que intervinieron en la famosísima causa del crimen de la calle de la Justa.

Vino á las Cortes por primera vez el año 63.

Por firmar en un mensaje dirigido á doña Isabel II, dictóse contra él auto de prisión y se vió obligado á emigrar á Francia.

De la emigración conozco un detalle: Romero Robledo probó entonces el vino por vez primera. De suerte que, á pesar de las persecuciones, no estuvo á pan y agua.

Después ha seguido bebiéndolo, pero sólo en las comidas y en escasa cantidad.

Come regularmente, prefiere los alimentos ligeros y delicados, los fritos por ejemplo, y más que nada las golosinas. En lo de gustarle los dulces, como en casi todas sus costumbres, es un andaluz á macha martillo.

Lo del poco vino no es excepción. Romero nunca tuvo otro vicio que la política. No conoce ningún juego de naipes. No me atreveré á asegurar que sepa las cartas de la baraja siquiera. Sólo juega alguna vez al billar, y en Antequera al dominó cuando encuentra quienes le hagan partida, lo cual no es fácil, porque dista mucho de ser un maestro y le molesta perder.

En Madrid tiene tertulia en su casa todas las noches, se retira tarde y suele levantarse á las diez.

En Antequera se acuesta temprano y madruga muchísimo.

En el hogar es un padre modelo y tiene delirio por sus hijas, á las cuales ciegamente complace, con devoción igual á la que empleaba con aquella virtuosa, inolvidable y distinguidísima dama que fué su compañera.

Romero Robledo en su casa nunca tuvo voluntad, como suele decirse, y él, con todos tan enérgico, ciñó su gusto en la familia á hacer el de los demás, hasta el punto de renunciar sin sacrificio á muchas temporadas de Antequera, que para él es el *non plus ultra,* y lo es en tal medida que ahora, cuando pasa allí los estíos, si los amigos que le acompañan se achicharran de calor, el antiguo *pollo* (que aunque es todo fuego, odia al frío cordialmente) se obstina en persuadirles de que es el Romeral el punto más fresco y delicioso para refugio de verano.

Muchos hombres ilustres han sido sus huéspedes en Antequera: lo fué el rey D. Alfonso XII, lo fué D. Antonio Cánovas del Castillo, lo fué D. Francisco Silvela también.

No sólo en su tierra veneran á Romero. Es hombre que sabe hacerse querer. Por donde quiere que pasa, deja recuerdo agradecido y afectuoso. Testigo, la Academia de Jurisprudencia, de la cual fué presidente años ha derrotando á Moret: la consiguió el título de Real, la dió un nuevo edificio y llevó á las Cortes á cerca de setenta socios.

Poco tiempo habrá dedicado D. Francisco en su vida á la literatura. Sin embargo, siente gran predilección por los literatos, y sin contar ya su amistad inquebrantable con el poeta de las *Doloras,* al ministerio de la Gobernación llevó consigo á Ramos Carrión, á Eusebio Blasco, á Estremera, á Campo Arana y otros de este fuste.

Cuando se estrenó el drama de Zapata *La piedad de una reina,* la voz de Romero fué la única que se alzó en el Congreso para defender la independencia de los derechos del autor.

Tiene D. Francisco un corazón generosísimo.

Bien lo demostró al firmar, como presidente de la Comisión en el Congreso, la libertad de los esclavos de Cuba. Romero Robledo era en la isla uno de los que más esclavos tenían.

No probó menos su bondad con cierto inspector á quien después protegió mucho, y el cual, habiendo sido á raíz del golpe de Sagunto el encargado de prenderle, no pudo dar alcance á D. Francisco hasta que éste se hallaba ya en condiciones de decirle, como le dijo:

– ¡Pero, hombre! ¡Viene usted á prender al ministro de la Gobernación!

Ningún personaje más discutido. Nunca se le mira con frialdad.

Unos le ponen sobre la luna y las estrellas. Otros no pueden verle en pintura.

Él, por su parte, en sus discursos habla mal de todo bicho viviente; en sus conversaciones no habla mal de nadie jamás.

Ricardo J. Catarineu



– Miss Marta, ¿una taza de te?

JORGE Y MARTA

– Miss Marta, ¿una taza de te?

Quién así hablaba á Marta Deorins, que á la sazón cantaba en Covent-Garden, era Jorge, un joven alto, de figura esbelta, barba rubia y mirada inocente. La diva, festejada por la aristocracia inglesa, frecuentaba asiduamente la casa de lady Fischer, madre de Jorge, situada en Trafalgar-square: en ninguna parte encontraba acogida más cordial ni mayor confianza que las que allí le dispensaban; así es que cuando le suplicaban que cantara en los *five ó clock* que en aquella casa se daban, delante de un reducido auditorio, accedía á ello de muy buena gana. El agua pura de su voz derramaba la frescura de sus ondas en aquel gran salón claro cuyas alfombras amortiguaban discretamente los pasos de los criados y en donde la luz del día, atenuada por los cortinajes de seda de color pálido, dulcificaba los rostros y la expresión de los objetos. Allí se sentía adulada, atendida y durante una hora podía creerse otra mujer, una bella miss, emanación de aquel medio mundano. Y cuando le dirigían algún elogio, encontraba particular dulzura en esa graciosa inflexión que da á las palabras francesas la ligera vacilación de los labios ingleses.

– Miss Marta, ¿una taza de te?

Jorge, al decirle esto, la miraba con sus azules ojos envolviéndola en una constante caricia, y aquella mirada expresaba todo el encanto que sobre el joven ejercían la gentileza parisiense de Marta y su aire «comme il faut,» según él decía cuando explicaba en francés por qué le gustaba el porte de la cantante. De pie delante de ella, teniendo en su mano la taza que Marta tomaba, contemplábala mientras bebía fijos sus ojos en la delicada porcelana que tocaban los labios de la diva. Hacía una semana que estaba conquistado, y sin que su boca lo dijera, decíanlo sus ademanes, sus gestos, toda su actitud. Cuando Marta cantaba, Jorge, correcto, con una flor en el ojal, volvía las páginas mientras la diva con sus finos dedos se acompañaba ella misma al piano, sintiendo sobre los cabellos que en su frente y en sus sienes revoloteaban el suave roce de su barba rubia. Otras veces, ¡cuántas conversaciones rápidas junto al alféizar de la ventana, mientras en el salón aumentaba poco á poco el ruido de las voces! Jorge le confesaba que no era artista, y se sentía por vez primera avergonzado de no serlo. ¡Qué alegría para él hubiera sido viajar, recorrer el mundo, llenarse los ojos con las majestuosas visiones de la naturaleza! Pero la dirección de la casa paterna le retenía allí, porque figurando el banquero Juan Fischer en el Parlamento y ocupándose casi exclusivamente de política, á él incumbía suplirle en la gestión de los negocios. Al hablar así, su voz era acariciadora como su mirada: todo era caricia en aquel mocetón cuyas manos tímidas delante de aquella linda francesa tenían una ligereza enteramente femenina para tocar los objetos.

Aquella simpatía de los primeros días, que no tardó en convertirse en adoración, causaba en Marta un placer nuevo, desconocido para ella, y buena parte del encanto que aquella casa le producía era debido á la presencia del joven. Los que en París la rodeaban no le habían dado á conocer la delicada poesía de un sentimiento sincero, que ahora sentía crecer lentamente dentro de sí. Al ver á Jorge, adivinaba cuán feliz era acercándose á ella y hablándole, para luego pensar en ella y de ella acordarse. ¡Qué de atenciones, qué de solícitos cuidados! Así soñaba con el amor cuando era niña. Entonces, todo lo que en su interior se escondía, todos los recuerdos de su infancia, todos sus inocentes ensueños cuyos protagonistas eran los rubios enamorados de sus libros, la alegría que en su infantil corazón producían las pequeñas flores y los días espléndidos, todo remontaba á la superficie de su alma, y le hacía experimentar algo muy tierno. La idea de haber conquistado aquel corazón causaba en el suyo esa sensación deliciosa que produce en la mano el cuerpo delicado y tembloroso del tímido pajarillo que se ha dejado aprisionar.

Después del *five ó clock,* cuando dejaba el salón de lady Fischer, Jorge la acompañaba en su *cab* hasta su casa, atravesando Londres mojado por la lluvia y sintiendo sus rostros acariciados por fresco airecillo. Marta sentía junto á ella, emocionado, á aquel apuesto joven que hubiera podido pretender seducirla á fuerza de libras esterlinas y que, sin embargo, tenía para ella encantadoras atenciones de enamorado. Sentía sobre ella su mirada, veíale inmóvil con las manos próximas á las suyas y respirando en ella como en una flor. ¡Cuántos impulsos contenidos en aquel hombre correcto cuya voz dulce decía: «¿Pero no tiene usted frío, miss Marta?»

Los labios que tales palabras pronunciaban, ¡cómo hubieran querido beber en los de aquella mujer á quien respetaba el consentimiento para amarla!

Aquella temporada de Londres fué para Marta una época radiante cuyos encantados días volaban como vuelan los sueños de felicidad, sin dejar noción del tiempo ni de la duración y sí únicamente la impresión de algo irreal que acaba de huir.

En París, al cabo de algunos días, sintió que en un rinconcito de su corazón seguía alentando junto á ella el pajarillo tembloroso: á cada momento, en su casa, fuera, en los ensayos, en casa de su modista encontrábase siempre distraída, no se hacía cargo de lo que á su alrededor pasaba, sentía que el minuto presente se desvanecía bruscamente y pensaba: «No sé lo que me pasa; es inexpresable... Soy feliz. ¡Qué raro!» Sonaba en sus oídos la voz de Jorge que murmuraba graciosamente las palabras francesas; oía cómo la llamaba «Miss Marta» y quedábase sorprendida de no verlo á su lado. Cuando de noche se encontraba en su camerino rodeada de sus familiares, ¡cuántas veces asomó á sus labios el deseo imperioso de hablar de Jorge, de relatar sus atenciones, su solicitud, sus conversaciones en un ángulo del salón ó en el *cab,* mientras la envolvía en la constante caricia de su mirada azul! Sin embargo, se contuvo, porque se habrían reído de ella; pero no pudo menos que hablar de lady Fischer, de la franca acogida que le dispensó: hablar de su madre era ocuparse algo de Jorge.

Después dejóse arrastrar de nuevo por el torbellino parisiense, y como era mujer razonable se dijo: «¡Bah! Será una cosa agradable, un suave recuerdo que conservaré, una página que volveré á leer en mi vejez.» Y se esforzó en no pensar más en Jorge ni en la casa de Trafalgar-square.

A los quince días de su regreso recibió un billetito tímido, perfumado con el aroma de un discreto cariño: Jorge le hablaba en él de París, del público, de los amigos que allí habría vuelto á encontrar y le suplicaba que no se olvidara de Londres, de los triunfos de Covent-Garden, ni de su casa. Aquella carta estaba escrita en una letra menuda, correcta y redactada con encantadora torpeza que denunciaba en cada línea el temor de ser olvidado. Marta quedóse con la carta en la mano y sumida en los pensamientos que en tropel acudían á su mente, sintiéndose alegre, con una alegría infantil. Contestóle inmediatamente en inglés, recurriendo á las pocas palabras de este idioma que había aprendido, dándole las gracias por su simpatía, ofreciéndole en justa correspondencia su amistad y diciéndole que cuando volviera á Londres sentiríase dichosa de emprender de nuevo el camino de su casa. Carta circunspecta y simplemente cordial en la que puso á prueba victoriosamente su energía sin que nada revelara en ella la emoción que la agitaba. Cuando la hubo escrito, segura de que nadie podía oirla, exclamó: «¡Y sin embargo, le amo!» Era aquel grito expresión de un sentimiento purísimo, de algo cándido y fresco como el sentimiento de una joven desposada.



Otras veces, ¡cuántas conversaciones rápidas junto al alféizar!

Transcurrieron tres meses. Marta experimentaba una dicha singular, prolongando en ella ese pequeño poema de amor, pensando en él, diciéndole en su corazón lo que no le decía en sus cartas. Porque ha de saberse que continuaban escribiéndose y que las cartas de Marta seguían siendo circunspectas y simplemente cordiales. Ser amada de lejos constituía para la artista un goce complejo y refinado; no tenía más que tender la mano, hacer una señal para que aquel hombre estuviera allí, á sus pies. Y no obstante, no la hacía, segura de que le encontraría dispuesto siempre, á cualquier hora. Esto constituía todo su encanto.

Cuando un día, al volver á su casa después de un ensayo, su camarera le dijo:

– Está ahí un señor extranjero que ha querido de todos modos esperar á la señorita. Llámase mister Fischer.

Marta palideció, sintió que sus piernas flaqueaban y oprimió el botón de una puerta: abrióse ésta y en el salón encontróse delante de él que, al verla, se había levantado. Vestía traje de viaje, elegante y sencillo. En un segundo, la diva vió su figura esbelta, su barba rubia y su mirada azul, reconoció sus facciones y se sintió tan emocionada que creyó desfallecer.

– Miss Marta, decía Jorge con voz dulce, estoy contento de ver á usted, ¡oh, muy contento!

Marta, erguida, gracias á un esfuerzo de toda su energía, y sonriente, no tenía aún fuerza bastante para hablar.

– ¡Dios mío, qué hermosa es usted!, siguió diciendo la voz dulce.

Y diciendo esto, Jorge la admiraba con sus ojos cándidos.

Entonces Marta, algo repuesta, repuso con acento jovial:

– Sin duda sus ocupaciones le han traído á París. ¿Estará aquí algunos días? De todos modos, esta noche me pertenece usted.

Pusiéronse á hablar, evitando Marta que la conversación fuera por donde Jorge quería llevarla. Comieron juntos y hablaron de cosas indiferentes delante del criado que les servía; pero luego, cuando se encontraron solos en el coche de Marta que los conducía al teatro, Jorge balbuceó:

– Miss Marta, óigame usted. Hace mucho tiempo que salió usted de Londres y desde entonces no he dejado de pensar en usted ni un solo día; pero tenía necesidad de verla y por esto he venido. ¡Oh! Escúcheme usted y sea usted buena para conmigo. Miss Marta, amo á usted, y no estando usted á mi lado nada me interesa, ni mis negocios, ni mi casa, ni el dinero... Pensando en usted he dado un millón á los hospitales franceses de Londres... Amo á usted... Miss, soy un hombre leal; á nadie he engañado nunca. Si Dios me ha concedido una fortuna, he practicado el bien, y hoy me creo digno de que Dios me otorgue la felicidad y espero que me dé con usted lo único que puede proporcionármela.

Marta le escuchaba embelesada por su voz dulce y balbuciente, mecida por sus palabras. Jorge apenas se movía, pero la miraba y con sus ojos la devoraba. Entonces pensó en sus amores, que acabarían como acaba todo; pensó que aquel hombre que le suplicaba dejaría de amarla y esta idea hízola estremecerse.

– Miss Marta, prosiguió diciendo Jorge, contésteme usted; diga usted que me perdona por haber hablado, diga usted lo que de mí exige.

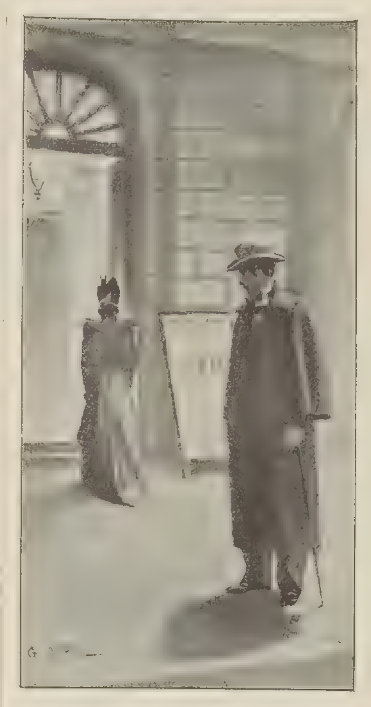
Entonces Marta con voz firme dijo:

– Quiero ser su esposa.

Jorge lanzó un «¡oh!» de sorpresa y se calló. ¡Su esposa! Su asombro era doloroso, porque creía aquello imposible y le parecía que se cerraba una puerta á sus esperanzas. ¡Su esposa!.. Guardaron silencio, y cuando bajaron á la puerta del teatro dijo Marta:

– Y ahora, váyase usted; quiero que reflexione, y cuando esté decidido aquí me encontrará.

Y al decir esto tendióle la mano, no sin tener que violentarse, porque sentía vivísimos deseos de arrojarse en sus brazos y gritarle: «¡No, no, quédate, pues yo también te amo!» Jorge la vió alejarse sin que se volviera á mirarle, y permaneció en la acera agobiado de dolor.



Jorge la vió alejarse sin que se volviera á mirarle...

* * *

Al día siguiente regresó Jorge á Londres sin tratar de verla otra vez. Marta sufrió. ¡Había partido y no volvería más! Y aun, si no le hubiese visto en aquella última ocasión, habría podido esperar, vivir lejos de él y olvidarlo con el tiempo; pero ahora, después de aquella entrevista, la idea de que la felicidad había pasado tan cerca de ella y que de pronto se había alejado tanto, la encontraba sin fuerza. ¡Haberlo creído suyo, haberse acostumbrado á este pensamiento y de pronto verse privada de él, sentirse pobre por haberlo perdido, qué espantosa situación! Sólo había conocido en él al tembloroso enamorado: el hombre se revelaba bruscamente, ¡y qué hombre tan rígido! ¡Casarse con una artista!

¡Oh! A cada momento oía esta exclamación de asombro, y cada vez que la oía sentía despedazarse su corazón. Entonces, á solas volvió á leer sus cartas, en las cuales, bajo las frases de trivial cortesía, palpitaba el más ardiente cariño.

¡Ahora todo había terminado! ¿Sería verdad que no volvería á verle?

Y contra toda evidencia, todavía esperó una palabra de Jorge. Pero la palabra no llegaba. ¡Oh! ¿Por qué le había dejado partir? Hubiera debido arrojarse en sus brazos, detenerlo, guardarlo á su lado. ¡Qué importaba que después hubiese dejado de amarla si había sido dichosa un año, un mes, una hora! Así transcurrieron siete días, una semana.

Marta nada esperaba ya, cuando una mañana, entre la correspondencia, reconoció la letra de Jorge: su corazón palpitaba agitadamente cuando abrió aquella carta, concebida en los siguientes términos:

«Miss: He arreglado mis asuntos con mi familia. Es usted una francesa leal y una gran artista, y será usted una esposa fiel. Lady Fischer, mi madre, y Juan Fischer, mi padre, consienten en que sea usted mi compañera.

»JORGE.»

Marta sintió un desvanecimiento; el billete temblaba en sus manos; sentía ganas de reir y de llorar al mismo tiempo. ¡Siete días apenas para una alegría tan grande!

Levantóse y se vistió. No sabía qué iba á hacer. ¡Cuán distinto le parecía todo! ¡Cuán transfigurado, cuán radiante! Miróse al espejo y encontróse guapa.

Un suave sol de otoño iluminaba los árboles y las amarillentas flores que parecían de oro. Marta levantó una cortina de seda rosa y un rayo de sol entró en la estancia como una sonrisa. El aire estaba perfumado, el cielo tenía el color de los ojos de Jorge; todo le parecía encantador.

Entonces, nuevamente en posesión de toda su energía, haciendo un último alarde de coquetismo para mostrarse tranquila en presencia de tanta felicidad, escribió á Jorge estas solas palabras:

«Venga usted.»

LUIS DE ROBERT

EN, CON, POR, SIN, SOBRE LAS MODAS

Hallábame casualmente en la reunión de un casino, compuesta toda de personas graves, y hablaba yo de mi pleito y del letrado á quien acababa de confiar la defensa de mi derecho.

– Ha tenido usted acierto y suerte, dijo uno de los del corro, porque el Sr. Haro es el jurisconsulto á la moda.

Y al observar en mí, sin duda, algún movimiento de extrañeza, siguió diciendo:

– Está tan en moda como el doctor Meléndez y el predicador padre Enríquez.

Confieso que aquellas frases fueron para mí algo como una revelación, porque nunca había podido suponer que en el ejercicio de ciertas profesiones pudiera entrar la moda, como si se tratase de trapos ó adornos. Pero inmediatamente recordé, y esto templó mi extrañeza, que también hay días y funciones de moda en los teatros; que antiguamente era el Prado el único paseo de los madrileños y que después pasó de moda; que hay algunos tan hermosos como los de la Virgen del Puerto ó la Moncloa á los que no acude un alma, y otros tan incómodos como el Pinar de las de Gómez (ó sea la acera izquierda de la calle de Alcalá) siempre concurridísimos.

– La moda, observé, impone en todo sus decretos; sabido tenía yo que rige nuestras comidas, nuestra habitación, nuestro traje, nuestras diversiones: lo que ignoraba es que, por lo visto, aspira á ensanchar sus dominios, poniendo bajo su amparo al facultativo que ha de velar por nuestra salud, al letrado que ha de defender nuestros derechos y aun al sacerdote que nos ha de enseñar los caminos para llegar á Dios.

– Naturalmente, me contestó el autor de la observación primera; el imperio de la moda es universal, y llegará día en que pensemos con arreglo á patrón cortado y que procedamos con sujeción á figurín.

– Usted exagera...

– Antes bien me quedo corto... Que lo diga si no nuestro respetable amigo D. Máximo.

El aludido, que había seguido atentamente nuestro diálogo, no se hizo repetir la invitación y terció en la conversación en estos términos:

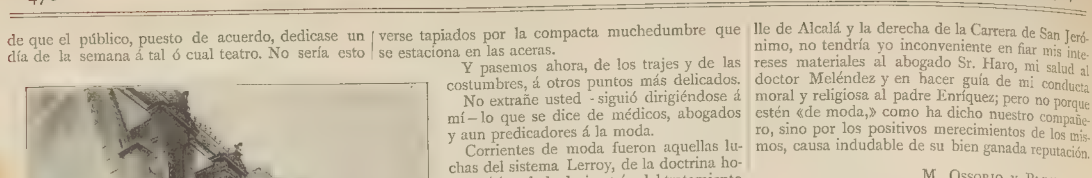
– Grande es y avasallador efectivamente el imperio de la moda; pero creo que usted, como tantos otros, lo exagera, pues ni sus decretos son inapelables ni exigen ser acogidos sin modificaciones, distingos y protestas. No tienen ustedes más que fijarse en aquello donde la moda impera más legítimamente: en los trajes de las señoras. Publícanse muchos y muy buenos figurines que parecen ser la última palabra de la elegancia: esa es la ley. Pero pasan á las modistas y á los sastres, que son los encargados de interpretarlas, y éstos, con muy buen acuerdo y juicio, tienen en cuenta multitud de circunstancias que modifican el estrecho espíritu de la misma. Por eso no verán generalmente trajes, tocados ni adornos que reproduzcan con exactitud matemática el modelo del figurín.



... escribió á Jorge estas solas palabras: «Venga usted.»

Y si esto ocurre en la cuestión de trajes, no hay que esforzarse para demostrar lo que ocurrirá en la de costumbres, donde la moda, sobrado voluble, ha creado fortunas ó destruído grandes empresas, al conceder ó negar sus favores á cosas y personas.

En este asunto caminamos de exageración en exageración: antiguamente, por ejemplo, se daba el caso



de que el público, puesto de acuerdo, dedicase un día de la semana á tal ó cual teatro. No sería esto



REPÚBLICA ARGENTINA. – Buenos Aires. El palacio de «La Prensa,» fachada de la calle de Rivadavia (de fotografía remitida por D. J. Solsona).

muy justificado, por suponer que acudía más que por el espectáculo por los espectadores; pero al cabo estaba en su derecho. Quien no lo está es el industrial que al inaugurar una temporada teatral anuncia: «La empresa *ha señalado* los lunes y jueves como de moda.» ¿Con quién se ha puesto de acuerdo para ello? ¿En qué se funda para dar patentes de buen gusto á los espectadores de unos días, privando de esta misma consideración á los que asisten el resto de la semana? ¿Cuál es su autoridad para imponer la moda?

Esta en los paseos es otro de los puntos que han tratado ustedes, lamentando con razón el abandono en que están puntos muy hermosos y de la preferencia que logran otros. Han citado al efecto la calle de Alcalá; pero olvidando sin duda que ahora la moda ha convertido en paseo la estrecha Carrera de San Jerónimo al anochecer, y que, para evitar probables accidentes, se ha prohibido que los carruajes entren en ella por la Puerta del Sol. Es decir, que para respetar el capricho de unos cuantos individuos, no ha vacilado la autoridad en privar de más respetable derecho á quien necesite utilizar aquella vía pública para el transporte de mercancías ó sencillamente para pasearse en carruaje, y hasta perjudicando á los dueños de comercios, cuyas puertas y escaparates llegan á verse tapiados por la compacta muchedumbre que se estaciona en las aceras.

Y pasemos ahora, de los trajes y de las costumbres, á otros puntos más delicados.

No extrañe usted - siguió dirigiéndose á mí – lo que se dice de médicos, abogados y aun predicadores á la moda.

Corrientes de moda fueron aquellas luchas del sistema Lerroy, de la doctrina homeopática, de la dosimetría, del tratamiento eléctrico, de la hidroterapia; corrientes de moda el sistema de las inoculaciones contra el cólera, la viruela, la rabia, la tuberculosis, la difteria y todas las dolencias que aquejan á la flaca humanidad; corrientes de moda las que han hecho la fortuna de explotadores de aguas minerales y de específicos más ó menos empíricos... ¡Qué extraño que los apóstoles de unas y otras doctrinas, los médicos que las sustentaban ó llevaban á la práctica, hayan estado en moda!

En el mundo forense surgieron también los especialistas lo mismo que en la medicina, y hubo abogados criminalistas y civilistas, teniéndose por cosa probada y corriente que bastaba la defensa de uno de los primeros para que el autor de los mayores atentados fuera absuelto, y que teniendo de su parte á uno de los segundos, el litigio más dudoso habría de resolverse en favor del que se lo confiara. Con tan arraigada creencia nada puede extrañar que el público hiciera cola y buscara recomendaciones para ser defendido por tal ó cual letrado.



Fachada principal del palacio de «La Prensa» sobre la Avenida de Mayo (de fotografía remitida por D. J. Solsona).

El crédito adquirido por algunos predicadores, justificadísimo siempre, ha puesto de relieve la figura de algunos eclesiásticos, ya por la persuasiva elocuencia que han sabido demostrar en la cátedra sagrada, ya por el profundo conocimiento que han tenido de las debilidades humanas, haciéndoles muy propios para escuchar al pecador en el tribunal de la penitencia. Y esto pasa ahora, como ha pasado siempre y como ocurrirá en lo sucesivo. Semejante crédito ha justificado la predilección de los fieles hacia los mismos; quítese la palabra *moda,* que se despega de la respetabilidad sacerdotal, y todos nos encontraremos de acuerdo

–¿Es decir, observó mi contradictor, que D. Máximo opina en resumen?..

– Opino en resumen que así como me visto siguiendo los figurines con todas las reformas que imponen mis años y mi abdomen; que así como asisto á un teatro cuando la obra que se ejecuta y los actores que la interpretan me llaman la atención, sin cuidarme de si es ó no es noche de moda; que así como frecuento las abandonadas alamedas de la Casa de Campo y del Parque de Madrid, sin tener en cuenta para mi recreo higiénico la acera izquierda de la calle de Alcalá y la derecha de la Carrera de San Jerónimo, no tendría yo inconveniente en fiar mis intereses materiales al abogado Sr. Haro, mi salud al doctor Meléndez y en hacer guía de mi conducta moral y religiosa al padre Enríquez; pero no porque estén «de moda,» como ha dicho nuestro compañero, sino por los positivos merecimientos de los mismos, causa indudable de su bien ganada reputación.

M. Ossorio y Bernard



REPÚBLICA ARGENTINA. – Buenos Aires. Antiguo edificio donde se publicó «La Prensa» desde su fundación en 1869 hasta principios del año actual en que se inauguró el palacio de la Avenida de Mayo (de fotografía remitida por D. Justo Solsona).

REPÚBLICA ARGENTINA. – BUENOS AIRES

PALACIO DE «LA PRENSA»

Es uno de los edificios que llaman más poderosamente la atención del transeunte por sus proporciones y su magnificencia; por haberla bautizado el dueño con el nombre de *Casa del pueblo,* y por saberse que está allí instalado el popular diario *La Prensa,* institución periodística-comercial la más poderosa y rica de la República Argentina.

La situación no pudo ser mejor escogida. La fachada principal da á la grandiosa avenida de Mayo; la otra á la calle Rivadavia, calle que divide la ciudad de Buenos Aires en dos secciones, Norte y Sur, y entre la plaza Mayo y Perú. Como quien dice, en la yema del gran movimiento comercial, político, administrativo y periodístico de la gran capital federal.

Empezaremos su descripción por la base, y aunque á grandes rasgos procuraremos dar una idea general del hermoso edificio.

El sótano inferior ó segundo sótano, que ocupa toda la extensión del terreno, tiene cuatro metros de alto y está destinado á depósito de los artículos de imprenta, como tipos, plomo, papel, etc. Además contiene una extensa habitación ó cuarto de acero – pues por sus dimensiones es casi impropio llamarle caja – para la conservación de colecciones de los diarios, valores, documentos importantes, libros y objetos de interés. También se ha colocado en este sótano toda la instalación para el alumbrado eléctrico, caloríferos, ventiladores, dinamos, etc.

El superior ó primer sótano, de seis metros de altura, en la parte que mira á la avenida de Mayo, forma un inmenso salón en el que está instalado el departamento de máquinas de imprimir, siendo notables las rotativas, última palabra de la ciencia en el arte de la imprenta.

Atualmente se está montando otra rotativa de origen norteamericano, que imprimirá ocho colores á la vez.



REPÚBLICA ARGENTINA. – Buenos Aires. Una de las puertas de bronce del palacio de «La Prensa» (de fotografía remitida por D. Justo Solsona).

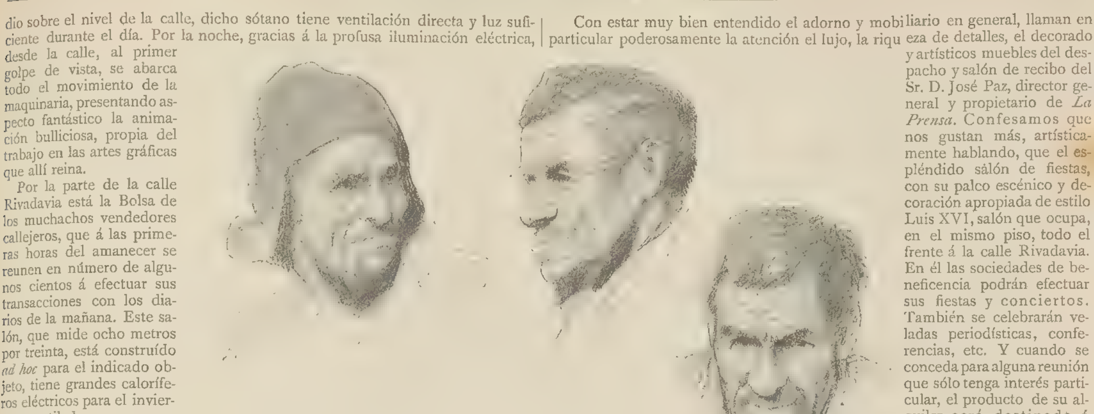
Junto á este inmenso salón está la instalación completa de moldes, fundición y demás útiles para fabricación de clisés.

Como la planta baja está algo más de metro y me-

dio sobre el nivel de la calle, dicho sótano tiene ventilación directa y luz suficiente durante el día. Por la noche, gracias á la profusa iluminación eléctrica, desde la calle, al primer golpe de vista, se abarca todo el movimiento de la maquinaria, presentando aspecto fantástico la animación bulliciosa, propia del trabajo en las artes gráficas que allí reina.

Por la parte de la calle Rivadavia está la Bolsa de los muchachos vendedores callejeros, que á las primeras horas del amanecer se reunen en número de algunos cientos á efectuar sus transacciones con los diarios de la mañana. Este salón, que mide ocho metros por treinta, está construído *ad hoc* para el indicado objeto, tiene grandes caloríferos eléctricos para el invierno y ventiladores en verano; sus paredes están revestidas de ladrillos barnizados de diferentes colores, salón que á su limpieza exquisita une un aspecto agradable y artístico.

Inmediato á la Bolsa, ó salón de vendedores que acabamos de describir, está la oficina de recepción de diarios salidos de las máquinas para los vendedores ambulantes y repartidores.



Estudios, dibujos de Carlos Gehrts

Con estar muy bien entendido el adorno y mobiliario en general, llaman en particular poderosamente la atención el lujo, la riqueza de detalles, el decorado y artísticos muebles del despacho y salón de recibo del Sr. D. José Paz, director general y propietario de *La Prensa*. Confesamos que nos gustan más, artísticamente hablando, que el espléndido sálón de fiestas, con su palco escénico y decoración apropiada de estilo Luis XVI, salón que ocupa, en el mismo piso, todo el frente á la calle Rivadavia. En él las sociedades de beneficencia podrán efectuar sus fiestas y conciertos. También se celebrarán veladas periodísticas, conferencias, etc. Y cuando se conceda para alguna reunión que sólo tenga interés particular, el producto de su alquiler será destinado á obras de caridad.

En el segundo piso y en salones aparte están los escritorios de los redactores y la gran sala de reporters. En este piso hay la biblioteca, salón de esgrima, etc., etc.

El tercero está ocupado por departamentos destinados á habitación de empleados que por razón de su cargo deben permanecer en la casa.



El triunfo de la Hammonia, boceto para un fresco destinado al salón de las Casas Consistoriales de Hamburgo, obra de Carlos Gehrts

La disposición del sótano que nos ocupa facilita en gran manera la vigilancia de los administradores respecto al numeroso personal que bulle en él, para lo cual les basta descender á un extenso balcón de hierro desde donde se dominan por completo cuantas operaciones allí se practican.

Por la gran puerta de la derecha de la fachada que da á la avenida y por la central de la calle Rivadavia tienen acceso al inmenso patio carros y coches. Está cubierto de cristales, por lo que las operaciones de carga y descarga pueden hacerse al abrigo de la intemperie. A un lado se hallan las cocheras y caballerizas destinadas á los carruajes para el rápido servicio de los reporters.

La puerta central de la fachada de la avenida da acceso al espléndido salón destinado al público para avisos y suscripciones. Es hermoso y bien decorado. Es una de las partes del palacio mejor entendidas por su ornamentación severa, por su luz y buen gusto artístico.

En la misma planta baja y en comunicación directa con el antedicho salón se encuentran las oficinas del administrador general y empleados de la repartición. Además hay otras dos secciones reservadas para suministrar toda clase de informaciones del interior y exterior de la República.

Por la parte de la calle Rivadavia hay otros dos grandes salones lujosamente amueblados, destinados uno á consultas jurídicas y otro á consultas médicas, á cuyo frente están respectivamente un abogado de fama y un reputado doctor. Unas y otras son gratis para el público.

El primer piso está destinado á la dirección, secretaría, salón de lectura y consulta.



La Poesía, dibujo de Carlos Gehrts

El cuarto, por ser el de más luz, se ha destinado á taller de composición, de confección de cartones matrices, de fotografía, electrotipia, grabados y composiciones especiales.

Termina el edificio por la gran torre que sirve de observación y de base ó pedestal á la estatua representativa de *La Prensa*, que corona el palacio á una altura de cincuenta metros sobre el nivel de la calle. Dicha estatua tiene en la mano derecha un faro eléctrico, cuyo potente foco puede verse de cualquier punto de la populosa ciudad. Cuando recibe el diario noticias de sensación, la luz blanca se transforma en roja.

Hay caloríferos en todas las habitaciones y corredores; cuarto tocador, baños y comedor en todos los pisos. Además de varias escaleras, tiene cuatro grandes ascensores y uno especial para la torre. Todas las habitaciones de la casa están unidas por medio de ingeniosa red telefónica, y con la administración, máquinas y talleres por tubos neumáticos. Redactores, cajistas, correctores, mandan cuartillas ó reciben pruebas y diarios sin moverse de su respectivo escritorio y sin intervención de tercero.

De las fotografías que publicamos, una representa el edificio antiguo donde estuvo instalada *La Prensa* desde su fundación, año 1869, hasta primeros del año actual. Las que reproducen la fachada principal, de la avenida de Mayo y la de la calle Rivadavia dan completa idea de la grandiosidad del nuevo edificio. Como detalle reproducimos una de las artísticas puertas de bronce de la fachada principal. El palacio de *La Prensa* honra á la capital de la República Argentina.

Justo Solsona



TIEMPOS FELICES, CELEBRADO



…EL, GRAVÉ PAR BONG

NUESTROS GRABADOS

El gran duque Jorge de Rusia. – Víctima según unos de un desgraciado accidente sufrido durante una excursión en bicicleta, según otros de la enfermedad mortal que hacía años tenía minada su salud, falleció el 10 de este mes en



EL GRAN DUQUE JORGE ALEJANDROVITCH, heredero del trono de Rusia, fallecido en 10 de los corrientes

Abastumán (Cáucaso) el gran duque Jorge Alejandrovitch, heredero presunto de la corona de Rusia. Hijo segundo de Alejandro III y de la emperatriz María, nació en 27 de abril (9 de mayo) de 1871 en Tsarkoe-Selo. En el otoño de 1890 el gran duque Jorge, acompañado de su hermano, entonces tsarevitch, emprendió un viaje á Oriente, remontó el Nilo hasta Assouán, permaneció durante mucho tiempo en Egipto y llegó hasta Bombay; pero el mal estado de su salud le obligó á regresar á Rusia, mientras el tsarevitch Nicolás proseguía su excursión por Ceylán, Java, Siam y el Japón. Desde entonces el gran duque Jorge tomó muy poca parte en la vida pública, á pesar de lo cual, por su calidad de heredero del trono, fué distinguido con grandes honores navales y militares y con importantes condecoraciones: era attamán de todos los cosacos, teniente de navío y del 93.° regimiento de infantería *Irkoutsk*, teniente del regimiento austriaco de lanceros *Alejandro II emperador de Rusia*, oficial del regimiento prusiano de uhlanos *Alejandro III emperador de Rusia*, caballero de la orden de San Andrés, de la del Elefante, del Toisón de Oro, del Aguila Negra, etc. Era muy poco conocido de la sociedad de San



LAS PRIMERAS NIEVES, cuadro de Roberto Raudner

Petersburgo, pues el mal estado de sus pulmones le obligaba á residir en los distritos cálidos de la Rusia meridional y algunas veces en las playas del Mediterráneo. Como el actual emperador no tiene más que hijas y la sucesión al trono en Rusia corresponde exclusivamente á los varones, ha sido declarado heredero, por rescripto imperial, el gran duque Miguel Alejandrovitch, cuarto hijo de Alejandro III, que en la actualidad cuenta veinticuatro años.

***

Mayo, cuadro de José María Tamburini (Salón Parés). – El bello cuadro que reproducimos, que es uno de los tres que exhibió este distinguido artista en la última exposición organizada en el Salón Parés, es una nota sentida é inteligentemente interpretada. Considerada como manifestación pictórica demuestra las estimables cualidades que posee el autor, y si nos fijamos en el concepto, revela un temperamento artístico, puesto que un asunto trivial lo transforma en un cuadro impregnado de un delicado misticismo que produce el mayor encanto. No en balde goza Tamburini de justa reputación en el mundo artístico. Los triunfos alcanzados y la variedad de su producción atestiguan su valía y evidencian sus indiscutibles merecimientos.

***

Estudios, boceto y dibujo de Carlos Gehrts. – Desde los comienzos de su carrera artística aspiró el celebrado pintor alemán Carlos Gehrts á crear obras monumentales, y á pesar de ello encontró tantos atractivos en el que pudiéramos llamar mundo de lo pequeño, que por espacio de algunos años buscó en éste los asuntos para sus obras. Los éxitos que en este género obtuvo hubieran satisfecho á cualquier otro y le habrían inducido á no abandonar el camino que tan fácilmente recorría, pero su pasión por lo grande pudo más que toda otra consideración y le movió á presentarse al concurso para decorar la escalera del Palacio de Bellas Artes de Dusseldorf, en el cual obtuvo el primer premio. Los frescos que para aquel edificio pintó constituían un conjunto armónico lleno de poesía, en extremo original é inspirado en un solo pensamiento. Antes de terminar aquellos frescos ocupóse en otra obra grandiosa, el decorado del salón de la Casa Consistorial de Hamburgo, que murió sin poder terminar, y para el cual hizo los estudios y el boceto que en este número reproducimos.

***

Tiempos felices, cuadro de C. Detti. – Respira este cuadro indecible encanto y es un reflejo exactísimo de la vida de placeres de aquella época denominada del *rococo*, que inmortalizaron con sus pinturas los Watteau, los Boucher, los Pater, los Lancret y todos los demás maestros que fueron testigos presenciales de aquellas costumbres alegres, poéticas y pintorescas en extremo. El pintor italiano Detti ha sabido asimilarse el espíritu, el carácter, el modo de ser de aquellos agradables tiempos, y el lienzo suyo que publicamos puede competir, bajo todos conceptos, con las obras de los artistas antes citados, hasta el punto de que nadie diría que su autor pertenece á la generación presente. Mujeres graciosas, caballeros galantes, elegantes y ricos trajes, colores vivos, fiestas animadas, tales fueron los elementos característicos del período que tan bien ha sabido reproducir Detti, y fuerza es confesar que estos elementos reunen tantos atractivos que no es extraño que, después de tantos años, haya todavía quien se inspire en ellos para los cuadros.

***

El general Luis Giletta di San Giuseppe. – En el artículo publicado en el número último, ocupábase la señora Pardo Bazán del incidente Giletta, del general italiano detenido en Niza como espía, condenado como tal á cinco años de presidio y recientemente indultado por el presidente de la República francesa, y esto nos releva de entrar en consideraciones sobre el asunto que por unos días ha ocupado la atención pública en Francia y en Italia especialmente. Nos limitaremos, pues, á consignar algunos datos biográficos del general Giletta. Nació éste en Levens (Alpes Marítimos) en 13 de febrero de 1848, y habiendo ingresado en el ejército hizo una carrera rápida y brillante: entró muy pronto en el estado mayor y desempeñó la cátedra de geodesia en la Escuela de Guerra, en donde sirve de obra de texto su libro *Lezioni di geodesia professate alla scuola di guerra*. Ha escrito además otras varias importantes obras é infinidad de artículos para revistas técnicas. Siendo coronel era jefe de Estado mayor del cuerpo de ejército de Alejandría; desde agosto del año pasado es mayor general de la brigada de Cremona. También ha figurado como oficial superior en el Instituto geográfico de Florencia, cuyos trabajos son tenidos en tanta estima en el mundo científico.

***

Las primeras nieves, cuadro de Roberto Raudner. – La naturaleza es para el artista fuente inagotable de inspiración; sus espectáculos, ora grandiosos, ora sencillos y apacibles, pero siempre bellos, proporcionan sin cesar asuntos dignos de ser reproducidos, lo mismo cuando la tierra se cubre de flores en primavera, que cuando en invierno aparece envuelta en sudario de nieve. Dígalo si no el paisaje del notable pintor alemán Roberto Raudner, en donde el campo, aun solitario y triste, está impregnado de una dulce poesía llena de encantos para quienes sienten hondamente el arte.

***

El tonto, cuadro de J. Berg. – La pintura de esos desgraciados á quienes la naturaleza privó de lo que constituye el rasgo característico del hombre, es en extremo difícil, porque si dificultades ofrece la reproducción del ser inteligente, no menores las presenta la copia de una fisonomía cuya expresión no corresponde á la del tipo humano en general. No como término de comparación con la obra que nos ocupa, sino como ejemplo que puede servir de antecedente, diremos que nuestro gran Velázquez no se desdeñó en inmortalizar con su pincel á alguno de estos seres desdichados. *El tonto* del distinguido pintor francés Berg ha llamado con justicia la atención en el último Salón de París, habiendo merecido grandes elogios por la verdad con que está tratada la figura principal y por el contraste, acertadamente dispuesto, entre la risa estúpida del imbécil y la triste fisonomía de la pobre mujer, tal vez su madre, que lo acompaña.

MISCELANEA

Bellas Artes. – AMSTERDAM. – Desde el 12 de agosto próximo hasta el 15 de octubre se celebrará en Amsterdam una exposición de obras de Van Dyck, en la cual figurará, entre otras, la preciosa colección de dibujos del famoso maestro flamenco que posee el duque de Devonshire.

Teatros. – En el teatro Adelphi, de Londres, actúa la notable compañía francesa dirigida por Coquelín: hasta ahora ha puesto en escena *Cyrano de Bergerac*, *Tartufe*, *Las preciosas ridículas* y *La señorita de la Seigliere*, en todas las cuales ha obtenido grandes ovaciones el eminente actor.

París. – Se han estrenado con buen éxito en la Comedia Francesa *Frele et Forte*, drama en un acto de E. Veyrin, y *Douceur de croire*, drama en tres actos y en verso de J. Normand.

Madrid. – En el teatro de la Zarzuela se ha estrenado con gran éxito el melodrama de Pedro Decourcelles, arreglado á la escena española por D. Juan B. Enseñat, *Los dos pilletes*.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en Novedades *Los caballos*, sátira en un acto de Eugenio Sellés, tan admirablemente pensada como elegantemente escrita; en el Tívoli *Curro Vargas*, bellísima zarzuela en tres actos de los señores Dicenta y Paso, tomada de la interesante novela de Alarcón *El niño de la bola*, para la cual ha escrito una hermosa partitura el popular maestro Chapí; y en el Jardín Español *El paraíso perdido*, bonita zarzuela en un acto, letra de los señores Jackson Veyan y Merino, música de los maestros Rubio y Estellés. En el Tívoli y en Novedades se han celebrado los beneficios del maestro Vives y de la aplaudida actriz Sra. Pino respectivamente, habiendo obtenido uno y otro grandes ovaciones. En el teatro de la Granvía actúa la compañía de opereta italiana dirigida por Cesare Gravina que hasta hace poco funcionó en el Eldorado.



El mayor general italiano LUIS GILETTA DI SAN GIUSEPPE, recientemente condenado en Niza como espía é indultado por el Presidente de la República Francesa.

Necrología. – Han fallecido:

Bruno Bucher, distinguido crítico de arte austriaco, director del Museo de Industrias artísticas de Viena.

Augusto Band-Bovy, uno de los más notables pintores suizos contemporáneos, muy conocido y reputado por sus bellísimos paisajes alpinos.

Víctor Cherbuliez, notable novelista francés, miembro de la Academia Francesa.

Stefanos Kumanudis, renombrado filólogo y arqueólogo griego, profesor de Filología clásica en la Universidad de Atenas.

Dr. Maximiliano Sandreczki, fundador y director del hospital para niños que bajo la advocación de la Virgen María existe en Jerusalén.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 164, POR VALENTÍN MARÍN

NEGRAS

12 B. y 8 N. = 20 piezas.

BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 163, POR P. RIE

Blancas.	Negras.
1. R 7 T	1. Cualquiera.
2. D ó C mate.	

Este problema presenta dos falsas soluciones muy engañadoras, que son: 1. R 5 T y 1. R 7 A. La única defensa de las negras es 1. T 4 T y el mate no es posible.



Sin ser lo que se llama un joven, era de edad aceptable

CORAZÓN DE SACERDOTE

NOVELA POR H. S. DE FORGE
CON ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

I

M. Descordes estaba sentado junto á la mesa del comedor después de almorzar, contemplando embelesado el vapor que empezaba á salir del pico de una cafetera rusa, cuando su mujer entró como un huracán diciendo con acritud:

– Pero, Edmundo, ¿todavía no has tomado café? ¿En qué estás pensando?

– En nada, respondió ingenuamente el interpelado... Aguardaba que el café estuviera casi hirviendo; ya sabes que me gusta así.

– Pero, desgraciado, ¿no recuerdas que hoy es miércoles? Esas señoras vienen á las dos y ya es la una y media. Apenas queda tiempo para prepararlo todo.

– ¡Por vida de!.., exclamó el pobre hombre con tono lastimero sirviéndose una taza de café humeante: me había olvidado del miércoles.

– ¡Diosdada!, gritó Mad. Descordes llamando á su hija mayor, que se había quedado en el corredor, ¡pues no se había olvidado papá del miércoles!

– ¡Angélica!, gritó á su vez la joven dirigiéndose á su hermana: papá se había olvidado de que es miércoles.

Y una triple carcajada repercutió desde el comedor hasta la cocina.

La madre y las hijas solían tener estos arranques de hilaridad en terceto, cuyos ruidosos acordes se desparramaban por toda la casa, las más de las veces sin motivo fundado.

Mientras el pobre Descordes, avergonzado de haber olvidado que era miércoles, hacía gestos y muecas tragando á grandes sorbos el café ardiendo, su mujer y sus hijas acabaron de quitar la mesa y el hule blanco que la cubría, limpiaron la madera bien pulimentada, y abriendo un armario lleno de prendas de vestir á medio hacer, alinearon con regularidad sobre la mesa paquetes de pantalones de paño burdo, chaquetas de muletón, refajos de ganchito y camisas de lienzo crudo.

– Mamá, preguntó una de las hijas, ¿sacaremos también el paquete de Mad. de Sennevaux?

– Sí, sácalo... Si no lo pusiéramos sobre la mesa, esa señora sería capaz de venir.

– Pues precisamente... la ausencia de su paquete le recordaría sus propias ausencias que son frecuentes.

Una triple carcajada siguió á este pensamiento profundo que no impidió poner el paquete de madame de Sennevaux junto á los otros.

Mad. Descordes reunía todos los miércoles en su comedor, transformado en taller, á las señoras caritativas de Genneville, socias de la «Obra del vestido de los Pobres,» las cuales acudían de dos á cinco de la tarde á coser ropas para los indigentes. Aquella asociación laudabilísima había sido fundada por ella hacía tres años, al terminar la guerra.

Mad. Descordes era una santa, y sus hijas Diosdada y Angélica, dos ángeles. Tales eran los calificativos que jamás omitía al hablar de ellas el primer vicario Chavassieux, su director espiritual, y motivos debía tener para ello; de suerte que, basada en tal autoridad, la reputación de aquellas mujeres se había

formado y extendido por todo el país, siendo raro que no se agregara á sus nombres dichos calificativos que habían llegado á ser casi obligatorios: Mad. Descordes una santa; sus hijas, unos ángeles.

No cabía dudar de que las tres eran de ejemplar piedad: no podía darse nada más edificante que verlas arrodilladas en sus reclinatorios, con la cabeza en las manos y recitando fervorosa y extáticamente interminables oraciones. La mayor parte de las mañanas, y las tardes de los domingos y fiestas de precepto, las pasaban en la iglesia, no tan sólo entregadas á ejercicios religiosos, sino demostrando una actividad febril por todo cuanto concernía al servicio del culto.

El sacristán holgaba por innecesario, pues ellas se encargaban de adornar la casa del Señor, de colocar las flores en los altares, de repasar las vestiduras sagradas para tenerlas siempre en buen estado, de cuidarse de las luces, de organizar coros y hasta de limpiar el órgano que Mad. Descordes tocaba con gran aptitud. Tampoco se desdeñaban, en caso necesario, de barrer y asear el sagrado lugar, y hasta más de una vez se las vió, llenas de santa indignación, perseguir á golpes de rosario á algún perro indiscreto que había entrado en él durante los divinos oficios.

A fuerza de ir á la iglesia y de cuidarse de todo, habían acabado por considerarse en ella como en su propia casa, de suerte que se quedaron más admiradas que entristecidas el día en que el cura párroco, digno sacerdote educado en la ejemplar escuela de su obispo y poco amigo de exageraciones, les recordó con suavidad, pero categóricamente, que él era el cura de la parroquia y no ellas.

Por esto el piadoso terceto no manifestaba hacia aquel sacerdote más que una adhesión muy relativa y el respeto estrictamente obligatorio. Su cura predilecto era el buen padre Chavassieux, hombre bajo y grueso, entrado en años, bonachón, siempre sonriente y constante admirador de las virtudes de Mad. Descordes. Era amigo de la familia, y todos los domingos santificaba con su presencia su mesa, seguro de encontrar en ella los platos que más le gustaban, y terminando la velada en las inocentes delicias del juego de lotería, sazonadas con bromas y ocurrencias repetidas semanalmente.

M. Descordes, procurador del juzgado de primera instancia de Genneville y teniente alcalde, no sentía arder en su corazón la misma fe religiosa que su mujer y sus hijas, y aun se decía que al principio de su matrimonio había profesado algunos principios filosóficos y liberales. Pero estas veleidades de independencia habían suscitado tales tempestades en su hogar doméstico que, como Enrique IV, acabó por comprender que la paz interior bien valía una misa, y pareció abdicar dócilmente las ideas de su juventud. Sólo que la socarronería constituía las dos terceras partes de su existencia, y después de pasar largos ratos en la iglesia, pretextaba trabajos urgentes de su profesión para encerrarse horas enteras en su despacho, donde se entregaba á la lectura de novelas más ó menos ligeras y de poesías que tenían muy poco de ortodoxas.

Un día, ¡día nefasto!, ocurriósele hacer una cita imprudente que llamó la atención á su esposa, á la cual le chocaban ya tan asiduos trabajos, muy poco en relación con los ingresos que debían producir. Aprovechóse, pues, de una ausencia de su marido para hacer una visita domiciliaria en su despacho, y... ¡horror de los horrores! Voltaire, Parny, Musset y Hugo, Balzac, Jorge Sand y Dumas, conocieron entonces las torturas de la hoguera, del propio modo que el infortunado Descordes conoció todo el peso de la cólera de una esposa virtuosa é indignada.

Desde aquel día fatal, el buen procurador abandonó definitivamente toda idea de resistencia, y anulándose poco á poco, acabó por considerarse verdaderamente dichoso en la estrecha vida que cada día le aprisionaba más y más: en lo sucesivo se limitó á la lectura de la *Gaceta religiosa*, del *Calendario del Peregrino*, del *Diario de la Cruz*, y se encaminó por una pendiente cotidiana é insensible hacia la dulce felicidad del misticismo.

Diosdada y Angélica, después de haber suplicado infructuosamente á Dios que les proporcionara maridos, hicieron á su vez su sacrificio y buscaban en la devoción el consuelo de su celibato forzado. Sin dote, sin belleza, pasaban los años en medio de un género de vida soso, monótono y privado de esperanza. Diosdada, la mayor, habría podido ser guapa; pero las flores necesitan sol y aire, y ella se había ajado poco á poco como planta perdida sin luz detrás de una pared. Su hermana Angélica era francamente fea; tenía los ojos redondos y abultados, la nariz á modo de trompeta, entre dos mofletudos carrillos una microscópica abertura que le servía de boca, sin labios, como si la hubieran cortado con un cortaplumas, y por fin una de esas cabezas de muñecas de cartón en las cuales las modistas ambulantes exhiben en las ferias de aldea los gorros que tienen por vender.

Acababan de dar las dos cuando llegó Mad. Perroy, la mujer del fiscal sustituto.

– Siempre es usted la primera, dijo Mad. Descordes soltando la risa, repetida al punto por sus hijas.

– Ahí viene Mad. Leantaud, gritó Diosdada que se había puesto de centinela junto á una ventana que daba á la plaza Mayor.

Luego entraron Mad. Gaudry, mujer del sobrestante de carreteras; las buenas señoritas Juglan, que tenían una tienda de modas con una hermosa muestra en la que se leía en letras de oro: *Al modelo de París*, y en seguida todo un grupo, Mad. Valier, gorda, negra, bigotuda, un sargento de caballería con faldas; Mad. Auffroy-Mignot, excesivamente tímida, que andaba de puntillas y hablaba siempre en voz baja; Mad. Belamy, sonrosada, bajita, sonriente y agraciada con sus cabellos rubios, cuyos rebeldes bucles no podía disciplinar ningún peinado.

Las unas se quitaron los sombreros, las otras se limitaron á echar á la espalda las bridas de los suyos, y se instalaron entre sillas, buscando cada cual su paquete en la mesa, y formando, labor en mano, un círculo junto á las ventanas.

Ha transcurrido el cuarto de hora de espera, dijo Mad. Descordes, que naturalmente era presidenta de la Asociación: ¡ea, señoras, á trabajar! Pero antes recemos.

Y con voz rápida recitó una oración, ninguna de cuyas palabras era perceptible y á la que respondieron diez voces: «¡Amén!»

Al pronto reinó el silencio entre aquellas obreras voluntarias, cumpliendo así un artículo del reglamento cuya observancia duraba por lo regular de cinco á diez minutos.

– Miren ustedes esa pobre Mad. Lesourval que cruza la plaza, dijo una de aquéllas. Conoce que se ha retrasado y viene á escape.

– A causa de su cojera tiene derecho á nuestra indulgencia, contestó caritativamente Mad. Descordes.

Esta breve frase, escapada á la presidenta, fué la señal para que empezaran las conversaciones. Al principio se redujeron á palabras cambiadas algo tímidamente, á media voz, pero luego con creciente volubilidad y en diapasón cada vez más alto. Pasóse revista á todos los sucesos locales: el último sermón, el estado de los plantíos de azafrán, el nacimiento del pequeño Lenoir, la muerte de la pobre Mad. Paquignon; luego algunos asuntos más frívolos, como una hechura nueva de sombrero descrita por las señoritas Juglan, el color de un vestido cuyo elogio hizo la gentil Belamy... Pero, agotados todos estos temas, se llegó insensiblemente á murmurar del prójimo, y poco á poco la emprendieron con las ausentes, buscando á su falta de puntualidad pretextos verdaderos ó falsos, y pasando de aquí á relatos sobre su vida privada, relatos que al pronto hacían confidencialmente, muy quedito, y que acababan por repetir en alta voz, en medio de las risotadas regulares y agudas de las señoritas Descordes.

– Señoras, señoras, no olvidemos que esta es una reunión filantrópica, dijo Mad. Belamy, que era muy buena.

– Creo que lo tenemos presente, señora, contestó con su voz de tambor mayor Mad. Valier, que aborrecía á aquella señora. No son las que más hablan las que más tienen...

La rubia la miró con sus dulces ojos de gacela y se encogió de hombros.

– Hoy no tendremos probablemente el honor de que nos acompañe la señorita condesa de Sennevaux, insinuó una de las damas con aspereza.

¡Oh! Mad. de Sennevaux no hace gran aprecio de nuestra modesta sociedad, y además debe estar descansando de las fatigas de su banquete del sábado, replicó con ironía Mad. Descordes, que no había sido convidada á aquella comida de sensación.

Pasa alegremente su viudez, observó una de las Juglan, que no podía ver á la condesa porque pedía sus sombreros á París.

No me parece que falta á sus sentimientos de viuda porque dé una comida íntima á unos cuantos amigos con motivo de alojar en su casa al antiguo coronel del regimiento de su marido, dijo con viveza Mad. Belamy.

– Amiga mía, tiene usted buenas razones para su aprobación, puesto que asistía usted á esa fiesta, á ese festín, á ese ágape, contestó Mad. Descordes buscando una palabra todavía más sarcástica. No sabía que estuviera usted en tan buenas relaciones con esa familia.

– Es cierto que no tenía el honor de sostener gran trato con Mad. de Sennevaux, aunque siento tanta admiración por su belleza como simpatía por su bondad; pero mi marido, antes de ser recaudador aquí, era comandante en el regimiento de M. de Sennevaux, y esta es la causa de que asistiéramos á ese banquete.

– ¡Una comida traída ex profeso de París!, refunfuñó Mad. Valier. ¡Como si en Genneville no se supiera guisar!

– Es usted una ingrata, señora Valier, porque en ese banquete se sirvió un exquisito pastel de alondras comprado en su casa de usted.

Esta contestación excitó algunas sonrisas, y sonrojó á Mad. Valier, que cuando no estaba en su tienda le desagradaba que le hablaran de su comercio.

– ¿Qué traje llevaba la señora condesa?

– Un vestido gris con encajes blancos, que cuadraban admirablemente con su bonito talle y sus magníficos hombros.

– ¿Cómo... sus hombros?

– Claro está.

– ¡Iba escotada!, exclamó con indignación madame Descordes, á quien su flacura, aparte de sus principios, vedaba semejante impudicicia.

– Sí, iba escotada... Todas lo íbamos... ¿Qué mal hay en ello?

– ¡Escotada!, repitió Mad. Descordes.

– ¡Escotada!, repitieron á su vez Diosdada y Angélica.

– ¡Escotada!, pronunciaron á coro diez voces diferentes, pero de entonaciones igualmente reprobadoras.

– ¿Ha leído usted la última pastoral del señor obispo, Sra. Auffroy?, preguntó la presidenta para dar de mano á aquel asunto de escándalo.

Pero el relato de la comida interesaba á la mayoría de la reunión mucho más que la elocuencia del prelado, y mientras Mad. Auffroy-Mignot, atemorizada al verse interpelada así ante todas, mascullaba una respuesta ininteligible, una de las señoras dijo:

– ¿Asistía á esa comida Mad. Charlier, la íntima amiga de Mad. de Sennevaux?

– Ya sabe usted, contestó Mad. Belamy, que esas señoras no se tratan, oficialmente al menos, lo cual disgusta mucho á entrambas. Pero es imposible á causa de...

Se detuvo.

– Quiere usted decir á causa de M. Charlier, dijo Mad. Descordes. Es verdad que mi pobre primo comete bastantes faltas... Pero en realidad es otra la causa que mantiene alejada á Mad. Charlier...

É inclinándose hacia Mad. Valier, siguió diciendo á media voz, sin que se comprendiera otra cosa que

– ... Subprefecto... ¿No lo sabía usted?

– ... No es posible.

– ... Pues yo lo he visto con mis propios ojos.

– ... ¡Qué horror!

– Vamos, vamos, dijo en voz alta Mad. Belamy, un poco de indulgencia para esa pobre mujer... No hay que juzgar por las apariencias... ¡Además, pasa una vida tan triste!..

– ¿Es decir, que la disculpa usted?

– Tanto para disculpar como para condenar es preciso tener el derecho de juzgar, y reconozco que no me asiste ese derecho. Me limito, pues, á tener compasión de una mujer de la que sé que es muy desgraciada. Tal es al menos mi norma de conducta.

– Es usted muy dueña de pensar así... Pero me permitirá usted que no participe de esa compasión, que más bien parece una aprobación del mal comportamiento.

La discusión amenazaba agriarse cuando intervino el cielo en la persona del buen padre Chavassieux, que de vez en cuando se presentaba á sorprender y estimular á las santas trabajadoras.

– ¡El señor vicario!, exclamaron todas las señoras levantándose.

– No hay que molestarse, señoras... Continúen ustedes su piadosa tarea... Así, muy bien: Dios las bendecirá... La caridad, la caridad sobre todo. San Pablo lo ha dicho: «Sin la caridad no soy nada.» Sí, señoras, sí, la caridad... ¿Qué hace usted, señorita Angélica? ¿Un chaquetón para un viejo?

– No, señor vicario, es una saya de mujer.

– ¡Ah! Vamos, vamos, está bien.

Dió así la vuelta al corro, mirando las labores, tomando una chambra por una enagua, un vestido por un paletó, dirigiendo á cada cual una frase benévola, siempre sonriendo, con las manos juntas sobre su abultado vientre, y repitiendo á modo de estribillo:

– ¡Vamos, vamos, la caridad!..

Llegó á Mad. Belamy.

– ¡Hola, señora Belamy! Siempre trabajando. muy bien... ¿Cómo sigue el comandante? ¿Está usted haciendo también un vestido?

– No, señor vicario, contestó la joven con expresión cómica. Hago... unos calzones.

– Bien..., muy bien..., dijo el cura mientras madame Descordes decía al oído á su vecina:

– ¡Qué maneras! ¡Qué lenguaje! Pero tratándose de una mujer que se atreve á ir escotada está dicho todo.

El vicario se marchó acompañado de exclamaciones de gratitud y testimonios de respeto.

Iban á dar las cinco, y las señoras recogieron la labor, se pusieron los sombreros y fueron saliendo en pequeños grupos.

Tan luego como Mad. Belamy se hubo marchado, Mad. Descordes dió rienda suelta á su indignación contra aquella rubita.

– Ya verán ustedes, señoras, dijo al despedir á las últimas asociadas, como también se pervertirá esa... escotada.

Y las risotadas, un tanto contenidas durante la visita del sacerdote, resonaron á más y mejor, mientras las santas damas se estrechaban la mano á la puerta, convencidas de que acababan de consagrar otro día á la práctica ejemplar de la caridad.

II

Mad. Belamy estaba en lo cierto al calificar de muy desgraciada la vida de madame Charlier.

Marta Charlier era hija única del marqués de Mouthiers. Criada en París en medio de todos los refinamientos de un lujo aristocrático, entre su padre, hombre brillante, amable y simpático, y su madre, tan bella como bondadosa, y adorada de ambos, parecía destinada á disfrutar la existencia más dichosa.

Pero esta ventura quedó agostada en flor. Marta de Mouthiers acababa de cumplir dieciocho años cuando su padre murió de repente, y el mismo día de los funerales, cuando más copioso y amargo era el llanto por él derramado, la viuda y la huérfana vieron que caía una nube de alguaciles sobre cuanto poseían, descubriéndoles un abismo desconocido é insondable.

Desde el principio de su matrimonio, quizás por vanidad, pero también por un cariño mal entendido, aunque sobrado intenso, á su mujer, el marqués había organizado el tren de su casa bajo un pie enteramente desproporcionado con su fortuna. Cometida la primera falta, no tuvo nunca valor para detenerse en la pendiente fatal, por parecerle un sacrificio imposible el suprimir algunas de las comodidades de que rodeaba á su querida familia. Cuando las rentas no bastaron, gastó el capital; luego se consumió el dote de la esposa, y de caída en caída, agarrándose á todas las ramas, esperando siempre algún auxilio milagroso, M. de Mouthiers contrajo préstamos sin detenerse ante los expedientes ruinosos y envilecedores de la usura.

Gastó su delicadeza, su inteligencia y por último su vida en estas luchas incesantes, y á pesar de ello, aquellas por quienes moría le vieron siempre á su lado con la sonrisa en los labios.

Terrible fué el despertar para Marta y su madre; pero de sus labios no salió ni una queja, ni pasó por su mente la sombra de un reproche. Al contrario, la revelación de todos los sufrimientos que había soportado ocultándoselos, hizo que la memoria del vencido de la vida fuese más sagrada y querida para ellas.

Cuando terminó la dolorosa liquidación, fueron á refugiarse en Genneville, en una casa antigua y modesta de la familia de Mouthiers, que se había librado del desastre, con algunos recursos apenas suficientes para no morir de hambre. Entonces empezó para ellas una de esas vidas de amargura y de privaciones ignoradas, en que todos los esfuerzos de la imaginación se aplican á ahorrar unos cuantos céntimos, en que todo se vuelve hacer combinaciones que permitan parecer todavía lo que ya no se es, en que la familia se reduce á comer solamente pan dos días para poder corresponder con una comida á otra familia amiga, en que, bajo un vestido de seda cuidadosamente conservado, se oculta la ropa interior remendada y lavada en casa para no revelar las miserias; pobreza humillante y vergonzosa, ¡más terrible aún que la de los mendigos de profesión!



– ¡Hola, señora Belamy! ¿Está usted haciendo también un vestido?

Durante aquellos días dolorosos, Marta tuvo el apoyo fiel de Carlota de Branville, cuyos padres habitaban en el castillo de Jony, á dos kilómetros de Genneville. Amigas desde su infancia, entonces igualmente feliz, las dos jovenes, tan nobles de corazón como de nacimiento, continuaron íntimamente unidas, á pesar de que sus situacioees habían llegado á ser tan diferentes. Marta, exenta de mezquina envidia, gozaba verdaderamente con la felicidad estable de Carlota, la cual, con exquisito tacto, sabía no hacer mortificante para ella este bienestar y aun convertirlo en delicadas y generosas atenciones. ¡Qué de ingeniosas supercherías, siempre envueltas en la santa diplomacia de una caridad, que, al contrario de la de Mad. Descordes, era elevada, silenciosa y verdadera!

Llegó el momento en que Carlota, casi avergonzada de su ventura, tuvo que anunciar á Marta su próximo enlace con el conde de Sennevaux, brillante oficial, digno de ella por todos conceptos. Aquella noticia causó á Marta una gran alegría y un gran dolor. Hizo ostensible la primera durante las fiestas de la boda, en las que se le designó un puesto en primer término; pero llegó el segundo cuando, después de marcharse su amiga radiante de felicidad, Marta se encontró abandonada en su vida de miseria y de decepciones.

Por aquella época, Mad. Descordes daba principio al ejercicio de sus elevadas virtudes que andando el tiempo debían valerle el privilegio de canonización anticipada otorgada por el buen padre Chavassieux. No se limitaba á reinar en la iglesia y en las asociaciones piadosas, sino que su carácter movedizo, cuyas agitaciones le parecían efecto de un santo celo, requerían un dominio más dilatado. Ocupábase de todo y de todos, hasta de aquellos que no le pedían nada. Cualquier suceso ocurrido en el seno de alguna de las familias del país sin que ella tomara en él alguna parte, le parecía que era entrometerse en la misión que la Providencia le había confiado. ¡Oh! Todo cuanto hacía era por el bien del prójimo; pero en este amor apasionado á sus semejantes, en esta intervención las más de las veces indiscreta, cualquier observador un poco sagaz habría discernido fácilmente el deseo de figurar siempre y dondequiera, unido á una curiosidad insaciable.

La animosidad de Mad. Descordes contra Mad. de Sennevaux databa de aquellos momentos, porque no había desempeñado ningún papel en su boda, á la que apenas fué convidada, y estas eran heridas crueles inferidas á su vanidad y que no había olvidado.

Entonces tuvo una idea genial de desquite. ¡Oh! Aquellos nobles que habían prescindido de ella no tardarían en conocer cuán necesaria y poderosa era! Se le ocurrió casar á Marta, la hija arruinada del marqués de Mouthiers, con su primo Juan Charlier, hombre rico y muy plebeyo, tratante en azafrán.

Empresa audaz y digna de sus aptitudes, para la cual tuvo que recurrir á la más diestra diplomacia. Acometió, al pronto lenta y prudentemente, á su primo un poco refractario al principio; en seguida se esforzó en desbastarle y hacer de él un candidato presentable, en lugar del hombre rústico y vulgar que era. Por fin, ayudada por la confianza que Charlier tenía en ella, último resto de unos amoríos de su adolescencia, hizo de modo que el buen hombre se creyó de buena fe prendado de Marta, sólo por haberla visto de tarde en tarde, pero sin hablarla siquiera, y él, que tenía á gala demostrar ostensiblemente sentimientos plebeyos, sintió como una comezón de orgullo al pensar en casarse con la hija de un marqués.

Mucho más trabajo costó decidir á Marta. Todos sus instintos de nacimiento y de educación se sublevaron á la primera indicación que se le hizo; pero, aunque poco á poco, fué acostumbrándose á la idea de aquel casamiento.

Charlier, tan luego como le fué presentado, se mostró muy atento y solícito con ella y sobre todo con su madre, lo cual la conmovió más. Verdad era que él no tenía en el porte ni en el lenguaje los hábitos de la sociedad en que Marta había nacido; pero ¿tenía ésta el derecho de ser tan exigente? Sin ser lo que se llama un joven, era de edad aceptable, y se aseguraba que comerciaba honradamente; disfrutaba de esa vaga reputación consagrada por el calificativo elástico de «buen muchacho.»

El matrimonio permitiría á Marta proporcionar á su madre un fin de vida tranquila y feliz, rodeada de una holgura que la marquesa echaba de menos más que ella misma. La joven dió animosamente un adiós á todos los ensueños de su juventud, á todas las aspiraciones de su ardiente corazón, y resuelta á tomar únicamente la vida como mujer de deber, puso lealmente su mano fina y delicada en la tosca mano del comerciante de azafrán.

Mad. Descordes triunfó sin molestia. Nadie ignoró en Genneville ni en sus contornos que aquella unión era el resultado de sus caritativas concepciones.

– Gracias á Dios, á quien he rezado mucho, decía á cuantos querían oirla, he podido sacar á esa pobre señorita Marta de la miseria.

Marta se convirtió en su trofeo: Mad Descordes hizo de ella su cosa, asediándola con sus exagerados cariños, cansándola con sus consejos perpetuos, queriendo reinar cual soberana absoluta en aquel hogar establecido por ella, ingiriéndose en todo con esa indiscreción preguntona y charlatana que se cree legitimada por una especie de privilegio de autor.

Aburrida al fin Mad. Charlier, cometió un día la gran imprudencia de reivindicar su libertad. Sin haber consultado precisamente á su absorbente prima, fué á pasar tres días en París en casa de Mad. de Sennevaux, y cuando á su regreso Mad. Descordes la abrumó á fuerza de preguntas curiosas, mezcladas de observaciones agridulces, la hizo comprender sin rodeos ni ambages que en lo sucesivo no se ocupara tanto de sus asuntos.

Y así acabó aquella intrusión: el andamiaje del cariño se derrumbó, siendo reemplazado por uno de esos odios de provincia sordos é implacables.

(Continuará)

CAÑÓN AUTOMÓVIL INVENTADO POR Mr. FEDERICO SIMMS

Mientras en la conferencia de El Haya los delegados de las potencias se afanan, ó fingen afanarse, por llegar á un resultado práctico en la difícil misión que les ha sido encomendada, es decir, por ver si pueden avanzar un poco en el camino de la tan hermosa como por ahora imposible paz universal, las naciones no se duermen en las pajas en punto á aprestos bélicos, y no cesan de aumentar sus escuadras y sus ejércitos ni de perfeccionar sus armamentos.



Cañón automóvil inventado por Mr. Federico Simms

Es verdaderamente curioso el contraste que con las ideologías del referido congreso ofrecen las impurezas de la realidad. Discuten los comisionados los medios más conducentes para establecer un arbitraje internacional que resuelva los conflictos que puedan surgir entre las potencias, y mientras tanto Inglaterra, burlándose del derecho y de la justicia, pretende imponerse á la república del Transvaal y la amenaza con una guerra inicua si no accede á sus exigencias, sin más razón que la que asistía al lobo de la fábula para devorar al pobre cordero. Truenan aquellos delegados contra los proyectiles explosivos y convienen en que, cuando la guerra sea inevitable, se haga siquiera lo más humanamente posible, causando en las personas y en las cosas sólo el daño estrictamente necesario, y la propia Inglaterra, ¡siempre la misma!, dice públicamente, por boca de uno de sus ministros, que, en previsión de los sucesos que en el Transvaal puedan desarrollarse, ha enviado grandes cargamentos de balas *dum-dum*, que causan en el cuerpo humano destrozos verdaderamente horribles.

Y por este estilo todo.

En lo que se refiere al perfeccionamiento de las armas existentes y al invento de otras nuevas, los progresos son extraordinarios, hasta el punto de que las naciones que quieren estar al corriente de todo corren rápidamente á un desastre financiero. Recientemente en una exposición de automóviles celebrada en Richmond (Inglaterra) figuraba el aparato de guerra que el adjunto grabado reproduce: es un vehículo movido por un motor de un caballo y medio de fuerza que puede comunicarle una velocidad de once millas por hora, y sobre él hay montado un cañón Maxim que puede dispararse en todas direcciones.

Este cañón automóvil lleva municiones para mil disparos, y la persona que va montada en el vehículo está en parte resguardada por una plancha de acero que cubre la parte superior de su cuerpo.

Las pruebas verificadas han dado resultados excelentes.



ISLAS FILIPINAS

Las dos fotografías cuya reproducción publicamos en esta página y que debemos á la amabilidad de nuestro inteligente corresponsal en Manila Sr. Arias y Rodríguez, representan la primera una vista panorámica parcial del pueblo de Guadalupe, que es el que se ve en primer término, del río Pasig y el barrio de Barranco del pueblo de San Felipe Neri, que se extiende en la orilla opuesta de este río: en el fondo, oculto por el bosque bajo, está el pueblo de San Francisco del Monte.

Estos pueblos están compuestos en su mayor parte de cabañas, y ofrecen verdadero interés desde el punto de vista de la actual guerra entre filipinos y yankis, porque constituyen la zona más disputada y en la que más combates se han librado, pudiendo decirse que hasta hace poco no se pasaba día sin que desde Manila se oyeran tiros en aquella dirección.

En la referida zona operan las fuerzas filipinas mandadas por Pío del Pilar, indígena calificado por los suyos de hombre de gran temple y elevado al generalato por el generalísimo Emilio Aguinaldo. En mayo de 1898, y en vista de sus reiteradas manifestaciones de españolismo, el general Augustín le confió algunos centenares de fusiles y la defensa del Zapote contra las fuerzas de Aguinaldo; en aquel mismo mes, Pío del Pilar practicó un reconocimiento por el Zapote y Bacoor, y según parece entonces se iniciaron los trabajos de aproximación entre los filipinos aparentemente afectos á España y Emilio Aguinaldo, aproximación aconsejada por la insaciable ambición de Pedro M.ª Paterno.



ISLAS FILIPINAS. – Provincia de Manila. Vista panorámica parcial de los pueblos de Guadalupe y San Felipe Neri (de fotografía propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila).

ISLAS FILIPINAS. – Manila. El caserío de Guadalupe (de fotografía propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila)

Los lugares reproducidos en las fotografías fueron cuartel general primero de los filipinos y después de los yankis, quienes se vieron obligados á evacuarlos, recuperándolos más tarde: son muy disputados por su situación estratégica, importante para cualquier ataque contra Manila.

El caserío de Guadalupe y San Felipe Neri ha sido en su totalidad incendiado por yankis y filipinos, que hasta ahora no parecen por ninguna parte aquellos sentimientos humanitarios de que tanto alardeaban los norteamericanos y que les impulsaron á despojarnos de nuestro imperio colonial. - X.

LA HUMEDAD DE LAS PAREDES

Y LA CONSERVACIÓN DE LOS MICROBIOS.

Cuestión de interés general es la de saber cuánto tiempo continúan siendo peligrosos para el contagio los productos mórbidos abandonados por los enfermos en las habitaciones cuando éstas no han podido ser sometidas á una desinfección rigurosa y completa.

Un higienista de Palermo, el Sr. Vito lo Bosco, ha realizado varias investigaciones sobre este particular, refiriéndolas especialmente á las paredes, ya que los suelos, por regla general, se limpian y desinfectan con gran facilidad.

De los experimentos verificados resulta, desde el punto de vista de los gérmenes patógenos, una gran diferencia según la materia de que están revestidas las materias y según el grado de sequedad ó humedad de las mismas.

Generalmente las paredes estucadas ó barnizadas son las que menos favorecen la persistencia de la vitalidad de los microbios, y las paredes normalmente secas tienen un poder considerable de auto-epuración. El bacilo del tifus, el del cólera, el diplococo de la neumonía, depositados en estas paredes, mueren al cabo de veinticuatro horas á lo sumo; el de la difteria vive en ellas siete días, y únicamente el microbio de la tuberculosis puede resistir hasta dos ó tres meses y aun cuatro ó cinco si las paredes están pintadas con color de cola muy seco.

En cambio en las paredes húmedas la vitalidad de los bacilos resiste mucho más tiempo; así el microbio del tifus vive tres días, el de la difteria un mes y el de la neumonía de quince días á tres semanas.

El conocimiento de estos hechos se presta á importantes aplicaciones prácticas.

La humedad de las habitaciones se presenta como dos veces peligrosa, por lo que en sí significa y por las condiciones de vida que confiere á los elementos del contagio y de la infección.

Contra los preceptos que la moda y las tradiciones imponen en las habitaciones, llenándolas de cortinajes, de papeles lujosos, etc., la experiencia científica aconseja el empleo del revestimiento de estuco y de buen barniz, que son los mejores desde el punto de vista bactericida, porque puede lavarse fácilmente y porque posee la propiedad de desembarazarse pronto y espontáneamente de los gérmenes patógenos que en las paredes hayan podido depositarse. – X.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 168, Barcelona

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

Crónica de la fiesta del Árbol en Cataluña. 1898-1899. – Digno complemento de la hermosa fiesta que se celebró en el Parque de Barcelona el día 30 de abril último, y de la cual nos ocupamos oportunamente en La Ilustración Artística, es el interesante folleto publicado por la asociación de los *Amigos de la Fiesta del Árbol en Barcelona*. En él se relatan la génesis de tan bellísimo cuanto útil pensamiento, las vicisitudes por que pasó el proyecto del iniciador de la idea D. Mariano Puig y Valls y los trabajos por éste realizados para llevarlo á cabo, y se describen las fiestas celebradas primero en Bagá, en Puigcerdá y Berga después, y finalmente en nuestra capital. Muchas y muy saludables enseñanzas se desprenden de las consideraciones en el folleto contenidas y de los discursos pronunciados en las distintas solemnidades que en él se transcriben, siendo de desear que tales enseñanzas se propaguen y lleguen á popularizarse como se merecen, ya que pueden contribuir no poco á la regeneración de nuestra patria, avivando el amor á la tierra y á la naturaleza y despertando nobles sentimientos y laudables iniciativas en el corazón y en la inteligencia de los que mañana serán hombres. Por todo ello felicitamos una vez más con entusiasmo á la asociación referida y muy especialmente al Sr. Puig y Valls, que es por decirlo así el alma de la misma, y hacemos de nuevo fervientes votos para que antes de poco la fiesta del árbol sea, como en otra ocasión dijimos, nuestra verdadera fiesta nacional. El folleto, elegantemente impreso por don Luis Tasso, va ilustrado con bonitos grabados.

Río revuelto, por *A. Peña y Goñi*. – El nombre de Peña y Goñi es sobrado conocido en el mundo de las letras y de las artes españolas contemporáneo, y no es preciso acudir á pomposas frases para alabar las obras de ese literato, notable crítico musical é inteligente revistero taurino. De literatura, de música, de toros tratan los artículos reunidos en el tomo que nos ocupa y que forma el volumen 67 de la notable «Colección Diamante,» con tanto éxito editada en Barcelona por D. Antonio López, y en todos ellos se admiran las brillantes cualidades que en cada uno de estos géneros demostró el malogrado escritor. *A río revuelto* se vende á dos reales.



El tonto, cuadro de J. Berg (Salón de París de 1899)

Prontuario de Legislación catalana, por *Joaquín Almeda*. – Ha empezado sus trabajos la comisión que, en virtud de reciente decreto del ministro de Gracia y Justicia, se ha constituído en Barcelona para compilar todo cuanto constituye la legislación especial catalana á fin de dar cumplimiento á lo consignado en una de las bases que sirvieron para la redacción del Código Civil español. Entre los notables jurisconsultos que de esta comisión forman parte figura D. Joaquín Almeda, uno de los que mejor conocen nuestras instituciones forales, no sólo en sus aplicaciones, sino que también en su esencia, en su historia y en su filosofía. Para los trabajos de esta comisión será indudablemente de gran utilidad el prontuario que nos ocupa, en el cual están indicadas con admirable método y gran claridad todas las fuentes adonde debe acudirse para resolver todas las cuestiones jurídicas que con relación á Cataluña pueden presentarse. El *Prontuario* del Sr. Almeda se ha publicado por acuerdo y á expensas de la Excma. Diputación Provincial de Barcelona y ha sido impreso en la Casa Provincial de Caridad.

Acta de la sessió pública celebrada en lo Ateneu Barcelonés lo 17 de desembre de 1897. – Contiene la interesante memoria leída en la referida sesión por el Secretario de la Junta saliente D. Enrique Prat de la Riba y un notable discurso del presidente D. Juan Permanyer y Ayats sobre asunto de tanto interés como el regionalismo y la autonomía, que el Sr. Permanyer defiende con tanto entusiasmo como abundancia de razonamientos y de ideas levantadas é inspiradas en los más nobles sentimientos.

La longevidad en relación con el trabajo mental, por *Ramón Manterola*. – Interesante estudio estadístico hecho por el conocido publicista mejicano Sr. Manterola, quien en presencia de numerosísimos datos auténticos y perfectamente clasificados establece las proporciones de la longevidad en las personas que á los trabajos intelectuales se dedican, estableciendo una inteligente división entre las distintas profesiones debidamente agrupadas, y señalando para cada una las probabilidades que los que las ejercen tienen de pasar de los 60, 70 y 80 años. Este folleto, dedicado á la sociedad científica «Antonio Alzate,» de la que es vicepresidente honorario el Sr. Manterola, ha sido impreso en Méjico en la imprenta del Gobierno.



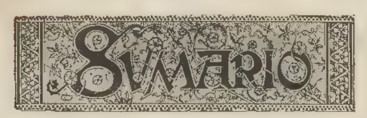
Imp. de Montaner y Simón



AÑO XVIII — BARCELONA 31 DE JULIO DE 1899 — NÚM. 918

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SAN JORGE, dibujo de Rafael



DE EUROPA

No deben extrañar mis lectores que consagre atención preferente al ya cerrado *Congreso de la paz*, en La Haya. Sucesos tales parecen de poca monta y son realmente de primera magnitud, por lo que representan en el fuero de la conciencia. La voz del vulgo, los ecos de la rutina van repitiendo por ahí en alborotado zumbido que fracasó, que abortó el Congreso de La Haya, sencillamente porque no ha conseguido, de buenas á primeras, el desarme general de todas las naciones y el arbitraje universal para todas las diferencias y querellas internacionales.

No se ganó Zamora en una hora, y este pleito entre la paz y la guerra, entre la ogresa ó giganta armada de punta en blanco y con cabellera de llama y serpientes y la paloma de níveo plumaje, ha de durar todavía años, ¿quién sabe?, tal vez siglos. No por eso es dudoso el resultado: la paz vencerá. Vencerá en toda la línea; se impondrá con la mayor de las fuerzas – la fuerza apodíctica de la verdad y de la razón.

Dicen los que pretenden calificar de ilusiones perdidas y hojas al viento todo el trabajo del *Congreso de la paz*, que el único fruto positivo por él obtenido fué averiguar cómo las naciones más civilizadas y progresivas emplean, en sus guerras con las tribus salvajes, ciertos proyectiles de tal hechura y traza, que al tocar con el hueso lo reducen á fragmentos menudísimos, ocasionando la herida, amén de agudos dolores y torturas indescriptibles, una segura muerte. Estas crueles balas, llamadas *dum-dum*, afírmase que las emplearon los yankis en sus encuentros con los españoles en Cuba, y que siguen empleándolas ahora contra los tagalos y los cubanos independientes. Y del uso de tan bárbaros medios en nuestro siglo XIX, al alborear el XX, deducen los pesimistas rutinarios, los maniqueos persuadidos de la substancialidad del mal, que la guerra está viva y robusta, y que durará tanto cuanto dure la humanidad sobre el planeta.

***

Es de advertir que muchos de los partidarios de la eternidad y necesidad de la guerra (á la cual otorgan así los atributos divinos) no saben lo que quieren decir, y confunden *la lucha* con la *guerra por las armas.* La lucha existirá siempre, porque siempre habrá intereses opuestos, inconciliables. Las formas y modos de esa lucha sí pueden adaptarse á las leyes del progreso cristiano y del mayor bien de los hombres. También confunden la supresión de la guerra con el desarme. Cosas diferentísimas. El desarme no es una medida humanitaria, sino una necesidad económica, que acabarán por reconocer, como las necesidades económicas se reconocen, *a fortiori*, las naciones, sin excepción, incluso las más ricas y fuertes.

Lejos de ser una utopía de bonachones y de miedosos, un *sueño de liebres*, es una realidad inevitable el cambio y modificación próxima de las relaciones internacionales entre los grandes Estados europeos. Lo ha dicho un eminente sociólogo, Ferrero, y repito sus palabras: «Desde hace veintisiete años establécese un nuevo orden de cosas; las aficiones belicosas de la política internacional se atenúan; el *casus belli* de antaño pierde su gravedad; se inicia una era histórica en que los pueblos europeos podrán vivir sin miedo á recíprocas agresiones. La magna tarea que á la Europa de mañana incumbe es hacer que la conciencia pública de los diversos países se dé cuenta de este estado nuevo, y se resuelva á poner al unísono del reciente concepto de las relaciones internacionales la política exterior y militar, en gran parte aún regida hoy por ideas de una edad histórica ya pretérita, en que subsistían causas de guerra caducadas por completo.»

No cabe duda: á la conquista por las armas ha sustituído la conquista económica; y sólo manteniéndose tan aislada del movimiento europeo como España, puede una nación en el momento presente servir de cebo á los pocos conquistadores que ya quedan vivos, y que no son europeos, por más señas. Sí, declina el espíritu marcial, apágase el ardor de los combatientes, muere en el alma lo que está destinado á perecer en los hechos; la fuerza militar se ve compelida cada día más á supeditarse al poder civil; los Estados abandonan la actitud ofensiva y adoptan únicamente la defensiva, y por sencilla ley natural, si nadie ofende, nadie ha menester defenderse. No se engañen los que juzgan de estas cosas por el crecimiento de los armamentos y por la terrible perfección de los aprestos y defensas. Mientras los armamentos aumentan, la gana de servirse de ellos disminuye; y el militarismo – según la feliz comparación del antes citado sociólogo – es un cuerpo de aspecto imponente y majestuoso..., pero un cuerpo que va quedándose sin espíritu.

Tranquilícense, pues, los *pacíficos* (que no son los *cobardes;* no hay que confundir); y no se preocupen del aparente *fiasco* del Congreso de La Haya. Si en arte militar se conocen victorias que son derrotas, para el que busca lo bueno y lo útil, ciertas derrotas victorias son. Queda mucho por andar, pero se andará: el camino está franco.

***

Ha corrido bajo cuerda estos días una hipótesis internacional que nos retrotrae á la época de los Güelfos y los Gibelinos, á las esperanzas místicas de la Edad Media, á los planes del gran César Borgia, *gonfaloniero* de la Iglesia, á los ensueños de los primeros días del pontificado de Pío IX... Trátase nada menos que de una revolución en Italia, con el fin de implantar la República bajo el protectorado de la Santa Sede. Italia, católica y *redentista* á la vez, habiendo cifrado sus intereses políticos en la casa de Saboya y sus predilecciones del alma en el pontificado, encuentra eterno motivo de inquietud y desazón en el dualismo desgarrador y en la perenne desavenencia de la monarquía y la Iglesia romana. En Roma, hace años lo he dicho, no caben juntos el papa y el rey. Situación tirante, violentísima, casi imposible de conllevar, que engendra rozamientos y asperezas y amarguras, Italia tiene que desear su término, y su término sería, con gozo profundo de los católicos de todos los países, que se realizase la aspiración latente y secular á reunir bajo el yugo de Pedro toda la península italiana. Solución tan sencilla y armónica á primera vista, tropieza, hasta el extremo de parar en imposible, con la complejidad de los intereses múltiples que se oponen á su realización. Las monarquías no verán con gusto una república presidida por el Padre Santo; las repúblicas democráticas no querrían reconocerse en la Italia pontificia y teocrática. No madurará, pues, esta semilla, siempre flotante en el aire tempestuoso de las ideas, desde los tiempos de San Francisco de Asís y de Federico Barbarroja.

***

Otro dualismo que se acentúa en vez de caminar á la unificación, es el de Austria-Hungría; lo prueban datos recientísimos. Austria no puede mirar con buenos ojos á su compañera y hermanastra, y Hungría, aunque trata á Austria con mayor benevolencia y no exagera tanto los disentimientos, está prevenida, como quien siente que le rodea una atmósfera hostil. La situación de Hungría en el Estado imperial austriaco ha sido siempre algún tanto penosa. A pesar de la pragmática-sanción de 1723, los impuestos menudean y las obligaciones y cargas van siendo duras y vejatorias para los húngaros. Austria comprendió mal su misión fusionista; no tuvo en cuenta los elementos de raza, y el país húngaro, en cuanto á las tendencias, se encuentra hoy en pleno regionalismo separatista, ó si se quiere federal. Hungría, en efecto, al adherirse á Austria, estipuló que se respetase su independencia social y política. Gente firme y voluntariosa la magiar, ha sostenido y sostiene su autonomía contra la absorbente hegemonía austriaca del modo más constante y resuelto. Austria quiere imponer el yugo á Hungría recargando sus presupuestos y excediéndose de lo pactado para subsidios de guerra; y Hungría, por boca de Koloman de Szell, con motivo de los últimos disturbios, dice al viejo emperador Francisco José que sólo la estricta observancia del convenio entre las dos naciones podrá hacer que permanezcan juntas. El consorcio parará en divorcio si Austria porfía en cargar excesivamente las espaldas del altanero país magiar.

***

En Alemania la cuestión del socialismo sigue siendo la más grave, la destinada á agitar las muchedumbres y á sugerir meditaciones de tinte sombrío á las clases directivas. En mi crónica anterior señalé cómo el Reichstag se negó á admitir las leyes de represión ó por mejor decir de precaución contra los huelguistas; pero este acuerdo de la Cámara produjo mal efecto en el emperador, que según nadie ignora no es *alcalde muerto*, y aspira á que en sus dominios las cosas vayan como él entiende que deben ir. A su predilecto amigo el profesor Hinzpeter dirigió un telegrama, donde en sucinta frase manifestaba el propósito de insistir en el criterio represivo. No se sabe qué hará para sacarlo victorioso: créese que acaso se apoye en el partido conservador, defensor acérrimo de las medidas contra las huelgas.

A la par que el socialismo, el catolicismo crece como la espuma en Alemania. No es sólo la anexión de Alsacia y Lorena – que muchos nacionalistas alemanes consideran inhábil por esta causa – lo que ha venido á reforzar en el Imperio el contingente católico: es también la emigración á la Prusia renana de los obreros polacos, que pasan de cien mil, muy católicos y muy enemigos de Alemania, sobre todo del militarismo, suma expresión del país germánico desde sus triunfos de 1870. Una de las comprobaciones más curiosas que cabe hacer, es cómo el catolicismo, religión á quien ni sus mayores enemigos podrán regatear dos condiciones, la universalidad y la caridad, es explotado por las pasiones humanas para fomentar aquí el exclusivismo, allí el régimen de la fuerza, acá las reivindicaciones de un pueblo contra otro pueblo, acullá las aspiraciones políticas de una comunidad ó un partido. Hoy el catolicismo se pretende que signifique: en Italia, aspiraciones á una república blanca; en España, á un reinado absoluto y á una federación fuerista; en lo que fué Polonia, la unidad de una patria hecha jirones; en Bélgica, el sostenimiento del rey Leopoldo; en Francia, la condenación de Dreyfus. Y el catolicismo no es nada de eso, aunque para todo eso se le invoque y utilice. Con mayor razón podría decirse que el catolicismo representa la paz, pues nadie ignora las simpatías de León XIII por la hipótesis del desarme, y si se ha cometido el yerro y la falta de no invitar á la Santa Sede para que estuviese representada en el Congreso, no será menor el papel de pacificador universal que al augusto anciano corresponde, ya que él nos dió la paz de las almas – la más apetecida.

EMILIA PARDO BAZÁN

PENSAMIENTOS

Es preciso que seamos gobernados: este es el único medio de que seamos libres.

JULIO SIMÓN.

***

De todo puede rehabilitarse el hombre menos de aquell que le envilece.

BONAPARTE.

***

Hay personas que mojan su cólera en el lenguaje de los mercados, como el carretero moja su látigo en el arroyo para que el golpe sea más acerado.

VÍCTOR HUGO.

***

En este mundo sólo se defiende á los amigos cuando no necesitan de nuestra defensa.

VIENNET.

***

En las artes ó en las letras el genio y aun el simple talento se desprenden fácilmente de los lazos de la primera educación para no conservar de ésta más que la substancia.

ALFREDO MEZIERES.

EL DISTINGUIDO PINTOR BELGA LEO VAN AKEN

Los sucesivos cambios que se han operado en la pintura histórica y religiosa han producido otra, la de género, que se ajusta á los ideales estéticos de este siglo y se inspira en cuanto puede dar á conocer la sociedad en que vivimos. De ahí las dificultades y los escollos que es preciso vencer, puesto que no bastan al artista los recursos de su habilidad pictórica, los efectismos de la coloración y la belleza de la línea. Precisa transformarse en psicólogo é imprimir á su obra el aliento, el esfuerzo de su inteligencia para expresar cumplidamente el drama, la sensación, el sufrimiento que se ha propuesto retratar como revelación de la vida íntima de nuestra época, como expresión de ese manantial inagotable de deseos y aspiraciones, de amarguras y continuadas luchas que forman ese medio ambiente en que vive y se agita la sociedad moderna.

Tras sucesivas evoluciones ha llegado la pintura, en todos los países, á la producción de la de género, cuyas manifestaciones, según dice con mucho acierto un distinguido crítico español, «valen lo que un drama de primera fuerza,» distinguiéndose especialmente aquellos pueblos que, como la antigua Flandes, cuentan con tradiciones y abolengo artístico. Los pintores belgas, atentos á la gloria artística alcanzada por su admirable escuela, han adaptado su técnica al concepto moderno, y su espíritu culto y depurado de convencionalismos hasta ha sabido asociar el símbolo á la realidad.

LEO VAN AKEN

No hemos de esforzarnos en demostrar el alcance y la valía de la moderna escuela flamenca y el papel importantísimo que ha venido á desempeñar en la evolución que se ha traducido en las producciones de género, que casi pudiéramos titular sociológicas. Basta recordar los nombres y los títulos de las obras cuyo mérito ha sido universalmente reconocido. En este grupo de artistas eminentes figura Leo Van Aken, que en un período de tiempo relativamente breve ha logrado singularizarse de tal suerte, que cada obra significa un triunfo, cada producción le reporta un éxito.



EN EL ASILO, cuadro de Leo Van Aken, existente en el Museo de Praga

Sus composiciones revisten, casi siempre, un carácter eminentemente sensacional, que impresiona de un modo profundo, puesto que en ellas se pone de manifiesto algo de lo que conmueve á nuestra sociedad, sufrimientos, pesares y privaciones. Por eso sus cuadros considéranse como manifestaciones pictóricas sociales. Prueba de ello son sus lienzos *El benedicite* y en *El Asilo*, tristísimo cuadro formado por aquellos á quienes los azares de la suerte obliga á buscar en la caridad oficial el amparo de su vejez. Subordinados á otro orden de ideas, pero más sensacional si cabe, son sus lienzos *Miseria humana*, premiado en la última Exposición celebrada en Barcelona, que hoy figura dignamente en el Museo Municipal, y los titulados *Aflicción* y *El enfermo*. Consideradas las obras desde el punto de vista técnico, resultan magistralmente ejecutadas. Su gama sobria, precisa y de una verdad que revela el natural, atestigua la pericia y maestría del artista, que se asimila cuanto le impresiona.

Amberes, su ciudad natal, puede enorgullecerse por contarlo en el número de sus ilustres hijos. Nacido en 1857, alcanzó ya en juvenil edad señalados triunfos por medio de producciones de la índole y de la tendencia de las que mencionamos, algunas de las cuales figuran en los Museos de Praga, Bruselas, Amberes, Lieja, La Haya, etc. Discípulo del célebre pintor flamenco Hendrise, pronto recorrió los primeros escalones de su carrera artística, y las exposiciones en donde exhibió sus cuadros procuraron al artista recompensas que le han alentado para proseguir su provechosa labor. El cuadro *Los arqueros*, inspirado en una costumbre flamenca, acaba de conquistarle, en el Salón de París, una primera medalla.

El nombre de Van Aken representa el de una de las más justificadas glorias del arte belga contemporáneo. Por eso nos complacemos, al dar á conocer, siquiera sea someramente, los méritos y significación del eminente artista, en rendirle el testimonio de la consideración que nos merece y el de nuestra respetuosa admiración.

A. GARCÍA LLANSÓ

BOCETO

DESCUBRIMIENTO DE UN PLANETA

Leí, no sé donde, tiempo atrás, y bastante, lo que me servirá de asunto para este boceto: por consiguiente no reclamo la propiedad del pensamiento, limitándome á las variantes en el relato.

No recuerdo si eso sucedió en uno de los cercanos planetas, ó en la lejana estrella Sirio..., pero el caso aconteció por aquellos remotos andurriales, esto es lo positivo.

Existía entre sus habitantes un sabio, y tan sabio que apenas se le conocía ni se le daba importancia á su saber: los pocos que le trataban no sólo ponían en duda su sabiduría, sino que se reían de él, tomando por chifladuras sus conocimientos, por extravagancias sus advertencias y por tonterías sus consejos; así fué que, espantado por la abundancia de estupidez que le rodeaba y escasez de inteligencia para comprenderle, llegó á separarse casi por completo de la sociedad aquella, y retirado en su casa, se pasaba la vida estudiando siempre, con igual fervor y entusiasmo que el célebre héroe manchego; y aunque en el concepto de aplicación y beneficio práctico, atendida la infranqueable distancia, no podían serle de provecho á él ni á sus semejantes, no cejó en sus trabajosos estudios.

Provisto de un potente telescopio, pudo descubrir nuestro diminuto planeta..., y se dedicó con tal ahinco á su observación, que llegó á no pensar en otra cosa, desviviéndose en sus observaciones.

Mucho le chocaron, llamando poderosamente su atención, nuestras fases de brillo y de penumbra, de lo cual dedujo, como verdad indiscutible, porque lo



EL BENEDICITE EN EL ASILO, cuadro de Leo Van Aken

cierto y lo verdadero es igual en todas partes, que carecíamos de luz propia, y consiguientemente lo por él descubierto, ó sea esto, era un planeta; y como su



AFLICCIÓN, cuadro de Leo Van Aken

telescopio era de gran potencia, como quizá nosotros no tengamos ninguno que con aquél pueda compararse, alcanzó á descubrir muy distintamente nuestros polos y zonas; mares y lagos y tierras, con la diferencia de sus continentes y sus islas; montañas y llanuras, vegetación y poblaciones, y capa ó envoltorio atmosférico, y hasta se dijo que una infinidad de otras cosas, no por más secundarias y diminutas menos interesantes. De lo cual dedujo que el planeta aquel por él descubierto, que, como se ha dicho, no era otro que este nuestro (dígase más exactamente, porque ni nuestro es siquiera, en el cual habitamos á guisa de inquilinos y por el corto tiempo que se nos permite gratuitamente vivir en él, dando tumbos ó vueltas por el espacio, formando parte del sistema planetario que conocemos), era un planeta que por todas sus condiciones podía estar habitado, y seguramente lo estaba..., porque en la creación universal todo lo que está en condiciones para alguna cosa produce la cosa aquella, y ésta resulta y responde á aquellas condiciones. Pero en lo que no pudo atinar fué en la clase de seres que lo habitasen ó poblasen. Esto le producía una desesperación parecida á la de un viajero sediento hallando un manantial de agua cristalina á la que no puede alcanzar.

Pero no le cabía duda alguna: su descubierto planeta necesariamente estaba habitado.

Como en juicio contradictorio, se hacía, en contra de sí mismo, todas las observaciones negativas imaginables, con las cuales no podía destruir sus firmísimas convicciones, y hasta hubiera dudado antes de su propia existencia, que de que aquella tierra, es decir, ésta, no estuviese poblada de habitantes.

En aquel lejano globo, ó glóbulo, del conjunto universal, en el que vivía dicho portento de saber, no carecían de una cosa..., digamos parecida al Instituto de Francia, pero mucho más en grande, de modo que todos los ramos de la ciencia constituían aquel repleto arsenal de sabiduría, dividiéndose en tantas secciones cuantos eran aquéllos, las cuales, como entre nosotros, se distinguían con los títulos de secciones académicas, cuyos miembros conspicuos, ajustados al conocido lema «Nisi legitime certaverit,» habían probado su aptitud para pertenecer á ellas y demostrado méritos suficientes para ocupar dignamente sus deseados y ambicionados sillones. Y fué naturalísima cosa que la sección académica que entendía en lo astronómico tomase cartas en el asunto. Fué llamado ante ella aquel sabio para que explicase lo concerniente á su descubrimiento y cuanto referirse pudiese á sus estupendas suposiciones, sobre la posible existencia de habitantes en otro planeta ó mundo que no fuese aquel por ellos poblado.

Con la firmeza y aplomo que da de sí la convicción en lo que se cree, y con cálculos fundadísimos, razonados sobre datos científicos y deducciones de evidente posibilidad, el sabio descubridor demostró, como dos y dos son cuatro, lo que sostenía.

Escuchábasele con aquella glacial indiferencia que ahoga, asfixia y mata toda noble elevada mira, esfuerzo y sentimiento; y de vez en cuando alguna risita burlona desconcertaba al perorante que, repuesto del incidente, proseguía en sus demostraciones.



LOS ARQUEROS, cuadro de Leo Van Aken, premiado en el Salón de París de 1899

Nombróse una comisión, y ésta nombró un ponente; porque allá como acá, lo que no hace ó no lleva hecho uno, no lo hacen muchos, ó dicho de otro modo, cuando no se quiere hacer una cosa encargándola á varios, se queda sin hacer por largo tiempo; y si la comisión es numerosa, ó se hace tan mal que resulta inservible, ó no se hace nunca.

El ponente observó en sus conclusiones que la idea era descabellada, la suposición gratuita y estúpida, pues no entraba en la esfera de lo posible y menos en la de lo probable que otro planeta alguno, excepto el suyo, estuviese habitado...; que semejante idea, tan fuera de lo razonable, no se le había podido ocurrir á ninguno de ellos..., reforzando su aserto con un sin fin de citas y textos de antiguos libros, tergiversados la mayor parte y mal interpretados los demás; que lo firmemente por él creído como ponente y en cumplimiento de lo que su conciencia le dictaba y sus conocimientos le inclinaban á manifestar, era que el flamante y desconocido sabio podía ser muy bien un maniático, y quizá un loco rematado, porque ¿cómo podía ser que fuese un verdadero sabio no estando entre ellos? Por lo que opinaba y proponía á la comisión que se le sometiese á un examen facultativo de alienistas; y si resultaba, como parecía, falto de juicio, no había necesidad de perder tiempo en informes, deliberaciones y trabajos de todo punto inútiles.

La comisión académica escuchó absorta el luminoso dictamen de su sabio ponente, y como todas las comisiones habidas y por haber, con tal de tomarse el menos trabajo posible, por unanimidad estuvo conforme con las conclusiones por aquél expuestas.

Designáronse para el examen de las facultades intelectuales del desconocido sabio los más reputados facultativos especialistas; y sometido á todas las pruebas que la ciencia aconsejaba, después de mucho tiempo de observaciones y exámenes de su monomanía en tamaña peregrina idea y para ellos tan nueva como estrambótica suposición, más cansados de martirizar á aquel infeliz paciente, que seguros de sus averiguaciones, pusiéronse acordes, diagnosticando que «aquel ser podía estar ó no estar loco..., pero que siendo tan desconocida como trascendental su monomanía y tan emperrado en ella, estimaban como lo más acertado, para evitar la propagación de tal idea, declararle loco rematado y encerrarle en un manicomio.»

Supuesta la importancia del asunto, la sección ó academia astronómica consideró que para decidir un caso de tal gravedad, sin precedentes, se reuniese el Instituto en pleno; y así se hizo.

Y previa detenida y concienzuda deliberación, atendiendo al dictamen facultativo, ante la imperiosa voz de la ciencia, se acordó, también por unanimidad, altamente peligroso para el orden público, en orden de las inteligencias y de la sabiduría de la que depositario era el Instituto, que aquel titulado sabio anduviese suelto soltando tales ideas.

Y sin más averiguaciones ni exámenes referentes á su descubrimiento y atrevidas suposiciones, se le cogió y se le metió en el manicomio, para que allí, sin alcanzar á los demás, continuase soñando durante el resto de su vida en otros planetas habitados.

JUAN O-NEILL



EL ENFERMO, cuadro de Leo Van Aken



Verla y quedar el concurso pasmado, fué tan uno que no pudo reprimir maese Gil una sonrisa de satisfacción

MAESE GIL DÁVALOS

(CUENTO DE DOS SIGLOS HA)

El corral se parecía al de la Perendenga como una gota de agua á otra gota. El corredorcillo de carcomido barandal de madera, del que pendían mantas tan agujereadas como mugrientas, sábanas que no hablaban muy alto en pro de la limpieza de los lechos á que servían de componente y alforjas, enjalmas y otros utensilios, amenazaba dar en el suelo con su frágil artificio, según era el número de personas que se apiñaban en él.

Y en el patio no era menos apretada la muchedumbre, á quien á pesar de llenarse la boca de llamar «docto senado» y «respetables oyentes» el muy redomado truhán de maese Gil Dávalos el titiritero, no trataba de obra con la misma cortesía que de palabra, puesto que á golpe de pretina, que esgrimía con más habilidad que la negra el comendador Carranza, hacía corro, levantando acá y acullá cada verdugón tamaño como el puño.

Pero todo lo llevaban con paciencia y hasta con jubiloso contento los maleantes arrieros, no todos del pecado de cuatrería redimidos; las mozas más andariegas que lo que al recato femenil conviene, y los estudiantes menos versados en Bártulos y Baldos que en embustes y trapacerías, que era lo más florido de que el susodicho «doctísimo senado» estaba compuesto.

Porque lo cierto y verdad es que la cosa no era para menos, ni era de dejar escapar la fortuna, ya que la casualidad se la deparaba, de presenciar las habilidades de los títeres, volatines y trastujos amaestrados con que maese Gil, según él propio decía, había asombrado á las más empingorotadas personas de las cuatro partes del mundo, desde la beatitud del Santo Padre hasta la incorregible gravedad del emperador de Trebisonda, más moro que Mahoma y más luterano que el mismísimo príncipe de Orange.

Pero lo que todos aguardaban con mayor empeño y curiosidad eran las raras habilidades de una mozuela á que los más avizorados sólo habían logrado entrever, y que como sultán celoso encubría y tapaba el maese, no temeroso de enamoramientos de que ya sabía que la arisca doncella se defendería como pantera circasiana, sino ganoso de que la sorpresa produjera mayor asombro en el concurso.

Por eso, sin duda, no pasó de mediana la atención consagrada á los saltos y trampantojos de un perro que, aunque su amo decía ser raro presente del Kan de Tartaria, á mastín de ganado y de los más roídos de la sarna trascendía á cien leguas; por eso ni que el Dávalos se tragara la hoja de una espada más larga y comida del orín que la propia colada, después de atascarse los gañotes de estopas encendidas; ni que el rapaz desmedradillo y jorobado, que tan pronto se desgañitaba encomiando las excelencias de los titiriteros, como haciendo las más raras carantoñas y dando los más descomedidos saltos, consiguieron arrancar un solo grito de entusiasmo á la multitud, que sólo muestras de impaciencia daba sin quitar ojo del pajar en que cautiva tenía hasta el momento preciso á aquella oriental perla, que á lo que se decía bailaba zarabandas en una cuerda no más gruesa que el meñique, y que siendo más tenue y leve de cuerpo que una pluma, con sólo dos dientes, que eran menuditos y blancos como piñones nuevos, levantaba más de dos palmos del suelo la carga con que no hubiera podido ni el más zancudo de los asnos de Córdoba, que tengo por los mayores del universo.



... respetuosa escolta fueron dando los alguaciles á la mozuela...

Pero como todo llega en este mundo, no siendo los hombres á su perfección, luego que maese Gil hubo mostrado unas ratas que él decía traídas de las islas de Occidente, y que el posadero juraba que á cientos las había en su casa de la misma especie y aun mayores, la carcomida y desvencijada puerta se abrió y el docto senado se quedó con tanta boca contemplando el más raro prodigio por la naturaleza producido.

Y motivo había para ello, que la muchacha, que sin bajar de los quince abriles no llegaría á los dieciocho, era más bonita que doblón de los de dos caras y más gallarda y esbelta que un pino.

Los arrumacos y retales de diferentes estofas y de abigarrados colores que cubrían su cuerpo; las cuentas de vidrio que no dejaban apreciar bien ni el ébano de sus trenzas, ni el marfil de unos brazos que llevaba del todo descubiertos y de una pierna de que dejaba ver alguna más porción que la que á la castidad convenía, no eran suficientes á empañar una como á modo de luz impalpable que de toda ella se desprendía, como diciendo que aquel cuerpo, á semejanza del armiño, ni en el más sucio tremedal se mancharía.

Verla y quedar el concurso pasmado, fué tan uno que no pudo reprimir maese Gil una sonrisa de satisfacción en que se leía este ó parecido pensamiento:

«Si esto os sucede no más que de tener ante los ojos tal tesoro, cuando adivinéis la gracia de sus movimientos y la rareza de sus habilidades, en Dios os juro que no os ha de quedar blanca en el más escondido repliegue de la faltriquera.»

Pero por malos de los pecados del titiritero, no sucedió así.

Todavía no había comenzado el jorobadillo el preludio de una chacona en la destemplada vihuela que entre las manos tenía, aún no había terminado la mozuela la zaalema á la morisca con que hacía pleitesía á los congregados, cuando una voz entre atiplada y bronca gritando «¡Ténganse todos á la justicia del rey nuestro señor!,» vino á trocar en sobresalto lo que era admiración, habiendo cara que palideció hasta el punto de tomar el amarillento color de un cirio.

La que no perdió nada de su aplomo y de su placidez fué la mozuela, que sin duda por ser la de conciencia más limpia, vió asomar por el patio, sin el más pequeño sobresalto, no flojo golpe de ministriles, que con las varas alzadas y por precaución puesto el puño en el guardamano de las toledanas, se abría paso por entre la espantadiza muchedumbre.

¡Y lo que son los fueros de la juventud y de la hermosura, aunque éstos se hallen en lo más bajo y menos limpio de la escala que marca las jerarquías sociales! Mientras el titiritero, á quien ni se dejó recoger sus cachivaches y trastujos, salía de la posada á puñadas y á coces, respetuosa escolta fueron dando los alguaciles á la mozuela hasta dejarla cómodamente arrellanada en las alhomadas de un coche de camino que de intento y á pocos pasos del mesón estaba prevenido.

De horrible pesadilla se creyó presa, tres días después del suceso que va narrado, el muy alto y alcurniado Sr. D. Iñigo Perafán de Rivera y Alvarez de Baratrona, corregidor por juro de heredad de la ciudad y término de Montilla, cuando abría un pliego que acababa de poner en sus manos un propio, y que por bajo de la cruz consiguiente, á la letra decía así:

«Padre y señor: Si las travesuras de la mocedad y los extravíos de la pasión disculpan mucho, no deben tolerar que por ellos padezca injustamente la inocencia.

»En las cárceles de esa ciudad se consume un desdichado, que valiéndome de vuestras justicias sobornados con dineros y el prestigio que me dió el ser hijo vuestro, hice aprender, sin que sea reo de otra culpa que la de haber tenido por mansa é inocente paloma á la que con cara de ángel resultó garduña de mi bolsa y neblí que se llevó entre las garras no escasa porción de joyas que sin que lo percatarais saqué de esa vuestra casa, á que la vergüenza de mi culpa no me ha dejado volver

»Ponedlo en libertad, ya que de la nuestra gozamos los únicos delincuentes, y tenedme á mí por castigado con la pérdida de la que fuí sobrado loco para pensar en hacer mi esposa, y que ha huído con unos trajinantes, dejándome en cuerpo de camisa y sin más abrigo que las calzas.



El almirante Francisco Ernesto Fournier, jefe de la escuadra francesa del Mediterráneo que recientemente ha visitado á Barcelona.

»Aunque indigno de tal merced, besa vuestras plantas el más avergonzado y arrepentido de los hijos, que lo es vuestro: *D. César Perafán de Rivera.*»

Al leer tal mensaje el corregidor, tamaña fué su ira, que á poco estuvo de cometer el mayor de los desmanes en la persona del pobre titiritero, mandándole colgar de una de las rejas de la cárcel.

Pero siendo padre en primer término y varón recto después, ¿qué había de hacer sino perdonar?

Y lo cierto es que maese Gil escapó tan bien, que á cambio de que diera al olvido aquella aventurilla en que no había salido muy bien parado el lustre de la justicia, no sólo quedó libre, sino con creces indemnizado de la pérdida de sus cachivaches, y hasta estoy por decir que de la mozuela.

Aunque si la fama no miente, de esta última no había por qué resarcirle.

Como que, á creer á personas que se daban por testigos presenciales, no mucho después, y con no poca chacota, con él partía el gato destripado al mayorazgo aquella garrida moza, cuyo cándido aspecto hacía recordar al armiño, que ni en los más sucios tremedales mancha su blancura.

Angel R. Chaves

LA ESCUADRA FRANCESA DEL MEDITERRANEO

EN BARCELONA

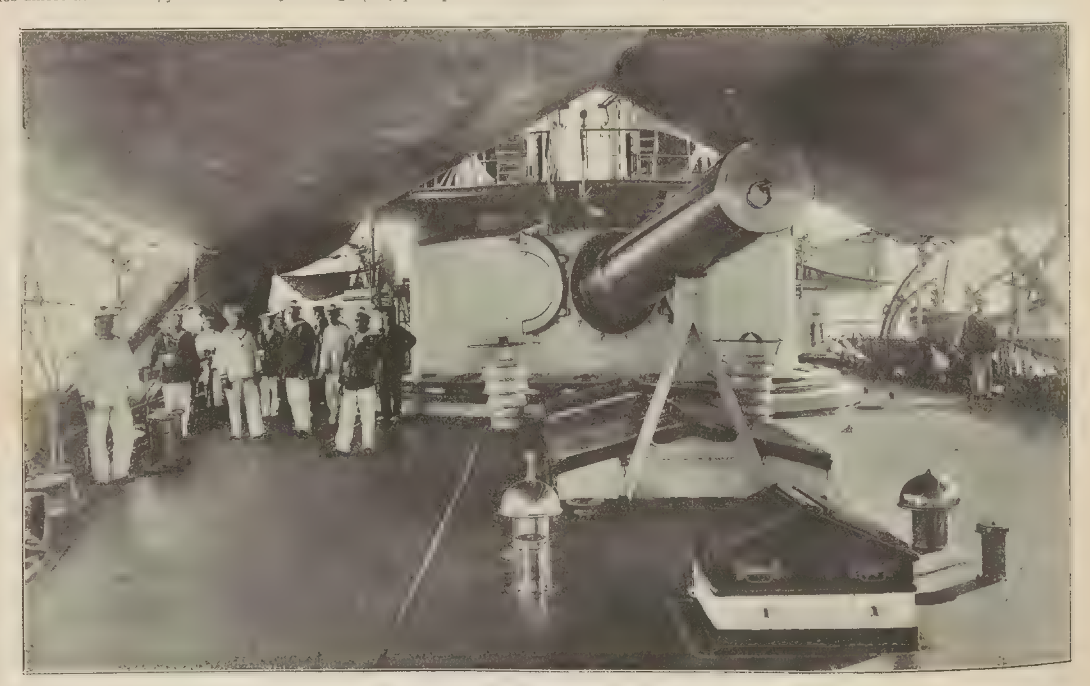
Nuestra capital se ha visto honrada recientemente con la visita de la poderosa escuadra francesa del Mediterráneo que manda el ilustre almirante Francisco Fournier: Francia ha querido con ello dar una nueva prueba de deferencia y afecto á nuestra patria, y el saludo que sus cañones han tributado al pabellón español ha coronado de una manera solemne y grandiosa la obra por la República francesa realizada durante las terribles circunstancias por que hemos atravesado en estos últimos tiempos.

Barcelona ha correspondido dignamente á tan hermosa conducta; Barcelona, recordando que Francia fué la única nación que durante la lucha con los Estados Unidos manifestó ostensiblemente sus simpatías por nuestra justa causa y que en aquellos días en que todos parecían abandonarnos fué la única que puso al servicio de los intereses españoles los buenos oficios de su diplomacia, ha querido demostrar á la nación vecina, tan honrosamente por sus marinos representada, toda la gratitud de que es capaz un pueblo, no por desgraciado menos grande, cuyas energías no abate el infortunio y en cuyo pecho se albergan los más levantados sentimientos.

Y aunque por tratarse de nuestra ciudad pudiera parecer inmodestia lo que vamos á decir, nuestra misión de cronistas nos obliga á consignar que Barcelona ha quedado á gran altura en los honores y agasajos dispuestos en honor de sus ilustres huéspedes, agasajos y honores que no sólo han revestido toda la pompa propia de los más brillantes actos oficiales, sino que han ido acompañados del entusiasmo de la población barcelonesa, que se ha asociado con sus vítores y sus aplausos á todas las fiestas organizadas en obsequio de nuestros visitantes.

No disponemos de espacio suficiente para describir con todos sus detalles los festejos y solemnidades celebrados durante la semana que los marinos franceses han permanecido en nuestra capital, por lo que habremos de limitarnos á dar de ellos muy sucinta noticia.

Pero antes, cumple á nuestra cortesía publicar algunos datos biográficos de los jefes de la escuadra.



Detalle de la cubierta del acorazado «Brennus» (de fotografía de Laureano)

FIESTA CELEBRADA Á BORDO DEL ACORAZADO «BRENNUS» (de fotografía de Laureano)

El almirante Fournier, uno de los marinos más ilustres de Francia y de los que de mayor reputación gozan en el Estado Mayor general de la Armada y en el pueblo francés, nació en Tolón en 23 de mayo de 1842, ingresó en la Armada en 1859, fué guardia marina en 1861 y alférez de navío en 1865. Ascendido cuatro años después á teniente de navío, prestó grandes servicios á su patria durante la guerra franco-prusiana. En 1.º de octubre de 1879 fué promovido á capitán de fragata, ascendiendo al empleo superior inmediato en 24 de mayo de 1884, á contraalmirante en 1891 y á almirante en 1897. Es comendador de la Legión de Honor, oficial de Instrucción Pública y posee gran número de condecoraciones extranjeras. Tiene arrogante figura y el rostro curtido por el aire del mar y por el sol; está dotado de instrucción vastísima, y su trato, de perfecto y cumplido caballero, cautiva á cuantos tienen la honra de conocerle.

El contraalmirante Eugenio A. Marechal, jefe de la escuadra ligera del Mediterráneo, nació en Lorient en 7 de noviembre de 1840, ingresó en la Armada en 1857, fué promovido al empleo de guardia marina en 1859, ascendió á alférez de navío en 1863, á teniente de navío en 1867 y á capitán de fragata en 1880. Nombrado capitán de navío en 1885, fué destinado á mandar la división naval de Terranova. En 1894 fué ascendido á contraalmirante. Es también uno de los marinos más distinguidos de Francia y comendador de la Legión de Honor.

El contraalmirante Germán A. Roustan, jefe de la segunda división de acorazados de la escuadra, nació en Tolón en 10 de junio de 1842, ingresó en la Armada en 1859, fué guardia marina en 1861, ascendió á alférez de navío en 1865, á teniente de navío en 1869, á capitán de fragata en 1881, á capitán de navío en 1886 y á contraalmirante en 1894. Su historia dentro de la Armada es muy brillante y está en posesión de la encomienda de la Legión de Honor.

La escuadra francesa llegó en la mañana del día 16, anclando en la rada los acorazados y en el puerto los cruceros y torpederos, dedicando los jefes de la misma aquella tarde á las visitas oficiales á las autoridades. El primer festejo celebrado en honor de los marinos fué el *punch* con que en la noche siguiente al día de su llegada les obsequió la colonia francesa en el restaurant Miramar.

El día 18 hubo banquete y recepción en el consulado francés, con asistencia de las autoridades.

En la noche del 19 verificóse la recepción oficial organizada por el Ayuntamiento en las Casas Consistoriales, cuya fachada, espléndidamente iluminada, presentaba brillante aspecto.



EL ACORAZADO «BRENNUS,» BUQUE ALMIRANTE DE LA ESCUADRA FRANCESA DEL MEDITERRÁNEO (de fotografía de Laureano)



UN HUERTANO, cuadro de Joaquín Agrasot



ALREDEDORES DE SEVILLA, cuadro de Manuel García Rodríguez

(Exposición Robira)

Desde mucho antes de la hora fijada para la fiesta llenaba la amplia plaza de San Jaime una compacta multitud, que no cesó de aplaudir y aclamar á los marinos franceses á medida que iban llegando; aplausos y aclamaciones que se convirtieron en manifestaciones de delirante entusiasmo al presentarse el almirante M. Fournier, el cual hubo de asomarse varias veces al balcón principal para corresponder á las ovaciones que el público le tributaba. Al pie de la gran escalera recibía á los marinos una comisión del Ayuntamiento, presidida por el alcalde Dr. Robert, en cuyo despacho se verificó la recepción, que resultó un acto solemnísimo. Terminada ésta sirvióse á los invitados un *lunch* en el histórico Salón de Ciento, que estaba magníficamente adornado con macizos de plantas tropicales y gran número de flores é iluminado con profusión de luces eléctricas. Los brindis que se cruzaron entre el Dr. Robert y el almirante Fournier fueron elocuentes y afectuosísimos, enalteciéndose en ellos las glorias de Francia y de España, la importancia de Cataluña y la mancomunidad de sentimientos que une á nuestro pueblo con el pueblo francés. La notable banda municipal amenizó la fiesta tocando escogidas piezas.



Banquete celebrado en el Círculo Francés en honor de los jefes de la escuadra francesa (de fotografía de Laureano).

El baile de gala con que los Sres. de Arnús obsequiaron en la noche del día 20 á los marinos de la escuadra en el hermoso teatro Lírico, de que son aquéllos propietarios, habrá sido indudablemente uno de los festejos que más grato recuerdo habrán dejado á nuestros ilustres huéspedes. La platea, que unida al piso del escenario había sido adornada por el inteligentísimo jardinero Sr. Piera, ofrecía un aspecto deslumbrador por la profusión de plantas raras que formaban artísticos grupos: completaban la magnificencia del espectáculo los jardines que rodean el teatro y que estaban espléndidamente iluminados con faroles japoneses de caprichosas formas y el salón de descanso en donde se dispuso el *lunch*. En cuanto á la concurrencia, baste decir que allí estaba la más selecta sociedad barcelonesa y que las señoras y señoritas lucían los más elegantes trajes y las joyas más ricas, para que puedan formarse idea nuestros lectores de la magnificencia de aquella fiesta, digna bajo todos conceptos de aquellos en cuyo honor se daba y de la galantería, esplendidez y distinción de la familia que la organizara.



Salón del teatro Lírico dispuesto para el baile que su propietario D. Emilio Arnús dió en honor de los jefes y oficiales de la escuadra francesa (de fotografía de Laureano)

El día 21, con motivo del cumpleaños de S. M. la reina regente, los jefes de la escuadra, acompañados de sus ayudantes y de una lucida representacion de la oficialidad de los buques, asistieron á la recepción que se celebró en la Capitanía general, y por la noche fueron obsequiados en el Círculo Francés con un banquete y en el Tívoli con una función de gala, durante la cual el público que llenaba el teatro les tributó una ovación entusiasta.

Un banquete en el chalet que en San Martín de Provensals tiene la Compañía de Aguas de Dos Rius, un *lunch* en la Cámara de Comercio francesa y una representación de gala en el teatro de Novedades constituyeron los festejos del día 22.

Digna coronación de los obsequios por Barcelona tributados á los marinos franceses fué el gran festival, organizado por el Ayuntamiento, que se celebró en la noche del 23 en el Palacio de Bellas Artes. El inmenso salón de fiestas, la galería que lo circunda, el vestíbulo, las escaleras, todo estaba lleno de un público escogidísimo, deseoso de manifestar una vez más sus simpatías á los dignos representantes de la Armada francesa. Tomaron parte en la fiesta los coros de Clavé, el Orfeó Catalá, la banda municipal, los alumnos de la Escuela Municipal de Música y el renombrado organista D. Eusebio Daniel. Para todos hubo muchos aplausos, pues todos cumplieron admirablemente su cometido. A la entrada y á la salida de los marinos franceses el público les aclamó con delirante entusiasmo.

El almirante Fournier, queriendo corresponder á los agasajos recibidos, obsequió el día 19 á bordo del acorazado *Brennus* con un almuerzo á las autoridades, á los representantes de las asociaciones francesas y á distinguidas personalidades de esta capital. En la tarde del 23 celebróse una *matinée* en el propio buque, cuya cubierta de popa estaba convertida en precioso jardín: la fiesta resultó magnífica, y la numerosa y escogida concurrencia que asistió á ella fué obsequiada con un baile y un suculento *lunch*.

La escuadra abandonó estas aguas el día 24, y á juzgar por las cartas de despedida que el almirante Fournier dirigió á nuestras autoridades, y especialmente la dirigida al alcalde, los que durante una semana han sido nuestros huéspedes llévanse el más grato recuerdo de la acogida que Barcelona les ha dispensado, lo cual es la mejor recompensa de todo lo que aquí se dispuso para hacerles agradable su estancia entre nosotros. También Barcelona guardará grata memoria de su visita.

La Ilustración Artística se asocia á las manifestaciones de cariño y entusiasmo realizadas en honor de los marinos franceses, y á conmemorar la presencia de éstos dedica algunas páginas del presente numero.

NUESTROS GRABADOS

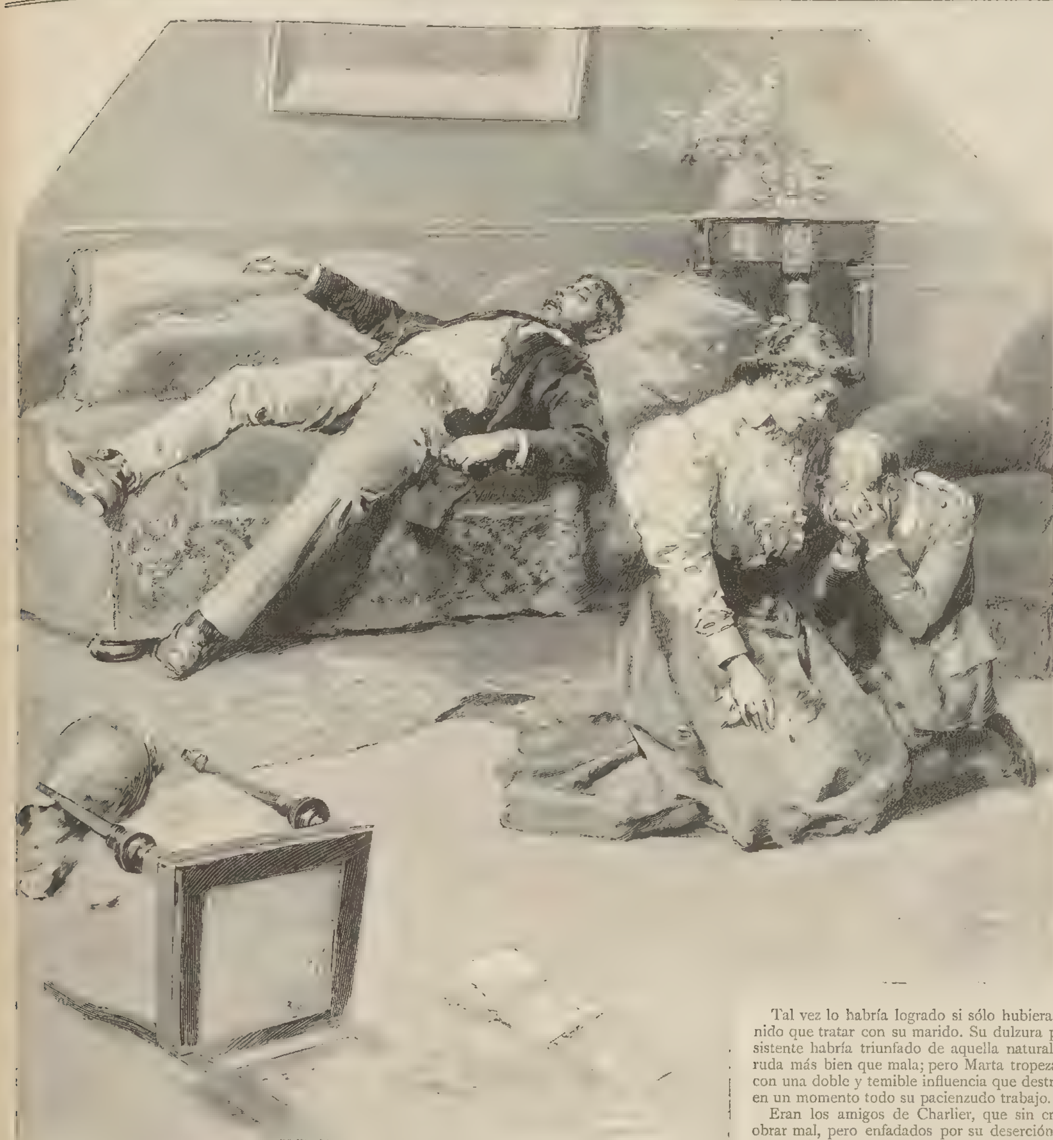
San Jorge, dibujo de Rafael.—Pocas palabras [illegible]remos acerca de este dibujo: el nombre de Rafael nos excusa de todo elogio, y por consiguiente como explicación de esta obra nos limitaremos á decir que es el croquis trazado por el gran maestro de Urbino para el cuadro que pintó en 1506 y que constituye una de las más preciadas joyas del Museo de San Petersburgo. Este dibujo, que mide 26 x 22 centímetros, se conserva en la Galería de los Uffizi, de Florencia, en donde se guarda también otro muy parecido del inmortal pintor.

Un huertano, cuadro de Joaquín Agrasot.—Si Joaquín Agrasot no fuera ventajosamente conocido en el mundo del arte, si á su nombre no estuviera unido el concepto de maestría, bastaría el lienzo que reproducimos para demostrar sus estimables cualidades. Artista de corazón y entusiasta por su región, ofrece al país que le vió nacer las galas de su ingenio y el resultado de su habilidad. Pocos como él han logrado representar con tanta fidelidad los brillantes cuadros de costumbres y esos tipos, que cual el del huertano, recuerdan los del pueblo morisco, que legó su savia á la tierra valenciana, convirtiéndola en continuado jardín.

El tipo á que nos referimos es sin duda uno de tantos que abundan en la huerta, y aunque real, descúbrese en el cuadro la experta mano del pintor y el esfuerzo del artista.

Alrededores de Sevilla, cuadro de Manuel García Rodríguez.—Hemos tenido ocasión, repetidas veces, de ocuparnos de esa privilegiada región andaluza, sobre la que Dios parece haber derramado todos sus dones para convertirla en paraíso encantador, al reproducir en las páginas de esta Revista los bellísimos cuadros de García Rodríguez, que halla en ella inagotables asuntos para sus agradables composiciones. Al hacerlo no hemos omitido poner de relieve los méritos del pintor sevillano. De ahí que hoy nos fijemos únicamente en el nuevo lienzo que representa los alrededores de la reina del Guadalquivir, llamando la atención de nuestros lectores acerca de las cualidades de la obra, ejecutada con singular acierto é impregnada de ese sentimiento que constituye la nota característica de los paisajes de García Rodríguez.

Un veterano, cuadro de Dionisio Baixeras.—Bien pudiera envanecerse el meritísimo pintor catalán señor Baixeras por la labor realizada desde que se dedicó al cultivo del arte, puesto que ella entraña una significación. La tendencia perseguida por el artista coincide con la de aquellos de sus compañeros que han tratado de reproducir en el lienzo los tipos y costumbres de nuestras provincias, buscando los asuntos en las escenas campestres y los tipos en las montañas y comarcas olotenses. Baixeras eligió sus temas en la costa, y tan perseverante ha sido en su empeño y tan fructífera su labor, que ha logrado singularizarse y cobrar una personalidad artística, que á no ser por su ingénita modestia podría ser motivo para que se envaneciera. Las gentes de mar y cuanto se relaciona con el modo de ser de nuestros marinos han tenido y tienen en Baixeras genial intérprete, y sus obras acógense en España como en el extranjero con justísimos elogios.



... ambos se postraban de rodillas, confundiendo sus lágrimas y sus plegarias desesperadas

CORAZÓN DE SACERDOTE

Novela original de H. S. de Forge. – Ilustraciones de Marchetti

(Continuación)

Aún no hacía dos años que Mad. Charlier estaba [illegible] cuando ya Mad. Descordes, al hablar de ella, ponía esta conclusión amarga al interminable relato de incidentes insignificantes, abultados á beneplácito por su malevolencia:

– ¡Ingrata! ¡Yo, que la he sacado de la pobreza y he labrado su felicidad!

III

¡Extraña felicidad la de que disfrutaba la pobre Marta! Al principio todo había ido casi bien. El carácter de Charlier, violento y mal educado desde la cuna, cedía al atractivo de la novedad y al dulce ascendiente de Marta. La joven se había consagrado con tanta energía como prudente sagacidad á la tarea de educación moral y social que le incumbía en su matrimonio. A ella se había entregado por completo y no desesperaba de conseguir su objeto, sabiendo soportar alegremente algunos malogros parciales, acallando las protestas instintivas de su delicadeza, ajada muchas veces, doblegándose sin resistencia inútil á los sacrificios necesarios para alcanzar su propósito.

Tal vez lo habría logrado si sólo hubiera tenido que tratar con su marido. Su dulzura persistente habría triunfado de aquella naturaleza ruda más bien que mala; pero Marta tropezaba con una doble y temible influencia que destruía en un momento todo su pacienzudo trabajo.

Eran los amigos de Charlier, que sin creer obrar mal, pero enfadados por su deserción, le decían riendo cuando le encontraban en la calle:

– ¡Ah, pobre amigo!.. Esto se acabó..., ya estás bien enmarquesado. Abandonas á los compañeros, ya no se te ve por el café... Pero confiamos en que esto durará poco..., lo que dure la luna de miel. Cuando te hayas cansado, acuérdate de que te guardamos tu sitio...

Luego era Mad. Descordes que, enojada por las veleidades de independencia de Marta, insinuaba á su primo estas caritativas advertencias:

– Anda con cuidado, Juan... Vas por mal camino... Te dejas gobernar... Eso no está bien, pues el marido debe ser el amo y el jefe de la casa.

A menudo, sin conocer la causa siquiera, la joven echaba de ver, al regresar Charlier, que su obra quedaba destruída y que era preciso comenzar de nuevo sus esfuerzos.

Marta tuvo un hijo, satisfacción que debía costarle nuevos sinsabores. Cifró en aquella criatura todas las ternuras acumuladas y á menudo relegadas al fondo de su corazón, todas las esperanzas frustradas, todas las aspiraciones no satisfechas de su propia juventud.

Charlier, dejado desde entonces en segundo término y quizás un poco descuidado, sintió una especie de envidia extraña, de orgullo lastimado, al conocer que ya no era el primero en su casa. Viéndose

objeto de más desatenciones en su matrimonio, comenzó á echar de menos su antigua vida, y los escasos sacrificios que hacía por satisfacer los gustos de su mujer le parecieron más pesados.

– Pecas de demasiado bueno, le dijo su caritativa prima cuando le confesó lo contrariado que vivía. ¿Acaso no te lo deben todo esas mujeres? Pues vive á tu antojo: ellas son las que deben someterse á tus gustos. La mujer está obligada á obedecer á su marido. Así lo quiere la ley de Dios.

Basándose en este consejo, Charlier se quitó la máscara de hombre semicivilizado. Volvió á fumar en pipa y á proferir malas palabras. Llamó á su casa á sus antiguos amigos, largo tiempo separados de él, y como no tenían ya ninguna necesidad de contenerse, hicieron gala ante Marta y su madre, asombradas y lastimadas en su delicadeza, de la crudeza de su lenguaje, del desaseo de sus personas y de la grosería de sus bromas.

La reacción fué tanto más violenta cuanto mayor había sido la sumisión. Charlier recobró muy pronto sus antiguas costumbres, corregidas y aumentadas con un verdadero placer de desquite, como si quisiera vengarse de haber sido una corta temporada mejor de lo que era.

Befó é insultó todos los sentimientos nobles que Marta profesaba, todas las cosas que amaba, todos los nombres que veneraba.

Marta habló un día con emoción de su padre.

– Sí, sí, contestó Charlier, ¡valiente caballero que se comió todo lo que tenía y que os dejó sin un céntimo por haberse divertido demasiado!.. Dime: ¿qué sería de ti y de tu madre la señora marquesa si no hubierais dado con este pobre Charlier para sacaros de vuestra mala situación?

Cada día era un nuevo disgusto.

Mad. Descordes, segura del apoyo de su primo, se impuso más que nunca en casa de Marta, metiéndose en todo con investigadora fiscalización y críticas acrimoniosas.

– He de conseguir, decía, he de conseguir poner en esta casa las cosas en el orden en que la Providencia quiere que estén.

Y sus relatos llenos de caridad – para su primo – propalaban por toda la población que Charlier era la víctima y Marta el verdugo. Como era natural, la gente se alejó del verdugo.

Mad. de Mouthiers murió de pesadumbre.

Algún tiempo después, Mad. de Sennevaux pasó unos cuantos días en Jouy y fué á ver á su amiga, acompañada de su marido, cuyo aspecto revelaba á primera vista su nobleza y la elegancia de sus modales.

Sorpendieron á Charlier en el salón, en mangas de camisa, con la pipa en la boca y á su lado una botella de cerveza, por lo cual no fué de extrañar que abreviaran su visita.

– Adiós, pobre Marta, dijo Mad. de Sennevaux estrechándole las manos.

Marta comprendió: en adelante quedaba sola.

Y todos estos dolores no eran nada comparados con la punzante ansiedad que la consumía. ¿Qué sería de su hijo Pablo, criado en tales condiciones? La presencia de la criatura jamás contenía á Charlier; al contrario, parecía excitarle.

Cuando el niño cumplió ocho años, su madre, para salvarle, pensó en llevar á cabo el más penoso de los sacrificios, separarse de él. Propuso, pues, á su marido ponerle en un colegio en París; pero cuando aquél supo que pretendía hacerle ingresar en una casa dirigida por sacerdotes y en la que se educaba el hijo de Mad. de Sennevaux, se encolerizó desapoderadamente.

– ¡Jamás!, exclamó. ¡En un colegio de curas!.. ¡Con pequeños nobles!.. ¡El hijo de Charlier!.. No, no; irá á la escuela aquí como los demás... No quiero, ¿lo entiendes?, no quiero que ese chiquillo sea un farsante ni un marquesito.

Y el niño crecía, triste, reflexivo, opuesto instintivamente á mezclarse en los bulliciosos juegos de sus compañeros obligados y desconocedor de esos primeros goces de la infancia feliz en los que no hay nada que altere la lozanía de los sentimientos.

Desde sus primeros pasos en la vida, Pablo no veía más que sarcasmos y violencias por una parte y tristeza y disgustos por la otra, adquiriendo esa experiencia prematura tan difícil de encontrar en un corazón joven.

Atestiguaba á su madre un cariño ardiente, pero en vano se esforzaba ella por descubrir el secreto de aquella alma silenciosa, de aquel espíritu reflexivo y observador. Las sensaciones se acumulaban en él, los recuerdos se fijaban, las impresiones se concentraban en una informe amalgama de la que no se desprendía aún la idea que debe dar al carácter su sello dominante é indeleble.

Mad. Descordes confió sus aprensiones á su marido.

– Ese niño está siempre taciturno, le dijo; paréceme que es solapado y algo más. Tendré que ocuparme de él.

No tardó en alcanzar la recompensa de su benévolo celo, pues obtuvo la primera revelación del pensamiento de Pablo.

– ¿Por qué te vas?, le preguntó un día en que, al entrar en casa de Marta, notó que el niño huía al verla. ¿Acaso no me quieres?

– No, prima, contestó Pablo con firmeza.

– ¡Ah! ¡No me quieres!, replicó afectando una sonrisa. Pues eso está muy mal hecho... ¿No sabes que Dios quiere que se ame al prójimo?

– Dios quiere que seamos buenos y usted no es buena, porque á menudo, cuando habla usted á mamá, se queda llorando después que usted se marcha.

– ¡Hase visto el impertinente!, exclamó madame Descordes cerrando con violencia la puerta. ¡Decir que yo no soy buena! Eso es lo que le enseña esa hija de marquesa. ¡Que no soy buena! ¡Yo que estoy al frente de todas las asociaciones de beneficencia! ¡Valiente mozo será ese niño!

¡Ser bueno! Pablo acababa de dejar escapar su secreto y de darse á sí mismo cuenta de él. Esta exclamación infantil debía ser la divisa de toda su vida de hombre; incierto y turbado hasta entonces, había encontrado ya el camino y visto la luz... ¡Ser bueno!.. Todo se reducía á esto.

Desear, buscar, procurar el bien ajeno, aunque fuese á costa de sacrificios ó de sus propios padecimientos, no suponer nunca lo malo y saber perdonarlo cuando se presenta innegable, vencer por medio de la dulzura, llorar con los que lloran, sostener á los que desfallecen, levantar á los que caen, y emplear en su cometido generoso y modesto y siempre sin ostentación tal ligereza de procedimientos, tal abnegación personal, que el que recibe el beneficio nota el resultado, pero jamás el temor; caridad divina de la que los clamorosos manejos de Mad. Descordes no eran más que un grosero plagio y cuya ley filosófica y santa se infiltró en el candoroso corazón de aquel desgraciado niño.

La religión le atrajo como una víctima. Al oirla atacar de continuo por su padre y sus amigos, fué hacia ella con ardor como se acude en auxilio de una persona oprimida; la amó porque la veía maltratada, del propio modo que amaba mucho más á su madre, cuando, al verla llorar, se echaba en sus brazos para enjugar sus lágrimas. Su imaginación infantil confundía estos dos cariños y personificaba la religión en un ser ideal que tenía el rostro de Marta y al que quería consolar como á ésta.

Obligado á ser reservado, aprendió la doctrina á escondidas. Como su padre había prohibido que se le llevara á la iglesia, se arrodillaba cuando estaba solo ante una ventana desde la cual se veía parte del campanario vecino. Un día Charlier echó al fuego con rabia un devocionario que encontró entre sus libros. Desde entonces el niño compuso oraciones de melancólica sencillez que por la noche recitaba en voz baja á su madre. La persecución dió pábulo á su fe naciente.

Sobrevino la guerra, deparando á cada familia su lote de desdichas.

M. de Sennevaux, teniente coronel de coraceros, cayó luchando al frente de sus escuadrones en la carga inmortal de Morsbronn.

Por vez primera Marta envidió á su amiga. Al menos su aflicción era noble y digna de su grande alma. Pero la suerte que á Marta cupo fué todavía mucho más onerosa.

Los alemanes saquearon los almacenes de Charlier, el cual quiso remediar esta pérdida enorme mediante una operación de especulación que tuvo mal éxito, y quedó completamente arruinado.

Desde entonces la vida de Marta fué horrible. Su pasado, ya tan cruel, podía considerarse como feliz en comparación de los días que comenzaron. Charlier, ocioso y furioso por su ruina, la emprendía con todos y con todo, se lanzó en la política más violenta y llegó á ser el jefe oficial de todos los perdidos del país. Los llevaba á su casa para celebrar, según decía, conciliábulos misteriosos que, entre jarros de cerveza y humareda de pipas, terminaban con canciones báquicas. El resto del tiempo lo pasaba en las tabernas, y un día lo llevaron á su casa borracho perdido.

Semejante conducta degeneró en costumbre. Desde entonces todos los días volvía á su casa en el estado más lastimoso, gritando, vociferando, golpeándolo todo y propasándose de modo que Pablo, azorado, lleno de dolor, tenía muchas veces que defender á su madre con sus débiles brazos; luego, cuando el beodo caía en el embrutecimiento final de un sueño pesado, ambos se postraban de rodillas, confundiendo sus lágrimas y sus plegarias desesperadas.

– ¡Pobre Charlier!, decía Mad. Descordes afligida. No niego que es digno de censura, pero también de compasión... ¡A qué estado lo han reducido! Esa es la obra de una mujer sin religión... ¡Cuando una piensa que jamás ha querido ingresar en ninguna de nuestras asociaciones!..

IV

Hay en Genneville una plaza irregular, pero grande y plantada de árboles, en la que se concentra la animación de la ciudad. La «Lira de plata» da allí conciertos algunos domingos del verano, y las señoras elegantes ostentan sus galas. El subprefecto pasa allí todos los años revista á los bomberos el día de la Fiesta nacional, en medio de un entusiasmo siempre igual, ya se celebre esta fiesta el 14 de julio ó el 15 de agosto. En la susodicha plaza hay dos cafés, muchos almacenes de azafrán y tres ó cuatro tiendas abiertas, entre las cuales descuella la de las señoritas Juglán.

Esta plaza, menos frecuentada en los días laborables, sirve de punto de cita á un grupo pacífico que se reunía diariamente á las mismas horas, recorre el terreno un mismo número de veces siempre al mismo paso y habla siempre de lo mismo.

Forman esta pacífica reunión dos oficiales retirados, un inspector de primera enseñanza jubilado y tres modestos propietarios que jamás han visto otros horizontes. Es la crónica viviente de la población: cada cual lleva al fondo común su contingente de noticias que sirve de tema á comentarios indefinidos y que se difunde en seguida por estas seis voces autorizadas de café en café, de casa en casa, hasta los límites extremos de los arrabales.

Los asuntos más insignificantes dan por lo regular materia á estas inocentes conversaciones. Por esto se comprenderá cuál sería la emoción del grupo cuando el capitán Beaurain llegó con un periódico de París en la mano y exclamó:

– ¡Señores, cambiamos de subprefecto!

Los paseantes se pararon de repente. Semejante acontecimiento bien merecía un alto.

– ¡Que mudamos de subprefecto!, repitieron con modulaciones diferentes los cinco paseantes llenos de estupor.

– Leed esto.

Cada cual se inclinó sobre el periódico y comprobó con sus propios ojos la sorprendente noticia.

«M. Saviniano de la Haye, consejero de prefectura del departamento del Creuse, ha sido nombrado subprefecto del distrito de Genneville, en reemplazo de M. Jerôme, nombrado subprefecto de Pontoise.»

M. Jerôme administraba el distrito de Genneville hacía diez años. Era tan buen hombre, con su abultado vientre, sus anteojos de oro, su cara de cura vestido de paisano, que apenas se ocupaba de su cometido – lo cual es incontestablemente el mejor medio de ser un excelente subprefecto – y cultivaba con tanto cariño las flores de su jardín rodeado de sus seis hijos, que todos los ministerios que se habían sucedido lo olvidaron ó respetaron. Servía á la República con una abnegación igual á la que habría demostrado al Imperio, hablando con sincera convicción del «Gobierno del país,» y dándosele mucho menos de los cambios ministeriales que del nacimiento de un tulipán multicolor, objeto de sus más estudiadas combinaciones.

Se le consideraba en el país como una finca que formaba parte de Genneville, cuyos habitantes se habrían quedado tan maravillados al saber el traslado de la torre de la iglesia parroquial como el de M. Jerôme. Pero preciso fué creer en él cuando éste se encaminó á la estación en compañía de su esposa. de sus seis hijos y de gran número de bultos, entre los cuales se distinguían algunas cajas á través de cuyas tablas separadas se veían las plantas predilectas del funcionario horticultor.

Las despedidas fueron lastimosas. En el andén, M. Jerôme lloraba como una fuente; las señoras de la población sollozaban, y cuando el tren se puso en marcha, dos ó tres voces gritaron: «¡Viva Jerôme!» El comisario de policía impuso silencio, pues los viajeros forasteros hubieran podido creer que se trataba de una manifestación bonapartista y sediciosa.

Después cada cual se fué por su lado restregándose las manos. M. Jerôme, ya en su vagón, se regocijaba ante la idea de haber sido promovido á subprefecto de segunda clase y de que podría consagrar mil quinientos francos más á sus hijos y á sus flores, mientras que sus antiguos administrados sólo pensaban ya en el modo de congraciarse con el nuevo subprefecto.

¿Cómo era? ¿Qué edad tenía? ¿Estaba casado? ¿Tenía hijos?

Todas estas preguntas se hacían en cada casa y en el grupo de paseantes, abriendo á las suposiciones vasto campo donde las imaginaciones se despachaban á su gusto.

Por fin, gracias al teniente de gendarmería que escribió confidencialmente á su compañero de Gueret, se supo que M. Saviniano de la Haye tenía unos treinta y dos años, que era guapo, soltero y muy elocuente.

Las tres primeras cualidades hicieron latir el corazón de muchas jóvenes. M. Descordes encargó vestidos nuevos para sus hijas é hizo que las señoritas Juglán les confeccionaran sombreros á la moda de París.

M. Saviniano de la Haye puso á prueba la paciencia de sus administrados, y sólo al cabo de tres semanas vieron llegar un corpulento criado, á quien muchos tomaron por el mismo subprefecto, luego dos caballos, un *dogcar*, después una porción de baúles, y por último un hombre joven, muy bien puesto, con una flor en el ojal, un monóculo en un ojo y un bastoncito en la mano, el cual salió á pie de la estación, y al encontrar en la plaza mayor al grupo habitual de paseantes, les preguntó con toda cortesía por dónde se iba á la subprefectura.

El capitán Beaurain tuvo una feliz inspiración, y descubriéndose contestó:

– Le acompañaremos á usted, señor subprefecto.

Así pues, Saviniano tomó posesión de la subprefectura acompañado de los seis paseantes, que se diseminaron en seguida por la ciudad repitiendo en todas partes:

– Ha llegado el subprefecto: nosotros le hemos acompañado á la subprefectura; es muy fino, ¡y si supierais qué bien habla!

Los comienzos de Saviniano no pudieron ser más afortunados, y desde el primer momento consiguió el resultado extraordinario de agradar á la vez á los hombres y á las mujeres.

A los primeros les habló con tal gravedad de los asuntos administrativos, que olvidaron su monóculo, que al pronto les había chocado bastante. A cada cual supo hablarle un lenguaje adecuado. El sobrestante de obras públicas se entusiasmó al ver el interés que demostraba por el afirmado de las carreteras: el inspector de primera enseñanza se puso muy ufano cuando le dijo no sin cierta fatuidad:

– Nosotros creamos hijos... Ustedes crean ciudadanos... Nuestra tarea es agradable; ¡la de ustedes gloriosa!

Recordó á los individuos del juzgado las antiguas tradiciones de la magistratura francesa, ni más ni menos que si todavía existieran. Halagó al clero con sus declaraciones religiosas y á la gendarmería con sus elogios al ejército. Los que quedaron más satisfechos fueron los bomberos.

– ¿Cuántos incendios ha habido el año pasado?, preguntó al comandante.

– Uno solo en una casa, y tres en las chimeneas. Total, cuatro.

– ¡Cuatro! Son muy pocos, comandante, muy pocos, contestó Saviniano con benévolo tono que era un estímulo para hacer algo más.

Todo el mundo quedó encantado de él, los republicanos por sus afirmaciones democráticas, los reaccionarios por sus sentimientos conservadores.

Por lo que respecta á las mujeres, bastóle una palabra para conquistarlas. Anunció que en breve llegaría una parienta suya y que entonces daría un baile. ¡Un baile en la subprefectura!

Y por fin, puso el colmo al entusiasmo de las damas, visitándolas una por una y pidiéndoles permiso para repetir las visitas. M. Jerôme no había hecho otro tanto en diez años.

Aún no habían transcurrido dos meses, y ya era Saviniano un dios para sus administrados de ambos sexos. Cuando pasaba en su carruaje, todos los hombres respondían con un profundo saludo á sus amables sonrisas, y más de una cortina medio levantada dejaba ver un rostro femenino lleno de simpatía y á veces de esperanza.

– ¡Gracias á Dios que tenemos un subprefecto!, decían las mismas voces que poco antes habían aclamado á M. Jerôme á su partida... ¡El otro no era más que un jardinero!

V

Una tarde, después de comer, el subprefecto dijo á su criado:



... dobló el papel que acababa de escribir, lo rompió en cuatro pedazos y los quemó á la luz de la lámpara

– No estoy en casa para nadie: tengo que escribir un dictamen muy importante.

Encerróse en efecto en su despacho, encendió un cigarro, escogido en una caja exclusivamente reservada para su uso personal, tomó un pliego de papel membrete y escribió lo siguiente:

GABINETE DEL SUBPREFECTO. — GENNEVILLE 12 DE AGOSTO DE 1873

A. M. Octavio Legagneur

calle Cambon, PARÍS.

MI QUERIDO OCTAVIO:

Me echo á tus pies para rogarte que me perdones por mi prolongado silencio. Te prometí darte cuenta de mis primeras impresiones en mi deliciosa residencia, y hace ya dos meses que estoy aquí y aún no he cumplido mi promesa. Necesitaría acumular tal número de disculpas, que lo más sencillo es quizás no disculparme y entrar en materia sin más preámbulo.

Si se ha de dar crédito á los diccionarios de geografía, la ciudad de Genneville, cabeza del distrito que tengo el honor de administrar – ya ves que tomo el estilo de mi empleo, – está situada á ochenta y cinco kilómetros y tres horas de ferrocarril de la capital; pero desde mi llegada aquí he adquirido la convicción de que los geógrafos proceden muy de ligero y se hacen verdaderamente culpables de engañar de tal modo á la juventud. Genneville está lo menos á dos mil leguas del bulevar parisiense. La fisonomía, las costumbres, el lenguaje de sus habitantes demuestran sin dejar lugar á duda esta incontestable verdad. Solamente por el modo de hablar hay tanta distancia entre Genneville y París como entre tú, vulgar ciudadano, y yo, representante del gobierno.

Sin embargo, este pueblo no carece de méritos y de curiosidades.

Los méritos consisten en que se elaboran tortadas de almendras untuosas y exquisitas y empanadas de alondras que serían perfectas si no costasen tan caras. Se vende también mucho azafrán, lo cual me tiene sin cuidado, pues no lo gasto.

En cuanto á las curiosidades la principal es el río que riega la población. Digo *riega* por la costumbre general de unir este verbo á la palabra río, porque precisamente la especialidad de éste consiste en no regar absolutamente nada. El primer elemento de riego es el agua, y nuestro río no arrastra ni una gota. Está tan seco que daría envidia al mismo Manzanares, el cual también *riega* á Madrid según dicen, y á cuya corriente nuestro Alejandro Dumás I, siempre pródigo, enviaba un vaso de agua, diciendo: «Llevadlo al Manzanares, pues eso le gustará.»

Y el riachuelo de Genneville tiene otra superioridad notable sobre el de Madrid. Cierto día ocurrió un suceso extraordinario: hubo un incendio en su lecho seco; todos los cañaverales se quemaron á pesar de los esfuerzos heroicos de los bomberos.

Ya ves por esto, amigo mío, que nuestros anales locales no carecen de gloria.

Y ahora, ¿á qué hacerte la descripción detallada de mi existencia administrativa? Sería cosa de morirse de tedio si de cuando en cuando no hubiera alguna nota cómica que amenizara la monotonía de estos días vacíos.

Lo peor es que me siento ganado poco á poco por la mediocridad que me rodea. Hay momentos en que yo mismo me tomo por lo serio. Me engaño, amigo mío, á fuerza de hacerme engañar por los demás. No puedes figurarte el aspecto imponente que adquiero cuando digo: «señores, el gobierno de la República!» Esto para los puros; para los otros, el gobierno... á secas.

Lo cierto es que todos me adoran. He prometido dar un baile este invierno, dentro de cuatro meses... La gente hace ya sus preparativos... Creo que he ido demasiado lejos, pues hasta he anunciado la presencia de una «parienta» que para mí mismo es un personaje problemático.

Y ahora, querido Octavio, paso á tratar de un asunto delicado.

Mis laboriosas pesquisas me han permitido descubrir aquí tres mujeres..., pero de las verdaderas. De estas tres, una sola me parece abordable. La primera de estas tres Gracias, la condesa de Sennevaux, á quien sin duda habrás visto en París, está protegida por su luto, que, por bromistas que seamos, debemos respetar. La segunda lo está por su marido muy vivo, antiguo coracero y hoy recaudador de contribuciones, que tiene grandes bigotes y parece muy poco dispuesto á sufrir bromas: es lástima, porque su mujer es toda una joya, sonrosada, una de esas bonitas figuras de porcelana de Sajonia, de cuya menuda boquita no desaparece nunca una sonrisa tentadora. Por lo que respecta á la tercera, me han llamado la atención hacia ella de un modo muy extraño y creo que por este lado hay un gran porvenir.

Pero antes debes saber que Genneville tiene la suerte de poseer una santa, no en reliquias, sino en carne y hueso. Esta santa tiene dos hijas, procura atraer á los subprefectos solteros y charla por los codos, con frecuencia hasta el punto de reventar al prójimo. Me ha hablado tan mal de una prima suya, que me ha inspirado un deseo irresistible de ver á tan perversa criatura. La he visitado y he visto que es una mujer de unos treinta y cinco años – ¡bonita edad! – amable, distinguida, tan poco hecha para vivir en Genneville como una planta de los trópicos en Siberia, parisiense de pura raza, y de gran raza por cierto... Un marido radical, comunista, ateo, borracho, que, según dicen, la pega y la tortura de mil modos... ¡Excelente terreno para sembrar el consuelo!

(Continuará)



El acorazado «Carlos Martel» (de fotografía de Laureano)



El crucero acorazado «Pothuau» (de fotografía de Laureano)



Los acorazados «Jaureguiberry» y «Carnot» (de fotografía de Laureano)



El crucero acorazado «Latouche-Treville» (de fotografía de Laureano)



El crucero de segunda clase «D'Assas» (de fotografía)



El crucero de segunda clase «Du Chayla» (de fotografía)



El acorazado «Massena» (de fotografía)

BUQUES DE LA ESCUADRA FRANCESA DEL MEDITERRÁNEO QUE RECIENTEMENTE HA VISITADO Á BARCELONA

LA ESCUADRA FRANCESA DEL MEDITERRANEO

Los buques de la escuadra francesa del Mediterráneo que recientemente ha visitado á nuestra ciudad son los que á continuación describimos.

Brennus, acorazado, 11.300 toneladas, 13.600 caballos, 38 cañones, 4 tubos lanzatorpedos, 672 tripulantes; *Bouvet*, acorazado, 12.200 toneladas, 14.000 caballos, 42 cañones, 4 tubos lanzatorpedos, 630 tripulantes; *Charles Martel*, acorazado, 11.892 toneladas, 14.900 caballos, 40 cañones, 6 tubos lanzatorpedos, 650 tripulantes; *Jaureguiberry*, acorazado, 11.824 toneladas, 15.000 caballos, 40 cañones, 6 tubos lanzatorpedos, 625 tripulantes; *Massena*, acorazado, 11.920 toneladas, 13.600 caballos, 40 cañones, 4 tubos lanzatorpedos, 610 tripulantes; *Carnot*, acorazado, 12.000 toneladas, 16.000 caballos, 40 cañones, 4 tubos lanzatorpedos, 646 tripulantes; *Pothuau*, crucero acorazado, 5.365 toneladas, 10.378 caballos, 30 cañones, 5 tubos lanzatorpedos, 463 tripulantes; *Latouche-Treville*, crucero acorazado, 4.750 toneladas, 8.450 caballos, 16 cañones, 6 cañones-revólvers, 4 tubos lanzatorpedos, 395 tripulantes; *Chanzy*, crucero acorazado, 4.750 toneladas, 8.300 caballos, 16 cañones, 6 cañones revólvers, 4 tubos lanzatorpedos, 395 tripulantes; *Cassard*, crucero de segunda clase, 3.950 toneladas, 10.143 caballos, 31 cañones, 2 tubos lanzatorpedos, 385 tripulantes; *D' Assas*, crucero de segunda clase, 4.000 toneladas, 9.500 caballos, 31 cañones, 2 tubos lanzatorpedos, 393 tripulantes; *Duchayla*, crucero de segunda clase, 4.000 toneladas, 9.500 caballos, 31 cañones, 2 tubos lanzatorpedos, 385 tripulantes; *Lavoisier*, crucero de tercera clase, 2.300 toneladas, 6.400 caballos, 20 cañones, 2 tubos lanzatorpedos, 248 tripulantes; *Linois*, crucero de tercera clase, 2.275 toneladas, 6 400 caballos, 20 cañones, 4 tubos lanzatorpedos, 248 tripulantes; *Galilée*, crucero de tercera clase, 2.317 toneladas, 6.800 caballos, 20 cañones, 2 tubos lanzatorpedos, 248 tripulantes; *Forban*, torpedero de primera clase, 135 toneladas, 3.260 caballos, 2 cañones, 2 tubos lanzatorpedos, 28 tripulantes; *Chevalier*, torpedero de primera clase, 125 toneladas, 2.400 caballos, 2 cañones, 2 tubos lanzatorpedos, 28 tripulantes; *Cyclone*, torpedero de primera clase, 150 toneladas, 4.260 caballos, 2 cañones, 2 tubos lanzatorpedos, 32 tripulantes; *Coureur*, *Filibustier* y *Sarrazin*, torpederos de primera clase iguales á los anteriores; *Levrier*, aviso torpedero, 450 toneladas, 2.360 caballos, 14 cañones, 3 tubos lanzatorpedos, 69 tripulantes; *Leger*, aviso-torpedero, igual al anterior.



Un veterano, cuadro de Dionisio Baixeras

(Exposición Robira)

La Ilustración Artística

Año XVIII — Barcelona 7 de agosto de 1899 — Núm. 919

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



La calle de los sepulcros en Pompeya, cuadro de Enrique Serra, adquirido por el Dr. Riesser, director del Darmstadt-Bank, de Berlín



El foro romano á la luz del alba, cuadro de Enrique Serra, adquirido por el Dr. Riesser, director del Darmstadt-Bank, de Berlín



LA VIDA CONTEMPORANEA

RESPIRANDO POR LA HERIDA

No lo puedo evitar, ni me importa que se califique de pueril y de mezquino este sentimiento; llámenle como gusten y repruébenlo si les parece: yo me alegro, me alegro, me alegro tres veces y tres mil, de los reveses, desengaños y complicaciones que atrae á los yankis la injustísima anexión de Filipinas.

Ojalá que en la garganta del dogo que á dentelladas nos ha despedazado, se atragante ese hueso, y le produzca la asfixia. Permita Dios que la resistencia de los indígenas, el clima, la topografía, la indisciplina de soldados voluntarios y bisoños, todos los elementos que pueden hacer fracasar una campaña, se reunan y se den la mano para arrojar vergonzosamente de aquel paraíso á los que pusieron asechanzas á nuestro calcañal.

No me dediqué al cultivo de la bravata y el reto cuando la guerra se declaró. Al contrario: me gané el dictado de *mala española* por sostener que á toda costa debía evitarse aquel horrendo y fatídico conflicto. Tampoco he rendido parias á la literatura suina, ó cerdosa, que dió bastante juego, como debe recordarse, allá en la primavera del pasado año, mientras nos hundíamos. Y nadie me gana en sinceridad para reconocer las deficiencias lastimosas de nuestra vida nacional y pública – en la privada no considero que al escritor le sea lícito intervenir. – Los *errores comunes*, tiene no sólo el derecho sino el estricto deber de corregirlos hasta donde alcance el publicista, y creyéndolo así he trabajado para estirparlos, arrostrando todo género de riesgos y padeciendo no pocas impertinencias. Pues bien; mis campañas en pro de la verdad me autorizan para regocijarme ahora con los yerros de nuestros enemigos. La codicia ha roto el saco, y tal vez el gigantazo descomunal ha encontrado en la raza amarilla su David.

***

Pudieron nuestros desaciertos al no prevenir y nuestra desmaña al no extinguir una insurrección que de palabra vencíamos diariamente, determinar y fundamentar la intervención de los Estados Unidos en Cuba; pero la anexión de la Antilla, y más aún la de Filipinas, quitaron la careta á la verdadera intención de un pueblo que tuvo el mal gusto de cultivar, en vísperas del siglo XX, la hipocresía – el vicio de las épocas serviles. – A decir verdad, la anexión de Filipinas realizáronla casualmente; no estaba en el programa, lo cual no les disculpa, porque un pueblo grande y consciente debe saber con exacta fijeza lo que quiere y adónde va. La escuadra yanki, al principiar la guerra, no se encontraba cerca de Manila obedeciendo á propósitos de estrategia naval; la idea de apoderarse del archipiélago filipino no había surgido en la mente de Mac Kinley. Se proponía únicamente destruir nuestra flota y arsenales y descargar sobre nosotros golpe recio; después, imposiciones de la insaciable Inglaterra, la de los dientes enormes, determinaron la ocupación y captura de aquellas ricas colonias españolas.

Y la opinión sensata de los Estados Unidos, que siempre miró con disgusto la aventura filipina, se pronuncia cada vez más contra Mac Kinley y su política exterior, al ver la brillante defensa que de la recién ganada autonomía hacen los tagalos. Esa raza mirada hasta hace poco con desdén benévolo, como raza de niños, revela y demuestra ahora una energía y una aptitud singular para la guerra de guerrilla, de estratagema y emboscada, en que el terreno se defiende palmo á palmo. Los yankis han sufrido ya, en el tiempo que hace que lidian con las fuerzas de Aguinaldo, sorpresas parecidas á las que en España, en 1808, experimentaron los ejércitos de Napoleón. Destacan los yankis un piquete de soldados para guarnecer un fuerte, y al enviar provisiones no hallan en el fuerte sino cuerpos sin cabeza y cabezas separadas del tronco; sitúan ocho ó diez parejas de polizontes distribuídos en una larga calle, y evapóranse tres de las parejas sin volver á parecer nunca, y sin que los demás hayan advertido siquiera de qué modo fueron sus compañeros amordazados y arrastrados al suplicio. Todo lo utiliza el tagalo en contra del yanki: accidentes del terreno, producciones de la naturaleza, ponzoñas mortíferas de la exuberante flora y la rara fauna de aquellos países feracísimos y todavía misteriosos. Por medio de una manga hábilmente dirigida proyectan sobre los norteamericanos agua en que han macerado una planta cuyo zumo produce horribles irritaciones en la piel; y los yankis, ignorando el sencillo remedio con que se curan esas irritaciones, se revuelcan entre crueles torturas. Así, en las guerras de independencia, el suelo y el aire se alían con los hijos del país.

***

Que estos ardides y este sistema de lucha no son niñerías despreciables, pruébalo la continua demanda de refuerzos que dirige el general en jefe de los *Sams* al Senado de Wáshington. Tropas y más tropas arriban y desembarcan y son diezmadas por las enfermedades ó por el *bolo* de los que ya no llamo insurgentes, pues lo serían contra nosotros, pacíficos poseedores durante tantos siglos, nunca contra el invasor que empieza por entrar á saco, á sangre y fuego en Manila, y no teme emplear iguales medios al avanzar tierra adentro en la región. Van además las huestes yankis soliviantadas por el espíritu de indisciplina más franco y brutal, y no reparan, al menor motivo de descontento, en tirar al agua, en mitad de la bahía, á sus jefes. Y una nación que jamás fué militarista, que en ningún tiempo fió á la violencia sus destinos, se ve ahora arrastrada por la dura Inglaterra á la lid constante, abierta – á esa normalidad de la guerra que nos ha arruinado, destruído y agotado á los españoles. – No quiero hablar de las inhumanidades y actos de barbarie que por consecuencia natural de semejante régimen se ven los yankis constreñidos á autorizar y á cometer. Habría sin embargo que catalogarlos y clasificarlos con método, para que hiciesen juego con los que á nosotros se nos achacaron, y fueron – ¡oh sombra de Tartufo! – la causa y origen de la intervención de los angloamericanos en Cuba...

***

Y ya que de la patria y de su mal sino tratamos, encaja bien en esta crónica una ligera referencia á los sucesos de Barcelona con motivo de la visita de la escuadra francesa al puerto de la hermosísima ciudad condal.

Sin ser estadista, sin tener obligación de tomar el pulso á las ideas que van cundiendo en España, diez ó doce ó quince ó veinte años antes de que pensasen en ocupar el banco azul los Sres. Polavieja y Durán y Bas, nos sabíamos de memoria lo que ahora parece sorprender á muchos políticos que gobernaron, gobernarán ó gobiernan. El regionalismo es añejo en varias provincias españolas, y á la vuelta del regionalismo lírico está su forma aguda, el *separatismo*. ¿Cómo había de ignorar estas tendencias quien diariamente leía en periódicos, versos y libros de su región diatribas y quejas, unas veces contra Madrid, otras contra Castilla, y siempre, en el fondo, contra el conjunto de la patria española? Hasta por experiencia personal conocía yo los efectos de la inquietud separatista. Por conocer mi españolismo, no faltaron regionalistas gallegos que me acusasen de desafecto á Galicia, no obstante haberme pasado buena parte de mi vida literaria describiendo costumbres, estudiando caracteres y pintando paisajes gallegos, con filial interés. Así es que se da un caso curioso: mientras los que me traducen allá por lueñes tierras creen que yo profeso el más apasionado regionalismo artístico y que del perfume de mi tierra está enteramente impregnada mi producción, los de acá me conceptúan *castellana* y no me reconocen. La explicación pardiez que es sencilla: yo seré regionalista por amor é instinto; separatista jamás.

Dicho esto, puedo añadir que el separatismo, ya existente, había de acentuarse y exasperarse, por ley natural, con tantos desaciertos y desdichas. En naciones bien gobernadas y prósperas, no se conoce el separatismo. Un día me dijo cierto religioso muy discreto y agudo: «Don Carlos es el *clavo ardiendo* de los españoles.» Tenía en mucha parte razón el religioso; sólo le faltó añadir que de *clavos ardiendo* poseemos una cesta. No hay teoría ni solución política que, á su hora, no haya sido *clavo ardiendo*. Nuestro hondo malestar, nuestras continuas decepciones, la instabilidad é inseguridad de todas las cosas y de todos los aspectos de nuestra vida, la sorda irritación que á la larga engendra en espíritus honrados y sinceros el abuso hidrópico – imposible de desarraigar al parecer, pues es como las malas hierbas, que para una que se corte brotan ciento, – ¿en qué han de traducirse sino en el movimiento instintivo de agarrarse á cualquier cosa, al carlismo, al federalismo, al separatismo, al *inglesismo*, que tiene ya sus convencidos partidarios?

Enfermo desahuciado, á curanderos se acoge, y por ensalmo piensa curarse. El abrojo del separatismo, claro está, crece con el riego de nuestras lágrimas de patriótico dolor. Para reducirle á sus verdaderas proporciones, quizás harto mezquinas, bastaría que luciese sobre nosotros un rayo de esperanza, que España entrase por el buen camino, que ahorrase, que trabajase, que tuviese muchos buenos maestros de escuela y pocos caciques, que gastase más en aprender que en reforzar un ejército y una marina, fatalmente incapaces, aunque se compusiese exclusivamente de héroes, de sostener el día de mañana nuestro pabellón. Bastaría, en fin, hacer lo que *sentimos* los pocos que desde una situación independiente, desligada de compromisos políticos y con absoluta imparcialidad, miramos el giro de los sucesos. No es lisonja, es convicción: si toda España fuese como Cataluña (¡ojalá!), no habría un separatista para contarlo.

***

Lo que repito que me extraña, es la extrañeza de los políticos. ¿Cómo han de maravillarme los gritos separatistas, á mí, veterana de las luchas contra el separatismo insidioso, declarado en conversaciones, y á veces desmentido en letras de molde? ¿Ibamos á esperar que después de Cavite y *lo demás*, disminuyese la falange separatista?

Por eso siempre me descubriré con respeto ante el verdadero patriota; el que, luchando para mejorar nuestro estado de cultura, para colocarnos en la línea de otras naciones, para elevarnos, con la doctrina, con las obras, con la labor, con la sinceridad generosa que envuelve la lección y procura la enmienda, aporte la única medicación eficaz para esa llaga del separatismo: la reforma y restauración de España.

EMILIA PARDO BAZÁN

PENSAMIENTOS

El desaliento no tiene nunca razón de ser.

FRANCISCO COPPÉE.

***

La Academia tiene el privilegio de hacer creer á los que á ella pertenecen que son superiores á los que tienen ganas de ingresar en la misma.

CONDESA DIANA.

***

El poeta consigue sus efectos merced á la sucesión de imágenes; el pintor, por medio de su simultaneidad.

EUGENIO DELACROIX.

***

El público y el artista no ven con los mismos ojos, sino que se forman y se completan el uno con el otro.

FALGUIERE.

***

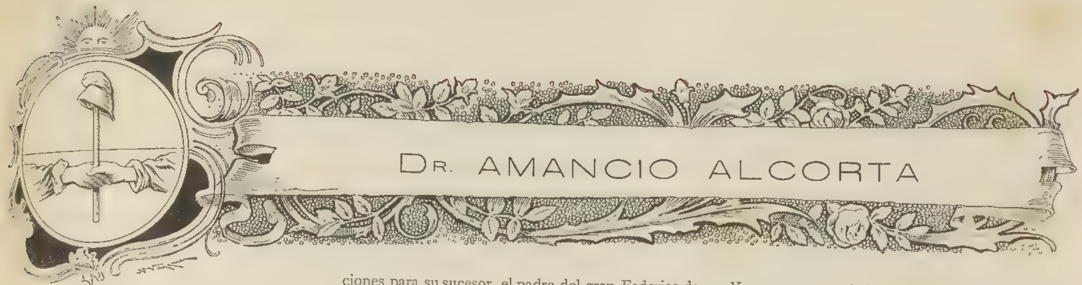
Un buen retrato es una biografía pintada.

ANATOLIO FRANCE.

***

Supeditado á la moral, el arte se convierte en manifestación devota; libre de sus leyes, frisa en la pornografía: para el artista, la moral no es un principio, es un freno.

G. M. VALTOUR.



DOCTOR AMANCIO ALCORTA

Deseando escribir la semblanza de este repúblico argentino, solicité la autorizada opinión de un distinguido miembro del foro. Hela aquí:

«Algún día escribiré la biografía de este hombre de Estado, hoy ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina, y sin duda alguna la más alta figura del gabinete del presidente Sr. Roca.

»Ha tenido el don de escapar al dilettantismo, en el que se cae, mitad por temperamento, mitad por mala voluntad de aprender ó también por vanilocuencia. Es un trabajador concienzudo y recto. Sin embargo, no siempre se ha librado del escepticismo. No le sirve de disculpa la paradoja de que una partícula de entusiasmo, combinada con el descreimiento, constituye el metal fino de la duda. La obra de la negación tiene que ser negativa.

»Pero ¿quién no ha tenido indecisiones, languideces de la voluntad, en la extraña vida de nuestro país, durante los últimos veinte años? Le tocó actuar en momentos de descomposición de los partidos históricos argentinos. Tuvo á veces el profundo desencanto de los hombres, pues llegó hasta él el verbo envenenado de los apóstoles fracasados. Otras veces no supo descubrir al charlatán escondido en el apóstol. En sus retratos se ve el pliegue constante de su risa que desarma y atrae: muy de tarde en tarde, ese pliegue se presenta duro y forzado. Pero este fenómeno es simplemente superficial y pasajero, la cultura bondadosa es el rasgo característico de su espíritu. Ambos elementos de suprema distinción – la cultura y la bondad – suelen ser, ante los más, un vicio redhibitorio ó una superioridad intolerable.

»Sin faltar, como diputado, á las reservas de una sesión secreta de la Cámara, quiero reproducir una impresión.

»El año pasado fué interpelado el Gobierno sobre los asuntos con Chile. Vivía el país, aunque poderoso, en las ansiedades de una guerra que se creía inminente. Se deseaba conocer toda la verdad de la situación. Muchos consideramos imprudente el llamado. Mas nos pareció así cuando oímos las elocuentes palabras de un orador soberano. Bismarck en 1869 hacía notar el peligroso poder de la elocuencia en las asambleas deliberantes. «Es arrastradora, decía, como la música. ¿Se confiará el timón al improvisador, cuando el manejo del timón exige una madura y fría reflexión?» En esos días me acordé de la opinión de Juan Roberto Seeley, á quien no me canso de citar: «En Inglaterra, las miradas del país están siempre fijas en su Parlamento. La historia inglesa tiende á transformarse en una simple historia parlamentaria. Y como el Parlamento inglés *en nada es tan poco brillante* como en la discusión de las relaciones exteriores..., etc.» Esa brillantez, de que nunca podremos deshacernos, era una verdadera preocupación para mí; para muchos. Habló el ministro. ¿Concebís que un hombre que no es orador, y que no aspira á serlo, sin tener á mano un solo apunte, obtenga, después de dos horas, los efectos de la más poderosa oratoria?.. Días después se renovaba la presidencia de la República, y el Dr. Alcorta continuaba con la cartera de Relaciones. En breve plazo, pero ya más serenados los ánimos, el ministro obtuvo un triunfo todavía mayor. Hizo poner de pie á una asamblea numerosa; empezó, siguió y concluyó en medio de una ovación, ante las tribunas desalojadas y sin tener ni siquiera el estímulo del taquígrafo, destinado á recoger la oración. El triunfo fué tal, que se comprendió que toda palabra oficial de adhesión ó de reproche estaba fuera de lugar. Con la última frase del ministro concluyó la sesión. La patria estaba bien servida. Fuera del prestigio moral, era el dominio absoluto de la difícil materia; la prodigiosa memoria de cláusulas, fechas y nombres; la altura de las ideas; la profunda intensidad del sentimiento; la unidad de una acción. por nadie y por nada quebrantada ni desviada. «Yo puse al ejército y al país en estado,» dijo en el momento solemne de redactar las instrucciones para su sucesor, el padre del gran Federico de Prusia.

»El Dr. Alcorta tiene poco más de cincuenta años y puede decirse que lleva treinta años de vida pública continua. Desde las naves de la guerra del Paraguay, donde fué de secretario del almirante Muratute, hasta el ministerio que ocupa y en el que es irreemplazable, hoy por hoy, ha recorrido toda la escala: ministro de Buenos Aires, diputado y rector del Colegio Nacional, ministro de Instrucción Pública, de Relaciones y del Interior, atendiendo á un tiempo dos carteras en ocasiones; autor de Códigos, tiene



Dr. Amancio Alcorta,
ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina

lo que no se suple con libros ni con teoría: el conocimiento del país y de los negocios públicos. Se ha hecho hombre de gobierno del único modo conocido para serlo: gobernando. Es además eminente profesor de derecho internacional. Se puede decir que sus libros sobre derecho internacional privado constituyen un trabajo colosal. No es sólo la condensación de cuanto la ciencia ha dicho al respecto, que ya por sí solo significaría una labor inmensa; es en realidad una producción originalísima. Sobre materia constitucional y curso forzoso, tiene libros siempre consultados, mereciendo especial mención su estudio sobre Partidos Políticos, sin contar su obra sobre instrucción pública y sus memorias oficiales como ministro.

»Al mismo tiempo y como base de todo, su apellido patricio, que también las democracias deben enorgullecerse de esto que resulta selección de hombres, como consecuencia de efectivas y tangibles cristalizaciones de la virtud y del bien.

»No conoce el Dr. Alcorta ni la vanidad ni el egoísmo. Ha sido, como ningún hombre público argentino, un estimulador de jóvenes, en la educación, en la política, en la administración, y del grupo que á su alrededor formó en el Colegio Nacional, reconstituído por él, han salido útiles servidores del país.

»En el pleno vigor de sus facultades, tiene la dirección del arreglo de los asuntos con Chile. Hoy más que nunca lo necesita la nación. Cuando en paz y prosperidad haya sido trazada la línea neutra, que en vez de separar, vinculará más que nunca á dos pueblos hermanos, el Dr. Alcorta mismo deberá escribir la historia, directa é indirecta, de su eficacia diplomática y de su triunfo dignísimo. En un momento solemne, el ministro ha repetido que un hombre público no puede tener en su vocabulario las palabras *¡nunca!* y *¡jamás!* Pero las tiene el pueblo en el suyo. Y el pueblo argentino puede decir que ¡nunca, jamás!, la vida de este hombre de Estado ha dejado de ser la de un cumplido caballero y la de un utilísimo patriota.»

Y como yo no sabría ni podría agregar palabra á las que se acaban de leer, me contento con el papel de presentante.

En este concepto firma

R. Monner Sans

PIADOSA MENTIRA

No podré explicar lo que sentí al entrar en aquella casa, á la que volvía después de un año de ausencia. Fué algo que me sobrecogió, que me anonadó, que me hizo comprender que allí ocurría alguna desgracia.

La vieja criada, al abrir la puerta y después de contener una exclamación de sorpresa que ya se le escapaba al verme, porque yo era íntimo y antiguo conocido de la familia, se puso un dedo en los labios y murmuró:

– ¡Chist!.. No diga usted nada al señor...

– ¿Pero qué ocurre?, pregunté alarmado.

– ¡Chist!.. Que lo oye todo.

Y me empujó hacia una habitación inmediata.

El viejo coronel, que dormitaba al lado de la chimenea, al sentir pasos levantó la cabeza.

– A la orden, mi coronel, dije cuadrándome militarmente.

¡Pobre hombre! A pesar de sus ochenta años, trató de incorporarse con presteza y salir á mi encuentro. Yo me adelanté antes de que tuviera tiempo de moverse y me arrojé en sus brazos. ¡Con qué vigor me estrechaba! Todavía eran de acero sus músculos; todavía brillaba de vez en cuando en su cansada pupila la luz vivísima de la juventud.

El viejo coronel Humarán era todo un soldado. Su incomparable espada, aquella antigua espada que le había acompañado á Méjico y que tantas proezas había realizado en Africa, estaba allí, colgada siempre á su vista, hablándole con mudo y misterioso lenguaje de los pasados días de gloria, que habían cubierto de cruces su pecho y su cuerpo de cicatrices.

El coronel llevaba gallardamente sus ochenta años. Era un viejo alto y enjuto, de rostro aceitunado, en el que, como una mancha de nieve, destacaba un gran bigote de coracero. Tenía dos pasiones; el ejército y su nieta.

Cuando la gota le hacía renegar y crispar los puños con rabia, el médico no encontraba para calmarlo más que dos recetas; hablarle de formaciones y de batallas, y dejar que su nietecilla, una traviesa rubita de cinco años, diese vueltas á su alrededor y le tirase de la borla del gorro griego que cubría su venerable calva.

Después de estrecharme cariñosamente contra su pecho y de contemplarme un rato entre sonriente y conmovido, el viejo coronel, sin más preámbulo, me dijo, dando un fuerte puñetazo sobre el brazo de la butaca:

– Ya lo ves... Aquí me tienen abandonado.

– ¡Abandonado! ¿Cómo es eso?, pregunté verdaderamente sorprendido, porque me constaba la adoración que profesaban al abuelito en aquella casa. ¿Pues y Julia?

– ¿Julia?.. Loca, loca rematada, como todas las mujeres... Mientras su marido, mi hijo, se bate allá en la manigua cubana, viendo la muerte de cerca á cada paso, como la he visto yo mil veces, como la han visto todos los militares de mi raza, ¿quieres creer que ella se divierte, y de reunión en reunión, de baile en baile, se pasa la noche y parte del día.

– ¡Imposible!, dije sin poderme contener y anonadado ante aquella acusación lanzada contra una mujer que había conocido siempre como un dechado de abnegación, como un modelo de hijas cariñosas y de esposas fieles y enamoradas.

– ¡Lo digo yo!, gritó el viejo enfurecido. Créelo, añadió ya más templado, después de una breve pausa. Aquí pasa algo que yo no comprendo. Julia ya no es la misma que tú has conocido. Antes, apenas si se separaba de mi lado; pero desde hace algún tiempo, apenas si la veo á las horas de comer... Y



El comandante D. Lorenzo Humarán había muerto gloriosamente frente al enemigo...

aun hoy, añadió tristemente inclinando la cabeza, ya he tenido que comer solo. ¿Te explicas semejante conducta?

¿Qué contestar? Yo estaba confundido... ¡Era para mí tan increíble aquello que oía.

– Pero hay algo más infame, sí, señor, más infame que todo eso, continuó el viejo con ronca voz ahogada por la cólera. A mí que me abandonen, que me arrojen, si quieren, de la casa, que hagan lo que les dé la gana; pero ¡voto á bríos!, que no me quiten la niña... Eso no..., ¡no lo consiento!

– ¡Cómo! ¿Le han quitado Juanita?

– ¡Sí! ¡Me la han quitado!, ¡me la han arrebatado!, ¡me la han robado!.. Mi única alegría, bien lo sabes... ¡Angelito! Saben que es mi vida, que es el único rayo de luz que hay en mi existencia y me la han quitado, porque quieren matarme; soy una carga pesada y quieren que me muera pronto.

La voz del viejo coronel temblaba al decir esto. Aquellos gritos de indignación parecían mojados en lágrimas. Y en efecto, dos brillantes perlas asomaron á las consumidas pupilas del noble anciano; oscilaron allí un instante, y luego se deslizaron por entre los profundos surcos de aquella arrugada piel, yendo á perderse en el espeso bigote que daba aire tan marcial á aquel rostro varonil.

Yo estaba también conmovido.

¡Qué inmensa compasión me inspiraba aquel pobre anciano agobiado por el dolor!

¡Ah!, continuó diciendo el coronel. Si yo tuviera mi pierna libre, esta maldita pierna que me tiene aquí atado, yo iría á buscar la niña á casa de esas malditas viejas, y la traería, ¡vaya si la traería!

– ¿Qué viejas?, pregunté.

– ¿No te lo he dicho?.. Su madre tuvo el otro día la desfachatez de declarármelo; ha mandado la niña al pueblo, sin decirme nada, porque sus tías querían verla. ¡Querían verla!.. ¡Pues que hubieran venido aquí! Mira, añadió bajando la voz confidencialmente y estrechándome una mano, yo no quiero aparecer débil y he dejado de preguntar por la niña, pero entérate tú, pregunta á ver cuándo nos la devuelven.

– Preguntaré.

– ¿Y harás que la traigan?

– Yo se lo prometo.

– Es lo único que me resta... Mi hijo batiéndose en Cuba, y Dios sabe qué será de él... Y con esta mujer no hay que contar; es una desgraciada loca... Pero la niña... Un viejo tronco como este, caerá sin remedio si le quitan ese apoyo.

El coronel escondió el rostro entre las manos; creí percibir un sollozo. Era inútil empeñarse en prodigar consuelos á aquel mudo dolor... Dejé mi asiento muy agitado y comencé á pasear la estancia. ¿Cuánto tiempo duró aquella situación embarazosa? No hubiera podido decirlo. El caso es que cuando pasado un buen rato fijé mi vista en la butaca, el coronel dormía; sí, dormía con la cabeza apoyada en el respaldo de su asiento. Una vaga vislumbre de placer iluminaba su atezado semblante.

¡Dulce y tranquilo sueño! ¡El triste anciano soñaba sin duda en aquel instante enredando sus huesosos dedos en los hermosos rizos dorados de su nieta!..

Un ligero rumor de pasos y el tenue roce de un vestido interrumpió el silencio de la estancia. Una figura apareció en la puerta. ¿Era una mujer ó un espectro? Julia estaba allí, delante de mí; pero no la Julia hermosa, sonriente, con la felicidad siempre pintada en el semblante, que yo había conocido, no; sino un fantasma, una transfiguración de aquella alegre Julia, ahora abatida, aunque sonriendo á través de sus lágrimas; con el rostro consumido, con el nacarado cutis pegado á los huesos y transparentando las azuladas líneas de las venas; con aquellos azules ojos, en donde antes brillaba la luz del placer, hundidos en las profundas órbitas, en el centro de un círculo amoratado, que los hacía más grandes y prestaba mayor diafanidad á la mirada.

Saludóme tristemente con la cabeza; convencióse de que el anciano dormía y me cogió la mano con una de las suyas que ardía con el intenso fuego de la fiebre, arrastrándome suavemente al exterior.

Cruzamos un pasillo, y allá, al extremo, penetramos en otra habitación. Una hermana de la Caridad, que leía sentada á la cabecera de una camita de hierro cubierta con cortinajes, abandonó su puesto al entrar nosotros.

Allí, con el rostro amoratado por la difteria, con los ojos inmensamente abiertos y el rubio cabello, como oleajes de oro, desparramado por la almohada, agonizaba la pobre niña... ¡Qué cruento martirio el que se adivinaba en los ojos de aquella madre!.. Su boca, pegada á la boca entreabierta de la enfermita, quería darle la vida que le iba faltando por momentos...

– ¡Que no sepa nada el abuelito!, murmuró Julia á mi oído.

Luego me presentó un papel...

Timbre del Ministerio de la Guerra... «El comandante D. Lorenzo Humarán había muerto gloriosamente frente al enemigo...»

– ¡Que no sepa nada el abuelito!, volvió á repetir, mejor dicho, á sollozar, aquella voz de Julia que parecía salir de un sepulcro.

. . . .

Ya principiaba á obscurecer.

Los criados habían entrado luces en el comedor.

Julia se inclinó hacia el coronel y le dió un suave beso en la frente.

El anciano despertó, y poniendo el gesto más avinagrado del mundo al ver á la que, según él, lo tenía abandonado, preguntó entre temeroso y risueño:

– ¿Qué se sabe de su esposo de usted, señora? ¿Ha escrito mi hijo?

– Sí, papá; ha escrito. Aquí está la carta.

Y Julia sacó del bolsillo un papel muy arrugado. Una carta escrita por Lorenzo seis meses antes.

– ¡Gracias á Dios!, exclamó el anciano, en cuyos ojos brilló un rayo de alegría. Ahora la leeremos. ¿Pero y la niña? ¿Cuándo viene la niña?

– Pronto, papá.

– ¡Pronto! ¡Siempre repite usted lo mismo! En fin, vamos á ver ahora lo que dice esa carta.

En aquel instante, la blanca figura de la monja apareció en la puerta. Su pálido rostro estaba angustiado; sus manos cruzadas y elevadas al cielo indicaban algo terrible. Julia y yo lo comprendimos... ¡La niña se moría!

Julia lo olvidó todo. Un grito, apenas lanzado, reprimido, brotó de su garganta, y al mismo tiempo lanzóse como loca fuera de la habitación.

El anciano quedó un instante suspenso; quiso incorporarse y no pudo, y lanzando una imprecación arrancada por el dolor que le producía su pierna gotosa, se dejó caer en la butaca diciéndome:

– ¿Lo ves?.., ¿lo ves? Alguna visita, alguna amiga que se la lleva de *soirée*... ¡Esa mujer está pidiendo un manicomio!

A. SÁNCHEZ RAMÓN

REPÚBLICA ARGENTINA

BUENOS AIRES. – «LOS SANTOS LUGARES»

Si intentáramos escribir la historia de «Los Santos Lugares» sería preciso ocupar muchos números de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, porque necesariamente tendríamos que describir aquel período luctuoso de la historia argentina en que llegó á su mayor apogeo la lucha despiadada de las pasiones políticas durante la tiranía de Rosas.

Leyendo á celebrados escritores argentinos, historiadores de aquella época como Andrés Lamas, Angel J. Carranza, general Mansilla y tantos otros, puede uno formarse aproximada idea de lo que realmente fué aquella fiera y brutal acometida de odios y rencores que comenzó en el año 36 para terminar el 52 en la decisiva batalla de Caseros, estado de cosas que barrió el glorioso ejército mandado por el noble y valeroso general D. Justo José de Urquiza.

«Los Santos Lugares,» hoy ruinas venerandas, situadas dentro del ejido del pueblo de San Martín en el radio de la capital federal, era el lugar ó campamento militar que tenía Rosas en las afueras de Buenos Aires, en donde, además de estar los grandes almacenes de provisiones de boca y guerra, tenía también las cárceles y punto en que se efectuaban degollinas y fusilamientos al por mayor, ensangrentando aquellas tierras que hicieron santas la multitud



Una hermana de la caridad, que leía...

de víctimas inocentes, inmoladas muchas en aras de la fe de un ideal político en contra de otro que más tarde triunfante regeneró á la República Argentina, empujándola por las francas vías de la libertad y de la grandeza, por la que afortunadamente camina hoy sin nubes en el horizonte ni trabas que priven su desarrollo en el trabajo, en las artes y en las ciencias.

La fotografía que publicamos de tan históricos como tristes lugares, debida á la galantería de la «Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados,» instalada en Buenos Aires, es la parte de las cárceles que todavía queda en pie, y el patio á su frente era donde se efectuaban las ejecuciones horribles.

La ventana que se ve casi destruída fué cárcel de una hermosa señorita de la más alta sociedad de aquellos tiempos, y cuya historia de amores está presente en la mente argentina, unos por ser de aquel tiempo y otros por oirla narrar y haberla leída en libros y folletos que de tales anécdotas se ocupan. Rosas la mandó fusilar conjuntamente con su amante.

En la misma celda estuvieron presos y fueron mas tarde fusilados cuatro venerables ancianos sacerdotes, que pagaron con su vida no haber querido predicar la guerra de exterminio contra *los salvajes y asquerosos unitarios.*

Su ministerio era de paz y hallaron el martirio.

Muchas anécdotas se cuentan de tales sitios, pero todas ellas son muy tristes y están manchadas de sangre.

El tiempo, si no borra del todo su recuerdo, pronto borrará la obra ó caserío si una mano piadosa y amante de los recuerdos históricos no la salva de su total destrucción.

Justo Solsona

EN LA REGION DEL FRIO

También las plantas tienen suerte ó desgracia, y al igual de los seres humanos, pueden dividirse en dos porciones muy desiguales. Una, la menor, cuyos destinos se encargan de dirigir bienhechoras hadas y bonachones genios, y otra, mucho más numerosa, para la cual no hay hadas ni genios ni más destino que el Destino: ese que los hombres acostumbran á llamar ciego, cruel, y que en todo caso es inquebrantable y nada compadecido de los seres á quienes señala el momento de nacer, padecer y morir en la superficie de la tierra. Por eso tantas pobres plantas vegetan en todos los climas y en todos los suelos sin salir de pobres, expuestas á mil peligros y cumpliendo su misión de fecundación y de vida por la fuerza de la vida, que aun en nuestro combatiente mundo puede más que la muerte. Por eso también, por lo de las porciones desiguales en suerte, se encuentran plantas muy mimadas y atendidas: generaciones y generaciones de flores que germinan en camas calientes, amparadas de todo peligro por bien cerradas cristaleras, y que á favor de los más exquisitos cuidados de la selección, llegan al momento crítico de la florescencia tan admirablemente hermoseadas, que el parecido con sus humildes ascendientes ya se ha borrado y es cosa de sabios el encontrarles la filiación.

Entre las manos de uno de esos bienhechores genios, que para las plantas son siempre hombres, vino á parar un grano de semilla desperdigada y de procedencia desconocida. Lo encontró en un paquetito de balsaminas, pero á su mirada experta y al ejercitado tacto de sus dedos no se ocultó la diferencia entre el grano forastero y los comunes y corrientes de la conocida flor. Y no consistía la diferencia en el volumen; allá se irían el grano intruso y los otros en cuanto á tamaño, pero presentaba el primero pulimentación tan exquisita y



Abrevando, cuadro de Antonio de Ferrer (Salón Pedro Robira)



REPÚBLICA ARGENTINA. - Buenos Aires. Los Santos Lugares, de fotografía de la Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados, remitida por D. Justo Solsona

una dureza tan á prueba de uña y diente, que al momento quedó marcado por el agricultor como cosa desconocida y destinada á ser muy observada. Con este fin sembróla en un tiestecito fabulosamente pequeño provisto del más desmenuzado mantillo, el cual tiestecito fué después colocado en un sitio favorable del jardín, donde el calor del sol combinado con la humedad de un cercano riachuelo facilitaba la germinación aun de los granos más recios. Con esto y el eficaz hechizo del mes de abril, que trae en sus brisas los besos de todos los amores, hinchóse la semilla, observada de tiempo en tiempo por el atento cuidado del hombre, y antes de lo que podía razonablemente esperarse, presentó en la superficie del tiestecillo las primeras señales de vida, unos á modo de blancos cuernecillos que de la noche á la mañana reverdecieron, elevándose y dejando ver entre los dos la bien definida forma de un tallo. Inteligente y satisfactoria sonrisa animó el rostro del hortelano al coger en su mano el tiestecillo y contemplar largo rato á la recién nacida criatura: tales eran para él las plantas cuyas semillas depositaba en la tierra por su mano y á las cuales cuidaba, más que con el interés de hortelano, con el amor del naturalista.

«Adivino lo que eres, dijo á la plantita; quédate aquí, que por ahora no necesitas otra cosa.» Y diariamente venía y la observaba; pero ya su sonrisa no era expansiva, y á medida que las verdes hojitas iban determinándose en forma asaz extraña, obscurecíase la expresión de su semblante y movía desconfiado la cabeza. «Pues señor, no te conozco, llegó á decir un día cuando ya las dos primitivas hojitas se habían convertido en un floroncito de tiernas bronceadas púas. No eres lo que yo creía, pero sabré lo que eres.»

Por entonces sufrió la planta su primer trasplante en un tiesto más espacioso, y diéronle colocación en un departamento especial tranquilo y poco aparente, donde todas las plantas exhalaban suaves aromas y se respiraba deleitoso ambiente de sosiego y poesía.

Allí principió para ella la vida del sentir y del conocer. Allí aprendió el idioma de sus hermanos los vegetales y se sintió acariciada en el dulcísimo lenguaje de las flores. «No te importe carecer de aroma, decíanle las escondidas violetas del arriate donde estaba colocado su tiesto. Nosotras de tal manera te penetraremos con las exhalaciones de nuestro perfume, que llegarás á adquirirlo como si Dios te lo hubiese dado. Eres de otra casta que nosotras, ¡pobre feúcha!, pero todas seremos tus hermanas. Nuestra misión es amar y esparcir á nuestro alrededor, con las partículas de nuestra esencia, gérmenes de deleite para las almas. Los que á nosotras se acercan vienen en busca de las ocultas virtudes que satisfacen lo íntimo del ser. Somos el emblema de la felicidad modesta y segura de la vida. ¡Qué dichosa eres de haber venido á nuestro lado!»

Y no sólo las violetas la agasajaban; de todas partes le llegaban marcas de afecto, pruebas inequívocas de maternal interés. «Yo cuidaré de que no hagan su cama en el andamiaje de tu tronquito las cansadas moscas,» decíale un arbusto de hierba-luisa que tenía al lado oreándola con la extremidad de sus ramas; y cuando la noche imponía al pequeño mundo vegetal su período de sueño, enviábanle sus aromáticos besos de despedida la malva suave, la salvia fortificante, el eficaz romero, el amargo ajenjo, el aromoso espliego y cuantas plantas de medicinal virtud allí había reunido para determinados fines el hortelano. No era posible mejor escuela de moralidad. «Somos el mundo de los buenos, decíanle. Aprende de nosotras á ser útil para ser feliz.» Cada una le contaba su especialidad. Cual tenía la de preservar libre de polillas la ropa en los armarios; cual otra puesta á *serenar* en generoso vino devolvía los colores á las mejillas de las niñas pálidas. La de más allá comunicaba por medio de sus flores al alcohol la facultad de curar las heridas, y todas ellas, de común acuerdo, aseguraban que su virtud colectiva era tal, que si los hombres supieran aprovecharse de ella vencerían todas las enfermedades.

Pero nuestra planta, cuando, pasadas las nebulosidades infantiles, pudo darse cuenta de sí, halló que se aburría. «¿Qué gusto podéis tener, decía á las cariñosas violetas, en estar siempre pegadas á la tierra, expuestas á ser pisoteadas por animales rastreros y pies inmundos, desparramando vuestra esencia, que es vuestra vida, al viento que se la lleva, para quedar incoloras, ajadas y morir poco después de haber nacido? Y vosotras, decía sin ningún respeto á las maternales plantas que tan buenas enseñanzas y ejemplos le habían dado, sois unas infelices que oléis á *puchero de enfermo*. ¡Vale la pena nacer y vivir para



Cabeza de estudio, cuadro de H. Lepel Gnitz

no ver más que lástimas y miserias! Heridas y mutiladas por las manos interesadas que vienen á desgajar vuestras ramas y cortar vuestras flores, todavía celebráis vuestra condición.»

«¡Pobre desgraciada!, gimieron las benévolas plantas. Nació sin virtud. ¿Cómo ha de saber apreciarla?»

Un espectáculo maravilloso se presentó por primera vez delante de la incógnita descontentadiza: era como un bosquecillo semoviente, una plataforma con ruedas cargada de arbustos y de arbolillos exóticos, cada uno en su correspondiente maceta. Las magníficas hojas de una *Musa* se confundían con las de un plátano al lado de la *Araucaria imbricata* que iba de par con una hermosa *Wellingtonia*.

«¡Esas, esas son mis hermanas ó mis iguales, clamaba en su interno lenguaje la ambiciosilla; llévame con ellas.» Y su genio bienhechor, como si hubiese entendido su vehemente deseo, paró la carretilla, y cogiendo el pequeño tiesto en la mano, dijo al colocarlo sobre uno de los grandes: «Aquí vives mal tú, necesitas más aire y más luz.»

La decoración cambió. Trasplantada á un tiesto más grande, ocupó, sobre ligera columna de piedra, puesto aparente y escogido en la parte más cuidada del jardín. A sus pies se extendían en todas direcciones macizos de flores hermosísimas y primorosamente combinadas, y á su alrededor, formando plazoleta, había rosales en árbol de especies variadas, cuyas aromosas flores se abrían á la altura de la columna, aunque sin dominarla.

Ebria con el perfume de las cercanas rosas y con la impresión vivísima de tantos colores y de tanta luz, quedó muda por mucho tiempo la recién llegada, pero creciendo y esponjándose, que no era para menos la satisfacción que le causaba verse en puesto elevado y dominando tanta hermosura. «Estas no me dirán sandeces como las simples de las violetas, ni me predicarán la moral como aquellas feonas que no tenían más remedio que ser buenas porque no servían para otra cosa.»

En efecto, los asuntos que allí se trataban eran de muy distinta índole. Vivir para gozar, y gozar venciendo: ostentar los colores más vivos, las corolas más perfectas, los pétalos más desarrollados y las más tersas hojas. Erguirse en el propio tallo por cima de la vecina. Sentir el anhelo de ser admirada, la satisfacción del triunfo. Recibir multiplicados artificialmente los beneficios de la naturaleza, sol, agua, nutrición; gastar en breves horas su contingente de belleza y morir infecundas, era la suerte de aquellas flores que pasaban sin dejar huecos, porque otras iguales venían á ocuparlos en el momento en que la pronta tijera del jardinero cercenaba las marchitas.

Las rosas se reían de las demás. «Somos las más hermosas, decían. Somos las reinas. Ni en el color ni en la suavidad de nuestros pétalos puede ninguna comparársenos. Nuestra forma es lo ideal realizado y nuestra esencia sólo se derrama en los alcázares de los grandes del mundo.»

A fuerza de oir las alabanzas perennes de la vanidad endiosada y de esperar en vano una palabra de atención, enojóse sobre su pedestal la planta forastera, y con sus despachaderas acostumbradas dió un día salida á toda la acritud que el despecho había ido acumulando en su savia. «Petulantes flores que no conocéis del mundo más que el terreno que horadan vuestras raíces y os creéis la cosa más importante de la creación, me canso de estar entre vosotras. Charlando siempre de lo mismo, pasáis vuestra efímera existencia de hoy sin dirigir una mirada siquiera á quien encierra condensados en su ser el hoy y el mañana.»

Por entre los macizos de flores pasó aquella voz como si viniese del desierto. Las rosas se miraron unas á otras sorprendidas. «¿Dónde está la que ha hablado? ¿Es acaso esta mata vulgar que han puesto en medio de nosotras, sin duda para que á nuestro lado otra planta de más mérito no quedase deslucida?»

«Sí; yo soy, que os domino y que me indigno de vuestra pequeñez. Vosotras pasáis y os marchitáis una tras otra. Vuestra mirada no se eleva por encima de vuestras iguales, á quienes creéis vuestras inferiores. Yo miro hacia arriba, á los árboles más altos, para elevarme á su nivel y ver si todavía hay después mayores alturas adonde poder llegar.»

No fué floja la risa de las rosas al oir las baladronadas de la *mata fea*, para la cual ya no hubo desde aquel momento ninguno de tranquilidad, porque fué el blanco de las pesadas bromas y de las sangrientas burlas de aquellas preciosas perfumadas. Así empezó á consumirse, á desmejorarse, á ponerse amarilla de desesperación. «Tú ya no vives bien aquí, le dijo su genio protector la primera vez que llegó á vislumbrar su aspecto desmejorado. Necesitas más espacio y más elevación.»

Aquellas fueron las palabras mágicas que trazaron á la planta desconocida la ruta que había de seguir en sus vehementes anhelos. Ya no hubo para ella lugar bastante oreado ni espacioso. Al encontrarse en

un magnífico parterre en pie de igualdad, en cuanto á posición, con los plátanos, las araucarias y las Wellingtonias que fueron el objeto de su admiración primera, aquellas plantas que había llamado hermanas suyas parecía que ahora le robaban el aire y la luz, los jugos del suelo y la atención de los transeuntes. Nadie se fijaba en ella. Sólo para el hombre que la cuidaba tenía atractivo. Sólo él encontraba mérito en la disposición apretada de sus ramas, en su forma piramidal, en la sólida textura de su tronco, en la extremidad firmísima de sus brotes. Y es que para él era un ejemplar raro, desconocido, y por más que estudiaba y discurría no le encontraba la filiación. «Tú eres algo; algo valioso, le decía; pero tampoco estás á gusto aquí. Yo te buscaré cuanto antes el sitio que te convenga.»

Desde entonces la vida de la planta fué un continuo viajar. Primero estuvo en un invernadero entre muchos ejemplares escogidos de climas tropicales, y poco le faltó para morir asfixiada. Su genio protector lánate con el tono y el bruñido y los primores naturales de tu especie, para que yo goce con verte y tenga á orgullo el haberte descubierto, cuidado y señalado á la admiración del mundo.»

Y la planta creció en efecto, y extendió sus intrincadas ramas y adquirió en la parte superior de sus canuladas hojas los tonos bruñidos del esmalte y en la parte inferior los mates del terciopelo verde plateado.

Pero poco después de haber dado tan gallarda muestra de su potencia, se quedó parada, sin crecer ni menguar ni responder á las esperanzas y á los desvelos del hombre, el cual, así que la vió en aquella forma estacionada, enojóse con ella y le dijo: «¿También aquí defraudas mis esperanzas y te quedas paralizada en la disposición de cualquier vulgar arbusto? ¿Qué te falta? Ningún árbol te agobia ni te molesta, y desde el sitio en que ahora estás dominas aun á los más viejos. Tienes luz, espacio y altura. ¿Quieres más?»

zón se enfría. Ahí te quedas. Si resistes, gozarás para siempre el espectáculo grandioso de la naturaleza y sólo te dominarán las cumbres nevadas; pero ni á tu alrededor volverás á sentir el concierto de los alegres pajarillos, ni te impregnarás del aroma de las flores, ni volverás á gozar los cuidados de la inteligente mano del hombre.»

La planta resistió; se hizo un árbol magnífico. Andando el tiempo dió nombre á una hospedería que para descanso de excursionistas levantaron allí. Todos los que llegaban admiraban aquel ejemplar forestal hermosísimo, se maravillaban de su rareza y discurrían el cómo y el porqué habría sido allí plantado. Pero á los pocos momentos, envueltos en sus pieles y en sus abrigos, sentían la necesidad de bajar á zonas más templadas y dejaban al árbol en sus no disputados yertos dominios.

Un día, entre los expedicionarios subió una jovencita en pleno desarrollo de sensibilidad. El árbol la dejó absorta y admirada. Empeñóse en ver en él



SALÓN DE PARÍS DE 1899. – EL GRITO DE ALARMA, cuadro de J. A. Bretón (de fotografía de Braun Clement and C.°)

la sacó de allí á toda prisa. «Esta ha sido la prueba definitiva, dijo. Ya sé que lo que tú necesitas es aire, luz y elevación.» La planta revivió con estas palabras más que con el aire puro que la entonaba. Desde entonces ella y el hombre se entendieron á la primera palabra. «¿Te agrada este sitio?, le decía él al poco tiempo de haberle dado el preferente en lo alto de un magnífico parque.»

«Es hermoso, pero no me conviene. Aunque separados de mí, esos viejos árboles me agobian y me dominan. Quiero estar más independiente: quiero subir más.»

Lejos y muy abajo quedaron el jardín, el parterre y el parque donde lanzó sus primeros brotes á la vida la incógnita planta. Embalada con otras muchas, hizo un largo viaje, y al fin pudo desentumecer sus raíces plantada cuidadosamente por la mano de su genio tutelar, no en el mismo terreno adornado por sus congéneres, sino sola en la espaciosa meseta de una colina que dominaba por entero una hermosa posesión con su pintoresca casa en las orillas de un lago de Suiza.

«Aquí tienes elevación y ancho espacio, díjole el hombre cuando la dejó perfectamente instalada. Crece, ensancha tus extrañas ramas, cobra fuerza, enga-

«Cierto que estoy muy bien colocada, y que ninguno de los muchos árboles que pueblan las orillas fértiles de ese hermoso lago sube más que yo. Mientras sólo miré á mis pies, la satisfacción me dió energías para crecer y hermosearme; pero cuando alcancé á mirar al lado opuesto, la envidia me paralizó. Yo no soporto rivales, y veo allá en las brumas azuladas de la montaña muchos árboles que viven á mayor elevación: quiero subir más que ellos.»

«¡Sea, pues, lo que quieres!»

Y el hombre, con los mayores cuidados y gran maestría, sacó el arbolillo de la tierra, y á lomo de caballo lo transportó á la montaña y subió á gran altura, tanto que el lago visto en toda su extensión, los campos, los bosques, las casas y los caminos parecían dibujados en un gran mapa á sus pies. Entonces, dejando ya bastante abajo la zona de los árboles que de lejos habían visto en la azulada bruma, eligió, con su inteligencia de agricultor, un sitio que todavía no fuese muerto para la vegetación, y allí plantó aquel ejemplar que había sido objeto de toda su solicitud.

«Aquí te dejo sola, no puedo cuidarte. Tanto has querido subir, que te hallas en un lugar donde el aliento se hiela en los labios del hombre y el cora-

todo un poema misterioso; el emblema de lo que prometía ser la historia de su vida. ¡Vivir en las altas esferas, en la grandiosa magnificencia de la región del frío! Abstraída estuvo en sus pensamientos todo el tiempo que allí le permitieron permanecer, y antes de marcharse, impulsada por un sentimiento vehemente y extraño, penetró, agachándose por debajo de las horizontales rastreras ramas del árbol, besó su tronco y con la acerada aguja que sujetaba su sombrero clavó un ramo de violetas que adornaba su pecho en la corteza del árbol hasta el líber.

Con los primeros rigores del otoño dejaron de subir excursionistas, y la hospedería quedó cerrada, como todos los años, durante muchos meses. Los que llevaron las llaves para abrirla al principio del verano siguiente, se encontraron al árbol muerto. Todavía las enormes intrincadas ramas conservaban algo de su verde de esmalte por encima y su terciopelo plateado por el anverso, pero las extremidades estaban lacias y por completo seco el brote central: el que miraba hacia arriba y no soportaba rivales más altos. En el tronco, fuertemente clavado con la acerada aguja, se conservaba, seco también, el ramo de violetas.

CLAUDIO ROZAS



EL BAUTIZO, COPIA DEL CELEBRADO



José Llovera (Salón Parés)

NUESTROS GRABADOS

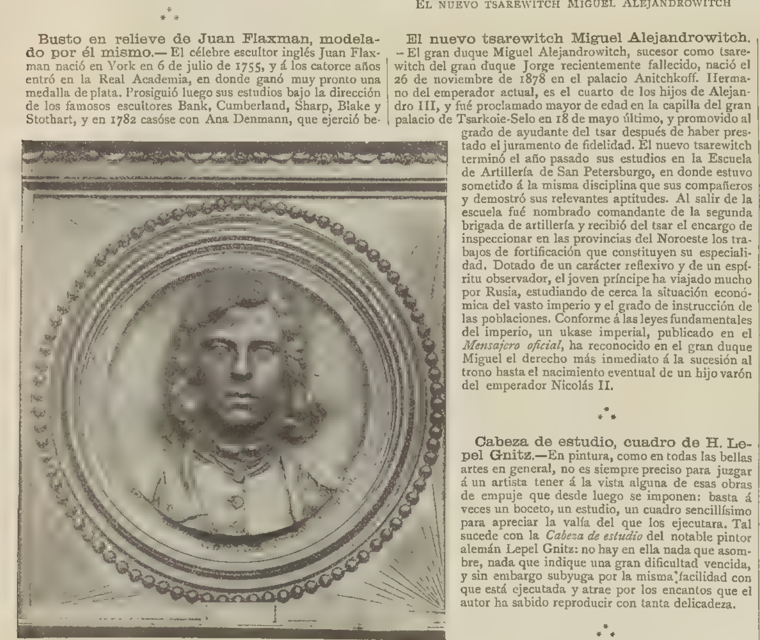
La calle de los sepulcros en Pompeya. – El Foro romano á la luz del alba, cuadros de Enrique Serra.—Enrique Serra es algo más que el pintor concienzudo que traslada al lienzo los objetos y los lugares que á su vista se ofrecen; es el poeta que ahonda en los espectáculos de la naturaleza y en las cosas inanimadas, extrayéndoles, por decirlo así, el espíritu, el alma que en ellos saben descubrir las inteligencias privilegiadas y sobre todo los corazones que sienten intensamente. Si de ello no hubiese dado antes de ahora cien pruebas palpables, los dos cuadros suyos que en este número reproducimos lo demostrarían por modo irrebatible. Las ruinas de Pompeya y del Foro romano son algo más que copia exacta de sepulcros derruídos y de monumentos derrumbados; son evocaciones de un pasado hermoso, hechas por quien ante la triste realidad presente sabe sentir todas las grandezas de lo que fué grande en otro tiempo, que despiertan en la mente gloriosos recuerdos y hacen surgir de aquellos sitios de desolación y muerte la idea de la vida que en ellos antes reinara. Contribuye poderosamente á producir este efecto la suave y melancólica luz en que aparecen bañados ambos cuadros, y que ajustándose admirablemente al asunto patentiza una vez más el profundo conocimiento que tiene nuestro distinguido paisano y querido colaborador de todos los recursos técnicos y de la habilidad con que sabe manejarlos para producir la impresión que se propone, sin incurrir en efectismos que si sorprenden al vulgo, no engañan á los que tienen verdadero gusto artístico.

***

Abrevando, cuadro de Antonio de Ferrer (Salón Pedro Robira). – Otra nueva y discreta producción del laborioso artista Sr. de Ferrer damos á conocer á nuestros lectores, que á su mérito y recomendables condiciones pictóricas reune la circunstancia de recordar un monumento público que ya no existe, cual es la notable puerta llamada de Santa Clara, construída por el rey Carlos III, y que el municipio de Vich ha poco que demolió, contagiado, tal vez, del moderno afán de destruir cuanto evoca el recuerdo de otras épocas, más felices, por cierto, para la nación española que la presente. El bonito cuadro á que nos referimos, ejecutado con acierto, buen gusto y estudio, honra á su autor, que figura dignamente entre los profesores de nuestra Escuela Provincial de Bellas Artes.

***

Busto en relieve de Juan Flaxman, modelado por él mismo.— El célebre escultor inglés Juan Flaxman nació en York en 6 de julio de 1755, y á los catorce años entró en la Real Academia, en donde ganó muy pronto una medalla de plata. Prosiguió luego sus estudios bajo la dirección de los famosos escultores Bank, Cumberland, Sharp, Blake y Stothart, y en 1782 casóse con Ana Denmann, que ejerció be-



Busto en relieve de JUAN FLAXMAN, modelado por él mismo y que se guarda en el museo de South Kensington de Londres

neficiosa influencia en sus estudios y con la cual marchóse en 1787 á Italia, en donde permaneció siete años. Algunos años después de su regreso á Londres fué nombrado asociado de la Academia y en 1810 miembro de ésta y profesor de escultura de la misma. Falleció en 9 de diciembre de 1826. Flaxman fué uno de los primeros artistas que, emulando á Winckelmann, supieron adaptarse al espíritu del arte antiguo: sus composiciones son grandiosas y su estilo siempre noble y puro, y tanta fama como sus esculturas le dieron sus preciosos dibujos, en los cuales hizo gala de su fantasía, y sus obras didácticas *Estudios anatómicos de los huesos y músculos para uso de los artistas* y *Lecciones de escultura* que aún se utilizan con provecho en la enseñanza de esta bella arte. El ilustre escultor Canova, contemporáneo de Flaxman, decía á un inglés: «Ha venido usted á Roma para admirar mis obras, cuando tiene usted en su propio país un Flaxman, un artista cuyos trabajos superan por su elegancia clásica á todo cuanto conozco de arte moderno.»



EL NUEVO TSAREWITCH MIGUEL ALEJANDROWITCH

El nuevo tsarewitch Miguel Alejandrowitch. – El gran duque Miguel Alejandrowitch, sucesor como tsarewitch del gran duque Jorge recientemente fallecido, nació el 26 de noviembre de 1878 en el palacio Anitchkoff. Hermano del emperador actual, es el cuarto de los hijos de Alejandro III, y fué proclamado mayor de edad en la capilla del gran palacio de Tsarkoie-Selo en 18 de mayo último, y promovido al grado de ayudante del tsar después de haber prestado el juramento de fidelidad. El nuevo tsarewitch terminó el año pasado sus estudios en la Escuela de Artillería de San Petersburgo, en donde estuvo sometido á la misma disciplina que sus compañeros y demostró sus relevantes aptitudes. Al salir de la escuela fué nombrado comandante de la segunda brigada de artillería y recibió del tsar el encargo de inspeccionar en las provincias del Noroeste los trabajos de fortificación que constituyen su especialidad. Dotado de un carácter reflexivo y de un espíritu observador, el joven príncipe ha viajado mucho por Rusia, estudiando de cerca la situación económica del vasto imperio y el grado de instrucción de las poblaciones. Conforme á las leyes fundamentales del imperio, un ukase imperial, publicado en el *Mensajero oficial*, ha reconocido en el gran duque Miguel el derecho más inmediato á la sucesión al trono hasta el nacimiento eventual de un hijo varón del emperador Nicolás II.

***

Cabeza de estudio, cuadro de H. Lepel Gnitz.—En pintura, como en todas las bellas artes en general, no es siempre preciso para juzgar á un artista tener á la vista alguna de esas obras de empuje que desde luego se imponen: basta á veces un boceto, un estudio, un cuadro sencillísimo para apreciar la valía del que los ejecutara. Tal sucede con la *Cabeza de estudio* del notable pintor alemán Lepel Gnitz: no hay en ella nada que asombre, nada que indique una gran dificultad vencida, y sin embargo subyuga por la misma facilidad con que está ejecutada y atrae por los encantos que el autor ha sabido reproducir con tanta delicadeza.

***

El bautizo, cuadro de José Llovera.— A la amabilidad de la familia del malogrado Llovera debemos el poder reproducir en las páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA este bellísimo lienzo que estuvo expuesto hace poco en el Salón Parés de esta ciudad. Como se trata de un artista de quien tantas veces y siempre con los mismos merecidos elogios nos hemos ocupado, creemos ocioso ensalzar una vez más al ilustre pintor que fué gloria de nuestra patria y cuyo nombre, traspasando las fronteras de España, logró conquistarse imperecedera fama en los principales centros artísticos extranjeros. El cuadro suyo que hoy publicamos es, como la mayoría de los que de su pincel salieron, un cuadro genuinamente español por el asunto y por la factura, lleva impreso el sello de elegancia que caracterizó al renombrado artista reusense y es nueva demostración de la habilidad con que sabía combinar sus composiciones.

Estudios, dibujos de Eduardo Burne Jones.— Basta contemplar estos dibujos, aunque sea ligeramente, para comprender que quien los trazó bien merece el dictado de maestro que todo el mundo ha concedido al eminente pintor inglés Burne Jones, pues aunque se trata de simples estudios, hay tanta seguridad en aquellas líneas, tanta expresión en aquellos rostros apenas diseñados, que muy lego ha de ser en materias artísticas quien no vea en ellos la mano del dibujante consumado. No en vano Burne Jones ha sido considerado como uno de los primeros pintores contemporáneos, y la fecha de su muerte, acaecida hace poco más de un año, será siempre una efeméride luctuosa para el arte inglés.

***

El grito de alarma, cuadro de J. A. Bretón.—Se ha declarado un incendio en la aldea; el grito de ¡fuego! repercute por todas partes, y los labradores que estaban recogiendo el fruto de tantos sudores y de tantos desvelos lánzanse desesperados á campo traviesa para atajar los estragos de las llamas que amenazan destruir sus pobres hogares. Este asunto grandiosamente dramático es el que ha inspirado al célebre artista francés Julio Bretón el magnífico cuadro que reproducimos y que fué uno de los más celebrados en el último Salón de París. Reune el lienzo todas las condiciones necesarias para causar emoción profunda: la inmensidad del paisaje, la expresión de las figuras en cuyos semblantes se pinta el terror, la humareda que en el fondo se distingue, son otros tantos elementos que prestan interés á la composición y que avalora la maestría con que el pintor ha sabido combinarlos y darles forma.

MISCELANEA

Bellas Artes. – AMBERES. – La exposición de obras de Van Dyck de que hablamos en el número 917 no se celebrará en Amberes, como entonces dijimos, sino en Amsterdam. Para esta exposición se dispone hasta ahora de 100 cuadros, 26 procedentes de los museos, iglesias y colecciones particulares de Bélgica, 37 de Inglaterra y 37 de Alemania, Francia, Rusia é Italia.

PARÍS. – El pintor Poilpat ha terminado para la próxima exposición universal de París el panorama de la batalla de Jena que representa el momento en que las tropas de Napoleón se apoderan de la aldea de Vierzehn-Heiligen, y que ha sido ya colocado en el pabellón construído ex profeso por el arquitecto Frantz-Jourdain.

Teatros. – En el teatro Covent-Garden, de Londres, se ha estrenado con muy buen éxito una ópera de Isidoro de Lara titulada *Messalina*.

París. – En el teatro de la República se ha estrenado con buen éxito *Napoleón*, drama de espectáculo en cinco actos y nueve cuadros de Fernando Meynet y Gabriel Didier.

Necrología.—Han fallecido:

Dr. David Kaufmann, profesor de la Escuela provincial de rabinos de Budapest, sabio orientalista é historiador, considerado como uno de los más eminentes conocedores de la historia y de la literatura hebreas.

Teodolfo Mertel, cardenal diácono de la Iglesia romana, ex ministro del Interior de Pío IX.

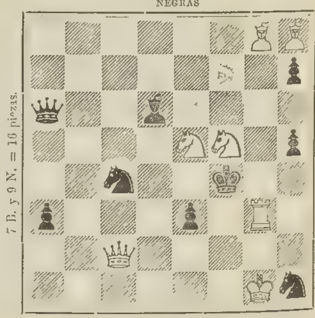
Carlos de Pulszky, ex director del Museo Nacional de Budapest.

Francisco Víctor de Saint-Germain, distinguido actor francés.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 165, POR J. TOLOSA Y CARRERAS

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 164, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. D 2 T D	1. P toma P (*)
2. C 3 C D	2. Cualquiera.
3. C de 3 C á 5 A D mate	

(*) Si 1. A toma P; 2. C 2 A R jaque, y 3. C 2 R mate [illegible] 1. A ó P 5 A R; 2. C 5 A D [illegible] y 3. [illegible] mate; 1. C 2 R, 2. A toma C, y 3. A ó D mate. La amenaza es 2. C 3 C D y 3. C de 3 C á 5 A D mate.



Marta estaba tocando á la sordina una sonata de Beethoven...

CORAZÓN DE SACERDOTE

NOVELA ORIGINAL DE H. S. DE FORGE. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

La he visitado una, dos, tres veces, y me ha hecho confidente de sus sinsabores. Cuando mi última visita, conmovido de sus penas, le he cogido la mano en un arranque espontáneo y conmovedor: ¡Pobre mujer!.. He dicho admirablemente este «¡pobre mujer!,» grito del corazón que no sé adónde me hará ir á parar.

Por lo demás, la situación es muy fácil. El marido no está nunca en casa, pues pasa la vida en la taberna. Además, la que me creo llamado á consolar habita un caserón cuyo jardín tiene una puertecilla... Pero todavía no he llegado ahí, y por ahora, sólo entro por la puerta oficial.

Aparte de esto, procedo con mucha prudencia por dos razones.

Ante todo, no quiero dejarme coger por *el buen fin*. Sería una majadería haber venido á Genneville para eso.

Además, tiene un hijo, guapo muchacho, pero muy molesto. Siempre está con su mamá ó llega inoportunamente. Este niño, que pronto cumplirá catorce años, me mira de un modo que me paraliza horriblemente. Tiene hermosos ojos claros, dulces – los ojos de su madre. – No parece sino que adivina mis intenciones y que se mantiene alerta para contener al enemigo. Veo que necesitaré hacer la conquista del hijo antes que la de la madre: tiempo perdido.

Por ahora, suspendo aquí mis confidencias. En el reloj de la iglesia dan las once, hora inusitada en Genneville.

Adiós, pues, querido Octavio. Muchas expresiones á los amigos. Un día de estos iré á sorprenderos, y por mi mengua, podréis convenceros del grado de provincialismo á que ha llegado este pobre desterrado.

Siempre tuyo

SAVINIANO

VI

Concluída la carta, Saviniano la repasó con tanta mayor lentitud cuanto más se acercaba al fin. Luego se quedó largo rato pensativo, siguiendo con mirada distraída las espirales de humo que salían de su cigarro. Después dobló cuidadosamente el papel que acababa de escribir, lo rompió en cuatro pedazos, los quemó á la luz de la lámpara y los arrojó á la chimenea.

Sin duda no sabía á punto fijo lo que quería, porque una vez realizado su sacrificio, exclamó sin respeto á su propia dignidad:

– ¡Qué animal soy!

Sin embargo, no volvió á coger la pluma y salió á pasearse pensativo, bajo el estrellado manto de la noche, por el jardín lleno todavía de las producciones florales de M. Jerôme.

Saviniano de la Haye no era en modo alguno un hombre malo.

Rico, amable, de gallarda apostura, su historia había sido la de todos sus congéneres, afectuoso y de buen parecer: historia que se desarrolla uniforme entre los bastidores de los teatros, los tapetes verdes de los casinos, los retretes fácilmente accesibles y algunos salones del gran mundo en los que tal vez no se adquieran mejores costumbres, pero que al menos fomentan los hábitos del buen tono.

Había llevado esta vida alegre y desocupada durante los últimos años del Imperio, vicioso por fanfarronería más bien que por índole, arrastrado más bien que corrompido, vanidoso sobre todo de los placeres que por buen tono se creía obligado á buscar ostensiblemente y de los que en realidad estaba ya hastiado. Los seis meses del año terrible durante los cuales cumplió correctamente su deber en un cuerpo de tiradores, acabaron de madurarle. Cuando después de la paz se creyó en el caso de reanudar su existencia de bulevardero desocupado, vió tan claramente su gran imbecilidad, que sin decir una palabra á sus compañeros de holgorios, aprovechó el breve paso por el ministerio de su primo de Marcy para pedirle un empleo en provincias, y éste le envió en seguida á Gueret, de donde pasó á Genneville.

Allí se dió á conocer - resto de su antiguo modo de ser - por ese tono zumbón que tiene el oropel del ingenio, por ese voluntario menosprecio de la pequeña población que le parecía de buen gusto en un parisiense, y por la afirmación repetida, ya que no hija de la convicción, de que sufría el más lamentable destierro. En realidad estaba contento, y cuando por la mañana galopaba por los caminos plantados de árboles, respirando los saludables efluvios de los campos, su pensamiento, lleno de una satisfacción vaga y desconocida, rara vez evocaba el recuerdo del bulevar.

Pero el antiguo calavera se habría creído deshonrado si no hubiera introducido alguna intriga amorosa de su nueva existencia. Su primera investigación administrativa consistió en buscar la afortunada mortal á la que distinguiría para echarle su pañuelo subprefectural.

Mad. Descordes había hecho á Saviniano indicaciones que hubieran podido parecer muy comprometedoras, si su edad, su virtud y su flacura no la hubieran puesto al abrigo de toda sospecha. Ora le convidaba á comidas íntimas, muy sencillas, demasiado sencillas según opinaba Saviniano, ora no temía ir en persona á la subprefectura, en interés de sus asociaciones benéficas. Dominada por una necesidad de invasión que le parecía casi un derecho, asediaba al mísero funcionario, sobrado cortés para hacérselo comprender y demasiado político para arriesgarse á convertir en enemiga á aquella devota turbulenta.

Mad. Descordes se proponía dos objetos. Como esposa, ardía en deseos de alcanzar para su marido las palmas de oficial de Academia, para lo cual creía tener todo derecho... Se las había concedido á su colega, el otro teniente alcalde, que sólo había presidido una vez la distribución de premios de la Escuela municipal, cuando M. Descordes la había presidido dos veces. Siempre hay pretextos y sutilezas en este mundo.

Como madre perseguía especialmente un sueño y hacía á él alusiones tan transparentes que se necesitaba que Saviniano estuviera muy distraído para que no las notara.

El ingrato no observó más que una cosa en el flujo de aquella enojosa charla jamás agotada, y era que Mad. Descordes pronunciaba á menudo el nombre de su prima Mad. Charlier. Un día aquella señora le habló con toda franqueza:

– Es hija de un marqués arruinado, Dios sabe por qué. Yo la he sacado de la miseria, sí, señor, de la verdadera miseria; casi no tenía qué comer. Y hoy lo ha olvidado, y he de soportar las arrogancias aristocráticas y la conducta altanera de la que me lo debe todo... ¡Ah! ¡Medrado estaría el que sólo hiciese el bien con la esperanza de las recompensas humanas! Y todo esto porque su padre tenía un título y ella ha sido educada en París. ¿Acaso la educación que se da en Genneville no es tan buena como la suya, siquiera sea más sencilla?

– ¿Somos salvajes por ventura?, preguntó Diosdada lanzando la carcajada de costumbre.

– Al menos nuestros padres no han muerto plagados de deudas... Pues ¿y su casa? Si viera usted su casa, señor subprefecto...

– ¡Un infierno!, exclamó Angélica.

– Mi hija dice bien, aquello es un infierno. Conozco todos los detalles... Mi pobre primo me confía á veces sus penas, de las que procuro consolarle, como ordena la caridad.

– ¡Y Pablo!, dijo una de las hijas con conmiseración.

– ¡Ah, sí, pobre niño! ¿Qué será de él? Ya es tan insolente como su madre... ¡Pues no se ha atrevido á decirme en mi cara que no era buena!

– ¡Decir eso de mamá, que pasa su vida ocupándose de los demás!

– En fin, es una familia que se va á pique... Esta es la palabra... Si yo no interviniera en ella por la lástima que me da mi primo y ofreciendo al cielo todos los desaires que soporto...

– M. Charlier ¿no es concejal?, preguntó Saviniano, que meditaba un proyecto.

– Sí, señor, y un concejal modelo... Tiene algunas faltas, muchas sin duda, y sobre todo de atacar con frecuencia á la religión... Pero, en fin, era hombre de buen fondo... Ahora lo han agriado, exasperado, puesto en el disparadero, porque no tiene los modales de un marqués... y entonces... Estoy segura de que Dios se apiadará de él, mientras que...

– ¡Una mujer que apenas oye los domingos una misa rezada de prisa y corriendo!, interrumpió Angélica.

– Nunca va á misa mayor ni á vísperas, añadió Diosdada.

– Yo la he invitado á nuestras reuniones benéficas, pero jamás ha puesto en ellas los pies, dijo la madre.

Mientras se desbordaba el torrente de recriminaciones, Saviniano reflexionaba:

«Una mujer de mundo, mal casada, decía para sí... Un matrimonio que se va á pique... El marido concejal..., pretexto para visitas... Por poco bonita que sea... ¡Ah! Tienen razón... Esa Mad. Descordes está verdaderamente llena de caridad.»

– Lo que más me gusta en este joven subprefecto, dijo Mad. Descordes cuando se hubo marchado Saviniano, es que se conoce que presta atención á lo que se le dice.

Cuando al otro día, la única criada de Marta anunció á su señora que el subprefecto estaba en el salón, esta visita le pareció inoportuna. En su vida tan triste, la llegada de un extraño le causaba un temor instintivo: ¡sería un testigo más de sus miserias!

Pero vió en él un hombre fino, bien educado, que llevaba, en medio de sus decadencias, la corrección de la buena sociedad. La visita de Saviniano fué necesariamente insignificante, ni muy larga ni muy corta. Portóse con un tacto exquisito, afectando ignorar el vergonzoso género de vida de Charlier.

Aquella conversación de un cuarto de hora fué para la pobre aislada como un claro en el obscuro cielo de su hogar. Había oído un momento el lenguaje á que antes estuvo acostumbrada; por consiguiente aún quedaban hombres que podían hablar sin salpicar su conversación de palabras soeces y groserías.

A pesar de la trivialidad de la entrevista, aquella breve aparición le dejó una impresión consoladora: ¡los pobres son tan poco exigentes!

Cuando á las dos semanas Saviniano se presentó de nuevo, la impresión de Marta fué de asombro.

– Señora, dijo, el otro día el subprefecto vino á saludar á la esposa de un concejal. Hoy es M. de la Haye el que viene á ofrecer sus respetos á madame Charlier.

La entrevista fué desde el primer momento menos solemne que la anterior. Se habló de París, y Saviniano citó nombres que Marta conocía. Acerca de la vida que se llevaba en Genneville, tuvo ocurrencias que desarrugaron el ceño de aquel rostro tan poco acostumbrado á las sonrisas. Hizo un elogio entusiasta de Mad. de Sennevaux, á la que tanto quería Marta, y se mostró muy amable con Pablo, que se presentó durante la visita. Cuando se marchó, el niño observó que su madre tenía la cara casi alegre. Él mismo se sintió reanimado por aquel fugaz rayo de sol y experimentó cierto vago agradecimiento por el que lo había hecho lucir.

Charlier, que aquel día regresó á su casa en un estado excepcional de lucidez, montó en cólera cuando su mujer le dijo que devolviera al subprefecto sus dos visitas.

– ¡Yo!.. Ir á casa de ese caballero..., un noble..., un reaccionario..., un amigo de los curas... ¡Nunca, nunca! No se dirá de Charlier que pisa con sus botas de hijo del pueblo los suelos bruñidos de la casa de una sanguijuela del Estado.

Esta frase le calmó un poco; parecióle muy bien y se propuso repetirla al día siguiente á sus amigos.

– Es probable, objetó Marta dulcemente, que si no le devuelves las visitas, el subprefecto no venga más. Y si vuelve, ¿debo cerrarle la puerta ó recibirle?

– ¡Pardiez! Recíbele si te place... La verdad es que un bonito corazón adornado de un *de* es á propósito para agradar á la hija de un marqués. ¡Nada, nada, charlad, murmurad, hablad mal del pueblo!.. ¡No es eso lo que ha de detener el torrente que avanza!

Marta había hecho aquella pregunta por exceso de prudencia, pues estaba convencida de que Saviniano no volvería.

Pero Saviniano volvió.

Recibióselе con visible simpatía, y cuando Pablo supo que estaba allí, acudió satisfecho también. La conversación adquirió aquella vez un giro más íntimo. Marta habló detenidamente de su padre, de su juventud, é hizo algunas alusiones á las terribles tristezas de su vida. Entonces fué cuando en un arranque diestramente combinado, Saviniano, obedeciendo á sus proyectos de conquista, le estrechó la mano murmurando aquel «¡Pobre mujer!» que le pareció un golpe de mano maestra.

Cuando se retiró, Pablo se acercó á él gravemente, y cogiéndole á su vez la mano le dijo:

– ¡Gracias, caballero!.. ¡Usted sí que es bueno!

Saviniano recordó esta frase al acabar de escribir á Legagneur la carta en que exponía sus proyectos de seducción, y al recordarla se sintió más conmovido, más turbado quizás que en el momento en que el niño la había pronunciado. El espontáneo y sincero arranque de Pablo, manifestándose agradecido por la compasión otorgada á su madre, le agitó más de lo que se figuraba. Penetró en su corazón un sentimiento extraño, nuevo, desconocido y grato, á la vez que un remordimiento leve, pero sincero, causado por su comedia de simpatía enfrente de aquella franqueza, una especie de verguenza vaga motivada por sus torcidos proyectos enfrente de aquella pureza. La candorosa sencillez del niño había sonrojado á aquel Don Juan aún no empedernido.

Destruyó, como queda dicho, la carta, y mientras paseaba por el jardín oreado por la templada brisa de una noche de agosto, el cielo le pareció más límpido, las estrellas brillaban con resplandor desusado, las flores difundían un perfume suave, y en medio de un ensimismamiento todavía incierto, Saviniano transformado vió aparecer, rodeados de una luz suave, discreta, exquisita, los rostros unidos y sonrientes de Marta y Pablo.

VII

La casa en que vivía Marta era uno de esos antiguos edificios semiseñoriales, situados en otro tiempo en el extremo de los arrabales y que por efecto de los ensanches sucesivos de las ciudades han quedado poco á poco englobados en el centro. Estaba aislada en el fondo de un callejón sin salida cerrado por cercas de jardines, en una de las cuales estaba su macizo portal, con su enorme aldabón herrumbroso y su madera carcomida, de la que en muchos sitios había desaparecido la pintura. Un patio, por entre cuyas disgregadas baldosas crecía la hierba, precedía á una pequeña y gastada escalinata, la cual tenía uno de los escalones partido por la mitad y los otros desmochados en los ángulos.

Por esa escalinata se pasaba á un vestíbulo desprovisto de todo mueble. En un alzapaño estaba colgado el abrigo de goma que Charlier se ponía los días lluviosos para ir al café. A la derecha había una habitación sin destino determinado que servía para todo. En medio y sobre unos caballetes había una tabla con una manta de lana desgarrada en la cual se planchaba; junto á la ventana una silla de asiento de paja deteriorado en la que se sentaba para repasar la ropa Francisca, la fiel nodriza de Marta, Caleb femenino que jamás se había separado de ella y en la actualidad acumulaba en su persona todos los empleos domésticos de la casa; en los rincones yacían en confuso montón objetos de toda clase, paraguas, bastones, herramientas de jardinería, un aro de Pablo cuando niño, un juego de bochas, una regadera estropeada, etc.; en la pared, cuyo papel estaba á trechos podrido de humedad, se destacaba una vieja panoplia medio vacía, de la que pendían aún, sobre el terciopelo descolorido, dos escopetas enmohecidas, dos pistolas de arzón antiguas y un revólver.

Cuando, al entrar en el vestíbulo, se veía aquella habitación destartalada por la puerta siempre abierta, la impresión no podía ser más desconsoladora.

Adivinábase la estrechez de la familia y sobre todo ese desánimo que no busca ya en la simetría y en el aseo una postrera apariencia de bienestar.

Otra puerta daba acceso á un salón más arreglado. Era la habitación en que solía estar Marta. También allí las paredes habían perdido su frescura; los muebles eran escasos y desproporcionados; faltaban esas fruslerías que dan á una estancia el sello de la vida íntima y feliz. Sin embargo, por ciertos detalles se adivinaba la presencia de una mujer de gustos ele-

gantes y distinguidos. Los dos grandes jarros de cristal sencillo contenían ramos de flores. Entre aquellos muebles viejos y estropeados había algunas sillas bajas, un *puf*, taburetes forrados de tapicerías de colores vivos y claros, que indicaban la habilidad de los dedos de la dueña de la casa, así como se revelaba su instinto artístico en la armoniosa elección de los matices. En un piano que apenas se abría, algunos cachivaches antiguos recordaban la prosperidad de mejores días.

En el ángulo, cerca de una puerta-ventana que daba al jardín, había una mesa en la que estudiaba Pablo junto á su madre sin temor de que le molestaran muchas visitas.

Cuando, en un hermoso día de verano, el sol difundía su benéfica sonrisa sobre Marta y Pablo estudioso y callado y las ventanas abiertas daban paso á los suaves olores del jardín y á la gárrula algazara de los pájaros que revoloteaban entre los tilos, el recién llegado, olvidando la tristeza de la entrada, podía creer que penetraba en un asilo de paz y bienandanza. Las paredes no contaban todas las escenas de dolores y de violencias de que á menudo habían sido testigos.

– ¡Dios mío!, dijo madame Descordes en una de sus visitas, demasiado frecuentes para lo que Marta hubiera deseado, ¿esperas á algún príncipe ó marqués? Digo esto porque veo á Pablo muy atareado en cimentar las baldosas del vestíbulo. También he visto á Marta que limpiaba su cuchitril... Además, en el piano hay puesto un jarro de Gien, lleno de flores, que nunca había visto...

Pues tu inspección no es completa, prima, contestó Marta. Mira, aquí tienes un sillón cuya tapicería he bordado y que acabo de hacer montar..., y aquí un juego de te que Pablo me ha regalado comprándolo con sus ahorros; pobre hijo mío... Todo esto no significa que yo espere ningún marqués ni príncipe, sino sencillamente que quiero hacer más agradable el pobre rincón en que paso la vida.

– Vamos, veo que tienes dinero de sobra para proporcionarte ese lujo. Si el embellecimiento de tu casa no te lo absorbe todo, dedica algo á mis asociaciones. Los dones ofrecidos al Señor hacen perdonar muchas cosas, y ¿quién no tiene algo por qué hacerse perdonar?

– Muchos dones tendrás que hacer, mala víbora, para alcanzar tu perdón, refunfuñó por lo bajo Francisca, que desde su cuarto oía las observaciones de la caritativa señora.

– Esa reforma del mueblaje me llama la atención, dijo Mad. Descordes á sus hijas al volver á su casa. Ahí pasa algo..., no cabe duda.

– Tal vez quiera dar un banquete, contestó Angélica.

– O espera la visita del subprefecto, observó Diosdada que pensaba mucho en Saviniano.

– ¡Pues ya puede esperar sentada! Después de lo que he dicho á M. de la Haye, como debía hacerlo en conciencia, para ponerle en guardia, no creo que se atreva á visitarla. Pero de todos modos, ahí pasa algo..., vigilaré.

La vigilancia de Mad. Descordes fué larga, muy larga, y por espacio de muchos meses ineficaz. La repartió hábilmente entre los diferentes días de la semana y las distintas horas del día, presentándose de improviso y sin observar nada de particular como no fuera que cada vez encontraba una nueva mejora en la casa.

En el vestíbulo había ya seis sillas con fundas de cutí orladas de un ancho galón encarnado. Estas sillas habían costado una peseta cada una en una prendería... El cafarnaum de Francisca, limpio de sus trastos viejos, tenía cubiertas las paredes con una sencilla tela de colchón, á rayas grises y azules, que daba á aquella pieza el aspecto alegre de una tienda de campaña. Ya estaba afinado el piano, y Francisca había lavado los cortinajes. Dos grandes macetas de flores en las que Marta había pintado arabescos, puestas sobre rústicos troncos de árboles, amenizaban la entrada del salón. En fin, la casa parecía rejuvenecerse y revivir.

– ¿Qué hay de nuevo?, preguntaban ansiosas Angélica y Diosdada á su madre cuando volvía de una de sus visitas inquisitoriales.

– Nada..., siempre nada... Y sin embargo, mi instinto no me engaña, hay algo... Debo saberlo, y no pararé hasta averiguarlo... Quizás pueda hacer algún bien.



¡Señor, Señor! Si has de llevarla al cielo..., llévame á mí al infierno!

El único descubrimiento que hizo Mad. Descordes fué el encontrar un día á Mad. de Sennevaux sosteniendo con Marta una animada conversación que suspendieron á su llegada.

– ¿Molesto, señoras?, preguntó algo picada.

– Nada de eso, prima, contestó Marta que á su vez parecía revivir y rejuvenecerse como su casa y había recobrado su modo de hablar franco y un poco altanero; si hubiera temido que nos molestaras, habría mandado que no permitieran la entrada á nadie.

Mad. Descordes se puso encendida, herida en su amor propio y furiosa.

Mad. de Sennevaux abandonó el puesto, viendo que no podía luchar con aquella mujer indiscreta.

– Pronto nos veremos, dijo al marcharse, y traeré á Roger para que juegue con Pablo.

– Sí, sí, vuelve pronto, contestó Marta; ¡tengo tanta necesidad de hablarte!

Esto hizo que aumentaran las sospechas indeterminadas de Mad. Descordes. Decididamente pasaba algo y Mad. de Sennevaux estaba en el secreto.

Un día encontró á Francisca en la calle, la detuvo y se puso á hablar con ella de las mejoras de la casa; pero tenía que habérselas con quien era más ladina, y la criada sabía siempre contestar con corteses evasivas y riendo.

– Debe usted ser muy observadora para haberse fijado en eso, señora, contestó. Pero aún no está usted al cabo, y ya verá algo más. Precisamente vengo ahora de casa del tío Frenaut, á quien he encargado que envíe dos carretadas de arena para el jardín... Voy á hacerme jardinera... ¡Qué bonito estará!

– ¿No ha ido por allí hace poco el subprefecto?, preguntó Mad. Descordes.

– ¿Quién es el subprefecto? ¿Un señor gordo con gafas de oro?

– No; ese se marchó. Es un joven.

– ¡Ah! ¿Conque el gordo se marchó? Pues no lo sabía.

– Por aquí voy mal, pensó Mad. Descordes mientras que la marrullera Francisca murmuraba al marcharse:

– ¡Anda, hija mía! Todavía no eres bastante sagaz para hacer cantar á la vieja Francisca si no quiere.

Estas decepciones excitaban la curiosidad de las tres Descordes, las cuales no sabían hablar de otra cosa. Pasaba en Genneville algo que ignoraban, y este misterio ocurría precisamente en la casa en que debían ver más claro.

Pensando en ello Mad. Descordes calculó que había estado en casa de Marta á todas horas, excepto de cuatro á seis, durante las cuales daba lección de música á sus hijas. Al punto, y como inspirada, se puso precipitadamente el sombrero, y fué á casa de su prima. Eran las cinco.

Precisamente el portal estaba abierto, pues habiendo tenido Francisca que salir á comprar algo por allí cerca, no lo había cerrado, y esta circunstancia vino de perillas á Mad. Descordes, que así no tuvo que llamar. Si había algo que sorprender, lo sorprendería. Andando de puntillas, llegó á la puerta del salón, oyó los sonidos del piano y entró bruscamente.

Marta estaba tocando á la sordina una sonata de Beethowen, mientras Saviniano, sentado junto á Pablo, buscaba en el diccionario las palabras necesarias para su traducción. El te hervía en un samovar. Era á modo de una reunión de familia, dulce, tranquila, íntima, casi impregnada de recogimiento.

El instinto de Mad. Descordes no la había engañado: allí había algo de nuevo... El amor había penetrado en casa de Marta.

VIII

Hacía seis meses que Saviniano iba todos los días á casa de Marta, habiendo sido un milagro que en aquella ciudad de cristal y ante el ojo siempre avizor de Mad. Descordes, aquellas entrevistas hubiesen permanecido tanto tiempo ignoradas.

¡Ah! Cuando en virtud de las indicaciones que ésta le había dado, seguramente con muy otra intención, Saviniano había concebido sus planes de conquista; cuando comenzó á ponerlos por obra con acertada estrategia, ufanándose ya de sus primeros resultados, ¡cuán poco se le figuraba que la palabra inocente de un niño bastaría para desconcertar todos sus proyectos de Don Juan en busca de una nueva intriga amorosa! ¡Cuán poco sospechaba que en aquel apartado rincón de provincia, del que se burlaba con tanto desparpajo, acababa de brillar para él una luz súbita y exquisita, cambiando todos los horizontes de su vida y sustituyendo el amor, pero amor verdadero, absoluto, respetuoso y casto, á la novela de adulterio soñada en su ocio como una distracción pasajera.

Sus compañeros de París se habrían quedado muy admirados y encogídose de hombros con desprecio si hubiesen podido ver al alegre calavera de otro tiempo, promovedor de toda loca distracción, aguardando con impaciencia la hora de ir á sentarse, cada día con mayor afán, entre un niño y su madre.

Saviniano fué menudeando poco á poco sus visitas, cosa que así á Marta, como á Pablo y como á él mismo, les parecía muy natural. No era necesario que mediasen invitación ni explicación: le aguardaban é iba.

Si por casualidad pasaban tres ó cuatro días en claro, Pablo decía á su madre:

– Hace mucho tiempo que no ha venido.

– Es verdad, contestaba sencillamente Marta; sí que hace tiempo.

Ni siquiera pronunciaban su nombre: era inútil.

Un día, al marcharse, Pablo le dijo afablemente:

– Hasta mañana.

Saviniano miró á Marta, la cual sonrió y repitió:

– Hasta mañana.

(Continuará)

ISLAS FILIPINAS

EL SANTUARIO DE GUADALUPE

En el número último de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicamos dos vistas del poblado de Guadalupe; en el presente reproducimos la fachada y el interior del famoso santuario que en dicho poblado se levanta y que tomamos de las fotografías de nuestro inteligente y activo corresponsal en Manila Sr. Arias y Rodríguez, á quien nos complacemos en reiterar nuestro aplauso por la belleza y el interés de sus trabajos fotográficos y nuestro agradecimiento por las deferencias que tiene para nuestra revista.

El santuario de Guadalupe fué edificado por primera vez por el sobrino del célebre arquitecto Juan de Herrera. En 1880 fué destruído por los terremotos, habiendo sido al poco tiempo reedificado por la comunidad de frailes agustinos. Recientemente ha sido incendiado durante las luchas entre filipinos y yankis.

No hay en los alrededores de Manila otro punto tan estratégico como este santuario, desde cuyo campanario hoy derruído se dominaba toda la capital y el fondeadero de los buques en aquella inmensa bahía.

El edificio que en el segundo grabado se ve adosado al santuario es la entrada que correspondía al convento, adonde concurrían los agustinos enfermos convalecientes ó á quienes el Provincial concedía algunos días de vacaciones.

El otro grabado reproduce el interior del templo. Detrás del altar mayor había el panteón en donde recibían sepultura los frailes agustinos que fallecían en Manila ó en Guadalupe.

La Virgen de Guadalupe que en dicho altar mayor se veneraba era de plata maciza y de tamaño natural. Hoy no se sabe qué ha sido de ella; pero sí se sabe, por haberlo así afirmado los mismos agustinos, que los filipinos la respetaron, como respetaron también todo cuanto contenía el templo.



CONDESA DE ABERDEEN, presidenta del Congreso internacional de la Mujer recientemente celebrado en Londres (de fotografía de Lafayette, Dublín).



MRS. MAY WRIGHT SEWAL, vicepresidenta del Congreso internacional de la Mujer



ISLAS FILIPINAS. – INTERIOR DEL SANTUARIO DE GUADALUPE, situado en las inmediaciones de Manila, destruído por un incendio durante la lucha entre filipinos y yankis (de fotografía propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila).

ISLAS FILIPINAS. – FACHADA DEL SANTUARIO DE GUADALUPE (de fotografía propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila).

* * *

CONGRESO INTERNACIONAL DE LA MUJER

RECIENTEMENTE CELEBRADO EN LONDRES

Nuestra distinguida colaboradora la señora doña Emilia Pardo Bazán ocupóse en la crónica inserta en el número 916 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA del Congreso internacional de la Mujer celebrado á fines de junio y principios de julio en la capital de Inglaterra. Nada hemos de añadir á las atinadísimas consideraciones que con su reconocida competencia expuso allí sobre este asunto tan eximia escritora, y únicamente, con ocasión de publicar los retratos de la presidenta y vicepresidenta del referido congreso, daremos algunas noticias de lo que en el mismo se hizo y de algunas fiestas que con motivo del mismo se celebraron.

Las cuestiones que se ventilaron fueron las que están á la orden del día en el movimiento feminista y que pueden incluirse en los siguientes grupos: educación, carreras para la mujer, política, legislación y moral. El número de trabajos presentados fué tan excesivo que hubieron de crearse varias secciones auxiliares. En nueve días se celebraron nada menos que sesenta *meetings*, varios de ellos públicos, para los cuales pudieron disponer las congresistas de la gran sala de *Queen's Hall* y también del hermoso palacio del Ayuntamiento, en donde tuvieron lugar las sesiones ordinarias.

Presentáronse como disertantes las personas sin distinción de sexo más competentes en las diferentes materias de que se trató, figurando en el programa los nombres del arzobispo de Cantorbery, de Mrs. Creighton, esposa del obispo anglicano de Londres, de la teóloga yanki Ana Howard y de otras ilustres personalidades.

La hospitalidad británica se mostró en esta ocasión en todo su esplendor: todas las delegadas oficiales y las disertantes, cuyo número pasaba de trescientas, fueron recibidas durante el tiempo del congreso como huéspedes en las casas de las socias de Londres, y las damas de la más alta aristocracia ofrecieron á las congresistas toda clase de distracciones.

Hubo grandes recepciones en los palacios de la duquesa de Sutherland y del obispo anglicano de Londres, una *garden party* en casa de lady Battesea y un *luncheon* en la de lady Aberdeen. Lady Rothschild puso un tren especial para trasladar á mil congresistas á su casa de campo, y hasta el Parlamento tuvo la galantería de obsequiar á un cierto número de congresistas en las célebres terrazas del palacio.



CONFLICTO ENTRE INGLATERRA Y EL TRANSVAAL

Inglaterra se ha propuesto apoderarse de la república del Transvaal, porque así conviene á sus intereses, y no cesa de promover conflictos con los boers á fin de llegar á un *casus belli* que le permita hacer alarde de sus fuerzas y conquistar por la fuerza aquel Estado sud-africano. Los transvaalenses y su presidente Kruger se han defendido hasta ahora valientemente; pero ya empiezan á ceder á las exigencias británicas, y así lo demuestran los últimos acuerdos de aquel Parlamento.

Existen, sin embargo, entre los boers elementos de resistencia que recordando sus pasados triunfos y siendo idólatras de su independencia no quieren dejarse imponer ni siquiera por la poderosa Inglaterra, y prefieren una lucha, que podría ser favorable ó adversa, pero que siempre sería heroica y gloriosa, á las humillantes transacciones que su enemiga exige de ellos. Estos elementos celebraron recientemente un *meeting* en el Paardekraal de Johannesburgo, presidido por el general Joubert y por varios miembros del poder ejecutivo, en el cual se dijo que la república transvaalense no podía conceder á Inglaterra más que lo que el presidente Kruger había ofrecido al delegado inglés en la conferencia de Bloemfontain. El general Joubert recordó á los cinco mil boers congregados alrededor del histórico monumento que se alza en el centro del Paardekraal el solemne juramento prestado en 1880; en aquel entonces todos los boers, llevando cada uno una piedra en la mano, juraron ante el Todopoderoso que derramarían hasta la última gota de su sangre por su adorada patria. Las piedras fueron puestas en montón y sobre éste se construyó el monumento á que antes nos hemos referido.



CONFLICTO ENTRE INGLATERRA Y EL TRANSVAAL. – Manifestación de boers delante del monumento de Paardekraal en Johannesburgo



CONFLICTO ENTRE INGLATERRA Y EL TRANSVAAL. – Boers discutiendo delante del histórico montón de piedras

Antes de disolverse el *meeting* los manifestantes entonaron un salmo y se vitoreó con entusiasmo al presidente Kruger.

Los dos grabados que en esta página publicamos representan á los manifestantes agrupados junto al monumento y á un grupo de boers discutiendo los sucesos del día al pie de la columna en cuya base y detrás de una reja se ve el montón de piedras depositado por los boers en 1880.



LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

NUESTRAS CALAMIDADES, por *Rafael Pasant y Arús.* – Este folleto es una enérgica crítica de los efectos que el centralismo produce en España en general y en la importante ciudad de Mataró en particular. Contiene consideraciones muy justas que demuestran en su autor perfecto conocimiento del tema tratado y soluciones inspiradas en el mejor deseo para remediar los males que la centralización ha causado. El folleto ha sido impreso en Mataró en la imprenta de J. Horta.

QUIMERA, por *José Luis Cantillo.* – El distinguido escritor bonaerense Sr. Cantillo demuestra en este boceto de costumbres, como lo denomina, notables cualidades de observador y de novelista. *Quimera* constituye, aparte de su interés novelesco, un estudio concienzudo de la sociedad argentina: los personajes tienen todo el relieve de la realidad y las escenas son cuadros animados llenos de vida y de movimiento. El libro ha sido impreso en la librería Bredhal de Buenos Aires y se vende á 2'50 pesos.



ESTUDIOS, dibujos de Eduardo Burne Jones

ANUARIO ESTADÍSTICO DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES. – La Dirección de Estadística Municipal de Buenos Aires ha publicado el anuario estadístico de aquella capital correspondiente al año 1898. Para patentizar la importancia de este libro bastará enumerar los títulos de los capítulos que comprende, que son los siguientes: observaciones climatológicas é higiénicas, crecimiento de la población, demografía, alimentación pública, locomoción, movimiento económico, comercio especial exterior de la ciudad de Buenos Aires, correos, telégrafos y teléfonos, asistencia pública, movimiento criminal, movimiento carcelario, instrucción pública, diversiones y juego, datos diversos. Todas estas materias están tratadas con gran método, con perfecta claridad y verdadero lujo de detalles, y de su lectura se desprende el estado floreciente de la capital de la República Argentina; en demostración de ello citaremos solamente tres datos relativos al año 1898: el aumento de población con relación al número de habitantes ha sido de 3'7 por 100, el número de nacimientos por 1.000 habitantes de 40'9, y el de defunciones 17'67, ocupando bajo estos conceptos Buenos Aires uno de los primeros lugares entre las principales capitales europeas y americanas. El Anuario, que forma un tomo de 325 páginas, honra al municipio bonaerense y al director de la Estadística Municipal D. Alberto B. Martínez: ha sido impreso en la imprenta de la Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XVIII — Barcelona 14 de agosto de 1899 — Núm. 920

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL CAPITÁN A. DEL BORRO,

cuadro de Velázquez que se conserva en el Museo de Berlín

ADVERTENCIA

Con el próximo número de «La Ilustración Artística» repartiremos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el tomo tercero de la serie correspondiente al presente año, que será el segundo y último de la obra «La vida en la América del Norte,» por Pablo de Rousiers, ilustrado con profusión de grabados, reproducciones de fotografías hechas expresamente para esta obra.

SUMARIO

DE EUROPA

Entre los recientes acontecimientos que se imponen á la atención, hay uno sin trascendencia política, la muerte del tsarewitch, que sin embargo ha interesado y conmovido profundamente.

Poco enterado el público de las interioridades familiares de las casas reinantes, casi no recordaba la existencia del joven príncipe á quien estaba destinada la corona más refulgente quizás del mundo; la corona de un inmenso imperio, donde todavía los monarcas guardan sus privilegios y un prestigio semidivino, y donde á la vez irradian los esplendores de una civilización poderosa... y enteramente europea. Vivía tan retirado del mundo el gran duque Jorge; con tal silencio escondía su enfermedad amenazadora y su dicha amorosa en las soledades del Cáucaso, que á decir verdad nadie se acordaba de él. La tisis, el mal de los pobres, de los que reciben nutrición insuficiente, había señalado con su garra de acero á este poderoso de la tierra, y quizás el convencimiento de que le esperaba muerte prematura contribuyó á que buscase un instante de felicidad en desigual alianza, en un consorcio morganático, que le crearía muy graves dificultades si llegase el caso de tener que ocupar el trono de Rusia. Caso, más que incierto, problemático; el hermano menor enfermo no tenía grandes probabilidades de suceder al robusto y bien constituído hermano mayor. Fué su corta vida un sueño hermoseado por rayos de ventura doméstica, y fué su fin casi bello, rápido, no resultado de la lenta consunción que le minaba, sino de un accidente casual, una caída de bicicleta, que á individuo más fuerte sólo le costaría una semana de cama. Y así como en la *Iliada* se inmolaban sobre la pira del guerrero sus esclavas y sus servidores, sacrificóse encima de la fosa del tsarewitch su desgraciado ayudante, pegándose un tiro en la sien. De todas las condiciones en que el hombre puede encontrarse, quizás no haya otra tan ardua y comprometida como el inmediato servicio del monarca. La noción de la superioridad infinita, por decirlo así, de la persona real con respecto á las demás personas; esta idea que nace de una ficción, pero que actúa como si en la realidad más clara y evidente se fundase, crea deberes artificiales, terribles, de hierro, fatídicos deberes, con los cuales está siempre expuesta la vida. Desde Sancho Ortiz de las Roelas que por orden del rey mata á quien ama con fraternal cariño y el cortesano de Luis XIV que á consecuencia de una mirada severa del monarca se acuesta para no levantarse nunca, hasta el ayudante que, habiendo infringido la consigna dada por el autócrata de no separarse un punto de su amo el tsarewitch Jorge, se aplica el cañón del revólver á la frente, larga cadena de víctimas revela la acción y la intensidad de ese extraño sentimiento romántico que se llama *lealtad de vasallo* y va pareciendo ahora fanatismo. - Por algo se ha dicho que el rey y el sol, de lejos, pues de cerca siempre han de quemar, sin advertirlo siquiera, indiferentes al daño que causan.

***

Era un amigo nuestro, un adicto á España – pocos nos quedan ya, especialmente en la región antillana,



General Ulises Heureaux,
presidente de la República Dominicana, recientemente asesinado

muy pocos, – ese presidente de la República de Santo Domingo que acaba de caer bajo el plomo de un vengador. Es esa República una de las primeras colonias que perdimos, allá en el siglo XVI – el vicio de perder es viejo en nosotros. Nos la quitaron, cuando más arrogantes andábamos, unos cuantos aventureros franceses é ingleses; y si bien pretendimos darles una lección, fueron más tenaces los bucanieros y filibusteros, y nos desposeyeron, probablemente por toda la eternidad, de la feracísima isla. Muchos jefes del Estado en Santo Domingo perecieron de muerte violenta, desde aquel famoso emperador Jacobo I que tan corto tiempo pudo disfrutar su improvisada soberanía, y aquel Enrique I que volvió contra sí mismo el cañón de su pistola, hasta el que acaba de desplomarse bañado en sangre, expiando culpas antiguas, rencores de esos que no perdonan. Y hemos sentido su muerte, porque él nos profesaba extraña simpatía, y la ley de gratitud nos obliga hoy más que nunca á reconocer el afecto que se nos profesa en el mundo.

***

Mejor suerte logró el rey Milano de Servia; el asesino erró el golpe. Parecerá inhumano y duro lo que voy á decir, y sin embargo es verdad: ni el atentado contra el monarca de Servia causó indignación alguna, ni su salvación produjo alegría. Innumerables artículos de periódico, el lápiz de los caricaturistas en constante actividad, han dado á Europa la idea menos favorable y grata del rey Milano. Escribió Alfonso Daudet una novela primorosa, *Los reyes en el destierro*, y estudió los caracteres de un monarca y una soberana que forman el más perfecto contraste: ella, celosa de sus privilegios, altiva, grave, poseída de su misión, atenta á desempeñar dignamente su oficio, á defender el trono de su hijo, á recuperar el puesto entre las testas coronadas; él, sin voluntad, sin energía, sin conciencia, encenagado en los placeres de París, asiduo concurrente á los dorados bodegones donde estalla la orgía, corre el *champagne* y ríen las perdidas de alto coste; y para seguir esta vida de reblandecido, empeñando las pedrerías de la corona. – Pues bien: la opinión, desdeñando detalles y concretando los rasgos analizados por el novelista naturalista, encarnó en Milano y Natalia los tipos de los reyes destronados de Iliria, reconoció la superioridad moral de la hembra, y no se cansó de fustigar al calaverón maduro, al eterno *fêtard*, al parroquiano de las beldades venales que despluman y arruinan. Hizo más la opinión, y arrojó más negro estigma sobre la frente de Milano. Supuso que pedía á su hijo, al jovencillo rey, dinero para disiparlo vergonzosamente. Así es que, al saberse el atentado, no diré que nadie lo haya aplaudido, pero aseguro que la compasión que rodeó á la desdichada emperatriz de Austria no hubiese recaído sobre Milano muerto. – Y en cambio, la indignación y la extrañeza han sido grandes ante la serie de prisiones, proscripciones y rigores de toda especie que demuestran cómo Servia, al fin y al cabo, se acuerda de haber estado bajo el dominio de Turquía, y aún la rigen las costumbres feroces del tiempo en que era su territorio *sangiacato* de la Puerta otomana.

***

Delenda est Carthago, decían los romanos. *Es preciso que la República del Transvaal desaparezca*, exclaman los ingleses hoy, envolviendo en esta sentencia de muerte su frío y absoluto menosprecio del derecho y de la equidad. Si la cultura, el valor, las prendas todas del carácter nacional asegurasen la vida á las naciones, nadie con más derecho que los *boers* á conservar su dulce patria. Recuérdese su historia, y dígase si la hay más hermosa ni más limpia.

Echóse Inglaterra encima de las colonias holandesas cuando Holanda se alió con Napoleón I, y ya no quiso en 1815 soltar la presa de la para sus fines bien situada y conveniente colonia del Cabo. Pero aquellos holandeses tan pacíficos tienen en alto grado el sentimiento de la independencia, y se sublevaron; los ingleses ejercieron horribles crueldades para redimirlos (de esas crueldades que nos achacan á nosotros en Cuba), sin lograrlo: hubo muchos holandeses que prefirieron emigrar, abandonar para siempre su tierra natal, antes que vivir en ella sumisos al yugo extranjero. Y tanto hicieron y tanto se defendieron, que por fin tuvo Inglaterra que reconocer la independencia de la pequeña y animosa República del Transvaal.

Por desgracia, el suelo del Transvaal encierra filones de ese metal codiciado que los espartanos creían incompatible con la libertad y la virtud... En el Transvaal se han descubierto minas de oro; y lo que tardaron en saberlo los ingleses de largos dientes y garras aceradas, codiciosas, fué lo que tardaron en apoderarse del territorio que tales tesoros contenía...

***

Protestaron los boers, protestó su presidente Kruger, pero Inglaterra hizo oídos de mercader, y no soltó la presa. ¡Qué había de soltarla! A buena parte iban los boers. Y ya convencidos de que no les daría sino jarabe de pico la Gran Bretaña, tomaron las armas y se aprestaron á defenderse y á rechazar el latrocinio. Y lidiaron, y vencieron, y se cubrieron de gloria cuantas veces midieron sus fuerzas con los ingleses, y les mataron generales, y tuvo Inglaterra que ceder y que pactar. Pero no conocería á aquella nación devoradora y absorbente quien creyese que no retrocedía para dar mejor el salto. Sus ojos están siempre fijos en la tierra que produce oro á toneladas, y ya nadie duda de que se apresta á renovar la tentativa de apoderarse del Transvaal definitivamente.

El pretexto... ¿Acaso faltan nunca pretextos al que está deseoso de armar quimera? Dícese que cuando uno no quiere dos no riñen, pero el dicho es inexacto. La fábula del lobo y del cordero será siempre aplicable á las relaciones entre el fuerte y el débil. Una ley electoral basta á Inglaterra para justificar con pudibundos esguinces el acto de merendarse el Transvaal, enterito. En vano los boers reclamarán el arbitraje: de eso no quieren oir hablar los injustos.

***

Dícese que el partido liberal inglés se opone á la guerra con el Transvaal, y que protesta enérgicamente de tan descarado despojo. Falta saber qué corriente de opinión prevalecerá en el Reino Unido. También en Norte América había gente que encontraba inicua y violenta la intervención en Cuba. Impusiéronse no obstante los *jingoes* y ya se sabe en qué paró todo. Es probable que los boers tengan que repetir melancólicamente, como nosotros:

> Vinieron los sarracenos
> y nos molieron á palos,
> que siempre vencen los malos,
> cuando son más que los buenos...

¡La filosofía de esta redondilla explica tantas páginas de historia!

Emilia Pardo Bazán



ANDRES MELLADO

El año que precedió á la Revolución de Septiembre de 1868 terminaba su carrera en la Universidad central un grupo de estudiantes que se había distinguido mucho cursando las asignaturas de las facultades de Derecho y de Filosofía y Letras, como si se hubiera dispuesto para tomar parte en los sucesos que bien pronto iban á conmover á España.

Formaban en aquel grupo Manuel de la Revilla, al que esperaban los triunfos oratorios en el Ateneo y uno de los primeros puestos en la crítica; Sánchez de Castro, poeta vehemente y entusiasta; el marqués de Monasterio, después duque de Almenara, vate delicadísimo de pura corrección clásica; Blasco Asenjo, ya desde su mocedad sesudo y reflexivo; Carlos Martra, inteligencia superior que mereció su elevación á los más altos puestos de la diplomacia; el marqués de Cerralbo, que ya se declaraba entonces campeón entusiasta de las ideas tradicionalistas, y Andrés Mellado, adolescente, casi niño, recién llegado de Málaga, con toda la luz del Mediodía en los rasgados ojos y los más fervorosos entusiasmos por las ideas modernas en el pecho.

Era por sus años y por su figura el Benjamín de aquella reunión de jóvenes de superior inteligencia, que tanto habían de brillar en la tribuna, en el teatro y en la prensa, y la mayor parte de los cuales han muerto, después de alcanzar la notoriedad, pero antes de dar todos los frutos que de ellos podía esperarse.

Mellado tuvo la suerte, al venir á Madrid con la base de una buena educación literaria, adquirida en el seminario de Málaga, donde pasó los primeros años de su mocedad, de gozar la amistad de su pariente D. Serafín Estébanez Calderón, el famoso *Solitario*, que fué el maestro y protector del insigne Cánovas del Castillo, y en el trato de aquel hombre verdaderamente notable se fortaleció y depuró su gusto por los clásicos, gusto que ha predominado siempre en su estilo y que hace tan correctos y elegantes sus escritos.

Pero ni el parentesco ni las aficiones literarias le retuvieron al lado de su valioso pariente cuando, triunfante la Revolución de Septiembre, llamó á la juventud entusiasta é inteligente para que propagase sus ideas, y Andrés Mellado fué uno de los fundadores de *El Amigo del Pueblo*, periódico que alcanzó gran prestigio en aquella época, y redactor y director más tarde de *La Igualdad*, el diario que ha tenido más lectores en España y el que más directamente ha influído en las masas.

Allí se distinguieron los escritos de Mellado por su corrección clásica y por el espíritu gubernamental que procuraba imprimir al movimiento revolucionario; allí se adiestró en la labor periodística, en la que ha llegado á ser un maestro, y riñó campañas memorables con la reacción primero y y con las exageraciones de la extrema izquierda revolucionaria después, siendo uno de los primeros que siguieron á Castelar después del 3 de enero.

Todos los que estaban en *La Igualdad* ocuparon altas posiciones en la República, de allí salieron ministros, embajadores y funcionarios de todas clases. Mellado se quedó solo con su pluma, dando pruebas de un gran desinterés que ha dominado en todos los actos de su vida.

Para ganar su vida honradamente, entró de redactor en *El Imparcial*, que sostenía valientemente los ideales de la Revolución de Septiembre frente á la Restauración triunfante, y en aquella redacción, compuesta de antiguos é ilustres periodistas, se impuso por su mérito, llegando desde el más modesto puesto al primero.

Lo que después hizo cuando se quedó solo en aquella casa y sostuvo la competencia con *El Liberal*, recién fundado, constituye uno de los éxitos periodísticos más notables de la presente época, pues Mellado recogió *El Imparcial* de en medio de la calle, y no sólo lo conservó, sino que aumentó su prestigio, haciendo de él un órgano importantísimo de la opinión y una propiedad que rendía apreciables ganancias.

Diputado á Cortes desde que el partido liberal adoptó la legalidad de la Restauración, se ha distinguido en el Parlamento por lo concienzudamente que ha tratado las cuestiones financieras, sobre todo desde la presidencia de la comisión de Presupuestos.

El partido conservador, que cuida más que el liberal de agrupar bajo su bandera á los hombres que saben, ha hecho en diversas ocasiones reiterados ofrecimientos á Mellado, que por su mérito y por sus relaciones de amistad y parentesco con el señor Cánovas del Castillo hubiera sido ministro con los conservadores, si no lo hubiera pospuesto todo á sus ideas liberales y á su lealtad para con Sagasta.

D. ANDRÉS MELLADO

Cargos públicos no ha desempeñado más que la alcaldía de Madrid, pero lo hizo con tal acierto y prestigio, que en el Ayuntamiento ha quedado honrosa memoria de su nombre.

En su tiempo se pagaron con regularidad las deudas, se impulsaron las obras municipales, desaparecieron los chanchullos, adquirieron desusado esplendor las funciones organizadas por el Municipio, realizando muy buenos ingresos el comercio de Madrid, y tal fué su autoridad en la Casa de la Villa, que el partido conservador, al suceder en el poder al liberal, quiso que continuara en su puesto, lo cual no fué aceptado por Mellado, que siguió la suerte de sus correligionarios.

Presidiendo, como vicepresidente primero, importantes sesiones del Congreso, ha demostrado su tacto y su conocimiento de la política, y así como de muchos que son elevados á ministros se pregunta *¿Quién es ese?*, de Mellado hay que extrañar que no haya desempeñado ya una cartera, porque desempeñándola hubiera podido prestar muy importantes servicios á su país y á su partido.

Pero Mellado, algo indolente por carácter, es también muy independiente; jamás ha formado parte de camarillas, ni ha hecho la tertulia al jefe, ni se ha exhibido en los momentos del reparto. El partido liberal le debe importantes campañas periodísticas que no han sido recompensadas, pues ni para venir al Congreso ha necesitado el apoyo del gobierno, porque sus electores de Gaucín y de Málaga le eligen lo mismo en la oposición que en el poder.

Periodista por temperamento, nunca está mejor que cuando se halla al frente de la redacción de un periódico, en contacto continuo con la opinión, cuyos sentimientos conoce y aprecia como pocos.

Algo cansado y herido por las desgracias de la patria, se ha retirado á su casa, buscando consuelo y descanso en el cultivo de las letras, que han sido la pasión dominante de su vida. Y allí en el seno de un hogar feliz, embellecido por la hermosura y el amor, sin los apremios de la necesidad, ha evocado en páginas que serán un modelo de corrección y de belleza la Roma clásica, objeto preferente de sus estudios desde que andaba por las aulas y era uno de los discípulos predilectos de Camus, el sabio profesor de literatura griega y latina en la Universidad Central.

Pero nadie puede sustraerse á su destino, y el de Mellado es el de luchar tomando activa parte en la vida pública del país, que tanto necesita hoy del concurso de los que, como el ex alcalde de Madrid, se han distinguido siempre por su inteligencia superior y por su honradez acrisolada.

[illegible]

EL TRIUNFO DE LA VIRTUD

Mairac, el pintor más ilustre de su época, llegó á orillas del lago.

La luna comenzaba á elevarse en el horizonte. Las estrellas iban apareciendo poco á poco sobre la sábana azul del cielo, y brillaban con trémula fosforescencia sobre la superficie de las ondas.

Todo incitaba á amar en el comienzo de aquella noche clara y tibia. La arboleda ondulaba con estremecimientos voluptuosos, las flores exhalaban emanaciones penetrantes, los insectos de alas luminosas zumbaban bajo el césped...

Mairac, conmovido ante el soberbio espectáculo, dejó vagar su fantasía por la región indefinible de los sueños. Luego, levantando la noble frente, adelantó hasta tocar con el pie el agua que, rizada por la brisa, lamía la arena, y con los ojos fijos en el centro del lago, pronunció estas palabras: «¡Oh ninfa protectora de mis dulces esperanzas y mis risueñas ilusiones! ¡Bondadosa deidad que siempre guiaste mis pasos por el camino del bien y fortaleciste mi corazón con tus consejos: acude una vez más á iluminar mi mente! ¡Yo te invoco!»

Mairac calló. Una bruma opalina empezó á extenderse sobre el lago: de sus profundidades surgió un canto de armonía dulcísima, el aire se iluminó con una luz sonrosada como un amanecer sobre el valle del Carmelo, y del seno de las ondas, blanca y grácil, emergió la ninfa, la paz en los ojos, la sonrisa en la boca, sobre la espalda el haz flotante de sus cabellos rubios de los que las gotas caían como perlas.

Mairac arrodillóse y clavó su mirada en el rostro alabastrino de la ninfa.

– Levántate y di qué deseas, exclamó ésta con un acento parecido á la vibración del salterio.

Mairac se puso en pie y dijo:

– ¡Oh hada, misteriosa protectora mía! Yo espero de tus maravillosos dones una nueva gracia, que quizá será la más grande de cuantas de ti he recibido.

– Habla, repuso la aparición.

– Mi alma, continuó Mairac, desfallece de tristeza y abatimiento por no encontrar otra alma que la comprenda; la hiela el frío de la soledad y del tedio, muere por falta de calor y de luz como una rosa de los países del sol arrojada entre la nieve de las alpinas cumbres. Amo á un ideal, y ese ideal sólo existe aquí, bajo mi frente. Le sueño puro, grande, bello, sin doblez ni falsía, animado por nobles impulsos y

capaz de los más grandes sacrificios; pero ¡desdichado de mí, no encuentro la encarnación de mi quimera aunque la busco con el ciego afán del desesperado. Por eso vengo á ti, ¡oh hada! Concédeme el supremo favor que aguardo de tu poder omnímodo, haciendo que mi alma encuentre su compañera.

La ninfa, después de una pausa dijo:

– Ve á recorrer extranjeras naciones, extraños pueblos; y cuando hayas hallado tres mujeres que por tres cualidades distintas te hayan hecho sentir diversas impresiones, vuelve. Yo haré que las tres te amen, y velaré por ti impidiendo que tu corazón se interese por ninguna de ellas hasta que hayas consultado conmigo.

Sumergióse el hada, se disipó la bruma, desapareció la luz misteriosa y recobraron su habitual aspecto las orillas del lago.

* * *

Sobre él pasaron setecientas cincuenta lunas sin que el fenómeno hubiera vuelto á reproducirse.

En el comienzo de una noche clara y tibia, en que todo incitaba á amar, en que la arboleda ondulaba con estremecimientos voluptuosos, las flores exhalaban emanaciones penetrantes y los insectos de alas luminosas zumbaban bajo el césped, Mairac, conmovido, llegaba á las orillas del lago.

Adelantó hasta tocar con el pie el agua que, rizada por la brisa, lamía la arena, y con los ojos fijos en el centro del lago pronunció estas palabras: «¡Oh ninfa protectora de mis dulces esperanzas y mis risueñas ilusiones! ¡Bondadosa deidad que siempre guiaste mis pasos por el camino del bien y fortaleciste mi corazón con tus consejos: acude á mi voz! ¡Yo te invoco!

Mairac calló. Extendióse la bruma, se oyó el canto, incendióse el aire, y como la vez primera, el hada blanca y grácil emergió de las ondas.

Arrodillóse Mairac y clavó su mirada en los ojos deslumbradores de la aparición.

– Levántate, exclamó ésta con su acento parecido á la vibración del salterio. ¿Cumpliste mi mandato?

Mairac se puso en pie y dijo:

– Sí, misteriosa protectora mía, y quiera el destino que tus maravillosos dones me saquen del dédalo de sombras en que estoy.

– Habla, repuso el hada.

– Hice cuanto me ordenaste, continuó Mairac. Recorrí naciones extranjeras, extraños pueblos. Las setecientas cincuenta lunas que han iluminado estos contornos me han sorprendido visitando distintas ciudades, opuestas regiones. Mi vida durante este tiempo ha sido un viaje continuo.

Partí hacia el Norte. Austria soberbia, Inglaterra fabril, Alemania nebulosa, Dinamarca triste, Rusia helada, Suecia y Noruega estériles, pasaron ante mis ojos como sombras, sin dejar rastro en mi corazón ni en mi mente sus hermosuras yertas que ni excitan los sentidos ni conmueven el alma.

Pero llegué á los países del Mediodía, allí donde quema el sol y arde el viento. La ciudad de mi arribada fué Atenas. Allí encontré la primera mujer que me impresionó. Era hermosa, la más hermosa de cuantas he visto en el mundo. El arco de sus cejas, el brillo de sus grandes ojos, la nariz arrancando recta de la frente, la boca pequeña de labios finos y sonrosados, las dos hileras de su dentadura, iguales y blancas, el cuello largo y ebúrneo, las formas redondas y esbeltas, alta de estatura y el continente majestuoso y reposado, me hacían compararla á las estatuas que en aquellos templos gentiles esculpió el cincel de sus inmortales artistas.

Arrebatado por la ola del vértigo, la seguí anhelante. Ella correspondió á mis miradas y me amó; pero en aquel amor encontraba yo algo que repugnaba la delicadeza de mis sentimientos, y era la llama de sus ojos, la voluptuosidad de su sonrisa y la ardiente violencia de sus palabras. Salí de Atenas, y atravesando continentes y surcando mares sin itinerario ni rumbo fijo, pasé como un relámpago por la alegre Francia, y crucé la viciosa Turquía, enervada por su sensualismo perpetuo. Después Italia se presentó ante mí, radiante de flores y de luz. En su egregia metrópoli, cuna de los césares, recibí la segunda impresión.

Aquella romana no era tan hermosa como la compatriota de Temístocles, pero me cautivó por el opulento fausto de sus trenes, por la magnificencia de su alcázar suntuoso alfombrado de pieles de león, por el lujo oriental de sus joyas. Yo no había visto cosa igual en la vida, y quedé deslumbrado ante aquellos esplendores capaces de eclipsar las regias grandezas de todos los nababes. A la primera insinuación, ella correspondió á mis miradas y, como la otra, me amó también. Me recibió en sus salones y fuí su confidente más asiduo. Pero, como en el otro, encontraba en este amor algo que no me satisfacía, y era el afán inaudito de ella por presentarme á sus conocimientos, repitiendo mi nombre y ensalzando mi talento de artista, su indomable altivez y el olímpico orgullo con que divulgaba por todas partes los lazos que nos estrechaban. Abandoné Roma, partiendo con dirección á España, el espléndido país del heroísmo, las rosas y las mujeres bellas. En él recibí la tercera y última impresión.

Era una aldeana tan humilde como sencilla, tan joven como hermosa. Alta, esbelta, pálida, el negro cabello partido en dos mitades y recogido en lo alto de la cabeza, los ojos obscuros de mirada pura y tranquila, correctas las facciones, sonrisa grande impregnada de bondad, el jubón cerrado en el mismo nacimiento del cuello, y en su rostro una luz adorable, como si el rayo de un alba serena la iluminase constantemente. Su palabra era casta y pudorosa como el beso de un niño. Su corazón hermoso y profundo. Dios, sin duda, ha hecho el alma de aquella mujer con efluvios de algún astro sagrado. La vi, y como las otras, me amó también... ¡Ah! ¡No lo olvidaré nunca!.. Caí enfermo, estuve á las puertas del sepulcro, y cuando en mis noches pobladas de visiones horribles entreabría los ojos, la veía siempre á mi cabecera, con los ojos llenos de lágrimas, rezando por mí, las manos en cruz y la cara de Dolorosa... ¡Oh hada, sublime protectora mía! Tus órdenes se han cumplido. ¡Dime si el alma de alguna de estas mujeres es la que ha de ser la compañera de mi alma!

UNA VISITA AL HOSPITAL, cuadro de Juan Geoffroy que se conserva en el Museo del Luxemburgo (París)

Calló Mairac. La ninfa contemplóle en silencio con una mirada llena de dulzura. Después exclamó:

– Desde la noche de tu partida, mi espíritu ha seguido tus pasos.

He visto tu impresión ante la hermosura de la griega. Aquélla no te quería más que con los sentidos; por eso había algo que te repugnaba en la lumbre de sus ojos, en la voluptuosidad de su sonrisa y en la ardiente violencia de sus frases...

Te he visto conmoverte ante la opulencia de la soberbia hija de Roma, cuyos áureos esplendores te deslumbraban. En ella no existía sino la satisfacción del amor propio, la futilidad de la mujer trivial que codicia por orgullo el nombre de un artista universalmente conocido.

Y he visto la convulsión de tu espíritu ante la otra, la sencilla, la modesta, la buena. ¡Esa es la que te quiere con el alma! ¡Esa es el alma compañera de la tuya! Ve á buscarla, que ella te espera y con ella serás feliz, ¡con ella! ¡Con esa!, con la que veías en tus noches de fiebre á la cabecera de tu lecho, los ojos llenos de lágrimas, rezando por ti, las manos en cruz y la cara de Dolorosa...

PEDRO BARRANTES

CRONICAS ANDALUZAS

POSADAS Y MESONES

Líbreme Dios de poner en tela de juicio las inmensas ventajas que hemos llegado á alcanzar en estos venturosos tiempos, frutos de la moderna civilización; pero séame lícito decir, á lo menos, que al colosal aliento del progreso, ¡cuántos gloriosos recuerdos han desaparecido! ¡Cuántas veneradas antiguallas yacen demolidas, y cuántas costumbres características y cuántos testimonios de nuestras grandezas pasadas han quedado para siempre en el olvido!

Las exigencias de los adelantos no se compadecen ciertamente con el respeto á lo pasado. Necesitamos hoy grandes vías de comunicación que faciliten el tráfico y comercio en las grandes capitales, que proporcionen la mayor comodidad al transeunte, y si para ello estorba un artístico templo, un histórico palacio ó un caserón de legendarios recuerdos, no se detiene la demoledora piqueta, antes cébase en ellos, y el templo, el palacio y la casa que parecen oponerse á las tiránicas exigencias de los intereses generales, vienen por tierra sin que á la mayoría de las gentes importe un ardite su ruina. Han desaparecido así calles enteras, y las poblaciones españolas que atesoraban preciosos restos de antiguas edades, van trocando su pintoresco é interesante aspecto por el más ó menos frío y vulgar que distingue á las construcciones modernas.

Las necesidades de hogaño están en abierta oposi-

ción con las de antaño. Nuestras costumbres, nuestro espíritu y nuestras tendencias actuales pugnan con las de nuestros abuelos, y en esta constante lucha de renovación social, por fuerza toca perecer á lo viejo, á lo que para nada sirve, según el decir del vulgo.

Las posadas, mesones y hosterías hanse convertido en suntuosos *hoteles* y *restaurants*, y en cuanto á los ventorrillos, apenas si queda alguno que pueda atestiguar lo antiguo de su abolengo.

Magníficos edificios con salas de lectura y de juego, con lujosos comedores alumbrados por la electricidad han sustituído á aquellos caserones; damas vestidas con todas las extravagancias y riquezas de las modas contemporáneas, ó á medio vestir, por exigencia de la etiqueta, departen indolentemente entre sí ó atienden á las galanterías de los caballeros en las amplias terrazas ó magníficas *serres* cubiertas de cristales y adornadas de tropicales plantas, mientras que una orquesta, ó bien acordado cuarteto, interpreta las brillantes composiciones de Metra ó de Waldteufel, las cuales no bastan á distraer á los asiduos jugadores del bacarrat ó de la ruleta, ó á los que se entretienen con la lectura de los grandes periódicos extranjeros, entre sorbos de cerveza ó de vermouth. Confúndense los caballeros con los elegantes criados, pues en estos tiempos democráticos no parece bien que siendo todos iguales ante la ley, lo cual es mucho decir, haya diferencias en los trajes entre los que mandan y los que sirven. Aparte, pues, de las sedas, rasos y terciopelos de las damas, ricamente adornados, el conjunto que ofrece un *hotel* moderno no puede ser más monótono y ceremonioso, y buena diferencia la que puede establecerse entre ellos y los mesones y posadas de antaño. En el vasto patio reuníanse en amigable camarada el soldado y el menestral, el valentón de *espátula y gregüesco*, el comediante y la moza de partido, los arrieros y frailes, los mercaderes y letrados, con sus pintorescos, abigarrados, lujosos y severos trajes. De una parte disputábase en un grupo de estudiantes, que mutuamente se desbalijaban jugando á los dados ó á los naipes; de otra escuchábase el romance del ciego, acompañando su enronquecida voz con el tañido de maltrecha vihuela; gritaba el huésped disponiendo el alojamiento para unas damas de equívoca condición, acompañadas de dueñas con grandes antiparras de búfalo y rodrigones procedentes de las cátedras de Zocodover de Toledo, de la Costanilla sevillana ó del Potro de Córdoba. Altercaba el mozo con unos señores de los de la hampa, de atusados mostachos y luengas capas, empeñados en que les albergase como á magnates ó caballeros. Entretanto el mozo de mulas de un oidor juraba sin miedo al Santo Oficio porque le habían hurtado ciertas enjalmas; y en medio de los ladridos de los perros, de los relinchos de los caballos y del rebuznar de los jumentos, de las coplas de las mozas del mesón, de los puñetazos de los jugadores sobre las mesas, del ruido de los platos y picheles, distinguíase la estentórea y campanuda voz del maestro esgrimidor, que puesta cátedra de su caballeresca profesión en un ángulo del patio, al par que en altas voces explicaba el manejo de la espada á un corro de soldados y aventureros, acompañando la acción á su relato, trazaba en el espacio círculos, describía elipses, curvas, rectas, verticales y molinetes, con todo género de figuras geométricas, probando la destreza y agilidad de su brazo y sus profundos conocimientos en la ciencia matemática. Tal animación, tal vida y tan peregrinos cuadros sucedíanse sin interrupción durante el día, y á veces durante la noche, si las justicias no llegaban á poner coto y á intervenir, entrando á sosegar á estudiantes y á soldados, á rufianes y á mozuelas, á músicos y á jugadores, sucediendo á veces que en lugar de conseguir de aquellas gentes que se aquietasen, aumentábase el tumulto, y apagados los candiles, haciendo del mesón campo de Agramante, llovían en la obscuridad las cuchilladas, menudeaban las puñadas y mojicones, gritaban todos, corrían unos, atropellábanse otros, y todo era escándalo y confusión, lamentos y desmayos, pendencias y sobresaltos...



POSADAS Y MESONES. – POSADA DEL ZAPATILLO, dibujo de Salvador Azpiazu

El cambio de costumbres no ha podido ser más radical, ni mayor el contraste entre lo pasado y lo presente; mas dejando á los flamantes sociólogos la resolución del problema de si habremos ganado ó perdido con tales mudanzas, sigamos adelante y hablemos de posadas y mesones.

En Sevilla van quedando pocos de los infinitos que hubo; pero aún todavía los hay de antiguo y famoso abolengo, que pasan humildemente su vida *sin envidiosos ni envidiados*, sin despertar la atención más que de cuatro curiosos ó de otros tantos artistas, los cuales hallan todavía en ellos motivos de inspiración para sus estudios y apuntes.

En esta época de relumbrones todo ha de correr parejas, y como el principal objeto es el de llamar la atención de la gente que vive de la vanidad y del fausto, hasta los títulos han de ser altisonantes y ampulosos; y así se llaman *grandes hoteles* de los príncipes, de los embajadores, de Londres, de New York y de Roma, mientras que antes se decían (aunque no lo sean) de la Castaña, del Soldado, de Jesús María, del Cristo, de la Beata ó del Zapatillo, títulos que revelan la llaneza ó la devoción de sus obscuros y humildes fundadores.

Al variar los medios de transporte de mercaderías y viajeros, han tenido que variar nuestras costumbres y arruinado el tráfico de la arriería, y sustituyendo los ferrocarriles á las mulas y acémilas empleadas en los viajes, no pueden ya los mesones ofrecer el animado aspecto de otros días, pues sólo albergan á los pocos arrieros, cosarios y gente pobre que acude á la capital desde aquellos lugares adonde no ha llegado la vía férrea.

A principios de este siglo todavía ciertos mesones prestábanse á servir de estudio á los curiosos, sobre todo aquellos que eran centro de reunión de los viajeros que iban á Madrid ó á otras capitales en los enormes carromatos que llamaban candorosamente *galeras aceleradas*. Eran las tales más que vehículos casas enteras donde al mismo tiempo que se alojaba una veintena de personas, transportábase extraordinaria carga de enseres, chirimbo



POSADAS Y MESONES. – MESÓN DEL SOLDADO, dibujo de Salvador Azpiazu

los y mobiliario, hasta el punto de que por delante, por detrás y por los costados sobresalían los bultos de colchones, mesas, cuadros, esteras, camas y hasta el indispensable loro encerrado en voluminosa jaula de alambre dorado, el cual con sus incesantes graznidos aumentaba las amenidades del viaje.

Aquel heterogéneo conjunto semejábase á un hinchado monstruo que por su enorme peso caminaba lenta, perezosamente, y que más bien que andar parecía arrastrarse tocando el suelo con su repleto vientre.

Los preparativos que se hacían para disponer la partida de la *galera*, con bastantes días de anticipación, eran bastante mayores que los que se hacen hoy para la de un tren ó un colosal transatlántico, y no digamos del aspecto que ofrecía la posada en los momentos precursores de la partida del enorme vehículo. Allí acudían todos los parientes y amigos de cada uno de los viajeros; el alcalde de barrio que visaba los pasaportes y papeles, los chiquillos y las mozas del barrio, y todo eran abrazos y lágrimas y consejos y encargos y entrega de cartas de recomendación, y cuando ya los escopeteros que habían de acompañar el convoy para defenderlo de los seguros ataques de los *siete niños de Ecija* ó de la cuadrilla del *Pájaro verde* se impacientaban por la tardanza, y cuando el mayoral dábase á los diablos porque el arrapiezo del zagalillo no parecía con su petate, veíase venir á éste cargado con la indispensable bota de lo añejo, verdadero quitapesares de la larga jornada.

No vemos ya ciertamente las *galeras aceleradas*, pero aún quedan aquí los mesones del Zapatillo y de las Rocas, del Lobo y de las Animas, del Soldado y de la Imagen; á todos ellos pueden aplicarse las gráficas frases que Moratín pone en labios de Simón en *El sí de las niñas*, y que vienen de molde en este articulejo: «Ello también ha sido extraña determinación la de estarse usted dos días enteros sin salir de la posada. Cansa el leer, cansa el dormir..., y sobre todo cansa la mugre del cuarto, las sillas desvencijadas, las estampas del *Hijo Pródigo*, el ruido de campanillas y cascabeles y la conversación ronca de carromateros y patanes, que no permiten un instante de quietud.»

No es posible decir más de un mesón en menos palabras. Allí están los mugrientos cuartos con el desvencijado y fementido lecho, allí la mesilla con su pata quebrada sujeta con guitas, allí las sillas con sus eneas desbaratadas. Algún espantable lienzo con la huída á Egipto ó con la Caridad romana adorna las paredes, mientras que en los corredores lucen las abominables litografías de la historia de Matilde y Malek Adel, de Genoveva de Bravante, de Pablo y Virginia, de doña Inés de Castro ó del desdichado Mazeppa. El olor del estiércol y de las caballerías, el ir y venir de las bestias al abrevadero, el olor de los guisotes y potajes, las soeces conversaciones y dicharachos, todo esto y mucho más, que es lo corriente en la vida de los mesones, se hace hoy intolerable para las gentes que viven de otra manera y tenemos que concluir por dar gracias á Dios que nos ha librado de los antiguos mesoneros y de las miserias é inquietudes *pintorescas* de las posadas de antaño.

J. GESTOSO Y PÉREZ



CLAUSTRO DEL MONASTERIO DE SAN BENET DE BAGES, SITUADO CERCA DE MANRESA, de fotografía de Rafael Roselló.

GRUPO DE CICLISTAS DEL CLUB CICLISTA DE MANRESA, de fotografía remitida por D. Rafael Roselló

LA HERENCIA DE UN GRAN HOMBRE

Ella le amaba mucho, locamente, con ese cariño sumiso, idolátrico, que las mujeres sencillas profesan á los hombres de genio.

El matrimonio fué para Luisa una negación de sí misma; Pablo la empequeñecía y eclipsaba, como el sol obscurece el brillo de los planetas que de él reciben luz y calor: todos los que visitaban su casa preguntaban por *él...*; de ella nadie se acordaba: ella sólo era la mujer del gran hombre; una cifra sin valor, una compañera fiel que, después de introducir á los visitantes en el despacho de su marido, se retiraba discretamente cerrando la puerta. Y sin embargo, aquella negación, aquel olvido, constituía uno de sus mayores orgullos, pareciéndola que su infinitesimal pequeñez era lo que mejor daba la cabal medida de la pasmosa altitud y endiosamiento de su esposo.

Tan idolátrico fué aquel amor, que Luisa nunca sintió las molestias de su pobreza; pues conviene advertir que su marido era muy pobre, con una pobreza tan supina, tan solemne, como su mismo genio. Pablo tenía humorismos de loco: á veces el dinero que guardaba para los gastos más indispensables, lo invertía en comprar un cuadro ó cualquier baratija artística, pero inútil; y otras regalaba á su mujer un traje de seda, sin acordarse de que no tenía zapatos. Mas á pesar de estos desequilibrios que solían ponerles en extremados aprietos, Luisa era feliz, con esa felicidad rotunda de los espíritus cándidos.

Así vivieron hasta que Pablo publicó un artículo violentísimo contra cierto crítico que le había censurado rudamente: aquel artículo provocó otros varios, y todos un desafío en el que Pablo recibió una estocada mortal.

Luisa, de pronto, se encontró viuda y sin otro cariño que el de un hijo pequeño. La muerte de Pablo fué tan repentina y le produjo una emoción tan intensa, que ni siquiera tuvo el consuelo de llorarle: su pena no le arrancó ni un solo grito y sus lágrimas corrieron por dentro mientras sus ojos permanecían tristes y enjutos: fué un dolor mudo, como el de los pajarillos á quienes el vendabal dejó sin nido en la época mejor de sus amores.

Al principio se vió lanzada en una existencia febril que no daba espacio á la reflexión: en pocos días recibió centenares de telegramas que había de contestar inmediatamente, y hallóse solicitada y perseguida por individuos que acudían á darle el pésame, y por periodistas que deseaban publicar el retrato y la biografía del ilustre finado: los cómicos le hablaban del último drama que estaban ensayando; los editores de la última novela: todos querían algo, todos pedían algo..., y Luisa les veía pasar, creyendo que aquella grave y ceremoniosa procesión de sombras enlutadas no concluiría nunca...

Esta solicitud, no obstanse, fué disminuyendo; la casa del gran artista iba quedando envuelta en ese silencio tétrico de las cosas olvidadas, y al fin Luisa se encontró sola en un hogar pobrísimo cuya frialdad y desnudez no había reparado hasta entonces.

En aquel estado permaneció varios meses: por la mañana le enseñaba á leer á su hijo en una novela de su padre, y leyendo aquellas páginas que ella vió escribir, lloraba copiosamente; por las tardes permanecía brazo sobre brazo, no sabiendo cómo emplearse ni qué hacer para conjurar la miseria.

Ella había vivido tan ajena á toda suerte de negocios, y Pablo dejó sus asuntos tan embrollados, que la joven no pudo cobrar nada de los libros ni de los dramas de su marido: los editores decían que ninguna de aquellas obras estaba registrada, y un abogado que se ofreció á poner en claro todo aquel laberinto, empezó exigiéndole algunos centenares de pesetas para sufragio de los primeros gastos.

Luisa, acobardada, renunció á todo y vendió algunos manuscritos de Pablo para seguir viviendo; y entre tanto el prestigio del gran hombre muerto menguaba mucho más de lo que Luisa creía.

Mas llegó un momento en que la viuda, vendidos todos sus muebles y empeñadas todas sus alhajas, se halló en una situación precaria. En la cajita en donde guardaba sus secretillos de esposa feliz, conservaba todavía un artículo de Pablo, ¡el último artículo

Luisa dudó mucho antes de resolverse á vender

aquel manojito de queridas cuartillas: era un cuento muy bonito, muy tierno, que había leído muchas veces. Pero era preciso decidirse y se decidió, constreñida por aquel apremio brutal de la necesidad.

Aquella misma noche, vestida con un modesto trajecillo de luto y llevando á su hijo de la mano, la viuda se encaminó á la redacción del periódico que su marido dirigió algunos años, y durante el trayecto pensaba en aquellas cuartillas que oprimía nerviosamente contra su seno dolorido, dándolas un adiós, apasionado y mudo. Cuando subía las escaleras de la redacción, un ordenanza le salió al encuentro.

– ¿El señor director?, preguntó Luisa.

– Está ocupado.

– Dígale que la viuda de D. Pablo de Tal.. desea verle.

El ordenanza se fué y luego reapareció murmurando:

– Pase usted.

Luisa entró en un despacho decorado con elegante sobriedad: la sillería era de cuero, el piso estaba alfombrado y los huecos de las ventanas disimulados por densos cortinajes de color obscuro. Delante de una mesa había un individuo que escribía febrilmente, con el pálido semblante envuelto en la penumbra melancólica de un quinqué con pantalla verde. Al ver á Luisa aquel caballero se levantó con afectada solicitud y le ofreció una silla. Después hablaron un poco del ilustre muerto, á Luisa se le aguaron los ojos y su interlocutor también pareció muy conmovido: luego la invitó á que explicase el objeto de su visita.

– Le traigo á usted un artículo.

– ¿Un artículo?

– Sí, señor; de Pablo...

– ¿Para qué?..

Luisa se detuvo sofocada por la emoción, dolorosamente sorprendida por la pregunta del que fué antiguo compañero de su marido.



MADRE É HIJO, cuadro de Rosina M. Gutti

– Por si lo quiere usted, repuso tras una breve pausa; no puedo cobrar nada de lo que empresarios y editores me deben y ahora tengo compromisos...

Sus mejillas echaban fuego, no podía hablar.

– ¡Oh!.. Comprendo; pero, ahora, un artículo de Pablo no tiene oportunidad... ¡Si hubiera sido cuando él murió!..

Luisa rompió á llorar.

– Tiene usted razón, murmuró; pero este es su último artículo, el último... y yo no quería venderlo.

– Vaya, no se aflija usted, aquello pasó... Siento que el periódico no pueda pagar lo mucho que valdrán estas cuartillas; pero en fin, ¿cuánto quiere usted?

Lo que ella deseaba era concluir pronto y escapar de allí: el precio ya no le importaba.

– ¿Pondremos cuarenta pesetas?..

– Bien, bien...

Aquello era un suplicio inacabable; una especie de limosna que le ofrecían bajo recibo... Después, mientras salía de la redacción escuchando el argentino tintineo de las monedas que llevaba en el bolsillo, pensaba en la bancarrota suprema de todas las ilusiones de su vida. ¿Qué quedaba de aquellos ruidosos triunfos de Pablo que ella consideró como suyos?.. De tantos aplausos, de tantas brillantes polémicas, de tantos ensueños ambiciosos, ¿qué quedó?.. Sus amigos le habían olvidado, sus discípulos ya no le respetaban: era un maestro enterrado, un ídolo caído...

– ¿Dónde fué aquel mundo de doradas quimeras?, pensaba Luisa; ¿qué resta de todo aquel glorioso poderío que me deslumbró?..

Y las monedas recién cobradas, tintineando en su faltriquera, parecían responder:

– Cuarenta pesetas; la herencia de un gran hombre.

EDUARDO ZAMACOIS.



El pastorcito, cuadro de H. Lindenschmidt



PROCESIÓN DE ROGATIVA EN ANDALUCÍA, cuadro de Salvador Viniegra



PROCESIÓN EN VENECIA, cuadro de José Villegas

NUESTROS GRABADOS

Emilio Mario.—Acaba de fallecer en Madrid el eminente actor Emilio Mario, una de las glorias más grandes y más legítimas de la escena española contemporánea. Como en el número 845 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicamos su semblanza, á ella nos remitimos para cuanto á su personalidad artística se refiere, limitándonos hoy á consignar algunos datos biográficos. Mario López Chaves, que así se llamaba el que después conquistó tantos aplausos con el nombre de Emilio Mario, nació en Granada en 1838, pero á la edad de dos años lleváronlo sus padres á Madrid, en donde estudió el bachillerato y la carrera de notario. Quiso su padre destinarlo á la milicia, pero sus aficiones al teatro hiciéronle ingresar en 1854 en el Conservatorio, dándose ya entonces á conocer como excelente actor aficionado y siendo contratado en 1856 en el teatro Español. Protegido por Fernando Ossorio, que le profesaba gran cariño, hizo grandes progresos en su carrera, pudiendo al poco tiempo, y después de haber trabajado con Julián Romea, ocupar un primer puesto en el teatro de Variedades. Hizo luego dos viajes á Cuba, con Teodora Lamadrid y Joaquín Arjona primero, y con D. José Valero después, y de regreso á España volvió á trabajar en el teatro Español, hasta que en 1875 tomó en arriendo el teatro de la Comedia, figurando por vez primera como director de una notabilísima compañía é inaugurando una serie de brillantes campañas, durante las cuales desfilaron por aquel elegante coliseo la mayor parte de actores y actrices que como la Tubau, la Mendoza Tenorio, la Guerrero, la Lamadrid, Sánchez de León, García Ortega, Thuillier, Rosell, Julián Romea y tantos otros han ocupado los más eminentes lugares en nuestra escena. Ultimamente figuraba como director en la compañía del teatro Español de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza. Como actor fué Mario el artista concienzudo que, esclavo de la naturalidad, huía de todo efectismo y sacrificaba en más de una ocasión la seguridad de un aplauso en aras de su amor á la verdad; como director de escena ha hecho escuela, y hoy todos los que por el esplendor del arte se interesan no hacen más que seguir el camino que él les trazara; como maestro, la lista de los que á su lado se hicieron verdaderas notabilidades constituye su mejor elogio.



El eminente actor D. EMILIO MARIO, fallecido en Madrid el día 9 de los corrientes (de fotografía de Lockner)

Ahora se disponía á venir á Barcelona para preparar las representaciones de *Cyrano de Bergerac*, que á su regreso de América han de poner en escena la Guerrero y Díaz de Mendoza, y se decía que acariciaba el proyecto de ponerse luego al frente de una compañía catalana para representar en nuestra capital el repertorio regional dramático.

Su muerte, acaecida repentinamente en la madrugada del día 9, deja en el teatro español un vacío que será muy difícil de llenar, pues no es cosa fácil encontrar quien á un talento privilegiado como el suyo reuna el amor apasionado que él sentía por el arte escénico, que fué siempre para él un verdadero culto.

El capitán A. del Borro, cuadro de Velázquez.—Esta obra del inmortal maestro es muy poco conocida en España por la circunstancia de hallarse en un museo extranjero y haber sido poco reproducida. Mas no por estar menos popularizada que la mayoría de las de Velázquez es menos digna de admiración, ya que en ella se manifiestan en todo su vigor las excepcionales cualidades que en sus pinturas supo imprimir el autor de *Las Meninas*, de *La rendición de Breda*, del *Cristo en la cruz*, y de las maravillosas efigies de Felipe IV, del conde duque de Olivares y de tantos otros personajes inmortalizados por su incomparable pincel. El retrato del capitán A. del Borro constituye una de las más preciadas joyas del Museo de Berlín.

Una visita al hospital, cuadro de Juan Geoffroy.—En el número 903 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicamos un estudio crítico-biográfico del notable pintor francés Geoffroy, el artista psicólogo que como nadie ha observado á los humildes, indigentes y miserables, y pintado las escenas infantiles en que son actores los niños menesterosos Nada hemos de añadir á lo que entonces dijimos, pues en aquel artículo quedó perfectamente retratada la personalidad moral y artística del autor de *Una visita al hospital*, obra á la que en dicho artículo se hace también referencia

Claustro del monasterio de San Benet de Bages. - Grupo de ciclistas del Club Ciclista de Manresa.—A la amabilidad del Sr. D. Rafael Roselló, comandante de Infantería de Reserva de El Bruch, n.º 95, debemos las dos bellísimas fotografías que reproduce nuestro grabado de la página 526. Una de ellas representa el claustro del histórico monasterio de San Benet de Bages, situado á orillas del Llobregat, entre los pueblos de San Fructuoso y Navarcles, y fundado á mediados del siglo X por Ricardis y Salla. Hablando de este claustro dice el Sr. Pi y Margall: «Es pequeño, grave, de bajas y recias bóvedas, de muros en cuyo espesor hay una serie de nichos que cobijan tumbas adornadas de escudos de armas y cubiertas por losas triangulares de un corte severo. Lleva seis arcos semicirculares en cada uno de sus cuatro lados, mas sólo en los capiteles de las columnas pareadas que las sostienen presentan variedad y riqueza de detalles. Tiene más de panteón que de claustro: el viajero no recorre sino con respeto y hasta con temor sus calles, en que oye resonar distintamente cada una de sus pisadas.» La otra fotografía representa un grupo de ciclistas manresanos en uno de los pintorescos sitios que tanto abundan en los alrededores del antes citado río.

Madre é hijo, cuadro de Rosina Mantovani Gutti.—Este cuadro, recientemente expuesto en Londres, ha llamado la atención del público y de la crítica de aquella capital, que han dedicado grandes elogios á la pintora italiana por la corrección del dibujo, por la finura de ejecución y por el sentimiento que en esta obra se admiran. La señora Mantovani Gutti escoge siempre para modelos las mujeres y los niños de excepcional belleza, gracias á lo cual y á su talento artístico, sus cuadros, la mayor parte de ellos pintados al pastel, tienen irresistible encanto.

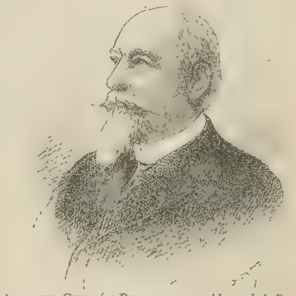
D. Eduardo L. de la Romaña.—La elección del señor Romaña para la presidencia de la República del Perú significa el triunfo de los dos grandes partidos Civil y Demócrata que se unieron para presentar su candidatura. D. Eduardo L. de la Romaña es una de las personalidades más ilustres y más respetadas de su país; desciende de las antiguas familias nobles españolas del tiempo de la colonización, es ingeniero,



D. EDUARDO L. DE LA ROMAÑA, recientemente elegido presidente de la República del Perú (de fotografía facilitada por D. Juan Boix)

ocupa una posición brillante y en política es independiente. Hizo sus primeros estudios en Madrid, y por esta circunstancia y por el origen de su familia, profesa gran cariño á España. Su elección á la suprema magistratura ha sido acogida con gran entusiasmo por todo el pueblo en general y especialmente por los elementos del orden, que ven en la persona del señor Romaña la más segura garantía de que el Perú, bajo su gobierno, continuará avanzando por el camino felizmente emprendido de la paz y del progreso.

D. Antonio Guzmán Blanco.—Ha fallecido recientemente en París el ex presidente de la República de Venezuela, el general Guzmán Blanco, que tanta y tan decisiva influencia ha ejercido en la historia de su patria. Nacido en Caracas en 29 de febrero de 1829, cursó con notable aprovechamiento la carrera de Jurisprudenoia, terminada la cual trasladóse á los Estados Unidos, en donde fué cónsul de Venezuela en Filadelfia y en Nueva York. Entró después en la carrera diplomática con el carácter de secretario de la Legación venezolana en Wáshington. Cuando estalló en Veneznela la revolución de 1858 contra la llamada dinastía Monagas, Guzmán Blanco figuró en el ejército revolucionario, y aunque entró en él como auditor de guerra, su valor le hizo tomar parte en todos los combates, batiéndose con tal bizarría que sus jefes se empeñaron en que se incorporara al ejército activo, dándole desde luego el grado de comandante. Triunfante la revolución en 1863, fué nombrado primer vicepresidente, y al estallar la primera revolución contra el mariscal Falcón, general en jefe del ejército pacificador. Vencedora la revolución de 1868, organizó Guzman Blanco la contrarrevolución de 1870, y después de terrible



D. ANTONIO GUZMÁN BLANCO, ex presidente de la República de Venezuela, recientemente fallecido en París

lucha entró triunfante en Caracas, siendo nombrado presidente provisional. Desde entonces hasta 1888 fué elevado otras cuatro veces á la presidencia de la República, en 1873, 1880, 1882 y 1886, debiéndose á su administración el restablecimiento de la paz y de la prosperidad de Venezuela. En 1888 retiróse á la vida privada, estableciéndose en París, en donde ha muerto, dejando una inmensa fortuna y ocho hijos, cinco varones y tres hembras, casadas dos de éstas, una con el duque de Morny y otra con el marqués de Noe.

El pastorcito, cuadro de H. Lindenschmidt.—El notable pintor alemán Lindenschmidt demuestra con este cuadro que sabe sentir hondamente las bellezas de la naturaleza y trasladarlas al lienzo con toda su poética grandiosidad. Todo en esta obra revela el talento de un gran artista.

Procesión de rogativa en Andalucía, cuadro de Salvador Viniegra.—Las costumbres andaluzas tienen un carácter tan eminentemente pintoresco, que todos los artistas, así propios como extraños, deléitanse en su estudio y buscan en ellas inspiración para sus obras. Y cuando el pintor es hijo de aquella tierra, cuando sus ojos contemplaron desde la infancia aquellas escenas llenas de luz y de color y su inteligencia y su corazón se empaparon en el modo de ser de aquel pueblo, necesariamente ha de sentirse atraído por estos espectáculos y forzosamente al reproducirlos con el pincel ha de crear verdaderas maravillas. Tal sucede con nuestro ilustre compatriota D. Salvador Viniegra: su residencia en Italia no le ha hecho olvidar los recuerdos de sus primeros años; antes al contrario, sus obras más celebradas se inspiran en cuadros de costumbres de la tierra que le vió nacer. La *Procesión de rogativa en Andalucía* es buena prueba de ello, puesto que bajo todos conceptos es digna del autor de *La bendición del campo* y acredita una vez más la maestría del celebrado artista.

Procesión en Venecia, cuadro de J. Villegas.—El ilustre pintor español Sr. Villegas ha buscado asuntos para sus cuadros en la poética ciudad de las lagunas, compartiendo sus aficiones artísticas entre sus recuerdos de España y los lugares y escenas que la hermosa península italiana ofrece á sus ojos. En el cuadro suyo que hoy reproducimos aparecen en admirable consorcio las relevantes cualidades en él características de paisajista y pintor de arquitectura por un lado y de pintor de figura por otro, cualidades que sin gran esfuerzo se echan de ver en el modo como ha sabido reproducir los típicos edificios y el ambiente especial de la sin par Venecia y en la corrección con que ha pintado los sacerdotes que forman en la procesión, logrando gracias á todo esto componer un conjunto digno de su universal renombre.

Toledo. - Posada en donde Cervantes escribió «La ilustre fregona».—A título de curiosidad reproducimos esta fotografía que por la circunstancia de representar el sitio en donde Cervantes escribió una de sus más bellas novelas ejemplares, tiene verdadero interés histórico para nuestra literatura. La posada conserva todo su carácter antiguo, y si se trocaran las figuras que en ella sorprendió la fotografía por personajes vestidos á la usanza del tiempo del autor de *Quijote*, la ilusión sería completa y nos creeríamos transportados á aquella época



CORAZÓN DE SACERDOTE

NOVELA ORIGINAL DE H. S. DE FORGE. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Charlier, con los ojos desmesuradamente abiertos, se aplicó el revólver á la sien...

En lo sucesivo, y sin necesidad de instrucciones, Francisca entreabría un poco antes de las cuatro el portal, para evitar el aldabonazo estrepitoso é indiscreto. Cuando Saviniano entraba, su primera mirada era para buscar á Pablo, no como un obstáculo temido, sino como un apoyo deseado que le aseguraba contra sí mismo y mantenía su ternura en esa serena tranquilidad que constituía su delicioso encanto.

La buena Francisca quería mucho á Saviniano. Hasta entonces no había conocido más que dos cariños: Marta, de la que no se había separado desde su nacimiento, y Pablo, que era como su segundo hijo de leche. Compañera de los buenos y de los malos tiempos, era una amiga, no una criada, cuya existencia se resumía en la de su «hija» y su «pequeño.» Saviniano se apoderó del todo de aquel buen corazón. Francisca comprendió desde luego que amaba á Marta, por lo cual le bendijo, viendo en él al salvador que devolvía la vida á aquella casa muerta, la lozanía á las mejillas pálidas de su hija, la alegría á su pequeño que desmedraba en una triste infancia. Fuerza era soportar cada mañana las riñas y las burlas de Charlier y por la noche sus brutalidades de alcohólico; pero ahora la energía para aguantarlas era mayor.

Velaba sobre aquellos amores puros como un cerbero fiel, contentísima en su legítimo odio á Charlier, de aquella venganza tomada contra el verdugo, y pareciéndole, en su naturaleza primitiva, que Marta no se vengaba bastante.

Marta, defendida por la presencia de Pablo contra sus propios desfallecimientos, se dejaba llevar sin resistencia al desbordamiento de ternura acumulada en su corazón, sin que su misma honradez pudiera asustarse por ello. De alguna más edad que Saviniano, madurada sobre todo por los sinsabores, parecíale que su amor tenía algo de maternal y á veces confundía en su imaginación los nombres de Saviniano y de Pablo como los de dos hijos queridos por igual.

Marta y Saviniano jamás pronunciaron una palabra de amor; ¿para qué? Cuando se reunían y se separaban, sus miradas, uniéndose como sus manos, se repetían la misma confesión y el mismo juramento.

Tampoco buscaban nunca la soledad. Ninguno de ellos se habría atrevido á alejar de su lado á aquel niño, tan ingenua, tan francamente satisfecho de su ventura. Al contrario, formaba entre ambos algo así como un lazo gratísimo y como una salvaguardia contra el riesgo de un desliz.

Para Pablo había comenzado una vida nueva con la llegada de Saviniano. Al sentimiento de gratitud que experimentaba hacia el que hacía sonreir á su madre, se unió en breve un cariño personal profundo.

Todo le gustaba en su nuevo amigo: la figura, los modales, el lenguaje de Saviniano correspondían á sus instintos aristocráticos y le consolaban del espectáculo contrario que le ofrecían de continuo los amigos de su padre. En lugar de ser recibido con frases irónicas estúpidas ó brutales, Pablo encontraba siempre en Saviniano una acogida agradable, simpática y delicada. Entonces abría su corazón; las ideas graciosas, sencillas y elevadas, encerradas hasta entonces en un mutismo intimidado, acudían á sus labios y se difundían en palabras ingenuas, siempre escuchadas y estimuladas.

Su talento natural se desarrollaba en aquellas conversaciones cotidianas á veces serias, nunca severas ni áridas, siempre amenas, y su alma se dilataba en una atmósfera de casta ternura que su sensibilidad adivinaba sin comprenderla.

Pablo había llegado precisamente á esa edad peligrosa en que el niño se transforma y en que su adolescencia naciente recibe la impresión indeleble de las impresiones que la rodean. Por este concepto Saviniano salvó quizás á Pablo con su sola presencia, del mismo modo que Pablo, con una sola palabra, le había salvado de las consecuencias de sus perversos proyectos.

Una tarde Francisca entró con el te en el momento en que se pronunciaba incidentalmente el nombre de Mad. Descordes.

– ¡Valiente bruja!, exclamó la nodriza, que siempre se expresaba con franqueza y claridad.

– ¡Francisca!, exclamó Marta procurando dar una expresión severa á su rostro.

– Dígame usted lo que quiera, señora; pero no me impedirá que afirme que esa beata es la plaga del país y que no piensa sino en desgarrar á los demás á picotazos cuando no hace cosa peor. ¿No sabe usted, Sr. Saviniano, que el otro día se me acercó en la calle para preguntarme si había usted venido á casa? ¡Cómo me he guaseado con ella!.. ¡Busca, busca, hijita!.. Si cuentas con la vieja Francisca para guiarte, te has llevado gran chasco... Pero esto no impide que haya que tener la vista fija en esa víbora y en sus viboreznos...

Y al marcharse añadió cómicamente:

– ¡Señor, Señor! Si has de llevarla al cielo con sus dos imbéciles hijas, llévame á mí al infierno... Allí estaré mejor que en su compañía.

Este incidente hizo que la conversación versara sobre religión. Pablo reprochaba á veces á Saviniano que fuera, si no hostil, por lo menos indiferente en materias religiosas.

– Pues precisamente los ejemplos como los que nos da Mad. Descordes son los que entibian la religión de muchas personas, contestó el subprefecto. Cuando se ve esas gentes á quienes se tiene por santas, dueñas de la Iglesia y también de la opinión, llenando el mundo con sus supuestas virtudes, ó queda uno deslumbrado, como les sucede á ciertas almas cándidas, ó se desvía si ve claro, y entonces dice como Francisca: «No quiero ir al cielo si he de encontrarme allí con ellas.»

– Sí, replicó Pablo levantándose, con la mirada brillante y la voz animada. Tiene usted razón por lo que toca á Mad. Descordes. Pero hay dos religiones, ó mejor dicho, la que profesa esa señora no es religión. Es una especie de idolatría en que las gazmoñerías sustituyen á las plegarias que brotan del corazón, en que el amor propio se sobrepone al amor á los demás, en que se mide la virtud de las personas por el número de sus genuflexiones públicas y los actos de caridad por el renombre que pueden proporcionar... Pero hay otra religión, sencilla, verdadera, la religión de Jesucristo que se resume en pocas palabras: amar y ser bueno. Esta es la de usted sin que lo eche de ver, y en realidad usted, que ama en silencio á unos pobres abandonados como nosotros, es más religioso que toda la familia Descordes reunida.

Marta miró á su hijo con tanta sorpresa como satisfacción.

– ¿Sabes que harías un excelente predicador?, dijo Saviniano conmovido en realidad.

– ¿Quién sabe?, contestó Pablo con voz grave y pensativo.

IX

Diosdada y Angélica acababan de ensayar en el salón de su casa un cántico nuevo que debían cantar el domingo próximo en la reunión de la cofradía de las Hijas de Santa Úrsula.

Su padre, arrellanado en un sillón, leía con entretenimiento la *Vida y hechos religiosos de la bienaventurada Virginia Escuyer,* obra interesante que aquella misma mañana le había prestado el buen padre Chavassieux.

Aquel salón revelaba á la primera ojeada el carácter de sus habitantes y también, fuerza es confesarlo, cierto prosaísmo burgués.

Los sillones y las sillas, simétricamente alineados á lo largo de las paredes, estaban cubiertos de fundas blancas y delante de cada uno de ellos había una alfombrita redonda destinada á resguardar el encerado pavimento. Junto á un canapé, también enfundado, había una mesa de reluciente caoba y sobre ella un jarro de asas doradas lleno de musgo artificial y á uno y otro lado de él álbums de fotografías, un abultado libro lujosamente encuadernado, regalo de Año nuevo, titulado *La Vida de los Santos ilustrada,* y unos cuantos tomos en rústica que llevaban estos títulos: *Homilías para la Cuaresma, Consejos á las almas piadosas para navegar entre los escollos del mundo, Los aliados de Satanás (primera parte: la Francmasonería).*

De las paredes pendían amarillentas estampas litográficas: Jesucristo andando sobre las olas enfrente de un Milagro de la Virgen de la Saleta, un Sagrado Corazón formando juego con una Dolorosa. Junto á la chimenea un medallón de yeso con el busto del Papa puesto sobre un retrato grabado de un misionero de larga barba con una dedicatoria firmada.

Los únicos objetos profanos, aparte del piano, eran dos cuadros al óleo, obra de un artista del país. El uno representaba á Mad. Descordes con vestido negro y sonriente, y el otro á su marido con chaleco blanco y sonriente también. A no ser por estos ejemplares del arte, aquella habitación habría tenido todo el aspecto del locutorio de un convento, cuya atmósfera glacial parecía sentirse allí.

Y sin embargo, Mad. Descordes cuando entró en el salón como un huracán y sin quitarse siquiera el sombrero, se dejó caer en un sillón y exclamó jadeante:

– ¡Por fin lo sé todo! Es lo que yo me figuraba.

– ¿Qué hay? ¿Qué hay?, preguntaron las dos hijas separándose presurosas del piano.

– ¿De qué se trata?, preguntó M. Descordes más sosegado que ellas y levantando los ojos un poco soñolientos por su interesante lectura.

– ¡Vengo de allá! ¡Qué escándalo!.. ¡Qué vergüenza!.. ¿A que no adivináis á quién he encontrado?.. ¡Pues al subprefecto!

– No es posible, exclamó Angélica soltando una carcajada que entonces quedó sin eco.

– Ya lo dije yo, añadió Diosdada poniéndose algo pálida.

– Pero ¿de dónde vienes?, preguntó cándidamente el marido.

– Vengo de casa de esa Charlier. Ya me figuraba yo que había algo... He querido ver y he visto..., he visto. ¡Ah! ¡Ese subprefecto! Después de lo que le habíamos dicho...

– Lo cierto es, dijo el buen procurador que no estaba en antecedentes, que dadas las opiniones de Charlier, no está en su salón el puesto de un subprefecto conservador.

– Sí, de política se trata ahora, replicó Mad. Descordes con tono despreciativo. No entiendes una palabra, y sin embargo, hay cosas que no debo decir delante de estas niñas. El subprefecto estaba allí instalado como en su casa, tomando te, ¡te en Cuaresma, con tostadas de pan con manteca!

– ¡Pan con manteca!

– Sí. Y fingía hojear el diccionario de Pablo como si le ayudara en su traducción.

– ¿Y ella?

– ¡Oh! Ella es muy solapada... Tocaba el piano por disimular. Debió sentarse á él al oirme llegar.

– Pero, dijo M. Descordes que continuaba sin entender una palabra, me parece que el subprefecto está en su derecho visitando á Mad. Charlier. También viene aquí.

– ¡Te atreves á comparar! En primer lugar, viene aquí..., es decir, venía..., porque va escaseando cada vez más sus visitas... Por dos veces no ha querido aceptar cuando le hemos convidado á comer, lo cual no me extraña, pues se avergonzaría de presentarse ante estos ángeles saliendo de donde sale.

– Me parece que vas demasiado lejos, amiga mía, dijo el procurador, cuya inteligencia empezaba por fin á despertarse.

– ¡Cállate, Edmundo! Ocúpate de los asuntos de tu despacho y no te metas en los míos.

– ¿Estás segura de que son los tuyos?, preguntó tímidamente Edmundo.

– Sí, míos. ¿Acaso una buena cristiana no tiene el deber de velar, no sólo por su propia salvación, sino también, en cuanto pueda, por la del prójimo? Hace ya mucho tiempo que tenía sospechas de ese culpable galanteo. Pregúntaselo si no á tus hijas.

Sí, sí, hace mucho tiempo que mamá lo sospechaba.

– ¿No es verdad? Ante todo, yo no me equivoco nunca... ¿Qué significaban los gastos insensatos que esa marquesa hacía en su casa? Esas reformas, esas compras de muebles en las que se come todo el dinero del pobre Charlier...

– Sí, replicó el procurador, se come lo que él no se bebe.

– ¡Bah! Veo que estás de su parte.

– No, no... Debes tener razón..., la tienes sin duda... La verdad es que si M. de la Haye buscaba palabras en un diccionario, esta no es la ocupación natural de un subprefecto.

– ¿Y qué han hecho al verte, mamá?

– ¡Ah! ¡Tienen un desparpajo!.. Pues no se han turbado poco ni mucho... M. de la Haye me ha preguntado por vosotras y Mad. Charlier me ha ofrecido una taza de te. Le he contestado en un tono que ha debido comprender: «Ya sabes, prima, que yo observo las reglas de nuestra santa religión y que comer ó beber entre comidas interrumpe el ayuno obligatorio de la Cuaresma.» He recalcado la palabra «obligatorio.» Me quedé luego muy poco rato..., estaba sofocada. Me despidieron muy cortésmente, excepto Pablo, que parecía furioso y no me ha dirigido la palabra.

– Pero, observó M. Descordes, si Pablo estaba allí, creo que...

– Estaba..., estaba ahora... Pero no debe estar siempre. ¡Pobre criatura! ¡Qué educación! ¡Qué ejemplos!

– Pero ¿supones?..

– Yo lo supongo todo, todo... Por ahora no puedo decir más. Pero ya es tiempo de tomar una determinación, si es que no llegamos demasiado tarde. El primer deber que me incumbe es avisar á Charlier. Mañana por la mañana le veré.

– Haces bien, porque por la noche no suele estar muy sereno. Pero ¿no valdría más?..

– ¿Qué?

– No hacer nada.

– ¡Pobre hombre! Tan apático como siempre... ¡No hacer nada! Si no hubiera nadie más que tú para defender la religión... ¿No ves que se han de salvar dos almas, quizás tres?.. Pues á ese desdichado niño hay que preservarlo de la gangrena... No, no dejaré de cumplir esa misión... Puesto que Dios ha permitido que descubra esos horrores, esto es una señal de que debo realizar esa misión... Sabré desempeñarla.

– Como quieras, hija mía, contestó filosóficamente el procurador reanudando su lectura.

– Vamos, Diosdada, dijo Angélica. Ensayemos otra vez mientras mamá se quita el sombrero. Sólo faltan dos días para la reunión de la cofradía.

Y á los acordes del piano, las voces de los dos ángeles volvieron á entonar el cántico religioso.

X

¡Cuánto trabajo cuesta hacer el bien! ¡Cuántas contrariedades hay que sufrir! ¡Cuántos obstáculos, y de los más imprevistos, surgen, no siendo uno de los menores la ciega terquedad de aquellos mismos á quienes se hace el favor!

Y sin embargo, no hay que desalentarse. La perseverancia es el complemento de la virtud, y merced á ella se adquieren verdaderos méritos.

Mad. Descordes hacía estas reflexiones, amargas y animosas á la vez, á consecuencia de una conversación en la que había procurado inútilmente abrir los ojos á Charlier.

Éste, que estaba precisamente de buen humor el día de la entrevista, había empezado por reirse de sus avisos y acabado por encogerse de hombros. Su orgullo no le permitía abrigar la menor sospecha.

– No me dices nada nuevo, le contestó. Los extraordinarios gastos de que me hablas se reducen á cuarenta francos que he dado á Marta y al importe de un brazalete que ha vendido, mediante lo cual arregla un poco la casa, y á mí no me desagrada encontrar mi humilde hogar algo embellecido cuando entro en él. Por lo que hace al subprefecto, he autorizado á Marta para recibirle. A esos nobles les entretiene hablar entre sí. Cada cual tiene su lenguaje, ¿no es verdad?, y de vez en cuando le gusta hablarlo. Es lo mismo que vosotros, que tenéis vuestra charla de iglesia, y nosotros que tenemos la de taberna. Ya debes comprender que un pisaverde como ese no es mozo que deba preocupar á un hombre como yo. Estate, pues, quieta..., déjalos tranquilos y á mí también. Ocúpate de tus curas... Trabajo te mando si quieres vigilarlos. Y á propósito, tengo noticia de cierta aventura del padre Chavassieux... ¿Quieres que te la cuente?

Mad. Descordes había echado á correr santiguándose.

– Bien mirado, decía para sí, no lucho por salvar el honor de Charlier... Me tiene sin cuidado... Eso es cosa suya... Lucho por caridad para salvar dos almas, y debo continuar.

Tal vez habría debido añadir que la animosidad hacía tiempo alimentada contra aquella «hija de marqués,» sobrado audaz para librarse de su dominio no era extraña á su celo.

A pesar de su seguridad aparente, Charlier vigiló algún tiempo, aunque sólo fuera por verse libre de toda preocupación. Jamás, á ninguna hora, encontró al subprefecto en su casa. Al día siguiente de la vi-

sita de Mad. Descordes, Saviniano empezó á hacer uso de un mes de licencia, y únicamente el cartero que llevaba sus cartas á Marta ó á Pablo, y Francisca que echaba las respuestas al correo y el administrador de la estafeta habrían podido revelar el punto de su residencia. Charlier, enteramente tranquilo, volvió á sus costumbres, diciendo para sí que á su prima la tenían sorbido el seso sus desvaríos de santurrona.

Mad. Descordes reconoció que había dado un paso en falso. No se toma una plaza fuerte por asalto al primer ataque, sino que es menester rodearla de líneas de circunvalación, acercarse poco á poco, abrir brecha, y entonces puede tener resultado la arremetida á viva fuerza.

Lo propio que un general que no considera perdida la campaña por un descalabro de vanguardia, Mad. Descordes puso manos á la obra con nuevo ánimo, después de haber hecho arder un grueso cirio por el resultado de sus esfuerzos. Sus dos ángeles tomaron posiciones á su lado en la batalla, distinguiéndose especialmente Diosdada por el ardor de su celo lleno de la amargura de una esperanza frustrada.

Una palabra dicha con oportunidad, una confidencia deslizada hábilmente al oído de una persona conocida por su indiscreción, un retruécano acompañado de una sonrisa maliciosa, un silencio estudiado..., no fué menester más para que al cabo de quince días todo Genneville quedara convencido de que el subprefecto era el amante de Mad. Charlier y de que ésta arruinaba á su marido con sus despilfarros en el traje ó en el mueblaje de su casa.

Mad. Valier aseguraba que ya había gastado más de diez mil francos. A Mad. Leautaud le parecía algo exagerada esta cantidad, y según cálculos exactos no pasaba de siete mil y quinientos francos. Mad. Bouchard, la mujer del veterinario, fué la que más pudo ufanarse por el resultado de sus noticias; afirmó que su marido, salido muy temprano, había visto bajar un hombre de la casa por una escala de cuerda, y que aquel hombre no podía ser otro sino M. de la Haye. Mad. Belamy se esforzó por hacer observar que la escala continuaba en mitad del día en el mismo sitio, pues servía á un obrero que estaba retejando la casa; pero ¡indulgencia inútil y casi sospechosa!, quedaba sentado que el subprefecto escalaba todas las noches el balcón de Marta y se marchaba al rayar el alba.

La popularidad es efímera, y la que había acompañado á los comienzos de Saviniano se disipó como el humo. Hacía mucho tiempo que, entregado por completo á su cariño, había descuidado sus visitas, antes objeto de tantas ambiciones. La parienta anunciada no había llegado. Los trajes preparados para el baile se ajaban en los armarios. Los cajones y sombrereras de las señoritas Juglan rebosaban de aprovisionamientos prematuros. Las jóvenes habían retirado sus sonrisas y las madres su benevolencia. Las semillas arrojadas por Mad. Descordes no podían menos de germinar con rapidez en un terreno tan propicio, y su nueva obra de caridad tuvo un resultado tan feliz como no podía esperarlo.

Este movimiento pasó de las mujeres á los hombres, y en los cafés se empezó á charlar de los amores del subprefecto, amores que constituían también el único asunto de conversación del grupo de paseantes de la plaza Mayor.

A algunos les parecía la cosa muy chistosa, y se comunicaban un epigrama anónimo, tan necio como malévolo, que las personas bien informadas atribuían al inspector de primera enseñanza jubilado, hombre gordo y ventripotente cuyo ingenio competía con su prosodia. Decíase que alguien había puesto aquel epigrama en música y que las Srtas. Descordes lo tarareaban al piano entre dos canciones místicas.

Otros más pudibundos, graves funcionarios, y en especial el registrador de hipotecas y el alguacil del juzgado, se lamentaban de que el representante del gobierno perdiera en culpables devaneos el tiempo que hubiera debido consagrar á los asuntos del país.

Cuando Saviniano regresó, después de terminada su licencia, no necesitó gran perspicacia para notar las señales precursoras de una terrible tempestad; pero su única preocupación fué volver á la dulce intimidad en que vivía entre Marta y Pablo, y se apresuró á reanudar sus visitas como antes tan sencillas, tan agradables, tan puras.

Solamente dos veces tuvo que suspenderlas. A la entrada del callejón en cuyo fondo estaba la casa de Marta encontró algunas personas desocupadas y al parecer obstinadas en no moverse de allí, las cuales le saludaron sin que él reparase en sus maliciosas sonrisas, y tuvo que retroceder.

Entonces se abrió la puerta del jardín, y en adelante Saviniano entró por aquella vía discreta é ignorada.

¡Ignorada! ¿Acaso podía escapar algo al ojo vigilante de Mad. Descordes?

Cansada de vigilar y de hacer vigilar el callejón en el que no se había vuelto á ver á Saviniano, sintió de pronto un celo ardiente por un orfelinato un tanto descuidado y situado precisamente en la callejuela adonde daba el jardín de Marta.

Aquella nueva caridad obtuvo en breve su recompensa. Cierta tarde en que regresaba con sus hijas de hacer una visita á aquel establecimiento, oyó rechinar una llave, abrióse una puerta y aquellas señoras se encontraron frente á frente con Saviniano que salía del jardín, y que, sorprendido, apenas acertó á saludarlas.

XI

Cuando una mosca se posa en la frente, se la espanta distraídamente; pero la paciencia más puesta á prueba no resiste á la tenacidad con que vuelve. Expulsada de un lado, vuelve á otro, siempre, con pertinacia, sin tregua, zumbando sin descanso, implacable en su cosquilleo, y este suplicio continuo acaba por hacer perder los estribos al hombre menos nervioso.

La primera vez que, en uno de sus cafés habituales, un amigo un poco «alumbrado» hizo á Charlier cierta alusión á las asiduidades del subprefecto, se contentó con reir. La segunda vez se enfadó. La tercera se quedó silencioso y turbado.

Los concurrentes á los establecimientos en que pasaba su vida no se distinguían por lo delicado ni variado de sus bromas. Cuando han dado con un filón, lo explotan sin tregua ni descanso, y todos los días recibían á Charlier con las mismas pullas y cuchufletas, seguidas de las mismas risas.

Charlier no se enfadaba al parecer, y aun á veces fingía compartir la hilaridad general ó contestaba con alguna palabra grosera; pero poco á poco iba acumulándose la cólera en su corazón.

Observóse que bebía cada vez más. Tenía la mirada extraviada, le temblaban las manos con movimiento convulsivo, se le enronquecía la voz y su rostro pasaba súbitamente de un color encendido á una palidez mortal. Cuando volvía á su casa, ya no reñía á nadie, sino que quedaba sumido en un silencio profundo, con la mirada fija, como asediado por una sola idea. Apenas acababa de comer, salía andando al azar y maquinalmente, hasta que volvía al café donde las mismas bromas, moscas jamás cansadas, le saludaban á su entrada.

Un médico habría reconocido desde luego que en aquel desgraciado se iba desarrollando el delirio alcohólico.

Una tarde fué á casa de M. Descordes. Toda la familia estaba reunida en el salón. Su llegada sorprendió, pues jamás hacía visitas. Con la mirada vaga y vidriosa, y dando miedo de verle, se detuvo en el umbral de la puerta.

M. Descordes le ofreció una silla.

– No hay que molestarse, dijo con voz seca avanzando con la tiesura de un autómata hasta el medio del salón y apoyando una mano en la mesa. Poco tiempo necesito para lo que tengo que decir.

Miró fijamente á Mad. Descordes y prosiguió:

– Hace dos meses me dijiste que habías visto á M. de la Haye instalado en el salón de Marta. ¿Qué has deducido de ello?

– Pero... Juan..., vamos..., siéntate y hablaremos.

– Repito que no hay que molestarse. Contéstame.

– Pues he deducido... nada, ¡oh! nada malo... Sólo que en interés tuyo y también en el de Marta, he deducido que sería mejor... Ya sabes que nunca faltan malas lenguas, y á menudo las cosas más inocentes...

– ¡Basta de mistificaciones!... A ese paso no concluirás mañana... En una palabra, has pensado que M. de la Haye era amante de Marta.

– ¡Oh Juan!, exclamó en tono de protesta M. Descordes que se había refugiado detrás de la mesa.

– ¡Por Dios! Delante de estas niñas..., añadió Mad. Descordes.

– ¡Pardiez! Cualquiera diría que acabas de destetarlas... Demasiado les has dicho lo que hay; yo no hago más que aplicar su propio nombre á la cosa... Con que quedamos en que piensas que M. de la Haye es amante de mi mujer.

– ¡No... no!

– Entonces ¿por qué lo has propalado por toda la ciudad?

– ¿Yo? ¡Nunca!

– Tú lo has dicho á tus beatas amigas, las cuales lo han dicho á otras que lo han repetido á su vez... Ahora no se habla de otra cosa en la población... Marta está deshonrada y yo soy el hazmerreir de la gente... Y esto lo has hecho tú, tú sola, ¿lo entiendes? ¡Oh! Demasiado sé que no lo has dicho así como así, en toda su crudeza. Vosotras encontráis modo de valeros de palabras melosas, almibaradas..., pero llenas de veneno. Pues eso es lo que has hecho. Y ahora óyeme bien, porque tengo que decirte dos cosas. La primera es que te desprecio como la última de las últimas...

– ¡Juan, Juan! – exclamó M. Descordes, incapaz de mayor energía.

– Y á ti también, gallina... Sé que soy muy poca cosa; pero, sábelo prima, vale más mi dedo meñique que tú con todas tus virtudes... Yo no hablo mal de nadie por detrás, lo que tengo que decir lo digo cara á cara y más de una vez lo he probado... La segunda cosa que debo decirte, es que tan cierto como me llamo Charlier y que estoy en todo mi juicio, por más que me creáis borracho, si Marta es culpable, la mataré, y si es inocente te mataré á ti. De todos modos, correrá sangre y tú habrás tenido la culpa. Como no tengo más que decirte, queda con Dios.

Se marchaba dejándolos á todos sumidos en aterrado silencio, cuando Diosdada, saliendo de pronto del rincón donde se había refugiado, se puso delante de él con azoramiento.

– ¡Que tu Marta es inocente!, exclamó. Pues ve esta tarde á las cuatro á la callejuela que hay detrás de tu jardín, y ten cuidado de si ves entrar á M. de la Haye por la puertecilla..., de cuatro á seis..., ¿lo oyes?..., con su llave... Entonces conocerás si mamá ha mentido, y si M. de la Haye es ó no amante de tu mujer... y hace ya mucho tiempo.

Charlier, sin contestar, descargó un puñetazo en el jarro de musgo artificial que cayó al suelo hecho pedazos. En seguida salió.

Mad. Descordes, casi orgullosa, admiraba á su hija, mientras el procurador, con la cabeza entre las manos, decía afligido.

– ¡Oh Juan!... ¡Diosdada!... ¡Dios mío! ¡Dios mío!...

Cuando, al levantar la cabeza, se convenció de que Charlier se había marchado, recobró el valor.

No se puede hacer más que una cosa, dijo. ¡Angélica! ¡Pronto, mi sombrero!

– ¿Adónde vas?

– A casa del subprefecto... á avisarle... y también á los gendarmes. ¡Está loco, está loco!

– No te moverás de aquí, papá, dijo Diosdada en tono de autoridad. Que se arreglen como puedan. Nosotros no tenemos que mezclarnos en ello.

– Pero, ¿no le has oído?

– He oído que si no tiene pruebas matará á mamá; pero como las tendrá tan luego como vea á M. de la Haye entrar como un ladrón por la puertecilla excusada... Entonces, ¡suceda lo que Dios quiera!

– ¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué va á suceder?, exclamó el procurador volviendo á sentarse.

Mad. Descordes se asomó al balcón que daba á la plaza Mayor y siguió con la vista á Charlier, quien, después de dar algunos pasos, se detuvo, sacó el reloj, y retrocediendo, se encaminó á la calleja á la que daba su jardín.

La recorrió sin ver á nadie, y ocultándose junto al quicio de la puerta del orfelinato, aguardó inmovil é invisible.

Dieron las cuatro en el reloj de la iglesia. Aún vibraba el eco de la última campanada, cuando Saviniano asomó por el otro extremo de la calle, y con paso rápido se dirigió á la puerta del jardín, la abrió y desapareció.

Charlier salió entonces muy pálido de su escondite. Marchó hacia la plaza Mayor y entró en el café, donde una tras otra bebió algunas copas de ajenjo puro, coñac y ron. Sus amigos le hicieron preguntas á las que no contestó. Con movimiento automático se levantó, dejó cinco francos sobre la mesa y se fué.

– ¡Malo, malo!, dijo uno de los bebedores. No tiene cara de bromas.

– ¿Qué le pasa?

– No me encargaría ahora de ir á darle un pisotón.

– ¿Os parece que le sigamos? No sabemos lo que...

– Sigámosle.

Dos ó tres se levantaron, pero al poco tiempo regresaron riendo.

– ¡Bah! Se dirige tranquilamente á su casa... Dentro de un cuarto de hora estará roncando.

En efecto, Charlier había ido á su casa. Por muy dueño que pareciera de sus movimientos, dió un gran portazo al entrar.

Francisca, asombrada, le vió cruzar el patio, y antes que tuviera tiempo de llegar, corrió al salón en donde Marta, Saviniano y Pablo tomaban te tan tranquilos como de costumbre.

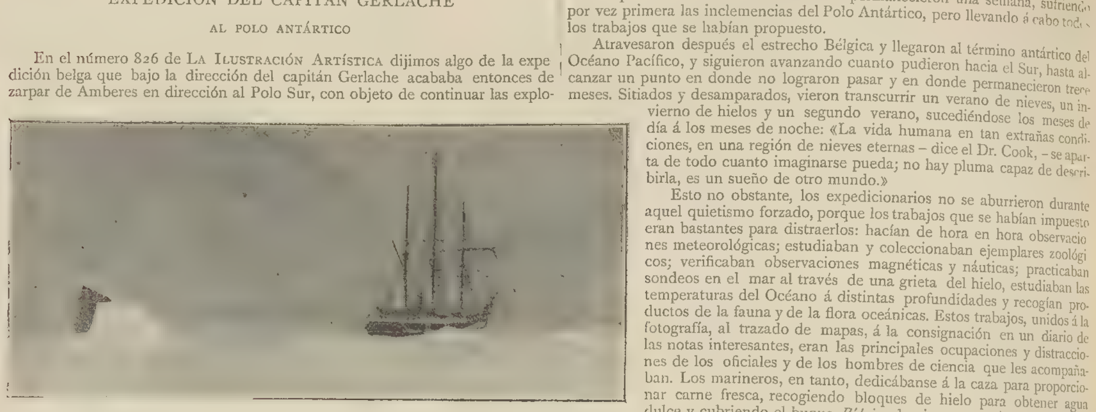
– ¡Señora! ¡Señora! ¡Viene el amo!... ¡y con una cara!...

(Continuará)

EXPEDICIÓN DEL CAPITÁN GERLACHE

AL POLO ANTÁRTICO

En el número 826 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dijimos algo de la expedición belga que bajo la dirección del capitán Gerlache acababa entonces de zarpar de Amberes en dirección al Polo Sur, con objeto de continuar las exploraciones de aquella región, menos conocida aún que la del Polo Norte. Las noticias que entonces publicamos acerca de los expedicionarios, del buque *Bélgica* que los conducía y de los planes que tenían trazados, vamos á completarlas hoy con algunos datos de la relación del viaje que ha publicado recientemente el Dr. Federico A. Cook, médico norteamericano que acompañó á los exploradores.



El buque *Bélgica* en las regiones antárticas, en donde permaneció durante trece meses (de fotografía)

La expedición pasó el estrecho de Magallanes á fines de 1897, y después de haber permanecido algún tiempo en las tierras del Cabo de Hornos, llegó en enero de 1898 al país conocido con los nombres de Palmer Land y de Graham Land, cruzando luego las agitadas aguas del mar situado al Sur de dicho cabo, verificando varios sondeos en las islas de South Shetland y pasando el estrecho de Bransfield, en donde encontraron varios *icebergs*, alguno de ellos tan grande que los exploradores llegaron á creer por un momento que no se trataba de una masa de hielo flotante, sino de una isla cubierta de hielo.

En aquel punto llegaron los expedicionarios á una tierra firme que les privaba de continuar el viaje por mar, y consultados los mejores mapas de aquellas regiones, comprendieron que se aproximaban á una parte del gran continente antártico: toda aquella tierra estaba sepultada bajo una gruesa capa de hielo que sólo dejaba en descubierto algunas rocas de la costa; hacia el Este la tierra estaba evidentemente cortada por algunas anchas fajas de agua que á lo lejos se distinguían; hacia el Oeste la costa parecía más cercana, pero la proximidad de la noche les impidió hacer observaciones exactas. Aquel mismo día desembarcaron en una pequeña isla situada á unas mil cincuenta millas del círculo antártico: estaban entonces en la región de las noches y de los días largos, y la temperatura, á pesar de ser verano, manteníase inferior á cero.



El capitán Leconte haciendo observaciones magnéticas (de fotografía)

Aquella pequeña isla desolada y deshabitada fué el punto de partida para todas las operaciones de los expedicionarios, quienes, á la mañana siguiente, descubrieron hacia el Sur un ancho canal navegable que posteriores exploraciones les demostraron que era un estrecho que desembocaba en el Pacífico. La tierra situada al Este del estrecho era una región montañosa, de unos dos ó tres mil pies de altura, y la situada al Oeste, de igual carácter, estaba separada del continente por el estrecho citado, en donde descubrieron los expedicionarios un grupo de islas al cual dieron el nombre de archipiélago de Palmer.

La tierra del Este era la continuación de la Graham Land, formando con ésta el mayor territorio antártico, probablemente un continente. Los exploradores recorrieron la costa en una extensión de trescientas millas hasta que una gran masa de hielo les impidió seguir adelante, y dieron á la parte recorrida el nombre de Danco Land, en honor del teniente de este nombre que formaba parte de la expedición, así como el de estrecho de Bélgica al por ellos descubierto. Además descubrieron unas cincuenta islas, á la mayor de las cuales denominaron isla Wencke, nombre de uno de los marineros que les acompañaba y que se ahogó el día antes de que penetraran en aquellas aguas antes desconocidas. A la punta Norte de dicha isla la bautizaron con el nombre de cabo Astrup, en honor del compañero de Peary en la expedición al Polo Norte, y á otras islas con las de Nansen, Andrée, Broocklyn y Van Wyck.

Para explorar las nuevas tierras que se extendían junto al estrecho Bélgica, hicieron veinte desembarcos en varias islas y en los puntos de tierra firme en donde la fuerza del sol había sido suficiente para derretir una parte del hielo: estos desembarcos se realizaron especialmente para hacer observaciones magnéticas, reconocimientos y trabajos geológicos y zoológicos. En uno de ellos dirigiéronse hacia el interior provistos de tiendas, provisiones, instrumentos y trineos con el propósito de efectuar una ascensión á una elevada montaña para desde allí reconocer mejor las tierras circundantes, y si bien las profundas simas no les permitieron llegar hasta la cúspide, pudieron alcanzar una altura suficiente para dominar las tierras que ante ellos se extendían. Allí permanecieron una semana, sufriendo por vez primera las inclemencias del Polo Antártico, pero llevando á cabo todos los trabajos que se habían propuesto.

Atravesaron después el estrecho Bélgica y llegaron al término antártico del Océano Pacífico, y siguieron avanzando cuanto pudieron hacia el Sur, hasta alcanzar un punto en donde no lograron pasar y en donde permanecieron trece meses. Sitiados y desamparados, vieron transcurrir un verano de nieves, un invierno de hielos y un segundo verano, sucediéndose los meses de día á los meses de noche: «La vida humana en tan extrañas condiciones, en una región de nieves eternas – dice el Dr. Cook, – se aparta de todo cuanto imaginarse pueda; no hay pluma capaz de describirla, es un sueño de otro mundo.»

Esto no obstante, los expedicionarios no se aburrieron durante aquel quietismo forzado, porque los trabajos que se habían impuesto eran bastantes para distraerlos: hacían de hora en hora observaciones meteorológicas; estudiaban y coleccionaban ejemplares zoológicos; verificaban observaciones magnéticas y náuticas; practicaban sondeos en el mar al través de una grieta del hielo, estudiaban las temperaturas del Océano á distintas profundidades y recogían productos de la fauna y de la flora oceánicas. Estos trabajos, unidos á la fotografía, al trazado de mapas, á la consignación en un diario de las notas interesantes, eran las principales ocupaciones y distracciones de los oficiales y de los hombres de ciencia que les acompañaban. Los marineros, en tanto, dedicábanse á la caza para proporcionar carne fresca, recogiendo bloques de hielo para obtener agua dulce y cubriendo el buque *Bélgica* de nieve para evitar que se escapara el poco calor que en éste se generaba.

Las temperaturas que sufrieron los expedicionarios en aquellas regiones fueron: la máxima, de un grado y medio sobre cero; y la mínima, de 43° bajo cero, prefiriendo aquéllos los días más fríos, porque eran claros, á los más templados, que eran tristes y obscuros é iban generalmente acompañados de violentos huracanes.

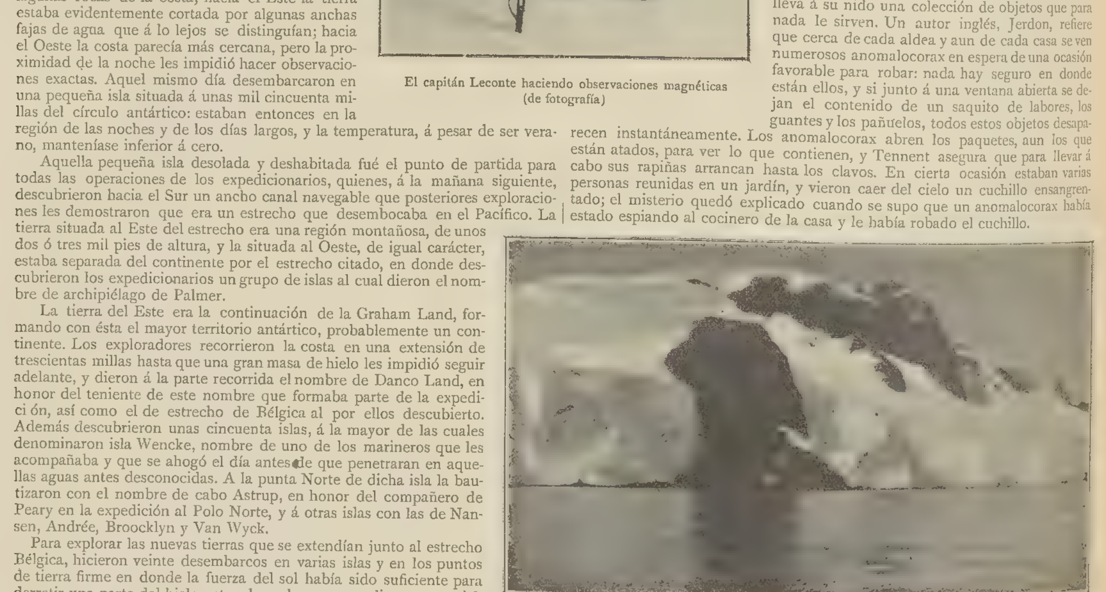
Al cabo de trece meses pudieron los expedicionarios abandonar aquellos lugares, y después de algún tiempo regresaron á Europa con la satisfacción de haber visto tierras y mares antes por nadie contemplados y de haber dado, por consiguiente, un paso más en la exploración del Polo Sur. – X.

***

LOS PÁJAROS COLECCIONADORES

La manía de las colecciones, tan generalizada en la especie humana, es rara entre los animales y sólo la encontramos perfectamente marcada en las aves. Bajo este concepto, es bien conocido el caso de la urraca y está en la memoria de todos la historia de la urraca ladrona de Palaiseau.

El *Anomalocorax splendens* es una especie de cuervo que se encuentra en abundancia en la India y que en las grandes ciudades corre por todas partes, como en las nuestras corre el travieso gorrión. Ese pájaro, lo mismo que la urraca, es un ladrón consumado, pues no sólo roba las materias que constituyen su alimentación, sino que además lleva á su nido una colección de objetos que para nada le sirven. Un autor inglés, Jerdon, refiere que cerca de cada aldea y aun de cada casa se ven numerosos anomalocorax en espera de una ocasión favorable para robar: nada hay seguro en donde están ellos, y si junto á una ventana abierta se dejan el contenido de un saquito de labores, los guantes y los pañuelos, todos estos objetos desaparecen instantáneamente. Los anomalocorax abren los paquetes, aun los que están atados, para ver lo que contienen, y Tennent asegura que para llevar á cabo sus rapiñas arrancan hasta los clavos. En cierta ocasión estaban varias personas reunidas en un jardín, y vieron caer del cielo un cuchillo ensangrentado; el misterio quedó explicado cuando se supo que un anomalocorax había estado espiando al cocinero de la casa y le había robado el cuchillo.



El cabo Astrup, entrada meridional del nuevo estrecho, á unos 2.000 pies de altura

Los *Ptilonorhincos* son más eclécticos en sus gustos, y los objetos de que se apoderan están destinados á decorar la entrada y el interior de sus curiosos nidos de recreo. Gould refiere que esos pájaros amontonan en ellos todos los objetos de color brillante que pueden coger, tales como plumas de la cola de diver

sos loros, conchas, piedrecitas, huesos, etc. Algunas plumas están entrelazadas con el armazón del nido, otras aparecen mezcladas con huesos y conchas y están puestas en la entrada. La inclinación natural de estos pájaros á apoderarse de cuanto encuentran es tan conocida por los naturales del país, que cuando echan de menos algún objeto pequeño, como una pipa ó un amuleto, échanse á buscar nidos de ptilonorhincos en la casi seguridad de encontrarlos en alguno de ellos. Gould ha encontrado á la entrada de un nido una bonita piedra de tomahawk, de una pulgada y media de alto, muy delicadamente trabajada y puesta entre retazos de algodón azul que los pájaros habían recogido seguramente en un antiguo campamento de indígenas.

El mismo autor nos da también interesantes detalles acerca de otro pájaro coleccionador, el *Clamidero manchado* que, como el anterior, se construye nidos de recreo. En el centro de cada uno de éstos y en la entrada del pórtico álzase una inmensa colección de materiales de toda clase que sirven para decorar el nido: conchas, guijarros, plumas, huesos de pequeños mamíferos, etc. Esas conchas y esos guijarros sólo pueden hallarlos estos pequeños arquitectos en las orillas de las corrientes de agua; teniendo, pues, en cuenta que á menudo sus construcciones están situadas á gran distancia de los ríos, se comprenderán el trabajo y los esfuerzos que tienen que realizar aquellos pájaros para proporcionarse sus colecciones.

Como los clamideros se alimentan casi exclusivamente de granos y de frutos, es evidente que las conchas y los huesos sólo pueden haber sido recogidos para decorar sus nidos, con la particularidad de que sólo se apoderan de los perfectamente blanqueados por el tiempo.

Como se ve, las dos especies precedentes prefieren los objetos de origen animal; pero para que haya todos los gustos, la naturaleza ha creado el *Amblyornis de Nueva Guinea*, que colecciona objetos de origen vegetal.

Delante de la puertecita de su *home* forma un hermoso césped con musgo cuidadosamente recogido y que va á buscar á cierta distancia, desembarazándolo con su pico de todo cuerpo extraño. Sobre esa alfombra de verdura siembra el pájaro frutos morados de *Garcinia* y flores de Vaccinium que coge en las inmediaciones y que cuida de renovar en cuanto se marchitan, por lo cual bien merece el nombre de *pájaro jardinero* que le dan los cazadores malayos. – H. C.



TOLEDO. – POSADA EN DONDE CERVANTES ESCRIBIÓ «LA ILUSTRE FREGONA» (de fotografía de Garzón, de Granada)



IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XVIII — Barcelona 21 de agosto de 1899 — Núm. 921

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EN EL TÁMESIS, cuadro de Eugenio Vail

ADVERTENCIA

Con el presente número de «La Ilustración Artística» repartimos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el tomo tercero de la serie correspondiente al presente año, que será el segundo y último de la obra «La vida en la América del Norte,» por Pablo de Rousiers, ilustrado con profusión de grabados, reproducciones de fotografías hechas expresamente para este libro.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORANEA

HIDROTERAPIA

Si la humanidad tuvo su origen en el agua, es preciso confesar que no lo ha olvidado y conserva gratitud á su abuela. El agua ocupa puesto preferente en la vida actual: otros ídolos se van, éste ve sus altares cada día más alumbrados y su templo cada vez más concurrido.

Escribo así porque me encuentro donde debe encontrarse en el mes de agosto la persona que se respeta: una de estas Mecas de la salud llamadas balnearios, y camino de otra Meca semejante. Estoy en Mondariz y no tardaré en trasladarme á la Toja.

De la Toja no he hablado jamás á los lectores de estas crónicas, y cuenta que lo merece, así es que dedicaré unas páginas á tan curiosos manantiales; de Mondariz sí he contado algo aquí mismo, pero poco en relación á lo que Mondariz merece. Además, en Mondariz se suceden tan rápidamente los cambios y transformaciones y las mejoras se precipitan de tal manera, que siempre hay que decir mucho nuevo.

* * *

No hará más de veinticinco años que era Mondariz un rincón olvidado de Galicia, una de esas aldeíllas en que el viajero pide al pasar cualquiera de los objetos indispensables para la vida, y no lo encuentra. La fama naciente de las milagrosas virtudes del manantial había impulsado á dos industriales modestísimos, un *brasileiro* y una *modista*, si no me engaño, á recibir huéspedes. Cómo los recibían, es todo un poema de sencillez primitiva. El comedor de la *modista* me contaron que tenía el piso de tierra. La casa del *brasileiro*, de la cual puedo dar noticias, puesto que la habité, alardeaba de mejor servida: se comía, por lo menos, sobre un piso de tablas. Aparte de este refinamiento, allá se irían en *confort*. El cuarto en que vivíamos era un desván: en la parte abuhardillada, no había medio de incorporarse sin tropezar con el techo. La comida, aderezada por la menos hábil de las guisanderas, brillaba por la variedad: pollo asado á mediodía, pollo con patatas á la noche. Recuerdo que unos portugueses que estaban allí remojando también el estómago y alcalinizando la sangre, no toleraban tanto pollo. «¡Frango, e sempre frango!,» gritaban enfurecidos. Un día, amostazados ya de veras, quisieron romperle al mesonero una costilla, y se armó en la casa una gazapera formidable.

Modesto como el hospedaje era el contingente de bañistas. Portugal suministraba el grueso de la concurrencia (en Portugal se supo de Mondariz, antes que en España.) Nuestro amenísimo Luis Taboada derramaría sal describiendo los tipos de aquella buena gente, y sus *toilettes*, de riguroso trapillo. Curas flatulentos, rechonchos, fomentadores de sardina, algún averiado *bacallaoheiro*, dos ó tres *lisboetas* negruzcas, enfundadas en túnicas color tabaco de hoja, era la representación de ese Portugal tan simpático y que, como Mondariz, también ha adelantado y mejorado hasta el punto de no parecer el mismo de hace un cuarto de siglo, y de que al adelantar la cultura se haya embellecido la raza, no siendo hoy ya las mujeres de Lisboa aquellas secas viragos que describía, con más gracia y mordacidad que compasión, Barnalho Ortigao en sus *Farpas*.

* * *

El Mondariz de entonces, cuando el lugar que hoy ocupa el primer establecimiento balneario de España era una gándara poblada de picantes tojos y la fuente una charca donde de bruces estancaba su sed el ribereño del Tea, está descrito con referir un detalle de mi estancia allí. – Habiendo sabido que á corta distancia, media legua ó poco más, se elevaban las ruinas del castillo de Sobroso, decidimos visitarlo, y á pie y guiados por un *picariño* de la aldea, realizamos la nada difícil excursión, cuyo mayor riesgo lo constituía la subida algo pendiente por angosta trocha, y el escalar los derruídos sillares para ascender á la barbacana. Con todo eso, á los escasos y timoratos agüistas debió de sonarles á inaudita fazaña, y sobornaron á nuestro guía á fin de saber con certeza si habíamos subido ó no al Sobroso. ¿Qué dirían de esto los alpinistas suizos? ¿Los que trepan como por juego á la Jungfrau y al Finsteraarhorn?



Ahora, en Mondariz, la invasión de las capas superiores sociales, que en las aguas bicarbonatado-sódicas siempre predominan, se marca por matices que interesan al aficionado á observar las costumbres.

Fórmase, entre diez y doce de la mañana, ante el afortunado manantial de la Gándara, larga cola de agüistas, que esperan turno para recibir de manos de graciosa rapaza el vaso donde las burbujillas del agua danzan caprichosamente, con cristalinas irisaciones. En esa cola, generalmente ni hay empujones, ni groserías, ni prisas; hay saludos amables, preguntas corteses, sonrisas de inteligencia, ofrecimientos de cesión de sitio á las señoras, apresuramiento en pasar el vaso antes que se disipe el gas de mano de la moza á la del agüista; y en vez de desprenderse de aquella aglomeración de gente el vaho característico de los cuerpos mal aseados, ese tufo repugnante por excelencia, se alzan á veces ráfagas de perfumería fina y delicados rastros de flores prendidas en el pecho. Y la cola, no obstante, es de lo más democrático: no hay allí privilegios; ningún favorecido logra beber antes que otro el agua: los mendigos tienen derecho á incorporarse á la cola: lo que pasa es que los mal vestidos huyen instintivamente de la exhibición, y cada año *la cola* de Gándara se parece más á los grupos de la salida del teatro Real ó del concierto, á cualquier reunión de gente acomodada y escogida.

* * *

Otro pequeño signo característico (los más característicos son los más pequeños) lo dan los perros. Los perros, sí. – No conozco animal que así se adapte á la socialización y á los remilgos y perfeccionamientos de la vida moderna como el perro. En estado salvaje, famélico, con el pelo erizado, sumido el vientre, regañado el hocico y los dientes aguzados por el hambre, el perro tiene carácter de fiera. Acogedle, mimadle, acariciadle, dadle de comer con abundancia, y el perro se volverá afable, regalón, complaciente, manso. Admitidle en la sala, y ya de mala gana se irá á la cocina. Habituadle al baño, y parecerá aburrido y desgraciado el día en que no resbale sobre su piel el agua clara y no impregne su pelaje la espuma del jabón. Elevadle á la categoría de dije, de monada, de juguetito predilecto, y ya detestará el merodeo y la caza, la libre vida del can vagabundo, errático; ofrecedle un almohadón de seda, ó el tibio regazo con su hueco de cuna y sus blanduras de nido, y ya no se avendrá á hacerse una rosca en el santo suelo.

Pues bien: en Mondariz, los perros, allá por el año 1875, eran canes proletarios, hoscos, feroces, trasijados, semejantes á lobos. Hoy, por el jardín y parque del establecimiento, vense retozar ó cruzar gravemente, marcando el paso por el de sus amas, esos perrillos de lujo y de raza noble, con genealogía y abolengo, hidalgos de la especie perruna: el *bulldog*, de negro morro aplastado, de fealdad bismarquiana, imponente, adornado el recio cuerpo gris, que parece tallado en mármol, con el aparato de tiras de marroquí rojo que guarnecen diminutos cascabelillos; el sutil galgo, aristocráticamente desdeñoso y que evita apoyar sus patas exquisitamente frágiles en el polvo y el barro, eligiendo los sitios más pulcros; el *griffon*, que es el más lindo de los fenómenos; el diminuto faldero, blanquísimo, igual á los que en cañamazo bordaban nuestras abuelas, y el inglesito de hocico puntiagudo, luciendo ufano su collar de plata con dijes de oro, que á cada movimiento tilintean. – El perro es vanidoso, y gusta del adorno; tiene conciencia de su belleza, y se pavonea lo mismo que una mujer guapa, cuando le alaban y celebran.

* * *

Asimismo las flores... ¡Qué flores las del Mondariz de antaño, del Mondariz en que Enrique Peinador no había empezado á dar impulso á su iniciativa creadora! Cuando algún agüista obsequioso deseaba ofrecer flores tenía que subir á «la casa del fotógrafo,» en lo alto del monte, y devastar un jardincillo humilde, para reunir un mísero ramillete. Se celebraba la aparición de un capullo en la tierra como la aparición de una estrella en el cielo. – Ahora las rosas abundan en los macizos, la *serre* espera sus orquídeas y sus plantas preciosas, las enredaderas tropicales embalsaman el ambiente. En aquel país, de clima admirable, se desconocía la fruta: sólo agrias manzanas y peruétanos se cogían. Ya en la mesa aparecen los dorados melocotones, las pavías con su toque de carmín, las grandes peras de Bélgica y de Francia, de azucarada pulpa, fundentes y deliciosas.

* * *

Una menudencia no menos expresiva que las anteriores es la *moneda* de Mondariz. Chapas de aluminio con la palabra *Peinador* y la indicación del valor que representan, corren facilitando el cambio y simplificando las transacciones. Hasta la misma frontera portuguesa esta moneda fiduciaria se acepta y se cotiza á la par. La conocen bien en Valença y Viana, y saben que la ficha de Mondariz es dinero. Los incautos bañistas que al partir se la sueltan á los cocheros creyéndola ya inútil, suelen dar sin querer propinas espléndidas de veinte ó treinta reales.

* * *

Lo repito: no hay cosa más elocuente que las pequeñeces. Por ellas conocemos íntimamente el progreso. El agua, el agua fresca, picante, viva, apagadora de la sed como ninguna, nos sabe mejor cuando la tomamos pudiendo coger una rosa, descansar en un mueble elegante y cómodo, bañarnos en una pila ancha de rico mármol, oir en el salón música de Beethoven, y á la vez en el parque la gaita gallega. ¡Santa industria!

EMILIA PARDO BAZÁN

JUEGOS FLORALES EN ADROGUÉ

(REPÚBLICA ARGENTINA)

Nuestro querido colaborador D. Ricardo Monner y Sans, director del importante Instituto Americano de Adrogué, ha concebido el feliz pensamiento de implantar en América la poética fiesta de los Juegos Florales, y á este efecto ha publicado el cartel de los que en el referido Instituto se celebrarán el último domingo del mes de febrero del próximo año de 1900.

En la imposibilidad de reproducir íntegro, por falta de espacio, ese cartel, daremos un extracto del mismo.

Se concederán tres premios ordinarios y varios extraordinarios. Los tres primeros serán: la *flor natural* para la mejor composición en verso sobre tema que se deja á elección del autor, el cual tendrá el derecho de elegir la reina de la fiesta; un *jazmín de oro* del «Centre Catalá,» de Buenos Aires, para la mejor obra poética que cante *La leyenda de Montserrat*; y un *alhelí de oro*, del Sr. Monner Sans, para la mejor composición poética sobre *El porvenir de la raza latina en América*.

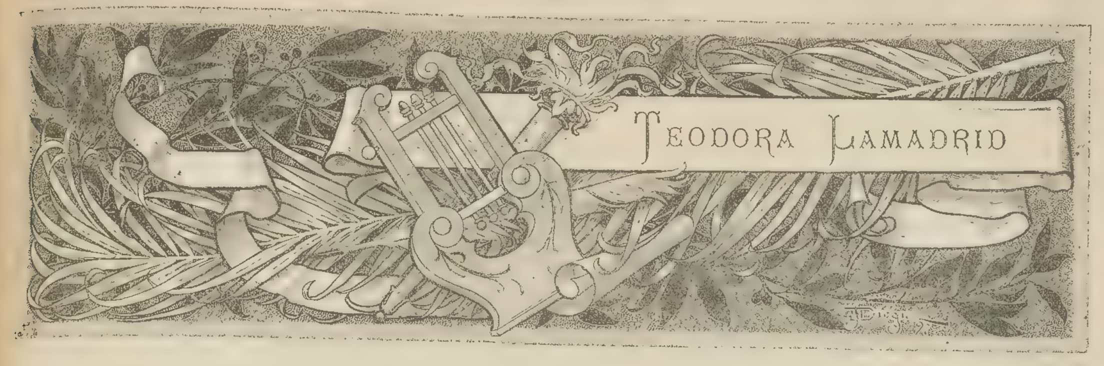
Los premios extraordinarios consisten en joyas, objetos de arte, libros y cantidades en metálico, ofrecidos por la Municipalidad de Almirante Brown (Adrogué), el Excmo. Sr. ministro de España en la Argentina, el Ilmo. Sr. obispo titular de Delcos y auxiliar de Buenos Aires, el Excmo. Sr. ministro de España en Montevideo, el Correo Español, el Instituto Americano, el Comercio español en el Río de la Plata, la Cámara de Comercio Española, el Ilmo. Sr. obispo titular de Siunia y auxiliar de La Plata, el Orfeón Español, la compañía de seguros Hispano-Argentina, El Eco de Galicia, El Club Español, D. José Artal, El Correo de España, D. Torcuato Tasso y LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

Se podrán conceder los premios, accésit y menciones honoríficas que el Jurado estime merecidos. Las composiciones inéditas, escritas en lengua castellana y letra clara é inteligible y acompañadas con un sobre cerrado que ostente el mismo lema de la composición y contenga el nombre del autor, deberán remitirse al *Secretario general del Instituto Americano de Adrogué, F. C. S. (República Argentina)*, quien los recibirá hasta el día 15 del próximo enero.

El Instituto se reserva por un año, á contar desde el día de la fiesta, la propiedad de las obras premiadas.

La convocatoria termina invitando «á todos los escritores del habla castellana en cualquier nación avecindados, esperando que, al honrar este Concurso con sus inspirados trabajos, lograrán que en esta tierra cariñosa y sonriente se arraigue la poética institución que tantos días de gloria ha dado y sigue dando á la nobilísima ciudad de Barcelona.»

De todo corazón felicitamos al Sr. Monner y Sans por su levantada idea y sus nobles iniciativas, que han sido acogidas con verdadero entusiasmo y que, á no dudarlo, contribuirán á estrechar los vínculos de cariño que unen á los españoles y americanos.



TEODORA LAMADRID

La distinción natural, la elegancia, el gesto, las maneras de aquella gran actriz ya perdida á quien dos generaciones han llamado Teodora Lamadrid, denunciaban en ella á la gran señora.

Y sin embargo, pocas personas supieron ó sabrán que lo era, y que nació en muy buenos pañales.

Su verdadero nombre era Teodora Herbella. Y Herbella se llaman todos los Lamadrid, muertos y vivos. Es una generación de artistas que comenzó en Bárbara Lamadrid y aún dura en doña Carlota Lamadrid, esposa de D. Enrique Sánchez de León.

Muy grato es para mí ocuparme hoy en la semblanza de la actriz que con tanto arte ejecutó comedias mil; y además, era mi paisana, porque Teodora Lamadrid nació en Zaragoza el año de 1821.

Sus padres eran nobles, y aún no habíamos llegado en España á los dichosos tiempos democráticos en que vivimos y en los que no hay ya aquellas diferencias de castas, profesiones, artes y oficios que por aquel entonces había. Hoy vemos con placer á nobles y futuros grandes de España conquistar legítimas glorias en la escena, siendo más útiles al arte de su país interpretando las obras inmortales, que lo serían en la aristocrática holganza de los que no trabajan.

Los padres de Bárbara y Teodora Herbelle eran nobles y pobres; vieron en sus hijas vocación de artistas, les dejaron rendir culto al arte, pero les cambiaron el apellido. No tuvieron en esto más culpa que nacer en épocas de atraso, hoy no lo hubieran hecho.

Había en la familia del padre un Lamadrid, abuelo ó tatarabuelo, y este apellido escogió para sustituirlo en cabeza de las hijas por el suyo. No se figuraría entonces que el nombre de Herbella había de quedar obscurecido y olvidado, y que el nombre de Lamadrid sería inmortal en los anales del arte dramático.

Bárbara Lamadrid fué la hermana mayor y la primera que se dedicó al teatro, al que tuvo tal afición hasta los últimos años, que aún la recuerdo, ya vieja y obesa, en una función extraordinaria que se hizo en Madrid, y en la que representó *El Sí de las Niñas* con tal arte que contó las escenas por las ovaciones. No alcancé de ella más que eso, porque cuando yo empecé mi vida literaria ya Bárbara Lamadrid se había retirado.

Estando, pues, Bárbara actuando en Sevilla el año 29, célebre por haber sido el que nuestros padres llamaron *el año de los hielos*, salió Teodora á representar un papel de niña. Tenía entonces ocho años y ya se vió que sería artista, y el público la aplaudió á tal punto, que D. Juan Grimaldi, aquel extranjero tan español y á quien tanto debe nuestro teatro, y entonces director de la compañía, hizo traducir expresamente varias comedias francesas en las que había personajes niños, y de este modo consiguió que la infantil actriz tuviera un repertorio en poco tiempo y en él se ejercitara y perfeccionara. Y así resultó que en 1832 pasó á Madrid, contratada por el Ayuntamiento, que era entonces propietario y administrador de los teatros del Príncipe y de la Cruz.

Se casó muy joven (apenas tendría diez y seis años) con un profesor de canto italiano muy querido y popular en Madrid, llamado Basily, hombre de mundo, muy mundano, como ahora se dice, estimadísimo en los salones madrileños de entonces.

Al fundarse el Teatro Español por iniciativas de Grimaldi y protección y patriotismo del conde de San Luis, Teodora fué contratada como dama joven. Y ya desde entonces su larga carrera no fué sino una serie de triunfos escénicos.

Ella fué la que estrenó con Valero *Los amantes de Teruel*, de Hartzenbusch, y *El Trovador*, de D. Antonio García Gutiérrez, y le cupo la gloria de sacar *por la primera vez*, desde que hubo teatro en España, á un autor á la escena.

Con aquellas dos obras se pasó la empresa casi toda la temporada; de manera que el público, viendo todas las noches á la actriz favorita y viéndola adelantar cada día más, le tomó ese cariño de familia que se establece y se agranda entre los artistas y el público. Y el año siguiente ascendió á primera dama, como entonces decían, y fué al teatro de los Basilios, ya desaparecido, teniendo de primer actor á don Joaquín Arjona.


La eminente actriz española TEODORA LAMADRID, fallecida en Madrid el día 22 de abril último

Desde aquella fecha, y durante treinta y tantos años, Teodora Lamadrid *creó* los papeles más importantes de las obras más célebres del repertorio moderno. Estrenó *Adriana de Lecouvreur*, una de sus grandes creaciones, *La ley de raza*, *Locura de amor*, *Lo positivo*, *La campana de la Almudaina*, y llegó al summum de su popularidad cuando en aquel verano que se llama en los teatros *el del Tanto por ciento* por haberse prolongado la temporada todo el estío en vista del éxito, interpretó la comedia de Ayala de un modo maravilloso. Nadie más que ella ha hecho aquel segundo acto con inspiración increíble. Tenía el culto del poeta á quien interpretó, le dedicó todo su arte escénico y los mejores años de su vida. Era mujer apasionada y sentimental, y cuando amó, amó hasta el fin y supo sacrificarlo todo á su amor, sin faltar á ningún respeto.

De Basily tuvo una hija que era su adoración, y que fué víctima de amores mal correspondidos que le costaron, á vueltas de mil amarguras y sordos tormentos, la vida. La última obra que Teodora estrenó é hizo siempre con arte sin igual, fué aquella comedia mía que se llama *El baile de la condesa*, y en la que dió valor á escenas y aun á palabras en que yo no había pensado.

Después se retiró á llorar á la hija perdida. Fué de las que saben cuándo llega ese momento en que un artista debe retirarse antes de que el público se enoje y se vuelve contra él al verle empeñado en no envejecer nunca. En la equivocación de querer ser siempre jóvenes han caído muchos artistas célebres y todos lo han pagado caro. Teodora Lamadrid no fué de esas, se despidió á tiempo y quedó para el público consagrada como actriz clásica.

El gobierno le dió una cátedra en el Conservatorio de Madrid; y aquella hermosura de antaño pasó á paternal maestra, y aquellos cabellos negros de la gloriosa juventud se pusieron blancos y la artística cabeza de la profesora hizo revivir el recuerdo de sus primeros años. Parecía una duquesa, una dama noble de la época de Luis XV.

Tristes, muy tristes, fueron sus últimos años. No hubo pena que no la atormentara. Todas sus economías las perdió en malos negocios. ¡Qué saben de negocios los artistas! Acciones, obligaciones, inmuebles, administrados por los que viven en un mundo ideal... No puede ser, la ruina vino, y á la vejez, Teodora tuvo que reducirse; y allá en los altos de la Castellana primero y en la plaza de Oriente después acabó sus días rodeada de parientes y amigos cariñosos que la veneraban como á un Dios, y con sólo hablar con ella aprendían muchas cosas, porque era mujer ilustradísima y de un buen gusto exquisito.

Su voz era dulcísima, su porte elegante sobre toda ponderación. Había en sus gestos, palabras y movimientos una apariencia de timidez, de comedimiento, de ternura íntima, que la diferenciaba de todas las actrices de su tiempo. Con tonos melifluos y palabras tiernas atraía. Se la respetaba mucho en los teatros, y en esa vida íntima que hacen los actores, *Doña Teodora* tenía la consideración de todos y se la obedecía como á señora.

Señora nació, señora murió, señora era cuando hacía la reina doña Juana de *Locura de amor*, y señora cuando increpaba á las nobles en *Adriana*; señora en *Lo positivo*, *condesa* en *El baile*; pero también supo hacer una villana honesta y afligida como ninguna en *El alcalde de Zalamea*, y una manola de rompe y rasga en los sainetes de Don Ramón de la Cruz. Sobre que no basta tener talento, hay que tener genio, y teniendo genio se hace bien *todo*.

EUSEBIO BLASCO

LA FÁBULA DE LA VIDA

(BOCETO DE NOVELA)

El menor de los Garagarza, sí que era un hombre feliz, digno de envidia por los 4 051 ciudadanos restantes, que moraban de asiento en aquel partido judicial sin pretensiones y casi sin comunicación con el resto de la Península.

Era el menor de los Garagarza (ilustre familia de comerciantes enriquecidos de manera legal) Quintín, hombre que frisaba en los 45, rubio, colorado, de ojos saltones y húmedos, de abdomen prominente, manos regordetas de dedos cortos y lustrosos como salchichas y rostro inmenso salpicado de hoyos, huellas indelebles de unas viruelas negras y alevosas.

Quintín era muy listo y muy amable; gracias á estas condiciones había conseguido una reputación y una fortuna, y su farmacia era la más celebrada en diez leguas á la redonda.

Porque Quintín era boticario y químico afamado y esposo amantísimo; eso sí, esposo sobre todo; modelo de maridos, cumplidor fiel de cuanto respecto al amor conyugal y á la obediencia conyugal manda la iglesia.

Casó nueve meses hacía con Filomena, la hija del secretario del Ayuntamiento; muchacha rolliza, en todo el esplendor de unos veinte años vividos bien, respirando atmósferas sanas, aires embalsamados del campo, comiendo á dos carrillos, con hambre siempre, alimentos sanos y sin *afeites*, apurando intermi-

nables tragos de vino tinto, muy encarnado y espeso como sangre..., y así estaba ella de hermosa y de sana y de suculenta, cuando un día de mayo, alegre y sonriente entre el perfume de las lilas en flor y el trinar de las pájaros en los árboles de la carretera, la llevó Quintín á la parroquia, donde la virgen en su altar que chispeaba de lustroso, con su manto azul bordado en oro, regalo de Filomena, parecía esperar á los novios para presenciar la ceremonia y tomar á la novel pareja bajo su protección.

Desde aquel día Quintín fué feliz; ni por el diputado del distrito, ni siquiera por el senador que representaba la provincia y se dormía en los rojos escaños de la alta Cámara, prototipo de la felicidad al decir de los palurdos, se hubiera cambiado Quintín. Solo con su mujer en aquella farmacia decorada de nuevo y *tan maja,* sentíase dichoso, sin aspiraciones, sin deseos irrealizables de esos que causan la constante pesadilla de los ambiciosos.

Digo mal, aspiraciones las tenía, y también deseos. Esperaba un hijo como el maná debieron aguardarlo los israelitas, con ansia tan mal contenida, que desde el siguiente día al de la boda pasóse los nueve meses sin cesar de aburrir á su mujer con preguntas capciosas, que ella escuchaba al principio indiferente, ruborizándose más tarde como si se tratara de un pecado mortal. Y á eso exclamaba él: «¡Pero tonta, si no es pecado; si eso, eso es la felicidad que Dios nos concede; ya verás, ya verás, con el pequeño y el elixir cualquiera nos tose á nosotros.»

¡Ah, el elixir! Esta era la cuerda floja del arco cerebral de Quintín, la única que no vibraba sonora, vigorosa, como las demás; ¡el elixir! Figúrense ustedes que antojábasele al farmacéutico que si no había descubierto *del todo,* le faltaba poquísimo para encontrar el *elixir de la vida,* es decir, la vida perdurable, ¡ya ven ustedes!, ¡él que era tan cristiano!..

Aunque no; no era precisamente la vida sin fin lo que él descubría, ó por lo menos Garagarza no atribuía en público al elixir cualidades tan maravillosas, aunque allá en su interior las creyera, porque comprendía que aquello no estaba bien, que era poco religioso, y había momentos en que el infeliz monologaba filosóficamente, mientras reducía á polvo un cuarterón de piedra pómez, ó preparaba un jarabe de bergamota. «Bien sabe Dios - decía contrito - que no quiero ofenderle; cada domingo llevo á la capilla del *Desprendimiento* una vela de dos libras, y no hay una vez que me ponga á trabajar en el elixir sin que antes me persigne y rece una oración fervorosamente; ¿pero qué le voy á hacer si he acertado?, ¿tengo yo la culpa?, ¿debo romper los matraces y los alambiques donde preparo la mezcla, cuando la salud perpetua de mis convecinos está á mi alcance?..»

Generalmente se distraía de estas reflexiones por la llegada de un palurdo que demandaba con malos modos una cataplasma de linaza para el registrador, ó por el arribo de la doncella del diputado que pedía dos gramos de morfina para las inyecciones de su señora...

Tenía Quintín Garagarza situada la botica en lo mejor del partido, en la plaza pública, dos casas más arriba del *Café y billares de la Concordia* y enfrente del Ayuntamiento. La farmacia era un ascua de oro. Gente hubo que acudía de seis y ocho leguas á comprar diez céntimos de tila sólo por el gusto de entrar en aquella tienda tan lujosa.

Cualquiera conocía en aquel establecimiento la tenducha sucia y lóbrega del doctor *Cantárida,* como llamaban en el pueblo y por mal nombre al anterior de Quintín, un vejete apergaminado que sin más útiles que una mesa de pino, un aljibe y media docena de frascos con polvos de colores y plantas secas, había hecho una fortuna y no había ayudado á bien morir á mucha más gente que los farmacéuticos más encopetados y famosos.

Compró Quintín al doctor *Cantárida* la botica, y en ocho días todo cambió de aspecto; aquello fué un trajín incesante; venga tirar tabiques, y venga sustituir las viejas vigas desgastadas por la carcoma con armaduras ligeras y sólidas de hierro, y levantar estanterías de roble y pavimentar el suelo de mármol; y á todo aquello carros y más carros que se paraban ante la puerta, cargados de tableros y tarros y jarrones de porcelana, y frascos de cristal muy envueltos en paja fina, larga, que contemplaban los bestias uncidas á los varales con avidez y envidia.

A los quince días la farmacia llamaba la atención no sólo de la gente inculta, sino de las primeras autoridades; y el diputado, el esposo de la morfinómana, llegó á dar unas palmaditas amistosas en el hombro de Quintín y á decirle delante de lo más granado del pueblo: «¡Bravo, amigo Garagarza, ha hecho usted un *tour de force!* En Madrid no hay farmacia que se pueda comparar á la de usted; en París una tan sólo, y en Londres..., sí, en Londres habrá lo menos diecinueve...»

Este elogio lo agradeció Quintín tanto como el premio mayor del sorteo próximo, y eso que jugaba dos décimos; y avergonzado, rojo hasta las raíces del pelo, se armó un lío y acabó por desear al diputado y á su distinguida familia una enfermedad muy grave y muy larga para surtir él todos los medicamentos por caros que fuesen gratis. Quintín no era orador, era farmacéutico, y con la intención bastaba.

Flores campestres, cuadro de H. Traut

Realmente la botica podía figurar entre las mas elegantes de la corte.

La inauguración fué solemne; asistieron las autoridades, las personas mejor acomodadas, y Quintín obsequió á los invitados con un *lunch* espléndido, tan espléndido que muchos comieron para una semana, según confesión del propio maestro de escuela.

A muchos extrañó este rumbo, porque Quintín era tacaño, pero nadie logró descubrir contrariedad alguna en el rollizo semblante del farmacéutico, que atendía á todos con solicitud y se esforzaba por que todos disfrutaran hasta ahitarse en aquellas nuevas bodas de Camacho.

A la mañana siguiente toda el agua de Loeches, todas las hojas de sen, todos los purgantes que se necesitaron en el pueblo y pueblos limítrofes, y que por cierto importaron buen número de reales, los despachó el propio Quintín. Y probado quedó que era uno de los hombres más listos, de más mundo y más entendedor de los negocios que muchos que de inteligentes alardean y hasta tienen adquirida fama de sabios.

. . . .

Eran las diez de la noche; mediaba el mes de enero, y el silencio reinaba en la farmacia. Desde la puerta de la calle á la escalera de caracol, unos trece metros mal contados, paseábase Quintín; las manos á la espalda, cubierta la cabeza con un birrete bordado en mostacilla por su Filomena, dejando caer los pies calzados con zapatillas de orillo muy quedo para no causar ruido alguno.

Su cara revelaba satisfacción viva, alegría contenida á duras penas; al llegar á la escalera de caracol se detenía, escuchaba como si esperase algún aviso que desde el piso superior viniera, y volvía al paseo.

Convengamos en que tenía motivos sobrados para estar contento: ¡entonces sí que era feliz!, acababa de descubrir *totalmente,* así como os lo digo, el elixir de la vida, y allí en lo alto de la estantería, al lado de la escalera, encerrado en inmenso y pesado mortero de piedra, guardaba la mezcla maravillosa. Además, en aquel momento su mujer estaba con los dolores, dentro de unos instantes sería padre ¿Cabía más felicidad?.. Hubiera corrido al lado de Filomena para animarla y ser él el primero en estrechar entre sus brazos la criatura; pero cuantas veces hizo ánimo de subir, otras tantas retrocedió; no, no podía, le era imposible; si hasta para no oir los ayes de su mujer se asomaba á la puerta de la calle, donde se aturdía con el ruido acompasado de una lluvia de invierno, que resonaba metálicamente en las piedras del arroyo.

Sobreponiéndose al ruido de la lluvia y al que produjera el coche del diputado que conducía á una reunión á la morfinómana, se oyó la voz del comadrón que gritaba desde el entresuelo: «¡Corra usted, D. Quintín! ¡Corra usted, un niño, es un chiquillo hermosísimo!..»

Quintín se tambaleó, comenzaron á girar en derredor suyo los frascos y las botellas de colorines; tuvo que apoyarse en la mesa, y dejó caer un jarabe de malvavisco que estaba destinado al escribano; pero logró reponerse, y disparado, loco, se dirigió á la escalera de caracol; tan ciego de placer iba, que tropezó contra la anaquelería y desplomóse estrepitosamente sobre él, y el mortero de mármol donde la mezcla famosa se encerraba derrumbóse sobre la cabeza de Quintín, y allá al pie de la escalera cayó el farmacéutico, los brazos en cruz, muerto, mirando sin ver hacia el hueco de la escalera, y el rostro inmenso pringoso por el elixir, ¡el elixir de la vida!, que se *detenía* en los hoyos de las viruelas y formaba diminutas lagunas...

Y arriba se oía la voz alegre del comadrón que exclamaba:

– ¿Pero dónde está ese hombre feliz?.. ¡Garagarza! ¡Garagarza!, ¿oye usted esto?

Y en seguida iba á oir el pobre boticario los vagidos de su hijo, que venía al mundo de la manera más regocijada posible.

P. Hernández Erenas

EL SEXTO SENTIDO

Cuentan las crónicas de las épocas antediluvianas del mastodonde, y yo de sus afirmaciones me hago eco, aunque no responsable, que los varones más ó menos santos que por entonces vivieron lograron la fortuna de ser dotados por el Ser sobrenatural que pudiéndolo todo no había de encontrar dificultades para crear á su antojo los sentidos con que quisiera favorecer á las criaturas, con uno que hasta nosotros no ha llegado y que, con los que por lo regular tiene cada mortal no defectuoso, sumaban justa la media docena, que es un bonito número para muchas cosas.

Me refiero al sentido de «hacerse cargo.»

Esta buena cualidad, que no cede en ventaja á las innumerables que proporciona la vista alegrando el alma; el oído recreando el espíritu con la eterna y melódica sinfonía de la naturaleza; el olfato, que parece en muchas ocasiones complemento de otros sentidos, haciéndonos unas veces oler á gloria y otras oler á chamusquina; el gusto, que es sin disputa el sentido corporal más relativo que posee el hombre, y el tacto, de que tanto se necesita abusar para vivir en este pícaro mundo; esta buena cualidad, repetimos, que hoy apenas es conocida y sólo llega hasta algún privilegiado por un fenómeno atávico y lo mismo que podría encontrarse con la herencia inesperada de un ramalazo de locura, gracias á ese salto atrás de que nos hablan algunos, fué en tiempos uno de tantos dones como Dios concedió al hombre.

Y la razón es bien sencilla.

Desde el momento en que su deseo fué el crearlo á su imagen y semejanza, no había de privarle de cualidad tan importante, que al fin y al cabo como síntesis ó extracto concentrado de otras muchas buenas que es, había de contribuir no poco á que la proyectada similitud resultase más perfecta y acabada, como dicen que antaño resultaba las crónicas citadas al principio, y á ellos habremos de atenernos por la dificultad grande que hoy existe de encontrar modelos vivos en quienes hacer prácticamente la observación.

El sexto sentido puede decirse que hoy ha desaparecido tan en absoluto, que no parece sino que jamás ha rodado por el mundo.

Y sin embargo, lo repetimos, fué así, aunque hoy nos parezca punto menos que imposible.

Lo que hay es que el hombre es desagradecido de suyo y vanidoso en grado superlativo, y á las veces hasta se atreve á discutir los designios celestiales como la cosa más natural y corriente, sin quererse convencer de que sobre la tierra no tiene más valor que el de un átomo insignificante, y que cuando Dios hace las cosas sus motivos y razones tendrá para ello y nosotros no somos nadie para ponerlo siquiera en tela de juicio.

Total: que el orgullo satánico que á nuestros primeros padres arrojó del Paraíso, fué asimismo, en los tiempos antediluvianos á que nos referimos, causa ocasional de que desapareciese el sexto sentido de entre los del hombre; pues Dios para castigo de éste, que del modo que veremos se revolvía contra los dones que había recibido de *guagua*, no tuvo que hacer otra cosa que acceder á lo que se le pedía.

Fué el caso, y aquí empieza la verdadera substancia del cuento, que en los tiempos citados y en localidad que no se cita se celebró cierto día algo así como uno de nuestros modernos *meetings;* una reunión magna convocada por unos cuantos á quienes la posesión y usufructo del sexto sentido no convenía, y menos aún el que sus compatricios gozasen de igual beneficio.

Esto último sobre todo era realmente peligroso, aunque por la fuerza de la costumbre y el hábito diario nadie diese al tal sentido más importancia que á otro cualquiera.

Los organizadores del *meeting* en sandalias y túnicas eran, no hay por qué negarlo, lógicos hasta la pared de enfrente, y «haciéndose cargo de la realidad de la vida, comprendieron que si todo el mundo hacía lo propio, la igualdad social llegaría á ser un hecho, cosa que no pueden admitir de ninguna manera los que pretenden ser cabezas de motín ó jefes de cotarro, así en unos como en otros tiempos.

Y determinaron concluir de una vez con semejante prerrogativa.

Al efecto, convocado el pueblo entero en la plaza pública, uno de los más interesados en que el sentido número seis desapareciese del mundo, tomó la palabra, y «haciendo cargo» perfectamente de que el que más chilla es siempre el que parece que tiene más razón, exclamó de buenas á primeras:

– Ciudadanos: deseo ante todo que por última vez en vuestra vida hagáis uso del sentido contra el cual hoy aquí nos congregamos, haciéndoos cargo de que todo lo que he de deciros y exponeros ha de ser por vuestro bien y vuestra futura felicidad, y me otorguéis vuestros votos para salir victorioso de mi empresa.



¡A ver si los cojo!, cuadro de Hermán Kaulbach

Ciudadanos: tal y como está hoy constituído el hombre es un semidiós. Dotado de los cinco sentidos corporales solamente, quedaría reducido á la condición que debe tener, si no queremos que el mundo en lugar de mundo sea una ramificación del cielo ó una sucursal del Olimpo. Y ahora me pregunto yo: ¿hemos de preferir ser dioses á ser hombres? Mientras nos hallemos revestidos de carne mortal no hay que dudarlo: hemos nacido para morir; los dioses no mueren; nosotros no podemos ser dioses.

Resignados, más que resignados, deseosos de entrar de lleno en la esfera que por clasificación nos ha correspondido, hemos de empezar por pedir la anulación del sexto sentido, que el vulgo llama común y que su verdadera misión es la de hacerse cargo.

¿Para qué sirve?, os pregunto; y si sois francos deberéis contestarme: «¡Para nada!» Y sin embargo, yo os probaré que sirve; pero que presta un servicio negativo: que sirve de estorbo.

Con varios ejemplos os lo haré comprender más palpablemente.

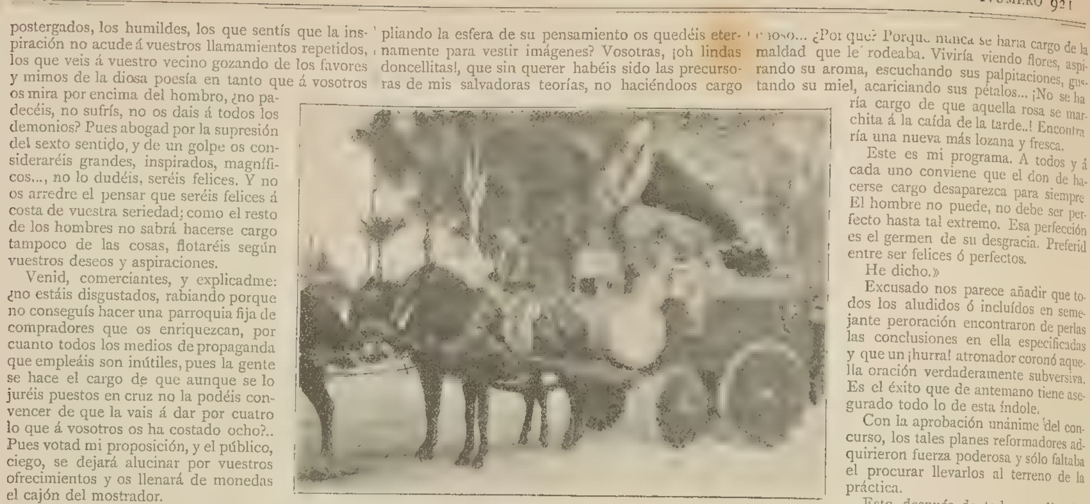
Venid, poetas, y decidme: los que os consideráis

postergados, los humildes, los que sentís que la inspiración no acude á vuestros llamamientos repetidos, los que veis á vuestro vecino gozando de los favores y mimos de la diosa poesía en tanto que á vosotros os mira por encima del hombro, ¿no padecéis, no sufrís, no os dais á todos los demonios? Pues abogad por la supresión del sexto sentido, y de un golpe os consideraréis grandes, inspirados, magníficos..., no lo dudéis, seréis felices. Y no os arredre el pensar que seréis felices á costa de vuestra seriedad; como el resto de los hombres no sabrá hacerse cargo tampoco de las cosas, flotaréis según vuestros deseos y aspiraciones.

Venid, comerciantes, y explicadme: ¿no estáis disgustados, rabiando porque no conseguís hacer una parroquia fija de compradores que os enriquezcan, por cuanto todos los medios de propaganda que empleáis son inútiles, pues la gente se hace el cargo de que aunque se lo juréis puestos en cruz no la podéis convencer de que la vais á dar por cuatro lo que á vosotros os ha costado ocho?.. Pues votad mi proposición, y el público, ciego, se dejará alucinar por vuestros ofrecimientos y os llenará de monedas el cajón del mostrador.

Venid, militares y guerreros, y sed francos: ¿lucháis de la misma manera cuando defendéis un pedazo de pan ó de tierra vuestra, propia, que cuando os hacéis el cargo de que vuestro esfuerzo le ponéis al servicio del esplendor y grandeza del tirano? ¿No sentís cierto reparo en lo más recóndito de vuestra conciencia cuando dejáis moribundo en el campo de batalla á un hombre que personalmente no os había hecho mal alguno y hasta si podéis le salváis de una muerte cierta? ¡Pues formad en mi bando! Ahorraos el trabajo de haceros cargo de todos esos razonamientos femeniles y pusilánimes, y cada uno de vosotros será un héroe y ganaréis grados y ascensos y consideraciones y títulos. Llegaréis á los más altos puestos y jerarquías, y el pueblo en masa, que tampoco sabrá hacerse cargo de que con tal sistema se expone á sufrir la pena del Talión un día, ofuscado por vuestro triunfo, batirá palmas en vuestro obsequio y alfombrará de laurel vuestra carrera.

Venid aquí, lindas niñas casaderas, y respondedme: si vuestros amantes y rendidos galanes continúan usando de su facultad de hacerse cargo de las cosas del mundo, ¿no corréis el albur de que ampliando la esfera de su pensamiento os quedéis eternamente para vestir imágenes? Vosotras, ¡oh lindas doncellitas!, que sin querer habéis sido las precursoras de mis salvadoras teorías, no haciéndoos cargo de nada de cuanto os rodea, creyendo que todo os lo merecéis, que todas sois lindas, que todas resultáis adorables y que todas más ó menos tarde habréis de realizar vuestras ilusiones de coyunda matrimonial, continuad, proseguid, ampliad vuestro sistema de vida y votad todas, como un solo hombre, mi proposición. Meditadlo bien: ó la desaparición absoluta del sexto sentido ó celibato eterno: escoged.



FERIA DE VALENCIA. – Batalla de flores. Carruaje «Un fonógrafo» de los Sres. Pardo, que obtuvo el quinto premio (de fotografía de la Sra. viuda de F. Raffi, remitida por los Sres. Pubul y Morales).

FERIA DE VALENCIA. – Cabalgata organizada por «Lo Rat Penat.» Carro titulado La Esfinge (de fotografía de la Sra. viuda de F. Raffi, remitida por los Sres. Pubul y Morales).

Venid, políticos y estadistas, y contestad: si el sexto sentido, el de hacerse cargo, el que pesa sobre nosotros como losa de plomo que no basta á compensar las delicias que los otros cinco nos proporcionan, en lugar de desaparecer, como yo pretendo en bien de la humanidad, crece y con el crecimiento se desarrolla y con el desarrollo se perfecciona, ¿qué papel os queda por representar en la tierra? Tened en cuenta que vuestra misión es la del farandulero; que si queréis prosperar habéis de contar desde luego con la habilidad necesaria para hacer creer á la gente que lo blanco es negro, que lo azul es rojo y que tras vuestras palabras, vuestras promesas, vuestros programas, no anida la menor idea de lucro, de engrandecimiento personal, de ambición... ¡Desdichados de vosotros desde el momento en que el pueblo soberano haga uso del sexto sentido y vea á través de vuestros discursos el móvil que los inspira, á través de vuestras declaraciones públicas el sentimiento privado que las da vida! Desde el mismo momento en que todo el mundo se haga cargo de que al fin y á la postre para mandar no tenéis más méritos que los que elegís para ser mandados por vosotros, ¿qué prestigio os queda? ¿Qué fuerza moral os acompaña? Vosotros, pues, debéis ser los primeros interesados en que el sexto sentido desaparezca de la faz de la tierra para *in eternum.*

Vosotros, en fin, masa neutra, que formáis el nucleo del pueblo por el cual el sabio piensa, el militar se bate, el comerciante negocia, el político conspira, ¿qué vida lleváis haciéndoos cargo perfectamente de todo cuanto os rodea? Una vida miserable, triste y sobre todo sin ilusiones, que son el pan espiritual. El hombre es tanto más feliz cuanto mejor se deja engañar... El niño, ya lo veis, ríe y juega en un entierro... Un país de niños sería una delicia... El hombre que no pasara de niño sería eternamente dichoso... ¿Por qué? Porque nunca se haría cargo de la maldad que le rodeaba. Viviría viendo flores, aspirando su aroma, escuchando sus palpitaciones, gustando su miel, acariciando sus pétalos... ¡No se haría cargo de que aquella rosa se marchita á la caída de la tarde..! Encontraría una nueva más lozana y fresca.

Este es mi programa. A todos y á cada uno conviene que el don de hacerse cargo desaparezca para siempre El hombre no puede, no debe ser perfecto hasta tal extremo. Esa perfección es el germen de su desgracia. Preferid entre ser felices ó perfectos.

He dicho.»

Excusado nos parece añadir que todos los aludidos ó incluídos en semejante peroración encontraron de perlas las conclusiones en ella especificadas y que un ¡hurra! atronador coronó aquella oración verdaderamente subversiva. Es el éxito que de antemano tiene asegurado todo lo de esta índole.

Con la aprobación unánime del concurso, los tales planes reformadores adquirieron fuerza poderosa y sólo faltaba el procurar llevarlos al terreno de la práctica.

Esto, después de todo, pendía sólo de la mayor ó menor actividad que se pusiese, y como á los iniciadores de la idea les corría prisa sin duda, en un momento quedó redactada al Ser Supremo una comunicación en la que se le daba cuenta detallada de lo acordado en la magna reunión y se le pedía refrendase el decreto por el que quedase abolido en el mundo el sexto sentido, sentido común, el de hacerse cargo ó como quieran ustedes llamarle.

Como todo lo que no sean oraciones es difícil que llegue á los pies de Dios sin detenerse antes por complicados departamentos en los que los bienaventurados estudian con detenimiento lo que es digno de pasar á Dios y lo que no merece honor semejante, para evitarle muchas veces disgustos que como padre amantísimo habría de tomarse al ver la perfidia y maldad de sus hijos, la solicitud á que nos referimos no pasó de la portería, donde el venerable San Pedro la leyó y releyó, sin querer dar crédito a lo que leía y suponiendo de buena fe que le engañaban sus ojos.

El cauto portero creía, y no creía mal, que era una supina irreverencia el querer enmendar la plan á Dios, y antes de decidir nada en favor ó en contr



FERIA DE VALENCIA. – Cabalgata organizada por «Lo Rat Penat.» Carro titulado *Collita de Maig* (de fotografía de la Sra. viuda de F. Raffi, remitida por los Sres. Pubul y Morales).

de la solicitud, pidió consejo á sus demás compañeros de Paraíso, quienes convinieron en que jamás hubieran podido adivinar que tales deseos tuviesen los hombres y menos aún que los razonasen de modo tan lógico cuanto descarado.

Ignoramos lo que pasaría en las regiones celestiales, pues á los humanos nos es vedado el penetrar en ellas; lo que sí sabemos es que á los pocos días el iniciador, presidente y orador del *meeting*, recibió una contestación concebida en estos ó parecidos términos:

«Sr. D. .....

»Muy señor nuestro: Habiendo recibido la comunicación de usted manifestando deseos de que en el mundo se suprima el sexto sentido concedido por Dios Todopoderoso á los mortales, y estudiadas con detenimiento las razones que para conseguirlo expone, tenemos el gusto de participarle que aun cuando irreverente la petición, el Señor Dios, con su bondad infinita é inagotable, si bien por su calidad de infalible no puede en absoluto acceder á los planes de usted, derogando lo ya escrito, haciendo uso de su misericordia sin límites, ha determinado, y nosotros tenemos sumo placer en comunicarlo á usted, dejar que paulatinamente vaya desapareciendo de la tierra y acabando por verdadera consunción el uso del sexto sentido.

»Es todo cuanto se ha podido hacer en obsequio á sus pretensiones.

»Creyendo estará usted satisfecho de nuestro buen deseo, se remiten de usted afmos.

»ss. ss. q. b. s. m.

»*Los bienaventurados de relaciones*
»*exteriores.*»

. . . .

Desde entonces han pasado muchos años.

Y el sexto sentido ha desaparecido casi en absoluto.

CARLOS OSSORIO Y GALLARDO

FERIA DE VALENCIA. – Batalla de flores. Carruaje «Gran corbeille» de los Sres. Maestre, Colomina y Casany (de fotografía de la Sra. viuda de F. Rafñ, remitida por los señores Pubul y Morales).

LA FERIA DE VALENCIA

De todas las fiestas anuales que en España se celebran, la feria de Valencia es indudablemente una de las que más atractivos ofrecen: de antiguo le viene la merecida fama de que goza, y los valencianos ponen especial empeño en aumentarla todos los años con nuevos títulos. Y en honor de la verdad debe decirse que logran cumplidamente su objeto, lo cual á nadie extrañará teniendo en cuenta que Valencia, patria de ilustres artistas y ciudad de las flores por excelencia, cuenta en tal ocasión con los primeros elementos indispensables para los dos festejos que constituyen los *clous* de la feria: la cabalgata artística y la batalla de flores.

A una y á otra vamos á dedicar algunas líneas que sirvan de explicación á los grabados que en esta y en la anterior página publicamos, reproducciones de fotografías de la Sra. Viuda de F. Rafñ, que nos han sido remitidas por nuestros celosos corresponsales en Valencia Sres. Pubul y Morales.

La cabalgata, organizada por *Lo Rat Penat*, componíase de siete grupos precedidos por los clásicos carros de la *enramá*, por varios batidores á caballo y bandas de trompetas, tambores y clarines. Formaban el primer grupo el heraldo, representante de *Lo Rat Penat*, acompañado de los reyes de armas de la ciudad, y el carro «El reino de Valencia,» representado por la figura de la Fama; el segundo, varios jinetes representando varios artistas valencianos, y el carro «Las Bellas Artes,» un zócalo constituído por restos arquitectónicos y coronado por una gran paleta; el tercero, por «El rapto de Europa» y el carro




FERIA DE VALENCIA. – Batalla de flores. Carruaje «Farol japonés» de D. Emilio Enríquez, que obtuvo el primer premio (de fotografía de la Sra. viuda de F. Rafñ, remitida por los Sres. Pubul y Morales)

«El cisne en su nido;» el cuarto, por «Una cacería de cocodrilos en el Nilo» y el carro «La Esfinge;» el quinto, por una caravana de jinetes y el carro «El Serrallo;» el sexto, por varios grupos de labradores y labradoras y el carro «Collita de Maig,» y el séptimo, por grupos de labradores y labradoras, un carro de labranza adornado con frutas y flores y el escudo de Valencia.

La falta de espacio no nos permite describir minuciosamente estos carros; pero si, como vulgarmente se dice, para muestra basta un botón, las dos muestras que reproducimos darán á nuestros lectores perfecta idea del gusto, propiedad y riqueza que presidieron en aquella cabalgata, de cuyos detalles se encargaron los más notables artistas valencianos.

Por la misma razón nos vemos imposibilitados de describir con toda la extensión que merecen los innumerables coches, primorosa y ricamente adornados, que figuraron en la batalla de flores. Así es que no haremos más que mencionar los que más llamaron la atención.

El farol japonés, de don Emilio Enríquez, tenía la forma de un globo de papel plegado con figuras é inscripciones japonesas, y en su confección, dirigida por el Sr. Gascó, entraron, entre otras muchas flores, dalias, amarantos, apatiorum y perpetuas. Iba tirado por cuatro caballos y los cocheros vestían con gran propiedad el traje japonés.

El fonógrafo, de los señores Pardo, confeccionado por el Sr. Bigué, era de claveles, ageratum, perpetuas y otras flores y en su interior el tabalet y la dulzaina entonaban inspiradas *albaes*.

Fruta del tiempo figuraba un colosal melón de musgo y dalias blancas y amarillas: lo presentaron los señores Sánchez de León, López, Lluch, Aliño, Pla, García, Cuñat, Aguirre y otros.

Las tres palomas, ingeniosa alegoría del juego de naipes del *golfo*, formada con dalias blancas y rojas, geranios y amarantos y multitud de flores sueltas. Este carruaje era de los Sres. Pellicer, Torijo, López de Camarena y Marco Gisbert.

El Vivac militar. La sociedad «El Vivac militar» presentó un artístico landó adornado con profusión de flor suelta sobre musgo y con los escudos de Valencia y de otras provincias perfectamente ejecutados con dalias, siemprevivas y amarantos.

Las mariposas, presentado por la comisión de la Batalla de flores y dirigido por el artista Sr. Benavent, ostentaba sobre un caprichoso macizo de flor dos bellísimas mariposas formadas con amaranto, ageratum, gynarium y otras flores.

La gran corbeille, de los Sres. Maestre Colomina y Casany, de la comisión de la Batalla de flores, fué ideado y dirigido por el artista Sr. Vilar y arreglado por el jardinero Sr. Canet. Representaba una cesta colosal de mimbre dorado y formaban el tejido dalias blancas y amormío de color morado: completaba el adorno ancha cinta de terciopelo verde. La cesta, cuyas ruedas iban adornadas con flores y cintas formando estrellas, estaba llena de magnolias, hortensias, nardos, alteas, jazmín y otras flores sueltas.

El Pavo Real, otro de los carruajes presentados por la comisión de la Batalla de flores, consistía en un landó adornado con dalias, adelfas, margaritas y amarantos, en cuyo testero se ostentaba un pavo real hecho con tal perfección que parecía de verdad. El dibujo y la confección de este carruaje corrieron á cargo del Sr. García Mas.

El *Capricho musical*, de los Sres. Burriel, Pampló, Millán y Muller, estaba constituído por una porción de instrumentos músicos, formando un grupo coronado por un cisne blanco, todo hecho con flores: la confección de este carruaje corrió á cargo de Amparo Canet, bajo la dirección de los artistas Sres. Cebrián y Sanmartín.

Un tulipán, también de la comisión de la Batalla de flores, dirigido por el pintor Sr. Boví y confeccionado en el jardín de San Antonio; una *Magnolia*, de la familia Marcgeorge, ejecutada, según boceto del Sr. Soriano Torrejón, por los Sres. Peris; un *Carro romano*, de los Sres. Núñez Robres y Gómez; una *Mariposa monumental*, de la comisión de la batalla de flores, dirigida por los Sres. Serrane Chassing y Ribas; *Un candil*, del Sr. Tárraga; *Una pandereta*, de los Sres. Suay y Pinazo Martínez; una preciosa *Fortaleza*, del Sr. Carbonell, dirigida por el pintor Sr. Gómez, y otros varios, todos ellos muy caprichosos y elegantes y adornados con profusión de flores, contribuyeron á dar esplendor á aquella batalla, en la cual se dispararon por centenares de miles los ramilletes, por kilómetros las serpentinas y por quintales los *confetti*. – A.

NUESTROS GRABADOS

El proceso Dreyfús.—Objeto de la atención pública, no sólo en Francia, en todo el mundo, por decirlo así, es el proceso del capitán Dreyfús que actualmente se está viendo ante el Consejo de guerra reunido en Rennes. La circunstancia de tratarse de un delito de traición, la casi seguridad de que el pretendido culpable es inocente, el recuerdo de los años de martirios crueles, físicos y morales, que el condenado de 1894 ha sufrido en la isla del Diablo, la campaña revisionista



FERIA DE VALENCIA. – Batalla de Flores. Carruaje «Capricho musical» de los Sres. Burriel y Pampló, que obtuvo el tercer premio (de fotografía de la Sra. viuda de F. Rafñ, remitida por los Sres. Pubul y Morales).



ANTE EL JURADO, CUADRO DE FERNAND B...



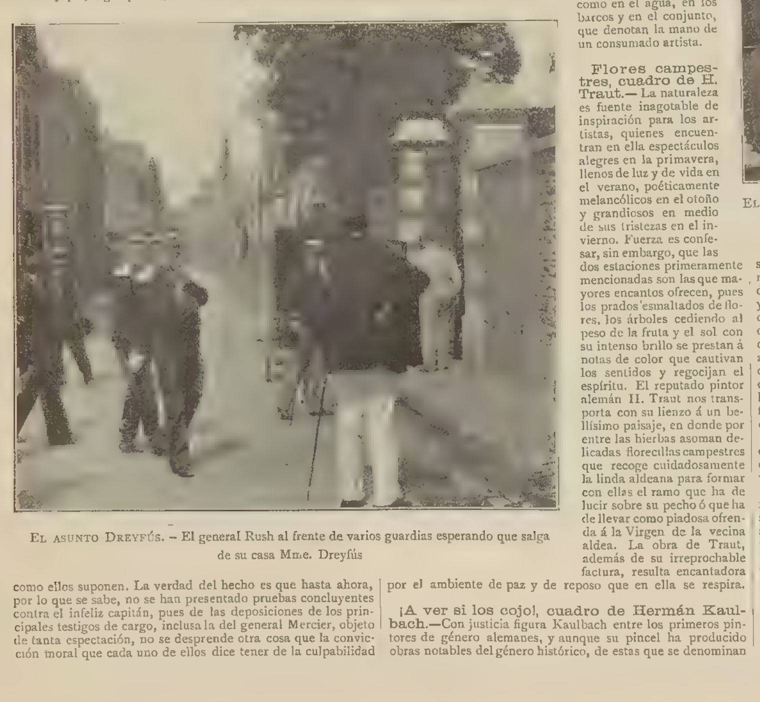
cion Internacional de Bellas Artes de Berlín de 1899)

iniciada por el venerable senador Scheurer-Kestner y continuada por eminentes personalidades políticas y literarias que ha dado lugar al fallo del Tribunal de Casación y á la revisión del proceso, la saña con que los antirrevisionistas han combatido al supuesto traidor y á sus partidarios, el hecho de ser Dreyfús judío, todo esto ha creado en Francia un estado de agitación que amenaza, sea cual fuere el resultado del Consejo de guerra de Rennes, producir grandes perturbaciones en la República francesa. Los más elevados personajes, la prensa, el pueblo, las clases todas de aquella sociedad, se hallan hondamente divididos y sustentan sus respectivas opiniones con verdadero encarnizamiento, habiendo llegado las cosas á un punto tal, que si el patriotismo, de que tantas veces han dado pruebas los franceses, no logra sobreponerse á la pasión que hoy los agita, hállase Francia abocada á graves peligros, una de cuyas principales consecuencias habría de tocarlas en primer término la proyectada próxima Exposición universal. Del interés que este asunto ha despertado en todas partes es buena prueba la presencia en Rennes de cientos de corresponsales de los más importantes periódicos franceses y extranjeros que allí han acudido para proporcionar á los lectores de aquéllos amplias informaciones. Los grabados que en esta página publicamos representan algunos episodios curiosos relacionados con la vista del proceso, entre ellos la conducción del famoso expediente secreto, sobre el cual tantas esperanzas tenían fundadas los antidreyfusistas y que, según parece, dista mucho de ser tan convincente como ellos suponen. La verdad del hecho es que hasta ahora, por lo que se sabe, no se han presentado pruebas concluyentes contra el infeliz capitán, pues de las deposiciones de los principales testigos de cargo, inclusa la del general Mercier, objeto de tanta espectación, no se desprende otra cosa que la convicción moral que cada uno de ellos dice tener de la culpabilidad de Dreyfús. En cambio está perfectamente demostrado que algunos de los documentos en los cuales esa culpabilidad se fundaba son falsos, y está demostrado también que durante cerca de cinco años Dreyfús ha estado sometido á tratamientos verdaderamente inquisitoriales indignos de una nación tan civilizada como la francesa y que sólo se explican por la saña y el apasionamiento que desde un principio han sido las características de este asunto.



EL ASUNTO DREYFÚS. – El famoso expediente secreto llevado al Consejo de guerra de Rennes. Iba encerrado en una caja de hierro y fué descargado en presencia de un agente de policía secreta

En el Támesis, cuadro de Eugenio Vail.—Para los pintores aficionados al género de mar, los grandes puertos y los ríos de gran importancia tienen muchos atractivos, pues allí en reducido espacio encuentran reunidos todos los elementos que les sirven para sus cuadros, desde la humilde barca de pesca al soberbio transatlántico, desde la pesada barcaza al esbelto y ligero buque de vela. Y en cuanto á tipos á quienes tomar por modelo, su variedad corre parejas con la de las embarcaciones, viéndose entre los que en tales sitios se encuentran representantes de las condiciones, de las clases y de las razas más diversas. Buena parte de estos elementos han sido utilizados por Vail, en cuyo cuadro se nos ofrecen perfectamente combinados, permitiéndonos formar cabal idea de lo que es aquel caudaloso río y del movimiento que reina en los muelles de Londres. Aparte de estas excelencias de composición, reune el lienzo cualidades de ejecución, así en las figuras como en el agua, en los barcos y en el conjunto, que denotan la mano de un consumado artista.



EL ASUNTO DREYFÚS. – El general Rush al frente de varios guardias esperando que salga de su casa Mme. Dreyfús

Flores campestres, cuadro de H. Traut.— La naturaleza es fuente inagotable de inspiración para los artistas, quienes encuentran en ella espectáculos alegres en la primavera, llenos de luz y de vida en el verano, poéticamente melancólicos en el otoño y grandiosos en medio de sus tristezas en el invierno. Fuerza es confesar, sin embargo, que las dos estaciones primeramente mencionadas son las que mayores encantos ofrecen, pues los prados esmaltados de flores, los árboles cediendo al peso de la fruta y el sol con su intenso brillo se prestan á notas de color que cautivan los sentidos y regocijan el espíritu. El reputado pintor alemán H. Traut nos transporta con su lienzo á un bellísimo paisaje, en donde por entre las hierbas asoman delicadas florecillas campestres que recoge cuidadosamente la linda aldeana para formar con ellas el ramo que ha de lucir sobre su pecho ó que ha de llevar como piadosa ofrenda á la Virgen de la vecina aldea. La obra de Traut, además de su irreprochable factura, resulta encantadora por el ambiente de paz y de reposo que en ella se respira.

¡A ver si los cojo!, cuadro de Hermán Kaulbach.—Con justicia figura Kaulbach entre los primeros pintores de género alemanes, y aunque su pincel ha producido obras notables del género histórico, de estas que se denominan de grandes alientos, su especialidad son las escenas de costumbres. Con regular talento é ingenio y con cierto bagaje de erudición pueden componerse lienzos sobre asuntos pasados que produzcan impresión hondísima; pero para pintar los episodios de la vida corriente, para reproducir con acierto incidentes que podemos presenciar á todas horas, como quien dice, necesítase un don especial, ya que en tales obras no cabe el engaño, ni el efectismo entra en ellas para nada. La verdad, la realidad viviente no admiten interpretaciones caprichosas: son tales cuales son, y así han de ser reproducidas para que el público vea desde luego la identidad entre el original y la copia, que constituye su mayor belleza, siempre y cuando, por supuesto, no se haya inspirado el artista en la realidad vulgar ó chabacana, indigna de servir de modelo al arte. En su precioso cuadro *¡A ver si los cojo!*, Kaulbach ha dado una prueba más de lo que vale en el concepto indicado: el rapazuelo que armado de un sombrero casi tan grande como él intenta apoderarse de los pajarillos, es un portento de naturalidad y de expresión, y constituye una figura interesante y simpática en extremo.

Ante el Jurado, cuadro de Fernando Brutt.—Aquellos de nuestros lectores que recuerden el cuadro *¡Absuelta!* que hace algún tiempo reprodujimos, no tendrán necesidad de mirar la firma del que hoy publicamos para adivinar desde luego que ambos son obra de un mismo autor, del eminente pintor de Dusseldorf Fernando Brutt, uno de los que con mayor éxito en Alemania describen con el pincel las escenas dramáticas de la vida moderna. *Ante el Jurado* no necesita explicación alguna, pues la explicación surge espontáneamente de la simple contemplación del lienzo, y el menos perspicaz comprende el asunto de que se trata con sólo fijarse en la situación y en las actitudes de las figuras que del cuadro forman parte, y cada una de las cuales merece ser alabada como modelo de expresión y naturalidad.

La pesca del bou en aguas de Málaga, dibujo de Ricardo Verdugo.—El autor de esta obra, á pesar de hallarse en los comienzos de su carrera artística, ha logrado en poco tiempo conquistarse fama de marinista distinguido, viéndola sancionada por el premio, una tercera medalla, obtenido en la última Exposición de Bellas Artes de Madrid por su cuadro titulado *Oleaje*. El Sr. Verdugo Landi posee excelentes aptitudes para el género que con preferencia cultiva, y bien lo demuestra el dibujo suyo que reproducimos: muy joven todavía, creemos que el arte le reserva un brillante porvenir.

Bellas Artes.—BARCELONA. – La Asociación Artística de Joyería y Platería de Barcelona ha organizado un concurso de fomento para la fabricación de joyas en España, en el cual se concederán los siguientes premios ordinarios: 1.°, título de socio honorario, medalla distintivo de la Asociación y 500 pesetas al inventor de un útil que facilite y adelante el trabajo manual en la joyería y platería ó á la joya de forma hasta ahora desconocida que pueda ser nueva moda; 2.°, medalla distintivo y 250 pesetas á la mejor colección de dibujos para la fabricación de joyas; 3.°, pergamino honorífico y 100 pesetas al autor de la pieza de joyería ó platería sacada de fuego, de más novedad en su dibujo, más gusto en su interpretación y más limpieza en su ejecución; 4.°, medalla distintivo y 50 pesetas al autor de una *Cartilla de aleaciones* que contenga más fórmulas de ley de oro y plata, en forma corta, clara, sencilla y de estilo popular; 5.°, medalla distintivo y 50 pesetas al autor que compendie fórmulas para galvanizar metales, hasta ahora no popularizadas, en forma de tratado ó folleto.



EL ASUNTO DREYFÚS. – Periodistas en la Bolsa del Comercio esperando los pases de entrada para asistir á las sesiones del Consejo de guerra.

Se concederán además ocho valiosos premios extraordinarios ofrecidos por S. M. la reina regente, el Excmo. Ayuntamiento de Barcelona, los Sres. Masriera hermanos, D. José Maciá y por los Hijos de Francisco A. Carreras.

Las obras se presentarán al domicilio de la Asociación (Boria, 17, pral.) sin firma, con sus lemas y acompañadas de un sobre cerrado con el lema y el nombre del autor, y el plazo de admisión de las mismas empezará en 1.° de septiembre y terminará el día 15 de noviembre del presente año.

El Jurado Calificador lo componen: D. José Luis Pellicer, presidente, D. José Masriera, D. Antonio Utrillo, D. José Maciá, D. Eusebio Arnau, D. Francisco Carreras y D. José M. Monfort, secretario.

Es digna de alabanza la iniciativa de la Asociación Artística de Joyería y Platería de Barcelona, y LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, al felicitar á ésta por su pensamiento, desea y espera que el mejor éxito corone sus plausibles propósitos.



—¿Veis allá á lo lejos, en medio de la campiña, una casita blanca con persianas verdes?...

CORAZÓN DE SACERDOTE

NOVELA ORIGINAL DE H. S. DE FORGE. — ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Los tres se levantaron.
Marta se acercó á Saviniano y le dijo azorada:
—¡Váyase usted corriendo!
Pablo, temeroso de un peligro desconocido, cogió de la mano al subprefecto y lo condujo al jardín.
Charlier había entrado en el cuarto de Francisca donde estaba la panoplia, cogió el revólver, hizo funcionar la batería y entró en el salón.
Allí estaba Marta sola con Francisca.

Charlier las miró un momento, vacilando. Mas al bajar los ojos vió en la mesa tres tazas de te y junto á una, medio llena, un par de guantes de hombre.
Entonces levantó bruscamente el brazo, disparó un tiro, y Marta cayó lanzando un grito penetrante.
Mientras Francisca corría á auxiliarla, Charlier, con los ojos desmesuradamente abiertos, se aplicó el revólver á la sien, hizo otro disparo y se desplomó pesamente al suelo.

XII

Por una casualidad verdaderamente providencial, ni Marta ni Charlier habían muerto.
El proyectil dió á Marta en el hombro, atravesándoselo sin causar graves lesiones. En cuanto á Charlier, la bala, disparada muy de cerca, había contorneado el hueso frontal siguiéndole en toda su longitud y trazando en él un surco sangriento.

Francisca, que había salido desatentada á la calle pidiendo socorro, volvió con un médico cuyas tranquilizadoras afirmaciones calmaron el espanto de Pablo. Mientras Marta recobraba el sentido, Charlier, llevado á su cama, quedó sumido en un sueño profundo que duró veinticuatro horas y le salvó.

Puede suponerse la emoción que aquel suceso causó en la población.

En tanto que se hacía la primera cura á los heridos en sus cuartos, la planta baja se llenaba de personas, las unas sinceramente ansiosas, las otras simplemente curiosas. Mad. de Sennevaux, avisada por un propio que Saviniano le mandó á rienda suelta, fué de las primeras en llegar, aun antes que madame Descordes, que, relegada en su casa, no supo la catástrofe sino por el movimiento inusitado que advirtió desde el balcón de su cuarto.

Acudió con sus hijas, turbada, agitada, empezando á comprender su terrible responsabilidad.

En el vestíbulo, lleno de gente, encontró á Mad. de Sennevaux que salió en derechura á su encuentro, y le dijo en alta voz, en medio de todos y mirándola frente á frente:

- Aquí no tiene usted nada que hacer, señora.

Y como Mad. Descordes, sofocada, pronunciara algunas palabras, la condesa, con un ademán de autoridad irresistible, le designó la puerta añadiendo:

Vaya usted á dar gracias á Dios que le ha ahorrado el remordimiento de hacer dos víctimas inocentes.

Mad. Descordes atravesó la muchedumbre que, visiblemente poco simpática para ella, se apartó á su paso. Al transponer el umbral, se cruzó con el fiscal del juzgado. Entonces surgió en su imaginación una idea terrible. Charlier había cometido una tentativa de asesinato en la persona de su mujer. Era inevitable la formación de una causa criminal, en la cual ella se vería mezclada. En sus oídos zumbaban todas las palabras que su primo le había dicho durante su amenazadora visita, palabras que él repetirá en público, y por consiguiente ella sería moralmente la acusada...

Latíanle con fuerza las sienes, le flaqueaban las piernas y habría caído al suelo á no sostenerla sus dos hijas. Por el camino encontró al padre Chavassieux que se acercó á ella lleno de solicitud.

– Vamos, vamos, buena señora, le dijo, no hay que ponerse así. Bien se me alcanza que tratándose de un primo..., de una prima..., pero en fin... ¡Ea, ánimo! Comprendo que siendo usted tan buena, los males de los demás le partan el corazón. Pero Dios está de por medio..., ha impedido grandes desdichas y no tenga usted cuidado, él permitirá que se descubra á los culpables..., á los verdaderos culpables... Para mí es cosa evidente que alguien ha impelido al pobre Charlier á consumar esa acción...

Este fué el último golpe. Mad. Descordes tuvo la fuerza necesaria para volver á su casa, donde se desmayó.

Su reinado había concluído.

En provincias no gustan estas dominaciones invasoras y absorbentes por más que se soporten. Nadie se atreve á dar la señal de la rebelión; pero si una mano más enérgica enarbola la bandera, todo el mundo sigue el movimiento, y los que luego se muestran más ardientes por la independencia son los que más se han humillado bajo el yugo.

La vista de la casa de Marta, tan sencillamente amueblada cuando se había corrido la voz de que en ella reinaba el lujo, hizo que se tuvieran por falsas todas las demás noticias. Las palabras de Mad. de Sennevaux, repetidas en todas partes, devolvieron el ánimo á los más tímidos. Francisca no se mordió la lengua, y la gente se convenció de la inocencia de Marta y hasta disculpó á Charlier, haciendo ver toda la trama urdida por la malicia bajo la máscara de la caridad. Toda la población se puso en contra de madame Descordes, y se apartó de ella, que á su vez conoció las diatribas de la maledicencia y las tristezas del aislamiento. Mad. Valier, en cuya tienda compraba pocas empanadas, y las señoritas Juglan, á quienes apenas encargaba sombreros, fueron las primeras en retirarse de sus asociaciones. Al miércoles siguiente, Mad. Auffroy Mignot fué la única que se presentó á trabajar, intimidada, en casa de madame Descordes; pero no volvió. Todas las fundaciones benéficas de esta señora cayeron una por una, y ¡oh gran dolor!, muchas de ellas se reconstituyeron á su vista sin que la llamaran á tomar parte en ninguna.

Tan sólo el padre Chavassieux continuó fiel á las comidas y á las loterías de los domingos, pero sin comprender todavía nada de lo ocurrido y revolviendo el puñal en la herida, puesto que repetía de continuo:

– No me cabe duda; alguien ha impulsado á ese pobre Charlier... ¡Qué peso debe abrumar la conciencia del culpable!.. En fin..., ¡que Dios le perdone!

Mad. Descordes tuvo que reducirse en lo sucesivo á vegetar en su rincón, con el corazón lleno de hiel, entre sus hijas que acabaron por secarse en su vida mezquina, rabiosa y envidiosa, y el mísero procurador, entregado á las garras jamás satisfechas de aquellas tres arpías.

La causa criminal de Charlier era inevitable, y se vió dos meses después, cuando las heridas estuvieron restablecidas.

Toda la población asistió á la vista, ávida de presenciar un escándalo, pero se llevó chasco.

Charlier llegó al tribunal, apoyado en el brazo de Pablo, mostrándose irreprochable en cuanto á tacto y actitud. Respondió con sencillez sin acusar á nadie más que á sí mismo y á su censurable conducta, y sin buscar tampoco ninguna disculpa.

Cuando el presidente, que hacía las preguntas con delicada reserva, le preguntó á qué movil había obedecido, le contestó:

– Lo ignoro. Me da reparo decirlo, pero esta vergüenza pública es un castigo bien merecido... No tenía conciencia de lo que hacía.

– ¿Tenía usted algún motivo de enojo contra su esposa?

– Ninguno, contestó el encausado con voz firme. Mi esposa es la más noble y la más honrada de las mujeres.

– ¿No le excitó á usted alguien contra ella?

Era la pregunta esperada, de suerte que todos prestaron la mayor atención á la respuesta.

Charlier, sin contestar directamente, se limitó á decir:

– Repito que soy el único culpable.

– ¿No se hallaba usted en estado de embriaguez?, preguntó un jurado.

– Sí, estaba embriagado.

El presidente no insistió.

Marta, interrogada á su vez, dijo:

– Juro ante Dios que jamás he tenido que reprocharme nada que me haya podido avergonzar en presencia de mi marido y de mi hijo. Juro que no he faltado nunca á ninguno de mis deberes para con el uno ni para con el otro. Perdono á mi marido, como hace tiempo le he perdonado con todo mi corazón. No abrigo respecto de él otro sentimiento que el del afecto y la estimación y pasaré el resto de mi vida probándoselo.

El fiscal formuló sus conclusiones con gran moderación, y sin mezclar en ellas el nombre de Saviniano ni el de Mad. Descordes. Charlier, reconocido culpable de sevicia y lesiones, con circunstancias atenuantes, fué condenado á una simple multa, y salió libre de la audiencia entre Marta y Pablo.

Desde el día del drama hasta el de la vista de la causa casi nadie le había vuelto á ver. A todo el mundo chocó su transformación; ya no era el mismo hombre. Su rostro pálido, enflaquecido, con una larga cicatriz azulada que le cogía toda la frente, tenía una expresión triste, grave, pero digna, con una humildad cuya sinceridad se echaba de ver. Había hablado sin énfasis, sobriamente, con voz conmovida en algunos momentos y dominado por un sentimiento que no tenía nada de ficticio.

Cuando al retirarse pasó acompañado de su mujer y su hijo, todos los circunstantes se descubrieron ante aquella familia tan largo tiempo y tan violentamente perturbada, y ya reconstituída y reunida.

Preguntábanse muchas personas quién podía haber hecho aquel milagro, quién había servido de vínculo entre un hombre grosero y de mala índole, hasta entonces incapaz de todo sentimiento ó ternura, y aquella mujer dulce, buena, toda delicadeza y toda corazón; quién, en fin, había llegado, sin saberlo, á romper para lo sucesivo las relaciones de Marta y Saviniano, relaciones puras, honestas, pero terriblemente peligrosas para esta misma honestidad.

Era obra de un pequeño ser tímido y silencioso hasta entonces, al que no habían alcanzado los necios prejuicios ni las malas costumbres de aquella vida de provincia, y que á la sombra de aquella casa triste había crecido de prisa, aleccionado prematuramente, formal antes de contar con experiencia y sin que tal vez hubiera sabido jamás lo que era reir, pero madurado con todas las lágrimas que había visto correr.

La transformación de Marta y de Charlier era obra de un niño de quince años.

XIII

La tarde misma del día terrible, Pablo se había instalado á la cabecera de la cama de su padre, constituyéndose en su enfermero, azorado, inconsciente todavía y sin más propósito que ayudar al médico en sus cuidados materiales. Durante la noche que pasó solo junto al herido, sin separarse de él más que para ir de puntillas á informarse del estado de su madre, á quien velaban Mad. de Sennevaux y Francisca, produjose una evolución íntima y misteriosa en aquella pequeña alma.

Su candor inocente no le permitía comprender la verdadera causa del siniestro acontecimiento: no veía en éste más que la crisis suprema de la vida de violencias de que había sido testigo tanto tiempo, y entonces surgió en su mente todo un plan que maduró con tanta sangre fría como precoz inteligencia, bajo la inspiración de la más exquisita religiosidad.

Borrar para siempre las huellas de lo pasado; hacer de su padre otro hombre á fuerza de paciencia y dulzura; atraerle al deber y al bien; hacer penetrar en su corazón el sentimiento del cariño de la familia, la elevación de miras, la nobleza del corazón, y rodeándole de una purificadora atmósfera de ternura, apartarle para siempre de los hombres y de las cosas que tan funestas le habían sido: obra sublime en que el hijo daría la vida al alma de su padre, tarea laboriosa cuyas dificultades no escapaban á su perspicacia, pero iluminada por su ardor entusiasta y confiado con una radiación triunfante.

Los niños que han padecido mucho sienten estos entusiasmos generosos. De su corazón brotan acentos de que carecen los otros; sus grandes ojos, muy dulces, tienen miradas profundas que fascinan; su manecita posada en la frente del que padece la comunica una calma extraña. Poseen armas propias, hechas de misterio y de ternura.

Prosternado en medio de la soledad y del silencio, con la cabeza apoyada en el lecho del enfermo, Pablo estuvo largo tiempo elevando al cielo una de esas plegarias conmovedoras, ardientes, irresistibles, que la boca no pronuncia, pero en las que se funde por completo el corazón. Pidió á Dios fuerza, prudencia, habilidad, y en cambio de la victoria apetecida, le prometió consagrarle su vida.

Desde entonces se entregó á un trabajo asiduo. Los primeros días fueron crueles y rudos. La inteligencia de Charlier, obscurecida todavía, parecía ofrecer dificultades insuperables. Su carácter, cuyas violencias jamás había refrenado nada, reaparecían á medida que iba recobrando sus fuerzas físicas. Pablo respondía á todo con inalterable calma y con mansedumbre por nada alterada.

– Dame de beber, decía el herido.

Y de acuerdo con el médico que había aconsejado evitar toda supresión demasiado brusca, Pablo presentaba á su padre, con la sonrisa en los labios, sus bebidas predilectas, pero disminuyendo cada vez la dosis de los elementos perniciosos.

– Léeme el periódico, dijo otra vez Charlier.

Y Pablo envió en seguida á buscar el del color político más exaltado y se lo leyó sin pestañear, limitándose á hacer algunas sencillas reflexiones sobre los hechos que le era dado apreciar, y que deshacían con una sola palabra toda la estúpida balumba de aquellas lucubraciones tabernarias. Sus frases eran siempre tan sencillas, tan mesuradas, tan justas, que al cabo de dos semanas Charlier dijo espontáneamente:

– Ese diario es muy chabacano: no lo compres más.

Se había dado un paso.

Entonces Pablo se volvió hablador. Él contaba todos los días á su padre las noticias de la ciudad que por la noche hacía que Francisca le resumiera rápidamente, ó bien sacaba de los recuerdos de sus cortos estudios el recuerdo de alguna anécdota, poniendo en sus palabras la animación atrayente y juvenil de su gracejo y sabiendo también encaminar con maña la conversación hacia el objeto incesantemente perseguido, para deducir de ella alguna lección prudente, imperceptiblemente intercalada sin hacer jamás una alusión que pudiera disgustar ó zaherir al enfermo.

Siempre estaba á su lado cuando era preciso, y cuando no, pasaba las horas en una habitación contigua, donde permanecía quieto, pronto á contestar á la primera llamada, pero dando tiempo para germinar á la semilla que había sembrado inteligentemente.

– ¿Dónde está Pablo?, preguntó Charlier bruscamente una mañana. ¿Por qué te vas? Quédate aquí

El niño bendijo á Dios: era su primera victoria.

Desde entonces fué creciendo la intimidad. Charlier, alejado de los arrebatos morales como de las excitaciones materiales, se ablandaba poco á poco, cuidado, mimado, y en su inteligencia, que renacía, sensible á la fascinación que emanaba de aquel niño cuya presencia le era ya indispensable. Al menor movimiento que hacía así de día como de noche, veía surgir aquella figura solícita, tierna, sonriente como una aparición angélica.

Pero entonces tenía algo así como largos azoramientos, crisis nerviosas, y parecía no comprender nada, viéndose de nuevo acosado de malos recuer-

dos, de súbitos abatimientos y de desvaríos de beodo. Se iba verificando en él una completa transformación. Cuanto tenía de brutal iba desapareciendo como por efecto de una fascinación y sentía renacer uno á uno los sentimientos de su infancia tranquila y regular ú otros enteramente nuevos para él, los cuales le seducían como todo lo que no se conoce. Sucedíale á veces permanecer horas enteras sin decir una palabra, con los ojos fijos en Pablo, cuyo corazón palpitaba entonces con grata emoción, adivinando el trabajo latente que en su padre se operaba.

Mas ¡ay! no siempre se encontraba en el mismo estado de sosiego. A veces su anterior naturaleza se sobreponía con bruscas sacudidas; pero Pablo empezaba á conocer su fuerza, se reía de estas crisis que eran cada vez más raras, y alcanzó un nuevo triunfo el día en que obligó á su padre á reirse de su irritación que reconocía sin causa.

La mejora moral progresaba al mismo tiempo que la curación física en virtud de los constantes esfuerzos de Pablo. Sin embargo, Charlier se quedaba á veces sumido en tristes silencios. Abría la boca para hacer una pregunta, y la pregunta expiraba en sus labios... ¿Qué era de Marta? Por el buen humor de Pablo, había adivinado fácilmente que su crimen no había sido completo por fortuna. Sí, Marta vivía sin duda, pero ¿dónde se hallaba, en qué estado, cuáles no debían ser sus sentimientos de legítimo resentimiento?

Y Charlier comprendía que jamás la había amado. Ahora conocía todo lo que había perdido; Marta se le aparecía rodeada de una aureola de juventud y belleza que él había desdeñado neciamente. Habría querido empezar de nuevo su vida y pasar en su unión con Marta muchos años de ventura en lugar del infierno que le habían proporcionado. Pero estos años de infierno terminados con un drama sangriento, eran ya y para siempre el pasado, lo irreparable, terrorífico como una pesadilla.

Demasiado sabía que Saviniano no era el amante de Marta, pero también que él la había amado y ella sentido igual afecto por él. Esta unión de los corazones le lastimaba más de lo que podía haberle lastimado cualquier otra cosa. A nadie podía despreciar más que á sí mismo, y esto le ponía fuera de sí. También él habría podido amar á Marta; volviéndose bueno y tierno, pensaba que quizás hubiera logrado hacerse amar de ella; pero sin duda ya era demasiado tarde.

A veces abría su pecho á la esperanza, y entonces parecía tener crisis de alegría. Y reclinado en la almohada, cobijado por las obscuras cortinas, contemplaba largo rato á su hijo con mirada de bestezuela herida. El niño se acercaba algo de modo que le diera bien la luz de la lámpara y sus miradas se cruzaban, la una llena de cariño y ternura, la otra de amargura y de angustia.

Pablo observaba con atención la marcha y desarrollo visible y deseado de aquellas angustias no confesadas. Cuando creyó llegado el momento de obrar, entró en el cuarto llevando una rosa fresca y olorosa, y presentándosela á su padre le dijo sencillamente:

–Mamá me ha encargado que te dé esta flor de su parte.

Charlier tomó la flor sin decir una palabra. Permaneció largo tiempo callado y pensativo ante aquel bello presente, prenda de olvido y de perdón. Sus miradas iban de la rosa al rostro del niño, y de pronto rodaron dos gruesas lágrimas por sus demacradas mejillas.

–Ven, dame un abrazo, dijo á Pablo.

Desde entonces padre é hijo sostuvieron largas conversaciones y cada día sus almas se acercaban con expansiones cada vez más íntimas. Pablo, dueño ya del terreno, iba resueltamente adelante, revelando á su padre todo un mundo de sentimientos desconocidos, no temiendo ya tratar de los asuntos más delicados con esa sinceridad sencilla que impone la fe, con ese tacto que no se adquiere y que únicamente el corazón sabe inspirar, iluminando los últimos ámbitos que habían permanecido obscuros en el pasado con la límpida luz de su propia pureza.

Marta era la única persona á quien Pablo daba noticia de sus esfuerzos, de sus esperanzas y de sus resultados. Todos los días se escapaba un rato, se encerraba con ella, y le contaba alegremente los progresos realizados y el triunfo final que se acercaba. Su madre le escuchaba conmovida, recompensando con una sonrisa y una caricia al noble niño. Y sin embargo, á veces, cuando él se había marchado, salía un suspiro de sus labios, se humedecían sus ojos, y se quedaba absorbida en una meditación melancólica y profunda. Pasaba largos ratos sentada junto á la ventana, desde la cual contemplaba cómo de un tejado vecino surgía á la hora de las comidas una humareda blanca, siguiéndola con la vista hasta que se perdía en las nubes. También pensaba en el pasado, en su triste vida, en la felicidad de que no había disfrutado. Luego volvía á alimentar esperanzas, y en la penumbra de los largos días, á la hora del crepúsculo, posaba su mano pálida en el cuello de Pablo, y los últimos rayos del sol se reflejaban en los ojos de la madre y del hijo.

Cuando Charlier empezó á levantarse Pablo le propuso comer con él junto á la ventana abierta por la que penetraban los efluvios primaverales. Llevó con Francisca una mesa ya servida, en la cual vió Charlier un gran ramo de rosas y alrededor de éste tres cubiertos.

En aquel momento, Marta, con el rostro muy pálido, pero sonriente, entró y alargó á su marido la mano que tenía libre... Entonces Pablo derramó lágrimas de alegría, lágrimas santas que los ángeles del cielo debieron recoger.

Aquella tarde, en que á consecuencia de su victoria, era como el amo de todos, Pablo expuso el programa del género de vida que había meditado.

Reunirían todos los recursos; venderían aquel caserón, testigo de tristezas que era preciso olvidar, irían á instalarse en París en algún nido modesto en el que, en medio de la paz y de la intimidad y al lado de sus padres, reanudaría sus estudios interrumpidos por los acontecimientos.

–Es verdad, dijo Charlier, el tiempo pasa... Pronto habrá que pensar en escogerte una carrera.

–Tengo ya hecha la elección, respondió Pablo. Seré cura.

XIV

En la mañana del día en que la familia Charlier iba á marcharse de Genneville, Francisca, confidente por última vez, echó al correo una carta cuyo sobrescrito decía: *Al Sr. Saviniano de la Haye, ex subprefecto, calle de la Boetie, París.*

Esta carta estaba concebida en los siguientes términos:

«Amigo mío: escribo á usted pocas horas antes de partir de Genneville adonde quizás no volveré nunca. Voy á despedirme, no sin que se me parta el corazón, de estas paredes que han sido tantos años testigos de mis muchos dolores y de mis contadas alegrías. He querido que mi último acto en ella fuera escribir á usted esta carta.

»No he podido hacerlo desde que presentó usted su dimisión y se ausentó á consecuencia de lo sucedido aquel terrible día; sin embargo, gracias á ciertas amigas buenas y seguras, ha ido usted teniendo noticias de mi convalecencia. Hoy le confirmo mi completa curación, y la prueba de ello son estas mismas líneas, por más que aún no tenga el pulso muy firme. Pero estoy enteramente repuesta, y aparte de algún entorpecimiento que siento todavía en el brazo, he recobrado toda mi salud.

»Tal vez el temblor de mi mano en este instante no sea un postrer efecto de mi herida, sino que su verdadera causa sea la emoción, porque me apena en extremo lo que deseo decir á usted, y siento tanto el disgusto que voy á causarle como el mío propio.

»Es preciso, amigo mío, despedirnos para siempre. Es preciso que haga usted su sacrificio, como yo hago el mío, con profunda tristeza, pero con resignación y resolución. El deber así lo exige: su ley austera, pero sagrada, se ha presentado á mi mente durante mis largas horas de reclusión.

»Ambos hemos tenido un grato ensueño, lleno de dulzura, de poesía y de pureza; pero aun en tan inocentes límites, me estaba vedado recrearme en él. Le he dado á usted lo que no tenía derecho de darle: no podía disponer de mi corazón, y aunque materialmente virtuosa, era moralmente culpable. He mentido á la justicia cuando en aquel triste juicio oral juré que jamás había faltado á mis deberes de esposa.

»Si no hubiéramos sido más que amigos, como todo el mundo lo cree y lo dice aquí ahora, nada se opondría á que conserváramos francas relaciones de amistad. Pero usted era para mí algo más que un amigo. Hoy puedo confesarlo, puesto que esta confesión va acompañada de un adiós eterno; le he amado á usted con toda mi alma, como creo que usted me amaba. Pues precisamente esto es lo que yo no tenía derecho de hacer, y lo que exige que entre los dos levantemos una barrera insuperable.

(Continuará)



– Mamá me ha encargado que te dé esta flor de su parte

GUERRA DE FILIPINAS

A pesar de los optimismos del general Otis, á pesar de los despachos halagueños que el jefe del ejército yanki en Filipinas envía incesantemente á su gobierno y á pesar de la severa censura ejercida sobre las noticias que á los principales periódicos de América y de Europa envían sus corresponsales, la verdad se va abriendo paso y esta verdad no puede ser más amarga para los norteamericanos.



GUERRA DE FILIPINAS. – JEFES YANKIS TRASLADÁNDOSE Á LA LOMA PARA TOMAR PARTE EN EL AVANCE SOBRE NOVALICHES (de fotografía propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila).

En vano el gobierno de Wáshington se esfuerza en afirmar que la paz no tardará en ser un hecho, primero porque la mayor parte de los filipinos la desean y segundo porque los Estados Unidos cuentan con fuerzas y recursos suficientes para reducir antes de poco á los más recalcitrantes. En contra de lo primero está, entre otros, el hecho del manifiesto publicado recientemente por Emilio Aguinaldo con motivo del primer aniversario de la proclamación de la República Filipina, documento en el cual junto á las más afectuosas frases de cariñoso recuerdo para España, á la que los filipinos siguen considerando como madre á quien deben cuanto son, alientan enérgicos el espíritu de independencia y la resolución firme de resistir á todo trance á los que habiéndoseles ofrecido como amigos y aliados quieren ahora convertirse en sus tiránicos opresores. Los filipinos no aceptan ni siquiera la autonomía con que pretenden engañarles los yankis; quieren ser independientes y es más que probable que se saldrán con la suya.

En cuanto á lo de las fuerzas con que cuentan los norteamericanos para vencer á los intransigentes, por muchas que sean, serán á buen seguro insuficientes para dominar á un pueblo que está dispuesto á luchar por su independencia hasta morir, si es preciso, en la contienda, y que cuenta como aliados naturales con unas condiciones de suelo y de clima que por un lado favorecen su sistema de guerrillas y emboscadas y por otro han de ir debilitando cada vez más las energías de los invasores.

Las continuas insubordinaciones de los voluntarios allí enviados, que reclaman su repatriación por haber terminado el compromiso único de combatir á los españoles que contrajeron cuando se engancharon, y las incesantes demandas de refuerzos que hace el general Otis á su gobierno, son la mejor prueba de que los asuntos de aquel archipiélago no se desarrollan á la medida de los deseos y de las esperanzas de los norteamericanos.

Por todas estas circunstancias es creencia general de todos cuantos conocen algo á fondo el país y sus habitantes y la situación en que actualmente se encuentran las que fueron provincias españolas, la de que si los Estados Unidos quieren explotar y conservar el archipiélago se verán precisados á sostener allí constantemente un ejército de 50.000 hombres cuando menos, y enviar mensualmente 3.000 más para cubrir las bajas causadas por el clima y las bebidas alcohólicas.

Un año hace que las fuerzas de Otis son dueñas de Manila y de sus alrededores, y sin embargo han avanzado tan poco en sus operaciones, que no hace mucho tiempo oíase á menudo desde la capital el cañoneo entre las tropas yankis y las filipinas.

¿Tendrán los Estados Unidos paciencia para soportar indefinidamente esta difícil situación? El movimiento de reacción que allí se viene patentizando de algún tiempo á esta parte contra las llamadas tendencias imperialistas y que toma cada día mayor incremento, casi autoriza á pensar que al fin se sobrepondrá el buen sentido y que la República norteamericana, dejándose de conquistas absurdas y contentándose con la adquisición de Cuba y Puerto Rico, renunciará á la de las Filipinas ó se contentará tal vez con quedarse con algo, muy poco, que le recuerde sus fracasos en la campaña allí emprendida, pero que le permita tener allí un punto de apoyo para su comercio.



GUERRA DE FILIPINAS. – ABANDERADOS YANKIS É IMPEDIMENTA DIRIGIÉNDOSE Á LA LOMA, PARA TOMAR PARTE EN EL AVANCE SOBRE NOVALICHES (de fotografía propiedad de M. A. y Rodríguez, de Manila).

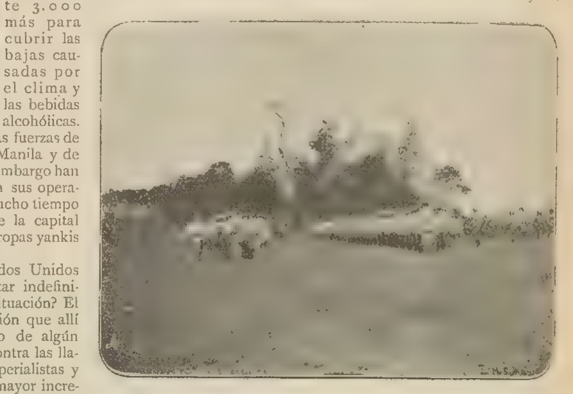
Dejando ya á un lado estas consideraciones, digamos algo de los interesantes grabados que en esta página publicamos y que son reproducciones de las fotografías que nos ha enviado nuestro inteligente y activo corresponsal en Manila D. Manuel Arias y Rodríguez, cuyo celo en pro de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA nunca podremos encomiar bastante, pues gracias á él hemos podido dar en nuestras columnas una información gráfica completísima de los sucesos en Filipinas desarrollados desde que comenzó la rebelión de los tagalos contra España.

Representan estos grabados algunos episodios de la marcha de los yankis hacia la Loma, para tomar parte en el avance sobre Novaliches, pueblo situado á corta distancia de Manila.

Al frente de los expedicionarios de la Loma iban los jefes del regimiento, detrás de ellos, precedidos por una escolta de cuatro hombres, los abanderados de éste, y á un lado del camino los carreteros con la impedimenta. Las banderas las llevan en fundas de hule y cada regimiento tiene la especial suya y la nacional: al acampar clavan en el suelo ambas enseñas á corta distancia una de otra.

Otro de los grabados representa parte de las fuerzas expedicionarias acampadas. El traje de éstas, como el de todo el ejército yanki, es una tela denominada *kaque*, de color de canela obscuro y lo llevan lo mismo en campaña que cuando están de guarnición en Manila: por su color es muy sufrido, pero por lo grueso y tupido de la tela debe dar un calor excesivo, por lo que no es de extrañar que en muchas ocasiones vayan los soldados en camiseta. Sobre el uniforme destácase el color blancuzco de las fundas de las mantas, cosa muy poca práctica puesto que ofrece un excelente blanco al enemigo. La suerte que hasta ahora han tenido los yankis ha sido que los filipinos no están todavía muy adiestrados en el manejo del fusil; la mayoría de los proyectiles van muy altos.

El último grabado representa el convoy de efectos comestibles que formaba parte de la expedición. En primer término se ven los rastros de la guerra; pues se ve allí un solar cubierto de ceniza y de restos de utensilios. La casita que allí se levantaba ha sido destruída por el incendio. «Espectáculos semejantes – nos dice el Sr. Arias – se ven en todos los puntos ocupados á viva fuerza por los yankis, quienes han arrasado muchos caseríos.»



GUERRA DE FILIPINAS. – PUNTO DONDE ACAMPÓ EL REGIMIENTO YANKI QUE AVANZÓ SOBRE NOVALICHES (de fotografía propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila).

El Sr. Arias, que no perdona sacrificio alguno para obtener fotografías y datos de todos los acontecimientos importantes, formó parte de la comisión española que fué á Zamboanga y á Isabela de Basilán para disponer el embarque y repatriación de las fuerzas que allí quedaban y que han sido las últimas que han evacuado Filipinas. También acompañó al teniente coronel de Estado Mayor Sr. Aguilar, quien, como recordarán nuestros lectores, fué como delegado del general Ríos á Baler para conseguir que el destacamento allí parapetado cesara en la larga y heroica, pero ya inútil resistencia que oponía á los ataques de los filipinos. De una y otra expedición nos anuncia interesantes fotografías que publicaremos. – X.



GUERRA DE FILIPINAS. – CONVOY DE COMESTIBLES SALIENDO DE MANILA CON DIRECCIÓN Á LA LOMA (de fotografía propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila).

LA BODA DEL PRÍNCIPE DANILO

DE MONTENEGRO

El día 27 de julio último celebróse con gran pompa en la capilla del histórico convento de Cetinje, capital del principado de Montenegro, la boda del príncipe Danilo con la duquesa Jutta de Mecklenburgo-Strelitz.

La novia llegó á aquella ciudad dos días antes, acompañada de su madre y de su hermano, siendo allí recibida por su novio.

La duquesa Jutta nació en Neustrelitz en 24 de enero de 1880: es la segunda hija del gran duque Jorge Adolfo y de Isabel princesa de Anhalt. El príncipe Danilo, heredero del trono montenegrino, nació en Cetinje en 29 de junio de 1871.

La duquesa, dotada de gran belleza y de hermosas prendas morales, ha tenido que cambiar su religión, la luterana, por la de su prometido, la ortodoxa griega, adoptando en ésta el nombre de Militza que en lo sucesivo llevará en vez del de Jutta. El acto de la abjuración verificóse en Antivari y produjo gran disgusto entre el clero luterano alemán que censura enérgicamente á la princesa.

La boda fué un espectáculo en extremo pintoresco, pues para asistir á ella acudieron á Cetinje todas las personas principales de la Selva Negra y un número considerable de gentes de aquellas comarcas con sus bonitos trajes nacionales, que vestía también el príncipe Danilo.

También concurrieron á la ceremonia el príncipe y la princesa de Nápoles, hermana del novio, y el gran duque Constantino de Rusia.

Los recién casados fueron aclamados por el pueblo y hubieron de asomarse varias veces á los balcones de palacio para corresponder á las manifestaciones de cariño y de entusiasmo que la multitud les tributaba.



EL PRÍNCIPE DANILO DE MONTENEGRO Y LA DUQUESA DE MECKLENBURGO-STRELITZ, (de fotografía de Littauer, de Munich)

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

TRADICIONES Y LEYENDAS ESPAÑOLAS, por *D. Luciano García del Real.* – El conocido editor barcelonés D. Luis Tasso ha publicado el quinto tomo de esta interesante colección de tradiciones y leyendas debidas á la pluma del erudito escritor Sr. García del Real. Comprende este tomo varias leyendas históricas y algunas tradiciones familiares, y en unas y otras demuestra una vez más su autor cualidades no comunes para el cultivo de este género, en el cual á una paciente labor de investigación deben unirse aptitudes imaginativas y vastos conocimientos históricos para reconstituir los hechos, en algunos casos con datos muy deficientes. El tomo se vende á una peseta.

GUÍA DE GIBRALTAR Y DE SU CAMPO, por *Lutgardo López Zaragoza.* – Menos conocidos de lo que debieran serlo han sido hasta ahora los territorios de nuestra península que se conocen con el nombre de campo de Gibraltar y que por su historia, por su situación y por sus elementos productivos son dignos de meditado estudio. Gracias á esta obra, no sucederá lo mismo de hoy en adelante, pues el libro del Sr. López Zaragoza contiene cuanto bajo todos conceptos pueda exigirse para el perfecto conocimiento de Gibraltar, Algeciras, Línea de la Concepción, San Roque, Ceuta, Tarifa, Jimena, Los Barrios y Castellar. En la imposibilidad de indicar ni siquiera someramente las materias que la obra comprende, nos limitaremos á decir que es una Guía completa y que en ella se encuentran todos los datos que puedan desear los más exigentes. Impreso en Cádiz, en el establecimiento tipo-litográfico de J. Benítez, véndese el libro á tres pesetas en rústica y cuatro en holandesa.



LA PESCA DEL BOU EN AGUAS DE MÁLAGA, dibujo de Ricardo Verdugo

LOS QUE REZAN, por *[illegible]co Antich é Izaguirre.* – El conocido escritor mallorquín Sr. Antich é Izaguirre acaba de publicar con este título una novela merecedora de las mayores alabanzas, porque al interés que su acción despierta, al espíritu de observación que revela, al castizo lenguaje en que está escrita une la cualidad de encaminarse á un fin altamente moral y de estar impregnada de noble sentimiento, cualidad muy digna de tenerse en cuenta en una época en que la literatura novelesca nos ofrece más de una obra que puede ser un peligro para ciertos lectores y sobre todo lectoras. Impresa en Palma, en la imprenta de las hijas de Colomar, véndese esta novela á 1'50 pesetas.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Revista Contemporánea, quincenal madrileña; *Boletín Bibliográfico Español*, publicación mensual oficialmente autorizada por el Ministerio de Fomento.

La Ilustracion Artística

Año XVIII — Barcelona 28 de agosto de 1899 — Núm. 922

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



TRES GENERACIONES, cuadro de L. Gros (Salón de París de 1899)

SUMARIO

DE EUROPA

Decíamos ayer, es decir, hace quince días, que el rey de Servia, el de nombre de ave de rapiña, no había inspirado el menor interés á sus súbditos y menos á los que no lo somos, cuando Jura Kezenevicht atentó á su vida; porque la conducta, el carácter y los antecedentes del monarca servio no son los más á propósito para conmover á las almas sensibles si el azar le hiciese víctima de eso que el rey Humberto de Saboya llamaba *quiebras del oficio*. Desde que estampé la anterior apreciación, el drama de Belgrado se complica y aparece más sombrío y confuso. Unos afirman que el propio Milano armó el brazo del supuesto asesino, ensayándole la innoble comedia que había de representar para dar pretexto á tiránica represión; otros creen que el regicida en efecto quería suprimir á Milano, y que, frustrado el crimen, porque todo no se perdiese, el monarca aprovechó la ocasión de dar vado á sus rencores contra el partido liberal, que allí por lo visto no es un embolado como aquí.

***

Erizan los cabellos y nos retrotraen á las épocas más ignominiosas de la historia las relaciones de la prensa acerca de lo que en Belgrado ocurre. A las altas horas de la noche se ejecuta la justicia del rey, y son arrojados al agua cadáveres. Consejos de guerra parecidos á nuestras comisiones militares de siniestra recordación, funcionan activamente, y los infelices prisioneros que no tengan guardadas las espaldas por la protección del oso, ó dígase de Rusia, irán probablemente á servir de blanco á las balas, arrimados á algún glacis de fortaleza, ó en un foso sordo y mudo, de esos que ahogan las quejas y sofocan la protesta eternamente. Increíble se nos figura que tal estado de cosas pueda comprobarse en parte alguna á fines de este siglo; inverosímil que la machacona de la historia repita y repita la muletilla de los tiranos, – pero en verdad la historia es un baile de trajes donde mezcladas y confundidas se ven figuras de todas las épocas, y á Milano le toca danzar en ese baile con vestidura propia de épocas bárbaras, de esas en que era dogma el derecho del soberano sobre la vida y la libertad de sus vasallos míseros.

***

No hay que profesar ideas republicanas para encontrar monstruoso esto que sucede en Servia. Agrava lo triste del espectáculo la consideración de lo que moralmente vale quien lo da. Llamaos Pedro el Grande, y podremos excusaros si degolláis á los Strelitz: para eso habéis formado á hachazos, puñadas y palos una colosal nación. Llamaos Felipe II, y no faltará quien os vindique y defienda si abreviáis la vida de vuestro propio hijo y ejecutáis secretamente á los que os sirven de obstáculo. Pero llamaos Milano; sed el coquito y el bufón de los salones equívocos y el parroquiano de los templos de Baco y Citera y los garitos elegantes; aceptad dinero por dejar el trono y malgastadlo como malgastaría un estudiante perdido la mesada que le envía el padre allá desde un lugarón; pudríos el alma y el cuerpo en la infecta atmósfera de la constante bacanal; y cuando os veáis asediado de acreedores, volved al país que tuvo la desgracia de hallarse bajo vuestro yugo, y que ya se creía libre de vuestra presencia, y volved, no para descansar y enmendaros, sino para plantear el terror y ahogar los gérmenes de la civilización europea, que principiaban á despuntar tímidamente, – y entonces os aseguro que dondequiera habrá voces para maldeciros y frases de irremisible condenación. Un espíritu culto, una voluntad desligada de las cadenas que forja casi siempre el interés propio, no acierta á esclavizarse á una forma de gobierno. ¿Qué son las formas de gobierno? Adaptaciones á la realidad política; y si creemos que son otra cosa, las convertimos en entidades metafísicas, hijas de la superstición. Me reconozco monárquica en Inglaterra y en Rusia; pero en Servia, me siento republicana. Los servios deberían imitarme.

***

No ha sido estéril, como anunciaban los pesimistas, la conferencia del Haya. Se han adoptado en ella acuerdos que algo modificarán en lo sucesivo ciertos aspectos de la guerra. Si alguien había supuesto que con una conferencia internacional la guerra desapareciese del todo, y se cerrase el templo de Marte para siempre, culpe el tal á su propia candidez. La obra de extinguir una plaga como la guerra no puede ser rápida; hoy sólo vislumbramos la posibilidad; el hecho, ¡quién sabe á qué siglo le será dado anotarlo en sus fastos luminosos!

Ni es tampoco lo mismo el desarme que la paz perpetua, y uno y otra no tienen que ver con las medidas de humanidad que prescribe el derecho de gentes y de que propenden á hacer caso omiso las naciones poderosas y engreídas de su fuerza. Aunque esas naciones hagan lo que ahora hizo Inglaterra – no comprometerse á no emplear ciertos pertrechos y ciertos proyectiles, – la cuestión queda planteada é Inglaterra misma tendrá que mirar algo más en lo sucesivo cómo procede. A no ser por la Conferencia, ignoraríamos lo concerniente á las balas *dum-dum* y á otras crueles invenciones. Hay que darse cuenta de cómo, en cuestiones de este género, trabaja la opinión pública: cuando escribimos «Inglaterra se conduce de tal modo, Inglaterra se niega á tal cosa,» nos expresamos inexactamente: deberíamos decir que la parte hoy más fuerte de la opinión inglesa se ha impuesto en determinado sentido, pero no olvidemos que otra parte, más reflexiva, más honrada, trabaja en el opuesto, y llegará á sobreponerse. Del seno de Inglaterra saldrá mañana el impulso hacia otra Conferencia, pese á las predicciones del *Standard* y de los *rapiñistas* que aspiran, sin reparar en medios, á que el planeta sea una serie de factorías y colonias británicas, y á que se hable inglés dondequiera que la voz humana agite el aire. Locura del dominio universal, locura vieja como el mundo, delirio de Roma, delirio de Alemania en la Edad Media, de España con Carlos V, de Francia con Napoleón: negación ciega y orgullosa de la personalidad de los pueblos, siempre castigada por el destino.

***

Tampoco fracasó la Conferencia, muy al contrario, en lo que se refiere á la mediación y al arbitraje. Ya es mucho que el arbitraje sea oficialmente reconocido por la más apetecible solución de cualquier conflicto entre naciones y potencias. La idea quijotesca de que todo se resuelve á cintarazos ó á cañonazos queda relegada adonde merece. El tribunal internacional de arbitraje queda moralmente establecido. Cada día serán más respetados, aun en caso de conflagración, los derechos de los neutrales, la propiedad privada, los puertos no fortificados en las guerras navales, y cada vez la bandera blanca, el pedazo de tela, resguardará mejor contra las bombas el edificio en que se refugian la caridad, la religión, la enseñanza, la beneficencia. Y la voz de León XIII, al dirigirse á la joven soberana de los Países Bajos, la voz del anciano que habla á la virgen, ha sido, al finalizar esta Conferencia en mi concepto memorable, como un himno á la Paz, aspiración suprema de los pueblos cristianos. Los católicos sabemos bien que la Iglesia quiere paz, que el papa, el blanco papa, siente horror al derramamiento de sangre. La paloma del Espíritu Santo, no llamada á la Conferencia, descendió sobre ella por último.

***

No siempre hemos de hablar de alta política y de las cuestiones que afectan al mundo entero. Alguna vez, en estas crónicas, ha de surgir de la epopeya el episodio lírico. Y de un lirismo ameno, crónico y ejemplar es el caso ocurrido al romancesco inglés Mister John Arland.

Estragos hizo y sigue haciendo entre los ingleses, más soñadores de lo que se cree, el ejemplo y el recuerdo de Lord Byron y de sus tropelías y arrebatos. Sábese que su poema *El Giaour* se funda en una aventura que realmente le aceció en Constantinopla, cuando salvó de la muerte, robándola en fogoso corcel, á una odalisca sentenciada á ser arrojada al Bósforo en un saco de cuero, en la atroz compañía de un gato vivo y una serpiente. Y el inglés que viaja por Turquía se acuerda del gallardo *Giaour* y del poeta excelso. – Mister John, en los jardines de Eyub, ve á una hermosa á quien escoltan eunucos: la obsequia con flores, soborna á los guardianes, combina la fuga y el rapto, derrocha libras esterlinas, y después de mil incidentes de susto y de emoción, consigue embarcarse acompañado de la oriental beldad con rumbo á la India inglesa. Y á bordo, cuando el idilio se desarrollaba al fulgor de las estrellas y al arrullo de la salitrosa brisa, el hijo de la Gran Bretaña nota de pronto que la odalisca voluptuosa y lánguida habla un inglés correctísimo, y usa los adornos que usan las *girls* de Albión; hasta que por fin averigua que tiene á su lado, en lugar del *fantasma de Oriente* descrito por Pierre Loti, el exotista encantador, á una institutriz irlandesa convertida en manceba por su amo, general del ejército osmanlí. Para tal conquista galante había dejado el inglés saquear su cartera y se había expuesto á algún escarmiento de la policía turca, que suele gastar chanzas pesadas.

***

Termino esta crónica bajo la impresión de las noticias relativas á la aparición en Oporto de la peste de Bombay. Indescriptible el pánico que han sembrado en esta zona de Galicia, próxima á la raya portuguesa. La mayor parte de los bañistas que aquí se dirigen, traen su billete de ida y vuelta por Portugal, y andan consternados, medio locos.

Para la aparición del bubón asiático, ningún punto más indicado que los barrios pobres de Oporto. La suciedad de tales barrios subleva el estómago y alarma al higienista. Campo fértil encontró allí de seguro el *bacilus* indiano, cultivado también en el desaseo é indiferencia de los sectarios parsis y de los budistas místicos, que tienen por modelo á esos ascetas inmóviles en cuyo enmarañado pelo hacen nido las aves. Día dichoso aquel en que el mundo entero se persuada de que es preciso lavar, desinfectar, purificar: el alma y el cuerpo.

EMILIA PARDO BAZÁN

PENSAMIENTOS (1)

El bien y el mal tienen sus progenitores, pero con esta diferencia, que el bien es hijo del esfuerzo y al mal le basta el abandono.

Una buena educación, cueste lo que cueste, es siempre barata. No es, pues, dinero tirado el que se gasta en formar hombres productores y honrados.

En el patrimonio de los ricos tienen los pobres su parte; y si aquéllos llevan la administracion, es á condición de no retener ni malgastar en caprichos y superfluidades el peculio de éstos.

Culpable indiscreción será quitar al pobre verdadero lo que se da al fingido, privar al vergonzoso de lo que se arroja al descocado, preferir la necesidad incierta ó dudosa á la bien conocida, distribuir en tonto á niños vagabundos de padres degenerados lo que se niega á niños recogidos y aplicados que asisten á la escuela desnudos y con hambre.

El pensamiento de nuestras Escuelas es educar á los niños en sitios sanos, alegres y amenos donde á nadie molesten con sus juegos y cantos ni nadie los moleste con sus impertinencias. Por esto preferimos el carmen risueño, espacioso, solitario y ameno, donde los niños, viviendo en medio de la naturaleza y gozando de todos sus encantos, simpaticen con ella y se desarrollen física y moralmente con menor esfuerzo.

La visita personal, el tocar y ver de cerca la necesidad del pobre y desvalido aprovecha más al alma y la dispone para el bien mucho mejor que los más bellos discursos acerca de la caridad y la limosna. Quien visita al pobre sale siempre enriquecido y tanto más cuanto más le socorra.

Es indudable que conviene educar al niño en la belleza, ya porque está formado para ella, ya porque le produce placer, ya porque le ayuda al cultivo de la voluntad y la inteligencia.

En la escuela está la salvación ó la ruina; si los niños no nos salvan, perdidos estamos.

La escuela lo puede todo, pero es cuando todo es escuela para la perfección; cuando el sacerdote educa en el templo y en la calle, el amo en la fábrica, el propietario en su finca, el oficial en su cuartel, el padre entre sus hijos, el jefe á sus subordinados, el legislador legislando, el gobernador administrando, el magistrado juzgando, el escritor escribiendo y todo el que sepa, valga ó pueda algo empleándolo en mejorar, ayudar y levantar á sus semejantes.

Dar letras sin pan al niño que nada tiene que comer sería insultarlo; pero darle pan sin escuela, sujeción ni disciplina alguna, es hacer de la caridad la nodriza de la vagancia, es convertir la virtud más hermosa y simpática en madre de la haraganería. El niño que en los primeros años de su vida se acostumbra á vivir pidiendo y mintiendo, sin sujetarse á enseñanza, arte ni oficio alguno, es un ser inútil para toda la vida y peligroso, porque pidiendo es como se aprende á tomar y de la ociosidad no hay nada bueno escrito.

DR. ANDRÉS MANJÓN

(1) Entresacados de las memorias anuales de las Escuelas del Ave María en el camino del Sacro Monte de Granada.

ESCUELAS DEL AVE MARÍA EN EL CAMINO DEL SACRO MONTE DE GRANADA

FUNDADAS Y DIRIGIDAS POR EL RDO. SR. D. ANDRÉS MANJÓN

En las inmediaciones de Granada, en los poéticos cármenes que se extienden junto al camino del Sacro Monte, existe una institución benéfica, única en



D. ANDRÉS MANJÓN, fundador y director de las Escuelas del Ave María

su clase, las Escuelas del Ave María, fundadas y dirigidas por D. Andrés Manjón, catedrático de la facultad de Derecho en la Universidad granadina y canónigo del Sacro Monte.

Son escuelas al aire libre en donde se enseña por procedimientos originalísimos, y aunque á primera vista pudiera creerse que se trata de una imitación de las escuelas Froebel ó jardines de la infancia, á poco que se analicen su pensamiento, su organización y su desenvolvimiento, se comprenderá que no hay tal imitación, sino que se trata, como antes hemos dicho, de una institución única en su clase y tan digna de estudio y de alabanza como las más perfeccionadas del extranjero que como modelos se citan. Decimos mal; las Escuelas del Ave María son más dignas de alabanza y de estudio que éstas, puesto que se deben al esfuerzo de un solo hombre que sin más patrimonio que su voluntad firme y enérgica y sin más ayuda que su confianza en Dios y en la caridad ha acometido y llevado á feliz cima una empresa tan grande ó más que las realizadas en otras naciones mediante el constante y valioso apoyo del Estado, de las provincias, de los municipios ó de corporaciones importantes que las han dotado pródigamente de todo cuanto puede ambicionar la más exigente pedagogía.

Nunca como ahora hemos sentido que la índole de nuestro periódico no nos permita dedicar á un asunto todo el espacio que éste merece y que nuestro mayor gusto sería consagrarle. Un número entero de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA no bastaría para explicar debidamente lo que son las Escuelas del Ave María, cómo se fundaron, cómo se han ido desarrollando, qué procedimientos educativos en ellas se emplean con qué recursos cuentan, cuáles son las aspiraciones de su ilustre fundador.

En la imposibilidad de entrar en detalles acerca de todo esto, nos limitaremos á dar de ello noticia á grandes rasgos, y á fin de aprovechar el espacio de que disponemos, pondremos punto final al preámbulo y entraremos desde luego en materia, no sin consignar antes: primero, que los datos que vamos á exponer los tomamos de las interesantísimas memorias anuales que la institución publica para dar conocimiento á los bienhechores del estado de la obra; y segundo que para no desperdiciar el espacio tasado de que disponemos, omitiremos todo comentario á fin de reproducir el mayor número posible de los admirables párrafos de dichas memorias, que en el alma sentimos no poder copiar íntegras.

«El pensamiento final de estas Escuelas – dice el Sr. Manjón en una de ellas – es educar enseñando, hasta el punto de hacer de los niños hombres y mujeres cabales, esto es, sanos de cuerpo y alma, bien desarrollados, en condiciones de emplear sus fuerzas espirituales y corporales en bien propio y de sus semejantes; en suma, hombres y mujeres dignos del fin para que han sido creados y de la sociedad á que pertenecen. Para conseguirlo, recibimos en nuestros jardines escolares á los niños desde tres años, y no los dejamos, si ellos no nos abandonan, hasta que estén colocados en su casa, y nunca del todo.»

Para conseguir este fin el mejor medio es la educación, y «para educar al mayor número posible por el mayor tiempo posible, se ha organizado todo un sistema de Escuelas que, además de estar acomodadas á las diferentes edades, sexos y condiciones, concurran todas á redondear el pensamiento de producir una educación perseverante y acabada.»

La realización de esta empresa educadora, que consiste en instruir y formar costumbres, ofrecía grandes dificultades que desde el primer momento hubo de comprender el Sr. Manjón, dado el modo de ser de las gentes cuyos hijos se proponía educar, y que sintetiza admirablemente cuando dice:

«Estas dificultades pueden reducirse á seis principales, que están á la vista de todos, además de otras imprevistas, hijas de la torpeza ó del abuso de la libertad humana y las propias de todo asunto complicado:

»1.ª La suma ignorancia, que para todo estorba.

»2.ª La extremada pobreza, que es mala consejera.

»3.ª La desmoralización de la familia, sin la cual no hay hombres.

»4.ª El escándalo público, devastador de la inocencia.

»5.ª El fermento de la raza gitana, contumaz á la cultura.

»6.ª Lo inveterado del mal, que produce el desahucio.»

Pero así como contra los siete pecados capitales hay siete virtudes, el Sr. Manjón tiene para esas seis dificultades seis remedios:

1.º Contra la suma ignorancia, la instrucción hasta donde se pueda.

2.º Contra la extremada pobreza, el socorro hasta donde se pueda.

3.º Contra la desmoralización de la familia, la recta constitución y ordenación de ésta.

4.º Contra el escándalo público, la influencia de una moral social severa y del buen ejemplo.

5.º Contra el fermento de la raza gitana, hasta ahora contumaz á toda civilización, una labor especial para mejorarla y algo que tienda á remover todo fermento que no sirva sino para inficionar la masa.

6.º Contra males inveterados y profundos, remedios seculares y radicales.

Estos remedios, aparentemente fáciles, á poco que sobre ellos se medite, se verá que constituyen otros tantos problemas arduos. Y sin embargo, el Sr Manjón, que tan sencillamente los plantea, los ha resuelto con no menos sencillez en lo que de él ha dependido, y los éxitos asombrosos por él alcanzados son la prueba más elocuente de lo que podría conseguirse si hubiesa en nuestra patria unos cuantos hombres que pusieran al servicio de sus semejantes el talento, las energías y sobre todo la fe y la caridad que el Sr. Manjón ha puesto al servicio de los desvalidos niños de Granada.

Veamos cómo esos remedios han sido por él llevados á la práctica.

«La limosna de una buena enseñanza – dice – es una de las mejores si no la mejor y más grande de las caridades. Entre las obras de misericordia, la primera de las que se refieren al alma es «enseñar al que no sabe.» Esta enseñanza, ¿dónde debe comenzar y concluir?, ¿qué ha de comprender y cómo se ha de dar? Debe comenzar cuanto antes, acabar lo más tarde posible, abarcar cuanto es necesario á la vida y darse en forma acomodada al estado y capacidad de quienes la reciben; debe descender hasta donde los educandos se encuentran, que es en el cero de la ignorancia, ascender con ellos despacio y con perseverancia, impulsar á los más dispuestos y aplicados para ayudarlos á subir una escala en la gradación social y facilitar á todos los caminos de la vida. Nuestras escuelas todas se ordenan á esto. A los niños párvulos se dan nociones de todos los conocimientos de la primera enseñanza; á los medianos se les amplían y á los mayores se les completan; saliendo de entre éstos los más aplicados y dispuestos para seguir estudios y permaneciendo en las Escuelas de Adultos los que se dedican á otras profesiones ú oficios.»

Las materias que en las Escuelas se enseñan son: doctrina cristiana, historia sagrada, lectura, escritura, aritmética, geometría, geografía, historia patria, labores y oficios para ambos sexos, música y canto, magisterio, segunda enseñanza, gimnasia é higiene. Y todas estas materias se enseñan por un procedimiento simpático, intuitivo, progresivo y eminentemente práctico, del cual vamos á dar algunos ejemplos que tomamos del interesantísimo relato hecho por el distinguido publicista D. Federico Olóriz en el Ateneo de Madrid en la sesión del 16 de diciembre de 1898, dedicada á propagar las fundaciones de D. Andrés Manjón.

«Una verja que tenía por remates grandes letras de hierro, á la vez que cercaba una parte del terreno evitando caídas por diferencias de nivel, servía para el juego á las esquinas, y unas veces nombrando la letra correspondiente á cada puesto y otras bautizando éstos con nombres geográficos ó históricos, se logra que los pequeños, al correr de la M á la Z y de la B á la J, aprendan sin trabajo el alfabeto, y que



ESCUELAS DEL AVE MARÍA EN EL CAMINO DEL SACRO MONTE DE GRANADA. – VISTA GENERAL (de fotografía remitida por F. Pons)

los grandes, cambiándose de Portugal á Rusia y de Grecia á Noruega, se familiaricen con los nombres de las naciones europeas y hasta conserven para siempre el recuerdo de los principales personajes de cada una, pues al empezar el juego, cada niño que prefiere un puesto recibe temporalmente el nombre de la figura nacional más importante relativo al pueblo representado por el poste de que arranca el jugador en sus carreras y al que debe volver en los intermedios. Un recitado durante éstos, ampliando las nociones histórico-geográficas adquiridas sin trabajo, en medio de la bulla y algazara, completa la instrucción de los muchachos, que atienden sin esfuerzo por hallarse cansados del trajín y por considerarse muchas veces aludidos cuando el profesor refiere algunos hechos del personaje que cada uno representa.



ESCUELAS DEL AVE MARÍA EN EL CAMINO DEL SACRO MONTE DE GRANADA. – GRUPO DE ALUMNOS Y PROFESORES

»Cerca de allí disputaban también de geografía unos cuantos muchachos que, sin saberlo, repasaban sin libros sus lecciones, á la vez que jugaban al salto del carnero ó de la muerte. Uno de ellos, doblado por la cintura, ofrecía el dorso como barrera; los demás en fila habían de saltarla por turno; el primero decía el nombre de un país, y el que llegaba corriendo á dar el salto tenía que decir el nombre de la capital, sin detenerse; una equivocación ó un retraso en contestar redimían de su incómoda postura al que hizo la pregunta y pasaba á sustituirle el que no supo contestarla bien ó á tiempo... Supe después que el mismo juego sirve para repetir la tabla de multiplicar, fechas históricas, conjugaciones y otros asuntos adaptables al sistema de preguntas y respuestas rapidísimas.

»Aún quiso el profundo é ingenioso pedagogo darme otra muestra de sus procedimientos para enseñar los pasajes principales de la historia patria, y me llevó á una parcela del jardín constituída por una línea de pequeños arbustos que trazaba en el suelo un gran mapa de España. Varias piedras blancas y poco salientes correspondían á los lugares de más interés histórico y otra piedra más alta hacía en el centro el papel de tribuna, pues á ella se subió un muchacho con una larga vara para hacer señales, y empezó á recitar la situación de España en los últimos años del imperio visigótico. Dos tropas de chiquillos se apostaron entretanto dentro y fuera del mapa: unos dispersos por la península y otros agrupados por la parte de Africa; pasaron éstos el estrecho poco á poco, á medida que el recitador describía la invasión sarracénica; acudieron los otros hacia el Mediodía para contenerla, al mando de un improvisado D. Rodrigo, y al decir el cronista la fecha exacta en que se dió la batalla del Guadalete, trabaron los dos bandos reñida escaramuza en que, para mayor propiedad, tuvo el rey godo la abnegación de tirarse al suelo para fingirse muerto. Corrieron los cristianos hacia el Norte, apiñáronse en Asturias, apareció un Pelayo, se repitieron las batallas con intermedios de recitados muy nutridos de fechas, nombres y noticias, huyeron los moros siempre que lo exigió la verdad histórica, se indemnizaron luego á las órdenes de un Almanzor, que halló manera de caracterizarse bien con un turbante y que dirigió con gran acierto muchas y rapidísimas correrías por toda la península, hubo batallas de Calatañazor y de las Navas, con pastor y todo, y se representaron muy al vivo los episodios de la Reconquista hasta la apoteosis final alrededor de la piedra que marcaba el sitio de Granada. Y véase cómo en media hora del juego más divertido que pudo imaginarse, repasaron los chicos la lección de historia, que sabían, sin duda, después de varias representaciones, mucho mejor y con más detalles que algunos de nuestros flamantes bachilleres.»

Análogos á éstos pudieran citarse otros cien ejemplos; pero con lo expuesto basta para demostrar cómo se enseña en las Escuelas del Ave María, cómo se remedia la primera dificultad de las antes mencionadas, «la suma ignorancia, que para todo estorba.»

Veamos ahora cómo se ha vencido la segunda: «la extremada pobreza, que es mala consejera.»

«Como al ignorante se le socorre enseñándole – dice el Sr. Manjón, – al pobre se le remedia socorriéndole. En nuestras Escuelas todo es gratuito para todos; el niño sólo pone su persona; de su cuidado y educación se encarga la casa. Además de no cobrar nada á nadie y darlo de balde todo, se premia la asistencia y la aplicación en la forma siguiente: Diariamente se distribuye pan y algún cocido á los más necesitados; por Navidad se viste á todos los asistentes; tres ó cuatro días al año comen todos juntos en sus respectivos colegios ó en el campo, y se les da pan, vino, paella y frutas ó pastas; en Pascuas de Navidad y Semana Santa son convidados á comer por grupos todos los niños; en las fiestas principales del Señor ó la Virgen comulgan y se les da chocolate, dulces, frutas ó almuerzo; en el Catecismo que se tiene los días festivos después de misa mayor, se sortean numerosos premios, consistentes en ropa, calzado, comida, libros, estampas y otros objetos. Las niñas mayores que trabajan en el costurero, lavadero ó planchadero, reciben un pequeño salario, según su trabajo y el estado de fondos de los talleres. Cuando imponen lo que ganan en la Caja de ahorros escolar, el sueldo es mayor y se les da el 1 por 100 de interés al mes, ó sea el 12 por 100 al año. Al niño pobre que pierde los padres se le viste de luto. Al adulto pobre que pretende casarse, se le facilitan los documentos y costea en todo ó parte el expediente, que á veces es obra de romanos. Al mozo á quien toca la suerte de soldado se le recomienda á sus jefes. Al trabajador que se halla parado se procura buscarle trabajo y al enfermo se le socorre cuanto se puede.

»Otros mil donecillos se distribuyen cotidianamente á los niños, ya para congraciarlos, ya para estimularlos ó socorrerlos, como son: confites, avellanas, higos, uvas, estampas, rosarios, medallas, escapularios, vales, prendas de vestir, monedas, libritos, revistas y periódicos no políticos ni inmorales, con otras muchas cosillas que no se pueden aquí enumerar porque dependen de la ocasión, la necesidad ó el capricho de los donantes.

»Lo que hace un padre por sus hijos, eso quisiéramos hacer por todos nuestros discípulos, que también son hijos, pero hijos del alma.»

Mas el Sr. Manjón hace algo mejor que practicar la caridad en estas formas, y es inculcar los mismos sentimientos que él practica en los niños á quienes educa, y conseguir que voluntariamente, como la cosa más natural y menos meritoria del mundo, el que tiene algo lo reparta con el compañero que nada tiene.

– «El que puede – decíale uno de aquellos chiquillos al citado Sr. Olóriz – se lleva su merienda: mire usted aquí la mía: con este pedazo de pan hay para dos, porque como hay muchos que no tienen que comer, D. Andrés les da lo que puede y nos encarga á los que tenemos padres con jornal que llevemos de sobra para partirlo con los amigos.»

Nos hemos extendido más de lo que nos proponíamos en el examen de la enseñanza y del socorro que se da en las Escuelas del Ave María, lo cual tiene disculpa si se considera que estas son las dos bases fundamentales sobre las que descansa la maravillosa institución que nos ocupa. Fuerza será, por



ESCUELAS DEL AVE MARÍA EN EL CAMINO DEL SACRO MONTE DE GRANADA. – CLASE DE NIÑAS
(de fotografía remitida por D. F. Pons)

consiguiente, que extractemos en mayor proporción que hemos hecho hasta ahora lo mucho que aún nos queda por decir.

A fin de combatir la desmoralización de la familia, el Sr. Manjón ha hecho esfuerzos prodigiosos, coronados las más de las veces por el éxito, para legalizar uniones ilegales y legitimar hijos naturales, y ha conseguido, gracias á su sistema educativo, que los niños lleven á sus casas las sanas lecciones en las Escuelas aprendidas, haciendo fructificar entre sus padres las preciosas simientes que el virtuoso y sabio profesor sembró en sus almas.



ESCUELAS DEL AVE MARÍA EN EL CAMINO DEL SACRO MONTE DE GRANADA. - CLASE DE MÚSICA PARA PÁRVULOS (de fotografía remitida por D. F. Pons)

Truena, con razón, el ilustrado sacerdote contra el escándalo, que influye de una manera desastrosa en la educación del niño; y después de señalar los medios morales de combatirlo y de pedir á la autoridad que lo reprima y que vele por las costumbres públicas, pone el remedio de su parte proponiéndose crear la Escuela de Artes y Oficios, donde, al revés de lo que generalmente sucede en los talleres, se respete y afirme la educación moral cívica y religiosa del niño.

Los gitanos, que constituyen un gran núcleo de población en ciertos barrios de Granada y cuyos hijos dan numeroso contingente de alumnos á las Escuelas del Ave María, son objeto de especial solicitud por parte del Sr. Manjón. «Son hijos de Dios y hermanos nuestros - dice, - y con esto está dicho lo que debemos hacer como cristianos; son seres racionales, y por lo tanto capaces de educación; viven entre nosotros, y si no son miembros útiles habrán de ser nocivos, porque gente que no entra en escuelas ni templos suele entrar en la cárcel; y allí hay que mantenerla, y fuera de allí sostener un ejército de policía que la vigile y contenga.

»Los cristianos sabemos que Jesucristo vino á salvar á todas las razas, y los estadistas deben calcular en qué irá mejor empleado el dinero, si en escuelas ó en presidios.

»Hay que hacer algo serio por salvar á estos desgraciados, tan hijos de Dios y tan destinados á la virtud y á la gloria como nosotros. Ni es buen cristiano quien desespere de su salvación, ni es buen patriota quien viendo esta postema social no se interese por curarla ó extirparla, considerando que el mal no tiene otro remedio que la guardia civil y el calabozo. Vengan leyes ó cúmplanse respecto de los gitanos las que hacen obligatoria la primera enseñanza; reglaméntense sus profesiones, colóquense bajo el patronato de una institución celosa y bienhechora, y veremos si se hacen hombres ó presidiarios.»

Los resultados de tan hermosas doctrinas están demostrados en los siguientes párrafos: «Saben los que estos sitios conocen que para hallar un alcalde que sepa leer y escribir hay que encender cien candiles y no se encuentra. Pues bien: casi todos los hijos é hijas de esos atrasados padres leen ya, muchos escriben y algunos lo hacen tan bien que pueden dar lecciones de ortografía á muchos bachilleres. Y la instrucción es lo de menos. Hermoso es que los pordioseros lean, que las cueveras estudien; pero aún es más de ponderar la educación del corazón, la mejora de los sentimientos y de las costumbres públicas y privadas. Se nota, ya por los que de antiguo conocen esto, que los adustos saludan, que los fieros se van suavizando, los violentos moderando y hasta los más incultos y desarrapados vanse afinando y adecentando, como se advierte especialmente en las niñas que antes no sabían coser y ya hacen sus propios vestidos. Encanta sobre todo ver á padres ineducados ó indiferentes afanarse porque sus hijos reciban educación cristiana, y á muchos adultos que sólo sabían blasfemar y maldecir adorando á Dios y confesándole sus culpas.»

¿Con qué recursos ha contado el Sr. Manjón para llevar adelante su obra?

«Más de una vez he temido por la obra; hoy ni dudo ni temo, porque las raíces que va echando la institución parecen augurarle larga y próspera vida. Esta mi esperanza se funda en la visible protección de Dios, en el vigoroso desarrollo de la obra y en las simpatías y apoyo social.»

Seguro de la ayuda divina, para impetrar el apoyo de los hombres, hace á éstos el siguiente sentido llamamiento: «Dada la importancia de esta obra, la magnitud del fin y de las dificultades que á él se oponen, es imposible que la pueda sostener é impulsar un solo hombre que no tiene otro capital que el de su trabajo, ni mayor talento que el de una medianía. Se trata de regenerar y salvar á un pueblo numeroso y caído; se trata de ensayar lo que puede una educación continuada con gentes y razas degeneradas; y para hacer este bien y por largo tiempo, para mejorar el cuerpo y el alma de tantos y tantos pobres conocidos que desean recibir educación y carecen de pan y de camisa; para llevar la luz, la esperanza y el consuelo á las míseras cuevas (por no decir antros ó pocilgas) donde habitan por cientos hermanos nuestros, destinados, si no se educan, á ser menospreciadas bestias ó fieras temibles, para todo esto se necesita el concurso y apoyo intelectual, moral y material de muchos individuos y corporaciones.

»A nada tenemos derecho, si no es á pedir, y á nadie pedimos sino lo que le sobre, pues hablando en cristiano, el sobrante de los ricos es el patrimonio de los pobres. Los que algo tienen reflexionen que con el dinero de los gastos superfluos harían felices á cientos de miserables. En nombre de estos desheredados de la fortuna pedimos á los ricos alguna migaja de pan (de lo que les sobre) porque tienen hambre; algún trapillo de vestir (de lo que les sobre) porque están desnudos; algún dinerillo (de lo que les sobre) para levantar una casa donde quepan todos, porque la necesitan.»

A seguida señala el Sr. Manjón los modos de socorrer y contribuir al sostenimiento de estas escuelas, entre los cuales citaremos: las cuotas periódicas, cantidades alzadas por una sola vez, prendas de vestir, comestibles, encargo de trabajo á los talleres de la obra, imposiciones de lotes en la Caja de ahorros escolar, regalo de libros é instrumentos de un oficio,



ESCUELAS DEL AVE MARÍA EN EL CAMINO DEL SACRO MONTE DE GRANADA. - CLASE DE GEOGRAFÍA (de fotografía remitida por D. F. Pons)

donación de materiales para las obras, de cuadros, aparatos, colecciones para el museo, adquisición de las Memorias (que también se dan gratis á los que las piden) etc., etc.

Y véase cómo ha respondido el público á este llamamiento: comenzó, en 1888, el pensamiento subvencionando el Sr. Manjón á una pobre mujer con cuatro pesetas cincuenta céntimos mensuales como alquiler de una cueva en donde recibían educación catorce niñas; hoy las Escuelas se componen de cinco preciosos cármenes llenos de árboles, de flores y de fuentes, en donde se educan 1.500 niños de ambos sexos. A propósito del número de alumnos escribía en 1896 el Sr. Manjón: «Personas de sana intención me dicen: «Ponga límites, fije número; mire que se le viene toda la pobretería de Granada, que se va á destruir la obra por exceso de niños y falta de recursos...»

»Mirando la cosa con el ojo de un mero *economista,* eso sería lo *prudente;* pero la Providencia suele emplear otras matemáticas. Hasta ahora todos los cálculos económicos han salido al revés. En siete años se ha gastado siete veces más de lo proyectado, ¿á qué, pues, devanarse los sesos con nuevos cálculos? Nuestro presupuesto es muy sencillo: llegar hasta donde se pueda y encomendar á Dios lo que para nosotros sea imposible. Por lo demás, tranquilícense los amigos y dejen que vengan los niños. Mientras acudan, señal de que se les atiende, y cuando falten medios, ellos se retirarán, porque cada cual sabe lo que le conviene. Dios que los trae sabrá con qué sostenerlos.»

De tal modo se realizan estas esperanzas, que le basta al Sr. Manjón formular en una de las memorias un deseo que responde á una necesidad de las Escuelas, para que al año siguiente pueda dar cuenta de que el deseo queda logrado y la necesidad satisfecha: así ha podido construir un templo escuela capaz para 1.000 niños dotado de todo lo necesario para el culto; así ha podido vestir y equipar un batallón escolar de 400 plazas y formar una banda de más de 20 instrumentos; así ha podido conseguir cinco dotes de 5.000 pesetas cada uno para los maestros; y así, decimos nosotros, conseguirá cuanto se proponga, porque una fe ilimitada y una voluntad enérgica como las del Sr. Manjón vencen todas las resistencias y hacen los verdaderos milagros.

Como notas finales consignaremos: que los déficit anuales de las Escuelas (el de 1898 fué de más de 15.000 pesetas), los cubre el Sr. Manjón con lo que gana como catedrático, canónigo y autor de libros, pues nada reserva para sí de lo que por tales conceptos percibe; y que, además de las del Sacro Monte, ha fundado otra Escuela en su pueblo natal de Sargentes (provincia de Burgos), al frente de la cual puso á una joven de diecisiete años, primera maestra formada en las de Granada.

Hemos de terminar, y bien á pesar nuestro, porque estudiando lo que son las Escuelas del Ave María se encariña uno de tal modo con su pensamiento, de tal modo se entusiasma con su organización y se asombra de sus resultados, que quisiera darlas á conocer al mundo entero en toda su integridad. Mas esto no nos es posible, y necesariamente hemos tenido que limitarnos á hablar á grandes rasgos de una institución digna de ser por todos protegida. Y hemos hablado de ella, primero porque conceptuamos como un deber coadyuvar, en la medida de nuestras fuerzas, á que sea más conocida aún de lo que es esta fundación admirable; y segundo, en la muy grata y lisonjera esperanza de que tal vez la publicación de las noticias que acerca de ella hemos dado en este número de La Ilustración Artística pueda reportar algún beneficio á la obra grande, sublime, de D. Andrés Manjón, á esa obra que, á no dudarlo, ha de atraer sobre España la admiración de los pueblos extranjeros y que, debidamente fomentada por quienes pueden y deberían fomentarla, ha de bastar por sí sola para realizar la regeneración de nuestra patria. – A.

MUJER Y MÁRTIR

A la entrada de la casa donde vivía el picador zumbaban como un enjambre de avispas las comadres y los chiquillos del barrio. La gente se asomaba á los balcones, y de todas las puertas de la calle dirigíanse á aquel portal hombres y mujeres, que al verlos caminar en hileras por el pendiente piso hacían recordar los surcos de un hormiguero.

Aquellas personas no esperaban á ver montar al picador en su escuálido jaco, cual los días de corrida. Los curiosos hablaban de «un crimen:» oigamos.

Ella había nacido en un pueblo de Andalucía, junto á Córdoba la Sultana, y su naturaleza tenía mucho de aquella tierra donde el sol brilla con más intensidad, donde el cielo es más azul que en parte alguna y donde las flores esparcen con más aromas su fragancia.



En la playa, dibujo de Pedrero

Llamábase Dolores, pero en el pueblo todos la habían conocido por *Lolilla,* la más gentil de todas las muchachas y la más graciosa de las mozas del caserío.

Muy niña aún, lleváronsela unos tíos suyos que vivían en la capital, y Lolilla, ya muertos sus padres, quedó definitivamente al amparo de sus parientes, quienes entre caricias y regaños tuviéronla en una categoría abigarrada mezcla de hija y de sirviente.

La muchacha, con toda la deslumbrante belleza de sus dieciocho años, no tardó en atraer hacia sí las miradas de los jóvenes. Una tarde uno de ellos la siguió con insistencia, y llegó á murmurar en los oídos de Lolilla palabras que jamás había ella escuchado.

El que tan enamorado se presentaba logró por fin hablar con la joven, y ésta, recelosa al principio, concluyó por creer en aquel hombre.

En tanto, el sostenimiento de la muchacha iba ya siendo carga pesada para sus parientes. Su tío necesitó marchar al pueblo con el fin de recoger una pequeña herencia de su mujer, y allá se fué, dejando confiada en Madrid la muchacha á unas vecinas.

El novio habló ya formalmente con Lolilla; era un muchacho de facciones finas, de ojos negros y grandes, de tez morena y afeitada, andar jacarandoso y acento marcadamente andaluz, pero con ese acento especial con que lo hablan los gitanos.

Desde muy pequeño los toros habían sido su afición favorita, y niño todavía se escapó de la casa de sus padres para unirse á una caterva de jovenzuelos que toreaba por las aldeas. Pasó mucha hambre y muchas privaciones, sufrió no pocos golpazos de las reses y llegó á tener fama de «matón.» Así vino á parar á una cuadrilla de novilleros; pero como él ya le había tomado cierta prevención á los toros y montaba como corresponde al hijo de un chalán, se hizo picador, como si los caballos no tuvieran más misión que preservarle de cornadas.

Lolilla, sola en Madrid, pues que á tanto equivalia la guarda de los vecinos á quienes la habían encomendado, no tuvo, sin embargo, miedo á los peligros que pudieran amenazarla. Paco, el *Varilarguero,* hablaba seriamente, y en cuanto entrara en la cuadrilla del *Frasquito,* el matador más de moda en aquel tiempo, se casaría con la joven.

Lola fué con su novio á teatros y cafés, pero la muchacha era lista, poseía una energía moral á toda prueba, y lo mismo que el cisne camina por el lodo sin manchar la blancura de sus alas, así ella entró en la tasca para salir tan pura como antes. Es más, acompañando á Paco aprendió á conocer peligros que debía de esquivar, conoció una vida que ella jamás había sospechado, y vió á Madrid *por dentro,* bajo un aspecto nuevo, miserable y torpe.

A veces, su naturaleza de mujer honrada sublevábase dentro de su cuerpo escultural, una infantil indignación la hacía rechinar sus dientes de marfil dentro de aquella boca de coral purísimo, y se erguía en medio de aquella atmósfera viciada, no como una virgen inocente pudiera hacerlo en una bacanal, sino como una matrona que desprecia altiva las miserias que la rodean.

Pero ya era tarde para que ella pudiera reaccionar sobre su espíritu; Paco ejercía sobre su novia un influjo misterioso, magnético y casi jugaba con ella como juega la serpiente con la paloma que acecha: Lola había llegado á amarle; la niña, ya mujer, le quería, le adoraba...

Muertos los tíos de Lola, ésta se fué á vivir con el torero. Este podía ganar lo suficiente para sostener aquel hogar; su arrojo y valentía eran proverbiales, y era digno paladín de aquel puñado de valientes que constituía la famosa cuadrilla del *Frasquito.*

Pero ¡ay! Lola era muy desgraciada. La orgía, la vida licenciosa y depravada de aquel hombre, que la atormentaba sin piedad, con esos martirios del alma, mil veces más terribles que los del cuerpo, le habían hecho enfermar, y lo mismo que se habían perdido en el Monte sus alhajas empeñadas, se habían perdido en su cara el brillo de sus ojos y las rosas de sus mejillas.

Un día Paco, beodo, la maltrató, para que luego, disipados los vapores alcohólicos, llorara á su Lola sus amores. Pero el primer paso estaba dado, y los celos, celos furiosos que más que tales eran perturbación mental en aquel cerebro trastornado, [illegible] ron válvula por donde escapar en insultos y golpes.

Lola era ya la flor mustia que sólo espera un último impulso, más fuerte y decisivo, del vendaval, para que roto su tallo para siempre, ruede marchitada á la tierra que ella misma regó tantas veces con gotas de rocío... Lola, mártir sacrificada á Baco, esperaba ya el último golpe, y éste llegó, no tan pronto como ella lo anhelaba, pero sí á tiempo de [illegible] la sufrir más.

Aquella tarde, loco, frenético, llegó Paco á su casa, después de larga ausencia. La tempestad rugió amenazadora en aquel hogar santificado por un ángel, y aquel hombre, que había pasado muchos días en casa de otra mujer que nunca le entregó su corazón, insultó á la que era suya, sólo suya, á la que por él quedaba rezando cuando él marchaba á la corrida, la que cuando él volvía herido se echaba á llorar con más amargura que cuando él la maltrataba.

Las blasfemias sucedieron á las reconvenciones, la acerada hoja de una navaja brilló siniestra en el a...

transcurrió un instante sólo apreciado por el pensamiento. «¡Hiere!,» gritó una voz; y Lola, deshechas sus trenzas en cascada de ébano, cayó desplomada de rodillas...

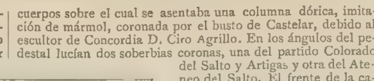
Por eso á la puerta de la casa donde vivía el picador zumbaban como un enjambre de avispas las comadres y chiquillos del barrio y la gente se asomaba á los balcones. No esperaban, no, que saliera el picador para verle montar en su escuálido jaco como las tardes de corrida: comentaban á su modo el crimen del bravo *Varilarguero* que había matado á su mujer, mucho más valerosa que él, porque había vivido honrada y moría tranquila, enamorada de aquel hombre que salía temblando como un azogado, de aquel valiente con los toros y con las mujeres...

P. GÓMEZ CANDELA

NUESTROS GRABADOS

Una boda en la alta montaña catalana, cuadro de Antonio de Ferrer (Salón Robira). – El bonito lienzo que reproducimos, obra del laborioso profesor de la Escuela Provincial de Bellas Artes D. Antonio de Ferrer, háliase inspirado en uno de esos cuadros de costumbres de la alta montaña catalana. Representa la comitiva de una boda, que se traslada desde la apartada *masía* al villorrio en cuya modesta iglesia ha de unirse la garrida payesa con el apuesto mozo, siendo preciso atravesar la sierra confiando en la seguridad de sus cabalgaduras.

El cuadro está bien interpretado, observándose que el artista ha procurado dar á su obra marcadísimo carácter de localidad.



UNA BODA EN LA ALTA MONTAÑA CATALANA, cuadro de Antonio de Ferrer (Salón Robira)

República Oriental del Uruguay.—Salto. Procesión cívica organizada por la colonia española con motivo del fallecimiento de D. Emilio Castelar.—La colonia española de Salto, deseosa de honrar la memoria del eminente repúblico D. Emilio Castelar, organizó una procesión cívica en la que figuró la carroza alegórica que se ve en el grabado inferior de esta página. Tenía ésta 5'60 metros de longitud por 3'10 de anchura, y la rodeaban en su parte inferior los escudos de las 49 provincias españolas. Sobre la plataforma alzábase una reproducción de la fachada principal del Palacio del Congreso de los Diputados de Madrid, y delante de la escalera dispúsose un mausoleo de dos cuerpos sobre el cual se asentaba una columna dórica, imitación de mármol, coronada por el busto de Castelar, debido al escultor de Concordia D. Ciro Agrillo. En los ángulos del pedestal lucían dos soberbias coronas, una del partido Colorado del Salto y Artigas y otra del Ateneo del Salto. El frente de la carroza ostentaba el escudo español sostenido por dos ménsulas y á sus lados las famosas columnas de Hércules. Las estatuas de la Música y la Poesía, varios trofeos, las banderas de las repúblicas hispano-americanas, coronas, flores y cintas completaban la ornamentación de esta carroza, en cuyos lados se veían los títulos de las obras del gran tribuno y que formaba un conjunto magnífico y de excelente gusto. El busto de Castelar fué regalado por la comisión organizadora de la procesión cívica al Ateneo del Salto.

Felicitamos de todo corazón á los españoles de aquella ciudad uruguaya, que rindiendo culto á una de las más grandes glorias nacionales, han demostrado cuán vivo alienta en su pecho el recuerdo de su querida patria.

***

Tres generaciones, cuadro de L. Gros.—El autor de este cuadro se ha manifestado en él como poeta y pintor al mismo tiempo: esa niña de mirada inocente y aspecto simpático que gravemente camina entre su madre y su abuela, apoyándose en la robusta mano de la joven y en la mano débil de la anciana, y que es la esperanza de la una y la última y suprema alegría de la otra, constituye una de esas notas de sentimiento que penetran muy adentro del alma, impresionándola dulcemente. Mas no es esta la única belleza de la obra que nos ocupa: el artista francés L. Gros ha trazado en ella tres figuras llenas de expresión, sobre todo las de las dos mujeres, en cuyos semblantes se descubre todo un tesoro de ternura, y un paisaje encantador en medio de su sencillez, en el que hay luz y aire y en el que se respiran las perfumadas brisas que el mar envía á los campos bretones.



REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY. – SALTO. – PROCESIÓN CÍVICA ORGANIZADA POR LA COLONIA ESPAÑOLA CON MOTIVO DEL FALLECIMIENTO DE D. EMILIO CASTELAR (de fotografía remitida por el Dr. G. Villegas, Vicecónsul de España en Salto)



MUSICOS ITALIANOS TRASHUMANTES, cuadro de Mariano Barbasán



EL RÍO DEL OLVIDO, cuadro de Talbot Hughes

M. Labori.—El atentado cometido contra el ilustre abogado M. Labori es una nueva manifestación del estado en que Francia se encuentra á consecuencia del asunto Dreyfús. Los



M. LABORI, abogado defensor de Dreyfús

que quieren á todo trance que el infeliz ex desterrado de la isla del Diablo resulte culpable; los que se niegan á aceptar la evidencia; los que en aras de su fanatismo sacrifican los fueros de la verdad y de la justicia, no reparan en medios para el logro de sus inedificables propósitos y no han vacilado en cometer el más vil de los crímenes tratando de asesinar al defensor del acusado, es decir, al representante de lo que hasta los pueblos más bárbaros respetan, la defensa de un presunto reo. Afortunadamente las heridas de M. Labori han resultado leves y el dignísimo y sabio letrado que hoy defiende á Dreyfús con el mismo entusiasmo con que antes defendiera á Zola, ha podido asistir, á los pocos días, á las sesiones del Consejo de guerra, habiendo sido saludada su reaparición con aplausos y aclamaciones. Por esta vez, á los antidreyfusistas les ha salido el tiro por la culata, pues lo que han conseguido con su inicuo atentado es ganar adeptos á la causa del capitán de artillería, porque todo el que no está cegado por la pasión ó por la mala voluntad comprende que no debe de ser muy buena una causa cuando sus partidarios apelan á medios tan reprobables y tan repugnantes.

* * *

En la playa, dibujo de Pedrero.—Uno de los placeres más sanos y agradables durante el verano son indudablemente los baños de mar. Tuvieron éstos, en un principio, un carácter puramente higiénico; pero la moda, que en todo ha de meterse, no ha querido consentir en que el mar escapara á su tiranía, y así vemos hoy que lo de menos son los baños y lo principal para la gente *comme il faut* es acudir, no á una playa cualquiera, sino á las que aquella veleidosa deidad ha señalado como dignas de sus favores. Con lo cual, dicho se está que la higiene no gana gran cosa, pues los beneficios que puede lograr el cuerpo con la inmersión en las saladas ondas quedan casi siempre destruídos por la agitada vida que en tales playas se hace, tan perniciosa para el cuerpo como para el alma. De todos modos, los espectáculos que aquellos sitios ofrecen son en extremo pintorescos, y esto por lo menos es una ventaja para el artista, que encuentra allí asuntos abundantes para sus obras. En ellos se ha inspirado nuestro distinguido colaborador Sr. Pedrero para el lindo dibujo que en la página 558 reproducimos, y que da perfecta idea de la animación que reina en esas estaciones de baños frecuentadas por las personas que á la moda rinden culto.

Músicos italianos trashumantes, cuadro de Mariano Barbasán.—El autor de este cuadro es de antiguo conocido de nuestros lectores, y por lo tanto excusamos reproducir lo que acerca de él tantas veces hemos dicho en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. La obra suya que hoy publicamos es una prueba más de cuán bien ha sabido identificarse el celebrado pintor español con los tipos, paisajes, costumbres y escenas de Italia: hay en este lienzo toda la luz deslumbradora de aquellas tierras meridionales, toda la poesía de aquellos lugares, y admírase además en ella la verdad con que el artista ha sabido trasladar al lienzo aquel grupo de músicos trashumantes que implorando caridad recorren aldeas y ciudades, y aquellas figuras de campesinas que suspenden sus faenas para escuchar los cantos populares que tan gratos suenan siempre en sus oídos.

* * *

Julio Guerin.—Lo que está sucediendo actualmente en París con Julio Guerin, el redactor en jefe del *Antisemite*, es verdaderamente cómico: encerrado con unos cuarenta hombres de su confianza en la casa de la calle de Chabrol, en donde están instalados el llamado «Gran Occidente de Francia» y la redacción é imprenta del citado periódico, se niega á entregarse á la policía, que tiene orden de prenderle como presunto conspirador. El gobierno, en vista de ello, ha puesto sitio en regla al edificio, impidiendo toda comunicación con el exterior, y los sitiados, por su parte, armados hasta los dientes, amenazan con hacer fuego contra quien pretenda acercárseles con intenciones hostiles. Y el pueblo de París, ante la novedad del espectáculo, acude á todas horas á las calles de Chabrol y adyacentes, y se divierte de lo lindo con las aparatosas apariciones del jefe de los bloqueados, que de cuando en cuando se asoma á una ventana ó se deja ver en el tejado, pronunciando



JULIO GUERIN, redactor jefe del *Antisemite* y delegado general del «Gran Occidente de Francia»

discursos que la multitud corea y saluda con gritos, aplausos, carcajadas y silbidos, según las opiniones de cada cual. Es probable que cuando el presente número llegue á manos de nuestros suscriptores, haya cesado tan extraño espectáculo, pues la situación de Guerin y de los suyos es insostenible y al fin tendrán éstos que rendirse, primero por falta de medios de resistencia y segundo porque habrán de comprender que el reclamo tiene sus límites y que el ridículo es lo que menos se perdona en este mundo.



PARÍS. – La calle de Chabrol, en donde está situado el edificio del «Gran Occidente de Francia,» en el cual se encuentra sitiado Julio Guerin

* * *

Jacobo Maris.—El día 7 de este mes falleció en Carlsbad, á la edad de 62 años, el célebre pintor holandés Jacobo Maris. Sus obras, generalmente inspiradas en los paisajes y costumbres holandesas, gozan de gran estimación en los mercados artísticos de Europa y de América, figurando en importantes galerías particulares de los Estados Unidos muchas de



El celebrado pintor holandés JACOBO MARIS, recientemente fallecido

sus mejores composiciones. Aparte de sus aptitudes técnicas aprécianse en sus obras valiosas cualidades que no se aprenden en las academias y que caracterizan al artista de verdadero genio. Su nombre figurará en el libro de oro del arte holandés, y sus lienzos, que como preciadas joyas se conservan en los museos de Rotterdam, Dordrecht, Amsterdam y El Haya, serán admirados por las generaciones venideras como lo han sido por sus contemporáneos.

* * *

El río del Olvido, cuadro de Talbot Hughes. – La antigua mitología ha sido siempre manantial abundante adonde han acudido en busca de inspiración poetas y artistas. Las hazañas de los héroes y de los dioses, las fábulas enlazadas con determinados lugares, son otros tantos elementos de fantasía que como pocos se prestan para las producciones imaginativas, artísticas ó literarias. El notable pintor inglés Talbot Hughes, tomando por asunto de su cuadro la leyenda del río del Olvido y modernizándola, ha producido una obra que con razón ha sido muy celebrada en la Real Academia de Londres por la grandiosidad con que está concebida y la sobriedad con que está pintada.

* * *

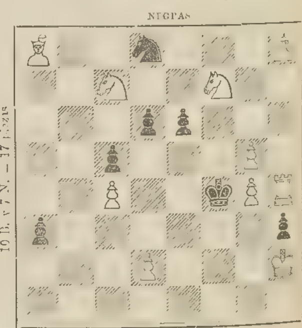
El Dolor consolado por el Recuerdo, relieve de Leonardo Bistolfi.—Un suceso trágico de la vida de este artista, la muerte de su esposa, convirtióle de pintor en escultor, y el sentimiento que la pérdida del ser adorado le produjo hízole concebir el pensamiento del grandioso *Monumento á los muertos* que por encargo del Estado francés está ejecutando actualmente con destino al cementerio parisiense del padre Lachaise, y del cual forma parte el precioso relieve que reproducimos. La figura que en el centro del mismo se destaca aparece agobiada por el dolor, pero suenan ya en sus oídos las dulces voces de los recuerdos de horas felices que le prometen renovar sus venturas en la otra vida. Esta idea de la eterna felicidad después de la muerte es la que prevalece en todas las obras del joven escultor francés, quien inspirado en ella y ayudado por su gran talento, logra infundir un soplo animado en la inanimada materia que sus manos modelan.

AJEDREZ



PROBLEMA NÚMERO 166, POR JOSÉ PALUZÍE

NEGRAS



10 B. y 7 N. — 17 piezas

BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 165, POR J. TOLOSA

Blancas.	Negras.
1. C 7 C R	1. Cualquiera
2. A, C ó D mate.	

CORAZÓN DE SACERDOTE

Novela original de H. S. de Forge. – Ilustraciones de Marchetti

(continuación)

»Comprenda usted la fuerza de mi resolución. Hace tres días que Charlier, para demostrarme su confianza en mi fidelidad presente y futura, con esa delicadeza de sentimientos que mi querido Pablo ha



El suizo sopló en un tubo acústico..

sabido inspirarle, me ha ofrecido que le invitaría á usted á visitarnos allá donde vamos... He tenido el doloroso valor de negarme á ello. ¡Ah! Si he cometido faltas, Dios será indulgente conmigo teniendo en cuenta lo que he sufrido en ese momento. Pero el dolor mismo que he sentido me demostraba que debía obrar así.

»Lo debo á mi honor mejor comprendido; lo debo á mi marido, vuelto al bien; lo debo á nuestro mismo cariño, cuyo recuerdo podremos conservar de este modo grato y puro, aun cuando cesara de ser lo que es desde el momento en que reconozco que mi ternura era culpable; lo debo en fin y sobre todo á mi querido Pablo, ante el cual no podría ya presentarme sin sonrojo, si consintiera en volver á ver usted, aun como antes.

»Él, ese apóstol naciente, es quien con su benéfica influencia – así me lo dijo usted un día – le ha hecho á usted pasar de una juventud algo agitada á la cordura, á la razón, á los afectos nobles y elevados; él es quien, realizando una tarea mucho más difícil, ha transformado á su padre y está á punto de convertir esa naturaleza seca y violenta en un alma accesible á la bondad y á la dulzura; él es también el que ha ejercido en mí misma y sin saberlo su angelical acción para hacerme comprender mi deber en toda su extensión.

»¡Un apóstol! Tal será en breve el título verdadero de mi Pablo. ¿Se acuerda usted del día en que tuvo un arranque casi elocuente con motivo de los dos diversos modos de comprender y practicar la religión? Usted le dijo entonces riendo que sería un buen predicador, y él contestó gravemente: «¿Quién sabe?» Tenía ya su idea fija y tomada su resolución. Así nos lo ha declarado el otro día á su padre y á mí. Quiere ser cura y lo será; porque ni Charlier ni yo nos opondremos, y esto solo bastará para que usted comprenda la gran mudanza realizada por ese niño en el ánimo de su padre.

»Vamos á marchar á París, donde estaré ya cuando esta carta llegue á manos de usted. No tengo inconveniente en decírselo; porque estoy segura de usted, y le habría juzgado mal si después de una carta como ésta procurara usted verme. Permanezcamos dignos el uno del otro. Tal vez llegue el día, cuando los años nos hayan encanecido, cuando podamos estrecharnos sinceramente la mano como amigos, en que nos sea permitido hablarnos, y si Dios con su infinita bondad y eterna misericordia consiente en que llegue este día, le bendeciré.

»Usted es joven, Saviniano; se halla usted apenas en los momentos en que la vida de un hombre adquiere su completo desarrollo. Los años han tenido doble duración para mí y empiezo ya á bajar la pendiente de la colina. Conserve usted mi recuerdo en el fondo de su corazón como el de una hermana mayor, y que jamás sea un obstáculo ó una perturbación en su existencia, que hago votos porque sea muy dichosa.

»Siento al llegar á este punto cierto embarazo, y ¿por qué no confesarlo?, una emoción, punible también, al decir á usted cuál es mi deseo: que encuentre una mujer digna de usted y á quien ame con todo su corazón. El mayor disgusto de mi vida, tan cruelmente puesta á prueba, sería que, por haberme encontrado en su camino, dejara usted frustrado un porvenir de legítimo honor. La primera, la única carta que deseo recibir de usted, será aquella en que me participe su casamiento.

»Y ahora, adiós, amigo mío. Perdóneme usted todo el daño que le hago. Seguramente maldecirá usted estos deberes á los que sacrifico mi felicidad y tal vez se enoje conmigo. Yo también los he maldecido á veces en las horas de debilidad. Pero pienso en ese niño para el que debo vivir, por quien debo olvidarlo todo á los ojos de las gentes.

»Guardo en mí como en el fondo de un relicario el recuerdo de las santas, puras y dulces horas pasadas, y en el silencio de este santuario íntimo iré en piadosa peregrinación, ignorada de todos menos de usted, á hacer revivir con el pensamiento todos estos recuerdos, todos nuestros recuerdos.

»¡Compadézcame usted! Meto en este pliego de papel tres pobres flores cogidas en este jardín que tanto le gustaba, allá junto á los tilos donde tantas veces íbamos los tres á sentarnos... ¡Adiós! No tengo el derecho de ceder al enternecimiento que me invade. Si estas flores le revelan á usted toda mi alma, le dirán que no he amado de veras más que una vez en mi vida.

»Marta.»



SEGUNDA PARTE

EL HOMBRE

I

En las verdes cañadas del parque de Issy, los seminaristas, que habían salido á pasear á aquella sucursal de San Sulpicio, se solazaban con la alegría propia de su juventud, pero moderada por la gravedad de su carrera naciente.

Algunos se entretenían con juegos conservados del colegio, del que hacía poco tiempo habían salido. Otros jugaban con animación á las bochas, reteniendo con una mano los pliegues flotantes de su pesada sotana de paño. Algunos pensadores paseaban solitarios con un libro en la mano. Por la gran calle de tilos llamada la «Cuarentena» varios grupos iban y y venían, cruzándose en el movimiento regular del paseo, animado por conversaciones más ó menos serias.

Pablo Charlier formaba parte de uno de estos grupos. Allí, en la expansión del compañerismo íntimo, cada cual exponía su vocación especial para el día en que, terminados ya los largos y austeros estudios del seminario y recibidas las órdenes, entrara definitivamente en la vida del sacerdocio. Éste, meridional, de palabra ardiente y voz vibrante, se veía ya llenando las grandes naves del templo con las sonoridades de su elocuencia y levantando las masas al soplo de su verbosidad inspirada. Aquél, enérgico y emprendedor, contaba las lejanas aventuras de los misioneros que le aguardaban entre sus filas. Esotro, más pacífico, ocupaba el puesto de sus maestros, y de alumno se convertía en profesor, en teólogo autorizado cuyas opiniones tendrían fuerza de ley. Un rubio de mirada viva y penetrante dejaba vislumbrar sus ambiciones de hijo de familia y sonreía plácidamente cuando sus compañeros le daban el título de «Monseñor» como llamaban á su tío. Aparte de esto, todos unían á la expresión de sus deseos secretos la piadosa reserva de una sumisión religiosa.

– ¿Y tú, Pablo?, dijo uno de los seminaristas. Dinos cuáles son tus aspiraciones.

– ¿Mis aspiraciones? Vais á saberlas: ¿Veis allá á lo lejos, en medio de la campiña, una casita blanca con persianas verdes..., pureza y esperanza? Alrededor tiene un jardinillo lleno de flores, cada una de las cuales es una amiga, cuidada y querida, y destinada á perfumar el altar; allí cerca, la modesta iglesia de la aldea, tan tranquila que uno se creería en ella fuera del mundo; en la casa, buenos libros religiosos y algunos antiguos amigos de colegio, prosistas y poetas, para halagar las distracciones del espíritu; por dondequiera la paz y el recogimiento, cerca, muy cerca de Dios y del humilde rebaño confiado á la custodia del pastor. Tal es el objeto de mis más anheladas aspiraciones.

Y mientras sus condiscípulos volvían á emprender alegres su partida de bolos ó reanudaban sus conversaciones, Pablo se quedó solo largo rato, sentado tranquilamente en un banco de piedra, contemplando el horizonte.

En lontananza se columbraba á París rodeado de una especie de bruma, París que jamás le había gustado.

En torno suyo, las calles sucias y tristes de Issy tenían cierto aire de provincia y le recordaban á Ganneville, recuerdos más dolorosos todavía. En vano buscaba en la línea azul de las colinas, allá á lo

lejos, el rinconcito donde le hubiera gustado tener su casita de cura de aldea.

Y por momentos llegaba á él desde la gran ciudad un inmenso desaliento, desgarrando su corazón y disipando su sueño.

. . . .

Y en efecto, no era más que un sueño.

Cuando los padres de Pablo se marcharon de Ganneville siguiendo el programa trazado por él mismo, se instalaron en una de esas tranquilas calles del barrio de San Sulpicio, ignoradas del brillante París de la orilla derecha del Sena. Allí habían vivido con la fiel Francisca, muy modestamente, pero con un sosiego grato después de las tempestades pasadas. Charlier, que estaba desconocido y se había hecho un verdadero padre de familia, había encontrado un empleo en una casa de comercio. Su sueldo, unido á los demás recursos del matrimonio, le permitía cierto desahogo cuya principal ventaja fué asegurar á Pablo una educación amplia y completa. Pero los años de colegio y de seminario eran pesados, y si bien podían sufragar los gastos que ocasionaban, en cambio no era posible ahorrar nada para atender á alguna otra necesidad, ni prepararse por si volvían los malos tiempos.

Y éstos volvieron en el momento preciso en que, en 1885, Pablo iba á recibir las órdenes sagradas. Una parte del pequeño capital de sus padres desapareció en la quiebra de un establecimiento de crédito.

Aquel golpe inesperado anonadó á Charlier. Su naturaleza gastada no era ya á propósito para la lucha y la resistencia. Tuvo un ataque de parálisis y quedó clavado en un sillón de ruedas, acompañado de las dos mujeres que se afanaban por cuidarle y por sostener la vida común.

El superior del seminario tuvo noticia de estas desdichas, y como quería mucho á Pablo por haber podido apreciar sus excelentes cualidades de formalidad y dulzura y conocido su sólida religiosidad, le propuso un empleo, bastante bien retribuído, de preceptor en casa de M. Jouvenot, uno de los principales notarios de París, en la que tendría que encargarse de la educación de un niño de nueve años.

Como no era cosa de vacilar, Pablo aceptó. Su vida de sacerdote comenzaba por el abandono de su esperanza más íntima largo tiempo acariciada. ¡Adiós, querida casita blanca! ¡Adiós, flores, iglesia de aldea, poesía y paz de los campos! Si la decepción fué cruel, nadie más que Dios supo cuán grande era el sacrificio del joven sacerdote, que anunció á sus padres la buena noticia con la sonrisa en los labios.

¡Preceptor! Este cargo equivale á la dependencia, á la abdicación de sí mismo, á la renuncia de todos los gustos personales, á la obligación de plegarse á los de los otros, á la necesidad de obedecer á los padres y á menudo al hijo, á la situación subalterna que á veces resulta humillante por falta de delicadeza, á una especie de domesticidad quizás un poco más elevada que las otras, pero más pesada también para las naturalezas más sensibles que la deben soportar.

Pero también es una tarea grande y noble para quien sabe emprenderla con miras elevadas. Formar un espíritu y un corazón, infundir en un niño no tan sólo la instrucción que encontraría en cualquier parte sino también la educación moral que hará de él un hombre; ser en el seno de una familia algo así como un apóstol íntimo; ejercer en ella, en caso necesario, una influencia discreta y saludable; tal es la misión elevada del preceptor tal como la concibió Pablo, llenándole de generosos ardores y consolándole de la pérdida de su ensueño desaparecido.

Presentóse al día siguiente en casa de M. Jouvenot, inflamado de un celo de neófito por su obra, impaciente por comenzarla, imaginando planes de estudios ordenados y continuos, confiado en encontrar en los padres el apoyo serio de una autoridad que secundase sus esfuerzos, toda vez que habían ido á buscar un preceptor á San Sulpicio.

Titubeó un momento antes de entrar en el hotel del bulevar de San Germán que se le había indicado, pues aquella lujosa morada no se avenía con la idea que se formaba de la casa de un notario. Penetró poco menos que disculpándose en un saloncito en el que un suizo, majestuoso y cortés – jamás se hubiera atrevido á llamarle portero ni aun en voz baja – le dijo, como maravillado de su ignorancia que, en efecto, allí vivía M. Jouvenot.

– ¿Desea usted hablarle á él en persona, señor cura?, preguntó el importante personaje.

– Sí, á él mismo.

– Entonces, con su permiso, voy á cerciorarme de si el señor está en sus habitaciones ó en el estudio.

El suizo sopló en un tubo acústico, habló, oyó la respuesta, é inclinándose ligeramente ante Pablo, le dijo:

– El señor está en su gabinete... Tenga usted la bondad de tomar por el vestíbulo á la derecha: el estudio está en el fondo.

Y acompañó á Pablo con el agrado y reverencia de un marqués de los tiempos antiguos

Pablo entró en un vestíbulo pavimentado de anchas baldosas blancas y negras, cruzado por una blanda alfombra y adornado con labrados bancos de roble y enormes macetas con plantas verdes. En el extremo de esta antecámara destacábase sobre una puerta la palabra *Estudio* en una placa de brillante cobre.

El joven cura penetró un poco turbado en una habitación que correspondía por fin á la idea de una oficina ministerial. Cuatro ó cinco jóvenes emborronaban allí papel sellado. Enviaron á Pablo al segundo dependiente, instalado en un pequeño gabinete, y éste lo envió al primero, instalado en uno grande. El primer dependiente, muy cortés, se inclinó, é informado de que se trataba de un asunto particular, rogó al sacerdote que llamara á la puerta de enfrente, que era la de M. Adalberto Deruel, secretario íntimo y primo de M. Jouvenot.

– ¡Pues no gastan pocas ceremonias!, pensó Pablo. Cuando fuí el otro día á casa del cardenal-arzobispo no fué menester tanto para verle. Dudo que esta casa sea la morada de la sencillez.

– ¡Adelante!, gritó con voz fuerte el secretario al oir el golpe tímido dado por Pablo.

El secretario íntimo era un joven casi de la misma edad que él. Sentado ante una mesa de despacho, cuyo extremado orden denotaba más afición á la simetría que al trabajo, leía un periódico fumando un cigarrillo.

– ¿El Sr. Jouvenot?, preguntó Pablo.

El joven apenas se levantó y dirigió una mirada desdeñosa á la sotana.

– ¿Qué se le ofrece á usted?

– Deseo hablarle.

– ¿Personalmente?

– Sí, señor.

– Mi primo está muy ocupado. Si quiere usted decirme á qué viene, tal vez no tendrá usted necesidad de esperar.

– Esperaré, dijo tranquilamente Pablo.

– Entonces, siéntese usted, respondió el joven algo picado y volviendo á su lectura y á fumar su cigarrillo.

El cura dedicó el tiempo á considerar al secretario, que le pareció hombre muy poco simpático. Cara vulgar, ancha y aplanada, con un bigote cuyas guías estaban sostenidas con cosmético; cabello reluciente de pomada, pegado sobre la frente con artística ondulación; perpetua sonrisa de propia satisfacción y de desdén para los demás; fisonomía exacta de una figura de periódico de modas para sastre, pero con menos elegancia á causa de una gordura precoz próxima á la obesidad.

Este primer ejemplar de la familia con la que debía vivir Pablo no hizo mucha gracia á éste, que estaba haciendo reflexiones poco halagüeñas, cuando sonó ruidosamente un timbre eléctrico.

– Puede usted entrar, dijo el secretario sin moverse, indicando con la mano una ancha puerta de dos hojas.

II

M. Jouvenot, tan amable como antipático parecía su secretario, se levantó al punto, y acercándose á Pablo le dijo:

– ¿Es usted el P. Charlier?

– Sí, señor.

– Sea usted muy bien venido, señor cura.

Y alargándole la mano, el notario le llevó junto á la mesa y le hizo tomar asiento en un sillón. Tranquilizado por esta acogida simpática y de buen tono, Pablo recobró todo su ardor por un momento entibiado, y olvidando portero, dependientes y secretario, se puso á exponer en lenguaje conveniente y expresivo sus altas miras sobre la educación, la abnegación cariñosa que sentía ya por aquel niño que iban á confiarle, y su esperanza de hacer de él un hombre con la ayuda de Dios.

Dijo todo esto con creciente animación, con la sinceridad de un espíritu recto y de un corazón sencillo que no sospechan que en el mundo la franqueza y el entusiasmo adquieren á menudo el nombre de candidez.

M. Jouvenot había escuchado este discurso con benévola atención, acariciando con una mano blanca y cuidada su hermosa barba rubia salpicada de alguna que otra cana.

– Señor cura, contestó, es usted bastante joven, cualidad muy buena, la más preciosa de cuantas me consta que posee usted. Le felicito y le envidio. Le he escuchado con mucho gusto. Siempre complace ver que hay fe, aun á los que han ido dejando la suya en jirones en las zarzas del camino. Por lo que respecta á mi hijo, no le oculto que su tarea será laboriosa. Es una criatura que, aunque tiene nueve años, no sabe casi nada de lo que debería saber y en cambio está enterada de muchas cosas que debería ignorar. Así lo exige la vida de París, en donde los niños no tienen infancia... Si consigue usted hacer de él algo bueno, se lo agradeceré á usted y le admiraré... Si no lo logra, no por eso me enojaré... Por lo demás, le doy á usted carta blanca: haga lo que mejor le parezca. No le pondré cortapisa en nada, pero tampoco espere usted gran ayuda de mi parte. Estoy demasiado ocupado para poder dedicar una parte de mi tiempo á una obra que confío á usted por completo. En adelante forma usted parte de la familia y mi casa es la suya, y para empezar espero que nos acompañe usted á la mesa esta noche.

El notario había hablado con animación y benevolencia; pero Pablo no vió en todas sus frases más que la escéptica soltura del hombre de negocios absorbida por cavilaciones que nada tenían que ver con sus deberes paternales, y esto le causó una tristeza tanto más profunda cuanto mayor era la simpatía que le inspiraba la persona de M. Jouvenot.

El notario trató en seguida con una precisión, necesaria, sin duda, pero mortificante para un carácter tan delicado como el del joven sacerdote, del arreglo de las cuestiones materiales; y lo hizo con una liberalidad que motivó las protestas del futuro preceptor. Cuando éste se levantó, el notario le puso en la mano un cheque preparado de antemano, equivalente al primer trimestre de su sueldo. Aquella mano tembló un poco al recibir esta paga adelantada. El proceder del hombre de negocios denotaba no tanto su confiada generosidad cuanto la costumbre de manejar dinero, considerándolo como lo que debía anteponerse á todo, y esto hizo que Pablo sintiera una penosa impresión.

– En fin, pensó al despedirse, aún me queda la madre.

En aquella gran casa, cuya planta baja estaba ocupada por el estudio, todos los pisos contenían habitaciones de servicio. Pero en el fondo del patio enarenado se alzaba un vasto pabellón, morada particular de la familia Jouvenot. Una galería llena de plantas cobijaba la escalera de mármol que daba acceso á él, y ya á la entrada llamaban la atención los objetos del lujo más refinado, acumulados quizás con más profusión que buen gusto.

Desde el primer salón en que se introdujo á Pablo, pasó éste á otro, y luego oyó en el retrete inmediato una voz aguda que, al anuncio del ayuda de cámara, exclamaba:

– ¡Oh! ¡El señor cura!.. ¡Que entre en seguida!

Pablo se encontró en presencia de una señora de treinta y ocho á cuarenta años, si no bonita, al menos bastante agraciada, vestida con un traje de casa de refinada sencillez. Esta señora le alargó la mano con ademán de buen tono.

– Le esperaba á usted, señor cura, le dijo: tenía vivísimos deseos de verle, y sin embargo su presencia me parte el corazón. No puedo resistir la idea de tener que separarme de mi Heraldo.

– Pero, señora, contestó Pablo sorprendido, ese niño no tendrá que separarse de usted...

– Materialmente, es verdad... Continuaremos juntos, pero se lo entrego á usted, se lo abandono... ¡oh! ¡con toda confianza! El señor superior del seminario me ha informado de lo mucho que vale usted... Desde luego yo quería para mi Heraldo un preceptor eclesiástico... No sé qué hubiera sido de mí si hubiese tenido que meter á mi hijo en el colegio ó tomar un preceptor seglar... En nuestra sociedad, en nuestra situación se impone un eclesiástico... Por fortuna mi marido me ha dejado en libertad de arreglar este asunto, y no porque sea irreligioso, no vaya usted á creerlo, sino porque como todos esos señores está ocupado, atareadísimo..., no le queda tiempo más que para pensar en sus negocios. Pero el superior me ha dicho: «El P. Charlier es un tesoro que le regalo á usted, señora...» Sí, ha dicho esto poco más ó menos... Hasta hoy, mi Heraldo no se ha separado de mi lado..., le llevaba conmigo á todas partes, al Bosque, á la iglesia, á las tiendas. Yo adoro, idolatro á ese niño... ¿Quiere usted un caramelo? ¿No? Pues hace usted mal..., es una novedad de Boissier..., son divinos.

Mientras chupaba el caramelo divino de Boissier, tomaba aliento, sin que Pablo, aturdido por aquel flujo de palabras, supiera qué contestarle.

– Señor cura, mi Heraldo es un ángel de candor..., de inocencia..., de pureza... y además, ¡tan inteligente! No puede usted figurarse lo bien que monta ya á caballo. Le suplico encarecidamente que cuide usted

mucho de sus sentimientos religiosos... ¡Todo consiste en esto!.. Almorzamos á eso de las once y media, según los negocios de mi marido, y comemos á las ocho, excepto los miércoles, día en que voy al teatro de la Ópera, y entonces anticipamos algo la comida... Tengo verdadera pasión por la música..., por nada en el mundo dejaría de ir á la ópera, por supuesto en invierno, porque desde el mes de mayo ya no se puede ir á ese teatro..., pues el público es muy diferente... Por lo que hace á Heraldo, el día en que demos grandes comidas, á él y á usted se les servirá en su habitación, si así lo desean..., aunque me gusta que venga al salón..., esto le va formando y además luce mucho... A veces tiene ocurrencias increíbles... Cuando mi hija Lucila era pequeña comía también en su cuarto con Mlle. Larivière, una persona muy cabal, como tendrá usted ocasión de ver... Sobre todo, lo que más le recomiendo á usted para mi Heraldo es la sencillez..., nada de exageración..., ¡oh! ¡me horroriza la exageración!

– ¡Ay de mí!, pensaba Pablo, ¡qué tarea va á pesar sobre mí! ¡Cómo será el hijo de semejante matrimonio!

– Diga usted á Bebé que venga, ordenó Mad. Jouvenot á un criado. Todavía le llamo Bebé: es ridículo sin duda á mi edad y á la suya, pero ¿qué quiere usted? El corazón de una madre es un abismo de ternura. Ven acá, amor mío, añadió al ver entrar á su hijo: aquí tienes al señor cura que va á ser tu preceptor...

Pablo contemplaba á Heraldo, procurando adivinarle. Era un niño de facciones regulares y agradables, correctamente vestido, quizás demasiado, con un traje de terciopelo negro y un gran cuello blanco que le cubría los hombros y del cual salía el lazo desmesurado de una corbata punzó; llevaba las piernas desnudas, calcetines y botinas de charol. Este traje era á la verdad poco elegante, pero almidonado, tieso, remilgado. En aquel pequeño personaje no se advertía nada que revelara ese abandono natural en su edad. Pablo le habría preferido menos atildado, más inculto, menos bonito.

Heraldo, sorprendido al pronto, se acercó resueltamente.

– Señor cura, ¿es usted el que ha de ser mi maestro?, le preguntó.

– Sí, hijo mío.

– Pues bien, me gusta usted; se lo digo de buenas á primeras, y si quiere usted ser bueno para mí, yo lo seré para usted.

Dijo esto con todo aplomo y suficiencia, denotando que era una criatura pagada de sí misma, acostumbrada á hablar á tuerto y á derecho y á que se aplaudiese cuanto decía.

El cura, poco halagado con aquella declaración, hizo al niño varias preguntas que demostraron su completa ignorancia. Salió de la casa descorazonado, pensando en aquella familia que tanto iba á cambiar sus queridas costumbres, en la vida que iba á llevar tan diferente de la deseada y en la tarea que tendría que desempeñar sin ningún auxilio y que le parecía superior á sus fuerzas.

El superior, á quien fué á contar sus temores, le contestó:

– Ya sabía yo todo eso, y precisamente porque sé lo espinoso del cometido y porque le conozco á usted, le he escogido para ello... Tenga confianza, ¡y adelante, hijo mío!

Pablo se reanimó un poco. Pero cuando por la noche se presentó á comer en aquella casa, su primera impresión de disgusto reapareció con mayor intensidad, aumentada con ese malestar, conocido de los menos tímidos, que se experimenta cuando uno se encuentra en una sociedad cuyos hábitos, relaciones y lenguaje se desconocen. Aquel lujo de que iba á verse rodeado ofuscaba la sencillez de su modestísima vida. En medio de aquellas elegancias, su pensamiento se fijaba en la humilde morada de sus padres. Su ánimo padecía á causa de las trivialidades que estaba obligado á oir. Y por lo que hacía al joven secretario de sonrisa desdeñosa, adivinaba en él disposiciones malévolas y hostiles.

Ibase apoderando de él poco á poco cierta angustia; habría deseado poder huir muy lejos, al fondo de su celda del seminario. Enteramente desesperanzado, se sentía solo y aislado, cuando se alzó el tapiz de la puerta y Lucila entró en el salón.

III

La señorita Jouvenot iba á cumplir diez y siete años, esa edad ideal en que la joven empieza á gozar de la vida.

¿Era bonita, morena ó rubia, alta ó baja? Pablo no habría sabido notarlo ni decirlo. Era la doncella, es decir, lo más adorable del mundo en su gracia un poco candorosa todavía, en su castidad angelical: era la primavera, la sonrisa, la irradiación. Pablo la miraba con tierna y religiosa sonrisa, con una impresión indefinible, exquisita, no sentida hasta entonces.

Con su sola presencia difundió al punto en torno suyo una claridad serena, análoga á la de esas apariciones celestiales que Pablo había vislumbrado á veces en sus éxtasis místicos, y bajo la influencia de aquella irradiación, todo adquirió á los ojos del sacerdote nuevo aspecto, como al través de un prisma, sin que se cuidara de analizar las causas de tan súbita metamorfosis. El padre de Lucila le pareció más formal de lo que al pronto le había juzgado. La madre dejaba entrever, en medio de su exaltación frívola, un fondo evidente de bondad. El hermanito no era más que un arbolillo torcido fácil de enderezar mediante un tutor firme. Hasta el mismo Adalberto Deruel, primo de Lucila, le pareció más digno de lástima que de odio.

Pero al mismo tiempo, algo oprimió el corazón de Pablo. Acababa de abrirse ante él un nuevo horizonte. Sentía á modo de un escalofrío inexplicable, una especie de melancolía que se apoderaba de él. En su juventud no había visto ninguna joven. Las señoritas Descordes con sus caras sin expresión le habían hecho reir. Y de pronto su vida cotidiana iba á verse confundida con la de Lucila, cuya aparición le había encantado.

No podía prever que tal le sucediera: había renunciado de antemano á todos los goces de este mundo, pero no conocía ninguno, sobre todo aquél, y en un minuto se abría paso repentinamente en su corazón una pregunta terrible: ¿tendría fuerza para resistirlo? ¿No llegaría día en que Lucila, ó cualquiera otra, ocupara algún sitio en su corazón?

Y en aquel minuto supremo vislumbró todo esto, lo comprendió, y dominándose, irguiéndose por decirlo así contra la vida, hizo en el fondo de su alma, con toda la fuerza de su ardor de joven sacerdote, como un segundo juramento que confirmaba el que había hecho al recibir las órdenes sagradas.

No era la vaga fórmula de una palabra latina pronunciada en medio de cierto aparato de renuncia y de rezos; sino que fué, allá en lo íntimo de su mente, una promesa sagrada é hija de la convicción, dolorosa y grata á la vez.

Su rostro palideció un momento; pero no pasó de aquí. Pablo se recobró y supo agradar á todos, excepto al secretario, que no apreciaba más que sus propios méritos. Tomó parte en la conversación con discreción y tacto, aunque con cierta facundia de buena ley.

Mlle. Larivière no fué la última en simpatizar con él y en dejarse conquistar.

Esta excelente persona, que confesaba tener treinta y cinco años, hacía diez que era aya de Lucila. Su rostro, de facciones borbónicas, digno y severo, fresco todavía y aun algo rubicundo y rodeado de bucles de color indeciso y de forma añeja, así como su salud exuberante, no eran por cierto los más á propósito para adivinar que poseía una naturaleza esencialmente sentimental.

Estaba de continuo abstraída en aspiraciones ideales que contrastaban en gran manera con su aspecto físico y su excelente apetito.

Le halagó en extremo que Pablo se acercase á ella después de comer, y dió al punto rienda suelta á un lirismo romántico, estimulado por la indulgencia cortés del joven sacerdote, persuadida de que por fin había encontrado el «alma-hermana» tan largo tiempo buscada.

La velada fué puramente íntima. Pablo acompañó á M. Jouvenot á la sala de fumar, donde le hizo compañía con tal amenidad que el notario se olvidó de ir como todas las noches al casino, interesado en una discusión que Adalberto suscitó imprudentemente y de la que salió derrotado.

Agresivo desde los primeros momentos por efecto de esa envidia instintiva que un espíritu mezquino siente á toda naturaleza que juzga superior, el secretario atacó á Pablo con motivo de la existencia y alimentación del seminario.

Pablo, sin faltar un instante á la más exquisita urbanidad, sostuvo el ataque con cierta sorna delicada, un poco desdeñosa, que no pasó inadvertida á M. Jouvenot ni á Adalberto. El primero se divirtió con ella, pues no profesaba gran aprecio á su secretario; pero el segundo concibió un vivo enojo que andando el tiempo debía convertirse en odio.

Cuando volvieron al salón, Lucila estaba sentada al piano. Pablo, después de oirla, emitió algunas opiniones musicales que denotaban su competencia en el asunto. Mad. Jouvenot se quedó maravillada.

– ¿También sabe usted música?, le preguntó.

– Señora, me gusta mucho la música: me encanta como todo lo que es bello, puro y eleva el alma.

– ¿Supongo que no la habrá usted aprendido en el teatro de la Ópera?, preguntó Adalberto con tono burlón.

– No, señor; me la ha enseñado mi madre, que me la ha hecho sentir y comprender.

Este último incidente completó el feliz éxito del preceptor.

Tan luego como Pablo se marchó, pues no debía instalarse definitivamente en la casa hasta el otro día, M. Jouvenot, verdaderamente satisfecho, dijo:

– Creo que hemos hecho una buena adquisición.

Su mujer, apoyándolo, exclamó:

– ¡Delicioso!.. ¡Es delicioso!

Adalberto refunfuñaba en un rincón, mientras que Mlle. Larivière elevaba al cielo sus ojos húmedos de gratitud.

Pablo tenía conciencia de la impresión favorable que había producido, y la humildad cristiana no le impedía que experimentara por ello un legítimo sentimiento de satisfacción.

Verdad es que en el mismo éxito de esta primera prueba no veía otra cosa más que una fuerza nueva y poderosa para su misión de preceptor. Tan sólo cifraba en el niño todos los ardores de que se sentía penetrado; agrupaba en torno suyo, como auxiliares dispuestos á ayudarle en su tarea, á todos los individuos de la familia á la que acababa de ligarle el destino, sin tener en cuenta que un solo rostro joven, gracioso y sonriente, descollaba sobre todo este grupo.

Marta aguardaba á su hijo, un poco inquieta á causa de los recelos que le había manifestado éste después de su primera visita é impaciente por conocer el resultado de la segunda entrevista, más importante y más decisiva.

Cuando Pablo entró en la modesta vivienda de sus padres, donde todavía debía pasar una noche, su madre se tranquilizó al punto al ver la expresión de su fisonomía.

No tuvo aquélla necesidad de hacerle ninguna pregunta. Pablo, locuaz contra su costumbre, lo refirió todo con tan exuberante verbosidad que Marta se quedó admirada; así sus emociones del principio y el cambio que se había efectuado de pronto en él, cambio que atribuía piadosamente á ese estado de gracia cuyos sorprendentes efectos había aprendido en el seminario, hasta las conversaciones de sobremesa, la discusión con el secretario, la audición musical... Repitió hasta las menores frases cruzadas, sin observar que su madre, más y más atenta, fijaba de vez en cuando en él sus ojos un poco tristes, casi asustados, cuando en su relato repetía con una frecuencia que él no notaba el nombre de la «señorita Lucila.»

Cuando se separaron, Pablo, algo extrañado de no ver á su madre más contenta, le preguntó:

– ¿Qué tienes, madre mía? Cualquiera diría que no estás enteramente satisfecha.

– Sí, sí, contestó Marta; lo estoy..., puesto que tú lo estás...

Interrumpióse bruscamente, cogió con ambas manos la cabeza de su hijo y le estampó en la frente un prolongado beso, murmurando como en una plegaria:

– ¡Que Dios te guarde y proteja, hijo querido!

Y mientras él se iba tranquilo y sosegado gracias á aquel beso de su madre, sin pensar más que en el porvenir que se abría luminoso ante él, el padre Charlier no oyó cómo Marta lloraba.

IV

Pablo tomó posesión de su empleo al día siguiente. Se le instaló en una bonita habitación del segundo piso del pabellón que habitaba la familia Jouvenot. Las ventanas daban á grandes jardines resguardados, en aquel barrio privilegiado, de la invasión de otros edificios, y de este modo tenía á la vista una densa masa de verdura fresca y olorosa, que parecía separarlo de la agitación parisiense y le recordaba las queridas arboledas del parque de Issy. Su cuarto, el de Heraldo y una sala componían aquella habitación, completada con una biblioteca abundantemente provista de libros.

M. Jouvenot, aficionado delicado y perito, había reunido allí las mejores ediciones de los grandes autores de todos los países, colocados en armarios de cristales perfectamente cerrados, cuyas llaves entregó á Pablo.

Aquella pieza, iluminada por tres anchas ventanas que daban paso á una luz suave á través de los transparentes, era el retiro más apetecible para trabajar, y fué el sitio predilecto de Pablo, el cual estableció allí su centro de estudios porque encontraba á mano cuantos libros necesitaba.

(Continuará)

DESCUBRIMIENTOS ARQUEOLÓGICOS

EN CARTAGO

Las excavaciones emprendidas en Cartago por M. Gauckler han sido coronadas por el mejor éxito y los descubrimientos por él realizados en el templo



Fig. 1. – Cabeza de la estatua de Ceres recientemente descubierta en Cartago

de Júpiter Hammón y en la necrópolis tienen gran importancia arqueológica.

Dichas excavaciones se han llevado á cabo cerca de las cisternas de Bordj-Djedid, en un terreno que se extiende entre la gran trinchera en donde Vernay encontró en 1885 los primeros sepulcros cartagineses, y la necrópolis púnica de Duimés, explorada posteriormente con tan buenos resultados por el P. Delatre. Esta región es una de las más importantes de Cartago, pues en ella han dejado las pasadas y vencidas civilizaciones sus huellas en forma de capas de sedimento sobrepuestas de siete á ocho metros de espesor.

Descombrando el suelo encuéntranse en primer término ladrillos de tierra cocida, lámparas y monedas; á partir de una profundidad de 1'50 metros aparecen algunas tumbas bizantinas y debajo de éstas varias construcciones de aquella época, entre ellas una casa romana que parece datar del período constantiniano, aun cuando contiene objetos de época anterior. Esta casa es en extremo interesante: en el centro hay un surtidor y más allá dos habitaciones embaldosadas de mosaicos: el mayor de éstos tiene cuatro metros de ancho por cinco de largo y representa un paisaje marítimo, en cuyo centro se ve un pabellón sombreado por frondosos árboles y alrededor de él un grupo numeroso de gente que pesca ó rema. En la parte inferior están representadas varias escenas mitológicas: una de ellas es Anfitrite cubierta de joyas que sale de una inmensa concha sostenida por dos monstruos marinos y se mira al espejo. A ambos lados, dos medallones ostentan los bustos de un tritón y una tritona que tocan caracoles de mar. El otro mosaico, menos importante, figura una caza de fieras.

A juzgar por el estilo y el dibujo, estos dos mosaicos no se remontan más allá del siglo IV, perteneciendo á la época cristiana. El asunto de uno de ellos es, sin embargo, de inspiración francamente pagana. La explicación de esto es sencilla, pues cuando se arrancaron estos mosaicos, que fueron llevados al Museo del Bardo, se vió que ocultaban construcciones más antiguas completamente cegadas.

Prosiguiendo las excavaciones se encontraron un estrecho corredor y los peldaños de una escalera y bajando por ésta descubrióse una sala muy notable. Por todos lados se pisaban fragmentos de estuco pintados y moldeados y al otro lado de una pared que dividía aquella sala en dos encontráronse restos de todas clases: lámparas cristianas de diferentes formas, estucos de vivos colores y de estilo enteramente pompeyano, estatuitas paganas deterioradas sin duda por el martillo de los iconoclastas, entre ellas una Venus púdica, un delfín, un Júpiter sentado con el águila, un Baco dando de beber á la pantera, un joven sentado y vestido con la clámide, una cabeza de Amor, una máscara de Sileno, una cabeza de león, dos estatuas del dios Mitrah en tierra cocida y otras.

En un rincón de la sala descubrióse empotrada en la pared una gran lápida de mármol blanco con una dedicatoria á Júpiter Hammón, identificado con el dios Silvano, adorado por los bárbaros: *Jovi, Hammoni, Barbaro, Sylvano.* Debajo de esta dedicatoria hay otra de fecha muy posterior y al pie de ambas se ven la cabeza en mármol blanco de un toro votivo que lleva entre sus cuernos una especie de media luna con una inscripción dedicada á Saturno (fig. 2), unos veinte betilos de granito, varias bolas de piedra, algunas de ellas atravesadas por una barrita de bronce, y discos ó balas ovoides de barro cocido.

El descubrimiento de estas balas tiene cierta importancia: ya en Cartago ha bíase encontrado gran cantidad de ellas, pero se ignoraba su destino y se las consideraba generalmente como proyectiles lanzados por los cañones turcos del siglo XVI ó por las hondas de los arqueros cartagineses; pero el hecho de haber sido encontradas en montón con otros objetos de culto debajo de un mosaico del siglo IV demuestra que son de aquella época y paganas y que lejos de presentar un carácter exclusivamente guerrero tenían un carácter votivo.

En el fondo de aquel obscuro salón, en una especie de cueva, se encontraron cuatro estatuas de mármol blanco casi intactas, tres de ellas de un metro de alto y la cuarta más pequeña y de una labor más basta. Las tres primeras forman una triada análoga á la de las estatuas colosales encontradas en el sebkha de Kheredine, que figuran en el Museo del Bardo; pero así como éstas representan la Isis cartaginesa entre dos sacerdotisas peinadas según la moda del siglo V, aquéllas representan al Deméter griego, la Ceres africana romana (fig. 1) que reemplazó á la Tanit fenicia, acompañada del esbelto canéforo Oncistoforo y de una joven envuelta en transparentes velos. Estas estatuas, perfectamente conservadas, son muy elegantes y están cinceladas con gran arte en un mármol de tonos dorados y de un grano finísimo, y ostentan algunos ligeros toques de pintura que hacen resaltar los rasgos característicos de la escultura y producen la ilusión de la vida. Habían sido escondidas en el subterráneo, cuya entrada (fig. 3) fué cuidadosamente cegada y tapiada y cubierta luego con un mosaico para disimularla mejor. ¿Por qué tantas precauciones para hacer desaparecer todas estas maravillas? Probablemente para sustraer temporalmente estos preciosos ídolos á los ultrajes de los cristianos vencedores. Los últimos fieles de Deméter Tanit, los últimos sacerdotes de Júpiter Hammón, de Silvano, de Saturno, en el momento de la derrota del paganismo, quisieron reservarse para el porvenir, esperando que volverían á lucir para ellos mejores días. Pero sus esperanzas no se realizaron y la muerte les sorprendió dejando sus tesoros disimulados bajo una capa de tierra y escombros de algunos metros de espesor.

Debajo de aquel templo de Júpiter Hammón descubrióse la necrópolis púnica, cuyos sepulcros nos transportan al siglo VI antes de la era cristiana. Esos campos de reposo eterno en donde Cartago enterraba sus muertos fueron respetados mientras los cartagineses conservaron su independencia y se extendieron alejándose del centro de la ciudad: los más apartados de ésta datan aproximadamente del siglo III antes de J. C.; los más antiguos, por el contrario, son los más próximos á las viviendas de la Cartago primitiva. Estas tumbas están abiertas en la roca, en la meseta de toba que se extiende más allá de Bordj-Djedid.

Los primeros sepulcros que hizo abrir M. Gauckler son simples fosas de inhumación abiertas en la arena virgen, y no contienen generalmente más que el escarabajo de cornalina ó de plata, especie de tarjeta de identidad del difunto, un anillo de bronce, una figura pintada que servía de amuleto protector, un disco de huevo de avestruz, algunas cuentas de collar, unos pocos utensilios de barro y ninguna moneda. Otras fosas están cubiertas por una sencilla losa, y en una de ellas se ha recogido una especie de máscara púnica de gran tamaño, casi intacta, de tierra cocida, muy parecida á otra del mismo género encontrada por el P. Delatre. Otra contiene un cilindro asirio de jade que figura el dios Marduck estrangulando á un monstruo alado.

A medida que se avanza hacia la colina, los sepulcros son más numerosos y más ricos, y algunos de ellos están dispuestos en forma de artesas completamente cubiertas de baldosas. En ellas se han recogido joyas de plata, collares, gran número de cuentas de pasta vidriosa y de piedras duras, amatista, ágata, cornalina, pendientes y varias sortijas de oro.

Recientemente ha descubierto M. Gauckler dos grandes tumbas de construcción análoga á la de Iadamelek encontrada en 1894 á la misma profundidad de siete metros. La cámara funeraria está cerrada por un monolito; el techo plano está protegido por una serie de monolitos dispuestos en forma de caballete y en el interior tiene un armazón de cedro, cuyos restos caen reducidos á polvo á la presión del dedo. Las paredes están revestidas de una capa de estuco de deslumbrante blancura. El muerto está tendido en el suelo sin ataúd y lleva puestas varias joyas. En un rincón hay varias jarras de grandes dimensiones.

En la primera tumba hay dos esqueletos, marido y mujer. El hombre tiene puesta en el dedo una sortija de plata con escarabajo de cornalina y sello; la mujer una arracada, un trozo de collar, una sortija de oro macizo con un ureus alado y dos palomas. La segunda tumba sólo contenía el cuerpo de un hombre á cuyo lado había dispuesto un sitio para otro cadáver: en ella no se recogieron más que una sortija de plata con escarabajo de cristal, dos cilindros de oro, un cántaro, una copa y varias vasijas.



Fig. 2. – Toro votivo á Saturno encontrado en el santuario de Júpiter Hammón de Cartago

Al lado de estas dos tumbas descubrióse otra de

construcción mucho más sencilla, pero dotada en cambio de un mobiliario funerario mucho más rico. En ella había el cadáver de una mujer, tal vez una sacerdotisa, que empuñaba con su mano izquierda un gran espejo de bronce y con la derecha pesados platillos del mismo metal. En la muñeca izquierda ostentaba un brazalete de perlas, escarabajos y figuritas, y en la derecha varias ajorcas de plata y marfil; llevaba en los dedos varias sortijas de plata y una de oro; en la oreja izquierda un pendiente de oro con la cruz en *tau* y en el cuello un collar de oro macizo compuesto de cuarenta elementos de diversas formas simétricamente dispuestos con un broche central en forma de media luna. Además se encontraron junto á este esqueleto un collar de plata, un aribalo, un gran frasco de esmalte cubierto con una hoja de oro, una estatuita de loza policroma, de estilo egipcio, discos de huevos de avestruz pintados, conchas llenas de un afeite de color de púrpura, vasijas y una lámpara, constituyendo todo ello uno de los mobiliarios más ricos encontrados hasta ahora en Cartago.



Fig. 3. – El escondrijo del templo de Júpiter Hammón en Cartago – Vista de la cueva tapiada en donde se han encontrado las estatuas y las inscripciones

En presencia de los magníficos resultados obtenidos bien puede afirmarse la excepcional importancia arqueológica de los descubrimientos de M. Gauckler. Estas excavaciones realizadas en la antigua necrópolis de Cartago nos revelan una civilización muy extraña, refinada ya, pero impregnada todavía de elementos asiáticos ó egipcios y que apenas ha sentido la influencia de los pueblos de Occidente con los cuales se pone en contacto.

H. LAURISTON.



El dolor consolado por el recuerdo, relieve de Leonardo Bistolfi

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

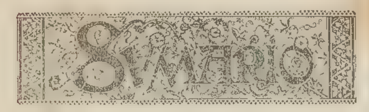
Año XVIII — Barcelona 4 de septiembre de 1899 — Núm. 923

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA HIJA DEL PESCADOR, cuadro de Dionisio Baixeras

(Exposición Robira, Escudillers, Barcelona)



LA VIDA CONTEMPORANEA

SALUD EN EL FANGO. – LA TOJA

Háblase del fango, en dramas, comedias, novelas y artículos sentimentales, con desprecio tan profundo como injustificado y caprichoso. ¿Qué es el fango, en rigor? Tierra y agua – el mundo entero. – Vil é impuro se le llama, y no atino porqué. Tanto valdría llamar impuro al negro terruño donde el trigo brota.

* * *

Los baños de la Toja son de fango. La Toja, una isla en la ría de Arosa, en esta provincia de Pontevedra cuya galanura y belleza se han hecho proverbiales ya en España. Por si el lector no sabe lo que es una ría - advirtiendo que sólo existen verdaderas rías en el país gallego, – diré que son brazos de mar que al internarse en la tierra reciben mezcla de agua dulce. A dos pasos de la brava costa, donde el airado Océano rompe sus espumas; cerca de la terrible playa de la Lanzada, con sus olas gigantes, se tienden y culebrean las suaves rías, mansas y halagadoras, entre doble festón de pinares y de rientes campos de vid y maizales, con playitas coquetonas y ensenadas diminutas teñidas por el rosa fugaz de las nubes ó por el azul de un celaje puro. Así como á Suiza la caracterizan los lagos, Galicia posee en sus rías la nota dominante de su incomparable hermosura.

* * *

Algunas islas salpican caprichosamente el curso de las Rías Bajas, y la de la Toja fué hasta no hace mucho islote abandonado y desierto, donde no se alzaba ni rastro de humana vivienda. Los maravillosos manantiales que brotaban en su suelo se descubrieron por rara casualidad, semigrotesca. Cuando en Andalucía quieren expresar la aridez y ruindad de un predio, dicen que sólo sirve «para revolcadero de un burro.» Pues bien: en la Toja se reconoció el tesoro que la isla contenía, por haber servido de revolcadero de un burro precisamente. Cuenta la leyenda que en el Grove, aldeíta de la costa fronteriza, un aldeano poseía un borrico tiñoso, tan pelado y tan cubierto de costras y mataduras que daba horror. Apiadado su dueño, no queriendo matarle, le abandonó en la isla; y grande fué su asombro al encontrar, á la vuelta de algún tiempo, un rucio sano, gordo y sin mácula, y al observar que el animal tenía costumbre de revolcarse en cierto charco fangoso, donde surtía un chorro de agua hirviente. De este descubrimiento á ensayar el remedio en un ser humano poco va; y al ver que el hombre enfermo se curaba igualmente, descubiertas quedaban las virtudes de estos barros.

* * *

La medicina tendrá que estudiarlas muy á fondo, pues no basta la experiencia cosechada ya para conocer el extenso radio que la acción de estos manantiales abarca. Los profanos sólo podemos decir lo que salta á la vista. Lo primero que sorprende en los manantiales de la Toja es la extraña circunstancia de que broten casi juntos, á distancia cortísima, tres chorros, el uno casi hirviendo, el otro templado, el otro enteramente frío, como si para templar y graduar un baño los repartiese por grifos desde invisibles calderas un experto bañero. Mis conocimientos en geología é hidrografía no son bastantes para decidir si este caso es realmente tan extraño como parece. Muchos creen explicarlo todo aseverando que la isla es de origen volcánico. No falta, sin embargo, quien asegure que no hay tal origen volcánico; y en efecto, la estructura de la isla, á mi parecer, poco ó nada se diferencia de la de cualquier cerro de los muchos que se alzan en estas márgenes. Si el hecho de los tres manantiales que surten á tan diferente temperatura no es asombroso dentro de la ciencia, para los que no somos sabios confieso que sorprende y que hasta mueve á admiración.

* * *

Unica en el mundo es la composición del agua turbia y rojiza que de los manantiales se derrama. Lo mismo el *sprüdel* ó hervidero que los otros chorros, llevan disueltos en su corriente poderosos elementos vitales: yoduro, bromuro, cloruro de sodio, litina, arsénico – una composición que tiene algo de alquimia celestial. - Sumergidos en el baño de la Toja, los cojos andan, los ciegos ven, los atacados de males perniciosos salen curados y limpios. Realmente se ven aquí milagros, y se recuerdan – dentro de lo humano – los efectos de la piscina probática, después de que agitaban su tersa superficie las alas del ángel.

* * *

Venimos á la Toja algunos que no padecemos cosa grave, y sólo buscamos en los barros riqueza para la sangre y sedación para los nervios; pero la mayoría de los concurrentes *traen malicia,* como aquí dicen. Abundan sobre todo los cojos, y de los cojos, las nueve décimas partes son niños, á quienes las escrófulas obligan á usar muletas. Es conmovedor ver á los cojitos, deseosos de jugar con los otros niños sanos, de travesear alegremente, y corriendo con su pata encogida, risueño el rostro que empalideció la enfermedad. A veces, á la puerta del balneario, esperando á que se desocupe la pila, un grupo triste un padre llevando en brazos un bulto que es el cuerpo de una niña enferma, envuelta en mantas. – Generalmente los niños, en esta isla, parecen flores marchitas; si no son escrofulosos, son por lo menos linfáticos; muchos atacados de clorosis, de anemia, de esa desnutrición que roba el fosfato á los huesos; niños seriecitos, de ojos azules reflexivos ya, de piel casi transparente, con tonos de cera, de lacio pelo rubio, parecidos á los infantes que retrató Sánchez Coello. A pocos baños sus mejillas se sonrosean, sus pupilas brillan; su sangre, regenerada y tonificada, corre rápida, y les impulsa á la actividad: se les oye gritar, se les encuentra en el muelle ó en los pinares, bulliciosos como deben ser los chicos, pues no hay pena mayor que ver á una criatura «formal.»

* * *

El día en que la Toja sea lo que debe ser, y se entere España de que los barros de Lonjo curan hasta el *lupus* horrible y contienen hasta la lepra devoradora; que sobre todo atajan en su misma fuente el gran mal de nuestro siglo, el que prepara la tuberculosis, azote de la juventud, aquí habrá un Sanatorio especial para los niños. En esta atmósfera, saturada de la resina de los pinares, del salitre del mar, de las emanaciones vigorizadoras del triple chorro, los niños se impregnarán de vida, criarán fuerza, sangre roja, sólidos huesos, y saldrán á la batalla que aguarda á todo hombre, recios, firmes, animosos – libres de impurezas y de miserias fisiológicas.

* * *

Dada la índole de las enfermedades que aquí se curan hoy por hoy (pues pocos adoptan la Toja como *prevención* y casi todos la emplean para *represión),* parece extraño oir resonar las notas del piano y saber que en el salón se baila. El piano, eso sí, es una carraca; y el salón infunde melancolía, por lo tétrico del escaso alumbrado y lo lastimoso de la decoración, ya muy sucia, como lo está todo en este establecimiento. Y es curioso que, no obstante el aburrimiento que infunde verse encerrado en un islote, recluído en incómodo alojamiento, obligado á disputar como se disputa un tesoro la posesión de una pila – porque faltan pilas y habitaciones en esta época del año, – no obstante ser tantos de los bañistas enfermos graves, de empobrecido organismo, anden de excelente humor, contentos como unas pascuas, y ni aun esas quejas de la comida, del alojamiento, de los precios, del trato, que suelen oirse en los balnearios, y más cuando se hallan en estado tan primitivo como por mil circunstancias se halla éste, revelan acritud ni enojo. Y es que los bromuros disueltos en el precioso fango é incorporados por medio de la absorción al licor de las venas, difunden paz y sosiego en el ánimo. No ha mucho oí que decía un bañista: «Aquí tengo el genio mucho menos iracundo.»

* * *

De manantiales afuera, todos los balnearios descuidados se parecen; todos presentan el mismo aspecto; por todos desfilan iguales tipos. La única diferencia es que en la Toja no se ven agüistas de afición. El que llega, después de dificultosísimo viaje, á esta isla, es porque trae la firme resolución de aprovechar los baños. Así se explica que hace unos cuantos días, cuando alguno de los propietarios quiso levantar las pilas é impedir que se bañase el público, éste se armó de palos y á su vez se dispuso á allanar la casa de baños y conquistar el agua á viva fuerza. Estos baños se toman con la misma fe que el pan bendito: se toman ahora en reducidos y destartalados camarotes, como se tomaban hace quince años ó veinte, cuando el enfermo tenía que cavar ó mandar que cavasen un hoyo en la tierra, y reclinarse en aquel remedo y contraste de la sepultura, cubierto con una sábana y dejándose penetrar por el salutífero fango hasta los huesos.

* * *

Y yo os digo que donde está el fango de la Toja, del país de los grandes manantiales minerales – Galicia, – rindan el pabellón los demás fangos y salitres de Europa, que no son para descalzarlo. Sólo que la Toja es, por hoy, como el diamante en su ganga, como la crisálida en su capullo. Aquí no se oye hablar ningún idioma extranjero; aquí no vienen ni portugueses; de Madrid poca gente; de las provincias españolas casi ninguna. Y no sé lo que sucederá si algún día se hacen famosos los baños de la isla. Temo que no haya barro á mano, barro suficiente.

EMILIA PARDO BAZÁN

PENSAMIENTOS

Las grandes ideas sólo nacen en el seno de un pueblo bastante grande para defenderlas.

ART-ROE.

* * *

El público se cansa de todo menos de sí mismo.

IVETTE GUILBERT.

* * *

Lo que constituye la fuerza y la fortuna de Inglaterra es que los hombres honrados son allí tan audaces como los bribones.

LORD ABERDEEN.

* * *

Para escuchar las lecciones de la historia nos estorba el ruido contemporáneo.

MONSEÑOR DE HULST.

* * *

Los hechos son el cuerpo de la historia; el estudio de las costumbres y de las instituciones es el alma de la misma.

ROLLIN.

* * *

El fuerte retrocede á veces un paso, pero sin perder de vista el objeto que se propone y buscando otros medios para lograrlo.

MANTEUFFEL.

* * *

¿De quién dependen las reputaciones? Casi siempre de los que no tienen ninguna.

PRÍNCIPE DE LIGNE

* * *

No hay bribón que no haya tenido en su vida un día en el cual ha sido hombre de bien.

MICHELET

* * *

La memoria es como esos espejos que aumentan ciertos objetos en detrimento de los demás que los rodean.

L. LEPINE



FRANCISCO PRADILLA

En el mes de agosto del año actual cúmplense veintiún años que conocí á Pradilla. Seguramente que cuantos lean esta *semblanza* supondrán, en vista de tan antiguo conocimiento, que el insigne autor de *Doña Juana la Loca* y yo nos profesamos una buena amistad. Nada menos cierto (y á fe que lo siento que así no sea). No nos une amistad ni buena ni mediana ni de ninguna especie (si es que hay más amistad que la sincera y leal). Es más: de Pradilla no tengo noticia ni de que me conozca... personalmente.

La explicación de tan extraño conocimiento (que me hace recordar el cuento de aquel enamorado de una alta dama, que estaba á *media correspondencia* con su ídolo) es muy sencilla. Hallábame yo en Pontevedra, y cierta tarde se me ocurrió hacer una excursión artística por los deliciosos alrededores de la antigua *Helenes*. Anduve largo rato buscando un *motivo* de paisaje, que me lo *diese* para emborronar una «tablita,» y en esta rebusca fuí á parar á unos molinos rodeados de copudos castaños y de verdes prados y huertos. El lugar era pintoresco en extremo. El sol no atravesaba la movible bóveda que formaban las ramas de los árboles sino por muy contados claros; el agua que hacía girar las muelas de aquellos molinos harineros corría límpida por un lecho de guijas y de arena de color de oro; varias mujeres lavaban en el remanso; la hiedra escalaba los grietados muros y los añosos troncos. Disponíame á hacer un estudio de tan hermoso rincón de Galicia, cuando vi, sentado sobre unas piedras y con la caja de acuarela en la mano, á un pintor.

Estaba Pradilla, pues éste era el pintor, tan engolfado en su trabajo, que no se hizo cargo de mi presencia. Renuncié (¿cómo no?) á mis borrones, y cautelosamente me coloqué á la espalda del maestro. Poco tiempo pude gozar de mi contemplación. Pradilla, en un movimiento que hizo para buscar algo que necesitaba, se hizo cargo de mi «fisgoneo;» enjuga rápidamente unas cuantas gotas de agua que le habían caído en el papel, cierra la caja de los colores, y sin contestar al respetuoso saludo que como admirador suyo le dedicaba, se levanta y echa á andar apresuradamente...

Lo perdí de vista, y así que lo perdí de vista sentí un movimiento de despecho. Me pareció una decepción el mutismo del ya entonces eximio artista. Después, pasados algunos años, me reía de mi suspicacia de muchacho.

Por cierto que volví á ver la acuarela de los molinos expuesta en uno de los *saloncitos* que solía celebrar Hernández en esta corte. No la había vuelto á tocar y la acuarela estaba en la misma forma que el día en que conocí á Pradilla, esto es, sin terminar. Hoy pertenece á la infanta doña Isabel.

El carácter de Pradilla lo forma, en primer término, una voluntad de hierro. Sabida es la odisea terrible de los primeros pasos en el arte del insigne pintor. Venido á Madrid bajo los auspicios de un tío suyo, modestísimo empleado en Hacienda, comenzó por abstenerse de ir á cafés, teatros, reuniones de ninguna especie y... de tener amigos. Día y noche estaba con el lápiz en la mano, y únicamente lo dejaba para ir á copiar al Museo, del cual ha sido director, y á la Biblioteca Nacional.

Según contaba alguno de sus compañeros, Pradilla, que en esa época era alumno de la Escuela Especial de Pintura, no logró entusiasmar, á pesar de su laboriosidad, á D. Federico Madrazo. No creía éste, contra la opinión de los condiscípulos del novel artista aragonés, que rebasara de los límites de una medianía menos que discreta. ¡También los maestros se equivocan!, y Madrazo se equivocó. No sé si debido al juicio que el entonces director del Museo y de la Escuela de Bellas Artes había formado de Pradilla, ó si por que éste obrara espontáneamente, es lo cierto que, habiendo conocido á Rosales y habiéndole recibido como discípulo el autor del *Testamento de Isabel la Católica*, bajo la dirección del excelso madrileño estudió, y con tal ahinco y provecho, que Eduardo Rosales le consideró como una verdadera esperanza del arte. Por esta época comenzó á dibujar para *La Ilustración Española y Americana*, dándose á conocer ventajosamente.

Dos anécdotas que retratan el carácter de Pradilla voy á referir: la primera la escuché más de una vez de labios del malogrado Plasencia, compañero de pensión en Roma del autor de *Doña Juana la Loca;* la segunda de un amigo íntimo, también de Pradilla, cuyo nombre no revelo por razones especiales.

Vaya la primera de las anécdotas:

«Una mañana – me contaba mi querido amigo y maestro Plasencia – íbamos por las calles de Roma en dirección del café *Grecco*, y en la mitad del paseo me acordé de que tenía que dar un recado en la embajada de España. Se lo dije á Pradilla y nos encaminamos hacia allí. «Espérame, le dije, que bajo en seguida. Es cosa de unos cuantos minutos.» Efectivamente, Pradilla quedó en la calle esperándome y yo subí y tardé escasamente un cuarto de hora. Al salir, no veía á *Paco* por ninguna parte. «¿Dónde se habrá metido este hombre?,» me decía yo. En fin, después de dar varias vueltas por los alrededores del palacio de la Embajada sin alcanzar á ver á Pradilla, me disponía á marchar solo al café, cuando distinguí á mi amigo, lápiz y álbum en mano, dibujando un efecto de sol en un... *monumento de policía urbana*. Este detalle – decía Plasencia sonriéndose – le dará á usted una idea de lo incansable de la laboriosidad de Pradilla.»

La segunda anécdota tiene otro carácter más íntimo y que, á mi entender, honra al insigne pintor cuya semblanza estoy trazando, tanto como pueda honrarle el hecho más noble que haya realizado en su vida privada y la obra pictórica que más nombradía le haya proporcionado.

Habla mi incógnito amigo:

«El conde d' Epinay, artista y muy amante de los artistas españoles, suplicó cierto día al entonces director de la Academia de Bellas Artes de España en Roma, Casado del Alisal, que le presentara y llevara á su estudio (d' Epinay era escultor notabilísimo) á los pensionados Plasencia y Pradilla, de quienes tenía muy buenas referencias.

»Casado defirió gustosísimo á la invitación del conde artista, y citó á Pradilla y á Plasencia en el café *Grecco* para después de almorzar, diciéndoles que llevasen alguna pintura con objeto de que d' Epinay la viese.

»Pradilla había pintado una preciosísima tablita de paisaje en la famosa *Villa Borghese*, y Casado le advirtió que no se olvidara de llevarla. Pradilla, que deseaba venderla al primero que le diera ciento ó ciento veinticinco *liras*, que era todo lo que necesitaba para cubrir sus atenciones del mes, llevó efectivamente su obra.

»Casado del Alisal se presentó en el café, á la hora fijada, á recoger á los artistas, y juntos fueron al estudio del conde.

»Recibióles d' Epinay con gran afabilidad: les enseñó las preciosidades artísticas que alhajaban su casa y estudio, entre las que descollaban cuadros de pintores como Regnault, Rosales y Fortuny. Recayó la conversación sobre las obras que tenían entre manos Pradilla y Plasencia, y Casado dijo á d' Epinay que



FRANCISCO PRADILLA

Plasencia nada podía mostrarle, pues los estudios que hacía eran todos de gran tamaño; pero que Pradilla le había llevado un cuadrito, que si no de importancia, sin embargo creía que era digno de ser juzgado. Efectivamente, Pradilla mostró al noble escultor francés la preciosa tablita de la *Villa Borghese*, y el conde d' Epinay hizo tan calurosos elogios de la obra, que Casado del Alisal, emocionado con los laudes de su amigo, tomando el nombre de Pradilla y creyendo así interpretar los deseos de éste, le regaló la pintura. Pradilla, que no había pensado en tal cosa, no hacía más que limpiarse las gafas á cada instante, hasta que llegó la hora de la despedida.

»Ya en la calle, Casado iba por el camino hablando á Plasencia y á Pradilla de las hermosas obras de arte del conde, y Pradilla se limitaba á contestar: «¡Ah, sí! ¡Muy buenas!» Pero Plasencia, que había reparado en la emoción de su compañero y amigo, le preguntó: «¿Qué tienes, Paco? – Me duelen las

muelas, contestóle Pradilla.» Casado entonces se vuelve hacia el pensionado y con gran cariño le dice: «Vaya, vamos á ver á un dentista americano que vive aquí cerca para que le reconozca la boca. Con ese dolor no es posible hacer nada.»

»Pradilla, en vista de que su director ponía empeño en lo del reconocimiento de la boca, no tuvo más remedio que decir la verdad, y la dijo afirmando que en cuanto almorzase estaba seguro de que le pasaría el dolor, pues *todavía* no había almorzado.»

Y después de recordar esto, debo recordar también que una gran parte de los cuadritos y bocetos que trajo Pradilla de Roma cuando exhibió su famoso lienzo *Doña Juana la Loca,* los regaló á muchos de sus amigos; y aun cuando pueda pecar de indiscreto, diré también que el insigne pintor, tan pronto como recibió del Estado la cantidad que éste le abonó por el lienzo dicho, «le faltó tiempo – me dice un amigo y admirador del insigne artista – para enviar á sus padres una respetable cantidad y para dar otra no menos importante á su tío, con objeto de que éste la negociara y le ayudase á vivir con un poco más de holgura.»

Nombrado director del Museo Nacional de Pintura, Pradilla se trasladó á Madrid é instaló su estudio en un hermoso y elegante hotel de la calle de Rosales. De carácter independiente, sabiendo perfectamente cuánto vale y cuánto significa en la historia del arte español contemporáneo, no quiso soportar ciertas ingerencias ministeriales en el Museo y renunció el cargo.

Mientras tanto otros colegas suyos figuran en salones y teatros, y á menudo se les ve y *se les siente* bullir en todas partes recabando la atención pública por muchos medios que no son precisamente artísticos, Pradilla, encerrado en su aristocrática morada, pinta, pinta siempre, y á duras penas se deja ver. Las dos únicas veces que crucé la palabra con Pradilla en el tiempo que lleva de residencia en esta corte, fueron en ocasión de encontrarnos en el despacho del entonces ministro de Fomento Sr. Linares Rivas y en el estudio del escultor Querol. En ambas ocasiones pude apreciar personalmente lo que había oído acerca de su cultura.

***

Pradilla es, sin disputa, uno de los artistas más ilustrados de España, si no el primero. Habla mucho y bien, especialmente cuando se trata del arte. Una obra cualquiera excita su imaginación en grado tal, que necesita exponer su sentir, para dar así escape á las ideas que bullen en su cerebro. Saco esto á colación, porque se me viene á la memoria otra anécdota digna de ser contada.

Hace bastantes años, el Sr. Cánovas del Castillo quiso conocer á Pradilla personalmente y hubo de decírselo á uno de los amigos del artista. Efectivamente, el autor de *Doña Juana la Loca* fué presentado al Sr. Cánovas, quien le recibió en su casa de la calle de Fuencarral con toda la cortesía y cariño con que el ilustre estadista sabía distinguir á las personas de verdadero mérito. D. Antonio Cánovas estuvo largo tiempo hablando del arte de la pintura y de sus escuelas; pero tanto tiempo, que Pradilla, á quien seducía el tema de la conversación, apenas pudo decir nada. Cuando se despidieron, Pradilla encontró en la calle á un amigo y le dijo: «Salgo contentísimo: Cánovas es un hombre que habla de arte con conocimiento de causa; pero yo hubiera querido decir algo y no he podido.»

***

Hoy el insigne aragonés es el pintor español que más vende, que más se hace pagar y que más estiman los extranjeros.

De esto último doy fe.

R. BALSA DE LA VEGA



ILMO. SR. D. FRANCISCO DE P. BARNADA, Arzobispo de Santiago de Cuba — ILMO. SR. D. P. L. CHAPELLE, Arzobispo de Nueva Orleans, delegado de Cuba y Puerto Rico y encargado de Negocios de las Islas Filipinas — ILMO. SR. D. SANTIAGO H. BLENK Obispo de Puerto Rico

LOS NUEVOS PRELADOS CATÓLICOS DE CUBA, PUERTO RICO Y FILIPINAS, RECIENTEMENTE CONSAGRADOS EN LA CATEDRAL DE NUEVA ORLEANS (DE FOTOGRAFÍA)

SOLEDAD

Indolentemente recostado en cómoda butaca contemplaba yo al través de los dobles cristales de mi ventana la nieve que en espesos copos caía.

La primaveral temperatura que reinaba en la estancia, merced al acierto con que los rusos disponen en sus habitaciones los aparatos de calefacción, hacíame mirar con melancolía el cielo gris de San Petersburgo y el respetable número de grados bajo cero que acusaba el termómetro colocado en la parte exterior del marco de la vidriera.

La imaginación, obedeciendo á mi voluntad, salvaba las distancias, y con los ojos del deseo veía yo la hermosa Andalucía con su cielo sin igual y sus alegres paisajes salpicados de vivas notas de colores que la clara luz del sol hacía resaltar con armoniosa riqueza de conjunto; ya creía sentir el suave aroma del naranjo y del romero; parecíame que los pulmones se ensanchaban respirando el ambiente tibio y perfumado de los campos de mi país, y mi espíritu concebía nuevos y misteriosos deseos de dichas inefables como el vago anhelo que estremece á la juventud al aparecer la primavera...

Sin darme cuenta de ello comenzaba á experimentar los primeros síntomas de la nostalgia.

Cuando mayor empeño ponía en dar vida á l recuerdos, revistiéndolos, para sentirlos mejor, las galas más bellas que á mano encontró mi fantasía, llegaron á mi oído, algo amortiguado, quizá por la distancia, los acordes de una guitarra.

La descarga de una pila eléctrica no me habrí producido más fuerte estremecimiento que la v ción de aquellas cuerdas, eco de mis pensamientos y recuerdo de mi patria.

El instrumento andaluz por excelencia, tañido por hábiles dedos, lanzó las primeras notas de las semi dillas gitanas.

Acto seguido, dejóse oir, dulcísima é impregnada



PLACERES VERANIEGOS, cuadro de Francisco Pradilla

de pasión y sentimiento, la voz de una mujer que cantaba maravillosamente.

Yo escuchaba atónito la música, en la que iban envueltas palabras de amor

ISLA DE CUBA. – Cárdenas. La peña del estero del Vizcaíno (de fotografía de D. Pedro J. Pérez)

hondo, inagotable; del amor que sólo se extingue con la vida. Aquel canto semejaba al principio tierno arrullo, después vibró robusto é imponente como el salvaje rugido del león que se dispone á la lucha; luego se trocó en ayes de dolor, en quejas de inacabable pena y parecía que en cada nota palpitaba un pedazo del corazón de la cantante...

Con la postrera claridad del día se extinguió la última vibración de la música.

¿Quién era aquella mujer? ¿Por qué cantaba? ¿Por qué estaba en San Petersburgo?

Para satisfacer mi natural curiosidad quise conocer á la misteriosa cantante.

Venciendo no pocos obstáculos logré que por la noche, después de la comida, me permitiera ofrecerle mis respetos.

A las nueve, un criado se presentó en mi cuarto y me dijo:

– La señora condesa del Encinar le espera.

Me apresuré á seguirle; iba á conocer á aquella mujer extraña.

Confieso, aunque se me califique de pueril, que mi corazón palpitaba con violencia cuando el criado, alzando la cortina, me anunció, y que penetré en las habitaciones de mi misteriosa vecina con cierta cortedad.

La dulcísima voz hirió de nuevo mi oído.

– A nadie recibo, caballero – me decía la condesa, – pero es usted español, andaluz, y he querido hacer una excepción.

– Que me honra y agradezco cordialmente – agregué al mismo tiempo que examinaba á mi interlocutora.

Ésta era alta, esbelta y se hallaba en toda la fuerza de la juventud y de la belleza; pero era extraña belleza la suya. Advertíanse los rasgos característicos



ISLA DE CUBA. – Cárdenas. Cazadores de flamencos descansando en Cayo Boticario á la entrada de la bahía de Cárdenas. Rancho de carboneros (de fotografía de D. Pedro J. Pérez)

de la raza gitana, y en su porte y en su traje, que era de riguroso luto y extremadamente sencillo, se notaba una distinción que hacía singular contraste con el tipo, aunque armonizaba con el nobiliario título que ostentaba la mujer.

Mi curiosidad crecía.

Después de algunas circunlocuciones que creí del caso, planteé la cuestión que allí me llevaba.

La condesa sonrió tristemente y me dijo:

– Es una historia muy sencilla la que va usted á oir. Soy gitana y nací en Sevilla. Huérfana en tierna edad, fuí prohijada por una buena mujer amiga de mi madre. Conmigo entró en la casa la desdicha. Mi padrino, que era tratante en caballos, murió en una feria asesinado no sé por quién; la miseria vino con la muerte del marido de aquella buena mujer, y las penas y las lágrimas y las privaciones dejaron ciega á la que me sirvió de madre.

Compadecido de nuestra suerte un vecino habló al dueño de un café de *Cante* para que me contratara, y yo, deseando pagar algo de lo mucho que debía á mi madrina, acepté con júbilo.

Logré fama; mi voz, mi estilo y mi... belleza, ¿por qué no he de decirlo?, atrajeron numeroso público al establecimiento y empezó mi calvario. Insidias, declaraciones, proposiciones que me repugnaban..., de todo sufrí; mas de nadie hacía caso, porque sólo podía ser del hombre que cautivara mi corazón.

Y esto llegó. Un joven acudía todas las noches á oirme y á mirarme; venía siempre solo, jamás me había dirigido la palabra, pero sus ojos buscaban constantemente los míos. Aquel joven era el conde del Encinar, que había concebido por mí una pasión insensata.

Al fin me habló; breve fué la entrevista. Loco, me ofreció su mano, que al principio rechacé por razones que usted comprenderá sin que se las explique, pero al cabo hube de aceptar constreñida por él y por mi corazón.

Cediendo á mis ruegos nos casamos en el extranjero; yo era pura, pero era gitana y había sido *cantaora* y no quería avergonzar á mi marido. Viajamos, viajamos mucho; quise instruirme, educarme, atesorar condiciones que dieran á mi Gonzalo toda la dicha que yo le deseaba y él merecía...



ISLA DE CUBA. – Cárdenas. Playa de Varadero en la península de Hicacos á cuatro leguas de Cárdenas (de fotografía de D. Pedro J. Pérez)

Vinimos á esta fonda; Gonzalo cayó herido de muerte por traidora enfermedad... Venga usted aquí, á esta alcoba. ¿Ve usted esta cama? En ella murió. ¿Esta silla? Sentada en ella pasaba yo horas muy dolorosas, viendo cómo se extinguía una vida que era mía, cómo se acababa un ser que de mi ser era parte. «Soledad – me decía, – canta, canta, tu voz me hace mucho bien.» Y yo, bebiendo mis lágrimas, tomaba esa guitarra que él me regaló en tiempos felices y exhalaba con mis cantares el amor que ardía en mi alma y el llanto que no debía asomar á mis ojos para que Gonzalo no lo viera...

Y murió, quiso morir escuchándome...

Por eso paso aquí la existencia. Día y noche ruego á Dios por él; al caer de la tarde, á la hora en que por última vez quiso oirme mi Gonzalo, canto como canté para él la vez postrera.

. . . .

Desde entonces, siempre que oigo las seguidillas gitanas pienso con respetuosa ternura en Soledad, en la loca, como llamaban en la fonda á la condesa del Encinar.

Pedro de Alcalá-Zamora

LOS HOMBRES FIERAS

Estaba todo el pueblo alborotado con la llegada del *francés*, que así le nombraban todos los vecinos.

Iba el extranjero á exponer, durante los días de la feria, una colección completa de fieras indómitas y salvajes, aunque no peligrosas – según él mismo dijo al señor alcalde, para que le otorgara el permiso competente.

«Leones con melena auténtica, hijos del desierto y valientes hasta la fiereza, tigres y *tigras* astutos y temibles, lobos carniceros y salchicheros, panteras de Java y de otras provincias, oso polar de tamaño ampliado, y el ejemplar más notable de cuantos componen esta *ménagerie*...»

Así se leía en los prospectos repartidos en el pueblo por el francés, la fran-

cesa, su esposa, y dos ó tres criados de los que les acompañaban.

Una colección zoológica tan completa y tan buena nunca se había visto en la villa, ni aun quizás en la de Madrid – no colección, sino villa.

Esto decía uno de los profesores de instrucción primaria que desasnaban, ó se proponían conseguirlo, á los habitantes menores del pueblo.

¡Novillada y exposición de fieras!

¿Qué más pudieran pedir aquellos vecinos?

Permiso para que una compañía de salteadores dramáticos y cómico-líricos funcionase en una posada del pueblo, no le había dado el señor alcalde.

«No quiero que nos vengan á perturbar con funciones de esas que yo he visto en Madrid, que más me valiera no verlas.»

En el fondo tenía razón el alcalde; pero en «la forma» mucho más.

Las súplicas del director empresario de la compañía artística movilizada fueron inútiles.

No hubo teatro.

La novillada no hay para qué decir si fué del gusto del pueblo.

Como que «resultaron seis muertos y diecisiete heridos.»

¡Si se divertiría la gente!

Aparte de esto, hubo sus volteos de otros varios aficionados, forasteros unos, indígenas – ó indios – otros; pero sin más consecuencias que el golpe ó los golpes.

La instalación de fieras... «feroces» excitó sumo interés en las personas ilustradas y en las no civilizadas del pueblo.

En las horas de exposición, y particularmente en las de almorzar ó comer aquellos animalitos – las fieras, no los vecinos – estaba todo el «pueblo sano,» que decía el alcalde, en el corralón de la *ménagerie*.

Previamente habían examinado el albéitar y otros facultativos las condiciones de las jaulas, para enterarse de cuanto convenía á la seguridad personal y tranquilidad del vecindario.

Asesorado por personas tan peritas en construcciones civiles «y feroces,» consintió la primera autoridad local en la instalación del francés y familia.

El león era ejemplar notable, por más que no faltó ignorante, si bien forastero, que supusiera no sé qué falsificación de melena y patillas.

Pero el francés aseguró que eran suyas; esto es, del animal.

La leona era digna del rey de las selvas: ¡hermosa mujer!, digo, ¡hermosa leona!

Y los tigres y los lobos y todos eran ejemplares dignos de mejor suerte.

Las posturas de algunos de ellos, en momentos de distracción, eran un tanto raras en animales de «su clase.»

Pero nada más.

Comer, comían lo que les daban y con buen apetito, y aun con cierta finura para ser quienes eran.

Pero entre todos los de la *ménagerie*, el ejemplar más digno de estudio y que admiraba á los forasteros y á los naturales, era el del oso del Norte.

Animal de «gran espectáculo,» de tamaño colosal y perfectamente conservado.

Las gentes se detenían para contemplarle.

Y no se propasaban á tocarle, porque el francés y aun la *madama*, suplicaban al público ilustrado que no se expusiera á un percance grave.

– Ser terror de las personas en las nieves polares, repetía el director, y devorar *familias enteras* entre la nieve; luchar con los *cosaques* frente á frente y poner espanto al *peis*.

Aquellos ojos negros, brillantes y pequeños, la blancura del pelo, la altanería con que miraba al público..., era á un tiempo el espanto y el atractivo mayor de la exposición.

Dos vecinos del pueblo de Tauste, no muy distan-



ISLA DE CUBA. – Cárdenas. Ceiba gigantesca del potrero Magnolia, propiedad de D. José Sáez de Medina, que fué derribada para construir un fuerte (de fotografía de D. Pedro J. Pérez).

te, habían visitado la *ménagerie* dos veces, fijándose principalmente en el oso.

El director procuraba distraer á las personas que honraban «su establecimiento,» llevándolas de un lado para otro, explicando minuciosidades de cada animal y evitando el examen insistente del público á sus «artistas.»

Observó la obstinación de los dos baturros de Tauste, y trató inútilmente de apartarlos de sus investigaciones.



ISLA DE CUBA. – Cárdenas. Estero llamado del Vizcaíno en la península de Hicacos. Lugar de desembarco para ir á las salinas que están en la costa (de fotografía de D. P. J. Pérez)

Pero ellos volvían al oso.

– ¡*Mia* que es buena pieza!, apuntaba uno.

– Maño, mira, dijo el otro, que había descubierto en aquel momento una particularidad muy rara.

– ¿Qué?

– Que fuma el oso.

– ¡Otra!

El oso tenía á los pies un cigarrillo de papel.

Los baturros se aproximaron más aún, y uno de ellos preguntó al oso en voz baja:

– Hombre-fiera, ¿tú de dónde eres?

Y el oso, sin darse cuenta de lo que representaba en aquel momento, respondió:

– De Tauste.

Eduardo de Palacio

. . . .

NUESTROS GRABADOS

Isla de Cuba. Cárdenas. – Los grabados que en esta y en la anterior página publicamos están tomados de las artísticas fotografías que ha tenido la amabilidad de remitirnos el distinguido fotógrafo de Cárdenas D. Pedro J. Pérez, á quien damos las gracias por su atención. Representan algunos sitios pintorescos de los alrededores de aquella ciudad, acerca de los cuales vamos á dar algunas noticias explicativas.

La costa de la península de Hicacos que corresponde á la ensenada de Cárdenas, presenta, dos kilómetros antes de llegar á la punta de Hicacos, una ensenadita en la cual desemboca un canalizo estrecho que conduce á un desembarcadero, el estero del Vizcaíno, que sirve de punto de desembarco para ir á las salinas. En aquel estero hay un inmenso peñasco que se adelanta sobre el mar, cuyas aguas han socavado de tal manera su base que debajo del saledizo que hoy forma la peña podría guarecerse cómodamente una compañía de soldados. Sobre aquella roca vense todavía las ruinas de una casa que se supone fué habitada por un náufrago vizcaíno que, según se cuenta, pudo salvarse en aquella costa y vivió muchos años en aquel estero que hoy lleva su nombre.

Las playas de Varadero están situadas en el centro de la península de Hicacos, que tiene nueve leguas de longitud y se extiende hacia el Norte en forma de arco, ofreciendo un hermoso panorama. En 1860 los cardenenses aficionados á la caza y á la pesca construyeron en aquellas playas varias casitas de recreo, las cuales fueron la base del caserío que allí existe actualmente, en donde todas las familias acomodadas de Cárdenas tienen sus quintas de recreo para pasar el verano y tomar baños de mar.

Entre los varios cayos que cierran la ensenada de Cárdenas merece especial mención el llamado Boticario porque, debido á la abundancia de marisco que hay en sus restingas, acuden á él en inmensas bandadas los flamencos que suelen hacer sus nidos en los manglares de la costa. El mangle negro es allí abundantísimo, y como su madera es aprovechable para hacer carbón, de aquí que el cayo esté siempre habitado por carboneros, en cuyos ranchos hallan descanso los aficionados á la caza que frecuenten aquellos lugares.

La hija del pescador, cuadro de Dionisio Baixeras (Exposición Robira, Escudillers). – La vida artística de Baixeras data casi desde su infancia, pues no había aún cumplido los diecisiete y su nombre ocupaba ya uno de los primeros puestos entre la pléyade de pintores que honran á Cataluña. La firma de Baixeras en el mercado del arte, y permítasenos la frase, es de aquellas que se cotizan á elevado precio y es buscada con afán por los inteligentes. Con sobrado trabajo de encargo, rara vez aparece expuesta una obra de Baixeras, y aun en tales ocasiones suele el lienzo estar vendido.

Cultiva con provecho todos los géneros, sobresaliendo, sin embargo, en la pintura de costumbres marítimas, en la que pocos rivalizan con él y en el que tal vez ninguno le iguala en la verdad y expresión de los tipos. La copia de su hermoso cuadro «La hija del pescador,» que damos en el presente número, certifica lo que dejamos expuesto.

El P. José de Calasanz de Llavaneras. — El humilde capuchino español P. José de Calasanz de Llavaneras, desde el 22 de junio último cardenal Vives, nació en San Andrés de Llavaneras (provincia de Barcelona) el día 15 de febrero de 1854. Educado en el Colegio de Padres Escolapios de Mataró, ingresó á la edad de dieciséis años en la Orden Capuchina, pasando el noviciado en Francia y siendo ordenado de sacerdote en Panamá, á cuyas misiones le llevó consigo el padre Segismundo de Mataró Desterrado por la revolución á la república de Guatemala y posteriormente á la del Ecuador, obligáronle las repetidas revueltas políticas á dejar aquellos Estados. En 1872 partió para California con otros religiosos, pasando más tarde á Francia y después otra vez al Ecuador. Tras muchos años de ausencia pudo regresar á España, y restablecida la Orden Seráfica en varias ciudades de la península, fué nombrado Guardián del Convento de Igualada. En 1885, ó sea después de un trienio, asistió al Capítulo general que celebró la Orden Capuchina en Roma, y allí se quedó con el cargo de Secretario del nuevo General de Capuchinos, después con el de Vicelador general de España y más tarde con el de Definidor general de la Orden. Además fué nombrado por León XIII Consultor de la Congregación *De Propaganda Fide* y de las del Concilio de negocios extranjeros, Examinador del clero



UNA FUENTE EN GRANADA, cuadro de Ricardo Brugada (Salón Parés)



LAVANDERAS ASTURIANAS, cuadro de Enrique Martínez Ruiz

romano é individuo de la Comisión pontificia para ordenaciones anglicanas, y un mes antes de su promoción al Cardenalato se encontraba en Suiza cumpliendo los deberes de una misión delicada y trascendental que á su inteligencia y celo había con-

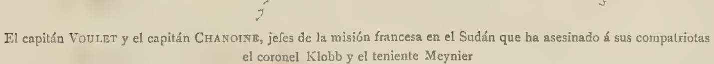


EL P. JOSÉ DE CALASANZ DE LLAVANERAS, recientemente elevado al cardenalato

fiado el Romano Pontífice. Tal cúmulo de obligaciones no le han impedido cultivar con fruto las letras, y de su pluma han brotado tratados de Teología, Dogmática, Moral, Mística, Derecho Canónico, Hermenéutica Sacra, además de sinnúmero de artículos y estudios con que ha colaborado en los Anales de la Orden que ven la luz en Roma. Todos los mentados méritos, puramente personales, debidos no á vanas grandezas ni á influencias cortesanas ni á intrigas políticas, sino á sus virtudes y al poder intelectual de su espíritu, le han facilitado el ingreso en el Sacro Colegio Romano, donde ha pasado á ocupar la silla vacante por defunción del cardenal Massalla.

Los capitanes Voulet y Chanoine.—Un acontecimiento en extremo grave ha ocurrido hace poco en el Sudán francés. De las noticias oficiales del Ministerio de las Colonias resulta que el teniente coronel de artillería de marina Klobb y el teniente Meynier han sido asesinados por la misión mandada por los capitanes Voulet y Chanoine. Estos dos, acompañados de otros tres oficiales, de dos sargentos, veinte spahis, doscientos cincuenta tiradores indígenas y un millar de conductores de impedimenta, se dirigían al lago Tchad. Por el camino cometieron grandes abusos y terribles crueldades que fueron denunciadas por el teniente Peteau, que se separó de ellos, en vista de lo cual el gobierno ordenó al teniente coronel Klobb que fuera en su busca, que practicara por el camino una información, se encargase del mando de la misión y procediera contra los citados capitanes según lo que de esa información resultara. Salió el coronel de Kayes el 18 de abril último al frente de una pequeña escolta, y á primeros de agosto regresaron á Dasso algunos de sus soldados, los cuales refirie-





El capitán VOULET y el capitán CHANOINE, jefes de la misión francesa en el Sudán que ha asesinado á sus compatriotas el coronel Klobb y el teniente Meynier

ron que Klobb había encontrado á la misión cerca de Zinder, en el Damergú, que el capitán Voulet le había escrito diciéndole que si avanzaba le recibiría á tiros, y que habiendo el teniente coronel despreciado tales amenazas, salió al encuentro de los rebeldes, quienes le recibieron con una descarga que dejó muertos á Klobb y al teniente Meynier. Este hecho ha causado en Francia profunda sensación y tanta más extrañeza cuanto que Voulet y Chanoine, hijo éste del ex ministro de la Guerra, se distinguieron en 1896-97, cuando eran sólo tenientes, en una enérgica y hábil campaña en el Mossi, y gozaban de gran reputación en el ejército colonial.

Los nuevos prelados de Cuba, Puerto Rico y Filipinas. — Recientemente han sido consagrados en la catedral de Nueva Orleans el Ilmo. Sr. D. Francisco de Paula Barnada y el Ilmo. Sr. D. Santiago H. Blenk obispos de Santiago de Cuba y de Puerto Rico respectivamente. El consagrante fué Monseñor Chapelle, arzobispo de Nueva Orleans, Delegado Apostólico extraordinario en Cuba y Puerto Rico y Encargado de Negocios en las Islas Filipinas. El obispo Monseñor Barnada nació en Santiago de Cuba en 1835, ordenóse en 1858, gradúose de doctor en Salamanca, y desde 1861 á 1888 desempeñó la cátedra de Filosofía y Teología en el Seminario de la Habana. En 1888 pasó á residir en Matanzas, hasta que últimamente fué nombrado por el papa obispo de Santiago y metropolitano de Cuba. Investido de plenos poderes para la reorganización de la Iglesia cubana, se le considera como hombre muy á propósito para este cometido, que no deja de ser difícil en el actual período de transición por que atraviesa aquella isla.

El obispo Monseñor Blenk nació en Nueva Orleans, en donde hizo sus primeros estudios, que luego completó en otros colegios del Norte. Deseando ingresar en la orden de los Maristas, entró en el colegio de Jefferson (Luisiana) y pasó después á Francia y á Irlanda. Ordenado en 1885, volvió á Luisiana y fué en 1891 y 1897 presidente del colegio de Jefferson, habiéndose portado en aquella ocasión heroicamente durante la fiebre amarilla que en la última citada fecha asoló aquella ciudad. Cuando el arzobispo Monseñor Chapelle fué nombrado Delegado Apostólico en Cuba y Puerto Rico, en la primera visita oficial que éste hizo á aquellas islas acompañóle, en calidad de auditor, el P. Blenk, habiendo desplegado en aquella ocasión tanta habilidad y demostrado tan exacto conocimiento de la situación, que el arzobispo lo escogió luego para que se pusiera al frente de la reorganización de la Iglesia portorriqueña.

El arzobispo Monseñor Chapelle verificará en noviembre su segunda visita á Cuba y Puerto Rico. Tiene actualmente sesenta años y ha sido secretario del cardenal Gibbons, beneficiado de la iglesia de San Mateo de Wáshington, coadjutor del arzobispo de Santa Fe (Nuevo Méjico) y arzobispo de esta última diócesis, hasta que en 1898 fué nombrado arzobispo de Nueva Orleans, cargo que actualmente desempeña.

Placeres veraniegos, cuadro de Francisco Pradilla.—Se trata de una obra de uno de nuestros primeros pintores contemporáneos, cuya semblanza publicamos en este mismo número, y por consiguiente nada hemos de decir en elogio del cuadro ni del artista. Las bellezas del primero saltan á la vista, y en cuanto al segundo ¿qué podríamos añadir por nuestra cuenta al juicio imparcial y exacto que acerca de él emite en su artículo nuestro querido colaborador y crítico reputado Sr. Balsa de la Vega?

Una fuente en Granada, cuadro de Ricardo Brugada (Salón Parés). – *Una fuente en Granada* constituye una bellísima composición genuinamente andaluza en la que, aparte de la seguridad y delicadeza de los trazos, obsérvase la brillantez siempre agradable de tonos que ofrece aquel rincón de la tierra española, que á los encantos de la naturaleza, pródiga, bella y fecunda, une el atractivo de sus leyendas, el recuerdo de su grandeza y las tradiciones de sus alcázares. Ricardo Brugada, saturado su espíritu por el dulce ambiente de los cármenes granadinos, por la poesía de sus callejuelas y por la belleza de sus bosques, arranca de su paleta esas combinaciones de color que sólo puede trasladar al lienzo quien cultive el arte con entusiasmo y conozca y sienta el país en donde halla asuntos en que inspirarse.

Resultado de su estancia veraniega en la que fué capital de los monarcas nazaritas es el bonito lienzo que reproducimos, que además de las circunstancias que apuntamos tiene marcadísimo el sello de la localidad.

Lavanderas asturianas, cuadro de Enrique Martínez Ruiz.—Hace poco publicamos *El Viático en la aldea*, del joven pintor Sr. Martínez Ruiz, premiado con segunda medalla en la última exposición celebrada en Madrid. El cuadro del propio autor que hoy reproducimos pertenece á un género muy distinto de aquél: en el primero predomina la nota dramática, en éste la nota alegre; el uno es sombrío, el otro todo luz; el primero entristece el ánimo, el segundo encanta y regocija. Con estas dos obras se ha acreditado el señor Martínez Ruiz de discípulo digno de su padre y maestro, el ilustre Martínez Cubells, dando pruebas en ambas de que sabe sentir y expresar la verdad en sus más varios aspectos, de que domina la técnica en sus más opuestas manifestaciones, de que ejecuta con igual maestría la figura y el paisaje y de que con la misma perfección combina en su paleta los tonos obscuros de la humilde calleja, apenas iluminada, que los colores brillantes de la naturaleza al aire libre, bañada por los rayos del sol.

Roberto Bunsen.—El día 16 de agosto último falleció en la ciudad de Heidelberg el eminente físico y químico alemán Roberto Guillermo Bunsen. Había nacido en 1811 en Gottinga, en donde hizo sus primeros estudios que luego completó en París, Berlín y Viena. En 1836 sucedió á Woehler en la cátedra de Química del Instituto Politécnico de Cassel, fué luego profesor de la Universidad de Marburgo y en 1851 pasó á la de Breslau, de donde salió en 1852 para desempeñar la cátedra de Química de la de Heidelberg. Sabio eminentísimo, conocido universalmente, á su nombre van unidos, entre otros grandes descubrimientos, el del antídoto del arsénico, el de las relaciones de la electricidad aplicadas á las descomposiciones químicas, el de la pila de su nombre y sobre todo el del análisis espectral que realizó en unión de Kirchhoff. Deja además escritas varias importantes obras, entre las cuales ci-



El eminente físico y químico R. W. BUNSEN, fallecido en 16 de los corrientes

taremos: *Descriptio hygrometrorum; El hidrato de hierro, contraveneno del arsénico blanco y del ácido arsenioso; Métodos gasométricos; Instrucción para el análisis de las cenizas y de las aguas minerales; Combinaciones de los cianuros dobles con el amoníaco; Método volumétrico de una aplicación general; Análisis químico basado en las observaciones del espectro; Preparación eléctrica de los metales alcalinos y alcalinotérreos.*

En la feria, cuadro de Baldomero Galofre (Exposición Robira). – Al igual de todos los que huyen de la vulgaridad ó de conocidos moldes, ha procurado Baldomero Galofre tener carácter propio; y buscando en su patria y en cuanto le rodea, vive y se agita el medio de su acción, produce admirables cuadros de costumbres y tipos nacionales que vienen á ser, por su constante labor y no interrumpida producción, la historia contemporánea pintoresca de nuestra patria, ya que la representa con los contrastes que ofrece el ayer que inspira con la actualidad que atrae, con la diversidad de tipos que constituyen nuestra nacionalidad, con los varios tonos que ofrecen los trajes, las telas, los rasgos de provincialismo y ese conjunto reunido y dispuesto con arte, en acción, con movimiento y vida.

Todos los dibujos y cuadros que produce tienen ese algo que distingue las obras del pintor reusense. En ellas márcanse las cualidades que apuntamos, ó sea el valor de la acción y el vigor que les imprime el artista, según puede observarse en el cuadro que reproducimos, que forma parte de la copiosa colección de asuntos españoles que de continuo se acrecienta y forma la historia artística de Baldomero Galofre.

Necrología. – Han fallecido:

Monseñor de Harlez, profesor de la Universidad de Lovaina, famoso orientalista y teólogo, autor de varias notables obras filosóficas y de traducciones de importantes obras orientales desconocidas hasta que él las tradujo.

Pedro de Mol, celebrado compositor flamenco, autor de varios oratorios, cantatas y óperas.

Pedro Chesnelong, senador inamovible francés, político y orador notable.

S. Emma. el cardenal Isidoro Verga, ex Penitenciario Mayor y actualmente Prefecto de la Sacra Congregación de Ritos.

Juan B. Villa, notable escultor italiano.

Hugo Koenig, pintor alemán, uno de los más distinguidos artistas de la sección muniquense.

Adolfo Schreyer, notable pintor alemán, especialista en la pintura de animales.

Gabriel Deveria, uno de los más célebres sinólogos franceses, catedrático de chino en la Escuela de Lenguas Orientales de París y miembro del Instituto de Francia.



Entonces comenzaron las excursiones caritativas á las cabañas...

CORAZÓN DE SACERDOTE

Novela original de H. S. de Forge. – Ilustraciones de Marchetti

(continuación)

Conforme se lo anunció M. Jouvenot, se le confió enteramente la dirección de Heraldo. Pablo redactó con cuidado un programa de estudios, de ejercicios físicos, de paseos, que se observó exactamente, y supo ejercer su autoridad con tanta dulzura, comunicar tanta amenidad á sus lecciones y ejercicios, que logró triunfar de las resistencias de Heraldo, un poco recalcitrante al principio, cautivar su atención y conquistar su afecto.

Solamente á la hora de las comidas, maestro y discípulo salían de su estudioso retiro y se reunían con la familia; pero todas las noches, en el momento fijado por su reglamento, el cura salía del salón con Heraldo, á pesar de las apremiantes instancias de Mad. Jouvenot, que en vano se esforzaba por retenerlo. Así, pues, durante estos cortos instantes y en condiciones ordinarias era cuando Pablo veía á Lucila.

Esta organización en el género de vida, conocida de Marta, había calmado un poco los temores que concibiera, sin expresarlos, cuando su hijo le describió lo que pasó la primera noche. Además, veía á Pablo tan embebido en su obra de educación, entregado tan enteramente al trabajo, tan francamente satisfecho, que por fin acabó por tranquilizarse.

Pero no tardó en variar la situación.

Lucila era de carácter muy serio. Sólo aceptaba de

la vida social de su madre la parte indispensable, y apenas quedaba libre, corría á encerrarse en el aposento que ocupaba debajo del de su hermano. Allí, en compañía de Mlle. Larivière, dedicada á algún complicado bordado de tapicería, pasaba horas enteras entre su piano, sus pinceles y sus libros. Sabía lo necesario para poder apreciar lo insignificante de la instrucción literaria que le había dado su institutriz, y ganosa de aprender, había emprendido la tarea de ampliar esa instrucción. Pero también comprendía que, entregada á sí misma sin guía, ponía en sus esfuerzos mejor voluntad que método y el resultado era muy pobre.

En cierta ocasión quedó detenida por una grave dificultad. Mlle. Larivière se declaró francamente incapaz de allanarla, y aprovechando la oportunidad, propuso que subieran á la Biblioteca á consultar al señor cura. Hacía mucho tiempo que la institutriz meditaba esta visita. Ver á Pablo únicamente á las horas de comer y en medio de las conversaciones generales no bastaba á las aspiraciones de la sentimental aya. Su pensamiento, subiendo de continuo al otro piso, iba á visitar al amigo tan cercano y tan alejado al propio tiempo.

Lucila aceptó la proposición con tanto mayor gusto cuanto que tenía el mismo deseo, aunque por muy diferente motivo. No se atrevía á pedirlo, pero anhelaba que el cura se encargara de la dirección de sus tareas literarias.

Pablo dió fácilmente la explicación pedida, añadiendo otras lúcidas y eruditas que difundieron una luz en el espíritu de la joven.

Estaba ya abierto el camino. Dos días después, ocurrió una segunda dificultad y las dos mujeres subieron otra vez á consultar al preceptor.

De aquí resultó que acabaron por subir todos los días á la biblioteca y Pablo tuvo dos discípulos en vez de uno. Daba á Lucila un verdadero curso de literatura, escogiendo sus lecturas, comentadas con la mayor competencia, sintiéndose verdaderamente inspirado y experimentando gran placer en cultivar aquella inteligencia joven, delicada, prendada de lo bello.

Horas deliciosas que transcurrían demasiado rápidas en aquel santuario del trabajo, en medio de una tranquilidad recogida y en el culto de las obras maestras de la inteligencia. ¡Cuán preciosas eran para la discípula estudiosa y halagada; para el aya, que mientras bordaba sus tapicerías, escuchaba ávidamente las lecciones tal vez sin comprenderlas siempre, y para el profesor sinceramente convencido de que únicamente la pasión de las letras inspiraba y dirigía su celo.

Y en el corazón de Pablo se precisaba un sentimiento nuevo para él, algo extrañamente dulce y profundo, una simpatía invencible por aquella joven que le escuchaba atenta, fijando en él sus límpidos ojos.

A menudo, al retirarse á su cuarto, situado junto al de Heraldo y sencillamente amueblado, el cura se ponía á pensar en Lucila, mientras trabajaba á la tenue claridad de su lámpara moribunda. La graciosa imagen que su memoria le recordaba frecuentemente, le había asustado un poco al pronto. Luego había sondeado su corazón, escuchado las ideas que se agolpaban en su cerebro, y en vez de aquel miedo de amar que había tenido, no encontraba en conciencia más que un sentimiento muy sencillo, hecho de respetuosa adhesión á la discípula, de simpatía real por la compañera, de admiración por la doncella.

Había llegado la época de instalarse en el campo. M. Jouvenot poseía en unos oteros de las cercanías de Corbeil, á orillas del Sena, un viejo castillo de origen feudal, que había restaurado artísticamente y en el que su familia pasaba la temporada de julio á á noviembre. Prosiguieron los estudios literarios á la sombra de las frondosas arboledas, interpolados de largos paseos por el cercano bosque y alegres excursiones organizadas por Mad. Jouvenot, siempre alegre y animada.

Luego venían las veladas en que las conversaciones pasaban de un asunto á otro, ennoblecidas y poetizadas por la impresión íntima de la naturaleza circunvecina. Cada cual emitía sus ideas con una espontaneidad exenta de las exigentes conveniencias sociales, y el cura podía de este modo conocer mejor el alma cándida y elevada de Lucila A cada momento descubría en ella tesoros cuya riqueza admiraba su piedad de sacerdote, y él mismo se maravillaba del soplo ardiente de sus propias palabras que salían de pronto con gran afluencia.

Ocurriósele un día enseñar á Heraldo, acostumbrado á todos los goces, á todos los lujos, el lado severo y triste de la vida, haciéndole presenciar miserias y padecimientos. Cuando anunció este proyecto á Mad. Jouvenot, Mlle. Larivière se entusiasmó y quiso proporcionar también á Lucila las mismas saludables enseñanzas. Entonces comenzaron las excursiones caritativas á las cabañas donde Pablo y Heraldo, el aya y Lucila iban juntos á llevar un poco de bienestar material y moral.

Los domingos iban á misa al pueblo. Allí, salían los rezos de labios de Pablo tiernos, ardientes, mientras Lucila tocaba el órgano, ó bien mezclaban sus voces cantando himnos religiosos, una profunda y grave, otra graciosa y dulce, y ambas impregnadas del mismo acento de fervor y de fe.

De este modo, todos los detalles de la vida común, el trabajo y el recreo, la caridad y la religión, iban acercando de continuo á la joven y al sacerdote. Se buscaban de buen grado sencilla, francamente y á la luz del día. Ella se reunía con él como con el maestro simpático que formaba su espíritu, y él veía en ella una discípula escogida que respondía maravillosamente á sus esfuerzos. Y nada más.

Al regresar de aquella temporada campestre que tanto le había gustado, Pablo se quedó muy sorprendido al ver que su madre, á quien en sus muchas cartas había dado cuenta detallada de su transitoria residencia, le hablaba de pronto de su sueño de otro tiempo, del curato de aldea, de la casita blanca perdida en la campiña. Le incitaba á volver á los primeros proyectos con incomprensible instancia, y llegaba hasta á ofrecerse para hacer por sí misma las diligencias necesarias, prendada repentinamente de una determinación que su ambición maternal desaprobaba antes.

El cura respondió con razón que los mismos motivos que antes le habían obligado á renunciar á aquel proyecto seguían existiendo y no menos imperiosos. Además, decía, tenía nuevos deberes que cumplir, y no le asistía el derecho de sustraerse á ellos. Ahora tenía cura de almas en la familia en la cual comprendía que ejercía una influencia saludable, y con toda la franqueza de su ingenuidad enumeraba los progresos ya realizados y los que juzgaba necesarios, posibles é inmediatos.

¿Tenía el derecho de abandonar á Heraldo, á quien había realmente transformado? El pequeño fatuo que le habían confiado, ignorante, perezoso, muy pagado de sí mismo, comenzaba á ser un niño amable, sencillo, laborioso, cuyas buenas disposiciones naturales, reprimidas hasta entonces, se desarrollaban cada día. Lucila, con su inteligencia excepcional, hacía continuos progresos y todavía estaba al principio del programa que él le había trazado... Mad. Jouvenot empezaba á comprender que hay cosas más divinas que los caramelos de Boissier y más deliciosas que el teatro de la Opera; su lenguaje era de día en día más templado; hacía visibles y laudables esfuerzos por huir de las exageraciones que antes se limitaba á censurar en los demás. ¿Podía interrumpir esta segunda educación que con tanto gusto daba á la hija y la acción favorable que ejercía en la madre?

El mismo M. Jouvenot, el parisiense escéptico y frívolo, escuchaba sus conversaciones serias que le iniciaban en más elevadas ideas.

A menudo, cuando el notario podía dar de mano á sus ocupaciones y pasar el día entero en el campo, el cura y él iban á dar largos paseos por el bosque sosteniendo interesantes conversaciones, siendo ostensible que aquel hombre distinguido de espíritu y de corazón, pero hasta entonces exclusivamente ocupado en sus negocios y en sus placeres, iba tomando cada día mayor gusto por aquellas conversaciones, elevadas sin ser severas, que le revelaban un mundo de ideas desconocidas.

Por este concepto, Pablo desempeñaba también una misión buena y útil. ¿No sería una falta renunciar á ella?

Todo esto era muy justo y Marta tuvo que reconocerlo. Callaba; pero suspirando, porque su perspicacia maternal le descubría un peligro que Pablo no veía.

... De este modo pasaron cuatro años de vida sosegada, sin perturbación aparente, sin que el sacerdote se creyera jamás animado de otro amor que el del deber, inspirado por otra pasión que la de su tarea.

V

Mad. de Sennevaux era una mujer verdaderamente simpática por todos conceptos, sencilla, amable para todos, siempre afectuosa, enemiga de la murmuración y la maledicencia, que no veía en los demás más que las buenas cualidades y nunca los defectos, y que buscaba para los defectos, cuando eran muy patentes, cualquier circunstancia atenuante que la permitiese ejercer su innata bondad, y aparte de todo esto, era todavía bella, á pesar de sus cincuenta años cumplidos y de sus canas.

Desde que quedó viuda, había consagrado su vida á su hijo Roger, á quien quería hacer digno de su padre. Volvió á frecuentar la sociedad en el momento oportuno, pues ni quería entristecer la juventud de su hijo, ni cansar á nadie con las egoístas demostraciones del luto eterno íntimamente encerrado en su corazón, rodeando á Roger de todos los cuidados que su solicitud maternal le sugería, para hacer de él, con su nombre, su fortuna y sus tradiciones, un hombre de pro.

Lo había conseguido plenamente. Roger, después de hacer excelentes estudios en el colegio Stanislas, había pasado al de Saint-Cyr; y salido de allí con uno de los primeros números de su promoción, se le envió en seguida á combatir como oficial de spahis al Sud-Oranés, luego al Tonquín, donde había conquistado su segundo galón con un hecho de armas brillante en el que dió pruebas de valor y de iniciativa. En fin, hacía dos años que estaba en el Senegal, aguardando el momento de un ascenso bien merecido para regresar á Francia.

Tan sólo algunas licencias pasajeras habían interrumpido la larga separación de la madre y del hijo. Jamás había parecido inquieta, jamás trascendían al exterior los disgustos de su aislamiento ó sus ansiedades íntimas. Cuando algún amigo le manifestaba su extrañeza por las prolongadas y peligrosas ausencias de Roger, respondía con calma:

– Hace lo que hubiera hecho su padre..., todo va bien.

Pero ¡con qué afán aguardaba el día en que debía volver á su lado su hijo, lleno ya de gloria! ¡Qué gratas esperanzas alimentaba para el momento en que, regresado ya junto á ella, pudiera disfrutar su vida en medio de una paz bien ganada por él y también por ella! ¡Qué dulces ensueños acariciaba, en los que aparecían preciosas y sonrosadas criaturas que endulzaban su vejez y hacían revivir en torno suyo á su pequeño Roger de otro tiempo! Legítima recompensa de todos sus esfuerzos, de su soledad tan animosamente soportada, de sus largos sacrificios, de su existencia consagrada por completo al deber con tanta sencillez.

Pablo era una de sus visitas más asiduas, y pasaba con ella todos los momentos de libertad que no consagraba á sus padres. ¡La comprendía tan bien con su elevado concepto de cuanto era grande y delicado! Ella, por su parte, encontraba en el joven sacerdote el recuerdo querido del ausente, su infancia en Ganneville, sus estudios comunes en Stanislas, su intimidad de los domingos cuando el alegre alumno de Saint Cyr iba por espacio de horas enteras á animar los pórticos severos del Seminario, y su ardor igual en los nobles entusiasmos de los veinte años, su fe análoga en lo bello y en lo bueno, su voluntad idéntica de una vida recta y generosa.

El sacerdote le contaba también su existencia, sus esfuerzos, sus luchas, sus éxitos; y hablando con toda libertad ante aquella segunda madre, le pintaba la familia á que se había consagrado, y en sus relatos repetía con toda frecuencia el nombre de Lucila, hacía de esta joven un retrato tan entusiasta, que un día cruzó por la mente de Mad. de Sennevaux una idea, al principio un poco vaga.

Con la destreza adquirida en su trato social y con cierta diplomacia materna hizo contestar al entusiasta preceptor á un interrogatorio en el que gradualmente iba concentrando las preguntas, y Pablo se quedó un día grandemente admirado cuando madame Jouvenot le dijo:

– Hoy hemos visto á una señora que le adora..., es decir, que le quiere á usted tiernamente..., la condesa de Sennevaux. La hemos encontrado por casualidad de visita en una casa. Es deliciosa..., ideal..., quiero decir amabilísima. Le he hecho prometer que vendría á vernos. Pronto seremos amigas.

Pablo apoyó aquella opinión, dando rienda suelta á su afecto casi filial á Mad. de Sennevaux. Luego hizo tan caluroso elogio de Roger, que provocó la desdeñosa sonrisa del secretario Adalberto Deruel y el sincero enternecimiento de Mad. Jouvenot.

– ¿En qué se ocupa ese maravilloso caballero?, preguntó irónicamente Adalberto.

– ¿Qué edad tiene?, preguntó á su vez Mad. Jouvenot.

– Tiene treinta años y es oficial, contestó Pablo.

– ¡Ah! ¡Es un soldado!, replicó el secretario con desdén.

– Sí, es un soldado, un glorioso soldado que ha diez años sirve á su patria en Argelia, en el Senegal, en el Tonquín, uno de los caracteres más perfectos y de los corazones más nobles que darse pueda.

Este ditirambo entusiasta agradó á Mad. Jouvenot tanto como disgustó á Adalberto. Uno y otra, al oir hablar de Roger en aquellos términos, habían concebido de pronto una preocupación idéntica, aunqu-

bajo la impresión de sentimientos muy diferentes. Pablo, el íntimo amigo de Mad. de Sennevaux y de Roger, acababa evidentemente de desempeñar un encargo que se le había confiado y de presentar la candidatura del oficial á la mano de Lucila.

La joven había tenido ya muchos partidos, pero sin que ninguno le cuadrara.

Aunque sus padres habían contado casarla á su gusto para redondear su fortuna, y calculaban la felicidad futura de su hija por la necia experiencia de su unión personal, Lucila se había propuesto no entregar su corazón sino á aquel á quien amase, y sustentaba esta idea con tal tenacidad que nada bastaba á hacerla desistir de ella. En aquel medio ambiente, hastiado y escéptico, de burguesía ostentosa, la joven se había formado una idea exclusivamente propia del amor; había comprendido que no era el trato vulgar y locuaz de sus padres; tampoco veía en él nada de complejo ó extraordinario; para ella era una cosa enteramente sencilla, verdadera, sincera, y estaba dispuesta á esperarla lo que fuera menester, tal vez mucho tiempo, quizás siempre, según la voluntad de Dios. Su madre, aunque deseosa de casarla, no había insistido. Todos los pretendientes que hasta entonces se habían presentado llevaban nombres muy honrados sin duda, pero plebeyos, y precisamente Mad. Jouvenot tenía á los títulos de nobleza, y hasta á la simple preposición *de* antepuesta al apellido, un respeto rayano en veneración. La desesperación de su vida era el sonido vulgar de su apellido. Por fortuna, sus padres previsores le habían puesto el nombre de Matilde, y al presentarse en los salones nunca dejaba de hacerse anunciar: «Matil*de* Jouvenot,» lo que halagaba su oído con una ilusión deliciosa. Por la misma razón había llamado á su hijo Heraldo, y si Lucila no se había aprovechado de esta ingeniosa estratagema consistía en que estaba destinada á no ser momentáneamente más que una Jouvenot. Aunque Roger no hubiera tenido todas las cualidades que Pablo le atribuía, tenía una que á los ojos de aquella señora valía por todas: era conde... ¡Lucila, condesa de Sennevaux! Mad. Jouvenot habría concedido en el acto á Pablo la mano de su hija para su amigo si se la hubiese pedido.

Lo que tanto agradaba á la madre era precisamente lo que alarmaba al secretario.

Adalberto vivía de dos esperanzas: *realizar,* según su expresión cínica, á su padre que se obstinaba en no morir, retirado en un pueblo de provincia, y casarse con su prima. Pero no porque la amara. El amor, como cualquier otro sentimiento noble, era extraño á aquel corazón, lleno únicamente de sí mismo y que se jactaba de no creer en nada, y en Lucila no había visto más que un atractivo, el de su dote.

Si no se había declarado todavía, era únicamente porque en el caso de una negativa, que no le parecía muy verosímil, aunque no imposible, temía perder la lucrativa prebenda debida á la generosidad de M. Jouvenot. Hasta entonces no le había preocupado gran cosa ninguno de los pretendientes á la mano de Lucila, porque conocía los apetitos nobiliarios de Mad. Jouvenot. Pero en esta ocasión el peligro era grave, y el secretario concibió una saña violenta contra aquel maldito cura que acababa de presentar la temible candidatura de su amigo.

Hacía cuatro años que Pablo y Adalberto vivían bajo el mismo techo sin que se hubiera establecido entre ellos ningún vínculo de simpatía. Las necias burlas de Deruel, frecuentes al principio, no habían hecho ninguna mella en el cura; pero no tardó éste en conocer toda la nulidad vana y presuntuosa de aquel hombre, y no confiando en sacar de él nada bueno, se limitaba á mirarle con completa indiferencia. Adalberto, por su parte, había acabado por cansarse de dirigir ataques que no producían ningún efecto, y de este modo se estableció entre ellos una especie de tregua en que sus relaciones se limitaban á lo que exigía la urbanidad más estricta.

Pero el secretario, amenazado en sus esperanzas y en sus intereses, sintió de nuevo un violento rencor y se puso tanto más irritado cuanto más inminente veía el peligro.

Mad. de Sennevaux hizo una visita á Mad. Jouvenot, visita que ésta le devolvió inmediatamente; luego dieron principio las invitaciones y se estableció entre ambas una verdadera intimidad. Las dos madres parecían estar ya de acuerdo, y estrechaban sus manos con una especie de misteriosa inteligencia. Cuando Mad. de Sennevaux anunció que Roger, ya capitán, acababa de embarcarse en Dakar para Francia, Mad. Jouvenot la abrazó exclamando:



... la condesa explicó á M. Jouvenot que poseía cerca de Ganneville y de su castillo una granja...

—¡Ah! ¡Qué contenta estoy!

Era preciso obrar con prontitud y estorbar aquel proyecto antes de la llegada del capitán; pero si Adalberto tenía este propósito, en vano se devanaba los sesos para dar con los medios de realizarlo. Por fatuo que fuera, sobrado conocía que nadie le pediría su parecer. ¿Haría llegar á M. Jouvenot, por medios rastreros, insinuaciones contrarias á la familia Sennevaux? No le pareció mal este proceder; pero los informes que adquirió secretamente eran tan favorables que no podía humanamente desnaturalizarlos. Obrar en sentido contrario y desanimar á Mad. de Sennevaux era difícil y sobre todo muy arriesgado para él, primo y secretario de M. Jouvenot. Adalberto estaba, pues, perplejo é impotente, mientras que Pablo, ignorante de todas las emociones suscitadas por sus palabras amistosas, continuaba sus alabanzas en favor del viajero.

—¡Ah, querido Pablo! ¡Qué amigo tan excelente tiene en usted mi Roger!, le decía Mad. de Sennevaux con una gratitud cuya vivacidad no se explicaba el sacerdote.

—¿Qué comisión le darán sobre el dote?, pensaba Adalberto.

VI

Mad. de Sennevaux era una mujer, no sólo bella é inteligente, sino también muy discreta. Habiéndose cerciorado desde un principio de la solidez de la fortuna de M. Jouvenot, deseaba que éste conociera la suya, no menos bien cimentada. De este modo, si después del regreso de Roger las cosas se arreglaban á medida de su deseo, ya no habría necesidad de ocuparse de estos asuntos de interés puramente material.

Se presentó, pues, una mañana en el estudio y preguntó por el notario. Adalberto la recibió con las mayores muestras de respeto, aunque alarmado por una visita que le parecía poco tranquilizadora para sus ambiciones secretas.

Introducida al punto en el despacho, la condesa explicó á M. Jouvenot que poseía cerca de Ganneville y de su castillo una granja recién comprada que le daba mucho en qué pensar. Había en ella una confusión de herencias sucesivas, complicadas con hipotecas y privilegios, que no acertaba á deslindar, y que su notario, M. Lechesne, hombre excelente, pero algo joven y novicio, parecía discernir tan poco como ella.

Incidentalmente habló de las molestias que causaba á una mujer la obligación de tener que ocuparse de todas estas cosas, lo cual le permitió indicar de pasada á M. Jouvenot el valor de la tierra de Jouy, sus principales producciones, la parte que correspondía á Roger y lo que ella añadiría como dote, cosas todas que el padre de Lucila escuchó con gran interés. En cuanto al asunto, objeto aparente de su visita y del cual no se preocupaba gran cosa, pidió á M. Jouvenot, como un favor de amigo, que enviara á uno de sus dependientes á Ganneville para celebrar una conferencia con M. Lechesne y tratar de desenredar aquella enmarañada madeja. M. Jouvenot se brindó á ir en persona, á lo que ella se negó, aceptando únicamente que fuera su secretario. Esto bastaba, en efecto, para que el padre de Lucila pudiera conocer y comprobar lo que ella deseaba que supiera.

Adalberto partió aquel mismo día, después de quejarse mucho delante de los demás dependientes de la carga que se le echaba encima, pero en el fondo iba muy satisfecho de desempeñar una comisión de aquella importancia y sintiendo únicamente que fuera en obsequio de Mad. de Sennevaux.

Habían pasado diez y seis años por Ganneville sin producir ningún cambio en el sosiego de esta pequeña población.

Cada día se veía paseando por la plaza Mayor del pueblo el grupo que le era inmutablemente fiel; algunos de sus individuos habían desaparecido, pero sustituídos por otros. ¿Qué importan los hombres, si las instituciones subsisten?.. Y esta subsistía, siendo como antes foco de noticias, centro de informes. Mad. Descordes continuaba con la misma falta de benevolencia para el prójimo, sus hijas con la de belleza y esperanzas y M. Descordes con la de energía y libertad.

Con todo, la situación de la prima de Charlier había mejorado un poco con el tiempo. No es que reinara como antes cual señora absoluta en el país; mas en ocasiones recobraba algunas briznas de su antigua autoridad, sobre todo para con los forasteros ó recién llegados.

De este número era el matrimonio Lechesne. El marido, hombrecillo de buen carácter, sonriente y movedizo, que había comprado tres años antes la única notaría de Ganneville, y la mujer, flacucha, rubia, fácil de intimidar, se había dejado en breve dominar, acaparar, absorber.

Mad. Descordes había alcanzado uno de sus triunfos de otros tiempos en casa de aquellos jóvenes, en la que lo disponía todo.

(Continuará)

NUEVO PUENTE COLGANTE

SOBRE EL NIÁGARA

Entre el dominio del Canadá y los Estados Unidos se ha establecido un nuevo vínculo con la construcción del puente colgante recientemente inaugurado que pone en comunicación las famosas alturas de Queenston y la montaña de Levinston, y por el cual pasará un tranvía eléctrico que cruzará aquel hermoso trozo de río. La longitud total del puente es de 1.040 pies y la de la parte del mismo en suspensión de 800; su altura sobre el nivel del agua es de 63 pies y su anchura de 25. En su construcción han entrado 800 toneladas de metal, sin contar los cables, que pesan 200. Estos cables formaron parte, en otro tiempo, del antiguo puente colgante que había sobre la catarata y fueron cortados en dos trozos para este puente nuevo.



PUENTE COLGANTE SOBRE EL NIÁGARA RECIENTEMENTE INAUGURADO

La ceremonia de la inauguración se verificó en las alturas de Queenston, y los discursos que se pronunciaron fueron muy aplaudidos por los invitados de ambas orillas que asistieron á la fiesta.

EL PUENTE DE KORNHAUS EN BERNA

La ciudad de Berna se ha enriquecido recientemente con una notable obra de arte: tratábase de poner en comunicación aquella capital con dos de sus arrabales, de los cuales está separada por el profundo valle del Aar. Hasta ahora, las personas que querían ir de una parte á otra tenían que descender hasta la orilla del río, atravesar éste por un viejo puente colgante y subir la colina del otro lado, lo cual significaba una gran pérdida de tiempo, que se hacía más sensible á medida que se iban desarrollando los arrabales de Berna.

La solución del problema consistía en lanzar sobre el valle un puente cuyo tablero estuviese al mismo nivel que la ciudad; y era además preciso que la obra fuese graciosa á fin de no estropear el paisaje tan admirado por los numerosos turistas que recorren Suiza durante una parte del año.

El puente ha sido construído por cuenta de la ciudad de Berna. La dificultad estaba no en encontrar un constructor, pues en Suiza y Alemania hay muchos, sino en tratar con un contratista que quisiera tomar sobre sí la responsabilidad de los cimientos: á pesar de las negociaciones que se siguieron, no pudo llegarse á una solución respecto de esta cláusula. Después de un concurso, la ciudad adjudicó la obra á la casa Th. Bell y C.ª, Fábrica de máquinas, de Kriens (Suiza), y á M. P. Simons: aquélla se encargaba de la parte metálica y éste de la mampostería. Mas ni una ni otra quisieron aceptar la responsabilidad de las eventualidades nacidas de la naturaleza del suelo, y obraron muy cuerdamente, porque los trabajos, presupuestos en 1.746 000 francos, hubieron de ampliarse luego por la cantidad de 400.000 francos aproximadamente, á consecuencia del mal estado del terreno sobre el cual debían asentarse las pilas.

El nuevo puente de Berna se compone de una serie de arcos, según puede verse en la figura 1, el más importante de los cuales, el que da verdadera importancia á la obra, tiene 114'68 metros de luz: los dos arcos que sostienen el tablero presentan una curva cuya flecha excede de 31'50 metros.



Fig. 1. – Vista general del puente de Kornhaus en Berna

La cuestión de los cimientos era, como hemos dicho, muy difícil á causa de la naturaleza del suelo así es que las fundaciones de la pila de la orilla derecha tienen dimensiones muy considerables, siendo la superficie de su base de 26'80 metros por 13'20, es decir, casi 350 metros cuadrados, y habiendo sido preciso ahondar hasta 10'60 metros para encontrar terreno firme. Y aun tuvo que procederse á la colocación de viguetas metálicas á fin de evitar todo movimiento de tierras, y á la construcción de otras obras para asegurar á las pilas una base sólida.

Las pilas-estribos miden 33 metros de altura y ofrecen la particularidad de que han de soportar por parte de los arcos presiones que no son simétricas, puesto que en su base reciben la presión del arco grande y en su parte superior la del arco de la orilla (fig. 2). Para establecer el equilibrio se ha practicado en su interior una serie de huecos y de bóvedas.

La altura del tablero sobre el thalweg del Aar era sólo de 40 metros en el punto más elevado, altura demasiado poco considerable para que pudiera vacilarse acerca del empleo de un andamiaje para montar los arcos. Por otra parte, el tráfico del río no es muy activo en aquel punto y era muy posible no interrumpirlo dejando entre la base del andamio y el agua un espacio para el paso de las embarcaciones.

No había, pues, que buscar disposiciones para establecer un montaje al aire por el sistema empleado en los puentes de Garrabit y del Duero, sistema que presenta necesariamente ciertos riesgos y que á pesar de su elegancia, únicamente puede aplicarse en teoría cuando se trata de un puente de ferrocarril de mucha luz.

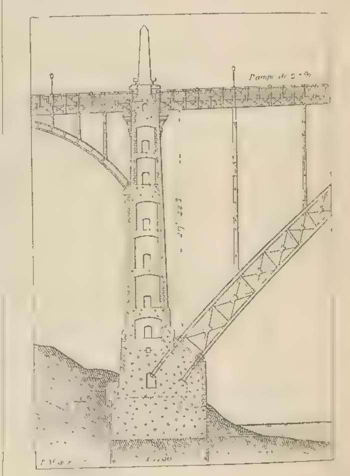


Fig. 2. – Sección longitudinal de una de las pilas del puente de Kornhaus

En efecto, en este caso las piezas son más macizas y las dimensiones están calculadas para resistir á un gran esfuerzo, pudiendo tomarse en las partes construídas puntos de apoyo intermediarios que permiten que la obra avance sin temor de que ocurran accidentes. Pero cuando se trata, como en el caso que nos ocupa, de un puente simplemente para tránsito de carros que no ha de resirtir enormes pesos, las piezas de hierro son forzosamente más delgadas, y sería por lo tanto imposible hacer avanzar los elementos al aire, sobre el vacío, sin sostener las partes terminadas por medio de andamios.

El puente de Kornhaus se compone de un gran arco de 114'85 metros, de cinco arcos de 34 y de dos vigas derechas de 16'50 metros situadas en los extremos.

El arco grande se compone de dos piezas simétricas inclinadas con relación al plano vertical que pasara por la clave.

El tablero del puente está dispuesto de manera que permita el establecimiento de un camino carretero de siete metros de ancho. En cuanto á las aceras, han sido colocadas en forma de saledizo de 2'50 metros y están sostenidas por medio de cartelas situadas á una distancia de 5'17 metros una de otra.

El peso del arco grande es de 900.859 kilogramos, y añadiendo á esto las partes laterales, se llega á un peso de 1.814.484.

Diremos para terminar que la parte decorativa del puente ha sido objeto de especial atención: en ambos extremos se han levantado dos pilones de granito que dan al puente un elegante aspecto.

A. DA CUNHA

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

PROYECTO DE REFORMA DE LA LEY DEL JURADO, por *D. Angel Ruiz de Obregón y Retortillo.* – Partidario entusiasta de la institución del Jurado, el Sr. Ruiz de Obregón se propone remediar los defectos de la ley que en España la rige, defectos demostrados por la práctica y por el estudio comparativo de las legislaciones extranjeras sobre la materia. En el interesante preámbulo de la obra que nos ocupa estudia el autor el origen histórico del Jurado, su organización en algunas naciones antiguas y modernas, su implantación en España y sus ventajas é inconvenientes, y en el cuerpo del libro analiza artículo por artículo la ley vigente, demuestra los defectos de que muchos adolecen y señala las reformas que en ellos han de introducirse para que esta institución responda en nuestra patria á sus verdaderos fines. La obra del distinguido licenciado en derecho y abogado del ilustre Colegio de Madrid es, en suma, producto de estudios profundos y de grandes experiencias y merece que en ella se fijen los llamados á llevar á cima la reforma que, según parece, se va á acometer en la materia. Impresa en Granada, en la imprenta de José López Guevara, se vende á tres pesetas.

* * *

SOFÍA PEROWSKAIA, por *Carlos G. Amézaga.* – Interesante drama en tres actos y en prosa del escritor limeño Sr. Amézaga, cuyo argumento está relacionado con el movimiento nihilista ruso y con el asesinato de tsar Alejandro II en 1891. Ha sido impreso en Lima, en la imprenta de Gil.

* * *

ESPERANZA, por *Manuel García Ardura y Manuel García Vinuesa.* – Es una comedia en tres actos y cuatro cuadros, escrita en fáciles versos y estrenada con gran éxito en Soria en la noche del 19 de marzo último. Al interés de su argumento une un fin eminentemente moral; su acción se desenvuelve naturalmente y los tipos de los personajes están bien estudiados. *Esperanza* ha sido impresa en Soria en la tipografía de Pascual P. Rioja y se vende en las principales librerías de Madrid, y en provincias y en el extranjero en casa de los corresponsales de la Administración lírico dramática.

* * *

AMORES TRÁGICOS, por *Máximo Soto Hall.* – El celebrado poeta costarricense ha dado con este poema nueva prueba de la justicia con que la crítica le ha colocado en uno de los primeros puestos de la literatura hispano-americana. Apartándose de las corrientes modernistas, su obra, inspirada en las tendencias del romanticismo, es una obra de alientos, vigorosamente concebida y escrita en robustos y armoniosos versos, de esos que involuntariamente se graban en la memoria por su belleza y sonoridad. El poema ha sido impreso en la casa editorial de Alfredo Greñas, de San José de Costa Rica.



En la feria, cuadro de Baldomero Galofre (Exposición Robira, Escudillers, Barcelona)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XVIII — Barcelona 11 de septiembre de 1899 — Núm. 924

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LLAMADA Y TROPA, dibujo de José Albrecht

DE EUROPA

Lo europeo, mejor dicho, lo universal en estos instantes, con universalidad por pocos asuntos obtenida, ¿quién negará que es el proceso en revisión de Dreyfús, los dramáticos incidentes que de él se derivan y los que se adivinan, presienten y recelan?

Más que las conjeturas sobre el estado mental del emperador de Rusia y sus propósitos de renunciar á la corona; más que la peste declarada en Oporto, que trae los contagios y podredumbres de la India á nuestras regiones relativamente civilizadas; más que los preparativos y amenazas de Inglaterra contra el Transvaal y los rumores de alianzas entre *Mariana* (la República francesa) y *Miguel* (el Imperio germánico); más que todo, y como hace tiempo no preocupaba cosa alguna, preocupa la suerte del hombre obscuro, borroso, del ayer desconocido capitán de artillería, que no llevó á cabo ningún hecho memorable, ni reune otros títulos para atraer la atención de Europa, que haber sido sentenciado á espaldas de la ley...

Privilegio es de Francia que sus asuntos interiores adquieran tal resonancia, que lleguen á conmover al género humano, pareciéndole cosa propia. Y es porque Francia eleva lo particular á la altura de lo general, y lo baña con el resplandor y el fuego de las ideas. Hoy que los conflictos y las luchas internacionales, y en el seno mismo de las naciones, reconocen motivos relacionados con el orden económico, todavía Francia agita cuestiones puramente ideológicas, intereses del alma, y el sentimiento de la justicia, que Spencer considera incompatible con el régimen militar, provoca esta inmensa protesta en favor de un individuo, y hace abogados y defensores de Dreyfús á quienes con mayor indiferencia le miraban.

Ya no es Dreyfús un hombre, es un símbolo. Para los que le persiguen con saña violenta, significa muchas cosas: para los que le defienden á capa y espada, en él se cifran otras infinitas tendencias y aspiraciones. Dos siglos armados el uno contra el otro invocan á Dreyfús ó le maldicen. Una sociedad que, en último extremo, se basa en la fuerza, aspira á sostener esa fuerza hasta en sus abusos é iniquidades; á no desvirtuarla suponiendo que puede ser falible. Si volvemos la vista atrás y recordamos cómo nacieron las actuales instituciones que rigen á Francia, el predominio de la fuerza se explica satisfactoriamente. No se han convencido aún las gentes á quienes tanto alarma el nombre de república, de que una república puede ser, y es en bastantes casos, solución ultra conservadora, llamada á apaciguar y resolver un período anárquico. Así Francia. Ardía París por los cuatro costados; las educandas de los conventos, infelices niñas arrancadas á sus retiros, servían de vivanderas á los comunaristas, que las desfloraban primero, las emborrachaban y apaleaban después; el tufo del petróleo se mezclaba con el hedor de la sangre, formando densa y caliginosa atmósfera; se hacinaban en montón los cuerpos de los rehenes acribillados á balazos – y todo esto ocurría ante el enemigo y el invasor triunfante, que veía por tales horrores santificada su causa y sancionado su derecho á la victoria. Y todo esto ocurría por culpa de los desaciertos funestísimos del régimen imperial, que además costaban á Francia dos bellas provincias, veinte mil millones de reales de rescate, innúmeras vidas segadas en el campo de batalla sin fruto y casi sin gloria, y la preponderancia industrial que Alemania iba á adquirir y hoy sigue usufructuando. – Era preciso que alguien restañase las heridas de la nación francesa y restableciese en ella la normalidad después de la derrota. Esta obra, conservadora, pacífica, verdaderamente restauradora, la República la llevó á cabo.

Para conseguirlo, tuvo que apoyarse en las ametralladoras y en los cañones. Necesitaba hacer respetar, dentro, la legalidad nueva; necesitaba prepararse fuera, ya que no al soñado desquite, cuando menos á la defensa, en caso de posible agresión, borrando al paso las vergüenzas de una administración militar que calzaba á los soldados con suelas de papel de estraza, y de un Estado mayor cuyos oficiales desconocían la topografía, no ya del país enemigo, sino de los departamentos franceses. Claro es que el apoyo en la fuerza tiene también sus peligros. El espíritu *militarista* (diferente del espíritu *guerrero)* cunde y todo lo invade allí donde las bayonetas, por caso fortuito, sirven de cimiento á un régimen. No se le podía copiar á Alemania tan sólo el *maestro de escuela:* otros modelos, armamento, uniforme, vida cuartelaria, consagración de la jerarquía, se ofrecían á la imitación y al perfeccionamiento elegante que el francés imprime á lo que hace suyo. Los antecedentes históricos de la nación francesa, sus proezas épicas tan recientes, contribuyeron á que el ideal encarnase en las esperanzas de la *revanche*. Y la vidriosa suspicacia del vencido y del humillado, hizo que el francés estuviese predispuesto á ver en todas partes al espía y á la espiona, y á convertir á todo desconocido extranjero y á toda aventurera galante austriaca, húngara ó alemana, en agente secreto de Prusia. Estos recelos enfermizos se reflejaron en la literatura; les dió cuerpo nada menos que Alejandro Dumas en su famoso y absurdo drama *La mujer de Claudio*.

Dice Tolstoy que el dinero todo lo contamina. Acaso tengan razón los que atribuyen el conflicto Dreyfús al dinero, liberalmente presupuesto con destino á los fondos secretos del ministerio de la Guerra francés. Háblase de millones de francos, millones que, según la voz pública, era preciso presentar invertidos. De esto á la invención de tramas, intrigas, traiciones y complots, no va ciertamente el canto de un luis. Clave única – aseveran – del sin ella incomprensible error jurídico cometido con Dreyfús. Hacía falta un traidor. *Oportet unum hominem mori pro populo...*, ó por los *fondos secretos*.

En mi último viaje á Francia tuve ocasión de platicar con varias personas formales que estaban en mi caso: no eran *dreyfusistas* ni dejaban de serlo; no les dolía el lado del militarismo; eran sinceramente católicas, y por lo mismo sentían repugnancia á que se persiguiese y á que se condenase sin pruebas á nadie, sea moro ó sea judío; eran civilizadas, eran cultas, y detestaban los procedimientos que marcan un retroceso y llevan el sello de la arbitrariedad. Estas personas – entre ellas el distinguido hombre político que vino á España con objeto de estudiar de cerca el mecanismo de las elecciones – lamentaban que persistiese la manía del espionaje pagado, del cohecho y del soborno á los agregados militares, con otros ardides que les parecían, más que nada, infantiles y necios. Pero – añadían – toda vez que eso se practica, y que Francia paga sus agentes en Alemania, y recibe de ellos informes que casi nunca sirven para maldita la cosa, ¿por qué ha de escandalizarse y soliviantarse tanto con la idea de que los alemanes se dediquen al mismo *sport*? Aun suponiendo, y es aventurado suponer, que Dreyfús fuese culpable, ¿no tendría algo de poco serio la aparatosa degradación, los refinamientos de tortura en la isla del *Diablo*, el siniestro fulgor de nueva *Máscara de hierro* reflejado en ese hombre, como si de él pendiese la suerte de Francia?

¡Qué hacer!, podía respondérseles. Vuestra República, gobierno de orden, serio y equilibrado, al cual debéis gratitud, ya que os devolvió, en pocos años, la prosperidad de la hacienda y el crédito y dignidad como nación, ya que hizo progresar vuestra instrucción y florecer vuestra ciencia y regenerarse vuestra administración, á través de los escollos del *Panamá*, con la infalible medicina de la publicidad y el aire libre – vuestra República, sin remedio, tenía que alentar ó al menos que consentir el hervor nacionalista, el militarismo, mil cosas inherentes á su manera de venir al mundo, apoyada en la fuerza. Pero los organismos robustos, como el de vuestra República, llevan en sí la virtud curativa de todos sus males; sufren calenturas, fiebres, contagios... y quedan más dispuestos, con la sangre más limpia. Por encima del nacionalismo Francia pondrá el legalismo; sobre la arbitrariedad, el derecho. Sea ó no sea culpable Dreyfús, se le habrá juzgado como se debe juzgar, en público, á la luz del día, en forma jurídica, y no de ese modo que subleva la conciencia y erige, dentro del Estado moderno, un poder odioso, semejante al de los Consejeros venecianos, que del calabozo secreto llevaban al reo á morir misteriosamente, con mordaza.

La marcha del proceso Dreyfús se presta á conjeturas y á toda clase de hipótesis. Hay declaraciones, como la de Perier, indirectamente favorabilísimas; hay otras – ¡y muchas! – que envuelven al acusado en la penumbra de la sospecha. Oyendo desapasionadamente los debates, se observa que en contra de Dreyfús apenas se pueden citar hechos concretos. que se ve la mano de gentes dedicadas á tramar su pérdida; que el *bordereau* se señala como obra del falsario Esterhazy; que abundan las maquinaciones y sobran la crueldad y el rigor: *pero*, al mismo tiempo, los que, repito, no llevamos á la lectura ningún *parti pris*, también observamos alrededor de Dreyfús una niebla, algo que no se define, y que es acaso tan sólo la *antipatía*. Se pierde la cuenta de los testigos que han ido desfilando para decir todos poco más ó menos: «Ese hombre no nos gustaba...» «Era mal mirado...» «Preguntaba con exceso; no hacía más que curiosear...» «Siempre andaba indagando...» «Cuando se le acusó de traición no nos cogió de nuevas...» «Tenía una nota detestable...» Humo que se disipa, sombra que pasa, neblina en fin, turbia neblina..., pero reunid sus dispersos girones, y condensados son negros, negrísimos... Puede decirse de ellos lo que Echegaray en el prólogo del *Gran Galeoto:* «Como de rayos dispersos de luz se hacen grandes focos, y de líneas cruzadas de sombra se forjan las tinieblas..., de vuestras frases perdidas, de vuestras vagas sonrisas, de vuestras miradas curiosas, de esas mil trivialidades... forjo yo mi drama...»

¡La duda!.. No la evito. Juez, creo que absolvería á Dreyfús; espectador, no acierto á ver clara su inocencia.

Lo que salta á la vista, es que los *nacionalistas* han empeorado su causa por el alarde de arrogancia y provocación, por la sediciosa actitud. Las descomedidas agresiones al presidente de la República, con la falta de caballerosidad de cometerlas cuando era el huésped acreedor á todo respeto; las desatentadas conjuras orleanistas; el interesado endiosamiento del ejército, fuera de sazón, cuando no lo explican la gloria y la sangre derramada heroicamente; el cobarde atentado contra Labori, que no hay palabras asaz severas para reprobar; el inicuo asesinato de Arcos, por leer un periódico; y finalmente, la niñería de *Fort Chabrol...*, han sido errores favorables á Dreyfús y á los que no ven en Dreyfús á Dreyfús mismo, sino á una bandera.

Fort Chabrol, sin embargo, es la nota humorística de este proceso gris y monótono, en el curso de sus debates, á pesar de las corrientes de emoción honda que despiertan. *Fort Chabrol* hace gracia; sentiríamos que no se hubiese producido ese incidente. A la fuerza Guerin tiene la cabeza llena de reminiscencias literarias, las cuales no siempre son fruto de la lectura, sino que muchas veces llegan al cerebro por modo indirecto, como repercusión del ambiente, respiradas, y sin embargo actúan con eficacia notoria. Sobre la imaginación de Guerin influyeron sin género de duda los *Mosqueteros*, especialmente *Artagnan*, y quizás el caballero *Des Touches*, el magnífico héroe de Barbey d' Aurevilly. Los que ven debilidad en el Gobierno porque no arrasa á fuego y sangre el *Fort Chabrol*, no saben el daño que eso ocasionaría. De las cenizas de *Fort Chabrol* puede salir incendio; y si Guerin y sus compañeros resistieran, como acaso resistirían, con desesperado valor, no podríamos menos de mirarle con simpatía, y la aureola romántica que adquiriesen redundaría en desprestigio del Gobierno. Este ha procedido con fina ironía molieresca al enviar á Guerin y sus compañeros de armas... la ración de presidiarios. Como antaño se decía, están presos, dándoles por cárcel su propia casa; y para que no puedan alegar que se les mata de hambre, reciben la pitanza de los detenidos el jarro de agua, las legumbres secas, la carne y el arroz penitenciarios...

Quizás nos sentimos inclinados á la indulgencia con la aventura de *Fort Chabrol*, porque ostenta el sello de lo que antes llamaban *españolismo*. Es una de las calaveradas interesantes que se nos ha creído dispuestos á realizar con el menor motivo, y de las cuales hemos perdido la receta. Tiene dejos de españolería andante la encastilladura de los antijudíos del Gran Occidente de Francia. Y desde lejos, la saludamos con benévola sonrisa.

Emilia Pardo Bazán



SARCEY

Si la importancia de este príncipe de la crítica no tuviese por base – y base sólida – los folletines dramáticos que durante cerca de medio siglo ha venido publicando, sin interrupción alguna, todos los domingos, en el *Temps*, la revelarían los ataques irrespetuosos que dirigen á su memoria muchos aristarcos de la prensa parisiense, desde que ha bajado á la tumba.

Una gran parte de la juventud literaria, en guerra constante con toda autoridad, no deja morir ningún maestro sin que trate de desprestigiarlo á los ojos de sus contemporáneos y de negarle un título de gloria para la posteridad. Este procedimiento, iniciado con Dumas hijo, seguido con Hervé, Meilhac, Pailleron y Becque, en estos últimos tiempos, parece haberse acentuado con el pobre Sarcey.

Esto debe atribuirse, principalmente, á que el ilustre crítico, educado en la Escuela Normal, nutrido de savia vigorosa, amante de la forma precisa, clara y elegante de los clásicos griegos y latinos, no transigió nunca con la jerga obscura, presuntuosa y enrevesada que los modernistas quieren imponer al público.

La injusticia y apasionamiento de esos modernistas más ó menos decadentes llega al extremo de vilipendiar la memoria de Sarcey, afirmando que éste odiaba todo lo generoso y elevado, y que desconocía en absoluto la literatura de su tiempo.

No se pueden hacer de buena fe semejantes afirmaciones, sin haber ignorado el movimiento periodístico de Francia de esta última mitad de siglo.

Desde que debutó en el *Fígaro*, allá por los años de 1858 á 1860, bajo la protección de Edmundo About, con quien había de hacer más tarde tan brillantes campañas en el *XIX Siècle*, hasta dos días antes de su muerte, Sarcey ha prodigado su prosa en casi todos los grandes periódicos de Francia. Muchos eran los días en que escribía tres artículos; y era tan grande su espíritu de asimilación, que con variar hasta el infinito los asuntos de que trataba en sus crónicas, siempre parecía competente y no era raro que impusiese su opinión.

Lo que más fama le dió fué indudablemente el folletín dramático del *Temps*, que empezó á redactar en 1867 y que no interrumpió una sola semana en tantos años.

Pero este folletín no bastaba á la actividad del que había de ser uno de los periodistas más fecundos de su época. Ora firmando sus artículos con su propio nombre, cuya popularidad iba creciendo, ora haciendo uso de varios seudónimos que pronto adquirían crédito, Sarcey ha llegado á escribir en docenas de periódicos de gran circulación, así de París como de provincias y del extranjero.

Yo tuve el gusto de ser compañero suyo de redacción en algunos diarios parisienses, tratándole con cierta intimidad, y fuí durante muchos años vecino de él en esa calle de Douai donde murió y que era, según expresión de Calman Lévy, la más literaria de las calles parisienses. Al decir esto el laborioso editor pensaba en el número de ejemplares de las obras nuevamente publicadas en su casa, que remitía á los críticos domiciliados en aquella simpática vía del artístico Montmartre, Edmundo About, Jules Claretie, Ludovico Halévy, Edmundo Théry, Martel, Viardot y otros periodistas de nota que tenían su residencia en esa misma calle donde hasta las piedras conocían á Sarcey.

A despecho de sus detractores, el eminente crítico se ha mostrado siempre literato de pura raza, amante de la forma clara y natural. Las obras hechas de mano maestra le entusiasmaban, aunque estuviesen en discordancia con sus opiniones.

Por lo que afecta al arte dramático, entendía que éste exige un estudioso aprendizaje y que no se puede ser maestro sin haber pasado por una práctica concienzuda.

Miraba con cierta prevención las importaciones extranjeras; no se entusiasmó jamás con las brumas del teatro de Ibsen; para él, esos dramas, que tienen algo de infantil en medio de sus complicaciones y rarezas, no eran grandes obras.

A la postre, el público, que se aburría en las representaciones de esos dramas, vino á darle razón. Como aquel entusiasmo ficticio era artículo de moda, la reacción contra el teatro de Ibsen no tardó en manifestarse. De París, aquel entusiasmo pasó á España, pero dentro de dos ó tres años habrá pasado á la historia.

Sarcey sentía, sin embargo, una admiración profunda por el teatro clásico español. Su muerte destruye quizá en germen el proyecto que algunos amigos nuestros abrigaban de crear en París un teatro internacional, donde cada año habían de representarse obras de un país determinado. La primera temporada había de consagrarse exclusivamente á obras españolas. Sarcey era el patrocinador entusiasta de esta empresa; y consigno con satisfacción este detalle que no veo consignado en ninguno de los artículos necrológicos con que la prensa europea vilipendia ó ensalza al eminente crítico.



FRANCISCO SARCEY

La severidad que éste solía mostrar en el juicio de las obras verdaderamente malas, le valió muchas enemistades. No era hombre que buscase perífrasis ni eufemismos para decir la verdad; los golpes que asestaba á los malos escritores eran de los que aplastan. Pero su ruda franqueza era concienzuda y leal. No vacilaba en rectificar sus juicios cuando temía haberse equivocado; y en muchas ocasiones, después de haber censurado una obra á su estreno, la aplaudió después de haber asistido á varias de sus representaciones.

Sarcey inventó el reporterismo que vino á sustituir á la crítica doctrinal. Con frecuencia invertía las dos terceras partes de sus folletines del *Temps* en explicar el argumento de la obra que juzga en pocas líneas.

Cierto es que rindió culto al dios Exito, considerando, por regla general, que una obra era buena cuando gustaba al público que sostiene el teatro; pero esto no impedía que él señalase las bellezas que aseguraban el éxito de las obras, uniendo su aplauso al de los espectadores, á quienes iniciaba de este modo en el arte teatral.

Tuvo amor entusiasta, apasionado, á su profesión, y para desempeñarla con entera libertad desdeñó muchos de los honores que cohiben y las satisfacciones mundanas que son una traba para la libre expresión de la verdad.

No quiso ser académico, ni aceptar condecoraciones, ni pertenecer á ninguna sociedad literaria. Su única distracción, su pasión dominante fué el teatro, y tuvo la satisfacción de poder asistir todas las noches á uno ó más espectáculos teatrales, donde era saludado en la sala por los públicos que le conocían, agasajado entre bastidores por los artistas y los empresarios que anhelaban su aplauso ó su apoyo.

Difícilmente habrá quien lo sustituya en el periodismo de actualidad. Con él desapareció quizá el prototipo del crítico apasionadamente enamorado de su profesión, ansioso de conocer y juzgar todo cuanto se relaciona con el teatro, independiente y franco hasta el salvajismo. Ese amor al arte teatral, su erudición y su competencia innegables, la consagración de toda su vida al periodismo, á la vulgarización de sanas ideas y conocimientos útiles, le hacen acreedor á un respeto que muchos le niegan y á un puesto de honor en la galería de nuestras *figuras contemporáneas*.

RUY BLAS

EPISODIO DE CAZA

(A MI AMIGO D. FRANCISCO DE UHAGÓN)

Iba pasando por cosa averiguada en Espineda y sus contornos que Sanchón (Pepe Sánchez) no era ya lo que había sido.

¿Que qué había sido Sanchón?.. Pues el hombre más determinado para ir á la espera del oso, el más seguro para entendérselas con él mano á mano, dándose forma de que siempre fuera el oso el que salía perdiendo; en una palabra, el cazador más sereno y más valiente de las tres provincias.

Estas tres provincias eran las de León, Oviedo y Santander, que confluyen y tienen un mojón común en los Picos de Europa, cuyas estribaciones con sus sombríos hayedos y sus gigantescos escobales vienen á ser hoy casi el único paraje de España donde el terrible plantígrado tiene morada permanente.

La culpa de que la fama de Sanchón se fuera eclipsando la tenía casi toda su hijo Rosendo, mozayo hablador y presumido, que no perdía ocasión de rebajar un poco el legendario valor de su padre, á trueque de ensalzar el suyo propio.

– No creáis, les solía decir el hijo de Sanchón á los otros mozos allá en sus reuniones nocturnas siempre que salía la conversación de la caza, no creáis que mi padre es ya tan valiente como fué en sus tiempos..., si es que lo fué tanto como dicen, pues yo desde que he empezado á salir con él nunca le he visto hacer ninguna maravilla: lo creo porque así lo cuentan... Pero lo que es ahora... Delante del oso, que es donde quiero yo ver á los hombres, porque allí es donde se prueba el valor y lo demás es broma, delante del oso le he visto yo encogérsele el ombligo como á cualquiera... y bastante más que á mí por supuesto... Como suelen decir, cada primavera tiene sus flores, y mi padre sería valiente, no digo que no lo fuera, allá en sus tiempos, pero lo que es hoy, aunque á mí no me esté bien el decirlo, no sirve para descalzarme...

Con esta propaganda continua contra el valor de Sanchón, salida de tan cerca de su persona, la gente había comenzado por dudar, para ir poco á poco creyendo en su decadencia.

Y como por otra parte Sanchón, al revés de lo que hacía su hijo, siempre estaba contando valentías de éste y no tenía boca más que para ponderarle, la superioridad del hijo como cazador de osos iba adquiriendo categoría de axioma.

No faltaba, sin embargo, quien suspendiera el juicio diciendo que eso habría que verlo..., y en efecto se iba á ver muy pronto.

Expiraba el verano: había demediado el mes de septiembre. Los maizales, que por cierto estaban aquel año tan pomposos que era un alabar á Dios, iban ya dorándose por arriba y comenzaba á encerarse el grano en las panojas. Las merinas empeza-

ban á bajar de los puertos para emprender el viaje á Extremadura, con probable disgusto del oso que, mientras están veraneando, casi todas las noches las visita, y se lleva una ó un par de ellas como recuerdo. Pero el oso, que es omnívoro, y aunque unas cosas le gustan más que otras, practica el refrán aquel que dice: «Cuando no hay solomo, de todo como,» empezaba á acudir por las noches á los maizales á darse harturas de leche de panojas á medio cuajar, que es cosa riquísima.

Una mañana aparecían señales de su nocturno banquete en un maizal; otra mañana en otro distinto. Las cuitas que se contaban los vecinos unos á otros iban menudeando.

– El mi maizal del Hoyo grande, decía una mañana Juan Salceda, todo me le ha derrotado el oso.

– ¡Sí, pues el mío de Valleja-obscura!, le contestaba Pedro Portilla, ¡si vieras cómo me le ha puesto! Y estaba que daba gloria verle; pero hoy no tiene ya una panoja sana. Empezó por lo cimero y ya ha ido llegando hasta abajo... No sé qué hacen esos cazadores que no le acechan...

Una tarde llegó el hijo de Sanchón á su casa diciendo:

– Padre, me ha dicho el tío Rafael que todas las noches baja el oso al su maizal de la Pandiella y se le tiene casi todo estrozado. ¡Dice que ha hecho allí cada estrulladero!.. Y debe de ser una osa con dos esbardos que vieron la otra tarde los pastores cuando bajaban de la majada del Somo... Si quiere usted, podemos ir esta noche á la espera.

– Iremos, contestó Sanchón á su hijo.

– ¿Quiere usted que avise á algún otro?, añadió el hijo.

– No, le replicó Sanchón; no avises á nadie.

– Como usted quiera; pero por si acaso fueran esa osa y los esbardos, que ya creo que son grandetos, insistió el hijo, decía yo que no sería malo ir tres cuando menos.

– No, no, dijo Sanchón resueltamente, los dos somos bastante.

Concluído este diálogo, Sanchón y su hijo cenaron de prisa y corriendo un poco de friera (leche desnatada) y un zoquete de borona, á sorber y morder, y cogiendo sus escopetas de pistón, una de las cuales tenía una abrazadera rota y sustituída con unas vueltas de bramante, echaron á andar para el monte.

– Si bajan los tres, iba diciendo Rosendo preocupado con la posible aparición de tres osos, procuraremos asegurar primero á la madre que es la que vale más... Después, si podemos apiolar también los esbardos...

– No, le interrumpió su padre; si vienen los tres y se ponen los tres á tiro, tú procura asegurar un esbardo, que yo tiraré al otro; porque si matamos aunque no sea más que uno, la madre acude á reconocerle y acariciarle, y no se marcha en un rato, hasta que no se convenza de que está muerto, y en tanto podemos tirarla también; mientras que si tiramos primero á la osa, los esbardos, en cuanto sientan el tiro y la vean caer, van como alma que lleva el diablo y no les volvemos á echar la vista encima.

Seguramente que Sanchón no habría leído el soneto precioso de Campoamor titulado *Los padres y los hijos;* pero lo que al poeta filósofo le dijeron la filosofía y el numen, se lo había dicho al rudo cazador la experiencia.

Convino el hijo en seguir el plan trazado por el padre, aunque no sin cierto escozorcillo tímidamente manifestado en algunas observaciones como esta:

– Pero si tiramos primero á los esbardos y caen, la osa se puede venir sobre uno de nosotros, y con las escopetas descargadas...

– No dejará de haber tiempo de volver á cargar para tirar á la osa, le contestó el padre; y si no, ya nos arreglaremos con ella...

– Velay que si tuviéramos, añadió todavía el hijo, de esas escopetas que dicen que hay de dos cañones...

– Sí, dicen que las hay, replicó el padre; pero no sé si será verdad; yo por mí nunca las he visto..., ni me han hecho falta...

– Para ir al oso no serían malas en algunos casos, insinuó Rosendo.

– Con esta he matado yo nueve entre chicos y grandes, dijo Sanchón con cierta jactancia.

– Pues si matáramos los tres, volvió á decir el mozo, no echábamos mal avance... Lo menos tres onzas nos valían las pieles, y...

– Y acabaste de contar, le interrumpió el padre, porque el unto ahora casi no vale nada... Si fuera como antes... El del primero que yo maté, hace veinte años, lo vendí en *Vallaolid* á peseta la onza... Y tuvo cuarenta y dos libras, de modo que saqué un dineral, cerca de tres mil reales del unto solo. Ahora vale á peseta la libra, si acaso... Y la carne... Bueno, la carne, si el tiempo refresca un poco, la podemos curar para el invierno, que no es mala cecina... Decían que el unto iba á volver á valer tanto y cuanto, porque servía para hacer andar el *carro-cerril*...



MONUMENTO ERIGIDO EN CONMEMORACIÓN DE LA DEFENSA DE ALTAMURA (ITALIA) obra de Arnaldo Zocchi

– Antes para eso, dijo Rosendo, había oído yo decir otro que era lo mejor el unto de cristiano, y que con ese *ojeto* lo buscaba aquel tío saca-untos que decían que andaba por los cementerios...

– Esas son brujerías...

Con esta y otras conversaciones llegaron á la heredad, que era un extenso rectángulo atravesado en una ladera, se pusieron uno á cada extremo y se escondieron entre las escobas que orlaban la finca.

Más de dos horas hacía que esperaban sin percibir otro ruido que el acompasado y suave del maíz estremecido por el viento, cuando comenzaron á sentir otro más fuerte como de saltos y luego el chasquido de algún palo seco... Eran los osos que bajaban por el monte á dar á la tierra, y que pronto se metieron en ella y empezaron á escogollar panojas.

En efecto, eran tres, uno mayor, la madre, y dos más pequeños, los esbardos. Había un poco de luna, á cuya claridad se distinguían perfectamente los tres bultos negros sobre el fondo blanquecino del maíz ya casi maduro.

El hijo de Sanchón, dócil y obediente á la orden recibida de su padre, se echó la escopeta á la cara con tranquilidad y tiró á uno de los esbardos, al que tenía más cerca, el cual dió un gruñido y una vuelta en el aire y cayó hecho un gorgoto.

La osa, al sentir el disparo y el gruñido, lanzó un berrido enorme, atronador y se fué, como había previsto Sanchón, á reconocer y tratar de levantar al hijo derribado.

El otro esbardo salió huyendo. Sanchón pudo entonces cómodamente disparar sobre la osa entretenida en lamer y acariciar al esbardo muerto; mas por la codicia de que no se le escapara el fugitivo, tiró sobre él, haciéndole caer redondo.

Entonces se puso á cargar otra vez la escopeta; pero al apretar el primer taco sobre la pólvora, la osa, que se iba ya convenciendo de que su hijo no rebullía y de que eran inútiles sus halagos, sintió los martillazos de la baqueta, se fijó hacia donde sonaban, vió á Sanchón y se fué sobre él como un rayo.

Sanchón, sin tiempo ya para acabar de cargar, cogió la escopeta por el cañón para dar á la osa en la cabeza con la llave; y la dió en efecto, pero sin conseguir otra cosa que romper la escopeta en dos pedazos. Y como la osa se había puesto ya de pies para acometerle, soltó el cañón y se abrazó á ella. El irritado animal abrazaba á su vez á Sanchón oprimiéndole ferozmente, sin poder hacerle otro daño por de pronto, pues Sanchón cuidó de agacharse mucho para que no le echase la boca á la cabeza, y en efecto, no le pudo coger entre los dientes más que la gorra de pellejo que llevaba puesta, entreteniéndose un poco en morderla hasta hacerla añicos.

El hijo de Sanchón, que estaba acabando de cargar, cuando vió á su padre liado con la osa dijo para sí: «¿Cómo tiro yo al pelotón sin exponerme á matar á mi padre?..» Y sin reflexionar más, dejó caer al suelo la escopeta que consideraba inútil, sacó del bolso del chaleco una navaja no muy grande, y abriéndola se fué precipitadamente hacia el grupo en ademán de acuchillar á la osa, la cual seguramente, al sentirse herida por detrás, dejaría libre al padre para volverse contra el hijo...

¡Ah! Si los mozos de Espineda hubieran presenciado la noble y valerosa resolución de Rosendo de salvar la vida de su padre con riesgo inminente de la suya, si hubieran visto su temerario arrojo de acometer á una osa enfurecida con una mala navaja, hubieran podido creer que tenía razón para juzgarse más valiente que el autor de sus días.

Pero no, no hubieran podido creer tal cosa; porque al mismo tiempo hubieran presenciado también la serenidad con que Sanchón, preso entre los brazos de la fiera y menos cuidadoso del peligro propio que de no malograr el resultado de la jornada, detenía la acción de su hijo diciéndole:

– ¡Para, bárbaro..., que vas á echar á perder el pellejo!

ANTONIO DE VALBUENA

GUERRA DE FILIPINAS

EL DESTACAMENTO DE BALER

En el vapor *Alicante* llegaron el día 1.° de este mes á Barcelona los heroicos defensores de Baler, los que durante once meses, encerrados en una iglesia de aquel pueblo de la isla de Luzón, han resistido los ataques incesantes de los filipinos y no han abandonado la posición en que se hicieron fuertes hasta que, convencidos al fin de que había cesado la soberanía española en las Islas Filipinas, renunciaron á proseguir una lucha inútil y salieron de aquella improvisada fortaleza con todos los honores de la guerra.

No hemos de relatar las proezas de aquel puñado de valientes: la prensa de todo el mundo se ha ocupado de ellas y la fama ha otorgado justamente el dictado de héroes á los que tan alto han colocado el honor de nuestras armas.

Conforme ofrecimos en uno de nuestros anteriores números, publicamos en el presente las interesantísimas fotografías que nos ha remitido nuestro querido y celoso corresponsal en Manila Sr. Arias y Rodríguez. Del relato del viaje por éste realizado á Zam

boanga, Basilán y Baler, que con las fotografías nos remite, entresacamos lo referente á la expedición á Baler que llevó á cabo acompañando al bizarro te-



GUERRA DE FILIPINAS. – Playa de Baler. Soldados filipinos que sirvieron de guías y custodios al teniente coronel de Estado Mayor Sr. Aguilar y á nuestro corresponsal Sr. Arias y Rodríguez (de fotografía, propiedad de D. M. Arias y Rodríguez, de Manila).

niente coronel de Estado Mayor D. Cristóbal Aguilar, encargado por el general Ríos de dirigir la evacuación de nuestras tropas de Joló, Zamboanga y Basilán y de parlamentar con el jefe del destacamento de Baler para ordenarle en su nombre que cesara en su resistencia y se dirigiera á Manila con las fuerzas de su mando.

La falta de espacio no nos permite publicar íntegro el citado relato, que es bajo todos conceptos interesante; por ello nos vemos obligados á extractarlo, si bien reproduciremos en su integridad algunos de sus párrafos.

El 26 de mayo, poco después de amanecer, levó anclas el *Uranus*, que conducía á los expedicionarios, dejando en la silanga de Isabela de Basilán al vapor de guerra *Alava* y al mercante *Dos Hermanas*, y se dirigió directamente á Baler, distrito del Príncipe en la isla de Luzón.

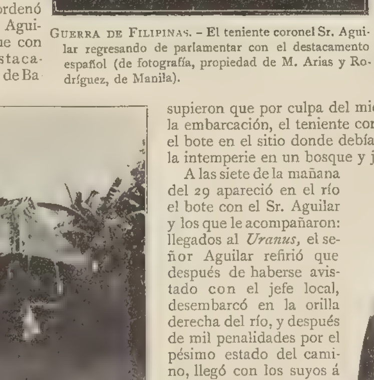
«Por cuarta vez desde la insurrección visitaba tan famoso lugar en el que teníamos una fuerza de 51 hombres, si mal no recuerdo, todos soldados peninsulares que han resistido hasta los primeros días del mes de junio, teniendo izada constantemente la bandera española en la torre de la iglesia.»

El general Ríos ordenó al Sr. Aguilar «que con el destacamento de Baler ó sin él regresara á Manila el día 2 de junio á más tardar, puesto que él se embarcaba el 3 en el *León XIII* para España.»

GUERRA DE FILIPINAS. – Un paisaje en el interior del río de Baler (de fotografía, propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila).

GUERRA DE FILIPINAS. – El teniente coronel Sr. Aguilar regresando de parlamentar con el destacamento español (de fotografía, propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila).

«A las ocho de la mañana del 29 nos encontrábamos en la ensenada de Baler, donde poco tiempo antes había estado un buque de guerra americano para ver si conseguía sacar á la tropa española que allí teníamos, y consiguió perder un bote artillado y 14 hombres que lo tripulaban.



GUERRA DE FILIPINAS. – Una de las principales calles del pueblo de Baler, tal como se encuentra actualmente (de fotografía, propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila).

»Desde la ensenada no se distinguía el pueblo por encontrarse al interior y cubierto de grandes arbustos y por un extenso cocal.

»Situado el buque en la dirección de *Los Confites*, larga restinga de piedra que aparece á la entrada de la ensenada, pudimos ver perfectamente, con ayuda de los gemelos, la parte superior de la torre de la iglesia y la bandera española dando frente al mar. ¡La bandera española izada y defendida en la isla de Luzón! Nos parecía un sueño y no puedo describir la emoción que nos embargaba. ¡Un puñado de soldados españoles defendiéndose desde hacía cerca de un año, sin comunicación con el resto del mundo y metidos en un edificio que nada tenía de fortaleza! Verdaderamente el caso, por lo excepcional, parecía increíble.

»Al entrar en la ensenada se izó en el palo mayor del *Uranus* la bandera española y debajo de ésta una blanca, y al fondear, el silbato de vapor anunció nuestra presencia en aquel punto con tres silbidos muy prolongados.

»El Sr. Aguilar decidió enviar un bote con sólo indígenas para explorar la playa, que estaba completamente desierta: llegados aquéllos, en número de ocho, á la playa, seis saltaron á tierra, y cuando pretendían internarse, salieron del bosque unos cuantos individuos armados que les dieron el alto y se los llevaron.

»Al poco rato, oímos una descarga cerrada y algún fuego graneado hacia el interior en la dirección por donde se fueron los tripulantes del *Uranus*, y luego vimos transitar por la playa muchos indígenas con armas de fuego y blancas, todos encaminándose al mismo punto por donde penetraron los primeros.

»Por la tarde uno de los indígenas que habían sido internados trajo al *Uranus* un oficio del jefe local dirigido al Sr. Aguilar autorizándole para desembarcar con cuantas personas quisiera, siempre que no llevaran armas. Tan pronto como se enteró de la misiva faltóle tiempo al Sr. Aguilar para ceñirse el fajín,



GUERRA DE FILIPINAS. – Calle principal del pueblo de Baler. El teniente coronel Sr. Aguilar dirigiéndose á parlamentar con el destacamento español (de fotografía, propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila).

coger el bastón y embarcar en el bote, acompañado de un sargento y de su asistente, indígena. El bote se dirigió á la bocana del río, en donde aguardaban algunos indígenas armados, quienes colocaron previamente un pañuelo blanco en una rama de un pequeño arbusto como muestra de sus pacíficas intenciones. Al llegar la embarcación á la entrada del río, penetraron en ella algunos indígenas armados, y remontando juntos la corriente, desaparecieron pronto de nuestra vista.»

Durante aquella noche los del *Uranus* pasaron gran inquietud porque, contra lo convenido, no regresaron los expedicionarios: al día siguiente supieron que por culpa del miedoso indígena que se había quedado guardando la embarcación, el teniente coronel Aguilar y sus acompañantes no encontraron el bote en el sitio donde debía esperarles, y hubieron de pasar toda la noche á la intemperie en un bosque y junto al río.

A las siete de la mañana del 29 apareció en el río el bote con el Sr. Aguilar y los que le acompañaron: llegados al *Uranus*, el señor Aguilar refirió que después de haberse avistado con el jefe local, desembarcó en la orilla derecha del río, y después de mil penalidades por el pésimo estado del camino, llegó con los suyos á Baler, en donde fué cordialmente recibido por el teniente coronel de las fuerzas filipinas Sr. Texón, á quien expuso el objeto del viaje y rogó le permitiese comunicar en seguida con el teniente del heroico destacamento. Accedió á ello, y previo el toque de parlamento, acercáronse el Sr. Aguilar y el sargento con las banderas desplegadas á la iglesia, detrás de cuyos muros vieron al teniente Sr. Martín y algunos soldados. Adelantóse el señor Aguilar solo y manifestó al teniente la misión que el general Ríos le había confiado, presentándole el oficio de éste, á lo cual contestó el Sr. Martín que dejara el documento en



GUERRA DE FILIPINAS. – Flechero filipino de Baler (de fotografía de M. Arias y Rodríguez, de Manila)

el suelo, que él ya lo mandaría recoger, y que ni él ni los suyos abandonarían aquel lugar, que seguirían defendiendo hasta el último extremo. Llamóle el señor Aguilar la atención sobre la presencia del vapor *Uranus*. «No he visto el vapor, contestó el teniente. – ¿No ha oído las tres fuertes pitadas que dió al fondear? – No, señor, y aunque las hubiese oído no habría hecho caso, porque en varias ocasiones han tratado los filipinos de engañarme sirviéndose de cañas con las que imitan el silbato de un vapor. – A fin de desvanecer sus dudas, diga dónde puede fondear el *Uranus* para que ustedes lo vean bien. – Pues bien, sitúense en la proximidad de los peñascos denominados *Los Confites*. – Muy bien, así lo haremos y se dispararán dos cañonazos con un pedrero que hay á bordo, para que el humo indique á usted la dirección en que se encuentra el barco. Hasta mañana.»



GUERRA DE FILIPINAS. – AVANZADILLA DE RECLUTAS FILIPINOS FRENTE Á LA PLAZA DE BALER (de fotografía, propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila)

El *Uranus,* en efecto, se situó en el punto indicado y disparó los dos cañonazos convenidos, y al mediodía se dirigieron á la boca del río el Sr. Aguilar, el capitán del *Uranus,* el sargento de cazadores, el primer maquinista y el señor Arias y Rodríguez; poco antes de llegar á aquélla, cinco indígenas armados les avisaron que hicieran alto, y embarcándose con ellos les sirvieron de guías y custodios. Desembarcaron, después de larga travesía, los expedicionarios en el punto que el guía les indicó y avanzaron por accidentados y peligrosos caminos, bajo un sol abrasador.

«De repente nos avisaron que nos encontrábamos en Baler, pero yo sólo divisé algún techo destrozado, restos de casitas abandonadas y las calles cubiertas de vegetación (según puede verse en una de las fotografías), cuando antes de la insurrección se las veía limpias y enarenadas. Por fin divisamos una casa ó *bahay* que en dimensiones nada difería de las otras, pero que tenía casi intactos los muros y la techumbre, y delante de ella formados unos 30 indígenas armados de Remington y varios fuera de filas con machetes *(sandatahán),* unos y otros con arcos y flechas: era la casa del teniente coronel Sr. Texón del ejército filipino.»



GUERRA DE FILIPINAS. – UNA DE LAS PATRULLAS VOLANTES QUE VIGILABAN LA PLAYA DE BALER (de fotografía, propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila)

Celebró con éste una entrevista el Sr. Aguilar, conviniendo en que si nuestros compatriotas consentían en abandonar la iglesia saldrían con todos los honores hasta la playa, donde se formarían pabellones con las armas y se embarcarían inmediatamente: como garantía del cumplimiento de lo convenido debían quedar en rehenes el referido Sr. Aguilar y el Sr. Arias.

«Convenidos en todo, llamaron al corneta de los filipinos y le ordenaron que se aproximara á la plaza y tocara parlamento. Inmediatamente se dirigieron allí el Sr. Aguilar y el sargento con las banderas española y blanca, y este último, esforzando mucho la voz, manifestó á los centinelas que el señor teniente coronel de Estado Mayor deseaba hablar con el jefe del destacamento. «El teniente está durmiendo,» le contestaron. Insistió aquél, y no pudo obtener más respuesta que la de que volvieran á las tres.



GUERRA DE FILIPINAS. – BALER. CASA HABITADA POR EL TENIENTECORONEL DEL EJÉRCITO FILIPINO SR. TEXÓN Y PARTE DE LA FUERZA Á SUS ÓRDENES (de fotografía, propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila)

»A las tres en punto, el corneta volvió á tocar parlamento y salimos juntos el sargento con las banderas; detrás el Sr. Aguilar con su bastón en una mano y en la otra varios periódicos; seguía el capitán del *Uranus*, y cerraba yo la marcha para obtener el grupo que figura en otra de las fotografías. Preguntó el sargento si el teniente coronel podía adelantarse para conferenciar con el jefe del destacamento y le contestaron que podía adelantarse solo.»

Así lo hizo el señor Aguilar, y mientras, el Sr. Arias permaneció en una trinchera con la esperanza de que, aceptada la capitulación por los del fuerte, podría obtener una serie de interesantes vistas. Desgraciadamente no fué así, y al poco rato regresaron los parlamentarios, saliendo entonces á su encuentro nuestro corresponsal y tomando otra de las fotografías, en la cual se ven á la derecha los restos de un caserío que incendiaron los del destacamento para despejar el campo hasta la playa

El Sr. Aguilar explicó lo infructuoso de su tentativa ante la firme resolución del teniente Sr. Martín de no abandonar su puesto, á menos de que fuera á ordenárselo en persona el general Ríos ó se presentaran fuerzas en número suficiente para sacar al destacamento, y de intentar en último extremo una salida á la bayoneta para abrirse paso. Además, el citado teniente se opuso terminantemente á que el Sr. Arias sacara algunas vistas de aquellos alrededores, á pesar de habérselo rogado encarecidamente el Sr. Aguilar, y amenazó con hacer fuego en cuanto armase la máquina.



BARCELONA. – BANQUETE DADO POR LOS CUERPOS DE LA GUARNICIÓN EN HONOR DE LOS DEFENSORES DE BALER (de fotografía de Laureano)

De regreso á la casa del Sr. Texón, dedicóse nuestro corresponsal á recorrer el pueblo y á sacar las fotografías que reproducimos. Una de ellas representa una de las avanzadillas filipinas que guarnecen las trincheras; otra, un tirador de flecha, arma que con los *bolos* constituyen el armamento de los indígenas de Baler que no forman parte de las fuerzas regulares; otra, una de las partidas volantes que recorren el bosque en las proximidades de la playa; y otra finalmente, un grupo de sitiadores de Baler formados delante de la casa del teniente coronel Texón.

Regresaron aquel mismo día los expedicionarios al *Uranus*, que al siguiente levó anclas con rumbo á Manila, adonde llegó el 2 de junio.

El mismo día 2 el teniente Martín, agotados los víveres hacía cuatro días y convencido por la lectura de los periódicos que le dejara el Sr. Aguilar de que había cesado la soberanía española en Filipinas, expuso al destacamento la inutilidad de todo sacrificio: todos convinieron en ello, y en su consecuencia pactóse la capitulación en las más honrosas condiciones.

Cinco semanas después, y habiendo sufrido mil penalidades por el camino, llegaron los del destacamento á Manila, en donde fueron recibidos con gran



BARCELONA. – LOS DEFENSORES DE BALER (de fotografía de Laureano)



ARENGA DE FEDERICO EL GRANDE Á SUS GENERALES DES



LA BATALLA DE KUNERSDORF (1759), CUADRO DE ALBERTO KAMPF

entusiasmo, habiéndose dado en su honor dos funciones teatrales y abierto una suscripción que permitió hacer un donativo de 100 pesos á cada soldado. Además el general Jaramillo y los jefes y oficiales del arma de infantería presentes en Manila regalaron á cada soldado una placa de oro y plata, y de oro y brillantes á los oficiales, recordándoles la fecha de su llegada á aquella capital (8 de julio de 1899).

A su llegada á Barcelona fueron recibidos en la Capitanía general por el señor conde de Caspe, quien, profundamente emocionado, les dirigió una patriótica arenga ensalzando su heroica conducta y terminando con estas palabras: «Bienvenidos seáis, y recordad sin jactancia, pero con orgullo, que habéis formado parte del destacamento de Baler.»

Por la noche fueron obsequiados con un banquete por los cuerpos de la guarnición de esta capital.

Las fotografías que reproducimos de esta fiesta íntima y de los individuos del destacamento han sido tomadas por el reputado fotógrafo de esta ciudad Sr. Laureano y completan la interesantísima información gráfica del señor Arias.

Daremos, para terminar, los nombres de este puñado de héroes, de los 33 últimos defensores de la bandera de España en las que fueron colonias españolas.

Segundo teniente D. Saturnino Martín Cerezo; Médico provisional D. Rogelio Vigil de Quiñones; cabos Jesús García Quijano y José Olivares Conejero; corneta Santos González Roncal; soldados Juan Chamizo Lucas, José Hernández Arocha, Luis Cervantes Dato, Manuel Menor Ortega, Vicente Pedrosa Carballeda, Antonio Bauza Fullana, Domingo Castro Comarena, Eustaquio Gopar Hernández, Eufemio Sánchez Martínez, Emilio Fabregat Fabregat, José Jiménez Verro, Felipe Castillo Castillo, Francisco Real Juste, José Pineda Tura, José Martínez Souto, Loreto Gallego García, Marcos Mateo Caresa, Miguel Pérez Leal, Miguel Meridez Expósito, Pedro Vila Garganté, Pedro Planas Basagaña, Ramón Mir Brils, Ramón Boades Tormos, Ramón Ripollés Cardona, Timoteo López Lario, Gregorio Catalán Valero, Marcelo Adrián Obregón (de Administración Militar) y Bernardino Sánchez Cañizos (de Sanidad Militar).



DESPUÉS DEL TRABAJO, escultura de José Kowarzik

España les debe gratitud eterna, y aparte de las recompensas que puedan, mejor dicho, que deben concedérseles, es preciso que sus nombres se perpetúen para que las generaciones venideras puedan decir, copiando la hermosa frase del conde de Caspe: «¡Estos formaron parte del destacamento de Baler!» X.

NUESTROS GRABADOS

El conde de Morphy.—A la edad de sesenta y tres años falleció el día 28 de agosto último en Argovia (Suiza) don Guillermo Morphy y Ferriz de Guzmán, secretario particular de S. M. la reina regente y una de las figuras más notables y simpáticas de la aristocracia madrileña. Dedicado desde su infancia al estudio de la música, que comenzó en Alemania, continuó en Madrid y completó en Bruselas bajo la dirección del ilustre Fetis, dominaba la técnica musical, tocaba magistralmente el piano, era compositor inspirado y crítico distinguido, poseía vastos y profundos conocimientos en lo que podemos llamar parte científica del arte de los sonidos, y había hecho grandes y provechosos estudios, así de los clásicos más eminentes, como de la música popular de algunas regiones de España. Verdadero Mecenas y entusiasta propagandista de la ópera española, cuantos talentos musicales han sobresalido en nuestra patria hallaron en él siempre valiosísimo apoyo. En 1864 fué nombrado gentilhombre del entonces príncipe de Asturias D. Alfonso, á quien acompañó en la emigración y de quien fué secretario particular desde su elevación al trono hasta su muerte. Al fallecimiento de D. Alfonso XII continuó ejerciendo dicho cargo con la augusta viuda del malogrado monarca.

EL CONDE DE MORPHY, Secretario particular de S. M. la Reina Regente, fallecido en Argovia (Suiza) en 28 de agosto último

El conde de Morphy deja escritas gran número de composiciones musicales y artículos críticos, y estaba preparando una gran obra didáctica sobre la música y la ópera española. Era individuo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y estaba condecorado con la gran cruz de Isabel la Católica.

Hombre de trato ameníśimo, de exquisita cultura, y de vasta ilustración, era estimadísimo lo mismo en el mundo del arte que en la vida de la sociedad.

Después del trabajo, escultura de José Kowarzik.—Responde esta obra perfectamente á la tendencias de la escultura moderna; es un fragmento arrancado de la vida real y trasladado al mármol con todo el vigor de la verdad misma. La figura del robusto herrero que después de penosa jornada se embelesa en la contemplación de sus hijos, es un portento de expresión, y sus líneas enérgicas y hasta duras forman hermoso contraste con los delicados contornos de aquellas dos criaturas encantadoras.

Llamada y tropa, dibujo de José Albrecht.—Llegó la hora de la comida, y el pastorcito, empuñando la sonora trompa, reune la manada de patos para dirigirse todos juntos hacia la granja, de cuya chimenea se escapa el humo anunciador de que la pitanza está dispuesta. El grupo que forman el chicuelo y las aves está muy bien entendido y el paisaje está tratado con verdad; revelando el dibujo, así en el conjunto como en los detalles, la mano de un artista experto.

Monumento erigido en conmemoración de la defensa de Altamura (Italia), obra de Arnaldo Zocchi.—El 23 de enero de 1799, Championnet, general en jefe del ejército de Nápoles, constituía como gobierno provisional la República napolitana presidida por Carlos Lambert. Altamura fué la primera ciudad que respondió al llamamiento de los revolucionarios, y cuando los partidarios de Fernando IV se apercibieron á combatir aquel movimiento, los liberales hicieron de Altamura su fortaleza. Atacados por las tropas del cardenal Ruffo, los altamurenses, viendo que no llegaba el auxilio de los franceses tantas veces prometido, resolvieron morir entre las ruinas de la ciudad antes que ceder; y aunque sostuvieron heroicamente el ataque, agotadas las municiones y diezmadas sus escasas fuerzas, hubieron al fin de rendirse. En conmemoración de aquella defensa heroica se ha inaugurado recientemente el monumento que reproducimos: sobre un pedestal de estilo greco-romano elévase el grupo de bronce formado por la estatua simbólica de Altamura y por dos altamurenses, uno muerto en el combate y el otro defendiéndose aún valientemente á pesar de estar herido. Las tres figuras son bellísimas y dignas del renombre del escultor Arnaldo Zocchi.

Arenga de Federico el Grande á sus generales después de la batalla de Kunersdorf, cuadro de Arturo Kampf.—Después de la batalla de Kunersdorf (12 de agosto de 1759), perdida por los prusianos contra los rusos y austriacos aliados, sufrió Federico el Grande de Prusia un terrible ataque de gota que le obligó á guardar cama. Comprendiendo que los vencedores, en cuanto tuvieran noticia de su enfermedad, realizarían un ataque contra su ejército, é imposibilitado de montar á caballo para mandar á sus tropas, hízose conducir á Koeben, pequeña ciudad situada junto al Oder, y reuniendo alrededor de su lecho á sus generales, les dirigió la siguiente arenga: «Asegurad á mis valientes soldados que aunque la desgracia me ha perseguido en esta campaña, no descansaré hasta alcanzar la victoria; decidles que confío en su valor y que sólo la muerte podrá separarme de ellos.» Tal es el episodio de la guerra de los Siete años, en que se ha inspirado el famoso pintor alemán Arturo Kampf para el hermoso lienzo que publicamos.

Una avanzada, cuadro de Roberto Haug.—Es innegable que el arte es expresión del modo de ser de los pueblos y de las épocas de la historia, y bien lo demuestra la preponderancia que vuelve á adquirir en nuestros días la pintura de asuntos militares, que responde al estado de paz armada en que hoy viven las naciones. El cuadro que reproducimos obedece á esta tendencia que tan bellísimas obras ha inspirado, y su autor, el notable pintor alemán Roberto Haug, ha probado en ella que ha sabido aprovechar las enseñanzas de los grandes maestros en este género.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—PARÍS.—La baronesa Nathaniel Rothschild, recientemente fallecida, poseía una admirable colección de cuadros y objetos de arte cuyos más hermosos ejemplares ha legado á los museos parisienses. El Louvre recibirá el más hermoso lienzo de su galería, la *Lechera*, de Greuze, estimado en 600.000 francos, doce hermosas pinturas de célebres maestros antiguos italianos y veinte preciosas acuarelas de Jacquemart. El Museo Carnavalet, el retrato de madame Geoffrin y el de Lucía Desmoulins, esposa de Camilo Desmoulins, pintados respectivamente por Nattier y Boilly. El Museo de Cluny, toda la colección de arquillas antiguas de cuero y tafilete, que la baronesa había recogido á fuerza de investigaciones y de dinero, y todos los objetos de los siglos XV y XVI que adornaban la abadía de Vaux. El Museo de Artes Decorativas, la colección tan completa y tan rara de joyas de los siglos XVI y XVII. Y el Conservatorio, finalmente, una colección de instrumentos músicos antiguos.

ROMA.—El Estado italiano ha comprado el museo Borghese pagando por él 3.600.000 francos que satisfará en diez anualidades. Una sola de las muchas obras que forman parte de aquella galería, *El amor sagrado y el profano*, de Tiziano, está valorada en dos millones y medio.

Teatros.—En el teatro municipal de Federico Guillermo, de Berlín, se ha estrenado con gran aplauso un drama titulado *Germinal*, tomado de la novela del mismo título de Zola.

—En la aldea de Menil-en-Xantois (Lorena) se han dado unas representaciones populares de los misterios de «Juana de Arco,» ejecutados por gentes del pueblo bajo la dirección del párroco de la población.

—Carmen Sylva, la reina de Rumanía, ha terminado una nueva comedia en dos actos que se titula *Un par de zapatitos*.

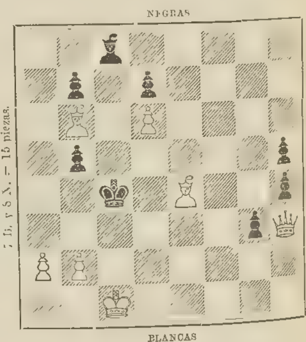
Necrología.—Ha fallecido:

Felipe Sporrer, pintor alemán, profesor de la Escuela Superior Técnica de Munich.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 167, POR VALENTÍN MARÍN

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 166, POR J. PAL[illegible]

Blancas.	Negras.
1. A c T R	1. P 7 T D
2. A c T D	2. C toma C ú otra.
3. C ó A mate.	



Lucila besó á Mad. de Sennevaux y sonrió á su hijo, que se inclinó ante ella deslumbrado y turbado

CORAZÓN DE SACERDOTE

NOVELA ORIGINAL DE H. S. DE FORGE. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

La llegada de Adalberto, anunciada por un telegrama, trastornó el estudio. El cínico dependiente miró con ojos azorados al primo de un notario de París, y M. Lechesne corrió á su encuentro alargándole las manos, no sin sentir cierta emoción en presencia de aquel delegado del gran colega de la capital. La conferencia duró hasta la hora de la comida, á la cual M. Lechesne invitó tímidamente al viajero y éste se dignó aceptar. Mad. Lechesne se había puesto sus mejores galas, sacando al efecto el vestido de seda negro que no salía á luz sino en las grandes solemnidades.

Mientras duró la comida, Adalberto, satisfecho del efecto causado y ufanándose, desplegó su facundia ante aquella pareja deslumbrada. Tan pronto habla-

ba de los grandes negocios que se efectuaban en «su estudio» y en los que, naturalmente, se atribuía el papel principal, como descendía á bromas de bulevar, que sus oyentes no comprendían siempre, pero de las que se reían de buena fe, y en un momento en que llamaron á M. Lechesne á su despacho después de comer, Adalberto se puso á decir á su mujer unas cosas..., ¡qué cosas!.. Pero los jóvenes de París debían hablar de este modo á las mujeres, y entonces Mad. Lechesne reía con expresión algo azorada, pero en el fondo satisfecha y limitándose á vagas protestas.

– ¡Oh señor Deruel! Si le oyeran á usted...

Aquella misma noche, toda la familia Descordes se presentó como por casualidad, pero vestida con trajes en los que se conocía la premeditación. La conversación se hizo general, y desde el principio Mad. Descordes aguzó los oídos al oir los nombres de Mad. de Sennevaux y del P. Charlier.

Nombres aborrecidos que la acosaban sin cesar como una persistente pesadilla, recordándole los días más amargos de su vida, toda su obra de caridad vuelta confusamente contra ella, la lección de bondad dada tan impertinentemente por Pablo cuando niño, su exclusión de casa de Marta, públicamente pronunciada por la condesa y que había sido la señal de su decadencia. Toda su religión se sublevaba á la idea de que Pablo, el hijo de aquella Marta, era ya sacerdote. Pero ¡qué sacerdote sería él, criado como lo había sido y dotado de los instintos de que ya diera muestras! ¡Qué ejemplos tan vergonzosos tuvo en su juventud! ¡Cuán triste era para el sacerdocio contar con semejantes hombres en su seno! Su corazón latía violentamente al repasar todos aquellos recuerdos súbitamente evocados, y casi se habría arrepentido de haber ido á aquella casa si no hubiese creído notar cierto enojo en el tono de Adalberto cuando hablaba de Mad. de Sennevaux y del padre Charlier.

– Debe usted conocer á ese cura, dijo Deruel. Creo que ha nacido en Ganneville, aunque nunca habla de este pueblo.

– ¡Vaya si le conocemos, y mucho!, contestó madame Descordes con tono acrimonioso que tampoco pasó inadvertido á Adalberto.

M. Lechesne, aprovechando este incidente, aunque no con malicia, sino deseoso de mostrar al secretario parisiense que también había habido aventuras en Ganneville, refirió el episodio de Marta y Saviniano, los pistoletazos, la causa formada á Charlier, todo ello sin mala intención, pero con ese orgullo que siente el habitante de una ciudad pequeña donde ha ocurrido algún suceso trágico. Más de una hora se discutió este asunto. Mad. Lechesne, por bondad natural, defendía la virtud de Marta, su marido se encogía de hombros guiñando un ojo picarescamente; las tres Descordes guardaban prudente silencio, y M. Descordes dormitaba en un rincón.

Adalberto dijo con tono sentencioso:

– Cuando se conoce la vida como yo la conozco, se sabe lo que ha debido suceder como si se hubiera presenciado... ¡Además..., la virtud..., no creo en ella!

– ¡Oh señor Deruel!

– Señora, siempre se exceptúa á las personas presentes. Me alegro mucho de saber esa historia..., que á la verdad no me extraña... Gracias á mi buen olfato había adivinado que en el pasado de ese cura había algo bochornoso... ¡Ah, ah! Buenas cosas ha debido presenciar en su juventud. ¡Su mamá y el subprefecto!.. ¡Bonita educación para un sacerdote! Pero mi primo ignora sin duda todo eso, y yo tengo el deber de decírselo. No dejaré de hacerlo tan luego como regrese á París. No es posible que conserve en una casa como la suya un hombre que tiene ese origen y ha recibido semejantes lecciones, y mucho menos cuando en esa casa hay una joven.

– ¡Ah!, exclamó Mad. Descordes. ¿M. Jouvenot tiene una hija?

– Una muchacha encantadora y que cuenta con un gran dote, lo que hace que alguien que yo me sé la agasaje mucho en estos momentos, contestó Adalberto con voz sombría.

Mad. Descordes dejó pasar un momento y luego preguntó:

– ¿Y Mad. de Sennevaux es muy amiga de madame Jouvenot?

– Como que apenas sale de su casa.

Mad. Descordes sabía ya á qué atenerse; pero en presencia de M. Lechesne, notario de la condesa, no podía interrogar á Adalberto como hubiera deseado. Retiróse, pues, convidando al secretario á comer para el día siguiente y suponiendo que antes iría á visitarla.

En un momento había formado todo un plan.

Adalberto no dejó de acudir y fué recibido á solas por Mad. Descordes. Poco trabajo le costó á ésta sonsacarle, y tanto que antes de media hora sabía que Pablo Charlier se había propuesto casar á su amigo Roger de Sennevaux con Lucila, que este proyecto contrariaba sobre manera al secretario, quien deseaba frustrarlo á toda costa, y que detestaba al cura y á los Sennevaux tanto como ella misma los detestaba. Había en este asunto todos los elementos necesarios para intentar una buena obra, cual era la de servir á aquel excelente joven que le gustaba mucho, puesto que tenía los mismos enemigos que ella. Había también todos los elementos de una intriga que lisonjeaba su imaginación largo tiempo inactiva y su corazón ávido de venganza.

– ¡Ea, caballero, dijo á Aldaberto, hablemos francamente! Me siento inclinada hacia usted por una simpatía que tendría sumo gusto en demostrarle. Usted desea vivamente que se rompa todo proyecto de matrimonio entre su prima y M. de Sennevaux, y tampoco le desagradaría que ese P. Charlier saliera de casa de su primo, ¿no es esto?

– Justamente, respondió Adalberto satisfecho de verse tan bien comprendido. Pero debo advertir que en todo ello no me guía otro propósito sino mirar por los intereses de la familia.

– ¡Por supuesto! Yo, por mi parte, jamás me meto en asuntos ajenos, á no ver en ello una utilidad que no advierten los mismos interesados... El proyecto concebido por el P. Charlier me parece de lo más descabellado... A juzgar por lo que sé de M. Roger de Sennevaux, estoy segura de que esa bella prima de usted sería muy desgraciada con él, y valdría más casarla con alguna persona de su esfera, con un joven que estuviera al corriente de los negocios de su padre, que pudiera ayudarle..., sucederle..., con usted, por ejemplo, Sr. Deruel.

– ¿Quién lo duda? Pero á Mad. Jouvenot le ha dado por la nobleza, y se despepita por un título ó cuando menos por un *de*.

– Pero ¿no lo tiene usted? ¿No se escribe con dos palabras su apellido?

– Hasta ahora no lo he escrito más que con una..., pero en efecto..., tengo el derecho. .

– Claro está. Hay muchas y excelentes familias, burguesas al parecer, que pueden usar esa preposición. Por ejemplo, los antepasados de mi marido se llamaban *des Cordes*, pero cuando la Revolución reunieron las dos palabras, y como mi marido es tan modesto jamás ha querido modificar su apellido... Creo que me ha dicho usted que el P. Charlier se ocupaba mucho de Mlle. Jouvenot.

– Mucho, no expresa bien la idea..., no se ocupa más que de ella, ni ve á nadie más que á ella, ni se aparta de su lado. Pasean juntos, van juntos por los caminos, por el campo, so pretexto de repartir limosnas; se encierran horas enteras en la biblioteca, donde el cura supone que da lecciones á mi prima... A menudo me quedo escandalizado, y le confieso á usted que lo que supe ayer de ese cura dista mucho de disminuir mis preocupaciones.

– Tranquilícese usted, Sr. de Ruel... Me complazco en creer que entre el P. Charlier y su prima de usted no media nada vituperable. Nunca deben hacerse juicios temerarios; pero en fin, ya es mucho que haya apariencias de que puedan nacer sospechas... Quiero mucho á Mad. de Sennevaux, añadió Mad. Descordes con una sonrisa cuya falsedad no comprendió Adalberto. La veré ó la haré hablar la primera vez que venga aquí, y de todos modos, buscaré un medio... Voy á reflexionar, y esta tarde cuando venga usted á comer le diré si he dado con alguno.

– ¡Ah señora! Si hace usted eso, si consigue usted romper ese enlace proyectado y si logra que se expulse al P. Charlier, mi gratitud...

– No me encargo más que de lo primero: lo segundo es de incumbencia de usted. Vive usted en la casa; M. Jouvenot es su primo; por consiguiente, á usted le corresponde decirle, si le parece oportuno, lo que ha sabido acerca del P. Charlier y de su familia. En cuanto á gratitud, no hablemos de ello. Nunca hago nada sino por el bien en sí, es decir, por Dios, cuando veo una obra útil y buena. Más de una vez he tenido pruebas de lo que valía la gratitud de los hombres. Hasta la tarde: ¡ah!, y á propósito; no diga usted una palabra de todo esto á M. Lechesne.

Después de comer, Mad. Descordes dijo simplemente:

– He dado con el medio. Vuélvase usted á París sin cuidado. La boda que usted recela no se efectuará, se lo prometo.

En cuanto al asunto objeto del viaje de Adalberto, quedó algo más embrollado que antes.

VII

El P. Chavassieux seguía siendo primer vicario en Ganneville. Habían transcurrido los años, los párrocos se habían sucedido, y el buen padre había continuado desempeñando aquel cargo honroso, pero secundario, que al obispo le parecía suficiente para su inteligencia. Mad. Descordes estaba desesperada: había contado siempre con el ascenso del P. Chavassieux al cargo de párroco para recobrar la preponderancia en las asociaciones benéficas, y por más que jamás hiciera juicios temerarios, no vacilaba en atribuir esta desgracia á alguna intriga urdida contra sí misma. En cuanto al buen cura, le parecía su suerte muy satisfactoria, pues carecía de ambición, y apreciaba los muchos ratos de ocio que le dejaba su insignificante cometido; era un sabio, un tanto epicúreo.

Las relaciones del digno varón con la familia Descordes continuaban tan íntimas como antes. Había cerrado resueltamente los oídos á las hablillas que después de lo ocurrido á los Charlier circularon acerca de Mad. Descordes - que era una santa - y sobre sus hijas - que eran dos ángeles - y á todo contestaba con su estribillo: «¡La caridad! San Pablo lo ha dicho..., ¡la caridad!» Sus cabellos habían pasado del gris al blanco y su vientre se había abultado notablemente... Pero no había ocurrido otra modificación en la vida del apacible sacerdote, que jamás dejó de ir á comer los domingos á casa de los Descordes ni de participar luego de las inteligentes emociones del juego de la lotería. Continuaba dirigiendo la conciencia de la madre y las hijas, pero en cambio estas piadosas damas dirigían su voluntad: no veía más que por sus ojos, tan sometido á ellas en su obediencia como el mismo M. Descordes.

A los pocos días del viaje de Adalberto, madame Descordes, sabedora de que Mad. de Sennevaux debía llegar para residir unos cuantos días en Jouy, fué á buscar al P. Chavassieux y le dijo:

– Señor cura, vengo á hablarle á usted de una buena obra muy importante y de urgente realización. Se trata de evitar que una familia honrada se deslice por una pendiente funesta...

– Grande y buena obra en efecto, respondió el vicario; sí, impedir el mal... ¡La caridad! ¡Siempre y ante todo!

– Escúcheme usted bien: el asunto es delicado y el éxito será sin duda muy meritorio á los ojos de Dios... ¿Usted conoce á Mad. de Sennevaux?..

– ¡Oh, sí! Es una noble dama, una santa persona.

Enhorabuena. ¿También conoce usted á su hijo Roger?

– Guapo mozo..., no le he visto hace muchos años..., creo que es militar...

– Supongo que se interesará usted por Mad. de Sennevaux y su hijo, ¿verdad? Pues á ellos es á quienes se trata de preservar de un gran peligro, de impedir que sean víctimas de una maquinación que, si tuviera buen resultado, haría la desgracia de su vida.

– Sí, sí, es preciso..., rogaré á Dios porque les libre de todo mal.

En efecto, rogar á Dios es muy útil..., pero hay que unir á los rezos una acción más humana y más directa... Diré á usted lo que pasa. Mad. de Sennevaux se ha dejado rodear en París de una familia sin religión..., gente de dinero que no piensa más que en los bienes terrenales...

– Bienes perecederos, hija mía, que corrompen las almas y comprometen su salvación eterna.

- Perfectamente. Pues en esa familia hay una joven bastante bonita á la que se quisiera casar con M. de Sennevaux que ni siquiera la conoce. No se ocupan ni de los caracteres ni de los sentimientos religiosos de esos jóvenes...

– ¡Qué triste es eso! ¡Ah! ¡En el mundo reina siempre Satanás!

– Pues todavía hay algo peor. Esa joven no es... ¿cómo se lo diré á usted?.., no observa la conducta que debe observar una doncella... Vive en medio de todos los placeres parisienses, con gran lujo, asistiendo á toda clase de fiestas, y por fin tiene... un trato criminal, ¡oh!, muy criminal...

– ¡Es posible!.. ¡Una joven!.. ¡Ah! Todas deberían parecerse á las hijas de usted; esas sí que son dos ángeles.

- Lo más horroroso del caso es que quien hace faltar á sus deberes á esa infeliz muchacha es... ¡un sacerdote!

– ¡Gran Dios!

– Sí; ya sabe usted que á veces el cielo permite, con un propósito que nuestra pobre inteligencia no alcanza á comprender, que haya malos sacerdotes, que son descendientes de Judas y motivo de escándalo y de maldición. Conozco detalles que le estremecerían á usted y que no puedo decir... Los padres no ven ó no quieren ver nada...

– ¡Qué ceguedad!

– Y como la joven es muy rica, lo cual basta para dispensarlo todo en esa triste sociedad parisiense, como sus padres tienen la ambición, aunque son d

humilde origen, de darle un título casándola con un noble, se ha fraguado un complot para atrapar á Mad. de Sennevaux, á esa buena señora, y conseguir que su hijo se case con esa joven... Él está lejos de Francia, y se confiaba en que no sabría nada... A su regreso se celebraría la boda..., el orgullo de los padres quedaría satisfecho y la desgracia del conde Roger consumada.

–¡Qué abominación!

–Y ese sacerdote indigno es el que lo ha maquinado todo so pretexto de amistad á Mad. de Sennevaux... Fácil es adivinar su objeto... Causa espanto sondear la profundidad de tales horrores.

–Pero ¿no se podría impedir eso, abrir los ojos á Mad. de Sennevaux? Sería, como usted ha dicho muy bien, una obra meritoria, una obra de caridad. ¡Ah, la caridad!

–Pues precisamente he venido con el objeto de pedir á usted que aproveche un viaje que debe hacer esa señora á Jouy para revelarle toda esta trama.

–¡Yo!, exclamó el pobre vicario dando un salto como si le hubieran pegado un latigazo. Pero... ¿cómo, señora, si no sé nada?

–Usted sabe todo cuanto le digo y cuanto yo misma sé y le aseguro que lo sé de buena tinta... Un pariente cercano de la joven, que vive en la misma casa y por consiguiente se halla en disposición de ver todo lo que pasa, ha considerado como un deber de conciencia avisar á Mad. de Sennevaux. Hace poco ha venido expresamente á Ganneville para pedir á los amigos de la condesa que le revelen lo que hay. Sabe usted que hace mucho tiempo no la trato... La calumnia rompió nuestras relaciones. Es uno de los muchos disgustos que ofrezco al Señor, y ya ve usted que estoy muy lejos de querer mal á la condesa, puesto que procuro hacerle un señalado favor. Pero mi intervención personal sería sospechosa y más perjudicial que útil. Para que llegue la verdad hasta ella, tan sólo un sacerdote del carácter de usted tendría la autoridad apetecida.

–¡Dios mío! ¡Dio mío!, exclamaba el mísero vicario.

–Sí, señor vicario, insistió sin piedad Mad. Descordes... Usted solamente... y permítame que se lo diga, sabedor como está usted ya de los hechos, no tiene el derecho de sustraerse al deber que se le impone... Cuando Mad. de Sennevaux llegue...

–Sí, sí, eso es, contestó el cura asiéndose á aquella tabla de salvación con la precipitación del hombre de ánimo apocado que ganando tiempo cree haberlo ganado todo; sí, cuando Mad. de Sennevaux llegue dentro de tres ó cuatro meses...

–Dentro de tres ó cuatro meses será demasiado tarde. Mad. de Sennevaux llegará mañana para pasar dos días en Jouy... Por consiguiente, mañana tiene usted que ir á verla.

El P. Chavassieux se quedó aterrado. En vano se defendió, acumulando objeciones y buscando una escapatoria: Mad. Descordes contestó á todo, acorralándole con su voluntad implacable. Repitió al buen vicario su lección, y se lo dictó, precisó y resumió todo; tan sólo omitió el nombre del sacerdote culpable, por temor de despertar alguna sospecha en su ánimo, por confiado que fuera. Hubo que ceder, y al otro día, después de pasar una noche singularmente agitada contra su costumbre, el embajador forzado cogió su bastón y se encaminó al castillo con un paso que iba acortando á medida que se acercaba á él.

Por el camino iba meditando dolorosamente lo que tenía que decir, pidiendo á Dios que hiciera un gran milagro y apartara de él aquel cáliz. De pronto se detuvo, y sintiéndose cansado, se sentó á la orilla del camino.

Su espíritu estaba todavía más cansado que sus piernas, y una gran turbación llenaba de confusión su mente. Parecíale oir como un murmullo vago de su conciencia.

El P. Chavassieux tenía la cabeza algo débil; era de carácter sencillo y sin malicia, bondadoso, y de alma honrada y recta. Le había indudablemente indignado y sobre todo entristecido cuanto le dijo Mad. Descordes. ¡Qué horrible revelación! Una joven... un sacerdote... una confabulación contra Mad. de Sennevaux y su hijo... ¿Era posible que Dios permitiera tanta villanía? Era una cosa perversa... y tanto que se abrió paso en su imaginación una duda leve, casi imperceptible... ¿Estaba Mad. Descordes bien segura de lo que afirmaba? ¿No la habían engañado? ¿No se dejaba llevar demasiado de su celo? ¡Era tan buena, estaba siempre tan dispuesta á sacrificarse por los demás! ¿Y si todo aquello no fuera cierto? ¡Qué alegría! ¡Cómo bendeciría á Dios! ¡Y qué contenta se pondría también aquella buena señora, que era una verdadera santa!

Y entonces, en parte por escrúpulos de honradez que le hacían temer el acusar á inocentes, y en parte por el terror que le causaba aquella visita que asustaba su timidez, traía á la memoria todas las aseveraciones de Mad. Descordes. ¡Ah! No había lugar á equivocación..., estaba plenamente convencida. Pero él no lo estaba tanto. ¿Qué inconveniente podía ofrecer el que se ampliaran las averiguaciones? ¿Qué significarían unos cuantos días más ó menos en tan grave asunto? Cuando los hechos estuvieran bien demostrados, entonces obraría enérgicamente..., iría á París, si era preciso, á ver á Mad. de Sennevaux. A esto se reducía cuanto pedía.

Mas de pronto se le ocurrió una idea terrible que le hizo palidecer. Mad. Descordes estaba viva, muy viva... Había grandes santos que tenían este defecto casi meritorio en la pasión del bien. ¿No se enfadaría por su vacilación?

¿Y si de esto se originara un enfriamiento de relaciones..., una ruptura? ¡Adiós comidas de los domingos, loterías!..

El pobre hombre se levantó trastornado, lleno de verdadera angustia, no sabiendo si dirigirse al castillo ó desandar lo andado. Pero el murmullo interior seguía susurrando, y el buen cura emprendió cabizbajo la vuelta de Ganneville.

Por el camino tropezó con las Descordes que, pretextando dar un paseo, se habían encaminado hacia allí, impacientes por saber el resultado de la visita.

El cura se puso tan colorado al verlas que madame Descordes no auguró nada bueno.

–¿Qué hay?, le preguntó.

–Señora, contestóle muy conmovido, he pensado..., he reflexionado..., quizás tengamos que hablar...

–Pero ¿ha ido usted al castillo?

–No..., diré á usted.

–Es decir, ¿que quiere usted consentir que ese P. Charlier continúe escandalizando?

Mad. Descordes se había precipitado... Conoció la falta que acababa de cometer al ver que el vicario se ponía súbitamente grave y frío. El nombre pronunciado había sido para él toda una revelación. Por sencillo que fuera su espíritu, se hizo en él viva luz.

–No, señora, contestó con voz firme é irguiendo la cabeza, no he ido al castillo ni pienso ir.

Y saludando á Mad. Descordes, estupefacta y curiosa, se alejó, sin pensar ya en sus comidas dominicales, ni en su lotería, probablemente perdidas para siempre, pero satisfecho de sí mismo, comprendiendo que obraba bien, y repitiendo entonces con una impresión profunda y enteramente nueva: ¡la caridad! ¡la caridad!

VIII

Por fin había llegado el día tan deseado por madame de Sennevaux. El gallardo capitán estaba sentado á los pies de la condesa en el gabinete de confianza, hablando con ella con esa confusión de las primeras expansiones, diciendo lo que había visto, preguntándole lo que había hecho, olvidando las interminables horas de separación con el inefable encanto de aquella primera entrevista, no pudiendo darse nada tan conmovedor como aquel joven de rostro pálido y varonil curtido por el sol de los países cálidos, de mirada franca y enérgica y de existencia llena ya de hechos gloriosos, expresándose con frases de niño para demostrar su adoración filial.

Roger tenía seis meses de licencia para incorporarse á su nuevo regimiento en Tours. Mad. de Sennevaux, egoísta contra su costumbre, se reservó para sí sola los primeros días de esta licencia. La madre y el hijo paseaban por París como dos recién casados en plena luna de miel, visitando como si fuesen extranjeros los teatros, los museos, los paseos, y el capitán se extasiaba, en lo que llamaba su sencillez de salvaje, ante aquellas cosas que le habían sido ya conocidas, pero olvidadas hacía mucho tiempo.

A pesar de ello, Mad. de Sennevaux no perdía de vista el proyecto acariciado, pero acechaba la ocasión del ataque, algo turbada al acercarse el momento decisivo. ¿Y si Roger quisiera conservar su independencia? ¿Y si todas las esperanzas de la madre se disiparan á la primera palabra?

El mismo Roger fué el que allanó el camino para la conferencia.

–¡Ah!, exclamó un día leyendo la revista de salones de un gran periódico, otro más! «Se anuncia el próximo enlace de M. de Lambert, capitán de cazadores, con Mlle. de Montjay, hija de un rico propietario del Vienne.» ¡Es toda una serie! «Ayer se celebraron en Senlis los desposorios de M. de Landeville, teniente de coraceros, con M. de la Nayrie, sobrina del general barón de la Nayrie.»

–¿Y cuándo leeremos, preguntó Mad. de Sennevaux: «Se anuncia el casamiento del conde de Sennevaux con la señorita Tres estrellas?»

–Cuando quieras, mamá; es decir, cuando hayas encontrado una señorita Tres estrellas digna de ser tu hija... ¿Conoces esa perla?

–Según eso, ¿no estás opuesto en principio á la idea de casarte pronto? ¿Tu vida errante no te ha dejado la afición á las aventuras?

–Ni por pienso. Creo que he llevado ya demasiado lejos mis relaciones con los pabellones negros y los senegaleses. No tengo empeño en prolongarlas más; y sin duda por afición á los contrastes, mi anterior inclinación á los viajes se ha convertido en un vivísimo deseo de vivir en un rinconcito de mi casa. A tu presencia tienes, querida mamá, una víctima favorita al sacrificio y dispuesta á poblar tu salón de cierto número de pequeños Sennevaux.

–¡Cómo me gusta oirte hablar así! Respondes á mi más ardiente anhelo. En cuanto á la Srta. Tres estrellas, hace mucho tiempo que la he buscado y creo haberla encontrado.

–¿De veras? Pues eso ya es más grave, porque salimos de las generalidades... ¿Me permites pedirte algunos detalles?

–Cuantos quieras.

–Ante todo, ¿qué edad tiene esa señorita?

–Veintidós años.

–Veintidós y ocho son treinta. La diferencia es buena. ¿Posición social?

–Excelente. Perfecta honradez y cuantiosa fortuna. El padre es uno de los principales notarios de París. La madre, muy amable, quizá de poco fundamento, pero se porta de un modo correcto.

–¡Hum! ¡Notario! Un hombre panzudo... con anteojos de oro... que hablará con petulancia y será fastidioso.

–Nada de eso. Tú te refieres á los notarios de comedia... Este es muy parisiense, muy moderno, muy hombre de mundo, que tiene hotel en París, palco en el teatro de la Opera, quinta, caballos, cacerías, etc..., hombre de carácter un tanto burlón y escéptico, pero de buenos sentimientos y muy formal.

–Pasemos pues por el notario. ¿Y cómo se llama ese digno tabelión?

–M. Jouvenot.

–¡Jouvenot! Es terriblemente plebeyo.

–¿Qué te importa si tú no has de ser M. Jouvenot yerno, sino la señorita Jouvenot la que trocará su nombre por el de condesa de Sennevaux?

–Es verdad. Pero todo eso es accesorio. Vengamos á lo principal.

–Lo principal es una perla, valiéndome de tus propias palabras.

–¿Sin hipérbole?

–Ninguna. Alta, esbelta, magnífica cabellera castaña, ojos bellísimos; quizás no sea una beldad, pero más que eso vale su gracia y su donaire... Esto en cuanto á la parte física.

–¿Y en cuanto á la moral?

–Lucila...

–Me gusta el nombre: modifica algo el de Jouvenot.

–Lucila es, por lo que respecta á la parte moral, una pequeña perfección. Educación completa, mucha instrucción sin pedantería. A pesar de su fortuna, ha querido tener títulos académicos: es una música consumada; pinta muy bien á la aguada. Tiene el necesario trato social; es religiosa sin ser beata, y posee sentimientos delicados en todo y siempre. ¿Te satisface el retrato?

–Sí, si no se le lisonjea demasiado.

–Es una fotografía.

–¿Y cómo siendo su padre notario?.. Decididamente ese notario me preocupa... ¿Cómo con un padre notario que sin duda se ocupará de su estudio más que de su hija, y con una madre de la que tú misma dices, á pesar de tu indulgencia, que tiene poco fundamento, Lucila reune tan perfecto conjunto de cualidades?

–Porque su propia naturaleza ha entrado por mucho en ello. Además aún no te he dicho que Lucila tiene un hermano de catorce años; que este hermano hace cuatro que tiene por preceptor un santo varón, un sacerdote, hombre superior, y que este preceptor, al educar al hijo, ha dirigido, oficiosamente en cierto modo, la educación de la hija.

–Bien; recapitulemos: Jouvenot notario á la parisiense; una madre sin fundamento, puesto que has dicho que tiene poco; un hermano de catorce años; un preceptor para jóvenes de ambos sexos; Lucila una perla rara... ¿Es eso?

–Sí, prescindiendo de la ironía con que lo dices.

–¿Y es esa toda la familia?

–Toda, excepto un tal Adalberto Deruel, primo y secretario de M. Jouvenot. Lo que es ese, te lo doy. Es un hombre fatuo, presuntuoso, molesto, necio, insoportable.

(Continuará)

FERNANDO DE LESSEPS

En medio de las más violentas tempestades que asaltaron á Fernando de Lesseps, el grito de la verdad no cesó de procamarlo creador del canal de Suez, gloria que irá eternamente unida á su nombre y que forma parte del patrimonio de Francia.

La idea de abrir un paso á la navegación uniendo el Mediterráneo con el mar Rojo databa de muy antiguo y estaba como suspendida en la mente de los hombres; Fernando de Lesseps, á quien una brillante carrera diplomática había permitido estudiar á fondo los hombres y las cosas de Oriente, concibió, desde la época en que representó á Francia en Alejandría, el proyecto de intentar la unión de los dos mares.

Las dificultades para realizar este pensamiento eran inmensas; pero Fernando de Lesseps, á pesar de no ser ingeniero, se asimiló de tal manera el problema hidráulico, se impuso tan extensa serie de trabajos, de cálculos y de experimentos y llamó en su ayuda tantos consejos y tan autorizados concursos, que muy pronto pudo afirmar la posibilidad de llevar á cabo la empresa, y desde entonces marchó directamente hacia su objetivo sin que ningún obstáculo fuera bastante á desanimarle.

Diez años duró aquella lucha, en la cual Turquía, el mismo Egipto después de la muerte de Said-bajá, y sobre todo Inglaterra, apelaron á toda clase de armas para evitar que el proyecto se llevara adelante; hasta que en 1864 pudo Lesseps hacer triunfar su idea, merced á la celebración de un imponente arbitraje: su palabra de apóstol, apoyada por el prestigio de Francia, que entonces se hallaba en el apogeo de su gloria, le conquistó universales simpatías, que no tardaron en convertirse en adhesiones primero y después en recursos abundantes.

El día 15 de abril de 1865 quedaba abierto un primer canal por el que podían pasar de un mar á otro las lanchas, y que sucesivamente ensanchado no tardó en dar paso á embarcaciones de mayor porte. Cuatro años después, el 15 de abril de 1869, las aguas del Mediterráneo y las del mar Rojo se confundían en los Lagos Amargos. La inauguración del canal de Suez fué uno de los más grandes acontecimientos de nuestro siglo; y si constituyó una gloria para Francia, que podía reivindicar el honor de haber ella sola abierto el istmo histórico, constituyóla también para el hombre que había concebido aquella obra, que durante quince años había luchado contra toda clase de dificultades para llevarla á cabo sin desfallecer, y consagrando su vida á poner en acción la hermosa divisa latina que los Lesseps han inscrito en su escudo sin sospechar que uno de sus descendientes la realizaría á la faz del mundo: «Y abrió nuevos caminos á las naciones...»

¿Por qué no se detuvo en aquel punto?, ¿por qué no murió envuelto en su triunfo? En aquella empresa había dejado todas las fuerzas de su vasto y potente cerebro, que sólo era un pálido reflejo de lo que había sido cuando acometió el funesto proyecto del Panamá.

Pero sea cual fuere el juicio que la posterioridad emita sobre aquel lamentable fracaso, habrá de reconocer que Lesseps fué quien dotó al mundo de ese nuevo camino que, reuniendo los mares de Europa, de Asia y de Africa, constituye una obra sin igual en los anales de la humanidad.

La Compañía del Canal de Suez ha querido consagrar este hecho prodigioso erigiendo á Fernando de Lesseps la estatua que dentro de pocos días se levantará en la punta de uno de los muelles de Port-Said sobre un pedestal de mármol.

Cuando el príncipe de Aremberg, al tomar posesión de la presidencia de aquella compañía, sometió ese pensamiento á la junta, su proposición fué votada por aclamación: era imposible obedecer á una inspiración más delicada y más levantada después de la tormenta del Panamá que amenazaba quebrantar la gloria entera del fundador del canal de Suez.

Allí, por lo menos, á la entrada de aquel canal cuya grandiosidad celebra la navegación universal haciendo desfilar por él sus pabellones, Fernando de Lesseps se alzará eternamente sobre el pedestal en donde le han colocado el orgullo de su patria y la gratitud de los pueblos.

El eminente escultor Fremiet ha sido el encargado de hacer revivir aquella fisonomía tan viril y tan resuelta que reproduce la estatua con fidelidad asombrosa.

Lesseps está de pie y lleva, echado sobre sus espaldas, el caftán legendario con que cubría su traje á la europea cuando recorría los talleres de Port-Said: su mano izquierda empuña un plano medio desdoblado y la derecha está extendida en ademán de indicar á los navegantes el paso abierto.



Estatua de Fernando de Lesseps que se ha de colocar en el Canal de Suez, obra de Fremiet

De este modo, todas las flotas, al pasar por el canal, saludarán la imagen del gran francés, noblemente concebida por el artista. Su frente alta y desnuda, los ojos abiertos, los labios altivos y generosos, el ademán digno, los robustos hombros, el cuerpo perfectamente plantado bajo los flotantes pliegues del caftán que el viento del mar agita, todo, así en la composición como en la ejecución de Fremiet, que pocas veces ha estado más inspirado, se ajusta admirablemente al pensamiento del homenaje tributado y al destino del bronce escogido para perpetuar aquella gloria. Allí está delante de nosotros el hombre galvanizado por el artista con una sinceridad que produce toda la ilusión de la vida real; y al mismo tiempo causa aquella estatua la impresión ideal más intensa y menos efímera.

Tiene la estatua una altura de ocho metros, y una vez colocada en su pedestal al aire libre y junto al mar producirá un efecto sorprendente.

Por justa ironía del destino, los ingleses, es decir, los que con más saña combatieron el proyecto de Lesseps, los que en el Parlamento y en las esferas mercantiles le hicieron tan cruda y despiadada guerra, han sido los que dentro de la compañía del canal han aplaudido más espontáneamente la iniciativa del príncipe de Aremberg, y los que con más empeño han exigido que la estatua por su grandiosidad y perfección respondiera á la grandeza del hombre y á la magnitud de su obra. – A.

***

EL PROCESO DREYFUS

Sigue preocupando la atención del mundo entero el proceso que hace tiempo se está viendo en Rennes, y esto justifica que los periódicos dediquen más ó menos espacio, según la índole de cada cual, á enterar á sus lectores de lo que allí ocurre. La Ilustración Artística, por su especial carácter, se halla en el caso de ocuparse también del famoso *affaire;* pero como su misión es atender principalmente á la información gráfica, nada diremos de los debates que ante el Consejo de guerra se promueven y sólo nos ocuparemos brevemente de los tres interesantes grabados que en la siguiente página publicamos.

Uno de ellos es reproducción de una fotografía instantánea tomada en el momento en que Dreyfus sale del Liceo en donde el tribunal celebra sus sesiones para dirigirse á las prisiones militares: la actitud del capitán de artillería al pasar por la doble fila de soldados vueltos de espaldas, es digna sin ser altanera, como del hombre que siendo inocente y olvidando todas las torturas sufridas espera que al fin brillará para él la justicia.

Otro representa el grupo de tres famosas periodistas acerca de las cuales dice Mme. Ratazzi en la *Nouvelle Revue Internationale:* «Margarita Durand, la rubia y elegante directora de *La Fronde,* con su vestido de crespón gris adornado de magníficos encajes y su sombrero coquetón; Severini, la simpatía personificada, con su fisonomía inteligente y expresiva, sus hermosos cabellos empolvados, su *toilette* sencilla y encantadora, enviando saludos á todo el mundo, porque todos la quieren y la estiman, y ella tiene un alma generosa y un corazón sensible, al mismo tiempo que un espíritu lleno de delicadezas que lo abarca y lo comprende todo. Cerca de ella está una adorable mujercita, muy joven, muy delicada, muy rubia, muy viva y con un aire de decisión que enamora, y según me dicen, pertenece á la redacción de *La Fronde,* es el edecán de la rubia directora, y su lindo nombre, Juana Bremontier, se lee mucho al pie de las ligeras crónicas del diario feminista.»

En el otro grabado vemos á la famosa *dama blanca,* de quien tanto se habló al principio del proceso y que no ha dejado de asistir á una sola de las audiencias públicas de cuantos procesos se han celebrado relativos al *affaire.* Mucho se fantaseó acerca de quién podía ser esa joven, bien parecida y vestida con exquisita elegancia, que poseía para entrar en las sesiones del Consejo de guerra la *tarjeta rosa,* es decir, la destinada únicamente á los grandes personajes; pero, según afirma Mme. Ratazzi en su citado trabajo, se ha descubierto al fin que no era princesa ni gran señora, como algunos creían, sino simplemente amiga íntima de Paquin, el gran modisto de la calle de la Paz. La dama blanca es dreyfusista acérrima.

El presidente del Consejo de guerra, después de averiguar quién era la tal dama blanca, mandó que se le recogiera la tarjeta rosa que le daba derecho á sentarse entre los más ilustres personajes; mas no por esto ha dejado de concurrir á todas las sesiones la amiga de Paquin, la cual ocupa ahora en la tribuna de la prensa el lugar que con mucho gusto le han cedido los periodistas. – X.



Proceso Dreyfús. – Las periodistas Mme. Durand, directora de *La Fronde;* Mme. Severine, y madame Bremontier, redactora de *La Fronde.*

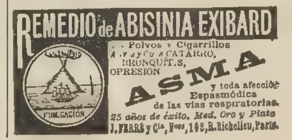


Proceso Dreyfús. – El capitán Dreyfús saliendo del Consejo de guerra y dirigiéndose á las prisiones militares.



Proceso Dreyfús. – La famosa dama blanca saliendo de la sesión del Consejo de guerra.





LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

Arte de hacer vinos, por *Nicolás de Bustamante*. – Es esta una obra de verdadero interés práctico, porque aparte de la importancia del fin que con ella se persigue, cual es el de sacar el mayor provecho de una de las principales fuentes de riqueza de nuestra agricultura, tiene la ventaja de estar escrita por quien une á sus conocimientos teóricos un gran caudal de observaciones propias tomadas de la misma naturaleza. Respecto del modo como el Sr. Bustamante trata la materia, bastará decir, para demostrar lo completo del libro, que en éste se estudian detenida, clara y metódicamente el cultivo y el abono de las tierras, la elección y plantación de las cepas, las enfermedades de éstas y modo de curarlas, la poda y la cava, los procedimientos modernos para combatir el mildew, el modo de hacer el vino natural y artificial, de mejorar sus clases y de hacerlos de varias maneras, los vinos de agua y azúcar, los vinos de frutas y plantas especiales, la coloración de los vinos y demás operaciones con la vinicultura relacionadas, todo lo cual expone el autor en lenguaje claro y sencillo, huyendo de las disertaciones científicas y de los términos exóticos. El libro, al que acompaña una lámina con varias figuras, ha sido editado en esta ciudad por D. Manuel Saurí y se vende á tres pesetas en Barcelona en la librería de Arturo Simón (Rambla de Canaletas, 5) y en las principales librerías.

Una avanzada, cuadro de Roberto Haug

Aires murcianos, por *Vicente Medina*. – Doce composiciones poéticas forman este elegante tomo, primero de la «Biblioteca Mignón» que ha comenzado á publicarse en Madrid bajo la dirección de D. B. Rodríguez Serra, y difícil nos sería señalar cuál de ellas reune mayores bellezas. Hay en todas un perfume de poesía popular, un sentimiento de dulce melancolía que penetran en lo más hondo del alma, dejando en ella impresión intensa y que avalora una forma deliciosa en medio de la sencillez que tan perfectamente cuadra á las obras de la índole de la que nos ocupa. El Sr. Medina se ha acreditado de verdadero poeta, pues siente bien y expresa tan bien como siente. *Aires murcianos*, que lleva bonitas ilustraciones de Medina Vera, se vende á 75 céntimos de peseta.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Revista Contemporánea, quincenal madrileña; *La energía eléctrica*, publicación decenal ilustrada madrileña; *Revista Zacatecana*, publicación mensual de Zacatecas (Méjico); *Caras y Caretas*, semanario festivo literario y de actualidades, de Buenos Aires; *Boletín Militar*, órgano del Ministerio de la Guerra y del ejército colombianos que se publica semanalmente en Bogotá.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XVIII — Barcelona 18 de septiembre de 1899 — Núm. 925

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



CLOE, cuadro de Alejandro Rocho (Exposición de los secesionistas de Munich, 1899)



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

EL AZOTE

Oyendo hace pocas noches una conferencia acerca de la peste bubónica, dada por un médico de gran reputación, se me ocurrían ideas muy contradictorias, tan pronto de un pesimismo negro, como de un optimismo consolador y hasta risueño y regocijado, que contrastaban con el asunto de la conferencia, asaz fúnebre.

Decíanos el distinguido conferenciante que la peste es causada por lo mismo que causa otras enfermedades implacables, destructoras de la humanidad: un bacilo ó microorganismo, el cual, encontrando terreno favorable para desarrollarse, pulula con la espantosa fecundidad de esos invisibles bichejos, y ocasiona tanto estrago. En dibujos y grabados de Revistas científicas nos enseñó el famoso bicho, el *bacilo Jersin*, en miriadas semejantes á dispersa arenilla de escribir. La célula atacada por el bacilo aparecía del color y forma de un tomate maduro, supongo que tumefacta y desorganizada ya: así deben de estar las células en los bubones. Y al enterarnos de la vida y milagros del bacilo, supimos que era el de vida más dura, el menos sibarita y exigente, el que á cualquier temperatura se acomoda, y vive en climas fríos y en climas cálidos y en invierno y en verano y en las ropas y en los muebles y en las moscas y en las ratas y en las pulgas... En fin, un bacilo insinuante, adaptable, cosmopolita. Contra él, según la opinión del doctor, no valen acordonamientos, no sirven las ridículas y desacreditadas fumigaciones, son tiempo perdido los períodos de observación, porque el bacilo es capaz de *dormir* meses enteros, á reserva de *despertar* cuando menos se espera, y no hay observación ni cuarentena que tanto pueda prolongarse.

Descripción y noticias son estas para infundir pesimismo al propio Pangloss que resucitase. – Perseguir, combatir, desterrar á semejante bacilo, parece empresa imposible. ¿Cómo se le cierra el paso á un enemigo que está en todas partes y nos embiste cogiéndonos descuidados y á mansalva? ¡Razón tienen los de Oporto al quejarse de que se les perjudica inútilmente, y deben abrirse sin tardanza las fronteras, cerrar los ojos y esperar resignados y con el alma recomendada lo que Dios nos depare!

Pero detrás del veneno, la triaca. – El mismo sabio que acababa de demostrarnos con palabra elocuente como no hay medio humano de evitar el bacilo, agregó inmediatamente que la obra infernal del bacilo, la peste bubónica, se remonta, en la historiografía de la epidemia, á venerable antigüedad. Era ya el bacilo de Jersin el que hería sin compasión, llevado por el gladio de fuego del ángel, á los primogénitos de Egipto, en los días luctuosos de las siete plagas; era él quien desolaba á Grecia según el relato de Tucídides; era él quien invadía las blancas tiendas de guerra de los Cruzados, delante de San Juan de Acre y Antioquía; él, quien en un fardo de bordadas telas de Oriente se introducía en Venecia y sembraba allí el terror y la desolación; él, quien en el siglo XVIII diezmó á Marsella y en el XIX á Barcelona. Y á cada ramalazo que sobre Europa descargaba, llevábase millones de vidas; millones, literalmente. – Saquemos la optimista consecuencia: si hoy la peste, dueña del campo en Oporto durante meses enteros en que se ignoró su existencia, no ocasionó más que un daño de tan relativa insignificancia..., convendrá creer una de dos cosas, igualmente tranquilizadoras: ó que los progresos, relativos también, pero innegables, de la higiene, son obstáculo al antes fulminante desarrollo de las epidemias, ó que esa especie de *vacuna atmosférica*, esa difusión que ha atenuado tantos virus, atenúa el de la India, y lo hace benigno y poco menos que *leve*.

***

Si hay un consejo sanitario que dar, es este: *limpieza, limpieza, limpieza.* – No voy á incurrir en la vulgaridad de asegurar que la limpieza es cosa fácil ni barata. He oído á veces repetir: «Los pobres podrían ser limpios: agua para lavarse la tiene cualquiera.» A esos les llevaría yo á las fuentes de mi pueblo, que es importante capital de provincia, de unas 50.000 almas – la Coruña. – Y verían como, por una *sella* de agua, corre á veces la sangre. ¡El agua escasea en tantos sitios! Y hasta donde no escasea, ¡qué esfuerzo para el pobre ir á buscarla, tener vasija donde recogerla, traerla á casa con mil fatigas, bajo la lluvia, bajo el sol, perdiendo el tiempo que otros trabajos le reclaman! – El agua, además, supone *jabón*. El jabón cuesta caro. Y os hablo de lo más elemental de la limpieza, el a, b, c: *agua, jabón*. Pensad en las esponjas, en los múltiples cepillos, en los alcoholes, elixires, desinfectantes, en las montañas de ácido bórico, en las toallas y bañadores, en los muebles y artefactos que reclaman el aseo de una persona medianamente pulcra. Calculad si es dado al pobre mudarse con frecuencia, bañarse nunca enteramente, friccionarse, cumplir los ritos de esta religión del aseo que tiene sus iniciados, sus fanáticos, y también ¡ay! sus numerosos disidentes y heresiarcas. – Si el pobre carece de pan, no soñar en que compre jabón de Mora; si guisa las patatas *viudas* en desportillado puchero, no lo pidáis que posea un *tub* ni siquiera un barreñón para sanificar su piel...

***

Y sin embargo – la convicción gana terreno todos los días, – si fuese posible conseguir que las muchedumbres se lavasen y barriesen su casa todos los días; si al reunirse mucha gente en un local llegase á no exhalar esa gente el más repulsivo de los malos olores, las enfermedades infecciosas se habrían concluído, ó reducido á la mínima expresión. El día en que los hombres quieran gastar en *vivir*, y *vivir racionalmente*, lo que ahora consagran á *matarse científicamente*, – el Estado de todas las naciones, con las economías que realice en Guerra y Marina, establecerá el servicio de *baños públicos, gratuitos*, que para las especiales circunstancias presentes acaba de crearse en Oporto, y ofrecerá al contribuyente y al trabajador – como se ofrece ahora el alumbrado, el empedrado, el alcantarillado, las vías públicas y los parques y *squares* donde juegan los niños – el aseo, esa necesidad del cuerpo trascendente al alma; porque la suciedad es hermana de la ignorancia y de la barbarie – hermana gemela – y el alcoholismo nace principalmente del abandono en el hogar. Si se comprendiese cuánto puede disminuir la mortalidad el aseo, se haría por él - y no sólo en interés de los pobres.

***

Barrer - nos decía el doctor – parece la cosa más tonta, más sencilla; pero tiene su intríngulis... Y tanto como lo tiene. Uno de los países que producen á la vista mayor impresión de limpieza, son las Provincias Vascongadas. Y es muy cierto que allí se frotan los pisos, que allí se *hace sábado*. Sin embargo, desde que Cervantes habló de la ferocidad de las «pulgas vascongadas» hasta el día, no han disminuído estos incómodos parásitos. Plagada está de ellos la Euskal-erría. Y es porque las mujeres de aquella tierra no saben el secreto. Las pulgas depositan sus huevecillos en las juntas del piso, en los ángulos de la habitación, en los rincones. La escoba, el frotador, no les alcanzan. La cera del entarimado les ofrece un asilo. El único medio – bien sencillo – de desterrarlos y matar en germen la cosecha de pulgas, es barrer sembrando antes el piso de serrín húmedo ó de hierba también rociada. Los huevos se pegan á la hierba y al serrín, y nos dejan libres.

En cuanto á las moscas, también se evitarían si se cuidase de lavar los vidrios á menudo, y mezclando sublimado al agua. Las moscas gustan de dejar sus gérmenes en el rincón del vidrio, que en pocas casas anda lavado y pulido como debiera. Registrando esos escondrijos, se hace una Saint Barthélemy de moscas futuras. El blanqueo, la humilde cal de nuestros antepasados, también las espanta, y en general ahuyenta á los insectos. Lo detestable es el papel pintado, las alfombras y tapices, los cortinajes, sobre todo si no hay cuidado exquisito para sacudirlos, cepillarlos y desinfectarlos. En el Hotel *Terminus* de Bilbao, recuerdo que el olor de los manjares, archivado y enranciado en las tupidas cortinas del comedor, me sublevaba el estómago hasta el punto de no dejarme comer. Eran un nido las tales cortinas, y yo hubiese preferido á aquel falso lujo molesto, el aire y la luz á torrentes y unos visillos planchados de la víspera.

***

Hay otra cuestión, relacionada íntimamente con la salud pública, que tomaremos, con pinzas, por ingrata y fea. Se trata de oficinas que en los países del Norte parecen salas, y según nos vamos corriendo hacia el Sur conviértense en antros y *malebolges* (léase la *Divina Comedia*). Olvidóse Demolins de esta observación en su interesante obra titulada «En qué consiste la superioridad de los anglo-sajones.» Latinos eran no obstante, y me parece que de la más pura latinidad, los romanos, que con tan admirable intuición de la higiene – téngase en cuenta la época – construyeron la soberbia *Cloaca máxima*, cuyos restos aún hoy son asombro del viajero. No ha adelantado mucho el alcantarillado desde la *Cloaca máxima* hasta el día. Roma, entonces, era más sana que lo fué en la Edad Media. Es verdad que también los romanos (latinos, insisto en ello) habían fundado, á porfía, con empeño, con esplendidez, las Termas públicas, palacios de la salud. – Lo que se deduce es que los pueblos *fuertes* y *dominadores* son los que atienden á estas cuestiones tan primarias. Ayer fueron los latinos, hoy los anglo-sajones, mañana..., ¿quién sabe? La raza amarilla puede llegar á reivindicar sus derechos al trono pacífico... ¡No! ¡Pacífico no! En esto de *paz*, iguales los anglo-sajones y los latinos, iguales los amarillos y los blancos. La guerra es la epidemia, y la epidemia que no se combate con antiséptico alguno.

***

Un curioso efecto de la epidemia se ha dejado sentir en mi pueblo. El alcalde, provisto de energía y de hachas y picos, dedicóse en persona al derribo y arrasamiento de las pocilgas donde los moradores escondían, cuidaban y engordaban á los de la piara de Epicuro. (¡Pobre Epicuro, ilustre hijo de Samos, delicado, honesto y cultísimo filósofo, cómo te calumnian y desdoran los que te suponen rodeado de cerdos!)

Esto de los cerdos en las ciudades es una inmundicia, quién lo duda; pero lo es porque se ha implantado la errónea idea de que al cerdo le aprovecha vivir entre suciedad, cuando al contrario nada le hace más bien que las abluciones, el baño, el exquisito aseo. Todos los tratados de agricultura y ganadería lo enseñan; sin embargo, la rutina prevalece, y la mezquina ganancia que reporta sostener uno de esos feos bichos con las sobras de la comida infesta las poblaciones y apesta el aire. Dícese que pasaban de mil los gorrinos (con perdón) descubiertos en la ciudad y sus barrios extramuros. Alguno de estos interesantes perseguidos se sospecha que vive refugiado en el corazón del caserío, en edificios de calles céntricas. Se les sigue la pista. Por algo decíamos que era conveniente el susto de la epidemia. Al menos se han tomado medidas de policía, se ha combatido la diaria infección del abandono. Que no se les quite el miedo á los alcaldes.

EMILIA PARDO BAZÁN

PENSAMIENTOS

Hay hombres á quienes, para no tener defecto alguno, no les falta más que no creerse perfectos.

– El tiempo que muchos emplean en procurarse dinero les quita el que podrían emplear en ganarlo.

¿Para qué desenmascarar á ciertas gentes, si su careta no es más que su cara?

– Aplazar el efecto de una buena resolución es renunciar á ella, porque si en el momento en que se adopta falta energía para ejecutarla, menos energía se tendrá más adelante.

P. GER[illegible]

***

El que golpea muchos árboles no hace caer ninguno.

– Vale más tener el diablo en la calle que verse obligado á echarlo de casa.

PROV[illegible]

***

No nos cansemos de arrojar en nuestro camino simientes de benevolencia y de simpatía; es indudable que muchas se malograrán, pero una sola que fructifique embalsamará el aire y recreará nuestros ojos.

MME. DE S[illegible]



FELIPE PEDRELL

En el estado actual de nuestro arte patrio, es la silueta del ilustre maestro Pedrell una de las más simpáticas que surgen; nombre no discutido, autoridad confirmada, artista de corazón y sabio profundo, es una figura en alto grado interesante y, desde luego, el nombre español que más pronuncian los extranjeros cuando de nuestros músicos hablan. ¿Qué mejor signo para evidenciar su valer?

¡Cosa singular! Con no ser Felipe Pedrell uno de nuestros *jóvenes* (ha pasado ya de los cincuenta años) se nos aparece como un «avanzado.» Y es que el artista vive con su época, mientras que al arte musical de España le falta purgarse de muchas trabas para ser lo que debe ser: verdadero, castizo, con vida propia. No ha sido otro el ideal de Pedrell, ideal perseguido con una energía y una tenacidad asombrosas, habida cuenta el medio casi hostil al arte serio en que el maestro se hallaba, luchando con influencias *misoneistas* largo tiempo alimentadas (el *italianismo* y luego el *meyerbeerismo*, que han producido gran retraso en el desenvolvimiento del arte propio), encontrando músicos «de receta,» teniendo una crítica musical imposible por lo ignorante (salvo raras excepciones) confiada al último gacetillero de cualquier redacción, y ante un público á quien todo esto ha vuelto indiferente é insensible. Encauzar la dirección artística, en medio de tanto obstáculo, para llegar á tener un arte nacional, es generosa aspiración que representa un esfuerzo incalculable de voluntad y una convicción tan profunda como sinceramente sentida. Para conseguirlo era necesario poseer, además de un espíritu fuerte, una complejidad de conocimientos no fáciles de reunir en una persona, y esto ha tenido Pedrell. Además es compositor, ha sido historiógrafo, crítico, escritor, conferenciante, profesor..., y todo bien y siempre artista.

Viendo así la fisonomía del maestro, encontramos sus tendencias, no como un pensamiento propio de una personalidad aislada, no como un rasgo de ingenio vivamente desarrollado, sino como la imperiosa necesidad de realizar un movimiento progresivo de arte absolutamente lógico. Y con esto queda estampada la frase que mejor cuadra á Felipe Pedrell: es un *lógico* en sus procedimientos y en sus ideales. No quiere decirse, sin embargo, que la producción del maestro nazca de la pura reflexión, al contrario; en cuanto artista, su intuición se ha desenvuelto siempre libremente; pero en razón de su misma veracidad (ó si se quiere, *sinceridad*, á la manera como la entendía Carlyle), este desenvolvimiento resulta perfectamente lógico.

Según nuestro modo de ver, he aquí cómo realiza esta lógica artística el maestro: cree Pedrell en la creación del drama musical, como espectáculo lírico el más importante de un país. Para nosotros, crear de pronto y «actualmente» una *ópera* nacional, es un absurdo: la *ópera* no es sino una concreción, una fórmula que ha alcanzado la inmovilidad de un desarrollo completo, y carece, por tanto, de virtualidad para dar vida de sí (1). En cambio, el drama musical es la adaptación de las formas de arte más diversas á la idea poética, *alma* de la acción dramática; es, como decía Wagner, la «síntesis de las bellas artes,» admite todas las formas particulares y por lo tanto es comprensivo, general y puede revestir todos los aspectos que mejor se amolden á la producción artística de cada pueblo. Por esto llama el maestro Pedrell al drama musical la «décima musa de nuestra edad gloriosa,» deduciéndolo del canto popular asimilado en su más íntima esencia, como reintegrador de la conciencia de las razas. «El drama lírico nacional es, por lo tanto, el *lied* desarrollado en las proporciones adecuadas al drama. Es el canto popular transformado.»

Tales son las ideas estéticas del maestro, expuestas por el mismo con gran claridad en su interesantísimo libro *Por nuestra música*, verdadero sistema artístico que ningún músico, entre nosotros, debía ignorar.

Producto de esta manera de sentir han sido *Los*



FELIPE PEDRELL

Pirineos, la famosa trilogía del maestro que corona dignamente toda su obra musical. Apenas podemos hablar aquí de sus composiciones para piano, órgano, coros, etc., y citar entre las obras sinfónicas la *Cansó llatina* y *Marcha á Mistral* (acogidas con gran entusiasmo en las fiestas latinas de Montpellier, en 1878); el *Canto de la montaña*, *El Tasso en Ferrara* y *Mazzeppa*, estos dos últimos, poemas sinfonías. La obra teatral fué emprendida por el músico desde sus primeros años: apenas tenía cumplidos los veintinueve cuando acabó su primera ópera, *El último abencerraje*, después de la cual vinieron *Quasimodo* y el drama lírico *Cleopatra*, todavía inédito.

Los Pirineos son, hasta el presente, la obra capital de Pedrell. Su inspiración, legítimamente castiza y vigorosa, ha sabido evocar los agrestes paisajes de la montaña, los tiernos sentimientos populares y las legendarias hazañas caballerescas.

Pougin, de Casembroot, Serrau-d' Allard, Soubies, César Cui, Monjowsky, Bonaventura, Tebaldini, he ahí otros nombres que han consagrado cual se merece la obra y que han dedicado á su autor sendos encomiásticos trabajos.

Cuando recientemente se ejecutó el prólogo de la trilogía en Italia, decía el famoso Tebaldini, en un magnífico estudio dedicado á la obra y refiriéndose á la imponente escena de los *Funerales del conde de Foix*, que es una página grandiosa que sólo podía compararse á los funerales de *Titurel*, en el *Parsifal* de Wagner, ó al cortejo fúnebre del *Franciscus*, de Tinel. Estas encomiásticas palabras salidas de boca de un extranjero son el mejor indicador del alcance de la obra.

Y como el maestro Pedrell no pertenece á la especie de los músicos «exclusivamente músicos,» como irónicamente los llamaba Liszt, de ahí que tenga vocación y ánimos para aclarar la historia de nuestro arte, hallar documentos de gran valor, formas de educación de artistas y público, y restablecer la cadena histórica que permite distinguir las obras verdaderamente castizas de las que no son sino imitaciones más ó menos hábilmente hechas.

En este sentido la labor de Pedrell es enorme, y no se concibe cómo halla tiempo para desenvolver su prodigiosa laboriosidad. Fuera parte de artículos, discursos, conferencias y otros trabajos semejantes, citemos rápidamente su *Hispaniæ Schola Musica Sacra*, publicación en que el maestro aparece como historiador y crítico profundo, resucitando con toda la fuerza de su vida las producciones maestras de nuestros antiguos músicos; entre otras compilaciones deben citarse los *Músicos españoles antiguos y modernos*, el *Diccionario técnico de la música*, y especialmente su *Teatro lírico español anterior al siglo* XIX, obra en la cual se demuestra la creación de nuestro arte nacional (confirmando los principios más arriba indicados), la transformación de la *tonadilla*, la creación de la *zarzuela*, y en suma, el carácter íntimo del teatro lírico español.

Actualmente prepara el infatigable maestro la edición completa de las obras de nuestro gran Tomás Luis de Victoria, empresa erizada de dificultades, teniendo en cuenta lo difícil que es reunir los materiales y depurar su autenticidad.

Si se visita al maestro y se cree encontrar á un sabio malhumorado y sentencioso, es grande la sorpresa al ver una fisonomía enérgica, pero llena de bondad; una cabeza cuyos blancos cabellos contrastan con la intensidad de vida de la mirada y la vivacidad de movimientos de la persona; se adivina allí un espíritu fuerte, en constante tensión, que os acoge con franca y cariñosa afabilidad.

Después de todo lo dicho, apenas se concibe que el ilustre artista tenga tiempo para colaborar en periódicos y revistas nacionales y extranjeros, seguir las tareas de la Academia de San Fernando, desempeñar su cátedra en el Conservatorio de Madrid y realizar otros trabajos como los memorables cursos del Ateneo, ó dirigir la parte musical de las fiestas celebradas el último centenario de Velázquez (única nota de verdadero mérito artístico que hubo allí), ó coadyuvar á los trabajos del comité de artistas de la próxima Exposición Internacional de París. Como rasgo anecdótico característico apuntemos que en menos de dos años ha reunido, compulsado y depurado todos los documentos necesarios para publicar las obras de Victoria, y en menos de seis meses los ha *traducido* á la notación moderna, siendo así que al remitirlos á la casa editora de Breitkopf y Hærtel, en Alemania, formaban un volumen de ¡16 kilogramos de peso!

Ars et labor parece ser la divisa del eminente maestro, quien en medio de tanto vago y falsificador de arte como aquí padecemos, al lado de esos á quienes se llama *maestros* cuando ni saben instrumentar una mala zarzuela en un acto, puede decir con legítimo orgullo, como Ricardo Wagner: «Yo me he formado fuera de toda autoridad, sin más maestros que la vida, el arte y yo mismo.»

EDUARDO L. CHAVARRI

---

(1) Por si puede aparecer exagerado lo que decimos, compárese lo que representaron en el mundo del arte *El matrimonio secreto*, *Sonámbula*, la *Vestal*, por ejemplo, y lo que representan hoy *La Bohème* ó *I Pagliacci*, así como la influencia que respectivamente ejercieran para lo sucesivo. Lo mismo cabe decir de las obras de Rossini y tantas otras.

CUENTO DE VERANO

– ¿Qué voy á hacer yo por esos caminos con este horrible calor?, exclamaba la infeliz Marta, arrojada violentamente de la casa donde había servido cuarenta años.

Cuarenta años de fidelidad y de servicios á la familia del rico hacendado cordobés. Era la anciana criada algo como la familia misma, hasta el punto de que los demás criados de la casa, aperadores, jardinero, doncellas, mozos, le confiaban sus economías. A cada fin de mes le entregaban dos, tres, cuatro duros, según lo que cada uno ganaba, y ella guardaba aquellos depósitos en un arcón viejo, que era el principal adorno de su modesto cuarto en lo alto del cortijo.

Y un día, en pleno mes de agosto, la cocinera, que tenía que enviar dinero á Sevilla á un hermano suyo, le pidió sus ahorros; y Marta al abrir el arcón vió que de todo aquel dinero que le habían dado á guardar, no tenía nada.

– ¡Me han robado!, gritó. ¡Me han robado!

Y antes de indagar nada ni preguntar nada, cada uno de los criados subió corriendo á reclamar *lo suyo*. «¡Mi dinero!, decían. ¡Mis economías!» Y Marta lloraba como una Magdalena, pero el dinero había desaparecido. ¡Cuarenta años de honradez desaparecieron en un instante! Los pobres no razonan en estos casos. Ven su dinero perdido y llaman ladrón al que no se lo devuelve.

Gran conmoción hubo en la casa. D. Manuel, el rico propietario, estaba enfermo en cama á consecuencia de un disgusto que á poco le cuesta la vida. Su hijo mayor, á cuya boda con una muchacha pobre se oponía el padre, se había escapado de la casa y no se sabía de él hacía dos meses. Hacía una semana que un incendio había destruído una hermosa hacienda que tenía en Sevilla. Las desgracias vienen por grupos. ¡Y ahora, tener que dudar de la vieja Marta!

La servidumbre gritaba, alborotaba, lloraba...

– ¿Cuánto importa todo lo que tenías en depósito?, dijo desde su lecho el enfermo.

– Seis mil doscientos reales.

– Yo los pago; pero tú tienes que irte de mi casa en seguida; porque si no, tengo que echar á todo el mundo.

Y en verdad que todos los criados eran de confianza y la llave del arcón la llevaba siempre encima la criada vieja... Además, contaron dos de los criados que el sobrino de Marta, pobrísimo, se había librado de la quinta ocho días antes comprando un soldado. Esto fué lo que la perdió. Hizo su hatillo, y sin despedirse de nadie y llorando desolada, salió al campo á las tres de la tarde, en Córdoba y en agosto.

Fué aquel un verano terrible; días hubo de cincuenta y seis grados de calor...

Marta iba andando, andando, andando, sin dirección fija, llorando y recibiendo sobre la venerable cabeza un sol abrasador. ¿Dónde iba? ¡Qué sabía ella! A morirse en cualquier rincón de la sierra.

Vió venir hacia ella la cuadrilla de segadores...

¡Los segadores!

¡Cuántas veces les había recibido en la hacienda, y les había obsequiado con refrescos y vino y algunos cuartos! Todos la conocían.

– ¿Ande va la señá Marta con esta caló?, gritó uno.

– Hola, hijos míos; la señá Marta se va á morir de pena á cualquier parte, por haberla echado de la casa

Los segadores se detuvieron é hicieron corro alrededor de la vieja.

– ¡No puee ser!, dijo uno.

– ¡Vaya si puede ser! Ya sábéis quién es Marta y que nunca ha tenido nada que echarse en cara, ¿verdá?

– ¡Ya lo creo!

– Pues el dinero que me dieron á guardar los criados, me lo han robado del arcón, y el amo me echa por ladrona.

Y Marta se echó á llorar y los segadores comenzaron á hacer mil comentarios.

– ¿Y qué va osté á jaser?, dijo.



José vendido á los ismaelitas, cuadro de Harry Roberto Mileham (Exposición Internacional de Venecia. 1899)

– ¡Morirme!

El segador más viejo, el jefe de la cuadrilla, exclamó de pronto:

– ¿Vamos á darle la cartera?

– ¡A dársela!

¡Oh gente honrada, almas grandes, nunca bastante celebradas! Segando en un campo cercano, habían hallado entre las espigas una cartera con varios billetes de banco, cartas y papeles. *Ninguno sabía leer*, y venían á entregar el hallazgo á D. Manuel, porque el campo era suyo.

Y el viejo le entregó la cartera á la vieja. «D. Manuel es rico y tú eres pobre, dijo. ¡Ahí va! ¡Y á ver que dice ahí!»

La primera carta que Marta leyó decía: «Marta, yo te robé, dormida, la llave del arcón; te devuelvo el dinero porque mi novia se ha muerto y yo me voy á sentar plaza... ¡y no necesito nada!

Eusebio Blasco

CRÓNICAS ANDALUZAS

GALLEROS Y GALLOS

Convienen los aficionados á las peleas de gallos en que el origen de tales luchas procede de los pueblos de la América española; y yo añadiré por lo que hace á los de Andalucía, que el excesivo desarrollo alcanzado entre nosotros



GALLEROS Y GALLOS. – El cartel del renidero, dibujo de S. Azpiazu

datará tal vez de que habiendo sido Sevilla el centro del comercio con el Nuevo Mundo y donde acudían los infinitos aventureros que regresaban de aquel continente, tomaría la afición desde luego gran preponderancia, porque á no dudarlo, se ajusta con el carácter andaluz, y así es que no existe pueblo ni ciudad de esta región en donde deje de haber entusiastas aficionados que han llegado hasta á derrochar sus fortunas á trueque de sostener el prestigio de sus gallos.

En Filipinas, en Canarias y en la Habana permanece vivo el entusiasmo por este sangriento espectáculo, que produce la más penosa impresión á cuantos por primera vez lo contemplan, así como no deja de llamar la atención la especial nomenclatura y el tecnicismo con que se entienden entre sí los *galleros*, los cuales han creado un completo vocabulario aplicable á los animales y á los mil lances de las luchas. Llaman cuchillas y espuelas á los espolones de los pollos, los cuales son así nombrados hasta que alcanzan el desarrollo de las espuelas; llegado éste, se les nombra *jacas*, y según sus plumajes son conocidos por *colorados, giros, almendrados, cenizos, negros, jabados, coliblancos* y *marisalados*.

Prepáranlos para la lucha con el más particular esmero, esperando en primer lugar á que hayan mudado, y una vez secos los cañones, se les pela recogiéndoles el *bucle*, ó sea el plumaje del cuello, en las partes posteriores de la cabeza.

En Sevilla les cortan las plumas de la cola, mientras que en las Canarias se las dejan, con lo cual ganan ciertamente en aspecto estético, pues á no dudarlo una jaca, tan mondada y limpia como aquí se estila, no deja de ser un animalucho ridículo, con perdón sea dicho de los aficionados. Las partes descubiertas son rociadas á menudo con aguardiente de caña para curtirles el pellejo. Los alimentan con trigo, y con pan remojado en agua cuando están irritados; y recomiéndase mucho que en los días que preceden á la pelea se les haga pasear constantemente. Así no es extraño ver en las plazuelas de los barrios y en las afueras de Sevilla á hombres como castillos que con una paciencia digna de mejor causa, llevando una varilla en la mano, van siguiendo los pasos de algún pollo ó jaca, que ora adelanta ó retrocede, ora se esponja y cacarea, ora se detiene á picotear, ora finalmente, asustado por la acometida de algún perro, arranca en veloz carrera graznando y aleteando. El gallero ajusta sus movimientos á los del preciado animalejo, y menos picotear y escarbar la tierra hace lo mismo que aquél, para lo cual ya comprenderán los lectores que se necesita una cachaza y flema que sólo por una afición decidida puede tenerse.

Recuerdo á este propósito que un día de invierno hallábame entretenido observando á un viejo gallero, que en sus mocedades formó parte de la cuadrilla del famoso Domínguez, el cual muy pausadamente iba detrás de su jaca siguiéndola y dirigiéndola con la consabida varilla. Un hermoso perro de Terranova salió de pronto en su paseo en persecución del gallo, y mi hombre entonces, corriendo más de lo que podía, hubo de alcanzar al alegre can y le dió algunos varazos. El dueño del perro dirigióse á él en forma muy descompuesta y dijo al banderillero:

– Hombre, no parece más sino que el perro se va á comer al gallo para que le haya usted pegado tan fuertemente...



GALLEROS Y GALLOS. – ¡Perdió!, dibujo de S. Azpiazu

A lo cual contestó el otro con gran cachaza:

– Dígame usted, amigo, ¿qué será más fácil, que el perro se coma al pollo ó que el pollo se coma al perro?

No se concibe la fiereza de estos animales hasta que se les ve luchar, y se estudian y observan sus tendencias valerosas. Ellos mismos por sus actitudes y posturas desafiadoras revelan é indican claramente que se hallan dispuestos para la pelea, y aun siendo muy jóvenes, sin estar todavía formados, como se encuentren dos no tardan un momento en acometerse hasta destrozarse y morir.

Una jaca de tres libras y catorce onzas de tres á cuatro años, que es cuando puede ser considerada en el apogeo de poder, es vista por un pollo de seis á siete meses, y sin medir ni apreciar por su instinto natural la diferencia del ma-



GALLEROS Y GALLOS. – Al reñidero, dibujo de S. Azpiazu

yor ni su superioridad, sin vacilación alguna le acomete hasta perder la vida. De aquí la necesidad de llevarlos al reñidero en cajas cerradas para que no puedan verse, y una vez en el circo gallístico y mientras les toca su turno, los encierran en casilleros convenientemente preparados á modo de una gran estantería con sus correspondientes puertas.

En este mismo departamento hay varias piletas con sus grifos, á las cuales acuden los galleros después de la pelea para hacer á sus jacas las que podríamos llamar curas de primera intención; chúpanles la sangre de las heridas, y después de cosido el pellejo y empapadas en alcohol las partes que más han sufrido, condúcenlos á sus casas hasta nueva pelea.

La vista que ofrece el reñidero de gallos merece algunos renglones, pues además de ofrecer un aspecto original, apréciase en él los cuadros más animados y divertidos. Hállase dispuesto en forma de circo, con graderías y asientos numerados, muchos de los cuales ostentan el letrero de *Abonado*. En el anillo central, que tendrá de diámetro unos tres metros, y á la altura de la primera grada, hállase el palenque, cuyo suelo cubre una estera de esparto y alrededor una pequeña barandilla. Coincidiendo con el punto central del palenque y pendiente del techo hállase el peso, donde son colocados los pollos ó jacas que van á entrar en lucha, y con arreglo á lo que pesan así se tratan las apuestas, procurando equilibrar las diferencias que entre dos puedan existir con alguna compensación que se conviene. Las ventajas del mayor se suplen con los defectos que puedan tener, como por ejemplo, la de ser tuerto. La animación que distingue á los reñideros de gallos es extraordinaria. De todas partes crúzanse apuestas, vociferándolas como energúmenos y con el tecnicismo sólo conocido por los aficionados, extraña jerga que los profanos no aciertan á comprender, y mientras que dura la lucha con sus mil peripecias, así en los rostros vese retratada la contrariedad de los que pierden y el júbilo de los gananciosos. Discuten acaloradamente unos; apuestan otros hasta quedar afónicos; crúzanse punzantes pullas de los afortunados contra los perdidosos ó viceversa, y gritan y gesticulan y se levantan de los asientos y producen en suma tal algarabía con sus pitos y palabras, que no se concibe cómo en medio de tal confusión pueden entenderse y saber cada cual las cantidades que ha ganado ó perdido.

Lanzados al redondel los gallos destinados á la pelea y hechas las apuestas, ocurre con mucha frecuencia que al empezar la lucha uno de los animales da una puñalada á otro en un ojo, en el pescuezo ó en la cabeza, y súbitamente vuélvense las tornas. El dueño del que llevaba ventaja ofrece un duro, por ejemplo, por quince reales, y si su gallo continúa siendo el castigado, va rebajando cantidades en la apuesta, llegando á ofrecer duros por reales. Si los dos contendientes quedan inutilizados, pero aún con vida, decídese la pelea como tablas después de pasados dos ó tres minutos, que se aprecian por un reloj de arena.

El público que asiste á los reñideros es sumamente heterogéneo: junto al cañí (gitano) de atezado rostro, de cabello negro brillante y lustroso, con sus grandes mechas de pelo sobre las orejas, sucio y descamisado, se sienta el gallero flamenco, el chulo elegante con su flamante sombrero de anchas alas, su camisín plegado, su gruesa cadena de oro y sus diamantes en la pechera y en los dedos; el señorito aflamencado ó el gallero serio y de calidad, el aristócrata linajudo que dedica sus ocios á la patriótica y noble ocupación de criar y amaestrar gallos, con los cuales se les ha visto más de una vez ir derechos á su ruina, pues interesado el amor propio, se han verificado partidos en que los miles de duros se cruzaban como maravedises.

En los pueblos andaluces hubo y hay muy afamados galleros.

En Madrid pasaron también como grandes aficionados los generales Ros de Olano y Topete, con otros personajes de altas jerarquías, que no se desdeñaban de tratar y consultar con los famosos toreros Domínguez y *el Tato*. De los gallos del segundo cuidaba el banderillero Juan *el Ratón* y de los del primero el picador Frasquito Puerto.

Entre los más *insignes* galleros no debo de olvidar á José Gonzalo de la Isla y á los Martínez en Valencia; en la Mancha á Dámaso Rojo, en Córdoba á José María Roldán, en Andújar á Paco Martín, en Huelva á Tomás González, en Morón á Rufino La Hera y en Sevilla á los Sres. D. Trinidad del Rey y D. Miguel Corona, con otros más de casi todas las ciudades y villas de España cuya enumeración sería enojosa; pero no debo de omitir entre los galleros de Sevilla á Fernando Montijano, el cual llegó á reunir más de doscientos gallos.

Ha habido series de veinticuatro peleas, en cada una de las cuales se cruzaban cincuenta duros y además como premio al que más ganase otorgábanle diez mil reales á manera de *pull*.

La inauguración del reñidero se verifica anualmente en el mes de noviembre, el día de Santa Teresa, y su clausura tiene lugar el día de San Juan. Los meses más animados son desde mediados de febrero hasta fines de abril.

Para los no aficionados á este espectáculo sólo hallamos en él motivo de entretenimiento por el aspecto que el circo presenta, por las frases ingeniosas y agudas que se escuchan á cada momento y por la animación que en los asistentes se revela; pues contemplar la ferocidad de los animales que luchan de manera tan encarnizada, y la del público, mayor todavía, no es cuadro ciertamente agradable, antes por el contrario, más entristece que recrea, y en tal concepto no se recomienda mucho.

J. Gestoso y Pérez

La Virgen de las Angustias, cuadro de Van Dyck (Museo Nacional del Prado. Madrid)

LAS ESTRELLAS

I

Nunca la habían engañado á ella. Sus ojos azules de expresión inocente, infantil, las miraban durante las largas veladas de invierno á través de los cristales, sentada junto á su madre ó sola en la lujosa y amplia habitación, donde le parecía estar acompañada mientras pudiera advertir el parpadeo de sus nocturnas amigas que destellaban su luz para alumbrarla.

Su labio balbuciente no sabía formular apenas palabras; pero hablaba ya con lenguaje desconocido, y las estrellas le contestaban con misteriosos signos de aquiescencia, incomprensibles para cualquiera que no fuese aquella niña cariñosa que se sentía ligada á ellas por lazos de amor y afinidad inexplicables.

Durante el verano bajaba al jardín en compañía de su madre, y junto á la cascada microscópica que dejaba correr su clara linfa por el lecho de blancas guijas, contemplaba la fulguración de las estrellas que una á una aparecían en la inmensa bóveda, todavía iluminada por las últimas claridades del moribundo día.

El agua corría mansamente con suave murmullo, rebosaba de la ancha taza de mármol, espumajeaba al encontrar cualquier obstáculo, y seguía después ya aquietada el cauce que trazaron las primeras ondas y refrescaba la calurosa atmósfera; los grillos llamaban á sus hembras con el agudo chillido de sus élitros; las mariposas plegaban sus tornasoladas alas sobre el cáliz de las flores que esparcían al viento sus más delicados olores y el polen fecundante germen de vida; los pájaros, que habían dado ya las últimas notas del himno del día, dormían en sus nidos; entre las altas hierbas brillaban tenues lucecitas verdosas: eran las luciérnagas que querían á su vez entonar el cántico eterno del amor; salían de sus recónditos escondites las larvas; volvían á ellos los demás insectos; las plantas, al fijar el oxígeno, robaban calor al aire; la brisa parecía haber plegado sus alas; el silencio era cada vez más profundo y más augusto, y del seno de aquella obscuridad y de aquella calma se elevaba una voz que en largos, suavísimos trinos encantaba flores y plantas, mariposas y gusanos y se perdía en lo alto, cada vez más risueña y más armónica: era el ruiseñor que cantaba.

Dos sombras abandonaban al cabo el jardín, juntas se hundían en la mole obscura de la casa, se tendían en un mismo lecho y el ángel de los sueños batía á un tiempo sobre aquellas dos encantadoras cabezas sus doradas alas.

II

La savia que asciende de lo profundo de la tierra hace que la planta adquiera todo su desarrollo, que el botón se convierta en flor; el inicial impulso permite que la larva se convierta en crisálida y que de esta forma muerta nazca la mariposa; que la idea que germina en la obscura célula del cerebro cristalice sobre la tierra, y al llegar á su grado máximo de expansión coadyuve al general progreso: todo ha de llegar á su completo desarrollo, las razas como las ideas, las plantas como los hombres.

María era ya una mujer, mujer de tan perfectas formas y de tan acabada belleza, que se diría que el ritmo y el número que informan y sustentan la belleza sin par en los espacios siderales poblados de estrellas y planetas, se compendiaban en aquel cuerpo sin tacha y en aquel rostro de facciones delicadas y

Amberes. – Fiesta celebrada con motivo del tercer centenario del natalicio de Van Dyck. Carroza con la apoteosis del coronamiento de Van Dyck que figuraba en el cortejo histórico

puras. Como años antes, continuaba bajando al jardín todas las noches, y desde su ámbito despejado contemplaba también á las estrellas que inmóviles, fijas, centelleantes, no faltaban jamás á aquellas nocturnas citas. Como antes conversaba con ellas por medio de palabras que no llegaban á formular los labios, pero que cariñosas é inteligibles brotaban del corazón.

III

«¡Flor hermosa! ¡Flor azul! ¡Flor sagrada!, le decían. La esencia que de ti se desprende es suave y pura. Canta el ruiseñor tu gracia y tu belleza; la claridad del día, de ti enamorada, te envuelve en su luz; las sombras de la noche, codiciosas de tu hermosura, la ocultan á todos los ojos menos á los nuestros.

»¡Flor hermosa! ¡Flor azul! ¡Flor sagrada! Para cumplir los fines de natura, es forzoso que cada ser se junte á otro á fin de entonar el eterno canto del amor. Hay un hombre digno de ti por todos conceptos. Ni le conoces ni te conoce; pero su alma vuela hacia la tuya y su cuerpo anhela la posesión del tuyo. Pronto cruzará tu camino, y entonces ¡flor hermosa!, ¡flor azul!, ¡flor sagrada!, conocerás el misterio de la vida.»

IV

Muchas veces habíale visto, inclinada la cabeza y tardo el paso, como hombre preocupado en graves asuntos. Los ojos de María le seguían en aquellos solitarios paseos, y vivas y despiertas advirtieron pronto unas facciones bronceadas por el sol de los trópicos, un cuerpo fuerte y nervioso y unos ojos obscuros y centelleantes y profundos como el pensamiento. Un día aquel hombre levantó su mirada y


Retrato del pintor Adán de Coster, dibujado por Van Dyck

la fijó en aquel rostro de ángel que detrás de los visillos le contemplaba con ansia. Sintió la niña emoción grata é indecible, y comprendió el cántico de amor con que pasadas noches la saludaron las estrellas. El amor había hecho presa en dos almas, y dos cuerpos se estremecían al unísono al sentir el ansia del deseo. María aquella noche contó á sus amigas la dicha que sentía, y fué feliz.

V

La tierra se estremeció sacudida por el alud de los escuadrones que con furia insana se lanzaban unos contra otros. Mensajeras de muerte las balas del cañón y del fusil hendieron el aire, quedaron destrozadas las mieses en el campo, y la mies humana fué segada también por viento de muerte. Los hombres se batían unos contra otros en lucha suprema. La esclavitud libraba una última y formidable batalla á la tiranía. La lucha empezada en el campo se propagó á las ciudades, y el incendio y la muerte se propagaron á las casas, abatieron las torres y sembraron la desolación y el espanto por doquier.

¿Qué le importaba á María quiénes fueran los vencedores y los vencidos? Ella sólo supo que su amado había sido caudillo en aquella lucha, que durante tres días la aureola de los héroes resplandeció sobre su frente, y que un trozo de plomo, rompiendo aquella aureola, convirtió el héroe en cadáver.

VI

Todo había vuelto á la calma que sucede á las tempestades; pero ¡cuánta ruina!, ¡cuánta muerte!

El jardín en que María pasara tan felices horas guardaba las huellas del tremendo combate. Las plantas, pisoteadas, yacían en el suelo; los árboles, descuajados, habían muerto; las aguas de la cascada, obstruído su cauce, formaban fangosas charcas sobre la sucia tierra.

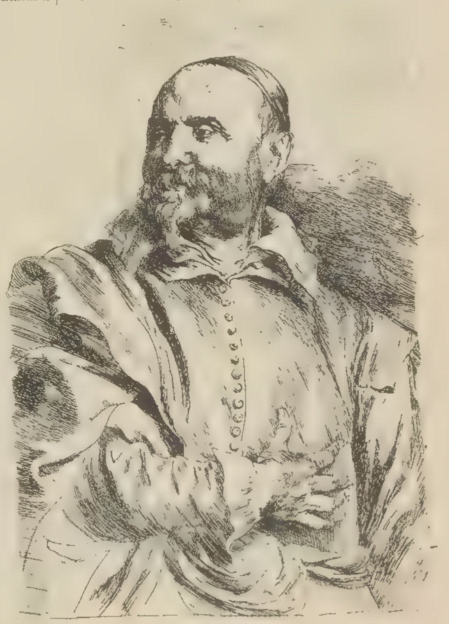
Un frío intenso parecía haber matado hasta el germen de la vida. La mujer niña contemplaba atónita tanta desdicha y desolación tan honda. Elevó los ojos al espacio, y frías, fijas, inmóviles, advirtió las estrellas que en aquella hora angustiosa parecían cantar un himno á la muerte. María oyó aquel himno y cayó para no levantarse más al comprender que ni abajo en la tierra ni en las inmensidades siderales brilla jamás la estrella de la dicha.

R. M. de Latorre

NUESTROS GRABADOS

Amberes. Fiestas celebradas en conmemoración del tercer centenario del natalicio de Van Dyck.—La ciudad de Amberes ha puesto gran empeño en celebrar de una manera excepcional el tercer centenario del natalicio del gran pintor flamenco que nació en ella en 1599. Desde el día 12 de agosto último y durante dos semanas hanse sucedido los conciertos, festivales, cortejos históricos y artísticos, solemnidades religiosas, concursos de canto, marchas de las antorchas, etcétera. Una exposición de las obras del famoso maestro ha reunido en el Museo de Bellas Artes más de trescientos lienzos, recogidos no sin gran trabajo y procedentes de todos los puntos del globo, los mejores entre la grandiosa obra de Van Dyck. Tres de los grabados que en esta página y en la anterior publicamos son otras tantas muestras de los géneros por Van Dyck tratados, y constituyen otras tantas pruebas de las diversas aptitudes de aquel maravilloso talento, que tanto admiraron sus coetáneos y que las generaciones posteriores han hecho objeto de verdadera veneración. En la pintura religiosa, en el retrato, en el aguafuerte, creó Van Dyck verdaderas joyas que hoy son preciado ornamento de los principales museos y que juntas componen una de las más hermosas páginas de la historia del arte.

Uno de los festejos más notables de cuantos se han celebrado en Amberes ha sido el cortejo histórico que representaba al Arte al través de los siglos, y que durante tres días ha paseado sus magnificencias por las calles de aquella capital. Dividíase en varios grupos que representaban los distintos períodos característicos de la historia del arte: el arte egipcio, el asirio, el griego, el romano antiguo, el árabe, el gótico, el renacimiento italiano, el renacimiento alemán, el renacimiento francés y la escuela holandesa, y terminaba con la glorificación de la escuela de Rubens y la apoteosis de Van Dyck, representada esta última por el grandioso y artístico carro que reproducimos. El desfile del cortejo no duró menos de dos horas; los trajes eran de un lujo, de un gusto y de una propiedad extraordinarios, y el coste de espectáculo no bajó de medio millón de francos.


Retrato, aguafuerte de Van Dyck



MELANCOLÍA, cuadro de A. Seifert



UNA MARQUESITA DEL SIGLO XVIII (TRAJE WATTEAU), cuadro de E. Toudouze

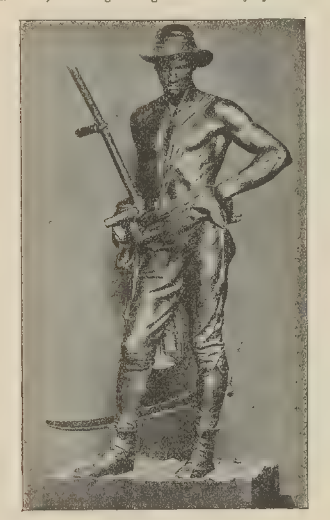
Monumento erigido en Chambery (Francia) á la memoria de José y Javier de Maistre. — Este monumento, que se levanta al pie del antiguo castillo de los duques de Saboya, es debido al cincel del notable escultor



Monumento recientemente inaugurado en Chambery (Francia) y erigido á la memoria de los hermanos José y Javier de Maistre, obra de Ernesto Dubois.

Ernesto Dubois, premiado en el último Salón de París con la medalla de honor. Los dos hermanos de Maistre están de lado: José, algo más elevado que Javier, viste el traje y el manto de corte; Javier, vestido con el uniforme militar, mira á su hermano. De la colocación de ambos parece desprenderse que el artista ha querido que el autor de las *Consideraciones sobre Francia* y de las *Tardes de San Petersburgo* dominara al autor del *Viaje alrededor de mi cuarto.* Al pie del pedestal sobre que se alza el grupo de los dos hermanos, una matrona de noble porte y clásicas líneas simboliza á Saboya entregando á aquéllos los laureles de la gloria.

En la ceremonia religiosa que se celebró en la catedral, Monseñor Turinay, obispo de Nancy, hizo el panegírico de José de Maistre, el fogoso escritor católico. En el acto de la inauguración pronunciaron discursos delante del monumento el general Borson, presidente del comité; el marqués Costa de Beauregard, de la Academia Francesa, y M. Francisco Descostes, saludando todos ellos á los dos literatos cuya memoria se honraba, como legítimas glorias de Saboya y de Francia.



El segador, estatua de H. Thornycroft

El segador, estatua de H. Thornycroft. — El autor de esta obra ocupa uno de los primeros puestos entre los escultores no sólo de Inglaterra, de donde es hijo, sino de todo el mundo. Sus obras se caracterizan por el vigor de la línea, por la virilidad de la escultura, en la que todo revela al artista de grandes alientos que, abandonando los clásicos derroteros, lánzase por la senda trazada por las tendencias modernas, que han sustituído la calma é inmovilidad de otros tiempos con la vida, el movimiento y la enérgica expresión, reflejo fiel de la vida y de la sociedad de nuestros días.

***

Cloe, cuadro de Alejandro Roche. — Figuraba este cuadro en la exposición recientemente celebrada por los secesionistas muniquenses y fué objeto de generales y justos elogios. Tiene la figura, cuyo nombre simbólico recuerda el de la ninfa prometida de Dafnis, un aire de distinción y una naturalidad que la hacen desde luego simpática y hay en su ejecución una espontaneidad y un vigor que acreditan al que trazó esta obra de artista de gran valía. Alejandro Roche ha prescindido de los toques minuciosos y apelado á esas pinceladas amplias que, sin descuidar las partes importantes del detalle, buscan el efecto del conjunto. En el vestido, en el paisaje, en la cara misma, hermosamente expresiva, puede observarse esto que decimos: los contornos no aparecen recortados ni las líneas se acusan una por una perfectamente distintas, sino que unos y otras se funden en un todo pastoso y suave, realzado por la corrección del dibujo y por la dulzura del colorido que, aun sin verlo, se adivina en el grabado que reproducimos.

***

José vendido á los ismaelitas, cuadro de Harry Roberto Mileham. — El autor de este cuadro es un pintor inglés, joven todavía, á pesar de lo cual demuestra una lozana madurez de inteligencia y de estudios. Para su obra, de asunto bíblico, se ha inspirado en las formas del arte clásico religioso, dándoles, sin embargo, el sello de la técnica moderna. *José vendido á los ismaelitas* es una producción artística de alto vuelo que se distingue por la belleza de su composición y por el dibujo de cada una de las figuras, correcto y elegante. La escena resulta llena de vida por la vigorosa expresión de cada uno de los rostros y por la naturalidad de las actitudes.

***

Marquesita del siglo XVIII, cuadro de E. Toudouze. — No diremos con el poeta que «cualquiera tiempo pasado fué mejor,» pero sí afirmaremos que en la vida, en las costumbres y en la indumentaria de otras épocas que fueron, hallan los artistas motivos de inspiración que la sociedad moderna no les ofrece. La existencia materializada de nuestros días, los problemas que la agitación y el malestar sociales plantean son, es verdad, manantial abundante de asuntos para obras artísticas que impresionan hondamente; pero en cambio privan al arte del elemento pintoresco que tanto cautiva en las creaciones de los pintores de otros tiempos. Así es que cuando alguno de los artistas actuales quiere llenar una tela con algo que halague los sentidos sin penetrar muy adentro, con algo en que la vista se recree sin que la inteligencia tenga que hacer gran esfuerzo para comprenderlo, recurre por punto general á los recuerdos de otros siglos, que le brindan pródigamente materiales á propósito para sus creaciones, inspirándose para ello en los maestros que en tales épocas florecieron. Prueba de ello es el lindísimo cuadro del celebrado pintor francés Toudouze que reproducimos: la graciosa figura de la marquesita del siglo XVIII y el delicioso paisaje sobre que se destaca son bajo todos conceptos encantadores; una y otro parecen arrancados de un lienzo de Watteau, y este es el mejor elogio que de la obra puede hacerse.

***

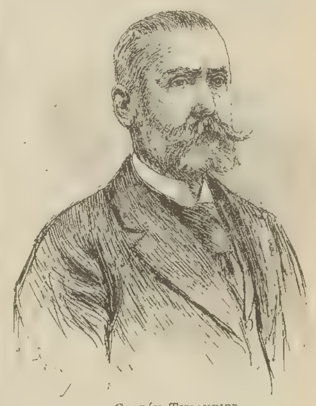
Melancolía, cuadro de A. Seifert. — El valor de un cuadro puede apreciarse entre otras cosas por la impresión que en nuestra alma su contemplación produce: si un pintor consigue que el que examina su cuadro se identifique con el sentimiento que en el cuadro preside, si logra que la risa asome á sus labios cuando el asunto es regocijado ó que asomen lágrimas á sus ojos cuando es triste, bien cabe afirmar que el artista ha triunfado, y aquellas manifestaciones de la emoción sentida en presencia de su obra será la mejor alabanza de la misma. Seifert ha conseguido por completo este efecto: su cuadro es verdaderamente sugestivo, y todo en él, la figura, el tinte del cielo, el carácter del paisaje, despierta en el ánimo de quien lo contempla esa impresión indefinible que se llama melancolía y que, á veces sin motivo justificado, nos sume en una tristeza vaga, profunda, que no deja de tener sus encantos para las almas aficionadas á soñar y á sustraerse á las realidades de este mundo.

***

Pierrot y pierrette, dibujo de L. Schmutzler. — En cien ocasiones hemos dicho que para apreciar el talento del artista basta muchas veces contemplar una obra, en el fondo desprovista de verdadera importancia. Tal sucede con el bonito dibujo de Schmutzler: podrá ser el asunto aparentemente insignificante, pero esos dos bustos delicadamente trazados, esos dos rostros de expresión deliciosa, nos hacen sentir algo que nos impresiona dulcemente, y esto, unido á una ejecución correctísima, es suficiente para que merezca ser ensalzado el autor de una obra que sin ser efectista resulta agradable á nuestros ojos.

***

Gastón Tissandier. — El sabio eminente que falleció en París el día 30 de agosto último, había nacido en aquella capital en 21 de noviembre de 1843: estudió en el liceo Bonaparte, dedicóse especialmente á la química y entró en el Conservatorio de Artes y Oficios en el laboratorio de Deherain al mismo tiempo que seguía los cursos de la Sorbona y del Colegio de Francia. Poco después ocupó la plaza de preparador en el laboratorio de ensayos y análisis químicos de la Unión Nacional, y al año siguiente, cuando sólo contaba 21 de edad, fué nombrado director de tan importante establecimiento y al mismo tiempo se encargó de los trabajos y peritajes de la Cámara sindical de productos químicos de París. Apasionado también por la física y convencido de que la meteorología sólo podría progresar merced á la observación de sus fenómenos á grande altura, dedicóse á la aerostación, realizando en 16 de agosto de 1868 la primera de las ascensiones en globo que tanta fama le conquistaron. En unión de su hermano Alfredo verificó durante la guerra franco-prusiana cuatro ascensiones con el objeto de salir de París ó con el propósito de volver á entrar en la ciudad, siendo luego ambos hermanos incorporados al ejército del Loire como aerostatas militares. Terminada la campaña, reanudó sus trabajos ordinarios y en 15 de abril de 1875 realizó con Croce-Spinelli y Sivel la famosa expedición aérea que llegó á una altura de 8 600 metros y en la cual murieron los compañeros de Tissandier, quien llegó á tierra sin conocimiento, pero con vida, gracias á su complexión robusta y resistente. A pesar de esta catástrofe no renunció á las ascensiones y se dedicó á resolver el problema de la dirección de los globos, habiendo inventado varios aparatos y modelos que han servido de punto de partida para ulteriores experimentos. Sus conocimientos sobre esta materia eran tales que nunca dejaba de consultársele en asuntos relacionados con la aerostación. Fué nombrado presidente de la Sociedad de Na-



Gastón Tissandier,
fallecido en París el día 30 de agosto último

vegación aérea, miembro de la Comisión de aerostación en el Ministerio de la Guerra y de la Comisión civil de aeronáutica, fundada en 1880 por el ministro del Interior. Entre las muchas obras que deja escritas, mencionaremos: *El agua, Tratado de Química, Los fósiles, La navegación aérea, Pasatiempos científicos, El océano aéreo, Recetas útiles, La ciencia práctica, Historia de los globos,* etc. Pertenecía á la mayoría de sociedades científicas de Francia y del extranjero, era vicepresidente de la Sociedad meteorológica y caballero de la Legión de Honor. Fundó *La Nature*, una de las revistas científicas de mayor circulación y la que más ha contribuído á propagar y popularizar la ciencia.

Necrología. — Ha fallecido:

Antonio Bourlard, director de la Academia de Bellas Artes de Mons (Bélgica).

Manuel Hiel, célebre poeta, escritor y periodista flamenco, autor de muchas y muy notables poesías, novelas y dramas.

Víctor Woldemar Holm, notable poeta é historiador dinamarqués.

Joaquín Menant, orientalista francés muy renombrado por sus importantes trabajos sobre la escritura cuneiforme.

AJEDREZ

Problema número 168, por Pedro Riera

NEGRAS

8 B. y 10 N. — 18 piezas.

BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema número 167, por V. Marín.

Blancas.	Negras.
1. A c 1 R	1. Cualquiera.
2. D mate.	



Al levantar los ojos, Pablo vió dos imágenes. La una era un crucifijo, símbolo sagrado de la caridad que llegó hasta la inmolación

CORAZÓN DE SACERDOTE

NOVELA ORIGINAL DE H. S. DE FORGE. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

¿Que probablemente querrá casarse con su prima?

– Sin duda, pero no hay miedo. Carece de influencia en la casa; y á lo sumo será un guijarro que apartarás con el pie. En cambio tienes ó por lo menos tendrás un auxiliar poderoso en el cura.

– ¡En el cura! ¡Oh eclesiástico venerable y generoso!

– Generoso..., tienes razón; aunque tiene pocos años, toda su vida ha demostrado serlo. Venerable, ya es mucho decir; apenas cuenta algunos meses de edad más que tú...

– ¿Y á qué debo el que me conceda su apoyo?

– Se llama Pablo Charlier.

– ¡Pablo!.. ¡Mi querido y buen Pablo! ¿Conque es él? En efecto, en sus cartas, por cierto muy escasas, me ha dicho que era preceptor, lo cual me ha disgustado conociendo sus juveniles ensueños: ahora recuerdo que hacía un elogio pomposo de la familia con quien vivía y sobre todo de la hija de la casa. Sí, sí, me acuerdo, y hasta me he reído pensando si..., pero conozco demasiado á mi buen Pablo. Nunca me ha dicho el nombre de la familia, en lo cual ha consistido que no haya adivinado que era él cuando me has hablado de un preceptor. ¡Ah, sí! Cuento con su auxilio en caso necesario.

– Y haces muy bien. A fuer de tarambana, te has permitido interpretar en mal sentido el entusiasmo de Pablo por Mlle. Jouvenot. Lo que te ha dicho de ella me confirma en la idea que había formado: que sin decir nada ha concebido en tu obsequio el mismo proyecto que yo. No cesa de hablar de ti ante los padres y la hija, en tales términos que si se verifica ese enlace, á él se lo deberás.

– ¿Qué buen corazón? Pero ¿donde está ese querido Pablo? Ardo en deseos de abrazarle.

– Vive en el campo, á una hora de París, con esas señoras. Iremos á verle cuando quieras, pues estamos invitados de antemano, y de este modo podrás hablar á tu gusto con tu amigo... y apreciar á mi... joven amiga.

– Querida mamá, conozco mejor la maniobra de escuadrón que la estrategia matrimonial. Manda, pues, y obedeceré con los ojos cerrados. ¿Pero has reflexionado en una cosa? Que al llegar de mis desiertos tengo el corazón dispuesto al incendio y pronto á arder como un haz de leña seca. Me ha bastado el retrato que has hecho de Mlle. Jouvenot para sentir que empieza ya la combustión. ¡Si llegara á inflamarme y entonces ya no me quisieran!..

– ¡Quita allá! Eso no es posible, replicó Mad. de Sennevaux en un arranque de orgullo maternal. Además, no tengas cuidado: antes de trabar la batalla, he practicado reconocimientos, como decís. El terre-

no está libre y bien preparado. Puedes marchar con confianza, y cuando llegue la hora llamaremos á Pablo en nuestro auxilio.

– ¡Pues adelante, querida mamá!

IX

¿Qué hacía entretanto Mad. Descordes? ¿Dónde habían ido á parar sus promesas tan formales, su seguridad tan positiva de que sabría cortar de raíz aquel proyecto de casamiento? Sin embargo, había parecido animada de verdadero ardor... Aun se habría creído que tenía un interés personal idéntico al de Adalberto, y no tan sólo no daba señales de vida, sino que las cosas seguían adelante, se precipitaban tomando un giro alarmante sin que se hiciera sentir su intervención para impedirlo. ¿Había hecho algo? ¿Resultaron malogrados sus esfuerzos? El secretario hacía toda clase de comentarios con una inquietud muy explicable en vista de las circunstancias.

Porque aquel día reinaba gran movimiento en la quinta de Thoisy-sur-Seine. Pablo andaba de un lado para otro atareado y alegre. Mad. Jouvenot, muy excitada, iba y venía, nerviosa, animada, dando órdenes, hablando mucho y mirando á cada momento el reloj. Mlle. Larivière afectaba un aire misterioso de confidente que habría bastado para abrir los ojos á Lucila, si ésta no hubiese sido bastante perspicaz para haberlo adivinado todo hacía tiempo. El landó estaba pronto, y Mad. Jouvenot, después de olvidar sus guantes, su sombrilla, su bolsa de mano, su anteojo, un magnífico ramo hecho ex profeso, después de poner en movimiento á todo el mundo para buscar estos objetos, después de llamar aparte tres ó cuatro veces á su camarera para hacerle en voz baja sus últimas recomendaciones, subió por fin al carruaje con el cura para ir á la estación á esperar á la condesa de Sennevaux y á su hijo que iban á pasar la tarde y la velada en su quinta.

Adalberto tenía mucha razón en estar ansioso, porque se acercaba el peligro. También él estaba muy agitado, por sentirse aislado é impotente y privado del esperado apoyo de Mad. Descordes. Era hombre de mala índole, pero sin energía, ganoso de aprovecharse del mal causado por otros y temeroso de efectuarlo por sí mismo. Pertenecía á esa clase de hombres malos sin audacia, muy parecidos á esos perros huraños y cobardes que ladran á las personas, pero teniendo cuidado de mantenerse fuera del alcance del palo. Por esto, desde su viaje á Ganneville no se había atrevido, á pesar de la resolución adoptada, á decir á su primo los malévolos chismes que le habían referido acerca de la familia de Pablo.

Vagaba por el jardín, sombrío, refunfuñando y rompiendo inocentes ramas, furioso contra el cura, acusando á Mad. Descordes de traición, tratando en vano de acercarse á Mlle. Larivière, demasiado ocupada para detenerse un instante, ó á Lucila, que se había retirado á su cuarto y por debajo de la cortina discretamente levantada acechaba el regreso del landó.

Un rumor de voces hizo salir al melancólico secretario desde el fondo de las calles de árboles: habían llegado las visitas, y cuando se encontró entre la algazara del primer momento, en que todo el mundo hablaba á la vez, apenas si alguien hizo caso de él.

Mad. Jouvenot le presentó rápidamente, diciendo entre dos frases de la conversación: «M. Deruel, nuestro primo y secretario de mi marido.»

Un saludo vago, trivial, fué toda la contestación. Adalberto estaba rabioso, humillado al verse pospuesto á segundo término y exasperado por todo lo que presenciaba y oía, el título de conde que madame Jouvenot había pronunciado en alta voz al recibir á Roger, la actitud graciosa y elegante del capitán, la fisonomía radiante de Mad. de Sennevaux, la cara alegre de Pablo, y hasta las miradas conmovidas que Mlle. Larivière lanzaba al oficial.

Pero no fué lo mismo cuando llegó Lucila, pareciendo deslizarse por el jardín y apareciendo entre flores menos lozanas que ella con su ligero sombrero de campo cuyas alas proyectaban sobre sus ojos una sombra que aumentaba su dulzura. Natural, sin encogimiento, quizás más colorada que de costumbre, besó á Mad. de Sennevaux y sonrió á su hijo, que se inclinó ante ella deslumbrado y turbado.

Roger era hombre de corazón sencillo. Aquel soldado de treinta años que guerreaba en países lejanos desde su juvenil edad, había conservado intacta en su alma toda la sensibilidad candorosa y joven de un alma delicada. Sobrecogido de un acceso de timidez invencible, se refugió al lado de Pablo.

Sin embargo, el encogimiento del primer momento desapareció poco á poco. Roto el hielo, el capitán se desquitó y entabló la conversación con despejo, uniendo la soltura militar á una gran distinción.

Todas las frases de Roger y del cura revelaban el ardor de una amistad casi fraternal y la perfecta comunión de sus sentimientos.

– Es en verdad conmovedor, dijo Mad. Jouvenot, el ver que después de tantos años de separación renace entre M. de Sennevaux y el señor cura esa vivacidad de afecto. No parece sino que son hermanos, y lo más singular es que piensan del mismo modo en todas las cuestiones. Creo oir al uno cuando oigo al otro. Y sin embargo, ¡sus carreras son tan diferentes!

– Está usted en un error, señora, contestó Roger. Aun cuando no fuésemos amigos de la niñez, nuestras profesiones nos convertirían en compañeros. Sacerdote y soldado, ambos somos combatientes, cada cual á su modo. ¿Acaso no es también nuestra norma suprema la disciplina, la abnegación, el sacrificio?

Pasó el día rápido y placentero. M. Jouvenot, llegado de París en el tren de los hombres de negocios, quedó muy luego prendado del capitán, que al visitar sus caballerizas alabó como perfecto conocedor un par de caballos recién comprados y realmente notables. Mlle. Larivière no apartaba los ojos del capitán, pensando que el alma de éste era tal vez más hermana de la suya que de la del cura.

Un general de cuartel, habitante en una quinta próxima y á quien se había convidado á comer, habló con encomio del coronel de Sennevaux, á quien había conocido. Fué un nuevo lazo de unión entre las dos familias.

Durante la comida hicieron preguntas á Roger sobre Argelia, Tonkín y Senegal. Contestólas sin hacerse de rogar, con expresiones animadas y llenas de colorido, sabiendo hacer sentir la impresión del asunto.

El general intervino diciendo:

– En esos relatos tan exactos, se olvida usted de sí mismo, querido capitán, lo cual cuadra á su modestia. Pero yo debo suplir esa falta. Nosotros, viejos inválidos, tenemos una satisfacción en observar desde lejos las hazañas de los jóvenes. Por ejemplo, sé que cerca de Bac-Le, cierto teniente de spahis, encargado de guiar una columna de caballería, oyó á lo lejos, hacia su izquierda, un vivo tiroteo y tomó resueltamente la iniciativa de marchar al fuego con toda rapidez, atacando la retaguardia de una gruesa partida enemiga que tenía acorralados á doscientos soldados de infantería de marina, y logrando salvarlos. ¿No fué así, capitán?

– Sí, mi general..., una casualidad..., un azar de guerra...

– Y una acción digna de vuestro padre, querido camarada.

Reinó entonces un momento de silencio, silencio conmovido, durante el cual todas las miradas se fijaron en el joven oficial, mientras en las largas y aterciopeladas pestañas de Mlle. Jouvenot brillaba algo suavemente.

El triunfo de Roger fué completo: se le habría podido medir por la cólera de Adalberto, por el aspecto visiblemente satisfecho de M. Jouvenot, por la alegría exuberante de su mujer, por la emoción de Mlle. Larivière, por la placentera sonrisa de Mad. de Sennevaux, y quizás también por el silencio significativo de Lucila.

Cuando el capitán salió de la quinta, se sentía más conquistado que conquistador.

¿Por qué, pues, en medio de la satisfacción general, había, además del de Adalberto, otro rostro al que parecía traslucir profunda pesadumbre? ¿Por qué Pablo, retirado en su cuarto, pasó largo tiempo asomado á su ventana, contemplando el cielo tachonado de estrellas por el que vagaba melancólicamente su pensamiento? Un suspiro de tristeza inexplicable se exhaló de su oprimido pecho; invadióle un extraño malestar moral; y cuando quiso rezar, se quedó su corazón como cerrado, su boca enmudeció y sintió de pronto que se le llenaban los ojos de lágrimas.

Sucede á veces, en un hermoso día de verano, que el hombre menos accesible á las agitaciones nerviosas siente de pronto una angustia física intolerable. Todo su ser padece sin que pueda asignar á su dolor un sitio preciso ni una causa determinada. Por el horizonte aparece una nubecilla que en breve avanza, crece, se obscurece y revienta de repente, descargándose con estrépito de la electricidad de que estaba saturada. Aquel malestar inexplicable reconocía por causa la proximidad de la tormenta.

Pablo experimentaba una sensación análoga. Toda su alma gemía sin que comprendiese por qué. Aquel día no había tenido más que motivos de contento; había vuelto á ver al amigo de su infancia; lo había estrechado en sus brazos con afectuoso orgullo, y gozado como un hermano del éxito que él mismo venía preparando largo tiempo hacía. Y sin embargo, se sentía abatido y temeroso de un peligro desconocido. En su agitado sueño se atravesaban ora apariciones blancas, divinamente sonrientes, ora fantasmas monstruosos. Cuando por la mañana reanudó sus ordinarias tareas, parecióle que el trabajo no tenía atractivo alguno. No supo qué contestar á Lucila que le pedía una indicación literaria. Una laxitud creciente se apoderaba de su espíritu y de su cuerpo; habría querido estar lejos, solo, no oir ni ver nada, y si algunos momentos recobraba el predominio de sus ideas, era para hacerse una pregunta que quedaba sin contestación: «¿Por qué estoy así?»

Después de almorzar, Mad. Jouvenot hizo que el cura la acompañara al parque, y tras algunas palabras indiferentes á guisa de preliminares, le dijo á quemarropa:

– Su amigo de usted, M. de Sennevaux, es lo que se llama un hombre ideal. A M. Jouvenot y á mí nos ha parecido perfecto por todos conceptos. ¿Qué edad justa tiene?

– Puedo decírselo á usted... M. de Sennevaux tiene exactamente seis meses menos que yo, y voy á cumplir treinta y un años.

– Sí... perfecto..., perfecto..., lo repito..., un trato social..., un lenguaje..., un porte..., é ideas elevadas en todo..., como las de usted. Los Sennevaux tienen una gran fortuna, ¿no es cierto?

– Acerca de ese punto soy menos competente... Sin embargo, creo que Mad. de Sennevaux era hija única: su padre gastaba bastante en Ganneville. En cuanto al padre de Roger, no creo que haya sido personalmente muy rico; mas á juzgar por el desahogo con que vive Mad. de Sennevaux, así en París como en sus posesiones, creo que la fortuna de la familia debe ser cuantiosa.

– Ayer nos decía el general que M. de Sennevaux es un oficial de mucho porvenir. Verdad es que parece dotado de excelentes cualidades... ¿Son positivas, no es cierto? Usted, que le conoce desde la infancia, dígame con toda sinceridad, señor cura, ¿es en realidad lo que parece y no es más que lo que parece?

– Señora, le he hablado á usted con frecuencia de mi amigo, y ayer pudo usted juzgar que el retrato era inferior al modelo.

– Confieso á usted, señor cura, que no sé en verdad por qué ando dando vueltas al asunto... Usted es amigo nuestro..., como de la familia... ¿Por qué no le he de hablar francamente? Pues bien: si tal vez llegara á suceder..., pronto..., en fin, cree usted que M. de Sennevaux sería un buen marido para mi Lucila? Dígame usted lo que le parece.

– Creo, señora, que esa unión sería una bendición de Dios, lo mismo para su hija de usted que para mi amigo.

Pablo pronunció estas palabras con voz firme.

Pero acababa de rasgarse bruscamente el velo que le ocultaba el secreto de su corazón. Hízose la luz y quedó explicada la turbación que llenaba su alma desde la víspera. Hasta entonces había creído no ser más que un sacerdote; pero reconoció con terror que era también hombre y que amaba...

Volvió á la quinta, subió á su cuarto, é hincándose de rodillas, rompió á llorar.

X

La desesperación de Pablo ante aquella revelación fulminante de sus sentimientos íntimos tanto tiempo no comprendidos, fué inmensa y le destrozó el alma; desesperación del sacerdote á quien apareció de pronto culpable su vida de cuatro años á aquella parte; desesperación del hombre que veía destruída de pronto su ventura, en el mismo momento en que comprobaba su existencia.

No buscó ningún subterfugio para engañarse á sí mismo, sino que consideró la verdad escueta, y esta verdad fué la que precipitó su alma en un abismo de desolación.

Sacerdote, cuyos sagrados juramentos eran aún tan recientes, habiéndolos prestado con fe tan profunda, con sinceridad tan leal, con voluntad tan resuelta y que le vedaban todo afecto terrestre, amaba sin embargo á una mujer, y la amaba con todas las fuerzas de su ser, con todos los ardores de su corazón virgen.

¡Ahora veía claro! Siempre amó á Lucila, desde la hora en que la vió aparecer como una visión celestial que había disipado con su sola presencia sus inquietudes de aquel tiempo. ¡Ah! ¿Por qué no huyó aquel día? ¿Por qué Dios no le permitió leer en sí mismo? Pero habían transcurrido cuatro años en ceguedad completa, cuatro años durante los cuales se había dejado enlazar con vínculos invisibles, cada día más apretados.

Lucila estaba en todas sus acciones, en todas sus palabras, en todos sus pensamientos. ¡Cómo lo comprendía ahora! La abnegación que sentía por toda la

familia, el celo que le animaba y por el cual bendecía á Dios, Lucila era quien se los inspiraba; de ella procedía el ardor con que trabajaba y ella era el objeto de este ardor, porque para instruirla mejor se instruía á sí mismo.

¿Habrían sido tan vivos sus generosos arranques si no hubiese querido hacerla partícipe de ellos? Cuando multiplicaba sus visitas á los pobres, ¿era la compasión lo único que le guiaba? ¿No era también la presencia de su compañera? Cuando en la iglesia elevaba á Dios sus fervientes oraciones, ¿no era porque otra oración se mezclaba con la suya? Siempre y dondequiera, en todos sus pensamientos y en todas sus acciones, descubría la influencia constante de Lucila.

Estos recuerdos, estos sentimientos se agolpaban, chocaban, se transformaban en desgarradores remordimientos en su alma religiosa, delicada y timorata, y se golpeaba el pecho murmurando: «¡Perdón! ¡Perdón!» De pronto, á la crisis seguía una calma y algunas reflexiones consoladoras aquietaban su conciencia, porque, en suma, ¿de qué era culpable? ¿Acaso había penetrado jamás un mal pensamiento en el repliegue más recóndito de su corazón? ¿Por ventura le está prohibido al sacerdote sentir ese amor puro, ideal, etéreo?.. ¿Entraba en realidad en él algo de humano? ¡Ah! Sí, puesto que lloraba y sus lágrimas no eran de arrepentimiento, sino – con terror lo reconocía – lágrimas de sentimiento, de dolor y también – ¡qué vergüenza! – lágrimas de celoso... ¡Él celoso!.. ¡Y celoso de Roger, del amigo de su vida; de Roger, cuya felicidad había comenzado él mismo á labrar con sus propias manos!..

Entonces sintió sublevado todo su ser. ¿Por qué estaba separado de la vida? ¿Qué bárbara ley era esa que arrancaba su corazón al sacerdote, hombre como los demás, y le prohibía para siempre tener amores legítimos? ¿Qué mano tiránica era esa que quería reemplazar con una ternura sobrenatural y mística todas las ternuras humanas creadas por Dios é hirvientes en un alma joven y ardiente? Locura en verdad fué la de esos ancianos que, reunidos un día en concilio, decretaron que toda una clase de hombres quedaría privada del primer derecho, de la primera necesidad de los hombres. ¿Por ventura los primeros Padres de la Iglesia no se casaron? ¿Acaso los primeros apóstoles no confirmaron su fe y conquistaron las palmas sagradas del martirio rodeados de sus mujeres y de sus hijos? Cariños santos que la Iglesia honró y hasta estimuló por espacio de siglos enteros, que después toleró por lo menos, ¿por qué los ha de vedar á los levitas de hoy, negándoles su puesto al sol de la felicidad? ¿No habría podido él también ver cómo se desarrollaba ante sus pasos toda una vida de ventura, en la que Dios habría reinado, sin que quedaran excluídas de ella los nobles y tiernos afectos que anhela el corazón humano?

El desdichado sufría indecibles torturas. Arrancar á Lucila de su pensamiento era un esfuerzo superior á su ánimo, y sin embargo, era preciso; así se lo prescribía su deber de sacerdote y su deber de hombre honrado; pero también era un espantoso laceramiento. Todo se derrumbaba para él, las alegrías de su vida presente, las esperanzas de su porvenir y hasta el orgullo de su pasado que creía intacto y puro ante Dios y que sus remordimientos exagerados le hacían ahora aparecer criminal. La firmeza de sus creencias, jamás menguada, vacilaba al contacto enervante de la duda, y al ver cuánto se había engañado sobre su propia cuenta, perdía la fe en sí mismo, esa fuerza de los fuertes.

Fué una crisis lamentable, un drama secreto, íntimo, tremendo. Con la cabeza en las manos inundadas de llanto, ora escuchaba en su interior una voz que con dolorosos lamentos le gritaba «¡rebelión!,» ora subían desde su conciencia como un cántico religioso las palabras «¡obediencia y sumisión!» Pasaba por uno de esos momentos terribles en que un alma zozobra para siempre si no sale victoriosa é incontrastable.

Dios se apiadó de él, y extendió su mano sobre aquel ser tan honrado y tan desgraciado.



Roger de Sennevaux y Pablo Charlier

Al levantar los ojos, Pablo vió dos imágenes. La una era un crucifijo, símbolo sagrado de la caridad que llegó hasta la inmolación, y le pareció que Jesucristo, inclinado hacia él, le repetía las palabras de la Escritura: «Si quieres ser mi discípulo, renuncia á ti mismo... Si quieres reinar conmigo, lleva la cruz conmigo... Yo levanto y salvo á los que lloran.» La otra era el retrato de Marta, cuyo dulce rostro sonreía, gracioso y melancólico, y como en su infancia, la religión adquiría para él las facciones de su madre; en una alucinación Marta, transformada en figura ideal, le pareció la personificación radiante del sacrificio resignado.

Entonces sintió una necesidad irresistible de correr al lado de su madre, de arrojarse en sus brazos, de experimentar de cerca su benéfica influencia, de pedirle sus consejos.

Cuando llegó junto á ella, apenas necesitó hablarla para ser comprendido. Hacía mucho tiempo que Marta sabía la verdad que Pablo ignoraba, y que estaba aguardando aquella crisis inexorable y fatal. ¡Cuántas veces no se había lamentado de su impotencia para evitarla!

– Llora en mis brazos, hijo querido, respondió á las confidencias de Pablo; desahoga tu dolor en mi seno como lo hacías en otro tiempo en los sinsabores de tu infancia. Pero no te desalientes ni te abatas. Sufre, pero levántate valeroso y fuerte. ¡No, no eres culpable!.. No hay falta cuando media ignorancia. Persuádete de que otros también han sufrido tormentos análogos, y se han sobrepuesto á su amargura haciendo un supremo esfuerzo de valor y de honradez. He conocido una mujer que, como tú, ha amado con todas las fuerzas de su corazón y con toda la inocencia de su pureza; pero, lo mismo que tú, no tenía el derecho de amar. El día que comprendió, alejó de su lado al que amaba y se encerró en el deber, en el que encontró la calma y el consuelo. Hace ya muchos años de esto, y desde entonces esa mujer no ha vuelto á ver á aquel hombre ni ha tenido noticias suyas; únicamente sabe, por lo que de público se dice, que se ha mostrado digno de ella y consagrado su vida valiente y honrada á la ciencia que enriquece con sus descubrimientos. Y esa mujer, hoy satisfecha, ha conquistado por su renuncia el derecho de recordar con dulzura tranquila y disfrutando de la satisfacción del deber cumplido. Haz como ella, Pablo mío. Levanta tu corazón... Si sólo fueras mi hijo te diría: Ven, partamos, vámonos los dos muy lejos en busca de sosiego, ya que no de olvido; pero eres sacerdote y tienes otras obligaciones más importantes que tu propio reposo. Tu jefe, el superior del seminario, es el que debe dictar tu conducta. Ve á hablarle como me has hablado y haz lo que te diga.

El digno anciano escuchó á Pablo con benevolencia á la par que gravedad.

– Si en una situación como esa, le contestó, tuviera que dar consejo á un hombre de mundo, le diría: ¡Huye! Quizás dijera lo mismo á algunos de los cofrades de usted. Pero á usted, hijo mío, de quien estoy seguro, le digo: ¡Quédese! Para un sacerdote como usted, la fuga sería una deserción. Se debe usted quedar; es preciso y se lo mando. Debe usted hacerlo así por sus padres á quienes proporciona una vida tranquila; por la misión que desempeña en casa de M. Jouvenot y que todavía no ha dado todos sus frutos. Además présteme usted atención y comprenda mis palabras en toda su extensión. Por inspiración de Dios ha comenzado usted una obra; como amigo, debe terminarla, y como sacerdote, será de su incumbencia bendecir el casamiento cristiano de esos dos jóvenes dignos uno de otro... Sé que padecerá usted; pero ¿dónde estaría el mérito sin el sufrimiento? Sé que aún tendrá usted que luchar; pero ¿dónde estaría el triunfo sin combate?.. No se perturbe... Ha amado usted una alma, y su madre de usted se lo ha dicho con su razón y su piedad: no es usted culpable. ¡Levante usted la cabeza, ame en Dios á todos los que ama y sea fuerte! ¿Me ha comprendido usted, Pablo? ¿Obedecerá usted mi mandato?

– He comprendido, padre, y obedeceré, respondió Pablo levantándose con el rostro iluminado de santo valor.

– Adios, querido hijo... Que Dios le acompañe. En adelante será usted un verdadero sacerdote: ya conoce la inmolación y el sacrificio.

(Continuará)

VISTAS DEL PERU

Con gusto publicamos las adjuntas fotografías del Perú que nos ha facilitado nuestro corresponsal Sr. Boix, y en explicación de las cuales vamos á consignar algunos datos.



PERÚ. – Arequipa. «El Resbalón» (fotografía de J. Boix Ferrer)

La ciudad de Arequipa, que en 1810 se fundó por orden de Francisco Pizarro, cerca del actual puerto de Cayma, y que algunos años después se trasladó al sitio que hoy ocupa, es la capital del distrito de su nombre y está situada á 2.329 metros de altitud en terreno llano y en la proximidad del lugar en donde terminan las faldas del volcán Misti. Rodeada de jardines, con calles anchas y rectas, Arequipa ofrece un aspecto en extremo pintoresco. Rival de Lima, pretende ser la primera ciudad del Perú, no por su extensión ni por el número de habitantes (50.000), sino por lo agradable de la vida que allí se hace, por el genio industrial, por los gustos artísticos y literarios de su población y por la belleza, gracia é ingenio de sus mujeres.

PERÚ. – Campiña de Tiabaya (fotografía de J. Boix Ferrer)



PERÚ. – Iglesia de Tiabaya (fotografía de J. Boix Ferrer)

Alzase sobre un terreno en que son frecuentes los terremotos, y entre las varias sacudidas que ha sufrido merece especial mención la de 1868, que la destruyó casi por completo.

Sus casas y edificios están construídos de una piedra blanca muy porosa que con la mezcla de cal y arena y el transcurso del tiempo forma un todo compacto muy duro.

Cuenta Arequipa, además de la catedral, con cuatro iglesias, siete capillas, cuatro conventos de religiosos y tres de monjas; tiene universidad, fundada en 1825, dos colegios nacionales de instrucción superior, otro de educandas, cuatro escuelas de niños y cuatro de niñas, hospital y casa de huérfanos, y posee hermosas alamedas denominadas de San Lázaro y de Tingo, un ferrocarril urbano que atraviesa las calles principales y tres puentes sobre el río Chili, que atraviesa la ciudad, uno de los cuales tiene 127 metros de longitud, habiendo costado su construcción cinco millones de pesetas.

Su clima es templado, sin exceso de frío ni de calor, variando su temperatura entre 12 y 22 grados; su aire es excesivamente seco, y su atmósfera tan transparente que en pleno día se ven á la simple vista algunas estrellas. Durante el verano, es decir, desde diciembre á mayo, caen algunas lluvias, y en aquella época es cuando una buena parte de los arequipeños se van á vivir á las aldeas de los alrededores. Entre éstas son objeto de especial predilección las denominadas Bella Vista y Tingo, estaciones de baños unidas á la capital por frondosas alamedas.

El terreno de la ciudad y su campiña produce buenos y variados frutos, en especial trigo, maíz, papas, legumbres y hortalizas, melocotones, exquisitos abridores, ciruelas, guindas, etc.

El país es muy interesante desde el punto de vista geológico, y su suelo está constituído por pórfido rojo cubierto en ciertas partes por lava blanquizca.

Arequipa se distinguió en la guerra de la Independencia, y en los sucesos posteriores de la historia del Perú, y en las luchas intestinas de la república ha sido varias veces sitiada y tomada por asalto: en 1854, cuando la ciudad se levantó en armas contra Echenique, el general Morán atacó la plaza, pero fué derrotado, preso y fusilado; en 1856 volvió á sublevarse contra el gobierno del general Castilla, proclamando al general Vivanco, el cual fué derrotado y se refugió en la ciudad, que fué tomada por asalto en marzo de 1857; y en 1867 fué proclamado en Arequipa el general Canseco con el carácter de segundo vicepresidente constitucional, y pueblo y ejército se levantaron contra Prado, quien puso sitio á la ciudad, pero tuvo que retirarse.

La villa de Tiabaya hállase situada á 11 kilómetros de Arequipa, en el camino que va desde ésta á Islay, cerca de la orilla del río Chili; su situación es deliciosa, su clima templado y agradable y la campiña que la rodea está perfectamente cultivada y puede rivalizar con los más bellos paisajes.

Mollendo, pequeño pueblo marítimo situado á 130 kilómetros de Arequipa y á 11 de Islay, es el punto de partida del ferrocarril que va hasta Puno, gracias á cual circunstancia su población ha crecido notablemente. Su puerto, en donde es muy difícil desembarcar en ciertos días del año, es el principal punto de exportación del Perú meridional y de Bolivia, saliendo por él los productos brutos de la inmensa región minera de Corocoro, Oruco, Potosí, etc. – X.

***

LOS DIAMANTES EN CHINA

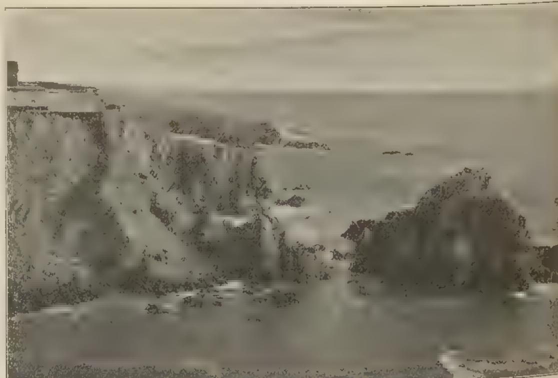
Hace algunos meses un periódico inglés que se publica en China anunciaba que los alemanes acababan de comprar algunos campos de diamantes en el distrito de Yi-Tcheu-Fu, en la provincia de Chan-Tung.

M. A. Fauvel, antiguo oficial de las aduanas chinas, en una importante comunicación hecha recientemente á la Sociedad de Geografía de París, confirma la existencia de campos diamantinos muy comunes en China, porque desde 1872 había sabido por algunos mandarines letrados que los diamantes, empleados por unos pocos vidrieros de Pekín y por los reparadores de porcelanas, procedían de la provincia china de Chan-Tung. Pero los chinos guardan el mayor secreto acerca de la piedra preciosa en su país, porque habiendo sufrido en aquella provincia una invasión de buscadores de oro, temen llamar la atención de los extranjeros sobre las riquezas minerales que poseen.

Los chinos ignoran la talla del diamante y únicamente se sirven de esta piedra para sus taladros: en cuanto á los diamantes tallados que llevan en el sombrero ó casquete ó montados en sortijas ó pendientes, proceden de la India, del Africa ó del Brasil.

Veamos ahora cómo se procuran los chinos esta piedra.

En el otoño, cuando ha terminado la recolección, han cesado las lluvias de verano y están casi secos los torrentes, los cultivadores, que no tienen mucho trabajo, recorren el lecho de los torrentes y de los arroyos calzados con sandalias de paja. Los fragmentos agudos de los diamantes rotos se clavan en la paja, y cuando se supone que se han clavado unos cuantos, se forma con las sanda-



PERÚ. – Puerto de Mollendo (fotografía de J. Boix Ferrer)

lias un montón al que se prende fuego, hecho lo cual se tamizan las cenizas y se encuentran los diamantes. Como el valor de estas piedras se aprecia por el número de puntitas de taladro que de ellas pueden sacarse, se rompen todas las que exceden de las dimensiones ordinarias.

Un antiguo misionero, el P. Armando David, refiere en el relato de su viaje á Mongolia (1866-1867) que durante una buena parte del año se ven muchos hombres ocupados en aechar minuciosamente la tierra de las calles reducida á polvo por las ruedas de los vehículos: en este polvo encuentran, según parece, los diamantes. Cuando se pregunta á esos hombres qué es lo que buscan, responden con evasivas. Las piedras obtenidas por este procedimiento no son mayores que un grano de mijo y se venden á siete francos cada una; pero á veces se encuentran también algunas de mayor tamaño.



PERÚ. – PUENTE SOBRE EL CHILI EN TINGO (fotografía de J. Boix Ferrer)

Los emperadores chinos, creyendo que el pueblo debe vivir de la agricultura y no del trabajo minero y de la busca de metales y piedras preciosas, se han opuesto siempre tenazmente á que se abrieran minas. También oponíase á ello el pueblo por superstición, temeroso de que las labores mineras despertaran al dragón que dormita debajo de la tierra y atrajera por consiguiente terribles cataclismos sobre los mortales.

Pero dadas las corrientes que hoy prevalecen en el Celeste Imperio, en donde parece que manda todo el mundo menos el emperador y sus representantes, es fácil que toda la oposición del soberano y del pueblo no sirvan para contener la ambición de las potencias europeas, y es de suponer que antes de poco los que han logrado derribar la famosa muralla y cruzar de líneas férreas el territorio chino, explotarán aquellas riquezas mineras.

LIBROS

enviados á esta redacción

por autores ó editores

El diputado de Arcis, por *H. de Balzac*. – Angel Pitou, por *A. Dumas* (padre). – Formando parte de la Biblioteca que con tanto éxito publica el editor barcelonés Sr. Tasso, se han puesto recientemente á la venta estas dos obras de dos de los más celebrados ingenios franceses. El nombre de sus respectivos autores basta para indicar la diversidad de géneros á que cada una pertenece y para demostrar la valía de una y otra: Balzac, el gran pensador y filósofo, que escribía sobre documentos humanos, nos ofrece en *El diputado de Arcis* una novela interesante que es á la vez un profundo estudio psicológico; Dumas, el escritor brillante y de imaginación viva, traza en su libro una admirable serie de cuadros relacionados con la historia de Francia á fines del siglo pasado y enlazados en amenísima corrección novelesca, cuyo protagonista es el famoso vate callejero de los tiempos de la Revolución. *El diputado de Arcis* y *Angel Pitou* (segundo tomo) se venden á una peseta en rústica y seis reales en tela cada uno.

La religión en el idioma, ensayo paremiológico, por *R. Monner Sans*. – La circunstancia de ser el Sr. Monner Sans colaborador de La Ilustración Artística no ha de impedirnos alabar como se merece la obra que nos ocupa, obra de verdadero interés filológico y al par de amenísima lectura. Contiene 1 052 refranes, dichos, sentencias, expresiones, etc., castellanos, usados por los hablistas antiguos y modernos, en los cuales preside una idea religiosa. El autor, sin embargo, no se ha limitado á recopilar los materiales que en abundancia le ofrecían nuestros clásicos y el rico vocabulario popular, sino que al pie de cada refrán, expresión, etc., ha puesto un breve comentario explicando la fuente de donde están tomados y su significación, realizando de esta manera una labor que revela, no sólo gran trabajo y paciencia suma, sino además vasta erudición y profundos conocimientos lingüísticos. Para esta obra ha seguido el Sr. Monner Sans el orden rigurosamente alfabético; pero al final, para mejor facilitar cualquiera consulta, ha continuado un índice alfabético de las palabras religiosas que en el refrán ó dicho figuran con indicación del número de orden de la frase á que corresponden. *La religión en el idioma* es un libro que merecerá sin duda entusiastas elogios de todos los cultivadores del idioma castellano y será leído con gusto aun por los profanos en la materia porque aparte de su valor científico resulta verdaderamente curioso y entretenido. Ha sido editado en Buenos Aires por Félix Lajouanne.

***

Periódicos y revistas

Revista Contemporánea, quincenal madrileña; *La energía eléctrica*, revista decenal ilustrada de electricidad y sus aplicaciones que se publica en Madrid; *Boletín Militar*, revista técnica semanal de Bogotá (Colombia); *Boletín de Enseñanza primaria*, importantísima revista pedagógica que publica cada dos meses la Dirección general de Instrucción Pública del Uruguay y que dirige D. José H. Figueira; *Literatura y Arte*, revista literaria quincenal de La Paz (Bolivia); *Boletín del Instituto Americano de Adrogué* (República Argentina), publicación mensual; *La Alborada*, semanario político, literario y social de Montevideo; *Caras y Caretas*, semanario festivo, literario, artístico y de actualidades, de Buenos Aires; *Porta-Cœli*, periódico semanal valenciano, propagandista del Sanatorio de pobres de su nombre; *El Seguro*, boletín mensual de la Sociedad española mutua de seguros «Austria y Hungría,» domiciliada en Madrid; *A Caça*, revista mensual ilustrada de deportes y vida campestre que ha comenzado á publicarse en Lisboa.

Pierrot y pierrette, dibujo de L. Schmutzler

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XVIII — Barcelona 25 de septiembre de 1899 — Núm. 926

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EN ORACIÓN, cuadro de L. Rossi



DE EUROPA

Parto de los montes, y como el del fabulista parto ridículo, ha sido, en opinión de cuantos de él hablan — del mundo entero, — el desenlace del célebre y estruendoso proceso del capitán Dreyfús. Componenda que aspira á satisfacer á todos, y en realidad deja á todos quejosos y lastimados profundamente en los intereses morales y en las ideas que el proceso agitó y sacó á la superficie, es poco ó nada para los unos, demasiado para los otros, y para cualquiera que tenga rectitud y convicciones y aspiración á la justicia, sea en forma de castigo ó en forma de rehabilitación, el más repugnante pastel de verano que pudieron amasar manos francesas, en la tierra de la fina repostería y de los hornos siempre en punto.

Los partidarios acérrimos é incondicionales de Dreyfús quedan, con el fallo del consejo de Rennes, autorizados para gritar que esa pena relativa, amenguada, tan diferente de la primer condena terrible, es explícita confesión de la inocencia del presunto delincuente. A su vez los enemigos de Dreyfús, los nacionalistas y militaristas y los que confunden el Evangelio con el Talmud y son judíos carnales disfrazados de cristianos, no dejarán de clamar que tal condena equivale á una absolución, y que el prestigio del ejército, tan invocado para abrumar á Dreyfús y arrastrarle á las gemonías, sale peor parado de esta combinación, delatora del estado íntimo de los jueces, que si no ven por unanimidad la inocencia del acusado fulgurando con meridiana luz, por lo menos comprobaron una serie de ardides y maquinaciones contra un hombre, al cual no se atreven á enviar otra vez á Cayena, para acabar la poca vida que le resta ya.

* * *

Es la nota más triste de ese proceso tristísimo: cómo se puede matar sin arma alguna, lentamente, á un reo, ahora lo mismo que en los tiempos de las Bastillas y los torreones inexpugnables. Dreyfús, dicen los periódicos, no digiere: su estómago soporta únicamente, y todavía con marcada repugnancia, con náuseas, la leche; á los treinta y nueve años, representa sesenta cumplidos. ¿Qué se disputan los partidos de Francia en su saña y encono? Un resto, un despojo de naufragio, un ser que nunca volverá á disfrutar de la existencia, de sus alegrías y de sus goces. — Quien ha perdido el estómago, quien no digiere, decía Voltaire, no tiene nada, no posee cosa alguna, aunque sea dueño de todas las riquezas y bienes de la tierra, aunque ciña corona y le cerquen de rosas las beldades. — Dreyfús sólo necesita un rincón de hogar y una asistencia médica esmerada. Los que conocen algo la influencia capital y decisiva de las funciones de la digestión en el organismo, no extrañarán, de seguro, la atonía de Dreyfús, su calma mortuoria en presencia del tribunal. Sin estómago no hay sangre, sin sangre no hay fuerzas, ni para lo malo ni para lo bueno. Dreyfús sólo querrá que le dejen, que le permitan recostarse ó acostarse para morir. En la inmensa fatiga de su cuerpo y de su espíritu, ni aun cabrá el deseo de exclamar una vez más: «¡Soy inocente!» Sentirá que desfila ante sus ojos apagados, reflejándose turbiamente en el interior espejo de su conciencia, una procesión de sombras, una fantasmagórica representación en la cual se encuentra asociado, pero que ya no le interesa. Disfrázase de resignación el agotamiento; de paciencia, la ruina del ser; de apatía, el fin y remate de la pujanza vital. Así se explica la reiterada respuesta de Dreyfús al preguntarle el presidente, después de las innumerables declaraciones que le acumulaban cargos mal definidos, preñados de mala voluntad, de odio latente, si tiene algo que objetar: «Nada, mi coronel.»

* * *

No me cuento en el número de los que, por la solución del proceso Dreyfús, acriminan á Francia entera y vaticinan nada menos que el fracaso de la gran Exposición con que el pueblo francés se dispone á echar llave de oro al siglo. — Al contrario, y sin necesidad de ser arúspice y de consultar las entrañas de la infeliz víctima de la isla del Diablo, pronostico que se equivocan los profetas pesimistas. Francia, en primer lugar, no se compone únicamente de las veinte mil personas (si son pocas alarguémonos hasta sesenta mil, contando á los ligueros, á los judíos ricos, á los simpatizadores) á quienes ha puesto en efervescencia directa el proceso Dreyfús. Francia es una nación de trabajadores, agricultores, industriales, comerciantes, científicos, que han visto desde lejos la algarada y no han tomado en ella parte activa. La misma tranquilidad observada en Rennes ha podido comprobarse en el resto de la nación; París no ha alterado su método y su laboriosa existencia; y es en el extranjero, desde afuera, donde vemos encresparse la opinión, solicitada por lo emocional de tan célebre causa. Decíase antaño que la ociosidad es madre de todos los vicios, y que quien trabaja no tiene tiempo que malperder. Francia, no lo dude nadie, es una perseverante y sana trabajadora. Su amor al trabajo y su instinto de economía la han enriquecido. Hay en Francia dinero, no capitales fabulosos de archimillonarios, sino muchas fortunitas sólidas, bien administradas y equilibradas, caudal repartido en infinitas manos inteligentes, que lo hacen producir; en gentes que no se creen autorizadas para entregarse al ocio porque ya tengan lo necesario; en una clase media sólidamente arraigada, sensata, precavida. País que en tales condiciones se encuentra, no está propicio á dejarse subvertir por una cuestión en la cual, si á fondo se mira, no se hallan comprometidos más que intereses puramente de bandería y de secta. No haga caso Francia (conociendo su cordura harto entiendo que no lo hará) de los que le anuncien, con pavorosa entonación, que ha perdido su honra en la cuestión Dreyfús. El fallo de algunos jueces, aun el fallo más inicuo, no puede entrañar deshonra colectiva. Las tramoyas, las conjuras que en esto pueden haber actuado, no son bastante para manchar á Francia, porque la opinión se ha inscrito en contra de tales manejos desde el primer día, y la opinión, incorpórea, pero resistente y firme, es el verdadero pedestal de la dignidad de un pueblo. Si Dreyfús es condenado en otra nación de Europa, á estas horas sigue pudriéndose ó disolviéndose bajo el sol implacable de Cayena. Pues qué, ¿se reivindica así la legalidad en parte alguna? ¿Quién osará afirmarlo? ¿Se lleva con tal persistencia una campaña de revisión en los demás países? ¿No indica esto solo en Francia un sentido de la justicia que hace su más alto elogio?

* * *

Quisiera explicar bien mi criterio. Yo no he llegado á formar juicio claro y terminante en lo relativo á la inocencia de Dreyfús. No me sorprendería si se hubiese demostrado su culpabilidad; no soy de los que hicieron de él un mártir y de su virtud un dogma. Pero lo mismo que digo esto, digo que siempre creí que se le había condenado arbitrariamente, sin pruebas, y según fueron desarrollándose los incidentes de la campaña revisionista y del proceso, se confirmó mi suposición y apareció de realce que no sólo sin pruebas, sino con odioso enredo de falsificaciones y delitos penados en el Código y reprobados por el honor militar, si tal honor es algo más que un nombre, se había condenado á Dreyfús. Y esto solo fué suficiente para que la revisión me pareciese simpática, y el pueblo en que tal revisión llegó á encarnar en la realidad, un pueblo moderno, civilizado en el mejor sentido de la palabra. Que de la revisión se haga argumento para baldonar á Francia, es mayor injusticia que la de la primer condena de Dreyfús. Francia, en conjunto, ha estado á la altura de su puesto y de su nombre. La timidez de los jueces de Rennes no alcanza á Francia entera, ni puede empañar su fama, ni desacreditar á su gobierno, ni á sus instituciones, ni justificar el *tole tole* ridículo que contra Francia se mueve en países de Europa, inferiores seguramente á Francia en respeto al derecho y á la libertad del hombre.

Con razón sobrada preguntan los franceses qué pueblo es el que se cree autorizado para arrojarles la primera piedra. No serán los ingleses, ocupados concienzudamente en ensebar la cuerda y en preparar el nudo corredizo para ahorcar á los valientes y honrados *boers.* No serán los yankis, que llegaron á Filipinas pregonando la redención de la raza tagala, y ahora se dedican á ametrallarla sin descanso, á freirla hasta que se reconozca súbdita y vasalla del estrellado pabellón. No será Rusia, donde todavía Siberia recibe cuerdas de deportados, y en la frontera se decomisan los libros y los periódicos, y la policía ladra como dogo feroz al que se asoma á la puerta. No será España, donde..... (En estos puntos suspensivos ponga el lector español lo mucho que sabe y que se le ocurre de seguro inmediatamente). No será Austria, donde los judíos sufren cruel persecución mortífera, donde se les degüella casi á mansalva, y la sangre tiñe las calles, sin que la opinión se conmueva ni comprenda que eso es horrible, inicuo, diez y nueve siglos después de que Jesucristo murió en la cruz. No será Alemania, donde una pobre mujer, una princesa de la sangre, por un amoroso devaneo es recluída durante su vida entera en una casa de locos, ni más ni menos que si estuviésemos en la Edad Media. No será Serbia, donde atormenta, encarcela y ejecuta el atroz Milano...

* * *

Francia se levantará redimida de esta pasajera crisis. Son los últimos destellos de una hoguera extinguida, los que vistos á distancia simulan incendio. Se anuncia ya la pacificación de los espíritus; el complot orleanista ha abortado, en medio de la ironía y la indiferencia universales; *Fort Chabrol*, que acaso creyó ser foco de intensa llama, se ha convertido en candileja de alegre verbena parisiense, pues divierte y no hace daño; y las pasiones desatadas de unos cuantos energúmenos van á desaparecer entre el glorioso brillo del Certamen, que una vez más colocará á Francia en el lugar que le corresponde. Iremos á París el año que viene y encontraremos un pueblo grande y una residencia deliciosa. Ya lo veréis.

* * *

Con todo eso es lástima que los jueces de Rennes no hayan desplegado el valor que el caso requería. A falta de pruebas, la absolución era inevitable. Demostrado que para condenar á Dreyfús la primera vez se había apelado á expedientes reprobados é ilícitos, también se imponía la absolución. Tuviesen de Dreyfús en su alma el concepto que quisiesen — ahí no puede penetrar la ley, — había que reconocer el error y el abuso cometidos. Error he escrito, y debí escribir errores. Error convertir á los oficiales de Estado Mayor y á los generales en espías y polizontes; error atribuir á la desaparición de documentos sin trascendencia carácter de cuestión vital para la patria; error obstinarse en el ciego desvarío de una serie de falsificaciones y trapisondas para abrumar á un culpable hipotético, cuyo delito no había medio de demostrar; error recargar la pena, haciendo del deportado una especie de novelesca *máscara de hierro*, multiplicando precauciones y rigores, convirtiéndole en la más desventurada de las criaturas, exagerando de un modo risible si no fuese doloroso el castigo, cargándole de cadenas y grillos, reeditando un folletín del romanticismo ó un capítulo de *Rocambole* error, en fin, el asociar cosas que deben ser tan elevadas y tan serias como el honor del ejército, la idea religiosa y el concepto de nacionalidad, á una intriga policíaca, igualmente aborrecible si va contra un inocente que si va contra un espía, porque el derecho, como derecho, es igual para todos.

* * *

Yo no sé si en el caso de los oficiales franceses le daría la mano á Dreyfús; yo sé que nunca me valdría contra nadie, ni contra el propio Judas, de ciertos recursos. *Non sunt facienda mala ut eveniant bona*, debemos repetir con los teólogos, honra de la Iglesia católica, que han establecido que por malos medios no hay buenos fines, ni siquiera buenos principios. Suponiendo á Dreyfús criminal, ignoro qué ventaja le lleven los falsarios y embrollones asociados para perderle. Y por eso, y sólo por eso, lamento que los vocales del Consejo de Rennes no hayan tenido virilidad, y no le hayan absuelto libremente; y deseo que el tribunal de alzada ó de casación sea más resuelto, y corte el nudo gordiano con la espada de Temis — la más limpia de las espadas, cuando la esgrimen manos puras.

Emilia Pardo Bazán



D. LEONARDO PEREIRA

No era un sabio – ¡ni siquiera era doctor! – pero fué en vida un gran patriota. Dueño de una colosal fortuna, sus cualidades descollantes eran la modestia y la caridad. Era D. Leonardo un hombre que conservaba el culto de las creencias católicas heredado de sus mayores, y su fe, no la fe muerta de que hablaba San Pablo, sino la que vivifica en la caridad humilde é ignorada por los que no la habían menester: socorría y aconsejaba, y ¡cuántas veces, si el óbolo mitigaba dolores físicos, sus paternales consejos suavizaban morales dolencias! El grano así sembrado fructificó siempre, y la fortuna que recogiera de manos de sus padres, á sus hijos la entregó centuplicada en medio de las bendiciones de un pueblo.

Liberal-conservador, no era partidario del progreso á saltos: gustábale seguir su camino con lentitud y seguridad, sabiendo que las precipitaciones suelen malograr no pocas causas, y recordando con el pueblo que «al hombre prudente Dios le endereza la simiente.»

***

Cuarenta y cinco años hace que introdujo en el país el primer toro de raza Hereford, previendo en la *mestización* ó cruce, que entonces comenzara, el verdadero progreso y segura fuente de riqueza nacional. Su toro *Ras*, descendiente de aquél, empató el gran premio con el primer campeón de Inglaterra en la última Exposición Internacional, demostrando de esta suerte, y con argumento irrebatible, que la cabaña del Sr. Pereira puede sostener competencia con la mejor del mundo. Una vez que se le propuso comprar un lote de 120 carneros importados contestó: «Bastan 8 ó 10,» y agregaba en el seno de la confianza: «¿No les parece que no me ha ido tan mal con este paso!»

***

Aunque de ideas políticas conservadoras, dentro del único credo aquí existente, el republicano, nunca dejó de cumplir sus deberes cívicos, y de aquí tomó pie la maledicencia para atribuirle complicidades en el movimiento militar de 1893. El que, poco antes de este movimiento, facilitaba un poco de dinero, exigiendo de la acaudalada persona que lo recibiera formal palabra de que se destinaba al pago de alquileres, muebles y empleados del Casino político, porque – decía – «no quiero dar un peso para revoluciones,» se vió luego desterrado por un gobierno en extremo receloso, que así creía consolidarse. Tal injusticia no le arrancó una sola queja, antes bien criticó duramente la intentona militar, considerando que por caminos tortuosos nunca se llega á seguro puerto. «Así se empezó en Montevideo,» dijo, aludiendo con esta frase á los motines militares y al predominio del ejército que tantos estragos ha causado en la vecina república.

Como político figuró muy poco, pues rehusó siempre las candidaturas que se le ofrecieron, y si alguna vez prestó su nombre fué tan sólo cuando creyó que su aceptación implicaba un sacrificio.

***

Como hombre de pensamiento, el Sr. Pereira estaba dotado de una gran inteligencia y de un raro sentido común. Su espíritu observador le permitió al célebre doctor Avellaneda asegurar que «D. Leonardo era uno de los críticos más agudos con que contaba la Argentina.»

***

En su última, larga y penosísima enfermedad, era su constante preocupación que el desenlace, fatalmente previsto, lo encontrase fortalecido cristianamente para el largo viaje, agradeciendo al cielo que le hubiese permitido enseñar y edificar á los suyos con el ejemplo.

Al bajar recientemente al sepulcro, pudo ya ver realizado en gran parte el sueño de su vida, el rápido desarrollo de la ganadería argentina; de suerte que alrededor de su modesto féretro se agruparon todas las clases sociales, los políticos admiradores de sus virtudes cívicas, los favorecidos de la fortuna, porque D. Leonardo brillaba entre ellos más que por la ostentación de su inmensa riqueza, por su modestia, y los pobres, á quienes con mano pródiga socorría, y no creo engañarme al suponer que las sinceras lágrimas del agradecimiento más que las plegarias de banqueros y políticos, habrán alcanzado al venerable argentino la bienaventuranza eterna.

D. Leonardo Pereira

¡En los positivistas tiempos que corremos son tan raros los hombres que como el Sr. Pereira hacen la caridad *propter Deum!*

R. Monner Sans

CÁNDIDO... Y SU LLEGADA

Cándido Dolú, ó – como sus amigos lo nombran – Candidito, no es el Cándido famoso del impío Voltaire, ni el Candidito, no tan famoso aunque relativamente célebre, de Enrique Gaspar; más se parece al segundo que al primero; pero, lo repito, no es ninguno de esos dos muchachos.

Es crédulo, bonachón, sin pizca de malicia y con menos coraje que un cordero. – Estudió mucho, aprendió algo y dió crédito á los que, para estimularlo, le dijeron que valía; aunque no le dijesen precisamente para qué. – Desde su pueblo – un pueblo como cualquiera otro – se trasladó á Madrid, porque los parientes de Cándido le habían dicho también: «En la corte, hijo mío, el que *vale, llega;* y como tú vales, seguramente llegarás.»

Nunca le explicaron cómo, ni cuándo, ni adónde.

A Madrid sí llegó, ya lo creo; y llegó sin tropiezo, y casi á la hora reglamentaria que marcaba la *Guía.* – Y en Madrid está hace ya muchos años, sin que en todos ellos haya podido llegar á ninguna otra parte.

«*Busca y hallarás,*» enseña el Evangelio; «*Llamad y se os abrirá,*» dicen también los sagrados libros; Cándido se ha pasado buscando la mayor y mejor parte de su existencia y nada ha encontrado todavía. Ha llamado á muchas puertas y aún no le han abierto ninguna.

Pero él *vale,* de eso está seguro, como que se lo repitieron sus parientes en muchísimas ocasiones; y también está seguro de llegar, porque el que vale, llega; y la regla no falla.

Lo que sucede es que Cándido ha tenido muy poca ó ninguna constancia; no persevera en sus propósitos, no es tenaz en sus empresas, y por eso se queda siempre á mitad de camino; ó más atrás, si á mano viene.

Se le puso en la mollera ser político y buscar por la política sus medros personales; pero, por supuesto, obrando con sinceridad siempre y defendiendo lo que, á su juicio, era razonable y verdadero.

Que la política *hecha* así y tan candorosamente entendida le dió muchísimos disgustos y le produjo amarguras y quebrantos innumerables, no es menester decirlo. – Cándido se convenció de que no adelantaba un paso. Sus amigos de la universidad, sus contertulios del café, sus camaradas del Ateneo, que con él habían formado grupo de aspirantes, iban desapareciendo; Cándido dejaba de verlos durante algunas semanas, y de pronto, alcanzaba á vislumbrarlos allá, lejos, muy lejos, en las alturas del poder ó en las cumbres de la celebridad. Miraba entonces en rededor suyo y advertía que formaba parte aún del grupo de aspirantes, sólo que ya los aspirantes que lo rodeaban eran otros; todas aquellas caras eran caras nuevas y para él completamente desconocidas.

No desesperaba Candidito por eso; continuaba creyendo que llegaría, y se decía, para explicar la tardanza, que aún no habían llegado *los suyos.* – Lo peor del caso es que el pobre Candidito no tenía *suyos,* ¿qué había de tener?, y se iban unos y venían otros, y subían éstos y bajaban aquéllos, y *los suyos* no llegaban nunca; ni él tampoco, por consiguiente.

Comprendió entonces el infeliz que no lo llamaba Dios por el camino de la política.

«¡Bah!, se dijo, torpeza mía ha sido, y torpeza insigne, no conocer que mis inclinaciones, mis estudios y mi carácter me impulsan al ejercicio de la nobilísima profesión del magisterio. ¿Para qué me hice doctor en Filosofía y Letras, sino para aspirar á una cátedra?

»Cierto que me faltan relaciones en esa carrera. Si el tiempo que he perdido dedicándome infructuosamente á la política – ese inmoral juego de compadres – lo hubiera consagrado á cultivar relaciones con el personal docente de nuestros establecimientos de enseñanza, otra sería hoy mi situación.

»Pero, en fin, si no puedo, como el vulgo dice, agarrarme á buenas aldabas, procuraré suplir con la aplicación y con el estudio lo que me falte de favor y de recomendaciones.»

Y estudió, estudió, estudió cuanto le fué posible estudiar y firmó las primeras oposiciones, que vió anunciadas después de haber adoptado determinación tan juiciosa.

Seis años han transcurrido desde que en el periódico oficial se anunció la vacante que Cándido pretende. En aquel anuncio se fijaba un plazo de tres meses para que los aspirantes presentasen sus solicitudes, sus programas y los documentos que, en estos casos, determinan las disposiciones vigentes.

Candidito llevó sus papeles muy arreglados; solicitó y obtuvo un recibo de la *Dirección de Instrucción Pública*..., y así está desde entonces, aguardando á que un día ú otro, ahora ó el siglo que viene, lo avisen para dar comienzo á los ejercicios.

La cátedra, como es natural, está desempeñada por un supernumerario; que, según dice la gente murmuradora (que nunca falta), será el que, por fin de cuentas, se *quede* de catedrático numerario.

Cándido no sospecha eso; en el corazón de Cán-

dido no tiene cabida la doblez; pero comprende que por este camino de las oposiciones tampoco lleva trazas de llegar... á puerto, ni á ninguna parte.

Y lo más triste – lo más triste para Cándido – es que va quedándose sin dinero y que, naturalmente y por añadidura, va haciéndose viejo.

Esto de la vejez no ha sido nunca gran recomendación para nada, y lo es mucho menos para el oficio de pretendiente.

Cándido, ó D. Cándido, como ahora lo llaman los que respetan la ancianidad, continúa creyendo que *vale*, y piensa que podría hacer muchas cosas que otros hacen y hasta que acaso podría hacerlas mejor que ellos; pero la verdad es que ni halla puerta que se le abra, ni sendero que no le obstruyan, ni horizonte que no vea obscuro, ni esperanza que no se le desvanezca.

«Mire usted, suele decir cuando tropieza con alguien que lo escuche, no me he tenido nunca por un genio, no, señor; soy y he sido siempre una medianía, como tantas otras que por ahí andan y bullen y brillan; vamos, lo mismo que la mayor parte de los hombres; porque no me negará usted que las medianías son más abundantes que los genios. Pero crea usted que lo que hacen *Fulano* y *Mengano* y *Zutano* (y empieza á mencionar nombres de personajes políticos, y de literatos famosos, y de catedráticos eminentes), ya lo haría yo tan bien como ellos, ó acaso mejor que ellos.

»Pues ¿por qué ellos han llegado á eso y yo no doy un paso adelante? ¿Resultará falso ese aforismo tan halagüeño, para los que han llegado, de que quien vale, llega? – No (se replica él á sí mismo), no; el aforismo es exacto; solamente que está incompleto; debe formularse así: «*todo el que vale, llega; pero no todo el que llega vale.*» ¿Me entiende usted? Los que verdaderamente valen se abren camino al fin y al cabo; tardan más ó tardan menos, pero se lo abren. Con esos que valen llegan también, y suelen llegar mucho más pronto, otros que no valen, y los puestos ocupados por estos últimos son los que faltan á los hombres de valer que van quedándose rezagados, y que si viven mucho, llegan al fin, cuando son viejos; pero que suelen morir antes de haber llegado.

»Sólo así se explica que éste y aquél y el otro (y aquí otra retahila de nombres) sean personajes, disfruten cesantías, cobren jubilaciones, y yo, que *por lo menos* valgo lo mismo que ellos, no haya entrado en turno todavía. De todas maneras espero ver realizadas las predicciones de mi maestro y de mis parientes; ellos me vaticinaron que llegaría, y en efecto, á mí se me figura que ya *no tardaré mucho en llegar á... San Bernardino.*»

¡Pobre Cándido!

Pocos días después de haberme dicho todas esas cosas y otras que no recuerdo, me escribió desde el hospital una carta muy sentida y muy cariñosa, que concluía con estas palabras: «*Ya he llegado.*»

A. SÁNCHEZ PÉREZ



REPUBLICA ARGENTINA. – BUENOS AIRES. MEETING DEL COMERCIO CELEBRADO EN 28 DE JUNIO ÚLTIMO. LA COMISIÓN SALIENDO DEL CONGRESO PARA DIRIGIRSE Á LA CASA ROSADA Á SALUDAR AL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA (de fotografía de D. Bernardo González, remitida por D. Justo Solsona)

REPÚBLICA ARGENTINA

BUENOS AIRES. – MEETING DEL COMERCIO

celebrado en 28 de junio último

Fué la manifestación más grande y más unánime que desde su constitución vióse jamás en la República Argentina. A pocos días de lanzada la idea, llevóse á cabo por haber tomado cuerpo tan rápidamente que parecía estar en la mente de todos los comerciantes. A miles suben las adhesiones que de todas las provincias recibió la comisión organizadora, y muchas fueron las representaciones que de diferentes puntos vinieron á engrosar el grandioso *meeting* del comercio bonaerense.

Las tiendas y casas de comercio permanecieron cerradas todo el día; llevándose la consigna á tal extremo, que ni las de los más lejanos barrios dejaron de cumplirla. Fenómeno de unanimidad.

La columna desfiló por la Avenida y plaza de Mayo, y al llegar frente al Congreso, la comisión penetró en el local, poniendo en manos del presidente de la Cámara de Diputados una bien meditada memoria, exponiendo, con acopio de datos, las dificultades con que tropieza el comercio por lo elevadísimo de las tarifas é impuestos y por la forma de percibirlos, onerosa y molesta para el comerciante.

Después de breves frases del presidente de la Cámara encaminadas á tranquilizar los ánimos, prometiendo poner en el Congreso todo el empeño para unir y armonizar intereses y voluntades, desfiló el *meeting* por delante la Casa de Gobierno, saludando al presidente de la República general Julio A. Roca, quien desde uno de los balcones presenció el desfile. A petición de los manifestantes, les dirigió la palabra, diciendo en uno de los primeros párrafos de su corta peroración que se congratulaba al ver usar en forma tan correcta y respetuosa los derechos de la Constitución, y que no dudasen que se haría justicia estudiando los poderes la petición del comercio, cuyo interés era el de la nación.

En el paseo de Julio disolvióse la manifestación sin haber ocurrido el percance más insignificante.

JUSTO SOLSONA

GUERRA DE FILIPINAS

EVACUACIÓN DE ZAMBOANGA

Continuando la interesantísima información gráfica que de su última excursión nos ha enviado nuestro inteligente y celoso corresponsal en Manila señor Arias y Rodríguez, publicamos en el presente número varios grabados relacionados con la evacuación de las tropas españolas de Zamboanga, últimas que, aparte del heroico destacamento de Baler, abandonaron el Archipiélago filipino.

De los datos explicativos que con las fotografías nos remite el Sr. Arias, entresacamos los siguientes, que creemos han de leer con gusto nuestros suscriptores.

El día 15 de mayo salió de Manila el transatlántico *Puerto Rico* llevando á bordo al general Ríos, á quien acompañaba, previo especial permiso, nuestro corresponsal. En la mañana del 19 fondeaba el vapor frente á Zamboanga, en cuyo ancladero estaba el vapor mercante *Dos Hermanos* y el cañonero norteamericano *Castine*.

Desembarcó el Sr. Arias y pudo ver que los soldados, unos se encontraban en las trincheras, y otros ocupados en transportar cajas de fusiles, municiones, documentación y equipajes al *pantalán* ó embarcadero para desde allí trasladarlos en lanchones y botes á bordo del *Puerto Rico*. La totalidad de las casas del barrio viejo estaban completamente abandonadas

y en el resto de la población sólo se veían muy contadas mujeres y chiquillos y algun que otro viejo: las calles estaban sembradas de trapos, restos de vestidos y



GUERRA DE FILIPINAS. – VISTA PANORÁMICA DE ZAMBOANGA (de fotografía, propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila)

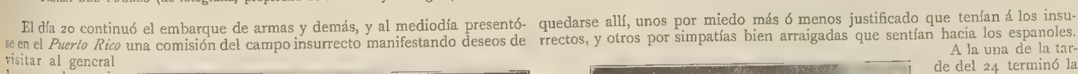
trozos de muebles, de los que sirvieron en los primeros momentos para construir las trincheras desde las cuales defendiéronse heroicamente nuestros soldados.



GUERRA DE FILIPINAS. – INCENDIO DEL BARRIO VIEJO DE ZAMBOANGA. SITIO EN QUE TERMINÓ EL INCENDIO POR LA PARTE IZQUIERDA, FRENTE Á LA GRAN PLAZA DEL PUEBLO (de fotografía, propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila).

El día 20 continuó el embarque de armas y demás, y al mediodía presentóse en el *Puerto Rico* una comisión del campo insurrecto manifestando deseos de visitar al general Ríos, que los recibió cortésmente y á quien ofrecieron solemnemente no hostilizar á nuestros soldados mientras durara la evacuación.

Una hora escasa había pasado desde que salieron los filipinos de nuestras trincheras, cuando se inició un gran incendio en el centro de Zamboanga, en el sitio denominado Barrio viejo, constituído por casas de caña, tabla y ñipa. El barrio entero desapareció aquella tarde devorado por las llamas, pues no había agua en las proximidades y los pocos soldados que acudieron á sofocar el fuego nada pudieron conseguir ante las inmensas proporciones que éste había tomado: á 200 metros de distancia nadie podía resistir el calor que desprendía de tan inmensa hoguera.



GUERRA DE FILIPINAS. – INCENDIO DEL BARRIO VIEJO DE ZAMBOANGA. SITIO EN QUE TERMINÓ EL INCENDIO POR LA PARTE DERECHA, DETRÁS DEL HOSPITAL MILITAR (de fotografía, propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila).

El día 21 presentóse al general Ríos otra comisión de filipinos para manifestarle su disgusto por el incendio del día anterior y entregarle una exposición muy sentida y razonada, suscrita por nueve de sus principales jefes, protestando contra lo que se decía de haber sido los insurrectos los causantes de aquel gran siniestro.

El día 22, en que continuaron las operaciones de carga, llegó á Zamboanga el transatlántico *León XIII* que, procedente de Joló, conducía al general Huertas, á los jefes, oficiales, soldados y material de guerra que en aquella isla teníamos, y en seguida se embarcaron en dicho vapor bultos con material de guerra, equipajes y fuerzas de la guarnición zamboangueña.

En la tarde de aquel día trasladóse nuestro corresponsal desde el *Puerto Rico* al *Uranus*, en el que debía continuar su expedición á Baler, de la cual nos ocupamos en el número 924.

El día 23, el transporte de guerra *General Alava*, que se hallaba también en aquellas aguas, y el *Uranus*, se trasladaron al fondeadero de Isabela de Basilán para facilitar el primero al segundo carbón hasta completar las 130 toneladas que necesitaba para hacer el viaje á Baler y desde allí á Manila. Terminada esta operación el día 24 ambos buques regresaron á Zamboanga: al llegar allí se arriaron los botes, que con los del *León XIII*, *Puerto Rico* y *Dos Hermanos* se dedicaron á embarcar las tropas é infinidad de mujeres, chiquillos y algunos indígenas que no querían



GUERRA DE FILIPINAS. – GABARRAS CON CUBIERTA QUE Á SU BORDO CONDUJO EL TRANSATLÁNTICO «PUERTO RICO» PARA TRASLADAR LA CARGA DESDE ZAMBOANGA Á DICHO BUQUE Y DESPUÉS AL «LEÓN XIII.» A LA IZQUIERDA SE VE EL BUQUE DE GUERRA NORTEAMERICANO «CASTINE» (de fotografía, propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila).

quedarse allí, unos por miedo más ó menos justificado que tenían á los insurrectos, y otros por simpatías bien arraigadas que sentían hacia los españoles.



GUERRA DE FILIPINAS. – INCENDIO DEL BARRIO VIEJO DE ZAMBOANGA. CASERÍO EN EL QUE SE INICIÓ EL SINIESTRO (de fotografía, propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila).

A la una de la tarde del 24 terminó la evacuación de Zamboanga bajo una copiosa lluvia, pero sin disparar un tiro, pues los filipinos cumplieron la palabra dada al general Ríos de no hostilizar á nuestros soldados. A las dos, levó anclas el *Puerto Rico* con rumbo á Barcelona.

El *pantalán* ó embarcadero de Zamboanga por donde se verificaron las operaciones de carga y embarque, tiene gran longitud y está compuesto de dos partes, una de piedra, y la que avanza en el mar, de madera. Su construcción es fortísima, y en el extremo del mismo hay un kiosco del que arranca una ancha y sólida escalera que facilita el embarque y desembarque.

En la mañana del último día de la evacuación de Zamboanga, muchas familias indígenas, con lo que podían conducir de su pobre ajuar, invadieron el *pantalán* para embarcarse unas

en el *Dos Hermanos* y otras en el *General Alava,* ya atestado de gente embarcada en los días anteriores. Todos aquellos emigrantes creían que se les conduciría á Manila, donde podrían hallar recursos para

GUERRA DE FILIPINAS. – El transatlántico «Puerto Rico» en la rada de Zamboanga. Botes que conducen á bordo parte de las fuerzas españolas que allí quedaban (de fotografía, propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila).

vivir y mayor seguridad personal, ó se les dejaría en Iloilo bajo la protección de las autoridades norteamericanas; pero á última hora el general Ríos dispuso que fueran conducidos á la Isabela de Basilán, isla próxima á Zamboanga, escasísima de recursos y dominada por los moros.

La vista de la trinchera que reproduce uno de nuestros grabados está tomada pocas horas antes de evacuar la población: esta trinchera se formó precipitadamente con barriles, sacos y cajones llenos de arena de la playa y para pasar la acequia que atraviesa el pueblo, al costado derecho de la trinchera, se colocó una *banca* (piragua) que formando un puente estrecho, pero sólido, dejaba libre la comunicación.



GUERRA DE FILIPINAS. – Pantalán ó embarcadero de Zamboanga (de fotografía, propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila).

Abandonadas poco á poco nuestras trincheras, para proteger el desembarque se dejaron en las principales calles avanzadillas que se fueron por último replegando hacia los dos embarcaderos. De una de estas avanzadillas da idea otra de las fotografías que reproducimos.

Para terminar estas noticias, diremos algo del vapor *Uranus* y de su capitán Sr. Landa por haber uno y otro prestado excelentes servicios á España durante los últimos tiempos de nuestra dominación en Filipinas.

De los vapores mercantes que surcan los mares de aquel archipiélago ninguno puede compararse con el *Uranus,* particularmente por las comodidades que tiene para los pasajeros: es un pequeño transatlántico al que no falta el menor detalle.

El 8 de febrero de 1895, gracias á su potente máquina y á las acertadas disposiciones de su capitán, sacó al crucero de guerra *Reina María Cristina,* que conducía al general D. Ramón Blanco y á su Estado mayor, de la varada que tuvo en los arrecifes de las islas Cagayanes. El general Blanco y sus acompañantes se trasladaron á bordo del *Uranus,* el cual remolcó al crucero, y condujo después á aquéllos á la isla de Joló.

En él embarcaron en Pangasinán, el 27 de diciembre de 1897, Emilio Aguinaldo y 42 de sus compañeros de armas que en unión del teniente coronel don Miguel Primo de Rivera se dirigieron á Hong-Kong.

El día 15 de mayo de 1898, el vapor *Uranus* se encontraba en el puerto de Iloilo cuando el general Ríos dispuso que zarpara inmediatamente para Labuán (Borneo) con instrucciones reservadas y encargo de transmitir desde allí un telegrama al gobierno de España, dando cuenta del desastre de Cavite.

El 19 de agosto del propio año recogió en Palanoc, puerto de la isla de Masbate, á más de seiscientas personas que se encontraban acosadas por fuerzas insurrectas. Aquella pobre gente habíase refugiado en la iglesia del pueblo, defendiéndose como podía y viendo cómo sus viviendas eran devastadas por el incendio.

Por último el *Uranus* fué el que más cooperó para sacar al transatlántico *Puerto Rico* de la gran varada que tuvo en la rada de Zamboanga cuando la evacuación, y el que condujo á Baler al teniente coronel Sr. Aguilar cuando éste fué allí para salvar á aquel destacamento.



El capitán del *Uranus* D. Salvador Landa, cuyo retrato honra hoy nuestras páginas, es vizcaíno, posee grandes conocimientos náuticos, es un hombre de corazón tan grande como su inteligencia y por los servicios que ha prestado á España está en posesión de una cruz roja de 1.ª clase pensionada del Mérito Militar.

Para completar la información gráfica de la última expedición del Sr. Arias y Rodríguez publicaremos en breve una serie de fotografías referentes á la excursión que dicho señor realizó á la Isabela de Basilán durante la estancia en las aguas de aquella isla del *Uranus* y del *General Alava.* – A.



GUERRA DE FILIPINAS. – El transatlántico «León XIII» en la rada de Zamboanga. A su costado se ven varios botes atestados de soldados españoles que proceden á la evacuación (de fotografía, propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila).



GUERRA DE FILIPINAS. – Cañones de bronce antiguos que quedaron abandonados en Zamboanga por falta de tiempo y de elementos para embarcarlos (de fotografía de M. Arias y Rodríguez, de Manila).

PARÉNTESIS

OCASO

Los amigos se retiraron silenciosamente al fondo de la sala, y desde allí, escondidos en la penumbra, observaron el triste cuadro que alumbraban siniestramente los reflejos de los cirios, respetando el dolor del viejo y sintiendo en el corazón grandes angustias, deseos de llorar también ante el cuerpo de la muerta. La silueta simpática del anciano, inclinada sobre el cadáver, abrazando nerviosamente el cuerpo sin vida, besando con furor los labios blancos de la mujer adorada como si pretendiera devolverle el aliento en cada uno de aquellos fogosos estallidos de su pasión, inspiraba profunda lástima. Después se acercaron al grupo y trataron de separar el cadáver de sus brazos, mientras otros intentaban consolar su pena con frases rebuscadas. El viejo entonces, al sentir que se escapaba de sus brazos el cuerpo de la mujer querida, irguió fieramente el cuerpo, los miró con ira y abrió los puños con aire de amenaza, mientras salían de su garganta, atropelladas, palabras de furor.

– ¿Me la queréis quitar, infames? Pues no os la llevaréis. Quiero tenerla siempre á mi lado. ¡Es mi mujer, mía!..

Las miradas del viejo relampagueaban con destellos de inaudita fiereza. Calmóse un poco, volvió á llorar como un chiquillo aquella tremenda desgracia que el destino arrojaba sobre él para secar en su corazón de viejo el último cariño, y dejando caer pesadamente los brazos añadió con voz queda:

– ¡Ah!.. ¡Si supieran ustedes cuánto la quería! Ha sido mi compañera de cincuenta años, casi toda la vida. Ahora *se va* ella, y esta soledad terrible va á matarme de pena. Tengo miedo de quedarme solo.

Miedo tenía, en efecto, de quedarse á solas con su dolor en aquella casa, tan alegre antes, cuando la animaban con sus caricias y sus charlas los enamorados esposos, tan triste ahora, cuando llegaba la muerte á romper la santa unión cuya paz no turbó nunca el más ligero disgusto. Habían vivido allí cincuenta años, en la misma casa, sin separarse nunca; cincuenta años de felicidad no interrumpida; cincuenta años de verdadero idilio. En el dichoso hogar parecían dos novios atolondrados que andaban siempre de discreteos, requebrándose, jugando como chiquillos; en la vejez fueron dos buenos amigos, sus voluntades no fueron nunca más que una; sus almas se confundían en los mismos afectos y las mismas aspiraciones. No habían tenido hijos, y no tuvieron por consecuencia más entretenimiento ni



GUERRA DE FILIPINAS. – El pantalán de Zamboanga invadido por la mayoría de los insulares adictos á España que huían temiendo la entrada de los insurrectos en el pueblo y deseaban ser conducidos á Manila (de fotografía, propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila).

más placer que la mutua satisfacción de sus propios deseos.

Al cabo de aquellos cincuenta años de santa paz, de regocijo constante, de verdadero idilio, llegaba la muerte cautelosa á ennegrecer la casa, á robar las alegrías del hogar y á secar en el corazón del viejo la última ilusión de su cansada vida. Tenía razón el anciano al decir que su soledad le daba miedo, porque la vida, después de las inefables venturas que robaba la muerte, recordando en cada rincón del hogar solitario una escena de amor, un pedazo de la felicidad perdida, una ráfaga de agudo idilio, era un tormento indecible. No podría acostumbrarse á vivir allí, solo como un hongo, con luto en el alma, martirizado por los recuerdos.

GUERRA DE FILIPINAS. – Zamboanga. Trinchera avanzada que se encontraba cerca de la playa frente al que fué barrio ó ranchería mora (de fotografía, propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila).

Mientras duró la enfermedad cuidóla él con amorosa solicitud, tratando de infundir esperanzas en el ánimo de la pobre mujer que agonizaba, aunque él veía que la desgracia era inevitable y que era imposible prolongar más tiempo aquella vida que se escapaba dulcemente en cada suspiro de la enferma. Cuando llegó el momento supremo, el tránsito de la vida á la muerte, y sintió que la enferma apretaba convulsa su mano y vió que los párpados caían sin fuerza sobre los ojos vidriosos y que los labios se movían temblorosamente, como si pidieran el último beso, se arrojó con ansia sobre el cuerpo ya frío y dió rienda suelta al dolor contenido en aquellas furiosas expansiones, mientras expiraba la enferma murmurando el último adiós con voz que se confundía con el eco de un suspiro.

Cuando trataron de llevarse el cadáver, á la hora del entierro, se repitió la escena. Forcejeó largo rato desesperadamente, luchó como una fierecilla para defender el cuerpo de la muerta que querían llevarse, gritando como un loco y llorando como un niño. Pero no había remedio. Metieron á la muerta en el ataúd, clavaron la caja y cargaron con ella cuatro amigos piadosos, llevándose el alma del hogar, la alegría de cincuenta años, dejando la casa envuelta en las sombras de la muerte. Él observó todas aquellas operaciones con estupor terrible, con la impasibilidad de un imbécil; después pareció recobrar la razón, serenóse el rostro y salió también, detrás de la comitiva, para acompañar á la muerta hasta el cementerio. Quisieron impedírselo, pero no hubo manera de hacerle desistir de su propósito, y allá fué, detrás del duelo, arrastrando penosamente el cuerpo achacoso... Un amigo le preguntó:

– Pero ¿adónde vas tú, desdichado?

Y él, levantando la cabeza trabajosamente, frunció los labios en una lúgubre sonrisa y contestó con voz apenas perceptible:

– ¡Quiero conocer la *casa nueva!..*

A visitar la *casa nueva,* á llorar junto á la tumba silenciosa, á gozar con los recuerdos del placer perdido, iba todas las tardes el anciano, y allá se estaba largo rato, contemplando la piedra tras la cual se ocultaba el cuerpo de la mujer, rezando y gimiendo, sin dar tregua al fiero dolor que sangraba en las entrañas. Entraba en el cementerio con las manos cargadas de flores, en cuyas corolas se detenían temblorosas las lágrimas como gotas de rocío; limpiaba con el pañuelo el polvo de la lápida, colocaba las flores alrededor, se hincaba de rodillas y rezaba con fervor piadosas oraciones que brotaban del alma como fragancia exquisita de la poesía cristiana y se mezclaban sobre la tumba con el perfume de las flores. Cuando terminaba la piadosa visita, miraba la lápida con desconsuelo y despedíase de la muerta hasta el día siguiente, murmurando con amargura:

– ¡Hasta luego!..



GUERRA DE FILIPINAS. – Una «vinta» de moros fondeada cerca del pantalán particular de Zamboanga (de fotografía, propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila).



GUERRA DE FILIPINAS. – Zamboanga. Avanzadilla de tropas españolas en la calle principal del pueblo en los últimos momentos de la evacuación (de fotografía, propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila).

Regresaba á su casa sombrío, lleno de pena, y se encerraba en ella á llorar otra vez su desgracia, á llorar siempre en la soledad del hogar. No hablaba con nadie. En el cuarto de la muerta se estaba todo el día, repasando las mil baratijas que ella utilizaba diariamente, porque cada uno de aquellos objetos queridos era un recuerdo de la muerta y él gozaba infinito en aquella triste vida de los recuerdos que asaltaban de continuo su imaginación perturbada por la pena. Así pasaba la vida el anciano, apagándose lentamente en las convulsiones del dolor, sin que los parientes y los amigos que intentaban distraerle pudiesen conseguir nada. Aquella pasión del viejo y aquella honda pena que consumía su existencia parecían síntomas de locura, de locura producida por el dolor.

Un día encontró en un cajoncillo un paquete de cartas, atado con una cinta de color de rosa. Abrió las cartas con miedo y las leyó todas, por el orden



GUERRA DE FILIPINAS. – El buque mercante «Uranus» y el transporte de guerra «General Alava» fondeados en la rada de Zamboanga durante la evacuación de la plaza por nuestras tropas (de fotografía, propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila).



D. Salvador Landa, capitán del vapor mercante *Uranus* que ha prestado grandes servicios á España y ha sido recompensado con una Cruz Roja de 1.ª clase del Mérito Militar pensionada (de fotografía, propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila).



UNA VENTA EN ESPAÑA, cuadro de Alvarez Dumont



HORAS DE ASUETO, cuadro de F. Raupp

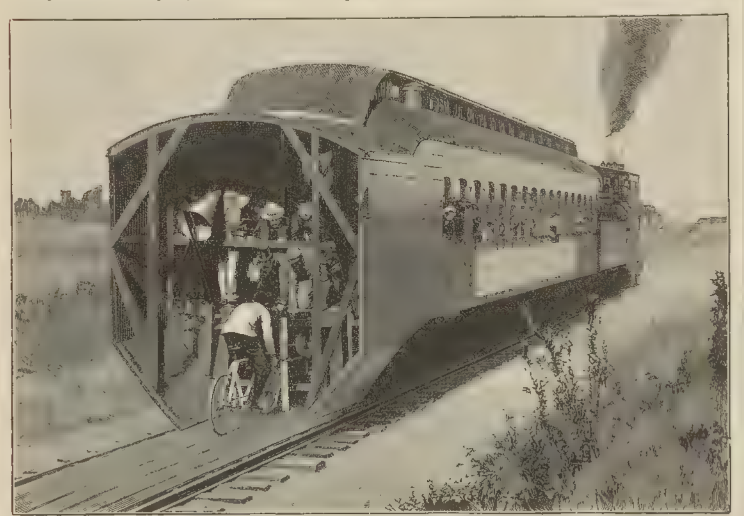
en que estaban colocadas, con emoción creciente, agitado por un temblor nervioso; leyéndolas lloraba, y mientras las lágrimas caían de sus ojos y resbalaban por el papel amarillento humedeciendo las líneas obscuras de lo escrito, recordaba él escenas felices de la vida pasada que hacían más triste la situación presente, porque aquellas cartas eran suyas, las que él envió á su novia medio siglo antes, llenas de fuego y de vida... La emoción le ocasionó una grave congoja que le privó del conocimiento algunas horas. Cuando recobró la razón se encontraba en la cama, rodeado por los criados y algunos parientes; quiso levantarse, pero se lo impidieron terminantemente, porque el médico había dicho que estaba muy grave. Aquella noticia recibióla él con placer, con tanta alegría como si le hubiesen anunciado la resurrección de su esposa...

El viejo no tenía remedio; se moría irremisiblemente. El médico lo había dicho: «Receto por pura fórmula; procuren que arregle sus asuntos y busquen á un sacerdote, que es el único que aquí puede hacer algo.» Por la noche tuvo una fiebre altísima y deliró sin tino, diciendo unos disparates atroces; todos aquellos párrafos incoherentes del delirio que salían de la garganta atropellados, con penosas intermitencias, venían á parar en una idea fija, el pensamiento constante del viejo desde aquel triste día de la despedida de su esposa, la idea de la muerte que los cabellos blancos, y al reflejar rodeaba la cabeza del anciano con un nimbo de luz difuso como el nimbo que los pintores colocan á los santos y á los mártires...

León Roch



Carlos M. Murphy que ha batido recientemente el «record» de la velocidad en bicicleta



El mayor «record» de la velocidad en bicicleta. – El vagón entrenador durante la carrera realizada por Carlos M. Murphy en Long Island (Estados Unidos)

había de proporcionarle el placer de reunirse con la muerta. Por la mañana se encontró algo aliviado, y por la tarde, aprovechando un descuido, se levantó, arreglóse como todos los días y se dispuso á hacer la obligada visita al cementerio. Los criados sostuvieron una verdadera batalla con el «señor» para impedir aquella locura, pero no hubo medios de detenerle. Le esperaba la muerta, como él decía, y no debía faltar á la visita. Montó en el coche que avisaron los criados, y allá se fué, camino del cementerio, á llevarle las flores á la muerta y á rendirle el homenaje de su cariño. «Después de todo, murmuraba el viejo, quizás sea ésta la última...»

Al bajar del coche, en la puerta misma del cementerio, haciendo grandes esfuerzos para sostenerse, preguntó el cochero:

– ¿Vuelvo por usted, señorito?

Y él contestó, sonriendo tristemente:

– No; no es necesario...

Poco después, avisados de aquella locura, llegaron al campo santo algunos parientes para prevenir una desgracia. Pero no fué necesario, como había asegurado el viejo. Cuando llegaron al lugar de la cita, junto á la tumba de la mujer querida encontraron al anciano abrazado á la cruz, de rodillas sobre la piedra rodeada de flores, con los labios recogidos en una sonrisa de placer y con los ojos muy abiertos, mirando con fijeza, con la fijeza de los muertos, el claro azul de los cielos que el sol agonizante del crepúsculo teñía débilmente con resplandores de escarlata. Era la hora del ocaso... Un rayo de sol que penetraba por entre las ramas de un ciprés posábase en

NUESTROS GRABADOS

El mayor «record» de la velocidad en bicicleta.— El mayor esfuerzo que hasta ahora se ha realizado en el deporte velocipedista, el mayor *record*, usando la palabra técnica, lo ha efectuado recientemente el conocido ciclista norteamericano Carlos M. Murphy, que en 58 segundos ha recorrido una milla inglesa, ó sean 1609'31 kilómetros. Este acto ha sido motivado por la reunión de la asamblea ciclista americana, celebrada poco ha en Long Island y se ha llevado á cabo en un trecho de la vía del ferrocarril que por allí circula. Para realizar el experimento fué preciso naturalmente adoptar ciertas disposiciones, la principal de las cuales fué hacer servir de entrenadora á una locomotora que arrastraba un vagón de viajeros: éste, en su parte trasera, había sido convertido en guardaviento, para lo cual se prolongaron sus paredes laterales dirigiéndolas oblicuamente en su extremo inferior hacia el interior de la vía. Metido en esta especie de garita realizó Murphy su carrera, terminada la cual ha manifestado que en estas condiciones, es decir, sin tener que vencer la resistencia del aire, la bicicleta puede alcanzar la misma velocidad que una locomotora con tal de que el que la monte tenga sangre fría y mueva rápidamente los pies. Murphy á cada vuelta de pedal recorrió 31 pies, habiendo dado 2'91 vueltas por segundo ó sean 175 por minuto. Para mayor seguridad, el *recordman* se cubrió los ojos, la nariz y la boca con los aparatos que en esas carreras suelen emplearse contra la fuerza del viento.

En oración, cuadro de L. Rossi.—Nada tan encantador como la figura de una hermosa é inocente niña puesta en oración: la expresión dulce de su rostro, en toda la frescura de la edad infantil, cuyos colores no han empezado siquiera á marchitar los cuidados ni los sufrimientos; su tierna mirada fija en la imagen á quien dirige su plegaria; su actitud despojada de toda afectación, constituyen un conjunto plástico de sin igual belleza. Y si de lo físico pasamos á lo moral, no resulta menos interesante á los ojos del artista y aun del profano el asunto que á su consideración se ofrece. De los labios de aquella criatura brota la oración dictada por el corazón más que por la inteligencia, oración inspirada en la fe más absoluta que no ha empañado todavía la más leve duda y dicha con el candor que aún no ha turbado la sombra de un mal pensamiento; oración que, saliendo de la boca de un ángel y por otro ángel recogida y depositada ante el trono de la Virgen, es siempre atendida por nuestra Santísima Madre, porque va envuelta en los perfumes de la pureza y de la inocencia. Bien ha hecho, por consiguiente, en inspirarse en tan delicioso modelo el autor del cuadro que reproducimos, quien, si ha acertado en el asunto, no ha estado menos feliz en la manera de darle forma: el lienzo de Rossi es de los que penetran muy adentro del alma y responde perfectamente á la idea que en él preside y que nos ha sugerido las consideraciones que dejamos expuestas; bellísima en el fondo y en la forma, es la obra del hombre que siente y del artista que domina la técnica de su arte.

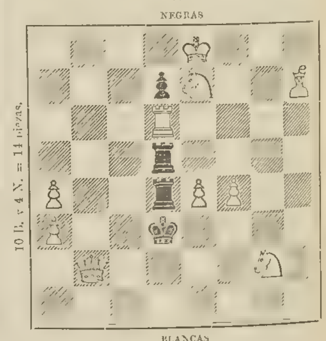
Una venta en España, cuadro de Alvarez Dumont.—Con los modernos medios de locomoción, los viajes han perdido toda la parte pintoresca que antiguamente tenían, pérdida sobradamente compensada por la suma de comodidades que á los viajeros hoy se ofrecen y con las cuales ni siquiera pudieron soñar nuestros abuelos, los que se consideraban dichosos con poder recorrer en algunos días y materialmente embutidos en las pesadas galeras la distancia que actualmente salvamos en pocas horas, metidos en un *sleeping-car* y pudiendo satisfacer nuestro apetito en el vagón-restaurant, agregado al mismo tren que nos conduce. Nada de extraño tiene, pues, que hayan desaparecido las antiguas ventas, aquellos paraderos faltos de lo más preciso y desprovistos de todo aseo, donde el viajero se hacía la ilusión de descansar y restaurar sus fuerzas, pero que no dejaban de tener sus atractivos para los aficionados á aventuras, según lo demuestran los más regocijados capítulos y las más divertidas escenas de nuestros clásicos novelistas, dramaturgos y saineteros. Algunas quedan, sin embargo; mas ¡qué diferencia entre lo que fueron y lo que son! Allí donde se congregaba concurrencia numerosa, todo es ahora soledad, apenas interrumpida de cuando en cuando por algún carretero ó trajinante que se detiene breves momentos para echar un trago y dar un pienso á sus bestias. A pesar de ello, no han caído en completo olvido, gracias á que algunos de nuestros artistas las han tomado por asunto para sus cuadros, utilizando de ellas el elemento pintoresco que indudablemente encierran y que se presta admirablemente á un trabajo artístico, como lo prueba el hermoso lienzo de Alvarez Dumont.

Horas de asueto, cuadro de K. Raupp.–Un hermoso paisaje y unos cuantos niños entretenidos en sus juegos son elementos suficientes para el artista que, sabiendo aprovecharlos hábilmente, quiera con ellos componer un cuadro. El pintor alemán Raupp ha tenido esta habilidad, y combinando diestramente aquellos componentes, nos ofrece en bellísimo consorcio los dos productos sin disputa más encantadores de la creación: la naturaleza con todas sus galas de primavera, y la infancia con todos los atractivos de la inocencia.

Jesús y sus discípulos, cuadro de Augusto Brandis.—Como todos los géneros pictóricos, el religioso ha sufrido en nuestros tiempos una transformación radicalísima, que en muchos casos no es sino regresión á los antiguos procedimientos. Sea porque hoy los artistas no sientan los asuntos tan intensamente como los pintores místicos de pasadas épocas; sea porque vean en ellos más el aspecto humano que el divino; sea porque se dejen sojuzgar por los mandatos de la moda, el hecho es que esta pintura, por punto general, ha perdido por completo el carácter que durante algunos siglos ha tenido. No queremos con esto decir que la transformación haya redundado en perjuicio del arte y aun del género mismo: tan lejos está esto de nuestro ánimo, que entendemos que hay dentro de las tendencias modernas obras de gran valía bajo todos conceptos. Entre ellas merece contarse el cuadro de Brandis que en el presente número publicamos, composición bellísima en la que tanto las figuras, en detalle y en conjunto, cuanto el lugar en que se mueven, producen esa impresión profunda que es la mejor prueba de la bondad de una obra artística.

AJEDREZ

Problema número 169, por Valentín Marín



Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

Solución al problema número 168, por P. Riera

Blancas	Negras
1. C 5 [illegible]	1. P toma C (*)
2. T 4 D jaque	2. P 6 R toma T.
3. D mate.	

(*) Si 1. C 6 R; 2. C toma C [illegible] 3. T 3 D [illegible]. amenaza es 2. D 3 A D jaque, C toma D; 3. C 3 R [illegible].

CORAZÓN DE SACERDOTE

Novela original de H. S. de Forge. – Ilustraciones de Marchetti

(continuación)

XI

Al día siguiente de la visita de Roger de Sennevaux, causa de tantas emociones, Adalberto Deruel, no pudiendo ya más, tomó sigilosamente el tren para Ganneville. No había dejado de ocurrírsele escribir á Mad. Descordes; pero lo escrito queda, y Adalberto era hombre muy prudente. Con todo era indispensable hacer algo y para ello ponerse de acuerdo, tanto más cuanto que él no tenía ni la obligación ni afición al sacrificio. El visible éxito del capitán le había puesto fuera de sí; apremiaba el tiempo y era preciso saber lo que hacía Mad. Descordes; porque, aun cuando la acusaba de indolencia y quizás de desaliento, como se reconocía impotente por sí mismo, no podía esperar más apoyo que el de ella.

Tranquilizóle desde luego la afectuosa acogida y el lenguaje lleno de confianza de Mad. Descordes.

– Sosiéguese usted, querido Sr. de Ruel, le dijo; no pierdo un momento de vista sus intereses; y observe usted que digo sus intereses; porque ya sabe que en este asunto no me guía nada personalmente, y como siempre, sólo trabajo en bien de los demás. Confieso que he tenido un tropiezo inesperado. En el terreno de las obras caritativas como en cualquier otro, hay malos soldados que vuelven la espalda, y yo he dado con uno. Pero jamás abandono una tarea que considero útil para el prójimo, y en breve tendrá usted la prueba, si Dios se digna bendecir mis esfuerzos. Le recomiendo que no le vean en Ganneville; márchese usted en el primer tren y fíe en mí.

En efecto, Mad. Descordes seguía un nuevo plan. Después de lo que calificaba de traición del padre Chavassieux, se había dividido su pensamiento entre dos sentimientos: desprecio y enojo contra el anciano sacerdote, y deseo ardiente de hallar otro medio para conseguir sus propósitos. ¿No había tenido aquel vicario la audacia, en el mismo momento en que iba á decirle que ya no le convidaría á comer los domingos, de anticiparse á escribirle para hacerle saber que su quebrantada salud no le permitía aceptar aquellos convites ni continuar dirigiendo su conciencia?

Pero en aquel momento no se trataba de los agravios del P. Chavassieux; más adelante se ocuparía de ellos. El chasco no había sido sino un estimulante más para aquel carácter deseoso de hallar empleo para su actividad, para aquel corazón rencoroso, ávido de vengarse de los que habían turbado su vida y destruído su predominio.



Sr. de Sennevaux, ¿quiere usted dar el brazo á su novia?

M. Lechesne fué el escogido por nuevo instrumento de sus enojos. Todo se le volvió hacer visitas tras visitas, dispensar todo género de halagos al joven matrimonio, abrumándole á fuerza de amabilidades, de elogios pomposos á los atractivos de la esposa y al talento del marido, de incienso á las veces grosero y quemado sin tasa, pero que embriaga en Ganneville como en todas partes. Siempre hay en este mundo zorros y cuervos.

Cuando creyó tener á punto á M. Lechesne y haberle demostrado suficientemente que era un grande hombre, Mad. Descordes descubrió sus baterías. Poco á poco, avanzando con prudencia, haciendo á cada momento los mayores elogios de Mad. de Sennevaux, principal cliente á quien el notario profesaba el respeto más interesado, le dijo que quería mucho á la condesa, que le agradaría en extremo prestarle algún servicio y que sentía sobre manera no poder hacerlo directamente á causa de la ruptura de sus relaciones.

¡Excelente Mad. de Sennevaux! ¡Qué dolor le causaba el que una mujer tan simpática, una viuda tan admirable, una madre tan incomparable fuera juguete de un curita intrigante y licencioso! Y con medias palabras castamente expresadas y entrecortadas por púdicas reticencias, reveló las lascivias – sí, Sr. Lechesne, las lascivias – de aquel P. Charlier. Verdad era que no se podía esperar otra cosa del hijo de la mujer que había escandalizado á Ganneville con su género de vida.

Mad. Descordes decía que no conocía á M. Jouvenot. ¿Estaba ciego ó era cómplice del cura? Lo ignoraba; pero de los parisienses se puede esperar todo. ¡Un notario de París..., manejador de dinero..., negociador de asuntos más ó menos sucios! ¡Qué diferencia entre él y esos prácticos modestos de provincia, atentos siempre á su misión, leales, rectos y tan entendidos si no más que los parisienses, que no tratan de explotar á sus clientes, sino que son para ellos consejeros, guías, amigos!..

Tanto hizo que por fin M. Lechesne partió una mañana para París con objeto de abrir los ojos á Mad. de Sennevaux y de su hijo, convencido de su papel de salvador, persuadido de su capacidad y orgulloso, en su animosidad de provinciano, de ir á combatir y vencer, como esperaba, á un colega de la gran ciudad.

Luis XIV, en el ocaso de su vida, decía á uno de sus antiguos servidores: «Ya no somos afortunados á nuestra edad.» Mad. Descordes se iba envejeciendo y ya no era afortunada en sus empresas.

M. Lechesne, al llegar á París, encontró en la fonda un billete de Mad. de Sennevaux, que, avisada de antemano, se disculpaba por no poder recibirle durante el día y le convidaba á comer aquella noche. El joven notario, muy lisonjeado, vió en aquella invitación una marcada prueba de favor que no podía menos de ayudarle á salir airoso de su misión, y se ufanaba de antemano, al ir á comer, confiando, dado su espíritu sobrado práctico, en el agradecimiento de la familia de Sennevaux por el servicio que iba á prestarle.

Llegó dándose cierta importancia con su frac un tanto ajado y se encontró en plena reunión. M. y Mad. Jouvenot, Lucila, Mlle. Larivière, Herald, el P. Charlier, todos estaban allí procedentes de Thoisy, excepto Adalberto, que había preferido no asistir, disculpando su ausencia.

Todas las ideas que Mad. Descordes había acumulado trabajosamente en el cerebro de M. Lechesne desaparecieron á los pocos instantes. M. Jouvenot saludó á su joven colega con el mayor agrado. Lucila le pareció tan encantadora como en realidad era. En la actitud del cura no observó nada que diera la menor verosimilitud á la abominable historia contada en Ganneville. Todo allí respiraba cordialidad y alegría honesta y sencilla. M. Lechesne se dió por contento con pretextar la renovación del arrendamiento de una granja para explicar su visita, y se retiró sin decir una palabra del asunto que allí le había llevado. Por segunda vez el soldado empleado por Mad. Descordes volvía la espalda.

¡Pobre Adalberto! Y la verdad era que urgía hacer algo. Entre las dos familias se habían entablado ya negociaciones formales. Ambas tenían á mano un medianero seguro, inteligente y lleno de abnegación, al cual acudieron. El P. Charlier fué el confidente, no sólo de Mad. de Sennevaux, sino también de Mad. Jouvenot. Tenía que ir continuamente de una á otra para comunicarles esos mil detalles que hay interés en saber sin querer decirlos. Se le consultaba sobre todo, asuntos de familia, de fortuna, hábitos de vida, ideas sobre este ó aquel punto; todo eran apartes misteriosos, conversaciones en voz baja; luego nuevas entrevistas que le encargaban de procurar, comidas que organizar y en las que debían reunirse todos; preguntas, impacientes por ambas partes, acerca de las impresiones de la víspera.

No se concedía á Pablo un momento de tregua para olvidar. El puñal estaga agitado sin cesar en la herida. Él se prestaba á todo, no sólo de buen grado, sino con un celo que le conquistaba las bendiciones de las dos madres.

De pronto surgió una dificultad. M. Jouvenot quiso que Roger pidiera su licencia; pues la perspectiva de ver á su hija pasando de guarnición en guarnición y separada de él asustaba á aquel padre más amante de lo que parecía. Pablo, persuadido de la resolución inquebrantable del capitán de no dejar la carrera de su padre, después de haber empezado tan brillantemente la suya, tomó á su cargo el hacer desistir de su deseo al notario, aun sin consultar á su amigo. ¿A qué molestarle? ¿Para qué interponer una nube en aquel cielo? ¿Por qué revelar este único punto de divergencia, que en el caso esperado de llegar finalmente á un acuerdo, dejara tal vez huellas en las relaciones futuras de suegro y yerno? Pablo consiguió no sin esfuerzos convencer á M. Jouvenot, y en su

gran delicadeza no dejó traslucir el servicio prestado.

Mientras tanto las cosas seguían adelante. Las visitas entre ambas familias eran cada vez más frecuentes. Las dos madres se habían hecho confidencias mutuamente. Roger había solicitado oficialmente tener relaciones amorosas con Lucila, y cuando se trasladó á ésta la petición, pidió únicamente que se le diera tiempo para reflexionar y juzgar por sí misma.

Entonces multiplicaron los paseos, dejando á los jóvenes aislarse para que fueran conociéndose. Sólo que, para guardar las conveniencias, Mad. Jouvenot rogó á Mlle. Larivière y al P. Charlier que los acompañaran y con su presencia hicieran que sus entrevistas no pareciesen demasiado íntimas, y mientras el aya iba á su lado con paso lento y grave, Pablo podía observar grado por grado el desarrollo de la intimidad de Roger y Lucila.

– ¡Qué espectáculo tan divino es el de un cariño legítimo y compartido!, exclamaba Mlle. Larivière al regresar, suspirando y mirando á Pablo.

Cuando estaban solos, Roger, cada día más enamorado, desahogaba en el corazón de su amigo sus alegrías, sus esperanzas, sus temores, con ese sencillo egoísmo del amor que no ve nada fuera de sí mismo.

– Perdóname, mi buen Pablo, le dijo un día. Debo parecerte muy pesado, muy fastidioso..., porque te hablo de continuo en un lenguaje que no puedes comprender y te expreso sentimientos que ignoras... Pero ¡soy tan feliz y la amo tanto!

Pablo se sonreía, sin que se alterara la tranquilidad de su semblante, sin que pasara la menor sombra por su frente. Conforme se lo había prescrito su superior, proseguía su obra, animoso y firme, y sólo Dios conocía sus esfuerzos, sus torturas íntimas, sus desfallecimientos momentáneos. ¿Dónde estaba el mérito sin el sufrimiento? ¿Dónde el triunfo sin el combate?

Siempre se rehacía más valiente después de estas luchas ignoradas de todos, sacando su fuerza de la oración y recordando, para sostenerse, el ejemplo, citado por su madre, de aquella mujer virtuosa y fuerte que había deshecho su felicidad con sus propias manos para mantenerse fiel á su deber. ¡Santa mujer á quien admiraba sin conocerla!

Cierto día leyó en un periódico lo siguiente:

«Se anuncia el próximo regreso á Francia del sabio explorador M. Saviniano de la Haye que desde 1875 ha consagrado su tiempo y su arrojo al estudio del Africa central, mostrándose digno émulo de los Livingstone, Stanley y Brazza. En este viaje, que es el tercero y que ha durado cinco años, no tan sólo ha podido prestar el más útil concurso á la organización definitiva del Congo francés, sino también atravesar por completo el continente negro desde Brazzaville hasta los grandes lagos y allende el Zambeze, donde ha encontrado las huellas del gran doctor inglés. Según parece, trae preciosas colecciones é inestimables datos acerca de aquellas regiones tan poco conocidas aún. La Sociedad central de Geografía se propone enviar uno de sus individuos á Marsella para saludar al intrépido viajero á su desembarque.»

Pablo comprendió. Aquella mujer de cuyas virtudes y luchas le había hablado su madre, era ella misma... Lo propio que él, había luchado, como él, había sufrido; ¡pero él triunfaría como ella! Todo un mundo de recuerdos afluyó al corazón del cura, llenándole de inefable ternura y de nuevo valor. La energía del hijo duplicó la del sacerdote.

Pronto tuvo necesidad de ella: aguardábale una prueba suprema. Hasta entonces Lucila no se había decidido: acogía á Roger con afectuosa simpatía, pero sin que en ella se advirtiese nada que indicara una inclinación marcada ni una resolución tomada. M. Jouvenot había dicho, á pesar de los entusiasmos impacientes de su madre, que su hija sería siempre absolutamente dueña de su decisión. Pero Lucila continuaba callada.

Entretanto iba pasando el tiempo, y la situación se hacía ya casi violenta. Mad. de Sennevaux no dejaba de estar intranquila sin confesárselo á Roger, y Adalberto empezaba á creer en la intervención eficaz de Mad. Descordes.

– Lucila, dijo una mañana M. Jouvenot á su hija, has tenido sobrado tiempo para reflexionar y se te han proporcionado todas las facilidades para juzgar á M. de Sennevaux. La condesa me ha interrogado discretamente acerca de tu resolución, y como va á marchar al campo, es forzoso acabar de una vez. Ya sabes que Mad. de Sennevaux y su hijo vienen esta noche á comer, y yo no puedo por menos de darles una contestación.

– Pues te prometo que tendrás muy pronto la mía, respondió Lucila.

Subió á la habitación que en Thoisy servía de biblioteca, yendo con paso rápido como los que se deciden á dar un paso ante el cual han vacilado mucho tiempo y no quieren dejarse á sí mismos la posibilidad de aplazarlo más.

Pablo estaba solo trabajando.

– Señor cura, dijo la joven, vengo á hablarle á usted de cosas graves y delicadas. Para hacerlo necesito contar con la indulgencia y el cariño que usted me profesa á mí y á los míos. Ya sabe usted lo que ocurre. M. de Sennevaux, su amigo de usted, me ha dispensado el honor de pedir mi mano. Mis padres desean este enlace; pero mi padre quizás ve en él especialmente conveniencias de fortuna y mi madre ventajas de nobleza. Me apremian para dar á conocer mi decisión; hasta ahora he retrocedido; ¡es tan grave esta decisión! Pero tengo en usted una confianza absoluta como amigo y como sacerdote, y necesitando de su seguro consejo, no me atrevía á pedírselo á usted. Sé el gran cariño que tiene usted á M. de Sennevaux, pero conozco también su rectitud y la rigidez de su conciencia. Le debo á usted ya mucho, porque en cierto modo soy su obra... Acuda usted en mi auxilio en esta circunstancia capital. Su parecer será mi ley; diga usted que no, y renuncio á ese matrimonio; dígame que sí, y esta noche contestaré favorablemente á M. de Sennevaux.

– Señorita Lucila, respondió Pablo temblándole ligeramente la voz, tiene usted razón. Quiero á M. de Sennevaux como un hermano; pero por nada en el mundo me decidiría á contestar á usted lo que me pide, en un sentido que le sea favorable, si no estuviese hace tiempo convencido de la excelencia de la elección que hará usted en él. Dios ha permitido que, aun sin saberlo, fuese yo el lazo que los ha unido. Le bendigo por ello y le bendeciré toda mi vida, porque creo que no hay dos corazones más dignos uno de otro que el de usted y el de mi amigo. Estoy seguro de que el cielo bendecirá esa unión, y yo le pediré que agregue á la felicidad de entrambos la parte que pudiera estarme reservada en esta vida.

– Gracias, señor cura, contestó Lucila muy conmovida. Sin el parecer formal de usted, no hubiera querido hacer nada. Pero al dármelo tal como acaba usted de hacerlo, me proporciona una gran satisfacción, pues ahora, gracias á usted, he tomado mi resolución, y puedo confesárselo..., á usted solo por ahora..., amo á M. de Sennevaux.

Y levantándose, le alargó la mano, observando con sorpresa que la que le tendía el sacerdote estaba helada.

Mad. Jouvenot recibió una grata sorpresa cuando Lucila, al bajar á su cuarto y abrazándola un poco agitada, le dijo:

– Alégrate, querida mamá. Deseabas saber mi decisión... Con tu permiso que, según creo, obtendré fácilmente, tu hija será condesa de Sennevaux.

– ¡Qué alegría, hija mía, qué contento!.. ¡Un matrimonio que yo deseaba tanto! ¿Cómo te has decidido tan de repente?

– Me ha decidido el señor cura, cuyo parecer juzgaba necesario sin atreverme á pedírselo.

– Ese hombre es nuestra Providencia... ¡Bendito sea Dios que lo ha traído á nuestra casa!

– Pues bien, mamá, para recompensarle, déjame proporcionarle una gran satisfacción. Sé lo mucho que quiere á su amigo... Permíteme que yo misma dé la noticia á M. de Sennevaux en presencia del señor cura.

Cuando la condesa y Roger llegaron, fácil les fué presentir algo bueno en vista de la animada expresión de todos los rostros. En el momento en que se anunció que estaba servida la comida, Lucila se acercó al capitán, que hablaba con Pablo. Adalberto, callado y ceñudo, estaba junto á ellos.

Lucila miró al sacerdote con intensa gratitud, y como para asociarle á aquel acto decisivo, dijo delante de él á Roger:

– Sr. de Sennevaux, ¿quiere usted dar el brazo á su novia?

Adalberto se estremeció de rabia; Pablo se sonrió y elevó su pensamiento á Dios; quedaba terminada su obra.

XII

El grupo de paseantes de la plaza Mayor de Ganneville estaba aquel día muy agitado. ¡Dos sucesos importantes á la vez!.. ¡Qué temas tan inagotables para variaciones y comentarios! Habíase sabido la víspera que el médico había hecho en el mismo día dos visitas en casa de M. Descordes, de lo cual se dedujo, después de pensarlo bien, que había algún enfermo en la casa. En efecto, aquella misma mañana la criada de Mad. Descordes dijo en el mercado al ama de llaves de uno de los paseantes que su señora estaba enferma del estómago, que gritaba y se retorcía como una endemoniada y que el doctor decía que eran crisis simpáticas muy graves.

Discutieron la palabra «simpáticas» y convinieron en que debía estar mal aplicada: los unos decían que sería más bien nefríticas, y los otros que hepáticas. Estos últimos lo deducían de que la enfermedad había sobrevenido á consecuencia de una violenta discusión sostenida entre Mad. Descordes y M. Lechesne al regresar éste de París. Así se sabía por un pasante del estudio de éste. Naturalmente, la bilis..., el hígado... Lo cierto era que Mad. Descordes se encontraba mal y sobre ello se habló indefinidamente. ¿Escaparía de aquella? La enfermedad era á veces peligrosa. Por ejemplo, el capitán Beauvain había visto un hombre que falleció en Argelia á causa de una rabieta durante la campaña del 46 ó 47, no se acordaba con exactitud de la fecha... En una palabra, Mad. Descordes fué sentenciada á muerte por mayoría de votos y se pusieron á hacer una oración fúnebre anticipada que no tenía nada de lisonjera.

Pero otro asunto, no menos interesante, dió nuevo giro á la conversación. Aquella mañana se habían visto dos carruajes y un furgón dirigiéndese á la estación y volver de ella, la carretela con tres señoras; el charabán, guiado por el conde de Sennevaux en persona, con cuatro hombres, entre ellos un adolescente y un sacerdote, y el furgón lleno de baúles que indicaban una residencia de alguna duración. Mademoiselle Juglan aseguraba que entre las señoras había reconocido por su traje á una joven cuyo sombrero había estudiado al paso para hacer uno parecido. Probablemente se trataba de alguna boda. Se hicieron cálculos sobre la edad de Roger de Sennevaux: el capitán Beauvain citó con precisión su hoja de servicios y la de su padre. El inspector de primera enseñanza indicó que su vecino el veterinario sabía por el cochero de Jouy el nombre de la familia forastera..., Rousselot..., Thouvenot..., algo acabado en ot. El sacerdote era Pablo Charlier.

– Pablo Charlier..., ya lo conoce usted.

– No es posible... ¿El hijo de Charlier?.. El que...

– Precisamente.

– Pues qué, ¿es sacerdote?.. ¡Y qué cambiado está! ¡Ya lo creo! De quince á treinta años cambia mucho un hombre.

Esto hizo que volviera á tratarse de Mad. Descordes, mezclando la boda prevista con la muerte próxima, y la conversación adquirió tanto interés que, con gran asombro del cafetero, los paseantes llegaron con un cuarto de hora de retraso á jugar su dominó cotidiano.

Todas aquellas noticias eran ciertas. Adalberto, al entrar en la ciudad, tan luego como llegó supo con estupor que Mad. Descordes estaba hacía tres semanas enferma de una fiebre biliosa complicada con accidentes cerebrales muy graves; por consiguiente no había nada que esperar de su concurso. ¡Qué fatalidad! ¡En el momento mismo en que le habría sido más útil! Porque todo iba tan de prisa que las dos familias se habían trasladado á Jouy para pasar en la intimidad el largo tiempo que requieren las formalidades previas del matrimonio de un oficial. El secretario estaba tan furioso que á poco más habría acusado á Mad. Descordes de haberse puesto enferma voluntariamente.

En Jouy todo estaba de fiesta. Hasta la misma naturaleza parecía haberse engalanado con coquetería para aquella reunión. El sol de otoño tendía su manto de oro sobre las amarillentas hojas de los árboles que formaban un nuevo jardín de las Hespérides. Los campos extendían hasta perderse de vista, como un océano sin olas, las florecillas azules de los azafraneros. Acá y allá se vendimiaba entre alegres cantos las viñas de los oteros. La paz y la alegría reinaban dondequiera bajo la influencia de ese delicioso momento del año que separa los ardores del estío de las severidades del invierno, y en que, en los paseos al suave calor del mediodía sucede la noche, alrededor de los hogares encendidos, con las relaciones que se hacen más íntimas.

Mad. de Sennevaux y Mad. Jouvenot no se separaban. Paseaban, llenas de una dignidad anticipada de suegras, formando mil proyectos, instalando de antemano el nido del joven matrimonio allá, en Tours, compartiéndose el tiempo que pasaría en París; luego la época del veraneo en que todos se reunirían en Thoisy ó en Jouy, para no arrebatarse unos á otros una parte de la dicha común, y sus conversaciones acababan siempre, con los ojos llenos de lágrimas, hablando de los querubines á quienes adoraban ya. Mientras conversaban, vigilaban con mirada voluntariamente distraída la encantadora pareja que circulaba por las alamedas, hermosa como la juventud, risueña como el amor.

M. Jouvenot hacía una guerra sin cuartel á las

perdices y á las liebres de su yerno, persiguiéndolas todos los días sin descanso en compañía del comandante Belamy, amigo íntimo de la casa, ó de Adalberto, malhumorado y sofocado. Herald cabalgaba todo el día en una jaquita, regalo de su futuro cuñado, mientras Pablo le seguía á cierta distancia, desempeñando modestamente su papel de preceptor.

Había terminado la crisis aguda de sufrimiento por que pasara, no porque aún no sintiera bruscos y dolorosos retrocesos de amargura y de protesta, postreras convulsiones de un corazón obligado á extinguirse para siempre; pero poco á poco la herida se cicatrizaba ante la persuasión del deber cumplido, y en aquella alma animosa iba restableciéndose el sosiego, más rápido en medio de aquel país, en que todo le recordaba su madre, sus dolores, sus victorias. Pablo conocía ya el júbilo sublime de los mártires.

En cuanto á la buena Mlle. Larivière, ya no era de este mundo; el cielo se había abierto para ella. Había encontrado á Ravaissón.

Ravaissón era un hombre soberbio, de aventajada estatura, aspecto arrogante, rostro enérgico sin dureza, verdadero tipo de soldado valiente y bondadoso, cuya inflexible severidad en el deber va unida á una sensibilidad infantil en el resto de la vida.

Había sido ayudante en el regimiento del padre de Roger, y unido á su coronel por una de esas adhesiones que rayan en fetichismo. Había estado á su lado en la heroica y legendaria carga de caballería de la Muerte en Morsbroon, en que el torbellino de dos mil coraceros se metió en un largo pasadizo formado por la única calle del pueblo y chocó en sangrienta confusión contra una incontrastable barricada. Al ver á su coronel rodar por el suelo con su caballo, Ravaissón se detuvo, y bajo un fuego terrible y sin hacer caso de que estaba herido, lo levantó y lo sacó moribundo de la mortífera refriega.

El héroe expiró en sus brazos, confiándole sus últimos pensamientos. Sin ocuparse entonces de la batalla, Ravaissón abrió una fosa en un rincón del cementerio de Eberbach, la marcó con una cruz toscamente hecha con dos ramas, y sacando rápidamente un croquis de los sitios para reconocerlos más adelante, se reunió con los restos de su regimiento.

Después de la guerra, su primer cuidado fué buscar á Mad. de Sennevaux á la que entregó el sable, la cruz y las alhajas del coronel, y, legado más precioso todavía, sus postreras palabras para ella y para Roger. En seguida fué á recoger de la tierra, alemana ya, los restos de su coronel, que ahora descansaban en una pequeña capilla, en medio de un plantel de flores, bajo los grandes árboles del parque de Jouy.

Cumplida su misión, Ravaissón dijo sencillamente á Mad. de Sennevaux:

– Ahora, señora condesa, comprenderá usted que no puedo marcharme de aquí. Es preciso que quede alguien del regimiento al lado del coronel. Estoy retirado..., no tengo familia..., tampoco tengo país, puesto que soy de Metz, ni más amigo que el que ahí reposa... Déme usted, si le place, un rincón en alguna parte... Dispongo de buenos brazos, de buenas piernas y de buena vista. Jornalero, jardinero, leñador..., haré cuanto usted quiera, todo, con tal de no separarme de usted, de mi coronel y del niño, á quien hablaré de su padre.

Mad. de Sennevaux le nombró administrador de Jouy, lo que dió por resultado duplicar las rentas de la propiedad, bastante descuidada hasta entonces. Luego, merced á las relaciones de la condesa, el bravo soldado había recibido al cabo de dos años una medalla bien merecida.

Ravaissón vivía allí hacía veinte años, honrado por todos, querido de todos, aunque severo para todos, y esclavo de Roger desde el primer día. Había adorado al niño, admirado al adolescente, y ahora veneraba al oficial. Formaba parte de la familia, siempre lleno de abnegación, jamás importuno y causando emoción por su culto fiel cuando todas las mañanas, con puntualidad militar, visitaba la capilla y renovaba las flores en la tumba de su antiguo jefe.

Habría sido el más feliz de los hombres, si bajo su enérgico exterior no encerrase un corazón amante y tierno. Todo iba bien cuando la condesa y Roger estaban allí; entonces tenía alguien á quien querer. Pero durante las largas ausencias del oficial, madame de Sennevaux iba raras veces y por muy pocos días á Jouy, y en los intervalos la soledad parecía severa al veterano que á veces suspiraba pensando en un hogar personal é íntimo.

Ahora ya era cosa concluída: no había que pensar en ello, y Ravaissón, que acababa de cumplir los cincuenta, debía perder toda esperanza.

Mlle. Larivière conocía la historia de Ravaissón antes de llegar á Jouy, y le consideraba como uno de esos tipos casi fabulosos de los caballeros de otro tiempo.

Cuando le vió en la mesa sentado á su lado, sencillo, modesto, dulce y bueno, se volvió loca. ¡Era el ser soñado tan largo tiempo esperado! Todo lo demás no había sido más que quimera... Ravaissón era la verdad.



Herald cabalgaba todo el día en una jaquita...

Los enamorados son muy perspicaces en cuestiones de amor. Lucila y Roger adivinaron muy pronto la pasión naciente del aya, y se les ocurrió una idea original.

– ¡Ravaissón!, gritó el capitán con voz de mando.

– ¡A la orden, mi capitán!

– Acércate.

– Obedezco.

– Siéntate con nosotros en este banco.. Tenemos que hablar... ¡Ravaissón, vas á casarte!

– ¡Yo, mi capitán! Señorita, con perdón sea dicho, creo que su novio de usted se burla de mí.

– No, Sr. Ravaissón, habla formalmente.

– Oye, mi buen amigo. Tienes cincuenta años, estás robusto como un roble y derecho como hoja de sable. Pero esto no ha de durar siempre. De aquí á algunos años vendrá la rebaja... Aprovéchate de lo que te queda, pues aún es tiempo... Hay una mujer que te ama..., ¿entiendes? Siendo tan bueno como eres, supongo que no querrás hacer desgraciada á una mujer... La señorita Lucila y yo nos encargamos de los dotes... Así lo he decidido, y no hay más que hablar.

– Pero ¿no me iré de aquí?, preguntó tímidamente Ravaissón.

– ¡Irte de aquí! ¡Pues no faltaba más! Antes se hundiría la quinta... Al contrario, en vez de ser uno aquí, seréis dos, y ¿quién sabe?, quizás el año que viene seáis tres... Conque estamos entendidos, ¿no es cierto? Tal es mi voluntad, así como la de quien manda hoy aquí como soberana.

– Le aseguro á usted, Sr. Ravaissón, añadió Lucila, que la que le destinamos para esposa es un corazón de oro. La conozco y la quiero hace quince años; es para mí casi lo mismo que es usted para M. de Sennevaux: el cariño y la abnegación personificados. Me alegraría mucho de verla feliz y de conservarla de ese modo á mi lado.

– Señorita, desde el momento en que mi capitán y usted lo mandan... es indudable que debo... Pero ¿podría conocerla?

– Es muy justo. Ya la conoces un poco..., y mira, precisamente aquí viene. Id á pasearos por el parque hasta la hora de comer..., así trabaréis más amplio conocimiento... Señorita Larivière, Ravaissón necesita hablar á usted. Les dejamos solos.

Las aves del cielo fueron los únicos testigos de la conversación del ayudante y el aya. Nadie la supo jamás. Pero Roger observó cuando volvió la pareja llamada por la campana del almuerzo que Mlle. Larivière tenía una mejilla más encarnada que la otra y un rizo ligeramente deshecho... ¡Ah! ¡Los coraceros no pierdan el tiempo en preliminares inútiles!

– Mi capitán, es cosa hecha, dijo el administrador al llegar.

– Muy bien.

Al sentarse á la mesa, Roger levantó su vaso.

– Señores y señoras, dijo, el amor es contagioso. Tengo el honor de anunciar á ustedes el próximo casamiento de M. Ravaissón, administrador de Jouy, con Mlle. Larivière. ¡A la salud de los novios!

Mlle. Larivière bajó púdicamente los ojos y entonces se le pusieron coloradas las dos mejillas.

XIII

– Quisiera... quisiera hablar en seguida al P. Charlier..., ¡en seguida!, dijo con voz ahogada y enjugándose la frente el P. Chavassieux al primer criado que encontró en el vestíbulo de Jouy.

Avisado Pablo, llegó al punto. El vicario, cogiéndole de la mano, le llevó sin hablarle á un banco del jardín, y allí, jadeante, le dijo con voz entrecortada:

– Señor cura..., querido compañero..., vengo..., la caridad... Por esto vengo..., puede usted hacer mucho bien á un alma que muy pronto dejará este mundo... Le conozco á usted, estoy muy seguro... Siempre ha sido usted bueno... Ahora es usted sacerdote..., ¡un digno sacerdote! Por favor..., en nombre de la caridad, no me rechace.

– Señor vicario, contestó Pablo, me tiene usted á su disposición para cuanto desee; pero, por favor, explíquese, pues no sé de qué se trata.

Es verdad... ¡Dios mío!, estoy tan turbado..., he venido tan de prisa..., muy de prisa, porque el tiempo apremia... Temo que sea ya tarde... Voy á decírselo todo. Me va faltando la cabeza y no quisiera olvidar nada. Pues verá usted: Mad. Descordes..., ya sabe usted..., la parienta, la prima de su padre de usted... ¡Dios mío! No hay que ser muy severo... Sé que ha cometido faltas, que se ha portado muy mal con el buen padre y la digna madre de usted... ¡Oh! ¡Su madre era una santa! Sí, es verdad, y con usted también ha sido culpable, muy culpable, lo reconozco. Pero en fin, la caridad... Dios es misericordioso. Rogaremos por ella... Y usted también, ¿no es verdad? Usted rogará por ella, aunque... ¿Olvidará usted todo el mal que ha querido hacer á los suyos y á usted mismo? Dígame tan sólo que sí, é iré á anunciárselo...

– Sí, cien veces sí, y con todo mi corazón, interrumpió Pablo, ante quien aparecieron bruscamente todos los tristes días del pasado, pero ignoraba el papel odioso que había desempeñado Mad. Descordes.

(Continuará)

DISTINTIVOS É INSIGNIAS

DEL EJÉRCITO FILIPINO

La mejor explicación de estos dos grabados son los siguientes párrafos de la carta que nuestro corresponsal en Manila Sr. Arias y Rodríguez nos remite acompañando estas y otras fotografías que hemos reproducido:

«Como cosa á mi juicio curiosa y que da una idea del gusto que han tenido los filipinos al escoger los distintivos y divisas ó insignias, les mando las dos siguientes fotografías, por las que observarán no han caído aquéllos en ridículo.

»La de los distintivos está tomada del natural y las dimensiones son exactas.

»El triángulo que aparece en la parte superior es dorado y lo usan en el frente de las gorras los generales y jefes.

»La estrella de ocho puntas es dorada y sólo la usan los generales.

»La estrella de cinco puntas la usan plateada los tenientes y capitanes, y dorada los comandantes y coroneles.

»Son plateados los distintivos correspondientes á ingenieros, caballería y administración militar.

»Estado Mayor, artillería, infantería, *Sandatahan* (cuerpos de macheteros), telégrafos y Sanidad militar usan las insignias doradas, á excepción de los círculos concéntricos de infantería y *Sandatahan,* que son plateados.

»La escarapela es de tela encarnada el primer círculo; el segundo azul turquí, y en el centro el triángulo plateado, que constituyen los colores de la enseña de la República Filipina. Esta escarapela es reglamentaria, así para los generales como para el último sol dado.

»La otra fotografía en la que figuran las insignias de los generales, jefes y oficiales del que ya puede denominarse justamente ejército filipino, está tomada del dibujo á mano y colorido que en la Secretaría de Guerra me facilitaron. El dibujo figura sobre una hoja de papel catalán.

»Las clases de estrellas y metal de que se componen quedan indicadas en la descripción correspondiente á distintivos de los cuerpos.

»En las mangas no usan distintivo alguno los generales, jefes y oficiales, concretándose aquéllas á las clases de cabos y sargentos.

»El traje que usan todos los cuerpos es el de rayadillo, á excepción del Estado Mayor y generales, que han adoptado el del ejército yanki, de tela *kake.* El color de esta tela es de canela, y según aseguran muy sufrido y poco visible.

»Las hombreras tienen los colores siguientes:

»*Estado Mayor.* – Azul.
»*Ingenieros.* – Morado.
»*Artillería.* – Encarnado.
»*Infantería.* – Negro.
»*Caballería.* – Verde.
»*Cuerpo Jurídico.* – Blanco.
»*Sanidad Militar.* – Amarillo.
Administración Militar. Amarillo.»

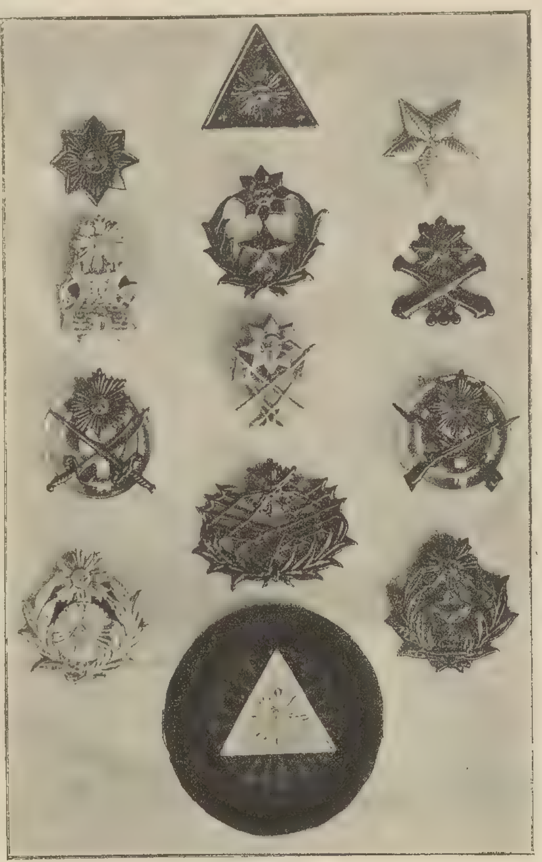
***

EL SENTIMIENTO

DE LA CARIDAD EN LOS PÁJAROS

Pocas cuestiones han sido objeto de tanta discusión como la del instinto é inteligencia de los animales. Las controversias se reproducen sin cesar, y mientras unos, siguiendo la célebre tesis de Descartes, sólo admiten el instinto, otros consideran los actos más notoriamente instintivos como manifestaciones de una inteligencia real y verdadera.

Aunque la moderación y el justo medio tengan, por lo general, pocos partidarios, la verdad se encuentra en el término medio de aquellas dos teorías, y si bien hay actos que sólo el instinto ha podido provocar, ¡cuántos se han observado que indican con evidencia absoluta el raciocinio en los que los ejecutan! Y de actos de estos se encuentran ejemplos notables hasta en las especies consideradas como poco inteligentes. Los pájaros nos dan de ello repetidas pruebas.



GUERRA DE FILIPINAS. – Distintivos usados en el ejército filipino (de fotografía, propiedad de D. M. Arias y Rodríguez, de Manila)

Razonar para sí, para su propio bien, en su propio interés, es algo ya que se aproxima á la inteligencia tal como la comprenden y la ejercen muchos hombres; pero razonar para el bien ajeno, poseer el sentimiento de la caridad, de esta virtud que estimamos la más hermosa y de la que hacemos patrimonio exclusivo de la especie humana, es cosa que los promotores del instinto jamás concederán á los animales, y sin embargo, el hecho es cierto y hay multitud de ejemplos que han permitido comprobrarlo.

El raciocinio de los pájaros, el que se refiere á ellos mismos ó á su progenitura, se manifiesta especialmente cuando se trata de la construcción del nido, de su adaptación, de la protección y educación de las crías, y aun se han señalado casos de adopción entre especies diferentes: un pitirojo que adopta á un pequeño pardillo abandonado por sus padres; una hembra de papagayo gris que alimenta á pequeños pinzones y luego á unos gorriones.

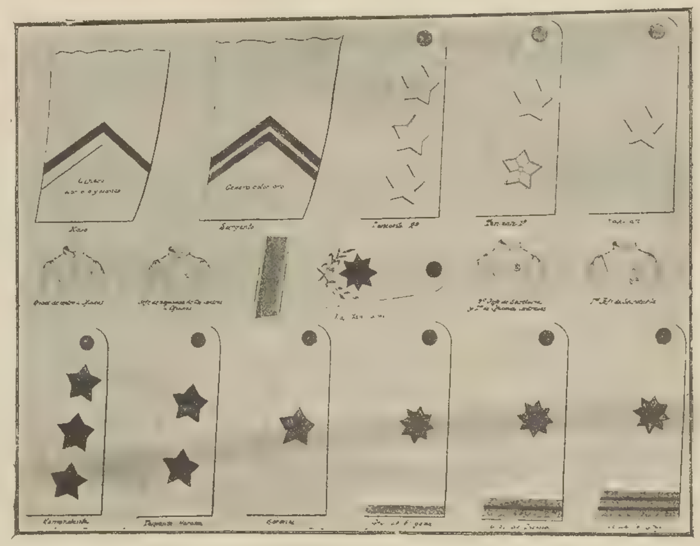
En rigor pueden clasificarse estos actos como desviación del instinto maternal, aunque para ellos sea necesaria una parte de inteligencia; pero ¿qué explicación se dará á un hecho recientemente observado en la sección zoológica del Jardín de Plantas de París y que demuestra claramente que el pájaro experimenta á veces un sentimiento de compasión y caridad muy razonado, que ninguno de los instintos ordinarios del animal podría despertar?

En una jaula estaban encerrados dos de esos encantadores timeliidos de la región del Himalaya que Sonnerat ha denominado *abejarucos de Nankin* y que los ornitólogos designan con el nombre de *Leisthrix lutea.* Eran dos hembras que vivían en perfecta armonía aunque sin gran intimidad. A fines de febrero, un cardenal gris que habitaba en la misma pajarera se peleó con uno de aquellos abejarucos, y después de haberle arrancado gran número de plumas, ¡siempre el derecho del más fuerte!, le rompió una pata de un tremendo picotazo. El pobre herido no podía sostenerse en la alcándara y se arrastraba penosamente por el suelo tiritando de frío bajo su pelada piel. Entonces su compañero se apiadó de él, y todas las noches bajaba á situarse á su lado llevando en su pico briznas de hierba para prepararle un lecho y evitar que sus doloridos miembros estuvieran en contacto con el suelo, hecho lo cual se dormía junto al enfermo, cubriendo á éste con su ala y permaneciendo así toda la noche.

Durante una semana entera, jamás faltó á su misión caritativa, y cuando vió morir á su amigo, que falleció á pesar de tan solícitos cuidados, se puso triste, comió apenas, permaneció inmóvil en un rincón de la jaula y acabó por morir también.

¿Qué instinto pudo inducir á ese pájaro á realizar tales actos? Ninguno: en la conducta del abejaruco todo es sentimiento y raciocinio.

A. Milne-Edwards



GUERRA DE FILIPINAS. – Insignias de los generales, jefes y oficiales del ejército filipino (de fotografía, propiedad de D. M. Arias y Rodríguez, de Manila)

COMBUSTIÓN ESPONTÁNEA DE LOS HENOS

Cada día se marca más claramente el papel que en la agricultura representan los microorganismos ó microbios.

Gracias á los trabajos de los discípulos de Pasteur, descúbrese á cada paso que tal fenómeno que hasta hace poco era imputable á acciones puramente químicas debe ser en realidad atribuído á organismos infinitamente pequeños que descubre el microscopio.

Ahora bien: en agricultura como en medicina hay microbios buenos y malos: entre los primeros, y aparte de los fermentos del vino, de la sidra, de la cerveza, del vinagre, de la leche y de los quesos, debe mencionarse el microbio de la nitrificación, el que fija el ázoe libre de la atmósfera en las raíces de las leguminosas y en otras muchas. Son microbios benéficos.

Entre los segundos, dejando aparte los microbios patógenos que ocasionan las enfermedades de los animales domésticos y las transmisibles de los animales al hombre, conviene hacer mención de los microorganismos que originan las enfermedades del vino, de los gusanos de seda, del microbio de la denitrificación, los de la putrefacción, etc., etc.

Recientemente se ha añadido otro á esta lista y por cierto muy inesperado: es la bacteria que produce la combustión espontánea del heno. Estos microbios incendiarios han recibido el nombre de *termofilos*, para recordar su papel.

La cuestión de la combustión espontánea del heno ha sido objeto de muchas controversias; pero se ha vuelto á suscitar en estos últimos años, y en virtud de numerosos ejemplos se ha venido á parar en la afirmativa. Hace muy poco tiempo que M. E. Mer ha descrito, en una interesante comunicación á la Sociedad nacional de agricultura, la marcha de este fenómeno, que ha podido observar en su finca de Longemen, en los Vosgos, en 1896 y 1898.

Según las observaciones de este agrónomo, la combustión espontánea tiene por causa el gran calor que resulta del exceso de fermentación del forraje que se ha almacenado *demasiado húmedo*. El fenómeno se produce sobre todo cuando no se tiene cuidado de dejar algún tiempo el heno en el prado para que *despida todo su fuego*.

Un agrónomo alemán, M. Hapcke, había demostrado ya que provocaban la combustión las bacterias que en número considerable se encuentran en los henos imperfectamente desecados. «No se ha querido ver, en su presencia, la causa principal de un caldeo suficiente para producir la inflamación de los forrajes, y en efecto, no resisten una temperatura de 80°. Pero las recientes indagaciones han probado que si estos microorganismos perecen á 80°, sus esporos, muy resistentes, soportan grandes elevaciones de temperatura sin sucumbir.»

Sin extendernos más sobre la marcha de este fenómeno, deduciremos las consecuencias que de él se desprenden:

1.° Que jamás se debe almacenar la hierba el mismo día en que se ha segado, aunque parezca seca.

2.° Que no se debe amontonar el forraje húmedo todavía cuando se le extiende por capas en los graneros ó en los heniles.

3.° Que en los graneros son preferibles las paredes de tablas á las de mampostería, porque es más fácil la circulación del aire. Si á pesar de estas precauciones la fermentación fuese demasiado activa, habría que practicar en la masa del heno algunos huecos profundos ó chimeneas destinadas á la ventilación del forraje.

La salazón del heno es también un excelente preservativo de la combustión; además, la presencia de la sal, excelente antiséptico, le preserva de florecerse.

En resumen, no se deben almacenar los henos demasiado secos ni demasiado húmedos; es menester que conserven cierta proporción de agua que la práctica enseña á determinar; pero también es indispensable una ventilación suficiente para evitar la combustión espontánea. – A. L.



Jesús y sus discípulos, cuadro de Augusto de Brandis (Exposición de Bellas Artes de Munich. 1899)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XVIII — Barcelona 2 de octubre de 1899 — Núm. 927

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



DESAMPARADOS, cuadro de Alejandro Milesi

(Exposición de Bellas Artes de Venecia. 1899)



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

RINCONES Y CALLEJAS

Lo mejor de Toledo, donde tanto bueno hay que escudriñar, son sus rincones, sus calles angostísimas, pendientes, los recovecos que en ellas favorecen el palique al través de la reja y el furtivo asome de la niña que atisba á su galán; los ángulos de sus plazas desiertas, los pasadizos de sus callejuelas pintorescamente retorcidas, sus patios tranquilos, de un recogimiento monástico. — A Toledo se viene á perder el rumbo y á encontrarse gratamente sorprendido por mil detalles que no se sospechaban: aquí un escudo que blasona una portada, allí una puerta con hierros artísticos, más lejos un balcón cargado de plantas y flores, hecho un verdadero pensil, que esparce y descuelga sobre el ladrillo ennegrecido y tostado por el tiempo la clara verdura de las enredaderas y el vivo colorido de los geranios rojos y rosas.

***

Entremos en una calle: la forman únicamente las altísimas tapias de dos conventos; es decir, de un solo convento, al cual pertenecen los edificios de uno y otro lado, comunicados por medio de un camino subterráneo, que ofrece á la imaginación ancho campo en que espaciarse, fantaseando novelas y dramas. Las tapias son de desmesurada altura; el trecho que las divide, asaz breve; y así metida entre muros, la calle recoge el sol como un horno, y el calor os achicharra los sesos, mientras no llegáis á un rinconcillo benéfico, en que se proyecta sombra. Desde el refugio miráis á las tapias, y lo primero, observáis que no hay ventanas de asome. Las monjas tomarán el aire, si es que lo toman, por algún patio interior; es inconcebible que no respiren, que vivan á obscuras. Pero la idea semítica de la clausura de la mujer no puede expresarse con más elocuencia que por medio de esa pared ciega, que sólo adornan, sin rasgarla, los elegantes ajimecillos mudéjares, dibujados con suprema gracia por medio del ladrillo, y tapiados desde su origen. Allá arriba, sobre el cielo de un azul de añil, se recortan las torres, primorosa obra mudéjar. Los moros batalladores y sus bastardos los moriscos sumisos y cristianizados tienen en el arte una nota distintiva: la de haber prestado dignidad y belleza á materiales frágiles y sin valor. Labrar el mármol, como hicieron los griegos, y asombrar con él á las generaciones futuras, es menos que legarles maravillas imperecederas sirviéndose del yeso y del ladrillo, del humilde ladrillo recocho. Cal, barro — y les basta para alzar un Partenón á los moros. — Lo que sorprende en esas torres de iglesia, de las cuales existen muchas en Toledo, es la maestría en el manejo y colocación del ladrillo. Más que colocarlo, puede decirse que lo modelaban. Los «ojos de buey» ó rosetoncillos, abiertos como flores misteriosas; las hiladas de ajimeces, calados y aéreos; las finas saeteras; las cornisas airosas que rompen la monotonía de la línea y bordan con festón ligero el edificio — todo es ladrillo y ladrillo nada más. La piedra entra en estas construcciones, pero no decora; y entra por modo tan extraño, que merece la pena de consagrarle párrafo aparte.

Me lo hizo notar mi *cicerone*, un respetable canónigo de la Santa Iglesia primada, ferviente admirador de Toledo, con cuyos monumentos y curiosidades hállase identificado hasta tal punto, que lo mira «más que como cosa propia.» En todas las ciudades históricas existe este mismo tipo humano, adherido á las piedras cual el liquen, pegada el alma á las bellezas que tanto conoce. La costumbre, lejos de embotar la admiración, la ha transformado, convirtiéndola en cariño idólatra.

Y nadie explica ni enseña mejor un pueblo que tales apasionados de él, penetrados de su espíritu, y exclusivistas.

— Vea usted — me decía en substancia el inteligente *cicerone* — cómo están construídas estas paredes. A primera vista, y aun fijándose, no parece sino que son obra de un arquitecto loco, que se propuso dar con el edificio en el suelo, apenas terminado. En efecto, la base, hasta más de la altura de un hombre; lo que en todas partes se funda en materiales más sólidos y de mayor resistencia, es aquí *tierra*..., sencillamente *tierra;* nada más. ¡La piedra va encima!

— ¡Tierra! repetí atónita.

— Tierra. Sobre la franja de tierra, ¡vea usted!, otras franjas de mampostería, separadas de trecho en trecho por doble línea de ladrillos colocados de plano, cuyos cantos se ven por fuera. Y en lo alto, sobre la mampostería trabada con recia argamasa, el ladrillo — y con el ladrillo, nace el adorno, empiezan los ajimeces y las ventanerías, los rosetones y los cornisamentos...

— Pero esa tierra, ¿cómo se sostiene? ¿Cómo aguanta el peso de lo que lleva á cuestas? ¿Cómo no se ha hundido mil veces el convento y las torres y todo lo que vemos ahí?

— ¡Ah! ¡Ese es el secreto de estas interesantes construcciones! El muro de tierra se llama *tapial.* De él eran las paredes de aquel famoso *artificio de Juanelo,* cómicamente descrito por Quevedo, y que hace años fué preciso volar, á fin de que los ingenieros dispusiesen del sitio necesario para ciertas obras. Y cuando todos creíamos que con la voladura iba á producirse formidable explosión, cátate que apenas estalla la pólvora, amortiguada por la resistencia increíble del tapial. — Y hubo que atacarlo con la piqueta, que apenas mordía, y gastar tiempo sin tasa en deshacer aquellas durísimas paredes...

— Y hoy día — interrogué — ¿sigue construyéndose de tapial?

— Se construye, pero se desmorona fácilmente. *Ellos* tenían sus máculas, sus artes para darle á la tierra la densidad del mármol. Sin duda le mezclaban un hormigón especial, algo cuya composición se ignora...

Miré al viejo muro con mayor respeto. Miré ya con interés todos los paredones. En la esquina de la torre de Santo Tomé, noté sorprendida que la pared, lejos de *restar,* como se dice en términos de albañilería, hace saliente en el segundo cuerpo, con el aplomo de una torre que se cree afianzada en anchos sillares, y no en un puñado de lodo cocido por el sol de tantos siglos. Y en el Alcázar - el Alcázar del Renacimiento, que desde lejos parece masa de granito que domina á Toledo con soberbia — observé también la construcción de pedruscos, algo que de cerca parece labor de confitería, tropezones de azúcar ó de dulce sobre un conglomerado de piñonate.

***

Un patio de Toledo. — Zapatas de madera pintadas de verde sostienen el corredor. Las plantas trepadoras, los tiestos de albahaca y clavel, lo alegran. En un ángulo, robusta columna románica, de piedra, del tiempo de los Alfonsos gloriosos, carga con el peso de la escalera. Enfrente, sobre una puertecilla, osténtase un rectángulo de delicadísimo alicatado árabe.

Estos restos admirables se encuentran allí sin que nadie les haga caso: así estaban desde el tiempo de «los padres,» y «los hijos» los miran con indiferencia — algún tanto modificada cuando los alaba el viajero.

Entro en el patio sin conocer á los dueños de la casa; me reciben como si me hubiesen tratado toda la vida; son gente modesta, de una cortesanía sencilla y natural, hidalga. El marido se parece á los bustos de emperadores romanos que se ven en el Museo *degli Anticchi:* cabeza de medalla latina, facciones correctas, grueso, afeitado, grave, afable. La mujer, más vivaracha, recuerda el tipo gitanesco de Sevilla. Me siento en el sofá de paja, pido agua del aljibe, y á mi vista la cogen y me la ofrecen helada, cristalina dentro del limpio vaso. Son semi-árabes, y la hospitalidad les sale por los poros, como hábito de raza, como deber. El patio es fresco, y su traza oriental recuerda las descripciones de Amicis, de otros patios de Argel y Tánger. Aquellos toledanos á la antigua pertenecen de lleno al mundo encantador de la tradición.

El vaso de agua me sabe á gloria, y antes de entrar en Santo Tomé á saludar por décima ó duodécima vez al *Greco,* descanso un rato, muy á gusto.

***

¡El cuadro del Greco! — Como la música de Wagner, que á cada audición despierta y hiere nuevas fibras en nosotros, á cada visita, de año en año, me remueve más intensamente la sensibilidad, no sé si diga artística, porque ese cuadro pertenece á la esfera del *super-arte* y toca en lo sublime místico. — Es un cuadro *de almas.*

¡Y qué almas! — Almas de fuego, de un fuego puro, celeste; almas iluminadas, proyectadas al cielo que las supera y las llama con angélicas voces. — Almas de creyentes, de caballeros, de héroes, de ascetas, de visionarios. San Agustín, que sostiene amorosamente en sus brazos el cadáver ricamente armado de punta en blanco del conde de Orgaz, me impresiona menos que los caballeros que detrás del santo se agrupan, penetrados de tan ardiente devoción. En el santo (magníficamente pintado, quién lo duda) se observa el empeño del artista por crear una figura *noble,* mientras los caballeros son retratos de personas vivas entonces y que tenían esas mismas caras extraordinarias, extáticas, místicas, irradiando claridad y fuerza moral; todo el vigor de una época expresado en unos cuantos rostros. Con verlos quedan explicados los batalladores de Flandes é Italia, los conquistadores del Perú y de Méjico, los arrepentidos Mañaras y Gandías, los enamorados de Teruel, los penitentes del desierto de Bolazque, los piadosos y los heroicos, los humildes y los arrogantes, los firmes en la silla y los arrodillados del reclinatorio, todo lo que nos hizo y nos deshizo, lo que nos dió carácter y sentido en la historia y en la poesía. ¡Qué caras, qué caras idealmente hermosas las del cuadro del Greco!

***

Y al salir de la iglesia, otra vez las calles de Toledo. Un rincón moro, un pasadizo cubierto como todavía deben de verse muchos en Tetuán. Después, el Zoco, ese resto vivo de otras edades, donde la luz eléctrica parece un solecismo, una desafinación que no se perdona. En el Zoco, en las callejas, ante la catedral, dondequiera que pueden instalarse una vieja haciendo media, dos canastos y unas balanzas de anticuada forma, el lindo puesto de fruta. Inundado de fruta, rebosando fruta, queda Toledo. Nota de color para impresionistas. Los melones, de un verde sombrío y aterciopelado, se desparraman por la acera. A su lado amontónanse los melocotones color de paja y carmín; las acerolas del rosa más fuerte; las azofaifas de aventurina; las almecinas, granitos de oro; las marjoletas, gruesas cuentas de coral, y sobre las uvas transparentes revolotean las avispas, zumbando, ebrias de azúcar, y la bermeja piel de los pimientos reluce como bruñido jaspe. Es precioso el puesto de fruta, teniendo por fondo la puerta de la catedral, bordada y afiligranada, cuajada de estatuas de santos en hornacinas góticas, y de labores maravillosas de tracería y hojarasca.

***

De noche, á la luz de la luna, la catedral más bella aún. La luna es el complemento eterno (aun hoy que el romanticismo ha perdido actualidad) de ciertas perspectivas que llevan en sí un romanticismo natural, inevitable. Solitarias ó punto menos las toledanas callejas, buscamos en ellas el farolillo del Cristo, la reja de la *Virgen de los alfileres* y el efecto de la luna sobre los adornos y realces de la catedral (una de las más hermosas de España, á pesar de los pegotes neogriegos que la afean y deshonran). La luna, pródiga de su blanca claridad, acude puntual á la cita, inunda y baña las agujas de las torres, y les presta fantástico relieve, de soñada decoración. Y disfrutando la apacibilidad del instante en que el calor remite un poco — de diez á once y media — libre ya de la insoportable chiquillería toledana que acosa al viajero pidiendo en su jerga un *canquisú* — a estas horas las madres los habrán acostado, previo un huevo y un merecido azote, — me entretengo en vagar sin objeto alguno, por rincones y callejas, como cierto personaje de la novela *Angel Guerra,* de Galdós, sólo que más á gusto y saboreando más los recuerdos que Toledo evoca siempre.

Emilia Pardo Bazán



TOMÁS ALVA EDISON

La historia nos ofrece muchos ejemplos de hombres que se «han hecho solos,» como vulgarmente se dice; que de la nada salidos han llegado á las más altas cumbres que puede escalar la humanidad, y han llegado por su propio esfuerzo haciendo de su voluntad y de su inteligencia poderosa palanca á la que ha bastado el más insignificante punto de apoyo para obrar con irresistible impulso.

Dondequiera que tales ejemplos se citen, forzoso será pronunciar el nombre de Tomás Alva Edison, el humilde *train-boy* del ferrocarril de «Canadá Central Michigan,» que desde hace muchos años ocupa un puesto preeminente en el mundo científico é industrial y cuyas maravillosas creaciones son asombro del orbe entero y justifican el dictado con que universalmente se le conoce: el brujo de Menlo Park.

¿Cómo desde tan bajo supo elevarse tan alto? Los principales datos de su vida, que vamos someramente á exponer, nos darán la clave del enigma.

El padre de Edison, de origen holandés, había emigrado siendo aún muy joven á América y estableciéndose con poca fortuna en varias poblaciones, entre ellas en Milán (Ohío), en donde nació Tomás en 10 de febrero de 1847, y en Port-Huron (Míchigan), en donde ejercía con más voluntad que fortuna la industria de prendero y el oficio de agente intermediario para la venta de inmuebles. Su madre, mujer buena y animosa, nacida en los Estados Unidos, había regentado en su juventud una escuela primaria, adquiriendo de esta suerte algunos conocimientos rudimentarios de cálculo, literatura, escritura y dibujo que transmitió á su hijo, el cual, desde su más tierna infancia, mostró grandes deseos de instruirse, devorando cuantos libros, folletos, diarios y revistas podía leer gratis en las librerías y puestos de periódicos de Port-Huron.

Contaba apenas doce años cuando una noche llamóle su padre para decirle que había llegado el momento de que empezara á ganarse la vida y á hacerse hombre, á cual efecto le había encontrado una colocación como mozo de furgón de equipajes en el ferrocarril de «Canadá Central Míchigan,» encargado además de la venta de comestibles y periódicos entre los viajeros.

No le hizo mucha gracia al muchacho el oficio á que lo destinaban, pero en vez de formular sus objeciones limitóse á preguntar:

– ¿Cuándo debo partir?

– El primer tren pasa por esta estación á las siete y media de la mañana, respondióle su padre; partirás mañana á esa hora.

Y en efecto, al día siguiente, Edison tomó el tren y comenzó alegremente á desempeñar su cometido, cuidando de los equipajes y vendiendo durante el trayecto pasteles, sandwichs, frutas, cigarros, fósforos y periódicos.

Cuando hubo reunido unos pocos cuartos, contrató á otros dos ó tres chiquillos que vendieran por su cuenta y se instaló en su furgón entreteniéndose en leer los libros que había comprado con sus pequeñas economías. La casualidad puso en sus manos una traducción del *Tratado de análisis químico,* de Fresenius, y aunque poco sacó de él en claro, su lectura despertó en él tanta afición por aquella ciencia, que acabó por instalar en el furgón un pequeño laboratorio en donde hacía sus experimentos. Desgraciadamete, en uno de éstos inflamóse un frasco de azufre que prendió fuego al vagón; el conductor del tren pudo apagar el incendio; pero furioso por aquella aventura que hubiera podido tener tan fatales consecuencias, arrojó por la ventanilla el laboratorio ambulante y aplicó una correción manual al pobre químico.

No disminuyó por esto su afición al estudio, y en las paradas de alguna importancia que hacía el tren en ciertas estaciones dedicábase á recorrer los talleres mecánicos, las imprentas, las oficinas de telégrafos y las bibliotecas. Así fué adquiriendo una instrucción científica que completó con las lecciones de telegrafía que le enseñó un jefe de estación, á cuyo hijo había salvado la vida Edison, con exposición de la suya.

Ganoso de notoriedad y de fortuna, concibió el proyecto de confeccionar un periódico para los viajeros, y en efecto, no tardó en publicar el *The grant Trunk Herald,* que él solo redactaba, componía, corregía y tiraba con material de imprenta de desecho que había adquirido á bajo precio. Gracias á su espíritu de iniciativa y á su ingenio, el periódico llegó á llamar la atención y tuvo cierta prosperidad, lo cual le animó para hacerse periodista en serio, fundando en Port-Huron el *Paul Pry,* periódico de escándalos, de crítica despiadada y de indiscreciones de toda índole sobre la vida privada, que murió, por decirlo así, de muerte violenta cuando cierto sujeto ofendido, topándose un día con Edison lo arrojó, sin encomendarse á Dios ni al diablo, al mar, de donde pudo aquél salir gracias á su habilidad natatoria.

Escarmentado por aquella aventura, abandonó el periodismo y solicitó y obtuvo una plaza de telegrafista en el ferrocarril de Míchigan: al poco tiempo era un manipulador de primer orden, pero también el peor de los empleados, pues preocupado únicamente por sus trabajos personales no se cuidaba para nada del servicio. Una noche el director de los telégrafos del Canadá, para obligarle á no moverse de su puesto, le ordenó que, además del servicio ordinario, cada media hora telegrafiara una palabra, que le indicaba, á la estación vecina. Edison, que pensaba dedicar aquella noche á otras cosas, improvisó un pequeño aparato que, combinado con las agujas del reloj, telegrafiaba automáticamente cada treinta minutos la palabra ordenada y abandonó tranquilamente la estación.

Su tentativa para establecer una comunicación telegráfica entre dos trenes en marcha tuvo un éxito desgraciado, no por culpa suya ni de los aparatos, sino por torpeza del que colocó uno de éstos; á pesar de lo cual llamó la atención de todos los maquinistas de los Estados Unidos. Pocos meses después, Edison comenzó á hacerse célebre en Nueva York: la compañía de la Unión de los telégrafos del Oeste nombróle su ingeniero, con un gran sueldo, y muy pronto construyóse expresamente para él el magnífico laboratorio de Menlo-Park, poniendo á sus órdenes un verdadero ejército de ayudantes y de empleados de probada inteligencia.

¿Hemos de enumerar los asombrosos inventos que de allí han salido? ¿Para qué si están en la mente de todos? Basta citar el nombre de Edison para que todo el mundo asocie á él, aparte de multitud de perfeccionamientos utilísimos, dos de las más grandiosas creaciones de la ciencia moderna: el fonógrafo y la distribución de la energía eléctrica para el alumbrado por el sistema de incandescencia.

Hace tiempo que Edison está trabajando, según se dice, en el problema de la transmisión de las imágenes á grandes distancias, invento que, de realizarse, sería la mejor coronación de los asombrosos descubrimientos debidos al ilustre electricista.

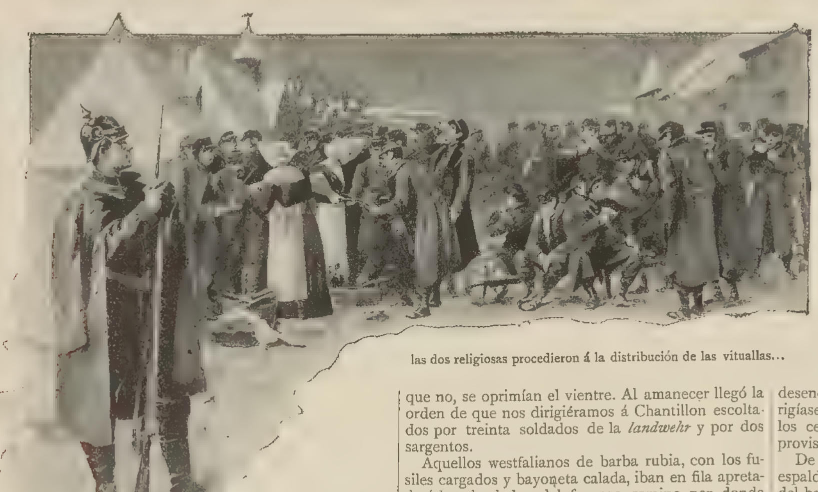


Thomas A Edison

¿Será esta la sorpresa que reserva para la próxima Exposición Universal de París?

Una anécdota para terminar.

El día de su boda con María Stilvell, linda obrera de una fábrica de Newark, Edison, al salir de la iglesia, condujo á su esposa á su *cottage,* situado cerca de los talleres de Menlo-Park, y le pidió permiso para dejarla por breves instantes, pues tenía que terminar un experimento importante, prometiéndole que estaría con ella y con los convidados á la hora del banquete. Sucedía esto á mediodía y transcurrió la tarde y se celebró la comida sin que el novio pareciera. Fué preciso que los asistentes á la boda fueran á buscarle al laboratorio: Edison, abstraído en sus trabajos, habíase olvidado de su casamiento. – X.



las dos religiosas procedieron á la distribución de las vituallas...

SOR ODILA

Una tarde, á mediados de octubre, el guarda general Martelot y yo regresábamos al pueblo por el bosque de Charbonniere. Martelot, alto, flaco, esbelto como un resalvo, con su bigote y su perilla rojos, la nariz remangada y el kepis ladeado, fumaba taciturnamente su pipa siguiendo una senda estrecha en pleno monte tallar.

Iba yo detrás de él, pisándole los talones, prestando oído á los rumores confusos que alegran los bosques en aquella estación en que los habitantes de las aldeas vecinas acuden á recoger los bayucos. Ya se oían prolongados llamamientos de voces femeninas, ya el estrépito de las ramas vareadas, ya la crepitación de los bayucos que como granizo caían sobre las blancas sábanas extendidas al pie de las hayas. Ese ruido ligero, alado, incesante, armonizaba perfectamente con la caída de la tarde, con la niebla del otoño que envolvía en azulado humo las lontananzas de aquel paisaje medio desnudo de hojas.

En el momento en que desembocábamos en la encrucijada de la Belle-Etoile, cruzáronse con nosotros dos hermanas de la Doctrina que también habían ido á recoger bayucos y que volvían llevando alternativamente una alforja llena de aquellas útiles simientes triangulares con las cuales se hace un excelente aceite. Con gran sorpresa mía, Martelot, que es muy poco comunicativo, se detuvo para saludar á las dos religiosas y cambiar con ellas algunas palabras.

Cuando volvió á juntarse conmigo, las dos papalinas blancas y negras se hundían ya en la brumosa obscuridad de una avenida.

Martelot encendió su pipa apagada y me dijo, entre chupada y chupada:

—No soy muy aficionado á cosas de iglesia, pero profeso gran estimación á esas buenas hermanas y nunca dejo de saludarlas, recordando á una de sus compañeras en quien admiré el más hermoso ejemplo de abnegación y fuerza de carácter... ¡Singular aventura!.. Cuando pienso en ella, todavía siento que se me pone la piel de gallina.

Sucedió no lejos de aquí durante la guerra con Prusia. Vivía yo entonces en Fontaine-Française, en casa de mis padres, y formaba parte de los movilizados de la Côte-d' Or. El día 21 de febrero de 1871, Manteuffel, que preparaba su incorporación á las fuerzas de Werder, había lanzado sobre Dijon las tropas del general Kessler. Durante el combate, que se efectuó á un kilómetro de la población, caí en una redada y fuí hecho prisionero con otros cincuenta móviles del Sonne. Lleváronnos primeramente á Messigny, en donde estaba alojado uno de los regimientos de Kessler y en donde pasamos la noche tiritando de frío en una pradera pisoteada por los caballos. Los que habían conservado algo de sus provisiones comían un bocado para matar el tiempo; los que no, se oprimían el vientre. Al amanecer llegó la orden de que nos dirigiéramos á Chantillon escoltados por treinta soldados de la *landwehr* y por dos sargentos.

Aquellos westfalianos de barba rubia, con los fusiles cargados y bayoneta calada, iban en fila apretada á los dos lados del fangoso camino por donde chapoteábamos nosotros, atontados, transidos, en un estado lamentable, como rebaño que se lleva al matadero. Cuando algún rezagado se quedaba atrás, un culatazo en los riñones le obligaba á volver á las filas. Los westfalianos se divertían con nuestras caras extenuadas, y de cuando en cuando, con risotadas groseras, nos gritaban: *¡Capout, Franzosen, capout!..*, lo cual no era muy á propósito para tranquilizarnos. Algunos afectaban una compasión hipócrita, y cuando veían en los campos alguna granja incendiada, movían la cabeza murmurando: «¡La guerra..., qué desgracia!» A veces el camino se deslizaba encajonado entre las lindes de los bosques, cuyos robles habían conservado sus hojas secas: entonces las dos filas de la escolta nos apretaban más de cerca, y los soldados, temiendo una emboscada de los franco-tiradores, dirigían á derecha é izquierda miradas ferozmente inquietas, y entre votos lanzados en alemán nos ordenaban que apresuráramos el paso. Un viento noroeste empujaba sobre nuestras cabezas grupos de grises nubarrones, y de cuando en cuando algunos copos de nieve rozaban nuestras mejillas. En los desnudos campos, los cuervos emprendían su vuelo graznando, daban vueltas en el aire y se dejaban caer cien metros más allá. Aquellas lúgubres bandadas de pájaros y aquel cielo de nieve contribuían á aumentar nuestro ansioso malestar. Las aldeas que atravesábamos parecían desiertas; apenas si detrás de una cortina tímidamente levantada, vislumbrábamos, aquí y allí, un semblante pegado á los cristales que desaparecía al ver los uniformes alemanes.

Después de tres días de marcha, hicimos alto en Recey y nos dejaron en la plaza del pueblo, delante de la alcaldía y de la casa escuela. Algunos aldeanos, principalmente mujeres, agrupábanse detrás del cordón de centinelas y nos dirigían silenciosas miradas llenas de compasión; las más atrevidas intentaban hablarnos, pero los westfalianos las rechazaban bruscamente. Toda comunicación con las gentes del país estaba severamente prohibida, y aunque nos sentíamos medio muertos de hambre, nadie podía ofrecernos un vaso de vino ni un pedazo de pan.

Sólo se hizo una excepción en favor de las religiosas: únicamente éstas podían entregar á los prisioneros de guerra los socorros que algunas almas caritativas nos enviaban. Las hermanas de la escuela de Recey no dejaron de aprovechar el permiso, y en cuanto supieron que estábamos allí se presentaron en la plaza cargadas con pesadas cestas de provisiones.

Eran dos y llevaban el hábito de las hermanas de la Doctrina cristiana, papalina blanca debajo de la negra toca; ancho peto almidonado, y saya negra de falda y mangas amplias. La más joven, que parecía la superiora y á quien su compañera llamaba respetuosamente Sor Odila, era de rostro tan blanco como su papalina, de facciones finas, de ojos pardos velados por largas pestañas y modestamente inclinados hacia el suelo. Su semblante enérgico y dulce, inteligente, con un no sé qué de castamente ingenuo, producía la impresión de una deliciosa flor silvestre.

Cuando estuvieron entre nosotros, las dos religiosas procedieron á la distribución de las vituallas, pronunciando muy pocas palabras, pero demostrándonos su buena voluntad. Muy pronto pudimos calmar nuestra hambre con pan tierno y carne fría, y satisfecha esta necesidad, todos alargamos nuestros vasos hacia las botellas de vino clarete que descorchaba la más vieja de las religiosas. A excepción de los centinelas destinados á nuestra custodia, los demás soldados se habían desparramado por la plaza y la vigilancia andaba un tanto descuidada. Los sargentos habían entrado en la posada; algunos soldados contemplaban el escaparate de un relojero y miraban codiciosamente los relojes en él expuestos; otros se empujaban alrededor de un barrilito de aguardiente cuyo contenido trasegaban á sus estómagos.

Nosotros, por nuestra parte, mascábamos de firme sin dar paz á las mandíbulas: sólo uno parecía desganado, un pequeño bisoño flaco y pálido que parecía flotar dentro de su capote gris; no había probado siquiera el pan y parecía rendido de cansancio. Su rostro desencajado, su mirada febril y como extraviada, dirigíase alternativamente á las relucientes bayonetas de los centinelas y á Sor Odila que vaciaba su cesta de provisiones.

De pronto, mientras los centinelas se volvían de espaldas invenciblemente hipnotizados por la espita del barrilito de aguardiente, vi al bisoño deslizarse con la ligereza del lagarto hacia donde estaba Sor Odila, levantar la amplia saya negra y desaparecer debajo de ella.

Fué cosa de un instante y nadie se percató de ello, salvo algunos de nosotros que nos quedamos asombrados y con la boca abierta, sin atrevernos á chistar.

Yo mismo estaba estupefacto y pensaba estremeciéndome:

«¡Desgraciado!.. La hermana va á gritar y los prusianos le fusilarán... Esa gente no juega con la disciplina y la decencia, y no perdonará á ese mozo que haya tratado de escaparse tomando por escondite las sayas de una religiosa...»

Esperaba que se produciría algún escándalo terrible é involuntariamente cerré los ojos; pero como nada oía volví á abrirlos casi en seguida y los fijé en Sor Odila.

La religiosa no se había movido siquiera; sólo un ligero rubor teñía sus pálidas mejillas. Sus ojos, clavados en el suelo, nada dejaban traslucir de lo que en su alma pasaba, pero la impasibilidad de su busto contrastaba con la precipitación nerviosa con que registraba el fondo de su cesta vacía: su toca agitábase á impulsos de un temblor interno.

Contemplé á la pobre joven con un sentimiento mezcla de estupor y de admiración, y pensé, para mí, que por muy pequeño que fuera el bisoño y por holgadas que fuesen las sayas de la religiosa no que-



Sor Odila

daba mucho espacio debajo de aquella falda de rectos pliegues, y que para permanecer en su escondrijo el muchacho había tenido necesariamente que rodear con sus brazos las piernas de Sor Odila. Imaginábame la cruel perturbación que aquel contacto masculino había de producir en el corazón de aquella vir-

gen, los terrores y la indignación piadosa de la mujer y de la monja durante aquella violación de lo que en ella había de pudor íntimo.

Una mujer de mundo habría gritado desaforadamente y se habría desmayado de vergüenza; ella permaneció impasible, diciéndose, sin duda, que se trataba de salvar una vida humana é imponiendo heroicamente silencio á los espantos de su sexo y á los escrúpulos de su fe religiosa.

Todavía me parece verla en medio de la fangosa plaza, pálida, bajos los párpados y destacando su casta sombra negra sobre la puerta verde de la tienda del relojero. Os juro que mis compañeros y yo sentíamos emoción y respeto profundos ante aquella maravillosa energía de alma.

¡Worwaerts! (¡adelante!), gritó el feldwebel saliendo de la taberna. Los soldados recogieron las armas; restableciéronse las filas y nos pusimos en marcha precipitadamente, porque íbamos rezagados. Al llegar á la esquina de la calle volvíme para mirar hacia la plaza: Sor Odila no se había atrevido á moverse y todavía ocultaba debajo de las sayas al movilizado que le debió la libertad y la vida. Cuando el último soldado prusiano hubo desaparecido por la revuelta de la carretera, la religiosa, sonrojada, condujo á su protegido á casa de un aldeano que le prestó ropa de paisano, pudiendo, así vestido, llegar hasta Dijon al través de los bosques.



Monumento á Goethe en Berlín, obra de Schaper

Desde aquel día – añadió Martelot en un tono del más absoluto convencimiento y sacudiendo la ceniza de su pipa – siento verdadera veneración por esas papalinas blancas, y opino que en punto á abnegación y á energía moral esas santurronas están muy por encima de nosotros.

ANDRÉS THEURIET

CAFÉ ECONÓMICO

BUÑUELOS, AGUARDIENTE Y CHOCOLATE

Los cafés populares, que de algún modo hemos de apellidarlos para distinguirlos de los aristocráticos, son antiquísimos en Madrid.

No podremos asegurar si son los hijos ó los padres de aquellos tan gráficamente descritos por Moratín en su comedia *El Café,* por D. Antonio Flores en su *Ayer, Hoy y Mañana,* ó por Mesonero Romanos en *El Curioso Parlante.*

Dios nos libre de afirmar si son anteriores ó posteriores á las famosas botillerías de Canosa en la Carrera de San Jerónimo, ó de Pombo en la calle de Carretas.

Lo que sí diremos es que frente á los orgullosos y elegantes de Fornos, el Suizo, el Oriental, Levante y el Inglés, se alzan los populares de las calles de Toledo, Esgrima, Ciudad-Rodrigo y Jacometrezo.

Si en los primeros se almuerza y se cena, en los segundos se cena y se almuerza también.

Fornos, el Suizo, el Inglés y el Oriental brindan al exigente *gourmand* con platos delicados y viandas exquisitas.

Los populares ofrecen á estómagos menos exigentes y á bolsillos menos repletos churros grandes y pequeños, abiertos y cerrados, bolas de tres clases, buñuelos anchos, tortas y combros, acompañados del indispensable aguardiente que algunos mal intencionados, de esos que nunca faltan, han bautizado con el gráfico nombre de *bala rasa,* suponiendo que sus efectos son tan mortíferos como una bala de Mauser.

Los locales que los cafés populares ocupan son pequeños, generalmente hablando, y desde las primeras horas de la tarde hasta las últimas de la mañana suelen verse llenos de gente.

Algunos, y este es el colmo de la elegancia, sirven chocolate al parroquiano que lo pide.

El ajuar no puede ser más modesto.

Mostrador de mármol ó cinc sobre el que se alza el verdadero modelo de la torre *Eiffel,* la monumental y antigua máquina de café.

La caldera para los buñuelos, cuyo *exquisito* olor al aceite frito gozan por igual todos los concurrentes y les excita á pedir la bola, el buñuelo ó la rueda.

La *churrera* y la *combrera,* especie de jeringas con el punto de salida en forma de estrella para que la masa al salir tome la forma del churro ó del combro.

La espolvorera, que espolvorea un azúcar obscuro y tan brillante que algunos espíritus pequeños han supuesto que es arena.

Un pequeño aparador en el que se ven juntas algunas botellas de aguardiente, que el dueño supone ser de Ojén, Badalona ó Chinchón, aunque es seguro que no ha nacido en ninguno de estos tres puntos.

Algunos veladores de mármol y mesas de madera que podrán ser viejos y cojos, pero en cambio no están limpios.

Un humo que cubre á los parroquianos, como un manto protector, y que ha dado á las paredes, blancas en otro tiempo, un tinte obscuro, aumentando las tinieblas del local que no bastan á disipar algunos quinqués de petróleo ó algunos mecheros de mortecino gas, produciendo una atmósfera tan espesa que, según la frase vulgar, podría cortarse con un cuchillo.

La concurrencia no puede ser más variada.

Obreros que van á su trabajo.

Soldados que esperan á sus novias.

Criadas, doncellas y niñeras.

Gentes de la clase media, que por no tener otro albergue consideran la buñolería como su propia casa y prolongan su estancia en ella hasta que el dueño ó la dueña les llaman al orden.

Maestras... en toda clase de negocios.

Maestros... en todo género de oficios.

Sibaritas que encantados con aquella pócima que un médico orgulloso de su ciencia, quizá supusiera maléfica, se toman dos y tres vasos de exquisito café con su correspondiente docena de *curuscantes* buñuelos, como los llamó el ilustre sainetero D. Ramón de la Cruz.

Chulas que van á ver y á ser vistas.

Golfos que acuden á ver lo que se cae.

Rateros que acuden á ver lo que se encuentran.

Niños que antes, y como condición precisa para ir á la escuela, exigen á sus madres el deseado churro.

Señoritos cursis, con sus puntas de flamencos y sus ribetes de perdidos.

Madrugadores que no madrugan, puesto que han pasado allí toda la noche.

Cambiantas... que sólo cambian miradas.

Trasnochadores por costumbre y por afición.

Mozos de cordel y traperos.

Una sociedad abigarrada.

Un conjunto heterogéneo.

Cierto que el local convida, sobre todo á los que no tienen casa ni hogar, á permanecer en él.

Por raro que parezca, las noches de mayor concurrencia son la alegre de San Juan y la triste de los difuntos.

> «Noche que por costumbre inveterada — deben solemnizarse las tertulias — con puches y buñuelos y castañas...»

como dijo el poeta.

Cuentan los maliciosos, los murmuradores, los que de todo critican, que el café que se toma en los populares ha servido ya en algunos de los aristocráticos... ¡Pero se dicen tantas cosas!

También del *te* que nos llega de la China se dice que antes de venderlo en los grandes almacenes como *extra* ó *clase superior,* ha servido en las delicadas tazas de los mandarines, y en las soberbias porcelanas de los lores ingleses.

También se dice que en las buñolerías endulzan el café con miel negra ó silvestre; y otros, más exagerados, afirman que con regaliz.

Pero váyale usted con estos distingos á los verdaderos aficionados, ó á los pobres necesitados.

El hecho es que por cinco céntimos (vaso pequeño) ó por diez (vaso grande) puede un hombre proporcionarse un café con ó sin leche, y por veinte con panecillo, ¡que es el *summum* de la gastronomía!

Los diálogos que allí se oyen, las palabras que se escuchan y las conversaciones que se sostienen no pueden ser más gráficos.

Oigámoslos.

— Mujer, dale de comer, dice una golfa á su compañera, mientras vacía su vaso.

— Anda y que coma cordilla.

— ¡Pero si estás *chalá* por él!

— ¿*Chalá* yo... y por un boceras?

— Y *na* más.

Un trapero y una basurera que se tropiezan en la puerta se dirigen el siguiente saludo:

— Adiós, primo.

— ¡*Mia* que primo tuyo!

— Mío no, de Manquinley.

— Anda de ahí, sin vergüenza, dice á un soldado una moza de rompe y rasga.

— Pues no te creas que toda mi familia ha sido as...

— Pero ¿me juras ser fiel?

— Que se muera el primero que pase por la calle si te engaño.

En esto aparece en el café un grupo de chulas, cuya presencia causa cierta impresión en los demás concurrentes.

— ¡Vaya usted con Dios, buena *persona*!

Olé, y qué hechuras me gasta *uste,* joven...

No me dé usted jaqueca, dice una.

¡*Bee*!.., las mujeres barbianas.

Fruta como esta no se *embanasta,* contesta otra de ellas riendo.

— ¡Vivan los buenos andares!



RETRATO, por Mariano Fortuny (Exposición de Bellas Artes de Venecia)

– Buenos días, dice un espadista sentándose á una mesa ocupada por otros parroquianos. ¿Es verdad que llueve?

– Por mí que caiga el agua hasta que se pueda beber de pie.

– ¡Hacéis algo!

– *Naita*... ¡Si este gobernador se ha *empeñao* en que nos muramos de hambre! Oye, ¿me compras un *reloje?*

– ¿De cuándo?

– De ahora, fresquito. Es de plata, míralo.

– Quitá allá, si es de latón.

– ¡Habrá tío sinvergüenza, llevar relojes de latón *pa* comprometer á los hombres de bien!

– ¿Pago yo?, le pregunta una cigarrera, que ocupa una de las mesas más visibles, á su querido

– ¡Vaya una pregunta!

– Es que si te ofendes...

– Yo no me ofendo nunca con la razón. ¿Tienes un pitillo?

– Toma, dice la cigarrera alargándole por debajo de la mesa un mazo de cigarrillos y el portamonedas.

– Chico..., cobra, y tráete unas bolas, dice él con gran prosopopeya.

– *¡El País, La Correspondencia, El Libcral!*, grita una vendedora entrando.

– Dame *La Correspondencia*, exclama un zapatero de viejo que se halla cerca del mostrador con algunos amigos.

– ¿Te has hecho conservador?, le pregunta uno de ellos.

– Hace tiempo que soy *burgués*, como vosotros decís *pa* insultarnos.

– Dispensa Ma...nolo, que no lo sabía.

– ¿No lees tú *El País* y sigues tan revolucionario?

– Eso hasta la muerte.

– Pues te *predizgo* que los conservadores estamos muy *arraigaos* y que os vigilamos á *toos* los demagogos.

– *Pa* chasco; el mejor día ardéis. Y tú, chata, dice volviéndose á la vendedora, ¿no te avergüenzas de vender periódicos *escurantistas* que embrutecen al pueblo?

– ¡Anda, hijo, que me gastas un vaho!, exclama la vendedora saliendo del café.

EN LA GRANJA, cuadro de W. G. Hooper Esq., expuesto en el Palacio de Cristal de Londres. – Reproducción autorizada por el autor

– Lo que hace ese cabezota no es picar.

– ¿Que no pica?

– Es un mandria y un sinvergüenza.

– Pica menos que una guindilla.

– Que te calles, hombre.

– Ya no hay toreros.

– Ni toros.

– Estáis más locos que una tahona.

¡Toma!

– ¿A mí?

Y aquí se arma un tumulto espantoso, llueven las bofetadas, se enarbolan los garrotes, relucen las navajas, se rompen los vasos y las mesas se vienen al suelo con grande estrépito.

Pero esto es una verdadera nube de verano y no tarda en lucir el sol, ó como si dijéramos, en restablecerse la calma.

Esto es lo que podríamos llamar la *salsa del conejo*.

El dueño, sin abandonar su puesto, pregunta con la más perfecta tranquilidad qué es lo que ha sucedido.

– No es nada, le responde un chusco, es un militar de tropa que ha querido matar á su marido.

E. RODRÍGUEZ SOLÍS

NUESTROS GRABADOS

En la granja, cuadro de W. G. Hooper. – Sin gran esfuerzo puede apreciarse la bondad de este cuadro del celebrado pintor inglés Hooper, pues á la vista saltan, así la naturalidad con que está presentada la figura, como las bellezas del paisaje: una y otras revelan la mano de un artista experto en componer y hábil en ejecutar.

República Oriental del Uruguay.-Desembarco del presidente de la República Argentina D. Julio A. Roca en Montevideo. – El viaje del presidente de la República Argentina al Uruguay y al Brasil ha dado origen á muchos comentarios. Han supuesto algunos que de esta excursión puede salir una alianza ofensiva y defensiva entre las tres repúblicas sudamericanas, concertada con el propósito de oponerse, si llegara el caso, á los ambiciosos planes de los Estados Unidos. Creen otros que el viaje no ha de tener consecuencias tan trascendentales y que el resultado del mismo será más bien económico que político-militar. De todos modos, el hecho reviste importancia, pues es general la opinión de que la visita del general Roca es algo más que un acto de cortesía. Por esta razón resulta una actualidad interesante el grabado que publicamos, reproducción de una fotografía de D. Jesús Cubela, que nos ha sido remitida desde



REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY. – DESEMBARCO DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA ARGENTINA D. JULIO A. ROCA EN EL DESEMBARCADERO DE LA COMANDANCIA DE MARINA DE MONTEVIDEO (de fotografía de D. Jesús Cubela, remitida por D. Francisco Boeri)



POMONA MODERNA, cuadro de Francisco Gioli



LAS DOS MADRES, escultura de Enrique Epler [illegible]

Montevideo por D. Francisco Boeri, á quien damos gracias expresivas por su atención. El general Roca desembarcó en el desembarcadero de la Comandancia de Marina de la capital uruguaya, en donde fué recibido solemnemente por el presidente de la República D. Juan Lindolfo Cuestas, á quien acompañaban el gobierno y autoridades y representantes de las corporaciones de Montevideo.



CONFLICTO ENTRE INGLATERRA Y EL TRANSVAAL. – El buque *Braemar Castle* con el primer contingente de tropas inglesas que desembarcó en Durbán (de fotografía de S. Cato, Durbán)

Conflicto entre Inglaterra y el Transvaal.— Las negociaciones diplomáticas comenzadas en Bloemfontaine, la capital de la República de Orange, entre el presidente Kruger y Mr. Milner, representante inglés, y continuadas después entre el gabinete de Londres y el gobierno de Pretoria, no han dado resultado alguno. Inglaterra quiere á todo trance apoderarse del Transvaal con el derecho del más fuerte y por la misma razón que el lobo de la fábula adujo para comerse al inocente cordero. Para realizar sus ambiciosos propósitos está acumulando fuerzas y material de guerra en los territorios limítrofes de la república de los boers; éstos, por su parte no se descuidan y se aperciben á defenderse con el ardimiento de un pueblo rico y floreciente que ve amenazada su independencia. Según datos oficiales, el Transvaal puede poner en pie de guerra un ejército de 35.000 hombres; este contingente, los 15 ó 20.000 soldados del Estado de Orange, que se ha puesto resueltamente al lado de los transvaalenses y los 4 ó 5.000 que pueden proporcionar los elementos alemanes, holandeses é irlandeses en aquellos territorios establecidos, forman una fuerza respetable que los ingleses no vencerán fácilmente, si es que llegan á vencer. Inglaterra tendrá que luchar en territorio ajeno, lo cual siempre es una desventaja, sobre todo cuando el territorio está situado lejos, y habrá de combatir contra una nación todos cuyos hijos, desde los jóvenes de catorce años hasta los más viejos, están dispuestos á morir en defensa de su patria. Cuenta además el Transvaal con las simpatías de todas las potencias que no pueden mirar sin recelo la absorbente é injusta política inglesa, y quién sabe si cuentan también con el apoyo moral y material de alguna nación que quiere de una vez acabar con esta situación tirante é insostenible que Inglaterra, haciendo de *coco*, ha creado y mantiene en Europa. Algo habrá influído todo esto en el ánimo de los ingleses, pues su prensa y su diplomática no se encuentran hoy tan arrogantes como hace algunos días, y al *ultimatum*, ha poco enviado á Pretoria, han sucedido nuevas negociaciones. ¿Tendremos una nueva edición del enano de la venta? Sería curioso que lo que no han podido lograr las potencias de primer orden lo consiguiera la microscópica república sudafricana, metiendo el resuello en el cuerpo á la que hasta ahora ha tenido atemorizados á los poderosos.

Desamparados, cuadro de Alejandro Milesi.— Uno de los grupos más importantes en que se dividen los artistas italianos es indiscutiblemente el veneciano, que se distingue por la viveza del color, por el encanto especial de la factura y por la facilidad de ejecución. Los pintores venecianos tienen la ventaja de poder contemplar continuamente uno de los espectáculos más originales del mundo, el que ofrece la bellísima perla del Adriático con sus canales, sus góndolas, sus vetustos palacios, recrear sus ojos y estudiar á fondo el arte en las preciosas joyas que en sus edificios y museos se encierran y de poder alimentar su espíritu con los recuerdos, leyendas y tradiciones que á la historia de Venecia van unidos. Entre los pintores que de ese grupo forman parte ocupa lugar preeminente Alejandro Milesi, que á las cualidades indicadas une un gran sentimiento dramático, una observación profunda y un vigor en la pincelada que es la mejor revelación de su genio. El cuadro que de él reproducimos y que fué muy celebrado cuando se expuso en el último certamen artístico en Venecia celebrado, es de un realismo hermoso; su contemplación quebranta el ánimo más esforzado y el más indiferente ha de sentirse emocionado al ver á aquella infeliz madre que vencida por el infortunio parece querer buscar en el fondo del canal el reposo de la muerte para ella y para las dos inocentes criaturas como ella sumidas en el mayor desamparo.

Monumento á Goethe en Berlín, obra de Schaper.—Alemania acaba de celebrar con grandes festejos el 150.º aniversario del nacimiento de Goethe. Resulta por consiguiente de actualidad el hermoso monumento que en 1880 se inauguró en Berlín para perpetuar la memoria del inmortal poeta y que se alza en una de las principales plazas de la capital de Prusia. El autor de este monumento, Federico Schaper, nació en Alsleben en 1841, estudió en la Academia de Bellas Artes berlinesa y trabajó en el taller de Wolff desde 1860 á 1867 en que empezó á trabajar por su cuenta. En 1872 presentó en el concurso abierto para un monumento á Goethe el proyecto que fué premiado y cuya ejecución se le encomendó: esa obra, como puede verse por el grabado que publicamos, reviste verdadero carácter monumental, y sus figuras, hábilmente colocadas, tienen un corte clásico que se ajusta perfectamente á la idea que presidió á su erección. Además de éste ha ejecutado Schaper los monumentos de Lessing y de Gauss que se admiran en Hamburgo y Brunswick respectivamente.

Retrato, por Mariano Fortuny. — No es muy común en bellas artes que el hijo de un gran artista sea continuador de las glorias de su padre: raros son los ejemplos que de ello nos ofrece la historia, pues por lo general los hechos demuestran que el genio de un pintor eminente no se transmite á la siguiente generación. El autor del retrato que reproducimos es una excepción de esta regla: su apellido es el de una de las más grandes y legítimas glorias de nuestra patria, y á juzgar por el éxito obtenido en el último Salón de París y en la exposición celebrada en Venecia en el presente año, el joven Fortuny es digno émulo del malogrado autor de *La Vicaría*. Pertenece Mariano Fortuny, residente hace muchos años en Italia, á la escuela veneciana, de la cual hemos hablado en una de las anteriores descripciones, y ocupando, como ocupa en ella uno de los primeros puestos, cabe aplicarle en su integridad lo que acerca de esa escuela hemos indicado. Su retrato de dama en traje del Directorio, está trazado dentro del estilo elegante y con la amplitud de pincelada que las modernas tendencias han impuesto á este género pictórico, y ostenta la soltura y la naturalidad con que el buen gusto y aun la lógica han reemplazado la afectación de los retratos de otras épocas.

Las dos madres, escultura de Enrique Epler. – Muchos son los pintores y escultores de todos tiempos que han tomado como asunto para sus obras el Diluvio Universal: en él ha inspirado también el escultor de Dresde Enrique Epler su hermoso grupo *Las dos madres*. Una pequeña roca surge en medio de las aguas que por todas partes la azotan; una mujer con su hijo en brazos ha encontrado refugio en ella, pero también una tigre ha visto en el peñasco la única salvación para ella y para sus cachorros. Entáblase entre una y otra una lucha terrible; dos de los pequeños tigres han desaparecido entre las aguas, y la madre con el tercero en las fauces agárrase fuertemente á la peña para escalarla, mientras la otra madre, oprimiendo á su hijo sobre su pecho, hace un desesperado esfuerzo para rechazarla. Esta escena, eminentemente dramática, ha sido modelada con tanta verdad y de una manera tan grandiosa que la contemplación del hermoso grupo llega á infundir terror: este es el mejor elogio de la obra de Epler que fué unánimemente admirada en la última exposición de Bellas Artes celebrada en Dresde.

Pomona moderna, cuadro de Francisco Gioli. – Caracterízanse los cuadros del notable pintor toscano Francisco Gioli por la finura y delicadeza del colorido, por la corrección del dibujo y por la gallardía, naturalidad y elegancia de las actitudes en que coloca sus figuras. Atento á las bellezas de forma, desdeña los procedimientos violentos y las innovaciones atrevidas, y de este modo consigue pintar obras tan encantadoras como *Pomona moderna*, hermoso lienzo cuya contemplación hace surgir en nuestra mente la idea de la placidez de los campos, poblados de árboles, cubiertos de flores, iluminados por un sol espléndido que destaca sobre un cielo de azul purísimo y alegrados por el canto de los pájaros.

En el vivac, cuadro de Guillermo Diez. – El pintor Guillermo Díez es uno de los artistas veteranos de Alemania, de fama más sólidamente asentada. A pesar de sus años, pinta con el mismo vigor que cuando joven y trabaja como en sus mejores tiempos, concurriendo á cuantas exposiciones se celebran en su patria y aun á muchas de las que fuera de ella se verifican: en la de Munich, del presente año, expuso el cuadro que reproducimos, demostración elocuente de que su genio, lejos de decaer con la edad, parece cada día más vigoroso.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—PARÍS. – El año que viene se inaugurará en París un monumento dedicado á Ambrosio Thomas que se erigirá junto al pequeño lago del parque Monceau. Representará á Ofelia arrodillada y cogiendo flores, y cerca de ella, apoyado en una roca, al célebre compositor envuelto en holgada capa y fijando su soñadora mirada en la figura de la desventurada prometida de Hámlet.

Teatros.— La policía de Ems ha permitido la representación de la comedia *Zazá* con la condición de suprimir la escena escabrosa del primer acto.



CONFLICTO ENTRE INGLATERRA Y EL TRANSVAAL. – Un boer con sus diez hijos equipados para el servicio de campaña

Necrología. – Ha fallecido:

Guillermo Amberg, notable pintor de género y paisajista alemán.

Teodoro Barón, pintor belga, director de la Academia de Bellas Artes de Namur.



Pero puso el pie en falso sobre una piedra, resbaló en el moho húmedo y se torció un tobillo

CORAZÓN DE SACERDOTE

Novela original de H. S. de Forge. – Ilustraciones de Marchetti

(continuación)

¡Gracias, gracias, querido colega!... Estaba seguro; pero es menester que cumpla toda mi misión... La pobre mujer me ha mandado llamar. No nos veíamos desde que..., desde que me negué á ayudarla en lo que quería hacer contra usted. He ido en seguida..., ya comprende usted..., la caridad. He tenido la suerte de reconciliarla con Dios y entonces me ha dicho..., son sus palabras: «Ruego á usted que vaya á pedirle su perdón y el de su madre... Recuérdele todo el mal que he hecho.» Repito sus mismas expresiones; así me lo ha recomendado. «Quiero que me perdone sabiéndolo todo. He calumniado á su madre..., una mujer tan honrada..., he hecho circular acerca de ella perversos rumores, y entonces fué cuando su padre... Yo fuí quien le obligó á hacer lo que hizo, quien le trastornó la cabeza, la autora de todo. Y además, últimamente he querido hacer mal á ese hombre que es virtuoso, lo sé, y he procurado deshonrarle, siendo sacerdote y buen sacerdote, acusándole de cosas abominables... Y esa joven..., ¡una joven! Esto es odioso... Sí, he sido muy culpable..., pero ruéguele que me perdone en su bondad... No moriría tranquila y Dios no me perdonará si no alcanzo el perdón de Pablo.»

Pablo se había estremecido al oir la revelación de todas estas infamias. El P. Chavassieux repuso:

– Se arrepiente, se arrepiente sinceramente, querido amigo..., contrición perfecta... ¡Dios es bueno! Así es que, sabiendo, como ella lo deseaba, que usted la perdona por sí y por su madre y su padre..., puedo ir á decirle...

– Vamos, dijo Pablo levantándose.

– ¿Adónde?

– A casa de Mad. Descordes para concederle el perdón que me pide y que le doy con toda mi alma en nombre de mis padres y en el mío.

–¡Oh, vamos..., vamos pronto! ¡Dios es bueno y usted también, querido compañero!

–Aguarde..., podemos ganar tiempo, dijo Pablo acercándose á Mad. de Sennevaux que llegaba.

Dijo rápidamente algunas palabras á la condesa que llamó al punto:

Augusto, la victoria en seguida, sin perder un minuto.

Cuando el carruaje llegó á los pocos instantes, Mad. de Sennevaux se presentó de nuevo dispuesta á marchar.

–Señora condesa... ¡Ah, Dios mío!, balbuceó el vicario. No la había visto á usted..., ¡estoy tan turbado!..

–No perdamos tiempo..., marchemos, dijo madame de Sennevaux subiendo al carruaje.

–¡Cómo!.. ¿Usted viene también?

–Sí. Yo no tengo que perdonar, pero sí hacerme perdonar por esa pobre mujer á la que un día causé una gran humillación..., un cruel dolor.

–Es usted una santa!, exclamó el vicario.

Mad. Descordes conservaba aún el conocimiento y su rostro expresó un sentimiento de angustia cuando vió entrar en su cuarto á Mad. de Sennevaux y á Pablo. Su espíritu, fatigado por la fiebre, creyó ver entrar el castigo y la venganza. Pero al espanto sustituyó la alegría cuando oyó que Pablo le decía con voz dulce y lenta:

–Prima, vengo de parte de mi padre, de mi madre y de la mía á decirte cuánto nos apenan tus padecimientos y cuánto deseamos de todo corazón que terminen pronta y satisfactoriamente. Sólo tenemos para ti sentimientos de cariño sincero y confío en que pronto podrá venir mi madre...

–No, Pablo..., esto se acaba, balbuceó la moribunda; me voy..., pero ¡cuánto bien me haces!.. ¡Oh! Dime que los dos me perdonáis, Marta y tú... Y usted también, Mad. de Sennevaux... ¡Si supiera usted! ¡Perdón, perdón!

–Sosiégate, prima.., no sé á qué te refieres. Pero si es necesario, te perdono con todas las fuerzas de mi corazón en nombre de mis padres y en el mío.

Y arrodillándose á los pies de la cama, Pablo recitó en alta voz la oración por excelencia: «Padre nuestro que estás en los cielos...» Su voz, á la que la emoción comunicaba un acento penetrante, se elevó grave y solemne en medio del silencio cuando dijo: «Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores...»

Cuando hubo terminado, Mad. de Sennevaux se acercó y tomó una mano de Mad. Descordes.

–Y yo, le dijo, también pido á usted perdón por la pena cruel que le causé un día. Declaro ante los que me rodean que me arrepiento de ello y suplico á usted que me diga que no está resentida conmigo.

–¡Dios mío, Dios mío!, murmuró Mad. Descordes. ¡Y me pide perdón, á mí, que aún no hace muchos días!.. ¡Y Marta, y Juan y Pablo también me perdonan! ¡Angélica!.. ¡Dorotea!.. Mirad... Nunca hemos comprendido la caridad... ¡Es esta!

Tales fueron sus últimas palabras. El P. Chavassieux dijo las preces de los difuntos, respondiéndole Pablo, y Mad. Descordes falleció en una atmósfera de misericordia y de paz gracias á aquellos á quienes, en vida, persiguió con su odio.

Adalberto estaba también muy inquieto por el estado de salud de Mad. Descordes, é ignorando lo que pasaba, había ido á Jouy para adquirir noticias, cuando vió el carruaje de Mad. de Sennevaux parado á la puerta.

Detúvose sumamente turbado. Tenía por costumbre referirlo todo á sí mismo y estableció al punto un vínculo entre sus intereses y aquella visita extraña á una familia cuyo nombre jamás se pronunciaba en Jouy. Asaltóle una sospecha que se confirmó cuando vió á la condesa y á Pablo salir juntos de la casa.

¿Qué significaba aquello? ¿Mad. de Sennevaux y el preceptor, de quien Mad. Descordes le había hablado tan mal, estaban en relaciones con ella y le hacían visitas misteriosas? En la quinta se había hablado aquella mañana del programa del día, y no se había dicho nada de tal entrevista. ¿No habría en aquello alguna intriga dirigida contra él? ¿No habría sido Mad. Descordes más que un agente hábil encargado de sorprender sus secretos, de impedirle obrar, prometiéndole emprender algo y no haciendo nada?

Ahora, la jugada estaba hecha. Mad. de Sennevaux iba á ver triunfante su ambición poniendo la mano en la fortuna de su prima y el cura cobrando su comisión, sin hablar de otras esperanzas que no podían confesarse.

Cada detalle confirmaba sus suposiciones. Desde su regreso á Ganneville había ido diez veces á ver á Mad. Descordes y jamás se le había recibido. Decían que estaba enferma... ¡Pretexto! Temía que se le hicieran reconvenciones bien merecidas... La prueba era que se encontraba bastante bien para recibir á la condesa y al cura. Sí; se había dejado engañar..., pero no estaba todo perdido... Él iba á obrar á su vez, y entonces verían.

Regresaba á Jouy haciendo estos comentarios, y á pesar de todo, inquieto por el resultado final por mucha que fuese su confianza en sí mismo, furioso contra todos y sin embargo satisfecho, en su orgullo, de sentirse tan temible que se fraguaran confabulaciones contra él. El carruaje se detuvo al pasar junto á él y Mad. de Sennevaux le invitó á subir. Prosiguieron el camino silenciosamente, cada cual entregado á sus reflexiones.

Sin embargo, Adalberto se aventuró á preguntar:

–¿Vienen ustedes de casa de Mad. Descordes? ¿Cómo sigue?

–Acaba de morir en nuestra presencia, contestó Pablo. ¡Pobre mujer! ¡Que Dios la haya perdonado!

–¿Acaso conocía usted á Mad. Descordes, señor Deruel?, preguntó Mad. de Sennevaux con extrañeza.

XIV

Cerca del lindero de los bosques y en un sitio arenoso limpio de maleza había extendido en el suelo un blanquísimo mantel. El mayordomo acababa de alinear en él los platos, los vasos, las fiambres, las botellas que Herald y cinco pequeños Belamys de varias edades iban á buscar con alegre y bulliciosa solicitud á los cofres del break que se había quedado en el camino. Las dos madres, las dos novias y la pequeña Mad. Belamy, siempre fresca, sonrosada y risueña, hacían con sus pañuelos señas de bienvenida á los cazadores que subían por la loma.

Roger y Ravaissón, que sin duda eran los que tenían más prisa, formaban la vanguardia; luego seguía todo un grupo: M. Jouvenot muy ufano porque aquel día había tirado como un ángel, según dijo á Pablo que había salido al encuentro de los Nemrods; el comandante Belamy, cuyos ojos acariciaban de lejos á su mujer y á sus hijos; M. Lechesne, un tanto envarado en su traje de pana nuevecito, con zapatos rubios que le molestaban un poco, pero muy satisfecho de verse admitido en la intimidad de las personas de la quinta. Adalberto cerraba la marcha, sofocado y caviloso.

Cuando los dos ejércitos se reunieron, aquello fué una explosión de felicitaciones, saludos, apretones de manos, gritos de los niños y preguntas por todas partes.

–¿Qué has matado, papá?

–¿Ha sido usted afortunado, Sr. Lechesne?

–¿Quién es el rey?

En medio de aquel bullicio, cada cual se instaló á su gusto, las mujeres sobre haces de leña y los almohadones del break, los hombres en el suelo y los niños tendidos boca abajo, postura que les parecía tan deliciosa como original. Atacaron todos los manjares á la vez entre risas, preguntas que habían quedado sin respuesta, relatos de las proezas hechas al mismo tiempo por cada uno de los cazadores y observaciones más repetidas que fructuosas de madame Belamy á su legión de diablillos.

Roger, con el falso pretexto de que no había bastantes platos, solicitaba la hospitalidad del de Lucila; Ravaissón, que derribó su vaso..., ¡oh, por casualidad!, cogía el de Mlle. Larivière, y el comandante, tan prendado de su esposa como dieciséis años atrás, pegaba mordiscos en su pedazo de pan.

Uno de los que estaban más contentos era Pablo. Había recobrado su sosiego. Desde que había pronunciado palabras de paz y misericordia en el lecho de muerte de Mad. Descordes, parecía que esta misericordia, piadosamente invocada por él, caía sobre su corazón cual rocío benéfico. Había desaparecido todo sentimiento personal; una sola impresión le dominaba: la bondad, y esos goces sencillos y francos, esa radiación que veía en todos los semblantes, esa satisfacción general de que había sido el primer autor, le impregnaban de una emoción dulce y tierna.

Cuando llegaron á los postres, el comandante Belamy, comensal de buen humor, gritó de pronto:

–¡Atención!.. ¡Por la derecha..., á besar!

Y dando él ejemplo, estampó un sonoro beso en la mejilla de Mad. Belamy, que lo recibió satisfecha; Roger, á fuer de soldado disciplinado, obedeció al punto; Mlle. Larivière presentó simplemente su frente á Ravaissón; Mad. de Sennevaux, volviéndose con arreglo á la voz de mando, besó á M. Jouvenot; M. Jouvenot besó al cura; los seis niños se besaron mutuamente, y Adalberto no besó á nadie, pues no tenía delante de él más que á M. Lechesne y aquella escena le parecía eminentemente ridícula y de mal gusto.

El incesante ir y venir de la fiera encerrada en una jaula, que busca perpetuamente y siempre en vano una salida, representa con bastante exactitud el estado del pobre secretario. Daba continuas vueltas en sus proyectos de cólera, pero todos venían á demostrarle una vez más su impotencia.

Harto conocía que ya no era posible pensar en romper el casamiento. ¿A qué, pues, continuar en Jouy? Se sentía fuera de su puesto. Allí se hablaba de amor, de bondad, de todo lo que ignoraba y menospreciaba. No puede negarse que todos se mostraban corteses con él, pero con una cortesía indiferente. Le habían invitado como hombre útil para acompañar á cazar á M. Jouvenot, ó para llevar las notas y las explicaciones de su primo á M. Lechesne, encargado de extender el contrato de boda. ¿Era este un papel digno de un hombre de su valía? Nadie se ocupaba de él. Roger ni siquiera parecía advertir su presencia; Mad. de Sennevaux le miraba con recelo desde el día en que se le había escapado decir que conocía á Mad. Descordes. Hasta Ravaissón, un administrador, un empleado doméstico, no le tenía todo el respeto debido.

¿No había tenido la audacia de preguntarle si era la cinta de la Legión de Honor la que llevaba en el ojal, y al saber que era la de Cambodje, regalo de un amigo del ministerio, le aconsejó que pusiera más visible la orla verde, pretendiendo que no se debía jugar con estas cosas?

No, aquella gente no era la suya, no estaba en su centro, y tenía ganas de marcharse, de dejarlos plantados para que se arreglaran como pudieran sin él. Sólo que, hasta para marcharse, se necesitaba tener la energía de adoptar un partido, y Adalberto recordaba por su carácter al cobarde de sainete que cantaba:

¡Aunque fuese para huir
Quisiera tener valor!

Además quedaba allí el cura; el cura, á quien le parecería muy duro dejar que triunfara sin haberse vengado de él de algún modo, sin plantar cuando menos, como una flecha del Parto, el relato de las aventuras de su madre, sin haber procurado al menos provocar su despedida. Podía presentarse alguna ocasión, ocurrir algún incidente fortuito para ello. Era preferible aguardar un poco más y soportar de todos modos aquel enojoso veraneo en que todo le desagradaba, las personas, las cosas y los sentimientos.

M. Jouvenot acababa de dar la señal de marcha. Se separaron con gran disgusto de los novios, que se despidieron como para una larga ausencia. Los cazadores volvieron á la llanura, y las señoras, los niños y el cura, dejando que el coche regresara de vacío, se metieron en el bosque para encaminarse á la quinta dando un largo rodeo.

No podía darse nada tan agradable como aquella arboleda en el hermoso tiempo de otoño. Los tallares ya amarillentos destacaban sus tintas vivas sobre los tonos obscuros de los pequeños pinos. Al pie de los corpulentos robles, el musgo, salpicado á trechos de hojas doradas, formaba una espesa alfombra en la que se hundían los pies. Caminaban silenciosos, casi con recogimiento, en medio de la calma imponente de los grandes bosques, apenas turbada por el grito de alguna urraca azorada, la voz ronca de dos grajos que se disputaban una bellota ó la fuga precipitada de algún gazapo molestado en su siesta.

De este modo llegaron por una suave cuesta á una cañada encajonada por la que, perdido entre espinos, corría con discreto murmullo un arroyuelo de escaso caudal. En cierto sitio había unas cuantas piedras mohosas que ofrecían un paso por el cual se aventuraron las mujeres, no sin algún miedo. Mad. de Sennevaux dió animosamente el ejemplo. El cura en una orilla y Herald en la otra, prestaban á las viajeras el apoyo de sus brazos. Mad. Jouvenot y madame Belamy pasaron sin tropiezo; Mlle. Larivière se apuntaló fuertemente en el socorro ofrecido y efectuó la terrible travesía lanzando ligeros gritos. Lucila, por puntillo, quiso pasar sin auxilio; pero puso el pie en falso sobre una piedra, resbaló en el moho húmedo y se torció un tobillo. Pudo sin embargo levantarse y llegar á la otra orilla atraída por todos los brazos; pero, una vez allí, le fué imposible dar un paso y se sentó, á punto de desmayarse.

¿Qué hacer en aquel apuro? Cada cual proponía una idea impracticable. Llamaron, gritaron, pero en vano; las voces se perdían bajo las bóvedas de los árboles; ni siquiera se oían los tiros de los cazadores. Pablo se brindó á ir á la quinta en busca de los criados; pero había más de tres kilómetros, y por de prisa que anduviera, entre ir y volver pasaría una hora larga. El día iba concluyendo y Lucila sufría cada vez más.

–No hay más que un medio, dijo la enérgica madame Sennevaux; ¡llevémosla!.. Nos relevaremos.

Herald la cogerá por las piernas, yo por los hombros y de este modo saldremos al lindero del bosque, desde donde podremos hacernos oir.

Así se hizo. Pero á los cien pasos, Mad. de Sennevaux no podía ya más. Mad. Jouvenot la reemplazó, pero aún fué menos fuerte. Mad. Belamy y mademoiselle Larivière probaron en vano. A todos se les ocurrió una idea que nadie se atrevía á emitir. Pablo la leyó en los ojos de Mad. Jouvenot, y cogiendo á Lucila en sus vigorosos brazos, se la llevó como un niño, con paso firme.

Llegaron á la llanura, donde se detuvieron para volver á llamar á voces sin mejor resultado. Lucila probó á andar; pero el dolor, un tanto mitigado, arreció de nuevo.

– ¡Por Dios, señor cura, un poco más!, dijo madame Jouvenot en tono suplicante.

Pablo cogió otra vez su ligera carga, y volvió á pronunciar la secreta plegaria en la que había absorbido su pensamiento durante la primera marcha.

Al desembocar en el camino, vieron el grupo de los cazadores que regresaban. Adalberto, que iba delante, fué el primero en ver el raro espectáculo que ofrecía la joven llevada en brazos del sacerdote. Se detuvo con sorpresa más bien que con emoción, discerniendo ya alguna complicación posible en aquella situación singular.

– ¡Vengan ustedes pronto!, gritó. El señor cura trae á mi prima en brazos. Debe haber ocurrido alguna desgracia.

Roger echó á correr como un loco, y reemplazando á su amigo, cogió á su vez en brazos á la cara lastimada.

Adalberto, muy satisfecho, le seguía pensando con malévola sonrisa:

– ¡Eh!.., ¡eh!.., esta podría ser la ocasión deseada. Ahora ya no hay que dudar, y si M. de Sennevaux no ve claro, consistirá en que los dragones no son muy perspicaces.

El mal que se causó Lucila fué insignificante. A los tres días andaba ya del brazo de Roger, sin que se pudiera saber si el dolor era la única causa de que se apoyara en él tan fuerte.

Habían tenido que contar veinte veces al capitán la caída, las dificultades del regreso y la ayuda tan oportuna y preciosa de Pablo.

– A no ser por él, decía Mad. Jouvenot conmovida todavía, no sé cómo nos habríamos arreglado para traer á la pobre niña.

– ¡Qué bueno eres, querido Pablo!, decía Roger.

Pero Mad. de Sennevaux, con esa exquisita percepción propia de las madres, era la única que distinguía en la frente de su hijo una sombra, una impresión vaga, casi imperceptible, invisible para todos los ojos menos para los suyos. Verdad era que todos sentían una especie de malestar que nadie confesaba á los demás, pero que transformaba la alegría, tan sencilla y tan franca hasta entonces, en una alegría forzada que nadie dejaba de comentar para sus adentros. Y es que hay malestares morales que cederían á la menor explicación, pero que son tan indeterminados, tan inciertos, que precisamente no se los explica.

Y sin embargo, lo que había pasado era bien sencillo y bien natural, y el recuerdo un tanto penoso de aquel incidente se habría disipado en breve, gracias al silencio que, por tácito acuerdo, cada cual guardaba acerca de él, si Adalberto no se hubiese encargado de suscitarlo constantemente. Ora exaltaba, con fingida naturalidad, el auxilio tan útilmente prestado por el cura, ora se hacía lenguas de su vigor, presentando de continuo á los ojos de Roger el cuadro de Lucila en los brazos del cura.

El capitán se ponía nervioso, irritable. Un corazón enamorado, por bueno que sea, tiene sus debilidades. Roger, dado su carácter generoso, padecía por estar enojado con alguien, y dada su amistad, porque este alguien fuese Pablo. Pero su espontaneidad militar se prestaba poco al disimulo, y pronto se echó de ver claramente que su actitud para con su amigo había variado algo.

Pablo, que tenía toda clase de delicadezas, comprendió lo que pasaba, y una mañana durante el almuerzo dijo que como la permanencia en Jouy no podía durar ya más que diez días, pedía permiso para pasar este tiempo con su madre, con lo cual no haría en rigor más que preceder á las dos familias que iban á regresar á París para hacer los últimos preparativos de la boda, cuya fecha se aproximaba.

No se le hicieron objeciones sino por fórmula. Tan sólo Mad. de Sennevaux miró á Pablo con dulzura casi humillada. Adalberto exclamó:

– Prima, ten cuidado de no torcerte el pie, puesto que ya no tendrás aquí al que te suele llevar en brazos.

Pero entonces Roger lanzó al secretario tal mirada, que la risa con que completaba su frase expiró de repente en sus labios.

Y Pablo partió con el rostro tranquilo, el alma entera, triste y resignado.

XV

Adalberto triunfaba. Se había marchado, por fin, aquel cura aborrecido, que hacía cinco años perturbaba la familia y procuraba, aunque en vano, abrumarle en toda ocasión con su pretendida superioridad; aquel cura que, so pretexto de labrar la felicidad de un amigo – y Dios sabía en realidad con qué objeto, – había venido á atravesarse en sus proyectos y en sus esperanzas. Las había frustrado, es cierto, pero había sonado por fin la hora de la venganza y habían expulsado á aquel intrigante. Expulsado, sí, porque seguramente no se había marchado de buen grado. ¿Se ha dado alguna vez el caso de que un ratón abandonara voluntariamente el queso en que tenía su substancioso nido?

¡Ah! Debía haber mediado una curiosa escena entre el capitán, que por fin había abierto los ojos, y el cura. ¡Cuánto hubiera dado por presenciarla! ¡Cómo habría gozado al ver la humillación de aquel clérigo sin verguenza! M. de Sennevaux no debió mostrarse blando... ¡Ah!, ¡ah! Qué interesante episodio!

Pero en último resultado, si no tuvo el gusto de asistir á la explicación, por lo menos le cabía el derecho de pensar que el honor de esta cuestión le correspondía por completo. Todas las mujeres temblaban ante aquel traje talar... Nadie se atrevía á hablar de la escena escandalosa del bosque... Él, sólo él, Adalberto Deruel, no había dado tregua ni reposo á M. de Sennevaux hasta hacerle caer en la cuenta de lo que pasaba. Había sacudido la apatía del capitán, atraídole al sentimiento de la dignidad y puéstole en la precisión de tomar una determinación. El verdadero vencedor era él. Porque Pablo Charlier se había marchado, no por unos cuantos días, sino definitivamente... ¡Buen viaje!.. No se le volvería á ver en Jouy ni en París; por este concepto estaba tranquilo... ¡Qué buen modo de desembarazarse de él!

Adalberto estaba tan contento, tan orgulloso de su pretendida victoria, que no supo gozar de ella con moderación. ¡Es cosa tan dulce para ciertos caracteres el derribar á un enemigo!

Al otro día de la marcha de Pablo, estando en la sala de billar con M. Jouvenot y Ravaissón, el secretario creyó la ocasión propicia, y sintiéndose con ganas de hablar, se puso á contar á su primo la historia de Mad. Charlier, no sin exornarla con algunos aditamentos de su cosecha. No tenía quien le hiciera la contra. Precisamente aquel día Roger se había ausentado de Jouy por algunas horas y no debía regresar hasta la noche; de suerte que Adalberto, que sin confesárselo, tenía algún miedo al capitán, se aprovechó de que le dejaran libre el terreno y se lanzó á hablar á su gusto de aquel tema, en el que introdujo las más brillantes variaciones.

– Sí, primo, concluyó con aire de importancia, eso era Mad. Charlier, la madre del señor cura... Eso lo sabe todo el país... Pregúntaselo á quien quieras. Y esa conducta era tanto más escandalosa cuanto que todo pasaba á la vista de su hijo, que era entonces un niño, pero bastante crecidito ya para verlo y comprenderlo todo... Así fué que el tribunal, indignado, absolvió á M. Charlier, á aquel pobre hombre, impudentemente engañado, que se tomó la justicia por su mano, pero justicia insuficiente. Por lo demás, el matrimonio Charlier tuvo que salir del país menospreciado por la gente.

En su afán de persuadir á su primo, Adalberto no había reparado en que Mad. de Sennevaux, de pie en el umbral de la puerta, escuchaba su discurso. Tampoco se fijó en que Ravaissón se había levantado bruscamente, y cuando se volvió después de su elocuente peroración, se encontró frente á frente con el coracero.

– Sr. Deruel, le dijo éste con acento glacial y cortante como una espada; no hay una palabra de verdad en todo lo que acaba usted de decir.

– Sin embargo..., balbuceó el secretario poniéndose lívido.

– Permítame usted. Yo estaba aquí hace quince años y sé todo cuanto ha pasado. Mad. Charlier era la más honrada de las mujeres; para justificarlo no se necesita más que una prueba y es que la señora condesa la cuidó durante su herida y llegó á ser su amiga íntima... No ignoro que circuló esa calumnia. Usted la ha recogido y la propala: muy mal hecho; pero en fin, como no es usted del país, pudiera creerse que le han engañado y en esto tiene su disculpa. Pero lo que sí me llama la atención es que para contar esa infamia haya usted aguardado á que el señor cura se marchara y á que M. de Sennevaux no esté aquí... Eso le incumbe ya personalmente, y yo sustituyo ahora á mi capitán para decir á usted que insultar á una mujer y á un ausente es acción propia de un cobarde.

– ¡Caballero!

– Lo dicho, dicho; y como conozco el alcance de mis palabras, estoy á la disposición de usted.

– Pero, señor mío, replicó el secretario asustado, yo no me he metido con usted.

– ¿De veras?, respondió Ravaissón con socarronería. ¿Acaso se figura usted que á un hombre de corazón no le hacen mella más que las injurias dirigidas á él mismo? Valdría más para usted que me hubiera insultado directamente, porque entonces me habría encogido de hombros y no le hubiera hecho á usted caso.

– ¡Primo!, exclamó Adalberto desconcertado, buscando un auxilio.

– M. Ravaissón tiene razón que le sobra, contestó secamente M. Jouvenot. Esa historia que has creído contarme por primera vez, la sabía ya desde que conozco al P. Charlier, pero no como la has referido, sino como ocurrió en realidad.

– Lo que sé es, dijo Adalberto perdiendo ya la cabeza, que M. de Sennevaux ha hecho salir de su casa al P. Charlier.

– Pues está usted en un nuevo error, Sr. Deruel, dijo Mad. de Sennevaux acercándose. Cálmese usted, Sr. Ravaissón, que el Sr. Deruel reconocerá sus errores. Por lo que respecta á mi amiga Mad. Charlier, le haré saber que la autora de la calumnia propalada contra ella ha pedido públicamente perdón á su hijo en el momento de morir hace quince días. Ya sabe usted á quién me refiero, Sr. Deruel, porque conoce usted á esa persona. En cuanto á la partida del señor cura, no comprendo en modo alguno lo que quiera usted decir, y en breve tendrá la prueba de lo equivocado que está.

Se acababa de oir el ruido de un coche y casi en seguida Roger atravesó la sala de billar llevando á Pablo de la mano. Al llegar á la puerta del salón, el capitán exclamó alegremente:

– ¡Aquí le tenemos! Ni usted, querida mamá suegra, ni Ravaissón, ni Mlle. Larivière, ni tu misma, Lucila, estabais en el secreto... Solamente lo sabían mi madre y M. Jouvenot. Pero mi reparación no sería completa si no la hiciera ante todos...

– ¡Por Dios, Roger!, dijo el cura.

– Dispensa, ahora no eres tú quien debe hablar. Así pues, me explicaré. Ayer obré mal... Dominado por una impresión mala, culpable, estúpida, permití que se marchara mi amigo, mi hermano, el hombre á quien debo mi felicidad... Mal hecho... Yo, soldado, he llorado esta noche, ni más ni menos que mi viejo Ravaissón que ahora se está enjugando los ojos. No hay dos maneras de obrar cuando se ha cometido una mala acción y se es hombre honrado..., no hay más que una, y es la de enmendar el daño causado... He ido á París, he pedido perdón á mi amigo, como se lo pido delante de ustedes, y debo creer que me lo ha concedido, puesto que le tenemos aquí... Acuérdate de todo esto, Heraldito... Cuando uno sabe reconocer su error, se enaltece.

Roger, al decir esto, estaba de pie en medio del salón, cogido de una mano de Pablo. Como había tenido que ir en París al ministerio de la Guerra, iba de uniforme, lo cual realzaba su gallarda presencia. Hasta los trajes del militar y del sacerdote daban á esta escena un sello particular de grandeza. A excepción de Adalberto, refugiado casi inconscientemente en un rincón, no había nadie que no estuviera conmovido ante aquellos dos hombres jóvenes, de rostro franco, de mirada brillante, en los cuales latían dos corazones nobles por igual.

Mad. de Sennevaux contemplaba á su hijo con orgullo. Lucila estaba pálida de emoción.

– Roger, dijo Mad. Jouvenot, abrace usted á su esposa. Está usted viendo que se muere de ganas de hacerlo.

– ¡Oh esposo mío, cuánto te amo!, dijo Lucila al oído de Roger, mientras éste, sin hacerse de rogar, se aprovechaba de la autorización materna.

– ¿Lo has oído, Adalberto?, preguntó á media voz M. Jouvenot á su primo. No hay dos maneras de obrar cuando se ha cometido una mala acción y se es hombre honrado. Sigue el noble ejemplo que acaban de darte... Ve francamente á dar la mano al señor cura.

Adalberto vaciló un momento, como si dudara en su resolución; pero el orgullo prevaleció y respondió con rabia:

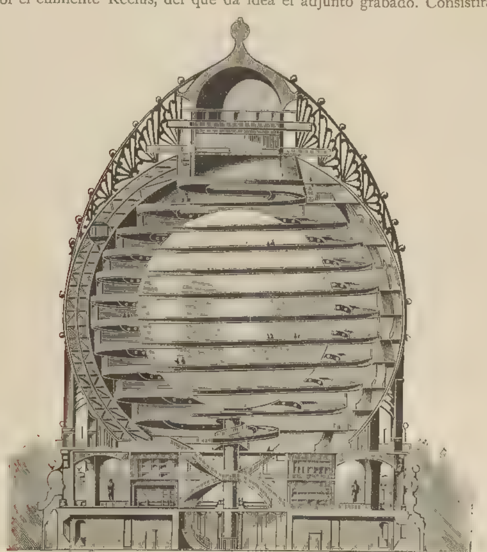
– ¡No!

– Pues entonces tengo derecho para pensar que no querrás merecer el epíteto que te ha dirigido M. Ravaissón. ¿Quieres batirte con él?

(Continuará)

EL GLOBO COLOSAL DE LA EXPOSICIÓN DE PARÍS DE 1900

Entre las más notables curiosidades que la próxima Exposición universal de París ofrecerá á sus visitantes merece especial atención el globo colosal construído por el eminente Reclús, del que da idea el adjunto grabado. Consistirá en



El globo colosal de la Exposición de París de 1900

una esfera de 26 á 28 metros de diámetro que reproducirá exactamente la superficie de nuestro planeta.

Por medio de un camino en espiral, el espectador podrá apreciar todos los detalles de la corteza terrestre, sus mares, sus continentes, sus cordilleras, sus ríos y aun sus principales capitales. En cuanto á la escrupulosidad con que estará ejecutada obra de tal magnitud y de tanto interés, está sobradamente garantizada por el nombre del ilustre sabio á quien tanto debe la ciencia geográfica moderna.

El interior del globo es hueco, quedando en él amplios espacios que la industria francesa, tan amiga del *utile dulci,* no dejará de aprovechar para instalar en ellos restauranes, cafés, tiendas y si á mano viene salas de espectáculos. Gracias á ellas, podrá cualquiera darse el gusto de tomar exquisitos sorbetes en plena zona tórrida y saborear un excelente almuerzo en las inmediaciones del polo.

***

LAS RADIACIONES DE COLORES Y EL SISTEMA NERVIOSO

Hace tiempo se pretende que la luz colorada ejerce una acción especial sobre el hombre y los animales, habiéndose hecho en todas partes observaciones que nos parecen algo sospechosas. Afírmase, por ejemplo, que algunos animales inferiores aumentan de peso más rápidamente bajo la influencia de la luz morada que bajo la de la luz blanca. Se han citado experimentos llevados á cabo en América con terneras á las que se encerraba en establos iluminados por vidrios azules y que, al parecer, engordaron más de prisa que las que permanecían en establos iluminados con luz blanca. Pero hemos de decir que en otras partes se han obtenido resultados diferentes. Así es que no puede decirse la última palabra acerca de estas pruebas, tanto más cuanto que no son bien conocidas las condiciones en que se ha operado.

M. Flammarión, en sus recientes experimentos con los gusanos de seda, ha encontrado que el mínimo de crecimiento y el mínimo de peso de los capullos correspondían á las radiaciones morado-purpúreas. La luz obscura, la que corresponde al extremo morado del espectro, parece más bien desfavorable al crecimiento de los animales y de los vegetales; pero la cuestión está todavía por resolver.

La influencia de las radiaciones coloradas sobre el sistema nervioso ha sido estudiada muy someramente, y aunque sobre este particular están más acordes las opiniones, pero aún deben aceptarse con ciertas salvedades. A lo que parece, estas radiaciones son excitantes ó calmantes según la región del espectro á que pertenecen: el encarnado es excitante; el morado, al azul y el verde, calmantes. Sabido es, en efecto, que el encarnado excita al toro y al pavo, y que por el contrario se han empleado á menudo los anteojos con cristales azules obscuros para calmar á los caballos de genio arrebatado. El conde Schlœfer, noble mecklemburgués que se ocupaba de la cría caballar, llegó á conseguir hace veinte años, según se afirma, excelentes resultados con este sistema.

Wundt había notado, hace mucho tiempo, que los diferentes rayos del espectro obran de un modo distinto sobre nuestros nervios, y el doctor Douza ha probado de curar ciertas psicopatías por medio de la influencia de la luz. En una habitación empapelada con papel encarnado y dotada de cristales encarnados también, «hice acostar – dice – á un lipemaníaco que hacía tiempo estaba taciturno, padecía delirios y raras veces comía por iniciativa propia. Tres horas después de su instalación en el cuarto encarnado, estaba sonriente y alegre y pidió de comer.» Otro enfermo, también lipemaníaco y setiófobo, permanecía durante todo el día con las manos crispadas y apretadas contra la boca para evitar, según decía, la introducción del aire envenenado. Instalado en la habitación encarnada, al día siguiente se levantó de buen humor y comió con apetito, y al cabo de una semana volvía á su casa completamente curado. Por el contrario, un maníaco, presa de gran agitación y á quien había sido preciso poner la camisa de fuerza, fué instalado en un cuarto azul y antes de una hora estaba calmado.

Otro alienado fué colocado en una habitación morada; al día siguiente se sintió bien, y en efecto, desde entonces se encontró perfectamente.

Aunque estos ejemplos nos parecen demasiado rápidamente probatorios, los reproducimos, porque al fin y al cabo son elementos para un estudio que no se ha hecho, tal vez, de un modo tan completo como habría sido de desear. M. Dor, en un trabajo posterior, ha encontrado también que el encarnado excitaba y el verde calmaba, y ha provocado en algunos neurasténicos, sin más que hacerles mirar con fijeza una superficie encarnada, excitaciones que llegaban hasta el vértigo, al paso que con el color verde no se producía cambio alguno en el estado del individuo. El doctor Feré ha logrado resultados análogos á los obtenidos por M. Dor.

El hecho que nos parece más probatorio dentro de este orden de ideas es muy reciente y ha sido comunicado por los Sres. Lumiere, de Lyón: en la fábrica que en dicha ciudad tienen dichos señores se fabrican placas fotográficas en un departamento iluminado por llamas verdes; antiguamente los obreros trabajaban todo el día en talleres iluminados solamente por luz encarnada. Pues bien: cuando trabajaban en estos últimos, los operarios cantaban, gesticulaban, etc., y desde que trabajan con luz verde están quietos, no hablan y dicen que al llegar la noche están menos cansados que antes.

M. Raffegean ha comprobado varios resultados confirmativos en el establecimiento hidroterápico del Vesinet. Algunas horas pasadas en una habitación morada producen un efecto sedante, y en cambio una permanencia prolongada en la sala roja causa invariablemente una excitación. Ciertas personas se encuentran bien en el cuarto azul y mal en el encarnado, y viceversa.

De todo ello bien podría deducirse que efectivamente el color influye sobre nuestro sistema nervioso. Por otra parte, ¿qué neurópata no ha observado la acción que sobre su estado general ejerce un día sombrío? Con un cielo nublado está triste y enfermizo y sufre; pero al primer rayo de sol se alegra y desaparece su malestar.

Tal vez obedece á alguna razón el hecho de que la naturaleza haya dado á los árboles y á las plantas un color verde, al cielo un matiz azul y el mar un tinte azulado.

Nada reposa tanto el espíritu como la contemplación de un hermoso prado, de un bosque, de un verdoso horizonte.

Pero á pesar de estas observaciones y de estas comprobaciones más ó menos exactas, es preciso todavía mostrarse muy prudente en punto á las conclusiones relativas á la acción que los colores ejercen sobre el organismo, y es muy conveniente que se multipliquen los experimentos. Si éstos fueran probatorios, dispondríamos de una terapéutica cómoda que podría prestar excelentes servicios á muchos enfermos y neurasténicos.

Enrique de Parville

***

EL TELÉGRAFO SIN HILOS DE MARCONI

Continúan realizándose en todas partes con el éxito más satisfactorio los experimentos del telégrafo sin hilos, maravilloso descubrimiento del italiano Marconi, y varios son los Estados que oficialmente han adoptado ya este sistema, sobre todo para las comunicaciones marítimas entre las costas y los buques en alta mar y los buques entre sí.



Experimento realizado en Douvres (Inglaterra) con el telégrafo sin alambres de Marconi
Aparato transmisor

Al lado de las pruebas oficiales se han efectuado otras de carácter particular, todas con los mismos excelentes resultados.

Los dos grabados que aparecen en esta y en la siguiente página reproducen el dispositivo del aparato transmisor y la torre con el receptor que se han empleado recientemente en la ciudad inglesa de Douvres.

EL TE EN CHINA

Las explotaciones del te en China son pequeñas y á menudo se hallan en manos de una sola familia, como la cría de los gusanos de seda y las instalaciones sericícolas. Este fraccionamiento de la industria es característico del pueblo chino. Los pequeños cultivadores revenden sus hojas á comerciantes que las llevan en gran cantidad á los puertos, en donde se encuentran los catadores y los compradores europeos.

Levantada la cosecha y secadas al sol las hojas, el labrador las mete en saquitos de algodón y las lleva al comprador, para lo cual tiene que recorrer á veces grandes distancias con detrimento á menudo de la mercancía.

El color verde del te, que como es sabido es artificial, se obtiene por medio del azul de Prusia mezclado con yeso: esta mezcla, reducida á polvo, se echa en el te durante la última cochura de éste y á fin de que el color se distribuya bien se revuelven con fuerza las hojas. La demanda del te verde ha disminuído considerablemente; Inglaterra no lo consume ya y únicamente los Estados Unidos tienen todavía por él cierta predilección.

Además de este te en hojas, exporta China el te en ladrillos, en pastillas y en polvo. El te en ladrillos procede del polvo del te y se fabrica en gran escala en las fábricas rusas de Hangkow. El polvo, encerrado en sacos de algodón, es sometido á la acción del vapor y prensado luego fuertemente á máquina en moldes de madera.



La torre de Douvres donde se ha verificado el experimento con el telégrafo sin alambres de Marconi

Este te representa como volumen, en igualdad de peso, la sexta parte aproximadamente del te ordinario, y su transporte es, por ende, menos costoso, exportándose en cestas de bambú de 60 á 75 kilogramos. El te en ladrillos más común es utilizado en el Asia central como medio de cambio.

El te en pastillas se obtiene por un procedimiento análogo, pero en su fabricación se emplea únicamente la mejor calidad del te en polvo. Todo el te preparado en esta forma es exportado exclusivamente á Rusia.

La exportación anual del te chino en sus diferentes formas ha sido por término medio en los diez últimos años la siguiente: te negro, 1.300.000 piculos (el piculo tiene 60 kilogramos); te verde, 200.000; te en polvo, 7.000; te en ladrillos 300.000.

Cada verano llegan á Kinkiang y á Hangkow los catadores extranjeros, y entonces reina en aquellas dos ciudades una actividad febril.

Durante los meses de mayo, junio y julio salen de allí diez ó doce grandes vapores completamente cargados de te para Londres y Odessa: los primeros buques que salen de Hangkow navegan en competencia porque el te que llega primero á Europa tiene una prima, debida á la impaciencia con que los consumidores esperan gustar el producto de la nueva cosecha.

Las cifras relativas á la exportación no representan más que una pequeña parte de la producción del te en China, ya que el principal mercado de esa hierba está en el mismo Celeste Imperio.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA CASA

por autores ó editores

Libro primero del manuscrito original de R. P. Anello Oliva S. J., publicado por *J. F. Pazos Varela* y *Luis Varela y Orbegoso*. – Los Sres. Pazos y Varela han prestado un excelente servicio á la historia de la conquista de América publicando este interesantísimo documento que escribió en 1588 el docto jesuita P. Anello Oliva y cuyo original se guarda en la Biblioteca de D. Felipe Varela y Valle, de Lima. Trata este libro de la geografía del Perú, de la historia de los reyes Incas, de la idolatría de los indios y de su evangelización, y sobre todas estas materias contiene abundancia de datos tan importantes como curiosos, que leerán con gusto y estudiarán con provecho cuantos se interesen por aquel período histórico y por aquella civilización que tantas maravillas produjo. Impreso en Lima, en la imprenta de S. Pedro, véndese á tres soles.

La revolución de 1871 y sus caudillos, por *Mariano Zeceña*. – En esta obra estudia su autor, el distinguido abogado y publicista guatemalteco Sr. Zeceña, la revolución que én 1871 derrocó en Guatemala el régimen despótico y reaccionario, analizando con verdadero conocimiento de causa el período que la precedió, estudiando sus consecuencias y trazando las biografías de sus dos principales caudillos, Miguel García Granados y Justo Rufino Barrios. El Sr. Zeceña, al juzgar aquel hecho histórico tan trascendental para aquella república, abandona todo apasionamiento de sectario y es únicamente historiador imparcial y filósofo profundo: su obra, como dice en un bien escrito prólogo el Sr. Martínez Sobral, no es liberal ni conservadora, sino científica y experimental. Ha sido impresa en Guatemala, en la tipografía de Sánchez et de Guise.

***

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Revista Contemporánea, quincenal madrileña; *Letras y ciencias*, revista quincenal de Santo Domingo.



En el vivac, cuadro de Guillermo Díez (Exposición de Bellas Artes de Munich)

Imp. de Montaner y Simón



Año XVIII — Barcelona 9 de octubre de 1899 — Núm. 928

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES DE VENECIA



EN LA PLAZA DE SAN MARCOS DE VENECIA,

cuadro de Héctor Tito

SUMARIO

DE EUROPA

Cada día que pasa se acentúa la inminencia del conflicto entre Inglaterra y la valiente y simpática república de los boers. A atacarla están resueltos los ingleses, y resolución de esa gente ya sabemos que se cumple. Desdeñando la corriente de una opinión honrada que existe, pero que no prevalece ni puede contrarrestar el impulso de adquisividad y rapiña dominante en los desahogados estadistas á la Salisbury, se dispone Inglaterra á tragarse de un bocado ó de varios bocados la apetecida presa, el suelo relleno de oro, incompatible con la libertad de sus hijos. No en balde supusieron los espartanos que las tierras pobres se hallaban menos expuestas á perder su libérrima constitución y su independencia sagrada.

* * *

Sépanlo aquellos que piden para España vencida, escarmentada, esquilmada y exangüe un aumento de soldados y un surtido de pertrechos y una cintura de fortificaciones: esa república que se arroja á hacer frente á Inglaterra, *no tiene ejército*. Sus fuerzas, en tiempo de paz, se reducen á un regimiento de artillería y un cuerpo de policía. Cuando llega el caso, se llama á las reservas permanentes, y todo es reserva allí. Frente á las tropas de la *pérfida Albión* de antaño – y de hogaño – sólo podrán presentar los dos Estados aliados del Transvaal y de Orange unos sesenta mil combatientes.

Cierto que valen por seiscientos mil, dicen los que conocen el arresto y la diestra puntería de esos colonos del Africa, á quienes se les suponen condiciones de guerrilleros incomparables, ó comparables únicamente á los que antaño poseíamos los españoles. Nacen los boers con un fusil empuñado, y ponen la bala donde ponen su vista de cazadores expertísimos. Cuiden los oficiales ingleses de la vida, porque contra ellos irán los disparos, hechos por jinetes de centauresca agilidad, que se desvanecerán antes de haber sido notada su presencia. Los boers, en la guerra, acostumbran elegir despacio el blanco: no descargan sus armas á bulto, como otros soldados, derrochando municiones. Y en cuanto al estado moral de los futuros enemigos de Inglaterra, dícese que es el de un pueblo dispuesto á sucumbir antes que rendirse, é impaciente por entrar en lid: el estado de tensión heroica que hace gloriosas las defensas más desesperadas. Se asegura que el país en masa, sin distinción de edades ni aun de sexos – pues las africanas flamencas conocen también el manejo del fusil y son muy capaces de practicarlo, – se dispondrá á rechazar al invasor, y sostendrá una guerra de exterminio, sin cuartel, una guerra como las de España y Rusia al ser holladas por el Gran Ejército napoleónico.

Añádase á esto que los boers no carecen de excelente armamento, y el excelente armamento es el resorte de la fuerza del guerrillero y la explicación de la mortandad que causa en las tropas regulares. Hállanse surtidos de fusiles de adelantados y perfeccionados sistemas y de numerosos cartuchos. Pueden, pues, hostilizar y entretener á los ingleses sin dificultad algún tiempo; mas no comparto yo las ilusiones de los que tienen por cosa segura que la justa causa triunfará. Sin temor de perder sostendría la apuesta por los ingleses; aplastarán á los boers. Admitamos que éstos realicen prodigios de valor, que presenten resistencia desesperada, que se hagan destrozar, que con dientes y uñas defiendan lo que para el honrado es más caro que la vida; admitamos que no se hallen inficionados del oportunismo pacífico y del encogimiento de hombros que hiela en flor la acción heroica en el alma moderna; admitamos que ahí se renuevan hazañas olvidadas casi... ¿Bastará para contener el empuje terrible de Inglaterra? Inglaterra es actualmente la nación fuerte entre todas. Su peso enorme hará añicos las dos repúblicas, y una vez más quedará demostrado que la fuerza rige al mundo. Ley ciega y mecánica, pero ley natural.

* * *

Desde que se ven amenazados los boers de ser sometidos al yugo, se habla de ellos, de su tierra, de sus costumbres, de sus instituciones, que antes apenas conocíamos. Cuanto de los boers vamos averiguando trae el sello de una vida patriarcal, honesta y austera, fundada en el trabajo agrícola y en la libertad según el ideal antiguo, con proscripción del lujo y la molicie, las artes del deleite y aun sencillamente las artes. Flor de civilización no la hay entre los boers; civilización sí. La capital del Transvaal, esa *Pretoria* que hoy suena en telegramas y artículos, no tiene calles; es un jardín ó parque dilatadísimo, donde á trechos se alza una casa rodeada de vegetación y frondosidad de arbolado. Los últimos alrededores de París, donde aparecen las *villas* aisladas en el fondo de verdor de las plantaciones, deben de asemejarse á Pretoria. No concebimos así las ciudades ni menos la capital de un Estado; no admitimos una capital sin monumentos, sin Museos, sin centros de vida científica, artística, social; sin roce y contacto de gentes, sin grandes teatros y la muchedumbre agolpándose en ellos, sin continuo rodar de carruajes, sin el estrépito y la atmósfera de fiebre que condensa lo activo del trabajo y lo rápido é intenso del goce El único edificio que aparece en Pretoria grandioso y suntuoso es el Capitolio, símbolo de la nacionalidad.

* * *

El presidente de la República del Transvaal, Kruger, ofrece acabado tipo de la energía peculiar de la raza. No hay más que ver su faz luenga, recia, de vastos planos y facciones bien acusadas, su democrática sotabarba de marinero y sus pupilas donde resplandecen la decisión y la penetración aguda. Comparad ese rostro con el perfil de los soberanos que reproducen los sellos de correos, y veréis cifradas en él la llaneza y la sencillez bíblica de un Estado de pastores y cazadores, honderos en caso de necesidad, si llega el de que les roben sus rebaños. Kruger es verdadero boer, un Nemrod, á quien de niño enviaba su padre á buscarse la vida en el bosque, con provisión no más que de dos cartuchos, á fin de que fuese económico de municiones y diestro en herir; cuando retornaba con el morral vacío, quedábase sin cena. Y es un holandés de vieja cepa, devoto y rezador á fuer de buen protestante, aficionado á dirigir en persona el culto y á predicar en la iglesia – cosas todas tan extrañas para nosotros, tan opuestas á nuestra manera de entender el cargo de la suprema magistratura del Estado, que nos traen á los labios una sonrisa. Reprimamos sin embargo nuestra involuntaria ironía, que deberá convertirse en admiración y respeto si el David boer lograse herir en la frente al Goliath ambicioso de Inglaterra. Y aunque no lo lograse: *in magna audire satis est*, que no vamos á medir por el éxito la alabanza, ni á descontar lo más hermoso de la acción, su carácter de sublime protesta contra lo ciego y mecánico del destino.

* * *

Con tan negras manchas han querido tiznarnos para combatir nuestra dominación colonial, en efecto desdichadísima, pero relativamente muy poco cruel, que se experimenta satisfacción cada vez que comprobamos los horrores cometidos en las colonias por las naciones más civilizadas y cultas. Su diferencia en perjuicio nuestro consiste tal vez en que, dentro de esas naciones, no pasa plaza de mal patriota el que da la voz de alerta y llama á la conciencia de su nación para que despierte. Por los diarios franceses antes que por la prensa extranjera sabemos las atrocidades que la tropa francesa comete en el Sudán. Parece que exceden á toda hipérbole y que á su lado es flor de cantueso lo que se lee en el padre Las Casas y en todos los filántropos compadecidos de los indios é indignados con los españoles. Y es que en materia de crueldad sería difícil inventar nada nuevo ni haber conservado el monopolio de cosa alguna. El instinto de la fiera que duerme y late en el fondo del alma humana se revela de modo casi idéntico, en circunstancias análogas también.

El recuerdo de Las Casas acude sin remedio leyendo las descripciones de costumbres y gente sudanesa y de cómo la tratan sus dominadores. La confianza, la inocencia y la alegría de aquellos naturales; su pacífico vivir; sus cantos, bailes y juegos; sus tranquilas aldeítas con chozas de bambú que sombrean grupos de palmeras, suenan á *lascasismo* puro, con dejos de Rousseau y vistas á Bernardino de Saint-Pierre. Tanta y tan idílica felicidad la convierten en estrago y luto los franceses, cometiendo toda suerte de tropelías é inhumanidades, al parecer por el solo gusto de cometerlas, pues no se dice que hayan opuesto resistencia los negros, ó si la han opuesto podría vencerse sin apelar al extremo de incendiar y pasar á cuchillo, con otros desmanes mejores para callados que para referidos aquí. ¿Qué se diría si fuesen españoles esos que hacen trizas á los hombres y despanzurran á las mujeres y á los pequeñuelos, queman y arrasan todo y dejan por señal de su paso la tierra encharcada en sangre, el cielo ennegrecido por el humo y el aire enturbiado por las candentes cenizas? Los que narran y condenan estos horrores, clamando á fin de que no sea deshonrada por ellos la bandera francesa, los explican estudiando los efectos desmoralizadores de la vida y de la lucha colonial; la decadencia moral que se deriva de la física, el embrutecimiento hijo de la ociosidad y la monotonía del cuerpo de guardia, la soberbia deprimente (digámoslo así) que engendra el sentirse de raza superior en contacto con las inferiores – el fenómeno psíquico de Nabucodonosor, que paró en bestia por haberse considerado divinidad. – Que nos apliquen á nosotros estas excusas y reconozcan estas atenuantes, ¡vive el cielo! Nadie con mayor motivo pudo engreirse que nuestros férreos conquistadores. Y no hicieron á los indios americanos la mitad de lo que por lo visto hacen los destacamentos franceses á la gente negra. La historia de España está por escribir; no se escribirá con sentido científico y criterio justo hasta que nos hayan, no desplumado, sino descañonado y arrancado la misma piel.

* * *

Ya se sabe en qué paró lo del *Fort Chabrol*, que hacía exclamar no ha muchos días á un amigo mío viejo y decidor: «Sentiré morirme antes de recibir noticias de que á Guerin le han dado humazo.» No le dieron humazo, ni hubo para qué. No le dieron ni siquiera la ducha escocesa y el chorro circular que le preparaban. Rindióse Camila, Camila rindióse, como escribe en una de sus mejores novelas cortas Cervantes. Yo confieso que al pronto me hizo muchísima gracia lo de Guerin. Era un golpe de chambergo á la d' Artagnan, con plumas flotantes que el aire rizaba y movía, con bravuconas exclamaciones y retorcimientos de bigote, con brazos en jarras, brazos vestidos de rico paño, que bordan pasamanos de oro y guarnecen, cayendo sobre la mano enguantada de gamuza, encajes finos. ¡Y qué bonito todo eso; qué romántico, qué galante, qué español del siglo XVII! ¿Queríais prenderme? Venid, si os atrevéis. Aquí está un hombre, ó mejor dicho, un puñado de hombres, contra París entero, y si es preciso contra Francia, y si se tercia, contra el mundo, y si á mano viene, contra las potencias del infierno, conjuradas en favor de los semitas y de Dreyfús...

Lo malo es que los candidatos á la gloria tenían estómago, y el estómago les pedía la nutrición escogida y suculenta á que le habían acostumbrado. Después de leer *La Debâcle*, de Emilio Zola, observé cómo la única queja del soldado francés, y acaso una de las claves principales de la derrota, era el hambre. *Faire la soupe*, aspiración de aquellos regimientos por otra parte valerosos que el gran novelista nos presenta desbandados y dispuestos á arrojar el Chassepot si la comida no les presta fuerzas para llevarlo. Nuestras proezas españolas suelen ostentar el sello de una sobriedad fantástica. La frase «hambres calagurritanas» conmemora esta propiedad extraña é inverosímil, camaleónica, de vivir del aire, de embriagarse con un sorbo de agua, que distingue al íbero, y que todavía ahora mismo los ayunadores de Baler, los santos ascetas patriotas comedores de raíces, han probado á las claras. En general los ejércitos extranjeros son admirables, siempre que coman bien y á su hora. Los yankis, en mitad de una batalla naval, se paran, almuerzan, continúan. No tengo á Guerin por un botarate de oficio, como he oído repetir; es probable que al iniciar su aparatosa aventura sintiese el impávido corazón de Don Quijote latir en su pecho, y quizás si entonces le acometen, hace prodigios. No contó con el ayuno, la abstinencia, y sus efectos destructores. Sin padecer lo que se llama rabiosa gazuza, encontráronse á parca ración los ligueros del fuerte, y vieron en perspectiva envolver sus cuerpos extenuados fría sábana de agua, empapando y calando sus huesos y abatiendo su espíritu. Y entonces lo pensaron mejor, y se entregaron mansamente.

La moraleja de *Fort Chabrol* es que nadie estire el pie más allá de la manta. Si se emprenden calaveradas tales, hay que haberse confesado, hecho testamento, escrito una despedida á lo que se ama – y no salir vivo.

EMILIA PARDO BAZÁN



MERCADO DE SAN POLO, cuadro de Giacomo Favretto (Exposición de Bellas Artes de Venecia)

EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES

DE VENECIA

La tercera exposición de Bellas Artes recientemente celebrada en Venecia ha sido en extremo interesante. No ha habido en ella ciertamente el cuadro ó la escultura que se imponen, que atraen, que promueven grandes discusiones; pero en cambio, gracias al rigor del jurado de admisión, el certamen ha ofrecido un conjunto notable, en el cual, además de abundar las obras buenas, no se veía ninguna que no tuviera algún valor artístico.

Llamaba en primer término la atención la sala dedicada al malogrado pintor veneciano Favretto, fallecido en 1887, cuando se hallaba en la plenitud de su genio y había conquistado imperecedera fama. En aquella sala están reunidas las principales obras del gran artista, en número de cuarenta y tres, desde la *Lección de anatomía*, que pertenece á su primera época, hasta el *Liston moderno*, que la muerte no le permitió terminar, figurando, entre otras, las dos que en el presente número reproducimos, *Mercado de San Polo* y *El restaurador de cuadros*, que dan perfecta



LA SIEGA, cuadro de Carlos Hartmann (Exposición de Bellas Artes de Venecia)

idea de cómo sentía el arte aquel á quien en Italia apellidan «el gran Favretto.» Favretto pintaba sinceramente lo que veía y tal como lo veía, unía á la observación de la verdad el estudio de la verdad que observaba, pintaba con sencillez y sin sujetarse á dogmas de crítica ó de escuela, sin exageraciones, pero siempre avanzando dentro de una forma original y propia.

Otras cuatro salas especiales estaban consagradas: una á Micheti, en donde se veían algunos cuadros de pequeñas dimensiones y muchos estudios; otra á Sartorio, en la cual se admiraba un grandioso díptico, *La Gorgona y los héroes,* y el delicado tríptico *Las vírgenes sabias y las vírgenes locas,* con una porción de dibujos y estudios que revelaban la maravillosa potencia artística del joven pintor; otra á la sociedad romana «In Arte libertas,» cuyas obras se distinguían por su delicadeza; y otra á la Corporación, grupo de artistas italianos que se unieron para figurar juntos en la exposición. En aquella sala de la Corporación se veían las firmas de pintores tan reputados como Delleani, Fragiacomo, Laurenti, Previati, Rotta, Bezzi, Bressanin, Ciardi, Milesi, Marius Pictor, Mancini, Héctor Tito, Signorino, Lessi, Bazzaro, Campriani, Carcano y otros.

Agrupando á los demás pintores italianos que no formaban parte de la Corporación, por escuelas citaremos los rasgos distintivos de éstas y los nombres de los artistas principales que en cada una militan.

La veneciana se distingue por la brillantez del colorido y por la facilidad de ejecución: en ella figuran, entre otros, Volpi, autor del cuadro *Noche de luna,* que reproducimos, Vizzotto Alberti, Nono, Oca-Bianca y Selvatico.

La lombarda, que se caracteriza por la sobriedad del color y la robustez del dibujo, cuenta entre sus más renombrados adeptos á Segantini, unas veces simbolista y otras, en sus paisajes, profundamente realista; el paisajista Darcano, el marinista Belloni; Grosso, el pintor del desnudo; Grubicy, Ferraguti, Mariani, Balestrini, Tominetti, Gola, etc.

La toscana, en la que figuran dignamente Cecconi, Gioli, Caunicci, Maccari, el pintor militar Fattori, Gelli y Corcos, se distingue por la gracia de las formas, por la corrección del dibujo y por el gusto de la composición.

La napolitana, la romana y la boloñesa tenían también allí sus más afamados representantes, cuyos nombres son: Morelli, Palizi, Altamura, Netti, Boschetto, el colorista Vetri, el paisajista Cortesse, Patini, Dalbons, Chirico, el marinista Esposito, Caprile, Montefusio, Casciano, Migliano, de Sanctis, Postiglione, Campriani, Kossano, Pratella, Farnetti, Possini, uno de los más ilustres representantes de la pintura italiana moderna, Mario de Maria, Faccioli, Bruzzi, Majani, Rubbiani, Sezzanie, Tartarini, Casanova, Costa, Cabianca, Baggio, Sartorio, Coleman, Gioia, Carlandi, Morani, De Carolis, Pasisani, Cellini, Ferrari, Corelli, Vitelleschi, Vitalini, Lionne y Mancini.


VIA CRUCIS, cuadro de Italico Brass (Exposición de Bellas Artes de Venecia)

En el gran salón internacional estaban expuestas las obras de mayor tamaño, y en ella se admiraban las firmas de los más geniales artistas extranjeros. Pero la sala que más llamaba la atención era la del eminente artista alemán Francisco Lenbach: en ella se veía una veintena de retratos á cual más hermoso, de factura inimitable; unos de carácter grave, como el de Federico III; otros elegantes y delicados, como el de una dama con su niña; otros maravillosamente enérgicos, como los de Momsen y Bismarck, pintados con cuatro trazos de un efecto asombroso.

En las demás obras de la sección general alemana y austriaca presiden un pensamiento sólido y esa inspiración vigorosa que caracteriza á aquellas escuelas, cuya representación ostentaban en Venecia Dettmann, Dill, Hermaan, Hœcker, Leibl, Liebermann, Kræmer y Stohr.

Dinamarca, Suecia, Noruega y Holanda ostentaban en sus salas bellísimas colecciones de lienzos llenos del sentimiento de ingenuidad y espontaneidad que tan hondamente impresiona y que constituye la característica del arte moderno en el Norte de Europa.

La escuela de Glascow obtuvo este año un triunfo igual al que consiguió, también en Venecia, en 1897.

No menos interés é importancia tenía la sala inglesa: entre los muchos artistas que en ella figuraron, aparecen los nombres de Alma Tadema, Bramby, Franck, Brangwyn, Walter Crane, East, Fisher, Greiffenhagen, Herkomer, E. R. Hugher, Reid, Stewart, Watts, etc. En la sala inglesa figuraban también los artistas norteamericanos, y á su frente Nuill Whistler.

En punto á escultura sobresalían las obras de Bistolfi, Canonica, Cifariello, Jerace, Marsili y Trentacoste. – X.

SONSONICHE

No sé por qué me gustaba su apodo; era una de esas atracciones simpáticas que nadie se explica, que se sienten porque sí.

Realmente no tenía nada de particular aquel viejecito ciego, inofensivo, risueño, en cuya expresión blanca y afable veía yo temblar algo como una melancolía inefable y remota.

Sí sé que subía y bajaba con seguridad la angosta escalera de la torre, y que cuando se creía solo echaba largos párrafos con las campanas. Y las campanas le oían, ó parecían oirle, con sus cabezas estiradas, sus haldas huecas y sus brazos en cruz; y le contestaban, ó parecían contestarle, con quejumbres de bronce, herido por el ventazo libre que entraba locamente á través de los largos ventanales.

Ya eran mucha cuenta para mi curiosidad los diálogos del viejo campanero, su seguridad de ciego ágil para discurrir sin un solo tropiezo por todos los rincones de aquella altura vertiginosa, y un día hube de preguntarle con cariñoso interés:

– ¿Hará mucho tiempo, mi buen Sonsoniche, que tiene usted á su cargo las campanas de esta torre?

– Mucho, hijo, me contestó suspirando. Y aún las tendré hasta que me muera.

¡Eso es cariño!

– ¿Y á quién se lo tendría si no? *¡Mis* campanas! ¿Quiere usted creerme? Cuando zurra esta pequeña, ¡pícara loca! y la dejo sorda á fuerza de jalar, me repican también remotas alegrías, alegrías azules que reviven allá adentro, en lo más hondo del corazón. Y cuando esta gorda, ¡mi San Joaquín!, toca de firme y echa por esos ventanales su voz solemne, llamando á misa, música del alba que espanta á los gorriones de estos aleros y hace tabletear á la cigüeña de la cornisa, me dan ganas de abrazarla como si fuera una cosa de mi propia sangre... *¡Mis* campanas! ¡Aquí está mi historia!


NOCHE DE LUNA, cuadro de Mario Leopoldo Volpi (Exposición de Bellas Artes de Venecia)

– Se le olvida á usted una, aquella negra del rincón, que nunca se toca...

El ciego abrió desmesuradamente sus ojos blancos; aquellas dos placas lechosas se enrojecieron y dos gruesos lagrimones rodaron por su rostro plácido é inmóvil.

– ¡Aquella, señor!.. ¡Aquella no se toca nunca, porque suena á sollozos y á rugidos!

¿Historia?, dije para mí; pues no me voy sin ella.

Y la supe; me la contó el pobre viejecito ciego, con una voz calmosa que daba frío, y era ésta:

– Mucho tiempo hace que no hablo del caso más que con mis campanas, y eso cuando no me oye nadie. Escuche usted.

Mi Pepa se me murió un año antes de la francesada, y acá me dejó en este valle de lágrimas una hijita con cinco primaveras mal cumplidas.

Se llamaba Consuelo, ¡el mismo nombre que tiene esa campana negra, que no suena nunca! Consuelo se llamaba aquella luz de mis ojos, que no le miento á usted si le digo que era el vivo retrato de su madre: vivaracha, rubia, como un capullo de fresca, como un amanecer de alegre...

¿Qué sabe usted lo que son ojos grandes, si no ha visto los de aquella niña? Pues ¿y habilidad para recortar estampas de los libros de misa que se dejaban olvidados las devotas? ¡Cosa fina era aquello, señor, y perdone usted si le canso.

Por aquí corría, y cantaba por aquí, á la par de las golondrinas que llenaban los mechinales de la torre... ¡Poder de Dios, que me parece que la oigo!

Aquel diciembre en que el francés remontó aquella sierra fué de hambre y de angustia. Yo los vi llegar, desde estos ventanales, con las primeras escarchas que blanquearon los caminos, y los vi entrar en el pueblo, silencioso y triste, como acorralado ante aquella brillante tropa, acerada y triunfante.

Ibamos á celebrar la Pascua en paz de Dios, cuando llegaron ellos y se aposentaron en las casas; muchos vinieron acá, á la iglesia, y lo inundaron todo de armas y caballos.

Yo mismo los vi hacer acopio de cálices de plata, cortar la cabeza á los santos de tabla y disputarse á sablazos los dos cuadros del coro.

Alojaba yo á diez de aquellos bandidos en esta torre, y conté desolado sus profanaciones por todo el pueblo.

A punto le digo á usted que estaba la cosa, sí, señor.

Blasillo el de los pinares había juramentado á veinte bravos de la serranía; se hablaba de un golpe de mano y se tenía todo á punto y sazón.

Una tarde me cogió Blasillo del brazo y llevándome á una calleja apartada me dijo:

– No te comprometo en la faena que pienso, porque tienes una hijita y puede pasarte lo que á muchos. Pero me puedes servir. Está el domingo á punto de las nueve en la torre; no apartes los ojos del cerrete del guarda; verás aparecer una fogata, y cuando aparezca da tres campanadas con la *Consuelo;* lo demás se hará por nosotros.

¡Y se haría! Blasillo no era hombre de prometer en vano, y los veinte hombres los conocía yo; cada uno más fuerte que una carrasca y con más alma que un jabalí; leñadores de la sierra, que se dejaban llegar los lobos hambrientos y les partían el cráneo de un hachazo. ¡Buena gente!..

Subí á mi torre, restregándome la manos y me dejé llamar bandolero por los franceses borrachos: ¡ya, ya veréis lo que os aguarda!

Se notaba en el pueblo la sorda agitación que antecede á las catástrofes; por todas partes veía usted discurrir hombres silenciosos, pálidos como sombras, meditabundos, graves.

Habían llegado noticias que se murmuraban á media voz; triunfos de los españoles, valientes levantamientos de pueblos cercanos, que habían hecho proezas contra los franceses.



EL RESTAURADOR DE CUADROS, cuadro de Giacomo Favretto (Exposición de Bellas Artes de Venecia)

El sábado llegó Nicolás, un mocetón hijo del guardabosque; saludó á Fermina, que le vió llegar desde su ventana: ¡iban á casarse!

No se sabe quién dió el soplo; lo cierto es que el jefe que mandaba la fuerza francesa sorprendió en la baqueta del muchacho una orden de levantamiento, cuatro palabras; y sin formación de causa le fusilaron delante de la ventana de su novia.

Desde aquí estuve oyendo toda la noche los gritos de la muchacha, que parecía loca: mi rabia era tan grande como mi terror, y apretaba á mi hija contra mi pecho, pensando con espanto en aquellas sangrientas y abominables escenas.

Y así amaneció el domingo, el día fijado para la venganza.

No sé lo que hice durante aquel día; creo que anduve rondando el pueblo; me parece que vi ocultos en los maizales fusiles de chispa; que los hombres que trabajaban, arando, en la negra soledad del campo desnudo, tenían en la mirada un siniestro brillo, soberbio y hermoso, como el nimbo de un ángel vengador y terrible.

Lejos, escondido en un hoyanco de la cañada, me tropecé con un hombre al atardecer.

Era Blasillo, que se llegó á mí, imponiéndome silencio con un gesto imperativo; me señaló al pueblo y me dijo:

– Corre allá; tú no ves lo que hay detrás de nosotros; pero, pocos ó muchos, todos los caminos están tomados por los nuestros. Da la señal en cuanto llegues.

Corrí desalado, loco.

Cuando llegué á la plaza se oían gritos de mujeres, apaleadas por la soldadesca, que se iba formando rápidamente.

¡Huían, y no había tiempo que perder!

Corrí á la iglesia; atravesé el atrio solitario, el templo obscuro y ruinoso.

En la plaza sonaban reciamente clarines y tambores, tocando llamada; se escuchaban rápidos pasos, resonar de espuelas y de armas y gritos de mando.

¡Preciso era que se hubiera descubierto el complot!

Cuando subía á saltos la escalera de la torre, cuatro soldados que bajaban riéndose, cuatro enormes granaderos, me embocaron los fusiles.

Creo que estaban borrachos y que no dieron á tiempo con los gatillos.

Uno, en español casi claro, les gritó:

– Dejadlo, ¡que lo vea!

Soltaron una carcajada que retumbó en la bovedilla, me empujaron contra la pared y huyeron rápidamente.

Subí entonces á escape. Desde el ventanal frontero vi la fogata roja en el cerrete.

Ya era tiempo.

Me abalancé frenético á la campana y... ¡lo que vi, Dios mío! ¡Mi hija era, mi niña, mi Consuelo, ahorcada en la cuerda de aquella campana negra, que nunca se toca!..

¡No sé lo que hablé; no sé cómo rugí, cómo mal dije!

Me abracé á su cuerpo, tan fuerte, tan fuerte, que la campana sonó, desesperada y ronca, como si tocara mi alma.

¡Yo no vi claro, no vi nada, no sé lo que sucedió!

Lejos hubo un estallido de descargas y de gritos. ¿Qué me importaba á mí?

Tampoco sé el tiempo que pasé en la torre.

La gente dice que al día siguiente me encontraron sentado en el suelo, con mi niña en los brazos; que mis manos chorreaban sangre y mis ojos también. ¡Me los salté yo; pero no sé cuándo, no sé cómo! ¡Debió ser para no ver lo que veía!..

El ciego calló un momento, abrumado, ahogado por el trágico recuerdo.

Después volvió la calma á su rostro blanco y apacible y añadió:

– Ya sabe usted por qué hablo solo con mis campanas; ya sabe usted por qué está aquí toda mi historia, y por qué no se toca nunca aquella negra; ¡porque suena á rugido y á odio!

Me despedí de él conmovido, le estreché la mano y salí de puntillas.

¡Ah, el pobre y feliz Sonsoniche!

Sí, feliz después de todo; porque nosotros no tenemos en nuestras amarguras la dicha de aquel ciego, que recibe á diario vibrantes saludos de un alma querida cuando el aire loco que entra por los ventanales hiere el bronce de la negra campana.

ADOLFO LUNA

CONFLICTO ENTRE EL TRANSVAAL É INGLATERRA

Agotados los recursos diplómáticos y agotada sobre todo la paciencia de los boers del Transvaal ante las exigencias cada vez mayores y más injustas de



Mr. Pablo Kruger,
presidente de la República del Transvaal

Inglaterra, se ha hecho inevitable la guerra entre la pequeña república sudafricana y el poderoso Reino Unido. Esta lucha entre el pigmeo y el coloso ha de ofrecer indudablemente gran interés, y por consiguiente parécenos oportuno dedicar alguna atención á los sucesos que se preparan, y dar hoy, á modo de preámbulo, algunas noticias acerca del conflicto existente y de los lugares en donde habrá de resolverse por la fuerza de las armas lo que no han podido solucionar los trabajos de cancillería.

A fines del siglo XVII fundaron los holandeses la colonia del Cabo, de la que en 1808 se posesionaron los ingleses. Los boers, que así se llamaban los primeros colonos, corriéronse entonces hacia el Nordeste, fundando la colonia de Natal, que no tardó en caer también en poder de Inglaterra. Internáronse más los boers en el continente africano, huyendo del yugo que aquella nación pretendía imponerles, y se establecieron á orillas del río Vaal, formando al poco tiempo las dos repúblicas del Transvaal y de Orange, cuya independencia reconoció la Gran Bretaña en 1852 por el tratado de Sand River. Ni aun entonces pudieron vivir en paz los holandeses: la desmedida ambición de Inglaterra no les perdía de vista, y acrecentada con el descubrimiento de las minas de oro transvaalenses, no cesó de hostilizarles, bien directamente, bien auxiliando contra ellos á los cafres indígenas. En 1877 quiso sir Teófilo Shepstone, á nombre del gobierno inglés, anexionar la república del Transvaal á la colonia del Cabo; Kruger, el actual presidente, y el general Joubert, de origen francés, fueron á Inglaterra para protestar de la pretendida anexión, sin lograr que Inglaterra atendiera sus justísimas reclamaciones. Exasperados entonces los boers apelaron á las armas, y lograron, tras numerosos y sangrientos combates, derrotar por completo á los ejércitos ingleses. Consecuencia de aquella guerra fué el tratado de 1881, que garantizó á los boers su independencia absoluta. En aquella memorable lucha, mantenida por un estado pequeño, débil y pobre contra una poderosa nación, ofreciéronse magníficos ejemplos de abnegación, de amor á la patria y de entusiasmo por la independencia: viejos, mujeres y niños, todos contribuyeron en la medida de sus fuerzas; entre los combatientes había muchachos que aún no tenían diez años y se portaron como soldados aguerridos.

En 1884 firmóse el Convenio de Londres, por virtud del cual la República Sudafricana, que así se denomina desde entonces oficialmente aquel estado, se comprometía á no firmar tratado alguno con las potencias extranjeras ni con los indígenas, excepción hecha del estado de Orange, sin la aprobación de la Corona inglesa.

Organizado política y administrativamente el Transvaal como estado libre, no tardaron en manifestarse disidencias alimentadas por los extranjeros (léase ingleses), manejados por Inglaterra, que á pretexto de reclamar derechos civiles y políticos, lo que querían en el fondo era hacerse dueños de la república. El conflicto alcanzó gravísimas proporciones en 1895, cuando el Dr. Jameson, invadió el Transvaal; pero en 2 de enero de 1896 fué el invasor derrotado y hecho prisionero. Los tribunales de la República del Transvaal le condenaron á muerte; mas el presidente Kruger consintió en entregarlo al gobernador del Cabo para que fuese conducido á Inglaterra, en donde fué absuelto y acogido con gran entusiasmo y vivas muestras de simpatía. Tales absolución y acogida fueron el mentís más elocuente á las protestas que hiciera el gobierno inglés contra el acto del doctor Jameson, acto en el cual aparecieron al fin complicadas elevadísimas personalidades del Reino Unido.

Desde entonces, Inglaterra ha multiplicado los pretextos para lograr el objetivo perseguido durante tanto tiempo, y últimamente la cuestión de los derechos políticos de los europeos en la República Sudafricana le ha servido de excusa para arrojar una vez más la máscara y descubrir en toda su repugnante desnudez su insaciable codicia.

Explicada á grandes rasgos la historia del Transvaal, digamos algo acerca de su situación geográfica, de sus producciones y de su organización política.

Situado sobre la elevada meseta del Africa austral, confina el estado transvaalense al Norte con el reino de Jama y el país de los matabeles; al Oeste con el país de los bechuanas y el desierto de Kalahari; al Sur con la colonia inglesa del Cabo, el Estado libre de Orange, la colonia de Natal y el país de los zulús, y al Este por el Tonga, el Suasi y la colonia portuguesa de Mozambique. Tiene una superficie de 308.560 kilómetros cuadrados y una población, según el censo de 1896, de 867.941 habitantes, de ellos 245.397 blancos.

Atraviesan su accidentado suelo tres cordilleras: una formada por los montes Magalees, á los que se juntan los Witwatesrand; otra que comprende los montes Dwars, Witfontain, Marikete, Haulipu, Water, Makapus, Zebedeus y Machimala, y otra constituída por los montes Blanco y Zutpans. Sus principales ríos son el Vaal, el Limpopo y el Olifan, que tienen numerosos afluentes.

Conflicto entre Inglaterra y el Transvaal. – Mapa del teatro de la guerra.

La principal riqueza del Transvaal son los minerales y especialmente el oro: las minas auríferas co-



Martin T. Steijn,
presidente del Estado libre de Orange

menzaron á explotarse con escaso resultado en 1881; pero desde 1885 los productos obtenidos han superado todos los cálculos, descubriéndose constantemente nuevos filones. La industria manufacturera es allí casi nula y la agricultura se halla en estado embrionario; el comercio, en cambio, sigue tan rápido crecimiento como la producción minera.

Las dos ciudades principales de la república son Pretoria y Johannesburgo. Pretoria, así denominada en memoria de Pretorius, primer presidente elegido en 1848, es la capital del estado y residencia del gobierno y tiene una población de 8.000 habitantes. No hay en ella ningún edificio ni monumento notables, pues la misma vivienda del presidente es una casa rústica que nada tiene de palacio.

Johannesburgo es una ciudad nueva que, gracias á la industria minera, se ha desarrollado con rapidez extraordinaria. El descubrimiento de yacimientos auríferos de una riqueza excepcional llevó á la región privilegiada un contingente considerable de extranjeros, especialmente ingleses, esos *uitlanders* para quienes Inglaterra exige derechos civiles y políticos casi iguales á los que disfrutan los *afrikanders*, ciudadanos blancos nacidos en aquel país.

Johannesburgo se convirtió en poco tiempo en importante centro de negocios, contando actualmente 102.714 habitantes y habiéndose establecido en ella varios bancos y compañías mineras. Tiene hermosas calles, como Ressik-Street; amplias plazas, entre las que sobresale Market-Square, en donde diariamente se celebra mercado, y notables edificios, como el palacio de Correos y Telégrafos y el del Gobierno, en donde están instalados los tribunales civiles y criminales.

El poder ejecutivo de la República reside en el presidente, asistido de un consejo formado por el secretario de Estado, el secretario relator, el general en jefe y los dos vicepresidentes de la república. La Asamblea Legislativa se compone de los dos Volksraad, con 29 miembros cada uno, elegidos por sufragio directo: para formar parte del primer Volksraad es preciso haber nacido en el país y residir en él desde [illegible] de mayo de 1876: para el segundo son elegibles los que llevan cuatro años de residencia en el Transvaal. Son electores para el primer Volksraad todos los ciudadanos con 14 años de domicilio en la república y para el segundo los domiciliados con dos años de anterioridad. El presidente de la República, el secretario de Estado y el general en jefe son elegidos el primero por cinco, el segundo por cuatro y el tercero por diez años por los electores del primer Volksraad; los demás miembros del poder ejecutivo lo son [illegible] tres años.

El ejército permanente sólo consiste en un pequeño cuerpo de artillería y otro de telégrafos; pero en



Conflicto entre Inglaterra y el Transvaal. – Johannesburgo. Un día de mercado (de fotografía de N. P. Edwardes)

caso de guerra están obligados á prestar servicio todos los hombres útiles de dieciséis á sesenta años.

El Estado libre de Orange que, aliado con el Transvaal desde 1896, se prepara á prestar eficaz ayuda en la presente lucha, confina al Norte con la República Sudafricana, al Este con la colonia de Natal y el país de los bassutos, al Sur con la colonia del Cabo y al Oeste con la Gricualandia oriental. Ocupa una superficie de 131.070 kilómetros cuadrados y tiene una población de 207.503 habitantes.

Su capital es Bloemfontain, pequeña ciudad de 5.817 almas. – X.



Conflicto entre Inglaterra y el Transvaal. – El tunel de Charlestown y la garganta de Laing por donde los boers pueden invadir el territorio de Natal



TIPO DE BELLEZA, cuadro de Juan J. Henner



JACOBO ESTUARDO, cuadro de Van Dyck que se conserva en el Museo Metropolitano de Nueva York



BARCELONA. – Exposición del Círculo Artístico instalado en el local recientemente inaugurado (fotografía de Laureano)

EL CIRCULO ARTISTICO DE BARCELONA

El Círculo Artístico de Barcelona, que después de contar en sus anales brillantísimos períodos, hubo de limitar sus iniciativas á causa de esfuerzos realizados con más entusiasmo que fortuna, preséntase hoy recobrando su antiguo esplendor, gracias al buen acuerdo de los artistas de robustecer con su concurso una Asociación que tan señalados servicios ha prestado al progreso del arte en nuestra ciudad. Instalado en espacioso y bien dispuesto local, hase preocupado la Junta de establecer una exposición permanente, que á la vez que medio poderoso de estímulo entre los artistas asociados, les exima del vasallaje que hasta ha poco han debido prestar á aquellos que cual los negociantes sólo persiguen un propósito utilitario.

El vasto local del Círculo se ha dispuesto en vasto salón bella y apropiadamente decorado para la exhibición de las obras de pintura y escultura, y otro de más reducidas dimensiones para las producciones artístico-industriales, ambos iluminados cenitalmente y de fácil acceso para los visitantes. En uno y otro inauguróse el día 30 de septiembre último la exposición permanente, y aunque lo rápido de la instalación ha sido causa para que no pudieran en ella figurar obras de reconocido mérito, preciso es consignar que las producciones allí reunidas justifican la importancia del Círculo y hacen suponer lo que en breve representarán aquellas públicas exhibiciones. Como innegable testimonio de nuestras afirmaciones basta examinar los hermosos paisajes de Raurich, Vancells, Masriera y Larraga; el notable retrato al pastel, obra magistral de Julio Borrell; el cuadro de género de Ramiro Lorenzale; el lienzo representando una escena de pesca de Onofre Garí; la bonita composición de Felix Mestres; los sentidos lienzos de Antonio Coll; el recomendable boceto de Cusachs; el luminoso estudio de Roig y Soler; la media figura de la Sra. Ubach, y otros no menos dignos de aplauso. Entre las esculturas figuran varias obras en barro cocido de Vallmitjana, Atché, Campeny y Clarasó, sirviendo de complemento la sección de industrias artísticas, en las que pueden admirarse los bronces artísticos de Masriera y Campins, los muebles de Busquets y los dorados de Brosa.

Bien dispuesta resulta la sala destinada para academia, así como la Biblioteca y demás dependencias del Círculo.

Aplauso merece el Círculo por sus laudables esfuerzos y singularmente su Junta Directiva, que tan gallardamente ha interpretado los deseos y aspiraciones de la asociación. No escaseamos nuestros plácemes, haciendo fervientes votos para la prosperidad del Círculo. – G. Ll.

NUESTROS GRABADOS

Tipo de belleza, cuadro de J. Henner.—Nuestros lectores recordarán sin duda el nombre del celebrado autor de este cuadro, que obtuvo la medalla de honor en el Salón de París de 1898 por su obra *El levita de Efraím ante el cadáver de su esposa*, que reprodujimos en el número 871 de La Ilustración Artística. El lienzo suyo que hoy publicamos pertenece á un género completamente distinto del de la referida obra premiada, y sin embargo la técnica de uno y otro es casi la misma y revela al pintor sobrio en efectos, que nada fía al impresionismo y únicamente se preocupa de la solidez del dibujo y de la armonía y seriedad de los colores. Tienen los cuadros de Henner cierto sabor clásico que encanta, y preside en todos ellos ese carácter que prescindiendo de las influencias de momento obedece á las leyes eternas é inmutables de la belleza: podrán no ajustarse á las exigencias de la moda actual, pero en cambio tendrán la ventaja de no pasar de moda nunca, y andando el tiempo se contemplarán con el mismo deleite que hoy, al paso que tal vez nadie se fije, si no es para censurarlas y burlarse de ellas, en ciertas exageraciones que, como tales, tienen fugaz existencia en el mundo del arte y desaparecen sin dejar recuerdo alguno y sin haber influído más que por breves instantes en la concepción y en el procedimiento artísticos.

Jacobo Stuardo, cuadro de Van Dyck.—Sabido es que Carlos I de Inglaterra llamó á su corte á Van Dyck, quien desembarcó allí en 1632. El monarca, que le recibió con especial agrado, quiso satisfacer todos los gastos del artista y le dió una habitación en Blackfriars y una casa de campo en el condado de Kent, nombrándole tres años más tarde caballero y señalándole una pensión de doscientas libras esterlinas. La corte, la nobleza, las personalidades más importantes quisieron tener su efigie pintada por el gran artista, datando de entonces el magnífico retrato del rey que se conserva actualmente en el museo del Louvre. También es de aquella época el de Jacobo Stuardo que en el presente número publicamos y que actualmente figura en el Metropolitano de Nueva York. Ocioso y hasta ridículo sería señalar las bellezas que este retrato, como todos los de Van Dyck, atesora: se trata de un maestro consagrado por la historia y reputado como el mejor retratista después del Tiziano, y por consiguiente, la crítica y hasta el simple comentario huelgan por completo.

La Adoración de Jesús, frente de altar de Reynolds-Stephens.—El autor de esta pintura nació en el Canadá en 1862, pero se educó desde muy niño en Inglaterra y en Alemania. Como tantos otros artistas, destinábanle sus padres á una carrera, la de ingeniero; pero pudo más en él su vocación, y á pesar de sus brillantes estudios, abandonó la ciencia y se consagró enteramente á las bellas artes, entrando en la escuela de la Real Academia de Londres, en donde permaneció desde 1884 á 1887 dedicado á la pintura y á la escultura. Siendo todavía estudiante, en 1885, concurrió á la exposición de aquella academia con una acuarela que llamó la atención de los inteligentes, y dos años después expuso una hermosa escultura. Trabajó como escultor exclusivamente hasta 1894, en que se dió á conocer como pintor notable. Desde entonces ha cultivado por igual la escultura y la pintura, consiguiendo en una y otra grandes éxitos: también los ha logrado en la esfera de las industrias artísticas en sus diversas manifestaciones. En todas estas ramas del arte se muestra original y elegante en grado sumo, siendo buena prueba de su originalidad, al par que de su dominio de la técnica, la obra suya que reproducimos y en la cual trata de una manera completamente nueva un asunto como la *Adoración de Jesús*, que ha inspirado á gran número de artistas de todas épocas y que, por ende, es expuesto á plagios y repeticiones.

MISCELÁNEA

Teatros.—*París.* – Se han estrenado con buen éxito: en Cluny *Le petit puceron rouge*, comedia vaudeville en tres actos de Juan Marsele, y en el Palais Royal *La Mouche*, graciosa comedia vaudeville en cuatro actos y cinco cuadros de Antony Mars.

– Sarah Bernhardt estrenará en París, en la temporada próxima, el nuevo drama de Edmundo Rostand, que se titula *El águila*.

– En el teatro Lírico, de Milán, se estrenará la nueva ópera de Mascagni *Las máscaras*.

Madrid. – Han abierto sus puertas los teatros de la Comedia, Princesa y Zarzuela. En el primero actúa una excelente compañía dirigida por Emilio Thuillier y de la que forman parte Rosario Pino, Donato Jiménez y Ricardo Manso; en el segundo está María Alvarez Tubau, que ha estrenado con gran éxito un arreglo de la comedia francesa *La vida de Bohemia*; en el tercero funciona una compañía de zarzuela bajo la dirección de Julián Romea, habiendo estrenado una revista de Perrín y Palacio con música de Caballero y Nieto, titulada *El testamento del siglo*.

Barcelona. – El teatro Romea ha inaugurado la temporada de invierno con la excelente compañía que dirige D. Enrique Borrás y en la cual figuran los más notables actores catalanes. En el Eldorado y en la Granvía se cultiva, como de costumbre, el género chico, habiéndose estrenado en el segundo, con regular éxito, *El traje de boda*, zarzuela en un acto de Perrín y Palacio con música de los maestros Rubio y Llor. En Novedades funciona una discreta compañía de ópera bajo la dirección del maestro Sr. Pérez Cabrero.

Necrología. – Han fallecido:

Augusto Scheurer-Kestner, ex vicepresidente del Senado francés, iniciador del movimiento revisionista del asunto Dreyfús.

Juan Ristich, ex presidente del Consejo de Ministros servio y uno de los más notables políticos de aquel reino.

David Bles, célebre pintor y caricaturista holandés.

Gaspar Buberl, escultor bohemio residente hacía mucho tiempo en Nueva York, autor del monumento erigido á Garfield en Cleveland, del grupo colosal Columbia de Wáshington y de otras muchas obras monumentales.

Federico Guillermo Martersteig, notable pintor de historia alemán, miembro de la Academia de Bellas Artes de Berlín.

AJEDREZ

Problema número 170, por Pedro Riera

NEGRAS

7 B. y 9 N. = 16 piezas.

BLANCAS

Las blancas juegan y se hacen dar mate en dos jugadas.

Solución al problema número 169, por V. Mar[illegible]

Blancas.	Negras.
1. C 6 C R	1. Cual[illegible]
2. C, D, A ó T mate.	



Sola arrodillada en una capilla lateral, ignorada y perdida entre el gentío, una mujer vestida de luto riguroso...

CORAZÓN DE SACERDOTE

Novela original de H. S. de Forge. – Ilustraciones de Marchetti

(CONCLUSIÓN)

– ¡No!, replicó Adalberto. Nada tengo que ver con ese espadachín.

– En ese caso, toma el primer tren y vuelve á casa de tu padre. Para nada necesito tus servicios.

Cuando á primera hora de la mañana siguiente, Adalberto Deruel marchó de Jouy sin que nadie fuese á despedirle, decía para sí con furor:

– Me han llamado cobarde... ¡Como si el verdadero cobarde no fuese ese fanfarrón que se humilla ante un cura!

XVI

La concurrencia era numerosa y brillante en la bonita iglesia de Santa Clotilde á la claridad semi-sonrosada que penetraba por los ventanales... Todo

eran elegantes trajes femeninos, uniformes militares de tonos variados, una confusión de colores vistosos y risueños, un murmullo discreto de voces que cambiaban saludos, respuestas, observaciones, y á menudo también críticas, sobre las personas que iban llegando y cuyo nombre pasaba de boca en boca.

De pronto todo quedó en silencio. Acababa de abrirse la puerta principal, dando paso á un alegre rayo de sol que se mezcló con la luz de los innumerables cirios, y á los acordes de una marcha triunfal tocada en el órgano, Lucila y su padre, Roger y su madre, avanzaron, seguidos de un brillante cortejo, hacia el altar adornado de flores y plantas.

Arrodillados los novios, presentóse el sacerdote oficiante, en el cual se fijaron muchas miradas. Adivinábase en la dignidad de su actitud, en la nobleza de su porte, una fe tan ardiente, tan gran fervor, que cuando se volvía hacia la nave, su rostro joven, de una palidez mate, de facciones finas y distinguidas, reflejaba una piedad tan profunda, bajaba la mirada hacia los esposos con tan suave expresión de ternura, que hasta los más refractarios á la emoción se sentían sometidos al encanto de una impresión intensa, llena de dulzura.

– ¿Sabe usted quién es ese sacerdote?, se preguntaban unos á otros.

– No, nunca le he visto... No debe ser de la parroquia.

– Monseñor de Beauval, primo de Mad. de Sennevaux, es el que debe dar la bendición nupcial; pero el oficiante...

– Lo cierto es que parece un verdadero sacerdote.
Sí, parece muy bien.

– Diga usted más bien que atrae, amiga mía.

– Jamás he visto una fisonomía tan conmovedora.

– Es una fisonomía augusta.

– Ya sé quién es, dijo un concurrente mejor informado. Es el preceptor del niño Jouvenot y amigo íntimo del conde de Sennevaux.

¡No es posible! ¡Un simple preceptor!.. Es una figura de obispo.

– Ya lo será si quiere. Parece que es hombre de gran mérito.

Sola, arrodillada en una capilla lateral, ignorada y perdida entre el gentío, una mujer vestida de luto riguroso habría podido decir hasta dónde llegaba aquel mérito y revelar el secreto del alma de aquel sacerdote que consumaba su sacrificio

Poco tiempo antes, Charlier había fallecido de resultas de un nuevo ataque, llorado sinceramente por Marta y por Pablo, el cual, atento á su deber sagrado y sobreponiéndose á su dolor filial, había prodigado á su padre los últimos consuelos. En un postrer momento de lucidez, Charlier había entregado á su hijo un pliego que contenía su última voluntad y pagado con una mirada de inefable gratitud toda la deuda de su vida purificada y redimida.

A pesar de su luto reciente, Marta, cediendo á las instancias de Mad. de Sennevaux, había accedido á asistir, oculta é ignorada, á la ceremonia que consagraba la dicha de Roger y el triunfo de Pablo. Ninguna plegaria subió hasta el cielo más conmovida, más sincera, que la que subió desde la pequeña capilla.

Había también entre los circunstantes un hombre que parecía aislarse de la gente, que recorría lentamente las naves laterales y se paraba de línea en línea como para pasar una inspección minuciosa á las personas presentes. Frisaba en los cincuenta años; su rostro moreno, casi tostado, se destacaba enérgico y vigoroso bajo los cabellos ya encanecidos. La dulzura un poco triste de sus ojos contrastaba con la expresión de fuerza y de resolución impresa en sus facciones, acentuada por una arruga profunda formada entre las cejas. Al parecer no se ocupaba gran cosa de la boda y se dedicaba especialmente á buscar á alguien á quien no encontraba, pues antes de terminar la ceremonia, fué á situarse bajo el pórtico mezclándose con la muchedumbre de curiosos para presenciar el desfile de la salida; luego, cuando éste hubo concluído, se alejó suspirando, sin reparar en una mujer de luto y en un sacerdote que salían de la iglesia por una puerta lateral.

Desde su regreso á París, Sabiniano de la Haye no tenía más que una idea; encontrar á Marta y Pablo, esos dos seres confundidos en el mismo y puro cariño que había llenado toda su vida. Desde el día del drama de Ganneville, jamás los había vuelto á ver; en dieciséis años no había oído hablar de ellos; después de la carta de Marta – la única que recibió – se había alejado, obediente y fiel para siempre, aguardando, según la frase que ella le había escrito, el momento en que sus canas le permitieran volver como amigo. Su corazón, en el que no tuvo entrada la corrupción, por más que lo hubiera rozado ligeramente, y devuelto á sí mismo por el soplo angelical de un niño, se había entregado por siempre á un solo amor. Pero Marta le había dicho: «No trate usted de volverme á ver,» y él, temiendo su debilidad, queriendo conservarse digno de ella, animoso, había marchado de Francia y buscado en lejanos países la distracción, ya que no el consuelo de la soledad.

Llegado al Africa como simple *turista*, tuvo á modo de una revelación. Siendo activo é inteligente, ¿debía pasear así por el mundo, llevando una vida inútil y sin objeto? ¿No se haría más digno de la amada ausente ennobleciendo su existencia y haciéndola productiva y gloriosa? Sintió un deseo febril de penetrar los misterios cuyas insondables profundidades le ofrecía el continente negro; se apoderó de él el mágico atractivo de lo desconocido. Empleó gran parte de su fortuna en organizar viajes de descubrimientos, arrostrando fatigas y peligros y penetrando en las regiones más salvajes, á cuyos habitantes dominaba, no por la fuerza de las armas, sino valiéndose de la dulzura y la lealtad. Una segunda expedición sucedió á la primera, y luego otra, y después la larga permanencia que acababa de terminar y durante la cual había residido por espacio de cinco años en aquellos países aún incompletamente revelados, reuniendo tesoros para la ciencia y plantando los primeros jalones de la civilización.

Y siempre y por dondequiera le seguía un recuerdo, adornando su tienda en medio de los desiertos: un cuadro con los retratos de Marta y Pablo y con tres flores secas.

¡Marta y Pablo! ¿Acaso vivían? En esta duda consistía la angustia que al volver á Francia le oprimía el corazón. Sus primeras pesquisas fueron vanas. ¿Quién podía informarle sobre una pobre mujer que vivía modestamente en una calle extraviada, y un sacerdote oculto en sus humildes funciones de preceptor? Se había presentado en casa de Mad. de Sennevaux; pero dió la casualidad de que lo hizo cuando más ocupados estaban en los preparativos de la boda de Roger, y como no dió su nombre no se le recibió. Sin embargo, la palabra boda le inspiró una idea; si Marta y Pablo vivían no dejarían de asistir á la ceremonia; fué á la iglesia, miró, no vió á los que buscaba y se marchó desesperado.

En esto, tuvo que suspender las gestiones cuyo resultado tan impaciente le tenía, obedeciendo á otro deber urgente. La Sociedad de Geografía iba á recibirle en sesión solemne, en la cual se le entregaría una medalla de honor. Tenía que arreglar sus notas, clasificar sus documentos. Se habían fijado carteles anunciando que daría una conferencia sobre el Africa central. Aún debía este servicio á la ciencia. ¡Oh! En seguida no debería nada á nadie y podría dedicarse por completo á buscar á los que amaba.

Verificóse la sesión en el vasto local de la Sociedad á fines de diciembre de 1890. Al entrar el animoso explorador se le recibió con entusiastas aplausos. El presidente le dió la bienvenida, y el viajero dió luego principio á su relato, trazando á grandes rasgos la historia, corta todavía, pero llena de promesas, del Congo francés, refiriendo sus viajes más allá de él, hablando sin orgullosa fanfarronería, pero sin falsa modestia, de sus luchas, de sus fatigas, de sus peligros y de los ciento sesenta días invertidos en atravesar una selva virgen, sin distinguir más que por una vaga claridad el día de la noche, y de los desiertos de roja arena, y de los pueblos bárbaros halagados con regalos, y de las tempestades de los grandes lagos bajo el cielo de los trópicos, de una violencia inaudita en nuestras regiones templadas.

Su narración, que interesaba sobre manera á sus oyentes, iba mezclada de anécdotas, ora chistosas, ora conmovedoras, y si á veces se le interrumpía, era para aplaudirle frenéticamente.

Terminó de este modo:

– Señores, he llegado al término de mi relato, y también al de mi tarea, es decir, de mi tarea de explorador. Mis fuerzas no me permiten ya intentar nuevos esfuerzos. Los años de los exploradores se deben contar dobles como los de los soldados en campaña. Mi único y postrer deseo es poder escribir lo que he visto, lo que he aprendido, lo que podrá servir de guía á aquellos á quienes atraiga, como á mí me ha atraído, la seducción de esa naturaleza desconocida y maravillosa, la santa ambición de llevar la palabra de paz á esos seres primitivos, á menudo mejores que los muchos hombres civilizados. ¡Ojalá puedan encontrar mis sucesores en su ruda carrera los goces que he sentido al pensar que, siendo un hombre insignificante, ensanchaba un tanto el límite de los conocimientos humanos! ¡Ojalá también, y este es un voto que hago en su obsequio, puedan ir acompañados, como yo lo he ido, de un recuerdo querido que les sonría en medio de los desiertos, les consuele en el día de los sufrimientos y les reanime en las horas de desaliento! Perdonadme si termino con estas frases, justo homenaje de tierno agradecimiento al talismán íntimo y protector que me ha guiado y sostenido.

Una tempestad de aplausos acogió las últimas palabras del viajero. Levantada la sesión, todos los circunstantes corrieron á él para tener el gusto de estrecharle la mano.

En último término se acercó un sacerdote, sonriente y conmovido, que había escuchado la conferencia con la mayor atención. Cuando la peroración, sus vecinos extrañados vieron que se enjugaba los ojos. Dejó pasar la oleada de los concurrentes, y avanzando luego solo, se quedó mirando con sus ojos límpidos á Sabiniano, á quien dijo con voz algo temblorosa:

– Amigo mío, ¿querrá usted ir mañana á tomar te con nosotros? Mi madre le espera.

– ¡Pablo!, exclamó el explorador saltando de su sillón, y cogiendo al sacerdote entre sus brazos, le estrechó contra su corazón como á un hijo.

XVII

En una sala donde penetraba la luz opaca de una tarde de invierno, Marta estaba sentada junto al fuego, único compañero de su soledad. Meditaba, cavilosa y triste. Sus pensamientos adquirían el tinte melancólico de aquel día cubierto de las brumas de diciembre, cuyos vapores flotaban sobre los grandes árboles del jardín vecino, que apenas se discernían en la penumbra.

Sabiniano estaba en París..., como Pablo; lo había sabido por los periódicos; la víspera había debido dar una conferencia pública y contar á mil personas indiferentes toda la historia de su vida... Lo había sabido, como Pablo, por la vulgar publicidad de los carteles. ¡Amarga irrisión! El que se había apoderado de su alma estaba á dos pasos de ella; respiraban el mismo aire; el último de los curiosos podía conocer todos aquellos detalles de que se habría mostrado tan ávida... ¡y no vería ni oiría al amigo de su corazón!

Desde el día de la separación, desde que había desterrado voluntariamente á Sabiniano, jamás había faltado Marta á su resolución de renuncia resignada. Había marchado firme, inquebrantable, por el camino recto y severo que se trazara. Pero si le estaba vedado el amor, si lo había arrancado lealmente – ó creído arrancar – de su corazón, no le estaban prohibidos el recuerdo ni la oración, y todos los días su recuerdo volaba hacia el ausente, y todos los días elevaba á Dios su plegaria por él, no sin que lo sintiera abrasado de ardiente cariño. En vano se quita de una vasija el perfume que contiene; sus paredes quedan para siempre impregnadas de él.

En su absoluta honestidad, Marta estaba convencida de que había triunfado, como lo prescribía su deber, y que todo germen de amor había muerto para siempre en su corazón. Hay plantas demasiado vivaces para que lleguen á morir, y en vano se las hunde en el suelo, porque sus raíces vigorosas atraviesan á la larga el obstáculo que las cubre y llega un día en que la flor brota de nuevo al aire libre, radiante y vivaz.

¿Por qué, pues, la pobre Marta pasa horas enteras en la soledad, reconstruyendo detalle por detalle, palabra por palabra, ciertas visitas que Sabiniano la hacía en otro tiempo? ¿Por qué dejaba vagar á menudo sus dedos por el piano en el que siempre tocaba las piezas que á él le gustaban, mientras que su pensamiento se perdía en una vaguedad llena de encanto? ¿De qué procedía su adhesión á los objetos materiales que poblaban su sala, amigos discretos y fieles, testigos de los escasos días felices que parecían haber conservado sus huellas? ¿Acaso él no los había visto? ¿No los había tocado? En éste sus miradas se habían encontrado; aquél le recordaba una palabra, en otro sus manos se habían juntado... Pero este culto del pasado no asustaba á la rectitud de Marta... No era más que recuerdo purificado por el sacrificio; recuerdo no culpable, puesto que no estaba mezclado con él ninguna pesadumbre.

De pronto, bruscamente, supo el regreso de Sabiniano, y al punto comprendió que le amaba como el primer día. Aquella vez no intentó reprimir los latidos de su corazón: era libre. Toda su alma voló hacia el ser querido vuelto á la patria y se elevó en ella un inmenso hosanna de ternura que rebosaba de alegría y de juventud.

Alegría, juventud, ¡ah! Sus blancos cabellos, reflejados en el espejo, la hicieron volver bien pronto á la realidad. Cuando la separación escribía á Sabiniano: «Empiezo ya á bajar la pendiente de la colina.» ¡Y de esto hacía diez y seis años! Iba á cumplir los cincuenta... Era ya vieja. Hacía mucho tiempo que hubiera podido ser abuela... ¡Terminaba su vida!

¿Por qué Dios no hacía envejecer el corazón como el cuerpo? Era preciso despedirse para siempre de la juventud, resolverse á no conocer jamás la felicidad, aspiración de toda su vida.

Por otra parte se le ocurría un pensamiento más dolorosamente todavía... ¿Qué habían hecho de Sabiniano esos diez y seis años? Era una quimera esperar, si volvía á verle, el encontrarle tal como era en otro tiempo. ¡Cuánto sitio para el olvido en esos diez y seis años acumulados entre ambos, en esos lejanos viajes, manantiales de tantas impresiones nuevas y quizás de tantos nuevos afectos! ¿No se los había aconsejado ella misma?

Con todo, la esperanza es tan tenaz, que el alma de la pobre mujer se dirigía por momentos hacia un horizonte iluminado en que su fidelidad encontraba otra fidelidad, y en que, á falta de su primavera, veía su otoño dorado por la divina radiación del amor...

¡Sueño, sueño de todos modos imposible! Aun suponiendo cierto lo inverosímil, ¿acaso no mediaba Pablo, su querido hijo, á quien había predicado la renuncia y la inmolación? ¿Y precisamente en el momento mismo en que su hijo, á fuerza de valor y de piedad, acababa de vencer las ardientes ternuras de su juventud, iría ella, en el ocaso de su vida, á contradecir su pasado y á dar el espectáculo de la debilidad y de la defección? La imagen de Charlier aparecía ante ella diciéndole: «¡Tan sólo esperabas mi muerte! ¡Tus cuidados eran falaces! ¡Tu cariño comedia!» Y veía el rostro de Pablo severo é irritado, severo como sacerdote, irritado como hijo.

Un inmenso desaliento se apoderó de Marta. Sus ojos miraban como símbolo de vida los árboles del jardín, sombríos como ella, cuyas ramas ennegrecidas por el invierno se destacaban tristemente en la niebla, pareciendo llamar en vano á un sol desaparecido y un follaje que no debían recuperar.

Pablo entró, sonriente y alegre. No era la hora en que acostumbraba llegar; por lo común en aquellos momentos daba lección á Herald, y respondió á la sorpresa de su madre diciéndole que, por una circunstancia especial, había creído deber pedir un permiso extraordinario.

Desde la vuelta de Sabiniano, también él había experimentado las mismas angustias que agitaban á su madre; pero había recobrado la firmeza y la alegría desde la víspera, cuando estrechó entre sus brazos, lleno de emoción y llorando de ternura, al explorador intrépido, cuyo valor enérgico aclamaba la multitud momentos antes.

– Mamá, dijo á su madre sin preámbulos, me he ocupado hoy en prepararte una sorpresa que creo que te gustará. Conviene que nuestra vieja Francisca disponga como en otro tiempo lo que llamábamos nuestra comidita... El Sr. Sabiniano de la Haye vendrá á tomar te con nosotros á las cuatro... la hora de costumbre.

Marta se levantó pálida, rígida, sin decir una palabra. Su mano, apoyada en la mesa, temblaba visiblemente. Entonces Pablo la dió un apretado abrazo é imprimió en su frente un prolongado beso. No se dijeron una palabra. Los corazones de madre é hijo se comprendían sin necesidad de hablar. Pablo, con su abrazo, respondía á todos los recelos, disipaba todos los escrúpulos de su madre. Marta, en su turbación, contestaba satisfactoriamente á todas las preguntas de su hijo.

Pablo se desprendió de los brazos de Marta, comprendiendo sin embargo, que era preciso decir algo.

– Mamá, lee esto, dijo sacando de su cartera un papel cuidadosamente envuelto. Es un escrito que mi padre me entregó al morir.

Marta leyó lo siguiente:

«Mi voto supremo, mi más ardiente deseo es que, si las circunstancias lo permiten después de mi muerte, mi querida esposa, Marta de Monthiers, mi santa, fiel y admirable compañera, se case con M. Sabiniano de la Haye. Se la lego como el más preciado de los tesoros, del cual le reconozco digno. Encargo á mi querido hijo Pablo que vele por la realización de este deseo.

»Estoy seguro de que comprenderá todo el cariño, gratitud y deseo de perdón que demuestro en esto á su madre y á él. Rogaré á Dios que prolongue los años en que estarán unidos tres corazones hechos para comprenderse y amarse.



– ¡Pablo!, exclamó el explorador saltando de su sillón ..

»Escrito de mi puño y letra, en París, el día de la ordenación de sacerdote de mi hijo, el 30 de mayo de 1885. – JUAN CHARLIER.»

Después de un largo silencio, Marta se enjugó los ojos, y temblorosa, murmuró más bien que dijo:

– ¿Y él?

– ¡Ah madre!, contestó Pablo: ¡Si supieras cómo me ha abrazado ayer!

Entonces Pablo describió á su madre la sesión de la Sociedad de Geografía, repitiendo palabra por palabra la conmovedora peroración de Sabiniano y la larga conferencia que medió entre ellos, franca y sencilla como su corazón.

Conforme al deseo expresado por Charlier en su último escrito, su hijo Pablo fué quien pronunció la primera palabra de casamiento.

Marta le escuchaba, creyendo soñar.

Déjame hacer, madre querida, dijo Pablo con inefable sonrisa... Ya sabes que soy muy buen casamentero.

Su tarea fue aquella vez fácil y rápida. Algunos meses después, tan luego como lo permitió el plazo legal, las pocas personas piadosas que acudían á las primeras horas de la mañana á la iglesia de San Sulpicio, se paraban con curiosidad á la puerta de una pequeña capilla lateral donde un joven sacerdote bendecía la unión de dos esposos de blancos cabellos. No era la pompa ostentosa de los matrimonios jóvenes, ante los que se abre toda una larga vida brillante de esperanza, sino un acto discreto como la virtud, recogido como la piedad, y al mismo tiempo, que impresionaba como una solemnidad augusta.

– Querido hijo, dijo Marta á Pablo cuando se separaron, tu vida, bien corta todavía, es una serie de acciones benéficas... ¡Tu padre, M. de la Haye, yo, tus amigos!.. ¡Cuántas personas dichosas te deben su ventura! ¿Y tú?

– ¡Yo!, respondió Pablo con la cabeza erguida y la mirada radiante..., yo soy el servidor del Maestro que ha dicho: «¡Mi reino no es de este mundo!»

XVIII

En una región apartada del departamento del Nievre, al pie de las primeras colinas del Morvan, se ve á lo largo del camino y á la entrada de una aldea de 400 á 500 habitantes, una larga pared con una puerta sobre la cual hay una cruz. Es la cerca de la casa del cura.

Facil es traspasar aquella puerta, porque está siempre abierta, y en seguida se penetra en un espacioso jardín, muy bien cuidado y en el que abundan las flores. Más allá hay un huerto con surcos simétricamente alineados y alrededor de él los árboles se doblan bajo el peso de sus frutos.

En aquel pequeño rincón de tierra, verde y risueño, escondido y fresco, parece estarse á mil leguas del mundo habitado. El arroyo que baja de la montaña, circula por él límpido y murmurante por un lecho de blancas guijas, recogiendo al paso diminutas cascadas y tomando en esas confluencias cierto aire ambicioso de torrente que un niño cruzaría en dos saltos. Las redondas colinas se escalonan presentando pendientes bastante suaves para que el arado se pasee por ellas sin esfuerzo y ofreciendo á las miradas una sucesión de bancales de doradas mieses y de salientes cubiertas de castañares silvestres.

Las casas se diseminan agrupadas en pequeños caseríos bastante espaciados para tener vida propia y lo suficientemente cercanos para formar una aglomeración unida alrededor de la vieja iglesia, centro común.

Hace cuatro años que Pablo Charlier es cura de aquella humilde aldea.

Dos años después del casamiento de Roger tomó la iniciativa de decir á M. Jouvenot que el interés de Herald, destinado á la Escuela politécnica, exigía el complemento de estudios más elevados que la educación privada no puede dar, y se separó, colmado de bendiciones, de aquella familia, á todos cuyos individuos hizo buenos y dichosos. En vano fué que el obispo, primo de Mad. de Sennevaux, procurara adscribirle á su servicio, ofreciéndole el más brillante porvenir; no aceptó su protección sino para obtener aquel curato campestre, objeto de las ambiciones de su juventud.

Allí vive tranquila y silenciosamente, haciendo bien, practicando lo que en el seminario llamaba la caridad suprema: ser bueno y amar. Sus feligreses le adoran.

La casa del cura no es blanca ni tiene persianas verdes... ¿Qué sueño humano se realiza jamás por completo?.. Pero la vivienda es espaciosa, limpia y cómoda. Hay en ella sobre todo una pieza, pequeña como un retrete, graciosa como un nido; aquella en que trabaja el cura. Dos bibliotecas ostentan en sus

tablas, la una las obras eclesiásticas necesarias para un sacerdote, y la otra una colección de autores profanos, severamente escogidos, en la que junto á los grandes escritores griegos y latinos figuran los maestros de la literatura francesa y las obras maestras extranjeras.

En las paredes hay cuatro cuadros con los retratos de Marta y Charlier, de Roger y Lucila. En la chimenea, una fotografía de Sabiniano forma juego con otra de Herald, y entre ambas, tres pequeños medallones, bastante espaciados para que se pueda aumentar la serie, contienen los retratos de tres preciosas criaturas, los tres hijos del capitán Sennevaux.

Encima, dominándolo todo, un gran Cristo: la Caridad suprema.

Todos los años, Roger y Lucila van á pasar ocho días con el cura, acompañados de sus hijos, el mayor de los cuales lleva el nombre de su abuelo paterno, y el segundo el del P. Charlier.

Pero el cura siente una satisfacción todavía más dulce y más frecuente. Todos los días por la tarde se le ve por el camino leyendo su breviario y encaminándose á un chalet distante cosa de media legua de la aldea y escondido entre frondosa arboleda. Aquel chalet, recién construído, se llama el *Oasis*.

Allí vive Sabiniano de la Haye con su esposa, y allí va Pablo á prestar á Sabiniano su ayuda de otro tiempo, secundándole en sus trabajos.

A las cuatro se interrumpe la tarea cotidiana, y la vieja Francisca lleva el te al salón. A sus setenta y seis años se le ha deparado un grato retiro junto á su Marta, de la que no se ha separado nunca. Pero no se ha podido conseguir de ella que renunciara á servir el te, servicio que es su privilegio exclusivo.

TRADUCCIÓN DE M. ARANDA



BARCELONA. – ENTRADA DEL NUEVO OBISPO EXCMO. É ILMO. DR. JOSÉ MORGADES Y GIL. EL PRELADO ENTRANDO EN LA CATEDRAL

(de fotografía de Laureano)

ENTRADA DEL OBISPO SR. MORGADES EN BARCELONA

El día 30 de septiembre último hizo su entrada en Barcelona el nuevo obispo de la diócesis, el Excmo. é Ilmo. Sr. D. José Morgades y Gil. Acudieron á recibirle á la estación de Francia el Ayuntamiento y la Diputación Provincial en pleno, el Cabildo Catedral, representantes de las Órdenes religiosas, comisiones de los cuerpos de la guarnición, el presidente de la Audiencia, representantes de la Universidad, del Instituto, de las Escuelas agregadas, la Junta de la Casa provincial de Caridad, Conferencias de San Vicente Paúl, comisión del Colegio de Abogados, las autoridades civiles, militares y eclesiásticas, el obispo electo de Vich Sr. Torres y Bages, los párrocos y el clero de la diócesis y nutridas y valiosas representaciones de todas las clases sociales de nuestra capital.

Desde la estación, en cuya sala de espera presenció el señor obispo el desfile de las personas que asistieron á la recepción, dirigióse la comitiva á la Catedral, siendo el prelado objeto de cariñosas manifestaciones á su paso por las calles que llenaba la multitud.

En la Catedral fué recibido el Sr. Morgades por una representación del Cabildo, y después de haber orado breves momentos en la cripta de Santa Eulalia marchó á la Capitanía general y de allí al palacio episcopal.

El canónigo Sr. Dachs dióle la bienvenida, manifestándole la satisfacción del Cabildo por haber alcanzado la honra de ser presidido por una personalidad de tan relevantes méritos y virtudes.

Después de haber agradecido el señor Obispo en sentidas frases la salutación del señor Dachs, el Alcalde Dr. Robert pronunció un elocuente discurso enalteciendo los merecimientos del prelado y felicitándose en nombre de Barcelona por su nombramiento.

Análogas manifestaciones hizo el capitán general señor Despujol, y á todos contestó el Dr. Morgades agradeciendo las frases en su honor pronunciadas.

A seguida se verificó el besamanos que resultó brillantísimo.

En resumen, la llegada del nuevo prelado barcelonés ha sido una muestra elocuente de las simpatías con que el Dr. Morgades cuenta en esta capital, donde ha vivido durante tantos años. Sus nuevos diocesanos, al recordar lo muchísimo que ha hecho en Vich, esperan fundadamente que sus talentos, sus virtudes y sus iniciativas han de ser grandemente provechosas para la diócesis de Barcelona.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, que oportunamente se honró publicando el retrato y la biografía del nuevo obispo, eleva hoy su más respetuoso saludo de bienvenida al ilustrado sacerdote á quien tanto debe el arte religioso de Cataluña. – A.

***

LOS PÁJAROS MINEROS

La mayoría de los pájaros construyen sus nidos, verdaderas maravillas arquitectónicas, con musgos, ramitas, líquenes, hojas, etc., que disponen de modo que ofrezcan cómoda y blanda vivienda. Otros los forman con barro y aun con su propia saliva. Pero por muy raras que sean estas habitaciones, no son nada comparadas con las practicadas en el suelo por el estilo de las de las ratas, topos y otros animales cavadores. A pesar de su complexión más bien débil y de su plumaje que parece hecho más para brillar al sol que para trabajar en las entrañas de la tierra, los pájaros mineros demuestran gran habilidad en su trabajo.

Uno de los más activos entre ellos es indudablemente el cotilo de playa, que vive en las costas escarpadas y abre agujeros muy hondos en sitios adonde no alcanzan las más altas aguas. Aunque pequeño de cuerpo, puede en dos ó tres días practicar una cavidad de cinco á ocho centímetros de diámetro en su entrada y mucho más espaciosa en su fondo, cuya parte central está formada por un corredor de uno y á veces de dos metros de largo. En la época de la reproducción el cotilo parece presa de un verdadero delirio de excavación, viéndosele á menudo abandonar un nido casi terminado para comenzar otro, con el objeto, sin duda, de agotar su actividad. Una vez terminada la galería, el pájaro deposita en la cámara del fondo una capa de paja y de heno, cubierta por una especie de colchón formado con plumas y pelos.

El pardalote punteado de Australia no se contenta con minar, sino que en el fondo de su madriguera construye un artístico nido: el canal que practica tiene de 60 centímetros á un metro de longitud, y está orientado de tal manera que el extremo interior del mismo resulta más alto que el orificio de entrada, gracias á lo cual no puede penetrar allí la lluvia. El orificio de entrada no tiene más que el ancho suficiente para dar paso al pájaro. En el fondo, y por consiguiente en plena obscuridad, se encuentra el nido en forma de esfera de ocho centímetros de diámetro, con agujero lateral, construído con tiras de corteza interior de eucaliptus.

Los abejorros, así llamados por su desagradable costumbre de comerse á las abejas, buscan para sus nidos la orilla escarpada de una corriente de agua, y con su pico y sus uñas practican un agujero redondo de cinco á siete centímetros de diámetro, con un corredor horizontal ó ligeramente inclinado que llega á veces á una profundidad de 1,30 á dos metros, y al extremo del cual dispone una vivienda de 25 centímetros de largo por 16 de ancho y 10 de alto, en donde la hembra deposita sus huevos. Según dice Salvin, detrás de ésta hay otra cámara. Cuando nacen los pequeñuelos la madre les lleva una porción de insectos, cuyos restos forman muy pronto una capa en el fondo del nido.

De la serie de pájaros mineros forma parte también el martín pescador, de aspecto tan curioso como sus costumbres. Este pájaro busca á fines de marzo un sitio para construir su nido, y el sitio, según Bechstein, es siempre una orilla seca, escarpada, completamente desprovista de hierba, por donde no pueden encaramarse las ratas, ni las comadrejas, ni ningún otro animal carnívoro. A 30 ó 60 centímetros del borde superior de la orilla el martín pescador abre un agujero circular de unos cinco ó seis centímetros de diámetro y 60 centímetros ó un metro de profundidad, dirigido algo hacia arriba. La entrada se bifurca y el extremo opuesto termina en una excavación redonda, de seis á ocho centímetros de alto por 11 ó 14 de ancho, cuya pared superior es lisa y cuyo suelo está cubierto de espinas de pescados.

Sobre este lecho de espinas están los huevos, en número de seis ó siete, relativamente grandes, casi redondos y de un blanco lustroso. El martín pescador emplea tres ó cuatro semanas en practicar la madriguera en donde deposita sus huevos: cuando encuentra piedras procura arrancarlas, y si no lo consigue las deja estar y sigue perforando al lado de ellas, motivo por el cual el corredor de entrada es á veces muy tortuoso. Si las piedras que encuentra son muchas, el martín pescador abandona aquel sitio y abre otro nido en otra parte. Este pájaro habita el mismo nido durante varios años si nada de particular ocurre en él; pero si la entrada se ensancha cesa de depositar allí sus huevos.

El curucú merece figurar entre los pájaros mineros, por más que su nido sea aéreo; en efecto, anida en los agujeros que se abre en medio de las construcciones que las hormigas blancas llevan á cabo en los árboles. El macho es el único que se encarga de este trabajo de perforación. – H. C.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

Los Estados Unidos vencidos por España, por *Mister Vehrahz.* – Mucha, muchísima miga tiene el folleto que nos ocupa: en él se examinan con gran conocimiento de los hechos y con imparcial criterio la última guerra de Cuba y la de los Estados Unidos; se analiza lo que antes y durante las mismas hizo España; se expone lo que, en vez de lo que se hizo, debió hacerse, y de todo ello deduce el autor que la República norteamericana *ha debido* ser vencida por los españoles, y que si no lo fué la culpa de ello la tienen, no el ejército, á quien injustamente acusan algunos, sino todos los políticos en general y especialmente los que han sido presidentes del Consejo de ministros y ministros de la Guerra y de Ultramar. El escritor, que firma bajo el seudónimo de Mister Vehrahz, demuestra conocer á fondo el asunto que trata. El folleto, impreso en Toledo, se vende á una peseta.

La Musa y el Poeta, por *José Toral y Sagristá.* – Este poema, escrito en armoniosos versos y abundante en ideas bellísimas, está inspirado, según declara el autor en el prólogo, en las *Noches* de Alfredo de Musset; pero esta semejanza está simplemente en la idea primordial, es decir, en el coloquio entre la Musa y el Poeta, pero en su desarrollo y en su desenlace preséntase el autor completamente original. Este poema ha sido impreso en Manila, en el establecimiento tipográfico del «Diario de Manila,» y su precio es de 50 céntimos de peso.

Tristes idilios, por *E. Gómez Carrillo.* – Contiene este tomo, que forma parte de la «Colección Diamante» con tanto éxito publicada por el editor barcelonés D. Antonio López, doce narraciones del joven y reputado escritor Sr. Gómez Carrillo que al interés de su argumento unen los atractivos de un estilo castizo y elegante. Véndese á dos reales.

Memoria sobre el estado actual de la Administración de Justicia en España, por *D. Salvador Viada y Vilaseca.* – El ilustrado y digno fiscal del Tribunal Supremo Sr. Viada y Vilaseca ha elevado al gobierno de S. M., en cumplimiento á lo dispuesto en el artículo 15 de la Ley adicional á la orgánica del Poder Judicial, la Memoria que motiva estas líneas. Muy de veras sentimos que la índole de esta sección no nos permita ocuparnos de este trabajo con la extensión que su grandísima importancia merece. Inspección sobre la administración de justicia, inspección de los sumarios, Código penal, Ley de Enjuiciamiento criminal, jurado, tales son las materias de que trata el Sr. Viada, señalando la intervención que en todas ellas corresponde al ministerio oficial, indicando los defectos de que algunas de ellas adolecen y exponiendo las reformas que para remediarlos deberían realizarse. De la competencia y de la imparcialidad con que de todo se ocupa el autor, es la mejor garantía el nombre del Sr. Viada y Vilaseca, una de las más legítimas glorias de nuestra magistratura, cuyos vastos conocimientos en materia criminal son universalmente reconocidos. La memoria, que forma un tomo de unas 250 páginas, comprende además varios interesantes apéndices.



La Adoración de Jesús, frente de altar pintado por Reinolds-Stephens



La Ilustración Artística

Año XVIII — Barcelona 16 de octubre de 1899 — Núm. 929

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



NIÑA EN ORACIÓN,

dibujo de Juan Bautista Greuze que se conserva en la Galería Albertina, de Viena

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DESDE EL TREN

Calumniamos á nuestro siglo y nos mostramos ingratos al quejarnos de él como solemos hacerlo á cada instante. Alabar tiempos pasados es más fácil que sería resignarse á volver á ellos, si esto cupiese en lo posible. Que nos restituyesen ahora á los dominios del carromato, de la diligencia, del mulo y del caracol, y oiríamos las protestas y los gritos desesperados de una generación habituada ya á la *rauda locomotora.*

Que el servicio de ferrocarriles en España deja mucho que desear y podría mejorarse, de sabido se callaría, si el repetirlo no fuese quizás conducente á su mejora. La rapidez, convengo, es ilusoria; por trazados mal entendidos, por concesiones á influencias no siempre respetables, las líneas hacen eses que prolongan el trayecto en perjuicio del viajero, y como la red es mezquina, escasa de venas, de esos ramalillos tan útiles que enlazan entre sí las grandes arterias y las vivifican, viajar por España supone doble gasto de tiempo que en el extranjero, para ver la misma extensión de país. De Madrid á la Coruña, verbigracia, en silla de posta se iba en tres días y dos noches, relativamente más pronto que ahora por el tren en horas veinticuatro, y es que en vez de acortar hacia Zamora, da el camino innecesarias vueltas por Palencia y León, atravesando los campos más áridos y feos de la Península. Podría tal viaje realizarse en quince horitas, adelanto de ventajas incalculables para los veraneantes y los que del veraneo viven.

***

En nada se refleja tan claramente la estrechez de nuestra vida moderna como en el corto número de trenes y su enlace dificultoso. Al acercarse á regiones donde hay vida industrial y fabril, Cataluña, Vizcaya, las pulsaciones de la circulación se acentúan, los trenes salen con frecuencia, el viaje se facilita y arregla de suyo. Pero donde la industria no ha exhalado su soplo bienhechor, los trenes van á paso de tortuga y salen con desesperantes intervalos.

Y así y todo, el recuerdo del ayer y la comparación consuelan. No sé cómo se podía viajar por gusto antaño, si bien consta que no faltaba quien lo hiciese, y arrostrase las molestias sin cuento y los peligros, entonces reales y efectivos, de tal empresa. Y es que, desde los tiempos consabidos que se pierden, etcétera, esto de viajar ha tenido sabor de miel, misterioso encanto. Hoy viaja el individuo; entonces se trasladaban las tribus y los pueblos, siguiendo el curso del sol ó la honda corriente de algún río. Ahora que las grandes colectividades humanas parecen haber echado raíces, y que positivamente las masas están incomunicadas y sólo se amalgaman por el violento choque de la guerra, el individuo se desquita. Los adelantos han facilitado y repartido en porcioncillas la odisea.

***

En España la afición á viajar sin objeto determinado, por el viaje solo, no se ha difundido todavía. Causa cierto asombro que yo la profese. Quizás no se explican que por ver un edificio viejo, menos aún, el lugar donde ocurrió un hecho memorable, donde surgió un recuerdo ó se escribió una página de historia, ande nadie rodando por trenes y fondas y estaciones, gastando tiempo y dinero, y privado de esas «comodidades de su casa» sin las cuales mucha gente no comprende la vida.

¿Qué se saca de un viaje? Es difícil al pronto reducir á cifras tal género de utilidad. Pero, según decía aquel respetable canónigo toledano á quien días pasados me referí, *la pintura vence al verso;* no hay como lo que entra por los ojos, lo que vemos y tocamos. Todas la descripciones de Toledo no equivalen á un paseíto por las callejas y rinconadas de la imperial ciudad en compañía de una persona familiarizada con sus secretos. Eruditos libros de arqueología no suplen á la contemplación del viajero embelesado. En esto de los viajes hay mucho que no es reductible al conocimiento, que no es *aprender,* que va más lejos y corresponde á las esferas delicadísimas del sentimiento. Así un viaje – por ejemplo el de Goëthe á Italia, el de Gogol á España – determinan á veces nuevas orientaciones para el artista.

***

También acerca del estado social de una nación se *aprende* mucho viajando por ella. No diré que un extranjero, al pasar de prisa por España, tenga probabilidades de acertar en sus precipitados juicios; en cambio, el español, conociendo ya el terreno que pisa, ve en un momento la señal característica de un período, el sentido que lleva la vida patria. En este particular, el viaje que acabo de realizar ahora, y que ha comprendido tantas y tan bellas regiones, no pudo infundirme ideas menos gratas y tranquilizadoras. No he visto grandes adelantos, y más frecuentes han sido las señales de estacionamiento, por no decir de retroceso, en la dirección de las energías nacionales.

Si en muchos pueblos se han erigido teatros, en casi ninguno ha dejado de alzarse, flamante, insolente de vida, con su arquería mudéjar, la plaza de toros. No sé por qué achacan á Fernando VII – aquel grosero chulapón injerto en ladino gobernante, que tan á fondo nos conocía – la difusión de la tauromaquia en España. Es ahora, es hoy, el momento en que se vive para los toros. No me desagrada á mí tal diversión; al contrario, confieso que me entretiene mucho; pero no me entretiene como un buen drama ó una representación de *La Walkyria.* No es lo malo que haya toros, sino que ellos absorban nuestro jugo y constituyan, á estas alturas, nuestra única y exclusiva preocupación..., ¡cuando debiéramos preocupar nos de tantas y tantas cosas! Y el arte mismo ¿puede existir entre tal atmósfera, de palmas, tabacos y manzanilla?, ¿puede sostener siquiera la competencia? Acuso á los toros de que agotan toda la sensibilidad nerviosa de que disponen los españoles, y devorando y abrasando su sangre, como la devora y abrasa un vicio, un hábito desordenado, les deja fríos é inertes para todo lo demás; no sólo para lo conveniente, sino también y en primer término para lo bello, para los goces de la imaginación y de los sentidos mismos, en lo que pueden tener de escogido y de culto y de intenso. El pueblo que se entrega á los toros completamente, no volverá á enriquecer las artes como las enriquecimos nosotros en los siglos que pasaron.

***

Lo primero que con orgullo me enseñaron en todas partes «los indígenas» fué la plaza recién salida del cascarón. Después vi también muchos conventos de nueva planta, mientras los antiguos se desmoronan ó están convertidos en almacenes y cuarteles. Se gasta en elevar edificios de mal gusto, templos que parecen de alcorza, y las maravillosas iglesias de antaño, profundamente sentidas y caldeadas por la fe, se agrietan ó se hunden. El gentío, indudablemente, donde se agolpa es en las plazas de toros: los templos, así antiguos como recientes, están solitarios. En el mismo venerando Pilar no era grande la concurrencia de fieles cuando oí misa.

En cuanto á las actividades propias de nuestra época y á las necesidades que sienten hoy los pueblos con mayor eficacia, apenas se me revelaron por señales ostensibles durante este viaje. Fué en Zaragoza donde advertí incremento industrial; la sangre de la industria que la arteria del canal reparte, ha sido allí fecunda engendradora. No se me han metido por los ojos las escuelas: no era mi propósito enterarme de este ramo, pues me atrae lo tradicional, pintoresco y legendario antes que la pedagogía; pero si al cabo hubiesen existido esas Escuelas acabadas de construir, relucientes y fresquitas, no dejaría de verlas, como vi los circos tauromácos, que tampoco buscaba.

***

Por la visita á unas Escuelas comenzó, sin embargo, mi viaje esta vez. Invitáronme los Sres. de Oñate, hijos del fundador, el rico fabricante de chocolate D. Matías López, á ver las Escuelas del lindo pueblecito de Sarria. Sucedíame con este pueblo lo que tan á menudo suele ocurrir: precisamente por tenerlo al paso, y cruzar por él todos los años varias veces, al subir de la Coruña al centro de España, jamás se me ocurría detenerme allí. Y cuando le llamo lindo pueblecito, no es por adjetivar: es que el paisaje de Sarria, un paisaje *de transición,* donde se transforma insensiblemente la blandura mimosa de la campiña gallega en la severidad no adusta aún de los primeros campos de Castilla, merece el calificativo. El fondo de montañuelas realza el cuadro de la llanura con depresiones suaves, salpicada de blancas casitas, de chalets, de Pazos solariegos, de arbolado y de jardines. El pueblo forma una colina, trepando las nuevas calles á enlazarse con las antiguas, que ascienden hasta rendirse á los pies del castillo señorial, el cual todavía mantiene erguido su torreón. No lejos del castillo, reposa soñando el convento y su iglesia monumental, que estaban desmoronándose y con gran oportunidad se encargaron de mantener en pie, echando techos y pisos, los Padres Mercedarios. Estos religiosos, envueltos en su blanco sayal, son un toque poético muy en armonía con el edificio y el pueblo, con el ambiente de sosiego y calma que en él se respira. Lástima que usen los Padres esos feos sombreros curvos, negros, de teja, adoptados hoy por todas las órdenes monásticas, sin exceptuar la franciscana, y que echan á perder el efecto de los hábitos más nobles. Dentro del claustro, donde no hay que llevar sombrero, el Mercedario, con su vestimenta de lana nívea, reclinado en un pilar ó nimbada la cabeza por un arco que sostienen capiteles de imaginería, da la acuarela ya hecha al pintor. He notado que los Mercedarios de Sarria son muy jóvenes todos; algunos parecen adolescentes, y con su cara imberbe y la modestia mística de su actitud, se están desprendiendo de alguna tabla medioeval.

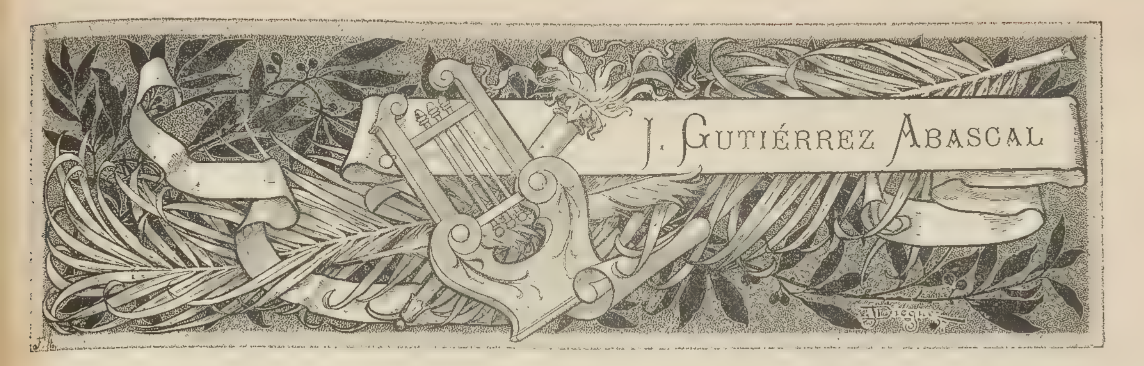
***

Volviendo á las Escuelas, diré que el Sr. López no pudo hallar mejor empleo para regular parte de su hacienda, laboriosa y honradamente adquirida. Es toda esta familia en extremo caritativa y aficionada á hacer el bien, y no hay iglesia ni hay necesitado en Sarria (y supongo que lo mismo sucederá en el Escorial, donde funciona la gran fábrica de chocolate) que no conozca los efectos de su bondad previsora. Probado por repentinas desgracias y cruelísimas pérdidas de seres queridos, Matías López, que era un *self made man,* hijo de sus obras ascendido mediante su trabajo de posición humilde á la opulencia, sintió que debía, por decirlo así, pagar réditos á Dios, y dejó instituídas las Escuelas de Sarria; su viuda completará la obra fundando el hospital. Las Escuelas han costado más de medio millón de reales: el edificio es desahogado, ventiladísimo, entrando en él aire y luz á chorros; la instalación escolar, desde la peculiar hechura de los pupitres hasta los dos inmensos patios de recreación, descubre que la dirigió mano experta y entendida; el material, tan abundante que en largos años no se agotará el que hay de repuesto, es de última, con sus ricos muestrarios de objetos para las «lecciones de cosas» y sus cartones completísimos para enseñanza de Historia y Geografía; y las dependencias, cómodas, amplias, decorosas, encierran las viviendas del profesor y de la profesora, que encuentran allí modesto bienestar y seguro asilo.

***

Después de visitar las Escuelas nuevas, el paseo por Sarria nos llevó casualmente á tropezar con la Escuela antigua. Ni el más empedernido apasionado de la tradición resiste á una *lección de cosas* semejante. Ver por los ojos, que diría el señor canónigo de Toledo. La Escuela antigua, donde aprendió á deletrear Matías López, debió de grabar en su imaginación de niño el horror á semejante antro. Sostenido por postes de piedra, lóbrego, húmedo, infecto, se levanta aquel local miserable, en comparación del cual es alegre la cárcel contigua. Allí debieron de resonar firmes los palmetazos, arrancar sangre de las carnes infantiles las rudas disciplinas, y ostentarse el gorro de borricales orejas, castigo de los tumbones y desaplicados. Y quizás ni aun eso, porque tales severidades revelan algún celo en el dómine. Lo más probable es que se pareciese esta escuela á aquella que describe Galdós en *El doctor Centeno:* alianza del tedio con la rebeldía; reunión de chiquillos aburridos de muerte ó engrescados á trueque de combatir un fastidio invencible, el de la reclusión en calabozo mefítico y asfixiante. Y yo pensaba en la Escuela actual, con ínfulas de palacio, con salubridad y alegría y vistas y luz y hasta diversión para los pequeñuelos.

Emilia Pardo Bazán



D. JOSÉ GUTIÉRREZ ABASCAL

(KASABAL)

Escribir una crónica de salones es cosa sencillísima. ¡Cuántos ciudadanos *hinchan estos perros* en los periódicos, dándoselas de *croniqueurs* á la francesa!

Lo difícil es saber popularizar este género un si es no es indigesto para el «gran público,» que no está en el secreto de las prácticas, usos y costumbres imperantes en la clase privilegiada: un centenar de seres felices (al parecer), que forman un «mundo dorado» en este otro prosaico y terrestre.

No basta para relatar una fiesta aristocrática sentirse fiel de fechos, poner una lista de nombres é inventariar los trajes y joyas de las damas, ni copiar el *menú* ni «bombear» á los anfitriones: eso está al alcance de cualquier *reporter* de tres al cuarto; es necesario amenizar estas arideces del noticierismo, aguzar el ingenio, explotar con delicadeza, sin herir susceptibilidades, el cuento ó la historia que sirve de comidilla en los salones; en una palabra, atraer al lector desde la primera línea y que al final le sepa á poco.

Los franceses en esta clase de literatura (¿por qué no?) son maestros: no tienen rival; aquí, en España, no existe ese *sprit,* esa suspicacia de imaginación que convierte el hecho vulgarísimo en novela encantadora; ni nuestro carácter ni núestro idioma se prestan á esos fuegos artificiales; así es que los cronistas á quienes pueda dárseles este nombre son en corto número, y menos aún los batalladores, los que á diario sirven al público la nota culminante en estilo ameno y literario: Gutiérrez Abascal es uno de estos pocos, acaso el único.

Y no hay en esto ni asomos de adulación. No sé convertir mi modestísima pluma en palillo de bombo ni necesita de éste *Kasabal:* por mi parte, he de deciros que sólo le he visto incidentalmente dos ó tres veces.

* * *

Muchas veces, sorprendido de las noticias raras y curiosidades de los artículos de Kasabal (anagrama del apellido Abascal), le he comparado al maleante Asmodeo, que tenía el don de levantar los tejados y ver el interior de las casas; porque, notadlo, no hay personaje aristocrático, militar, político, escritor, músico, cómico ó torero que por cualquier circunstancia sea el hombre del día, que *Kasabal* no os lo presente contándoos una porción de detalles á cual más interesantes y matizándolo con recuerdos que revelan una memoria prodigiosa y una suma envidiable de conocimientos.

Me complazco en hablaros del escritor porque es de los que pintan á su época de mano maestra y con encantadora sencillez; de los que no se desdeñan en recoger del arroyo la tragedia de la miseria ó del vicio y ofrecérsela al lector con la misma exquisita pulcritud que la fiesta palatina.

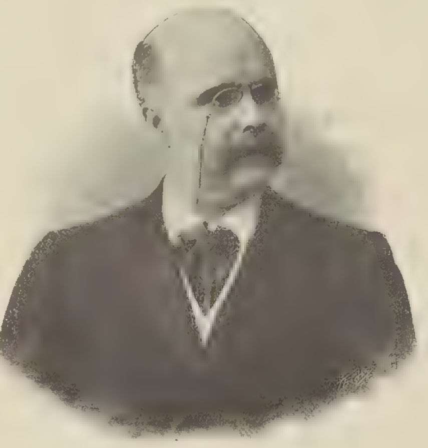
En sus crónicas de algunas *Ilustraciones* encontraréis registrados todos los acontecimientos de la semana; en *El Heraldo de Madrid,* la nota diaria de interés palpitante; en otros muchos periódicos, artículos que descubren al literato de gusto delicadísimo.

Pepito Abascal (como cariñosamente le denominan sus íntimos) cursó en la Universidad Central de Madrid la carrera de leyes; pero no llegó á ejercerla.

Entró de redactor en *La Igualdad,* y tan viriles y apasionados fueron sus artículos, que á las primeras de cambio tuvo un desafío que causó en la corte gran sensación.

Abandonó este periódico para seguir los rumbos de política de orden trazados por Castelar.

Y desde entonces, al lado de Albareda, comenzaron sus trabajos literarios, dándose á conocer como cronista y escritor de costumbres en *Los Debates, El Campo* y *La Revista de España.*


D. José Gutiérrez Abascal

Bajo la dirección de su íntimo amigo D. Andrés Mellado formó parte de la redacción de *El Imparcial,* consolidando su fama en este popular diario: hizo una brillante campaña y escribió artículos políticos y literarios y fué *reporter,* corresponsal y cronista: su talento se empleó con fortuna en las heterogéneas manifestaciones del periodismo.

Se fundó *El Resumen,* un periódico milagro que alcanzó desde los primeros números un éxito tremendo. *Kasabal* fué de los que más contribuyeron á la buena suerte de este diario; sus trabajos con motivo del fallecimiento de Alfonso XII y la famosa cuestión Salamanca, sus revistas y artículos de costumbres, dieron tal *chic* y amenidad á *El Resumen,* que el público arrebataba sus ejemplares de manos de los vendedores.

El Resumen ha caído, empujado por una desastrosa campaña política.

Confiemos en que algún día vuelva á gozar el simpático periódico de la buena fortuna que siguió á su nacimiento.

Ducazcal, el popular empresario, dió á la estampa *El Heraldo de Madrid. Kasabal* se encargó de su dirección y logró colocarle en la fila de los grandes diarios.

Al tomar Mellado la dirección de *La Correspondencia de España, Kasabal* escribió las «Crónicas» de la misma.

Actualmente colabora en la mayoría de los periódicos españoles é hispano-americanos y ha vuelto á encargarse de la dirección de *El Heraldo de Madrid.*

* * *

Kasabal ha obtenido un acta de diputado á Cortes en las últimas elecciones.

Representa al distrito de Torrox (Málaga).

Y no ha sido diputado de esos que dicen á todo «amén.»

Tomó parte activa en la discusión del proyecto de sufragio universal y ha hecho sus pinitos oratorios en cuestiones de importancia.

Desempeñó en la primera época del partido liberal importantes comisiones en la Exposición de Arte retrospectiva de Lisboa y en la Vinícola de Burdeos.

Y no ha querido aceptar, que yo sepa, cargo alguno político.

* * *

Kasabal ha logrado lo que contadísimos escritores y menos aún periodistas consiguen conquistarse á punto de pluma una posición independiente y vivir con holgura, rodeado de toda suerte de comodidades, como un privilegiado de la fortuna que, por esta vez, es justa al otorgar sus dones á un privilegiado del talento.

Gutiérrez Abascal tiene una gran influencia en los salones aristocráticos: el primer invitado á sus fiestas es él.

Cuenta con valiosísimos amigos y es querido y respetado de cuantos le tratan.

Posee una conversación amenísima, llena de gracia é ingenio.

Conocedor cual pocos del mundo, en la gran escuela de éste se ha formado su excelente carácter bondadoso y lleno de atractivos.

* * *

Alguien ha dicho de *Kasabal* que es un murmurador atroz, una mala lengua.

Y no es esto: es que cuando las verdades se dan á la publicidad con desenfado, la inmediata es decir que tiene mala lengua el que las publica.

Dada la independencia de su carácter, que no se doblega ante las exigencias sociales, Gutiérrez Abascal ha dicho siempre lo que ha sentido, sin pararse en barras.

Y esto le ha producido múltiples disgustos y algún que otro desafío.

Pero ni se corrige ni se enmienda.

Es de los que se ha dado en llamar «un carácter.»

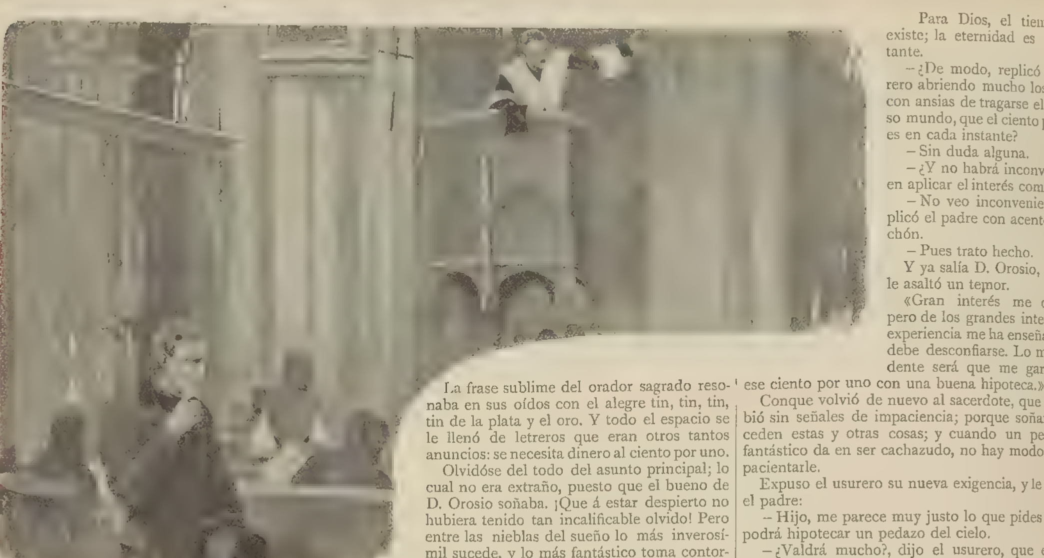
* * *

Yo que me honro con la amistad de varios que conocen muy á fondo á *Kasabal,* sé á ciencia cierta que posee una virtud que por desgracia escasea mucho en el mundo.

La de ser amigo de sus amigos.

Y el hombre que practica esto, es digno de que se le quiera de corazón.

Alejandro Larrubiera



No tuvo más remedio que esperar y hacer como que oía el sermón

LA SEGUNDA HIPOTECA

(EL SUEÑO DE UN USURERO)

Aunque D. Orosio Redondo, usurero de oficio, no era aficionado á soñar, porque no era aficionado á la mentira y jamás ganancia que obtuviera soñando ingresó en forma de plata ó de oro en sus arcas, una noche soñó el sueño disparatado que, en forma de cuento, vamos á referir.

Soñó D. Orosio que se había levantado temprano, según su costumbre, porque era gran madrugador: ¡como que el tiempo que se pasa en la cama es tiempo perdido, que ningún interés proporciona!

Levantóse temprano, como decimos, y fué á casa de una de sus víctimas; es decir, de uno de sus deudores; pero no le encontró. Y como era día de vencimiento y la hora se aproximaba, resolvió dar caza al mísero, que sin duda huyendo de D. Orosio, había salido de casa tan de mañana.

Preguntando y volviendo á preguntar y arrancando con tenazas y con pinzas la verdad á la fámula que le había abierto la puerta, supo que el deudor, D. Lorenzo Pedrajas, había ido á misa y á oir el sermón. Y allá se fué resueltamente D. Orosio.

Cosa extraña, ó mejor dicho, cosa natural: al entrar en la iglesia ningún pobre le pidió limosna.

Entró con apariencias de piedad — que esto á nadie perjudica, ni siquiera á un usurero, — y tomó agua bendita — porque siempre tomaba lo que de balde podía tomarse; — pero no se persignó, para que la gente que le conocía no dijera: «detrás de la cruz, el diablo.»

Miró con sus ojillos, que chisporroteaban, por todas partes; y aunque vió algunos deudores, no vió al que buscaba, y con los otros nada tenía que hacer por entonces porque no les había llegado la hora del vencimiento.

No tuvo más remedio que esperar y hacer como que oía el sermón que en aquel punto empezaba.

Las palabras del sacerdote llegaban confusas á sus oídos; ni tampoco prestaba él gran atención á lo que iba diciendo el orador sagrado.

Su vista se fijaba en el altar mayor, que era una ascua de oro. Y calculaba de memoria las doblillas que con aquella masa brillante hubieran podido acuñarse de haber sido macizos y de metal de ley todos los adornos del altar.

De repente llegaron á sus oídos, de una manera clara, estas palabras del sacerdote: «Dios da ciento por uno.»

Y él, maquinalmente, se puso á repetir; «Dios da ciento por uno: ciento por uno: bonita ganancia: bonito negocio: ¡quién pudiera prestarle á nuestro Soberano Señor!»

Y de tal modo se le aferró la idea, que en ninguna otra pensaba, ni de cuanto le rodeaba se daba cuenta; y hasta se olvidó de su víctima.

La frase sublime del orador sagrado resonaba en sus oídos con el alegre tin, tin, tin de la plata y el oro. Y todo el espacio se le llenó de letreros que eran otros tantos anuncios: se necesita dinero al ciento por uno.

Olvidóse del todo del asunto principal; lo cual no era extraño, puesto que el bueno de D. Orosio soñaba. ¡Que á estar despierto no hubiera tenido tan incalificable olvido! Pero entre las nieblas del sueño lo más inverosímil sucede, y lo más fantástico toma contornos y solidez de realidad.

Ello fué que el usurero salió del templo; pero esta vez se detuvo delante de los pobres, pensando que quien da á los pobres le presta á Dios y que Dios devuelve el ciento por uno. Con lo cual sacó un perro chico del bolsillo para dárselo á una pobre ciega que tenía la mano extendida. Pero se detuvo, porque pensó que si dando un perro chico Dios le había de devolver otros cien, dando á la pobre ciega un duro, ó Dios le devolvía cien duros ó el predicador había faltado indignamente á la verdad.

Un duro sacó de otro bolsillo en que llevaba la plata, no sin haber guardado antes el perro chico. Pero realmente, desprenderse de cinco pesetas parecíale acción temeraria. Porque ¿cuánto tiempo tardaría Dios en cumplirle la promesa del predicador?

Y cuando resonó en su cerebro esta palabra tiempo, quedó aturdido de su ligereza y de su falta de previsión.

El contrato que se le había propuesto era un contrato capcioso, absurdo, insensato. Y el usurero sintió vergüenza de sí mismo; y como le hubiera quedado alguna sangre en las venas, aun en sueños se hubiera ruborizado.

Dios da ciento por uno: pero ¿y el plazo?

¿Da ciento por uno al año? Esto sería un negocio ruinoso; y el Creador habría estafado á la criatura.

¿Da ciento por uno al mes? Esto ya es un buen negocio. Pero de estos había hecho muchos el usurero, sin necesidad de acudir á su Dios para ello. ¡Que viejos, y jóvenes, y mujeres habíanle satisfecho en más de una ocasión otro tanto de interés!

¿Pero es que este ciento por uno se paga al cabo de diez ó de quince años, ó de veinte, ó de cincuenta? — que es lo que pensaba vivir don Orosio; — es decir, ¿el ciento por uno se paga en la hora de la muerte? Pues esto sería una ruina, un escarnio, una verdadera estafa.

Con lo cual D. Orosio se guardó el duro en el bolsillo; y murmurando por entre sus negros dientes palabras de recelo y desconfianza, se entró de nuevo en el templo, y tieso contra un pilar, irritado consigo mismo por su ligereza y con el predicador que maliciosamente había querido sorprenderle, esperó que el sermón terminase, y cuando el predicador bajó del púlpito, tras él se metió en la sacristía.

Y continuando su estrambótico sueño, soñó que le había dirigido al padre cura esta pregunta:

— ¿Ha dicho usted que Dios da ciento por uno?

— Sí, hijo; ciento por uno da Dios.

— Bueno. Pero ¿en qué plazo? ¿Al cabo de la eternidad? ¿A la hora de la muerte? ¿Al fin del año? ¿Es interés mensual, ó es por cada minuto, por cada segundo? Esto hay que aclararlo; porque si no, no firmo la escritura.

Y el sacerdote del sueño, soñó D. Orosio que le había respondido:

Para Dios, el tiempo no existe; la eternidad es un instante.

— ¿De modo, replicó el usurero abriendo mucho los ojos y con ansias de tragarse el universo mundo, que el ciento por uno es en cada instante?

— Sin duda alguna.

— ¿Y no habrá inconveniente en aplicar el interés compuesto?

— No veo inconveniente, replicó el padre con acento bonachón.

— Pues trato hecho.

Y ya salía D. Orosio, cuando le asaltó un temor.

«Gran interés me ofrecen; pero de los grandes intereses la experiencia me ha enseñado que debe desconfiarse. Lo más prudente será que me garanticen ese ciento por uno con una buena hipoteca.»

Conque volvió de nuevo al sacerdote, que le recibió sin señales de impaciencia; porque soñando suceden estas y otras cosas; y cuando un personaje fantástico da en ser cachazudo, no hay modo de impacientarle.

Expuso el usurero su nueva exigencia, y le replicó el padre:

— Hijo, me parece muy justo lo que pides y se te podrá hipotecar un pedazo del cielo.

— ¿Valdrá mucho?, dijo el usurero, que en esta clase de prendas no era muy fuerte.

— No tiene precio.

Eso he oído decir.

— Pero no quiero engañarle: no se le puede dar más que segunda hipoteca.

— ¿Quién tiene la primera?, dijo D. Orosio con angustia suprema, porque temía que la presa se le escapase de entre las manos.

— Unas pobres mujeres y unos pobres hombres y algunos niños.

— ¿Menores tenemos?, exclamó con desconfianza el prestamista.

— Así parece.

— ¿Y qué cantidad dieron?

— Nada, hijo, nada: algunas lágrimas, algunos suspiros, mucha resignación, mucha miseria y mucha fe en Dios.

— Poca cosa. Fácilmente se levanta esa hipoteca. Como no hayan mediado oro, plata ó fincas, de lo demás yo me encargo.

— Pues cerremos el trato.

Y sin salir de la iglesia, sobre un altar, se firmó la escritura.

Y aquí el sueño de D. Orosio empezó á convertirse en pesadilla.



y tomándole por agente de justicia, le agarró por los cuernos...

Fué á su casa, y de su casa trajo carros y carretones cargados de plata y oro. Y á puñados los fué echando en la mano siempre extendida de la viejecita.



EN EL DESPACHO DEL NOTARIO, cuadro de Jiménez Aranda

Después, sobre las nieblas del sueño, empezaron á caer en el sueño mismo girones de sombra; y sin saber cómo, pasó mucho tiempo; y soñó D. Orosio que se había muerto y que subía al cielo á reclamar su deuda. Pero en el cielo le esperaban grandes desengaños. Así fué que cuando reclamó por su segunda hipoteca, la primera le salió al encuentro; y resultó que con el pedazo de cielo hipotecado no había más que para pagar las lágrimas y los dolores, la resignación y la fe de aquella gente, que D. Orosio había despreciado y que eran, precisamente, las víctimas de su desenfrenada usura.

Aquí la desesperación de D. Orosio fué inmensa, infinita; se retorció de rabia como un condenado; blasfemó con todas las blasfemias del infierno; puso de estafadora y de tramposa á toda la corte celestial, y salió de estampía buscando un escribano, pidiendo á gritos el embargo de todas las esferas celestes y hasta del trono del mismo Dios.

Y claro es, que escribano no encontró ninguno; pero se encontró con un diablo que venía á buscarle; y tomándole por agente de justicia, le agarró por los cuernos y por el rabo y á viva fuerza se lo quiso llevar á las puertas del mismo cielo.

A los gritos ahogados, roncos, horribles del miserable, acudió la criada, y se lo encontró revolcándose sobre la cama, abrazado á la almohada y clavando en ella sus engarabitados dedos.

Despertó, y aún repetía:

– ¡Me han estafado: me han estafado inicuamente: era segunda hipoteca!

José Echegaray

(Ilustraciones de Cutanda).

OTOÑAL

¡Por Dios y por tu alma, Isabel de mis pecados!.., no vuelvas á mandarme ningún conato de epístola, como el que aprisa y corriendo acabas de remitirme. Guarda ese perfumado papel inglés de marquilla microscópica, para tus billetes amorosos, y echa mano de rudos pliegos de marca mayor, para contarme cuanto pase en el círculo... vicioso de nuestras relaciones.

Sólo así lograrás aligerar el peso de esta soledad en que llevo cuatro meses muy largos de vida campestre, entregada á los delirios de mi loca fantasía y á los variados efectos de la naturaleza en plena transformación.

El mes de noviembre, escenógrafo más hábil que los de nuestros coliseos, ha cambiado repentinamente la decoración de esta campiña, ayer vestida de galas, y hoy desnuda y muerta.

¡Qué tiempo tan endiablado! ¡Qué accidentes de temperatura! No hay *temperamento* que los resista. A mí me tienen fuera de quicio.

Entre nostalgias y excitaciones nerviosas, estoy dada á los demonios. Salgo abrigada, por temor al frío, y me abraso de calor. Me desabrigo para pasearme por el sol, y el frío me invade de pronto hasta los huesos. Amenaza lluvia y cae fuego. Nunca tomo la sombrilla para su uso natural, sin que á la postre tenga que servirme de paraguas. Y el alma y el cuerpo languidecen ó se exaltan, según el ambiente y el humor, sin que sepan á punto fijo si no desean nada ó si todo lo apetecen.

Me entran, á lo mejor, furiosas ganas de salir al campo, y apenas he andado medio kilómetro, cuando ansío volverme al lado de mis amigos – los personajes de tal ó cual novela, que leo tendida perezosamente en mi poltrona. – A la media hora de lectura, echo de menos el aire libre, arrojo el libro y corro á dar otro paseo por mis parajes favoritos.

Esta tarde, por rara excepción, la atmósfera estaba apacible y mis nervios tranquilos. El paseo prometía ser delicioso. Iba fijándome en las transformaciones del paisaje. Los árboles van despojándose de sus hojas amarillentas, que bailan danzas frenéticas por el suelo al soplo de los vendabales.

Al perder sus galas, los árboles deben sentir profundas melancolías.

Me estaba hoy reservada una gran sorpresa: el inesperado encuentro de Julia, la hermosa Julia Méndez, que parecía arrastrar más bien que llevar de la mano á sus dos chiquitines. ¡Qué desabrida y fosca!, ¡ella que siempre se me había aparecido graciosa y jovial!



Monumento erigido en Wœrishofen á la memoria del abate Kneipp, obra de F. Seebock

– ¿Estás enferma?, le he preguntado después de los saludos de rúbrica.

– No..., sí..., no sé.

– ¿En qué quedamos?

– No me siento bien; pero no acertaría á decirte lo que tengo. Esas alternativas de calor y de frío..., esas lluvias... No puedo con mis nervios. Me exaspera la monotonía de esta vida campestre á que me tienen condenada los achaques de mi esposo...

Sin duda esperaba una ocasión propicia para desahogarse, porque ha soltado por su linda boca una letanía de atrocidades, en la cual el matrimonio, la mujer no comprendida, los nervios y no sé cuántas cosas más se confundían en espantosa mezcolanza de imprecaciones é invectivas.

Y ha puesto fin á sus desahogos con un hondo suspiro, más elocuente que sus palabras. Después de lo cual, mi hermosa amiga se ha despedido de mí con dos sonoros besos.

Y yo me he quedado filosofando sobre las causas que de tal modo pueden alterar el humor y la salud de las mujeres.

Diez minutos después he llamado á la puerta del *chalet* en que vive doña Luisa Lozano, respetable matrona que cura en el campo el dolor de la viudez con la distracción de cuatro sobrinas casaderas que la acompañan.

Recíbenme con grandes demostraciones de regocijo, y al despegar yo los labios para contestar á aquel torbellino de exclamaciones y agasajos, me corta la palabra un estornudo mal reprimido.

– ¿Se ha constipado usted?, preguntan todas á un mismo tiempo.

– Estos cambios bruscos de temperatura... Por mucho cuidado que se tenga, es inútil, contesto yo.

– ¡Ah! sí, ¡este maldito otoño!, exclama una linda rubia de ojos negros.

– A mí me desquicia todo el sistema nervioso, añade una morena de rasgados ojos, apretando los puños hasta clavarse las uñas.

– ¿Tan mal las trata á ustedes?

Mi pregunta determinó una explosión general de imprecaciones.

– Me descompone ese desequilibrio atmosférico.

– Yo experimento una molicie...

– Yo una fiebre...

– Yo un deseo tan vehemente de cometer locuras...

– A mí no se me ocurren más que extravagancias.

– ¡Por Dios, señoritas, cálmense ustedes! ¿Qué dirían sus novios si las oyeran?

– ¿Ha venido usted á recordarnos que no los tenemos?, me increpa la más granadita de las cuatro muchachas casaderas, dirigiéndome una mirada furibunda.

– No fué tal mi intención, contesto. Lo que sí me parece es que para curar á ustedes hacen falta doctores especialistas para las afecciones del corazón, más bien que médicos aplicados á las enfermedades nerviosas. Y como yo no sirva para el caso, me despido... hasta mejor estación.

Esto diciendo, salí al campo otra vez.

Una ligera lluvia ha rociado el suelo. Las gotas de agua, pendientes de los árboles, brillan como diamantes á los destellos del sol poniente.

Prosigo mi paseo. De pronto, un golpecito dado en mi espalda, me hace volver vivamente la cabeza.

Es Clotilde, la institutriz inglesa de las niñas de Julia; pero tan desmejorada, que no parece la misma.

– ¿Ha estado usted enferma?, le pregunto después de saludarla.

– No, contesta con aire melancólico. Me encuentra usted cambiada, ¿no es verdad?.. ¡Ah! Es que se cambia mucho, cuando se pasa la vida viendo morir, una tras otra, las ilusiones del alma.

No quiero penetrar en los secretos de la institutriz, de la cual me alejo en seguida, absorta en extrañas reflexiones.

De pronto salen de entre unos matorrales voces confusas y risas sonoras.

Miro á través de la espesura y descubro á un robusto zagal hablando alegremente con una rolliza labriega.

Ella me ve y exclama:

– ¡No lo eche usted á mala parte, señorita!.. ¿Qué ha de hacer una cuando el día... y el campo están tan hermosos, y se encuentra una en la flor de la juventud?

El mozo se limita á mirarme con la estupidez que caracteriza á una parte muy considerable del sexo feo.

Y con la sorpresa de haber encontrado al fin el secreto de ser feliz aun en la estación del año que más desastrosa influencia ejerce sobre el sistema nervioso, empecé esta carta que firmo dándote un par de sonoros besos. – Matilde.

Por la copia,

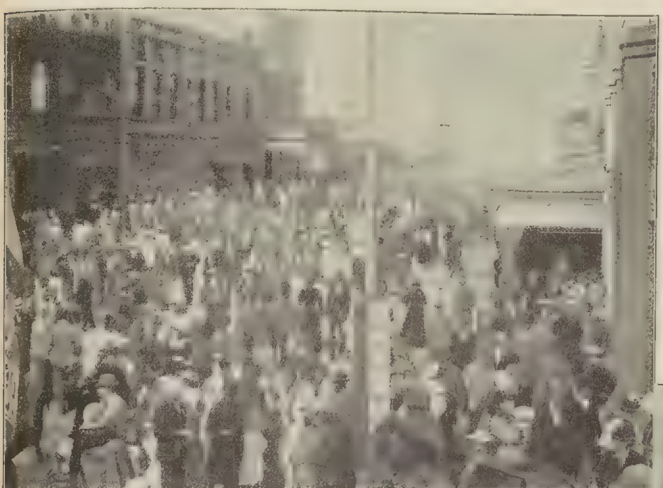
Juan B. Enseñat

UNO DE NUESTROS PRIMEROS REVISTEROS

Sí, señores, después de D. Nicolás Fernández de Moratín, que escribió aquello de

«Madrid, castillo famoso...»

Pepe ó *D. José* fué uno de los primeros «coronistas» taurinos más famosos. Porque era «inteligente» de nacimiento, por vocación y por principios. Conocía el ganado como si él hubiera sido toro, que no lo había sido, que se sepa; y conocía el arte de torear á pie y á caballo, ó sea en dos y en cuatro pies, mejor que Francisco Montes.



CONFLICTO ENTRE INGLATERRA Y EL TRANSVAAL. – ASPECTO DE LA CALLE PRITCHARD, DE JOHANNESBURGO, HACE UN MES (de fotografía de H. W. Nicholls).

Publicó Pepe un Manual – ó *Manuel,* según él decía con suma corrección – con reglas claras y precisas para co nocimiento de reses bravas y su lidia en coso.

Fundó y sostuvo un periódico semanal, de Hacienda á ratos y de toros, principalmente con las revistas de las corridas, noticias, juicios... temerarios, historia filosófica del toreo en todas sus manifestaciones y en los tres tercios de la lidia, ó en los tres estados.

No de soltero, casado y viudo, sino de varas, banderillas y muerte.

También dió á la estampa un tratadito para dar y tomar tabaco sin necesidad de maestro, y un tomo de poesías serias, tristes, caballerescas, alegres y otras *ad hoc,* según el autor.

No negaba autoridad taurina á los Sánchez de Neira, Velázquez y Sánchez, *Abenamar,* Bedoya y Carmona.

Pero de Peña y Goñi en adelante, no toleraba á los críticos en puntas.

Había visto mucho y aún veía, pero con ayuda de *catalejo* en sus últimos años.

– Aquí cualquiera entiende ya de todo, solía decir con desdén. Esto está perdido.

Dejó escrito un juguete cómico-lírico titulado *Lola la gitana,* escrito en cañí para facilitar la inteligencia.

– No sé cómo titularlo definitivamente, decía consultando con un amigo. Si *Lola la gitana* ó *Con el rabo papa moscas:* pero creo que hay otra con este título.

– Difícil es que le haya, pero en último caso, le aconsejó el amigo, puede usted titular su obrita *Lola la gitana con el rabo papa moscas.*

Vestía con suma pulcritud, aunque hubiera de luchar con las necesidades más perentorias de la vida.

De levita abrochada, sombrero de copa alta; algunas veces vestía el frac de sus mayores, pero siempre limpio; y en primavera y en otoño, el guardapolvo en el brazo, como los toreros llevan el capote durante la lidia, cuando no funcionan.

¡Ah! Nunca prescindía de un botón rojo en el ojal del frac ó de la levita ó de la cazadora.

Era *decoré,* aunque nadie sabía por qué ni desde cuándo ni aun «con qué.»

Había servido – decía él – no en *restaurant* ni en casa particular, sino en la milicia.

Su afición taurina era su vida.

En tauromaquia lo sabía todo: hasta los pensamientos de los toros más pensadores.

«Había alcanzado mejores tiempos,» como ocurre á todos los hombres cuando envejecen.

– Nos han citado para el gobierno civil con el fin de preparar una corrida benéfica, decía una vez, á todos los directores de periódicos científicos facultativos.

Así se leía, efectivamente, en la circular del gobierno civil:

«D. José..., director del periódico científico *El Moscardón.*»

Era que á todos los periódicos no políticos, denominaban científicos en el gobierno y en Hacienda.

Sus revistas, escritas en castellano del porvenir, eran muy leídas y aun buscadas por *la afición* en general y por los aficionados á las buenas letras en particular.

– Para que aprendan los estadistas modernos, repetía Pepe con altivez.

«Estadista» era, para D. José, el individuo que toma apuntes y notas en la plaza de toros de los incidentes de la lidia.

¡Cuántas bellezas contienen aquellas revistas!

Recuerdo algunas como las siguientes:

«Chicorro empuñó el arma fratricida...»

De un inglés que mató con mucha valentía dos novillos, en una función de convite, decía:

«El inglés mató los dos toros de una sola estocada que le dió el presidente con mucho contentamiento del público.»

En algunas revistas resultaba un picador corneando á un toro y matando á un caballo.

Cuando algún amigo se atrevía á nombrar la sintaxis, replicaba Pepe, con la fiereza de la suficiencia envanecida:

– Yo escribo para los inteligentes y no para el *burgo* ignorante.

Tropezando un día con un matador de toros muy popular, con quien «no marchaba bien,» éste le paró y le dijo:

– Oiga usté on José, ¿yo sargo á la plasa desnúo?

– ¿Por qué me pregunta usté eso?, interrogó encampanándose D. José.

– Porque como escribe usté de la seda y del oro y la plata y la pedrería de todos, y de mí na...

– ¿Diga usté?, tornó á preguntar Pepe, ¿y yo soy crítico facultativo y escritor público ó maestro sastre?

En los últimos tiempos no podía ver bien los accidentes del espectáculo y un día se lamentaba así:

– Ayer ofrecí en el Rastro seis pesetas por unos gemelos de ópera, de teatro, vamos, y no me los quisieron dar en menos de tres duros. Estoy bien de la vista; pero como sale tanto bribón nuevo al *anillo,* particularmente en el ramo de picadores, me hago un lío. Cuando sacan los moños de la chaquetilla de diferente color, los distingo; pero si los sacan iguales, no sé quién es el que cae, ni quién es el que llevan á la cárcel... ojalá.

EDUARDO DE PALACIO



ASPECTO DE LA CALLE PRITCHARD EN LA ACTUALIDAD (de fotografía de H. W. Nicholls)

NUESTROS GRABADOS

CONFLICTO ENTRE INGLATERRA Y EL TRANSVAAL. – Los dos grabados que en esta página publicamos dan perfecta idea de lo que la guerra significa para el Transvaal: la comparación entre el aspecto que ofrecía hace un mes la calle Pritchard, de Johannesburgo, y el que ofrece en la actualidad, es la mejor demostración de lo que para aquella ciudad, verdadero centro de los negocios del Transvaal, significa la guerra: la paralización de toda actividad ha sucedido al antiguo movimiento; la población está poco menos que desierta: todos los hombres útiles empuñan las armas y en la frontera aguardan el momento de entrar en combate.

El pueblo que de esta manera se conduce es digno de universal admiración y tiene grandes probabilidades de salir triunfante en la lucha, sobre todo contra un enemigo que, por lo mismo que no obra á impulsos de grandes ideales, sino por móviles mezquinos, procede matemáticamente y tiene marcado previamente hasta dónde ha de llegar en sus esfuerzos para realizar sus propósitos.

¡Qué espantoso contraste entre un pueblo que quiere figurar á la cabeza de la civilización y otro á quien se le quiere hacer pasar por semisalvaje! Mientras que los ingleses antes que por el derecho, la justicia y hasta el honor nacional miran por los intereses materiales, los transvaalenses se disponen una vez más á jugarse la vida y á luchar desesperadamente, haciendo abandono de su bienestar material, de su fortuna y de sus negocios, por conservar su independencia.



BELLEZA Y ARTE, cuadro de Román Ribera (Exposición de Pedro Robira, Fernando VII, Barcelona



LA JOYA DEL BAILE, cuadro de Francisco Masriera (Exposición Pedro Robira, Fernando VII, Barcelona)

Niña en oración, dibujo de Juan Bautista Greuze. — La firmeza, la corrección, la sobriedad con que está trazado este dibujo revelarían desde luego la mano de un maestro eminente, aunque al pie de la composición no figurara la firma de su autor. Maestro eminentísimo fué, en efecto, Greuze, el gran pintor francés que floreció en la segunda mitad del siglo pasado y en los primeros años del presente. Aunque cultivó indistintamente el retrato, la pintura histórica y la de género, su fama la debió principalmente á esta última, en la que alcanzó brillantísimos triunfos, llegando á ser su reputación europea y siendo vendidos sus cuadros á precios elevadísimos.

El pintor italiano Felipe Palizzi. — A la edad de 89 años ha fallecido recientemente en Nápoles, de cuyo instituto de Bellas Artes era presidente, el eminente pintor italiano Felipe Palizzi. Pertenecía á una familia de artistas y había nacido en Vasto d' Abruzzo, habiendo demostrado desde muy niño excepcionales aptitudes para el dibujo; á la edad de veinte años, trasladóse junto con su hermano mayor José, artista también muy notable, á Nápoles, en donde ambos perfeccionaron y completaron sus estudios y no tardaron en llamar la atención del público con sus trabajos, inspirados, no en los moldes clásicos, sino en la observación directa de la naturaleza. Aunque fué reputado retratista, dedicóse Felipe especialmente á la pintura de animales, y en este género produjo verdaderas joyas, entre las cuales sobresale su magnífico lienzo *Después del diluvio*, que se conserva en la Real Pinacoteca de Capodimonte y en el cual pintó de una manera magistral infinidad de especies de animales. Aquel cuadro causó asombro y desde entonces su fama fué grande é indiscutible. Entre sus demás obras merecen citarse *El príncipe Amadeo herido en Custozza*, *El beso en el desierto* y un hermoso *San Juan* que regaló á la catedral de Vasto.

EL EMINENTE PINTOR ITALIANO FELIPE PALIZZI, recientemente fallecido

En el despacho del notario, cuadro de Jiménez Aranda. — Pocos pintores han sabido asimilarse las costumbres españolas de principios de este siglo como Jiménez Aranda, y los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA han tenido repetidas veces ocasión de comprobar la exactitud de este aserto. *En el despacho del notario* es una nueva prueba del estudio profundo que el notable artista ha hecho de las costumbres y de los tipos de otros tiempos: los cinco personajes que en él figuran tienen tanto sabor de época y hay en ellos tanta vida que parecen tomados de la realidad misma, y al contemplarlos se nos antoja estar escuchando la discusión que entre sí sostienen y las razones ó argucias con que defienden sus respectivos derechos, pues indudablemente están tratando algún punto jurídico dificultoso, y aferrado cada uno á su opinión está dispuesto á sostenerla á todo trance, aunque para ello haya de acudir á todos los tribunales y haya de gastar en pleitos mucho más de lo que se disputa.

Bombonera de plata, modelada por Reynolds-Stephens. — En el número último dijimos algo de las diversas aptitudes artísticas del famoso pintor y escultor inglés autor de la bombonera que hoy reproducimos. Reynolds-Stephens gusta de variar de ocupación, no por falta de estabilidad de convicciones y por un inmoderado afán de novedad, sino movido por el deseo de exteriorizar en la forma más á propósito la belleza en toda la infinita variedad con que su alma la siente y su mente la concibe. Enemigo de la rutina, muéstrase en todas sus obras original, y en todas da pruebas de un gusto exquisito, cualidades que se admiran aun en los objetos más sencillos que, como el que reproducimos en esta página, salen de sus manos.



BOMBONERA DE PLATA MODELADA POR REINOLDS-STEPHENS

Monumento erigido en Wœrishofen á la memoria del abate Kneipp, obra de Seebock. — Se ha inaugurado recientemente en el Kneippianum de Wœrishofen el monumento que reproducimos en la página 671; al acto de la inauguración asistieron todos los enfermos que de todas las partes del mundo acuden á aquel sanatorio, estando por ellos representadas Alemania, Francia, Austria, Bohemia, Inglaterra, Polonia, Rusia, Rumanía, Hungría, España, Brasil, Italia, Estados Unidos y otras naciones. El monumento se levanta en medio de un jardín y consiste en un pequeño zócalo coronado por el busto de Kneipp, obra del escultor Seebock, notable por su irreprochable parecido y por sus condiciones artísticas. El famoso sacerdote había manifestado en vida su voluntad de que nunca se le erigiera un monumento; pero sus admiradores han desobedecido su mandato, hijo de una gran modestia, y han elevado á su memoria, no sólo el de Wœrishofen, sino, además, otro en la aldea de Stefansried, en donde nació el abate Kneipp.

Belleza y arte, cuadro de Román Ribera (Exposición de Pedro Robira). — Si Román Ribera no se hubiera dado á conocer como artista modernísimo y cultivador de la pintura de género, podríamos decir de él que es un catalán injerto de parisiense. París, con sus tipos, su carácter y especial modo de ser, pueden haber influído para que se desarrollaran y avaloraran sus aptitudes; pero el pintor nos pertenece, es español, aun en los cuadros en los que representa escenas y tipos no vulgarizados en nuestra patria, porque sobre las filigranas del color y la elegancia de la pintura, que armoniza con la fidelidad de la representación, se destaca la viveza, el sentimiento y ese sabor especial peculiar de las producciones del arte español. Los amantes del verdadero arte recuerdan como acontecimiento artístico las producciones á que debe Ribera su celebridad y cuyos títulos determinan para el artista el concepto de la maestría y el carácter de campeón afortunado é inteligente del arte moderno en nuestro país.

La joya del baile, cuadro de Francisco Masriera (Exposición de Pedro Robira). — Difícil empresa sería enumerar las obras que ha producido el elegante pintor catalán D. Francisco Masriera, y mayores dificultades ofrecería, sin duda alguna, determinar cuál entre todas reune mejores condiciones, ya que así sus ideales cabezas, como sus preciosas majas y hermosas odaliscas, han brotado de su brillante paleta para servir de preciado adorno en reales cámaras ó en valiosas colecciones. En todos los lienzos de Masriera obsérvanse pormenores estudiados con recomendable prolijidad y efectos casi inimitables en las carnes, que adquieren morbidez y extraordinaria finura, gracias á la prodigiosa habilidad de este artista, cuyo ingenio es parejo de su maestría en la ejecución.

En la ejecutoria artística de Masriera figuran su especial conocimiento de la técnica del arte y exquisito gusto, conforme lo patentiza el bellísimo cuadro que reproducimos.

Un invento afortunado, cuadro de la señorita Juana Soler (Salón Parés). — A nuestros lectores no pueden ocultárseles los escollos que se ofrecen á la mujer de nuestro país para dedicarse con aprovechamiento al cultivo de las artes. Esto no obstante, justo es consignar que el número aumenta en igual relación de la importancia de las obras que producen. Noble ejemplo nos ofrece, entre otros, la señorita Soler, que en un período relativamente breve ha logrado realizar señalados progresos.

Vivo está todavía el recuerdo del triunfo que alcanzó con la reproducción del famoso frontal de *San Jorge* que exhibió en el Salón Parés. De ahí que no nos sorprenda el nuevo lienzo, cuya reproducción ofrecemos á nuestros lectores, puesto que es consecuencia lógica de los méritos que la supusimos y resultado de sus no comunes aptitudes para el cultivo del arte, que siente y comprende con los alientos y entusiasmos del verdadero artista.

MISCELÁNEA

Teatros. — *París.* — Se han estrenado con buen éxito: en el Vaudeville *La bonne hôtesse*, comedia en tres actos de Ambrosio Janvier y Marcelo Ballot; en el teatro de la República *L'Auvergnate*, melodrama en siete actos de F. Meynet y María Geffroy; y en el Odeón *La visite*, pieza en un acto de Daniel Riche.

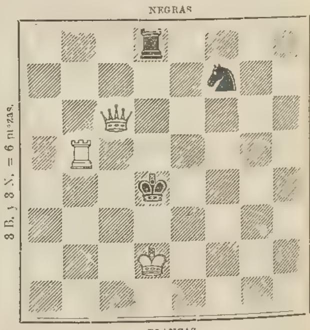
Madrid. — Han comenzado sus tareas de invierno los teatros de Lara y Eslava: en el primero actúa una compañía dirigida por el señor Balaguer y de la que forman parte la Sra. Valverde, las señoritas Suárez y Domus y los Sres. Larra y Santiago: en el segundo cultivará, como de costumbre, el género chico una compañía á cuyo frente figuran Ruiz de Arana y las hermanas Segura.

Barcelona. — Se han estrenado con buen éxito: en Romea *La alegría de la casa*, interesante drama en tres actos, primera producción de D. Fernando Girbal; *Tant tens tant vals*, pieza en un acto de D. Luis Nogué, y *Que no s'enteri 'l marit*, comedia en un acto de los Sres. Ensenyat y Millá; y en el Eldorado *La luz verde*, zarzuela en un acto de Fiacro Irayzoz con preciosa música del maestro Vives. En el teatro Lírico ha dado un concierto el notable pianista Sr. Monturiol, quien demostró su completo dominio del piano en las difíciles y escogidas piezas de Chopin, Scarlatti, Listz y Mendelssohn, que ejecutó con verdadera maestría. En dicho concierto tomó parte la aplaudida tiple Srta. Barrientos, que cantó una canción catalana y otras dos de Mozart y Schubert, siendo entusiastamente aplaudida.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 171, POR VALENTÍN MARÍN

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 170, POR P. RIERA

Blancas.	Negras.
1. D 5 A D	1. P toma D (*)
2. A toma T jaque	2. D toma A mate.

(*) Si 1. R 4 T ó C 2 D; 2. D 4 C jaque, T toma D mate; — 1. D 4 T; 2. C 3 A jaque, D toma C mate; — 1. C 3 A; 2. D toma T jaque, D toma D mate.

POR VENGANZA

NOVELA POR CORDELIA. – ILUSTRACIONES DE FERRAGUTI



Se sentó junto á una mesa en la cual ardía una lámpara de aceite y fingió leer

I

El conde Alberto Landucci estaba sentado junto á la chimenea leyendo un periódico; su hija Renata, doncella de perfil de Virgen y de arrogante porte, se paseaba por el inmenso salón para entrar en calor.

–¿Qué tienes que no puedes estarte quieta?, le preguntó su padre suspendiendo la lectura.

– Tengo frío, y si no mandas poner aquí una buena estufa como la de la tía Emilia, nos moriremos helados.

– Tu tía es una loca; siempre anda llorando miserias y cada día hace nuevos gastos; nuestros abuelos se contentaban con calentarse á la chimenea y estaban más sanos y más fuertes que nosotros; además, un buen fuego que dé llama nos alegra y hasta nos hace compañía.

– Será lo que quieras, pero mientras tanto yo padezco; tengo tanto frío que no puedo estarme quieta.

– Di que traigan un poco de leña; luego vendrá gente y tendremos demasiado calor.

Renata se acercó al cordón de la campanilla y le dió un fuerte tirón. Se presentó un criado viejo, algo encorvado, vestido de negro, con corbata blanca y la cara afeitada, y se detuvo en el umbral de la puerta esperando órdenes.

El conde, sin hablar, señaló la chimenea; el criado, acostumbrado á comprender con presteza las órdenes de su amo, fué en seguida á buscar leña que puso en los morillos de aquel majestuoso hogar.

Renata cogió un libro, se sentó junto á una mesa en la cual ardía una lámpara de aceite y fingió leer; pero su imaginación estaba lejos del libro, fuera de las paredes de su casa, obscura, ahumada, donde su padre, enemigo de todo progreso, no quería introducir la menor innovación.

Decía continuamente que allí habían vivido sus padres; que él había vivido también largos años y que lo mismo debía vivir la familia. Aquellos muebles viejos y carcomidos eran sus amigos de infancia y debían envejecer y acabar en su familia; esperaba que el soplo de novedad y de progreso, que ya presentía á su alrededor, no lograría penetrar dentro de los muros de su casa solariega, y para no dejarlo entrar estaba dispuesto á luchar con todas sus fuerzas, con toda la energía de que era capaz.

Pero el soplo vivificador de los nuevos tiempos se había introducido ya en su casa sin que él lo notase y apoderádose del ánimo de Renata. Había entrado casi insensiblemente por medio de los periódicos y los libros, con las conversaciones de las amigas y de la tía Emilia, que iba todos los años á París y volvía llena de ideas nuevas, y ya Renata se sentía transportada, no sólo fuera de los reducidos límites de su casa, sino también de la pequeña ciudad de provincia donde estaba condenada á vegetar: su pensamiento vagaba ya lejos, muy lejos, en busca de nuevos horizontes; absorbía las nuevas ideas; se interesaba por los progresos de la ciencia moderna, y allí, encerrada entre aquellas cuatro paredes, le parecía estar como pájaro enjaulado, como prisionero que ansía su libertad.

Quizás por efecto de esa hora melancólica que sigue á la puesta del sol ó también de lo crudo de aquel día de diciembre, Renata estaba aquella noche más triste que de costumbre; sola con su padre en aquella vasta sala de su palacio insuficientemente caldeada, pensaba que comenzaban las largas veladas de invierno, siempre iguales, monótonas, con las mismas caras de parientes y amigos, con las habituales conversaciones que sabía ya de memoria; jamás la menor variedad, jamás lo imprevisto en su vida juvenil; y sin embargo, tenía dieciocho años, un nombre ilustre, una cuantiosa fortuna, la belleza de las formas y la elevación del espíritu.

¿Estaba destinada á seguir viviendo siempre así, sin un rayo de sol, sin una alegría que le regocijase la mente?

Muchas veces había sentido deseos de rebelarse contra aquella existencia, de romper sus cadenas; pero habría tenido que luchar con la voluntad de su padre, y pensaba siempre en las palabras de su madre moribunda que se lo había recomendado antes de expirar.

– Acuérdate, le dijo, de que debes hacer mis veces y serlo todo para él; está enfermo, padece una grave enfermedad de corazón, y pobre de él si le das un disgusto; podría morirse de repente; tiene ideas extrañas que no conviene contrariar; si quieres que yo muera tranquila, prométeme que no le causarás ninguna pesadumbre...

Aquellas palabras le habían dejado una impresión indeleble; en ella predominaba el sentimiento del deber, y después de la muerte de la madre se había propuesto consagrarse enteramente á su padre, aunque tuviera que sacrificarle su vida y su juventud; mas á pesar de todos sus esfuerzos, no lograba acallar las tumultuosas aspiraciones que acudían á su mente, los deseos que la acosaban; vivía resignada, pero no feliz.

Cerró el libro, se acercó al fuego, y siguió pensando en su triste existencia, mirando la llama que chisporroteaba en la chimenea.

En esto resonó un campanillazo por las salas del viejo palacio.



Y yo tengo catorce de rey

Oyóse abrir puertas, roce de vestidos y murmullo de palabras; Renata se arrancó de sus meditaciones; preparó los labios para una sonrisa y salió al encuentro de la tía Emilia, marquesa de Belfiore, que entraba en aquel momento acompañada de su marido, hombre de unos cincuenta y cinco años, vivaracho,

pequeño, que se movía á saltos como un títere, y de su hija Elisa, alta, delgada, de piel diáfana y mirada lánguida.

– Conrado vendrá después, dijo la marquesa abrazando á Renata; ha ido al café para adquirir noticias de los recién llegados.

– ¿Qué recién llegados son esos?, preguntó Renata.

– ¿No lo sabes?, le dijo la prima; ¿en qué tierra vives? Se trata de nuestros vecinos, de los que han comprado el palacio Lucchini.

– Pues no sabía nada; ¡vivo tan retirada! Cuéntame, Elisa, quiénes son y lo que hacen.

Y así diciendo, hizo que su prima se sentara á su lado, mientras la marquesa sacaba su labor de un saquito bordado y el conde Landucci invitaba al cuñado á jugar la acostumbrada partida de cientos.

Pero al marqués de Belfiore le gustaba charlar un rato con las señoras antes de ponerse á jugar, y en pie, gesticulando delante del corro femenil, contó á Renata las noticias del palacio Lucchini y de los recién llegados.

– El palacio no parece ya el mismo de antes, dijo; desde mi cuarto se ve muy bien el interior de las salas; lo han renovado todo, rehecho los estucos, retocado las pinturas y cambiado todo lo que no valía la pena de conservarse; os aseguro que es una maravilla. Y decir que en toda la provincia no ha habido quien se atreviera á comprar un palacio histórico como ese, y se le ha dejado caer en manos de extraños! Es una vergüenza. Si hubiera tenido yo unas pocas liras...

– Di más bien millones, objetó el conde Landucci; además, para renovar como se debe un palacio semejante, no bastan unas cuantas liras, sino que se necesita gusto artístico, conocimientos históricos y otras muchas cosas que no es fácil poseer; apuesto algo á que ahora será una profanación.

Interrumpió esta conversación la llegada de la baronesa Arnaldi, prima de los Landucci, con sus tres hijas.

– También ha querido venir Julia, dijo la baronesa para disculparse por aquella invasión de cuatro mujeres.

– Me canso de estar sola en casa, dijo Julia, muchacha de piernas demasiado largas y vestido sobrado corto, peinada como una niña, aunque tenía cara de mujer. Yo no soy una chiquilla, añadió; he cumplido dieciocho años...

– ¡Silencio!, interrumpió la madre; mientras tus hermanas no se casen seguirás siendo una chiquilla.

– ¿Y cuando salga Gina del colegio?

– De esa no se trata ahora; cuida de no charlar demasiado, pues de lo contrario no te traeré á ninguna reunión: ¿entiendes?

Y así diciendo, la baronesa lanzó á su hija menor una severa mirada.

La idea, ó mejor dicho, la preocupación de aquella madre eran sus cuatro hijas casaderas, á la menor de las cuales tenía encerrada en un colegio como si no existiese; consideraba á Julia como una niña y pensaba continuamente en Paula y en Camila, que habían cumplido ya los veinte años y no tenían á nadie que les hiciera la corte. Estas dos jóvenes eran tipos bastante vulgares é insignificantes, ni feas ni guapas, de inteligencia limitada; pero á juzgar por lo que decía la baronesa estaban dotadas de todas las cualidades propias de una mujer perfecta. Se sentaron alrededor de la mesita de labor al lado de Renata y de la Belfiore, y se pusieron también á hablar de los afortunados propietarios del palacio Lucchini: habían oído decir que, aunque procedentes de América, eran de origen italiano. En esto entró el marquesito Lupi, otro pariente de los Landucci, tipo de cura, alto, flaco, barbilampiño, que se había educado en el colegio de los jesuítas, y porque sabía latín se creía un pozo de ciencia: era bastante pedante y quería enmendar la plana á todos. A los pocos minutos llegó el coronel Chiaramonte, quien después de saludar á las señoras, fué á sentarse á la mesa de juego, donde ya tenían empezada su partida Landucci y Belfiore.



Un criado abrigado con una hermosa piel abrió la portezuela

En el corro de las señoras se seguía hablando de los forasteros, y como no sabían su nombre, los llamaban los *americanos*.

El coronel dijo que había visto en la estación del ferrocarril un considerable equipaje de aquellos señores, tanto, que no podían tener una idea. Había cajones y bultos amontonados debajo del tinglado, por todas partes, pues no cabían en los almacenes, y luego había visto llegar una larga fila de magníficos caballos.

La baronesa Arnaldi los había oído pasar por delante de su casa, haciendo tanto ruido por cierto que los tomó por un regimiento de caballería.

Las muchachas estaban deseosas de saber algo de cierto sobre los misteriosos habitantes del palacio Lucchini; el marqués de Belfiore interrogaba acerca de ellos al coronel y la baronesa preguntaba si eran personas con las cuales pudiera tratarse.

El conde Landucci no veía con buenos ojos á aquella gente que venía á alterar su tranquila vida de provincia. No podía comprender cómo unas personas tan ricas habían podido escoger para vivir aquella ciudad modesta, á no ser que tuviesen algo que ocultar.

– ¿Quién sabe de dónde han salido sus millones?, dijo. En cuanto á nosotros, me parece que ya nos hemos ocupado demasiado de una gente desconocida y á la que probablemente no conviene conocer.

Pero las señoras querían saber algo preciso y atosigaban al coronel para que les contase lo que se decía por la ciudad. El coronel no sabía gran cosa, habladurías que circulaban; parecía que los forasteros eran de origen italiano enriquecidos en América. También corrían varias versiones sobre su riqueza; unos decían que habían encontrado un tesoro escondido, y pocos minutos antes había oído decir en el café que el dueño del palacio Lucchini se había enriquecido en América ejerciendo el oficio de verdugo y pensado ir á disfrutar de su fortuna á un país desconocido.

Elisa de Belfiore sentía escalofríos al oir estas cosas; pero el marqués Lupi la tranquilizó diciéndole que nada de ello era cierto, puesto que él estaba en el café cuando tuvo origen aquella charla.

– Cuéntenoslo usted, que es la exactitud en persona, le dijo la marquesa.

Y lentamente, en voz baja, con su modo de hablar meloso, empezó el marqués Lupi su relato en medio del silencio general.

– En el café se habían ocupado de los *americanos*, hablado de sus fabulosas riquezas, del esplendor del palacio, de los muebles suntuosos, de los objetos de arte verdaderamente soberbios que llegaban continuamente; aquello parecía un cuento de las *Mil y una noches;* y luego trataron de averiguar cómo había podido acumular aquella gente tantas riquezas. El capitán Gelmi interrumpió la conversación leyendo en alta voz un suelto de un periódico que trataba de una plaza vacante de verdugo en Filadelfia porque un tal Smith se había enriquecido ocupándola mucho tiempo y pasaba á Europa con su familia á gozar de aquellas riquezas; luego entró Guidi y le dijeron que se suponía que el recién llegado fuese el verdugo de Filadelfia; Guidi transmitió la noticia á un amigo dándola por segura, y de este modo la patraña ha tomado consistencia y circulado por toda la ciudad.

– Así se escribe la historia, dijo el marqués de Belfiore, que no por estar jugando dejaba de escuchar lo que se decía.

– Por Dios, presta atención al juego, exclamó Landucci enfadado; mira, tengo catorce de sota.

– Y yo catorce de rey, dijo Belfiore, y continuaron la partida contando los puntos, mientras en la otra mesa no dejaban de tratar del asunto que aquella noche interesaba á todos.

A eso de las diez llegaron juntos Conrado de Belfiore, joven de veintidós años, delgado, pálido, metido de hombros, vestido irreprochablemente, con el cuello de la camisa muy reluciente, el lazo de la corbata bien hecho y una gardenia en el ojal del frac negro, y el abogado Raimondi, hombre respetable, de edad madura, que fué acogido con entusiasmo por las señoras, las cuales le rodearon pidiéndole noticias sobre los *americanos*.

Debía estar bien informado, puesto que se sabía que aquella mañana había sido recibido en el palacio Lucchini, donde había pasado más de una hora.

– Es verdad, el Sr. Sangalli me llamó porque tenía que confiarme algunos asuntos, dijo el abogado.

– ¡Se llama Sangalli!, exclamaron las señoras. Es nombre italiano.

– Sí, es oriundo de Italia, pero ha vivido cuarenta años en Nueva York, añadió Raimondi.

– ¿Y es cierto que era un campesino?

– Pero ¿no ha sido verdugo en Filadelfia?

– ¿Cómo se ha hecho tan rico?

–¿Ha renovado bien el palacio Lucchini?

–Déjenme ustedes respirar, dijo el abogado asediado por tantas preguntas, y en seguida les diré lo que he podido saber.

Tomó asiento en una butaca junto al corro de las señoras, y en medio del silencio y de la atención de toda aquella gente se puso á contar minuciosamente cuanto sabía acerca de los Sres. Sangalli y la impresión que le causaron después de haberlos visto.

Eran personas simpáticas, muy bien educadas é inteligentes. Comprendíase que el Sr. Sangalli había ido muy joven á América, donde había hecho fortuna; del palacio no podía decir nada porque la antecámara estaba llena de cajas y baúles y se le había recibido en el gabinete de estudio de Sangalli, habitación muy elegante y amueblada con severo gusto.

–¿Y por qué han escogido nuestra ciudad para vivir?, preguntó la marquesa de Belfiore.

–Según parece, el Sr. Sangalli padece una enfermedad nerviosa que los médicos atribuían al exceso de trabajo, y le ordenaron un reposo absoluto; pero mientras continuase en medio de la vida laboriosa y febril de Nueva York no podía descansar, y casi sin saberlo se encontraba envuelto en el torbellino de los negocios. Hizo un viaje á Europa; su hija se enamoró de la situación de nuestra ciudad y de las risueñas colinas que la circundan; le pareció que ofrecía las condiciones de sosiego necesarias para calmar sus nervios; supo que estaba en venta el palacio Lucchini y encargó á su secretario que lo comprase y lo restaurara mientras él iba á Suiza á tomar baños y á los lagos de Lombardía á pasar el otoño.

–¿Y tiene hijos?, preguntó la baronesa Arnaldi.

–Creo que tiene un hijo y una hija, y me parece que desean tratarse con las familias principales de la ciudad.

–¿Darán bailes?, preguntó Julia Arnaldi.

–Hay que aguardar á conocerlos, dijo Elisa de Belfiore.

–Sí, y también saber si son personas dignas de que se las conozca, objetó la marquesa.

Renata no se atrevió á decir nada; pero en su interior se habría alegrado de ver gente nueva que introdujese un poco de variedad en su vida monótona.

La baronesa por su parte dijo en voz baja al coronel que vería con mucho gusto la introducción de un elemento nuevo en su sociedad, con las cuatro hijas que tenía en estado de merecer.

Hasta el marquesito Lupi lo deseaba por afición á la variedad, diciendo que con el progreso de los tiempos no hay que ser tan exclusivistas.

El abogado, que no era noble, pero se trataba con la aristocracia y gestionaba todos sus asuntos, escuchaba en silencio.

El conde Landucci se impacientó de pronto; el marqués había acusado una quinta mayor, no tenía suerte en el juego y además le molestaban aquellas conversaciones; echó las cartas sobre la mesa y dijo:

–¿Se proponen ustedes pasar toda la noche ocupándose de personas á quienes no conocemos, y que por mi parte no tengo ninguna gana de conocer.

Su hermana le interrumpió diciéndole que le perjudicaban sus ideas anticuadas, que los tiempos cambiaban y era menester cambiar con los tiempos; luego dijo en voz baja á Lupi que la aristocracia está decrépita y necesita nueva sangre en las venas y en sus casas algo del dinero de la burguesía; que, por su parte, si un rico bien educado le pidiese la mano de Elisa, se la concedería al punto, pues tocaba los inconvenientes de tener un marido que pertenecía á una de las familias más nobles de la ciudad, pero que poseía muy poco caudal.

Con todas estas conversaciones, la velada resultó de las más animadas y todos se separaron pensando en las riquezas de los Sangalli y en los esplendores del palacio Lucchini; únicamente el conde Landucci estaba de mal humor y se enojaba con aquella gente nueva que turbaba su tranquila ciudad y que había venido á sobrexcitar á toda su familia.

II

La puerta principal del palacio Lucchini se abrió como por encanto; se oyó el piafar de caballos impacientes, y entró en el patio un coche con gran estrépito, haciendo retemblar el palacio como sacudido por un terremoto.



Fanny y Eduardo estaban atareados dando la última mano al árbol de Navidad

Un lacayo abrigado con una hermosa piel saltó del pescante y abrió la portezuela.

Se apeó del coche una joven ligera y elegante que se detuvo esperando á su madre, señora gruesa y muy miope, de movimientos pausados y que cuidaba de no poner un pie en falso.

Cuando se hubieron apeado, el lacayo sacó del carruaje una porción de envoltorios, paquetes y cajas de cartón y siguió á las señoras por las escaleras, mientras otro criado tenía abierta la puerta esperándolas en el umbral de la antesala.

–Fanny, cuidado con olvidar algo, dijo la madre á la hija.

No es posible, contestó la joven.

Y volviéndose al criado añadió:

–Llévalo todo al salón encarnado y también los objetos que traerán después.

La joven entró en el despacho de su padre para contarle cómo había pasado el día.

–Papá, le dijo, ven á ver cuántas cosas y qué bonitas. Tú también debes venir, Eduardo, añadió dirigiéndose á un guapo joven, alto, de cara inteligente, que estaba arrellanado en una butaca hablando con su padre.

Los llevó al salón encarnado y empezó á desatar los envoltorios amontonados en una mesa, en las sillas, en las butacas, y les enseñó una porción de objetos bellos y variados; muñecas bien vestidas, muñecos, caballitos, utensilios caseros, saquitos de dulces, cajas de frutas y tabletas de chocolate; les enseñó además vestiditos, chales, mantones, medias y guantes, cosas á propósito para abrigar á los pobres.

–Os aseguro que hoy no he perdido el día, dijo la joven suspirando. Estoy rendida; no puedo más.

Y al decir esto se tendió en una butaca, y se quitó los guantes, el sombrero y la pelliza.

Pero no estuvo sentada cinco minutos; era tan viva que no podía estar quieta ni mano sobre mano, y quiso pasar á la pieza contigua para ver si habían colocado el árbol de Navidad, como había mandado antes de salir.

–Estate tranquila que yo tampoco me he estado parado, le dijo su hermano. Tu árbol de Navidad me ha dado bastante que hacer; no había modo de conseguir que se sostuviera.

–¿Y cómo te las has arreglado?

–Por algo soy ingeniero, y si no sirviese para tan poca cosa, pobre de mí. He trabajado como un obrero; he tenido que hacer una ancha base á tu árbol para que pudiera sostenerse; era cosa de ver al ingeniero Sangalli serrando, cepillando y clavando clavos; mira qué manos me he puesto.

–¿Y por qué no has llamado á algún operario para que te ayudase?

–Si estos operarios no sirven para nada...

–Y los farolillos, ¿cómo es que no los veo?, preguntó la joven acercándose al árbol que se alzaba majestuoso en medio de la sala.

–Es que te he preparado una sopresa, una invención mía, contestó Eduardo. ¿No ves? Cada rama del árbol oculta un tubo para gas. El mecanismo se compone de tres troncos principales con varias ramificaciones, como en nuestros pulmones, y por fortuna he encontrado un operario que ha comprendido al punto mi idea y la ha ejecutado perfectamente.

–Probemos, dijo Fanny; quiero ver el efecto.

Eduardo abrió la cañería principal que estaba oculta entre las ramas superiores del árbol, pasó una bujía encendida alrededor del abeto casi rozándolo y resplandecieron más de cien luces entre el verde obscuro de las hojas, luces que se reflejaron multiplicándose en las paredes y espejos de la sala.

–¡Bravo!, exclamó Fanny palmoteando. ¡Magnífico! Parece una magia. Has tenido muy buena idea: no me habría contentado con las velas de cera como nuestros abuelos; pero yo también he estado acertada en querer poner el árbol aquí, en la sala de los espejos; ¡mira qué buen efecto!

Al volver á la sala encarnada, donde sus padres la esperaban, tuvo un momento de desaliento y de tristeza, por lo cual le preguntó la madre si no había quedado satisfecha de la obra de su hermano, á lo que contestó:

–Todo está muy bien, pero pienso que es trabajo en balde, añadió sentándose y suspirando. ¿Para quién hemos hecho todos estos gastos y trabajado tanto? ¡Estamos tan aislados en este país! ¡Ni siquiera nos miran á la cara!

–Y sin embargo, tú fuiste la primera á quien gustó cuando pasamos por aquí esta primavera, contestó el padre.

–En la buena estación todo sonríe, y además entonces aún no conocía á los habitantes.

–No nos han hecho ningún daño, replicó Eduardo; naturalmente no podemos tener aquí las relaciones que teníamos en Nueva York, donde hemos nacido.

–Tú te encuentras bien aquí, respondió la joven, porque para un hombre la cosa varía de aspecto; puedes ir al casino, al café, viajar, jugar todo el día y vivir la vida exterior; pero yo me aburro mortalmente en esta ciudad; ni siquiera tengo una amiga.

–¿Y la señorita Santelli?, le preguntó la madre.

(Continuará)

REPÚBLICA ARGENTINA

BUENOS AIRES

Placa destinada por «La Asociación Patriótica Española» al sepulcro del eminente tribuno D. Emilio Castelar

Con la firmeza de concepción que caracterizan las obras ejecutadas por el laureado artista catalán don Torcuato Tasso, ha sido concebida la placa que nos ocupa. Hay en ella una altura de pensamiento artístico-filosófico que admira. La grandeza genial de las figuras representativas del arte, de la gloria, de la elocuencia es tal, que cautiva é infunde en el ánimo del espectador la profunda tristeza, el dolor sentido, la melancolía infinita de que parecen revestidas.



REPÚBLICA ARGENTINA. – BUENOS AIRES. – PLACA DE BRONCE QUE «LA ASOCIACIÓN PATRIÓTICA ESPAÑOLA» DESTINA AL SEPULCRO DEL EMINENTE TRIBUNO D. EMILIO CASTELAR. REPRODUCCIÓN DEL MODELO EN YESO, obra de Torcuato Tasso (de fotografía remitida por D. Justo Solsona).

Cuantos vieron el mencionado modelo quedaron agradablemente sorprendidos, mereciendo entusiastas felicitaciones de los entendidos en el difícil arte del modelado; pues á una sencillez que casi podríamos llamar clásica, une la belleza del detalle, la majestad y perfección de la línea y de la forma, el conjunto armónico, y sobre todo, la expresión clara de la idea, representada de una manera casi sugestiva en el modo de ser de las figuras y en la expresión suprema de sus rostros, de hermosura delicada.

Con tan superior trabajo artístico y puesto el pensamiento en quien ya no existe, en quien fué el verbo de la palabra, el llorado escritor, el gran tribuno D. Emilio Castelar, á cuya tumba está dedicada, como representando el hondo sentimiento de los españoles residentes en la República Argentina, se comprende mucho mejor el magnífico pensamiento del autor traducido en obra palpable é imperecedera.

Esa será una hoja más que tendrá que agregar á su corona argentina el Sr. Tasso, que en los pocos meses que reside en la populosa Buenos Aires se ha hecho hermosa y lozana con los excelentes trabajos realizados, prometiendo ser colosal por los nuevos que en abundancia abrumadora le encomiendan las principales familias del país, premiando con honra y provecho al talento y haciendo justicia á la magnificencia del arte español.

JUSTO SOLSONA

***

LOS SUEÑOS

Muchas personas se figuran que nunca sueñan, lo cual no deja de ser una ilusión, puesto que, según parece, todos soñamos, aun sin darnos cuenta de ello, desde el momento en que nos dormimos hasta el en que nos despertamos. Esta tesis, por otra parte, es antigua, ya que ha sido sostenida por Descartes, Leibnitz y Lelut, el primero de los cuales afirmó que no hay sueño sin sueños.

A tal afirmación podían oponerse algunas dudas, tanto más cuanto que cada uno de nosotros, cuando soñamos, no tenemos noción, al despertarnos, de haber soñado durante todo el tiempo que hemos dormido. Sin embargo, M. Vaschide ha estudiado nuevamente el problema en el laboratorio de psicología experimental de la Salpêtrière, y de sus trabajos deduce que hay continuidad en los sueños. Por espacio de cinco años ha estado observando á 36 individuos cuya edad variaba entre uno y veinticuatro años, y ha hecho comprobar sus propias observaciones por otras 46 personas. Su método consiste en examinar á los durmientes durante toda la noche y muy de cerca, observando cuidadosamente los cambios de fisonomía, los gestos, los movimientos, los sueños en alta voz y los que le han comunicado los propios individuos sometidos á experimento, determinando en cada caso la profundidad del sueño por los procedimientos conocidos de Kolschutter, Spitta y Michelson. Las principales conclusiones sentadas por M. Vaschide y consignadas en informe dirigido á la Academia de Ciencias son las siguientes:

Se sueña durante todo el tiempo que se duerme y aun durante el sueño más profundo, el que recuerda el síncope. La verdadera vida psíquica del sueño, como la verdadera vida de los sueños, no se revela hasta que el sueño empieza á ser profundo: entonces entra en acción lo inconsciente. Los sueños recogidos durante el sueño profundo revelan las etapas y la existencia de este trabajo cerebral inconsciente, al cual debemos, con gran asombro nuestro, la solución de los problemas que desde hace mucho tiempo nos ocupan y que surgen bruscamente y como por milagro.

Con el nombre de ensueños y sueños, dos expresiones mal deslindadas, se han estudiado las alucinaciones que se presentan en el momento en que uno se duerme y las que se producen en el momento del despertar normal. Los sueños del sueño profundo tienen carácter muy distinto del de los otros. El *caos del sueño* (expresión de Gruthuisen), lo mismo que los *clisés recuerdos* (expresión del marqués de Hervey) para caracterizar los ensueños, faltan casi por completo en los sueños verdaderos que parecen estar dirigidos por cierta lógica inconsciente, por la atención y por la voluntad y hasta por ese algo que nos escapa y transporta nuestro pensamiento más allá de las imágenes del ensueño de que hablaba Aristóteles. El estado mental de estos sueños podría ser comparado con el trabajo inconsciente de la vigilia.

Existe una relación estrecha entre la naturaleza de los sueños y la profundidad del sueño: cuanto más profundo es éste, más se refieren aquéllos á una parte anterior de la existencia y más se apartan de la realidad. Y por el contrario, cuanto más superficial es el sueño, más aparecen las sensaciones del día y más reflejan los sueños las emociones y las preocupaciones de la vigilia. M. Vaschide está enteramente de acuerdo, en todos estos puntos, con un psicólogo bien conocido, el doctor Pilez.

Las personas que no sueñan, ó mejor dicho, según M. Vaschide, que se imaginan no haber soñado nunca, son víctimas de una ilusión de análisis psíquico. El individuo no se acuerda, no se da cuenta de nada, porque generalmente no se observa á sí mismo más que durante el sopor que le acomete cuando se acuesta ó á la inversa, cuando se despierta, y en muchas personas estas fases son tan rápidas que escapan en absoluto á su atención.

En los verdaderos sueños, los del sueño profundo, hay, al parecer, continuidad en las concepciones: en un individuo que se despierte varias veces durante la noche puede notarse cierto orden de idea en los sueños, una correlación singular que enlaza entre sí los sueños, en apariencia, más distintos.

En suma, los trabajos de M. Vaschide no satisfarán seguramente á los que creyendo en los sueños quieren tener una clave que explique su significado, puesto que en ellos no aprenderán nada de lo que desean; pero esos experimentos, aun limitados á algunos hechos especiales, tienen interés, ya que de ellos puede deducirse que soñamos siempre, que el cerebro está en actividad constante y que el sueño no es, como decía Homero, «un hermano de la muerte,» sino más bien, según expresión de M. Vaschide, un «hermano de la vida.»

ENRIQUE DE PARVILLE

***

LA CATEDRAL DE BURGOS

CUADRO DE FLETCHER WATSON

El autor de este cuadro es el fundador y primer presidente de la Academia de Bellas Artes australiana, asociación que ha contribuído poderosamente á la propagación del arte en las colonias inglesas. Es un artista sincero y hábil, y conoce admirablemente la técnica pictórica.



LA CATEDRAL DE BURGOS, cuadro de Fletcher-Watson

Buena prueba de estas cualidades la tenemos en

el cuadro suyo que reproducimos adjunto, para el cual se ha inspirado en uno de nuestros más admirables monumentos, en el interior de la catedral de Burgos, el más hermoso modelo de la arquitectura gótica que hay en España, el que encierra todo lo que el arte ha producido en los siglos XIII, XIV y XV.

La pintura de este género ofrece grandes dificultades, porque el que quiera trasladar al lienzo uno de tales monumentos, bien sea en su conjunto externo, bien en su interior, ó alguna de sus partes, se expone á no dar idea de la grandiosidad del mismo ni de la riqueza de detalles que atesora. Fletcher Watson ha sabido vencer estas dificultades, y en su obra, aun siendo simplemente un fragmento del interior del templo, se aprecian perfectamente la magnificencia de aquella portentosa fábrica y la belleza de su ornamentación.



LOS NUEVOS SELLOS DE CORREOS DE LA ISLA DE CUBA

LOS NUEVOS SELLOS DE CORREOS

DE LA ISLA DE CUBA

Hace poco se han puesto en circulación los nuevos sellos de Cuba en sustitución de los norteamericanos sobrecargados que habían circulado desde que terminó la guerra hispaño-yanki. Estos nuevos sellos son seis: el de un centavo, verde, con la estatua de Colón; el de dos centavos, encarnado, con un grupo de palmeras; el de tres centavos, púrpura, con una figura alegórica de Cuba; el de cinco centavos, azul, con un vapor en uno de cuyos mástiles ondean las banderas cubana y de los Estados Unidos; el de diez centavos, chocolate, con un hombre manejando un arado al cual están uncidos dos bueyes, y el llamado exprés, de diez centavos, naranja, con un velocipedista.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.



Un invento afortunado, cuadro de la señorita Juana Soler (Salón Parés)



Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XVIII — Barcelona 23 de octubre de 1899 — Núm. 930

EXPOSICIÓN DE PINTURAS EN BUENOS AIRES.-ARTE MODERNO ESPAÑOL

(de fotografías de A. S. Witcomb, remitidas por D. Justo Solsona)



UNA VARA DE CASTIGO, cuadro de José Benlliure



LA SIESTA, cuadro de Casto Plasencia

ADVERTENCIA

Con uno de los próximos números repartiremos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el cuarto tomo de la presente serie, que será la VIDA DE LA VIRGEN según la Venerable Sor María de Jesús de Agreda, con un extenso prólogo de la eximia escritora doña Emilia Pardo Bazán. Además de ir acompañado el texto con diversidad de preciosas láminas antiguas y modernas, éstas dibujadas por el inmortal Gustavo Doré y que reproducen los más interesantes episodios de la vida de la excelsa Reina de los cielos, van ilustrados todos los capítulos con alusivos dibujos y viñetas originales de D. A. de Riquer.

SUMARIO

DE EUROPA

El pez grande sigue zampándose al pequeño; apenas han cerrado los norteamericanos sus mandíbulas de dogo, abre las suyas de tiburón Inglaterra. Si va á cosechar fama en el Transvaal, que se mire en los laureles de nuestros vencedores. Nosotros hemos quedado medianamente; pero ¿acaso quedaron ellos mejor, por lo que á honra respecta? Lo fácil de su triunfo lo hace odioso. Las demostraciones de estos días al comodoro Dewey son una bufonada triste. ¿A qué vienen los arcos triunfales, los himnos, las banderas, las músicas estruendosas, los festines, la algazara patriótica de Nueva York? ¿Serán tan candorosos que tomen por lo serio el ardimiento desplegado para expugnar á Cavite?

La diferencia entre nuestra época actual y otras épocas á mi juicio mucho peores, no está en que falten hoy injusticias y abusos; está en que, al lado del abuso y la injusticia, se alza siempre la protesta de la equidad, más ó menos enérgica, pero al cabo formulada con precisión y transmitida por la prensa á los últimos confines de la tierra. Al lado del jingoismo imperialista que siembra de flores la senda del almirante Dewey, aparece en los Estados Unidos el partido de la democracia y de la república, al cual deben sumarse las simpatías de los buenos. Los demócratas yankis puros tienen su candidato á la presidencia, Bryan, y su programa, que es dejar á Filipinas libre y dueña de sus destinos, y á los mismos cubanos con facultades para dictarse una Constitución autonómica, independiente si así le place. Y en sus predicaciones entusiastas, Bryan lanza la idea de regalar á los filipinos, para la bahía de Manila, otra estatua de *La Libertad iluminando al mundo.*

Ante el empuje de esta corriente honrada que en los Estados Unidos representa la vieja tradición, ideal de los emigrantes de la *May flower*, el gobierno norteamericano se ha visto precisado á declarar explícitamente que no tiene pactada alianza alguna con Inglaterra para repartirse el planeta, ni está dispuesto á meterse en aventuras extraordinarias, ni á llevar la expansión territorial á extremos que suponen un estado de guerra indefinidamente prolongado. Veremos si se confirma que los modernos cartagineses, aconsejados por la prudencia, dejan en paz al universo y se recogen á su bien abastecida casa...

* * *

Un hecho poco resonante, pero de extensa influencia política, es que el papa haya enviado un representante suyo á Rusia. Se cree que acabará por establecer Nunciatura en San Petersburgo. El lazo de unión, el hilo conductor entre el vicario de Cristo y el emperador cismático, ha sido la idea de la paz, de la cual ambos son abogados y patronos. El conciliador espíritu, la caridad universal de León XIII se revelan en estos incidentes diplomáticos, pues detrás del soberano está resguardado y siempre vigilante el Pescador de almas. Porque en Rusia hay católicos á millares; hay los polacos, que han fundido estrechamente el concepto de patria y el religioso; y hay sobre todo la esperanza profunda que alimentaron tantos padres de la Iglesia, de extinguir el cisma y unir á la cristiandad oriental con la occidental, en una misma fe, en un solo símbolo. Aunque los tiempos no se prestan á esta clase de amalgamas, y por extraño fenómeno, los pueblos, cuanto menos creyentes, van siendo menos variables en religión, las diferencias entre la iglesia griega llamada *ortodoxa* y la latina, apostólica romana, son tan fáciles de salvar, que más parecen fruto del desarrollo histórico que de la oposición de creencias. La obra del heresiarca Focio puede deshacerse ahora, y el tsar Nicolás encontrar ejemplos inimitables en la conducta de Andrónico, el *moderator*, que tanto anhelaba reunir las dos confesiones en un Sínodo universal. Este deseo ha sido el de grandes políticos y pontífices ilustres. Lo sentían los emperadores Alejo y Miguel Paleólogo, y más aún Juan Paleólogo, que había mamado la leche de una madre católica, Ana de Saboya; en el siglo XV, pudo creerse hecha la fusión; la desbarataron los fanáticos orientales, porque en toda esta historia de las dos iglesias, de Oriente vienen la intransigencia y el cerrado dogmatismo. Si ahora se acercasen y estrechasen las almas con la virtud misteriosa de una fe más comprensiva y más humana por parte de los griegos, sería acontecimiento de suma trascendencia para el mundo. Hay obstáculos graves, como el poder espiritual del tsar y la cuestión del matrimonio de los *popes* ó sacerdotes cismáticos; no hay una imposibilidad absoluta.

* * *

En estos momentos, cuando el conflicto del Transvaal arrecia, interesa conocer los antecedentes de los jefes que van á ponerse á la cabeza de los dos ejércitos enemigos. Inglaterra envía á Sir Redwers Buller, que hizo su primer campaña en China, saqueando el palacio de Estío; que después tomó parte en la guerra contra los aschantis, siendo herido y recompensado; y que más tarde se señaló contra los zulúes, dejando en aquella ocasión el recuerdo de una frase para la historia, con motivo de la trágica muerte del príncipe imperial de Francia. Cuéntase que al ver volver al oficial inglés que acompañaba en la descubierta al desventurado mozo, Sir Redwers Buller exclamó: «¿Cómo es que está usted vivo?,» estigmatizando así la cobardía del encargado de custodiar á un huésped de la nación, que le dejaba destrozar indefenso. – También las expediciones de Egipto en busca del ilustre Gordon figuran en la hoja de servicios del futuro general en jefe contra los boers.

Se ve que Inglaterra ha escogido hombre avezado á las luchas de los países lejanos, buscando la experiencia y la resolución fría, cualidades, según afirman, características de Sir Redwers.

Pedro Jacobo Joubert se llama el generalísimo de los boers. De origen francés, de familia de hugonotes, le sobra el férreo tesón que distinguió á los protestantes contemporáneos de la Maintenon y de las dragonadas. Cuéntase entre los primeros proclamadores de la independencia del Transvaal, y el prestigio de su nombre lo cimentaron los descalabros de las armas inglesas en varias funciones de guerra favorables á los boers, entre ellas la muy señalada y memorable de Majuba. Es, pues, un vencedor Joubert, un veterano, á quien seguirán ebrias de entusiasmo las tropas. Descuella también por organizador y estratégico. Ha sabido, durante la paz, preparar á los boers á la guerra que se cernía sobre ellos, porque Inglaterra no tiene condición de devorar la afrenta sin preparar, á plazo más ó menos breve, el desquite. La educación militar, en el Transvaal, empieza en la niñez y no se interrumpe nunca. Y nótese que no son los boers un pueblo ambicioso, ni sueñan con anexiones, ni hasta tienen lo que propiamente se llama ejército. En este particular, el modo de entender la vida de los boers se acerca mucho al que tenían los griegos (superiores á estos colonos por el culto de la estética, que hoy es un culto casi olvidado). Entienden que todo varón es militar, en el sentido de que todo hombre digno de su sexo debe saber y querer defenderse, y rechazar con la fuerza una agresión; que no se puede hacer del militarismo oficio ni menos casta cerrada, justamente por el mismo principio natural y humano. Y el boer, si le llama su joven patria, acude.

* * *

Con qué frialdad ve Europa el riesgo de los boers y de sus aliados los burguers, asombra y contrista. Ha pasado el tiempo de las simpatías eficaces. Cada cual por sí y para sí; nadie presta á nadie ayuda.

Si preguntamos á los europeos uno por uno, las respuestas son conformes: los boers merecen triunfar; Inglaterra ejerce la fuerza bruta y odiosa para despojarles. Se leen acerca de los boers cosas muy parecidas á las que se leían de nosotros antes que nos enzarzásemos con el *tío Sam*, de cerdosa memoria. Nosotros éramos los nobles, los generosos, los heroicos; ellos, los egoístas, los bárbaros y los inicuos. El público del Coloseo estaba de nuestra parte; pero cuando se trabó la lid, abrió los ojos, se retrepó en el asiento y nos dejó correr la aventura; y si llegase el caso de haberle pedido la vida para España en el trance último, es verosímil que contestase: «Pollice verso.»

* * *

Harán bien los boers en no contar sino con su propio esfuerzo, con la valentía de su impávido corazón. Y cuentan, como que están armándose hasta los dientes, preparándose á cuanto pueda sobrevenir. Ya acampan, entonando salmos, alrededor de la hoguera; ya se reparten á la deshilada por la línea fronteriza. Cuesta trabajo contener el ímpetu de los guerrilleros; pruébanse los trenes blindados; las baterías se guarnecen de cañones de tiro rápido; los almacenes se atestan de harinas; y cosa curiosa, ya están recibiendo refuerzos enviados por una nación europea... ¡Me equivocaba al decir que Europa entera permanecía indiferente! Olvidaba que el odio común es nudo tan fuerte como la amistad, y elemento más activo que la simpatía. Ciento treinta irlandeses se han embarcado para acudir en defensa del Transvaal. No quiera Dios que nunca se vea España socorrida de irlandeses.

* * *

No sé si el gobierno del Transvaal es un modelo de gobiernos; pero ha dado famosa lección á los de otras naciones menos modestas y doblemente menesterosas y entrampadas. A los primeros anuncios del conflicto, el Erario del Transvaal ha descontado el cuarenta y cinco por ciento á los empleados, especialmente á los altos, y realizado considerables economías que ayudarán á soportar los gastos de la guerra. Habría que oir aquí los clamores si se procediese de tal modo. Dirían los empleados que los vidrios rotos le toca pagarlos al contribuyente.

Tampoco se descuidan los ingleses. Hasta tal extremo llevan el celo con que preparan la opinión británica á fin de popularizar la guerra, que hasta en los libros de enseñanza destinados á las escuelas borran los capítulos donde se pinta al boer del Africa del Sur bueno, pacífico y honrado, y los sustituyen por otros donde se le maltrata; procedimiento que me recuerda el de aquellos dómines ingleses del año 20, que enseñaban á los negritos que Napoleón el Grande había sido un lugarteniente de Arturo Wellesley, lord Wéllington.

* * *

Es justo añadir – somos imparciales y neutrales en esta contienda – que el ejército inglés es un ejército modelo. Sin fanfarronería, sin esa exageración de tieso militarismo que se advierte en los alemanes, los ingleses hacen maravillas. Los oficiales no se creen obligados á la rigidez cuartelaria, al empaque profesional, y prescinden de buen grado del uniforme y del tecnicismo; pero no á fin de entregarse á la holganza y á la cómoda vida burguesa, sino para ejercitarse en el *sport* y cultivar el semi-atletismo del hombre elegante y mundano.

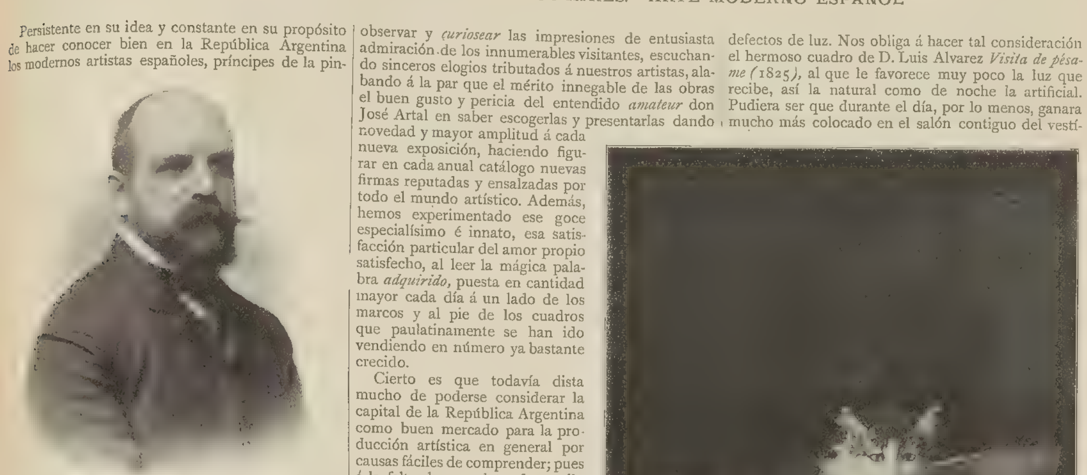
El 10.º de húsares, que tiene al príncipe de Gales por coronel, es el regimiento en que más se juega al polo y se llevan los *poneys* mejor amaestrados. Estos *sportsmen* ven en la guerra un nuevo *sport* imprevisto y emocional, y lo toman como placer, no como ruda obligación y tremendo holocausto.

Robustecidos por el ejercicio físico á que incansables se entregan; impulsados por el orgullo nacional, que es el resorte de esas razas fuertes y tenaces; con un cuerpo que pide movimiento y lucha, los ingleses tienen que ser muy buenos soldados, y el Transvaal lo sabrá harto á su costa.

Emilia Pardo Bazán

EXPOSICION DE PINTURAS EN BUENOS AIRES. – ARTE MODERNO ESPAÑOL

Persistente en su idea y constante en su propósito de hacer conocer bien en la República Argentina los modernos artistas españoles, príncipes de la pin-



D. José ARTAL, organizador de las exposiciones de Arte español contemporáneo en Buenos Aires (de fotografía de A. S. Witcomb, remitida por D. Justo Solsona).

tura, no descansa ni sosiega un momento el genial organizador de estas anuales exposiciones, nuestro buen amigo y paisano D. José Artal.

Apenas cerrada la espléndida del año anterior – de la que detenidamente nos ocupamos á su debido tiempo, – con febril actividad preparó la actual, poco ha inaugurada, que en nada desmerece de las anteriores. Al contrario: según opinión de los entendidos, las supera en cantidad, clase y calidad.

Los que hemos seguido con verdadero interés y cariño el proceso – podríamos decir – de las dos exposiciones anteriores, y en la presente nos hemos congregado todas las noches en los bellos y animados salones de Witcomb, hemos tenido el grato placer de observar y *curiosear* las impresiones de entusiasta admiración de los innumerables visitantes, escuchando sinceros elogios tributados á nuestros artistas, alabando á la par que el mérito innegable de las obras el buen gusto y pericia del entendido *amateur* don José Artal en saber escogerlas y presentarlas dando novedad y mayor amplitud á cada nueva exposición, haciendo figurar en cada anual catálogo nuevas firmas reputadas y ensalzadas por todo el mundo artístico. Además, hemos experimentado ese goce especialísimo é innato, esa satisfacción particular del amor propio satisfecho, al leer la mágica palabra *adquirido,* puesta en cantidad mayor cada día á un lado de los marcos y al pie de los cuadros que paulatinamente se han ido vendiendo en número ya bastante crecido.

Cierto es que todavía dista mucho de poderse considerar la capital de la República Argentina como buen mercado para la producción artística en general por causas fáciles de comprender; pues á la falta de completo desarrollo en el gusto artístico de las clases acomodadas y también de las opulentas, hay que añadir el estado financiero poco halagüeño por que atraviesa actualmente el país. Pero así y todo, la particular exposición que nos ocupa es ya otro nuevo y brillante triunfo alcanzado por nuestros modernos pintores.

Procuraremos dar de ella una pequeña idea á nuestros lectores, ya que el circunscribirnos al artículo único no nos permite entrar en detalles de una crítica minuciosa.

El local del salón y vestíbulo de la reputada fotografía de A. S. Witcomb, con ser el mejor que en su clasa existe en Buenos Aires, no puede considerarse como propio para esa clase de exposiciones por defectos de luz. Nos obliga á hacer tal consideración el hermoso cuadro de D. Luis Alvarez *Visita de pésame (1825),* al que le favorece muy poco la luz que recibe, así la natural como de noche la artificial. Pudiera ser que durante el día, por lo menos, ganara mucho más colocado en el salón contiguo del vestí-



¿QUIÉN LE PONE EL CASCABEL?, cuadro de Francisco Domingo

bulo en vez del interior, por recibir en mejores condiciones la luz cenital; pero, entonces, no estaría colo-



MANIOBRAS, cuadro de Marcelino de Unceta

cado en sitio de honor como le corresponde. A pesar de los defectos de colocación apuntados, ha llamado notablemente la atención de entendidos y profanos perfumado ambiente de aquella privilegiada tierra, iluminada por un sol esplendente y bañada por el poético Guadalquivir.



UNA POSADA EN ESPAÑA, cuadro de José Benlliure

por el perfecto trazado y magistral expresión de las figuras, la acertada disposición de los grupos y por sus accesorios, detalles y colorido. Con justa razón ha sido premiado en las grandes exposiciones de Munich, 1892; Chicago, 1893, y en la internacional de Barcelona de 1895. Constituye su mejor elogio el único defecto que en él hallan – el asunto, – por la inmensa tristeza que todo él respira, al punto de sobrecoger el ánimo del espectador.

El laureado pintor catalán D. Baldomero Galofre ha remitido una docena de cuadros que son otras tantas obras superiores. *En la venta del Carmen*, colorido-temple, ostentó muy pronto la tarjeta de *adquirido*. Del mismo género son los bonitos cuadros de reducidas dimensiones *Camino de la feria*, *La trata del burro* y *Entre gitanos*. Pero lo más celebrado entre lo bueno han sido las cabezas de estudio y paisajes al carbón.

Daniel Hernández tiene un solo cuadro titulado *Coquetería*, muy bonito, de asunto muy simpático y de colorido bellísimo. La figura es superior; pero notamos cierto descuido y dureza en el piso, espejo y en la figura reflejada, que no parece la misma hermosa coqueta que en él se mira.

De los cinco cuadros al óleo que expone Francisco Domingo Marqués, es el mejor *Deseo y Prudencia*. No se puede pedir mayor verdad en aquel gatito que, como vulgarmente se dice, se sale del cuadro, mirando la abeja en el suelo, ni pueden estar mejor hechos el almohadón y el otro gato en él posado. De igual asunto es el que lleva por lema *¿Quién le pone el cascabel?* Ambos han sido adquiridos inmediatamente. *La tempestad* es otro óleo admirable del mismo autor.

García Ramos tiene cuatro pequeños cuadros de asuntos andaluces muy sentidos y recomendables. También de asuntos andaluces son otros dos cuadritos de otro Sr. García, D. Juan, de muy buena factura, titulados *Fiesta en Granada* y *El cántaro roto*. García Rodríguez ha presentado tres óleos y seis acuarelas, siendo los que más han gustado los titulados *Ayer y Hoy*, *Cercanías de Sevilla* y *Limosna para el convento*. Las acuarelas están muy bien hechas, respirando el

Jiménez Aranda tiene dos pequeñas tablitas: *Un tapón difícil* y *El amigo de los pájaros*. De los seis óleos de Morillo el más celebrado es el de *Los borrachos*, especialmente por el estudio de las posiciones y su colorido. Del difunto D. Casto Plasencia hay dos acuarelas que son dos verdaderas maravillas. Titúlanse *La siesta* y *El gaitero*. Una cabeza que titula *Primavera*, lo único que ha remitido D. Francisco Pradilla, ha sido muy pronto adquirida. *Travesura infantil* es de los tres óleos enviados por D. Emilio Sala el que más ha gustado. De D. José Benlliure son dos cuadros bautizados *Una vara de castigo* y *Una posada en España*. Los dos indican la mano maestra de un verdadero artista dotado de gran espíritu de observación. Benlliure y Ortiz tiene dos óleos representando una calle y una iglesia de Asisi.

Penoso es para el cronista tener que ir tan á la ligera en asunto de tanta belleza como elevada cultura; pero el artículo va adoleciendo de extenso y todavía quedan muchos apuntes en cartera, y con tal preocupación me tropiezo con dos obras de Enrique Serra representando un *Paisaje* y un *Mercado*. Diremos solamente que ambos son superiores y muy celebrados. Pasamos de largo por no meternos en detalles y topamos con Sorolla, el genial pintor valenciano, y no podemos menos de celebrar sus cuatro óleos y tres acuarelas. No es solamente su trabajo, inspiración, factura y valentía de pincel lo que atrae, sino también sus asuntos. *Cuidado, no le despiertes* es una acuarela delicada, sentidísima, llena de ternura. Cosa parecida podríamos decir de *Los palangraneros*, *El cigarrillo* y *La siesta del grumete*. Del mismo autor son *Una judía* y un *Lobo de mar*, acuarelas admirablemente tratadas. Tres cuadros tiene expuestos D. José Villegas: el que ha llamado más la atención es la preciosa acuarela de regulares dimensiones *La audiencia del cardenal*. De Villar hay dos bonitos paisajes.

Al fin me hallo con los siete cuadritos de D. Marcelino Unceta. *De retirada* y *De maniobras* son los más admirados.

También figuran cuadros de los celebrados pintores Alperiz, Barbudo, Balasch, Barreira, Benedito, Bilbao, Chaves, Díaz, Domínguez, Estevan, Ferrant, Hernández Nájera, Herrera, Jiménez Martín, Luque, Martín, Mattoni, Moreno Carbonero, Muñoz Degrain, Muñoz Domingo, Rosa, Ruiz Guerrero, Segura, Senet, Soriano, Tirado, Ugarte y algún otro, habiendo presentado un total de ciento veintitrés cuadros correspondientes á cuarenta y seis expositores, pléyade brillante y alta representación del moderno arte español contemporáneo, admirados y aplaudidos y festejados justamente en el Río de la Plata.

JUSTO SOLSONA



CUIDADO, NO LE DESPIERTES, acuarela de Joaquín Sorolla



Un cardenal, cuadro de Salvador Sánchez Barbudo



El amigo de los pájaros, cuadro de José Jiménez Aranda



En la venta del Carmen, cuadro de Baldomero Galofre

EL CUENTO DE LA HORMIGA

Perdona, mortal, que el más humilde de los insectos abra su boca para contarte una historia de amor que tuvo por escenario este pedazo de tierra madrileña, á cuyo pie se desliza silencioso el Manzanares..., ¡para meter ruido está el pobrecito río!..

La tarde se halla tan hermosa, brilla tanto el sol y es tan agradable la sombra que sobre esta piedra hace caer un viejo y carcomido álamo, que me siento con ganas de charla.

¡Acarreen mis hermanas con avariciosa premura las provisiones y quédeme yo en esta piedra contándote el idilio que ante mi vista quisieron los dioses que se desarrollase!

Y basta de proemio.

I

Fué el verano pasado, en una tarde llena de sol y de poesía.

Desde la resquebrajadura de ese álamo en que me hallaba «tomando el fresco,» vi llegar una pareja de mortales: un hombre y una mujer... Él tenía trazas de señorito adinerado: ella de modistilla: los dos eran jóvenes: andaban despacito y en sus caras bañadas por un sol estival rebosaba la dicha. «¡Novios son!» – me dije; no hay que admirarse de mi penetración, porque todo podrá disimularse en el mundo menos este afecto que se asoma á los ojos con lucecitas que los abrillantan: este afecto que pone los rostros lánguidos y los pantalones de los galanes como cosidos á las faldas de las damas... ¡Oh, el amor!.. Pero, hagamos punto: no vayas á creer que en vez de una hormiga es una bachillera la que discurre de este modo...

Caminaban despacito, sorbiéndose mutuamente el aliento, digámoslo así... El paisaje, antes entregado á la extraña modorra que en el estío parece invadir la tierra, despertó al paso de los novios: susurraron los árboles como envidiosos de contemplar el idilio mortal, y yo quedéme también extática á su vista.

Vinieron á sentarse sobre la piedra á uno de cuyos costados se alza el álamo que me servía de escondite. La muchacha abrió una sombrilla de un color encarnado muy fuerte para librarse de los rayos solares: las cabezas de los novios quedaron como encerradas dentro de aquella tremenda amapola... Sentí despecho al ver burladas mis esperanzas: quería contemplar á mi sabor, recrearme espiando los rostros de los enamorados, y la maldita sombrilla me los ocultaba.

Si quería fisgar lo que nada debía importarme, era preciso que abandonara mi observatorio, bajase por el tronco del árbol y siguiera en el suelo una vereditа en tal punto y hora cuajada de hormigas... No; yo no quería esto... Miré desconsolada en torno mío, y si yo pudiera imitar á los mortales, habría lanzado un ¡ay!.. de regocijo al notar que la contera de la sombrilla descansaba sobre el tronco, próxima á la resquebrajadura en que me veía... Valientemente me subí á la metálica varilla y llegué hasta la tela... Por un instante creí haberme caído en una brasa: tal era el calor que se sentía sobre la roja cubierta... Pero ¿á qué no se arriesga quien se ve empujado por una curiosidad invencible?.. A paso rápido salvé aquel Sahara de seda hasta llegar á su límite... Como puede un chico asomarse á un pozo, así me asomé yo al borde de la sombrilla... No sé si á consecuencia de la luz que se tamizaba por aquélla, ó tal vez por efecto de la pasión, ó por ambas causas á la vez, los rostros de los novios aparecían como ascuas.

Presté atento oído para sorprender el diálogo... y no oí ni una palabra: hablaban muy bajito, tenían las manos entrelazadas y se miraban, se miraban con infinita pasión, como si los ojos se jurasen mutuamente algo muy solemne... En la contemplación de las caras de los enamorados me pasé un rato muy grande, y hubiera permanecido aún más tiempo á no fijarme en los pies de ambos que traían entre sí un jugueteo capaz de originar en brevísimo plazo el más delicioso *casus belli* amoroso.

Me dió una especie de vahido, del cual, gracias á Júpiter mi padre, pude reponerme... Inútil me parece decir á ustedes lo que me ocurre si llego á caer sobre la falda de la modistilla, y aunque no me hubiera sucedido nada, lo que es á los novios ¡vaya si les sucede!... Menudo bochorno el suyo si notan mi presencia... ¡Y eso que soy una hormiga!

. . . .



Exposición de pinturas en Buenos Aires. – Arte moderno español. – Coquetería, cuadro de Daniel Hernández (de fotografía A. S. Witcomb, remitida por D. J. Solsona)

II

Tres inviernos van transcurridos y no he vuelto á ver á la feliz pareja... Muchas veces me he subido á la resquebrajadura del álamo en la esperanza de sorprender nuevamente á los novios caminando despacito, sorbiéndose el aliento... Es indudable que les ha ocurrido alguna catástrofe, porque si no, son bien ingratos al no volver á un sitio en que tanta felicidad gozaron en una tarde del ardiente estío...

III

¡Sí! ¡Ellos son!... Es decir, es «ella,» la modistilla acompañada de un pequeñuelo rubio como las candelas... Se dirigen hacia la piedra á uno de cuyos costados se alza el álamo.

El chiquillo viene corriendo y gritando:

– ¡Mamá! ¡Mamá!.. ¿A que no me coges?..

La madre le sigue despacito: en su semblante pálido y ojeroso hay mucha tristeza y en sus ojos no brillan las candelillas que enciende el amor: sonríe al oir el reto que le dirige el niño, y llega momentos después que éste á sentarse á su lado en la piedra de junto al álamo.

Se sienta: sus ojos se fijan insistentemente en el tronco del árbol.

– ¡Sí!, ¡es el mismo!, monologa.

Suspira, dirige una triste mirada á su hijo, y luego, como respondiendo á un pensamiento íntimo, continúa:

– ¡Qué infames son los hombres y qué cándidas las mujeres en hacer caso de juramentos de amor!..

Llora: es un llanto silencioso, muy amargo... El niño se ha alejado de su madre, y en el campo se afana por recoger amapolas: el sol toca á su ocaso y parece que sobre la tierra cae á esta hora melancólica de la tardecita impalpable lluvia de oro.

La mujer se levanta de la piedra, vuelve á mirar al álamo con expresión indefinible, y á paso tardo se dirige vereda adelante á reunirse con su hijo.

– *¡Vade in pace!*, la digo, llena también yo de melancólico pesar.

Y al bajar por el tronco del árbol para irme á mi hormiguero, me juro no volver más á la resquebrajadura de aquél, para evitarme la contemplación de alguna otra nueva infamia...

. . . .

¡Mujeres, no olvidéis el cuento de la hormiga!..

Alejandro Larrubiera

NOCHE DE FIESTA

Ricardo entró en la redacción de su periódico y habló de esta manera:

– ¡Buenas noches, señores!.. ¿Prefieren ustedes que diga: «Buena madrugada?» Pues como ustedes gusten.

Y después de sentarse continuó respondiendo á lo que sus compañeros le decían:

– ¡Vengo rendido! ¿Y dicen ustedes que falta cerca de una columna de *original?* Ahí es nada; cualquiera hilvana ahora tantas letras. Estoy tiritando de frío; el brusco cambio de temperatura entre la atmósfera asfixiante del palacio de Pérez y el aire helado de la calle, me ha hecho daño.

Apenas si acierto á coger la pluma; mis dedos están engarabitados y mi pulso latiendo con más fuerza de la que conviene me impide escribir con la letra acostumbrada.

Sí, señores; nos hemos divertido de lo lindo; no hay duda que invitar á una reunión á sus amigos ha sido una brava idea de ese excelso banquero que á su gusto hace oscilar la Bolsa, que con su voto decide los dividendos de mil empresas y con su acuerdo las decisiones de muchos consejos de administración.

¡Qué lujo el de aquella casa! ¡Qué bien se debe vivir así!.. Cuanto apetece el cuerpo, cuanto halaga el espíritu, lo mismo lo que alegra la vista que lo que satisface al corazón, todo eso hay allí, en ese palacio que afirman que Pérez adquirió en cierta subasta judicial pagando unas pesetas al contado...

Aseguran que es un necio, un ignorante, un zafio, algo así como el bellocino de oro... ¡Bah! Los ignorantes somos nosotros; nosotros, sí, que no hemos sabido hacer sus millones, ni tener su casa. ¿Por ventura no ha resuelto el excelentísimo Sr. Pérez el gran problema de la vida? Pues qué, para lograr sus rentas ¿no ha necesitado trabajar y hacer muchos números?.. ¡La suerte! Ríanse ustedes de la suerte. ¿Quién no ha tenido más de una vez una fortuna al alcance de su mano y la ha dejado escapar como un imbécil? ¿Sabéis en lo que estriba la mayor dificultad para hacer estas fortunas?.. Pues en las primeras mil pesetas. Y ¿quién de nosotros no las ha tenido en alguna ocasión? Usted, cuando estrenó su drama; tú cuando te compraron el libro; éste cuando heredó á su padre; aquél cuando las pidió á cuenta de sus *cuentos*..., todos, señores, todos.

¡Y qué de obras de Arte posee Pérez en sus salones! Luego dirán que no sabe distinguir lo bueno, lo que vale, lo que merece estar bajo aquel techo artesonado de oro y maderas finas.

¡Ah!, ¿la cena? Pues muy bien... Yo no probé bocado, créanmelo ustedes; pero así como afirmo esto, haré á ustedes una confesión: he procurado probar de todos los vinos, mezclar en mi estómago todos los licores..., y nada, no he logrado lo que me proponía, alegrarme. Mientras las risas repercutían en los inmensos salones para ir á chocar contra los cortinones de raso; en tanto que la orquesta dejaba oir las notas de un vals, amortiguadas por los gruesos tapices que recubrían las paredes; mientras ante mi vista,

embrutecida y deslumbrada por el brillo de las lámparas eléctricas, pasaban girando en vertiginoso torbellino parejas y parejas, rozando con encajes y con sedas la mullida alfombra y dejando tras de sí estelas de perfumes; mientras la atmósfera candente, en la que flotaba vaho de carne y efluvios de rosa, azotaba mi rostro como una llamarada que saliese de un horno, yo permanecía silencioso, triste, casi llorando sin saber por qué, como el chicuelo que sufre una rabieta sin motivo alguno razonable.

He dicho mal, sí; motivos no me faltaban para estar triste y apesadumbrado. A través de aquel torbellino, difuminado por aquel polvillo luminoso que flotaba en el salón, veía como entre gasas mi hogar, mi casa, y entre aquellas mujeres deslumbradoras, cuyas alhajas brillaban como chispas de fuego sobre sus gargantas y sus peinados, veía inmóvil, severa, la silueta de otra mujer pálida y ojerosa, vestida de negro...

En vano trataba de reflexionar, mirábame á mí mismo, y bajo de este *frac* sentíame pobre y mísero; no, no era aquel mi traje, como aquella mansión no era mi casa; creíme por un momento disfrazado, tal vez de arlequín, de algo que me ofendía y me era impropio y... volví á dirigirme al comedor, dispuesto á beber más.

Las bandejas enormes repletas de pastas y de dulces; el continuo trinchar y repartir pavo y galantina..., todo aquello – ríanse ustedes de mí – me oprimía el corazón. ¡De qué buena gana hubiera pedido unas cuantas lonchas de aquel jamón en dulce para mis chicos á quienes tanto les gusta; para *ella* que hace tanto tiempo que no lo come!..

Pero ¡qué locura! Y me seguían ofreciendo emparedados con una insistencia cruel, y yo seguía renunciando siempre lo que á buen seguro se me hubiera anudado en la garganta. Sólo el descorchar de las botellas me distraía; bebí, bebí más; fumé, fumé mucho, como si tratara inútilmente de henchir mi cráneo hueco con aquel aromático humo del habano; tomé unas notas que me alargó un cronista más avezado que yo á estas lides, y salí de allí renegando, para mis adentros, de la fiesta.

¿Que qué he escrito?.. Pues nada, señor director, no puedo pasar de la primera cuartilla. Si á usted le parece, lo dejaré para mañana... Ya que ustedes se empeñan, les daré la razón; estoy en efecto mareado; por eso mismo, tengan ustedes la bondad de relevarme para siempre de ir á estas fiestas. Es muy triste ver cómo se emplea el dinero en ciertas partes, mientras le consta á uno que hay en casa tres criaturas que están pidiendo pan... Decididamente me ha puesto malo el vino.

P. GÓMEZ CANDELA



EL GENERAL P. J. JOUBERT, GENERAL EN JEFE DEL EJÉRCITO BOER

NUESTROS GRABADOS

Guerra anglo-boer.—En la revista que en este mismo número publicamos, nuestra distinguida colaboradora señora Pardo Bazán trata con su reconocida competencia de este asunto que hoy monopliza, por decirlo así, la atención del mundo entero. Allí encontrarán nuestros lectores trazadas en sus rasgos más salientes las biografías de Sir Redwers Buller y de Pedro Jacobo Joubert, generales en jefe de los ingleses y de los boers respectivamente, cuyos retratos publicamos en esta página. Los otros tres grabados que insertamos representan la plaza mercado de Bloemfontain, la capital del estado de Orange, acerca de la cual dijimos algo en el número 928 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, y algunos tipos de indígenas: una y otros ofrecen interés en los actuales momentos por haberse puesto resueltamente los orangistas al lado de los transvaalenses en esa inicua lucha provocada por la codicia insaciable de Inglaterra.



LA PLAZA DEL MERCADO DE BLOEMFONTAIN, CAPITAL DEL ESTADO LIBRE DE ORANGE



MUJERES INDIAS COMENTANDO LOS SUCESOS DE ACTUALIDAD



EL ÉXODO DE LAS MINAS: INDÍGENAS QUE SE MARCHAN Á SUS CASAS

GUERRA ANGLO-BOER. – VISTAS DEL ESTADO LIBRE DE ORANGE (de fotografías de N. P. Edwardes)



EN LAS COSTAS DE NORUEGA (cuadro de Juan Gude, de fotografía de F. Hanfstaengl, de Munich)



SUEÑO DE UN ARTISTA, cuadro de W. Wodzinski

El Teatro Nacional de Cristianía.—Cuando se incendió en 1810 el antiguo teatro de Cristianía, el poeta noruego Enrique Wergeland publicó en un periódico de su país un artículo en el cual sostenía que había llegado el momento oportuno de construir un teatro nacional y de fundar una escuela de declamación. Hubieron de transcurrir, sin embargo, muchos años antes de que alcanzara su completa madurez la idea por el poeta sustentada y de que se empezaran los trabajos preliminares que se realizaron no sin grandes esfuerzos y contratiempos.

Por último en 18 de noviembre de 1891 empezó á construirse el teatro según los planos del arquitecto Enrique Bell, premiados en público concurso. En 1895 estaba terminado el edificio en su parte principal, pero faltaba todavía mucho por hacer y los recursos se habían agotado. Recurrióse á varios medios, como fiestas, tómbolas, emisión de acciones, para arbitrar nuevos fondos; pero los resultados no correspondieron á los deseos de los iniciadores. El entusiasmo que en toda Noruega despertó en 1896 la llegada de Nansen de su expedición al Polo Norte, facilitó nuevos recursos para el teatro nacional, y éste pudo concluirse en un plazo relativamente breve é inaugurarse recientemente bajo la dirección Bjœrne Bjœrnson.

El Teatro Nacional de Cristianía, recientemente inaugurado

El edificio, grandioso, de estilo severo y coronado por una gran cúpula, se levanta en el centro de la ciudad, cerca del palacio del gobierno, del Storthing y de la Universidad, y ostenta en su fachada principal la inscripción «Teatro Nacional» y en los arcos de las aberturas que hay detrás de las columnas se leen los nombres de los tres grandes escritores noruegos, Ibsen, Holberg y Bjœrnson. Sobre unos pedestales de granito se ven las estatuas de Ibsen y Bjœrnson modeladas en bronce por Sinding.



El general SIR REDWERS BULLER, general en jefe del ejército inglés en el Africa del Sur

La disposición interior y el decorado reunen todas las condiciones de comodidad y buen gusto que en un teatro pueden exigirse. El escenario es grande; el vestíbulo y los corredores son espaciosos y elegantes; la maquinaria y todo el material técnico escénico son lo más modernos en su clase. El decorado de la sala y del proscenio es *rococo* y en el techo de la primera se admira un bellísimo fresco que representa el homenaje á Apolo.

Las tres primeras representaciones fueron dedicadas á los tres eminentes dramaturgos citados: en la primera púsose en escena una obra de Holberg; en la segunda, *Un enemigo del pueblo*, de Ibsen; en la tercera, *Sigurdo Jorsalfar*, de Bjœrnstjerne Bjœrnson.

***

En las costas de Noruega, cuadro de Juan Gude.—Las costas noruegas son las más accidentadas del mundo, como lo demuestra el hecho de que su longitud, que es sólo de 2.800 kilómetros, alcanza 20.000 teniendo en cuenta el desarrollo de las irregularidades del terreno. Sus fiordos, largas y estrechas bahías que penetran profundamente en el interior de las tierras, y sus acantillados, algunos de los cuales alcanzan una altura de 800 metros, dan á esas costas un aspecto en extremo pintoresco que ha de cautivar necesariamente al artista que sienta hondamente los bellos espectáculos de la naturaleza. No es, pues, de extrañar que el distinguido pintor alemán Juan Gude trasladara tan interesante asunto al lienzo que reproducimos y en el cual aparece en toda su grandiosidad el trozo de mar que le ha servido de tema.

Sueño de un artista, cuadro de W. Wodzinski.—Hay ciertos asuntos en el arte que sólo pueden tratarse dejando á la imaginación emprender su vuelo por los espacios que están fuera de la realidad; pero aun dentro de este género, en el que tan gran papel desempeña la fantasía, cabe cierta naturalidad cuando llega el momento de dar forma á lo que la fantasía concibiera. Esto es lo que ha hecho el autor del cuadro que reproducimos: Wodzinski ha sabido aunar por modo admirable los dos elementos que integran la obra artística, es decir, lo que se ve y lo que se siente. El pensamiento general del cuadro entra de lleno en la escuela idealista; la exteriorización de ese pensamiento es todo lo real que una composición de esta índole permite. Además de esta cualidad, demuestra Wodzinski un conocimiento perfecto de los recursos técnicos, gracias al cual logra el hermoso contraste de efectos de luz que aparece en el *Sueño de un artista*.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—TURÍN. – Bajo el patronato de Sus Altezas el duque y la duquesa de Génova se ha celebrado recientemente en Turín un concurso internacional cuyo tema era la cabeza de Jesucristo. En el salón de la Exposición Permanente se expusieron 227 obras que representaban la cabeza de Jesús en todas las formas que pueden dar la pintura y la escultura. Se han concedido los siguientes premios: uno de 3 000 liras al yeso de Ceccarelli, de Florencia; uno de 1.000 al fragmento en mármol de Canonica, de Turín; otro de 1.000 al yeso de Bistolfi, de Turín; uno de 500 al cuadro al óleo de Previati, de Milán; uno de 250 al cuadro al óleo de Fabbi, de Florencia; otro de 250 al cuadro al óleo de Hall Richard, de París; y menciones honoríficas á los lienzos de Pasculus, de Venecia; de Butier, de Florencia; de Belloni, de Milán; y á las esculturas de Pochini, de Florencia; de Jerace, de Nápoles, y de Valente, de París.

***

BERLÍN. – En la última Exposición Internacional de Bellas Artes celebrada en la capital de Alemania, ha sido premiado con medalla de oro el notable pintor sevillano Gonzalo Bilbao.

***

PARÍS. – En el concurso de dibujos para el diploma de la Exposición Universal de 1900 ha sido adjudicado el premio de 10 000 francos á Camilo Boignard, joven artista de veintidós años, por su proyecto que representa una alegoría del trabajo.

***

Teatros.—En Berlín está obteniendo extraordinarios éxitos la eminente actriz italiana Leonor Duse.

***

París. – En el teatro lírico de la Renaissance se ha estrenado con extraordinario éxito *La Boheme*, ópera en tres actos del maestro Leoncavallo. Se han estrenado también con aplauso: en Cluny *Plaisir d' amour*, comedia bufa en tres actos de Mauricio Foyez y Jorge Colias; y en los Bufos Parisienses *La damoiselle aux Camelias*, opereta en tres actos de Eugenio y Edmundo Adenis, música de Missa.

***

Madrid. – Se han estrenado con buen éxito: en Apolo *Los garrochistas*, bonita zarzuela en un acto inspirada en un episodio de nuestra guerra de la Independencia, la batalla de Bailén, letra del Sr. Novo y Colson y música del ilustre pintor Salvador Viniegra, instrumentada por el maestro Jerónimo Jiménez; en la Princesa *La enamorada*, comedia en tres actos de Marco Praga, arreglada del italiano por D. Manuel Bueno: en Lara *El baile de Bellas Artes*, graciosísimo juguete cómico en un acto de D. Pedro Sabau; y en Martín *La tiple mimada*, zarzuela en un acto del señor Jiménez Prieto, música del maesrto Lleó. El Real inaugurará el 4 de noviembre su temporada de invierno: entre los artistas contratados por aquella empresa figuran las señoras Guerrini y Darclée, y los Sres. Mariacher, Blanchart y Butti. La primera ópera que se pondrá en escena será *Sansón y Dalila*, á la que seguirán *Manón*, de Massenet, y *Aida*.

***

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *Sureda y Compañía*, graciosa comedia en tres actos de D. Teodoro Baró, y *¡Lladres!*, cuadro dramático en un acto de D. Ignacio Iglesias; y en Romea *A casa 'l notari ó uns capitols matrimonials desfets*, chistoso sainete de D. Ramón Ramón y Vidales. En el teatro Lírico la Sociedad Musical está dando con grandísimo éxito una serie de conciertos bajo la dirección del ilustre maestro alemán Gustavo F. Kogel, maestro director de la Sociedad de Conciertos del «Museum» de Francfort, que ha sido recientemente agraciado por el emperador de Alemania con el muy honroso título de director de música de la Casa real de Prusia.

***

Necrología.—Han fallecido:

Hermán Huisken, notable pintor de historia alemán.

Teodoro Puschmann, profesor de Historia de la Medicina en la Universidad de Viena, autor de muy importantes obras de medicina.

Juan Segantini, celebrado pintor italiano, uno de los más geniales representantes de las modernas tendencias en el arte de Italia.

Jacobo Forsmann, profesor de Derecho internacional de la Universidad de Helsingfors, uno de los jefes del partido nacional irlandés.

Juan N. Fuchs, célebre director de orquesta vienés, director del Conservatorio de Música de la capital de Austria.

Pablo Janet, ilustre filósofo francés, miembro de la Academia de Ciencias filosóficas y morales de París y ex profesor de la Sorbona.

Pablo Stoss, escultor y fundidor alemán.

Otón Fritzshe, escultor alemán.

Felipe Palizzi, notable pintor de animales italiano, director del Instituto de Bellas Artes de Nápoles.

Cornelio Vanderbilt, el famoso millonario norteamericano.

Sofronius, patriarca de la iglesia ortodoxo-griega de Alejandría, Libia, Pentápolis, Etiopía y de todo el Egipto.

Juan Ristich, ex presidente del Consejo de Ministros servio y uno de los más notables políticos de aquel reino.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 172, POR PEDRO RIERA

NEGRAS

10 B. y 9 N. – 19 piezas.

BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 171, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. T 5 A R	1. Cualquiera.
2. D ó T mate.	

POR VENGANZA

Novela por Cordelia. – Ilustraciones de Ferraguti

(continuación)

– ¿No has reparado que hoy apenas nos ha saludado porque iba con la marquesita de Belfiore, y ésta, primero ha fingido no vernos, y luego nos ha mirado de pies á cabeza? Ciertas cosas no se me escapan; no soy miope.

– Pues en ese caso, lo mejor es ser miope, así nos queda alguna ilusión; pero ya te lo he dicho: este año debemos resignarnos á vivir casi solos, que es lo que sucede siempre que se cambia de ciudad.

– Llamas ciudad á esta cáscara de nuez que los propietarios del palacio Lucchini debían conquistar pronto.

– ¡Qué de prisa vas!, dijo Eduardo. Lo que es yo me daría por satisfecho con poder tratar únicamente á la condesita Landucci. ¡Qué hermosa joven! Es una flor, la más bella de todas.

– Pero no es para ti, dijo Fanny; figúrate, su padre es el hombre más aristocrático, más exclusivista é intransigente de la ciudad; ni siquiera se trata con los Santelli, á quienes, sin embargo, conocen todos y frecuentan la mejor sociedad.

– Pero podría suceder que entablara relaciones con nosotros, objetó Eduardo.

– ¡Ilusiones! Entretanto, esperando mejores tiempos debemos contentarnos este año con pasar las fiestas en el aislamiento y ofrecer toda la pompa de nuestro árbol de Navidad á los harapientos que vendrán á ensuciar nuestra casa.

El Sr. Sangalli la interrumpió diciendo que era mucho mejor gastar el tiempo y el dinero en proporcionar alguna satisfacción á las personas que jamás la han disfrutado.

– Ya verás, dijo, su alegría, su admiración y su entusiasmo; he vivido más que vosotros y sé cuánto nos habría criticado un público más escogido y elegante, el cual habría creído que queríamos deslumbrar á la gente, echar el polvo á los ojos, si la fiesta fuese brillante, y al menor tropiezo habría dicho que no sabíamos recibir, que no estábamos acostumbrados á tratarnos con la buena sociedad y otras cosas por el estilo; por mi parte, estoy contento de hacer bien y de que alguna vez me rodee una franca alegría, una admiración sincera. Después ya vendrán todos, aun sin necesidad de irlos á buscar. No hay tantas distracciones en esta ciudad para que desdeñen á las personas que quieren proporcionársela.

Luego, por una asociación de ideas, pasó con el pensamiento á su edad juvenil, y cuando se sentaron á la mesa contó por centésima vez el principio de su carrera, cuando joven, lleno de ardimiento, de buena voluntad y de grandes aspiraciones, había ido á América á hacer fortuna. ¡Cuántas fatigas antes de conseguirlo! ¡Cuántas desilusiones! ¡Cuántos dolores! Entonces tenía la cabeza llena de proyectos, pero le faltaba el dinero para realizarlos; en vano recurría á los ricos solicitando su ayuda; se le reían en las barbas, calificándolo de visionario. Solo, desconfiado, humillado, habría muerto sin duda si una mujer no le hubiese ofrecido un pequeño capital; en poco tiempo, con su ingenio y su trabajo asiduo, consiguió duplicarlo, multiplicarlo; llegó á ser un personaje importante; por todas partes se le presentaron negocios, y tuvo la satisfacción de poder ayudar á las mismas personas á las que había pedido auxilio en vano en los días de apuro, y de ver cómo los otros continuaban modestos, empequeñecidos, mientras él seguía subiendo. Pero en su triunfo no olvidó la mano que lo había socorrido, su protectora se convirtió en su esposa y fueron felices.

Pasada la confusión del primer momento, todos miraron en torno maravillados

Decía todo esto mirando con complacencia á su mujer, que sonreía, aunque ya conocía aquella historia hacía mucho tiempo.

Solía hablar de los primeros pasos que le habían conducido á las riquezas, y hallándose ya en el caso de poder gastar sin escatimar nada y con sus negocios que marchaban á pedir de boca, demostraba la satisfacción del que ha conseguido sus fines, se sienete fuerte y poderoso y está seguro de que todos se inclinarán ante su persona. Comprendía que no le costaría gran trabajo conquistar aquella pequeña ciudad de provincia que tan hostil se le mostraba, y no estaba tan impaciente como sus hijos que, acostumbrados á encontrar toda suerte de facilidades en su vida, se rebelaban contra cualquier obstáculo.

Entretanto los dos jóvenes tenían que pasar toda la velada adornando el árbol, tarea nada fácil y que no querían confiar á nadie porque les servía de entretenimiento.

Tan luego como acabaron de comer mandaron llevar los paquetes á la sala de los espejos y Eduardo se subió en una silla para adornar las ramas más altas del abeto; Fanny le alargaba los objetos uno por uno hasta que quedaban colocados en su puesto, mientras los padres hacían sus observaciones sentados en el hueco de una ventana, contemplando á sus hijos atareados.

Fanny entregaba continuamente á su hermano estrellas de plata que relucían como si fuesen diamantes, globos dorados, saquillos de seda de vistosos colores henchidos como bolas, luego frutas, dulces, juguetes y otra porción de cosas que el joven iba colocando en las ramas con verdadero gusto artístico. A veces también Fanny se subía en la silla para afianzar un objeto, ó para enderezar una rama que con su peso parecía á punto de desgajar otras.

La señora Emma Sangalli, calados los lentes, contemplaba el árbol, y de vez en cuando hacía alguna observación.

– Poned algo en la otra parte, esta está ya demasiado cargada; la rama de la izquierda está vacía; abajo debéis colocar los objetos más grandes; ese encarnado y ese amarillo juntos están mal, objetaba, y á continuación decía á su marido que sobre la mesa, debajo del árbol, debían ponerse las cosas útiles, vestidos, medias, justillos, abrigos y colchas para los pobres.

Fanny estaba cansada, ya no podía más, y aconsejaba á su hermano que suspendiese la tarea hasta el día siguiente; que había tiempo antes que viniesen los convidados, y además quería comprar otros objetos para que todo resultase más completo; se le había ocurrido la idea de colgar de las ramas del árbol madejas de lana blanca que pudiesen producir el efecto de nieve, y luego regalarlas á las mujeres más pobres para que hicieran medias para sus hijos. Eduardo contemplaba su obra á algunos pasos de distancia como el pintor que ha concluído su cuadro; estaba satisfecho del efecto y decía:

– ¡Qué lástima que no lo pueda contemplar la condesita Landucci!

– No sería digno de ella, contestaba Fany; sería preciso que hubiese, en vez de hilos de plata y madejas de lana, sartas de perlas y montones de blondas; pero á falta de la Landucci te contentarás con que lo vea la marquesa de Belfiore.

– No hay cuidado; esa lo verá. Apuesto á que está en la ventana.

– ¿Lo crees así?

– Apostemos... Ven y mira.

Al decir esto, Eduardo apagó el gas; luego se acercó á la ventana con su hermana, y vió dos cabezas de mujer detrás de las vidrieras de la casa de enfrentre como dos sombras, que desaparecieron al punto; pero á los jóvenes les bastó y exclamaron triunfantes:

– ¡Lo hemos acertado, ahí estaban!

Y no pudieron contener una sonora carcajada.

III

El día de Nochebuena notábase en la ciudad de V*** un movimiento inusitado, una agitación extraordinaria. Todas las tiendas de la plaza estaban abier-

tas, y especialmente las de comestibles tenían un aspecto alegre y festivo.

En las carnicerías, los cuartos de vaca y de ternera, blancos y encarnados, estaban rodeados de guirnaldas de verdes hojas y alumbrados con gran cantidad de luces.

En las tocinerías, los cochinillos de leche ocupaban el puesto de honor y descollaban rodeados de pellas de manteca, de gruesos embutidos y de quesos.

En medio de la plaza, sobre dos largas filas de bancos iluminados con faroles de colores, veíanse pirámides de naranjas, manzanas y frutas secas, y junto á ellas los vendedores que pregonaban su mercancía arrebujados en sus abrigos y con el braserillo en las manos. Por todas partes era un ir y venir de gente que entraba en las tiendas, se paraba delante de los bancos á comprar algo y en seguida se marchaba de prisa para no detenerse en medio de la niebla y de la humedad que penetraba en los huesos, pero daba un aspecto fantástico á toda aquella escena.

En el palacio Lucchini, Fanny y Eduardo estaban todavía atareados dando la última mano al árbol de Navidad.

Durante el día habían hecho nuevas compras para embellecerlo y sus ramas casi desaparecían bajo los discos relucientes, las estrellas de vivos destellos, las cintas de colores, los hilos de plata y las madejas blancas como la nieve. Había resultado un árbol fantástico, maravilloso, y adornado de aquel modo é iluminado con todas las lucecitas de gas, arrancó un grito unánime de admiración.

—¡Qué bonito!, exclamó Fanny palmoteando; no me figuraba que quedara tan bien; ¡cuánto me alegro de haberlo hecho poner en esta sala!

En efecto, en aquella sala de estilo barroco, llena de espejos y dorados, el maravilloso árbol se multiplicaba hasta lo infinito; parecía un bosque de plantas fantásticas jamás visto, un efecto nuevo, un recreo para los ojos, una verdadera fantasmagoría.

Los dueños de la casa, llamados después de terminada la obra para que dieran su parecer, juzgaron que la sala se había transformado en un jardín encantado.

—Ya sólo faltan los convidados, y estoy seguro de que no se harán esperar mucho tiempo, dijo Eduardo.

El Sr. Sangalli había mandado decir por medio del párroco de San Marcos, en cuya feligresía estaba situado el palacio Lucchini, á todos los pobres de la parroquia y á los niños del asilo vecino que fueran aquella noche á su casa. Quería que sus vecinos pasasen alegremente las fiestas de Navidad, y lejos de su país y de sus amigos, había pensado que aquel era el único medio de no encontrarse aislado en su rico palacio.

Entre los dos hermanos hubo una ligera discusión para decidir si sería mejor dejar la sala iluminada, ó hacer entrar á los convidados á obscuras y alumbrarla al poco rato como por encanto, en cuyo caso el efecto sería más sorprendente; pero la señora Sangalli se opuso. Con tanta gente y á obscuras podía ocurrir alguna desgracia; era mejor reunirlos á todos en la antecámara y luego abrir las puertas y dejarlos entrar en la sala iluminada. El Sr. Sangalli quiso que se pusiese alrededor del árbol una especie de valla con cordones y columnitas para que no se le pudiese tomar por asalto.

Conocía lo que era el gentío y los chiquillos; sabía que no tenían freno en sus manifestaciones y no quería barullo en su casa.

A la hora indicada estaban todos en su puesto como generales en la víspera de una batalla.

Fanny, que llevaba un sencillo vestido de lana blanca, estaba junto al árbol con Eduardo; en un rincón de la sala, sentado en un estrado para dominarlo todo, el Sr. Sangalli con un periódico en la mano y su esposa con sus eternos lentes, miraban con complacencia á sus hijos, al árbol ó á la sala resplandeciente.

En la habitación próxima se empezó á oir un rumor, primero como un zumbido de moscas, luego fué arreciando hasta parecer un temporal que se fue se acercando; percibíase ruido de fuertes pisadas, voces de impaciencia, algún grito, tanto que el señor Sangalli decidió abrir la puerta; pero antes recomendó á su mayordomo, que estaba de pie en el umbral, que no perdiera de vista á toda aquella gente; miró el reloj y tocó el timbre eléctrico. Era la señal convenida; abrióse la puerta y una multitud de gente entró impetuosamente en la sala.

El mayordomo y dos criados se afanaban por contener aquella muchedumbre invasora de modo que no rompiese los cordones que rodeaban el árbol, al otro lado de los cuales estaban Fanny y Eduardo esperando.

Al pronto se oyó un grito de admiración y de sorpresa salido de cien bocas, grito que asustó á algunos chiquillos, los cuales se echaron á llorar aturdidos y deslumbrados por aquella resplandeciente iluminación; otros alargaron los brazos hacia el árbol maravilloso, costando gran trabajo á sus madres mantenerlos quietos.

Aquella gente sucia y mal vestida era una nota discordante en aquel ambiente rico y aristocrático; sin embargo, no carecía de cierto aspecto original y pintoresco, y mientras Fanny arrugaba la nariz á la vista de un chiquillo puerco ó de una mujer desastrada ó de un hombre de mirada hosca, con la chaqueta desabrochada y la pipa en la boca, Eduardo, aficionado á la pintura y de alma de artista, admiraba aquella escena y hubiera querido imprimírsela en la mente para hacer un cuadro.

No quedaba ya libre más que el espacio que había alrededor del árbol, y entre la multitud que se apiñaba en aquella sala veíase tal variedad de tipos, expresiones y actitudes, que habría dejado extático á un artista. Algunas mujeres llevaban sus trajes de los días de fiesta, bonitos, de colores claros, adornados de flecos, collares y pendientes; en cambio otras se habían presentado desaseadas y llenas de polvo, con los mantones de lana á la cabeza ó al cuello; en cuanto á los hombres, pocos estaban afeitados y llevaban la camisa limpia; en su mayoría iban vestidos con sus trajes de diario, con la blusa del taller y las manos sucias; junto á algunos niños engalanados con bujerías por alguna mamá vanidosa y con las caras limpias, había otros sucios, con la cara negra llena de lagrimones, los cabellos enmarañados y los zapatos rotos.



El Sr. Sangalli tuvo que asomarse al balcón con su hija, á la que también aclamaban

Pasada la confusión del primer momento, todos miraron en torno maravillados: muchas mujeres parecieron encogerse al recibir aquella claridad deslumbradora que ponía más á la vista sus ropas y que las avergonzaba; en cambio las más guapas y mejor vestidas se miraban con complacencia á los espejos que reflejaban sus imágenes.

—Me gustaría que aquella mujer me sirviese de modelo, dijo Eduardo designando á una muchacha morena que llevaba en la cabeza un pañuelo de color de naranja, del cual salían unos ricitos negros caprichosos que sombreaban dos ojos brillantísimos.

—Pues yo preferiría aquella nena rubia, contestó Fanny señalando una hermosa niña que escondía avergonzada su cabecita entre la falda de la madre.

No dejó de ocurrir alguno que otro pequeño incidente: un criado reprendió á un obrero que fumaba en pipa sin miramiento y estaba cubierto; el obrero no le hizo caso y se encogió de hombros, el criado insistió y estaba ya á punto de promoverse una cuestión cuando el mayordomo se acercó al obrero y le dijo:

—Amigo, se le ruega á usted que no fume porque entre tanta gente como hay aquí apiñada, pudiera usted prender fuego á algo: calcule el peligro que se correría si ocurriese un incendio.

El hombre se convenció, apagó la pipa con el pulgar y se la metió en el bolsillo. Un chiquillo se metió dentro de la valla y alargaba las manos para coger algo del árbol, cuando un criado le dió un golpecito en la mano; la criatura se puso á chillar y entonces su madre enfurecida quiso sacar los ojos al criado.

—Habrá que despachar cuanto antes, dijo el señor Sangalli en inglés á sus hijos.

Entonces Eduardo, volviéndose á toda aquella gente, dijo con voz clara y sonora:

—¡Silencio! Vamos á repartir los regalos, pero los niños que griten no tendrán nada.

Reinó un profundo silencio entre toda aquella gente, solamente interrumpido por una melodía que parecía salir del árbol.

Era una caja de música que Fanny había puesto en movimiento tocando un resorte; pero todos los circunstantes se miraron atónitos, fijando los ojos en el árbol para ver si en él había un pájaro maravilloso, y así estuvieron contemplándole hasta que lo distrajo la distribución de los regalos.

Los niños debían pasar uno á uno llevados de la mano por Eduardo delante de Fanny que descolgo-

ba del árbol un objeto, se lo entregaba y los volvía á enviar á su madre contentos. Para las mujeres había tiras de telas, jubones, zapatos, medias y mantones de lana. Entretanto el árbol iba quedando despojado pero la alegría aumentaba entre toda aquella gente, acostumbrada ya á aquel ambiente cálido, rico é iluminado. Todos se enseñaban recíprocamente los regalos recibidos, y los niños reían al encontrar dentro de los paquetes muñecos, dulces y juguetes.

Tampoco fué tan tranquilo aquel reparto; un chiquillo quitó á una niña un muñeco porque le parecía mejor que su caballito; la niña se echó á llorar y pegó una bofetada al muchacho; pero también éste tenía su madre que á su vez se desató en improperios contra la otra, de lo cual resultó una acalorada disputa que habría tenido desagradables consecuencias, si Eduardo no se hubiera puesto de por medio para pacificarlas.

Aquellas escenas no eran á propósito para una Nochebuena; el muchacho causa de la discordia devolvió el muñeco y dió un beso á la niña para hacer las paces.

Entre aquella gente que habitaba el mismo país, hervían rencores ocultos y odios que sólo esperaban una ocasión para estallar, y encontrándose allí en mutuo contacto, en medio de aquel lujo que excitaba su envidia, en aquel tibio ambiente que enardecía su sangre, esos odios se habrían dado á conocer si no los hubiera contenido el respeto que les inspiraba aquel señor de aspecto severo que los observaba, aquel joven alegre que les hablaba con tanta autoridad y aquellos criados que parecían gigantes, tiesos, rígidos, que echaban unas miradas capaces de hacer temblar á las personas más atrevidas.

Todos indistintamente contemplaban con admiración, y Fanny, que sonreía á las mamás, acariciaba á los niños y tenía para cada cual una palabra afectuosa. «Parece la Virgen,» decían las mujeres que hacían lo posible por acercarse á ella para besarle la mano.

Los señores Sangalli observaban desde un rincón aquella escena y se divertían; pero tenían ya ganas de que terminase, temiendo que aquella gente que se iba acalorando con sus conversaciones llegara á olvidarse del sitio en que se encontraba. En efecto, en aquel momento reinaba en la sala alguna confusión; el árbol extendía aún sus ramas verdes, iluminadas, pero casi vacías; únicamente en lo alto, en la copa, colgaban algunos cartuchos y dulces; habíase derribado la valla y algunos chiquillos se encaramaban por las ramas para apoderarse de lo poco que quedaba en ellas.

– Bajad, bajad, gritó Eduardo; vais á prender fuego á la casa.

– ¡Por Dios, que no suceda alguna desgracia!

Pero las criaturas no hacían caso y seguían trepando por las ramas que se doblaban bajo su peso, en medio de las luces que tocaban sus vestidos con riesgo de quemarlos.

El Sr. Sangalli gritaba á los padres de aquellos chiquillos que los hicieran bajar; pero le contestaban:

– Si ustedes no lo consiguen, menos lo conseguiremos nosotros.

Viendo Eduardo que nadie hacía caso cerró la llave de la cañería por la que pasaba el gas al árbol y la sala quedó alumbrada únicamente por dos candelabros. Hubo un momento de confusión entre aquella gente que se vió de pronto casi á obscuras; entretanto los criados, á una seña de su amo, abrieron las puertas y empezaron á hacer salir poco á poco á toda la gente.

Antes de salir cada jefe de familia recibía una cesta con botellas de vino, pollos y otras cosas, quedándose muchos sorprendidos de tanta generosidad, á la que no podían dar crédito.

– Será vinagre ó vino malo, dijo un hombre que quería echárselas de gracioso, y probando á destapar una botella para probar su contenido.

– Es vino y bueno, le contestó un criado, empujándolo hacia la puerta; váyase usted á su casa y allí lo probará.



Eduardo se quedó pensando en el modo de buscar una oportunidad para invitar á los Landucci

Cuando estuvieron en la escalera, uno se sentó en un escalón para ver lo que había en su cesto.

– Mirad, mirad, dijo un hombre de negros bigotes y la cara tostada por el sol y á quien llamaban el *manco* porque tenía un defecto en un brazo; hay aquí lo bastante para hacer un gran banquete; un pollo, salchichas, arroz, harina y una bolsita con dinero; éste es bueno y me viene muy bien.

Los demás se detuvieron para ver si había lo mismo en sus cestos, y en efecto, observaron que las cosas se habían hecho con equidad, y la vista de aquella bendición de Dios los ponía á todos de buen humor y no querían separarse de allí.

De pronto el manco dijo:

– ¿Es posible que no hayamos dado las gracias á esos señores que nos han tratado tan bien?

– Es verdad, dijo otro, hay que darles las gracias para que no digan que no tenemos educación, y volvió á subir la escalera y tiró de la campanilla.

Salió un criado que preguntó con enfado:

– ¡Otra vez aquí! ¿Qué más queréis?

– Queremos dar las gracias á los señores.

– Están cansados y no quieren recibir á nadie.

– Pues nosotros queremos verlos, queremos darles las gracias, pues tenemos educación.

Y se pusieron á gritar á coro pretendiendo entrar por fuerza.

– Es imposible, gritó el criado, y les dió con la puerta en las narices.

– Tenemos educación, queremos dar las gracias, vociferaban todos tirando con ímpetu de la campanilla y empujando con fuerza la puerta.

Por más estrépito que hicieron, nadie contestó; parecía que en el palacio estuviesen todos muertos.

Los más pacíficos querían irse á su casa, otros se irritaban y todos estaban inciertos sin resolver nada. Un jovencillo de cara inteligente dijo en alta voz:

– ¿Os parece que les demos una serenata en muestra de agradecimiento? Yo toco el acordeón.

– Y yo el violín.

– Y mi mujer la guitarra.

– ¡Sí, sí, es una idea magnífica!, exclamaron á coro; los señores nos han obsequiado y nosotros hacemos lo mismo; no se diga que somos ingratos ni que no tenemos educación.

Este proyecto alcanzó la aprobación de todos cuantos no tenían ganas de retirarse, después de tanto esplendor, á sus miserables tugurios. Algunos propusieron ir á quitar los farolillos de la plaza, puesto que ya debía haber concluído el mercado.

– Sí, sí, dijeron todos palmoteando; así haremos una iluminación como se hace á los príncipes. Verdad es que esos señores deben ser príncipes. ¡Qué bien han hecho las cosas! ¡Qué riqueza! ¡Qué esplendor! Regalos para todos y un buen almuerzo para mañana. Buena Navidad se presenta este año. ¡Vivan los príncipes! Ahora tenemos aquí la América y ya no moriremos de hambre!

Marcháronse ya presurosos, unos á descolgar los faroles de colores de la plaza y otros á buscar sus instrumentos musicales, conviniendo antes en reunirse dentro de media hora en la plaza para formarse y marchar en filas al palacio Lucchini.

IV

Los marqueses de Belfiore habían pasado la Nochebuena en casa de Landucci, según costumbre de veinte años, y regresaban á su domicilio en su vetusto y desvencijado coche, aburridos y bostezando.

La marquesa pensaba que aquellas reuniones eran cada vez más fastidiosas; en otro tiempo los salones de su hermano estaban más concurridos, pero los viejos se habían muerto y los jóvenes del día no valían lo que los de aquellos tiempos. La emprendía con Conrado, que estaba siempre malhumorado y ni siquiera había dirigido la palabra á su prima. Había concebido la ilusoria idea de que Conrado se casara con Renata para poder reponer sus intereses con el dote de su sobrina; pero Renata no se mostraba propicia y contestaba con indiferencia á las galanterías del primo, el cual había acabado por no ocuparse de ella, persuadido de que siempre que quisiese no le faltaría una rica heredera que aceptase de buen grado el título de marquesa de Belfiore.

La marquesa, llevada de su mal humor, hacía víctima de él á Elisa, que suspiraba en silencio.

– Da gusto en verdad pasar la velada con vosotros.

– ¡Se aburre uno tanto en casa del tío!, contestó Elisa. Nunca se ve una cara nueva; jamás hay una persona de ingenio que anime la conversación: es una verdadera monotonía hasta en las comidas. ¡Pobre Renata! ¡Cómo la compadezco por verse obligada á vivir siempre con su padre! Quería convidar al abogado Raimondi, pero el tío ha dicho que era una idea revolucionaria y le ha contestado. «En una noche como esta siempre nos hemos reunido los parientes: no admito extraños.»

(Continuará)

ALTAR DIBUJADO POR MRS. G. F. WATTS

En todos los países se concede de algún tiempo á esta parte gran importancia á las industrias artísticas á fin de que éstas vuelvan á alcanzar el grado de esplendor que en otras épocas tuvieron. Inglaterra es, sin disputa, una de las naciones en que mayor atención se presta á esta rama de las artes bellas, abundando allí las escuelas á tal objeto destinadas y verificándose con frecuencia exposiciones en donde á la par que se patentizan los constantes progresos de esas industrias, hallan provechosas enseñanzas los que al cultivo de las mismas se dedican.

En el último certamen celebrado en Londres fueron con razón admirados los productos expuestos por la escuela de Compton que dirigen Mr. y Mrs. G. F. Watts y entre ellos principalmente el altar que el adjunto grabado reproduce y que está destinado á la capilla del cementerio de aquella población. Esta obra está ejecutada en terracotta y en pequeños fragmentos, cada uno de los cuales ha sido modelado por un alumno del referido colegio.

El dibujo del altar, debido á Mrs. Watts, es sencillo, pero tiene verdadero carácter ornamental y está trazado dentro de un estilo severo, muy apropiado al objeto á que se destina.

***

EL GLOBO DIRIGIBLE

DEL BARÓN ZEPPELIN

Cada día se realizan nuevas tentativas para perfeccionar la navegación aérea y hacerla útil á la humanidad. Siempre que de este asunto se trata, los escépticos se sonríen y se encogen de hombros, los timoratos mueven la cabeza en señal de duda y no falta quien sostiene que el verdadero elemento del hombre es la madre tierra y no el aire, por lo cual resulta una locura y una tontería pretender encontrar la dirección de los globos.

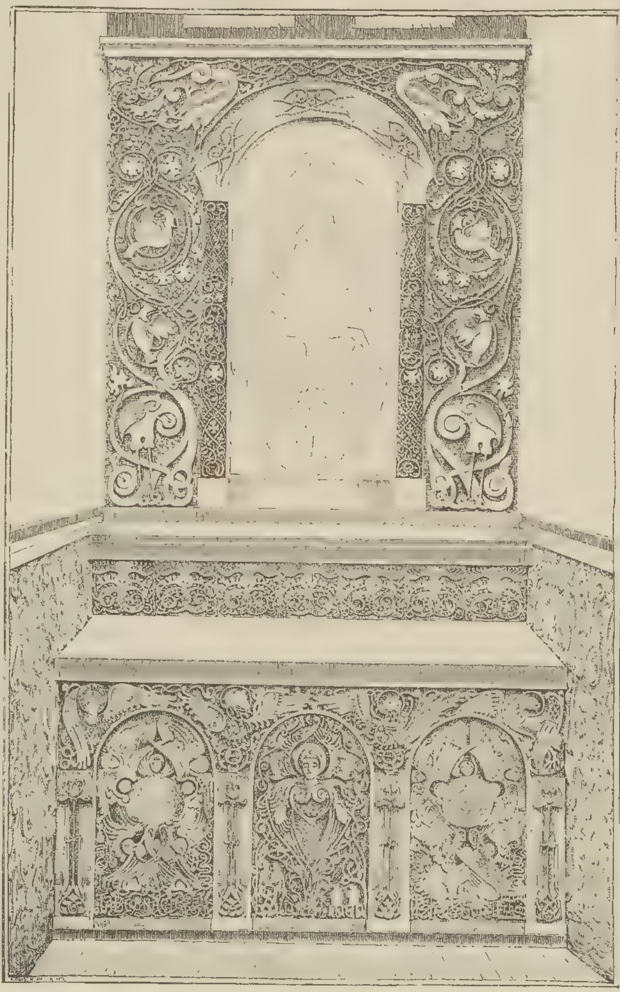
Pero todas estas apreciaciones no hacen vacilar á los inventores, como tampoco les arredran los peligros á que se exponen con sus experimentos.

Los intentos de conquistar el imperio aéreo han tenido éxito muy diverso, pero hasta ahora puede decirse que el problema no se ha resuelto.

El general bávaro barón de Zeppelin pretende, sin embargo, haber dado con la solución tan ardientemente deseada, después de haber trabajado en ella durante muchos años y de haber dedicado á sus trabajos toda su fortuna.

A fines de julio último constituyóse en Stuttgart la «Sociedad para el fomento de la navegación aérea» con un capital de 800.000 marcos (un millón de pesetas) para realizar el proyecto del barón Zeppelin: esta sociedad tiene sus oficinas administrativas y técnicas en Friedrichhafen en el lago de Constanza y al frente de la construcción están dos ingenieros. Los talleres se han instalado á una hora de Friedrichhafen y en la misma orilla del citado lago, siguiendo en esto los consejos de los especialistas, según los cuales las primeras pruebas de un nuevo aparato aeronáutico deben llevarse á cabo junto á una extensa superficie de agua. Un puente de madera de 400 metros de largo conduce al edificio que se ha levantado ex profeso en medio del agua para la construcción del globo y cuyas dimensiones son 144 metros de largo, 23 de ancho y 20 de alto.

El aerostato consiste en varios globos enlazados unos con otros, de los cuales el de la parte anterior está destinado á los aeronautas: los demás han de servir para llevar el lastre necesario: va montado sobre un armazón de cañas, alambres y telas metálicas cubierto de seda ó de una tela análoga y provisto de compartimientos especiales para los depósitos del gas, á fin de que éstos no sufran las consecuencias de un choque. Debajo del globo están las góndolas para los pasajeros y para los motores que ponen en movimiento dos propulsores.



ALTAR DIBUJADO POR MRS. G. F. WATTS Y MODELADO POR SUS ALUMNOS DE LA ESCUELA DE INDUSTRIAS ARTÍSTICAS DE COMPTON (INGLATERRA)

En la construcción del globo se ha atendido á los menores detalles y el tamaño del aerostato permite que desde luego tenga una aplicación práctica.

A pesar de que lo imprevisto representa un gran papel en esta clase de experimentos, el barón Zeppelin está firmemente convencido de que su globo dirigible demostrará por completo la exactitud de sus previsiones y de sus cálculos. Según él, su aerostato podrá permanecer en el aire ocho días y andar con una velocidad de 1.000 kilómetros cada 24 horas.

Las pruebas del nuevo aparato se verificarán muy en breve

***

¿PUEDEN AGRAVARSE LAS ENFERMEDADES

PENSANDO DEMASIADO EN ELLAS?

El vulgo ha creído siempre firmemente que el hecho de pensar constantemente en una parte del cuerpo produce en ésta un efecto funesto, y que si se trata de un sitio ó de un órgano enfermos, resulta de ello una agravación de la enfermedad local. Pero desde el punto de vista médico ó fisiológico, las pruebas de esta creencia popular han sido hasta ahora raras y discutibles.

Según el periódico inglés *The Lancet*, que recientemente se ha ocupado de este asunto, el profesor Carpentier ha sido el primero en hacer notar y en demostrar que la concentración del pensamiento localizado en el mismo individuo sobre una parte del cuerpo podía producir en ésta una hiperemia local acompañada de picazón y de latidos, sin llegar á una inflamación.

Concíbese, en efecto, fácilmente que una tensión del ánimo dirigida á un punto especial del organismo pueda modificar el aflujo sanguíneo hacia esta parte del cuerpo.

Si se admite esto como posible, y no hay razones para no admitirlo, puede deducirse lógicamente que este pequeño desorden inicial pueda producir más adelante cambios mórbidos ó predisponer á ellos. Sin embargo, los casos aducidos ó que podrían explicarse según la teoría expuesta, preciso es confesar que son pocos en número.

Según el referido periódico *The Lancet*, M. W. H. Bermett ha citado, en una conferencia clínica que dió en el hospital de San Jorge de Londres, dos casos muy probables, y si no concluyentes por lo menos sugestivos.

Tratábase en cada uno de ellos de un tumor, cuyo volumen aumentó de una manera rápida á consecuencia de una preocupación constante del ánimo del enfermo por su enfermedad y de una atención continua sobre la parte enferma.

Tenemos, por otra parte, algunos ejemplos de médicos ó cirujanos que habiéndose dedicado de un modo especial al estudio y al tratamiento de tal ó cual órgano ó de tal ó cual afección, han experimentado un principio de la enfermedad particularmente por ellos estudiada.

Estos ejemplos son demasiado pocos para no pasar de los términos medios de la probabilidad, lo cual no deja de ser una ventaja, porque si esa opinión resultara confirmada, los médicos acabarían por no dedicarse á especialidades, sobre todo tratándose de las enfermedades más dolorosas ó más desagradables.

***

UN BOTE

DE PROPULSIÓN AUTOMÁTICA

Varias veces se ha intentado utilizar el movimiento continuo de las olas para producir fuerza motriz; pero hasta ahora los experimentos se habían reducido á almacenar y transformar los movimientos oscilatorios del mar en aparatos instalados en puesto fijo. Al presente, M. Linden, secretario de la estación zoológica de Nápoles, pretende utilizar ese movimiento para asegurar la propulsión de un barco en la superficie misma del agua. Partiendo de la observación de los movimientos de los peces en un acuario y de los delfines en el mar, pensó en disponer flotadores elásticos y potentes en sentido horizontal, oblicuo ó vertical debajo de la línea de flotación de un bote ó de un cuerpo flotante en general: los extremos libres de los flotadores, hechos, por ejemplo, con planchas de acero ó con un esqueleto cubierto de una membrana como la de las patas de las aves acuáticas, se dirigirían hacia la popa y en su consecuencia el bote sería constantemente empujado á impulso del agua que chocaría con las planchas elásticas.

M. Linden, sin embargo, no se ha limitado á los estudios teóricos, sino que ha construído un pequeño bote de su sistema, que es el que reproducen los grabados de la siguiente página.

La figura 2 indica muy claramente la disposición de los dos flotadores, uno en la proa y otro en la popa, y ambos con las planchas dirigidas hacia la popa.

Esta pequeña embarcación está construída de una manera algo parecida á las lanchas de salvamento; tiene cuatro metros de eslora por 95 centímetros de manga y 50 de puntal y desplaza unos 200 kilogramos. Los dos flotadores juntos pesan 40 kilogramos y uno de ellos lleva un timón. Este timón, sin embargo, no es indispensable, porque los flotadores son movibles y basta inclinarlos más ó menos oblicuamente para descomponer el choque de las olas y el esfuerzo de rebote de las planchas elásticas, con lo cual el bote girará rápidamente como si estuviera sometido á la influencia de una hélice que se moviera alrededor de su eje.

Los dos flotadores pueden quitarse y ponerse fácilmente: cada uno se compone de cuatro planchas de acero templado, de 50 centímetros de largo por 25 de ancho y de un espesor normal de 1'75 milímetros, si bien en su extremo libre se adelgazan hasta no tener más que 0'25 milímetros. El espacio intersticial entre ambas planchas puede cubrirse con una tela delgada; también puede aumentarse la elasticidad de las planchas prolongándolas por medio de lengüetas de acero suplementarias. Conviene montar los flotadores á una profundidad suficiente para que permanezcan siempre sumergidos, sean cuales fueren las oscilaciones del bote.

Con este sistema de propulsión el bote de M. Linden ha podido navegar á una velocidad de cuatro kilómetros por hora, á pesar del fuerte viento contrario que reinaba.

A juzgar por esta prueba, los resultados han sido muy satisfactorios y permiten esperar que, perfeccionado el invento de M. Linden, pueda ser el punto de partida para la solución de un problema tan importante como el de aprovechar la fuerza del oleaje para la marcha de los buques.



Fig. 1. – El bote Linden, de propulsión automática, á flote



Fig. 2. – El mecanismo propulsor del bote Linden

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

El collar de la reina, por *Alejandro Dumas*. – La novela del gran escritor francés que se acaba de publicar y que forma parte de la Nueva Biblioteca con tanto éxito editada en Barcelona por D. Luis Tasso, es seguramente de las que mayor fama han dado á su fecundo y eminente autor. El interés de la acción principal, tomada de uno de los episodios más ruidosos de los últimos tiempos del reinado de Luis XVI, el de los relatos episódicos que con aquéllos se enlazan y la brillantez de estilo con que la obra está escrita, hacen de este libro una de las más celebradas producciones de Dumas. La edición que nos ocupa forma tres tomos que se venden á una peseta cada uno.

Proyecto económico para España, por *D. Pedro Estasén*. – El ilustrado abogado y publicista Sr. Estasén ha reunido en un folleto las conferencias que sobre tan importante tema dió hace poco en el Instituto Agrícola Catalán de San Isidro. En el exordio de la primera dice el autor: «Las cuestiones económicas requieren datos, hechos bien observados, números, estadísticas y soluciones prácticas,» y á este principio ajústase estrictamente su interesantísimo trabajo. El Sr. Estasén, cuyos excepcionales conocimientos en estas materias son notorios, demuestra en sus conferencias el estudio profundo que de la situación económica de España ha realizado, y partiendo de los hechos que tan bien analiza, señala las soluciones que pueden conducir á la implantación de un verdadero sistema económico y por ende al logro de la regeneración de nuestra patria. El folleto ha sido impreso en la imprenta y librería de Francisco Altés de esta ciudad.

Exposición de pinturas en Buenos Aires. – Arte moderno español
Deseo y prudencia, cuadro de Francisco Domingo (de fotografía de A. S. Witcomb, remitida por D. Justo Solsona)

España y sus corridas de toros. – Necesidad de volver á tener este espectáculo en Chile. – Un medio de reprimir el alcoholismo, por *Marcial Cordovez*. – La enunciación de los anteriores títulos es bastante para explicar lo que en el trabajo que nos ocupa y que fué leído en el Ateneo de Santiago de Chile, se propone demostrar su autor; así es que nos limitaremos á decir que el Sr. Cordovez aduce razones atendibles en pro de la tesis que defiende. El folleto ha sido impreso en la Imprenta y Encuadernación Chilena.

Estela, por *José María Quevedo*. – Para juzgar el poema del joven poeta argentino Sr. Quevedo, nada mejor que reproducir algunos conceptos de la carta del Sr. D. P. B. Palacios que lo precede. «No es todavía su obra de usted un jarrón de Benvenuto ni mucho menos; pero sí un pedazo de verdadera plata. Quiero decir con esto que hay en sus versos pensamiento y poesía, aunque carezcan en algunas ocasiones de cierta belleza exterior y de cierta seguridad de expresión, cosas ambas que las conseguirá usted con la experiencia.» *Estela* ha sido impreso en la librería «La Normal» de la Plata.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

La energía eléctrica, revista ilustrada de electricidad y sus aplicaciones; *Revista de Bellas Artes*, publicación mensual madrileña de información, reformas y exposiciones; *Porta Cœli*, semanario propagandista del Sanatorio de su nombre, de Valencia; *La Medicina Científica*, revista mensual barcelonesa de Alcaloidoterapia y Medicina práctica.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XVIII — Barcelona 30 de octubre de 1899 — Núm. 931

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



SAN NICOLÁS Y LOS PESCADORES,

alto relieve de José Llimona,

fundido en bronce en los talleres de los Sres. Masriera y Campins, de Barcelona

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el cuarto tomo de la presente serie, que será la VIDA DE LA VIRGEN según la Venerable Sor María de Jesús de Agreda, con un extenso prólogo de la eximia escritora doña Emilia Pardo Bazán. Además de ir acompañado el texto con diversidad de preciosas láminas antiguas y modernas, éstas dibujadas por el inmortal Gustavo Doré y que reproducen los más interesantes episodios de la vida de la excelsa Reina de los cielos, van ilustrados todos los capítulos con alusivos dibujos y viñetas originales de D. A. de Riquer.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORANEA

En Barcelona hay que estarse una quincena para empezar á ver, ó pasar como el relámpago. No pudiendo hacer lo primero, opté por lo segundo. Llegar, dormir una noche en el hotel, tomar el primer tren, continuar á Gerona, á la mañana siguiente...

Pero había contado sin la huéspeda. Y la huéspeda fué mi torpeza para descifrar los Itinerarios. – Si el que me lee es persona capaz de entender fácilmente la *Guía oficial de los Caminos de hierro*, me inclino, le saludo. Me cuesta un trabajo desmedido relacionar los trayectos, y me equivoco frecuentemente al combinar las horas. No debe ser culpa de la *Guía*, sino, lo repito, de mi poca disposición para el manejo de ese mamotreto, no tan enrevesado, sin embargo, como el célebre *Guide Chaise*, al cual puse el sobrenombre de *Libro de los Vedas*. – Parece que había un expreso á las nueve de la mañana; pero el tal expreso se me escabulló, y sólo me enteré de que salía el tren de la una de la tarde, mixto, por más señas, y sin otros coches que los de segunda y tercera clase. ¿Quién no se zafa de tan incómoda carreta, y no aguarda el expreso de la noche? Me encontré en Barcelona dueña de unas cuantas horas, nada difíciles de entretener en tan magnífica ciudad.

* * *

Hay en Barcelona, aparte de la espléndida catedral, dos ó tres templos que son mis predilectos, acaso porque los vi despacio la primera vez que visité esa ciudad, llamada por Cervantes (que era viajero de profesión y testigo de cuantía) «flor de las bellas ciudades del mundo, honra de España,» y quedé para toda la vida encantada de su doble fisonomía, mitad industrial, mitad artística, tan artística como la de Santiago ó Salamanca. – Como quien refresca dulces memorias de amistades que no se han extinguido, así fuí á saludar por tercera vez á Santa María del Mar, á Santa María del Pino, á San Pablo del Campo.

Inspirados en un ideal genérico los templos, ninguno es igual á otro; cada cual tiene su alma propia, su sentido peculiar; en eso consiste su hechizo; la variedad dentro de la unidad, ley de belleza. – Santa María del Mar es una iglesia semi-aérea, en que la ligereza del estilo gótico de toda Cataluña y Aragón se exagera, si cabe; la finura de sus dos campanarios, la tenuidad de sus pilares, la altura de sus arcos, me recuerdan una sonata de Chopin, el compositor que con menos cantidad de notas construye más elegantemente la música. En cuanto á Santa María del Pino, iglesia gótica también, parece un trasunto de las beldades del período romántico; con su portada relativamente pequeña, su rosetón inmenso – el predominio de la mirada, los grandes ojos soñadores. – San Pablo del Campo pertenece á otra época muy distinta y todavía más hondamente religiosa: es fábrica bizantina; consta su existencia desde el siglo x. Allí buscó asendereada sepultura el conde Vifredo segundo; allí se ensañó Almanzor, el terrible asolador de templos cristianos. Y es que los templos, en los días de Almanzor, eran como la Acrópolis en las ciudades griegas y latinas: servían para invocar al Numen, y también para combatir á los enemigos de la patria. San Pablo ó *San Pau* conserva su rudo aspecto de fortaleza medioeval, recia, baja, ceñuda y sólida. ¡Qué contraste con las dos Santas Marías, donde la tranquila seguridad del triunfo de la Cruz florece en las abiertas rosas y en las torres frágiles y galanas! Al frente de San Pablo, en la portada robusta, se desarrolla un simbolismo de piedra: peces, estrellas, cabezas, una mano que bendice ó señala – confusa alegoría tal vez de la creación.

Lo que más me gusta de *San Pau* es el reducido claustro, con sus arcos trilobulados, y la complicada é ingenua labor de sus capiteles. Hállase en tales claustros el silencio, la soledad, la calma profunda y que deja al espíritu del viajero libertad para pensar en lo que se quiere, y fantasear lo que no existe. A veces, en alguno de estos claustros, por mí tan frecuentados, se me ocurre que el apego al pasado puede ser excesivo y asemejarse á una especie de enfermedad moral, y que al culto de las ruinas puede aplicársele la estrofa de Heine:

> Tanto y tanto los muertos he invocado
> al mágico poder de mi conjuro,
> que vinieron al fin... y hora, al nublado
> no quieren retornar de su antro obscuro...

* * *

Y no son momentos estos en que la actualidad no interese, con el mar de fondo del regionalismo y con los problemas planteados y jamás resueltos que aquí se agitan con violencias de palabra y de acción peligrosísimas.

Sólo que las antiguallas no nos traen penas, como las trae lo presente. Vivamos entre los muertos. – La función de teatro, inauguración del Romea, á que asistí invitada por mi sabio amigo Sanz y Escartín y su familia, tenía también fuerte sabor arcaico; era *Batalla de Reinas*, el celebrado drama de *Serafí Pitarra*, conjunto de reminiscencias románticas, donde tan pronto vemos la amenazante cuerda cortada de *La campana de la Almudaina*, como la escena capital de la *María Estuardo*, de Schiller. Damas y paladines, cuitas de amor y arranques de odio fiero, valentías y traiciones, todo expresado en forma rotunda y altisonante, por actores y actrices vestidos con prendas de esa guardarropía que no corresponde á ninguna época de la Edad Media y á todas puede aplicarse con intrepidez.

Sin violentar la realidad, yo situaba aquellos figurones bajo las arcadas de *San Pau* ó dentro de la altísima nave de Santa María del Mar, y allí adquirirían más realce, con el fondo apropiado á su estilo.

* * *

También visité la catedral, y la fuerza de las circunstancias me obligó á pensar en el destino terrenal de Santa Eulalia de Barcelona, toda vez que en el cielo bien sabemos que figura entre los coros de los que lavaron su túnica en la sangre del cordero. Parece que Santa Eulalia se ha convertido – de fijo sin pretenderlo – en patrona del regionalismo intransigente y antiespañol. Por cierto – ya que toco este asunto de pasada, de pasada lo diré también – que un periódico de Barcelona que á raíz de mi conferencia de París me trató de mala patriota, forma ahora, según dicen, en las filas de esta bandería enemiga de la patria. – Volviendo á Santa Eulalia, ante cuyo sepulcro me he detenido pensativa en la catedral, diré que si monopolizasen á esta Santa los enemigos de la unidad, los que tenemos la flaqueza, reprobada por Heine, de sentir profundamente el lazo patriótico, nos agarraremos á la otra Santa Eulalia, la de Mérida, cuya historia y actas me parecen todavía más conmovedoras que las de la barcinonense.

* * *

Notable parecido existe, sin embargo, entre ambas heroínas. Casi identidad; gemelismo absoluto. La Iglesia celebra el 12 de febrero á Santa Eulalia de Barcelona, y el 10 de diciembre á Santa Eulalia de Mérida. Las dos vivieron en el mismo siglo. Supongo que la palma de la primer mártir encendió en noble emulación á la otra. El ejemplo vino del pueblo. Eulalia de Barcelona era plebeya; Eulalia de Mérida de padres nobles; fuera de esta diferencia originaria, creyéranse pareja de azucenas en una sola vara, abiertas al mismo sol. La virgen de Barcelona tenía trece años cuando se fugó de su casa; la fuga en busca del martirio, que era la suprema aventura, en aquellos primeros siglos del cristianismo, de los corazones juveniles; y, según costumbre de los confesores cristianos, se fué á la plaza pública á increpar al procónsul Daciano, enviado á España para ahogar en sangre la doctrina. Ya se sabe lo consiguiente á la confesión pública: el potro, la cruz, las hachas encendidas á los costados, hasta que Eulalia expira, saliendo de su boca una paloma blanquísima, y cubriendo la nieve con casto sudario su destrozado cuerpo.

Leed ahora la historia de la virgen emeritense. Más niña que la otra, á los doce años, arrostra el martirio, bajo el mismo Daciano, el perseguidor implacable de los cristianos españoles. También huye de su casa de noche, con una amiga y compañera llamada Julia; y como Julia anduviese aprisa, Eulalia le dice sonriendo: «Por aprisa que vayas, yo he de ser la primera en morir.» Y llega ante el prefecto, y confiesa, y empiezan los suplicios, los azotes con látigos emplomados, el aceite hirviendo, las uñas de hierro, que desgarran la carne infantil – y la frase hermosa «Ya está grabado en mi cuerpo con estos caracteres el nombre de mi Esposo» – y la muerte en la hoguera, con la paloma que sale de la boca, y la misma cándida mortaja de nieve. Es Prudencio, el poeta de los mártires, quien nos ha referido las proezas de esta Eulalia. Ante su altar, uno de los primeros que se levantaron en tierra española, crecían tres árboles cargados de olorosa flor, que en mitad del invierno embalsamaba el aire. El rezo de la Iglesia en su fiesta nos dice que por Eulalia se probó cómo el débil vence al fuerte. No cabe duda, la virgen de Mérida eclipsa á la de Barcelona, y es curioso recordar este fragmento de Leyenda áurea, estas narraciones sencillas y encantadoras del Año cristiano, ahora que del sepulcro de una Santa Eulalia se quiere que salga, no la paloma con la oliva de la paz, sino la Medusa de la discordia más horrible.

* * *

Extraña crónica de viaje – ahora lo advierto. – Pero si siempre me gustan las digresiones, en viaje especialmente las encuentro sabrosas y necesarias. Un día pasado dentro de varias iglesias, de las cuales salí para escribir, ¿qué había de inspirarme sino estos cuentos de santidad? Más vale recordar los tiempos de la fe, que lamentar las profanaciones artísticas que afean el claustro de la incomparable catedral de Barcelona; los retablos nuevos, de un dorado charro, que contrastan con aquella maravillosa rejería gótica, fina como la pluma y flexible como las ramas, y con otros retablos amorosamente acariciados por el tiempo.

EMILIA PARDO BAZÁN

PENSAMIENTOS

Hoy en día, las gentes tienen no más que la convicción suficiente para ser tolerantes. Me espantan los convencidos.

MARÍA VALYERE

* * *

Desarrollemos nuestras virtudes personales, aumentemos nuestras cualidades morales; en esto y sólo en esto está nuestra salvación. Al individuo toca preparar la grandeza del país.

CONDE SZECHENI

* * *

El progreso de todo ser libre se reconoce en que cada vez siente menos el sello de los hombres y de las cosas, y en que impone cada vez más á los hombres y á las cosas el sello de su propio pensamiento.

CARLOS LEVEQUE

* * *

La timidez no es á menudo más que la turbación de pretensiones impotentes.

ENRIQUE BOUCHER

* * *

La utilidad del vivir no está en el espacio, sino en el uso. hay quienes han vivido muchos años, y sin embargo han vivido poco.

MONTAIGNE

* * *

El aburrimiento ha entrado en el mundo gracias á la pereza.

LA BRUYERE

REPÚBLICA ARGENTINA. – JURADO DE LOS JUEGOS FLORALES DE ADROGUÉ

En el número 921 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA nos ocupamos de los Juegos Florales que, organizados por nuestro distinguido colaborador Sr. Monner Sans, se celebrarán en febrero del año próximo en Adrogué (República Argentina). Hoy tenemos el gusto de publicar los retratos de los individuos que han de componer el jurado y algunos datos biográficos de cada uno de ellos, que demuestran con cuánto acierto se ha procedido en su designación.

DR. D. ROQUE SÁENZ PEÑA. – De esta personalidad argentina decía hará unos dos años el Sr. Groussac: «Su claro talento y su firme razón, asentados en una nobleza moral sin miedo y sin reproche, representan una fuerza en reserva para el porvenir.» Ha sido ministro plenipotenciario en Montevideo (1877); delegado en el Congreso Suramericano que se reunió en la capital uruguaya, y en el Pan-Americano de Wáshington; ministro en los últimos días de la presidencia Juárez; candidato á la presidencia antes de que el partido levantase la candidatura de su padre, y senador nacional, cargo que renunció al inaugurarse la administración Sáenz Peña. Hoy vive alejado de la política, consagrado al estudio de las cuestiones económicas y sociales, siendo en ellas verdadera autoridad. La raza latina en general y España en particular tuvo en él un elocuente defensor en el célebre Congreso Pan-Americano, y aún resuenan por los aires los ecos de su entusiasta discurso en pro de nuestra patria á poco de iniciado el conflicto con los Estados Unidos.



DR. D. ROQUE SÁENZ PEÑA



DR. D. CALIXTO OYUELA



DR. D. JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

DR. D. MARCO M. AVELLANEDA. – Hijo del que fué presidente de la República D. Nicolás Avellaneda, es un joven de relevantes cualidades. Distinguido abogado, orador correcto, notable periodista, es en la actualidad diputado nacional, después de haber sido secretario particular de dos presidentes, los doctores Pellegrini y Sáenz Peña, y desempeñado la subsecretaría de Instrucción Pública. Como periodista llaman la atención sus trabajos sobre historia y sociología, distinguiéndose por la corrección de la forma. Es catedrático sustituto de Economía Política en la Universidad de Buenos Aires. No por mérito de reflejo, sino por su propio valer, el doctor Avellaneda tiene hermoso porvenir en la política argentina.

DR. D. CALIXTO OYUELA. – ¿Quién no conoce en España al Dr. Calixto Oyuela? LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA honró sus páginas publicando en el número 855 el retrato del eminente literato y crítico profundo, que cuando más extraviada estaba la opinión pública levantó su potente voz en pro de España. El Jurado tiene en él al genuino representante del buen gusto literario, al crítico quizás más profundo y más sensato con que cuenta la América del Sur

DR. D. MIGUEL CANÉ. Como literato es uno de los más sobresalientes con que cuenta la República Argentina, y como político figura hoy en primera línea en su carácter de senador nacional, después de haber sido intendente municipal de Buenos Aires, ministro en tiempos del presidente Sáenz Peña y ministro plenipotenciario en Francia y en España, países en los cuales dejó muchos y muy buenos amigos. Aunque es entusiasta admirador de Francia, es verdadero su cariño por España. Su vasta ilustración, revelada en sus discursos parlamentarios y en su prosa brillante y castiza, le colocan en primera fila entre los que en la Argentina cultivan las bellas letras.

DR. D. ESTANISLAO S. ZEBALLOS. – Aunque la semblanza de este genial autor fué publicada ya en el número 905 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, añadiremos hoy como ampliación á lo dicho, que su modestia corre parejas con su mérito. Fácil le hubiera sido al Dr. Zeballos volver á figurar en política; pero actualmente vive entre clásicos y pedimentos y alegatos, persuadido de que la consideración de los contemporáneos es más duradera cuando descansa en el estudio que cuando se apoya en el escabroso arte de gobernar. Desde el primer momento acogió con verdadero entusiasmo la idea de la celebración en la Argentina de los Juegos Florales. «A los catalanes no se les puede negar nada,» decía hace poco al iniciador del Certamen; y de su amor á España se podrá juzgar con saber que ha querido ofrecer premio, siendo su tema *Canto á las glorias militares de España.*



DR. D. MARCO M. AVELLANEDA



DR. D. MIGUEL CANÉ



DR. D. JUAN A. LÓPEZ, PBRO.



DR. D. ESTANISLAO S. ZEBALLOS

DR. D. JOAQUÍN V. GONZÁLEZ. – A los veintitrés años era diputado nacional, y á los veintiséis gobernador de su provincia natal, la Rioja; y si como político ocupa honroso lugar en la Cámara, como literato sus diversas obras y especialmente la que lleva por título *Mis montañas*, le conquistaron uno de los primeros lugares entre los literatos argentinos. De fecunda labor intelectual, siente verdadero afecto hacia España, cuyo movimiento literario sigue con marcado interés y entusiasmo.

DR. D. JUAN A. LÓPEZ, presbítero. – Uno de los periódicos de nuestra colectividad, *El Correo de España*, precedía su biografía de estas palabras: «Director y fundador de *La Voz de la Iglesia* y *elocuente defensor en América de las glorias españolas*,» palabras que legitiman sobradamente su nombramiento como jurado en un Certamen hispano-americano. Ordenado sacerdote en 1881, fué elevado hace poco más de dos años al canonicato; y si supo granjearse el aprecio del anterior arzobispo, el actual no oculta su cariño por él. Un hecho, entre muchos, le retrataría. El P. López contribuyó con 500 pesetas á la compra del crucero *Río de la Plata*. – A.

ISLAS FILIPINAS

ISABELA DE BASILÁN

Durante la excursión que realizó á Zamboanga y á Baler, de la cual hemos dado cuenta en anteriores números de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, nuestro celoso é ilustrado corresponsal en Manila hizo una visita á Isabela de Basilán, pintoresco pueblo capital de la isla de su nombre, una de las más grandes y principales del archipiélago de Joló.



ISLAS FILIPINAS. – ISABELA DE BASILÁN (MINDANAO). – NIÑA MORA DE UNA RANCHERÍA (de fotografía de M. Arias y Rodríguez, de Manila).

Resultado de esta visita fueron las fotografías que en el presente número publicamos y acerca de las cuales daremos algunas breves explicaciones que tomamos del interesantísimo relato que el Sr. Arias nos envía y que sentimos no poder publicar íntegro por falta de espacio.

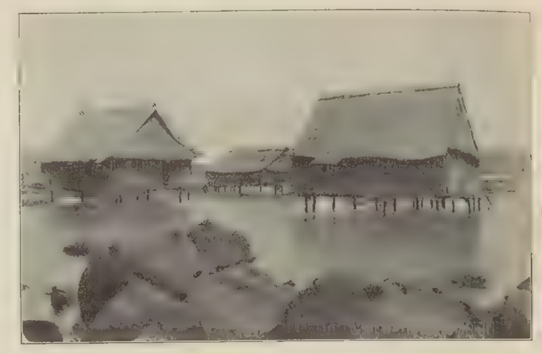
El pueblo de Isabela de Basilán, que se levanta sobre la falda de una pequeña colina, se divide en dos partes separadas por el río, la de la izquierda habitada por indígenas, en su mayor parte tagalos procedentes de Cavite, y la de la derecha ocupada por varias rancherías de moros. Las casas de la población cristiana son en su mayoría de tabla con cubierta de *cogón* y en algunas de hierro galvanizado. En lo más alto de la colina, dominando el pueblo, se encuentra la *cotta,* pequeño fuerte de piedra que servía de refugio y defensa de la población contra los ataques de los moros.

Las casas de éstos se hallan en su mayor parte diseminadas por el interior entre bosque bajo, y únicamente aparecen agrupadas á la orilla de la *silanga,* en donde están construídas sobre gruesos pilotes de madera sumergidos en el agua.

El interior de las casas moras ricas se compone de dos piezas, una inmensa y otra muy pequeña; en el centro de la primera se levanta una especie de estrado, sobre el cual hay esterillas finas y muchas almohadas, y adosadas á las paredes se ven cajas pintadas con colores chillones, imitando flores del peor gusto: el número y la calidad de estas arcas indican la posición social de la familia. El techo y las paredes suelen estar cubiertos con telas de algodón estampado. Las viviendas pobres están distribuídas como las de los ricos, pero son más pequeñas, carecen de estrado, no tienen el techo y las paredes cubiertos de telas y el número de arcas es menor.

Los moros, que sólo tienen de tales la religión, son gentes con los sentidos embotados por el abuso de los placeres y del opio. Todos ellos, desde muy jóvenes, usan armas blancas que consisten en el indispensable *badou* ó en el *cris,* el primero de hoja muy ancha y puntiaguda, con un solo filo y de dos á dos y medio palmos de ancho, y el segundo de hoja recta ó curvilínea, de unos cuatro centímetros de ancho, con dos filos y la punta más bien redondeada. En los puños de estas armas ponen los moros todo su lujo, habiéndolos de madera y marfil con adornos de oro y plata. El moro que posee un arma *ya probada* (lo cual significa que ha vencido á algún enemigo), no la cede fácilmente.

Los instrumentos músicos más usados entre aquellos habitantes son el *agún* y el *culintangán.* El *agún,* especie de tambor cilíndrico, es de bronce hueco y emite un sonido muy fuerte y agudo que se oye á gran distancia. La parte donde se toca con un pequeño palo ó maza de madera es la más ancha, la que está de frente en el grabado de la siguiente página; forma, como se ve, dos discos, uno muy curvo, y en el centro tiene una semiesfera á modo de pezón muy abultado. El *agún* emite sonidos distintos según el punto en donde se toque y la fuerza que se emplee al tocarlo. El *culintangán* se compone de ocho pequeños *agúns,* de mayor á menor, sostenidos por cuerdas del modo que se ve en el grabado.



ISLAS FILIPINAS. – ISABELA DE BASILÁN. – CASAS QUE FORMAN PARTE DE UNA RANCHERÍA MORA (de fotografía de M. Arias y Rodríguez, de Manila)

Es admirable el orden que se observa en toda la población cristiana y mora. Para evitar desmanes y conflictos, después de la evacuación de los españoles, el datto Pedro Cuevas, que es quien impone su voluntad en toda la isla, dispuso que los indígenas cristianos continuaran rigiéndose por las leyes españolas y los moros por las suyas, y para la vigilancia de la población cristiana formó un cuerpo de indígenas armados con fusiles, designándoles como cuartel la *cotta.* En los barrios moros, cada vecino vigila lo que está á su alcance, y como el respeto entre ellos es grande y mucha la unión, no necesitan de cuerpos especiales de vigilancia.

El nombre del datto Pedro Cuevas, jefe de la isla



ISLAS FILINAS. – ISABELA DE BASILÁN. – ENFERMERÍA NAVAL ESPAÑOLA CONSTRUÍDA SOBRE PILOTAJE (de fotografía de M. Arias y Rodríguez)



ISLAS FILIPINAS. – ISABELA DE BASILÁN. – ESCUADRILLA DE VINTAS (PIRAGUAS) MORAS QUE CONDUJO AL RAYA-MUDA, HERMANO DEL SULTÁN DE JOLÓ, CUANDO VISITÓ EN ISABELA AL DATTO CUEVAS (de fotografía de M. Arias y Rodríguez, de Manila)



ISLAS FILIPINAS. – ISABELA DE BASILÁN. – UNA VINTA (PIRAGUA) MORA EN EL RÍO DE ISABELA DE BASILÁN (de fotografía de M. Arias y Rodríguez, de Manila)

de Basilán, debe recordarlo siempre España con agradecimiento, por lo fiel que nos ha sido, por su desinterés y por el deseo de servirnos que demostró en todas ocasiones. Tagalo de nacimiento y deportado á Mindanao, supo imponerse á la morisma hasta conseguir le reconocieran por jefe en toda la isla de Basilán.

En aquel pueblo teníamos los españoles algunas construcciones de materiales fuertes que formaban parte de la estación naval y que se ven á la derecha del grabado que representa la vista general de Isabela. Teníamos además la Enfermería naval, levantada sobre fuerte pilotaje en la *silanga,* frente al río, que reproduce otro de nuestros grabados, en el fondo del cual, sobre un montículo, se ve la *cotta.*

El día que el Sr. Arias visitó Isabela de Basilán celebróse allí una *bichara* (conferencia) entre el Raya-Muda, hermano del sultán de Joló, y el datto Cuevas: pretendía el primero la sumisión á su hermano de todos los moros de Basilán, á lo cual se negaban el segundo y todos sus súbditos, dispuestos, en caso necesario, á resistir por la fuerza cualquier agresión. Al mediodía destacóse de una de las islas que se encuentran frente á la entrada de la *silanga* de Isa-



ISLAS FILIPINAS. – ISABELA DE BASILÁN. – INSTRUMENTOS MÚSICOS EN USO EN LAS RANCHERÍAS DE MOROS (de fotografía de M. Arias y Rodríguez, de Manila)

bela una flotilla de *vintas* (piraguas): iba delante una que ostentaba una bandera cuadrangular con grandes caracteres arábigos blancos en el centro; seguían otras más pequeñas y á éstas un grupo de otras mayores, en el centro de las cuales destacaba una de mayores dimensiones con un gran paraguas verde, distintivo de los sultanes, en la cual iba el Raya-Muda. Este personaje, á quien luego tuvo ocasión de saludar el Sr. Arias, es de mediana estatura, muy delgado, de apagados ojos color terroso y andar lento; se expresa con dificultad y su aspecto es el de un hombre debilitado por los placeres é idiotizado por el abuso del opio.

Las vintas, pequeñas embarcaciones muy seguras, aunque el oleaje sea muy fuerte, llaman la atención por la esbeltez de sus líneas y lo afiligranado de la obra muerta que se eleva por la parte de popa. Resultan más elegantes y artísticas y mejor acabadas que las piraguas de los tagalos y suelen estar adornadas con dibujos en alto relieve puestos á modo de franjas en los costados.

En su última carta nos anuncia el Sr. Arias que se dirigía á las Carolinas y Marianas con la expedición que, al mando del ilustrado é infatigable teniente coronel de Estado Mayor Sr. Aguilar, estaba encargada de retirar las fuerzas que teníamos en aquellas islas y de hacer entrega de éstas á los representantes de Alemania. – X.



Por los muertos, cuadro de Guillermo Pape

ETERNO MAL

Sorprendí en sus bellos ojos una lágrima. ¿Por qué lloras, niña? Diez y seis abriles y un rostro encantador... ¿Qué pesares puedes conocer tú?

– ¡Amo!...

Tal fué la respuesta; lacónica, breve, de una expresión indefinible, dicha con un tono especial que lo mismo podía ser lamentación que gozo...

– ¿Amas?.. No es mucha la desgracia... Precisamente se vive de amor y por el amor. ¿Lamentas desdenes del galán?.., ¿te torturan los celos?..

Ya no fué sólo una lágrima, fué un raudal inmenso lo que brotó de sus ojos. Y aquella boquita, preciosísima corola, se abrió suavemente y fué diciendo:

«Yo no sé nada, no entiendo de nada... Pero á usted se lo digo: le quiero á *él* y tengo por seguro que me adora. ¡Si usted le viese!.. Sus ojos revelan la suma bondad... Bueno como un ángel y hermoso como un Cristo...»

– *(¡Hermoso como un Cristo!..* ¡Cuánto no *dice* esto!.., iba yo pensando.)

– «Es humilde..., más que humilde..., ¿cómo se lo diré yo á usted?.. ¡No tiene *una posición... un nombre*... ¡Justo!.. Así, así me lo dicen. ¡Un nombre, una posición!.. Y dicen más..., ¡que no le hable, que no le vea, que no piense en él!.. Consulto en mis oraciones á la Virgen, y me dice que sí la santa imagen... No es ilusión, no, señor, es que me lo dice, estoy segura de haberlo oído, se lo juro á usted...

– *(¡Se lo juro á usted!.., ¡se lo juro á usted!..* ¡Vaya si lo habrá *oído* ella!, iba yo diciéndome.) Y prosiguió:

– «Dicen más: dicen que... que nos separa..., ¡no recuerdo!.., una cosa atroz..., como si fuese algo feo; aunque, más que feo, es horrible...»

– ¿Un abismo?

– «Eso es; ¡un abismo!.. ¿Qué abismo, Virgen mía de mi alma, de qué abismo hablan?.. Nos juramos (¡no sé si peco en decirlo!) amor hasta la muerte...»

– (¡Tiene razón!.. *¿De qué abismo*, de qué abismo hablan?.., repetía yo *in mente.)* Y continuó la niña:

– «Pues mire usted: no le hablaré, no le veré... ¡Lo que haré será pensar mucho, mucho en él... y morirme!..»

Y lo dijo con una mezcla de dolor y resignación, sentimiento y desdén tales, que al oirla y ver cómo cubría su lindo rostro con aquellas manos de muñeca, blancas, como del color del lirio, sentí una sensación desagradable por todo mi cuerpo.

La vi en el lecho, pálido el semblante, la mirada vaga y sin brillo, casi sin voz y en los puros huesos. Me reconoció, y me estrechó la mano, mirándome expresivamente como á un confesor. El médico estaba allí, jovial, comunicativo. Interpelado al poco rato, oí que decía:

– No hay dolencia física..., ningún órgano lesionado..., nada que indique que ese cuerpo...

– Padecen á veces las almas; me atreví á interrumpir, y son sus dolencias, acaso, las que más engañan ó dan que hacer. El amor, por ejemplo, que es elemento de vida, ¿quién nos dice que no produzca la muerte?..

Se quedó mirándome con curiosidad extrema y atajó:

– ¡De amor no se muere nadie!

Acatando lo dicho por el ilustre *Hipócrates*, vi sonreir orgullosamente al padre. Aunque era amigo mío muy querido, en aquel instante le odié. Recordé el llanto de la pobre niña, sus palabras... y acabé por sonreirme también. Pero en mi sonrisa había un mundo de imprecaciones. De pronto exclamó, como diciéndoselo al médico, aunque por mí lo decía:

– «No debo tolerar una infantil quimera en desdoro de mi condición. ¡Medrados estaríamos! La inocencia abunda en candideces intolerables. *Eso* pasará pronto. Niéguese al niño un juguete, y tendrá calentura.»

Algo así dijo, y fué el doctor entonces quien asintió inclinándose ceremoniosamente, á la vez que clavando en mí los ojos con gravedad suma. Sostuve la mirada, saludé, me fuí pensativo, y al estar en la calle miré al firmamento. – «¡Infantil quimera!.., ¡un juguete que produce calentura!..» ¡Qué lástima que mi amigo sea noble y rico!, – murmuré.

Cuando volví á verla, el lecho era una tumba. En el ataúd muchas flores, en los rostros lágrimas... Yo lloré también, de tristeza y de coraje, de sentimiento y enojo. A la vista de aquel cadáver, hubo un momento en que me creí cómplice de un asesinato. Yo pude haber dicho la verdad, lo que yo sentía y sabía; haber protestado enérgicamente del vano orgullo de la riqueza, de la lucha de clases, de la necedad del título, de la simpleza del linaje. Yo debí haber recordado y repetido todo aquello que habló la pobre niña.. *«Hermoso como un Cristo..., se lo juro á usted; estoy segura de habérselo oído á la Virgen..., ¿de qué abismo, de qué abismo hablan?..»* Pero ¡ay! si dicho por ella no hubieran hecho caso, dicho por mí... me hubieran tomado por loco. Y sin embargo, en aquellos instantes, como en vindicación de aquella infeliz, tentado estuve por repetirlo á la faz de todos los presentes, sin omitir nada, ni siquiera aquella sublime blasfemia, *«¡lo que haré será pensar mucho en él... y morirme!»*

Mi mirada se cruzó con la del médico, que llegó, permaneciendo silencioso y grave. Me contenté con estrecharle la mano y decirle al oído muy quedo:

– ¿Nadie se muere de amor?.. El orgullo de la ciencia puede ser tan vano como el orgullo del oro, que resulta á veces parricida. En el cielo abundan las almas de los que de *ese mal* murieron, doctor.

Me miró sin responderme, y se despidió.

Mi amigo, entonces, ignoro si adivinando mi reproche, me vino á abrazar conmovido y tembloroso. Semejante abrazo lo tomé como una tardía concesión.

S. Gomila



GUERRA ANGLO-BOER. – LEKUKU, CAUDILLO INDÍGENA SURAFRICANO, Y ALGUNOS DE SUS SÚBDITOS QUE HAN OFRECIDO SUS SERVICIOS Á INGLATERRA

(De fotografía de K. Barnaby)



GUERRA ANGLO BOER. – EL GENERAL EN JEFE DE LAS FUERZAS INGLESAS EN EL SUR DE AFRICA SIR REDWERS BULLER, Á BORDO DEL «DUNATTAR CASTLE,» EN SOUTHAMPTON, DESPIDIÉNDOSE DE SU ESPOSA EN EL MOMENTO DE PARTIR PARA NATAL, dibujo de F. C. Dickinson



HORAS PLÁCIDAS, cuadro de Stuart G. Davis



JUNTO Á LA TUMBA DEL ESPOSO, cuadro de E. Friant

NUESTROS GRABADOS

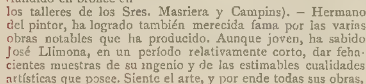
El Sueño, monumento funerario, obra de Juan Dammann.—Los monumentos que se levantan en las grandes necrópolis han dado ocasión á los más eminentes escultores para hacer ostentación de su genio. El número de temas que en ellos pueden desarrollarse es relativamente reducido, y por consiguiente para hacer dentro de este género algo nuevo y bueno es preciso que el artista posea aptitudes excepcionales, ya que, de lo contrario, se expone á caer en el plagio ó en la vulgaridad. Ninguno de estos dos defectos puede achacarse á la obra del escultor alemán Dammann: su estatua del Sueño, símbolo del eterno descanso, es majestuosa, sus líneas son clásicas y clásica es también la sobriedad que en todo el monumento preside, resultando la obra de Dammann un conjunto plástico de un efecto imponente.



EL SUEÑO, monumento funerario, obra de Juan Dammann (Exposición de Bellas Artes de Berlín. 1899)

Estatua de Eduardo Colston, modelada por Juan Casidy. – Fué Eduardo Colston un célebre filántropo inglés que nació en Bristol en 1636 y falleció en 1721. Dueño de una fortuna inmensa que adquirió á fuerza de inteligencia y trabajo en el comercio, empleóla casi por entero en obras de caridad, fundando en su villa natal varios hospicios y escuelas y dotando pródigamente varias fundaciones análogas en otras ciudades de Inglaterra. No quiso casarse, y cuando le aconsejaban que abandonara el celibato, contestaba que sus esposas eran las viudas indigentes y sus hijos los huérfanos desamparados. Tal fué el hombre cuya memoria ha inspirado la bellísima estatua del notable escultor inglés Casidy destinada á ser erigida en el *square* de San Agustín, de Bristol, sobre un pedestal de piedra pulimentada con cuatro relieves que representan las cuatro sociedades benéficas fundadas por Colston en aquella ciudad.

ESTATUA DE EDUARDO COLSTON, modelada por Juan Casidy



San Nicolás y los pescadores, alto relieve de José Llimona (fundido en bronce en los talleres de los Sres. Masriera y Campins). – Hermano del pintor, ha logrado también merecida fama por las varias obras notables que ha producido. Aunque joven, ha sabido José Llimona, en un período relativamente corto, dar fehacientes muestras de su ingenio y de las estimables cualidades artísticas que posee. Siente el arte, y por ende todas sus obras, ya se inspiren en los cuadros que determinan los efectos más puros ó los ideales más elevados, revelan ingenio, sentimiento y delicadeza en la ejecución. El hermoso alto relieve que reproducimos, ejecutado para la iglesia de San Nicolás de Bilbao, es una donosa prueba de las aptitudes del escultor catalán, cuyas obras llevan consigo el sello de ese algo grande y noble que sólo puede informar á las verdaderas manifestaciones del arte.

Por los muertos, cuadro de Guillermo Pape. – El culto á los muertos es un culto que bien puede llamarse universal: los pueblos civilizados lo mismo que los salvajes, unos por espiritualismo, por materialismo otros, todos consagran quién sus oraciones, quién sus ofrendas á la memoria ó á los restos mortales de los que fueron. Varían las costumbres, varían las formas externas, pero en el fondo la idea es la misma. En esta idea se han inspirado muchos artistas y entre ellos el notable pintor inglés Guillermo Pape, que en el lienzo que reproducimos nos presenta una escena típica del día de Difuntos en un cementerio.

Mrs. Kruger.—La esposa del presidente de la República del Transvaal es una señora de sencillas costumbres, una mujer de su casa, como por aquí decimos y como son todas las boers, que tiene verdadera veneración por su esposo y que sólo para su familia vive. El cuidado de su *home* y la educación de sus hijos han absorbido toda su existencia, sin que por ello haya dejado de demostrar, cuando ha sido preciso, el valor que el amor á su patria infunde en las esposas de los holandeses del Africa meridional, y que más de una vez les ha hecho compartir con sus maridos los peligros de las penalidades de la guerra. Como Mr. Kruger, tiene, en el actual conflicto, puesta su confianza en Dios, que ha de proteger la causa justa de su pueblo. ¡Quiera el cielo que no se cumpla en el Transvaal lo que se ha cumplido en otras tantas naciones, en donde más que la justicia y la razón del débil han prevalecido la refinada maldad y la insaciable codicia del fuerte!

Guerra anglo-boer.—Sucede en esta guerra lo que en todos los sucesos de igual índole que á gran distancia acontecen: es imposible formarse concepto exacto de lo que en ella pasa y saber á ciencia cierta el resultado de los combates que en el Africa meridional se traban. Casi todas las noticias que de allí se reciben llegan por conducto de Inglaterra, y por consiguiente carecen de las garantías de exactitud é imparcialidad que debieran tener desde el momento en que no pueden ser las más de las veces contrastadas por lo que acerca de los mismos acontecimientos dice la parte contraria. Por fortuna para nosotros, LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA no es periódico de información y su misión se reduce á poner ante los ojos de sus lectores, bien sea por medio de retratos, bien con la reproducción de vistas, los hombres y los lugares cuyos nombres habrán leído antes en la prensa diaria involucrados en hechos que tienen importancia en el desenvolvimiento de aquella lucha sobre la cual tiene todo el mundo fijas sus miradas. Esto es lo que hasta ahora hemos venido haciendo y lo que nos proponemos hacer en lo sucesivo. En el presente número publicamos en la página 703 el embarque de Sir Redwers Buller en Southampton para ir á ponerse al frente del ejército inglés del Africa del Sur; el retrato del caudillo indígena Lekuku, que se ha puesto al servicio de Inglaterra, rodeado de alguno de sus súbditos, y en la página 710 la calle del Mercado de Pretoria, capital de la República Surafricana, y el campamento de Mafeking, en donde se han trabado algunos combates entre los boers que tienen puesto sitio á la ciudad de ese nombre y las fuerzas inglesas que la guarnecen.

Junto á la tumba del esposo, cuadro de E. Friant.—Hay en este cuadro tanto sentimiento dramático que es imposible mirarlo sin sentirse hondamente emocionado. En la actitud, en el rostro de la desolada viuda se adivina una larga historia de amor nunca interrumpido, de una lealtad y de un cariño que echaron profundas y fuertes raíces en dos almas para siempre unidas, un lazo de afecto que ni la muerte conseguirá desatar, pues la amante esposa continuará profesando ferviente culto á la memoria del que fué en la tierra su compañero inseparable. Aparte de estas bellezas de fondo, tiene el cuadro de Friant excelencias de forma que le hacen figurar entre los buenos lienzos de la escuela alemana moderna: las figuras, admirablemente trazadas, agrúpanse constituyendo un todo armónico, al que contribuye no poco el paisaje en que la escena se desenvuelve. El autor de esta obra ha logrado un gran efecto sin apelar á recursos forzados: la impresión que logra producir nace de la naturalidad misma con que ha sabido desarrollar el asunto tan magistralmente concebido.

Horas plácidas, cuadro de Stuart G. Davis.—El clasicismo podrá haber tenido sus eclipses desde el punto de vista de la moda; pero las ideas y procedimientos artísticos que inspirara y que fueron en otro tiempo predominantes, todavía dejan sentir su influencia y no faltan pintores de nota que buscan sus asuntos en la antigüedad de donde aquél arranca. Y á los que así proceden no cabe censurarles ni siquiera aduciendo el argumento de que sólo lo que se ve y se siente puede generar verdaderas obras de arte, pues los continuos descubrimientos, los profundos estudios, las minuciosas investigaciones han resucitado, por decirlo así, costumbres y civilizaciones que parecían eternamente muertas, hasta el punto de que las restauraciones y reconstrucciones verificadas producen el efecto de la realidad misma y por ende como la misma realidad pueden impresionar al artista. Estas consideraciones que nos sugiere la contemplación de *Horas plácidas* son, en nuestro concepto, el mejor comentario al bellísimo lienzo de Stuart G. Davis.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—AMSTERDAM. – En la iglesia de los Mennonitas se ha descubierto recientemente un cuadro de Rembrandt hasta ahora desconocido: es un retrato de un hombre joven, rubio, cubierto con sombrero de anchas alas y envuelto en holgada capa. Esta obra del gran pintor flamenco se distingue por el vigor del colorido, y por su factura se cree que data del año 1632.

Teatros. – *Barcelona.* – Se han estrenado con buen éxito: en Romea *La primera volada*, graciosa comedia en dos actos de los Sres. Serrat y Weyler y Casademunt; en el Principal *No 's pot dir*, comedia en tres actos escrita por D. Antonio Ferrer y Codina; en el Eldorado *Instantáneas*, revista en un acto de los Sres. Arniches y López Silva con música de los señores Torregrossa y Valverde (hijo); en la Granvía *El testamento del siglo*, revista en un acto de los Sres. Perrín y Palacios con música de los Sres. Caballero y Nieto. En el Lírico ha continuado la Sociedad Musical la serie de conciertos dirigidos por el eminente maestro alemán Kogel. En Novedades ha terminado sus tareas la compañía de ópera que con tanto éxito ha funcionado bajo la dirección del maestro Sr. Pérez Cabrero, y en breve volverá á abrir sus puertas con una compañía de declamación castellana, dirigida por el Sr. González, que pondrá en escena, entre otras obras, la comedia de Roustand *Cyrano de Bergerac*, traducida por los Sres. Vía, Martí y Tintorer, con tanto éxito estrenada en el teatro Español de Madrid.

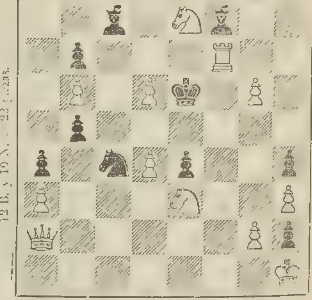


MRS. KRUGER, esposa del presidente de la República del Transvaal

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 173, POR JOSÉ PALUZÍE

NEGRAS



12 B. y 10 N. = 22 piezas.

BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 172, POR P. RIERA

Blancas.	Negras.
1. D 6 R	1. P toma D (*)
2. A 5 R jaque	2. Cualquiera.
3. C mate.	

(*) Si 1. R 6 A; 2. D 4 A jaque, y 3. C mate; – 1. D toma C; 2. A 5 R jaque, y 3. D mate; – 1. P toma C; 2. A 5 R jaque, y 3. C mate; – 1. P 3 A R; 2. D 5 D jaque, y 3. D mate. La amenaza es 2. D 5 R mate.

POR VENGANZA

NOVELA POR CORDELIA. – ILUSTRACIONES DE FERRAGUTI

(CONTINUACIÓN)

– El abogado Raimondi debe haber ido á casa de Sangalli, dijo el marqués.

– Tampoco se habrán divertido los Sangalli en un palacio tan grande y sin amigos ni conocidos, observó Conrado.

– Sin embargo, han hecho un árbol de Navidad verdaderamente magnífico: hace dos días que todos se ocupan en adornarle.

– Será un árbol en el desierto, objetó Conrado; pero ¿por qué nos paramos? ¿Qué significa esa muchedumbre?

Y así diciendo sacó la cabeza por la ventanilla, mientras el coche, no pudiendo seguir adelante, tuvo que pararse.

Estaban á la entrada de la calle de San Marcos y el gentío que la invadía impedía que el coche prosiguiera su marcha. El cochero quiso abrirse paso entre aquella baraúnda, pero resonó un grito de indignación contra los señores que quieren atropellar á los pobres.

Entonces el marqués se apeó refunfuñando con la familia y mandó al cochero que retrocediese y aguardase á que cesara aquel barullo para entrar en casa, y él con su hijo dieron el brazo á las señoras y á fuerza de empujones se abrieron paso entre la gente y con mucho trabajo lograron entrar en su palacio.

No comprendían qué podía haber sucedido en aquella calle, tan tranquila por lo general. Una música desentonada y ensordecedora atronaba los oídos, y los farolillos encendidos que se agrandaban en medio de la niebla parecían globos de fuego suspendidos como planetas errantes. Para ellos que pasaban del más profundo sosiego á aquel estrépito, era como si perdiesen la cabeza y temían volverse locos, creían que había estallado una revolución, y mientras cruzaban por entre aquella muchedumbre temblaban de miedo.

Cuando por fin se encontraron seguros detrás de las paredes de su casa, dieron un suspiro de satisfacción, como si hubiesen escapado de un verdadero peligro. Entonces los criados les contaron, exagerándolas, las noticias que circulaban por la ciudad.

Todo aquel bullicio consistía en una serenata que daba la población en honor de los Sres. Sangalli, los cuales habían preparado un árbol de Navidad para los pobres, á los que habían colmado de regalos, cosas extraordinarias, cestos llenos de viandas, vestidos, bolsas con dinero, una alegría para todo el barrio de San Marcos, una felicidad para tanto pobre.

El marqués y la marquesa se enojaban al oir hablar de tanta generosidad, de aquella gente que iba á perturbar la calma de su barrio, y al mismo tiempo envidiaban aquella riqueza que hacía resaltar su miseria.

La marquesa Emilia estaba cavilando siempre en el modo de hacer economías y toda clase de esfuerzos para conservar el decoro de su nombre. Debía romperse continuamente la cabeza para pagar deudas; de suerte que, salvo un poco de apariencia exterior, en su casa se vivía mezquinamente. Tenían sólo dos criados, la cocinera, que también servía de camarera, y el ayuda de cámara, que hacía las veces de cochero. Elisa tenía con frecuencia que arreglarse sus vestidos, y la marquesa que repasar la ropa blanca. Pero todo esto se hacía en secreto, á puerta cerrada, y cuando salían iban siempre en coche vestidas como princesas, y para poder ir á París y lucir en la ciudad, pasaban meses y meses en el campo, reducían los gastos de la casa y la marquesa tenía siempre que devanarse los sesos para hacer nuevas economías que le permitiesen salir adelante con decoro.



Sus caballos casi se tocaban en su carrera

Como notasen que el bullicio continuaba, se asomaron al balcón y oyeron gritar: «¡Viva el príncipe de San Marcos!»

– ¡También príncipe!, dijo el marqués. Esto es ya demasiado.

– ¿Qué importa que sea ó no príncipe? Lo cierto es que tienen dinero y esto es lo importante; nosotros en comparación de ellos somos unos pelagatos, dijo la marquesa. Si pudiera venderles nuestro título por una buena cantidad, te aseguro que no me haría de rogar; cuando se lleva tantos años esta vida de ahorrar un céntimo por no hacer mala figura y estar continuamente atormentándose por no saber cómo acabará esto, se pierden todas las ilusiones. Yo que tengo alguna experiencia diré siempre á mi hija que se case con un rico, prescindiendo de ciertos oropeles.

El marqués aparentaba disfrutar relativa satisfacción y se consolaba diciendo que todos pueden llegar á ser ricos, pero que no nace noble el que quiere.

Entretanto continuaba el bullicio en la calle: la muchedumbre quería ver al Sr. Sangalli, el cual tuvo que asomarse al balcón con su hija, á la que también aclamaban.

Conmovido por aquella manifestación, dió las gracias al pueblo, dijo que ya era tarde y aconsejó á toda aquella gente que se retirase tranquilamente.

A los sones de una marcha endiablada y dando de continuo vivas al príncipe de San Marcos, la multitud, después de dar vueltas por la mitad de la ciudad, se dispersó en varias direcciones.

El palacio Sangalli siguió iluminado: únicamente los Santelli y el abogado Raimondi estaban convidados á cenar, porque los dueños no conocían á nadie más en aquella ciudad. Pero entre aquella pequeña reunión reinó también franca alegría, y después de una cena exquisita se había preparado para los convidados una sorpresa que consistía en un objeto artístico de gran valor que cada cual debía llevarse como recuerdo de aquella noche.

Mientras en el palacio Sangalli estaban todavía de fiesta, la marquesa Belfiore, que se había acostado, no podía pegar los ojos, pensando en los Sangalli, y en su fantástica imaginación andaba ya madurando un proyecto: combinar un matrimonio entre sus hijos y los de aquellos señores.

Por una parte el título de nobleza, por otra la riqueza; ¿por qué no había de poder realizarse aquel sueño? No veía en ello ninguna dificultad; no era tan tonta como su hermano ni tenía tantos prejuicios pasados ya de moda; todo consistía en empezar bien poniéndose en relaciones con los vecinos, cosa que no le sería difícil, y con estos pensamientos pudo por fin recobrar un poco de sosiego, y dormirse soñando con montes de oro para un porvenir no lejano.

V

En la ciudad de V*** no se habló en muchos días de otra cosa sino de la munificencia de los señores Sangalli y de la espléndida fiesta dada en beneficio de los pobres. El periódico de la población la describió con frases de entusiasmo, haciendo elogios de los benéficos señores que eran la providencia de la ciudad. En adelante no se debía temer la miseria, porque tenían la fortuna de hospedar á una familia que no reparaba en gastos y larguezas en pro de la humanidad doliente.

Desde aquel día los Sangalli fueron considerados como príncipes, todos querían conocerlos, todos los saludaban á su paso.

Pero su popularidad no estaba exenta de algunas molestias. Todos los días acudía á su casa gran número de pobres en demanda de socorros, en su coche llovían los memoriales lo mismo que en el palacio las cartas de personas que enumeraban una porción de miserias ignoradas y pedían algún dinero.

Era una verdadera persecución. El Sr. Sangalli quería auxiliar á los verdaderamente necesitados, socorrer á los verdaderos menesterosos, pero no estimular la holganza. Él había trabajado toda su vida y lo mismo debían trabajar todos; por esto se le ocurrió la idea de fundar un gran taller donde pudiera dar trabajo á los desocupados. Apenas formuló este plan, quiso realizarlo, y al efecto adquirió una antigua fábrica abandonada, situada en las afueras de la ciudad; compró primeras materias, máquinas y herramientas para varias labores, é hizo publicar en los periódicos que estaba pronto á dar trabajo á los desocupados, pero que no daría un céntimo de limosna á los que tuviesen edad y fuerza para trabajar, y únicamente recogería en un asilo á los ancianos y á los niños abandonados.

Era una obra grandiosa, de difícil realización y á propósito para ponerlo en serios aprietos. Pero las dificultades no le detenían; en aquel momento sentía verdadero afán de hacer bien á sus semejantes, y con tal de salir con la suya estaba dispuesto á gastar muchos miles de liras.

En poco tiempo hizo arreglar aquel vasto edificio, se procuró la ayuda de un buen director, de modo que en pocos días la antigua fábrica quedó convertida en un grandioso taller y él tuvo la satisfacción de poder favorecer á los que verdaderamente lo necesitaban; acogía á los buenos, á los honrados, á los que tenían deseos de trabajar, dándoles un modesto salario hasta que encontrasen ocupación más útil, y luego vendía los trabajos hechos á beneficio del establecimiento y de su obra.

De este modo los Sres. Sangalli habían conseguido hacerse suya la aristocrática ciudad de V***. Todos deseaban tratarlos y se habían granjeado la simpatía y el aprecio de los habitantes, de modo que les parecía haber vivido siempre en aquella población, y hasta Fanny y Eduardo estaban contentos hallándose distraídos con sus obras de beneficencia ó con sus diversiones.

Habían entablado relaciones con los marqueses de Belfiore, y entre el palacio de éstos y el de Lucchini establecídose el trato más cordial.

Elisa habría querido estar siempre con Fanny, la invitaba á ir á su casa para combinar paseos, y á su vez iba á menudo á la de los Sangalli, porque le parecía estar en su elemento en medio de aquella riqueza, de aquella elegancia.

Pero si los Sangalli habían entrado fácilmente en relaciones con los Belfiore, los Rinaldi, los Santelli y otras muchas familias de la buena sociedad, tan sólo habían cambiado con los Landucci una simple tarjeta, y este era el punto negro que ofuscaba la alegría de Fanny y de Eduardo, que sentían vivísima simpatía por Renata.

También ésta habría querido trabar amistad con los Sangalli y ofrecerles su casa; pero conociendo las ideas de su padre, aunque contaba con el auxilio de la tía, no se atrevía á salir de su reserva, ni mostrar gran deseo de entrar en relaciones con ellos.

– Desde que murió mamá no recibimos á nadie, decía para disculparse; somos unos verdaderos osos.

Pero Fanny esperaba que un día ú otro se harían amigas, y además Eduardo seguía prendado de Renata y no se cansaba de contemplarla cuando la encontraba en la calle ó con algunas amigas comunes á ambos. Aquel perfil regular, fino, aristocrático, excitaba la admiración en su ánimo de artista, su voz suave le penetraba en el corazón y habría dado una parte de sus riquezas con tal de sostener relaciones de amistad con aquella familia y tener ocasión de ver con frecuencia á Renata.

– ¡Si ese oso de su padre la dejase venir alguna vez!, decía. Si no fuese tan aristócrata, estaría contenta, añadía Fanny; comprendo que Renata sería mi amiga predilecta; pocas palabras nos hemos dicho hasta ahora, pero ¡qué bien nos entenderíamos! ¡Cómo la preferiría á esa Elisa que no es más que una muñeca!

– De todo tiene la culpa el padre, dijo la madre que los estaba oyendo, pues apuesto á que la pobrecilla tendría gran deseo de tratarnos; no, no debe disfrutar de muchas alegrías: vivir en aquella casa triste, sola, sin una amiga de su edad.

– ¿Y por qué no viene, puesto que la recibiríamos con los brazos abiertos?, preguntó Eduardo.

– Es que nunca la hemos invitado, contestó Fanny.

– Pues invitémosla.

– Se necesitaría una oportunidad, alegó la señora Sangalli; los demás han sido los primeros en festejarnos y en ofrecernos su casa; pero el conde Landucci es tan frío, tan estirado, que apenas nos saluda.

Fanny Sangalli, vestida de gasa azul con un collar de perlas

Eduardo se quedó pensando en el modo de buscar una oportunidad para invitar á los Landucci.

– ¡Ya he dado con lo que buscaba!, exclamó de pronto.

– ¿Qué es?, preguntó Fanny.

– ¿No teníamos intención de dar un baile para Carnaval? Pues se celebra la fiesta y se invita también á ella á la condesita Landucci.

– Pero ¿no recuerdas que se había desistido de dar el baile porque aún no están arreglados los salones?

– De eso me encargo yo; dentro de un mes quedará terminado el salón de recibo.

– Pero es que nuestras relaciones no son todavía tan numerosas que podamos contar con tantas personas como se necesitan para que nuestros espaciosos salones presenten un aspecto animado.

– No hay cuidado por eso, replicó Eduardo; además aquí hay tan pocas diversiones que vendrán todos; estoy resuelto; me ocuparé en hacer arreglar los salones mientras vosotras pensáis en los convidados, y si conseguimos hacer venir á los Landucci, ¡qué triunfo! Entretanto, circulad la noticia de esta fiesta para despertar los deseos de acudir á ella.

– ¿Y el papá, qué dirá?, preguntó Fanny.

– Papá hace todo lo que está de su parte por contentarnos y vernos satisfechos, y sin algún movimiento y variedad la vida en este país sería monótona, de un tedio insoportable. Ahora que ya nadie habla de las fiestas de Navidad, es preciso pensar en otra cosa.

Fanny estaba contenta, era joven, le gustaba la variedad, la animación; además deseaba realmente trabar amistad con Renata Landucci y esperaba que su padre no sería tan tirano que no le permitiera tomar parte en aquella fiesta. En tanto, para comprometer á sus padres, pensó en ir á dar la noticia á Elisa Belfiore, pues cuando circulara la voz no se podría ya retroceder.

VI

La noticia del baile que se proponían dar los Sangalli corrió en breve por la ciudad. En las tiendas, en las casas no se hablaba de otra cosa; las familias que estaban seguras de recibir la invitación estaban muy atareadas; pensaban en los trajes, consultaban los figurines, y pedían á las ciudades importantes muestras de las telas más de moda.

Hasta en las reuniones íntimas de casa de Landucci se hablaba de aquella fiesta.

Según decía la marquesa de Belfiore, debía ser una cosa maravillosa; todos los días veía entrar en el palacio Lucchini carros inmensos llenos de cajones, y además artistas, tapiceros, carpinteros, era una confusión de gente; por todas las ventanas abiertas se veía trabajar con ahinco para preparar las habitaciones.

Tampoco ella perdía el tiempo; había revuelto sus cajones y sacado de ellos una porción de telas antiguas, todo cuanto poseía para ver de combinar su traje con el de su hija. Pero Elisa decía que no quería antiguallas ni cosas rehechas; se contentaba con un vestido de muselina, sencillo, pero nuevo.

La baronesa Rinaldi estaba aún más ocupada; debía hacer tres vestidos, y dado lo numeroso de su familia, no disponía de tanto dinero.

Julia decía que también quería ir al baile.

Sus hermanas la miraban de un modo que significaba:

– ¿Tan pequeña y con tantas pretensiones? Quítatelo de la cabeza y conténtate con jugar con las muñecas.

La baronesa para tenerla tranquila le prometió llevarla una vez más al teatro, pero diciéndole que debía tener paciencia y renunciar á la fiesta que darían los Sangalli.

– ¿Y tú, Renata, has pensado ya en tu vestido?, preguntaban á la Landucci.

– No, porque ni siquiera sé si recibiré invitación; no nos tratamos con los Sangalli.

– Ten la seguridad de que la recibirás; me lo ha dicho Fanny, dijo Elisa.

– Hay que tener en cuenta que aunque envíen invitación; quién sabe si papá querrá llevarme, contestó Renata suspirando.

– No será tan malo; pero si no quiere ir él, irás con nosotras.

Y acercándose luego á su hermano, le dijo:

– ¿Es verdad que no querrás privar á Renata de una diversión tan inocente? ¡Pobrecilla! ¡Lleva una vida tan triste!

El conde estaba contrariado y decía que preferiría que lo dejaran en paz sin enviarle invitaciones.

– Ten la seguridad de que la enviarán, le dijo la hermana.

– Pues ya tendremos tiempo de pensar en ello, respondió continuando su partida con su cuñado.

No le gustaban á Renata las diversiones bulliciosas; pero habría deseado romper el hielo con la familia Sangalli, con la cual le parecía que su padre se había mostrado algo descortés.

Después había notado la admiración que causaba en Eduardo, á quien encontraba todos los días como si éste joven conociese sus costumbres. Por la

mañana temprano lo veía en los alrededores de la ciudad, mientras daba á caballo la acostumbrada vuelta con su padre. Sus caballos casi se tocaban en su carrera y el jinete no dejaba nunca de saludar con el mayor respeto á la bella amazona.

En el teatro le veía siempre debajo de su palco, contemplándola, y ella, sin poder explicarse la razón, se sentía contenta de la admiración del joven, y cuando en su mente lo comparaba con el pedante marqués Lupini ó con su primo Conrado, necio y presuntuoso, no podía menos de creerle superior á ellos y á todos los jóvenes que concurrían á su casa.

Y cuando echaba de ver que, á pesar de conocer la aversión que aquellos advenedizos causaban á su padre, pensaba con demasiada frecuencia en la familia Sangalli, casi le asaltaba el temor de encontrar sobrada satisfacción en aquella amistad y no se atrevía á decir una palabra en su favor; pero esperaba de los acontecimientos la ocasión de entablar relaciones con ellos.

Cuando recibió la invitación para el baile, el corazón le dió un salto de alegría, y preguntó temblando al conde qué pensaba hacer.

– Habría preferido que nos dejaran en paz, contestó; mas puesto que no lo han hecho, no acostumbro á ser descortés; si te place podemos aceptar, tanto más cuanto de todos modos no podemos rehuir de hacerles una visita después de semejante invitación.

La joven no quiso mostrarse demasiado deseosa de aceptarla y contestó:

– Por mí haz lo que mejor te parezca.

– Se han entusiasmado de tal modo por esa gente, que todo el mundo irá, respondió Landucci; además no llevas una vida muy alegre, y ya que se presenta una ocasión consentiré en llevarte á casa de esos señores; pero ten entendido que aceptar una invitación nada implica; deseo que no se apriete mucho la intimidad con ellos; serán tan buenas personas como dicen, pero yo no los conozco, y si me conformo á tener relaciones superficiales, te prohibo que te unas mucho á esa señorita; un par de visitas al año y basta.

– ¿Es decir, que puedo encargar el vestido?, preguntó Renata.

– Por esta vez te lo permito, tanto más cuanto que será la primera y última fiesta del Carnaval.

Renata tuvo bastante con esto para escribir á su modista de Turín que para el 15 de febrero le enviase un vestido de baile de gasa blanca elegante y sencillísimo.

VII

Los salones del palacio Lucchini estaban completamente terminados y deslumbradores de luces. Fanny Sangalli, vestida de gasa azul con un collar de perlas y los cabellos rubios que le sombreaban la frente en caprichosos rizos, parecía una aparición celeste, y daba continuas vueltas por los salones para ver si todo estaba en orden.

No se trataba ahora de recibir á convidados como los de la Noche Buena, que no reparaban en pequeñeces, sino á la parte más escogida de la población; era la primera vez que se abrían los salones de su palacio y tenían empeño en que la impresión fuese de las mejores.

¡Cuántas fatigas para activarlo todo en pocos días! Eduardo había trabajado como un obrero y se había ocupado especialmente en los adornos de las habitaciones. Su madre y Fanny se encargaron de las invitaciones; el Sr. Sangalli quiso también tomar parte en todos los preparativos y se cuidó de dar disposiciones para los refrescos y la cena, que debía ser exquisita.

Los preparativos habían resultado á las mil maravillas, y toda la familia mientras aguardaba á los convidados dió una vuelta por los salones, quedando satisfecha de su obra. Antes de entrar en el salón de baile, los convidados debían pasar por cuatro salas, una más hermosa que otra, las cuales preparaban gradualmente á los esplendores del gran salón de baile, que estaba maravilloso por el buen gusto y la elegancia de los adornos. Casi todas las paredes estaban cubiertas de espejos con elegantes marcos; bajo éstos había colocados blandos divanes, forrados de brocado de colores claros con el contorno blanco y flecos dorados. En el techo había pintado un fresco que representaba los amores de los ángeles, y aquellas figuras flexibles, elegantes, con las alas blancas, que danzaban y parecían volar por un cielo azul, asunto poético, tan acertadamente adecuado á una sala de baile, excitaba el deseo de sentirse transportado en los torbellinos de aquella danza con sólo levantar la vista para contemplarlo.

Cuatro inmensas arañas de cristal antiguo despedían rayos luminosos con todos los colores del iris, inundando de claridad el espacioso salón, y aquella luz deslumbradora se reflejaba en los espejos, iluminaba los ramos de flores puestos en jarrones de finísima porcelana y los objetos artísticos en los que el buen gusto competía con el valor intrínseco.

Aquel salón tenía varias puertas, algunas de las cuales daban á las salas de juego y de conversación y otras á una estufa, especie de jardín con asientos escondidos entre plantas tropicales, de modo que ofrecía un retiro tranquilo, un sitio á propósito para el descanso ó para las conversaciones íntimas. Los Sres. Sangalli, después de recorrer las salas, se reunieron en la azul de estilo Luis XV, no muy grande y contigua á la de entrada.

Hablaban naturalmente de los comentarios que se hacían en la ciudad y de sus convidados.

Eduardo contaba que en el casino se decía que hacía quince días que las señoras estaban ocupadas en prepararse los vestidos, que más de una estaba nerviosa porque la modista no acertaba á hacerle el traje que había ideado y que todas se valían de mil subterfugios para ocultar á sus amigas el color ó la hechura del vestido con el fin de causarse mutuas y gratas sorpresas; en suma, con su fiesta habían dado mucho que hacer y que pensar á toda la población.

Eduardo acudió presuroso á su encuentro

Fanny refería á su vez lo que había oído á las amigas, y hablando de este modo hacía una hora que estaban esperando y nadie llegaba.

La joven dando pataditas de impaciencia dijo:

– Se ha citado para las nueve y son cerca de las diez y no viene nadie; á la verdad es gente bastante mal educada.

– Ten un poco de paciencia, le contestó Eduardo; las señoras necesitan mucho tiempo para vestirse para una gran fiesta, y sobre todo las que no están muy acostumbradas á ello.

– Pues se empieza con tiempo, como hemos hecho nosotros, y eso que teníamos que pensar en tantas cosas.

Entró un criado con una carta en una bandeja. La señora Sangalli la abrió y dijo:

– Es de la condesa Tibaldi, la cual dice que no puede venir porque tiene á su madre enferma.

– Ya se sabe; siempre falta alguien, dijo Sangalli.

– Con tal que vengan los Landucci, los demás me importan poco, dijo Eduardo.

– Será un poco difícil, observó Fanny, aunque parecía que estaban dispuestos á venir; al menos así me lo aseguró Elisa Belfiore; pero recelo que en el último momento encuentren una excusa; yo me contentaría con que entretanto vengan los demás, añadió algo enfadada; son ya las diez y media y no hay un alma; ¡á ver si habremos trabajado en balde!

– Calma, calma, replicó el Sr. Sangalli; son las diez y diez minutos, cuando se espera, parece más largo el tiempo.

– Estoy ya cansada; quisiera irme á la cama, repuso Fanny impacientándose; si á las diez y media no están aquí, me acuesto.

Su madre, aunque más tranquila, empezaba también á temer por el éxito de la fiesta; eran ya más de las diez y media y todavía no se había presentado nadie; en América era la gente más puntual. Pero no recordaba que en aquel país tenían relaciones más íntimas, que aun muchas veces los amigos iban á comer con ellos y hasta á ayudarles en los preparativos consiguientes en días extraordinarios.

Los dos hermanos se miraban y ni siquiera tenían ganas de hablar; se consideraban humillados y desanimados. Eduardo estaba muy furioso, Fanny casi lloraba.

Por último oyeron un coche que se paraba á la puerta.

– Ya viene alguien, dijo Eduardo.

– Me parece que vendrán ocho ó diez personas en junto, dijo Fanny, y haremos una bonita figura con todos nuestros preparativos; casi sería mejor que no viniese nadie; al menos podríamos acostarnos y no pasaríamos por el bochorno de tener testigos de nuestro fracaso.

– No tengas cuidado, que ya vendrán, le dijo su padre; toda vez que han empezado á llegar algunos, no se harán esperar mucho los demás.

(Continuará)

LA INDUSTRIA DEL PETRÓLEO

EN LA PENÍNSULA DE APSHERON

Exceptuando la del carbón y la del hierro, tal vez no haya para el hombre industria de mayor importancia que la del petróleo. Aunque los antiguos lo conocían, este producto natural sólo en estos últimos cincuenta años ha pasado á ser, de una curiosidad medicinal, un artículo indispensable. Hoy se encuentra el petróleo desde la cabaña más humilde hasta el palacio de los ricos; y de algún tiempo á esta parte, no sólo se emplea como substancia para alumbrar, sino para diversos usos en la industria, donde los ingenieros mecánicos tratan de sacar el mayor partido posible del combustible. Para ello se valen de dos métodos, que consisten: uno, en aumentar la eficacia del vapor aumentando el calor; el otro, sustituyendo el vapor por gases explosivos. En este método, como es bien sabido, se fundan los motores de petróleo.

No está lejos el día en que los tintes, los medicamentos y las substancias sacarinas se saquen del petróleo como se sacan del alquitrán del carbón.

El petróleo crudo se encuentra en grandes cantidades en la América del Norte, el Cáucaso, Rumanía, en las Islas de la Sonda, Japón, Alemania y otras regiones. De él se saca la bencina, la kerosina, la vaselina y la parafina.

La profundidad á que se encuentra el petróleo varía de 50 á 500 metros. Aunque se obtiene y refina de varios modos en los distintos países en que se encuentra, el principio es siempre el mismo. El mejor sistema típico de perforar los pozos y de refinar el producto se encuentra en la península de Apsheron ó en el Mar Caspio, que en importancia es hoy la segunda región del mundo.

Algunas veces la presión con que brota es de terrible fuerza, llegando la corriente á la altura de 100 metros, y da en veinticuatro horas unas 17.000 toneladas métricas de aceite.

En algunas ocasiones la erupción dura en un pozo muchos meses, haciendo millonarios de sus dueños. A veces los depósitos de tierra que se forman para recogerlo cuando brota con violencia no son suficientes para contenerlo, y ocurren entonces verdaderas avenidas que con los gases inflamables que salen simultáneamente presentan grandísimo peligro á los habitantes de las regiones en que se hallan los pozos. Cuando se enciende uno de éstos, el espectáculo sublime que presenta desafía toda descripción posible del ruido inmenso con que sube la corriente y el calor que se extiende á grande distancia. Es imposible apagar las llamas; y el hombre, á pesar de su orgullo, permanece impotente delante del incendio hasta que el pozo se apaga con la arena y la piedra que de por sí se acumulan y terminan el aterrador incendio.

En la península de Apsheron hay dos regiones de petróleo, la de Balakani-Sabuntchi-Romani, y la de Bibi-Eybat. Los pozos de Apsheron dan 7.100.000 toneladas métricas de petróleo anualmente. Desde los pozos del artículo en crudo pasa por una distancia de siete millas y media hasta la «Ciudad Negra,» donde se le destila, y centenares de factorías lo convierten en kerosina, bencina, aceite lubricante y masut ó combustible líquido. Todos esos productos pasan de Astrakán al interior de Rusia, ó á Batum, punto del Mar Negro, desde donde se transporta á toda Europa, al Asia y al Africa.



GUERRA ANGLO-BOER. – La calle del Mercado en Pretoria (de fotografía de Miss Struthers)

LOS ANIMALES PEREZOSOS

¿Existe la pereza entre los animales? No es fácil contestar á esta pregunta, porque las manifestaciones de ese defecto no son muy claras, razón por la cual ningún fisiólogo se ha ocupado de este asunto. La inmovilidad que se observa en muchos animales, por ejemplo en los desdentados, depende de su manera de ser y no de la pereza, es decir, de la negligencia de cosas que constituyen un deber. Hay, sin embargo, un caso en que la pereza puede manifestarse en hechos tangibles, y es en el momento en que tienen necesidad de un nido para sus crías.



GUERRA ANGLO-BOER. – Campamento inglés en las inmediaciones de Mafeking (de fotografía de Miss Struthers)

En efecto, sucede á menudo que algunas aves, para evitarse el trabajo de construir una vivienda, se apoderan de los nidos de sus congéneres ó de otras especies: en este caso, el robo es evidentemente una derivación de la pereza.

Este hecho no es común, pero sí bastante frecuente, y así vemos gorriones que roban los nidos de las golondrinas, y cascanueces que se apoderan de los de las ardillas después de haber arrojado de ellos á sus dueños legítimos.

Rapaces son también el Kopez vespertino, que á menudo se apodera de los nidos de urraca, y el milano real, que roba, cuando puede, los nidos de corneja ó los de halcón abandonados.

Una de las aves más ladronas es el martinete, que, á pesar de su aspecto, no tiene las mismas costumbres que la golondrina: anida en las grietas de los muros y de los campanarios y las más de las veces arroja de sus nidos á los gorriones y á los estorninos para apoderarse de ellos. Cuando no logra desde luego su intento, atormenta de tal manera á la hembra que incuba, que ésta no tiene más remedio que cederle el puesto. Asimismo roba los nidos de los cernícalos, colirrojos, palomos, papamoscas, etc.

El martinete, hasta cuando se ve obligado á construirse su nido, toma los materiales de otro, del de un gorrión, por ejemplo.

Otros pájaros demuestran su pereza construyendo nidos informes ó mal dispuestos: entre estos nidos debe citarse el del estornino, que consiste en briznas de paja depositadas de cualquier manera en el hueco de un árbol. Lo mismo sucede con el acridotero triste, cuyo nido es un simple montón grosero y mal formado de hierbas secas, trapos y plumas. Muchas veces, como ha hecho observar el mayor Norgate, este nido está situado en sitios mal escogidos, como por ejemplo en el canalón de un tejado, así es que en cuanto llueve el agua arrastra el nido y á los pequeñuelos. Los piranguas de América figuran entre los pájaros cuyos nidos están mal colocados en la rama que los sostiene, hasta el punto de que basta una pequeña sacudida para hacerles caer.

El podágero humeral forma su nido, muy plano, con pequeñas astillas colocadas en la horcadura de una rama horizontal, y este nido, según las observaciones de J. Verreux, está tan mal construído que se puede ver la luz al través de todas las substancias que lo componen. Cuando el nido está demasiado expuesto al sol y los pequeñuelos son demasiado grandes para que la madre pueda abrigarlos, los padres los transportan á la cavidad de algún árbol, salvando de este modo de una muerte cierta á una parte de su cría, puesto que á medida que los guácharos crecen el nido resulta insuficiente. El pájaro tiene, por consiguiente, conciencia de la insuficiencia del nido, y á pesar de ello no lo hace mayor. ¿Será esto efecto de su pereza?

Algunos pájaros ni siquiera construyen nidos. El mochuelo común se limita á escoger una cavidad conveniente debajo de las piedras, en una roca, en un muro viejo, en el tronco de un árbol carcomido, depositando allí sus huevos sin colocar en ella ningún objeto extraño. El scops de la Carniola se contenta con depositar sus huevos en los agujeros de las paredes, en los huecos de los árboles viejos ó debajo de los tejados de las casas. El alucón tampoco se toma la molestia de construir un nido y deposita sus huevos en un rincón cualquiera sobre un montón de cascote. Los chotacabras ponen sus huevos en el suelo, en un sitio oculto, pero sin escarbar la tierra; los colimbos árticos los ponen sobre una piedra desnuda en medio de guijarros que ni siquiera se toman el trabajo de apartar. La abubilla anida en el tronco de los árboles; pero lo que demuestra que obra así por pereza, es que cuando no encuentra cavidades á su disposición construye nidos ordinarios con hierbas secas, raíces y estiércol.



ISLAS FILIPINAS. – ISABELA DE BASILÁN. – VINTA (PIRAGUA) MORA NAVEGANDO POR LA SILANGA DE BASILÁN (de fotografía de M. Arias y Rodríguez)

Muchas serpientes y dos especies de aves, la leipoa ocelada y el megapodo tumulus, para evitarse el trabajo de la incubación colocan sus huevos en materias vegetales en fermentación cuyo calor basta para provocar la salida del polluelo del huevo.

Varios insectos, lo mismo que los pájaros, se apoderan de nidos abandonados construídos por individuos de su propia especie ó de especies análogas. ejemplos de ello, los calicodomos y los xilocopos.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.



LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

APLICACIONES DEL SUERO FISIOLÓGICO EQUINO, por el *Dr. Vidal Solares*. – El reputado fundador y director del Hospital de Niños Pobres de Barcelona Dr. Vidal Solares hace en este folleto un estudio completo y razonadísimo del tratamiento hematoterápico, de los efectos fisiológicos del suero equino, demostrando la eficacia del mismo en ciertas enfermedades de la infancia con interesantes ejemplos tomados de la clínica del referido hospital. El folleto, que contiene varios grabados, forma parte de la Biblioteca de los «Archivos de Ginecopatía, Obstetricia y Pediatría,» y se vende en las principales librerías.

ESTUDIOS ECONÓMICOS SOBRE LA RIQUEZA DE ESPAÑA Y LA EQUIDAD TRIBUTARIA, por *Juan J. López Bernal*. – Dado el interés tan excepcional como merecido que hoy despierta la situación financiera y administrativa de nuestra patria, el folleto del Sr. López Bernal es digno de ser meditado. Sin aceptar ni rechazar por nuestra parte las soluciones que el autor propone para resolver el importante problema de nuestra regeneración económica, nos limitaremos á decir que hace un detenido estudio del presupuesto de ingresos, del sistema tributario y de las relaciones entre el contribuyente y la administración, propone un sistema para cambiar gradualmente la tributación y termina indicando las reformas que en ésta y en el procedimiento administrativo deberían introducirse para que España se reorganizara y regenerara económicamente. El folleto del Sr. López ha sido impreso en Sanlúcar de Barrameda.

APUNTES PARA UNA DESCRIPCIÓN GEOLÓGICO-MINERALÓGICA DE LA PROVINCIA DE SEVILLA, por *D. Francisco de las Barras de Aragón*. – El Ateneo y Sociedad de Excursiones de Sevilla en el certamen científico literario de 1895 á 1896 premió este trabajo del docto catedrático por oposición de Historia Natural, quien en la introducción del libro dice con una modestia que le honra que su aspiración se ha limitado á recopilar todo, ó la mayor parte al menos, de lo que acerca de la geología y mineralogía sevillana se ha escrito y que, disperso en revistas y trabajos sueltos, es siempre de difícil consulta. Esta labor de ordenar y clasificar es ya por sí sola suficientemente meritoria; pero en el libro del Sr. Barras de Aragón hay indudablemente, además de esto, no pocos materiales allegados por la observación y el estudio propios del autor. El libro que nos ocupa va ilustrado con algunos grabados y ha sido impreso en Palencia en la imprenta de Alonso é hijos.

ESTUDIOS SOCIALES, por *D. Víctor Arreguine*. – El distinguido escritor y pensador notable argentino Sr. Arreguine ha publicado una serie de estudios sociales cuyos interés é importancia se comprenden con sólo enumerar los títulos de los mismos: el suicidio, la presencia en política, la moral evolutiva, el homicidio político, nupcialidad comparada, criminalidad infantil, la imaginación, tales son los temas que el Sr. Arreguine trata en su libro, y si la enunciación de los mismos basta ya para demostrar el cuidado con que el autor ha procedido en su elección, la lectura de los capítulos á cada uno consagrado, no solamente confirma la buena impresión del primer momento, sino que también constituye la mejor prueba de la competencia con que el autor ha sabido desarrollarlos en elegante estilo y con multitud de pensamientos y observaciones atinadísimas. *Estudios sociales* ha sido impreso en Buenos Aires por la Compañía de Billetes de Banco.

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE BENEFICENCIA DE SANTIAGO DE CHILE. 47.ª MEMORIA CORRESPONDIENTE AL PRIMER SEMESTRE DE 1899. – De la lectura de esta Memoria se desprende los excelentes servicios que aquella benéfica institución presta á nuestros compatriotas residentes en Chile, atendiéndolos en sus enfermedades y costeando los gastos de entierro de los asociados y de otros españoles que no siendo miembros de la misma se acogieron á su amparo. Para dar una idea de la importancia de esa Sociedad bastará decir que los socios existentes en 30 de julio último, fecha de la Memoria, eran más de 2.100.



ISLAS FILIPINAS. – ISABELA DE BASILÁN (MINDANAO). – VISTA GENERAL DEL PUEBLO (de fotografía, propiedad de M. Arias y Rodríguez)

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Revista Contemporánea, revista quincenal madrileña de Ciencias, Letras, Ingeniería y Arte Militar; *Boletín Bibliográfico Español*, boletín mensual publicado en Madrid con autorización oficial del Ministerio de Fomento; *La energía eléctrica*, revista madrileña general de electricidad y sus aplicaciones, publicación decenal ilustrada; *El seguro*, boletín de la Sociedad española mutua de seguros «Austria y Hungría» que se publica en Madrid; *Porta-Cœli*, periódico semanal valenciano, propagandista del Sanatorio de pobres de su nombre; *La Nación Militar*, semanario ilustrado madrileño, independiente, de Ciencias Sociales y Militares, Literatura y Artes; *Boletín mensual de Estadística de Policía de la provincia de Buenos Aires; Boletín del Instituto Americano de Adrogué* (República Argentina), publicación mensual.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XVIII — Barcelona 6 de noviembre de 1899 — Núm. 932

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



PAJARILLO ENJAULADO, cuadro de Hugo Kœnig

(de fotografía de la Sociedad Fotográfica de Berlín)

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el cuarto tomo de la presente série, ó sea la VIDA DE LA VIRGEN según la Venerable Sor María de Jesús de Agreda, con un extenso prólogo de la eximia escritora doña Emilia Pardo Bazán. Además de ir acompañado el texto con diversidad de preciosas láminas antiguas y modernas, éstas dibujadas por el inmortal Gustavo Doré y que reproducen los más interesantes episodios de la vida de la excelsa Reina de los cielos, van ilustrados todos los capítulos con alusivos dibujos y viñetas originales de D. A. de Riquer.

SUMARIO

DE EUROPA

Al escribir el epígrafe de esta crónica, me doy cuenta de que debería sustituirlo por otro más amplio y comprensivo, pues no se habla aquí de Europa solamente, sino de todos los países del globo. Así es que, desde el primer día del año 1900, que á más andar se acerca, modificaré el título, rindiendo tributo á la verdad.

***

La guerra ya briosamente iniciada por el Transvaal contra Inglaterra, es la actualidad, lo que despierta interés profundo (aunque egoístamente platónico) en los países civilizados; pero está en ese período en que los relatos de los diarios y los telegramas de las agencias son una maraña contradictoria, alterada forzosamente por la presión de Inglaterra. Por ahora David ha metido en un puño á Goliath. Las heroicidades de los boers, que yo tengo por artículo de fe, perderán bastantes quilates al pasar por el tamiz de la prensa y del telégrafo. Sin embargo, ya sabemos á punto fijo que las primeras funciones militares han costado caras á los ingleses; la sangre ha corrido, y empieza á cumplirse el anuncio viril del presidente Kruger: «La pérdida de la independencia del Transvaal se pagará á un precio que asombrará al mundo.»

¡Benditos sean los que saben defender la independencia, el don más inestimable y más alto!

***

Antes de hablar de ciertas costumbres de los Estados Unidos, no quiero que se me quede olvidado un pequeño incidente de la gran tragedia francesa, el proceso del capitán Dreyfús. Todavía palpitan y se agitan retorciéndose con furor los trozos de la serpiente que quería ahogar á Francia; y todavía los manejos, las intrigas, las maquinaciones y las pasiones siguen teniendo por objeto al ex cautivo de la isla del Diablo.

Después de la tentativa de asesinato contra Maître Labori, el inteligentísimo é incansable defensor de Dreyfús, los antirrevisionistas se dedicaron á proclamar que se trataba de una invención revisionista, de una simulación hábil, y que no había existido tal herida, ni tal riesgo de muerte. Para robustecer el aserto dícese que fingieron que una bala de caucho ó goma elástica había aparecido bajo la suela de un ayudante, en el sitio donde fué herido el notable jurisconsulto, y proclamaron el hallazgo de la bala, divulgándolo como apoyo de su hipótesis. Verdad es que la tal bala de goma apareció dos meses después del atentado; pero el público no se fija mucho en tales pequeñeces. «Siempre podrá mañana recoger la historia el dato contrahecho, la bala de goma que viene á reemplazar al auténtico proyectil que la radiografía ha patentizado en la espalda de Labori, incrustado en el hueso, y que en vano intentaron extraer los facultativos.»

***

La superstición de los espartanos, que suponían incompatible la riqueza con la libertad, parece demostrada en los orígenes de la guerra que acaso deje sin patria á los boers. Echados ya de la costa de Africa por la avidez y el exclusivismo de los ingleses, tuvieron que replegarse tierra adentro, dedicándose al pastoreo y á la agricultura. Quiso la mala fortuna que en los campos donde sólo buscaban pan los colonos holandeses, apuntasen ricos veneros de oro. Desde entonces Inglaterra los mira como á su presa el leopardo. No podemos, no, evitar que la indignación rebose y se derrame sobre el papel en frases severísimas, cuando la Gran Bretaña se quita la máscara y aparece ante el mundo civilizado, lanzándole un reto, descubriendo ya sin pudor su verdadero carácter, detrás del trampantojo de su eterna hipocresía. Esa inquietud de la conciencia que Taine nos presenta como rasgo peculiar del pueblo inglés, esa necesidad de la sanción moral para los actos, no han impedido hasta la fecha ningún delito colectivo de la Gran Bretaña. Hay que envidiarles su vigor, su orgullo, su robustez, su firmeza, sus músculos, su instrucción, su dinero, su espíritu de solidaridad nacional; ¿pero su conciencia? Después de lo del Transvaal, si hacen todavía alharacas de humanitarismo, será cosa de abrir una suscripción para regalar á Inglaterra una capa de plomo, dorada por fuera, con la cual pueda dignamente presentarse en el quinto círculo del Infierno dantesco, donde giran los hipócritas, de quienes el poeta dice:

> Bajo el peso de capa tan siniestra
> y con su andar tan lento, en su mesura,
> cada paso otra sombra al lado muestra (1).

***

Sin salir de la raza sajona, pasemos á la América del Norte y consideremos una de las úlceras de su civilización, que según recientes estudios ha llegado ya á adquirir las proporciones de un mal social. Trátase de sus archimillonarios, de los que allí se llaman *reyes* de tal ó cual ramo importantísimo de la industria: reyes del petróleo, del azúcar, del acero, del cobre, del trigo, de los ferrocarriles: gente que atesora más caudal, en efecto, que los monarcas.

Han solido los historiadores de los Césares romanos reconocer que no pueden explicarse las rarezas, desmanes y crímenes cometidos á porfía por tantos emperadores malditos de la posteridad, sino suponiendo que el exceso del poder, la facultad ilimitada de mandar sin obstáculos, sin trabas, ni en lo humano ni en lo divino, engendra una especie de locura ó vértigo violento, una verdadera psicosis – algo que debiera ser tratado por la medicina. – Las vergonzosas nupcias de Nerón con el liberto Esporo; los delirios de Heliogábalo; las depravaciones de Tiberio; las crueldades de Domiciano, y sobre todo, el hecho significativo de que hombres al parecer cuerdos y sensatos se convirtiesen en monstruos poco después de haber subido al solio del mundo, obligan á aceptar la explicación. Ahora bien: en un país como los Estados Unidos – donde á pesar de los *cuatrocientos* no hay aristocracia propiamente dicha, ni monarcas, ni dictadores – esos *reyes* comerciales, que apalean la plata y pueden empapelar su despacho con *bank notes*, son en efecto el poder desenfrenado, sin coto ni valla; porque no sólo en Norte América, sino en todo el mundo, y más en los países de civilización violenta, el oro manda, gobierna y es señor absoluto, y ante él se doblega la sociedad. Y esos nuevos Césares, que en vez de lictores y pretorianos llevan ante sí el arca de los caudales, ni son menos tiránicos, ni cometen menos extravagancias, ni están menos atacados de vesania que los de Roma.

***

Cuando el capital es excesivo, desmedido, enorme, infinito al parecer, y le sobraría casi entero á la persona más refinada y aficionada al lujo, se plantea un problema muy arduo: el de invertirlo, inventando goces y deseos para satisfacerlos. Y como la escala de los goces es corta, no hay manera de derrochar sino apelando á hacer disparates que no proporcionan ningún verdadero placer, pero deslumbran y aturden á los espectadores. Así como los Césares hacían venir de los confines de la tierra manjares rarísimos y esclavos exóticos, los archimillonarios americanos corren tras de lo raro, desconocido, costoso y distante, aunque valga menos que lo que pueden adquirir á dos pasos de su casa. El hijo de Federico Vanderbilt construye en Nueva York un palacio, reproducción exacta del de la Malmaison, en el cual invierte diez millones de francos; la señora Stuynesant Fish copia, en Nueva York también, el palacio de los Dogos en Venecia; Jay Goulise erige un mausoleo que cuesta sesenta mil duros; otro ricacho se pica de honor y construye uno de ochenta mil; á escape, un nuevo millonario se prepara un panteón de ciento veinticuatro mil; y el rey del cobre, el senador William Clark, no consiente quedarse atrás, y se edifica un sepulcro de granito, bronce, mármoles, mosaicos y cristal, que alcanza á los doscientos mil duros de coste. Cuando pensamos que los nombres inscritos sobre esas tumbas magníficas no dejan la menor huella en los anales de la humanidad; cuando reflexionamos que nadie irá nunca á contemplar esos monumentos fúnebres de una suntuosidad neroniana, y siempre habrá quien vaya á visitar la tumba de Abelardo y Eloísa ó la losa que cubre los restos de Chateaubriand..., nos entra una alegría idealista, y nos parece que el oro, á pesar de todo, no ejerce tan incontestable poder...

***

Indudablemente el despilfarro que menos placeres representa es el de la sepultura. Algo más práctico me parece el de los trapos, adornos y perifollos, que hacen las archimillonarias. La señorita de Astor, cuando viaja, se lleva consigo nada menos que ciento veinte trajes. Su ropa blanca colma treinta y seis baúles. Cada vestido le cuesta de tres á doce mil pesetas. Sus collares de perlas valen un reino. Otra señorita soltera, la Churchill, gasta camisas con encajes tasados en cuatro mil pesetas. Hay señoritas que poseen cien pares, no sólo de tacones, sino de zapatos; las hay que reciben un anillo nupcial con un solitario de un millón de reales, y hacen ejecutar su tálamo en oro macizo. La prensa nos refiere á veces pormenores de las bodas entre archimillonarios, y hay quien sacude la cabeza, no queriendo dar crédito á tales excentricidades y locuras. Parece, sin embargo, que ni la mitad de lo que se disparata allí llegamos á saber aquí.

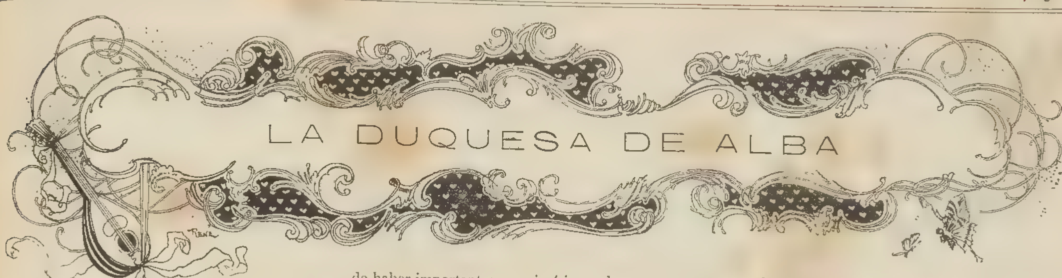
Perros que valen cinco mil duros y se mantienen de carne especialmente escogida; otros que asisten, coronados de crisantemos blancos, á la boda de su ama; lacayos etíopes, jefes de comedor turcos, jardineros chinos y cocineros japoneses; todo lo que el caprichoso puede discurrir se lo procuran los archimillonarios. No buscan lo bueno ni lo bello, sino lo extraño, lo lejano y lo caro, sobre todo. Una especie de frenesí se apodera de las cabezas y obliga á cometer los actos más estrambóticos y hasta más arriesgados. Las señoritas, por apuesta, se arrojan á un pilón, ó se meten en el mar vestidas y calzadas, ó se tiznan la cara y se visten de camareras y sirven una comida. Los señoritos se cotizan para fundirle á una mala actriz una estatua de oro puro. El oro se les sube á la cabeza; el oro les asfixia; lo tiran por la ventana, en un acceso de fiebre violenta, de calentura suicida é inexplicable. Un archimillonario, dueño de cuarenta y dos millones de francos, los disipa en cinco años, y muere de consunción, aniquilado por los excesos. Otro, en dos años, despabila seis millones de dollars. Referir el *cómo*, sería repetir la eterna historia de la estupidez humana.

***

Y ya el pueblo empieza á encenderse en odio sordo contra esos insensatos, que no saben ni administrar la inmensa fortuna que deben á la ciega suerte. Cada día – y esta nueva debe causarnos satisfacción á los españoles – crece la impopularidad del presidente Mac Kinley, á quien apoya esa plutocracia demente unida á los cesaristas, que sueñan con el dominio del mundo. En cambio adquiere simpatías Bryan, que representa las tradiciones de honradez, laboriosidad y sencillez que engrandecieron á los Estados Unidos. En la calle, en las estaciones de ferrocarril, la multitud silba á los archimillonarios.

EMILIA PARDO BAZÁN

(1) Traducción de Bartolomé Mitre.



LA DUQUESA DE ALBA

Una de las últimas noches del mes de diciembre del año 1877 estaban abiertos de par en par é iluminados y adornados con todas sus galas los salones del palacio de la condesa del Montijo, tan famosos en los anales de la sociedad madrileña.

Ya hacía mucho tiempo que la venerable é ilustre dueña de aquella suntuosa morada no daba grandes fiestas, y sólo un suceso extraordinario pudo hacerla recordar sus pasados esplendores, sobreponiéndose al cansancio y á la fatiga de los años y borrando, por algunos momentos, las tristezas que sufría desde la caída del Imperio, de que fué sol brillantísimo su hermosa hija la emperatriz Eugenia.

El suceso que quería celebrar era la boda de su nieto el duque de Huéscar, primogénito de la ilustre casa ducal de Alba de Tormes, que el día 11 de aquel mes se había unido con sagrados lazos á la bella doña María del Rosario Falcó y Osorio, XXII condesa de la Siruela, grande de España é hija de los duques de Fernán Núñez.

Ya la anciana condesa del Montijo, sentada en un sillón, adornado el busto con sus mejores joyas y asistida por su sobrina la condesa de Nava del Tajo, había recibido á gran parte de las notabilidades de la aristocracia de Madrid, cuando se presentó la heroína de la fiesta. Tenía entonces veintitrés años y estaba en todo el esplendor de su belleza: un traje de raso color de oro viejo y terciopelo azul, bordado de rubíes, realzaba su esbelta figura, y no llevaba por adorno más joyas que un espléndido y artístico clavel de brillantes, regio don que la que había sido soberana de Francia había puesto en su canastilla de boda.

Era la primera vez que se presentaba en sociedad después de su boda, y todos los que la vieron estuvieron acordes en convenir que la que había nacido bajo los artesonados del palacio Cervellón, continuaría dignamente las tradiciones de belleza y de elegancia unidas al palacio de Liria, que era después de su boda su morada.

Aquella fiesta fué la última del famoso palacio de la plaza del Angel. Su ilustre dueña murió á poco de darla en honor de su nueva nieta, y á los cuatro años, esto es, en 1881, heredaba el esposo de ésta el título de duque de Alba y todos los de su casa por la muerte de su padre.

La condesa de Siruela, la duquesa de Huéscar, pasaba, por lo tanto, á ser duquesa de Alba, y desde aquel momento se dedicó á realzar el prestigio del ilustre nombre que llevaba, desplegando para ello las delicadezas de su buen gusto, las claridades de su ingenio y la laudable actividad, que es una de sus cualidades características.

Es sabido que la casa Alba de Tormes es una de las primeras de la aristocracia de España. Parte de D. Hernando Alvarez de Toledo, Señor de Valdecorneja, General de las galeras de Ecija y Jaén, Adelantado Mayor de Cazorla, Alguacil Mayor de las ciudades de Toledo y Avila, Capitán general de la frontera de los moros y Copero Mayor del rey D. Juan II; se ilustra con el segundo duque, conquistador del reino de Nápoles, que murió gloriosamente en el campo de batalla; con el famoso Capitán general gobernador de Flandes y conquistador de Túnez y de Portugal, al que la historia llama el gran duque de Alba; se enlazó con los Stuardos, unió á sus títulos los ducados de Berwich y de Liria, y descolló, en fin, en todos los períodos de la historia.

En el archivo de tan ilustre casa no podía menos de haber importantes y curiosísimos documentos referentes á los sucesos de más trascendencia para España y que arrojasen luz sobre períodos en los que más brilló por su grandeza la nación descubridora de las Indias y señora de Italia, de Flandes y de vastos territorios de la vieja Europa.

En este archivo se fijaron la atención y la inteligencia de la joven duquesa, y consagrándole todo el tiempo que la dejaban libre sus atenciones de madre de familia y sus deberes sociales de gran señora y de dama de la reina, se dedicó á sacar á luz lo más importante que allí se guardaba.


LA DUQUESA DE ALBA

Este es el origen de los tres preciosos volúmenes que hasta ahora lleva publicados la señora duquesa de Alba.

«Me propuse – dice en el prólogo del primero, que vió la luz en 1891 – formar un archivo histórico con absoluta independencia del administrativo, y apenas hecha esta separación me consagré á la agradable tarea de registrar legajos. Pronto hallé algunos documentos de tal interés histórico, á mi parecer, que me resolví á publicarlos, para lo cual no tuve más tropiezo que la dificultad de elegir lo mejor entre tanto bueno.»

Con decir que los documentos del primer volumen contienen noticias nuevas y curiosas de América, Roma, Inglaterra, Flandes y Portugal, y de personajes como Colón, Fernando V, Carlos I, María Stuardo, Isabel de Inglaterra, Bárbara Blonberch, D. Juan de Austria, el gran duque de Alba, el rey D. Sebastián, el marqués de Santa Cruz, Felipe II, su hijo el príncipe Carlos, Montigni, el príncipe de Orange, Catalina de Médicis, Pío VI, Ayora, Legazpi, Arias Montano, Fray Luis de Granada, Guicciardini, Zurita y otros, está demostrado el importante servicio que ha prestado á las letras y á la historia de su patria la joven y hermosa dama que encuentra uno de sus mayores regocijos en registrar y leer los viejos pergaminos.

El segundo volumen de los ordenados y publicados por la duquesa, fué una de las galas del tercer centenario del descubrimiento de esa América que acabamos de perder, y contiene documentos relativos al glorioso acontecimiento; y el tercero es una preciosa reproducción artística de lo mejor que la noble é inteligente dama ha encontrado en el archivo y lo ha creído digno de figurar, como joya de gran precio, en las vitrinas con que ha enriquecido los salones del palacio que fué á animar y embellecer con su encantadora presencia el año 1877, y en el que ya han nacido varios hijos, fruto de su feliz unión con el heredero de tantas grandezas.

Joven todavía y colocada en lo más alto de la esfera social, la duquesa de Alba hace una vida más recogida que brillante; gústale más la intimidad de su hogar que el bullicio de las fiestas, aunque no deja de asistir nunca á las solemnidades á que la llama su rango.

Se adorna principalmente con perlas, de las que tiene una colección preciosa y riquísima que ella misma ensarta y dispone en delicados hilos, y en todos sus actos se revela la gran dama que no hace ningún esfuerzo para serlo.

Consagra todos los años algunos días á acompañar á su tía la emperatriz Eugenia, y el resto del tiempo le distribuye entre su palacio de Madrid y el castillo de sus padres en Bélgica, lleno para ella de cariñosos recuerdos.

Nació en la grandeza, le dió el cielo talento y belleza, y es digna de todo esto, despertando por dondequiera que pasa la admiración que se debe al mérito, y la simpatía y el respeto que inspiran las virtudes.

KASABAL

PENSAMIENTOS

Nada hay tan bajo como ser altanero con aquellos que están bajo nuestra dependencia.

MME. DE LAMBERT

El interés de los particulares está siempre en el interés común; querer separarse de éste es querer perderse; la justicia para los demás es una caridad para nosotros.

MONTESQUIEU

Mejor se juzga á un hombre por sus admiraciones que por sus antipatías.

ENRIQUE BOUCHER

Para conseguir el número de hombres inteligentes que es necesario para la prosperidad de una nación, más debe esperarse de un plan de educación de la juventud que de un plan de reforma. En ciertas situaciones un solo hombre instruído tiene á menudo el poder de prestar á su patria un inmenso servicio.

B. FRANKLIN

La palabra es el ropaje del pensamiento, la expresión es su armadura.

RIVAROL

Esperar una felicidad demasiado grande es un obstáculo para la felicidad.

FONTENELLE

Los que más se quejan de la brevedad de la vida son los que llegan á la muerte sin haber sabido vivir.

– La civilización no suprime la barbarie, la perfecciona.

– Progreso de ayer, rutina de mañana.

G. M. VALTOUR

La muerte es el acto más grande de la vida.

LAMARTINE



Cuando nos hacían desfilar, dejando las armas en pabellones, por ante aquel grupo de mariscales y generales del Imperio...

EL ALCALDE DE OCAÑA

(EPISODIO DE 1809)

I

Muchas veces me había tocado la mala, pero ninguna como aquella. Si dijera que hasta entonces no había asistido más que á victorias de nuestras armas, mentiría descaradamente. En el año y medio que llevábamos de lucha con el francés, más habían sido nuestros descalabros, gloriosísimos muchos de ellos, pero descalabros al fin, que no los triunfos; y con decir que me había encontrado en Espinosa de los Monteros, en el Gamonal y en Medellín, excuso decir que las había visto duras, pero muy duras.

Sin embargo, como de aquellas derrotas mal ó bien habíamos conseguido escapar y de esta no, en aquellos momentos, pese á nuestro ardor patriótico, que era mucho, más sentíamos el fracaso personal que no la grandísima y fatal trascendencia que podía tener aquella función de guerra para la causa de la nación y el trono legítimo.

No necesito decir cuánta era ésta, ni tengo para qué entrar en detalles del combate. Los incidentes de la batalla de Ocaña se han referido tantas veces, de tan diversas maneras se ha comentado un desastre, atribuído por unos á la desgracacia, por otros á la impericia de nuestros generales, por nadie á falta de arrojo de los españoles, que ocioso sería hablar de ello.

Del 19 de noviembre de 1809 no he de recordar más sino que nuestras tropas dejaron sobre el campo de batalla de cuatro á cinco mil muertos, y que los franceses, amén de tomarnos cuarenta piezas de artillería y treinta banderas, nos hicieron más de trece mil prisioneros, entre los que se contaban tres generales, seis coroneles y cerca de setecientos oficiales.

II

Yo, que era teniente por aquel entonces, servía en el regimiento de Burgos, uno de los que más se distinguieron en el encuentro del día antes á las órdenes del general Freire, y el mismo cuya bandera, enarbolada por Lacy, nos sirvió de enseña en los comienzos de la batalla para rechazar á las divisiones de Varsovia y de la Confederación del Rhin, dirigidas por Laval.

De que no me tocó estar ocioso, tampoco tengo por qué hacer mérito. En aquella funesta jornada, que no sin razón tuvieron los franceses por desquite de Bailén, nadie lo estuvo. Del comportamiento de los dos batallones de Burgos, basta apuntar que mereció especiales y calurosos encomios del general Zayas. Pero de poco ó de nada sirvió el heroísmo de nuestros soldados. Los treinta y cuatro mil hombres de que se componía la fuerza enemiga se batieron con un denuedo sólo comparable al nuestro y quizá con mejor organización, y el resultado fué el que llevo dicho ya.

¡Y qué doloroso fué el cuadro de que luego fuimos actores y espectadores á la vez! Cuando nos hacían desfilar, dejando las armas en pabellones, por ante aquel grupo de mariscales y generales del Imperio, del que se destacaban los ostentosos uniformes de Soult, Mortier, Sebastiani y Víctor, formando contraste con la sencillez del que vestía el titulado rey José, el que más y el que menos envidiábamos la suerte de los que se quedaban para siempre mordiendo el polvo de aquellos llanos desde entonces tristemente célebres.



Partí á un medio galope que no inspirara sospechas...

III

Eso sí, injusto sería callar que los franceses nos trataron con todas las consideraciones compatibles con nuestro estado. Al rey José le bastaba el efecto que contaba producir haciéndonos entrar en su corte como muestra de que aquella vez era de las pocas en que los partes de la *Gaceta* no mentían del todo, y lejos de extremar las humillaciones y de dejarnos sentir la dura mano del vencedor, se cuidó con particular esmero de que, sobre todo á los oficiales, se nos alojase dignamente hasta el momento de ponernos en marcha para la capital.

A mí me dieron por albergue una plaza de la misma población de Ocaña, donde los dueños se desvivieron por que nada nos faltara ni á mí ni á otros compañeros de infortunio.

Sin embargo, todo lo que pudieron darnos fué un mediano refrigerio y un lugar en el granero donde tomáramos el descanso de que tan necesitados estábamos.

Breves minutos hacía que ese sueño intranquilo de los momentos de angustia había cerrado mis fatigados párpados, cuando el ruido de unas voces me despertó lleno de sobresalto, casi al mismo tiempo que me veía rodeado de un grupo, que luego supe se componía del mismo alcalde de Ocaña y de sus más escogidos alguaciles.

– En nombre de S. M. D. José I, dése preso el más redomado bribón que ha vestido uniforme, dijo el monterilla tendiendo con solemnidad sobre mí la vara, símbolo de su jerarquía.

Como ni yo ni mis compañeros disponíamos de arma alguna, todo lo que pude hacer fué protestar del atropello que se hacía al fuero militar, y quieras que no, doblando la cabeza ante un permiso en forma del Estado Mayor francés de que había cuidado de proveerse el alcalde, me dejé conducir á empellones á la cárcel del pueblo.

IV

Del tiempo que estuve en el sucio y ahogado calabozo en que me encerraron, no tengo noticia siquiera. Sólo sé que hasta él llegó el rumor lejano de las tropas que se ponían en marcha hacia Madrid, y que de lágrimas se llenaron mis ojos al ver que ni el consuelo de seguir la suerte de mis compañeros de armas me era dado.

Algunas horas después, el alcalde, aquel alcalde de que tanto había renegado, se presentó solo en mi prisión, y antes de que tuviera tiempo de hacerle la menor pregunta, me tendió un papel diciendo:

– Caballero oficial, ahí tiene usted la prueba de su horrible delito.

Mi sorpresa llegó á su colmo cuando pude enterarme de que el documento en cuestión era una cariñosa carta que dirigía al alcalde, recomendándome eficazmente, mi tío el deán de Toledo, el único amparo de mi orfandad, el que me había servido de cariñoso padre en mi infancia.

– ¿Todavía no lo comprende usted?, murmuró la primera autoridad de Ocaña. Ayer me hubiera sido imposible salvarle.Esta noche, gracias á mis mañas, podrá usted tomar el caminoque más le plazca, y que ya sé yo que no será sino el que pueda llevarle á sitio donde con más fortuna que esta vez pueda sentar las costuras á esos perros gabachos.

Al oirle caí en sus brazos sollozando, no sé si por la suerte de la patria, ó si en recuerdo de las lágrimas que en aquellas horas estaría derramando por mí mi buen tío.

V

Cuando aquella noche el alcalde me sacó de la prisión disfrazado y no sin grandes precauciones, un brioso caballo perfectamente enjaezado y provisto de no escasas municiones de guerra y boca me aguardaba á la salida del pueblo.

– ¿Sabe usted á quién pertenece ese hermoso animal?, me preguntó mi desinteresado y generoso salvador presentándome el estribo.

– No es fácil que lo adivine, me limité á contestar.

– Pues nada menos, respondió el alcalde con énfasis, que al que pomposamente se llama á sí mismo rey de España y de las Indias, y que para nosotros ni pasa ni pasará de ser *Pepe Botellas* Como, amén de la alcaldía, desempeño la plaza de albéitar titular, pensando en usted le he retenido á pretexto de curarle de un torozón de que ya está perfectamente bueno y sano. Cuando llegue la ocasión de dar cuenta de él y de usted, ya veré yo el modo de arreglármelas. Ahora lo principal es saber si ese bruto que ha tenido la honra de llevar sobre sus lomos al rey menos rey que ha habido en el mundo, es lo bastante duro y resistente para poner en salvo á un español puro y neto.

– ¿Y usted sabe á lo que se expone?, pregunté dudando todavía si aceptar aquel tan generoso como arriesgado servicio.

– No lo ignoro, contestó el albéitar alcalde, pero de eso no se cuide el señor teniente. A pesar de que no falta quien me crea con mis pujos de afrancesado, tenga por cierto que si á costa de mi vida pudiera hacer lo que con usted con todos los prisioneros, ¡mal año si entraba uno solo en Madrid!

Dicho esto me despidió con rudeza. Yo, sin encontrar palabras con que mostrarle mi agradecimiento, partí á un medio galope que no inspirase sospechas á los centinelas que se veían á lo lejos, y antes de un cuarto de hora perdía de vista el teatro de uno de nuestros mayores desastres.

Si después pude hacer toda la campaña y basta pasar el Pirineo el año 14 combatiendo ya en su tierra á los que tan villanamente se habían querido apoderar de la nuestra, se lo debí en no poca parte al caballo del rey José, pero principalmente al alcalde de Ocaña.

ANGEL R. CHAVES

(Ilustraciones de E. Estevan)

EL TRIUNFO DE LA REPÚBLICA,

obra de J. Dalou

En 1879 el Consejo Municipal de París abrió un concurso para la erección de una estatua de la República que debía erigirse delante del arrabal del Temple. Procediendo por vía de eliminación, el jurado escogió tres proyectos, y en la segunda prueba fué aceptado el boceto de M. Morice como el que mejor se ajustaba á la idea que en el concurso había presidido. La obra de Morice álzase hoy en la plaza de la República.

Otro boceto, sin embargo, había llamado la atención, el de Dalou, que representaba una apología triunfal; y aunque por sus condiciones se salía de los límites fijados para el concurso, había en él tanta grandiosidad, tanto genio, que el Consejo acordó conservarlo para construir algún día el monumento tan admirablemente concebido.

En aquel entonces, Dalou se encontraba en Londres, adonde había tenido que huir después de los sucesos de la *Commune* en que tomó activa parte. En medio de las mayores privaciones, dolorida el alma por la condena que un gobierno republicano había lanzado contra él, tan ferviente adorador de la República, aprovechó el concurso del municipio parisiense para demostrar hasta dónde llegaba su amor á la institución por la cual había sacrificado su existencia. Aceptada su obra, Dalou volvió á Francia y hoy ha podido asistir á la consagración de su gloria.

En el monumento aparece la República sobre un carro triunfal arrastrado por dos leones; montado en el de la derecha se ve el Progreso sosteniendo la antorcha de la civilización. Alrededor del carro hay otras tres figuras: el Trabajo, personificado en un obrero con un martillo al hombro, la Justicia y la Paz. El conjunto es eminentemente alegórico y su belleza hállase realzada por multitud de detalles hábilmente dispuestos y maravillosamente ejecutados. Contemplando su obra, se comprende la afirmación que acerca de ella ha hecho un notable crítico, diciendo que «Platón el divino habría sin duda querido ver representada así la república por él soñada, libre de las impurezas de la realidad.» En ella ha puesto todos sus entusiasmos clásicos, toda la fe de su juventud, todas sus ilusiones, y de aquí el prestigio, la vida, la energía que caracteriza su grandiosa composición.

Dalou, de origen humildísimo, hijo de sus obras, ha tenido que luchar contra la miseria, contra los odios y rencores sobre él acumulados; á pesar de ello, su naturaleza artística á todo se ha sobrepuesto y ha acabado por imponerse á todos. De todas sus obras, ninguna demuestra en tan alto grado y de una manera tan viril y brillante la superioridad del ilustre escultor francés como ese *Triunfo de la República,* que será indudablemente uno de los monumentos más hermosos de la capital de Francia.

Se ha denominado á Dalou el Rubens de la escultura, y esta denominación es exacta si se tiene en cuenta la fuerza del dibujo, la anatomía del cuerpo humano, la enérgica musculatura, la vida y la sangre que por todas sus obras circulan. Pero Dalou supera al gran pintor flamenco en lo que se refiere al concepto del ideal, á la armonía de las líneas y al sentimiento de las proporciones, aun en las obras de grandes dimensiones. En la escuela francesa moderna no hay nada tan heroicamente bello como su Mirabeau en actitud de contestar al marqués de Dreux-Brezé: en aquella estatua se siente el soplo de la Revolución. - X.



El triunfo de la República

Monumento erigido en París en la plaza de la Nación, obra de J. Dalou

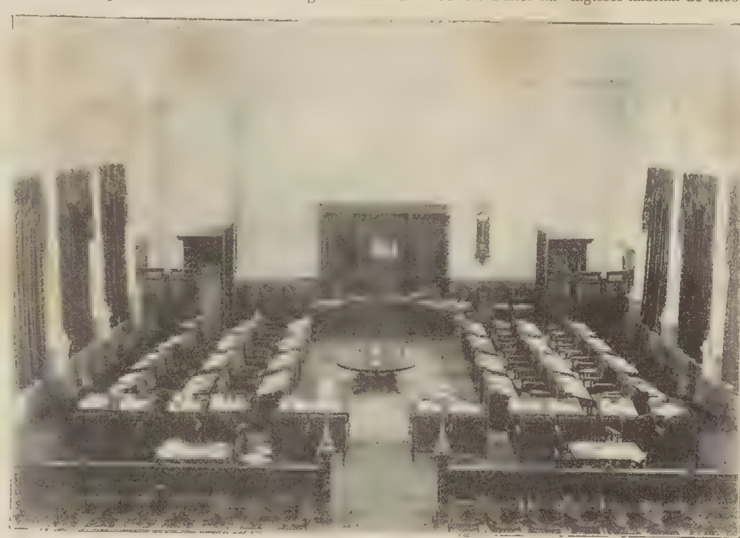
GUERRA ANGLO-BOER

A juzgar por las noticias que del teatro de la guerra nos llegan, á los ingleses les está saliendo la criada respondona: aquellos transvaalenses, á quienes sus actuales enemigos presentaban como pueblo bárbaro ó poco menos, parece que en nada han desmerecido desde 1881, fecha en que tan gran derrota infirieron á los ingleses, y el general Joubert que los acaudilla reverdece en la actual lucha los laureles conquistados en la anterior campaña.

Y cuenta que ahora los boers no se han limitado, como la otra vez, á la defensiva esperando que el adversario invadiera su país, sino que tomando la ofensiva han entrado en el territorrio inglés de Natal, en donde hasta el presente llevan ganadas victorias tan importantes como las de Glencoe y Lombarskop: en la primera fué herido el general inglés Symons y hecho prisionero poco después por los boers, por haber tenido que abandonar el general Yule á todos los heridos en su retirada de Dundee; en la segunda hubo de rendirse toda una división inglesa de 2.000 hombres, que al mando de un teniente coronel había recibido del general White orden de apoderarse de unas posiciones que resultaron inexpugnables

Por otra parte, las plazas de Mafeking y de Ladysmith están estrechamente cercadas por los boers, siendo inminente su rendición, pues es difícil que puedan resistir hasta recibir los refuerzos que en su socorro se envían.

En tanto el generalísimo Sir Redwers Buller ha desembarcado en la ciudad del Cabo con un buen contingente de tropas; pero el efecto que en el ánimo de éstas habrá producido la noticia de las derrotas sufridas por sus compañeros de armas habrá sido necesariamente desastroso.



GUERRA ANGLO BOER. – INTERIOR DEL SALÓN DE SESIONES DEL PARLAMENTO DE BLOEMFONTEIN (ORANGE)
De fotografía de Wright y Andrew

Como hemos dicho, hasta ahora los boers combaten en territorio inglés y la victoria corona sus esfuerzos. Mas aun suponiendo, y no es poco suponer, que tengan que retirarse de allí, todavía les quedaría el recurso de la lucha en su país propio, en donde los ingleses habrían de encontrarse con dificultades mucho mayores que las que hasta aquí se les han opuesto.

Inglaterra, al emprender la guerra contra los boers, tal vez no calculó bien las consecuencias que para ella pudiera tener; y si hoy, que empieza á tocarlas de cerca, se empeña en seguir adelante por puro amor propio, quizás encuentre allí lo que encontró en España Napoleón I, hasta entonces por nadie vencido y temido por todos, y después de nuestra lucha de la Independencia corriendo á pasos agigantados á su ruina. La fábula del león enfermo no debieran olvidarla nunca los que en la política internacional quieren ejercer de matones. Las guerras de conquista suelen ser funestas, y más cuando se trata de un pueblo, como el transvaalense, que por dos veces ha preferido buscar nueva patria antes que someterse al yugo extranjero y que ahora está resuelto á disputar palmo á palmo la que tanto codician sus enemigos.

Pueblo joven, con toda la intensidad de sentimientos que á los pueblos primitivos caracteriza, adorador de ideales que apenas alientan ya en naciones



GUERRA ANGLO-BOER. – LA ESTACIÓN DEL FERROCARRIL DE BLOEMFONTEIN (de fotografía de P. W. Fergusson)



GUERRA ANGLO-BOER. – SALIDA DE UN CONTINGENTE BOER DE JOHANNESBURGO

viejas ó materializadas, une ahora á estos estímulos, ya de sí tan poderosos, el de conservar el tesoro inmenso de sus minas de oro, y se muestra firmemente decidido á jugarse la existencia en esta partida que la egoísta Inglaterra le ha obligado á empeñar.

Siguiendo en nuestro propósito de ofrecer á nuestros lectores una información gráfica de lo más interesante de la guerra, publicamos en este número el retrato del general Symons, las vistas del salón de sesiones del Parlamento y de la estación del ferrocarril de Bloemfontein (Orange), de un contingente de boers saliendo de Johannesburgo y de otro de orangistas formados en parada antes de marchar á la frontera. Todos los ciudadanos del estado libre de Orange, al ser llamados á las armas por el gobierno, han



GUERRA ANGLO-BOER. – REVISTA DE LOS CIUDADANOS DEL ESTADO LIBRE DE ORANGE ANTES DE MARCHAR Á LA FRONTERA (de un croquis de H. Eggersdorfer)



MANON, cuadro de Alberto Lynch



Indolencia, cuadro de Alberto de Keller (Exposición de los secesionistas de Munich, 1899)



Crepúsculo, cuadro de C. Piepho

de presentarse en un día dado provistos de su caballo al delegado militar, recibiendo de éste un fusil y las municiones necesarias. También publicamos el retrato del general White, general en jefe de las tropas inglesas de Natal, el cual, al ver que los boers bombardeaban Ladysmith y que sobre ésta avanzaba una numerosa columna enemiga, ordenó que salieran á su encuentro grandes fuerzas de infantería montada, caballería y artillería, las cuales fueron completamente derrotadas, como hemos dicho antes, en Lombarskop viéndose obligadas á rendirse. El general White, al dar cuenta al gobierno inglés de esa acción de guerra, termina el parte oficial con las siguientes palabras, que demuestran un pundonor, un espíritu de justicia y una lealtad de que ofrece pocos ejemplos la historia: «Declaro – dice – que he sido yo el que ha preparado el plan que ha producido el desastre y el único responsable del mismo. Ninguna censura merecen las tropas, pues la posición que por mi orden atacaron era inexpugnable.» En medio de la profunda impresión que en Inglaterra ha causado la derrota de Lombarskop, ha merecido gran respeto la noble conducta del general White. – X.

NUESTROS GRABADOS

Pajarillo enjaulado, cuadro de Hugo Kœnig.—¡Pobre niña! En la edad de las ilusiones, cuando sus alas se agitan buscando espacio en que moverse, cuando sus ojos ansían la luz del sol y sus pulmones necesitan el aire puro del campo, verse condenada á sacrificar algunas horas al trabajo, que será todo lo noble y santo que se quiera, pero que se opone á sus naturales impulsos, constituye un martirio para aquella pobre criatura. No hay más que verla: en su actitud no se nota el cansancio; en su mirada no se advierte la fatiga que la labor produce; sólo se observa el deseo de emprender el vuelo, de abandonar la jaula en que la tienen prisionera, de recobrar la libertad, que constituye la esencia de su vida. El cuadro de Kœnig es verdaderamente sugestivo: contemplando á esa niña sentimos una impresión de tristeza y nos duele no poder acudir á remediar sus males. ¿Qué mejor elogio cabe hacer de la obra del celebrado pintor alemán? Cuando un artista logra penetrar tan dentro de nuestro corazón, ha conseguido una de sus más grandes victorias.

***

Manón, cuadro de Alberto Lynch. — La heroína de la famosa novela del abate Prevost pertenece al número de las creaciones que más han popularizado la poesía, la pintura,



EL GENERAL INGLÉS WHITE,
general en jefe de las fuerzas de Natal

la escultura y la música. Artistas de todos géneros y de todos los países han encontrado en la amante del caballero Des Grieux grandes motivos de inspiración, hasta el punto de que, á juzgar por lo mucho que su efigie se ha reproducido, más parece tratarse de un ser con vida real que de un personaje creado por la fantasía. Alberto Lynch ha sabido interpretar admirablemente el tipo por Prevost descrito, adornándole con todos los encantos que el novelista puso en ella é imprimiendo en su rostro la expresión que corresponde al carácter de la célebre cortesana.

***

Indolencia, cuadro de Alberto Keller.—La expresión gráfica de un estado de ánimo, sea cual fuere, es una de las labores más difíciles para un artista, porque si acude al modelo de oficio, por mucho que se esfuerce le ha de ser imposible lograr que éste se identifique en absoluto con el sentimiento que quiere exteriorizar; y si prescinde de él se expone á que su obra carezca de ese sello de verdad que constituye la mayor belleza de la producción artística. Precisa, pues, que el pintor ó el escultor para tratar ciertos asuntos los sientan muy hondamente y los acometan después de haber hecho gran acopio de observaciones aisladas cuya síntesis ha de ser la figura que se proponen pintar ó modelar, y supliendo con ellas las deficiencias que desde el punto de vista psicológico presente el individuo que ha de servirles para la ejecución de la parte puramente material de su cuadro ó de su escultura. El reputado pintor alemán Alberto Keller ha vencido de una manera admirable las dificultades de esta índole que el tema por él escogido ofrecía, y su lienzo *Indolencia* expresa perfectamente ese



EL GENERAL INGLÉS SIR W. P. SYMONS,
fallecido á consecuencia de las heridas recibidas en la batalla de Glencoe

estado anímico tan próximo á la pereza y reune además todas las cualidades de ejecución que pueden exigir los más descontentadizos.

***

Crepúsculo, cuadro de C. Piepho.—Es evidente que existe entre el ser humano y la naturaleza una relación íntima que hace que las distintas fases por que ésta atraviesa se reflejen en el modo de ser de aquél: un amanecer hermoso, un día de sol convidan á la alegría; el crepúsculo vespertino, un tiempo lluvioso infunden tristeza. Y esta relación se demuestra sobre todo en las obras de arte, que resultan armónicas cuando el artista á ella se atiene y desentonadas cuando de ella prescinde, á menos de que lo haga intencionadamente para lograr un contraste. En el cuadro de Piepho que reproducimos resplandece esa armonía, existe esa relación entre el individuo y la naturaleza, exteriorizada por el triste paisaje que iluminan los últimos resplandores del sol en su ocaso y por la sentida figura en cuya actitud se adivina una situación de ánimo en que el pensamiento vaga presa de indefinible melancolía.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—BARCELONA. – En el Salón Parés, recientemente restaurado, se está celebrando una exposición de obras del renombrado pintor Ramón Casas. Figuran en ella 132 retratos al carbón, 61 dibujos y 27 cuadros al óleo, y con ser tan grande el número de obras expuestas, sólo representan una parte pequeña de la labor del artista catalán que á la edad de diez y siete años y sin haber pasado por ninguna academia, veía sus cuadros admitidos en el Salón de París, y que desde entonces no ha dejado de trabajar con tanto éxito como entusiasmo. Por mucho que se diga en alabanza de las producciones en el Salón Parés expuestas, no se dirá todo lo que merecen: en ellas ha confirmado Casas una vez más lo que la crítica unánime hace tiempo afirma de él, es decir, que tiene personalidad propia y que su talento le ha conquistado uno de los primeros puestos, no sólo entre los pintores españoles, sino entre todos los pintores contemporáneos. Cada uno de los croquis, de los dibujos, de los cuadros que componen la exposición es, en su clase, una obra maestra y juntos constituyen una maravillosa muestra de las diversas aptitudes de Casas, que ha abordado todos los géneros pictóricos y en todos ha creado joyas de sin igual valía. Pero lo que mejor demuestra el genio del artista es la colección de los 132 retratos dibujados al carbón; para ella le han servido de originales artistas, literatos, comerciantes, industriales, hombres de ciencia, todos conocidísimos en Barcelona, cada uno de los cuales vive, por decirlo así, en la imagen dibujada por Casas, que en cuatro trazos admirables ha reproducido con asombrosa exactitud los rasgos físicos y morales del retratado, sorprendiendo á éste en su actitud, en su gesto más familiares y acentuando ligera, pero gráficamente, la línea, el perfil, la sombra que constituyen su nota característica. Aquella colección, única en su género, revela una percepción, un espíritu de observación y una potencia asimiladora de primera fuerza, y revela además un dominio completo, absoluto, de la técnica artística, que para Casas no tiene dificultades ni secretos. En suma, la obra de Casas es una obra genial: con talento solamente no se llega adonde Casas ha llegado.

A los plácemes que la prensa toda y el público que llena de continuo el local donde la exposición se celebra han tributado al pintor y dibujante insigne, une LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA su más sincero y entusiasta aplauso.

***

PARÍS. – El conocido escultor Chaplain ha terminado el boceto de la medalla de la Exposición de París de 1900. El anverso representa una alegoría con la Fama alada que sostiene al Trabajo y una vista panorámica de la exposición; en el reverso se ve la figura de la República apoyada en un roble y junto á ella está indicado el plano de la ciudad de París. Además de esta medalla que se destina á las recompensas, habrá otra, modelada por Roty, que será simplemente conmemorativa de aquel grandioso certamen.

MADRID. – Como resultado de las oposiciones recientemente celebradas para cubrir las cinco plazas de pensionados por la Academia de España en Roma, han sido éstas concedidas á los escultores D. Manuel Garnelo y D. Enrique Marín y á los pintores D. Manuel Benedito, D. Eduardo Chicharro y don Fernando Sotomayor.

***

Teatros.—En el teatro de Berlín está dando con grandísimo éxito una serie de representaciones la eminente actriz francesa Mme. Rejane.

– En el teatro Alemán, de Berlín, se ha estrenado con gran aplauso un drama en un acto de Gerardo Hauptmann, titulado *La fiesta de la paz.*

– En el Nuevo Teatro, de Leipzig, se ha estrenado con gran éxito el drama de Edmundo Rostand *Cyrano de Bergerac*, traducido al alemán por Luis Fulda.

– En el teatro de la Comedia, de Budapest, ha sido representado con excelente éxito el drama de Ibsen *El pequeño Eyolf.*

– En Milán ha dado recientemente una serie de representaciones Sarah Bernhardt, habiendo obtenido entusiastas ovaciones en cuantas obras ha puesto en escena.

París. – Se han estrenado con buen éxito: en el teatro de la República *Roulbosse le Saltimbanque*, interesante drama en cinco actos de Carlos Esquier; y en el Ambigu Comique *Cogne-Dux*, drama en cinco actos y siete cuadros de Miguel Carré.

Madrid. – Se ha estrenado con muy buen éxito en el teatro Lara *La muela del juicio*, graciosísimo juguete en un acto de D. Miguel Ramos Carrión.

Barcelona. – En el teatro Lírico la Sociedad Musical de Barcelona ha dado el quinto concierto de la presente serie, compuesto exclusivamente de obras de los músicos españoles Lamothe de Grignon, Giró y Granados, que fueron muy aplaudidas.

***

Necrología.—Han fallecido:

Julio Vargas, ilustrado periodista madrileño, redactor de *El Liberal* desde la fundación de este importante diario y antes de *El Imparcial*, autor de varias interesantes obras.

Romualdo Bonfadini, notable político y periodista italiano, presidente de la Asociación de la Prensa italiana, ex director general del Museo de Enseñanza, autor de varias importantes obras histórico-políticas.

Cristiano Brugger, ilustre botánico suizo, ex director del Jardín Botánico de Zurich, profesor durante muchos años de la Escuela cantonal de Chur y conservador del Museo comunal.

Arístides Cavaillé-Col, renombrado constructor de órganos francés, autor de varios inventos y perfecciones aplicables á sus instrumentos.

Colomb, vicealmirante inglés, inventor de un sistema de faros que se ha empleado durante mucho tiempo, autor del reglamento de maniobras navales hoy vigente en Inglaterra, profesor de Estrategia y Táctica marítimas en el Real Colegio Naval de Greenwich y autor de varias importantes obras.

Jorge Kolp, célebre africanista alemán.

Pedro Petrowitch Ssokolof, ilustre pintor ruso, miembro de la Academia de San Petersburgo, que se dedicó especialmente á la pintura de las costumbres y tipos rurales y á la de batallas.

Oscar Baumann, africanista alemán, célebre por sus viajes de exploración al Africa Oriental.

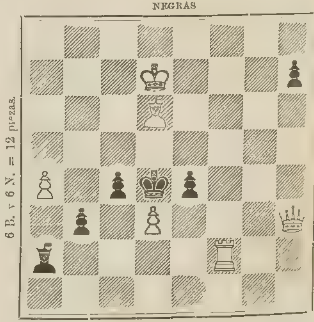
Julio Marak, notable pintor y grabador bohemio.

Eduardo Petri, ilustre geógrafo y viajero ruso, profesor de Geografía de la Universidad de San Petersburgo, autor de muchas importantes obras de geografía y antropología.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 174, POR VALENTÍN MARÍN

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 173, POR J. PALUZÍE

Blancas.	Negras.
1. D 2 A D	1. Cualquiera.
2. D, P, C ó T mate.	

POR VENGANZA

NOVELA POR CORDELIA. – ILUSTRACIONES DE FERRAGUTI

(CONTINUACIÓN)

El criado anunció á los Sres. Santelli.

Fanny corrió á abrazar á su amiga diciéndole:

– ¿Por qué venís tan tarde? ¡Cuánto tiempo nos habéis hecho esperar! Si es tal la costumbre en esta ciudad, debíais avisárnoslo.

La señora Santelli dijo que se habían decidido á venir por no hacerlos esperar demasiado, pero que en aquella población eran como las monas, que ninguna quiere ser la primera, y añadió que enviaban continuamente gente á la calle de San Marcos para ver si delante del palacio Lucchini había algún movimiento y resolverse á ir. Ahora que hemos llegado nosotros, ya veréis cómo vienen todos.

Y en efecto, después de la llegada de los Santelli, los convidados se presentaban en grupos, en tropel; era una invasión, tanto que los dueños de la casa no tenían tiempo de saludarlos á todos y de dar el brazo á las señoras para acompañarlas al salón; en diez minutos la sala azul quedó atestada de damas que lucían vestidos claros de larga cola que estorbaba el paso, y de caballeros de frac negro y blancas pecheras, quienes con dificultad se abrían camino entre aquella oleada de gasas y de telas preciosas.

La orquesta, oculta entre plantas en un tablado del salón, empezó á tocar, abrióse la puerta y las parejas invadieron la sala de baile; los que no bailaban continuaban admirando el esplendor de la sala.

Los que recordaban aquella estancia en tiempo de los marqueses Lucchini decían que no la conocían, tanto era lo que había mejorado, y felicitaban al señor Sangalli, que sonreía complacido.

Eduardo, después de dar una vuelta de vals con la señorita Santelli por romper el baile y dar el ejemplo, había vuelto á la sala contigua á la de ingreso, donde seguían entrando convidados y estaba con la mirada atenta para ver si aparecía la que aguardaba con tanta impaciencia y en la que había pensado todos aquellos días mientras se atareaba porque todo estuviera en orden.

Entraron los Rinaldi, la baronesa vestida de negro, Paulina de color de rosa y Camila toda de blanco, como una niña, aunque pasaba ya de los veinte años. Más tarde, los Belfiore, la marquesa con un traje de terciopelo de color de rubí, Elisa con un sencillo vestido de gasa azul que sentaba muy bien á su fisonomía pálida y sentimental.

Eduardo, al acompañarla al salón, le dirigió un cumplido que hizo asomar el color á sus blancas mejillas y pareció todavía más bella. Pero él volvió en seguida á su puesto de observación; la que esperaba no había llegado aún y quería permanecer allí mientras le quedara alguna esperanza.

Fueron acudiendo otras jóvenes bonitas, lozanas, alegres, pensando en la diversión de que iban á disfrutar, y varias señoras contentas también con poder gozar aquellos últimos residuos de la juventud, resplandecientes con sus trajes adornados de blondas y joyas.

Eduardo sonreía á todas, pero su mirada estaba inquieta y su rostro preocupado.

¡Todas, todas, menos ella! Conocía que le interesaba más de lo que hubiera creído; había empezado por broma y ahora deseaba la presencia de la joven con vivas ansias.




¡Qué bien se está en medio de tanto verdor!

– ¡Aquí está, aquí está!, había oído cierto murmullo en la antecámara; debía ser ella; le dió un salto el corazón y á la verdad no se engañaba.

Renata, más bella que nunca, rodeada de una nube de gasa blanca, había aparecido en el umbral del brazo de su padre. Eduardo acudió presuroso á su encuentro, y después de saludarla cordialmente así como á su padre, tuvo que contentarse por el momento con guiarla al través de la multitud hacia el sitio donde se encontraba su madre que con los lentes constantemente en los ojos observaba á todos los que iban entrando.

Acogió á la hermosa joven con una sonrisa y á su rostro traslucía el contento porque comprendía ya que la fiesta tendría todo el resultado apetecido.

Eduardo estaba gozoso; lo único que sentía era tener que atender á todos los convidados y no exclusivamente á la hermosa doncella de sus sueños, como habría deseado.

En aquel momento el salón presentaba un aspecto muy alegre, las parejas bailaban al compás de una música deliciosa; era un torbellino de gasas, joyas y flores, tanto que hasta el conde Landucci, que había visto muchas fiestas durante su vida, no pudo ocultar una mirada de admiración; le parecía rejuvenecerse al ver toda aquella juventud alegre, y con dificultad pudo el marqués de Belfiore hacerle pasar á la sala de juego para entablar la acostumbrada partida.

– Han renovado maravillosamente el palacio, dijo á su cuñado al sentarse á la mesita. ¡Lástima que no pertenezcan á nuestra clase social!

– Amigo mío, replicó el marqués, hoy ciertos prejuicios han pasado de moda y hay que empezar á resignarse.

– ¡Eso nunca!, respondió el conde. Mostrarse cortés, enhorabuena; pero hay una distancia que nunca se deberá traspasar.

– Jugaremos, puesto que por ese concepto no estamos de acuerdo, dijo el marqués cogiendo los naipes.

VIII

Era la primera vez que Renata asistía á una fiesta tan magnífica, que la rodeaba el ambiente que tanto había deseado en sus sueños de joven á la moderna.

Cuando Eduardo la invitó á bailar un vals y ciñéndole el talle la transportó por la sala resplandeciente, creía soñar y en su mente se confundían las figuras pintadas en el techo, pareciéndole que bajaban á tierra, mientras él creía que se remontaba en aquel cielo azul y en las blancas nubes.

Cuando se detuvo, sintió como un vértigo y le pareció caer en un abismo.

– Bailo tan pocas veces que se me va la cabeza, dijo.

– No es nada, le contestó Eduardo sosteniéndola y llevándola á sentarse en un banco rodeado de verdes palmas.

– Es tan hermosa esta fiesta y tan deslumbradores tantos colores... ¡Qué bien se está en medio de este verdor!

– Mucho me place que le guste á usted nuestra casa, por lo cual espero que vendrá usted á menudo á animarla con su presencia.

– Frecuento tan poco la sociedad... Mi padre desea vivir tranquilamente.

– Pues es una verdadera lástima para una joven tan bella como usted.

Renata se ruborizó, y por mudar de conversación y no contestar á la galantería, dijo:

– Pero ¿cómo se han arreglado ustedes para renovar este palacio en tan poco tiempo?

– Nos hemos acostumbrado á ello en un país donde todo se hace de prisa.

– ¿Y usted también se ha ocupado en la renovación? ¿Es usted ingeniero, no es cierto?

– Me he ocupado en ella para que lo más pronto posible fuese digno de recibir á los habitantes de esta ciudad.

– ¿Le gusta á usted esta población?

– Mucho.

Al decir esto Eduardo quería añadir algo, tal vez otra galantería, pero temió ir demasiado lejos y calló; después de una pausa repuso:

– Hay tan hermosos paseos por los alrededores... Y á propósito, señorita, si supiese usted cuántas veces la he admirado y la admiro cuando la encuentro á caballo... ¡Qué bien monta usted!

– Es un ejercicio que me gusta mucho, contestó sonrojándose.

– Me agradaría que pudiéramos combinar alguna cabalgada.

– A mí también, respondió Renata, pero mi padre tiene su sistema; es como una máquina y nunca quiere juntarse á nadie; figúrese usted que debemos ir quince minutos al trote, otros tantos al paso, después otra vez al trote, luego un poco de galope y á casa.

– ¿Y le gusta á usted una vida tan monótona?

– Me resigno á ella, contestó Renata levantándose; pero mi tía me estará buscando, y voy á ver dónde está.

Eduardo la dió el brazo, y mientras buscaban á la marquesa de Belfiore quiso acompañarla á recorrer las salas y hacerle los honores de su palacio.

Él, que había anhelado tanto el momento de estar junto á Renata, ahora no sabía decirle más que cosas triviales y se enojaba consigo mismo.

Ella lo admiraba todo: conocía la impresión que causaba en el gallardo joven que la acompañaba y hasta aquellas frases comunes no dejaban de agradarla; las decía con tanta gracia que les comunicaba un atractivo especial.

Desde que los Sangalli se habían establecido en la ciudad de V***, aun sin conocerlos sintió hacia ellos una corriente de simpatía, tal vez porque presumía que pensaban como ella y vivían como ella habría deseado vivir, esto es, con holgura, con todos los refinamientos de la vida moderna, yendo siempre adelante y mudando de costumbres á medida que mudaban los tiempos; se habrían comprendido desde luego como se comprenden con una ojeada las personas pertenecientes al mismo partido político que tienen iguales aspiraciones é idéntica comunidad de ideas.

Parecíale á Renata que en casa de Sangalli se encontraba en la suya propia, más que en la casa triste y monótona de sus abuelos, y habría deseado que aquella noche no tuviese fin.

Estaba bellísima con su vestido blanco salpicado de florecitas azules; su rostro, animado por las emociones del baile, había adquirido un color sonrosado, y sus ojos negros, luminosos, brillaban de contento.

Veíase rodeada, asediada por los jovenes que solicitaban el favor de dar con ella una vuelta de vals ó de polka, no dejándola descansar un minuto; triunfaba conociendo que era la reina de la fiesta; se animaba con la danza, sentía que le corría por las venas cierto calor, una felicidad como jamás la había experimentado; le parecía casi vivir en un mundo nuevo, tener un sueño agradable.

Eduardo la había comprometido para el cotillón; quería terminar la fiesta con ella, y ofrecerle con sus propias manos los preciosos regalos que había preparados para distribuirlos como recuerdo del baile.

Los regalos consistían en artísticas cajas llenas de dulces y en otros objetos preciosos, que él mismo había escogido con el mayor cuidado, pero siempre pensando en Renata.

En esa danza que da ocasión á episodios graciosos y confidenciales y que permite mostrar las propias simpatías y preferencias, Eduardo hizo comprender continuamente sus sentimientos á la joven, sin hablar, pero simplemente con el elocuente lenguaje de las cosas inanimadas, y ella, con su aire ingenuo, fingiendo no comprender nada, aceptaba los obsequios del joven con gracia, como una reina; pero bastaba el resplandor de sus ojos y la alegre expresión de su rostro para que se conociera lo complacida que estaba.

Y cuando á los primeros albores de la aurora se le acercó el conde Landucci á decirle que estaba cansado y deseaba retirarse, sintió como si le corriese por el cuerpo un escalofrío al tener que abandonar aquellos salones llenos de luz y de alegría.

Mientras se trasladaba en el coche á su casa, iba repasando mentalmente todas las emociones de la noche y conocía que llenarían mucho tiempo sus tristes y monótonos días. Estaba contenta, entusiasmada con la fiesta, hablaba sin cesar, contaba á su padre hasta los menores incidentes y le expresaba su gratitud por haberle permitido disfrutar de semejante diversión y por haber perdido una noche sacrificándose por ella.

Y el padre, que sentía ya frío entre esos vapores que preceden al alba, después de aquella noche pasada sin dormir, pensaba que su hija no era tan seria como hubiera deseado, que le gustaban demasiado las diversiones, y recelaba que los Sangalli abriesen con demasiada frecuencia sus magníficos salones para dar fiestas por el estilo y lamentaba de nuevo la idea que habían tenido de turbar el sosiego de aquella ciudad de provincia.

Parecía en efecto que los dueños del palacio Lucchini habían infundido un soplo de nueva vida y despertado la adormecida ciudad de V***; pues de pronto se apoderó de todos sus habitantes un vivo deseo de moverse, de gastar, de divertirse.

Los Sres. Sangalli, además de haber convidado á su fiesta á la parte más elegante y aristocrática de la población, no olvidaron la más inteligente, escogiendo acertadamente entre los magistrados, los artistas, los grandes industriales, sin prescindir tampoco de la parte más brillante, invitando al efecto á muchos oficiales de la guarnición, de suerte que las diferentes clases sociales se habían encontrado quizás por primera vez reunidas en aquel suntuoso palacio, entablándose nuevas relaciones con satisfacción de todos, que veían abrirse ante ellos nuevos horizontes: los hombres de negocios pensaban en nuevas combinaciones; las mamás en la probabilidad de casar á sus hijas, y todos estaban satisfechos de tener ocasión de pasar alegremente las largas veladas de invierno.

Acudió al punto al llamamiento de la baronesa

Una de las señoras más contentas era la baronesa Rinaldi; jamás había tenido el gusto de ver á sus hijas tan rodeadas de jóvenes como aquella noche; habían bailado sin cesar y tenido que rechazar muchas invitaciones; en su constante preocupación le parecía haber ya dado con el modo de colocarlas á todas con la mayor facilidad.

Es verdad que turbaba su alegría un punto negro, que Eduardo Sangalli se había ocupado casi exclusivamente de Renata, de la cual no podía conseguir nada, en vez de ocuparse de Paulina; mas se consolaba pasando revista á los jóvenes que se habían dedicado más especialmente á sus hijas. Necesitaba ver á una antigua amiga, doña Valeria, que conocía á todos los buenos partidos de la ciudad para adquirir informes exactos y ver si tenía cuenta estimularlos.

Estaba impaciente por verla, y á la mañana siguiente al baile le escribió un billete rogándole que pasara por su casa porque tenía precisión de hablarla.

Doña Valeria, señora viuda, no asistía ya á bailes ni á teatros, pero conocía mucha gente y pasaba el día haciendo visitas y escuchando las hablillas de la ciudad; era servicial siempre que el hacer un favor no le costase nada; tenía mucha experiencia y justo criterio para apreciar las cosas; sus amigas le pedían á menudo consejo en los casos inciertos y difíciles y ella se envanecía.

Acudió al punto al llamamiento de la baronesa, la cual empezó la conversación hablando de la fiesta.

Había resultado una cosa magnífica, tal como no se había visto hacía mucho tiempo en la ciudad, ni en la época del Imperio. Los Sangalli habían hecho las cosas como grandes señores y se habían mostrado corteses y hospitalarios; habló un rato con entusiasmo de aquellas fiestas que daban ocasión á conocer muchas personas, ampliar el círculo de las relaciones, y luego se puso á tratar de sus hijas, de sus triunfos y acabó por pedirle informes de un abogado llamado Armanni que había hecho la corte á Paulina.

– Es un buen abogado, dijo doña Valeria, tiene mucho talento y se abrirá camino.

– ¿Y cómo está de dinero?, preguntó la baronesa.

– Pertenece á una familia de buena posición; pero no lo creo muy rico.

– Me parece poco, replicó la baronesa; puesto que ya transijo con algo, que renuncio á la nobleza, quisiera que al menos fuese muy rico ó un personaje eminente, un talento superior.

– Es que el abogado Armanni llegará á ser algo, dijo doña Valeria; es joven, hombre de ingenio, y si se casase con tu hija y contase con vuestra protección, podría ser elegido diputado; no es un partido despreciable, especialmente hoy en día.

– Las cosas no están aún tan adelantadas; pero yo, como madre, debo ser previsora; lo tendré en observación, y si no se presentase algo mejor... Pero

y ahora ¿qué haremos? Si los Sangalli no reciben más, los jóvenes no tendrán ocasión de verse y el asunto quedará sin consecuencias.

– Pues se buscan las ocasiones; se invita al abogado á venir á casa.

– ¿Te parece bien? Eso casi sería comprometer á mi hija.

– Es verdad, dijo doña Valeria; la cual se quedó pensativa con la cabeza apoyada en una mano en actitud de sibila que busca una inspiración.

Pasó así un rato, y luego con los ojillos chispeantes y la cara risueña dijo:

– ¡Ya he dado con ello! En vez de invitar á uno solo de los que bailaron con tu hija, lo que daría que sospechar, da una pequeña recepción y convida á tres ó cuatro; así habrá más probabilidades de que uno ú otro se decida y la gente no podrá decir nada. Has encontrado en sociedad personas simpáticas y las has invitado.

– Sí, pero no tengo ganas de dar fiestas.

– No es necesario darlas. ¿No te quedas en casa los martes por la noche? Pues bien: en lugar de los acostumbrados parientes vendrán algunas personas nuevas que proporcionarán alguna variedad; en fin, con tal de casar á las hijas hay que hacer algún sacrificio.

Tienes razón, dijo la baronesa Rinaldi; seguiré tu consejo, y si no es el abogado podrá ser otro, y de todos modos pasaremos alguna velada alegremente: lo principal es hacer una buena elección (y al decir esto se acercó á una mesa en la que había un montón de tarjetas). Si hubiese de invitar á todos los que me han enviado su tarjeta sería el cuento de nunca acabar, (y empezó á poner aparte las tarjetas de las personas menos conocidas, escogió luego tres ó cuatro y añadió:) Por ahora me contento con éstos: el abogado Armanni, el capitán Guidi, el ingeniero De Vincenti, y luego los Sangalli y los parientes; no es posible invitar á más gente, dado lo reducido de mis salas.

– Y basta con esa, dijo doña Valeria; pero si te parece, podrás añadir algún otro, porque siempre falta alguno: ahora me voy, pues tengo mucho que hacer; confío en que antes de mucho me dirás algo nuevo, y sobre todo ten en cuenta que el abogado Armanni no es de despreciar.

La baronesa pensaba principalmente en el apuro en que se metía dando recepciones con la escasa renta que tenía, las economías que debía hacer dado lo numeroso de su familia y un marido que no se ocupaba en nada y vivía entre códices antiguos como ratón de biblioteca. Pero se propuso hacerlo todo con la mayor sencillez; solamente escribiría á los nuevos conocidos que el martes se quedaría en su casa, y luego á una hora determinada daría una taza de te servido por sus hijas y unos cuantos bizcochos, con lo cual el gasto no sería grande; su antiguo criado bastaría para estar en la antesala; de todo lo demás se encargarían sus hijas, y así resultaría una cosa más íntima y distinguida, y además las mostraba como mujercitas de su casa que sabían hacer bien las cosas

Cuando éstas lo supieron se pusieron muy contentas y aceptaron con la mejor voluntad del mundo el encargo de arreglar las salas y de servir el te conforme su madre deseaba

Julia en especial estaba loca de alegría; tenía unas ganas rabiosas de divertirse, de ver gente, y aún le duraba el disgusto de no haber podido asistir á la fiesta de los Sangalli, de la cual oía diariamente contar maravillas á sus hermanas mayores.

IX

Después del baile, las relaciones de amistad entre los marqueses de Belfiore y los Sangalli se hicieron más íntimas, y todos los días era un continuo cambio de visitas y de billetes entre las dos casas.

Aunque el padre de Renata rehuía la intimidad con los forasteros, esta joven se sentía también atraída hacia aquella familia y siempre encontraba pretextos para ir á casa de los Sangalli.



Renata hablaba siempre de Fanny

Fanny le era muy simpática, sabía muchas cosas que ella necesitaba aprender; era una buena ocasión de ejercitarse en la lengua inglesa, y de este modo se iba estrechando su amistad y casi sin notarlo habían contraído la costumbre de verse á menudo y de comunicarse ideas é impresiones.

Para Renata era como si se hubiese abierto el reino de sus sueños. En casa de Sangalli había encontrado ese soplo de vida moderna que tanto acariciaba en su mente, la meta de sus aspiraciones.

Al conde Landucci le disgustaba aquel entusiasmo, pero no se atrevía á contrariar á su hija única, si bien decía á cada paso que los forasteros habían venido á trastornar el seso á todos y pensaba ir pronto al campo á residir allí una larga temporada, para oponer un dique á aquella intimidad que iba invadiendo su casa aristocrática.

Renata hablaba siempre de Fanny, pero la presencia de Eduardo interrumpía con frecuencia las conversaciones de las dos jóvenes, pues no dejaba escapar ninguna ocasión de encontrarse al lado de la hermosa doncella.

Eduardo era artista de corazón, hablaba bien y fácilmente, había hecho largos viajes y visto muchas personas y cosas, de suerte que Renata no se cansaba de escucharlo, y después de aquellas horas que le parecían gratísimas pasadas en su compañía, estaba más alegre, más animada y sentía como si la invadiese una oleada de aire cálido, y cuando, en las horas de soledad, pensaba en Eduardo, le parecía muy superior á todos los jóvenes que había conocido, y recordando cuanto le había dicho, consideraba menos triste su suerte y se le hacía más llevadera la vida.

Presentía el amor en el sentimiento que le había inspirado el joven; pero no se amedrentaba; se sentía con bastante valor para mirar frente á frente aquel peligro si lo hubiese tenido por tal; no era como los pájaros, que esconden la cabeza debajo del ala por no ver la escopeta del cazador. Sabía que su padre jamás consentiría que se casara con el joven Sangalli; pero le habría parecido empequeñecer aquel sentimiento, profanarlo pensando en el matrimonio que le representaba una solución trivial é interesada del amor, del cual se había formado una idea, quizás exclusivamente suya, pero elevada, sublime. Para ella no era el matrimonio la unión de dos cuerpos, de dos nombres, sino la atracción de dos almas, un cambio de ideas y pensamientos, una cosa eterna y casi divina.

Tenía bastante con poder ver de vez en cuando á Eduardo y pensar en él, admirarlo y ser admirada por él, oirle referir algo de su vida, y no deseaba nada más que poder continuar por espacio de meses y años aquella vida sin introducir en ella ninguna variedad.

Cuando le estrechaba la mano haciendo que vibrase todo su organismo, cuando le decía algunas palabras que iluminaba de alegría su rostro, la joven decía para sí: «Es amor;» y estaba contenta con aquel descubrimiento y ya no se quejaba de la monotonía de su existencia, de su ciudad, de su casa triste, de su padre exigente; tenía una idea que alegraba su vida, un secreto que le llenaba el corazón de júbilo.

En cambio el amor de Eduardo era más exigente, conocía que no podría contentarse mucho tiempo con ver á la doncella de sus ensueños á largos intervalos, comunicarle sus ideas y pensamientos, sino que ansiaba hacerla suya para toda la vida, y únicamente esperaba estar seguro de sus sentimientos para abrirle su corazón.

Rico é hijo único, estaba acostumbrado desde niño á no encontrar obstáculos en su camino, á ver que todo se doblaba ante su voluntad, y una vez persuadido del amor de Renata, creía fácil obtener su mano.

Sabía que cuando dos personas se aman formalmente acaban por allanar todas las dificultades y estaba seguro de la victoria; solamente esperaba una ocasión propicia para tener una explicación con Renata.

Entretanto concurría á los sitios donde sabía que podría encontrarla, la prodigaba atenciones solícitas y aprovechaba siempre algún momento para deslizarle al oído alguna de esas frases que hacían asomar un encendido color á sus mejillas y la hacían sonreir.

Y así continuaban su vida; pero dominados por diferentes pensamientos. Él impaciente por llegar á una explicación, y ella tranquila, contenta, temiendo únicamente que el tiempo introdujese alguna mudanza en su modo de vivir.

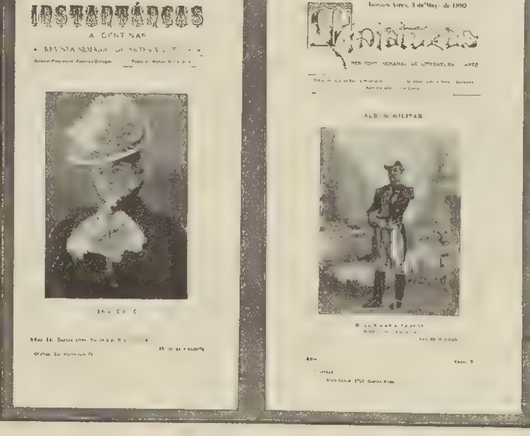
(Continuará)

REPÚBLICA ARGENTINA.—BUENOS AIRES.—SEMANARIOS ILUSTRADOS









Como nota de actualidad y muestra del grado de perfección que están alcanzando las artes gráficas en la capital de la República Argentina, publicamos los facsímiles de las primeras páginas de algunos semanarios que actualmente se publican y venden por sus calles y kioscos.

Al que le cabe el honor de haber despertado el gusto á la lectura, que podríamos llamar de gusto popular, es á *Caras y Caretas,* hoy profundamente arraigado, cuyo tiraje y venta empiezan á ser considerables. La parte artística está bajo la dirección del celebrado pintor sevillano D. Manuel Mayol y la literaria bajo la de D. José S. Alvarez *(Fray Mocho),* un escritor argentino muy culto y una verdadera enciclopedia de cosas, casos y sucesos de su patria. La redacción en general está á cargo del festivo escritor español D. Eustaquio Pellicer. Con tan selectos elementos el favor alcanzado por *Caras y Caretas* es lógico.

Miniaturas es esencialmente artístico y literario; y en las dos partes se le puede dar preeminencia, si hemos de juzgar por los números publicados. Riquísimo papel satinado, grabados hechos con exquisita pulcritud, dibujos de muy buen gusto. La dirección está á cargo del periodista D. Emilio Vera y González, antiguo redactor de *El Correo Español.* D. Carlos Soto está encargado de la parte ilustrada.

En cuanto á *Buenos Aires* es de los semanarios ilustrados que actualmente se publican el más antiguo; pero sufre, de vez en cuando, largos eclipses, lo que es causa de que, á pesar de su indiscutible mérito, no tenga tantos lectores como los predichos; pues cuando el público empieza á familiarizarse con él, desaparece una temporada, á veces prolongada, del estadio de la Prensa.

De *Arlequín* poco puede decirse, porque escribimos teniendo el primer número por presente; pero los elementos de dirección y arte están en muy buenas manos. D. José María Cao como dibujante hace mucho tiempo tiene hecha y bien sentada su reputación, lo mismo que D. Roberto J. Payró en las letras argentinas.

Instantáneas es otro de los semanarios muy recomendables bajo todos conceptos, y así lo va entendiendo el público, que lo está arraigando poquito á poco, pero con firmeza.

Todos ellos, excepto *Buenos Aires* y *Caras y Caretas,* son de fundación reciente; lo que indica la mucha confianza que se tiene en el éxito, sin temor á la competencia y á los gastos excesivamente subidos, por resultar aquí muy cara la composición é impresión.

Además véndense también por calles y kioscos todos los semanarios ilustrados que se publican en Madrid y Barcelona.

JUSTO SOLSONA

* * *

EXPERIMENTO DE REGELACIÓN

De las muchas y muy interesantes propiedades que desde el punto de vista físico posee el agua de nuestros mares, la más sorprendente es sin duda alguna su modo de ser respecto de los cambios de temperatura. Por de pronto, con el agua no rige la ley fundamental de que el calor dilata los cuerpos y el frío los contrae, puesto que con el descenso de temperatura su volumen, en vez de disminuir, aumenta.

Esta excepción de la regla general es origen de una multitud de fenómenos, entre los cuales podemos citar el de que un témpano de hielo no se hunde en el agua, sino que flota en la superficie de la misma. El aumento de volumen que experimenta el agua cuando se hiela, tiene por consecuencia la diminución del peso específico, que es lo que impulsa á los témpanos hacia arriba.

El mismo punto de congelación del agua, que sirve de base para la construcción de los termómetros, no debe aceptarse tan en absoluto como se le acepta comúnmente: así por ejemplo, en los experimentos que se verifican en un espacio en donde se haya hecho el vacío, el agua resiste fácilmente sin solidificarse temperaturas de 10 y más grados bajo cero. Lo propio acontece cuando realizamos el proceso del enfriamiento en un recipiente cerrado que impida la expansión del agua en él contenida, sucediendo muchas veces que las paredes de dicho recipiente se rompen.

Estos experimentos demuestran la posibilidad de mantener, merced á una gran presión, el agua en estado líquido en temperaturas bajas, y por el contrario de derretir, en esas mismas bajas temperaturas, un pedazo de hielo sometido también á una presión fuerte.

A este hecho se debe un fenómeno natural, al que puede atribuirse la actual configuración de la corteza terrestre y que constituye todavía uno de los más grandiosos fenómenos que nos ofrecen las montañas; nos referimos á los glaciares. La formación de éstos reconoce por causa la plasticidad del hielo que por virtud de la acumulación de grandes masas de nieve en la cúspide de los montes se derrite, volviendo á solidificarse al cesar aquella presión. De este modo se produce el movimiento de traslación de los glaciares, que en casi todos los casos se verifica más rápidamente de lo que se supone: el glaciar del Aar, por ejemplo, avanza unos 25 centímetros cada veinticuatro horas, y el campo de hielo del Mar de Glace avanza, en algunos sitios, casi el doble de dicho espacio en igual período.

Estas cualidades del agua solidificada, que se conocen con el nombre de regelación, se demuestran con un experimento muy sencillo y tal vez poco conocido. Póngase en dos mesas ó bancos, algo separados uno de otro, un bloque de hielo y pásese por encima de éste un fuerte alambre cuyos extremos vayan unidos á un peso que cuelgue entre aquéllos, como si se quisiera partir el hielo en dos pedazos, según indica el grabado de la siguiente página. Al cabo de un rato, el alambre habrá atravesado el bloque y el peso caerá al suelo; pero si entonces se figura el que ha hecho el experimento encontrar dos trozos de hielo en vez de uno, se llevará chasco: en efecto, el alambre, por virtud de la presión que gracias al peso ejerce, habrá ido derritiendo el hielo y abriéndose paso al través de éste; pero á medida que habrá avanzado, el agua acumulada sobre él se habrá solidificado nuevamente, con lo cual resultará que habremos partido el pedazo de hielo sin partirlo. Este experimento es tanto más curioso cuanto que en medio del bloque se ve perfectamente el camino recorrido por el alambre. — C. G.

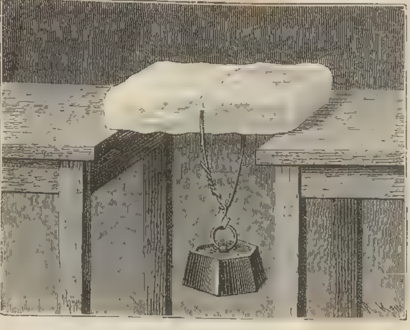
LA CALEFACCIÓN Y LA VENTILACIÓN

DE LAS HABITACIONES

En el congreso recientemente celebrado por la Asociación americana para el fomento de las ciencias, Mr. Morrison ha presentado los resultados de los experimentos por él realizados para determinar las mejores condiciones de calefacción y ventilación de una casa modelo.

Las consideraciones técnicas expuestas por él pueden resumirse en los siguientes términos:

El aire, calentado á una temperatura conveniente, debiera introducirse en las habitaciones colectivas al través de muchas aberturas pequeñas practicadas en el suelo, de manera que la masa de aire caliente pudiese elevarse lenta y uniformemente hasta el techo, por donde se escaparía después de enfriarse.



EXPERIMENTO DE REGELACIÓN

Este modo de concebir la calefacción y la aereación simultáneas es verdaderamente práctico y superior á los sistemas actuales; sin embargo, no responde, al parecer, á todos los desiderata de la higiene, por lo que no debe ser considerado como la última palabra del *confort* en una casa del porvenir.

La indicación fisiológica aconseja proporcionar á los habitantes de una casa calor al mismo tiempo que aire fresco para la respiración. Pues bien: para conseguir esto hay un medio muy sencillo, que consiste en construir las casas con paredes huecas, con paredes dobles, haciendo circular por el interior de éstas aire caliente ó vapor. De esta manera, la pared que corresponde á la habitación, que ha de tener poco espesor, se calienta y comunica á los habitantes el calor de irradiación, que es el considerado como más sano por los higienistas, mientras el aire del exterior puede llegar á los pulmones con todas sus cualidades tónicas de frescura. – X.

VELAZQUEZ,

ESTATUA DE ANICETO MARINAS,

fundida en bronce en los talleres

de los Sres. Masriera y Campins, de Barcelona

Es Aniceto Marinas uno de los escultores que con sus obras enaltece el arte patrio. En un período relativamente breve, ha realizado señaladísimos progresos, y cuantos le conocieron en sus primeros años, en la catedral segoviana, vistiendo el traje de monaguillo, se sorprenderán hoy al conocer los triunfos artísticos de aquel que parecía destinado únicamente á cantar motetes y salves. Cierto es que ya entonces reveló sus aficiones y aptitudes, puesto que á falta de barro modelaba con la cera de los cirios bonitas é intencionadas figurillas. Tras no pocas vicisitudes logró abandonar una profesión á que no se sentía inclinado, y bajo la protección de la Diputación de su provincia comenzó en Madrid sus estudios, que terminó con singular aprovechamiento.

Nuestros distinguidos paisanos Samsó y Suñol, completaron su instrucción, y gracias á sus provechosas enseñanzas pudo el novel artista dar pronto á conocer su valía. Las Exposiciones nacionales de 1887, 90 y 92 señalan sus primeros triunfos, recordándose con aplauso sus hermosas producciones «San Sebastián, mártir,» «El descanso del modelo» y las estatuas que sirven de digno remate de algunos monumentos públicos. La de «Velázquez,» erigida frente al Museo de Pintura, inaugurada recientemente, honra al escultor segoviano, puesto que ha logrado imprimir á la representación del eximio maestro el carácter de grandeza que descuella en la hermosa figura de aquel astro de primera magnitud que tanto brilló en el purísimo cielo del arte español.

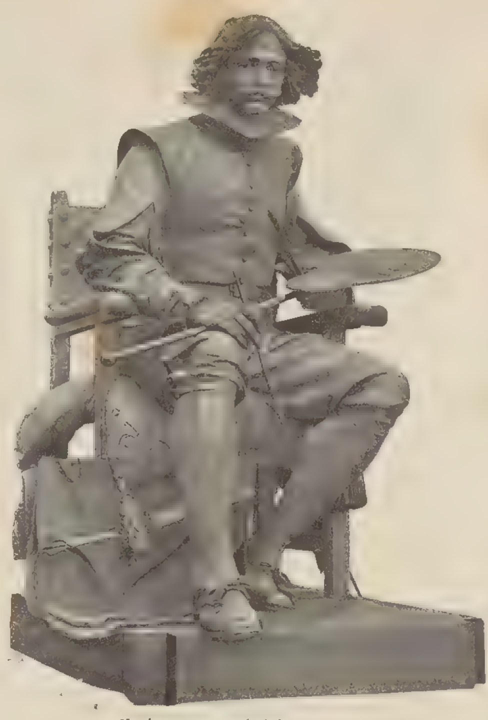
Aplauso merece el artista y plácemes los señores Masriera y Campins por el acierto é inteligencia con que han fundido la estatua.

***

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

GEOGRAFÍA HISTÓRICA DEL CONDADO DE BESALÚ, por *D. Francisco Montsalvatje y Fossas*. – Este libro, que forma el tomo 10.° de la importante colección «Besalú. – Noticias históricas,» merece bajo todos conceptos las mayores alabanzas: el ilustrado historiógrafo Sr. Montsalvatje estudia en él la geografía histórica de aquel condado, su territorio, arrancando de la época de la Reconquista, sus primeros pobladores, su administración en todos los ramos, su toponomástica, completando su trabajo con un interesantísimo nomenclátor geográfico-histórico del condado hasta su unión al de Barcelona y otro en el que los nombres aparecen agrupados según la clasificación de población indígena, población galo-romana, población germánica, nombres orográficos, nombres hidrogeológicos, nombres del reino vegetal, nombres zoológicos, nombres de construcciones, nombres de repoblación y cultivo, nombres cuyas radicales toponímicas parece que no son catalanas y nombres cuya etimología es ó parece catalana. Lleva como apéndice un notabilísimo capítulo dedicado al papa San Dámaso, hijo de Argelaguer, lugar perteneciente al condado de Besalú. Por esta indicación de materias comprenderán nuestros lectores la importancia del libro que nos ocupa y la difícil y meritísima labor realizada por su autor. La obra va ilustrada con bonitos grabados que representan curiosos monumentos y lugares notables y con un mapa del condado de Besalú, y ha sido impreso en Olot, en la imprenta y librería de Juan Bonet.



VELÁZQUEZ, estatua de Aniceto Marinas,
fundida en bronce en los talleres de los Sres. Masriera y Campins, de Barcelona

EL SARGENTO FELIPE, por *Gonzalo Picón y Febres*. – El conocido escritor venezolano, distinguido crítico é inspirado poeta Sr. Picón y Febres ha dado recientemente á la estampa una bonita novela en que la historia de unos interesantes amores aparece enlazada con una de esas revueltas políticas, tan frecuentes por desgracia en aquella y en otras repúblicas de América. Abundan en ese libro las descripciones de cuadros de costumbres de aquel país, y en ellas, como en las de los personajes que en la novela intervienen, adviértese el espíritu de observación del autor que sabe ver y sentir los usos y el modo de ser de sus compatriotas. Avalora estas buenas condiciones de la novela un estilo cuidado, sobrio cuando la acción lo exige, pintoresco, animado y lleno de color local en los episodios que con la acción principal se relacionan. *El sargento Felipe* ha sido impreso en Caracas en la tipografía de Herrera Irigoyen y C.ª

***

PERIÓDICOS Y REVISTAS

El repertorio colombiano, revista mensual de Bogotá; *Boletín Militar*, publicación mensual de Bogotá, órgano del Ministerio de la Guerra colombiano; *Letras y Ciencias*, revista quincenal de Santo Domingo.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XVIII — Barcelona 13 de noviembre de 1899 — Núm. 933

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



CIRCASIANA, pintura al pastel de Fausto Zonaro



LA VIDA CONTEMPORANEA

EN ZARAGOZA

La supremacía otorgada por el consenso general á Nuestra Señora del Pilar sobre las demás Vírgenes predilectas de la nación española, es un hecho que se presta á reflexiones, y yo hubiese podido hacerlas cuando, ya anochecido, llegué á Zaragoza. Es la tercera vez que voy á arrodillarme en el Pilar, sin más objeto que satisfacer el gusto de estar en Zaragoza unos días. La primera—¡cómo lo recuerdo!—me precipité ansiosa de contemplar las nobles tapias acribilladas por las balas francesas. A pesar de todas las lecturas, me costaba trabajo creer que los muros zaragozanos fuesen tan endebles, sólo de tierra y ladrillo. Vi que, en efecto, el regatón de mi sombrilla alcanzaba á descalabrar profundamente aquellas defensas ilusorias. La resistencia, allí, en una ciudad tendida como un tapiz sobre la fértil llanura, la hizo la constancia, el tesón inquebrantable de la raza; ese resorte que nosotros perdimos, que ahora sostiene á los *boers* y les enseña á poner al coloso inglés la ceniza en la frente. Eramos nosotros los *boers* de entonces, animados por verdadera fe religiosa y energía propia de nuestra leyenda. Y como, en aquella primer visita á las ilustres tapias, aún no habían sucedido nuestras desventuras, y con un poco de optimismo cabía esperar que bajo la ceniza se conservasen las chispas de aquel fuego, yo tuve unas horas de engreimiento patriótico, de alegría objetiva, de ilusión. Decayó mi entusiasmo cuando conseguí que me permitiesen ver la Aljafería. Los salones de soberbias techumbres artesonadas al estilo árabe, pero que pregonan la reconquista en sus yugos y flechas, nudos gordianos, letreros del *Tanto monta* y otros emblemas de los Reyes Católicos, sirven ahora de arsenal, y allí se veía en hileras y trofeos el armamento destinado al ejército español. Soy lega en estas materias, pero me sucede lo que á los hombres que sin entender de modas, por impresión juzgan del atavío de una dama, y suelen acertar. Así á bulto me parecieron anticuados los modelos de fusiles, y no me satisfizo ni la colocación, ni la limpieza de aquella armería. Salí de allí preocupada. No me distrajo ni el famoso balcón de la Gitana, desde el cual el conde de Luna ordenó que cayese la cabeza de su hermano el trovador Manrique, y hasta se me figuró que la leyenda en que se fundó García Gutiérrez es una descabellada patraña.

Por entonces aún estaba en pie un monumento que Zaragoza, no muy abundante en edificios artísticos, relativamente á otras ciudades españolas, no debe consolarse nunca de haber perdido: la Torre inclinada, que á pesar de su respetable fecha de cuatro siglos, *nueva* seguía llamándose. Curiosa torre, que conservaba en su adorno tan elegante y delicado huellas visibles de que en ella trabajaron reunidos maestros cristianos, judíos y moros. La mezcla del gusto gótico y del árabe, en la torre hermosísima, parecía emblema de lo que hubiera debido ser España si hubiésemos sabido amalgamar y fundir con la nuestra las razas conquistadas, en vez de arrojarlas de nosotros como el mar arroja el cuerpo muerto. Esas torres, en que se unieron los dos grandes elementos hispanos, el cristiano y el sarraceno, y dieron por resultado una joya primorosa del arte; esa torre que fué además profundamente nacional por su heroica misión de anunciar la caída de las bombas durante el sitio, era para mí toda la nacionalidad. Con tal cariño la miraba, que un chicuelo baturro, acercándose á mí, y burlándose, por supuesto, me interpeló:

—¿Te gusta la Torre Nueva, franchuta?

¡Ay, si me gustaba! Mis ojos no sabían apartarse de sus torrecillas menudas, de sus franjas de arabescos, de sus góticas galerías, de sus ojivas finas y estrechas, de la curiosa, atrevida, gallarda columna de trescientos pies de elevación, y á la cual la inclinación misma prestaba singular encanto, como el de un enigma... Cuando volví á Zaragoza, la Torre Nueva había desaparecido, bárbaramente arrasada, sin que la piadosa idea de reconstruirla en otra parte hubiese germinado en los cerebros de los vándalos demoledores...

***

¿Y á qué negarlo? Si la Torre Nueva se captó toda mi benevolencia, el templo del Pilar fué una decepción. No esperaba encontrar allí la primitiva capilla construída por el apóstol Santiago para conmemorar la aparición de la Virgen en carne mortal, primer altar erigido á Nuestra Señora en el mundo; pero tampoco me formaba idea de una basílica tan profana. Por extraño caso, ha sido desgracia para los monumentos levantarse en países ricos y poderosos. El vandalismo hizo en ellos doble estrago. Las edénicas tierras de Levante, que acabo de recorrer, apenas conservan iglesias góticas, y de románico no se hable. El exceso de bienestar se tradujo en impías reconstrucciones, y se barrieron los escombros para alzar edificios de mal gusto. Del Pilar tal cual se construyó en el siglo XIII, no quedan sino el retablo y la sillería del coro. Las postrimerías del siglo XVII, con el torrente de barroquismo que en ellas se desató, grabaron su sello en este templo del Pilar, vasto sin grandeza y rico sin magnificencia. Los techos al fresco, la traza de las columnas, hacen pensar en un teatro; por mejor precisar la impresión, en el suntuoso vestíbulo de un palacio allá en Roma. El templo no es *mariano*, no es un afeminado camarín como el de la Divina Peregrina en Pontevedra; ni aun reviste ese carácter, es más frío, más desconcertado. Y sin embargo, bajo estas bóvedas que aplanan el alma en vez de elevarla al cielo, es donde ha brotado con más fuerza y empuje la florescencia de la fe ardiente, incondicional, enajenada. Como si estudiasen el modo de acrecentarla, la sacratísima efigie apenas se ve: no se distinguen sus lineamentos. Tanta plata, tantas alhajas, tanto cirio, la verja que no permite acercarse al altar, impiden que los ojos distingan pormenores.

Gana así, con el misterio, la devoción. ¡Cómo se ha extendido! No ya Zaragoza, sino Aragón; no ya Aragón, sino toda España, hacen de esta Virgen el Paladio nacional. Y nótese que la afición á la *Pilarica—la moda* diría, si me atreviese á aplicar tal nombre á cosas tan superiores á él—es de ahora, reciente, y en gran parte obra de artistas, de literatos, de músicos, de periodistas. Los milagros y grandezas de los santos, por cierto, eran más discutidos antaño que hoy. Ahora nadie aplica la crítica á la mayor ó menor autenticidad de los sucesos prodigiosos en que el Pilar funda sus preeminencias; en otras épocas se hilaba delgado en tales puntos; había exclusivismos, particularismos de la devoción, emulaciones entre pueblos y envidias entre santuarios; la tradición del Pilar, que se apoya en un códice existente en el archivo de la catedral de Zaragoza, no hay que decir si fué combatida. En el día ni aun la conoce la gente que va á postrarse allí, y mientras otros santuarios y otras efigies nombradísimas, como la de Guadalupe, van quedando relegadas al olvido, el Pilar sube y triunfa, no tanto por el esfuerzo de los verdaderos devotos como por un impulso general, de la colectividad, por mejor decir, de la nacionalidad, cuyo desmayado aliento y decaída pulsación se concentran en el Pilar marmóreo, último emblema de cualidades y virtudes propias del alma española, que poderosamente contribuyeron al antiguo engrandecimiento de la patria.

***

Por eso, principalmente, ningún español, al sentar el pie en Zaragoza, deja de visitar la simbólica columnita. Y por eso me sorprendió no encontrar la Basílica más concurrida. Era la misa de doce la que oí. La primera vez que vine á Zaragoza no se cabía; la segunda, recuerdo que había bastante gente, y que los baturros, después de haber rezado, se despedían con la mano, familiarmente, de la Virgen. Ahora la soledad, la falta del apasionado murmurio de los rezos, me causó una especie de frío. Cualquier otra iglesia quizás me agradase más solitaria; aquélla, el Pilar... ¡atestada, rebosando!

Entre las personas que me acompañaron al Pilar estaba el presidente de la Cámara de Comercio de Zaragoza y de la Asamblea, Basilio Paraíso. Del templo salimos para almorzar en la Quinta Julieta, un sitio amenísimo, de una coquetería de jardín de abanico, y donde la abundancia de agua de que se puede ufanar Zaragoza ha permitido simular un riachuelo y formar dos estanques orlados de flores y arbustos, en que bogan patos y gansos, atropellándose para llegar al puentecillo desde el cual les arrojamos mendrugos de pan. El sol espléndido, el día dorado y tibio, de dulce otoñada, llenaba el espíritu de placidez gozosa. Se me habían disipado los pensamientos relacionados con los destinos de la patria, únicos que tuve otras veces en Zaragoza; y sólo pensaba en lo grato del instante, viendo desde el balconcillo de la quinta la perspectiva de la ciudad—que después fuimos á contemplar desde el Cabezo de Buena Vista.—Hablábamos de política, y casi me costaba trabajo seguir el hilo de la conversación. Campo, sol, flores, agua, son poderosos calmantes. La Zaragoza heroica, la que hizo morder el polvo á las águilas imperiales, desaparecía para mí. A lo lejos divisábamos, no sólo cúpulas y torres de iglesias, sino chimeneas de fábricas, que se han multiplicado en estos últimos tiempos, creando una Zaragoza industrial muy activa, deseosa de emular á Cataluña en laboriosidad y riqueza legítimamente ganada.

Entre los recuerdos mejores del viaje cuento el almuerzo zaragozano, que me proporcionó ocasión de escuchar á Paraíso. El nombre de este aragonés apenas era conocido en España hace un año, y ahora se pronuncia y repite dondequiera, ya con el acento de la esperanza y de la simpatía, ya con el del enojo y la reprobación—que así se repiten los nombres si la fama los lleva en sus alas.—Basilio Paraíso vino á mi pueblo, á la Coruña, en junio, á celebrar un *meeting*, y me fué imposible oirle y hacerle los honores del castillo de Santa Cruz, por lo reciente del fallecimiento de Emilio Castelar. La fortuna me deparó ahora conocer más íntimamente al regenerador económico, que á decir verdad me produjo impresión del todo favorable. Basilio Paraíso tiene la franqueza algo ruda de su raza, una ingeniosidad espontánea, la tenacidad, la derechura y el sentido práctico. Modesto, su rápida popularidad ni le ha desvanecido ni ha despertado su ambición. Se propone un fin, y va á él resueltamente, á pesar de los compromisos políticos, de los quebrantos de la salud y del abandono de los quehaceres. Este hombre ilustrado, que estudió dos carreras, es fabricante de lunas, ó mejor dicho, adorna y pule las lunas que vienen fabricadas de Saint Gobain, las decora al estilo veneciano, dora los marcos y los talla ricamente; una industria bonita, fina, en que las mujeres encuentran empleo y labor, porque son más cuidadosas para la difícil aplicación de la hojuela de oro. Lástima que España no esté llena de fabricantes por el estilo... ó por otro: no seamos exigentes.

En el jardín de la fábrica, bajo el cenador de enredaderas, de España hablamos, de su porvenir, de sus abiertas llagas. Y sin que Paraíso haga alardes de patriotismo—en la misma calma de su voz, desmentida por el estremecimiento de sus nervios, visible en la cara—comprendo que este español ha sufrido, ha sentido, ha llorado quizás por dentro, y tampoco cree que tengamos el derecho de cruzarnos de brazos... Su remedio será más ó menos infalible—no es aquí lugar de discutirlo,—pero él quiere aplicar remedio, y lo aplica.

EMILIA PARDO BAZÁN

PENSAMIENTOS

Es más fácil no dar el poder á ciertos hombres que impedir que abusen de él.

MME. ROLAND

Con el actual sistema de instrucción, la cabeza de un niño es como un arma demasiado cargada: ó no sale el tiro, ó el arma hace explosión.

MARÍA VALVERE

El hombre no muere; se mata por su avidez de vivir y por su miedo á la muerte.

EL P. GRATY

Los animales son seres asociados á la existencia de los hombres y cuya psicología es á veces más interesante que la de sus amos.

MAURICIO GUILLEMOT

Las gentes dichosas no conocen gran cosa de la vida: el dolor es el gran maestro de los hombres.

ANATOLIO FRANCE

Sólo se ve bien lo que se mira al través de una idea.

VÍCTOR CHERBULIEZ

FAUSTO ZONARO, PINTOR DE S. M. I. EL SULTÁN DE TURQUÍA

No es Zonaro un artista novel. Su nombre lleva consigo un concepto de maestría que halla plena justificación en sus producciones y en los triunfos alcanzados en públicos certámenes. Mas no son ciertamente sus indiscutibles cualidades como pintor genial y como artista de grandes alientos las que dan extraordinario relieve á su personalidad, puesto que le corresponde la gloria de haber contribuído con su esfuerzo al logro de una transformación, al movimiento evolutivo de un pueblo asaz exclusivista por la condición de su origen y creencias, cual lo es el turco, que rompiendo con la tradición y con las alcoránicas prescripciones ha creado en Constantinopla una escuela oficial de Bellas Artes, de la que es entusiasta colaborador el pintor de S. M. I. el sultán, el distinguido pintor paduano y estimado amigo Fausto Zonaro.

Por la simple enunciación de la creación de un centro artístico de carácter oficial y por el cargo conferido al artista á que nos referimos en la capital de un Estado cuyos intentos para entrar en el concierto de los pueblos cultos se hallan siempre constreñidos por el sentimiento religioso, comprenderáse cuáles han de ser los méritos del pintor, la extensión de sus esfuerzos y el entusiasmo de que se halla poseído en favor del arte.

Al igual de lo que acontece con la mayoría de aquellos que se separan de la vulgaridad, fueron para Zonaro penosos y difíciles los primeros años de su existencia. De familia modesta, sólo á su ingenio y laboriosidad debe los resultados alcanzados. Los infantiles trazos que á hurtadillas ejecutaba en la escuela se convirtieron pronto en estudios del natural, trocándose en hermosos lienzos cuando los elementos que le procurara un generoso protector permitiéronle trasladarse á Roma en 1879. Desde aquella fecha empieza la inmensa labor de Zonaro y su vida artística. Difícil sería enumerar sus triunfos y la variedad de su producción, así en lo que se refiere al género como al procedimiento. La primera fase hállase representada por cuadros de costumbres, que como *Una fiesta en Venecia, En el puente de Gulie, La fiesta del Redentor, El pregonero*, etc., atestiguan sus cualidades de observador, la facilidad para asimilarse la acción, los tipos y las escenas populares. *Flor del bosque*, que tanto llamó la atención en la Exposición de Bellas Artes de Barcelona de 1894, *Primavera, Rosas y espinas, La cola del diablo, Después del juego, En casa* y otros más, dan á conocer al pintor y al artista de temperamento, que manifiesta en forma delicada y sentida un pensamiento tierno, que poetiza la concepción y canta la belleza.



FAUSTO ZONARO, pintor de S. M. I. el sultán de Turquía

Atraído por el encanto que para el artista ofrecen los pueblos orientales, fijó su residencia en Constantinopla, donde en corto espacio de tiempo logró llamar la atención de los aficionados é inteligentes, incluso el sultán, que le confirió el honroso título de pintor de cámara, distinción que casi no tiene precedente, que demuestra el elevado concepto que merece y la transformación que se opera en las costumbres y tradiciones de la corte imperial.

Difícil sería enumerar las obras que ha producido inspiradas por el efecto que en su ánimo produjeron las encantadoras riberas del Bósforo y del Cuerno de Oro, los alminares de la antigua Estambul y las cúpulas de Santa Sofía. Bastará consignar que sus lienzos *El memorialista, El Caik, En el puente de Galata*, adquirido por el príncipe de Mavrocordato, *El Malebidji, La tumba del Santón, La circasiana* y otros más significan otros tantos timbres para el distinguido artista.

Mas su última manifestación, á la que debe sus recientes éxitos, da al pintor y á sus producciones un nuevo aspecto que le ha reportado gran popularidad en Turquía. Nos referimos á sus cuadros militares, á la representación del ejértico turco y de los episodios más culminantes de la guerra que en mal hora ensangrentó los campos de Turquía y Grecia. En esta clase de obras se presenta Zonaro con la pujanza y alientos de un artista de temperamento. Examínense sus estudios de soldados turcos y singularmente su hermoso lienzo representando una carga á la bayoneta y se apreciará la valía del artista.

Merecidas estimamos las recompensas alcanzadas por Fausto Zonaro, con mayor motivo cuando á sus cualidades como pintor reune el mérito de contribuir con sus iniciativas y esfuerzos á la cultura de un pueblo que anhela ya romper añejas ataduras para entrar resueltamente en el concierto de los pueblos modernos. – A. GARCÍA LLANSÓ.



¡A LA BAYONETA!, EPISODIO DE LA GUERRA TURCO-GRIEGA, cuadro de Fausto Zonaro

CORRESPONDENCIA INTIMA

Al Excmo. Sr. D. Víctor Balaguer.

Querido y siempre admirado amigo mío: *añorando* ahora aquellas veladas inolvidables que en el lindo jardín de la casita *Santa Teresa* se deslizaban para mí deliciosamente; frescos todavía en mi espíritu recuerdos gratísimos de mis visitas al *Museo-Biblioteca*, de las excursiones al *Cau Ferrat* en la blanca Sitjes, de la *expedición* á la hermosa masía del fogoso diputado por Villanueva y Geltrú, nuestro común amigo *Juan Ferrer y Vidal;* expedición en que, sobre el de admirar una morada envidiable, tuvimos el gusto de conocer á una familia encantadora, y de los paseos por la gran Barcelona, cuyos progresos evidentes echa de ver el forastero, no ya de año en año, sino de día en día; y de mi permanencia en el pintoresco San



Soldado turco, estudio al pastel de Fausto Zonaro

Juan Despí, de cuyos cultos y hospitalarios habitantes guardaré siempre, más que en la cabeza, en el corazón, dulces memorias, tomo la pluma para dirigirme, no al trovador, no al literato, no al académico, no al amo de casa que, á fines del siglo XIX, practica la hospitalidad á la usanza antigua, sino al político, al senador vitalicio, al ex ministro, que si no estoy equivocado, ha desempeñado alguna vez (entre las varias en que fué Consejero de la Corona) la cartera de Fomento y que es hoy uno de los miembros más importantes del *Consejo de Instrucción Pública* (Consejo de cuya utilidad, dicho sea entre paréntesis, me permitiré dudar mientras no se modifiquen muy radicalmente su actual organización y sobre todo sus reducidas atribuciones). – ¿Que por qué y para qué me dirijo á usted en estas circunstancias? – ¡Ay, respetable amigo mío y mi bondadoso huésped!, porque *eso* de la *Instrucción pública* anda mal en España; porque es necesario y es además urgente encauzarlo, y para que usted, el único político (si no me es infiel la memoria) que ha pensado en la creación de un



Musulmán, estudio al óleo de Fausto Zonaro

Ministerio de Instrucción Pública, ministerio que, en efecto, está haciéndonos mucha falta, procure utilizar la influencia que muy justamente y con títulos muy legítimos disfruta entre sus correligionarios y aun entre los que no comulgan con usted en creencias ni en aspiraciones, para llevar por esos senderos, únicos salvadores, la actividad de legisladores y gobernantes.

No voy á explicar á usted, mi querido amigo, lo que, al regresar de mi viaje á Cataluña, encontré en Castilla y principalmente en la villa coronada.

El abandono por norma, por sistema el desaseo y el olvido absoluto de las más elementales prescripciones de la higiene, hallé cada vez más aterradora y creciente la cifra de la mortalidad y menos disculpable cada vez la incuria y la desaprensión de las autoridades.

Hiciéronme notar algunos que el número de defunciones era relativamente escaso, sin recordar que, á la sazón, sobre hallarse fuera de Madrid gran parte de los que tienen en la corte su residencia ordinaria, era mucho menor que en otras épocas la población flotante.



Soldado turco, estudio al pastel de Fausto Zonaro

Aquí no podía beberse el agua del Lozoya porque salía convertida en barro. Y no ya para beberla, ni aun para los usos domésticos de menos interés era utilizable.

Del agua de los renombrados antiguos Viajes de Madrid tampoco era lícito servirse, porque el doctor Cortezo, director general de Sanidad, había hecho saber á los periodistas que dichas aguas estaban inficionadas por las emanaciones de los pozos negros.

En lo posible está que el doctor Cortezo tuviese razón; como está en lo posible que se equivocase; pero sea de esto lo que fuere, pues en tales averiguaciones no he de entrar ahora, es la verdad que las gentes aprensivas y los ciudadanos asustadizos no se atrevían á beber ni de unas aguas ni de otras.

El remedio de filtrar las del Lozoya y el de hervir las de los viajes antiguos no eran tales remedios. Las aguas hervidas, digan lo que quieran los doctores, no tienen las condiciones que las aguas han menester para ser verdaderamente potables, y la operación de filtrarlas, sobre ser embarazosa y larga y difícil, no ofrece garantías suficientes á los consumidores.

Reemplazar el agua con vino, cerveza, seltz, gaseosa, etc., etc., parecía una locura, sobre ofrecer verdaderos peligros aquí donde todo se adultera y falsifica.



Soldado griego, cuadro de Fausto Zonaro

Imagine usted, por consiguiente, querido amigo mío, la agradable situación en que se hallaría un recién llegado, para quien todo se volvían dificultades y peligros.

Pero todo aquello pasó..., y al decir que pasó no quiero expresar que ya no vienen turbias las aguas del Lozoya, ni que han cesado, ni siquiera disminuído, las adulteraciones en los géneros de comer y beber; no; todo eso continúa lo mismo que antes; lo que quiero decir es que cesaron, ó por lo menos se atenuaron mucho la alarma y el susto producidos por la llamada epidemia de fiebres tifoideas, que, en realidad, no fué epidemia. – Siguió habiéndolas, como las hay todos los años en esta entrada de estación, sobre todo cuando la del verano ha sido rigurosa; pero no tan frecuentes ni tan terribles que justificasen temores excesivos. – Comenzó, pues, en Madrid lo que podríamos denominar albores de la vida oficial. Se abrieron los tribunales; principiaron en los establecimientos de enseñanza los exámenes extraordinarios; las empresas teatrales hicieron fijar en los carteles anunciadores los elencos de sus compañías, y los periódicos de gran circulación empezaron á publicar, en la sección correspondiente, noticias de haber regresado personajes políticos, artistas célebres, periodistas ilustres y ministros ausentes.

Razones cuya exposición no es ahora del caso, me llevaron á uno de los establecimientos en que se da enseñanza oficial y que depende, por consiguiente, de la dirección general de *Instrucción Pública.*



GUERRA ANGLO-BOER. – VOLUNTARIOS DEL CABO QUE PARTEN PARA EL TEATRO DE LA GUERRA

Estaba ya muy adelantada la segunda quincena de septiembre, y no obstante el jefe del establecimiento no había logrado constituir, según él deseaba y debía, los tribunales de exámenes.

El personal docente estaba, como dice el vulgo, en cuadro. Apenas si habían regresado de sus excursiones veraniegas la mitad de los profesores.

Para no perder del todo el tiempo habíase constituído, sin embargo, con los profesores disponibles algún tribunal, y en uno de los salones de actos penetré para presenciar los exámenes.

Sin que sea mi ánimo censurar á los examinadores, declaro que el espectáculo me afirmó más y más en mi creencia de que tales ejercicios – en la forma que hoy tienen – son verdaderas mojigangas. Los examinandos, por regla general, demostraron insuficiencia, desconocimiento casi absoluto de las materias de que eran examinados; el que más hacía se limitaba á recitar de memoria, sin darles sentido siquiera y sin que se advirtiese que las entendía ó se las había asimilado substancialmente, algunas definiciones, casi todas defectuosas, que supuse se hallarían contenidas en los libros de texto. Aquello, lo declaro con verdadero dolor, más que ejercicio académico de un establecimiento de enseñanza, me pareció pantomima de circo ecuestre.

Terminó el ejercicio, y picado ya por la curiosidad esperé á ver el resultado. No tuve necesidad de aguardar mucho. Diez minutos no muy cumplidos habían pasado cuando apareció un funcionario de la secretaría con la lista de las calificaciones. – Casi todos habían sido aprobados; algunos tenían la nota de suspensos.

Yo, lo declaro ingenuamente, ni pude explicarme entonces por qué no habían salido bien los que salieron mal, ni por qué no habían salido mal los que salieron bien. La misma razón había, procediendo en justicia, para lo uno que para lo otro. Como saber, ninguno de los examinandos sabía una palabra; aprobado uno, hubiera sido equitativo aprobarlos á todos,



GUERRA ANGLO-BOER. – UN FUERTE BOER EN BLOEMFONTEIN (ORANGE), de fotografía de F. W. Fergusson

y viceversa: suspendido uno, habría sido acto de justicia suspenderlos á todos; porque todos aquellos cuyos exámenes presencié, podían sin escrúpulo tutearse en lo que respecta á conocimientos sólidos de la asignatura. ¿Eran responsables de resultado tan desconsolador los profesores? No lo creo; digo más: estoy seguro y afirmo terminantemente que no lo eran. ¿Lo serían los alumnos por desaplicados ó por ineptos? Tampoco lo creo de todos. Está claro que en clases numerosas hay discípulos despejados y discípulos torpes, aplicados y holgazanes; pero está claro también que si el procedimiento fuese bueno, mediano siquiera, aparecerían jóvenes que hiciesen brillantes ejercicios. No sucede así; las influencias, las recomendaciones, el azar á veces determinan la mejor ó la peor nota de los examinados, entre los cuales hay muy pocos (más exacto sería decir que no hay ninguno) que se distingan por conocer seriamente la materia de que se les examina.

¿No cree usted, querido D. Víctor, que ha llegado el momento de suprimir definitivamente esos simulacros de justas científicas en las cuales tanto tiempo se pierde y tan malos ejemplos se dan á la gente moza que llega á la vida con el alma llena de generosas ilusiones y de aspiraciones elevadas y se convence de que la ciencia oficial es pura farsa?

Y si aun para reforma tan radical es demasiado pronto aunque no lo creo, – ¿no piensa usted que sería conveniente modificar por completo la forma de esos ejercicios, que hoy son ridículas puerilidades?

Yo, lo he declarado varias veces, suprimiría sin escrúpulo alguno y seguro de prestar importante y trascendental servicio á la juventud estudiosa los exámenes, las reválidas, los grados, etc., etc.

De no suprimirlos, procuraría que fuesen *verdad;* que sirvieran para probar, sin ningún género de duda, la suficiencia del graduando. – Si el Estado había de tener á cargo suyo la tarea de dar fe de los conocimientos y aptitudes del ciudadano para ejercer determinadas profesiones, determinaría que los tribunales examinadores, lo mismo que los tribunales de justicia, funcionasen en todo tiempo; dispondría que de esos tribunales no formasen parte los catedráticos encargados de la enseñanza oficial; haría que el someterse ó no someterse á examen, fuese potestativo en el interesado, á quien correspondería también el fijar la época de sus ejercicios, y mandaría que los fallos del tribunal examinador pudiesen llevarse *á más señores,* á petición del candidato que se considerara perjudicado y aun á solicitud de cualquier ciudadano que creyese que en el fallo se había faltado á la justicia.

Lo de tener por inapelables las resoluciones de los tribunales académicos me ha parecido siempre el mayor de los absurdos.

Lo mejor, insisto en este punto que me parece interesante, lo mejor sería suprimir de todo en todo esos ejercicios que, en puridad, para nada sirven y para mucho estorban; que son perjudiciales casi siempre, y casi nunca provechosos.

Y empiezo á creer que deberíamos suprimir también ese período que hemos dado en llamar *segunda enseñanza* y en el que á fuerza de buscar el medio de formar enciclopedistas en miniatura, sólo hemos conseguido convertir á los jóvenes más laboriosos y más dispuestos en charlatanes, insufribles por su insubstancial garrulería. Pensar que en un período de seis años, que entre fiestas, vacaciones de verano, faltas de asistencia y otras mermas inevitables quedan reducidos á tres, pueda un adolescente saber algo de Latín, de Castellano, de Aritmética, de Algebra, de Geometría, de Trigonometría, de Agricultura, de Higiene, de Historia Natural, de Psicología, de Lógica, de Etica, de Religión, de Historia Universal, de Historia de España, de Física, de Retórica, de Poética, de Lenguas vivas, de Dibujo, de ¿qué sé yo?, porque espanta el pensar en la balumba de conocimientos que se pretende meter en esas infelices cabezas; pensar eso, digo, es pensar una verdadera locura.

¡Cuánto tiempo perdido! ¡Cuánta inteligencia mal empleada! ¡Qué derroche de laboriosidad! ¿Para qué?

Los hechos lo dicen elocuentemente: para nada.

Es necesario, sí, es necesario y es urgente, como antes he dicho, que eso se arregle.

Del *Consejo de Instrucción Pública* debe partir fecunda iniciativa para llegar á ese resultado. Por eso me he dirigido á usted, querido D. Víctor, á usted que después del descanso del cual tanto había menester, puede venir y vendrá con fuerzas bastantes y con suficiente energía para emprender, con probabilidades de buen éxito, esa provechosa y salvadora campaña. Porque, usted lo sabe mejor que yo, nuestra salvación está ahí: en las reformas radicales y bien meditadas de la enseñanza; molde en que han de vaciarse, para bien ó para mal, las futuras generaciones.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

ANGELO

Con su padre vino á Madrid, á compartir su miseria y á consumir los miserables ochavos que le producía la venta de figuritas de barro. Era Angelo un muchacho de rostro curtido por el sol del país de Luca y de ensortijada melena y ojos soñadores y negros.

Allá, en su tierra, mientras el padre amasaba y cocía el barro que había de convertirse en graciosas figurillas de *ciocciaras* y pastores, el bueno de Angelo recorría aldeas y caseríos, tocando la zampoña al compás del *ti rivedrai* y recogiendo sendas monedillas de cobre; que no en vano gozaba fama de ser uno de los más diestros *pifferari* del país de Luca.

Pero aquello daba poco y abandonaron su país. Al abandonarlo, el miedo á los fríos del Norte les hizo tomar el camino de España, donde encontraban el mismo sol de Italia, la misma vegetación espléndidamente hermosa, el mismo cielo azul y transparente, análogas dulzuras de lenguaje y de temperamento...

Y en Madrid entraron. El vendedor de las figurillas de barro, tipo que llegó á ser conocido de todos los paseantes de la Puerta del Sol y la Carrera de San Jerónimo, dejó á poco esta miserable vida y una más miserable herencia al pobre Angelo, que en vano procuró resucitar las habilidades de su progenitor en el arte de dar artística forma al barro cocido.

No; Angelo había nacido músico, y si antes pudo ayudar al autor de sus días, hoy, ya solo y abandonado, no acertaba á revolver entre sus manos el maldito barro, que se rebelaba á adquirir las graciosas formas y contornos de otros tiempos.

Quedábale el recurso de la música. Pero su zampoña, que tan gratamente sonaba y tan dulce parecía en los campos de Luca, parecía en las calles de Madrid desacordada y áspera. Aquellos aires no conmovían á nadie, aquellas notas eran exóticas en la coronada villa y las tarantelas italianas no alcanzaban un céntimo de las hermosas mujeres asomadas á los balcones ni de los impacientes transeuntes. El piano de manubrio, el vals atropellado, el schotis callejero, aplastaban y vencían á los poéticos aires italianos. Angelo se convenció de que debía arrinconar su zampoña y la arrinconó. Lo que en Luca hacía llorar, hacía reir en las calles de Madrid.

Con los miserables cuartejos que aún le quedaban, alquiló un piano de manubrio, una de esas desacordadas cajas que son tormento de los oídos y profanación del arte; pero ¡qué importaba! Aquello ya era otra cosa. Las gentes buscaban la última habanera, el pasacalle de la zarzuela aplaudida, el schotis en boga, la polka cancanesca que se pegaba al oído. Eso..., eso era lo que había que hacer.

Pero Angelo tenía alma de artista. Tocaba, como su piano, por máquina. No sabía lo que aquello quería decir ni le importaba; veía que al público le alegraba, que la gente lo entendía, que el dinero pasaba á su bolsillo... El hombre estaba satisfecho; el artista no. Su cuerpo nada le pedía; su alma, su temperamento, se rebelaban en cambio. Él quisiera ser uno de aquellos hombres que hacían aquellas cosas, que con aquel conjunto de sonidos alegran ó conmueven á las masas; inventar, en una palabra.

¡Y él hubiera inventado! Pero si le dieran su zampoña y sus campos de Luca. Ya inventaría él aires que luego correrían de boca en boca y que serían regocijo de las muchachas al bailar bajo el emparrado.

Pero en Madrid, bajo un cielo que no era el suyo, entre un pueblo de gente abigarrada, sin su zampoña, ¿qué iba á hacer él? Una canción, un aire cualquiera, ¡bueno! Pero ¿cómo, Dios mío? Él sabía que esas cosas se escriben en el papel; pero de eso no sabía ni empezar. Si pudiera arreglarse agujereando un cartoncito de aquellos que él colocaba en el piano de manubrio... Pero no, tampoco.

Aquello se fabrica: y era preciso antes consignar el aire, el motivo, la *obra* en algo que quedara escrito, en el papel, en el maldito papel de música que se presentaba á su mente, burlón y amenazador, con sus líneas rectas y negras, semejantes á hilos del telégrafo, como diciéndole: «Sigue, sigue estas líneas, síguelas con la vista. Las perderás y se perderán ya fuera del papel, sin haber logrado entenderlas, porque no se hicieron para ti.»

¿Estudiar? Angelo creía que la música no se estudiaba. Que esas cosas salían ó no. Era como el tamborilero de Daudet, á quien se le ocurrían los aires oyendo cantar al ruiseñor. Los pájaros son músicos también y su cantar se aprende y queda. ¿Por qué los hombres no habían de poder dejar sus obras como los pájaros, sin esfuerzo, sin estudio?

La lucha interior que Angelo sostenía fué cada día en aumento, más terrible, más avasalladora. Una noche, al fin, se decidió á encerrarse en su cuarto, con su piano á solas. En un pedazo de cartón empezó á hacer agujeros y rayas largas, puntitos cuadrados..., lo que á él le parecía que debía ser. Las notas largas, entendía él que debían traducirse en largos recortes en el cartón. Las notas breves, saltonas, ligeras, picadas, en una serie de puntos y óvalos menuditos.

Silbaba su obra, mientras trabajaba, aquella melodía que á él le parecía sublime, arrobadora, impregnada de dulzura, de sol, de perfumes. Aquello no sería lo que al público le gustara; pero era lo que él quería. En aquellos aires se fundían las melancolías del país de Luca con el ajetreo y el bullicio de las calles de Madrid. Era algo..., era su obra. Terminárala él y viviría tan obscuro y olvidado como antes. Pero su alma de artista estaría satisfecha.

Al fin, tras de varias noches de luchar á solas con su dolorosa impotencia, logró dejar el pedazo de cartón acribillado de líneas y puntos en las cuales creía traducir su pensamiento, su idea. Allí lo leía y él lo seguía paso á paso, como se lee en un libro abierto.

Colocó el cartón en el piano. Agitó el manubrio...

Jamás desconcierto más horrible aporreó humano oído; jamás notas más desacordadas se unieron para producir el más terrible de los estrépitos. Aquello era un absurdo, una locura, un ruido infernal, una pesadilla horrorosa, un imposible, nada. Aullidos, porrazos, ruidos estridentes, batahola incomprensible, caótica revolución, ¡ni un sonido de los que él había soñado! ¡Nada de lo que él concibiera! ¡Ni un vestigio de su sueño, de su sueño hecho pedazos, acribillado, roto, destrozado, como aquel fragmento de cartón en que había condensado sus anhelos de artista, el sueño de su vida, la aspiración de su alma!

Angelo oprimió los puños con rabia, abandonó el piano, y allí, en un rincón, asustado de sí mismo, avergonzado de su impotencia, con el corazón dolorido, lloró, lloró su ilusión dorada, aquella ilusión tan pequeña y que sin embargo se le huía para siempre... ¡No quedaba nada! Era una lucha con lo imposible. Y no obstante, él lo decía, lo sentía, lo adivinaba, lo juraba: ¡allí dentro había algo, había mucho!

Y aquel obscuro músico, aquel *pifferaro* del país de Luca, que acaso en sus sueños infantiles había llegado á soñar con la gloria, como Napoleón, ¡cayó obscuro y desconocido en la lucha, como el último soldado!

MANUEL AMOR MEILÁN

EPILOGO

Ha ocurrido uno de estos ejemplares no hace muchos días.

Seres que se aman mutuamente y que no se lo declaran por timidez.

Y uno y otro se preguntan á sus solas:

– ¿Habrá adivinado mi pasión?

Algunos de estos amantes mudos por cortedad hasta dan en consultar la estrella de la fortuna y las cartas mágicas de Napoleón I.

– ¿Me corresponderá?

Cierran los ojos, y después de trazar uno ó varios círculos con el índice de la mano derecha, se detienen.

Abren los ojos y ven el número más próximo á la punta del dedo indicador.

En seguida buscan el mismo número en la baraja, y al lado leen:

– Ten constancia.

Como pudiera decir:

– Me alegro de verte bueno.

Y pasan las oportunidades y transcurren los meses y los años, y alguno de ellos se carga y prescinde del otro.

Lucía y Javier habían nacido uno para otro.

Se conocieron desde «la primera infancia,» según he leído en un «clásico nuevo.»

Se amaron; crecieron amándose; él se dedicó á la carrera del comercio, supongamos, y ella se dedicó á casarse con otro.

¡Qué despedida tan triste la de Lucía y Javier, cuando éste partió para Londres!; porque su padre entendía que para aprender la carrera, aparte de «la vocación,» es indispensable visitar á Inglaterra.

Lucía esperó un mes, un año, y Javier no volvía.

Y otro mes y otro año, y Javier no volvió.

Pero pensaba en ella; así lo aseguraba en sus cartas.

Y ella pensaba en él, como también hacía constar en las cartas que escribía la familia al querido ausente.

No se puede pedir gollerías: Javier no hablaba siquiera de regresar á España, y Lucía, que era una muchacha escultural, una estatua griega aún con más vida, se veía asediada de pretendientes.

Por fin la familia la destinó á la milicia, y fué «co-

mandanta» de caballería y tenienta coronela, y coronela... y viuda.

La guerra se encargó de dejarla sola en el mundo.

Ya habían muerto su padre y su madre, y Javier no volvió.

Lucía se sintió acometida de un síncope, y si no es por un marinero que la recibió en sus brazos, cae y se estrella contra una piedra.

Cuando volvió en sí, es decir, en el marinero, Javier estaba á su lado

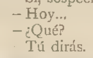
– Hemos sido infelices... por tontos.

– Sí, sospecho algo de eso. Y hoy...

– Hoy...

– ¿Qué?

Tú dirás.





GUERRA ANGLO-BOER. – EL MERCADO DE KIMBERLEY (COLONIA DEL CABO) de fotografía



GUERRA ANGLO-BOER. – EL HOTEL REAL DE LADYSMITH (COLONIA DEL CABO) de fotografía

Una mujer sola, joven todavía, aun cuando posea buena fortuna, está mal, expuesta á muchas contingencias.

Si Javier volviera y se declarase...

Pero Javier no volvía, ni aun cuando volviera se declararía.

La había engañado miserablemente: no la amaba.

Y á pesar de todo, no le constaba que el ingrato se hubiese casado con otra, mientras ella, la desleal, había dado su mano á otro hombre.

Pero qué Javier..., no era el mismo; parecía su padre.

Ella también parecía «madre de sí misma.»

Los años dejan huella.

No sé cuántas horas pasaron juntos, sentados á orilla del mar.

Ya era de noche cuando se retiraron.

Aquel día se explicaron y se entendieron.

– ¡Ah! ¿Por qué no hablaste así hace veintidós años?

– ¡Casarnos á estas alturas!.. Cumplo cincuenta y uno dentro de pocos días.

– Y yo cuarenta y ocho.

– Continúas lo mismo.

– ¡Adulador!

– Digo, quitándote años de encima: de niña ya eras así.

– La verdad es que después de tanto esperar...

– Yo... estoy dispuesto á todo.

– ¿Luego me amas todavía?



GUERRA ANGLO-BOER. – EL MERCADO DE LADYSMITH (de fotografía de Kemp)

Pasaron los años.

Lucía volvió á cometer otra infidelidad: casó con un paisano... y volvió á quedarse viuda.

Entretanto Javier también se había casado, pero «una sola vez.»

Es decir, que enviudó y que no pensó siquiera en reincidir.

¿Cómo volvieron á encontrarse en el mundo los dos amantes tímidos?

En un puerto de mar, en este último verano.

El encuentro fué un paso casi dramático.

– Lo mismo te digo.

– ¿Te acuerdas del síncope que me privó de la razón el día 7 de mayo de 18...?

– No, hija; así, día por día, no hay quien recuerde esas cosas.

– ¡Ingrato! Fué por ti.

– ¡Ya!

– ¿Y del clavel blanco que te dí el día de mi santo?

– Lucía...

– ¿Te molesto?

– No, hija, es que admiro tu buena memoria.

– Como en mis mejores tiempos.

– Y en ese caso, ¿qué dificultad hay para que nos casemos?

– Dices bien.

– ¡Mi Javier!

– ¡Mi Lucía!

– Lo haremos con cierto secreto, porque ¿sabes?, para evitar que nos den una cencerrada.

– La merecemos.

EDUARDO DE PALACIO



LA HORA DEL REGRESO, cuadro de L. Chialiva



(Fotografía de Fishel, Adler y Schwartz, de Nueva York)

NUESTROS GRABADOS

Concepción Arenal, estatua de Aniceto Marinas (fundida en bronce en los talleres de los Sres. Masriera y Campins, de Barcelona). – Recientemente y con motivo de haber reproducido en las páginas de esta Revista la estatua de Velázquez, obra asimismo del discreto escultor Sr. Marinas, consignamos someros juicios acerca de los méritos y aptitudes de este laborioso artista. De ahí que hoy nos limitemos á llamar la atención de nuestros lectores respecto de la hermosa estatua de doña Concepción Arenal que corona el monumento que la ciudad de Oviedo ha erigido en honor de la insigne escritora que consagró todas sus energías y el poderoso esfuerzo de su inteligencia al estudio de asuntos cuyo mero ensayo reportaría elevadísimo concepto para aquel letrado que se entregara á tal suerte de especulaciones.



CONCEPCIÓN ARENAL, estatua de Aniceto Marinas fundida en bronce por los Sres. Masriera y Campins

Guerra anglo-boer.—En el presente número publicamos algunas vistas de Kimberley y de Ladysmith, las dos ciudades sitiadas por los boers, cuya rendición parece inminente si no llegan á tiempo los refuerzos del generalísimo Buller, recientemente desembarcado en el Africa austral. La ciudad de Kimberley está situada en la frontera del Estado libre de Orange, á 30 kilómetros de la orilla izquierda del Vaal, y tiene unos 30 000 habitantes, en su mayoría boers de origen holandés. En sus inmediaciones están las famosas minas de diamantes que surten de piedras preciosas al mundo entero: en los primeros años que siguieron á su descubrimiento ningún minero podía poseer más que dos lotes de terreno; posteriormente las minas fueron acaparadas por algunas sociedades anónimas y por último un poderoso sindicato se apoderó de todas ellas. Kimberley, que hace pocos años era una verdadera aldea africana, es hoy una ciudad á la moderna con grandes edificios, bonitos paseos y cuantas comodidades la vida de los grandes centros exige.

Ladysmith, capital del condado de Klip-River, está situada á 125 kilómetros al Noroeste de Pietermaritzburgo y á unos 200 de Durbán: es la tercera ciudad de la colonia de Natal y su población se compone de 4 á 5.000 blancos, casi todos ingleses, 2.000 indígenas y unos 2.000 inmigrantes.

Los demás grabados que publicamos reproducen la salida de un contingente de voluntarios del Cabo hacia la frontera de Orange á fin de reforzar la guarnición de Kimberley y de rechazar á los boers que tienen puesto sitio á esta plaza: un fuerte boer de Bloemfontein, la capital del Estado libre de Orange y la oficina de telégrafos de Johannesburgo; este último es verdaderamente curioso porque viendo aquella sala desierta puede comprenderse hasta qué punto la actual guerra ha interrumpido la vida ordinaria en aquella capital, en tiempos normales tan animada y en comunicación constante con todos los centros mercantiles.

Las noticias últimamente recibidas del teatro de la guerra no dan cuenta de ninguna acción importante y todas adolecen del vicio que desde un principio venimos señalando, cual es el de ser de procedencia exclusivamente inglesa y por consiguiente dignas de poco crédito, pues ya hemos visto lo despreocupado que en este punto se muestra el gobierno de la Gran Bretaña.

***

D. Juan Isidro Jiménez.—El actual presidente de la República Dominicana, recientemente elevado á tan alto puesto, pertenece á una familia de origen español y es hijo de don Manuel Jiménez, uno de los libertadores y fundadores de aquel Estado, que fué el primer ministro de la guerra y el segundo presidente de aquella república. Es uno de los principales comerciantes de su país, goza de grandísimo crédito mercantil y su casa de importación y exportación tiene sucursales en Nueva York, Hamburgo, París y Madrid. De la consideración de que goza en el extranjero son buena prueba los ofrecimientos de grandes capitales que le han hecho importantes bancos parisienses y neoyorquinos; y sus paisanos, que le tienen en alta estima, esperan mucho de su talento, de su laboriosidad y de sus vastos conocimientos financieros, que no dudan han de contribuir poderosamente á resolver las cuestiones económicas pendientes y á solucionar la crisis que allí se produjo después de la muerte del último presidente, general Ulises Heureaux.

***

La hora del regreso, cuadro de L. Chialiva.—Pertenece este cuadro al género de obras que por su sentimiento se apoderan en absoluto del ánimo del que las contempla: las sombras del crepúsculo comienzan á extenderse por el bosque; un airecillo suave agita el follaje de los frondosos árboles; y allá en el fondo, contrastan con la obscuridad de los primeros términos los últimos resplandores del sol que marcha hacia su ocaso. Todo esto que tan difícilmente expresa la palabra, más que verse se siente en el lienzo de Chialiva: un ambiente de poesía intensa, de melancolía, llena todo el paisaje y se comunica á la figura que sobre la mancha negra de las ramas destaca y aun al pequeño rebaño que se agrupa alrededor de su pastora, comprendiendo que ha llegado el momento de regresar á la majada: una y otro, en efecto, revelan en sus actitudes esa lasitud que no es obra del cansancio físico, sino de ese estado de espíritu que provoca casi siempre la contemplación de ciertos espectáculos de la naturaleza en las almas sencillas, sustraídas á las fatales influencias de una existencia agitada, y enamoradas de ideales que en la soledad de los campos y en la apacibilidad de la vida rústica tienen su mejor elemento.

MISCELÁNEA

Teatros. – En el Gran Teatro, de Zurich, se ha representado la obra de Zorrilla *Don Juan Tenorio*, admirablemente traducida al alemán por el ilustre hispanófilo D. Juan Fastenrath, quien ha conservado en su traducción todas las bellezas de versificación y de pensamiento del original. El drama ha sido puesto en escena con mucho lujo y propiedad y ensayado con gran cariño bajo la dirección de Carlos Skraup, director de aquel teatro: los artistas que representaron los principales papeles, Mayr *(Don Juan)*, Erminia Schunoska *(Doña Inés)*, Illiger *(D. Luis Mejía)* y Werder *(D. Gonzalo de Ulloa)*, alcanzaron calurosos aplausos Durante el último acto se ejecutaron algunos trozos de música clásica que el maestro D. Felipe Pedrell había enviado con tal objeto al Sr. Fastenrath. El éxito de las representaciones de *Don Juan Tenorio* ha sido grandísimo, habiendo sido aclamado el nombre de Zorrilla por el numeroso y escogido público que asistió á ellas.

***

París. – En el Nuevo Teatro y bajo la dirección de M. Lamoureux, el gran apóstol del wagnerismo en Francia, se ha estrenado con éxito extraordinario la hermosa ópera de Wagner *Tristán é Isolda*, en cuyo desempeño han alcanzado entusiastas aplausos las señoras Litvinne *(Isolda)* y Brema *(Brangania)* y los Sres. Gibert *(Tristán)* y Vallier *(Marke)*. Se han estrenado también con buen éxito: en el teatro del Ateneo *L' amour pleure et rit*, bonita comedia en tres actos de Augusto Germain; en el Palais Royal *L' élu des femmes*, graciosa comedia vaudeville en cuatro actos de Pedro Veber y Víctor de Cottens; en el teatro de la República *Les blanchisseuses de Paris*, interesante melodrama en cinco actos y diez cuadros de los Sres. Dornay y Bertal; y en el Chatelet *Robinson Crusoe*, comedia de gran espectáculo de Decourcelle y Blum, que ha sido puesta en escena con grandísimo lujo. En el Gimnasio se ha reproducido con gran éxito la bellísima comedia de Ibsen *Un enemigo del pueblo*.

***

Madrid. – En el teatro de la Comedia se ha puesto en escena con gran lujo en el decorado y en los trajes el popular drama de Zorrilla *Don Juan Tenorio:* la señora Pino y los señores Thuillier, Jiménez y Manso, encargados de los principales papeles, han rayado á gran altura, habiendo obtenido entusiastas aplausos. En el teatro de la Princesa ha dado una serie de representaciones la eminente Sarah Bernhardt: cada una de las obras representadas, y muy especialmente *Hámlet*, ha sido un nuevo triunfo para la genial actriz.

Barcelona. – La temporada del Liceo ha comenzado brillantemente con el estreno en Barcelona de la preciosa ópera de Wagner *Tristán é Isolda*, cuya representación ha sido un verdadero acontecimiento artístico bajo todos conceptos. La orquesta, dirigida por el célebre maestro francés Eduardo Colonne, estuvo á una altura inconmensurable: el director domina la partitura y los profesores guiados por su batuta ejecutaron la obra con absoluta perfección. Los artistas señoras Adini y Borlinetto y Sres. Cardinali, Giraldoni, Kromberg y Zuchi cantaron y representaron sus respectivas particellas de una manera admirable, sobre todo la Adini y Cardinali, que dieron todo el relieve lírico y dramático á los dos personajes cuyos desdichados amores dieron vida al hermoso poema wagneriano. De las decoraciones no hay que hablar: con decir que son de Soler y Rovirosa queda hecho su mejor elogio; el gran pintor escenógrafo ha justificado una vez más sus excepcionales talentos, que le han conquistado con justicia uno de los primeros puestos en el arte escenográfico moderno. *Tristán é Isolda*, en suma, ha sido representada tal como su importancia requiere, y por ello es digna de caluroso aplauso la empresa del Liceo, que no ha escaseado sus esfuerzos para inaugurar las tareas de la presente temporada del modo que se merece el público de Barcelona.



D. JUAN ISIDRO JIMÉNEZ, presidente de la República Dominicana

En el Eldorado se ha estrenado con buen éxito *Los flamencos*, zarzuela en un acto de D. Emilio Sánchez Pastor, con música de Torregrossa y Valverde (hijo).

***

Necrología.—Han fallecido:

José Mirabent, reputado pintor catalán, ex profesor de la Escuela de Bellas Artes de Barcelona.

Julio Enrique Bresil, autor dramático francés, que escribió gran número de comedias en colaboración con A. d' Ennery.

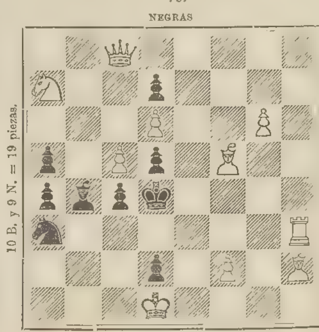
Antonio Papadopoli, notable actor italiano que en su juventud alcanzó grandes éxitos representando especialmente las obras de Goldoni y Ferrari.

Gustavo Feckert, notable litógrafo alemán.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 175, POR PEDRO RIERA

NEGRAS



10 B. y 9 N. = 19 piezas.

BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 174, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. D 6 T R	1. P 6 R ó P 6 A D (*)
2. A 5 R ó 5 A D jaque	2. Cualquiera.
3. D mate.	

(*) Si 1. P A toma P; 2. D 3 R jaque, y 3. A ó D mate; – 1. R 6 A D; 2. P 4 D, y 3. D mate; – 1. R 4 D; 2. D 3 R, y 3. D ó T mate; – 1. P R toma P; 2. D 6 A R jaque, y 3. D mate. La amenaza es 2. A 5 R jaque, y 3. D mate.

POR VENGANZA

NOVELA POR CORDELIA. – ILUSTRACIONES DE FERRAGUTI

(CONTINUACIÓN)

X

La baronesa Rinaldi estaba satisfecha del éxito de sus veladas.

Todos habían aceptado su invitación y acudían puntualmente los martes, haciéndola suponer que se encontraban bien en su casa: tenía la persuasión de saber hacer sus honores perfectamente y de que sus hijas tenían asimismo gran parte en saber atraer á los amigos y distraerlos agradablemente. Si hubiese llegado á su noticia lo que los mismos invitados decían entre sí acerca de sus recepciones, no se habría mostrado tan orgullosa.

Decían éstos que en aquella sala tan pequeña, con tanta gente, hacía demasiado calor; que el te era muy claro, el alumbrado insuficiente y que se aburrían; pero que iban porque el que más y el que menos tenía algún objeto oculto para concurrir á aquellas veladas.

Los Sangalli, por ejemplo, iban por encontrarse con los Landucci, los Belfiore por los Sangalli; la marquesa Emilia había combinado ya un casamiento entre su hija y Eduardo y aprovechaba todas las ocasiones de que los dos jóvenes se reuniesen.

El abogado Armanni, el capitán Guidi, el ingeniero De-Vincenti, acudían á casa de Rinaldi, en primer lugar por encontrarse en un ambiente aristocrático, y luego porque habían contraído ya la costumbre y era un medio como otro cualquiera de pasar la noche.

Lo que sentía la baronesa era que aún no veía ningún resultado de todas las molestias que se tomaba.

Las relaciones del abogado Armanni con sus hijas no pasaban del mismo punto, y la baronesa no acertaba á discernir cuál de sus dos hijas mayores le gustaba más, si Paulina ó Camila, pues se mostraba igualmente cortés, no sólo con ambas, sino con todas las señoritas que concurrían á la casa.

Casi casi era Julia la preferida de los jóvenes, y ella se aprovechaba de la condición de niña que le obligaban á representar para tratarlos con mayor familiaridad y llaneza, mientras que ellos la consideraban como una chiquilla mimada y se permitían algunas bromas; Julia las admitía, contestando á menudo con otras y divirtiéndose al ver que se ocupaban de ella y que servía de diversión á los demás. Tenía marcada preferencia por el capitán Guidi, quizás porque aquel uniforme de artillería con las charreteras y los botones dorados, hablaba mejor á su imaginación juvenil que los fracs negros de los otros caballeros.

Así era que en aquellas veladas se había informado por su amigo el capitán de cómo se componían los regimientos, de las insignias militares, de los colores de los diferentes uniformes, de suerte que en poco tiempo sabía tanto acerca de aquellos asuntos como el más antiguo general. Y el capitán se divertía bromeando con aquella niña inexperta, astuta é ingenua al mismo tiempo, pero que cautivaba con su curiosidad y su franqueza. Era un diablillo que no podía estarse quieta un momento; cuando pasaba junto al capitán éste la detenía, cogiéndola de la mano ó de la falda ó de las largas trenzas que le caían sobre los hombros, y ella le decía que para castigarlo no se acercaría más á él en toda la noche; mas á los cinco minutos volvía á provocarlo.



Esta es la joven de quien hablábamos

Así continuaron muchos martes, el capitán bromeando y la muchacha riendo con su voz fresca y argentina. Pero una noche le dijo que ya no era una niña, que había cumplido aquel día diez y siete años, de suerte que no se debía ya bromear con ella, sino tratarla con formalidad. El capitán la hizo sentar á su lado y cogiéndole una mano le preguntó qué entendía por tratarla formalmente.

– Ir á la vicaría y casarse conmigo, contestó la joven.

– Pues soy capaz de hacerlo, dijo el capitán; con una mujer tan bonita no se aburre uno por cierto, y además tiene usted un genio tan vivo que no debe desagradarle la vida errante del militar.

– Sería mi ideal, contestó Julia palmoteando; he soñado tantas veces con un guapo oficial con sus charreteras de oro, así como usted; pero lo malo es que usted tiene ganas de broma.

– Le aseguro á usted que hablo de veras.

– Pues entonces estoy contenta.

Y aquella noche, cuando los contertulios se marcharon, no podían comprender en la casa la vivacidad y alegría de Julia. Abrazaba á su madre, saltaba al cuello de sus hermanas, y si hubiese tenido espacio habría dado volteretas en la alfombra; la baronesa decía que quería terminar la serie de recepciones, porque trastornaban el cerebro á su hija, tanto que en aquel momento estaba fuera de sí, parecía loca.

Pero al día siguiente tuvo la explicación de tan desenfrenada alegría, cuando el coronel del regimiento de Guidi se presentó en nombre de éste á pedir la mano de la doncellita:

La baronesa creyó no haber entendido bien y que el coronel se equivocaba, y le decía:

– ¡Pero si aún es una niña! Habrá dicho Camila ó Paulina.

– No, no; se refiere á la menor de las hijas de usted, á la señorita Julia: comprendo que usted preferiría á alguna de las otras dos, pero al corazón no se le manda; por lo demás, tampoco les faltarán buenos partidos; en ciertas cosas basta principiar bien; el capitán es un excelente joven y no conviene despreciar una ocasión de hacer felices á nuestros hijos.

– Es verdad, dijo la baronesa; esa proposición es un honor para mí; pero no puedo recobrarme de la sorpresa y dar á usted en seguida una contestación; además, temo que mi hija sea demasiado joven.

– Esa es una enfermedad que, por desgracia, pronto se cura, respondió el coronel.

La baronesa asintió á esta observación exhalando un suspiro, mientras reflexionaba en la contestación que debería dar.

Pero Julia, que había estado todo el día en acecho y sabía perfectamente el objeto de aquella visita, entró de pronto en la sala fingiendo creer que no había nadie.

– ¡Ah! Perdone usted, dijo al ver al coronel y haciendo un movimiento para retirarse.

– Esta es la joven de quien hablábamos, dijo la baronesa presentándola al coronel; ¿no le parece á usted todavía muy niña?

– No cabe negar que es muy joven, pero eso no perjudica.

La baronesa enteró á su hija del objeto de la visita.

– Me lo había figurado, respondió Julia, que no era experta en el arte de fingir.

Y luego añadió:

– Supongo, mamá, que dirás que sí: eres tan buena y no querrás que me muera, porque yo quiero mucho al capitán y casi tengo dieciocho años.

Y sin aguardar contestación se volvió al coronel con su aire picaresco y le dijo:

– Vaya usted pronto á ver á Guidi y dígale que sí, que la mamá está conforme, que yo soy feliz, y que venga cuanto antes, pues no veo la hora de abrazarle.

– Pero, niña, ¿estás loca?, dijo la baronesa severamente; estas cosas no se han de decidir de golpe y porrazo. ¿No sabes que puede tratarse de la felicidad de toda tu vida? ¡Ea, retírate, que será mejor!

– Lo que sé es que sin él seré muy desgraciada. ¡Por Dios, mamá!, y usted también, coronel, diga una buena palabra.

Y le alargó su manecita que el militar estrechó con sonrisa animadora.

Lo cierto era que la baronesa no esperaba ni habría deseado casar á su tercera hija antes que á las otras dos; mas por lo que hacía al capitán no había nada que decir, y además pensaba que siempre daba salida á una hija y tal vez sería más fácil encontrar colocación para las otras.

El coronel, viéndola preocupada, la estimulaba á aceptar la proposición, le mostraba la dificultad de encontrar buenos partidos para las jóvenes, cosas todas que eran como un eco de sus propios pensamientos, tanto que por último la baronesa, dándole las gracias, le dijo que la contestación sería probablemente afirmativa, pero que en definitiva no se la podía dar hasta la mañana siguiente, pues estaba tan confundida que necesitaba coordinar sus ideas, y además debía hablar del asunto con su marido.

Cuando Paulina y Camila supieron la gran noticia, al pronto creyeron que era una broma; pero luego reprimieron con trabajo el despecho que les causaba ver que su hermana menor iba á casarse antes que ellas, y mientras Paulina aseguraba que se necesita ser muy descarada para encontrar marido, Camila decía que al fin y al cabo siempre estarían á tiempo de casarse con un oficialillo y prefería ser la baronesita Rinaldi á llamarse simplemente señora Guidi.

Entre tanto Julia estaba triunfante; al menos acabarían de tratarla en su casa como una chiquilla sin fundamento; había hecho ver que no faltaba alguien que la consideró algo más que como una niña buena únicamente para jugar con muñecas, y llenaba la casa con su alegría que no sabía contener dentro del corazón, sino que le rebosaba de los movimientos, de los actos y de las palabras.

XI

La noticia del matrimonio de Julia Rinaldi sirvió de asunto para las conversaciones en todos los círculos de ociosos, en todas las familias, y como sucede siempre en tales casos, cada cual quería dar su opinión.

En aquella ciudad aristocrática nunca se había dado el caso de que una señorita de familia noble se casase con el consentimiento de sus padres con un sujeto que no lo fuese; algunos lo aplaudían como señal de progreso, en cambio los viejos aristócratas lo censuraban como un mal ejemplo que habría venido á parar en una confusión de rangos y demostraba poco respeto á las antiguas tradiciones.

La baronesa no se cuidaba de las hablillas de la gente; decía que cuando se tienen pocos medios de fortuna y tres hijas casaderas no se puede hilar tan delgado, y en fin que la de las armas era una profesión noble, por cuanto no se desdeñaban los príncipes de abrazarla, y se manifestaba satisfecha de la resolución tomada.

Estaba muy ocupada con los preparativos de la boda, y los jóvenes contentos y con prisa de casarse. Paulina y Camila estaban enojadas con su hermana, á la que tanto tiempo habían considerado como una niña y tenido más suerte que ellas; mostrábanse también impacientes porque cuanto antes se marchara de la casa paterna para poder reinar en ella de nuevo; les molestaba su loca alegría y el tener que presenciar las afectuosas atenciones, las miradas de amor que cambiaba con el capitán; la rabia las consumía al ver que todos los agasajos, todos los cumplidos, todos los parabienes eran para ella: habían cambiado los papeles: la Cenicienta reinaba y ellas se quedaban eclipsadas.

Y lo que más las sacaba de tino era que Julia se volvía más guapa con sus atavíos de mujer, sus vestidos elegantes y especialmente con la aureola de felicidad que rodeaba su rostro lozano y juvenil.

En casa de Rinaldi se había suspendido la serie de veladas y ya no se recibía allí más que al capitán Guidi; las dos hermanas, unidas por el sentimiento de envidia que infundía en su ánimo la felicidad de Julia, discurrían proyectos de venganza, una verdadera lucha á alfilerazos para acibarar lo posible el contento de la hermana.

A causa de este acontecimiento los Rinaldi no iban ya por las noches á casa de Landucci, donde no se había admitido á la gente nueva, y aquellas veladas eran cada vez más monótonas y menos concurridas.

Una noche que se habían reunido en aquella casa las personas de costumbre, después de haber hablado de la boda de la Rinaldi que el conde Landucci desaprobó altamente, el abogado Raimondi le preguntó si era cierta la noticia que circulaba por la ciudad.

– ¿Cuál?, preguntó Landucci.

– La de la boda de su hija de usted con el joven Sangalli.

Aunque pronunció estas palabras casi en voz baja y junto á la mesa de juego, las oyeron las Belfiore y Renata, que hacían labor un poco más lejos y suspendieron su conversación para oir la contestación del conde.

– No hay que hacer caso de las noticias que se inventan cuando no tienen asomos de verosimilitud, respondió el conde algo irritado y levantando la voz.



... y cerró los ojos para recogerse y poder pensar

Luego añadió volviéndose al abogado:

– Si vuelve usted á oir semejante especie, le ruego que la desmienta y diga que yo le autorizo para ello.

– Pues no veo ningún mal, replicó Raimondi, porque los Sangalli son personas muy respetables, y los dos jóvenes harían muy buena pareja.

– ¡Basta!, exclamó el conde. Preferiría ver á mi hija muerta antes que unida á una familia de gente advenediza como esa; á mí no me deslumbran los millones y ya he hecho demasiado consintiendo en recibir en mi casa á los Sangalli; pero de esto á emparentar con ellos, hay gran distancia...

Aquella voz resonó en la sala obscura y silenciosa como una nota lúgubre; el abogado no dijo más, Renata se puso muy pálida y únicamente el rostro de Elisa adquirió un hermoso color sonrosado.

Reinó un momento de silencio glacial; pero luego se reanudaron las conversaciones, aunque desanimadas; parecía que hubiese en el aire algo que oprimía la respiración y helase las palabras. Los minutos parecían horas; á cada momento se consultaban los relojes, deseando todos que llegase la hora de marcharse.

Renata experimentaba más que nadie la molestia de tener que hablar, de distraer á las personas presentes, cuando tenía vivísimo deseo de quedarse sola.

Las palabras de su padre le habían helado la sangre y trastornado la mente; sentía opresión en el pecho y como un nudo en la garganta.

La única que mantenía la conversación era la marquesa Emilia, la cual decía que su hermano era un verdadero fósil digno de haber vivido algunos siglos atrás.

No tenía ninguna preferencia por los Sangalli, que eran buena gente y la providencia de la ciudad; pero repetía su acostumbrado estribillo de que ya era tiempo de desechar ciertas ideas anticuadas, y en cuanto á ella se sentía moderna y democrática, y no le cabía en la cabeza que su hermano pensase de modo tan diferente hasta el punto de sacrificar á su hija á los prejuicios de casta.

El conde Landucci había seguido jugando su partida y ya no decía nada; Renata estaba demasiado embebida en sus pensamientos, y los demás no se atrevían á apoyar lo dicho por la marquesa, temerosos de atraerse las iras del dueño de la casa.

El semblante más risueño en aquella triste velada era el de Elisa; no sabía por qué, pero se había alegrado al oir decir á Landucci que jamás concedería la mano de Renata á Eduardo, y esta idea la llenaba de contento.

Aunque en la apariencia se mostraba muy cariñosa con Renata, en el fondo no la podía sufrir. Estaba envidiosa de la superioridad de su prima y sentía cierta satisfacción cuando la veía triste é inquieta.

Desde que estuvieron juntas en el colegio le había parecido una injusticia que Renata la aventajase en talento y en belleza y se la apreciase y quisiese más que á ella. Cuando salieron del colegio fué aún peor.

Renata era mucho más rica, podía vestir con elegancia, permitirse algún capricho costoso, gastar lo que quisiera sin preocuparse del porvenir, porque su padre, si bien no quería introducir en su casa ninguna innovación, más bien por obstinación y por no transigir con sus ideas, dejaba á su hija cierta libertad en lo que concernía á sus gastos personales y no sabía negarle nada, con tal que en lo demás hiciera

su voluntad. Así, por ejemplo, la joven tenía un magnífico caballo inglés que montaba todos los días como una amazona consumada; sus trajes eran perfectos y hacían resaltar la armonía de sus formas dondequiera que se presentaba, y ya fuese en su carruaje ó ya en su palco se hacía admirar por su gracia y elegancia.

Elisa de Belfiore, que no era fea, hacía todo lo posible por imitar la elegancia de su prima; pero cuando estaba con ella quedaba eclipsada, entre otras razones porque carecía de esa riqueza que tanto influye en hacer resaltar la hermosura de una joven.

Es cierto que el vetusto carruaje que había servido á muchas generaciones de marqueses Belfiore no se podía comparar con el elegante coche de Landucci; en su casa se conocía el esfuerzo hecho para renovar lo estropeado y dar un poco de modernismo á un ambiente más bien viejo que antiguo, y algún mueble nuevo desentonaba entre los viejos, que parecían más ajados y tristes junto á él.

Además en aquella casa las necesidades eran muchas, las aspiraciones grandes y las rentas tan limitadas, que debía procederse con la mayor economía en los gastos. Si la cosecha no era buena tenían que renunciar al viaje que hacían todos los años á París, y pasar cinco ó seis meses en el campo para poder vivir los otros meses que residían en la ciudad. Debían hacer diez veces las cuentas antes de permitirse un gasto extraordinario.

El marqués predicaba continuamente la economía á Conrado que solía perder algún dinero al juego, la sencillez á Elisa que siempre pedía vestidos nuevos y padecía por no poder gastar mucho y lucir como Renata.

Cuando llegaron los Sangalli decidieron no ir aquel año á viajar y retirarse al campo por no hacer mal papel con sus vecinos, y en la cabeza de todos se forjó un hermoso ensueño, la secreta esperanza de que con la intimidad de las dos familias se podrían combinar uno ó quizás dos matrimonios que habrían resucitado el antiguo esplendor de la casa de Belfiore.

Conrado puso en seguida manos á la obra y empezó á hacer una corte asiduamente á Fanny; pero la joven americana era tan experta en el arte del galanteo, que bromeando y riñendo le tenía á raya sin comprometerse, haciendo que las cosas no pasaran de cierto punto.

Eran escaramuzas en las cuales se divertían los dos como en un juego, pero sin alterarse y sin que sus corazones perdieran su constante regularidad.

Elisa había procurado hacerse más bella y seductora para llamar la atención de Eduardo; pero había notado que si conseguía que se ocupase de ella cuando estaba sola, quedaban frustrados todos sus esfuerzos cuando estaba Renata; entonces él no tenía ojos ni palabras más que para la joven Landucci, y Elisa se sentía humillada y desalentada al encontrar siempre á su prima interceptándole el camino, por lo cual alimentaba contra ella en su corazón un odio que esperaba la primera ocasión para estallar.

Cuando oyó las palabras del conde y supo que jamás concedería la mano de su hija á Sangalli, se sintió revivir, comprendió que debían llegar á una conclusión y tuvo el presentimiento de poder vengarse de todas las humillaciones por que había pasado á causa de Renata.

Era una joven fría y calculadora, que no podía llevar con paciencia las estrecheces de su familia y anhelaba una vida cómoda y desahogada; que había resuelto no enamorarse sino de un hombre que pudiera proporcionarle todo aquello de que había estado privada hasta entonces y que también tenía empeño en conservar su título de marquesa; pero hasta cierto punto había comprendido por propia experiencia que un título sin dinero es una verdadera miseria, no proporciona ninguna ventaja material y en



Eduardo le había rogado que le sirviese de modelo junto con Fanny...

cambio obliga á hacer muchos gastos inútiles y superfluos para sostener, aunque sólo sea en la apariencia, el boato y la ostentación propios de su clase.

XII

Apenas se marcharon los parientes dando fin á la velada, Renata sintió una necesidad imperiosa de estar sola y se retiró á su cuarto. Le ardía la cabeza, agolpábanse á su imaginación mil ideas confusas y le laceraba el corazón un dolor agudo. Dejóse caer en una silla, apoyó los brazos en la mesa y la cabeza entre las manos y cerró los ojos para recogerse y poder pensar. En aquella soledad, en aquel silencio, repercutían en su oído las palabras de su padre como el tañido de una campana fúnebre, y le parecía que el grande amor ideal que creyó tener oculto en el corazón tan celosamente había sido profanado por las habladurías de aquella gente y recibido un golpe mortal. Experimentaba una impresión como si una mano brutal le hubiese desgarrado la ropa y dejado descubierto el seno palpitante. ¿Por qué se habían ocupado de ella? ¿Por qué habían unido su nombre al de Eduardo? ¿Por qué había de ser ella y no otra? ¿Acaso llevaba su amor escrito en la frente?

Todas estas preguntas se le confundían en el cerebro de tal modo y le producían tan intensa pena, que creía volverse loca. En medio de aquel delirio de la mente y de aquella baraúnda de ideas, el presentimiento de que debía suceder algo que levantase una barrera incontrastable en sus relaciones de amistad con los Sangalli, la turbaba de un modo extraño y la hacía sufrir un dolor que no sabía definir.

¡Cuánto hubiera necesitado en aquel momento una amiga sincera á quien confiarse, ó bien tener aún á su madre para abrirle su corazón! ¡Cuán sola é infeliz y abandonada se sentía! Después de dar vueltas por el cuarto á pasos agitados como una loca, se dejó casi caer en el reclinatorio y elevó al cielo el pensamiento uniendo en su plegaria á Dios y á su madre, á quienes suplicó que velasen por ella y le deparasen un poco de tranquilidad. Pasó un buen rato rezando y llorando, hasta que rendida de cansancio se acostó. Tuvo un sueño agitado, visiones pavorosas; pero cuando se levantó al día siguiente muy temprano, se sintió más tranquila y pudo reunir todo su valor y considerar frente á frente la situación.

Díjose que, pensándolo bien, su imaginación la había hecho ver las cosas exageradas y que no había ocurrido nada nuevo para que cambiara su género de vida.

Es verdad que la gente la había tomado en boca; pero ¿qué le importaban las habladurías de la gente? En la superioridad de su ánimo jamás se había cuidado de lo que pudiesen decir, ni se proponía empezar á cuidarse en aquel momento. Luego se preguntaba por qué le habían hecho tanto efecto las palabras de su padre. Sabía muy bien que jamás habría consentido que se casara con Sangalli, ni le había pasado por la imaginación que pudiese ocurrir semejante cosa; se contentaba con amar á Eduardo en secreto, apreciarlo y ser de él apreciada, verlo alguna vez y cambiar con él sus ideas, y se maravillaba de que las palabras de su padre le hubiesen causado tanta impresión; comprendía que había dado cuerpo á una sombra y se persuadía de que se había alarmado excesivamente por casi nada.

Tranquilizóse del todo cuando su padre la invitó á dar el paseo acostumbrado á caballo y no le hizo ninguna indicación respecto á la noticia que le habían dado, demostrando así que le había parecido tan absurda que ni siquiera valía la pena de ocuparse de ella.

Como de costumbre, encontró á Eduardo y á Fanny, y se saludaron con la habitual cordialidad, de suerte que cuando volvió á su casa se sintió más ligera, la conversación de la noche anterior le pareció oída en un sueño y no pensó más en ella, decidiendo por tanto continuar su vida como si no hubiese sucedido nada.

Precisamente al otro día debía ir á casa de Sangalli porque Eduardo le había rogado que le sirviese de modelo junto con Fanny para un cuadro que estaba pintando.

Había accedido de buen grado, pues era una fiesta para ella pasar algunas horas en casa de sus amigos, y una vez adoptada la resolución de continuar la misma vida sin preocuparse de lo que dijera la gente, no faltó á la cita y asistió á casa de Eduardo para reunirse con Fanny.

El cuadro que pintaba Eduardo se titulaba *Cartas de amor* y debía representar dos jóvenes que han encontrado en un mueble viejo un paquete de cartas amorosas de una antepasada suya y se divierten en leerlas con el ansioso afán de las muchachas en materias de amor.

Los primeros días habían transcurrido en preparativos para probar las posiciones más favorables á los dos tipos de jóvenes que debían servirle de modelo, y al fin había encontrado el mejor conjunto de su cuadro; se veía abierta una elegante cajita, sobre una mesa una porción de cartas esparcidas; una joven sentada junto á ella tenía una abierta y la leía con semblante risueño, mientras otra, de pie, con el brazo apoyado en el respaldo de la silla, inclinaba la cabeza con curiosidad para descifrar al mismo tiempo que su amiga aquellos caracteres un poco borrados por la acción del tiempo.

El joven no quería cansar demasiado á sus complacientes modelos, con tanto mayor motivo cuanto que hacía lo posible por multiplicar aquellas sesiones que tanto le agradaban.

Aquel día debía bosquejar las dos figuras, y se impacientaba porque las dos amigas no estaban un momento quietas; además le parecía que Renata tenía la cara más triste que de costumbre.

En efecto, no podía desechar la preocupación de ver nublarse la amistad que tenía á la familia Sangalli, y allí, en aquel ambiente, recordaba á cada paso cuanto se dijo en su casa.

Se encontraba tan bien en aquella salita moderna, al lado de Fanny, á la cual quería como á una hermana, mientras Eduardo, de pié delante del caballete, con la paleta en la mano, preparando los colores, les dirigía intensas miradas y á veces se acercaba á ellas para arreglar un pliegue del vestido, ó un brazo que estaba fuera de su puesto, y luego mientras pintaba sostenía una conversación animada y contaba episodios interesantes; después, descansaban todos, él dejaba los pinceles y se retiraba á alguna distancia para ver el efecto de su cuadro, las muchachas curiosas se acercaban á mirarlo y hacían sus observaciones, y en seguida daban vueltas por la sala y se entretenían en tocar todos los objetos que había amontonados en las mesas. Era un gabinete de estudio de verdadero artista y de gran señor; en las paredes había magníficos tapices de tintas suaves y apagadas; luego armas cinceladas, cuadros firmados con los nombres más ilustres del arte y de la historia; en los ángulos ricas telas amontonadas, de cambiantes reflejos.

Los objetos raros y preciosos diseminados por las mesas eran innumerables.

Junto á los bronces clásicos, á las porcelanas más finas salidas de las fábricas de Sevres y de Alemania, á los marfiles historiados y á los libros miniados, se veían esas copas vaporosas de cristal de Murano que hacen pensar en la fragilidad de la vida y una cantidad de cosas inútiles que hacen soñar en una civilización y gustos bastante diferentes de los nuestros.

Los días que Eduardo esperaba la visita de las dos jóvenes tenía cuidado de poner en los jarrones flores recién cogidas que produjesen una nota alegre en medio de sus antiguallas, y se mostraba satisfecho si terminada la sesión Renata se llevaba una rosa ó un ramito de violetas.

Y cuando se separaban era siempre con una sonrisa ó una promesa.

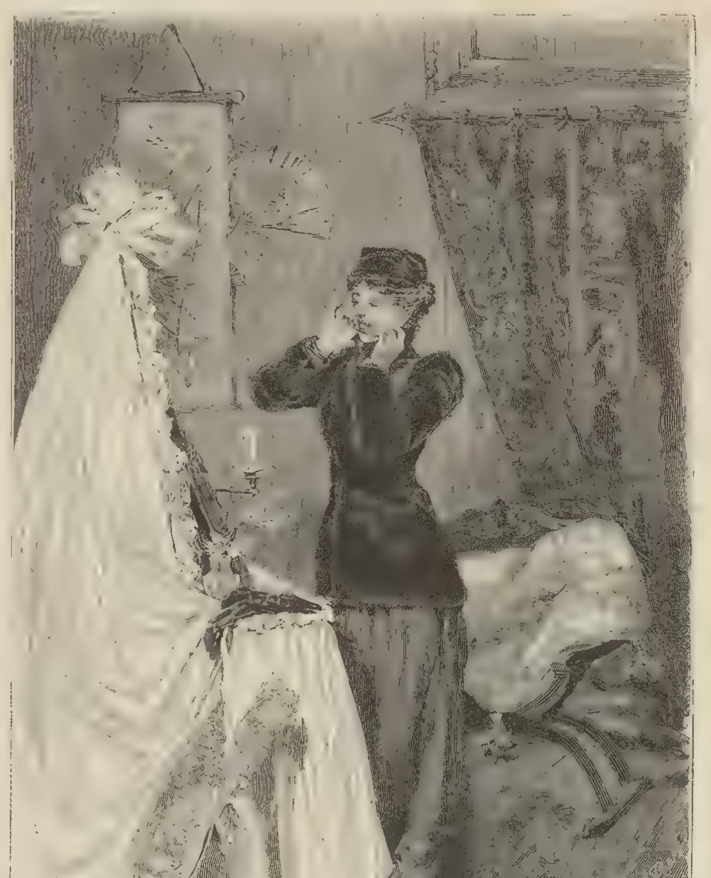
– Conque hasta mañana, ¿eh? – preguntaba el joven.

Renata reflexionaba y á veces contestaba con aparente serenidad:

– Mañana no podrá ser.

– Pues bien: entretanto haré el fondo; seguiré adelante en los accesorios, en los adornos.

Luego la joven fijaba el día y se separaban, Renata llevando consigo una provisión de felicidad para todos aquellos días, y los otros contentos y vivificados por aquella aparición como si hubiera entrado en su casa un rayo de sol dejando un perfume primaveral.



... y después de echarse sobre la cara un velito casi invisible

XII

El cuadro adelantaba y resultaba un grupo delicioso y elegante. Aquellas dos figuras de mujer de tipo tan diferente, vestidas con elegancia en medio de un ambiente señoril, con una expresión picaresca en el rostro y la mirada curiosa y atenta, formaban un cuadrito muy interesante. Jamás había hecho Eduardo nada tan agradable á la vista y acariciaba con el pincel aquellas dos figuras, tan caras á su corazón.

Al principio había emprendido la tarea con calma y quizás más bien con el pretexto de encontrarse á menudo al lado de Renata; mas conforme iba adelantando el cuadro, se sentía arrastrado por la fiebre del trabajo, no había querido suspenderlo un momento, encontraba siempre algo que retocar, que mejorar, que acariciar hasta que la tenía allí, delante de los ojos, y luego, cuando se marchaba, pensaba siempre en ella y de noche soñaba con las dos jóvenes, estaba intranquilo, nervioso, conocía que no recobraría la calma hasta que el cuadro estuviese concluído y rogaba á sus amables modelos que fueran todos los días para activarlo y terminarlo cuanto antes.

Para Renata era una fiesta ir al estudio de Eduardo y no se hacía mucho de rogar; las aprensiones suscitadas por la conversación que aquella noche hubo en su casa se le habían disipado poco á poco y esperaba poder seguir haciendo mucho tiempo á sus amigos aquellas visitas que tanto le complacían y llenaban y animaban su vida solitaria.

El vestido que se ponía siempre que iba á servir de modelo y que había escogido después de probar varios, era de ese color azul gris que guarda un término medio entre el turquí obscuro de las chaquetas de los marineros y la tinta cálida y brillante del cielo italiano; una tinta pálida, delicada, que se funde con los demás colores sin que se destaque marcadamente y parece exclusivamente hecha para dar entonación á cuanto la rodea; una de esas tintas, en fin, que tanto atractivo comunican á los tapices de la fábrica de los Gobelinos y á las telas antiguas. Aquel vestido sentaba perfectamente á su hermosa persona y hacía resaltar el delgado talle, los hombros bien proporcionados y un cuello perfecto, y cuando Renata se lo ponía se sentía tan contenta que tenía cariño á aquel vestido que era su compañero en las horas más gratas de su vida.

Era un magnífico día de febrero; un sol esplendoroso doraba las colinas circunvecinas y el aire tibio hacía presagiar ya la primavera; pero una leve brisa aún fresca infundía deseos de movimiento, de trabajo, esa actividad del espíritu que á menudo se busca en vano durante los perfumes enervantes del mes de mayo.

Renata, con el rostro sonriente y la alegría en el corazón, se había puesto su vestido, y en la cabeza una gorrita de piel de nutria igual á la de la chaqueta, y después de echarse sobre la cara un velito casi invisible, bajó saltando los escalones de la antigua escalinata, subió ligera á su coche y mandó al cochero que la llevase al palacio Lucchini, tan alegre como si fuese á una fiesta. Entró, como de costumbre, en la salita de Fanny y le extrañó no ver aún vestida á su amiga. En efecto, en lugar del acostumbrado vestido blanco que se ponía para el cuadro, llevaba uno gris.

– Me parece que hoy no se hará nada, dijo Fanny; no te lo he enviado á decir porque necesitaba hablarte.

– Pero, ¿qué ha sucedido, que me miras con esa cara tan triste?, preguntó Renata.

– Nada, ó mejor dicho, habladurías sin fundamento, pero de las que ahora no sé cómo empezar á tratar.

– Dímelo todo, querida Fanny, todo lo que sepas, francamente, no me tengas en esta incertidumbre que es para mí peor que la verdad más desagradable.

– Creo que no son más que chismes y enredos: pero he querido verte para tener una explicación, pues de lo contrario puede haber alguna mala inteligencia de esas que perjudican hasta las cosas más inocentes.

Renata, sentada al lado de su amiga, estaba pálida como una muerta; comprendía que había pasado algo que tenía relación con su amistad, pero no podía imaginarse lo que era.

– Fanny, explícate por Dios, no me tengas con tanta zozobra.

– Pues has de saber que en la ciudad han repara-

do en el cariño que te profesa Eduardo, y la verdad es que te quiere mucho, y habiendo dado á entender á esos charlatanes que se consideraría muy feliz casándose contigo, le han contado que tu padre había dicho cosas ofensivas contra nosotros y declarado que jamás permitiría que entrases á formar parte de nuestra familia. ¿Es verdad esto, Renata? Habla, sácame de esta incertidumbre. ¿Es verdad?

La joven se sentía morir al oir aquellas palabras, comprendía que probablemente habría acabado su felicidad, que se había hecho ilusiones y que la contestación que diera podría tener gran importancia en su vida; por esto trató de esquivar el asunto y halló fuerza para contestar.

—Ya comprenderás que no puede ser verdad, porque si mi padre no os apreciase no me dejaría venir á esta casa.

—Eso es lo que yo he dicho, contestó Fanny contenta; pero... ¿qué quieres? Eduardo está fuera de sí, no se quiere persuadir y dice que no se calmará hasta tener una prueba patente de la falsedad de esas hablillas.

—Pero ¿cómo podrá tener esa prueba?, preguntó Renata.

—Vas á saberlo. Quiere pedir tu mano á tu padre, y si se la niega, le desafiará exigiéndole una satisfacción; pero no te alarmes, ya se calmará; te lo he dicho todo, pero conozco á Eduardo y con la misma facilidad que se enfurece se sosiega, porque es bueno. ¡Y cómo te ama, Renata! Casi casi tengo celos; sin embargo, me alegraría mucho de que llegases á ser de veras mi hermana como ya lo eres por elección.

Renata pensaba con la cabeza baja y parecía absorta en trazar líneas fantásticas en la alfombra con la punta de la sombrilla; luego alzó sus hermosos ojos tristes, miró á su amiga y dijo:

—Sería un hermoso sueño: ¡lástima que no se pueda convertir en realidad!

—¿Y por qué no, Renata? ¿No amas á mi hermano? ¿Tu padre no quiere? Entonces será verdad lo que se dice.

—Mi padre no interviene en ello; además nadie le ha dado á conocer las intenciones de tu hermano: soy yo la que no puede aceptar; no me preguntes la razón porque no puedo decirla; es un secreto que guardaré oculto en el fondo del corazón, pero he resuelto no casarme nunca.

—¡Pobre hermano mío!, exclamó Fanny; jamás se consolará.

—Te ruego que le convenzas de que mi padre no se mete en nada, añadió Renata con voz suplicante.

—¿No podrías hablarle tú misma? Quizás podrías convencerle ó persuadirle á que renuncie á tu mano, aunque me parece difícil.

Renata meneó la cabeza diciendo:

—Si así te parece, llámale; pero suceda lo que quiera prométeme que me conservarás tu amistad ¡la necesito tanto en este momento!

(Continuará)

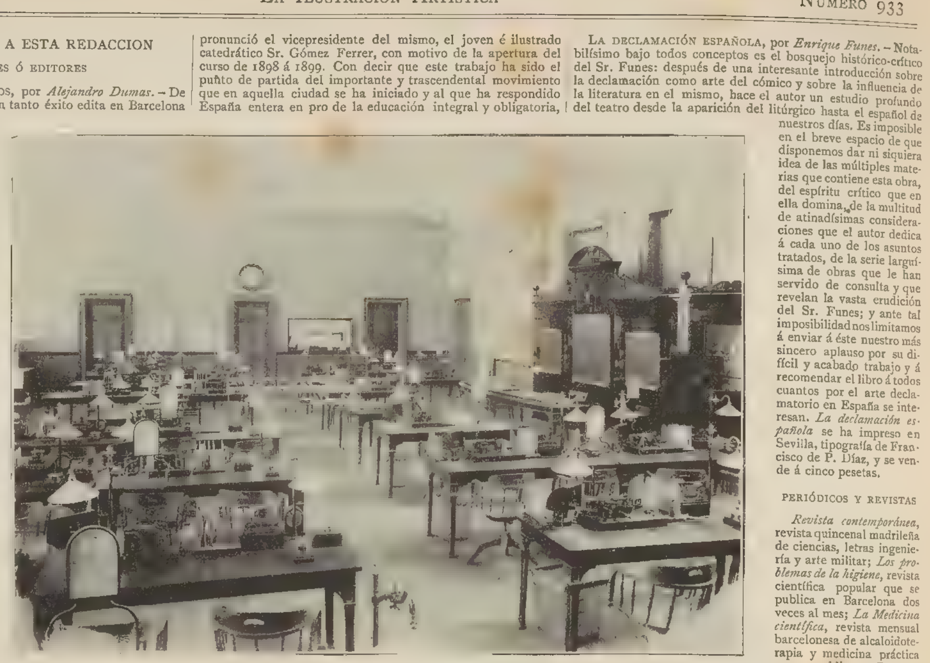
LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

El narrador de cuentos, por *Alejandro Dumas*. – De la «Nueva Biblioteca» que con tanto éxito edita en Barcelona D. Luis Tasso forma parte este tomo, que comprende nueve narraciones, interesantísimas todas, como debidas al genio del ilustre autor francés: el nombre de Dumas (padre) no necesita elogios; sobradamente conocido en la literatura universal, constituye la mejor garantía de bondad de un libro. *El narrador de cuentos* se vende á una peseta en rústica y á seis reales en tela.

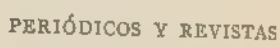
Higiene razonada de la boca (segunda parte), por *José Boniquet*. – Hace algún tiempo nos ocupamos con el elogio que merecía de la primera parte de esta obra debida al reputado médico cirujano dentista barcelonés Sr. Boniquet. Complemento de aquélla es la que recientemente ha publicado el mismo autor, quien estudia en esta segunda parte la segunda dentición, la caries, la extracción y anestesia, la fetidez de aliento, la dentición artificial y otros muchos puntos relacionados con la higiene de la boca, tratando todas estas materias con gran competencia y exponiendo sus consideraciones y sus meditados consejos en estilo sencillo y comprensible para ponerlos al alcance de las personas menos idóneas en asuntos médicos. Este libro, que forma parte de la biblioteca de la «Especialidad estomatológica,» se vende en la librería de Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5, á tres pesetas: el precio de la primera parte es de 2'50 y véndese también en dicha librería.

Necesidad de implantar en España la educación obligatoria de los niños, por *Ramón Gómez Ferrer*. – Así se titula el hermoso discurso que en el Ateneo de Valencia pronunció el vicepresidente del mismo, el joven é ilustrado catedrático Sr. Gómez Ferrer, con motivo de la apertura del curso de 1898 á 1899. Con decir que este trabajo ha sido el punto de partida del importante y trascendental movimiento que en aquella ciudad se ha iniciado y al que ha respondido España entera en pro de la educación integral y obligatoria, queda hecho el mejor elogio del mismo. El Sr. Gómez Ferrer marca en su discurso, síntesis admirable de profundos estudios y hermosa manifestación de un ideal que todos los hombres que piensan acarician, los nuevos rumbos que ha de emprender nuestra patria en punto á enseñanza y que han de ser la base de nuestra regeneración. El discurso ha sido impreso en forma de folleto en Gandía en la imprenta de Luis Catalá y Serra.



GUERRA ANGLO-BOER. – La oficina de telégrafos de Johannesburgo desierta (de fotografía de Betton)

La declamación española, por *Enrique Funes*. – Notabilísimo bajo todos conceptos es el bosquejo histórico-crítico del Sr. Funes: después de una interesante introducción sobre la declamación como arte del cómico y sobre la influencia de la literatura en el mismo, hace el autor un estudio profundo del teatro desde la aparición del litúrgico hasta el español de nuestros días. Es imposible en el breve espacio de que disponemos dar ni siquiera idea de las múltiples materias que contiene esta obra, del espíritu crítico que en ella domina, de la multitud de atinadísimas consideraciones que el autor dedica á cada uno de los asuntos tratados, de la serie larguísima de obras que le han servido de consulta y que revelan la vasta erudición del Sr. Funes; y ante tal imposibilidad nos limitamos á enviar á éste nuestro más sincero aplauso por su difícil y acabado trabajo y á recomendar el libro á todos cuantos por el arte declamatorio en España se interesan. *La declamación española* se ha impreso en Sevilla, tipografía de Francisco de P. Díaz, y se vende á cinco pesetas.



PERIÓDICOS Y REVISTAS

Revista contemporánea, revista quincenal madrileña de ciencias, letras ingeniería y arte militar; *Los problemas de la higiene*, revista científica popular que se publica en Barcelona dos veces al mes; *La Medicina científica*, revista mensual barcelonesa de alcaloidoterapia y medicina práctica que se publica en Barcelona; *El Criterio católico en las Ciencias Médicas*, revista mensual barcelonesa de Medicina, Cirugía y Farmacia; *Porta Cœli*, semanario valenciano propagandista del Sanatorio de pobres de su nombre y defensor de los problemas sociales que interesen al proletariado; *Boletín del Instituto Americano de Adrogué* (República Argentina), publicación mensual; *Caras y caretas*, semanario festivo, literario, artístico y de actualidades, de Buenos Aires; *Boletín Militar*, órgano del Ministerio de la Guerra y del ejército colombiano que se publica semanalmente en Bogotá.



Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

AÑO XVIII — BARCELONA 20 DE NOVIEMBRE DE 1899 — NÚM. 934

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA NOVIA, cuadro de José Garnelo



DE EUROPA

No creo equivocarme si digo que la simpatía hacia los boers, en todas las naciones, crece á compás de su heroica iniciativa en la guerra y de su acertada táctica para envolver y rechazar al enemigo. Nadie se interesa en cambio por Inglaterra; los desastres de sus armas provocan explosión de júbilo hasta en personas que ni mucho ni poco entienden de achaque de política internacional. Las Revistas científicas, también hostiles á Inglaterra desde el primer día, dedican artículos á los diferentes aspectos de la cuestión anglo-africana, y entre ellos encuentro uno consagrado á la Hacienda inglesa, cuyos datos me parecen curiosos.

La guerra del Transvaal, ahora se comprende, cualquiera que sea su desenlace, durará mucho y costará enormes sumas á la Gran Bretaña. Aun cuando Inglaterra sostiene un ejército relativamente poco numeroso y no es nación fuerte sino en lo naval, su presupuesto de guerra asciende en alarmante proporción desde hace algunos años. La cifra actual es de cuatrocientos ochenta y cinco millones de francos, y el contingente no pasa de doscientos veinte mil hombres. No le bastaría este ejército á Inglaterra para su defensa, y menos si se ceba en las empresas coloniales, en anexiones y protectorados. Si se presentase el caso de una guerra seria con una potencia europea de primer orden, Inglaterra sacaría el partido posible de sus barcos, pero por tierra no podría disponer sino de un ejército de ochenta mil hombres, una friolera, para las masas humanas que pondrían en movimiento, por ejemplo, Alemania ó Rusia. Esta escasez de tropas va unida á una gran lentitud en su movilización.

La magnífica marina inglesa es también un mecanismo costosísimo. Gasta anualmente quinientos veinticinco millones de francos, y el presupuesto será recargado el año que viene. Naturalmente, para encontrar el dinero, el Gobierno inglés hace lo que todos los gobiernos: aprieta en los tributos y estruja al contribuyente. No están allí como aquí las cosas; no sale sangre mezclada con la leche de la pobre vaca que representa al país; pero no deja de ser ordeñada á todas horas. El *incometax* ha sido triplicado; el impuesto socialista por excelencia, el impuesto sobre las sucesiones, que insensiblemente hace regresar al Estado la propiedad del individuo, aumenta más de lo justo; y el ministro de Hacienda se entrega á la tarea ya clásica de tales funcionarios: discurrir cómo inventará nuevas contribuciones que rellenen las arcas del Tesoro.

País que entra en este período de jadeante apuro, tiene que mirar bien si no marcha á la ruina; y muchos se la pronostican á Inglaterra, repitiendo que ya se han visto caer torres más altas. La situación de la Hacienda inglesa explica el desapoderado afán de arrebatar al Transvaal sus minas de oro, y la codicia, en este caso, es imposición de la necesidad. Los ingleses hacen ahora lo que tanto se nos censuró á nosotros en Méjico y en el Perú. Permita la Providencia que no les salga mejor.

***

La antipatía contra Inglaterra no pierde ripio, y se ha aprovechado días atrás de una circunstancia casual, un brote de costumbres británicas en pleno París: la lucha entre Charlemont y Driscoll; dos atletas.

No hay cosa que no pueda impugnarse y defenderse; y el atletismo, el boxeo y el combate de fieras humanas tiene enemigos declarados y apologistas convencidos. En Inglaterra, donde el boxeo es la esgrima á que acude la gente para dirimir cuestiones, lo miran con indiferencia tranquila, como haríamos aquí con los toros, si no pesasen tanto sobre nuestra vida nacional y no nos los encontrásemos hasta en la sopa. Los ingleses propenden á la tolerancia con los gustos raros de cada cual, y al respeto instintivo de la costumbre y la tradición. El boxeo es un deporte muy antiguo en aquel país, y se consiente, sin que produzca gran entusiasmo en la mayoría; á los *matchs* de boxeo acuden los aficionados, y los que no lo son hacen como si no viesen.

Es el caso que Driscoll, campeón de la *boxe* inglesa, vino á París y retó á Charlemont, campeón de Francia. Nótese, de paso sea dicho, cómo ha bajado de nivel el campeonato. Antaño los campeones tenían por oficio defender, en cerrada liza, el honor de una princesa; hogaño acuden á probar quién da más recias puñadas. Al principiar, tomaron los campeones la precaución de advertir á los espectadores que el combate sería feroz, horrible, sin tregua. El escenario era un circuito ó anillo de veintiún metros cuadrados, cerrado por sencilla valla de cuerdas. Desnudo el inglés; vestido el francés á la ligera, como se acostumbra en estos trances. Fué una pelea entre un felino ágil y diestro – el francés, naturalmente – y un pesado y terrible animalazo – el inglés. – Los puños, los pies, los codos, las rodillas, todo jugó en la formidable pelea, hasta que el inglés, atontado, dolorido, medio muerto, hubo de confesarse vencido. Y fué dulce á los franceses – hay que confesar estas flaquezas porque son universales – la victoria de Charlemont, obtenida en buena lid, con todas las reglas del boxeo francés, característicamente nacional. Halagado su amor propio, sin embargo los cultos franceses suplican que no haya reincidencia: que el boxeo no se aclimate en la cortés y humana tierra de Francia.

***

Un drama olvidado casi – aunque resonó con ecos de misterioso tenor en todo el mundo, privilegio de las desventuras de los grandes - ha vuelto estos días á la superficie, por el motivo más sencillo y alegre: una boda en proyecto.

¡Terrible fué el drama! Víctimas, el heredero de un trono, y una señorita aristocrática, hermosa y joven. Nunca se ha sabido, quizás nunca llegue á saberse á punto cierto, lo que sucedió en aquella cámara del castillo, en las últimas horas que pasaron juntos los desventurados amantes. Hipótesis y conjeturas se han hecho á miles. Todavía no ha mucho leí la que ahora prevalece: el príncipe Rodolfo de Austria quería romper, la Vetzera no se resignaba al abandono, y prefirió la muerte, dándosela al príncipe, después á sí propia. A raíz del suceso había corrido otra versión: era el príncipe quien, para no separarse de la amada, la había matado después de una escena de pasión delirante. Y un novelista francés, fundándose en el relato de personas que se decían bien informadas, patrocinó distinta historia: era la esposa ofendida la que, penetrando en el castillo y sorprendiendo á los enamorados, había descargado su revólver sobre ellos, castigándoles juntos.

***

Ninguna más inverosímil, á decir verdad, que esta hipótesis literaria relativa al secreto drama de Meyerling. Sólo con mirar el retrato de la desdichada archiduquesa Estefanía, viuda en vida y en muerte del heredero de la corona de Austria, se comprende que aquellos rasgos blandos, sin acentuación, sin el modelado firme de la energía, no corresponden al tipo de la mujer capaz de realizar acción tan violenta. Más bien se leen en la faz de la archiduquesa la resignación y la calma, que la furia rabiosa de los celos. El novelista, quizás sin querer, fué cruel con la pobre señora, que tantos motivos tuvo de aflicción. Sus penas domésticas las supo el universo; el trágico desenlace llegó hasta los confines del globo. De estas historias puede decirse con Virgilio: *sunt lachrimae rerum, et mentem mortalia tangunt.* No le faltó al episodio final de la existencia del príncipe Rodolfo sino haber acaecido hacia el año 30 del siglo presente. Verdad es que el romanticismo, caducado tal vez como escuela literaria – ¡y quién sabe! – retoña á cada momento, bajo apariencias que pueden disfrazarle á los profanos, no caducará nunca en los desenvolvimientos pasionales. Esa dinastía imperial de Austria-Hungría es romancesca, y la de Baviera más aún, delicuescente: hay arcanos, pasiones, sollozos, venturas ocultas, bajo la diadema que ciñen ó han de ceñir los miembros de la augusta familia, que probablemente hubiese sido feliz en condición más modesta, pudiendo entregarse libremente á los impulsos de su corazón. Lo interesante, y si bien se mira, lo realmente dramático de todo ello, es la lucha entre la corrección y dignidad externa á que el trono obliga, y la vehemente impulsión amorosa. Cada archiduque, cada príncipe ¡el mismo emperador! – va sufriendo, por turno, la crisis; y al manifestarse los primeros síntomas, la corte se alborota, los magnates se asustan, las camarillas cuchichean, los vasallos se escandalizan ó se ríen, las cancillerías murmuran, los diplomáticos se estremecen, y hasta los penachos de plumas que adornan la cabeza de las altivas damas tiemblan como si el hálito de fuego del incontrastable amor los agitase. Y se toman providencias, y se le arrebatan al culpable sus títulos, honores y distinciones, y pierde su jerarquía, y va á esconderse allá donde nadie le conozca. La casa imperial de Austria-Hungría es la que cuenta en este siglo más matrimonios morganáticos.

***

El que va á contraer la archiduquesa Estefanía – y que, señalada ya su fecha, se ha suspendido ó aplazado, quién sabe por qué – no es morganático en toda regla, según parece; el esposo no se verá privado de los honores y preeminencias que corresponden á la esposa, porque la esposa, al ir al altar, los renuncia, así como renuncia todos los derechos de sucesión á la corona de Austria. ¡Pobre archiduquesa! ¡Quién le negará el derecho de reconstruir (como ahora dicen) su vida! Debe de haber sufrido, no sólo en sus afectos, sino en el amor propio, en todo lo que sufre y grita y se retuerce en el alma en casos tales, cuando parece desquiciarse el mundo sobre la cabeza de una mujer. Esclava de su rango, prisionera en la cárcel más estrecha y mejor vigilada – que es un palacio real, – ¡cuántas veces devoraría el llanto y después de una noche de insomnio se presentaría sonriente, ostentando esa tranquilidad majestuosa que las grandes señoras llevan á veces como la túnica de fuego de Dejanira!

***

La archiduquesa no tuvo los arranques de su suegra, la emperatriz asesinada: no se arrojó á pasear incesantemente, al través de las costas doradas y los mares cerúleos, su tristeza incurable y sus celos enroscados al corazón como víboras venenosas. Callada y envuelta en sus lutos de viuda ha dejado pasar muchos años, y ahora, cuando ya nadie puede acusarla de pronto olvido, pide tímidamente su parte de lícita felicidad. Y sin embargo (hasta tal extremo la sombra del trono tuerce y desfigura la forma de las acciones y las leyes morales universalmente reconocidas), hay quien censura á la archiduquesa, quien trata de impedir su enlace, quien quisiera eternizar su viudez, más desolada que ninguna, ya que no tiene ni el consuelo de los recuerdos, ni la santa consagración de la fe en lo pasado...

Mal hará la archiduquesa si sustituye por un lazo oculto, aunque sea bendito, el público matrimonio que iba á contraer. De todas las desventuras de la casa de Austria, la suya es la más digna de respeto, y de todas las compensaciones que la suerte ofrece cuando está de humor de ser justa, la felicidad que otorgue á la archiduquesa será la más merecida.

EMILIA PARDO BAZÁN

PENSAMIENTOS

El que no ama la vida no es digno de vivir.
CASANOVA

Los pueblos son como las aguas, siguen su pendiente.
MIGNET

Un instinto secreto nos lleva al lado de los que padecen persecución.
RENÁN

El pueblo no comprende más que aquello que siente.
LAMARTINE

Por un efecto contrario del tiempo, las leyes caen en desuso y los abusos adquieren fuerza de ley.
G. M. VALTOUR

Los hombres oyen con más gusto maldecir aquello que detestan que alabar aquello que aman.
E. MELCHOR DE VOGÜÉ



SEVERO CATALINA

Allá, en tiempos de antaño, de cuyas fechas no quiero acordarme, nos reuníamos en un billar de un piso principal de la Puerta del Sol un grupo de jóvenes, de los cuales el mayor apenas frisaría en los dieciocho abriles de edad. Aunque todos con escaso peculio, estábamos resueltos á divertirnos, para lo que habíamos *armado* una *treinta y una,* á real la bola, que rara vez y en épocas de prosperidad se elevaba á dos reales. Por supuesto que este juego era sólo un pretexto para reunirse y dar expansión á la exuberante alegría de la juventud.

Algunos de estos jóvenes adquirieron después notoriedad.

Entre otras varias chirigotas, habíamos inventado la de tener todos un dicharacho ó estribillo usual. Juan Coupigny, que fué después discretísimo autor cómico y que sentía mucho el calor, como todo rubio, sin traspirar, estaba durante el verano repitiendo los siguientes versos:

«¡Ven, brisa del otoño,
Consoladora, ven!»

Iza (no Inza), el cantor de los poetas, que se suicidó muy joven un Miércoles de Ceniza junto á la fuente de Neptuno, prorrumpía con frecuencia en esta otra muletilla:

«El mundo se tambalea
Como un jorobado ebrio »

Luis Loma y Corradi repetía el principio del romance de Moratín, referente á su padre, que empieza así:

«Flumisbo, el celebrado
Cantor del Termodonte...»

Luis Rivera, que posteriormente fué actor, escritor y propietario del periódico *Gil Blas,* exclamaba con frecuencia:

«El Hércules Farnesio
Me parece tan sólo un adefesio »

Pero la muletilla que más nos chocaba por lo extravagante era la de *Cabezota. Cabezota* era uno de los jóvenes de la reunión, de aspecto serio y de carácter jovial, que llevaba mote porque, en efecto, tenía muy desarrollada la cabeza, y cuyo nombre era Severo Catalina. Éste solía exclamar con acento enfático:

«¡Lejos del mundo y de sus pompas lejos,
Me comeré dos libras de conejos!»

Algunas veces presentábase en el billar Gregorio Romero y Larrañaga, poeta pálido á fuerza de beber vinagre y de exagerada melena merovingia. Era talludito y estaba ya casado, lo cual no le impedía ser el romántico de Madrid más enamorado. No era raro verle parado junto á una esquina mirando apasionadamente á un balcón, ó enjugándose los ojos con un pañuelo, ó besando con frenesí una carta ó una flor. Larrañaga iba á nuestra reunión de pasada y casi sólo por ver á Severo Catalina, de quien era muy amigo. Por cierto que no creo inoportuno relatar el origen de esta amistad, que influyó, aunque en parte mínima, en el desarrollo de las ideas y carácter de éste. Gustábale á Catalina, como á Bécquer y á Zorrilla, vagar por la extensa barriada conocida con el nombre de «Madrid viejo,» evocando recuerdos del tiempo antiguo. Una noche, al obscurecer, después de contemplar «el balcón de Cisneros» entróse por la contigua calle del Rollo. Ya en el comedio de la calle, oyó una voz que provenía de un balcón y parecióle oir la siguiente frase: «Aguarda Severo.» Se detuvo, miró hacia lo alto; mas nada pudo ver, por ser la noche obscura y aún no estar encendidos los lúgubres faroles; pero sin embargo, distinguió un objeto que bajaba lentamente. Era un cestito pendiente de un cordón. Sorprendido Catalina de que le llamaran por su nombre y le enviasen aquella aérea misiva, iba á echar mano al cesto, á tiempo que fué detenido por otra de un recién llegado al que no había sentido aproximarse: era Romero y Larrañaga. Con motivo de este incidente medió una disputa, explicaciones luego, y después el cimiento de una cariñosa amistad entre ambos jóvenes, consolidada por las amorosas relaciones que entabló Catalina con una hermana de una Dulcinea del poeta.

Los del billar estábamos admirados de lo que sabía *Cabezota,* que á veces, con la mayor naturalidad, soltaba frases francesas, italianas y latinas, y por esto nos hacía más gracia el lema vulgar y extravagante *de los conejos* que había adoptado. Sorprendimos también en él otra particularidad, cual era su modo de escribir en un encerado que había en el billar, de arriba abajo ó *viceversa,* de izquierda á derecha, con un sinnúmero de caracteres de letra, ingeniosamente laberínticos. No sabíamos, porque él nunca nos lo dijo, que ya era bachiller y licenciado, y que por aquel entonces se ocupaba en estudiar lengua árabe y teología.

Esto da idea del saliente de Severo Catalina: la laboriosidad, incansable, febril, fenomenal, tal como quizá no ha habido otra alguna; laboriosidad fomentada por una pasmosa facilidad de comprenderlo y expresarlo todo. Gustábale leer y estudiar, pero más que nada escribir: era su vocación. Desde niño escribía en todas partes, en las paredes, en las mesas, en los manteles, con el cuchillo, formándose así un magnífico carácter, ó mejor dicho caracteres de letra, pues además de crearlas, tenía el don de imitar cuanto veía escrito: hubiera sido un notable falsificador.

Podría pensarse que esta predisposición manual y rutinaria daba indicios de un carácter vulgar; pues en efecto, muy pocos sargentos de infantería dejan de ser grandes pendolistas, y rara vez un escritor tiene la buena letra de un escribiente; pero en Severo Catalina todo debía ser extraordinario: escribía bien y pensaba mejor, ambas cosas parejas en facilidad: en esta cualidad superaba hasta á D. Modesto de Lafuente (de quien me he ocupado en otra ocasión), pues si bien éste escribía muy de prisa y casi siempre sin tachar, nunca se ocupó en tantas materias como Catalina, que era enciclopédico. Catalina escribía por sí y con los demás: Proteo del estilo los tenía todos, imitaba á todos los prosistas y poetas; puesto que también hacía versos, si bien no levantados, fluidos y armoniosos. Según dicen sus biógrafos, y es verdad, en una ocasión, con motivo de *echarse los estrechos* en una tertulia, imitó á Fray Luis, Quevedo, Hartzenbusch, Lope de Vega, Campoamor, García Gutiérrez, Calderón, Moreto, Tirso, Rioja, Martínez de la Rosa, Meléndez, Selgas, Santa Teresa, Jorge Manrique y Ruiz de Alarcón.

Severo Catalina imitaba á todos, pero pocos podrán imitarle á él; pues no es dado imitar párrafos como el siguiente, en el libro de *La verdad del Progreso,* que cito porque resume las creencias é ideas sociales de aquél: «El último hálito de vida mortal que exhala el Cristo, es soplo de vida que impele á la humanidad por la senda del Progreso; el Cristo muere en una altura que se ve; en otra altura que no se ve está el término codiciado; la humanidad está entre las dos; está en el valle de lágrimas; Jesucristo en la piscina de Bethsaida ha dicho al paralítico: «Levántate y anda;» el paralítico es la humanidad postrada por la culpa y vuelta al movimiento por la muerte del Justo. «Dejadla andar,» diremos á los espíritus soberbios: *sinite abire;* quitadle las ligaduras del error en que la tenéis aprisionada.»

Severo Catalina reflejaba en su aspecto su maravillosa intuición y facilidad, por sus ojos vivos y penetrantes y por la airosa soltura de sus movimientos. Era atractivo en su trato y adorable en su vida de familia. Como la mayor parte de los hombres superiores, tenía pasión por su madre: adolescente, hombre ya maduro, estudiante ó ministro, estando ausente de ella, no pasó ni un solo día sin escribirla, á veces con lápiz y sobre la rodilla: «Estoy bueno y te amo,» frase siempre ansiosamente esperada por parte de ella.

Catalina salió á la vida pública en una época de controversia, en la que la política estaba, digámoslo así, en moda; además, aunque de familia acomodada, el joven escritor y ya sabio tuvo que preocuparse de su porvenir material, y sabido es que entonces, y aun ahora, la ciencia no rinde grandes emolumentos en España. Dedicóse, pues, á la política, y claro es que hombre de tan notoria valía no tardó en encumbrarse á los primeros puestos del Estado. Sus grandes condiciones de periodista serio sirviéronle de primeros peldaños, y sus condiciones de orador, si bien no brillante, concienzudamente polemista, consolidaron su posición. Esto quizá fué un bien para él, pero una desventura para las patrias letras, porque Catalina no había nacido para político, y sí para escritor en todas las manifestaciones de la inteligencia, adecuando la profundidad científica á la amenidad literaria. Como ministro de Marina y de Fomento no sobresalió del nivel de los buenos, y en cambio, en ciencias y literatura han sido pocas, aun siendo muchas, las producciones de su privilegiado ingenio. Asombra lo que escribió: parece como que tuvo el presentimiento de su breve existencia, y se apresuraba *á echar fuera lo que tenía dentro:* innumerables artículos literarios y políticos, gran copia de composiciones poéticas, opúsculos, cinco obras trascendentales y un semillero de trabajos que abarcan casi todas las aspiraciones del saber. En su adolescencia, en la niñez casi, escribió una comedia, que al decir del deán de Zamora contenía versos que ni Zorrilla los haría mejores. No ha parecido el original, ni se sabe siquiera el título de la obra. Pero lo que sí es indudable que Catalina tenía suma predisposición para los trabajos propiamente literarios y para los históricos, como lo prueban sus *Reminiscencias históricas,* en que se ocupa de los vínculos que deben unir á España y Portugal.

Como político fué desgraciado; pues si bien en su gestión de gobierno alcanzó un período de relativa tranquilidad, al fin de esta aparente calma alcanzóle la tempestad política que debía destruir todos sus ideales: vió caer la dinastía á cuyo servicio habíase consagrado, y velarse el porvenir de la patria en sombras que él no alcanzó á ver disipadas.

Murió en octubre de 1871 y había nacido en Cuenca en noviembre de 1832; es decir, no alcanzó ni siquiera á los cuarenta años de existencia. En sus últimos momentos, puestos los ojos en una imagen de la Virgen y estrechando entre sus manos un crucifijo que él mismo descolgó de la cabecera de su cama, prorrumpió en estas palabras. «¡Qué hermoso viaje voy á emprender!»

Tal fué Severo Catalina: según expresión de uno de sus biógrafos, *ejerció la monarquía absoluta del cerebro.* Sus muchas y variadas producciones son como una poderosa escuadra en un mar tranquilo y azulado: en ella hay buques de todas clases y condiciones, y entre ellos, marcando indeleble y luminosa estela, descuella con la majestad de los antiguos navíos de tres puentes un bajel monumental: su libro *Roma.*

F. MORENO GODINO

LOS ALCOHÓLICOS

PSICOLOGÍA Y FISIOGNOMÍA

El profesor Kraeplin, uno de los fisiólogos que en estos últimos tiempos han estudiado más seriamente la cuestión del alcoholismo, reconoce que la psicofisiología no ha logrado aún descubrir un procedimiento para determinar las modificaciones que el alcohol produce en el carácter del alcohólico. Todavía no se ha conseguido comprobar por el sistema experimental los cambios que la absorción del alcohol origina en la calidad y en la fuerza de los estados psíquicos y afectivos. Pero si faltan para estos estudios los procedimientos experimentales, un profesor de la Universidad de Kiew, M. Sikorski, ha llenado este vacío merced á algunas observaciones fisonómicas que le han permitido atestiguar las alteraciones de los sentidos en los alcohólicos y el estado especial de su función psíquica.

Fig. 1. – Hombre de 53 años, ex profesor



Fig. 2. – Hombre de 36 años de la clase instruída



Fig. 3. – Mujer de 56 años

La primera deformación que en los alcohólicos se manifiesta es la exageración del músculo frontal y el debilitamiento de la parte superior del orbicular, y esta deformación llega á ser en ellos un signo fisiognomónico definitivo, según puede verse en las figuras 1, 2, 3, 5, 6, 7 y 8. En la figura 1, que representa el retrato de un hombre de 53 años, instruído é intelectual, que se entregó á la bebida después de la muerte de su mujer, está claramente indicada la desaparición de los pliegues verticales de la raíz de la nariz, desaparición que produce un efecto tanto más penoso cuanto que el resto de la fisonomía ha conservado todos los signos de una gran intelectualidad no afectada todavía por el vicio.

Este signo fisiognomónico aparece también claramente indicado en la figura 9, alcohólica inveterada con todas las alteraciones fisiognomónicas del alcoholismo que le dan una expresión repugnante, acentuada por la contracción del músculo piramidal de la nariz y por la prolongación de la boca, indicio de degeneración. La fisonomía de esa mujer es de las que ofenden la vista: sus ojos son completamente inmóviles, signo de cinismo y de pérdida de todo sentimiento de pudor

La segunda deformación, más tardía, pero más grave, producida por el alcoholismo es el debilitamiento general de todos los músculos del rostro, excepción hecha del frontal, lo cual da á la fisonomía un aire estirado, prolongado, que se conoce con el nombre de «máscara de borracho» (véanse las figuras 5, 6, 7 y 8). Este debilitamiento comunica á la cara una expresión de fatiga, de debilidad ó simplemente de una mediocridad intelectual (fig. 5).

La tercera señal fisiológica del alcoholismo crónico es la alteración del pliegue naso-labial, que se hunde en su parte inferior. La alteración de la fisonomía observada en los borrachos reconoce por causa el hecho de que los músculos que obran sobre la parte superior de este pliegue están más violentamente contraídos que en el estado normal y los que obran sobre la parte inferior lo están más débilmente. Por esto se observan á menudo en los alcohólicos pliegues salientes al lado del ángulo interior del ojo y muy raras veces cerca del ángulo exterior.

Las particularidades de la fisonomía tienen mucha importancia, primero porque su aparición corresponde á profundos cambios de carácter que no desaparecen ni aun en el caso de que el individuo deje de beber; y segundo, porque sólo se observan en las psicosis que se hacen crónicas y toman una forma incurable

Desde el punto de vista psicológico esa deformación indica en el alcohólico la pérdida total ó parcial de la alegría y una predisposición á la melancolía y á la tristeza. El fondo del carácter del alcohólico lo constituyen el descontento y el mal humor, disposición que es resultado de las sensaciones mórbidas inseparables de una enfermedad crónica tan grave como el alcoholismo; pero se debe principalmente á la circunstancia de haberse hecho difíciles y lentos los procesos intelectuales.

El borracho recurre á la bebida no tanto por el deseo de alegrarse cuanto por la necesidad de hacer desaparecer sensaciones físicas desagradables El placer que la embriaguez produce es más bien una manifestación de movimientos ruidosos que un sentimiento tranquilo y profundo de felicidad. La embriaguez, contiene más elementos desagradables que agradables y el uso crónico de la bebida proviene de que el borracho necesita sin cesar un narcótico continuo para embotar el malestar que siempre siente. La alegría misma no es en el borracho un estado de alma estable, puesto que fácilmente se transforma en lágrimas que de repente se convierten en cólera. Los cambios de mímica pueden obedecer á otras causas, pero es indudable que el alcoholismo produce simultáneamente alteraciones físicas y psíquicas: el profesor Sikorski cree que en ninguna otra enfermedad puede comprobarse en tan alto grado una relación tan íntima entre el estado anímico y las alteraciones fisiognomónicas

En algunos casos de delirio alcohólico con alucinaciones se observan alteraciones muy sensibles en la asociación de las ideas, desapareciendo algunas en absoluto del mecanismo intelectual, como si la actividad de ciertos centros hubiese cesado por completo. El profesor Sikorski cita el siguiente ejemplo:

En 1890 entró en el hospital militar de Kiew un individuo con síntomas de alcoholismo agudo, con alucinaciones en sus sensaciones generales, y alucinaciones visuales, epidérmicas y musculares: sentía como si algunos animales se arrastraran sobre su piel y como si insectos y pájaros fantásticos volaran á su alrededor rozando su epidermis, y veía algunos pájaros fantásticos, á veces con forma de peces y hasta de hombres, que se filtraban sin ruido alguno por las paredes y por las ventanas y no le ofrecían ninguna resistencia. Sometido á un tratamiento, fueron poco á poco desapareciendo estos trastornos y acabó por reconocer, cuando recobró la normalidad de sus asociaciones de ideas, cuán absurdas eran todas aquellas apariciones que al principio juraba y perjuraba haber visto y tocado.

Fig. 4. – Jefe de borrachos y sus acólitos

En donde más profundas alteraciones produce el alcoholismo es en el carácter. Al principio de la enfermedad, cuando la vida intelectual está todavía intacta, se manifiesta ya en el alcoholismo una indiferencia hacia los intereses morales superiores, indiferencia que reviste la forma de una anestesia moral parcial. En otras psicosis, la anestesia moral provoca una reacción subjetiva que, aunque ínfima, demuestra que el individuo tiene conciencia de su estado: en el alcoholismo, esta reacción no se ha observado nunca.

En apoyo de esto, el profesor Sikorski cita un fragmento del diario de un alcohólico, tanto más interesante cuanto que ha sido escrito por un hombre de talento é instruído que tuvo la desgracia de entregarse á las bebidas espirituosas durante años. Hablando de sus relaciones con su esposa el alcohólico, se expresaba en los siguientes términos:

«He notado que mi corazón ya no trabaja moralmente, que está como muerto... Mi mujer, fatigada por un trabajo que dura desde las nueve de la mañana hasta las nueve de la noche, regresaba á casa muerta de frío y de hambre y no comía para ofrecer el mejor bocado á «su alegre compañero,» como me llama, á pesar de que yo había comido ya hacía tiempo. Sólo pensaba en mí; al verme, olvidaba su hambre y su cansancio y todos los malos tratos que sufría, sintiéndose feliz cuando veía á su «gran perezoso» que no hacía más que dormir. Parece que yo debía amar á esa mujer que reunía las mejores cualidades, guapa, inteligente, laboriosa, alegre, dispuesta á soportar por mí todas las miserias posibles. Y sin embargo, no la amaba. ¿Sería porque mi corazón estuviera hacía tiempo muerto?, porque no manifestó ninguna emoción cuando en 1873 expiró en mis brazos mi padre, ni en 1874 cuando vi morir á mi madre que tanto nos quería. Mi corazón no experimentó emoción alguna en otras circunstancias desgraciadas que aun ahora me dejan indiferente. No puedo explicarme por qué no quiero á esa mujer, cuando cualquier ofensa que otro le haga me pone furioso: creo que si me amara menos, si me tratara como las demás me tratan, mi corazón habría hablado.»

El autor de aquel diario tomó parte en 1877 en la guerra turco-rusa, permaneciendo cerca de un año separado de su esposa. Los sentimientos que experimentó al volver á verla están reflejados en las siguientes palabras:

«Ha terminado la guerra, y al volver á mi casa, después de una larga separación, enfermo, extenuado, halagábame la esperanza de que á la vista de mi desgraciada esposa, medio muerta por el dolor de la separación, mi corazón al fin se estremecería. Mas no fué así; mi corazón permaneció insensible: siento rabia y odio á la vida.»

De modo que la reacción que en aquel individuo producía su anestesia moral era de odio y de cólera; y sin embargo no se trataba de un hombre embrutecido, sino de un buen militar que comprendía la disciplina y cumplía á entera satisfacción de sus jefes todos los deberes del servicio. La anestesia moral sólo afectaba en él las relaciones más íntimas de la familia.

La irritabilidad de carácter es un síntoma que se manifiesta en un período avanzado del alcoholismo; la movilidad de las emociones es tan grande en los alcohólicos como en los niños. Como éstos, el borracho monta repentinamente en cólera y sin motivo alguno se vuelve malo, suspicaz, tierno, sensible, etcétera, correspondiendo la aparición de todos estos síntomas á la exageración de la contracción del músculo frontal.

Las emociones de los alcohólicos, al contrario de lo que se observa en los individuos sanos, nacen completamente aisladas aun en los casos en que no son bastante violentas para suprimir los sentimientos simultáneos y limítrofes cuando estos sentimientos existen, lo cual demuestra la existencia de una anestesia parcial con ausencia completa de sentimientos, de asociaciones secundarias, cuyo nacimiento hállase sin duda impedido por la acción paralizadora del alcohol.

Otro rasgo especial de la irritabilidad del carácter en los alcohólicos es el paso brusco de una emoción á otra, lo cual se explica por el hecho de que los impulsos son transmitidos por vías anormales, hipótesis que se hace evidente teniendo en cuenta la acción del alcohol sobre las células, por un lado, y por otro la inervación vaso motriz.

El alcohólico pierde muy fácilmente la capacidad de sentir la vergüenza y el pudor. La desaparición de algunos eslabones de la serie asociativa da por resultado comunicar á los demás una intensidad y una dirección anormal y desempeña un papel importante en las alteraciones de los sentimientos. La vergüenza se manifiesta, como es sabido, en el hombre normal por la coloración de la piel del rostro y de las partes descubiertas sobre las cuales cae una mirada indiscreta y por algunos movimientos encaminados á sustraerse á ésta: el rubor de la vergüenza, fisiológicamente considerado, presenta una dilatación tan repentina de las pequeñas arterias de la piel, que sin duda tiene por origen la irritación de los vaso-dilatadores. Este mecanismo falta en los alcohólicos, y la causa de ello es seguramente la parálisis de los vaso motores, que hace imposible la dilatación de las arterias bajo la influencia de la emoción. No menos alterado se encuentra el segundo signo de la vergüenza, ó sea el de bajar los ojos ó esconder el rostro: los ojos del alcohólico sólo se mueven en una dirección horizontal, particularidad que puede observarse en todos los retratos que publicamos. En los alcohólicos únicamente se observan las manifestaciones secundarias de la vergüenza, los movimientos del torso y de los pies y la actitud embarazada Los que de cerca han estudiado á los alcohólicos están de acuerdo en afirmar que no son capaces de experimentar este sentimiento: si consideramos, pues, que la vergüenza no sólo gobierna la vida sensual del hombre, sino que, además, es uno de los principios fundamentales de la vida moral, comprenderemos cuán profundamente alterado se encuentra el estado psíquico de aquéllos.

El segundo sentimiento que se extingue pronto en los alcohólicos es el del miedo, que en el hombre normal se manifiesta por un retardo en la actividad del corazón, seguido de una aceleración, por una dificultad en la respiración y por la contracción de las pequeñas arterias. Esta última manifestación es el signo característico del miedo y falta por completo en los alcohólicos, á consecuencia, sin duda, de la parálisis de los vaso-motores producida por el alcohol. Desde el punto de vista psíquico, este sentimiento manifiéstase en el alcohólico en forma de turbación, de falta de presencia de ánimo, y como bajo el imperio del sentimiento de la vergüenza, su cuerpo y sus ojos se mueven de una manera inquieta. Observando á los alcohólicos el profesor Sikorski ha vacilado á menudo antes de determinar si el sentimiento que agitaba á alguno de ellos era la vergüenza ó el miedo, tan dudoso aparecía el estado emocional en que aquél se encontraba. La actitud de los alcohólicos, en este caso, recordó al profesor Sikorski la mezcla de miedo, de tenacidad y de embarazo que Darwin ha descrito en los niños: con la edad, estas formas infantiles de sentimiento se desarrollan y diferencian, y el alcohol las vuelve á su estado primitivo. Este hecho indica una inversión profunda del estado psíquico producida por el alcohol, cuyas consecuencias son funestísimas, porque si consideramos que el miedo en sus más elevadas manifestaciones se transforma en temor al mal y en aprensión por las consecuencias de éste, fácilmente se comprende la gran importancia sanitaria de este sentimiento en las cuestiones de moralidad. En apoyo de su tesis cita el hecho siguiente:

Un joven de carácter bueno, franco y sensible, tuvo la desgracia de caer bajo la influencia de un tabernero, quien le sugirió la idea de matar á un rico comerciante para robarle. Resistióse aquél durante mucho tiempo, no tanto por raciocinio como por repugnancia instintiva y por el horror que le inspiraba la idea del asesinato madurada por su consejero; pero todas sus objeciones fueron rechazadas victoriosamente por los sofismas de éste, no quedando en él al fin más que el sentimiento instintivo del miedo de la perpetración del crimen.

Para explicar la significación y el carácter de esta sustitución, el profesor Sikorski cita el caso de una tal María Miziura, recientemente juzgada en Kiew por haber asesinado ferozmente á su marido. Según la descripción del relator, el rostro de Miziura llevaba impreso el sello de la estupidez y de una indiferencia completa á cuanto pasaba á su alrededor; pero de cuando en cuando su cara se animaba con un aire de maldad salvaje, y sus ojos, velados por unos párpados enrojecidos, tomaban una expresión repugnante. La acusada, que había

vendidas ni empeñadas, y todo en él indica que el individuo ha perdido hace tiempo todo sentimiento estético y de vergüenza. Los hombres y las mujeres alcohólicas llevan indistintamente ciertas prendas del otro sexo y se las ponen de cualquier manera, torcidas y sin cuidado alguno. La manera de remendar dichas prendas indica no sólo negligencia, sino además incapacidad de trabajar esmeradamente, lo cual se explica por la pérdida de la atención y el debilitamiento de la inteligencia. A menudo los alcohólicos no tienen más que un traje,


Fig. 5. – Hombre de 35 años de la clase instruída


Fig. 6. – Hombre de 28 años, obrero


Fig. 7. – Mujer de 57 años


Fig. 8. – Hombre de 45 años, obrero

«Cuando pienso en ello, decía al tabernero, mi corazón desfallece. – Pero imbécil, replicaba el otro, no tienes más que beber y cobrarás valor.» En efecto, la absorción del alcohol dió ánimos al joven y el crimen se perpetró. La conducta posterior del criminal, su arrepentimiento sincero y profundo, sus sufrimientos morales demuestran que se vió impulsado al crimen por vías fisiológicas, que no hubo desmoralización ni otra causa moral, sino causas puramente fisiológicas resultantes de la acción del alcohol.

Los demás sentimientos pierden también su acuidad en los alcohólicos, volviéndose groseros y rutinarios y produciendo la correspondiente alteración de la mímica (véanse las figuras 5, 6, 7 y 8). Las alteraciones fisiognómicas explican las equivocaciones tan frecuentes en los alcohólicos que terminan en disputas y riñas y que se deben á la imposibilidad en que se encuentra el interlocutor de determinar la disposición de ánimo del alcohólico. Cuando entablamos conversación con alguien, apreciamos el estado de su humor por la expresión de


Fig. 9. – Meretriz-Potatrix

su rostro, y por sus respuestas y sus gestos juzgamos el efecto que en él producen nuestras palabras: en los alcohólicos, nada de esto sucede y de aquí los equívocos y las peleas.

La alegría pierde en los borrachos su carácter de serenidad y reviste la forma de una indiferencia y de un aturdimiento infantiles no motivados; el sentimiento de la dignidad y del honor deja de ser noble para convertirse en orgullo y arrogancia, y el amor, los afectos, las caricias degeneran con facilidad en manifestaciones desagradables cínicas, repugnantes.

La cólera reviste la forma de brutalidad bestial, observándose esta alteración en la mímica (véase fig. 9): la maldad se expresa, como es sabido, por la contracción del músculo piramidal de la nariz, que haciendo descender el borde interior de la ceja comunica á la fisonomía una expresión repulsiva. Esta transformación de la cólera en maldad es un hecho esencial en el alcoholismo é indica una alteración constante y mórbida en el carácter. La cólera puede ser justa ó excusable, según la causa que la ha producido; la maldad es siempre un sentimiento perverso de origen puramente animal; la primera no nace sin causa exterior, la segunda sí y obedece simplemente al impulso de hacer daño, por irritación psicológica, independientemente de las impresiones externas.

A este cambio de sentimiento corresponde á menudo en los alcohólicos una actitud hosca y taciturna.

Estos dos estados de maldad y taciturnidad producen otro cambio importante de carácter, la transformación del sentimiento en pasiones en el sentido que Kant ha dado á esta palabra, ó sea un defecto orgánico, rutinario, originariamente inveterado. Como la maldad y la taciturnidad son impulsos preexistentes que sólo esperan una ocasión para manifestarse, únense fácilmente en los alcohólicos á otras emociones, bien alterándolas, bien sustituyéndolas.

pasado once años con su marido borracho, era aficionada también á la bebida y alimentaba en su alma la maldad y la crueldad que la ocasión había de hacer estallar muy pronto.

«Un día – decía la acusada – vi al despertarme á mi marido borracho, dormido con la cabeza sobre la mesa y sentí como si alguien me gritase «¡mátalo!» En el suelo había un leño, y obedeciendo á una voz que me decía «¡cógelo!» lo cogí y asesté con él un golpe en la cabeza de mi marido que cayó sin decir una palabra. Díle un segundo golpe, y sabiendo que nadie nos veía intenté meterlo en un cuartito; pero como pesaba mucho y yo no podía arrastrarlo, tomé un cuchillo y corté su cuerpo en dos pedazos.» Explicó luego, con diabólica sonrisa, que para despedazar aquel cadáver, primero había cortado la carne y roto luego los huesos y los nervios con un destral y que había guardado los trozos en un cuarto de trastos viejos durante cuatro días, cosiendo entre tanto varios sacos para meterlos en ellos.

La hija de María Miziura describió el estado psíquico de la acusada en la declaración siguiente: «Ignoro si mi madre ha querido á alguien: á nosotros siempre nos ha odiado. Cuando no bebía estaba silenciosa y taciturna; pero cuando se ponía á beber, cosa que sucedía á menudo, volvíase cruel, y en estas ocasiones encerrábase con nosotros, nos pegaba, nos tiraba de los cabellos hasta que, en el colmo del furor, cogía un cuchillo y se ponía á afilarlo diciendo que nos iba á descuartizar.»

Las últimas palabras pronunciadas por aquella mujer antes de la deliberación del jurado son especialmente características para la comprensión de su estado: «¿Qué es lo que tenéis que discutir todavía para saber si he sido ó no capaz de descuartizar yo sola á mi marido? Siempre he sido así... No digo á mi marido, al mismo diablo habría descuartizado si lo hubiera tenido entre mis manos.»

Las alteraciones de sentimientos en los alcohólicos aparecen muy sensibles cuando se observan su manera de vivir y sus costumbres. Los alcohólicos estudiados por el profesor Sikorski pertenecen en su mayoría á la clase pobre; son gentes sin domicilio, miserables que duermen en las tabernas, en los asilos nocturnos, en zahurdas, y forman un mundo aparte en donde la miseria, el vicio y el alcohol hacen iguales y confunden á esos individuos de origen, instrucción y situación diferentes, aldeanos, soldados, oficiales, funcionarios, comerciantes, profesores, literatos, hombres célebres que han roto todas sus relaciones con la sociedad y de quienes se han apartado sus deudos. Cuando el profesor Sikorski encontraba individuos de esta categoría costábale mucho creer en su antigua situación, pues en ellos habíase borrado por completo todo vestigio de su pasado. Este cambio de personalidad sólo puede encontrarse en la locura, en el período de imbecilidad secundaria. Los elegantes gomosos de otro tiempo, los que asistían á las fiestas de la alta sociedad y comían en los mejores restaurants, píseanse medio desnudos, duermen en los asilos, adquieren la fisonomía y los ademanes propios de la gente tabernaria y permanecen de todo punto indiferentes á su presente y á su pasado.

Como muestra de uno de estos tipos puede verse el abogado de la figura 10, que habiendo perdido en malos negocios toda su fortuna se dedicó á la bebida. En las tabernas se le reputaba hombre de gran habilidad; escribía solicitudes que dirigía á las personas de más elevada posición y se distinguía por su arrogancia, como indica su actitud. En su rostro flaco y en la debilidad de la musculatura de todo su cuerpo se notan los estigmas del alcoholismo. Su compañero era un borracho inveterado que no se acordaba de haber sido nunca sobrio: presentábase á sí mismo «como borracho é hijo de perro» y afirmaba que le era imposible ser sobrio porque perdía toda su fuerza; estaba anémico, débil y pálido y presentaba todas las alteraciones fisiognomónicas del alcoholismo.

Los alcohólicos de distinto origen sostiénense unos á otros y forman una cuadrilla con jefes y subordinados con intereses comunes y con la solidaridad del vicio. Son perezosos y sólo trabajan aguijoneados por el hambre; y si el jornal es suficiente para el siguiente día, el borracho se quedará en su casa durmiendo ó se irá á la taberna.

La comida de los alcohólicos consiste en manjares sin aderezar y no es suficiente para su alimentación, sobre todo por la irregularidad con que las comidas se hacen.

Su traje es tan característico que basta verlo para comprender que se trata de un borracho: se compone de andrajos sucios que un mendigo rechazaría, de prendas que no pueden ser

carecen de ropa blanca y van muchas veces sin zapatos. Su peinado es siempre desordenado, según puede verse en todos los retratos de este artículo.

La mayoría de los borrachos son esclavos de sus jefes, es decir, de borrachos como ellos, pero decididos y emprendedores. Para procurarse las fotografías que publicamos, el profesor Sikorski ha tenido que pagar á los que se retrataron, habiendo ido á parar todo el dinero al bolsillo de los jefes citados. El jefe de pandilla que se ve en la figura 4 era un hombre que había leído *Los misterios de San Petersburgo* y en su calidad de «intelectual» trataba con altanería y desdén á sus compañeros: á la proposición que el profesor Sikorski le hizo para que se dejara retratar, contestó pidiendo una fuerte remuneración, diciendo que «el fotógrafo publicaría un libro del género de los *Misterios* y gracias á sus retratos ganaría una fortuna.» Sus compañeros aseguraron que era el mayor borracho de Kiew; todos le temían y todos le obedecían ciegamente.

Algunos borrachos son atrevidos y audaces; otros son cobardes y tímidos y están subyugados por amenazas que en boca de sus jefes, convertidos en verdaderos brutos, son generalmente algo más que simples palabras.

La capacidad de trabajo de los alcohólicos está singularmente disminuída por el debilitamiento de la voluntad y la lentitud de los procesos intelectuales: la pereza es la consecuencia de estas dos alteraciones y el aplazamiento de toda labor para el día siguiente es el signo típico de la fatiga psíquica producida por el alcohol. El trabajo de los borrachos carece de exac


Fig. 10. – Abogado de taberna y su cliente

titud desde el punto de vista técnico; un fabricante de instrumentos de precisión ha referido al profesor Sikorski que no puede emplear obreros que beban, aunque sea moderadamente, porque ha observado que durante muchos días después de las libaciones todo cuanto hacían resultaba defectuoso y exigía costosas correcciones.

Los suicidios son muy frecuentes entre los alcohólicos, cuya mortalidad es siempre excesiva.

Las consideraciones y hechos que dejamos expuestos justifican las siguientes palabras de Gladstone: «El alcohol causa hoy en día más estragos que esos tres azotes históricos que se denominan el hambre, la peste y la guerra: diezma las poblaciones más que el hambre y la peste, y mata más que la guerra. Y hace algo más que matar, deshonra.» – M. D.

JORGE

–¡Fíate de la Virgen y no corras!, decía Jorge á su compañero Antonio, sonriendo estúpidamente, mientras alisaba con la llana el yeso de la pared que revocaba.

–Sí que ganaré yo mucho, ni los Círculos tampoco, con hacer que tú seas *ú* no seas socio...

–¡Ay la guasa! Su señoría habrá *querío icir* sucio...

–Lo que *quio icir* es que tienes tan poca *lacha* y tan poca vergüenza, que cuando discutes con un hombre, en lugar de discutir con *seriedaz* y con *equidaz*, sueltas un *regüeldo* cuando te ves *mu apurao*.

–¡Ni más ni menos que un *deputao!*

–A mí, *miá*, ¡plin!

Y Antonio se encogió de hombros.

–Pues á mí..., menos. Si por darme cachiporrazos en el pecho y lavarme con agua bendita tres veces al día me atizaran una renta *vitalizada*, ¡aún!; pero *miá* que rezarse la oración cuando se levanta uno, cuando se acuesta, cuando den las doce..., ¡á mí que me den luz divina, no consejos!

Y acompañando el gesto á lo grotesco del lenguaje, accionaba riendo como un imbécil y bebía de tanto en cuanto *á chupete* de un botijo.

–¿Ves, Antoñico?, esto sí que es agua bendita, ¡y bien que me sabe cuando pienso que es *fruto prohibido!*..

–Bueno, lo que tú..., ¡á mí plin! *Que te vea*, y entonces *verás* tú..., ya sabes que tan y mientras trabajemos no nos permiten beber más que agua...

–¡De la fuente del Berro, señorito!.. *¡Panoli!*



GUERRA ANGLO-BOER. – PALACIO DEL PARLAMENTO EN PRETORIA

–*Panoli tú* no, no me falta nunca trabajo desde que trabajo con el Sr. Antón; ni un sábado he dejado de cobrar y... ¡no voy tan puerco ni tan *esgarrapizao* como tú!

–¡A no ofender! y á hablar con *equidaz* y con *equidistancia*..., que tu cutis responde de tus *attos*... Lo *mesmo, mesmamente* te irás tú á la calle que yo, cuando no *haiga* obra... *¡Pa* chasco, que te sostuvieran á ti cuando ya no hagas falta!.. Nosotros *semos* como los *buebos*, pongo por caso; nos comen, ¿sabes?, y en cuanto nos comen, tiran los cascarones...

–Mira que no quiero *que la tomes* de orador, porque nos vas á dar la *lata mostruo*... Tú haces lo que quieras y yo pienso lo que me da la gana y... ¡á lo que estamos! Ahora, en vez de hablar, fíjate en lo que haces..., perfora ese *molde*, que se conoce que se les ha *pasao*, y fíjalo á tornillo.

–Déjalo, chico, no hay que ser más papista que el papa..., ellos me lo han *dao* así, pues lo *recibo* con yeso y ¡pata! ¡y *finisquitis!*

–Vamos, que ya empiezas á *tenerla*... Haz lo que te digo, que va á verlo el maestro...

–¿Y quién es el maestro *pa* mí?

–*Pa* ti nadie, porque tú no quieres á Dios, ni quieres á Roque ni á la camisa que llevas puesta. Con echar discursos de *too* lo que lees en *El País* y *Las Dominicales* y todo lo que oyes en la taberna, tienes bastante.

–¡Que no se ofende, señorito! Que yo soy lo que soy, pero soy *un hombre* y el hombre es libre como el aire..., y no me ofendas diciéndome si pienso ó no pienso, porque yo no pienso en *na* porque soy *librepensaor*...

–Vaya, chico, que no seas *pelma*, que sujetes eso y que te vayas *á dormirla;* que á mí tanto se me da que pienses *ú* no, ni que quieras al amo *ú* no, ni que quieras...

–Ni que quieras..., ni que quieras..., ¡quiero lo



GUERRA ANGLO-BOER. – EL ÉXODO DE JOHANNESBURGO: INDÍGENAS DISPONIÉNDOSE Á ABANDONAR LA CIUDAD

(Dibujo de Frank Dadd, de una fotografía de G. H. Preston, de Johannesburgo)



GUERRA ANGLO BOER. – El éxodo de Johannesburgo: fugitivos ingleses que se dirigen á Natal en vagones del transporte de carbón

(de fotografía de Duffus Bros., de Johannesburgo)

que me da la gana!, ¡eso! Quiero á Juanilla, que es lo único que tengo en la vida, y ¡too lo demás que sucumba! ¡Abajo la tiranía y los coches de dos caballos y... muera el pan de Viena y arriba el esclavo *imprimido* bajo el peso del oro y de los *balsones*... y...

– Y... sujeta eso que se está desquebrajando y se va á secar *en mala postura* y va á matar á uno ..

– ¡Que no fuera al propietario! ¡La mar! ¡Aplastar á un burgués que nos chupa la sangre y nos *enmordece* la máquina del pensar!..

Tilin, tlan, tlan, tlannnn..., sonó la campana.

Todos tiraron la herramienta, y huyeron más que marcharon de los andamios.

. . . .

Ante aquella mujercita pequeña, echada cara al fango rojizo por la sangre que la dió vida, la cara de Jorge tomaba cien expresiones, dolorosísimas todas. El pañuelo á cuadros chillones era el mismo..., la falda *muy* parecida á la de ella; la sangre la había tintado, pero ¡no cabía duda!, ¡era la misma, la misma falda y el mismo mantoncillo de *su* Juana, de lo



GUERRA ANGLO-BOER. – Columna inglesa del Sur de Africa dirigiéndose á Mafeking al través del Bechuanaland, dibujo de R. Catton Woodville



EL REGRESO DE UNA MISIÓN, cuadro de Cristóbal de Antonio (Salón de París de 1899)



PERFUME DE INVIERNO, cuadro de Manuel [illegible]

único que veneró en la vida!.. La cabeza estaba tan destrozada que no era fácil adivinar su moñito primorosamente peinado siempre..., además, ¡el barro había salpicado tanto aquella obra de la casualidad!, ¡había llovido tanto aquella noche! Pero no cabía duda, aquella era *su* Juanilla, la Juanilla de su alma, que descansaba para siempre..., para siempre. «¡No volveré á verla al ir á casa!,» pensó.

Por un tremendo esfuerzo de voluntad, se acercó cortando el grupo..., iba terrible, amenazador..., alguien le oyó entre dientes una blasfemia enorme... Llegó cerca, muy cerca de la niña y quiso acabar de cerciorarse de toda su amargura volviendo su rostro. Para ello hubo de separar el bloque de yeso que la robó á su amor...

—¡Cielos! ¡El angelote que puse yo!

. . . .

F. VALERO DE TORNOS

NUESTROS GRABADOS

Primavera, cuadro de Francisco Pradilla.—En el número 930 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicamos un interesante artículo de nuestro activo é ilustrado corresponsal artístico y literario en Buenos Aires D. Justo Solsona, referente á la exposición de arte moderno español celebrada en la capital de la República Argentina. En aquella exposición figuró el precioso busto de Pradilla que en esta página reproducimos y que es una muestra elocuente de lo que vale el insigne maestro español y de la variedad de sus aptitudes, pues difícilmente se concibe que el mismo pintor que ha firmado esta obra delicadísima sea el autor de los vigorosos cuadros que con los títulos de *Doña Juana la Loca* y *La rendición de Granada* constituyen dos de las mejores joyas de la pintura histórica española contemporánea.

***

La novia, cuadro de José Garnelo.—El notable pintor español Sr. Garnelo tiene fama sobrada en nuestra patria y en el extranjero para que sea necesario señalar sus grandes aptitudes artísticas y mencionar los numerosos y legítimos triunfos que en su carrera tiene conquistados Cultiva con igual éxito los más diversos géneros, haciéndose admirar lo mismo en el cuadro histórico, cuando pinta *La madre de los Gracos*, que en el dramático como *Un duelo interrumpido;* así en la pintura llamada de género, en la que ha producido, entre otras, las bellísimas obras *Premio de aplicación* y *Puede ser ministro*, como en aquella en que aparecen combinados el paisaje y la figura, por ejemplo, *Lourdes* El hermoso lienzo *La novia* puede figurar entre las mejores obras del laureado artista, pues en ella y dentro de la mayor simplicidad ha logrado conseguir un efecto de expresión y de color que difícilmente se logra cuando no se apela á recursos que, siendo muy cómodos y de seguro resultado, son con razón desdeñados por los que hacen del arte algo más que un mero *modus vivendi*.

***

Guerra anglo-boer.—Es imposible sacar nada en limpio de las noticias que del teatro de la guerra llegan á Europa, pues el único que sabe positivamente lo que allí ocurre es el gobierno inglés, y éste se muestra tan poco comunicativo, que la misma prensa inglesa se lamenta del proceder del *War Office* Afortunadamente para nosotros, LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA no es, como repetidas veces hemos dicho, periódico de información escrita, sino de información gráfica, y esto nos permite atender únicamente á las notas de actualidad que por referirse á lugares donde los sucesos se desarrollan y á hechos perfectamente comprobados tienen todo el valor de lo real y verdadero. De los grabados relativos á la guerra que en el presente número publicamos, dos representan escenas del éxodo que se inició en Johannesburgo antes de que se rompieran las hostilidades: los habitantes ingleses de la ciudad y no pocos indígenas apresuráronse á abandonarla, y tan precipitada fué la fuga, que los viajeros hubieron de ocupar los vagones de mercancías, inclusos los destinados al transporte de carbón, según puede verse en uno de aquéllos, reproducción directa de una fotografía. El dibujo de Catón Woodville que representa una columna inglesa dirigiéndose á Mafeking, es una obra artística digna del lápiz de quien con razón es reputado como uno de los primeros artistas de Inglaterra. El palacio del Parlamento en Pretoria está situado en Church Square, ocupa toda una manzana y costó 175.000 libras esterlinas (4.375.000 pesetas). La primera piedra del edificio fué colocada el día 6 de mayo de 1889, quedando terminada la construcción en 1891. Sobre la puerta de entrada se ven las armas del Transvaal y debajo de ellas se lee: *Eendragt makt magt* (La unión hace la fuerza). Corona el palacio una estatua de la Libertad, y en él, además del Parlamento, hay las oficinas del gobierno.



PRIMAVERA, cuadro de F. Pradilla (Exposición de pinturas españolas modernas de Buenos Aires. 1899)
De fotografía de J. A. S. Witcomb, remitida por D. Justo Solsona

El regreso de una misión, cuadro de Cristóbal de Antonio.—El venerable misionero, al regresar de las remotas regiones adonde fué á predicar la religión de Jesucristo, preséntase ante el obispo, que le recibe cariñosamente y le pide el relato de su viaje que por fuerza ha de ser interesante. El pintor español Sr. de Antonio al desarrollar en el lienzo tan simpático asunto se ha inspirado, así para las figuras como para la decoración del cuadro, en la escuela que creara nuestro ilustre Fortuny; pero sin aparecer como imitador de éste y antes por el contrario demostrando cualidades esencialmente personales que denotan una concepción artística elegante y noble y una paleta rica en colores brillantes que realzan las excelencias del dibujo.

***

Perfume de invierno, cuadro de Miguel Simonidy.—Tiene el invierno su poesía, triste, melancólica, pero intensa, que penetra muy adentro del alma. El autor de este cuadro ha sabido sentirla en toda su fuerza, y ha sabido además comunicar este sentimiento á cuantos contemplan su obra. Las dos figuras, los árboles completamente desnudos de hojas, las mismas flores de pálidos matices están envueltos en un ambiente poético que señalamos y constituyen una hermosa alegoría de la estación en que la naturaleza parece dormir el sueño de la muerte.

***

Tristán é Isolda en el Liceo de Barcelona.—Como en la sección de *Miscelánea* de nuestro último número dimos cuenta del éxito inmenso que en el Liceo ha obtenido la ópera de Wagner *Tristán é Isolda*, en el presente únicamente diremos algo de las decoraciones del Sr. Soler y Rovirosa que verán nuestros lectores reproducidas en la lámina de la siguiente página, en la cual se reproducen también los retratos de los artistas que interpretan la obra. La del primer acto, que representa la cubierta de un barco, es de un efecto acabado, resultando riquísima por sus detalles y admirablemente dispuesta en la agrupación de las telas y en las líneas del casco de la soberbia nave. La del segundo, castillo y bosque de Cornuailles, presenta sus diferentes elementos maravillosamente armonizados; los árboles parecen agitarse á impulso del aire y el efecto de luna sobre la rica variedad de tonalidades es prodigioso. En la del tercero produce asombro la grandiosidad de la escena y la verdad con que están trazados el corpulento árbol de la izquierda, las ruinas de un castillo y el mar que en el fondo se distingue. Soler y Rovirosa ha hecho un estudio profundo para conseguir que los personajes de la ópera se movieran en el medio que para ellos concibió el músico-poeta de Bayreuth y para prestar á la fábula toda la ilusión de la realidad, y su triunfo ha sido completo, de los mayores por él conseguidos, con ser tantos y tan grandes los alcanzados en su larga y gloriosísima carrera. Con los aplausos entusiastas que el público le ha prodigado, reciba el ilustre escenógrafo los más sinceros y calurosos de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA que una vez más se honra reproduciendo sus hermosísimas creaciones.

MISCELÁNEA

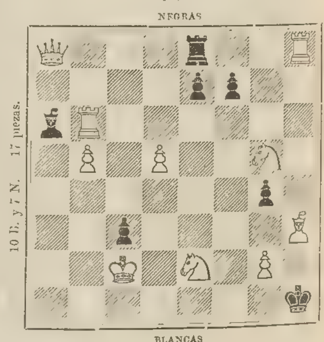
Teatros.—*Madrid.*—Se han estrenado con buen éxito: en la Princesa *Colinette*, comedia de Lenotre y Martín, del género de *Madame Sans-Gene*, muy bien arreglada á la escena española por el marqués de Altavilla; y en Eslava *El último chulo*, zarzuela en un acto de los Sres Arniches y Lucio con bonita música de Valverde (hijo) y Torregrossa. En el Real han debutado con gran aplauso la eminente tiple Sra. Darclée y el tenor español Florencio Constantino, de quien dice la prensa madrileña que por su voz y por su estilo de canto recuerda á Massini, lo cual es su mejor elogio.

Barcelona.—Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *La vida bohemia*, comedia en cinco actos traducida del francés por los Sres. Jordá y Utrillo, *L' alosa*, drama catalán en tres actos de Ignacio Iglesias, y *Las ensaimadas*, divertida pieza en un acto de D. Teodoro Baró; y en el Eldorado *El baile de Bellas Artes*, graciosa comedia en un acto de D. Pedro Sabau. En el Liceo se ha reproducido la bonita ópera de Puccini *La Boheme*, en cuya ejecución han conseguido grandes aplausos las señoras Storchio y Martelli y los señores Bonci, Moro, Navarrini, Puigener y Polonini De la dirección de *Tristán é Isolda* se ha encargado el reputado maestro francés Georges Marty, que nada ha dejado que desear en la interpretación de la hermosa partitura de Wagner.

Necrología.—Ha fallecido: Tammar Luxoro, célebre pintor italiano, uno de los que hace treinta años se pusieron al frente del movimiento revolucionario artístico italiano, inspector artístico de la escuela industrial Duquesa de Galliera, inspector de monumentos y excavaciones

AJEDREZ
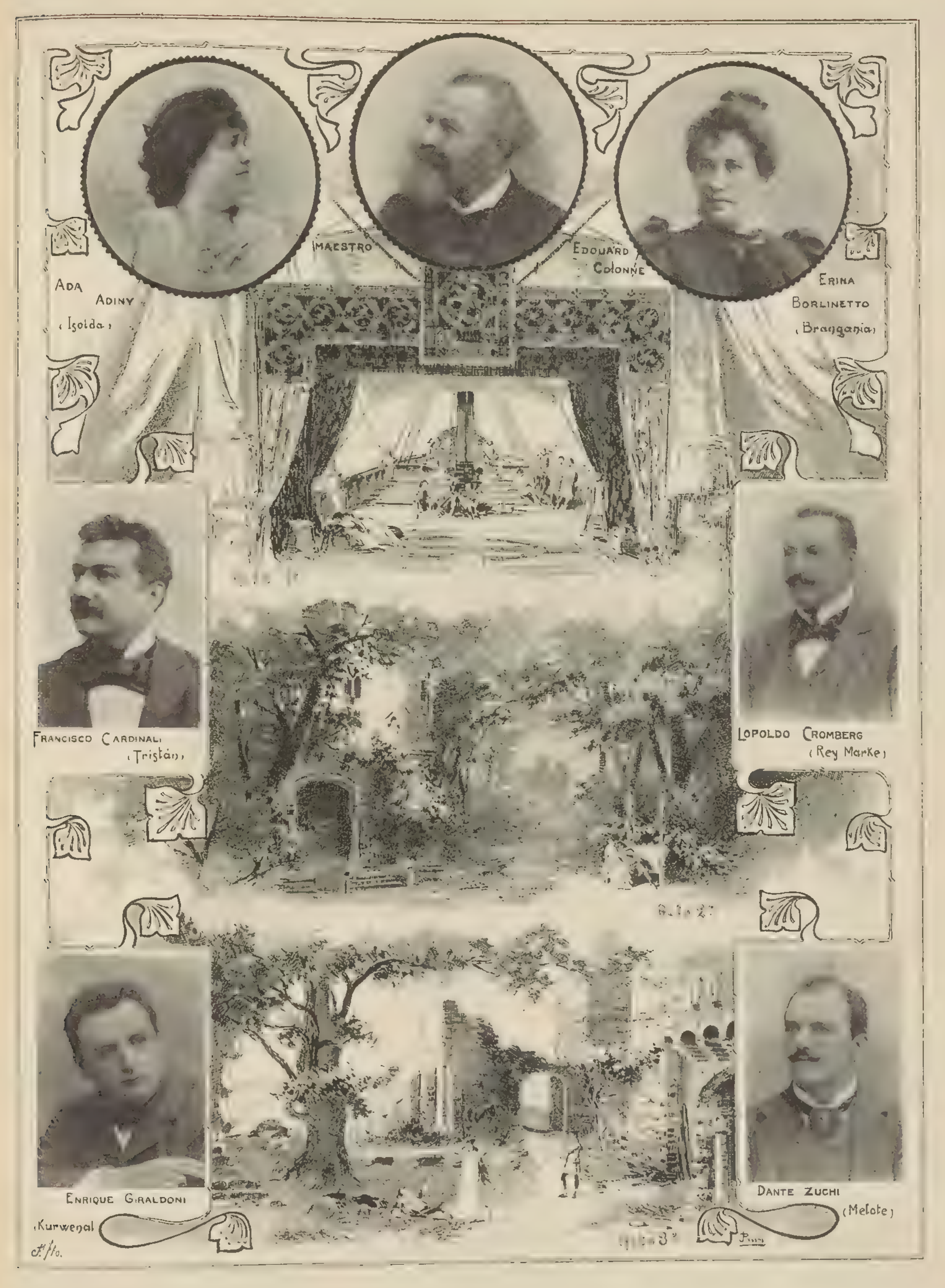
PROBLEMA NÚMERO 176, POR VALENTÍN MARÍN



Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 175, POR P. RIERA

Blancas.	Negras.
1. A 3 C R	1. Cualquiera.
2. T, D ó C mate	



BARCELONA. – Estreno de «Tristán é Isolda» en el Liceo. Intérpretes de la obra. Decoraciones de F. Soler y Rovirosa

(Composición y dibujo de Passos. Fotografías de Esplugas y Martí)

POR VENGANZA

NOVELA POR CORDELIA. – ILUSTRACIONES DE FERRAGUTI

(CONTINUACIÓN)

Fanny le dió un beso y se lo prometió y en seguida fué á llamar á su hermano.

Renata se sentía morir á la idea de verlo, y sin embargo no podía salir de aquella casa sin tener una explicación con él; en aquel momento predominaba en su ánimo una de esas contradicciones que á veces perturban hasta á las personas más razonables; temía y deseaba verlo, sentía una necesidad imperiosa de hablarle y no sabía lo que debería decirle; entretanto seguía contemplando los arabescos de la alfombra turca que tenía á los pies y sentía en su imaginación una confusión de ideas aún más enmarañadas que las líneas de aquellos arabescos.

Cuando entró Eduardo levantó la cabeza, y como le sucedía siempre que se hallaba en presencia del joven, una sonrisa iluminó su faz.

El joven también le alargó la mano sonriendo y diciéndole:

– Ha consentido usted en verme; luego puedo esperar.

Renata meneó la cabeza suspirando con un gesto y una expresión que no daba lugar á esperanza.

– ¡Cómo!, exclamó Eduardo. ¿No le ha revelado á usted Fanny mi amor? ¿No le ha dicho á usted que desde el momento en que la vi?.. Supongo que no se lo habrá dicho todo. Pero ¿usted no lo ha notado?

– Sí; lo he notado y estaba muy contenta por haber inspirado á usted ese sentimiento.

– ¿Y qué?, preguntó Eduardo acercándose y tomándole una mano.

– Esperaba seguir siempre así, añadió Renata, y que pudiéramos ser buenos amigos; ¿no era hermosa la vida que llevábamos?

– Sí, pero no hasta el punto de que pudiera satisfacerme mucho tiempo, precisamente porque me siento atraído hacia usted por una fuerza sobrehumana, porque quiero que sea usted mía y pasar con usted toda la vida; sí, se lo ruego, acceda usted, juro hacerla feliz, adorarla de rodillas, ser su esclavo, pero diga usted que sí.

Y continuaba diciéndole en voz baja palabras que penetraban como una música en el corazón de la doncella, y ella escuchaba fascinada el sonido de aquella voz, se sentía transportada á regiones ideales y casi perdía la conciencia de la realidad, de su situación; pero de pronto lo recordó todo, tuvo miedo de hacerse traición y contestó:

– Es imposible.

– ¿Es quizás su padre de usted el que no quiere? ¿Hay algún otro obstáculo que se oponga á la felicidad de usted? Con tal que se alíe usted conmigo, lo allanaremos todo.

– No es mi padre; pero no puedo casarme con usted.

– Usted me ama, no lo niegue, porque lo conozco; hubiera sido imposible que hubiera nacido en mí un amor como el que siento si no hubiera sido fomentado, dijo Eduardo con amargura: lo que rechaza usted es mi nombre, sea usted franca y confiéselo.

– No, no es cierto, contestó Renata levantándose; no puedo ser de usted ni seré jamás de nadie.



... y le planteaba el dilema de renunciar á verla ó decidirse á pedir su mano

– Pues consienta usted en ser mía, se lo suplico, dijo el joven acercándose, cogiéndole las manos y casi arrodillándose.

– Es imposible, es imposible, repitió Renata: déjeme usted.

– No puedo, ¡es usted tan bella! La necesito á usted como el aire que respiro; por favor, acceda usted, no me haga morir.

Eduardo tenía clavados los ojos en los de la joven como hipnotizándola, le decía palabras entrecortadas que ella no comprendía, pues las murmuraba en voz tan baja que parecía un soplo, si bien las sentía vibrar en lo más profundo de su ser.

Renata, inmóvil, temblorosa, sin aliento, casi paralizada, parecía no ser dueña de sus ideas, temía que se le escapasen aquellas palabras que quería tener encerradas en su corazón, se sentía dominada por una voluntad más fuerte que la suya, estaba fuera de sí, y casi no tenía conciencia del sitio donde se encontraba. Temió perder el sentido y que la verdad se le escapase de los labios, por lo cual haciendo un esfuerzo sobrehumano desprendió sus manos de las de Eduardo y corrió anhelante á la habitación contigua echándose en los brazos de Fanny.

Apenas estuvo al lado de su amiga, rompió á llorar, exclamando con acento de dolor y desesperación:

– ¡Qué desgraciada soy!

En esto oyeron en el cuarto inmediato un ruido como de porcelanas hechas pedazos.

Renata perdió el color.

– Es Eduardo que desahoga su rabia con lo que encuentra á mano; no es nada, tranquilízate, dijo Fanny.

Renata se levantó recobrando su entereza.

– Adiós, dijo á su amiga; quién sabe cuándo nos volveremos á ver; soy muy desgraciada; pero necesito que me conserves tu amistad, suceda lo que quiera.

– Te lo juro, contestó Fanny movida á compasión por aquel dolor sincero.

– Otra súplica, añadió Renata señalando la sala de la que había salido, procura consolarlo y haz que no piense mal de mí.

Así diciendo salió; bajó las escaleras rápidamente y subió al coche que la aguardaba para llevarla á su casa.

XIV

Cuando Eduardo Sangalli vió desvanecida la esperanza de casarse con la hermosa doncella á quien amaba, sintió tanto dolor y despecho que estuvo á punto de perder la razón. Era la primera vez que se oponía un obstáculo á sus deseos, que no se doblegaba todo ante su voluntad. Conocía que Renata le amaba, pero jamás habría imaginado que su vanidad fuese más grande que su amor, porque para él no cabía duda de que la verdadera causa de la negativa no era falta de amor, de aprecio ó de simpatía, sino su nombre plebeyo, y se rebelaba contra la idea de tener por frívola á Renata y sentía vehementes deseos de vengarse y de hacer bajar la frente á la soberbia joven.

Tenía empeño en demostrarle que no le sería difícil obtener la mano de una joven, ya que no tan bella y rica como ella, por lo menos con un nombre no menos sonoro y una serie de antepasados tan ilustres y famosos como los suyos.

Al verle sus padres triste y desesperado, le aconsejaban que emprendiese un largo viaje para distraerse; pero él sólo tenía una idea: vengarse de la mujer que le había hecho padecer tanto.

Pensaba en el modo de llevar á cabo su intento; pasó lista á todas las jóvenes de algún mérito de la ciudad, y de pronto se presentó á su imaginación la imagen de Elisa de Belfiore y se fijó en este nombre. Ésta y no otra debía escoger, pues si no tenía la belleza majestuosa y el talento de Renata, era quizás más interesante y seductora, con su cutis diáfano, su mirada dulce y cierta languidez en toda su persona. Luego echó de ver la rivalidad que había entre las dos primas y comprendió que dedicándose á Elisa, su venganza sería más completa.

Pensó que el nombre de Belfiore valía tanto como el de Landucci, y las atenciones recibidas de aquella familia le infundían la esperanza de lograr su propósito sin tantos obstáculos.

– Al menos, ya que no me ha querido por marido, me tendrá por primo, dijo para sí, satisfecho de la resolución tomada.

Era, pues, cosa de hacer un poco la corte á la Belfiore y tener ocasión de verla á menudo, con lo cual además se distraería de su disgusto y algo ganaría.

Sabía por experiencia que su arte facilitaba las ocasiones de hallarse con las señoritas que le gustaban y que deseaba ver con frecuencia, por lo cual rogó varias veces á Elisa de Belfiore que le sirviese de modelo para un cuadro, proposición que la joven aceptó con entusiasmo.

Había envidiado tanto á Renata cuando iba á casa de Eduardo á que la retratase, que se alegró mucho de que también le llegase la vez. El cuadro que Sangalli quería pintar debía representar la Oración, y la figura pálida y delgada de Elisa se prestaba maravillosamente al asunto, esto es, una joven vestida de negro y arrodillada delante de un crucifijo.

Aquel rostro blanco, transparente, con un velo negro de blonda sobre los rubios rizos y una actitud de recogimiento en toda la persona, debía destacarse en una estancia tranquila, misteriosa, y resultar uno de esos cuadros que hacen pensar y quedan impresos en la mente con líneas dulces y suaves.

– Ya verá usted qué bien saldrá, dijo Sangalli á Elisa el primer día del trabajo; pero ¿no se cansará usted?

– No hay cuidado: es un entretenimiento para mí y especialmente en una actitud tan cómoda, contestó Elisa.

Así empezaron las visitas diarias de la Belfiore en casa de Sangalli. La marquesa Emilia acompañaba siempre á su hija; pero mientras ésta servía de modelo en el estudio del pintor, aquélla se quedaba en el salón hablando con Fanny y su madre, y Eduardo tenía tiempo sobrado para galantear á Elisa entablando con ella una conversación en la que las frases que pronunciaba hacían presumir las que tenía ocultas en el corazón. Se había propuesto enamorar á aquella joven y lo hacía con toda su buena voluntad; mostrábase siempre amable y complaciente, y con el pincel en la mano y el modelo delante, se le presentaba la ocasión de decir esas palabras que siempre hacen palpitar el corazón de las muchachas. Elisa se encontraba en un momento psicológico en que se habría sentido dispuesta á acoger benévolamente las palabras de amor, aun cuando no las hubiera pronunciado un joven tan cumplido y simpático. Había visto que Julia Rinaldi y otras muchas amiguitas suyas se habían casado; después á Renata, cortejada por él, y ella, siempre á la sombra, temía que nadie le hiciera el amor; en tales momentos de desaliento y de tedio, le parecía revivir escuchando las afectuosas frases del joven que iba anunciándose de día en día y avanzaba más, tanto que á medida que el cuadro adquiría forma y color, sus palabras eran también más ardorosas y expresivas.

No era el sentimiento intenso, poderoso que le había inspirado Renata, ni ese cariño profundo, ese deseo ardiente de pasar toda la vida al lado de la hermosa joven; pero de día en día conocía que iba aumentando la simpatía que desde un principio había sentido por Elisa, y cuando la tenía delante, viéndola tan complaciente dejándose observar, estudiar por él, pronta siempre á obedecerlo con tanta gracia, experimentaba una especie de fascinación y le parecía estar enamorado de veras; mas apenas había salido de su casa, ya no pensaba en ella y acudía de continuo á su mente la imagen de Renata, á pesar de sus esfuerzos por alejarla de ella.

He aquí por qué, aun cuando tenía un deseo vehemente de vengarse de la soberbia joven, no se decidía á tomar una resolución con respecto á Elisa y aplazaba de día en día el proyecto de pedirla por esposa.



... y escuchaba con paciencia la charla de aquellas mujeres

Pero no pensaba del mismo modo la marquesa Emilia, la cual observaba con mirada maternal la novela que se iba desarrollando entre los dos jóvenes y deseaba llegar pronto á una conclusión. Cuando le pareció que las cosas andaban bastante adelantadas, hizo comprender al joven que sus galanteos habían trastornado la cabeza de Elisa, la cual había perdido la tranquilidad, y le planteaba el dilema de renunciar á verla ó decidirse á pedir su mano, dándole á entender que no estaban en América para poder continuar una *flirtation* con una joven por puro entretenimiento.

Para Eduardo era un triunfo: no sólo conseguía enlazarse con una familia noble, sino que tenía la satisfacción de que se le buscara.

Contestó que no deseaba otra cosa, y cuando hubiese tenido la seguridad de que no era indiferente á la joven, habría rogado á su padre que pidiese formalmente su mano.

La marquesa estaba contenta: por fin habría podido su hija poseer esas riquezas con las que había soñado toda su vida; el marido no tenía más voluntad que la suya, y en cuanto á Elisa veía realizado uno de sus sueños más caros, pues habiendo adivinado el amor que su prima tenía á Eduardo, robárselo era para ella un triunfo inesperado. Además, podría gastar y triunfar, vestir con lujo, divertirse y le parecía revivir á la idea de prescindir ya de todas las mezquinas economías á que estaba obligada en su casa. Había sufrido demasiado con su aristocrática pobreza para no apreciar las riquezas. Ni siquiera exigía que el amor de Eduardo fuese verdaderamente sincero; le bastaba encontrar un esposo suficientemente rico para satisfacer los deseos que había debido tener sepultados en su corazón hasta entonces, poder brillar y ser algo en la sociedad, y ya en su imaginación forjaba los más bellos planes para el porvenir.

En cambio en casa de Sangalli no estaban muy entusiasmados con aquel matrimonio. Fanny no lo veía con buenos ojos porque se mantenía fiel á Renata; los padres se resignaron porque desde que se le había ocurrido aquella idea Eduardo estaba contento y tranquilo. El Sr. Sangalli decía que Elisa era una muñequita; pero con tal que renaciese la calma en el ánimo de su hijo, lo demás le era indiferente.

Aquellos padres no vivían más que para sus hijos: verlos contentos era el objeto de sus afanes y pensaban suspirando en el día en que también Fanny sintiese la necesidad de otros afectos y llegaran á quedarse solos.

La hija decía que era imposible, que como doncella americana no tenía necesidad de casarse; pero ellos meneando la cabeza le contestaban:

– Tu misión es formarte una familia; bastará que reserves un rinconcito para nosotros en tu corazón y en tu casa.

XV

Villa Gracia estaba situada en un otero que dominaba las dilatadas posesiones del conde Landucci.

Era una quinta de construcción moderna, espaciosa, con grandes ventanas que daban paso á la luz con profusión, alegrando las habitaciones amuebladas con gusto exquisito y con todas las comodidades exigidas por el progreso de los tiempos.

Renata sentía que se le ensanchaba el corazón cuando iba á aquella quinta que había pertenecido á su madre y donde encontraba ese modernismo, esa alegría que buscaba en vano en su grandioso palacio triste y monótono.

Cada vez que iba á Villa Gracia le parecía revivir en su vida anterior; recordaba las alegres correrías y los juegos infantiles, luego los paseos por las calles de árboles con su mamá, cuando llevaba una vida negligente cogiendo hojas y flores, hojeando libros agradables y de vez en cuando echando pan á los peces dorados que había en el estanque del jardín ó á los pajarillos que revoloteaban en la gran pajarera en medio del bosquecillo de laureles. El conde se encontraba allí bien porque estaba persuadido de que aquella vida tranquila, regular y al aire libre convenía á su salud, y además le obsequiaban todos los campesinos que le tributaban sus homenajes, y cuando desde la ventana veía la larga extensión de los campos que se confundían en el lejano horizonte, y pensaba que era dueño de todos ellos, que las casitas que blanqueaban entre la verdura albergaban cierto número de familias que dependían de él, que

eran suyos los ganados que pastaban en los prados, se sentía tan orgulloso y contento que casi se creía rejuvenecer.

– También tú tienes mal color y á los dos nos vendrá bien el aire del campo, dijo el conde Landucci á su hija mientras el coche los llevaba á Villa Gracia.

– ¿Y por qué no vivimos siempre en el campo?, preguntó Renata. ¡Es tan hermoso y se está tan bien!

– Te gusta ahora porque estamos en la buena estación; pero en el invierno es muy triste, y creo que se resentiría mi salud, contestó el conde.

– Tienes razón, papá; después de vivir mucho tiempo en la ciudad nos gusta más el campo, parece que renacemos; pero cuando se vive siempre aquí, no se aprecian ya tanto estos hermosos prados y este aire libre y vivificante.

Renata esperaba haber dejado sus melancolías en la ciudad, pero aún se sentía dominada por una tristeza que no podía explicarse, quería sonreir á aquellos campos inundados de sol y de flores que se abrían á los rayos primaverales, mas tenía los ojos llenos de lágrimas y le parecía que le pesaba el corazón como si hubiese sido de piedra.

Sonrió tristemente á los colonos que acudieron á saludarla á su llegada, visitó el jardín, las flores, su cuarto con indiferencia y se convenció de que el cambio de lugares y personas no era bastante para apartar de su imaginación al joven Sangalli y los sucesos de los últimos días.

Había deseado alejarse para no tener ya ocasión de verlo ni siquiera de paso ó por casualidad, y ahora la oprimía la idea de estar lejos de él.

Era un sentimiento más fuerte de lo que había creído; lo que sentía por Eduardo lo sentía también en aquel momento, y experimentaba en el corazón como una impresión, un presentimiento, pareciéndole imposible que todo hubiese acabado entre ellos.

Quería á toda costa olvidarse á sí misma y vivir la vida de los demás; por esto empezó desde el primer día á acompañar á su padre á caballo ó en coche y hacer largas excursiones por las cercanías; luego iba por las casas de los campesinos interesándose en sus alegrías y en sus penas y escuchaba con paciencia la charla de aquellas mujeres que le contaban los menores incidentes de su vida cotidiana y monótona. Daba oídos á la descripción de la enfermedad de un caballo ó del nacimiento de un ternero, ó bien escuchaba con interés noticias de la filoxera que asediaba las viñas, de la zorra que había devastado el gallinero, y llevaba socorros á los enfermos y consuelo á los afligidos.

Aquellos campesinos la miraban como la Providencia y decían siempre:

– ¡Qué hermosa es! ¡Parece la Madonna!

Y los niños corrían á su encuentro y le besaban la mano.

Pero cuando había dado fin á su excursión y se retiraba á su cuarto, necesitaba pensar en Eduardo, y allí, sentada á la ventana, con los ojos fijos en el surtidor de la fuente del jardín que caía con un rumor monótono, evocaba las horas deliciosas pasadas en casa de Sangalli.

Pensaba en el tiempo en que iba á servir de modelo para el cuadro, en las palabras que le había dicho el joven, en tantas cosas insignificantes grabadas en su imaginación de un modo imborrable; recordaba las cosas más pequeñas, el modo delicado con que el joven le acomodaba en la frente un mechoncito de cabellos caprichosos ó los pliegues del vestido y la fatiga para poner bien en su sitio la mano derecha; las muchas veces que había sentido en aquella mano la sensación de una caricia que había hecho pasar á modo de una corriente eléctrica por toda su persona, y las agradables conversaciones en las que



Fanny y Renata en el bosquecillo de Villa Gracia

también tomaba parte Fanny, y las noticias sobre la vida americana y sobre tantos asuntos que en aquel sitio y con aquellas personas adquirían inmenso interés.

En todo esto pensaba y volvía á pensar mirando el cielo azul y los campos infinitos, las flores del jardín, el surtidor de la fuente, sin ver nada más que allá en su interior reproducida exacta, fotográficamente la cámara elegante y artística de un rico señor, mientras éste pintaba en un lienzo dos jóvenes que abrazadas servían de modelo. Evocaba y volvía á evocar de continuo aquella escena, y así pasaba horas deliciosas, como en un hermoso sueño, tanto que la vieja Magdalena tenía que llamarla repetidas veces á las horas de comer, cuando no se veía obligada á sacudirla como si se hubiese dormido. Durante la comida respondía distraídamente á su padre, pero poco á poco tornaba á la realidad de la vida cuando llegaban el cura y el médico á jugar la partida con el conde ó simplemente á tener un rato de conversación: el conde, preocupado con su salud, se congratulaba de tener en el doctor un oyente atento y un consejero eficaz; siempre quería tenerlo á su lado, persuadido de que mientras estuviera presente no debía temer nada, y luego decía que solamente en el campo puede uno tener médico á su disposición, y él para disponer de uno bueno se había propuesto compensarlo en gran parte á sus propias expensas.

Renata se dedicaba toda la noche á atender á su padre y á sus huéspedes; pero estaba impaciente por volver á su habitación silenciosa y solitaria para evocar recuerdos alegres y vivir en el tiempo pasado.

En una de sus visitas á casa de Sangalli se había llevado una fotografía de Eduardo y Fanny; aquella fotografía parecidísima la llevó á Villa Gracia y estaba incierta sobre el sitio donde debía colocarla. Primero la puso en el salón, pero no le gustaba que estuviese expuesta á la vista de todos, entre los retratos de personas indiferentes; luego la colocó en su cuarto, junto al de su madre, pero tampoco le satisfacía aquel sitio porque le parecía una distracción que podría menguar el recuerdo de aquélla. Por último decidió guardarla en un cajón de su escritorio, pero siempre que se sentaba allí junto á la ventana, su primer cuidado era abrir el cajón y contemplar la fotografía que le recordaba uno de sus días más felices.

Cuando veía su vestido azul, aquel que tanto gustaba á Eduardo, le daba un salto el corazón, sentía á modo de una sofocación y volvía á pensar en todos los agradables momentos que había pasado con aquel vestido, lo miraba con una especie de superstición, le parecía que poniéndoselo debía sucederle algún acontecimiento afortunado; si se lo ponía creía profanarlo, quería conservarlo como un recuerdo ó una reliquia y pensaba que cuando fuese vieja y hubiese renunciado al mundo, como en aquel momento había renunciado al amor, quizás recordándole aquellos momentos felices, experimentaría una especie de consuelo.

Así transcurrían los días siempre iguales, durante los cuales encontraba en su vida una semejanza con las plantas que crecían en el jardín, que vivían sin objeto alguno y únicamente porque la tierra daba sus jugos á las raíces y el sol la luz y el calor.

Se había hecho una ley de no vivir sino para su padre, prescindiendo de sí misma: sólo una cosa deseaba, tener noticias de Fanny. Creía haber renunciado á Eduardo, pero no quería renunciar á la amiga, á la cual había enviado en el momento de su partida un billete dispidiéndose de ella y dándole su nueva dirección.

En aquella renuncia de su amor, en aquel abandono de todas las cosas más queridas, experimentaba una imperiosa necesidad de continuar aún unida por aquel tenue hilo á la familia Sangalli y confiaba en que su amiga no la habría olvidado.

Todos los días recibía una porción de cartas que abría distraídamente y leía sin entusiasmo. En efecto, no podían interesarle mucho las largas cartas de Julia Rinaldi que le hablaba de su felicidad de poder casarse muy pronto con el capitán Guidi y luego del ajuar de novia, de los proyectos para el viaje de boda, del mal humor de sus hermanas y de otras muchas cosas que maldito lo que le importaban.

Tampoco sentía deseos de descifrar ciertas cartas misteriosas de su prima Elisa, en las cuales le hablaba de un próximo acontecimiento que sin duda la

sorprendería, y ni siquiera la conmovían las de su primo Conrado que, siempre galante, le decía que se moría de tedio desde que ella se había marchado, y le prometía visitarla en breve para reanimarse al rayo de sus ojos.

—¡Qué tonto!, exclamaba cuando recibía semejantes cartas que echaba casi siempre al cesto después de leerlas rápidamente.

Un día encontró en su mesa una carta con el sobrescrito de hermosa letra inglesa que la sobresaltó, pues conoció que era de mano de Fanny, y después de esperarla y desearla tanto, ahora que la tenía ante sus ojos, no se atrevía á abrirla.

Aquella no era una carta indiferente; procediendo de su amiga, todo adquiría interés á sus ojos y demostraba la ansiedad de la expectativa, aunque sabía que de ella dependía hacerla cesar, y en tanto saboreaba con anticipación el placer de leer sus palabras siquiera temiese que le produjeran alguna emoción desagradable.

XVI

Por fin se decidió á abrirla y leyó lo siguiente:

«Amiga mía: No creas que te he olvidado; al contrario, nunca he pensado en ti tanto como en este tiempo en que te echo mucho de menos.

»Para demostrarte que digo la verdad, esta carta precederá en muy pocos días á mi visita, porque estoy impaciente por verte.

»Afortunadamente, aunque italianos de corazón, hemos vivido demasiado tiempo en la libre América para no haber adoptado aquellas costumbres mucho más cómodas y racionales; en mi casa todos tenemos completa independencia para ir, venir y escoger nuestros conocidos y amigos; así es que podré ir yo sola á pasar contigo gran parte del día sin tener que dar cuenta á nadie.

»Además, mis padres no te guardan rencor; únicamente están resentidos por la tristeza que se apoderó de Eduardo por tu causa, pero creo que esto pasará pronto.

»Yo sola, conociendo tu corazón, te he hecho justicia.

»He comprendido que una fatalidad que ignoro, un misterio que no has querido ó podido confiarme, te ha impedido á pesar tuyo satisfacer los deseos de mi hermano, haciéndote quizás padecer á ti también, y me parece ver tus hermosos ojos preguntarme por él, porque, confiésaselo á tu amiga, en el fondo de tu corazón sentías por él un poco de cariño, ¿no es cierto?

»¿Te causaré un disgusto diciéndote que procura consolarse?

»Ha estado demasiado mimado: acostumbrado siempre á que todo ceda ante su voluntad, no tolera oposición ni se resigna á sufrir: por eso quiere buscar nuevas distracciones, nuevos pensamientos que le hagan olvidar sus dolores.

»Tu negativa le ha hecho padecer mucho. ¡Cuánto te amaba! Ha pasado muchos días con un humor insoportable, alarmando á nuestros padres; pero luego adoptó una resolución y se puso á pintar con afán y á rogar á otras señoritas, que no te nombro, que sirviesen de modelo para sus cuadros.

»Es el verdadero sistema cuando quiere tener alguna intimidad con alguna señorita que le es simpática.

»Yo he leído en su pensamiento y deduzco que lo que quiere es vengarse de ti, casándose con otra.

»Pero ¿será feliz? El amor que procura disipar, ¿no se despertará más vehemente cuando esté enlazado con otra?

»¿Por qué no tiene paciencia para esperar? ¡Si supieses cuánto temo por él, por su felicidad!

»¡Cuánto lamento que no hayas podido aceptar y ser mi hermana de hecho, como lo eres ya de elección!

»¿Es tan irrevocable tu decisión? Si te hubieses arrepentido, aún estaríamos á tiempo de arreglarlo todo.

»Si pudieses darme esta esperanza, ¡qué contenta me pondría! De todos modos, confía en la amistad de la que nunca te hará traición,

»FANNY.»

(Continuará)

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

LA AMETRALLADORA AUTOMÁTICA

HOTCHKISS

Esta ametralladora, inventada hace tres años por un oficial austriaco llamado Odkolch, ha sido sucesivamente modificada hasta llegar al estado actual, que parece ser el de la perfección. El objeto de toda ametralladora es reforzar el fuego de la infantería; es, en suma, un fusil de tiro extra-rápido: la ametralladora Hotchkiss realiza esta condición, puesto que permite hacer hasta 600 disparos por minuto. En esta arma el funcionamiento de cada disparo se produce por la acción ejercida sobre el mecanismo por una parte del gas de la pólvora del disparo anterior, para lo cual hay en el cañón, no lejos de la boca, un orificio por el que se escapa una parte de los gases de la carga antes de que salga la bala. Estos gases ejercen entonces su acción sobre la cabeza de un pistón paralelo al alma del cañón y lo empujan hacia atrás oprimiendo un largo muelle antagónico.

Este pistón, empujado hacia atrás, recobra luego su posición primitiva cuando cesa la presión del gas: este movimiento alternativo es el que se utiliza para producir el automatismo.



La ametralladora automática Hotchkiss

La ametralladora tiene una culata que se aplica al hombro para apuntar; para dispararla se necesitan dos hombres, uno que apunte y otro que introduzca sucesivamente las planchas de cartuchos en el mecanismo. La velocidad del tiro continuo puede regularse haciendo variar por medio de un tornillo llamado regulador la capacidad del espacio en que se desarrollan los gases antes de obrar sobre la cabeza del pistón: cuanto menor es este espacio, con tanta mayor fuerza obran los gases y viceversa. Un aparato llamado radiador disminuye por radiación la temperatura del cañón que un tiro precipitado elevaría excesivamente.

La ametralladora es de construcción muy sencilla y sólo se compone de treinta piezas: puede desmontarse en ocho ó diez segundos y montarse en doce, y su manejo ofrece las mayores garantías, puesto que la presión de prueba del cañón y de su mecanismo es de 5.000 atmósferas, cuando rara vez pasa en la práctica de 3.000.

Puede utilizarse lo mismo en la guerra de montaña que en los fuertes y en los buques. – L.



Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XVIII — Barcelona 27 de noviembre de 1899 — Núm. 935



LA HIJA DEL FARAÓN, cuadro de F. de Lenbach

SUMARIO



MME. REJANE

En el próximo número publicaremos una semblanza de esta eminente actriz, que con éxito tan brillante está dando actualmente una serie de representaciones en el teatro Principal de Barcelona. Al publicar hoy su retrato, nos limitamos á enviar nuestro entusiasta aplauso á la que con razón se considera como una de las más legítimas glorias de la escena francesa.

LA VIDA CONTEMPORANEA

ENTRADA DE INVIERNO

Esta estación es atractiva, y comprendo perfectamente á los ingleses que han impuesto á Europa la moda de quedarse hasta muy tarde en el campo, aprovechando las últimas sonrisas de la naturaleza, que se prepara á arroparse en los armiños de enero.

En la época que ahora estamos atravesando, en el país del Noroeste, el paisaje es más hermoso quizá que en tiempo alguno. Despójanse de hoja los castaños y los olmos, y dibujan sobre el cielo la fina crestería rojiza de su complicado ramaje. Los prados tienen un verde de felpa delicadísimo, y los montes un violeta suave, en que los rayos oblicuos del sol proyectan líneas de oro. Los frutos del otoño se recogen y acaban de madurar en casa, al abrigo de la escarcha y de la lluvia. La castaña, con su ropón de brillante paño, la camuesa fragantísima, el pero sabroso, la manzana rusa de helado corazón, la pera de invierno con su granujienta pulpa, el níspero más dulce cuanto más podrido (como algunas gentes de sociedad), el amarillo acerolo, lisonjean el gusto y adornan la mesa. No hace frío; el aire es apacible y elástico. Las flores tardías tienen el encanto peculiar de todas las cosas postreras, de las que ya no volverán á suceder, de las que no tienen porvenir porque son constantes y sin sustitución posible. Diríase que una languidez penetrante emana de esas rosas cuyos pétalos caen flojos, de esas primeras violetas que embalsaman sin descubrir sus cálices color de melancolía, de esos grandes crisantelmos del Japón, desmelenados, derribados sobre la tierra, de esos rododendros y azaleas blancas que, engañadas por el sol de noviembre, florecen fuera de tiempo, con gracia pudorosa de niña precoz. Y hasta tiene poesía la negra bandada de cuervos salpicando de manchas de tinta el cielo azul, y exhalando un graznido que no es ronco ni desapacible, porque la distancia le presta sonido como de arrullo.

***

En las ciudades esta época también tiene una frescura especial. Se combina y arregla la vida para el invierno; se desechan los cuidados antiguos, se rehace, por decirlo así, la existencia de cada uno. El gusto de pisar otra vez las calles cuyo pavimento nos parecía ya duro á fuerza de andar por él; la excitación de la ciudad después de una larga temporada soñolienta y vegetativa, de campo; el ruido de oleaje de la multitud; todo alboroza, en los primeros instantes del cambio de residencia.

Madrid tarda, sin embargo, en eslabonar la cadena de sus fiestas y saraos. En esta época no se baila, no se encienden las arañas de los salones. Es verdad que ya salones y arañas no suelen brillar para fiestas de verdadero lucimiento; y las actuales mundanas siempre experimentan la nostalgia de aquellos días de la Montijo... Los cronistas de la vida elegante no cesan de recordar á la madre de la emperatriz, á María Buschental, á la condesa de Campo Alange. No conocí á la primera, y es un recuerdo vago á fuerza de ser lejano haber visto á la segunda, en el *foyer* del teatro Real, envuelta en un albornoz de rayas charras, de mal gusto, y disimulando á fuerza de afeites el estrago de los años. A la tercera la conocí tanto, que fué una de mis mejores amigas. No sabré encarecer bastante la gracia de su ingeniosa conversación, la espontaneidad de sus arranques, la lealtad de sus amistosos afectos, el estilo de gran señora que en todo y para todo sabía tener. Su colección magnífica de abanicos y tabaqueras, que se complacía en enseñar y comentar, me dió asunto para interminables excursiones históricas. Aquella noble dama no había recibido otra instrucción sino la que en su tiempo solía darse á las señoritas, por alta posición que ocupasen; pero el natural despejo, los viajes, el encontrarse dentro del foco mismo de la historia, que es la aristocracia de sangre, la habían enseñado mucho, sin esfuerzo, sin pedantería, y por eso su conversación, mosaico de recuerdos, era un tesoro, y sus cartas un primor, digno del siglo XVIII, al cual, por el espíritu y el carácter, pertenecía la condesa. Un día, la contemplación de un busto de bronce, romano por más señas, nos sugirió qué sé yo cuántas ideas y reminiscencias, las cuales, si pasasen al papel, serían tal vez curiosas. Por desgracia la condesa era ya anciana cuando la conocí. ¡Si hubiese vivido nada más que otros veinte años! – Al llegar las personas á recoger caudal de experiencia, rico tesoro de recuerdos, es cuando la muerte se las lleva, como si envidiase el contento que nos dan...

***

Dejada atrás esta memoria, diré que el invierno próximo se anuncia, más que bullicioso, tranquilo. El *train-train* de todos los días continuará invariable. Pequeños sucesos en reducido escenario. No ha sido muy trascendental la visita de los dos príncipes alemanes, si ya no es que el mozo llega con el tiempo á sentarse en el trono de España á título de rey consorte; y todo ello requiere acontecimientos, muertes, bodas, eventos cuyo misterio se reserva el destino. El mayor de los príncipes, según he oído decir á alemanes, desempeña un papel eminentemente decorativo en la corte. Su desmedida estatura le hace muy ornamental, y siempre que hay un entierro, un bautizo regio, una coronación, alguna de esas ceremonias á que los tronos envían representantes, allá va el príncipe, á lucir la presencia.

Si dudásemos del carácter, más histórico que otra cosa, de la institución de la monarquía, nos convencería esta observación, de cómo va unido á las condiciones personales el prestigio del monarca y de los que le representan. Un emperador romano, conocido por Maximiliano Hercúleo, fué elevado al solio en consideración á su gigantesca estatura. Un enano, un jorobado, no pueden reinar.

***

Uno de los síntomas de la postración actual – mayor de lo que á primera vista puede suponerse – es la carencia de polémicas literarias y artísticas. No se discute de arte, porque á nadie le importa ni preocupa eso. La misma sátira, que por lisonjear instintos naturales de malevolencia y frivolidad tenía lectores, va perdiéndolos. La indiferencia se sobrepone á la malignidad. Por eso no ha sorprendido ver que los periódicos agitaban la cuestión de cómo debe hacer se el *Don Juan Tenorio,* de Zorrilla; si empleando la canturia propia de los tiempos melenudos, ó con la naturalidad y realismo del teatro de hoy.

El problema es un problema de entrada de invierno, porque el *Don Juan* abre la temporada del frío, con su poesía de cementerio y sus arrestos bizarros de galanteador envuelto en la capa. Las razones en pro y en contra del tono enfático en el *Don Juan* no me han convencido mucho. Yo no creo que hay un molde sacramental para caracterizar un personaje. Cada actor puede sentirlo é interpretarlo á su manera, y en aquel momento producirnos sensación que nos conmueva y nos haga percibir la poesía especial del tipo. Novelli, por ejemplo, crea un Luis XI diferente del que Valero creaba; Mounet Sully ya lo comprende de otro modo; cada artista tiene su escuela, y puede lograr por medio de ella efectos grandes é inesperados. Sarah Bernhardt aclimata un *Hamleto* distinto del de Irving, y no es malo, no, el *Hamleto* de Sarah; dado que ni *Hamleto* existió, ni aunque existiese sería fácil averiguar cómo hablaba y cómo vestía y cómo se las había con su madrastra y su Ofelia y sus amigos y enemigos.

Si se me preguntase mi predilección, siempre votaría á favor de la naturalidad, de la dicción dramática sí, pero no *cantabile,* no con crescendos musicales y arpegios de voz y aires de bravura. Ahí están, por ejemplo, en el *Tenorio,* las nunca bien ponderadas y archiconocidas décimas del sofá. ¿Comprende nadie, ni cabe en cabeza humana, que en una noche de luna, entrando por la ventana la fragancia de los azahares, reunidos don Juan y doña Inés se pongan á gritar? ¿No es más lógico que aquello que van á decirse se lo digan á media voz, como un susurro dulcísimo? La eficacia de las frases de don Juan ¿no ganará mucho con el misterio y la reprimida vehemencia? ¿Se concibe un seductor á berridos?

***

Sarah Bernhardt, estos días, ha recreado al público madrileño, con su arte y también con sus perifollos. Es asombrosa la gran actriz, no sólo por lo que hace, sino por lo que se conserva, con una juventud eterna, como la primavera de la isla de Calipso. ¡Trabajar tanto y vivir tanto! Y no es que la distancia á que solemos ver á las actrices favorezca á Sarah y disimule en su persona la obra de los años. Hace pocos meses tuve el gusto de encontrarme al lado de Sarah, en su *camerino,* en París. Era el intervalo del acto tercero al cuarto, si no me equivoco, de la *Dama de las camelias.* Vestíase la actriz para el baile, y en sus crespos cabellos rubios lucía ya dos grupos de camelias rosa. Se daba blanquete á la garganta, colorete á los labios, sin interrumpir la conversación. El traje era de rosa blanco, de un blanco nacarado, y los grandes pliegues de la tela envolvían el cuerpo con majestuosas inflexiones. Pidió sus sortijas, y le trajeron una bandeja llena, de la cual eligió diez ó doce, porque en sus largos dedos delgados la sortija cae bien. Y al gritar el avisador: «¡Madame Sarah!,» era una impresión extraordinaria la rapidez con que se irguió, eléctricamente, respondiendo con toda su alma al llamamiento del público. Su alta estatura parecía mayor aún en el *camerino* bajo de techo y lleno de ramos de flores, de orquídeas raras y plantas de salón. Recogió su cola, dejando ver que bajo la luenga y magnífica falda iba desnuda, es decir, que no llevaba otra ropa (sin duda para conseguir el efecto estatuario de la actitud en escena) y enseñando el pie largo, bien calzado, y la media de seda bordada hasta más arriba del tobillo; sonrió, saludó y se fué. Era inverosímil que tuviese la edad que le atribuyen los diarios; era una mujer joven, nerviosa, fuerte á la vez, de formas extrañas, entre mórbidas y seráficas, de lineamentos realmente tentadores para el lápiz y el pincel. ¡Y cómo hizo después la escena del desmayo!

EMILIA PARDO BAZÁN



Toma, añadió quitándose el collar

EL COLLAR DE PERLAS

I

- Dime, pescador, ¿por ventura es Tebas aquella población que se distingue en el horizonte?

Así preguntaba un apuesto mancebo á un anciano que en una hermosa mañana del mes de Paofi (octubre) recogía del Nilo una pequeña red, á través de la cual se veían coletear prisioneros varios siluros de plateadas escamas.

El viejo miró á su interlocutor, que permanecía de pie, encorvando contra el suelo un grueso junco que tenía en la mano, y dijo en tono sentencioso:

– Sí, Tebas; ¡la ciudad del vicio!

El joven alzó los hombros.

– ¿Eres esclavo de algún poderoso?, preguntó el pescador á su vez reparando en el desgarrado calisiris y las viejísimas sandalias del viajero.

– Soy libre, contestó éste con arrogancia; no tengo señor, pero voy en busca de uno que pague bien mis servicios.

– Malos andan los tiempos, refunfuñó el viejo, y presumo que hubieras hecho mejor quedándote en el pueblo donde has nacido.

– Tú ignoras mis propósitos, que sólo puedo realizar en la corte de los Faraones.

– ¡Insensato! Es muy posible que hayas dejado sin saberlo la riqueza en tu país para venir á perecer de hambre bajo los pórticos regios.

Dichas estas palabras, tomó una cestilla de mimbres donde había metido su pesca y se encaminó hacia unas chozas vecinas.

Por su parte el joven, cuya petulante sonrisa se había modificado con las sensatas palabras del pensador, continuó su camino hasta la entonces residencia del poderoso Amenofis I.

Antes, sin embargo, de llegar á la ciudad de las cien puertas, nuestro viajero se sintió cansado, y se detuvo ante un muro de ladrillo, á cuyo pie se disfrutaba de agradable sombra producida por los grandes árboles que crecían en el interior. Cerca de ellos advirtió una puertecilla, en cuyo hueco podía fácilmente descansar, y encaminó sus pasos hacia ella.

Dejóse caer sobre la húmeda hierba; mas al apoyar su espalda contra la hoja de madera, cedió ésta dejando ver el interior risueño y apacible de un hermoso parque.

El viajero podía percibir desde el sitio donde se hallaba sentado las verdes alamedas de sicomoros y cinamomos, los dilatados cuadros de flores y las paredes multicolores de los kioscos encerrados en aquel recinto.

Un silencio profundo reinaba en el jardín, interrumpido tan sólo por el canto de las aves y el murmullo de los surtidores al caer en las tazas de piedra.

Impulsado por la curiosidad nuestro personaje, levantándose, avanzó con temor sobre la fina arena que cubría el suelo, dispuesto á retroceder en cuanto notase la presencia de algún ser humano. Nadie, sin embargo, se presentó á su vista. Poco á poco llegó hasta la orilla de un dilatado estanque, donde millares de dorados peces se revolvían entre las plantas acuáticas.

El mancebo, temeroso siempre, se retiraba ya, cuando el leve rumor que produce la anhelosa respiración de alguien dormido, le hizo volver la cabeza. A su derecha, y dentro de un cenador cubierto de pámpanos y madreselva, un hombre reposaba tendido sobre una magnífica piel de tigre. Gruesos brazaletes de oro adornaban sus muñecas, y un soberbio collar brillaba sobre su robusto pecho.

El joven se acercó con precaución, observando la majestuosa fisonomía del desconocido. Al mismo tiempo, un objeto se agitó entre la húmeda hierba que tapizaba el suelo, y una pequeña víbora perteneciente al género que los egipcios llamaban *scytala*, irguió su achatada cabeza á poca distancia del dormido personaje.

El mancebo se detuvo, pensando con tristeza que si se alejaba cobardemente de aquel sitio, la muerte del hombre dormido era casi cierta.

La scytala, en tanto, abrió sus rojizas fauces moviendo su ahorquillada y venenosa lengua. Un momento más, y el daño era irremediable.

El joven, no pudiendo contener los impulsos de su corazón, adelantó un paso, y con el junco que tenía en la mano descargó un certero golpe sobre el mortífero reptil, que cayó al suelo partido por medio.

Al silbido del junco, el hombre que descansaba sobre la piel abrió los ojos y comprendió que el desconocido acababa de salvarle la vida.

– ¿Quién eres?, preguntó incorporándose sin que emoción alguna se pintara en su impasible rostro.

– Señor, me llamo Kemis, y soy un desgraciado habitante de Phenicon.

– ¿Eres desgraciado en efecto?

– Sí, soy uno de esos seres á quienes el genio del mal destruye todas sus ilusiones y malogra sus más caros proyectos. En cambio, otros caminan de placer en placer y sin tomarse siquiera la pena de ambicionar, porque la suerte prevé la satisfacción de sus menores caprichos. Estoy seguro que si una scytala se me hubiera acercado estando dormido, nadie se hubiera tomado el trabajo de hacer lo que yo he hecho por ti.

– Cuéntame tus pesares, veremos si me es posible hacer algo en tu favor, contestó el personaje con afectuoso acento.

– Ya te he dicho que soy de Phenicon. En ese pueblo ejercía la profesión de armero y vivía tranquilo con mi suerte y con el amor de la huérfana Teory. Nada empañaba nuestra felicidad, cuando una noche desde mi casa, cercana á la suya, vi entrar un hombre en ella. Aguardé su salida, y loco de celos me precipité en la morada de Teory, esperando que me aclararía aquel misterio. En vano; Teory se negó obstinadamente á desvanecer mis sospechas. Tal conducta me demostró su culpabilidad, y desoyendo mentidos juramentos, la abandoné decidido á olvidarla y á consagrar mi cariño á un corazón más puro. Muy luego mis ojos encontraron otra hermosa joven que llenó el vacío de mi alma. Me amó. Su padre, antiguo hierogramata (1) de la corte, al conocer mis deseos y mi pobreza me amenazó con su enojo. Huí del pueblo desesperado, y su hija Satú me vió partir con lágrimas en los ojos. ¿Qué había de hacer yo en Phenicon? Al abandonar mi casa, parecíame que una voz interior me decía: «Ve á Tebas; allí con tu habilidad y tu trabajo puedes crearte una fortuna, y con ella poseer á Satú.» Tomé mi bastón de junco y me puse en camino. Algún dios que te protege me hizo entrar en este jardín y encontrarme contigo á tiempo que...

– Y yo agradecido, interrumpió el personaje, voy á darte esa fortuna que esperabas hallar en Tebas.

– ¿Tú?, repuso asombrado Kemis. ¿Quién eres?

– Nada te importe mi nombre. Toma, añadió quitándose el collar. Llévale al hierogramata, y no dudes que te concederá la esposa que anhelas; y al mismo tiempo dejó en manos del mancebo las ricas sartas de perlas negras, entrelazadas con insectos de oro y culebrillas de esmalte que momentos antes ostentaba sobre su pecho.

– ¡Oh! Al darme la riqueza me das la felicidad.

– Joven, quiera Osiris que no reconozcas en breve la falsedad de las palabras que han pronunciado tus labios.

– ¿Y no podré saber el nombre de mi generoso bienhechor?, dijo Kemis arrodillándose ante el desconocido.

– No; y si algún día el azar te descubre quién soy, guárdate de decir lo que has hecho por mí. Nadie puede acercarse impunemente á mi persona cuando duermo, ni aun para librarme de la muerte. Vuelve á Phenicon.

Kemis miró asombrado al personaje, que extendiendo el brazo le señalaba la entrada del parque.

El joven besó la fimbria de su túnica dorada, y salió rico y alegre de aquel edén, donde había entrado pobre y triste.

II

Ya próxima á Phenicon, y en la calzada que desde Tynteris conducía á Berenice, se levantaba una pequeña mansión de rojos ladrillos sombreada por varios grupos de palmeras, habitación del hierogramata Farés.

Tendida bajo el pequeño pórtico que precedía á la casa en un cómodo sillón, su hija, la encantadora Satú, vistiendo una ajustada túnica de lino que modelaba sus formas, y con el cabello peinado en menudas trenzas, sujeto por una cinta azul, se entretenía viendo desfilar ante sus ojos los largos cordones de acémilas que conducían variados artículos á los pueblos enlazados por el camino. Los mercaderes y conductores se detenían un momento al pasar, admirando la belleza de la joven, que hablando con una antigua sirvienta, aparentaba no advertir el efecto que en cuantos la veían causaba su belleza.



Un hombre de elevada estatura penetró seguido del hierogramata Farés

De pronto Satú se incorporó sobre el sillón, y dijo á la anciana, señalando á un hombre que venía por el camino:

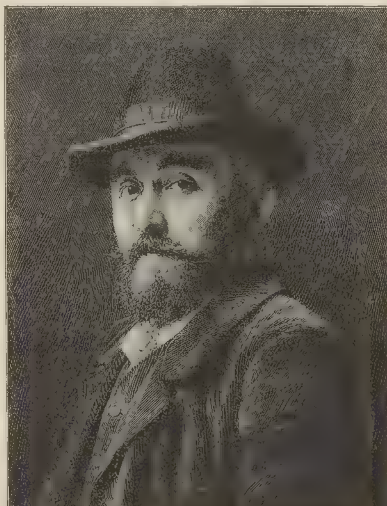
– ¡Aquel es Kemis! ¿Para qué volverá ese necio á Phenicon?

– ¿Quién sabe si se habrá enriquecido ya?, objetó con malicia la sirvienta.

La joven lanzó una carcajada, diciendo:

– Y yo que casi le amaba creyéndole digno de mi amor. ¡Un miserable obrero!

– Modera tu alborozo. Se halla ya bastante cerca y pudiera oirte..., no conviene provocar el enojo de los hombres, sino más bien dominarlos con la astucia.



El celebrado pintor alemán Adolfo Münnchen, autor de los cuadros que reproducimos en las páginas 765, 768 y 769

Kemis en tanto había divisado á la joven, y corriendo hacia la casa, subió anhelante los peldaños que elevaban el pórtico sobre el camino.

– Satú, traigo un tesoro.

Y al decir esto, el joven levantaba en alto un objeto con la siniestra mano.

– ¡Un tesoro!, repitieron ambas mujeres.

La astuta doncella, dominando su asombro, añadió, dirigiéndose á su compañera con fingida emoción.

– Ya te lo decía yo.

En tanto, el afortunado amante había desenvuelto la tela que formaba el paquete, y mostraba el rico presente del desconocido.

– ¿Ese tesoro te pertenece?, preguntó Satú.

– Sí, es mío, y... tuyo.

– ¡Padre, padre!, exclamó ella entrando precipitadamente en la casa, seguida de Kemis y de la anciana.

A sus voces, un hombre entrado en años, que sentado sobre un taburete copiaba un papiro, se levantó arreglando los pliegues de su blanco calisiris.

Al ver á Kemis hizo un gesto de disgusto, y exclamó con aspereza:

– ¿Otra vez en mi casa? ¿Qué deseas?

– Padre, contestó Satú sonriendo, Kemis es rico, y...

– ¿Él rico? Imposible.

– Mira, dijo Kemis con aire de triunfo, alzando el collar de perlas á la altura de sus ojos.

El hierogramata dejó caer la pluma que tenía en la mano, y se acercó á examinar la rica presea que le presentaba el joven. Al fijarse en sus detalles dió un grito, el asombro se pintó en su macilento rostro y sus hundidos ojos brillaron al gritar:

– ¡Miserable!, ¿dónde has adquirido este collar?

– ¿Qué importa, si es mío?

– ¿Tuyo? Esa alhaja es robada.

– ¿Robada?, repitió con espanto la joven.

– Conozco este collar, mira su *cartucho*, afirmó el viejo, cogiéndole y enseñando á su hija un encuadramiento elíptico en cuyo centro se divisaban pequeños jeroglíficos.

Un estremecimiento convulsivo agitó el cuerpo del desgraciado Kemis, que con voz ahogada balbuceó:

– Esa joya es el presente de un desconocido que...

– ¡Un desconocido poseer joya de tal valía! Mientes, contestó el hierogramata. Huye de estos lugares. ¡Ay de ti si los emisarios de Faraón descubren que eres el ladrón de esta rica prenda!

Kemis, turbado, dirigió á Satú una suplicante mirada; mas ella, señalándole la entrada de la estancia, le dijo fríamente:

– Olvida hasta mi nombre.

– Pues bien, dijo el joven recobrando su energía, dadme el collar, le quiero.

Y avanzó hacia Farés en ademán agresivo.

Las mujeres lanzaron agudos gritos, y el hierogramata alzando la voz gritó también:

– ¡A mí! ¡Socorro, socorro!

Sintióse el rumor de gentes que se aproximaban por el jardín. Kemis comprendió lo falso de su situación, y de un salto bajó precipitadamente los escalones del pequeño pórtico, mientras el iracundo anciano le gritaba:

– En vano huyes, la justicia del Faraón sabrá alcanzarte.

Kemis, aterrado con las palabras que acababa de oir, corría sin saber adónde. De pronto un velo de sangre pareció extenderse á su vista y vaciló, apoyóse en el tronco de una acacia, las fuerzas le faltaron y cayó al suelo exhalando un gemido.

III

Kemis abrió los ojos y dirigió una atónita mirada á cuanto veía en rededor suyo. Se hallaba en una pequeña estancia blanqueada con esmero. Rústicos muebles de cedro la adornaban, y los rayos del sol, templados por una esterilla de junco, penetraban hasta su pobre lecho. Junto á él, un hombre de avanzada edad, en cuyo rostro se veía la huella de los sufrimientos, hablaba con tenue acento á una joven, entregándole al mismo tiempo un puñado de hierbas.

Kemis suspiró involuntariamente.

La joven volvió con presteza su rostro, y el enfermo al verla exclamó con asombro:

– ¡Teory!

(1) Sacerdote encargado de la administración de los bienes de los templos y de redactar los documentos religiosos y públicos.



EN EL MONTE, cuadro de Adolfo Männchen

– Sí, yo que te recogí ayer moribundo, y que con la ayuda de mi anciano padre te he vuelto á la vida.

– ¡Tu padre!, repitió el joven. ¿No me dijiste que había muerto?

– Hícelo así por su mandato. Víctima de una infame calumnia, hubo de abandonar á Tynteris y ocultarse. Para evitar toda persecución esparcí la noticia de su muerte. Sólo yo sé que vive porque viene secretamente á verme. Tú también le viste una noche, y... pero no hablemos de esto, añadió Teory enjugándose una lágrima: hoy, arriesgando su libertad, ha salido al campo en busca de estas hierbas que restablecerán tu salud por completo.

– ¿Cómo podré pagar tales beneficios? ¿Cómo reconquistar tu perdido amor?

– Devolviéndome tu confianza.

– Perdón, perdón, dijo el joven incorporándose y besando las manos de Teory. Culpas fueron de mi excesivo amor. Bien cara pago mi desconfianza y mi loca ambición.

Y al decir estas palabras, Kemis dejó caer tristemente la cabeza.

– Cuéntanos tus desgracias, dijo cariñosamente el anciano. Aquí sólo hay corazones que desean participar de tus penas.

Kemis refirió los sucesos que conocen nuestros lectores. Al acabar la relación de sus desventuras, Teory, volviéndose á su padre, le dijo:

– ¡Ah, padre mío, nosotros no le abandonaremos aunque sea pobre!

– Nunca Termot preguntó á su huésped si era pobre ó rico, monarca ó esclavo.

Kemis iba á demostrarle su agradecimiento, cuando una fuerte trepidación producida por varios carros de bronce conmovió las paredes de la casa de Termot.



GUERRA ANGLO BOER. – EL PRESIDENTE KRUGER DIRIGIÉNDOSE Á REVISTAR LAS FUERZAS QUE MARCHAN HACIA LA FRONTERA (de fotografía de W. A. Cheyne)

– Es sin duda Amenofis, dijo el anciano, que sube de caza á Sakará.

Dos golpes sonaron en la puerta de la pobre morada. Termot añadió sin inmutarse:

– Aguarda un instante mientras me oculto en lugar seguro.

La puerta fué golpeada de nuevo. Teory abrió.

Un hombre de elevada estatura penetró seguido del hierogramata Farés. Sobre el pecho del noble personaje brillaba el precioso collar origen de las desventuras de Kemis. En la calle estacionaban multitud de carros de caza y una turba de oeris y soldados.

– Señor, dijo Farés, ¿queréis conocer al infame que osó apoderarse de la regia joya? Hele aquí, y extendió su mano señalando el lecho donde yacía el joven.

– Es inocente, exclamó Teory arrojándose á los pies del desconocido, en quien había adivinado al Faraón, gracias á la víbora de oro que adornaba su *tesch* (gorro militar).

– Levanta, Teory, dijo Amenofis I.

– ¿Conoces mi nombre?, exclamó ella con la mayor sorpresa.

– Sí, Kemis le hizo llegar hasta mis oídos momentos antes de que yo le entregase este collar como un recuerdo.

– ¡Un recuerdo!, murmuró el hierogramata confundido.

– ¿Crees, continuó Amenofis dirigiéndose á Farés, que existe en Egipto quien ose tocar las insignias regias? Y tú, Kemis, ya que mi don no te ha hecho tan feliz como tú creías, dime qué deseas.

– Señor, contestó Kemis que había permanecido silencioso, perdonad á Termot, es inocente, y este perdón puede hacer nuestra felicidad.

– Sea como dices; y para completar tu dicha, te nombro intendente de mis dominios en este *nomo*. Y tú, hermosa Teory, que no has vacilado en amparar á tu desgraciado amante, engalánate el día de tu enlace con esta joya, causa de la pasajera desgracia y de la felicidad de Kemis



GUERRA ANGLO-BOER. – BOERS EXTRAYENDO ORO EN PASTA DEL BANCO DE AFRICA, DE JOHANNESBURGO, dibujo de Frank Dadd, tomado de un croquis de F. J. Hill

Y al decir esto rodeó la garganta de Teory con el precioso collar de perlas.

La joven quiso arrojarse á sus pies, mas el Faraón la detuvo y salió de la cámara.

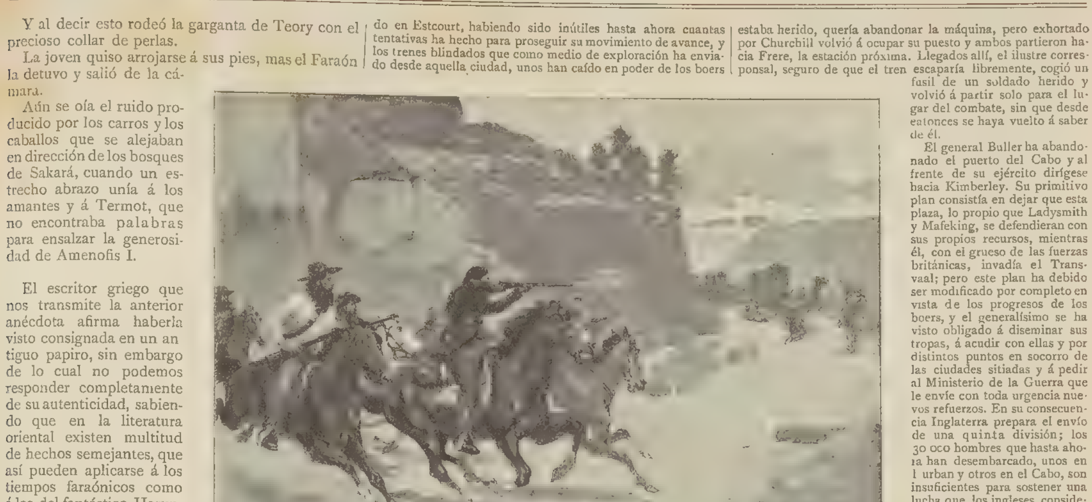
Aún se oía el ruido producido por los carros y los caballos que se alejaban en dirección de los bosques de Sakará, cuando un estrecho abrazo unía á los amantes y á Termot, que no encontraba palabras para ensalzar la generosidad de Amenofis I.

El escritor griego que nos transmite la anterior anécdota afirma haberla visto consignada en un antiguo papiro, sin embargo de lo cual no podemos responder completamente de su autenticidad, sabiendo que en la literatura oriental existen multitud de hechos semejantes, que así pueden aplicarse á los tiempos faraónicos como á los del fantástico Harun-al-Raschid.

Juzgue el lector de la verdad como le aconseje su buen juicio.

A. DANVILA JALDERO

Ilustraciones de José Triadó.



GUERRA ANGLO-BOER. – GUERRILLA BOER SORPRENDIENDO UN CONVOY INGLÉS, dibujo de E. W. Deming

NUESTROS GRABADOS

Guerra anglo-boer.—Sigue concentrada la atención en los asedios que tienen puestos los boers á las plazas de Kimberley y Ladysmith, que continúan resistiendo en espera de los refuerzos enviados en su socorro por el general Buller. Lord Methuen, al frente de un numeroso ejército, se encuentra en Orange River, aguardando la llegada de los servicios auxiliares para marchar sobre Kimberley; y por otra parte el general Hildyard, que acude en auxilio de Ladysmith, hállase detenido en Estcourt, habiendo sido inútiles hasta ahora cuantas tentativas ha hecho para proseguir su movimiento de avance, y los trenes blindados que como medio de exploración ha enviado desde aquella ciudad, unos han caído en poder de los boers y otros han tenido que retroceder sin haber logrado su intento.

En una de estas salidas distinguióse extraordinariamente Winston Churchill, hijo del difunto lord Randolfo, teniente de húsares retirado que se hallaba en Natal como corresponsal de un periódico: una vez volcados los primeros vagones llamó al capitán Wylee para pedirle voluntarios á fin de sacar los coches fuera de la vía. Llovían sobre el tren las balas como granizo; Churchill, con el teniente Frankland, se abalanzó sobre la vía descubierta, dando con ello ejemplo á los soldados que iban en la expedición, los cuales trabaron combate con el enemigo Cuando la locomotora estuvo libre, el maquinista, que estaba herido, quería abandonar la máquina, pero exhortado por Churchill volvió á ocupar su puesto y ambos partieron hacia Frere, la estación próxima. Llegados allí, el ilustre corresponsal, seguro de que el tren escaparía libremente, cogió un fusil de un soldado herido y volvió á partir solo para el lugar del combate, sin que desde eatonces se haya vuelto á saber de él.

El general Buller ha abandonado el puerto del Cabo y al frente de su ejército dirígese hacia Kimberley. Su primitivo plan consistía en dejar que esta plaza, lo propio que Ladysmith y Mafeking, se defendieran con sus propios recursos, mientras él, con el grueso de las fuerzas británicas, invadía el Transvaal; pero este plan ha debido ser modificado por completo en vista de los progresos de los boers, y el generalísimo se ha visto obligado á diseminar sus tropas, á acudir con ellas y por distintos puntos en socorro de las ciudades sitiadas y á pedir al Ministerio de la Guerra que le envíe con toda urgencia nuevos refuerzos. En su consecuencia Inglaterra prepara el envío de una quinta división; los 30 oco hombres que hasta ahora han desembarcado, unos en l urban y otros en el Cabo, son insuficientes para sostener una lucha que los ingleses consideraban fácil, y es de suponer que esa división que ahora se prepara no será la última que salga de Europa para el Africa del Sur. A la Gran Bretaña le va resultando un poco cara la conquista de las minas de oro que tanto ambiciona y que, dígase lo que se quiera, es el único objetivo que en la presente guerra se ha propuesto.

Los boers se van apoderando de algunas poblaciones de Natal de relativa importancia: el día 13 un pequeño destacamento de 450 hombres entró en Aliwal North enarbolando allí la bandera de las dos repúblicas y dando á los habitantes ingleses un plazo de cuatro días para evacuar la ciudad; el 14 se apoderaron de Burghersdorp y el 16 de Colensberg, proclamando todo aquel distrito territorio del Estado libre de Orange.

Tales son, en resumen, las principales operaciones últimamente realizadas en el teatro de la guerra.

Digamos ahora algunas palabras acerca de los grabados que referentes á la guerra publicamos en el presente número.

GUERRA ANGLO-BOER. – VOLUNTARIOS IRLANDESES AL SERVICIO DE LOS BOERS, dibujo de Frank Dadd, tomado de una fotografía de Emilio Andreoli



MONTAÑESAS EN THURINGIA PARTE



...DO PIEDRA, cuadro de Adolfo Männchen

Apenas estalló la guerra, el gobierno transvaalense para proporcionarse recursos acudió á los bancos de Johannesburgo, habiendo tomado 5.792 onzas de oro en pasta del Banco de Africa, 12.907 del Standard Bank, 2.617 del African Banking Company y 3.424 del Banco de Natal: uno de nuestros grabados reproduce el acto de la extracción del oro del Banco de Africa.

Al lado de los boers combaten algunos irlandeses residentes en Johannesburgo dirigidos por un americano, el coronel Blake, y en cuya bandera se leen *«¡Remember Michelstown!»* (Acordaos de Michelstown). Inútil es decir que los ingleses califican de traidores á esos paisanos suyos que se han pasado al enemigo, sin acordarse de los agravios que contra Inglaterra tiene Irlanda.

Con motivo de la guerra anglo-boer se ha hablado mucho de la bahía de Delagoa, que pertenece á la colonia portuguesa de Lorenzo Marqués, por suponerse, y no sin algún fundamento, que los ingleses se harían dueños de ella para desembarcar sus tropas y poder desde allí invadir fácilmente el Transvaal. Esa bahía tiene 26 kilómetros de longitud de Este á Oeste en su entrada y 35 de profundidad de Norte á Sur.

Los otros dos grabados, que representan al presidente Kruger dirigiéndose á revistar las tropas que marchan á la frontera y una guerrilla boer sorprendiendo un convoy inglés, no necesitan explicación.



GUERRA ANGLO-BOER. – EL PUERTO DE DELAGOA, COLONIA PORTUGUESA DE LORENZO MARQUÉS

***

Fresco de Andrea del Castagno.—Recientemente se ha descubierto en la iglesia de la Anunciación de Florencia el fresco que reproducimos y que además de su interés histórico tiene el valor de una joya artística. Andrea del Castagno floreció en el siglo XV y en su infancia fué pastor; Bernardo de Médicis, noticioso de las aptitudes que tenía para la pintura, llevóle á Florencia, en donde lo puso en el estudio de uno de los primeros pintores de aquella ciudad. Aunque debió su celebridad á los cuadros al óleo, dedicóse principalmente á la pintura al fresco. Por desgracia, muchas de sus obras de este género han desaparecido con los edificios que las contenían: la que nos ocupa había sido tapada con un cuadro de Alejandro Allori, y así ha permanecido por espacio de tres siglos hasta que ha sido encontrada hace poco merced á los esfuerzos de algunos estudiosos alemanes que forman una agrupación conocida con el nombre de Instituto de Historia del Arte. El fresco, en su parte alta, representa al padre Eterno con los brazos extendidos sobre la cruz en que ha expirado el Redentor y junto á la cual revolotea el Espíritu Santo. En la parte inferior se ve á San Jerónimo con el león y á Marta y Magdalena. Esta obra, como ha dicho un reputado crítico italiano, es de las que se imponen, no sabiendo qué admirar más en ella, si la belleza del dibujo y de la perspectiva ó el vigor de la ejecución y el colorido.



FRESCO DE ANDREA DEL CASTAGNO, recientemente descubierto en la iglesia de la Anunciación de Florencia

La hija del Faraón, cuadro de F. de Lenbach. – El autor de este cuadro está reputado como el primer retratista de Alemania: sus retratos de Gladstone, Wagner, Liszt, de los emperadores de Alemania y Austria, del papa León XIII, de Moltke y sobre todo el de Bismarck, que es un prodigio en su género, y cien más de ilustres personalidades, son la mejor prueba de la fama por Lenbach alcanzada. Fuera de esta especialidad ha obtenido también grandes triunfos en las obras de otra índole que de su pincel han salido y en todas las cuales se descubren las excepcionales cualidades que adornan al eximio pintor de la corte de Baviera y que tienen su más sólida base en el estudio profundo que en su juventud hizo de los grandes maestros, cuando por encargo del barón de Schack se dedicó á copiar, para la galería de éste, los mejores cuadros de Velázquez, Rubens, Tiziano, Giorgione y otros existentes en los museos de España é Italia. *La hija del Faraón* es una obra digna de tan eminente artista; sus bellezas de composición y dibujo saltan desde luego á la vista, y en cuanto á las de color, que el grabado no puede reproducir, los críticos que han visto el cuadro hacen de ellas los mayores elogios.

***

En el monte. Montañesas de Thuringia partiendo piedras, cuadros de Adolfo Männchen. – Existe en los confines de Franconia y Thuringia una pintoresca aldea cuyos pobres habitantes se dedican principalmente á la dura faena de partir piedras de pizarra. La rudeza de aquella agreste comarca ha impreso un sello especial en aquellos montañeses, y esa armonía entre una y otros ha sido admirablemente expresada por el autor de los dos cuadros que reproducimos. Adolfo Männchen, hijo de aquel país, nació en Rudolstadt en 1858, y por su solo esfuerzo, luchando valientemente, ha llegado á ocupar un elevado puesto en el mundo del arte: enamorado de su patria chica, ha estudiado sus pobladores y sus usos y costumbres con verdadero cariño, se ha inspirado en la naturaleza de aquellos montes y valles, y sintiendo hondamente los asuntos que ese estudio ha puesto ante sus ojos, ha conseguido pintar esos bellísimos lienzos que reproducimos y en los cuales palpita, por decirlo así, el alma de aquella región. Las figuras de esas pobres mujeres, vencidas más que por el peso de los años por el de un trabajo penoso é incesante, el cielo de tintes grises, el suelo pedregoso, el paisaje triste, todo llega á lo más profundo de nuestro espíritu y nos hace sentir lo que el artista sintió, despertando en nuestros corazones una melancolía indefinible y un movimiento de compasión hacia esos seres desgraciados que en la lucha por la vida combaten en las posiciones más difíciles y sin ilusiones, sin alegrías que compensen las amarguras de su existencia.

***

El primer amor, cuadro de Artz.—Ocurre en las poblaciones del campo un fenómeno que difícilmente se observa en las grandes ciudades, y es la precocidad con que se manifiestan ciertos sentimientos, en primer término el del amor. Es en ellas muy frecuente ver á dos rapazuelos, apenas salidos de la infancia, que enfáticamente se dicen novios y en cuyos corazones realmente anida un cariño que es algo más que un afecto de amistad. Indudablemente débese en gran parte el desarrollo de aquel sentimiento al íntimo y continuo trato y á la comunidad de ideas, más fácil dentro del círculo limitado en que éstas se desenvuelven en tan reducido medio; pero lo que más contribuye á ello es el ambiente que en plena naturaleza se respira y que tanto aviva las facultades del alma. El distinguido pintor alemán Artz nos ofrece en su cuadro uno de estos idilios de amores campestres.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—PARÍS. – En la galería Ding ha expuesto nuestro paisano el notable pintor Santiago Rusiñol una colección de sus cuadros titulada *Jardines de España*, que han merecido los más entusiastas elogios de los primeros críticos parisienses, quienes encomian calurosamente la originalidad, el sentimiento y las infinitas bellezas de color de aquellas pinturas.

ZURICH. – Recientemente se ha inaugurado en Zurich un monumento á Pestalozzi, obra del escultor suizo Hugo Siegwart, que consiste en un grupo de bronce formado por el ilustre pedagogo, considerado como padre de los pobres y de los huérfanos, y por un niño miserablemente vestido que le contempla cariñosamente.

Teatros.—En el teatro de la Corte, de Munich, la compañía francesa de Susana Munte ha obtenido un gran éxito representando el drama de Daudet *L'Arlesienne*, con intermedios musicales de Bizet.

– En Belgrado se está representando con gran aplauso una traducción alemana de *La vida es sueño*, de Calderón.

París. – Se han estrenado con buen éxito: en el teatro lírico de la Ranaissance *Dafnis y Cloe*, comedia lírica en tres actos de Julio y Pedro Barbier con música de Enrique Marechal; y en la Opera *La prise de Troie*, hermoso drama lírico en tres actos y cuatro cuadros, poema y música de Héctor Berlioz, cuyas piezas más aplaudidas han sido la sinfonía, grandiosa página de carácter descriptivo, la imponente marcha que acompaña la entrada del caballo gigantesco, la extraña melopea de los juegos atléticos y la magnífica escena de la salida de Héctor.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en Romea *La resclosa*, drama en tres actos de Ignacio Iglesias; en el Eldorado *Cambios naturales*, zarzuela en un acto de Ventura de la Vega con música de los maestros Rubio y Lleó; y en Novedades *Cyrano de Bergerac*, la celebrada comedia de Edmundo Rostand, admirablemente traducida por los Sres. Martí, Vía y Tintorer. En el Principal está dando una serie de representaciones la famosa actriz francesa Mme. Rejane, que ha causado gran entusiasmo en cuantas obras lleva puestas en escena, habiendo justificado por completo la celebridad de que venía precedida y que la señalaba como una de las primeras estrellas del arte dramático francés.

Necrología. – Han fallecido:

Grant Allen, notable escritor inglés, autor de innumerables novelas, poesías, artículos, biografías, monografías científicas, etcétera.

Enrique Bource, celebrado pintor de género belga.

Schakir-bajá, general, hombre de Estado y diplomático turco, que en la última guerra turco rusa se distinguió por su valor.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 177, POR J. TOLOSA Y CARRERAS

NEGRAS

9 B. y 6 N. = 15 piezas.

BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 176, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. T 6 C R	1. T toma D (*)
2. C 3 A R	2. P toma C ú otra.
3. A 8 A D ó C mate.	

(*) Si 1. A toma P; 2. D c T D jaque, y 3. D mate; - 1. T c C D ó c A D; 2. C 3 A R, y 3. A 8 A D ó C mate. La amenaza es 2. D 7 T D y 3. D c C R mat.

POR VENGANZA

NOVELA POR CORDELIA. – ILUSTRACIONES DE FERRAGUTI

(CONTINUACIÓN)

Renata leyó y releyó aquella carta, en la que sólo una cosa vió clara como la luz.

Eduardo quería olvidarla y quizás la había olvidado ya. Renata pensaba entonces en la diferencia que había entre el amor de uno y otra; y ella, que le había dado el alma entera, que de continuo le dedicaba su pensamiento y quería recordarlo siempre, toda la vida; ella, que no pudiendo ser suya, se había jurado á sí misma no pertenecer á otro y profesarle el culto que se tiene á un amante muerto al que jamás se olvida, se rebelaba á la idea de verlo esposo de otra y sufría como si alguien le hubiese desgarrado el corazón.

Tenía el presentimiento de que esa otra fuese su prima; de que Elisa era la que le servía de modelo para su nuevo cuadro; él se había apresurado á hacérselo saber y no le quedaba ninguna duda.

Padecía, pero sentía que aquel dolor le hacía bien; el joven le parecía empequeñecido, el ídolo caía de su pedestal, y no quería pensar más en él y consagrarse por completo á su padre.

El deber de vivir para él, de hacerle la vida fácil y agradable, se presentaba á su mente como el objeto de su existencia; quería formarse con él un ideal en el que pudiera encontrar aún un consuelo que el otro, el del amor, le había negado.

El día que Fanny se apeó de un elegante carruaje ante la verja del jardín, se sentía ya fuerte y corrió al encuentro de su amiga.

Después de dejarla descansar un rato en la sala, le dió el brazo y la llevó á visitar la quinta, cogiendo para ella las mejores rosas, las flores más raras y olorosas.

– Estás devastando tu jardín, le dijo su amiga.

– No importa, todos los días hay flores, y cuantas más se cogen, más salen; toma, toma.

Y arrancando los rojos claveles, las cándidas gardenias y las ramas de jazmín, se las entregaba á Fanny.

Atravesaron el umbroso bosquecillo y se sentaron en un banco junto al que había un sitio despejado desde el que se descubría un bellísimo paisaje.

– Conque dime, ¿no queda esperanza?, preguntó de pronto Fanny.

– Es imposible, contestó Renata meneando la cabeza.



Cuatro hombres traían en unas parihuelas improvisadas al conde desmayado

Y mirando á su amiga añadió:

– Es decir, que ahora le toca á Elisa; ¿y cómo está el asunto?

– ¡Cómo! ¿Lo sabes?

– Me lo he figurado: ¿y le hace la corte?, ¿está enamorado?

Fanny se entristeció y contestó:

– ¡Pobre Eduardo! Se hace ilusiones; cree que la ama, quiere distraerse, y lo que es peor, se empeña en activar el asunto: con tal que no se arrepienta cuando sea ya demasiado tarde...

Renata suspiró.

– Deberías tener algún remordimiento, dijo Fanny.

– No digas eso, contestó Renata; ¿no ves lo que sufro? Créeme, si hubiera podido casarme con él no me habría hecho de rogar; aunque lo hubiese amado poco, lo habría hecho por verle contento; ¡pero le amaba tanto!

– ¿Y ahora?

– Ahora procuro no pensar más en él, dijo Renata levantándose; deseo que sea muy feliz; ¿se lo dirás, no es verdad? Elisa estará contenta y ya no me tendrá envidia.

Fanny tenía los ojos llenos de lágrimas y compadecía á su hermano, así como á su amiga, que padecía tanto; además tenía el presentimiento de que Eduardo no sería feliz con Elisa.

Renata quiso interrumpir aquella conversación tan triste y propuso á Fanny enseñarle un pequeño lago que había en la falda de aquel cerrillo.

– Es agradable un paseo en bote, y nosotras remaremos mientras preparan el almuerzo.

Fanny quería regresar á la ciudad, pero Renata se negó en absoluto.

– Estás en mi poder y no te dejo volver á tu casa hasta la hora de comer, y si no me determino á obligarte á que pases aquí unos cuantos días, es porque llevo una vida muy triste y monótona.

Fanny aseguraba que aquella vida tranquila era su ideal; pero la independencia que le dejaban sus padres se limitaba á concederle libertad durante las horas del día, y al llegar la noche debía estar en el redil.

Desde aquel día Fanny volvió con frecuencia á Villa Gracia, y aquellas visitas eran como destellos de luz en la vida tenebrosa de Renata.

Cierto día llegaron los Belfiore muy contentos, sobre todo Elisa, que llevaba un elegante traje de primavera.

Se conocía que tenían algo nuevo que contar, pero no se atrevían; no sabían cómo empezar, hasta que la marquesa Emilia, animándose, dijo á su hermano:

– Sé de antemano que no tendré tu aprobación; pero he venido á anunciarte que hemos arreglado el casamiento de nuestra Elisa con el joven Sangalli.

– Eso y más esperaba de ti, respondió el conde; pero cada cual es muy dueño de hacer lo que quiera en su casa ó de sus hijos; lo que es yo, antes de dar á Renata á cualquier advenedizo, preferiría verla muerta.

– Ante todo, debo decirte que Eduardo no es un advenedizo; he adquirido informes y todos han sido favorables; su padre, que es ingeniero, ganó mucho dinero trabajando asiduamente y descubriendo manantiales de petróleo.

– Confesarás que el petróleo no tiene un perfume muy agradable, replicó el conde.

– Déjate de bromas, porque se trata de cosas serias. Eduardo es un joven cabal, inteligente, de aspecto simpático, casi fascinador.

– Repito que eres muy dueña de despreciar nuestras tradiciones y de permitir que tu hija se encanalle; le deseo la mayor felicidad, pero jamás daré mi aprobación.

La marquesa Emilia decía que su hermano tenía ideas anticuadas, y que en último caso, ella pensaba en el bienestar de su hija; sus ideas eran modernas, y precisamente para mejorar su raza decadente necesitaba salir de su limitado círculo.

– Si todos pensaran como tú, añadía, en poco tiempo con nuestros nombres sonoros acabaríamos

en la miseria, débiles, enfermizos y extenuados; porque, no hay que hacerse ilusiones, si no se introduce sangre nueva en nuestras venas y nuevo oro en nuestras cajas, caminamos á grandes pasos hacia la ruina.

La marquesa estaba contenta de la decisión tomada y quería persuadir á los demás de que había obrado como buena madre y mujer previsora que estaba muy por encima de los prejuicios de sus antepasados.

Por más que Renata esperase aquella noticia, sintió como un golpe en el corazón y tuvo que hacer un esfuerzo para congratularse con su prima de la fausta noticia.

Elisa estaba triunfante. ¿Qué le importaba un título que de nada le había servido, antes al contrario, cuando viajaban debían suprimirlo, porque á causa de él las facturas de los fondistas y tenderos eran más crecidas? Había soñado á menudo disfrutar una vida espléndida, alegre, al lado de un joven simpático, de talento, y sus sueños se convertían en realidad; la alegría la hacía elocuente; sus mejillas, generalmente pálidas, se teñían de un hermoso color de rosa y sus ojos apagados despedían llamas, mientras se animaba al hablar enumerando las buenas cualidades de su novio y las amorosas atenciones que le prodigaba.

Aquellas conversaciones eran un suplicio para Renata y la turbaba más aún la idea de volver á ver á Eduardo, á quien los Belfiore debían acompañar de allí á pocos días á la quinta para presentarlo al conde como su nuevo sobrino. Todo cuanto decían su tía y su prima le producía el efecto de una música desentonada que le desgarraba los oídos, y cuando se hubieron marchado exhaló un suspiro de satisfacción; sin embargo, por más que procuraba vencerse, se sentía desgraciada, y las lágrimas que se esforzaba por contener asomaban á pesar suyo á sus ojos sin que pudiera encontrar consuelo más que en el silencio de la noche y en la soledad cuando pudo sofocar su acerbo dolor.

XVII

Renata se sentía desfallecer á la idea de volver á ver á Eduardo; aquel día habría querido pretextar una fuerte jaqueca para no salir de su cuarto, pero renunció á este proyecto por no dejar solo al conde haciendo los honores de la casa. Pasaba horas y horas perpleja, no pudiendo decidirse á tomar una resolución. Cuando se recibió la carta que anunciaba la llegada de los novios, se resolvió á verlos, pensando que un día ú otro tendría que encontrarse con su nuevo primo. Toda la mañana estuvo estudiando el modo de no dar á conocer los sentimientos tumultuosos de su corazón, y en efecto, cuando llegaron salió á recibirlos con calma, tranquila y sonriente. Le palpitaba con fuerza el corazón cuando la tía Emilia y Elisa la abrazaron y más aún cuando Eduardo le dió la mano haciéndole una reverencia; pero su rostro continuó impasible y habló con voz firme y segura mientras todos subían por la escalinata de la quinta. Estaba satisfecha de haber aprendido desde niña á ser dueña de sí misma y á no dejar traslucir sus pensamientos.

Cuando Eduardo supo por Emilia que debían hacer una visita á los Landucci, no sintió ninguna emoción á la idea de volver á ver á Renata, sino más bien cierta satisfacción porque esperaba causar un disgusto á la mujer que le había hecho sufrir tanto; sin embargo, cuando estuvo en su presencia se quedó confuso y cortado.

El conde Landucci recibió con su cordialidad acostumbrada al prometido de su sobrina; luego se puso á hablar con su hermana y su cuñado, los cuales le contaron muchas cosas agradables referentes á los novios y dijeron que los Sangalli les cedían el palacio Lucchini y que se proponían pasar el invierno en Roma después de viajar por Suiza en el verano.

Eduardo se ocupaba mucho de Elisa, pero con cierto aturdimiento más bien que espontáneamente; no se lo habría figurado, mas le parecía que allí, ante las miradas de Renata, perdía la cabeza, y seguía á su novia como un perrillo y la hablaba distraído como si pensase en cualquier otra cosa.

Elisa, embriagada con su triunfo, charlaba, reía, iba de acá para allá, como persona intranquila, y ora mostraba desde el balcón el hermoso panorama que se extendía á la vista, ora se cogía del brazo de Renata y le contaba en voz baja las finezas de su novio ó algún propósito halagüeño para el porvenir.

Después de almorzar se diseminaron todos por el jardín, los hombres paseando y fumando y las mujeres cogiendo flores. Llegó un momento en que el marqués de Belfiore y el conde Landucci se detuvieron discutiendo acalorados sobre política.

Elisa, que se había hecho un desgarrón en el vestido, se acercó á su madre para que se lo arreglara con un alfiler, de modo que Renata y Eduardo se encontraron por casualidad próximos uno á otro.

La joven hizo un movimiento para reunirse con los demás.

– ¿Tiene usted miedo?, le preguntó Eduardo.

¿Miedo? ¿De qué?

– Confío en que seremos siempre buenos amigos, repuso el joven; ya que no he podido unirme á usted con vínculos más estrechos, he querido al menos formar parte de su familia; ¿le sabe á usted mal?

– Todo lo contrario; me alegro mucho y sobre todo de que se haya usted consolado tan pronto.

– ¿Quería usted que me matara?

– ¡Dios mío! Habría tenido un gran remordimiento; es mucho mejor la determinación que ha tomado usted, añadió con cierta ironía, y le deseo todas las felicidades que pueda usted apetecer.

– Es usted muy cruel.

Elisa, apenas tuvo arreglado el vestido, fué á reunirse con su prima, y al verla sola con Eduardo, se le encendió el rostro y se cogió impetuosamente del brazo de su novio, lanzando á Renata una mirada muy expresiva.

Renata se quedó sorprendida ante tal acto, pero con indiferencia dijo á su prima:

– No tengas miedo, no hay peligro de que te robe á tu novio.

Así diciendo, se acercó á una mata de flores, deteniéndose á cogerlas para cortar una conversación que la desagradaba.

– Es verdad, hay que renunciar á lo que no se puede conseguir, dijo Elisa á Eduardo.

– Eres mala é injusta, le contestó el joven con voz un tanto alterada.

Era la primera vez que le hablaba así, de suerte que Elisa se le quedó mirando un poco sorprendida.

Eduardo, para cortar tantos dimes y diretes, dijo:

Es ya tarde; sería bueno mandar enganchar y volver á casa.

Renata lo había oído todo mientras cogía flores, y cuando pasaron por su lado les echó una ojeada y meneó la cabeza como diciendo:

– ¡Me dais lástima!

Eduardo procuró de nuevo buscar la ocasión de hallarse cerca de Renata para modificar la impresión causada por sus últimas palabras; pero Elisa tenía prisa por marcharse, y sin soltarse del brazo de su novio, volvía la cabeza para ver si anunciaban que el coche estaba listo: la marquesa Emilia insistía en solicitar de su hermano que le prometiese asistir con Renata á la boda de su hija.

– Allá veremos, contestaba el conde; haré lo posible; pero dado lo quebrantado de mi salud no puedo prometer nada.

– Eres mi único hermano y no debes faltar. Renata, acuérdate de que te esperamos, iba diciendo mientras llegaba el coche y se disponían á partir. Adiós, hasta la vista; quedamos entendidos, os esperamos.

Elisa, satisfecha de irse y dando al olvido la escena pasada, besó á Renata.

Eduardo se despidió cortésmente del conde, y delante de Renata, no encontrando palabras que dirigirla, se quitó el sombrero respetuosamente haciendo una reverencia.

Estaba descontento de sí mismo y de la visita á la quinta; había creído humillar á Renata y él era el humillado, y en tanto que la rabia lo consumía, ella se quedaba altiva y sonriente, derecha en el umbral, rodeada de la dorada claridad de la puesta del sol, que la saludaba, mientras el carruaje desaparecía por la frondosa calle de árboles, pero con el corazón tranquilo por no haber dado á conocer sus sentimientos y sabido disimular la impresión que aún sentía en presencia del joven.

Era una cosa que la irritaba y la entristecía, porque echaba de ver que aunque él suponía que ya no se cuidaba de ella, le amaba todavía y comprendía que para vivir tranquila necesitaba ver á Eduardo lo menos posible ó dejar pasar mucho tiempo antes de verlo.

Rebelábase contra la idea de asistir á la boda, y sin embargo, su padre lo había prometido, por más que no aprobase la elección de su sobrina; en semejante circunstancia no quería faltar sin una razón poderosa, por no dar motivo á los acostumbrados comentarios de los amigos poco benévolos.

– Haremos una excursión á la ciudad y en seguida nos volveremos á Villa Gracia, dijo á Renata.

Ella había inclinado la cabeza á tal afirmación, sin decir una palabra, aunque pensando en el suplicio que sufriría si tuviese que presenciar aquella fiesta.

La boda, preparada con gran solemnidad por ambas partes, estaba fijada para fines de mayo.

Elisa había realizado su sueño, y ahora deseaba ardientemente que Renata admirase su equipo de novia y los regalos que continuamente le hacía Eduardo. No había quedado muy satisfecha de su visita á Villa Gracia; deseaba un desquite, pero con el tiempo; y una vez celebrado el casamiento, le parecía que ya debía desechar todo recelo respecto á la simpatía que Eduardo había tenido siempre á Renata.

Eduardo tampoco había conservado grato recuerdo de su visita á Villa Gracia y no hablaba de volver; su idea fija era olvidar á Renata, y se dedicaba con mayor asiduidad á Elisa, que de día en día parecía más bella, reanimada por el rayo de una felicidad que jamás se había atrevido á esperar.

Como tenía una afición innata á las cosas buenas y costosas, el instinto del lujo, y había vivido tanto tiempo con infinitas privaciones, le parecía revivir al poder por último satisfacer todos sus deseos. Había terminado para ella el suplicio de tener que hacer una porción de cálculos antes de comprarse un vestido nuevo ó estudiar nuevas combinaciones para hacer un arreglo en los pasados de moda, y cuando pasaba por delante de las joyerías ya no se tenía por desgraciada al ver el brillo de los diamantes y la blancura de las perlas orientales, preguntándose si algún día llegaría á poseerlos. Segura ya de su porvenir, recordaba el tiempo pasado, aquella época en que tenía el disgusto de ver cómo se vendían ocultamente muchos objetos preciosos, reliquias de familia, legadas por sus antecesores.

Aquellos eran días muy tristes en que todos se miraban suspirando, y el marqués decía si no sería mejor vender los caballos, á los que había que mantener.

Pero la marquesa Emilia era inexorable, tenía sus ideas y no quería transigir con aquella.

Decía que necesitaba conservar las apariencias por sus hijos; que se podían disponer comidas sencillas, porque nadie veía lo que se llevaba en el estómago, como tampoco nadie iba á registrar los estuches; pero era menester guardar las apariencias, al menos hasta que los hijos se hubieran casado bien.

Con respecto á Elisa había conseguido su propósito, y se consolaba de no haber podido realizar su sueño y combinar un matrimonio entre Conrado y Renata, pensando que en el mundo no faltarían ricas herederas que se darían por satisfechas de llegar á ser marquesas de Belfiore.

Entretanto, en vez de salir, entraban en la casa joyas con profusión, ricas telas y valiosos encajes.

Madre é hija pasaban gran parte del día abriendo estuches, sacando alhajas que despedían deslumbradores destellos y combinando con las modistas trajes dignos de una reina.

Elisa se engalanaba con las joyas delante del espejo, y su fisonomía un poco lánguida y descolorida adquiría con aquellos adornos nuevo esplendor.

– ¡Qué bien sientan las cosas bonitas!, decía muy contenta á su madre.

– ¡No hay como los diamantes para iluminar la cara de una señora!, contestaba la madre; yo soy competente, pues en mis buenos tiempos también llevé diamantes.

– Y los volverás á llevar, pues aquí no faltan para ti, contestaba Elisa.

Y metía la mano en los cofrecillos sacando alhajas á montones.

Y no contenta con contemplar sola aquellas riquezas, las enseñaba á los amigos y conocidos, y toda la ciudad se ocupaba de los espléndidos regalos de Eduardo Sangalli á su novia, exagerándolos.

Hablaban de diademas que costaban cien mil liras; de collares que valían millones y luego de las blondas para adorno de vestidos y de otras muchas cosas ricas y preciosas.

Estas conversaciones pasaron de las casas aristocráticas á las de la clase media; encontraban eco en el pueblo, el cual decía que los Belfiore habían encontrado la América, y los tenderos que antes no se cuidaban de ofrecer sus servicios á los marqueses porque gastaban poco y tardaban años en pagar sus facturas, ahora los asediaban ofreciéndoles sus géneros.

Los Belfiore querían celebrar la boda con gran solemnidad; por la noche una espléndida fiesta y al día siguiente un almuerzo para cincuenta personas lo menos; estaban contentos y deseaban divertir á sus conciudadanos; debía haber además exposición de regalos, una verdadera fiesta para los ojos de toda aquella gente curiosa. Por aquellos días se hablaba también de otro casamiento, el de Julia Rinaldi con el capitán Guidi, pero lo eclipsaba el primero; sin embargo, los dos jóvenes prometidos eran tan felices que no querían fiestas ni comilonas; la fiesta la tenían en el corazón: no necesitaban manifestaciones exteriores; su propósito era casarse vestidos con traje de viaje, partir sin despedirse de nadie y marchar á

algun punto de la montaña ó á orillas de un lago á saborear solitos su dicha.

La baronesa aprobaba aquellos deseos modestos; tenía cuatro hijas, no quería establecer precedentes costosos y esperaba que con tal ejemplo, las demás no exigirían más.

XVIII

El eco de los espléndidos preparativos para la boda de Elisa llegaba hasta Villa Gracia, y Renata sentía que se le oprimía el corazón á la idea de tener que asistir á una fiesta que para ella no era otra cosa sino un verdadero suplicio.

La visita que los novios le habían hecho sirvió para demostrarle que su amor á Eduardo aún no se había extinguido, sino que estaba como sofocado en el fondo del corazón, pronto á despertarse á la primera ocasión. Conocía que su tranquilidad exigía que no volviera á ver más á aquel joven que tantas tempestades le suscitaba en el alma. Y sin embargo, su padre había dicho que no podían dejar de asistir á la boda sin una razón poderosa, porque, si bien la desaprobaba, no quería dar que hablar á la gente, que habría atribuído su ausencia á causas equivocadas, y Renata tenía que resignarse á los mandatos de su padre.

Faltaban pocos días para el casamiento de Elisa; el conde había salido á dar su vuelta acostumbrada por las granjas, y Renata, que se había quedado como siempre en casa, triste y pensativa, tenía un bordado en la mano, cuando percibió un rumor inusitado de voces bajas y susurros que llegaron á sus oídos en el silencio del campo. Maquinalmente dejó la labor y se asomó á la ventana; el espectáculo que se ofreció á su vista le heló la sangre en las venas y sintió un sudor frío en todo el cuerpo.

Cuatro hombres traían en unas parihuelas improvisadas al conde desmayado, acompañado de gran número de campesinos de ambos sexos.

Renata acudió corriendo al encuentro de su padre, y su primer cuidado fué mandarlo tender en la cama, y aunque le aseguraron que no era nada grave, hizo llamar en seguida al médico.

Era en efecto un simple desmayo, pero quizás presagio de peores complicaciones; el corazón no funcionaba bien y la enfermedad que había ido trabajando el organismo casi insensiblemente por espacio de tantos años, se había desarrollado de pronto de un modo formidable. El médico no quitó á Renata toda esperanza, pero tampoco le ocultó la gravedad del mal. Ayudado por la joven, asistió con solicitud al paciente, y á fuerza de sinapismos y de excitantes avivó la circulación de la sangre; pero cuando el conde abrió los ojos y comenzó á dar señales de vida, aquellos ojos parecían vidriosos, y la respiración era tan jadeante que daba pena verlo.

El doctor quería que Renata se retirase, pero ella contestó que su puesto era aquél y que no saldría del cuarto aunque se lo pidieran de rodillas. Pasado el primer aturdimiento, se quedó más tranquila, cumpliendo las prescripciones del médico, mandando á los criados que fuesen á la botica en busca de las medicinas necesarias y disponiendo luego que fuesen á la ciudad á llamar á otro médico para celebrar una consulta.



Eduardo iba con frecuencia á verla y hablaba de lo que le preocupaba

Aunque el enfermo no podía hablar todavía, parecía sin embargo que se iba calmando, y á la dificultad de la respiración, á la agitación del cuerpo cuya máquina no funcionaba, sucedía una especie de sopor que tenía toda la apariencia del sueño.

Renata permaneció inmóvil, interrogando de vez en cuando con la mirada al doctor y rogándole que se quedara y no la abandonara.

Al anochecer el enfermo abrió los ojos y murmuró algunas frases entrecortadas.

– Está mejor, dijo el médico, y mandó que se le tuviera con la cabeza levantada sobre las almohadas y se le diera de cuando en cuando una poción preparada para reanimarlo; luego estableció una guardia de dos criados para la noche con orden de llamarle si ocurriese alguna novedad. Renata se empeñó en quedarse levantada velando, y se sentó junto á la cama observando el rostro pálido del enfermo y escuchando su respiración aún afanosa. El mundo exterior ya no existía para ella; tenía la atención concentrada en aquella habitación y sus miradas en aquel lecho.

De vez en cuando el enfermo se agitaba, y ella le daba á beber la poción ordenada por el médico y le mullía las almohadas despacio para no molestarlo mucho. Por la mañana empezó á quejarse, y entonces se hizo más penosa la misión de Renata.

Padecía y se enfadaba por ello, y si Renata se acercaba á calmarlo, la echaba bruscamente de su lado.

Cuando llegó el otro médico para la consulta, el enfermo había vuelto en sí; pero los dos doctores, después de reconocerlo y auscultarlo y de pasar más de una hora comunicándose sus ideas, emitieron el dictamen de que la enfermedad era muy grave y dejaba pocas esperanzas.

Entonces comenzó para Renata una lucha terrible con la enfermedad y con los caprichos de su padre, que no quería obedecer las prescripciones de los médicos y estaba de malísimo humor. Cuando se agravó el mal tenía alucinaciones, creía que lo envenenaban, y á menudo rechazaba las medicinas diciendo que querían matarlo.

La pobre joven no se separaba de él, ni descansaba un momento, luchando entre la esperanza y el temor, presenciando la desesperación del enfermo que se rebelaba contra el mal y los remedios, se empeñaba en levantarse y gritaba que no quería morir.

La noticia de la enfermedad del conde Landucci llegó á la ciudad, mientras los Belfiore estaban haciendo los preparativos para la boda. Era un verdadero contratiempo que los tenía vacilantes y los ponía del mal humor.

La marquesa Emilia no hacía más que enviar recados á Villa Gracia con la esperanza de recibir mejores noticias; pero éstas eran siempre iguales y anunciaban la gravedad de un mal que no dejaba esperanza de curación.

La marquesa estaba furiosa: ¡enfermar su hermano precisamente en aquellos momentos! No nos faltaba más que esto para trastornar la casa y ponernos en la más cruel inseguridad. Aplazar el casamiento habría sido lo más conveniente, pero temía que pudiera frustrarse y que Sangalli cambiase de parecer si Renata quedaba libre y dueña de sí misma.

Entretanto decidió ir á Villa Gracia para ver por sus propios ojos el estado de su hermano. Lo encontró en un momento de excitación; por la mañana había ido el cura á visitarle y él se había enfadado diciendo que querían por fuerza que estuviese á las puertas de la muerte, y por más que le dijeron que el sacerdote se había presentado espontáneamente, no quiso creerlo. Cuando vió á su hermana le preguntó si también ella le creía en la última extremidad, puesto que iba á verle en los momentos en que debían preocuparla otras cosas, y gritaba que no quería morir y que viviría á pesar de todos.

A la marquesa le pareció que habían exagerado el peligro, y que su hermano no estaba tan grave, por lo cual regresó á su casa llevando buenas noticias y diciendo que debía celebrarse la boda, y que si bien la enfermedad sería quizás larga, todos habían exagerado su gravedad.

Renata comprendió el objeto de la visita de su tía y su empeño en ver la mejoría que deseaba, pero que no existía; antes al contrario, los médicos no auguraban nada bueno de aquel estado febril y de la continua agitación del enfermo.

Y cuando la tía le expresó su disgusto por tener que celebrar la boda de su hija bajo tan tristes auspicios y la inseguridad en que se encontraba, ella no contestó nada, porque en aquel momento le parecía una falta abrigar la esperanza de que se aplazara el casamiento, y se limitó á contestar:

– Confiemos en que mejorará, y un sollozo la impidió proseguir.

– Es indudable que con tus cuidados se curará; te aseguro que lo he encontrado mejor de lo que me figuraba; dame noticias suyas diariamente y tú procura no cansarte demasiado, y así diciendo se marchó para volver á la ciudad.

Renata dió un suspiro y meneó la cabeza. ¿Qué le importaba ella misma, su prima y el mundo entero? Todo su pensamiento estaba concentrado en la habitación del enfermo, en el temor de que sucediese una desgracia que la habría dejado sola en el mundo sin poder esperar la felicidad.

La marquesa Emilia, tan luego como regresó de Villa Gracia, se dedicó con todo afán á activar los preparativos para la boda; aunque repetía á todos y á sí misma que la enfermedad de su hermano no era grave, no las tenía todas consigo, y atareándose todo el día esperaba desechar de la imaginación sus tristes pensamientos y hacer que pasara el tiempo más de prisa.

Las noticias que se recibían diariamente no daban lugar á esperanza, pues una leve mejoría iba seguida de crisis que ponían al conde en grave peligro.

La marquesa daba crédito á las buenas noticias y decía que las otras eran exageradas, y en tanto iban pasando los días hasta que por fin llegó el de la boda.

Ya no había remedio; los acontecimientos se precipitaban, se habían repartido las invitaciones, y la marquesa esperaba olvidar por un día la enfermedad del hermano para que no se turbase aquella fiesta de familia.

Llovían las cartas de felicitación, así como los regalos de los amigos. Elisa estaba enajenada de gozo y Eduardo contento.

En el momento en que subían al coche para ir á la alcaldía, llegó un despacho dirigido á la marquesa.

Lo abrió con ansia y leyó la noticia de la muerte de su hermano.

Tuvo que hacer un esfuerzo para no perder el conocimiento y no dejar ver el telegrama.

– ¿Hay noticias del tío?, preguntó Elisa que notó su turbación.

– Sí, que sigue lo mismo, contestó su madre.

Conoció ésta que en aquel momento en que el alcalde estaba esperando y todo estaba preparado, habría producido mal efecto divulgar tan fatal noticia y decidió ocultarla algunas horas.

Mas apenas hubo dicho aquella mentira, sintió un agudo remordimiento, un peso en el corazón y un nudo en la garganta, y no pudiendo soportarlo, reveló lo sucedido á su marido y á su hijo.

– Conviene no decir nada, añadió, pues hemos llegado á un punto en que no es posible retroceder.

Y todos se encaminaron á la alcaldía, donde se celebró el matrimonio civil; pero durante la ceremonia la marquesa estuvo llorando.

Sus amigas, para consolarla, le decían que no era un acto tan conmovedor para llorar de aquel modo, y que además su hija iba á estar bien.

Pero ella no podía contener las lágrimas, toda aquella gente la molestaba, y cuando se encontró en su casa, sus salas adornadas de flores y resplandecientes de luz le causaban cierta opresión y le parecía que aquella noche todo tenía un color fúnebre, hasta el vestido azul de su hija.

Sentía remordimientos por lo que había hecho y se arrepentía de no haber suspendido aquella ceremonia que tan alegre debía haber sido. Por más que procurase desecharla, siempre tenía delante de los ojos una visión fúnebre: su hermano tendido en el lecho de muerte. Le parecía verlo en todas partes, y para mayor aflicción todos le preguntaban por él y debía mentir continuamente y contestar que las últimas noticias eran mejores.

Pero llegó un momento en que no pudo soportar el peso de su dolor y se decidió á confesar la verdad para ahuyentar á aquella gente y quedarse sola.

Veía que nadie se divertía, que se notaba cierta frialdad en aquellas salas iluminadas donde parecía que se presintiese alguna desdicha.

De pronto la marquesa vió en un rincón dos señoras hablando en voz baja; dedujo que la noticia debía haber circulado por la ciudad, y como ya estaba conseguido su objeto y el matrimonio celebrado, le pareció que lo mejor sería quitarse aquel peso de encima y comunicar la triste nueva.

Entonces, poco á poco, circuló ésta por las salas y los convidados no sabían qué hacer. Los amigos más íntimos aconsejaron que se dijeran algunas palabras de pésame á los dueños de la casa y que en seguida se marchasen todos tranquilamente.

La marquesa pudo ya dar rienda suelta á sus lágrimas.

– ¡Quién lo hubiera dicho!, exclamaba. Esta mañana estaba mejor..., y precisamente hoy, en un día como este..., ¡qué desgracia!

Elisa, viendo á su madre llorar, sollozaba; Eduardo procuraba consolarla á fuerza de caricias; pero inútilmente.

– En fin, le decía, todos nos hemos de morir; la muerte es un acontecimiento como otro cualquiera; es preciso tomar las cosas con filosofía y no estropear aquel día su hermoso rostro llorando tanto.

Los convidados se marchaban silenciosos y suspirando; pero una vez fuera, hablaban, murmuraban entre sí y decían que era una boda celebrada bajo malos auspicios; los que habían envidiado la suerte de Elisa gozaban con aquel contratiempo, que llenaba de luto un día que debía pasar con alegría.

Cuando se quedaron solos, los Belfiore pensaron en lo que más les convendría hacer, y decidieron que los esposos celebraran á la mañana siguiente el casamiento religioso y que luego partieran solos, tranquilamente, sin ostentación, para su viaje de novios.

Los marqueses y Conrado irían á Villa Gracia con objeto de asistir á los funerales del conde y consolar á Renata.

– Ha sido una fatalidad, decía la marquesa, morir precisamente en ese día; y casi se enfadaba con su hermano porque había escogido para morirse un momento tan inoportuno.

XIX

Después de un día caluroso de junio, una leve brisa llena de perfumes penetraba por las ventanas abiertas en el saloncito de Villa Gracia. Era la hora de la puesta del sol, y en la tinta gris de aquel momento, mientras todos los objetos se confundían, Renata, sentada con indolencia en un sillón junto á la ventana abierta, en medio del silencio y de la soledad, repasaba mentalmente los sucesos de aquellos días.

Le parecía haber sido juguete de un sueño doloroso, hasta tal punto se confundía en su imaginación todo lo que había sucedido. Volvía á ver á su padre que se removía en el lecho vencido por el dolor. Por la mañana había estado más tranquilo y el doctor dió alguna esperanza, pero más tarde se había agravado el mal hasta el punto de hacer desesperar de la curación.

– ¡No quiero morir!, gritaba el enfermo desvariando. ¡Queréis matarme teniéndome sujeto en la cama! ¡Socorro! ¡Socorro!

Y al decir esto, tiraba los cobertores y hacía un esfuerzo para saltar de la cama.

Renata pensaba luego en el momento terrible en que, de pronto, mientras procuraba sosegarle, cayó rígido, babeando y con los ojos desmesuradamente abiertos en un esfuerzo supremo. No, jamás olvidaría aquel momento. Después recordaba vagamente la noticia que corrió por toda la quinta, la confusión de los criados, las preces del cura, al médico que quería sacarla de aquel cuarto, su resistencia y empeño en velar el cadáver toda la noche rezando; ya muy tarde había entrado la vieja Magdalena y la había obligado á descansar algunas horas, teniendo un sueño agitado y lleno de visiones y un despertar doloroso.

Recordaba también el esfuerzo que había hecho para formarse una idea clara de lo ocurrido y de las conversaciones en voz baja que oía á su alrededor, sobre las disposiciones que debían tomarse para las fúnebres exequias, el entierro y tantas otras cosas como le oprimían el corazón.

Y cómo había tenido que ocultar su dolor para presentarse tranquila y poder atender á todo. Ella hubo de mandar al anciano ayuda de cámara de su padre que pusiera el cadáver en un catafalco improvisado en su cuarto, mientras con sus propias manos tejía coronas de flores con que rodear sus restos. ¿Cuántas horas había pasado rezando arrodillada junto al cadáver? No lo recordaba; únicamente le parecía oir aún las voces mesuradas de los criados, de los dependientes y de los campesinos que pasaban por delante del féretro para dar el último adiós á su señor.

Algunos se paraban para besarle las manos, frías, rígidas; otros recitaban las preces de los difuntos, y hasta los más indiferentes sentían esa especie de frío y de dolor que todos experimentan delante de la muerte.

El conde Ladducci era más temido que amado de sus dependientes, pero no tenía enemigos y había sabido granjearse el respeto general; además, si no lloraban por él, la aflicción de la hija, á la que todos querían, arrancaba á aquella gente algunos sollozos.

Por último, la joven recordaba la llegada de la tía Emilia con el marqués y su visita al cadáver, el llanto convulsivo que la sobrecogió y el agudo dolor que ella misma había sentido cuando, al interrogarla con una mirada al notar la ausencia de Elisa, le contestó la marquesa:

– ¿Qué quieres? No sabíamos nada, y se ha marchado con su esposo.

Recordaba que no había podido reprimir el llanto, confundiendo en un solo y gran dolor el del padre y el de su amor muerto para siempre.

Luego se habían presentado los agentes de negocios, el abogado Raimondi, la lectura del testamento, que, salvo algún legado, la constituía en heredera de una fortuna de cerca de dos millones de liras y que ella había escuchado con la mayor indiferencia. ¿Qué le importaban las riquezas si su corazón estaba muerto y se quedaba sola en el mundo? Y pensaba en los funerales solemnes, conmovedores, á los que habían asistido todos los habitantes del país y muchas personas llegadas de la ciudad; luego en las instancias de su tía para llevársela consigo, en los consejos del abogado Raimondi para que no se quedara sola, instancias y consejos que había rechazado diciendo que quería continuar en Villa Gracia con la vieja Magdalena.

Habíase, pues, quedado sola, abrumada por el peso de su aflicción, sin tener valor para reanimarse y desechar la tristeza que la oprimía.

Y allí, sentada en su sillón, mientras las sombras de la noche descendían poniendo fin á aquel día pasado como tantos otros, con el corazón siempre sobresaltado y la mirada fija en el vacío, sin tomar una resolución sobre lo que le convendría hacer, se sentía triste por la pérdida sufrida y sin el consuelo de una persona amiga que le indicase el modo de salir de aquella situación.

Cuando un criado encendió la lámpara y se difundió un poco de luz por los objetos diseminados en la elegante sala, pareció sacudir aquella idea que tanto la oprimía y probó á levantarse y pasear maquinalmente por la estancia sin fijar la vista en nada; pero el cerebro trabajaba; comprendía que no podía continuar mucho tiempo de aquel modo, le parecía que se le trastornaba el juicio y quería poner fin á tanto quebranto, aparecer fuerte y mostrar que sabía hacerse superior al dolor que la oprimía, por lo cual resolvió ocuparse de nuevo en la dirección de la casa para no tener tiempo de sentir el peso de sus pensamientos.

Había recibido una instrucción completa, como todas las señoritas de su clase: bordaba como una hada, tocaba el piano lo bastante para poder leer á primera vista las nuevas óperas y pintaba con gracia, especialmente flores; pero no se había dedicado á estas cosas con ese cariño y esa pasión que hacen vencer las dificultades, por lo cual no cruzó nunca el abismo que separa al aficionado del artista, y en aquella soledad, en aquel abandono de todos sus afectos pensaba dedicarse á la música, pero más especialmente á la pintura con pasión, con ahinco; quería pedir al arte las satisfacciones que el amor le negaba, y resolvió ir una vez por semana á la ciudad con objeto de tomar lecciones de pintura de uno de los mejores artistas, porque además veía en aquel arte algo así como un hilo que la unía á Eduardo Sangalli.

Tomada esta decisión, la puso en seguida en planta; al principio fué un verdadero frenesí de trabajo; por la mañana iba á buscar asuntos que copiar; todo le servía de estudio, el cielo azul, un grupo de plantas, una peña de granito ó las flores del jardín.

Copiaba y volvía á copiar, manchaba lienzos, hacía y rehacía, borraba, sin quedar nunca satisfecha de su obra, buscando continuamente el modo de trasladar á la tela la impresión de la verdad y devanándose los sesos para conseguirlo. Tenía momentos de alegría cuando creía haberlo logrado; pero seguían luego horas de desaliento durante las cuales dejaba á un lado los pinceles y se desesperaba de su impotencia.

Por la noche, cuando ya no podía pintar, se dedicaba á la música y repasaba los encantadores nocturnos de Chopín ó las magníficas sinfonías de Beethoven, olvidando el mundo y arrebatada por el encanto de aquellas notas. Y cuando se cansaba de atormentar el teclado de su Erard y se sentía quebrantada por la tensión de su espíritu para dar su justa expresión á aquellas melodías, se sentaba junto á la mesa en la cual había aglomerados en desorden las últimas revistas y novelas y los periódicos del día, y leía y releía sus páginas, interesándose en aquellas lecturas que absorbían toda su mente, hasta que sus ojos cansados se cerraban y sus ideas se confundían, rendida de sueño y de cansancio.

Mientras vivió su padre, en aquella casa no entraron más que algunas revistas, muchas obras de historia y de política y poquísimas novelas y libros de ciencia. Pero Renata, apenas aliviada de su intensa aflicción, sintió imperiosos deseos de conocer los nuevos descubrimientos de la ciencia, así como los nuevos ideales de la literatura moderna, y empezó á leer con avidez las novelas de los autores de quienes había oído hablar, pero que eran para ella desconocidos. Pasaron, pues, á porfía por su salón las obras de Daudet, Zola, Maupassant y Bourget, luego toda una serie de novelas rusas de Turghenieff y Tolstoi, ávida siempre de cosas nuevas y deseosa de conocer á fondo la vida moderna.

Habiendo renunciado al matrimonio después de la muerte de su amor, no se sintió con vocación para encerrarse en un convento y huir del mundo, en el cual sólo penas había tenido; no, quería vivir, conocer la vida, estudiarla en todas sus manifestaciones, en los libros, en los diferentes países, en la sociedad; quería librarse de todo ese convencionalismo que rodea la vida de una joven italiana, y lanzarse al mundo, al menos tan libre como una doncella americana; de allí á pocos meses saldría de la menor edad, y no tendría que dar cuenta de sus acciones más que á su conciencia, segura de que la guiaría por el camino recto.

En tanto aprovechaba la soledad para estudiar, instruirse, saber y estar apercibida para la lucha de la vida antes de salir de su nido.

A nadie decía una palabra de sus proyectos, ni á su tía Emilia cuando iba á verla, ni á los amigos de la ciudad que la visitaban; solamente se había confiado á Fanny que, acostumbrada á la libre América, le parecía aquel deseo de emancipación la cosa más natural del mundo y la incitaba á persistir en su idea.

Sólo de cuando en cuando recibía noticias de los esposos Sangalli, y desde que Elisa le escribió una carta de pésame, no sabía nada más de ellos sino que viajaban y estaban muy contentos; al menos así se lo aseguraba su tía Emilia.

Se consolaba notando que no pensaba ya tanto en el primo, y le parecía que del gran amor que le había tenido no le quedaba en el fondo del corazón más que una especie de amargura, un profundo escepticismo sobre la constancia de ciertos sentimientos, en el cual comprendía toda la parte varonil del género humano.

Sentía que en aquella soledad con su arte, sus cartas y sus pensamientos, se hacía de día en día más mujer, y el mundo, visto desde las colinas de Villa Gracia, mientras su mirada se espaciaba por los dilatados horizontes que en lontananza se confundían con la interminable llanura, le parecía pequeño, habiendo momentos en que se sentía tan superior á todas las pasiones que agitan la humanidad, que habría querido subir, subir á las más altas cimas y vivir allá arriba solitaria mirando al sol como el águila; pero eran vuelos de su fantasía, aspiraciones que jamás se convertirían en realidad, porque al mismo tiempo la curiosidad por ver y saber la impelía á engolfarse en aquel mundo y en aquella sociedad para conocerla á fondo y ver si valía la molestia de dejarse arrastrar en su engranaje ó huir de ella para siempre.

Así había visto madurar las mieses en sus campos y las uvas en sus viñedos, presenciado luego la caída de las hojas, encerrada en sus abrigadas habitaciones, y había sentido que se apoderaba de ella la melancolía y el desaliento al caer las primeras nieves.

Cuando los senderos se habían puesto impracticables, el aire glacial y no podía salir, se habría aislado de todo y de todos si el cartero rural no hubiese subido una vez al día arrostrando el hielo y la nieve para llevar noticias del mundo de los vivos á la condesita, como la llamaban en Villa Gracia.

(Continuará)

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

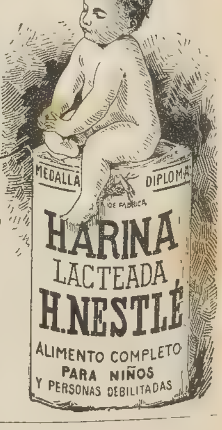
por autores ó editores

Album do Pará em 1899 na administraçao do Governo de Sua Excia o Senor Dr. José Paes de Carvalho. - El Sr. Dr. R. de la Valle, cónsul general de los Estados Unidos del Brasil en España, ha tenido la atención de remitirnos un ejemplar de esta obra que ha sido editada con gran lujo y que da perfecta idea de la importancia del estado brasileño de Pará. En su parte descriptiva, debida al Director de Obras Públicas Dr. Enrique Santa Rosa y escrita en portugués, italiano y alemán, se hace una reseña histórica y se estudian la topografía, las fuentes de riqueza, la instrucción pública, la administración y rentas del Estado, la propiedad territorial, la climatología, el comercio y la navegación, dedicándose á cada una de estas materias interesantísimos capítulos. La parte ilustrada contiene numerosos fotograbados, reproducciones de artísticas fotografías de R. A. Fidanza, encerrados en bonitas orlas y elegantemente combinados, que representan vistas de monumentos, museos, edificios, paisajes, puentes, ferrocarriles, costas, puertos, ríos, paseos, fábricas, playas, establecimientos industriales, etc., dos mapas y los retratos del actual gobernador Sr. Paes y de las personas que ocupan altos puestos de la administración y gobierno. El *Album de Pará*, que es un verdadero monumento artístico y literario, muestra de la prosperidad y del espíritu progresivo de aquel Estado, ha sido editado en Berlín por Gustavo Fritsche.



El primer amor, cuadro de Artz

El balance más práctico y más breve, por *D. Domingo Cabré y Estany*. - En varias ocasiones hemos hablado con el elogio que se merecen de las publicaciones de la Biblioteca Administrativa Comercial. El trabajo que hoy nos ocupa es la segunda edición del quinto volumen de la misma, y de su utilidad para los comerciantes podremos dar idea diciendo que es un estudio técnico y práctico para reducir al último límite el trabajo material de los balances ahorrando tiempo y libros de contabilidad sin perjuicio de la claridad, del orden y de la ley. Véndese á dos pesetas en la Administración del periódico «El Consultor Mercantil é Industrial,» Ronda de la Universidad, 3, 3.°, Barcelona.



Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XVIII — Barcelona 4 de diciembre de 1899 — Núm. 936

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO



PARÍS. – UNA NEVADA, cuadro de Francisco Miralles

(Salón Robira, Fernando VII, Barcelona)

DE EUROPA

Hasta en los dominios del misticismo se cumple la ley que quiere que las naciones poderosas impongan su criterio á las débiles. Las devociones latinas, en estos tiempos, son de origen francés. Así Lourdes, así el Sagrado Corazón, forma del culto que se enlaza con las glorias de la bienaventurada Margarita María Alacoque.

Este emblema del Sagrado Corazón es ya universal en el catolicismo. León XIII, en una Encíclica memorable, ha consagrado al género humano á la devoción del Corazón que reemplaza al lábaro de Constantino: y los católicos franceses aspiran á que el signo del Corazón figure en la bandera nacional. Sin embargo, este movimiento, en Francia, no tiene carácter perturbador (como por desgracia ha estado á pique de tenerlo en España), gracias á la intervención siempre pacífica y sedante del Pontífice y á sus enseñanzas verdaderamente evangélicas.

La última Encíclica del Papa, sin dejar de ofrecer claro testimonio del carácter conciliador de la política internacional de la Santa Sede, presenta restricciones y afirma las constantes doctrinas del Pontificado. En el terreno político, Roma llega hasta donde puede llegar, admitiendo en tesis todas las formas, todos los métodos de organización, todas las instituciones que quieran darse los pueblos. Pero, en el terreno del pensamiento, en lo que concierne al cerebro y al espíritu, Su Santidad, perdónese lo vulgar de la frase, aprieta las clavijas reciamente. La instrucción en los moldes del catolicismo; la juventud adoctrinada por las Universidades católicas, he aquí el fondo de la Encíclica que el admirable anciano envía al mundo. En otros tiempos, la voz del Pontífice iba derecha á las testas coronadas, á cuyo arbitrio estaban los pueblos. Hoy, las Encíclicas se dirigen realmente á las multitudes, á los obreros, á los pobres, que la cuestión socialista ha sacado á luz, ha traído á la superficie con reivindicaciones enérgicas.

Hay quien se asombra de que León XIII reitere ahora las afirmaciones y las condenas de Pío IX. Para compartir este asombro sería preciso ignorar la inconsutilidad de la Iglesia, su complexión invariable. El método, los procedimientos, ciertos detalles, pueden variar de Pontífice á Pontífice; y sin duda León XIII, en el camino de las concesiones, llegará á los últimos límites; pero estos límites tienen una región *ultravioleta,* que no había de traspasar el Papa.

Sabiamente pondera León XIII la necesidad de que el clero se prepare, por medio de fuertes y profundos estudios, á su sagrada misión. Los que pasamos muchos meses en el campo y conocemos de cerca al clero, nos damos cuenta de la indiscutible utilidad que encierran estos preceptos de León XIII. El clero español no es una excepción dentro del estado general de nuestra patria, en cuanto á deficiencias de cultura; y ningún argumento más favorable á las doctrinas del catolicismo cabría presentar aquí, que un clero constituído en honrosa excepción, *regenerado* antes que la patria. Claras y terminantes son en esto las órdenes del Papa. Que los sacerdotes atesoren conocimientos y se empapen en la filosofía de Santo Tomás, dentro de la cual, como nadie ignora, se contiene la teoría de la organización social y del Estado moderno; y que adquieran esa profunda ciencia teológica de que hacen gala los sacerdotes alemanes. Y en efecto, aunque parezca una perogrullada, si la Iglesia aspira á enseñar, sus miembros tienen que empezar por saber.

***

Al lado de estas grandes oleadas de sentimiento religioso envueltas en las fórmulas correctas de la diplomacia, y que recorren el mundo entero, porque en todo él hay católicos, parece insignificante la evocación de los sentimientos aislados del individuo; pero es ley eterna del eterno romanticismo que el destino del individuo pueda interesar hondamente á la colectividad, y yo declaro que la suerte de la princesa Estefanía, viuda del heredero de la corona de Austria, me parece de lo más patético en estos instantes, cuando, como á otra Ifigenia, la inmolan en el ara de las preocupaciones.

En otra crónica tuve ocasión de hablar de los proyectos matrimoniales de esta princesa malaventurada, viuda en vida de su marido y sin embargo obligada á quemarse eternamente, como las del Malabar, sobre la pira del difunto. Entonces parecía que la víctima iba á romper sus ligaduras y evadirse. A la vuelta de más de diez años, la archiduquesa había encontrado á un joven señor húngaro, el conde de Longay, agregado á la Embajada de Austria-Hungría en Inglaterra. La estirpe del conde era noble y antigua, lo cual, en nuestra tierra de verdadero espíritu democrático, de «abajo del rey ninguno,» bastaría para borrar toda idea de *mesalliance* El conde, según dicen, es gallardo y mozo, y simpático y enamorado de veras, como que las primeras imposibilidades que surgieron quitándole la esperanza, le impulsaron á emprender uno de esos viajes en que se busca el olvido como un bálsamo. El conde recorrió el Africa. A su vuelta, la ciega casualidad le acercó otra vez á la archiduquesa, y el más ciego amor hizo su oficio. La esperanza dibujó sus verdes recamos, y el conde, creyendo preparar un nido de felicidad, se retiró á su castillo patrimonial, á fin de alhajarlo para recibir en él á su desposada.

En verdad os digo que el rey Leopoldo y el emperador Francisco José le deben una indemnización, pues se han atravesado en su camino é impedido su matrimonio, ya definitivamente, según parece. La pobre archiduquesa, esclava de su categoría, de sus preeminencias, de sus ilusorias grandezas, ha tenido que renunciar á todo proyecto de bodas. Seguirá llevando ceñidos al corazón, ya que no al cuerpo, los crespones de su viudez, dos veces negros, como el desengaño de lo pasado y como la desesperanza en el porvenir. Seguirá arrastrando una vida estéril, emponzoñada por las memorias de una juventud trágicamente dolorosa. La *Gaceta* alemana lo ha decretado: la archiduquesa austriaca no se casará con el conde húngaro.

Ciertamente que la viuda de Rodolfo de Hapsburgo merece toda clase de favorables conceptos, y líbrenos Dios de pensar mal de ella, ni aun teniendo prevenida la disculpa de estas críticas circunstancias en que la colocan los demás; pero confieso que el caso me recuerda el de un ricachón madrileño que se casó, á los sesenta diciembres, con una niña de veinte abriles, por señas preciosa. Celoso más allá de la tumba, la dejó por heredera en su testamento, con la condición expresa de que no se casase. Si se casaba, perdía toda la hacienda; caía otra vez en la miseria de donde sus desapacibles nupcias la habían sacado. Y ¿cómo dudarlo?, la heredera viuda, en efecto, no se casó. *Il est avec le cel des accomodements,* que dijo Tartuffe.

***

Las pasiones, de que fué presa y despojo el Kronprinz austriaco, hacen estragos en esa familia ilustre. Piérdese la cuenta de los enlaces morganáticos y desiguales que en ella han estallado como petardo en iglesia. El archiduque Juan se casó con la hija de un carretero, carretera también ella; el archiduque Enrique, con una cantatriz; el archiduque Salvador, con una comedianta. Y ahora mismo, el archiduque Francisco Fernando va á desposarse morganáticamente con la condesa de Chotek. Nótese que á este archiduque corresponde la sucesión al trono.

Lo que hace dramáticos estos episodios conyugales, es que en Austria se conserva, cultiva y eleva á grado inverosímil la idea de la desigualdad entre los hombres. Si en alguna corte europea el exclusivismo aristocrático y la jerarquía son institución, es en Austria. D. Juan Valera, que fué ministro plenipotenciario de España en Viena, refiere de esto cosas verdaderamente curiosas. Hay una serie de grados y de clasificaciones, una escala determinada por el nacimiento, con razonado catálogo de abuelos y estudio detenido de entronques y ramas, que constituyen una ciencia cortesana, mediante cuyos cánones se otorga puesto honorífico ó se excluye rigurosamente á las personas. Para entrar en los salones de la corte de Viena, es preciso tener no sé cuántos cuarteles bien probados. Aquí no hay idea de estos tiquis miquis, y cualquier satírico puede á toda hora escribir, si le divierte, un nuevo *Tizón de la nobleza,* más lleno de manchurrones que el antiguo.

***

¡Cuán diferente el drama de sentimiento y de locura del matrimonio Dupuis! Era Dupuis un escultor y grabador de fama, y le habían consagrado varias creaciones de carácter nacional; la medalla de la Villa de París en 1879, la del Salón y de la Exposición de 1889, que conservo, y el precioso cuño de los nuevos *perros chicos y grandes* de la República Francesa. Ahora estaba terminando la medalla de la Exposición futura, de 1900, medalla de la cual se dicen primores.

Dupuis era casado, y además feliz en su hogar. Su mujer le profesaba apasionada devoción. Unica nube, el padecimiento de que hacía tiempo se quejaba la señora de Dupuis, y que la sujetaba meses enteros á la cama ó á la meridiana. Herida su imaginación por la tristeza, creía firmemente la pobre señora que estaba condenada á muerte, que no se curaría jamás y que tardaría poco en separarse de su marido, dejándole en el mundo quizás para que otra le consolase. Y esa terrible pasión celosa – que desde el Tetrarca acá no se modifica ni al roce y pulimento de la civilización ni al desgaste de las ideas de tolerancia – impulsó á la desdichada señora á matar á Dupuis de un tiro de revólver, y á volver contra sí misma el arma después. No erró los golpes: ambos dieron instantánea muerte.

¡Sombría pareja, el imperial drama de Meyerling y este que se desarrolló en la burguesa alcoba de una casa de artista! Y es que, á pesar de las categorías de la corte de Viena, si reina la igualdad en alguna parte es en las esferas sentimentales, invariables hasta la consumación de los siglos.

Emilia Pardo Bazán

MADAME REJANE

«¡Hela ahí! Con los ojos centelleantes de atrevida malicia; con la boca intensa lo mismo en la risa que en la emoción, con su nariz de Arlequín, con su rostro animado por cien expresiones diversas, espejo curioso y fiel de pensamiento rápido en sus resoluciones, graciosa máscara de un ingenio raro de mujer y de artista en el que, aparte de la inteligencia, del gusto y del valor, hallan también modo de brillar y de vivir el corazón y la bondad. Todo en ella es armonía: su voz, su gesto, su continente. Tiene la mirada y las entonaciones de su personalidad: no se la concibe de otra manera. ¿Es posible, decidme, sin cometer un sacrilegio, imaginar una variante cualquiera en esa fisonomía provocativa y picaresca que con tanta travesura y docilidad se presta al juego múltiple de las más encontradas pasiones? La hada de la clásica y fastidiosa belleza fué bondadosísima con ella y con nosotros y con motivo de su nacimiento dió pruebas de un tacto de gran señora. Me han dicho que la mañana en que se inclinó sobre la cuna



Mme. Rejane en *Zazá* (de fotografía de Reutlinger)

de la niña quedó tan maravillada del gracioso encanto y de la fantasía que brillaban en aquella carita, que hubo de exclamar: «¡No la toquemos, porque la echaríamos á perder!»



MME. REJANE (de fotografía de Reutlinger)

Así se expresa, hablando de la eminente actriz, el reputado escritor Enrique Lavedán.

* * *

Tarea por demás agradable resulta seguir á madame Rejane en cada una de sus creaciones, desde la *Revue des Deux Mondes*, de Clairville y Dreyfus, hasta su consagración suprema en *Madame Sans Gêne*. Dióse á conocer como confidenta taimada en *Fanny Lear*, fué luego en *Madame Lili* la tierna dama joven cuya ignorancia posee todas las adivinaciones, hízose aplaudir más tarde en su papel bufo de la marquesa de Menu Castel en *Le Verglas*, y obtuvo su primer triunfo indiscutible haciendo la graciosa Gabriela de *Pierre*. Durante aquel primer período de su carrera, desde 1879 á 1885, la artista trata de orientarse, de afirmar su temperamento, y crea sucesivamente en el Vaudeville, elevándose cada vez más, la Anita de *L' Aureole* y la baronesa de Oria de *Odette*. Después abandona aquel teatro y representa de una manera admirable en el Ambigú el papel de Mme. de Cezambre en *La Glu*, de Richepin, y en el Palais Royal el de Adriana en *Ma Camarade;* vuelve al Vaudeville, pasa á Varietés, entra en el Odeón, ve nacer y morir el Grand Theatre y torna á su primer escenario.

En una de estas escapatorias estrena la diva de *Clara Soleil*. Al año siguiente la comedia *Les Demoiselles Clochart* le impone dos papeles, uno frío, serio, y otro apasionado, juguetón, y ambos los desempeña con igual maestría sin la menor confusión y sin esfuerzo aparente. Merecen también citarse de una manera especial su Regina de *Monsieur Morat* y sobre todo la protagonista de *Decoré*. En 1888 Edmundo Goncourt le confía el papel de *Germinie Lacerteux*, y sucesivamente estrena *Le premier tapis, Ma Cousine, Marquise, Brevêt Superieur, Amoureuse* y otras, y se hace aplaudir con entusiasmo en la comedia de Donnay *Lysistrata*.

Del mismo modo que las más hábiles modistas parisienses cortan para el soberbio talle de la Rejane los diversos trajes de sus papeles, los mejores escritores de la Academia Francesa escriben para ella obras hechas á medida, por decirlo así: en esta especialidad, Meilhac y Halevy han sobrepujado, durante una temporada, á los demás autores, hasta que Sardou obtiene la victoria decisiva con su *Madame Sans-Gêne*.

Los que andan á caza de novedades, los enamorados de las brumas del extremo Norte, los corazones irresolutos, no olvidarán jamás á la Rejane representando la Nora en la comedia de Ibsen *Casa de muñecas*.

A poco que se estudie su talento tan hermosamente complejo, se siente vibrar en la artista, en el fondo de todos sus papeles, en la mujer, en las entrañas mismas de su naturaleza, una nota nacional ardiente; pues en ella se admiran, después de las seducciones de la parisiense, las expansiones de la francesa, un calor comunicativo que entusiasma, movimientos generosos, gritos que salen del fondo del corazón.

* * *

No menos interesante resulta la figura de la Rejane en la intimidad.

Tal cual la vemos en la escena, la encontramos en el hogar doméstico, en donde, atenta siempre á todo, es á la vez la esposa que cuida del marido y de su casa, la madre que acaricia á sus hijos y la artista que se preocupa del teatro.

Sus salones, su comedor, su dormitorio, amueblados con exquisito gusto, ostentan por todas partes innumerables joyas artísticas debidas á los pintores y escultores más célebres, que alternan con los grupos de plantas: no hay allí unidad de estilo, pero aquella diversidad de muebles y adornos se resume en un conjunto armonioso en el que los contrastes de forma y de color no producen la más pequeña disonancia.



MME. REJANE en el papel de *Lolotte* (de fotografía de Reutlinger)

En el salón, por ejemplo, se ven colocados con tanto arte como coquetería un piano de cola, una preciosa canastilla convertida en cesta de flores, una gran mesa de madera dorada cubierta de porcelanas, de jarros japoneses, de chucherías de toda clase, un hermoso busto en mármol de Rotrou modelado por Caffieri, una vitrina llena de joyas, una estatua en bronce entre los bustos de Moliere y del actor Regnier, un cuadro de Chardin, otro de Trepolo, un pastel de la condesa de Mirabeau Martel que representa á Mde. Rejane en *Madame Sans-Gêne* y que fué muy celebrado en el Salón del Campo de Marte de 1894, y otros cien objetos á cual más bellos.



MME. REJANE en el primer acto de *Partage* (de fotografía de Reutlinger)

Mme. Rejane tiene dos hijos, Enrique y Germana, que constituyen su mayor encanto y á quienes ama con verdadera idolatría. ¡Con qué cariñosa solicitud los educa! Ninguna preocupación artística le ha hecho olvidar nunca un solo momento sus deberes maternales.

Nada más delicioso que la hora de la comida de esas dos encantadoras criaturas: ella la preside y ora acaricia á la una, ora finge ponerse seria con la otra, y siempre prodiga á las dos sus más amorosos cuidados.

Germana es una niña de seis años de asombrosa precocidad: algunas veces, como recompensa á su buen comportamiento, la llevan al teatro, y es de ver cómo al día siguiente imita á su madre y á los demás intérpretes de la obra que ha visto representar.

* * *

En aquel hogar se confunden las manifestaciones más diversas, cuyo conjunto constituye una armonía deliciosa: allí se encuentra á la mujer y á la artista, á la esposa y á la madre con sus gustos y sus afecciones. Pero lo que no dice aquel conjunto es la bondad de la dueña de la casa, su indulgencia para los demás y sobre todo su caridad.

Las tribulaciones de antaño, la lucha larga y ruda que ha tenido que sostener contra toda clase de dificultades, sin dejar la menor amargura en sus recuerdos, la han hecho compasiva hasta el punto de privarse algunas veces de lo necesario para socorrer á aquellos á quienes la suerte ha maltratado. Con los artistas por ella favorecidos se llenaría el escenario más grande.

Terminaremos estos ligeros apuntes copiando un juicio emitido por Sardou.

«De todas las actrices á quienes he aplaudido, ninguna ha personificado en la escena tan bien como la Rejane ese ser caprichoso y complejo, tierno, pérfido, egoísta, abnegado, gatito en amor, perrillo de aguas en amistad, delicioso, en suma, y sin rival en el mundo: *la parisiense*.» – A.

LLUVIA

EN LA CALLE

El ejército de nubarrones obscuros ha empezado á extenderse, cubriendo por completo el cielo azul y diáfano. Gruesas gotas comienzan á caer; los transeuntes, sorprendidos por aquella lluvia inesperada, asaltan coches y tranvías, y esperando que el chaparrón descargue en breve tiempo, invaden los anchos portales y penetran en los cafés rápidamente.

El cielo descarga, por fin, una copiosa lluvia. La multitud huye despavorida buscando asilo donde guarecerse, y el agua, formando verdaderos arroyos al borde de las aceras, se precipita furiosa en las bocas del alcantarillado.

La lluvia suspende su furor breves momentos; parece haber cedido; pero en seguida el chaparrón adquiere nueva fuerza, y aparecen de trecho en trecho los primeros paraguas de escasos transeuntes prevenidos.

Una tarde de lluvia en la corte es una diversión agradable, nueva; produce cierto indefinible encanto y el observador curioso no deja de encontrar motivos de distracción.

Con las primeras gotas surgen como al llamamiento de un conjuro los vendedores ambulantes de paraguas baratos. Cualquiera pensaría que son gentes que se pasan la vida mirando al cielo con la mercancía preparada debajo del brazo, para lanzarse á la calle en busca de compradores apenas las primeras nubes empañan el firmamento.

El *pirata callejero,* conquistador empedernido y Tenorio eterno, láñzase en estas ocasiones á la calle ofreciendo un paraguas á cuantas beldades encuentra al paso, y aprovechando el pánico que á las mujeres causa el barro, hace estudios detenidos acerca del zapatero preferido por las damas.

Caminando despacito, bien cubierto con el paraguas, recogido el pantalón y defendidos los pies con fuertes botas de campo, el temible Tenorio no levanta la vista del suelo, tropezando constantemente con los transeuntes por esta causa, y viéndose precisado á hacer una verdadera gimnasia de brazo en fuerza de subir, bajar, ladear, cerrar y abrir el paraguas, á fin de sortear los peligros y defender la tela de seda de este incómodo *artefacto* de las terribles varillas de los paraguas ajenos.

A la hora de salir de los talleres, las modistillas riñen tremendas batallas y cobíjanse cuatro ó cinco bajo una diminuta y estropeada sombrilla, formando verdaderos racimos y resultando de este modo que la lluvia empapa á todas por igual sin que á ninguna preste servicio alguno la sombrilla.

Es la lluvia la desesperación del aficionado á toros en día de corrida. El chaparrón momentos antes de comenzar la fiesta, echa despiadadamente por tierra todas las ilusiones y esperanzas del *dilettante* taurino, porque la suspensión de la corrida, además de privarle del espectáculo favorito, perjudica la brillantez del acto. Los toreros suelen ser sustituídos, el ganado pierde su poder, todo se trastorna, todo se acaba... ¡Se *aguó* la fiesta!

Para el artista la lluvia es un espectáculo amenísimo. Producen una sensación indefinible el cielo gris, los negros nubarrones, los hilitos de agua que rebotan en las calles... Pasan los traseuntes chapoteando por las aceras, todo el mundo camina de prisa, nadie se detiene...

¡Oh, lluvia bienhechora; lágrimas celestiales! Tenéis el poder de comunicar á las almas cierta incomprensible tristeza, llena de placer íntimo, de suave encanto, sólo comparables á la alegría que produce ver de nuevo el cielo despejado, azul y diáfano; riente el sol, perfumado el ambiente... Con los negros nubarrones huyen los ambulantes vendedores del «paraguas barato;» recobra la corte su vida normal, y se desespera el Tenorio callejero que hasta nueva orden tiene que suspender sus estudios acerca del calzado que gastan las hermosas...

EN EL CASINO

Los salones del círculo han sido invadidos por los socios y *buen golpe* de amigos de éstos. Los salones de tertulia, las salas de billar, el gabinete de lectura, aparecen atestados de gente. Se disputan los balcones á fin de poder distraer la vista con la contemplación de las calles. Gran entrada en la sala de *recreos,* donde se refugian los aburridos á quienes nada distrae y todo fastidia, menos la grata ocupación de *verlas venir*... Las conversaciones, las risas, las disputas, producen un confuso y monótono rumor... La atmósfera se ha ido caldeando poco á poco. El humo del tabaco forma como una niebla á través de la cual apenas se distinguen los objetos...

La lluvia ha empujado al casino á todos los socios, que lamentándose del mal tiempo se ven privados del paseo y aun de la distracción de poder sacar las mecedoras á los balcones para contemplar cómodamente el continuo ir y venir de las gentes por la calle...



Estatua de José Priestley, obra de Alfredo Drury

Transcurren las horas y la lluvia es incesante, continua... Todo el mundo permanece en el casino y comienza la peregrinación de socios á los gabinetes del teléfono para avisar á los respectivos domicilios.

– ¡No me esperéis!.. Como en el casino...

No se oyen otras palabras... Los criados salen y entran con esquelas... Otros traen la ropa de etiqueta para algún socio que desde el casino piensa ir á pasar la velada en un teatro ó en un baile...

El comedor está completo... Apenas pueden las cocinas dar cumplimiento á todos... En tanto la lluvia sigue cayendo despiadada, azota las vidrieras de los balcones, el cielo, negro por completo, no parece dispuesto á que la lluvia cese... La noche avanza tétrica y lúgubre...

Los coches del casino no descansan un solo momento; van y vienen á los teatros, llevando y trayendo gente... Conforme avanza la noche las caras dan señales de visible mal humor... «¡Qué fastidio de lluvia!» Y es ridículo, porque cualquiera, al oir á todos aquellos señores que reniegan del tiempo, pensaría que el agua les ha privado de darse un buen paseo para ayudar á hacer la digestión... Nada de eso. Han hecho la vida ordinaria, «hoy como ayer, mañana como hoy,» con la sola diferencia de que aquel día tienen un pretexto, una disculpa para justificar el empleo del tiempo, y los demás días no tienen motivo ni razón que valga...

La noche avanza. La salida de los teatros anima nuevamente las salas del círculo, que aparecen ahora brillantes de luz... Abundan los fracs, las relucientes pecheras... La sala de lectura permanece apagada... La sala de *recreos* está completamente llena... De vez en cuando una voz plañidera y monótona dice:

– ¡Encarnado pierde y color!.. ¡Hagan juego!

EN FAMILIA

Atestada de leña la chimenea, que de vez en cuando es atizada con gran cuidado; arrellanados en cómodos sillones, el anciano matrimonio contempla las llamas que lanzan los leños chisporroteando.

El anciano patriarca del hogar, envuelto en fuerte ropón y cuidadosamente tendida una pierna sobre un cojín, laméntase del cambio de tiempo que recrudece su padecimiento gotoso. La anciana calma á su compañero y bendice la lluvia que tantos beneficios derrama sobre los campos...

– ¡Maldito tiempo! ¡Si no lloviera nunca!.

– No digas eso... ¡Por Dios! ¡Qué sería de los pobres campos!.

El amplio comedor es visitado poco después por alegres jóvenes que penetran en la habitación riendo y charlando animadamente, rodean á los ancianos haciéndoles fiestas, y una turba de pequeñuelos que corren sin cesar pidiendo infinitas cosas y gritando:

– ¡Abuela! ¡Abuelita!..

El anciano contempla lleno de satisfacción el cuadro que ofrece en aquel hogar la familia reunida y sonríe placenteramente considerándose completamente dichoso... Sólo cuando alguno de los pequeñuelos se acerca á él queriendo trepar por la butaca para hacerle una caricia, el anciano se asusta y llama á todos gritando:

– ¡Cuidado! ¡Cuidado con mi *pata!*..

Fuera, la lluvia continúa descargando sin cesar... Unas veces es fuerte chaparrón, agua torrencial que parece querer inundarlo todo; otras veces es lluvia menudita, pero tan continua que cala sin sentir... No escampa... Cierra la noche por completo y la ciudad aparece lúgubre y tétrica á través de la lluvia pertinaz é incesante.

Dan las diez en el monumental reloj del comedor y la reunión familiar se disuelve. Los pequeñuelos han empezado á quedarse dormidos; la conversación, después de recorrer distintos temas, ha ido languideciendo poco á poco. Al sonar la primera campanada en el reloj comienza la desbandada. El anciano matrimonio es acompañado hasta sus habitaciones con visibles demostraciones de cariño... La vieja antes de retirarse ha levantado los visillos de uno de los balcones lanzando una mirada escrutadora á través de los cristales...

– ¡Ay, sí!.. ¡Que llueva, que llueva!.. Que buena falta hace á los campos, murmura.

Mientras el anciano, quejándose lastimosamente, se retira renegando y diciendo entre dientes:

– ¡Maldita lluvia!.. ¡Si no lloviera nunca!..

EN EL «BOUDOIR»

Terminada la cena, el joven matrimonio pasa al gabinete, un elegante *boudoir,* tibio y perfumado... Una lámpara colocada en el centro y cubierta por una blonda de color de rosa, alumbra débilmente la estancia...

– ¡Qué aburrimiento!, murmura la dama, mientras contempla un instante la calle á través de los cristales del balcón. ¡Maldita lluvia! ¡Hoy no vendrá nadie!

Y golpea nerviosa la alfombra con el lindo piececito primorosamente calzado...

El esposo permanece en cómoda postura, lanzando bocanadas de humo, y abstraído, al parecer, en la contemplación de los caprichosos dibujos que forma el humo del tabaco que saborea con delicia...

La lluvia es continua, persistente; cae sin cesar... La hermosa dama dirige sus miradas alternativamente á los balcones y á su esposo; y en su lindo semblante aparece reflejada una pregunta que no se atre-

ve á formular con los labios y que, sin embargo, se lee en sus ojos.

Parece querer decir á su esposo:

–¿Qué haremos?

El marido no se entera..., ó finge no enterarse. La esposa se desespera y permanece largo rato en silencio, con los ojos clavados en el suelo y las manos cruzadas. Por fin, se levanta nerviosa, pero decidida, resuelta... Da unos cuantos pasos por la habitación murmurando:

–No.. Esta noche no viene nadie... Con seguridad... Estando tan mala la noche...

Se ha colocado detrás de su marido y le contempla un instante... Luego tímidamente dice:

–Si tú me quisieras acompañar al teatro... Porque ¡claro! sola no voy á ir...

El marido responde precipitadamente:

–¡Estás loca!.. ¡Salir tú..., con la noche que hace! ¡Bah! Imposible...

La dama estruja el pañuelo entre sus manos... Quiere contestar..., pero se contiene... Vuelve á mirar



En plena insubordinación

la calle... El agua cae sin cesar. Los charcos de las aceras brillan con los reflejos que lanzan los faroles del gas...

– ¡Sí..., sí!.. ¡Ya escampa!, dice con rabia.

Y después de pasear breves instantes por el gabinete, se sienta, coge un periódico que en seguida arroja al suelo; vuelve á ponerse en pie, mira á su esposo, y por fin, decidida, se dirige á la puerta de la habitación diciendo:

– ¡Buenas noches! ¡Hasta mañana!

Y dando un fuerte portazo, desaparece...

El marido se levanta del sillón, se arregla la corbata, toca el timbre y al criado que aparece le pide el sombrero y el gabán, diciéndole:

– Si pregunta la señora, que voy un rato al casino.

Y después de lanzar una última mirada al espejo, enciende otro cigarro y sale...

En aquel momento la lluvia parece adquirir más violencia, como si acabara de recibir la ayuda de una nueva nube más cargada que las anteriores...

EN EL CAMPO

El labrador lanzaba todos los días su mirada escrutadora, y era su desesperación constante ver aquel cielo azul, diáfano, sin la menor nubecilla que le empañara. La pertinaz sequía del campo había hecho perder ya diversas cosechas. El labrador murmuraba:

– Antes la lluvia hubiera sido *oro*... Ahora, todavía pudiera ser *plata*...

Por fin el cielo colma sus afanes... Grandes nubarrones avanzan cubriendo y ennegreciendo el espacio por completo; últimamente, una lluvia torrencial cae sobre los tostados campos, sedientos, que reciben en sus entrañas el agua que ha de hacerlos florecer y fecundar...

La «canción de la lluvia» es en el campo acompañada por las alabanzas del labrador que contempla con amor sus sembrados y alza los ojos al cielo, dando gracias á Dios por el beneficio que otorga á los campos...

Ya ve la espiga dorada, rubicunda, caer al rudo golpe del segador y ve el limpio grano acarreado de las eras al granero... La lluvia no es *oro* ya..., porque llega tarde para los sembrados *tempranos*, pero será *plata*, y gracias á ella, la humanidad vive y el labrador trabaja, pero ve, por fin, premiados sus afanes...

Cae el agua en la tierra seca y penetra en sus entrañas rápidamente. Parece que los tallos al recibir la caricia del agua recobran la vida y se levantan altivos y orgullosos al vigoroso impulso de la lluvia.

Sólo en el campo es recibida la lluvia con agradecimiento, alabanzas y bendiciones. ¡Don del cielo!

EN EL TRANVÍA

Los transeuntes han asaltado el tranvía apenas el chaparrón se inició... La violencia del agua es tal, que las mulas se han detenido y el conductor las contiene á fuerza de brazos, á fin de que los continuados truenos y relámpagos no espanten al ganado.

El tranvía va lleno *hasta los topes*... Todo el mundo habla de la lluvia, del tiempo. A mí me ha tocado un vecino muy charlatán y á quien no conozco...

– Desengáñese usted, me dice mi compañero de viaje. Esta lluvia estaba haciendo mucha falta...

Yo hago signos afirmativos.

– La lluvia, prosigue mi compañero, fomenta la industria, beneficia los campos...

Yo no me opongo... Mi compañero sigue así por espacio de diez minutos, pronunciándome casi casi un discurso... Por fin, me dice:

– ¡Debía estar lloviendo siempre!

Curioso le interrogo, por fin:

– Dígame usted, amable señor, usted seguramente... será agricultor, ¿eh?

Mi compañero me responde:

– ¡No, señor! ¡Soy... paragüero!

JOSÉ JUAN CADENAS

LOS DISTRAÍDOS

Lope adoraba á Elena y Elena adoraba á Lope.

Y las familias aprobaban la boda de los chicos, que eran «tal para cual,» como dicen las gentes, como si cualquiera persona no fuera para otra cualquiera «tal para cual.»

Lope era muy propenso á las distracciones; y Elena, como sucede siempre, llegó á identificarse con su marido á los pocos meses de casados.

Por lo demás eran felices los cónyuges.

Disfrutaban una posición desahogada, juventud, alegría, salud y las dulzuras del cariño y la tranquilidad consiguiente.

– Son dos ángeles, decían las familias.

– Hemos realizado su felicidad y la nuestra, añadían. Los muchachos se amaban desde la niñez: puede decirse que se han criado juntos; es decir, juntos, salvo las convenientes separaciones.

– Era natural.

¡Qué casa aquella en que habitaban los chicos desde que se casaron!

Escogida por los consuegros y amueblada á gusto de las consuegras, que era algo anterior al gusto de Luis XIV, pero de «gran espectáculo.»

Mibiliario pintoresco, pero caro.

El mueblista que, según los planes y ocurrencias é inspiraciones de las mamás, amuebló y adornó la casa, creyó al principio que le encargaban de proveer de trastros un manicomio modelo.

Pero obedeció sin replicar en cuanto le pidieron.

¡Qué variedad y qué disparidad de géneros y épocas!

– En ninguna casa decente verá usted hoy dos sillas iguales ni dos muebles, sean de la clase que sean.

Así opinaba la mamá de Lope.

– No tanto, objetaba la madre de Elena, una pareja, sí; en todas partes y más en casa para recién casados. ¿No ve usted que es simbólico?

– ¡Ya!, ¿una pareja para la cría?

Más de una noche en las primeras de la luna de miel tuvieron los padres de Lope que enviarle al domicilio conyugal; porque, olvidado de que era marido, se retiraba á la casa paterna.

– Es preciso que te corrijas, hombre, le decían. ¿Qué pensará de ti Elena?

Otras veces salía á la calle y no volvía á almorzar ni á comer.

Su esposa le esperaba inútilmente.

Los criados comentaban la ausencia.

– ¡Pobre señorita!

– ¡Ya, ya, tan joven, tan hermosa y tan buena!

– Pues hace mal en jugar con fuego el señorito.

– ¡Y en la luna de miel!

– Como la señorita empiece á distraerse...

– Vuestras distracciones siempre nos salen caras á los hombres.

Y Lope se presentaba después, diciendo á Elena:

– Perdóname, vida, perdóname; soy un majadero. He comido en el café Inglés y solo, creyendo que continuaba soltero. ¡Ya ves qué imbécil! Teniéndote en casa, esperándome con los brazos abiertos...

– No tanto, replicó un día afectando cierta indiferencia.

¡Qué desencanto para Lope!

¡Él, que se juzgaba criminal de «leso matrimonio,» sufrir aquella decepción!

Durante algunos días no volvió á distraerse sino en cosas baladíes.

Como tirar á la calle la boquilla de ámbar en lugar de tirar la punta del cigarro, traerse á casa el reloj de un amigo á quien había visitado, y alguna otra friolera.

Pasados unos días de tregua, volvió á sus habituales distracciones.

– Soy muy desgraciada, mamá, confesó por fin á su madre la esposa de Lope. Ese no me quiere.

Esta revelación fué un tiro, aunque con pólvora sola, para la madre de Elena.

– ¿En qué te fundas, hija?

– Lope me abandona días enteros y aun varias noches.

– Eso ya es grave.

– ¿Qué me importan sus caricias y su fingimiento? Eso es para engañarme como á una chiquilla, y yo no soy una chiquilla.

– Serénate y pensemos en el remedio.

Reunidos ambos cuerpos colegisladores ó ambas familias, acordaron un plan de campaña contra el marido desleal.

Un plan terrible para un hombre distraído como Lope.

Visitaba al matrimonio un antiguo condiscípulo del esposo, que había adquirido suma confianza con Elena, á quien también conocía de algunos años.

Entre Lope y su amigo César no había secretos.

En varias ocasiones había dicho César á Lope:

– Eres un mal marido.

– ¿Yo?

– Tú.

– ¿Yo, que quiero á Elena más que á mi vida?

– Tú, porque no puedes corregirte de tus distracciones.

– ¿Te ha dicho algo?

– No es capaz ni de quejarse de ti; pero merecías un escarmiento?

– ¿Eh?

– Mira, le dijo César un día, ahí tienes lo que recogí ayer de la mesa de despacho.

– ¡Ah! El retrato de miss...

– Qué miss ni qué...

– ¿Le ha visto Elena?

– No le ha visto gracias á mí; pero estaba encima de tus papeles.

– Le eché de menos hace dos días, y con esta memoria fatal... No tiene nada de particular; es el retrato de una artista de Music-Hall.

– ¡Ya!

– A quien no he saludado más que una vez.

– ¿Y ya te ha regalado su retrato? Habrá hecho una tirada como la de *Petit Journal*.

– No dudes, César.

– Nos conocemos, Lope.

– Me has librado de un disgusto, sin motivo.

– Observo que Elena ha variado mucho conmigo, decía Lope lamentándose á su suegro.

– No sé, respondió éste, y se marchó.

– No es lo que era, continuó diciendo á su mamá política.

– ¡A mí qué me cuentas!, respondió ésta, y le dejó con un palmo de nariz.

– He visto con disgusto que así Elena como su familia son otros en su trato, decía quejándose á su padre.

– Cosas vuestras, replicó el padre; yo en eso ni entro ni salgo.

Y también cortó la conversación.

– Madre, Elena no me quiere: usted me atenderá y no hará seguramente lo que los demás, incluso mi padre.

– ¿Qué han hecho?

– Pues no hacen caso de mis observaciones.

– ¿Y qué quieres, hijo? Inmiscuirse en asuntos de matrimonios es exponerse á salir perdiendo. Pídeme lo que quieras; pero en eso, nada me digas. Conque adiós, hijo, adiós.

– ¿Es decir, pensó Lope, que nadie me escucha? Esto es una picardía.

Al día siguiente, cuando volvió á su casa, no estaba Elena.

– La señorita ha salido, le dijo la doncella.

– ¿Que ha salido?, preguntó Lope con asombro.

– Sí, señor, y me ha dicho que no come en casa, que no la espere usted.

El esposo distraído no daba crédito á sus oídos.

– ¿Y dónde, con quién va á comer? ¿Con su familia?

– Con unas amigas.

– ¿Pero qué dice usted?, preguntó furioso.

– Señorito, yo no hago más que transmitirle sus órdenes.

– Está bien: yo tampoco como en casa.

Lope sentía... lo que nunca había sentido; pensaba en César y le suponía capaz de una deslealtad: ¡pero Elena capaz de una infamia!..

Salió de su casa como un loco y sin saber adónde dirigirse.

Pero los amigos, la ocasión, la falta de memoria...

Se distrajo, y aquella noche no regresó á su casa.

Era entrado el día cuando entró en su habitación

– ¿Es decir, que siendo el ofendido he de callar?, pensaba. No, eso no; yo soy el marido, el varón, el que tiene derechos: ella es la hembra, mi esposa, la que tiene deberes que cumplir.

La escena entre marido y mujer fué dramática.

Elena pidió perdón á Lope.

– ¿Luego eres delincuente?, repetía el marido furioso.

– Es delincuente, pero honrada, dijo el suegro, presentándose como en las comedias, en el momento oportuno, acompañado por su esposa y por sus consuegros.

– ¡Padre! ¡Elena! Soy un tunante.

– No, tunante no; un distraído.

¡Buena lección!

– Es preciso que te corrijas; porque si no, añadió Elena con dulzura y coquetería, no será esta la última escapatoria.

EDUARDO DE PALACIO

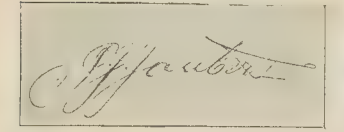
NUESTROS GRABADOS

Guerra anglo-boer. – Si hemos de dar crédito á las noticias que del teatro de la guerra se reciben, los boers han sufrido en estos últimos días algunas importantes derrotas; sin embargo, conviene no perder de vista que todo lo que por aquí sabemos procede de parte tan interesada como el gobierno inglés, que naturalmente ha de procurar ocultar las malas nuevas y dar á las buenas proporciones exageradas.

Hecha esta salvedad, que no deja de ser muy importante, diremos que el 23 de noviembre lord Methuen, que, como es sabido, marcha en socorro de Kimberley, se apoderó de las fuertes posiciones que los boers ocupaban en Belmont: éstos se resistieron valientemente, como lo demuestran las 225 bajas que tuvieron los ingleses, y se retiraron ordenadamente llevándose los muertos, los heridos y los cañones ¿Fué esta una verdadera victoria? Hay una circunstancia que permite dudarlo y es la de que nada ha vuelto á saberse de un regimiento de lanceros que salió en persecución de los boers: este detalle, que recuerda otro igual ocurrido al principio de la campaña, en el combate de Dundee, es muy significativo.



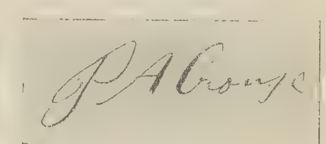
GUERRA ANGLO-BOER. — La sucursal del Banco Nacional de la República Surafricana en Durbán durante el registro verificado por la policía inglesa (de fotografía de Stuart Jones)



Firma del general Joubert



Moneda transvaalense con el busto del presidente Kruger



Firma del general boer Cronje



GUERRA ANGLO-BOER. — Salida de un regimiento boer de Johannesburgo hacia la frontera, dibujo de Frank Craig, de una fotografía de Emilio Andreoli



SAN HUBERTO, célebre grabado de A Durero



PASTOR DEL PIRINEO, cuadro de Dionisio Baixeras (*Salón Robira*, Fernandc VII, Barcelona)

También se habla de otras victorias obtenidas por los ingleses en Graspan y en Bracon Hill, posición desde la cual habían los boers cortado las comunicaciones entre Estcourt y Pietersmaritzburgo y Durbán, habiendo quedado restablecidos los servicios de telégrafo y ferrocarril.

El general Buller, que, como dijimos, había tenido que modificar su primitivo plan, trasladóse desde el Cabo á Natal y actualmente se encuentra en Pietersmaritzburgo, desde donde probablemente tratará de acudir en auxilio de Ladysmith.

Inglaterra sigue enviando refuerzos al Africa del Sur, en donde han desembarcado ya cerca de 50 000 hombres, y ahora se dispone á enviar allí un segundo contingente del ejército de la India.

Los africanders del Cabo se han declarado francamente en favor de los boers, figurando entre los iniciadores de esta rebelión, que cada día se va extendiendo, Mr. Van der Malt, miembro de la Asamblea legislativa de aquella colonia: según parece, la unión se irá verificando á medida que las dos repúblicas surafricanas vayan necesitando hombres, y se procederá sucesivamente á la anexión por regiones para evitar que los que se pasen á los boers sufran los rigores de la ley marcial. Los ingleses apelan á las más rigurosas medidas para contener ese movimiento, pero es muy difícil que consigan su propósito.

Se ha dicho que los boers desean la paz y aun se ha hablado de que han iniciado negociaciones en este sentido; pero Inglaterra ha declarado que no tomará en consideración proposición alguna mientras no ondee la bandera inglesa en Pretoria y en Bloemfontein y mientras no haya guarniciones inglesas en ambas capitales. Y un periódico de Londres dice, con carácter casi oficial, que los estados del Transvaal y Orange serán incorporados á la gran colonia del Africa del Sur en cuanto los boers hayan sido arrojados del territorio inglés. Nos parecen demasiadas arrogancias estas, y las encontramos tanto menos justificadas cuanto que por ahora el curso de la guerra no se presenta muy favorable á la Gran Bretaña.

El gobierno del Transvaal ha dirigido á los cónsules acreditados en Pretoria una protesta contra los ingleses, fundándola, entre otras cosas, en que éstos maltratan á los prisioneros y no respetan las ambulancias de la Cruz Roja, como lo demuestra el hecho de que los primeros disparos de la artillería inglesa en el combate de Eleandslaagte fueron dirigidos contra una de las antedichas ambulancias de tan respetable Asociación.

Nunca se distinguió Inglaterra por su humanitarismo ni por su respeto al derecho de gentes: no es, pues, de extrañar que en esta ocasión cometa los actos incalificables contra los cuales protestan los boers.

Hablando de la censura á que están sometidas las noticias de la guerra, ha escrito la *Westminster Gazette:* «El sistema de informaciones que tan pronto deja al público sin noticias como le hace deducir que cada victoria británica va acompañada de un avance de los boers en nuestro territorio, es un sistema contraproducente y ocasiona inmotivadas alarmas. El público ha visto muchos movimientos temerarios seguidos de fracasos inútiles.»

Para terminar esta información diremos algo del primer grabado de la página 783; los demás no necesitan explicación. Cierto día, poco después de declarada la guerra, observaron los habitantes de Durbán que una sección de policía registraba el edificio de la Sucursal del Banco de la República Sur africana; y aunque se dijo que el registro se hacía para ver si, como se sospechaba, había allí documentos políticos comprometedores, la gente, acostumbrada á mirar como un verdadero santuario aquel establecimiento de crédito, se amotinó haciendo precisa la intervención de algunas fuerzas de ejército que auxiliaran y protegieran á los registradores. El resultado del registro no se ha hecho público y hasta es probable que fuera nulo, pero de todos modos el hecho produjo gran sensación en la ciudad natalense.

Nube de verano, cuadro de A. Hagborg — Este bellísimo cuadro del celebrado pintor francés representa la escena tantas veces tratada de una riña entre enamorados: nube de verano que no tardará en disiparse, porque harto se advierte en la actitud de ambos el deseo que sienten de entrar en explicaciones, cuyo término habrá de ser necesariamente la reconciliación.

NUBE DE VERANO, cuadro de A. Hagborg. (Salón de París de 1899)

Sacando las redes, cuadro de Francisco Torrescasana (Exposición del Círculo Artístico). – Ventajosamente conocido el discreto pintor Sr. Torrescasana, ha logrado singularizarse por sus cuadros de costumbres catalanas, especialmente aquellos que reproducen escenas de la vida de los pescadores de nuestro litoral. Varias producciones de este género podríamos citar que merecieron justificados elogios de los aficionados é inteligentes. A esta clase corresponde la que publicamos en este número, que figuró en la Exposición con que el Círculo Artístico inauguró el nuevo local destinado á exhibiciones.



SACANDO LAS REDES, cuadro de Francisco Torrescasana. (Exposición del Círculo Artístico)

París. - Una nevada, cuadro de Francisco Miralles (*Salón Robira*, Fernando VII). – Sea cual fuere el asunto que escoja Miralles como medio de expresión pictórica, lleva siempre consigo el sello de su personalidad, sintetizada por el reflejo de la observación y la elegancia del trazo y la belleza del colorido. El tema que ha desarrollado en su nueva producción, sencillo y trivial, ha cobrado valor é importancia debido á su esfuerzo, puesto que resulta, gracias á su hermosa tonalidad y elegancia de líneas, simpático y agradable cual todos los que brotan de su pincel y de su inagotable fantasía.

Estatua de José Priestley, obra de Alfredo Drury.—Fué Priestley eminente teólogo, filósofo, químico y físico inglés que nació en Fieldhead en 1733 y murió en 1804 en Filadelfia, pues á consecuencia de sus polémicas religiosas hubo de emigrar á los Estados Unidos, en donde fundó varias comunidades unitaristas. Sus trabajos químicos y físicos fueron universalmente admirados y sus descubrimientos muy celebrados en el mundo científico: á él se debe la demostración de que los vegetales pueden vivir en el ácido carbónico, al que comunican, bajo la influencia de la luz, las propiedades del aire común; él fué quien descubrió el bióxido de ázoe y obtuvo pura y aislada la parte respirable del aire atmosférico conocida con el nombre de oxígeno, y quien realizó otros trabajos no menos importantes que utilizó Lavoisier como base de su sistema. Entre las obras que dejó escritas merecen especial mención la *Historia de la electricidad*, *Historia de los descubrimientos referentes á la visión*, *Experimentos sobre las diversas clases de aire*, *Investigaciones sobre la materia y el espíritu*, *Cartas de un incrédulo*, *Evidencia de la religión revelada*. Tal fué el hombre ilustre cuya estatua ha modelado el reputado escultor inglés Alfredo Drury: esta hermosa obra, que reproducimos en la página 780, figuró en la última exposición de la Real Academia de Londres, y fué muy elogiada por la corrección y elegancia de líneas, por la verdad de la expresión y por la naturalidad de la actitud.

En plena insubordinación. – Entre las llamadas maldiciones de gitano, cuéntase la de «maestro de escuela seas,» y en verdad que esta profesión constituye un verdadero calvario para los que la emprendieron convencidos de que iban á realizar una de las misiones más elevadas. La imaginación infantil es fecunda en inventar travesuras, y no parece sino que el mismo diablo inspira á los chiquillos cuando se trata de mortificar al infeliz profesor: en las mismas barbas de éste cometen las mil tropelías, y no digamos de lo que son capaces en los ratos en que el dómine tiene que abandonar, aunque sólo sea por un momento, el aula. La clase se convierte entonces en un campo de Agramante, los niños se insubordinan revolviéndolo todo y el pobre maestro tiene que librar una batalla, bajo todos conceptos desigual, para restablecer el orden. El dibujo que reproducimos representa una de esas insubordinaciones; y no habrá de fijo nadie que al contemplarlo no admire la verdad con que el asunto está tratado y no sienta la más profunda lástima hacia el desdichado que tiene que bregar con aquella turbulenta tropa menuda.

San Huberto, célebre grabado de Alberto Durero. – Este bellísimo grabado corresponde al período más brillante de la carrera de Alberto Durero, y es obra que causa maravilla por las finezas de ejecución, lo firme del dibujo, la rica y variada composición del conjunto y resuelto todo por una ejecución tan perfecta que podrá igualar, pero no sobrepujar, otro maestro. Rafael estimaba en tanto á Durero, que tenía constantemente á la vista muchos de sus dibujos y grabados.

Pastor del Pirineo, cuadro de Dionisio Baixeras (*Salón Robira*, Fernando VII). – Digno de figurar en una exposición oficial es el hermoso cuadro del laborioso y discreto pintor catalán Sr. Baixeras, tales son las cualidades que para satisfacción y gloria del artista pueden observarse en su felicísimo estudio de un pastor del Pirineo. Conocemos y apreciamos sus méritos y aptitudes, y á pesar de ello, no titubeamos en opinar que el lienzo á que nos referimos representa una de sus más notables producciones. La figura del pastor, su actitud, su movimiento atinadamente estudiado, el ambiente que la rodea, el paisaje y la tonalidad general, revelan poderoso espíritu de observación y asimilación, que sólo puede expresarse cuando á una enseñanza sólida se aduna un temperamento de artista, cual todos reconocen y admiran en Dionisio Baixeras.

Abrevando, cuadro de José María Marqués. – El nuevo lienzo de Marqués recuerda sus jugosos y bellos paisajes y sus cuadros inspirados en asuntos holandeses, que tantos aplausos le merecieron á raíz de su excursión. De unos y otros participa la composición que reproducimos en estas páginas, y como en las que nos ha cabido la satisfacción de dar á conocer á nuestros lectores, revélase la personalidad de Marqués, su tendencia en embellecer y avalorar cuanto copia de la naturaleza, aparejando sus aptitudes de artista y sus condiciones de poeta.

POR VENGANZA

NOVELA POR CORDELIA. – ILUSTRACIONES DE FERRAGUTI

(CONTINUACIÓN)

Cuando le veía subir por la empinada colina, como una mancha obscura en medio de aquella blancura, corría á su encuentro y mandaba á los criados que encendiesen un buen fuego y le dieran un vaso de vino generoso; estaba siempre á punto de decirle que no subiera cuando hiciese tan mal tiempo; pero no tenía valor para romper aquel único hilo que la ligaba al mundo y se contentaba con preguntarle:

–¿Ha tenido usted mucho frío? ¿Están muy malos los caminos?

–Ya estoy acostumbrado, señora, le contestaba; pero en invierno es un oficio muy desagradable.

–¿Y viene usted solamente por mí?

–Para los demás habrá una carta por semana, pero vengo de buen grado; mire usted, con este hermoso fuego, lo he olvidado todo.

Renata le dijo que no fuese más que cuando hubiera cartas para ella; que los periódicos podía guardarlos y llevárselos cuando no nevase; la idea de que aquel hombre anduviese sólo por ella aquel camino con semejante tiempo la constristaba y pensaba que no volvería más á Villa Gracia en invierno; reinaba demasiada tristeza, sin tener siquiera la distracción de dar un paseo y visitar los caseríos de los campesinos para hablar un rato con ellos, de suerte que había momentos en que hasta temía perder el uso de la palabra.



Eduardo y Renata pasaban muchos ratos junto á la cuna de la niña

XX

Elisa de Belfiore fué enteramente feliz en los primeros tiempos de su matrimonio. Le parecía soñar al ver que podía vivir holgadamente después de tantas privaciones, sin pensar en economías casi imposibles; poder satisfacer todos sus caprichos sin preocuparse del porvenir y vivir con aquel joven simpático, instruído, ocupado sólo en colmar sus deseos, afectuoso como un amante y servicial como un esclavo.

También él vivió feliz aquellos primeros meses acompañando á su esposa por Europa, atento únicamente á divertirla, y divirtiéndose á su vez como un niño con un nuevo juguete al cual se dedica por completo algún tiempo.

La posesión de aquella joven bella y delicada le agradaba por la novedad y le hacían gracia aquellos caprichos de niña que le era tan fácil satisfacer.

Vivieron así muchos meses el uno para el otro, olvidando el mundo y ocupados únicamente en sus placeres.

Pero ella era tan débil y delicada que no podía resistir mucho tiempo las fatigas del viaje, mientras que á él le era penoso tener que hacer á veces de enfermero.

Llegó el momento en que se aburrieron de vivir siempre entre gente desconocida y pensaron en regresar á su ciudad.

Elisa estaba impaciente por tomar posesión del famoso palacio Lucchini que tanto había deseado en sus sueños de soltera, y mientras corrían á todo vapor por el ferrocarril hacia la meta, soñaba ahora con deslumbrar con su boato y su elegancia á su ciudad natal, donde había vivido modestamente, y formaba proyectos para recibir en sus suntuosos salones y poder llevar al fin una vida alegre y brillante.

En cambio Eduardo, conforme se acercaba á su casa, se sentía asaltado de ideas melancólicas; parecíale haber tenido un hermoso sueño y el despertar le era algo doloroso.

Habíase casado con una joven por la cual tuvo un capricho pasajero, pero de la que ya empezaba á cansarse. En aquellos seis meses de intimidad había podido conocerla á fondo, y en adelante su compañera le producía el efecto de un limón exprimido, del cual no podía sacar ya nada por más esfuerzos que hiciese.

Elisa había vivido en una ciudad pequeña y en un círculo reducido de personas, con una instrucción incompleta y un talento limitado; tenía ideas estrechas; su conversación versaba siempre sobre las mismas cosas pueriles con las cuales se había divertido como con las ocurrencias de una chiquilla; pero ya se había cansado, y mientras ella hacía proyectos de frívolas diversiones para el porvenir, él lamentaba la libertad perdida, y pensaba si en efecto se había vengado de Renata casándose con Elisa ó si más bien se había perjudicado á sí mismo, y por vez primera se arrepentía del paso que había dado sin reflexionar y contestaba con monosílabos á las preguntas insistentes de su esposa que le producían el efecto de un estribillo enojoso.

Por fortuna, al llegar á su casa, varias ocupaciones los distrajeron y los separaron horas enteras precisamente cuando más convenía.

La marquesa Emilia se apoderó de Elisa, pues quiso tenerla á su lado después de tantas privaciones, y madre é hija pasaron juntas los días, ocupadas en pequeñeces que para ellas eran de grande importancia.

Obligaron á Eduardo á que las acompañara á hacer una porción de visitas fastidiosas, y luego se dedicaron á prepararse trajes para el Carnaval, estación que querían pasar del modo más divertido posible, en tanto Elisa Sangalli, por no perder antiguas costumbres, dijo que quería recibir una vez por semana y que no podía faltar al teatro, y madre é hija, satisfechas de vivir en medio de aquella fantasmagoría, olvidaban á Eduardo, que, satisfecho á su vez, pudo ponerse nuevamente á pintar.

Jamás hablaba de Renata, pero pensaba á menudo en ella, con tanto mayor motivo cuanto que se encontraba en un sitio donde se había acostumbrado á verla, y un día que su mujer le hablaba de visitas á las que debía acompañarla, le dijo:

–¿Y no piensas ir á Villa Gracia? Me parece que deberíamos ir á visitar á nuestra prima, á la que no hemos visto desde la muerte de tu tío.

–¿Te urge mucho hacer esa visita?, le preguntó Elisa algo despechada.

–A mí no, pero lo digo por no faltar á un deber.

–Supongo que no pretenderás hacernos ir al campo en invierno; si deseaba ver á alguien, debía vivir en la ciudad; iremos cuando haga mejor tiempo; no quiero exponerme á atrapar una enfermedad.

Eduardo no habló más del asunto, pero tenía gran curiosidad por saber qué hacía Renata en el campo, sola, encerrada en su madriguera como un oso. Después dió al olvido á su hermosa prima, embebido en sus ocupaciones y arrastrado por el torbellino de las diversiones de Carnaval.

Su mujer debía dedicarse á hacer los honores de la casa del mejor modo posible.

Las fiestas de casa Sangalli fueron un verdadero acontecimiento para la ciudad, y Elisa, que lucía siempre trajes nuevos y elegantes, excitaba la admiración de todos. Pasaba el día estudiando el modo de figurar más por la noche y lo conseguía; cuando se presentaba envuelta en una nube de gasas y blondas con la cabeza resplandeciente de brillantes, semejaba una aparición, un personaje fantástico de alguna leyenda del Norte, tenía siempre alrededor un círculo de admiradores y se dejaba adorar como una diosa, satisfecha de haber podido realizar sus sueños de soltera.

Eduardo la dejaba hacer con tal de gozar de un poco de libertad, contento de que Elisa, enfrascada en sus ocupaciones mundanas, le dejase en paz, y halagado además su amor propio por los triunfos de su mujer.

Aquella vida de continuas diversiones cansaba á Elisa, pero quería disfrutarla á toda costa y era capaz de estarse todo el día en la cama y no levantarse hasta la hora de comer con tal de pasar de fiesta toda la noche. Y así continuó esta vida todo el invierno. Cuando terminó la temporada de las fiestas, Elisa, que no podía dedicarse á una ocupación seria, pasaba los días arrellanada en un sillón aburriéndose. Un día que no sabía qué hacer, dijo á Eduardo que era preciso decidirse á ir á Villa Gracia, puesto que ya hacía mejor tiempo.

He aquí por qué Renata tuvo la sorpresa un día de primavera de verlos llegar de pronto sin previo aviso.

– Ya era tiempo de que nos viésemos, le dijo Elisa; pero como la estación era tan cruda y mi salud tan delicada, no me atrevía á exponerme á contraer una enfermedad.

– Nunca he pretendido que vinierais á entristeceros en esta soledad, contestó Renata.

– Pero ¿por qué no has ido tú á la ciudad? ¿Qué has hecho aquí sola?

– No me he aburrido; tengo tantos amigos fieles que me hacen compañía...

E indicó una porción de libros aglomerados en la mesa.

Eduardo se había quedado sin saber qué decir después de estrechar la mano de su prima.

Al verla por primera vez vestida de negro, con el semblante triste, se le había oprimido el corazón y no pudo articular una palabra.

Le sucedía una cosa extraña como jamás la había sentido; de lejos deseaba ardientemente encontrarse con Renata y con frecuencia pensaba en ella; pero cuando estaba á su lado, sentía que se reavivaba su despecho así como un vehemente deseo de vengarse; precisamente en aquel momento pensaba en la última visita que le había hecho cuando creyó humillarla y el humillado había sido él, y ahora quería ver doblegada aquella soberbia y estudiaba el modo de poder conseguirlo; y cuando Renata le preguntó cómo habían pasado aquel tiempo, se puso á hablar de sus viajes y de su felicidad mirando á Elisa con ternura, refiriendo detalles de su vida íntima y exagerando sus diversiones. Elisa hacía eco á las palabras del marido, y en un momento de expansión por su prima, al ver su triste sonrisa y sintiendo algún remordimiento por ponderar tanta felicidad ante una persona afligida por una desgracia reciente, dijo:

– Hay tanta felicidad en ser dos cuando se quieren bien; tú también deberías pensar en casarte con un buen marido, y estando tan sola, hasta lo necesitas.

– Es inútil, contestó Renata meneando la cabeza; no me casaré nunca.

Comprendo que no sea cosa fácil encontrar un marido como el mío, añadió Elisa mirando cariñosamente á Eduardo; pero con tus riquezas...

– No me han faltado ocasiones, y aún no hace mucho tiempo se me presentó un magnífico partido.

– ¿Y no le aceptaste? ¿No te gustaba?

– No he querido separarme de mi padre enfermo; había jurado á mi madre no abandonarle ni causarle ningún disgusto, y de seguro se habría muerto si lo hubiera dejado.

– Pero ahora ya no existe esa razón, dijo Elisa.

– Ahora ya es tarde; el que yo amaba ya no está libre, y nunca seré de otro.

– ¿Y piensas pasar la vida en esta soledad?

– No; cuando termine el luto, pienso lanzarme en el mundo para conocer la vida y disfrutar de cuanto pueda.

– ¿De qué podrá disfrutar una joven sola?

– Pregunta á tu marido cómo viven las jóvenes en América.

Elisa se volvió á Eduardo, que no había perdido una sílaba de aquella conversación que había sido para él una revelación y por vez primera se sentía confundido y embarazado.

– En América una soltera tiene más libertad que una casada, contestó.

– Pues bien, dijo Renata, me haré cuenta de que soy una señora americana y viviré á mi gusto; sin dar cuenta á nadie de mis acciones; pero dejemos ya esto, y vamos á dar un paseo, añadió para cambiar de conversación.

La flecha estaba disparada y aquella vez también había dado en el blanco.

Eduardo había comprendido, y en vez de humillar á Renata, había quedado corrido y humillado, conociendo que era ella la que se había vengado y arrebatado la paz del corazón; á Elisa tampoco le gustaba la amenaza de su prima de lanzarse al mundo, pues sabía que quedaría eclipsada por ella.

Dieron algunas vueltas por el jardín hablando de varias cosas, parándose á admirar la hermosa vista y á coger las violetas que asomaban en los arriates.

Renata, satisfecha de su pequeña venganza, preguntó por Fanny, que no le escribía hacía mucho tiempo.

Eduardo le dijo que su hermana estaba en Roma, donde se había divertido mucho aquel invierno, que el príncipe de Poggio Mirtello quería casarse con ella y que le parecía seguro que Fanny se resignaría á renunciar á su libertad con tal de ser princesa.

Cuando Renata hablaba con Eduardo le llamaba primo, nombre que parecía recalcar. Eduardo esperó todo el día la ocasión de encontrarse á solas con ella para tener una explicación; pero Elisa, que seguía estando un poco celosa de su prima, no los dejó solos un minuto; al despedirse, prometieron volver á Villa Gracia, y mientras Renata los veía alejarse por la carretera, pensaba en su vida destruída, pero conocía que aquel día había dado el último golpe al vínculo que unía aún á los dos esposos, y casi sentía algún remordimiento.

Terminado el luto por el padre, cansada de la soledad de Villa Gracia, libre y dueña de sus acciones, decidió viajar algunos meses para ver personas y cosas y satisfacer la curiosidad de conocer aquella vida que había entrevisto en los libros y adivinado con la imaginación.

No quiso que la acompañara nadie más que la anciana Magdalena que la había visto nacer, le era tan fiel como un perro y la seguiría en todas sus peregrinaciones sin quejarse nunca y sin tener nada que objetar.

Sabía que con su deseo de independencia tendría que arrostrar la desaprobación de los parientes y de los amigos, que sus paisanos la tendrían por una joven excéntrica; pero se sentía tan superior á ellos, que no se cuidaba de los comentarios de la gente ociosa y bachillera.

Partió, pues, sin avisar á nadie y pasó meses deliciosos viajando y excitando la admiración y la simpatía en cuantos la conocieron y trataron; en verano residió largo tiempo en las montañas de Suiza, donde se mostró animosa alpinista, haciendo ascensiones arriesgadísimas. Era valerosa por naturaleza y tenía la temeridad de quien está solo en el mundo y si le sucede una desgracia no deja quien lamente su muerte.

Este pensamiento le comunicaba ardor para arrostrar el peligro, pero la entristecía cuando se retiraba sola á su habitación; conocía que para soportar su vida solitaria necesitaba continuas distracciones ó estar ocupada en un trabajo que la absorbiese por completo.

Después de la vida monótona é igual de Villa Gracia sentía imperiosa necesidad de variedad y movimiento. Magdalena le decía que se cansaba demasiado y que de seguir así acabaría por enfermar; pero ella no le hacía caso y le contestaba que si enfermaba y si moría estaba tan sola en el mundo que nadie derramaría una lágrima; mas la anciana no podía soportar estas conversaciones que la hacían llorar, y Renata se arrepentía, le pedía perdón y la aseguraba que quería vivir para ella, pues era la única persona que la quería.

Por otoño fué á Roma para asistir á la boda de Fany, la cual se había decidido á casarse con el príncipe. Allí se encontró con Eduardo y Elisa, esta última abatida y cansada de las fatigas del verano; aquél, expansivo y amable, le suplicó que olvidara lo pasado y fuese al menos su amiga.

Era lo que deseaba, vivir como buenos amigos; sin embargo, evitaba encontrarse á menudo á solas con él, pues tenía miedo de dar á conocer sus pensamientos; no se creía bastante segura de que su amor, adormecido y sepultado en el fondo de su corazón, reviviese y despertase las tempestades pasadas.

Por lo demás, en aquel momento le era fácil observar con él cierta reserva.

Las fiestas celebradas con motivo de la boda de Fanny daban lugar á convites y recepciones, de suerte que jamás estaban solos.

Así Elisa como Renata estaban continuamente rodeadas de atentos caballeros y eran la admiración de aquella sociedad.

Eduardo no se cuidaba de su mujer, pues se le había hecho indiferente; le parecía frívola, insulsa, y con tal que le dejase en paz no le importaba que se dejase admirar y galantear.

Más bien estaba celoso de Renata, y cuando la veía contenta riendo y charlando con elegantes jóvenes, no apartaba de ella la vista y sentía en su interior algo que le ponía de mal humor y un deseo de meterse en aquel círculo, abofetear á alguien y dar un escándalo, aunque no le asistiese derecho para ello. A veces se unía al grupo de admiradores y le hacía algo la corte y ella bromeaba lo mismo con él que con los demás, pero sin darle ninguna preferencia. Se divertía con todos aquellos homenajes precisamente porque no llegaban á conmoverla; sabía tener á raya á todos sus galanteadores sin comprometerse, y decía á su amiga Fanny que sería cosa curiosa ver si alguno de ellos era capaz de hacerle palpitar el corazón; la amiga, satisfecha de su novio, le deseaba otro tan atento é inteligente como él, pero Renata meneaba la cabeza y decía:

– Es inútil; moriré soltera.

En el fondo de su corazón conservaba siempre gran cariño á Eduardo, á pesar del inmenso disgusto que le había causado casándose con Elisa; pero veía que era infeliz con su mujer y le compadecía y le perdonaba, considerándole bastante castigado por haber malogrado su porvenir.

Por lo demás podía haberse casado, pues no le faltaron partidos, lo mismo en sus viajes que en Roma; diariamente se le hacían nuevas proposiciones de matrimonio, pero á todas contestaba lo mismo.

Amaba demasiado su libertad para amar á un marido, y quería continuar libre y dueña de sí misma.

Cuando Eduardo podía acercarse á ella y hablarla á solas, le dirigía siempre alguna reconvención, diciéndole que le enfadaba que siguiese siempre tan bella y que se hiciese admirar tanto.

Ella le miraba sonriendo irónicamente y le echaba una ojeada como queriendo decirle: ¿Y qué derecho tiene usted para hacerme esas observaciones? Cuídese más bien de su mujer.

Una noche que estaba más hermosa que nunca, le preguntó Eduardo:

– ¿Es verdad que se casa usted con el capitán Alberti?

Ella le miró sorprendida y contestó:

– Pudiera ser; pero por ahora no sé nada; me parece que está usted mejor informado que yo.

– ¿Por qué me contesta usted así? ¿Por qué me hace sufrir tanto?

Viéndole triste y abatido, Renata se compadeció de él, y tendiéndole la mano le dijo:

– Tranquilícese usted; por ahora no hay nada de eso; pero en caso de que lo hubiese, le prometo que será usted el primero en saberlo.

¡Cuán infeliz se sentía en su intranquilidad! Había perdido á Renata para siempre, no quería á su mujer, la marquesa Emilia le aburría, y siendo tan joven y tan rico comprendía que la vida no tenía ya ninguna sonrisa para él. Cuando vió marchar á su hermana con su esposo, le pareció que había aumentado el vacío que sentía en su corazón, y al volver á la ciudad de V*** vió su palacio con tristeza; allí ya nada le interesaba, y sentía la necesidad de que ocurriese algún suceso que alegrase su espíritu.

XXI

Elisa volvió á su casa llena de alegres proyectos para el invierno. Quería divertirse y dar vida á su ciudad natal con fiestas y recepciones, necesitaba continuas distracciones, en vista de que su marido parecía un oso y no lo veía más que á las horas de las comidas; tampoco tenía ningún gusto en hablar con él; era demasiado serio, no se interesaba ni en sus trajes ni en sus recepciones, y si lo hacía era tan sólo obligado y más que todo por no oir los reproches de los marqueses de Belfiore.

Mas por aquella vez los proyectos de Elisa se frustraron. Principió por no encontrarse bien; estaba flaca, inapetente, pero no por sus acostumbrados achaques, sino por algo muy diferente que al principio la tuvo muy preocupada; luego descubrió que estaba embarazada, cosa que á la verdad no deseaba por el

temor de sufrir males desconocidos y más que todo porque debía renunciar por algún tiempo á su vida frívola y de placeres; pero Eduardo recibió aquella noticia con entusiasmo y le hizo mostrarse más bueno é indulgente con su mujer. Empezaba ya á considerarla bajo otro aspecto: el de madre de sus hijos, en vez de esposa frívola y dedicada solamente á los pasatiempos.

Le agradecía el consuelo que le daba, pues al menos tendría alguien á quien querer, un objeto en su vida, que de pronto se le presentaba más bella y más alegre. Adquirió la costumbre de pasar más tiempo al lado de su mujer, con la cual encontraba ya un asunto de conversación interesante para ambos: su futuro hijo.

Eduardo esperaba además que la maternidad hiciese á Elisa más seria, y cuando ella se quejaba de las molestias que la tenían como una enferma siempre inmóvil en una butaca, él la consolaba hablándole de los goces ignorados que la compensarían luego de todos los males sufridos. Pero aunque los médicos la aconsejasen la tranquilidad y especialmente el reposo á causa de su organización delicada y los padecimientos consiguientes á su nuevo estado, durante los primeros meses tuvo siempre un círculo de amigos que iban á hacerle compañía y menos penosa su inmovilidad.

Renata iba también á ver con frecuencia á su prima y estaba muy satisfecha de la circunstancia que había deparado á Eduardo su tranquilidad.

Le veía tan entregado á la alegría de la paternidad, presumiendo que entonces no pensaba en otra cosa, que cuando estaba con él se sentía exenta de toda preocupación, no tenía ya ningún temor y le hablaba como á un hermano. Apenas regresada de sus viajes, Renata se había dedicado por completo al arte y transformado la parte menos triste del palacio Landucci en un estudio de artista, donde pasaba horas enteras pintando; se proporcionaba modelos buscando la verdad, y entregándose á un trabajo absorbente quería olvidar sus penas y su soledad. Eduardo iba con frecuencia á verla y á hablarle de lo que le preocupaba constantemente: su hijo. Sabía que su prima se había dedicado con fervor á la pintura, pero aún no le había enseñado ninguno de sus trabajos ni recibido en su estudio, aun cuando él se lo había rogado muchas veces.

– No son más que tentativas, contestaba Renata; cuando tenga algo importante se lo enseñaré á usted.

Un día Eduardo, sin decirle nada, la sorprendió en su estudio mientras estaba copiando una hermosa niña, que con las manecitas en un cesto de flores, escogía las mejores con objeto de hacer un ramo para su mamá. Renata estaba tan embebida en su tarea que no oyó abrir la puerta y á Eduardo exclamar:

– ¡Bravo! ¡Muy bien! ¡Es bellísimo!

Al oir esta voz se sobresaltó, y volviéndose con la paleta en la mano contestó dulcemente:

– ¡Ah, pícaro! Me ha asustado usted.

Es que estoy sorprendido de veras, dijo Eduardo. ¡Qué bien pinta usted! Conocía su pasión por la pintura, pero no creía que fuese usted una artista.

Renata, al oir los elogios de su primo, sentía un placer, una alegría como jamás los había experimentado y aquellas palabras le resonaban en el corazón como una música suave. Sin embargo, respondió modestamente:

– ¡Ojalá fuese cierto lo que dice usted! Es verdad que amo el arte con toda mi alma; he resuelto dedicar á él todas mis aptitudes; estudio constantemente, pero no consigo trasladar al lienzo lo que tengo en la mente.

– Porque el artista nunca está satisfecho de sí mismo; el esfuerzo para alcanzar el ideal le impulsa y le hace pintar obras maestras; créame usted, esa figura de niña con esa expresión picaresca en el rostro, es una pequeña obra maestra.

– Más que lisonjas debe usted darme algún consejo; dígame en qué consiste que aquí hay algo que me ofende la vista y á fuerza de mirar acabo por no comprender lo que es.

– Poca cosa, contestó Eduardo designando algunos puntos del cuadro; solamente falta armonizar la niña con el fondo, que se destaca demasiado; y hay que esfumarlo un poco; los contornos están excesivamente marcados, como no suele suceder en la naturaleza; pero son fruslerías; cuando el cuadro esté acabado será magnífico, como hubiera querido pintarlo yo, créame; he hecho estos días muchas cabezas de niños porque Elisa tuviera á la vista criaturas hermosas, como desearía que fuese la nuestra; pero ninguna me ha salido bien; hay que confesar que las mujeres comprenden las criaturas mejor que nosotros.

– Si usted quiere se lo regalaré á Elisa para que pueda tener á la vista esta niña, respondió Renata.

Y en seguida despidió á la niña que le servía de modelo, diciendo:

– Por hoy no tengo más gana de trabajar.

Y rogó á Eduardo que ya que la había sorprendido en su estudio, fuera á menudo á trabajar con ella y á darle consejos.

Eduardo prometió concurrir con asiduidad á aquel estudio tan simpático, donde en cada rincón se revelaba el gusto de la mujer y de la artista; pero afirmó que no tenía necesidad de consejos. Luego se sentó en un diván y le manifestó el objeto de su visita á aquella hora insólita

Había ido á rogarla, en su nombre y en el de Elisa, que fuese madrina de su futuro hijo.

– Así tendrá usted el derecho de ocuparse de su ahijado ó ahijada.

– ¿Por qué no, si así lo desean ustedes? Me gustan tanto los niños, que estoy segura de que querré mucho á mi sobrinito; por lo demás, tengo la certidumbre de que no se me necesitará.

– Eso no es verdad, contestó Eduardo; cuento mucho con usted, porque Elisa es muy frívola y piensa demasiado en sí misma para poder pensar como debiera en otro ser; querrá á nuestro hijo, pero ligeramente, como lo hace con todo; su tía de usted es casi tan frívola como Elisa, y se lo digo á usted formalmente, si tuviera que ausentarme algunos días, me fiaría de usted sola y le suplicaría que viese todos los días á mi hijo.

– Agradezco á usted su confianza, y le aseguro que procuraré hacerme digna de ella.

Después de esta conversación pasaron largo rato hablando de arte y del modo de criar los hijos. Por último, aquellos dos jóvenes inteligentes, enamorados del arte, se comprendían; pero en el fondo del corazón lloraban ambos la felicidad perdida.

XXII

Después de padecer mucho y de haber estado á punto de morir, Elisa tuvo el consuelo de estrechar entre sus brazos una hermosa niña á la que por espacio de algunos días miró como una muñeca; le servía de entretenimiento y la quiso con entusiasmo.

Eduardo, cuando tuvo en sus brazos á la pequeña Renata, se puso tan contento que no se cansaba de mirarla y acariciarla y renació su cariño á su mujer que le había deparado un goce tan grande.

La marquesa Emilia y Renata pasaban también muchos ratos contemplando aquella carita de niña que casi no tenía forma, pero que parecía esconderse en una nube de gasas y encajes; cada movimiento de aquella cabecita arrancaba una exclamación de maravilla, y los dos ojillos que se abrían de cuando en cuando eran causa de admiración para todos, y cuando salía de aquella adornada cuna una vocecita que parecía un maullido, todos se quedaban en éxtasis como si fuera una música suave.

Al paso que Eduardo quería cada día más á su hija, Elisa iba recobrando sus fuerzas, no pensaba tanto en la niña que había confiado á una robusta nodriza y sentía vivos deseos de salir y volver á la vida de sociedad.

Pensaba en ella con el ardor del que se ha visto privado de ella mucho tiempo, y formaba con su madre planes para divertirse grandemente en el próximo Carnaval para compensar el tiempo que había pasado metida en casa. Eduardo decía que cuando una mujer tiene hijos debe renunciar á las diversiones y que ellos deben constituir el objeto principal de su vida. Elisa se reía de estos asertos que parecían sermones, y la marquesa Emilia aseguraba que su yerno tenía ideas muy plebeyas. ¿Dónde se había visto que una señora rica y elegante renunciase á la sociedad para cuidarse de sus hijos? Enhorabuena que lo hiciesen las que no tuviesen medios de pagar una buena ama de cría.

Renata, á la cual pedía Eduardo alguna vez consejos, decía que no se debía exagerar, que una señora podía tener tiempo que dedicar á la sociedad y á sus hijos, aun cuando éstos debían ser siempre los preferidos.

Entretanto, para disfrutar ella también algún tiempo de su ahijada, invitó á los esposos Sangalli á pasar una temporada en Villa Gracia, diciendo que invitaría también á algunos conocidos, y de este modo Elisa se repondría más pronto, la niña respiraría aire puro y se divertirían organizando partidas de campo y veraneando en compañía de algunos buenos amigos. Todos aceptaron la idea con entusiasmo, y á los pocos días de establecerse Renata en la quinta se trasladaron á ella los Sangalli y una porción de amigos.

Villa Gracia no era ya la quinta tranquila y solitaria de antes; sino que Renata la había embellecido y agrandado. Todos los días salían de ella algunos carruajes en los que iban alegres señoras y caballeros á almorzar á la sombra de los árboles ó á hacer largas excursiones adonde hubiese algo curioso que ver.

A menudo se organizaban cabalgadas en las que las elegantes amazonas se unían á los apuestos jinetes y galopaban por el campo, hasta que cansados y excitados por la carrera, con las mejillas encendidas y los ojos brillantes, se ponían al paso por alguna calle de árboles frondosos; y por la noche, en vez de descansar de las fatigas del día, improvisaban músicas y danzas.

Renata necesitaba de vez en cuando aquella vida febril, aquel continuo movimiento para olvidar, para no sentir el peso de la soledad.

No hacía nada censurable; sus pasatiempos eran inocentes; á todos los caballeros que la rodeaban los trataba del mismo modo, sin tener preferencias por ninguno; y sin embargo, sus antiguas amigas siempre tenían algo que decir de aquella vida emancipada; la baronesa Rinaldi no permitía que sus hijas la tratasen, porque temía que no encontrasen marido, ó más bien acompañaba á las tres é invitaba á su casa á todos los oficiales del regimiento de guarnición sin conseguir casarlas, mientras Renata, á pesar de todas las habladurías de los maldicientes, tenía que desechar muy buenos partidos.

Elisa, después de pasar tanto tiempo enferma y encerrada en su casa, iba cobrando fuerzas, tenía muy buen color, comía con excelente apetito y tomaba parte en todas las excursiones, siempre en movimiento y rodeada siempre de los huéspedes de Villa Gracia, que la admiraban y les parecía más bella después del nacimiento de su hija.

De ésta se ocupaba muy poco; verdad es que no era necesario; por la mañana le daba un beso, y apenas la oía llorar se la entregaba á la nodriza diciendo que no podía sufrir el llanto de los niños. En cambio Eduardo y Renata pasaban muchos ratos junto á la cuna de la niña y la contemplaban cuando dormía tranquilamente ó cuando movía las manecitas buscando algo invisible é indefinido. Si lloraba, Renata la tomaba en brazos y la acallaba meciéndola. Un día Eduardo le dijo:

– ¡Qué buena madre hubiera sido usted! En cambio Elisa ni siquiera se acuerda de que tiene una hija. Oiga usted.

Y en efecto, interrumpió estas frases pronunciadas en voz baja una carcajada de Elisa que desde la planta baja subió como una nota resonante.

– No sea usted injusto, replicó Renata; Elisa no ha sufrido tanto como yo y el dolor envejece; deje usted que se divierta; mientras tanto Tati (así llamaban á la pequeñuela) está en buenas manos.

– ¡Si supiera usted cómo me disgusta la idea de que mi mujer no tenga corazón!

– No diga usted tonterías; Elisa ha estado muy mimada desde niña, le gusta la alegría, y si no piensa en su hija es porque sabe que no se la necesita; pero no es mala y estoy segura de que la quiere mucho.

– Allá veremos, dijo Eduardo suspirando.

Estaba preocupado al ver que ni la maternidad había conseguido modificar el carácter frívolo de Elisa, y en su deseo de paz se resignaba á cuidarse él de la niña para dejar que su mujer se divirtiese á su gusto.

Como en Villa Gracia se podían conciliar los pasatiempos sin alejarse demasiado de la niña, permanecieron allí mientras hizo buen tiempo; mas apenas comenzaron las lluvias de otoño, Elisa deseó volver á la ciudad á reanudar los antiguos hábitos de fiestas, teatros y diversiones.

Había pasado casi un año en reposo y tenía afán por recobrar el tiempo perdido, por encontrarse en su palacio, volver á ver á los amigos y dar vida á la ciudad con sus fiestas y su elegancia.

XXIII

Renata regresó á la ciudad con la idea de llevar una vida tranquila y no presentarse en sociedad sino de vez en cuando por no perder la costumbre; reunía en su casa un reducido número de amigos íntimos, pintaba mucho y se ocupaba también de su ahijada, que era preciosa, empezaba á reir y á balbucear, de suerte que nunca se cansaba de verla y tenerla en brazos.

En cambio Elisa daba á su hija un beso por la mañana, la hacía saltar un poco como si fuese una muñeca, pero se cansaba pronto y se la entregaba á la nodriza, diciéndole:

– Toma, llévatela; los niños pequeños me fastidian; cuando sea mayor me ocuparé de ella.

(Continuará)

FOTOGRAFIA EN EL TEATRO Y EN EL TALLER

CON LA LUZ DE MAGNESIO

Desde que se hicieron los primeros ensayos de la luz de magnesio aplicada á la fotografía, se ha creado una verdadera industria para la fabricación del magnesio en polvo, de los polvos compuestos y de los diversos aparatos destinados á facilitar la fotografía de noche.

Desde luego se pensó en aplicar la nueva luz especialmente en el teatro, pues hasta entonces no era posible obtener el clisé de una escena, aun con el auxilio de la luz eléctrica, sino á fuerza de una larga exposición. Sin embargo, en unos pocos teatros privilegiados, el Chatelet de París, por ejemplo, pudimos ya en 1887 conseguir buenos clisés con sólo uno ó dos segundos de exposición; pero para ello había sido necesaria toda la deferencia del director de entonces, M. Floury, quien nos dejó disponer la luz casi tal como la deseábamos. Ahora, con el magnesio puede operarse en todos los teatros, hasta en aquellos que únicamente se alumbran con lámparas de incandescencia; pero para obtener un buen resultado todavía es preciso disponer de una instalación especial.

M. P. Boyer, uno de los mejores fotógrafos parisienses, ha llegado á ser una especialidad en esta clase de trabajos, y pocas son las obras teatrales que, desde el día de su estreno, no se encuentran registradas, escena por escena, en sus colecciones. Para esto dispone de un material completo de lámparas y de fuelles que instala á cada lado de la escena durante el ensayo general (fig. 1).

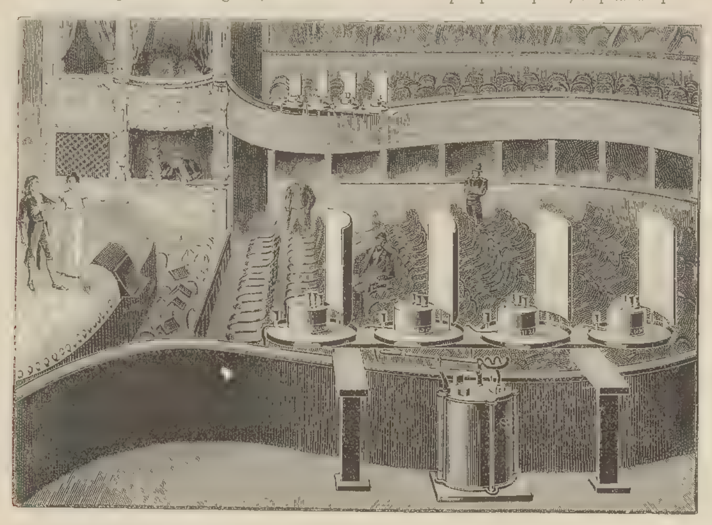


Fig. 1. – Disposición de los aparatos empleados por M. P. Boyer para la fotografía de una escena de teatro

Las lámparas están dispuestas de una manera especial que permite prolongar el resplandor de la luz todo el tiempo que se quiera, empleando para ello, no un polvo compuesto, sino magnesio puro: cada una lleva un reflector y todas comunican con un sistema de fuelles S que un ayudante hace funcionar en el momento oportuno, con lo cual se puede prolongar la exposición todo el tiempo que se quiera, según las circunstancias.

No hay que olvidar que las paredes del local en donde se opera desempeñan un gran papel en la fotografía por medio del magnesio, puesto que sirven de reflector y que según sean de un color obscuro ó claro y según sea mayor ó menor la distancia del modelo producen muy distintos resultados. Al aire libre pueden quemarse 30 ó 40 gramos de polvo delante de un modelo colocado á algunos metros del foco sin obtener más que una débil indicación de imagen, y á nosotros mismos nos ha sucedido que hemos quemado en un vasto salón 50 gramos de un polvo compuesto de clorato de potasa sin resultado apreciable, á lo menos para la placa fotográfica, pues en cuanto al reflector, una gran hoja de cinc niquelado, quedó volatilizado. Este accidente no puede ocurrir con los aparatos antes indicados, y por otra parte, ahí están para demostrarlo los excelentes resultados obtenidos por M. Boyer.

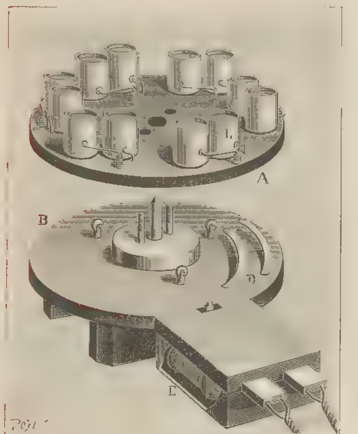


Fig. 2. – Aparato que permite quemar sucesivamente varios cartuchos sin cambiar de sitio

Pocos son, hoy en día, los aficionados que no han intentado retratar en cámara por medio del magnesio, pero por regla general estos retratos resultan malos. Y es porque para hacer una buena fotografía no siempre basta tener luz, mucha luz, sino que además es necesario repartirla de un modo conveniente sobre el modelo, cosa que difícilmente permite el momentáneo resplandor del magnesio.

Para los fotógrafos era de gran interés poder obtener el retrato en cualquier circunstancia y prolongar las sesiones después de puesto el sol: esto constituye á menudo una necesidad, no sólo para aumentar las horas del trabajo, sino que también para facilitar la elección del tiempo más conveniente. Por ejemplo: una señora no tendrá inconveniente en dejarse retratar vestida de baile en el momento en que se dispone á ir á la fiesta, al paso que si necesita vestirse expresamente de día, será más difícil que se preste á ello. Y para los actores, ¡qué comodidad si en un entreacto pueden retratarse tal como están, en vez de tener que ir al taller con todos sus trajes y accesorios!

Estas razones han impulsado á M. Boyer á inventar el taller portátil que representa nuestro grabado (fig. 3): compónese de ligeros bastidores sobre los cuales se extiende tela de calcar y con ellos se forman el techo y los dos lados; el fondo está cerrado por un telón cualquiera, decorativo ó liso, y la parte anterior queda abierta. Alrededor de esta cámara se construye otra mayor con bastidores cubiertos de una tela blanca opaca, quedando de este modo entre ambas cámaras un espacio de unos 50 centímetros completamente cerrado. En este espacio se dispara en el momento oportuno el cartucho que produce el relámpago; la luz se difunde al reflejarse sobre las paredes de la cámara exterior y al atravesar la tela de calcar que constituye las paredes de la interior. El cartucho se coloca generalmente en uno de los ángulos del techo transparente y de este modo se obtiene una luz muy parecida á la de los talleres que reciben la luz del día. Para poder hacer una serie de clisés sin que sirva de estorbo el humo de los relámpagos precedentes, se instala en la pared exterior un ventilador V movido por un motor eléctrico y que comunica con una manga M de tela que va á parar á una ventana ó á una chimenea de la habitación en donde se opera.

Como M. Boyer ejecuta á menudo sus trabajos en el teatro en donde tiene á su disposición la electricidad, utiliza ésta no sólo para hacer funcionar el ventilador, sino que también para la maniobra del aparato de los cartuchos L (fig. 2), los cuales están dispuestos sobre un disco A que se coloca encima de una base B, sobre la que puede girar libremente alrededor de un eje central.

Un aparato mecánico muy sencillo, gobernado por un electro imán E, permite hacer girar el disco A en un cierto espacio cada vez que se envía la corriente al electro E. A cada movimiento, un cartucho se coloca en D encima de dos planchitas con muelles unidas á la canalización eléctrica: el fondo de los cartuchos está dispuesto de manera que un alambre atraviesa el polvo y sus extremos van á parar á las planchas de muelle D cuando el cartucho está en su sitio; basta entonces para que se produzca el relámpago, lanzar la corriente por medio de un botón de contacto. Si un relámpago no es suficiente, sólo con apretar otro contacto el cartucho se encuentra reemplazado por otro.

Además, para permitir la colocación de la placa y la preparación de la máquina, así como para suavizar las sombras, hay dispuesta una batería de lámparas de incandescencia detrás de la pared transparente del lado opuesto al en que el relámpago se produce.



Fig. 3. – Taller portátil para retratar con luz artificial de M. P. Boyer

Con estos ingeniosos aparatos hemos visto á M. Boyer hacer unos veinte clisés de actores en el curso de una representación. El material, que es muy ligero, se transporta y se instala con gran facilidad y los resultados son tan buenos como si el modelo estuviera en un taller dispuesto con todos los recursos usuales de los juegos de luz.

G. Mareschal

***

CURIOSO PROCEDIMIENTO

DE DEMOLICIÓN

Trátase de una chimenea de una fábrica de Walsend (Inglaterra) que por resultar inútil era preciso demoler: construída de ladrillo, tenía la tal chimenea 81 metros de alto, 6'40 de diámetro en la base y 4'25 en la punta.

Para proceder á su derribo comenzóse por practicar á cada lado de la misma, á un metro del suelo, una entalladura reemplazando los ladrillos que se

sacaban por bloques de madera formados con planchas entre las cuales se dejaron unos espacios que se llenaron con una mezcla de serrín y alquitrán. Prosiguióse esta operación en un trozo de la circunferencia, unos doce metros, de manera que al terminar aquel trabajo, dicha circunferencia sólo tenía en aquel sitio unos ocho metros de mampostería intacta.

Después que se hubo saturado de alquitrán y parafina los bloques de madera, encendióse una hoguera en la parte en donde se habían extraído los ladrillos, y á los seis minutos derrumbóse toda la chimenea en la dirección del sitio por donde había sido quitada la mampostería.

Asegúrase que el coste de esta operación no ha llegado á la mitad de lo que habría costado una demolición progresiva con ayuda de escaleras y andamios.



ABREVANDO, cuadro de José María Marqués

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XVIII — Barcelona 11 de diciembre de 1899 — Núm. 937

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL PRIMER BAILE, cuadro de J. Wodzinski

ADVERTENCIA

Próximamente repartiremos á los señores suscriptores á la **Biblioteca Universal** el quinto tomo de la presente serie, que será el cuarto, último de la interesante y amena obra Napoleón III, que tanto éxito ha obtenido.

Los señores suscriptores que por serlo desde principio de este año no tienen los tres tomos anteriores de la citada obra podrán escoger entre las dos proposiciones siguientes: ó bien adquirir dichos tres tomos al precio excepcional de cinco pesetas cada uno, ó bien recibir, en lugar del que anunciamos, uno de los que á continuación se expresan y que forman parte de la Biblioteca:

Ecos de las montañas, por *D. José Zorrilla*, con preciosas viñetas y reducciones de las magníficas láminas del célebre dibujante *Gustavo Doré*, que se publicaron en la edición monumental de este libro; ¡Si yo fuera rico!, interesante novela de *D. Luis Mariano de Larra*, ilustrada por *D. Alejandro de Riquer;* Para ellas, interesante colección de novelitas y cuentos dedicada á las señoras, por *D.ª Adela Sánchez Cantos de Escobar*, con bonitas ilustraciones; Capítulos que se le olvidaron á Cervantes; ensayo de imitación de un libro inimitable, por *Juan Montalvo*, con dibujos de *José L. Pellicer;* La ciencia moderna, por *Julio Brouté*, estudio popular de los principales adelantos y descubrimientos científicos de nuestros días, con profusión de grabados.

Suplicamos á nuestros corresponsales que teniendo en cuenta esta advertencia nos envíen las oportunas instrucciones con la mayor anticipación posible á fin de que podamos servirles oportunamente sus pedidos.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORANEA

Cada vez que – al subir por la ancha carretera de Marineda á Betanzos, al paso vivo de las jacas que arrastran el coche – veo pasar á nuestro lado, anunciándose antes con su anheloso *¡teuf!, ¡teuf!*, el biciclo automóvil, que cruza semejante á una exhalación y deja por memoria un olor pestífero á mineral ó gasolina, se me ocurre que los caballos ya van pareciéndose á las ballestas y lanzas cuando las desterraba la artillería naciente, y que dentro de poco los que nos empeñemos en continuar haciendo uso de la tracción animal, seremos algo anacrónicos, como era Don Quijote al encasquetarse el yelmo de Mambrino y cubrirse el pecho con la coraza comida de orín y empuñar el descomunal lanzón.

Si hay algo que esté «llamado á desaparecer» no es la forma poética, son los coches tirados por caballos y mulas. Nadie sospecha la revolución que va á consumarse aquí (señalo al planeta) dentro de cortos años, porque esto del automovilismo va de prisa (en España no, pero va en el resto del mundo); y es seguro que en lo por venir el caballo, nobilísimo animal, cuadrúpedo asociado á todas las glorias militares de los bípedos (excepto á las navales), quedará relegado á los Museos de Historia Natural, donde se enseñará su esqueleto como hoy se enseña el del mastodonte, el plesiosauro y el megalosauro antediluvianos.

Si en esta perspectiva entra alguna exageración, por lo menos habrá que convenir en que la misión del caballo quedará reducida únicamente á lo que ya hoy tiene de ostentosa y puramente suntuaria. Los duques de Alba del porvenir no renunciarán, es probable, al goce de albergar en fastuosas cabellerizas á unos cuantos troncos *select*, rusos, mecklemburgueses ó húngaros, cruzados de esto, de aquello ó de lo de más allá, para solazarse en guiarlos, adestrarlos y pasearlos á son de bocina; los románticos que quieran galopar á campo traviesa, ó soñar dejando que las riendas floten sobre el cuello sudoroso del bruto, no renunciarán al potro árabe ni á la yegua inglesa de fino cuello. Pero estas serán superfluidades, singularidades, caprichos y gustos personales, sin trascendencia á la vida general, que se desarrollará con escolta y comitiva de automóviles, en vehículos, bicicletas, triciclos, con la electricidad á la mano y el gas pronto á suministrar fuerza motriz.

***

Arrastrar coche fué antaño uno de los privilegios de la opulencia. Creíase que el ahorro de las piernas y la posibilidad de trasladarse rápidamente de un lugar á otro era como la ejecutoria de los poderosos. Poco á poco, se democratizó también el coche. Primero, se estableció la posta; después, las carrozas de alquiler. En España, calesines y calesas pulularon, prestando el alegre titinteo de sus cascabeles á los regocijos de la gente de buen humor. La plebe se arregló como pudo, con las galeras, las carretas, los carros, las tartanas. En mi país, las mozas vuelven de la siega empingorotadas sobre la mies, y el labrador que regresa de vacío, habiendo vendido á buen precio en la ciudad sus hortalizas ó su leña de pino bravo, también trepa al carro céltico, y se deja conducir regaladamente. No puede decirse que los menesterosos hayan desconocido siempre el gusto de ir *en patas ajenas.* A cada paso adelante que daba el siglo, España, renqueando, trataba de asemejarse, de seguir la estela de los adelantos que hacen tan cómoda y grata la vida. Tuvimos ferrocarriles, tardecito; ómnibus y tranvías, tardecito; tranvía eléctrico (mirándolo punto menos que como la octava maravilla) este año de 1899. Y á paso de tortuga, con timideces de doncella púdica que se asoma á la puerta del cuarto de un doncel, van apuntando los automóviles, última palabra de la locomoción en este siglo que tanto la ha facilitado, generosamente.

***

Siempre que empieza á popularizarse uno de estos inventos indiscutibles, pero discutidos en detalle, son de oir los diálogos que se cruzan, y en los cuales generalmente domina la nota *misoneista* y el temblor del miedo á lo desconocido.

– Yo ni por mil duros me embarco en semejante chocolatera.

– A mí el olor me da náuseas.

– Es peligrosísimo.

– La familia H se despeñó, y el Sr. N se fracturó un brazo. ¡A ver!

– En las cuestas arriba se *planta.*

– En las cuestas abajo se *desboca.*

– Requiere un maquinista muy experto, y si no, no funciona.

– Y ese maquinista tiene que ser extranjero, y no se conforma con menos de un duro diario.

– Yo encuentro feísimo ese armatoste.

– ¡Quién lo duda! Como que lo bonito de un coche es el tronco.

– Y cuestan un ojito de la cara. El de H... se llama doce mil pesetas.

– Rebaje usted. No hay semejante cosa.

– Serán seis mil.

– En fin, que ni regalado.

– ¡Ni regalado!, repite el coro de los que detestan la novedad, venga de donde viniere.

***

De suerte que por ahora, los atrevidos nautas descubridores que han importado á mi pueblo los *teuf teuf* tienen contra sí á una hostil y recelosa mayoría. El convencimiento de que el automovilismo es el «carruaje enganchado» para todos, no ha penetrado aún en los cerebros, así como las pupilas no han acertado á habituarse á la forma peculiar de esos carruajes sin tronco, semejantes, preciso es reconocerlo, á una sartén sin mango.

Partidaria decidida del automóvil, confío en la próxima Exposición Universal francesa para que se aclimate en este rincón del mundo. La Exposición (cabe anunciarlo sin ínfulas de profeta) ha de sacar á luz mil inventos y reformas que hagan desaparecer las actuales dificultades del automovilismo, y sobre todo permitan ofrecer al público el cachivache en condiciones accesibles á los bolsillos. La primer máquina de coser que he visto había costado cerca de ochocientos francos y era de muy difícil manejo; tanto, que acabamos por arrumbarla. Cada aguja que se rompía, conflicto; cada vez que se aflojaba la tensión, ahogo. Los defectos quizás superasen á las ventajas, y sin embargo se veía *allí* un progreso enorme, un gigantesco desarrollo para la industria, la esperanza de ventajas incalculables para la humanidad. No tardó mucho tiempo en perfeccionarse la máquina, y en poder obtenerla las clases modestas en las condiciones actuales, que hacen de ella el precioso auxiliar de la jornalera y de la costurerilla humilde. En la más recóndita aldea se escucha ya el traqueteo de la máquina de coser. Espero que no transcurrirán muchos años sin que las carreteras se llenen de automóviles.

***

Por lo pronto, va á establecerse una línea de estos vehículos entre la Coruña y Santiago; pues somos tan desdichados, que no hay trazas de que la capital de Galicia y la Jerusalén de Occidente se vean unidas por una vía férrea. Esta empresa hará que se les pierda el miedo á los automóviles. La rutina quizás se avenga á soltar los andadores de niño y el báculo senil en que se apoya para recorrer todos los días, despaciosamente, la misma senda. Es de advertir que en este trayecto de Compostela á la ciudad herculina permanece y dura en todo su esplendor la tradicional y clásica *diligencia* de nuestros bisabuelos. El tiro de doce mulas que responden ó mejor dicho atienden por *Coronela* y *Generala;* el mayoral de blusa, gordo, con su montera de piel, su tagarnina al canto de la boca y su blasfemia en la punta de la lengua sucia; el zagal menudo, ágil, con su vara y su faja roja y sus listas piernas de galgo; las guarniciones mugrientas, rotas, atadas con cordeles; la *baca* enorme, atestada de fardos y bultos y baulazos; el *cupé* aéreo, adonde trepan los aficionados al aire libre y á las buenas vistas; la *berlina*, el sitio de preferencia, adonde es preciso encaramarse poniendo el pie en la rueda salpicada de barro; el *interior*, innoble, pestífero, plagado de olores repugnantes y con vidrios que dejan sospechar si se habrá acabado el agua en la provincia; todo este aparato de la diligencia de principios del siglo continúa inalterable. Lo único en que conocemos que se ha progresado, es en que á esta venerable diligencia no suelen asaltarla ya ni foragidos ni facciosos. El elemento altamente pintoresco del asalto ha desaparecido, y el viaje se verificaría con absoluta tranquilidad, á no existir unas revueltas y despeñaderos donde la diligencia, á veces, gusta de pegar una cabriolas y dejarse rodar hasta el fondo del valle. Sería dificilísimo averiguar por qué existen rachas de vuelcos. A lo mejor la diligencia se siente formal y deja transcurrir un año, año y medio, sin dar el *pinche*, como aquí se dice. Y de súbito, en un mes, en una semana, vuelca varias veces.

***

Lógicamente, debiera volcar todos los días (mañana y tarde; sale á las doce y á las ocho). En efecto, ó las reglas del equilibrio no rigen, ó tiene que venirse al suelo un coche cuando es más estrecho de abajo que de arriba y le pesa mucho más la cabeza que los pies. En tal caso está la diligencia consabida, y tenemos que agradecerle de todo corazón que sólo obedezca á la ley de gravedad así, de tiempo en tiempo.

No falta quien murmure si, más que otras razones, influirá en los vuelcos el zumo parral. Al salir la diligencia de noche, raro es que el mayoral no lleve el cuerpo aforrado y abrigado interiormente. Suben las mulas despacio las cuestas de la carretera, y al lento rodar del inmenso vehículo, mayoral y viajeros descabezan un sueño, más ó menos reparador. Y cuando ronca descuidadamente el mayoral y los viajeros sueñan que están en su camita, muy sosegados..., *¡patatrás!*, de repente el coche se inclina, crujen los muelles, el tiro, loco, se arroja por la pendiente ladera al precipicio...

Por peligrosos que sean los automóviles, no lo serán tanto como la arcaica y patriarcal diligencia, de aspecto engañosamente bonachón.

Emilia Pardo Bazán

PENSAMIENTOS

Cuando visito un país me preocupa menos conocer cuáles son sus leyes que saber si se aplican.

Montesquieu

Los militares cuentan demasiado con la fuerza y los políticos cuentan demasiado con la habilidad.

Aquiles Tournier

El matrimonio es una comedia con dos personajes, cada uno de los cuales sólo estudia un papel, el del otro.

Octavio Feuillet

El deber cumplido, como toda victoria, es tanto más glorioso cuanto más ha costado.

G. M. Valtour



EL NOTABLE PINTOR ALEMÁN

PABLO MEYERHEIM

Pablo Meyerheim figura entre los primeros pintores alemanes y goza de gran fama entre los inteligentes, los aficionados y el público en general, porque sus cuadros á la vez que tienen mérito intrínseco resultan agradables aun para el menos entendido en materia de Bellas Artes.

Como pintor de animales nadie le ha sobrepujado, y con razón se le llama el Lafontaine de la pintura: sus obras de este género son fábulas en acción en las cuales se admira tanto la verdad con que están reproducidos los *personajes* cuanto el valor psicológico que encierran.

Hijo de un artista ilustre, Eduardo Meyerheim, heredó el talento de su padre; pero así como éste enamoróse de la Edad media, él encontró su mayor gusto en el estudio de la naturaleza y de la vida moderna, y á todas las enseñanzas académicas prefirió la observación al aire libre y las visitas al Jardín Zoológico de Berlín.

Siendo muy joven emprendió un viaje por Alemania, el Tirol, Suiza, Holanda y Bélgica, de donde regresó con la cartera repleta de preciosos apuntes que le permitieron pintar sus conocidas obras *El tribunal de los monos, La huérfana de Amsterdam* y *El anticuario.*

Pasó luego á París y sus aficiones hiciéronle afiliarse al grupo de los *barbizonistas,* con quienes trabajó en los hermosos bosques de Fontainebleau: al poco tiempo, su cuadro *Domadores de serpientes* le valía una medalla en el Salón.

De regreso en su patria, no tardó en consolidar allí su fama, dedicándose especialmente á la pintura decorativa y pintando, entre otros, los poéticos frescos de *La historia del hierro* y los bellísimos lienzos de las *Estaciones del año* que adornan la Galería Nacional de Berlín.

También ha cultivado el retrato, pero no estudiando el alma de los modelos con la profundidad psicológica de Lenbach, sino reproduciendo exactamente su físico y sobre todo el medio en que habitualmente vive.

Meyerheim no pertenece al número de los pintores que pretenden enseñar; contentase con deleitar con sus pinturas.

Las escenas de la vida del pueblo han tenido en él un excelente intérprete, y de ello es buena prueba el cuadro *Los titiriteros* que en el presente número reproducimos, cuadro en el cual, además de las bellezas técnicas, se admira las cualidades que antes hemos indicado, á saber: su observación directa del natural, la verdad con que su mano traslada al lienzo lo que sus ojos han visto, la naturalidad que en todas las figuras campea y la poesía que, dentro del más puro realismo, respiran todas sus composiciones.

Pablo Meyerheim es profesor de la Academia de Bellas Artes de Berlín: el grabado que en esta página publicamos lo representa en el momento de dar clase á sus alumnos en el patio de dicha academia, en donde aquéllos copian el soldado de caballería que les sirve de modelo. El famoso pintor, con la paleta en una mano y el pincel en la otra, va examinando los trabajos de sus discípulos y acompaña sus correcciones sobre la tela con explicaciones que constituyen siempre provechosas enseñanzas.

Una frase de Meyerheim revela su manera de sentir en materia de arte. Hablando de las colecciones artísticas que ha reunido en la deliciosa quinta que posee junto á Berlín ha dicho: «Lo que es bello es bello: un cuadro de Tiziano, un busto de Canova, un tapiz turco están bien en mi casa; una caja de botánico, un tejido vulgar no caben en ella.» Y en efecto, su vivienda es un verdadero museo de cuadros, estatuas, muebles, telas á cual más hermosos y de los más diversos estilos, que acreditan el buen gusto y el eclecticismo de su ilustre propietario. – X.

OBRAS VARIAS DE VAN DYCK

Oportunamente se ocupó LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA de las fiestas celebradas en Amberes para conmemorar el tercer centenario del natalicio de Van Dyck. La exposición de obras del inmortal maestro flamenco que con este motivo se organizó permitió á los inteligentes y aficionados estudiar casi todas las fases de la carrera artística del gran pintor; y decimos casi todas, porque se echaban allí de menos algunos de sus mejores cuadros que se conservan en Italia, España, Alemania, Austria y Rusia. La ausencia de los que se guardan en los museos y galerías particulares de Italia fué especialmente sensible, porque



PABLO MEYERHEIM CON SUS DISCÍPULOS EN EL PATIO DE LA ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE BERLÍN (de fotografía)

constituyen la labor de uno de los períodos más interesantes de Van Dyck, el período que se llama italiano y que no desmerece en nada del conocido con el nombre de período inglés, considerado por muchos como el más brillante de su carrera.

Lo que más se ha admirado en aquella exposición han sido los retratos. Sabido es que este fué el género en que sobresalió Van Dyck, quien como nadie consiguió estudiar la fisonomía del modelo, penetrar en su alma, hacer que ésta se asomara á los ojos y á los labios pintados en el lienzo y sorprender sus ademanes característicos.

Entre los retratos que allí se expusieron figuraron los seis que en esta página reproducimos: de Jacobo Hay, conde de Carlisle; Penélope Wriothesley, baronesa de Spencer; condesa Paulina Adorno-Brignole-Sala; Guillermo Villiers, vizconde de Grandisson, y de lord Jorge Digby, segundo conde de Bristol, y Guillermo, quinto conde y primer duque de Bedford, que son de propiedad respectivamente del vizconde Colham, de Hagley (Inglaterra); del conde Spencer, de Althorp (Inglaterra); del duque de Abercorn, de Londres; de J. Herzog, de Viena, y del ya citado conde Spencer.

Como muestra de sus cuadros religiosos publicamos el tan justamente celebrado *Cristo en la cruz,* que se conserva en la iglesia de San Miguel de Gante. – A.

RETRATO DE JACOBO HAY, conde de Carlisle, pintado por Van Dyck



PENÉLOPE WRIOTHESLEY, baronesa de Spencer, pintado por Van Dyck

CONDESA ADORNO-BRIGNOLE SALA, retrato pintado por Van Dyck

LAS EDADES DEL AMOR

De cuantas pasiones esclavizan el corazón humano, el amor es la que con mayor frecuencia ha cambiado de carácter en el curso de la historia, y sobre todo, al pasar de la sociedad y de la literatura antiguas á la sociedad y á la literatura modernas. Chateaubriand, principalmente preocupado con la influencia que el cristianismo ha ejercido sobre el amor, ha dividido la historia de esta pasión en dos grandes períodos, el del amor pagano y el del amor cristiano. Pero en la historia del amor puede encontrarse la misma división que nos presenta la historia general: antigua, de la Edad media y moderna.



CRISTO EN LA CRUZ, cuadro pintado por Van Dyck que se conserva en la iglesia de San Miguel de Gante

¿Se quiere conocer el amor antiguo? Basta leer á Ovidio, Tíbulo, Propercio... Sus amadas fueron coquetas, infieles, venales; ellas no buscaban á su lado más que los placeres materiales, y se puede creer que nunca tuvieron idea del sentimiento que, trece siglos después, hizo palpitar el corazón de Eloísa.



RETRATO DE JORGE DIGBY, segundo conde de Bristol, y de GUILLERMO, quinto conde y primer duque de Bedford, pintados por Van Dyck

Téngase en cuenta, ante todo, que el amor antiguo sólo se fija en las formas exteriores; la belleza de Helena seduce hasta á la ancianidad; Dido iguala á Venus en atractivos; Camila supera á Diana en ligereza; Nerea es más blanca que el ave de Leda... Nada que pase de lo físico. La Venus que el poeta adora no es la diosa de la belleza moral é intelectual.

Uno de los rasgos más notables de la sociedad griega y romana, es que la mujer no inspira el amor en el sentido que hoy damos á esta palabra; puede ser buscada por su belleza física, honrada por los ciudadanos que dé á la república, por el esposo á quien confiera la dignidad y la autoridad paterna... Pero por sí sola, no es el objeto ni el fin del amor; no es verdaderamente amada.

¿Y por qué no es amada? Porque es débil, y por lo mismo juzgada incapaz de dignidad, de sinceridad, de valor, de firmeza, de perseverancia; pues entre los antiguos, la admiración no pasa de la forma, y á la idea de fuerza se unen en su espíritu las de virtud, nobleza, genio y aun la de belleza.

Lo que en la antigüedad correspondía verdaderamente á nuestro amor de hoy, apasionado, capaz de todos los sacrificios, era la amistad. La guerra en los tiempos heroicos, la ciencia pura ó la dialéctica en los tiempos que se pueden llamar metafísicos, constituyeron para los hombres una vida aparte en la antigüedad.



RETRATO DE GUILLERMO VILLIERS, vizconde de Grandisson, pintado por Van Dyck

Las costumbres de los campos, los usos de la palestra, más tarde las discusiones académicas, la enseñanza de la política, de la elocuencia, de la física, favorecieron la separación establecida entre la vida de los hombres y la de las mujeres. Resultado de estas costumbres fué que el amor y el sentimiento de lo bello revistieran en la imaginación del hombre formas ajenas á la mujer, y la delicadeza de sentimiento que hoy admiramos en aquélla, sacrificóse al culto de la belleza viril.

El arte imitó la forma del hombre como la más perfecta y la reprodujo sabiamente con todos sus caracteres en las estatuas de Marte, Apolo, Mercurio, Hércules ó Baco. La ciencia, por su parte, dió siempre á la mujer un papel en la Creación subordinado al del hombre; los sentimientos que en el mundo cristiano han producido la caballería, la galantería y todas las instituciones referentes al amor, el hombre y la belleza, se desple-

garon entonces principalmente en las relaciones y en la sociedad exclusiva de los hombres.

Débese notar que si el hombre de la antigüedad

pero amantes desdeñadas, abandonadas; las Ariadnas, las Fedras, las Medeas, las Didos...

Cuanto á ellos, los enamorados, tan comunes en

El amor, en la antigüedad, no era un derecho que se pudiera reivindicar, porque no tenía sentido social, ni jugaba ningún papel en la vida pública. El



RETRATOS DE FAMILIA, cuadro pintado por Van Dyck (Museo del Hermitage de San Petersburgo. – Reproducción autorizada por la Compañía fotográfica de Berlín)

no se enamora de la mujer, y si el sentimiento que ésta le inspira, en vez de ennoblecerlo, le envilece y constituye para él una debilidad, casi una cobardía y una vergüenza, la pasión, el amor, en cambio, puede interesar á la mujer.

Así vemos en la historia antigua mujeres amantes,

nuestra literatura, no se encuentran entre los antiguos.

Estos últimos poseían perfectamente la ciencia del corazón en la plaza pública; pero el corazón en esta época, no daba sino una importancia secundaria, un rango subalterno á dicha pasión, que entre los modernos parece ser la predominante.

amor era para ellos una fatalidad, no un sentimiento noble y elevado.

En la *Iliada* vemos que el rapto de una mujer provoca una guerra entre griegos y troyanos; pero en medio de esta memorable guerra encendida por el amor, ¡qué papel tan insignificante, tan desprecia-

do, el del audaz Paris y el de la hermosa Elena!

En los trágicos griegos, apenas si se concede un lugar al amor; cuanto más antiguo es el poeta, menos se muestra aquella pasión en sus dramas. No hay amor en el viejo Esquilo y apenas si se manifiesta en Sófocles.

El antiguo teatro representaba al amor más bien como una divinidad que como una pasión; cantaba con terror su poder irresistible, pero no expresaba sus angustias y sus placeres. El coro era el encargado de decir cuán terrible era el amor para los humanos, pero ni los mismos amantes lo revelaban con sus transportes.

Ninguna otra pasión como el amor ha guardado durante más largo tiempo en la tragedia antigua la forma lírica; ella ha sido también la última que ha entrado, por decirlo así, en el drama.

Dos grandes influencias han contribuído á transformar el amor antiguo: el cristianismo y las costumbres de los pueblos del Norte.

El cristianismo ha dado á la mujer una personalidad al darle una conciencia; le ha dado derechos al darle deberes... Respecto á las costumbres de las naciones bárbaras, presentan dos rasgos notables; por una parte, el respeto general que inspiran las mujeres; por otra, el ascendiente particular que ejercen las heroínas y las sacerdotisas. Estos dos rasgos han contribuído á establecer en la sociedad germánica la idea de la igualdad entre el hombre y la mujer. La poligamia no es extraña á los pueblos del Norte, pero no es general, y sobre todo, no lleva consigo, como en Oriente, el envilecimiento y la reclusión de la mujer.

La mujer, en la sociedad antigua, aparece encerrada en el gineceo, no sólo para asegurar su pudor, sino también para defender su debilidad de los peligros y de los cuidados del exterior, reservados á los hombres, como los únicos capaces de soportarlos.

La mujer del Norte es verdaderamente la compañera del hombre, en el trabajo y en el peligro, en la paz y en la guerra, en la vida y en la muerte.

Del cristianismo y de las costumbres germánicas nació el amor caballeresco; nada en la antigüedad se asemeja, ni aun remotamente, á esa idea del amor caballeresco, que lo erige en principio supremo de la moralidad.

Con la Edad media concluye el amor caballeresco propiamente dicho, y bajo la influencia del Renacimiento se confunde con el amor platónico, honrado por los eruditos del siglo XV; entonces se transforma en amor romántico, en galantería.

La entrada de la mujer en el mundo, ó para hablar más exactamente, en la buena sociedad que se forma á medida que se extiende el gusto de las letras y de la conversación, es el acontecimiento más importante de la historia del amor en esta época.

Esta preponderancia creciente de la mujer, que comienza en el siglo XVI y termina á mediados del XVII, tuvo, por decirlo así, tres grados principales, marcados por tres grandes novelas que ejercieron gran influencia en las ideas y en la manera de ser del mundo galante: el *Amadís,* que representa el amor caballeresco, que se dulcifica y aun se afemina; la *Astrea,* que mezcla el amor platónico y el caballeresco bajo el nombre de amor pastoral; la *Clelia,* en fin, que es el código de la honrada galantería y que marca el apogeo de la preponderancia de la mujer en el mundo y en la literatura.

El siglo XVIII marca la decadencia de la galantería, y esta palabra viene á ser sinónimo de corrupción.

En los comienzos del siglo XIX el amor recobra, en la literatura y en la sociedad, el imperio poco antes perdido. El huracán revolucionario hizo inclinarse esta flor, pero se alzó con nuevos y más brillantes colores, una vez pasada la tormenta.

No es ya el amor caballeresco de la Edad media, ni la galantería del siglo XVII, ni el libertinaje elegante del siglo XVIII... Es el amor melancólico y soñador; el amor sediento del infinito, que se desvía de su fin natural; el amor que se mezcla á dos sentimientos vagos é indeterminados, el sentimiento de la naturaleza y el de la inquietud metafísica ó religiosa; el amor que conduce al desprecio y al odio de la acción, de la realidad, al fastidio y al disgusto de la vida; el amor que goza cantando su eterno dolor, su incurable herida; que analiza su delirio, poniendo siempre á su deseo una valla infranqueable... Este es el amor que sirvió de germen á la *Nueva Eloísa,* de Rousseau, y que los autores de *René* y *Atala* y de las *Meditaciones* contribuyeron á poner de moda.

El mismo Gœthe, á pesar del carácter realista de su genio, pagó su tributo á esta enfermedad del siglo.

A. Sánchez Ramón



GUERRA ANGLO-BOER. – Aplicación de los rayos X para la exploración de las heridas (de fotografía)

LA REINA DEL MUNDO

A la caída de la tarde, cuando el sol se ocultaba en la lejanía tras los picachos de la sierra, comenzó á soplar el viento con fuerza, arrastrando entre sus oleadas legiones de nubes negruzcas, heraldos de cercana lluvia. El capataz dió orden de suspender la faena y los gañanes se replegaron hacia el cortijo, huyendo de la tormenta que se preparaba de tejas arriba. Antes de la hora de costumbre, después de la cena, ya estaban todos, gañanes y mozas, sentados junto á la lumbre, desentumeciendo los miembros agarrotados por el frío. Entre las fornidas mozas, junto al amo, tomaba asiento el cura del pueblo, á quien la lluvia obligaba á pernoctar en el cortijo.

Los troncos resinosos que ardían en el hogar, chisporroteando con furia, como si protestaran de las acometidas de las llamas, esparcieron por toda la casa un calor agradable que contrastaba poderosamente con el frío que reinaba allá fuera. Reanimóse la gente, á medida que adquirían su elasticidad los miembros, y comenzó la charla, formal en este lado, alegre en el otro, salpicada de cuentecillos y chismes, mientras caía la nieve en el campo, cubriendo la tierra con el triste sudario del invierno.

De uno de los rincones de la casa salió una voz soñolienta.

– *Pae* Toré, ¿por qué no cuenta usted un cuento?

– Sí, sí; cuente usted un cuento, *pae* Toré, gruñeron los demás.

El cura, complaciente, dió por terminado su párrafo con el amo y se dispuso á dar gusto á los pedigüeños.

– *Pues, señor,* dijo dando principio al cuento que le pedían, más allá de esos montes que cubre eternamente la nieve, más allá de los mares, casi en el principio del mundo, se extiende el valle de *Irán;* un valle fertilísimo donde la tierra no se despoja nunca de sus galas y donde el sol brilla siempre con resplandores de primavera. En este hermoso lugar, ocurrió hace muchos años la verídica historia que voy á contar á ustedes.

Reinaba en *Iran* por aquel tiempo un príncipe noble y valeroso, á quien todos sus súbditos veneraban por su sabiduría y sus virtudes. En *Irán* no pagaba el pueblo gabelas de ninguna suerte; todos trabajaban por igual en la labranza de la tierra y entre todos por igual se repartían los frutos. Cuando alguna diferencia enemistaba á dos vecinos, llamábalos el rey á su presencia, y justa y equitativamente resolvía el litigio, dando á cada uno lo suyo. Podía decirse que en *Irán* todos eran hermanos; así vivían los hombres en el dichoso reino, sin odios, sin luchas, sin ambiciones, gozando las delicias que han de alcanzar los justos en el cielo.

Pero un día, cuando más tranquilos se encontraban en medio de su envidiable país los súbditos del sabio *Ormuz,* asomó en *Irán* el demonio de la discordia, y nacieron odios y ambiciones allí donde sólo germinaron semillas de virtud. Un caudillo del ejército, el ambicioso *Arimán,* hombre rastrero y lleno de envidias, sublevóse contra el monarca, pretendiendo arrebatarle la corona; y el pueblo, que siempre



GUERRA ANGLO BOER. – TREN DE TRANSPORTE SALIENDO DE JOHANNESBURGO HACIA LA FRONTERA, dibujo de F. S. Spencer, tomado de una fotografía de H. Preston

lleva en la conciencia levadura para el mal, como tiene inclinaciones para el bien, se dividió en dos bandos, defensor de la legitimidad el uno, sostenedor el otro de la injusticia. La guerra civil se encendió en el tranquilo reino y asoló los campos con el incendio y destruyó los hogares con sus brutales represalias.

Hubiera durado la guerra por los siglos de los siglos, sin tregua ni cuartel, si no se dirime la contienda en un duelo singular entre el bondadoso *Ormuz*, encarnación de la virtud, y el envidioso *Orimán*, personificación del vicio. En presencia del pueblo lucharon cuerpo á cuerpo los dos caudillos, haciendo temblar los montes y los valles con el estrépito de sus golpes, mientras los buenos lloraban por su monarca y los malos alentaban con sus gritos al enemigo de la ley. La victoria, indecisa largo rato, no se inclinó á ninguno de los bandos, porque ambos contendientes cayeron en tierra moribundos: cayó primero la virtud; á pocos pasos cayó después la maldad.

Por un fenómeno prodigioso, que nadie puede explicar, surgieron en el valle dos ríos caudalosos que lo cruzan en toda su extensión, limitando la tierra maldita de *Irán;* nació el primero en el charco de la sangre derramada por *Ormuz;* nació el segundo en el charco formado por la sangre del bárbaro *Arimán.* El primero, de aguas tranquilas y dulces, es el río del *Bien;* el segundo, de ondas alborotadas y amargas, es el río del *Mal.* Los que pasan del primero al segundo no pueden volver más, porque la virtud que se pierde no se recupera nunca; los que viven del lado allá del segundo pueden pasar al primero, atravesando la isla del *Arrepentimiento* formada entre los dos ríos. Y ofrece de extraordinario el antiguo reino de *Irán* que la tierra se muestra en un lado fecunda por las aguas tranquilas del *Bien,* eternamente cubierta de flores, mientras en el otro se extiende árida y triste, sin un árbol, sin una flor en la llanura...

– Esperen ustedes, esperen ustedes, continuó el cura, que aún no he terminado el cuento. En el fondo del valle, donde la tierra se confunde con el cielo en la línea intangible del horizonte, se cortan los



GUERRA ANGLO BOER. - SOLDADOS INGLESES PROCEDENTES DEL EJÉRCITO DE LA INDIA TRANSPORTANDO HERIDOS DESPUÉS DEL COMBATE DE ELANDSLAAGTE



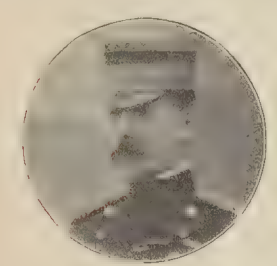
LOS TITIRITEROS, COPIA DEL CÉLEBRE



...DO DE PABLO MEYERHEIM, grabado por Bong

cauces de los ríos, y las aguas, ni dulces ni amargas, corren mezcladas por toda la tierra en el anchuroso río de la *Hipocresía*. Nadie sabe por dónde corren las aguas del *Bien;* nadie adivina por dónde circulan las aguas del *Mal;* y el río, ni alborotado ni tranquilo, sigue su curso y riega la tierra, aquí produciendo un oasis, allá dejando las tristezas de un erial.

Algo de esto ocurre en el mundo, donde la hipocresía es reina y señora de todo. Ni hay virtud completa, ni hay maldad que se declare francamente. El



GUERRA ANGLO-BOER. – El general inglés lord Methuen, jefe del cuerpo de ejército destinado á socorrer Kimberley (de fotografía).

vicio aparece disfrazado con máscara de virtud, y la virtud obscurecida por alguna sombra de infamia. La hipocresía es la reina del mundo. Todos los hombres son sectarios del disimulo.

De esto pueden ser prueba todos los nacidos, terminó el cura. Aquél, por ejemplo, *Petruco*, que está haciendo guiños á la *Nica,* se empeña en parecer un pícaro para conquistar á las mozas, y es por dentro un bendito de Dios; y tú, *Juanón*, que tienes esa cara de santo, eres un bribón de siete suelas...

LEÓN ROCH

NUESTROS GRABADOS

En una iglesia de la Baja Alemania, cuadro de Gustavo Wendling.—La impresión que en el ánimo producen los templos protestantes es de frialdad: desnudas sus paredes de todo adorno, desprovistos sus altares de esas imágenes que tanta devoción inspiran en las iglesias católicas y en



EN UNA IGLESIA DE LA BAJA ALEMANIA, cuadro de Gustavo Wendling. (Exposición de Bellas Artes Alemana de Dresde. 1899.)

las cuales han dejado muchas veces marcada la huella de su genio los más grandes artistas de todos los tiempos, el espíritu siéntese en cierto modo sobrecogido y necesita realizar un verdadero esfuerzo para establecer esa comunicación con el Creador, que es la base de todos los cultos de las religiones positivas. Aquellos de nuestros lectores que no hayan visitado alguno de esos templos podrán formarse, en parte, idea de los mismos viendo el cuadro del celebrado pintor alemán Wendling, que si bien sólo representa un trozo del interior de una iglesia protestante, permite adivinar lo que debe ser el resto, completamente ajustado á lo que antes decimos. El autor de este lienzo, ciñéndose á la seriedad que el asunto escogido requiere, ha rehuído todo lo que pudiera aparecer como falso efectismo, y así en la composición como en el colorido muéstrase sobrio y vigoroso, sin por esto degenerar en duro ni monótono.

Guerra anglo-boer.—Los ingleses se jactan de haber obtenido recientemente algunas importantes victorias; sin embargo, los resultados de los combates á que tales victorias corresponden no parecen ser tan favorables como suponen en el *War Office*. Tomando, por ejemplo, la conseguida junto al río Modder, veremos que si bien las tropas de lord Methuen desalojaron, después de ocho horas de encarnizado combate, á los boers de las posiciones que ocupaban, éstos lograron retirar toda su artillería y sus municiones, y los ingleses tuvieron cuatro oficiales y 68 soldados muertos y 392 heridos, entre ellos 19 oficiales y el mismo general Methuen, que durante unos días hubo de resignar el mando de sus fuerzas. Además, los supuestos vencedores en la batalla de Modder river no han podido seguir avanzando por haber sido destruídos los puentes que había sobre aquel río, y cuando consigan restablecerlos se encontrarán con el enemigo fuertemente atrincherado en Spytfontein, de suerte que para proseguir su movimiento de avance habrán de sostener muchas y muy reñidas luchas, cuyas consecuencias no pueden preveerse.

En el Norte de la colonia del Cabo, los generales Gatacre, Hart y Wanchophe con 8 000 hombres se dirigen á Stormberg contra una parte de las tropas del Estado libre de Orange; pero como al mismo tiempo tienen que vigilar á los afrikanders de aquella región, cuyo movimiento en favor de los boers es cada día más acentuado, es de suponer que su ofensiva no será muy vigorosa.

Por otra parte, la columna inglesa que, al mando del general Hildyard, acude en auxilio de Ladysmith, se halla detenida junto al río Tugela, cuyo paso defienden los transvaalenses.

Tales son las principales operaciones realizadas últimamente, y de ellas se deduce que la situación de los ingleses no es muy satisfactoria, y por de pronto Inglaterra ha resuelto movilizar inmediatamente la 6.ª división.

De todos modos, el famoso Cecil Rhodes ha resultado mal profeta: según él, y en este sentido había invitado á algunos de sus amigos, los ingleses debían celebrar las fiestas de Navidad en Pretoria. ¡Buenas Navidades celebrarán los ingleses en el Africa Austral! Y por lo que se refiere especialmente al famoso monopolizador de las minas de diamantes, encerrado en Kimberley, no es fácil que esté de humor para preparar el árbol de Nochebuena.

Fuera del teatro de la guerra, la nota más culminante ha sido el discurso pronunciado en Leicester por lord Chamberlain, quien, con la arrogancia y el desenfado que le son característicos, anunció como cosa hecha la alianza entre Inglaterra, Alemania y los Estados Unidos, y se desató en improperios y amenazas contra las demás potencias y en especial contra Francia. Los franceses se han reído de unos y otras, y á los alemanes y á los yankis les ha faltado tiempo para desmentir la noticia de tal alianza. En el propio discurso dijo que Inglaterra no lucha por miras ambiciosas, sino por una causa justa, por la libertad, por el respeto de solemnes convenios, para resistir un ataque dirigido contra las posesiones inglesas y para proteger á sus nacionales, añadiendo que la conquista del Transvaal por Inglaterra dará por resultado el establecimiento de una buena justicia y una prosperidad que compartirá con los ingleses todo el mundo civilizado.

¡Cuán bien encaja aquí el *Risum teneatis* del poeta latino!

El primer baile, cuadro de J. Wodzinski.—Entre las más gratas ilusiones de la vida de una joven figuran las que se forjan con motivo de la asistencia al primer baile: este acto es, por decirlo así, el reconocimiento de la personalidad social de la que hasta entonces fué considerada cómo niña, y al abrirse para ella los salones que por vez primera pisa, inaugúrase una de las fases más importantes de su existencia. La crisálida se ha convertido en mariposa; los juegos y las distracciones inocentes hacen paso á las ruidosas diversiones; y los sentimientos que apenas si pudieron antes llamarse amorosos, desenvuélvense desde aquel momento en un ambiente propicio al amor. No es, pues, extraño que la que se dispone á sufrir tan grande metamorfosis acaricie los más gratos ensueños, y vea, á medida que el instante de realizarlos se aproxima, cómo toman cuerpo en su imaginación los placeres con que le brinda la fiesta. El autor del cuadro que reproducimos ha sabido interpretar de una manera tan bella como original ese estado de ánimo: la hermosa joven, elegantemente vestida, contémplase al espejo mientras llega la hora de ir al primer baile, y en el espejo ve reproducido lo que tiene en el pensamiento y tal vez también en el corazón, pues ¿quién sabe si es el elegido de su alma alguno de los apuestos jóvenes que en el cristal aparecen enlazados con sus gentiles parejas!

Costumbres venecianas, cuadro de Jacobo Favretto.—En el número 928 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, hablando de la exposición de Venecia, nos ocupamos de este notable pintor veneciano fallecido en la plenitud de su potencia artística, cuando joven aún, había llegado ya á uno de los más altos puestos del arte italiano y cada una de sus obras era una nueva demostración de su genio. Entonces reprodujimos dos de sus cuadros más celebrados, que dan perfecta idea del admirable talento con que supo pintar lo que veía y tal como lo veía, sin sujetarse á dogmas de escuela y sin incurrir en las exageraciones á que un afán de originalidad impulsa á ciertos pintores. El que hoy publicamos es una evocación de la Venecia de otros tiempos, es un lienzo en el cual Favretto hizo gala de su conocimiento de antiguas costumbres y del cariño é inteligencia con que estudió aquello que no pudo ver, identificándose con ello de tal manera que produce toda la impresión de la verdad vívida.

San Sebastián, escultura de Manuel Garnelo.—En las oposiciones recientemente verificadas en Madrid para proveer las plazas vacantes de pensionados en Roma fué premiada la escultura de Manuel Garnelo que reproducimos. El tema señalado por el tribunal era *San Sebastián*, figura que se presta admirablemente para un buen estudio del desnudo y de la expresión: bajo uno y otro concepto ha estado acertadísimo el autor de la escultura premiada, pues si por un lado ha demostrado un conocimiento perfecto de la anatomía humana en sus menores detalles, por otra ha sabido comunicar al rostro y á la actitud del santo una expresión natural y hondamente



SAN SEBASTIÁN, escultura modelada por Manuel Garnelo y premiada en las últimas oposiciones á las plazas de pensionados en Roma.

sentida, en la que aparecen muy bien armonizados el dolor de la carne y la fe y la resignación que dieron fortaleza al mártir asaeteado.

Teatros.—*Madrid.* – Se han estrenado con buen éxito: en Lara *La sala de armas*, graciosa pieza en un acto de Vital Aza; en Martín *Fruta del tiempo*, revista en un acto del Sr. Merino con bonita música de los maestros Vives y Mateos; en la Zarzuela *El traje de luces*, chistoso sainete en un acto de los hermanos Quintero con música del maestro Caballero; y en Párish *La cara de Dios*, zarzuela en tres actos de Arniches, música de Chapí, que ha sido hasta ahora el mayor éxito de la temporada teatral en la corte.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *La tramontana*, interesante drama en tres actos de don Teodoro Baró; en Romea *Los minayres*, drama en tres actos de Manuel Rovira y Serra, y *Los raigs V*, graciosísima pieza en un acto de Alberto Llanas; y en el Eldorado *La muela del juicio*, chistosa pieza en un acto de Ramos Carrión.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 178, POR PEDRO RIERA

NEGRAS

11 B. y 7 N. = 18 piezas.

BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 177, POR J. TOLOSA

Blancas.	Negras.
1. D c D	1. Cualquiera.
2. C ó D mate.	

POR VENGANZA

NOVELA POR CORDELIA. – ILUSTRACIONES DE FERRAGUTI

(CONTINUACIÓN)

Y era que tenía fijo su pensamiento en las diversiones, en las fiestas, en los trajes que se hacía enviar de París, y más que todo en conservar la fama de ser la señora más elegante de la ciudad.

Durante el Carnaval dió muchos bailes, y por no perder la costumbre del placer pensó en organizar, para mediados de Cuaresma, una gran fiesta de beneficiencia en favor de una asociación de la que era presidenta.

Era ya casi la víspera de la fiesta y estaba contenta pensando que resultaría magnífica. Sabía que todas las señoras acudirían á ella y que se habían mandado hacer trajes elegantísimos.

Había recibido de París un vestido que le sentaba muy bien; debía ser la última gran fiesta de la temporada y se proponía divertirse grandemente. Mas precisamente la víspera de la fiesta la pequeña Tati enfermó y esto la contrarió mucho.

¡Ir á ponerse mala aquel día, después de haber pasado tan bien todo el invierno! Sólo porque no pudiese disfrutar tranquilamente de aquella fiesta.

La niña estaba calenturienta y no podía tenerse en pie; pero la marquesa de Belfiore tranquilizó á su hija diciéndole que no era nada, que sin duda sería cosa de la dentición. El médico dijo que aquel día no podía emitir dictamen, que tal vez fuera un simple enfriamiento, aunque también podía ser algo peor, por lo cual era preciso aguardar nuevos síntomas.

Eduardo estaba maravillado al ver que á pesar de la enfermedad de la niña Elisa continuaba preparándose para ir á la fiesta.

Hubo un momento en que no pudo menos de decirle:

– Pero ¿tienes valor para ir á divertirte estando Tati enferma?

– No faltaría más sino que no fuera yo que he organizado la fiesta, porque la niña está echando un diente.

– Es que tiene calentura.

– No hay que hacer caso de los niños: hoy parecen gravemente enfermos, y mañana saltan, ríen y meten ruido; si todos pensaran como tú, el tener hijos en vez de un gusto sería una esclavitud.

Aquel día no se habló más del asunto; pero al siguiente, viendo que Tati continuaba con calentura y además tenía una tos tan fuerte que parecía que se iba á ahogar y Elisa seguía hablando de ir á la fiesta, le dijo:

– Si quieres puedes marcharte, pero yo no te acompaño; me quedaré cuidando á Tati.

– Pues iré con papá y mamá, contestó Elisa.

Estaba disgustada con la enfermedad de su hija, pero no quería privarse del triunfo que alcanzaría en aquella fiesta con su traje de brocado azul que le sentaba á las mil maravillas, y únicamente dijo á su marido:

– Siempre tus acostumbradas exageraciones por un sencillo enfriamiento; pero podrías venir, porque Renata no va y ha prometido quedarse con la niña.

Pero Eduardo no quiso ir, y la marquesa de Belfiore dijo á su hija, que insistía en que la acompañase:

– Déjalo en paz: se divierte más charlando con Renata; en cambio nosotras nos divertiremos en la fiesta: libertad completa.

Cuando Elisa entró en la habitación, abrigada con ricas pieles, para dar un beso á su hija enferma, dijo á Renata que estaba junto á la cama:

– ¡Si está blanca y colorada como una manzana! Todo son exageraciones; un poco de inflamación para echar los dientes; apuesto á que cuando vuelva estará mejor; vosotros también deberíais retiraros á descansar: ¿no está ahí la niñera para velar? ¡Hasta la vista y que os divirtáis!, dijo saliendo de la habitación sin preocuparse y pensando en la fiesta que le esperaba.

Eduardo no le dijo una palabra, pero tenía los ojos llenos de lágrimas.

– Debía usted ir, al menos un rato; yo me quedaré con Tati, le dijo Renata.



Pasaba los días aburrido, inerte, como si su vida no tuviese objeto alguno

– ¿Cómo podré estar en una fiesta con la angustia que siento?, contestó Eduardo. El médico parecía inquieto esta noche. ¿Y cómo sigue la fiebre?, preguntó al ver que Renata había quitado el termómetro del sobaco de la niña.

– Ha aumentado un poco, dijo suspirando Renata, solamente cuatro décimas; ya se sabe que de noche la fiebre aumenta siempre.

Permanecieron inmóviles al lado de la niña observándola y escuchando su respiración afanosa. De pronto resonó tristemente en la estancia un golpe de tos; más que tos parecía un aullido que desgarrase las entrañas de la pobre criatura. Renata le levantó la cabecita, que se había puesto lívida á causa del esfuerzo.

– ¿Qué significa esto?, preguntó Eduardo pálido de temor.

– Ya ha pasado, contestó Renata volviendo á colocar la cabeza de la niña en la almohada: pero creo que convendría llamar al médico, pues yo no tengo mucha práctica en las enfermedades de los niños.

– Y á usted qué le parece?, preguntó el pobre padre á la niñera.

– Que está muy mala: ¿no ve usted que casi no puede respirar?, contestó con la rudeza de la mujer vulgar y acostumbrada á encontrarse en casos parecidos.

– No, no es verdad, es usted una tonta, respondió Eduardo, y mandó llamar al médico; pronto, pronto, que venga en seguida.

Luego se quedó inmóvil junto á la cuna, interrogando con los ojos á Renata, mirando á cada instante el reloj, soportando impaciente aquella inquietud que le oprimía.

Por último se oyó rumor de pasos, abrir puertas, y el médico entró presuroso en el cuarto y se acercó á la cuna de la niña.

– ¿Qué le parece á usted?, preguntó Eduardo.

– Que ha empeorado y se ha declarado el crup.

– Pero ¿podrá curar, no es verdad?

El doctor hizo un ademán que lo mismo podría interpretarse como duda ó como afirmación; pero de todos modos no disipaba la incertidumbre.

– Por favor, no nos deje usted, le dijo Renata.

Y empezaron á torturar á la pobre criatura que era una compasión. Primero le hicieron tragar un emético que le produjo indecibles sufrimientos, obligándole á hacer esfuerzos que no parecía sino que le desgarraban el pecho, pero sin conseguir romperle las membranas que se le iban formando en la garganta impidiéndola respirar.

Luego le pusieron en el pecho emplastos; pero todo inútilmente; el mal iba en aumento y la niña hacía esfuerzos inauditos para poder respirar.

El médico, descorazonado, miró á Eduardo y á Renata.

– Pero ¿no hay nada más que hacer?, preguntó Eduardo.

– En ciertos casos se intenta la traqueotomía y la respiración artificial; pero esta criatura es demasiado pequeña; es imposible.

– Probemos, probemos, dijo Eduardo.

– Si quiere usted, llame á un cirujano; pero estoy seguro de que no hará esa operación.

Eduardo envió á buscar á los mejores cirujanos de la ciudad.

Renata se acercó á él y le preguntó si convendría llamar á Elisa. Eduardo se encogió de hombros y contestó:

– Es inútil; no deja la fiesta, y además, ¿de qué serviría?

– Quizás se ha ido porque se hacía ilusiones y no creía que el mal fuese tan grave; de todos modos voy á avisarla. Sería una crueldad no hacerla venir en este momento.

Y escribió precipitadamente un billete á su tía Emilia, diciendo:

«Tati se muere; si te parece, díselo á Elisa.

»RENATA.»

La joven entregó el billete á un criado con orden de hacerlo llegar cuanto antes á manos de la marquesa de Belfiore.

Entretanto llegaron los otros médicos y celebraron una consulta para decidir si debían intentar la operación, resolviendo por fin no hacerla, porque la criatura era demasiado pequeña y la muerte sería segura, por lo cual se debería dejar obrar á la naturaleza, única que podía hacer un milagro.

Eduardo no hablaba ya: estaba inmóvil mirando á su hija, sin tener siquiera ánimo para asistirla.

En cambio Renata procuraba aliviarla, la asistía con cariño maternal y habría dado hasta su vida por verla revivir.

Dirigía continuamente miradas á la puerta esperando ver entrar á Elisa; pero había pasado una hora desde que envió el billete, nadie comparecía y Tati empeoraba, pareciendo que iba á morir de un momento á otro; los médicos estaban inquietos, bastaba mirarlos para comprender que no se podía hacer nada; la pobre niña ni siquiera tenía fuerza para toser, y respiraba á sacudidas sollozando.

Transcurrían en tanto las horas de aquella noche, que parecían interminables, mas al propio tiempo así Eduardo como Renata habrían deseado que no pasaran nunca, con tal que no se extinguiese aquel soplo de vida que animaba aún á la pobre niña.

Al través de las ventanas cerradas se vieron los primeros albores del día, y los sollozos de Tati se convirtieron en un estertor de mal agüero. Eduardo,

inclinado sobre la cuna de su hija, la llamaba con los más dulces nombres, con acento de desesperación; pero Tati no daba señal de vida.

De pronto se oyó ruido, y Elisa, con el vestido de brocado azul, los hombros desnudos y cubierta de diamantes, entró como un huracán, interrumpiendo la solemne tranquilidad de aquella estancia, seguida de su madre que también llevaba traje de baile.

– No puede ser cierto que Tati esté peor, dijo acercándose á la cuna. ¡Tati, Tati!, gritó llamando á la niña.

Esta hizo un esfuerzo, abrió los ojos y murmuró:

– Ma... ma...

Y en aquel esfuerzo exhaló el último aliento.

– ¡Tati, Tati, repitió Elisa.

Pero la niña no respondió; estaba inmóvil.

Entonces Elisa se puso á llorar, á gritar, á desesperarse y á agitarse convulsivamente.

Eduardo, traspasado de dolor, tuvo ánimo para decir á la marquesa Emilia:

– Llévesela usted; me da rabia; no ha dejado el baile ni un minuto y ahora viene aquí á representar esta comedia.

La marquesa no se lo hizo repetir, con tanto mayor motivo cuanto que las escenas dolorosas no eran á propósito para su carácter, y sacó á su hija de la habitación.

Entonces Eduardo se cebó sobre el cuerpo inanimado de su hija, la estrechó contra su corazón, y llorando como una criatura dijo:

– No era digna de ser madre; el cielo ha querido castigarnos.

Volviéndose luego á Renata, que no se atrevía á dejarlo solo ni encontraba palabras para consolarlo, exclamó:

– ¡Qué castigo! ¡Qué tremendo castigo!

Y lloró amargamente por su hija muerta y por Renata, con la cual se sentía más unido en aquel momento por aquella noche pasada junto al lecho de la enferma, á la que amaba y apreciaba más que antes, y á la que había perdido para siempre por un necio puntillo.

XXIV

Desde la muerte de su hija sintió Eduardo un odio tal á su mujer, que se había negado á volverla á ver y estaba decidido á separarse de la que por un baile había tenido el valor de abandonar á su hija moribunda.

La marquesa de Belfiore procuraba disculpar á Elisa; también Renata intentaba reconciliar al matrimonio, pero una y otra inútilmente, porque Eduardo estaba resuelto; se proponía asignar á su esposa una cantidad para que pudiera vivir holgadamente; pero con la condición de que todo acabara entre ellos.

Elisa era de la misma opinión: decía que jamás podrían estar de acuerdo; que también estaba cansada de un marido malhumorado siempre, que tenía ideas americanas y la sermoneaba continuamente como si fuera una niña.

La marquesa Emilia no llevaba á mal tener otra vez á su hija á su completa disposición, pero no quería escándalos, ni hacer hablar á los amigos, de suerte que convino con Eduardo en que se separarían amistosamente, de común acuerdo y sin dar publicidad al asunto, cosa fácil pretextando la salud delicada de Elisa; bastaba hacer correr la voz de que los médicos le habían prescrito que pasara el invierno en un clima meridional y el verano en un país montañoso, y naturalmente el marido quedaba en libertad de ir á otros sitios, pues en la sociedad que frecuentaba se estaba acostumbrado á tales combinaciones y nadie tendría nada que decir.

Elisa, que en realidad estaba enferma del pecho, y cuyo físico bastante delicado se había resentido á consecuencia de las últimas fiestas del invierno, sentía también la necesidad de mudar de aires después de la muerte de su hija. Resolvió partir en seguida para Niza con su madre; el marqués de Belfiore, después del casamiento de su hija, pasaba el tiempo viajando ó cuidando de sus tierras; Conrado viajaba en busca de una rica heredera que quisiese casarse con él, y se decía que estaba en muy buen predicamento con una joven rusa muy rica; de suerte que madre é hija podían vivir á su gusto sin oir las recriminaciones del plebeyote de Eduardo, que era muy rico, pero que habría querido reducirlas á pasar una vida mezquina como no convenía á personas de su rango.

El que en toda esta combinación se encontró más aislado fué Eduardo; la muerte de su hija le dejó tan triste, que pasaba los días abatido, inerte, como si su vida no tuviese objeto alguno. Hubiera sido para él un verdadero consuelo ir á visitar á menudo á Renata, pero no se atrevía; conocía que la amaba demasiado, y ella por su parte, no existiendo ya entre ambos la niña, rehuía sus visitas, porque no llamase demasiado la atención la asiduidad del joven y además porque la coincidencia de la partida de Elisa no diese motivo á malévolos comentarios. Viéndole triste y aburrido le aconsejó que viajase.

– Salga usted de aquí; le probará mucho, le dijo; vaya usted á ver á sus padres y á consolarlos con su presencia; créame, para ciertos dolores no hay mejor medicina que el movimiento, y ver nuevos lugares y nuevas personas; ya verá usted cómo le prueba.

– Si usted lo quiere, la obedeceré; pero entretanto, ¿qué hará usted?

– No piense usted en mí; estoy acostumbrada á vivir sola; es mi destino.

Mientras decía estas palabras, las lágrimas anudaban la voz en su garganta.

– No, no puedo dejar á usted, replicó Eduardo; ha hecho usted tanto por mí, que es muy justo que permanezca á su lado.

– Se lo prohibo: debe usted marcharse, será mucho mejor; después, cuando hayan pasado algunos meses, nos volveremos á ver y ambos estaremos más tranquilos y menos tristes.

– Pero al menos, dígame usted lo que se propone hacer para que pueda enviarle noticias mías.

– Escriba usted á Villa Gracia; pienso ir allí mañana. Adiós, deseche usted los tristes pensamientos; hágalo por mí, si todavía me quiere algo.

XXV

Al aconsejar á Eduardo que partiese, Renata tuvo que hacer un verdadero esfuerzo sobre sí misma; también entonces la heroica doncella había impuesto silencio á su corazón y escuchado la voz de la razón; pero cuando supo que estaba ya lejos, su soledad le pareció más triste y más insoportable.

Se trasladó á Villa Gracia; pero ni las bellezas de la naturaleza, ni el arte, ni la lectura de sus autores favoritos tuvieron poder bastante para arrancarle aquel velo de tristeza que ofuscaba su alma.

Sentía interiormente un vacío, así como una necesidad imperiosa de un cariño verdadero que animase su vida. Era rica, joven, bella, independiente, y sin embargo se consideraba tan infeliz que envidiaba á los que pasaban una vida modesta, pero rodeados de personas queridas y reavivados con un afecto recíproco.

En el amor que, aun sin querer confesárselo á sí misma, conservaba en el fondo del corazón por Eduardo, había la amargura de verlo infeliz y unido á una mujer á quien no amaba; así era que además del dolor de haberlo perdido para siempre, se veía obligada á luchar con aquel amor que consideraba como una falta y que, sin embargo, sentía más fuerte que antes.

El único afecto verdadero que alegraba su existencia era la amistad de Fanny, que aun después de ser princesa de Poggio Mirtello, seguía escribiéndole cartas muy afectuosas, pero que no conseguían animar la soledad de Renata. Pasó seis meses vegetando encerrada en Villa Gracia sin ver á nadie, paseando sola por las calles de árboles del jardín ó contemplando desde la ventana el lejano horizonte, siguiendo con el pensamiento á Eduardo en su viaje, ó bien á Fanny que por entonces viajaba por Oriente con su marido y le escribía que tenía ya deseos de regresar á Italia para volver á ver á su más querida amiga.

En efecto, apenas estuvo de regreso en su magnífica quinta de Posiligro, le escribió invitándola á ir á pasar con ella los meses de otoño.

«Ven – le decía, – porque quiero disfrutar de tu compañía antes que vengan á la quinta otros huéspedes.

»¡Si supieses cuán impaciente estoy de tenerte á mi lado todo el día! Has de saber que mi marido está celoso de ti, pero creo que tampoco le desagradaría la hermosa y querida compañía que le proporciono.

»Aun cuando dos esposos jóvenes se encuentren bien juntos y puedan vivir el uno para el otro, llega un momento en que acabarían por aburrirse á porfía si no viniese algún buen amigo á romper la monotonía y á presenciar el espectáculo de dos esposos felices.

»Conque te recomiendo que prepares tu equipaje y vengas pronto á Poggio Mirtello, donde te espera con los brazos abiertos tu

»FANNY.»

Renata no se hizo de rogar para aceptar la invitación, y cuando estuvo al lado de su amiga le pareció revivir.

Poggio Mirtello era un verdadero paraíso; la quinta estaba apoyada en un escollo, de suerte que á veces, al ver ante sí el mar azul é infinito, producía el efecto de estar en un barco; en cambio por detrás tenía un magnífico jardín frondoso, perfumado, y un espeso bosquecillo en el cual se olvidaba el cielo, el mar, el palacio suntuoso y el mundo entero, todos circundados por aquel verde obscuro, encerrados entre aquella fresca sombra. En aquellos primeros días las sombras misteriosas del bosque habrían podido contar las conversaciones de las dos amigas que, después de haber estado separadas muchos meses, tenían muchas cosas que contarse, vivos deseos de expansión.

Fanny hablaba de su felicidad, le decía que el príncipe era muy bueno, y tan cariñoso y amable que no tenía ningún recelo por su porvenir.

Luego le refería sus viajes, y hacía que Renata le contara todo lo que había sucedido en aquel tiempo, la muerte de la sobrinita, la aflicción de Eduardo y las noticias de Villa Gracia.

Jamás habrían salido con tal de poder estar juntas más libremente; luego era tan hermoso el bosque en las horas de sol y la noche en la terraza que daba al mar, que no era agradable correr por caminos polvorientos, y nunca se habrían movido á no ser por el pobre príncipe, que se aburría y proponía diariamente alguna excursión.

Después llegaron nuevos huéspedes, amigos del príncipe, y un día se presentó de improviso Eduardo, que cansado de viajar, tenía vivos deseos de ver á su hermana.

Alegróse mucho de encontrar allí á Renata, y calmó la inquietud de Fanny que habría deseado evitar aquel encuentro, diciéndole que Renata y él sólo eran amigos, que habían olvidado lo pasado y ambos eran razonables y se satisfacían con encontrarse juntos como buenos primos.

– ¡Qué casualidad!, dijo Eduardo á Renata tan luego como se quedó á solas con ella.

– ¿No sabía usted que yo estaba aquí?

– Le aseguro á usted que no; podría jactarme de haber venido aquí por usted; pero la verdad es que no sabía nada.

– ¡Qué feliz casualidad!

– ¿Conque no le desagrada?

– Todo lo contrario: ¿no somos buenos amigos? Con tal de que continuemos siempre así, me doy por satisfecha.

– También yo lo estoy de esta coincidencia; me encuentro tan triste y tan desgraciado, que necesito reunirme con personas simpáticas que me hagan olvidar lo pasado.

Observaron también que por casualidad el mayordomo les había designado en la mesa sus respectivos sitios uno junto á otro, y para colmo de coincidencias se encontraban continuamente á las mismas horas, en el bosque, en la terraza ó en el salón, no pareciendo sino que escogían las mismas calles de árboles para pasear y los mismos bancos para descansar ó leer tranquilamente.

Fanny estaba ocupada con los demás huéspedes que iban y venían por la quinta, de suerte que los dos jóvenes disfrutaban de completa libertad para estar juntos; se encontraban tan á gusto, sus conversaciones eran siempre tan interesantes y los asuntos de que trataban tan inagotables, que no bien se separaban, deseaban volver á reunirse.

Cuando Renata estaba sola se preguntaba si era correcta aquella intimidad y si no debía procurar ver con menos frecuencia á Eduardo después de lo que había mediado entre ellos y á mayor abundamiento estando separado de su mujer. Pero consideraba que se portaba con mucha discreción; que demostraba verdadera satisfacción en estar con ella, que si bien le hacía algo la corte, era de un modo tan caballeresco, tan lleno de atenciones, como un buen amigo, que no veía nada de malo en ello y además se distraían dejándose llevar de la corriente. Renata tenía bastante experiencia del mundo para saber hasta dónde podía llegar convenientemente, y disfrutaba aquellos días con la certidumbre de que habían de terminar demasiado pronto.

A veces, cuando pasaban solos horas enteras delante del mar ó entre las umbrías del bosque, se hacían mutuas confidencias, hablaban del pasado y Eduardo le decía con sentimiento:

– ¡Y pensar que si hubiera usted sido buena podíamos vivir siempre juntos!

– ¿Y si hubiese matado á mi padre? Juzgue usted de mi remordimiento, contestaba Renata.

Luego se lamentaba de haberse casado con Elisa en su afán de venganza, y contaba cuánto había sufrido con una mujer frívola, que no pensaba más que en vestidos, en fruslerías y vanidades, como su madre, que deseaban estar siempre rodeadas de una cohorte de adoradores y eran vanas, exigentes y coquetas.

Cuando hablaba de ella sentía gran despecho, y se consolaba únicamente pensando que había recobrado su libertad, dejando á su mujer que viviera á su gusto y gastara su dinero en mil caprichos.

Aun cuando él se había buscado su daño, Renata le compadecía; ambos tenían malograda su existencia y aquella comunidad de sino los unía más y más.

Eduardo no se ocupaba más que de su prima, procuraba averiguar sus deseos para satisfacerlos; no pasaba día sin que le ofreciese algo para demostrarle que pensaba en ella constantemente; procuraban combinar las cosas de modo que se encontraran juntos: un día hicieron una apuesta en pintura; cogieron sus avíos y se instalaron en el bosque uno junto á otro para copiar el mismo paisaje; pero el trabajo apenas adelantaba porque se distraían hablando sin cesar.

Un día que Eduardo se permitió dirigirle una expresión más tierna y ardorosa, élla se turbó y le dijo que no era eso lo convenido, pues únicamente debían ser buenos amigos.

Pero Eduardo deseaba convencerla de que no había ningún mal en ser algo más que buenos amigos: en resumen, no podían negarlo, había cierta correspondencia en sus pensamientos, lo sentían sin podérselo explicar; el uno hacía vibrar en el otro una chispa que lo reanimaba, era la parte mejor de su ser, su espíritu que los unía en un sentimiento noble, elevado, y desecharlo habría sido una profanación; en fin, ¿qué mal había en aquel sentimiento? El mal estaba en no poder pasar la vida juntos para comunicarse mutuamente sus ideas.

Era la teoría de Renata, el sueño que había tenido siempre, de un amor sublime, ideal, elevado; la misma teoría que oía repetir á Eduardo, que le parecía como un eco de sus pensamientos; en efecto, ¿qué mal había en pensar el uno en el otro, hacerse recíprocamente agradables y cambiar sus ideas y refinarlas en este cambio? Era una cosa demasiado agradable para rechazar aquel placer inocente.

Pero en tanto las semanas pasaban rápidas como los días, y á veces de las regiones elevadas del pensamiento descendían á las cosas reales y se preguntaban cuándo terminaría aquella vida.

– Hace ya un mes que estoy aquí y no puedo permanecer siempre, dijo Renata.

– Fanny está tan contenta de tenerla á usted á su lado, que por ahora no debe usted pensar en alejarse de ella, contestó Eduardo; pero confío en que de todos modos, siempre encontraremos medios de vernos.

Pero Renata pensaba que en Villa Gracia no podría recibirlo, y en la ciudad tampoco con alguna frecuencia; no habría sido conveniente y quizás sí peligroso; pero le acongojaba la idea de tener que separarse de él.

– Usted es libre y yo también; nos encontraremos por casualidad, decía Eduardo.

– No me agradan las ficciones; prefiero arrostrar las habladurías de la gente.

– ¿Por qué pensar en esas cosas tristes?, añadía Eduardo; mientras Fanny no nos despida, tiempo tenemos de pensar en ellas.

Eran los últimos días de septiembre y la quinta se había ido poblando por gran número de amigos. Había llegado el marqués de Solcio, furibundo *sportman*, que no hablaba de otra cosa sino de carreras, de cacerías y de regatas; los condes y las condesitas Sarnico, primos del príncipe, y finalmente los duques de Celani, matrimonio de reciente fecha, dos tipos bastante agradables y extraños, el duque sazonando su conversación con máximas paradógicas, y la duquesa, mujer de iniciativa con ideas originales, que se divertía haciendo todo lo contrario de lo que hacían los demás y tenía siempre proyectos raros y el valor de realizarlos.

Con toda esta gente reinó un movimiento febril en la quinta, y cada día se organizaban meriendas en el campo, paseos, cabalgadas, partidas de pesca y de caza, y en aquella baraúnda Renata y Eduardo no se encontraban ya solos, tenían menos tiempo de estar juntos y deseaban ardientemente que aquella gente bulliciosa se fuese para recobrar su anterior y plácida tranquilidad.

Renata estaba siempre acompañada de las condesitas de Sarnico que no la dejaban un minuto tranquila y tenía que resignarse á escuchar sus conversaciones pueriles y poco interesantes y tomar parte en sus juegos, cuando por su edad y por su vida emancipada había renunciado ya á la compañía de las muchachas; además entre otras cosas sufría el disgusto de ver á Eduardo secuestrado por la duquesa Celani, que acudía á él siempre que necesitaba un acompañante.

En los pocos momentos que se encontraba con Renata se mostraba fastidiado de las pretensiones de la duquesa, que tenía caprichos imposibles de satisfacer, como el de salir cuando llovía y rogarle que la acompañara, ó el de enviar á llamarle al romper el día para ir juntos á dar un paseo.

– Pero ¿no se puede usted negar á ello? – decía Renata.

– No es posible tratándose de una señora; además espero que esto durará pocos días, respondía Eduardo.

Renata se resignaba, pero sufría cruelmente y suspiraba por que llegase el día de tenerlo enteramente para sí, sin las exigencias de la duquesa y sin que la fastidiasen las condesitas Sarnico que la seguían á todas partes como perrillos.

El duque no se ocupaba de su mujer y dormía hasta el mediodía, diciendo que el campo se había hecho para descansar y no para fatigarse continuamente; opinión de la que participaban también los condes de Sarnico, que siendo ya de edad madura, les gustaban sus comodidades.

El marqués de Solcio, con su manía por el *sport* animaba á la sociedad, ora apostando con el príncipe á que llegaba en tantos minutos con su caballo á la meta prefijada, ó haciendo en traje de marinero una competencia en canoa, ó trepando á la cima de un monte; y las señoras debían presenciar aquellas apuestas, formar el jurado y dar el premio al vencedor, premio que por lo general consistía en un ramillete de flores cogidas y combinadas con sus propias manos.

La princesa, á fuer de perfecta ama de casa, se eclipsaba siempre para dejar sobresalir á sus huéspedes; pero su presencia se notaba en todas partes, y quizás por esto todos se encontraban tan á gusto en Poggio Mirtello, donde les parecía estar en su propia casa, con la ventaja de tener todas las comodidades y ninguno de sus inconvenientes.

Un día organizaron una partida de tiro al blanco que debía ser interesante y á la que invitaron á los veraneantes de las cercanías.

La hora fijada para el tiro eran las dos; un sol esplendoroso iluminaba los campos y daba un aire de fiesta al florido jardín y especialmente á la parte reservada al blanco, donde algunos arcos de flores y grupos de banderas de variados colores alegraban la escena.

Por la frondosa calle de árboles entraban los coches, de los cuales se apeaban señoras y señoritas bellas y vivaces, elegantemente vestidas con trajes de primavera.

Todos los huéspedes de la quinta iban á porfía á recibir y acompañar á su sitio á los recién llegados, y los vistosos colores de los trajes, los hermosos rostros sombreados por los sombreros de paja de anchas alas y adornados de flores y plumas, las sombrillas elegantes, toda aquella variedad de tonos en medio del verde de las plantas, producían un efecto magnífico y pintoresco.

Al dar principio el concurso cesaron las conversaciones para no distraer á los tiradores, interesándose todos en aquella diversión porque conocían á los que tomaban parte en ella.

Los tiradores se habían dividido en tres bandos; los ejercicios debían ser tres, en el último de los cuales sólo podían tomar parte los vencedores en los dos primeros.

Todos los convidados estaban alrededor del blanco atentos á los tiros; á cada disparo se oía un pequeño grito de alguna señora nerviosa y se veía algún sobresalto de susto; después de algunos tiros poco afortunados le tocó la vez al marqués de Solcio, que con gran soltura apuntó y dió en medio del blanco.

Resonó un aplauso, y la condesa de Sarnico, que abrigaba alguna esperanza de que el marqués fijase la atención en sus hijas, en el caso de que pensara casarse, hizo que las jóvenes entregasen una flor al vencedor.

Este se inclinó cortésmente, y las dos hermanas, confusas y ruborizadas, volvieron á su puesto entre aplausos.

En el segundo ejercicio venció Eduardo, y Renata, que estaba cerca de él, le entregó el ramo de orquídeas que llevaba en la mano; pero al mismo tiempo la duquesa Celani se quitó de la cintura un puñal de plata cincelada y se lo presentó á Eduardo diciendo:

– Séame permitido ofrecer también un premio al vencedor.

Eduardo se quedó un momento confuso y perplejo, no sabiendo por cuál empezar; luego dejó la escopeta y tomó los regalos al mismo tiempo con ambas manos, dando las gracias á las bellas damas con una misma inclinación.

El dueño de la casa fué el vencedor en el tercer ejercicio; todas las señoras se levantaron para llevarle una flor; pero Fanny se apresuró, llegó antes que las otras adonde estaba su marido y le puso en el ojal una olorosa gardenia; el príncipe hizo una reverencia, cogió entre las suyas la bonita mano de su mujer y se la besó.

Esta deliciosa escena conyugal arrancó á los circunstantes un aplauso más unánime y entusiasta que los anteriores, y todos alabaron la delicada idea de la princesa.

El marqués de Solcio ganó la última competencia entre los vencedores, pero con poca gloria.

El príncipe no se cuidaba de apuntar bien, porque como dueño de la casa no quería ser vencedor otra vez.

Eduardo estaba distraído porque había notado que obscureció una nube el rostro de Renata cuando la duquesa le dió el puñal; de suerte que el mismo marqués declaró que su victoria había sido demasiado fácil, porque sus competidores habían perdido la cabeza en medio de aquellas damas.

Concluídos los ejercicios, todos los convidados se diseminaron por el jardín, se les ofrecieron refrescos bajo un frondoso bosquecillo, las conversaciones se animaron hasta que una brisa ligera y la sombra que se hacía más densa les advirtieron que se acercaba la noche y se marcharon de la quinta satisfechos de la jornada que durante aquel día habían pasado tan alegremente.

Reinó de nuevo la calma y el silencio en la quinta, y todos sus habitantes se sintieron dominados por esa languidez y esa lasitud que se suelen experimentar al anochecer después de haber pasado un día agitado.

El duque Celani había formado un corrillo en un ángulo de la sala y contaba al príncipe y á los condes Sarnico historietas alegres.

Renata, con la vista fija en el campo, se sentía dominar por la melancolía, y escuchaba distraída la charla de las condesitas Sarnico, que pasaban revista á los vestidos de las señoritas que habían asistido á la fiesta y recordaban los incidentes del día.

– ¿Y por qué ha dado la duquesa su puñal de plata en vez de una flor?, preguntaba la menor.

– Porque le gusta hacer lo contrario que las demás, respondía su hermana. Pero ¿dónde se ha metido?

– Estará dando vueltas con el Sr. Sangalli.

Renata sufría: también había echado de ver la ausencia de la duquesa y de Eduardo y sospechaba que estuvieran juntos; al oirlo decir á las Sarnico sus sospechas se convirtieron en certidumbre, y estaba mirando el jardín por ver si volvían. Tranquilizóse cuando vió llegar por una alameda á la duquesa acompañada de la princesa, sin que Eduardo fuera con ellas; pero luego pensó que podía muy bien haber sucedido que después de haber estado un rato con la duquesa se habrían separado cerca de la quinta para no infundir sospechas; aquel puñal de plata se le había clavado en el corazón y le robaba el sosiego.

Cuando se sentó á la mesa en su sitio acostumbrado junto á Eduardo le preguntó:

– ¿Dónde se ha metido usted después de la fiesta que no se le ha vuelto á ver?

– He estado pintando en mi cuarto.

– ¡Pintando! ¿Con qué luz?

– Me he colocado en la terraza.

Renata no quedó convencida y calló suspirando.

– ¿Por qué está usted tan triste?, le preguntó Eduardo.

– Soy algo misántropa; me fastidia tanta gente.

Su tristeza aumentó cuando por la noche Eduardo habló mucho con la duquesa, y sufría tanto que se retiró temprano á su cuarto, diciendo que estaba cansada y tenía jaqueca; pero cuando se quedó sola la atormentó la idea de que estaban abajo en el salón charlando y riendo, y al mismo tiempo se enojaba consigo misma por no poder desechar aquel amor que la hacía padecer tanto.

Aquella noche no pegó los ojos, y allí, á obscuras, tenía alucinaciones en las cuales veía un puñal de plata que mataba su amor, y á la duquesa que le robaba á Eduardo, á su amigo, y se lo llevaba lejos, muy lejos, galopando en dos caballos por el campo.

El día siguiente fué un día de calma.

Eduardo, después de haberse presentado á la hora del almuerzo, no se dejó ver ya ni tomó tampoco parte en un paseo en *mail-coach* al cual concurrieron todos los huéspedes.

Hacia el mediodía, la duquesa, la princesa y las señoritas Sarnico se sentaron en el bosque con el bordado en la mano, mientras el príncipe, el marqués de Solcio y el conde Sarnico fumaban, hablaban de política y contaban anécdotas.

Renata, antes de reunirse con sus amigas, dió un paseo con el duque por el jardín.

(Continuará)

REPÚBLICA ARGENTINA

BUENOS AIRES. LA CATEDRAL

La calle que actualmente llámase de «Rivadavia,» se denominó en los siglos anteriores «de las Torres,» porque en ella estaba situada la Iglesia Matriz, cuyo frente terminaba con dos altísimas torres, de las que tomó nombre.

Fundada esta iglesia por Garay en 1580, quedó casi terminada á fines del propio siglo XVI.

En 1620 el papa Pío V la segregó del obispado del Paraguay, y dos años después fué elevada á la categoría de catedral por el obispo del Río de la Plata y Comisionado Apostólico doctor fray Pedro de Carranza, quien, iniciador y gestionario de la división del virreinato, alcanzólo con gran éxito.

La primitiva construcción seguramente no se distinguiría por su solidez, por cuanto setenta años más tarde se hallaba en lamentable estado de ruina, viéndose obligado el obispo Ascona á emprender su reconstrucción auxiliado por las limosnas de los fieles. Procuróse que los materiales fuesen de primera clase; pero sin duda á causa de defectos de construcción, á los pocos años resintióse su techumbre, derrumbándose casi por completo el 27 de mayo de 1752, á las siete de la mañana, quedando únicamente en pie la fachada con sus torres.

De nuevo empezóse su construcción ajustada á otros planos, y la nueva obra duró más de cuarenta años.

A principios del siglo actual se trató de sustituir la antigua fachada con otra más en armonía con lo últimamente construído; pero de momento túvose que desistir de tal idea por la gran oposición que halló en el pueblo, hasta que en 1822, pasándose por encima de la opinión popular, se derruyeron las torres para darle la fachada de columnata que actualmente tiene, pudiéndose afirmar que hasta noviembre de 1836 no quedó terminada la fábrica de la catedral de Buenos Aires.

Tiene ésta cinco naves. La principal ó central, que termina en el vistoso altar mayor; dos laterales, y dos en el crucero. En las últimas se encuentran los altares siguientes: San Luis Gonzaga, imagen de mucho valor artístico hecha por Astorg, de Sevilla; San Juan Nepomuceno, La Agonía de Santa Teresa de Jesús, San Martín y San Zacarías. Junto al penúltimo hay la capilla donde se levanta el monumento en que descansan los restos del general San Martín, obra escultórica de regular mérito artístico. En la otra nave hay los de Nuestra Señora de la Paz, la Purísima, del Carmen, San José y por último el del Cristo en la cabecera del crucero. A la derecha está el mausoleo del arzobispo doctor Aneiros.

Posee algunos cuadros antiguos de autores desconocidos, reputados como de gran valor artístico. Sobresalen: *La agonía de Santa Teresa de Jesús, San Fransisco de Asís, La Ascensión del Señor* y los cuatro Evangelistas, situados en la base de la cúpula de la nave central. Pero el mejor es el que está en la Sala de Canónigos, llamado *El Señor de Buenos Aires*. Es una tela que representa á Cristo de medio cuerpo, tamaño natural, de tal factura que no es posible pedir más verdad en el colorido ni más naturalidad en la actitud y expresión, considerándose obra de un gran maestro. Y para que nada le falte, tiene también su tradición. Cuéntase que se le halló dentro de una caja flotando en el Río de la Plata por unos aduaneros. El Gobierno quiso mandarlo de regalo á una de las Intendencias del Pacífico, pero habiendo protestado los porteños y para anular resentimientos, se le echó en suerte por tres veces y en las tres ganó la ciudad de Buenos Aires, á la que cupo la honra de guardarle. Considérale la iglesia como valiosísima reliquia.

Hay algunas otras telas de menor importancia y los retratos de todos los obispos que ha tenido la diócesis.

J. SOLSONA



REPÚBLICA ARGENTINA. - BUENOS AIRES LA CATEDRAL. VISTA DE LA FACHADA (de fotografía de la Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados, remitida por D. Justo Solsona)



REPÚBLICA ARGENTINA. - BUENOS AIRES. LA CATEDRAL. VISTA DEL INTERIOR (de fotografía de la Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados, remitida por D. Justo Solsona)

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

ALMANACH DE LA ESQUELLA DE LA TORRATXA. - Tratándose de una publicación tan popular y tan bien acreditada, huelga todo elogio. Más de cien firmas de escritores y sesenta de artistas, entre las cuales figuran las de los más reputados literatos y dibujantes catalanes, son la mejor garantía de la bondad de los trabajos en el almanaque contenidos, trabajos que comprenden cuentos, poesías, epigramas, chascarrillos, reproducciones de cuadros, dibujos de actualidad, caricaturas, etc. El almanaque, que lleva unas elegantes cubiertas en colores, se vende á una peseta.

IMPRESIONS Y RECORTS, per *Lluis Vía*. - A pesar de ser este el primer libro publicado en catalán por su autor, no vacilamos en afirmar que para sí lo quisieran muchos escritores de larga y gloriosa historia en nuestra literatura regional: y no hacemos esta afirmación en el sentido de empequeñecer á estos últimos, sino por el contrario, para colocar desde luego al señor Vía en el puesto que legítimamente se ha conquistado con su primera obra catalana. Las narraciones contenidas en el tomo que nos ocupa se distinguen por el sentimiento que en todas ellas palpita, por la poesía que respiran y al propio tiempo por la verdad y la naturalidad que en ellas campean: el señor Vía es de los que ven admirablemente lo externo y lo interno, el cuerpo y el alma, y con la sinceridad del que de veras siente encuentra la forma más adecuada para expresarlo. *Impresions y recorts* es un libro esencialmente catalán; tiene todo el perfume de nuestros campos, y en él aparece en toda su belleza el espíritu poético que informa el modo de ser y las costumbres de nuestras poblaciones rurales. Impreso en Barcelona, en la imprenta de «La Renaixensa,» se vende á tres pesetas.

LA VIRGENCITA, novela por *Alejandro Larrubiera*. Los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA conocen sobradamente la firma del Sr. Larrubiera, antiguo y querido colaborador de nuestro periódico, en cuyos cuentos han podido admirar

siempre el interés de la narración y la elegancia del estilo. Dotado de gran espíritu de observacion y de verdadero talento literario, cada vez que ha abordado el género de la novela ha conseguido un nuevo triunfo, porque en todas las obras de esta índole ha sabido estudiar á fondo los que se llaman documentos humanos y formar con ellos un conjunto en que los personajes viven, la fábula se desarrolla naturalmente y la acción interesa por su verdad. Tales son las cualidades que avaloran *La Virgencita*, preciosa novela de costumbres madrileñas, que se ha impreso en Barcelona, está ilustrada con bonitos grabados y se vende á 1'50 pesetas.

LA GRAN LEY CONTRA EL JUEGO Ó SEA SU PRO Y SU CONTRA, por *Antonio Baguer*. – Consta este libro de dos partes: en la primera se explican por medio de multitud de cuadros y cálculos las jugadas que, según el autor, han de producir ganancia infalible en el juego de la ruleta, tomando por base de las combinaciones la de Monte-Carlo; en la segunda se detallan las trampas que en la ruleta pueden hacerse para que todos estos cálculos resulten fallidos. El Sr. Baguer hace al final de la primera parte la confesión siguiente: «Nunca he jugado, pero tanta fe tenía en mis combinaciones y tantas miles de veces las había ensayado en casa, siempre, pero siempre con satisfactorio resultado, que un día me tentaron el diablo y la ambición á pasar á probarlo de veras en Monte-Carlo, para arrebatarles una gran fortuna. No pude resistir más á tan lisonjeras tentaciones; fuí, jugué y efectivamente .. perdí.» ¿Qué mejor comentario podemos hacer de la obra del Sr. Baguer? ¿Qué mejor enseñanza cabe deducir de ella? El libro ha sido impreso en Barcelona en la imprenta de la Casa Provincial de Caridad.

CUENTOS BATURROS, por *Alberto Casañal Shakery*. – Hace un año nos ocupamos de este libro alabandolo como se merecía: que nuestras alabanzas no eran exageradas ha venido á demostrarlo el hecho de que la primera edición se agotó rápidamente habiendo ahora publicado su autor la segunda aumentada con varios cuentos nuevos, no menos chistosos y bien escritos que los otros. El libro, que lleva un prólogo de don Mariano Baselga, un intermedio de D. Francisco Aguado, un epílogo de D. Luis Royo y Villanova y una jota para piano de D Arturo Lapuerta y está ilustrado por notables artistas aragoneses, se vende á dos pesetas.

NOTAS MEJICANAS, por *Manuel Conrotte*. – El autor de este libro, distinguido publicista español, consigna en él las impresiones de sus viajes por las principales ciudades de Méjico. Sus notas no son, sin embargo, las del turista que sólo se fija en la parte externa, en lo que recrea sus ojos tampoco son las del hombre de estudio que, despreciando esta parte externa, únicamente se ocupa del modo de ser de los pueblos que recorre, de lo que satisface su espíritu científico: no son las notas frívolas del primero, ni las notas áridas del segundo. Son, como dice el autor en el prefacio, expresión de las sensaciones personales producidas por el espectáculo de paisaje, de costumbres, de caracteres y monumentos, por los recuerdos que despiertan los hechos pasados, por las adivinaciones que sus estados del momento hacen presentir para su suerte futura. De aquí que el libro del Sr Conrotte resulta pintoresco en su parte descriptiva é interesante en sus observaciones, formando esta mezcla de lo bello y de lo útil un conjunto que entretiene é instruye á la par. *Notas mejicanas* ha sido editado en Madrid por los señores Romo y Fussel y se vende á tres pesetas.

RAPORT SUR LE PLUS HUMANITAIRE INTERPRETATION SCIENTIFIQUE DES PROCESSES CICATRICIALES, por *R. Bellver*. – Folleto escrito en francés, en el cual se encomian las ventajas que sobre la antisepsia tiene en medicina y cirugía un nuevo procedimiento, la septifugia, preconizado por el señor Bellver, quien explica los excelentes resultados con el mismo obtenidos. Ha sido impreso en Madrid en la imprenta de Ricardo Hernández.



Costumbres venecianas, cuadro de J. Favretto (Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia. 1899)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XVIII — Barcelona 18 de diciembre de 1899 — Núm. 938

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA IDEA, escultura en mármol de R. Rodin, grabado de Leveillé

ADVERTENCIAS

Llamamos la atención de nuestros lectores y del público en general sobre el prospecto de la BIBLIOTECA UNIVERSAL, LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y EL SALÓN DE LA MODA para el año 1900, que con el presente número repartimos.

Con el próximo número repartiremos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el quinto y último tomo de la serie del presente año, que será el cuarto y último de la interesante obra NAPOLEÓN III.

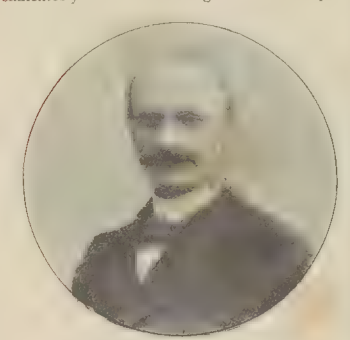
Llamamos la atención de los señores suscriptores y de nuestros corresponsales sobre la advertencia que publicamos en el número anterior.

SUMARIO

CRÓNICAS DE LA EXPOSICIÓN DE PARÍS

ENTRADA EN MATERIA

Al emprender la serie de crónicas quincenales en que nos proponemos reseñar los atractivos, acontecimientos y maravillas de la gran fiesta con que el



M. ALFREDO PICARD,
Comisario general de la Exposición

orbe civilizado va á dar esplendoroso coronamiento al siglo de las luces, queremos exponer el espíritu que nos anima, los propósitos que abrigamos, el carácter que nos proponemos dar á estos artículos y el plan que nos hemos trazado para que resulten, si no un estudio metódico, un trabajo exento de confusión.

Procuraremos describir todo lo que por su mérito, originalidad ó importancia llame la atención del público ilustrado en este concurso universal.

Los éxitos de las letras y las artes, las conquistas de la ciencia y de la industria, todas las manifestaciones de la inteligencia y actividad humanas que triunfen en la Exposición tendrán su reflejo en estas columnas; cuya lectura deseamos que interese lo mismo á los artistas que á los simples curiosos, á los técnicos como á los profanos en materia científica, á los lectores de ambos sexos y de todas edades.

Sin grandes esfuerzos de imaginación, sin ninguna enervante tensión de espíritu, podrán seguirnos á través de las inmensas galerías en que han de exhibirse las más preciadas muestras de la producción universal; y allí nos complaceremos en explicarles, con toda la concisión y claridad posibles, las riquezas del suelo y de la industria, las curiosidades y excelencias del arte, las aplicaciones de la ciencia, los prodigios de la mecánica, todo lo que creamos digno de su atención.

Les haremos asistir á festivales y congresos, á conferencias y espectáculos, procurando que descansen del estudio en las distracciones y que se distraigan en el estudio mismo de las materias más abstractas.

Deseamos proporcionar un medio práctico de orientación á los que hayan de visitar de hecho el gran certamen, y un arsenal de recuerdos á los que lo hayan visitado cuando lean nuestras crónicas.

Quisiéramos, sobre todo, dar á éstas tal amenidad, que se leyesen sin fatiga alguna, con interés creciente, como se devoran las páginas de una novela muy movida y emocionante. ¿Qué se necesita para esto? Que sean animadas las reseñas, variados los asuntos, claro el estilo, salpicados de anécdotas los estudios, llenas de color y de vida las descripciones.

Lejos de nosotros la presunción de poder realizar una obra tan acabada y perfecta; pero conste que no ignoramos el tono y la forma que hemos de dar á nuestro trabajo, para que responda más ó menos cumplidamente á su objeto, y que estamos resueltos á poner de nuestra parte todos los medios posibles para conseguir este resultado.

Más que la materia, procuraremos reflejar la vida de la Exposición.

A todo apelaremos para presentar una viva imagen de este cuadro animado y grandioso: al símil más ó menos vulgar para la explicación de cosas de difícil comprensión, á la historia anecdótica de los inventos, á los comentarios del público, á la presentación de tipos originales, á los diálogos que puedan prestar movimiento y colorido al cuadro.

No siempre hemos de hablar por cuenta propia, sino que apelaremos á la autorizada palabra de personas competentes, cuando se trate de asuntos que desconozcamos. Porque estas crónicas, para que llenen su objeto, tienen que encerrar, bajo su forma entretenida, amena y fácil, un estudio serio y exacto de todos los progresos y bellezas que el genio humano reuna en esta Exposición, que vendrá á ser la apoteosis del siglo.

¡Y qué siglo el que finaliza! ¿Hay en la historia de la humanidad algún otro que pueda serle comparado en fecundidad genial?

Lo abre Napoleón con las guerras que difunden el espíritu que ha de llenarlo; se eleva á la cúspide del arte con los grandes poetas, músicos y pintores que lo ilustran; alcanza á lo maravilloso de las ciencias aplicadas con los ferrocarriles y vapores que reducen la vuelta al mundo á un paseo de pocos días; ahuyenta las tinieblas con el gas; pone al habla á los habitantes de todo el orbe con el telégrafo; disputa víctimas al dolor y á la muerte con el descubrimiento de los microscópicos enemigos de la vida, y acaba en medio de los mágicos esplendores de la electricidad.

Semejante siglo exigía un coronamiento grandioso. Por esto la Francia ha invitado al mundo para que concurra á esta soberbia manifestación del genio humano, sin distinción de pueblos ni de razas.

París, que á cada década aparece rejuvenecida y dotada de mayor grandiosidad y belleza, aguarda impaciente la triunfal primavera próxima, en que arrojará con graciosa coquetería el manto de invierno, para recibir, con la sonrisa en los labios y coronada de flores, á los huéspedes que de las cuatro partes del globo acudirán á visitarla.

Celosa de su legendario renombre, echa, por decirlo así, la casa por la ventana, á fin de que su hospitalidad resulte grata para todo el mundo y para que no haya gusto ni capricho que no quede satisfecho.

Los sabios y los industriales, los comerciantes y los artistas encontrarán aquí innumerables palacios donde estudiar y comparar, cada uno en lo que le concierna, las más recientes manifestaciones del humano ingenio y los rápidos grogresos de la civilización universal.

Para la masa de visitantes, á quienes ninguna laboriosidad preocupe, París siembra á cada paso curiosos atractivos, delicados placeres, espectáculos imprevistos, mágicas apoteosis.

Porque estas grandiosas exhibiciones internacionales no pueden ser, como antes, simples fiestas del trabajo; tienen que ser fiestas de la humanidad. Y en la de 1900 se agruparán todos los pueblos y todas las razas, con sus costumbres propias, sus tipos, su trabajo y sus creencias; cada uno en su escenario peculiar, dentro de los límites de lo posible, viniendo á ser en conjunto una síntesis del orbe entero.

Y si en este compendio universal se junta y compenetra todo lo que esas razas y esos pueblos ofrecen de superior en actividad cerebral y en cosas sorprendentes, calcúlese la intensidad de vida que se desprenderá de esa masa cosmopolita, atareada, febril, ávida de saborear todos los goces del espíritu y todos los placeres más ó menos honestos, multiplicados hasta el infinito.

Esta será la característica de semejante fiesta: vida y acción. Las individualidades se decuplarán en ella, merced á ese medio ambiente que penetra en el cuerpo y en el alma por todos los poros y por todos los sentidos.

Fuera de los que vengan con el exclusivo objeto de trabajar y que mirarán con ojos distraídos todo lo que no constituya el objeto de su estudio especial, la inmensa mayoría de los huéspedes de París llevará aquí esa vida de movimiento continuo y de intensísima tensión de espíritu que acaba por dar el vértigo.

Y sin embargo, para ver bien las cosas, es preciso tener una previa noción de ellas y saber visitarlas con método. El que se lance al torbellino de esta exhibición sin haber adquirido sobre ella algún conocimiento, recibirá la impresión de un vertiginoso caos, del que surgen solamente, como alturas luminosas, unas cuantas maravillas, que sirven de jalones á la memoria. De todo lo demás, visto de prisa ó pasado por alto en los paseos realizados sin más guía que el capricho; de todo lo demás que constituye el fondo positivo y verdaderamente útil de la Exposición, no conservará más que una idea confusa, ignorando lo más interesante del concurso.

Los catálogos, indispensables para toda visita concienzuda, presentan la Exposición en detalle, cuando para comprenderla y apreciarla es preciso abarcar agrupaciones y conjuntos. Y esto es lo que para mayor comodidad y comprensión de nuestros lectores nos proponemos hacer en estas *Crónicas*, que vendrán á ser una especie de guía, bastante metódica para evitar el fastidio de la elaboración de un programa, y bastante elástica para prestarse á los cambios de itinerario más caprichosos.

París y la Exposición se compenetrarán de tal modo, que no será posible presentar un cuadro más ó menos completo de este coronamiento del siglo, sin reflejar la vida palpitante de la gran ciudad en este momento histórico.

París ofrecerá un espectáculo sorprendente y único: el resumen y compendio de cuanto caracteriza esta época, en que la transición del espíritu moderno coincide con el paso de un siglo á otro.

En el orden social, se verá una juventud escéptica y pesimista, asistiendo á la bancarrota de los viejos ideales; juventud que se dice hastiada de la vida á los veinte años, que jura por Schopenhauer y erige en dogma la teoría de la seriedad y del tedio.

Arriba, el triunfo de las osadas ambiciones, el dinero corruptor, la familia disuelta por el divorcio ó encenegada en la vergüenza de dramas inmundos, la política reducida á una artera lucha de personalidades, el poder convertido en presa de los más hábiles ó de los más faltos de pudor.

Abajo, los estragos del vicio y del infortunio, la guerra fratricida de castas y de clases, el trabajo convertido en lucha desesperada contra el hambre, legiones de infelices sumidos en un mar de injusticia humana, dramas terribles en que los lamentos se sofocan con lágrimas y sangre, el espantoso crujir de un ruinoso edificio social que se derrumba.

En el orden religioso, la duda inmensa ó la negación total en lucha con la fe que el mundo moderno, en las ansias de la muerte, invoca para la salvación de los hombres y la paz de los pueblos.

La ciencia proclamándose única salvadora, eminentemente revolucionaria, única investigadora de la verdad y distribuidora de la dicha humana.

El arte y la literatura buscando formas nuevas, que no son el drama pictórico de Greuze, ni las Musas de Pradier, ni el poema sinfónico de Berlioz, ni el canto de Víctor Hugo, ni la novela de Daudet. Los grandes artistas perdiendo el terreno que ganan los grandes metafísicos; las obras sencillas, naturales y sinceras triunfando de las obras de aparatoso estilo ó de enrevesado lenguaje, en que se refleja el alma atormentada del siglo que agoniza.

Pero ¿qué importan las imperfecciones de las obras y los vicios de los hombres? ¿Qué importan las vacilaciones y los errores individuales, si, á paso lento, pero obstinado, la humanidad siempre marcha? ¿Qué importan las corrupciones y decadencias de arriba, si de abajo surgen sin cesar, como inagotables manantiales de vida, nuevas y sanas generaciones? El gran problema consiste en utilizar estos elementos para el bien común.

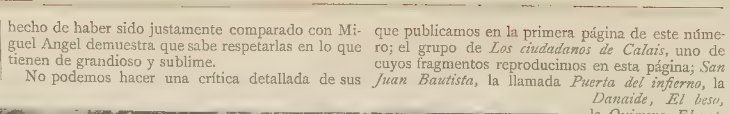
La civilización es el crisol mágico en que lo bueno, para depurarse, se mezcla con todo lo malo, y hasta la depuración final no caen al fondo las escorias.

Es inútil empeñarse en que el bien triunfe todos los días. Con frecuencia se necesitan muchos años para que de una turbia fermentación se desprenda una verdad clara y triunfante.

Del escepticismo, del descreimiento, de la total negación de hoy, quizá surja mañana la ansiada fe indispensable para la paz y el amor de los hombres, y que el siglo que empieza recibirá tal vez en herencia del siglo que acaba en medio de la más gloriosa de las apoteosis.

JUAN B. ENSEÑAT

EL ESCULTOR AUGUSTO RODIN



El Ayuntamiento de París ha autorizado al eminente escultor Rodin para instalar en el recinto de la Exposición Universal de 1900 un pabellón en donde pueda exponer sus obras: esta distinción especial, que constituye la mejor consagración de los excepcionales méritos de tan ilustre artista, permitirá á los admiradores de éste contemplar su obra reunida por él, á su antojo y con entera independencia, y á los que no conocen la mayor parte de sus trabajos satisfacer una cusiosidad provocada tanto por los entusiasmos de los unos cuanto por las críticas acerbas de los otros.



EL ESCULTOR AUGUSTO RODIN EN SU QUINTA

Pocos artistas han sido tan discutidos como Rodin: proclámanle unos el más grande escultor del siglo, comparándolo con Miguel Angel y afirmando que nadie ha sabido llevar tan lejos la expresión de la vida en las formas ni fijar la pasión en gestos tan intensos y en movimientos tan audaces; otros, por el contrario, fieles al formulismo académico, esclavos de las tradiciones, se han rebelado contra ese desbordamiento de vida, han acusado al artista de brutal y llegado hasta á negarle el derecho de manejar el cincel y el desbastador, llamándole desequilibrado y sosteniendo que, ignorante aún de los rudimentos de su arte, disimulaba su ignorancia por medio de las más extravagantes pretensiones.

Mas cuando se estudia á fondo la obra de ese admirable maestro, no sorprenden estos juicios apasionados, casi feroces, de los detractores de Rodin, porque la labor de éste rompe con sobrada osadía las ideas corrientes y los procedimientos habituales; porque es la expresión demasiado intensa y libre de un temperamento; porque, en suma, es demasiado nueva y demasiado sincera para no despertar las iras de sus detractores.

Pretenden algunos que la obra de Rodin es incomprensible para el público en general; pero no es aventurado afirmar que los que no la comprenden es porque no quieren despojarse de los prejuicios, de los convencionalismos adquiridos por una educación viciosa. En efecto, esa obra en nada se parece á las de los demás: no es seca y árida, no es la copia detallada y minuciosa del modelo, no es el resultado del esfuerzo de análisis, sino que es enérgica, viva, expresión de grandes síntesis, tiene cerebro, corazón, nervios que vibran, carne que palpita, que se estremece, que sufre.

Rodin es revolucionario en su arte; pero lo es, no en virtud de razonamientos ni de principios personales, sino porque salvando los límites artificiales de las escuelas, olvidando los prototipos de la belleza académica, ha contemplado con candor, con respeto, la naturaleza, que no presenta tales restricciones, y ha buscado su inspiración en los tesoros infinitos que ella magnánimamente ofrece á quienes saben sentirla. Mas no se crea que Rodin desdeña las grandes tradiciones de la escultura; el mismo hecho de haber sido justamente comparado con Miguel Angel demuestra que sabe respetarlas en lo que tienen de grandioso y sublime.

No podemos hacer una crítica detallada de sus obras; nos limitaremos á enumerar algunas de las más importantes. Como tales podemos mencionar *La idea,* que publicamos en la primera página de este número; el grupo de *Los ciudadanos de Calais,* uno de cuyos fragmentos reproducimos en esta página; *San Juan Bautista,* la llamada *Puerta del infierno,* la *Danaide, El beso,* la *Quimera, El rapto, La Primavera, Eva,* los monumentos de *Claudio Lorrain* y de *Víctor Hugo,* y los bustos de Dalou, de Legros y de Juan P. Laurens, que junto con otros dos fragmentos de *Los ciudadanos de Calais* y de la citada puerta se reprodujeron en el número 405 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. En todas ellas se admiran las cualidades que dejamos apuntadas y que han conquistado para su autor uno de los primeros puestos en el mundo del arte contemporáneo.

Augusto Rodin es de mediana estatura, de cuerpo recio y temperamento sólido; su aspecto es á la vez rudo y bondadoso, la mirada de sus azules ojos es suave y su voz acariciadora anímase y se vuelve ardiente, vibrante, cuando de su arte habla. En él se adivina desde luego al trabajador infatigable que en el trabajo encuentra sus únicos placeres: treinta años de esfuerzos y de lucha no han menguado su vigor, al contrario. Precisa oirle hablar de la naturaleza para saber hasta qué punto la ama; cuando pronuncia ese nombre, se conmueve, se humilla y se confiesa esclavo de esa fuerza, que, sin embargo, tantas veces ha logrado dominar. «¡La naturaleza!, exclama con entusiasmo. La naturaleza es siempre bella; no es fea nunca. Los hombres son los que la afean, porque para interpretarla la deforman. La naturaleza jamás es fea: puede parecerlo porque nos hemos formado de la belleza una idea falsa, convencional, conforme á las necesidades de nuestros hábitos, de nuestras costumbres, de nuestra civilización. Sí; un hombre con sombrero de copa, levita y pantalones, y una mujer que se comprime, que se deforma el cuerpo con trajes ilógicos y ridículos, son feos porque no son la naturaleza; pero un cuerpo desnudo nunca es feo, cualquiera que sean sus defectos. Y la naturaleza lo contiene todo: no es necesario tener imaginación para ser un gran artista; basta mirar la naturaleza: en ella nada choca, todo son medias tintas en las cuales juega la luz amorosamente. Pero estas medias tintas hay que fijarlas con vigor, con intensidad, con violencia, por decirlo así, pero al mismo tiempo con dulzura. De este modo se llega á la expresión. Sorprender el gesto especial en que mejor se revelan los caracteres de una forma, conseguir fijarlo traduciendo no sólo sus movimientos externos, sus manifestaciones visibles, sino que también la palpitación del sentimiento ó de la sensación en que tal gesto ha germinado, esto y nada más que esto es la escultura.»

Tal es el concepto que de su arte tiene el eminente escultor, tales son las doctrinas estéticas en que están inspiradas sus creaciones: uno y otras explican la vida que sus figuras respiran y la emoción intensísima que despiertan. – A.

FRAGMENTO DEL GRUPO *Los ciudadanos de Calais,* obra de RODIN



Durante largo rato no pudieron apartar sus ojos de aquel *bebé*

LAS APARIENCIAS

Era un hermoso domingo de febrero: un sol casi caliente de mediodía enviaba sus rayos oblicuos sobre el muelle de Orsay, iluminando con su alegre luz primaveral una parte de la avenida y dejando el resto en la sombra. Los árboles negros, desnudos de hojas, con sus menudas ramas, parecían teñirse de un ligero color verde como si la savia se pusiera bruscamente á hervir en las fibras de la madera, pronta á surgir en forma de brotes relucientes y de frescas hojas. El Sena, á fuerza de contemplar el cielo, aparecía azul y su superficie centelleaba cual si estuviera cubierta de escamas de plata. La orilla derecha, acariciada por aquel sol mágico, mostrábase alegre con sus blancas fachadas, cuyas ventanas brillaban como diamantes de colosal tamaño

–¡Qué bella es la vida!, exclamó Jacobo oprimiendo el brazo de su joven esposa.

Esta inclinó la cabeza hacia él, sonrióse tiernamente y una emoción de alegría tiñó de carmín su rostro, que apenas resguardaba un velillo blanco.

Ambos seguían á lo ancho del muelle la faja luminosa, caminando á pasos cortos, ella apoyada en él con ese abandono confiado de todo su ser que algunas veces manifiestan las mujeres, dichosas sin saber por qué, como agradecidas de sentirse amadas. Lanzaban en torno suyo miradas distraídas; todo lo que veían les encantaba, todo les divertía: un perrillo negro que iba en pos de un tranvía, un conductor colérico que gesticulaba en el imperial de su ómnibus, el delicioso panorama de la orilla derecha, las parejas y las familias con quienes se cruzaban, y que se paseaban como ellos, aunque silenciosas, con los brazos colgantes y molestadas por sus trajes domingueros.

A la vista de un ridículo *bebé*, vestido con un abrigo rosa con franja de plumas y con un voluminoso sombrero verde con penacho, que entre montones de arena é inclinado sobre un cubo vuelto al revés golpeábalo frenéticamente con una pala de madera, los Donnadieu sonriéronse silenciosamente y durante largo rato no pudieron apartar sus ojos de aquel paquete de telas y carne mofletuda que prorrumpía en gritos inarticulados, expresión de una alegría sin límites.

–¡Qué lindo!, exclamó Rosa.

Entonces fué Santiago quien la miró y sonrióse, y ella se ruborizó bajo su velillo blanco, y confusa, con ternura maliciosa que sus ojos delataban, murmuró:

– Le llamaremos Santiago.

Y siguieron andando entre los demás paseantes que miraban con envidia aquella pareja joven y elegante. Realmente Santiago era un apuesto mozo y llevaba airosamente su chaqué negro, su sombrero de copa, su pantalón gris con el pliegue recto que mantenía cuidadosamente, por un vago respeto á la moda, y del cual se mostraba orgulloso. En cuanto á ella, estaba encantadora con su traje azul obscuro, con su cuello de piel de nutria y su sombrerito de color de turquesa que se apoyaba graciosamente sobre su cabecita rubia.

– Y cuando tendrá quince años, pediré mi jubilación como jefe de negociado.

Empleado en el Ministerio de la Marina, contaba con la protección de una de sus primas, sobrina de un célebre diputado de la izquierda, que por su oposición sistemática habíase hecho temible á los gobiernos y era por tanto omnipotente. Gracias á esto, esperaba Santiago dejar atrás muy pronto á la mayoría de sus compañeros de oficina, lo cual había de justificarse, además, según él, por su talento. Porque ha de saberse que había emborronado con cierta gracia algunas caricaturas, y hasta una de ellas debía ser publicada en *La Risa*.

– Sólo nos falta, añadió con acento de convicción, algún dinerillo más.

–¡Bah!, repuso Rosa, con tus tres mil francos de sueldo y con los doscientos francos mensuales de mi dote podemos ir tirando.

– Sí, dijo Santiago después de reflexionar un momento; y además tenemos en perspectiva la herencia del tío Jorge.

–¡Oh!, exclamó Rosa indignada.

–¡No se morirá por esto! Y de todos modos, siempre es un pensamiento agradable esto de poder decir que un día ú otro, tarde ó temprano, lo más tarde posible, por supuesto, nos han de caer del cielo quince mil libras de renta, ¿no es verdad?

Rosa asintió á lo que su marido decía.

Acababan de atravesar la explanada de los Inválidos: ante ellos extendíase el muelle, y el Trocadero á lo lejos ostentaba sus torres luminosas que se destacaban sobre el azul del cielo.

De pronto exclamó Santiago:

–¡Es repugnante! ¡Mira!

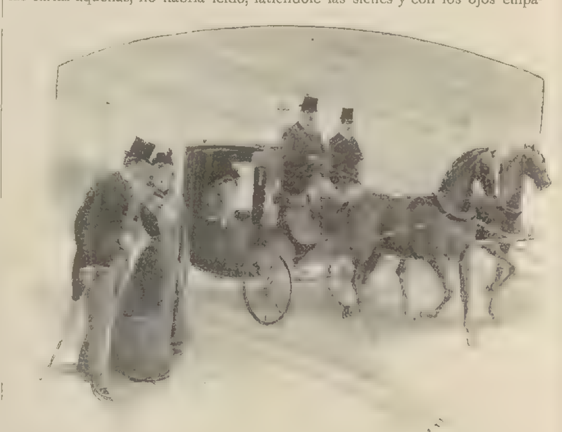
Un carruaje salía con gran estrépito de la puerta cochera de una magnífica casa: dos soberbios caballos blancos, elegantemente enjaezados, haciendo balancear la reluciente lanza, dieron la vuelta graciosamente, tascando el freno y pisando fuerte. Rosa admiró los hermosos ramos de violetas de Parma que á modo de pompones adornaban las orejas de aquellos animales; el cochero y el lacayo, grueso el uno como una calabaza, flaco como un espárrago el otro, con sus sombreros con escarapelas y sus cuerpos rígidos aprisionados en su librea verde, diéronle ganas de reir. Pero al ver pasar el cupé con sus escudos en las portezuelas y sus límpidos cristales, sintió cierta envidia y en su memoria quedó grabado el recuerdo del perfil de una mujer muy joven y muy linda, de cabello dorado y sedoso como el suyo que asomaba por debajo de una toca de color de turquesa.

–¡En verdad que hay personas demasiado ricas!, dijo Jorge dando un suspiro.

Y ambos vieron desaparecer, pensativos y melancólicos, el lindo carruaje.

Sin embargo, apoyada sobre el acolchado respaldo, Mme. Allain dejaba vagar su triste mirada al través de los cristales de su cupé. ¿Cómo se encontraba allí en traje de visita, vestida, peinada, respirando y reflexionando como si nada hubiera pasado del drama íntimo que la trastornaba? ¿Cómo podía, después del espantoso descubrimiento, encontrarse allí realizando los pequeños actos maquinales de la vida? El increíble acontecimiento de aquella mañana pasaba y repasaba ante sus ojos como un perpetuo relámpago, y con el corazón desgarrado, pálidos los labios, reprimiendo los sollozos que se precipitaban por su garganta, revivía aquel minuto terrible.

¿Era posible? ¡Después de tres años de matrimonio, tres años de existencia en plena felicidad! ¡Cuando todavía ayer su marido murmuraba á su oído las mismas dulces palabras! ¡Ah, qué miserable!, ¡qué infame! ¡Engañarla de aquel modo! ¡Mentir tan innoblemente!.. ¡Y decir que hubiera podido no advertirlo nunca, continuar siendo víctima de aquella denigrante comedia, á no haber sido por una casualidad! ¡La más sencilla, la más natural de las casualidades! Y ahora su vida estaba quebrantada para siempre. Porque, al fin y al cabo, si no hubiese entrado casualmente y por vez primera, después de tres años, en el despacho de su marido, no le habría visto levantarse como un culpable y echar rápidamente su chupón sobre un paquete de cartas; no le habría ella arrebatado las cartas aquellas, no habría leído, latiéndole las sienes y con los ojos empapados de lágrimas, aquellas líneas odiosas que hicieron estallar bruscamente la bellaquería del miserable y su propia é irremediable desdicha.



¡En verdad que hay personas demasiado ricas!, dijo Jorge dando un suspiro

Mme. Allain miraba sin verla la doble decoración que se desplegaba rápi-

damente á su derecha y á su izquierda al través de los cristales del cupé. La pesada mole del Trocadero y sus esbeltas torres, iluminadas por el sol, recortábanse sobre el azul ligeramente brumoso del cielo que manchaban algunas tenues nubecillas. El Sena brillaba espléndidamente.

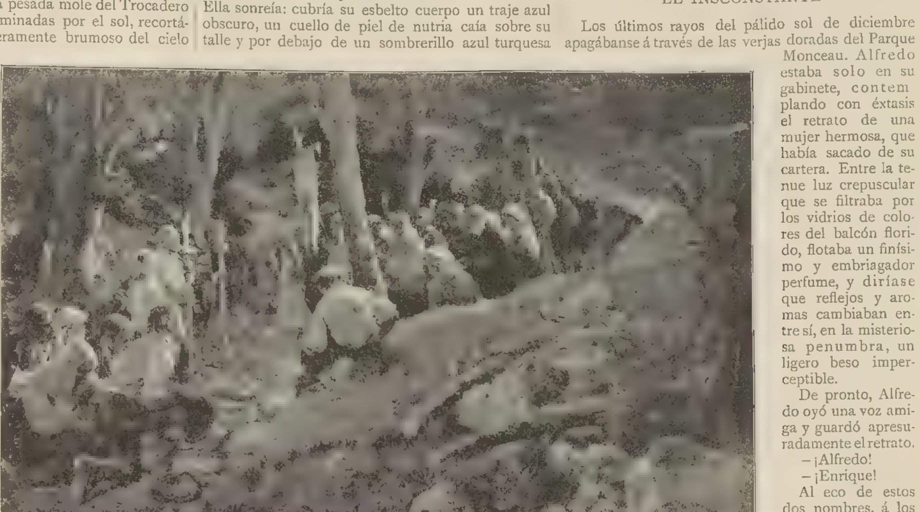
¿Qué iba á ser de ella ahora? El infame lo había confesado todo con verdadera crueldad, sin una vacilación, sin un remordimiento. ¡Traicionada, y por la estúpida de Alina! ¡Alina! ¿Quién lo hubiera creído? Madame Allain, al recordar á su ex amiga, estremecióse como si hubiese sentido azotado su rostro por un latigazo. ¡Una mujer tan fea, tan vieja y tan gruesa! ¡Qué asco! Y pensando en la destrucción de su felicidad, de su pasado, de su presente y de su porvenir, echada la cabeza sobre el rincón de su coche que arrastraba el trote ligero y regular de sus caballos blancos, y oprimiendo su boca con el pañuelo, prorrumpió en sollozos de grande angustia que recorrían todo su cuerpo.

Dos horas después, horas que fueron para ella de desesperación sin límites y de confusos ensueños, el cupé de Mme. Allain atravesaba de nuevo el puente. Inclinada sobre la portezuela, aquella infeliz dirigió una rápida mirada al cielo, que el sol poniente llenaba de tintas rojas, sobre el amarillento Sena y sobre el Trocadero, envuelto ya en la niebla. A su lado, por la acera, pasaban un hombre y una mujer cogidos del brazo. ¿Dos recién casados sin duda? Ella sonreía: cubría su esbelto cuerpo un traje azul obscuro, un cuello de piel de nutria caía sobre su talle y por debajo de un sombrerillo azul turquesa asomaba una dorada cabellera. Mme. Allain ocultóse en el fondo del coche. Los caballos blancos, con sus ramos de violetas en las orejas, desfilaban con acompasado ruido de zuecos y los cuellos orgullosamente erguidos, sobre los cuales relucían hebillas y correas. El lujoso cupé desapareció.

Los Donnadieu se contemplaron y Rosa exclamó suspirando amargamente:

– ¡Es verdad que hay personas demasiado dichosas!

Pablo y Víctor Marguerite



Una procesión en el bosque, cuadro de Antonio Lonza (Exposición de Bellas Artes de Munich, 1899)

EL INSCONSTANTE

Los últimos rayos del pálido sol de diciembre apagábanse á través de las verjas doradas del Parque Monceau. Alfredo estaba solo en su gabinete, contemplando con éxtasis el retrato de una mujer hermosa, que había sacado de su cartera. Entre la tenue luz crepuscular que se filtraba por los vidrios de colores del balcón florido, flotaba un finísimo y embriagador perfume, y diríase que reflejos y aromas cambiaban entre sí, en la misteriosa penumbra, un ligero beso imperceptible.

De pronto, Alfredo oyó una voz amiga y guardó apresuradamente el retrato.

– ¡Alfredo!

– ¡Enrique!

Al eco de estos dos nombres, á los que acompañó un abrazo estrechísimo, despertóse antigua y dormida amistad.

– Pero ¿qué es esto, Enrique? ¡Un año sin verte! ¡Ya empezaba á creer que te habías muerto!

– ¡Soy un mal amigo! ¡Tienes razón! ¡Llámame cuanto quieras! ¡Lo merezco todo! Durante este año hemos estado sin vernos, he sido el más feliz de los hombres, ¡y no hay mayor egoísmo que el de un hombre feliz!.. Mas, perdóname; he vivido en otro planeta, en el planeta de la suprema dicha, de esa dicha que borra la memoria y enloquece.

– ¡Vamos, en el amor de una mujer!

¡Sí! ¡Y acabo de perderla! ¡Hasta hoy he estado



Horas tristes, cuadro de E. Harburger

loco de felicidad! ¡Ahora estoy loco de dolor!

Y el recién llegado continuó entre sollozos:

–¡He perdido á Diana! ¡Tú no has conocido á esa hermosura egipcia, con sonrisas de·hurí y miradas de sirena, que me ha abandonado! ¡Ah, si tú hubieras visto sus pupilas de mágico imán y aquel alabastrino cuello que á veces temblaba al sentir el beso furtivo de su cabellera negra y flotante! ¡Ya nada de eso es mío! ¡Quiero morir! ¡No tengo fuerzas para seguir viviendo!

Y la voz de Enrique era amarga y profunda; era la voz terrible y sombría de los grandes infortunios.

–¡Cálmate, pobre amigo!, exclamó Alfredo.

Y repitió, con más compasión que sorpresa:

–¡Cálmate, yo curaré tu herida!

–¿Curar mi herida? ¡Eso es imposible!.. ¡Yo muero de este golpe!, contestó Enrique. Cuando ayer nos separamos la vi más enamorada que nunca, su hermosura tenía un encanto incomparable..., ¡jamás me había parecido tan bella! Al entrar hoy en casa, llamándola á gritos, como todos los días, no tuve más respuesta que la del eco de mis voces... Veló mis ideas un presentimiento fatal, pero alentábame la esperanza... Me hacía la ilusión de que iba á surgir ante mis ojos su graciosa y esbelta figura, detrás de cada puerta... ¡Ay! ¡Después de haber recorrido la casa entera, medí el fondo de mi desdicha!.. ¡Ya no me quedaba nada de aquella mujer, más que el recuerdo!.. Sobre el mármol de la chimenea vi un lazo de seda de color de rosa, un guante desgarrado y una flor mustia... Me precipité á besarlos, los besé mil veces, y rompiendo á llorar como un niño, los empapé en mis lágrimas... Lo que no puedo creer es que mientras yo me agito en esta agonía, Diana esté dando á otro la inmensa dicha de su amor, la suprema ventura de sus caricias... ¡Ah, eso no! ¡No lo creo, no lo creo!

–¡Pobre amigo Enrique!, dijo Alfredo con calma. Ya es hora de que domines tu dolor. Sí, Enrique, no te quepa duda: mientras tú te agitas en el abismo de tu desesperación, Diana está dando á otro la dicha inmensa de su amor, la ventura suprema de sus caricias. ¡Siempre que uno pierde una mujer hermosa, es precisamente porque otro la ha encontrado!

–¡Alfredo, no me asesines!

–Nada de eso; es que quiero cerrar tu herida para siempre; quiero que entres por la senda de la virtud; si no, para ti no hay salvación.

–¿De la virtud? ¿Qué es lo que me dices? ¿Intentarás hacerme creer que has renunciado á los embriagadores arrebatos de la más viva y más ardiente de las pasiones humanas? Si tal pretendes, tu esfuerzo es inútil; apenas hace un instante, al ir á llamar á tu puerta, he visto salir de aquí á una mujer de peregrino rostro, de ojos grandes y rasgados, de pupilas *zebreadas* y de cabello rubio sombrío, el tipo original é inequívoco de las bellezas del Danubio... ¿Es esa la virtud que tú practicas? ¡Niégame que salía de tu casa!

–¿Que he de negártelo? Aplaca tu emoción, escúchame tranquilo, si puedes; oye las palabras de un hombre virtuoso.

–¡Habla, pues!, murmuró Enrique, estupefacto, mirando á su amigo.

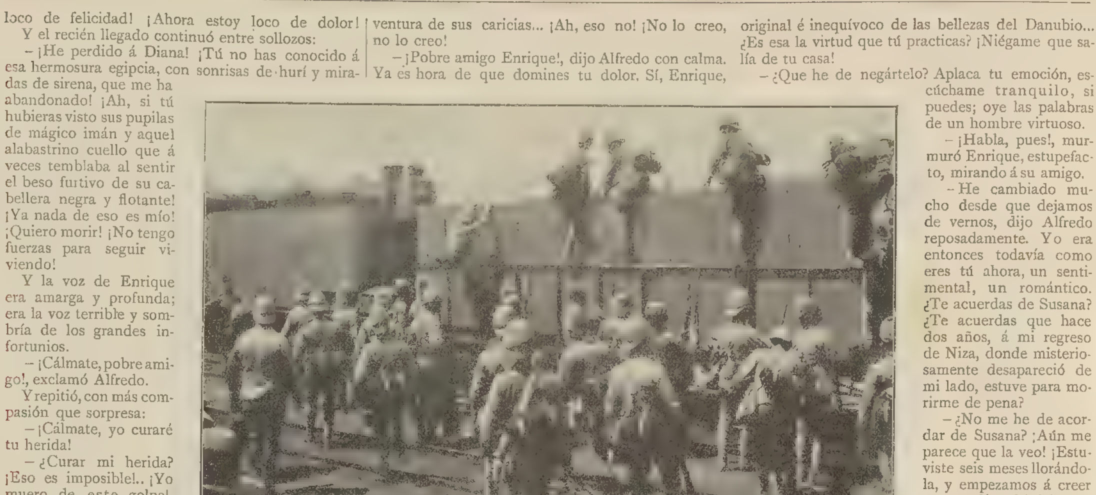
–He cambiado mucho desde que dejamos de vernos, dijo Alfredo reposadamente. Yo era entonces todavía como eres tú ahora, un sentimental, un romántico. ¿Te acuerdas de Susana? ¿Te acuerdas que hace dos años, á mi regreso de Niza, donde misteriosamente desapareció de mi lado, estuve para morirme de pena?

–¿No me he de acordar de Susana? ¡Aún me parece que la veo! ¡Estuviste seis meses llorándola, y empezamos á creer que perdías el juicio!

–¡Pues bien, ya soy otro! Yo era un vicioso, un corrompido... Mas una idea salvadora me iluminó, y me propuse redimir, gracias á una nueva vida de abnegación, las faltas de un pasado abominable. Al dar su vuelta ese sol que llaman la Dicha, has visto brillar tu felicidad en la forma de una mujer que has amado, y cuando gira el disco de ese astro maravilloso te desesperas porque no puedes detenerlo y maldices de tu destino... Quisieras clavar la rueda de la Fortuna, sin pensar en que otros aguardan con ansia febril que pase á su lado...

–¡Cómo! ¿Y tú te resignas á eso?, le interrumpió indignado Enrique. No me propongas, pues no la creo en ti, semejante cobardía. ¿Me pides que acepte con calma la idea de que se halle en brazos de otro hombre la mujer que adoro? ¡Eres cruel! ¿Quién ve cruzar ese cuadro por su mente sin que la espada se le venga á la mano?

–No es eso lo que te pido. Llora, si quieres, el



GUERRA ANGLO-BOER. – TROPAS INGLESAS SUBIENDO Á UN TREN BLINDADO EN ESTCOURT (de fotografía)



GUERRA ANGLO-BOER. – SALIDA DE UN TREN BLINDADO DE LADYSMITH

desdén de la que por otro te abandona; el llanto de amor suele ser fecundo en consuelos. Lo que quiero es que la olvides. Lo que quiero es que salgas de ese tormento. ¿Que dirías de uno que se desesperase porque el viento de otoño se lleva una hoja del árbol ó porque, al brillar la aurora, se disipa una estrella? Loco como él estás tú; pero loco de soberbia, el más abominable de los pecados. No creas que esa mujer, al abandonarte, amaba más que á ti al hombre á quien hoy da la dicha... Acaso no ha hecho más que obedecer á un influjo misterioso é incontrastable, ó á una ley natural de transformación y de mudanza... Por ventura, tú mismo ¿has creído que iba á ser eterna tu felicidad? Esas adorables mensajeras de alegrías y goces que, al pasar, nos hechizan y que, al desaparecer cautelosas, nos dejan un destello de dorada luz en el alma, llegan y huyen de improviso, como rizo de espuma que sobre las ondas azules brota al halago de la brisa marina. Todas esas ráfagas de gloria duran poco, y en cuanto se van hay que bendecirlas... ¡y olvidarlas! No hay hombre que no sepa que son pasajeras y fugaces... Pero unos, hipócritas, fingen ignorarlo; soberbios otros, aparentan no creerlo, y cobardes casi todos, ni aun á pensarlo se atreven, porque les hace temblar la idea de perderlas... ¡Esa sí que es cobardía!

–¡Alfredo, por Dios, dices cosas que sublevan!

–¡No, no hay que desesperarse porque el rayo de sol que se filtró por nuestra ventana no se deje aprisionar y se nos escape intangible de entre las manos! Esta plácida resignación de que yo te doy ejemplo, constituye al principio uno de esos sacrificios que el corazón desgarran; pero después lleva en sí, como todas las virtudes, el más envidiable premio. En vez de seguir mirando con lamento estéril el rayo de sol que huye, acostúmbrate á volver la vista hacia el rayo de sol que llega. Los colores del prisma, en sus diversos grados y variantes, son infinitos y hay un nuevo encanto en cada uno de sus destellos. En cada nueva chispa que hiere mis ojos, yo descubro siempre una deliciosa sorpresa. Observa un poco y verás que es siempre la misma hada mágica la que nos seduce, la que nos fascina. La que lloras no ha hecho más que separarse de ti un momento para volver á buscarte con otro nombre, con otra fisonomía y con otros hechizos. Juana ó Elisa, Josefina ó Gabriela, alta ó baja, morena ó rubia, de ojos negros ó de ojos azules, fíjate bien en ella y verás que es la misma..., ¡es la hada peregrina de la Inconstancia! A esa hay que amar, y amarla á ella es amarlas á todas; pues ella, al presentársenos bajo distintas fases, es quien mantiene el amor en renovación perpetua. ¡Haz como yo! ¡Sé inconstante! Cuando una mujer me abandona, ya no la lloro, la olvido, y sólo pienso en la que va á reemplazarla, aunque no la conozca todavía.

–¡Adiós! ¡Volveré! ¡No te puedo oir! ¡Con tu lenguaje me exasperas!

Alfredo, al verse solo, sacó otra vez la fotografía que había guardado y se puso á mirarla con verdadera ilusión.

Engolfado en su éxtasis, no sintió llegar de nuevo á Enrique, y éste lo sorprendió contemplando el retrato.

–¡Chico, siento interrumpirte! ¡Te venía á pedir, antes de marcharme, el secreto para olvidar!..

Y como Enrique, al entrar y decir esto, vió turbarse á su amigo, añadió:

–Pero ¿qué te pasa? ¿Un retrato? ¡A ver!

Alfredo se puso rojo de vergüenza.

Era el retrato de Susana.

E. GARCÍA LADEVESE

GUERRA ANGLO BOER. – SOLDADOS INGLESES HACIENDO FUEGO DESDE UN TREN BLINDADO (de fotografía)

NUESTROS GRABADOS

Guerra anglo-boer.—Dos nuevas derrotas importantes han venido á sumarse á las numerosas sufridas por los ingleses en lo que va de campaña: la del general Gatacre en Stormberg y la del general Wauschope, cerca de Modder River. De la importancia de la primera es prueba elocuente el parte oficial enviado al gobierno inglés por el propio general Gatacre, que dice así:

«Tengo el profundo sentimiento de notificaros que esta ma-



GUERRA ANGLO-BOER. – SALIDA DE UN TREN HOSPITAL DE LADYSMITH PARA PIETERMARITZBURGO



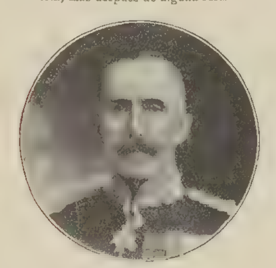
UN PEQUEÑO MOLTKE, cuadro de C. B. d'Entraygues



UN DÚO, cuadro de C. B. d'Entraygues

ñana (día 10) he sufrido un descalabro delante de Stormberg. Mis guías me han engañado respecto de la posición del enemigo, y me he encontrado en un terreno impracticable. Nuestras pérdidas han sido: oficiales heridos, 9; desaparecidos, 9: soldados muertos, 2; heridos, 15; desaparecidos, 596.»

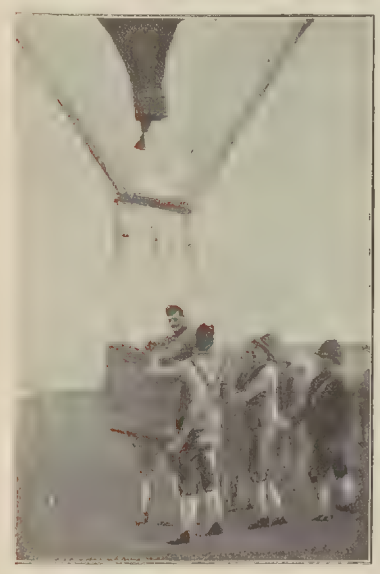
Las noticias de origen particular dan algunos detalles acerca de este combate. El general Gatacre quiso tomar por asalto la posición boer de Stormberg; pero á consecuencia de falsas indicaciones, el movimiento se intentó por el lado en que aquella posición era inexpugnable. Sorprendidos los ingleses por un terrible fuego de los boers, pusiéronse en orden de batalla, generalizándose muy pronto la acción, en la que tomó parte activa la artillería; mas después de alguna resistencia hubieron



GUERRA ANGLO-BOER. – El general inglés W. F. Gatacre, que mandaba la columna derrotada por los boers en Stormberg

de retirarse á Molteno, con pérdidas que algunos suponen muy superiores á las consignadas en el parte del general Gatacre.

Acerca de la otra derrota, la del general Wauschope, cuando escribimos estas líneas no se tienen todavía noticias detalladas. Sin embargo, lo que de ella se sabe permite suponer que ha sido un descalabro mayor aún que el de Stormberg. El día 11 la columna de lord Methuen destacó desde Modder River una brigada de highlanders al mando del general Wauschope, con objeto de tomar las trincheras levantadas por los boers en Magersfontain, que habían sido previamente cañoneadas por la artillería inglesa durante aquel día y la tarde del anterior. La brigada atacó aquellas posiciones, pero fué rechazada con terribles pérdidas, muriendo en el combate el citado general Wauschope.



GUERRA ANGLO-BOER. – Ascensión en globo del general inglés Jorge White, que se encuentra sitiado en Ladysmith (de fotografía de G. Lynch.)

Como consecuencia de estas derrotas, la situación de las fuerzas de lord Methuen, que acudían en auxilio de Kimberley, resulta comprometidísima.

Ladysmith, Kimberley y Mafeking continúan sitiadas: los sitiadores aumentan cada día sus medios de ataque y los sitiados ven cada día más debilitados sus medios de defensa. En Ladysmith han tenido que disminuirse las raciones y últimamente se ha declarado allí una epidemia de fiebre entérica. Y en cuanto á la columna del general Clery, dispuesta para socorrer aquella plaza, encuéntrase detenida en Frere.

Para contrarrestar tantas derrotas los ingleses sólo han podido poner en su activo una insignificante victoria, conseguida por una columna que salió de Ladysmith y atacó la posición boer de Lombards-Kop, destruyendo dos cañones y apoderándose de uno, causando al enemigo un muerto y dos heridos y retirándose luego otra vez á aquella ciudad.

Entretanto, sigue la sublevación de los afrikanders del Cabo, que diariamente proporcionan nuevos contingentes á los ejércitos de las dos repúblicas.

El general Joubert ha tenido que retirarse á Volkrust por hallarse enfermo de disentería, habiéndole sucedido en el mando del ejército boer y en la dirección de la guerra el general Burger: oficiosamente se dice que esta sustitución es debida á que el elemento joven transvaalense estima demasiado lentos los procedimientos del primero.

Empiezan á llegar noticias de origen boer sobre los primeros combates de la actual guerra, y por ellas se ve cómo ocultan los ingleses la verdad de los hechos: en efecto, dijeron éstos que en la acción de Ladysmith (30 de octubre) habían tenido 500 bajas, y el *Onsland*, periódico oficial de los afrikanders del Cabo, afirma que fueron 1.300

En un teatro de San Petersburgo, en donde se celebraba una función á beneficio del comité holandés de socorro á los boers, función á la cual asistió la alta sociedad de aquella capital y que produjo la suma de 5.000 rublos, hubo de repetirse el himno boer entre muestras de grande entusiasmo de todo el público.

Una procesión en el bosque, cuadro de Antonio Lonza.— Las costumbres de las poblaciones rurales tienen en medio de su sencillez tanta poesía, que con razón se miran como fuente de inspiración inagotable. Ningún artista que lo sea por temperamento, no por oficio simplemente, podrá contemplar con indiferencia los encantadores cuadros que aquella existencia presenta sin cesar ante sus ojos. Entre estos cuadros, son de especial belleza los de carácter religioso: el descreimiento no ha inficionado todavía á aquellas gentes; sus almas no han perdido su pureza por el contacto de malsan s influencias, y cuando elevan sus preces al Todopoderoso, las oraciones que sus labios murmuran tienen todo el perfume de la fe más sincera. Por otra parte, el medio ambiente en que tales escenas se desarrollan es por demás favorable á la expresión artística: la naturaleza, en toda su magnificencia, les presta, por decirlo así, un escenario que en vano pretenden igualar la imaginación y el trabajo del hombre. Dígalo, si no, el lienzo de Lonza que reproducimos en la página 813. ¿Puede darse espectáculo más hermoso que el que ofrece esa procesión del bosque? Lo agreste del sitio, los tintes obscuros de los árboles y de las rocas, contrastan por modo admirable con aquella comitiva de fieles, hondamente sentida, que con sus estandartes y sus velas se agrupa alrededor del sacerdote, formando un conjunto sumamente pintoresco.

Horas tristes, cuadro de E. Harburger.— Pertenece este cuadro al género de las obras que pudiéramos llamar sugestivas, de esas obras que impresionan hondamente hasta el punto de transmitir al que las contempla la sensación ó el sentimiento que se propuso el autor. En efecto, mirando aquella modesta estancia envuelta en la penumbra y aquella figura en cuya actitud se revela la tristeza más honda, parece que nos sentimos por esa misma tristeza invadidos, identificándonos por completo con el asunto que ha desarrollado el artista.

Un pequeño Moltke.—Un dúo. Cuadros de C. B. d'Entraygues.— El celebrado pintor francés demuestra en estas dos obras la predilección que siente por los niños, predilección que nos explicamos perfectamente porque todo lo que con éstos se relaciona resulta siempre altamente simpático y por consiguiente propio para servir de asunto á los artistas. Las dos escenas infantiles por d'Entraygues pintadas, reunen en grado sumo esta condición, y así la que representa al grupo de chiquillos ensayándose en maniobras militares como la que nos ofrece á esos seis monagos entretenidos con el perro, tienen un encanto indefinible, avalorado por las bellezas técnicas que atesora el cuadro y que se revelan en la corrección con que están trazadas las figuras y en la naturalidad que todas ellas respiran. Lo propio podemos decir de los lugares en que las dos escenas se desarrollan: así el interior de *Un pequeño Moltke* como el paisaje de *Un dúo* demuestran gran espíritu de observación y gran estudio del natural.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.— BLACKBURN. – En Blackburn (Inglaterra) se ha inaugurado una estatua de Gladstone, que es la primera que se erige en honor del eminente político inglés.

ROMA. – El gobierno italiano trata de adquirir el museo Ludovixi, habiéndose puesto ya de acuerdo con el propietario del mismo, el príncipe Piombino, acerca del precio, que será 1.400.000 liras.

ODESSA. – Se ha inaugurado en Odessa el Museo Municipal de Bellas Artes, que contiene cuadros y esculturas de artistas rusos, alemanes, holandeses, franceses é italianos y una notable sección de arte japonés.

FRANCFORT DEL MAIN. – En el Museo de Industrias Artísticas de Francfort del Main se está celebrando una exposición de la historia del libro, en la cual figuran en grupos separados libros de la Edad media, del renacimiento alemán, francés é italiano y de los siglos XVIII y XIX. Hay, además, una sección especial dedicada á lo más moderno que en el arte de la librería se ha hecho en Alemania, Francia é Inglaterra.

– El Consejero de Comercio de Francfort Dr. L. Ganz ha hecho donación á la ciudad de la suma de 150.000 marcos (187.500 pesetas) para una fundación artística, cuyos intereses se aplicarán principalmente á la adquisición de esculturas á propósito para ser instaladas en sitios públicos.

DÜREN. – Los herederos del Consejero de Comercio Leopoldo Hosch han regalado al municipio de Duren (Alemania) 250 000 marcos (312.500 pesetas) para la creación de un museo.

BERLÍN. – Los resultados de la primera exposición celebrada por los secesionistas berlineses han sido completamente satisfactorios: la venta de entradas y catálogos ha producido 50.000 marcos (62.500 pesetas), y han sido adquiridas más de la cuarta parte de las obras expuestas. Pagados todos los gastos, ha quedado un sobrante de 33.000 marcos, que ha permitido á la asociación devolver el 25 por ciento del capital que había sido puesto á su disposición para llevar á cabo su empresa.

VENECIA. – La exposición de Bellas Artes de Venecia se ha cerrado hace pocos días: el resultado financiero de la misma ha sido brillantísimo, pues se han vendido 250 obras, casi el 30 por ciento de las expuestas, por valor de 270.000 liras. El importe de las entradas ha sido de 280.000 liras.

Teatros.— Se han estrenado con buen éxito: en el Odeon *Chenecœur*, comedia en cuatro actos de Mauricio Soulié; en el teatro Antoine, *Les Girouettes*, comedia en dos actos de Mauricio Vaucaire, y *Père naturel*, comedia en tres actos de Ernesto Depré y Pablo Chartron; en el Vaudeville, *Le Faubourg*, comedia en cuatro actos de Abel Hermant; en el Gymnase, *Petit chagrin*, comedia en tres actos de Mauricio Vaucaire; en el Palais Royal, *Coralie et Compagnie*, comedia en tres actos de Albin Valabregue y Mauricio Hennequin; en el teatro lírico de la Renaissance, *Eros*, ópera cómica en un acto, libro de Julio Goujou y música de Federico Le Rey; y en los Bufos parisienses *Shakespeare*, opereta en tres actos de Pablo Gavault y P. L. Flers y música de Gastón Serpette.



GUERRA ANGLO-BOER. – Agentes de policía boers en Johannesburgo (de fotografía)

Madrid. – Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia, *El Director general*, comedia en tres actos de Bisson, arreglada del francés por los Sres. Mario y Santoval; en Lara, *Irún*, pieza en un acto de Fernando Segura, y *Despedida cruel*, comedia en un acto de Jacinto Benavente; y en Romea *La marusiña*, zarzuela en un acto de Angel Caamaño, con música de Lapuerta.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en el Principal, *De enero á enero*, graciosa revista en un acto de gran espectáculo, letra de D. Joaquín Montero y música del maestro Alberto Cotó; y en Romea *La Celestina*, chistosa pieza en un acto de Federico Fuentes (hijo).



GUERRA ANGLO BOER. – El general inglés Cornelio F. Clery, jefe de las fuerzas inglesas acampadas en Frere (Natal)

Necrología. – Han fallecido:

Jacobo Wiener, reputado grabador belga.

Ana Swanwick, notable escritora inglesa, muy conocida por sus bellísimas traducciones de antiguos clásicos griegos.

Dr. Robinet, conservador del Museo Carnavalet de París.

Mme. Negre, poetisa provenzal, más conocida por el seudónimo Lazarina de Manosque.

Carlos Dopmeyer, notable escultor alemán, autor de importantes monumentos, entre ellos el de Gutenberg, que existen en Hannóver y otras importantes poblaciones alemanas.

Mauricio Busch, conocido publicista alemán, hombre de confianza durante largo tiempo de Bismarck y autor de unas célebres memorias del canciller que publicó á la muerte de éste.

Jacobo Carpenter, notable astrónomo inglés.

Daniel Dupuis, célebre grabador francés.

M. Giry, ilustre historiador francés, catedrático, miembro del Instituto de Francia, autor de importantes obras históricas.

POR VENGANZA

NOVELA POR CORDELIA. – ILUSTRACIONES DE FERRAGUTI

(CONTINUACIÓN)

Tenía curiosidad por saber qué le pasaba al duque por la cabeza cuando dejaba tanta libertad á su joven esposa y le era indiferente que la cortejaran, por lo cual deseaba hablar con él para aclarar aquel misterio.



Eduardo se había arrodillado y le pedía perdón

El duque era muy franco en su trato y le gustaba saber noticias y averiguar la vida de todos: desde el día en que Renata llegó á la quinta despertó sobre manera su curiosidad, como todas las cosas que no se comprenden, porque no podía explicarse cómo una joven hermosa y rica no se había casado aún; por eso después que hubieron hablado de cosas indiferentes se detuvo y le dijo:

– Desearía que satisficiese usted una curiosidad que me preocupa desde el día en que he tenido el gusto de conocerla. ¿Por qué no se ha casado usted?

– Por no perder mi libertad. Y usted, ¿por qué se ha casado?

– Por conservar la mía.

Renata le miró maravillada.

– Me explicaré: cuando soltero, parece que era un buen partido y me asediaban todas las madres que querían regalarme sus hijas; para librarme de esta molestia, me he casado, y así me dejan en paz.

– ¿Y si hubiera usted sido desgraciado?

– Todo depende de tomar las cosas con filosofía, así como la mujer, con la cual se acaba por estar menos tiempo que con las demás señoras; yo no me quejo de mi esposa, es amable y me deja mi entera libertad.

– Pues yo no pensaría así, replicó Renata; si fuese hombre desearía que la mujer fuera enteramente mía.

– Para morir de fastidio.

– Por más que diga usted, no puede pensar así.

– Aseguro á usted que por ahora no pienso de otro modo; tal vez cambie de parecer en adelante, pues nadie sabe lo que puede suceder; por lo demás, aquí tiene usted una de las ventajas de ser casado: he podido pasear por estas alamedas y disfrutar de la compañía de usted sin temor de comprometerla. Créame usted; el matrimonio no es una cadena, sino una emancipación de las mamás que andan á caza de maridos para sus hijas.

– Pero si ha sido una madre la que ha conseguido su objeto...

– Se equivoca usted; mi mujer era huérfana; no tenía á nadie en el mundo, como usted, y me he casado precisamente por esta razón; antes que tener suegros, me habría ahogado.

– ¿Y si se hubiese usted enamorado seriamente de una joven que tuviera padres?

– Imposible, el amor es una invención de los poetas.

Renata le miraba y le parecía extraño aquel hombre, joven todavía, que renegaba del amor; le era grato hablar con él, por lo mismo que sabía que no estaba convencido de lo que decía.

En tanto se había acercado al grupo de sus amigos: la duquesa dijo que al ver que se prolongaba la ausencia de su marido estaba celosa y temía que Renata se lo hubiese robado; pero todos preguntaban qué le habría sucedido á Eduardo, á quien no se había visto en todo el día.

– Quizás tenga una cita con alguna señorita de las que vinieron ayer, dijo el marqués de Solcio.

La princesa lo defendió diciendo que aquel día sería uno de los de misantropía de su hermano y que por eso huía de la gente. El príncipe decía que parecía un enamorado sin correspondencia.

Y las señoras reían y se preguntaban qué pensaría de todo ello su mujer ausente.

– Mi prima está enferma y no piensa más que en cuidar de su salud, dijo Renata.

En esto se vió un punto obscuro salir de la quinta y aparecer y desaparecer entre los árboles.

– Ahí está el Sr. Sangalli, exclamaron las señoritas Sarnico.

– Ahí viene nuestro desertor, dijo el príncipe; y viendo que se había detenido sin saber qué dirección tomar, gritó: ¡Eduardo! ¡Eduardo! ¡Por aquí, por la derecha!

– ¡Gracias á Dios que ha resucitado usted!, dijeron todos á una.

– Es que he estado trabajando y se me han pasado las horas sin notarlo.

– Vamos, sé franco, dijo Sarnico; después de almorzar te has tendido en la cama y te has quedado dormido.

– No, no es cierto; he pasado el tiempo pintando.

– Pues veamos lo que has pintado.

– No puede ser; es una sorpresa.

– ¿Ves cómo teníamos razón?

– Pues bien, ya que os empeñáis, me he dormido.

La duquesa dijo que después de haber descansado todo el día era preciso hacer algo nuevo por la noche.

– Bailemos, dijeron las condesitas Sarnico.

– ¡Vaya una novedad!

– Propón alguna cosa, dijo Fanny á la duquesa; tú te pintas sola para trazar proyectos.

– Pues bien, contestó la duquesa; propondré una cosa extraña, nueva; pero nadie ha de oponerse.

– Veamos qué es.

– Una excursión en barcas hasta Nápoles; luego vamos á la quinta Nacional á tomar un helado y volvemos á pie: ¡qué magnífico paseo!

– ¿Y no se podría volver en carruaje?, preguntó el príncipe.

– Ya aburre ir en coche: en cambio un buen paseo, con agradable compañía á la luz de la luna...

– Id vosotros; lo que es yo no tengo ganas de ir de Nápoles á Posilipo á pie, dijo la condesa de Sarnico.

– Pues hagamos una cosa, dijo la princesa; enviaremos un coche á Nápoles para los que no puedan andar, y los demás volverán á pie.

– ¡Muy bien!, exclamaron. ¡Viva la princesa, que ha encontrado modo de contentar á todos!

La comida fué más animada aquel día, porque á todos les sonreía la idea de pasear por aquel mar azul y de dar una vuelta por la ciudad.

Renata era la única que estaba triste, pensando que todas estas excursiones ofrecían ocasión á Eduardo y á la duquesa para estar juntos y hablar; temía que encontrase mayor atractivo en sus conversaciones con la duquesa por tener más libertad en su calidad de casada, que con una soltera, y sufría como si tuviese algo que la corroyese interiormente.

Eduardo observaba aquella tristeza, se figuraba aquellos sufrimientos y procuraba consolarla con buenas palabras.

Cuando estuvieron á punto de entrar en la barca, Renata no pudo menos de decir á Eduardo:

– Venga usted conmigo.

Eduardo respondió con una mirada de asentimiento.

En la primera barca entraron la duquesa, la princesa, la condesa Sarnico, el marqués de Solcio y el príncipe; en la otra las condesitas, Renata, Eduardo, el duque y el conde. No cuadró mucho aquella combinación á la duquesa, que habría querido tener á su lado á Eduardo; pero el marqués era bastante simpático, le hacía la corte y se resignó.

Las barcas se apartaron de tierra y bogaron mar adentro en medio de las risas de todos los expedicionarios.

Era una noche calurosa de estío, y la brisa del mar, que acariciaba los rostros, refrescándolos, ponía á todos de buen humor.

Conforme se iban alejando las embarcaciones de la playa, el silencio era más profundo, las luces de la orilla parecían más pequeñas, semejando una fantástica diadema de estrellas que coronase el mar obscuro y sencillamente rizado por la brisa nocturna.

Renata estaba sentada junto á Eduardo de modo que se tocaban sus cuerpos, del propio modo que en aquel momento sentían unidos sus pensamientos.

De pronto experimentaron ambos una imperiosa necesidad de hablarse; pero la presencia de los demás los intimidaba, y juntaron sus manos y se sintieron unidos como si un solo corazón enviase oleadas de sangre á sus cerebros.

– ¡Qué hermoso es esto!, dijo Renata.

– ¿Le gusta á usted?, preguntó el duque interrumpiendo la conversación que sostenía con las muchachas; pues yo le confieso á usted que si no fuese por la compañía, preferiría estar en un salón bien iluminado.

– ¿Y la poesía de la naturaleza?, exclamó Eduardo.

– Pamplinas de los poetas; jamás he llegado á comprender el lenguaje de la naturaleza; me placen los jardines con tal que rodeen una hermosa quinta, y también el mar con tal que se refleje en él una ciudad populosa como Nápoles. ¡Eh, remero, no vayas tan lejos!, añadió volviéndose al barquero. Cerca, cerca, que se oigan los rumores de la ciudad y se vean las luces; allá abajo está el silencio y el silencio es la muerte.

Se acercaron más á la orilla y oyeron alegres canciones que salían de una barca.

– ¡Bravo! ¡Bien! ¡Así me gusta!, gritó el duque; un poco de música.

Los de la barca lo oyeron, se aproximaron más y continuaron cantando sin dejar de seguir la barca del duque: éste y las condesitas reían y decían: más, más.

Renata y Eduardo se hablaban en voz baja cogidos de las manos.

– ¿Por qué está usted tan triste?, preguntaba Eduardo.

– Porque se me ha clavado en el corazón un puñal de plata.

– Que no se agradeció tanto como ciertas flores.

– Las flores estarán ya marchitas; el puñal las ha muerto.

– Al contrario, vivirán más que el puñal, que estoy pronto á arrojar al mar si así lo desea usted.

– ¿De veras? ¿No le importa á usted?

– Sólo me importa lo que procede de usted.

Y le estrechó la mano con más fuerza, no pudiendo continuar la conversación porque la música había cesado.

– Otra canción hasta que lleguemos á Nápoles.

– Señorito, tenemos sed, dijeron los remeros.

– ¡Ahí va!

Y el duque les echó una moneda de plata que cogió uno de ellos.

– ¿Y á mí, no me da usted nada, señorito?

Otra moneda cayó en la barca.

Entonces los remeros comenzaron á reñir entre sí y á pedir más dinero; pero el duque estaba cansado y además se acercaban á la Villa Nacional que, toda iluminada, presentaba á aquella hora un efecto fantástico.

– ¡Adelante, adelante!, dijo el duque á los barqueros.

Los de la otra embarcación seguían detrás cantando, esforzando la voz, desentonando y pidiendo más dinero.

Pero aquellas voces quedaron dominadas por un concierto musical que procedía de la Villa; las dos embarcaciones tocaban ya la orilla y todos saltaron á tierra saludándose y formando un grupo.

Permanecieron un rato deslumbrados por la iluminación de la Villa y distraídos por el rumor de la música y de la gente que se había reunido.

Trabajo les costó encontrar mesas y más aún sillas; los caballeros tuvieron que ir á caza de ellas para colocar á las señoras; por último todos se sentaron y empezaron las conversaciones, y la alegría se hizo más rumorosa mientras tomaban helados.

Aquella comitiva elegante atrajo al principio las miradas de toda la gente que allí refrescaba.

Un sujeto que conoció al príncipe se acercó á saludarle.

– ¡Calla! ¿Está usted aquí? ¿No reside usted en el campo?

– Hemos tenido el capricho de venir á tomar un sorbete á la Villa.

– Se lo han ganado ustedes con el camino que han hecho.

– Es verdad, y volveremos á pie.

– ¿De veras? Pues me alegro.

El haber entrado de pronto en medio de la vida de la ciudad, á saludar á algún amigo, á ver toda aquella gente alegre, animada, sentada alrededor de la música, oir los cantos que salían de las barcas iluminadas, el ruido de los carruajes que procedía del camino, todo esto daba una excitación insólita á aquella comitiva que desde la tranquilidad de la quinta había pasado á aquel sitio, y todos estaban de buen humor, hasta Renata, que después de las declaraciones que le había hecho Eduardo en la barca, se consideraba feliz.

Al regreso, también se puso á su lado su primo, que le ofreció el brazo, y separándose un poco de los demás hablaron con más libertad.

Hacía tanto tiempo que no habían tenido la oportunidad de entregarse á una de aquellas conversaciones que tanto les complacían, que saboreaban entonces todo su deleite, olvidándose de los compañeros que iban delante de ellos, andando despacio para estar más solos, sin fijarse en el camino ni en los transeuntes.

Estaban ya en Meryellina, y los rumores de la ciudad se iban extinguiendo, los caminos estaban más solitarios, las iluminaciones más opacas, tanto que á ratos les rodeaba una semiobscuridad.

Y los dos jóvenes caminaban lentamente, ora hablando con animación, ora suspirando silenciosos.

– ¿Por qué hemos de estar destinados á pasar la vida separados, cuando juntos hubiéramos sido tan felices?, dijo Eduardo estrechando el brazo de Renata y llevándoselo al corazón.

– ¿Y de quién es la culpa?, preguntó Renata.

– No despierte usted mis remordimientos, que me destroza el alma y atormenta mi vida; pero nuestro amor no puede quedar sin esperanza; ambos somos libres.

– ¿Y Elisa?

– No me hable usted de ella; está enferma, no puede vivir mucho tiempo, según dice el médico; y si yo me quedase viudo...

– No diga usted esas cosas, que me hacen daño, dijo Renata soltándose de su brazo y apartándose del joven.

Eduardo la siguió y la suplicó que le perdonase; no sabía lo que decía; pero no era posible que fuese infeliz toda su vida, necesitaba una esperanza que lo consolase; le tomaba la mano y se la besaba; estaba realmente más expansivo que de costumbre.

Renata se apresuró á reunirse con el resto de la comitiva para interrumpir aquella conversación que la conturbaba.

Después de la alegría del principio de la noche, estaban todos un poco cansados y se sentían invadidos de la melancolía de la hora y de la soledad. Habían pasado contentos la velada; pero todos tenían necesidad de recogerse y de retirarse á sus respectivas habitaciones.

En el momento de darse recíprocamente las buenas noches, Eduardo halló aún modo de acercarse á Renata y con voz suplicante le dijo:

– ¿Puedo esperar?

– Buenas noches, contestó la joven, y entró rápidamente en su cuarto por no empezar otra vez la conversación interrumpida.

XXVI

Cuando estuvo sola, Renata se puso á reflexionar y no sintió ganas de acostarse.

Acababa de oir á Eduardo hablar de la muerte de Elisa, y no había experimentado horror ni le había alejado de sí para siempre; luego ¿su amor era culpable? No era el amor buen ideal de sus sueños, no era el sol que caldea el corazón, la luz que alumbra la existencia, sino un vendaval que todo lo trastorna y todo lo destruye en su furor. Conocía que también ella se volvería mala, egoísta, que lo sacrificaría todo por ser feliz, y veía su grande amor transformarse en un sentimiento punible, convertirse de pronto en una obra diabólica, en una falta. Y se irritaba con Eduardo porque no le podía odiar; consigo misma porque le había escuchado, porque aún gustaba el placer de haber pasado casi toda la noche á su lado; estaba inquieta, nerviosa, conocía que si continuaba cerca de él no podría resistir á su amor, que se tornaba una pasión perversa, hasta el punto de desear la muerte de Elisa para poder triunfar.

Luego su imaginación en su laborioso trabajo la hacía comprender cómo una pasión podía arrastrar á perder la razón y hasta conducir á cometer un delito.

Del deseo de la muerte de una persona á matarla si la ocasión se presenta no hay más que un paso, y ella ya veía á Eduardo convertido en un delincuente, en un asesino, y sin embargo no podía odiarlo; se sentía vencida por la fuerza de aquel amor que no retrocedería ni ante un crimen.

Pasó la noche sin dormir, atormentada por aquellos pensamientos, y se sosegó después de tomar la resolución de partir, de alejarse de Eduardo, de no verlo más.

Se levantó más tranquila, firme en aquella resolución; sólo era cosa de encontrar un pretexto para partir en seguida; procuró evitar el ver á Eduardo, temerosa de no tener valor para persistir en su propósito. Aquel día la duquesa, herida en lo vivo porque el joven la había abandonado la noche anterior, lo quiso todo para ella, é hizo que la acompañara á dar un paseo, encontró asuntos para que su conversación le interesara, se mostró locuaz, decidora, inagotable, tanto que él se dejó llevar de la fascinación de aquella señora bella y elegante, y no pensó en Renata, que sentía el roedor de los celos y que en aquel momento desistió de marcharse por no dejar á la duquesa dueña del campo y pensó: «También yo me quedaré toda la semana, y me marcharé con los demás,» única concesión que hacía á su corazón.

En aquellos días tuvieron frecuentes ocasiones de encontrarse solos: él, para hacer olvidar el tiempo que se veía obligado á dedicar á la duquesa por no ser descortés, se manifestaba con Renata afable y expansivo, mientras que ella sufría continuamente, así cuando lo veía entretenido con la duquesa como cuando él le pedía con insistencia una esperanza que ella no podía darle.

– ¡Dios mío!, le decía, me matará usted: ¿no ve usted que no como ni duermo? No tiene usted corazón.

Y se veía claramente que Eduardo sufría; rodeaban sus ojos dos círculos morados, profundos; apenas comía, y pedía una fuerza ficticia al vino y al coñac, lo cual le exaltaba con exceso y hacía que se mostrara más insistente con Renata.

– Dígame usted: si algún día llego á quedar libre, y juro á usted que no haré nada para ello, ni siquiera intentaré conseguir el divorcio, aunque nos sea fácil á nosotros los hijos de la libre América..., pero ¿y si llegase ese día?

Renata al oir estas palabras sentía que le penetraba en el cerebro una esperanza que desechaba en seguida como un sueño culpable y respondía:

– No, nunca, calle usted, calle, sufro demasiado.

Entretanto los huéspedes de la quinta empezaron á marcharse uno á uno.

La duquesa Celani, al estrechar la mano de Eduardo, le dijo:

– Hasta la vista, acuérdese usted de que me ha prometido hacerme una visita cuando esté en mi quinta del lago de Como.

El marqués de Solcio fué uno de los últimos en partir, y la víspera de su marcha tuvo una conversación con Renata.

Le dijo que todos aquellos días la había amado en silencio, pero antes de partir quería expresarle la impresión que había causado en su corazón y le pedía su mano.

Renata le dió las gracias, conmovida por aquel afecto discreto; pero no aceptó.

– Tengo el corazón muerto, contestó, y sería una compañera muy triste para usted.

Y cuando Eduardo volvió á atormentarla con su acostumbrada pregunta: «¿Puedo esperar?,» le contestó: «Si no me deja usted en paz, me casaré con el marqués, para quitarle toda esperanza.»

Pero se quedó aún más sorprendido cuando la vió bajar un día de su cuarto con traje de viaje y alargarle la mano para despedirse de él.

– ¡Cómo! ¿Se va usted?, preguntó el joven poniéndose pálido como un difunto.

– Es preciso, contestó Renata.

– No, aguarde usted, la acompañaré.

– No se lo permito; vuelva usted al lado de Elisa.

– ¿No ve usted que me hace daño? Es usted muy cruel.

– Ánimo, le dijo al oído, y piense usted alguna vez en mí.

Fanny subió al coche para acompañarla á la estación.

– ¡Cuánto te amo!, la dijo, y qué difícil me será consolarlo!

– ¡Y pensar que si no hubiera tenido tanta prisa por vengarse, aún podríamos ser felices!, dijo Renata llorando y abrazando á su amiga, uniendo en un mismo dolor su alejamiento de Eduardo y de la casa hospitalaria, donde había pasado tan alegres días, para volver á su soledad.

XXVII

La marquesa de Belfiore fué á vivir con su hija á fines del otoño en una pequeña quinta á orillas del mar junto á Niza.

Elisa estaba enferma del pecho y los médicos le habían aconsejado la residencia en un clima templado y suave, y ella siguió de buen grado este consejo, porque en Niza se encontraba á gusto, tenía muchos conocidos y llevaba una vida ostentosa, más de lo que podría haberla llevado en su ciudad, con su salud delicada.

Estaba siempre rodeada de adoradores que le hacían la corte y ni siquiera se acordaba de que estaba casada; en cuanto á la marquesa Emilia, decía que era mucho mejor que su marido la dejase en paz.

La marquesa añadía que por último se había convencido de que Eduardo tenía ideas muy plebeyas, que había creído que el dinero podía disipar ciertos prejuicios, pero se había equivocado; Sangalli sería siempre un advenedizo, y lo mejor era que permaneciese lejos de ellas y las dejase tranquilas. El desprecio que les inspiraba el hombre que tanto habían deseado y al cual debían sus riquezas había llegado al extremo de que no querían saber una palabra de él, y en Niza todos le conocían por marqués de Belfiore, se sabía que Elisa tenía un marido en alguna parte del mundo, pero en vista de que ella era amable y simpática y de que aquel marido era invisible, nadie se cuidaba de él.

Y si Elisa estaba rodeada y cortejada por toda la colonia de ociosos que pasaba el invierno en Niza, si por su elegancia era la reina de todas las fiestas, también la marquesa Emilia lucía vistosos trajes y tenía solícitos servidores que tal vez se divertían en decirle cumplidos por pasar el rato, ó quizás se inclinaban ante su nombre y su título, y ella se pavoneaba cuando se miraba al espejo y con mirada indulgente le parecía que aquella gordura incipiente, que debía á su vida desahogada y tranquila de los últimos tiempos, le daba una frescura y lozanía casi juveniles, y se figuraba que sus cuarenta y cinco años podían pasar por treinta y cinco, especialmente si cuidaba de mantenerse en la penumbra de la sala, ó de noche á la suave luz que proyectaban las lámparas cubiertas de gasa, y de no olvidarse de taparse la cara con un velo cuando se exponía á la luz deslumbradora del sol.

– ¡Qué lástima, decía siempre á su hija, no haber podido empezar antes esta vida!

– ¡Y que lástima que yo me encuentre tan débil y no pueda soportar la fatiga!, decía Elisa. Y sin embargo, no hago nada, no me siento mal y me canso en seguida.

Y la precaria salud de Elisa era el punto negro de las dos mujeres, y lo que era peor, parecía que de año en año estaba más débil y delicada, sin que de nada le sirvieran las curas del verano, ni el pasar todo el invierno en aquel ambiente templado, en aquel aire puro y apacible.

Si salía de día, por la noche debía acostarse temprano, y al contrario, si de noche quería tomar parte en alguna diversión, no podía levantarse hasta la hora de comer.

Alguna vez le asaltaba el temor de que moriría pronto, y entonces hacía un esfuerzo y decía que quería gozar de la vida y divertirse, y por espacio de algunos días se la veía en todas las fiestas, vestida con elegancia, resplandeciente de joyas, con el rostro colorado por la fiebre, y andaba como una máquina, reclamando á los nervios una energía ficticia, excitada por el movimiento de la gente, hasta que no podía más y debía ceder al cansancio y encerrarse en su casa ó entregarse forzosamente en manos de los médicos.

Entonces la desesperaba el temor de morir.

– No quiero morir, decía; ¡es tan bella la vida!

Luego llegaban los días de la convalecencia, durante los cuales se sentía renacer; entonces, arrellanada en una butaca, vestida con una elegante bata, recibía á los amigos, y mientras estaba quieta, oía con gusto las conversaciones que se sostenían á su alrededor, gozaba al ver el interés que todos manifestaban por su salud y la complacía el verse mimada como una niña.

Aunque Eduardo no le escribía nunca, por las noticias de los amigos de ambos, que de cuando en cuando iban á Niza, estaba informada de su vida, y había sabido que acababa de pasar una temporada, juntamente con Renata, en la posesión de los príncipes de Poggio Mirtello, y que su marido se había mostrado muy solícito con su hermosa prima.

Poco le importaba que su marido hiciese el amor á todas las mujeres; pero tratándose de Renata, sentía un despecho que le amargaba cada vez más la existencia.

Quiero vivir, decía, aunque sólo sea para impedir que Eduardo disfrute de la felicidad que el destino me niega.

Y en aquel afán de vivir se cuidaba exageradamente, pasando días enteros sin salir de casa, mientras la marquesa Emilia, muy aficionada á divertirse, hacía de vez en cuando excursiones á Monte Carlo, donde las emociones del juego daban una sacudida á sus nervios, y regresaba alegre, llena de vida y especialmente si la suerte le había sido propicia.

No se preocupaba de la salud de su hija y ni siquiera echaba de ver que desmejoraba de día en día.

Decía que era muy aprensiva, que se escuchaba demasiado, que no tenía ánimo para sufrir un poco de malestar, pero que todo aquello no era nada, y en tanto se divertía cuanto podía y gozaba de la vida.

XXVIII

Renata marchó á Villa Gracia, no con la intención de residir allí, sino para calmar la agitación nerviosa y tener un poco de quietud y recogimiento.

Era joven, hermosa, llena de vigor y de salud, y sin embargo, comprendía que la vida no tenía ya ningún atractivo para ella; volvió á ver con indiferencia Villa Gracia, donde tenía tantos recuerdos de su juventud é iba siempre con gusto.

Intentó dedicarse á sus ocupaciones favoritas, pero nada le interesaba; sentía un gran vacío en el corazón y en la mente. Habría deseado dormirse eternamente para poder olvidarlo todo, único consuelo cuando la vida no tiene ya esperanza. Aquel amor que había soñado como una llama fulgurante, que todo lo iluminaba, lo veía ahora ofuscado, caído en el lodo, envilecido por las pasiones más bajas.

Si antes lo había considerado como emanación del cielo, ahora lo tenía por algo de diabólico, de fatal y capaz de mudar el corazón de los hombres y de envenenarlo con su hálito maléfico. Sentía que todo su ser sufría una transformación, no creía ya en las cosas en que había creído hasta aquel momento, su fe había recibido una sacudida mortal, se tornaba escéptica, dudaba del mundo, de sí misma, de todo.

Deseaba la muerte y sin embargo no tenía valor para buscarla y la imploraba del cielo como una gracia; se preguntaba qué falta tenía que expiar para estar condenada á vivir sin esperanza, á arrastrar una vida que la oprimía, en medio de una sociedad egoísta de la cual descubría en aquel momento su verdadero ser.

Al despedirse de Fanny, abrigaba el propósito de viajar, de irse muy lejos, pero ¿con qué objeto? Habría huído de sus amigos, de sus semejantes, pero no de sí misma, y habría arrastrado su dolor como se arrastra una cadena.

Habría querido viajar, y no tenía ánimo para dar vueltas por el mundo con su tristeza, y allí, en su gabinete, pensaba y pensaba, sin fuerzas para moverse ó buscar el olvido en una ocupación.

El piano estaba cerrado y mudo en un rincón, el bordado y los pinceles yacían olvidados, los libros estaban guardados en la biblioteca, y ella permanecía allí, quebrantada, sola, sin tener fuerza para rechazar el alimento que á las horas acostumbradas le ponían delante, para dejarse morir.

Había momentos en que le parecía perder la razón, y le habría satisfecho entontecerse hasta el punto de no comprender nada y vivir como los insectos que veía andar por su jardín, sin pensar, sin razonar, y venir á parar inconscientemente en la nada.

Pero si uno puede pensar en matarse, no puede hacer que su mente se entorpezca, no puede acallar el pensamiento, refrenar la imaginación; hay en nosotros fenómenos independientes de nuestra voluntad que debemos soportar á pesar nuestro y que nos demuestran cuán impotentes somos.

Renata no podía explicarse el porqué de la transformación sobrevenida en su corazón, ni cómo había cambiado tanto su modo de pensar hasta el punto de ver el mundo tan diferente de como lo veía pocos días antes; pero sentía que aquella transformación era definitiva; que había muerto y salido otra Renata de las cenizas de la primera, cansada de la vida sin ideal y sin fe.

Esperaba que le diese un impulso de moverse, de hacer algo, y entretanto pasaba los días sola, huyendo de la gente, paseando con frecuencia por los bosques, por los senderos menos frecuentados, procurando cansarse para poder dormir con sueño profundo que la librase de los pensamientos que la oprimían.

No hacía caso del frío, de la lluvia, ni de la nieve, contenta si los padecimientos físicos pudieran sobreponerse á los morales; pero su robusta naturaleza le permitía desafiar las intemperies, y hasta parecía que la hiciesen cobrar nuevo vigor; era como el roble que no se dobla; el mismo desprecio que tenía á la vida parecía que le sirviese de coraza, tanto era lo que resistía el calor, el frío, el furor del huracán, y se extrañaba de que mientras bastaba un soplo para hacer caer tantas vidas preciosas, la suya, que no servía para nada, fuese tan resistente.

Era un día de noviembre nublado y húmedo, de esos días que causan en el cuerpo los escalofríos de la fiebre y en el alma una tristeza que hace pensar en la juventud que pasa, en el frío de la tumba, y surgen todas las cosas tristes que están escondidas en el fondo del alma.

Renata daba vueltas por los bosques, que iban despojándose de su verdura; andaba á paso lento sobre las hojas caídas, que formaban como una alfombra amarillenta y resbaladiza; á través de las ramas desnudas observaba el cielo gris, plomizo, y gustaba de aquella tristeza de la naturaleza, que parecía un eco de la de su alma; vagaba sin objeto y sin deseo por los senderos fangosos, se internaba donde el bosque era más espeso y donde las ramas más enmarañadas y los árboles más corpulentos impedían que penetrara la ya escasa luz.

De pronto se sobresaltó al oir ruido del ramaje y al ver que se acercaba á ella una sombra.

No le asustaba nada por lo mismo que tenía en poco la vida; pero cuando aquella sombra se aproximó más y reconoció á Eduardo Sangalli, se estremeció, le flaquearon las piernas, tuvo que apoyarse en el tronco de un árbol y pasó un rato antes que pudiera hablar.

– Es una verdadera persecución, dijo por fin cuando pudo recobrarse.

Eduardo se había arrodillado y le pedía perdón.

– No puedo vivir sin usted, le dijo; máteme, pero no me prohiba verla. Hace dos días y dos noches que vago por los bosques como un vagabundo; me ha prohibido usted venir á su casa, y únicamente de noche me atrevía á llegar hasta Villa Gracia para estar más cerca de usted, tenga usted piedad de mí: ¿no ve á qué estado me hallo reducido?

En efecto, tenía el calzado y los pantalones llenos de barro, la barba larga, el sombrero estropeado por la lluvia; nadie habría conocido en él al elegante joven, al ídolo de las damas, al cumplido caballero que las hacía suspirar en los salones de moda.

Renata le tuvo lástima y dijo con voz dulce y compasiva:

– ¿Qué quiere usted, Eduardo? Resignémonos; es el destino el que no quiere que seamos felices; inclinemos la cabeza ante la voluntad de una fuerza con la que no podemos luchar.

– Lo he intentado y no puedo; es más fuerte que yo; fácilmente se dice: resignémonos. ¿Y por qué? No es humano ser desgraciado, sufrir, pensar, cuando podríamos ser tan felices. Oiga usted, Renata, y al decir esto dió un paso para acercarse á ella, ¿ha visto usted alguna vez que el enfermo rechazara la medicina que debía devolverle la salud? ¿Al preso soportar en santa paz el peso de sus cadenas? ¿Al náufrago rechazar la tabla de salvación? Pues yo tampoco quiero ver destrozada mi vida, también yo tengo derecho á mi parte de sol; quiero esperar; la necesito á usted, necesito su presencia, estar cerca de usted y respirar el aire que respira.

– ¿Quién habla de infelicidad? Usted que dispone de riquezas, que es joven, hombre y tiene el mundo por suyo. Pero, adiós, ya le he escuchado bastante, y quiso alejarse.

– Deténgase usted, Renata, y óigame; se lo suplico de rodillas como se ruega á la Virgen, no me deje usted, y la tomó una mano y la hizo sentar á su lado en un montón de piedras.

– Dice usted que el mundo es mío, repuso; pues bien, lo daría todo, mis riquezas, mi juventud, todo con tal que usted me permitiera verla á menudo, esperar que algún día será usted mía.

– Pero ¿no sabe usted que esa esperanza es un delito? Me causa usted horror – é intentaba alejarlo, pero no tenía bastante fuerza, pues á su vez sentía la fascinación de aquella voz, y procuraba eximirse de ella, pero débilmente y sin energía.

(Continuará)

MEDALLA

EN HONOR DE D. EMILIO CASTELAR

El día del entierro de D. Emilio Castelar anunció D. Pablo Bosch, persona competentísima en materias de arte y entusiasta admirador del eminente repúblico, que abría un concurso público para premiar el mejor proyecto de medalla conmemorativa en honor del ilustre finado. El importe del premio era de 500 pesetas.

Pocas semanas después, el día 26 de junio, reunióse el jurado, compuesto de siete personas de reconocida competencia, entre las cuales figuraban las designadas por las Academias de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando y por la dirección del Museo Arqueológico, habiéndose concedido por unanimidad el premio, entre los veinte proyectos presentados á concurso, al de nuestro paisano el notable escultor D. Eusebio Arnau.



ANVERSO REVERSO

Medalla en honor de D. EMILIO CASTELAR, obra de Eusebio Arnau, premiada en el concurso celebrado en Madrid por iniciativa de D. Pablo Bosch y fundida en los talleres de Masriera y Campins, de Barcelona

Inmediatamente se acordó fundir, no acuñar, la medalla, como se hacía en el siglo XVI por los grandes medallistas, con lo cual cada ejemplar tiene el valor de una prueba de artista, pues en cada uno es necesario el retoque.

La medalla es del tamaño llamado conmemorativo, el mismo en que la reproducimos. En el anverso aparece de perfil el busto de Castelar con la inscripción *Æmilio Castelar, obiit XXV Mai MDCCCXCIX;* en el reverso hay dos figuras, una de las cuales representa el *Genio de la Elocuencia* sosteniendo en la mano izquierda una antorcha y estrechando con la derecha la de un obrero forjador. Al fondo vese el sol que surge de las tinieblas circundado de rayos, sobre los cuales se lee la palabra *Libertas.* Bajo los pies de las figuras hay esta otra leyenda: *Paulus Bosch, fecit facere MDCCCXCIX.*

El retrato de Castelar es de un gran parecido y las figuras del reverso, de correcto y vigoroso dibujo, están muy bien modeladas.

Esta medalla, que tiene el aspecto de un bajo relieve, ha sido fundida en los talleres de Masriera y Campins, de Barcelona, con la perfección que es tradicional en tan importante establecimiento, honra de nuestra ciudad y de España entera.

***

CARTEL ANUNCIADOR

OBRA DE J. HASSALL

Hace algún tiempo dedicamos á los carteles artísticos una serie de artículos, por los cuales y por las ilustraciones que los acompañaban pudieron ver nuestros lectores la importancia que en todas las naciones ha alcanzado este género moderno dentro de las bellas artes.

No hemos de reproducir ahora á propósito del que en esta página publicamos, las consideraciones que entonces expusimos, y únicamente haremos observar cuán admirablemente se ajusta la obra del dibujante inglés J. Hassall á las reglas que presiden en esta clase de producciones y cuán perfectamente responde al fin principal que los carteles artísticos deben realizar.

La sobriedad de la composición, la simplicidad y energía de las líneas, la disposición hábil de las manchas de color, el contraste de los tonos acentuados y de las medias tintas, son las cualidades salientes del cartel que nos ocupa y justifican el aplauso con que fué acogido y la atención que despertó cuando se expuso en Londres como anuncio del drama *The Only Way*, que con grandísimo éxito se representó en uno de los principales teatros de aquella capital.

Por su factura se impone desde lejos; pero además reune cualidades de expresión que no suelen verse en esta clase de trabajos y que resplandecen sobre todo en la figura del personaje que sube á la guillotina.

Cartel anunciador del drama *The Only Way*, representado con extraordinario éxito en Londres, obra de J. Hassall

DEMOLICIÓN DE LAS MURALLAS

DE LA CHINA

La gran muralla de la China, que constituye una de las maravillas del mundo, va á ser derribada.

La emperatriz viuda lo ha decretado así, y varios contratistas americanos van á empezar ya la colosal obra, que será igual á derribar todos los edificios de media docena de las capitales más populosas de Europa.

La muralla de la China mide 1.500 millas de largo. En algunos sitios tiene 9 metros de alto y un grueso de 7'50 metros en la base y de 4'50 en lo alto. Con ella quisieron los chinos, hace 2.100 años, defender su imperio contra las invasiones extranjeras.

Como la muralla no sirve ya, la emperatriz ha decidido aprovecharla para algo. Sus piedras, sus ladrillos y su argamasa servirán para construir defensas á lo largo de los ríos que todos los años devastan los valles más fértiles de la China, produciendo hambres y la muerte de millares de personas.

En las ciudades que están cerca de la muralla se aprovecharán los materiales de ésta para la construcción de edificios públicos, acueductos, puentes, etc., etc.

Calcúlase que hay en la gran muralla piedra y ladrillo bastante para edificar cien ciudades del tamaño de Pekín, además de los acueductos y de las defensas que se necesitan en el Norte de China. Los contratistas americanos piensan realizar su empresa de derribar la muralla en el breve espacio de cinco años. Para ello están llevando ya barrenas de vapor y piensan hacer mucho uso de la dinamita.

***

NIEVE ELECTRIZADA

Mr. Finley, meteorologista americano, asegura haber presenciado un fenómeno rarísimo durante un viaje de ascensión á la cima del Pikes Peak.

Según la relación de dicho señor, publicada en un periódico extranjero, le sorprendió en su excursión una tormenta de nieve cuyos primeros copos, voluminosos y no compactos, al chocar en su caída con la piel del mulo que montaba Finley, despedían pequeñas chispas.

El fenómeno fué acentuándose cada vez más, hasta el punto de que, cuando la tormenta llegó á su máximum de violencia, cada copo producía una fuerte chispa acompañada de un chasquido estridente. La nevada causaba el efecto de un torrente de fuego que brotaba en chispas incesantes de los dedos, de la nariz y de las orejas del jinete, al mismo tiempo que de la piel de su cabalgadura.

***

EL ÚLTIMO VETERANO

Acaba de ser descubierto, según informes de los periódicos, un nuevo veterano de las campañas napoleónicas. En Cracovia vive este curioso ejemplar y es conocido por el nombre de Vincent Markiewiez.

Nació este veterano el 15 de enero de 1794. Cuenta por consiguiente ciento cinco años, bien corridos y vividos.

Markiewiez se enganchó á los diez y siete años en un regimiento polaco incorporado al ejército de Napoleón. Con él presenció el incendio de Moscou y el desastre de Beresina y asistió á las batallas de Lutren y Leipzig.

Después de la caída de Napoleón, el bravo soldado prestó sus servicios á Polonia, y más tarde á Hungría en la guerra de la independencia. Al acabar esta última se retiró á Cracovia y allí lleva medio siglo viviendo en paz. – X.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

TABLA AEITMÉTICA «BELLVER». – Por medio de esta tabla única y por un procedimiento original y sencillo pueden aprender fácilmente los niños las cuatro reglas aritméticas. Ha sido impresa en Madrid en la imprenta de Hernando y Compañía.

CALANDRACAS, por *Nicolás Estébanez*. – Contiene este tomo, que es el 69 de la «Colección Diamante» con tanto éxito editada en Barcelona por D. Antonio López, diez y siete narraciones debidas al conocido escritor Sr. Estébanez, en las cuales, aparte del interés de los asuntos, son de alabar la elegancia de estilo y todas las cualidades literarias que han conquistado á su autor un envidiable puesto en las letras españolas. Véndese á dos reales.

LA REFORMA DE LA LEGISLACIÓN, por *Roberto Espinoza*. – El tomo que con este título ha publicado el distinguido jurisconsulto chileno Sr. Espinoza no es más que un esquema del trabajo que sobre tan trascendental asunto está preparando y que ha merecido calurosos elogios del eminente sociólogo italiano Enrique Piccione. Comprende cinco capítulos y en ellos se estudian las necesidades que abonan la reforma legislativa, los elementos de la reforma, la clasificación de los Códigos, la integración de las leyes y las eliminaciones que deben hacerse en la legislación, demostrando su autor en todas estas materias sólidos conocimientos que justifican el calificativo de espíritu profundizador y sereno que el citado profesor Piccione aplicó al Sr. Espinoza y que permiten asegurar de antemano la valía de la obra en la cual ha de desarrollar ampliamente esos temas. El libro ha sido impreso en la imprenta «El Sur» de Concepción (Chile).

¡ESPAÑA!, por *Hipólito G. de Andoin*. – Oda inspirada en el amor á España, escrita como salutación á la arribada del crucero *Río de la Plata* á la República Argentina y dedicada á los que contribuyeron á la suscripción para la construcción del mismo. Ha sido impresa en Buenos Aires.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Boletín de Enzeñanza primaria, notable revista bimensual publicada por la Dirección de Instrucción Pública de la República Argentina y dirigida por el inspector técnico D. José H. Figueira; *La Concordia*, revista semanal ilustrada de Santiago de las Vegas (Isla de Cuba); *Boletín Militar*, órgano del Ministerio de la Guerra y del ejército colombianos que se publica semanalmente en Bogotá; *Porta-Cœli*, semanario valenciano, propagandista del Sanatorio de su nombre; *El Profesorado*, revista pedagógica que se publica en Granada cuatro veces al mes; *Boletín Bibliográfico español*, publicación mensual madrileña autorizada por el ministerio de Fomento; *Revista Contemporánea*, de Ciencias, Letras, Ingeniería y Arte Militar que se publica quincenalmente en Madrid; *La Medicina Científica en España*, revista general de alcaloidoterapia y medicina práctica que se publica mensualmente en Barcelona; *Boletín del Instituto Americano de Adrogué* (República Argentina), publicación mensual; *El Orden*, periódico semanal político, literario, comercial y de noticias de Barracas al Sud (República Argentina); *Policía de la Provincia de Buenos Aires; Boletín mensual de Estadística*, publicado por la Dirección de Estadística y Antropometría de La Plata; *Caras y Caretas*, semanario festivo, literario, artístico y de actualidades de Buenos Aires; *El Peruano*, boletín oficial del Perú.

PUENTE DE 1.680 METROS EN EL TONKÍN

En la actualidad está construyendo la casa francesa Daydé y Pillé, de Creil, un puente de 1.680 metros, destinado á cruzar el río Rojo, en la vía férrea de Hanoi á la frontera de China. Consta de diez y nueve tramos, dos de los cuales, los de los extremos, tienen 78'80 metros de longitud, nueve tienen 75 y ocho que alternan con estos últimos 106'20. Cada tramo de 106'20 metros está constituído en realidad por una pieza de 27'50 que es una prolongación de uno de los extremos del tramo inmediato de 75 metros, por un pequeño tramo de 51'20 y por otra pieza como la primera, también de 27'50.

Las vigas principales son las de los tramos de 75 metros, ó sean las que forman los cantilevers, cuya longitud total es de 130 metros: son de contextura inferior derecha y horizontal y de contextura superior poligonal; su altura sobre los apoyos es de 17'60 metros, descendiendo rápidamente á 12'32 en el centro de la viga y á 5'90 en los extremos. La figura adjunta da perfecta idea de cómo están construídas estas vigas.



Puente de 1.680 metros que se construye sobre el río Rojo, en el Tonquín

Los estribos no ofrecen particularidad alguna, habiendo sido construídos por medio de excavaciones blindadas: cada uno de ellos está formado por una masa de betún extendida sobre cuarenta y dos pilotes.

Las pilas serán en número de diez y ocho y estarán fundadas sobre cajones metálicos colocados por medio del aire comprimido. La construcción de algunas de ellas será más difícil que la de otras por encontrarse en un punto situado debajo del nivel del estiaje.

Esos cajones tienen por base un rectángulo de 4'20 metros de longitud por 5'80 de ancho, terminado por dos semicircunferencias. Antes de hundirlos se llena el circuito de la cámara de trabajo, entre las dos paredes, con mampostería de betún.

La construcción de las pilas ha comenzado ya y los trabajos adelantan con gran rapidez, merced á lo cual es de esperar que el puente quedará terminado dentro de poco tiempo. – X.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XVIII — Barcelona 25 de diciembre de 1899 — Núm. 939



ALEGORÍA DE NOCHEBUENA, dibujo de A. L. Bowley

ADVERTENCIA

Llamamos la atención de nuestros lectores y del público en general sobre el prospecto de la BIBLIOTECA UNIVERSAL, LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y EL SALÓN DE LA MODA para el año 1900.

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el quinto y último tomo de la serie del presente año, que es el cuarto y último de la interesante obra NAPOLEÓN III.

Los señores suscriptores que por serlo desde principio de este año no tienen los tres tomos anteriores de la citada obra podrán escoger entre las dos proposiciones siguientes: ó bien adquirir dichos tres tomos al precio excepcional de cinco pesetas cada uno, ó bien recibir, en lugar del que anunciamos, uno de los que á continuación se expresan y que forman parte de la Biblioteca:

Ecos de las montañas, por *D. José Zorrilla*, con preciosas viñetas y reducciones de las magníficas láminas del célebre dibujante *Gustavo Doré*, que se publicaron en la edición monumental de este libro; ¡Si yo fuera rico!, interesante novela de *D. Luis Mariano de Larra*, ilustrada por *D. Alejandro de Riquer;* Para ellas, interesante colección de novelitas y cuentos dedicada á las señoras, por *D.ª Adela Sánchez Cantos de Escobar*, con bonitas ilustraciones; Capítulos que se le olvidaron á Cervantes; ensayo de imitación de un libro inimitable, por *Juan Montalvo*, con dibujos de *José Luis Pellicer;* La ciencia moderna, por *Julio Broutá*, estudio popular de los principales adelantos y descubrimientos científicos de nuestros días, con profusión de grabados.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

EXCURSIONES

¿Os acordáis, en esta época del año, de los pajarillos? No es tan rigurosa aquí la estación como en los países del Norte, donde cae la nieve á copos y viste de escarchada blancura la campiña: nosotros disfrutamos de un invierno casi dulce, húmedo sí, pero sin rigores propiamente dichos, y así y todo los pájaros sufren en la estación presente, y se les ve desaparecer de día en día, sin que sus pitíos de alborozo se escuchen ni aun en los sitios donde más suelen bullir durante el verano.

Sobre la tierra endurecida por la helada se posan á veces, con vivos movimientos de la cola y la cabecita, sacando el cuello, saltando más lejos si su vista perspicaz descubre un gusano ó una larva dormida entre la hierba. Después, recelosos, suben de nuevo á las desnudas ramas de las acacias. Allí se juzgan en salvo. Y tienen razón: acá no se conocen las escopetas. Ni hay cazadores, ni tiene el pájaro enemigos. Ni aun con liga los cogemos. ¿Para qué?

* * *

Hace unos meses, en la torre que todavía no se habita, hizo nido (confundiéndola sin duda con unas ruinas) una familia de lechuzos. *Curuxas* les llaman los aldeanos, y su grito triste, de noche, se cree presagio de toda especie de desventuras. En el hueco del ventano, donde los monstruos y las alimañas quiméricas se retuercen en los capiteles, incubó sus huevos la sombría pájara nocturna. Cuando salieron los polluelos, blanquísimos, voraces, la pájara se echó á cazar, y les trajo diariamente carne fresca de ratón ó de paloma. Era la caza que tenía más á mano, y la que más lisonjeaba el apetito de los pequeñuelos. Sorprendimos á la familia y nos apoderamos de dos pollos, que parecían bolas de nieve por su blancura extraordinaria; sería más exacto aún compararlos á dos enormes borlas de cisne para polvos de arroz. Sus ojos redondos, negrísimos, no veían. Su cara cónica era una visión de Goya, una pesadilla extraña. De tiempo en tiempo exhalaba el lúgubre chillido que sugiere ideas extramundanales. – Sin darnos cuenta del objeto con que ejercitábamos tan peregrina obra de misericordia, nos dedicamos á criar á los lechuzos. No salían baratos: era preciso mantenerlos á fuerza de carne y de pescado, que engullían ávidamente. Pero ni envolviéndolos en algodón en rama, ni atracándolos de ternera cruda, conseguimos que olvidasen su libertad salvaje y su nido altivo en las labradas piedras. Languidecieron y expiraron. El pájaro es un ser incoercible: no dominamos su independencia sino haciéndole muy infeliz.

* * *

¿Qué instinto los lleva á emigrar? ¡Ley singularísima y providente! En las vigas, en el voladizo de las solanas, veo el nido de golondrina vacío, seco, abandonado. Las inquilinas de esa cajita de briznas y hojuelas están en el Africa ahora. ¡Ellas felices! Cuando la lluvia y el viento hacen crugir los cristales y el suelo se encharca, ¿quién no envidia á las aves que podrán posarse en las palmeras y nadar en el azul sin límites? Acuden á la memoria los versos de Zorrilla:

> Tomó un esposo la golondrina
> y un nido en Cádiz le construyó...

* * *

Todas estas son, en plata, soledades del Africa, que me han quedado desde que estuve tan cerca de ella que con unas horas de vapor podía plantarme en Tánger y respirar el aire de otra parte del mundo. Desde este viaje conozco que me ha nacido en la imaginación una palmera y que se me han bañado en sol hasta las últimas celdillas del cerebro. Y hablo de la tierra recorrida como si antes de haberla visitado yo no existiese.

* * *

Una impresión de las mejores es Gerona. A la idea de este pueblo van unidos dos recuerdos literarios: uno, el del *Episodio nacional* del mismo título; otro, el del drama también de Pérez Galdós, fundado en ese episodio, que estrenó Vico en el Español – si no me engaño – y que recibió el público con disgusto marcado. Después de haber visitado en Figueras la prisión de Alvarez de Castro – cuya noble figura está bien dibujada en el *Episodio*, – gustábame ver el pueblo que defendió aquel valiente español del antiguo cuño; quería recorrer la ciudad generosa, que puesta á la boca de España supo detener al enemigo. Estas cosas, actualmente, despiertan tan raros sentimientos, provocan un estado de ánimo tan especial, que puedo decir que mi viaje ha tenido dos caras, una riente, de alegría y disipación del espíritu, en lo que puedo llamar la parte africana de España, donde el cielo y el suelo juntamente fueron una fiesta para mis ojos; otra, de nostalgia y melancolía y de esa contemplación triste que Schopenhauer califica de sana, pues en ella la medida de la salud la da el dolor. Y es muy cierto; en tales tristezas lo que sufre es lo mejor y lo más intacto del alma, y la lepra del indiferentismo se conoce en que el espíritu permanece insensible al cauterio de la vergüenza. De corcho sería yo si pasase por Figueras y Gerona con iguales impresiones que por Alicante y Murcia, recreándome en el paisaje y con los sentidos abiertos solamente á la magia del color y á lo pintoresco del cuadro.

¡Inolvidable Gerona! Es exactamente cual yo la veía en mi magín, al figurarme el canto homérico de la defensa. Fuí á la Catedral sin guía, y al punto acerté con ella y con su interminable escalinata. En el claustro, de románica traza, un canónigo, luciendo la elegante vestimenta de seda carmesí, leía en su libro de rezo, á la luz que penetraba por las arcadas y la puerta que encuadraba un fondo de montaña azul, y en primer término el campanario de San Félix flanqueado de negros cipreses. Parecíame estar en alguna pensativa *Certosa* italiana.

Ya las callejuelas de Gerona me habían recordado á Venecia, en su parte que podemos llamar *terrestre*, donde no hay canales para las góndolas. Los que escriben de Gerona suelen expresar este mismo concepto. La ciudad es pintoresca en grado sumo, con sus luengos soportales misteriosos, sus calles en cuesta, donde no penetra el sol, sus plazoletas desiertas, de un romanticismo grave, español, que pide á gritos el chambergo y el manto y la tizona y la estocada. El telón de fondo, severo, montañoso; los puentes que parecen capricho de escenografía; el dédalo de las edificaciones; la Catedral encerrada, casi oculta, que de pronto desarrolla la inmensa gradería de ochenta y seis peldaños... Sugestión para la fantasía, que ya no la necesitaba, bastándole los ecos de bronce con que aquí retumba la historia.

De antiquísima fundación es Gerona, y puede decirse que al través de los siglos ha vivido siempre arma al brazo. Situada en la vía militar romana, sufrió la repercusión del duelo entre Cartago y la república latina, que se venían aquí á ajustar sus embrolladas cuentas. No se romanizó tanto como Tarragona, y cosa rara, tuvo un golpe de debilidad con los moros, á quienes abrió sus puertas, sus puertas siempre terribles para el sitiador. No la cogió en tan buen momento Felipe el Atrevido, el cual *no la pot aver per forsa, més per fam...*

¡Cosa digna de recordarse! Esta ciudad que había de poner á los ejércitos de Francia la ceniza en la frente, ¡fué francesa largos años!, hasta que las rojas barras de Vifredo el Velloso, estampándose en su escudo, la agregaron al condado de Barcelona.

Aparte del claustro, la Catedral no me atraía por belleza de la arquitectura, sino únicamente por haber sido el centro espiritual, el foco ardoroso del heroísmo gerundense. El frontis, que ha sido comparado con gran exactitud á una estatua gótica con sombrero de tres picos, no merece elogios. Interiormente sí, es la Catedral de grandes proporciones y traza elegantísima. En el fondo, tres rosetones simbolizan la Trinidad. Sobre la puerta de la sacristía existe un sepulcro que evoca una tragedia: es el de Ramón Berenguer *Cap de estopa*, asesinado en una cacería. ¡Cuántos comentarios, qué terror y qué compasión habrá suscitado entonces este suceso! Hoy es preciso buscarlo en las crónicas, y aun así no nos conmueve. Sería necesario, para sentirlo, ponerle música de Wagner.

* * *

El canónigo de ropaje carmesí, que leía con tanta atención su librito de oraciones, en la paz de aquel claustro medioeval, accedió á mis ruegos de que se me permitiese ver las joyas del Tesoro, especialmente la cruz procesional, que ya conocía desde la Exposición de arte retrospectivo, tan bien organizada bajo la dirección de D. Antonio Cánovas del Castillo, durante el Centenario de Colón, último alarde de nuestra fenecida gloria. Entre otros trabajos de no tanto mérito, logré volver á admirar la soberbia cruz, de esmaltes góticos, enriquecida con perlas. Después invertí más de una hora en la Catedral, sin mirarla: sentada en un banco, recogiendo mi espíritu, no sé si con verdadera religiosidad, ó sólo con patriotismo doloroso que de religiosidad se vestía. Érame imposible establecer la línea divisoria entre estos dos sentimientos. ¡De tal suerte nos han acostumbrado á identificarlos! Nuestra triste época, que lo desintegra todo, va aislando ya la patria de la religión. No era así cuando llovían sobre Gerona las granadas francesas. ¡Cuántas veces se habrá agolpado en la nave que yo veía solitaria, la población que no sabía rendirse, tomando al cielo por testigo de que merecían la protección divina y de que la patria es otra forma de la fe y de la energía moral que engrandece á los pueblos!

No eran de color de rosa mis ideas allí en el banco, entre la penumbra que la tarde al avanzar comenzaba á extender por la nave de la Catedral gerundense. Quería surgir la esperanza como surge la elegante y erguidísima flecha de San Félix, que se ve en Gerona desde todos lados; y pensando en que allí encontró honrosa sepultura el ínclito defensor de Gerona, se me ocurrió cuán difícil sería acertar hoy con el hombre digno de que en su tumba se escribiesen frases del expresivo epitafio de Alvarez de Castro:

> . . . .
> hic vir, hic est heros,
> nullum moriturus in oevum.
> . . . .

Emilia Pardo Bazán



Las víctimas del día, dibujo de Pablo Roig

NOCHEBUENA

La fiesta de Nochebuena es, desde muy antiguo, una de las más universales; apenas hay pueblo que no la celebre, y el labriego en el campo, el habitante de las ciudades populosas, el rico en su palacio, el miserable en su choza, el marino en alta mar y hasta el soldado en campaña, todos conmemoran, cada cual á su manera y según los medios de que dispone, la fecha que inició una nueva era en la historia del mundo, la fecha del nacimiento del Redentor.

Fiesta esencialmente religiosa en un principio, poco á poco ha ido revistiendo un carácter profano, que para la inmensa mayoría de las gentes es el que constituye en la actualidad su verdadera esencia, hasta el punto de que para muchos la misma misa del gallo no es más que un número del programa que completan la recepción espléndida, el árbol de Navidad y la suculenta cena.

En las grandes poblaciones, la animación y la alegría empiezan á notarse ya algunos días antes: las tiendas llenan sus escaparates con sus mejores géneros; las más apetitosas golosinas, los manjares más delicados, los juguetes más caprichosos, las joyas más ricas, los más artísticos objetos, son tentaciones continuas para la multitud que invade las calles, tentaciones que no se contienen en la esfera de la intención, sino que se traducen en hechos, á juzgar por el aspecto de aquellos mismos escaparates una vez transcurridas las Navidades.

Considerada la fiesta de Nochebuena bajo otro concepto, es decir, desde el punto de vista artístico, bien puede afirmarse que pocos asuntos han sido tan explotados lo mismo por los grandes maestros, cuyas obras son preciado adorno de templos y museos, que por el dibujante ó el escultor anónimos, cuyas efímeras creaciones en forma de estampas ó figuras para nacimientos son el encanto de los chiquillos. El arte ha desarrollado este asunto de muy diversas maneras: unos artistas han dejado volar la fantasía y han producido composiciones alegóricas; otros han pintado la escena que se desarrolló en el portal de Belén, tal como las Sagradas Escrituras la describen, y otros finalmente, enamorados de los cuadros de costumbres de actualidad, limítanse á reproducir los pintorescos episodios que son introducción ó acompañamiento obligados de la fiesta.

De estos tres géneros nos dán muestra los grabados alusivos á Navidad que en el presente número publicamos. Pertenece al primero la bellísima *Alegoría de Nochebuena* del dibujante inglés Bowley, elegante composición de carácter decorativo, cuyas figuras hábilmente agrupadas y trazadas con corrección irreprochable forman un grupo del mejor efecto.

El reputado pintor alemán Martín Feuerstein, siguiendo las tradiciones del arte religioso, ha pintado la escena de la *Adoración de los pastores y de los Reyes:* en el fondo aparece la Virgen acompañada de San José y teniendo en sus rodillas al Niño Jesús; á un lado un grupo de pastores adorando al Mesías y presentándole sus modestas ofrendas, al otro los tres Magos con sus ricos presentes. Técnicamente considerado, tiene este cuadro grandes bellezas, siendo notables la acertada disposición de las figuras y la delicadeza con que están trazadas.

¡Cuántas ilusiones despierta en los niños el árbol de Navidad! Con él sueña el pobre, con él se recrea el rico; el uno sólo con los ojos de la imaginación puede ver las maravillas que le finge el deseo jamás satisfecho; el otro contempla realizados sus menores caprichos con ocasión del árbol de Nochebuena. Estos dos aspectos de un mismo asunto están admirablemente expresados en los cuadros de S. Granitsch y de Mme. Monies respectivamente: en el *Sueño de Nochebuena,* desfila ante el niño dormido una legión de ángeles provistos de magníficos juguetes; en el *Arbol de Navidad,* la realidad se impone y de las ramas profusamente iluminadas cuelgan cuantos objetos pudo imaginar la fantasía infantil más exaltada.

Roig y Méndez Bringa, finalmente, nos dan la nota pintoresca de las Navidades, dibujando dos escenas callejeras, inspiradas en el mismo asunto, que constituyen el espectáculo popular característico de toda festividad. En nuestro país no se concibe la Nochebuena sin el pavo, y así vemos en nuestras calles numerosas manadas de bien cebadas aves que son los héroes y al propio tiempo las *víctimas del día,* como acertadamente se califican en uno de los dibujos.

Aunque no se refiere á la Nochebuena, también puede considerarse de actualidad el cuadro *El año nuevo,* que reproducimos en la página 835, ya que esta fiesta es, por decirlo así, complemento de aquélla. La obra de Oscar Wilson es digna de elogio ante todo por su originalidad; pues el distinguido artista inglés ha sabido encontrar una forma nueva para expresar una idea que ha sido explotada de los más distintos modos. Aparte de esta cualidad, que es una de las más importantes en bellas artes siempre y cuando la originalidad no degenere en ridícula exageración, tiene el cuadro excelencias de ejecución que no hemos de señalar porque sobradamente sabrán apreciarlas nuestros lectores. – X.

DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

Carta abierta al Sr. D. Antonio Sánchez Pérez

Muchas gracias, mi muy querido amigo D. Antonio, por la carta abierta de usted que me trae la estafeta de nuestra ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Por el mismo conducto le mando mi respuesta.

Gracias por el recuerdo que en las primeras líneas consagra á esta noble tierra catalana, y muchas también por el que conserva de los pocos días, para mí muy gratos, en que logré la suerte de tenerle por huésped en esta su casa. No se esfuerce en alabar la hospitalidad en ella recibida. La hospitalidad es deber, y en cumplirlo no cabe la hidalguía que con tanta usted pregona.

Yo sostengo y afirmo que huéspedes como usted, de su mérito y alteza, honran la casa en que se les recibe, dejándola al partir sahumada con efluvios de gloria y dulzores de amistad. Y también creo que la hospitalidad debiera ser uso y costumbre inquebrantable en todo hogar, sin que ello fuera por excepción sino por regla. Con el huésped que llega vienen el gozo y la alegría, y si es siempre bien venido el amigo que acude á la invitación, como usted hizo, más ha de serlo aún el que se presenta sin ella.

Y vamos ya á lo esencial de su carta.

Razón sobrada tiene en cuanto me advierte tocante á Instrucción Pública en nuestra España. Las observaciones por usted hechas y sobre las cuales llama mi atención, son las de un pensador profundo y merecieran fijar la de aquellos que por obligación están llamados á intervenir en este asunto capital, cuya preeminencia es reconocida por toda nación en progreso.

Yo no sé qué influencia maléfica pesa sobre los destinos de España. Las cosas de mayor interés para ella, son, por lo general, las que más desamparadas viven.

Sensatas son y dignas de tomarse en cuenta, por lo razonables y justificadas, las reflexiones que campan en su epístola amistosa, cuyo sentido patriótico aplaudo y celebro y al cual me asocio, en lo poco que ya valgo y puedo, para cooperar á los fines que usted se propone.

Todas esas cosas de nuestro país pertenecientes á Instrucción Pública, mi querido D. Antonio, andan menesterosas de reformación.

Pero la reforma ha de ser amplia y completa si ha de tener eficacia y dar los resultados que usted pide y desea. El organismo actual y también lo embarullado, confuso y contradictorio de tanta disposición como se ha dictado, embarazan la acción é impiden que ejerzan su cargo con libértad de conciencia aquellos á quienes se pide parecer ó se someten dudas.

Me habla usted á este propósito del Consejo de Instrucción Pública. Se inclina á creer que pudiera este alto cuerpo tomar iniciativas, corregir deficiencias y enmendar faltas que usted nota, y muchos con usted, en determinados puntos: el mismo de los exámenes por usted citado muy oportunamente y en tan buena ocasión. No, no puede. Dignos vocales cuenta el Consejo en su seno y altas ilustraciones; pero ¿qué pueden, ¿qué? con tanto precedente para todo, tanta costumbre averiada, tanta rutina invencible, tanta traba opresora, tanta ley que se contradice y tanto reglamento que ataranta, todo lo cual se junta y confunde para embarazar la acción y la función de aquellos que desean marchar por camino libre y despejado?

El mal llega por un lado de lo alto, por otro de lo bajo, y procede de lo deficiente de la ley fundamental del ramo, que es incompleta y no responde á las necesidades actuales.

Nunca deben hacerse reformas á salto y á tranco, como parece ser moda ahora en Fomento, ni hay que andarse por atajos y veredas cuando se tiene camino abierto y llano. Lo que procede, por más eficaz y correcto, es presentar á las Cortes un proyecto de nueva ley de Instrucción Pública, y entonces, á nueva ley, nuevo Consejo en armonía con ella. A nuevos dioses, nuevas aras.

Tiene usted la bondad de recordar en su carta que fuí una vez ministro de Fomento. Es verdad. Pero entonces la vida política era muy viva, muy aborrascados los tiempos y el paso por el ministerio muy breve.

Apenas si tuve tiempo para nombrar director de Instrucción Pública á una de las más altas personalidades de aquella época en España, D. Jerónimo Borao, rector de la Universidad de Zaragoza, hombre de pro y de conciencia, varón integérrimo, gran amador de la enseñanza y muy fornecido de cuantas dotes y cualidades son necesarias al que ha de enseñar á los que ya saben. Algo, y más que algo, hubiera conseguido hacer, contando con literato tan eximio y con estadista tan firme en ideales de progreso.

Y esto que, en realidad de verdad, tal como andaban entonces las cosas en España, y andan aún, el hombre político que llega al poder no hace lo que quiere, sino lo que puede. Y es lo bastante para tenérselo en cuenta, si hay que hacerle justicia.

También es preciso advertir que el ministro de Fomento no puede con la carga. Ni bajado del cielo. Tiene que entenderse con la Industria, esquiva siempre y amenazante á veces; con el Comercio, más exigente cuanto más complacido; con la Agricultura, sufrida, sí, pero montaraz al cabo; con las Obras públicas, sociedades y compañías de vías férreas, donde á cada paso salta un gazapo y una responsabilidad á cada vuelta; y como si todo esto junto no fuera bastante, con la Instrucción Pública, destinada por sí sola á robarle á un ministro todas sus horas y todo su tiempo.

Cada uno de estos negociados es un ministerio en toda nación culta.

Breve, repito, fué mi paso por Fomento; pero por mucha que fuera su brevedad, dióme espacio bastante para adquirir la convicción de que en España no habrá verdadera instrucción pública hasta que se consiga crear un ministerio especial de este ramo.

Tal me parece también la convicción de usted, pues que en su carta me dispensa el favor de recordar y aplaudir la proposición de ley que tuve la honra de presentar á las Cortes en Febrero de 1883, pidiendo que se creara un ministerio de Instrucción Pública. Y no sólo presenté y apoyé esta proposición, sino que tuve buen cuidado de acompañarla con un presupuesto sin déficit.

La opinión pública estaba evidentemente á mi lado. Me apoyaban y alentaban, desde provincias, claustros, sociedades, Academias, Ateneos, círculos científicos y literarios. Personajes ilustres sostenían con gran calor en el Senado lo que yo en el Congreso. Todo fué inútil.

Y más, más todavía, mi querido amigo, para que vea qué extraña fatalidad perseguía á la idea que tan de buena fe y con tan buena voluntad pretendíamos llevar adelante

Sepa usted, por si lo ignora ó no lo recuerda, que el ministerio llegó á estar creado. Se aprobó un día, más adelante, en Consejo de ministros, siéndolo de Fomento á la sazón D. Eugenio Montero Ríos; firmó el decreto S. M. la reina regente; se publicó en la *Gaceta;* se alquiló para el nuevo departamento la casa de la calle del Barquillo que hace esquina á la del Saúco, y, sin embargo, quedó el real decreto sin cumplir, la casa sin ocuparse y la opinión atónita. Todavía no me explico cómo pasó, ni cómo sucedió aquello, ni cómo quedó sin cumplirse aquel decreto promulgado.

¡Ah! El partido progresista, á quien pertenecí desde mis mocedades, y sigo perteneciendo en mis vejeces, y he de pertenecer siempre si Dios me atiende y permite que muera progresista y romántico como he vivido; el partido progresista, repito, no cumplió con su misión. Ni el republicano tampoco. Con la revolución de Septiembre se conquistaron y fortalecieron, espero que para siempre, las libertades públicas; pero no se supo educar al pueblo en ellas y para ellas. Hoy comenzamos á tocar las tristes consecuencias.

Sí, la instrucción pública está muy atrasada en España. Así lo dice usted en su carta, y yo con usted.

La república norteamericana, por ejemplo, puso toda su constancia, fuerza y vigor en la instrucción pública. Se dice que gasta en este ramo más que todas las naciones europeas. Por esto es poderosa, por esto avanza, por esto es fuerte, por esto se impone.

Como allí todo el mundo sabe leer y escribir, ocurre que cuando llegan inmigrantes que lo ignoran, tienen por fuerza, como primera y más apremiante necesidad, la de aprenderlo, aun cuando la edad les sea desfavorable. No encontrarían medio de vivir, como así no fuese. Hay necesidad de saber leer y escribir hasta para cavar la tierra.

Estoy totalmente de acuerdo con las líneas que ponen fin á su interesante carta.

«Nuestra salvación, dice usted, está en las reformas radicales y bien meditadas de la enseñanza, molde en que han de vaciarse, para bien ó para mal, las futuras generaciones.»

Y así es. Conviene ir, forzosamente y pronto, á esas reformas, y la mejor reforma es una ley completa de Instrucción Pública en amplio sentido liberal, comenzando por el maestro de escuela y la instrucción primaria, base de todo; porque es muy raro, y muy expuesto á engaños y sorpresas, cuando no sea á capital error, eso de meterse en reformas parciales, comenzando por arriba, que es hoy lo común, en vez de principiar por abajo.

Y termino esta carta, ya demasiado larga ciertamente, repitiéndole gracias por sus atenciones y deseándole felicidades.

VÍCTOR BALAGUER.

Villanueva y Geltrú, Diciembre de 1899.

UN CASO JURÍDICO

Se hablaba de casos jurídicos notables.

– ¿Comprendéis, dije á mis amigos, que en la vista de un proceso por asesinato en que existen las agravantes de nocturnidad y alevosía, el criminal sea absuelto y sobre los hijos de la víctima recaiga sentencia de cadena perpetua?

Mis amigos, llenos de asombro, se miraron unos á otros.

– No me explico cómo puede ser eso, dijo Vicente después de un momento de silencio.

– Me parece tan raro..., añadió Julio.

– ¡Imposible!, replicó Tomás.

– Pues oíd, dije arrellanándome en la butaca y encendiendo un cigarrillo.

El protagonista de este célebre proceso es un tratante en caballos llamado Ramón.

A unas dos leguas del pueblo en que reside, y junto á la carretera, hay una posada donde Ramón acostumbra á hospedarse en los viajes que hace con frecuencia á los pueblos de la provincia para vender sus potros y sus mulas.

Es la época de ferias. La más concurrida de aquellos contornos es la de C, pueblo diez leguas distante del en que vive Ramón.

Este prepara los mejores animales de sus cuadras, y se pone en camino.

Cerca de las doce del día llega á la posada y se detiene á almorzar.

Entre el ventero y Ramón se entabla el diálogo siguiente:

– ¿Conque á la feria, Sr. Ramón?

– Sí, amigo Lucas. No hay más remedio que trabajar para ganarse la vida.

– Muchas y buenas bestias lleva usted este viaje.

– He escogido lo mejor que tenía. Ya sabe usted que allí se presenta un ganado excelente.

– ¡Superior! Y se hacen grandes negocios, porque se vende bien.

Hay una pausa.

Lucas añade:

– De fijo que yendo regularmente las cosas le quedarán á usted limpias de polvo y paja unas... cinco mil pesetas.

– Eso es, aproximadamente, lo que yo calculo.

– Y ¿cuándo piensa usted estar de vuelta?

– A mucho tardar dentro de diez días.

Lucas sale á disponer el almuerzo, y vuelve al cabo de un rato diciendo:

– ¡Vamos á la mesa, Sr. Ramón, que tendrá usted ganas!

Ramón almuerza y se despide de Lucas, que, deseándole buena suerte, le ve marchar entre la nube de polvo que levanta el trote de la recua.

Es la hora del anochecer. Ramón regresa de la feria, satisfecho por haber realizado un negocio en condiciones inmejorables. Su cabalgadura, una jaca granadina de pura sangre, marcha al paso largo.

De pronto el animal da un resoplido y se para en seco, al mismo tiempo que dos hombres enmascarados, blandiendo enormes navajas, aparecen cada uno por un lado, como si los vomitaran los árboles que festonean el camino, y se apoderan de las bridas de la jaca. Uno de ellos dice: «Entrega el dinero.»

Ramón, instintivamente, levanta la fusta y la descarga sobre los ojos de uno de los bandidos, á quien el dolor hace soltar la rienda, mientras el generoso bruto, adivinando el peligro que corre su dueño, da un terrible bote á cuya violencia se desprende el otro enmascarado, y parte con toda la velocidad que le permiten sus remos finos y poderosos.

Ya es de noche cuando Ramón llega á la posada. Al verle, Lucas palidece ligeramente.

– Bien venido, Sr. Ramón, exclama saludándole. Ha ido bien, ¿eh? ¿Se vendió todo el ganado? ¡Vaya, me alegro! Pero ¡cómo ha hecho usted correr á la jaca! ¡Qué barbaridad! ¡Si por cada pelo le cae un chorro de sudor!

Entonces Ramón refiere lo que acaba de sucederle. Lucas le oye impasible.

– Pero ¿á quién se le ocurre, dice, no llevar un revólver, sabiendo que anda tanta gente mala por el mundo?



EL SUEÑO DE NOCHEBUENA, cuadro de S. Granitsch

– Bien sabe usted, replica Ramón, que por aquí no se suelen dar estos casos. Veinte años hace que vivo en la comarca, y jamás me ha ocurrido cosa semejante. Por eso he viajado siempre desprevenido.



El general inglés A. G. WAUCHOPE, muerto en la batalla de Maggersfontein



El general A. F. HART que mandaba el ala izquierda del ejército inglés en la batalla del río Tugela.



El general H. J. T. HILDYARD que mandaba el ala derecha del ejército inglés en la batalla del río Tugela.

– En la confianza está el peligro, Sr. Ramón, objeta Lucas, y si no, mire usted; enmascarados y todo, prueba de que usted los conoce.

– Indudablemente, exclama Ramón. Y la voz del que me dijo «entrega el dinero» es una voz que he oído...; pero, es natural; ¡vaya usted á recordar el timbre del acento de cada una de las personas con quienes habla!

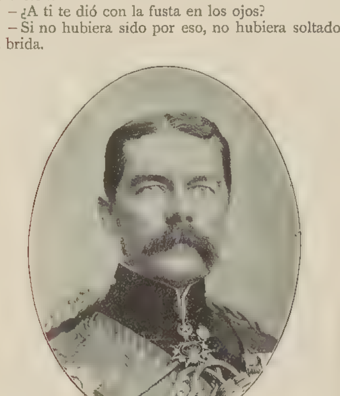
– En fin, dice Lucas, voy á preparar á usted el cuarto de arriba y en seguida haré la cena, porque tendrá usted ganas de descansar. Ahora estoy solo. Los chicos se fueron hace quince días al cortijo de mi hermano para ayudarle en sus tareas de vendimia, y como el mesón da tan poco, no puedo tener siquiera una mala criada.

Ramón acaba de acostarse, y fatigado por el cansancio empieza á conciliar el sueño, cuando oye golpes misteriosos en la puerta de la posada y el chirrido que ésta produce al abrirse suavemente.

Presta atención, y al escuchar un murmullo de voces que por lo bajo sostienen animado diálogo, salta del lecho como si le hubiera picado una víbora, se dirige de puntillas á la ventana, que está situada sobre la puerta, la entreabre procurando no hacer ruido, y con el cabello erizado, oye la siguiente conversación:

– ¿A ti te dió con la fusta en los ojos?

– Si no hubiera sido por eso, no hubiera soltado la brida.



El general SIR HERBERTO KITCHENER, recientemente nombrado jefe del Estado mayor del ejército inglés del Africa del Sur.

– Al mismo tiempo la jaca saltó espantada y á mí me hizo rodar por tierra.

– ¡Vive Dios, qué torpes! Y ahora, ¿qué hacemos? Porque dejar escapar la ocasión sería una lástima, y matarle en casa es comprometido.

– ¿Se ha acostado ya?

– Hace un instante.

– A ver si le parece á usted bien lo que voy á proponerle.

– Di.

– Él vendrá cansado y dentro de poco estará hecho un tronco.

– Sin duda.

– Bueno. Nos da usted un saco de los más grandes. Deja usted pasar un rato, para tener la seguridad de que duerme; sube usted con sigilo, le *santigua* y arroja el cadáver por la ventana. Luego lava usted bien las manchas de sangre... Así no hay peligro ninguno.

– Y vosotros...

– Metemos el cuerpo en el saco y le llevamos á enterrar lejos.

– No está mal. Y ¿adónde vais á enterrarle?

– Con tal de que sea lejos, á cual quier sitio. ¿Le parece á usted bien debajo del puente del Moro?

– Perfectamente. Cortáis por la trocha, que es el camino más solitario.

– Saque usted el talego.

Lucas entra en la posada y vuelve á salir en seguida.

– Ahí está. Pero ¡mucho ojo!, no sea que alguien lo advierta.

– Descuide usted, padre.

– Y haced profundo el hoyo, porque los perros son temibles.

– No tenga usted miedo.

Lucas, sin producir el menor ruido, cierra la puerta.

Como chacal acorralado por el círculo de cazadores, Ramón busca á tientas por los rincones de la habitación algo con que defenderse, un arma, un palo, cualquier cosa. Es inútil. En aquella especie de desván no hay otros muebles ni objetos más que el lecho, una silla para desnudarse y una tabla que sirve de mesa, empotrada en la pared. Huir es imposible. Abajo está Lucas. Junto á la ventana sus hijos, esperando la presa fúnebre.

De repente Ramón es asaltado por una ráfaga de esperanza. Recuerda que en el bolsillo del chaleco lleva siempre un cortaplumas para afilar el lápiz con que hace sus apuntaciones. Se precipita hacia la silla, tantea la ropa como un loco hasta dar con el arma insignificante, la abre disponiéndose á librar desigual y bárbara lucha, y se coloca junto á la puerta de modo que pueda coger de espaldas al asesino.

Pasada media hora de angustias mortales, más que oir presiente las pisadas silenciosas de Lucas que sube. Ya está allí. La puerta se abre en silencio, y Ramón, con la fuerza que infunde en los momentos críticos el amor á la vida, se arroja sobre el ventero y hunde en su garganta, rajándola ferozmente, la hoja del cortaplumas.

Lucas cae desplomado, partida la yugular, de donde brota la sangre á borbotones. Ramón arrastra el cuerpo hacia la ventana y le precipita por ella. Los hijos del posadero embuten apresuradamente el muerto en el saco, y cogiendo cada uno por un extremo, marchan á campo traviesa con toda la velocidad que les permite su horrible carga.

Ramón los ve alejarse; pasados unos momentos, conforme se encuentra, en ropas menores y lleno de sangre, salta por la ventana, corre al puesto de la guardia civil, distante media legua de la posada, da cuenta del hecho, é inmediatamente, con dirección al puente del Moro, sale una pareja que llega casi al mismo tiempo que los hijos de Lucas. Estos, aterrados, confiesan la verdad de lo ocurrido.

Y he aquí cómo se da el caso, en este proceso tan original como ruidoso, de que el asesino, sobre quien pesan las agravantes de nocturnidad y alevosía, sea absuelto, y sobre los hijos de la víctima recaiga sentencia de cadena perpetua.

PEDRO BARRANTES

NUESTROS GRABADOS

Guerra anglo-boer.—Malas Navidades ó mal *Christmas*, como dicen ellos, pasarán los ingleses. Creyeron éstos poder celebrar la Nochebuena en Pretoria después de haber llegado, visto y vencido, y se encuentran no sólo muy distantes de la capital de la República Surafricana, sino maltrechos y derrotados en todas partes por los boers, á quienes con tanto desprecio miraban y que hoy les dan lecciones en materias en las cuales creían ellos ser maestros.

Tras la derrota del general Gatacre en Stormberg, que fué algo más importante de lo que en un principio se dijo, pues los boers hicieron cerca de 500 prisioneros y se apoderaron de tres piezas de artillería y de dos vagones de municiones, vino la del general Methuen en Maggersfontein, junto al río Modder. Mandó este caudillo cañonear durante el día 10 las posiciones de los boers y al amanecer del 11 dió orden á la brigada de highlanders de que avanzara sobre ellas, mientras la caballería y la artillería atacaban por la izquierda y los guardias por la derecha y por el centro. Los highlanders ejecutaron el movimiento de avance en perfecto orden, llegando hasta 250 metros de las trincheras boers sin advertir que tan cerca tenían al enemigo: éste hizo entonces sobre ellos un fuego nutridísimo que les causó numerosas bajas, habiendo



GUERRA ANGLO-BOER. – EL CONTINGENTE DE VICTORIA (AUSTRALIA) SALIENDO DE MELBOURNE PARA UNIRSE AL EJÉRCITO INGLÉS DEL AFRICA DEL SUR (de fotografía de Bishop, Prahan).

perdido en aquella acción los ingleses 76 oficiales y 893 soldados, entre muertos, heridos y desaparecidos.

La situación del ejército de lord Methuen después de aquel combate resulta comprometidísima, tanto que el propio general, en el parte en que daba cuenta de la batalla, decía que tenía enfrente 12 000 boers y que se atrincheraba en sus posiciones de Modder River, lo cual indica claramente que temía verse atacado por fuerzas considerables.

Grande fué la impresión que en Inglaterra produjo este desgraciado hecho de armas, pero la opinión pública creyó que pronto se desvanecería con alguna victoria decisiva lograda por el generalísimo Redwers Buller, en quien todos cifraban grandes esperanzas. Fácil es, por consiguiente, imaginar la emoción inmensa que allí causaría la noticia, que tres días después se recibió en Londres, del desastre sufrido por dicho general junto al río Tugela, desastre que es indudablemente el mayor de cuantos en la actual campaña se registran. El día 15 hizo el general Buller avanzar al general Hart por el vado de la izquierda del río mencionado, pero en vista de la imposibilidad de realizar aquel intento, ante el nutrido y certero fuego del enemigo, ordenó la retirada de aquellas fuerzas y el avance por el vado de la derecha de las del general Hildyard, las cuales ocuparon la estación de Colenso y las casas próximas al puente. Entretanto, dos baterías habíanse situado muy cerca del río para apoyar el movimiento, pero fueron recibidas por un fuego terrible de fusilería que mató todos los caballos y los artilleros hubieron de abandonar las piezas, diez de las cuales cayeron en poder de los boers. Entonces el general Buller, considerando imposible el paso del vado, dió orden á las tropas de que se retiraran, como lo hicieron sin confusión, replegándose



GUERRA ANGLO-BOER. – Revista de tropas de la guarnición inglesa de Estcourt (de fotografía de Nichols, de Johannesburgo)

en el campamento de Chieveley. Las pérdidas de los ingleses en aquella acción fueron 82 muertos, 667 heridos y 348 desaparecidos.

Como consecuencia de esta desgraciada operación, el general Buller se encuentra inmovilizado lo mismo que los generales Gatacre y Methuen, y la situación de Ladysmith resulta tan comprometida como la de Kimberley.

La prensa inglesa ha comentado en los términos más pesimistas este descalabro, cuyo efecto moral ha sido en Inglaterra tanto más terrible cuanto que el día antes de tenerse de él noticia había circulado el rumor, no desmentido por el gobierno, de que el general Buller había conseguido una gran victoria haciendo levantar el sitio de Ladysmith y habiendo envuelto á 10.000 boers que no tenían más remedio que rendirse. Como muestra de lo que escriben los periódicos ingleses citaremos únicamente lo que dice el redactor militar del *Daily Chronicle:* «El general en quien teníamos puesta mayor confianza ha fracasado en una empresa de la cual dependía todo el porvenir de la campaña.»

La prensa de los demás países casi unánimemente se expresa del modo más desfavorable á Inglaterra y demuestra las más vivas simpatías por los boers. A nadie extrañará esta conducta: John Bull recoge ahora las antipatías y los odios, que son los únicos frutos que pueden producir el desmedido egoísmo, la insaciable codicia y la despreocupación con que ha procedido siempre burlándose de la justicia y de los derechos de los pueblos.

En los mismos Estados Unidos hácense públicas manifestaciones en favor de los boers y se presentan al Parlamento proposiciones de simpatía á éstos y de censura á la ambición británica.

Pero, á pesar de todo, Inglaterra no cede, antes bien apercíbese á enviar mayores refuerzos al Africa austral: la sexta di



GUERRA ANGLO-BOER. – Espías cafres hechos prisioneros por los ingleses y conducidos á Estcourt (de fotografía de Nichols, de Johannesburgo)



LA NOCHEBUENA EN MADRID.—En la calle de Cuchilleros, dibujo de N. Méndez Bringa



EL ARBOL DE NAVIDAD, cuadro de Mme Mac-Monnies

visión ha empezado ya á ponerse en camino y se ha dado orden de movilizar la séptima.

El generalísimo Buller ha sido destituído, pues á una destitución equivale el nombramiento del general Roberts de general en jefe del ejército del Africa del Sur: Buller quedará al frente de las fuerzas del Natal. También ha sido nombrado jefe del Estado mayor general de aquel ejército el mayor Kitchener, el vencedor de los dervishes en el Sudán, que actualmente se encuentra en Egipto. Estos dos nombramientos, que recaen en los dos mayores prestigios militares ingleses, demuestran que Inglaterra tiene que jugarse las últimas cartas á poco de empezada una partida que conceptuó de escaso empeño, estimándola como un simple paseo militar.

Y á todo esto, la sublevación contra los ingleses es casi general en la colonia del Cabo y se va propagando por el país de los basutos, por la Bechuanalandia y la Gricualandia; y los nacionalistas irlandeses, con motivo de la conducta, cuando menos inoportuna, del colegio de la Trinidad, que en estos días luctuosos para Inglaterra confiere el grado de doctor honorario al causante de tantas desgracias, al endiosado Chamberlain, organizan meetings de simpatía á los boers, pasean públicamente la bandera del Transvaal y prorrumpen por las calles en imprecaciones contra la reina Victoria, contra el imperio y contra el ejército del Africa del Sur.

Y á todo esto también, los principales periódicos ilustrados de Londres continúan la ridícula y lastimosa campaña de publicar caricaturas de Kruger y burlarse del pueblo *bárbaro* que está dando paliza tras paliza y lección tras lección á sus ejércitos modelos.

Casulla bordada por doña Catalina Narváez de Ruiz.—En estos últimos días ha llamado la atención de cuantos han visitado el Salón Parés la hermosísima casulla bordada en oro y sedas de colores por doña Catalina Narváez y Ruiz, y por ésta regalada al Ilmo. Sr. obispo de Barcelona, Dr. D José Morgades y Gili, quien la estrenó el día de la fiesta de la Purísima Concepción. La casulla, de raso azul, que en esta página reproducimos, es notable bajo todos conceptos y constituye una valiosísima obra de arte, así por la belleza de su composición, inspirada en el más puro estilo del Renacimiento, como por su ejecución primorosa y tan perfecta que en muchos puntos no parece labor de aguja, sino obra de un pincel delicado. En la espalda hay una copia fidelísima de la Concepción llamada la *Morena* de Murillo, que se conserva en el Museo del Prado, de Madrid, encerrada en un medallón recamado de oro: la Virgen, los ángeles y el fondo, todo está ejecutado á la aguja con unos cien tonos de color en seda de Argel El resto de la ornamentación se compone de una imaginería de arabescos de oro formada por ramas de rosal con capullos de rosa y cabecitas de querubines, bordados en seda. Completan el dibujo dos escudos episcopales en seda y oro en forma de medallas, que con su color encarnado lucen mucho y destacan admirablemente sobre el fondo azul de la tela. En la parte superior del delantero se ve un *Ave María* bordado en oro y perlas, con las doce estrellas y un querubín de sedas; debajo, un dragón alado bordado en sedas verdes y oro, que con la garra izquierda sostiene la manzana, símbolo del pecado, y cuya boca abierta expresa gráficamente la rabia de verse humillado por la Reina de los cielos. Los demás adornos del delantero son análogos á los de la espalda y están compuestos también de ramas de rosal, capullos de rosa y querubines y de los mismos escudos episcopales, aunque combinados en otro dibujo. Los accesorios, estola, manípulo, etc., guardan completa relación con la casulla.

La composición, el dibujo y la ejecución, todo es obra de la señora Narváez de Ruiz, que actualmente reside en Barcelona y que ha hecho un estudio profundo de este arte especial y muy particularmente de la antigua indumentaria eclesiástica. En la última Exposición Nacional de Bellas Artes celebrada en Madrid expuso una magnífica reproducción bordada en sedas de colores del famoso cuadro de Pradilla *La rendición de Granada*, que fué objeto de grandes elogios de parte de los más eminentes críticos.



ESPALDA



DELANTERO

Casulla bordada en oro y sedas de colores por D.ª Catalina Narváez de Ruiz y regalada al Ilmo. Sr. Obispo de Barcelona (de fotografía de José Manetes, Barcelona)

MISCELÁNEA

Teatros.—*París.* – Se han estrenado con buen éxito: en el Athenée Comique *La Mariée du Touring Club*, gracioso vaudeville en cuatro actos de Tristán Bernard; en el Odeón *France... d' abord!*, drama en cuatro actos y en verso de Enrique de Bernier; y en la Comedia Francesa *La conscience de l' enfant*, interesantísima comedia en cuatro actos de Gastón Devore.

Madrid. – Se han estrenado con buen éxito: en el teatro de la Princesa *La duquesa de la Valliere*, comedia de gran espectáculo de Cavestany, que ha sido puesta en escena con gran lujo y propiedad; y en Novedades *El maestro de armas*, melodrama de gran espectáculo de Julio Mary y Jorge Groisier, arreglado á la escena española por Juan B. Enseñat. En el Real se ha puesto en escena la ópera *Aida*, con nuevo y magnífico decorado del reputado pintor escenógrafo Amalio Fernández.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en Romea *La germana gran*, graciosa comedia en tres actos de Alberto Llanas; en el Eldorado *El último chulo*, sainete lírico de Carlos Arniches y Celso Lucio, música de los maestros Torregrosa y Valverde (hijo); y en el teatro Granvía *El traje de luces*, bonito sainete lírico de los hermanos Quintero, música de los maestros Caballero y Hermoso. En el Lírico, el «Teatre Intim» ha estrenado el drama catalán en tres actos *La culpable*, original de D. Adrián Gual, que sin estar á la altura de otras obras del mismo autor contiene escenas muy interesantes y bien desarrolladas y algunos tipos observados y estudiados perfectamente.

Necrología.—Han fallecido:

Gustavo Stiehle, general alemán, ayudante del emperador, jefe durante la guerra de 1870 del estado mayor general del segundo ejército que mandaba el príncipe Federico Carlos.

Carlos Luis Adolfo Ehrhardt, notable pintor de historia alemán, profesor de la Academia de Bellas Artes de Dresde.

Francisco de Luppen, reputado pintor belga.

Federico Rentsch, notable escultor alemán, profesor de la Escuela Técnica superior de Dresde.

Fernando Tiemann, profesor de Química de la Universidad de Berlín, muy conocido por sus importantes descubrimientos.

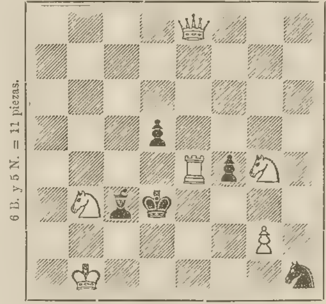
Iván Greizinger, eminente compositor húngaro.

Garret A Hobart, vicepresidente de la República de los Estados Unidos.

Félix Víctor Birch Hirschfeld, célebre médico alemán, catedrático de Patología general y de Anatomía patológica de la Universidad de Leipzig y director del Instituto Patológico de la misma ciudad, autor de importantes obras de medicina.

AJEDREZ

Problema núm. 179, por J. Tolosa y Carreras



Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

Solución al problema número 178, por P. Riera

Blancas.	Negras.
1. C 4 D	1. Cualquiera.
2. C ó P mate.	



EL AÑO NUEVO, cuadro de Oscar Wilson

POR VENGANZA

Novela por Cordelia. – Ilustraciones de Ferraguti

(conclusión)

– Perdóneme usted, dijo Eduardo, pero no soy un hombre fuerte, como cree usted; desde niño se me ha malcriado, soy rico, idolatrado de mis padres, he visto que todo se plegaba á mis deseos, y únicamente usted me ha opuesto resistencia, y resiste aún y me aparta de su lado, pero ¿por qué? ¿Qué le he hecho para que se muestre usted tan cruel?

– Cálmese usted, Eduardo, y considere que pierde la razón; piense usted que pertenece á otra y que usted lo ha querido así.

– Fué una locura, lo confieso; mi orgullo herido que me inspiró el deseo de vengarme: estaba loco.

– ¿Y quién tiene la culpa? Ahora debe usted soportar las consecuencias.

– Es verdad, la culpa es mía y sufriré el castigo; moriré porque no puedo vivir así.

– Si me quiere usted un poco no diga tonterías, nuestra vida no nos pertenece, no tenemos derecho para quitárnosla, no somos nosotros los que hemos querido nacer y no debemos causar ese dolor á los que nos aman; también yo deseo la muerte y la acogeré sonriendo; estoy sola en el mundo, la vida no tiene atractivo para mí, pero arrastraré hasta el fin mi cadena sin quejarme.

– Es usted una santa, pero yo no. Usted sola puede hacerme vivir; es usted libre, no debe dar cuenta á nadie de sus acciones; vámonos juntos lejos, ignorados de todos, y seremos felices.

– ¿Está usted loco? ¿Y lo que debemos al mundo, á nosotros mismos?

– ¿No es usted el mundo para mí?, dijo Eduardo.

– ¿Y no sabe usted que mi escudo lleva el lema *Sin mancha*? ¡Dios mío, qué culpable soy! Me propone usted una infamia y aún le escucho. Es una fatalidad que pesa sobre nosotros, y así debe ser; si queremos conservarnos honrados no debemos vernos más.

– No podré.

– Se lo ruego.

– Es imposible.

– Pues bien, yo seré más fuerte, huiré, me esconderé. Adiós, no volveremos á vernos.

– No, Renata, no es posible.

– Suponga usted que he muerto.

Eduardo la tenía sujeta por una mano y ella intentaba en vano soltarse; conocía que no podía estar más en aquel sitio aislado á solas con él.

– Déjeme usted, dijo haciendo un postrer esfuerzo, de lo contrario grito y pido auxilio.

– Pues bien, sea; pero si algún día quedo libre la buscaré á usted hasta el fin del mundo y la haré mía; necesito esta esperanza para vivir. ¡Adiós!

Y al decir esto la atrajo con fuerza á sí y le dió un beso ardiente en la boca.

– Adiós para siempre, dijo Renata librándose de aquel abrazo y huyendo al través de las intrincadas malezas del bosque, saltando los obstáculos y metiéndose por aquellos senderos obscuros y silenciosos.

Parecía una liebre perseguida por el cazador, y así corrió sin descanso hasta que dió vista á la casa; luego acortó el paso, y entró tranquila en su gabinete.

Transcurrió bastante tiempo antes que pudiese coordinar sus ideas; sólo una cosa veía claramente, y era la necesidad de marchar lejos, muy lejos, ocultarse y hasta cambiar de nombre, hacer todo lo posible por que Eduardo no pudiese seguirla, pues conocía que su presencia bastaba para que se debilitasen todos sus buenos propósitos, que le faltaban las fuerzas y que la corrupción habría podido entrar en su ánimo.

Renata Landucci podía ser infeliz, pero no envilecerse; quería llevar siempre muy alta la cabeza ante sus semejantes, lo debía á su nombre ilustre, á las tradiciones de familia, á su conciencia.

Para no tener remordimiento por el beso que Eduardo le había dado y del que aún sentía la impresión en el rostro, sabía que debía ser el primero y el último, como el beso que se da á una persona querida en el lecho de muerte; de lo contrario, jamás se lo habría perdonado.

Quería partir, ir muy lejos, á la ventura, sin saber siquiera adónde encaminarse; pero quería á toda costa que Eduardo perdiese su rastro, y durante la noche que siguió á aquel día lleno de emociones, hizo con su camarera los preparativos para un largo viaje. Al día siguiente, cuando todo estuviera pronto, marcharía en el primer tren, cualquiera que fuese la dirección de éste, sin dejar ninguna dirección, pues en adelante enviaría por escrito sus órdenes.

Le parecía ser un hijo de Caín condenado á andar por el mundo sin una meta fija, ó más bien una gitana, que no sabe por la mañana donde pasará la noche; pero se tenía por más infeliz que nadie, porque aquel de quien se veía obligada á huir lo llevaba siempre fijo en la mente, viajando en coche, en ferrocarril, en el mar; siempre estaba presente en su imaginación, lo veía en sueños, y á veces tenía la alucinación de verlo vivo ante sí.

Se volvía supersticiosa, no podía explicarse aquella obsesión sino atribuyéndola á todo cuanto habían creído los antiguos respecto á filtros y á artes diabólicas; el imperio que aquel hombre ejercía en su mente era una cosa sobrenatural; parecía que el diablo quisiera mezclarse en todo para perderla, de lo contrario no habría sido posible que á veces pudiera tener una esperanza y se le ocurriese como cosa natural la idea de la muerte de su prima; por esto rogaba y suplicaba á Dios que la librase de los espíritus malignos, porque si intervenía en ello el demonio, también debía intervenir Dios.

XXIX

Renata se detuvo en Montecarlo después de un día de viaje. Por casualidad había subido al vagón de un tren que salía para Génova y quizás también lo había tomado por encontrar un clima suave y una naturaleza risueña, ó por estar más segura de las persecuciones de Eduardo, que huía de acercarse á Niza por no encontrarse con su mujer y especialmente con su suegra. Se detuvo en aquel sitio para tentar fortuna al juego y experimentar aquella emoción enteramente nueva y con la esperanza de hallar el olvido de sus penas.

No se fijaba en la extrañeza del caso de encontrarse sola en un lugar al que concurre toda clase de personas de todas partes y que en su mayoría no son la flor de la virtud. Pero era libre y decía: «Si no estoy á gusto, me marcharé.»

Pero aun en medio de aquella multitud abigarrada que se renovaba diariamente, se veía sola, procuraba no hablar con los vecinos, y á las atenciones que se le demostraban contestaba fríamente y de modo que no diera lugar á ninguna intimidad.

Todos la admiraban, pero con el respeto debido; si se acercaba al tapete verde procuraban hacerle sitio: en los primeros días se contentó con observar á los demás y no quiso tomar parte en el juego.

Si no hubiera estado enteramente abstraída, la habrían repugnado todas aquellas miradas ávidas de oro, todas aquellas personas que procuraban despojarse á porfía, todo aquel dinero que despertaba las más bajas pasiones de aquella multitud; pero no veía nada, tan embebida estaba en sus pensamientos.

Un día se decidió á echar una moneda de oro en el tapete verde para ver si la pérdida ó la ganancia podían conmoverla.

La suerte le fué propicia, y aquella moneda se multiplicó; pero la joven no sintió ninguna emoción. Otro día perdió; pero siempre con la misma indiferencia. ¿De qué le servía el dinero? ¿Podía proporcionarle la felicidad desaparecida para siempre?

Pensaba ya en marchar de Montecarlo, cuando un día se encontró con la marquesa de Belfiore.

– ¡Cómo!, exclamó la tía. ¿Tú por aquí y no se te ha ocurrido venir á vernos? Eres muy mala. Y yo que había pedido noticias tuyas y nadie ha sabido decirme nada de ti, siempre caprichosa y misteriosa.

– No, tía; sólo que estando sola voy adonde el destino me lleva, sin objeto ni rumbo fijo; pero ¿cómo está Elisa?

– Muy bien, es una flor: conque irás á vernos, ¿verdad? Quedamos entendidas. ¡Cuánto me alegro de haberte encontrado! Hoy no te suelto; y dime, ¿has venido para probar fortuna al juego? Quiero charlar un poco contigo: hace tanto tiempo que no estamos un rato juntas...

Cogiéronse del brazo y se pusieron á dar vueltas por los jardines convidadas por un sol primaveral, aunque el calendario indicase el fin de diciembre; luego se sentaron aparte, y allí la marquesa de Belfiore comenzó á contar á su sobrina su vida de los últimos tiempos.

Quejóse mucho de Eduardo, que no se cuidaba de su mujer enferma.

– Tu padre tenía razón, dijo, en no aprobar ese casamiento; esos plebeyos están hechos de una pasta muy distinta de la nuestra; comprendo que se fastidie viniendo aquí con nosotras; pero al menos debería conservar las apariencias, cuidarse de la forma; sin embargo, es brutal, un verdadero burgués; no le cabe en la cabeza que una persona de nuestro rango necesite tener trato, casi una corte, y mucho más dejando tan abandonada á su mujer; sin duda habría querido que permaneciese en casa hilando lana, y no recibiese sino á algún viejo chocho. Haces muy bien en conservar tu independencia, porque todos esos maridos son iguales.

Renata dejaba hablar á su tía y respondía con monosílabos, y en tanto su imaginación estaba muy lejos, y pensaba cuán feliz habría sido viviendo sola con Eduardo y cómo habría renunciado por aquella felicidad á todos sus amigos, á todos sus galanteadores. Jamás se había encontrado tan bien con su tía como aquellos días, porque bien ó mal le hablaba de Eduardo, y además porque, aunque no estuviese muy de acuerdo con aquellos parientes, le recordaban los primeros años de su juventud, y en el aislamiento en que se encontraba, con el presente incierto y el porvenir triste, pensaba en el pasado, que si no había sido risueño, fué en cambio tranquilo y sosegado.

Hallábase también en un momento de indecisión, sin saber adónde encaminaría sus pasos, de suerte que formó el propósito de continuar aún en aquel sitio como único refugio contra las persecuciones de Eduardo.

No pudo prescindir de visitar á su prima y se quedó sorprendida de verla tan cambiada; no era más que su propia sombra.

Las ricas batas adornadas de encajes y sueltas, podían disimular hasta cierto punto su flacura; pero tenía las manos demacradas, la cara pálida y diáfana; solamente en algún momento le animaba un color encarnado febril, y este color engañaba á la marquesa Emilia, que no quería persuadirse de que su hija, que comía con tanto apetito, estuviese enferma.

– Mira qué color tan bonito tiene Elisa, dijo la marquesa.

Renata no era capaz de fingir hasta el punto de contestar con una afirmación, y cambió de conversación preguntándole por su género de vida en Niza y por sus amigas.

– Estoy muy perezosa, dijo Elisa; me muevo poco y sólo en las grandes ocasiones, cuando hay una buena función en el teatro, ó algún gran baile, pero siempre tengo amigos que vienen á verme, lo cual es más cómodo. Y dime, Renata, ¿me puedes decir algo de mi marido?

– No sé nada de él ni procuro saberlo, contestó Renata con alguna ironía.

– Perdona si te he ofendido, añadió Elisa con afectuosa sonrisa, sé que es uno de tus admiradores, lo cual no me importa; no soy tan tonta como él para tener celos.

– Le vi en octubre en casa de Fanny; luego no he vuelto á saber nada de él.

– La duquesa Celani me ha dado también noticias suyas, y hasta me dijo que se dedicaba mucho á ti.

– Más bien á ella.

– Menos mal; veo que se va haciendo hombre de moda; no me desagrada que le gusten las damas hermosas.

Renata no acertaba á comprender lo que pensaba su prima; parecíale que aquella indiferencia era afectada, y se proponía no visitarla tan á menudo porque no se renovaran las rencillas de cuando eran jovencitas.

Después de aquella visita, Renata se sintió más infeliz que nunca, y casi deseaba llorar; su prima la hostigaba siempre, y sin embargo la había robado el esposo, su felicidad, y aún no estaba contenta. ¿Qué más quería?

Luego, cuando pensaba que estaba allí, endeble, delicada, que caería al primer soplo, casi le tenía

lástima, persuadida de que no podría vivir mucho tiempo, y se irritaba al descubrir que también pensaba como Eduardo con respecto á la muerte de Elisa, como si fuese la cosa más natural del mundo que uno debiese morir antes de los treinta años, y sentía una alegría secreta al considerar que no pasaría mucho tiempo sin que Eduardo quedase libre, y cuando la parte mejor de su alma se rebelaba contra esta idea, decía para sí:

– No, no quiero, es horrible, me vuelvo mala, el demonio se apodera de mí; yo soy la que debe morir; ellos se han casado ante el altar y yo soy la intrusa; en tales condiciones, la esperanza es un delito.

Y deseaba la muerte; pero no teniendo el valor de dársela con sus propias manos, pensó en arrostrar peligros con la esperanza de que la sorprendiera para librarla de sus penas.

Pasó todo el invierno recorriendo la costa de Liguria, se detuvo en Mentone, Cannes, Bordighera, y cansada de la tranquilidad del campo fué á París, donde procuró aturdirse entre el rumor de la inmensa ciudad; necesitaba estar siempre en movimiento, hacer continuamente algo nuevo para olvidar. No tenía noticias de Eduardo, pero pensaba en él siempre; de día lo veía en su presencia como una alucinación, de noche lo soñaba de continuo y le parecía verle delante como un espectro y que murmuraba estas palabras: «¿Cuándo morirá?»

Su conciencia no le reprochaba nada, ó mejor dicho, sentía remordimiento como si hubiese cometido algún delito y quería expiar sus malos pensamientos y los de Eduardo.

Quería morir y que su muerte fuese una expiación también para él.

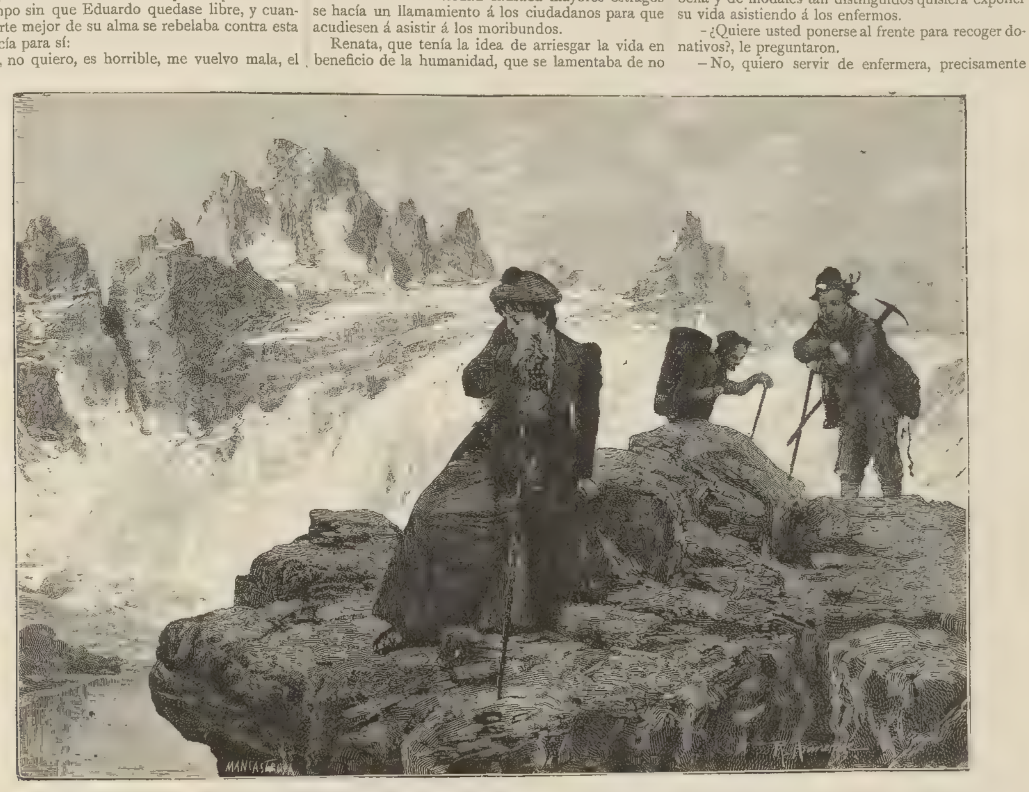
Al llegar el verano fué á buscarla á la más altas cimas de los montes, al borde de los precipicios. Recorrió toda la Suiza, se detuvo en Courmayeur y quiso tomar parte en todas las ascensiones más arriesgadas, y allí donde temblaban los alpinistas más animosos, ella trepaba impertérrita y serena, y así subió al Cervino y llegó casi á la cumbre del Monte Blanco. Su nombre iba unido al de los alpinistas más atrevidos, y por haber subido á una cima de los Alpes jamás hollada por pie humano, se llamó desde aquel día esta cima Pico Renata. En aquellas montañas tuvo fama de intrépida alpinista y encontró la gloria en vez de la muerte que tanto deseaba.

La vida al aire libre y la costumbre contraída desde muy joven de hacer atrevidas ascensiones habían dado seguridad á su pie y robustez á sus fibras, y resistía las intemperies como una planta secular.

Hallábase en un momento de desaliento, cuando leyendo un periódico en una fonda de Lucerna vió que el cólera había aparecido en Italia y en los países donde la enfermedad causaba mayores estragos se hacía un llamamiento á los ciudadanos para que acudiesen á asistir á los moribundos.

Renata, que tenía la idea de arriesgar la vida en beneficio de la humanidad, que se lamentaba de no ser hombre para consagrarla á la patria, tuvo la inspiración de ir allí donde el cólera causaba más víctimas y dedicarse al cuidado de sus semejantes.

No lo pensó mucho tiempo, y apenas tuvo esta idea que creyó emanada del cielo, mandó á sus criados que prepararan el equipaje, y se propuso ir sola á Nápoles, pues no quería exponer la vida de aquéllos al peligro á que exponía la suya.



Y allí donde temblaban los alpinistas más animosos, ella trepaba impertérrita y serena

XXX

Quien hubiese entrado en Nápoles á fines del verano de 1884, al ver aquel cielo y aquel mar esplendorosos, no habría podido imaginar las desgarradoras escenas que ocurrían en el centro de la ciudad, en los barrios pobres, poblados como colmenas por una población densa, pobre y mal alimentada. Se hablaba del terrible cólera morbo, de montones de muertos, de personas robustas llenas de vida reducidas en pocas horas á la mayor extremidad; pero hasta que uno no veía el mal con sus propios ojos, ó perdía algunas personas de su familia, aquel pueblo continuaba su vida acostumbrada, se diseminaba por las calles, comiendo rajas de sandías y melones, sin pensar que estos manjares indigestos podían causarles la muerte; pero cuando veían llevar al cementerio parientes, amigos y conocidos, cuando las madres se veían privadas de sus hijos, entonces todo eran gritos desesperados, la emprendían con los médicos, decían que habían envenenado las aguas, perdían la cabeza y se mesaban desesperados los cabellos.

Aquella gente que mientras el mal estaba lejano se mostraba indiferente, de pronto se alarmaba y corría como para huir de un enemigo invisible, abandonaba las casas y sus muertos, enloquecida por el sentimiento de la propia conservación y del miedo de morir.

En tanto se formaban asociaciones de personas caritativas, verdaderos soldados de la humanidad, que exponían su vida por socorrer á sus semejantes.

Cuando Renata se presentó pidiendo que la admitiesen en la asociación de socorros, todos se quedaron admirados de que una persona tan joven, tan bella y de modales tan distinguidos quisiera exponer su vida asistiendo á los enfermos.

– ¿Quiere usted ponerse al frente para recoger donativos?, le preguntaron.

– No, quiero servir de enfermera, precisamente donde el peligro sea mayor y donde más haya que trabajar.

– Pues bien, hágase su voluntad y que Dios la ayude.

Cuando entró en el hospital que se le asignó, se le oprimió el corazón.

Por muy mal que se hubiese imaginado aquel lugar de tristeza, tuvo que hacer un esfuerzo para no renunciar á su idea; habría tenido intención de huir si no hubiese sido una bajeza, pues eran demasiados los padecimientos que veía acumulados en aquella sala.

Se reanimó y se olvidó de sí misma para estar dispuesta á correr donde hubiera necesidad de auxilio.

– Usted, que es tan hermosa, cúreme. Déme de beber, que me muero de sed, le decían las enfermas.

Y ella corría allí donde eran más necesarios sus servicios; vencida la primera repugnancia, parecía una experta hermana de la caridad.

Al asistir aquellos padecimientos, en su ocupación constante por aliviarlos se olvidaba de los propios, y cuando cansada del trabajo, reposaba algunas horas, al menos podía dormir con sueño profundo sin que la turbara ninguna pesadilla.

Comprendía que si había cometido alguna falta, no de hecho, sino con el pensamiento, aquella era una vida de expiación; en medio de tanta desdicha se volvía mejor, y asistiendo continuamente al espectáculo de la muerte le parecían mezquinas todas las pasiones humanas, veía el mundo desde lo alto, filosóficamente, donde todo debía encaminarse á su destino, donde grandes y pequeños podían ser vencidos por un microbio invisible.

Ya no pensaba en sí misma, la acción había dominado al pensamiento. Era la más infatigable de las hermanas; llevaba el consuelo adondequiera con sus palabras y sus cuidados, luchando siempre, entre los espasmos del que apela á todos los medios para sustraerse al fatal destino. A veces asistía á una madre

presa del delirio de tener que dejar á sus hijos; otras era una esposa feliz que debía abandonar al marido, y entre tantas escenas de dolor, habría ofrecido de buen grado en holocausto su propia vida que juzgaba inútil.

Su presencia infundía ánimo, parecía un rayo benéfico, era la admiración de todos y la bienhechora de los pobres, porque no sólo prestaba concienzudamente sus servicios, sino que repartía dinero en auxilio de aquellas familias que se quedaban sin su dimientos por haber partido sin decir nada á ninguna, sin dejar su dirección cuando marchó á las montañas, llevada de la esperanza de encontrar la muerte en alguna excursión arriesgada; entonces quiso hacer perder sus huellas, y ahora en aquel momento supremo tenía un deseo imperioso de tener noticias de Fanny, de saber qué había sido de Eduardo y hasta pensaba en Elisa y en su tía Emilia, sintiendo verdadera compasión y gran indulgencia por todos aquellos que le habían hecho mal; habría querido entonignorarla; mas á pesar de todo, Eduardo vivía con la esperanza de encontrarla.

Cuando se recibió el despacho de Renata, estaba precisamente con su hermana y le causó un terrible sobresalto: su primer impulso fué correr á verla. Confiaba en que, dada su naturaleza robusta, pudiese vencer el mal; no era posible que Dios quisiera castigarle de un modo tan cruel.

Llegó á Nápoles de noche, tarde, y sin comer, sin pensar que arriesgaba la vida, fué al hospital en bus-



Se arrodilló junto á aquel lecho é inclinó la cabeza rezando

jefe, ó de los huérfanos que habían perdido sus padres.

– Está usted pálida, le decían los médicos; no se canse usted demasiado porque acabará por enfermar.

– Creo que la muerte me tiene miedo, pues la he buscado muchas veces, pero siempre en vano.

Y en efecto, creía ser invencible; no había caído en los abismos de la montaña, y hasta el tremendo cólera parecía respetarla.

Pero un día sintió un agudo dolor en el estómago y un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo; no quiso hacer caso de aquel aviso y continuó su obra benéfica.

– Señorita, está usted rendida; vaya á descansar, le decían.

– No es nada, contestaba á las excitaciones asiduas de los médicos.

Y siguió todo aquel día hasta que ya no pudo tenerse en pie y se vió obligada á confesarse enferma.

Allí, en el lecho del dolor, sufriendo atroces ataques y sintiendo todos los dolores físicos y todas las fases de la enfermedad que había presenciado aquellos días, pero deseando morir, pensaba en tan supremos momentos en todos sus amigos, en todas las personas que había querido y de las que no sabía nada hacía tanto tiempo; le habría halagado el poder darles el último adiós y sentía todo el horror de una enfermedad que aleja á los amigos porque no hay ninguno que tenga el valor de exponerse al peligro del contagio.

Sentía además la imperiosa necesidad de decir una palabra á aquel á quien tanto había amado; que había sido el compañero de sus pensamientos; en aquel momento extremo conocía que le amaba santamente con amor eterno, el amor ideal de sus sueños. Y le parecía que aquel sentimiento puro fuese un premio de su vida de sacrificio y pensaba: «He expiado mis faltas; Dios me ha perdonado, muero contenta.»

Mientras yacía en el lecho veía confusamente en su mente todas las personas queridas y tenía remordimientos... ces verlos para darles el adiós postrero y reunirlos á todos en su perdón.

Expidió un telegrama á Fanny diciéndole dónde estaba y dándole el último adiós.

Hacía muchos meses que no sabía nada de los suyos é ignoraba los sucesos que habían acaecido en su familia.

No sabía que la marquesa de Belfiore y Elisa se habían detenido largo tiempo en Saint-Moritz temiendo el cólera que hacía estragos en Italia, y Elisa, no pudiendo soportar una temperatura tan fría, se agravó, hasta que exhaló el último aliento, mientras la madre, que se resistía siempre á creer que su hija estuviese enferma y empeñada en hacerse ilusiones, la vió morir en sus brazos sin haber tenido tiempo de avisar á su marido.

No sabía que Eduardo, avisado de la muerte de su mujer, corrió á tributarle los últimos honores, y aunque no pudiese mostrar una aflicción que no sentía, su comportamiento fué el de un perfecto caballero, como pudo apreciar la marquesa Emilia, que no tenía consuelo desde la muerte de su Elisa.

No sabía que la marquesa, al quedarse sola por tener lejos á su hijo, que se había casado y se dedicaba por completo á su joven esposa, se había decidido á reunirse con su marido, que cansado de dar vueltas por el mundo, enfermizo y medio chocho, se había refugiado en el campo.

Aquel gran dolor la había acibarado la vida y en el adelante no sentía dar un adiós al mundo y á sus pompas y consagrarse al cuidado de su anciano marido.

No sabía que Eduardo, después de viajar algunas semanas, había vuelto á Roma para pasar el tiempo entre sus padres y su hermana; pero siempre con la idea fija de descubrir el refugio de Renata.

¿Era posible que ésta no hubiese sabido la muerte de su prima y no escribiese siquiera una línea? Y sin embargo, muchos periódicos habían hablado de ella; era preciso que viviese fuera del mundo para ca de Renata. Nadie la conocía de nombre y tuvo que dar vueltas mucho tiempo, presenciar el espectáculo de personas que se morían entre agudos dolores, antes de poder dar con la que buscaba. Estaba ya casi desalentado, temía que hubiese muerto, cuando un enfermero lo condujo á una habitación apartada donde estaba Renata moribunda.

Quedóse sorprendido al ver el cambio de aquella fisonomía, antes tan bella y lozana, ahora imposible de conocer, pero cuando la joven abrió los ojos negros, lánguidos y casi apagados, le pareció que aquel rostro se iluminaba y recobraba la expresión de otro tiempo.

– ¡Renata!, exclamó. ¡Heme aquí y tuyo para siempre!

– ¡Dios me ha escuchado! ¡Qué agradecida le estoy!, dijo la moribunda con voz casi apagada. Huye, vete de este sitio para que no te dé el cólera; te he visto, me basta: no, no me toques, añadió retirando la mano que él le quería estrechar. Adiós.

– No, Renata, vivirás para mí.

El semblante de la joven se ofuscó como por efecto de un agudo dolor.

– No es ya un delito el amarnos, añadió Eduardo; ¡soy libre!

– ¿Y Elisa?, preguntó Renata.

– Ha muerto.

Renata le miró con fijeza y pasó un rato como coordinando sus ideas.

– Dios lo ha querido así, bajemos la cabeza, dijo la moribunda.

– No, no es posible; tú curarás, serás mía. ¡Por Dios, haga usted que se cure; bien debe haber algún remedio!, dijo con acento desesperado á una enfermera, la cual meneó la cabeza sin poder darle una esperanza.

– ¡Pero si aún tiene claras las ideas!, ¡si hay viveza en su mirada!, ¡si habla! No, no es posible que muera.

– Pronto quedará extinguida la poca voz que me

queda, dijo Renata; conozco ya este mal; pero te he visto y he vivido bastante.

–¡Pues también yo quiero morir!, dijo Eduardo.

–No, vive para acordarte de mí, para amarme como te amo y como te he amado siempre, con amor puro, ideal, que vive eterno como el alma, como lo siento ahora que me hace olvidar mi enfermedad y me hace sonreir en este supremo momento. Vive pensando en mí, como yo muero con la mente llena de tu pensamiento. ¡Adiós! ¡Despídeme de Fanny!

Después no tuvo ya palabras sino para consolar á Eduardo y para decirle su última voluntad.

Quería consagrar su hacienda á obras de beneficencia. Dejaba á la ciudad de Nápoles una crecida cantidad destinada á la fundación de un asilo para los huérfanos de las víctimas del cólera. Dejaba á Eduardo Villa Gracia y á Fanny todas sus alhajas; luego se quedó inmóvil sin poder hablar; pero su última mirada, como su último pensamiento, fueron para Eduardo.

En cualquier otra ocasión, éste habría lanzado imprecaciones contra el destino que tan adverso se le mostraba; pero tanta virtud y resignación le conmovieron, comprendió la existencia de una voluntad más poderosa que todas las riquezas ante la cual debemos bajar la cabeza, y turbado por aquel suceso que daba el último y terrible golpe á su felicidad precisamente en el momento de alcanzarla, casi abatido por una fuerza superior, se arrodilló junto á aquel lecho de muerte é inclinó la cabeza rezando.

TRADUCCIÓN DE M. ARANDA

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

METAMORFOSIS, por *Federico Gamboa*. – Notable bajo todos conceptos es la novela que con el título de *Metamorfosis* acaba de publicar el reputado escritor americano, correspondiente de la Real Academia Española, señor Gamboa La fábula interesantísima desenvuélvese natural y fácilmente; los tipos están admirablemente trazados y sus respectivos caracteres constituyen otros tantos hermosos estudios psicológicos, y las descripciones revelan, en medio de su sobriedad, gran espíritu de observación. *Metamorfosis* es, en suma, un conjunto de bellezas de fondo, realzadas por un estilo castizo y elegante que demuestra un completo dominio de nuestra lengua. Ha sido impresa en Guatemala en la Tipografía Nacional.

LAS LENGUAS CELTO LATINAS, por *Eduardo de la Barra*. – En la imposibilidad de hacer un examen que dé idea de lo que es este notabilísimo trabajo, nos limitaremos á reproducir los lemas que figuran al frente de sus tres capítulos y son los siguientes: «Nuestras lenguas romances son celtas por su gramática analítica y latinas por su vocabulario». «Las *razas* pueden mezclarse y con ellas sus vocabularios; pero las *lenguas*, jamás». «Max Müller no cree que el francés y el italiano provengan del latín; el español se halla en el mismo caso.» La demostración de cada una de estas afirmaciones está hecha con gran copia de datos y sólidos argumentos que prueban los conocimientos vastos y profundos de su autor D. Eduardo de la Barra, de la Real Academia Española: lo mismo puede decirse de los interesantísimos apéndices que van unidos á este importante estudio, que fué presentado al Congreso Científico de Chile, celebrado en Chillan en febrero de 1898, y que ha sido impreso en Santiago de Chile, en la imprenta de Cervantes.



LA ADORACIÓN DE LOS PASTORES Y DE LOS REYES, cuadro de Martín Fenerstein (Exposición de Bellas Artes de Munich. 1899)

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Revista contemporánea, quincenal madrileña; *El porvenir español*, semanario político-literario de Zaragoza; *El automovilismo ilustrado*, revista bimensual barcelonesa de invenciones prácticas; *Caras y Caretas*, semanario ilustrado de Buenos Aires; *Iris*, revista semanal ilustrada de Buenos Aires; *Revista de Industrias é invenciones nuevas universales*, publicación mensual universal de Santiago de Chile; *Boletín Bibliográfico*, órgano de la imprenta y librería de Carlos Prince, de Lima; *El Orden*, semanario político, literario, comercial y de noticias, de Barracas al Sud (República Argentina)



IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

INDICE

DEL TEXTO CONTENIDO EN EL TOMO XVIII DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

ARTICULOS FIRMADOS

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS AUTORES)

VARIOS

(POR ORDEN DE LAS FECHAS DE SU PUBLICACIÓN)

NOVELAS

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS AUTORES)

INDICE

DE LOS GRABADOS CONTENIDOS EN EL TOMO XVIII DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

ACTUALIDADES

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS TÍTULOS)

BELLAS ARTES

ARQUITECTURA, ESCULTURA, PINTURA, DIBUJO

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS AUTORES)

RETRATOS

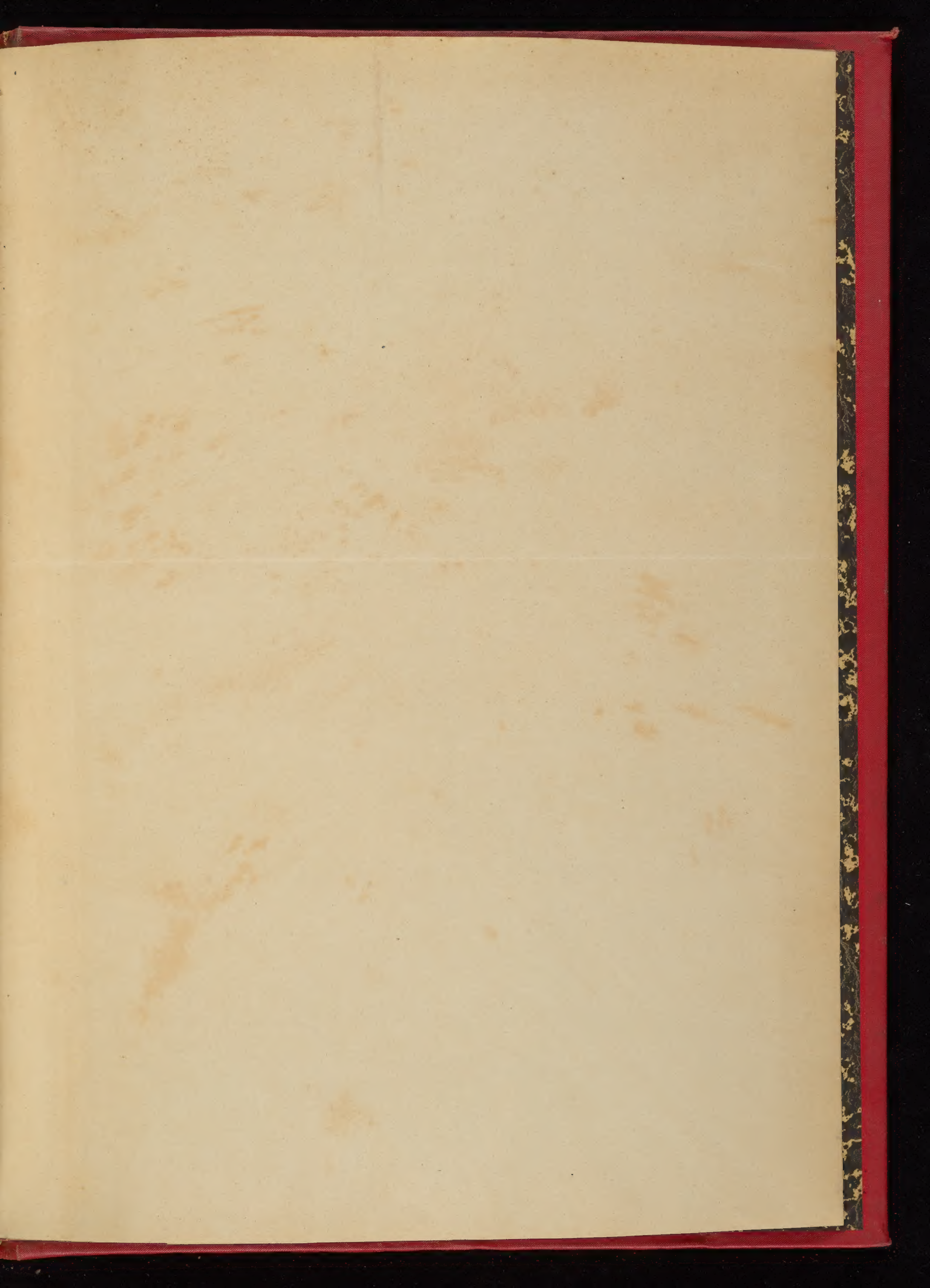
(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS NOMBRES)

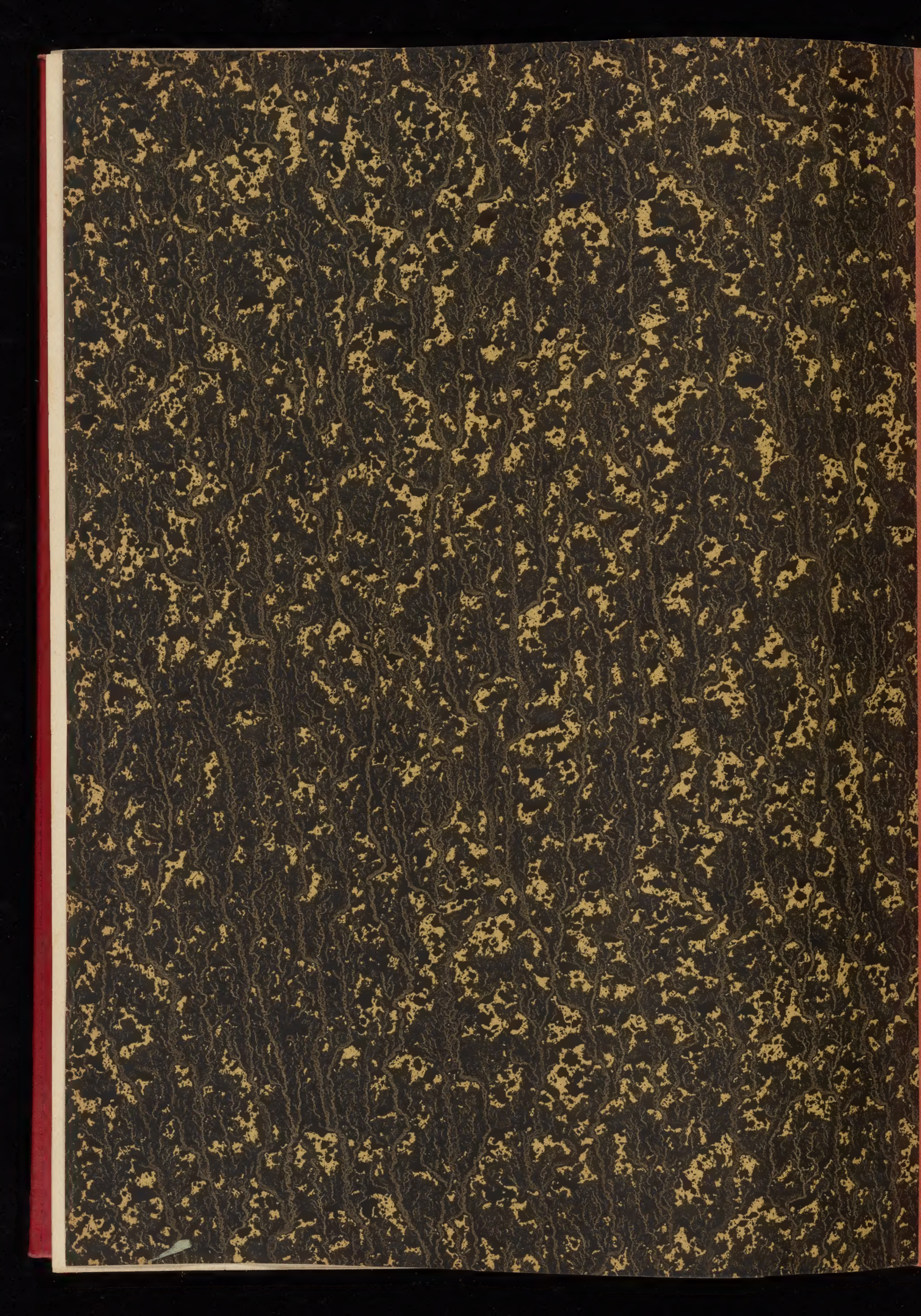
VARIEDADES

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE LOS TÍTULOS DE LOS GRABADOS)

NOVELAS ILUSTRADAS

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE LOS ARTISTAS DIBUJANTES)






GETTY CENTER LIBRARY
3 3125 00620 5666

